13527

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO VIGESIMO PRIMERO.

Es propiedad de los Editores.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION

NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

TOMO XXI.

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

MADRID: 1864.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA.

Y REVISADA POR UNA COMISION

NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

TOMO XII.

MADRID: 1864.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C..... D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L..... D. Antonio Lopez.
C. de la V..... Caño de la Vega (D. Juan).
C., B. C., B. S. C.. Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de F..... Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N..... Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
G. de R..... Garcia Rodriguez (*Presbítero* D. Juan).
J. B. de R..... D. Joaquin Maria Bover de Roselló.
M. B..... D. Manuel Bejar.
M. N. y S..... D. Mariano Nougués y Secall.
R. y C..... Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B..... Sanchez Biedma (D. José).

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formación del presente volumen
y explicación de las iniciales con que los han firmado.

A. C. ..... D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L. ..... D. Antonio Lopez.
C. de la V. ..... Caño de la Vega (D. Juan).
C. R. C. R. S. C. .. Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de F. ..... Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N. ..... Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
G. de R. ..... Garcia Rodriguez (Presbitero D. Juan).
J. B. de R. ..... D. Joaquin Maria Bover de Rosselló.
M. R. ..... D. Manuel Rojer.
N. N. y S. ..... D. Mariano Nougues y Secall.
R. y C. ..... Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. R. ..... Sanchez Rivelma (D. Jose).

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

REG

REGIS (S. Juan Francisco). Juan Francisco de Regis, apóstol de Velay, nació en Foncoubert, en la diócesis de Narbona, el viernes 31 de Enero del año 1597. Fué el último hijo de Juan de Regis de la antigua casa de Deplas, cuya rama primogénita permaneció en Borgoña, en tanto que la segunda se estableció en el Langüedoc con el nombre de Regis. Fué su madre Magdalena Darcis, hija del señor de Segur. Uno y otra eran más distinguidos y considerados por sus virtudes que por su ilustre nacimiento, y trasmitieron sus virtudes á sus hijos. Los mayores de estos defendieron la verdadera religion con las armas en la mano contra los protestantes; y el más jóven fué en el siglo XVII una de las más vivas lumbreras de la Iglesia, y uno de sus más celosos ministros. De tal modo se poseyó del espíritu de Dios el corazon de Juan Francisco de Regis, que cuantos le conocieron declararon que la piedad parecia haber nacido con él y que jamás habia tenido las puerilidades propias de la infancia, hallándose sostenida su razon por un gusto sólido y decidido por las cosas de Dios. Así es que esto formó su carácter particular desde su más tierna edad. Sus padres le enviaron al colegio que en Beziers acababan de abrir los Jesuitas. Allí se dió á

conocer, no tanto por lo brillante de su talento cuanto por lo raro de su virtud. El juego, los paseos y las diversiones infantiles no tenian atractivo alguno para él; el estudio y la oracion ocupaban todo su tiempo, y jamás conoció otros placeres. El oficio divino, la lectura de libros piadosos, la meditacion en las eternas verdades de la religion, le servian de descanso y diversion. En el momento en que por su edad le permitieron acercarse á la sagrada mesa de la Eucaristía para recibir en ella el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, se alistó en una congregacion que habia allí establecida para venerar á la Santísima Virgen. Aquellas piadosas reuniones, que tuvieron nacimiento en el colegio de los Jesuitas y que tantos santos han formado, le parecieron las más propias para satisfacer su ardiente deseo, y con frecuencia decia despues con un sentimiento de ternura y de gratitud, que no podia ménos de reconocer que en aquella escuela habia adquirido los primeros principios de la devocion á la Madre del Redentor del mundo, devocion que ha sido siempre mirada como uno de los más sólidos fundamentos de la piedad cristiana. Llevaba á tal punto esta devocion, que era en él una especie de naturaleza. La extraordinaria piedad que manifestaba el jóven estudiante le atrajo desde luego la burla y la crítica de la mayor parte de los niños de su edad; empero su paciencia, su afabilidad, les obligó muy pronto á estimarle, y de la estimacion pasaron á la veneracion, y muchos al concederle su afecto le concedieron tambien toda su confianza. El niño Regis aprovechó estas felices disposiciones para ganar á Dios un gran número de sus condiscípulos, y puede decirse que fué en las clases de aquel colegio en donde hizo el primer ensayo del apostolado, que tanto brillo habia de darle y tantos bienes procurar á la Iglesia católica. Regis para hacer más eficaces y perfeccionar los felices frutos de sus conferencias con buenos ejemplos, se reunió á seis compañeros, que eligió entre los más fervorosos, y se alojó con ellos prescribiéndoles reglas llenas de prudencia, componiendo una especie de pequeña comunidad donde se dedicaron á la práctica de todas las virtudes. La vida sedentaria y de estudio que llevó el santo jóven hasta la edad de diez y ocho años con sus virtuosos amigos, fué tal vez la causa de una violenta enfermedad que padeció. Esta enfermedad le dió márgen á consolarse de ella como una larga y dura prueba que le enviaba el Señor, y en la que le descubria clara y distintamente las miras de misericordia que sobre él tenia, inspirándole el ardiente deseo de consagrarse todo entero á su mayor gloria y salvacion del prójimo, entrando en el admirable instituto de la Compañía de Jesus. Con oraciones continuas, con frecuentes comuniones, consultó al Padre de las luces; tuvo conferencias con personas ilustradas en los caminos del Señor, y se persuadió al fin de que su vocacion era verdadera é inspirada por el mismo cielo. Por mucho aprecio que los

PP. Jesuitas tenian de la virtud y del talento del jóven Regis, le sujetaron á una prueba para conocerle mejor y dejarle á él mismo el tiempo de consultar su corazon ántes de comprometerse. Hizo esta prueba conocer á los PP. Jesuitas el raro mérito del postulante que se presentaba á ellos, y comprendieron que sus deseos no eran el fruto de un pasajero fervor sino de una verdadera vocacion, y le recibieron en su Orden. Lleno de alegria Regis, tocaba al fin en la puerta por la que tanto suspiraba. Marchó inmediatamente á Tolosa, donde comenzó su noviciado el 8 de Diciembre de 1616, y tenia entónces la edad de veinte años. Para abrazar el espíritu del nuevo género de vida que iba á hacer, no necesitó Regis cambiar ni sus sentimientos ni su conducta; solo tuvo que perfeccionar lo que la gracia tan felizmente habia comenzado en él. Arnaldo Borel, consejero en el Parlamento, que se habia retirado al noviciado de Tolosa, se hizo el íntimo amigo de Regis y con él se complacia en hablar de las cosas de Dios; y este respetable anciano decia con admiracion, «que aquel jóven novicio era su maestro en el estudio de la vida espiritual.» La iglesia de San Saturnino, primer obispo de Tolosa, es muy célebre en toda la Francia por el gran número de reliquias de santos, y sobre todo de mártires, que allí con gran veneracion se conservan. Allí conducen los Jesuitas con frecuencia á los novicios para que á la vista de los restos de tantos héroes cristianos se inspiren en un espíritu apostólico. Sobre el sepulcro del gran apóstol de Tolosa recibió, por decirlo así, Regis las primicias de la virtud, de la renuncia de sí propio, de la abnegacion, del desprecio del mundo, de la caridad por los pobres, del amor de Dios, que le hicieron en lo sucesivo ejecutar tantas y tan grandes cosas. Admirábase su fervor, su puntualidad en los menores ejercicios; los ennoblecia con la excelencia y gracia con que los desempeñaba, y él se servia de ellos para llegar á la perfeccion. Los empleos más viles y bajos de la comunidad eran á sus ojos los de más preferencia; reputábase feliz de cuidar en los hospitales los enfermos cuyas llagas eran más asquerosas y repugnantes. Tanta cuanta era su dulzura, era tambien grande su bondad inextinguible para los demás, siendo para consigo mismo duro y severo. Mortificaba sin cesar sus sentidos con las más rigurosas prácticas de la penitencia, y era continua su oracion. Cuando hablaba de Dios lo hacia con fe, con viva y penetrante uncion, y cuantos le oian, por tibios que fuesen, se reanimaban con el fuego de su discurso y participaban de su ardor. En 1718, despues de dos años de noviciado, pronunció sus votos de profesion. Sus superiores le enviaron á Cahors para acabar allí el estudio de la retórica. Al año siguiente fué á Tourmer para cursar la filosofía. Para precaverse de esa sequedad de corazon, que da el estudio de las ciencias á los que no estan bastante sobre sí, hizo frecuentes visitas al Santísimo Sacramento, se ocupó de lecturas piadosas, y

se sometió á las prácticas de la mortificacion. Era en todo tan perfecta su conducta, que sus superiores le llamaban *el ángel del colegio*. Nada hay más ingenioso que el celo sincero para buscar situaciones y circunstancias de ser útil al prójimo. Para prepararse á la predicacion y á la instruccion del pueblo, Regis pidió y obtuvo enseñar la doctrina á los criados y á los pobres de la casa, que en ciertos dias acudian á las puertas del colegio para recibir limosna. Los domingos y los dias festivos iba á predicar á las aldeas vecinas; reunia á los niños al rededor suyo, llamándolos para esto con una campanilla, y les enseñaba las primeras verdades de la religion. Emprendió la regeneracion del pueblo de Audacia, de donde desterró la embriaguez, los juramentos y la impureza. Introdujo en él la frecuencia de los sacramentos, estableciendo una cofradía al Santísimo Sacramento, cuyo reglamento formó, y de ella puede ser mirado como fundador. En 1621, cuando hubo terminado el estudio de la filosofía, recibió el encargo de enseñar las humanidades en Billon, en Auch y en Puy. Sus discípulos, á los que queria con el amor de una tierna madre, le tenian por un santo, y bajo su direccion hacian grandes progresos en las ciencias y en la virtud. Era muy fácil reconocer por su exterior modesto y grave á los discípulos de Regis de entre todos los demás. En sus enfermedades los visitaba Regis y les procuraba todos los socorros que de él dependian. Uno de ellos debió á sus oraciones la vida. Santiago Gigon, que despues fué consejero de la presidial de Puy, viéndose atacado de una peligrosa enfermedad, fué cuidado por su caritativo maestro, que no se separó de su lado sino cuando le obligaban sus deberes. Un dia, en que se desesperaba de su vida, halló Regis á toda la familia sumergida en lágrimas y en la más terrible consternacion. Afligióse extraordinariamente, y conmovido se acercó al lecho del moribundo, hizo sobre él la señal de la cruz, pronunció como hombre inspirado una ardiente oracion, y despues con tono firme y decidido le dijo: *Hijo mio, curarás, Dios quiere que le sirvas en lo sucesivo con más fervor*. Apénas hubo pronunciado estas palabras, se halló muy aliviado el estudiante, y por momentos fué cierta, segura é indudable su curacion. Despues de haber enseñado seis años las humanidades en Billon, en Auch y en Puy, fué vuelto á llamar á Tolosa en 1628 para estudiar allí la teología. Rápidos fueron sus progresos, y hubiera brillado su triunfo si no hubiera ocultado por humildad á la vista de todos su rarísimo mérito. En la época de las vacaciones, en lugar de mezclarse en los placeres y en los juegos de sus compañeros, se retiraba á sitios apartados para conversar con Dios. Todas las noches, despues de haber consagrado algunas horas al descanso del cuerpo, se levantaba y bajaba á orar á la capilla del colegio. Uno de sus compañeros que lo vió un dia, creyó que debia dar cuenta de ello al superior, que le respondió: «No turbeis jamás las comunicaciones de

ese ángel con su Dios; ese jóven es un santo; y ó yo me equivoco mucho, ó algun dia la Iglesia le colocará sobre los altares.» A principios del año 1630 recibió Regis la órden de prepararse para recibir el sacerdocio. Entónces sintió en su corazon, no entre sus pasiones sino entre sus virtudes, una especie de combate. Por una parte su virtud le inspiraba un santo terror; por otra su celo por la salvacion de las almas le hacia desear el honor de ingresar en el número de los ministros de Jesucristo. Estas agitaciones turbaron algunos dias la calma de su vida; las órdenes de sus superiores las hicieron cesar. El dia que celebró su primera Misa vertió tal abundancia de lágrimas, que los asistentes á ella no pudieron ménos de llorar tambien. Su modestia, el divino fuego que brillaba en su rostro, le hacian parecer más bien un ángel que un hombre. En aquel mismo año una terrible peste hizo sentir sus estragos en la ciudad de Tolosa. Regis dió gracias á Dios por aquella ocasion que le ofrecia de ejercitar su caridad. Nadie se cuidó ménos que él; pero Dios, que le reservaba para más largos trabajos, le preservó del contagio en medio de sus hermanos, que tuvieron la felicidad de morir mártires de la más eminente caridad. El P. Regis, al concluir sus estudios de teología, comenzó su segundo noviciado: esta es la última prueba á que los PP. Jesuitas someten á los religiosos ántes de lanzarlos en la carrera evangélica. Con nuevo ardor trabajaba Regis en santificarse en la soledad, cuando contra lo que esperaba, y todavía más aún, contra su deseo, recibió órden de su provincial de ir á Foncoubert para arreglar allí algunos asuntos de familia. Aprovechóse de aquel viaje para aumentar sus méritos ante Dios, visitando los enfermos y los pobres. Por la mañana enseñaba la doctrina á los niños, y el resto del dia lo pasaba en el confesonario. Siempre iba rodeado de una multitud de niños y de pobres, á los que prestaba los servicios más humillantes. Un dia que el santo misionero pasaba por la plaza pública cargado con un jergon que llevaba á un enfermo que no tenia donde acostarse, unos soldados que le vieron le insultaron y le persiguieron á silbidos. Sus hermanos y sus parientes recibieron aquella aventura como un insulto hecho á su nombre, y le reprendieron á Regis en los términos más duros y severos. Les respondió que se reputaba muy feliz de poder servir en sus necesidades á los pobres, y recibir con este motivo afrentas é insultos. El desprecio que sus parientes tenian hácia él se convirtió muy pronto en admiracion. Continuó sus trabajos apostólicos, solicitado por los infelices que padecian de mil maneras, y Dios derramó sobre ellos tantos beneficios, que se tuvo por milagro los frutos que producia. Las ventajas que obtuvo Regis en esta mision, los talentos y las gracias particulares que habia recibido en aquel santo empleo, hicieron que sus superiores le consagrasen única y exclusivamente á las misiones. En ellas empleó los diez últimos años de su

vida. Comenzó las misiones en el Langüedoc, las continuó en el Vivarés y las terminó en el Velay, cuya capital es Puy. Pasaba el verano en las ciudades, porque los habitantes del campo estan entonces ocupados en las labores de la agricultura, y el invierno predicaba en las aldeas. La ciudad de Mompeller fué el primer teatro del celo de Francisco de Regis. Allí abrió la mision el año de 1631, consagrándose sobre todo á la ilustracion de los niños. Los domingos y los demás dias festivos predicaba al pueblo en la iglesia del colegio de los Jesuitas. Sus discursos eran siempre sencillos y familiares; despues de la clara y precisa exposicion de una verdad cristiana, que tomaba por texto, sacaba de ella las consecuencias morales y prácticas. Hablaba con vehemencia tal, que muchas veces le faltaba la voz y las fuerzas, y los oyentes no podian ménos de derramar lágrimas. En todas las clases de la sociedad hizo admirables conversiones. El santo misionero no negaba su ministerio á nadie, pero tenia una especie de predileccion particular por los pobres, á quienes llamaba sus hijos, su tesoro, las delicias de su alma. Su confesonario estaba siempre cercado de gente. *Las gentes de categoría*, decia, *encuentran siempre confesores; los pobres, esa porcion desvalida del rebaño de Jesucristo, debe ser mi patrimonio.* No vivia sino por ellos. Por la mañana predicaba y oia las confesiones, y por la tarde hacia sus visitas á las cárceles y los hospitales. Olvidábase muchas veces de sus propias necesidades, y habiéndole hecho notar un dia que no habia comido nada, respondió con la mayor sencillez que no lo habia notado. Iba de puerta en puerta demandando limosna para los pobres. En Mompeller como en Foncoubert se consagró á los servicios más humillantes. Un dia atravesó las calles cargado de sacos de paja, que habia recogido de limosna, para hacer la cama de un enfermo falto de todo. Habiéndole hecho presente algunas personas que esto era ridículo, respondió que para él era doblemente ventajoso, cuanto que así podia consolar á su prójimo y humillar su persona. Al fin del invierno fué á Sommieres, capital del Lavonage, pequeña poblacion situada á cuatro leguas de Mompeller. Allí encontró una extremada ignorancia con todos los vicios y sus consecuencias, y emprendió la instruccion de sus habitantes. Muchas veces despues de haber predicado por la mañana en Sommieres, marchaba en ayunas, recorria varias aldeas á pie, á pesar del rigor de la estacion, instruyendo por todas partes y administrando el sacramento de la penitencia á cuantos se le presentaban. Por la noche volvia á la ciudad y continuaba sus tareas acostumbradas. Mil veces hubiera sucumbido á tantos trabajos y tanta austeridad, si Dios no le hubiera sostenido por un especialísimo milagro. Reduciase todo su alimento á pan y agua; algunas veces solia añadir un poco de leche y algunas frutas. Se privó del uso de la carne y pescado, de los huevos y del vino. Jamás abandonó el silicio, y por las noches

dormia sobre un duro banco. Los resultados que obtuvo en Sommieres fueron mirados como un milagro. En efecto, viéronse allí endurecidos pecadores, mujeres envilecidas y degradadas, empedernidos herejes, ceder á la fuerza de sus discursos. Desde la capital pasó á los otros pueblos del Lavonage; allí practicó los mismos ejercicios, los mismos trabajos, y obtuvo los mismos triunfos evangélicos. Viósele en estas aldeas con el santo crucifijo en la mano detener él solo en la puerta de la iglesia un tropel de soldados herejes, é impedirles el sacrílego designio que habian formado de profanar la casa del Señor; otra vez fué á pedir á los oficiales calvinistas la restitucion de los bienes que habian arrebatado á un pobre hombre, y el oficial superior, instruido del mal trato que Regis habia tenido que sufrir de parte de sus soldados, quedaba edificado del silencio que guardaba en lo que era concerniente á su persona, y le concedió su peticion. La mision de Regis en el Lavonage no es más que un boceto de la que emprendió y continuó durante tres años en la diócesi de Viviers. En 1633, Luis Francisco de la Baume de Suce, obispo de Viviers, hizo llamar á Regis á su diócesi, destrozada cincuenta años hacia por las turbaciones y facciones religiosas. Recibióle con grandes muestras de estimacion y veneracion, y quiso acompañarle en sus misiones. Regis triunfó en el Vivares como habia triunfado en Tolosa, en Sommieres y en Foncoubert. El conde de la Mota-Brionne, rico y virtuoso señor del país, profundamente conmovido del celo y de la caridad del santo misionero, le ayudó con su caudal en sus buenas obras, y él mismo se consagró todo entero, como Regis, al cuidado de los pobres de su provincia. Otro caballero, llamado de la Suguera, imitó el ejemplo del conde de la Mota. Los dos, por su posicion en la provincia, fueron extremadamente útiles á Regis. Verificó numerosas conversiones; pero una de las más admirables y asombrosas fué la de una dama de Uzés, furibunda calvinista, en cuya casa se reunian todos los herejes de la provincia. En esta época tuvo Regis que sufrir los efectos de la calumnia. Acusáronle ante el obispo de Viviers, que imprudentemente prestó fácil oido á los enemigos del santo misionero; hízole llamar á su presencia y le prohibió predicar. Regis no trató ni áun de justificarse. «Sin duda, Monseñor, que soy culpable y mis pocas luces deben haberme arrastrado á muchas faltas; pero Dios, que ve el fondo de mi corazon, sabe que no me mueve otro fin más que el de su gloria.» Respuesta tan humilde, tan sencilla y tan modesta llamó la atencion del obispo y le hizo sospechar de la calumnia. Descubrió la inocencia de Regis, le hizo públicamente justicia y le conservó en su diócesi hasta 1634, época en que Regis, por órden de su superior, abandonó el Vivarés para ir á Puig. A su llegada á esta ciudad, Regis supo que se organizaban misiones para llevar la luz del Evangelio al Canadá y entre las poblaciones indianas de la America del Nor-

te. Escribió al general de su Orden, el P. Mucio Viteleschi, para pedirle formar parte de ellas. Concedida le fué su peticion; empero las instancias del conde de la Mota con el provincial de Tolosa, hicieron retardar un año el viaje de Regis. Volvió á presentarse en el Vivarés, en Cheilar, ocupándose de la conversion de los calvinistas y de la instruccion de los aldeanos, cuya ignorancia era extremada. Nada le detenia, ni la mala voluntad de los habitantes, ni lo áspero y dificultoso de los caminos, ni los peligros de las montañas. Un dia se vió detenido por las nieves y los aludes cuando volvia de Cheilar y tuvo que permanecer tres semanas en una miserable cabaña durmiendo sobre el duro suelo y sin comer más que pan negro y beber agua. Otro dia, que salia de la iglesia extremadamente fatigado, encontró un tropel de gente que venia desde muy léjos. Padre mio, le dijo uno de ellos, no nos negueis el consuelo de oiros, ya que desde ayer hemos caminado doce leguas por horribles caminos para tener esta dicha. Enternecido hasta derramar lágrimas el santo misionero y sostenido por su celo, volvió á entrar en la iglesia con ellos; les hizo una piadosa exhortacion, les oyó en confesion y dió á cada uno los más saludables consejos, despidiéndoles despues resueltos á vivir como verdaderos cristianos. El conde de la Mota escribia á Santiago Dufay, conde de la Torre-Mauburgo, con motivo de las misiones que el P. Regis acababa de hacer en sus tierras, lo siguiente: «Los pueblos le miran como un santo y reciben como oráculo sus instrucciones. Así ha hecho aquí cuanto ha querido. Los resultados ventajosos que ha conseguido exceden á cuanto pudiera deciros. No solo ha convertido muchísimos herejes y un gran número de pecadores, sino que ha arreglado la vida de gran número de eclesiásticos, cuyas costumbres no correspondian á la santidad de su profesion, y así ha dirigido muchos religiosos á la perfeccion de su estado. Toda la nobleza del país ha depositado en él su confianza, y ha habido una reforma general en las costumbres; en una palabra, considero esta mision como uno de los beneficios más señalados que he recibido de la mano de Dios.» Este mismo conde de la Mota fundó perpétuamente una mision en Cheilar y dió á los Jesuitas un capital de diez y seis mil libras para su conservacion y casa para su alojamiento. De Cheilar se dirigió Regis á Privas, de donde fué llamado á su diócesi por Cárlos Santiago Gilas y Leberon, obispo de Valencia, para ejercer su ministerio en Sta. Agriva, pequeña aldea situada en medio de las montañas. Allí dió un heroico ejemplo de humildad cristiana. Sabe que jóvenes exaltados por el vino se reunian en una taberna á tener conversaciones impías y á entregarse á vergonzosos excesos; corre y trata de contener el escándalo; empero no son escuchadas sus palabras, y uno de ellos hasta llega á olvidarse del respeto que le era debido á punto de darle un bofeton. El P. Regis, sin cólera ni emocion, le presenta

la otra mejilla diciendo: «Gracias, hermano, pero si me conocieseis juzgariais que merezco más.» Semejante paciencia despues de tan sangriento ultraje conmueve vivamente á todos los concurrentes; los mismos cómplices de aquel desacordado jóven, indignados de su accion, pidieron perdon al Santo y se retiraron llenos de admiracion y de vergüenza por sus excesos. De Santa Agriva pasó á S. Andres de Fangas, y de allí á Marles, donde dos pedazos de su capa que habia recogido una buena mujer curaron milagrosamente con su simple aplicacion á dos niños enfermos, de calentura el uno, de hidropesía el otro. A fines de Abril de 1636, el P. Regis volvió á Puy, donde encontró una carta de su general que le negaba el permiso que habia solicitado de asociarse á la mision del Canadá. Durante los cuatro últimos años de su vida se empleó en la santificacion de Velay. Por el invierno hizo mision en el campo, y en el verano predicaba en la ciudad de Puy. Un predicador ilustre, admirado de que simples discursos produjesen tan grandes resultados y atrajesen una multitud tan considerable, quiso oir al P. Regis. Asistió con el provincial á uno de sus sermones, y los dos al salir derramaban lágrimas. Ah! dijo el provincial, ójalá hiciese Dios que todo el mundo predicase con esta divina uncion. Dejemos á este santo hombre con esa sencillez apostólica; el dedo de Dios se muestra en él.» En Puy como en Mompeller fundó una casa de señoras caritativas para llevar socorros á los pobres y visitar á los encarcelados. Trató de establecer un asilo para las mujeres de mala conducta que retiraba del vicio; empero faltándole medios, no pudo realizar su proyecto. Los milagros que Regis hizo en Puy son demasiado numerosos para que podamos citarlos en este artículo; encuéntranse referidos en su vida escrita por el P. Daubenton, y en la que ha publicado el P. Neuville. Citaremos, sin embargo, dos. Una jóven mantenia con su trabajo á su padre y á su madre, ancianos los dos y enfermos; pero la enfermedad vino á impedir su trabajo, y la miseria entró con ella en aquella pobre casa. Conmovido Regis de tan profundo infortunio, va á ver á la enferma, se pone en oracion al lado de su cama, hace la señal de la cruz y manda á la jóven que se levante. Esta lo ejecutó: estaba curada. La vida del P. Regis se vió muchas veces expuesta, y se debió su conservacion á una advertencia espiritual. Tres jóvenes libertinos, furiosos de ver que los consejos de Regis hacian volver al buen camino á las mujeres de cuyos desórdenes participaban, resolvieron asesinarle. Al acercarse la noche fueron á llamarle al colegio. «Sé lo que es, respondió el Santo al portero, que vino á avisarle; abre las puertas de la iglesia.» Algunos instantes despues se presentó delante de ellos: «Sé que me quereis quitar la vida, les dijo acercándose á ellos, no temo la muerte, ántes bien la llamo con los más vivos deseos; pero lo que me conmueve profundamente es el estado de condenacion en que os encontrais y del que tan

poco os cuidais.» Quedaron desconcertados y vergonzosos. Regis los abrazó con la ternura de un padre, y los exhortó á reconciliarse con Dios. Los tres hicieron confesion de su crímen, anegados en lágrimas, y despues llevaron una vida edificante. Durante estos últimos inviernos, Regis recorrió las aldeas y pueblos del Puy, de Viena y de Viviers. En Fay se alojó en casa de Hugo Sourdon, doctor en derecho, y debió á su santa intercesion la curacion de su hijo, ciego hacia más de seis meses. En el de Noviembre del año de 1637, á instancias de Santiago Andrés, cura de Marles, emprendió una nueva mision en aquella parroquia. Horribles eran los caminos en aquellas montañas; tan pronto tenian que trepar á las escurridizas rocas, tan pronto bajar á valles cubiertos de nieve, costeando precipicios, sin más apoyo que las asperezas de la piedra y los matorrales del camino. Tratando de subir una de aquellas montañas, se desprendió una piedra bajo sus pies y no pudo agarrarse á las ramas de los árboles, rodando al fondo de un barranco donde se rompió una pierna. Levantóse sin exhalar un solo gemido, sin dar un grito, y sostenido por su palo y ayudado por su guia, caminó aún dos leguas. Llegado á Marles se fué derecho á la iglesia, donde le aguardaba el pueblo; predicó, oyó las confesiones, y se negó al cura que, advertido del accidente que le habia sucedido en el viaje, queria que dejase la iglesia. Quedó en el confesonario hasta que se marcharon todas las gentes del templo. Entónces pensó en su pierna rota, y consintió en que se la viese un cirujano; pero con gran asombro de todos la encontraron perfectamente curada. Las misiones del P. Regis en S. Bonnet, en Montregar, en Macon, en Chambon y en Monisteroles, produjeron maravillosos resultados. Hallábase en Montfaucon en 1640, cuando la peste vino allí á ejercer sus estragos. Consagróse al servicio de los apestados con un celo y una abnegacion admirables; pero temiendo el cura de Montfaucon que fuese víctima del terrible contagio, le hizo salir de la poblacion, negándose á ello, creyendo que por envidia le querian privar del mérito de una muerte tan preciosa, y arrebatarle la corona cuando se hallaba á punto de recibirla. Volvió á continuar en Montfaucon al fin del otoño sus interrumpidas misiones. Despues de un mes de trabajos pasó á Recoulles, y desde allí á Verines. Preparábase á marchar á Leuvesa, cuando Dios le advirtió la proximidad de su muerte, y entónces se volvió á Puy para prepararse á ella en el retiro. El 22 de Diciembre salió de Puy para irse á Rouvesset, teniendo que sufrir muchas fatigas en el camino, perdiéndose en él á la entrada de la noche. Extenuado y cubierto de sudor, se vió obligado á retirarse á una casa arruinada abierta por todas partes y expuesta á la intemperie del viento frio de la noche. Tendióse en el suelo cubierto de nieve, y cuando se levantó, se hallaba atacado de una pleuresía y de una fiebre, que no le impidieron llegar á Roubest,

donde predicó tres veces el dia de Navidad, y otras tres el dia de S. Esteban; el resto del dia lo pasó en el confesonario, donde le acometieron dos desmayos. Habiendo juzgado incurable su mal los médicos, hizo una confesion general, recibió el santo viático, y pidió como una gracia el permanecer solo. Violentos eran los dolores, pero la vista de un crucifijo que tenia en la mano y continuamente besaba, los dulcificaba y templaba. Permaneció siempre su rostro tranquilo y sosegado, y no se oia salir de su boca sino dulces ruegos al cielo. Pidió ser trasladado á un establo, para morir en donde Jesus habia nacido; pero los médicos se opusieron á ello. Pasó el último dia de Diciembre con la mayor tranquilidad, con los ojos fijos en Jesus, su modelo y el objeto de todos sus pensamientos. Por la tarde dijo á su compañero: «¡Oh hermano mio, qué feliz, qué contento muero! Voy á Jesus y á María, que se dignan salir á recibirme para tenerme en la mansion de los santos.» Despues, juntando sus manos y levantando los ojos al cielo, pronunció estas palabras: «Señor mio Jesucristo, mi Salvador, os encomiendo mi alma, y la entrego en vuestras manos.» Murió al acabar de decir estas palabras el último dia del año de 1640, á la edad de cuarenta y cuatro años. Fué enterrado en Loubest el 3 de Enero de 1641; veintidos curas y un concurso inmenso de pueblo asistieron á sus funerales. Numerosos fueron los milagros que hizo el Señor sobre su sepulcro, y al principio del siglo siguiente veintidos prelados, arzobispos y obispos del Langüedoc escribian á Clemente XI: «Somos testigos de que delante del sepulcro del Padre Juan Francisco Regis ven los ciegos, andan los cojos, oyen los sordos, hablan los mudos, y la fama de estas asombrosas maravillas se ha esparcido á todas las naciones.» El P. Regis fué beatificado en 1716 por el pontífice citado Clemente XI, y canonizado en 1737 por Clemente XII, á instancias y peticion de Luis XV, rey de Francia; de Felipe V, rey de España; y del clero francés, reunido en París en 1735. Se señaló para su festividad el dia 16 de Junio. El cuerpo de este santo religioso fué desenterrado en 1716 por el arzobispo de Viena, encerrándole en una urna de plata, y colocándole sobre un altar en la iglesia de Loubest. En la época de la revolucion, cuatro hijos de Mr. Buisson penetraron en la iglesia con la autorizacion del cura, y ocultáron las santas reliquias para preservarlas al furor de los profanadores, haciendo pedazos la urna. En 1802 volvieron las reliquias de Regis á exponerse á la pública veneracion de los fieles. Monseñor Chabot, obispo de Mende, las hizo llevar procesionalmente á la iglesia, en donde fueron expuestas en medio del coro, y colocadas despues en el sitio que ántes ocuparon. Desde entónces la peregrinacion á Loubest ha sido frecuentada por un gran número de fieles, que acuden allí á pedir la proteccion y el consuelo del grande apóstol de Velay. — C. de F.

REGIS (F. G.), eclesiástico católico, al parecer aleman, que murió en Leipzig en 1830, y del que solo se sabe fué un predicador muy distinguido que ha dejado gran número de sermones impresos.—C.

REGIS (Fr. Pedro), religioso dominico, era francés segun Echard, quien le cita sin mencionar sus obras.—S. B.

REGIS (Abad Pedro). Nació en Roburento, provincia de Mondovi, y allí recibió su primera educacion poco despues de la mitad del siglo pasado, época en que tendria doce años. Desde luego mostró bastante ingenio y aplicacion, y sus maestros suma complacencia en tenerle por discípulo, habiendo hecho en el seminario de su diócesis todos los estudios de humanidades con un aprovechamiento como no estaban acostumbrados á ver ni discípulos ni maestros. Desde muy jóven llevaba hábito talar, y á todos decia que su decidida inclinacion era por el estado eclesiástico, así es que puede decirse con verdad que su vocacion era innata y como coexistente con el desarrollo de su razon. Concluida su educacion de filosofía y demás necesario ántes de entrar en la sagrada facultad de teología, se le abrieron las puertas de esta en su mismo seminario conciliar, habiendo hecho sus estudios con tal provecho, que su prelado creyó debia mandarle á Turin para que se graduára, y el lauro estimable de los títulos académicos fuese la recompensa que se diese á su constante aplicacion. Aun cuando á su presentacion le confirieron la honrosa distincion del doctorado, no pudo pertenecer al cuerpo profesional hasta que hubo ocasion para ello, segun costumbre de aquella escuela. No se tardó mucho en que hubiese vacante, y entónces fué cuando se le concedió todo el goce, por decirlo así, de las consideraciones y prerogativas de los maestros, entre las cuales era una de las más estimadas el derecho de enseñar en cátedra. No se crea que este derecho de enseñar lo daba ya á poseer las cátedras en propiedad, nada de eso; era preciso otra nueva oposicion entre los mismos sustitutos, y Regis la hizo con tal brillantez, que sus mismos contrincantes dijeron que para él y no para otro debia de ser la cátedra propietaria que se disputaba. Era muy á propósito para su carácter y estudios, porque él era hombre investigador, y aficionado á las noticias bíblicas y á interpretar en su verdadero sentido la Escritura santa, no con ese fatal criterio de error, sino con el nobilísimo anhelo de esclarecer la verdad más y más, hasta el extremo de dejarla en su verdadero punto de vista; habia hecho grandes estudios en las lenguas orientales, y por consiguiente esto le servia mucho para explicar con grandísimo acierto la hermenéutica, que era la asignatura que se habia confiado á su atentísimo cuidado. Nada diremos de los adelantos que bajo su direccion lograban los discípulos de aquella tan justamente celebrada universidad, porque esto se comprende muy bien sin más que conocer su celo y su interés por el bien

de cuantos estaban á su cuidado, que necesariamente habia de llevarle á procurar, por cuantos medios estuviesen á su alcance, el que todos y cada uno hicieran lo que estuviese de su parte para el rápido y al mismo tiempo sólido progreso de los que merecian que se les atendiese lo posible, porque caminaban con rectísimo fin. La revolucion que á fines del siglo pasado perturbó con su vértigo los intereses de tantos, lastimó tambien los de nuestro buen catedrático, pues cerrada la universidad en 1794, tuvo que verse privado de su cátedra miéntras duraron aquellos tan azarosos dias. En 1799 se volvió á abrir la universidad, pero separada de ella la sagrada facultad de teología, claro es que la cátedra de Regis habia cesado y mal podian confiarla á su cuidado. Hubiera muy bien podido ingresar en el seminario, mas no lo hizo, sin que se nos alcance el motivo, pero es lo cierto que la universidad, ansiosa como debia de estarlo de aprovechar los buenos servicios de este hombre tan eminente, el primer año que volvió á abrirse le encargó de la cátedra de filosofía, y al siguiente pareciéndole con razon que quedaba un poco rebajado su mérito confiándole esta enseñanza que podemos decir elemental, le confió al año siguiente la asignatura de derecho natural y de gentes. Claro es que Regis los desempeñaba con acierto, y que ni sus discípulos ni el claustro tenian nada que desear con tan eminente catedrático, pero él mismo encontraba un vacío que ninguna cosa se le llenaba; él conocia que no estaba en su elemento, que ni la asignatura ni áun la índole de los discípulos era como él deseaba, y por lo tanto muy disgustado en la cátedra, deseaba ocasion de dejarla de una manera decorosa y digna. A no haber mediado los tan repetidos ruegos de sus amigos, que á todo trance querian que siguiese al frente de la enseñanza, hubiese sido su retirada muy pronta, habria tal vez dejado la cátedra desde el momento mismo en que se le agregó á la facultad de leyes; pero la constancia de estos en obligarle á que enseñára, fué lo que le sostuvo hasta el año de 1805 en que durante las vacaciones, y habiendo tenido la táctica para él provechosa de no decir nada á nadie, pidió su jubilacion y la logró. Retiróse, pues, de la vida pública, y así retirado pasó hasta el año 1820, en que el 21 de Noviembre Dios le llamó para sí, dejando muy gratos recuerdos á cuantos tuvieron el gusto de conocerle. Sus obras principales fueron tres, muy oportunas en su aparicion, y muy bien escritas, por lo cual gozó de mucho crédito en la república literaria. Tituló á la primera, que publicó en Turin, en 1799, *Moses legislator, seu de mosaïcarum legum præstantia*, y en esta obra consignó una defensa de los libros sagrados contra los ataques de Bolingbroke, Boulanger, Freret y demás sectarios; obra que tuvo y tiene mucha aceptacion entre los inteligentes, porque está escrita segun las exigencias de la época, es decir, no dando á la autoridad personal, digámoslo así, otro valor que

el que tienen las razones en que se apoya. El segundo trabajo que publicó fué el titulado: *De Judæo civ., lib. III*, que vió la luz en 1795; y por último, el que publicó en 1794 titulado: *De re teologica ad subalpinos.* Todos le han dado la justa celebridad que ya su destreza en la cátedra le habia conquistado; pero con esta diferencia, la celebridad de la cátedra fué solo para Turin, la celebridad de sus obras es no solo europea sino universal, porque universal es el concepto que merece un hombre tan apreciable como por todos títulos lo fué nuestro esclarecido Pedro de Regis, catedrático, escritor y sacerdote.—G. R.

REGIS (Pedro Silvano). Este filósofo cartesiano nació en 1632 en el condado de Agenais, en Salvetat de Blanquefort. Hijo segundo de una numerosa familia, fué destinado, segun la costumbre de aquellos tiempos, al estado eclesiástico, y despues de haber acabado sus estudios con aplauso en el colegio de Cahors, estudió la teología en la universidad de esta ciudad, y fué tan aprovechado que sus maestros quisieron conferirle el grado de doctor; pero no creyéndose él digno todavía de esta investidura, fué á París á estudiar en la Sorbona. Habiendo oido á Roault, se aficionó á la filosofía de Descartes, de cuya doctrina no tardó en hacerse un celoso partidario. Dejó á París, segun Fontenelle, con una especie de mision de su maestro, y volvió á Tolosa en 1665 para propagar los principios de la nueva filosofía, y fué tan bien recibido, que el magistrado de Tolosa le señaló una pension para que fijase su residencia en esta ciudad, cosa casi increible, añade Fontenelle, en nuestras costumbres, que parece pertenecer á la antigua Grecia. A pesar de esto, ligado Regis al propio tiempo por amistad con el marqués de Vardes, desterrado en Langüedoc, obtuvo, no sin oposicion, el permiso de seguirle á su gobierno de Aguas Muertas, y despues á Mompeller, en donde obtuvo el mismo buen éxito que en Tolosa. Volviendo á París en 1680, empezó sus conferencias en casa de Lemery, pero áun cuando era espacioso su alojamiento, no era lo suficiente para contener el gran número de personas que, arrastradas por la novedad, acudian á sus lecciones. Llegando á un extraordinario grado de publicidad la doctrina de Regis, de la que no pocos abusaban, se cerró la escuela de Regis de órden del arzobispo de París, Mr. Harlay, que era partidario de la antigua filosofía. Quiso Regis aprovecharse de esta vacacion para hacer imprimir sus lecciones, pero gastó más de diez años en vencer los obstáculos que se opusieron á este deseo. Las continuas polémicas que tuvo que sostener con los adversarios del cartesianismo, y las disensiones con Malebranche, en las que no tuvo Regis la fortuna de saber sostener la verdad que tanto amaba, le ocuparon mucho tiempo y gastaron su salud, hasta el punto de que sus enfermedades no le permitieron dedicarse á trabajo alguno. Nombrado miembro de la

Academia de Ciencias, cuando esta se renovó, no pudo asistir á sus sesiones, y murió el 11 de Enero de 1707 en casa del duque de Rohan, yerno del marqués de Vardes, el más consecuente de sus protectores. Además de sus *Respuestas á las objeciones de Huet y de Duhamel contra el Cartesianismo*, impresas en París por los años 1691 y 1692, en dos volúmenes en 12.°; y de las *Cartas á Malebranche* sobre el tamaño aparente del sol y la luna en el horizonte, sobre la manera como vemos los objetos, y sobre los placeres de los sentidos, cuestiones publicadas en el *Diario de los sabios*, y reunidas en 4.°, en 1694, se conservan de Regis las siguientes obras: *Système de philosophie*, que contiene la lógica, la metafísica, la física y la moral; París, 1690, tres volúmenes en 4.°; esta obra se imprimió al año siguiente en Amsterdam, con un *Discurso* del P. Coste sobre la antigua y moderna filosofía.—*Usage de la raison et de la foi, ou l'accord de la foi et de la raison*; París, 1704, en 4.°; esta obra fué sacada en mucha parte de los manuscritos de Desgabets.—*Discursus philosophicus in quo historia philosophiæ antiquæ et recentioris recensetur*; Paris, 1705, en 12.°: este libro fué desconocido á Niceron á pesar de existir en la Biblioteca Real de Francia. Unió el autor á esta obra un *Tratado sobre el amor de Dios*, materia que acababa de tratarse por inteligencias muy superiores, y la *Refutacion del sistema de Espinosa*. Los escritos de Regis cayeron con el cartesianismo. El que desee más noticias sobre este filósofo puede consultar el elogio que le dedicó Niceron en el tomo VI de sus *Memorias*.—C.

REGIUS (P. Cárlos). Fué siciliano, hijo de padres distinguidos, que trataron de educarle con esmero, á cuyos desvelos él cooperó, porque además del claro ingenio de que Dios le dotára, que esto dicho se está que lo debió á su misericordiosa prodigalidad, tuvo muchas otras dotes que le hicieron altamente recomendable, entre ellas muy buen criterio para discurrir en los más árduos asuntos y una aspiracion constante á buscar lo mejor, temeroso siempre de que la humana fragilidad neutralizára en él sus buenos deseos, por cuyo motivo anhelaba con las mayores ánsias un medio de que en ninguna de sus obras tuviese él otra responsabilidad que la de ejecucion, porque lo que es en ese punto estaba muy seguro de que sabria y podria hacer cuanto le mandáran, porque era extremadamente dócil y sumiso á cuantos por cualquier motivo le merecian obediencia ó respeto. Con el beneplácito de sus padres, y para obviar este inconveniente que para él tenia el haber de obrar por sí, ingresó en la Compañía de Jesus, donde como es sabido estan sujetas á obediencia hasta las más pequeñas é insignificantes acciones, y como era consiguiente, se dió por muy contento en lograr con la satisfaccion de sus deseos el medio que á él le parecia más adecuado para llegar á la perfeccion y á la justificacion á que se veia llamado. Es inútil

insistir sobre su docilidad y obediencia, manifestando que en el noviciado era para él la más ligera indicacion, no ya del maestro á quien todos deben y prestan el justo respeto que se merece quien ha de enseñarles la virtud, sino de cualquiera otro, la norma por la cual arreglaba su conducta en el negocio de que se trataba; así como tampoco es del caso manifestar aquí que bajo esta obediencia continuó toda su vida, porque los sucesos de ella lo han de decir á voz en grito, pues ocasion llegará en que le veamos aceptar algun cargo de los que él temia grandemente, ó hacer cosa en que se violentaba muy mucho; pero habia de por medio un mandato, y para Regius la ley suprema era la de la obediencia, en la cual comprendia muy bien de una parte la importancia de la obediencia, y por otra que de su estrecha obligacion ninguno profeso se escapa. Como hacia todas las cosas bajo de este móvil tan conveniente á un hijo del gran Loyola, claro es que todo le salia muy bien, porque renunciada su propia voluntad en todo, claro es que la de sus superiores tenia que ser siempre la de Dios. Estudió con gran provecho cuanto á la Compañía le pareció conveniente, y luego que hubo ascendido al sagrado órden del presbiterado, fué destinado á predicar la divina palabra, en cuyo ministerio se portó excelentemente como él acostumbraba á hacer todas las cosas. Es verdad que su buena voz, su fácil y correcta diccion y cierto despejo natural, ayudaba mucho á las dotes adquiridas de ciencia y demás con que se hizo un excelente orador, cuyo ministerio desempeñó hasta los últimos años de su vida, siendo en más de una ocasion admirado, especialmente en sus últimos años, porque veíase en él una aficion suma en ese difícil trabajo, y que como si fuera un jóven trabajaba y se afanaba no para alcanzar lauros, que éstos nunca los quiso, ántes los despreció altamente, sino para cumplir bien con su deber y ejercer su ministerio con toda conciencia, que era á lo que dirigia sus muy nobles aspiraciones. Por mucho tiempo estuvo dedicado al púlpito única y exclusivamente, mas despues, ya para que lograse algun descanso, ya para que demostrára su capacidad para otros cargos, desempeñándolos con acierto, le relevaron de la predicacion tan continua, dejándole solo para ocasiones dadas, sin quitarle nunca de esa palestra donde los triunfos que alcanzó fueron tan legítimos como esmerado el cuidado con que trataba de lograrlos. El primer cargo que desempeñó fué el de director del colegio de Palermo, y en esto se portó como en todo, con mucho acierto, porque obraba con mucha prudencia. Lo primero que hizo fué estudiar el carácter de todos los que estaban á su cuidado, y sin que digamos que á cada uno le mimaba, porque en asegurar esto faltariamos á la verdad, pues él sostuvo siempre la debida rigidez para poder tener la necesaria independencia; podremos con verdad asegurar que disponia las cosas de suerte, que marcaba á cada sugeto su

lugar, estimando perfectísimamente con sus inclinaciones, para llevarle no conforme á su gusto, pero sí segun su capacidad, al intento que de él se hubiera propuesto. Por supuesto, teniendo siempre en la mano la regla de su instituto, porque era puntualísimo en su observancia y cumplimiento; y por lo tanto muy celoso de que todos hicieran otro tanto, pues aseguraba, y con razon, que así como de su observancia exacta se podia y debia esperar todo bien, y más que nada el órden y concierto tan necesarios para la vida comun, donde todos dependen de cada uno, y cada uno depende de todos. Así es que como el P. Director partia de estos principios y obraba de esta manera, haciendo obrar á todos segun él lo aprendia, que era á la verdad la sola manera de comprender á lo que obligan los deberes, y lo que garantiza los derechos; el colegio de Palermo se puso en grande auge, porque no cabe duda, el órden es el todo para la vida comun, que podremos decir social, como es el todo para la vida individual. No se crea que al exigir Regius tal rectitud en los súbditos, usaba con ellos de medios indebidos, ni de un excesivo rigor que les hiciera odiosa la observancia de las santas reglas y sabias constituciones; nada de eso, todo lo lograba con la mayor dulzura, porque tenia ese atractivo para todos que cautiva sin que á las veces pueda explicarse ni el superior ni el súbdito el porqué de esa íntima relacion en que uno y otro se ponen, de tal suerte que uno y otro vienen á ser necesidades relativas, sin cuya coexistencia les parece que no tienen elementos de vida; entiéndase en el órden á que puede referirse la vida de sumision de parte del súbdito, la vida de gobierno de parte del superior. Este estado tan halagüeño en que se puso el colegio de Palermo excitó á los Padres superiores á fijar su atencion en el P. Cárlos Regius, para que arreglase como lo habia hecho con este importante colegio el no ménos importante de Mesina, que necesitaba alguna reforma más bien por indolencia que no por ningun otro defecto de los que en él habia, que eran todos sugetos de importancia, y que por lo mismo les parecia hasta cierto punto que se hacian ménos descendiendo á particularidades y pequeñeces, de las cuales depende muchas veces el éxito de los negocios, como en lo material una cosa insignificante al parecer interesa la vida de un gran edificio ó el sosten de una de esas obras de arte admiradas de cuantos las contemplan. Nuestro P. Regius fué allá para arreglar, y poniendo desde luego á la vista de todos las leyes y constituciones, y trayendo en la memoria los acuerdos de los superiores y áun de los capítulos, acerca de aquellas cosas que necesitaban reforma, él no hizo absolutamente más que indicar que queria se cumpliese aquello al pie de la letra, y autorizar á todos para que le manifestáran los defectos que en él mismo encontrasen, y esto bastó para que sin más aquella casa entrase en órden, y como que las faltas eran de re-

gimen interior, y puede decirse que descuidos más que otra cosa, ni siquiera se apercibieron los de fuera de que habia habido reforma, y sin embargo la reforma se habia hecho y la casa estaba, digámoslo así, desconocida. Admirable es el don de gobierno con que Dios nuestro Señor dotó á su siervo, y que él puso en práctica para mayor gloria del Señor y mayor bien de sus hermanos, pues todos despues que hacia las debidas reformas, todos, todos le agradecian sobre manera el que habiéndoles hecho fijar la atencion en sí mismos, sobre cuya perfeccion iban algo descuidados, tenian el consuelo de poner el más atento cuidado para hacerse mejores, y por consiguiente ganaban ellos tambien al paso que ganaba y no poco el instituto. Apénas hizo este arreglo de la casa de Mesina, fué llamado por los superiores á Roma, donde desempeñaba comisiones muy importantes, sin dejar por esto, como no habia dejado tampoco durante sus rectorías, de dirigir su voz al pueblo que le oia no solo con mucho gusto y atencion, sino con gran provecho, pues hasta su físico, tanto en lo hermoso y claro de la voz cuanto en lo modesto y gallardo de su presencia, parecia prestar asentimiento á la verdad que predicaba y recomendar la doctrina. El orador, á quien por otra parte recomendaba mucho su conducta, que era ejemplar, verdaderamente de un jesuita, pues sobre una inocencia angelical y una rectitud de intencion jamás dudosa, tenia en su favor profunda humildad, obediencia ciega, ardiente celo por la gloria de Dios, oracion constante, presencia de Dios contínua, mortificacion toda cuanta le permitian, trato muy afable, caridad para con todos, paciencia en las adversidades y suma igualdad en su modo de obrar, teniendo verdadero odio á toda falta, defecto ó imperfeccion, y suma tolerancia con los imperfectos, defectuosos y malos. Conociendo en él todas estas prendas, y alentados los superiores por el feliz suceso que se habia alcanzado cuando fué rector de los colegios de Mesina y Palermo, creyeron conveniente encomendarle el importante cargo de provincial en la de Nápoles. Si se hubiera consultado su voluntad, de cierto que no habria sido la de aceptar este cargo, ni ningun otro que le colocára sobre los demás; pero como habia de obedecer, lo tomó, y lo tomó sin replicar, confiando en que Dios, por cuyo servicio le aceptaba, le ayudaria á llevarle, como así fué efectivamente, pues no parecian sino de Dios las obras que hizo en todo el tiempo que fué provincial de esta provincia. El no descansaba un momento, recorriendo todos los colegios puestos á su cuidado, previniendo todas las necesidades que pudieran ocurrir, remediando en cuanto estaba de su parte las desgracias ó adversidades inevitables, vigilando con el mayor cuidado por que todo estuviese como era debido. Estudiaba el carácter de cada uno de los alumnos de las casas de su cargo para conciliar con los intereses de la Compañía los del individuo, y ponerle en aquel puesto, lugar ó destino para el que le

veia más á propósito. Nunca exigió ni áun disfrutó las exenciones y prerogativas que puede gozar el provincial, en todas partes donde estaba era como el último jesuita, y le causaba verdadero disgusto cualquier preferencia que le hacian, poniendo todo su esmero en evitarlas como contrarias al instituto, como poco conformes al espíritu que debe animar á un religioso, que por ser superior no está en verdad fuera de las condiciones generales de todos los demás. Acabó felizmente su trienio en Nápoles, es decir, en su provincia, y con motivo de las elecciones generales que por aquella época se hacian, le encomendaron la provincia de Roma, á cuyo gobierno hubo de dedicarse con no ménos asiduidad y con no ménos fortuna para ella que lo habia hecho en la de Nápoles. La misma conducta por su parte dió, como no podia ménos, los mismos resultados; y parece lo probable que le hubiesen mandado á otras partes, concluido su trienio de Roma, si el Señor no hubiera determinado llamarle para sí casi al concluir su importante mision. En efecto, hallándose de regreso en Roma, despues de haber hecho la visita que acostumbraba á los colegios; en el mes de Setiembre del año 1612, se comenzó á sentir algo malo, sin poder determinar la enfermedad y sin que ella le causase tampoco grave extorsion, solo si que se desmejoraba por momentos. En primeros de Octubre se quedó en cama, y el dia 8 del mismo mes, despues de recibir los santos sacramentos, entregó á Dios su espíritu en medio del profundo sentimiento que necesariamente habia de producir la muerte de un hombre de sus circunstancias. Además de los méritos que habia contraido en el desempeño de los importantes cargos que tuvo á su cuidado, mereció reputacion y celebridad por la obra que escribió bajo el título de *Orator christianus*, y que en sus diez libros contiene cuanto es necesario saber para desempeñar bien el oficio de predicador. Esto y las demás circunstancias de su vida harán inolvidable al P. Cárlos Regius, de la Compañía de Jesus. G. R.

REGIUS (P. Vicente), de la Compañía de Jesus. Fué siciliano y natural de Palermo. Entró en la Compañía el año 1557, donde hizo sus estudios con grande aprovechamiento, distinguiéndose no ménos por sus virtudes y demás cualidades que deben distinguir á un perfecto religioso. Así es que desde luego fué destinado á ejercer cargos en su Orden hasta para conceder á sus individuos puestos honoríficos y sobre todo de confianza, pórque de ese acierto dependen sus adelantos ó su futura suerte y progresos. El P. Regio supo desde luego corresponder á la confianza de sus superiores, y desde el primer instante manifestar qué habian formado de él una opinion inferior quizá á su mérito y buenas cualidades, y así pasó la mayor parte de su vida ejerciendo destinos en su instituto. En un principio gobernó los colegios de Montereal, Mesina y Palermo, haciéndose amar y respetar de sus

compañeros, que veian en él un superior que era su padre y su modelo, y estaba llamado á ser durante su vida el espejo de su instituto, el que debia prestarle mayores servicios y contribuir más á su engrandecimiento. Docto sin afectacion, habia sido ya catedrático en Mesina y lo fué en Viena, distinguiéndose en ambas ciudades por sus profundos conocimientos, doctrina y erudicion, sacando discípulos muy aventajados no solo en su religion, sino tambien en otras y áun entre el clero y particulares. Tambien dirigió á los profesores del colegio de Palermo, imprimiendo su influencia en los estudios y dando á la Compañía un gran número de jóvenes tan virtuosos como ilustrados, que llegaron á ser la causa de su gloria y esplendor. Por este motivo dirigió repetidas veces los estudios de Palermo, su patria, donde gozaba de gran popularidad y consideracion no solo entre los PP. de la Compañía sino tambien entre el público, que le apreciaba y amaba por los grandes servicios que le prestó en diferentes ocasiones, llegando á ser su antorcha y guia en las mayores dificultades, que por algunas atravesó en aquella ocasion la capital de Sicilia, y de todas sabia el P. Regius sacarla airosa, con no poca gloria suya y de sus compatriotas. Pero no brilló ménos por su santidad que por su doctrina, pues en realidad esta no es nada sin aquella, y el hombre más notable por sus conocimientos literarios, si no acompaña estos de otras cualidades, queda confundido con el vulgo de los hombres, pues sola la virtud puede distinguirle de los que no la practican por no conocerla, y el que por sus superiores luces debe conocerla mucho mejor, está obligado con tanto más motivo á practicarla. Comprendiendo esto muy bien el P. Regius, procuró armonizar ambas cualidades aspirando á lo supremo de la perfeccion, que podia por otra parte obtener muy bien con solo sus dotes naturales, pues era grande la candidez de su ánimo, sincera su caridad para con todos, notable el desprecio que de sí mismo hacia en todas las cosas y ocasiones, y no ménos insigne por último el ejemplo que de todas las virtudes daba á los demás, conciliándose asi grande opinion de autoridad y santidad para con todos. Arreglaba en un todo su vida á las constituciones de la Compañía, convencido de que esta era su principal obligacion, pues se las habia impuesto como un voto y un deber, habiéndolas elegido voluntariamente al entrar en la Compañía, por lo que tenia una doble obligacion de cumplirlas. Era muy amante del silencio, y sus pocas palabras tan comedidas que podian muy bien ser citadas como modelos, asi es que jamás ofendió á nadie, ni faltó á lo que debia al decoro ajeno, guardando dentro de su pecho los juicios que formaba de los demás, valiéndose de ellos para sus particulares relaciones ó para el arreglo de su vida, cualidad que por sí sola es acreedora á grande estimacion y una verdadera prueba de prudencia en quien la posee. Esta virtud era quizá la que más le distinguia, y fué la norma

de la vida del P. Regius, que supo aprovecharse de ella en todas circunstancias, no solo miéntras como inferior vivió dependiente de la voluntad ajena, teniendo que sujetarse por completo á ella en virtud del voto de santa obediencia, sino tambien miéntras tuvo con otros motivos y ocasiones indudablemente mucho más difíciles en que emplearla para el gobierno de sus súbditos, no agravando faltas de suyo muy ligeras, ni confundiendo un carácter acaso profundo y pensador con otro frio é indiferente; siendo esta una de las cosas con que más cuidado deben tener los superiores de religiones, pues una equivocacion de este género tendria con frecuencia los más tristes resultados, haciendo quizá una víctima de un hombre de mérito, ó por el contrario colocando en un sitio preeminente á un hombre fútil é incapaz con grande peligro para el instituto y tal vez para la Compañía entera. Errores de este género hemos visto por desgracia y estamos presenciando todos los dias, siendo esta una de las causas por que la sociedad marcha desencadenada hacia un abismo del que no volverá á salir tan fácilmente, á ménos que la Providencia no tenga reservados estos destinos para mayor gloria suya. Pero el P. Regius no tenia por cierto la carencia de esta cualidad tan apreciable, ántes bien abundaba en ella como en otras muchas, en particular en una tierna piedad, que era como la corona de sus demás virtudes. Hallábase dotado tambien de un purísimo amor á la inmaculada Vírgen, siendo tan elocuente siempre que se trataba de este misterio que ardiendo en amor divino conmovia todos los ánimos de los que se acercaban á oirle hablar, y sabia comunicársele y hacerle sentir á los extraños corazones con la misma intension que el suyo le sentia. Tan modesto en su traje como en sus palabras, siendo este un no menor adorno de los muchos que decoraban su persona; así fué toda su vida un verdadero modelo de todas las virtudes, no sabiéndose en cuál se distinguia. Honráronle por este motivo sus superiores y tuviéronle ocupado en las más altas dignidades de la Compañía, aunque muchas reservadas y secretas, lo que le agradaba en extremo, porque esto era conforme á su carácter humilde y reservado. Al acercarse el último instante de su vida dió nuevas muestras de la piedad que siempre habia sido su objeto, y manifestó su innata devocion á la Vírgen Santísima, á cuya imágen estuvo dirigiendo todo el dia oraciones jaculatorias lo mismo que á la de nuestro Señor Jesucristo que se puso entre sus manos, y cuando ya no podia hablar, la daba ardorosos besos y regaba con abundantes lágrimas. Es tradicion en la Compañía de Jesus que en los últimos momentos de la vida del P. Regio se le apareció S. Ignacio de Loyola, su santo patriarca. Falleció en Palermo á 16 de Diciembre de 1614, á los setenta años de edad y treinta y seis de religion. Publicó: *Theses de Sanctissima Trinitate, Viennæ proposita disputationi;* Viena, por Leonardo Naninger, 1680,

en 4.°— *Evangelicarum dilucidationum*; lib. VIII, tom. III, Colonia, 1615. — *Enchiridion Evangelicorum*, opúsculo.—S. B.

REGLA (Fr. Juan), nació en la villa de Hecho, el año de 1500 de una familia solariaga, como dice el P. Marton en el *Santuario de Sta. Engracia, pág.* 530, *col.* 2. En la de catorce años fué á estudiar las humanidades y filosofía á Zaragoza, dice el P. Sigüenza, *Hist. Geronim.*, *pág.* 3, *fol.* 416; y estas facultades las estudió con poca comodidad, pues era pobre, como lo escribió él mismo en una *carta* que dirigió al cabildo de la Seo de Zaragoza, siendo confesor del César Cárlos V, suplicando su favor para que recayese su magisterio mayor en el célebre Pedro Juan Nuñez; teniendo en ella la bondad de persuadir al cabildo la obligacion en que estaba de mirar por el bien de la dicha santa Iglesia, pues habia sido su sirviente y habia recibido la limosna del pan con su sello. Trata asimismo de esta cortedad de medios el citado P. Marton, pág. 430. Su honestidad de vida y el aprovechamiento en las ciencias, eran tan notorias en este tiempo, que queriendo un caballero de dicha ciudad dar un ayo virtuoso é instruido á dos hijos suyos que habian de ir á estudiar á la universidad de Salamanca, lo eligió para este destino, que ejércio siete años, y en ellos repitió el estudio de la filosofía, y fué discípulo en la teología del sabio maestro dominicano Fray Francisco de Victoria. Se aplicó tambien á la jurisprudencia canónica, y puso notable cuidado en aprender las lenguas griega y hebrea, que poseyó con perfeccion, igualmente que la latina y diferentes idiomas vulgares de Europa; de modo que fué varon de raras prendas, santo y docto en filosofía, teología, cánones y otras ciencias. En la edad de treinta y seis años volvió á Zaragoza, y luego pensó poner en práctica los deseos que habia tiempo tenia de dejar el siglo. Pidió el hábito de monje gerónimo en el real monasterio de Sta. Engracia de aquella ciudad, fué admitido en él y profesó su instituto. Ordenado de sacerdote, fué en el confesonario y púlpito un religioso útil á la Iglesia, y de tanta fama de docto, que el emperador Cárlos V lo nombró por uno de los teólogos que fueron de Aragon al concilio general de Trento, segun el canónigo Blasco de Lanuza, en sus *Histor.*, *tomo II*, *pág.* 551, sobre que advierte el P. Sigüenza, *Hist. Geron. p.* 3, *fol.* 448, que estando de partida para el dicho concilio, vino al referido monasterio de Sta. Engracia D. Fr. Francisco de Benavides, obispo de Mondoñedo, de su mismo instituto, y se fué en su compañía, y con él volvió. Asistió en dicho concilio, segun D. Fr. Prudencio de Sandoval, *Vida del emperador Cárlos V*, *p. II*, *lib. XXXI*, *pág.* 550, desde el Setiembre de 1551 hasta 18 de Marzo de 1552, y lo mismo refieren las *Actas capitulares del citado monasterio*, *y memorias del P. Palayn. Trat. II*, *cap. XI*, donde dice que habiéndole el César señalado mil ducados cada año para sus viajes y

gastos, conservó íntegra esta pension; habiéndole dado todo lo que necesitó el obispo de Cuenca D. Bernardo Alvarado de Fresneda, su grande amigo, y de dicha cantidad hizo fabricar las mejores porta-paces del mencionado monasterio, un frontal de brocado de tres altos, correspondiente á un terno que le habia dado el rey D. Fernando el Católico, un terno entero de carmesí, con galones de plata, faldones de lama, y azalejas de telas diferentes, y muchos selectos libros que trajo de Venecia, de los cuales le hizo donacion de dos mil cuatrocientos treinta y cinco para la librería. Suspendido el concilio, regresó al referido su monasterio, donde fué electo prior en 1553, y reelegido en esta superioridad; en cuyo tiempo, el año de 1556 lo eligió el mismo Emperador por su confesor, y el general de su religion le obligó á aceptar este cargo. En Jarandilla lo recibió el dicho soberano con particulares muestras de benevolencia, y entró con el mismo en el monasterio de Yuste el 3 de Febrero de 1557, donde permaneció hasta el de 1558, en el que murió en sus manos. Habiendo quedado su testamentario, pasó á Madrid á informar al rey D. Felipe II de sus encargos. Este monarca le continuó el aprecio que habia merecido de su padre, y le obligó á admitir una pension de cuatrocientos ducados sobre el obispado de Calahorra, donde dejaba ciento para los pobres de su diócesis; remitiendo los demás al mencionado monasterio de Sta. Engracia para que mejor pudiera acudir á sus gastos. Desembarazado de su testamentaría, se retiró á él en 1566, y en 1567 fué prior de él por tercera vez. El 8 de Octubre de 1568 le encargó aquel monarca que recibiese en Zaragoza las reliquias de S. Justo y Pastor, de S. Orencio y Sta. Paciencia que le vendrian de la ciudad de Huesca, para que se las trajese al Escorial, como lo hizo con particular gusto de S. M., y no le tuvo menor cuando fue elegido prior de S. Gerónimo el Real de Madrid para poderle tener en la corte, y por su consejero y confesor en la falta del Sr. Fresneda, obispo de Cuenca; tiempo en el que le ofrecieron varias mitras y otras dignidades, que rehusó con gran resignacion y constancia. Siempre fué ejemplar su desinterés, y con él y la práctica de las virtudes falleció en el Escorial, á 16 de Agosto de 1574, de edad de setenta y cuatro años, habiendo escrito: 1.° *Muchas graves consultas* de asuntos importantes.—2.° *Notas marginales al Santo Concilio de Trento*, pues que puestas de su mano en el ejemplar de él, que fué de su uso, he visto en la librería del real monasterio de Sta. Engracia, donde se conserva *(d. d. número 20)*.—3.° *Un libro de sermones diferentes*, que quedó en dicho monasterio.—Y 4.° *Otros papeles recomendables* por su mérito con varias *cartas*, de las cuales publicó una el cronista Dormer en los *Prog. de la Hist.* desde la pág. 457, col. 1, dirigida al secretario Gerónimo Zurita con fecha del Escorial á 25 de Octubre de 1572, donde manifiesta bien su erudicion y amor

á las letras, y trato que conservaba con los hombres doctos. Refieren sus acciones, y las celebran D. Pedro Salazar de Mendoza, en el *Orígen de las dignidades de Castilla*, lib. IV, cap. III, pág. 161, col. III. D. Lorenzo Vanderhammer y Leon, en la *Historia de D. Juan de Austria*, lib. I, capítulo XIX. El Marqués del Risco, en su *Discep. de Jur. Matest*, pág. 64 y 65. El cardenal Cienfuegos, en la *Vida de S. Francisco de Borja*, lib. IV, capítulo XV, pár. 2.°, pág. 246, col. I. D. Sebastian de Leon, secretario del arzobispo D. Antonio Agustin, en las *Epístolas públicadas por Azagra*, pág. 108 110, edicion de 1775. El maestro carmelita Jimenez de Embun, en el *Estím. á la Devocion del Carmen*, tomo I, pág. 31 v., col. I y II. El cronista la Ripa. *Defens. hist. por la antig. del reino de Sobrar*, pág. 494, tít. últ. El cronista Panzano, en los *Anales de Aragon*. El P. Santos en la *Hist. Geron.*, P. IV, pág. 657. El mencionado monasterio de Sta. Engracia en las inscripciones de dos retratos suyos en las estaciones de su claustro mayor y de su librería. La villa de Hecho, su patria, en su retrato puesto en su iglesia parroquial, y otros muchos escritores entre quienes he tenido el particular gusto de poder colocar al maestro Regla como escritor de nuestro reino que aquellos omiten. —L. y O.

REGNAULD, obispo electo de Balhou, es conocido por una carta de Arnoldo, obispo de Lisieux, en que le defiende de las dificultades que se oponian á su eleccion, principalmente porque se decia haber nacido despues que habia recibido su padre las órdenes sagradas. Arnoldo dice á los cardenales y á los legados, jueces delegados en este asunto por la Santa Sede, que el mérito de Regnauld era bien conocido, que su eleccion se habia hecho por unanimidad, y que habia nacido ántes de que su padre tomase las órdenes sagradas, que no debian tardar en enviarle á su iglesia, que tenia grande necesidad de su presencia.—S. B.

REGNAULD DE CORBEIL, obispo de París, era arcediano de Reims cuando vacó el obispado de París por muerte de Gualtero, segundo de este nombre. Los canónigos no se convinieron en la eleccion de un nuevo prelado, no llegando á instalarse dos elegidos, que se llamaban Alberto y Lucas. Ignórase si Regnauld obtuvo los sufragios más regulares y más eficaces, ó si fué nombrado por el Papa; pero comenzó á desempeñar su cargo en el mes de Agosto de 1250. Administró el santo viático á la reina Blanca en 1252. De su episcopado data la fundacion de la Sorbona. Habia sostenido la causa de los doctores seglares contra los monjes mendicantes, y condenado el libro del *Evangelio eterno;* pero asustado poco despues del ánimo que habia manifestado, consultó al Papa, y se declaró contra Guillermo de Saint-Amour. Entre las actas bastante numerosas de su administracion eclesiástica se encuentra en 1263 un convenio con el conde de Nevers, en 1295 un entredicho

que puso á toda su diócesis con ocasion de algunos desórdenes populares. Pero no queda de él más que un solo escrito, de que debe hacerse aquí mencion. Es un reglamento que impuso á los canónigos de la iglesia de S. Exupero en Corbeil, y que ha copiado Gerardo Dubois. El prelado les recomienda celebren con más decencia el oficio divino, absteniéndose durante el ejercicio de estas funciones de hablar, jugar, reir y hacer señales de distraccion ó de disgusto. Regnauld murió el 6 de Junio de 1268, y fué enterrado en la abadía de S. Victor, donde se leia su epitafio. El necrologio de la iglesia de París enumera los donativos que hizo á la sacristía.—S. B.

REGNAULT (B.), canónigo de S. Aignan de Orleans y despues religioso de la órden de Sto. Domingo. Créese generalmente que nació en el Langüedoc, en la pequeña ciudad de San Gil; Quetif, sin embargo, ha manifestado dudas con motivo de esta opinion, adoptada por la mayor parte de los historiadores bajo el testimonio de Antonio de Sena, que le da en su crónica el sobrenombre de S. Gil *(de Sancto Ægidio)*, sin que pueda nada indicar la fuente de donde ha tomado esta noticia. Si no se sabe nada positivo sobre este punto poco importante por otra parte, es por lo ménos seguro que Regnauld nació en Francia, aunque Rovetta le pone en el número de los escritores que han ilustrado la Lombardía. Enseñó durante cinco años el derecho canónico en la universidad de París, de que era á la sazon uno de los más célebres doctores, y no abandonó la enseñanza hasta el año 1211 ó 1212, época en que fué nombrado dean de Saint-Aignan de Orleans, á peticion del cabildo de esta iglesia. Su profundo saber, lo mismo que la prudencia con que terminó muchas diferencias, que existian hacia mucho tiempo entre los deanes sus antecesores y el cabildo, le atrajeron la estimacion y la amistad de su obispo Manasés, con quien emprendió el viaje de Palestina. Partieron con este objeto para Roma hácia el año 1217. Movido allí Regnauld por los discursos de Sto. Domingo, renunció su dignidad de dean para entrar en la nueva órden que acababa de fundar este religioso, y continuó despues su viaje á los Santos Lugares. A su regreso, á últimos del año 1218, le envió Sto. Domingo á Bolonia para que cumpliese con los deberes que se habia impuesto por la regla de la Orden en que acababa de entrar, y cuyo objeto principal era la propagacion y la defensa de la fe. Regnault desempeñó este ministerio con tanto celo como buenos resultados, extendiéndose poco despues su fama hasta los países más remotos. Corrian para oirle de todas partes, pues dice un escritor contemporáneo: «Tenia una elocuencia llena de fuego, su palabra, semejante á una chispa ardiente, inflamaba los corazones de todos los que le escuchaban, y no habia nadie por duro é insensible que fuese, que pudiera resistir al calor de los discursos de este nuevo Elías.» Así, despues de haberle oido muchas personas ilustres, entre las que se citan

muchos doctores y profesores célebres de la universidad de Bolonia, se apresuraron á entrar en la Orden á que hacia tanto honor este hombre. Regnault no permaneció más que un año en esta ciudad. Viendo Sto. Domingo las ventajas que la nueva institucion sacaba de las predicaciones de este religioso en un país extranjero, le envió á París á últimos del año 1219, esperando que obtendria mayores resultados aún en una ciudad en que era ya conocido por sus honrosos antecedentes. Pero sucedió de una manera muy diferente, y Regnault, casi al principio de una carrera que había empezado bajo tan buenos auspicios, murió poco tiempo despues de su llegada á París, en los primeros meses del año 1220. Su vida, escrita en francés por el Padre Senault, del Oratorio, se publicó en 1645, en 12.° Ninguno de los sermones que obtuvieron á Regnault tan grande celebridad en su época ha llegado hasta nosotros. Se ignora igualmente si llegó á escribir alguno, ó si estos discursos eran improvisados, segun la costumbre de la mayor parte de los predicadores de aquella época. De todas maneras hemos creido deber mencionar á Regnault como uno de los predicadores más célebres del siglo XIII, aunque no nos quede prueba alguna de su elocuencia.—S. B.

REGNAULT (Natividad). Nació este jesuita en Arras el año 1683. Desde muy niño se le vió inclinado á la vida devota y contemplativa, y asi es que en cuanto terminó sus estudios abrazó la regla de S. Ignacio. Conociendo sus superiores su inclinacion á la enseñanza, le dieron los estudios que podian conducirle á ser un buen profesor. Aplicóse al estudio de las ciencias exactas, y luego que estuvo bien instruido, desempeñó durante mucho tiempo con el más brillante éxito la cátedra de matemáticas del colegio de Luis *el Grande*. Fué un celoso partidario del sistema de Descartes y uno de los profesores que más han contribuido con sus obras á esparcir en Francia el gusto al estudio de la física. Murió en París el P. Regnault el 14 de Mayo de 1761, y han quedado de sus estudios las obras siguientes: *Entretiens physiques d'Ariste et d'Eudoxe*, ó Física nueva y dialogada; París, 1755, cinco volúmenes en 12.° Esta obra tuvo mucho éxito en su época, y esta es la mejor edicion que de ella se conoce; fué traducida al inglés por Tomás Dale, médico de profesion, y despues en idioma italiano.—*Origine ancienne de la physique nouvelle;* París, 1754, tres volúmenes en 12.° El autor reclama en esta obra en favor de la antigüedad la gloria de un gran número de importantes descubrimientos. Antes de él Regnault Paschius, en su tratado *De novis inventis*, y despues de él Duteus, en sus *Recherches sur l'origine des découvertes*, trataron de despojar á la física moderna de alguno de sus títulos más brillantes á la estimacion de la posteridad, y este último en su prefacio echa en cara á su predecesor de haber faltado frecuentemente á la buena crítica y á la exactitud, defecto de muchos escritores que pretenden ensal-

zarse despreciando lo que sobre el mismo asunto hicieron otros ántes que ellos, y sin cuya guia nada tal vez hubieran podido ellos hacer.—*Lettre d'un physicien sur la philosophie de Newton mise á la portée de tout le monde par Mr. de Voltaire;* París, 1738, en 12.°; esta obra es una crítica.—*Logique en forme d'entretiens, ou l'art de trouver la vérité;* París, 1742, en 12.°—*Entretiens mathématiques;* Paris, 1744, tres volúmenes en 12.°; obra que viene á ser los elementos de la geometría y del álgebra.—C.

REGNAUT (Cárlos Douin). Este sacerdote nació en la ciudad de Reims á fines del siglo XVII; fué cura párroco del pueblo de Bezzanes, cerca de Reims, y llegó á ser canónigo de la colegial de S. Sinforiano por nombramiento del Rey. Se conservan de este eclesiástico las siguientes obras en francés: *Historia de las consagraciones y coronacion de los reyes, que se han hecho en Reims desde Clovis hasta Luis XV, con el formulario más moderno que se observa en la consagracion.*—Una *Disertacion histórica sobre el poder concedido á los reyes de Francia de sanar los lamparones, acompañada de pruebas tocante á la verdad de la santa ampolla, y una exacta relacion de la ceremonia de la consagracion y coronacion de Luis XV;* Reims, 1722, un volúmen en 12.° Tambien hizo Regnaut una coleccion de epitafios de los hombres que se distinguieron en el estado, en la toga, en las artes liberales y mecánicas, á la que añadió un compendio de los hechos que les han dado á conocer y dado márgen á su celebridad. Segun se ve en el *Diario histórico de Verdun*, de Mayo de 1721, propuso á los libreros é impresores la publicacion de esta coleccion de la manera que mejor les pareciese, proposicion que no fué aceptada. El mismo se compuso el siguiente epitafio:

Isto canonicus recubat sub marmore adroso,
Quid scriptor studio, munere pastor erat.

C.

REGNIER (Amelia Josefina Luisa), esposa de Arbal, educada en la religion luterana, abjuró en Rayou, entre Lieja y Verviers, en Bélgica, el 29 de Marzo de 1828. Fué bautizada bajo condicion, y se la admitió al tribunal de la penitencia y á la sagrada eucaristía. El cura de aquel lugar bendijo su matrimonio. La piedad de esta señora conmovió notablemente á los circunstantes. En Bélgica se habian verificado ya en muy poco tiempo muchas conversiones de protestantes.—S. B.

REGNIER (Claudio Francisco). Fué este esclarecido sacerdote y religioso natural de Avernia, donde acaso pasaria sus primeros años, viniendo á París despues, sin duda alguna por no tener en su patria elementos para seguir una carrera, que era á la verdad para lo que presentaba disposiciones. Sin

que se sepa cómo, es lo indudable que entró en el seminario de S. Sulpicio, y que allí hizo su carrera á la verdad con mucho provecho, tanto que habiendo sostenido con muy brillante éxito algunos actos públicos, fué muy considerado desde entónces, y sus mismos maestros le recomendaron mucho, habiendo podido tener cabida en algun puesto eclesiástico de importancia, á cuyo porvenir, por más que le fuese enteramente lisonjero, renunció desde luego, pareciendo lo probable que esta renuncia fuese más bien por efecto de conviccion dictada por algun sentimiento de virtud, que no por desconfianza ni rezelo de no poder cumplir debidamente, pues que esta no debia abrigarla, toda vez que sus maestros mismos le animaban mucho para que hubiese aceptado alguna prebenda, y áun le brindaron con sus buenas relaciones para haberla obtenido por gracia, asegurándole que era muy difícil que no la hubiese obtenido por justicia, si, como todos querian, se hubiese sujetado á la oposicion que se exigia, y que á no dudarlo habria podido sostener perfectamente bien, y hubiese logrado un feliz éxito, pues además de otras muchas circunstancias que le eran favorables, tenia la de que todos los hombres de letras habian tenido ocasion de juzgarle en los ejercicios públicos que habia sostenido, y en los cuales habia dado muestras de su capacidad. Sabido es que el seminario de S. Sulpicio, aunque tiene existencia propia, no ha conferido por sí grados académicos, por lo cual habiendo de laurearse el jóven Regnier, acudió á la muy acreditada academia de la Sorbona; y allí recibió la borla de doctor en sagrada teología, con la facultad de ejercer la abogacía y la de ser consultado en todos los casos de derecho canónico, para los cuales fuese conveniente oir su opinion, y que esta tuviese la autoridad que representa un hombre constituido como maestro y señalado por tal. Con estas nuevas distinciones, premio muy justo de sus esfuerzos y trabajos escolásticos, estuvo ya mucho más apto para haber conseguido cualquier prebenda, y áun para en el mismo París, ó en cualquier otra universidad ó enseñanza, haber ejercido el magisterio, toda vez que á este encumbrado puesto en la república de las letras no se llega sino á costa de esfuerzos y previos muchos trabajos que acreditan una capacidad muy superior. El, sin embargo, tenia miras más altas, y no se crea que la elevacion de estas era segun el mundo, nada de eso, él buscaba un asilo donde su virtud estuviese segura, él queria un seminario donde ya que estaba bien amaestrado en las ciencias y en la literatura, pudiera acabar de perfeccionarse en la verdadera ciencia del amor divino, y donde tuviera ejemplos que le excitasen, al propio tiempo que una regla que le sujetára al ejercicio de ella, y que en su cumplido desempeño le prometiera un medio de alentarse á la caridad, sin que dejára de ser útil á sus hermanos mediante el empleo de los talentos con que el Señor le enriqueciera de un modo

conveniente y adecuado á los altos fines que Su Majestad se propuso al otorgárselos. Dudó un poco en la eleccion, pero al cabo se decidió por la corporacion misma en cuya casa habia él hecho sus estudios, y que son muy observantes y muy buenos sacerdotes. Ingresó con gran contento de todos, pero bajo tan buenos auspicios y con tales deseos de perfeccion por su parte, que en la primera ocasion que vió reunida á su comunidad, á pocos dias de su ingreso en ella, dándoles afectuosas gracias por la bondad que con él habian usado admitiéndole en su seno, les manifestó con la más profunda humildad su vivo deseo de ser siempre el último de aquella santa reunion, por lo cual les rogaba fijasen bien su mente en sus condiciones para concederle esta gracia, que más bien era justicia. Por supuesto que lo único que logró fué el que mirando este rasgo de su profunda humildad como una prueba terminante de esta virtud, y conociendo que ella era un sólido fundamento para la vida religiosa y un medio de que en ella se logren los adelantos y provechos que son de desear, apénas cumplió su noviciado é hizo sus votos, los Padres se apresuraron á echar mano de él para los más importantes cargos, llegando á ser no solo catedrático y director de estudios en el seminario, sino superior de la Orden toda, que se iba extendiendo prodigiosamente en su época, y en cuyos progresos no poca intervencion tuvo él mismo. Por supuesto que su gobierno fué acertadísimo y paternal, es verdad que reunia prendas que le hacian muy recomendable como superior. Era celosísimo por la observancia, no ya de las reglas, sino de las más menudas costumbres que pudiesen llevar al cumplimiento de la regla misma, pero al propio tiempo era muy caritativo con los infractores de estas mismas reglas, norte de su conducta; así que, si desgraciadamente alguno se descuidaba, y era necesario reprenderle ó advertirle alguna cosa, ó tal vez castigarle, lo hacia con tal dulzura, con tanta benignidad, con tal persuasiva, que quedaba el sugeto no solo corregido, sino convencido de su defecto, y muy dispuesto á hacer cuanto esfuerzo fuese necesario para evitar en adelante sus faltas. El nunca se dejó llevar de las apreciaciones particulares de ninguno, ni consintió en su comunidad esas rencillas tan frecuentes en todas, fundadas en esos partidillos que se arman con pretextos los más frívolos y á veces aparentemente muy honestos, y que dan por resultado una especie de cisma en la corporacion, cuyas circunstancias no pueden ser más fatales. La consecuencia de esto fué, como no podia ménos, el que los sulpicianos se hicieron más numerosos; los que en esta sociedad estaban afiliados, más perfectos; y todos palpaban las ventajas de que hubiera sido elegido superior el que lo renunciaba y de modo alguno queria este importante cargo. En órden á los de fuera de la comunidad, además de los importantes servicios que prestaba como catedrático á los seminaristas, cuyo número iba

en aumento, porque á todos era notoria la ciencia de este y de los demás catedráticos de la casa; en el ejercicio de la predicacion tambien sacaba muchos frutos, pues sabia convencer y mover, y se verificó muchas veces que pecadores empedernidos en sus culpas y que parecian no habian de salir nunca de su fatal estado, á solo un sermon del P. Regnier se conmovian, de suerte que le buscaban, tenian con él una conferencia y cambiaban de vida como por encanto. Tambien prestaba un gran servicio en el confesonario, al cual estaba muy dedicado, pareciendo imposible el que el tiempo le diese tanto de sí, es verdad que no desperdiciaba un minuto, y que madrugando y trasnochando era únicamente como podia hacer tanto, pues que todos sus cargos le ocupaban mucho tiempo, y á todos atendia con tal exactitud como si cada uno de ellos le fuese exclusivo, único. Era consiguiente que tanto trabajo le destruyese, así es que su vida hubiese sido acaso más larga con ménos ocupaciones, toda vez que áun así vivió setenta y dos años, y vivió trabajando hasta el último dia, puede decirse, pues que su enfermedad no le duró sino tres. En ellos pudo recibir con edificacion los santos sacramentos de la Iglesia, pudo dictar disposiciones las más acertadas para el régimen y gobierno de su querida congregacion, y recomendar á sus hermanos que tuviesen un mismo amor en Jesucristo, los unos á los otros, para así poder hacer eficaces las gracias que Dios les prodigaba, y de las cuales era una muy especial el haberles traido á aquel sagrado recinto para aprender á servir á Dios y poder ser útiles á los hombres. Hechas estas piadosas exhortaciones, de nada se ocupó despues más que de su alma, hizo que le leyeran las preces de la Iglesia y algunas otras oraciones muy adecuadas, y pasó de ésta á mejor vida en 1790, siendo su muerte tan sentida como merecia un hombre cuya conducta habia sido tan ejemplar y cuyo talento era tan claro, así como su aplicacion tan constante. Dejó dos obras admirables, la una que titulo: *Tractatus de Ecclesia Christi*, que acababa de concluir cuando murió, y que era un verdadero tratado de las notas de la Iglesia, consideradas en el sentido teológico y social, es decir, en sus fundamentos puramente dogmáticos, de Escritura Sagrada, Santos Padres y concilios, y en sus fundamentos de conciencia, recorriendo y explanando las ventajas que de la religion de Jesucristo han reportado los individuos, las familias y los estados; obra que tiene la doble importancia de reunir cuantos datos han suministrado las épocas anteriores, y estar escrita con un espíritu de dulzura tal, que penetra hasta el fondo y atrae de una manera irresistible. La primera edicion de ella se agotó apénas publicada, y aunque á muy poco se hizo otra muy abundante, es buscada con afan y se precia mucho quien puede lograrla, así como la Sorbona se gloria de tan precioso manuscrito; verdad es que al gran mérito de su contenido agrega un valor in-

estimable en sus formas, pues tiene un latin del que de seguro no se habria desdeñado el siglo de Ciceron, ni áun el hábil latino cuyo estilo es el modelo más acabado de su lengua. La otra obra, que publicó en Paris durante los años de 1778 á 1782, y cuyas pruebas corrigió él mismo con la mayor minuciosidad en los seis tomos que comprende, la intituló: *Certitude des principes de la réligion contre les nouveaux efforts des incredules.* Esta obra excelente, muy bien escrita, sentida vivamente y que reune la refutacion de todos los errores de los protestantes de su época, tiene mucha importancia y más aún para nosotros los españoles, porque ella fué la que continuó la celebérrima *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes* del distinguidisimo Bossuet, y entre ambas las que pusieron á nuestro célebre Balmes en ocasion de dar á luz su *Protestantismo comparado al Catolicismo*, que sin duda alguna ha sido el golpe de gracia para la pretendida reforma. Por todo lo cual, aunque el Rmo. Regnier no hubiese hecho en toda su vida otra cosa y otros servicios que prestar, digámoslo asi, los materiales para que se hiciese en el presente siglo esa gran obra que inmortaliza al genio catalan del siglo XIX, habria hecho un gran servicio á la Iglesia y á las letras por el cual merecia mucha estima, por consiguiente mucha más merece cuando de él tenemos los rasgos y obras que llevamos enunciados y una coleccion de sermones que no se imprimió, y se conserva en la Biblioteca de S. Sulpicio, los cuales son verdaderos modelos, y comprenden todos los géneros que se suelen usar en el importante ministerio de la predicacion del santo Evangelio. Muchas veces se ha confundido con nuestro P. Regnier á un benedictino que vivió por la misma época en la congregacion que en Francia se llama *Des Exemps;* pero este hombre fué muy oscuro, y no se sabe de él otra cosa, sino que predicó con algun celo, y que dió á luz unos sermones de escaso mérito, por lo cual si se le compara con el célebre P. Claudio Francisco Regnier, ese hombre tan importante por todas sus circunstancias, tan admirable en sus escritos como respetable en sus acciones, se verá cuán equivocada ha sido la opinion de algunos, que sin examinar las cosas con el aplomo que merecen, han podido en su irreflexion confundir uno con otro á estos dos sugetos, eso sin que dudemos por un momento del mérito que haya podido tener el benedictino, cuyos detalles no conocemos. Tiene en órden á nuestro Claudio la desventaja de que todas sus obras son tan conocidas, todas sus acciones tan patentes, que no se pueden ocultar, y como los sucesos puede decirse que son contemporáneos, no cabe tampoco la tergiversacion que podria disculpar el que hubiera mediado mucho tiempo desde los acontecimientos á su relato, y que en el caso actual no cabe, porque, repetimos, hay todavía sugetos, aunque no muchos, que habrán conocido á ambos sugetos, y que pudieran decirnos lo que en nuestro relato ca-

rece de exactitud ó es algun tanto exagerado. Queda, pues, consignado que Claudio Francisco Regnier, alumno, sacerdote y despues director de la casa y comunidad de S. Sulpicio, y autor de las obras que con razon le han atraido la justa celebridad de que goza, no es el monje benedictino que en su época predicó por París con bastante buen éxito, porque nos complacemos en consignar aquí tambien que fué buen monje y celoso predicador el distinguido Regnier benedictino. No nos atrevemos á asegurar la procedencia de esta confusion, sin embargo, puede muy bien ser debida á que el comun de las gentes conociendo no más que el apellido de un sugeto, no atienden para nada á sus otras circunstancias, así que confunden fácilmente á unos con otros, como ha sucedido con Regnier benedictino y nuestro padre Claudio Francisco Regnier.—G.-R.

REGNIER (Fernanda), despues Mad. Dumont, hermana de Amelia Josefina Luisa Regnier, se convirtió en Olna en Mayo de 1838. Era la tercera señorita de la familia Regnier que en los últimos ocho años habia entrado en el seno de la Iglesia.—S. B.

REGNIER (Maturino). Fué hijo este eclesiástico de Santiago Regnier, llamado el hombre honorable, título que se daba en su tiempo á las personas más distinguidas, y de Simona, hermana del famoso poeta, el abad Desportes. Nació Maturino Regnier y Desportes en Chartres el dia 21 de Diciembre de 1573, y fué bautizado en la iglesia de S. Saturnino. Su padre murió como su tio Desportes, de peste, el primero en París el 14 de Febrero de 1597, hallándose de diputado por la ciudad de Chartres, y fué enterrado en la iglesia de S. Hilario, y su mujer en Chartres el 20 de Setiembre de 1629, la cual se enterró en el cementerio de S. Saturnino. Habiendo dedicado á Maturino los padres á la carrera de la Iglesia, fué tonsurado el 31 de Marzo de 1582 por Nicolás de Thour, obispo de Chartres. Algunos años despues obtuvo un canonicato en la iglesia de nuestra Señora, de la misma ciudad, del que tomó posesion el 30 de Julio de 1604. Obtuvo además otros beneficios y una pension de dos mil libras, que le concedió Enrique IV en 1606 sobre la abadía de Vaux de Cernai, despues de la muerte del abad Desportes que la poseia. Dice la tradicion en Chartres, que Regnier manifestó ya su pasion por el género satírico. Los escritos que compuso contra algunas personas, obligaron á su padre á castigarle más de una vez, prohibiéndole escribir ó que lo hiciese imitando á su tio y huyendo de la maledicencia. El desarreglo en que vivió este eclesiástico satírico le llevó al sepulcro en Ruan, á los cuarenta años de edad, el 22 de Octubre de 1613. Sus entrañas fueron llevadas á la parroquia de Sta. María de Ruan, y su cuerpo á la abadía de Royaumont, en donde pidió ser enterrado. El padre jesuita Garassa dice en su *Pesquisa de las pesquisas*, que Regnier se habia

dejado hecho el siguiente epitafio, digno de sus costumbres y de los sentimientos que imperan en muchas de sus sátiras.

J'ai vecu sans mal pensement,
Me laissant aller doucement
A la bonne loi naturelle:
Et si m'etonne fort pourquoi
La mort ose songer á moi
Qui ne songeai jamais à elle.

Sin embargo de esto hay autores que creen que Regnier se convirtió mucho tiempo ántes de su muerte, y presentan como prueba un corto número de poesias espirituales que se encuentran entre sus obras. Hay un gran número de ediciones de las poesías de Regnier, y las mejores son las impresas en 4.°, en Lóndres, el año 1730: y en Ruan, en 8.°, en el mismo año, con aclaraciones de Mr. Brossette. Parécenos no deber dejar de consignar aquí el siguiente elogio agridulce que Mr. Despreaux hizo de Regnier:

De ses maîtres savants, disciple ingenieux,
Regnier seul parmi nous formé sur leurs modéles,
Dans son vieux stile encore a des graces nouvelles;
Heureux si ses discours, craints du chaste lecteur,
Ne se sentoient des lieux où fréquentoit l' auteur,
Et si du son hardi de ses rimes cyniques,
Il n'alarmoit souvent les oreilles pudiques.

Ciertamente que este poeta supo manejar la sátira con gracia como se ve por sus obras, pero no supo ó no pudo hermanar la gracia con la moral, y es imperdonable que no tuviese en cuenta más la dignidad de su estado cuando escribia. — A. C.

REGNIER Desmarais (Francisco Serafin). Este gramático y estimable literato nació en Paris el año 1632, de una familia originaria de Poitou. Fué el sexto de once hermanos, de los cuales murieron siete de corta edad y los otros abrazaron el estado religioso, y dice él mismo que de las señorías de su padre solo le quedó el apellido Desmarais. A los ocho años le pusieron en el seminario de Nauterre, en el que hizo sus estudios bajo la direccion de los canónigos regulares de S. Agustin, de los que despues de haberlos reformado fué director su tio materno el P. Faure. Sacó en todas las clases el jóven Regnier el premio en prosa y verso; pero no fué tan feliz en el colegio de Montaigu, en el que estudió dos años de filosofía. El poco atractivo

que encontró en sus maestros le inclinó á la literatura, y aún se hallaba en estas aulas cuando tradujo en verso burlesco la *Batrochomyomachia* de Homero. Despues sirvió á diversos caballeros acompañándoles en sus viajes, empleando sus ratos de ocio en estudiar el italiano y el español, que aprendió sin más maestros que los libros. En 1662 acompañó al duque de Créqui á Roma con el título de secretario de embajada, y como tal fué encargado de la correspondencia italiana y de las negociaciones relativas á los asuntos de los corsos. Al volver á Francia continuó su correspondencia con los amigos que habia hecho en Italia, y dirigiendo al abate Strozzi una cancion, éste la dió como una composicion que Allatius acababa de encontrar entre los manuscritos del Petrarca en la biblioteca del Vaticano; así se creyó por todos, pero cuando se descubrió la verdad, la academia de la Crusca se apresuró á recibir en su seno al poeta cuyas producciones se parecian tanto á las del Petrarca, que fueron capaces de engañar á los jueces más conocedores. Ninguna idea de hacerse eclesiástico tenia Regnier; pero concediéndole el Rey en 1668 el priorato de Gramont, á fin de recompensarle los servicios que habia hecho en Roma, recibió las órdenes sagradas y se condujo despues con la misma regularidad que si hubiese tenido vocacion religiosa. Abrióle sus puertas la Academia Francesa en 1770, á pesar de no haber publicado todavía ninguna obra en francés, en atencion á que el profundo conocimiento que tenia de las lenguas sabias debia hacerle muy útil para la composicion del Diccionario, del que se ocupaba esta Academia con mucha actividad. Aun cuando empleado por el Rey y por sus ministros en diversas misiones de confianza, su celo respondió tan perfectamente á la confianza de la Academia, que fué elegido secretario perpétuo á la muerte de Mr. Mezerai ocurrida en 1684. Ya secretario Regnier, dirigió y corrigió cuantas memorias se publicaron en nombre de la Academia en el proceso que tuvo que sostener contra Furretiere, que se habia apropiado los trabajos del cuerpo. El Diccionario que hacia tanto se aguardaba, y en el cual tanta parte habia tenido Regnier, estaba á punto de aparecer, y ya habia terminado el prefacio y la dedicatoria al Rey cuando se vió Regnier obligado á hacer un viaje á Turena. Valiéndose de esta ausencia Mr. Perauld, Charpentier y otros académicos, lograron de la Academia prefirieran al prefacio y dedicatoria escrita por Regnier otra que ellos presentaron. Indignado justamente Regnier, escribió una terrible filipica critica sobre las dedicatorias y prefacio de los expresados académicos, que fué más severa que fundada, cuyas dedicatorias insertó en las notas al elogio de Regnier d' Alembert, encontrándose el prefacio que éste escribió y el de Charpentier en la coleccion de escritos nuevos y curiosos publicada en el tomo primero del Diccionario de Anónimos que se imprimió en el Haya el año 1694. Encargóse despues

de esto Regnier en ordenar la Gramática, que debia desarrollar los principios de que era aplicacion el Diccionario, formando con esta obra un cuerpo completo de lengua francesa. Empleó, segun dice en el prefacio, cuantas luces habia podido adquirir en cincuenta años estudiando y reflexionando sobre la lengua francesa, con auxilio de sus vastos conocimientos sobre las lenguas cercanas, y treinta y cuatro años de asiduidad en la Academia, en la que habia hecho muchos é importantes trabajos. La Gramática de Regnier solo comprende en detalle las partes de la oracion, y se proponia trazar aparte la sintáxis. Demasiado prolija esta Gramática para los discípulos, era muy útil para los sabios, y áun cuando poco consultada, es una abundante mina que no han dejado de explotar sus sucesores. El tratado de ortografía es una de las partes más interesantes de este libro, y en él expone el autor con detalles los diversos cambios propuestos desde J. Dubois, Salvias, hasta Lesclache, á fin de conformar la escritura francesa á su pronunciacion; cuadro que no se ha reproducido entero en el trabajo mucho más ámplio que hizo Gouget sobre el mismo asunto. La Gramática del abate Regnier fué objeto de una crítica muy maligna por parte del P. Buffier, al que se debe una Gramática mejor juzgada segun las Memorias de Trevoux del mes de Octubre de 1706. El académico dió al jesuita una respuesta más viva que fundada, en la que pretendió tener razon siempre, y cree d' Alembert que esta polémica disgustó á Regnier de tal modo, que no quiso terminar la tarea que se habia impuesto. Volvió á ocuparse con preferencia á la poesía que jamás abandonó, si bien con poco éxito, particularmente en el género elevado, y á la traduccion, en la cual salió mejor librado. Murió Regnier el 6 de Setiembre de 1713 á la edad de ochenta y un años, siendo Mr. Lamonnoye su sucesor en la Academia. Fué Regnier de carácter firme y constante en la amistad, de una probidad á toda prueba, y llevó su amor á la verdad hasta rayar en el escrúpulo, diciéndose que un dia que se le exigió mentir en favor de un poderoso, contestó á los que procuraban obligarle, que no lo hacia, porque preferia más quedar mal con él que consigo mismo; en fin, no tuvo otro defecto que ser sumamente porfiado, razon por la que dice Fouretiere que le llamaban sus compañeros el abate *Pertinax*. Sosteniendo un dia su opinion contra uno de sus compañeros, una dama que se hallaba presente les dijo: «Señores, convenios en alguna cosa aunque sea un disparate.» Además de las traducciones italianas del panegírico de Luis XIV por Pellisson en 1671, y de la relacion de Bossuet sobre el quietismo de 1698, han quedado de Regnier las siguientes obras: *Práctica de la perfeccion cristiana*, por Rodriguez, traducida del español en francés; París, 1676, tres volúmenes en 4.°, cuya traduccion hizo á los tres años de su recepcion en la Academia Francesa, por lo que se engaña Sabatier cuando dice que esta traduccion fué la

que le valió su ingreso en la Academia; esta traduccion, que se ha reimpreso despues en varias formas, la hizo Regnier á ruego de los Jesuitas, y acusa en ella á los Solitarios de Port-Royal de haber alterado el texto español en muchos puntos de la version que hicieron de esta obra, especialmente en el capítulo X del primer tratado, en donde hablando de la gracia se ponen en boca del autor términos enteramente contrarios á los suyos.—*Descripcion del monumento erigido á la gloria del Rey*, por el mariscal Feuillade, con las inscripciones; París, 1686, en 4.° Todas las inscripciones de este monumento habian sido compuestas por Regnier á excepcion de la de *Viro immortali*. —*Las Poesías de Anacreonte*, traducidas en verso toscano con ilustradas anotaciones; París, 1693, en 8.°, y Florencia, 1695, en 12.°, acompañada de otras dos traducciones de Anacreonte por Bartol, Corsini y el abate Salvini.—*El primer libro de la Iliada en verso francés, con una disertacion sobre algunos puntos de Homero*; París, 1700, en 8.° Refuta en esta disertacion las paradojas de los detractores de Homero y de la antigüedad, probando con sus versos que puede admirarse á los antiguos sin llegar á conocerse todas sus bellezas.—*Tratado de la Gramática francesa*; París, 1705 y 1706, en 4.°; id., 1707, en 12.°, en Amsterdam. Fontanelle, autor de la aprobacion de esta obra, alaba la sencillez y solidez que reinan en toda ella. —*Observaciones sobre el artículo* 137 *de las Memorias de Trevoux*; París, 1706, en 4.° Esta es la respuesta á la crítica del P. Buffier, que se la encuentra al fin de la Gramática en la edicion en 4.° de 1706.—*Historia de las contestaciones de la corte de Francia con la de Roma, con motivo del asunto de los corsos*; París, 1707, en 4.° A esta obra acompaña la lámina de la pirámide que mandó elevar el Rey para perpetuar la memoria de este acontecimiento, cuya pirámide mandó derribar poco despues: la relacion de los hechos son muy exactos en esta obra, pero la falta vida y movimiento.—*Poesías francesas, italianas, latinas y españolas*; París, 1707 y 1708, dos volúmenes en 8.°, precedidas de las *Memorias de Regnier* sobre su vida, que habia ordenado para llenar la exigencia de la Academia de la Crusca, y dice Mr. Weis en su biografía, que los italianos y los españoles tienen por estimables las poesías que escribió Regnier en sus respectivas lenguas; pero que sus versos franceses son muy medianos (no lo son ménos los españoles), distinguiéndose no obstante entre ellas algunos escritos en un estilo muy natural, y la traduccion de una famosa escena del *Pastor fido*. El éxito que tuvo esta última pieza fué causa de que Regnier no adelantase más en su carrera, pues que hubiera llegado á ser obispo sin los escrúpulos que produjo al Rey esta traduccion.— *Los dos libros de la divinacion de Ciceron*; París, 1720, en 12.°, traduccion fiel, cuyas ilustraciones la enriquecen. El abate Olivet ha enmendado algunos errores que se escaparon á Regnier en una carta á Fraquier, escrita en 1823 en el *Album*

del Franco-Condado.—*Conversaciones de Ciceron sobre los verdaderos bienes y los verdaderos males*; París, 1721, en 12.° Esta obrita se encuentra al fin de la traduccion de una parte de la Oracion *pro Murœna*. Entre todos los académicos el que más se habia opuesto á la variacion de la ortografía fué Regnier; pero hechas las novedades necesarias, estas fueron sancionadas á su pesar, y así es que cuando ocho años despues de su muerte se quiso publicar su traduccion última, previno el editor al público que para acomodarse á la práctica del impresor se habia visto obligado á seguir la nueva ortografía. Regnier dejó manuscrita una traduccion en verso italiano de las redondillas de Pibrac, cuya copia mandó á la gran duquesa de Toscana, y un poema en cuatro cantos sobre el reinado de Luis XIV, cuya obra no permitió se imprimiese, por lo mal que se trataba en ella á naciones con quien la Francia estaba en paz. Las cartas de Magalotti y de sus amigos de Italia las dejó coleccionadas en dos volúmenes en fólio, y tambien dejó ordenadas las Memorias de su vida, de que hemos hablado, las cuales se imprimieron por la primera vez en el tomo primero de las *Memorias de literatura* de Sallengre. El que desee más noticias de este notable eclesiástico puede consultar el tomo quinto de Niceron y su Elogio por d'Alembert, tomo III, páginas 201 y 299 de la *Historia de los miembros de la Academia Francesa*, en donde se extiende sobre este particular lo suficiente para dar á conocer á su héroe.—C.

REGNO (Fr. Tomás) religioso dominico, natural de Sicilia ó Nápoles, donde se distinguió mucho por su grande elocuencia y amor á la observancia regular, siendo uno de los que más trabajaron en establecerla en la órden de Sto. Domingo, ayudando en esta empresa al célebre B. P. Juan Domenici, que fué despues cardenal. Ignórase si llegó á escribir alguna obra, aunque le cita Echard entre los escritores de la órden de Predicadores, pero debe suponerse que si la escribió se ha perdido.—S. B.

REGNOBERTO (San). Nació este bienaventurado obispo de Bayeux al finalizar el siglo VI. Asistió, segun Moroni, al concilio de Reims el año 625, é hizo grandes donaciones á su catedral y á los monasterios que seguian la regla de S. Colombano y de S. Benito. La diócesis de Bayeux debe á su pia liberalidad la fundacion de muchas iglesias, y su virtud y santidad fué tal que murió en olor de justo, por lo que hechas las averiguaciones canónicas fué declarado beato y despues canonizado conforme á las costumbres de la Iglesia. Su fiesta se registra en los anales católicos el 16 de Mayo, en cuyo dia fué su glorioso tránsito, sin que podamos decir el año en que tuvo lugar. Antes de las correrías desoladoras de los normandos, fueron trasladados sus santas cenizas á la diócesis de Besanzon de Auxerre; pero la iglesia de Bayeux, á fuerza de súplicas, obtuvo una parte de sus reliquias el año 1714 del obispo

de Auxerre, razon por la que se veneran en ambas partes.—B. C.

REGNY (Eugenio de), rico propietario convertido al catolicismo en este siglo, del que le habian separado los errores de la época y las malas doctrinas esparcidas por la ignorancia y la mala fe, de que supo separarse convencido de la verdad de una religion á que solo atacan los que no la conocen, ó los que por sus vicios y sus crímenes se creen interesados en no profesar ninguna. No sucedia así á Regny, que hombre de buena fe habia abrazado con ingenuidad principios contrarios á la naturaleza y las sagradas escrituras en que le sostenian sus partidarios por un espíritu de ciega obcecacion ó de vil interés. Mas la lectura de los libros ilustrados y piadosos, que cayeron en un principio casualmente en sus manos, y que continuó despues con premeditacion, no tardaron en llenar su alma de luz y dirigirle hácia el buen camino que no debian tardar en seguir, marchando hácia la cumbre de la perfeccion. Procuró reunirse con sacerdotes y personas ilustradas dotadas de su mismo carácter y cualidades, y para los que la idea no era la industria sino un principio que se debia proclamar y seguir por lo que en sí era y representaba; y en efecto, no tardaron en verse realizadas sus esperanzas comprendiendo bien pronto en qué parte estaba la verdad, la justicia y el derecho y el abuso que se ha hecho de ciertas máximas y verdades, desfigurándolas para atacar impunemente la Iglesia católica, muy superior á todas las sectas y partidos, y que no necesita defensa de ningun género, pues brilla por sí sola como el sol del Mediodía, aunque los hombres en nuestra pequeñez y ceguedad acudamos algunas veces á estos medios proporcionados á nuestros cortos alcances y escasas facultades. Ver y creer fué todo uno para Regny que desde aquel momento hizo abjuracion de todos los errores que hasta entónces habia profesado, decidido á caminar por las sendas de perfeccion á que le llamaban su genio y carácter. En efecto, apénas convertido, abrazó con todo el entusiasmo de un neófito las reglas establecidas por nuestra santa religion, y comenzó á seguirlas seguro de su salvacion y felicidad eterna. No contento con esto, quiso ir todavia más allá aprovechando sus buenos estudios y lecturas para manifestar á otros el camino que con tanto acierto habia seguido, y despues de diferentes pruebas, tomó el estado del sacerdocio, el más glorioso y perfecto que se puede abrazar en nuestra sociedad cristiana. Fuélo doblemente para Regny, que hombre de corazon, de principios sanos y de fe y firme conviccion en sus doctrinas, pudo contribuir á la gran obra de la humanidad, arrastrando con su elocuencia y ejemplo á los hombres hácia el verdadero progreso de las ideas, que consiste en aumentar su dicha en este mundo con la abstraccion de las pasiones y sentimientos bajos, propios de nuestra pobre naturaleza y que son la causa de todas nuestras desgracias, pues nos privan no solo de la dicha en esta vida ó de la tranquilidad y con-

tento, única felicidad á que puede aspirarse en este mundo, sino tambien de gozar en premio de nuestras buenas acciones la felicidad en la eterna. Tal ha sido la marcha que se ha propuesto seguir el sacerdote Regny, por la que ha merecido el elogio de todos los hombres sensatos y merecerá los aplausos de la posteridad.—S. B.

REGO (P. Antonio de), jesuita portugués, natural de Canalhal en el arzobispado de Lisboa. Entró en esta ciudad en la Compañía á 24 de Marzo de 1639, á la edad de catorce años. Terminados sus estudios, fué á Roma donde vivió hasta el fin de sus dias dedicado á diferentes ocupaciones de las que tienen allí á su cargo los Padres portugueses. La noticia de sus virtudes fué escrita por el P. Miguel Diaz, que fué en Roma compañero suyo muchos años cuando era asistente, y fué despues rector del noviciado de Lisboa, confesor de la reina Doña María Sofía, provincial prepósito de la casa de S. Roque, y asistente por último de la Compañía en Roma, de donde volvió á Portugal por sus muchos achaques. He aquí lo que dijo del P. Antonio Rego: «Fué durante muchos años ministro del Rey ó residente en Roma para despachar los negocios de esta corona (de Portugal), y aunque S. M. el rey Don Pedro le envió á decir muchas veces que del crédito abierto que tenia tomase todo el dinero que fuese necesario para su sustento y andar en coche, pues era viejo y no podia despachar los negocios de otra manera siendo tan grandes las distancias en Roma; jamás aceptó esta oferta y anduvo siempre á pie, y nunca tomó ni un solo real para sí del dinero del Rey. Era muy devoto de la Vírgen Santísima y del patriarca S. Ignacio de Loyola. Para mayor honra y culto de nuestra Señora, estableció que todos los sábados se cantasen las letanías y se leyese un ejemplo junto á la capilla de nuestra Señora de la Estrada, y dejó una renta perpétua para los gastos de la música y cera. Para honrar á su santo Patriarca compuso una octava, que imprimió en un libro con muchas oraciones para rezarse en los ocho dias anteriores á la festividad del santo. En cada uno de ellos se halla un ejemplo del santo Patriarca, concurriendo muchos devotos á esta especie de novena y á besar la reliquia del mismo santo, que puso el P. Rego en un hermoso relicario, y á los que mandaba repartir imágenes del santo, que hacia estampar con este objeto en gran número. Tambien dejó renta para los gastos de cera durante esta octava. Gastó veinte mil cruzados poco más ó ménos en adornar la capilla de nuestra Señora de Estrada, y no fué mucho, pues la adornó con multitud de mármoles y la enriqueció con dos preciosos santuarios y con muchas alhajas de plata, y un sagrario en que puso muchas y muy raras reliquias. No se valió para tan grandes gastos de las fuertes limosnas que recibia de algunas señoras confesadas suyas, pues todo provino de los derechos que recibia como residente cuando se expedian las bulas de los

obispos, porque le dijeron que si no las aceptaba como residente, no volvian á manos de los obispos, sino que quedaban en Roma, repartiéndose entre los empleados de la datería, y entónces resolvió aceptarlas con permiso del Padre general. Fueron muchas las limosnas que dió á la casa profesa de Roma, y muchas tambien las que dió á otras personas, haciendo en una ocasion una de más de setenta escudos romanos á una señora de grande nobleza, que le manifestó la extrema necesidad en que se hallaba; y para remediarla mejor, representó al Papa la necesidad que padecia aquella señora, pidiendo á Su Santidad la favoreciese, lo que hizo el Papa, mandándola proveer de allí en adelante. Todas las ferias del año y todos los domingos y dias festivos, no obstante sus ocupaciones como residente y asistente, asistia al confesonario, donde iba despues de acabada la oracion, ó un poco ántes, y no salia de él hasta la hora de la misa, porque era extraordinario el concurso de las señoras y otros penitentes que acudian á su confesonario. Era muy austero en el trato de su persona, porque áun siendo ya viejo, no admitia ninguna cosa particular, contento con la porcion de vaca que se daba á la comunidad, y ni áun queria tomar chocolate ni otra cosa alguna para reparar las fuerzas y poder resistir el trabajo de andar á pie, discurriendo todos los dias por Roma para agenciar los negocios de su país.» Tal es la noticia del P. Miguel Diaz, que aunque breve, da muestra de grandes virtudes. Su última enfermedad no duró más que tres dias, al segundo mandó llamar al P. Miguel Diaz, que estaba tambien en cama, levantóse y fué á verle. Encargóle el Padre algunas cosas de grande importancia y se volvió á retirar. Falleció despues de haber recibido los santos sacramentos en la casa profesa de Roma á 22 de Febrero de 1709. Dejó á las misiones de la China, Japon, Malabar, etc., ocho mil cruzados, habiendo obtenido ántes licencia del Pontifice para testar, é hizo otros legados. — S. B.

REGO (Melchor de), sacerdote portugues, natural de la ciudad de Altez, prior de Santiago de Lisboa, canónigo de las iglesias colegiales de Braga y Vuro, juez posteriormente en Lisboa y secretario por último de los duques de Braganza Juan IV y Luisa, cargo que continuó desempeñando cuando ambos esposos fueron aclamados reyes de Portugal, los que le destinaron con el mismo carácter cerca de los infantes Alfonso y Pedro. Escribió: 1.° *Antigüedades de Barcelós*, obra que quedó inédita.—2.° *Antigüedades de Villavizosa*, id.—3.° *Vida de Sta. Teresa de Oleren, fundacion de la colegiata de esta ciudad, y sus antigüedades.* — S. B.

REGON, hijo de Jahaddai (I Par., II, 47).

REGOURD (Alejandro). Este piadoso y erudito jesuita nació en Castelnaudary en 1585, y como desde su más tierna edad fuese muy dado á la oracion y á las prácticas de devocion, vió con tedio las grandezas del mundo

y se consagró al servicio de su Dios, tomando el hábito á la edad de diez y siete años en la Compañía de Jesus. Conociendo sus superiores su capacidad y buenas disposiciones al efecto, le destinaron á la enseñanza, y por lo tanto fué profesor de filosofía y de teología en muchos colegios de la Compañía, entregándose al propio tiempo con grande éxito á la predicacion. Dirigiéndose todos sus esfuerzos á la conversion de los que se llamaban reformados, tuvo frecuentes conferencias con muchos ministros, principalmente con Lectoure en 1618, con el célebre Daniel Chamier que habia preparado el edicto de Nantes, y con algunos de sus cofrades del Armagnac y de Quercy. Esta última conferencia no tuvo resultado alguno, y fué por el contrario la que dió lugar á un escrito que Chamier publicó poco despues con el título de *Jesuitomanía*. El P. Regourd, naturalmente inclinado á la controversia, respondió á este ataque en el mismo tono, publicando su *Apocarteresis Chamerii;* pero el P. Alegambe, que nos ha conservado el título latino de esta obra, que se publicó en francés, en su *Biblioteca de los escritores de la Compañía de Jesus*, no nos da á conocer ni la fecha ni el lugar en que se imprimió. Joly, en sus *Observaciones críticas la Diccionario de Bayle*, publicadas en fólio, en 1748, pretende que este libro tiene por título *Le Desespoir de Chamier*, por el P. Timoteo de S. Foy, nombre bajo el que cree oculto el suyo el P. Regourd, impreso en Cahors, en 8.°, el año 1618. El P. Carasa dió cuenta de una manera poco conveniente de esta conferencia, y asegura que habiendo hecho el P. Regourd algunas citas en griego, exclamó uno de los ministros: ¡esto es del aleman! Otros escritos, como el *Ante-Calvino católico*, y el *Ministro infiel*, pusieron sucesivamente en relieve el apostólico celo del P. Regourd, pero ni áun el mismo Baillet ha podido descubrir la época y lugar de estas publicaciones de controversia. Dícenos solo este autor que Cárlos Andrieu, ministro protestante, publicó una respuesta al *Anti-Calvino*, con el título *Anti-Goliath* ó Refutacion de un libro escrito por el P. Alejandro Regourd, la cual se imprimió en 8.° en Bergerac el año 1611, segun se dice en el *Juicio de los sabios*, publicado en 4.°, en 1722, al tomo VIII, página 222. Murió el P. Regourd despues de haber sido rector del colegio de Cahors, en Tolosa, el 26 de Marzo de 1635. Alegambe, ya citado, dice de este religioso: *Vir fuit singulari eruditione ac pietate, Dei gloriæ salutisque hominum amantissimus.* Débese además de lo dicho á este infatigable atleta: *Demostraciones católicas, ó sea el arte de volver á los herejes á la fe ortodoxa*; París, 1635, en 8.°, y una coleccion de obras teológicas sobre materias de controversia, que hacen tres volúmenes. Moreri se contentó con la pequeña noticia que dió de este sabio jesuita Baillet, pero Lamoureux, teniendo á la vista á Alegambe, se extendió como debia en su artículo de la *Biografía Universal*.—C.

REGUIS. Fué este esclarecido señor hombre de muy claro ingenio y que desde luego mostró una inclinacion decididísima á las cosas de la Iglesia, en cuyo servicio se empleó desde niño. Por supuesto que luego que tuvo edad á propósito para ello comenzó con provecho sus estudios, cursando humanidades, luego filosofía y despues sagrada teología, en cuyas facultades hacia progresos extraordinarios. Por varios rumbos quiso girar para llegar al estado eclesiástico, á que aspiraba; tan pronto se inclinaba á alcanzar por gracia una prebenda eclesiástica, lo cual le hubiera sido bastante fácil, toda vez que tenia muchas y muy buenas relaciones, y todos apreciaban como lo merecia al distinguido jóven; tan pronto queria entrar en oposicion para las prebendas de oficio, y de cierto hubiera obtenido las que hubiese querido, pues á su gran capacidad y estudios agregaba un modo de decir que atraia, y el excitar cierta simpatía en el momento mismo en que se le veia siquiera fuese por primera vez. Tambien tuvo ideas de dedicarse á la enseñanza y como catedrático haber pretendido las órdenes sagradas, cosa que le hubiera sido muy fácil lograr, pues sabemos por experiencia que el doctorado, que ya poseia y que habia recibido como premio de sus constantes tareas, como retribucion ó más bien compensacion de sus trabajos penosísimos, es un título canónico con el cual muchos han subido á los altares; mas luego que él hubo reflexionado acerca de todos estos medios, los halló muy adecuados para lograr sus deseos, es verdad, y encontró que por ellos podria muy bien llegar á la alta dignidad del sacerdocio; pero no veia en ellos un servicio inmediato de los fieles, es decir, veia que en las obras de supererogacion, como el dedicarse al confesonario ó á la predicacion, podia encontrar manera de ser útil á sus hermanos; pero que esto no era de un modo, digámoslo así, directo, toda vez que para ello no tenia una estrecha obligacion, por lo que se decidió por el ministerio pastoral, toda vez que un párróco debe dedicarse enteramente al servicio de sus ovejas, tener acerca de ellas un cuidado especial, emplearse de continuo en su bien espiritual, y proporcionarlas el alimento de sus almas por cuantos medios esten á su alcance. Formada, pues, su resolucion, esperó á un concurso, que no tardó mucho en verificarse, en la diócesis de Gap, y en uno de sus pueblos importantes, porque tenia bastante vecindario, pero de escasos productos, comenzó el ejercicio de su ministerio luego que hubo ascendido al sagrado presbiterado, recibiendo las órdenes menores seguidamente y *extra tempora* por disposicion de Su Santidad, en atencion á que era párroco, y por consiguiente precisa su presencia al lado de sus feligreses, que no era justo estuviesen privados de su pastor por más tiempo que el puramente indispensable. Desde el momento en que se vió en aptitud de desempeñar su importante cargo lo hizo con un verdadero espíritu de amor de Dios, por lo

cual sus esfuerzos fueron fructuosísimos. Comenzó desde luego por hacerse cargo de la índole, condiciones y necesidades del pueblo, y por poner bajo su inmediata inspeccion todos sus intereses, no en la parte material, pues en este órden era no solo desprendido sino espléndido, pero sí en la parte espiritual, procurando todo el aumento que le era dable en el bienestar de sus feligreses. El predicaba constantemente el santo Evangelio con mucho acierto, y adaptándose á la capacidad no muy clara de aquellas pobres gentes, ayudaba á los maestros de instruccion primaria en el desempeño de su tan importante como delicado cargo; él miraba á todos y los atendia de suerte que muchísimas veces prevenia sus necesidades; y apénas ellas habian asomado la cabeza, cuando ya estaban socorridas, y no como quiera, pues tenia el gran acierto de remediar perfectísimamente la necesidad sin ofender en lo más mínimo, no digamos la delicadeza, pero ni áun la susceptibilidad del socorrido. El visitaba con asiduidad á sus feligreses enfermos, y no tenia reparo alguno en prestarles los auxilios materiales que la caridad pudiera exigir de él, por más que las acciones fuesen repugnantes, fuesen eso que el mundo llama bajas é indecorosas á persona constituida en dignidad. El buen párroco creia que el sacerdote se enaltece cuando presta á sus hijos un servicio, y se enaltece tanto más cuanto que este servicio más le repugna, pues que en prestarle demuestra que la caridad en Jesucristo ni admite condiciones ni limita sus actos, y que allí donde un infeliz sufre, allí donde padece un desgraciado, allí está nuestro adorabilísimo Redentor esperando alivio en la persona de aquel, para decir al que se le prestó: *Ven, bendito, á poseer el reino de los cielos, porque tuve tal necesidad, y por ti me vi satisfecho y remediado en ella.* En órden al culto de Dios y los medios de promoverle fué admirable el cura Reguis. Comenzó por inculcar á sus queridos feligreses aquellas palabras: *A tu casa, Señor, es conveniente el decoro y la esplendidez*, y por hacerles ver cómo sus más vivos deseos serian ciertamente que para el culto divino, como la más directa manera con que la criatura honra á su Dios, se llevase y pusiese siempre lo mejor y lo mayor, pero que las otras atenciones de su ministerio, el socorrer al necesitado, el aliviar al enfermo y remediar las necesidades del que peligra, eran atenciones preferentes, puesto que el Señor, viendo nuestra pobreza, se satisface con el templo de nuestro corazon, para morar allí como en su trono; ellos se persuadieron plenamente de que la gloria y esplendor del Dios á quien se tributaba el culto era un objeto á que debian atender, y en efecto atendieron, facilitándole recursos para que reparára su iglesia, y para que se proveyera de las alhajas y demás necesidades de que no estaba á la verdad bien surtida su parroquia. Si no temiéramos alargarnos demasiado en este relato, diríamos la minuciosidad y esmero con que él procuró las obras todas ne-

cesarias en su parroquia, viéndosele tan pronto ajustando con los artistas el precio de su trabajo, proponiéndoles rebajas toda vez que era para el culto y servicio del Señor; tan pronto inspeccionando las obras para que ellas quedasen bien acabadas y no hubiera en ninguna ocasion motivo de reconvencion para el artista que ejecutaba, ni para el párroco que lo mandaba hacer. En órden á sí mismo, su sola presencia atraia á cuantos tenian ocasion de verle, por la esmerada pulcritud en su traje, humilde y siempre conforme á su estado, por su semblante siempre afable, sin dejar de ser grave, pero no con esa gravedad que asusta y retrae, sino con la que da dignidad y decoro, por su atencion para recibir á cuantos se le acercaban, sin fijarse en que fuesen pobres ni ricos, grandes ni pequeños. El mismo les alentaba á la manifestacion de sus necesidades, y ni porque sus pretensiones fuesen importunas ó acaso imprudentes, ni porque ellos alguna vez, ó ignorantes ú olvidados, le faltasen al respeto debido, no les hacia caso; todo al contrario, se espontaneaba con ellos, les daba una razon exacta, conveniente, incontrovertible de lo que habian de hacer, presentándoles las ventajas ó inconvenientes de su conducta, pero con dulzura, siempre en buenos términos, y poniendo en juego cuantos recursos Dios le inspiraba, áun cuando algunas veces parecia que no eran los medios los más á propósito, si bien cuando llegaba la ocasion daban su resultado, y casi siempre era aún más feliz que lo que se habia propuesto. Llevamos dicho que era muy celoso por el bien de su pueblo, que siempre habia considerado como uno de los medios de fomentarle el predicar la divina palabra, y que cumplia tan sagrado deber todos los dias de fiesta, dando á sus feligreses instrucciones correlativas, que les eran de muchísimo provecho por la conexion que tenian unas con otras, conexion que daba dos resultados á cual más apetecibles; primero, que el feligrés se instruia en todo aquello que habia menester para el desempeño de sus obligaciones no solo religiosas sino sociales, pues sabemos que los deberes sociales, objeto de la más exquisita diligencia de parte de quien los tiene, deben ser enseñados por los párrocos desde la cátedra del Espíritu Santo, toda vez que la sociedad es un destello, es una emanacion de Dios, y constituidos por Dios en ella, es como buscamos nuestro bien; y segundo, que la ilacion tan bien establecida entre uno y otro discurso, y sostenida así en todos ellos, hacia que los feligreses no faltasen nunca al sermon, porque en él oian muy buena doctrina, y de esta suerte podia, si le era necesario, hacerles un cargo acerca de sus infracciones, si acaso llegaban á cometer alguna, pues no podian excusarse con la ignorancia, siendo así que les veia continuamente asistiendo á sus explicaciones. Es verdad que estos casos eran muy raros, pues su gran prevision, su buen juicio en las advertencias particulares y el acertado tino de toda su conducta, le hicieron establecer

en el pueblo una armonía, una tal y tan cordial union, que todos sus feligreses parecian una sola familia y no una familia cualquiera, sino de esas que todos puede decirse que son unos, tanto para los bienes cuanto para los males, pues que en estos sienten todos, así como todos se regocijan cordialmente en los otros. Muchas veces conferenciaron con el Sr. Reguis sus compañeros los párrocos circunvecinos acerca del estado de sus parroquias, y de los adelantos que veian en la de este respetable señor, que no podian lograrse en las suyas; y él con la sencillez que formaba su carácter, trazándoles exactamente su conducta, les decia lo que habian de hacer para conseguir su objeto, y algunas veces meditaba en un medio de facilitarles el cumplimiento de sus deberes, que era á la verdad uno de los más vivos deseos de este hombre verdaderamente apostólico, y animado siempre del celo por la gloria de Dios. Ya encontró un dia examinando las causas que podrian influir en que no todos los párrocos lograsen el mismo resultado, áun con los mismos esfuerzos, que esto podria depender de que no son iguales las capacidades de todos, y por consiguiente el mismo ministerio de la predicacion cumplido con acierto, ó desempeñado sin órden ni concierto, podria ser el fundamento de que unos adelantáran mucho y otros no hicieran cosa alguna. Labrando en él esta idea, y convencido de que si se les daba una pauta, una norma sobre la cual hicieran ellos sus estudios y ensayos, y siguiéndola que lograsen órden y concierto, tal vez se conseguiria algo, se adelantaria mucho, y ménos trabajo daria más positivos resultados. Lo pensó así, y puso en ejecucion su proyecto escribiendo y publicando en 1766 una obra no muy voluminosa, que tituló la *Voz del Pastor*, y era una série de discursos familiares de un párroco á sus feligreses para todos los domingos del año. Logró muchísima aceptacion este importante trabajo, y por consiguiente se agotaron muy en breve repetidas y numerosas ediciones; es verdad que es una obra tan á propósito, llena tan bien su objeto, y se distingue tanto por su sencillez, por la uncion con que está escrita, y por la oportunidad con que estan desenvueltos los asuntos, que indudablemente con ella sola tiene un párroco para cumplir bien con su mision de predicar, pues si quiere puede leerla, y hallar sus feligreses pasto nutritivo para sus espíritus, ó si no puede aprender y recitar los discursitos, y la entonacion, que siempre da fuerza y vigor á la expresion; el parecer de propia cosecha, que siempre dice algo en favor de quien lo predica, producirá su efecto, pues, repetimos, son muy oportunos y muy buenos, y áun de muy bellas formas, los discursitos que en la *Voz del Pastor* nos ha dejado el Sr. Reguis, sin otro fin que ayudar por su parte á sus queridos hermanos los párrocos, y facilitar tambien á los fieles, especialmente á los que vivian en aldeas reducidas, un medio de instruirse, y que la instruccion que por sí recibian supliese á la que les hubiesen de dar

:

los pastores de que carecian. Sucedió con el precioso libro del Sr. Reguis lo que sucede con todas las cosas útiles; una vez encontrado el fundamento, una vez desenvuelta la primera idea, nada es tan fácil como ampliar ésta, y la idea ampliada será tanto más extendida y sus aplicaciones tanto más provechosas, cuanto mejor formado estuviese, por decirlo así, el núcleo en que estribaban y sobre el cual crecian. Así sucedió con la *Voz del Pastor*; apénas vieron los párrocos el éxito que alcanzaba, cuando uno de ellos, por cierto muy buen párroco, tan celoso como el Sr. Reguis y tan deseoso del bien de las almas como aquel útil operario de la viña de Jesucristo, proyectó y llevó á cabo la ampliacion de este mismo libro en otro que se tituló *Instrucciones familiares*, y que obtuvo un éxito casi tan feliz como el que logró la importante obra del Sr. Reguis, pues en cuarenta años se hicieron de él seis ediciones, y eso que era una obra algo costosa, pues en la edicion de ménos volúmen necesitó seis tomos abultados. Puede decirse que esta es tambien obra del Sr. Reguis, pues que él la inspiró, y algunos aseguran que lo fué materialmente, pues no lleva otro nombre que el de un párroco de la diócesis de Gap, que era como se firmaba el Sr. Reguis en todas sus cosas, ménos en la *Voz del Pastor*, á que no quiso negar su nombre. De todas suertes el Sr. Reguis fué un hombre verdaderamente distinguido, pues bien fuesen suyas las dos obras, bien la una sola, prestó un gran servicio á la Iglesia, mereció mucho en la presencia del Señor, é indudablemente habrá recibido de Dios el galardon á que le hicieron acreedor sus buenas obras, como en el mundo recibió el testimonio de gratitud con que sus feligreses hacen inolvidable la memoria del Sr. cura Reguis.—G. R.

REGULINO DE ANGELINO. Si en algo se ha de estimar para que acreciente los méritos personales de un sugeto el que sus descendientes hayan sido los más ilustres, y que en letras como en valor, en ciencias como en virtudes se hayan distinguido, no cabe duda en que por este concepto mereció mucho nuestro Regulino, pues además de ser muy ilustres sus padres, era pariente no muy lejano de S. Bernardo, y de Felipe rey Senense. Su educacion fué cual convenia á su elevada clase, y los deseos de sus padres hubieran sido satisfechos plenamente, si él al concluir su carrera literaria, que hizo con mucho aprovechamiento, hubiera querido aceptar la magistratura con que le brindaban, ó algun puesto importante en el extranjero, ó el mando de alguna fuerza de soldados que se habria inmediatamente aprestado para que él pudiese capitanearla. Nada de esto le satisfacia, así que terminado el estudio de jurisprudencia, que hizo con toda la extension que le permitia la época, comenzó el de sagrada teología, pues cuando las instancias de sus padres para que aceptase alguna de las posiciones con que le brindaban, fueron tan vivas que á ellas no habia forma de resistir, hubo de de-

cirles que su mente era ser sacerdote, y por consiguiente que toda otra cosa que acerca de él se propusieran daria, contra su voluntad ciertamente, el resultado de que no la atenderia, que no obedeceria de modo alguno sus indicaciones como fuesen encaminadas á llevarle por otro camino. Firme, pues, en su propósito, y hechos con provecho los estudios de la sagrada facultad, habiendo recibido la borla de doctor, pensó en abrazar ya el estado eclesiástico, puesto que en él podia prestar alguna utilidad. Miró al mundo, y entónces se convenció de la futilidad de sus pompas, vanidades y aspiraciones, miró á las dignidades eclesiásticas acerca de las cuales podia su ambicion, tergiversando sus miras, llevarle por medios tal vez inconvenientes; miró á su familia, y cosas que podian llamarle algun tanto la atencion hasta el extremo de distraerle y alejarle del procurar sus verdaderos intereses, y decidió con heroismo no exponerse á ninguno de estos peligros, ingresando en un instituto religioso, que á la verdad era el único medio de resistir los embates del fatal adversario de los hombres. Maduro exámen requeria por su parte una decision de tanta monta, no ciertamente porque él dudára por un momento siquiera acerca de lo principal, es decir, acerca del hacerse religioso, sino porque tenia reparo en la eleccion, pues hubiera querido poder pertenecer á todos los institutos religiosos de su época, hubiera querido ver prácticamente cuál era el más adecuado á sus circunstancias y condicion, porque lo que hace al mejor creyó siempre que lo era aquel en que más se sirviese á Dios sin distincion de ninguna especie; porque no cabe distincion en las cosas que se hacen por los siervos de Dios, alentados de su eficaz auxilio, y que por consiguiente tienen que ser buenas. La órden de S. Agustin fué por fin á la que se inclinó, pidiendo como era consiguiente su correa con las más vivas instancias, y recibiéndola como un don de Dios que le obligaba á la mayor fidelidad para la perfecta observancia de las constituciones, estatutos y demás que en ella eran de observarse, para conseguir el logro de sus deseos que era su perfeccion en el mayor grado posible. No es necesario decir que hizo su noviciado con toda exactitud, sin dispensarse en lo más mínimo, quedando encantados de su conducta cuantos tenian ocasion de notarla, y siendo por consiguiente esperado con ánsia el momento de su profesion, tanto por los que habian de conferírsela, cuanto por él mismo que anhelaba estar sujeto por los vínculos de sus votos, para no poder separarse del benignísimo dueño que le dispensaba la más inequívoca prueba de amor en consentir el unirse con él por el estrechísimo vínculo que establecian. Profesó, tuvo particular esmero en observar puntualmente los votos que hiciera, y por consiguiente fué muy obediente, muy pobre y muy casto, que era lo que á su buen Dios habia prometido, y es lo que constituye á un verdadero religioso. Desde luego le

dedicaron en su convento al desempeño de algunos cargos, que siempre fueron por él muy bien cumplidos, y esto daba lugar á que apénas habia concluido una comision, se le encargára otra, y fuesen ellas cada vez más delicadas, como que cada vez se veia mejor su idoneidad y prendas recomendables. Púsosele al frente de la enseñanza durante lo que se llama un curso, es decir, la instruccion completa de unos alumnos, desde la filosofía hasta lo último de la sagrada teología; costumbre muy admitida en los conventos especialmente hasta la mitad del siglo pasado, en que ya se convencieron los superiores de que áun los lectores y maestros no podian tener en todas las materias los conocimientos tan completos como era de desear para el éxito de la enseñanza de toda la carrera, y por consiguiente convenia mucho más á discípulos y á maestros el que fuese un solo ramo el que estuviese al cargo de cada uno, porque así se lograria mejor resultado en cada uno de ellos. Regulino, sin embargo, siguiendo la costumbre de su época, dió toda la enseñanza, y la dió con muy buen éxito, de tal manera que alguno que otro estudiante pudo lograr el detenerse un año para empezar su carrera, esperanzado en que al siguiente seria Regulino quien comenzára á leer, que era lo mismo que decir que toda la carrera se haria bajo su direccion. Mas no fué así, con sorpresa de todos se supo, casi al empezar el curso, que no era Regulino quien le daba, y á todos sorprendió esta novedad, que ya sabian los Padres habia de ser notada, por lo cual tuvieron buen cuidado de hacer decir que el no echar mano de Regulino para la enseñanza aquel año, como venian haciéndolo muchos otros, no era por otra razon sino por la de que meditaban el utilizar sus servicios en otra línea, de otra manera más al alcance del comun de los fieles. Efectivamente, como por entónces la mayor parte de los cabildos catedrales eran dependientes de la órden de S. Agustin, y vivian segun sus reglas, aunque estas acomodadas á las necesidades de un cabildo; los superiores habian pensado hacerle canónigo, sin otra mira que la de que su buen ejemplo hubiese alentado al cabildo de que hubiera formado parte. A pesar de su gran sumision y ciega obediencia á los mandatos de sus superiores, no le pareció á él que esta posicion en que le querian colocar era conforme á la que Dios le exigia, por cuyo motivo manifestándolo él así le dejaron en su convento, proveyendo en otro el canonicato que á él querian dar, y utilizando sus servicios en la predicacion, que desempeñaba muy bien y con muchísimo fruto, atrayéndose la atencion de cuantos se acercaban á oirle, siquiera el móvil primero que les llevára no fuese otro que el de la curiosidad. En el desempeño del difícil é importante cargo de oir confesiones, tambien logró muy abundantes frutos, pues como era de un carácter muy dulce y de un trato benignísimo, atraia, digámoslo así, como involuntariamente á los pecadores, y luego él los hacia desear, querer

y procurar aquello mismo que al principio tomaron con indiferencia. Sin que abandonára ni el confesonario ni el púlpito, le confirieron el importante cargo de vicario y procurador de su convento, y esto sirvió para acreditar su gran capacidad para el gobierno, tanta como tenia para los cargos peculiares, digámoslo así, de su ministerio, y en los cuales no admiraba el que se portára con tanto acierto, pues que eran en los que se habia educado y con lo que estaba enteramente familiarizado, porque los habia tratado de ejercer, y ejercer bien, casi ántes que ingresase en religion. Pero en los cargos de vicario y procurádor, á pesar de ser para él tan nuevos, que ni siquiera se habia fijado en cómo se desempeñaban, porque nunca creyó tener necesidad de ocuparse de su desempeño, logró las simpatías de sus hermanos de tal suerte, que complacidísimos por verle en ellos, solo anhelaban ocasion de ponerle en otros puestos más encumbrados para percibir más directamente el efecto de sus acertadas disposiciones como superior. No se dejó esperar mucho la ocasion de que estos deseos de la comunidad se lográran, ó diremos mejor que Dios, que queria justificar y perfeccionar más y más á su siervo confiándole cargos importantes en cuyo desempeño pudieran hacer mucho bien á su religion, permitió la muerte del prior, acaecida en 1.° de Octubre de 1431, para que fuese Regulino nombrado tal prior y confirmado con las debidas solemnidades, habiendo tomado posesion el dia 23 de Noviembre del mismo año. Mucho neutralizaba los deseos de Regulino el hallarse en esta encumbrada posicion; hubiera él querido ser siempre el último y obedecer á todos, pero como la voluntad del Señor era que mandase y ejerciera esa superioridad que tan sin quererlo se le vino á las manos; no le quedó otro arbitrio que aceptarla, y una vez aceptada, cumplir en su desempeño con la fidelidad que habia cumplido en los diferentes cargos que desempeñó en otras ocasiones. Para el buen desempeño de su cargo excitó á todos sus hermanos á que cooperasen cada cual en esta línea, y supo hacer con tal tino esta excitacion que correspondieron á ella todos, y se quitaron casi insensiblemente algunas cosillas ménos perfectas, que eran hasta cierto punto mengua de la comunidad, pero que la tolerancia de los superiores que habian precedido á Regulino, habia dejado arraigarse, no por malicia, sino por esa mal entendida condescendencia que jamás da buenos resultados, porque no es más que el disfraz con que se cubre el poco interés por cuidar de aquello que nos está encomendado; porque ciertamente, si se tuviera más cuidado se veria que esta exigida tolerancia traza en pos de sí la ruina de los mismos á quienes se toleraba. Regulino, valiéndose de los medios más suaves y de recursos todos ellos de benignidad suma porque nunca fué afecto á las determinaciones terroríficas, hacia que cada cual llenase, digámoslo así, su hueco, cumpliese su obligacion, y el resultado era que todos formaban el armonioso con-

junto de esa exacta ejecucion de sus deberes, y todas las cosas hechas con oportunidad y con buen deseo hacian resaltar más y más el órden que en todo reinaba bajo la direccion de Regulino, el cual incansable atendia á todo, lo procuraba todo y cumplia no solo las obligaciones de su cargo y estado, sino todas aquellas que podia de las que dejaban por hacer algunos de los individuos que por enfermedad ó otra causa igualmente atendible no podian desempeñar su deber. Todas estas cosas daban por resultado, como no podia ménos de suceder, el que sus hermanos le apreciáran en gran manera y para darle gusto en todo se esforzasen cada cual en su línea, con lo que sabian habia de quedar satisfecho, y su satisfaccion como tan justa refluia en el bien comun. Así las cosas y proponiéndose y realizando cada dia nuevas mejoras en su convento, y prestando mayor utilidad á los fieles de las cercanias, ya por los trabajos apostólicos en que él se mostraba incansable, pues áun con las ocupaciones de prior, confesaba siempre que tenia á quien, y predicaba con bastante frecuencia, ya por su tierna solicitud en encomendar estos ministerios á los más aventajados religiosos de su casa, con lo cual los fieles no solo estaban satisfechos hasta lo sumo, sino que por cuantos medios estaban á su alcance procuraban á los PP. Agustinos cuanto habian menester, mostrando tal anhelo por ayudarles con sus limonas para cualquier cosa que necesitaban, que les producia un verdadero sentimiento cuando llegaban á comprender que habian necesitado algo los Padres y no lo habian pedido, ó al pueblo, es decir á su municipalidad, ó á los particulares, que todos se complacian en ser y llamarse devotos y bienhechores de la casa. Aunque como hemos dicho Regulino no ambicionó ni mucho ménos el cargo que desempeñaba, como viera que no le era posible dejarle porque sus superiores no le admitian la renuncia y sus hermanos no se veian muy dispuestos á sustituirle, porque creian y con razon, que no hallarian fácilmente quien ocupase su sitio tan bien como el lo hacia; se creia ya seguro en este puesto y presumia que sus superiores, ó más bien el consejo de la órden que designa á los que han de desempeñar los cargos, tambien estaria satisfecho con que él cumpliera con éste con el acierto, celo y desinterés con que lo hacia; sin embargo, se equivocó grandemente, porque el conservarle prior era hasta que hubiese un cargo superior que darle, y áun como prior le encomendaban comisiones muy importantes fuera de su incumbencia en el órden regular, y que desempeñaba tan perfectamente que daba á todos ocasion de que anheláran un momento oportuno para aprovecharse de sus excelentes dotes, manifiestas en los felices resultados que lograban las empresas que acometia, por árduas, delicadas y llenas de complicaciones que fueran, porque él tenia tal tino, mostraba tal acierto, que en un instante desenmarañaba el asunto, lo presentaba claro y sencillo y lue-

go lo resolvia tan fácilmente como si no hubiera sido más que la relacion de él lo que hubiese estado á su cuidado. Tan admirable modo de proceder encantó á todos de suerte que al pasar de esta á mejor vida el muy esclarecido P. General, Bto. Esteban, todos de comun acuerdo se fijaron en Regulino, y al comenzar el año 1432 se encontró General sin pensarlo, y por supuesto sin quererlo. Apénas supo su nombramiento, corrió al capítulo para presentar una excusa por la cual le librasen de tan importante cargo, y esta era el que conociéndose el más indigno de todos sus hermanos, de ninguna manera creia poder estar á su cabeza, ántes por el contrario rogaba al capítulo le dejára el último de todos para de esta suerte aprovechando los buenos ejemplos y doctrina de los demás, ver si podia llegar siquiera á corresponder á la especial gracia que en su llamamiento habia merecido á Dios. La razon en que fundaba su renuncia no pudo ménos de asegurar á sus hermanos del acierto con que habian obrado al proponerle y votarle para el importante cargo de ministro general, así que de la asamblea salió como resolucion unánime el obligarle á aceptar el cargo inmediatamente, y á que desde el momento le desempeñára, presidiendo ya como tal superior general aquel capítulo; lo cual fué ventajosísimo para la Orden agustiniana; porque él ya puesto en aquel encumbrado lugar comenzó á ejercer su cargo y á ejercerle sin consideraciones particulares, como habia obrado hasta entónces. Hizo una pintura exactísima de lo que debia ser el estado religioso y las peculiares obligaciones de los hijos del gran S. Agustin; manifestó cuán conveniente era el que cada superior en su casa como cada individuo en su línea no tuviesen otra aspiracion más que la de hacerse santos y perfectos, venciendo para ello cuantos obstáculos ofrece en diversas maneras el demonio con sus tentaciones, el mundo con sus juicios las más veces equivocados, la carne con sus pasiones tanto más envalentonadas, cuánto ménos cuidadosos somos en refrenarlas; todo, en fin, por los medios que son muy adecuados para procurar nuestro bien, si á él los encaminamos, que indudablemente producirán nuestro mal, si de ellos no nos preservamos. Concluyó por decir que á su cargo estaba desde entónces no solo el gobierno, sino el mayor adelanto espiritual de la Orden toda, y pidiendo con profunda humildad la cooperacion de todos sus hermanos para el desempeño del cargo que sobre sí tomaba, se ofreció á hacer cuanto estuviera de su parte para corresponder á la confianza que en él habian depositado, y que le obligaba tanto más, cuanto estaba persuadido de que el único móvil que les habia impulsado, habia sido el deseo de que el sucesor del Bto. Esteban fuese tan digno como su antecesor y la Orden no se resintiera de que el que estaba á su cabeza valia ménos que el que acababa de pasar á la patria de los bienaventurados. Por supuesto que al saber en su

convento no solo que le habian nombrado general, sino que le obligaban á aceptar tan importante cargo, claro es que concibieron gran pena por la pérdida que necesariamente habian de experimentar, suma complacencia porque la Orden tenia un ministro general que no solo velaria por sus intereses materiales, sino que para procurar sus verdaderos intereses, es decir, los del espíritu de sus hijos, tendria todo el afan y la fuerza de voluntad que es tan necesaria; pero claro es que viéndose huérfanos y de un padre tan cariñoso, que les habia cuidado con tanto esmero y amado con tan entrañable afecto, que les habia procurado por cuantos medios estaban á su alcance toda especie de ventura y de dicha, y al haber de recibir otro padre á quien no conocian, otro guia cuyos pasos no sabian por donde habian de encaminarse, otro prelado cuyo carácter les fuera enteramente desconocido, no es extraño, ántes es muy natural, que estuvieran algun tanto perturbados miéntras el mismo Regulino no les aquietó, asegurándoles que sus intereses como los de todos corrian á su cuidado, y él procuraria protegerlos con toda la energía que merecia la suerte de una grey escogida por Dios, y señalada con las muestras de la más decidida predileccion. Sumamente tierno y conmovedor fué el espectáculo de la despedida que á sus religiosos hizo el P. Regulino cuando abandonó la casa para pasar á Roma, donde estaba hacia mucho tiempo fija la residencia del general; él se humilló, haciendo ver á sus hermanos las faltas que hubiese cometido en el desempeño de su cargo, él se humillo poniéndose en manos de sus hermanos y encomendándose á sus oraciones para el desempeño acertado y conveniente del nuevo y delicado encargo que se le conferia; por último, les habló del afecto que les profesaba, y sus sollozos, mezclados con los de la comunidad, ahogaron su voz y no le permitieron concluir. En Roma fué recibido con singular aprecio, tanto por sus hermanos cuánto por los demás superiores de las otras Ordenes á quienes es costumbre visitar cuando alguno es elegido, y en la cámara del Sto. Padre logró tambien al momento las simpatías de todos; bien es verdad que para estimar á Regulino no se necesitaba sino verle y oirle, aunque fuese una sola vez. No perdió tiempo en preparativos ni en disposiciones teóricas para darse á conocer á sus hermanos y fieles súbditos, sino que desde luego escribió, eso si, á los conventos y provincias lejanas, para decirles que no le era posible visitarlas personalmente; pero que mandaria quien lo hiciese, y á las que estaban próximas las visitó prontamente, siendo este acto jurisdiccional de tanto mayor y mejor efecto, porque se le despojó de cuanto tiene de imponente y de gravoso, y se le quedó reducido á lo que de provechoso puede y debe tener. Nuestro buen ministro general iba á los conventos sin séquito, entraba sin aviso, reconocia y visitaba sin llamar la atencion, verificándose en alguna parte que no supieron era el Pa-

dre general, ni que iba á la santa visita, hasta que dictó el auto, que como consecuencia de ella deben proveer los prelados, tanto regulares como ordinarios, cuando la hacen. Así evitaba á las comunidades las molestias consiguientes á este importante acto, y como no mandaba aviso, hacia que indirectamente todos estuviesen dispuestos, pues claro está, como nadie sabia cuándo habia de tocarle, todos estaban cual si ellos fuesen los únicos que hubieran de ser visitados, y nadie sabe los bienes que por este medio hizo, ni los frutos que logró. Acabó el trienio para que fué elegido, y rogó á los religiosos le relevaran de tan importante cargo: lo hicieron tal vez por complacerle; pero despues, es decir, en 1440, volvió á tener precision de encargarse del gobierno de toda su Orden y emprender de nuevo sus trabajos, dejando la soledad y retiro á que se habia acostumbrado y en la cual adelantaba mucho para sí propio, aunque para sus hermanos no era tan útil como en la vida pública. Esta segunda vez que tomó el cargo de ministro general lo desempeñó hasta 1446, mas desde esta fecha nada se sabe de él, ni si renunció su cargo y se retiró á alguna ermita ó granja á pasar allí tranquila y sosegadamente sus últimos dias, ni si murió en el desempeño de su importante cargo, ni nada en fin. Lo que llevamos referido es, sin embargo, más que suficiente para que de Regulino de Angelino se forme el debido juicio; y si á esto agregamos que era exactísimo en el cumplimiento de sus deberes como simple religioso, y muy dado á los ejercicios de piedad, de oracion y de caridad, podremos inferir con fundamento que el Señor habrá premiado sus méritos con el eterno galardon. — G. R.

REGULO (S.). Entre los santos que con el glorioso confesor S. Juan Clímaco recuerda la Iglesia católica el dia 30 de Marzo, se encuentra S. Régulo, que fué uno de los que imitando á S. Dionisio salieron á predicar el Evangelio por los pueblos de Europa para anunciarles la dicha que les habia venido con el nacimiento, vida, pasion y muerte del Hombre-Dios, redentor del género humano, origen y fuente abundante y única de la gracia. Dirigióse S. Régulo con este designio, y tomando el oficio de los apóstoles al país de Senlis, que ofuscado en las ideas más absurdas, y oscurecido por las negras nubes de la ignorancia, prestaba adoracion á los ídolos del demonio, ignorando que hubiese un Dios más grande y poderoso, porque aún no le habia alumbrado la clarísima luz del Evangelio. Encendió Régulo en aquel país, auxiliado por la potente mano del Altísimo, la antorcha de la fe, y aclaradas las tinieblas de la supersticion con que avasallaba el demonio aquella tierra, multitud de sus habitantes vinieron á rodear llenos de gratitud á quien tan gran beneficio les dispensaba, y Régulo conquistó con la elocuencia que le inspiró el espíritu de Dios, muchas almas á la religion del Crucificado. Hacia al propio tiempo prodigios S. Dionisio en el centro de

las Galias, en las que diariamente pedian las aguas bautismales millares de convertidos, y como los jefes de la Iglesia viesen lo perfectamente que San Régulo le imitaba, nombraron á este bienaventurado obispo de Senlis, cuya diócesis gobernó con piedad y con caridad durante los dias de su vida, al fin de la cual murió rigiendo á su querida grey, que tardó mucho en consolarse de la pérdida del angélico varon que les habia enseñado el camino del cielo y la felicidad de una vida sin zozobra, consagrada á la oracion y al trabajo que Dios ordena.—B. S. C.

REGULO (S), obispo y mártir. El impío Arrio inficionó á los fieles en los primeros siglos del cristianismo con su pestífera doctrina, y si la Iglesia católica no descansára en los sólidos cimientos, sobre los que la basó la potente mano del mismo Dios, hubiera peligrado mucho con el gran poder que entre los ignorantes y bárbaros pueblos del Norte que invadieron el Africa y la Europa, adquirió el infaustamente célebre heresiarca. Regia la grey cristiana en Africa el bendito obispo S. Régulo, varon de gran santidad, bajo cuyo báculo pastoral eran felices las ovejas de su dichoso redil, cuando fué ocupada esta parte de la tierra por los godos. Viendo Régulo llegar á su diócesis á esta turba de asoladores enemigos de la verdadera fe de Jesucristo, predicando sus ministros del santuario una religion herética que ofendia á la verdadera creencia, que pretendia destruir para entronizar la infernal dotrina de Arrio, no solo preparó á su grey para que no se contaminase con peste tan desoladora, sino que él con ánimo heróico la combatió, defendiendo con tanto celo y esfuerzo la fe católica, que cansados los arrianos de tener enfrente enemigo tan tenaz y que mermaba diariamente sus filas con la elocuencia de su persuasiva predicacion, se conjuraron contra él, y arrojándole violentamente de su silla episcopal, le lanzaron de su diócesis con los más brutales tratamientos, á la vista de los fieles que no pudiendo defenderle, lloraron en secreto la desgracia que la ausencia del pastor habia de atraer á las ovejas. Resignado el virtuoso Régulo con la voluntad de Dios, que permitia aquel desman para probar su fe y ejercitar á los fieles, se dirigió á Italia con dos de sus compañeros de apostolado, con ánimo esforzado de continuar sus trabajos evangélicos do quiera que la mano de Dios le llevase, porque consideraba deber suyo seguir el camino que le trazase el cielo, para que su mision sobre la tierra fuese más útil y provechosa á su alma y á los fieles que se guiasen por su doctrina. Desde que puso los pies en Italia empezó su predicacion sin tregua, llamando á sus habitantes al conocimiento del verdadero Dios y detestacion de los ídolos á los que aún les conservaban devocion, y á los que aborreciendo la idolatría y llamándose cristianos, habian abrazado el arrianismo, cegados por su ignorancia y arrastrados por una doctrina falsa y desleal, que tendia á des-

truir la verdad de la religion ortodoxa. De ese modo y haciendo no pocos prosélitos, llegó Régulo á Populonio, ciudad de la Toscana llamada hoy *Porto Baratto*, y como los sacerdotes arrianos le oyesen predicar una ley que ellos trataban de anular y que amenazaba concluir con el poder que les habian dado sus mentiras entre los ignorantes pueblos á quienes embaucaban y seducian, le acusaron ante Totila, rey de los godos, que mandaba en el país, de ser un charlatan impío que perturbaba la conciencia de los creyentes, que maldecia á Arrio y á sus discípulos, y que ofendiendo á Dios con palabras blasfemas, turbaba la tranquilidad pública, pudiendo muy bien suceder que acabase con tener tanto poder que le arrojase á él mismo del trono. Alarmado con esta delacion el rey Totila, mandó prender á Régulo y que le condujesen á su presencia. Procedieron los ministros arrianos á la prision del santo Obispo, y conduciéndole en medio de improperios y de malos tratamientos á la audiencia de Totila, este soberano le interrogó sobre su vida, su oficio y religion, manifestándole los cargos que se le hacian. Régulo sin perder su serenidad habitual, ántes bien con arrogante humildad, manifestó al Rey cuanto debia con arreglo á sus preguntas, concluyendo por manifestarle el error en que vivian él y los suyos, y procurando convencerle de la necesidad que tenia para salvar su alma, de abjurar por sí y de proscribir en su reino la religion arriana. Encolerizado el Rey con semejante sermon, le dijo que rindiese inmediatamente veneracion al arrianismo; y como Régulo despreciase sus amenazas, le hizo sacrificar inhumanamente el año 542 de nuestra era segun los Bolandos. La Iglesia le recuerda el dia 1.° de Setiembre.—B. C.

REGULUS, diácono de la Iglesia de Arlés enviado como diputado por los obispos de esta provincia en 450 al papa S. Leon, con una carta en que le suplicaban devolviese á su Iglesia lo que se la habia quitado en vida de S. Hilario; daban como razon que no era justo que Ravenno, su obispo, que era apreciado por la Santa Sede, se viese privado de un honor que no se habia quitado á su antecesor más que por haber ofendido á la Santa Sede; que era público y notorio tanto en Roma como en las Galias, que S. Teófimo, primer obispo de Arlés, habia sido enviado por S. Pedro, es decir por uno de sus sucesores; que las demás provincias de las Galias habian recibido de Arlés la fe, y que por consecuencia habian tenido obispo mucho ántes de que le tuviese Viena. Así, añadian, nuestros antecesores han honrado siempre la iglesia de Arlés como á su madre; nuestras ciudades la han pedido siempre obispos, y su obispo ha consagrado en todos tiempos á nuestros antecesores y á nosotros. Los vuestros han confirmado en sus cartas los privilegios de esta Iglesia, de lo que hallareis sin duda pruebas en vuestros archivos; han querido que tenga autoridad en las Galias, como la Iglesia romana tiene la

primacía sobre todas las iglesias del mundo. Con respecto á la iglesia de Arlés, el gran Constantino la honraba de tal manera que la dió su nombre. Valentiniano y Honorio la titularon la madre de todas las Galias. Dió y recibió el consulado durante su imperio, residiendo en ella el prefecto del pretorio; las ventajas que se encuentran en esta ciudad son que se acude á ella de todas las demás, lo que por comun consentimiento la hace mirar como la primera de todas, como su iglesia lo es de todas las iglesias de las Galias, en razon de su antigüedad, de donde proviene que no solo ha tenido siempre el gobierno de la provincia de Viena, sino tambien de las tres provincias y por comision de la Santa Sede de todas las Galias. Terminaban su carta asegurando al Papa que hubieran ido ellos mismos á Roma, tanto para presentarle su homenaje, como para darle sus representaciones sobre este asunto, si sus enfermedades no hubiesen detenido á algunos de ellos, y si la esterilidad del año no hubiese impedido á los demás emprender este viaje. Habiendo examinado S. Leon las pretensiones de las iglesias de Viena y de Arlés, reconoció que habian gozado ya la una y la otra de diferentes privilegios eclesiásticos, y que en diversos tiempos habian ido á cuál tenia más prerogativas. Por esta razon y por el bien de la paz ordenó que continuasen siendo metrópolis Viena y Arlés. Viena de las cuatro iglesias próximas, á saber, Valencia, Taranterio, Ginebra y Grenoble; y Arlés de las demás iglesias de la misma provincia. Su carta es de 4 de Mayo de 458; en el mismo dia escribió otra á Ravenno en que despues de haberle manifestado que habia detenido mucho tiempo á Régulus y su compañero Petronio, para que estuviesen presentes á las deliberaciones que se tomaban en Roma con motivo de la herejía de Eutiques, le suplica comunique las cartas que les habia dado á todos los obispos de las Galias: la primera era su carta á Flaviano, y la segunda de S. Cirilo á Nestorio, habiendo unido además á ellas algunos escritos sobre la Encarnacion. Estos dos diputados fueron encargados tambien de decir de palabra algunas cosas á Ravenno, que S. Leon no quiso confiar al papel.—S. B.

REGULUS (Fr. Jacobo), religioso dominico, natural de Forlivio, donde tomó el hábito y profesó; siguió sus estudios en la universidad de Bolonia, en la que se distinguió tanto por su talento y aplicacion, que mereció ser despues uno de sus más célebres é ilustrados profesores. Sus grandes cualidades le hicieron bueno para los más elevados cargos que hubiera Régulus deseado renunciar, si el precepto de la obediencia no se los hubiese impuesto, obligándole á pasar á lejanos y remotos países, en que siempre los desempeñó difíciles y penosos con el particular acierto propio de sus talentos y no vulgar capacidad. Nombrado comisario de la santa Inquisicion, desempeñó este cargo en Venecia en un principio, y en Génova con el tacto y celo

que no podia ménos de esperarse de sugeto tan prudente y entendido; presentáronsele en más de una ocasion dificultades graves, y todas las supo vencer acreditando el nombre que ya de antiguo se habia conquistado. Así cuando Juan Francisco de Guidis, arzobispo de Patra, prolegado en Aviñon y despues cardenal de la santa Iglesia romana, le nombró teólogo de su cámara, supo corresponder á su confianza desempeñando las más difíciles y delicadas comisiones. Enviado el cardenal á Bélgica y Borgoña en la calidad de legado *à latere*, pasó con él á estos paises en 1629, época en que no se hallaban exentos de revueltas y trastornos, en los que tuvo que figurar Régulus, no obstante sus deseos de vivir retirado en su celda ajeno á las agitaciones de la vida pública. El general de su Orden que habia tenido ocasion de conocer de cerca el mérito de este religioso, á cuyas cualidades como sabio iban unidas otras no ménos notables como varon virtuoso, se aprovechó de ellas para vencer los obstáculos que se le habian presentado en una de las provincias de su Orden, donde habia entrado la division y la discordia. Nadie más á propósito para salir triunfante en medio de todo género de dificultades que el P. Régulus, como lo habia demostrado ya en repetidas ocasiones, por lo que el general de Santo Domingo le envió como prior del convento de PP. Predicadores de Praga, que gobernó por largos años con tanto celo como acierto, haciéndose apreciar de propios y extraños, y que sus grandes servicios fuesen en extremo apreciados en la Orden Dominicana, colocándole todos los cronistas en el lugar preferente que merecia. Falleció en 1630 dejando manuscrita una obra que parece habia compuesto durante su residencia en Bruselas, y la cual lleva el título siguiente: *Dictionarium sacrum ex SS. Patribus et Ecclesiæ doctoribus collectum, explicans difficiliora vocabula sacrorum Bibliorum: veluti Compendium quoddam Tostati operum in quæstiones breves et interlineares glossas ordinatum et distinctum.*—S. B.

RÉHUM, levita, hijo de Benni, volvió de Babilonia á Jerusalen con Zorobabel (I. Esdr., II, 2 y II. Esdr., III, 17.)

REI. S. Gerónimo ha tomado este término de la Biblia. (III Reg., I, 8), como si significase algun general de las tropas, ó algun personaje empleado en la casa de David: *Semei et Rei et robur exercitus David, non erat cum Adonia.* Los setenta le han tomado de la misma manera. El autor de las tradiciones hebráicas sobre los libros de los Reyes y de los Paralipómenos, pretende que *Semeï* sea lo mismo que Nabat, padre de Jeroboam y maestro de Salomon; y que *Rei* sea lo mismo que Ira Jaraïtis, á que se llama *sacerdote de David* (II. Reg. XX, 26). El hebreo *Semeï* y *Rei* ó *Someï* y *Koeï* puede traducirse por los que escuchan y los que ven, es decir, el público, todo Israel, ó los que obraban con circunspeccion y sabian las intenciones del

rey; ó por último, los profetas y sus discípulos, los presentes y su auditorio. En algunos ejemplares griegos se lee: *Semeï y sus amigos.*—S. B.

REIA, hijo de Micha, padre de Baal, de la tribu de Ruben (I. Par., V, 5.

REICHENBACH Lessonitz (La condesa). Hija del príncipe elector de Hesse Cassel, y mujer del conde Félix Zichi, se convirtió al catolicismo en 1840.—S. B.

REICHENTAL (Ulrico). Encuéntranse noticias de este canónigo de Constanza en la historia del concilio de este nombre publicada por Lenfant en 1727, en 4.° Asistió este canónigo al concilio expresado, y escribió su historia en aleman. Esta obra se imprimió en 1483, y se reimprimió en 1575. Aun cuando Reichental tuvo mucha parte en diversos asuntos importantes del concilio, asegura Lenfant que su historia es muy superficial y escrita con mucho descuido, y que se engañó frecuentemente en hechos importantes, ya porque le faltase la memoria, ya porque se hubiese fiado al relato de otros sobre lo que él no habia visto, ó en las que no era capaz de juzgar por sí mismo, y que áun pudiera creerse que no era muy entendido en las lenguas por la mala interpretacion que da á algunas palabras, de lo que pone ejemplos que lo prueban suficientemente; y en fin, manifiesta, que Reichental se cuidó más de la parte exterior del concilio, ó sea de su recibimiento y ceremonias públicas, que de lo principal de él. Tan luego como se supo que el concilio se reuniria en Constanza, dió órden el conde de Nellembourg, de parte de Segismundo, á Ulrico de Reichental de disponer cuanto fuese necesario para la subsistencia y alojamiento de los que debian reunirse en concilio, lo cual supo hacer á satisfaccion de Segismundo, y ocupado en que nada faltase á los congregados, no debe extrañarse que no pudiese enterarse bien de sus discusiones, y pusiese mayor cuidado en la parte exterior que estaba á su mandato y en la que tenia que dar gusto á su príncipe complaciendo á los Padres del concilio.—C.

REICHERSPERG (Arnon). Es conocido por una larga obra que escribió sobre la eucaristía. Era dean del monasterio que le sirve de apellido, de que fué preboste su hermano, como diremos despues, y á quien sucedió en este cargo hácia 1169. Viendo que Folmar le llenaba de injurias en sus cartas y en sus escritos, en particular en su carta al arzobispo de Salzburgo, Arnon se propuso vengarse y establecer al mismo tiempo la verdad de la presencia real en la eucaristía, que Folmar negaba en parte, como acaba de decirse. De esta grande obra que se conserva intacta en las Bibliotecas de Baviera, ha dado á luz el prólogo Stevart en sus antiguas lecciones, y el principio del primer libro. No ha publicado mucho más Basnage en la segunda edicion de las lecciones de Canisius; Amberes, 1725. Dedúcese de este prólogo que aunque Arnon atacaba decididamente á Folmar, hacia al mis-

mo tiempo la apología de los escritos y las opiniones de su hermano, deseoso de que llegasen á noticia del público. Las autoridades que emplea para establecer los dogmas de la fe son la Escritura Sagrada, los Santos Padres de la Iglesia, advirtiendo que si hay uno ó dos que se han explicado con claridad en un lugar, ha habido que suplirlos en otros. Además del error de Folmar sobre la eucaristía, en que decia que la carne de Jesucristo estaba sin los huesos, y la sangre sin la carne bajo las especies de pan y de vino, caia tambien en el nestorianismo, mas parece que no dió en este error hasta despues de haber avanzado el primero. Arnon refutó ambos en una obra que escribió contra él. Stevart dice que al refutar el nestorianismo temió caer en el error opuesto, es decir, en el de los eutiquianos; pero es bastante frecuente en los que escriben con calor dejar escapar algunas expresiones poco exactas; en este caso se debe juzgar de la opinion del autor por el objeto de su obra, y no por los términos poco mesurados. Parece que se explica muy ortodoxamente sobre la distincion de las dos naturalezas, cuando confiesa con la Iglesia que el Hijo de la Vírgen es tambien Hijo de Dios, porque como es Dios por completo, es tambien hombre por completo; y que se le debe reconocer por Hijo de ambos, de Dios y de la Vírgen. Solo por un error se ha podido atribuir la obra de Arnon á Ethesio y á Beato. Estos dos escritores vivian cuatrocientos años ántes que Folmar, que escribia en el siglo XII en tiempo del papa Alejandro III. El error ha provenido de que Stevart ha unido en su coleccion el prólogo de la obra de Arnon á los escritos de Beato y de Ethesio. Arnon murió en el mes de Enero de 1180, once años despues de su hermano Geroch. La crónica de Reichersperg le califica de feliz memoria. Dejó una obra impresa bajo el título de *Escudo de los canónigos regulares;* Augsburgo, 1725, en 4.°, en el tomo I de la *Miscelánea* de Raimundo Duellins. —S. B.

REICHERSPERG (Geroch de). Despues de haber frecuentado sucesivamente las escuelas de Hildesheim en Sajonia y la de Augsburgo, entró en el clero de la ciudad que le sirve de apellido, donde le dió un canonicato el obispo Hermann y le ordenó de diácono. Este obispo seguia el partido de los cismáticos, es decir, del antipapa Burdino y del emperador Enrique IV. Geroch era partidario del papa Calixto II; abandonó, pues, á Augsburgo para retirarse á un monasterio de canónigos regulares llamado Reienbuch. Chunon, obispo de Ratisbona, le ordenó de sacerdote y le confió el cuidado de una parroquia. Muerto este obispo, Conrado, arzobispo de Salzburgo, le tomó á su servicio, Geroch tenia el talento muy cultivado y muy buenas costumbres. Conrado le envió á Roma para los negocios de su iglesia. Gotescalco, preboste de Reichersperg, habia resignado esta dignidad en manos del arzobispo en 1132. El prelado revistió de ella á Geroch, que la poseyó

durante cerca de cuarenta años, es decir hasta 1169, que fué el año de su muerte. Se habia ocupado siempre en la meditacion de los libros sagrados, en la predicacion de la palabra divina, en la defensa de la fe y de la unidad de la Iglesia, y en la composicion de diferentes obras muy útiles, cuyo catálogo se encuentra en la crónica de Reichersperg que se halla en la coleccion de escritores de Bamberg, impresa en Francfort y en Leipsick en 1718 á expensas de Juan Pedro Ludevic. El autor de la crónica cita en general diferentes opúsculos dirigidos á los papas Inocencio y Eugenio y á los cardenales; gran número de cartas recogidas en un registro compuesto de dos volúmenes; un tratado de la Encarnacion; un comentario sobre los Salmos en ocho volúmenes; un tratado contra los discípulos de Pedro Abelardo á Oton, obispo de Frisinga, hermano del rey Conrado; diferentes opúsculos á los de Frisinga y á Daniel, obispo de Praga; un libro de la fe, compuesto á ruego de Enrique, cardenal sacerdote; un opúsculo al papa Adriano; un diálogo entre los griegos y los latinos; un pequeño escrito sobre la glorificacion del Hijo del hombre, á Eberardo, obispo de Salzburgo; algunos otros opúsculos al papa Alejandro, á los cardenales y á los obispos. Geroch compuso otras muchas obras que el autor de la crónica ha omitido para evitar prolijidad. Una de ellas es sobre el estado de la Iglesia en los reinados de los emperadores Enrique IV y V, y bajo el pontificado de Gregorio VII y de sus sucesores, impresa en Ingolstadt en 1611 bajo la direccion de Gretzer. Balucio ha publicado en el tomo V de su Miscelánea una obra sobre la misma materia intitulada: *Exposicion del salmo LXIV*, ó libro del *Estado de corrupcion de la Iglesia* al papa Eugenio III. Se halla dividida en dos partes, la primera de las cuales está precedida de una carta á Enrique, cardenal sacerdote, á quien presentó esta obra despues de haberlo hecho al papa Eugenio. Trata de la distincion de las dos espadas, de los dos luminares, del sacerdocio y del imperio, del poder espiritual y del poder temporal. Geroch critica el que en vez de llamarla, como se la llamaba en otro tiempo, la Iglesia romana, se la llame la corte de Roma, nombre que no conviene más que á la morada de la molicie, ó de los jueces destinados á verter la sangre de los culpables. Geroch da desde luego una explicacion moral y alegórica del salmo LXIV; descendiendo despues á los autores del cisma, que querian destruir los muros de Jerusalen y reedificar los de Babilonia, ó, como él dice, hacer pagano al reino de Jesucristo, manifiesta de paso, que hallándose en Roma un abogado enemigo de la Iglesia, le habia objetado que los privilegios concedidos por el emperador Constantino no eran admisibles, porque este príncipe habia sido bautizado por Eusebio de Nicomédia, obispo arriano: Geroch sostuvo que habia sido bautizado por el papa Silvestre, y que áun cuando lo hubiera sido por un obispo arriano, debian tener efecto sus

donativos, como lo tuvo el edicto de Ciro, aunque idólatra, para la remision de los cautivos de Babilonia á Judea. Refiere por una parte los edictos de los sucesores de Constantino, príncipes en su mayor parte piadosos como él, en favor de la Iglesia, y la trasformacion de los templos de los ídolos en iglesias cristianas; por otra, las desgracias que ha sufrido de parte de los príncipes simoníacos é impíos, que sin consideracion á los santos cánones daban prelacías y otros beneficios á quien mejor les parecia. De estos abusos nacian otros muchos; los obispos así elegidos no observaban regla alguna; no se los distinguia ni en sus hábitos ni en su manera de vivir; suscitaban guerras justas é injustas, daban muerte con frecuencia á inocentes y reunian en su persona el oficio de sacerdotes y de soldados, no contando para nada con la observancia de los cánones y no obedeciendo á la Santa Sede: aunque excomulgados, encontraban partidarios y personas que no tenian inconveniente alguno en tratar con ellos de viva voz y por escrito. En la segunda opone á la constitucion del rey Luis *el Bondadoso*, que mandó distribuir á los ricos los bienes destinados á los pobres y al sustento de los que vivian en comun en las iglesias matrices, los decretos de los papas Urbano II y Pascual II relativos á la vida en comun de los clérigos y á la posesion de los bienes necesarios para su subsistencia. Desecha esta constitucion por carecer de autoridad, diciendo que no es propio de los príncipes de la tierra, sino solo de S. Pedro y sus sucesores, confirmar el género de vida de sus hermanos. Sobre las consagraciones simoníacas dice, siguiendo al papa Nicolao II, que el que se ha dejado consagrar por un obispo que sabia que era simoníaco, debe ser depuesto con su consagrante, hacer penitencia y ser privado de su dignidad; pero que no debe darse esta sentencia sin haber consultado ántes á la Santa Sede. Geroch se explica así con motivo de muchos clérigos, que no teniendo título alguno por el que dependiesen de una iglesia, ejercian su ministerio en todas partes. Compuso ex profeso un tratado contra ellos, intitulado: *Contra los simoníacos*. El P. Martenne le ha dado lugar en el tomo V de sus Anécdotas, tomándole de un manuscrito del monasterio de las Dunas en Brujas. Geroch dirigió su libro á S. Bernardo, á quien pudo ver en Roma ó en Alemania. Su opinion es que se puede tolerar y comunicar con estos sacerdotes mercenarios, miéntras no sean denunciados públicamente; pero que se debe huir de ellos como herejes y enemigos de la Iglesia, despues de la sentencia del obispo diocesano. Declara simoníacos no solo á los clérigos sino tambien á los que los pagan; y aunque no duda que los sacramentos conferidos por ellos son buenos, cuando los administran segun la forma ordinaria de la Iglesia, piensa que no producen la gracia en el que los recibe: por lo demás somete sus opiniones y su libro al juicio de S. Bernardo. Somete tambien á la censura

;

de Eberardo arzobispo de Salzburgo, un escrito intitulado: *De la glorificacion del Hijo del hombre*, y le envió despues á Hartmann, obispo de Brescia, y al papa Eugenio III, que le dió gracias por medio de una carta en que elogia su celo contra las novedades de doctrina que nacian en la Iglesia. Los papas Anastasio y Adriano no contestaron á las cartas que les escribió, enviándoles algunas de sus obras. Geroch no lo sintió atribuyendo su silencio á sus grandes ocupaciones; pero fué muy sensible á la carta de Alejandro III, en que le aseguraba este papa que continuaria usando con él las mismas bondades que habian tenido sus predecesores. Parece que este tratado de Geroch fué escrito para refutar ciertas expresiones de los escolásticos, que no distinguian bastante bien las dos naturalezas, ni las consecuencias de su union personal con Jesucristo, diciendo que no es ni tan poderoso ni tan grande como su padre. Se propuso probar lo contrario y destruir al mismo tiempo las herejías de Eutiques y de Nestorio. Para hacerlo con claridad, distingue con la Iglesia en Jesucristo la naturaleza divina de la naturaleza humana, en lo que la divinidad no es la humanidad, ni la humanidad la divinidad; pero sostiene que el mismo Hijo de Dios y del hombre, es hombre por la humanidad entera y verdadera, como es Dios por la plenitud de la divinidad; menor que el Padre segun la humanidad por la que es hombre; igual al Padre segun la divinidad por la que es Dios. Estas son sus expresiones. Por este principio enseña que debemos al hombre en Jesucristo el culto de latría, porque segun S. Agustin no se puede concebir á Jesucristo hombre sin concebirle unido al Verbo de Dios; que dice que se le debe adorar en la eucaristía, donde se halla realmente presente y donde nos alimenta con el mismo cuerpo que ha tomado en el seno de la Virgen, y no en figura, como lo sostuvo Berenguer y Folmar despues de él. Este decia además que el cuerpo de Jesucristo estaba solamente en el cielo, y no en ningun otro lugar, hasta el dia del juicio, apoyándose en un pasaje de S. Agustin, sacado de un ejemplar defectuoso. Geroch restablece su verdadera lectura, y demuestra por el testimonio de este Padre, que el verdadero cuerpo de Jesucristo está en los altares donde se celebra el sacrificio en la Iglesia católica, y que está al mismo tiempo en el cielo. Combate despues el modo de hablar empleado por los escolásticos, cuando trataban del misterio de la Encarnacion, manifestando que no son el lenguaje de la Iglesia, siendo favorables á los errores de Pablo de Samosata, de Nestorio y de Fotino. Geroch, por su parte, no habla más que siguiendo á los Padres más célebres de la Iglesia, de quienes cita un gran número de pasajes. Este tratado se encuentra en el tomo I de las Anécdotas del P. Bernardo Pez. Se halla seguido de un libro contra dos herejías, la una de los nuevos nestorianos, la otra de los que admiten los sacerdotes excomulgados y los

sacramentos que confieren. La obra se halla dirigida á Godofredo, abad de Monts. Cita al principio su carta á Eberhard, abad de Bamberg, en que demuestra que S. Hilario no pensaba de diferente manera del autor del símbolo que lleva el nombre de S. Atanasio; que ambos enseñaban igualmente que el Hijo del hombre es igual al Padre segun la divinidad, que es menor que el Padre segun la humanidad. Geroch funda todo lo que dice en esta distincion, tanto en el tratado contra las dos herejías como en la carta al obispo de Bamberg, unida á este tratado en el volúmen segundo de las Anécdotas del P. Bernardo Pez. Habla de una conferencia que habia tenido de viva voz con el abad Ruperto sobre este asunto. Con respecto á los sacerdotes excomulgados ó depuestos, y de los sacramentos administrados por ellos, refiere una carta del abad Rading en que dice, que al que ha privado Jesucristo del ministerio sacerdotal por la autoridad de la Iglesia, ya excomulgándole, ya deponiéndole, no siendo ya ministro de la Iglesia, no hace nada en el altar, si se propone ofrecer. Dice lo mismo de los cismáticos y de los herejes, fundado en este principio, que no hay lugar para el verdadero sacrificio fuera de la Iglesia católica. Geroch abraza esta opinion; pero conviene con Rading en que esto no se extiende á los sacramentos necesarios para la salvacion, como el bautismo, cuya administracion no está prohibida á nadie, ni áun á los ministros indignos por sus malas costumbres del sagrado ministerio. Miéntras que no se hallen separados de la comunion de la Iglesia, ni privados de las funciones de su órden, consagran real y válidamente. Siguen en las Anécdotas del P. Bernardo Pez cuatro cartas, en que se menciona la obra de Geroch relativa á las diferencias entre los griegos y los latinos. La primera es de Vauthier, obispo de Laon; esta carta, que solo se encuentra allí citada, la ha dado completa el P. Lucas d'Acheri en el tomo II de su *Espicilegio*. La segunda es de Geroch á uno de sus amigos, que le habia aconsejado enviar á Roma su tratado de la glorificacion del Hijo del hombre para que se examinase. La tercera es del mismo Geroch á Enrique, cardenal, á quien envia su explicacion del salmo LXIV. La cuarta es tambien de él: se halla dirigida á Othon, obispo de Frisinga, á quien hace juez de su comentario sobre los salmos. El papa Eugenio aprobó la explicacion del salmo LXIV, como se ve en su carta á Geroch, inserta en las Miscelánéas de Balucio. Acusado Geroch de haber contribuido á la deposicion de la abadesa de Praga, se justificó diciendo, que habiendo merecido por su desobediencia al cardenal legado ser depuesta, no habia podido dejar de consentir en su deposicion, que por lo demás se habia interesado para procurarla algun consuelo de parte de la abadesa á quien se habia puesto en su lugar. La carta del abad de Ege es un elogio de la doctrina de Geroch y de sus escritos, en que se ve que habia combatido las opiniones del preboste

de Triph ó Triefenstein, y que éste habia renunciado en presencia de este abad y del obispo de Bamberg. Tenemos tambien en la coleccion del padre Bernardo Pez las vidas de dos abades de Formbach, Berenger y Wernton, compuestas por Geroch. Lo que refiere en ellas de los milagros operados por la intercesion de estos dos santos, es tanto más digno de fe, cuanto que dice haberlos visto por sí mismo ó sabido de personas no sospechosas. A instancias ó como dice Geroch de órden de Chunon, obispo de Ratisbona, compuso la obra intitulada: *Del edificio de Dios;* no puso en ella su nombre, y no se dió á conocer más que bajo el título de idiota y pecador. Distingue en el edificio de Dios el arquitecto, que es Dios; los materiales, que son los elegidos; los instrumentos y las ayudas, es decir, los reprobados y las criaturas inanimadas de que se sirve Dios para este edificio. Quiere que se prohiba la entrada y la morada á los clérigos propietarios, y que no siguen la vida comun; en su consecuencia critica los decretos del rey Luis *el Bondadoso*, que los permiten habitar en las casas particulares, y tener bienes propios, y dice anatema al libro que contenia estos decretos. No se atreve á negar que este príncipe habrá podido salvarse; pero despues de haber sido purificado por el fuego del purgatorio. Hablando Geroch del uso de los bienes de la Iglesia, dice que no pertenecen al rey, sino á los ministros de la Iglesia y á los pobres; que si el rey los pide, el obispo debe contestarle con S. Ambrosio: No me es permitido dároslos, y no os es conveniente el recibirlos. Manifiesta que si Jesucristo pagó el tributo, no fué de la bolsa de Judas, depositario del dinero destinado á la subsistencia del colegio de los apóstoles y de los pobres, sino de otra parte; que el obispo debe á su ejemplo, si le es posible, sacar de otra parte que del tesoro de la Iglesia lo que ha de dar al rey y á sus soldados. Excepto el caso en que el rey ponga en pie un ejército en defensa de la Iglesia. Dice que los primeros emperadores, Constantino, Constante, Valentiniano y otros, y despues de la division del imperio los Otones y los Enriques, han enriquecido las iglesias, y que sus sucesores las han despojado; que en los primeros siglos los príncipes no se arrogaban nada en las elecciones de los obispos, que habia pena de deposicion y anatema, tanto contra los obispos y los sacerdotes que se hacian ordenar por el poder secular, como contra sus consagrantes; de manera que las elecciones eran entónces libres, y se hacian segun lo prescripto por los cánones, sin que se quejasen los príncipes de que fuera despreciada su autoridad, pero que en los siglos siguientes los poderes temporales no habian tenido la misma atencion con la Iglesia. Geroch aconseja administrar los bienes de la Iglesia, por medio de clérigos, y quitar su administracion á los seglares; confiar el cuidado de las almas á los que habian hecho ántes vida en comun en los claustros; hacerla observar en los cabildos de los canónigos, y obligarla á guardar á los

clérigos de malas costumbres. Da muchas instrucciones á los obispos sobre el modo de conducirse con el clero, sobre el uso de los bienes de la Iglesia, sobre la abstraccion de los negocios temporales y militares, sobre el buen órden que debe observarse en los monasterios de jóvenes, las penas que se hallan obligados á imponer á los que viven mal, y á los clérigos que han cometido excesos. Concluye manifestando que en la distribucion de los diezmos se debe dar la cuarta parte á las viudas y á los pobres, y que no es permitido á los obispos enajenar para siempre los de sus iglesias. Su libro epistolar al papa Inocencio I, publicado tambien por el P. Bernardo Pez, es un diálogo entre un clérigo secular y un clérigo regular, en que hacen ver la diferencia que hay entre sus estados. Geroch explica con esta ocasion la regla que atribuye con frecuencia á Luis *el Bondadoso*, y entiende por ella la que se hizo de órden suya en una asamblea de obispos y clérigos, en que se permitió á los canónigos vivir en casas separadas. Verificóse esto en el concilio de Aix-la-Chapelle en 816. Trata tambien de la validez de los sacramentos administrados por los herejes y los excomulgados, y sigue la opinion ya tratada en sus demás obras. Folmar, preboste de Trifenstein, en Franconia, en la diócesis de Virzbourg, esparcia á mediados del siglo XII diferentes errores sobre la eucaristía. No temió proponerlos á Eberhard, arzobispo de Salzburgo, en una carta que le escribió en 1160, en que dice: «Cuando me acerco á la sagrada eucaristía no dudo que bebo la sangre bajo el sabor y la especie de vino, pero sola y pura, sin la carne. Creo tambien que bajo el sabor y la especie del pan, como la carne de Jesucristo sola y pura, pero sin huesos y sin miembros corporales. Confieso que como la carne del Hijo del hombre, pero no el Hijo del hombre.» El Arzobispo hizo refutar estos errores por medio de una carta dirigida á Folmar, á quien se hace esta objecion, que sirve de refutacion á su doctrina. Si bebeis la sangre de Jesucristo sin comer su carne, decidnos si no bebeis más que una parte de esta sangre, ó si la bebeis toda entera; si no es más que una parte, decidnos de qué miembro la sacais; si la bebeis toda entera sin la carne, decid ¿qué viene á ser esa carne seca, muerta, sin sangre? No pudiendo Folmar dar una contestacion razonable, el autor de la carta deduce que los fieles reciben la sangre de Jesucristo, no separada de su carne, sino con su carne, en una palabra, Jesucristo todo entero, y las dos sustancias del cuerpo y de la sangre enteras. Antes de escribir al arzobispo de Salzburgo, habia escrito Folmar al abad de Ebrach y á otros muchos tan letrados como piadosos de Baviera. Habiéndose comunicado á Geroch la carta del arzobispo, la refutó en la que escribió al abad de Ebrach. Su argumentacion es, que en Jesucristo resucitado se encontraban la carne, los huesos, la sangre, el aliento humano y divino; que separar este soplo de vida, ó la carne de los huesos, ó

la sangre del cuerpo, seria crucificar de nuevo á Jesucristo; que áun cuando se le reciba bajo las dos especies de pan y de vino mezclado de agua, es en si mismo indiviso y entero, todo entero sobre el altar, en el cielo, y en la boca del que come su cuerpo ó bebe su sangre. Añade que Folmar al decir que se come en la mesa sagrada, no el Hijo del hombre, sino la carne del Hijo del hombre, razonaba como Nestorio, que cayó en el error por haberse persuadido de que la carne que se come en el altar no era vivificante, porque era la carne de un hombre santificado por la inhabitacion de Dios, pero incapaz de vivificar al que la comia. El abad de Ebrach contestó que Folmar le habia leido su profesion de fe sin que le pareciese que contenia nada malo; que sin embargo, habiendo sido citado delante del obispo de Bamberg despues de los escritos publicados por Geroch, Folmar habia desaprobado sus errores y abrazado la doctrina de Geroch, que era la de la Iglesia. Los desaprobó tambien en una carta escrita al abad de Ebrach, y generalmente á todos los prelados de Baviera y de Austria, reconociendo sinceramente que la sagrada eucaristia contiene, no solo el verdadero cuerpo de Jesucristo, sino tambien que está completo y es perfecto y que se le recibe de una manera admirable é invisible bajo ambas especies. Folmar erraba tambien sobre la Encarnacion, y no se sabe tampoco si cambió por entónces de opinion en este punto. En las bibliotecas de Baviera se encuentra tambien el tratado del Antecristo por Geroch, en que refuta el nestorianismo de Folmar. Stevart dice de este tratado lo que habia dicho del de Arnon sobre la sagrada eucaristia, que el autor se acerca al error de los eutiquianos y de los wignistas en la Alemania, al decir que la humanidad por la comunicacion de las personas divinas es igual á la divinidad; pero no siendo posible justificar á Geroch por su mismo escrito sobre el Antecristo, pues no ha llegado á publicarse, es preciso recurrir á sus demás obras, en particular á la que lleva el título: *De la gloria y del honor del Hijo del hombre*, en que condena igualmente el error de Eutiques y el de Nestorio, la distincion de personas en Jesucristo, y la confusion de naturalezas. Enseña tambien que aunque nosotros honremos en la persona de Jesucristo la grande union del hombre con Dios, y de Dios con el hombre, que hace que el hombre tenga parte en los actos de Dios, y Dios en los actos del hombre, se debe sin embargo distinguir de tal manera la propiedad de los actos, que se den á Dios los que son de Dios, y al hombre los que son del hombre, porque la naturaleza divina y humana operan en una misma persona. Todo lo que Geroch dice en este tratado en ventaja del Hijo del hombre, es siempre bajo la suposicion de la union íntima de dos naturalezas, la divina y la humana, en una y sola persona que es Dios, y por consecuencia igual á Dios. Marco Nautricio refiere que se celebró en 1130 un concilio en Franc-

fort contra la censura demasiado severa que habia hecho Geroch de la conducta de los clérigos seglares. La crónica de Reichersperg elogia su celo por el restablecimiento de la disciplina en este monasterio, y el buen órden que estableció en la celebracion de los oficios divinos, en la conducta de los clérigos, en sus ocupaciones, prescribiéndoles á todas horas oraciones particulares, lecturas y trabajo de manos; los unos se ocupaban en copiar libros, otros en diferentes artes segun sus talentos. Geroch era muy aficionado al estudio, y sus escritos son una prueba inequívoca de que se habia consagrado desde su primera juventud á la lectura de los libros sagrados, de los escritos de los Santos Padres, de los decretos de los Papas y de los Concilios. Cita con frecuencia las falsas decretales, lo que es muy comun entre los escritores de la edad media, que no conocian aún su falsedad.—S. B.

REIFFEMBERG (Federico de). Este jesuita nació el año 1719 en el país de Tréveris, de una noble y antigua familia. Despues de haber terminado sus estudios con mucho éxito, tomó el hábito de la Compañía de Jesus, fundada por el glorioso español S. Ignacio, y fué á Roma á estudiar la teología y á perfeccionarse en el estudio de las lenguas y de la literatura antigua. No tardó mucho en hacerse conocer por su privilegiado talento poético, y fué recibido en la Academia de los Arcades con el nombre de *Martisbius Sarpedonius*. De vuelta á Alemania se le encargó el noviciado de la Compañía, y se dedicó especialmente en su direccion á formar hábiles profesores para los colegios que poseian los Jesuitas en el Palatinado y en Westfalia; la historia y la literatura fueron sus delicias, y las obras que ya habia publicado hicieron concebir esperanzas que su privilegiado talento hubiera realizado, si una prematura muerte, ocurrida en 1764, no se lo hubiera impedido. Además de una traduccion latina de las obras de Escipion Maffei sobre la gracia, el libre albedrío y la predestinacion, precedida del elogio del autor y del catálogo de sus obras, y seguida de la refutacion de las críticas que sobre ellos habian aparecido, la cual se imprimió en Francfort y en Mayenza, en fólio, en 1656, se conservan de él las obras siguientes: *De vera Atticorum pronuntiatione ad Græcos intra urbem dissertatio, quâ cum ex historia, tum ex veterum græcorum, latinorumque testimoniis perspicue ostenditur, quam longè hodierna græcorum pronuntiatio à veteri discessit*; Roma, 1750, en 4.°; publicó Reifemberg esta disertacion con su expresado nombre de árcade, y sostuvo en ella contra la opinion de muchos sabios, y en especial contra Gregorio Piacentini, que la pronunciacion de los griegos modernos se diferenciaba mucho de la de los antiguos.—*Des preceptes moreaux;* en griego y latin, seguidos de ejemplos sacados de los mejores historiadores antiguos y modernos, cinco volúmenes en 8.°; coleccion formada con mucho gusto, que fué destinada á los colegios de la Compañía de Jesus.—*Poésies latines*, con

una disertacion sobre el estilo lapidario, en 8.° — *Apologie des Jesuites*; en idioma aleman y en 8.° — *Historia Soc. Jesu ad Rhenum inferiorem è Mss., codicibus, principum urbium diplomatis eruta ad historiam patriæ illustrandam accommodata;* Colonia, 1774. Segun Weis, refiriéndose á la opinion de Feller, es lamentable que no tenga esta historia crítica un estilo mas fijo, propio y noble. — A. C.

REIFFENSTWEL (Fr. Anacleto). Sabio teólogo aleman, entró desde muy jóven en la órden religiosa de los frailes reformados de S. Francisco, de la que fué una de sus glorias. Enseñó filosofía y teología en la universidad de Viena. Fué muy estimado de la corte imperial por sus grandes talentos, y muy venerado del pueblo por sus grandes virtudes. Floreció en el siglo XVIII, cuando las ideas de impiedad é irreligion comenzaban á invadir la Alemania, protegidas por el emperador José II, que se tenia por un filósofo. Ha dejado escritas obras de grande mérito y singular erudicion. Es muy apreciada la que escribió con el título de *Jus canonicum universum cum tractatu de regulis juris, et repertorio generali*; en seis tomos en fólio. Tambien es muy estimado, y de él se han hecho muchas ediciones en Italia y Alemania, su excelente *Tratado de probabilismo.* — C. de F.

REIG (P. José), de la Compañía de Jesus. Fué natural de Murla, gobernacion de Denia, reino de Valencia, y nació en 6 de Agosto de 1744. Vistió la sotana de la Compañía de Jesus en 2 de Febrero de 1761, y hallándose estudiando filosofía en el colegio de Calatayud, le alcanzó el decreto de la expulsion, siendo trasladado á Italia con los demás de su clase. Fijó su residencia en Bolonia, y cuando fué permitido á los regulares de la Compañía volver á su patria, regresó á España, de la que segunda vez fué expulsado, tornando á su asilo de Bolonia. Murió en esta ciudad el año 1804, dejando escritas las siguientes obras: *Josephi regii, presbytheri Valentini, epistolarum et orationum, libri III; Bononiæ*, 1790. *Ex tipographia S. Thomæ Aquinatis;* un tomo en 8.° mayor, que contiene varias cartas escritas á los PP. Damian Riera, Tomás Serrano, José Montengon, José Julian, Félix Arascot, etc. Las oraciones panegíricas son tres. *A S. Francisco Javier, S. Luis Gonzaga, y á la Venida del Espíritu Santo.* — *Compendio de todos los concilios generales, de algunos nacionales y provinciales, y de los herejes y herejías que en ellos se condenaron, sacado de varios autores, por D. José Reig, sacerdote de la extinguida Compañía de Jesus, natural de Murla;* Bolonia, 1796, en la misma imprenta, un tomo en 8.° — M. B.

REIHING (Santiago). Nació este miembro de la célebre Compañía de Jesus en Augsbourg en 1579, y llevado de su entusiasmo religioso en sus primeros años, hizo voto de servir á Dios vistiendo el hábito de los discípulos é hijos de S. Ignacio de Loyola, y habiéndole cumplido, se hizo céle-

bre entre los Jesuitas. Profesó con brillante éxito las humanidades, la filosofía y la teología, y fué un gran predicador en Wolfang-Guillaume, del ducado de Neubourg. Mucho debia esperarse de quien tan perfecta vida religiosa llevaba; pero tentado por el enemigo de la carne, no tuvo el suficiente valor para resistirle, y cansándose del celibato, apostató cobardemente, y abrazando el luteranismo, se casó al año siguiente. Castigó Dios su apostasía haciendo disfrutase poco tiempo de los goces que su delito le proporcionó, pues que á los seis años adquirió la hidropesía más tenaz, y agravado por un terrible catarro, murió ahogado en sus humores en 1628. Segun Alegambe, en su biblioteca de escritores jesuitas, publicó algunas obras de controversia de una doctrina muy diferente, con relacion á los diversos tiempos en que las produjo, de suerte que en las primeras aparece un celoso católico, y en las segundas un protestante furioso é intransigente; razon por la que le damos cabida en esta obra, á fin de que los que le tengan por católico leyendo las primeras, no se extrañen de su conducta en las segundas. —B. C.

REIMANNE, llamado por otros *Ousmanne*, monje de S. Vasor, escribió la obra de S. Cadroe, abad de aquel monasterio, muerto en 995, algunos años despues de su fallecimiento. Es difícil determinar más positivamente el tiempo exacto. Reimanne la emprendió á instancias de su abad Junnon, á quien dedica su obra. Pero como á últimos de aquel siglo hubo dos abades de aquel nombre, el uno de Vascor y el otro de Gozze, no puede asegurarse con exactitud de cuál de los dos con exclusion del otro se trata aquí, aunque todas las presunciones estan á favor del primero. Así, nuestro autor no puso mano á su escrito hasta despues de 982, que es el año en que sucedió Junnon á S. Foraunan en la dignidad de abad de Vassor. Reimanne no era monje de esta abadía, pues confiesa que no habia vivido con el Santo, y que lo que refiere en su historia lo habia sabido de otras personas que habian sido testigos oculares. Tal es entre otros el de un jóven, á quien el abad habia educado y sanado milagrosamente de una fiebre inveterada, y que lo referia aún cuando vivia Reimanne: *atque adhuc testis est.* No se puede dudar de que no sea autor contemporáneo, ó bien que no haya visto por sí mismo los hechos que nos cuenta, de que se hallaba perfectamente instruido. Tambien se hallaba en disposicion de estarlo en su calidad de monje de la diócesis de Metz, ya en Gozze, ya en S. Arnoul, ó en cualquier otro monasterio de la ciudad diferente del de S. Félix, llamado despues de S. Clemente, de donde S. Cadroe habia sido durante algun tiempo abad y en el que fué enterrado. Otra prueba de que se hallaba muy enterado de lo que escribia, es la forma en que ha ejecutado su obra. Caracteriza muy bien á su héroe, y entra en detalles muy exactos de sus

principales acciones y circunstancias. Se extiende tambien mucho en la descripcion de las Islas Británicas, de donde era natural S. Cadroe, y sobre el orígen de los irlandeses, á quienes se llamaba entónces escoceses; digresiones supérfluas que el último editor ha creido prudentemente debia suprimir, pues no obtenian la aceptacion general, ni contenian nada instructivo. A excepcion de esto, Reimanne ha conseguido darnos un escrito apreciable, en que se halla unida la exactitud de los hechos á una grande armonía en las cosas, y áun en un estilo mucho mejor que el que se usaba generalmente en aquel tiempo. Henschenio, sucesor de Bolandos, es el primero que ha publicado esta obra. Se encuentra en su grande coleccion en el dia 6 de Marzo, acompañada de largas y sabias observaciones. El P. Mabillon la hizo imprimir de nuevo sobre la edicion anterior, aumentándola y comentándola á su vez. —S. B.

REIMBAULD, monje de Cluni, es conocido por un epigrama de treinta versos, que puso al frente de una copia de la vida de S. Mayolo, escrita por Syro y Aldebaldo, que hizo poco tiempo despues de haber corregido esta obra sus autores, cuyo trabajo elogia mucho, aunque otros autores suponen hubiera podido muy bien prescindir de él, pues las adiciones hechas en el manuscrito no suplen de ningun modo las omisiones del autor original, no consistiendo más que en prólogos que puso delante de cada uno de los tres libros, y en un gran número de versos compuestos por él, que ha aumentado é intercalado en el texto de sus obras; composiciones todas supérfluas, pues no nos dicen nada nuevo sobre S. Mayolo, y algunas, en particular el primer prefacio, son tan oscuras que apénas se puede comprender su sentido. Por lo demás, ha dejado el texto de Syro tal como habia salido de su pluma. Solo que ha suprimido su prefacio, abreviado algunos lugares del principio, y añadido una corta relacion de la toma de la isla de Seims por los sarracenos, y de la barbarie que ejercieron en tiempo del abad S. Ponario. Por aquí es por donde comienza, sin decir la relacion que pueda tener este hecho histórico con la vida de S. Mayolo. — S. B.

REIMGET (Pablo), aleman. Publicó la obra titulada: *Repertorium super omnia opera Alexandri Alensis;* Basilea, 1502. Habla de ella Sannig en un compendio que sacó de Wadingo. —M. N. y S.

REIMONET (Gabriel Bernardo Nazario). Fué natural de Beauset, y sus padres, aunque de escasa fortuna, eran muy apreciados, tanto porque sus mayores habian sido muy esclarecidos por sus acciones en toda línea, como porque su probidad suma se dejaba ver en todas sus acciones. Esta misma probidad suya y el ser muy adictos á las cosas de la religion, que consideraban como su más gloriosa distincion, les hacia poner particular esmero en la educacion del jóven, el cual por su parte secundaba sus desvelos de una

manera que no se podia pedir más, agregando suma aplicacion á un talento nada vulgar. Desde luego fueron las miras de sus padres trasladarse á un paraje donde pudiesen darle más ámplia educacion, y Marsella fué el que escogieron como más á propósito, pensando y con razon que allí podrian más fácilmente lograr sus deseos, que eran de que el gran talento de Gabriel Bernardo no quedase sin los medios de desarrollo convenientes á su especialísima capacidad. A los catorce años (en 1779) pudo ya emprender la filosofía, y se decidió despues de concluirla por la carrera eclesiástica; pensamiento que fué aprobado por cuantos le llegaron á conocer, mucho más cuando el jóven manifestaba su vivo deseo de pertenecer á un cuerpo cualquiera de los que tienen sobre sí la importante incumbencia de misionar; que fué bajo el concepto que pidió y obtuvo, merced á sus méritos, una beca de gracia en el seminario conciliar de Marsella. Para ayudarse á costear el equipo indispensable á la entrada en el seminario tuvo que valerse de sus amigos, que gustosos le socorrian, porque no podia ocultársele el gran provecho de que sería este jóven en la Iglesia de Dios, pues que á su decidida vocacion agregaba, como llevamos dicho, todas las convenientes disposiciones que hacian esperar de él un verdadero ministro de Jesucristo. Concluida su carrera con un éxito todavía más brillante de lo que podia esperarse, y puesto en situacion de recibir las órdenes sagradas, con universal contento de cuantos le conocian, y esperando ya todas y cada una de las corporaciones religiosas que tenian misiones, ya en el extranjero, ya en Ultramar, á ver por cual se decidia; cuando todo estaba dispuesto, pues el jóven no quiso hacer por sí la eleccion sino que su juiciosísima resolucion fué ponerse en manos de su prelado ordinario, y haber ido adonde á su Excelencia Ilustrísima hubiese parecido que convenia al mejor servicio de la Iglesia, el vértigo revolucionario, que sabemos agitó de manera tan violenta á la iglesia de Francia en los fines del siglo pasado, vino á impedirle el logro de sus más ardientes deseos, si bien pudo áun en esta misma época tan azarosa prestar eficaces auxilios á la misma causa de la Iglesia, sin rebajar en nada el mérito que habria logrado indudablemente si hubiese ido á las misiones, por mucho que hubiera sido lo que en ellas hubiese trabajado, pues á la verdad en los azarosos dias que pasó la iglesia de Francia en la mencionada época, no eran poco importantes los servicios que la prestaban los sacerdotes que, tan fieles como nuestro Reimonet, veian con caridad sus necesidades y las remediaban; veian sus sufrimientos, y haciéndolos llevaderos con ese espíritu de dulzura que es como la médula de la religion de Cristo, sostenian á los justos y atraian á pecadores, demostrando á todos la gran verdad de que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia. Pero vengamos á referir lo que este buen eclesiástico hizo para conocer y apreciar sus

relevantísimos méritos. No hay necesidad de manifestar que un hombre tan católico como nuestro Reimonet, y que conocia tan á fondo como él lo conocia las distancias que separan la Iglesia del Estado, no habria de condescender, porque esto le era imposible, con la exigencia del juramento que la Constitucion prescribia; y á nadie se oculta que esta conducta tan conforme al espíritu y áun á la letra de los cánones, no podia en manera alguna agradar al gobierno ni á sus representantes; por lo cual y conociendo lo importante que era el ejemplo dado por este sacerdote, que á pesar de ser jóven era ya muy respetable, trataron de perseguirle y lo lograron, dictándose providencias gubernativas para reducirle á prision el dia 12 de Julio de 1793, teniéndole en completa incomunicacion, áun con los mismos que tenian igual causa que él, hasta que en el dia 23 del mismo mes y año, él y otros muchísimos compañeros suyos, fieles á la debida dependencia de la Iglesia, y observadores de sus prescripciones y prerogativas, fueron embarcados para Niza, sin más expediente canónico que la arbitrariedad de la autoridad local, y sin que ni para el embarque ni para la traslacion se les diese, no digamos la consideracion que como investidos de la muy alta dignidad sacerdotal les era conveniente, pero ni áun aquel respeto y atencion que se merece el último de los ciudadanos. A tal punto llegó la saña contra Reimonet y compañeros, que excitaban tanta más compasion cuanto que todos sabian la injusticia de que eran víctimas. Apénas llegó á Niza emprendió su viaje á Roma, donde haciéndose admirar por su talento, erudicion y buenas costumbres, y porque aunque expatriado procuraba ser útil no solo á sus paisanos, que muchos de ellos sufrieron tambien el yugo de la persecucion, sino á todos aquellos á quienes de cualquier manera podia ser útil, llegó su conducta á oidos del Sumo Pontífice, que á la sazon lo era Pio VI, y Su Santidad, despues de dispensarle otras muy señaladas deferencias, le nombró vicario apostólico, previendo que esta autorizacion tan ámplia que le concedia, redundaria en provecho de la Iglesia católica en general, y muy particularmente de la iglesia de Francia. Como la persecucion tambien alcanzó á los prelados, porque muchos de ellos tuvieron que sufrir rigores indecibles de parte de los mismos que se los procuraban al clero, quedaban las diócesis desiertas, y tanto los fieles como los eclesiásticos que permaneciendo dóciles á la Iglesia no eran perseguidos por el gobierno, carecian de un punto de apoyo, digámoslo así, para asegurar su conducta, que no podia ménos de ser vacilante, y no sabian á qué atenerse para la debida y necesaria tranquilidad de las conciencias de los fieles. Entre los prelados que estaban en este caso tan crítico citaremos los arzobispos de Aix y obispos de Tolon y de Frejus, los cuales tambien se habian refugiado en Roma, y como vieron la decision y valor de nuestro apreciable Reimonet, y las deferencias

de que habia sido objeto de parte del Santo Padre, así como las facultades de que habia sido investido, no vacilaron ellos ni un momento en conferirle cartas que le acreditasen como vicario general suyo para que pudiera despachar los asuntos urgentes durante su ausencia, y prestar el servicio tan importante que presta quien representa al legítimo prelado, que si siempre vale y significa muchísimo para sus fieles súbditos, les significa y les vale mucho más cuando las diócesis pasan por dias tan azarosos como los últimos años del siglo pasado. La autorizacion que de los prelados acababa de recibir, y la justa exigencia de las diócesis á quienes iba á dar la paz de las conciencias mediante el ejercicio de su legítimo ministerio, exigian que prontamente dejára la capital del orbe católico, y pasase á residir á algun punto donde pudiera estar á mano para cuantos hubiesen necesidad de sus servicios, pues eran estos altamente importantes y convenia mucho se prestáran con la posible prontitud. Indeciso, pues, adónde dirigiria su rumbo, aunque siempre inclinado á ir á cualquier punto de Francia de los que estaba autorizado para gobernar *sede vacante*, digámoslo así, pues no nos parece extraña esta calificacion tratándose de provincias eclesiásticas de las que estaban separados sus verdaderos pastores, se decidió por fin á ir á Marsella, de cuya diócesis tambien le hizo vicario su gobernador el abate Remusat, que la dirigia por no haber obispo. Cuánto se complacerian los fieles en tener tan querido prelado no es para dicho á la verdad, así como tampoco puede explicarse el celo con que desempeñó su tan importante cargo, contemporizando de un modo verdaderamente admirable con circunstancias que tenian que ser críticas, porque eran motivadas por dias de trastorno y de un estado enteramente anormal. El, sin embargo, prestaba á todos el auxilio que estaba en su mano, y no habia para él ni partidos ni motivos puramente políticos; todo al contrario, él no veia más que el medio de lograr el bien, tanto individual como general, y á esto iban encaminados todos sus esfuerzos, lo cual á la verdad es un objeto y móvil muy adecuado á las miras que debe tener el sacerdote. En 1795 se verificó en Marsella el matrimonio de José Bonaparte con la señorita Julia Clary, y claro es que habia de celebrarle el vicario general, pues que era una persona tan notable la que le contraia, y además porque estaba allí Napoleon, Luciano y Bernadotte, los cuales á la verdad quedaron prendados de nuestro buen Reimonet de tal manera, que si él hubiese abrigado alguna ambicion, ó hubiese hecho la indicacion más ligera acerca de alguna pretension ó deseo suyo, indudablemente habria sido atendido; y es que en honor de la verdad se ha de decir que no faltó en nada á lo que merecian los personajes de que se trataba, pero tampoco se rebajó lo más mínimo de lo que exigia su importante dignidad y su representacion eclesiástica en la diócesis. Verificado este acontecimiento, á todos pareció

muy bien é inmejorable la conducta de nuestro vicario general; pero la fragilidad de las cosas de este mundo hizo que pronto cambiase el parecer, áun de aquellos mismos á quienes debia de haber hecho inmutables su dignidad y el concepto de que gozaba. Cuando con la contrarevolucion, digámoslo así, vino la paz á la iglesia de Francia, la maledicencia, tomando pretexto de haber hecho Reimonet el casamiento de Bonaparte, quiso por esto solo defraudarle la merecida gloria á que era acreedor por tantas otras cosas buenas que se habian verificado durante su gobierno; y olvidando de todo punto los inmensos beneficios á que todos le eran acreedores, beneficios que en su mayor parte no se hubiesen podido lograr sin la serie no interrumpida de sacrificios, privaciones y pruebas por las cuales nuestro buen sacerdote hubo de pasar, tuvieron algunos la avilantez de calumniarle todo lo vilmente que era posible, hasta el extremo de asegurar que habia procurado que algunos se rebeláran como se habia rebelado él mismo contra su legítimo obispo, residente á la sazon en París. Aun cuando todas estas apreciaciones tan infundadas se propalaban con tanta frecuencia como dañada intencion, se estrellaban contra los mismos de quienes salian, pues que conocido muy bien de todos el distinguido Reimonet, todos conocian el mal ánimo de sus detractores, y lo que ellos querian que fuese en perjuicio suyo se convertia en gloria, lo cual á la verdad tampoco podia ménos de ser así, atendida su conducta edificantísima y ejemplar. Cualquiera otro de ménos virtud que nuestro apreciable vicario hubiera por lo ménos tratado de sincerarse, y hubiera puesto coto á la calumnia, siquiera con advertir á los calumniadores el cuidado que debian tener en no poner sus inmundas lenguas en persona tan respetable; pues él nada, sufrió y calló hasta que vió desvanecida esta atmósfera, que trataban de formarle, por la conviccion en que todos estuvieron de que era imposible en él lo que se le acumulaba. Sufrió, sin embargo, mucho, no solo por lo que de él se decia, sino por quien lo decia, pues eran nada ménos que sus compañeros mismos, aquellos que, sea dicho de paso, con su ridícula timidez, con su exagerada consideracion á las prescripciones de la Iglesia, consideracion á que faltaban siempre que les convenia, pusieron en conflicto más de una vez el ejercicio de su importantísimo ministerio en los aciagos dias en que era necesario todo el tino y todo el acierto del Sr. Reimonet para lograr el éxito que logró en las muchísimas cosas, al parecer imposibles, que hizo en favor de la Iglesia y áun en favor de algunos de ellos en particular. Los prelados vieron con suma indignacion el que el clero mismo, que tan singulares ventajas habia sacado de que este sacerdote sostuviera con tal tino sus intereses, y los defendiese hasta donde era posible con tal desprendimiento, y al propio tiempo con tanto acierto; quisieron sacarle de la esfera de clérigo particular, en que se colocó cuando

regresando el obispo dejó la vicaria; y con especialidad los prelados de Aix y de Arlés le brindaron con las más repetidas instancias para que aceptase en sus respectivas diócesis el importante cargo que fuese más de su agrado. Largas comunicaciones oficiales y confidenciales mediaron sobre el asunto; muchos empeños se pusieron en juego, pero todo fué inútil: á las comunicaciones de los prelados respondia con el estado de su salud, que era en efecto bastante delicada; á las recomendaciones é influencias de sus amigos decia que no le era posible conceder por su medio lo que habia negado á personas tan respetables como los señores obispos que se lo habian suplicado de un modo tan explícito, en unos términos tan honrosos, que el hacerlo por otros motivos, áun por otros medios, parecia ofender y ofendia en verdad á aquellos tan esclarecidos prelados, que tanto habian hecho en obsequio suyo sin haber logrado resultado; y esta respuesta, generalmente dada á cuantos sobre el particular le interrogaban, fué lo que hizo desistir á los prelados en su peticion, que hubiera servido de gran provecho si á ella hubiese accedido Reimonet, y á él le proporcionó el logro de su deseo de acabar sus dias oculto, sin que nadie apénas se apercibiera de que un hombre tal vivia en el mundo. Oculto, pues, aunque no ocioso, porque su grande celo nunca se lo permitia estar, pudo pasar los últimos años de su vida sin desdeñar nunca el ocuparse en trabajos apostólicos, y dedicado con preferencia á la instruccion de los pequeñuelos, tanto en el órden físico como en el moral; así que su mayor complacencia era educar á los niños de las escuelas en las verdades y prácticas de la religion, empleando su escaso peculio en proporcionarles como premio aquellas prendas de ropa que les eran más necesarias, y cuando los veia provistos de libros con que pudiesen fomentar los conocimientos en que él les iniciaba, y pudiesen por consiguiente hacerse útiles á sus semejantes en el desempeño de sus respectivas obligaciones, pues que todo su estudio lo empleaba en inculcarles la doctrina provechosísima y civilizadora de que el hombre sirve á Dios cumpliendo bien y fielmente sus obligaciones, así como el descuido de estas le obliga á una responsabilidad que Dios ha de exigirle en todo el rigor de su justicia, toda vez que cada uno es en el mundo aquello que á Dios plugo, segun los designios de su inefable providencia. Concurria con mucha frecuencia á los hospitales y cárceles á prestar á los allí acogidos los auxilios siempre provechosos de su sagrado ministerio, y no falta quien atribuya á este ejercicio de caridad su prematura muerte. Envidiable sería á la verdad su suerte, si la caridad hubiese sido quien le hubiese arrebatado de entre los vivientes; lo indudable es que despues de una penosísima enfermedad, que no fué muy larga, pero sí agudísima y molesta, el dia 18 de Julio de 1804 entregó á Dios su espíritu. Muy sentida fué su muerte por todos los que le conocian, siquiera de oidas,

y todos se hicieron un deber el concurrir á sus honras, que por este motivo fueron solemnísimas, y vinieron á demostrar con este oportuno homenaje, que todos á porfía rendian á su buena memoria, que los pueblos no son indiferentes á quien les hace bien, y que así como saben pagar con mentidas alabanzas los mentidos beneficios que con miras particulares se les hacen, así tambien saben sentir vivamente la pérdida de aquellos que por su verdadero y positivo bien se han sacrificado, y saben perpetuar sus nombres y recordar cada uno sus beneficios; y cuando alguno de ellos viene á herir la mente de la generacion que comienza, la generacion que concluye sabe decirla, como decia de nuestro Reimonet: *Venera su memoria, que fué un verdadero ministro del Señor.*—G. R.

REIMS (Anselmo de), monje de S. Remigio y uno de los historiadores del pontífice Leon IX, cuya obra es tanto más interesante, cuanto que se encuentra en ella no solo lo que pasó en la dedicacion de la iglesia de S. Remigio, sino tambien las actas del concilio que celebró este santo papa en la misma ciudad en la iglesia que acababa de dedicar. Anselmo la aumentó con la relacion de su viaje de Roma á Reims, de donde procede que su escrito se intitula algunas veces: *Itinerario del papa Leon IX*, siendo así como le nombra Sigeberto. Trithemio dice que Anselmo tomó nota de cuanto hizo este papa en Francia, ya en los concilios ya en otras asambleas. Herimar era á la sazon abad de S. Remigio de Reims. Despues que hubo terminado la iglesia, envió á Roma diputados á suplicar al Papa fuese á hacer la dedicacion. Leon IX le contestó que áun cuando no le llamasen otros negocios á Francia iria por solo el motivo del amor que tenia á S. Remigio, y que dedicaria la basílica construida en su nombre. El abad sabiendo que el papa estaba en camino, invitó al rey Enrique de Francia á honrar esta ceremonia con su presencia y ordenar á los obispos de su reino asistir á ella. El Rey se lo prometió. Herimar envió cartas á todas las provincias de Francia y de los países vecinos invitando á los fieles á asistir á esta solemnidad, tanto por el respeto que debian á su patrono, como para recibir la bendicion apostólica. El Papa mandó por su parte á los obispos y á los abades se dirigiesen á Reims el 1.º de Octubre de 1049, donde se proponia celebrar un concilio despues de esta dedicacion. Se comenzó la ceremonia en aquel mismo dia, y fué terminada al siguiente. La apertura del concilio se celebró el dia 3 del mismo mes, el 4 se tuvo la segunda sesion, y la tercera al dia siguiente. El Papa dió una bula mandando que nadie celebrase Misa en el altar mayor de la iglesia de S. Remigio más que el arzobispo de Reims y el abad de este monasterio; que dos veces al año siete sacerdotes, elegidos de la iglesia de Reims, podian ofrecer tambien el santo sacrificio, á saber: la segunda fiesta de Pascuas y la víspera de la Ascension segun costumbre de

la iglesia de Roma. Anselmo inserta esta bula con la carta del papa Leon IX á los obispos y á todos los fieles de la Francia, añadiendo despues la que el clero de Francia, reunido en París en 22 de Mayo de 1657, escribió para la celebracion de la fiesta de S. Remigio en 1.° de Octubre. El abad Herimar encargó al monje Anselmo poner por escrito todo lo que habia pasado en la ceremonia de la dedicacion de su iglesia; las actas del concilio que se celebró despues y los milagros operados al mismo tiempo por la intercesion del santo. Baronio, el P. Marlot, Bolando y el P. Labbe, han dado una parte de la obra de Anselmo. Se halla entera en el tomo VIII de las actas de la Orden de S. Benito con notas del P. Mabillon. Reina en la obra de Anselmo una noble sencillez, mucho orden y unos detalles que causan notable placer.—S. B.

REIMS (Esteban de), dean del cabildo del obispado de París. Nada se sabe de la vida de este canónigo hasta cuando fué elegido dean de su cabildo. Sábese, sin embargo, que estaba ya revestido de esta dignidad en el mes de Febrero de 1216, que firmó una carta fechada en el mes de Abril de 1217, y por último que fué investido en el mes de Marzo de 1220 de diferentes derechos ó rentas compradas por el cabildo. Tuvo por sucesor en el deanato á Gualtero, hijo de Simon Cornut, que habiendo firmado en Diciembre de 1221 una acta relativa á la cofradía de S. Agustin en la iglesia de París, manifiesta en esta última fecha que la muerte de su antecesor debió acaecer á últimos del mismo año 1221, y muy probablemente el 24 de Agosto, segun el artículo del Necrologio de París que se halla concebido en estos términos: *IX Cal. Septembris obiit Stephanus de Remis decanus et sacerdos*; único documento que existe para conservar el sobrenombre que se halla al frente de este artículo. El único escrito que ha dejado Esteban de Reims es el que lleva el título de *Statuta domus Dei parisiensi*. El autor de la historia de la iglesia de París que se la atribuye, menciona otro Esteban, dean del mismo cabildo, que vivia en 1363, y para probar que no es á este último á quien debe atribuirse la redaccion de los estatutos del Hotel Dieu sino á Esteban de Reims, hace el historiador la observacion de que en tiempo de nuestro Esteban se habian redactado algunos estatutos del mismo género para los hospitales de Noyon y de Beauvais. Pero el sabio autor ha dejado de emplear una prueba mucho más directa de que estos estatutos no han podido ser redactados más que por el dean Esteban, que vivia en 1363, y esta prueba se deduce del artículo 7.° de los mismos, transcritos en esta historia, y que se halla concebido así: *Fratres sint tonsurati ut templarii*; *sorores ut moniales*. Habiendo sido abolida la orden de los Templarios en 1311 en el concilio general de Viena en el Delfinado, parece evidente que Esteban, segundo dean de este nombre, no hubiera citado cincuenta y tres años despues de su aboli-

cion la tonsura de los Templarios por modelo de la que prescribiese á los hermanos legos el servicio del hospital; además este Esteban segundo, que fué despues obispo de Paris, se halla nombrado *de Parisiis* en la lista de los obispos de esta capital, que fué copiada en 1537 y en cartas góticas segun un manuscrito más antiguo. Se deduce de estos estatutos que el hospital se hallaba servido á la sazon por treinta hermanos legos, cuatro sacerdotes, cuatro clérigos y cincuenta hermanas. Las particularidades relativas á sus vestidos estan arregladas conforme á las costumbres del siglo XIII, el precio de las telas determinado, tratándose de una llamada *Isembrunus y galebrunus*, cuyo uso estaba rigurosamente prohibido á los religiosos por ser demasiado ligera y cómoda, en particular en verano; pero se permitia á las religiosas de este hospital para que pudiesen desempeñar con más facilidad los penosos servicios que prestaban á los enfermos. Parece que por una razon enteramente opuesta usaban los cistercienses de los primeros tiempos de la Orden los paños más groseros y pesados, así como la cola que llevaron despues los monjes de la Trapa, miéntras la de los Cistercienses y Benedictinos de la misma época era de telas finas y ligeras. Entre las demás particularidades que ofrece el exámen de estos estatutos es preciso hacer observar tambien el artículo 7.° que no permitia recibir un hermano lego con su mujer, lo que hace comprender claramente que se admitian hombres casados, á condicion sin embargo de que observasen la castidad que prometian observar segun el artículo 9.° El artículo 15 manda que las hermanas tengan dos velos, uno de lana ó hilo, y añade estas palabras: *Sicut habent mulieres pruvinenses*; lo que indica la costumbre seguida entónces por las mujeres de Provins. Los dos últimos estatutos de los artículos de que acabamos de hacer mencion se refieren á la recepcion y calidad de los enfermos, y dan al mismo tiempo una idea del estilo de su autor. Pero al mismo tiempo si comparamos los tiempos de entónces con los presentes, en que los principios de nuestra administracion parecen tener alguna cosa más conforme á los principios generales de humanidad, se confesará al menos que el sacerdote del siglo XIII que habia establecido que los enfermos fuesen detenidos y cuidados durante siete dias despues de su convalecencia para impedir la recaida, merece con mucha justicia algun elogio. —S. B.

REIMS (Gervasio de). Este prelado, cuyo nacimiento pone la crónica de su patria en 2 de Febrero de 1007, era hijo de Aimon, señor del Chateau du Loir y de Hidelburgo de Bellesme, hermana de Avergand, obispo de Mans. Habia en esta ciudad una escuela bastante célebre, donde Gervasio hizo los más rápidos progresos. Dotado de un espíritu perspicaz, sólido y profundo, era á propósito para todo y digno del episcopado. No se le acusa-

ba más que de un poco de altivez y de dureza; pero se corrigió de estas faltas en lo sucesivo por las amonestaciones del bienaventurado Tierri, abad de S. Huberto en Ardennas. Habiendo muerto su tio Avergand en 27 de Octubre de 1036 á su regreso de Tierra Santa, Gervasio fué consagrado obispo de Mans el 18 de Diciembre del mismo año, que era domingo. Aunque no cedia á nadie en prudencia ni en probidad, encontró enemigos, siendo los principales Herbers Bavon, gobernador del Maine, durante la minoría de Hugo, heredero de este condado, y Godofredo Martel, conde de Anjou. Este le encerró en una prision, donde le tuvo durante siete años. No obtuvo su libertad hasta que cedió á Godofredo su castillo de Loir, y se obligó á no volver á entrar en su ciudad episcopal, miéntras este conde fuese dueño de Maine. Gervasio se retiró á Normandía con el duque Guillermo que le acogió favorablemente. Cuando en 1055 vacó el arzobispado de Reims por muerte de Guido, el rey Enrique, que queria atraerse á Gervasio, le nombró para esta sede, con consentimiento del clero y del pueblo, el 11 de Octubre del mismo año. Antes de abandonar el obispado de Mans hizo gran número de beneficios; fundó en su castillo de Loir una colegiata de canónigos; restableció la abadía de S. Vicente, en que puso monjes dándoles por abad á su pariente Avergando, é hizo restituir á este monasterio todo lo que se le habia arrebatado injustamente; pero no hizo despachar las cartas necesarias á este asunto hasta despues que fué trasladado al arzobispado de Reims. El dia de Pentecostés de 1059 consagró al rey Felipe I, hijo del rey Enrique, que vivia aún. Los legados del Papa, gran número de obispos, de abades y de señores asistieron á esta ceremonia, dando todos sus votos para la eleccion del jóven rey, por haberlo ordenado así el rey Enrique su padre. Esta eleccion no se hizo hasta despues que este príncipe hubo prometido observarla y prestado juramento de conservar los derechos de la Iglesia segun los cánones y hacer justicia al pueblo segun las leyes. Tomando entónces Gervasio en la mano el báculo pastoral de S. Remigio, pronunció un discurso en que sostuvo que la primacía de la Galia le pertenecia con el derecho de consagrar á los reyes franceses y la dignidad de gran canciller. Desempeñó las funciones propias de este cargo con el consentimiento del Rey, y suscribió en esta calidad las cartas que el jóven príncipe dió para la confirmacion de los derechos de la iglesia de Reims. Gervasio mereció por su virtud y su saber la estimacion y la amistad de los papas Victor II, Nicolao II y Alejandro II. Hubiera deseado que algunos de ellos fuesen á Reims á celebrar un concilio, como lo habia hecho Leon IX en el mes de Octubre de 1049. Escribió á Esteban IX, sucesor de Victor II, con quien habia tomado ya algunas medidas para la celebracion de este concilio, mas no tuvieron resultado sus proyectos en este sentido. Reedificó la abadía de S. Nicasio y restableció en ella la dis-

ciplina monástica, puso canónigos regulares en la abadía de S. Dionisio, situada en uno de los arrabales de Reims; obtuvo del abad Herimar que reparase la colegiata de S. Timoteo en la misma ciudad, é hizo renacer los estudios en las escuelas de la catedral, nombrando por director á S. Bruno, que fué despues fundador de los Cartujos. Murió en 4 de Junio de 1067, despues de haber declarado en presencia de los canónigos y demás clerigos de su iglesia, que creia que la sagrada Eucaristía contenia realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. El anónimo que ha escrito la vida del bienaventurado Thierri, abad de S. Huberto en Ardennas, dice que Gervasio unia á un nacimiento ilustre segun el mundo, mucho talento y sagacidad, que era á propósito para los negocios más delicados, muy instruido en las artes liberales y digno del episcopado; pero no disimula que habia en sus modales demasiada rudeza y ferocidad, añadiendo sin embargo que amonestado por este santo abad, cuya conversacion le era muy agradable y á quien concedia muchas cosas, habia suavizado en sus costumbres y en sus maneras; lo que manifiesta que la dureza de que este historiador reconviene á Gervasio, era ménos un defecto del corazon y del talento que del carácter. Nos quedan una carta del papa Esteban IX á este arzobispo, cuatro del papa Nicolao II y quince del papa Alejandro II, lo que supone un gran número de su parte; suyas sin embargo no tenemos más que dos, la una al papa Nicolao y la otra á Alejandro, insertas en las colecciones de Duchesne, de los concilios y entre las cartas de Gerbert. La primera fué escrita despues del 4 de Agosto del año 1060, pues Gervasio avisa en ella al papa Nicolao II de la muerte del rey Enrique, acaecida en el mismo dia. Mas no era este el objeto principal de su carta. Se habian formulado en Roma diferentes acusaciones contra él, y envió diputados para justificarse; fueron escuchados y convencieron al papa Nicolao II de que su arzobispo no se habia rebelado nunca contra la Santa Sede. En esta carta le asegura de su sumision y de su respeto, y asegura que no comunicará con el que se niegue á someterse á las órdenes de la Sede apostólica. Gervasio habia deseado en vida del rey Enrique ver al papa Nicolao en Francia. Toma á Dios por testigo de que su deseo bajo este aspecto no ha cambiado: que será completa su alegria, si puede tener el honor de recibirle, y que le recibirá como conviene al vicario de S. Pedro, á su persona y á su dignidad. Pues os hacemos, dice, digno de los mismos honores que nuestro Señor Jesucristo hizo á S. Pedro, elevándole al principado de la Iglesia. Manifiesta al Papa su gratitud por los servicios que habia hecho á sus diputados, y la honrosa sepultura concedida á uno de ellos, despues de haberle visitado durante su enfermedad. La carta de Gervasio al papa Alejandro II no está completa. Habla en ella de las turbaciones que el segundo matrimonio de la reina Ana, viuda del rey Enrique I, con Raoul,

conde de Crespi, causaban en el reino de Francia. Estas turbaciones reclamaban la presencia del arzobispo, siendo esta la razon que da de no poder ejecutar el designio que tenia de visitar los sepulcros de los santos apóstoles y de ir á ofrecer á la Santa Sede los servicios que pudiese prestarla. El conde Raoul habia repudiado á su esposa, que habia dado sus quejas al papa Alejandro II. Gervasio le explicaba todo este asunto en su carta, pero esta parte no se encuentra ni en los manuscritos ni en los impresos. Gervasio escribió una segunda carta al mismo Papa, para consultarle con motivo de un clerigo que habia recibido los grados de diácono y de sacerdote sin haber pasado por el de subdiácono. Este mismo clérigo fué portador de esta carta, cuyo contenido sabemos solamente por la respuesta del papa Alejandro. Su opinion es que este clérigo debe abstenerse de las funciones del diaconato y del sacerdocio, hasta que llegue el tiempo marcado para las órdenes, en que recibirá la órden del subdiaconado, si sus costumbres son irreprensibles, y que despues podrá continuar ejerciendo el ministerio de diácono y de sacerdote. Como no se encontraba solucion á esta dificultad en los cánones, el Papa fundó la suya en que habiendo recibido Cornelio el don del Espíritu Santo, ántes que S. Pedro le administrase el bautismo, nada impedia que conservase este clérigo los grados del sacerdocio y del diaconado que habia recibido ántes del subdiaconado. Alejandro cita en esta carta la respuesta dada por él á Rumold, obispo de Constanza, en un caso semejante. Esta carta es la treinta y dos de este Papa en la coleccion de los Concilios, donde no se encuentran las de Gervasio de Reims, pues se hallan en Baronio y en la historia de la iglesia de Reims por el P. Marlot. Citanse diferentes fragmentos de cartas del arzobispo Gervasio, pero no se han publicado todavía. Tenemos una relacion suya de algunos milagros operados por la virtud de las reliquias de S. Melanio, obispo de Rennes. Gervasio la escribió con motivos de un regalo que hizo de una parte de estas reliquias á Cuen, abad de S. Melanio. Habia sido él mismo testigo de algunos de estos milagros, como puede verse en Bolando, á 6 de Enero, á continuacion de la vida del santo. El acta de la consagracion y de la eleccion del rey Felipe debe ser mirada como obra de Gervasio. Seria únicamente de desear que hubiese insertado en ella los dos discursos que hizo en presencia de la asamblea; uno para instruir á aquel jóven príncipe de los principales artículos de la fe católica: otro para manifestar que la eleccion y la consagracion le pertenecian desde que S. Remigio habia bautizado á Clovis; pero se contentó con manifestar que despues de haber explicado á Felipe la fe de la Iglesia, y de haberle preguntado si creia en ella y queria defenderla, habiéndole contestado este príncipe que sí, le presentó la fórmula de juramento que Felipe leyó y suscribió; que decia en ella que conservaria á los obispos y sus iglesias sus derechos segun los cánones, y los defenderia lo mis-

mo que á sus iglesias, como es deber de un rey, y que haria justicia segun las leyes; que habiendo prestado este juramento en manos del arzobispo de Reims, éste tomando el báculo pastoral de S. Remigio, dijo que con este báculo dió el papa Hormisdas á S. Remigio el poder de consagrar los reyes con la primacía en toda la Galia, y que el papa Victor II le habia dado el mismo poder y á su iglesia; este papa era el que habia enviado el *Pallium* á Gervasio. En este acta se leen los nombres de todos los obispos, abades y grandes señores que asistieron á la consagracion. Habia entre todos veinticuatro prelados, tanto de Francia como de Borgoña y de Aquitania, inclusos Hugo, arzobispo de Besanzon, y Ermenfredo, obispo de Sion en el Valais, legados del Papa; veintinueve abades; Guido, duque de Aquitania, Hugo, hijo y diputado del duque de Borgoña, y otros muchos señores. Todos dieron sus sufragios para la eleccion del rey, áun los legados del Papa, aunque no era necesario; y el Papa dijo tres veces: Lo aprobamos, lo queremos. El nuevo rey confirmó despues por medio de un diploma los derechos de la iglesia de Reims, y Gervasio suscribió como gran canciller. Todo esto se efectuó ántes de la lectura de la epístola de la misa; habiendo vuelto entónces el arzobispo á su silla, se le presentó el privilegio que le habia concedido el papa Victor II, leyéndose en presencia de los obispos. Duchesne es el primero que ha publicado el acta de la consagracion y de la eleccion del rey Felipe. El P. Chiflet la puso despues entre los documentos justificativos de la historia de la abadía de Tournus, despues se le ha dado lugar en las colecciones generales de los Concilios y en la historia de la iglesia de Reims El epitafio del arzobispo Gervasio le atribuye la vida de S. Donaciano, obispo de Reims á últimos del siglo IV; tambien se le atribuye en la antigua Galia cristiana, pero no hay más pruebas que el testimonio de Convenier, escritor del siglo XVI. Se dice que Gervasio siendo arzobispo de Reims, hizo colocar en un pedestal un grande ciervo de bronce á la puerta de su palacio, y que mandó grabar en el vientre de este ciervo tres versos exámetros para tener presente el país en que habia nacido, más abundante en ciervos que la Champaña. Esta circunstancia de su vida, si es verdadera, le haria ménos honor que la atencion que tuvo siendo obispo de Mans de proveer á las necesidades de los ministros del altar, dándoles su propio patrimonio. El acta de sus donaciones forma parte de la historia de los obispos de Mans impresa en las Analectas del P. Mabillon.—S. B.

REIMS (Juhel), arzobispo de esta ciudad á quien se da algunas veces el apellido de S. Martin, habia nacido en el seno de la familia de Mathefelon ó de Mayenne segun otros, punto que seria tan difícil como inútil averiguar. Todo lo que sabemos es que una noble cuna fué uno de los títulos de Juhel para los honores eclesiásticos. Despues de haber sido canónigo maestre

escuela y dean en Mans, fué elegido en 1229 arzobispo de Tours y gobernó esta iglesia hasta 1244, en que comenzó á ocupar la silla metropolitana de Reims, que estaba vacante hacia cuatro años. Los canónigos no habian podido convenirse en la eleccion de prelado. Inocencio IV sabiendo sus disensiones y las dilaciones que á ellas eran consiguientes, dió mediante su autoridad pontificia un jefe á esta iglesia, aunque no sin el consentimiento del rey Luis IX. Juhel visitó su nueva diócesis, é hizo diversos estatutos de los que los ménos extraños á la historia de las letras son los que sometian al maestrescuela los estudiantes pobres llamados *bons enfants* y los prescribian los más rigurosos deberes. Asistió al concilio de Lyon en 1245, tomó la cruz en la asamblea celebrada en París en 1248, y se abstuvo sin embargo de partir para Oriente, ó regresó á poco tiempo á Reims, pues en el mes de Junio de 1249 suscribia una carta en favor de un hospital. Prescindimos de sus demás cartas, lo mismo que de la relacion de sus diferencias con su cabildo, con sus sufragáneos y con el obispo de Lieja. Se puede para enterarse con más detencion de estos artículos que no nos conciernen recurrir á la *Galia Cristiana* y á la historia de la metrópoli de Reims por Marlot. Parece que Juhel tuvo algunos disgustos quizá merecidos, y que la corte de Roma no se pronunció en favor suyo de la manera que él esperaba; la pena que con este motivo concibió abrevió sus dias, si creemos una relacion manuscrita que ha pasado de la biblioteca de Baluzio á la real de Francia. Léese en él que un domingo de invierno, con un tiempo frio y lluvioso, salió el arzobispo de Reims de su palacio, revestido de sus ornamentos pontificales, con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, pero llevándole por la extremidad inferior y arrastrando la superior por el lodo, gritando *haron* ó *haro*, y dando así diferentes señales de dolor ó de demencia. La relacion añade que despues de haber recorrido las calles y las plazas públicas, no quiso entrar en su morada, que se retiró á un hospital, y anunció su resolucion de dirigirse á Roma; que partió en efecto, pero que no llegó más que hasta París, donde murió en 1250 cargado de años y anonadado de tristeza: *In dolore cordis et tristitia finivit .... jam in ætate decrepita constitutus.* Este documento, que puede muy bien no merecer completa confianza, conviene sin embargo con algunas líneas de un manuscrito de la iglesia de Mans á que, como hemos dicho, habia pertenecido Juhel. Los escritos que llevan su nombre no son ni numerosos ni muy importantes. Solo podemos citar tres. El primero, el que lleva la fecha más antigua, á saber el de 1234, consiste en los estatutos dados por Juhel, arzobispo de Tours, á la iglesia de S. Briene, con el consentimiento del obispo y del cabildo de esta ciudad. Se hallan impresos en el Espicilegio de d'Acheri y en la coleccion de los Concilios de Labbe. Nótanse en ellos las disposiciones re-

lativas á las retribuciones debidas á los canónigos por la asistencia á los oficios divinos. Recibirán cuatro dineros por los maitines, tres por la misa mayor, dos por las vísperas; y si las rentas de la Iglesia no bastan á todas estas distribuciones, deberán combinarse de manera que no falten nunca en adviento ni en cuaresma. Se puede, en segundo lugar, atribuir á Juhel la principal parte en los catorce cánones publicados en un concilio de Tours, que presidió en 1276. Mans los ha publicado y Fleury ha hecho un buen análisis de ellos. El primer artículo dice que los enviados detenidos por crímenes por el juez secular, serían reclamados por el juez eclesiástico, que no tendría miramiento alguno con sus privilegios, y hasta los quitará la cruz si los encuentra culpables de homicidio ó de otro crímen enorme. El concilio añade: prohibimos severamente á los cruzados y á los demás cristianos matar ó pegar á los judíos, quitarles los bienes, ó causarles cualquiera otro daño, pues los sufre la Iglesia, no queriendo la muerte del pecador sino su conversion. Los obispos cuidarán de la subsistencia de los recien convertidos, por temor de que no recaigan en sus errores so pretexto de pobreza. Los abogados estudiarán tres años de derecho, los jueces cinco. Los delegados por la Santa Sede en la provincia de Tours tomarán las precauciones necesarias contra los fraudes de las partes que obtienen rescriptos de la corte de Roma. Estas delegaciones eran sin duda muy frecuentes. Los testamentos serán presentados al obispo, ó al que ejerza su jurisdiccion, en los diez dias despues de la muerte del testador, y tendrá cuidado de que se ejecuten con la mayor fidelidad. Los testigos falsos serán azotados, si el juez no cree conveniente perdonarlos imponiéndoles una multa. Se castigará de la misma manera á los que sean convencidos de sortilegio. Hemos transcrito estos detalles, porque pueden contribuir á dar á conocer las costumbres y las opiniones del siglo XIII, especialmente la parte que se atribuia al clero en el ejercicio del poder judicial, tanto en la materia civil como en la criminal. El tercero y último escrito de Juhel no es más que el reglamento para los estudiantes de Reims, de que ya hemos hecho mencion. Es del año 1244, y se ve en la obra de Marlot. El arzobispo sometia á los estudiantes á prácticas claustrales, que segun todas las apariencias no debian contribuir en gran manera á sus progresos.—S. B.

REIMS (Manases de), arzobispo de esta ciudad, primero de su nombre, sucedió á Gervasio muerto el 4 de Julio de 1067. Sus costumbres no correspondieron á su dignidad, y su mala conducta ocasionó grandes turbaciones en la iglesia que se le habia confiado, por lo que algunos autores le han quitado del catálogo de los arzobispos de Reims. Fué acusado de haber obtenido el episcopado por simonía, de haber arrebatado los vasos sagrados de su iglesia, despojado á los clérigos, saqueado los monasterios y de haber ex-

comulgado injustamente á muchas personas. Sus acusadores eran tres canónigos, Manases, Bruno y Ponce. Citado por Hugo, obispo de Die, legado de Gregorio VII en Francia al concilio de Autun en 1077, no compareció. El legado le suspendió de sus funciones. Manases apeló al Papa, que le mandó justificarse en otro concilio con seis obispos. Hugo de Die convocó uno para Lyon, que se celebró en efecto á principios del año 1080. El Arzobispo no quiso comparecer, y se contentó con enviar su vindicacion al legado. Viendo el concilio su resistencia, pronunció una sentencia de deposicion contra él, que fué confirmada en el concilio que celebró el Papa en Roma al principio de la cuaresma del mismo año. Manases intentó sostenerse por la fuerza de las armas. Pero obligado á ceder al gran número de sus adversarios, abandonó á Reims y pasó el resto de sus dias en el retiro ó en la corte del emperador Enrique. El historiador anónimo de las Cruzadas, publicado por el P. Mabillon, dice que Manases fué en peregrinacion á Jerusalen algun tiempo ántes de que los cruzados penetrasen en la Palestina, y que habiendo enviado Boemundo y otros príncipes cruzados á Antioquia embajadores al soldan de Babilonia, encontraron cautivos al arzobispo de Reims con los obispos de Tarento y de Beauvais, y que el soldan les concedió la libertad. Este es el último hecho que se sabe de la vida de Manases: de todos los que han hablado de él solo le ha elogiado Fulco, subdiácono de la iglesia de Meaux. Segun él, así como la iglesia de Roma no tuvo nunca un papa semejante á Gregorio VII, tampoco la de Reims habia tenido un papa comparable á Manases, y quiere que se mire como falso todo lo que le achacaban sus enemigos. Pero se sabe que los elogios de Fulco eran venales, y confiesa que Manases habia pagado los versos que habia hecho en honor suyo. No creyéndose este arzobispo en estado de defender su causa en presencia de sus acusadores en el concilio de Lyon, tomó el partido de justificarse por escrito y enviar su apología al legado Hugo, que debia presidir esta asamblea. Escribió, pues, esta apología algun tiempo ántes de este concilio, es decir, á últimos del año 1079 ó á principios del 1080. Algunos han dudado que fuese obra suya, y si se cree á Guillermo, abad de San Arnoul, carecia de toda clase de conocimientos literarios. De todos modos, este apología contiene las razones por que no queria comparecer al concilio, y lo que habia hecho hallándose en Roma para su justificacion. Su primera razon era que habiendo nombrado el Papa al abad de Cluni como uno de sus jueces, no se le habia mencionado en la órden que se le habia enviado para que se presentase al concilio: la segunda, que no era Lyon la parte de la Galia en que debia ser juzgado; la tercera, que la provincia intermedia entre la de Reims y Lyon se hallaba en guerra, y no podria pasar sin riesgo de caer prisionero; la cuarta, que sabia que los que le iban á juzgar en este concilio

eran los mismos que le habian condenado en Autun, cuya sentencia habia anulado la Santa Sede; la quinta, que era preciso para juzgarle segun los cánones que se eligiese un lugar próximo á su domicilio, en que pudiera fácilmente presentar testigos, miéntras Lyon se hallaba á una distancia de casi quince dias de camino: añadia que se habia reconciliado con Manases y sus demás acusadores, excepto con Bruno Ponce, de quienes hacia poco caso, porque el primero era extranjero y el segundo habia sido convencido de falsario en el concilio de Roma; que no teniendo más acusadores competentes, seria inútil ir al concilio para justificarse; que áun cuando quisiese ir con este objeto, no le seria posible en los veinte dias de término que se le concedian encontrar en su provincia seis obispos, ó que careciesen de tacha, ó que no fueran enemigos suyos, lo que le impedia vindicarse por testimonio suyo como lo habia ordenado el Papa; que cuando le habia prometido presentarse al concilio, si se lo mandaba él ó su legado, habia querido decir un concilio que se celebrase en Francia, y en la suposicion de que no tendria razon canónica alguna para ausentarse. Manases da muchas razones para no asistir al concilio de Lyon: la guerra en una provincia situada entre las de Lyon y de Reims, la ausencia del abad de Cluni, la presencia de los mismos jueces que le habian condenado ya. Dice al obispo de Die: «Aunque seais nuncio de la Sede Apostólica para los demás, no lo sois para mí; por esta razon no os corresponde llamarme al concilio y me es permitido no asistir á él. En esto no haré más que seguir las disposiciones del Papa, que me ha dejado dueño de recusaros como juez y de elegir al abad de Cluni.» Quiere sin embargo, por respeto hácia la Santa Sede, avistarse con el legado en algun concilio indicado en alguna ciudad de las cercanías de Reims, hácia la cuaresma ó la pascua, protestando que si llegaba á pronunciarse contra él una sentencia de deposicion en cualquiera otro concilio, no la miraria como emanada de la Santa Sede. Tal es en sustancia la apología de Manases, que ha sido publicada por un manuscrito del Vaticano por el padre Mabillon en el tomo I de su *Musæum italicum*. Manases escribió tambien al papa Gregorio VII para excusarse de ir al concilio de Lyon. Esta carta se ha perdido, pero tenemos otra al mismo Papa, citada por Hugo de Flavigni, é inserta en el tomo VI de los Concilios. El Arzobispo le escribió despues de su regreso de Roma en 1078. En primer lugar para quejarse de que Garmond, arzobispo de Viena, habia depuesto y restablecido despues algunos sacerdotes en la diócesis de Reims, haciéndose pasar por legado de la Santa Sede, y que los obispos de Laon y de Soissons habian consagrado sin saberlo él al obispo de Amiens, en lo que decia habian cometido dos inexactitudes, una ordenando un obispo que habia recibido la investidura de manos de un lego contra la prohibicion del Papa, notificada al concilio de Autun, á que ha-

bian asistido ambos; la otra, porque le habian ordenado sin el consentimiento del metropolitano. Suplicaba, en segundo lugar, al Papa conservase á la iglesia de Reims el privilegio de que gozaban sus arzobispos de no ser juzgados más que por la Santa Sede ó los legados romanos, sin darles por adjuntos legados del otro lado de los Alpes, que no buscaban más que sus propios intereses y no los de Jesucristo. El tercer motivo de su causa era pedir justicia á Gregorio VII contra Manases y algunos otros clérigos de la iglesia de Reims y contra Eblo, conde de Ronci, que los habia recibido en su castillo para emplearlos contra los intereses de la Iglesia y de su arzobispo. Por último, suplica al Papa rehabilite á Drogon, obispo de Terouanne, suspendido por el legado Hugo de Dié, para que este obispo, que era de una edad muy avanzada, no muriese con la censura. El Papa no tuvo consideracion alguna en su respuesta al privilegio que Manases dijo habia recibido de la Santa Sede, y le mandó presentarse delante del obispo de Die y el abad de Cluni, sus legados, tanto para contestar á las acusaciones formadas contra él, como para obtener justicia del arzobispo de Viena y de los demás obispos, de quienes se habia quejado. Durante sus diferencias con Guillermo, abad de san Arnoul, Manases escribió otras muchas cartas tanto al Papa como al Obispo de Metz y al clérigo Gipuin. Quedan algunos fragmentos de ellas en las cartas de este abad. —S. B.

REIMS (Manases II). Fué natural y arzobispo de esta ciudad, donde recibió su educacion, siendo su padre Manases Vidance, y su madre Alira, de la misma poblacion. Formado en la virtud y en las letras en la escuela de la catedral, se hizo digno de ocupar sucesivamente los puestos de canónigo, de tesorero y de preboste. Ya hubiese obtenido este último cargo por medios poco canónicos, ó por alguna otra razon, le renunció en el concilio de Clermont en 1077, en manos de Hugo de Die, legado de la Santa Sede; pero ó volvió á obtenerle poco despues, ó conservó el título de preboste, pues asistió con este carácter al concilio de Soissons en 1084, y suscribió con este título despues del arzobispo Reinaud un acta hecha en Reims en 1095. Habiendo muerto este arzobispo el 21 de Enero del año siguiente, fué elegido Manases para sucederle, y consagrado el 21 de Marzo del mismo año, con asentimiento del papa Urbano II, á quien la iglesia de Reims, Lamberto, obispo de Arras, é Ibo de Chartres habian manifestado su grande capacidad. En 1097 celebró un concilio en Reims contra Roberto, abad de S. Remigio. Asistió en 1099 al de S. Omer, en que confirmó la tregua de Dios, y en 1104 al de Troyes. El año siguiente consagró en un concilio celebrado en la ciudad episcopal á Odon, abad de S. Martin de Tournai, obispo electo de Cambrai. Sobrevivió muy poco tiempo á esta ceremonia, habiendo muerto el 18 de Setiembre de 1106. Dejó algunas cartas dirigidas en su ma-

yor parte á Lamberto, obispo de Arras, de donde procede que se hallen en la coleccion de cartas escritas con motivo del restablecimiento de la dignidad episcopal en la iglesia de aquella ciudad. La primera que le escribió fué para suplicarle fuese á Reims el jueves de la primera semana de cuaresma, para ordenarle de diácono y sacerdote, con el fin de poderse consagrar en seguida de obispo. Le encargaba fuese con poca comitiva, no para ahorrar gastos, sino para pasar con más facilidad por las tierras enemigas cuando marchasen juntos á ver á Urbano VI, que se hallaba en Angers, desde cuya ciudad escribió este papa á la iglesia de Reims y á Manases sobre su eleccion. Escribió una tercera carta á Hugo, obispo de Soissons, á Lamberto de Arras, á Felipe de Chalons y á Gerardo de Terouanne para que le asistiesen con su ministerio en la consagracion de Manases, tan pronto como los llamase. Dirigiéndose á Reims, Lamberto le ordenó de diácono el sábado de la primera semana de cuaresma. Hugo de Soissons le confirió el sacerdocio al sabado siguiente, y la víspera del domingo de pasion fué consagrado arzobispo por el mismo prelado, asistido de los obispos de Laon, de Noyon, de Amiens, de Arras y de Senlis. La segunda carta de Manases II á Lamberto se refiere á la consagracion del nuevo obispo de Cambrai, como cooperador y como testigo, siendo esta la razon porque invitó al obispo Lamberto. Este nuevo electo se llamaba Manases, como el arzobispo de Reims, pero tenia un competidor llamado Gaucher, cuya eleccion habia sido desaprobada por el papa Urbano II, porque Gaucher no queria recibir la investidura más que de manos del rey Enrique, que estaba descomulgado. Aprobaba, por el contrario, la eleccion de Manases, pensando del mismo modo el arzobispo de Reims. Su designio era, despues de haber consagrado á Manases, ir con el conde de Flandes y el socorro de Anselmo de Ribemont á colocarle sobre el trono episcopal de Cambrai y arrojar á Gaucher. La consagracion de Manases no pudo verificarse en el dia convenido, hubo que diferirla; el arzobispo avisó esta dilacion al clero de aquella iglesia, á quien notificó, al mismo tiempo que habiéndole encargado el Papa cuidar de su comportamiento, habia encargado esto á Lamberto, obispo de Arras, concediéndole todos los poderes esenciales para las funciones episcopales, lo cual es el asunto de su cuarta carta. La tercera es á los clérigos y á Anselmo de Passo. Excomulgados por su obispo Lamberto de Arras, no habian hecho caso de esta censura. El arzobispo de Reims les declara que confirmaba en su calidad de metropolitano lo que habia hecho Lamberto, y les manda darle satisfaccion en el término de ocho dias y obedecerle en lo sucesivo como su padre y su obispo. Le invita en la quinta á asistir á la consagracion de Ingebranne, obispo de Laon, que debia celebrarse el domingo primero despues de la octava de Pentecostés. En la sexta suplica á Lamberto fuese á la con-

sagracion del obispo de Noyon, y diese órdenes en Reims el sábado de Pentecostés. La consagracion de Baudin, obispo de Noyon, fué trasladada al domingo despues de la Epifanía, como se deduce de la sétima carta de Manases. La octava se halla dirigida al clero y al pueblo de Terouanne, á quien dice, que habiendo aprobado el Papa y el concilio de Roma la eleccion de Juan para obispo suyo, tenian que presentarle al obispo de Arras, á quien habia dado la comision de ordenarle de sacerdote, para poder él despues consagrarle obispo. En la novena da parte al obispo Lamberto de la noticia que habia recibido de la toma de Jerusalen por el ejército de los cruzados, de la órden del papa Pascual y de las instancias del duque Godofredo, á quien el ejército habia elegido como rey, para pedir á Dios la victoria sobre todas las sectas enemigas de la religion. En su consecuencia dice á este obispo ordene ayunos, oraciones y limosnas en todas las parroquias de su diócesis, tanto por la prosperidad de las armas de los cruzados, como por los obispos de Puy, de Orleans, Anselmo de Ribemont y los demás que habian muerto en esta expedicion, ó, como él dice, habian recibido la corona del martirio. Le exhorta tambien á obligar á los que habian hecho voto de ir á Jerusalen y se habian cruzado, de cumplir su promesa. Aunque el concilio de Clermont habia depuesto á Gaucher en 1095, y confirmado la eleccion de Manases, sosteníase éste, sin embargo, por la proteccion del emperador Enrique, y continuaba el cisma de la iglesia de Cambrai. Conmovido el arzobispo de Reims por las lágrimas de Manases, escribió á Lamberto de Arras pusiese entredicho en la tierra de la condesa de Mons, prohibiendo á los abades, á los monjes y á los clérigos de su diócesis, bajo pena de desobediencia, ir á Cambrai, y no tener conversacion alguna con Gaucher. El mandar quitar los altares á todos los excomulgados es el objeto de la undécima carta de Manases de Reims. El de Cambrai escribió á Lamberto sobre el mismo asunto, suplicándole con instancias prohibiese la celebracion del oficio divino en las tierras de la condesa de Mons, porque ni temia ofender á Dios, á la Santa Sede, á la iglesia de Reims, al obispo de Arras, y no dejaba de perseguirle. La décima carta se refiere á algunos puntos de disciplina. Un tal Gauthier á quien su mujer, culpable de adulterio, habia dejado para casarse con otro, creyéndose libre entró en el clero, sin que se opusiese nadie á ello, y se presentó al obispo de Arras para un canonicato. Este, que era Lamberto, no quiso concedérsele sin haber consultado á su metropolitano. La respuesta fué que no habia dificultad alguna en conceder la canongía á Gauthier, porque el adulterio cometido por su mujer le ponia no solo en estado de repudiarla, sino tambien de ejecutar cualquiera voto que hubiera hecho, á condicion, sin embargo, de que no se casase con una segunda mujer en vida de la primera. Hace reconvencio-

nes á Lamberto por haber permitido hasta entónces en su iglesia los abusos que habia introducido la simonía, con motivo de las canongías y las capellanías, que trasmitian los titulares unos á otros como bienes hereditarios. Le declara que la iglesia de Reims mira con horror á esta clase de sucesion, y tiene como nulas todas las investiduras. Reinaba otro abuso entre los clérigos, que era el concubinaje; se habia intentado con frecuencia en los concilios desarraigarle; y el éxito no habia correspondido por completo á las medidas que se habian tomado sobre este asunto. Parece por la duodécima carta de Manases de Reims, que temia obrar con demasiado rigor contra los clérigos concubinarios; pues escribió á Roberto, conde de Flandes, no persiguiese á los sacerdotes ni clérigos casados, ni á sus mujeres, á ménos que no se lo encargase el obispo diocesano. Esto era resultado de un concilio celebrado en Saint-Omer, á que habia asistido con muchos obispos en 1099. Pero se habia acordado tambien que cada obispo haria en su diócesis vivas reconvenciones á todos los clérigos concubinarios, y que si despues de haber sido amonestados de esta manera no abandonaban sus mujeres, el obispo podria recurrir al brazo seglar para obligarles á ello. Alberico, señor de Meslaut, se habia apoderado de Hugo, obispo de Chalons, y lo tenia preso en su misma diócesis. Indignado el arzobispo de Reims de este abuso, excomulgó á Alberico y á todos los que le habian ayudado con sus consejos ó sus fuerzas para el robo del obispo; mandó que no se tocasen las campanas, ni cantasen los oficios divinos, contentándose con cantar una misa en un altar bajo la invocacion de S. Pedro el dia de la fiesta de este apóstol, para obtener por su intercesion la libertad de Hugo. Manases escribió todo lo que habia acaecido á Lamberto de Arras, con órden de obrar en su diócesis con respecto á Alberico y sus cómplices, lo mismo que se habia hecho en la de Reims. Esta es la décimatercera carta de Manases. Habiéndola recibido el obispo de Arras por medio de un seglar á quien no conocia, y que no era conocido de ninguno de su clero, dudó que fuese de su metropolitano. Sus clérigos tuvieron la misma duda, en particular á causa de que llevaba órden de hacer cesar las alabanzas de Dios, órden que parecia contraria al Antiguo y Nuevo Testamento, en que leemos que los israelitas elevan su voz á Dios en sus tribulaciones, y que la Iglesia no cesó de orar por la libertad de S. Pedro, detenido en prision por Herodes, hasta que Dios envió un ángel para libertarle. Esto es lo que dice Lamberto en su respuesta á Manases, á lo que añade muchos ejemplos de entredichos en un caso semejante al de Alberico, pero que no se extendian más allá de la diócesis ó provincia en que residia el culpable, del lugar en que se hallaba detenido el inocente. No se sabe que el arzobispo de Reims se quejase de estas representaciones; pero tan pronto como supo la libertad del obispo de Chalons, se

lo avisó á Lamberto, para que diese gracias á Dios. Alberico habia mandado conducir á Hugo á la diócesis de Toul. Habiéndolo sabido el obispo de esta ciudad, empleó al duque Thierry y otros señores de su diócesis en dar libertad á Hugo. Cuando concertaban juntos los medios más á propósito, temiendo Alberico que atacasen su castillo y le asolasen, puso al obispo de Chalons en libertad, le restituyó una parte de lo que le habia arrebatado, y le prometió devolverle lo demás y hacerle justicia. Manases, en su última carta á Lamberto de Arras, le encarga bendecir á Roberto, abad electo de S. Regnier, para ahorrarle los gastos que se hubiera visto obligado á hacer al ir á Reims á recibir la bendicion abacial. No es dudoso que este arzobispo ha escrito otras muchas cartas en contestacion de las que habia recibido ya de los papas Urbano y Pascual II, ya de Ibo de Chartres ó de prelados de Francia, pero aún no se han publicado. Las de que acabamos de hablar se hallan muy bien escritas segun todos los autores que de ellas se han ocupado. —S. B.

REINA (P. Tomás), de la Compañía de Jesus. Era italiano y natural de Milan, habiendo manifestado desde su primera juventud las grandes cualidades de que se hallaba adornado, en particular en materias de piedad y de religion. En efecto, ya en su infancia mostraba esas aficiones propias de la edad madura, y que manifiestan que los que las poseen, más bien que para este mundo han nacido para el otro, pues humilde, modesto y sencillo, huia el trato de gentes y se ocultaba en la soledad, donde pasaba dias enteros en toda clase de penitencias y oraciones, siendo mirado como un modelo de religiosidad por cuantas personas le conocian. Paso á paso fué adelantando por el camino de la virtud, y no era difícil adivinar que en entrando más en años abrazaria alguno de los institutos religiosos, que tanto florecian á la sazon en Francia y en todo el mundo católico. En efecto, apénas llegado á la edad madura, se decidió por la Compañía de Jesus, plantel de varones sabios y religiosos y verdadero asilo de todos los hombres dotados de una sincera piedad. Reina, desde que vistió la sotana de novicio, procuró seguir los pasos de los que le habian precedido en aquella religion, brillando más que por sus luces por su virtud y santidad, de la que ni áun hacian alarde, puesto que de lo que se gloriaban siempre, y mucho más á los principios, era de verdaderamente humildes. Así lo hizo el P. Reina, sometiéndose con gusto á todos los ejercicios que segun costumbre le impuso la Compañía, los que ejecutó con prontitud y obediencia, dando muestras de su espíritu religioso y de la verdad de su vocacion; no se le hacian por otra parte difíciles estas pruebas, pues desde su primera juventud las habia ya dado mucho mayores sin saberlo en la soledad y retiro en que en su casa habia vivido. Así al someterse á ellas no hizo más que seguir sus inclinaciones, con-

tinuar las costumbres desde muy antiguo adquiridas. Sus superiores, viendo que era un modelo de religiosidad, le quisieron dedicar á los estudios, á lo que no queria acceder en un principio, deseando continuar consagrado á los trabajos más humildes de la comunidad. Pero habiéndoselo mandado en virtud de la obediencia, no vaciló ya, y emprendió una carrera que fué para él tan meritoria como gloriosa. No olvidó durante sus estudios sus antiguas prácticas, ántes las continuó con nuevo fervor, con no poca admiracion de los religiosos, que en él veian un verdadero modelo de humildad; mas con sus penitencias y oraciones se preparaba el P. Reina para lo que algun dia debia ser, el primer orador de Italia, el azote de la herejía, el firme y decidido defensor del catolicismo. En efecto, terminados sus estudios, emprendió la carrera del púlpito, haciendo diferentes misiones, todas con tan buenos resultados, que llenaron de admiracion á Italia y á sus superiores. Todas las ciudades de la península itálica comenzaron á disputarse orador de tanta nombradía, y él las fué recorriendo una por una, ilustrándolas con sus ejemplos mucho más todavía que con sus discursos. Viendo el buen resultado de estos primeros pasos, sus superiores le llamaron á Roma, donde comenzó á brillar en más ancho campo, y á darse á conocer en más vasta esfera. Reina correspondió allí á su bien adquirida fama, y esta no tuvo ya rival en toda Italia; pero el humilde jesuita más bien que el aplauso buscaba el fruto de sus discursos; y así apénas terminados se dirigia al confesonario, donde esperaba á los penitentes para conducirlos por el camino de la salvacion. Correspondieron estos á su llamamiento, y venian á escuchar sus consejos y perfeccionar su vida bajo su direccion. ¡Cuántos pecadores endurecidos debieron al P. Reina su felicidad en esta vida, y acaso su salvacion en la eterna! ¡Cuántos que se hallaban al borde de un abismo, en el que si se hubiesen precipitado, no hubieran vuelto á salir más, fueron sacados por él salvos y conducidos al seguro puerto! ¡Cuántos, por último, cuya vida se hallaba en el último trance, le debieron la tranquilidad en la hora de la muerte, de que les privaban los remordimientos de su conciencia! Pocos hombres habrán sido más útiles á la humanidad que el P. Reina, cuyas contínuas predicaciones tuvieron tan profunda influencia en Italia en el siglo XVII. Pero no se encontraba satisfecho con estos, aunque ópimos resultados, y queria extenderlos mucho más todavía, para lo que acudió á sus superiores, pidiéndoles licencia para pasar á otros países donde sus doctrinas hubiesen contribuido á anonadar á la herejía, que ostentaba erguida su cabeza en muchos reinos de Europa. Parece que sus superiores no le concedieron este permiso, sin embargo de que algunos autores aseguran estuvo en Alemania, donde consiguió los mismos ó mejores resultados que en Italia. Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que el P. Reina, ya en su patria, ya en las extrañas naciones, pasó

su vida entera en el ejercicio de la predicacion, adquiriendo, como ya hemos dicho, fama de uno de los primeros predicadores de su siglo. El carácter de la Compañía y sus hábitos reservados han contribuido sin duda á que este grande hombre haya quedado en el olvido, no obstante que tenia los suficientes méritos para pasar á la posteridad, pues aunque sus obras son cortas en número y no de las que han llegado á formar escuela, es indudable que no debe mirársele más que como orador, en cuyo sentido y no en otro fueron sus continuos trabajos. Orador católico, enemigo de la pompa y ostentacion, sus discursos eran sencillos, sin adornos, ajenos á esa afectacion tan en moda en todos los asuntos en que entra por algo la elocuencia, y sobre todo en un siglo que lo fué de corrupcion para la literatura, y que por otra parte produjo pocas obras de primer órden. Así debe mirársele como una verdadera especialidad, como uno de esos hombres superiores á su época y á su siglo, y de que apénas pueden citarse dos ejemplos. Su vida correspondió á sus demás cualidades: modesto y humilde, como hemos dicho repetidas veces, amó la verdadera pobreza, y á ella se consagró y por ella se sacrificó, no solo en las circunstancias extraordinarias, sino en las comunes de la vida. Obtuvo el favor de los grandes de la tierra, y no le empleó más que para hacer bien á sus semejantes, siendo un verdadero modelo de caridad y piedad. En los últimos años de su vida fué cuando se manifestaron más que nunca sus buenas cualidades; retirado en el fondo del claustro, apartado de las ocupaciones del mundo, solo trabajaba para Dios, en cuyo seno esperaba descansar muy en breve. Continuas oraciones, frecuentes ayunos, muy superiores quizás á lo que permitian su edad y sus fuerzas, no tardaron en aumentar su debilidad y conducirle al sepulcro; murió tan santamente como habia vivido, no dejando nada en el mundo, donde nada habia poseido, y recomendándose á las oraciones de sus hermanos. Este jesuita es conocido por un discurso que pronunció en Génova en la coronacion del duque Durazzo.—S. B.

REINACH (Adriano de), descendiente de una de las casas más antiguas y nobles de la Alsacia, se convirtió al catolicismo y llegó á ser sacerdote de estos últimos tiempos (siglo XIX).—S. B.

REINALDA (Sta.). Si el cristianismo no fuera la obra de un Dios ¿cómo era posible que hubiera tantos esforzados varones y tan gran número de valerosas heroinas, que viendo caer á millares las cabezas de los prosélitos de la bandera de la cruz, hubiesen corrido al sacrificio, en vez de huirle, para alcanzar la gloriosa corona del martirio? ¿Cómo hubiera sido posible que la mujer, la débil mujer, á la que por lo comun asusta la más leve amenaza, y horroriza solo el relato de una escena sangrienta, por insignificante que sea, no temblase á la vista de los horribles suplicios que los idólatras prepara-

ban á los mártires, ni retrocediese ante los verdugos que la conducian al ecúleo ó á la hoguera? Grande, cosa grande y portentosa fué la fuerza que infundió desde un principio la religion del Crucificado, y grande la idea del resultado del sacrificio que concibieron los primitivos cristianos, y conciben hoy los verdaderos fieles, cuando la persecucion fué y es para ellos la aurora de la dicha cuando se padece por Jesucristo, el tormento el goce preparatorio de ella, y el suplicio cuanto más horrendo y cruel la dicha entera, pues que el sufrimiento del cuerpo es el colmo del gozo del alma, que se halla ya á la presencia de Dios asistiendo al convite de los bienaventurados, y que al fin sube al trono de gloria que el Hacedor Supremo reserva á los héroes que saben sacrificarlo todo por gozarle eternamente. Cuando uno lee las historias de los mártires, entre los que los hubo de una ilustracion mundana de esa que diviniza el mundo, y de una creencia tan firme como lejana de la supersticion y del fanatismo, y repara la paciencia con que aguardaron el martirio, el deseo con que le esperaban, y la resignacion y alegría con que le sufrian, cantando alabanzas al Señor y pidiéndole misericordia á favor de sus mismos verdugos, el alma cristiana se entusiasma y el corazon se abrasa de amor divino hasta envidiar la suerte de aquellos héroes, que han engrandecido nuestra sacrosanta religion, sellando la verdad de su doctrina con su noble sangre. Millares de heraldos han proclamado la santidad del cristianismo escribiendo con su sangre sus gloriosos anales, y publicando á voz en grito sus excelencias; y por más que ha trabajado y trabaja la impiedad por ahogar sus voces y por borrar las páginas que escribieron, se empeña en vano en su deseo, pues que aquellas, asistidas de Dios, se elevan con doble fuerza, haciéndose sentir en toda la tierra, y estos se multiplican hasta lo infinito para enseñanza de las venideras generaciones. Y así como en los primitivos tiempos del cristianismo hombres, mujeres, niños y ancianos confesaron, sin temor á los tormentos, el santo nombre de Dios y murieron por su causa, del mismo modo sucederá hasta el fin de los tiempos, porque la obra de Dios, como lo prometió, subsistirá siempre¡ á pesar del poder del demonio. Cuenta la Iglesia católica entre sus heroinas á la gloriosa virgen y mártir Sta. Reinalda, noble mujer, á la que recuerda con otros santos mártires el dia 16 de Julio de todos los años. Fué esta Santa natural de Brabante, en donde nació el siglo VII, y tuvo por hermana á la gloriosa Sta. Gudula. Educadas ambas en la religion cristiana, rivalizaron en el amor á Dios con el mayor fervor. Deseando adorar Reinalda á Dios allí donde su divino Hijo derramó á torrentes su preciosa sangre para lavar nuestras culpas y morir sacrificado para redimirnos de la esclavitud del demonio, fué á Jerusalen á visitar los santos lugares. Siete años estuvo en ellos, empleándose en orar, llorar por sus culpas y por las

de los pecadores, y en hacer obras de misericordia, y al cabo de ellos, recogiendo muchas santas reliquias, emprendió la vuelta á su patria. Llegando á la ciudad de Saintes, en Francia, viéndola los feroces hunos entregada á las prácticas de la religion del Crucificado, trataron de hacerla renegar de su fe, y aprisionándola, la quisieron obligar á doblar su rodilla á los objetos de su error, y arrastrarla á sus sacrílegos intentos; pero resistiéndose la Santa y entonando los himnos de alabanza al verdadero Dios, consiguió la corona del martirio, pues que aquellos bárbaros la degollaron inhumanamente en union de S. Grimaldo, subdiácono, y de su familiar S. Gondulfo, que la acompañaban en su viaje, subiendo aquellas tres benditas almas, á fines del siglo VII, á la mansion celestial á recibir de manos del Altísimo la corona y el trono preparados á su virtud y santidad.—B. S. C.

REINALDO (S.), abad de la órden de S. Bernardo en el monasterio de Foskes, fué discípulo de S. Bernardo y uno de sus imitadores, tanto que mereció le citase el Santo con especial mencion en una de sus epístolas. La órden del Cister tomó tanto incremento en esta época, que llegó á poblar los principales paises de Europa, no siendo menor el número de sus santos. Sabido es que todas las religiones en su orígen se observan con la mayor severidad, y nadie se atreve á traspasar su regla, mirada con la mayor veneracion y como la base del edificio que sobre ella se debe levantar. De aquí el que todos los que la guardaron en un principio en su primitivo rigor sean mirados despues como héroes y como santos y bienaventurados en las religiones. Quizá no hay ninguna que los cuente en mayor número que la cisterciense, rama de la de S. Benito y que fundó S. Bernardo, el célebre doctor de la Iglesia que mejor ha comprendido y cantado las glorias de María Santísima. Sus discípulos continuaron este culto, siendo favorecidos con particulares beneficios, de que se hallan llenas las crónicas, y cuya mencion se ha hecho al citar sus nombres en diferentes partes de esta obra. Nosotros, al ocuparnos de Reinaldo, es muy poco lo que podemos decir, pues solo es conocido por sus virtudes, que le obtuvieron una abadía áun en vida del mismo santo reformador, prueba inequívoca de que se hallaba satisfecho de su discípulo. Reinaldo, en efecto, era un modelo de religiosos, ejecutando con la mayor puntualidad y exactitud todas las prácticas de la comunidad, procurando se llenasen con la escrupulosidad necesaria, siendo tan asiduo en la oracion como contínuo en la penitencia, formando, en fin, parte de aquel coro de ángeles, que han mirado siempre como sus patronos los religiosos cistercienses. En el gobierno de su abadía obró con la misma puntualidad y exactitud que lo habia hecho anteriormente como simple monje, manifestando siempre sus buenas cualidades para el gobierno, pues fué al par que severo consigo mismo, benigno para con los demás, procu-

rando que no faltasen nunca á sus deberes, mas procurando tambien que no se les hiciesen pesados por un excesivo rigor. Pues aunque la religion cristiana sea en sí misma un modelo de que nadie debe separarse, llevando su cruz sin quejarse de lo pesado de la carga, tampoco quiso nuestro Salvador que viviésemos anonadados bajo el peso de nuestras creencias, y por eso destinó tiempo para el ayuno y la penitencia, y tiempo para el descanso y la oracion, debiéndose, sin embargo, admirar á los que tienen fuerzas suficientes para trabajar sin tregua en el gran objeto de la vida, el vivir en la eterna.— S. B.

REINALDO (S.), monje de la órden de S. Bernardo, fué discípulo de este santo patriarca, y vivió siempre en Claraval, que ilustró con sus virtudes despues de la muerte del reformador de la religion cisterciense. Habia S. Bernardo enseñado á sus discípulos á cumplir con la mayor exactitud todos sus deberes, á entregarse al estudio y la oracion, y no faltar en nada en fin á la regla de la vida religiosa. Reinaldo fué uno de los que más se distinguieron en el cumplimiento de estas obligaciones, entregándose continuamente á la oracion, que hacia noche y dia sin descanso, procurando ilustrarse con los favores y gracias que en ella recibia de la Divina Providencia. Así es que parece presenció gran número de milagros que hizo el Señor por la intercesion del santo Patriarca, y áun obró algunos por sí mismo, que nos parecen muy dignos de memoria, y pueden verse en las crónicas de esta Orden, pero que omitimos por no dar demasiada extension á este artículo. «Porque ¿qué mayor milagro, como dice un escritor de la Compañía de Jesus, que renunciar al mundo, sus vanas grandezas y ostentosas ilusiones, por encerrarse en el rincon de un claustro, vivir allí en la soledad y recogimiento, olvidando á sus parientes y amigos, entregado á prácticas piadosas y penosas con frecuencia, sin más esperanza que un premio que solo se obtendrá despues de la muerte? ¿Qué mayor milagro que renunciar á todo por nada, y perder mil esperanzas halagüeñas que acaso hemos visto realizadas en otros, por entregarnos á una vida llena de rigores, sin más porvenir que la continuacion de un estado que se conoce desde el primer dia?» Ciertamente no seremos nosotros los que nos opongamos á estas doctrinas, que nos parecen justas y razonables, aunque tampoco hallemos erradas las piadosas creencias que, influyendo directamente en la imaginacion del pueblo, obran de una manera inmediata y eficaz, y le conducen quizá á su salvacion con una prontitud que no hubieran podido conseguirlo todos los discursos. Nada es á nuestro ver la palabra sin la obra, y así haciendo justicia á los raciocinios, no desecharemos los ejemplos en nuestros escritos, evitando solo su multiplicacion, pues en el excesivo número hallamos la misma dificultad que en su completa supresion. En cuanto al monje Reinal-

do y las pocas noticias que de él nos han quedado, únicamente podemos remitir á nuestros lectores al cap. XXIV de la vida de S. Bernardo, donde se cita á este discípulo suyo. —S. B.

REINALDO (Bto.), confesor, de la órden de ermitaños de S. Agustin, algunos le llaman Reginaldo. El P. Mtro. Fr. Jaime Jordan, que escribió la *Historia de la provincia de la corona de Aragon*, de la órden de los ermitaños de S. Agustin, en el tomo I, pág. 152, trae diferentes noticias acerca de este varon, de quien ni dice el año de su nacimiento, ni el lugar donde nació, persuadiéndose segun manifiesta que fué italiano, fundando esta conjetura en que estudió juntamente con el Bto. Alberto. Atribuye la falta de noticias á la carencia del tomo XL de la *Historia general de la Orden*, escrita por el Mtro. Toreli. ¿Qué podremos decir nosotros cuando un tan exacto cronista de la Orden vacila en medio de semejantes incertidumbres? Alberto era del territorio de Sena, y si estudió con él Reinaldo de quien tratamos, no parece que pueda negarse que fué italiano, y áun su mismo nombre lo da á entender. Habiendo recibido el hábito de la Orden de mano de San Guillermo el Bto. Alberto en 1152, podemos ya suponer aproximadamente cuál seria la edad de Reinaldo su condiscípulo. A S. Guillermo se le supone fundador del convento de Castelfabit, y que pasó con Alberto á España. Tambien parece fué uno de sus compañeros Reinaldo. Era éste un hombre muy instruido, que habia seguido con lucimiento la carrera de la medicina, y tambien poseia bienes de fortuna, como lo convence el que habiendo resuelto tomar el hábito en la órden de los ermitaños de S. Agustin, volvió de España á su país para vender los bienes que poseia. Alberto y Reinaldo, despues de haber fundado el convento de Castelfabit y dejado en él suficiente número de religiosos, volvieron á Italia, á la selva Libalia. Cuando se miró Reinaldo movido de la gracia de Dios para abandonar el mundo y emprender la vida religiosa, S. Guillermo se hallaba en España con Alberto, que viendo á aquel próximo á morir, se lamentaba de la soledad en que iba á verse; entónces fué cuando S. Guillermo le profetizó que tendria un compañero mejor que él, y poco despues vió venir á su amigo Reinaldo, el cual por consejo del Santo fué á vender sus bienes y volvió de nuevo á reunirse con Alberto, en cuya compañía regresó á Italia para encerrarse en la selva Libalia como hemos dicho. Se le atribuyen una vida santa y milagros, y se cree que murió el 15 de Abril (no se sabe el año), pues en él celebran su fiesta los Padres Guillelmistas de Bélgica. —M. N. y S.

REINARDI (P. Juan). Fué descendiente de una ilustre familia, que habiendo formado sobre él planes los más elevados, porque desde luego conocieron su buena capacidad y excelente índole, tuvieron que resignarse á no llevarlos adelante, porque dijo que la carrera de la magistratura á que le

dedicaban no era conforme á sus deseos; que solo se satisfarian con pertenecer al estado eclesiástico, y no al secular, sino al regular; para lo cual tuvo que marchar de su provincia á la de Narbona, donde pidió y obtuvo el hábito del gran Padre y Patriarca Sto. Domingo. Desde el primer dia mostró en el convento, además de una decidida vocacion, una capacidad nada comun y un vehemente deseo de adelantar tanto en ciencias como en virtudes, poniendo el fundamento de estas en la perfecta abnegacion de sí mismo, y el de aquellas en el cuidadoso estudio de la filosofía, humanidades y demás conocimientos que auxilian á la sagrada teología, sin olvidar el estudio de las lenguas sábias, hebrea y griega, á que se dedicó con empeño y con el más felix éxito. La circunstancia de que su familia no era gustosa en que se hiciera religioso, hizo que su aprobacion fuese más rígida, es decir, que se pusiese más esmero en sujetarle á todas las austeridades posibles, con lo cual se lograba el que él saliese mejor probado y nunca hubiera motivo de disgusto; y por su parte consiguió el que todos se prendáran de él admirando las virtudes de que daba ejemplo; asombrándose de su fidelidad en la observancia de cuantas cosas le mandaba la obediencia, y de las que veia él que le llevaban á su mejoramiento y perfeccion. Profesó bajo tales auspicios con la más plena satisfaccion de cuantos supieron su decidido empeño por llegar á este apetecido término, y fué elevado á la importante y alta dignidad del sacerdocio, habiendo hecho entre tanto los estudios todos que convienen á un teólogo con un provecho grande y satisfaccion de todos sus maestros, que por su capacidad, aplicacion y circunstancias no desdeñaban considerarle como á compañero, y le concedian muy especiales deferencias en testimonio de la especial distincion que les merecia. Dedicáronle por de pronto al púlpito, donde logró ópimos y abundantes frutos, pues reunia á su gran capacidad y ciencia un decir fácil, gallarda figura, unas maneras finísimas sin afectacion, atentas sin bajeza, y llenas de nobleza y de dignidad, pero sin prosopopeya ni jactancia. Aun cuando en esa tarea difícil é importante de predicar ocupaba mucho tiempo, como era consiguiente, teníale aún sobrado para el estudio y demás prácticas de su Orden, por lo cual, y haciéndose cada dia más profundo en ciencia, como más aventajado en virtud, se creyeron los Padres superiores obligados á dedicarle á tareas donde sus conocimientos se comunicasen más, á ministerios en que pudiera demostrar su profundo saber. Encomendáronle primero una cátedra de filosofía, y despues otra de teología; y en ambas hizo prodigios, puede decirse, pues con suma precision, claridad y exactitud presentaba la doctrina, pulverizaba los argumentos, destruia á sus contrarios y hacia brillar la verdad, y que esta fuese de todos conocida. Muchísimo crédito logró como maestro, tanto que no desdeñaban de acudir á su aula personas constitui-

das en dignidad, porque decia que siempre se adelantaba algo con escuchar sus explicaciones, en las cuales se daban noticias nuevas enteramente y medios de adelantar en los conocimientos por la profusion de oportunísimas citas con que decoraba sus conferencias. No fué solo en Narbona donde enseñó, hiciéronle ir á Turon, y este viaje fué motivo de que se le diera una importante comision, en cuyo desempeño se acreditó más y más. Se hallaba vacante en una ocasion (1505) el cargo de vicario general y provisor, y el obispo estaba perplejo en la eleccion, porque áun cuando tenia sujetos de quienes echar mano, sin embargo, tenian alguna circunstancia particular por la cual unos más, otros ménos, todos eran inconvenientes; entónces echó mano del Mtro. Reinardi, y se complació mucho en su eleccion, pues que todas sus disposiciones fueron muy acertadas, y supo conciliar los intereses de todos de tal suerte, que á todos contentaba, áun á aquellos mismos á quienes sus sentencias eran desfavorables, porque tenia una manera tan suave de manifestarles lo injusto de su pretension, que no podian ménos de convencerse de lo justo de la sentencia. Cuán exacto era esto y cuán bien desempeñada estaria bajo su direccion la vicaria y provisorato, además de otras muchas cosas que lo demuestran hasta la evidencia, lo patentiza una circunstancia especial pero muy atendible, y que dice cuanto se puede desear. En ocasion de tener el obispo de Valenza, íntimo amigo del de Turon, necesidad de un vicario, preguntó á su amigo de quién podria valerse, y éste le mandó á nuestro P. Reinardi, que desempeñó tambien el cargo en aquella diócesis á satisfaccion plena de su comitente y de cuantos tuvieron de él alguna dependencia. Por supuesto que el desempeño de estos difíciles cargos ni le impedian la asistencia á cátedra, ni le dispensaban de modo alguno de las observancias y demás de su instituto, porque él nunca quiso sino lo que fuera compatible con esta estricta observancia de las reglas que profesára, por cuyo desempeño eran cada dia más vehementes sus deseos. Su traslacion á Valenza fué el año 1510, y allí vivió hasta lo último de sus dias, que fué en 1515, despues de una penosa enfermedad, durante la cual dió los mejores ejemplos y recibió con la mayor edificacion los santos sacramentos de la Iglesia, que le fueron administrados por el señor obispo con lágrimas, así como con el respeto y veneracion debidos á quien los hechos de su vida y sus actuales disposiciones le auguraban eterna ventura. Dejó escritas y publicadas dos colecciones de pláticas cuadragesimales, que hizo en dos ocasiones á los cabildos de Narbona y de Valenza. Son notabilísimas tanto por sus formas como por su fondo, y hasta por sus títulos, pues en la una se ocupó *De infirmitate generis humani*; y en la otra *De peregrinatione generis humani*. Ambas, como todos los antecedentes de su vida, dieron á conocer á todo el mundo al P. Mtro. Fr. Juan Rainardi, dominico.—G. R.

REINCE (Nicolas), natural de la ciudad de París, fué secretario del cardenal du Bellai, obispo de París, y habiendo residido en Roma por espacio de cuatro años, á ruegos de Paulo Jovio tradujo del francés al italiano las memorias de Felipe de Comines que se imprimieron en Venecia. El emperador Cárlos V dijo un dia al pontífice Julio III, en presencia de muchas elevadas personas, que Reince era el que más le habia hecho la contra en Italia cuando el cardenal Bellai estaba de embajador de Francia en Roma. Añádese á esto que Reinci rehusó cinco mil ducados que se le ofrecieron por que diese una copia de algunos puntos de la instruccion que tenia la embajada francesa. Las cartas que escribió en 1553 y los tres años siguientes en que estuvo en Roma se han conservado, segun la Croix du Maine en su Biblioteca francesa, en la Biblioteca Real de París.—C.

REINELDA ó RENELLA (Sta.) Nació esta santa virgen y mártir en el país de Cleves en el siglo VII de nuestra era. Fué hija del conde Witgered y de Sta. Amelberga, que la educó en la piedad así como á su hermana Gudula. Despues de haber vivido muy retirada en el mundo, se retiró Gudula al monasterio de Vivelle y Reinelda hizo el viaje á los santos lugares. Volviendo esta de su piadosa peregrinacion, pasó muchos años haciendo penitencia retirada en el país de Zanch en la Flandes; pero invadiendo los feroces hunos el país que dejaron arrasado, la asesinaron en la iglesia de Zanch el año 680 de Jesucristo, como se ve por Baillet en sus *Vidas de los Santos* y en la de Surio: la Iglesia católica la recuerda el dia 16 de Julio.—C.

REINELLE (Sta.). Hallamos mencion de esta Santa en la letania histórica de los santos de Bélgica que Mr. Félix Bogaerts publicó al final de su obra titulada: *Histoire du culte des Saints en Belgique envisagé comme element social*; Amberes, 1848, en 8.° En la nota se expresa que pura y consagrada enteramente al servicio de Dios, y que despreciando á las monstruosidades que sus verdugos pretendian adorase, fué martirizada en Saintes, poblacion cercana á la ciudad de Hal, desde cuyo suplicio voló su alma al cielo.—B. C.

REINER, religioso del monasterio de S. Lorenzo, de la órden de S. Benito, situado en uno de los arrabales de Lieja, nos refiere de sí mismo que habia sido discípulo del monje Juan y que era amigo de Guillermo, maestre escuela de la iglesia de la misma ciudad. Hé aquí todo lo que sabemos de su vida; pero veremos que puede deducirse de sus obras que vivió hasta 1188 por lo ménos y quizá hasta 1206, aunque Chappeauville, Baillet, Oudin y los nuevos autores de la *Nueva Galia cristiana* hayan colocado su muerte en el año 1130. El mismo nos ha dejado una lista de sus escritos, pero contiene muchos artículos que no existen ya y no abraza todos los que subsisten bajo el nombre de este religioso. Hé aquí primero los que no nos son conocidos más que por los títulos que les da. 1.° Lamentaciones en verso

sobre las desgracias de la Iglesia. *Threni de Ecclesiæ pressuris.* — 2.° Dos libros sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento, miscelánea en verso y prosa á que el autor intituló *la Panthére* á causa de esta misma mezcla, *quod prosâ esset et metris velut multicoloriter distinctum.* — 3.° Versos sobre el martirio de los Macabeos. — 4.° Una paráfrasis en versos asclepiádeos de estas palabras del apóstol: *Omnes quidem currunt, sed unus accepit travium.* Estas poesías y algunas más, que fueron los primeros ensayos del autor, le fueron arrebatadas, y sentia no conservar copia. Pero poseia algunos poemas líricos compuestos por él cuando estudiaba música, y en los que celebraba á San Sixto, S. Felicísimo, S. Agapito, S. Antonio, S. Gerónimo, S. Gervasio, Sta. Begga, los santos mártires Evamaro y Urbano, los triunfos del arcángel S. Miguel y los dones del Espíritu Santo. Habia hecho tambien algunos epitafios, una elegía á la muerte de un amigo, un poema sobre el restablecimiento de su propia salud, y dos libros en verso sobre la Cerdeña y la Sicilia. Todas estas poesías han desaparecido, lo mismo que muchas de sus obras en prosa; á saber, una exhortacion á la piedad; un libro sobre el respeto debido á los santos lugares; catorce libros que forman una historia de la expedicion de los cristianos á la Palestina; una respuesta á un sofista que habia criticado las producciones del autor; oraciones ó meditaciones á S. Lorenzo y otros santos; y por último, cartas. De todas las obras que ha comprendido Reiner en su catálogo, no subsisten más que ocho, inclusa la de que forma parte este mismo catálogo, y que consiste en tres libros intitulados: *De claris scriptoribus monasterii sui.* Estos escritores de que se honraba el monasterio de S. Lorenzo son en número de diez y siete; el más célebre es Roberto ó Ruperto, que fué despues abad de Tuy. El primer libro de la obra á que nos referimos le componen las noticias sobre estos diez y siete autores. El segundo se halla consagrado al mismo Reiner, siendo en él donde da la lista de sus propios escritos. El tercero no contiene más que consideraciones místicas sobre las antífonas que se cantan ántes de Navidad, y que comienzan por la exclamacion *O!* Puede mirarse este tercer libro como una especie de compendio de una segunda composicion de Reiner, la que no es en efecto más que un largo comentario de estas mismas antífonas. Encuéntrase despues el *Espejo de la penitencia*, que es una vida de Sta. Pelagia, dividida en dos libros, que contienen más palabras que hechos, y por último un *Palmarium virginale* ó una vida de Sta. María de Capadocia, tambien en dos libros. Esta Santa fué martirizada á principios del siglo II, apareciéndose en su suplicio dos ángeles montados en caballos blancos y convirtiéndose tres mil hombres al cristianismo. Reiner declara que no es el primer autor de la vida de Sta. Pelagia, que no ha hecho más que adornar, corregir, completar lo que habia escrito un historiador más antiguo, que

contenia muchos vacios y se hallaba llena de solecismos y barbarismos. El *Palmarium virginale* es original de Reiner y le compuso para borrar las impresiones que habian dejado en su espíritu las comedias de Terencio. La quinta obra, intitulada *Flos eremi*, es una vida de S. Thiebaldo, ermitaño, en dos libros tambien. Thiebaldo habia nacido cerca de Sens y fué educado en Provins. El demonio no cesó nunca de tentarle, pero el piadoso solitario salió victorioso de todas estas pruebas. *Triumphale Bulonium* es el título de un sexto artículo, en que refiere que Godofredo, duque de Lorena, al partir para la cruzada en 1095 habia vendido al obispo de Lieja el castillo de Bonillon, que habiendo sido tomado en 1135 por Renaldo, conde de Bar, fué recobrado por la iglesia de Lieja en 1142. Reiner, autor de los cinco libros en que se exponen estos sucesos, no habia muerto por lo tanto en 1130, aunque asi lo hayan dicho la mayor parte de los que han hablado de él. Estas seis obras se hallan en prosa; la sétima y la octava estan en verso exámetro. La una canta la llegada de las reliquias de S. Lorenzo, enviadas de Roma á Lieja y se halla seguida de oraciones é himnos en verso lírico en honor del santo mártir. El argumento del otro poema es más complicado, como puede juzgarse por su título: *De conflictu duorum ducum et animarum revelatione ac de milite captivo per salutarem hostiam liberato libelli duo.* En él un soldado ó un caballero se ve libertado milagrosamente de un cautiverio durante el cual habia experimentado consuelos inefables, no sintiendo en ciertas horas el peso de sus cadenas. De regreso en su hogar, supo que los dias, los momentos de consuelo y su libertad eran precisamente en los que su mujer habia mandado decir misas por él.

Ad natale solum qui post quandoque regressus
Plenius uxori quod contigerat patefecit,
Quæ protestata est horasque fuisse diesque
Ipsius oblati toties relevamine sacri,

El P. Bernardo Pez ha publicado estas ocho obras, y ha encontrado al mismo tiempo otras siete, que no se hallan en el catálologo de Reiner, pero que llevan su nombre en los manuscritos. Debemos, pues, indicar aqui como noveno artículo una vida de S. Eczacho, cuadragésimo quinto obispo de Lieja, oriundo de una noble familia sajona, y en 971 muerto despues de haber tenido muchos éxtasis y hecho muchas buenas obras: el décimo artículo es una vida de Reginardo, quincuagésimo obispo de la misma ciudad, nacido en Colonia, y muerto en 1036, el décimotercero año de su episcopado. Sigue un libro *De casu fulminis*, en que trata de un suceso acaecido en 1182, el undécimo dia ántes de las calendas de Abril. En el momento en que se preparaban á en-

terrar á un canónigo, cayó un rayo en la iglesia del monasterio de S. Lorenzo, pero las hostias contenidas en el copon permanecieron intactas, lo mismo que las reliquias del santo mártir, á pesar de los esfuerzos que hacia el diablo para dirigir á ellas las llamas de que se hallaban rodeadas. Encontramos despues un libro en accion de gracias á S. Lorenzo, con motivo de la dedicacion de su nueva iglesia, luego un opúsculo sobre el incendio de la iglesia de S. Lamberto de Lieja, el dia cuarto ántes de las calendas de Mayo de 1188, fecha que da orígen á la opinion que hemos enunciado relativamente á la duracion de la vida de Reiner. La décimocuarta obra de este autor se intitula en la coleccion del P. Bernardo Pez: *Lacrymarum libri III.* La componen una especie de elegías en prosa, acompañadas de relaciones que tienen por objeto curaciones milagrosas, conversiones, visiones, sueños. Vienen en el décimoquinto y último lugar dos libros *de Profectu mortis*, en que demuestra con historias edificantes cómo el pensamiento de la muerte puede y debe mejorar la vida. En todas estas producciones cita Reiner con frecuencia los poetas latinos, en particular á Horacio y Virgilio. A excepcion de los dos primeros libros *De claris scriptoribus*, y del *Triumphale Bulonium*, que contienen en efecto algo de historia, ya literaria, ya política, debemos confesar que la publicacion de tantos escritos de Reiner no ha sido de grande utilidad. El P. Martenne habia impreso sin embargo, ántes del P. Pez, la epístola dirigida por Reiner á Federico, monje de Stavelo, para dedicarle el libro *De casu fulminis*, este mismo libro, y los prólogos de las vidas de Sta. Pelagia, de S. Thiebaldo y de Reginardo. Pero existe una produccion de Reiner más conocida que todas las que acabamos de recorrer, aunque la haya omitido el P. Pez; es una vida de S. Wolbodon. No puede dudarse que es en efecto de Reiner, pues se la atribuyen todos los manuscritos, y además porque la cita él mismo en su vida de Eczacho, y despues en la de Reginardo: lo han impreso Chappeauville, Mabillon y los Bolandistas. Reiner anuncia en el prólogo, que ha recopilado por complacer á sus compañeros todo lo que se habia escrito hasta entónces sobre S. Wolbodon, y ha compuesto el opúsculo que les ofrece. Refiere que Wolbodon, descendiente de una noble familia de Flandes, fué nombrado, concluidos sus estudios, canónigo de Utrech, y elegido obispo de Lieja en 1018; que aunque tuvo algunas diferencias con el santo emperador Enrique II, llegó á ganar la benevolencia de este príncipe, que murió en 1021, y que se operaron tantos milagros en su tumba, que Esteban I, abad del monasterio de S. Lorenzo, le conjuró á no hacer más, en atencion á que la afluencia de pueblo atraida por estos prodigios, turbaba la soledad de los religiosos y comprometia la regularidad. Se atribuye tambien á Reiner una vida de S. Lamberto, obispo y mártir. Pero Suysken, uno de los continuadores de Bolando, ha

probado bastante bien que esta vida es una de las dos que compuso Sigeberto de Gemblours, como lo dice él mismo, y que no diferian entre sí más que porque la una estaba escrita con sencillez y la otra con más adornos. Existe esta última bajo el nombre de Sigeberto, y si la comparamos con la que lleva el nombre de Reiner, hallaremos una narracion más sencilla de todos los mismos hechos y en el mismo órden, á excepcion de un solo milagro que no llegaria hasta mucho despues al conocimiento del agiólogo. Suysken añade que Reiner no coloca una vida de S. Lamberto en el catálogo de sus propios escritos, pero este silencio no prueba nada, pues ya hemos visto cuán léjos se halla este catálogo de ser completo. Por lo demás, la vida de S. Lamberto ha sido escrita por muchos autores, que todos juntos no valen, segun Mabillon, lo que un solo historiador que hubiese sido exacto y juicioso. Vossius pretende que Reiner, monje de S. Lorenzo en Lieja, contemporáneo de Aimoin de Fleury, se ilustró por sus escritos, que consisten en una vida de S. Lorenzo obispo y mártir, y una vida de S. Wolbodon; pero Aimoin de Fleury vivia á principios del siglo XI, y entónces no se conocia aún á S. Lorenzo obispo y mártir, pues al que se conocia era al diácono, de lo que puede deducirse que Vosio ha puesto Lorenzo por Lamberto, y que habia ilustrado poco lo que se refiere á la época y los trabajos de Reiner. Hay muchas inexactitudes semejantes en las noticias de Vosio sobre los historiadores de la edad media. Gil de Orval, que escribia á mediados del siglo XIII, dice que Reiner, monje de S. Lorenzo, hombre de una grande ciencia, y que escribió otros muchos opúsculos, compuso una hermosa vida del bienaventurado Federico, obispo de Lieja. Este prelado murió en 1121 ó 1122, y su historiador era próximamente su contemporáneo, como puede deducirse de estas palabras: *Quæ facta sunt his diebus... duximus stylo memoriæque mandare.* Por otra parte, este historiador no escribió hasta despues de la muerte del obispo Alejandro, es decir, despues del año 1135, y Gil de Orval, Chappeauville, los Bolandistas, Page y el P. Martenne, creen deber atribuir esta leyenda á Reiner, aunque esté anónima en los manuscritos. Es muy corta, no ocupa más que tres columnas en los Bolandistas, y apénas refiere más que curaciones milagrosas. Con respecto á una vida de Alberon, que supone Martenne compuso Reiner y fué tomada de él por Gil de Orval, no puede asegurarse nada fijo, porque esta indicacion solo puede aplicarse á algunos extractos del *Triumphale Bullorium*, empleados á este efecto por Gilles en la que escribió sobre Alberon II, obispo de Lieja. La *Amplissima Collectio* contiene además una historia del monasterio de S. Lorenzo, á que han cooperado sucesivamente Rupert, Reiner y Lambert, religiosos de esta comunidad: pero en el defectuoso estado en que se encuentra el manuscrito de esta historia, es muy difícil designar los fragmentos que pertenecen á

Reiner. Ha debido comenzar en el año 1135, época de la muerte de Rupert, y el P. Martenne dice que continuó la obra hasta 1206. Hemos procurado, aunque en vano, saber los motivos de este aserto de Martenne, y nos limitaremos á no contradecirle, aunque nos parezca prolongar mucho la carrera de Reiner, á quien este sabio benedictino atribuye además un compendio manuscrito de los sermones de S. Bernardo sobre el Cántico de los cánticos. Por último, entre los *Scriptores succedanei contra Waldenses*, impresos en Ingolstadt en 1615, en 4.°, se halla un opúsculo de Reiner, pero sin la calificacion de monje de S. Lorenzo; pertenece á Reinier, dominico del siglo XIII. Las demás producciones que acabamos de indicar son tan numerosas y tan variadas, que podrian muy bien repartirse entre dos autores del mismo nombre, liejeses ambos y religiosos del mismo monasterio, uno de los cuales hubiese escrito en el curso de los primeros cincuenta años del siglo XII y el otro desde 1180 á 1206. Pero en rigor pueden pertenecer todas á un solo escritor laborioso y fecundo, que nacido hácia 1116 muriese nonagenario, y si se omite lo que dice el P. Martenne relativamente al año 1206, bastará que un Reinier, monje de S. Lorenzo, viviese desde los primeros años del siglo XI hasta el 1088 ú 89.—S. B.

REINER, monje de Santiago de Lieja, nació en 1177. Su madre, llamada Judith, abandonó el mundo para hacerse hermana conversa, y entónces abrazó Reiner el estado monástico hácia los años de 1177, y recibió pocos meses despues el subdiaconado. Se ordenó de diácono en 1179, y Raoul, obispo de Lieja, le dió la órden del sacerdocio en 1181. Al principio del año 1184 se dirige Reiner á Roma, regresa en Abril y vuelve á aquella ciudad á últimos de Agosto y de nuevo en 1186, ignorándose los motivos y las circunstancias de estos tres viajes. Elegido en 1197 prior de su monasterio de Santiago, fué nombrado despues preboste de Wota y de Pasésige. El concilio de Letran, celebrado en 1215, fué el motivo de un cuarto viaje de Reiner. A su regreso á Lieja se ocupó en la continuacion de una crónica ó historia de esta ciudad, que prosiguió hasta el año 1230, que se supone ser tambien el de su muerte. Todos estos detalles se hallan tomados de esta misma crónica, tanto de la parte redactada por Reiner como de las páginas que preceden á las suyas. Desde el año 988 en que comienza, hasta el 1194 en que fué Reinier su redactor, esta crónica es obra de un monje de Lieja llamado Lamberto; pero este nombre conviene á muchos religiosos á quienes es fácil confundir. Pueden distinguirse tres. El más antiguo, natural de Lieja y monje de Tuy, compuso en el curso del siglo V algunos sermones y vidas de santos. El segundo pertenecia al convento de San Cristóbal: Alberico de Trois Fontaines le menciona en el año 1177 como un celoso predicador y un traductor laborioso. El tercero, llamado el Pequeño, y monje de Santiago de Lieja, es

el que ha dejado una crónica, cuya continuacion comienza por estas palabras: *Hoc anno* (1194) *moritur Lambertus parvus, Ecclesiæ sacerdos et monachus, et hucusque opus ejus; abhinc Reinerus similiter hujus ecclesiæ sacerdos et monachus.* Un manuscrito de esta historia de los obispos y de la ciudad de Lieja se conservaba en el monasterio de Santiago. El P. Martenne la ha impreso en el tomo V de la *Amplissima collectio*, con una continuacion que se extiende desde 1230 á 1461, y cuyo autor es Cornelio Zanfliet. La parte que debemos á Reiner no presenta en general más que pequeños hechos, y detalles de una corta importancia. Se debe, sin embargo, agradecerle su atencion en marcar el precio de los géneros en cada año, bueno ó malo. Nos refiere que hubo hambre en Bélgica en 1197, y que el invierno de 1206 fué una verdadera primavera ó áun un verano, á excepcion de los quince primeros dias de Enero. La ciudad de Lieja fué tomada en 1212 por los brabanzones; para señalar mejor este desastre ha insertado el autor en su crónica los tres versos siguientes, despues de haber tenido cuidado de advertir que son de composicion suya.

Anno milleno bis centeno duodeno,
Leodium capitur et frangitur et spoliatur
A Brabantinis, Vulcanime fulmine dignis.

En 1213 los brabanzones fueron vencidos por los liejeses, lo que refiere Reiner, siendo esta la relacion más detallada que ha quedado de él; pero no pone versos; reserva su talento poético para exaltar á Inocencio III, y para celebrar los triunfos de este Pontífice sobre los monarcas indóciles. Las fechas de los meses y dias no estan indicadas en esta crónica más que por los nombres de santos puestos en genitivo, sobreentendiendo *die*, por ejemplo: *Bonifacii martyris abierunt nostrates peregrini, inter quos abiit filius sororis meæ Reinerus cujus absentia facit me dolere frequenter.* Se puede juzgar por estas líneas la extremada sencillez de la prosa de Reiner. Su diccion no es elegante; pero no tiene ninguno de los defectos que muchos de sus contemporáneos afectaban como adornos.—S. B.

REINERIO (San). Nació en la ciudad de Pisa en el siglo XII. Conocer debió sin duda este bienaventurado los peligros del mundo y sus asechanzas; y concebiria desde muy temprano lo difícil que le seria dedicarse completamente á su Dios, siendo cuerdo con la sociedad mundana, cuando siendo desde su juventud sabio para con Dios, apareció insensato para con los hombres, escondiendo, como dice un autor, por mucho tiempo su juicio al mundo. Recordaba siempre con el mayor respeto los santos lugares, y para mejor considerarlos se trasladó á Jerusalen, y en aquella cuna de nues-

tra redencion vivió este santo varon algunos años entregado dia y noche á la meditacion y á la oracion, paseando los sitios que santificó el Salvador con sus divinas plantas, y haciendo tan austera penitencia, que además de las flagelaciones y crudos rigores con que golpeaba sus carnes, ayunó tan extraordinariamente que solo comia los domingos y los jueves, sin permitir á su cuerpo más consuelo que el agua en los demás dias. Contento estaba el santo insensato, como le llamaria el vulgo infiel, que por tal tiene á los que se mortifican con los ayunos y los cilicios, en la ciudad de las santas maravillas, cuando una inspiracion divina le obligó á volver á Pisa, su patria, en donde quiso Dios sin duda que fuese conocida y venerada su santidad, y que quedase su cuerpo como reliquia protectora de sus conciudadanos. No nos dicen sus actas ni los autores si estuvo poco ó mucho tiempo en Pisa despues de su viaje, y lo que allí se pensó de sus costumbres, ni la vida que llevó; pero en vista de los antecedentes debemos piadosamente creer que edificaria con su ejemplo y que acrecerian sus virtudes y santidad. Sea de esto lo que quiera, lo que sí se sabe es que falleció en olor de santidad para los verdaderos creyentes, y de idiota para los incrédulos, el dia 17 de Junio en que le recuerda nuestra santa madre la Iglesia, del año 1190. Y nos dicen las actas de su glorioso tránsito que cuando el arzobispo de Pisa celebraba sus exequias se oyeron unos coros de ángeles que cantaban el *Gloria in excelsis Deo*, y que cuantos enfermos habian asistido llenos de fe al santuario en aquel dia, é imploraron su proteccion, quedaron completamente sanos, milagro obrado por Dios para gloria de San Reinerio, que aseguró su devocion en aquel pueblo.—B. S. C.

REINERIO PAYER, francés, alumno de la provincia de los recoletos del Brabante, publicó en idioma francés: *Exposicion de la regla de la Tercera Orden de los penitentes de nuestro P. S. Francisco*, con más el catálogo de los ilustres terceros; en Bruselas, 1689, en 8.°—M. N. y S.

REINERO MARTIN (Fr.). Oriundo de una de las más distinguidas casas de Francia en el primer tercio del siglo XVII renunció á todo cuanto podia esperar de su familia y áun de los que entónces regian los destinos de Francia, por dedicarse enteramente al servicio de Dios en el estado religioso. Algun tanto vaciló acerca del instituto ó regla que habia de abrazar; pero conociendo á fondo que en la religion de los PP. Agustinos se podia muy bien asegurar la propia salud eterna y procurar la del prójimo, eligió esta con preferencia á las demás comunidades y pidió la santa correa, que le fué otorgada con gran placer por parte de los religiosos, que conociendo sus excelentes prendas sabian bien lo mucho que podia esperarse de este hombre, que en primer lugar iba á la religion sin otra aspiracion que la de labrar su corona de inmortalidad, y además tenia gran talento, suma aplicacion y mil

otras circunstancias que le hacian recomendable. Su noviciado fué, como no podia ménos de esperarse, más bien la práctica de todas las virtudes que el lugar y ocasion de aprenderlas; así que sin tener su maestro que excitarle nunca, se vió algunas veces precisado á retraerle de ciertas y ciertas prácticas de penitencia, que hubieran puesto en peligro su vida, porque el jóven con un deseo muy laudable queria practicar él los excesos y rigores que leia en santos que le habian precedido, y que obraban, segun sabemos, de ese modo tan extraordinario, porque el Señor habia tenido la dignacion de ponerles bajo una providencia extraordinaria tambien; y esa era la única manera de que hiciesen las cosas que hacian, pues si no hubiera sido imposible de todo punto el que hubieran llegado á los excesos en que los vemos admirables, pero inimitables. Hizo su profesion con solemnidad grande y ante un numeroso concurso, pues sus padres y parientes aunque se disgustaron algo cuando tomó el hábito, porque decian que á su lado hubiera tambien podido seguir la carrera eclesiástica y no separado como lo estaba y acaso para siempre; con el tiempo que trascurrió hasta que llegó la solemnidad á que nos referimos, le tuvieron para aquietarse y mirando las cosas en su verdadero punto de vista comprender que esa y no otra era la voluntad de Dios acerca de Reinero, y por consiguiente nada mejor que el que la cumpliese hasta donde le era posible; y mucho más se confirmaron en esta idea cuando vieron la satisfaccion grande con que él veia llegarse este dia que él tenia por el más venturoso de su vida, el grande anhelo que mostraba por emitir sus votos solemnes, y la satisfaccion completa que á todos causaba la idea de que habria de ser religioso excelente y hombre de gran provecho en todo sentido, porque ya se destellaban en él las dotes que constituyen un sujeto apreciable. Por supuesto que en la solemne ceremonia de su profesion acabó de captarse la benevolencia de todos, porque, segun aseguran los cronistas de su Orden y todos aquellos que de este suceso hablan como testigos presenciales, solo el ver la manera con que Reinero Martin hizo su profesion solemne sería un panegírico completo de la excelencia del estado que abrazaba, pues á no haber sido, como lo es en verdad, una cosa tan grande, tan perfecta, tan sublime, no es posible que en un talento tan claro y en una imaginacion tan despejada hubiera hecho el efecto que hizo. El comprendia que la emision de sus votos solemnes significaba su entrega á Dios, y la quiso hacer completa sin reserva alguna, así es que al prometer obediencia se dejaba ver su deseo de pasar el resto de sus dias en un completo sacrificio, así como cuando prometia pobreza y castidad parecia querer decir que por cuanto estas virtudes acercan á la criatura á su Dios, ella debe en su ejercicio mostrar á este Dios mismo su anhelo de ir á su soberana presencia, para lograr lo cual ningun sacrificio es mucho, nin-

guna molestia es grave, ningun sufrimiento excede á lo que merece el servicio y amor de Dios, que es tan bueno que no desdeña de la criatura por más que ella sea vil, indigna, ingrata y desconocida. A muchas reflexiones se prestaria en verdad la solemne ceremonia de la profesion religiosa, ó por mejor decir el modo con que la hizo nuestro buen Reinero Martin; pero hemos de prescindir de ellas, porque la índole de este artículo no las consiente, y porque tenemos que consignar los acontecimientos de su vida, que le acreditan como hombre de mérito ya por su sabiduría, ya por su virtud y prendas excelentes que le adornaron. Antes de ingresar en la órden de S. Agustin habia estudiado filosofía y teología y algo de cánones, siendo uno de los más aventajados, si no el más aventajado, de su curso, y recibiendo como en recompensa de sus maestros el importante cargo de desempeñar los más difíciles ejercicios escolásticos y áun sostener tésis con discípulos de otras escuelas, en todo lo cual alcanzó muchos lauros, porque siempre quedó no solo con lucimiento sino con una gran ventaja sobre sus condiscípulos ó contrincantes, y, cosa admirable, estas dotes de que estaba adornado, léjos de excitar la envidia, excitaban la admiracion de sus compañeros; tal era la simpatía que les habia inspirado, que considerando como suyos los lauros que lograba, se complacian en ellos ó más bien reconocian el mérito y lo protestaban, haciendo así justicia y mereciendo por tanto el aprecio, estima y consideracion de todos los que, conociendo ó sabiendo, diremos mejor, este rasgo de abnegacion tan impropia en jóvenes, comprendian en ellos un juicio superior á su edad. Pues bien, este tan aventajado jóven vino á la religion y en ella hubo de emprender de nuevo los estudios, y no como quiera, sino comenzando por los rudimentos de humanidades; es verdad que le detenian muy breve tiempo en cada asignatura, pero es tambien cierto que en la casa de S. Agustin hubo de estudiar latinidad y las demas asignaturas que corresponden á la enseñanza de humanidades, en cuyo ramo del saber eran tan vastos sus conocimientos, que se aventajaba á sus profesores en el conocimiento del griego y del hebreo, no de una manera somera é insignificante, sino tan profundamente que para él ni uno ni otro idioma tenian la menor dificultad. Luego cursó allí mismo filosofía, y luego sagrada teología en toda su extension, como si ántes no hubiese hecho estudio alguno, lo cual si bien pudo servir para humillarle algun tanto, indudablemente contribuyó en gran manera á ilustrarle, pues todo lo que le enseñaban sus maestros, como ya venia sobre la opinion que él tenia formada, le hacia dilucidar las cuestiones hasta donde se puede llegar en ellas, y aprender para poder enseñar muchísimo más que lo que hubiera hecho sin este medio, un poco violento para quien hubiera tenido ménos espíritu, pero muy conforme á la humildad y obediencia con que en todo procedia y queria obrar siempre

nuestro jóven. Terminada su carrera segun allí se exigia, obtuvo la honra de ser laureado y propuesto por su comunidad como maestro para regentar una cátedra pública, distincion y privilegio de que gozaba la Orden para que esto sirviese de estímulo á los que en ella cursaban las letras, y que en verdad daba resultados, porque si bien es verdad que quien ocupaba el puesto era solo uno, los que trataban de estar en aptitud para ocuparle en su caso eran muchísimos, porque en primer lugar no se sabia quién iba á ser el designado por la Orden, y en segundo que áun despues de ser designado habia el candidato de someterse á un exámen nada suave ántes de que recayera en él la aprobacion definitiva, y algunas veces, aunque muy raras por cierto, sucedió que se desechó al que la Orden habia propuesto. Como era consiguiente á su notoria fama, el concurso de discípulos fué numerosísimo, viniendo á oirle no solo los que tenian precision de estudiar, sino aquellos que ya profesores, por ilustrarse más y más, venian con solo el intento de ver la capacidad y conocimiento del nuevo profesor. Hallaron que era aún mucho más de lo que se prometian, por cuyo motivo adquirió desde luego un gran concepto, tanto mayor cuanto que quien le habia precedido en el desempeño de la cátedra era uno de los sujetos de más capacidad que habia habido al frente de la enseñanza, y nuestro Reinero Martin se habia puesto á una altura mucho más elevada, por cuanto habia sabido recopilar la doctrina de todos los autores y hacer el juicio crítico de ellos, no como quiera sino con un criterio muy ilustrado, y pudiéndose decir con verdad que habia él compilado y áun interpretado todo el cuerpo de doctrina en que en su tiempo consistia la suma de conocimientos á que se podia llegar. A la justa celebridad que como maestro y como sabio habia conquistado, es de agregarse la no ménos grande fama de que gozaba como predicador y como confesor. Imposible parecia que un hombre que tantas ocupaciones tenia en cátedra, y cuya importante opinion era consultada por los sabios más acreditados, tuviese lugar para ocuparse en la predicacion y asistir al confesonario; sin embargo, él parecia multiplicar su tiempo, porque aprovechando para el estudio y oracion las noches y las mañanas ántes de que el sol rayára, luego tenia todo el dia disponible, y como sabia distribuirle muy bien, podia hacer mucho más que otros, porque ocupaba más tiempo. Mucho hubiera deseado su religion que este hombre tan á propósito hubiera podido ocuparse con más asiduidad del púlpito, es decir, hubiera podido estar más libre para salir á misionar, y en este ejercicio tan útil lograr los abundantes frutos que su predicacion lograba en la ciudad; pero era de todo punto imposible. Si hubiera sido ménos notable como maestro, fácilmente hubiera podido encontrarse otro que le sustituyese y á él haberle dedicado á las tareas apostólicas; pero como era tan hábil, como

sabia tanto, explicaba tan bien y sostenia de tal modo en la cátedra el buen crédito de la religion, no era posible encontrar quien le sustituyese; asi que lo más que hacia para lograr algun fruto en los pueblos comarcanos, era predicar los dias festivos y confesar á las buenas gentes que lo deseaban en ratos que se quitaba de su escasisimo reposo. Consiguiente era á sus excelentes prendas el que continuamente tuviese al rededor de su confesonario gentes que le aguardáran, porque á más de esa penetracion tan clara que le mostraba á golpe de vista lo que tenia en lo más escondido de su conciencia el pecador más endurecido, tenia una dulzura, un atractivo, una caridad para todos, que los consolaba sin la más mínima exageracion, los alentaba sin la menor violencia y les hacia venir al buen camino por conviccion, que es el medio de que la conversion sea duradera y sus efectos los que debe esperar la criatura de su cooperacion á la gracia. Con tan acreditados testimonios de su ardiente celo y de su gran capacidad, su fama era universal en toda la comarca; y su prudencia y demás prendas le hacian acreedor á que se le hubiesen conferido en su Orden los cargos más importantes. Sin embargo, la no despreciable consideracion de que su cátedra no es contraria á un instituto como él, hizo que á pesar de los buenos deseos de superiores y súbditos, unos y otros se privaron de los buenos oficios que hubiese sin duda alguna desempeñado como superior y le dejaron en su rincon, en su cátedra y en el púlpito, aunque condecorado con los honores y consideracion de maestro y lector jubilado, si bien ejercia todavia. En su conducta particular era un excelente religioso muy exacto, muy humilde y tan desprendido que áun aquellas limosnas particulares que recibia las daba ó á la comunidad ó á algunos de sus hermanos que tenian necesidad, siendo para él muy satisfactorio aliviar á sus hermanos toda vez que, como él mismo aseguraba, él estaba satisfecho en todo y lo que es más muy contento, porque no queria más que el servicio de Dios y cumplimiento de su deber. No se sabe á punto fijo la edad ni la época de su muerte; hubo de ser próximamente á la mitad del siglo XVII porque no cabe la menor duda en que por el año 1621 era cuando más llamaba la atencion por su ciencia y demás circunstancias, y parece lo natural que estuviese en la flor de su edad. Es muy sensible que el descuido de los cronistas, que en su época hubiera sido muy fácil remediar y hoy es irreparable, nos haya privado de la noticia de algunos pormenores siempre importantes cuando se trata de un hombre como el Padre Fr. Reinero Martin. — G. R.

REINHARD (Leonardo), profesor particular en Augsburgo, se convirtió á la religion católica, y publicó de concierto con otros y en particular con un monje dominico, un escrito de que se hicieron tres ediciones, y que se intitulaba: *Conclusiones rigorosas que, apoyadas en el testimonio de la Sagrada*

Escritura, demuestran claramente que la Iglesia de Jesucristo ha sido siempre visible é infalible, y que los que hace doscientos años se levantaron como reformadores de la Iglesia no poseian ningun carácter de una mision divina, etc. Augsburgo; 1749, en 4.° Reinhard provocó en un tratado más extenso á una parte del clero protestante á la controversia, pero no pudieron responderle. S. B.

REINHARDO (S.), abad Reinausano en Sajonia. Fué varon de singular santidad y erudicion; era, además de un dechado de virtudes y un ejemplo vivo de observancia, disciplina, oracion y una muy sabia y entendida administracion de su monasterio, sumamente docto, escribiendo muchas obras, principalmente sobre Ezequiel é Isaías, sobre los Salmos y epístolas de S. Pablo comentarios muy doctos y espirituales; tambien escribió otra en verso sobre Job. Sus muchos merecimientos y santidad fueron generalmente reconocidos, pues Dios hizo infinitos milagros por su intercesion, especialmente con los pacientes de perlesía, de que siempre ha sido y es abogado; murió al mundo para vivir eternamente, año de 1096.—A. L.

REINIS (Sor Angela Cecilia de), religiosa notable de la Orden Seráfica en el monasterio de Jesus, en la provincia de Milan. Fué tan ejemplar, tan modesta, tan observante y tan virtuosa, que era citada no solo en su monasterio sino en otros muchos, como modelo de la perfecta religiosa. Jamás faltó á los deberes de su instituto. Era severísima su exactitud en la asistencia al coro, presentándose siempre la primera y permaneciendo hasta salir la última; era extremadamente rigurosa en los ayunos, siendo la mayor parte de ellos á pan y agua, constante en la mortificacion y disciplina y tan compasiva con las pobres enfermas que á ninguna cedia el derecho de asistirlas, haciéndolo con el mayor amor y esmero; no desatendia por eso ni dejaba de ocuparse en los más humildes y mecánicos trabajos del convento, virtudes todas que hacian fuese sumamente considerada y apreciada, al paso que envidiada de todas sus hermanas. Llegó á grado altísimo de union con Dios, principalmente en el ejercicio de la oracion, donde el Señor le reveló muchos de sus cultos secretos; siendo uno entre los demás el del dia y hora de su muerte. Predíjola Sor Cecilia á las religiosas para que la encomendasen á su Divina Majestad, y para que prevenidas con la noticia hiriese ménos el golpe de la ausencia, que el amor les hacia muy sensible. Pasó á gozar de Dios esta insigne religiosa por los años de 1480.—A. L.

REINOLDO ó Reinaldo (S.), monje y martir. Vivia en tiempo de Carlomagno, y parece que en su juventud siguió la carrera militar, mas habiendo abrazado despues la monástica en Colonia, se distinguió mucho por sus virtudes y penitencia, siendo mirado como un modelo de santidad. Pasó la mayor parte de su vida consagrado á las prácticas piadosas, siendo un ver-

dadero modelo de penitencia y devocion. Tambien fué muy dado á los estudios, en que hizo algunos progresos, que por pequeños que fuesen siempre serian bastante grandes en atencion á lo atrasado de la época. Algunos autores suponen que era predicador, y que su martirio tuvo lugar miéntras pronunciaba uno de sus mejores discursos, pues hallándose presentes algunos herejes ó personas que estaban acordes con sus opiniones le promovieron una polémica, llegando á echar mano á las armas en los momentos de acaloro y dando muerte al santo monje. Otros, por el contrario, suponen que su muerte se verificó sosteniendo una polémica sin decirnos sobre qué ni ninguna otra circunstancia. Parece que este suceso se verificó en Colonia en 1485, celebrándose desde entónces su fiesta en 7 de Enero, y siendo grande la devocion que hay en todo aquel pais con este santo, pero donde es tutelar es en Dortmoud en Westfalia, por haberle elegido con este objeto el obispo S. Anon, y échole erigir un templo adonde acuden todas las personas de aquel territorio, que tienen á este santo en grande veneracion. Ferrario dice que creen en otro santo llamado Rinaldo, de quien se cuentan muchas cosas fabulosas, pero nosotros ignoramos en lo que funda esta opinion, pues no existe ningun testimonio en que poder asentarle. De este santo han hablado con grande extension, además de Ferrario Molemo, en sus Adiciones al Martirologio, Galesino y Pedro Cratepol en el libro de los Santos de Alemania. — S. B.

REINOLO, arzobispo de Colonia, conocido por una carta que se halla al frente de la coleccion de las de Alejandro III, por la que sabemos que el emperador Federico, de quien este prelado era canciller, rindió por hambre y tomó la ciudad de Milan, que arruinó por completo y destruyó hasta sus iglesias; que en una, dedicada á S. Eustorgo, se pretendió habia encontrado los cuerpos de los tres magos que fueron á adorar á Jesucristo; que Federico se los dió á Reinolo, que le acompañaba en aquella guerra; que el arzobispo se lo envió á su clero y á su pueblo, á quienes dió estos tres cuerpos, á su regreso, con los de S. Nabor y de S. Félix, mártires de Milan. La fiesta de esta traslacion se celebra en Colonia el 12 de Julio. La invencion de estas reliquias se verificó en el mes de Marzo de 1162. Pedro Comator, que escribia en aquella época, da á los tres reyes los nombres de Gaspar, Baltasar y Melchor, y con estos nombres son venerados en Colonia. — S. B.

REINOSA (Fr. Pedro), religioso franciscano de la provincia de Castilla. Tomó el hábito de los menores Capuchinos á mediados del siglo XVII, distinguiéndose desde luego por sus virtudes no ménos que por sus estudios y aptitud para el gobierno, pues tuvo á su cargo diferentes comunidades, haciendo de todas otros tantos modelos de observancia regular y de las demás

cualidades que deben distinguir á los verdaderos religiosos, en particular á los que, como los capuchinos, hacian profesion de pobreza y humildad. A ambos votos fué en extremo fiel el P. Reinosa, de quien todos los cronistas hacen unánimemente los mayores elogios, aunque por desgracia nos ocultan las principales circunstancias de su vida. Sabemos, sin embargo, que siguió una larga carrera literaria con acierto y brillantez, llegando á ser profesor de sagrada teología, ciencia que enseñó á muchos religiosos de su Orden, algunos de los cuales llegaron á ser despues modelos de doctrina, siendo apreciados y aplaudidos en toda España y áun en el extranjero. El P. Reinosa, al llegar á la edad provecta, hubo de abandonar la enseñanza, ó tal vez continuó todavía consagrado á ella llegando al primer grado que se pudo proponer en sus estudios, pues fué guardian del convento de Alcalá, donde los Franciscanos tenian un colegio á semejanza de los cuatro llamados mayores, tan celebres á la sazon, y en que solo se permitia el ingreso á los jóvenes nobles. El no decirnos el cronista el nombre de este convento es la causa de que no podamos asegurar si Reinosa gobernó el que hemos mencionado, ú otro cualquiera de los que existian en Alcalá. De todas maneras la circunstancia de encontrarse en la ciudad que era entónces el plantel de los buenos estudios y el emporio de la ciencia, nos hace rezelar que el guardianato del P. Reinosa iba unido á algun rectorado ó grado literario, aunque solo podamos darlo como una noticia sin pruebas, pero que si á alguien interesase no será difícil llegue á descubrirse con nuevas investigaciones. Ignórase hasta el año de la muerte de este escritor, sabiéndose únicamente que cuando esta ocurrió habia publicado las siguientes obras: 1.ª *Vida de Sta. Casilda, reina de Toledo;* Madrid, por Lorenzo Francisco Mojados, 1727, en 4.°—2.ª *Sermon pronunciado el dia de la Natividad de la Reina de los Angeles;* Valladolid, 1718, en 4.°—3.ª *Oracion fúnebre pronunciada en las exequias del Excmo. Sr. Duque del Infantado;* Alcalá, 1692, en 4.°—4.° *Oracion fúnebre pronunciada en las exequias de Cárlos II, rey de las Españas;* Toledo por Agustin de Salas Zazo, 1701, en 4.°, y algunas otras que asegura haber visto el autor de la *Biblioteca universal franciscana*, pero que sin duda no llegaron á publicarse.—S. B.

REINOSA (Fr. Placido), religioso benedictino, abad del monasterio de Sevilla. Tradujo y publicó: *Compendio de la doctrina espiritual de Fr. Bartolomé de los Mártires;* Valladolid, por Sebastian Cano, 1601, en 8.°—S. B.

REINOSO (Alfonso), español de nacion, de la provincia de Castilla, alumno de la regular observancia, y regente ó moderante de la cátedra aristotélica, el cual escribió sermones que no son indignos de aprécio, á los que dió publicidad, á saber: *Oracion fúnebre en las exequias de Felipe IV*, impresa en Alcalá en 1666, en la imprenta de María Fernandez, y

asimismo un *Panegírico en alabanza de Sto. Tomás de Villanueva*, arzobispo de Valencia, que se publicó en la misma imprenta y año. — M. N. y S.

REINOSO Almazan (Alfonso), español, profesor de sagrada teología en el convento de Murcia de la provincia cartaginesa, de la regular observancia, escribió: *Panegírico de la Santísima Trinidad*, pronunciado en el capítulo general franciscano celebrado en Valladolid el año 1670. — M. N. y S.

REINOSO (D. Diego Arce y), obispo de Plasencia. Fué natural de la villa de Zalamea de la Serena, é hijo de D. Fernando Arce y Reinoso y Doña Catalina Dávila Palomares. Nació en 25 de Abril de 1587, y fué bautizado en 3 del siguiente Mayo. Recibió la primera educacion en su pueblo natal, y siguió los estudios en el colegio llamado de S. Fabian de los Pasantes, establecido en la ciudad de Plasencia, y pasó á continuarlos en Salamanca, donde obtuvo una beca en el colegio denominado de Cuenca. El claustro de la universidad, reunido en pleno y por votos secretos, *nemine discrepante*, le nombró para desempeñar una cátedra, que se hallaba vacante, de instituciones y códigos. Su buen desempeño le granjeó tanto la estimacion de aquel distinguido cuerpo científico, que le fueron ofrecidos trescientos ducados de sueldo anual, por que se encargase de explicar una cátedra de leyes, dejando á su arbitrio hasta la hora que le pareciera más conveniente para dar las explicaciones, confirmando el Rey este nombramiento en todas sus partes. Ascendió despues á catedrático de prima de leyes en la misma escuela, y S. M. le nombró oidor de la chancillería de Granada, y regente más tarde de la audiencia de Sevilla. Desempeñó estos cargos con tanta pureza é integridad, que en dos visitas giradas á las dichas audiencia y chancillería no hubo necesidad de formarle el más insignificante cargo. En el año 1632 ascendió al elevado puesto de consejero en el supremo de Castilla, y en 1635 obtuvo la alta distincion de ser electo obispo de Tuy. No aceptó tan importante cargo por no creerse con fuerzas suficientes para sobrellevar su peso; pues aunque era tan sabio, era á la vez muy virtuoso y humilde, y formaba de sí propio el más mediano concepto. Fué preciso para obligarle á aceptar que interpusiera el Rey su autoridad suprema, y que mediase el parecer de hombres doctos, á quienes se consultó, y que declararon que podia y debia aceptar tan elevada investidura. Obedeciendo, pues, los reiterados reales mandatos, recibió las sagradas órdenes de epístola, evangelio y misa, de manos del Ilmo. Sr. D. Diego de Castejon, obispo de Lugo y gobernador del arzobispado de Toledo. Dijo su primera misa en el Real Colegio de niñas huérfanas denominado de Loreto, y tomó posesion de su obispado en fines de Diciembre de aquel mismo año, habiendo hecho el juramento en manos de D. Fernando Valdés, arzobispo de Granada, quien le consagró el dia 3 de Febrero de 1636, aniversario de su bau-

tismo, en el convento de Trinitarios descalzos de esta corte, con asistencia de D. Fr. Gaspar Prieto, obispo de Elna, religioso mercenario, y D. Fr. Miguel de Abeillan, obispo de Siria, religioso de S. Francisco. Entró en su iglesia en 20 de Abril del citado año 1636, y acto continuo hizo una visita general á todo el obispado, enterándose muy por menor de las necesidades que en él habia y de su estado verdadero, repartiendo abundantes limosnas á los muchos pobres que en su camino encontraba. En 20 de Agosto de 1637 fué trasladado á la santa iglesia de Avila, prestando el juramento de la fe en manos de D. Juan Gomez Valdivieso, obispo de Lugo, tomando posesion de la silla en 5 de Junio de 1638, habiendo pasado la gracia Su Santidad el papa Urbano VIII en 20 de Marzo de aquel año. Por mandado de S. M. asistió al capítulo provincial celebrado en dicha ciudad de Avila en el año 1639 por la órden de la Santísima Trinidad en el convento de Ntra. Señora de las Virtudes. En 1640, por el mes de Marzo, fué promovido á la silla de la santa sede de Plasencia, haciendo el juramento en manos de D. Mendo de Benavente, obispo de Segovia, cuyo acto tuvo lugar en Villacastin, entrando en su obispado en 15 de Enero de 1641. En 1643 le llamó el monarca á la corte, y le dió el nombramiento de inquisidor general de sus reinos, de cuyo cargo tomó posesion en 25 de Junio. Entre otras sábias disposiciones que tomó, fué una de ellas reducir el número de empleados en los tribunales y suprimir los supernumerarios, y prohibir que se vendiesen, como se estaba haciendo con mucho descrédito, los oficios de la Inquisicion; refundiendo, por último, el tribunal de esta corte en el de la ciudad de Toledo. Hallándose en Madrid el dia 6 de Octubre de 1644 falleció la reina Doña Isabel de Borbon, esposa de Felipe IV, y de los cuatro testamentarios que aquella señora nombró, por hallarse ausente el soberano, fué uno el obispo Reinoso, el cual asistió al Escorial, dijo la misa de cuerpo presente y presenció la colocacion del régio cadáver en su sitio. En las solemnes exequias celebradas por el alma de esta reina durante los dias 17 y 18 de Noviembre del antedicho año, en el Real Monasterio de S. Gerónimo, dijo Reinoso la segunda misa de las tres que se celebraron de Pontifical. Tambien asistió en el mismo Monasterio en el año 1646 á los funerales celebrados por el alma del príncipe D. Baltasar Cárlos, que falleció en Zaragoza á 9 de Octubre del citado año. Hemos anticipado algun tanto la relacion de los sucesos; y tratando de enumerar todos los méritos y servicios de este distinguido prelado, conviene advertir que en el año 1634, confiando el Rey en su rectitud y su eficacia, habíale encargado una delicada mision, reducida á inquirir, enterarse y poner en claro de qué modo procedieran ciertos jefes militares, que habian gobernado el estado de Milan y tenido á su cargo el gasto causado en la manutencion del ejército y de otras dependencias, debiendo Reinoso

examinar muy detenidamente las cuentas, y aclarar de la manera que se habian distribuido las gruesas cantidades remitidas tanto de España como de Sicilia y otras partes. Para probar el buen concepto que de sus conocimientos y su integridad se tenia por el soberano, trasladaremos aquí la carta que le dirigió con tal motivo: «He resuelto enviar persona de probada integridad y de mucho celo del mi servicio y del bien público, y de entera confianza é inteligencia, que averigüe y apure con toda destreza y verdad lo que en esto ha sucedido y pasado, y estando que en vos del mi Consejo concurren estas y otras buenas partes y calidades, y habiendo demostrado la experiencia en lo que habeis tenido á cargo y la buena cuenta que habeis dado de ello, y lo que se puede fiar de vos, y que lo mismo estais haciendo con particular aprobacion en el mi Consejo Real de Castilla, y entiendo que lo continuareis en lo que ahora se os encarga, siendo negocio de tanta importancia y peso.» Asimismo, y dando cuenta de la eleccion hecha, escribia el Rey á su hermano el infante D. Fernando, gobernador de Milan, la carta siguiente: «Serenísimo Infante D. Fernando, mi hermano y mi gobernador y capitan general en el estado de Milan. El licenciado Don Diego Arce de Reinosa, del mi Consejo, va á ese Estado á averiguar cómo procedieron los ministros á quienes tocaba el gobierno de mis armas y la administracion de la hacienda de diez años á esta parte. Lleva órden mia de mostraros la comision que para este efecto se le ha mandado dar. Es persona de mucho interés y celo por mi servicio y de grandes letras, y concurren en él otras partes de mucha estimacion, y porque de él la hago, despues de la asistencia y ayuda que le habeis de dar para el mejor cumplimiento de lo que lleva á su cargo, holgaré le honreis y favorezcais como lo merece, y dareis órden á los Consejos, oficiales y ministros, que tengan con él toda la buena correspondencia, y cumplan lo que en mi nombre y de mi parte les mandáre y les advirtiese. Nuestro Señor os guarde como deseo. Madrid 2 de Enero de 1654. — *Yo el Rey.*» — Cumplió Reinosa las régias comisiones con todo el celo, esmero y exactitud que eran peculiares á su carácter, mereciendo por ello las mayores pruebas de estimacion de su soberano. Mas habiendo abandonado, como ya hemos dicho, la sede episcopal, tanto para el desempeño de las mencionadas comisiones, como para cumplir los altos deberes de inquisidor general, y pasándose mucho tiempo sin atender al cuidado de sus ovejas, su piadosa alma anhelaba volver á verlas, y por lo tanto solicitó humildemente licencia para trasladarse á su diócesis. Pero siendo tan necesarios sus servicios á causa de que las excisiones políticas que agitaban la monarquía dejaban ancha puerta á la introduccion de las heréticas doctrinas, no quiso acceder el Rey á privarse de sus luminosos conocimientos, y así le rogó que permaneciera en su puesto, á lo que no pudo

ménos de acceder, desplegando cada vez más activa vigilancia, segun requeria el estado de agitacion en que la Europa se encontraba, y principalmente la vecina Francia, que secretamente se hallaba minada por las maquinaciones de los calvinistas. Su evangélico celo produjo los más satisfactorios resultados; pues tanto en España como en Sicilia y Cerdeña, en Méjico y el Perú, viéronse atajados y detenidos en su marcha el judaismo y el calvinismo; pues segun consta de los documentos que existian en el archivo de la Inquisicion, en varios autos de fe celebrados en los puntos antedichos durante su gobierno, fueron castigados por herejes y judaizantes más de mil setecientos pecadores. Pasó aún bastante tiempo desempeñando aquel destino, pero sin hacer dejacion de aquel obispado, y por esto, dando nuevamente oidos á la voz de la conciencia, que le excitaba á cuidar de su rebaño, hizo nueva solicitud al monarca, pidiéndole se dignára concederle su retiro, porque harto bien conocia que no le era posible servir á dos señores á un tiempo; esto es, al obispado y á la Inquisicion. Pero como el Rey le estimaba tanto, no quiso por ningun concepto; le contestó que su presencia era más necesaria en el tribunal que en ninguna otra parte, y que si algun destino habia de renunciar, renunciase el obispado. Obedeciendo, pues, al superior mandato, renunció la silla y se estableció definitivamente en la corte, donde vivió hasta el año 1659, en que ocurrió su fallecimiento. La diócesis lloró su pérdida como la de un amantisimo padre; pues los pobres en particular le debian innumerables beneficios, pues en una época en que á causa de la pérdida de las cosechas llegó el trigo á adquirir un exorbitante precio, el obispo Reinoso ordenó que en su diócesis se expendiese á los pobres el pan al precio acostumbrado, pagando él de su bolsillo particular por espacio de muchos meses el exceso que resultaba, esto sin contar las cuantiosas limosnas que ocultamente hacia á los pobres vergonzantes, que le cubrian por do quier de aplausos y bendiciones. —M. B.

REINOSO (D. Felix José). Nació en Sevilla, en cuya ciudad estuvo por espacio de doce años estudiando las ciencias eclesiásticas con sumo aprovechamiento, siendo entre todos sus condiscípulos el que más ventajosamente sobresalia. Su excesiva aplicacion y su carácter dulce y franco le atrajeron no solo la consideracion con que sus preceptores supieron distinguirle, sino el cariño de sus compañeros, á los cuales profesaba el más desinteresado aprecio, estimulándolos con su ejemplo al estudio de las letras, y constituyéndose en maestro de aquellos que desgraciadamente no solian ser los más adelantados, bien por sus cortas facultades ó por su desaplicacion. En el año de 1793 estableció una academia de humanidades en dicha capital, de acuerdo con su condiscípulo y mejor amigo D. José María Roldan, hombre de buen criterio y distinguido literato, de quien ha insertado algunas compo-

siciones el Sr. D. Manuel José Quintana en el tomo IV de las *Poesías selectas castellanas*. Esta Academia permaneció hasta el año de 1801, la que finalizó con la gloriosa satisfaccion de haber difundido los verdaderos principios del buen gusto literario, pudiéndose asegurar que cuantos jóvenes han descollado en literatura desde aquella época, le debieron su educacion ó la han debido posteriormente á sus más notables individuos. Compuso un poema titulado la *Inocencia perdida;* que fué impreso en 1804, y justamente premiado, así como otras obras suyas, por la Academia. Respecto al mérito literario del referido poema, nada nos queda que añadir despues de los merecidos elogios que en distintas ocasiones le han prodigado sus compatriotas y admiradores. Este aventajado humanista fué extremado en el ejercicio de la caridad; pues cuando le confirieron el cargo de cura párroco de Santa Cruz de Sevilla, que obtuvo desde el año de 1810 á 1811, instituyó una junta filantrópica que socorria todo género de necesidades, estableciendo en su parroquia la hospitalidad doméstica, á la par que una escuela gratuita que proporcionaba la enseñanza á todos los niños pobres, y en su propia casa estableció la vacunacion pública, logrando generalizarla, no solo en aquella populosa ciudad, sino en toda la provincia. La primavera de 1812 fué para Sevilla el período más desgraciado que ha conocido. El hambre que se padeció en dicha capital produjo infinidad de horrores, siendo muchos los infelices que caian muertos en las calles, desfallecidos por el hambre que experimentaban; pero la mano bienhechora de D. Felix José Reinoso formó dos hospitales con el laudable fin de recoger en ellos á los desvalidos de ambos sexos, cuyos establecimientos de beneficencia dieron á más de setecientos individuos una curacion y convalecencia esmeradas. Pasada esta época de doloroso recuerdo, fué D. Felix José Reinoso apellidado el bienhechor de la provincia de Sevilla, donde será eterna su memoria. La Sociedad Económica de aquella ciudad le concedió por aclamacion, á fines de 1815, una cátedra de humanidades, suspendida por algunos años, en cuya restauracion leyó un discurso sobre la influencia de las bellas letras en la mejora del entendimiento y rectificacion de las pasiones. Este discurso fué poco despues publicado por la misma Sociedad. Para el desempeño de la cátedra que acababan de conferirle compuso un curso filosófico de literatura, el cual mereció la aprobacion de todos los inteligentes, y le conceptuaron en gran parte original. Sus tareas literarias en la enseñanza fueron interrumpidas con el nombramiento que obtuvo de primer redactor de la Gaceta del gobierno, nombramiento que hizo el mismo Fernando VII en vista de los informes particulares que de dicho individuo habia tenido; estuvo desempeñando este nuevo destino por espacio de tres años consecutivos, al cabo de los cuales tuvo precision de abandonarlo, porque le confirieron la pre-

sidencia de una comision, que tenia por objeto encargarse de la formacion de la estadística general del reino, cuyos trabajos reglamentados y proyectados por él no tuvieron por entónces ninguna ejecucion. Posteriormente se han intentado realizar en parte por el ministerio de la Gobernacion, circulando de Real órden en 1837 una instruccion trazada sobre aquel plan, y acomodada á las nuevas circunstancias. En Febrero de 1833 le comisionó el Rey con otros dos indivíduos de conocida ilustracion para preparar todos los decretos, comunicaciones, formalidades y ritos de la jura de la actual Reina de España como legítima heredera del trono, examinando prolijamente las actas y registros de todas estas solemnidades durante el espacio de cuatro siglos. A principios del año siguiente le nombró S. M. inspector de imprentas y librerías del reino, cuyo encargo desempeñó hasta su abolicion, la cual tuvo efecto el año de 1838. En diferentes épocas escribió varios opúsculos relativos á legislacion y literatura, y algunas poesías, cuyo mayor número no se ha publicado todavía. Una de las obras que más directamente ha contribuido á inmortalizar su nombre, ha sido: *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria, imputados á los españoles sometidos bajo la dominacion francesa.* Esta obra, tan conocida y apreciada de todos los inteligentes, mereció tanta aceptacion que en muy poco tiempo se agotaron dos ediciones. Le nombraron dean de la iglesia metropolitana de Valencia, y fué presentado á S. M. para juez auditor del Tribunal de la Rota, cuyo destino ejerció hasta que despues del pronunciamiento de Setiembre de 1840 fué cerrado por acuerdo de la junta de Madrid. Al año siguiente cayó enfermo de resultas de una congestion cerebral; á beneficio de evacuaciones sanguíneas logró mejorarse, pero volvió á presentarse su enfermedad con síntomas más alarmantes, y falleció á los pocos dias. Hizo testamento, y dejó sus bienes á sus criados, excepto las pinturas y biblioteca que repartió entre sus amigos. Su cuerpo fué embalsamado y enterrado en el cementerio de S. Isidro del Campo en Madrid.—D. H. y G. de M.

REINOSO (Ilmo. Sr. D. Francisco), obispo de Córdoba. Nació en la villa de Autillo á 4 de Octubre de 1534, de la antigua é ilustre familia de los señores de este lugar. Desde su niñez manifestó las buenas cualidades que le adornaron durante toda su vida, pues cuando los niños suelen ser cansados y molestos tenia él una gracia y amabilidad que, unidas á la no vulgar hermosura de su rostro, le hacian amar de todos, en particular de sus padres, que le tuvieron siempre grande cariño. Pasó los primeros años con entera salud, hasta que se traslució ya en él la razon, que parecia anticiparse segun su cordura, y comenzaban sus padres á coger el fruto de su buena educacion, porque aprendió á leer y escribir con tanta perfeccion como facilidad, y lo demás que corresponde á los primeros años. Era muy devoto de María

Santísima á quien todos los dias rezaba el oficio con gran devocion, y manifestaba grande aficion á las cosas sagradas, siendo todo su entretenimiento asistir en la iglesia á los oficios divinos y ayudar á misa. Animó esto á sus padres á dedicarle á la carrera eclesiástica, por lo que le enviaron á estudiar latinidad, en lo que adelantó mucho en poco tiempo, tanto que llegó á escribir latin muy bien y con mucha elegancia en prosa y verso. Mandáronle despues á Salamanca, donde estudió artes y teología, graduándose en aquella universidad. Sus grandes adelantos le permitieron hacer oposicion á un beneficio de la iglesia de su patria, el que obtuvo con no poco crédito. Con este motivo permaneció en Autillo por algun tiempo, hasta que deseoso de mayores ascensos decidió pasar á Roma. Emprendió su viaje en compañía de su hermano D. Luis, y al pasar por Avila supo que daba órdenes el obispo de esta diócesis, por lo que se presentó á él con las cartas dimisorias de que iba provisto para ordenarse de subdiácono. Encontró en esta ciudad á D. Francisco de Avila, caballero muy distinguido con quien le habia unido estrecha amistad en Salamanca. Alegráronse ambos de verse de nuevo juntos, y decidieron no separarse, marchando juntos á Roma. Salieron de Avila con grande alegría, y en el camino convinieron que el que primero obtuviese algun favor en la corte de Roma, ayudaria al otro, lo cual, como veremos despues, fué muy ventajoso á D. Francisco de Avila. Llevaba el de Reinoso unos doscientos ducados, con los que le pareció que no podia faltarle nada, y que era hacer agravio á su nobleza el que le ayudase otro en el gasto yendo en su compañía, y así no mirando á lo que podia suceder, gastó lo que tenia con su amigo, de manera que cuando entraron en Roma ya se habian acabado sus pocos recursos. Verificóse esto el año 62, siendo pontífice Pio IV. Como careciesen de medios para subsistir, quiso entrar al servicio de alguna persona ilustre de las muchas que poblaban entónces aquella corte, mas fuéle esto en extremo difícil en un principio, por lo que padeció muchos trabajos, viéndose metido en empeños á que no podia corresponder. Recibió algunas cartas de recomendacion para D. Francisco de Vargas, que habia sido embajador y estaba entónces en Roma, y para D. Luis de Zúñiga y Requesens, que desempeñaba el cargo de embajador. Animóse un tanto con ellas, porque fué muy bien recibido de estos señores, que ofrecieron protegerle y ayudarle en lo que tanto deseaba, que era entrar al servicio de algun cardenal. Pasó sin embargo ocho meses todavía en tan precaria situacion, careciendo de todo recurso humano, tanto que contaba él mismo despues, que pasando un dia por una calle harto pensativo, vió sin pensar en el suelo un escudo de oro, que le dió harto gusto y le pareció milagro, con que satisfizo á la necesidad presente, y desde aquel punto comenzó á respirar y le sucedieron algunas cosas ya de otra manera.

Porque visitando á los que se habian declarado protectores suyos, supo que D. Francisco de Vargas habia hablado á los cardenales, y tenia palabra de uno que le recibiria en su servicio. Fué éste el célebre cardenal Alejandrino, religioso de la órden de Sto. Domingo, y el más pobre á la sazon de todo el colegio de cardenales. Las buenas cualidades de Reinoso obligaron al de Vargas á acompañarle á casa del cardenal, quien le hizo la mejor acogida, siendo orígen de la buena fortuna que tuvo despues nuestro D. Francisco. Procuró éste corresponder á las pruebas de distincion que sentia del cardenal, y le servia con grande afecto, venerándole como se merecia por sus grandes virtudes. Cuando supo D. Luis de Zúñiga la buena acogida que habia tenido, se alegró en extremo, y para aumentar su crédito, visitó al cardenal y le dijo que D. Francisco era de una familia principal de España, y deudo suyo por el apellido de Zúñiga, y que miraria como propio todo el favor que le hiciese. Manifestóle el cardenal que se alegraba de tener un criado tan noble, y manifestó las mercedes que deseaba hacerle, con lo que el embajador salió muy contento y D. Francisco quedó obligado. Pero cuando los amigos de Reinoso supieron que habia entrado al servicio de un cardenal tan pobre, se burlaban de él y le decian que tenia que buscar que comer para sí y para su amo. Mas como sabia D. Francisco la persona á quien servia, nunca se arrepintió de haber entrado en su casa, ni queria dejarla por ninguna de las de Roma, aunque fuese más rica, porque no podia ser más recogida y religiosa. Así cuando Pio IV obligó al cardenal á marchar á su obispado de Mondovi, en el Piamonte, no se separó de él D. Francisco, ántes decidió seguirle, prefiriendo padecer en compañía de quien le manifestaba tanto afecto, á continuar en la corte alimentando nuevas esperanzas. Pero no les faltó Dios en ocasion tan crítica, porque á los pocos meses murió Pio IV, sucediéndole el cardenal Alejandrino con el título de Pio V. Pero ántes de que se verificase este suceso, que ni áun prever podia D. Francisco, debe decirse algo de la diligencia y solicitud con que servia éste á su amo el cardenal, de quien por este motivo mereció toda la gracia y favor, porque no se separaba de su lado, ni de noche ni de dia, tanto que el cardenal admirado, solia decir: «Solo este español me sirve con aficion, que los demás no parecen criados de mi casa.» Procedió de aquí la envidia que concibieron desde entónces contra él algunos, y que conservaron despues encubierta durante mucho tiempo. D. Francisco por su parte continuó siempre sus buenos servicios, convencido de que servia á un señor que no era ingrato, y que sabia reconocer y estimar los servicios que le hacia. De esta manera llegó á ganarle la voluntad, mirándole desde entónces como á hijo, dándole los cargos de mayor confianza cerca de su persona, que fueron los de camarero y maestresala; y debiendo entrar despues en el cónclave para elegir papa,

donde cada cardenal lleva consigo un criado, eligió á D. Francisco, quien refiere acerca de este suceso, que en aquel mismo dia se llegó á él un hombre desconocido, y le dijo: «Dichoso vos, que vuestro amo será papa; dos religiosos santos afirman que será lombardo, y su nombre comenzará con M.»—Será Moron, dijo D. Francisco.—No, respondió el hombre, que ha de ser fraile dominico y enemigo capital de herejes.» Con tan buenos auspicios entró Reinoso en el cónclave muy alegre y satisfecho, y se aumentó todavía más su alegría, porque habiéndole enviado su amo á visitar al cardenal Gonzaga, que habia entrado enfermo en el cónclave, donde no tardó en morir, le dijo éste: «En esta mi enfermedad he visto que vuestro amo será papa, estad cierto de ello, y decidle de mi parte que aunque ha de suceder presto, no lo veré; mas desde ahora le adoro por supremo señor y pontífice de la Iglesia.» Alegre D. Francisco con esta noticia, no vaciló en referírsela al cardenal, quien no le dió contestacion alguna, pero mirando á un crucifijo que tenia delante, é hincándose de rodillas, le pidió afectuosamente que no pusiese sobre sus flacos hombros tan pesada carga, y volviéndose á D. Francisco le dijo: «Suplícaselo tú, si me quieres bien.» D. Francisco le respondió: «Si de ser papa V. S. Ilustrísima ha de resultar mayor gloria de Dios y provecho de su Iglesia, más razon será pedirle que se haga verdadera la revelacion del cardenal Gonzaga.» Comenzó entónces á correr la voz de que seria Moron el elegido, rumor que tomaba más incremento, porque tenia muchos amigos y valedores. Llegó esto á noticia del cardenal Alejandrino, que sabiendo que Moron no era sujeto á propósito para llevar la tiara, envió á D. Francisco á advertírselo al cardenal Pacheco y á otros, entre tanto que él decia misa, porque hasta despues de decirla no queria dar su voto, ni ocuparse de asunto tan grave. Detúvose con este motivo la eleccion, y entrando despues el cardenal Alejandrino en la capilla, demostró con tanta evidencia lo que habia enviado á decir con D. Francisco, que se deshizo la eleccion de Moron. Propusiéronse luego diferentes personas, y una de ellas fué el mismo cardenal Alejandrino, y oyendo su nombre, como si fuera voz del cielo se inclinó todo el colegio, y lo más admirable fué que el mismo Moron y sus amigos sostuvieron esta eleccion, lo que llegó á oidos del cardenal, quien envió de nuevo á Reinoso, para que la estorbasen Pacheco y los cardenales de su partido. Mas á pesar de esta diligencia, no pudo impedir lo que era resolucion divina, y fué electo pontífice á 7 de Enero de 66, con grande aplauso de todo el colegio y satisfaccion de todos los príncipes cristianos. Lo primero que hizo el cardenal Alejandrino, promovido ya al pontificado, fué poner su casa, distribuir oficios y señalar criados; á los antiguos confirmó en los puestos que tenian, y así quedó D. Francisco por camarero secreto y maestresala, y encargado de darle por su propia mano el vestido

y comida, porque merecia toda esta confianza á quien siempre habia manifestado la mayor fidelidad y amor, porque D. Francisco fué siempre el primero de sus criados, muy estimado y querido de su amo por su virtud, cordura y fidelidad y por acudir con solicitud y cuidado á sus obligaciones. Mas en medio de esta prosperidad se levantaron algunas borrascas que le pusieron á pique de perderse. Habia llegado la privanza de D. Francisco con el Papa al más alto punto que pudiera desear, porque sus palabras y obras eran como de padre que le amaba tiernamente. Mas no tardaron en trabajar contra él los mismos que ántes que su amo subiese al pontificado ocultaban su envidia, que cada dia iba creciendo con el favor que éste le hacia á vista de todos, y así con una ocasion bastante pequeña procuraron destruir ó disminuir al ménos su privanza. Publicóse un mandato general para que saliesen del palacio pontificio todos los criados y gente jóven sin barba, con lo que se pretendia comenzar en la casa del Papa la reforma que se pensaba extender despues por toda Roma. Fué elegido para desempeñar esta órden monseñor Honameto, nuncio despues en Madrid, donde murió miéntras desempeñaba este cargo, el cual sin consideracion de ningun género, despidió á todos los criados y gente sin bozo que habia en palacio; pero cuando llegó á la familia de D. Francisco, en la que habia un paje, un mozo y su sobrino D. Gerónimo, de quien despues nos ocuparemos, ninguno de los cuales tenia pelo de barba, no quiso desempeñar su comision hasta consultar con el Papa, quien mandó que no obstante el decreto se quedasen aquellos tres jóvenes en palacio por ser españoles y criados de D. Francisco. Comprendieron entónces los émulos de éste que por aquel camino era imposible derribarle de su privanza, porque estaba defendido por la completa confianza que en él el Papa tenia. Habiendo cesado ya este torbellino, se levantó otro, que hubiera acabado de echarle á pique sin su mucha discrecion. Fué el caso que Vicencio Vitelli, capitan de la guardia del Pontifice, con quien tenia Reinoso mucha intimidad, era hermano de un cardenal del mismo nombre, que siguiendo con ambiciosos pensamientos, se rebeló contra el Pontifice, dando señales en público y secreto de sus dañadas intenciones, desacreditando cuanto hacia el Pontifice y áun prometiéndole corta vida. Miróse en Roma con grande odiosidad este rumor, y se decia en palacio que tenia el cardenal muchos medios para ejecutar lo que deseaba, porque su hermano era capitan de la guardia y amigo íntimo de D. Francisco Reinoso, camarero y maestresala, en cuya mano estaba la vida del Pontifice. Llegó esto á oidos de Pio V, que lo sintió en un principio, llegándole al alma que hubiese la menor sospecha de la fidelidad de su camarero, á quien desde muchos años ántes tenia muy experimentado, por lo que le quiso defender y excusar, pero sus émulos insistian con razones eficaces en la apariencia, llegando

á obligar al Papa á que asegurase su vida, lo que hubo de hacer para acallarlos, y por dictamen del cardenal Farnesio decidió separarse de Reinoso miéntras cesaban aquellos rumores. Para que no se comprendiese la causa de esta mudanza queria enviarle á España con mucha renta y con pretexto de alguna dignidad. Estaba nuestro D. Francisco tan ajeno de lo que se trataba como de los cargos que se le hacian, hasta que avisó de ello el comendador mayor Requesens, á quien lo habia comunicado el Papa. Estuvo en un principio perplejo de los medios de que habia de valerse para defenderse contra tantos y tan poderosos enemigos, mas confiando al fin en su inocencia, se echó á los pies de Su Santidad defendiéndose lo mejor que pudo, pero con tan buenos resultados, que le contestó el Pontífice: Que tuviese buen ánimo, pues tenia de su parte la fidelidad con tanta experiencia, de manera qué no bastaria el rumor que se habia levantado aquellos dias á poner duda en ello, ántes tenia por cierto que el trato y comunicacion forzosa con gente sospechosa le habia hecho más recatado, y que para sacarle de peligro tan manifiesto, le habia querido enviar honra lo y rico á España, creyendo que le seria de más gusto volver con brevedad á su patria prosperado; empero que habiendo algun inconveniente en eso, podia responder á su gusto de las residencias, y atender á su oficio y á sus obligaciones, que la mayor era conocer el amor que le tenia. Diciendo esto, alargó la mano sobre la cabeza de D. Francisco con muestra de alegría, como quien habia recobrado en aquel punto la prenda que más sentia perder. Besóle Reinoso el pie, y con palabras de mucha humildad, reconoció la merced de aquel dia como si fuese el que entró en su casa. Confirmóse con esto el antiguo afecto, y creció la gracia que habia estado á punto de perder, volviendo el Papa á hacerle mercedes y á adquirir por lo tanto su antiguo crédito y prestigio en la corte. Con el favor y regalos que le hacia el Papa, creció su autoridad y su hacienda con las continuas mercedes que de él recibia. Fué tan grande la influencia que tuvo en Roma, y en particular en la Dataría, que no se hacia provision alguna sin consultarlo primero con él. De manera, que si habia alguna vacante, le consultaba el datario ántes de proveerla, y todos los camareros del Papa gustaban saber primero su voluntad; pero demasiado modesto, nunca queria hacer daño á sus amigos y les cedia de consiguiente lo que le pedian ó conocia agradarles. Lo mismo hacia con los regalos que le presentaban continuamente y en gran número, pues los daba y repartia, á veces sin que se los pidiesen, y bastaba que comprendiese que alguno de sus amigos deseaba alguna cosa suya, para que se la cediese luego, aunque la tuviese en mucho aprecio. Viendo que los pretendientes que vivian léjos del palacio pontificio y tenian que esperar el despacho de sus negocios, no podian regresar á sus casas sin exponerse á los rayos de un sol abrasador, con

manifiesto peligro de su salud, mandó para remediar este inconveniente que se pusiese en su cuarto mesa franca á todas horas, para cuantos fuesen y viniesen, sin exceptuar á nadie, que fué un beneficio que le agradecieron todos mucho. Con España usó de una liberalidad sin ejemplo, porque daba créditos á cuantos se los pedian, y era como una especie de banco público para los españoles. Primero les daba prebendas, despues créditos, y muchas veces dinero, para que saliesen de Roma y fuesen á sus residencias. Como si esto no fuese bastante para manifestar su generoso y noble ánimo, favoreció á otras muchas personas doctas y de calidad que conocia en España, de las cuales fué una el doctor Córdoba, que era á la sazon colegial de Sta. Cruz de Valladolid, y le obtuvo un canonicato en Leon, y le pagó las bulas y se las envió con solo el porte. Con la gente principal de Roma hizo otros muchos rasgos de generosidad que le valieron una reputacion muy notable. Mas fueron tan excesivos los gastos que hizo en aquella época, que acabó por empeñarse en una cantidad considerable, y aunque sus criados querian obligarle á moderarse, nunca lo pudieron conseguir, pues siempre le gustó dar y hacer bien aunque le faltasen fuerzas para ello. Estimábale tambien el Papa mucho por esto, viendo que no era codicioso, ni atesoraba, ántes gastaba sin rezelo, en particular ayudando á personas necesitadas y en ocasiones que daba grande prestigio á la misma persona y dignidad del Pontífice, y así le concedió desde luego algunos grandes beneficios, haciéndole arcediano de Sepúlveda en la iglesia de Segovia. Mas como apreciaba tanto á D. Francisco, así por sus buenos servicios como por la generosidad que tenia en gastar sus rentas en ocasiones de honra y lucimiento, se propuso concederle alguna prebenda que fuera correspondiente á sus buenas cualidades. Sucedió, pues, que habiendo quedado vacante el arcedianato de Toledo, que era á la sazon la prebenda más rica de España, le obtuvo D. Fernando de Mendoza, aunque con falsa relacion acerca de la renta y valor, por lo que fué la gracia nula y quedó aquella dignidad á disposicion del Pontífice, que se la concedió desde luego á Reinoso. Cierto dia en que el Sumo Pontífice se hallaba en particular hablando con éste, le preguntó en qué estado se hallaba el pleito.—Señor, le contestó, el comendador mayor me ofrece tres mil ducados de pension porque le deje. —¿Tú piensas, replicó el Papa, servir á otro pontífice en muriendo yo?—No tengo, señor, tal pensamiento, respondió D. Francisco.—Ni le tengas, añadió el Papa, de venir en algun concierto, porque tu derecho es evidente.—Con tan buen parecer siguió su pleito, y ántes de terminarse murió D. Fernando de Mendoza. Mas como el beneficio era tan notable hubo muchos pretendientes, siendo el principal el privado de Felipe II, Rui Gomez de Silva, que despachó un correo al embajador con cartas suyas para el Papa, dándole órden que pidiese aque-

lla prebenda en nombre de S. M. para un hijo suyo. El correo llegó en trece dias, y el embajador llevó las cartas al Papa á las tres de la mañana, el cual al saber la vacante, sin aguardar á que acabase de decir lo demás, contestó que ya estaba provisto aquel arcedianato. ¿Cómo es posible, contestó el embajador, pues solo trece dias ha que murió D. Fernando? Mandó luego el Papa entrar á D. Francisco, y le dijo con alegría al verle: «He aquí el arcediano de Toledo.» El embajador replicó con grande sentimiento insistiendo en la autoridad y deseo de su rey, pero nada bastó para que el Papa mudase de parecer. Despues que amaneció, porque esto fué ántes del dia, llegaron tantos correos con el aviso, que fué menester cerrar las puertas de palacio, y por librarse de esta molestia y mucho más de la instancia que el embajador hacia por respecto de Rui Gomez, mandó á D. Francisco que al punto hiciese despachar las bulas, que se halló con pieza tan rica, tan prosperado, porque vale cada año más de treinta mil ducados, y con aquel su pecho tan agradecido dió al Papa las gracias, y juntamente le dijo, que pues aquella prebenda era tan gruesa, que era razon cupiese parte á los compañeros, y que les señalase pension á todos los que le servian en la cámara. El Papa estimó en mucho este respeto tan honrado, y le respondió que gozase lo que le daba, porque no faltaria para los demás. D. Francisco respondió á esto que no le hacia buen provecho, si no fuese en compañia de sus amigos. Riósse el Papa y mandóle levantar, pues estaba de rodillas, y que fuese á despachar las bulas. Salió de la sala, y poco despues volvió con la misma demanda diciendo que no tenia ánimo para despacharlas si primero no le hacia aquella merced. El Papa le echó luego la bendicion y le dijo: «Bendígate Dios, Francisco, que aunque más tengas tú morirás pobre.» Profecía que se cumplió á la letra. Mandó que entre ocho de los familiares repartiesen á doscientos ducados de pension, y que las bulas se despachasen con cláusula de transferir cuatro mil ducados á la hora de la muerte, y así lo hizo. Teniendo Ruy Gomez el aviso de la resolucion del Papa, tomó otro medio, y fué ofrecer á D. Francisco el obispado de Córdoba, vacante á la sazon, para que resignase el arcedianato en favor de su hijo, mas parecióle á D. Francisco carga muy pesada para sus hombros, y así se lo manifestó al Papa, quien convino en ello, porque esperaba otra ocasion para mejorar su fortuna. Provisto en él el arcedianato de Toledo, pensaba D. Francisco residir en su iglesia para cumplir con sus obligaciones, mas comprendia lo mucho que debia al Pontífice y que no debia separarse de su lado cuando más necesitaba sus servicios por sus continuas enfermedades. Mandóle el Papa para vencer esta dificultad que cediese el arcedianato á alguna persona benemérita, reservándose para sí las rentas, lo que aceptó con mucho gusto. Parecióle que no podia recaer su eleccion en nadie mejor que en D. Francisco de

Avila, y acordándose de la palabra que le habia dado en el camino, le hizo esta gracia. Pero como el Papa deseaba dar nuevos honores á Reinoso, no vacilaba en manifestárselo siempre que se presentaba la ocasion, y en especial por medio del embajador de España, que saliendo un dia con el Pontífice le apretó la mano, diciéndole: «Sr. D. Francisco, su amo le quiere acrecentar con una merced muy señalada.» No tardó en saber que era darle el capelo, lo que confirmó el cardenal Rustienchi, secretario del Papa, enseñándole su nombre en la lista de los cardenales, que habia designado para las primeras témporas en que hubiese eleccion. Aconteció esto á principios de Marzo del año 72, y el Pontífice murió á primeros de Mayo del mismo año, de manera que no pudo hacer lo que deseaba. Reinoso no se separó, sin embargo, de su cabecera hasta que espiró entre sus brazos á los seis años y cerca de cuatro meses de pontificado. Grande fué su dolor, pero cumplió á pesar de él con los últimos deberes que le imponia su penoso cargo. Pues además de haber lavado su cuerpo, y vestídole con las ropas pontificales, le acompañó los cuatro dias que estuvo en S. Pedro sin enterrar, y desde allí hasta la sepultura. Reinoso, léjos de salir del palacio como acostumban á hacer los criados de los papas á la muerte de estos, temerosos de sus muchos enemigos, continuó por algun tiempo en él encontrando amigos fieles y tan cambiados que le respetaban y reconocian por su bienhechor. Lo mismo sucedió en toda la ciudad de Roma, donde fué más honrado y estimado despues de la muerte del Papa que lo habia sido durante su mayor prosperidad. Terminadas las exequias y oficios funerales, comenzó á hacer sus preparativos para regresar á España; pero sus amigos trataron de impedírselo, deseosos de que se llevase á cabo la determinacion del Papa difunto, que era hacerle cardenal, asegurándole que cualquiera que fuese el nuevo pontífice, no dejaria de cumplir lo que habia deseado Pio V, conociendo todos su grande santidad. Pero ninguna de estas cosas le hizo mudar de propósito, porque el amor á la patria y parientes pobres á quienes deseaba remediar, le obligó á prescindir de este derecho y hasta de la señalada merced que le hizo Gregorio XIII, sucesor de Pio V, cuando yendo Reinoso á besarle el pie y recibir su bendicion para ponerse en camino, le dijo que haria mejor en quedarse en Roma. Favor que apreció mucho D. Francisco como muestra de sus buenos deseos, dándoselo así á entender al Pontífice con las razones que le obligaban á venir á España, y despues de recibir su bendicion se despidió para emprender su viaje. La noche ántes de partir hizo otra de las generosidades que le distinguieron tanto durante su vida, repartiendo dos mil ducados de renta de sus beneficios entre algunos de sus criados, á quienes la suerte no habia sido hasta entónces favorable. Salió de Roma acompañado de muchos caballeros y gente principal, y ántes de abandonar la Italia recorrió sus

principales santuarios, entrando en Francia por el Piamonte. En Palencia obtuvo una acogida muy notable, como no podia ménos de esperarse de los servicios que habia prestado á muchas personas de aquella ciudad, y despues pasó á Madrid, donde le recibió Felipe II en audiencia particular ofreciéndole la embajada de Venecia; mas la rehusó por razones particulares. En Toledo, adonde fué despues, encontró á su amigo D. Francisco de Avila, en cuya compañía vivió durante algun tiempo, regresando por último á Palencia. Era su intencion vivir en Valladolid; mas sus parientes le instaron tanto, que le hicieron quedarse en Palencia, á pesar de que no tenia en aquella iglesia dignidad ninguna. Mas andando el tiempo consiguió permutar el arcedianato de Sepúlveda, que poseia en la catedral de Segovia, con la abadía de Husillos, dignidad muy antigua de la de Palencia, con lo que quedaron contentos sus parientes y amigos. Entónces, añade su biógrafo, resignó en el arcediano de Campos un solo beneficio que le habia quedado de veinticuatro muy ricos que tuvo en su cabeza entre dignidades, canonicatos y beneficios; con solo este se hallaba entónces y con la reformacion de Toledo; lo demás habia repartido liberalmente por las iglesias de Castilla, pues apénas hubo alguna donde no tuviese prebendados de su mano, porque fué su opinion que en materia de beneficios lo más seguro es contentarse con uno. Mas á pesar de esto no cesaron sus grandes gastos y generosidades, lo que tenia muy disgustada á su familia y áun al pueblo, donde se miraba como un escándalo el excesivo lujo y trenes del familiar de Pio V, de manera que le sucedieron algunas aventuras bastante tristes, llegándose hasta á faltarle al respeto por lo que entónces se llamaba su liviandad. Los PP. de la Compañía de Jesus mediaron en el asunto, consiguiendo corregir su conducta, y áun obtener un cambio favorable. Trabajó mucho tambien en este punto su sobrino Gerónimo Reinoso, quien por medio del obispo de Osma consiguió fijar la resolucion de su tio, que se manifestó desde entónces un varon verdaderamente humilde, piadoso, espiritual, y en particular caritativo, que era su principal vocacion. En este período fué cuando visitó su abadía de Husillos, y admirándose de su grande pobreza, quiso remediarla, pareciéndole el mejor medio trasladarla á Becerril de Campos, ciudad más rica y en mejor situacion; mas no pudiendo conseguirlo por haberse presentado grandes dificultades, se ocupó en mejorar su iglesia de Husillos, tomando diferentes medidas, entre las que nos parecen las más notables y dignas de memoria las siguientes: «Lo primero trató de componer los altares y proveer de ropa limpia y nueva, comprar misales y las demás cosas concernientes al aseo, limpieza y decencia del sacramento del altar. Y para hacerlo con más disimulacion, mandó cazar el soto diciendo que el precio de la caza se gastaria, como se hizo, en lo que era menester. Ante

todas cosas proveyó secretamente del dinero necesario para las sábanas, corporales y libros, y para doce buenas casullas. La caza era tan poca, que apénas habia para el regalo de los que se hallaban en ella; pero fué buen color para encubrir esta limosna y la que despues hizo para comprar capas de seda, que ninguna tenia para las fiestas principales. Mandólas traer de Toledo muy vistosas y ricas; todo se atribuia á la caza del soto. Es Husillos pequeño en sitio y poblacion; los edificios humildes, y tan pocos que nó bastan para la habitacion de tantos eclesiásticos. Y si bien es verdad que todos sentian esta falta, viviendo con mucha apretura y descomodidad, nadie la publicaba tanto como los abades, dando esta por causa legítima para no residir en su iglesia; y por esta razon pasaron largos años sin prelado, con muy gran detrimento del culto divino, hasta llegar á la miseria presente. A D. Francisco le pareció que lo primero que se habia de prevenir era este daño tan notable, labrando casa para el abad. Ofrecianse dos buenos sitios, uno junto á la iglesia, y este era el mejor, pero escogió otro cerca del hospital, por tener á los pobres más vecinos, y allí en muy poco tiempo labró la casa bien trazada y muy cumplida para cualquier prelado. Gastó cuatro mil ducados en el edificio, y el dia que se acabó hizo donacion de ella á los abades sus sucesores, con deseo, si él pudiera, de asegurarles esta propiedad, y tambien porque ya él no la queria tener en cosa que fuese temporal. Estaba la iglesia para dar en tierra, y juntamente con esto tan pobre que no tenia para cera. El ánimo de D. Francisco era levantarla desde los fundamentos y hacer un hermoso edificio; mas deteníale el temor de que por algun camino se pudiese sospechar que se hacia con su limosna, tanto es el miedo que áun en aquellos principios cobró á la vanidad. Muchos dias anduvo dando trazas y buscando arbitrios como hacer lo que tanto deseaba sin que se entendiese, hasta que finalmente dió en uno muy gracioso. Tenia la iglesia cuatro paños de historias profanas en la capilla mayor, que era la mejor alhaja que tenia; díjole, pues, á su cabildo que aquellos paños eran ricos y de gran valor, mas por ser las figuras profanas no convenia que estuviesen en la iglesia ni él los consentiria; que los vendiesen luego, y con ellos comenzasen á reparar la iglesia ántes que se cayese; y que si él no se hallára tan apretado con deudas y gastos forzosos, tomára á su cargo el edificio del claustro; mas que con lo que diesen por los paños se podia dar principio. Querian los canónigos que D. Francisco se obligase llanamente á toda la costa, ó que no se comenzase la obra, porque de otra manera no era posible proseguilla y mucho ménos acaballa. No le fué dificultoso á D. Francisco venir en esto, si los temores que hemos dicho de la vanidad no estuvieran de por medio. Y para cerralle la puerta imaginó otra invencion: que la fábrica tomase á censo cuatrocientos ducados, con los cuales y con el

precio de los paños se haría gran parte del claustro, y que pagaría él los réditos, entre tanto que la iglesia no los quitase. Toda esta cantidad no llegaba á setecientos ducados, ni habia para materiales, y por eso no consentian los canónigos que se derribase el claustro; pero D. Francisco, sin que nadie lo entendiese, le hizo derribar. Comenzóse la obra, y en pocos dias creció de manera, que todos se maravillaban de tan grandes gastos, diciendo que sin el favor de D. Francisco no se podian hacer. Mas él respondia siempre: «Yo no hago nada, que con los paños y el censo que sacó la iglesia se hace.» Finalmente, gastó en el claustro más de cuatro mil ducados, y viéndole acabado con la perfeccion que deseaba, dijo á un familiar suyo: «Si la iglesia queda empeñada, poco habremos hecho por ella; no quiera Dios que siendo tan pobre la dejemos con nuevas cargas.» Sobre los réditos que habia pagado dió los cuatrocientos ducados de principal, y se quitó el censo, dando siempre á entender que aquello todo se hacia con las alhajas y hacienda de la iglesia. Terminado el claustro deseó reedificar la iglesia, para lo cual empleó los mismos medios, y tomando un censo, se comenzó la obra con ánimo de labrar solamente el coro y la media naranja del altar mayor con sus cuatro columnas. Pero habiendo acabado esta obra se vió obligado á labrar las dos capillas, de cuatro que tiene la iglesia, y despues con ocasion de algunos materiales que sobraron y de cierta limosna que dieron los canónigos, se animó á perfeccionar lo que faltaba, repitiendo muchas veces: «Que nadie entendiese que él hacia nada, porque se debia todo á la industria y liberalidad de sus capitulares; que con la poca hacienda que tenian habian hecho más que él.» Con estos medios pudo él muy bien encubrir y disimular la limosna, hasta que del todo se acabó la iglesia y la dejó en la forma que ahora está, que sin duda es agradable y vistosa, y tiene majestad y hermosura; la majestad y veneracion en la parte del edificio y antiguallas que no se derriba, son porque eran de provecho en la parte siniestra del templo; la hermosura y proporcion en la frontera y mano derecha que D. Francisco renovó. A la entrada se ofrece luego el altar mayor, labrado á modo de isla; de la una parte el pueblo y de la otra el coro, y cúbrese con una bóveda hermosa, que sustentan cuatro columnas istriadas. El coro es pieza maravillosa, con muy curiosas sillas de nogal, todo de azulejos de diversos colores, cubierto de una bóveda bien labrada. El sagrario de las reliquias y capilla de la Virgen Santísima, con otros compartimientos del templo, se acabaron con la perfeccion que pedia lo demás del edificio, y quedó de suerte que mereció ser alabado y estimado del rey Felipe II, gran apreciador de toda buena arquitectura y de obras bien acabadas, y gustaba en extremo de ellas; porque ordenándolo así nuestro Señor, llegó á Husillos un dia despues de haber quitado los andamios, cuando ya la iglesia estaba

descombrada y limpia, para oir la primera Misa, que se la dijo Don Francisco, y adorar las reliquias que él mismo le mostró, y despues toda la obra nueva, que considerándola el Rey con atencion, alabó la buena traza y correspondencia de todo el edificio, que fué como señal y testimonio de que Dios habia aceptado aquel servicio, pues en tal ocasion y tan sin pensar trajo á Husillos la majestad de un rey tan prudente y sabio, el año de 1591, que pudo muy bien calificar la obra y dar las gracias al autor de ella. Bien es verdad que no las quiso D. Francisco, porque preguntándole el Rey si habia hecho aquella obra no respondió palabra, aunque le salieron al rostro algunos colores, como sintiendo que sus limosnas se publicasen, que para la dicha fábrica habian sido más de doce mil ducados, y más trescientos que dió para una custodia de plata para la procesion del Santísimo Sacramento. Inútil es decir que ocultó todas estas generosidades de la mejor manera que pudo; pero á pesar de su diligencia para encubrirlas, quiso el cabildo poner en reconocimiento las armas de D. Francisco, y porque sabian no habia de consentirlo, decidieron ponerlas sin su licencia, y aunque él lo sintió mucho, no pudo conseguir el que las quitáran. A estas obras añadió otra más útil y meritoria, cual fué la de residir en su iglesia, procurando aumentar su culto y contribuir al bien espiritual de sus feligreses por cuantos medios se hallaban á su alcance. Tambien trabajó mucho en otras fundaciones, contribuyendo en gran manera á la del templo de la Compañía de Jesus, que se edificó en Palencia, y á la del colegio de los Ingleses de Valladolid y seminario conciliar de Palencia. La iglesia de Autillo, que reedificó tambien á sus expensas, el convento de monjas de Perales que trasladó á Valladolid, y otro gran número de edificios que construyó, compró ó reformó á sus expensas, serán un testimonio irrefragable de su gran caridad, y esto sin tener en cuenta las muchas limosnas particulares que hacia diariamente, y cuya relacion sería demasiado extensa. Conociendo Felipe II sus grandes cualidades, hizo de él mucha confianza y le encomendó diferentes negocios, algunos de ellos bastante delicados, procediendo de aquí la larga correspondencia que medió por mucho tiempo entre Reinoso y el monarca, y las frecuentes visitas que éste le hizo, en que tuvo aquel ocasion de manifestar su natural munificencia. Tambien Felipe II agasajó mucho á D. Francisco, en particular cuando le llevó al Escorial una preciosa reliquia de San Lorenzo, que poseia la iglesia de Autillo, la que le agradeció en extremo el monarca y toda la corte, no perdonando medio para manifestarle el aprecio con que miraban y hacian de su persona. Tres años despues de su regreso á Palencia, y cuando más descuidado se hallaba, recibió Reinoso una cédula del Rey en que le daba á escoger entre dos obispados, el primero era el de Córdoba como más rico y más necesitado de la presen-

cia y liberalidad de semejante prelado, y dentro de esta cédula iba otra en que el Rey, deseoso de la salud y vida de D. Francisco, le ofrecia tambien el de Palencia, por si acaso se le hiciese dificultoso por la edad mudar y dejar su tierra; pero que hallándose con fuerzas para ir á Córdoba seria mucho servicio de Dios y satisfaccion de su Real conciencia. Estas cédulas llenaron de confusion á D. Francisco, porque no tardó en comprender lo difícil que le seria negarse á llevar tan pesada carga; la rehusó, sin embargo, pero Felipe II, que sabia que era la eleccion muy acertada, no quiso revocarla de ningun modo, sino insistió en lo que habia mandado, ofreciendo á D. Francisco todas las mejoras que quisiese pedir, es decir, que aceptando el obispado de Palencia por ser de menor renta, que se le darian entero sin pensión ni otra obligacion. Quedó con esto más perplejo y áun lo consultó con personas graves y religiosas, y todos convinieron en que debia aceptar, puesto que el Rey se hallaba decidido á no ceder en este punto. Aceptó, pues, decidiéndose por la iglesia de Córdoba, cuyo clima le parecia más adecuado á su salud, y despues de vencidas algunas dificultades, emprendió el viaje á Madrid, donde fué consagrado, dejando en todas partes memoria de su grande liberalidad, y en particular en su patria, á la que cupo una buena parte en sus dádivas, no habiendo iglesia ni monasterio á que no remitiese Reinoso algun recuerdo de su magnificencia. Consagrado ya obispo, llegó á Córdoba el dia 1.° de Noviembre de 1797, donde fué recibido con grandes demostraciones, pues los cordobeses vinculaban en él las mayores esperanzas, cuya fama habia llegado ya á sus oidos. Establecido en la capital de su diócesis, procuró lo primero arreglar su casa y familia, lo que hizo con la prudencia que sus años y una larga experiencia le habian aconsejado, cayendo más en humilde que en pródigo; hizo todo lo contrario por lo que respecta á las limosnas que repartió en gran cantidad, procurando satisfacer los deseos de todos, y socorriendo no solo á los pobres que mendigaban públicamente, sino tambien á los vergonzantes, á las viudas y huérfanos, á las personas piadosas y virtuosas, y á muchos conventos y comunidades de Córdoba y su obispado; tampoco olvidó á los de Palencia, á quienes ayudó con larga mano, lo mismo que á otros muchos establecimientos de beneficencia que fundó, dotó ó edificó con sus socorros, siempre grandes y prontos siempre á emplearse en todas las obras que pudieran redundar en beneficio de los pobres, brillando en esta virtud de la caridad hasta el extremo que puede asegurarse de que no ha habido medio público ni secreto que haya sido por alguien ideado ó puesto en práctica, que no lo hubiera sido ya por Reinoso, cuyo corazon no tuvo rival en este punto. Pero en lo que más se distinguió su generosidad fué en la obra de la capilla mayor de la iglesia de Córdoba, en que empleó una buena parte de sus rentas. Estaba comenzada desde 1523, y se habia

continuado aunque sin grandes resultados por un gran número de años, no obstante que Felipe II, como buen conocedor, la criticó con la mayor dureza, comprendiendo que se quitaba al templo su primitiva grandeza y originalidad; mas no por esto dejó de llevarse á cabo por los antecesores de Reinoso, quien no pudiendo reparar el mal que se habia hecho arrancando muchas columnas y mármoles preciosos, procuró conservar al ménos lo que aún quedaba, cubriendo el edificio, que descubierto todavia se hallaba expuesto á los rigores de las estaciones. Por espacio de setenta y cuatro años, dice la historia, padeció mucho detrimento, hasta que por particular providencia del cielo llegó á manos de D. Francisco de Reinoso, cuya piedad y celo santo para con su iglesia comenzó luego á resplandecer en esta fábrica. El tercero dia despues de haber llegado á Córdoba quiso decir misa en presencia de la santa imágen de nuestra Señora de Villaviciosa, que es una imágen de muy grande devocion en aquella ciudad y en toda aquella tierra, porque con su fervor saldria muy confiado para tan grande empresa. Desde allí, acompañándole sus capitulares fué á ver la obra nueva, que así la llamaban, andúvola toda y consideró por sus caracoles y terrados sin dejar rincon ninguno. Hallóla tan gastada por muchas partes y perdida como la antigua, de modo que casi no hacia diferencia al edificio antiguo. Condolióse mucho de tan gran ruina, y sin gran dilacion comenzó á poner en plática el remedio que podia tener. Los que se hallaron presentes hablaron de ello como de cosa no solo dificultosa, pero del todo imposible, porque se ofrecian muy grandes inconvenientes. Lo primero la fábrica, de extraña grandeza y toda de cantería, y habiéndose de proseguir parece que ni se halláran materiales, ni cómo tan inmensa obra pudiese tener fin. Tras esto los claros para las vidrieras quedaron muy grandes, demasiado, y esto juzgaban por mucho peligro para la seguridad y firmeza de tan grande peso como habia de ser el de la media naranja. Tambien los arcos para las bóvedas no se podian acabar, porque faltaban estribos necesarios y no habia cómo ni dónde los levantar, ni en qué los fundar. Pues no era menor inconveniente la falta de hacienda necesaria para tan grandes gastos. La iglesia con fábrica pobre y necesitada, los de la mesa capitular remisos por la tibieza y poco cuidado de los obispos pasados en aquel particular. La ciudad acobardada con el asombro de los muchos gastos que la obra amenazaba: la diócesis pobre tambien segun decian, y con obligacion de acudir al reparo de sus iglesias. ¿Pues qué hará el Obispo en tanta apretura y contradiccion y con tan gran deseo de perfeccionar y hermosear aquella santa iglesia su esposa? Cuando en los negocios de virtud y del señorío de Dios hallaba algun estorbo y contradiccion, entónces acometia con más ánimo y confianza, porque sospechaba que el demonio los procuraba impedir. En la ocasion presente dió

buenas muestras de su ánimo, pues despreciando los inconvenientes que se habian representado, vuelto á los capitulares que le acompañaban, con rostro alegre y suave, «Fiemos, dice, de Dios y no de nuestras fuerzas. Quien puso en el corazon de los antiguos que desde los cimientos levantasen este tan suntuoso edificio, no ha de faltar ahora á quien lo desea proseguir para servicio y gloria suya. Comencemos nosotros y hagamos lo que pudiéremos, y si otros lo acabasen, no será pequeña gloria tener parte en obra tan maravillosa y necesaria en esta iglesia. Para su firmeza y seguridad yo llamaré maestros de gran experiencia, que reparen las quiebras y hagan nuevas trazas. En lo que falta á los gastos nadie tema, que por mi cuenta han de estar, y desde luego para poner la primera mano ofrezco dos mil ducados, y los consigno cada año por todo el tiempo que durase la obra; espero en la Majestad divina que no ha de faltar; Dios la comenzó, Dios la acabará.» Con estas palabras del Obispo cesaron todas las dificultades, y súbitamente se mudaron los ánimos de los presentes. Comenzaron luego á dar arbitrios, y el primero fué juntarse el cabildo y de su mesa señalar una racion de mil ducados al año. Otro no ménos importante fué el de la fábrica de la catedral de que sacó el Obispo, como administrador perpétuo de ella, otros mil ducados, dejando primero lo necesario para salarios y reparos; de manera que ántes de volver á su casa, dejó cuatro mil ducados adjudicados á la obra. Tras esto puso los ojos en su limosnero, cuya diligencia y administracion tenia experimentada en las fábricas que hemos dicho arriba, encomendándole la obra, y dada la instruccion que habia de seguir, mandó llamar secretamente á Diego de Praves, maestro mayor de la iglesia y ciudad de Valladolid, grande arquitecto y conocido por tal en Castilla, que habiéndola visto y considerado el remedio que podia tener, juntó los oficiales de Córdoba en presencia del Obispo, y allí le dió á entender que podia pasar adelante la obra comenzada y acabarse de ladrillo para excusar mayores gastos. Mas que seria necesario mudar la cornisa del crucero, que era cuadrada, y hacerla de forma aovada por que los cuatro rincones ó esquinas sirviesen de estribos para las pechinas sobre que habia de cargar la media naranja del crucero; asímismo para todo el coro y cuerpo de la iglesia señaló sus trazas convenientes y fáciles de que todos quedaron satisfechos y enseñados. Comenzóse en seguida la obra con tanta actividad, que habia esperanzas de verla acabada muy pronto. El dean del cabildo, D. Fadrique Fernandez de Córdoba, sirvió de sobrestante, y aunque cayó en una ocasion, rompiéndose un brazo, no por eso abandonó sus designios, secundando los deseos del Obispo. Pero al paso que crecia la obra comenzaba á faltar dinero, porque era excesivo el gasto; proveyólo el Obispo prudentemente, lo primero escribiendo á Roma por breve particular que concedió el Papa, adjudicando á la obra de aquella fábri-

ca los tres mil ducados en que fué condenado D. Pedro Portocarrero, su antecesor, para reparos de la casa obispal; y lo segundo visitó los lugares de su diócesis, y hallando algunas fábricas más sobradas, que le habian dado aviso de ellas, tomó buena cantidad dejando á cada una lo necesario para sus gastos. Con este socorro, que fué muy grande, y limosnas particulares del pueblo y otros arbitrios de consideracion, y principalmente con las libranzas que hacia á su tesorero todas las veces que faltaban fondos, aquel edificio, que parecia imposible acabarse y así lo habian juzgado los obispos pasados, con la dicha y buena industria de D. Francisco en tres años y medio llegó á tal punto, que ántes de su muerte vió los arcos acabados, el crucero cubierto, y todas las bóvedas en tal perfeccion que no faltaba sino lucir las del coro y el cuerpo de la iglesia, á la cual esperaba pasar el Santísimo Sacramento para el dia del Corpus del año siguiente, y de no lo haber podido hacer, mostró bastante sentimiento á la hora de su muerte, diciendo que sola esta pena llevaba. Habianse gastado en la obra cuando murió casi treinta mil ducados, y no quedaba esperanza de haber dinero para proseguirla más. Nuestro Señor, que nunca falta á los justos deseos de sus siervos, cumplió en parte los de D. Francisco, porque D. Juan de San Clemente, arzobispo de Santiago, y natural de Córdoba y muy gran lustre de su ciudad, sabiendo que el padre de su patria y obispo verdadero de su iglesia habia faltado, porque no cesase la obra en sede vacante, remitió tres mil ducados para entretanto que Dios proveia de prelado, que hallando la obra tan adelante proveyese con mano liberal para lo poco que faltaba. No se contentó D. Francisco con resucitar aquel cadáver, es decir, á aquella obra muerta de la iglesia, que estaba sin figura ni forma de edificio, y ponerla en la perfeccion que hemos dicho, sino que para más hermosura y decencia suya compuso y adornó el plantel ó huerto de naranjos, que está dentro de este gran cuadro, para lo cual mandó derribar unos grandes paredones de piedra, que causaban mucha fealdad. Quedó aquel huerto despejado y libre, y dividióse en dos hermosos cuadros, mudando muchos árboles y plantando otros de nuevo; hicieron las calles por nivel derechas y vistosas, y en cada cuadro su fuente labrada de mármol de una suerte, para el acompañamiento, riego y servicio de los jardines. No solo gastó el Obispo sus rentas en esta obra, sino tambien otras grandes cantidades que habia llegado á reunir ó se le debian de atrasos á su salida de Palencia. Pero en medio de estas graves ocupaciones no descuidaba la administracion espiritual de su obispado, en que introdujo grandes reformas, arreglando la Audiencia episcopal y sus empleados, deduciendo el modo en que se habian de celebrar órdenes y examinar á los ordenandos; predicando y haciendo misiones ó mandándolas hacer por toda su diócesis; procurando reprimir

los vicios y arreglando con prudencia algunos casos particulares; obrando con su conocida bondad con algunas personas afligidas y atribuladas, que salieron con sus consejos de sus apuros y tristes situaciones; haciendo visitas por todas las Iglesias de su obispado, en que administró el sacramento de la confirmacion y le acaecieron algunos casos bastante notables, que omitimos por no dar demasiada extension á este artículo. Amado y apreciado en Córdoba por sus buenas cualidades, le visitaba toda la nobleza, y el pueblo le miraba más bien como su padre que como su pastor. Procuraba él corresponder á la confianza de todos, proveyéndoles de buenos sacerdotes que los dirigiesen con tino y acierto, para lo que tenia sumo cuidado del colegio seminario, plantel que debia dar algun dia los más ópimos frutos. Tambien visitaba con frecuencia los hospitales, socorriendo á los pobres y desvalidos, y animándolos con palabras de amor y consuelo. Trabajó además con particular solicitud en el gobierno de los monasterios de monjas, á las que dictó algunas disposiciones bastante acertadas y que se refieren en su vida de la manera siguiente. «Lo primero en que puso la mano fué la clausura y silencio, cerrando los locutorios á toda suerte de gente, salvo á los padres y hermanos: los demás habian de llevar licencia, dada en escrito firmado por el Obispo, y mandó á las preladas con grandes censuras que hiciesen guardar inviolablemente este mandamiento. En la eleccion de las preladas procedió con notable recato, hallándose presente en ellas, de que se seguian grandes provechos; tambien le puso en cuidado el darles confesores de satisfaccion, y para esto se informaba primero de religiosos graves y antiguos en la ciudad, con cuyo parecer nombró sacerdotes ancianos, hombres de espíritu y suficiencia. Tenia para con las monjas cierta consideracion tan discreta, que no las faltaba en cosa ninguna que fuese de importancia, acudiendo á consolarlas cuando fué menester, socorriendo sus necesidades y áun las de sus deudos; pero no hacia caso de menudencias y niñerías, cerrando las orejas á no pocas demandas algo impertinentes. A este lugar pertenece el decir la manera que tuvo para disponer la traslacion del convento del Espíritu Santo á la casa donde hoy estan las monjas junto á la iglesia del Salvador. Era grande el desconsuelo de las religiosas por las incomodidades que padecian, porque la iglesia y el coro eran muy estrechos, las celdas pocas y malparadas, no habia oficinas ni forma de convento, y era ocasion de que se faltase al silencio y á los ejercicios espirituales ordinarios, por no haber lugar donde se recoger. Muchos dias anduvo el Obispo para remediarlo, hasta que con parecer de personas graves se resolvió en consumir un beaterio ó casa de beatas que estaba pegado con la iglesia del Salvador, y trasladar allí el convento. Tuvo muchas contradicciones este negocio, porque las beatas, aunque eran pocas, tenian mu-

chos padrinos que hacian su causa, alegando la fundacion y antigüedad de la casa, el remedio de aquellas mujeres y otras muchas razones. Mas todas no aprovecharon contra las del Obispo, que siempre fué de parecer de que semejantes beaterios no carecen de muchos inconvenientes y peligros; porque mujeres sin clausura viven con grandísimo riesgo, y tanto es mayor cuanto es más respetado su instituto, y con capa de religion y santidad se encubren muchas libertades; y entrando y saliendo hombres en semejantes casas, y las beatas en las ajenas, con el ordinario trato y comunicacion se obligan cada hora á morir ó vencer, que es vida muy trabajosa. Determinó el Obispo quitar las beatas, y puso en su lugar las monjas, con grande aprobacion y gusto de la ciudad. Tenia particular cuidado de las haciendas de los conventos más que de la suya propia, y de cómo se gastaba les preguntaba á sus visitadores, que no se hiciese gasto notable sin darle cuenta de ello. Y fué muy escrupuloso en nombrar los mayordomos de estos conventos, y se informaba primero de su fidelidad y diligencia.» No se descuidó tampoco en la correccion de los religiosos y eclesiásticos á quienes exhortaba, animaba y castigaba con severidad, segun las circunstancias, y corre impresa con su vida una plática que hizo sobre este asunto, que no carece de mérito é importancia; y manifiesta sobre todo la severidad de sus ideas y gravedad de sus principios, que puede muy bien por otra parte deducirse de lo que llevamos ya referido. Para darles ejemplo, no solo residió constantemente en su obispado, retirándose con frecuencia á ejercicios espirituales, sino que buscaba ocasiones para manifestar su humildad, habiendo dado inequívocas pruebas del grado notable en que se hallaba adornado de todo género de virtudes. Habia mejorado mucho de salud desde que residia en Córdoba, y nadie hacia próxima su muerte, cuando hallándose ocupado en llevar á cabo sus más queridos proyectos, fué acometido de repente de una grave enfermedad el dia tercero de pascua de Resurreccion, despues de haber celebrado de pontifical y asistido á todos los oficios de semana santa, y áun á otros extraordinarios que ocurrieron en aquellos dias. No tardaron los médicos en desahuciarle, afirmando que viviria poco tiempo. Nadie se atrevió á darle esta noticia, hasta que el limosnero, considerando que se culparia con razon á sus criados si llegase á morir sin arreglar sus asuntos, le dijo: «Señor, no es justo que ignore V. S. que tiene muy corto plazo de vida, y que no pasará del mártes segun el juicio de los médicos; en este breve tiempo conviene que ordene V. S. el alma y ponga en razon su casa y criados.» Miróle con alegria el Obispo, y le contestó al momento: «Llamen á mi confesor, que quiero dar satisfaccion á los que eso publican, aunque no estoy tan caido como dicen.» Vino el confesor é hizo aquel dia su testamento, y todo lo acostumbrado en estos casos. Mejoró, sin embargo,

en los siguientes, y la enfermedad tomó un curso muy contrario á la opinion de los médicos, que á pesar de esto desconfiaron constantemente de su vida. Corria entónces el año 1600, en que hubo en Córdoba una peste que causó numerosas víctimas, y la que, como la enfermedad de nuestro prelado, desapareció por un instante para volver á aparecer con mucha más fuerza despues. Hiciéronse rogativas con este motivo, y en particular por la salud del obispo Reinoso, pero la peste cesó y no mejoró, ántes bien fué empeorando por momentos nuestro prelado. Decidióse darle el santo viático, llevándole del Sagrario, que es la parroquia de la iglesia catedral; acto que se verificó con la mayor solemnidad, acompañando al Santísimo Sacramento, que llevaba el arcediano, todo el cabildo, inclusos los capellanes y niños de coro revestidos de sus sobrepellices. Colocáronse en órden las dignidades cerca de la cama, y ántes de recibir la sagrada Eucaristía, les dirigió un discurso, que hizo prorumpir á todos en amargas lágrimas, hasta el extremo de que el arcediano no acertaba á darle la comunion. Recibióla por último con gran devocion, y aunque no cesó el llanto, viendo que habia quedado suspenso y como si no se hallase nadie presente, acabaron de hacer las ceremonias que manda la Iglesia, y salieron llenos de dolor y sentimiento. No era menor el de sus criados por perder tan buen amo, quien habia aprendido á honrarles de Pio V, á quien hubiera deseado ahora imitar colmándolos de mercedes. Mas como en todo el tiempo que gobernó la iglesia de Córdoba no hubo vacantes con que premiarlos, acordó pedir licencia al Rey para cargar pension sobre el obispado para premiar sus buenos servicios, porque no tenia esperanza de socorrerlos de ninguna otra manera, y todos quedaban pobres y desacomodados. No pudiendo más, los consolaba con palabras, diciéndoles que aprendiesen á confiar únicamente en Dios, que es eterno, y no en los hombres que mueren y acaban presto; y que confiaba mucho en la Divina Majestad habia de cumplir sus deseos, que fueron siempre que volviesen premiados á la iglesia y obispado de Palencia de donde todos eran naturales; lo cual se cumplió á la letra, porque despues de su muerte poco más de un año, cuatro de los que más amaba y á quienes decia esto, fueron canónigos de la iglesia de Palencia. Pero temiendo cada vez más por su vida, mandó llevar la santa uncion y que estuviese en el altar para cuando fuese menester, y la noche del dia ántes en que murió, sintiéndose muy fatigado, pidió que se la diesen á toda prisa. Recibióla con grande devocion, respondiendo por sí mismo á las letanías y oraciones, y desde aquel punto continuó haciendo sus acostumbrados ejercicios, que eran breves y muchos, como oraciones jaculatorias. Espiró finalmente con el nombre de Jesus en la boca el dia 23 de Agosto de 1601, hallándose rodeado de los PP. de la Compañía y de otros sacerdotes y religiosos. Publicada

esta noticia por la ciudad, fué necesario abrir las puertas de la casa que se habian cerrado interin se le revestia de los ornamentos pontificales, y exponia en la capilla de la casa episcopal, donde permaneció aquel dia y el siguiente, concurriendo toda la ciudad á besarle la mano, no obstante que se miraba entónces cualquiera concurrencia como peligrosa á consecuencia de la epidemia reinante. Pero no fué esto motivo suficiente para impedir que se llenasen de gente la capilla y los patios, sin dejarse lugar unos á otros. El corregidor á quien correspondia hacer embargo del espolio, que es de la Cámara apostólica, fué luego y se apoderó de los muebles de la casa, que eran todos de muy poca importancia, excepto la biblioteca y algunos manuscritos que se encontraron de bastante mérito. Abierto su testamento, se vió que deseaba se le enterrase en su iglesia catedral, dejando la sepultura á eleccion de sus hermanos el dean y cabildo con las siguientes palabras: «Y porque deseo áun despues de mi muerte sosegar en los brazos de la santa humildad, pido y encargo cuanto puedo á los dichos mis hermanos y albaceas, que mi entierro y los oficios del sean con la moderacion posible, procurando excusar costas y pompas mundanas, que son de poco provecho. Sobre las misas que mandó decir por su alma, añadia lo siguiente: Porque confio de la misericordia de Dios, habrá recibido muchas que en vida he dicho y encomendado. Y porque tambien confio de muchas personas, que me ayudarán con otras por la voluntad que les he tenido. El motivo que se supone tuvo para limitar estas mandas, fué sus deseos de no interrumpir la obra de la iglesia de Córdoba y de su capilla mayor, que le espoleaba para que no empleára en otra cosa los pocos recursos de que disponia, y así lo dabaá entender en las mandas que hacia, suplicando á Dios proveyese para cumplirlas y pagar deudas forzosas, y tambien para la fábrica de su iglesia, á que instituyó su universal heredera. El dia siguiente 24 de Agosto decidió el cabildo hacer el entierro con toda la solemnidad y pompa que pudo. Asistieron las parroquias, religiones y cofradías, y toda la ciudad, y puestos en órden sacaron el cadáver en hombros cuatro dignidades de la catedral. Habiendo llegado á la iglesia y celebrado los oficios con grande solemnidad, depositaron el cuerpo en la sacristía, que está detrás de la capilla mayor. Las razones que hubo para ello las encontramos expuestas en esta forma: «Hay en aquella santa iglesia una cueva ó gruta para entierro de los obispos, que no labrasen sepulcros particulares ni allí ni en otra parte, y era costumbre antigua enterrarlos en aquel lugar. Mas considerando el cabildo que convenia quedase el cuerpo del Obispo en parte señalada y conocida del pueblo para devocion y consuelo de todos; y tambien era justo que pues habia sido el restaurador de aquella insigne iglesia y capilla mayor, tuviese en ella el mejor lugar; así quedó el venerable cuerpo depositado y el ejemplo de su

vida impreso en los corazones de todos los de aquella nobilísima ciudad. El cabildo, despues de haber celebrado las exequias con toda la pompa y grandeza que pudo, aunque contra la voluntad del difunto, que particularmente lo estorbó en su testamento, para mayor demostracion del amor que le tenia, acordó fundar una memoria perpétua para su alma en aquella iglesia, y así lo puso luego por obra. Para que se conozca la providencia soberana de Dios, que le quiso honrar y acudir á su intencion, que fué no fundar jamás memoria ni capilla, fiando de que Su Majestad dará quien ruegue y haga bien por los difuntos, si ellos en vida hiciesen misericordia con los vivos. Seis años despues se abrió el sepulcro de este prelado para colocar junto á él á su sucesor D. Pablo Laguna, y se encontró su cuerpo entero, sin señal de corrupcion ó descomposicion alguna, y con tanta frescura y buen olor, que se creyó el cabildo obligado á hacer público este suceso tan notable y milagroso, y le tuvieron por consiguiente dos dias descubierto fuera de la caja. En aquella ocasion acudió toda la ciudad á reconocer á su pastor y bienhechor, y le respetaban como si estuviese vivo, besando sus manos de que tantos beneficios habian recibido. Cortáronle algunos pedazos de los ornamentos, y lo mismo hubiesen hecho con el cuerpo si el cabildo no le hubiese mandado guardar con el mayor cuidado hasta volverle á depositar en su caja, donde le encerraron de nuevo miéntras determinó alzar el lugar donde le habian de poner para siempre. Tomada la última resolucion le trasladaron con gran pompa y solemnidad en el año de 1607 á la capilla mayor que habia restaurado al lado del Evangelio. Siendo tan grande en esta ocasion la devocion del pueblo y en particular la de los eclesiásticos, que hubo que descubrir el cuerpo por segunda vez, el que encontraron como anteriormente entero y las manos frescas y suaves. Entónces fué cuando le cortaron la mayor parte de los ornamentos, quedando desnudo en la caja que se puso en el lugar referido, cubierta de una lápida con la siguiente inscripcion que hizo el cabildo:

D. D. Francisco Reinoso, Pii V. P. M. cubiculario Episcop. Cordub. sanctissimo pietate in Deum, misericordia in pauperes, despectu in se, charitate in omnes admirabili parenti, optimo et bene merenti D. Petrus Reynoso, ex fratre nepos hoc monumentum ponendum curavit. Obijt anno Domini 1601, *ætatis vero suæ* 67.

Para terminar, diremos con el autor que nos ha servido de guia en este trabajo: «Parece que Dios quiso para sí y para su servicio y gloria toda la hacienda de este caballero, pues despues de su muerte, en sus propias casas que tenia en Palencia, que las dejó á D. Pedro de Reinoso, su sobrino,

se fundó un convento de Recoletas Agustinas, dotándole con ocho mil ducados, que siendo abad de Husillos le habia dado al mismo para ayuda de remediar tres hijas, de las cuales murió la una y las otras se mantuvieron monjas Bernardas Recoletas. Y no se debe pasar en silencio que cuando la santa madre Teresa de Jesus fundó en dicha ciudad de Palencia, quiso D. Francisco de Reinoso traer á sus casas á las Carmelitas Descalzas y dárselas para la dicha fundacion, y el cabildo de la iglesia de S. Antolin no lo consiguió por estar tan cerca y por otras consideraciones, y así las hubo de comprar para el efecto otras casas, que son las en que ahora viven. Y estando la misma dificultad en pie, y habiéndose ofrecido muchas y muy graves contradicciones, no prevalecieron, ántes las allanó Dios todas con su poderosa mano y singular providencia, que es admirable en sus siervos, honrándoles tanto en vida como en muerte, como se muestra aquí en nuestro Obispo, pues en su casa, de donde habia salido con tanta abundancia el óleo de la caridad y misericordia para los necesitados y pobres, como hemos tenido ocasion de referir repetidas veces en este artículo, se continuase cada dia sustentando religiosas de tanta perfeccion y ejemplo que sirvan á Dios y canten sus alabanzas.» Así termina el biógrafo Alfaro la vida del obispo Reinoso, haciendo de él, aunque en pocas palabras, un elogio muy inferior á sus méritos, que acaso no hemos conseguido delinear de una manera cumplida por los cortos límites á que nos vemos reducidos en nuestros trabajos.—S. B.

REINOSO (V. Gerónimo), canónigo de Palencia. Fué hijo de D. Gonzalo Pérez de Rivero, caballero principal de la ciudad de Málaga, y de Doña Inés de Reinoso, hermana de D. Francisco Reinoso. Nació en Valladolid en 29 de Noviembre de 1546. Aprendió Gerónimo á leer y escribir en breve tiempo, y luego empezó á estudiar latin en su patria, pasando despues á Salamanca para seguir la carrera de derecho. Falleció en esto su padre, quedando por heredero de la casa su hermano mayor, en donde permaneció Gerónimo por algun tiempo miéntras convalecia de una grave enfermedad que habia venido á interrumpir el curso de sus estudios. Hallábase ya á esta sazon su tio D. Francisco en grande privanza con el Pontífice, llenando su fama toda España, por lo que creyó Gerónimo que debia pasar á Roma, donde obtendria el mejor resultado en sus pretensiones. Apénas llegó á la capital del mundo cristiano cuando se le concedió por la mediacion de su tio un canonicato en Palencia, con lo que quedó tan satisfecho que no tardó en regresar á España, aunque tan buenos principios eran seguro indicio de futuros aumentos. Empero dióse por contento, y renunció las esperanzas que todos le presentaban como seguras, pareciéndole que tenia lo bastante para vivir. Vinose pues á España con el comendador D. Luis de Requesens, su-

friendo en el camino una tormenta tan terrible que creyó morir, como otros muchos compañeros suyos, con lo que comenzó á pensar en su salvacion, y desde aquel punto comenzó á no esperar otra situacion semejante con tan poca preparacion como entónces tenia, y luego que cesó la tormenta y se encontró con la vida que tan cercano habia estado á perder, manifestándose agradecido á la merced que habia sentido de la Providencia en peligro tan evidente, se consagró de nuevo al servicio de Dios, pensando seguir un camino más estrecho. Con estos propósitos llegó á Palencia Gerónimo de Reinoso, y aunque para ponerlos en ejecucion queria vivir en una casa retirada, no pudo separarse por entónces de sus hermanas, que le obligaron á vivir en su compañía. Mas como deseaba verse libre y desembarazado, no tardó en encontrar medio para ello y se retiró á una casa pequeña, donde solo unas veces y otras en compañía de los canónigos, pasó casi tres años. Trató allí de arreglar todavía más su vida para lo que trabó estrecha amistad con los PP. de la Compañía de Jesus eligiendo un profesor por cuyos consejos decidió dirigirse, no haciendo sin ellos ninguna cosa de importancia. Parecióle convenirle mucho esta resolucion para no errar, siendo sin duda el medio por donde le comunicó el Señor su luz y el órden que observó en sus prácticas religiosas. El primer paso que con el parecer de su confesor dió en este camino, fué retirarse por espacio de un mes á hacer los ejercicios de la Compañía, y poner el necesario cimiento al edificio que pensaba levantar. En aquel recogimiento decidió y arregló el método de vida que siguió despues hasta la muerte, así en lo espiritual como en lo temporal, no solo en la direccion de su persona, sino tambien en la de su familia y todo lo demás que se hallase á su cargo. Hé aquí las reglas á que se sujetó y que refiere su biógrafo el P. Alfaro, copiándolas de un papel autógrafo que se encontró despues de su muerte. «Sobre todo sujetarme siempre á lo que mi padre de confesion me demandare, así en lo tocante al regimiento de mi persona, como al gobierno y trato de mi casa, y el órden de proceder en el coro y cabildo, y en esto estar más sujeto que en todo lo demás. Y el confesor ha de ser siempre de la Compañía de Jesus, como lo ha sido hasta aquí. El cual modere mi gasto y señale lo que le pareciese conveniente, para que de lo restante se cumpla lo que pareciese tiene obligacion la renta eclesiástica, repartiéndola á los pobres cuya es. Y esto queriendo mi padre por su caridad ponerse en este trabajo, que no dudo de ello; pero no queriendo, encomendarlo á nuestro Señor y procurar el mejor modo que conforme á su servicio pudiese, que sin duda se alcanzará con su favor, y con el continuo uso de la oracion que nunca ha de faltar á las horas acostumbradas. Procurar ser muy celoso de la honra y servicio de nuestro Señor, y no doblar de esto aunque se atraviese sangre y amistad,

ni ruegos, sino tener muy libre parecer en todo, siempre dirigido á lo que fuese más servicio de nuestro Señor, por el cual siendo necesario y conveniente se ha de aventurar todo cuanto hay, aunque sea vida y honra y todo lo demás. Rezar cada dia el rosario de nuestra Señora, y ser muy devoto de sus fiestas y comulgar en todas ellas y todos los domingos, hasta que nuestro Señor sea servido, por sola su misericordia, llegarme á tiempo que pueda decir misa en ellas, y por su amor hacer algunas limosnas, ser devoto del Angel de la guarda, y tener cuenta con rezarle cada dia alguna devocion, y lo mismo á todos los demás santos mis abogados, los príncipes de la iglesia S. Pedro y S. Pablo, y Señor S. Andrés, y S. Gerónimo, y la vírgen Santa Inés y el patron de mi Iglesia. Y para esto acordarme, cuánto son menester valedores en la hora de un juicio final, que aboguen por mi ánima al Señor universal de todos, que me ha de juzgar, que haya misericordia de mí, y así procurar cada dia hacerles algun particular servicio, y sobre todo anteponer el de la sacratísima Vírgen y Señora nuestra Santa María. Amar y procurar la santa pobreza y humildad, y el ser tenido por ruin. Huir la soberbia como el fuego, no procurar honra ni precedencia, mas querer siempre el lugar más bajo, y tratar con los bajos, humildes y pobres, de los unos procurando aprender, y á los otros en cuanto me fuese posible socorrer en sus necesidades con amor y caridad del prójimo. Quitarme de ruidos y negocios cuanto pudiese, y no dar lugar á sérias conversaciones, ni compañías, ni visitas, aunque sea aventurando la murmuracion de algunos. Tener mucha cuenta con los de mi casa que sean devotos y cristianos, que confiesen y comulguen por lo ménos una vez al mes. Cuando sirviese en el altar, al hacer las reverencias hincar las rodillas hasta el suelo, humillando juntamente el corazon hasta la tierra, y reconociendo ser indigno de tan alto ministerio, y que el alma siente cada punto más su indignidad y pobreza, y estar con el acatamiento, temor y reverencia que se requiere, como quien está en presencia de tan alto Señor, y negociando cosa de tanta importancia, como es la redencion de su alma y merced de la vida, que tan justamente tenía perdida por el pecado. Los exámenes de conciencia tan poco han de faltar á medio dia y á la noche, ni dejarse por ninguna ocupacion, y cuando más no pueda, hurtar un poco de tiempo á la ocupacion para hacer el exámen. No dar entrada á que una vez se deje, porque pasada aquella hora no se cobra jamás, y tras aquella viene otra y otra, y se pierde la buena costumbre, que es poco menester para olvidarla, segun la ruindad y contradiccion que hay de parte del hombre, y sobre todo el principal fruto que de aquí he de sacar, sea el cuidado de la oracion y de juntar horas para ella, de las cuales no se ha de faltar por ninguna vía ni manera, sino asistir á ella confiando en la misericordia divina, aunque sea con se-

quedad y disgusto, porque el Señor que ve que se hace por servicio suyo, se dignará, cuando fuere su voluntad, dar devocion y atencion, y el fruto que de ella se espera y de ella se ha de procurar, que es enmienda de la vida y ánimo para mejorarla, y poner por obra un precepto, alcanzar las virtudes, cumplir las obras de misericordia, y perseverar firme en su amor.» Tales son las reglas que se propuso seguir desde su régreso de Roma, leyéndolas para cumplirlas todas las vísperas de las fiestas principales, además de una vez al mes, en que renovaba todos sus propósitos y los hacia de nuevo, examinando en lo que habia faltado para enmendarlo. Comenzó, pues, á caminar por estos pasos, atendiendo principalmente al servicio de su iglesia y cumplimiento de sus obligaciones, procurando satisfacer á todos con la mayor puntualidad, y no faltar ni áun en las cosas más pequeñas. Permaneció retirado por espacio de tres años en aquella casa, ejercitándose en obras de piedad y procurando su mayor perfeccion por diferentes medios. Uno de ellos fué la oracion mental, sin la que no se pueden alcanzar las virtudes ni conservarse perfectamente, y así puso en esto la mayor diligencia. Y aunque tenia horas señaladas para consagrarse á ella, andaba siempre con perpétuo recogimiento interior, y como desde el principio se convenció de lo mucho que se debe apreciar al tiempo, nunca perdia un solo instante, por lo que prescindió de visitas y demás pasatiempos mundanos, y dejó muchas amistades, aunque buenas y santas, para excusarse de una correspondencia que le hacia perder mucho tiempo. Unicamente visitaba á los pobres empleando en esto horas enteras, segun creia lo necesitaban para su remedio y consuelo. Así dice en una carta que escribió á su tio hallándose en la ciudad de Córdoba: «Dichoso el tiempo que en visitar y ayudar á los prójimos se emplea, pues tan bien gastado es, y no hay mayor felicidad en esta vida ni la puede haber, que gastar bien y en servicio de la Majestad Divina la joya tan preciosa del tiempo; ni parece que hay mayor dolor que la memoria del tiempo malgastado y en vano, pues en lugar de ganar el hombre en él, como pudiera, bienes incomparables, los pierde. Dénos, pues, el mismo Señor su gracia, para que en lo que falta de la vida se recompense lo pasado.» En cuanto sus amigos tuvieron noticia de sus ocupaciones y de que no queria faltar bajo ningun concepto á sus santos ejercicios, no le hacian encargo alguno ni llevaban á mal que no correspondiese á sus visitas, y D. Alvaro de Mendoza, obispo á la sazon de Palencia, que solia visitarle algunas veces, decia á sus criados ántes de entrar: «Sabed si tiene abierto el canónigo, no le estorbemos sus ejercicios.» Tenia repartido el tiempo de tal manera, que todas las horas del dia y de la noche las ocupaba en la oracion y provecho del prójimo. Se levantaba siempre ántes de la aurora, y encendia luz, dedicándose á la lectura del punto en que pensaba meditar.

Estaba en oracion hasta que tocaban á prima, y entónces abria su habitacion acabándose de vestir y lavar. Luego iba á la iglesia, y entrando en el coro, esperaba de rodillas que comenzase la prima, y terminada solia decir misa, en que empleaba casi dos horas, cuando la decia en algun lugar retirado. Terminada la misa en el coro y rezadas las horas, volvia á su casa, y sentándose en el zaguan, donde encontraba siempre gran número de pobres, daba á todos limosna. Comia luego, y transcurrido un cuarto de hora, dormia otro, dedicando el tiempo que le quedaba hasta vísperas á escribir cartas de obligacion ó despachar negocios de importancia. Al salir de vísperas hallaba otra multitud de pobres, que siempre le estaban aguardando, y despues de darles limosna, se retiraba á su aposento, si no se lo impedia alguna obra de caridad, y en cumpliendo con ella se encerraba hasta las siete, siendo esta la hora en que acostumbraba á cenar en invierno y en verano. La cena era muy ligera, y acompañada siempre de la lectura de los libros sagrados. Despues de la cena se entretenia hablando un cuarto de hora con personas de su casa, ó contando algun ejemplo para persuadir á alguna virtud ó reprender algun vicio. Luego se retiraba á hacer exámen de conciencia ú otras penitencias que acostumbraba á practicar algunos dias á la semana. Siempre observó este método de vida sin que faltase á él por ningun respeto humano, ni ocupaciones ú enfermedades, aunque fuesen muy grandes, perseverando en él no obstante hallarse con frecuencia en extremo débil y delicado, y cuando tenia que estarse en la cama, se incorporaba medio vestido, y pasaba tres horas en oracion. Pero esta virtud, aunque grande, no es comparable con la caridad con que el canónigo Reinoso acudia á todas las necesidades de su época, pues deseando alcanzar la divina misericordia, creyó el medio más conveniente tenerla él de los pobres, y firme en este propósito tomó por oficio y ocupacion buscar pobres por toda la ciudad, no habiendo viuda retirada, ni huérfano desamparado, ni enfermo afligido, á quien no socorriese su caridad con largueza. Su ordinaria ocupacion fuera de la iglesia y de su casa era buscar los lugares más apartados, donde suelen albergarse los miserables, empleando particularmente mucho tiempo en los hospitales hasta remediar todas las necesidades y dejar consolados á los enfermos. Pero su caridad no fué conocida hasta su nombramiento de provisor del hospital de S. Antolin, donde supo unir la vida activa á la contemplativa, para ejercitarse en las cuales no quiso aposento aparte, sino que puso su cama en las mismas salas de los enfermos, de manera que pudiese oir sus quejas y acudir á su remedio. A las horas señaladas se recogia en la capilla de los mismos cuartos donde se hallaba el Santísimo Sacramento, y hacia allí oracion, repartiendo las horas de tal manera, que no hiciera falta á los enfermos. Despues de la oracion acudia

por si mismo, sin fiarse de nadie, al gobierno del hospital y al servicio además y consuelo particular de cada uno de los enfermos. Siempre era el primero en repartir la comida, sin faltar nunca en esta hora, por ser cosa de tanta importancia para los enfermos el que la comida sea cuando les conviene y á las horas que tiene mandado el médico, pues con frecuencia se mueren los enfermos por cometerse faltas en este punto. Llevaba por si mismo los platos de cama en cama, repartiendo por su mano lo que se habia de dar á cada enfermo hasta cumplir puntualmente lo ordenado por el médico. El mismo cuidado tenia en las horas de las visitas, hallándose tambien presente cuando se habian de aplicar algunos remedios, acudiendo á todo primero que los enfermeros. Diligencia importante, pero no inferior al consuelo y alivio que necesitan los enfermos que se hallan en los hospitales, donde suele ser grande la tristeza y no menor la vergüenza de algunos pobres que se han visto en mejor estado; por esta causa andaba solo muchas veces por las salas del hospital, escuchando las quejas y suspiros de algunos enfermos, se acercaba á las camas y les hablaba con mucha amabilidad, levantando á unos, acostando á otros, componiéndoles la ropa y mudándolos si era necesario, cuando no lo podian hacer por sí, sin prescindir de estas operaciones áun cuando tuviesen enfermedades contagiosas. Si le veian los enfermeros y querian estorbárselo, les reprendia diciéndoles: «Dejadme llegar á estos, que son hijos de Dios y tienen olor del cielo.» Advertianle sus amigos que mirase al decoro y autoridad de su persona, pero la caridad no le permitia hacer caso de ellos, ántes tenia por supérfluo el mirar por su persona prescindiendo hasta del aseo y curiosidad. De este modo trataba á todos los pobres que admitia, sin que dejase ninguno de participar de su piedad y misericordia, que era tan grande, que no contento con los que le rodeaban, hubiera querido recoger y curar allí con sus propias manos á todos los enfermos del mundo, y nunca despidió á ningun pobre que se le presentáre, aunque no hubiera camas en el hospital, ni lugar donde ponerlas. Cuando no hallaba donde hacerla, mandaba que se hiciese debajo de los portales, siendo siempre el primero que echaba mano á la ropa sin apartarse de allí hasta dejar al pobre enfermo bien acomodado. Con esta buena acogida, que hacia por lo general á todos, fué grande el número de pobres que acudió en su tiempo al hospital, lo que le causaba la mayor alegría. Solo una cosa le daba pena y era el ver que muchas veces faltaba la ropa para las camas que habia que hacer si venian algunos nuevos, y estaba siempre pensando de dónde la podria sacar, y cuando era mayor la necesidad, parece que le proveia Dios milagrosamente, y cuando como en una ocasion no tuvo otro remedio, llevó su heroismo hasta el punto de echar mano de su propia cama. Aunque á la mañana siguiente acudió á su tio y otras personas devo-

tas, que le proporcionaron ropa y cama, pero á veces no se verificaba esto con tanta brevedad que no durmiese algunas noches en el suelo. Mas como acostumbraba á ceder á los enfermos su cama con demasiada frecuencia, no tardaron en cansarse los devotos de proporcionarle ropa, por lo que se alteró mucho su salud de dormir en el suelo. Para remediar esto, mandó al mayordomo que comprase una carga de heno, y lo metiese en un aposento que estaba siempre cerrado. Tomó la llave de aquel cuarto, y arregló así su cama para los casos de apuro, quedando muy contento por parecerle que podria ya repartir su ropa con los pobres; pues tenia cama blanda y segura para cuando fuese necesario. Así fué que durmió muchas noches en el heno, sin que lo supiesen los enfermeros por el cuidado que tuvo siempre de guardar la llave, y que no viese nadie lo que habia en aquel aposento, donde creian todos que habia llevado su cama. Pero no fueron menores que á los enfermos los beneficios que proporcionó al hospital, siendo uno el cubrir las faltas que habia muchas veces de dinero, empleando grandes cantidades en las cosas que se necesitaban, porque procuraba que se comprasen en buena ocasion y con comodidad, y para esto daba el dinero necesario y despues no queria cobrarlo hasta que hubiese algun sobrante, y entónces si lo recibia era para repartirlo entre otros pobres más necesitados. De esta manera se ajustaban las cuentas todos los años hasta el último que residió en aquella casa, en que habiendo alcanzado al hospital en trescientos ducados, aunque tenia de donde cobrarlos, se los perdonó como por despedida, pareciéndole que era justa alguna recompensa por los descuidos que habia tenido en servir y curar á los pobres. El motivo que tuvo para renunciar aquel cargo fueron las grandes enfermedades de que se vió acometido en aquel año, porque como el fervor de sus ejercicios fuese el que dejamos referido, no cuidase por otra parte de la comida y sustento de su persona, y no durmiese muchas noches en cama, fué poco á poco perdiendo la salud y llegó á ponerse en tal estado, que dijeron los médicos viviria muy poco si continuaba en aquella ocupacion. Alegróse mucho con esta noticia, pues deseaba morir entre los pobres y enfermos, y acaso se hubiera cumplido su deseo, si la violencia de sus enfermedades no hubiese debilitado sus fuerzas hasta tal extremo, que no pudo continuar acudiendo á la administracion del hospital; pues aunque disimulaba sus indisposiciones, no podia sufrir las faltas, habiendo habido grandes pérdidas en la administracion de la hacienda y algun desórden entre los criados, que, como eran muchos y de diferentes caractéres, no debian perderse de vista. Tambien los enfermos sentian estas faltas, y el mismo canónigo lo conoció, por lo que creyo contrario á su deber continuar ocupando un puesto en que no solo no era útil sino dañoso, y como se vió sin fuerzas para llevar aquella carga, creyó que era voluntad de Dios

que la dejase, y con este pensamiento se resignó con ella, aunque sentia mucho el apartarse de sus pobres. Unióse á esto el mandato de su tio Don Francisco, que viendo á su sobrino en tan mal estado, y que los médicos temian por su vida si continuaba en el hospital, se lo llevó á su casa casi por fuerza una noche, donde permaneció durante algun tiempo cuidando del restablecimiento de su salud. Esto le obligó á entibiar por algun tiempo en el fervor de sus ejercicios y dejarse curar. Su tio y los de su casa trataron de esto con mucho cuidado, segun el grande aprecio que hacian de él, y la estima en que tenian sus virtudes y ejemplos. De esta manera se restableció en pocos meses y recobró sus fuerzas para trabajar de nuevo sin perder tiempo, imponiéndose nuevas reglas además de las ya mencionadas. Su tio Don Francisco aprovechó esta ocasion que él la habia buscado desde su entrada en Palencia, y le encomendó la administracion de su hacienda y casa, con absoluto poder para distribuir limosnas á los pobres segun su voluntad. Al punto que el canónigo se encargó de esto, procuró arreglar los negocios de su tio, que andaban un tanto descuidados, y al mismo tiempo el gobierno de su casa y criados, lo que llevó á cabo con notable prudencia. Desempeñó este cargo con mucho trabajo por sus continuas y repetidas enfermedades, desconsolándose tambien por parecerle de poco provecho todo lo que hacia en casa de su tio, donde se hallaba atado por ocupaciones inútiles ó contrarias al ménos á su carácter y principios. Pedia por lo tanto con grandes instancias á nuestro Señor que le quitase de aquella pesada carga, y le dejase ocuparse como deseaba en el remedio de otras necesidades mayores. No tardó en ver cumplidos sus deseos, que oyó el Señor, y conforme para sacarle del hospital le puso en el último extremo, inutilizándole con grandes enfermedades para aquel ministerio, sucedióle lo mismo en casa de su tio, dándole una enfermedad tan violenta y larga, que le puso en el último trance, viéndose obligado á despedirse de sus amigos y en particular del cabildo, al que envió un recado con tanta ternura, que les hizo á todos derramar lágrimas, por la mucha falta que debia hacerles. Pero la Providencia lo tenia dispuesto de diferente manera, y tuvo por conveniente dejarle con vida por más tiempo para edificacion y ejemplo de cuantos le conocian. Apénas recuperó las fuerzas, quiso tomar nueva resolucion en las cosas tocantes á su alma, para lo que consultó por escrito este negocio con su confesor, quien le manifestó al fin, despues de muchas oraciones, que la voluntad de Dios era que no continuase en el gobierno y administracion de cosas que tanto le distraian de su principal objeto, sino que para conservar su vida y emplearla en lo que Dios le inspiraba, necesitaba habitar un cuarto solo, desocupado de negocios temporales, y sin más ocupacion que consagrarse á obras de caridad, pues su tio no queria confiarlas á otra persona. Sintió éste en

extremo la determinacion de su sobrino, pero como le amaba tanto, decidió acceder á lo que le aconsejaban, los médicos y el confesor y le pedia aquel con tantas instancias. Destinóle por lo tanto una habitacion separada, donde libre de toda clase de negocios, continuó en su vida espiritual. Para perfeccionarla, se retiraba por lo ménos dos veces al año á ejercicios, como lo acostumbraba á hacer desde que habia estado en Roma, y prosiguió en particular desde el año 84 en que se retiró á Husillos con el P. Pedro de Soria, de la Compañía de Jesus, haciéndolo otras veces con algunos prebendados de la iglesia de Palencia, en quienes su ejemplo y amonestaciones influia de una manera que no vacilaban en imitar su vida. En estas ocasiones procuraba acrisolarse en todo género de virtudes, y en particular en la de la humildad, pues como dice en uno de los escritos que formaba durante estos actos: «Lo primero me conviene mucho pedir á la Majestad Divina su favor y ayuda con grandísima humildad, trabajando mucho por conocer mis faltas para dos efectos principales. El primero, para enmendarlas con el favor divino, y quitar todos los estorbos que impiden mi aprovechamiento con aliento y fervor y no tibiamente. El segundo, para procurar esta misma virtud de la humildad, ayudado de la mano del Señor, pues tan necesaria es para el edificio espiritual y su fundamento. Y para que viendo mis faltas, no vea las ajenas, y me haga juez de lo que no estuviese á mi cargo, y estime á todos en lo que es razon. No solo resplandecia en las palabras, sino tambien en las obras la humildad de este siervo de Dios, porque su persona y casa era un verdadero retrato de la pobreza; hasta su comida y sustento todo era pobre, humilde y de poco valor. Fué muy pobre de voluntad, y tambien lo fué por necesidad, porque habiéndose encargado del socorro de los pobres, ni su hacienda ni otras mucho mayores bastaban á tantos gastos, y así tuvo que cercenarse lo necesario para remediar necesidades ajenas, siendo ésta la razon por que vistió tan pobremente, pues nunca tuvo otro hábito más que el puesto, pudiéndose decir lo mismo de otras muchas cosas que omitimos, porque si no habriamos de dar demasiada extension á este artículo. Ya hemos hablado de las razones que le hacian vacilar sobre si era la voluntad de Dios, que continuase en casa de su tio en las ocupaciones y negocios que tenia entre manos, ó lo abandonase todo retirándose á su casa. La respuesta que obtuvo en aquella ocasion de su padre espiritual, fué el que abandonando los papeles y negocios que le distraian, atendiese á obras de mayor caridad y dar limosna, pues lo hacia con aprovechamiento de los prójimos y gusto de su tio: con lo que se tranquilizó y continuó en sus ejercicios de caridad. Pero como deseaba adelantar todavia más en la perfeccion y toda dificultad le daba mucha pena, decidió consultarlo de nuevo y resignarse con lo que Dios ordenase. Para esto habló muchas veces con los PP. de la Compañía, escribién-

doles por último una carta en los términos siguientes: «Ordene la Divina Majestad lo que fuese mayor gloria y servicio suyo, dando á V. R. luz y su espíritu, para que en su nombre me diga y mande lo que debo hacer para servir y agradar á Dios nuestro Señor, que como mandato y ordenacion suya tomaré lo que así me significase en su nombre, y pediré á la Divina Majestad en mis sacrificios, comunique á V. R. luz para pedir lo que más le convenga, y á mí verdadera y eficaz obediencia para lo ejecutar. Y pongo en sus divinas manos con toda la resignacion que puedo, y en las de V. R., en su nombre, de la misma manera, la hacienda, la salud, la libertad y todo cuanto en mí hay y pueda haber, que todo lo disponga para mayor gloria del Señor, y corte y trace lo que mejor le pareciese. Y vuelvo á suplicar no ponga los ojos en mi flaqueza y ruindad para dispensar con ello, sino en lo que le pareciere más conveniente, fiando en la gran misericordia de Dios que dará fuerzas para ejecutarlo. La respuesta del P. Antonio Torres fué tan discreta como prudente. «Tentacion es del enemigo llenar de inquietud é instabilidad. Bueno sería dejar la sustancia de la buena obra porque se mezclen algunas imperfecciones en ella no queridas. No recemos ni digamos misa, porque no podemos tener la atencion y reverencia que á tales obras se debe. Las imperfecciones se deben ir quitando con oracion, longanimidad, paz y anchura de corazon, poco á poco y no dejar la obra santa, que esa es la ganancia que busca el demonio.» Tranquilizóse con esta contestacion, pero volviendo á inquietarle de nuevo sus escrúpulos, consultó al P. Luis de la Puente, quien le respondió de una manera mucho más favorable, lo mismo que su hermano Fr. Manuel Reinoso, quien desde Nueva España donde residia le escribió la siguiente carta: «Lea Vmd. algunas veces el libro de Tobías, y animarse ha sin cesar á ocuparse en limosnas y obras de caridad. Y advierta que aunque parece que la mucha ocupacion con los pobres defrauda el sosiego espiritual y propio aprovechamiento, no es así, ántes allí se gana la dulzura y fervor que despues se halla en el secreto rincon. Porque miéntras por Dios nos descuidamos del recogimiento, el mismo Señor tiene cuidado de recoger riquezas para quien anda de esta manera distraido. Esto es, *Ego dormio et cor meum vigilat*. Duerme el espíritu cuando distraido en obras exteriores; mas Dios, que es el corazon del alma, siempre vela para quien por ayudar á sus hijos, que son los pobres, se priva de la dulzura que hay en la contemplacion, y á este da más en un punto de recogimiento que en cuatro horas que estuviera trabajando á solas. Así que no le cansen importunaciones ni molestias de pobres, que para eso son pobres para ocupar, moler y cansar, y si esto no hubiera, nunca se alcanzase tan gran corona de paciencia con ellos. El que bien sabe tratar con pobre en público, bien sabrá tratar con Dios. No bastan deseos, no, que va

tanto del desear al obrar, como de lo vivo á lo pintado. A muchos les parece que servirían al pobre y limpiarían las llagas, y si se pusiesen á ello, verían lo que va de especular á practicar. Sobre todo es más perfecta la vida que se junta de las dos hermanas Marta y María. Porque ha de ser en el cielo la perfeccion de María, bueno es que trabaje aquí Marta, que aquí es su lugar y allá no le tiene para hacer su oficio. Aquí sude, trabaje y cánsese Marta, con tal que nunca deje de ser hermana y compañera de María. Porque cuando María no ayuda á Marta, de muy poco provecho son los trabajos de Marta. Si las buenas obras andan vacías de amor y espíritu ferviente, y otras partes que se hallan en María, todo es ceguedad para el que obra. Por tanto, hermano carísimo, acoja en su casa estas dos hermanas; y porque estamos en esta vida, no se espante si Marta le pidiese más del tiempo, tome alguno para María, y en este restaure lo que gastase en las obras de actividad, y posea las dos vidas lo mejor que pudiere: la una en posesion, obrando sin cesar, y la otra en esperanza de aquella quietud eterna, adonde *est diligendus Deus ex toto corde, ex tota mente.* Ha de ser amado Dios de todo corazon con toda el alma, con todo el entendimiento. He dicho esto á fin de animarle en las continuas ocupaciones que me ha significado tener, y para que no las deje, ni las vuelva el rostro, pues tan conocidamente sirve á Dios en ellas. Interpretando conforme á sus deseos estos consejos el canónigo Reinoso, decidió dejar la casa de su tio y todas las ocupaciones que en ella tenia, y retirarse á vivir solo. Se decidió que la casa donde se retirára estuviese contigua á la de su tio de manera que se pudieran comunicar los dos por una puerta falsa, pero de suerte que nadie pudiera impedir su recogimiento. Con la continua oracion y el ejercicio de todas las virtudes interiores llegó á tener el alma tan dispuesta para la contemplacion, que siempre andaba ocupado en ella no solo sin dificultad, pero con extraño gusto y alegría. Retirado en su nueva habitacion se dispuso para recibir de la divina merced mayores gracias y beneficios, porque sabia que Dios se comunica más con quien está mejor dispuesto. En su retiro estaba siempre en presencia de Dios y hacia oraciones jaculatorias y fervorosas aspiraciones, con lo que tenia siempre levantado su espíritu, y cuando daba el reloj le servia de despertador para volver á su ejercicio, si por causualidad se habia descuidado de sus continuas meditaciones. Dividida la semana en cincuenta estaciones y discurriendo por ellas, encontró siempre lo que buscaba, que era la cruz y los trabajos de Cristo. Procedió de aquí el desear tanto los padecimientos, y lo que á todos aflige, como son las enfermedades y persecuciones del mundo, lo tenia él como gloria y descanso. De este amor encendido que tenia á la imitacion de Cristo y á seguir los pasos de su vida santísima con toda perfeccion, nacieron en él grandes deseos de ser religioso por ser un estado más

conforme á la perfeccion evangélica. Comunicólo muchas veces con personas graves, doctas y de singular virtud, que le dijeron siempre que sería para más servicio de Dios y gloria suya proseguir la vida en el estado en que se encontraba; y así cedió, no sin particular predestinacion del cielo para que resplandeciese más su virtud y ejemplo. Aunque hombre de recto juicio y no ménos prudencia y discrecion, nunca fió de su parecer sus propios negocios, los que consultaba siempre con su discreto confesor. Entre las grandes obras de caridad que de él se refieren deben mencionarse como las principales diferentes fundaciones que hizo en la ciudad de Palencia, pues como no hubiese en esta ciudad, ni en todo aquel territorio, hospital para los enfermos de males contagiosos, perecerian muchos por las calles, aumentándose la epidemia por comunicársela unos á otros. Tomó el canónigo esta fundacion á su cargo y comenzó á recogerlos, estableciendo un hospital lo mejor que pudo. Sostuvo este establecimiento por espacio de diez y seis meses, llegando á ponerle si no á la altura que alcanzó despues, á una muy superior de lo que podia esperarse de sus cortas facultades. Tambien fundó la cofradía de la Ciudad para socorro de los pobres que estando enfermos en sus casas carecen de recursos para curarse. Esta cofradia les proporciona médicos, medicinas y cuanto necesitan hasta su restablecimiento. Comenzó esta obra piadosa con solo su hacienda, mas no pudiendo acudir á todas las necesidades, recurrió á doña Mariana de Mendoza, señora en extremo caritativa, quien le ayudó en esta fundacion, de que fué D. Gerónimo el primer limosnero mayor. Tambien fué el que introdujo en Palencia los hermanos llamados de la *esportilla*, los sostuvo por mucho tiempo, hizo los mirase con aprecio la gente principal de la poblacion, les dió una regla y puso en forma de comunidad para que viviesen más cómodamente y pudieran servir luego á los pobres. Edificó á su costa una sala en el hospital, donde asistia de ordinario á los enfermos ayudando á los hermanos en sus ocupaciones. Corria entónces por toda España la fama de Sta. Teresa de Jesus, que andaba fundando conventos de su religion por las poblaciones principales. No quiso carecer el canónigo del fruto que podria obtener con la comunicacion de la Sta. Madre y la escribió muchas veces, contestándole la santa fundadora, porque sabia quién era el canónigo y los ejercicios en que se ocupaba. Decidió con este motivo Sta. Teresa ir á Palencia á fundar un convento de su Orden, y apénas estuvo en esta ciudad y conoció las virtudes del canónigo le eligió por confesor, y aunque se negaba á ello tuvo al fin que acceder, como consta de las siguientes palabras de una carta que dirigió á su hermano Fr. Manuel: «Háme pedido que la confiese y no he podido negarlo, no es para mi cuidado continuo con monjas, ni podria encargarme del, porque traen consigo mucho cuidado.» El canónigo Reinoso fué el principal fundador, en reunion

con Sta. Teresa, del convento de religiosas Carmelitas de la ciudad de Palencia. No era de ménos importancia otra obra de caridad que emprendió, y aunque no se llevó á cabo por falta de recursos, el tiempo que duró fué al ménos muy útil para la ciudad de Palencia. Porque estableció una casa para recoger doncellas pobres y huérfanas y enseñarlas y sustentarlas hasta que tomasen estado. Pero más bien que á lo temporal se dirigia á lo espiritual la caridad del canónigo, pues entre otras cosas hizo una regla y fundó una cofradía para asistir en sus enfermedades y muerte á los canónigos de la santa iglesia de Palencia, en atencion á que son forasteros en su mayor parte y no tienen padres ni parientes en la poblacion, y aunque en realidad por solo este objeto era de grande importancia, la intencion principal de Reinoso fué la que se deduce de una de sus reglas, en que dice: «Y pues de ordinario por la misericordia divina, tras una buena vida se sigue una buena muerte, hase de procurar que todos los cofrades vivan santamente, pues ningun remedio hay más eficaz en la tierra con el divino favor como este para tener buena muerte. Por lo cual se han de ayudar con oraciones, consejos, amonestaciones y conferencias espirituales, y así convendrá juntarse todos un dia cada semana á tratar del aprovechamiento de sus almas, y tambien cuando pareciese habrá leccion de algun libro espiritual.» Otra regla dice: «Pues esta cofradía se instituye para gente aprovechada en el servicio divino, y que pretende ir adelante, se procure que todos los cofrades tengan cada dia por la mañana una hora de oracion mental, en que pidan al Señor aliento y espíritu para que todo lo que se hubiese de hacer aquel dia sea para mayor servicio suyo y bien de nuestras almas, y para que se recen las horas canónicas con la atencion y reverencia debida, y en aquella hora se preparen para decir misa con devocion, que á nadie le parecerá mucho que le pida una hora de aparejo, si considera el Señor que va á recibir, pues en verdad es corta la vida aunque toda se gaste en solo esto. Y que á la noche ántes de acostar tengan un cuarto de hora para examinar la conciencia.» Estas dos cosas fueron el objeto principal de esta cofradía, y para llevarlas á cabo comenzó á ejecutarlas por sí mismo muchos dias ántes por que se viesen por experiencia sus buenos resultados. Reunia, pues, á los cofrades una vez á la semana á conferencias espirituales, celebrándose las juntas en el campo, donde por ser pocos podian reunirse sin ser notados. Se separaban por espacio de una hora, que era el tiempo que destinaban á la oracion, y volviéndose despues á reunir para regresar á sus casas, hablaban por el camino del punto de aprovechamiento espiritual que tenian destinado para aquel dia. Comunicóse este pensamiento con el prelado de la diócesis, quien lo aprobó, y hallábanse ya aprobadas las reglas, admitidos los cofrades y se comenzaba á poner todo en práctica, cuando sorprendió á Reinoso

la enfermedad postrera, que fué una calentura que le atacó con tal violencia, que reconoció desde luego ser mortal. Al tercer dia de su enfermedad le fué á visitar el padre rector de la Compañía de Jesus, y como le dijese el salmo *Lætatus sum*, alegrémonos, cuando llegó al *in domum Domini ibimus*, iremos á la casa del Señor, Reinoso se quedó arrobado repitiendo esta palabra. Despues de haber recibido el viático con especial alegria, recibió con no ménos placer la extremauncion, y tomando despues en la mano un Santo Cristo, le dirigió las más tiernas palabras, quedando arrobado otro largo rato, y como al volver en sí viese llorar á su familia, los reprendió diciendo: «¿Pues cosa es esta que se ha de celebrar con lágrimas? No ha de ser así, yo voy muy contento, alaben al Señor.» Toda la noche tuvo á su cabecera á los de su casa, por no haber consentido que se quedase ningun amigo de fuera, deseoso de que no le distrajeran el poco tiempo que le quedaba de vida, porque estando solo le empleaba en decir salmos y en continuas meditaciones. Dos horas ántes de morir le sobrevino un accidente con grandes angustias, que creyeron todos sería el último, lo que creido tambien por él se incorporó lo mejor que pudo, y con alegre semblante y clara voz dijo: «Vamos, Señor, vamos entre los coros de los ángeles, vamos con vuestros profetas, vamos con vuestros apóstoles y mártires, vamos con los confesores y vírgenes de vuestra soberana corte.» Pasó este accidente y quedó algo más sosegado, pero en breve llegó la hora postrera en que entregó su alma al Criador con grande tranquilidad y sosiego el dia 20 de Diciembre de 1600, de edad de noventa y cinco años. Fué el canónigo Gerónimo de Reinoso, dice su biógrafo, hombre de buen cuerpo, de color blanco, algo encendido, porque de la inflamacion que padecia del hígado le salian al rostro algunas rosas bermejas, que le hacian más hermoso. El rostro más aguileño que redondo, la nariz algo afilada, los ojos negros y muy compuestos con buena proporcion de cejas y pestañas, el cabello y barba casi negro, que ya comenzaba á encanecer; el semblante del rostro con tanta composicion y modestia siempre que se hacia respetar, y entre muchos se daba á conocer por hombre venerable y de grande santidad. Tuvo siempre la salud quebrada, porque le fatigaron dolores del hígado y flaquezas de estómago causadas de la grande abstinencia, y así se vino á poner seco y tan flaco que parecia no tener más que huesos y pellejo..... Fué de ingenio claro y delicado; en todas las cosas era su parecer regla de los demás, y lo seguian como á un oráculo del cielo, porque le tenian por santo discreto. Jamás estaba ocioso, si algun rato le sobraba no le dejaba pasar sin alguna ocupacion. Escribia bien y así dejó muchas oraciones, antífonas y oficios enteros de santos y un antifonario con su canto, además de las reglas que dejamos mencionadas. Abrióse su testamento ántes de celebrar su entierro, porque los PP. de la Compañía se lo querian llevar á su casa, lo que

no quiso consentir el cabildo, cesando al fin la pretension, abierto el testamento y vista su voluntad de que le enterrasen en su iglesia en la capilla de S. Sebastian. El cabildo dió parte al ayuntamiento de la muerte del canónigo, publicándose luego por todos los lugares de la comarca, de donde fué á Palencia mucha gente para asistir al entierro. Reunióse para este acto el cabildo con el ayuntamiento, siendo tan numeroso el acompañamiento que iba con el cadáver que no se podia pasar por la plaza. Lleváronle en hombros las dignidades de la iglesia, poniéndole en el crucero de la catedral sobre un suntuoso túmulo. Permaneció allí todo aquel dia y la noche siguiente con muchas luces y acompañamiento de mucha gente. Al dia siguiente decidió el cabildo darle sepultura, queriendo ponerle en la capilla mayor. Pero se ofreció despues D. Juan Alonso de Córdoba, abad de Labanza, canónigo de la iglesia de Palencia y dignidad de ella, á hacer una capilla, que no tardó en edificar, donde estuviesen las reliquias del glorioso patron S. Antolin, y se pusiese tambien el cuerpo de este canónigo. Cuando se trasladaron las reliquias se puso un hermoso nicho con una lápida en que el abad de Labanza mandó grabar la inscripcion siguiente:

D. O. M.

Hieronimo de Reinoso tranquilli animi viro modestus, divinis officiis attentiss., Ecclesiasticæ disciplinæ observantiss., orationi privatæ dedito. M. A. de Salinas in cura pauperorum individuo hujus Ecclesiæ Canonico plane Præsbyt. quem peculiaribus honorificentiis, que exegiis XIV kalendas January anni M.DC. Capitulum honestavit suus I. A. de Cordoba, abbas de Labança posuit S. T. cce. 1.

Duró por mucho tiempo la devocion del pueblo que iba á visitar su sepultura, y se encomendaban á él y besaban las losas que la cubrian, y aunque han cesado en parte estos actos, aún parece se conserva la devocion. Para concluir diremos algunas de las muchas virtudes que le atribuye su biógrafo el P. Alfaro, quien dice: «El mejor testimonio y la más cierta señal y principal es su vida tan ejemplar y sus inculpables costumbres, pues jamás se notó en él cosa digna de reprension desde que estuvo en la santa iglesia de Palencia hasta el dia en que murió, siendo siempre un raro ejemplo de virtud y santidad. Testigos son de su mucha caridad y misericordia todos los pobres de la tierra de Campos; testigos son casi todos los hospitales del reino, y especialmente son testigos muchas almas que sacó del pecado, y muchas que con su industria y diligencia preservó de que cayesen en él. De su humildad ninguno de cuantos le conocian hay que no diga haber sido notable. Su mucho fervor y espiritu ¿quién le trató algo que no le conociese?» Pone tam-

bien algunos casos milagrosos que creemos prudente omitir, lo mismo que otros sucesos cuya poca importancia nos ha parecido no debian formar parte de este trabajo, destinado á dar á conocer á una persona á cuyas virtudes y santidad debe Palencia sin duda alguna sus principales fundaciones benéficas y piadosas.—S. B.

REINOSO (D. Fr. Manuel), obispo de Nueva Segovia. Fué natural de Talavera de la Reina, arzobispado de Toledo, é hijo de Hernan Gomez y de Doña Francisca Reinoso. Era su padre letrado de profesion, y tan distinguido en ella que muy fácilmente hubiera podido llegar á ocupar los más altos puestos de la capital de la monarquía, si su modestia y su humildad no se lo hubieran impedido. Su madre era de tan noble alcurnia, de tan elevada prosapia, que contaba en su familia inmensidad de nobles abuelos, entre ellos el alférez mayor de Castilla, que llevó el pendon de D. Alfonso VIII, en la memorable y gloriosa batalla de las Navas de Tolosa. Algunos autores y genealogistas dan más alto orígen á esta familia, pues aseguran por la etimología del apellido que descienden de reyes; y entre otros el obispo Don Servando dice que la mencionada familia era anterior con mucho al ínclito rey D. Pelayo. De tan elevado árbol fué digno retoño nuestro religioso trinitario. Educado como convenia á nuestra cristiandad y á su nobleza, dió de mano, aconsejado por su recto juicio, á cuantos partidos y proposiciones se le hicieron; y con anticipado desengaño abrazó el estado religioso y sin hallar oposicion por parte de su familia, ni encontrar el más mínimo tropiezo, ántes bien con general contento y regocijo, recibió el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Talavera, uno de los más antiquísimos que la Orden tiene en España. Dió el nuevo religioso claro testimonio de su vocacion en el gusto con que admitiera el estado que eligió y en la conducta que observó respecto á las prácticas de la Orden, no declinando la más mínima de las obligaciones y procurando llenar cumplidamente el objeto de ellas, que no es otro sino purificar el alma y conducirla á la vida eterna. No se contentó Fr. Manuel solo con empezar, sino que tanto en el noviciado como despues de la profesion, hizo cuanto le es dado á un hombre constituido en religion para conseguir el hacerse más perfecto. Pronunció los solemnes votos é hizo el sacrificio de su voluntad, sus sentidos y potencias á la augustísima Trinidad el dia 31 de Mayo de 1587. Viéndole tan radicado en la virtud y en todo lo que pertenecia al estado religioso, mandáronle los superiores estudiar artes, y habiendo manifestado en este estudio todo el partido que de él podia sacarse, juzgaron los prelados era muy conveniente que pasára á cursar la teología; en cuya ciencia salió tan aventajado que le fué encomendada la defensa de árduas cuestiones y de intrincados asuntos, verificándolo con suma erudicion, no solo en los públicos teatros

de la Orden, sino tambien en las más famosas universidades del reino, obteniendo en todas partes el lauro y aplauso á su talento merecido. Quien en la clase de discípulo habia dado tantas muestras de sabiduría, pronto fué considerado como maestro por los mismos maestros, y la religion deseosa del comun aprovechamiento y de honrarle en su persona, encomendáronle el árduo empeño de instruir á la juventud, aleccionándola no solo en las ciencias sino tambien en la virtud. Aceptó con sumo placer tan distinguido aunque espinoso cargo, y le aceptó con tanto más gusto cuanto que poseia una alma grande, deseosa de que todos participáran de lo que en ella se encerraba, porque no es ciertamente grande el que por miserable egoismo no hace partícipes á los demás de las luces que posee, porque el que así lo ejecuta imita uno de los más bellos atributos de la Divinidad, que esparce la luz del sol sobre todos los hombres, buenos y malos, sabios ó ignorantes, dándoles á todos participacion por iguales partes. Logró Fray Manuel cumplidamente su buen designio; pues para mayor honra y gloria de Dios enseñó á muchos la teología mística á la vez que la escolástica, haciendo que todos se penetrasen tan bien de sus explicaciones y poseyeran tan á fondo, que tuvo el consuelo de ver más tarde brillando en las cátedras como maestros los que habia tenido como discípulos humildes. Cumplido á satisfaccion de todos su noble aunque penoso ministerio, y graduado de presentado contra su voluntad, porque su ejemplar modestia rehusaba todo género de distinciones, presto le colocó la Orden en disposicion de manifestar sus grandes prendas y su buen talento, nombrándole ministro de la misma. El acierto que demostró en su primer gobierno dió aliento y excitó su deseo de encomendarle nuevos oficios, y así pasando á la Imperial ciudad de Toledo, fué ministro de su real convento por el dilatado espacio de nueve años. Nada ocurrió en dicho tiempo árduo y notable que no se consultára con el maestro Reinoso. El tribunal de la Inquisicion, que á pesar de lo calumniado que en nuestros tiempos ha sido, contenia en sí todo lo más ilustre y notable en sabiduría y virtud de aquellos tiempos, y cuya mayor ansia era el acierto en todas sus decisiones, consultaba á Reinoso con mucha frecuencia, porque por el buen concepto que merecia y por los luminosos informes que evacuaba, creíase que los juicios formados por él de los negocios y de las cosas era la misma Divinidad quien se los infundia, siguiéndose por lo tanto su parecer y sus consejos con la firme conviccion de ser lo que más convenia al servicio de Dios y de la Iglesia y al bien de los particulares. El insigne cabildo de la catedral primada de las Españas, no obstante componerse de los hombres más doctos de su época, jamás se afirmó en las deliberaciones ni las dió por válidas si ántes no pasaban por el exámen y aprobacion de Fr. Reinoso. A los ciudadanos particulares les

sucedia lo mismo, no pareciendo sino que Dios habia puesto aquella antorcha luminosa en su Iglesia para alumbrar á todo el que tuviera necesidad de la luz. A fin de dar cumplida satisfaccion á la multitud de expedientes que le encargaban y de corresponder á la confianza depositada en él, como era tan humilde y tenia formado tan pobre concepto de sí mismo, fiaba la resolucion de todos los negocios al estudio, y pasaba la mayor parte del dia y de la noche sobre los libros, estudiando todo el tiempo que no era preciso acudir á las monásticas obligaciones y á sus devotos ejercicios. Para satisfacer las naturales necesidades del hambre y del sueño, tenia que vencerse tanto que érale muy costoso abandonar el trabajo para acudir á la humana flaqueza. Fué devoto en extremo de la Santísima Virgen nuestra Señora, demostrando el afecto que la profesaba en muchas ocasiones y particularmente siendo ministro del convento de Toledo; pues con ocasion de unas solemnes fiestas que se hicieron al augustísimo misterio de la Purísima Concepcion de María, que aunque no declarado dogma de fe, de obligatoria creencia en España, fué siempre creido y singularmente reverenciado. Celebráronse, pues, á instancias de Fr. Reinoso estas magníficas funciones, que duraron por espacio de ocho dias, en todos los cuales predicó sobre tan altísimo misterio, con la notable circunstancia de que siendo uno mismo el asunto, cada sermon fué enteramente diverso, lo que no dejó de causar profunda admiracion á los oyentes, admirándoles más el oir, cuando ya se creia apurada la materia, otro nuevo sermon sobre el mismo tema, en el magnífico templo de San Juan de los Reyes de la seráfica Orden. Todos estos sermones fueron impresos para que quedase perpétua la memoria de este pasmo de mística elocuencia, y cuyo amor á la Santísima Virgen, no dándose por satisfecho todavía, le hizo idear y construir el magnífico altar que se colocó en el paraje por donde habia de pasar la triunfal procesion de la augustísima Señora, con la que terminaron dichas fiestas. Lo mucho que trabajó este varon esclarecido en obsequio de la Santísima Trinidad, en honor de su amante madre María y por el bien espiritual de sus prójimos, no fué obstáculo para que se dedicase á escribir sobre otros muchos importantes asuntos. En el año 1610 dió á luz un libro titulado: *Fundacion de la esclavitud del Ave María en la órden de la Santísima Trinidad*, con un sumario *de la devocion de la purísima Reina de los Angeles y su santísimo nombre*. Contiene este libro un modo particular de rezar el Ave-María para asegurar la presencia de la Virgen en la hora de la muerte, y termina con un sermon predicado por dicho Padre en la primera funcion que celebraron los esclavos del dulcísimo nombre de María. Forma el libro un tomo en 8.°, y fué impreso en Madrid por Luis Sanchez el año 1623. Tambien empezó á escribir la admirable vida del V. Padre Simon de

Rojas, despues de su glorioso tránsito, pero dejó incompleta la obra escribiendo solamente veintinueve pliegos, porque sus muchas ocupaciones no le dieron lugar para más. En ella habla de muchas cosas y cita diferentes sucesos como testigo de vista, y al par que menciona las virtudes de aquel ejemplarísimo religioso, hace referencia de otros muchos que florecieron en sus tiempos. Lástima grande es que no la terminase para mayor honra y gloria de la religion Trinitaria, y para aumentar el inmortal renombre del personaje que motiva la historia. La provincia de Castilla tuvo formado tan alto concepto de las disposiciones del P. Reinoso, que se le encomendaban los más árduos negocios que en la Orden ocurrian. Manifestóse claramente esto con motivo de unos estatutos que se hicieron en el capítulo celebrado en el convento de nuestra Señora de las Virtudes, de la ciudad de Toledo, el dia 19 de Mayo del año 1612, en el que fué electo para provincial el Venerable Mtro. Fr. Domingo García, quien puesto de acuerdo con Fr. Manuel, y guiándose en todo por sus pareceres, formó varios importantes artículos, relativos á la más exacta observancia y crédito del santo hábito, pues en dicho año habia algunos conventos tan relajados que, deseosos de mayor libertad, tenian provinciales aparte; y los prelados, bajo pretexto de que los religiosos fuesen á pedir limosna, les consentian que anduviesen largas temporadas vagando por los pueblos sin freno ni sujecion y con escándalo notable. Tales abusos, que avergonzaban en alto grado á los que vivian en la estrecha observancia, dieron lugar á la convocacion del mencionado capítulo, en que el P. Reinoso, con su modestia y sabiduría, logró atajar gran parte de aquellos daños. Hechos, pues, los estatutos, que habian de evitarlos en lo sucesivo, acordóse someterlos á la aprobacion del Rdo. P. General de la Orden, diputando al P. Reinoso para que personalmente pasase á Roma á tratar con el cabeza de la religion, enterándole muy por menor de lo que ocurria en la Orden, á fin de que obligase á los relajados á observar cumplidamente sus deberes. Investido de tan honorífico encargo, pasó Fr. Reinoso á la ciudad eterna, morada del vicario de Dios, y asiento por entónces del P. General de la Orden Trinitaria. Dióle á éste cuenta detenida de su comision, y fué tan favorablemente oida y despachada, que merced á su feliz iniciativa se tomaron los acuerdos y se fijaron las reglas convenientes para que no volvieran á repetirse los males pasados, remediándose los presentes, y evitándose no pocos para lo futuro, quedando puesta la religion en el alto y decoroso lugar que le correspondia. Permaneció en Roma algun tiempo el venerable siervo de Dios, y como no tenia otro fin ni otro anhelo que el mayor brillo y esplendor de la Orden, solicitó humildemente de la suprema autoridad del Pontífice varias gracias encaminadas al mayor beneficio temporal y espiritual de la mencionada Orden. A instancias suyas Su

Santidad Gregorio XV despachó un breve en que prohibia al P. General dar grados de gracia á individuos que no los merecian, de cuyo abuso se ocasionaba una notable confusion y desórden, principalmente en las provincias de España y de Italia. Este breve lleva la fecha de 12 de Octubre de 1621, y en el capítulo general celebrado por la Orden en 1624 fué admitido, imprimiéndole y haciéndole circular para su mejor observancia. Cumplido el término que se le concediera á Fr. Manuel para desempeñar en Roma el cargo de procurador general, trató de regresar á su patria. Hizo el viaje por tierra, viniendo en compañía de dos religiosos, uno de S. Francisco y el otro de Sto. Domingo. Pasaron por Francia al tiempo que esta nacion se hallaba agitada y conmovida con las luchas políticas y religiosas, que la debilidad del Rey y los esfuerzos de la herejía mantuvieron por un espacio indefinido de años, y como todo el país se hallaba en armas, cayeron los Padres en manos de una tropa de herejes calvinistas. El fanatismo de estos sectarios llegaba el extremo de considerar que era una accion meritoria el atraer á sus falsas creencias el mayor número de prosélitos, y señaladamente si estos pertenecian al estado religioso. Detuvieron por lo tanto á los Padres con el pernicioso fin de hacerles prevaricar de la religion católica, no perdonando medio ni fatiga para conseguirlo. Desecharon los Padres cuantas proposiciones les hicieron, rebatiendo con firmeza los sutiles argumentos de aquellos herejes fanáticos, de los que el más ínfimo soldado, creyéndose inspirado con la divina gracia, sostenia graves cuestiones y disputas sobre los más importantes puntos del dogma con los religiosos, que fortalecidos con el ánimo que les prestaba la verdadera fe y la conviccion de que servian al Altísimo, aniquilaban y destruian cuanto edificaban los furiosos enemigos de la romana Iglesia. Viendo los calvinistas que no obtenian de los católicos otra cosa que repulsas y desprecios; viendo que las palabras no producian ningun satisfactorio resultado, acudieron á las obras, mortificándoles con las crueles penas que les dictaba su malicia. Encerráronles en una prision húmeda y estrecha, no dándoles ni áun una estera que les sirviese de lecho en que poder reposar, viéndose por lo tanto precisados á descansar sobre el duro suelo. Su comida se reducia á una pequeña porcion de pan de cebada y á un jarro de agua, y áun esto se lo suministraban con el solo objeto de atormentarles por más tiempo, no teniendo á veces tan corto alivio diariamente; pues con mucha frecuencia se pasaban dos y tres dias sin que como á despreciables brutos les arrojáran al calabozo aquella miserable racion. Los religiosos como estaban acostumbrados á los rigores y privaciones de sus observantísimas órdenes, sufrian con paciencia todas sus penalidades, considerándolas enviadas por la mano superior; y únicamente sentian tener que alternar con otros presos, que, aunque católicos, eran al fin hombres

del siglo, resultando de aquel trato inconvenientes no pequeños. Pero todos logró vencerlos la suma constancia y la extremada caridad de nuestro evangélico Padre; pues haciendo á religiosos y seglares tiernas pláticas sobre la necesidad de conformarse con su suerte desgraciada, animábalos para sobrellevar con paciencia tal miseria y tanta angustia, y les infundia ánimo sobrado para padecer, tanto fervor para la oracion y tanta esperanza en la infinita misericordia de Dios, que en breve aquel inmundo calabozo en que apénas cabian de pié los presos, fué convertido en una mansion de paz y tranquilidad, hallándose dispuestos todos á perder la vida por Jesucristo y en defensa de la integridad de la fe. Admirados los herejes al ver tal constancia y fortaleza, y comprendiendo que no lograrian vencerlos por medio del rigor, acordaron atraerlos con blandura, y al efecto, cambiando de parecer y acudiendo otros nuevos ministros de la herejía, empezaron á halagar á los presos, afectando compadecerse de ellos, y creyendo que de este modo los atraerian hácia sus propósitos impíos. Para dar principio á su maquinacion les dispusieron una espléndida comida. Era dia de viernes, en que la Iglesia católica veda el uso de la carne; y los herejes, aconsejados de la infernal malicia, dispusieron toda clase de manjares prohibidos. Lleváronselos á la torre, y significándoles mucho afecto y compasion, les aseguraron que en adelante les tratarian con ménos rigor y como amigos verdaderos. Alumbrado el padre Reinoso con luz superior, conoció muy pronto lo que en aquellas caricias y fingida amistad se ocultaba, puesto que lo que intentaban primero era hacerles faltar, aprovechándose de su necesidad, á uno de los principales preceptos de la Iglesia. Armado de santo celo, empezó á exhortar á sus compañeros á fin de que no dieran crédito á aquellos disfrazados engaños, prefiriendo la muerte á la prevaricacion, pues es menor mal morir que faltar á Dios, aunque sea con apariencias de necesidad. Aunque la padecian tan grande, y aunque el incentivo de los suculentos manjares era demasiado para los que en muchos dias se alimentáran escasamente con pan y agua, el Padre, de acuerdo con los demás, arrojó las viandas por las ventanas de la torre para que las comiesen los perros, fiando su subsistencia á la misericordia divina, que por extraño y milagroso camino cuidó de proveer á ella. Temeroso el siervo de Dios de que por la continuacion de aquella penosa esclavitud llegáran algunos de los infelices cautivos á renegar de la fe, concibió una idea que sin duda alguna fué inspirada por la Divina Providencia, y que produjo el más satisfactorio resultado. Recordando que pertenecia á la órden de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos, juzgó que su piadoso instituto podia extender sus inmensos beneficios á los que vivian en la esclavitud en poder de los herejes, como los extiende á los cautivos que existen en tierra de moros; puesto que tan enemigos son unos como

otros del nombre católico y de los que siguen sus doctrinas. Hizo que llamasen al jefe que los tenia presos, y le suplicó fijase el precio de la libertad de todos los que allí se encontraban detenidos, ofreciéndose á ir á España y volver con la suma que estipulasen. Bien le pareció al hereje esta idea, convinieron en la suma que el Padre habia de entregar por los cautivos, y le dió licencia para que partiese á España en busca de los caudales. Despidióse Fr. Manuel de sus compañeros con amargas lágrimas, aunque llevando el consuelo de que los dejaba mejorados, pues como el ajuste del rescate se habia hecho por cabezas, temerosos los herejes de perder el importe de una sola, cuidaron desde aquel dia que sus cautivos no careciesen de nada y disfrutasen de mayor descanso. Antes de partir les hizo una larga y tierna plática á fin de que no desmayáran en la perseverancia de la fe, asegurándoles que mediante la voluntad de Dios y su divino auxilio se verian muy pronto libres y al lado de sus familias. Partió con la mayor diligencia, y sin obstáculo alguno llegó al convento de Madrid, en el que dejó absortos y admirados no solo á los religiosos, sino tambien á cuantos pudieron oirle cuando les dió noticias de lo que habia sucedido. Lleno de caridad, y no olvidándose, aunque estaba libre, de los que yacian en la esclavitud, deseoso de romper sus cadenas, empezó á practicar todas las diligencias conducentes al fin que se habia propuesto, y parte con los caudales que la Orden tiene destinados para la redencion de cautivos, parte con las limosnas que le facilitaron algunas caritativas personas, reunió lo necesario para verificar aquella redencion de nuevo género. El P. Reinoso, semejante al Régulo de la antigua edad, y no sabiendo si sus enemigos guardarian la fe de la palabra, volvió sin el más leve temor á colocarse entre sus manos, alentado siempre por la divina fuerza que ardia en su corazon. Llegó á Francia con la mayor brevedad, y entregando los caudales que llevaba, tuvo la satisfaccion de ver que el hereje se daba por contento, poniendo inmediatamente en libertad á sus cautivos. Quedáronse en Francia los naturales de aquel país, y Fr. Manuel y los dos religiosos tornaron á España, dando mil gracias á Dios que por tan raro camino les habia sacado de aquella situacion miserable. No obstante el triste efecto que ocasionó al P. Reinoso aquel viaje, no obstante los peligros que corriera y la necesidad en que por todos conceptos se habia visto, dióse por contento y satisfecho, puesto que habia conseguido el objeto principal que motivára su salida de España, y ofrecióse con mucho gusto á repetirla siempre que la santa obediencia ó las necesidades de la Orden lo exigiesen. Sobrevino en esto el dia 27 de Setiembre de 1624 la gloriosa muerte del venerable siervo de Dios Fr. Simon de Rojas, honra y lustre de la órden de la Santísima Trinidad; y como era tan grande la fama de santidad que este religioso tuviera en vida, fama que despues de su muerte

quedó confirmada por la multitud de milagros que el Señor obrára por la intercesion de sus méritos, fué tambien muy grande el devoto tumulto que se levantó, no solo por parte del pueblo, sino tambien por la nobleza, alto clero y hasta las personas reales, solicitando fuese declarado santo. El nuncio de Su Santidad, ante quien se hicieron las primeras diligencias, lleno de admiracion y de entusiasmo en vista de aquel universal deseo, de aquel uniforme clamor, no pudo ménos de decir: «¡Oh! Si nuestro señor el Sumo Pontífice viese lo que nosotros estamos viendo, no tengo duda que inmediatamente pondria sobre los altares á este siervo de Dios para que todos le adorásemos.» Con tan buen precedente la órden de la Santísima Trinidad determinó acudir al mencionado nuncio, que á la sazon era Mr. Julio Sachetti, pidiéndole se sirviera mandar abrir las informaciones sobre la vida y milagros del reverendo Simon. Admitió el nuncio con el mayor placer la propuesta, y abrió el expediente, el cual se concluyó con toda felicidad; y cerrado y sellado como es costumbre, fué entregado á Fr. Manuel Reinoso, que nuevamente tuvo el honor de ser comisionado para pasar á Roma, en representacion de la Orden, á dar principio á las diligencias de la beatificacion, y activarlas con su acostumbrado celo y eficacia. No se creyó hallar sujeto más á propósito para este negocio tan árduo, puesto que nadie como él reunia la actividad, el talento, la buena fe y el entusiasmo, concurriendo además las circunstancias de conocer prácticamente á Roma, y de tener buena correspondencia con todos los individuos de la Curia pontificia, que le estimaban infinito por su ilustracion y sus virtudes. Activó el negocio cuanto le fué posible, y haciéndose buen lugar con su elocuencia y desinteresados servicios entre los miembros de la Congregacion del Indice, la de Ritos y la del Santo Oficio, logró que Su Santidad, informado brevemente, mandase despachar el rótulo para que se hiciesen nuevas informaciones de las virtudes y milagros del siervo de Dios, ratificándose los testigos de la anteriormente hecha ante la autoridad ordinaria eclesiástica, y que se nombráran otros para obtener mayor número de declaraciones en la que se mandaba practicar. El rótulo despachado por Su Santidad para ampliar las informaciones es del tenor siguiente, y juzgamos muy conveniente transcribirle aquí, puesto que no se halla consignado en las vidas que del venerable Padre corren impresas, y porque demuestran cuán grande era la estimacion que la Santa Sede profesaba á nuestro Santo y el recto juicio que de él habia formado.—«Rótulo. El siervo de Dios, Mtro. Fr. Simon de Rojas, español de nacion, amante fervoroso de la Virgen María, á quien reverenció trayendo continuamente su sacratísimo nombre en el corazon y la boca, fué un vaso escogido de Dios, y el primero que instituyó el rosario blanco con cinta azul en honor y reverencia de la Inmaculada Concepcion de la Santi-

sima Virgen. Ciñóle la Madre de Dios con un cíngulo purísimo, á fin de que guardase perpétua virginidad. Fué muy continuo en la oracion y contemplacion, de grandísima austeridad y penitencia, admirable abstinencia y riguroso vencedor de sí mismo. Fué confesor de la reina Doña Isabel de Borbon, esposa augustísima del rey de las Españas Felipe IV, y perteneció á la órden de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos, de la que fué meritísimo provincial y vicario general en la provincia de Castilla.» Apénas llegó á Madrid la nueva del feliz despacho, fué tal el gozo y el agrado del Rey, que ordenó se publicára con toda solemnidad el rótulo en la corte, acudiendo á la funcion los obispos, los grandes de España, las autoridades, tribunales y corporaciones. Presentóse la numerosa comunidad trinitaria montada en mulas, con más aparato y esplendor que cuando se publicaba una gran redencion, espectáculo de que no pueden formarse los tiempos modernos ni la más remota idea. Llevaba el rótulo mandado despachar por el Sumo Pontífice el docto y venerable maestro Fr. Manuel Reinoso, á quien conceptuaron digno de tan grande honra, no solo por su autoridad y sabiduría, sino tambien por haber sido el principal agente é instrumento de aquella fiesta por los bien acertados y convenientes pasos que dió en la Curia Romana para la pronta terminacion del asunto. Salió la procesion del Real convento de la Encarnacion, el cual habia sido fundado á instancias del venerable P. Rojas, y pasando por delante del Real palacio, en cuyo balcon principal se hallaban los reyes, dieron á estos el dulce consuelo de ser los primeros que saludáran la memoria del Santo, bendiciendo al Señor por lo bien que se dignaba premiar en la tierra los méritos del mismo. La procesion siguió su curso por las principales calles de la villa hasta llegar al convento de la Trinidad, sito en la de Atocha, cuyo edificio aún subsiste, y en su lonja esperaba ya la Real Congregacion del dulcísimo nombre de María, como la parte más interesada en que se diese á su ilustre fundador toda la honra y todo el aplauso debido, luciendo el brillante aparato de hachas, estandarte y demás objetos que se juzgaron convenientes para mayor lucimiento del acto. Entró la procesion en la iglesia, pasando despues á la sala del capítulo, donde estaban los jueces remisoriales nombrados por el Sumo Pontífice con los demás ministros. Entrególe las bulas cerradas y selladas el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Rafael Diaz de Cabrera, obispo de Mondoñedo, hijo de religion y ejemplo de las virtudes del venerable Simon de Rojas, y los jueces las abrieron leyendo su contenido, y aceptando la comision con el mayor gusto, concluyendo de este modo aquella solemne ceremonia, de la que acaso no se habrá vuelto á ver otra semejante en Madrid. Habiendo desempeñado con tanta exactitud y lucimiento como dejamos dicho el P. Reinoso cuanto S. M. le encomendára, no

quiso la religion tener ociosos sus talentos, y así, habiendo quedado vacante la plaza de ministro del Real convento de Burgos, pusieron los ojos en él para que fuese á gobernar la comunidad de aquella observantísima casa. Allanáronsele todas las dificultades que opuso, porque decia no hallarse apto para soportar y cumplir los importantes deberes de aquel cargo, y solo accedió cuando la fuerza de la obediencia, antorcha y luz que le guió en todos los pasos de su vida religiosa, le obligó á aceptar el nombramiento. No obstante, cuando el nuevo ministro se halló en lo que llamaba despues hermoso vergel de virtudes, se alegró infinito del cargo que le habian dado, porque nada encontró allí que corregir y enseñar, sino mucho, muchísimo que admirar y que aprender. Ocupándose en seguir los preceptos de la observancia, camino el más recto para conducir al goce de la bienaventuranza, y cuando ménos lo pensaba, no creyéndose hubiera en la corte quien en su ausencia se acordára de su humildísima persona, se halló sorprendido con un pliego de S. M., anunciándole su presentacion para el obispado de Nueva Segovia en las Islas Filipinas. Como no tenia parecer propio, ni se adheria nunca á otras ideas que á las de los superiores, aceptó la gracia, aunque juzgaba que no la merecia, como consultando ántes con los prelados lo que debia ejecutar. Como eran tan notorias sus virtudes y tan reconocido su mérito, tanto en aquel convento como en toda la provincia, así en la corte como fuera de ella, considerándole todos acreedor, no solo á la grandeza de una mitra, sino aunque fuese á la sublimidad de la tierra, mandáronle que aceptase; y para que á los siglos futuros quedase exacta memoria de los servicios que á la causa de la religion habia hecho, y por los cuales merecia aquella distincion tan honrosa, ordenáronle que escribiese una relacion sumaria de ellos para justificar su nombramiento, cuya relacion ó memorial es del tenor siguiente: «El maestro Fr. Manuel Reinoso, del órden de la Santísima Trinidad, Redencion de cautivos, ministro del convento de Burgos y definidor general de la Orden por tres veces, hace cuarenta y seis años que es religioso. Ha leido artes y teología en Toledo y en Alcalá. Ha sido ministro en Toledo y en Zamora por espacio de tres trienios, la santa Iglesia primada de las Españas; por su talento y erudicion fué concedida á la religion Trinitaria la facultad de predicar ocho sermones perpétuos, facultad que ántes no tenia. Fué por dos veces ministro de Valladolid. Ha sido visitador en las provincias de Andalucía y Aragon, y procurador general de la Orden en Roma. Volviendo de esta ciudad para España, sufrió cautividad entre los herejes de Francia, pasando en ella infinidad de trabajos. Por órden de S. M. C. y disposicion de sus prelados, volvió á Roma á tratar de la beatificacion de nuestro venerable P. Fr. Simon de Rojas, confesor de la Reina nuestra Señora, consiguiendo con su actividad y buenos oficios el pronto y feliz despacho del

rótulo para las informaciones. Fué de los primeros que escribieron en España en defensa de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, predicando en Toledo nueve dias consecutivos sobre este augustísimo misterio. Escribió otro libro del dulce nombre de la Reina esclarecida de la gloria. Es persona noble, cuyos padres, hermanos y demás parientes han servido y estan sirviendo á S. M. en honoríficos puestos del estado y de la milicia, etc. etc. «Satisfecho el Padre provincial de la obediencia de Fr. Reinoso, mandó despacharle la licencia para la admision del obispado en los términos siguientes. «El maestro Fr. Baltasar de Buitrago, ministro provincial de esta de Castilla, de Leon, Navarra, etc. Atendiendo á la merced que S. M. ha hecho al padre Mtro. Fr. Manuel Reinoso, definidor mayor de provincia, y ministro actual de nuestro Real convento de Burgos, dándole para mayor honra de nuestra religion el obispado de Nueva Segovia, honrando y premiando sus buenas prendas y letras: por lo tanto, y por las presentes, damos licencia á dicho Padre maestro para que pueda aceptar y acepte el obispado de la Nueva Segovia, encargándole por las entrañas de Cristo que el buen ejemplo que en la religion ha dado y guardado siempre, lo continue con el buen celo y fama de su acostumbrada caridad y religion. Dada en nuestro convento de la Fuensanta, en 25 de Marzo de 1631, firmada de nuestro nombre, sellada con el de nuestro oficio, y refrendada por nuestro secretario.—*Fr. Baltasar de Buitrago*, Ministro provincial y Vicario general.—*Fr. Andrés de Toledo*, Secretario. «Cuando llegó á Roma la noticia de la presentacion y aceptacion del obispado, sintióse en gran manera, porque las relevantes prendas y clásicas virtudes del P. Reinoso no eran para destinadas entre bárbaros infieles, pero como su fin principal, al admitir aquel cargo, no fué atender á sus conveniencias propias, sino por la mayor gloria y servicio de Dios al mismo tiempo que para la mayor felicidad de sus prójimos, y para enseñarlos y conducirlos por el camino de la fe, prescindió de todas consideraciones, de todo miramiento, y no reparó en obstáculos y en peligros. Así lo manifestó al tiempo de despedirse á un amado discípulo suyo, que se quejaba de que hubiese consentido en hacer tan largo viaje, é ir á morar á unas regiones de las que acaso nunca volveria, para darle el sumo placer de verle. Bien sé, hijo mio, que voy á morir, respondió el siervo de Dios; á trueque de convertir algunas almas en aquellas remotas tierras, daré por bien empleado cuanto en el camino padeciese. Además, morir allá ó morir aquí todo es uno, porque no está el cielo más léjos de una parte que de otra; y si yo hiciera á Dios el servicio de ganarle muchas almas moriré satisfecho y consolado. Mucho agradeció el Eterno aquellas señales de su resignacion y de su obediencia, y trató de premiarle, llevándole para sí ántes de que tocára, ó mejor dicho, ántes que emprendiese su viaje. Partió á Sevilla, y cuando se

hallaba esperando la nave que debia conducirle á su destino, fué atacado de una grave enfermedad que le puso en último extremo. Tuvo el consuelo de verse asistido por los religiosos de su Orden, y recibió los últimos sacramentos con toda la ternura y edificacion tan propias de su carácter religioso y de sus evangélicas virtudes; y haciendo amorosos actos de fe y de esperanza, voló su justificada alma al cielo el dia 23 de Julio del año 1632. Extremado fué el sentimiento que su muerte ocasionó á sus amigos y conocidos; pero el que causó su pérdida á su amada provincia de Castilla excede á toda ponderacion. Su santo cuerpo fué sepultado en la iglesia del convento de Trinitarios de la mencionada ciudad de Sevilla, asistiendo á su funeral todo el alto clero y lo más distinguido de la nobleza; conocióse la predileccion con que el Señor miraba á su siervo, en que despues de algunos años, habiéndose abierto su sepulcro, se halló incorrupto su cadaver, permaneciendo muchos años en tan privilegiada situacion.—M. B.

REINUCIO DE BRANDEBRUG (Félix), aleman de los reformados de la provincia del Tirol, hombre de los más doctos, escribió un libro con el título de la *Sabiduría Franciscana*, que distribuyó en seis libros de los cuales el primero, escrito en latin, que le llamó *Solonem Franciscanum*, demuestra que la religion Franciscana se difundió sábia y maravillosamente por el orbe, y enumera las hazañas que ejecutó en ambas Indias, Oriental y Occidental. De esta obra se valió Fr. Patricio Dufio en su *B. Alberto de Samano*, fólio 97. En la segunda, que tambien escribió en latin, y á la que dió el nombre de *Biautem Franciscanum*, refiere los actos de los sumos pontífices de esta religion. Se dió á luz en Ottigen, en 1650, en 12.°, segun vió Alba, columna 401 de su Milicia. En la tercera parte enumera los emperadores revestidos segun alguna regla de la religion franciscana, y refiere sus acciones en lengua alemana, especialmente de aquellos que fueron de la casa de Austria. En la cuarta parte, escrita en latin, trata de los hechos practicados con sabiduría por los reyes españoles y franceses, y sus hijos que abrazaron la religion franciscana. En la quinta, en lengua alemana, refiere las acciones de otros reyes y sus hijos que abrazaron la religion franciscana. En la sexta, en lengua alemana, manifiesta la conformidad de la religion franciscana con la católica. Finalmente, fué predicador áulico del Serenísimo Señor Fernando Cárlos, y definidor de su provincia. Compuso en latin *Descriptionem suæ provincie Tirolis*, ó sea la descripcion de su provincia del Tirol, que estaba manuscrita en el archivo de la Orden y que el Padre S. Antonio vió en Madrid.—M. N. y S.

REISCH (Jorge). Este filólogo del siglo XVI, fué prior de la cartuja de Friburgo, y confesor del emperador Maximiliano. Dejó escrita una obra que, segun Gustavo Brenet, puede considerarse en ese gran número de li-

bros que no se leen ya, pero que manifiestan un vasto saber: esta obra lleva el nombre de *Margarita filosófica*, y está dividida en doce libros en forma de diálogo. El fin del autor al escribir esta obra, segun él mismo dice en ella, fué exponer los principios de toda la filosofía racional y moral, y de ella resulta una especie de Enciclopedia, en la que se advierte, entre otras cosas, todas las ideas sobre las que está basado el sistema de Gall con respecto á las funciones del cerebro. El quinto libro es digno de la atencion de los aficionados á los escritos sobre la música antigua, encontrándose en él diez y nueve capítulos de música especulativa, y trece de música práctica. La primera publicacion de la *Margarita* apareció sin indicacion alguna de fecha ni lugar, pero consta fué impresa en Heidelberg en 1496. Despues se han hecho reimpresiones en Estrasburgo, en 1508 y 1512, y Friburgo en 1503, lo que manifiesta el mucho éxito que en su época tuvo esta obra que hoy se desdeña. Estas ediciones estan ilustradas con viñetas grabadas en madera intercaladas en el texto, entre las que las hay de algun mérito en el dibujo. La última edicion se hizo en Basilea en 1535 con adiciones de Orencio Finé. Sacándose de esta obra lo concerniente á la Geometría, se publicó este extracto en Paris con el título *Ars metiendi, seu Geometriæ liber ex G. Reischii Margarita*, cuya obra fué muy bien acogida entónces por los matemáticos. —C.

REISACH (Cárlos). Nació en Roth en 1800, fué arzobispo de Munich, cuyo cargo dimitió, habiendo sido nombrado cardenal en 1855. Su eminencia residia en Roma en 1857, sin que haya llegado á nuestra noticia ningun hecho que pueda ilustrar su biografía. —M. N. y S.

REIT (Hermano Melchor), de la Compañía de Jesus. Este virtuoso y jóven religioso, que obedeciendo á las circunstancias y á sus superiores, asistió con el mayor celo y caridad á los contagiados en la mortífera epidemia que asoló la Hungria y la Bohemia en el año 1649, fué igualmente víctima de la peste, sacrificándose por sus prójimos, y asistiéndolos constantemente de dia y noche con el mayor cariño y solicitud. Fué nombrado coadjutor temporal en el hospital de Bruna, de cuyo establecimiento salió ileso, á pesar de su asiduidad y esmero con los enfermos, pero despues acudió al hospital de Praga á servir de enfermero, siendo y dando ejemplo á los demás, pues no duraron sus caritativas ocupaciones más que seis semanas, pues invadido del padecimiento con la mayor violencia, sucumbió á su accion destructora el 21 de Agosto del mismo año, siendo de veintinueve años de edad y llevando siete en la Compañía. —A. L.

REITANO (Juan), italiano mesinense, conocido en Italia por *Joanini* en razon de su pequeña estatura, eclesiástico celebérrimo que en la provincia siciliana de los frailes Menores conventuales desempeñó los cargos de definidor y

consultor del Santo Oficio. Publicó en italiano la *Oracion fúnebre en las exequias de Felipe IV, rey de España*, impresa en Trani, en 8.°, en 1665.—*Panegírico en la solemnidad de la Ascension del Señor, y las epístolas de la Virgen á los mesinenses*; en 1669, en 4.°, Nápoles en casa de Andrés Colichiam.—*Sermones panegíricos de Sto. Domingo, S. Juan Bautista, S. Conrado, Santa Rosalía y S. Agustin*; publicados con separacion en Florencia y Palermo. *Oracion fúnebre por la muerte de César Marulo*, marqués de Condagusta, salió á luz en Cossenza en casa de Juan Bautista Sufpan, año 1666, en 4.°—*Discurso académico sobre la ruina de los turcos*; en Venecia, en 1665, en 4.°, por Francisco Valvense.—*Oracion panegírica de la corte de la Reina de los Angeles*; impresa en 4.°, en Monteleon, en casa de Antonio Ferro, 1668. Murió el año 1693. Le alaba muchísimo Antonio Mongitore en el tomo I de la *Biblioteca Siciliana*.—M. N. y S.

REJA (Juan), de Valencia, español. De la más estrecha observancia de los Descalzos, profesor de sagrada teología en la provincia de S. Gabriel; en su lengua patria publicó la erudita *Oracion fúnebre* en las exequias del R. P. Fr. Juan Duran del Montijo, segunda vez padre y definidor general de la Orden. Imprimióse en Madrid, en 4.°, en 1731.—M. N. y S.

RELATE (Fr. Nazario de), religioso capuchino lego de la provincia de Helvecia, que ilustró con sus virtudes. Fué compañero de los Padres italianos que fundaron los primeros conventos de este país, y con su ejemplo fué tanta su modestia, compostura, inocencia de vida, caridad y celo por la disciplina regular, que mereció se le mirase como uno de sus más fidelísimos operarios. Amante del retiro y de la soledad, no trataba con seglares ni religiosos sino en las funciones públicas, empleándose constantemente en la oracion, meditacion ó en los trabajos propios de su clase, que adelantaban de una manera admirable con grande beneficio, no solo de los religiosos sino tambien de los pobres, á quienes socorria con abundantes limosnas. Preguntándole un dia un compañero suyo, que era jóven y se hallaba bajo su direccion, cómo tenian tan buen resultado sus trabajos, le contestó: «Ningun trato ni comunicacion tengas con seglares, sé muy breve y preciso con los religiosos, no esperes á quien te ayude, y así lograrás tanto fruto que te deje admirado.» Lo agradable que era á Dios el trabajo de su siervo en el silencio y en la oracion se manifestó en diferentes milagros que refiere la crónica detalladamente. Terminado el dia y con él sus tareas, se postraba Fr. Nazario á los pies de Jesucristo entregándose á la oracion y contemplacion en suavísimo reposo, consagrando á este ejercicio muchas horas más de las prescritas en la regla de su religion, lo que practicó toda su vida, quedándose en oracion despues de maitines sin volver á su celda, teniendo dulces coloquios con el Señor crucificado, llorando sus

culpas y perseverando en implorar la misericordia del Señor hasta el dia siguiente que volvia á sus trabajos. A pesar de sus grandes fatigas corporales era tanta su abstinencia, que en el espacio de quince años no tomó alimento más que una vez al dia, y esto escaso y pobre; no gastaba sandalias ni áun en lo más riguroso del invierno, andando con los pies desnudos por la nieve. Cubria su cuerpo una sencilla y áspera túnica vieja, que no cambió ni áun en sus últimos años, pues á los cuarenta y nueve de religion maceraba su carne y mortificaba sus sentidos lo mismo que en su juventud, muriendo entre tantos rigores y en la mejor opinion en Ukrania en 1619.—S. B.

RELIGIANO, obispo, conocido por haber tomado parte en el suceso siguiente, que se refiere en la vida de S. Agustin. Severo, obispo de Milevo, que murió á principios del año 426, habia designado ántes de su muerte al que deseaba tener por sucesor. Pero en vez de comunicar su designio al pueblo, como debia haberlo hecho, se contentó solamente con participárselo á su clero. Esta falta hizo temer despues de la muerte de Severo que hubiese alguna turbacion entre el pueblo, lo que obligó al clero de Milevo á suplicar á S. Agustin fuese á evitarlo. En efecto, algunos del pueblo se habian manifestado descontentos porque Severo se habia designado sucesor sin consultarlos; pero cuando se le dieron á conocer, le recibieron voluntariamente, y fué consagrado por consentimiento unánime. Este suceso hizo reflexionar á S. Agustin sobre las turbaciones de que habia visto agitadas á las otras iglesias despues de la muerte de sus obispos por la ambicion de los unos y el espíritu revoltoso de los otros. Tomó, pues, el partido de proveer á la tranquilidad de la suya, nombrando al que debia sucederle. Su elegido se llamaba Heraclio, y era el último de los sacerdotes de Hipona, pero de una virtud tan acrisolada, que el pueblo que la conocia le hubiese preferido á todos los demás. El sábado 27 de Setiembre de 426 suplicó S. Agustin al pueblo de Hipona se reuniese al dia siguiente en la iglesia de la Paz, porque tenia que comunicarle un asunto importante. Se presentó en el templo con otros dos obispos, Religiano y Martiniano; y siete sacerdotes, Saturnino, Leporio, Bernabé, Fortuniano, Rústico, Lázaro y Eraclio. No pronunció su discurso de costumbre, comprendiendo bien que la impaciencia de saber lo que habia prometido decir, impediria el que se prestase atencion á sus palabras. Yendo pues al hecho, declaró que su voluntad, que creia ser la de Dios, era que fuese su sucesor el sacerdote Heraclio. El pueblo le aceptó con grandes aclamaciones de alegría, y cuando volvió á reinar el silencio, añadió S. Agustin: No necesito extenderme en elogio suyo, me agrada su ciencia y no ménos su modestia, basta con que le conozcais y con que yo quiera lo que vosotros querais. Los notarios de la Iglesia que se hallaban presentes, escribieron las palabras de S. Agustin y las aclamaciones del pueblo para la autenticidad

del acto, suscribiendo el pueblo con nuevas aclamaciones. S. Agustin los exhortó despues á unirse á él para pedir á Dios confirmase lo que habia hecho él mismo con ellos, y para pedirle que tuviese á bien conservar á Heraclio la vida y la salud con una reputacion sin mancha. S. Agustin tenia á la sazon la edad de setenta y dos años; al declarar á Heraclio sucesor suyo, le dejó en la órden del sacerdocio, mirando como una falta el haber él mismo sido consagrado obispo en vida de su antecesor Valerio, y ocupado la silla episcopal con él contra las disposiciones del concilio de Nicea. Se descargó, sin embargo, en Heraclio de todo el peso de sus ocupaciones, suplicando al pueblo se dirigiese á él en todos los negocios que acaeciesen. Cuando tenga necesidad de mis consejos, añadió S. Agustin, no se los negaré. No pretendo, sin embargo, entregarme á la ociosidad el tiempo que me queda de vida, sino al estudio de la Sagrada Escritura de que mis hermanos los obispos han tenido á bien encargarme en los dos concilios de Numidia y de Cartago.—S. B.

RELIGION. Siendo esta obra religiosa y el Panteon, por decirlo así, de los hombres ilustres de la comunion católica, de los grandes Santos, de los Padres de la Iglesia y de sus esclarecidos pontífices, príncipes y ministros; y dándose en ella cuenta, siquiera por incidencia, de todas las religiones conocidas, de todas las virtudes y errores religiosos, y de todas las sectas que se separan de la verdad ortodoxa, creemos nosotros debiera haberse empezado por hablar de la religion en general, y de la diversidad de creencias en que se halla dividida la humanidad, y cuyas aberraciones dan á conocer más y más la verdad del catolicismo y la falsedad de cuantos sistemas religiosos se separan de él. Empero como los que empezaron la *Biografía Universal*, que tenemos la honra de continuar, no lo tuviesen por conveniente á su propósito, y nosotros sí al nuestro, vamos á dar en este lugar cabida á este artículo, que no creemos fuera de propósito en esta obra, á fin de que los lectores no tengan que buscar en otra parte, cuando deseen enterarse de la diversidad de religiones de que en ella se hace frecuentemente mencion, lo que pueden encontrar unido á los artículos que exciten su curiosidad sobre este particular. Y nos es tanto más grata esta tarea, cuanto que además de llenar un vacío que creemos encontrar en ella, y que no podrán ménos de agradecernos algunos de los lectores, no tenemos que hacer un trabajo nuevo, sino repetir aquí el que tenemos publicado al final de nuestro *Memorandum Historial*, publicado en 8.° en el año 1858 para nuestros discípulos en la Escuela Normal Central, seminario de maestros de primera enseñanza del Reino, que hace años tenemos el honor de dirigir, si bien haremos en este artículo algunos aumentos, enmiendas y aclaraciones para que sea en lo posible más completo nuestro trabajo.

Como dice Moreri en su *Gran Diccionario histórico y geográfico* al tratar de este punto en vista de lo que ántes de él habian ya dicho otros autores, Religion es el culto que se rinde á Dios legítimamente, accion opuesta á la impiedad que no reconoce ni adora á Dios, á la supersticion que le honra de una manera que no conviene á su divinidad, y á la idolatría que da culto á los falsos dioses. Aun cuando el nombre de Religion solo conviene con propiedad al culto legítimo del verdadero Dios, se le da tambien al de los ídolos y falsos dioses, al ilegítimo como lo es el mahometismo y el de las diversas herejías. Como veremos en el cuadro de todas las religiones, que vamos á dar en este artículo, la primera y la verdadera es la cristiana, las otras son las de los judíos, los mahometanos y los idólatras. La cristiana se divide en la católica y en las de las herejías; las demás expresadas se dividen tambien en muchas sectas como vamos á ver respecto á este particular.

Europa. Roma, que fué en otros tiempos la silla del idólatra pueblo romano, llamado por su colosal poder el pueblo rey, es al presente la silla de la religion católica, que es la que profesa toda la Italia, si bien permite por razones particulares que vivan en ella y en los dominios de la Iglesia algunos judíos, los cuales fueron lanzados de la ciudad llamada Giudezza en tiempo de la república de Venecia. Los cismáticos griegos y albaneses estan tolerados en el reino de Nápoles hace mucho tiempo, y hoy por el sistema que la rige, puede decirse que todas las religiones tienen su asiento en este reino, particularmente desde que lanzando la revolucion hace tres años á la dinastía de Borbon que reinaba en esta nacion, ha perdido su autonomía y venido á ser una provincia del Piamonte, cuyo rey Victor Manuel se ha apoderado de todos los tronos de Italia ayudado de la Francia, titulándose rey de Italia y amenazando destronar al Papa de su dominio temporal, cuyo atentado, si se consuma, no dejará de hacerle sentir el rigor de la justicia divina, que jamás deja impune al sacrílego que se atreve á llevar su osada mano para profanar el arca santa. Los sicilianos profesan la religion católica y un legado de la Santa Sede, ántes de la anarquía religiosa y civil en que hoy se hayan, juzgaba en última instancia sobre las cosas eclesiásticas. Católicos son los habitantes de la isla de Cerdeña consintiendo la tolerancia religiosa de los que no pertenecen á su comunion. En la isla de Malta, antemural antiguamente contra los mahometanos, no se toleraba más religion que la católica; pero subyugada hoy por los ingleses, el protestantismo domina, y las demás religiones nada tienen que temer de un país que ántes las rechazaba y perseguia. La Dalmacia, poseida por los venecianos y por los turcos, las religiones cristiana y mahometana se dividen el contingente de sus naturales. Ragusa es católica y tiene un arzobispo, pero paga su tributo á

los sarracenos. Los naturales de la isla de Corfú son cristianos y siguen el rito griego cismático. La isla de Candía profesa la religion católica, la cismática y la hebrea. Portugal es católico; pero ha admitido la libertad de cultos. La Francia es católica enteramente desde que Luis *el Católico* hizo derribar todos los templos del calvinismo y revocó en 1685 el célebre edicto de Nantes; pero consiente la libertad de cultos. Solo España es la que conserva por fortuna nuestra en Europa la unidad católica, lo cual nos ha valido mucho en varias ocasiones críticas, y nos valdrá miéntras la conservemos, por más que nos compadezcan por ignorantes y nos denosten por intolerantes los demás pueblos que admitieron y viven en la anarquía religiosa. En España no se permite el culto público de ninguna religion, porque la católica es la única y verdadera consignada por ley y por la voluntad nacional y piedad de sus hijos en el código fundamental; pero si bien en lo antiguo el tribunal del Santo Oficio persiguió con indiscreto celo, segun algunos autores, y con encarnizamiento segun otros, á los que no profesaban el catolicismo, hoy no se persigue á nadie por diferir en religion, con tal que no ofenda á la nuestra públicamente con sus actos, palabras ú escritos, ni practique en público los ritos de su religion contraria á la nuestra; razon por la que no temen ya avecindarse en España los miembros de cualquiera de las religiones conocidas, incluso los mahometanos, que con sus trajes peculiares circulan, sin que nadie les insulte ni persiga, por nuestras poblaciones. En los Países Bajos, que dependen ó han dependido de Francia, la religion dominante es la católica; en Holanda lo es la calvinista, pero se tolera á los católicos y á los demás protestantes. De los trece cantones de que se compone la Suiza, hay cinco católicos, que son: Uri, Schwiz, Underwald, Lucerna y Zug; el canton de Soléure es casi todo católico; Zurich, Berna, Basilea y Schafusa son calvinistas; y Friburgo, Glaris y Appenzel son en parte católicos y en parte calvinistas. Sus aliados de Vales son calvinistas en parte, el país de los Grisones de católicos y calvinistas, y la Valtelina toda católica. La Alemania está dividida casi en tantas religiones y sectas como príncipes, estados y ciudades libres tiene el imperio; pero despues de la católica que es la de la corte, las tres principales son el luteranismo, el calvinismo y el anabaptista, siendo la primera de estas sectas la más autorizada y numerosa. El calvinismo impera principalmente en ambos Palatinados, en el país de Hesse, en el ducado de Witemberg, y en las ciudades Anseáticas; y el anabaptista, que se extendió en otro tiempo por el Austria y por Baviera, solo se ha podido sostener en las cercanías de Holanda. Dos son las clases de luteranos de Alemania, los puritanos y los confesionistas ó protestantes. Fué tan grande la division en religion en la parte de la Hungría á consecuencia de las muchas guerras civiles y extranjeras que ha experimentado, que

además de las religiones católica y luterana que imperan en esta antigua nacion, áun se observan restos del arrianismo. El antiguo reino de Polonia, que hoy hace tan heróicos esfuerzos por lograr su independencia, volver á reconquistar su autonomía y librarse del pesado yugo con que le oprime Rusia y demás potencias entre quienes le dividió la iniquidad á principios de este siglo, es católico, pero desde ántes de perder su independencia tolera á los calvinistas y á los luteranos, especialmente en la Baja Polonia, en la Lithuania y en las cercanías de Lublin. La Prusia y la Livonia son luteranas hácia el mar Báltico, y lo propio las provincias que confinan con la Hungría, la Moravia y la Silesia; pero las que se hallan hacia el Mediodía y al Oriente siguen, en su mayor parte, la religion cismática de los griegos. La Transilvania está llena de luteranos, calvinistas y de unitarios, siendo la católica la que cuenta allí ménos prosélitos entre todas las religiones que estan en ejercicio. La Suecia y la Dinamarca son naciones enteramente luteranas, que profesan la confesion de Augsburgo. La Inglaterra, que comprende la Escocia y la Irlanda, tiene por religion dominante el protestantismo en su secta llamada anglicana, que admite muchas dignidades eclesiásticas y muchas ceremonias conformes á la Iglesia romana; pero tolera á los puritanos, presbiterianos, independientes, anabaptistas y á los cuákeros ó temblones. El rey Jacobo II, que profesaba la religion católica, quiso permitir no solo el libre ejercicio de esta, sino de todas las demás por la declaracion pública que hizo en 1687 y en Mayo de 1688, pero no tuvo efecto. Los rusos ó moscovitas siguen la religion cristiana de los cismáticos griegos, y aunque tienen un patriarca en Moscow, reconocen la Iglesia de Constantinopla. Los marduas, que ocupan las fronteras de la Moscovia, hacen uso de la circuncision como los judíos y los turcos; sin embargo de que no siguen su religion, ni son cristianos ni idólatras, viven segun la ley natural, y adoran un solo Dios creador del universo, al que ofrecen las primicias de cuanto recolectan arrojándolo hácia el cielo. Los tártaros profesan el mahometismo; pero mediante un tributo que les hacen pagar, permiten el ejercicio de sus religiones á los católicos y á los judíos. En Turquía impera la religion de Mahoma, pero se permite en muchos puntos del imperio á los cristianos y á los judíos, que sufren no pocas vejaciones de estos fanáticos, que suelen degollarles en masa frecuentemente, como ha sucedido en estos últimos años en varias partes, siendo en este imperio en gran número los griegos cismáticos que obedecen al patriarca de Constantinopla, cuya jurisdiccion se extiende al Asia Menor y á la Anatolia. Por el cuadro que acabamos de bosquejar, hemos visto la diversidad de creencias en que se halla dividida la culta Europa, entre cuyos pueblos solo España conserva la unidad religiosa y la verdadera religion dada por Jesucristo, que la confirmó y selló con su sangre en el calvario, y

que fué despues predicada y enseñada por los apóstoles y afianzada por millares de mártires y confesores.

Asia. Siguiendo nuestra tarea con el auxilio de las memorias históricas á que se refiere Moreri y á las investigaciones de otros autores, empezaremos este nuestro segundo cuadro por la Turquía Asiática. En este país la religion mahometana es la dominante, pero se toleran en él otras como en la Turquía Europea. Los cismáticos griegos tienen en él dos patriarcas, uno en Antioquía y otro en Jerusalen, pero los cristianos armenios, los georgianos, los nestorianos, los jacobitas y los maronitas estan sometidos á la Iglesia católica romana. Tambien hay en el imperio cristianos católicos, sabeenses, coptos y judíos. Los españoles, franceses y venecianos católicos estan asistidos por los religiosos de la órden de S. Francisco, que habitan por lo comun en Jerusalen y en Betlen: existe aún un pequeño pueblo, que vive con costumbres latinas entre los armenios. En Persia se profesa la religion de Mahoma segun la secta de Alí, diferente de la de Abubekre, Omar y Osman, que han preferido los turcos á la primera; pero los persas dejan en libertad de conciencia á todos los extranjeros de todas las religiones, razon por la que se ven en aquella nacion cristianos católicos, armenios, nestorianos, sabeenses, judíos y benjaus, ó sean sacerdotes indios, y otros idólatras. Obedece la Arabia al gran Señor y á príncipes mahometanos, que toleran á los cristianos, los cuales tienen en el monte Sinaí un célebre monasterio ocupado por monjes griegos de la órden de S. Basilio. El imperio del Mogol, en la India, está sometido á un príncipe mahometano de la secta de Alí, que es la de los persas, pero existen en sus estados gran número de idólatras, y como se permite allí el ejercicio de todas las religiones, hay tambien muchos católicos, abisinios y judíos. La península cercana al golfo de Bengala comprende porcion de reinos, la mayor parte idólatras: la pequeña isla de Goa pertenece á los católicos portugueses, razon por la que se ven en ella muchas iglesias y monasterios, estando sujetos á su arzobispo todos los demás obispos de las Indias Orientales; pero se toleran armenios, judíos, moros y sacerdotes indios, que viven conforme á sus respectivas religiones. Tambien se ven en esta isla muchos persas, árabes y abisinios, que siguen en parte la religion mahometana y en parte la cristiana. Los pueblos del reino de Calicut creen en un Dios creador del cielo y de la tierra, pero dicen que el diablo es el que gobierna el mundo, razon por la que le rinden culto con el nombre de *Demmo* y tienen además muchos falsos dioses, supersticiones idénticas á las que se practican en el reino de Narsingue, que está lleno de pagodas ó templos consagrados á los demonios. El rey de Golegónda sigue la religion de los persas, pero sus pueblos son idólatras. En la península opuesta al golfo, al Oriente, es un país completamente idólatra. Sus principales

reinos son: Siam, Tonquin, Laos y Pegú. El rey de Siam permite todas las religiones, inclinándose mucho á la cristiana. La península de Malaca es una dependencia de Siam, pero en su mayor parte pertenece á los holandeses, que consienten en su territorio la libertad de conciencia. En los reinos de Tonquin y de Laos hay muchos cristianos católicos, y en ellos predican los misioneros el Evangelio á pesar de lo que les persiguen los sacerdotes paganos llamados talapoinses. Está tan arraigada la idolatría en el Pegú, que pocos son los adelantos que la religion cristiana ha podido hacer en este país que rechaza todos los cultos extranjeros. A pesar de que los chinos son idólatras, permiten en el imperio el ejercicio de la religion cristiana hace mucho tiempo, y mucho más en la actualidad en que, á consecuencia de guerras con los europeos católicos, se han hecho tratados acerca de este particular, y así es que los jesuitas tienen allí muchas bellas iglesias y conventos: tambien tienen sinagogas los judíos. La Tartaria, sometida á muchos príncipes entre los que el más poderoso se llama el Gran Kan, sigue diversas religiones, y en especial la mahometana y la pagana, hallándose tambien muchos cristianos, nestorianos y judíos, que observan bien poco por cierto la ley de Moisés. La idolatría es la religion dominante en el Japon, y desde la persecucion de Tayco-Samas y de los que le sucedieron, á principios del siglo XVII, los cristianos no tienen ya iglesia como ántes. Las Islas Filipinas, como pertenecientes á España, tienen como religion del estado la católica, que se extiende cada vez más; pero se deja la libertad de conciencia á los naturales que son idólatras y á muchos indios y chinos. Las islas de la Sonda, llamadas Java y Sumatra, estan habitadas por idólatras; pero permiten á los mahometanos y á algunos cristianos, especialmente en los pueblos ocupados por los holandeses. A pesar de que la isla de Chipre está sometida al Imperio Turco, permite vivir en ella su gobierno en libertad de conciencia á los cristianos latinos, griegos, armenios, coptos y en cualquiera otras sectas, con tal de que paguen un tributo. Y en fin, la isla de Rodas está habitada por cristianos, griegos, turcos y judíos que ejercitan públicamente sus respectivas religiones.

Africa. La Berbería está habitada por moros, turcos y árabes que siguen la religion de Mahoma; pero como en ella poseen territorios y plazas los españoles, los portugueses y los franceses, en los puntos que estos dominan se observa la religion católica, y hay otros países en los que, exigiéndoles un tributo, se tolera á los cristianos y á los judíos. La religion dominante en Egipto es la mahometana, que profesan los moros, los árabes y los turcos, pero los cristianos y los judíos tienen allí iglesia y sinagogas. Los pueblos de Zanguebar y los de la costa de Ajan son mahometanos; pero estableciéndose en algunos puntos los portugueses, han introducido allí el cristianismo, habiendo tambien en el país judíos é idólatras. Los naturales de la isla de

Madagascar creen que hay un criador del cielo y de la tierra, pero adoran al diablo. La Cafrería es enteramente idólatra, y solo hay algunos cristianos en los dos fuertes holandeses hácia el Cabo de Buena Esperanza y en el castillo ó fortaleza establecido en ella por los portugueses. En el reino del Congo hay idólatras, mahometanos y cristianos especialmente en la provincia de Angola dominada por los portugueses. Los pueblos de la Guinea adoran á los ídolos, pero como los ingleses, los holandeses, los daneses y los portugueses tienen posesiones en el país, hay tambien en él protestantes, calvinistas y católicos. Los negros mezclan su idolatría grosería con ceremonias del mahometismo, sistema religioso tambien de los habitantes de Sahara. El Beledulgerid profesa la religion mahometana, y los de Nubia una mezcla de ceremonias cristianas, mahometanas y judías. Los abisinios en su mayoría son católicos; pero aún existe un corto número que conservan los errores de Eutiques y de Dioscoro. Y en fin los de Monomotapa son idólatras; pero los misioneros han logrado introducir allí el cristianismo, que tiene muchos prosélitos y acabará por imperar en todo el país.

América. Casi todo el Canadá ha pertenecido á los franceses, razon por lo que se le denomina la Nueva Francia, y por consiguiente la mayor parte de su poblacion es católica, y como tambien tienen posesiones en este país Inglaterra, Holanda y Suecia, las religiones de estos pueblos se ejercen tambien públicamente por los que las profesan. Los salvajes, iroqueses, hurones, algonquinos y otros muchos pueblos, no tienen religion conocida á excepcion de los que estan frecuentados por europeos. Los naturales de la Virginia, en la que tienen posesiones los ingleses, creen que hay muchos dioses de diversas clases, que dependen de la divinidad principal *Keuvas*, que es su soberano, y el sol, la luna y las estrellas son semidioses para ellos. Los salvajes de la Florida son idólatras y adoran al sol y á la luna; pero los españoles y los ingleses introdujeron en ellos con su dominacion el cristianismo en muchos puntos. Méjico, ó sea Nueva-España, está muy poblada de católicos, cuya religion es la de la república, como sucede en todos los países de América dominados por los españoles, pero hay aún en ellos muchos indios idólatras, y se toleran por las repúblicas todos los cultos en el dia. Los *Caribes* y los pueblos de la *Guayana* son idólatras y algunos de ellos creen en la inmortalidad del alma. Tambien son idólatras los naturales del país de las Amazonas. El Brasil, dominado de antiguo por los portugueses, es católico en su mayor parte, pues que el imperio tiene esta religion por la del estado con tolerancia de otros cultos. Los pueblos del país de la Plata y los de los Patagones son idólatras por naturaleza, pero tolerándose por sus repúblicas los demás cultos, hay en ellos muchos cristianos, desde que los dominaron los españoles y predicaron el Evangelio los jesuitas, de suerte que tienen

obispos y templos católicos. En Chile establecieron los españoles seminarios para convertir á los naturales, que apénas tenian religion; el Perú es católico por los españoles; pero aún existen algunos salvajes idólatras. Y en fin, en las Antillas, islas del golfo de Méjico, Cuba, Puerto-Rico y Santo Domingo, que hoy pertenecen á España, la religion católica es la del estado, y no se tolera en ellas culto público á ninguna otra.

Dada la razon geográfica de las religiones, pues que así podemos denominar á lo que llevamos expuesto, vamos á dar á conocer las principales, parte muy interesante de la historia de los pueblos por lo que han influido todas ellas en la formacion de la sociedad, valiéndonos á este fin de cuanto tenemos publicado ya en nuestro *Memorandum historial*, en el apéndice á esta obra que escribimos y dimos á luz en 1858, en vista de lo que sobre este particular escribieron los ilustrados Mr. Baunier y Mr. Mascrier en su magnífica obra *Historia general de las ceremonias, usos y costumbres religiosas de todos los pueblos*, que se publicó en París en 1741, en cinco vol. en fol., con láminas grabadas por Picard y otros buenos artistas, y tambien teniendo muy en cuenta la obra de Mr. Boutruche, titulada *Cuadro comparativo é historia sobre las religiones*; á cuyas obras remitimos á los que, no satisfaciéndoles la reseña que vamos á hacer, deseen más ámplias noticias sobre este particular. Pareciéndonos, como decimos en nuestro expresado apéndice, que despues de conocida la forma y espíritu de todas las religiones que han existido y existen, podrá considerarse mejor la bondad y excelencia de la que inaugurándose en Belen recibió su sancion en el Calvario de Jerusalen, y su sancion con la sangre del Crucificado y de innumerables mártires que forman la corte del verdadero Dios en el cielo de los justos y bienaventurados, hemos dejado para lo último el hablar de la religion católica, única verdadera, consignada en el Evangelio y ley de vida eterna, la cual consideraremos basada sobre la ley escrita, religion de los hebreos dada á los hombres por el verdadero Dios, á fin de disponerles á recibir la ley de gracia, de manos de su unigénito hijo Jesucristo nuestro bien.

De la idolatría y de las religiones que emanan de ella. Separándose el hombre de la revelacion divina primitiva, dice juiciosamente Mr. Boutruche, en su ignorancia su mente creó las ideas más imperfectas de Dios, de la creacion y de su propio origen. El lenguaje figurado de que con este motivo hizo uso, se tomó por la realidad con el hábito, y nacieron los falsos cultos poblando el cielo y el espacio de tipos de los usos y costumbres humanas, y no tardaron las artes en venir en auxilio de la imaginacion para personificar, por medio de representaciones más ó ménos perfectas, los seres sobrenaturales que formaban el mundo ideal. Los sacrificios humanos fueron evidentemente el derecho de vida y de muerte de los

padres ó cabeza de familia, de las tribus, de las poblaciones y de los vencedores para con los vencidos, ejercido en nombre del cielo ó en el de algun poder sobrehumano, y los soberanos ó primera autoridad de los pueblos fueron generalmente los primeros sacerdotes. Las divinidades creadas por la imaginacion del hombre pueden dividirse en general en sidéreas, cuyo culto se ha llamado siderismo ó sabeismo, fenomenales, generatrices, heróicas y místicas ó alegóricas.

Conformes nosotros con esta opinion, añadiremos: que ya separado, ó por mejor decir, alejado el hombre de la primitiva revelacion divina, y tratando de contrariar la razonada y razonable tradicion de la existencia de un solo Dios por excelencia, creador de todas las cosas, y de consiguiente de la unidad religiosa que declara este inmutable y verdadero principio, la aberracion más espantosa y anárquica ganó todos sus pasos en el camino de la creencia, y ofuscada su mente por el fuego de sus malas pasiones, que encendió la tea de su soberbia y alimentó el combustible de la más estúpida ignorancia, no solo creó divinidades absurdas y espantosas, y trató de sustituir al verdadero Dios con el mismo Lucifer, si que tambien llegó hasta creerse Dios á sí mismo, imponiéndose á sus semejantes revestido de tal excelencia y haciéndose adorar en esta cualidad.

Buscó su ignorancia á Dios en el sol, en la luna, en los animales, en los séres inorgánicos y hasta en sí mismo, y aunque en todas estas cosas estaba clara y distintamente en toda su majestad como creador y vivificador de todas las cosas, la ofuscada mente del hombre y su soberbia no le vió con los ojos del alma, pervertidos por su aberracion; y como para encontrarle á su placer y con las cualidades que mejor convenia á sus pasiones, se acercó á sí mismo, y no levantó sus ojos á los cielos, en donde podia hallarle más fácilmente, y si los fijó en la débil tierra, acabó por materializarle creyéndole de su propia materia y áun inferior á ella, pues que le consideró hasta en los más inmundos animales.

Dislocada la razon, y vagando el hombre entre la revelacion que habia olvidado, la tradicion que procuró apartar de sí, y la soberbia que halagó sus pasiones, formó un cielo á su antojo, y poblándole de dioses á su placer, creó la religion idólatra, por la cual dió culto á los ídolos materiales que su imaginacion habia levantado; y sin cuidarse del verdadero Dios, á quien desconoció al apartarse de la revelacion, deificó sus pasiones y sus vicios, y se creó un paraíso lleno de delicias, al que pretendió llegar sin otros méritos que los que él mismo se valuase, y sin más justicia ni razon que su caprichosa fantasía.

Dejando estas reflexiones, que nos llevarian más léjos de lo que queremos caminar en esta nuestra larga y penosa jornada, vamos á concretarnos á ex-

poner ligeramente los principios fundamentales de la idolatría, haciendo mencion de los ídolos más acreditados de cada uno de los pueblos antiguos y modernos más notables en esta irracional y absurda creencia.

Preséntansenos entre los primeros pueblos idólatras los babilonios, los fenicios, los sirios, los árabes y los antiguos cartagineses. Estos pueblos abrazaron el siderismo ó sabeismo, que es el culto á los astros, y adoraron con diferentes nombres á *Baal*, Bel ó Belus, ó sea el Sol-rey, que con la diosa Omorca su mujer parte de sí mismo, en lo que conviene en cierto modo con la revelacion de Adan y Eva, creyeron que dieron nacimiento al cielo y á la tierra. Como en la historia veamos que el Belus de estos pueblos es considerado como el fundador del Imperio Asirio, debemos creer que le confundieron con el sol, ó que la adulacion de los suyos, lo que es muy creible atendiendo á la miserable condicion humana, le deificó sustituyéndole al sol en sus adoraciones. Sea de esto lo que quiera, lo que nos dice la historia como cierto es que se le sacrificaban víctimas humanas, es decir, que necesitaba que se vertiese la sangre de los hombres para saciar su sed en el holocausto, y que tambien le adoraron los fenicios con el nombre de Melkarth (el Hércules Tirio), concediéndole la cualidad de protector de viajeros: ¡excelente antagonista competidor de nuestro glorioso arcángel San Rafael! este todo amor y bondad, y el otro todo sangre, desolacion y soberbia.

En la creencia oriental antigua se dió al agua una gran preeminencia en la formacion del universo, y por lo tanto simbolizaron algunos pueblos la divinidad por medio de un pez monstruoso. Bajo de esta figura adoraron á *Oannes*, uno de sus legisladores, al que divinizaron los babilonios que le tuvieron como al creador del mundo, el cual creian que salia periódicamente de las aguas bajo la forma de un pescado.

Los fenicios reconocieron por su principal divinidad á *Astarte* ó Achtoret, representacion de la Luna, esposa de Baal, y á la cual personificaban con la cabeza de vaca. Esta divinidad generatriz, á la que los bosques estaban consagrados como símbolos de la fecundidad, recibia en homenaje la prostitucion de las doncellas, como el culto que le era más agradable; culto infame que recibia tambien en Babilonia la diosa Mylitta, y que contrasta extraordinariamente con la honestidad y castidad con que se presta homenaje al Dios de los cristianos y á su pura y virginal Madre. Confúndese algunas veces á Astarte con Addirdaca, Atergatis y Derceto ó Dirce, nombres con que se conoce á la divinidad principal de los Tirios; pero es muy diferente, porque ésta se personificó entre mujer y pez, y pudo muy bien ser, sin embargo, que Astarte viniese á ser divinidad marítima. Estas divinidades fabulosas, así como las denominadas Moloch, Melkarth y el

Baal de que hemos hablado, pasaron de Tiro á Cartago, en donde segun Boutruche experimentaron despues la influencia de la mitologia griega.

Los fenicios de Byblos adoraron á Adon (Adonis) ó sea al Sol-señor, y su muerte y resurreccion recordaba á la de Osiris del Egipto; los griegos, que adoptaron esta divinidad despues, hicieron de ella un personaje mistico. El sol con el nombre de Allah Thalai, muy alto Dios, fué adorado por los antiguos árabes, que le consideraron tambien despues como una divinidad inferior entre Dios y el hombre, á la manera que en sentido más propio y razonable consideramos nosotros á los *ángeles*, espiritus de la gracia divina verdadera, y fué tal la idolatria de este pueblo supersticioso, que tuvo gran veneracion á la torre de Alcara, construida por Ismael hijo de Abrahan su patriarca. El falso profeta Mahomat, 622 años despues de Jesucristo, fundó con estas creencias absurdas el islamismo.

Adoraron los egipcios al sol bajo el nombre de *Osiris*, al que dieron por mujer á la luna, á la que llamaron *Isis*, y como los pueblos agricolas de los valles del Nilo reconociesen como civilizadores á sus primeros jefes Osiris é Isis, les confundieron con los dos astros expresados, sobre los que establecieron los cultos de su creencia. El asesinato de Osiris por su hermano Typhon, su inhumacion misteriosa por Isis, su muerte vengada por su hijo Haroevi, su resurreccion en el cuerpo de un toro, en cuyo animal se le adoró con el nombre de Apis, son una leyenda alegórica que se refiere á las diversas apariencias del sol. Dividiendo los egipcios el zodiaco en doce partes iguales, estos pueblos agricolas marcaron las inundaciones del Nilo por medio de signos simbólicos; la época de la labranza la designaron con la figura de un toro; por medio del carnero señalaban el tiempo de celo en los rebaños; con los gemelos y la balanza expresaron los equinoccios, y de estas y otras señales que establecieron con el propio fin de señalar las épocas de las faenas agrícolas, nacieron naturalmente nombres simbólicos que vinieron despues á ser creencias religiosas. *Isis*, ó la Luna, que despues fué llamada Venus ó la Tierra, en cuyo titulo reconocian á la fecunda naturaleza, fué una divinidad generatriz, á la que los egipcios rodearon de simbolos más ó ménos extraños, que vinieron á formar parte de su creencia. De los mitos de Osiris y de Isis se desprende otra divinidad llamada Thath, que vino despues á ser el Hermes ó Mercurio de los griegos, al que reconocian como al autor divinizado de las castas.

Los egipcios, en su teogonia, tenian una especie de trinidad mistica en su Cneph-Phtha-Phré. Knef se duplicaba en Neith, que expresaba la inteligencia, y como el primero era la representacion del poder material unido á la inteligencia, expresaba entre ellos el todo, no faltando autores que dicen que Neith venia á ser la mujer de Phatah, que produjeron á Phré, ó sea al Sol.

La divinidad suprema de los etiopienses fué Amona, Amen ó Ammon, que era casi el mismo Cneph de que hemos hablado, al que tambien se ha confundido con Osiris-Carnero, en su personificacion. Una colonia de etiopienses llevó á Libia su culto, y en aquel pais le levantaron un templo, que estuvo servido por célebres oráculos.

Anubis fué una especie de Thoth, y se le representaba con la cabeza de perro como signo de la canícula en el Zodiaco egipcio, y el Dios Serapis no fué otra cosa que el mismo Osiris con un culto modificado por los griegos despues de la fundacion de Alejandría. Los negros, considerando los fenómenos que presenta la naturaleza en su supersticion y grosera ignorancia, no encontraron cosas más dignas de adoracion que las piedras, los árboles y los animales, y de esta especie fueron sus divinidades tutelares.

Persas, indios y chinos. En el *Zend-Abesta*, libro sagrado de los antiguos persas, hallamos por sus primitivas y principales divinidades á Ormuzd y á Ahriman, que expresa la lucha aparente de la luz y de las tinieblas, de la vida y de la muerte, aplicado por la imaginacion al bien y al mal moral. En Ormuzd se personifica el bien y lo bello, y Ahriman es por el contrario el genio del mal y de lo deforme. Estos dos antagonistas divinizados, son, entre los persas idólatras, emanaciones de Zerbana-Akerena, el ser irrevelado en quien todo se reasume, se absorbe y pierde su individualidad. Segun la teología persa seis Amchasfands son los príncipes de la vida, de las virtudes y de la felicidad, y cada uno de ellos tiene sometida á sus órdenes una parte del universo. Despues tiene en sí veintiocho genios subalternos, encargados de ayudar á los Amchasfands en sus importantes funciones, los cuales vigilan especialmente á los hombres, disputando sus almas á los Devs, que son los genios impuros de la muerte, de los vicios y de las calamidades que salen del corazon de su jefe Ahriman. Aumentándose de vez en más las tinieblas, los crímenes y los dolores, vencido Ahriman, se fundió con Ormuzd en el eterno. El fuego sagrado que mantiene este culto perpétuamente, fué confiado á los magos, clase poderosa de sacerdotes creados por el célebre Zoroastro, autor del Zend-Avesta, unos 500 años ántes de Jesucristo, y este fuego simbólico del poder eterno y divino, es la representacion sagrada para el pueblo que le adora y ofrece sacrificios: la magia es la ciencia secreta de estos sacerdotes, ciencia que solo se enseña á los que se han de dedicar al sacerdocio.

El Asia occidental, en toda su extension, la Grecia, la Italia, el Egipto y muchos de los paises que sometieron los romanos, prestaron veneracion y culto á *Mithras*, divinidad medo-persa de gran celebridad, que se ve mencionado en el Zend-Avesta como el más poderoso de los Izeds, como el enviado de Ormuzd para dirigir la guerra contra Ahriman, como el juez de

las acciones de los nombres por las que pueden las almas reunirse á Ormuzd, y como el general que ha de completar la victoria definitiva de Ormuzd contra Ahriman. Revestido Mithras de títulos casi divinos, no se puede comprender si fué él mismo objeto de un culto especial, ó si fué tomado por Ormuzd ó por Zerbana-Akerena; tal vez este culto producido por la iniciacion del mismo nombre haya continuado entre los güebros ó parsis en los tiempos modernos.

La religion de los indios se halla escrita en sus libros sagrados, llamados *Vedas*, los cuales fueron revelados por un ser eterno, al que reconocen con el nombre de *Brahma*. Segun estos libros, Bhagaban contiene en sí mismo todos los mundos, todas las formas y todos los principios de la vida de las criaturas, y forma una trinidad conocida con los nombres de Brahma, Vichnu y Siva. Salido Brahma de un huevo divino, suponen que desarrolla los gérmenes de todos los objetos que ha contemplado en Bhagaban. Vichnu, genio del bien, que ha encarnado ya nueve veces, y espera encarnar por último otra vez, tiene el poder de la conservacion, y Siva, genio del mal, está encargado de destruir para reproducir la forma modificándola. El dogma principal de esta creencia es la inmortalidad del alma, la que virtuosa y capaz por sus esfuerzos de elevarse al conocimiento de Dios, se reunió para siempre al alma eterna; y si es criminal ó viciosa, pasa al cuerpo de un animal en castigo expiatorio, que es lo que se llama metempsicosis. De este dogma nace el aborrecer la carne de todo animal á excepcion de la vaca, á la que veneran de tal modo, que se creen dichosos de tener en su lecho á la hora de la muerte la cola de este animal. Es de creer que este culto, puramente sidéreo en su origen, se haya espiritualizado por los delirios de los brahmanes, sacerdotes de Brahma, cuyo poder teocrático subsiste aún todavía entre los indios.

Mil años ántes de Jesucristo se dice que apareció Budha, el reformador más antiguo de los brahmanes, al que consideran los indios como un ser sobrenatural, un santo por excelencia, y un pontífice supremo consagrado por sí mismo; un rey que dejó el cetro temporal por el espiritual, una de las personas del trino divino, Dios y hombre á la vez, uno de los genios divinos, y en fin, la primera emanacion del alma universal. Se cree que tuvo por madre á una vírgen de sangre real, que abandonó á su familia para entregarse á la predicacion de su doctrina, destinada á regenerar el mundo; que se preparó á esta grande obra por medio de ayunos, oraciones y purificaciones, y que apoyó su doctrina y autoridad por medio de prodigios. Que á la edad de ochenta años, despues de dejar á sus discípulos su doctrina escrita en el *Gandjur*, predijo que su religion duraria cinco mil años, á pesar de las persecuciones que sufriria, y que abandonando el mundo y su for-

ma humana, se reasumió en *Mahanatma*, la grande alma, alma universal que es él mismo. El budismo es una oscura metafísica; pero su moral es en lo general muy bella y opuesta al sistema de las castas de los brahmanes.

La más antigua religion de los chinos reconoce por dios supremo á Tien ó Xan-Tal que tomaron ya por el cielo, ya por el sol, lo que indica que su primer culto fué Sidéreo, el que degeneraria como todos los de este género en grosera supersticion, fundada en el culto de los astros benéficos y maléficos. Hácia el 550 ántes de Jesucristo apareció Kone-Tsée, ó sea *Confucio*, sábio por excelencia para unos, y personaje divino para otros; y sacando del antiguo culto una doctrina filosófico-religiosa, la consignó en el Chon-King, cuya moral es una de las más bellas que se han enseñado al hombre, doctrina que sigue aún la clase elevada en la China. Despues de Confucio vino Lao-Tsu, anunciándose como una encarnacion de Tao (Dios) en el seno de la Virgen azul que le dió al mundo viejo y niño á la vez, y su doctrina escrita en el Tao-te-King, contiene una oscura metafísica, siendo tambien supersticioso su culto. El culto más general en la China es el que se da á Fo, ó sea Foe, divinidad encarnada expiadora de los crímenes de los hombres, que viene á ser el Budha de los indios, y á cuyos sacerdotes se denomina Bonzos. Esta divinidad domina especialmente en el Thibet, adonde se llama *Lausismo* á su culto, derivando este nombre del de Dalai-Lama, que se da al pontífice supremo del culto, residente en Lahsa. Dice Boutruche que la marcada semejanza que se nota entra las ideas y las formas del lausismo y del catolicismo, ha hecho sospechar que se haya debido á la influencia del cristianismo muy esparcido en el Asia central en los primeros siglos de la era cristiana.

El sintoismo es un resto sensible de una religion primitiva del Japon, que fué sin duda solar, puesto que domina y conoce como á hijos del sol á sus héroes divinos, entre los que se cuenta á Sinto como al más potente: el Dairi, gran sacerdote de este culto, no es ménos poderoso que el Dalai-Lama del lausismo. La principal divinidad de los japoneses, segun los sintoistas, es Ten-Sio-Dai-Tsin, tan pronto varon como mujer, pues que se le considera hermafrodita como á Brahma entre los indios, y como á todos los grandes seres cosmogónicos en todos los países del mundo. En el Japon existe tambien el budismo, pues que Budha es adorado allí con el nombre de *Amidá*, con muchas supersticiones, siendo la más extraña la del suicidio, de cuya accion este dios encarnado dió por sí mismo el ejemplo. Entre sus entusiastas imitadores, unos se dejan morir de hambre, otros se ahogan solemnemente á la vista de las gentes, que aplauden este sacrificio voluntario, no ménos que el holocausto de las viudas indias, cuando se arrojan á la

hoguera en que se quema el cadáver de sus maridos, y se asegura que jamás en tan trágicas ceremonias se limita el sacrificio á una sola víctima.

Americanos, celtas, germanos, escandinavos, escitas, sármatas y eslavos. Si los americanos, dice Mr. Boutruche, entre los que se ha encontrado establecido el sabeismo casi universalmente, no le han recibido del Asia, sino que le han creado por sí mismos, se podria probar que este culto es el más natural, y quizás el punto de partida de donde han salido todos los demás, pues que tan esparcido le hallamos, bajo diversas formas, en todo el universo. Reconocen los mejicanos idólatras por dios de la guerra á *Vitslibochtli*, cuya madre, *Koatlikoe*, le concibió milagrosamente de un manojo de plumas: se le representaba sentado sobre un trono sostenido por un globo azul, y este emblema le califica suficientemente de una divinidad solar. Además de esta divinidad, adoraban á *Teskatlibochtli*, vengador de los crímenes y dispensador de los males, y se confesaban los pecados á los sacerdotes de este dios, á cuyo culto se consagraban las vírgenes, y habia tal relacion entre esta y la anterior divinidad, que frecuentemente se confundian en uno; se inmolaban á esta divinidad vengadora víctimas humanas. El ser irrevelado mejicano fué el dios Teolt, el cual no tenia templos y venia á ser un Zerbana-Akerena, un Bhagavan ó un Destiao. Reconocian tambien los de Méjico á *Quetsalcoatl*, dios legislador y tambien de la guerra, al que se rendia culto en un templo de forma redonda, en el que se hacian grandes sacrificios humanos.

Los peruanos adoraron á *Patchakamak*, que segun unos era el sol, y segun otros el creador y el conservador del mundo. Los Incas, raza de reyes peruanos, que traen su origen del siglo XIII, se llamaban hijos del sol, al que consideraban hijo de Patchakamak: una ciudad del Perú llevaba este nombre, y tenia un templo levantado en honor suyo por Patchakontek, décimo Inca, que le hizo servir por vírgenes, cuyo templo fué demolido en 1533 por los soldados españoles mandados por el célebre Pizarro, conquistador de este país.

Los del Brasil adoraron á *Tompan*, espíritu del trueno, segun estos indígenas extraños á toda otra idea de Dios.

Los salvajes de la Nueva Inglaterra dan veneracion á *Kinchtan*, que es su dios supremo, el que creen que recibe las almas de los buenos, excluyendo para siempre de su presencia á las de los malos. Los naturales de la Florida veneran á *Toia*, al que consideran como autor del mal, y todo su culto estriba sobre el terror. Y en fin, la mayor parte de los salvajes de la América septentrional reconocen por ser supremo á *Manitu*, ó sea el gran espíritu, al que casi todas las poblaciones confunden con el sol, admitiendo además una multitud de divinidades inferiores que consideran en el perro,

la serpiente, en ciertos árboles, piedras, y otras cosas de este género.

Frecuentemente mezclados en las conquistas los celtas y los germanos, reconocieron ambos pueblos un dios supremo comun, que denominaron Tuiston, Teutates, Heu, Tuis ó Heus. Los romanos, luego que conocieron á estos pueblos, tomaron á este dios ya por Marte, ya por Pluton, en razon á la semejanza que en las funciones que le atribuian tenia con estas divinidades suyas. Esta divinidad, cuyos templos eran las selvas, tenia por templos enormes piedras, sobre las que corria la sangre de las víctimas humanas. Estos pueblos, al rendir homenaje á un dios cuyos atributos eran las tinieblas, contaban por noches en vez de hacerlo por dias como nosotros. Creyendo que Tuiston inspiraba y gustaba de la guerra, le representaban en una espada enclavada en una encina, que era la imágen que adoraba la multitud. De esta divinidad se derivan todas las otras con que cuenta la mitología de los escaldas ó sean los bardos escandinavos, á cuyo frente se coloca á Odin. Este padre divino de todas las tribus hyperborenas, tiene su culto en Asgar, ó sea la ciudad de los Asèes, dioses ó genios inferiores que componen su corte, la que consideran como el centro del mundo, en donde las almas de los valientes concurren á beber en el Walhalla (palacio) en el cráneo de sus enemigos. Las demás divinidades celtas y de los germanos parecen más bien importaciones extranjeras que indígenas, tales son *Belen*, cuyos atributos solares y nombre recuerdan al Bel fenicio; *Ogham*, que tiene todos los caractéres de un Melkarth; *Taran*, ó Taranis, dios del trueno y de las tempestades, que se deriva de Júpiter tonante; *Bélisama*, inventora de las artes que se asemeja á Isis, de la manera que su culto se ha encontrado en la Galia, y *Kernunos* con sus cuernos y sus orejas de bestia, tiene la traza de un Baco ó de un Fauno. Estudiada la religion de los celtas y de los germanos tal y como sus sacerdotes, llamados *Drúidas*, la enseñaban, parece que en el fondo era espiritual, pues que estribaba sobre el dogma de la divinidad invisible, modificando á su placer la naturaleza, obra de su poder, y asociando despues de la muerte las inteligencias á la suya de donde provienen. En esta religion se encuentra el vichnuismo indio y el mithraismo persa; y la teocracia de los drúidas parece por otro lado una imitacion de la de los brahmas y de los magos.

Los getas, pueblo escítico al Norte del Danubio, pretenden, como dice Herodoto que no mueren, sino que van á buscar al dios *Zamolxis*, que es su divinidad principal, y á la cual envian un mensaje todos los años inmolándole un hombre. Añade Herodoto que habia oido decir que Zamolxis habia sido esclavo de Pitágoras, y si fué así, puede sospecharse que enseñase á los escitas la inmortalidad del alma, siguiendo en esto á su maestro, y que divinizado despues, se revistiese del carácter de un Thoth ó de un

Hermes. A fin de persuadir mejor este embaucador á sus ignorantes compatriotas de la inmortalidad del alma cuyá doctrina les enseñó, se encerró por espacio de tres años en un subterráneo haciendo correr la voz de que habia muerto, y cuando áun le lloraban los getas, les dejó admirados presentándose á su vista, dejándoles convencidos de su resurreccion.

El mismo Herodoto hace mencion de los dioses escitas, *Thamimasade* y *Artapasa*: el primero era dios marítimo, y el segundo una diosa, que tal vez sea la *Freia* de los escandinavos, la cual recuerda el tipo de la mujer divinizada por los celtas y los germanos. El dios de la guerra entre los eslavos fué *Svantovitch*, llamado tambien Porenets, Porevith y Rondjavith, á los cuales se representaba con cierto número de cabezas: todos estos eran probablemente un mismo dios con diversos nombres; pero cuando se le daba el primero, se le representaba como encarnado en un caballo blanco y se le inmolaban hombres: sus sacerdotes tenian derecho á la tercera parte de lo que se cogia á los enemigos en la guerra. El dios supremo entre los antiguos eslavos era Bog ó Bug, y como tenia un antagonista, se le distinguia con el nombre de Bielbog, dios blanco, llamándose al contrario Tchernibog, dios negro. Al primero se le atribuyó la creacion, el bien y cuanto bello existe en el universo, de suerte que venia á ser su Ormuzd; y el segundo era una especie de Ahriman, ó sea el autor del mal, del crímen, de la muerte y el eterno enemigo del género humano, siendo originados de él los sueños espantosos, las apariciones terribles y los peligros. Los eslavos procuraban apaciguar á este dios por medio de sacrificios y de ofrendas, y en las festividades populares bebian en una copa consagrada al propio tiempo que el dios benéfico á la sombra de su contrario Bielbog. Los fineses reconocian por ser supremo á *Rava* (el Viejo), al que no se le conocia padre y sí dos hijos, el uno llamado Ilmarenen, dios del aire, y Vainamonen, que lo era del fuego, y creian que los rayos que salian de sus manos desarrollaban las artes y la civilizacion. Se le ponia frecuentemente en la accion de tocar la lira, llamada Kaudela por los fineses, con cuyos acentos pretendian que domaba á los más feroces animales, y tambien le hacian constructor de una nave, todo cual recuerda sensiblemente el mito de Orfeo, músico divinizado por los de la Thracia.

De los griegos y romanos. El ilimitado politeismo de los griegos, dice Mr. Boutruche, viene á ser un resúmen de todas las ideas religiosas y de todas las divinidades posibles, ya sea por su natural disposicion á poetizarlo todo y materializar las obras de su imaginacion, ya tambien porque invadida y colonizada la Grecia por el Asia Menor, la Fenicia, el Egipto, la Escitia y otros pueblos ántes de ser ella misma invasora y colonizadora, tuvo que recibir aventureros, que importaron los dioses, las leyendas y las cos-

tumbres religiosas de los pueblos á que pertenecian: conquistadora la Grecia á su vez, volvió más de una divinidad á sus antiguos lares con nombres y formas de culto nuevas. Las numerosas colonias que envió á Italia por espacio de muchos siglos, llevaron á aquel país su politeismo, que se acrecentó naturalmente con los dioses indígenas, y hé aquí la razon de que los idólatras romanos difieran tan poco de los griegos gentiles en cuanto á la religion.

Vése en primer término figurar en la idolatría greco-romana al *Hado* ó destino como el Dios supremo, que todo lo tiene sometido á sus inmutables leyes. Nótase despues que saliendo del caos el cielo y la tierra, crean á Saturno, símbolo del tiempo, y que Saturno viene á ser el esposo de Cibeles, que es la naturaleza. Júpiter, Neptuno y Pluton, hijos de Saturno y de Cibeles, acabaron por dividirse el gobierno del mundo, teniendo cada cual á sus órdenes otras divinidades inferiores, las cuales vamos á exponer clasificadas segun los principios de la mitología greco-romana.

Júpiter fué el primero y el más grande de los dioses, y como tal preside el consejo celestial y da la vida y la inteligencia á los hombres. *Juno*, hermana y esposa de Júpiter, es la reina del cielo. *Minerva*, que salió completamente armada de la cabeza de Júpiter, es la sabiduría, y bajo el nombre de *Palas* la diosa de la guerra. *Venus*, nacida de la mar, es el tipo de la belleza femenina. *Apolo*, que es el sol, es el dios de las bellas artes. *Diana* es la luna, hermana del sol. *Mercurio*, ó Hermes, que es el mensajero de los dioses, preside á la elocuencia y al comercio. *Marte*, esposo de Venus, es el dios de la guerra. *Temis* es la justicia, y tiene su asiento al lado de Venus. *Cupido*, hijo de Venus, preside á los amores. *Iris*, mensajera de los dioses, preside á la paz, y se da á venerar en un luminoso arco en el cielo. *Las Gracias* son tres hermanas que presiden á todo lo bello y á la armonía. *La Aurora* abre las puertas al dia y tiene por compañeras á las horas. *Hebe* es la juventud y vierte el delicioso néctar en la copa de los dioses. *Momo* es el dios de la alegría y de los festines. *Himeneo* preside al matrimonio, y *Hércules*, esposo de Hebe, es la fuerza. Contado tambien este dios entre los héroes divinizados, reune el doble carácter de dios y de hombre, y en esta misteriosa existencia se le conceden muchas cualidades atribuidas á los dioses solares y de encarnacion humana del Oriente, de lo que resultan los doce famosos trabajos que se le atribuyen.

Cibeles, ó Rhea, de orígen frigio, es la tierra fecunda, ó sea la naturaleza, esposa de Saturno y madre de los dioses. *Céres*, diosa de las cosechas é hija de Cibeles, es la agricultura. *Baco* es el dios del vino. *Cloris* y *Flora* son las diosas de las flores. *Pan*, cuyo nombre quiere decir *Todo*, es el símbolo del universo, y vulgarmente el dios de los campos y de los pastores. *Príapo* es el dios de la produccion y de los jardines. *Sátiros*, *Faunos* y *Silvanos* son

divinidades campestres fantásticas. *Ninfas*, genios femeninos de las fuentes, de los rios, de las montañas, de los bosques. *Pomona*, diosa de los frutos; *Vertumna*, diosa de los pastores; y *Termino*, dios de los límites, fueron solo peculiares de los romanos; y en fin, los *Demonios* buenos, *Lares* y *Penates* fueron los dioses domésticos.

Neptuno, soberano del mar y de todas las aguas. *Amphitrites*, mujer de Neptuno, es la mar. *Oceano* y su mujer *Thetis*, que tuvieron por hijas á las *Oceánidas*. *Nereo*, la onda de las aguas, es el padre de las *Nereidas*, ninfas marítimas. *Proteo*, pastor de los rebaños marinos. *Tritones*, dioses de la corte de Neptuno. *Sirenas*, ninfas fantásticas de la mar, y *Eolo*, dios de los vientos, á los que sujeta ó desencadena á su voluntad.

Vesta, el fuego, principio purificador; un colegio de vírgenes, llamadas vestales, mantenia en su templo en Roma el fuego perpétuo. *Vulcano* presideá las minas y al arte metalúrgico, y tiene por obreros á los *Cíclopes*.

Los infiernos de los gentiles contienen en el centro de la tierra los *Campos Elíseos*, morada deliciosa y eterna del alma de los justos, y el *Tártaro*, que lo es de las almas de los malvados, que residen eternamente en aquel lugar de castigo. El soberano de los infiernos en esta creencia es *Pluton*. *Proserpina*, su mujer, es lo mismo que Diana. La *Noche* y *Erebo* son las divinidades de las tinieblas. *Minos*, *Eaco* y *Radamanto*, los jueces de los muertos. Las *Parcas* son tres hermanas que hilan y cortan los dias de la humanidad. Las *Furias* ó *Eumenides* son las ejecutoras de los castigos. Las *Harpías* son una especie de furias terribles. Las *Gorgonas* otra clase de furias con culebras por cabellos. Pertenecen tambien á esta seccion el *Hambre*, el *Trabajo*, la *Vejez*, las *Enfermedades*, la *Muerte* y el *Sueño* ó Morfeo. *Curon* es un barquero que conduce en su barca á las almas á los infiernos sobre el Aqueronte ó la Estigia, rios de los infiernos. Y en fin, los *Manes*, *Lares* y *Lemures*, son las almas de los muertos, cuerpos sutiles que estan errantes frecuentemente al rededor de los sepulcros en donde se han depositado los cuerpos materiales.

Guerreros. Perseo, Pélope, Teséo, Hipólito, Castor y Polux, Ulises, Peleo, Aquiles, Diomedes, Protesilao, etc.—*Legisladores.* Lacedemon, Aristeo, Cecrope, Cadmo, Tritolemo, Erisichton.—*Sabios y artistas.* Lino, músico; Anfion y Orfeo, idem; Palamedes, sabio; Dédalo, escultor; el centauro Chiron, Esculapio, Macaon y Podalirio, médicos; y el poeta Homero. Los romanos tuvieron por dioses nacionales á *Jano*, rey de los latinos; á *Eneas*, príncipe troyano emigrado en Italia; y á su fundador Rómulo bajo el nombre de *Quirinus*.

La mayor parte de las virtudes veneradas como genios benéficos: el pudor, la amistad, la verdad, la justicia, la paz, la fidelidad, la piedad, la prudencia,

la concordia, el honor, la beneficencia, etc. Los vicios, como genios maléficos: el miedo, la envidia, la discordia, el fraude, la ambicion, la pereza, la intemperancia, la soberbia, etc. Además personificaban una porcion de ideas abstractas, tales como el talento y la capacidad representados por las nueve musas, cuyo jefe era Apolo, y á la victoria, la gloria, la fama, la armonía, la riqueza, la felicidad, el dolor, la pobreza, la dicha, etc. (1).

Espíritu del politeismo de Grecia y de Roma. Habiendo dado razon de las divinidades gentílicas de los griegos y de los romanos, vamos ahora siguiendo al ilustrado Mr. de Boutruche, con el que estan concordes varios autores que sin duda ha consultado, á decir alguna cosa sobre el espíritu del politeismo de ambos pueblos.

Ignórase qué clase de religion tuvieron los griegos ántes de recibir la importada por los invasores del país; pero es fácil concebir que el carácter de este pueblo, á pesar de su situacion en la union de Asia y Europa, conduciéndole á las instituciones libres y republicanas, le haria desde luego modificar los severos cultos, favorables al despotismo, de los dioses solares Baal, Anmon, Osiris y otros, de tal modo que les hiciesen más moderados, agradables, poéticos y favorables á la libertad. Por esto sin duda se ve que entre ellos Júpiter, el padre de los dioses, el Todopoderoso en fin, solo era el presidente de doce grandes dioses que tenian voz deliberativa en el Olimpo, razon por la que se les denominó *Consentes*. Vése á los gigantes, dioses inferiores, hijos del cielo y de la tierra, figurando á los enemigos de la tiranía, prontos á arrebatar á Júpiter el imperio exclusivo del cielo, á no prestarle su auxilio Hércules, en quien se personifica evidentemente el amor filial. Y por último, Juno, esposa única y libre de Júpiter, la venerable madre de éste Cibeles, la casta vírgen Diana y la benéfica Ceres, son otros tantos tipos de la libre y honrosa existencia de la mujer griega.

En los mitos de los griegos se ve sacrificado el poder absoluto al liberal, y así es que los dioses que en el Oriente se presentan muy distantes del hombre, y que han presentado figuras gigantescas y espantosas, en el gracioso politeismo griego se acercan tanto á la humanidad, que pareciendo que vivieron con ella, bajo la diestra mano de los artistas llegaron á ser tipos de belleza humana. La devocion especial hácia un dios con preferencia á los demás, no fué en este pueblo objeto de reprobacion ni de disputa, porque el parentesco universal que su teogonía estableció entre los dioses excluyó la intolerancia, razon por la que los sacerdotes griegos no tuvieron jamás el

(1) En el año de 1842 se publicó nuestro tratadito de Mitología universal, y en él y en la seccion mitológica de nuestro Compendio de Arqueología, publicado en el mismo año, puede ver con más extension el lector lo perteneciente á los dioses del gentilismo de todos los pueblos idólatras.

poder predominante que ejercieron en el Asia y en el Africa, no viéndose tampoco una verdadera época teocrática ni en Grecia ni en Roma, pues que si bien no puede negarse que tuvieron lugar algunas guerras sagradas en estos pueblos, estas participaron más de la política que de motivos puramente religiosos.

Ocupados los aventureros romanos del tiempo de Rómulo en asegurar su dominacion y crear una ciudad, no tuvieron tiempo de establecer lo relativo á la religion, y solo su sucesor Numa, durante los cuarenta años de un reinado pacífico, pudo pensar en esto. Amado de sus pueblos, pudo imponerles á su placer la religion que más le plugo, y compuso esta de las varias creencias que halló establecidas entre ellos. Al culto de los dioses griegos, importado á Italia por los emigrados, Numa agregó el de Jano, dios supremo de los etruscos, divinidad de la paz, del trabajo, del órden, de la civilizacion, opuesto, por decirlo así, al dios de la guerra, al sanguinario Marte, que tuvo siempre un culto especial en su calidad de pretendido padre del fundador de Roma y de un pueblo que debia su orígen á la guerra; este dios llegó despues á ser el dios favorito de los romanos, cuando por sus atributos de exterminador expresó la pasion de este pueblo con las conquistas con que pretendió hacerse dueño del mundo. Vesta, tierra y fuego á la vez, honrada con un fuego perpétuo que mantenia un colegio de jóvenes vírgenes sacerdotisas llamadas vestales, expresaba, por decirlo así, la patria y la naturaleza confundidas, porque Vesta era la patrona de Roma que partia con Marte el trono. El fuego de Vesta fué sin duda tomado de los persas por los pelasgos-tirrenos, ó lidios, que se establecieron en Italia con el nombre de etruscos. Entre los griegos y los romanos las prerogativas del sacerdocio se limitaron puramente á las cosas del templo y de la religion, y si bien es cierto que los emperadores unieron á su dignidad la de soberanos pontífices, esto fué más bien para atraerse la veneracion más por un carácter eminentemente sagrado, que para aumentar su poder. Dice Mr. Boutruche que seria una grande injusticia negar los beneficios de las instituciones religiosas paganas, en lo que tuvieron positivamente de útil y favorable á la civilizacion. Estas instituciones, á decir verdad, eran el solo apoyo de una especie de moral que crearon, con la cual humanizaron al mundo antiguo, hicieron reinar la justicia en lugar de la fuerza, originaron satisfacciones y goces en las festividades á los vivos, dieron nacimiento á las artes, y fueron la causa de que viniese despues la filosofía á levantar las ideas del hombre, considerado en su misteriosa dualidad; y si llegaron á ser intolerables y excitaron el horror y menosprecio á los hombres razonables, fué por el abuso y las supersticiones que introdujeron sus sacerdotes. Sin negar nosotros á Boutruche que la religion pagana de los griegos y de los romanos fué más humana

y civilizadora que las sangrientas y de todo punto horribles ó ridículas de los pueblos que anteriormente hemos examinado, no achacamos la causa de que llegase á ser ménospreciada de los hombres de sana razon solo al abuso de su sacerdocio, y si más bien á lo erróneo de su doctrina, que no por ser más humana y civilizadora fué ménos ridícula y contraria á la buena y sana razon, y á la misma naturaleza y dignidad del entendimiento humano: una religion que léjos de reprimir las malas pasiones las excitaba y llegaba hasta divinizar los vicios con una hipócrita aunque bella careta, que dejaba debajo en descubierto la propia y natural fealdad que cubria, no podia ménos de nacer desautorizada, vivir bamboleándose y acabar por arruinarse bajo su propio peso en la mente del hombre pensador; y si la religion verdadera del Crucificado no hubiera venido á precipitar su ruina, seguramente que ella de por sí se hubiese extinguido á la aparicion de cualquiera que se hubiese fundado más en la razon, en la verdad y en que la dignidad del hombre hubiera tomado mayor parte. Llegó el divino Salvador, y á su vista se pulverizaron los ídolos, se abrieron los ojos del hombre, y al ver el miserable polvo á que habia prestado adoracion, se avergonzó de su ignorancia, y la divina sabiduría, que le proporcionó tan terrible desengaño, le condujo arrepentido y lleno de amor y de temor á los pies del Crucificado, en los que se abrazó con la verdad que en vano buscó en otra parte.

De los oráculos y de los misterios de los griegos y romanos. Entre los abusos con que los sacerdotes cambiaron, en sentir de Boutruche, las religiones, deben notarse muy particularmente las predicciones del porvenir, que nacieron de la ciencia sidérea de los sacerdotes del sabeismo. La ambigüedad de estas predicciones empezó por hacer sospechoso el ministerio sacerdotal á los hombres razonables, que no tardando en conocer la falsedad, concluyeron por desacreditarle y desautorizarle, á pesar de la destreza de los sacerdotes, que se valieron de la ostentacion misteriosa, y tal vez del magnetismo y del sonambulismo, para alucinar al vulgo ignorante. Los sacerdotes y sacerdotisas que profetizaban y que fingian aconsejar á los crédulos por inspiracion divina, se distinguieron con los nombres de oráculos, sibilas, augures y arúspices.

Los oráculos más famosos fueron los de Júpiter en Dodona y en Ammon; el de Apolo en Delfos, en Claros, en Delos y en Mileto; el de Marte en Tracia; de Mercurio en Patrás; de Venus en Paphos; de Minerva en Mycenas; de Diana en Cólchida; de Pan en la Arcadia; de Esculapio en Epidauro y en Roma: de Hércules en Atenas y en Cádiz; de Serapis en Alejandría; de la Fortuna en Atium y en Palestrina; de Fré en Hiliópolis; de Ftá en Menfis; de Isis en Bubasta; de Trophonius en la Beocia, y de Amphiaraux en Orope.

Las sibilas eran oráculos de mujeres consideradas capaces de excitarse hasta el extremo de exaltarse, ya por medio de vapores ó de bebidas espirituosas, y de ellas se contaban diez generalmente: la pérsica, babilónica ó caldea; la líbica, la délfica, la de Cumas; la erytrena, la samiena, la cumana ó lucania, la helespontina, la frigia y la tiburtina: Varron las clasificó de este modo, pero algunas de ellas parecen una misma con diversos nombres.

Los augures eran unos sacerdotes que predecian lo futuro, valiéndose al efecto del canto y del vuelo de las aves. Creíase al ver á las aves poblar el espacio y elevarse en él, que tenian algun contacto con los dioses, y en tan grosera opinion, los signos que aparecian á la izquierda los presentaban como agüeros felices, y creian que los que se veian á la derecha presagiaban algun mal: estos embaucadores concluyeron por extender sus adivinaciones supersticiosas á todos los fenómenos del cielo y del aire.

Los sacerdotes llamados arúspices pretendian descubrir lo porvenir por medio de la inspeccion que hacian en las entrañas de las víctimas que inmolaban, extraña é incalificable adivinacion, que los convertia en miserables y asquerosos carniceros. Recibiendo los etruscos de los griegos tan repugnante institucion, la acrecentaron, pero los romanos fueron los que les dieron aún mayor celebridad.

Creó el politeismo unas asociaciones religioso-filosóficas, en las que se juraba no revelar jamás los secretos de los misterios de la religion, concesiones del sacerdocio al espíritu de pesquisa y de exámen, por las que detuvieron los sacerdotes hábilmente la rapidez con que caminaban á su decadencia, pues que las iniciaciones vinieron ellas mismas al fin á ser escuelas filosóficas, ó al ménos dieron nacimiento á estas, que fueron las que emanciparon completamente el pensamiento. Al considerar ciertas divinidades místicas de los cultos de la Asiria, de la Persia, de la India, Fenicia, Egipto y de los celtas, podria creerse que hubo reformas ó iniciaciones en estas instituciones en cierta época difícil de precisar; pero las iniciaciones más positivamente conocidas han salido de la Grecia, cuya aficion innata por la libertad modificó pronto, si no le aniquiló, el poder sacerdotal. En los misterios sin duda seria donde se enseñaria la doctrina de que Júpiter, única alma del mundo, tomaba diversos nombres segun los efectos que producia, por cuya razon se llamaba Júpiter en los espacios etéreos, Neptuno en las aguas, Pluton en la tierra, Vulcano en el fuego, Apolo en el sol, Diana en la luna, Céres en las cosechas, Baco en las vides, Minerva en las ciencias, etc.

Los misterios de Samotracia pertenecian á los cuatro Cambires, dioses simbólicos de la naturaleza en sus funciones de vida, muerte y resurreccion,

especie de trinidad que recuerda las de los cultos de la Persia y de la India. A los iniciados se les imponian purificaciones, confesiones y expiaciones para obtener la gerarquía del sacerdocio, y la ciencia que se les comunicaba gradualmente y les elevaba sobre el vulgo, era la parte filosófica y moral de la institucion: lo propio puede decirse de todos los demás misterios.

Honrada particularmente Cibeles en los misterios frigios, á título de madre é inventora de las artes útiles, ofrecia el doble tipo de la fecundidad de la materia y de la inteligencia; y cuando se lloraba en ellos la muerte de un niño y se celebraba con pompa su resurreccion, indicaban la destruccion y renacimiento perpétuo de los individuos en el espacio, enseñanza que se nota en la mayor parte de los misterios.

Los misterios de Eleusis se dividian en grandes y pequeños. Los grandes, que se refieren al culto de Céres, diosa de la agricultura, tenian poco más ó ménos el mismo fundamento que los de Cibeles, y siempre se revelaban en ellos verdades filosóficas más extensas y profundas, rodeadas de mitos de extrañas aventuras de Céres y de Proserpina. El Hierophanta, ó sea el Gran Sacerdote, comunicaba á los iniciados ciertos libros sagrados, cuya lectura solo se permitia de noche: Platon tuvo á estos misterios por los más santos, y Virgilio casi los descubrió en el sexto libro de la Eneida. Los pequeños misterios no eran más que una preparacion para los grandes, que se hacia por medio de purificaciones, ayunos, expiaciones y por representaciones fantásticas en la oscuridad.

Los misterios de Baco, que terminaron por unirse á los de Céres, tenian por objeto el enseñar á los iniciados al hombre en las diferentes fases de su vida física é intelectual. El nacimiento de Baco, su educacion, sus largos viajes llenos de alusiones sidéreas y humanitarias, les daban autoridad. Presididos estos misterios por magistrados, y con la asistencia á su culto de sacerdotisas no sujetas á colegio, arrebataron mucha autoridad al antiguo sacerdocio.

Tihoreo estableció en la Fócida los misterios de Isis, unos 500 años ántes de Jesucristo. En estos misterios Isis ó la luna, en su orígen esposa y hermana de Osiris, venia á ser el principio fecundante del bien físico y moral, y su culto llegó á ser un panteismo. Corinto y Phlionte adoptaron este gran mito y le rodearon de imponentes ceremonias.

Los misterios de Mithra se refieren al culto de los persas, y las pruebas eran tan terribles, que ponian en peligro la vida de los fanáticos aspirantes á la iniciacion. Al ser recibidos se les hacia sobre la frente una uncion sagrada y se les coronaba; pero el neófito debia arrojar la corona diciendo: Mithra solo es mi corona; en cuyo caso se le daba una espada y era declarado soldado de este dios: en esta institucion habia siete grandes categorías.

De las escuelas filosóficas de los idólatras. No trató la filosofía, como lo inventó la iniciacion, de reformar la religion degradada con ridículas supersticiones y sobrecargada de abusos; más atrevida y enérgica, segun Boutruche, intentó extinguirla para sustituirla con un racionalismo puro, que dejando al hombre libre su pensamiento con respecto de lo que existe fuera de su limitada penetracion, le libertase de formalidades y de costumbres que le agobiaban, le presentase á sus propios ojos como un ser eminentemente noble, y le devolviese la moral, que estaba sacrificada á la maquinal costumbre de las formas, especialmente obligatorias.

A pesar de estas pretensiones, la filosofía se atrajo muy pocos discípulos, porque la sociedad pagana aborreció á los que la aconsejaban el exámen en vez de una fe ciega, y más de un filósofo pagó con su libertad ó con su vida su fervor por ilustrar á sus semejantes. Testigos de esto Protágoras, Pitágoras, Sócrates, Aristóteles y otros, y las guerras llamadas sagradas. Los filósofos tímidos ó más circunspectos caminaron al propio fin, evitando ofender abiertamente al culto establecido, y sus lecciones más moderadas fueron más provechosas al fin que se propusieron. En fin, despreciado por todos los hombres de razon, el politeismo perdió toda su autoridad en el espíritu de los pueblos, y ya vacilaba sobre sus altares cuando se anunció al mundo el cristianismo, antorcha de verdad que habia de abrasar sobre su pira á la mentira divinizada ridículamente por la aberracion humana.

Escuela fórica. Fundó esta escuela filosófica Thales de Mileto 580 años ántes de Jesucristo. Thales fué proclamado uno de los siete sabios de la Grecia en los juegos pithicos, y fundó esta célebre escuela, á la que puede considerarse la madre del sensualismo, la cual ilustraron Anaximandro, Anaximeno, Hermotimo, Anaxágoras, Diógenes de Apolonia y Archelao de Mileto. Consideró esta escuela la materia eterna conteniendo en ella los elementos simples individuales é inmutables, que una causa eficiente, independiente de la materia, pone evidentemente en obra; lo que constituye la existencia fenomenal de los cuerpos tal y como nos la hace concebir la limitada accion de nuestros sentidos. El alma en el hombre, segun esta escuela, no es más que un principio de vitalidad derivada del alma universal animando la materia organizada de los animales y de las plantas constantemente disueltos y reproducidos. La inteligencia es un fenómeno orgánico diferente en los séres que le manifiestan segun la naturaleza de sus órganos. Nada de justo ni de injusto absoluto: estas palabras tienen solo un valor relativo y son el resultado de los usos sociales, ó de las costumbres. Como se ve, esta filosofía parece basarse en un deismo abstracto que la ha hecho considerar como un puro ateismo por los antiguos y por los modernos.

Escuela itálica. Pitágoras de Samos la fundó 540 años ántes de Jesu-

cristo. Huyendo este filósofo de su patria, oprimida por la tiranía, fué á Crotona en donde fundó esta famosa escuela madre del idealismo, que tuvo casi el carácter de culto ó de iniciacion por el respeto y veneracion en que tuvieron los discípulos á su maestro, y por la severidad de sus reglamentos. Los sectarios más ilustres de ella fueron: Empedoclo, Ocellus de Lucaria, Timeo de Locres, Cephonte de Siracusa, Archytas de Tarento, Alcmeon, Philolaus y Eudosio. Consideró esta escuela á Dios, alma ó cuerpo eterno entero en todo el universo. Las almas, segun su doctrina, vienen del alma divina, y los cuerpos son las combinaciones necesarias é inmutables de la materia segun su órden numérico.

Las almas pasan constantemente de los cuerpos disueltos á los cuerpos reconquistados para producir en ellos el fenómeno de una intuicion interior que proviene de la intuicion divina y superior. La virtud es solo una armonía; el bien pertenece á la unidad ó al determinado; el mal al múltiplo ó al indefinido, y la justicia es la igualdad en el múltiplo. A pesar de este oscuro principio fundamental de la moral pitagórica, sus discípulos fueron modelos de virtud y de filosofía. El amor á la verdad y el celo del bien, segun una máxima fundamental de esta secta, son el más precioso presente que Dios ha podido conceder al hombre. Esta filosofía eminentemente psicológica, tuvo mucho de la doctrina de los brahmas de la India, en donde consideró Pitágoras su doctrina.

Escuelas eleáticas en Italia. La primera de estas dos escuelas fué fundada por Xenóphanes 535 años ántes de Jesucristo. Dando alma el pitagorismo á una inteligencia exenta de los recursos sensuales en las apreciaciones especulativas, abrió camino al idealismo puro, que enseñó en esta escuela el primero Xenóphanes de Colophon. Sus principales secuaces fueron los filósofos Parmenidas, Melissus, Zenon de Elea, Heráclito de Epheso é Hipócrates. Su principio fundamental fué que el ser, la existencia y la entidad absoluta subsisten sin las formas, y que los fenómenos materiales no son más que apariencias resultantes del error de nuestros sentidos. No existe materia, espacio, vacío ni movimiento en realidad, y ningun cuerpo está dotado más que de una sustancia y realidad objetiva. El sentimiento y la conciencia del ser solo pertenece al mismo ser: el pensamiento es el ser, y el ser es un todo eterno é indivisible, es Dios. La moral basada en esta teoría completamente metafísica es tan vaga como ella, se reduce á vivir segun las inspiraciones divinas enteramente conformes con la verdad. Segun Xenóphanes, los juicios en que todos los hombres son de una misma opinion, son un testimonio cierto de la verdad, y la luz que les esclarece no es otra cosa que la razon divina esparcida en ellos por una efusion inmediata.

La segunda escuela fué fundada por Leusipo 500 años ántes de Jesucris-

to, y reconoce por principales discípulos á Demócrito, Metrodoro, Protágoras, Gorgias, Prodigus, Diágoras, Hippias y Critias. Negando la primera escuela la existencia de la materia, habia negado la experiencia de los sentidos: la segunda restableció la materia en átomos elementales é indivisibles para darla un reino absoluto y universal, confundiendo con ella la idea y todos los fenómenos del entendimiento, ó considerando á estos efecto de la atraccion y de la repulsion de los primitivos cuerpos. La doctrina de esta segunda escuela es, como se vé, el materialismo absoluto en vez del idealismo absoluto predicado por la primera: de aquí se deriva un dogmatismo ateo, que sometiéndolo todo á la ley de la necesidad, halla en los crímenes y en los vicios más bien un objeto de risa que de indignacion, porque no considera á la virtud en todas las circunstancias más que como un interés bien entendido. Trescientos años ántes de Jesucristo reprodujo Epicuro en Atenas esta física atomística á la que unió la moral sensual de los Cirenáicos. Se ha reprobado á esta segunda escuela, no sin razon, el haber producido más sofistas, ó sea hombres que hicieron uso de razonamientos capciosos, que verdaderos filósofos.

Escuela socrática ó ateniense. Cuatrocientos años ántes de Jesucristo, fundó Sócrates en Atenas esta escuela filosófica. Dice Mr. Boutruche que Sócrates pagó con su vida el valor que tuvo de enseñar con demasiada libertad una doctrina racional á la par que exaltada, sencilla y grande, privada y social, natural y psicológica; pero sobre todo esencialmente moral, y por lo tanto proscripta por una religion que solo se mantenia en su época de absurdos, de hipócrita entusiasmo y de abusos. La filosofía de Sócrates admite, en resúmen, la causa eficiente suprema de la escuela jónica; pero dotada de relacion con el hombre por el alma, que es su lugar comun. El alma, por esta razon, es de una naturaleza inmortal y se remonta á su orígen, Dios. Ella tiene solo la inteligencia del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de que hace uso con entera libertad, pero de cuyo uso tiene que dar cuenta á la justicia soberana, que es una de las cualidades necesarias de Dios. La facultad privilegiada concedida al hombre de conocerse á sí mismo, facultad enteramente espiritual, solo puede tener por fin su perfeccion y su dicha, por cuya razon las teorías especulativas no le son necesarias, puesto que es conducido á ellas por la moral que engendra la virtud. De la escuela filosófica moral de Sócrates salieron otra porcion de escuelas de las que fueron las más célebres las siguientes:

Cínica. Fundó esta escuela en Atenas Antistenes 380 años ántes de Jesucristo, y sus más célebres discípulos fueron Morimo, Onesícrates, Crater y Diógenes que, como su maestro, dieron tal preferencia al alma sobre el cuerpo, que estuvieron á pique de negar la sensibilidad física en la existencia

humana, llegando Diógenes al extremo de tener un tonel por única habitacion. El nombre de cínico proviene de la palabra griega que significa perro, dictado que se dió á estos sectarios por el menosprecio que hacian de toda consideracion social y respeto humano.

Cirenáica. Fué fundada por Aristipo de Cirene en el mismo año que la anterior, y tanto él como sus discípulos Meleagro, Clitomaco, Hegesias, Anniceres, etc., fueron enemigos de la secta cínica, y por esto se separaron más de la moral socrática. Segun su doctrina la felicidad se encerraba en el dominio de los placeres sensuales gustados con prudencia. Semejante doctrina creó una célebre asociacion de hombres y mujeres, de la que fué fundador Epicuro. No redujo, como se le acusa, la dicha al placer puro sensual, sino que la voluptuosidad, tal y como él la concibió, se derivaba tanto de los goces intelectuales cuanto de los físicos.

Academia. Fundando Platon en Atenas esta secta socrática el 385 de Jesucristo, fueron célebres en ella Speusippo, Zenócrates, Polemon, Crates y Cruntor. La filosofía de Platon fué un eclecticismo; su teoría de las ideas, séres puramente inteligibles y formas eternas provienen evidentemente de la primera escuela eleática. Su ciencia de las percepciones y de las sensaciones tienden á la escuela jónica; de modo que en realidad no ofreció ningun sistema nuevo. Por el alma, trono de la razon, se asimila al pitagorismo, pero no puede negársele el arte de presentar las materias metafísicas ricamente engalanadas con un estilo elocuente y poético. La Academia se disolvió y reformó muchas veces; Arcesilas fué el jefe de la segunda y Carneades de la tercera academia. Las opiniones de estos difieren más ó ménos del platonismo puro, pues que el primero se dió más á la duda ó al escepticismo, y el segundo fué más positivo en su doctrina por su sistema de las probabilidades.

Liceo de los peripatéticos. Le fundó Aristóteles en Atenas 331 años ántes de Jesucristo. La escuela de Platon fué generalmente idealista. La del Liceo, fundada por Aristóteles, y continuada por Theophrasto, Eudemo, Dicearco y Aristóxemo fué enteramente opuesta á aquel principio, es decir, realista é idealista sin dejar de ser por esto esencialmente moral. Platon habia dicho: el alma es el único principio de la sensibilidad y del pensamiento, y Aristóteles enseñó que el alma no sentia ni pensaba sino por los órganos ó sentidos. Platon separó la idea ó la forma de la sustancia, y Aristóteles las consideró estrechamente unidas. Definió al hombre como un agente libre y razonable, y declaró la utilidad como el fin de la sociedad: *peripatéticos* quiere decir *paseantes*, porque Aristóteles dió sus lecciones paseándose en el Liceo.

Pórtico ó estóicos. Fué fundador de esta escuela en Atenas 300 años ántes de Jesucristo Zenon de Citium, y la ilustraron Cleanto, Crysippo, An-

tipater, Panetius, Muesarca y Possidonio. Fué bastante parecida á la Academia en la doctrina dogmática, y adoptó el entusiasmo de los cínicos por su austera virtud. Caracteriza á esta secta el haber considerado á las pasiones como una especie de enfermedades del alma, y el haber hecho de la razon humana una participacion de la razon suprema ó divina. *Estóicos* viene de una palabra griega, que significa pórtico, llamada Poecilo.

Escépticos. La escuela escéptica fué fundada por Pyrrhon de Elis 340 años ántes de Jesucristo. Este filósofo erigió en dogma la *duda*, apoyándose en la contradiccion de los sistemas filosóficos, lo mismo que en las costumbres é instituciones; y sobre la imperfeccion de los sentidos y la incertidumbre de los juicios que son el resultado. Admitiendo la existencia, al ménos fenomenal, de los cuerpos, obedeció á las leyes y á las costumbres por la necesidad. Predicó el celo por la virtud y la sabiduría, en la creencia de que el hombre es mucho más capaz de practicarlas cuando no es esclavo de doctrina alguna.

Escuela de Alejandría. Esta escuela de la filosofía ecléctica fué fundada por Potanon, 200 años ántes de Jesucristo. La proteccion que prestó la dinastía de los Lagidas á las ciencias y á las letras, llamó á Alejandría porcion de filósofos, á los que la Grecia esclavizada escuchaba ya con indiferencia y á los que rechazaba Roma como peligrosos á su egoista política. Las almas tiernas, disgustadas de los abusos religiosos, se aficionaron al idealismo de Platon, que se acercaba un poco al misticismo, y las almas frias y reflexivas prefirieron la rigorosa lógica de Aristóteles. Entre ambas doctrinas nació el eclecticismo, erigido en sistema por Potanon, el cual no tardó en degenerar en el sincretismo, ó sea en una confusa mezcolanza de opiniones filosóficas y de dogmas místicos, de los que fueron primeros profesores Ammonius, Saccas y Numenius: á los partidarios de esta extravagante y ridícula doctrina se les denominó iluminados ó gnósticos, y Plotin fué el filósofo que completó este caos. La doctrina de este, compuesta de adivinacion theurgia y áun de astrología, fué llamada *neo-platonismo*, porque sus partidarios pretendian que era la consecuencia y desarrollo de la de Platon, y así es que juraban por este nombre como si fuera un nombre sagrado. Los principales discípulos de esta escuela fueron Amelius, Porphiro, Jamblico y Proclus. El fondo de su doctrina fué el principio ígneo y luminoso, orígen de toda inteligencia y de la materia, que trasmitia sucesivamente por grados una vida ménos perfecta. De esta escuela salieron, dice Mr. Boutruche, muchos de los ilustres padres de la Iglesia cristiana, los que probaron que el cristianismo, triunfando á la vez de la estúpida ceguedad de los idólatras y de la ciencia de los filósofos, era la filosofía más sublime unida al más noble de los cultos.

Religion de los hebreos. Esta religion, que es la base del cristianismo, fué fundada en la verdad de los escritos de Moisés, con relacion á los tiempos que precedieron á este legislador, y sobre los preceptos que trasmitió al pueblo hebreo, despues de haberlos recibido del mismo Dios sobre el monte Sinaí. En un principio Jehovah (Dios) creó el cielo y la tierra. La tierra era informe y desnuda, las tinieblas cubrian la faz del abismo, y el espíritu de Dios estaba sobre las aguas. Dijo Dios: Hágase la luz, y la luz fué hecha y quedó el dia como producto de la luz, y la noche fué producida por las tinieblas, y en aquel acto, tuvieron lugar el primer dia y la primera noche. En el segundo dia separó Dios el firmamento, ó la tierra de las aguas. El dia tercero hizo Dios los continentes y los mares, cubriendo los primeros de toda clase de plantas, que encerraban en sí mismas las semillas para reproducirse. El cuarto dia creó el sol para que presidiese al dia, la luna para que presidiese á la noche y las estrellas. El dia quinto hizo Dios producir á las aguas las aves que se remontaron y y esparcieron por el aire, y los peces. El sexto dia hizo producir á la tierra los animales que la son propios, y despues creó al hombre á su semejanza, concediéndole el dominio sobre la tierra y sobre cuanto produce: llamó *Adan* al hombre y *Eva* á la mujer, que formó de una de sus costillas, y le destinó, asi como á todos los demás séres, á crecer y á multiplicarse. Dice el Génesis, que contiene toda esta sabia y santa doctrina: Que poniendo Dios á Adan y á Eva en el Paraíso, jardin delicioso de la divina gracia, quiso probar su obediencia, á cuyo fin les prohibió comer del fruto de un árbol llamado de la ciencia del bien y del mal. Que Eva, cediendo á los insidiosos consejos del demonio en figura de serpiente, comió la fruta de este árbol, y que despues obligó á comer á Adan que no supo resistirse á las instancias de su mujer, y esta criminal desobediencia fué castigada en ellos y en todos sus descendientes. Por este pecado, que se llama original, Adan y Eva perdieron la inmortalidad de que Dios les habia dotado, y fueron condenados á mantenerse con el sudor de su rostro, es decir, á trabajar la tierra, y la mujer fué además condenada á parir con dolor. Dios maldijo á la serpiente condenándola á vivir arrastrándose siempre sobre la tierra, prediciéndola que de la mujer naceria quien la aplastaria la cabeza. Puso Dios en el Paraíso Querubines que guardasen su entrada, armados con espadas de fuego. Cain, hijo de Adan, mató á su hermano Abel por envidia de su virtud, y Dios le maldijo condenándole á una vida miserable y vagamunda. Llegó la raza humana á ser tan odiosa á Dios por su negra ingratitud y por sus crímenes, que se resolvió á exterminarla. Noé, único hombre que conservó la gracia de Dios por su santidad y virtud, construyó por su órden una inmensa arca en donde encerró, con su familia, un par de animales de cada especie y las provisiones necesarias para el sustento

de todos, y en seguida se abrieron las cataratas del cielo, y cayendo las aguas á torrentes destruyeron cuantos séres vivian sobre la tierra, que fué cubierta enteramente por ellas. Luego que cesó el diluvio y que bajaron las aguas, salió Noé con su familia del arca y ofreció á Dios un sacrificio en accion de gracias, en el que Dios le prometió no enviar otro diluvio. Sem, Cham y Japhet, hijos de Noé, repoblaron el mundo, y en fin, el mismo Génesis nos dice que el orgullo de los hombres al construir la torre de Babel, fué confundido por tal variedad de lenguas que acabaron por no entenderse.

Conocedor Dios de la virtud de Abrahan, descendiente de Sem, que vivia en la Caldea, le llamó á ser el tronco fundamental de su pueblo favorito, concediéndole para él y su posteridad la tierra de Canaan. Melchisedech, rey sacerdote de Salen, bendijo á Abrahan despues de haber vencido á muchos reyes, y este patriarca recibió de Dios la órden de circuncidar á todos los varones de su familia, dejando establecida esta costumbre á sus descendientes. Una lluvia de azufre y de fuego consumió las ciudades de Sodoma y de Gomorra en castigo de sus crímenes. A fin de probar Dios el celo de Abrahan, le pidió en holocausto á su hijo único Isaac, y obedeciendo el patriarca, tenia ya levantada la cuchilla para sacrificar á su hijo, cuando detuvo Dios su brazo por medio de un ángel, y en premio de sus virtudes le prometió que en él serian bendecidas todas las naciones del mundo. Jacob, bendecido por su padre Isaac, con perjuicio de su hermano mayor Esaú, vió en sueños una escala misteriosa llena de ángeles, y Dios que estaba al fin de ella, le renovó las promesas hechas á Abrahan. Jacob luchó tambien con un ángel, y venciéndole, recibió por esta victoria el nombre de Israel, y por esto los descendientes de Jacob, que llevaban el nombre de hebreos de Heber, uno de los antepasados de Abrahan, se denominaron tambien israelitas. José, uno de los doce hijos de Jacob, que fueron los patriarcas de las doce tribus israelitas, recibió de Dios el don de interpretar los sueños: vendido por sus hermanos á unos comerciantes árabes, llegó por esta facultad á ser ministro de Faraon rey de Egipto; perdonó á sus hermanos y los estableció en Egipto, en donde su posteridad llegó á formar un numeroso pueblo, al que los egipcios redujeron á la esclavitud. Hasta esta época solo tuvieron los hombres por guia el sentimiento de la ley natural.

La ley escrita y Moisés. Llamado Moisés por Dios para sacar á los hebreos de la esclavitud y conducirlos á la tierra de Canaan, país de sus progenitores, afligió sucesivamente al Egipto con diez plagas, al fin de obligar al rey Faraon á que dejase salir en libertad de su reito á los hebreos. Estas diez plagas, fueron: primera, las aguas que se cambiaron en sangre; segunda, la tierra cubierta de ranas; tercera, los mosquitos, que cubrieron de tal

modo la tierra, que ni hombres ni animales podian librarse de ellos; cuarto, una gran plaga de moscas; quinto, la epizootia; sexto, una peste de úlceras; sétimo, el rayo y el granizo, ó sean terribles tempestades; octavo, una nube de langostas que devoraban todas las plantas; noveno, terribles tinieblas por espacio de tres dias; y décimo, la muerte de todos los primogénitos de los egipcios. Saliendo por fin los hebreos de Egipto, pasaron el mar Rojo cuyas aguas les abrieron paso, y sepultaron, volviéndose á unir, á sus enemigos que los perseguian. Permanecieron en el desierto cuarenta años, y en veintiuno les alimentó Dios con el maná que caia del Cielo, y con el agua que saltaba de las rocas, que Moisés tocaba á este fin con su vara; vencieron á su enemigo Amalec. Moisés conversó con Dios sobre el monte Sinai, en que le dió la ley para los hebreos, y allí se manifestó la gloria de Dios por medio de maravillosas nubes y de fuego. En el desierto fueron castigados los rebeldes por el fuego del cielo, y con una plaga de serpientes que mataban con sus picaduras, hasta que aplacado Dios á ruegos de Moisés, le concedió levantar en medio del pueblo una serpiente de bronce á la vista de la cual sanaron los que habian sido mordidos. Habló la burra de Balaam. Dios hizo ver á Moisés la tierra prometida, pero no permitió llegase á ella en castigo de haber dudado de sus promesas. Moisés bendijo á las tribus de Israel y murió.

El Decálogo, ó ley fundamental, fué escrita sobre piedra por el dedo de Dios, y no es otra que los diez mandamientos que debe saber todo cristiano, razon por la que no los decimos aquí. Las principales leyes religiosas y políticas que despues del Decálogo tuvieron los hebreos segun el Levítico, el libro de los Números y el Deuteronomio, fueron las siguientes: construir el tabernáculo, primer templo de la adoracion ante la presencia divina; el arca de la alianza; el candelabro de oro; los altares de los perfumes y de los holocaustos; las vestiduras sacerdotales; los ritos de los sacrificios; el fuego perpétuo; la familia de Aaron, hermano de Moisés, llamada y consagrada al sacerdocio; animales puros é impuros; la ley sobre la lepra; aniversario; las fiestas de las Pascuas, de la Pentecostés, del sétimo mes, y de los tabernáculos; el descanso de la tierra al sétimo año; las leyes sobre las ventas, los esclavos y la usura; un jubileo cada cinco años; volver los bienes á sus poseedores primitivos y dar libertad á los esclavos; las leyes sobre los votos sagrados y sobre los diezmos al Señor; funciones de los levitas; ministros del culto; ciudades de asilo; matrimonios entre los miembros de una misma tribu; deberes de los jueces; eunucos; bastardos y extranjeros excluidos de la Asamblea; permision del divorcio; derecho de progenitura; la pena del Talion; prohibicion de toda especie de venganza, y honrar á los ancianos y á los extranjeros.

Los hebreos bajo el gobierno de sus jueces. El poder divino se manifestó á los hebreos despues de Moisés, bajo el gobierno de sus jueces. Elegido Josué por Dios para suceder á Moisés, recibió la mision de poner á los hebreos en posesion de la tierra de Canaan. Abrióse el Jordan delante del arca de la alianza para que pasase; las murallas de Jericó cayeron al estruendo de las trompetas sagradas; el curso del sol fué suspendido á peticion de Josué en la célebre batalla de Gabaon; Josué repartió el país conquistado entre las doce tribus, y verificado todo esto, segun nos lo enseña él mismo en su libro, murió. Despues de la muerte de este amigo de Dios, cayeron los hebreos en la idolatría, y cayendo esclavos de sus enemigos en castigo de su pérfida ingratitud, no volvieron á ser libres hasta que se arrepintieron de su pecado. Seis veces fueron esclavizados, y otras tantas adquirieron la libertad por permision de Dios. El libro de los Jueces, que nos refiere esto, consigna tambien las victorias de Aod, las profecías de Débora, las victorias de Barac, los signos de proteccion divina que dió Dios á Gedeon, y las victorias de este juez. Tambien nos refiere las victorias de Jephté que sacrificó á su hija para cumplir un voto imprudente; el milagroso nacimiento de Sanson y su prodigiosa fuerza; que Dios rechazó al gran sacerdote Heli y eligió á Samuel; y que el arca de la alianza fué arrebatada por los filisteos, por lo cual Dios les castigó cubriéndoles de úlceras y arruinando el ídolo de Dagon.

Gobierno de los reyes. Cambióse el gobierno de los hebreos dándoles Dios reyes en vez de jueces. Saul fué consagrado y ungido rey por el gran sacerdote Samuel de órden de Dios, y la Sagrada Escritura nos hace relacion de los prodigios obrados por Samuel, y de que violando Saul la ley haciendo sacrificios, fué arrojado del trono, consagrando Samuel á David de órden de Dios para sustituir al idólatra. Nos manifiesta tambien la santa Escritura que David venció al gigante Goliath; el crímen de adulterio de David por el que fué castigado en la muerte de sus hijos, y con la peste el haber hecho un censo del pueblo contra la voluntad de Dios; que pidiendo Salomon, hijo de David, á Dios sabiduría, la obtuvo extraordinaria; que Salomon construyó el templo de Jerusalen dedicado á Dios, cuya gloria descendió sobre él en forma de nube; la magnificencia de Salomon y sus admirables libros; que cayendo este rey en la idolatría, le predijo Dios que su reino se desmembraria despues de su muerte, prediccion que se cumplió por el cisma de Jeroboam bajo el reinado de Roboam, hijo de Salomon. Por este cisma el pueblo hebreo quedó dividido en dos reinos: el de Israel ó de Samaria, á cuya cabeza se puso el cismático Jeroboam, y el de Judá que quedó por el partido de Roboam. Por los libros de los Reyes y de los Paralipómenos vemos la prediccion hecha á Jeroboam de la ruina del altar que levantó

á los dioses falsos y la de su casa; la milagrosa alimentacion del profeta Elías, que suspendió la lluvia y el rocío; la multiplicacion de la harina de la viuda de Sarepta y la resurreccion de su hijo; la prediccion de Elías contra Achab y Jezabel; la prediccion de Micheas; la prediccion de Elías á Ochozías; que Elías hizo descender el fuego del Cielo, adonde fué arrebatado en un carro de fuego; que sucedió á este profeta su discípulo Eliseo en el poder de milagros y profecías, el que consagró rey á Jehú por órden de Dios y predijo la ruina de la casa de Achab; y en fin nos da noticia la Escritura de la destruccion del reino de Israel por los asirios.

Los mismos santos libros nos enseñan con referencia al reino de Judá: la victoria de Josaphat contra los moabitas; la prediccion del profeta Eliseo; la milagrosa libertad de Joas, que escapó al furor de su abuela Athalía, y su elevacion al trono despues del castigo dado á esta impía reina. Herido por la lepra Azarías en castigo de su sacrilegio, el piadoso Ezechías logró de Dios que le socorriese contra sus enemigos; Sennacherib, rey de Nínive, fué derrotado por un ángel del Señor, y muerto segun la prediccion de Isaías. Ezechías sanó milagrosamente; Isaías hizo retroceder la sombra sobre el cuadrante del rey; prediccion de Isaías de la cautividad de los judíos en Babilonia; la toma y destruccion de Jerusalen; el saqueo del templo, y la cautividad de los judíos que fueron llevados esclavos á Babilonia por Nabucodonosor rey de este país.

A los setenta años de esta cautividad, segun la prediccion de Jeremías, ó sea á los 536 años ántes de Jesucristo, fué restablecido milagrosamente el reino de Judá por Ciro rey de Persia, y se reedificó la ciudad y templo de Jerusalen.

Tres grandes profetas y doce menores reconocieron los hebreos segun el cánon de los judíos que no ponen en este número á Daniel. Los grandes fueron: Isaías, Jeremías al que se asocia Baruch, y Ecequiel, que son los que más escribieron: y los doce menores, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Micheas, Nahum, Habacuc, Sophonías, Ageo, Zacharías y Malachías: todos profetizaron, segun los autores, en tiempo de los reyes, desde 1080 á 536 ántes de Jesucristo, á excepcion de los tres últimos, que profetizaron despues de volver el pueblo judío de su cautividad en Babilonia. Como dice, con sujecion á la historia, el ilustrado Perissot, la historia de los judíos, despues de haber sido restablecidos por Ciro, les presenta sucesivamente, primero, sometidos á los persas, despues, bajo los reyes-pontífices de la raza de los amonenses, y por último, sujetos á los romanos, bajo cuyo yugo se hallaban al nacimiento y muerte de Jesucristo.

De las diversas sectas entre los judíos. Desde el siglo III ántes de Jesucristo en adelante, se formaron sucesivamente diversas sectas entre los

judíos, es decir, pusieron la santa ley de sus padres en tela de juicio, y empezó en ellos la duda en la verdadera creencia, la cual, como siempre, les introdujo en la herejía. Dividida ya la unidad de la doctrina, balanceó la creencia entre las varias opiniones á que dió lugar la discusion de las diversas escuelas, que introdujeron la anarquía y el olvido de los principios fundamentales para sustituir la verdad con el llamado racionalismo, basado por lo comun en ridículas suposiciones, cuando no impías ideas, en un fanatismo ignorante y grosero, y en los más extravagantes absurdos; en fin, empezó el filosofismo judáico, que como todas las filosofías religiosas no es más que la rebelion del finito del hombre contra lo infinito de Dios, ó la soberbia é ignorancia humana pugnando contra la sabiduría divina, pretendiendo en su loco frenesí arrebatar á Dios el poder para sustituirle, y descubrir los divinos arcanos que el Todopoderoso no nos quiere revelar, de suerte que los hombres de todos tiempos han imitado é imitan al soberbio Luzbel en la soberbia, sin conocer en su estupidez que siempre llevaron y llevarán el mismo castigo. Siete fueron las principales sectas filósoficas de los judíos, y vamos á designarlas ligeramente para dar á conocer la deformidad y absurdo de sus doctrinas.

Fariseos. La primera secta fué la de los fariseos. Estos sectarios, adicionando á la ley escrita otra oral, creyeron en los espíritus buenos y malos, en la inmoralidad y en la resurreccion de los cuerpos, y fueron minuciosos observadores de las formas.

Saduceos. Estos sectarios negaron la inmortalidad, la resurreccion y los espíritus de los fariseos, y observaban una especie de deismo que limitaba la grande obra de Dios á la creacion y á la conservacion del mundo.

Esenienses. Estos se convinieron en vivir léjos de las ciudades y observar una pureza ilimitada: trabajaban y oraban alternativamente, y creyeron en la metempsícosis y que el estado de las almas dependia de las obras.

Escribas. Los escribas, ó sean sabios ó doctores, que esta significacion tiene aquella voz entre los antiguos judíos, pretendian ser los únicos verdaderos intérpretes de la ley, segun su verdadero sentido, pero corrompian frecuentemente la letra á su modo.

Samaritanos. Resto del pueblo israelita destruido por los asirios: estos sectarios no admitieron la necesidad de un solo templo en Jerusalen, ni la unidad de las ceremonias del culto.

Herodianos. Creian á Herodes el grande rey de la creacion romana, y que este mismo era el Mesías, atendiendo al esplendor que habia dado á su reino y al país.

Therapeutas. Estos fueron una sociedad parecida á los esenienses, pero aún más austera: esta secta se hallaba muy particularmente en Egipto.

Todas estas sectas hicieron cruda guerra en su establecimiento al cristianismo, y en particular los fariseos y los escribas pueden considerarse como los principales verdugos del Redentor del mundo, que vino á apagar la negra y hedionda tea de la repugnante é infame filosofía de los primeros y de los perversos saduceos, y á poner de manifiesto la ignorancia de los escribas que se tenian por los sábios por excelencia; á encender la brillante antorcha del Evangelio sobre el magnífico candelabro de la fe católica, sostenido por la potente mano de la divina gracia, y en fin, á presentar la verdad y la sabiduría cierta contra la mentira, la hipocresía y la ignorancia.

Judíos modernos. Esparcidos los judíos por todos los países en castigo de su deicidio, pero en más gran número en la Europa central, la Turquía y los estados Berberiscos, fueron, como dice Perissot, lo que los parsis, últimos sectarios de la religion de los Magos despues de la conquista de Persia por los árabes; lo que los pueblos de Siria y de Egipto que quedaron fieles al cristianismo despues de que los invadieron los sarracenos; lo que los moros de España en los siglos XVI y XVII, y lo que aún son hoy los turcos, á saber: un pueblo, una sociedad completa en su nacionalidad en otro tiempo sobreviviendo á sí misma, por decirlo así, reducida al estado de simple comunion religiosa por el poder de su creencia; hé aquí lo que no han cesado de ser los judíos desde la destruccion de Jerusalen por Tito setenta años despues de que dieron al mundo el escándalo de crucificar al Redentor y de su dispersion, que cuenta más de diez y ocho siglos. Cristianos y musulmanes han perseguido á este pueblo deicida que, fijo en sus creencias y en sus antiguas costumbres, lleva impreso un carácter especial, una fisonomía marcada, y cuyos jefes se han llamado por mucho tiempo en el Oriente príncipes de la cautividad de los judíos. No debe extrañarse este pueblo de la persecucion que han sufrido y sufren, áun cuando se olviden del gran pecado que cometieron, delito superior á cuantos han cometido los hombres y los pueblos todos, pues que deben recordar de que ántes de su caida fueron los perseguidores más crueles y despiadados de los cristianos, habiendo ayudado y aplaudido, durante los tres primeros siglos del catolicismo, á los paganos cuando perseguian á nuestros hermanos, sacrificándoles á millares como se consigna en el largo catálogo de los mártires.

A la influencia de la filosofía griega, dice un autor, debieron los judíos sus diversas sectas antiguas, pues que imitando á los filósofos de Alejandría, sus doctores se lanzaron á las teorías sofísticas, y uno de ellos, el célebre Philon, apellidado el Platon judío, que floreció hácia el año 40 de la era cristiana, pudo ser considerado como uno de los precursores del eclecticismo: esta fué verdaderamente una reaccion del judaismo sobre la filosofía. Despues de la dispersion general de los judíos, sus doctores trataron de

fortificar la union de sus correligionarios, añadiendo á las leyes de Moisés, pretendidos preceptos tradicionales, muy propios para reanimar la fe y activar la relajada práctica de las obligaciones y deberes. El célebre Judas Hak Kadosh formó el código llamado *Mishna*, ó sea segunda ley, que no tardó en ser tan reverenciado como el Pentatéuco de Moisés, cuyo código se parafraseó de la manera más mística en el comentario llamado Gemare ó *Talmud*: hubo dos Talmuds, el de Jerusalen y el de Babilonia, habiendo sido compuesto este último por Rabbi Asé, y es el que se ha usado más por los judíos. Varios trabajos teológicos, mezclados de una cierta oculta ciencia de la virtud de las palabras, fueron llamados *cábala*, que quiere decir tradicion, que vino entre ellos á ser equivalente al de magia que han practicado los doctores judíos, llamados rabinos de rabi, voz hebrea que equivale á señor ó maestro. La doctrina rabínica se funda en la secta farisáica que, como hemos visto, admitia la vida futura y recompensas ó penas eternas, y que tambien predica como dogma la venida de un Mesías ó rey, el que, segun el sentido literal de la Escritura, debe poner á los judíos en posesion de Jerusalen y propagar el judaismo por todo el universo.

Los judíos modernos se hallan divididos generalmente en tres sectas, á saber: los *rabinistas*, que son los que siguen el Talmud, ó sea la interpretacion de la ley hecha por los rabinos ó doctores; los *caraitas*, que rechazan el Talmud y no reconocen por ley más que el sentido puro que se desprende de los libros sagrados; y los samaritanos, que se hallan entregados á supersticiones reprobadas por las demás sectas. «Los papas, dice Boutruche, entre otros Gregorio el Grande, Alejandro II, Alejandro III, Gregorio IX, Clemente VI, Pablo III, Pio IV, Sixto V é Inocencio XI, se opusieron ya á la persecucion de los judíos, teniéndola por absurda; pero pertenecia á la civilizacion cristiana completar la obra empezada por los pontífices católicos, reparar las injusticias de los tiempos de ignorancia, el volver á los judíos, no solo todos los derechos civiles y políticos de que el fanatismo les habia privado, sino hasta el libre ejercicio de su culto: la Francia ha dado el ejemplo. El islamismo, tenido hasta aquí como esencialmente incivil, ha seguido en esto al cristianismo, pues que el sultan *Abdul-Medjid*, hijo y sucesor de Mahmud-Khan, en Noviembre de 1839 (1253 de la Hegira) ha reconocido tanto á los judíos como á los cristianos del Imperio Turco, los mismos derechos que á todos sus demás súbditos.» Somos de la misma opinion que los citabos pontífices, en cuanto á que no se persiga á los judíos, y en que se les considere con la humanidad que requiere la caridad católica y la ilustracion del siglo; pero de ninguna manera de la opinion de Mr. Boutruche, en cuanto á que se les conceda la práctica de un culto que ofende al cristianismo aún más hoy por sus innovaciones que cuando la dispersion

general, y sobre todo rechazamos esto con todo nuestro corazon y voluntad en cuanto á España, que tiene la fortuna de conservar la unidad católica á la que debemos la mayor parte y lo principal de nuestras glorias, de nuestro antiguo poder y de nuestra felicidad temporal y espiritual, pues que á proteccion de Dios, sin duda por esto, creemos el habernos salvado de tantas tribulaciones y peligros en que ha estado á pique de perderse España que, multitud de veces al borde del abismo, la potente mano del Hacedor supremo la ha sostenido y separado de él, cambiando en un momento y de un modo sorprendente en radiante sol las espesas tinieblas que pugnaban por precipitarla.

Del islamismo ó mahometismo. El islamismo, voz que quiere decir resignacion á la voluntad divina, es la religion dominante en Africa, en la Turquía de Europa y del Asia, en Persia, en la Tartaria, en Afganistan, y está muy extendida en el Indostan. Los árabes profesaban al principio del siglo VII una religion compuesta groseramente del sabeismo, de la idolatría y del judaismo, del que conservaban alguna parte del culto á consecuencia de sus antiguas relaciones con los hebreos; sus costumbres eran tan bárbaras como su culto. Mahomet, sencillo comerciante, perteneciente sin embargo á la ilustre tribu de los koreischitas, que se tenian por descendientes directos de Abrahan por su hijo Ismael, y la cual hacia cinco generaciones tenia á su cargo la custodia de la Caaba, templo famoso y antiguo de la Meca, en donde se veneraban trescientos ídolos en una piedra negra que señalaban como el monumento de la alianza entre Dios y el patriarca; Mahomet, repetimos, instruido confusamente en sus viajes en la doctrina de los libros sagrados de los judíos y de los cristianos, se creyó llamado á reformar, ó por decirlo con más propiedad, á cambiar la degradada religion de sus padres, persuadiendo á sus compatriotas, que solo habia un Ser Supremo que se comunicaba á los hombres siempre que queria por medio de sus ángeles ó de sus profetas, y por lo tanto que era preciso proscribir la idolatría y la supersticion tanto como á la impiedad. Nacido Mahomet en 570, y empezando su mision en el de 610, se ve que tenia cuarenta años cuando dió principio á su predicacion del Coran, doctrina extraña sacada del cristianismo y del judaismo; pero la que (es la opinion de Mr. Boutruche no la nuestra) era capaz, por las grandes ideas que se encuentran en ella, y por el elocuente y poético estilo de que estan revestidas, de crear discípulos entusiastas al hombre sagaz que supo explotar estos medios influyentes, tan poderosos siempre para exaltar la ardiente imaginacion de los orientales. Mahomet logró hacerse considerar como profeta, por apóstol ó enviado de Dios, y con este título se vió autorizado para exigir entera fe y ciega obediencia á sus mandatos.

Como no podia ménos de suceder, el falso profeta encontró una terrible oposicion á sus proyectos áun en su misma tribu, y á fin de librarse de la muerte que le preparaban sus enemigos, se vió obligado á abandonar la Meca y á huir á Gatrep, á cuya ciudad llamó despues *Medimuat-el-Naby*, ciudad del profeta, ó sencillamente *Medina*. Se hizo célebre esta huida, porque fué causa de la propagacion armada del islamismo y todos los pueblos musulmanes (verdaderos fieles) ó mahometanos, la hicieron su era comun bajo el nombre de Hedjrah (hegira), y corresponde al viernes 16 de Julio del año 622 de nuestra era, que es entre los mahometanos su primer mes del año lunar.

El libro santo de los mahometanos, en que se hallan escritos sus principales dogmas y sus preceptos morales y legislativos, se llama *Coran*, voz árabe que quiere decir lectura por excelencia. Segun este libro, sus dogmas principales, son: Solo hay un Dios (en árabe Dios es *Allah*, el misericordioso), y Mahomet es el apóstol de Dios. Entre los innumerables séres inspirados por Dios, Adan, Noé, Abrahan, Moisés y Jesucristo, son grandes profetas, pero todos gradualmente inferiores á Mahomet. Nada bueno ó malo sucede sino segun los inmutables decretos de Dios. El hombre está predestinado al bien ó al mal, sin que nada en el mundo pueda sustraerle de este fin. El mundo terminará un dia, y su disolucion general será seguida de la reunion de las almas á sus cuerpos para sufrir un juicio universal. Solo á los musulmanes está reservado el derecho de posesion del *Paraiso* (lugar de inefables delicias), ya inmediatamente si son dignos de él por su pureza y virtud, ya despues de haber expiado sus crímenes y sus vicios en los lugares de los tormentos. Lugares inferiores al paraiso serán la permanencia eterna de los demás hombres, los cuales serán tratados en ellos segun sus acciones; pero ningun ser humano podrá dispensarse de pasar el puente del abismo, desde cuya altura caerán los réprobos al infierno. Los goces del paraiso son espirituales y materiales á la vez. Se habitará en él en magníficos palacios con deliciosos jardines, y se darán á cada musulman setenta y dos *huris* (mujeres celestes). La sustancia del Coran es increada y eterna; el ángel Gabriel le ha revelado á Mahomet, y es el libro que confirma las Escrituras. Habiendo recibido el pontífice y rey Mahomet sus títulos de Dios, su autoridad no puede negarse sin caer en la impiedad digna de muerte (de esta manera ha pasado á sus sucesores).

Los preceptos morales y legislativos son: No dar igual al Todopoderoso y servirle socorriendo á sus parientes, auxiliando á los huérfanos, á los pobres, á los viajeros y á los cautivos. Guardar fielmente sus promesas; dar limosna sin ostentacion; reprimir la cólera; ser indulgentes con el prójimo; ser justos áun con los infieles. El orgullo ofende á Dios. La hospitalidad es un de-

ber. El suicidio está prohibido. La circuncision obliga á todos. Cinco veces al dia se harán abluciones y se orará volviéndose hácia la Caaba, que es la primer *Mosquea* (templo) del islamismo. Ayunar completamente desde la salida á la postura del sol durante todo el mes llamado Ramadan en memoria de la hegira. Se prohibe formalmente el vino y los licores fuertes. Se prohibe expresamente comer tocino, sangre y la carne de animales que hayan muerto de enfermedad. Se prohibe producir ninguna imágen de objetos vivos. La educacion comun debe consistir en el estudio del Coran. Se prohiben los juegos de azar. Se permite la poligamia, pero no ha de exceder de cuatro mujeres. El divorcio se somete á severas condiciones. Se reconoce la esclavitud. Se establece la inferioridad de la mujer con respecto al marido. Todo musulman tiene obligacion de ir en peregrinacion á la Meca una vez en la vida. El viernes es el dia de descanso y de culto público en las mosqueas, en las que los sacerdotes, solamente encargados de orar y de predicar, se llaman *imanes*. El diezmo de todos los bienes pertenece á los pobres. Se establece la pena del Talion. El islamismo se propagará por medio de la espada, si no bastase la persuasion. El príncipe que viola la ley deja de ser legítimo.

Desesperando Mahomet, despues de haber escrito y publicado el Coran, de ganar á sus enemigos por medio de la persuasion, resolvió combatirles á todo trance, y encontró en sus partidarios tanto ardor, valor y fanatismo, que alcanzó una completa victoria. Sus partidarios más célebres fueron: Abu-Beker, su suegro; Aly, esposo de Fatima, que fué su hija querida y la cual ha perpetuado hasta nuestros dias la raza del legislador árabe, Omar, Othman y Kaled, al que se apellidó la Espada de Dios. Los cuatro fueron sucesivamente, despues de la muerte de Mahomet, honrados con el título de califas (vicarios) del profeta. Mahomet se apoderó de la Meca, cuyo templo conservó, pero quemó los ídolos y solo respetó la piedra de la Alianza, que besó respetuosamente. La toma de la Meca causó la sumision y conversion al islamismo de toda la Arabia y de una parte de la Siria arrebatada á los griegos. Despues de numerosas victorias y de haber consagrado al islamismo por medio de un solemne peregrinaje que hizo á la Meca á la cabeza de ciento catorce mil peregrinos, seguido de un sacrificio de cien camellos, de los que setenta fueron degollados por su propia mano, murió Mahomet el año 632 en Medina, donde aún subsiste su sepulcro, que es el objeto más venerado despues de la Caaba.

En solo un siglo, el fanatismo conquistador de los árabes sometió al islamismo todo lo que se extiende desde los confines de la Tartaria y de la India hasta las playas del Atlántico. Aly, el más terrible de los propagadores de la fé mahometana y el glorioso esposo de Fatima, fué designado en la

sucesion el cuarto de los califas. El haber de subir tan tarde á esta dignidad era una justicia muy lejana á los ojos de sus admiradores, y por lo tanto tuvo que combatir aún la rivalidad de Mohaviah, jefe de la dinastía de los Onmiadas, y pereció asesinado en la lucha. La veneracion en que se tuvo su memoria creó la secta de los *chyitas*, que multiplicándose en Persia, no reverenció con ménos piedad el sepulcro de Aly que el del profeta.

Las principales sectas de los musulmanes fueron y son: la de los sunnitas, la de los chyitas, y la de los wahabitas. Los sunnitas (ortodoxos), secta que pertenece particularmente á los turcos, son partidarios de los tres primeros califas Abu-Beker, Omar y Othman, y de Mohaviah y de sus sucesores Onmiadas y Abassidas; estos sectarios anatematizaron á todos los que tenian opinion diversa de la suya. Los chyitas (cismáticos), que se fijaron particularmente entre los persas, maldijeron la memoria de los tres primeros califas como ilegítimos, y á Mohaviah y sus sucesores, no reconociendo más sucesion legítima que la de la casa de Aly. Y en fin, los wahabitas (de Abdul-Wahab) que existen particularmente en el Nedjed (la Arabia desierta), secta fundada por el expresado Abdul-Wahab, emir ó príncipe del Nedjed al principio del siglo XVIII, y que se acrecentó por los esfuerzos de Mohamched-Cheik, su hijo, profesan una especie de teismo puro.

Del protestantismo y de la iglesia griega. Aun cuando la religion protestante se ha formado en el cristianismo naciendo de la rebelion de uno de sus hijos á los severos principios del catolicismo, vamos á darla lugar en este escrito ántes que debiéramos, á fin de dejar para lo último, como dijimos al principio, el hablar de la única y verdadera religion, para que despues de tantas tinieblas y de tanta mentira y absurdo, disfrutemos mejor de la luz de gracia, de la razon por excelencia y de la verdad, que el único y verdadero Dios nos ha enseñado primero por sí mismo, y despues por medio de sus apóstoles y evangelistas, enseñanza que, firmada por el Redentor con su preciosa sangre, fué confirmada despues con la de millares de mártires que dieron fe y testimonio irrevocable de la verdad.

El protestantismo es la religion dominante en Dinamarca, Suecia, Noruega, en una parte de Alemania, de la Suiza, de Polonia, de Francia, Inglaterra y de los Estados Unidos. El nombre de protestantismo es la denominacion general que se da á todas las sectas originadas de la herejía de Lutero, monje aleman. El principio de esta herejía, que comenzó en Alemania en 1517 de nuestra era, fué: Que solo la Escritura era la regla de la fe, y que en los puntos objeto de controversia cada cual tenia el derecho de seguir sus inspiraciones. El nombre de protestantes proviene de que habiéndose autorizado por la dieta de Spira en 1525 la libertad de opiniones luteranas hasta la convocacion de un concilio general, opinion contraria que

tuvo otra Dieta en la misma Smirna en 1529, se firmó una protesta por los diputados de todos los estados y ciudades libres de Alemania, partidarios de la nueva fe, para sostener la primera decision declarada más legal; de aquí el nombre de protestantes dado á los que firmaron este acto, cuyo nombre pasó despues á los partidarios de todas las sectas que han salido del luteranismo. No habiéndose podido poner de acuerdo los luteranos y católicos sobre la forma en que los primeros habian de ser admitidos en el concilio general convocado en Trento en 1545, se convocó este concilio sin la asistencia de los disidentes, por lo cual no pudo ponerse término á los progresos del cisma que se completó desde entónces. Entre la multitud de sectas en que se divide esta herejía llamada religion, las principales son las once siguientes.

Luteranos. La doctrina de esta secta, que es la principal y la más antigua, es la siguiente en resúmen. Solo la fe basta para la salvacion. Predestinacion y nada de libre albedrío. Igualdad en todos los sacerdotes, los cuales pueden casarse. Nada de ayunos, de abstinencia de carne, ni de votos monásticos. Solo admiten el bautismo y la Eucaristía. Presencia de Jesucristo en el pan y el vino; y en fin, rechazan el purgatorio, el sacrificio de la misa y las imágenes.

Anglicanos ó episcopales. Luteranos que han conservado la gerarquía y una parte de la liturgia católica en lengua vulgar.

Anabaptistas. Se vuelven á bautizar y prohiben bautizar á los niños al nacer.

Calvinistas. Secta creada por Calvino, teólogo francés. Predican que Jesucristo está en figura y no realmente en la Eucaristía. Nada de gerarquía eclesiástica, y en lo demás siguen las opiniones de los luteranos.

Presbiterianos ó puritanos. Se denominan así en Inglaterra los sacerdotes, derivándose el nombre de la voz latina *presbyter*. Esta secta es opuesta á la gerarquía y á la liturgia de los obispos.

Socinianos ó unitarios. La creó Socin, teólogo suizo. Estos sectarios niegan la Trinidad; hacen de Jesucristo un hombre superior á los demás hombres, prometido y enviado por Dios, muerto y resucitado, asegurando la inmortalidad á los que creen en él.

Arminios. Su fundador es el teólogo aleman Arminius: nada de predestinacion; gracia comun.

Cuákeros ó temblones. Compónese esta secta de unos fanáticos entusiastas que tiemblan cuando se creen inspirados por el Espíritu Santo, y no tienen culto exterior ninguno.

Metodistas. Estos sectarios se confiesan los unos á los otros y observan una moral muy austera.

Pietistas. Esta secta se cuida ménos de la fe que de las obras de sus afiliados, y en sus asambleas hablan segun sus inspiraciones.

Hernutos ó *hermanos moravos.* Todos los que se afilian á esta secta ponen sus bienes á disposicion de la comunidad y viven en una perfecta igualdad.

Otra multitud de sectas ménos importantes existen entre los protestantes, de las que muchas de ellas son perseguidas por los mismos con un deplorable fanatismo, en lo que faltan á ese principio de libre discusion y de libertad de accion dentro de la reforma, que tanto propalan los hijos del heresiarca Lutero.

De la Iglesia griega (1). *(Religion Cismática.)* La Grecia, la Rusia, Armenia, Siria, Egipto y la Abisinia se comprenden en la Iglesia griega ó cismática. Declarada Constantinopla capital del Imperio por Constantino Magno, adquirió en preponderancia cuanto perdió Roma, particularmente desde el año 476 en que cayó el imperio de Occidente. Elevados los obispos de esta ciudad al rango de patriarcas, distincion que tenian solo los de Antioquía, Alejandría y Roma, extendieron insensiblemente su jurisdiccion por todo el Oriente, y tomaron el título de ecuménicos ó universales, que solo tenian ántes los patriarcas de Roma. Como dice Mr. Boutruche, á pesar del sordo antagonismo que existia entre el Oriente y el Occidente religioso, antagonismo que se hizo sentir violentamente en 754 con motivo de la querella de los iconoclastas, la unidad se mantuvo generalmente en la iglesia de ambos paises hasta el siglo IX, en el que el célebre Focio apoyado de su partido, disputó injustamente el patriarcado del Oriente á Ignacio. Interponiendo en esta disputa su autoridad el pontífice romano Nicolao I, Phocio la desconoció, y á fuerza de destreza y de elocuencia arrastró á todo el Oriente á su partido. Pretendió este cismático, que habiéndose originado la supremacia del Pontífice romano de la importancia de esta ciudad, única capital del Imperio Romano ántes de Constantino, se habia dividido como el Imperio en patriarcado supremo de Oriente, cuya silla estaba en Constantinopla, y en patriarcado supremo de Occidente con su silla en Roma. Consecuente con este principio, que estableció su soberbia y ambicion, respondió á la excomunion que se lanzó contra él en 869 con otro anatema semejante; pero sin embargo de esto, el cisma no se completó hasta el año 1054, en que le llevó á cabo Miguel Cerulario. Declarado el cisma, la Iglesia griega pretendió ser la verdadera ortodoxa, y sus concilios generales se declararon ecuménicos. Las excomuniones de sus obispos causaron terribles efectos, y el rigor contra los disidentes no fué ménos en ambos partidos; pero los pa-

(1) Recordamos aquí lo que hemos dicho al empezar el islamismo con respecto á no tratar primero del catolicismo, del que se separó la Iglesia griega por medio de un cisma como veremos.

triarcas supremos griegos no lograron como los papas emancipar el poder espiritual del temporal, porque su orígen mas político que religioso no lo permitió, y así es que su constante lucha con los emperadores forma la mayor parte de la historia del Bajo Imperio.

Seis son las sectas en que se dividen los cismáticos griegos, y las daremos á conocer ligeramente. La primera se compone de los griegos ortodoxos. Los cristianos cismáticos de Grecia y de Turquía estan bajo el poder de los patriarcas de Constantinopla, y además existen los patriarcados de Antioquía y de Jerusalen; pero de todos el primero es el primado. La eleccion del patriarca primado necesita la confirmacion de los sultanes que sucedieron á los emperadores desde el año 1453 en que Constantinopla cayó en poder del emperador turco Mahometo II. Desde 1588 el metropolitano de Moscovia se declaró patriarca. Nicon se emancipó de la supremacía del patriarca de Constantinopla, y hasta pretendió igualarse en poder al de los czares. Un concilio condenó á este perturbador, que introdujo un cisma en el mismo cisma, y como sus sucesores tuviesen las mismas pretensiones, el emperador de Rusia Pedro el Grande, en 1725, extinguió la dignidad patriarcal y puso la religion á tutela de los czares, razon por la que el emperador de todas las Rusias es jefe del Estado y de su Iglesia á un mismo tiempo. Estas dos escuelas cismáticas han abolido los sacramentos de la confirmacion y de la extremauncion de la Iglesia católica romana; niegan la existencia del purgatorio, y que el Espíritu Santo proceda del Hijo; celebran el sacrificio de la Misa con pan de levadura; comulgan con las dos especies de pan y vino; permiten el matrimonio á sus sacerdotes; han proscripto las imágenes esculpidas, y conservan las órdenes monásticas.

Armenios. Niegan estos cismáticos la existencia del purgatorio. Predican que las almas vagan errantes por el espacio hasta el dia del juicio final; unen las prácticas del judaismo á las del cristianismo; y su patriarca, que reside en Echmiadzin, es confirmado en esta dignidad por el rey de Persia.

Abisinios, Cophtos y Georgianos. Estos son restos de las sectas eutiquiana y nestoriana, y en sus ceremonias admiten una multitud de supersticiones.

Cristianos de S. Juan. Esta secta pertenece á la Mesopotamia, y no reconociendo la divinidad de Jesucristo, honran particularmente á San Juan Bautista.

Cristianos de Santo Tomás. Estos sectarios de las Indias creen que los santos no verán á Dios hasta el dia del juicio final.

DEL CRISTIANISMO Ó SEA DE LA LEY EVANGELICA. Despues de tan absurdas fábulas, de tanta mentira y de tantas aberraciones del espíritu humano, llegamos á la verdad, á la voz del verdadero Dios, á la luz evangélica, en fin, por la que hemos recibido la gracia divina del Todopoderoso por boca de su

unigénito Hijo, y la redencion por medio de su admirable y generoso sacrificio. Como ley escrita del cielo y marcada en la tierra por el dedo del Omnipotente, á las tinieblas ha sucedido la luz más clara y bella; á la mentira y al absurdo la verdad y la sana razon; al sofisma la sabiduría; al crímen la virtud; á la crueldad la caridad; á la impiedad la piedad; á los sangrientos sacrificios humanos la humanidad y la hostia pacífica; al despotismo la libertad bien entendida; y en fin, al demonio tentador y enemigo del hombre, un Dios clemente á la par que justo, misericordioso sin dejar de ser severo; y tan amigo del hombre que por ensalzarle y darle libertad emancipándole de las cadenas del infierno que le sujetaban, se sacrificó gustoso hasta derramar por él la última gota de su sangre!...

Solo la luz de la razon debió tener el hombre durante mucho tiempo para guiarse respecto á Dios y á sus semejantes, y esta fué la época de la *ley natural*, ley de que no tardaria el hombre en separarse atendida su condicion. *Moisés* dió al pueblo hebreo, por mandato de Dios, reglas especiales para rendir culto al Ser Supreno y para establecer el órden social en que habia de vivir este pueblo escogido, y esta es la *ley escrita*. Habiendo expiado Jesucristo con su pasion y muerte, como víctima divina, augusta y sin mancilla, el pecado de nuestros primeros padres, y vuelto al hombre con tan voluntario sacrificio sus perdidos derechos á la vida y felicidad eterna, su doctrina y su moral, contenidas en el Evangelio componen la *ley de gracia*, ley más perfecta que las otras dos y que completa los destinos humanos. Esta ley fué la que enseñó Jesucristo á sus apóstoles y discípulos por sí mismo, probándoles, por medio de milagros y prodigios, que él era el Salvador reservado al género humano, el Cristo y el Mesías prometido á Abrahan y predicho por los profetas. El sabio y piadoso Chateaubriand en sus Estudios históricos pintó verdaderamente el privilegio divino del cristianismo de explicar y abrazarlo todo en esta bella expresion recordada muy oportunamente por Mr. Boutruche, á quien vamos siguiendo: «El cristianismo, dice, cuya era empieza en medio de los tiempos, ha nacido en la cuna del mundo.» Los apóstoles y los discípulos de Jesucristo solo convirtieron á la doctrina de su divino Maestro un pequeño número de judíos que con ellos vinieron á ser el cimiento de la Iglesia ó de la sociedad cristiana; pero ellos la predicaron tal y como la habian recibido por órden del Salvador á las demas naciones, que fueron llamadas, con preferencia á los incrédulos judíos, á recoger los preciosos frutos de la fe evangélica, y un milagroso éxito coronó su predicacion. La obra emprendida por los apóstoles y discípulos de Jesucristo se continuó por sus sucesores los obispos, sacerdotes y diáconos, y fué tan rápido el progreso de su enseñanza, á pesar de la espantosa persecucion que les opusieron los sacerdotes paganos para detenerla, que en menos de tres

siglos convirtieron la mayor parte del Imperio romano, que comprendia entónces casi todo el mundo. Desde entónces empezó á cambiar de aspecto la faz del universo, y la sociedad á adquirir mejoras humanitarias que la hicieron presentir nuevos goces espirituales y materiales.

Toda paz y caridad la moral evangélica, está reconocida como la más sencilla á la par que la más sublime que hayan conocido los hombres. y por esta moral conveniente á todos los tiempos y á todos los pueblos, y practicable por los hombres de todas clases y condiciones, se ha probado que Jesucristo quiso que la felicidad del género humano, compatible con su naturaleza humana, procediese de la inmutable felicidad reservada á su inmortalidad. De este modo la Iglesia, fiel desde luego á completar esta manifiesta intencion de su divino fundador, presenta en general, durante los tres primeros siglos de su existencia, el mas bello y brillante espectáculo que se hubiera visto jamás, que fué un inmenso pueblo de hermanos, unidos con el ardiente lazo de la caridad, profesando una admirable unidad de principios, viviendo entre sí en la paz é igualdad más perfecta, llevando una vida ejemplar por la pureza de sus costumbres, y sin dejar de socorrer miseria alguna ni sin consuelo á ningun desgraciado. Chateaubriand llama con razon á esta época la era moral y evangélica del cristianismo. Este mismo autor la considera seguida de otras tres, que distingue con los nombres de era metafísica ó teológica, era política y era filosófica, y los caracteriza del modo siguiente: primero, la época en que apénas libertada por el emperador Constantino la Iglesia, se vió deplorablemente agitada desde el IV al IX siglo por un sin fin de disputas dogmáticas, encontrando solo algun descanso en el seno de la ortodoxia que fijaron los concilios ecuménicos ó generales. Segundo, la época en la que los ministros de la Iglesia, sobreponiéndose á los príncipes y á los reyes por su ascendiente sobre los pueblos, ascendiente adquirido por servicios efectivos, establecieron ó depusieron príncipes y reyes, cediendo no pocas veces á sus pasiones, si bien más de una vez lo hicieron con el beneplácito é interés de los pueblos, hicieron temblar á sus enemigos con los rayos del anatema, promovieron la guerra, dieron batallas, levantaron impuestos, y en una palabra, unieron de tal modo bajo su mano el poder temporal y espiritual, que llegaron á conseguir la formacion de la más terrible teocracia que se hubiera conocido en los tiempos anteriores. Esta autoridad suprema y universal de la Iglesia imperó en su mayor poder desde el siglo X al XIII, y despues fué declinando á medida que los poderes políticos y civiles fueron tomando fuerza y se propusieron la reforma en sus razonables límites. Tercero, en fin, la época actual en que el cristianismo esencialmente favorable á los progresos y á la perfectibilidad, léjos de debilitarse se fortifica por medio del desarrollo de la razon, por los multiplicados des-

cubrimientos de la ciencia, y en una palabra, por la perfeccion de la civilizacion que él mismo ha creado.

DE LA IGLESIA CATÓLICA APOSTÓLICA ROMANA, Y DE SUS CONCILIOS GENERALES. España, que conserva la unidad católica, sin permitir ninguna otra religion, Italia, Portugal, Francia, cinco cantones de Suiza, alguna parte de la Alemania, Irlanda, la América española y varios paises en todos los continentes, profesan la religion católica como la del estado.

Llámase apostólica la Iglesia romana, porque desde S. Pedro, primer obispo de Roma, á los 66 años despues de Jesucristo hasta el cisma de Phocio, patriarca de Constantinopla, que como hemos manifestado tuvo lugar el de 869, los sucesores legítimos de los apóstoles no han dejado de ser generalmente reconocidos herederos de la primacía que les confirió Jesucristo, primacía de autoridad y de jurisdiccion, cuyos límites estan consignados en los cánones y reglamentos de los tiempos apostólicos, y en los decretos de los concilios generales, por todo lo cual se ve que los obispos de Roma, llamados papas, fueron y serán siempre los órganos especiales de la ortodoxia, ó sea de la verdadera fe, y su silla el centro de la unidad cristiana. El catolicismo de la Iglesia romana, ó sea su derecho de dirigir universalmente la creencia en las controversias, se apoya en la infalibilidad que proviene de la mayoría de los obispos, sucesores directos de los apóstoles, unidos á su jefe el Papa, infalibilidad que proviene de la promesa hecha á sus apóstoles por Jesucristo de estar con ellos hasta el fin de los siglos, y de haber colocado á S. Pedro á la cabeza de su Iglesia dándole la facultad de atar y desatar, prometiéndole que lo que él hiciese en su nombre en la tierra sería reconocido en el cielo. El nombre de papa quiere decir padre en griego. En un principio se dió este título indistintamente á todos los obispos, pero el uso ha prevalecido solo con respecto al soberano pontífice romano. La eleccion del pontífice no se diferenciaba en un principio de la de los demas obispos; todos eran elegidos por el clero y por el pueblo; pero la importancia que adquirió el pontífice al establecer su silla en la ciudad imperial, condujo á los emperadores á abrogarse el derecho de confirmar su eleccion al principio del siglo VI. Luis el Benigno volvió á los papas la libertad de eleccion el año 824, pero no dejó de experimentar esta algunos ataques de los emperadores alemanes en los siglos X y XI. Lograda por el papa Gregorio VIII en 1073 una completa independencia en el ejercicio de su autoridad, el poder imperial tuvo que ceder en sus pretensiones, viniendo á ser despues á su vez el poder temporal el que tuvo que solicitar el apoyo de los papas. El pueblo cesó de tener parte en la eleccion de los pontífices, y el clero declinó su derecho electivo en los cardenales, cuya especial dignidad da á los simples sacerdotes y áun á los diáconos que son revestidos de ella, la preeminencia sobre los

obispos: estos cardenales forman el consejo del papa despues del cual son los primeros príncipes de la Iglesia romana.

Si bien difieren los autores en cuanto al número de concilios ecuménicos ó generales, todos convienen en los ocho primeros; pero por lo comun se cuentan veinte desde el de Nicea hasta el de Trento, que fué el último. Por lo que respecta á los concilios particulares, llamados nacionales ó provinciales, de los que algunos no fueron reconocidos y otros no estan suficientemente probados, se tiene noticia de dos mil cuatrocientos ochenta. Los ocho concilios generales fueron convocados por los emperadores, y los demás por los papas, á excepcion del de Pisa que se reunió por sí mismo á fin de poner término ó detener el cisma de los papas Gregorio XII y Benedicto XIII, que existiendo á la vez tenian dividida la Iglesia.

De los veinte concilios generales ó ecuménicos. El primer concilio general tuvo lugar en Nicea el año 325 de nuestra era, el cual se celebró con trescientos diez y ocho obispos y con la asistencia del emperador Constantino *el Grande*. En este concilio se decidió contra la doctrina de Arrio, *que el Verbo*, Jesucristo, es consustancial con el Padre, y se estableció la fórmula del símbolo llamado de Nicea.

El segundo se verificó en Constantinopla por trescientos trece Padres el año de 381, contra la doctrina de Macedonio, obispo de esta capital, y confirmándose en él las disposiciones del de Nicea, concedió al obispo de Constantinopla el primer rango despues del de Roma.

III. Tuvo lugar en Efeso el 431, contra la doctrina de Nestorio, obispo de Constantinopla, y contra el monje inglés Pelagio. Asistieron á este concilio más de doscientos Padres, y en él se depuso de la silla episcopal á Nestorio.

IV. El año 451 se verificó el concilio de Calcedonia, al que asistieron seiscientos treinta obispos, contra la doctrina del que tuvo lugar en Efeso el año 449, que fué favorable al heresiarca Eutiques, y en él se depuso á Dioscoro, obispo de Alejandría, que sostenia las opiniones de Eutiques.

V. En 553 tuvo lugar el de Constantinopla contra Teodoro, obispo de Mopsuesto, y otros que sostenian la doctrina nestoriana, y en él se confirmaron las decisiones de los cuatro primeros concilios generales, y se condenaron algunas opiniones de Orígenes.

VI. Tambien en Constantinopla, el año 680, con asistencia de ciento sesenta obispos, contra la herejía de los monotelitas, y en él se anatematizó á Sergio, patriarca de Constantinopla, por haberla sostenido.

VII. En Nicea, el 787, con asistencia de trescientos cincuenta obispos, y en él se condenó la herejía de los iconoclastas, enemigos de las imágenes.

Los griegos y los latinos ó romanos, reconocen todos estos siete concilios como ecuménicos, y los primeros rechazan los siguientes.

VIII. En 869 se tuvo en Constantinopla concilio general celebrado por ciento dos obispos, contra Phocio, patriarca intruso de Constantinopla en perjuicio de Ignacio, que era el legítimo, y en el fué Phocio depuesto y excomulgado.

IX. Túvose en Letran, en Roma, en 1123, el concilio contra el derecho de colacion de los beneficios eclesiásticos reivindicado por el emperador para el sostenimiento de los derechos de los obispos contra los usurpadores de los abades y de los monjes, y en fin, para recobrar la Tierra Santa que poseian los infieles, y asistieron á él trescientos obispos y más de seiscientos abades ó jefes de abadía.

X. Tambien en Letran, el año 1130, se celebró concilio general, al que asistieron cerca de mil prelados, contra el antipapa Anacleto y Arnaldo de Brescia sobre los diezmos: en este concilio se prohibieron los torneos.

XI. Trescientos dos obispos formaron el concilio ecuménico de Letran el año 1179, contra las ordenaciones del antipapa Victor III, á fin de fijar el número de votos necesarios para la eleccion de los papas, y poner remedió á las desarregladas costumbres de los clérigos.

XII. En Letran, el 1215, al que asistieron cerca de quinientos obispos y ochocientos abades. En este concilio se combatieron las herejías de los vandenses y de los albigenses, y se obligó á los señores temporales á lanzar á los herejes de sus dominios bajo pena de excomunion.

XIII. En Lyon, en 1245, contra el emperador Federico II, que fué depuesto en él y descomulgado por hereje. Asistieron á este concilio ciento cuarenta obispos, Balduino, emperador latino del Oriente y S. Luis rey de Francia: en él se concedió el capelo encarnado á los cardenales.

XIV. Tambien en Lyon, en 1274, el que formaron quinientos obispos, setenta abades y más de mil prelados inferiores. Se celebró este concilio para socorrer á Tierra Santa, reunir á los griegos, y mejorar la corrupcion de costumbres de los prelados. Enviados á él algunos obispos griegos por el emperador Miguel, aceptaron con relacion al Espíritu Santo, el *Filioque* que faltaba en el símbolo griego, lo que impidió continuase el cisma.

XV. En 1311 se reunió en Viena de Francia el concilio general compuesto de trescientos obispos, al que asistieron Felipe *el Hermoso*, rey de Francia, Eduardo II, rey de Inglaterra, y Jaime, rey de Aragon. En este concilio tuvo lugar la extincion de la órden de los Templarios, la condenacion de algunas herejías, y se dió el reglamento de estudios para las escuelas.

XVI. En Pisa, el año de 1409. Este concilio, al que asistieron treinta y

dos cardenales, más de cien obispos en persona, y otros por medio de procuradores, fué reunido por acuerdo de cardenales de dos obediencias, á saber: de Benedicto XIII y de Gregorio XII que imperaban á la vez, á fin de terminar el cisma que producian. Este concilio se declaró superior á los papas, y deponiendo á los dos, nombró en su lugar á Alejandro V.

XVII. En Constanza, el 1414 con asistencia de más de doscientos obispos y de quinientos abades ó doctores; y del emperador Segismundo que fué á él en traje de diácono, y leyó el Evangelio en la misa. En este concilio se depuso al papa Juan XXIII, sometiéndole al concilio. Se condenó como herejes á Juan Huss y á Gerónimo de Praga, que fueron quemados vivos.

XVIII. El 1431 fué el concilio de Basilea, que no se consideró general hasta su sesion veintiseis. Se refirió á las turbulencias de Bohemia por la comunion en las dos especies, y se depuso en él al papa Eugenio, eligiéndose en su lugar á Felix V, lo cual fué causa de un cisma.

XIX. En Florencia, el año 1439, tuvo lugar un concilio general con asistencia de ciento cincuenta obispos, y en él se trató la cuestion de la union de la Iglesia griega á la latina; pero áun cuando se firmó un acuerdo por algunos miembros de la Iglesia griega y por el emperador Juan Paleólogo, no se pudo lograr su ejecucion.

XX. El último concilio ecuménico ó general fué el de Trento, en 1545. Asistieron á él cinco cardenales, doscientos setenta obispos, siete generales de las órdenes monásticas, y ciento sesenta doctores. Su objeto fué combatir y condenar, como lo hizo, las doctrinas de Lutero y de Calvino, y reformar la disciplina relajada de la Iglesia. Interrumpido muchas veces, este concilio duró cerca de diez y ocho años, y sus decretos sobre la disciplina no se ejecutan del mismo modo en todos los estados católicos.

De las órdenes monásticas. Las órdenes monásticas empezaron en Egipto hácia el año 310 por la institucion de los ermitaños de S. Antonio, que fueron, en cierto modo, una continuacion parcial de la comunidad general de los primitivos cristianos. La historia ha consignado con veneracion los importantes servicios que hicieron estos piadosos anacoretas y los demás monjes, sirviendo sus ermitas de asilo á muchos desgraciados perseguidos, trabajando los terrenos incultos desde la época de las violentas invasiones germánicas en el siglo V, y cultivando en la soledad los débiles restos de las ciencias y de las letras que se habian salvado del naufragio de la civilizacion. A imitacion de los de los hombres, se formaron las comunidades monásticas de mujeres que no ofrecieron desde luego ménos virtudes evangélicas. Los claustros se resintieron naturalmente del desórden y barbarie de la época feudal, engendraron muchos abusos, y si bien se reformaron algunos, otros

quedaron en pié. En los tiempos modernos, dice Boutruche, la riqueza, el saber y la ambicion de ciertas órdenes, les ligó á la política y á los intereses temporales, y esto causó algunos escándalos. Las órdenes monásticas se han suprimido en los pueblos protestantes y en algunos paises católicos. Aun cuando hubo y aún existen muchas órdenes monásticas, solo haremos mencion de las siguientes, que son las principales, de las que damos razon cronológicamente segun el año de su fundacion.

362. *Basilios*, órden fundada en el Ponto por S. Basilio, la cual es la principal de la Iglesia griega en el Oriente, existiendo tambien en Occidente.

395. *Agustinos*. Fué fundada por S. Agustin, obispo de Hippona en la Numidia; pero hasta 1256 no existieron positivamente con sujecion á regla.

529 *Benedictinos*, por S. Benito, en el monte Casino, en Italia. Una de las órdenes ilustres que ha producido más grandes hombres.

1012. *Camaldulenses*, por S. Romualdo, en Camaldoli de Toscana, de cuya órden fueron muchos á predicar el Evangelio á los paganos de Hungría.

1083. *Los Cartujos*, por S. Bruno, que la fundó en la gran Cartuja cerca de Grenoble en Francia.

1140. *Trapenses*, por Rotron, conde de Perché, reformados por Rancé en 1662: ha sido órden de la mayor austeridad.

1205. *Carmelitas*, Basilios del monte Carmelo establecidos por Alberto, patriarca latino de Jerusalen, los cuales se introdujeron en Europa en 1264.

1208. *Franciscanos*, por S. Francisco de Asís, los cuales se subdividieron en mínimos, capuchinos, gilitos, de Jerusalen, de Indias, terceros, etc.

1218. *Dominicos*, por el español Santo Domingo que fundó esta órden de Prédicadores en Bolonia de Italia.

1270. *Celestinos*, por el P. Mouron que fué elegido papa en 1292. En un principio formaron la congregacion llamada de S. Damian.

1524. *Teatinos*, por Carraffa, obispo de Theaté y despues papa con el nombre de Paulo IV: en un principio fueron clérigos regulares.

1530. *Bernabitas*, por Morigia, en Milan en la iglesia de S. Bernabé.

1534. *Jesuitas*, por el español S. Ignacio de Loyola, cuya órden ha producido mayor número de hombres célebres que ninguna otra de las expresadas, y que llegó á ser un poder respetable en las naciones católicas por su saber, política y riquezas. Esta órden fué abolida por Clemente XIV á peticion de la liga de los soberanos de Europa el año 1773 en que fueron sus hijos perseguidos inhumanamente, vuelta á restablecer por Pio VII en 1814 y suprimida otra vez en España en 1835.

Principales órdenes militares religiosas. 1100. *Juanistas* ó caballeros de S. Juan de Jerusalen ú hospitalarios, que fueron creados por Gerardo de

Amalfi: estos fueron despues caballeros de Rodas y de Malta, en donde fueron soberanos sus grandes maestres: en lo espiritual ha seguido esta órden sucesivamente la regla de S. Agustin y de S. Benito.

1118. *Templarios*, caballeros del Templo de Jerusalen, organizados por Hugo de Payeu y Geoffroy de S. Omer. Esta órden fué abolida en 1311, y perseguidos sus caballeros cruelmente.

1191. *Teutones*, caballeros reunidos en Jerusalen por Federico, duque de Suavia, que fundó esta órden que conquistó la Prusia en 1230.

Estas tres órdenes se crearon para defender á los peregrinos cristianos que iban á visitar los Santos Lugares. Otras muchas órdenes militares ha habido y áun existen en los pueblos católicos; pero no han sido tan generales como las tres anteriores, y debemos contar entre las más ilustres las españolas de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa que aún subsisten.

DE LAS PRINCIPALES SECTAS CRISTIANAS. Dice Mr. Boutruche que han agitado á la Iglesia desde su establecimiento más de quinientas disidencias llamadas herejías ó cismas, las cuales han sido siempre condenadas por los concilios, y perseguidos sus sectarios algunas veces hasta con una inhumanidad increible enteramente contraria al verdadero espíritu y fin del cristianismo, que pretende llamar á si á los hombres por el amor y por la caridad, y de modo alguno por el temor haciéndoles violencia y á fuerza del castigo. Como han sido tantas las herejías y los heresiarcas, daremos razon de las más principales por siglos.

I. En el siglo primero de nuestra era ó sea de la fundacion de la Iglesia, hubo ya tres sectas; la primera, la de los llamados *Nazarenos*, por la ciudad de Nazaret en donde apareció; la segunda, de los *Ebionitas*, de Ebion que significa pobre; y la tercera, de los *Cerintios*, de Cerintho de Antioquía. Estas sectas de los judios creian que Jesucristo era un profeta semejante á Moisés, y venido para reformar las costumbres, pero no la ley.

II. Ocho sectas se levantaron en este siglo, á saber: *Nicolaitas*, fundada por el diácono Nicolás (1) que adoptaron la comunidad de las mujeres. *Basilidienses*, del filósofo Basilides, creyeron que el cuerpo de Jesucristo solo estaba en la apariencia. *Millenarios*, que los santos reinarán mil años con Jesucristo en el mundo ántes del juicio final. *Valentinianos*, de Valentin, que estableció el sistema de los espíritus creadores. *Cuartodecimanes*, los cuales celebraban la Pascua el 14 de la luna de Marzo, como los judíos. *Marcionistas*, de Marcion, que explicaban el mundo material por un ma principio, y el espiritual por otro bueno. *Tacianistas*, del sirio Taciano,

(1) En el sentido que les corresponde los fundadores de secta están comprendidos entre los hombres célebres del siglo en que aparecieron.

especie de marcionistas que guardaban y predicaban la continencia perpétua. *Montanistas*, del frigio Montano; rigoristas, que enseñaron que no hay absolucion ninguna para los pecados cometidos despues del bautismo: Tertuliano abrazó las opiniones de estos sectarios.

III. En este siglo fueron cinco las sectas que se crearon. La primera fué la de los *Origenistas*, del africano Orígenes, cuya doctrina fué que las almas preexisten al cuerpo; que Jesucristo fué muerto tanto por los hombres cuanto por los demonios; que las penas del infierno no son eternas. *Novacianos*, de Novacio, obispo intruso de Roma, que condenó el casarse segunda vez y negó la validez del bautismo dado por los herejes. *Sabelianos*, de Sabelio; y *Paulanistas*, de Pablo de Samosata, que pretendieron que las tres personas divinas, es decir la Trinidad, solo expresan atributos de Dios. *Apocharitas* (excelentes) creyeron que el alma humana es una porcion de la divinidad. *Maniqueos*, de Persa Manes, que fundó su doctrina en el buen y mal principio, mezclando la doctrina de Zoroastro con la del cristianismo.

IV. *Aerianos*, de Aérius, monje de Asia, que condenó las preces que se hacen por los muertos, las ceremonias y la gerarquía eclesiástica. *Aphtardocetas* (incorruptibles), creian el cuerpo de Jesucristo y que no pudo morir. *Arrianos*, de Arrio, sacerdote de Alejandría; su doctrina se fundó en que Jesucristo fué verdadero Dios, pero que fué creado por su padre. *Donatistas*, de Donato obispo de Africa, renuevan el bautismo de los herejes, y pretenden ser los verdaderos ortodoxos. *Eustatieros*, del monje Eustacio, pretendieron que nadie más que los monjes podian salvarse y ser santos. *Jovianos*, de Jovio, monje milanés; su doctrina fué que todos los pecados eran iguales y que la Vírgen María no quedó vírgen despues del nacimiento de Jesucristo. *Pneumatomacos*, predicaron que el Espíritu Santo era un ángel y no Dios. *Macedonios*, de Macedonio obispo de Constantinopla, creyeron solo en Dios, en las personas del Padre y del Hijo ó Cristo.

V. *Pelagianos*, del monje inglés Pelagio, que negó que fuese necesaria la gracia divina para hacer el bien, pues que en su concepto basta la razon, (y esta, ¿qué es cuando es cierta en materias católicas sino la divina gracia?) *Eutychanos* ó Eutiquianos, del monje de Constantinopla Eutyches, creyeron en la naturaleza divina y humana confundidas en Jesucristo, y que Dios sufrió y murió. *Nestorianos*, de Nestorio obispo de Constantinopla, reconocieron dos personas distintas en Jesucristo, y que María no fué madre de la persona divina. *Predestinadores*, predicaron que el hombre está predestinado á la salvacion ó á la condenacion. *Vigilantes*, de Vigilancio, sacerdote español, predicaron contra el culto que se da á los santos y á las reliquias, y condenaron el celibato.

VI. *Eucaritas* (continentes), solo usaron de agua en las celebraciones

eucarísticas. *Jacobitas*, de Jacobo Siro, que esparció el eutiquismo en Siria. *Cophtos*, jacobitas de Egipto cuyo patriarca reside en Alejandría. *Triteitas*, que admiten tres dioses y niegan la resurreccion. *Armenios*, rama de los eutiquianos fundada por Narsés, patriarca de Armenia.

VII. *Monotelitas*. No admiten más que una voluntad en Jesucristo. *Paulicianos*, de Paulo, misionero del maniqueismo en Armenia. *Felicianos*, de Félix obispo español, declaró que Jesucristo es figurativamente llamado hijo de Dios como los hombres hijos de Dios.

VIII. *Iconoclastas* (destrozadores de imágenes) predicaron contra toda figuracion de las cosas santas porque conduce á la idolatría.

IX. *Focienses*, de Phocio, patriarca de Constantinopla. Negaron la supremacía de los obispos de Roma, y la concedieron á los obispos de Constantinopla, cuya doctrina fué el origen del cisma de la iglesia greco-bizantina ó del Oriente.

X. *Walfredistas*, de Walfredo, que consideró material el alma.

XI. *Berengarios*, de Berenguer, arcediano de Tours: predicaron que el pan y el vino consagrados en la Eucaristía, viniendo á ser el cuerpo y sangre de Jesucristo, no cambian de naturaleza.

XII. *Enriqueños*, de Enrique de Bruys, ermitaño francés. Declararon inútil el bautismo para los niños, y que no debia de haber templos ni rogarse á Dios por los muertos. *Arnaldistas*, del monje Arnaldo de Brescia, predicó que los eclesiásticos no debian tener ningunos bienes, y que el Papa tampoco debe tener autoridad temporal alguna. *Valdenses*, de Valdo de Lyon; niegan la autoridad de la Iglesia por causas de abusos.

XIII. *Arnaldistas*, de Arnaldo de Villanueva, creyeron que las naturalezas divina y humana eran iguales en Jesucristo. *Albigenses*, de la ciudad de Albi: estos sectarios predicaron que Lucifer, primer hijo de Dios, caido por su rebelion, reina sobre el mundo visible, y que Jesucristo, segundo hijo de Dios, fué creado para restablecer el órden.

XIV. *Espiritualistas*, creyentes exagerados que pretenden la perfeccion en este mundo. *Wiclefitas*, de Wiclef, inglés, profesor de teología. Combaten la autoridad del Papa, las órdenes religiosas, y los bienes temporales en los eclesiásticos.

XV. *Husitas*, de Juan Hus, teólogo de Praga. Creyeron que el papa y los obispos no eran necesarios á la Iglesia; que los pecados eran redimidos por la contricion, y que la comunion debe hacerse en las dos especies.

XVI. En este siglo se levantó el protestantismo creado por la rebelion del monje Martin Lutero, el cual se compone de las sectas siguientes de que ya hemos hablado: luteranos, anglicanos ó episcopales, anabaptistas, calvinistas, presbiterianos, socinianos ó unitarios y arminianos.

XVII. Cuákeros ó temblones y pietistas, sectas del protestantismo, ya descrito.

XVIII. Metodistas, Hernutas, ó hermanos moravos, sectas protestantes ya explicadas.

XIX. En este siglo no se han levantado sectas religiosas notables todavia, pues que se halla ocupada la sociedad en intereses políticos, que la dividen en multitud de sectas de este género; sin embargo, hay una secta tal vez más perniciosa que las conocidas, que es la de los indiferentes en materias de religion, que por desgracia se encuentra muy arraigada en nuestra sociedad, si bien por fortuna no ha podido lograr gran número de adeptos, porque no son muchos los que pueden vivir sin esperanza, sentimiento que mantiene al hombre en la adversidad con resignacion, y que le evita el caer en la desesperacion, que tenemos por el mayor de los males humanos (1).

DE LAS ESCUELAS FILOSÓFICAS MODERNAS. Siguiendo al erudito Boutruche en la parte en que convenimos con sus ideas, diremos que en la edad media no hubo ni pudo haber, hablando con propiedad, escuelas filosóficas. Las opuestas y poco inteligibles teorías que unieron el idealismo de la Academia y el sensualismo del Liceo á los dogmas del cristianismo, no merecen el nombre de escuelas filósoficas. Las herejías y los cismas ocuparon demasiado el espíritu de los hombres de aquella época, para que pudieran dedicarse á controversias de otro género. Los árabes españoles importaron del Oriente las obras de Platon y de Aristóteles, que tradujeron y comentaron sus sabios, y de este modo las trasmitieron al resto de Europa, que se hallaba en una completa ignorancia. El movimiento científico del siglo XV, y las numerosas sectas que salieron del luteranismo en el XVI, imprimieron tal actividad á los hombres, que ya en el XVII vió aparecer una porcion de genios, que pudieran considerarse innovadores, atendida la valentía de sus escritos. Los principales filósofos del siglo XVI fueron los siguientes: Erasmo, que murió en 1533 (2); Vives, en 1540; Rabelais, en 1553; Cardan, en 1576; Telesio, en 1588; Montaigne, en 1592; G. Bruno, en 1600; Charran, en 1603; Bœhm, en 1624; y Campanella, en 1639.

El siglo XVII reprodujo todas las doctrinas de la antigua Grecia, reunidas y presentadas con nuevas galas por fecundos y potentes genios, que las modificaron con el auxilio de los progresos del espíritu humano y de los des-

(1) El que desee enterarse más pormenor de todas las herejías y de sus principales corifeos desde Jesucristo hasta nuestros dias, puede consultar la erudita obra de nuestro querido amigo D. Juan Moreiro, cura párroco de S. Eusebio de la Peroya, en Orense, titulada *El Error y la Razon teológica*, obra en 4.°, impresa en Orense en 1857, en la que con sana y clara doctrina evangélica se exponen y combaten todas las herejías, y se da á conocer á sus creadores y prosélitos.

(2) Las fechas siguientes son las de la muerte de los filósofos que se citan: todos los filósofos aquí mencionados deben considerarse como hombres célebres en su respectivo siglo.

cubrimientos hechos en las ciencias. Sus principales filósofos fueron: Bacon, que murió en 1629; Grocio, 1645; Descartes, 1650; Gassendi, 1655; Pascal, 1662; Lamothe, 1672; Espinosa, 1677; Hobbes, 1679; Cudworth, 1688; Puffendor, 1695; Locke, 1704; Bayle, 1706; Malebranche, 1715, y Leibnitz, 1716. Descartes, Malebranche y Leibnitz resucitaron el idealismo de Pitágoras y de Platon; Espinosa el de Xenophanes; Bacon, Hobbes, Gassendi y Locke el empirismo de Aristóteles, de Epicuro y de Zenon; Lamothe, Le Vayer y Bayle el esceptismo de Arcesilao y de Pyrron; muchos se separaron ya de los dogmas del cristianismo. Los más célebres filósofos de este siglo fueron: Sam Clarke, que murió en 1729; Priestley, 1730; Vico, 1744; Berkeley y Wolf, 1754; Montesquieu, 1755; Helvecio, 1771; Hume, 1776; Voltaire, 1778; Rousseau, 1778; Condillac, 1780; Lessing, 1781; Basedow, 1790; Price, 1790; Bonnet, 1793; Reid, 1796, y Kant en 1804.

La multitud de filósofos que se levantaron en el siglo XVIII aumentaron muy poco las doctrinas metafísicas del siglo anterior; procuraron más bien, en general, sustraerse á la vaguedad de las teorias especulativas para hacer de la filosofía una ciencia positiva, que pudiese encaminar á la fundacion del mejor estado social, y esta nueva direccion de las ideas dió nacimiento á una ciencia nueva, á la *Economía política*, de la que se considera creador á Adam Smith.

En lo que llevamos pasado del siglo XIX, la filosofía ha marchado por la senda trazada por los economistas; pero caminando más deprisa que ellos, ha tomado por fin de sus tareas no solamente el órden, si que tambien la felicidad social, la cual solo puede resultar de la doble perfeccion material é intelectual de ella misma, cosa que tenemos por imposible fuera del catolicismo. Bajo la influencia de esta tan grande como ilusoria idea, se han formado dos escuelas principales, á saber: la *Sansimoniana*, creada por *San Simon*, y la *Fourrierista*, fundada por *Fourrier;* pero como dice Monsieur Boutruche, la obra meditada por estos filósofos se ha realizado ya, y no es á la verdad realizable más que por la moral cristiana. Otros muchos despues de San Simon y de Fourrier han aparecido en este siglo, iniciándose como apóstoles del socialismo y del comunismo, sectas políticas más que religiosas, pero que pretendiendo herir de muerte á la sociedad han lastimado cuanto puede ser á la religion.

Conclusion. Despues de haber pasado una rápida revista á todas las religiones, sectas de estas y escuelas filosóficas que se han conocido en el mundo, y han sido consideradas de algun modo por los autores, nos hemos confirmado más en nuestra opinion de que solo el catolicismo es la verdadera religion, la que más ventajas reales ofrece, la que presta mayores garantías para el bien espiritual y áun para el material, y en fin, la que más

dignidad da al hombre, porque le considera en todas sus clases y condiciones, no ya un magnate ó un ser excelente y noble; más que todo esto le eleva á la divinidad, le considera un dios íntimamente unido con Jesucristo, y sentado á su mismo lado en el cielo en un trono sostenido por la gracia, servido de ángeles y coronado por la gloria eterna. Más aún: el católico es el sagrario de Dios vivo, que sienta en su corazon el trono de su divinidad por el placer que tiene en poseerle, excelencia que envidian los mismos ángeles, pues que á Dios plugo conceder al hombre justo más preeminencias que á sus mismos ministros celestiales; y en fin, el justo católico es Dios con su Dios encarnado en el mismo por medio del sacrosanto misterio de la Eucaristía... Y como el católico verdadero no necesita más ciencia que la fe del Evangelio para divinizarse, pues que con ella adquiere la sabiduría y le conduce á ser cielo y morada de su Dios y príncipe de su eterna gloria; véase si entre todas las religiones ha habido ni puede haber otra que pueda proporcionar al hombre mayor felicidad y ventura, ni más grande dignidad, que la católica, en la que Dios agotó generosamente toda su omnipotencia, dándole cuanto en ella pudo y puede darle, que fué á sí mismo. Creer otra cosa es engendrar un error terrible, una herejía punible eternamente, ponerse en abierta rebeldía contra Dios, y perderse por lo tanto miserablemente para siempre.

El cristianismo progresa por todas partes extraordinariamente en este siglo, á pesar de los esfuerzos que hacen por evitarlo la impiedad, la herejía y los doctores de las religiones que le combaten; y todo hoy, hasta la política y los colosales descubrimientos y progresos modernos de las ciencias favorecen su marcha triunfal; pero como su camino, que empezó á ser regado con la sangre del divino Redentor de la humanidad, ha seguido siempre inundado con la de los fieles por la impiedad y el bárbaro fanatismo de los sectarios del demonio, que redobla siempre sus esfuerzos la víspera del triunfo de la cruz; hé aquí por lo que vemos multiplicarse las víctimas, y aumentarse en nuestros dias el catálogo de los gloriosos mártires de la fe, que muriendo en defensa de la religion proclamada y confirmada por Jesucristo nuestro bien, van asegurando con su preciosa sangre las conquistas que hace el Evangelio en países en que aún no habia alumbrado su luz divina.

La Cochinchina y la China nos presentan hoy ejemplos de esta verdad. Unos cuantos mártires cristianos han echado en Cochinchina los sólidos cimientos de la fe de Jesucristo, y está preparándose la Francia y la España á llevar la antorcha de la divina gracia á este país, en el que tan bárbaros tratamientos sufren nuestros ilustres misioneros. En el imperio de las tinieblas, ó sea de la idolatría en este siglo, llamado por antonomasia el Celeste Imperio, en la China, en fin, han penetrado los cristianos, acompañando

con sus triunfantes armas el estandarte de la cruz, y ya se columbra en aquel país la bella aurora de la divina gracia en el contrato hecho por aquel gobierno con los de Francia é Inglaterra, por el que se tolerará y permitirá el culto cristiano (1).

Los repetidos é infames asesinatos de cristianos que se ejecutan hoy en Turquía por los fanáticos musulmanes, rabiosos de que su sultan y gobierno haya concedido á aquellos participacion en todos los derechos civiles de los sectarios del Coran, y permitido levantar iglesias al verdadero Dios y practicar su culto, así como los ataques continuados contra nuestra heróica plaza de Ceuta por los bárbaros moros del Riff, son las últimas bascas del moribundo islamismo, que acabará muy pronto de tener un pie de terreno en la cristiana Europa, y que áun tendrá que reducir mucho su poder en Africa y en Asia, en cuyos países acabará al fin por extinguirse del todo para que impere solo la cruz del divino Cordero, que concluirá por arrojar del mundo enteramente las tinieblas de la idolatría y del error, para que solo luzca la brillante antorcha de la divina gracia.

Una rebelion inicua é incalificable contra el Ser Supremo es el verdadero orígen de todas las sectas religiosas y de la mayor parte de las escuelas filosóficas antiguas y modernas, muy especialmente cuando entran en ellas, que es casi siempre, principios religiosos. A poco de crear Dios las gerarquías angélicas, nació la ingratitud, que engendró bien pronto al pecado original que á todos nos alcanza y por el cual nacemos manchados en nuestra misma inocencia. Rebelóse Luzbel, príncipe del cielo, contra Dios su Señor, y arrojado á los infiernos en justo castigo de su negra ingratitud, le fué concedido con el imperio de las tinieblas, el poder de tentar á los hombres para probar su fe y ejercitarles en ella, porque el Todopoderoso, que tanto habia dado al hombre, quiso que éste conociese que todo se lo debia, y que por lo tanto se humillase y bajase la cabeza ante su Omnipotencia, sujetándose sin violencia y de buena voluntad á sus leyes, no reconociendo otro poder ni otro Señor que su divinidad. Conociendo el Angel rebelde que nada podia ofender más á Dios que la ingratitud de la cual él habia levantado la bandera en el cielo, causa de su caida, y envidioso de la dicha que perdiera por su culpa, dicha eterna que Dios ofreció al hombre, procuró encarnar en este su rebelion contra el Supremo Hacedor, y su primer ensayo fué funesto á la humanidad, pues que engañados nuestros primeros padres se rebelaron contra Dios, que les castigó por ello priván-

(1) El artículo por medio del cual queda autorizado el ejercicio de la religion cristiana en la China en los contratos celebrados en Setiembre del año de 1858 con Francia, Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos dice así: *Será reconocida y tolerada absolutamente la religion cristiana, y protegidos los cristianos convertidos.*

doles del precioso patrimonio de la divina gracia y de la vida eterna que les diera, razon por la que nacemos todos desheredados, pues que mal pueden heredar los hijos, por buenos que puedan ser, los bienes que perdieron sus padres que murieron en la miseria por su escandalosa disipacion.

Logrado el primer paso en el mal camino, los demás del viaje son consecuencias indispensables del primero: Luzbel sujetó ya á la humanidad con su férrea y pesada cadena al carro de su triunfo, que cantó orgulloso, hasta que pisada la cabeza de la impura serpiente por la planta de la pureza virginal, como Dios lo prometió á nuestros padres despues de su pecado, descendió á la tierra la gracia divina, el mismo Dios, á redimir á los hombres de tan penosa esclavitud, y á rescatarles con su propio sacrificio!... Vencido el soberbio Luzbel por el hombre Dios, perdió su poder sobre la tierra; pero aún quiso el Hacedor que le quedase la facultad de seducir al hombre para ejercitarle y procurar al que le venciese con las fuertes armas de la fe, mayor galardon y ventura. Por esta facultad Luzbel trabaja sin tregua en tentar al hombre para separarle de su Dios, inculcándole el espíritu de rebelion como el medio más á propósito para lograr su designio, pues que cuenta más que con su debilidad con su soberbia. A este fin procura, por todos los medios que le son posibles, inculcar y encarnar en el corazon del hombre el espíritu de rebelion contra las leyes de su Criador, trastornando sus sentidos con ilusiones que acoge el hombre con gusto porque halagan á sus pasiones, y poniéndole como fácil el camino que conduce á la mentida sabiduría, que le presenta con vivos colores como verdadero, por la cual le promete logrará emanciparse y llegar á trastornar el cielo.

¿Qué otra cosa es que rebelion, y rebelion desesperada, el empeño del hombre que creyéndose sabio, cuando en esto manifiesta precisamente más su ignorancia y su miserable nada, pretende, en su loco frenesí, sorprender los arcanos que la Divina Providencia no ha querido revelarnos? ¿Ni qué más que rebelion abierta contra Dios, es la soberbia con que nos empeñamos en descubrir lo que se resiste á nuestra limitada inteligencia? Las sectas, y las escuelas filosóficas religiosas, fuera del Evangelio, no son otra cosa que absurdos monstruosos y lamentables aberraciones de la mente humana que pugna contra su limitacion, y que hace ineficaces esfuerzos para escalar el cielo y llegar hasta Dios, pretendiendo, en su fátua estupidez, saber tanto como él para disputarle la divinidad y el poder; pero como el hombre en su misera ignorancia no alcance, ni áun á conocerse á sí mismo, de aquí el que haya divagado y divague como un loco, y que la razon y la verdad se oculten á sus ojos ofuscados por la soberbia, y ciegos por el orgullo que engendran en su corazon las pasiones, siempre que se ha separado de la mision á que está llamado en la tierra, de la conformidad que debe

prestar con veneracion á los altos designios del Ser Supremo, y de la ley que se le ha impuesto.

Tratando el hombre de salir de la esfera á que Dios le habia concretado, se remontó en alas de su loca fantasía, de su desmedida ambicion y de su sacrílega soberbia, á los espacios imaginarios en donde se perdió: y vagando cual nave sin timon ni piloto, fué dando de escollo en escollo, sin encontrar puerto seguro en parte alguna. A puro buscar la verdad por caminos torcidos, dió en brazos de la mentira, que se apoderó de su mente vacía de sentido razonable, y cansado de espiritualizarse á sí mismo para remontarse hasta el sol, los abrasadores rayos del astro vivificador quemaron sus alas y cayó, como Icaro en la tierra, en el materialismo, ó cual Lucifer en las lóbregas cavernas del Averno. Buscó á Dios en ellas, y solo encontró genios malévolos que aumentasen las tinieblas de su ignorancia, y empezando por renegar de sí mismo y del noble fin á que fuera creado, como ya le habia abandonado la gracia que perdiera en castigo de su ingratitud, buscó á Dios en sus mismas pasiones, y acabó por divinizarlas creyéndose así al abrigo de los remordimientos de su conciencia. Apoderado del corazon del hombre el demonio de su imaginacion, le hizo caminar de delirio en delirio y de aberracion en aberracion, haciéndole ver un Dios en cada objeto que halagaba sus sentidos, y separándose por completo de la senda de la razon; su locura creó un cielo lleno de dioses imaginarios, á los que rindió adoracion sin conocer que tantos ídolos como levantaba, eran otros tantos demonios que le obstruian el camino que conduce al templo del verdadero Dios. Si esta marcha siguió el hombre cuando apartándose de la revelacion cayó en la idolatría, el propio camino han seguido, despues de la ley escrita, los que se separaron de la doctrina de Moisés, y por la idéntica senda siguieron los sectarios y filósofos que despues de encendida la brillante antorcha del Evangelio por el Redentor del mundo Jesucristo nuestra verdadera luz, se apartaron de su claridad divina para caminar por las tinieblas, alumbrándose en ellas con la negra tea de su ignorancia.

Acabe, pues, el hombre de resignarse con la humildad que debe á la voluntad divina, y convénzase, de una vez para siempre, de que solo en la ley de gracia, que es la luz de salvacion encendida por Jesucristo, hallará la verdadera filosofía y la felicidad eterna, si al caminar dentro de su órbita santa, respeta misterios que nunca le será dado penetrar, porque su limitada capacidad jamás llegará al punto de conocerlos suficientemente para poderlos descifrar. Solo Dios es el sabio por excelencia y el infinito en todo, y el que pretenda remontarse hasta él, caerá cual Luzbel herido por los rayos de su justicia, en merecido castigo de su soberbia.—B. S. C.

RELINDA y HERLINDA (Santas), hermanas. Santa Relinda ó Renula y

su dicha hermana, nacieron en la Baja Alemania, ó sea Flandes. No se sabe positivamente si sus padres fueron cristianos ó gentiles, aunque los más de los autores, se inclinan á que fuesen lo último, y es lo que se tiene por más cierto. Lo seguro es que el padre se llamó Adelbardo ó Adalardo, y la madre Grunara, Grinuara ó Grumiara. Pasaron de Inglaterra á predicar en aquellos países S. Willebrordo y otros monjes, todos de la órden de San Benito, empezando su predicacion y santas obras por las tierras de Alemania y estados que pertenecen en la actualidad á Flandes; por lo que no puede dudarse que si los padres de las santas Relinda y Herlinda fueron gentiles, serían convertidos por este Santo ó por S. Bonifacio, apóstoles de aquella nacion. Sus padres, ya convertidos, las criaron con el mayor cuidado, deseosos de que con el tiempo fuesen grandes siervas de Dios, y así cuando llegaron al uso de razon, las entregaron á la abadesa de un monasterio de la órden de S. Benito, llamado Valencina, para que en él fuesen educadas y enseñadas, no solo en las labores y obras de manos propias de su sexo, sino que cultivasen tambien y con grande empeño el idioma latino, artes liberales y dogmas sagrados; y en todo sobresalieron siendo aventajamente instruidas, así por la docilidad de sus naturales, como porque el Señor las habia dotado de singular ingenio, aplicacion y memoria tan feliz, que cuanto oian, lo retenian con tan gran firmeza como si lo hubiesen escrito en láminas. Viéndolas sus padres con el mayor placer y satisfaccion tan aprovechadas y entendidas, y habiendo acordado, no sin maravilloso milagro y permision divina, el edificar para sus virtuosas hijas un monasterio, se decidieron á fundarle junto al rio Mosa, en un sitio llamado Eique, donde fué abadesa al principio Sta. Herlinda, como hermana mayor, á quien dió la obediencia Sta. Relinda, con ánimo tan rendido y sumiso, que nunca la igualdad de la sangre pudo levantar su espíritu á reconocerla en grado superior por abadesa, teniéndola en lugar de Dios, que hace fácil y aceptable lo más difícil de la religion, que es sujetarse y someterse las personas á los que son sus iguales, y áun á veces ménos; pero como en este caso no se mira ni considera, sino la representacion de Cristo; los que con veras tratan el servicio de Dios, obedecen á Cristo en sus superiores, sin reparar en consideraciones y respetos humanos. Acudian con frecuencia á este convento los dos santos Bonifacio y Willebrordo, para suministrarles el pasto espiritual de que necesitan las almas que aspiran á la perfeccion. Tenia Santa Relinda un natural sumamente dócil, y muy alentado para el destino que con tanto placer habia elegido; y así acudia con puntualidad maravillosa al cumplimiento y observancia de la regla. Era muy callada porque conocia los perjuicios é inconvenientes de conversaciones frívolas é innecesarias, y en las que regularmente se vacía el alma de aquellos tesoros inestimables,

que comunica Dios en el interior recogimiento. Huian con el mayor cuidado tanto ella como su hermana de la comunicacion de hombres, como quien sabia cuán ajena es para las esposas del Espíritu Santo; observando este propósito de tal modo, que despues que entraron en la religion, tan solamente hablaron con S. Willebrordo y S. Bonifacio, á quienes tuvieron por padres espirituales. Y áun cuando de estas Santas no se supiera otra virtud que la dicha, ella sola bastaria para colocar su santidad en primera línea, pues la práctica de este aislamiento es tan dificultosa, que de muy pocas se sabe haberse abstenido con tan observante rigor de pláticas y divertimientos excusados; esta práctica les proporcionaba el carecer de afectos terrenos, aspirando á consolidar y acrecer los espirituales. Y si bien de estas Santas se conservan pocas y escasas noticias, esta tan señaladísima de su completa incomunicacion con los hombres, es de tanto peso, que iguala á muchas virtudes que se refieren de otras santas, porque al estado de religiosas ninguna puede ser de tanto esplendor y lustre. Muchos años vivió Sta. Relinda ejercitándose en todos los actos de virtud; y así como en ella se conocian tantas ventajas, muerta su hermana (á 12 de Octubre) Santa Herlinda, con gran sentimiento de todas las religiosas, mayormente presenciando su serena y santa separacion del mundo, para pasar á la gloria á disfrutar eterna felicidad; eligieron por abadesa á Sta. Relinda, en cuyo oficio se portó con tanta prudencia, que de quinientas monjas que habia en su convento, casi todas, si no la competian con igualdad, la imitaban con amorosa envidia. Era muy humilde, no diferenciando el estado de prelada, el modo y afabilidad de súbdita, teniéndose en su estimacion por igual, y áun segun procedia, por inferior á todas. La costumbre que guardó y constantemente observó de no comunicar con hombres. La misma siguió en su casa siendo abadesa, y así solamente conocian á los padres espirituales, maestros de su perfeccion; y si algo se libraba en órden á la expedicion de negocios forzosos, era de suerte, que ni á ella la habian de ver el rostro, ni á monja ninguna de su monasterio. Acudia á las necesidades de todas con más cuidado que á las propias, procuraba la union y caridad con muchas veras; y así en órden á esta virtud, no perdonaba ni omitia diligencia alguna, como se ve en el caso siguiente digno de ser imitado en toda comunidad religiosa. Habia dos señoras en su monasterio, que por una leve niñería, traian torcidos los rostros, negándose la palabra y el saludo, y por no ceder ni doblar su brazo una y otra, llegaron á tener los ánimos tan opuestos y enconados, que no podian ni áun nombrarse. Observaba y sentia mucho esta indisposicion Sta. Relinda; y así un dia las hizo llamar á su cuarto, sin que la una supiese de la otra hasta que se vieron juntas; temerosas de la indignacion de la Santa, que las habló con mucho amor, afeándolas el estado

de sus almas. Y cómo el demonio turbador de la paz triunfaba tan á poca costa suya de su reclusion y aspereza, pues todos los ejercicios penosos lo vienen á ser mucho más, y en servicio de Satanás, por no guardar el amor recíproco que se deben entre sí dentro de aquellas cuatro paredes, sepulcros honrosos ajenos de toda pasion secular, y retrato de aquel paraíso de deleites que el Señor tiene destinado para sus esposas de que se privaban por la falta de caridad cristiana. Y en diciéndolas estas palabras y otras razones de mayor eficacia, se postró á sus pies, afirmando, que si no se daban las manos y enlazaban los corazones en la conformidad que solian y debian, que no se levantaria del suelo, hasta que en él la abriesen la sepultura. Las monjas se conmovieron con este ejemplo, y levantando á la Santa, se la postraron, pidiéndola perdon de su pasada discordia. De esta manera gobernaba su casa Sta. Relinda, con tanto acierto, que si bien eran muchas, por ser el convento muy ámplio y capaz, la voluntad era una, y esta en todo conforme á la del Señor. Hacia muchas y repetidas penitencias, pero ninguna dejaba de consultar con S. Willibrordo, por no tener voluntad propia quien desde niña la habia negado. Ayunaba con excesivo rigor, no comiendo más que tres veces en la semana, y no comidas regaladas, sino pan y agua; y si añadia algunas yerbas, pensaba excedia los límites de religiosa. La cuaresma parecia milagro la sobrellevase sin sucumbir, porque ó no comia, ó el sustento no merecia este nombre. Acudia á todos los actos de penalidad y ocupacion monástica siempre la primera, fuese al coro y trabajo de manos, compadeciéndose de las que necesitaban de salud, y excusándolas en tales ocupaciones. La hizo merced el Señor de revelarla el dia de su muerte algunos ántes, en los cuales se fué preparando y acumulando méritos á los pasados, para ponerse más justificada á la presencia de Dios. El dia 1.º de Febrero se la presentó una calentura, que poco á poco la debilitó las fuerzas del cuerpo, alentando las del alma. Recibió los santos sacramentos con la mayor alegría, compostùra y recogimiento, y despidiéndose de todas sus hijas, pues así llamaba y queria á todas sus religiosas, dió su puro espíritu al Señor, oyéndose en aquel punto voces suavísimas en el aire por un breve espacio. Pasó á gozar de mejor vida en 6 de Febrero por los años de 750 poco más ó ménos. Su traslacion se celebra el dia 22 de Marzo, dia en que colocaron su santo cuerpo y de su hermana Sta. Harlinda, en parte más honorífica, obrando el Señor por sus fieles siervas y esposas muchos milagros: en vida de las dos Santas, convirtiendo el agua en vino, teniendo falta de él, y por huéspedes á los santos Willebrordo y Bonifacio, obispos, con todas sus familias; y revelándolas los dias de su muerte. Despues de ella, dando vista á un ciego, habla á mudos, y sanando á muchos de diferentes enfermedades. — A. L.

RELIQUIAS. Como á cada paso se encuentra esta palabra en esta obra, y especialmente cuando se trata de los santos, parécenos que no estará demás el que la expliquemos en este lugar, dando á conocer ligeramente su historia. Se da el nombre de reliquia á lo que queda del cuerpo humano despues de la muerte. Los romanos llamaron así á los huesos y cenizas de los muertos, que quedaban despues de haber quemado los cuerpos, las que ponian en unas urnas llamadas por esta razon cinerarias, que depositaban dentro de los sepulcros con que les honraban, siéndoles permitido sacarlas de ellos y cambiarlas de lugar cuantas veces querian, sin licencia del consejo de pontífices que entendia en las cosas fúnebres. El mismo nombre de reliquias se dió por los cristianos desde un principio á los huesos de los mártires, que desde los primitivos tiempos de la Iglesia se ha cuidado de recoger honrándoles sin adorarles. Condenando Vigilancio en el siglo V este culto, fué refutado por S. Gerónimo, y convencido por la costumbre de la Iglesia toda. Desde ántes del siglo V se iba en peregrinacion á visitar los sepulcros de los mártires y se les hacia fiestas todos los años, á las cuales concurrian multitud de fieles; pero se les honraba solo en sus sepulturas, sin ponerles sobre altares, ni se les separaba los huesos para esparcirlos por diversos puntos, teniéndose gran cuidado en evitar que venerasen los fieles reliquias falsas. Despues se han desenterrado los huesos de los santos para colocarlos en los altares, y dividiendo sus reliquias en diversos relicarios, se ha abusado no pocas veces de ellas, y hasta servido para el tráfico entre los impíos, que de este modo se han valido algunos para estafar á los crédulos fieles. El culto de los huesos santos se fué extendiendo hasta venerar como reliquias sus ropas y las cosas que les han pertenecido, suponiéndose muchas cosas como pertenecientes á Jesucristo, á la Vírgen y á los apóstoles; pero este abuso, que si en unos puede ser efecto de ignorancia perdonable y de una piedad algun tanto exagerada, viene á ser en otros crasa supersticion, y en algunos refinada impiedad y malicia, jamás ha sido aprobado por la Iglesia que ha prohibido siempre el culto supersticioso que algunos han rendido á las reliquias y los falsos milagros que no pocas veces se les ha atribuido. Entre las reliquias de los santos, dice Moreri, las más ciertas son las de los mártires, confesores, obispos y otros santos, cuyos cuerpos se han conservado en los mismos sitios en que murieron. Siempre que se consagra una iglesia ó un altar, acostumbra la Iglesia á poner reliquias de santos en ellos, y las Catacumbas de Roma proveen suficientemente á este fin por el gran número de mártires depositados en ellas. Segun dice el P. Mabillon en su carta sobre el culto que se da á santos desconocidos como son la mayor parte de los de las Catacumbas, si bien se permite exponer sus reliquias á la veneracion de los fieles, la Iglesia prohibe se les

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

celebre oficio ni fiesta. En vista de esto, muchos impíos han procurado denostar al cristianismo por el culto que presta á las reliquias de los santos, considerando falsas la mayor parte; pero como la intencion de la oracion siempre va dirigida á Dios, que es al solo que adora el cristiano, poco le importa al fiel que la reliquia del santo ante quien se postra sea verdadera ó falsa, pues que la fe con que haga su oracion es la que puede salvarle, sin temer que Dios le exija responsabilidad por prestar homenaje á una sustancia humana, sea ó no de santo, pues que no está en su voluntad venerar lo que no sea santo, ni su entendimiento puede conocer en este asunto lo que haya para distinguir la verdad de la mentira, y áun puede estar bien seguro de que el santo á quien busca por abogado para que implore en su favor la misericordia divina, le ha de oir y otorgar la gracia, por más que aquella reliquia no le pertenezca, y áun cuando sea de un pecador impenitente, cuya alma padezca los tormentos eternos. Sin embargo bueno es que los fieles, y en especial los prelados y jefes de las iglesias, vigilen con esmero esta parte del culto público, no permitiendo se expongan en ellas á la veneracion más reliquias que aquellas cuya autenticidad no pueda sufrir impugnacion alguna, evitando en cuanto puedan que vengan á ser objeto de peligrosa supersticion, y sobre todo de sacrílego tráfico. Dios castiga el sacrilegio como la mayor ofensa que puede hacerse á su Divinidad, y aborrece tanto al fanatismo como á la impiedad, y por lo tanto será grandísima la cuenta que en el supremo tribunal de la divina Justicia tendrán que dar los ministros del santuario que profanen sus templos con monstruosidades, fomenten el fanatismo ó no le extirpen y den pábulo á la impiedad por tolerar cosas que repugnen á la religion y ofendan á Dios, que quiere se le adore solo á El, y que se veneren las verdaderas cosas sagradas y no las imposturas. — B. C.

RELIO (Francisco), alumno y lector de la provincia de Burgos. Fr. Antonio Castel citó como escrito por él un curso filosófico, tomando por norma al Doctor sutil; publicó el segundo tomo en Pamplona en 1651 en las oficinas de Martin Labayeu. — M. N. y S.

RELL DE LA ANUNCIACION (P. Alejo). Nació este virtuoso religioso de las Escuelas Pias el año 1747 en Arnés; pero asegura Latasa en sus *Autores de Aragon*, que él mismo decia debia tenerse por aragonés, puesto que de niño se crió en el colegio de las Escuelas Pias de Alcañiz. Tomó el hábito en este Colegio, y profesó en él, habiendo sido ejemplar en todos conceptos en esta casa. Fué muy versado en las lenguas griega y latina y en las humanidades, y profundo erudito. Murió en Valencia en la casa colegio de su Orden, el año de 1785, á los treinta y ocho años de edad. Las obras que se conocen de este sabio padre son las siguientes: *In laudem illustrissimi D. Francisci Fabiam, et Fuero, Metropol. Valent. Archiepiscopi, Carmen pas-*

torale; Valencia, 1779, en 4.°—*Relacion de los estragos causados en Valencia en los años de 1776 por la avenida del Turia*; Valencia, 1776, en 8.°, sin nombre de autor.—*Caton para los niños*; este libro se imprimió con nombre supuesto en Barcelona, en 8.°—*Viaje de D. Jorge Altamirano á los espacios imaginarios*; esta finísima sátira contra los semidoctos no la acabó, ni llegó á imprimirse que sepamos.—A. C.

RELLES (P. Onofre). Nació en Gerona, ciudad de Cataluña, fronteriza á Francia y al mar Mediterráneo, que se inmortalizó en nuestra gloriosa guerra de la Independencia, al principio de este siglo, haciendo conocer á las huestes francesas que la sitiaron durante muchos meses, que los españoles son dignos sucesores de los de Numancia y de Sagunto, que prefieren morir mil veces ántes que doblar su orgulloso cuello á la coyunda extranjera. Segun lo que deducimos del artículo que le dedica Amat en su *Diccionario de escritores catalanes*, sin darnos cuenta de la fecha de su nacimiento, que parece sería en el siglo XVII, Relles debió tener vocacion religiosa desde muy jóven, y acaso estudiaria con los PP. de la célebre y respetable Compañía de Jesus, cuando tomó el hábito en esta religion en uno de los conventos de su patria. Dícenos solo el expresado autor que fué catedrático de teología, y siendo así debemos suponerle grande instruccion, pues que los jesuitas, plantel de sabios, con los que se envanece el cristianismo desde su fundacion por nuestro glorioso compatriota S. Ignacio de Loyola, no confiaron jamás cátedra de esta importancia á ninguno de sus cofrades de cuyo talento, habilidad y virtud no estuviesen bien seguros. Nada más se nos dice sobre la vida de este jesuita, sino que escribió la *Historia de S. Narciso*. obispo y mártir de Gerona, patron de aquella ciudad, que celebra anualmente su fiesta siempre con entusiasmo, y sobre cuyo sepulcro han puesto muchos príncipes cristianos sus espadas para santificarlas, ofreciendo defender hasta la muerte la religion católica. Escribió tambien el P. Relles la *Vida de S. Bernardo Calvó*, obispo de Vich, la cual hizo imprimir en Barcelona el año 1689, en la cual (dice Amat) se inclina á creer que está solemnemente canonizado aunque no se sabe por qué papa; pero es lo cierto que en 1244, al cabo de un año de la muerte de dicho santo obispo, ya se actuó proceso de los milagros que obraba Dios por su intercesion y se le dió el título de beato, poniéndose lámparas en su sepulcro. Despues en el capítulo general de 17 de Mayo de 1312 ya resolvieron los canónigos que se refiriesen públicamente en la catedral los milagros del beato, y en las actas de otro cabildo de 1324 se manda que se haga fiesta de nueve lecciones para los santos mártires Luciano y Marciano, y que se celebre su fiesta *in tertia die post festum S. Bernardi episcopi Vicensis*. En el prólogo de su obra, titulada *Verdad triunfante*, Roig y Jarpi se quejan mucho de Relles, pero no alcanza-

mos los motivos suficientemente justificados. En la *Gerona ilustrada*, que se conserva manuscrita, se habla del P. Relles, y á ella nos hubiéramos dirigido si no tuviéramos por suficiente lo expuesto para dar á conocer ligeramente á este piadoso jesuita. — B. C.

RELI (Juan de). Sin que Sta. Marta en su *Galia cristiana*, ni S. Gelais en su *Luis XII*, ni Moreri que se refiere á ellos en su gran *Diccionario Histórico Geográfico*, nos digan nada de la patria y fecha del nacimiento de este eclesiástico, nos manifiestan que fué doctor de la Sorbona en 1478, canciller y arcediano de la iglesia de París, rector de la universidad de esta ciudad en 1471, y obispo de Angers en Diciembre de 1491. Escribió este sabio prelado piezas bastante elocuentes para su época, y murió el 27 de Marzo de 1499. Santiago le Febvre d' Estaples le dedicó sus comentarios sobre las morales de Aristóteles, y Juan Francisco Pico de la Mirandula le escribió una carta que es la novena del libro III. La iglesia de París diputó á Rely en 1483 á los estados generales de Tours, en los que pronunció tres discursos muy elocuentes y de tal modo agradaron al rey Cárlos VIII, que le nombró su predicador y confesor, y el capitulo de S. Martin de Tours le eligió por dean. Acompañó al rey Cárlos VIII á la conquista de Nápoles, y cuando este príncipe falleció, pronunció en sus exequias la oracion fúnebre. Corrigió la traduccion francesa de la *Biblia de Guyars des Molins*, hácia el año 1487, y es la primera Biblia impresa en francés que se conoce. Se le atribuyen las reconvenciones hechas en 1461 á Luis XI por el parlamento sobre las libertades de la iglesia galicana que se publicaron en el mismo año, y que se han reimpreso muchas veces en francés y en latin de la traduccion que hizo Duaren. En la *Coleccion general de los estados de Quinet*, impresa en 1652, en París, se ven las proposiciones hechas por él, ante el rey Cárlos VIII y su consejo, en nombre de los tres estados que representó á pesar de que aún no habia sido todavía elevado al episcopado. La familia de Rely es aún hoy dia una de las más ilustres de la Picardía y de ella han hablado los principales genealogistas franceses. — C.

REMACLO (S.). Este santo conocido vulgarmente por S. Rimail, nació en Aquitania en el siglo VII. Fué enviado por sus padres en 622 á la corte del rey Clotario; pero disgustado bien pronto de los devaneos cortesanos, y más aficionado á Dios que al mundo, abandonó el bullicio de los palacios, y buscando en Bourges á S. Sulpicio, tomó el hábito de religioso en el monasterio de Solognac que acababa de edificar S. Eloi, y este santo, cerciorado de su vocacion y su piedad, le nombró abad de la nueva casa. El rey de Austrasia, Sigiberto, le eligió despues para gobernar en el monasterio de Cougnon en el Luxemburgo, del que sacó religiosos á los Ardennes, para establecer en aquel país las abadías de Estavelo y de Malmedi. Dimitiendo

S. Amantio el año 652 el obispado de Mastricht, se nombró á Remaclo en su lugar, que ocupó esta sede episcopal hasta el año 654, y habiendo dejado en su puesto á Teodardo, al que habia hecho primer abad de Stavelo, fué á ocupar su plaza en la que murió el año 658 en olor de santidad, que confirmó la Iglesia pues que le recuerda como santo el dia 3 de Setiembre, como se ve en las Vidas de los Santos por Baillet y en otros años cristianos. — C.

REMBERTO (S.). Nació en Flandes, de padres nobles y muy ilustres, cuanto por su virtud y religion muy estimados en aquellos países. Tuvieron mucho cuidado y el mayor esmero en su educacion y crianza, de suerte que en los primeros años parecia haber alcanzado juicio de consumado varon. En uno de sus varios viajes iba S. Ansgario, obispo de Brema, á visitar un priorato ó monasterio llamado Turvito, merced de los reyes de Francia, cuanto católicos, liberales con la Iglesia; y vió á Remberto, que en compañía de los de su edad se entregaba á los juegos que son naturales en sus años, si bien en Remberto se observaba una gravedad que correspondia á una edad más adelantada y al mismo tiempo una modestia que acreditaba un juicio maduro precoz. El santo se enamoró de su modestia y compostura, le hizo diferentes preguntas, respondió á todas ellas con discrecion y prontitud. En vista de sus sobresalientes dotes se lo pidió á sus padres, con deseo de cultivar tan bellas disposiciones y sacar un brillante y lucidisimo sujeto, anteviendo lo que Dios en tan tiernos años le mostró para en lo futuro. Tuvo despacho su peticion, pues sus religiosos padres accedieron á ello con el mayor gusto, y llevando en su compañía á Remberto, le enseñó letras divinas y humanas, al mismo tiempo que le iba imponiendo en la disciplina monástica, si bien por entónces no puso en sus hombros la cogulla, aunque se criaba en el monasterio con otros de su edad segun la costumbre de la santa regla. Y como Remberto á los años juntaba pasmoso progreso de virtudes, en todas ocasiones le traia consigo S. Ansgario. Hablándole un dia y trayéndole el santo á la memoria el favor y merced que Dios habia usado con él, sacándole de los lazos del mundo para darle educacion religiosa, librándole de los infinitos peligros á que estan expuestos los de su florida edad en tales años, añadió diciendo: *Yo, hijo mio, con amor de padre os amo, y seguro, que al aumento de vuestras virtudes, le tendrá mi amor para con vos, estimándoos en más todos los dias.* No tuvo palabras el santo jóven para contestar á favores tan señalados de padre tan amoroso, sino añadir nuevos colores á su hermoso rostro, y suplicar al santo, pues le queria en grado de amado hijo, pidiese á Dios le llevase con él un mismo dia á la gloria, de suerte que no quedase en aquel siglo dudoso de su salvacion, llorando tristes ausencias de su maestro. Tres dias estuvo San

Ansgario sin responder á Remberto, y le pareció un siglo la detencion, para lo que solian comunicar todos los dias. Al fin de los dichos, le respondió el santo que habia alcanzado ya de Dios verse juntos en la gloria, pero que despues de algunos años de su muerte; porque él como más mozo habia de quedar en este mundo más dias, pero con advertencia que desconfiemos de nuestras fuerzas, porque si atribuimos algo más á nuestro valor é industria, no alcanzaremos cosa de las prometidas. S. Remberto pasó el tiempo de los estudios en el monasterio, y cuando llegó á edad competente le llevó á su casa S. Ansgario, y le llevaba por predicador en aquellas tierras septentrionales de Gotia, Dania y Suecia, que estan de la parte del Albis, siendo con su predicacion un corepiscopo y apóstol de aquellas dilatadas regiones y brazo derecho de su maestro. Se habia convertido el rey Orico, á cuyo ejemplo movidos los vasallos era maravilloso el fruto conseguido en favor de aquellas almas, y así con dispensacion del Romano Pontífice fué ordenado de obispo ó consagrado, habiendo recibido ántes las Ordenes, ó como dice el autor que escribió su vida, ministraba en todo lo que no era de la dignidad episcopal, porque esta no la recibió hasta la muerte de S. Ansgario. Muchos años permaneció en aquellos reinos convirtiendo infieles, catequizando convertidos, erigiendo templos y monasterios, que fuesen escuelas de religion y virtud, de donde salian á predicar y enseñar los monjes. No se hallaba sin él su santo maestro, así proveyendo de predicadores, le envió á llamar y trajo á su compañía. Aquí pasaban como monjes, levantándose todas las noches á la hora de Maitines, y perseverando en oracion hasta el dia; enseñaban á los que habian de ser ministros en el obispado, y miraban mucho por los pobres, y principalmente por los difuntos. Estaba S. Remberto despierto una noche, y se le apareció Arnulfo, sacerdote amigo suyo que habia pasado á vida mejor, y le pidió que ayunase cuarenta dias á pan y agua, padeciendo esta penitencia por algunos descuidos que en esta vida habia tenido, que con tal satisfaccion pagaria sus descuidos y gozaria la deseada quietud. Este suceso le comunicó con S. Ansgario, y comenzó la penitencia que cumplió, y tuvo por adicion un dolor tan vivo en dientes y encías, que no podia comer bocado, y así más pasó con agua que con otro manjar el dicho tiempo, el cual pasado, se le apareció Arnulfo á una señora de muchísima virtud que pasaba paralítica en un lecho, diciéndola que diese las gracias de su parte á Remberto porque ya él estaba en compañía de los justos. Remberto no se ensoberbeció con la nueva, ántes se humilló más, conociendo con S. Isidoro, que lo que tenemos en nuestra cosecha todo es un fuego lento consumidor de la virtud, si no se reprime con actos humildes. *Humilia valde spiritum tuum quoniam vita carnis impiæ ignis et vermis est.* Murió S. Ansgario, y la iglesia Bre-

mense en compañía de la ciudad, el mismo dia le eligieron por su pastor, sin faltar voto; no lo procuró el santo, que fuera sacar sentencia de indigno, mas no lo repugnó, porque como era santo supo la voluntad de Dios, y se conformó con ella. Se dió parte de esta eleccion al emperador Ludovico, haciendo compañía al Santo hasta su corte el obispo Mindense y abad de Corveya; con mucho aplauso fué recibido el Santo, porque su virtud era muy conocida en tierras muy remotas, y así viniendo confirmacion de Roma, le consagró obispo de Maguncia, y Theodorico obispo Mindense, y el Paderburnense; si bien el Sumo Pontífice mirando la necesidad de tantos reinos, y el cuidado y mérito del Santo, le habia despachado bula para que uno solo le consagrase; que no le alcanzára la solicitud y codicia de otros siglos, tanto podia en aquel la virtud, y esta tanto en los prelados y pastores. En los primeros años cuando le criaban en Turol, S. Remberto habia hecho voto de ser monje de S. Benito, segun afirma el autor de su vida, contemporáneo suyo y testigo de sus acciones, que trae Surio á 4 de Febrero. Dilató el Santo el cumplimiento de este heróico acto, porque la casa de S. Ansgario era un verdadero monasterio, donde se ejercitaba toda virtud, y los sacerdotes seculares solo se distinguian de los sacerdotes religiosos en el hábito, siendo unos los afectos y los ejercicios sin diferencia; pero muerto su maestro, el dia de la consagracion comunicó su conciencia con los prelados que asistieron al acto, y tomó el hábito en S. Vito de Corbeya, cumpliendo la promesa hecha á Dios, sin perder el cuidado y administracion de su silla; en aquellos tiempos era dificultoso, cuando los obispos celaban tanto el bien de sus ovejas, en otros no tanto, pues no son el amor y cuidado siempre unos; mas del modo que se portaba el Santo siempre es fácil, porque tenia consigo monjes, en cuya compañía ejercia actos monásticos que no contradecian á su estado, y con su ayuda se acudia á la doctrina y pasto de la Iglesia. Traia en lo interior como monje el cilicio, si en lo exterior no lo mostraba. La mesa era con leccion de la Sagrada Escritura, purgando la casa de avispones, que á tales horas entre plato y plato mezclan el mote y dicho contra el virtuoso y que profesa perfeccion. Aunque visitase el obispado, nunca faltaba á las horas de oracion, ni oprimia á sus clérigos con enfadosas visitas, pareciéndole cosa fea haberse visto pocos dias ántes con una honesta porcion, y en el oficio gravando para su plato á sacerdotes que pasan todo el año con escasez y miseria. Con los clérigos negociadores era terrible, negándoles el uso de su oficio, y teniéndoles en cárceles tenebrosas; que es cosa vergonzosa y fea ver á un sacerdote correr las ferias para enriquecer sobrinos; y que un prelado olvide delito tan enorme con cincuenta ducados de una pena, ó ciento de una dádiva y besamano. Junto á su palacio hizo un hospital, siguiendo en esto la santa regla, de quien la han tomado todos los prelados que tie-

nen á su habitacion vecina hospedería de peregrinos y pobres. Traia en la cinta su escarcela, y cuando caminaba la proveia, sin que negára limosna á ninguno, porque decia que podria ser que llegase Cristo, y si falta caridad, le enviasen con las manos vacías. Escribia cartas doctísimas y llenas de erudicion á varias personas; á otras visitaba y corregia como padre, no sacando á luz sus faltas, cuando podia enmendarlas con medios suaves. No consentia que seculares conociesen los delitos de sus clérigos, porque la experiencia le habia enseñado cuán antiguo es el antagonismo de estos dos estados y profesiones. Pasaba á los pueblos de Gotia con monjes y sacerdotes seculares de conocida virtud, y confirmaban lo que su antecesor y él habian adquirido, y de nuevo convertian muchas almas; no perdonaban para conseguirlo trabajo alguno, ayunando en ocasiones dos dias ó uno, sin gustar cosa de sustento y durmiendo en el suelo, cuando en aquella tierra del Norte son los frios excesivos y no creibles en España. Pasaba con tempestades el mar Báltico muchas veces, y en alguna con su oracion aplacó las olas, y amansó los aires furiosos que le contradecian la navegacion para sembrar la palabra de Dios. Nunca llevaba provision de comida para sus expediciones, porque estudiaba más en la granjería de las almas que en la conservacion del cuerpo; su ordinario caminar era á pié, aunque le llevaban un caballo de rienda. Muchas veces vendia los cálices y cruces para redimir cautivos, y si le reprendian el hecho, decia que si Dios habia puesto su vida y sangre por las almas, por qué no habia él de dar la plata por ellas, ya que á él no le querian los paganos, y que cómo habia de responder en el tribunal de Dios, cuando se dijese que habia renegado algun súbdito suyo ó cometido algun pecado, por no acudir á tal necesidad el Obispo, á cuya cuenta estan tales fracasos. Caminaba una vez por tierra de Esclavonia, y parándose en la iglesia de Lesvia, le vió una doncella cristiana, que llevaban cautiva los gentiles, comenzó con ánsias á llamar á S. Remberto, pronunciando algunos versos de David, para que conociese era de nuestro gremio quien le pedia favor. La miró el Santo, y con su vista se rompieron las cadenas; quiso huir, mas los gentiles le detuvieron, hasta que les diese lo que llevaba y el caballo; todo lo hizo el Santo, apeándose de su caballo con sumo gusto, dándoles cuanto se halló entre él y sus compañeros los monjes y sacerdotes, por librar los que pudo por aquel rescate. Un dia en aquellos reinos de Gotia estaba predicando en la corte, y el demonio se habia apoderado de un hijo del Rey, atormentándole con horribles dolores, haciendo visajes y dando aullidos, como si muchos perros estuvieran en su cuerpo. Se llegó el Santo al príncipe, y con la señal de la cruz sanó, dejando aquel enemigo comun en aire y tierra señales de su sucia y abominable vecindad. Otro dia estaba administrando el sacramento de

la confirmacion, y vino un ciego á quien S. Remberto dió vista con solo tocarle los ojos, confirmando á muchos con este y otros milagros que obraba en el discurso de su predicacion: aunque era manso de condicion, en ocasiones era para la ejecucion, asi de castigo como de otras penas, inexorable; y preguntándole S. Adelgario, su compañero, la causa, decia que nunca obraba cosa de estas sin consejo de S. Ansgario, su antecesor; mas si eran castigos, suavizaba la accion con palabras y medios nacidos de su natural apacible. Hallándose ya en el último tercio de su vida, si bien alentado en las penitencias, tomó por coadjutor á S. Adelano, monje de S. Vito de Corbeya, que le aliviaba como él un tiempo á su maestro S. Ansgario, y con este alcanzado beneplácito y bulas del Sumo Pontífice, se retiró á una vida austera y penitente, durmiendo ménos horas que solia; su cama era el duro suelo, y jamás tomó el sueño sin haberle prevenido con una disciplina y la tercera parte del salterio. Daba cuanto podia á los pobres, contentándose con una limitada porcion de pan, sin añadir otra vianda, y de este corto sustento partia con algun pobre. Acudia á todas las horas canónicas, no solo á las del dia, que suelen ser frecuentadas de los más remisos, sino á las de la noche, como si en aquel punto comenzára la vida monástica. Su divina Majestad le reveló el dia dichoso de su tránsito, que previno con un año de penitencias, término que le dieron hasta su descanso. En todo este tiempo no cuidó de cosa de esta vida, siempre considerando la estrecha cuenta de la futura, y con más rigor á los que habian sido como él prelados, cuyo rigor y exámen no tiene comparacion cuando miramos la cuenta de los demás fieles, si rigurosa, en esta comparacion lata y suave: con haber sido humilde, apacible, limosnero y cumplido al parecer con las leyes que da San Pablo, él se puso otras tan estrechas, quedando sobre los huesos solo la tostada cutis, afligida y acosada con el cilicio y disciplina. Se mandó llevar á la ciudad de Brema doce dias ántes, y convocando al pueblo, pidió á todos perdon de sus faltas, y con muchas lágrimas se le dió de los agravios recibidos; llevároule á la iglesia, donde recibió siete dias seguidos el Santísimo Sacramento, y el restante tiempo lo gastaba en oracion. Mandó que no le enterrasen en la iglesia, y con esto al sétimo dia cantando salmos dió al Señor su alma á 4 de Febrero, aunque su fiesta principal es el 11 de Junio, que acaso es el dia en que se verificó su elevacion ó traslacion de su cuerpo. S. Adelgario le hizo una capilla, y rompiendo la pared de la iglesia vino á dejarle dentro, cumpliendo con la devocion de los fieles y con la peticion del Santo.—A. L.

REMBERTO (V.), benedictino. Fué monje en el monasterio de Villar, ignorándose su patria, nombres de sus padres y fecha de su nacimiento. Perteneció á la clase de legos, dedicándose toda su vida en el referido con-

vento á oficios bajos y de humildad. Se hizo notable, no solo por su virtud y simplicidad de costumbres, sino tambien por la alta honra que mereció de que á la hora de la muerte se le apareciera Cristo y su santísima Madre, prestándole sus divinos auxilios y confortándole en aquel terrible trance, asegurándole al mismo tiempo la posesion de la gloria que esperaba. La Orden Benedictina le cuenta en el número de sus santos, y le conmemora el dia 20 de Enero, aniversario de su fallecimiento. — M. B.

REMBRAUD (Francisco), presbítero holandés y una de las víctimas de la terrible persecucion excitada por los hugonotes contra los católicos, ó por mejor decir, por la política de las potencias envidiosas del poder de España. Sabido es el estado en que se hallaba Europa al comenzar el siglo XVI. España dominaba todo el mundo conocido; Alemania era dominada por España; Inglaterra, ni áun podia soñar en sus futuros destinos; y Francia, más pretenciosa que poderosa, intentaba derribar á la que miraba como el coloso de ambos mundos. Pero sus esfuerzos habian salido vanos hasta entónces, pues aunque consiguió que no volvieran á reunirse en una misma cabeza las coronas de Castilla y Alemania, no pudo obtener se rompiese la estrecha alianza que habia entre estos dos imperios gobernados por dos soberanos de una misma familia, y que dándose la mano en Italia, la tenian ceñida con una triple cadena de hierro. Para romperla emplearon los soberanos de Europa todos sus esfuerzos, y comprendiendo que España debia al catolicismo toda su grandeza, intentaron minarla introduciendo la herejía en sus estados. Francia é Inglaterra marcharon unánimes por este camino; y no pudiendo encender la tea de la discordia en la Península, que se hallaba muy vigilada por el tribunal de la fe, ni en Italia, que teniendo cerca al Soberano Pontífice aunque no veia con mal ojo las innovaciones en política, le era de todo punto imposible hacerlas en religion, y ni lo pretendia siquiera, escogieron á Flandes por teatro de sus hazañas. Flandes, patrimonio de nuestros reyes por legítima herencia, pero que acostumbrado á gobernarse de una manera independiente y á tener en su seno á su soberano no veia con gusto que residiese en lejanas regiones, y fuese su gobernador un extraño, con frecuencia un igual al último de sus ciudadanos. Flandes abrazó de consiguiente la herejía que tenia á sus puertas, no porque desease un cambio de religion, sino porque le queria político; y esta idea hábilmente explotada por los monarcas extranjeros, no tardó en producir los mejores resultados, pues estalló la revolucion más sangrienta y terrible que se conoce en la historia de las naciones. Muchas fueron las víctimas de esta revolucion, pero los mártires quedaron con frecuencia desconocidos, y solo el cristianismo ha podido registrar en sus anales los nombres de algunos de ellos que, como Francisco Rembraud, piadoso sacerdote, dieron su

sangre en defensa de la fe. La historia solo dice que fué colgado en la horca por los rebeldes calvinistas, en odio á la fe ortodoxa con otros ilustres católicos, en la ciudad de Harlem el dia 27 de Mayo de 1571, en que le mencionan los Bolandos y otros agiólogos. Pero esta fecha es una historia, historia que mereceria un predilecto lugar en este trabajo, si su índole nos permitiera extendernos algo más que á unas simples reflexiones. La muerte de Rembraud coincide con la fecha de uno de los acontecimientos más terribles de los Paises Bajos, de aquellos estados que, rebeldes á sus legítimos soberanos, sostuvieron la más sangrienta de las guerras, y ántes de emanciparse emplearon toda clase de recursos para satisfacer los deseos de los monarcas extranjeros que les incitaban á la rebelion. En vano España probó toda clase de medios de conciliacion enviando generales de diversos caractéres; pues ni la debilidad de Margarita de Parma, ni la dureza y severidad del duque de Alba, ni la política y amabilidad de su compatriota D. Juan de Austria pudieron conducirlos al buen camino, hacerles reconocer que no eran ellos, sino ajenos intereses, los que les dirigian y lanzaban en el camino en que se hallaban empeñados. España fué todavia más allá, y les concedió monarcas propios de la antigua casa que los habia dominado, pero ellos preferian príncipes extranjeros; y los ambiciosos políticos que los dirigian les hacian proclamar á un criminal francés, á quien ellos mismos acabaron por despreciar, derribándolo del trono que hubiera acabado por hundir para siempre. Triste, la más triste de todas las revoluciones es la de los Paises Bajos en el siglo XVI. En ella no se ve nada grande ni generoso, y á pesar de los elogios que la han tributado muchos escritores modernos, siempre á través de esas figuras á quienes la imaginacion ha pintado con severas pero aduladoras pinceladas, se encuentra un avaro, un hombre de mala fe, un perdido ó un infame que no vacilaba en derramar sangre y en comprometer los destinos de su país, para obtener un buen resultado en sus ambiciosos y particulares designios.—S. B.

REMEDIO ó REMEDIOS (Nuestra Señora del ó de los). Si bien para su mayor gloria pueden los españoles llamarse el pueblo de la gran Madre de Dios, porque ningun otro ha sido tan favorecido como él por la Señora, y en ninguno se le tributa culto tan general como entusiasta, el país español que es por excelencia el trono de tan excelsa Señora es el Aragon, en cuya capital Zaragoza, como dejamos dicho en esta obra en el artículo PILAR, estableció la dulcísima María su primera silla veneranda, en sitio elegido por la Señora misma y en el trono levantado, por su órden expresa y personal, por el apóstol Santiago, glorioso patron de nuestra España, que le debe haber trasplantado á su cielo y suelo la clara antorcha del Evangelio de donde sale la divina llama de la gracia que enciende en amor divino los corazo-

nes de los religiosos iberos. Empero si esto es así, porque la tradicion y la historia que viene en pos de ella confirmando sus hechos nos lo enseña, la Andalucía, poética Turdetania de los antiguos, calificada por los primitivos poetas gentiles como los Campos Elíseos de los que tan magnífica como halagüeña y pintoresca descripcion nos hace la fábula, es el país de España que pretende mayores excelencias de la Virgen, y que ostenta más su entusiasmo por la Señora de las señoras, llamándole sus naturales la *Tierra de María Santísima.* Mil circunstancias obligan al reflexivo y piadoso observador á pasar por esta fanfarronada de los andaluces, pues que comparado su país con los de muchos otros de la península ibérica, y el carácter natural de sus habitantes con la mayor parte del de sus compatriotas, no hay duda que la belleza se encuentra en su suelo en mayor escala que en otros, y que la gracia, donaire y gracejo de los andaluces, excede en mucho en estas cualidades á los demás. Y ¿cómo no ha de ser buena Andalucía, dicen los naturales, *si es la tierra de María Zantísima?* entusiasmo patriótico que va envuelto con el religioso y con la opinion que tienen de sí mismos aquellas mujeres seductoras y graciosas y aquellos hombres decidores, cuya imaginacion se sonrie sobre sus animados rostros para darles á las unas más gracia y belleza y á los otros más donaire y jovialidad. Andalucía, patria de las hermosas, que compite en esto con Valencia, plantel tambien de bellas que desafiar pueden en gracia las primeras, y en belleza las segundas, y unas y otras en ambas cualidades, á las ponderadas circasianas y á las más preciosas odaliscas; patria en que se rie por todas partes la naturaleza encantada de su misma belleza, y se enorgullecen las auras ensoberbecidas por la grandeza que ostentan sus campiñas; patria, en fin, en que el llanto se esconde avergonzado al ver la general alegría de los habitantes, en la que las penas se acompañan con la pandera y el bandolin, se baten palmas al menor gracejo, se persigue á la tristeza como á animal dañino, y en la que la música y el baile son como la rueda principal del continuo movimiento de aquella máquina; barredera de las penas y creadora de la alegría que sienta en esta tierra sus reales más que en parte alguna, y que tiene en movimiento siempre á sus moradores. País tan alegre y seductor no es extraño se tenga por privilegiado del cielo, y que haya buscado entre los angélicos moradores de la corte celestial quien más pueda contribuir á su felicidad, y mantener su alegría para demandarle gracias sobre sus gracias, y dedicarle sus graciosos obsequios. Y si gracia para gracias buscaban en las celestes alturas, ¿quién despues de Dios, creador de la gracia, y la gracia misma por excelencia, podrían elegir más graciosa y dispuesta á hacerles gracia y conservar sus gracias que la graciosísima María, llena de gracia áun desde el primer instante de su ser natural? Hé aquí por lo que los andaluces han conservado sus

gracias: se asieron de la gracia de las gracias, y no pudo faltarles su divinal patrocinio, siempre gracioso, y grande cuando se busca la gracia en Ella que es la gracia creada por el Eterno Padre para darle gracias, enviar con gracia y en gracia al Redentor del mundo su divino Hijo, y que la expresion de la gracia de su omnipotencia, representada en el Espíritu Santo con el fuego de la caridad y del amor, esparciese la gracia por el mundo. Siendo la Andalucía, segun sus hijos, la tierra de María Santísima, excusado sería repetir que la Vírgen sin mancilla recibe en este país un culto entusiasta y tan magnífico como pueda ostentar el Aragon, país visitado y privilegiado en vida por la Señora, siendo una parte muy principal de este culto el que todas las mujeres de este risueño país llevan por lo general el nombre de la Señora en alguna de sus santas advocaciones, razon por la que en Andalucía se llama á tantas señoras Dolores, Rosario, Remedios, Regla, Concha, y otros, de los muchos nombres que la piedad cristiana ha dado á la bendita Reina de los Angeles, y en especial en España en que tan entusiasta amor se la tiene, que no hay pueblo, por pequeño y miserable que sea, que si no tiene á la Vírgen por especial patrona, no la tenga consagrado al ménos un altar ó una capilla á la que acudir en romería algun dia del año para implorar su amparo, proteccion y el remedio de sus males. El *Remedio* es uno de los más hermosos y poéticos títulos bajo los cuales es invocada María Santísima, título en que se la festeja en muchos pueblos el mismo dia que se la venera en la del Pilar de Zaragoza, es decir, el 12 de Octubre, verificando otros esta solemnidad al propio título el dia 8 del mismo mes. Remedio y muy eficaz es María Santísima contra las tentaciones del demonio, que es el mayor de todos los males que pueden acometer á los fieles, y sin el cual es muy posible, y á veces inminente, la muerte eterna. *Remedio* es María contra toda tribulacion, pues que ahuyentándola, restablece la paz en el corazon por muy atribulado que esté. *Remedio* instantáneo y seguro es tambien contra toda calamidad, que siendo azote de Dios para castigar á los pecadores, no es posible salvarse de ellas sin el poderoso remedio de su Santísima Madre, siempre propicia á implorar ante su Padre celestial, su querido Hijo, y su tierno y amante esposo, el alivio del pecador que á ella se dirige con fe y perseverancia buscándola como el mejor remedio para su salud temporal y eterna. *Remedio* es la consoladora de los pecadores contra la adversa fortuna, contra las aflicciones y contra las más terribles epidemias, porque obedeciéndola todos los elementos temporales y espirituales como á la Reina del cielo y de la tierra, nada se resiste á su mandato, porque siempre manda por órden de su excelso Padre, y como Madre de su divino Hijo. Y en fin, es refugio, auxilio, dicha, alegría, esperanza, y el remedio universal de todos los males de los fieles, que se entregan en sus ca-

riñosos brazos por medio de la oracion, porque jamás deja sin remedio al enfermo que la suplica por su salud, al desvalido que la implora, al pobre que la pide, y al moribundo que confia en su maternal misericordia. Y siendo María la verdadera panacea universal que puede curar todos nuestros males, ¿qué de extrañar que entre sus gloriosos títulos se le haya dado el de *Remedio*, pues que en su mano está remediarlos todos por el poder que para ello la tiene otorgado el mismo Dios, que es su Padre, su Hijo y su Esposo, como natural y sacrosanto tabernáculo de la Santísima Trinidad? Sí, Madre mia, tú eres el mejor y más eficaz remedio en nuestros males todos, y en ti espero y esperan todos los verdaderos católicos, el remedio de una sociedad viciosa y corrompida, que camina á su destruccion si tú no la remedias.—B. S. C.

REMEDIO (S.), obispo. Desgraciadamente, por el trascurso de los tiempos unas veces, y lo más comun por la desidia de nuestros antepasados, tan económicos para escribir como pródigos somos nosotros en esta parte, se han perdido muchas noticias que solo sabemos por tradicion, ó por haberlas consignado la Iglesia de algun modo. Por estas razones, si bien se sabe con certeza la existencia de muchos héroes del cristianismo, se ignoran las particularidades de su vida, y áun las fechas de su nacimiento y muerte y los hechos á que dieron lugar. Entre estos podemos contar al glorioso San Remedio, compañero, en el recuerdo de la Iglesia, el dia 3 de Febrero, del obispo S. Tigido, de los que solo hallamos, «que florecieron los dos en la Galia Narbonense en los primeros siglos del cristianismo, ignorándose el punto de sus obispados, si fueron mártires, ó si debe contárseles solo como confesores. Tambien puede haber contribuido á la carencia de noticias la pérdida de las Actas de estos Santos, ó la destruccion de ellas por los infieles, como ha sucedido con las de tantos otros.—B. S. C.

REMEDIO ó ROMEDIO (S.). Fué oriundo de la ciudad de Castro Thaur de Nallis, en el Tirol, y descendia de los antiguos condes de este país. Siendo áun más que por su nobleza distinguido por sus riquezas, renunciando todos sus bienes, se retiró á la soledad deseoso de cambiar los bienes terrenos por los eternos que son incorruptibles. Uniéronsele dos jóvenes nobles llamados Abrahan el uno y David el otro, deseando imitar su santa vida y doctrina, y despreciando todas las vanidades y pompas de este mundo por seguir á Dios por los caminos de la virtud. Estableciéronse en la diócesis de Trento, donde no tardaron en hacerse célebres por sus virtudes y adquirir notable fama por su santa vida; imitólos el obispo Vigilio, quien los animó á emprender un viaje á Roma. Visitaron con la mayor devocion los santos lugares de la metrópoli del cristianismo, y despues volvieron á la diócesis de Trento, estableciéndose en un valle solitario llamado Anannia, cerca de

S. Zenon. En una alta roca rodeada de altísimos montes y con no pocas grutas ó cavernas hicieron su morada, buscando allí á Dios en continuas oraciones y ayunos y piadosas meditaciones. Aconteció que un jumento de que se servia Remedio por su mucha edad, fué devorado por un oso, y entónces David, uno de sus jóvenes compañeros, cogió al oso, le puso un freno, y le condujo hasta la presencia del anciano, quien se sirvió de él siempre que lo necesitó, como si fuese un cordero. En un viaje que hizo Remedio á Roma, llevó á cabo diferentes milagros que omitimos, aunque segun Ferrario en su *Catálogo de los Santos de Italia*, se hallan aprobados por la Iglesia romana. Vuelto Remedio á su soledad, oyó Vigilio sonar una campana, de lo que dedujo se hallaba próximo á la muerte y que debia ayudarle con sus oraciones. Remedio predecia entre tanto su muerte á sus discípulos, y los exhortaba á continuar en el género de vida que de él habian aprendido, falleciendo en efecto en 13 de Enero, en cuyo dia le celebra la Iglesia. Vigilio volvió á oir otra vez la campana, que sonó tres veces seguidas, y comprendiendo que habia muerto ya Remedio, se apresuró á ir á consagrar la caverna en que el santo habia vivido y donde fué sepultado, habiéndose hecho célebre aquel lugar despues de su muerte por los muchos milagros que obró Dios en él por la intercesion de su siervo. Ferrario insiste en que esta vida no ha merecido ninguna censura de la Iglesia católica, en particular en lo relativo al milagro del oso. — S. B.

REMEDIUS ó REMI, arzobispo de Colonia, ciudad situada sobre el Rhin, llamada por los romanos *Colonia Agrippinensis* ó *Agrippinensium*, *Colonia Claudia*, *Colonia Augusta*, *Colonia Ubiorum* ó simplemente *Colonia* ó *Colonia ad Rhenum*, que es su primitivo nombre. Fueron sus fundadores los Ubienses, pueblo de la Germania, que habiéndose entregado á Vipsanio Agripa cuando fué á la conquista de su país, le ayudaron á subyugar á los suevos, sus vecinos y amigos. Viéndose obligado Agripa á salir de Germania para venir á auxiliar á su suegro Augusto, que se hallaba en España en el año 735 de Roma, trasladó á los Ubienses á esta parte del Rhin para custodiar las riberas de este rio que servia á la sazon de frontera al imperio romano. En esta ocasion fué cuando para prevenirse contra las irrupciones de los germanos edificaron una ciudad en forma de campo atrincherado, que al principio fué llamada *Oppidum Ubiorum*. Mas adelante, en el año 767 de Roma, Agripina, mujer de Germánico, dió á luz en Colonia una niña á la que se puso el mismo nombre de su madre. Cuando la jóven Agripina se hubo casado con el emperador Claudio, hizo aumentar el circuito de la ciudad en que habia nacido, y hácia el año 49 de la era cristiana envió á ella una colonia de veteranos, siendo éste el motivo de que se diese á esta ciudad el nombre de *Colonia Agripinense*. En el año 68 de la era vulgar, Vite-

lio, designado por el emperador Galba para procónsul de la Baja Germania, llegó á Colonia, estableció su residencia en esta ciudad, donde al año siguiente fué proclamado emperador por el ejército que mandaba. En la ceremonia de su coronacion se le puso en la mano la espada de César conservada en el templo de Marte, y le pasearon por las principales calles de la ciudad. Despues de su partida, sus habitantes se dejaron arrastrar por Tutor, que se habia rebelado contra los romanos, y en cuanto hubo Cerealis derrotado á los rebeldes, ellos mismos degollaron á los alemanes que habian quedado de guarnicion en sus murallas. Mas no tardó el nuevo emperador Vespasiano en obligar á esta ciudad á cumplir con sus deberes. Proclamado Trajano emperador en el año 98, tomó la púrpura en Colonia. Cuando en el de 706 fué elevado Constantino á la misma dignidad por el ejército que mandaba en la Gran Bretaña, se adelantó por la Bélgica hasta el Rhin, y una vez llegado á Colonia procuró aquietar á los germanos que habia en ella dispuestos á sublevarse. Al año siguiente hizo construir un puente sobre el Rhin, enfrente de la ciudad de Tuits, con el objeto de reprimir las correrías de los francos establecidos á la otra parte del rio. Los francos se apoderaron de Colonia en 375, y la devastaron como igualmente á otras cuarenta ciudades situadas sobre el Rhin. Sin embargo, el césar Juliano la recobró al año siguiente, y rechazó á los francos á la otra parte del rio. En 388 hicieron estos una nueva irrupcion en las Galias, bajo el mando de Marconino, Genobaldo y Suanon, que llenó de terror á Colonia, aunque en esta ocasion se libró la ciudad de su furor. Pero no tuvo igual fortuna cuando Atila, rey de los hunnos, se dirigió hácia las Galias en 491, pues este bárbaro la tomó y saqueó, haciendo otro tanto con otras muchas ciudades situadas junto al Rhin. Esta no fué sin embargo más que una pasajera tormenta. Los romanos fortificaron á Colonia y aumentaron sus fortificaciones, con lo que se la creyó á cubierto de todo insulto; pero habiendo vuelto los francos en 464, la tomaron por asalto, despues de haber puesto en fuga á Egidio, que habia corrido á defenderla, echaron á los romanos que la ocupaban y establecieron en ella una colonia, cuyo rey fué Sigeberto, llamado *el Cojo*, pariente de Childerico. Este estado en que se hallaba comprendida Tréveris, fué llamado el reino de los Ripuarios. Sigeberto tuvo un hijo denominado Cloderico, el cual asesinó á su padre hácia 509, á persuasion de Clovis, rey de Francia, quien recogió el fruto de este parricidio, y reunió el reino de Colonia á la corona de Francia, despues de haber castigado con la muerte á Cloderico por un crímen que él mismo le habia aconsejado. Cuando los reyes Cárlos *el Calvo* y Luis *el Germánico* se repartieron en 870 sus estados, Colonia tocó en suerte al segundo. Los reyes de Germania tuvieron desde entónces un palacio en esta ciudad. Colonia, bajo la domina-

cion romana, y poco tiempo despues de su fundacion, era una metrópoli civil, pero pasó á serlo eclesiástica cuando se hubo establecido en ella el cristianismo. El orígen de este establecimiento es sin embargo muy oscuro. Todos los historiadores convienen en que S. Materno fué el fundador de la iglesia de Colonia. Pero los unos pretenden que este Santo era discípulo de S. Pedro, miéntras que otros ponen su mision á principios del siglo IV. Segun la primera opinion es necesario admitir dos Maternos, obispos de Colonia, porque entre los que suscribieron las actas de los concilios de Roma en 313, y de Arlés en 314, vemos que un obispo firma de esta manera: *Materno Agripinense*. A más de esto es preciso convenir en que no existe la menor certidumbre acerca de los obispos que ocuparon la sede de Colonia, desde el primer Materno hasta el segundo. Segun la última opinion, despues de haber fundado el único Materno hácia el fin del siglo III las iglesias de Tréveris, de Tongres y de Colonia, se quedó con la administracion de esta. Remedius, el octavo de sus sucesores, fué promovido á esta silla el año 600, despues de la muerte de Ebregisilo, y gobernó su iglesia en circunstancias muy azarosas, pues Thierri, rey de Borgoña, y Theodoberto, rey de Austrasia, vivian en una desavenencia que redundaba en perjuicio de sus estados. No tardaron en declararse mútuamente la guerra incitados por su abuela Brunequilda, y Theodoberto, vencido por Thierri primero en Tours y despues en Tolbiac, se salvó pasando á la otra parte del Rhin. Pero habiendo vuelto Thierri á Colonia en el dia mismo de su segunda victoria, recibió de sus ciudadanos el juramento de fidelidad, y detenido Theodoberto en su fuga, le fué presentado en esta ciudad, de donde le trasladaron de órden suya á Chalons, sobre el Saona, en que fué condenado á muerte el mismo año 612. Todos los cronólogos suponen que Remedius no murió hasta 623, asegurándolo con razones que no carecen de fundamento; parece que le sucedió en la silla y gobierno de la iglesia de Colonia Suimberto.—S. B.

REMEIA, hijo de Pharos, cantor, que volvió del cautiverio de Babilonia. (I. Esdr., X, 25.)

REMENDADO (Fr. Juan Bautista el), carmelita. Este esclarecido miembro de la familia carmelitana recibió aquel sobrenombre á causa del humilde hábito que siempre usó, todo lleno de remiendos, y con lo cual quiso demostrar, no solo su profunda humildad, sino tambien su excesivo amor á la santa pobreza, bien diferentemente de aquel cínico discípulo de Diógenes, de quien el sabio Sócrates decia que por las roturas del vestido manifestaba su orgullo y su vanidad. Fué natural este venerable religioso de Pedraza de la Sierra en la provincia de Segovia, siendo su padre Fabian de Vargas, médico de profesion, y su madre Juana de la Vega, persona de limpia cuna y de cristianas costumbres. Criaron al niño Juan en la escuela de la virtud y del

santo temor de Dios, y viéndole inclinado á la carrera sacerdotal, le enviaron á que estudiase artes y teología en la universidad de Alcalá de Henares, despues de cursar la gramática en su pueblo natal. Siguió la carrera científica con mucho aprovechamiento, haciéndose sumamente notable en las aulas por su abstraccion de las cosas del mundo, y por su cuidado en huir de todo trato y relaciones con los demás estudiantes. Juntábase á esto el haberle dotado la naturaleza de un aspecto cerrado, duro y casi feroz, semejante al de aquellos anacoretas de la Tebaida, que curtidos por el rigor de la inclemencia de los tiempos, perdian casi hasta la forma de humanos seres. Pero debajo de tan áspera corteza ocultábase una alma pura y tierna, una inteligencia superior, una razon cuerda y una amabilidad que desmentia los poco favorables augurios que á su vista se formaban de él. Aunque su primera idea habia sido consagrarse al estado sacerdotal, siendo ya de veintiseis años de edad, mudó de opinion repentinamente y aspiró á vida más perfecta, sintiéndose con irrevocable fuerza llamado á la tranquilidad y retiro de los claustros. Respondiendo, pues, al superior llamamiento, pidió el hábito de nuestra Señora del Cármen, y le recibió en el convento de Pastrana el año 1574 con gran satisfaccion de todos los religiosos, que al través de sus rudas facciones conocieron el precioso tesoro que en el alma de aquel jóven se encerraba. Desde el momento que entró en el claustro se manifestó no solo observantísimo de la regla y muy puntual en el cumplimiento de sus obligaciones, aprendiendo con gran esmero y cuidado cuanto le enseñaban, sino tambien celoso en sumo grado de que por él no se disminuyese en nada, ántes bien que se aumentase todo lo que en relacion se hallaba con el esplen lor del culto y la brillantez de la religion. Señalóse en la oracion, mortificacion y penitencia con muchas ventajas, y demostró durante su noviciado tan claramente lo que habia de llegar á ser, que todos los religiosos graves se daban el parabien de la dicha que el cielo les habia deparado. No obstante, deseosos los superiores de ver hasta qué grado llegaba su virtud, mandábanle ejecutar los trabajos más duros y penosos, entre ellos el hacerle lavar la ropa de la comunidad en el mayor rigor del invierno, operacion que ordinariamente tenia que ejecutar con agua hasta las rodillas; cuya mortificacion sufria con notable gusto, diciendo que no era frio sino consuelo del alma el que experimentaba, puesto que lo pasaba por Dios, y que en vez de afectarle al corazon le ensanchaba y servia de regalo al cuerpo. De tanta humildad se desprendió como consecuencia inmediata el adquirir una afabilidad sin límites para con todos sus hermanos y un gran deseo de servirles en cuanto le ordenaban. Llegado el dia de la profesion, diósela el V. P. Fr. Antonio de Jesus, prior entónces de Pastrana, el dia 26 de Junio de 1575. Acto continuo fué enviado á Alcalá á proseguir el estu-

dio de la teología; y aunque en la escolástica salió muy aprovechado, en la mística fué un consumado maestro. Cubierto de escolásticos laureles volvió á su amada casa de Pastrana, nido en que se hallaban reconcentrados todos sus goces y sus afectos, y donde, segun su propio dicho, disfrutaba los más halagüeños deleites. Poco despues de su regreso al convento fué á hacer una visita á él el V. P. Fr. Gerónimo Gracian de la Madre de Dios, y consultando con los superiores acerca de quién podria ser elegido por maestro de novicios, todos, de comun acuerdo, movidos de la ejemplar vida de Fr. Juan y del acierto y cordura de sus acciones, dijeron que no obstante ser nuevo en la Orden era el más á propósito y el que mejor podia desempeñar aquel destino. Nombrado, pues, para tan delicado cargo, y queriendo ser ejemplo práctico de lo que enseñaba, se esmeró en aumentar su mortificacion y penitencia, como maestro que era y guia de penitentes. Echaba en su comida agua fria ó yerbas amargas para darla un gusto desabrido, y tenia por cama una tarima estrecha, sin más ropa de abrigo en el invierno que una manta muy raida, y en este humildísimo lecho tomaba un breve descanso, el indispensable nada más para que el cuerpo pudiera sostenerse. Aplicábase tambien durísimas y continuas disciplinas, sin que por esto descuidase el consuelo y cuidado de los novicios. Cuando alguno de estos se sentia enfermo era el primero que acudia á su asistencia, procurando en todo su comodidad y regalo. Muchas veces ayudaba al cocinero en sus faenas; y siempre que ocurria alguna ausencia de prior y demás prelados, suplia él las ausencias, gobernando la casa y saliendo á predicar, en caso necesario, por los lugares de la comarca, verificándolo con tanto fervor y obteniendo tanto fruto que entusiasmaba á los oyentes, de los cuales unos le llamaban Jeremías, otros el Apóstol, y todos quedaban pendientes de su voz y convencidos por su mística elocuencia, curándose todos de las graves enfermedades que al alma causan las culpas. A pesar de su improbo trabajo jamás pidió en los lugares el más pequeño alivio y únicamente tomaba lo estrictamente indispensable para ir sosteniéndose, y áun esto dándoselo de limosna, porque él no lo solicitaba. Al regresar á la casa, y aunque viniese muy tarde, era siempre el primero en asistir al coro y á los maitines. Tanto trabajo, aunque su valor era muy excesivo, no dejaba de mortificarle, y así cediendo algunas veces á la natural flaqueza humana, sentíase desfallecer; pero en estos casos sobrepujábase el alma á la debilidad del cuerpo, como lo prueba el siguiente suceso, sabido más tarde por un hermano que le presenció casualmente sin que Fr. Juan se apercibiese. Hallándose un dia sumamente abatido en su celda, hablaba con su decaido cuerpo y le decia: «Cállate, cuerpo miserable, no te quejes de este corto trabajo, que buena gloria te aguarda. Pronto se acabará todo esto y descansarás. Usó toda su vi-

da un hábito estrecho, tosco y remendado, de donde le quedó el sobrenombre, llevando la correa hecha de cuero de buey, toscamente trabajada y sin despojarla de su pelo, que le duró muchos años, y un rosario muy basto de cuentas gordas, representando ser en todo un digno hijo de Elías. Al cabo de siete años que desempeñaba el cargo de maestro de novicios, en cuyo período crió muchos y muy buenos hijos para la religion, fué electo prior del convento de Mancera en el capítulo provincial celebrado en Almodóvar el año 1583. En dicha casa principió á hacer nueva vida, esmerándose en observar el rigor, prudencia y demás circunstancias que tanto convienen á sujetos ya provectos y antiguos, lo cual aumentó mucho el crédito que ya tenia para el gobierno de una casa religiosa. En el capítulo del año 1585 se le eligió prior de Pastrana, su cuna de religion, y en cuyo convento le honró el Señor con una manifestacion de su agrado. Faltando un dia pescado para la comunidad, y no habiendo en todo el convento más que una pequeña porcion sobrante del dia antecedente, mandó el P. Fr. Juan que se pusiera á cada religioso una pequeñísima parte, resultando que cada uno comió con abundancia y sobró aún para otro dia. Cuando la descalcez se dividió en provincias, en el capítulo celebrado en Madrid el año 1588 fué nombrado provincial de Castilla la Nueva, siendo el primero de la Orden Carmelita que obtuvo la honra de representarla y de vigilar por su prosperidad y buena direccion, porque los padres que ántes desempeñaban este cargo solamente obtenian el título de vicarios. Desempeñó este cargo con notable aceptacion y consuelo de la generalidad, porque todos hallaban en él su padre, su amparo y su remedio, siendo no ménos recto que prudente, segun lo requerian los tiempos, circunstancias y personas. Ni la edad, ni el trabajo le quitaron el empeño de la mortificacion y el deseo de la penitencia, no despojándose jamás de los cilicios, ni escaseando las disciplinas. Guardaba estrictamente los ayunos prescriptos por la regla, sin admitir nunca regalo alguno, áun cuando estuviese enfermo, ni pedir dispensacion. Decia misa poseido de una devocion tan entusiasta, que por lo comun empleaba dos horas en ella, derramando miéntras celebraba el incruento sacrificio tantas lágrimas de ternura, que siempre bañaba con ellas los lienzos de que iba prevenido. Durante su provincialato fundó algunos conventos, y en ellos y los caminos fué tanta su caridad, que á ningun pobre que se le presentaba dejó marchar sin limosna; y vez hubo que en premio de esta caridad el niño Jesus en forma de pobre se llegó á pedirle limosna, muy léjos de poblado, dejando su alma llena de celestiales dulzuras. De esta manera y con tan vivos ejemplos enseñaba á los religiosos enfervorizando sus almas, siendo en la direccion de ellos benigno con los humildes y severo con los duros é incorregibles; aunque como era de natural tan piadoso, siempre al corregir las faltas

procuraba hacerlo con la mayor caridad, reprendiendo amorosamente al culpable ante la comunidad, si la falta lo exigia, ó llamándole ante sí para aconsejarle y pedirle con la mayor humildad y ternura que procurase no apartarse del buen camino por seguir torcida senda. Habiendo cumplido su oficio de provincial, fué electo prior del convento de Madrid en el capítulo celebrado en 1591. Poco tiempo disfrutó este cargo, pues habiendo fallecido el P. Fr. Luis de S. Gerónimo, provincial de Andalucía y Portugal, cuando regresaba del capítulo general de la Orden, celebrado en Cremona, fué electo el P. Juan Bautista para desempeñar aquella vacante. La fama de su hórrido aspecto, exigua presencia y el temor de que la condicion corriese parejas con la figura, causaron alguna desazon é inquietud en la provincia. Mas luego que fué conocido en los conventos, luego que advirtieron cuando le trataron la rica perla que en aquella tosca concha se encerraba, y que era un centro de tesoros, en que dignamente se compendiaban la caridad, la prudencia, el amor, la humildad, el celo y la discrecion, todos le amaron, todos le veneraron piadosamente, y así frailes como monjas tuviéronle por un don del cielo, por un rico presente que les hacia la divinidad, quedando todos ellos satisfechos y mejorados, así en virtud como en bienes temporales. En 1594 fué electo definidor de la mencionada provincia de la Andalucía baja, con notable satisfaccion de ella; y finalmente, en 1597 le encomendaron el cuidado y direccion del convento de Valladolid, que fué el último de los gobiernos que tuvo. En este empleo se portó con tanto fervor, con tan extraordinario celo, que parecia empezar de nuevo la vida del claustro, como si no hubiera dado ya bastantes pruebas y señales de su decidida vocacion y no fuese ya tan antiguo y experimentado. Su primera diligencia fué elevar digno templo á la grandeza del Señor; pues á causa de la estrechez de la Orden y de la penuria de los tiempos, aún estaba la iglesia en una pequeña sala baja de la casa que sirvió para hacer la fundacion. Confiando el P. Fr. Juan en el celo y piedad de los valisoletanos, en la actividad de sus frailes y más que todo en la proteccion del Santísimo Sacramento á quien encomendaba todos sus negocios, hallóse muy pronto en disposicion de levantar suntuosa iglesia y cómodo claustro; porque la ciudad, entónces muy rica, le acudió con abundantísimas limosnas. Fué tan acepto á los ojos de la divinidad aquel esmero y cuidado de su glorioso esplendor, que se lo significó con muy señaladas pruebas como lo manifiesta el siguiente portento. Cuando la iglesia estuvo terminada, postróse Fr. Juan un dia delante del Santísimo Sacramento, y dijo con gran fervor: «Señor y Dios mio, en pago de haberos edificado un templo decente, aunque no digno de vuestra grandeza, pido me hagais la merced de que nunca tengamos peste en esta casa.» La súplica fué oida y la gracia otorgada; pues hallándose la ciudad de Valla-

dolid invadida de una epidemia, que causaba muchos estragos y terrible mortandad, los religiosos, asegurados con la promesa de su prior, iban á las casas de los apestados, confesábanlos y les prestaban toda clase de auxilios, tanto para el alma como para el cuerpo, y volvian luego á su convento sin que experimentasen la más mínima incomodidad. Teniendo precision de ceñirnos á los estrechos límites de un artículo biográfico, y no siéndonos posible hacer más que un pequeño bosquejo de lo que debiera ser perfecto y acabado cuadro, omitimos la narracion de muchas altas y heróicas acciones de este bienaventurado siervo de Dios, y haremos el epílogo de su vida refiriendo su dichosa muerte, en la que hallaremos motivos más que suficientes para proclamar la grandeza del Señor, y rendir alabanzas á aquella suprema potestad que con bondad tan inmensa se digna comunicarse algunas veces con sus predilectas criaturas. Como era tan grande la autoridad de Fr. Juan y su capacidad para el gobierno tan reconocida, y teniendo presente sobre todo el grande amor que siempre habia profesado á la Orden, los principales de ella, reunidos préviamente, acordaron que en el capítulo que habia de celebrarse el año de 1600 quedaria el P. Fr. Juan Bautista por general y cabeza de toda la carmelitana familia. Cuando llegó esta voz á sus oidos afligióse grandemente, y temiendo que le obligáran á aceptar aquel importante cargo, pidió á Dios de todas veras que se le llevase ántes de que la eleccion se verificára, y abrigó tal convencimiento de que el Señor habia accedido á sus ruegos, que hasta en lo más mínimo lo manifestaba ó dejaba traslucir. Así pues, cuando se celebró el capítulo provincial que siempre precede al general, entrególe el P. Fr. Sebastian de Jesus la patente de socio, que le acreditaba para asistir al mencionado capítulo general, y le dijo el P. Bautista: «En verdad le digo á V. R. que no tiene necesidad de entregarme esta patente, porque con el favor de Dios no la habré de menester.» Esto mismo aseguró tambien al subprior de Valladolid. Estando próxima la cuaresma del año 1600 y seguro siempre de que su peticion habia sido aceptada, dijo á un padre amigo suyo llamado Fr. Pedro de S. Juan Bautista: «Si Su Majestad se digna concederme lo que con tantas veras le he pedido, en verdad os aseguro que tengo de ir á pasar esta cuaresma en el cielo, y ver desde allí cómo se gobiernan las cosas del capítulo.» A lo cual el religioso le contestó: «En la tierra, Padre nuestro, le queremos, pues el deseo que V. R. manifiesta, parece que es por huir del trabajo que el cargo pudiera darle.—No tal, repuso el bendito religioso, no tengo otro fin que ir á gozar del Señor y quitarme de las frecuentes ocasiones de ofenderle.» Otro dia dijo al maestro albañil del convento, Juan del Valle, que le pedia cien ducados de obra hecha en el mismo: «Tened un poco de paciencia; cuando llegue la cuaresma, vos estareis pagado y yo enterrado.» Supo el P. Provincial Fr. Tomás

de Jesus lo que pasaba, y condolido por una parte y pesaroso por otra de que aquellas voces corriesen, deseó cortarlas para evitar cualquier interpretacion y quitar á los frailes el natural disgusto que Fr. Bautista les causaba, anunciándoles su próximo fin. Al efecto, llamóle un dia ante sí y en santa obediencia le mandó que cesase de anunciar su próximo fin, á lo cual sonriéndose contestó el P. Fr. Bautista. «Ya viene tarde el mandato, porque el negocio está terminado y la peticion admitida.» Con tales anuncios se hallaban los religiosos tan sobresaltados, tan temerosos de perderle, que el más pequeño accidente, la más leve incomodidad les parecia causa bastante para arrebatarle á su cariño y privarles de su amable compañía. Llegó al fin la hora señalada por el inescrutable poder para cumplirle su deseo y el orígen de su enfermedad fué el siguiente. Aunque contra la voluntad de sus súbditos y amigos encargóse de predicar en la parroquia de S. Martin un sermon el dia de Sta. Polonia, de quien era muy devoto. Como se enfervorizaba tanto en el púlpito, se acaloró en unos términos que al volver á la sacristía, tomó algo de aire y se sintió bastante indispuesto. Esto fué el domingo de Quincuagésima del citado año 1600, y al regresar al convento se halló tan débil que fué preciso colocarle en la cama. Pidiéronle que en atencion á su estado consintiera en que le pusiesen el alivio de un colchoncillo, á lo que él contestó con semblante risueño: «Que no era preciso poner alivio por cualquier niñería, y que sin él podria entónces pasar.» Negábase absolutamente á que le viera el médico; pero habiendo venido éste casualmente al convento para visitar á otros enfermos, le entraron en la celda del P. Bautista sin haberle prevenido. Encontróle tan malo, que inmediatamente ordenó le sangráran y administrasen los santos sacramentos. Al oir tal nueva, levantaron el grito los frailes desconsolados, y llegándose al enfermo el Padre superior Fr. Elias de S. Martin, le dijo enternecido: «Si V. R. nos hubiera hecho la caridad de comer carne y aliviarse un poco cuando se lo rogábamos, no nos veriamos ahora en tal apuro.» A lo cual repuso el observantísimo religioso: «Más quiero, Padre mio, digan que por no comer carne enfermó y murió el P. Fr. Juan Bautista, que dar ocasion con mi mal ejemplo á que otro la coma sin grave necesidad.» ¡Alma verdaderamente observante! exclama un cronista de la Orden Carmelitana; alma pura que preferiste la muerte á la entrada de la relajacion en la Orden! ¡De cuán pocos es imitado este ejemplo tan loable! Agravándosele la enfermedad el mártes de Carnaval pidió el médico que se celebrase junta, porque él le desahuciaba. Esta terrible sentencia causó notable alegría al enfermo, y respecto de la junta, dijo que para quien él era, bastaba el parecer de un hombre tan docto como el que le asistia, y que tampoco era decente que en un dia de bulla y diversion popular anduviesen sus religiosos por las calles en

busca de los otros médicos. Pero al fin, vencido por los ruegos de la comunidad accedió á que se reuniera la junta. Cuando los facultativos penetraron en la celda, les dijo el enfermo: «Señores, que viva ó que muera un pobre fraile descalzo, es cosa que importa muy poco, porque no hace falta en el mundo; lo que sí importa es que muera como debe morir. He consentido en que se celebre la junta para consuelo de estos siervos de Dios, que, como su prelado, me aman tiernamente y temo disgustarles en esto. Pero, perdónenme si les doy algun mal ejemplo diciéndoles que aquí ya no aprovecha ni es necesaria su ciencia.» Todos los médicos fueron de parecer que acto continuo le administrasen la santa uncion, porque aquella vida marchaba muy de ligero. Llegó á noticiárselo el P. Subprior; mas Fr. Bautista le dijo: «No hay que darse prisa que esta noche no es de peligro. Insistió el subprior con el parecer de los médicos, y Fr. Juan le repuso. ¡Qué poca fe tiene! ¡No le dé cuidado, que tiempo hay! Mañana es jueves, dia del Santísimo Sacramento, y áun cuando ya le he recibido, volveré á confesar y comulgar. Sábado por la mañana haré lo mismo, por la tarde juntaré la comunidad y diré algo de nuestro Señor, y el domingo sucederá lo que Dios fuere servido.» Todo sucedió conforme lo habia indicado, infiriéndose de aquí que habia tenido noticia cierta de su última hora, y se convencieron más por el siguiente prodigio. Hacian los religiosos procesiones por el claustro, pidiendo á Dios la vida de su querido prelado, y cuando llegaron á la iglesia á decir las preces, despues de cantar las letanías y al decir aquel versículo *Salvum fac servum tuum, Domine*, á la vista de toda la comunidad, sin hacer aire ni mediar alguna otra natural causa, apagóse un gran cirio que ardia delante del Santísimo Sacramento, subiendo muy alta la llama. Algunos opinaban, sin embargo, que la luz podria haberse apagado naturalmente y sin intervencion de prodigio; pero habiéndose repetido el portento en los dos siguientes dias, ya nadie dudó de la certeza del fin de su querido superior. El jueves despues de Ceniza, habiéndose confesado y comulgado, pidió que le trajesen el santo óleo, y cuando los que se le administraban apénas podian con la gran pena asistirle, él permaneció con tal entereza y tan en el lleno de sus facultades, que iba respondiendo á cuanto le decian y algunas veces les advirtió á los asistentes las omisiones en que incurrian. Terminada la solemne ceremonia quisieron salirse de la celda; pero él les suplicó que se detuvieran, é incorporándose en la cama tomó un crucifijo en la mano, y despues de hecha la protestacion de la fe, empezó á exhortar á los circunstantes al cumplimiento de los deberes de su estado, ponderándoles las excelencias de la vida monástica, y explicándolo con tanto fervor y santa uncion, con tan vivísima elocuencia, que parecia residir en él el espíritu de los primeros padres de la fe. Despidióse luego de

todos los presentes, abrazando y echando su bendicion á cada uno, y como á vista de semejante espectáculo no hubo quien no prorumpiese en lágrimas, él los consoló diciéndoles: «No lloren, padres é hijos mios. De aquí á pocos dias se acababa mi oficio y era fuerza dejarlos. Hagan cuenta que se acabó dos meses ántes y que ya me voy. En esta vida no hay alegría sin dolor, ni consuelo sin azar. Tengan buen ánimo, que por la suma bondad espero nos hemos de ver todos en el cielo, y allí nos gozaremos para siempre.» Viernes y sábado comulgó conforme lo habia anunciado, confesándose ántes muy despacio. Llegóse á él el P. Fr. Sebastian de Jesus, su muy amado hijo, y le pidió que para ulterior consuelo le dejase el santo crucifijo que tenia consigo, á cuya peticion contestó: «Yo soy un pobre fraile, que sobre nada tiene dominio; pero aquí está el P. Subprior que le satisfará, si gusta, ese deseo, en lo que yo recibiré mucho contento.» A otro padre, que deseoso de asistir al tránsito de Fr. Juan Bautista se negaba á salir á predicar á un pueblo inmediato, le dijo. «Bien puede vuestra paternidad salir á hacer tan gran beneficio á las almas, pues á su vuelta, ya que no me vea morir, me verá al ménos enterrar.» Y asi sucedió en efecto, pues que predicando en la mañana del domingo, volvió al convento á tiempo que se daba sepultura al cadáver. El sábado por la tarde juntó á todos los religiosos y hablóles largamente de la grandeza de Dios, rogándoles se aprovecháran de su doctrina y le favoreciesen con sus oraciones para salir del purgatorio. El domingo (primero de Cuaresma) ya que no pudo recibir el Santísimo Sacramento, pidió que al ménos le dijesen misa en la celda y adoró la hostia con suma piedad y recogimiento. A las diez de la mañana le acometió tan recio parasismo, que asustado el enfermero tocó la matraca para avisar á la comunidad. Pero, volviendo en sí el enfermo, le dijo: «Deténgase. ¿Para qué molesta y distrae á la comunidad que ahora se halla rezando en el coro? Déjela que aún no es tiempo.» Descansó un poco hasta la una de la tarde, á cuya hora comenzó á caer en la agonía, y estando ya juntos todos los religiosos pidió un poco de agua bendita, porque se sentia bastante atacado en aquel riguroso trance por las sugestiones del enemigo, que nunca desaprovecha la oportunidad de aquella crítica hora. Trajo un hermano muy de prisa el acetre ó calderilla del coro, y aunque el siervo de Dios se encontraba en situacion tan apurada, apénas le vió entrar, manifestando el cuidado y diligencia que siempre demostrára por el brillo y esplendor del culto divino, dijo: «¿Hermano, para qué sube el acetre del coro? ¿No ve que hará falta allí cuando vayan á completas? Por caridad, que si se queda aquí suban el de la sacristía, para que al aspersorio no se encuentren sin él.» Aunque su mano apénas podia sostener el hisopo, aspergeóse él mismo, y al concluir exclamó con un tono muy tranquilo y como el hombre que se ve libre de un

gran peso: «En verdad que me apretaba terriblemente uno.» Empezó luego á hacer con voz entera y firme actos fervorosos de piedad, de fe, amor y caridad, y en uno de ellos exclamó muy alborozado: «Esperad, esperad, que ya voy;» y acto continuo se desató su bendita alma de los lazos terrenales, para volar á las altas mansiones de la gloria. Al exhalar su último suspiro se apagó la vela que tenia en la mano, subiendo la llama hasta el techo donde se evaporó. Falleció el dia 20 de Febrero del año de 1600, y en la misma hora en que ocurrió su muerte la Madre Sor Casilda de S. Angelo, Carmelita, vió subir su alma al cielo, cercada de tantos resplandores, que no pudo ménos de exclamar: «¡Oh Señor, y qué gloria lleva!» Oyendo acto continuo una voz que la dijo: No faltará para ti. La misma religiosa le vió otra vez debajo de la capa de la santa Madre fundadora, ocupándola toda á su parecer, cuya revelacion concuerda con la de la venerable Ana de Jesus, que tambien le vió subir glorioso, segun cuenta su grave y autorizado historiador, habiéndole visto igualmente Fr. Domingo de Jesus María, de la citada Orden Carmelitana, sin otros muchos testigos que depusieron en varias informaciones y que omitimos aquí en obsequio á la brevedad que nos hemos propuesto observar en la redaccion de estos artículos.—M. B.

REMENSIS ó DE REIMS (Fr. Pedro), religioso dominico, obispo de Agen, muerto en 1242. Este religioso nació en Reims en la Champaña, en el siglo XII, y recibió el apellido de su ciudad natal, uso bastante comun en aquella época. Habiendo enviado Sto. Domingo á París en 1217 algunos de sus religiosos bajo la direccion del P. Mateo, para fundar una casa de su Orden, Pedro fué uno de los primeros de esta capital que se agregaron á su instituto. Habia adquirido grande celebridad en las escuelas de París, en particular entre los predicadores de aquella ciudad; no habia sin embargo tomado aún el grado de maestro en la facultad de teología, sino solo el de intérprete en la Sagrada Escritura. Habiendo observado Sto. Domingo en él una grande piedad, un gran celo por la salvacion de las almas y grandes talentos para anunciar la palabra de Dios, le hizo elegir primer prior de la provincia de Francia en el capítulo general de la Orden, que se celebró en Bolonia en 1221, y en que se hizo la division de las provincias de la naciente Orden. Ejercia aún el mismo cargo en 1224, años en que envió á algunos religiosos á Lila en Flandes para establecer una comunidad á peticion de los canónigos y del párroco de aquella ciudad. Habiendo muerto en 1227 el P. Mateo, prior de la comunidad de S. Jacobo en París, le sucedió Pedro despues de haber renunciado su cargo de provincial. Hácia 1230 fué creado de nuevo prior provincial de Francia, dignidad que ocupaba todavía en 1233, pues confirmó en aquel año las convenciones hechas entre los canónigos y el párroco de Valenciennes para el establecimiento de una comuní-

dad de su Orden en aquella ciudad. Continuaba desempeñando este empleo, segun unos, y le habia dimitido ya segun otros, cuando fué promovido al obispado de Agen. Los redactores de la antigua *Galia cristiana* no hablan de este obispo y dejan la sede vacante desde 1232 hasta 1245, omitiendo tambien otro obispo que la ocupó hasta 1240. Esta obra está sin duda falta en este lugar. Los redactores de la nueva recopilacion de la *Galia Cristiana* han reparado esta omision colocando á Rodulfo de 1228 ó 1235, y Arnaldo V hasta despues de 1240, pues en este año recibió aquel obispo á los Padres predicadores en Agen, y la fecha de su muerte, que acaeció poco despues, no se ha fijado todavía. Componen despues un artículo sobre Pedro Reims, con pruebas tomadas de autores contemporáneos y suponen su muerte en 1242. Escribió unos *Comentarios sobre la Biblia* y algunos *sermones*.—S. B.

REMESAL (Antonio). Nació este religioso dominico en Allariz, pueblo del antiguo reino de Galicia en España, y tomando el hábito en la órden de Predicadores, cuyos superiores le mandaron á América en 1613. Supo aprovechar tan perfectamente este varon estudioso su permanencia en el nuevo continente, que se instruyó en cuanto tenia relacion con la historia de su Orden en los países de Chiapa y de Goatemala, así como en el establecimiento de la religion y del gobierno en este país ántes y despues de su conquista. A su regreso á España, arregló sus memorias y compuso en español una excelente historia que se imprimió en Madrid, en fólio, en 1619, con el título de *Historia de la provincia de S. Vicente*, razon por la que le coloca Echard con elogio, en su obra sobre los escritores de la Orden de los PP. Predicadores, al tomo II, en donde puede enterarse el curioso que desee más detalles sobre este laborioso dominico.—C.

REMI ó Remigio (S.). Este arzobispo de Reims, llamado el apóstol de los franceses, nació el año 438 de nuestra era de padres nobles, que vivian en Laon ó en la cercanía de esta ciudad. Desde sus primeros años, dice Weis tomándolo de autores más antiguos, hizo rápidos progresos en las letras y se distinguió extraordinariamente por la santidad de su vida. Su mérito pareció suficiente motivo para dispensarle de la edad prescrita por los cánones, y á los veinte y dos años fué colocado á pesar suyo en la silla pontifical de Reims. Ocupóse el nuevo prelado desde entónces con increible ardor en las funciones de su ministerio, y hacia orar y meditar al pueblo confiado á su cuidado, ilustrándole con su santa doctrina. Debió S. Remigio á sus virtudes el favor del rey Clovis, en una época en que profesaba este príncipe un culto extranjero, y con el auxilio de la gloriosa Sta. Clotilde logró conmover de tal modo el corazon de este monarca, que logró se hiciese bautizar por su mano despues de que él mismo le instruyó en los misterios del

cristianismo. Bautizado Clovis en la santa iglesia de Reims la víspera de la Natividad del Señor del año 496, tres mil caballeros franceses siguieron el ejemplo de su rey, y no tardó en verse levantar en todas las Galias el signo de la redencion, la cruz de Jesucristo sobre las ruinas del paganismo. Siguiendo su obra con constancia S. Remigio, fundó iglesias que proveyó de pastores y de todos los objetos necesarios á la solemnidad del culto divino. Condenado á muerte el año 499 un señor francés llamado Eulogio, que fué tambien privado de sus bienes por delito de lesa majestad, obtuvo el santo prelado con sus súplicas la remision de la pena, y reconocido Eulogio quiso obligar al Santo á que aceptase la tierra de Epernai que era uno de sus dominios; pero Remigio no consintió tomarla sin pagarle por ella cinco mil libras de plata, de la que hizo un regalo á su catedral. No deja de notarse con sorpresa que el arzobispo de Reims no asistió á ninguno de los concilios que frecuentemente se celebraron en su época en las Galias; pero el Santo tuvo un sínodo el año 517, en el que tuvo la dicha de atraer á la Iglesia católica á un obispo arriano, que asistió á esta asamblea para disputar con él. El año 523 escribió al papa Hormisdas felicitándole por su eleccion, pero su carta no la conocemos más que por la respuesta que le dió el Pontífice. Con aprobacion de la Santa Sede, estableció obispados en Tournai, Laon, Arrás, Terouenne y Cambray. En 1530 consagró á S. Medardo obispo de Noyon. Este venerable prelado murió, segun la más probable opinion, el 13 de Enero de 533, á la edad de noventa y cinco años, habiendo pasado más de setenta en el episcopado. Sus reliquias fueron colocadas en el año 852 en una iglesia de Reims el 1.° de Octubre, dia en que la Iglesia católica celebra su festividad. Haciendo los normandos una irrupcion en la Champagne, Hincmar se retiró á Epernai llevando consigo el cuerpo de S. Remigio; y en fin el papa Leon IX le colocó en 1099 en la abadía que lleva su glorioso nombre. Compuso S. Remigio muchos escritos, entre ellos *sermones* que Sidonio Apolinar, que se habia procurado una copia, miraba como un inestimable tesoro; pero solo nos quedan de él cuatro cartas que han insertado en diferentes colecciones de concilios y actas relativas á la historia de Francia y en la historia de la metrópoli de Reims, escrita por Marlot. Las dos de las cartas estan dirigidas á Clovis. En la una trata S. Remigio de consolarle de la muerte de la princesa Albofleda, su hermana, que sobrevivió pocos meses á su bautismo, y en la otra le daba sabios consejos para gobernar bien su reino. La tercera carta es una respuesta á algunos obispos que le habian reprochado por su indulgencia para con un sacerdote llamado Claudio, culpable de una grave falta, al que se contentó el Santo con admitirle á penitencia en vez de degradarle, y en ella se ostenta la más grande caridad. En la cuarta reprocha S. Remigio á Falcon, obispo de Tongres, por haber

desconocido los derechos de su metropolitano. Con el nombre del santo prelado hay un testamento por el que nombra heredera de sus bienes á la iglesia de Reims; pero Rivet tiene como supuesta esta escritura, cuya autenticidad han sostenido Mabillon, Ducange y Ceillier. Algunos editores atribuyen á S. Remigio un comentario sobre las Epístolas de S. Pablo, publicado en el siglo XVI con el nombre de Haimon, obispo de Halberstadt y Primace, obispo en Africa, reivindicándole el sabio Villalpando por el arzobispo de Reims en la edicion de Roma de 1598. Despues se ha dado esta obra como de S. Remigio, arzobispo de Lyon, pero se ha sabido por último que fué escrita por Remigio, monje de la abadía de San German de Auxerre. Existen un gran número de vidas de S. Remigio de Reims; pero desgraciadamente, dice Weis, ninguna de ellas puede satisfacer á un lector juicioso. La que se ve en las obras de Fortunato está compendiada de otra más antigua cuya pérdida ha causado tal vez. Encuéntranse los títulos de las que han publicado Hincmar, Marlot, Cerisier, el P. Dorigni y otros, en la *Biblioteca histórica de Francia*, pudiéndose consultar principalmente sobre este particular el tomo III de la *Historia literaria de Francia*, *la Galia cristiana* y la *Coleccion de Godescard*. — A. C.

REMI, obispo de Coire. Sábese por Rivet en su *Historia literaria de Francia* al tomo IV, que gobernaba este prelado la expresada Iglesia á principios del siglo IX, y se ignora si vivió despues del año 813. En este mismo año hizo por órden de Carlomagno una *Coleccion de cánones* en favor de la Iglesia de Germania, y esta *Coleccion* contiene cuarenta y nueve cánones ó capítulos los cuales fueron presentados al Emperador, que los aprobó y mandó fuesen inviolablemente observados. Golsdats, que la ha publicado entre sus historiadores de Alemania, advirtió que no estaba completa y que la faltaban las adiciones que hizo despues otro obispo. Sea de esto lo que quiera, dicen los autores que consultamos, que tomó Remi mucho de las falsas decretales en su trabajo, y se ve en él que lo hizo así con el ánimo de refutar la opinion de Blondel, que pretendió que algunas de estas decretales se hicieron despues del concilio celebrado en París en 829. —A.

REMI, arzobispo de Ruan. Sucedió este prelado en su iglesia á Rainfroi el año 753 de nuestra era. Algunos autores han creido que era hermano de Carlomagno, y otros le hacen hijo natural de Cárlos Martel, y hermano uterino de Pipino *el Breve*. Retirándose al monte Soracta en Italia se hizo religioso, y construyó en aquel sitio una iglesia con el nombre de S. Silvestre, cuyo santo se habia retirado á aquel monte, en donde estuvo oculto ántes que Constantino *el Grande* se hiciese cristiano. De allí se fué á Monte-Casino, en donde permaneció algun tiempo ántes de ser elevado á la dignidad de arzobispo. Encontrándose la metrópoli de Ruan sin arzobispo el

año 755, el pueblo pidió al rey Pipino suplicándole se empeñase con Remi para que aceptase el episcopado. Condescendiendo el Rey con los deseos de su pueblo, tuvo que hacer muchas instancias á Remi para obligarle á aceptar, lo que consiguió al fin. Mateo de Westmunster y Guillermo Malmesbury aseguran que los religiosos de Monte-Casino obtuvieron cartas del papa Zacarías, dirigidas al rey Pipino, á fin de que los religiosos de Fleury-sur-Loire volviesen el cuerpo de S. Benito, que habia sido allí trasportado en otro tiempo del Monte-Casino. Confió el Rey esta comision á Remi, arzobispo, y á otros tres obispos que fueron expresamente al monasterio á cumplir con su cometido; pero entrando los prelados en la iglesia, al aproximarse al sitio en donde el Santo estaba depositado, se quedaron tan ciegos que no sabian dónde se hallaban, lo que les dió á conocer que su comision no agradaba á Dios, por lo que el cuerpo de S. Benito permaneció en la iglesia de Fleury, historia que tiene Moreri por falsa en la mayor parte de sus circunstancias. Segun Pablo Emilio, Remi fué el primero que recibió en Francia el canto eclesiástico conforme al uso romano, que llevó el rey Pipino. Fué este prelado embajador del Papa cerca de Didier, rey de los lombardos; hizo muchas fundaciones piadosas, dotó y adornó bastantes iglesias, y por último, falleció el 19 de Enero de 771. Fué enterrado en la catedral de Ruan, desde donde fué despues trasladado á la iglesia de S. Medardo de Soissons, en donde estuvo hasta el año 1190, en el que se llevaron la mayor parte de sus huesos á Ruan, en donde se les puso en la abadía de S. Ouen, que los conservó hasta el escandaloso é impío saqueo y destrozo que en su iglesia hicieron los hugonotes el año 1572. Aunque el nombre de este bienaventurado no se ve en el Martirologio Romano, ni en ninguno de los martirologios modernos, el 19 de Febrero y el 15 de Mayo se celebra su fiesta en Ruan, y la casa de Austria le venera particularmente, porque le cuenta entre los santos de su raza. Baillet le cuenta en sus Vidas de los Santos, señalándole el dia 15 de Mayo, y hace su historia Dadré entre la de los arzobispos de Ruan. —C.

REMI (José Honorato). Nació en Remiremont en 1738, y habiendo abrazado el estado eclesiástico, pasó á París, en donde se dedicó á la literatura y al derecho, y obtuvo varios premios. En 1731 escribió un elogio de Fenelon, que fué considerado como un *accesit*, y el de *Miguel de l' Hopital*, que hizo en 1733, fué premiado á pesar de haberle censurado la facultad de teología. Además de estas obras compuso las siguientes: *Cosmopolismo*, 1770. *El Código de los Franceses*; 1771, dos tomos en 12.°—*Los Dias para servir de correctivos á las Noches de Yong*; 1770; y tambien publicó algunos artículos en el *Mercurio*, del que fué redactor por algun tiempo. —A.

REMIGIO (S.), obispo inglés, que falleció hácia el año 1051, haciéndose

célebre por sus virtudes y milagros. Todas las obras de santos ingleses mencionan á este Remigio, cuyos hechos fueron la admiracion de su siglo, pues nacido de una familia distinguida, aunque la suerte le ofrecia un glorioso porvenir, prefirió renunciar á él por consagrarse al servicio de Dios en su monasterio. Hízose allí notar desde luego por sus penitencias y prácticas piadosas, siendo mirado como un modelo por todos sus compañeros, que desde luego le pusieron al frente de su abadía; tuvo que vencer en ella grandes dificultades, pero su paciencia, perseverancia y celo consiguió dar al traste con todas, llegando á elevar su monasterio al apogeo de su grandeza y esplendor. Era visitado con este motivo por los reyes sajones, que le colmaban de beneficios y se encomendaban á sus oraciones, pidiéndole tambien consejos en los más graves negocios de estado, á todo proveia Remigio, cumpliendo con sus deberes monásticos, al mismo tiempo que no faltaba á las consideraciones que á sus soberanos debia. Estos, deseosos de honrarle, al mismo tiempo que de tenerle cerca de su persona para poder utilizar mejor sus servicios, le elevaron al episcopado, cosa que rehusó en un principio Remigio, pero á que tuvo que acceder, porque sus monjes le obligaron á aceptar la mitra, tanto por el honor que resultaria á su monasterio, como porque deseaban tener en la corte un protector decidido que les sirviese en sus pretensiones cerca del monarca. Pero Remigio supo conciliarlo todo, siendo obispo sin dejar de ser monje, y no olvidando á sus antiguos súbditos en medio de los sucesos y grandes cuidados de que inesperadamente se habia visto rodeado. Gobernó su diócesis con grande celo y acierto, siendo un pastor modelo para sus ovejas, que le amaban y reverenciaban como á padre, y acudian á él en todos sus apuros y necesidades. Ayudábalos conforme á sus fuerzas, contribuyendo á su bienestar espiritual y temporal, y repartiendo entre ellos sus rentas, contento con vivir, aunque en la opulencia, con la misma sencillez que cuando era monje, cuyo hábito no dejó en toda su vida. En sus últimos dias se vió rodeado de inesperadas alegrías espirituales, preludios de la gloria que le esperaba en el paraíso, donde no debia tardar en ir á morar con los elegidos. Su sepulcro fué honrado con muchos milagros, por lo que desde entónces se le mira con grande veneracion en toda Inglaterra, celebrándose su festividad en 12 de Mayo. — S. B.

REMIGIO (S.), obispo y confesor. Fué religioso benedictino, de muy ilustre linaje, de grandes principios y esmerada educacion, impregnándose en la sana moral y en los estudios religiosos, por cuya senda constantemente caminó, sin separarse un solo punto, evitando todas las distracciones mundanales. Por esta razon bien jóven abandonó el mundo y sus falsos deleites, recibiendo con el mayor afecto y fervor la cogulla de S. Benito en el monasterio del valle de S. Gregorio, en el Argentorato, y durante su vida

monástica se ejercitó en todas las obras dignas de un monje tan rígido y tan severo, cumpliendo con la mayor exactitud los deberes que impone la regla, tanto en la observancia y disciplina, cuanto en la oracion, ayuno y mortificaciones. Bien pronto se granjeó una merecida fama y opinion de santidad, siendo por tan recomendables circunstancias promovido á la dignidad de obispo, correspondiendo en el cumplimiento y desempeño de la prelacia á los deseos de cuantos procuraron su elevacion. Gobernó la iglesia Argentoratense con mucho fruto de las almas, y con el resplandor de su santa vida ilustró á toda la Alsacia. Fué celosísimo por la majestad y decoro del culto, llevando á los templos que estaban bajo su inspeccion y cuidado, muchas reliquias y cuerpos enteros de santos, cuya mayor parte colocó en el monasterio Elchugiense de monjas de la esclarecida órden de S. Benito, procurando con la traslacion de estas santas reliquias excitar y encender, como lo consiguió, la devocion y piedad de los fieles de aquella provincia, haciéndola igualmente dichosa con la intercesion de los santos. Despues de una existencia incansable y solícita por el bien de las almas y el esplendor del culto á nuestra santa fe católica, pasó de esta vida este santo Obispo en el año 803, y es muy venerado entre los patronos principales de Argentina.—A. L.

REMIGIO ó REMI (S.). Dedicado á la Iglesia desde su juventud, luego que recibió las sagradas órdenes se distinguió tanto por su piedad y tan especialmente por su caridad, que el emperador Lotario le nombró su limosnero mayor, empleo entónces como ahora de gran importoncia eclesiástica en la corte, y así es que en España lo es comunmente ó el arzobispo de Toledo, ó el patriarca de las Indias, prelado castrense y jefe de las órdenes civiles de Cárlos III y de Isabel *la Católica*. Desde tan honorífico puesto fué elevado á la silla episcopal de Lyon el año 853. Como tal prelado presidió el concilio III de Valencia y otras diversas asambleas en Toul y en Langres y en actas antiguas encontramos consignado que este prelado hizo varias fundaciones piadosas, y que murió el dia 28 de Octubre del año 875, considerado como uno de los hombres más ilustres de su tiempo. Se le atribuye con razon la respuesta dada á nombre de la iglesia de Lyon á las tres cartas para Amolon, la una de Hincmar de Reims, la otra de Pardulo de Laon, y la tercera de Raban en Notinga. Escribió tambien una respuesta á los cuatro capítulos dirigidos á Quierzi-sur-Oise, por Hincmar, y despues de haber combatido de este modo los capítulos de Quierzi, hizo se estableciese la doctrina opuesta en el concilio que se celebró en Valencia el año 855, y para confirmar las decisiones de este concilio reunió á los prelados en Langres el año 859, y quince dias despues en Saboniers, cerca de Toul, para decidir sobre la oposicion de Hincmar y de sus partidarios, ofendidos por haber

sido condenados los cánones de Quierzi. En esta última reunion se convino en que despues que se restableciese la tranquilidad, se tendrian conferencias en las que de buena fe se examinaria la Escritura y la tradicion que era lo que motivaba esta controversia. Hízose la paz en Coblenza el año siguiente, entre Luis de Germania, Cárlos *el Calvo*, y Lotario su sobrino; pero no consta se celebrase concilio para examinar en él los decretos del de Valencia. Maldonado ha creido que S. Remigio compuso los comentarios sobre las trece primeras epístolas de S. Pablo, que llevan el nombre de S. Ambrosio, y son de Hilario, diácono que vivía en el siglo IV. Tambien tienen otros á este prelado por autor de los comentarios sobre S. Pablo, que Sixto de Siena atribuye con razon á Remigio de Auxerre, y Villalpando á S. Remigio de Reims, lo cual no podia ser, pues que allí se cita la regla de S. Benito, á San Gregorio, Casiodoro, al venerable Beda, S. Cipriano de Tolosa, y á otros muy posteriores al santo arzobispo de Reims. — C.

REMIGIO (S.). Era lego Hemmenrodense de la Orden Benedictina en Alemania. Fué ciego de los ojos del cuerpo, pero en los de su alma puso Dios tanta luz, que constantemente estaba viendo visiones celestiales. Unas veces veia la gloria de los santos, otras las penas de los malos, y los espíritus malignos vomitando fuego: estos le perseguian y atormentaban con visiones espantosas, como á S. Antonio Abad, y sensiblemente le maltrataban: perseverando el santo ciego Remigio constante en la humildad, paciencia y demás virtudes, y llegó á tener con ellas tanto dominio y menosprecio de los espíritus infernales, que solamente con el puño ó con el báculo los ahuyentaba. Oia frecuentemente cantar á los ángeles, dejándole arrobado y suspenso sus gratas melodías, y fué favorecido con otras gracias sobrenaturales. Pero estas le llegaron á faltar una vez, por haberse ensoberbecido; pero en seguida, reconociendo su culpa y grave error, hizo severas penitencias y mortificaciones, y humillándose, Dios se apiadó y volvió á gozarlas. Ultimamente, despues de esta mortal y triste vida, pasó á gozar de la eterna luz en la gloria. — A. L.

REMIGIO (V. Fr.). Este religioso, de gran virtud y de notable mérito, fué por espacio de bastantes años monje de Fecamp, en Inglaterra. Despues sus grandes merecimientos le elevaron á la prelacia, siendo electo obispo Dovustrense; era de cortísima estatura, pero muy elevado en el ánimo. Fué celoso por el lustre y brillo de su iglesia, siendo su mayor bienhechor. Pasó ó trasladó la silla episcopal á la ciudad de Lichenfeld, siendo Fr. Remigio el primer obispo, y edificando un insigne y magnífico templo, dedicado á nuestra Señora la Vírgen Santa María, de quien era devotísimo. Fundó igualmente tambien desde sus principios el monasterio de Santa María de Store, y restauró otro en Bardenei, aumentando las rentas de éste y de su

iglesia. De este memorable y más venerable Obispo, dice así Willelmo Malmesburgense: «Tan agradable era todo lo referido, cuanto fué cierto que por la pequeñez de su cuerpo casi parecia un portento y una miniatura de hombre; su alma luchaba por salir y sobresalir fuera de su cuerpo, y ser eminente con excelencia, seguramente era á quien podia aplicarse aquel verso: *Gratior exiguo veniens, è corpore virtus.* Y parece que por eso le produjo la naturaleza, para probar y para que se supiese que un felicísimo ingenio podia hallarse en un cuerpo muy miserable y diminuto. Fué su virtud bien probada con sus domésticos (con cuya comunicacion y demasiada conversacion suelen degradarse y caer de su estimacion los hombres), tanto que habiéndole acusado de conjuracion contra el rey, se justificó y vindicó pisando un hierro ardiendo, restituyéndose á la gracia y amistad del soberano. Finalmente, estando en el aparato y prevencion necesaria para la dedicacion de su iglesia Lichefeldense, convocados para ello con edicto del rey todos los obispos, privándole Dios del gozo que en ello habia de tener, le llevó para darle el gozo eterno, segun piadosamente se puede creer, en tiempo de Guillermo *el Conquistador*. —A. L.

REMIGIO DE AUXERRE (Fr.). No se sabe fijamente la familia á que perteció este distinguido monje, pues que su apellido es indudablemente tomado del monasterio donde hizo toda su carrera, y que le consideraba sin duda como una de sus glorias, pues que en efecto fué de un mérito sobresaliente. Aficionado desde su más tierna edad á la Iglesia, y conociendo que le era muy conveniente la vida monástica, ya porque en ella encontraba su fecunda imaginacion campo donde explayarse mediante los profundos estudios que en todas las ciencias se hacian, ya porque en las virtudes de los monjes encontraba un verdadero aliciente para ir cada dia adelantando en el camino de la perfeccion. Siguiendo la costumbre de su época, y despues de haber hecho su profesion religiosa, prévio un noviciado en que se captó las más completas simpatías, se dedicó á los estudios de filosofía, teología y demás ciencias no solo sagradas, sino profanas, pues que entónces se hallaban las facultades todas reunidas, y se necesitaba conocer todas para tener el título de maestro en cualquiera. Con el éxito más brillante terminó su carrera, y desde luego le dedicaron á la cátedra, habiéndose logrado que el colegio de S. German de Auxerre fuera uno de los más distinguidos de su época, merced al interés con que procuró, por cuantos medios estuvieron á su alcance, nuestro buen P. Remigio que se diese la educacion más completa, y para cuyo logro estableció entre los profesores cierta provechosa emulacion, que daba por resultado el que inventando cada uno nuevos medios y recursos, todos lograron el que la instruccion de los alumnos fuese completísima; y estos con sus elogios y con los resultados positivos que sus

conocimientos daban, acreditasen más y más al colegio, procurando muchos venir á él á instruirse, para así poder lograr los beneficios singularísimos de una instruccion, no solo sólida sino fundamental y extensiva hasta adonde podian llevar los adelantos de la época. Claro está que aquellos prelados que mirando con el interés que debian el desempeño del importante cometido puesto á su cuidado, querian tener buenos profesores y directores de estudios, acudian por ellos á S. German, y en cierto modo puede decirse que esta casa, de la cual habian salido tan aprovechados escolares, era la que por lo ménos en la comarca daba todos los buenos profesores, pues nadie se creia tal si no habia cursado esta aula donde tanto se adelantaba. El obispo de Reims, Foulques, hombre celosísimo por el bien de su diócesis, y que por cuantos medios estaban á su alcance deseaba y procuraba proporcionarla todos los elementos que pudieran enaltecerla, pensó desde luego en el colegio de Auxerre para sacar de allí profesores que dirigieran los estudios en su diócesis, estableciendo las cátedras que creyeran convenientes, y adoptando los medios que les pareciese más á propósito. Así como pudo haberse fijado en otra persona ó no haber determinado quién fuese el que le prestára tan importante servicio, pensó en nuestro buen P. Remigio; y sea por el respeto que se le debia como á prelado propio, sea porque el servicio mismo de las casas de la Orden impidiera el que otro hubiese sido sacado de su lugar para pasar á Reims, es lo cierto que nuestro Padre fué á quien se confió tan importante cometido. Basta conocer, por una parte, la gran capacidad de este hombre verdaderamente ilustrado, y por otra su rectitud, para deducir qué admirables resultados daria el que la enseñanza se pusiera bajo su direccion, y como á esto se agregára el que el Obispo no le escaseó los medios para fomentar en la diócesis los estudios enteramente conforme á sus deseos, el resultado fué tan feliz como no podia ménos de esperarse. Gran celebridad, extraordinario crédito, adquiria de dia en dia el célebre Maestro y su cátedra; numerosos discípulos de la más despejada capacidad venian cada dia á escuchar su doctrina, y profesores muy duchos en la enseñanza y muy aventajados para la época se prestaban dóciles á oir su explicacion, porque encontraban en ella una profundidad y erudicion á que ni ellos habian llegado, ni por sí mismos se creian capaces de lograr; así que le tributaban los más debidos encomios, hasta el extremo de verse muchas veces obligado á suspender sus explicaciones de cátedra para tener lugar de contestar á las muchísimas consultas, que no solo los particulares, sino los cuerpos científicos, y entre estos los de más nota, le dirigian cada dia, creyendo y con razon que á lo que él no alcanzaba á resolver, alcanzarian muy pocos en su época. Grandes instancias le hacian de muchas partes para que, dejando la direccion de estudios de la diócesis de Reims, pasase á

otra parte, pues él á todos contestaba que por sí mismo no podia decidirse á abandonar aquello, en razon á que habia recibido de Foulques las más señaladas deferencias; que el único medio que encontraba de complacerles era el que sus superiores le mandáran ir á otra parte, que entónces como hijo de obediencia que era, no le cabia otro recurso que hacer sin la menor réplica aquello que le mandasen, pues á esto le obligaba el voto en que se ratificaba cada dia, pues cada dia estimaba más su condicion y estado de monje. Claro es que los superiores, que veian de una parte el afan que por conservarle á su lado tenia el prelado de Reims, y por otra la utilidad tan grande que de esto resultaba, despachaban negativamente las peticiones todas que se referian á la traslacion del P. Remigio, y le dejaban quieto en su querida Reims, donde cada dia se notaba más á las claras lo provechoso de su gobierno como regente de los estudios. Aconteció, sin embargo, la muerte de Monseñor Foulques, y entónces variaron por completo las circunstancias relativas á nuestro buen Remigio; volvieron unos y otros á pedir que fuera á sus respectivos territorios, y algunas universidades, entre las cuales no pudo ménos de contarse la de París, que ansiaba tanto ó más que otra alguna la gloria de tener en su claustro los más distinguidos profesores, pidieron á este hombre sabio para que se pusiese al frente de la enseñanza, seguros, como no podian ménos de estarlo, de que sería para las ciencias una verdadera adquisicion. Efectivamente, se concedió á París la preferencia, y con esto la gloria de que un hombre tan ilustre hiciese sonar su autorizada voz en los ámbitos de aquella tan célebre academia, y los que procurando traerle á su claustro habian hecho los mayores esfuerzos, los vieron todos ámpliamente compensados con el justísimo crédito que logró tan excelente profesor. En aquella celebérrima universidad concluyó su carrera, y enseñando lo más sublime de la teología y lo más difícil de la legislacion, vió venir la muerte con su inexorable guadaña á pedirle el tributo que la debia como hombre. Al acercarse sus últimos momentos olvidó que era un sabio para no aparecer sino un monje, y la más edificante devocion, la más resignada conformidad, la más entera confianza en la bondad de Dios, y el contínuo ejercicio de los actos de virtud que al Señor nos llevan, fueron la sola ocupacion de los últimos dias de su vida, hasta que hubo entregado su espíritu en manos de su Criador el año 908. Su memoria se hizo inolvidable por sus buenas acciones y por el grato recuerdo que de él quedaba en todos los lugares donde estuvo, y por si esto pudiera ofuscarse ó perecer, le hicieron inmortal sus escritos; pues de él hay una admirable *Exposicion de la Misa*, donde se conoce su profunda ciencia en la mística; hay los *Comentarios sobre S. Pablo, sobre los Profetas menores, sobre el Cántico de los Cánticos y sobre el Apocalipsis*, que demuestran sus nada vulgares

conocimientos en Escritura y en los expositores hasta sus dias; y por último, una *Paráfrasis de los Salmos de David*, que sobre ser bellísima, tiene un fondo de doctrina y rebosa piedad de tal manera que su sola lectura hace formar gran concepto de nuestro esclarecido P. Remigio de Auxerre, monje benedictino.—G. R.

REMIGIO DE BERGAMO (Fr.), sacerdote, religioso capuchino. Fué uno de los más ilustres y célebres varones de la provincia de Bresa; sacerdote observantísimo de la regla seráfica, y adornado de toda virtud evangélica. Resplandeció sobre todo en prudencia tan singular, y en conocimientos profundos en las sagradas letras, que elegido por maestro de novicios, permaneció constantemente desempeñando el magisterio casi hasta su muerte; le ejercitaba con doctrina tan santa y con ejemplos de vida tan apostólica, que tenian que imitarle, no solo los novicios, sino tambien los maestros, que como en espejo de perfeccion se miraban en él. Fué tanta su mansedumbre, que nadie le observó con enojo, ni con señales de displicencia ó mal humor, ni alteracion ni descompostura en su semblante y acciones. Las demás pasiones del ánimo las tenia tan sujetas, y tan vencidas con el ejercicio continuo de las virtudes, que no llegaron nunca á inquietarle, ni á destruir la paz interior de su espíritu, en la que permanecia tan superior á cuantos accidentes suelen alterar los pechos humanos, que cual si fueran un vulgo inferior y vil, no perteneciente al alcázar supremo de la razon, en que vivia libre de cuidados y desvelos que proporciona la estancia en este mundo, los pisaba con planta tan firme, que no le embarazaba ni el ocio de la contemplacion ni el uso de su ministerio. Es bien cierto que tan feliz estado no le alcanzó con su propia virtud, sino con la divina (como él mismo lo afirmó) y con el estudio frecuente de la oracion, que era su principal ejercicio. La meditacion ordinaria en ella consistia en la pasion del Señor, de quien fué tan devoto, que el salmo CXVIII, que empieza: *Beati inmaculati in via*, le interpretó en sentido ajustado y con piedad admirable á las llagas de Cristo, por cuya razon puede venirse en conocimiento de cuán ardiente era su amor á la cruz y dolores del Redentor, y así no fué mucho que su Divina Majestad le favoreciese con privilegios de luz profética y con dones de obrar milagros, y en cuya comprobacion pudieran referirse muchos que disfrutan de toda autenticidad. Habiendo vivido en la religion treinta y ocho años con gran santidad, y con los muchos favores que el cielo concedió á su sobresaliente virtud, murió en el convento de Bresa en el año de 1610, tan santamente, que correspondió la muerte á la vida, y subió á gozar el premio de sus muchos merecimientos, dejando por testimonio muchos milagros, que despues de su dichoso tránsito obró Dios por su intercesion.—A. L.

REMIGIO DE BOZZOLO (Fr.), religioso franciscano, natural de Alemania, donde pasó toda su vida, dándose á conocer por su larga carrera y constantes servicios á la Orden en que habia tomado el hábito. Todos los cronistas, incluso Wadingo en sus *Annales Minorum*, hacen larga mencion de sus méritos y virtudes y todos los bibliógrafos le han dado un lugar en sus obras, tratando de él con especialidad el P. Génova en su *Bibliotheca Capuccinorum* á que perteneció el P. Bozzolo. Sin embargo, no son ciertamente sus escritos los que han dado más nombre á este religioso, conocido principalmente por los elevados puestos que con repeticion ocupó en su Orden, pues además de haber sido guardian de varios conventos, fué diferentes veces definidor de la provincia del Tirol, donde era sumamente apreciado por sus grandes cualidades, y poseia por completo la confianza de todos los religiosos. Sus obras, perdidas en su mayor parte, fueron escritas en latin, italiano y aleman, y la que le ha dado mayor fama, lo fué en los tres idiomas, imprimiéndose tambien en todos ellos, prueba de la grande importancia que se les dió en su época, y de la no menor influencia de que gozaba este religioso. Si fuéramos á referir sus virtudes y demás buenas cualidades con la extension que lo hacen todos los cronistas, no nos bastarian los cortos límites á que debemos reducir esta biografía, teniendo que darla una extension que creemos debe dejarse para individuos de más autoridad y fama de los muchos que figuran en esta obra. Diremos, sin embargo, que fué en extremo humilde, muy dado á la oracion, amante de la pobreza, y que ardia en celo por la salvacion de las almas. A pesar de su elevada dignidad, su celda apénas tenia muebles, y cuando iba de camino á visitar los conventos de su provincia, los llevaba todos consigo, pues consistian principalmente en su breviario. Sus penitencias eran rigurosísimas, y su relacion nos parece debe suprimirse en este lugar, pues nuestro siglo, un tanto voluptuoso, no mira con los mejores ojos esta clase de prácticas, tan en boga entre nuestros padres. Lo mismo pudiéramos añadir acerca de las demás circunstancias que constituyen un buen religioso, pero habiéndose detallado quizá con exceso en otras biografías, prescindimos de ellas en este lugar. La obra, por último, por que es conocido el P. Bozzolo, se intitula: *Rosetum Seraphicum fragans flosculis*, ó *Præcipuarum Historiarum figuris, quæ circa præclarissimum misterium impressionis stigmatum Seraphici P. N. S. Francisci contigerunt, cum elogiis ipsius S. Patris*: y se imprimió en Munich por Kobingee, 1662, en 8.°: y despues en aleman en 1626 y 27.—S. B.

REMIGIO DE PAU se convirtió al catolicismo, y fué uno de los signatarios de la deliberacion pública de 12 de Julio de 1685, en que los habitantes de la ciudad de Pau renunciaron colectivamente á la religion pretendida reformada.—S. B.

REMIGIO DE REIMS (Orden ecuestre de S.). Habiendo hablado en uno de los artículos anteriores del apóstol de los franceses S. Remigio, no nos parece fuera de este lugar dar una sucinta noticia, como complemento de aquel, de esta Orden, que se refiere al mismo Santo. Pretenden algunos autores que Clodoveo I, rey de Francia, instituyó el año 496 esta Orden de caballeros, en memoria de la milagrosa ampolla y aceite con que el glorioso arzobispo de Reims S. Remigio le ungió el dia de su coronacion; pero los historiadores críticos no admiten esta version, fundándose en que hasta el siglo XI no aparece en la historia la creacion de ninguna Orden ecuestre del cristianismo. Dice Bonanni, en su catálogo de las órdenes de caballería, que en la consagracion y uncion que de los reyes de Francia se hacia en Reims para su coronacion por los sucesores de S. Remigio, asistian los caballeros de esta Orden á esta fiesta, llevando por insignia una cruz formada por dos troncos deshojados, sobre la cual estaba esculpida una botellita ú ampolla sostenida por una mano, con una paloma sobre la ampolla, símbolo del Espíritu Santo, diciendo otros autores que la ampolla estaba sostenida por el pico de la paloma, y que de aquí tomaron el nombre de caballeros de la sagrada ampolla. Giustiniani no los llama caballeros, ni considera á esta reunion Orden militar, sino condecorados de honor con la prerogativa de asistir á tan solemne funcion. Dice Favino, en su *Historia de Navarra*, que este honor era patrimonio de los barones de Terrier, Bellesme, Sonastre y Louverey, feudatarios de la célebre abadía de S. Remigio de Reims, á cuyo cargo estaba llevar las varas del palio bajo el cual iba el abad de la misma llevando la santa ampolla desde su iglesia á la metropolitana. En el ceremonial de la coronacion no se hace mencion alguna de estos barones, y lo que sí se dice es que las varas del palio se sostenian por cuatro religiosos de la abadía vestidos de albas ó con sobrepellices, segun lo mandado por Luis VII. —A. C.

REMIGIO DE S. RÓMULO. De la Liguria, de naturaleza matuciano en la provincia de S. Luis de los Capuchinos menores. Era varon de ciencia y virtud y de una grande excelencia en la poesía como que, segun el Genuense, cantó en un poema heróico latino las virtudes de su patriarca: así es que en Aviñon, en 1628, publicó en 8.° la obra que se titula: *Vita S. P. N. Francisci in 12 libros distributa.*—M. N. y S.

REMIGIO SIMONIS, del ducado de Bari Salmanense, bachiller de sagrada teología y predicador insigne en el convento Girovetense. Parece que florecia por los años de 1615, si atendemos á Jorge Maigret y á Nicolás Ansenio, puesto que se refiere la controversia que tuvo con el hereje Bautista Chatelet, en la que con las augustas armas de la religion y de la verdad obtuvo un glorioso triunfo, que pagó con su sangre, pues algunos compañeros de Bau-

tista cuando volvia victorioso de la contienda le acometieron con sus espadas, dejándole tan mal herido que murió poco despues, pudiendo considerarse como un mártir de la verdad.—M. N. y S.

REMIGIO (Apelim Antonio), francés, minorita ilustre por su piedad y doctrina, que escribió en 1658 la obra siguiente: *Tratatus de Immaculata Conceptione Virginis Mariæ*. Era un manuscrito en 4.°—M. N. y S.

REMIGIO (Florentino). Fué oriundo de la muy esclarecida familia de Nanni, cuyo apellido ocultó al ingresar en la religion dominicana, donde quiso hacer una vida enteramente mortificada y oculta. Dedicáronle al ver su buen talento á los estudios que siempre se han hecho con extraordinario aprovechamiento en las casas de la Orden dominicana, mas no fueron suficientes los esfuerzos de sus maestros, ni los que él hacia, para que se aficionase á la sagrada teología, siendo sin embargo excelente filósofo y humanista y literato muy aventajado. Al ver que no podia hacer con provecho sus estudios teológicos, como que se apuraba algun tanto por creerse inútil para la religion, lo cual le habria servido de grande desconsuelo si sus superiores no le hubiesen aquietado, haciéndole comprender que si no podia ser en el estado eclesiástico, por lo ménos en el secular bien podia continuar en la Orden, tanto más cuanto que en manera alguna la era gravosa, pues con su literatura y ciencias profanas, mucho la podia ayudar, pues estas ciencias fundamentales de las ciencias eclesiásticas tenian necesidad tambien de profesores diestros, y que no solo sepan discernir la verdad del error, sino esclarecer los ánimos para atraerlos á detestar todo error tanto dogmático como filosófico, y al conocimiento concienzudo y exacto de los medios que levan más directamente al esclarecimiento de la verdad. Bajo esta conducta siguió su carrera filosófica, dando obras que fueron de grande utilidad en el órden literario, pues no solo satisfacian necesidades, sino que proporcionaban datos para que la literatura pudiese desarrollarse, conociendo bien el sentido é importancia de algunas obras clásicas que hasta entónces ó se habian conocido poco, ó habian, en el oscurantismo y olvido en que estuvieran, perdido de su primitiva belleza, y áun de su elevacion, sublime en la mayor parte de ellas. A pesar de que su género favorito era el literario, y como tal literato tenia mérito y sacaba excelentes discípulos, pudo á ruegos de los superiores de su Orden, y venciendo su propia repugnancia, aprender lo preciso para ser sublimado á la alta dignidad del sacerdocio, y lo fué con efecto en Venecia, donde puede decirse que pasó la mayor parte de su vida. Algunas veces predicó en cumplimiento de su sagrado ministerio; pero á fuer de imparciales debemos consignar que sus discursos fueron buenos en las formas y nada más, y claro está que no podia suceder otra cosa, porque él nunca se habia dedicado al estudio de las ciencias que son indispensables

en la cátedra del Espíritu Santo. Por lo demás era muy exacto en el desempeño de los importantes cargos de su sublime ministerio, y tenia gran prudencia, ya para responder á las consultas, que le eran muy frecuentes, ya para prevenir las funestas consecuencias de las impremeditaciones, que tan frecuentes en la vida, pueden sin embargo producir disgustos, y disgustos muy graves. Era muy observante de todas las prescripciones de su regla, y muy exacto no solo en el desempeño de sus obligaciones, sino áun de aquellas cosas que le encargaban, ya sus hermanos, ya cualesquiera otros, teniendo en órden á este servicio que prestaba una excelente propiedad, y era que no se comprometia sino cuando podia y queria servir, pero una vez comprometido, indudablemente hacia cuanto podia para que sus pretensiones tuviesen el mejor éxito, desengañando con franqueza cuando no podia servir. De esta suerte pasó los sesenta y dos años de su vida, que terminó por una enfermedad lenta, pero muy penosa, en la cual demostró que era buen religioso, pues sufrió con indecible paciencia los graves padecimientos que le eran consiguientes, recibiendo con los auxilios espirituales un verdadero consuelo y una paz inalterable, que le acompañó hasta que exhaló el último suspiro, que fué recibido por sus superiores y hermanos, que complacidos por lo bien que se disponia, y sintiendo el privarse de él para siempre, rodeaban el lecho de su dolor. Su muerte se verificó en 1580, y casi al mismo tiempo se comenzaron á imprimir sus obras, pues la que llamó *Reflexions sur l'Histoire de Guichardin* se dió á luz en Venecia el 1582, habiendo sido revisada por su autor durante su última enfermedad, y siendo un trabajo muy apreciable por las muy oportunas indicaciones que contiene, y porque está escrito con mucha conciencia y con un criterio el más exquisito, sin que se pueda inferir el más ligero desaire á ninguno de los personajes que por precision han tenido que intervenir en ella. No ménos apreciables son las traducciones de las obras de Ammiano Marcelino y de Cornelio Nepote, y de la Historia de Sicilia de Facello; todas admirablemente desempeñadas, y demostrando en ellas grande inteligencia, tanto acerca de las lenguas en que primitivamente estaban escritas, cuanto de la á que las vertia, y un sano juicio para anotarlas como lo hizo con gran provecho de los que despues las habian de manejar. Publicó tambien un folleto de *Poesias italianas*, y ciertamente fué gran lástima el que las diese á luz, pues no merecia ni con mucho los honores de la publicidad, pues si bien es verdad que en las ocasiones en que fueron dichas ó escritas no solo serian oportunas, sino muy aceptables y áun buenas, no era lo mismo el considerarlas con el aplomo que es consiguiente á la lectura de un libro; así que Remigio Florentino fué reputado con razon como excelente literato, pero muy pobre poeta.—G. R.

REMIGTON ó Rimston (Guillermo). Así se llamó un religioso inglés, de la órden del Cister, que fué doctor en teología de la universidad de Oxford, y que combatió las susceptibilidades de los sectarios de Wiclef y de otros herejes de su época, como se ve por el diálogo que compuso entre un católico y un hereje, y en su libro titulado *Conclusiones católicas*. Vivió este religioso hácia el año 1390, en el reinado de Ricardo II, rey de Inglaterra, y de él hace mencion Pitseus en su obra de los *Escritores ingleses*. — A. C.

REMIS (Gerardo de), llamado tambien de Bruine, quizá á causa de Brugni, cerca de Reims, y á quien se distingue así de un religioso llamado el P. Gerardo de Reims, enseñaba y predicaba en París en 1282 y no pertenecia al clero regular. En un manuscrito de la abadía de S. Victor, citado por Echard, pero perdido en la actualidad, se le intitula *Magister Gerardus de Remis Bruine*, y recibe las calificaciones de maestro regente en teología, y de chantre en la catedral de París. Sin embargo, otro manuscrito, que proviene de la misma abadía y que se conserva en la Biblioteca Imperial de Francia, no le da más que el título de *Magister*, y en la suscricion de un tercer manuscrito depositado en la biblioteca del Arsenal es designado simplemente bajo el nombre de *Gerardo de Reims*. Echard, que no ha conocido ni estos dos últimos manuscritos, ni la obra que contienen, advierte á sus lectores que se puede distinguir sin dificultad á los dos Gerardos de Remis, porque se los encuentra constantemente calificados, al uno de *Frater* y al otro de *Magister*. El mismo biógrafo nos asegura que este era, como el primero, un hábil predicador, limitándose á esto los detalles que dan los autores sobre la persona del maestro Gerardo. En cuanto á sus escritos, Gerardo habia visto muchos sermones de este teólogo en diferentes colecciones pertenecientes á la Sorbona ó á la abadía de S. Victor, los que no han vuelto á encontrarse despues. Pero existen dos sermones, aunque poco notables, de Gerardo, uno para el dia de la Natividad de nuestra Señora, y otro para el miércoles de Ceniza. Echard no menciona un escrito que precede á estos dos sermones con este título: *Incipit angelica Expositio à magistro Gerardo Remensi*, y no ocupa más que unas ocho páginas. Una segunda copia de esta *Expositio angelica* se encuentra en la coleccion de la biblioteca del Arsenal de París; está escrita en pergamino y remonta al siglo XIV como la primera, con la que es idéntica en todas sus partes. Inmediatamente despues de este escrito se ha insertado en el mismo volúmen una copia del sermon que el maestro Gerardo de Reims habia pronunciado el dia de la Natividad de nuestra Señora. Esta copia es enteramente semejante á la que hemos indicado más arriba, pero aquí no se halla seguida de ningun otro sermon del mismo autor. Parece que ninguno de los escritos de este teólogo ha llegado á ver la luz pública. El P. Gerardo de Reims, á quien se distingue del maestro Gerardo, es

un religioso de una época ménos incierta, que no era quizá de la órden de Sto. Domingo, pero que parece haber predicado hácia el año 1250, y del que quedan once sermones en una coleccion en fólio, legada á la Sorbona por su fundador Roberto. El primero comienza por las palabras de S. Pablo á los romanos: *Abjiciamus opera tenebrarum*: este sermon era tambien el primero de una coleccion conservada antiguamente en el colegio de Navarra, en la Sorbona y en otras partes. El undécimo y último tiene por texto este versículo de S. Mateo: *Sanata est filia ejus ex illa hora*; no conteniendo nada estas homilías que las eleve sobre las producciones del mismo género que nos ha legado la multitud de oscuros predicadores del siglo XIV. Del P. Gerardo se conservaban otros muchos sermones en tiempo de Echard, en las cuatro colecciones de la Sorbona, que no han podido encontrarse.—S. B.

REMIS (Fr. P.), religioso dominico, á quien cita Echard como autor de la obra intitulada: *Dom. XIII post Pent., ad S. Gervasium post prandium. Solutum est vinculum linguæ ejus*, etc., añadiendo que dice el colector en una nota que le agradó mucho, lo mismo que á cuantos la leyeron.—S. B.

REMO (Fr. Juan de), religioso predicador de la órden de Capuchinos. Era tan profundo este ilustre varon (natural de Remo, lugar de Cremona), que no le faltaba virtud alguna de todas cuantas forman un varon apostólico, luciendo en su alma con resplandores particulares la que es reina de las demás, y segun S. Pablo, vínculo de toda perfeccion, que es el amor de Dios, el cual ardia en su pecho con tanta intensidad, que cuando de él se hablaba entre los religiosos, ó ya de la gloria que los bienaventurados poseen en el cielo, prorumpia en altas voces sin poder contenerse, y muchas veces se desmayaba con la vehemencia de sus deseos y de la perspectiva incomparable de la gloria que tanto ambicionaba. Sobrevenianle frecuentes éxtasis en la oracion, que solia durarle y prolongarla noches enteras, y le observaron varias veces levantado en el aire; una vez se leia en el refectorio en el año de 1607 en el convento de Chinon, un capítulo referente á la adoracion de los Reyes al niño Jesus, y Fr. Juan prorumpió en altas y desmedidas voces, que asustaron á los religiosos. Preguntándole el guardian la causa que se las ocasionaba, por única respuesta dijo saltando de placer: «¡Oh amor, oh amor!» cayendo en tierra en seguida y quedando arrobado. Era tan sumamente devoto del Santísimo Sacramento, que cuando decia misa le palpitaba el corazon y se ponia trémulo. Habiendo un dia sobrevenido una furiosa tempestad y tormenta, que amenazaba destruir todos los frutos de la tierra, la desvaneció con la fuerza de su oracion. A un religioso de su Orden, estudiante de teología, tan falto de vista que áun con el auxilio de anteojos apénas podia leer; el virtuoso Fr. Juan, condolido de su estado, oró por él con el mayor fervor, alcanzando con sus preces al Señor le concediese tan

diferente vista que desde aquel momento no tuvo necesidad de hacer uso de los anteojos. Este virtuoso y sobresaliente religioso, y aún más enérgico y sublime en la predicacion, que llegó á adquirir universal opinion de Santo en el convento de París en el año de 1612, sindo testimonio de ser verdadera la opinion formada acerca de su santidad el hecho siguiente: estando gravemente enfermo de una hidropesía Fr. Anselmo de París, angustiado con la fatiga que le producia su gran padecimiento, invocó la favorable ayuda é intercesion del bienaventurado y venerable Fr. Juan de Remo, en seguida le sobrevino un sueño tranquilo, dulce y sosegado, y cuando despertó, con la mayor admiracion se halló completamente enjuto y libre, como por ensalmo, de la gran cantidad de humores extravasados en todo su cuerpo que le tenian postrado y sin movimiento, consiguiendo verse libre desde aquel momento y para lo sucesivo de tan penosa é incurable dolencia. — A. L.

REMOLINI (Francisco). Este cardenal, llamado Elvense, es uno de los príncipes de la Iglesia católica de los muchos que ha tenido España que han dejado nombre en los anales eclesiásticos en algun sentido. Segun Moroni, á cuyo diccionario histórico acudimos, porque es en donde más noticias de él encontramos, nació en Lérida, ciudad del principado de Cataluña, de padres de mediana condicion y fortuna, y áun cuando no nos da la fecha de su nacimiento, por lo que despues se verá tuvo que ser á mediados del siglo XV. Luego que aprendió la jurisprudencia en la universidad de Pisa, vino á ser secretario del rey de Aragon, que le mandó por su embajador al Papa. Habiendo hecho su mujer voto religioso y entrado en un convento con ánimo firme de no salir de él, por lo que se la permitió la profesion, con el consentimiento del Papa abrazó el estado eclesiástico y obtuvo el arciprestazgo de la catedral de Mazarra, y habiendo logrado que le protegiese César Borgia, del que se hizo muy amigo, Alejandro VI le nombró protonotario, auditor de la Rota romana, gobernador de Roma, y en 1501 arzobispo de Sorrento. Ya investido con esta alta dignidad, el Papa sabiendo que era muy versado en la jurisprudencia le mandó á Florencia para que asistiese á la famosa causa de Fr. Gerónimo Savonarola, que en aquella época fué tan ruidosa, y lo sentenció á ser quemado, en cuyo suplicio pereció aquel infeliz el año 1498, de lo cual trata Lambertini en su obra sobre canonizaciones. Aun cuando vivia todavía su mujer en Mayo de 1503 le creó el papa Alejandro VI cardenal sacerdote de S. Juan y S. Pablo. Renunciando la iglesia de Sorrento, fué nombrado administrador de Lérida, y en 1503 seguia cardenal de Fermo por el papa Pio III; pero parece que jamás fué á Fermo, y que por su influencia se unió á la misma capitular el priorato de Sta. María del Mar, dándose principio bajo su órden al monasterio de las hermanas de Sta. Clara. El pontífice

Julio II le hizo el año 1511 obispo de Palermo y despues de Perugia por pocos meses. En Palermo edificó en la antigua iglesia episcopal el monasterio de Sta. Clara en 1513, é introdujo en la ciudad el tribunal de la Inquisicion. En ausencia de Raimundo de Cardona, que fué á Rávena á oponerse á los franceses capitaneados por Luis XII, desempeñó el cargo de virey de Nápoles, de donde volvió para sustraerse á las armas de Julio II. Leon X en 1513 le confirió las iglesias de Sarno y Galipolis, que renunció por la de Albano en 1517. Muy afecto al papa Leon X se encontró presente al cumplimiento del concilio V lateranense y fué nombrado uno de los jueces de la causa de conspiracion que promovieran contra el Papa algunos cardenales. Intervino en tres cónclaves, y murió en Roma en 1518 á los cincuenta y seis años de edad, habiéndose sepultado en la basílica Liberiana, sospechándose por algunos que se le habia enterrado aún vivo. —B. C.

REMOND (Francisco). Nació este jesuita en Dijon en 1558. Fué hijo de Guillermo Remarda, consejero en el Parlamento de Borgaña. Fué este magistrado tan celoso en el servicio de su rey, que segun su hijo fué víctima de su celo, habiendo sido envenenado por los enemigos del estado, lo cual nos ha dejado consignado en dos epigramas latinos, de los cuales eluno es el epitafio siguiente, que puso sobre el sepulcro de su padre.

Indignâ hìc tegitur Remondus morte paremptus
O nova defensæ prœmia justitiæ!
Tanta viri virtus hostes, vis hausta veneni
Istum debuerat frangere vel lapidem.
Si lapis est durus, potens est qui ferre venenum,
Toxica qui fudit durior ille fuit.

Tuvo Francisco Remond hermanos y hermanas de que habla en sus epígramas; pero su amor á la familia no pudo retenerle en el siglo. Dirigido por el jesuita P. Gerónimo Plato, del que hace elogio en muchos de sus escritos, abrazó la regla de la Compañía de Jesus en un viaje que hizo á Roma en 1580, cuando cumplia los veintidos años de edad. Dice en sus epigramas que tuvo por compañero de estudios en teología á Luis Gonzaga, que se hizo despues tan celebre por su santidad. Antes de su entrada en los Jesuitas, se habia ya dado á conocer el P. Remond por sus poesías latinas, pues que en su coleccion de estas se hallan dos elegías que habia compuesto ántes, y una composicion publicada en 1579 dando gracias al P. Plato por una oda que le habia enviado. Empezó á enseñar en Roma el año 1586, pues que se conoce la arenga que pronunció á su entrada en las clases en este año, y segun lo que de ella resulta fué encargado de enseñar la fi-

losofía, sobre la que compuso otros dos discursos. El mismo año de 1586 pronunció un discurso en la iglesia de S. Luis de Roma en las exequias del cardenal Mathieu Contarelli, que murió entónces. Permaneció en Roma largo tiempo, puesto que se ven pruebas de que estaba allí en los años 1591, 1593 y 1596; el primero de estos tres años pronunció un discurso en las exequias del cardenal Antonio Carafa; otro en 1593 sobre la muerte de Jesucristo, en presencia del papa Clemente VIII, y otro en 1596 sobre la muerte del cardenal Constante Buccafoci, de Sarno. Hallándose el P. Remond en Padua en los años 1598 y 1599, pronunció algunos panegíricos en honor de S. Esteban. Estableciendo en Parma el año 1601 una universidad, el príncipe Ranulio Farnesio, duque de Parma y de Plasencia, llevó al Padre Remond, el cual empezó sus ejercicios con un discurso *de Concordiâ armarum et bonarum artium*, que pronunció en presencia del príncipe lo mismo que otras dos arengas que despues hizo en el nuevo Gimnasio parmesano, la una sobre la Eucaristía y otra sobre la penitencia. Dícese en la *Biblioteca* de autores de Borgoña que fue en Mantua donde creó este establecimiento el príncipe Farnesio, pero el P. Remond manifiesta expresamente que fué en Parma. Ignórase el tiempo que este religioso estuvo en Parma; pero por lo que vemos en la série de sus arengas, que enseñó teología escolástica en Burdeos desde el año 1605 al de 1609 inclusive. Hallamos en la expresada *Biblioteca de Borgoña* que falleció en Mantua el dia 14 de Noviembre de 1631, confesando á enfermos contagiados de la peste. Las obras del P. Remond, citadas por Moreri en su gran *Diccionario histórico y geográfico*, son las siguientes: *Francisci Remondi Dioisionensis è Societate Jesu Orationes et Carmina*, Paris, 1613, en 16.° Contiene dos partes: en la primera se ven dos libros de epígramas en versos latinos como todas las demás poesías; un libro de elegías, de ellas muchas sobre S. Alejo y doce arengas; la segunda parte contiene epígramas, elegías y ocho discursos. Otra coleccion titulada: *Francisci Remondi Dioisionensis è Societate Jesu panegyricæ orationes XXX, in laudem SS. Ignatii Loyolæ, Societatis Jesu Fundatoris, et Francisci Xaverii, ejusdem Societatis, Indiæ et Japoniæ apostoli. Cum panegyricâ oratione in laudem S. Caroli, Cardinalis. His acceserunt elogia quædam doctissima, ab eodem auctore conscripta*; Lyon 1627, en 16.° Esta coleccion está dedicada por el autor á su general el P. Mucio Vitelleschi, datada en Mantua la epístola dedicatoria el 31 de de Enero de 1625. Al fin hay unos elogios en estilo lapidario, dedicados á Ranucio Farnesio, Fernando de Gonzaga, duque de Mantua, de Monferrato y á Santiago de Vigniers, que nombrado obispo de Troyes, murió en Roma el año 1622, y al P. Mucio Vitelleschi. En la ya dicha *Biblioteca de Borgoña* se ven clasificadas las obras del P. Remond con las fechas y lugares de sus ediciones, á cuya obra remitimos al curioso

ó al artículo de Moreri que tambien las expresa. Colleret, en su tratado de poesía moral, dice que tradujo en prosa y publicó la Alexiada del P. Remond y sus epigramas santos, y en efecto en 1622 hizo esta publicacion con algunas poesías. Francisco Ogier, en una carta al abate de Marolles, dice al frente de las epistolas de Ovidio traducidas por éste. «Emprendió Colleret la traduccion de la Alexiada del P. Remond, que puede considerarse el Ovidio cristiano. Verdaderamente hace hablar á su heroina con tanta modestia y pudor, que puede decirse que es cristiana, y con tanta elegancia é invencion que puede considerarse Ovidio. El traductor dió á su version un título demasiado libre para un amante tan devoto, pero puede dispensarse á su edad esta ligera falta. Volvemos á repetir que en el Moreri se hallan especificadas todas las obras de este sábio y fecundo jesuita. — C.

REMONDAZZO (Fr. Cipriano de), religioso dominico, llamado tambien de Castiglione, pueblo de donde era natural en los Abruzos. Siguió su carrera con grande aprovechamiento, distinguiéndose entre los religiosos más aventajados de su Orden, por lo que se le destinó desde luego á los cargos más encumbrados, seguros sus superiores de que en ellos habia de servir de modelo á todos sus compañeros. Teólogo eminente, era consultado en los negocios más difíciles y delicados áun por personas que se mostraban en una dignidad mucho más elevada que la suya, por lo que su reputacion fué creciendo de dia en dia, siendo mirado en toda Italia como un oráculo, como un prodigio de ciencia y de saber. No se distinguió ménos como orador sagrado, haciéndose escuchar en todos los templos de su patria y consiguiendo grande fruto con su elocuencia dirigida al corozon y envuelta en una profunda erudicion, con que vencia á los adversarios de la religion católica, dejando sembrada la doctrina de la verdad áun en el corazon de los más rudos y extraviados; despues de largos años de trabajos apostólicos en los que recordó los tiempos primitivos de su Orden, decidieron los superiores consagrarle al género de trabajos á que desde un principio le habian destinado, y entónces fué cuando gobernó sucesivamente los conventos de Sta. Catalina de Sena en Theate, de S. Severo en Nápoles y de Sta. María del Arco en la misma ciudad. Acreditó en todos ellos su grande ciencia y saber y su capacidad en los negocios más delicados, correspondiendo de esta manera á la confianza en él depositada por sus superiores, los que se apresuraron á aprovechar sus ya conocidas cualidades para remontarle cada vez más á otros encumbrados puestos; así no tardó en ser nombrado provincial de los Abruzos, donde acabó de asentar su bien merecida reputacion, y llegó á tal extremo la que adquirió en toda su religion, que necesitándose enviar un sujeto dotado de las cualidades necesarias para gobernar una provincia de las más difíciles de mando, cual es la de Rusia, en extremo extensa y do-

minada por los cismáticos griegos, el Maestro general de los PP. Predicadores eligió á Remondazzo, quien marchó á aquel país, dirigiendo á sus compañeros con sumo celo y acierto hasta que regresó nuevamente á Italia por haberle elegido el general de su Orden Agustin Galamino, elevado á cardenal obispo Aximatense, mayordomo de su casa y familia, puesto que ocupaba sin duda en la época de su muerte, acaecida en 1612, dejando grande fama por su virtud y santidad. No consta escribiese obra alguna, aunque le cita Echard en los escritores de la órden de Predicadores. — S. B.

REMONDINI (Baltasar María). Nació este prelado italiano en 1698 en Basano, de una familia patricia que ocupaba los más altos puestos de la magistratura. Despues de terminar sus estudios en el seminario de Padua, siguió los cursos de la universidad de esta ciudad en donde fué tomando los grados en derecho civil y canónico y en la que recibió la borla de doctor. Conduciéndole el acaso á Vicenzo, tomó á su cargo enseñar gratuitamente la retórica en el seminario episcopal, cuyas rentas no eran las suficientes para pagar á los profesores. Recibió allí las órdenes sagradas en 1719, y volvió á Basano, en donde desempeñó por algun tiempo la enseñanza de teología para los jóvenes clérigos. Deseando perfeccionarse en el conocimiento de las lenguas orientales y de la antigüedad, fué á Roma, en cuya capital se distinguió de tal suerte que Clemente XII le concedió en 1736 la dignidad de obispo de Zante y de Cefalonia. Tomando posesion de su diócesis, empezó para ocuparse en reparar su iglesia catedral, que se hallaba casi arruinada á causa de unos temblores de tierra, la enriqueció de vasos sagrados y de ornamentos preciosos, é hizo volviesen á ella los canónigos que se habian dispersado. Estableció en Zante un seminario á su costa, fundando en él cierto número de pensiones para los jóvenes pobres que se dedicaban al estado eclesiástico. En las frecuentes visitas que hizo á su diócesi, trabajó sin descanso en destruir los abusos introducidos por la ignorancia y por la relajacion de costumbres, llamando á sus subordinados á la antigua disciplina. En 1747 fué segunda vez á Roma, y deseando el papa Benedicto XIV recompensar el celo que habia manifestado, quiso darle uno de los más ricos obispados de los Estados Romanos; pero Remondini rehusó esta gracia por amor al rebaño que la Providencia le habia confiado, y despues de pasar algunos dias con su familia, se volvió á la isla de Zante. Continuó el virtuoso prelado gobernando su diócesi con mucho celo y caridad; murió de cerca de ochenta años el 5 de Octubre de 1777. A pesar de los deberes que le imponia su dignidad, no cesó Remondini de cultivar las letras y la historia, y esta aficion le hizo reunir una preciosa coleccion de manuscritos griegos de los que legó una gran parte á la Biblioteca Vaticana. Además de sus mandatos y cartas pastorales, que publicó como obispo, se tienen de él las obras siguientes: *S. Marci Monachi*,

qui sæculo quinto floruit, sermones de jejunio et de Melchisedech, qui deperditi putabantur, nunc primum cum latina interpretatione prolati; Roma, 1745, en 8.° La mayor parte de los bibliógrafos eclesiásticos han confundido á este escritor con otro Marc, citado por Zonaras, que vivia en el siglo segundo. Remondini revisó el texto griego teniendo á la vista buenos manuscritos, é ilustró su version latina con interesantes notas. *De Zacynthi antiquitatibus et fortuna commentarius*; Venecia, 1756, en 8.° Esta disertacion es muy estimable. Proponiase el autor escribir la historia de la isla de Zante, para lo cual habia recogido numerosos materiales; pero no pudo ejecutar su proyecto. Dejó muchas obras manuscritas, entre las que se cita una traducion del siriaco en latin de las homilías de S. Isaac el Siríaco, obispo de Nínive, en el siglo V.—C.

REMONDINI (Juan Esteban). Nos dice Mr. Weis que fué un religioso italiano que nació de una familia napolitana originaria de Padua, el cual fué conocido por su Historia de la Iglesia de Nola en Campania *(Della Nolana eclesiástica Historia)* impresa en Nápoles en 3 vol. en fólio en 1747, 1754 y 1757. El segundo tomo contiene una elegante traduccion en verso y prosa de todas las obras de S. Paulino. Dice Weis que el pontífice Benedicto XIV apreció con mucha distincion al P. Remondini por su talento y bellas prendas.—C.

RENAL (V. Fr. Diego), religioso lego de la provincia de Filipinas, era natural de Lagos en Nueva España, é hijo de Juan y de Inés Nieto, ignorándose las demas circunstancias de su niñez y juventud. Tomó el hábito y profesó en la provincia del Sto. Evangelio en 20 de Febrero de 1574 en el convento de Méjico, donde se distinguió mucho por sus virtudes, pues perseveraba cuatro y seis horas en oracion, ya de rodillas, ya postrado sobre la tierra en forma de cruz para que no le faltase la de la mortificacion corporal. En este santo ejercicio se singularizó mucho este bendito lego, sobre todos los de su humilde profesion, aunque le podemos considerar como muy notable en todo género de prácticas religiosas. Mas no quiso Fr. Diego que estuviese sin la direccion de un padre espiritual el ejercicio de su oracion, y encontró en un padre llamado Fr. Rufino de la Esperanza cuanto podia desear, pues era un religioso docto y virtuoso, prendas apreciables en un director para enseñar con el ejemplo las sendas seguras de la virtud. Y como tuvieron la fortuna de vivir juntos en una misma comunidad, no dormia ni descansaba el vigilante director, para que los sueños espirituales de nuestro lego no fuesen sin provecho, animándole con prudente teson á buscar con frecuencia en la oracion á su Divina Majestad, con lo que logró con tal compañía y enseñanza grandes progresos en la vida espiritual. Deseoso de mayor perfeccion, elevaba la consideracion al glorioso destino de sus compañeros, que

marchaban á convertir á los gentiles de Filipinas, y decidiéndose su vocacion pidió con humildad se le incorporase para pasar á servir á Filipinas en cuanto fuese compatible con su estado de lego. Fué admitido segun las constituciones de la religion con aceptacion general, y marchó á la mision de Filipinas donde á la sazon eran muy útiles los religiosos legos, como se manifestó desde luego con este; pues dedicado á la enfermería del convento de Manila, dejó eternizado su nombre con su grande caridad, sirviendo de modelo á los que le sucediesen en aquel cargo. No solo se citó siempre bajo este concepto su asistencia cariñosa y puntual á los enfermos, sino que se elogiaba la limpieza, aseo y pulcritud con que trataba á los religiosos en sus enfermedades y conservaba todas las cosas de la enfermería, necesarias para el desempeño de su obligacion. « No se ataba, dice la crónica, á su oficio de enfermo, en medio de tan curiosa puntualidad que siempre tiene que hacer pues áun no habiendo enfermos á quien asistir, suelen los buenos enfermeros trabajar más.» No podia estar ociosa su caridad, y se iba á los hospitales á descansar de su trabajo comun; ayudaba á los religiosos en lo que hallaba necesidad, y servia á los enfermos pobres con su acostumbrado primor. Limpiaba vasos, componia camas, barria salas, curaba llagas y hacia otros servicios de tanta humildad, que era usurparlos al esclavo más vil de los que servian en los hospitales, y dejaba las cosas en tan linda disposicion, limpieza y curiosidad, que era un dia de festiva solemnidad cuando daba una vuelta á los hospitales nuestro siervo de Dios, pues los religiosos se llenaban de edificacion, y los enfermos quedaban consolados de tanta afabilidad. Cultivaba casi al mismo tiempo todas las virtudes, y siendo la humildad tan propia de su estado, le parecia poco su ejercicio en el oficio de su obligacion, y bajaba á la huerta con el azadon cavando hasta que le llamaban otras ocupaciones. Era muy amante de la pobreza y de todo el rigor de la religion descalza, no siéndolo menor de la oracion, y aunque estaba tan entregado á la mental, no por eso desdeñaba el trabajo corporal tan propio de su profesion, ni se negaba á la vocal. Como tenia tan buen director, seguia constantemente sus consejos, y así como deseaba emplear su alma y su cuerpo en servicio de los religiosos ministros de Dios y en utilidad de los pobres indios, ya que no podia catequizar como los sacerdotes en el reino de Dios, quisiera hacerse todo lenguas para alabar y engrandecer á la divina Majestad. De modo que cumplidos sus rezos de obligacion, empleaba sus ratos de descanso en oraciones vocales de devocion, en que empleaba todo su tiempo, sintiendo grande consuelo espiritual, porque estas oraciones vocales no iban ajenas de la debida consideracion mental. Con este método de vida ganó en los dos años que estuvo en Filipinas una grande reputacion, de manera que cuando le dijo Fr. Rufino que le acompañase á un viaje que

iba á emprender á España, todos los religiosos aprobaron la eleccion, esperando que en la península tendria su virtud tanta veneracion como se habia granjeado en aquellas islas, y que obteniendo los mayores ascensos al lado de tan buen director, habia de dar mucho esplendor á aquella nueva custodia, asegurándose de este modo el resultado de los negocios de que iban encargados. Pero, dice la crónica, como no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra la voluntad de Dios, y esta sola no necesita de consejeros para justificar su divina equidad, llamó su providencia soberana para sí á nuestro Fr. Diego, cuando por la obediencia iba navegando por el mar del Sur para que acompañase hasta la gloria, como piadosamente se puede creer, al V. Fr. Rufino, su buen director, en premio de haber seguido sus doctrinas, con que le encaminó á esta felicidad. Ambos murieron en esta navegacion á 5 de Octubre de 1584, á consecuencia de haber naufragado el galeon que los llevaba, quedando los pasajeros en lastimosa orfandad por la falta de tan insignes siervos de Dios, y la custodia de S. Gregorio en grande confusion en vista de los inescrutables juicios de su Divina Majestad, resignándose sin embargo con unas pérdidas de tanta entidad y en ocasion tan crítica. Estos dos religiosos, dice la crónica, son de los que en el año de 1580 se incorporaron en Méjico en nuestra descalcez, en la mision célebre del Pendon. Se quedaron detenidos con los demas, para ayudar á fomentar aquella fundacion con su gran religiosidad, hasta que con órden superior pasó Fr. Diego á Filipinas en el año de 1582, y Fr. Rufino en el de 83. No hay noticias de su género de vida durante esta detencion, pero no es temerario el creer que en los hospitales donde tanto resplandecieron las virtudes de otros franciscanos de la misma provincia se distinguirian tanto ó más estos siervos de Dios, cuando pasaron á la observancia regular anhelando mayor perfeccion, y encontraron tanto estímulo que les daria nuevo aliento para distinguirse en el campo de las virtudes con sagrada emulacion, hasta que cesando la persecucion pudieron pasar á Filipinas donde les llamaba su vocacion para recibir la corona que tan merecida tenian por sus grandes virtudes y continuos trabajos. —S. B.

RENALDO ó REGINALDO, obispo de Lieja, país del que los prelados eran señores temporales al mismo tiempo que espirituales, y que recibió su nombre de su capital llamada en latin *Ludica*, *Leodium* y *Lieja*, siendo sus límites el Brabante, el Mosa, el condado de Namur, el de Güeldres y el Luxemburgo. Comprende tres provincias: 1.ª la Hasbaia; 2.ª el condado de Loss; 3.ª el marquesado de Franchimont; 4.ª el Condros, y 5.ª el de entre Sambre y Mosa. Su extension era de treinta leguas desde las fronteras de Hainaut hasta Güeldres, que es la frontera de Lieja al Oriente, y de veinte leguas desde Luxemburgo al Mediodía, hasta el Brabante al Septentrion.

Cuando entró Cesar en las Galias, se hallaba habitado este país por los ebusones, cuyo nombre se halla cambiado al siglo siguiente en el de tongiros. Muchos creen, sin embargo, que no es el mismo pueblo, y que habiendo destrozado los ebusones el año 54 ántes de Jesucristo á una legion romana al mando de Ambioria, César, despues de haber vengado esta afrenta, llevó á los tongiros al país de los ebusones, que habia destruido, y que prevaleció de consiguiente esta raza con su nombre. Pero además de esta denominacion genérica habia otras particulares para los habitantes de las diferentes comarcas que componian el Liejés. Entre ellos se hallaban los atuáticos, llamados así de la ciudad *Atuática ó Aduática tungrorum;* los condrusienses, habitantes del Condros; los ambivarienses, cuya posicion era la misma que la de los Toxandros ó Taxandros, representada por el pueblo de Tessender Looz, y por el de Ampt-van-Retz; los centones, cuyo nombre subsiste en el lugar de Chender-Malle; los grudienses, que tenian por capital á Groot-Louen; los paemacos, que habitaban entre el Condros y los Ardennas, y los Segui, etc. Segun la tradicion más generalmente recibida, Eucherio, Valerio y Materno fueron enviados por S. Pedro á Tréveris, á Colonia y á Tongres para predicar el Evangelio. Eucherio era obispo, Valerio diácono, y Materno subdiácono. Materno, al que Valerio ordenó de obispo, puso los cimientos de la iglesia de Tongres, construyendo una capilla ó más bien una cripta, y á principios del siglo XI estableció en aquel punto una silla episcopal, la que hasta la traslacion que se hizo de ella á Lieja en 720 fué ocupada por treinta obispos. Tal es la historia que nos han dado los escritores de la baja latinidad del país que en 1025 entró á gobernar *Renaldo*, *Reginaldo* ó *Regiario*, como le llaman otros. Era este prelado preboste de la colegiata de Bonn por Heriberto, arzobispo de Colonia, cuando fué promovido á la silla episcopal de Lieja, que gobernó por espacio de trece años. Su promocion á este puesto fué con todas las formalidades exigidas por los cánones; primero le habian pedido por obispo los habitantes de Verdun, y habiendo quedado vacante al mismo tiempo la silla de Lieja, prefirió ocupar esta plaza que le cedió Conrado, rey de Germania, á quien pertenecia. Algunos autores suponen que compró su sede á precio de oro, pero que cumplió á pesar de esto con todos sus deberes de pastor vigilante y celoso, expiando su falta en la capital del orbe católico. Procede esta creencia de que en el año quinto de su obispado hizo publicar por toda su diócesis que tenia proyectada una peregrinacion á Roma, y fué tan grande el número de personas de todos estados que se ofrecieron á acompañarle, que su viaje tenia más bien el carácter de una expedicion militar que de un acto de devocion. Llegado á Roma, y presentándose al soberano pontífice, se arrojó sus pies con las lagrimas en los ojos, confesando entre sollozos y gemidos que habia comprado el

obispado, y habiendo incurrido por esto en la cólera divina, no le quedaba otro recurso que la abdicacion: que tal era el objeto de su viaje, y que habia ido á Roma para deponer su báculo en el altar de S. Pedro. El Pontífice, que era á la sazon Juan XIX, difirió tres dias el darle la respuesta, pero llamándole despues á su audiencia, le mandó que tomase otra vez el báculo pastoral, despues de haberle dado la absolucion, precedida de una penitencia que le impuso. Renaldo manifestó en su gobierno dos virtudes principales, segun el P. Foulon, la severidad y la caridad. De la primera hizo uso con las personas ricas y poderosas que abusaban de su opulencia y de su crédito para oprimir á los pobres y á los débiles; la segunda la ejerció con todos aquellos que se hallaban en necesidad, y para con el público en general, añade Lorenzo de Lieja, construyendo á sus expensas un puente sobre el Mosa. Renaldo no tenia sin embargo escrúpulo en combatir con las armas en la mano segun la costumbre de su época. Asegura una leyenda, que hallándose en el ejército de Gothelen, mató con su maza á Leon, señor de Couci, que tenia nueve pies de alto. Lorenzo de Lieja añade que al volver á su casa ofreció Renaldo el santo sacrificio de la misa por todos los suyos que habian perecido en aquel combate. Murió este prelado en 1038.—S. B.

RENAMMAN (Juan). Segun Wadingo Rennamara, minorita teutónico, es decir, tudesco, á quien elogiaron los Ilmos. Gomara y Tosigniano. Sobre el año 1460, en que florecia, escribió las siguientes obras: *Sermones varios*; —*de la Pasion del Señor*; —su *Defensa contra algunos calumniadores*, y otras varias cosas.—M. N. y S.

RENARD (Fr. Juan), religioso dominico, natural de Brienna en Francia. Tomó el hábito en el convento de la Anunciacion de Paris, donde profesó el 15 de Setiembre de 1619. Distinguióse desde luego por su timorata conciencia cumpliendo con la mayor religiosidad todos los deberes cristianos y religiosos, por lo que era señalado como ejemplo por los superiores á los novicios y áun á otros padres más entrados en años y muy aventajados en la religion. Seguia con el mayor celo y fervor la disciplina regular, recomendándoles á todos su exacta observancia propia de los votos que habian hecho, y sin la cual era imposible la existencia de la Orden, y ménos todavía su esplendor y fomento. Obedecia en todo á sus superiores, deseando se presentára ocasion en que poder manifestarles la grande humildad de que estaba dotado, cualidad que se hallaba unida en este religioso á una extremada sencillez, con la que se captaba el aprecio de todos y la consideracion de los que de cerca le observaban y trataban. Deseoso de introducir la observancia de su regla en todo su rigor en el convento de su patria, marchó á aquel pais trabajando con grande celo y fervor, y acaso hubiera conseguido su objeto, si su misma sencillez no hubiera sido causa de que

fracasase esta tan meritoria como gloriosa empresa. No por esto decayó nada Renard en el afecto de sus superiores, que conocedores de sus buenas cualidades, se apresuraron á prodigarle toda clase de consuelos por el disgusto que le causaba el ver frustradas sus esperanzas y desvanecidos sus buenos deseos. No carecia Fr. Juan de erudicion, de lo que son prueba las dos obras que dejó escritas, aunque no han llegado á ver la luz pública, pero de cuyo mérito dan testimonio los bibliógrafos de su Orden. Dedicóse tambien al púlpito con no poco aprovechamiento de los fieles, que mirándole como un ejemplo vivo de la vida cristiana, se apresuraban á seguir todos sus pasos, é imitar todas sus acciones, en lo que consiguieron, como no puede ménos de adivinarse, los mejores resultados. Consagrábase tambien al confesonario, llevándole su gran caridad no solo á escuchar las miserias de sus prójimos, sino á repararlas en lo que podia, por lo que fué mirado como un varon apostólico. Falleció de repente en Paris el domingo 14 de Abril de 1649, á la edad de cincuenta y ocho años, segun dice el P. Quetif, quien asegura haber visto las dos obras que cita el P. Echard en los términos siguientes: *El nuevo Taumaturgo, ó panegírico de S. Jacinto de la órden de los PP. Predicadores*; ms. que se conservaba en la Biblioteca de los PP. Dominicos de Paris.—*Las Actas de S. Agilo, ó vida de S. Agilo;* id.—S. B.

RENARD (Fr. Juan), dominico belga, muy célebre en su patria por sus estudios y conocimientos. Su Orden le envió á estudiar á Lovaina, donde siguió los cursos de filosofia y teologia, distinguiéndose mucho por sus talentos y aplicacion hasta el extremo de ser mirado como uno de los varones más aventajados de su época. Nombrósele con este motivo para defender varios actos públicos, lo que hizo sobresaliendo siempre entre sus compañeros, que ambicionaban por este motivo su amistad, mirándole ya como su profesor. No tardó en efecto en serlo, pues la Orden le envió á su patria para enseñar filosofia, lo que hizo ganando mucha fama por sus vastos conocimientos. Era buscado por grandes y pequeños; por los unos, porque en él encontraban consuelo en sus desgracias y debilidades; por los otros, porque les servia de oráculo en todas sus dificultades, y al mismo tiempo que dirigia su conciencia por el camino de la salvacion, les aconsejaba el medio de evitar y huir los peligros de la vida. Sus buenas relaciones, el afecto que merécia á todos sus hermanos, y principalmente su reconocido talento le valieron ser nombrado prior del convento de Bruselas, cargo que desempeñó con notable acierto, aumentando la buena fama que desde muy antiguo habia merecido. Pero ni este cargo ni otros muchos con que le honró sucesivamente su Orden, le pudieron apartar de sus estudios favoritos, consagrándose á ellos en las horas que le dejaban libres sus numerosas é importantes ocupaciones. Así es que en los últimos años de su vida le vemos

licenciarse en teología, y preparar para la imprenta dos obras que desgraciadamente quedaron manuscritas. No por esto olvidaba sus ejercicios de piedad, y constantemente asistia al púlpito y al confesonario, procurando ganar almas para el cielo, objeto principal de todo religioso. Sus compañeros eran los que más llamaban su atencion, consagrándoles todas sus vigilias, y procurando que adelantasen no solo en el camino de la ciencia, sino tambien en el de la virtud. Todo el tiempo que gobernó el convento de Bruselas puede asegurarse que fué la época del apogeo de su esplendor, pues en ella llegaron los religiosos de aquella casa á obtener general consideracion, y ser apreciados de propios y extraños, y buscados áun en las provincias más remotas de Bélgica; tal era la fama que habian conseguido por sus letras y virtud. Renard miéntras tanto falleció lleno de años y servicios, dejando un buen nombre en su religion, y una página en las bibliografías, con las dos obras que dejó manuscritas bajo los títulos de *Philosophia universa;* dos vol. en 4.° *Tractatus in sphæram Joannis de Sacrobosco;* en fólio.—S. B.

RENARD (Juana le). Una de los seiscientos protestantes convertidos en Caen hácia 1630 por Veron, y que renunciaron al protestantismo como contrario á la doctrina de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres.—S. B.

RENARDI (Guillermo). Nació este eclesiástico en Hermal, aldea del obispado de Lieja, situada sobre el Mosa, entre Lieja y Maestricht, el año 1651. Estudió en Maestricht las humanidades, y despues obtuvo en la universidad de Lovaina una de las plazas de la promocion anual de los estudiantes de filosofía, promocion introducida por costumbre y que es necesario tomar al que desee ponerse en situacion de pretender alguna regencia. Despues de haber seguido esta costumbre Renardi, experimentó su utilidad cuando algunos años despues estudió teología en el colegio del pontífice Adriano VI, bajo la direccion del célebre Francisco Van Viane, porque fué elegido para profesor de filosofía del colegio de Porc en que habia estudiado, cátedra que desempeñó durante trece años. Nombrado presidente del colegio de Bay, tomó el año 1621 el grado de doctor en teología, y casi al propio tiempo fué nombrado regente de esta facultad. A la teología escolástica, en la que estaba muy versado, reunió un gran conocimiento de los Santos Padres, y en especial de S. Agustin, y fué uno de los más afectos á la célebre censura de Lovaina. A pesar de esto no le faltaron enemigos, y el duque de Baviera, gobernador de los Países Bajos, prevenido contra él, le quitó la leccion real del catecismo, para la que le habia dado cartas patentes muy recomendables; pero Roma le hizo justicia, pues que su doctrina fué definida, examinada y juzgada ortodoxa por el mismo papa Clemente XI, y vacando de nuevo la leccion que se le habia quitado, el consejo de Estado volvió á conferírsela sin solicitud alguna de su parte, á fin de ponerle en pose-

sion de su primer derecho. Los beneficios que hizo al colegio de Bay, hicieron se le considerase como á su segundo fundador, pues en los cuarenta años que le dirigió, no solo le restableció, si que tambien estableció en él una exacta disciplina, un asiduo estudio y una sólida piedad, tanto por sus exhortaciones, cuanto por su ejemplo. Pasando toda su vida orando, estudiando y enseñando, murió el 14 de Diciembre de 1751, á la edad de ochenta años, dejando memorias sobre las más espinosas cuestiones de la teología. Quisieron sus apasionados que publicase estas memorias, pero lo rehusó siempre; sin embargo, no tardaron despues mucho en imprimirse, y dicen los que han leido esta obra, que en ella se ve al profundo teólogo, y un autor dueño de sí mismo, que supo dar claridad y sencillez á las más abstractas cuestiones. —C.

RENARO (Hermano Edmundo), de la Compañia de Jesus. Fué natural de Namur, muy constante en observar una vida muy religiosa, y sobre todo dotado de una singular piedad, y seguramente tuvo muchas ocasiones en que emplearla y ejercitarla, por las repetidas pestes que en su época asolaban todas las ciudades, villas, aldeas y lugares de Francia y Flandes; fué ejemplo digno de imitarse por todos sus semejantes, para que tengan el ánimo y valor necesario para exponerse á los riesgos, enseñando que el santo valor preserva del tósigo, y gana la vida eterna quien la juega por la salud de los infelices contagiados. En la primera peste que se presentó, corrió presuroso á ella, y se armó como buen soldado para luchar contra ella, y vencer todas las incomodidades, asco y horror que producian los hospitales y demás enfermerías provisionales. Sirviendo de padre, de enfermero, de consuelo y alivio á todos, que le miraban como á un ángel; ni el sucio aspecto, ni la miseria y degradacion que le motivan, hacian mella en su ardiente caridad y deseo de cuidar y procurar la salvacion de todos, de tal modo que los enfermos más desamparados y más insufribles, eran las rosas en quien no hallaba espinas; y al fin no solo ayudó voluntario en el hospital, sino que su ejemplo daba fervor á los que servian por interés; de este cieno y de este horror salió con gran aumento de gracia, y con una salud tan entera, que la cuarentena solo era precisa para curar la aprension de los sanos, no por el menor riesgo de su peligro. Con esta seguridad no dudó en otras ocasiones de acudir como buen labrador donde veia sazonada la mies; y es cosa que parece tan prodigiosa, que si no excede los límites de la posibilidad, á lo ménos sin singular providencia de Dios no se cree posible. En las raras contingencias, en que juega la naturaleza veinte veces, en veinte ocasiones en que afligió la peste en distintos lugares ó ciudades, asistió á los hospitales en Namur, en Mons, en Douay, en Artois y en Lila; y de las diez y nueve salió, no solo vivo, sino sin que le tocase el contagio;

Esta maravilla aún es más de reparar en un hermano que en un sacerdote, porque en su estado era más frecuente y áun contínua la asistencia, sin separarse de dia ni de noche de los enfermos, tocándolos, manoseándolos, recibiendo los impuros hálitos de cada uno en particular, y respirando el aire viciado y corrompido, que infesta las salas por grandes que sean á causa del aglomeramiento de enfermos; pero nada bastó para inficionarle la sangre ni causarle el menor accidente, ni áun una leve calentura por efecto del cansancio y rendimiento. Todo Flandes admiraba su valor y abnegacion, y le consideraban como á sujeto de quien la Divina Providencia tenia especial cuidado, y la singular virtud, que indica tan constante caridad y tanta firmeza, era venerada con cariñosa estimacion. Por fin, habiendo cumplido cincuenta y tres años de edad y treinta y tres de religion, determinó Dios premiar sus trabajos, y castigó con la peste á Lila, donde vivia á la sazon; como valeroso soldado, al punto hizo frente al enemigo y salió á ocupar su puesto al hospital, con consuelo de toda la ciudad, que como sabia que era tan experimentado en estos lances, esperaban su alivio, no solo en la asistencia, sino tambien en el tratamiento y curacion de los enfermos; pero esta vez no pudo contrarestar la accion destructora de las causas que producen el contagio, porque hallaron su naturaleza en disposicion favorable para contraer y ser víctima de la epidemia; porque cogió á Edmundo con las fuerzas cansadas, y ya rendido por sus activos servicios en las anteriores, que fueron en número de diez y nueve, en las que sobrellevó su naturaleza privilegiada todos los afanes que eran su consecuencia con el mayor valor y abnegacion, hallándose además su sangre mal dispuesta con tantas antecedentes corrupciones; así fué que á los pocos dias contrajo la insidiosa enfermedad, pero con tal violencia, que la primera noticia de su indisposicion la tuvo el pueblo en un sermon, en que el predicador pidió le encomendasen á Dios por estar acabando, sin remedio en lo humano, y sin más tiempo que el preciso para haber recibido los santos sacramentos de la Iglesia, con cuyos divinos auxilios se armó para la eternidad, adonde se trasladó abandonando este mundo terrenal y lleno de miserias el dia 31 de Enero de 1643. Al oir el pueblo la triste nueva, exclamó al cielo, y fué tal la sorpresa y sobresalto, las lágrimas, los gemidos y los sollozos, que se pudiera haber temido alboroto, si la causa fuera de otra naturaleza y no fuera tan piadosa y por disposicion del cielo; rogaron á Dios por su vida, como que en ella era interesada toda la ciudad, y en especialidad los pobres, y aunque no concedió Su Majestad el principal empeño, se declaró bien el afecto y devocion que le tenian en el agradecido sentimiento con que se explicaban. Despues de su muerte ostentaron bien la estimacion con que le veneraban por padre, pues apénas podrá saberse una demostracion semejante en honor de

otro jesuita, áun de aquellos que elevados á mayor altura han servido mucho al público y á sus individuos. Luego que se ejecutó el entierro, dispusieron los feligreses de la parroquia de Sta. María Magdalena hacerle unas honras lucidísimas, en justa retribucion á los muchos merecimientos por lo que habia servido á su territorio; este homenaje rendido á tan ínclito varon excitó la devocion á los de la parroquia de Sta. Hildegundis; pero sintiendo todos no ser cada uno el primero, y compitiendo en la devocion y en el agradecimiento, porque cada territorio alegaba ser el más favorecido, y al reves del estilo humano y de la sociedad, cada uno confesaba mayor su deuda, y tenia empeño en la prontitud de la paga; creció el fervor y conmocion de toda la ciudad en los distintos territorios de cada parroquia, y los curas, por sosegar el deseo y por evitar que tuviese algun fruto la vanidad, que ya se iba desarrollando insensiblemente, entrando la emulacion en cada territorio, que queria sobresalir y darle mayor aplauso, determinaron y consiguieron de sus feligreses que en la iglesia de mayor capacidad se ejecutase una funcion lucidísima y muy notable, que fuese como unas honras universales, cantando la misa el decano, asistiendo música, colgando toda la iglesia y adornándola con geroglíficos y con muchos escudos con el nombre de Jesus, armas de la Compañía y estilo de aquella tierra, elevando en el medio de la iglesia un túmulo altísimo, que explicase la altura de que gozaba el concepto de su estimacion, y muchas luces, en que se derretia su ternura, y al fin una funcion y exequias en que se ostentaba el agradecimiento, el dolor, el gran concepto de los méritos del finado, donde se desahogaba el cariño que le profesaban, y tal que en la muerte de un rey, solo podia tener diferencia en las armas y los geroglíficos. Verdaderamente que este desahogo de un pueblo tan numeroso, y tan unido en este gasto, es una pública calificacion de la virtud y celo caritativo de este hermano, que en su estado consiguió cumplir con su instituto, hasta el mayor grado de la caridad con sus prójimos. Escribieron acerca de los sucesos de esta vida singular y gloriosa los PP. Alegambe en su catálogo *Victimæ charitatis*; y el P. Matías Tanner, en sus *Varones ilustres*.—A. L.

RENATA (Sta.), duquesa de Baviera. Nació esta ejemplar y santa matrona en el siglo XII de nuestra era, y desde su infancia mostró mucho afecto á la virtud y grandes deseos de consagrarse al servicio de Dios. Queriendo sus padres perpetuar la nobleza de su casa, diéronsela por esposa á Vladimiro, duque de Baviera, y aunque ella, obediente á los mandatos del autor de sus dias, accedia á esta union, portóse despues de casada con tanta austeridad como de doncella, viviendo lo más retirada que pudo del tumulto y bullicio de la corte, conociendo cuántos peligros existen en los palacios contra la pureza del alma, y cuántas ocasiones hay para tropezar y

caer. Aunque Renata vivia sumisa y obediente al esposo que sus padres y la Iglesia le habian dado, espiritualmente no reconoció otro esposo que Jesucristo, consagrándole su más puro afecto, y pasando todas las horas que sus ocupaciones le permitian retirada en su oratorio, ocupándose en dulces pláticas y amorosos coloquios con el divino Señor. Era el tiempo en que los fieles con motivo de las cruzadas acudian á visitar en devota peregrinacion los Santos Lugares, donde se obráran los augustos misterios de nuestra redencion, y la piadosa duquesa, que por su elevada posicion se hallaba en estado de cumplir aquel devoto deseo, excitó á su esposo á que la permitiese emprender el viaje. El duque, que la amaba y veneraba, segun lo merecia, no solo la dió su beneplácito, sino que tambien se ofreció á acompañarla. Pasaron, pues, á Jerusalen, que aún no habia vuelto á caer en poder de los musulmanes, y cumplieron su piadoso intento, visitando y adorando con la mayor ternura los sitios en que habia nacido, padecido y muerto el Redentor del universo. Este viaje fué muy provechoso para aumentar el religioso entusiasmo de Renata, y avivar más su deseo de consagrarse enteramente al servicio de Dios, habiendo ocurrido entre otras una notable circunstancia, que la afirmó más en su propósito. En una de sus peregrinaciones perdió el camino y se encontró extraviada con su esposo en un bosque de la Siria, yendo á parar á la humilde choza de un solitario, que vivia en él como uno de los antiguos monjes de la Tebaida. El ermitaño les acogió amorosamente, atendiéndoles con lo poco que tenia, y explicándoles el género de vida que hacia en aquella soledad y lo mucho que gozaba separado del trato de los hombres y entregado enteramente á la contemplacion de la Divinidad, que le recompensaba con inexplicables y celestiales favores. Desde aquel dia ambicionó Renata vivir en la soledad, y cuando volvió á Europa, habiéndose quedado viuda y sin hijos, entregó la posesion del ducado á un hermano de su esposo, á quien le correspondia, y sin dar á nadie parte de su intento, desapareció un dia del palacio sin que se pudiese averiguar á qué punto se habia dirigido. Practicáronse mil diligencias en su busca, pero todas fueron inútiles, dejando sumidos en el mayor desconsuelo á todos los que la conocian, porque era generalmente amada por su caridad y su mansedumbre. Al cabo de algunos años de haber desaparecido andaba á caza el duque, su cuñado, y habiéndosele puesto delante un ciervo blanco, empeñóse en hacerle presa suya. El animal emprendió la fuga, seguido del duque, que le arrojó varias veces su venablo sin herirle, aunque le tocaba, cosa que le admiró en extremo. Paróse al fin el ciervo en lo espeso de la selva á la entrada de una pequeña gruta, volviéndose á admirar el duque y sin intentar huir de él. Reconociendo que allí existia algun misterio, el duque que era buen cristiano, se encomendó á Dios, y armándose con la

señal de la cruz, penetró en la cueva y vió el cadáver de una mujer que estaba rodeada de una ténue y misteriosa claridad. Advirtió con notable asombro que aquella mujer era Renata, y dando mil gracias á Dios que le permitia honrar el primero los restos de aquella Santa, llamó con su cuerno á los cazadores, é hizo trasportar el cadáver á su palacio, donde se le dió honrosa sepultura. Dios permitió que permaneciese oculta en el misterio la vida que Renata practicára en el retiro; pero esta santa matrona es una de aquellas heroinas de la fe, cuyas acciones, segun la feliz expresion de Bossuet, permaneciendo ocultas é ignoradas para el mundo, resplandecerán con desusado brillo, á fin de obtener mayor corona en el grande y terrible dia en que la mano de Dios descorra el velo que cubre la historia de los vicios y virtudes de la humanidad para presentarla á los ojos de la humanidad misma sin elogios ni censuras.—M. B.

RENATA (V. Madre), abadesa en el monasterio de religiosas Benedictinas de S. Pedro de Reims, en Francia, conocida tambien por la *Junior* ó Menor. Fué hija de Enrique de Lotaringia, duque de Guisa, y de Catalina Clivia, duquesa de Nevers. Nació dia de pascua del Espíritu Santo, año de 1585, y no teniendo más de seis semanas, la llevaron á su parienta la Venerable Madre Renata, la Mayor, abadesa del mismo monasterio. La dieron el santo hábito el año de 1591, siendo de edad de seis años, supliendo los dones de naturaleza y gracia lo corto de la edad, con admiracion de todos los presentes, que fueron un legado *à latere* del Papa, y muchos grandes señores de Francia. Murió su tia, y sucedió en la abadía Renata la Menor, que no lo era en virtudes, ántes bien muy semejante en ellas. Su mayor deseo fué granjearse las voluntades de sus monjas para fundar sobre la caridad la observancia religiosa, y era la primera en los oficios más humildes, que es el otro fundamento sobre el cual estriba el edificio espiritual. Nunca faltaba del coro de dia y de noche, cantando admirablemente con una voz de ángel de que Dios la habia dotado, y haciéndolo con una entonacion y buen gusto que encantaba á cuantos tenian la dicha de escucharla; siendo incansable en este ejercicio, en el que no empleaba ménos de cuatro ó cinco horas, y era en él tan obsequiada y regalada de Dios, que muchas veces parece que salia de sí segun se elevaba. Algunas veces que estaba en el coro haciendo oracion mental, permanecia tan quieta y tan inmóvil, que áun llamándola y haciendo ruido, apénas podia volver en sí. Toda su vida recibió diariamente el santísimo sacramento de la Eucaristía, por consejo de su confesor. Aunque era tan grande princesa, no usaba nada notable ni particular en el vestido, en la comida, etc. En todo se conformaba con la santa regla, y guardaba y observaba lo mismo que toda la comunidad. Todos los dias visitaba á las enfermas, las hacia las camas, barria las

celdas, las administraba y aplicaba las medicinas, dándolas de comer por su mano, y todos estos servicios, hechos con tan grande alegría y humildad, que era el universal consuelo de sus hermanas. Distribuia grandes limosnas, ayudaba á los presos con favores y dinero, como tambien á los huérfanos y viudas, consiguiendo ser con su grande autoridad y nunca desmentida caridad madre de todos. Pero especialmente asistia á las personas desterradas por causa de la fe católica, y así es que sustentó mucho tiempo el seminario de sacerdotes ingleses desterrados por católicos. Siempre tuvo dedicado algun espacio de tiempo para meditar en la muerte. Y habiendo entendido cuándo se habia de realizar la suya, cuando á ella se aproximaba, en los últimos dias no gustaba de hablar de cosa alguna sino de la eternidad. Muchas veces quiso renunciar la abadía, y no se le permitió ni consintió. Finalmente, le sobrevino la última enfermedad, por la cual fué preciso salir de su celda (á la cual llamaba su cielo) para curarse y ser asistida, y como adivinando su muerte, dijo á las monjas: «Moriré brevemente, y presto sereis aliviadas de una gran carga y trabajo, y este será el último que tendreis con esta miserable criatura.» En esta última enfermedad resplandecieron más todas las virtudes de Renata; la abnegacion de sí misma; la paciencia, cortesía y agradecimiento á las que la asistian y prestaban sus cuidados. Todos los santos sacramentos le fueron administrados por el arzobispo de Reims, Gabriel de Giffort, varon apostólico y monje benedictino, y habiéndolos recibido con entrañable placer y singular humildad y devocion, entregó su alma al criador á 25 de Junio del año de 1626, siendo de edad de cuarenta y un años. Su cuerpo fué puesto en el mausoleo de la reina de Escocia. — A. L.

RENATA (V. Madre), conocida por la Mayor. Fué abadesa del monasterio de S. Pedro de Reims, de la órden de S. Benito; era duquesa de Lotaringia ó Lorena, hija de Claudio, duque de Guisa, y de Antonieta de Borbon, matrona escogidísima de la real sangre de Francia. Recibió el santo hábito benedictino en el monasterio de Fuente Ebraldo, y fué tan observante de la santa regla y constituciones de aquella sagrada Congregacion, que era en ella el ejemplo de humildad y de todas las demás virtudes. Por ellas fué nombrada priora, y siéndolo, la eligieron abadesa del convento de S. Pedro de Reims, que es de monjas negras. Las monjas de su casa de profesion resistieron esta eleccion, no queriendo permitir que saliese de ella por ser allí muy necesaria; y despues de cuatro años de resistencia de las dichas monjas y de la madre Renata, salió obligada de la obediencia el año de 1546 para Reims, adonde fué recibida de sus padres y del eminentísimo Cárlos su hermano, arzobispo de aquella ciudad y cardenal de Roma, y de todos los vecinos de ella con increible aplauso y veneracion, y no ménos de

las religiosas de S. Pedro, que la aguardaban como á madre amantísima. Gobernó con raro ejemplo de perfeccion, penitencia y humildad, y aunque era princesa tan excelsa, y tenia frecuentes visitas del Rey, reina, príncipes y princesas de Francia, se tenia por la última de todas las criaturas, y asistia á semejantes cumplimientos, sin perjuicio de la asistencia al coro y de los demás actos de comunidad, en los que siempre era la primera. A su ejemplo se dedicaron á la religion muchas tiernas doncellas de la primera nobleza de Francia. Su caridad fué siempre muy ardiente, y se vió más claramente el año de 1564, porque estando ausente de su monasterio para negocios gravísimos, supo que en él se habia desarrollado la peste, nacida del hambre y calamidades que afligian á aquella provincia, y en cuanto lo supo, en seguida partió para su convento á servir personalmente y como lo hacia por sí misma á sus monjas, sin que bastasen ruegos de sus parientes para que no fuese á exponer su vida á tan evidente peligro, del cual la libró Dios nuestro Señor y tambien á sus monjas. Padeció grande persecucion de personas, que debiendo ayudar á la observancia monástica, hacian burla y menosprecio de ella y de ellas, despreciándolas como á mujercillas escrupulosas y que reparaban en menudencias. Pero ella constante y firme no dejaba de cumplir, áun en sus menores detalles, la regla de su padre S. Benito. Fue devotísima de la Madre de Dios, para cuyo culto sustentaba cuatro capellanes, que cantasen cuatro misas cada dia en su santa capilla. Reedificó y restauró casi desde los fundamentos ó cimientos la iglesia de su monasterio, y puso en ella gran tesoro de alhajas para el culto divino, y otro más precioso de reliquias colocadas en urnas de oro y plata, ayudando á su devocion el rey y la reina. El año de 1601, estando en los divinos oficios, dia de la Natividad de Cristo, le sobrevino de repente un arrobo ó desmayo, y volviendo en sí dijo: «Aún no sé bien lo que me ha sucedido; mas me hallé en una suavísima música de ángeles.» Habiendo recibido este favor celestial, quedó más dada á la oracion y á los demás ejercicios espirituales, y enferma del cuerpo, aunque sana y regalada en su alma, pasó á mejor vida á 23 de Abril del año de 1602. Hechas sus exequias, eligieron, aprobándolo el rey, á otra Renata, sobrina suya y muy semejante en las virtudes. — A. L.

RENATA DE AUSTRIA (Cecilia), reina de Polonia y de Suecia. Esta princesa, tan célebre por su virtud y piedad, era hija segunda del emperador Fernando II, rey de Hungría y de Bohemia y de su primera mujer María Ana de Baviera, hija de Guillermo, duque de Baviera, y de Renata de Lorena. Nació en 16 de Julio de 1611, teniendo diferentes hermanos, entre ellos Fernando Ernesto, que fué despues emperador, y el archiduque Leopoldo Guillermo. Fué criada y educada en virtud y piedad con su hermana mayor

Mariana de Austria, segunda mujer de Maximiliano, duque de Baviera y elector del imperio, que se casó con esta princesa siendo viudo de su primera mujer Isabel de Lorena. La jóven archiduquesa tuvo la fortuna de aprender la devocion y los verdaderos ejercicios propios de una princesa cristiana y católica de sus padres el archiduque Fernando, duque de Carinthia, de Carniola y de Stiria, despues emperador, y de María Ana de Baviera, cuyo principal objeto fué siempre la virtud, llevando una santa vida áun en medio de la corte. Despues de haber perdido á su madre á la edad de cinco años, pues murió santamente en 8 de Marzo de 1616, encontró otra madre, que la manifestó no ménos afecto, en Leonor de Gonzaga ó de Mantua, segunda mujer del emperador Fernando II. Esta grande emperatriz desmintió la máxima de que nunca los hijos de un primer matrimonio viven en paz y buena inteligencia en el segundo; pues esta virtuosa princesa, segunda hija de Vicente I, duque de Mantua y de Montferrato, y de Margarita, duquesa de Lorena, manifestó siempre un afecto singular y un amor materno á las dos hijas del emperador su marido. María Ana y Cecilia Renata permanecian constantemente en la corte imperial, ántes de casarse ésta con el duque de Baviera y aquella con el rey de los sármatas ó polacos, el cual habiendo pretendido á muchas princesas de los reinos de la cristiandad, eligió al fin á esta hermosa y prudente archiduquesa, prima hermana suya, de la que puede decirse que fué un prodigio de virtud, lo mismo que de belleza, pues su nacimiento fué digno de su vida, vivió como una persona que debia corresponder á las obligaciones que debia al cielo, por haberla dado tantas gloriosas ventajas. Descendia, como acabamos de decir, de las casas de Austria y de Baviera, cuyos menores adornos y más pequeños títulos son los reinos y los imperios. Era por su belleza, su perfeccion y sus gracias el ornato y la gloria de la corte de su padre el emperador Fernando II, pues los que han visto ó leido las ceremonias de la dieta de Ratisbona en 1630 y de la coronacion de la emperatriz Leonor de Mantua, no ignoran que todos los que asistieron á ellas se quedaron admirados de ver la hermosura de esta jóven archiduquesa; pero habiendo llegado á la edad en que se acostumbra á casar á las jóvenes, se procuró elegirla un marido que fuese digno de ser yerno de un emperador. Cecilia Renata de Austria se casó, por último, ya conforme á los deseos del público ó por las diligencias de sus padres, al llegar á la edad de veintisiete años, el 15 de Setiembre de 1637, despues de haber obtenido la dispensa del papa Urbano VIII, con el bravo Vladislao Segismundo, rey de los sármatas, cuyo valor era tan admirable en las hazañas, que fué mirado por los polacos como un príncipe cuya gloria eclipsó la de sus antecesores. No me atreveré á decir más por no creerlo propio de este lugar. La fué á pedir á Viena el prín-

cipe Casimiro, acompañado del obispo de Culma, arzobispo despues de Guesmo y del palatino de Syradia. Fué conducida hasta Varsovia por Claudia de Médicis ó de Toscana, archiduquesa de Tirol, celebrandose entónces las solemnidades del matrimonio con grande magnificencia. Vladislao Segismundo, rey de Polonia, y su mujer la reina Cecilia Renata vivieron algunos años sin obtener sucesion, con gran pesar no solo suyo, sino tambien de sus súbditos, tanto polacos como lithuanios. Hicieron voto á Dios, por la intercesion de la Santísima Vírgen y de S. Casimiro, gran duque de Lithuania, hijo, hermano y tio de los reyes de Polonia, para obtener del cielo hijos para la conservacion de su dinastía. Los reyes fueron á Vilna á visitar la tumba de este gran santo y confesor, cuyo cuerpo se encontró entero é incorrupto en 1604 ó 1605, y tambien la devota iglesia de nuestra Señora de Troki á tres leguas de Vilna, lugar frecuentado en Lithuania por los devotos de la Madre de Dios para consuelo suyo y por los favores que reciben de la Vírgen los que visitan con fe y devocion su santa casa. No tardó la reina Cecilia Renata en hallarse en cinta, y dió á luz felizmente un hijo el domingo de Ramos 1.° de Abril de 1640, con gran satisfaccion de los lituanios y de los polacos, pero en particular del rey de Polonia Vladislao IV, el cual reconocido por haber sido escuchado y obtenido del cielo este príncipe por intercesion de S. Casimiro, hijo de Casimiro III ó IV, rey de Polonia, y de Isabel de Austria, hermana de Ladislao, rey de Hungría y de Bohemia y de tres reyes de Polonia, y tio de Luis, rey de Hungría y de Segismundo, augusto rey de Polonia, príncipes todos de la familia de Jagelon ó de la casa de Lituania, le pusieron en el bautismo el nombre de Segismundo Casimiro, por cuyo nacimiento el abate Osio, enviado de Polonia en la corte de Roma, hizo entonar el *Te Deum* en la iglesia de S. Estanislao de los Polacos el 17 de Junio del mismo año, asistiendo á este acto trece cardenales y muchas personas ilustres. Tuvo despues dos hijos, que murieron en la infancia, falleciendo á poco esta princesa el 24 de Marzo de 1644, en el dia de jueves santo, habiendo recibido ántes todos los sacramentos con grande devocion y dando inequívocas muestras de verdadera piedad. Si el placer que se tiene en hablar con una persona ó en oir hablar de sus perfecciones y mérito, es una prueba del amor que se la profesa, como decia S. Luis, rey de Francia, á Enrique III, rey de Inglaterra, puede asegurarse que la reina de Polonia Cecilia Renata tenia mucha devocion al Salvador del mundo, pues buscaba todos los medios de comunicar con él en la oracion y no tenia mayor placer que oir hablar de este, y cuando los asuntos ó las disensiones de la corte del emperador su padre y de la del rey de Polonia su marido le dejaban vivir en el retiro. Esta inclinacion daba orígen á cierto temor de desagradar á Dios que daba tal delicadeza á su conciencia, que tenia escrúpulo

áun de las cosas que parecian alejarla algo de la perfeccion. De soltera y áun despues de casarse, oia diariamente dos misas y se confesaba una vez á la semana. Daba de comer frecuentemente á nueve niñas pobres en honor de las nueve festividades de nuestra Señora; piedad que puede llamarse natural y particular de las princesas de la casa de Austria. El amor de Dios y el amor del prójimo se hallan unidos con vínculos tan estrechos, que no pueden separarse; el amor de Dios es la fuente del amor del prójimo, y el amor del prójimo es una prueba infalible de poseer el amor de Dios; por esta razon amaba á Dios con tanta ternura esta piadosa heroina, no debiendo extrañarse que amase tiernamente á su prójimo, ni que teniendo las condiciones que deseaba el apóstol para todos los fieles, tuviese amor para todas las personas que sentian alguna necesidad, en particular para los más desgraciados. Era tan caritativa con los pobres, que se privaba con frecuencia de las cosas más necesarias para acudir á su sustento. Les enviaba á menudo los manjares de su mesa, y cambiando astutamente el plato, les daba siempre la parte mejor de su comida, comiendo muy poco y uniendo el mérito de la limosna al de la abstinencia. Cuando estaba buena, se dedicaba dia y noche á ejercicios de caridad, y no se hallaba nunca satisfecha sino cuando despues de haber cumplido sus deberes para con Dios, podia asistir á su prójimo con sus limosnas y liberalidades, buenas obras que habia aprendido de su madre María Ana de Baviera, que las habia visto practicar á María, archiduquesa de Graz y duquesa de Ramilhiers, princesa tambien de la casa de Baviera. Miraba con grande honor y respeto no solo á su marido, sino tambien á todos los príncipes hermanos y parientes suyos. Despues de haber llevado una vida digna del cielo, y ser apreciada en la tierra por sus virtudes de Dios y de los hombres, murió Cecilia Renata santamente, como ya hemos dicho, en 24 de Marzo de 1644, á la edad de treinta y tres años, despues de haberse preparado dignamente el 19 del mismo mes, fiesta de S. José uno de sus patronos, en cuyo dia recibió el santo viatico con fervor y devocion, despues de haber hecho una confesion general de toda su vida. Así vivió y así dió su alma á su Criador, con gran pesar de los polacos, esta hermosa reina en quien la juventud, la robustez y la belleza parecian no deber concluirse nunca, y con aquella belleza que era demasiado maravillosa para habitar en la tierra, fué encerrada en la tumba toda la felicidad de la Polonia. Despues de su muerte Vladislao Segismundo, rey de Polonia, hizo encerrar el corazon de esta prudente y hermosa princesa en un gran corazon de plata dorada que regaló á los jesuitas de Vilna con grandes muestras de afecto, asegurando á aquellos padres, que si habian perdido en esta reina una protectora, encontrarian en él un protector, y que queria que el individuo de su Compañía, que habia sido confesor de la madre, instruyese á su hijo el

príncipe Segismundo Casimiro durante su infancia. Despues de haber recibido los jesuitas el corazon y las entrañas de esta reina de Polonia, celebraron solemnes exequias en su iglesia de Vilna en presencia de los principales señores de la corte. Su cuerpo fué conducido despues á Cracovia con grande pompa y magnificencia, donde se volvieron á celebrar segundos funerales, y se pronunció su oracion fúnebre en latin por el obispo de Cameriz, que hizo verter abundantes lágrimas á todos los presentes por el pesar que tenian de la piadosa muerte de esta heroina pidiendo á Dios por el descanso de su alma, que es indudable mereció por sus grandes virtudes, pues además de las mencionadas se refieren otras muchas, que hemos omitido citar por no extendernos en demasía en este artículo dedicado á una de las primeras y principales glorias de su siglo, en que se la menciona con honor por su acendrado catolicismo y reconocida santidad, que ha hecho avanzar á algunos autores hasta el punto de contarla en el número de los santos de la casa de Austria, á lo que no nos atreveremos nosotros sin nuevas pruebas, y en particular sin que la Iglesia decida en tan difícil cuestion, suprimiendo por el mismo motivo y razon las acciones maravillosas que se atribuyen á esta heróica reina.—S. B.

RENATA DE LORENA, duquesa de Baviera. El nombre de esta devota princesa es un objeto de bendicion en Baviera, donde hizo una vida del cielo, y tan santa que no dejó la menor mancha en su memoria. Fué hija mayor de Francisco, duque de Lorena, llamado el Prudente, y de Cristina de Dinamarca. Habiendo muerto el duque su padre en 1544, permaneció bajo la tutela de su madre y de su tio paterno Nicolás de Lorena, conde de Vaudemont, príncipe muy político y bondadoso, que educó los hijos de su hermano mayor el duque Francisco como si hubieran sido los suyos propios. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, cuando enviudó de su primera mujer Ana de Egmond, pretendió á las princesas Renata y Ana de Lorena, mas no habiéndose verificado este enlace por desgracia para los Países Bajos, pues el príncipe de Orange, que honraba en gran manera á Cristina de Dinamarca, viendo que esta heroina no sería gobernadora de los Países Bajos, como él deseaba, se casó con Ana de Sajonia, hija única de Mauricio, duque de Sajonia, que fué investido de la dignidad de elector por el emperador Cárlos V, despues de la deposicion de su primo Juan Federico y de Inés, hija de Felipe Landgrave de Hesse, princesa que siguió la herejía de Lutero. Renata de Lorena fué casada por su madre en 1568 con un príncipe muy católico y más ilustre y rico que el de Orange, á saber, con Guillermo, príncipe y despues duque de Baviera, quinto de este nombre, llamado el Piadoso y el Sabio, hijo de Alberto V, duque de Baviera y de Ana, archiduquesa de Austria, que habian sido los primeros y casi los únicos príncipes de Alemania que

no habian querido conceder la libertad de conciencia á sus súbditos. Alberto V, recomendable por su gran celo hácia la religion católica y la justicia, murió el 24 de Octubre de 1579, sucediéndole el príncipe Guillermo, su hijo mayor, marido de Renata de Lorena, en su ducado de Baviera y tambien en su celo por la verdadera religion. Hízose amar de sus súbditos por su piedad y demas virtudes. La duquesa Renata su mujer vivió con él en una completa inteligencia, pues era tan piadosa, liberal, prudente y buena católica como él, siendo muy feliz el duque en haber encontrado una mujer tan santa, que es un don de Dios, concedido á los que le temen y forma una parte de la felicidad de la vida. Dios, que no se deja nunca vencer en bondad y liberalidad, áun en las cosas de este mundo, quiso recompensar la de esta virtuosa duquesa con los bienes que más desean las madres, con una grande y dichosa sucesion, de que la Alemania ha hecho un grande estado. Tuvo diez hijos del duque su marido, dos de los cuales, á saber, Cristóbal el mayor, y Leonor Magdalena, murieron ántes de saber, por decirlo así, que se hallaban en el mundo, y otros dos, á saber, Cárlos y Cristina, no vivieron más que siete años; los otros seis que la quedaron fueron cuatro varones y dos hembras, todos grandes príncipes y princesas, como puede deducirse de la relacion siguiente: —1.° Cristobal, muerto en el mismo dia en que nació en 23 de Enero de 1571, despues de haber recibido el bautismo.—2.° Cristina, que tuvo por madrina á Cristina de Dinamarca, duquesa viuda de Lorena, su abuela materna; vino al mundo en 23 de Setiembre de 1572 y murió el 27 de Abril de 1580, siendo inhumada en Mont Saint Andex.—3.° Maximiliano, duque de Baviera y elector, nació el 27 de Abril de 1573, casó en Nancy en primeras nupcias con su prima hermana Isabel de Lorena el 6 de Febrero de 1595 con dispensa de Clemente VIII. Murió sin hijos el 4 de Enero de 1635. Maximiliano tomó por segunda mujer á María Ana de Austria, parienta suya, hija y hermana de los emperadores Fernando III y hermana de Cecilia Renata y reina de Polonia, de quien tuvo dos hijos Fernando y Francisco de Baviera. Este príncipe tuvo en su época no solo fama de valiente como lo demostró en muchos sitios y batallas, entre otras en la del parque de la Estrella, cerca de Praga, donde fué derrotado Federico, conde palatino del Rhin, elegido rey de Bohemia, sino tambien de muy piadoso y moderado; era muy aficionado á las artes y trabajaba muy bien en dibujo, pintura y escultura. —4.° María Ana de Baviera, nacida en Munich el 8 de Diciembre de 1574, fué casada el 24 de Abril de 1600, con dispensa de Clemente VIII, con su primo hermano Fernando de Austria, duque de Stiria y de Carintia, despues rey de Hungría y emperador. Murió santamente en 8 de Marzo de 1606, despues de haber hecho en la tierra una vida digna del cielo y tan santa como su madre Renata de Lorena, duquesa de Baviera. El jesuita flamenco Juan Decke-

rins pronunció la oracion fúnebre en las exequias de esta princesa en Gratz, la que se imprimió despues.—5.° Felipe nació en Munich el 22 de Setiembre del 1576. Príncipe muy piadoso y sabio, sostuvo tesis sobre toda la filosofía en la universidad de Ingolstad en presencia de su hermano Maximiliano, duque de Baviera, con admiracion de todos los doctos. Fué obispo de Ratisbona, donde fundó un colegio de jesuitas; creado despues cardenal por el papa Clemente VIII, recibió el birrete el 2 de Febrero de 1597. En muchas ocasiones manifestó su piedad, su dulzura y su saber. Siendo cardenal predicó en la iglesia de la la Compañía de Jesus, que habia mandado edificar el duque su padre, con real magnificencia, el dia en que se celebró la primera misa en aquel hermoso y suntuoso templo, una de las maravillas de Alemania, en presencia del clero, de la nobleza y del pueblo de Baviera, que se llenaron de asombro y edificacion ante un tan raro saber y una piedad tan ejemplar. Murió muy santamente el 18 de Mayo de 1598 en el castillo de Achan, casa de recreo del duque su padre, despues de haber recibido con fervor todos los santos sacramentos; el sacerdote que le asistió en su última hora le recitó el salmo XXVI, y al llegar al versículo 27 dijo este príncipe con gran celo estas palabras: *Unam petii à Domino, hanc requiram ut inhabitem in domo Domini; domum Domini, domum Domini cupio, exopto, requiro.* Es decir: He pedido una cosa á mi Señor y se la pediré con instancia; deseo, quiero, pido la casa de mi Dios, la casa de mi Dios. Recibió los honores de la sepultura en la iglesia de nuestra Señora de Munich.—6.° Fernando, arzobispo elector de Colonia, obispo de Lieja, de Munster y de otras diócesis, nació en Munich el 7 de Octubre de 1577.—7.° Leonor Magdalena nació tambien el 7 de Octubre de 1578, y murió el 18 de Abril de 1579, fué inhumada en Ladishut, en la devota iglesia del monasterio de Seldentaal.—8.° Cárlos vino al mundo en 30 de Marzo de 1580, en Munich, y murió en Salisburgo el 27 de Octubre de 1587; fué enterrado en Mont-Saint-Andex.—9.° Alberto de Baviera nació en Munich el 13 de Abril de 1684, fué casado en 1612 con Matilde ó Mahaut de Leuchtemberg, hija de Jorge Luis, landgrave de Leuchtemberg y conde de Hals, de la que tuvo cinco hijos, á saber, una hija María Renata, que vino al mundo en 7 de Agosto de 1616 y murió en 1630, á la edad de catorce años. Era una princesa tan notable por su hermosura como por su virtud. El jesuita Pablo Jehentuel pronunció un discurso fúnebre en Munich, cuando se le rindieron los últimos deberes, y Juan Warin, de la misma Compañía, mandó imprimir ocho elogios fúnebres, que fueron recitados en 1660 en sus exequias celebradas en Munich.—Cuatro hijos varones, Juan Francisco Cárlos, nacido el 10 de Noviembre de 1618, Fernando Guillermo, Maximiliano Enrique y Alberto Segismundo, á los que el Rdo. P. Mateo Raderns, de la Compañía de Jesus, dedicó su *Baviera piadosa.*

10. Magdalena de Baviera, nacida en Munich el 4 de Julio de 1587, casó en la misma ciudad en Noviembre de 1613, con Wolfango Guillermo, conde palatino del Rhin, duque de Baviera, de Juliers, de Cleves y de Neubourg, de quienes fué hijo el príncipe Felipe Guillermo, nacido en Neubourg el 24 de Noviembre de 1615, que casó con la infanta de Polonia Ana Catalina de Wasa, hija de Segismundo III y hermana de Vladislao Segismundo, ilustre heroina que obtuvo en su época grande celebridad. No fué pequeña fortuna para Guillermo, duque de Baviera, llamado *el Piadoso* y *el Prudente*, el tener una mujer tan devota y fecunda como Renata de Lorena; pues, como dice la santa palabra, los padres son los que dan las casas y las riquezas, pero la mujer prudente es con propiedad dada por el Señor. Podia decirse de este príncipe y gran defensor de la religion católica en Alemania que tenia la bendicion que un gran rey, elegido segun el corazon de Dios, describe en los siguientes versos:

Ta femme será de la sorte
Dans les parois de ta maison,
Comme est une vigne qui porte
Force, bon fruit en sa saison,
Et tes fils autour de ta table,
Arranger beaux et verdissans,
Comme la jeunesse agréable
D' un plant d'oliviers fleurissants.

Renata de Lorena, duquesa de Baviera, no fué tan digna de elogio por haber dado al duque Guillermo su marido príncipes que han sido cardenales y príncipes electores, y prudentes princesas, sino todavía más, el cuidado que tuvo de educarlos en el santo temor de Dios y en el celo hácia la verdadera religion, fuera de la cual no es posible salvarse. Ni quiso confiar á ayos ni á ayas la educacion de sus hijos; por esta razon nunca se negó á servir á sus hijos no solo de madre, sino tambien de maestra en el servicio de Dios; y en realidad adelantaron tanto en tan buena escuela, que fueron todos defensores muy celosos de la religion católica, dejando muestras de su piedad y de su liberalidad, no solo en Baviera, sino tambien en Italia y Alemania, en Francia, Lorena y Lieja, donde edificaron y fundaron gran número de casas religiosas. Mas para no descender á mayores particularidades diremos que su afecto era todo para todos, y todo para cada uno de sus hijos, sin manifestar más amor al uno que al otro. Tampoco hacia consistir su amor en acariciarlos y mimarlos, pues se iba tan á la mano en esto, que ni áun los besaba, para mortificar este afecto natural y tierno que tenia hácia

ellos; manifestábase su amor en darles buenas instrucciones, en hacerles adquirir buenos hábitos, en enriquecer sus espíritus con buenas máximas, y sobre todo en hacerles instruir bien en las cosas tocantes á nuestra salvacion. En una palabra, el deseo que tenia de verlos tan bien educados y formados en todos los ejercicios de la piedad cristiana era tan grande, que decia con frecuencia como la reina Blanca, madre de S. Luis, rey de Francia, que hubiera preferido ver morir á sus hijos, que verlos cometer un pecado mortal; así es que los confesores de esta devotísima princesa han dicho con frecuencia que Renata no habia cometido nunca ningun pecado mortal, como se refiere del rey S. Luis y de la reina Claudia; esta buena duquesa se quejaba con frecuencia, sin embargo, de que á su parecer habia empleado mal su vida, y se acusaba de no haber trabajado lo bastante para obtener lo que era perfeccion cristiana, manifestando un extremado dolor de sus pecados, que no consistian más que en ligerezas. Testimonio seguro de la verdadera humildad y de la buena conducta de esta princesa es que dió siempre buenos ejemplos á sus hijos, instruyéndoles más bien con acciones virtuosas que con palabras, como nos enseña S. Gerónimo. Las virtudes de la humildad y de la penitencia son como hermanas gemelas, y los que las practican encuentran en ellas grandes relaciones, á causa de que los humildes conocen sus pecados y los penitentes los lloran; los humildes se degradan y se aniquilan delante de la Divina Majestad á causa de sus faltas, y los penitentes le piden perdon con una grande humildad y ternura. Esta humildad y este amor á la penitencia la hicieron amar y respetar de sus súbditos, que la admiraban como á una santa. En efecto, el cuidado que tanto ella como el duque Guillermo tomaron para hacer instruir bien á sus hijos en todas las virtudes morales y cristianas, obligaban á los pueblos á considerarlos como ángeles más bien que como príncipes. Su dulzura, bondad y afabilidad eran los medios con que ganaban los corazones de todos sus vasallos, y hacian les honrasen no solo estos, sino tambien todos los extranjeros que tenian el honor de saludar ó de acercarse á sus personas. Andrés Victorel elogia al cardenal de Baviera por su bondad y la humildad con que visitaba á los pobres en sus casas, á los enfermos en los hospitales, á los que daba limosna por sí mismo y los asistia cordialmente. Elogia tambien á este gran prelado, digno hijo de Renata de Lorena, porque trataba con mucha facilidad y familiaridad con toda clase de personas. Este príncipe y cardenal habia aprendido la virtud de su madre Renata de Baviera, en cuyo rostro se retrataban tambien la paciencia y la dulzura, la cortesía, la modestia, la afabilidad y la piedad; virtudes que brillaban tambien en todos sus discursos. Manifestó su paciencia en las aflicciones que recibió cuando su hermano Cárlos III, duque de Lorena, vivió en mala inteligencia con su

madre Cristina de Dinamarca, la que se retiró á Tortona en Italia, y murió en Milan el 10 de Setiembre de 1590, á la edad de sesenta y siete años; cuando la llevaron la nueva de la muerte de esta duquesa viuda de Lorena y de Milan; cuando vió morir cuatro de sus hijos, que daban las mayores esperanzas. Entre las gracias con que nuestro Señor acostumbra á enriquecer á sus elegidos, la oracion es indudablemente la primera. Esta duquesa de Baviera obtuvo seguramente este don, y fué maestra excelente en esta virtud, manifestando con frecuencia á sus hijos la necesidad que tenian de ella, pues les decia ser tan útil para obtener todo género de virtudes, como la lluvia para fecundar la tierra. Este es el juicio que hacia de sí un santo monarca en el salmo CXLII, cuando sintiéndose frio decia: *Señor, mi alma está delante de vuestra Majestad como una tierra seca por falta de agua; por lo que os conjuro me oigais pronto, porque siento mi espíritu desfallecer.* Esta piadosa heroina no se contentaba con que sus hijos y sus criados estuviesen bien instruidos por los sacramentos de la confesion y de la comunion por sus padres espirituales; gozaba enseñándolos ella misma, dándoles métodos fáciles para examinar sus conciencias, ó para acercarse con la preparacion debida á la santa mesa. Procuraba tambien que la víspera de la comunion estuviesen retirados algun tiempo más del que tenian por costumbre, que se empleasen con más cuidado y respeto en la oracion y la meditacion. Como nunca está un vicio solo, sino que lleva consigo algun otro como su consecuencia legítima, de la misma manera la virtud no carece nunca de compañía. Así las largas y frecuentes oraciones de esta princesa hacian nacer en ella una excelente modestia y una completa compostura exterior, de manera que puede decirse con verdad que no podia encontrarse nada más arreglado que su vida, de modo que pareció, no solo á sus confesores y directores sino á otras muchas personas tan eminentes por su probidad como por su virtud, haber llegado hasta el punto que puede conseguirlo una mujer en la tierra á la inmutabilidad de los bienaventurados; porque entre el gran número y diferencia de los negocios y personas que iban á verla y saludarla, estaba siempre igual y conservaba invariablemente la misma serenidad de rostro, lo que procedia evidentemente del recogimiento interior que manifestaba de este modo su esplendor exteriormente; pues á ménos de no tener las virtudes profundas raíces en su interior, todo su exterior se hubiese descompuesto y desarreglado en la grande variedad de cosas que la acaecieron unas tras otras, en particular del casamiento de su hijo Maximiliano, duque de Baviera, con Isabel de Lorena, su sobrina, de su hija mayor María Ana con Fernando, archiduque de Cratz, y la conversion del marqués de Bade, primo de su marido el duque de Baviera. La humildad era la guardiana de todas estas bellas y buenas cualidades. Esta princesa era

grande en el cielo delante de los ojos de nuestro Señor y de los ángeles, y en el mundo á los ojos de los hombres; pero muy pequeña á los suyos; su conversacion y sus acciones eran un verdadero testimonio de su humildad, lo que hacia que la pobreza, que es un impedimento para entrar en las casas de los orgullosos, que proceden por lo comun de padres que han dirigido el arado ó ejercido alguna profesion más humilde todavía, fuese la llave para abrir el palacio de esta duquesa de Baviera, princesa descendiente de las casas de Lorena, de Borbon, de Dinamarca y de Austria. El papa Clemente y el Sacro Colegio de Cardenales, los príncipes y los señores romanos, admiraron en 1592 la piedad, la prudencia, la cortesía y demás virtudes de Maximiliano, de Felipe y de Fernando de Baviera, cuando estos tres jóvenes príncipes, hijos de Guillermo y de Renato, duques de Baviera, saludaron á Su Santidad de órden de sus padres. Roma entera manifestó su alegría cuando hicieron su entrada en aquella capital de Italia y de la cristiandad; el pueblo romano los llamaba ángeles, viéndoles visitar las iglesias, los monasterios y los hospitales de esta ciudad con un santo celo, una piedad sin afectacion y una liberalidad digna de las casas de Baviera y de Lorena. Si Roma y la Italia admiraron las virtudes de estos tres príncipes, la Stiria, la Carintia y las Carniola admiraron tambien la piedad de su hija mayor, la princesa Ana María de Baviera, que casó en 1600 con el archiduque Fernando de Austria, que fué despues emperador. Pues la ciudad de Gratz y estos tres ducados recibieron grandes beneficios de la santa vida y prudente conducta de dos princesas de la casa de Baviera, de María de Baviera, archiduquesa, cuñada de Renato de Lorena, y de María Ana de Baviera, archiduquesa tambien, primera mujer del emperador Fernando II é hija mayor de esta duquesa de Baviera Renata de Lorena. El Palatinado de Neuburgo cambió de faz cuando Wolfango Guillermo, conde palatino del Rhin, duque de Baviera y de Neuburgo, se casó con la princesa Magdalena, hija menor de esta duquesa, pues este príncipe abjuró la herejía para profesar la religion católica. Esta virtuosa princesa, digna hija del duque Guillermo y de la duquesa Renata, no quiso casarse con este príncipe de su casa hasta que renunció los errores de los protestantes. Todos los príncipes y princesas de la casa de Baviera habian heredado sus virtudes y en particular el celo hácia la verdadera religion de su padre Guillermo, duque de Baviera, y de su madre Renata de Lorena, recomendables por su grande piedad, pues el duque Guillermo mereció los elogios de los mismos enemigos de la Iglesia por haber seguido las huellas del duque Alberto V en la proteccion de la religion católica. Despues de haber mandado edificar en Munich una hermosa iglesia en honor de Dios y de San Miguel Arcángel, fundado y concluido el colegio de la Compañía de Jesus, renunció el gobierno de su ducado de Baviera en 1597 para retirarse á la so-

ledad con los PP. Jesuitas, donde este héroe, uno de los príncipes más ilustrados de la cristiandad, vivió santamente muchos años hasta 1626, que obtuvo mejor corona habiendo renunciado generosamente la suya para consagrarse completamente á María Santísima, *haciendo á Dios sacrificios de alabanza, porque habia roto sus cadenas.* La duquesa Renata, su esposa, se entregó tambien á la oracion y á la meditacion de los misterios de nuestra fe, no procurando más que el aumento de la gloria de Dios y la salvacion de las almas. Con este objeto enviaba misiones de PP. Jesuitas, que sostenia á sus expensas, á las ciudades y aldeas de Baviera, para predicar, catequizar y confesar á sus súbditos y hacer con los pobres obras de caridad, ya estuviesen sanos ó enfermos, y en particular con los que residian en Munich y otras ciudades de su obediencia. Casi siempre daba de comer á nueve mujeres pobres en honor de las nueve fiestas de la Madre de Dios. Esta santa princesa, tan distinguida por sus prácticas piadosas, fué á recibir en el cielo la recompensa de sus trabajos el 25 de Mayo de 1602, en que se celebraba la fiesta de la Ascension de nuestro Señor. Su muerte fué llorada por su marido y sus cuñados, el príncipe Fernando de Baviera, héroe verdaderamente ilustre en paz y guerra, que adquirió mucha gloria en la de Colonia contra los herejes que sostenian la causa de Guebbard de Truchsez, indigno sobrino del gran cardenal de Augsburgo, que queria destruir el arzobispado de Colonia, habiéndose casado con una canonesa de la casa de los condes de Mansfeld, por medio de un predicador hereje del duque de Dos Puentes. Ernesto de Baviera, arzobispo de Colonia y obispo de Lieja, que habia sido electo para aquella sede despues de la apostasía de Guebbard, de la antigua é ilustre casa de los barones de Obalburgo, y tambien de sus cuñadas María, archiduquesa de Gratz y María Maximiliana, que murió en 11 de Julio de 1614, á la edad de sesenta y dos años, sin haber llegado á contraer matrimonio. Su hermano Cárlos III, duque de Lorena, lloró tambien su muerte, y la hizo en Nancy los últimos honores. Estos príncipes no fueron los solos que llevaron luto por la muerte de esta santa princesa, pues todos sus súbditos la honraron como una santa y aún hoy no hablan de ella todavía más que con grandes elogios, y su memoria es venerada como la de una venerable. Fué sepultada en Munich en la iglesia de S. Miguel, fundada por el duque su marido. — S. B.

RENATO (S.). Ninguna noticia exacta dice Moroni en su *Diccionario histórico-eclesiástico*, que se tiene de la vida de este santo. La tradicion de la iglesia de Angers asegura que fué discípulo de S. Maurilio y obispo de esta iglesia, circunstancia que han negado muchos autores, y que desde esta diócesis pasó al obispado de Sorrento en Italia. Se cree que sus reliquias se hayan llevado desde esta ciudad á la de Angers; pero se ignora en la época que

esto tuvo lugar, sabiéndose de cierto que el cuerpo de S. Renato estaba ya en Angers en el siglo IX, y aún subsiste en la catedral, en donde se venera al santo como patrono en un colateral del altar de la Virgen. Su fiesta se celebra en Angers el dia 12 de Noviembre. — A.

RENATO Chesneau, jesuita. Fué francés, y procedia de una familia no solo distinguida, sino titulada, y por consiguiente de la primera nobleza. Descolló desde luego además de por su talento, que fué clarísimo, por un aplomo en todas sus cosas, que no hubiera parecido natural, si no se hubiese atendido á que en el momento mismo en que fué capaz de reflexionar acerca de su porvenir y demás, fijó su atencion en Dios y en lo que á su santo servicio pudiera conducirle de una manera más directa. Estudió con todo aprovechamiento humanidades en toda su extension, haciéndose familiares los idiomas griego y hebreo, como muy convenientes para cumplir bien con el importante ministerio que iba á tomar á su cargo; tambien aprendió algunos idiomas, porque su padre hubiera querido que se hubiese dedicado á la carrera diplomática, en la cual sin disputa habria hecho grandes cosas, pero que para él carecia de atractivo, pues no la tenia inclinacion alguna; razon por la cual se lo indicó así con el mayor respeto á su padre, que por cierto no se complació cosa en que su hijo se opusiera á su intento, acaso porque por aquel medio concibiera él algunas esperanzas que se hacian ilusorias faltándolas el apoyo. Estudió filosofía, y lo hizo con tal aprovechamiento, que en los públicos certámenes que en su escuela, que fué la muy insigne de Duaria, se tenian al finalizar todos los cursos académicos, mereció el premio y los más justos aplausos, porque se distinguió de una manera verdaderamente notable. Esto halagaba como era consiguiente al padre, y le hacia insistir en su propósito de que su hijo fuese representante de Francia en alguna nacion extranjera; pero Renato, con una energía que le honra, porque á pesar de ella nunca faltó al respeto á su padre, le dijo al concluir la filosofía que eran excusados y enteramente vanos cuantos esfuerzos hiciera para llevarle por otro camino que el que él se tenia ya trazado; que sus miras eran asegurar su salud eterna; que estaba convencido de lo que el mundo vale y da de sí; y que cuanto más lisonjeros sean los halagos con que trata de seducir á los incautos, más peligrosas son estas seducciones mismas, por lo cual lo que habia resuelto era ingresar en la Compañía de Jesus por ser el instituto religioso que más en armonia estaba con sus deseos de no hacer ni obrar nada que fuera su propia voluntad, pues de la propia voluntad al amor propio no hay más que un paso, y el amor propio ha sido la ruina de hombres muy encumbrados en virtud, que lo han perdido todo por dejarse dominar por ese fatal adversario de nuestras almas. Algunas contestaciones mediaron entre hijo y padre, y áun ame-

nazas de parte de éste de que se opondria á los designios de aquel, suplicando á la Compañía le impidiese ingresar en ella; sin embargo, Renato tenia las medidas tomadas de manera que apénas logró salir de su casa, fué recibido en el colegio, ó mejor diremos noviciado de Tournay, donde hizo sus estudios al mismo tiempo que su probacion, habiendo sido hallado tanto en ciencia como en virtud apto para emitir los votos, que hizo en 1605, con verdadera satisfaccion tanto de sus superiores como de sus hermanos, porque todos veian en él una verdadera vocacion, y por consiguiente esperaban con fundamento que no sería siervo inútil, sino aplicado operario que lucraria cuanto pudiese para acrecentar con su trabajo el infinito tesoro del Padre de familias, del que todos sacamos cuanto hemos menester para el eficaz remedio de nuestras necesidades. Tambien en este tiempo recibió las órdenes sagradas con la misma buena disposicion, con idéntico fervoroso anhelo con que habia cumplido lo que le prescribian en el noviciado, con que habia emitido sus votos. Con esto ya estaba en disposicion de ser útil á su querida Compañía, y esta no dejaba de complacerse en poseer en su seno á este distinguido jóven, porque esperaba, y con razon, que trabajaria con grande ahinco en la viña mística para mayor gloria de Dios y bien de todas las almas. Desde luego se habia distinguido mucho por su modo de decir y por la facilidad con que explicaba en frases sencillísimas los conceptos ó ideas más oscuras; pues esto fué motivo para que sus superiores lo mandáran ejercitarse en el importante ministerio de la predicacion del Evangelio. Hízolo tan admirablemente desde la vez primera, que ya en las ocasiones que se le siguieron en que estuvo á su cargo el importante y difícil ministerio de anunciar la palabra de Dios, el concurso fué muy numeroso, y no se crea que cuantos allí iban, lo hacian por su curiosidad; nada de eso, prescindiendo de que Chesneau no predicaba como el mundo quiere, pues si bien es cierto que decia con correccion, buen estilo y alguna oratoria, no era esto lo que llevaba á oirle, era que sabia tocar tan bien los sentimientos, que excitaba afectos que eran siempre provechosos, porque tendian siempre á dar á conocer lo que habia que enmendar en el individuo como en la sociedad, para que una y otra se aplicasen á su enmienda, lo que habia que hacer para que tambien procurasen cumplirlo. Además, como á la excitacion general en el púlpito agregaba esa excitacion particular que hacia á cada uno en el confesonario, donde podia conocer y conocia mejor el flaco de cada cual; los frutos que lograba eran abundantísimos, porque las conversiones eran sobre muy frecuentes, hechas por conviccion, y es claro que lo que se hace por conviccion es mucho mejor que lo que se hace por cualquier otro móvil, por más que este sea santo y muy bueno. Por esto la Compañía, aunque hubiera podido dedicar al P. Renato á mil otros ministerios en cuyo

desempeño hubiera ciertamente demostrado su capacidad grande y su buen deseo, en el cual ninguno le superaba y le igualarian bien pocos; le tuvo sin embargo predicando siempre, porque se veian cada dia nuevos frutos de sus apostólicas tareas. Le mandaron á misionar, y le dieron por campo los montes de la Hannonia, en los cuales conquistó una verdadera celebridad. Es verdad que si se examina su conducta, no podremos ménos de convenir en que fué una conducta ejemplar, y que sus acciones más que su palabra eran la más eficaz manera que él tenia de predicar á Jesucristo. En el ejercicio de toda especie de virtudes se esmeraba en gran manera, y sobre todo su desprendimiento y caridad, su abnegacion y celo eran superiores á toda ponderacion, así es que quienes tenian alguna vez ocasion de tratarle, anhelaban por estar en su compañía y se buscaban pretextos para acercarse á él, no porque esto fuera necesario, porque en verdad no lo era, pues era afable y atentísimo en su trato, sino porque aquellas buenas gentes creian que de esta suerte les era más provechoso su trato. Incansable, pues, en el ejercicio del importante ministerio de la predicacion, fijo siempre en el confesonario para satisfacer las necesidades de los fieles, y al mismo tiempo aplicadísimo en aprovechar los pocos y breves ratos que le quedaban para escribir ó traducir las obras de que despues hablaremos; recorriendo la montaña en que predicaba, ó, diremos mejor, los pueblos de la comarca en que debia ejercer su celo cuasi pastoral, contrajo la enfermedad que en muy pocos dias le arrebató del mundo. Dos cosas hay en este suceso cuyo relato requeria mejor pluma que la nuestra, así que la descripcion que de él hagamos tendrá que ser pálida, descolorida, débil como débiles son nuestras fuerzas. Lo primero que hubo de notarse en tan sensible acontecimiento fué la manera con que Renato se previno á la muerte; él tenia conocimiento exacto de que solo Dios es el árbitro de la vida, y habia ofrecido la suya en servicio del Señor; pues bien, se complació en gran manera cuando supo que sus dias estaban abreviados, y que pronto seria su término el sepulcro. Recogió cuanto pudo sus fuerzas físicas y mentales para recibir los santos sacramentos, y con edificacion de cuantos presenciaron tan imponente ceremonia recibió el santo viático, y despues la extremauncion, oyendo con la mayor atencion y contestando por sí mismo las plegarias de la Iglesia, hasta que rindió su espíritu con el sosiego del justo, con la paz y tranquilidad de los que mueren en el Señor. La segunda cosa notable fué el interés y afan de los pobres moradores de la montaña, en que tanto bien habia hecho con su predicacion, en honrar su memoria y en venerarla, haciendo pública ostentacion de lo mucho en que le apréciaban por el mismo profundo sentimiento que su pérdida les causaba. Esto solo enaltece en gran manera al P. Renato de Chesneau de la Compañía de Jesus, esto solo hace impere-

cedera su memoria; aún resuena con veneracion y respeto su nombre en aquellas montañas; y su memoria no es fácil que se pierda en aquella comarca en que tanto bien hizo con su infatigable celo para predicar el Evangelio. Tampoco perecerá su memoria en el orbe literario; sus producciones estan reclamando el recuerdo que merecen con justicia. En dos conceptos puede considerarse á Renato Chesneau en el orbe literario; como autor, porque hizo la apreciable y por entónces necesaria *Historia de la traslacion del cuerpo del glorioso S. Enrique mártir, desde Roma á los montes de Hannonia*; obra de muy reconocido mérito; y como traductor, porque puso en francés las obras latinas siguientes, de cuyas traducciones no damos más que las fechas por no ser prolijos: *Del deseo de la perfeccion por Juan Crombecio*; año 1615.—*De la elevacion de la mente á Dios por el cardenal Roberto Belarmino*; año de 1616.—*Tratado de la mortificacion exterior por Santiago Alvarez de Paz*; impreso en el año de 1617. Los críticos que han examinado estas producciones del claro ingenio de nuestro buen Chesneau, no saben qué admirar más, si la oportunidad y buen desempeño de la obra original, ó la fidelidad, correccion, exactitud y elegancia de las traducciones, que indudablemente son más difíciles si se han de desempeñar con el acierto y belleza con que estan las de este célebre jesuita; así es que considerando el mérito de una y otra, no dudan ni por un momento en colocarle entre los hombres importantes de su época, porque efectivamente lo era como hemos visto.—G. R.

RENATO Goupil (Hermano), de la Compañía de Jesus. Era francés, y habia ejercido la cirugía de la que era sobresaliente profesor. Cansado del siglo, y con inclinaciones sumamente religiosas, entró en la Compañía, teniendo ya la edad de treinta y cinco años, y ántes de terminar su noviciado fué embarcado con otros Padres para misiones á Nueva-Francia; en aquellos lejanos países trabajó gloriosamente, ayudando á los Padres que predicaban la fe á los gentiles, catequizando y enseñando la doctrina cristiana, pero un dia llegó el caso de que viendo una india, mujer de un cacique, que el hermano Renato habia hecho la señal de la cruz en la frente de un hijo suyo, fué tanta la indignacion y la ira de que se poseyó aquella mujer pagana, que al punto le mandó matar, partiéndole la cabeza con una segur, y el glorioso mártir espiró invocando los divinos nombres de Jesus y de María. Dió pruebas de haber entrado á gozar de la bienaventuranza, pues despues de su martirio se apareció el P. Isaac Yogues, su compañero, glorioso y resplandeciente, en el mismo templo. Se verificó su martirio el dia 5 de Agosto de 1643.—A. L.

RENATO Menardo (P. de la Compañía de Jesus.) Por el año de 1639 habiéndose aumentado considerablemente en el Canadá el número de cris-

tianos, de tal suerte que ya era muy corto el de obreros, para atender á su asistencia espiritual; pasaron con aquel objeto á aquellos países otros tres PP. Jesuitas misioneros, para reforzar y cubrir aquella santa y piadosa falta; pero habiéndose recibido nuevas noticias y muy individuales, de que el número de Padres era todavía insuficiente al objeto, hubo precision y necesidad de dar permiso y licencia entre los muchísimos que con edificacion suma la pretendian á los PP. Renato Menarcio y José Perronio y á otros dos hermanos; la causa de esta mision ya viene dicha, además llevaba el propósito de poner en práctica una buena idea y peticion del Canadá, que suplicaba, que si era posible, se fundase convento de monjas Ursulinas, de aquellas cuyo instituto es la buena crianza y educacion de las niñas; la causa de pedir este utilísimo instituto era urgentísima, porque llevándose el objeto de formar colonia, no era fácil transportar á aquellas remotas tierras doncellas francesas, y mucho ménos sujetos casados, y para reducir á los franceses á tomar en matrimonio á las indias, y para que no tuviesen el menor reparo, el medio más proporcionado se juzgó un colegio de niñas, que criadas cristianamente, y educadas con europeas, se mirasen como alumnas del dicho colegio, donde recibian cierto baño y costumbres de francesas. La dificultad mayor para realizar esta idea consistia en el mucho coste, así de la navegacion, como de la falta de fondos para la fundacion; pero cuando llegan ocasiones semejantes, se ve claramente que cuando los negocios son de la gloria de Dios, Su Majestad facilita los medios, así fué que al primer eco que resonó de esta especie en Francia, quiso ser fundadora y patrona del nuevo convento en el Canadá la señora duquesa de Eguillon, parienta muy cercana del eminentísimo Richelieu, la cual liberalmente aprontó todos los medios necesarios para el flete y manutencion de las señoras y para la fundacion del convento de Quebec, para donde en el dicho año partieron como fundadoras tres señoras, de calidad conocida, las que llenas de valor arrostraron los peligros de tan árdua empresa, llevadas del deseo de domesticar y civilizar aquellas niñas silvestres; favorecidas en la ocasion, de ser asistidas en lo espiritual, y su consuelo en viaje tan dilatado y penoso, por el sabio y prudente P. Renato Menarcio y sus compañeros, logrando el viaje y su vocacion los cuatro referidos jesuitas. Es indecible lo que debió aquel país á la laboriosidad é inteligencia del P. Renato; incansable y lleno de celo religioso, llenó cumplidamente todos los fines que el gobierno y sus superiores se propusieron en aquella tan necesaria y fructuosa mision.—A. L.

RENAUD. Pasaba este arzobispo de Reims en el siglo XI por uno de los más ilustres prelados de la iglesia de Francia en su época. Fué hijo de Bellai II, señor de Montreuil en las fronteras de Anjou, diócesis de Poitiers, y de Griscia, que se casó en segundas nupcias con Geofroi-Martel, conde de

Anjou. Fué hermano de Girauld, jefe de la casa de Bellai, que fué asesinado con otros en Angers un dia de jueves santo. Unia Renaud á su nobleza de sangre privilegiado talento, mucha verdad y profundo saber. Habiendo abrazado el estado eclesiástico, fué nombrado tesorero de la iglesia de S. Martin de Tours. Poco despues de la deposicion de Manasés, primer arzobispo de Reims en 1080, la clerecía y el pueblo acordaron elegir á Renaud para reemplazarle, pero algunos autores dicen que no fué ordenado hasta el año 1085. Ya obispo, libró á su diócesis de los errores y desórdenes que se habian introducido durante el anterior episcopado, y la volvió á su antiguo esplendor, logrando formar una clerecía instruida y muy bien disciplinada. Uno de los medios para conseguir esto fueron los concilios provinciales que reunió. Presidió el concilio en que se trató del restablecimiento del episcopado de Arrás, que se celebró en Reims en 1093, aquel en que Roscelin abjuró sus errores, y el de Mont-Sainte-Marie, cerca de Isimes, en el que se trató del divorcio que el rey Felipe habia hecho con Berta para casarse con Bertrade. Murió este prelado en Arrás el 21 de Enero de 1096, y se conservan de él algunas cartas que hizo imprimir Mr. Baluze en su coleccion de actas concernientes al restablecimiento del obispado de Arrás en tiempo del pontífice Urbano II, segun se manifiesta en el tomo VIII de la *Historia literaria de Francia* por Rivet.—C.

RENAUD, abad de S. Cipriano en Poitiers, es conocido por una carta que escribió á Lanfranc en que le informa de que Berenger acusaba á S. Hilario de haberse equivocado sobre la humanidad de Jesucristo, sosteniendo que no habia sentido los sufrimientos de su pasion. Claudio Mamerto habia hecho en otro tiempo la misma reconvencion á este santo doctor, pero reconociendo que habia sido borrada esta falta por la virtud de su confesion. La acusacion de Berenger recaia sobre S. Agustin, S. Gerónimo, y el papa Gelasio, que han manifestado un aprecio particular por los escritos de S. Hilario. Lanfranc le justifica probando que sus palabras deben entenderse de la naturaleza divina en Jesucristo y no de su naturaleza humana, que este Santo Padre dice en muchos lugares de sus obras haber sufrido verdaderamente. Da como máxima que cuando encontramos algunos pasajes difíciles en los escritos de los Padres recomendables por su saber y sus virtudes, debemos más bien confesar que no los comprendemos, que hacerles decir cosas contrarias á la fe.—S. B.

RENAUD DE AISCHSTEL ó de Eichstet. Este célebre obispo de dicha ciudad en Baviera adquirió su celebridad en el siglo X por haber poseido con perfeccion las lenguas griega, hebrea y latina, y la música. Sucedió en 975 á Starhand en el obispado y murió en 989, dejando, segun Vossius en su *Historia latina*, escritas algunas vidas de santos.—C.

RENAUD DE LANGHAM. Solo se sabe de este religioso por Pitseus en sus *Ilustres escritores ingleses*, que fué fraile franciscano inglés hacia el año 1410. Que adquirió fama de gran teólogo y famoso escolástico, y que escribió unos *Comentarios* sobre el maestro de las sentencias.— A. C.

RENAUD (Andrés). Dice este eclesiástico á la página 347 de su *Modo de hablar la lengua francesa*, de que daremos razon despues, que nació en el principado de Dombes, sin fijar la fecha, súbdito del duque de Maine. Se dice que Renaud entró en la Compañía de Jesus, en la que estuvo quince años, pero no han podido encontrar las pruebas de que así fuese sus historiadores. Lo que sí se sabe de cierto es, que abrazó el estado eclesiástico y que fué ordenado sacerdote. En una de sus obras se denomina á sí propio doctor en teología, pero se ignora de dónde; pasó la mayor parte de su vida en Lyon, en donde murió en 1702, y su talento y erudicion quedó consignada en las siguientes obras publicadas en francés: *Crítica sincera de muchos escritores sobre la famosa varita, que contiene la decision de lo que es necesario creer de ella, con la regla para justificar ó condenar de magia mil efectos que nos sorprenden;* Lyon, 1693, en 12.° obra que dedicó á Mr. Vaginay, procurador del rey en Lyon, y es una censura de la vara de Jacob; de la carta de Chauvin, médico de Lyon, con motivo de la varita adivinatoria ó de virtudes; de la disertacion física de Mr. Garnier, tambien médico de Lyon, referente á la varita inserta en el Mercurio galante de 1693; de la física oculta del abate Vallemont, y en fin de la disertacion física del supuesto talento de Santiago Aymar. Renard termina esta obra con una disertacion titulada: *Décision de ce qu' on doit croire sur la baguette.* Su opinion es, que no hay nada natural en la causa y efectos de las operaciones de la varita. *La mort de chaque jour, ou préparation de chaque jour, ou dernier jour de la vie;* Lyon, 1693, en 16.°—*Manier de parler la lengue française selon ses différents styles, avec la critique de nos plus célébres écrivains, en prose et en vers, et un petit traité de l' orthographie et de la prononciation française*; Lyon, 1697, en 12.° cuya obra dedicó á Mr. Francisco José de Nettancourt d' Hausonville de Vanbecourt, doctor en teología de la facultad de París, consejero y limosnero del Rey, abad de Aignai y despues obispo de Montaubam. Despues suprimió Renaud esta dedicatoria; razon por la que se encuentran pocos ejemplares con ella, á causa de haberle rehusado ciertas gracias aquel su Mecenas. Vése en esta obra que Renaud supo aprovecharse de lo que ántes que él habian escrito otros autores sobre esta materia, y frecuentemente se ve que no hizo más que copiar las relaciones de Aristeo y de Eugenio, la Manera de pensar bien y los Pensamientos ingeniosos, obras del P. Bonhours. Imitó tambien servilmente á otros muchos escritores casi siempre sin citarlos. Sin embargo, se encuentran reflexiones y juicios

propios que merecen mucho aprecio. La manera con que habla de una aprobacion de Mr. Colnade, oficial del arzobispo de Lyon, dada á un libro de Mr. Chomel, cura de S. Vicente de Lyon, titulado: *Recueil de plusieurs lettres familiares d' un curé á un autre*, es muy especial. Tambien publicó: *Doctrine practique du Jubilé et des autres indulgences*; Lyon, 1701, en 12.° El abate Joly publicó la vida de Renaud á la pag. 118 de los elogios de algunos autores franceses.—A. C.

RENAUD (Luis). Nació este religioso dominico en Lyon de Francia en 1690. Fué doctor de la Sorbona, predicador del Rey y gran vicario de Beauvais. Murió en 20 de Junio de 1771, y dejó las obras siguientes: un discurso latino pronunciado en Beauvais con motivo de la exaltacion del pontífice Benedicto XIII el año 1724. *Oraison funèbre du maréchal de Villeroi*, pronunciada en la iglesia de la Caridad en Lyon el 15 de Setiembre de 1730 é impresa en la descripcion de la pompa fúnebre del mariscal de Villeroi; Lyon, 1730, en fólio.—*Oraison funèbre du duc d'Orleans;* París, 1752, en 4.° Los sermones del P. Renaud, segun Abel-Remussat, tuvieron un brillante éxito cuando los pronunció; pero no llegaron á imprimirse, y sin embargo el autor ha conservado la gran reputacion de predicador sublime, título que la impresion hace perder frecuentemente á muchas notabilidades del púlpito.—C.

RENAUD ó Regnault (Valerio). Este jesuita, llamado en latín *Valerius Reginaldus*, nació en 1543 en Usie, poblacion de Pontarlier, de padres pobres. Viendo estos las buenas disposiciones para el estudio de su hijo, á pesar de su pobreza se sacrificaron por que siguiese una carrera. Despues de haber acabado sus estudios en París con mucho éxito, abrazó la regla de S. Ignacio, y fué encargado de enseñar la filosofía en Burdeos. El interés que supo dar á sus lecciones le atrajo un gran número de discípulos, y áun cuando falto de recursos y de libros, hizo callar al profesor de Aquitania, que le atacó imprudentemente con la idea de arrebatarle los discípulos. Sostuvo y áun acrecentó el P. Renaud su reputacion en las diferentes cátedras que desempeñó en Pont-Mouson, en París y en Dole, en donde enseñó durante veinte años la teología moral de la manera más brillante y con tal afluencia de auditorio que de todas partes de Francia, de Alemania y de los Países Bajos, acudian á su catedra por oirle. Murió en Dole el 14 de Marzo de 1623, á la edad de ochenta años, habiéndose distinguido mucho tambien por su piedad. Se conocen de este jesuita las siguientes obras: *Praxis fori pœnitentialis ad directionem confessarii in usu sacri sui muneris*; Lyon, 1620; Colonia, 1622, en 12.°: esta obra ha sido muchas veces reimpresa y traducida al francés por Esteban La Ploncе-Richete, canonigo de Grenoble, en Lyon, 1616, en 8.°—*Tractatus de*

officio pœnitentis in usu sacramenti pœnitentiæ; Lyon, 1618; Mayenza, 1619, en 12.°: tratados que refundió el autor en su gran obra. — *Compendiaria praxis difficiliorum suum conscientiæ*, Lyon, 1618, 1619 y 1623; Douai, 1625, en 12.° Esta obra fué traducida al francés por el P. Santiago Jacquet, religioso carmelita, en Lyon, en 1623, en 12.° Pascal sacó de las obras de este autor, al que llama el P. Reginaldo, muchas proposiciones que presenta como ejemplos de la moral relajada que se reprocha á los jesuitas; pero mayor número de ellas segun Weis ha reproducido en la obra titulada: *Extraits des assertions soutenues et enseignées par les Jesuites*, que atribuye Monsieur Barbier á Roussel de la Tour, ayudado por los abates Minard y Goujet; puede verse en el número 6427 de la segunda edicion del Diccionario de los Anónimos. — C.

RENAUDOT (Eusebio). Este sábio eclesiástico, tan distinguido por sus grandes conocimientos en las lenguas orientales como en la teología, nació en Paris el dia 20 de Julio de 1646 y fué el mayor de catorce hijos que tuvieron sus padres. Todavía niño se conoció en él una aficion decidida al estudio y cuando estuvo en disposicion, á fin de poder entregarse mejor á él, abrazó el estado eclesiástico, que era el que más en relacion estaba con su aficion al estudio de la teología. A este estudio agregó el de las lenguas orientales y particularmente el de las que, como el árabe, el siriaco y copto, podian serle útiles en sus averiguaciones sobre los orígenes de las cosas eclesiásticas. La posicion que ocupaba su padre en la corte le granjeó protectores ilustres, como el príncipe de Condé, los dos príncipes Conti, Bossuet, Montausier y los de Colbert, todos los que le honraban con su amistad, y esto le dió tanta consideracion que Luis XIV, rey de Francia, permitió muchas veces á sus ministros leyesen en su consejo memorias escritas por el sábio abate. En 1689 le abrió sus puertas la Academia Francesa, y dos años despues reemplazó á Quinault en la Academia de Inscripciones. El año 1700 acompañó á Roma al cardenal de Noailles, y asistió al cónclave en que se eligió al pontífice Clemente XI, que se obligó á aceptar un priorato en la Bretaña. A su tránsito por Florencia, fué muy obsequiado por el gran duque de Toscana, y la Academia de la Crusca le confirió el título de asociado. Murió este sabio eclesiástico en Paris el dia 1.° de Setiembre de 1720. Habia reunido Renaudot un gran número de manuscritos orientales, los que dejó legados en su testamento á la abadía de S. German de los Prados desde la que pasaron despues á la Biblioteca del Rey. Sus muchos trabajos sobre la Historia Sagrada del Oriente no le hicieron descuidar del todo la literatura moderna. Estuvo en relacion con los hombres más ilustrados de su época y especialmente con Despreaux, que le dedicó su *Epître sur l'amour de Dieu*. Tuvo á su cargo la edicion de las obras de este poeta con Valincourt. Como

su conversacion era viva, agradable y sazonada con multitud de anécdoctas de que le proveia su vasto saber y lectura, se le admitia con interés y placer en la buena sociedad. Sus cualidades bellísimas manifestaban la bondad de su corazon, y competian con las que procedian de su claro entendimiento. Amigo sincero, lleno de caridad, sus limosnas eran tan grandes y frecuentes cuanto lo permitia su módica fortuna; y vió suprimirse sin quejarse, por el canciller de Voisius, la pension que Boucherat le habia hecho señalar sobre los derechos del real sello. Sus costumbres eran severas y su piedad sólida é ilustrada. Las obras que escribió son las que ponemos á continuacion; todas las que publicó en una edad avanzada á excepcion de la primera. Una traduccion latina, hecha á los veinticinco años, de los testimonios de la Iglesia de Oriente escritos en griego vulgar, en árabe, en copto, en siriaco y en etiopiense, con respecto á sus creencias sobre la Eucaristía. Estos testimonios. que habian sido trasmitidos á Arnauld de Pomponne por Nointel, embajador en Constantinopla, se insertaron en el libro del doctor Arnauld sobre la perpetuidad de la fe.—*Defensa de la perpetuidad de la fe contra los monumentos auténticos de la religion de los Griegos, por Juan Aimon*; Paris, 1708, en 8.°; es una refutacion del libro de este sacerdote delfinés que apostató en Holanda.—*Gennadii patriarchæ Constantinopolitani, Homiliæ de Eucharistiá; Meletii Alexandrini, Nectarii Hierosolymitani, Meletii Syrigi et aliorum de eodem argumento opuscula*, en griego y en latin. Paris 1709, en 4.° Estas obras estan acompañadas de un sabio comentario, y de notas y disertaciones para dar á conocer mejor la verdadera doctrina admitida por la iglesia griega, y refuta muchas veces en ellas las opiniones emitidas sobre el mismo asunto por el sabio Leon Allatius.—*La perpetuidad de la fe de la Iglesia católica tocante á la Eucaristía*, cuatro tomos; Paris, 1711, en 4.°—*La perpetuidad de la fe de la Iglesia sobre los sacramentos y otros puntos que los primeros reformadores tomaron por pretexto de su cisma, probada por el consentimiento de las iglesias de Oriente*; Paris, 1713, dos volúmenes en 4.° Estas dos obras con tienen un gran número de profesiones de fe griegas y de puntos traducidos de los autores orientales.—*Historia patriarcharum Alexandrinorum Jacobitarum à D. Marco usque ad finem sæculi XIII.* Paris, 1713, en 4.° Esta es la obra mejor y la más conocida del abate Renaudot, y la coleccion más completa que se ha formado sobre la historia eclesiástica del Egipto y de la nacion copta. Tomó Renaudot por base de su trabajo la Historia de los patriarcas de Alejandria, escrita en árabe por Severo, obispo de Aschmouncia, continuada por Miguel, obispo de Tanis, por Manhoub, hijo de Mansour; por Marco, hijo de Zaroa, y por un anónimo hasta Cyrilo patriarca setenta y cinco que murió el año 1243. Dice Mr. Saint-Martin, que Renaudot no hizo más que traducir

esta obra en latin, abreviándola algunas veces é intercalando otros muchos hechos esparcidos en otras obras. Es lamentable que Renaudot no haya consultado la historia de los monasterios de Egipto, escrita en el siglo XIV por el monje armenio Abu-Selah, que contiene multitud de curiosos pormenores sobre la historia eclesiástica de Egipto. El abate Renaudot se aprovechó tambien de las obras de Eutychius ibn Batrik, patriarca melchita de Alejandría, de Elmacia, de Gregorio Abu-Ifaradi, de Abu-Ibirkat y de otros muchos escritores, no descuidando tampoco los autores musulmanes y en especial á Makrizy, cuyos escritos son una fecundísima mina para cuanto se refiere á Egipto bajo la dominacion musulmana. Háblase tambien en la misma sobre la Nubia, Etiopía y Armenia, de las que se dan muchas noticias que se buscarian en vano en otras, y el autor ha dado algunas noticias acerca de los príncipes de Oriente con este título: *Epitome historiæ Muhamedanæ ad illustrandas res Ægyptiacas;* pero estan distribuidas cronológicamente en el texto; y en fin, termina la obra con una lista de algunos detalles históricos sobre los patriarcas jacobitas de Alejandría desde Cirilo hasta Juan Tonkhy, que vivia á principios del siglo XVIII. — *Liturgiarum orientalium collectio*; Paris, 1716, dos volúmenes en 4.° Esta obra, sumamente importante para el estudio de la historia eclesiástica, y que fué escrita para probar la perpetuidad de la fe, contiene la traduccion de un gran número de liturgias ó de rituales escritos en lenguaje copto, árabe y siriaco en uso entre los cristianos jacobitas, melchitas y nestorianos esparcidos en diversos países de Oriente. El abate Renaudot añadió otras cuatro disertaciones acerca del orígen y autoridad de las liturgias orientales sobre la de la iglesia de Alejandría en particular, y sobre el orígen, antigüedad y naturaleza de la lengua copta. En la última refuta muchas opiniones emitidas por Kircher Vossius y Ludolf en su Historia de Etiopía. La Historia de los patriarcas de Alejandría y la coleccion de las liturgias orientales despertaron y animaron vivamente contra el autor el celo de los teólogos y protestantes, á cuyos principios atacaba sin ninguna consideracion. El deseo de encontrar la pura doctrina católica en todas partes y en todos los autores áun en los de aquellos de las opiniones más sospechosas, dice Saint-Martin, que le llevó demasiado léjos y que le hizo traducir de una manera demasiado conforme á sus opiniones expresiones un poco ambiguas, por lo cual se le hizo una cruda oposicion y se vió obligado, al ver el gran número de combatientes, á publicar una defensa de ambas obras, en Paris el año 1717, en 12.°—*Anciennes relations des Indes et de la Chine de deux voyageurs mahométans, qui y allerent dans le neuvième siècle*: traducidas del árabe: Paris 1718, en 8.° Son las relaciones de dos viajes emprendidos por comerciantes árabes, que segun la costumbre de sus compatriotas fueron á comerciar al Mediodía de la China en los últimos tiempos

de la dinastía de los *Tang*. Desolado este imperio por las guerras civiles que causaron la caida del trono de esta familia, habia descendido mucho de la grandeza y esplendor en que habia estado dos siglos ántes. El primero de los expresados viajes se refiere al año 237 de la hegira, correspondiente al de 851 de Jesucristo, y el otro al año 264 de la misma era, ó sea 877 de la nuestra, el cual fué hecho por Abu-Zeid Hasan de Siraf. Como estos comerciantes árabes iban á la China por los mares de la India, hablan en sus relaciones de las costas de Malabar, de las Maldivias, de Ceilan, de los Audamans, de las islas Malaisas y del continente indiano desde Malaca hasta la China; pero es difícil conocer y explicar los nombres corrompidos que dieron á muchos puntos. A pesar de los errores y fábulas ridículas producidas por la credulidad, el apego á lo maravilloso y la ignorancia de los autores, contienen estas relaciones muchas interesantes noticias sobre la China, que se conforman con lo que de sí mismos nos dicen los chinos en sus obras, á pesar de que siempre es mejor atenerse á los dichos de los indígenas que á lo expresado por los viajeros, que unas veces por no entender bien la lengua y otras por singularizarse, suelen llenar la relacion de sus viajes de mil suposiciones que les alejan de la verdad. En una palabra, estos viajes son en extremo curiosos; pero no merecen la ciega confianza que les prestó el abate Renaudot. Aumentó este autor á su traduccion notas muy extensas en cuatro memorias muy eruditas y de bastante consideracion, titula las: *Aclaraciones sobre la predicacion de la religion cristiana en la China; entrada de los mahometanos en la China el año* 780; *de los judíos de la China y ciencia de los chinos*. Al publicar su libro el abate Renaudot ignoraba que el original árabe que habia traducido era sólo un fragmento de la célebre obra de Massondi, t tuláda: *Morondj-eddheheb*, fragmento que solo comprendia una copia lacerada del capítulo en que hace este autor la descripcion de la China y de las regiones de la India, que se la aproximan hácia los mares del Mediodía. Comparando Saint-Martin, autor de la biografía de Renaudot, el indicado capitulo de Massandy con la traduccion expresada, advirtió que era la misma redaccion. Como al publicar Renaudot su traduccion, el sabio teólogo descuidó dar á conocer con precision el manuscrito que interpretaba, contentándose con decir ligeramente que pertenecia á la Biblioteca del conde Seignelay, hijo de Colbert, los sabios dudaron por mucho tiempo de la autenticidad de su contenido en algunos puntos, y era tanto más fundada esta opinion, dice Saint-Martin, cuanto que el prefácio y largas notas del traductor dejaban ver evidentemente que pasaba por cuanto allí se decia sin correctivo alguno para corregir inexactitudes y falsedades atribuidas á algunos escritores que han escrito sobre la China, de las que se hacia cargo aquel texto, dando por verdaderos los hechos que se creian falsos. Subsis-

tieron estas dudas hasta el año de 1787, en que Deguignes encontró el texto traducido por Renaudot en un manuscrito árabe de la Biblioteca Real, que perteneció á Colbert, el que señala Saint-Martin con el número 597. Con este motivo Mr. Deguignes insertó una noticia sobre este particular en el primer volúmen de las *Noticias y extractos de los manuscritos de la Biblioteca del Rey*, en la que se ve que este sabio académico se convenció de la fidelidad de la traduccion hecha por Renaudot, pero no conoció que este texto era un fragmento de la obra de Massandy, sobre la que habia dado noticia en el mismo volúmen. Diversas aserciones esparcidas en esta obra en su prefacio y notas, con la idea de denigrar á los chinos, y de poner en duda las relaciones de los misioneros jesuitas y de los sábios que los elogian, atrájeron al abate Renaudot más de una crítica, entre las que se distinguió la del sabio P. Prémaré que se publicó en el tomo XXI de las Cartas edificantes. Poséense de Renaudot muchas memorias que se hallan en los primeros tomos de la coleccion de la Academia de Inscripciones; las que tratan del orígen de la esfera y del orígen de las cartas griegas son poco importantes en el sentido de Saint-Martin, siendo las que más valen las que se refieren á esclarecer las inscripciones de Palmira y el nombre de Septimia unido al de Zenobia. Tambien compuso el abate Renaudot una obra titulada: *Juicio del público y particularmente del abate Renaudot sobre el diccionario de Bayle*, Rotterdam, 1697, en 4.° Hecho este exámen por órden del canciller, cayó en manos de Jurien, que le lanzó contra Bayle. Manifiesta Renaudot en este exámen que Mr. Bayle no conocia á los antiguos por sus obras, sino por las listas de los autores modernos, y que en los artículos de erudicion más esmerados caia en más faltas que las que él mismo criticaba en Moreri, criticándole tambien severamente por las muchas impiedades y hasta obscenidades que se veian en su obra. Justificóse Bayle como pudo sobre estos últimos reproches, pero nada contestó acerca de los primeros, confesando que no habia dado á los verdaderamente sabios más que compilaciones indigestas, esto dice en el Diario de los sabios en el año 1748, y Jurien se encargó de contestarle. Mucho sintió el abate Renaudot verse envuelto en esta querella literaria, y Mr. de Witt, su buen amigo, concertó su reconciliacion con Bayle. Puesto Saint-Evremont de la parte de este filósofo, lanzó en esta polémica una maligna crítica contra el doctor de Sorbona. Además de estos escritos compuso Renaudot diversas obras más ó ménos concluidas, cuya lista de títulos se ve en el Mercurio de Enero de 1731. Entre estas son las principales una historia de Saladino, sacada de los autores orientales; una historia de los Patriarcas de Siria de la secta nestoriana, con el título: *Sinopsis historiæ patriarcharum ecclesiæ Nestorianæ ad annum millesimum trecentessimum*. Un tratado de la Iglesia de Etiopía, en latin; una edicion griega y latina del

Enchiridion de Dositheo, patriarca de Jerusalen. Todos estos manuscritos se han conservado en la Biblioteca del Rey. Mr. Boze escribió el elogio de Renaudot, como puede verse en el tomo V, pág. 384, de las *Memorias de la Academia de Inscripciones de París*, y dan noticia de él Moreri en su gran Diccionario histórico y geográfico, y el P. Niceron en su obra. Cuantos han escrito de este sabio eclesiástico han convenido en que debe contársele entre los ilustres sabios franceses, y entre los hombres más laboriosos de su época.—A. C.

RENDINA (Fr. Gerónimo Maria). Perteneciendo á una de las más distinguidas familias de Italia, y prometiéndose un porvenir muy lisonjero áun cuando no hubiese contado con otras cosas que sus no escasas rentas; pudo este esclarecido varon, que además tenia muy buen talento y suma aplicacion, esperar una posicion ventajosa en cualquier ramo del saber humano á que hubiese dedicado sus afanes. Sin embargo, como hiciese reflexion sobre aquellas magníficas palabras de la Escritura, «De nada le sirve al hombre haber conquistado todo el mundo si deja perder su alma,» puso todo su esmero en procurar á esta no solo la vida sino la perfeccion, para asegurar cuyos resultados trató desde luego de entrar en religion. Vacilante en gran manera estuvo acerca de cuál sería la en que ingresase para cumplir sus santos propósitos, y obtuvo para él la preferencia sobre todas las demás la órden de Predicadores, tanto porque comprendia que su instituto, procurando el bien de los fieles, procuraba al mismo tiempo la perfeccion del religioso, cuanto porque los muchos triunfos que lograban continuamente sobre los más empedernidos pecadores, por el ejercicio de la predicacion, le hacian esperar que tampoco serían estériles los frutos que él lograria con la ayuda del Señor. Muy á mal llevaron sus padres el que tomára esta resolucion, hasta tal extremo que no le dieron su consentimiento, ni áun las sólidas razones con que él trataba de persuadirles de su equivocacion en no consentirle que tomára tan perfecto estado alcanzaron otro resultado sino el de aferrarse más y más en su negativa, lo cual disgustaba mucho á nuestro pretendiente, á pesar de que los superiores de su Orden no vacilaron ni por un momento en recibirle sin este consentimiento de sus padres, porque sabian muy bien y conocian perfectisimamente que su vocacion era verdadera, y que Dios nuestro Señor le llamaba á aquella vida, en la que procurando él su espiritual adelantamiento, no dejaria de dar á la Iglesia y á su esclarecida religion, dias de mucho consuelo y de imperecedero recuerdo. Como habia tanta aversion de parte de su familia, y esta hemos dicho que era de las de más importancia de Italia, creyeron sus superiores que el modo de acallar en su dia las quejas, infundadas siempre, que pudieran tener contra la Orden, si llegaba á saberse que los superiores habian sido muy

fáciles en admitirle á profesion, era el que su noviciado fuera más rigoroso y áun más largo que lo que se acostumbraba, y así se verificó puntualmente, sin embargo que en realidad de verdad ha de decirse que la duracion fué muy poco más del año, porque muchísimo ántes se habian convencido de que era llamamiento de Dios, secundado perfectamente por el novicio, razon por la cual no habria medio de apartarle de su propósito, ni para esto valdrian pruebas de ninguna especie por duras que ellas hubieran de ser, pues para todo da resistencia la gracia, y lo único que pueden lograr esas mismas rigorosas disposiciones de los superiores para probar á sus súbditos, es hacerles sufrir, pero nunca disuadirles, puesto que hechas por Dios las pruebas, Dios ayuda á que se logre su resultado, y todo redunda en su mayor gloria, mejor servicio y más perfecto amor. Concluida su probacion, que llevamos dicho fué más rigorosa de lo que solia ser en la generalidad de los frailes, se le dió la profesion, y despues de ella, segun loabilísima costumbre de la Orden, los sagrados ministerios del subdiaconado, diaconado y presbiterado, á que ascendió con notable consuelo de cuantos le conocian, pues que todos se prometian de él lo que salió, un excelente ministro de la Iglesia, uno de los mejores ornamentos de la sagrada religion de Predicadores, célebre desde su fundamento por los grandes hombres que en toda época la han ilustrado, tanto por su saber como por su virtud, pues que se faltaria á la verdad si se dijese que no habia sido tan grande el crédito de los dominicos en el un concepto como en el otro. Desde luego le dedicaron al púlpito, pues tenia hecha su carrera completa de teología, y demostraba mucha aficion á la exposicion de las santas Escrituras, y fué acertadísimo el giro que se le hizo tomar, porque á su gran erudicion unia un celo por la gloria de Dios, tal que ningun trabajo le parecia molesto tratándose de tan importante fin; una caridad para con sus prójimos, tal que para atraerlos al amor de Dios, en procurar el cual les aseguraba siempre que consistia su dicha, nunca le pareció mucho cuanto hacia, y conociendo bien la miseria del corazon humano, que se deja llevar á las veces de una cosa material la más insignificante, y así arrastrado obra, Fr. Gerónimo dedicaba á remediar las necesidades de sus hermanos cuantos auxilios materiales hallaba á mano, no pareciéndole nunca mucho lo que á este importante fin tenia que sacrificar. Su carácter era sumamente benigno y afable, sin que para él hubiese nunca acepcion de personas, prodigando sus favores á todos conforme eran sus necesidades, pues al paso que para el pobre tenia el alivio material de la limosna, para el rico tenia el consejo, y al par que por este daba el sosiego al espíritu, por aquella prestaba ese tan eficaz medio de llevar los corazones á Dios por el agradecimiento. Bien hubiera querido su Orden aprovechar las excelentes dotes de Fr. Gerónimo para ocuparle en los cargos de superior, que son á la

verdad tan importantes; pero prescindiendo de que su muy profunda humildad no le permitia ser más que otro, y esto lo expuso en las repetidas ocasiones en que le querian nombrar prelado, les retrajo de dedicarle á gobernar algunos conventos, y acaso alguna provincia, la idea de que esta ocupacion le robaria el tiempo para la predicacion; así que prescindiendo del bien particular que indudablemente habria resultado de tan acertado nombramiento, en gracia del bien general que producia el ejercicio de su ministerio, el P. Gerónimo Rendina quedó dedicado única y exclusivamente al púlpito, donde logró triunfos señaladísimos. Incansable en tan penoso ejercicio, le desempeñó casi hasta su muerte, sin haberse nunca mostrado disgustado de su ocupacion, y tratando siempre de cumplir en ella como correspondia á quien desempeñaba tal ministerio solo por el servicio y mayor gloria de Dios. Vió con semblante tranquilo que la muerte le iba á separar del mundo, y recibidos los santos sacramentos, pasó de esta á mejor vida; no se sabe fijamente en qué época, pero sí que florecia por los años de 1715. Quedaron de él las obras siguientes, todas en italiano: 1.ª *Primicias de la elocuencia, oraciones sagradas dichas en diferentes ocasiones*: 2.ª *El valor del glorioso mártir S. Valeriano, principal patrono y protector de la ciudad de Forli*; panegírico que él pronunció en 1710; y 3.ª *La constancia siempre admirable de la santa vírgen y mártir Ferma ó Fermina, patrona de Civita-Vecchia*; cuyo panegírico hizo delante del Santo Padre el año 1719, y fué impreso á expensas de Su Santidad como prueba de afecto al P. Gerónimo María Rendina.—G. R.

RENE ó RENATO, monje, conocido porque S. Agustin, en el libro I de su tratado sobre el alma, le da gracias porque le habia enviado los libros de Victor, y le asegura que no habia hecho en esta ocasion más que lo que estaba obligado á hacer un amigo sincero y leal. «Siento, añade el santo doctor, que no me conozcais todavía. Léjos de quejarme de vos, no me quejo ni áun de Victor. Pues á qué ocultarme que pensaba de diferente manera que yo? Antes bien debia escribírmelo á mi mismo, pero no conociéndome no se ha atrevido ó no ha creido deberme consultar, creyendo sostener una verdad positiva. Ha obedecido á su amigo, quien, segun dice, le ha obligado á escribir; y si en el ardor de la disputa se le han escapado algunas palabras injuriosas contra mi, debo creer que ha sido más bien por la necesidad de sostener su opinion, que con el designio de ofenderme. Pues cuando no conozco la disposicion de un hombre, creo que vale más tenerle en buena opinion, que vituperarle temerariamente. Quizá lo ha hecho por afecto, creyendo desengañarme. Así debo agradecerle su buena voluntad, aunque me vea obligado á desaprobar sus opiniones, y creo que es preciso corregirle con dulzura, en vez de rechazarle con dureza, viendo principalmente que es recien convertido

al catolicismo. Desgraciadamente nos es desconocido el sujeto á quien escribe S. Agustin de una manera tan afectuosa. —S. B.

RENE, sacerdote de la Iglesia romana, conocido por haberle escrito Teodoreto, obispo de Ciro, cuando fué excluido del falso concilio de Efeso con la siguiente ocasion. Eusebio, obispo de Dosilea en Frigia, comprendió en algunas conversaciones que tuvo con el célebre Eutiques, que daba en un error opuesto al de Nestorio, y procuró atraerle á las sanas doctrinas, pero viendo que se obstinaba y se arrastraba á excesos vituperables contra los santos Padres y contra el mismo Dios, avisó á Flaviano de Constantinopla, donde se hallaba situado el monasterio de que era abad Eutiques. Habiendo reunido Flaviano un concilio el 8 de Noviembre de 448, Eusebio de Dosilea, que era uno de los obispos presentes, hizo un escrito que contenia diferentes acusaciones contra Eutiques. Fué éste citado para comparecer delante del concilio, á lo que se negó en un principio, pero habiéndose presentado despues y negándose con obstinacion á reconocer dos naturalezas en Jesucristo despues de la Encarnacion, fué excomulgado y depuesto por el concilio. Queriendo Eutiques defenderse de esta sentencia, obtuvo del emperador la convocacion de un concilio ecuménico en Efeso. Este príncipe hizo á Dióscoro de Alejandría dueño de esta asamblea, de la que excluyó en términos expresos á Teodoreto. Como era amigo de Flaviano, apénas Dióscoro hubo pronunciado la sentencia contra este obispo le depuso tambien aunque se hallaba ausente. Este se quejó al papa S. Leon en una larga carta en que despues de haberle dado muchos elogios, dice que Dióscoro le habia condenado sin llamarle y sin oirle, estando ausente y á distancia de treinta y cinco jornadas. Le refiere detallamente sus trabajos por la Iglesia y sus escritos, en los cuales, dice, se puede ver con facilidad si he observado la regla de la fe ó si me he separado de ella. Suplica al Papa le manifieste si debe sujetarse á esta injusta disposicion. Si me ordenais atenerme á lo que se ha decretado, lo haré, no importunaré á nadie, me atendré al juicio de Dios, quien es testigo de que no me da pena el ultraje hecho á mi honor, sino el escándalo, y que muchos hombres demasiado sencillos, en particular de los herejes convertidos, pueden mirarme como hereje, viendo la autoridad de los que me han condenado y no siendo capaces de distinguir de doctrinas. Esta carta fué llevada por los sacerdotes Hipacio y Abrahan corepiscopos y Alipio, exarca de los monjes de Ciro. Escribió por medio de los mismos diputados á Rene, sacerdote de la Iglesia romana y objeto de este artículo, á Hilario arcediano y á un obispo llamado Florencio. Pidió al mismo tiempo al patricio Anatolio le obtuviese del emperador el permiso de ir á Occidente para ser juzgado por los obispos del pais, ó al ménos retirarse á su monasterio. Habiéndole permitido esto, se retiró, segun parece, á su monas-

terio cerca de Apamea; no puso sin embargo obispo en su lugar y ni el pueblo de Ciro, ni los obispos de la provincia se dieron el trabajo de buscar otro. Fué tambien muy corto el tiempo que medió desde la salida de Teodoreto de Ciro, lo que no se verificó ántes del año 450, hasta la muerte de Teodosio, el Jóven, acaecida en 29 de Julio del mismo año. Habiéndose hecho entónces Marciano dueño del imperio por su casamiento con santa Pulqueria, hermana de Teodosio, dió una órden particular para llamar á los obispos que habian sido desterrados con S. Flaviano por la defensa de la fe católica. Teodoreto fué llamado expresamente, segun se deduce de sus cartas de accion de gracias á las principales personas del imperio, que habian influido en su vuelta. Habiendo sido bien recibida del Papa su diputacion, obtuvo su restablecimiento en el episcopado, sin que se tuviese en Roma miramiento alguno con el juicio de Dióscoro. Verificóse esto ántes de la celebracion del concilio de Calcedonia, que mirando la sentencia del Papa en favor de Teodoreto como la sentencia de Dios, le recibió como enteramente exento de herejías. Todavía existe la carta que escribió Teodoreto á René en que le suplica con muchas instancias obtenga del Papa una órden para obligarle á ir á Roma á dar cuenta de sus doctrinas; pues la Santa Sede posee, dice, la preeminencia sobre todas las iglesias del mundo, y esto por un gran número de títulos, en particular por la pureza de su fe que no se ha manchado nunca con ninguna herejía, y en la que no se ha sentado ninguno que no haya conservado intacta la fe y la gracia apostólica. Protesta que nunca ha enseñado nada en contrario, que como nunca ha conocido más que un Padre y un Espíritu Santo, tampoco ha reconocido más que un Hijo que se hizo carne por nosotros, y que es el mismo que es el Hijo de Dios y el Hijo del hombre: Hijo de Dios porque fué engendrado por Dios, é Hijo del hombre á causa de la forma de esclavo segun la cual nació de la raza de Abrahan y de David. Estos acontecimientos y la parte que tomó en ellos nuestro protagonista se encuentran referidos de la siguiente manera en la historia del papa S. Leon. El concilio, cuyas consecuencias temia Flaviano, fué convocado para Efeso para el 1.° de Agosto del año 449 á peticion de Eutiques y á solicitud de Dióscoro y de Crisafo. S. Leon, invitado por el emperador Teodosio, para que se encontrase en el concilio, resolvió enviar legados que asistiesen en su nombre, pero hasta que tuviese lugar su partida, escribió á Flaviano para acusarle el recibo de sus cartas y decirle que le responderia más extensamente por el que se las habia traido. Esta carta es de 21 de Mayo de 449. El 25 del mismo mes contestó á la que le habia escrito el emperador relativa á la convocacion de un concilio en Efeso. Suplica á este príncipe le mande reunir en Italia, y le promete que en este caso cesarian bien pronto los escándalos, y la paz, al mismo tiempo que la fe, reinaria en todos sus estados. No habiendo

querido Teodosio cambiar el sitio de la reunion del concilio, escribió S. Leon una segunda carta á Flaviano, fechada en 13 de Junio, y sacada completamente de la doctrina del Evangelio y de los Apóstoles, en que se explica detenidamente lo que debia creerse sobre el misterio de la Encarnacion. Escribió tambien otra carta al concilio de Efeso y á diferentes personas, en particular á la emperatriz Pulqueria. En la del emperador le manifestaba que enviaba sus legados al concilio, los cuales eran: Julio, obispo de Pouzzolo; Rene, sacerdote del título de S. Clemente; Hilaso ó Hilario, diácono, y Dulcidio, notario. El concilio, que habia sido convocado para 1.° de Agosto, no se celebró hasta el 8, presidiéndole Dióscoro de Alejandría segun la órden del emperador. Eutiques fué admitido á defenderse, declarado absuelto y restablecido en la comunion de la Iglesia. Se dió por el contrario una sentencia de deposicion contra Flaviano, á que suscribieron todos los obispos excepto los legados del Papa. El diácono Hilario se escapó de Efeso con gran trabajo, y volvió á Roma por caminos poco frecuentados, temiendo la violencia de los emisarios de Dióscoro. Llegó á últimos de Setiembre, algunos dias ántes de la celebracion del concilio, que se acostumbraba reunir todos los años á principios de Octubre. Informado el Papa por Hilario de la irregularidad del concilio de Efeso, se quejó al emperador, manifestándole que si no se borraban las suscriciones que se habian hecho á voluntad de Dióscoro, los misterios de la fé cristiana se hallaban enteramente destruidos. Se quejó tambien á Pulqueria, porque su carta á Flaviano no se habia leido en el concilio de Efeso, y suplica á esta princesa apoyase cerca del emperador la peticion de un concilio universal. Teodoreto, que habia sido excluido y depuesto en el de Efeso, presentó sus quejas á S. Leon, que le repuso en el episcopado y le admitió á su comunion en calidad de obispo, sin miramiento alguno á la sentencia de Dióscoro, como con más extension hemos referido en otro lugar. En cuanto á René es sabido que murió en el camino sin tomar por lo tanto ninguna parte en estos sucesos.—S. B.

RENEAULME (Pablo Alejandro de). Perteneció este eclesiástico á una familia francesa muy distinguida en el estudio de las ciencias naturales, y de noble origen, pues que era de una de las principales casas de Suiza y de las más ilustres por sus alianzas. Nació en Blois en 1672, y habiendo hecho todos sus estudios con el fin de dedicarse al servicio de Dios en la carrera eclesiástica, entró en la Orden de canónigos regulares de Sta. Genoveva de París. Sus conocimientos y simpatías no tardaron en elevarle á prior de Marchenoir, diócesis de Blois, y despues de Thervy, á tres leguas de Chartres, en donde murió en 1749. El gusto á las ciencias parece que fué innato en esta familia, los antecesores de Pablo fueron excelentes en la medicina, y en el espacio de más de dos siglos la ciudad de Blois poseyó cinco mé-

dicos famosos del apellido de Reneaulme, cuyas obras han consignado su ciencia y saber, dejando en preciosos escritos monumentos de su vasta erudicion, de sus trabajos y de su constante estudio, como podrá ver el que lo desee consultando el largo artículo que dedica Moreri en su gran Diccionario histórico y geográfico á esta noble y notable familia. Siguiendo Pablo Alejandro el estudioso y laborioso ejemplo que le legaron sus antepasados, se entregó al estudio de la historia, de la botánica y á la medicina, ciencia esta última que solo ejerció con los pobres. Dejó una respetable memoria como hombre benéfico, y sus escritos históricos y literarios empezaron á adquirir grande interés. Dado el impulso por los sabios Benedictinos de la congregacion de S. Mauro, en su Historia literaria de Francia, y en otras obras de no menor importancia, concibió Reneaulme el proyecto de una *Biblioteca universal*. Su designio era tan inmenso y anunciaba tan extensa erudicion y conocimientos tan extraordinarios y generales, que la vida sola de un hombre no bastaria para ejecutarle. Se llegó á imaginar que su celo duplicaria sus fuerzas, y no calculó en la accion del tiempo. Reunir en una sola obra por órden alfabético y cronológico los nombres de todos los autores que han escrito en todas las lenguas, averiguar su país, su edad, una noticia de su vida, títulos de sus obras impresas y manuscritas, número de las ediciones, traducciones, y hacer el análisis de estas obras, fué el plan que se propuso Reneaulme. Más de veinte años llevaba empleados en esta inmensa obra, cuando publicó su proyecto en 1738, anunciando la obra con el título: *Essai d'une bibliotheque universelle*. Los tres primeros volúmenes, en fólio, estaban ya preparados para su publicacion, y muy adelantados los demás; pero trabajo tan interesante, que hubiera sido sumamente útil, deseado hacia mucho tiempo, y que jamás ha podido ejecutarse, solo es conocido por el prospecto ó proyecto, pues que no llegó á empezarse la publicacion, porque debilitada la salud del autor, no le permitió continuar sus tareas, que quedaron en los cimientos á su muerte. Dejó Reneaulme una copiosa y bella biblioteca, que pasó con todos sus manuscritos á los canónigos regulares de S. Juan de Chartres. El proyecto de la biblioteca universal, dice Mr. Herison, parece haberse tambien perdido, ó haber sido transferido á la biblioteca de Santa Genoveva. Fué hermano este ilustrado eclesiástico de Miguel Luis Reneaulme de la Garance, médico famoso de Blois, y excelente botánico, amigo y discípulo del célebre Tournefort, y nieto del no ménos famoso médico y botánico, tambien de Blois, Pablo de Reneaulme, que se hizo un nombre tan distinguido como respetable entre los sabios naturalistas.—B. C.

RENERIUS (Fr Gisando ó Girando), religioso dominico natural de la Rochela en Francia, donde tomó el hábito y profesó, viviendo hasta cerca del

año 1380 ó 1390. Escribió una obra, que ha quedado manuscrita, y citan Quetif, Alba y Echard, en la forma siguiente: *Incipit Tractatus Fratris Girandi Renerii Parisiensis in sacra Theologia magistri de Conceptione Virginis gloriosæ contra corruptores dictorum Sanctorum Ecclesiæ, ac etiam Sacræ Scripturæ.*—S. B.

RENGEL (Alfonso), franciscano. Hallándose en la India, escribió una obra singular, á saber: *Gramática doble para aprender el idioma mejicano y la lengua otomina.* Tambien escribió *Sermones para todo el año*, en idioma mejicano; obras entrambas que serian utilísimas en la actualidad que se ha despertado tan grande aficion á las lenguas; y se ocupan muchos sabios en el estudio comparativo.—M. N. y S.

RENGIFO (Santiago García de). Este jesuita español fué regente en el colegio de Avila, y publicó con el nombre de Diccionario, *el Arte poética español* en lengua vulgar; en Salamanca, el año 1592, en 4.° Esta obra fué muy alabada en su época, y áun despues, y especialmente por M. M. de Port-Royal en la parte de su Gramática española que se refiere á la poesía. Baillet la alaba tambien en su *Juicio de los sabios* sobre los autores del arte poética.—A.

RENIER (Miguel), protestante de Caen, convertido hácia 1630 con seiscientos compañeros. Véase Renard.

RENIERES de Sedan, minstro protestante, que se convirtió al catolicismo hácia 1655, despues de haber sostenido una larga lucha con los controversistas que trabajaron en su conversion, pues en extremo versado en las sagradas Escrituras, oponia textos y sostuvo sus opiniones hasta que atacado en sus últimas trincheras, y no teniendo argumentos que oponer á los de los católicos, se rindió á discrecion abrazando las opiniones de los católicos, y siguiendo nuestra fe con el mismo entusiasmo y celo que habia sostenido la de Calvino. Deseoso de mayor perfeccion, tomó el hábito de la órden de Predicadores, en que fué un modelo de buenos religiosos, distinguiéndose en toda clase de actos de piedad. Consagró la mayor parte de su vida á la predicacion, procurando ganar con su ejemplo muchas almas para el rebaño de Jesucristo, lo que consiguio gracias á sus continuos esfuerzos, exponiéndose en más de una ocasion á perder la vida, pues se veia perseguido por sus antiguos correligionarios, que le miraban con tanto odio como afecto le habian profesado anteriormente. Mas firme en su propósito, que nunca abandonó, y despreciando toda clase de peligros, continuó en sus predicaciones y polémicas con los partidarios de los errores de Calvino, cuyas máximas conocia á fondo lo mismo que el modo de vencerlos con mayor facilidad, causa por la que huian ya de su presencia, negándose á entrar en controversia con él, seguros de que serian vencidos. Renieres tuvo por este motivo que apelar

á diferentes medios, disfrazándose y yendo á buscar á las ovejas descarriadas al mismo rebaño de los lobos. Vigilantes sus pastores consiguieron descubrirles alguna vez, mas él consiguió burlarlos, no volviendo nunca á su convento sin haber conseguido algun triunfo notable, ganando alguna alma para el rebaño de Jesucristo. Inútil es decir la estimacion que por este motivo se granjeaba entre sus hermanos, todos los cuales le obsequioban, é ideaban diferentes medios para retenerle á su lado. Pero convencido él de que su mision era corresponder al llamamiento de la gracia, atrayendo á otros al mismo camino á que él habia sido atraido, se separaba siempre de su lado para continuar sus penosas tareas, sin que la edad ni los achaques le separasen de sus santos designios. Murió en medio de una de sus gloriosas empresas, que si bien no pudo llevar á cabo, dejó puesta la base para que la terminaran sus hermanos.—S. B.

RENNEL (Buenaventura). Fué hijo este religioso de Guillermo de Rennel, segundo de este nombre en la ilustre casa de los de este título de Picardía, que se establecieron en la Lorena, en tiempo del duque Antonio, cuya familia ha sido siempre muy bien considerada por los soberanos, por lo que han ocupado frecuentemente los principales puestos del estado. Fué el abuelo de Buenaventura de que tratamos, señor de Beaulieu, y capitan de las ordenanzas del rey Cárlos VII de Francia, y casándose en 1415 con Alixia, hija de Thiebaut de Soissons, señor de Monreul, gobernador de Bolonia; y su padre, hijo de estos, tuvo el mismo destino que el anterior con el rey Luis XI, y casó en 1445 con su prima Isabel de Hangest, hija de Juan, señor de Genlis, y gobernador de Chaulay, y de María de Sarbruche, cuyo sexto abuelo, Simon conde de Sarbruche, tuvo por mujer á Loreta, hija de Ferri, duque de Lorena, y de Ines de Bar. Dedicado Buenaventura Rennel al estado eclesiástico, consta que en 1481 era fraile profeso de la estrecha observancia de la órden de S. Francisco. Fué elegido este noble religioso por tres veces provincial de su Orden, y confesor de los duques de Lorena, Antonio y Francisco. Murió en Nancy de vejez el dia 24 de Enero de 1547.—C.

RENNEL (Buenaventura). De la familia noble del anterior, fué hijo de Buenaventura Rennel, segundo de este nombre, paje que fué del duque Antonio, con el que fué educado, y gentilhombre del duque Nicolás de Lorena; y de Francisca de Boyfleawe, señora de Barde, San Martin y Malocurt. Habiendo abrazado la carrera eclesiástica, fué canónigo y dean de San Dies. Murió el 3 de Diciembre de 1621, á la edad de cincuenta y tres años. A esta ilustre familia pertenecieron tambien los siguientes personajes, dedicados á la Iglesia. Claudio Rennel, religioso de la órden de S. Benito, que nació el 19 de Diciembre de 1632, y murió el 23 de Agosto de 1668. María Francisca,

religiosa dominica en Nancy, que nació el 24 de Enero de 1633, y murió el 2 de Setiembre de 1676. José Ignacio, que nació el 14 de Octubre de 1693, que fué prelado doméstico del Papa, referendario de las signaturas de Gracia y Justicia, canónigo y chantre mayor de San Dies. Cárlos Francisco, camarero de honor del Papa, canónigo y chantre mayor de San Dies, que nació el 2 de Julio de 1696. Y por último, Juan José Rennel, que murió canónigo de la misma iglesia de San Dies el 20 de Marzo de 1736.—C.

RENNES (Bricio de). Sin que se sepan los antecedentes de este hombre, que prestó indudablemente grandes servicios á la Iglesia y á las letras, no cabe duda en que perteneció á la numerosa familia de los hijos de S. Francisco, y que su profesion fué de capuchino. Nos dicen las crónicas de su respetable Orden, que desde que tomó el santo hábito se hizo conocer por la exacta observancia de los más menudos preceptos de sus superiores, por su profundísima humildad, y porque á un grande ingenio con que el Señor le dotára, él por su parte agregaba suma aplicacion, habiéndose dedicado con especial predileccion á los estudios filológicos y al de las sagradas Escrituras, tanto en sus intérpretes como en sus comentaristas, sin que por esto dejára de estar mucho más que medianamente versado en la sagrada teología, y principalmente en la parte moral, pues decia ser esta la más importante en cuanto tenia la más directa aplicacion. Dicho se está que como hijo de obediencia, tenia que estar á las órdenes de sus superiores, sin ser el árbitro de escoger la especie de trabajos apostólicos á que habia de dedicarse, por lo que conociendo sus superiores cuán provechosa sería su cooperacion para las misiones de Palestina, le mandaron allá por los años de 1630 poco más ó ménos. Es claro que cuando los superiores, y mucho más superiores tan mirados como lo han sido sido siempre los de los capuchinos, mandan ó destinan á un sujeto para un cargo, es porque vale muy mucho para él, y en su desempeño ha de corresponder exáctamente á los intentos de los que se le confian: en efecto, así sucedió con nuestro P. Bricio. Es verdad que hasta entónces, quiero decir hasta que le mandaron á misionar, poco, muy poco habia hecho por darse á conocer, mas no por esto estaba oculto su mérito, pues en las aulas y en las demás ocasiones, que nunca les faltan á los superiores, se habia visto más que suficientemente cuánto valia y lo que de él podia esperarse. Y su mision no se crea que esperó á comenzar cuando se hallaba á la vista de los infieles, no, desde el momento de su embarque empezó, y empezó fructificando, pues no solo entre la gente de mar, sino entre los tripulantes y áun sus hermanos mismos, impuso de cierta manera, pues con su recogimiento, con su abstraccion completa de las cosas que no eran Dios ó su servicio, como que les obligó á

portarse con más comedimiento, ó dirémos mejor, á la perfeccion, pues era imposible no procurar ésta al lado de un Señor, cuyo atractivo, dulcísimo á la verdad, encantaba y era superior á todo encarecimiento. Y no se crea que era para su trato con los demás esquivo ni intolerante, léjos de eso, muy atento, si no queremos decir delicado; muy cortés, y muy condescendiente, teniendo para todos los demás tanta laxitud, tanta tolerancia y condescendencia, cuanto para sí era de rígido, de austero y de mortificado. Iba de superior de los religiosos de su Orden, que marchaban á engruesar aquella santa mision, siempre importante y siempre necesaria, y su táctica fué no reprender á ninguno de los súbditos, bien es verdad que no daban lugar á ello, sino atraerlos por su ejemplo, medio más fácil y de un éxito mucho más seguro. Una vez constituidos en la casa principal de Palestina, el P. Bricio Rennes se puso á las ordenes de sus superiores con la misma sumision que hubiera podido hacerlo el último novicio, sin consentir de modo alguno se guardase con él la más mínima atencion; y rogando á sus superiores le considerasen como el último de la comunidad. En este concepto, y á sus repetidas instancias, eran para él los cargos más penosos del convento, dándose siempre por muy satisfecho, cuando cumpliéndolos podia hacer algo, ya por sus hermanos los religiosos, ya por sus queridos los indígenas, pues no puede á la verdad decirse de seguro á quiénes tendria en más estima. En cuanto llegó, comenzó á estudiar el idioma del país, y lo poseyó de una manera tal, que los mismos naturales se asombraban de que hubiera podido vencer á tan poca costa las dificultades de que abunda. Así que muy pronto pudo dedicarse al importante ministerio de la predicacion, y muy pronto pudieron verse los frutos de su trabajo, porque desde los primeros sermones supo captarse de tal manera la benevolencia de aquellos indígenas, que ellos mismos se avisaban unos á otros para tener la complacencia de oir á este Padre tan respetable. En la catequesis era tambien muy afortunado, porque eran muy pocos los que se acercaban á él sin que sacase partido de ellos, por lo cual, aunque era para él mayor trabajo, iba siempre delante de los misioneros cuando tenian que pasar de un punto á otro, abriendo, por decirlo así, camino, y disponiéndoles para que quedasen satisfechos con el que él les dejaba en lugar suyo; porque como era tan autorizada su voz y tenia con aquellos pobres ignorantes tanto atractivo y tanta influencia, bastaba que él les dijera que quien les seguiria instruyendo lo hacia en su nombre y representacion, para que ellos quedasen contentos, por cuyo medio se adelantaba mucho en la conversion de aquellas gentes. Es cierto que él tenia para con ellos un atractivo especial, y que las limosnas que podia recoger las empleaba en su beneficio, viniendo así á ser el auxilio material un medio de obligarles á buscar el auxilio espiritual,

pues que lo otro era como el pretexto, verificándose así el que aquellas pobres gentes, alentadas por lo material que conocian, iban como por la mano á lo sublime que no conocian. Imposible parece que el tiempo prestase tanto de sí á nuestro incomparable Rennes. Además de la gran parte de él que tenia que gastar en las catequesis y predicacion de los infieles, además del no poco que empleaba en la oracion, rezo del oficio divino, que nunca omitió, y en el cumplimiento de las demás obligaciones que tenia como religioso, tuvo lugar de traducir para uso de la iglesia oriental, entre otras cosas, estas dos obras que imprimió la santa Congregacion de la Propaganda Fide: *Epitome annalium ecclesiasticorum cardinalis Baronii;* obra que puede decirse es un compendio completo de historia eclesiástica, en el cual se da razon de todos los acontecimientos más notables ocurridos en todas partes y que han tenido alguna importancia; y el *Epitome annalium Veteris Testamenti Jacobi Salianio, ab Adamo usque ad Christum;* obra no ménos importante, y que sirviendo de precedente á la antes citada, hace que con ambas tengan á la mano en un griego correcto y muy claro los orientales todo lo que han menester para el conocimiento exacto y conveniente de la disciplina de la Iglesia y sus relaciones con las antiguas prescripciones y legalidades; con lo cual abreviaban muchísimo el estudio y llegaban á conseguir muy pronto el imponerse en cuanto es conveniente á un eclesiástico, para poder terciar con los inteligentes en la historia profana, y darles razon de muchos de los puntos en que ella quiere, ó hacer un cargo, ó imputar imperfecciones á la marcha y disposiciones de la Iglesia. El haber visto el acierto con que desempeñó el P. Bricio Rennes tan delicados trabajos, y lo provechosos que ellos fueron, apénas llegaron á conocerse, fué lo que indujo á la congregacion de la Propaganda Fide á nombrar á este hombre tan hábil en filologia y en lenguas orientales, para que en union de otros no ménos sabios que él llevasen á cabo la importante obra de publicar una Biblia en árabe, que no tuviese defecto alguno capital, por el cual se pudiese dudar de su catolicidad. Que siempre preside á estos nombramientos para cargos que á la verdad son muy delicados un acierto extraordinario, lo demuestra hasta la evidencia el del sujeto que nos ocupa, pues sobre muchísima inteligencia tanto en el árabe como en el hebreo y griego, y sobre una gran facilidad en notar hasta las más ligeras imperfecciones de las tres lenguas, tenia en su abono el haber leido una gran porcion de intérpretes, y no como quiera, sino los más acreditados, aquellos de cuya buena fe é inteligencia no puede dudarse, y que adheridos siempre á la santa Iglesia como á muro inexpugnable, han tenido como la más temible de las desdichas el poder equivocarse en órden á la fe y costumbres, y por consiguiente el mayor reparo en que su doctrina fuese siempre pura, y sus interpretaciones sujetas al parecer de la

Iglesia, á la cual como infalible se sometian, protestando, como no podian ménos, su insignificancia comparativamente á tan gran maestro. Todas estas tan especiales circunstancias de nuestro P. Rennes, luego que fueron conocidas por los otros compañeros suyos de comision, les obligaron, ó más bien les resolvieron á dejarle á él solo el cargo de dirigir todos los trabajos conducentes al mejor éxito de la empresa que se les encomendára, y en efecto la Biblia salió perfectamente impresa; tanto la Propaganda como los sujetos para quienes se destinaba, quedaron muy satisfechos, y así ya hubo un texto árabe que poner en manos de aquellos indígenas, que no tuviese el peligro de estar adulterado, como desgraciadamente sucedia con los que tenian á mano, procedentes en su mayor parte de Inglaterra. El P. Bricio estaba satisfecho, porque habia agradado á los superiores, mas no quiso nunca que se supiese habia sido obra exclusivamente suya la tan celebrada edicion, que salió á luz por los años de 1671, y desde cuyo tiempo comenzó el Padre á sufrir mucho, especialmente de la vista. Con una conformidad heróica llevaba las molestias que son consiguientes á una ceguera casi completa, y á pesar de su estado, nunca se excusó del cumplimiento de su ministerio importantísimo, ántes bien se prestaba al trabajo que nadie queria, á enseñar los niños, con los cuales pasaba la mayor parte del dia. Vino el en que el Señor le llamaba para sí, y como él lo conociese ó más bien lo supiese por su superior ilustracion, quiso prevenirse para tan terrible lance con todos los auxilios que nuestra santa religion presta á sus hijos en tan críticos momentos; y haciendo le administrasen los santos sacramentos, que recibió con extraordinario fervor, recitadas por él mismo las preces de la Iglesia, segun el ritual de su Orden y sobre su pobre tarima, en medio de sus hermanos, que lamentaban su pérdida, aunque confiaban que pasaria á mejor situacion, falleció el P. Bricio de Rennes, capuchino y misionero, tan observante como sabio, y que si en la república de las letras adquirió un buen nombre como filólogo, en los fastos de su religion le alcanzó como religioso muy perfecto.—G. R.

RENNES (Guillermo de), religioso dominico llamado en latin *Redonensis* y algunas veces tambien *Celdonensis*, *Cerdonensis*, *Credonensis ó Geldenensis*, como si *Geldenacum ó Indoigese* en el Brabante hubiese sido la patria del personaje de que aquí se trata. Vicente Bandello le llama *Metensis episcopus* y Pedro de Alba para corregir esta falta sustituye á *Metensis*, *Mimatensis*, lo que tiende á confundir á este Guillermo, bastante oscuro, con el célebre Guillermo Durando, obispo de Mende. Fabricio y Quetif en particular han corregido estos errores y dado á conocer distintamente á Guillermo, natural de Rennes en la Bretaña, dominico en Dinan á mediados del siglo XIII y autor de un *Apparatus in Summam sancti Raymundi de Pœnitentia et*

Matrimonio, obra impresa más de una vez con la Suma de S. Raimundo de Peñafort. Sin embargo, una de las ediciones de esta obra, la que fué publicada en Roma en 1603, en fólio, atribuye el *Apparatus* al Padre dominico Juan de Fribourg, llamado el Lector teutónico; y para convencerse de que pertenece en realidad á Guillermo, es necesario recorrer las épocas en que escribieron Raimundo y Juan el Lector. Siendo el dominico catalan Raimundo de Peñafort conocido ya en esta obra por la biografía que de él ha escrito una bien cortada pluma, nos bastaria con decir que nació en 1177 en el castillo de Peñafort, que entró en la órden de Sto. Domingo en 1222, que hizo para la instruccion de los confesores una recopilacion de los casos de conciencia, intitulada *Suma de la Penitencia y del Matrimonio*; que en 1235 concluyó una *Coleccion de Decretales*, emprendida por órden de Gregorio IX, continuacion en cinco libros de la de Graciano, en que se hallan distribuidos por órden de materias los decretos de los papas y de los concilios posteriores al año 1150; que en 1238 fué elegido tercer maestro general de su Orden, que abdicó esta dignidad en 1240, que murió centenario en 1275, y que la inscripcion de su nombre en la lista de los santos ha contribuido á aumentar la autoridad de su Coleccion de Decretales. Juan el Lector es mucho ménos célebre. Tomó el hábito de los PP. Predicadores á últimos del siglo XIII, y murió en 1314, dejando algunos escritos en cuyo número no debe contarse el *Apparatus in Summam Raymundi*, como se va á probar. Muchos manuscritos, algunos de los cuales estan reconocidos como anteriores al año 1260, daban expresamente el nombre de *Redonensis* al *Apparatus* puesto á continuacion de la Suma de Raimundo. El de la Sorbona, legado por Roberto Sorbon, concluido de consiguiente ántes de 1241, designaba al autor de la glosa con la letra inicial *W* de *Wilhelmus*. Vicente de Beauvais, muerto en 1264, cuando debia ser muy jóven todavía Juan el Lector, ha insertado en los títulos IX y X de su *Speculum doctrinale* algunos extractos de la Suma y del *Apparatus*, extractos que distingue con los títulos de *Raimundus*, *Frater Guillelmus*, *Wilhelmus* ó *V*, añadiendo algunas veces la palabra *Redonensis*, fácil de reconocerse todavía en las sílabas *Rodon*, que han impreso inexactamente los editores de Douai. Una prueba más decisiva es la de Juan el Lector, que hizo de su propia cuenta una Suma de Confesores, en la que cita la de Raimundo y la Glosa de Guillermo, lo que declara en las primeras palabras de su prólogo. El único trabajo que se atribuye á sí mismo con relacion á esta Suma y á esta Glosa, es haber añadido además de una tabla alfabética, correcciones y explicaciones tomadas de los autores que han escrito despues. Por confesion pues de Juan el Lector ha sido reconocido Guillermo de Rennes como el glosador de Raimundo por Nicolás de Lyra en el siglo XIV; por Luis Valleoleti, Lorenzo Pignon, Alfonso el Tos-

tado y Angel Clavarsio en el XV; por el cardenal Jimenez en el XVI; por Altamura en el XVII etc.; y si leemos en Altamura *Guillelmus Celdonensis*, en Pignon *Aurelianensis* en vez de *Redonensis*, estas faltas de los copistas no pueden interrumpir la bien establecida tradicion con respecto á Guillermo de Rennes. Ningun otro nombre, á excepcion del suyo, habia figurado al frente del *Apparatus*, en las ediciones de la Suma de Raimundo de Peñafort, ántes del 1603, en que se comenzó á introducir el nombre de Juan el Lector. Este error, reproducido en otra edicion publicada en Roma en 1619, en fólio, se ha corregido en la de Lyon de 1718 y de Verona de 1744, ambas en fólio. Se preguntará si el trabajo de Guillermo de Rennes merece las investigaciones que han hecho los eruditos para probar si es realmente suyo. Dejaremos á los que hagan esta pregunta el cuidado de contestarla por sí mismos despues que hayan leido los dos ó tres exhortos de esta glosa. Cuando decide Raimundo que se incurre en la irregularidad por toda participacion en la emision ó en la ejecucion de una sentencia de muerte, añade el hermano Guillermo que comete una falta grave, y no cae sin embargo en irregularidad cuando asiste por curiosidad á un suplicio ó á un duelo judicial, si no ha incurrido en estos actos ni por consejo, ni por ayuda, ni por empleo de su autoridad: *si nec consilium, nec auxilium, nec auctoritatem præstiterit.* Al tratar de la legítima de los hijos, cita Raimundo estos tres versos:

Quatuor aut infra dam natis jura trientem;
Semissem vero dant natis quinque vel ultra;
Arbitrium sequitur substantia cætera patris.

Un padre puede disponer de las dos terceras partes de sus bienes si no tiene más que cuatro hijos ó ménos de cuatro; solo de la mitad si tiene cinco ó un número mayor. Guillermo de Rennes confiesa que tales son las disposiciones de las leyes, pero hace la observacion de que las costumbres que prevalecen en Francia sobre el derecho escrito limitan de otra manera la legítima. En ciertas provincias el padre ó la madre no pueden legar á los extraños por su testamento ó entre vivos más que la quinta parte de sus bienes muebles; en otras pueden dar la tercera, pero no más. Se ve que esta glosa podia servir para la historia del derecho usual de Francia en la edad media, y que el comentador Raimundo le conocia mucho mejor que hubiera podido conocerle un dominico de Friburgo, tal como Juan el Lector ó el Teutónico. En medio de las discusiones sobre la usura, que ocupan aquí mucho lugar, leemos en el *Apparatus*, que habia usura si se prestan cien sueldos en otoño, cuando el trigo, el vino y el aceite estan muy baratos, y deben restituirse por Pascua por una cantidad de estos artículos igual á la que se hubiera

dado por los cien sueldos en Octubre; ó tambien si veinte libras esterlinas, prestadas en invierno, deben devolverse en verano en la misma moneda en el momento en que los viajeros y los cruzados buscan el oro y la plata. Guillermo, sin embargo, no quiere tratar de usurero al prestamista que haya conservado estas especies completamente intactas durante los seis meses, y dejado por otra parte al acreedor la facultad de rescatarse en este intervalo bajo una condicion cualquiera. Estos detalles, y otros muchos que no podemos referir, entran en el número de las noticias á que se designa hoy bajo el nombre de estadística. Forman parte de la historia de las relaciones comerciales del siglo XV y de las doctrinas, con frecuencia poco sanas, de que eran objeto. Si no puede sacarse instruccion alguna de este comentario, ha llamado sin embargo desde la época de su aparicion la atencion de los hombres estudiosos, en particular de Vicente de Beauvais, que ha copiado un gran número de artículos. Si dejó el P. Guillermo, como asegura Valleoleti, otros muchos libros de jurisprudencia canónica y civil, *multa in utroque jure*, se han perdido ó son desconocidos. Unicamente Sander menciona un manuscrito intitulado: *Summa F. Wilhelmi Redonensis de articulis*, pero pudiera muy bien suceder que solo fuese el *Apparatus Guillelmi Redonensis* sobre la Suma de Raimundo contenida en el mismo volúmen.—S. B.

RENNES (Marbodeo de). Parece que era natural del Anjou, y áun de Angers, y descendiente de una familia noble y rica. Desde sus primeros años se consagró á Dios y al servicio de la Iglesia, y fué canónigo de su ciudad natal. Como estaba muy versado en las bellas artes, y se habia adquirido grande reputacion por su elocuencia, fué elegido para presidir las escuelas de Angers. Parece que no fué el fundador de la universidad de esta ciudad. Despues de haber enseñado durante catorce años, desde 1067 hasta 1081, fué nombrado arcediano de aquella iglesia. Desempeñó las funciones propias de esta dignidad con tanto celo y acierto durante el gobierno de tres obispos diferentes, Eusebio I, Godofredo I y Godofredo II, que habiendo muerto el de Rennes en 1096, fué elegido Marbodeo para sucederle, y esta eleccion se hizo por medio del papa Urbano II en el concilio celebrado en Tours el mismo año. Obligado á aceptar el episcopado, gobernó la iglesia de Rennes con mucha prudencia, sabiduría, dulzura y firmeza durante veintiocho años, es decir, hasta 1123, en que abdicó para retirarse al monasterio de S. Aubin de Angers, donde profesó la regla de S. Benito. Murió el mismo año en 2 de Setiembre, á la edad de ochenta y ocho años. Los monjes de S. Aubin dieron noticia de su muerte por medio de una carta circular, en que hacen el elogio de su virtud y de su ciencia. Elogian la dulzura de sus costumbres y de sus discursos, su erudicion y su elocuencia, que era tal que se le miraba como el príncipe de los oradores y el primer maestro de

la elocuencia francesa. Ulger, sucesor suyo en el arcedianato de Angers y obispo despues de la misma iglesia, hizo su elogio fúnebre en treinta versos elegiacos, que se grabaron en su sepulcro, y otro en siete versos exámetros. Hay otro tercero de Rivallon, arcediano de Rennes. Marbodeo está citado como santo en el Martirologio de Andrés de Gaussai. Se halla su nombre entre los obispos que asistieron al concilio celebrado en Troyes á principios de Abril de 1104. De las seis cartas suyas que han llegado hasta nosotros, que se hallan en la continuacion de las obras de Hildeberto y en el tomo XXI de la Biblioteca de los Santos Padres, la primera está dirigida á Raynaud, obispo de Angers. Marbodeo habia favorecido su eleccion, comprometido al arzobispo de Tours á consagrarle, y hecho un viaje á Roma para hacerle confirmar por el pontífice Pascual II. Raynaud de Martigne, olvidando todos estos servicios, concibió el mayor odio contra Marbodeo, hallando medio de despojarle á él y á los suyos de los bienes que tenian en la diócesis de Angers, le prohibió la entrada en ella y la comunicacion con sus clérigos. Marbodeo se quejó al mismo Raynaud de una conducta tan injusta. Reconciliáronse al fin, y Raynaud, obligado á ir á Roma en 1109, confió á Marbodeo el cuidado de su diócesis. Tal es el motivo de esta primera carta. La segunda y la tercera son á Ingilger, solitario y sacerdote de grande reputacion por la santidad de sus costumbres. Pero se le acusaba de no querer oir la misa de un sacerdote que no era de buenas costumbres, y de impedir al pueblo recibir los sacramentos de manos de este sacerdote. Ingilger habia comunicado sus opiniones á los solitarios que tenia bajo su direccion. Marbodeo los ataca en sus cartas: les hace ver por el ejemplo de Jesucristo, que dió á Judas la sagrada Eucaristía lo mismo que á los demás apóstoles, y por la autoridad de S. Agustin y del papa Nicolao en sus cartas á los búlgaros, que la falta de probidad en el ministro no impide ni la realidad ni el objeto del sacramento. La respuesta de Ingilger fué que no dudaba de la validez de los sacramentos administrados por los malos sacerdotes, pero que pensaba que se debian evitar las herejías, y deponer á los sacerdotes fornicarios. Marbodeo le dice en una segunda carta que no se debia condenar á nadie más que segun las reglas de la Iglesia, y le exhorta á corregir á los pecadores con dulzura, y orar por ellos, ó á acusarlos delante de sus jefes para que fuesen castigados si lo merecian. En la cuarta carta suplica á Vital, fundador de un monasterio de jóvenes, reciba á una pobre huérfana, que aunque muy instruida no habia podido conseguir su admision en otros monasterios, en que por abuso se preferia el dinero á la ciencia. Se ofrece sin embargo á dar alguna cosa si Vital lo exige. La quinta carta es una instruccion sobre los deberes de la vida cristiana, y sobre los peligros de dejar para el tiempo de la ancianidad la conversion de sus cos-

tumbres. La sexta no lleva el nombre de Marbodeo en ningun manuscrito, ni el de la persona á quien se halla dirigida. Pero se le atribuye en la edicion de sus obras hecha en Rennes en 1524, entre las que se suponen escritas á Roberto de Arbrisel. El editor no da razon alguna de esta atribucion gratuita. Pero como ha caido en errores muy groseros, no se le debe creer con facilidad bajo su palabra. No citaremos más que un ejemplo de su poca exactitud. En el frontispicio de su edicion pone la muerte de Marbodeo en 1180, miéntras que en la carta circular de los monjes de S. Aubin de Angers, que inserta en la página siguiente, se fija en 1123. Segun todas las apariencias esta carta es de algunos clérigos concubinarios, á los que increpaba con frecuencia Roberto de Arbrisel en sus discursos públicos, y que para ponerse á cubierto de sus reconvenciones, le acusaban de faltas de que solo ellos eran los verdaderos culpables. Existia en Angers una vida de San Licinio, obispo de esta ciudad, escrita en un estilo demasiado difuso y poco castigado. Marbodeo, á ruego de los canónigos, la puso en un estilo más limado y sucinto. El cabildo reconocido le prometió hacer algunas oraciones por él durante su vida y despues de su muerte. Algunos han inferido de aquí que Marbodeo no habia sido canónigo de Angers. Pero además de que él mismo llama á estos canónigos hermanos suyos, es muy frecuente que los canónigos hayan hecho fundaciones en sus propias iglesias, para obtener despues de su muerte los sufragios de sus compañeros. De este modo hay ejemplos en los necrologios de las iglesias de Paris y de Chartres. ¿Qué inconveniente hay, pues, en que se prometiesen á Marbodeo por haber retocado la vida de S. Licinio? Los bolandistas han dado esta vida en 13 de Febrero. Marbodeo era arcediano de Angers cuando se dedicó á esta obra. Por el mismo tiempo puso en mejor forma la vida de S. Roberto, abad de la Chaise-Dieu, escrita anteriormente por Gerauld de Venne, discípulo del santo y testigo ocular de sus acciones, pero en un estilo tan duro y prolijo que fastidiaba á los lectores. La obra agradó tanto al abad y á los monjes de la Chaise-Dieu, que invitaron á Marbodeo á corregir un segundo escrito de Gerauld titulado: *De las virtudes del bienaventurado Roberto*. Marbodeo les satisfizo y dedicó esta obra al abad, á quien no nombra, pero se sabe que se llamaba Seguin. El monje Gerauld hizo algun tiempo despues de la muerte de Roberto un viaje á Roma, en que habiendo hecho la relacion de sus virtudes en presencia del papa y de los cardenales, obtuvo que se celebrase su fiesta. La vida del bienaventurado Roberto se encuentra en las actas de la órden de S. Benito por el P. Mabillon, en la segunda parte del siglo VI, y en Bolando en 17 de Abril, tal como ha sido corregida por Marbodeo. Ya era obispo de Rennes cuando retocó la vida de S. Magnobodo, obispo de Angers, publicada por un anónimo, pero con demasiada extension. Fué obligado á este

trabajo por los canónigos de la colegiata erigida bajo la invocacion de este an to, que en muestra de su gratitud le concedieron la misma gracia que los canónigos de S. Mauricio le habian ofrecido por haber puesto en mejor estilo la vida de S. Licinio, es decir, oraciones durante su vida y despues de su muerte. El P. Beaugendre ha publicado delante de la vida de S. Magnobodo por Marbodeo, la que habia compuesto el anónimo, esta no se hallaba ni en Bolando ni en ningun otro autor. Todas las vidas de que se acaba de hablar estan en presa. Marbodeo escribió otras muchas en verso, casi todos exámetros, á saber: la vida de Teófilo; el martirio de los Macabeos, el de S. Lorenzo, el de S. Victor, de S. Mauricio y de sus compañeros; la vida de Sta. Thais; las actas de la pasion de S. Félix y Adaneto, y la vida de S. Maurilo, obispo de Angers. La vida de Teofilo, ecónomo de la iglesia de Adana en la Cilicia hácia el año 538, fué escrita en griego por Eutichio, y traducida al latin por Paulo, diácono de la iglesia de Nápoles, en el reinado de Carlomagno. Sigeberto menciona esta traduccion. Bolando la ha seguido, pero ha publicado tambien la vida de Teófilo, en verso, escrita por Marbodeo despues de haber demostrado la autenticidad de la historia de este Teófilo, que algunos críticos han hecho sin razon pasar por fabulosa. Algunas de las otras vidas puestas en verso por Marbodeo se leen en la edicion de sus obras en Rennes en 1524 en casa de Juan Macé. Surio ha publicado la de S. Lorenzo. Las demás poesías de Marbodeo son: tres himnos sobre Sta. María Magdalena; oraciones á Dios y á la Santísima Vírgen; un himno sobre los sacerdotes; un epígrama á Hildeberto sobre sus escritos; el elogio de la castidad y de las demás virtudes; un epígrama muy mordaz contra un abad que usurpaba los ornamentos episcopales, el anillo, los guantes, las sandalias y la mitra; el elogio de la vida monástica; algunos epígramas á diferentes personas, entre otras á la condesa Ermengarda, hija de Fulco Rechin, y á Matilde, reina de Inglaterra; poemas sobre las fiestas de la Epifanía, de la Anunciacion, de la Purificacion, de la Ascension; ventajas de la soledad; desprecio de la vida presentes sobre la utilidad de las Cruzadas, sobre el naufragio de Jonás y sobre otra multitud de asuntos, á cual más bellos é interesantes. Marbodeo puso en versos heróicos el libro de Rutt y la historia del rapto de Dina, referida en el capítulo XXXIV del Génesis. *El libro del ornato de los términos* habia sido impreso ya en la edicion de Rennes de 1524, lo mismo que el que lleva el título de *Los diez capítulos*, pero el P. Beaugendre ha revisado y corregido el primero por muchos manuscritos. Marbodeo compuso ambos en Angers en la época en que enseñaba bellas letras. Por ornato de los términos ó de los verbos entiende el uso que debe hacerse para dar gracia, fuerza y ligereza al discurso. Para establecer este uso da la definicion de las diferen-

tes figuras que entran en un discurso, y pone ejemplos á cada una. Así despues de haber dicho que la exclamacion es una figura por la que manifestamos nuestro dolor ó nuestra indignacion, dirigiéndonos á un hombre ó á una ciudad, ó á cualquiera otra cosa, propone un ejemplo en estos términos: *O Asiæ flos Troia potens: O gloria quæ nunc! In cineres collapsa jaces.* En el libro de los Diez capítulos que habia escrito siendo jóven, y que corrigió en su vejez, trata: 1.° Del buen método de escribir, que consiste en la claridad del discurso, en no servirse de expresiones demasiado afectadas, ni triviales y en no ser ni demasiado extensas ni demasiado cortas. 2.° Del tiempo y la eternidad, en que manifiesta que tenia entónces la edad de sesenta años. 3.° De los males que causan en el mundo las mujeres malas. 4.° De las ventajas que obtienen los hombres de las mujeres virtuosas. 5.° De la vejez y de sus incomodidades. 6.° Del destino, de la astrologia judiciaria, cuya falsedad demuestra manifestando que los astros carecen de toda influencia sobre los hombres. 7.° De la voluptuosidad y de sus perniciosas consecuencias. 8.° De la verdadera amistad. 9.° De los beneficios de la muerte para los justos. 10.° De las ventajas de la resurreccion de los cuerpos. Entre los versos siguientes observamos que los hay en elogio de Anselmo de Laon, célebre por su saber y maestro de Abelardo: el epitafio de Carlomagno y el de Lanfranc, arzobispo de Cantorbery. El poema sobre el órden monástico y eclesiástico, que el P. Beaugendre creia no haberse publicado aún, fué impreso en Basilea en 1557, en 8.°, en la coleccion de Matias Flavio, con más extension que en ediciones posteriores. Algunos manuscritos se le atribuyen al inglés Gualon, que escribia hácia el año 1170. Los proverbios, bajo el nombre de Caton el filósofo, son quizá del mismo autor que le ha impuesto las inscripciones morales á su hijo, divididas en cuatro libros. El que lleva el título de las *Piedras preciosas* tiene el nombre de Marbodeo en los manuscritos de las Bibliotecas de Colbert y de San Victor. En esta el texto latino se halla unido á una traduccion francesa escrita de la misma mano que el texto original. El P. Beaugendre ha seguido esta disposicion en la edicion de este ópusculo y ha dado á conocer con esta traduccion lo que era la lengua francesa hace quinientos ó seiscientos años. En la edicion de Rennes de 1524 solo se halla en latin, y lleva el nombre de Evax. No quiere esto decir que se haya llamado así Marbodeo, como lo aseguran Baleo y Pitseo, sino que el editor ha intitulado á este poema Evax, porque el prólogo comienza por este término, que designa á Evax, rey de los árabes, bajo el reinado de Neron. Marbodeo explica en el cuerpo de la obra la naturaleza y las propiedades de sesenta piedras preciosas, lo que hace en setecientos treinta versos exámetros. Da despues una explicacion moral, en prosa, que se encuentra en el mismo manuscrito de San

Victor, que se cree tener más de seiscientos años de antigüedad. Se lee todavía una explicacion moral en forma de prosa de las doce piedras preciosas mencionadas en el capítulo XXI del Apocalipsis, y un vocabulario latino-francés de las sesenta ó sesenta y una piedras preciosas explicadas en el primer tratado. La carta del rey Evax al emperador Tiberio y la respuesta de este príncipe, se leen al frente de otro poema sobre las piedras preciosas en la Dactyloteca de Abrahan Gorloeus, impresa en Leyde en 1695, bajo el nombre de Marbodeo, antiguo poeta francés. Pero Gorloeus no dice el manuscrito de que ha sacado ni los versos ni las cartas. Ya se habia terminado la impresion de las obras de Hildeberto y de Marbodeo, cuando tuvo el Padre Beaugendre noticia de un manuscrito de la Biblioteca del colegio de Clermont, donde entre los ópusculos de diferentes autores se encontraba un comentario moral y alegórico en verso sobre el Cántico de los Cánticos. Aunque no estuviese inscripto el nombre de Marbodeo, se reconocia su estilo y su génio. Además Sigeberto, en el catálogo de las obras de este obispo, pone un comentario alegórico en verso sobre este Cántico, por lo que se ha creido obligado el editor á dar este tratado bajo el nombre de Marbodeo. Se ha unido un sermon de Hildeberto sobre el domingo de Ramos, que se le habia olvidado publicar entre los sermones de este Padre. Balucio publicó en 1715 en el tomo VII de sus Misceláneas, tres cartas de Hildeberto. La primera es de 1114. La segunda de 21 de Setiembre, y la tercera sin fecha. Todas son donaciones hechas á Marmontier. Debemos la edicion de su poema elegiaco sobre la creacion del mundo y la obra de los seis dias á Policarpo Leyrecus, quien le ha dado lugar en su historia de los poetas de la edad media tomándole de un manuscrito de la Biblioteca de Leipsik. El poema sobre la Creacion fué impreso tambien en el *Diario teológico*, en 1723. El P. Beaugendre no ignoraba que Marbodeo escribió la vida de S. Alejo. La cita por un manuscrito que los Bolandos tenian á la mano; pero no encontrándola no ha creido deber publicarla. Lo ha sido en el tomo V de las Actas de los Santos del mes de Julio en el dia de su fiesta, que es el 17. Esta vida se halla en versos exámetros. La de S. Gautier, abad y canónigo de la Esterpe, en la diócesis de Limoges, muerto en 1070, está en prosa. Los Bolandistas la han insertado en el tomo II de Mayo, dia 11 de este mes. Han prometido tambien dar en las actas de los santos de Setiembre, dia 22, la de S. Florencio mártir. El P. Juan d' Acheri inserta en el tomo XIII de su Espicilegio una carta de Marbodeo, dirigida en un manuscrito de S. Aubin de Angers á Hildeberto, obispo de Mans, que le consultaba con motivo de una mujer que habia consentido en que su marido se hiciese monje y quiso despues obligarle á que volviese á vivir con ella. Pero esta misma carta es la segunda de las que el P. Beaugendre ha puesto en el apéndice de las obras de Hil-

deberto, donde se halla dirigida no á Hildeberto, sino á Marbodeo, por el obispo de Mans, y solo por la autoridad de un manuscrito de la misma Biblioteca y las observaciones de Balucio. El P. Beaugendre ha hecho, siguiendo al P. Homey, el elogio de Hildeberto y de sus escritos por Marbodeo; pero no ha creido conveniente poner entre los escritos de este arzobispo el libro intitulado: *Los tres enemigos del hombre, las mujeres, la avaricia y la ambicion*, ni algunos otros escritos en verso comprendidos en el manuscrito de donde se ha sacado el elogio de Hildeberto. El P. Homey conviene en que no llevaban el nombre de este autor, y que no se los ha atribuido más que por una mera conjetura. Un obispo contemporáneo de Marbodeo le compara á Ciceron por su elocuencia, y por la belleza de sus versos á Virgilio y Homero, diciendo que era superior á ambos en estos modos de escribir, y que con respecto á los escritores de su época, los aventajaba á todos por la elevacion de su talento y la elegancia de sus discursos. Sin insistir demasiado en estas comparaciones, diremos que hay en la prosa de Marbodeo naturalidad, claridad, elegancia y facilidad; que entre sus versos se encuentra un cierto número muy recomendables; que siendo jóven se entregó á todo el brillo de su imaginacion y siguió como todos los poetas de su siglo el mal uso de las rimas y de las consonancias, pero que en una edad más avanzada y madura, sacudió este yugo y procuró más bien decir cosas útiles que adornarlas de una manera tan frivola. Sus últimas poesías estan en efecto llenas de reflexiones sólidas, que llevan la luz al espíritu y la uncion al corazon. Lo que se observa en particular en el libro de los *Diez capítulos*, en el de las *Piedras preciosas* y algunos otros. Tambien se encuentran en sus cartas excelentes principios de moral fundados en la autoridad de la sagrada Escritura y de los santos Padres.—S. B.

RENO (S), mártir de Cartago, á cuyo clero pertenecia segun los principales agiólogos, que le citan en 24 de Febrero, con los santos Flaviano, diácono, Victorico, presbítero y Lucio, discípulos todos, imitadores y herederos del heróico espíritu de S. Cipriano. Ocurrió su martirio en el siglo III, año 259, bajo el imperio de Valeriano, que mandó perseguir á todos los sacerdotes y prelados católicos y quitarles la vida en medio de todo género de tormentos. Reno y sus compañeros, decididos defensores de la fe católica, prefirieron morir á negarla, y asi tuvieron que sufrir los insultos y malos tratamientos de los satélites del emperador romano. Pero su triunfo fué tan seguro como el de la religion que defendian, y no tardaron en obtener la corona, que tenia Dios guardada á sus elegidos. La religion cristiana salió entre tanto victoriosa de esta persecucion como lo habia salido de otras muchas, y no tardó en ser elevada sobre la cabeza de los césares en las coronas de los imperios. Tal fué el resultado de la sangre, oscura hasta cierto punto,

de este y de otros muchos mártires que, hombres sin instruccion y sin más méritos que su abnegacion y sus sacrificios, consiguieron llevar á cabo una de las obras más grandes y meritorias que ha conseguido la humanidad, y no hubieran podido llevar á cabo sin el auxilio de la Providencia Divina, aunque otra cosa se haya pretendido por los filósofos modernos. ¿Pues cómo sería posible que una filosofía, ó algunos fragmentos de la dominante en una época, que no son más que una especie de eclecticismo, puedan conseguir un triunfo tan completo como el que obtuvo la religion católica, severa en sus prescripciones y en sus ritos, mucho más rígida y severa entónces que en la actualidad, pues no se celebraba el culto con la pompa y ostentacion que hoy se hace, triste herencia del paganismo, que los primeros cristianos pugnaron y consiguieron derrocar; cuyas costumbres y prescripciones eran por otra parte extremadamente duras, si hemos de creer lo que nos refieren las historias, quitando todo placer á los sentidos, toda espansion al ánimo, y sometiéndole por completo al aniquilamiento de la criatura ante el Criador, como se observa en los primitivos monjes de la Teba id y otros muchos de aquel siglo dorado del cristianismo? Téngase tambien presente los pocos partidarios que han hecho los sistemas filosóficos más afortunados en comparacion con los que cuenta, áun en este siglo de incredulidad, la religion católica. ¿Cuántos hombres han seguido las doctrinas de Platon, cuántos las del mismo Sócrates que las consagró con su sangre, ó las modernas de Kant, Cousin, Hegel ú otros tan renombrados, pero en realidad tan desconocidos para la mayoría de las personas; además cuántos filósofos ó discípulos suyos han consagrado su doctrina con su sangre? Si se exceptua á Sócrates, quizá no se cite otro en igual caso, pues los herejes no pueden suponerse filósofos, y la muerte por otra parte no puede mirarse como voluntaria, ni en ella se encuentran las circunstancias gloriosas y meritorias que en las de los mártires cristianos. La filosofía además, por fecunda que se la suponga y grande que se quiera hacer su influencia en su siglo y en los que le siguieron, nunca ha pasado ni pasará del gabinete de unos cuantos hombres, que fanáticos con su ciencia y creyéndose superiores á los demás, porque saben clasificar á su modo las ideas, se suponen dueños del mundo y llamados á dirigir la humanidad. Pero toda su ciencia es tan vana y futil como sus creencias, pues todo su saber y creencias de sus conocimientos no libraron al Imperio Romano de caer en poder de los bárbaros del Norte, que ni áun sabian leer, y con frecuencia en las naciones más civilizadas, como sucedia en la misma Roma, todos los sabios filósofos, oradores y poetas se veian dominados por un rudo soldado de fortuna, que se burlaba de todos sus sistemas, é igualaba á sus defensores al más inmundo de los animales, á quien concedia los mismos honores que ellos tanto ambi-

cionaban como premio de una larga y meritoria carrera. Tal es la filosofía; impotente, débil é inútil cuando no la auxilia la Providencia, cuando el dedo de Dios no la marca el camino que debe seguir para triunfar de los hombres y conducirlos atados al carro de su victoria. El cristianismo, por el contrario, sin grandes pretensiones, sin más objeto que el bien de la humanidad, nace en un rincon de la Galilea, y el Hombre Dios al proclamarle no se desdeña de vivir con los otros hombres, de permitirles que le miren como su igual y áun de unirse á los más bajos y viles, á unos pobres pescadores, que solo ambicionan la muerte como premio de sus trabajos y sacrificios en defensa de la verdad que les habia enseñado su divino Maestro. Aquellos hombres oscuros y sin instruccion, sin recursos de ningun género y hasta sin más hábitos que los sedentarios propios de sus profesiones, se encuentran de pronto dotados de un espíritu superior, que los guia é impele á difundir por todo el mundo la verdad que en ellos ha depositado su divino Maestro. Marchan, pues, cuando en la apariencia debian estar más desanimados, despues de la muerte del que les habia enseñado las máximas que estaban llamados á predicar, y se dirigen á todas las partes del mundo conocido, á las grandes ciudades de Asia, que rivalizaban entónces en poder y en grandeza con la orgullosa Roma, á la misma reina del mundo cuyo esplendor, gloria y riqueza habia llegado á un punto al que no llegará el de ninguna otra de las ciudades conocidas. Solos, á pié, apoyados en un báculo, sin comitiva ni boato, van llamando á las puertas de aquellas opulentas y corrompidas capitales; encuéntranlas abiertas, mas no entran en triunfo ni son recibidos por los grandes ni las autoridades. Todo lo contrario, estos los persiguen, y los pobres artesanos que se atrevieron á recibirlos en sus moradas, son con frecuencia castigados del mismo modo que sus aventureros huéspedes. Pero estos, al pasar de ciudad en ciudad, van dejando sembradas las semillas del cristianismo: pobres peregrinos, no pueden pagar su hospedaje más que dejando como óbolo alguna máxima de las doctrinas que, sin saber quizá ellos mismos todo su valor, les ponian en movimiento. Así nació el cristianismo, pobre, predicado por pobres, sin ostentaciones de vanidad ni ciencia, sin pretensiones de orgullo y poderío; y así llegó paso á paso á llenar una y otra ciudad, una y otra provincia, todo el Imperio Romano, que era á la sazon todo el mundo conocido. Pero al ver su fomento, tiemblan los emperadores, y los césares temen ante aquella doctrina de humildad y abnegacion, y suponen que acabaria por arrebatarles sus coronas y sus imperios. La filosofía á la sazon dominante, el paganismo que era su lema y su bandera, se ve derrotado; y no pudiendo defenderse por sí mismo, acude á la autoridad, acude al imperio para que le saque triunfante del abismo en que se encuentra próximo á caer. Decrétanse entónces los martirios

en masa, ya no se trata de perseguir á tal ó cual cristiano oscuro y aislado, es preciso que mueran todos de una vez, y así lo decreta el omnipotente emperador de Roma. Nada importa, sin embargo, á los cristianos; ven en la muerte la hora de su triunfo, y saben que por muchos que mueran quedarán más de doce para conservar pura é intacta la eterna verdad que les enseñó y de que les hizo depositarios su divino Maestro. En una de estas persecuciones murió Reno, contribuyendo con la ofrenda de su sangre al gran triunfo de la humanidad elevada á la dignidad de que la revistió Dios el dia de la creacion al animar al primer hombre con el soplo de la vida, y de que decaido él despues y degenerada toda la naturaleza, fué necesario que el mismo Dios se hiciese hombre por medio de su Verbo encarnado para devolver á los hombres á su primitiva pureza. Regenerados ya, tenian que hacerse dignos del sacrificio; y sangre por sangre, la de muchos millones de mártires continuó la obra de la Divinidad, sacó brillante y pura la religion del Crucificado, la condujo desde el Gólgota al Capitolio, y la sentó para siempre en el trono de los césares, coronando para siempre la cabeza de sus pontífices con la triple diadema de soberanos de Roma, soberanos de la cristiandad y representantes de los antiguos emperadores. Pues bien, dígasenos ahora qué filosofía ha obtenido un triunfo semejante, cuál puede contar con una série tan larga de maestros como los pontífices romanos, que lo son de la religion cristiana; cuál en fin con tan pocos elementos ha llegado á sentarse en el trono y continua en él por tantos siglos, estando llamada á dominar por toda la eternidad. Quizás se cita á Voltaire, el cáustico filósofo y á su célebre discípulo Federico de Prusia, mas ni Voltaire puede ser mirado como un verdadero filósofo, ni Federico de Prusia llegó á sentar la filosofía en el trono más que en cuanto le convino para continuar la obra de sus predecesores y aprovecharse de la estupidez y la corrupcion de los monarcas de Europa, para asegurar para siempre la monarquía prusiana, poco ántes ducado de los electores de Brandemburgo. La filosofía, pues, lejos de triunfar en esta ocasion, fué juguete de un monarca astuto y artero, y no se sentó en un trono, sino sirvió de pedestal á una dinastía, que bajo su máscara aseguró para siempre en sus sienes una vacilante corona. La religion cristiana tiene, por otra parte, una ventaja inmensa sobre todas las filosofías inventadas para los pretendidos sabios, para los hombres de superiores luces y de superiores talentos. El cristianismo se dirige á los pobres, á los sencillos y á los humildes, á los que no tienen tiempo, capacidad, ni pretensiones de aprender nada, sino cuatro máximas para dirigirse con acierto en la vida, las que con usura les enseña una religion que, como emanada del cielo, ha venido á llenar sus deseos y sus necesidades. No por eso huye del palacio de los ricos y los poderosos de la tierra, ántes bien penetra en él con planta firme y

segura, y les habla con verdad, pero sin arrogancia ni doblez, de sus deberes para con los pobres, de lo difícil de su situacion, en que miéntras que el pobre, el humilde y sencillo no tienen que cuidar más que de sí, ellos tienen que cuidar de sí y de los pobres. No va á adularlos como la filosofía, á hacerles creer que en la vida estan destinados á pasear por un camino sembrado de flores, no; ántes por el contrario les manifiesta que su camino es más largo y penoso que el de los demás, que deben ser verdaderos mártires de las verdades, y que su salvacion consiste en lo mismo que desdeñan, en proteger á los que necesitan de proteccion, en enseñar á los que ignoran, en dar á los que tienen, en procurar, en fin, el bien de los demás ántes que el suyo propio para con tal caridad y abnegacion obtener el triunfo que está reservado á los nuevos mártires del cristianismo. Riámonos pues de la filosofía, dejémosla en sus oscuras y fútiles investigaciones, todas ellas no hubieran conducido á Colon á descubrir un Nuevo-Mundo como le acompañó un pobre fraile, ni se hubieran atrevido á pensar en su civilizacion como la emprendieron otros pobres y humildes religiosos, sin más armas que sus cruces, sin más recursos que su sangre. Gloriosos mártires, no tan celebrados como los de los primeros siglos del cristianismo, pero no ménos dignos de consideracion, pues si aquellos cambiaron la faz del viejo, estos han trasformado la del Nuevo-Mundo.—S. B.

RENOUF, autor de un tratado sobre la sagrada Eucaristía, fué admitido por el cardenal Wissemann en el seno de la Iglesia católica en Pascuas, el 21 de Marzo de 1842, en la capilla de Sta. María, en Oscott. Otro teólogo eminente de esta universidad se preparaba en el retiro á entrar bien pronto en el seno de la gran familia, donde Sibtorp y Renouf han venido á gustar la verdadera paz y los consuelos del alma.—S. B.

RENOUF (Pedro le Page), individuo del colegio de Pembroke en Inglaterra, siguió el ejemplo de su colega Mr. Sibthorp, miembro de la universidad de Oxford, convertido anteriormente.—S. B.

RENOVATO (San), obispo de la ciudad de Mérida en Extremadura. Este extraordinario y santo varon fué ilustre en todo género de virtudes, como lo demostró durante su vida con su buen ejemplo y santa vida. Primero fué monje en el monasterio Gauliano, que hubo en tiempo de los godos, no léjos de aquella ilustre ciudad y abad de la órden de San Benito. Se refiere, entre otras muchas cosas relativas á su buen gobierno que con tanto tacto y tino dirigia, que teniendo por súbdito á un monje, destemplado en la comida y bebida, habiéndole corregido muchas veces caritativa y paternalmente, se vió precisado por sus reincidencias á castigarle con el rigor que se acostumbra en la religion, hasta llegar á encarcelarle y azotarle en público; y no habiéndose enmendado, mandó le franqueasen las oficinas y

despensas, donde se guardaban las cosas de comer y beber, para que comiese y bebiese cuanto le dictase el apetito; y viéndole entrar en ellas unos niños que se educaban, conforme al estilo de la Orden, y estudiaban en el monasterio, movidos de Dios, le dijeron tantas afrentas, que corrido se escapó, y en seguida se enmendó, y haciendo penitencia de sus pecados, vivió con grande ejemplo de singular abstinencia, y murió santamente, en todo lo cual se conocia el tino y prudencia con que obraba este santo prelado con inspiracion divina. S. Renovato fué hermoso de cuerpo, pero más hermoso en las virtudes de su alma santísima y prudentísima, siendo por sus relevantes méritos electo obispo de la insigne ciudad de Mérida, cabeza de la Lusitania en aquella época, correspondiendo en la actualidad á la provincia de Extremadura, gobernando aquella diócesis con la mayor discrecion y celo en la administracion de las iglesias y conventos, como tambien con grande ejemplo y doctrina, dejando muchos discípulos, á quienes enseñó la verdadera y católica, y lleno de méritos y santidad, pasó á gozar de Dios eternamente á 31 de Marzo del año 633. Su sagrado cuerpo fué hallado juntamente con los de otros muchos santos, cerca del altar del templo de Sta. Eulalia, en tiempo de los señores Reyes Católicos, cuyas reliquias se colocaron con público culto y veneracion, obrando Dios por su intercesion muchos milagros, y se vieron la última vez en el año de 1632, abriéndose con autorizacion superior el arca en que se contienen sus restos preciosos, habiendo sido su traslacion en el año de 1556. Murió el año de 633.—A. L.

RENTEOLIS (Alfonso), minorita francés; tradujo al francés una explicacion del estado de toda la órden de frailes Menores, que escribiera en latin Benito Combassou y que publicó en Nanci en 1648 en 12.° En el catálogo de autores puesto al frente del tomo I de la Historia de todas las Ordenes monásticas, segun la edicion que se hizo en París en 1721, era un tomito pequeño.—M. N. y S.

RENTI (Gaston Juan Bautista, baron de). Nació este baron piadoso, que fué uno de los fundadores de la Asociacion de los hermanos Zapateros, segun unos, y Cordoneros segun otros, el año 1611 en el castillo de Baieux, de una antigua familia originaria de Artois. Luego que terminó sus estudios en el colegio de Navarra y bajo la direccion de los jesuitas en Caen, volvió á París á la edad de diez y siete años para completar su instruccion en la academia de la Jóven Nobleza, en donde se distinguió muy especialmente en todos los ejercicios gimnásticos. Aprendiendo al propio tiempo las matemáticas, hizo en este estudio rápidos progresos componiendo muchos tratados sobre esta ciencia, que quedaron manuscritos, creyendo Mr. Leclerc en su Biblioteca de Richelet, que era de Renti la obra titulada: *El introductor en la Cosmografía*, edicion corregida y aumentada por Luis Coulon y publicada

en París en 1645 en dos volúmenes en 8.° Naturalmente piadoso, la lectura de la Imitacion de Jesucristo acabó de desengañarle de las vanidades del mundo, y resolvió abrazar la vida religiosa en la órden de los Cartujos, tan conocida per su austeridad. Sus padres, que no tenian otro hijo, se opusieron á este designio, y le obligaron á casarse con la hija del conde Graville, jóven que hermanaba la virtud á su belleza. A pesar de su modestia, el baron de Renti fué diputado por la nobleza en los estados de Normandía en los que se distinguió por su prudencia y sagacidad. A fin de dar gusto á sus padres compró una compañía de caballería, y sirvió á su frente en las guerras de Lorena con tal distincion que mereció los elogios de Luis XIII y el aprecio de muchos generales, y en particular del duque de Weimar. Insensible á las alabanzas de que la mayor parte de los hombres hacen tanto caso, el baron Renti suspiraba siempre por la vida solitaria y contemplativa, y así es que tanto en la corte como en los campamentos hacia una vida penitente. No pudiendo aguantar por más tiempo el bullicio y oropel de la corte, á la edad de veintisiete años hizo dimision de todos sus empleos para consagrarse enteramente á Dios, á cuyo fin tomó por director espiritual al P. Condren, general del Oratorio, que le hizo adelantar mucho en la piedad. Su inagotable caridad se ejercitó sobre cuantos desgraciados pudo socorrer, y además de las muchas limosnas que distribuia frecuentemente en sus posesiones, á las que llamaba á las pobres familias de las cercanías, extendió su liberalidad hasta las costas de Africa, en donde hizo rescatar á muchos cristianos que gemian en la esclavitud. Se entregó en los hospitales al servicio de los enfermos, y ninguna miseria presenció que no procurase socorrer de algun modo. Fué el verdadero amigo del venerable Buch, llamado Enrique *el Bueno*, y le alentó en su proyecto de establecer la Asociacion de los hermanos Zapateros, para la cual dió los primeros fondos, proponiéndose dotarla de una manera conveniente. Sus austeridades llegaron á debilitar su salud, pero como á pesar de los consejos que se le dieron no dejase una vida tan penitente, murió en París el dia 24 de Abril de 1649, á la edad de treinta y siete años. Su cuerpo fué conducido á Citri, en donde habia vivido sus últimos años, y enterrado sin pompa; pero en 1658 el obispo de Soissons le hizo depositar en un sepulcro de mármol que le habia levantado su viuda en la iglesia parroquial. El baron de Renti dejó de su matrimonio dos niños y dos niñas, que fueron herederos de sus virtudes. El P. de Saint-Jure, jesuita, publicó la *Vida de Renti*, en 4.°, en París, en 1651, la cual se ha reimpreso hasta ocho veces, en 12.°, y traducido al italiano y al inglés. Sobre este santo Baron puede consultarse la Historia de las Ordenes monásticas por Heliot, y las Vidas de los Padres por Godescar al 25 de Octubre. Segun el biógrafo Weis, el retrato del baron de Renti fué grabado por Luis Audran,

el cual fué buscado y tenido con mucho aprecio por los que conocieron sus virtudes y tuvieron la suerte de tratarle. — A. C.

RENVOISY (Ricardo de). Fué llamado así un canónigo de la santa Capilla de Dijon, y maestro de música en la misma iglesia, que segun Verdier en la Biblioteca de autores de Borgoña, murió en Marzo de 1586. Fué uno de los mejores músicos de su época, y por lo tanto dijo de él Filiberto Colin, consejero del parlamento de Dijon, en los versos que titula *Revisio musico et citarœdo eximio*:

Carmine vocali clarum devincet Iopam;
Dorceus huic fidibus cedat, et huic Glaphyrus
Quidquid ab his olim factum cecinere poëtæ,
Hoc nihil est, spectes signæ agit hic cithara.
Huic cita, tarda, gravis, vox magna est, parvula, acuta,
Quam premit, inflectit, sublevat ex libito.

En la lista de los músicos de su tiempo, que da Verdier en su Biblioteca Francesa, de la que hace mencion Rousard, se hace referencia de Renvoissy, diciéndose que puso en música á cuatro partes, las odas de Anacreonte, impresas en Paris con letra francesa por Ricardo Breton, pero no se dice el año de su impresion, si bien Behuir cree que esta traduccion fué hecha por Begat. — C.

RENZI (Antonio). Nació este eclesiástico y literato italiano el año 1780, en Castelsalfi, provincia del Volterre. Aun cuando de padres pobres y de condicion humilde, nada perdonaron para darle una brillante educacion, de la que se aprovechó tan perfectamente el jóven Antonio, que á los veinte años se le juzgó digno de ocupar la cátedra de filosofía del colegio de Pistoya. Aun cuando no se sentia inclinado al estado eclesiástico, abrazó esta carrera por complacer á su madre, que le permitió estudiar con la esperanza de verle un dia sacerdote. Era demasiado vivo Renzi para consagrarse pasivamente á la cura de almas en una parroquia, y prefirió entregarse á la predicacion; pero aunque como orador fué muy aplaudido, se disgustó bien pronto del ejercicio del púlpito y volvió á Florencia, en donde se encargó de la educacion de un jóven de una de las principales familias del país. Haciendo amistad en esta época con Jorge Cuvier y Gerardo, estos le alcanzaron de Napoleon una plaza en administracion, pero su exquisita integridad y su aborrecimiento á toda clase de abusos le suscitaron tantas enemistades que se arrepintió de haber preferido la carrera de los empleos á la cátedra que se le habia ofrecido en la universidad de Pisa. Encontrándose sin recursos caundo cayó el imperio de Bonaparte, fundó un periódico con algunos de

sus amigos, en el que entre otros publicó un mordaz artículo contra madama de Staël, la que en su Corina no trató bien á la Italia moderna ni á sus habitantes. Poseyendo extensos conocimientos filológicos, le eligió Molini para dirigir las ediciones de algunos de los clásicos italianos, tales como Dante, Ariosto y el Petrarca. No solo revisó Renzi con el mayor esmero los textos de estos autores, teniendo á la vista los mejores manuscritos que existian y las más celebradas ediciones, sino que los ilustró con sabias y preciosas notas. Entre estas obras puso la mayor atencion y cuidado en la de Orlando furioso y en las rimas de Ariosto, y tuvo la paciencia de restablecer todas las voces empleadas por este poeta, anotando las que habian omitido los lexicógrafos italianos, lo cual contribuyó mucho á mejorar la última edicion del Diccionario de la Crusca. Poco era lo que producia tan ímprobo trabajo á Renzi, por lo que se resolvió á ir á probar fortuna á París. Volviéndose á poner bajo la proteccion de Cuvier, obtuvo por su influencia la autorizacion del gobierno para abrir un curso público de literatura italiana, el que no llegó á empezar, pues sea por amor á su país ó porque en París no encontró lo que deseaba, volvió á Florencia, en donde se entregó á la enseñanza privada, tomando parte en la redaccion de la *Autologia*, coleccion literaria mensual muy apreciable que terminó en 1835. Renzi fué atacado de una grave enfermedad y murió en 1823, ántes de haber podido acabar una biografía de los más célebres historiadores que hacia algunos años se hallaba escribiendo, la cual estaba basada, segun la opinion de René Alby, en el plan y forma de las Vidas de Plutarco.—C.

RENZOLI (César). Nació en uno de los pueblos de Módena el 16 de Julio de 1627. Sus padres no han sido señalados ni por sus riquezas ni por su posicion, ni por ninguna otra circunstancia; hay sin embargo fundamento para presumir que por lo ménos sus sentimientos eran nobles, cuando no elevados, toda vez que proporcionaron á su hijo una brillante educacion, que con su claro despejo contribuyó á que fuese un hombre notable en el ejercicio de su ministerio, y sin aspiraciones ni presuncion, lo cual se da bien á conocer por la resolucion que tomó, y que fué fundamento para que empleándose en grandes y muy importantes obras, su nombre pasase de una á otra generacion. Comenzó, como era consiguiente, sus estudios por humanidades, y ya en la latinidad, que á las dificultades que le son propias añade la de no ser un idioma conocido, ántes como muerto tiene que estudiarse, por decirlo así, mecánicamente; ya en la latinidad, decimos, aventajó grandemente á sus compañeros, formándose acerca de esta importante asignatura ideas especiales, pero ni extravagantes ni ridículas, ántes muy conformes á la filosofía del idioma, especialmente en la parte que dice relacion á cómo se originan las derivaciones, sus irregularidades y anoma-

lias. Los maestros, que veian en él un despejo tan natural y una aplicacion superior á lo que debia dar de sí su edad, hubieran querido que en este estudio se hubiese detenido, y que en él hubiese hecho los adelantos que eran de esperar: mas por otra parte veian que sus disposiciones indicaban muy á las claras que podia servir para mucho más que para profesor de humanidades, áun cuando en este ramo del saber hubiera podido dar buenos resultados, así que no permitiéndole detenerse más tiempo que el necesario en estos estudios preliminares, aunque indispensables, le obligaron á pasar á filosofía, no queriendo que por entónces se dedicára al estudio del griego, hebreo y algunas otras cosas que si bien le habrian sido de alguna utilidad, por entónces le convenia más no emprender su estudio, en razon á que despues podia hacerle con más facilidad y perfeccion, como sucedió efectivamente, llegando á ser un helenista de los mejores de su época. En filosofía dió las mismas muestras de aplicacion y de aprovechamiento que habia dado anteriormente, y como confirmacion de este hecho deben citarse los actos que sostuvo al concluir su carrera, y que puede decirse hizo él solo, pues tuvieron que desempeñar los argumentos los profesores mismos, porque no habia discípulos de quienes echar mano, ó por mejor decir, los discípulos todos estaban temerosos de que la superioridad del contrincante seria motivo de que, notándose la diferencia, todo lo que para él era crédito, y crédito muy justo, para los demás venia á ser como un cierto descrédito, que nada les favorecia; y por abundar en esta misma opinion, fué por lo que se apeló al medio de que pusiesen los argumentos los profesores mismos, con lo cual á la verdad algunos de ellos no quedaron muy bien parados; porque es claro, pareciéndoles que se rebajaban si dában á conocer al contrincante su argumento, se venian con él sin consideracion de ninguna especie, cual si fuese una oposicion decisiva, y en la que los intereses fuesen los mismos; Renzoli conocia la idea, los atacaba fuertemente, y más de uno, que pensó con esto adquirir reputacion, si no perdió la que tenia, fué solo porque en los demás conceptos la tenia bien sentada, y todos conocieron que el obstinarse en el argumento era una puerilidad tan trivial, que no merecia siquiera los honores de la atencion. Concluidos con tan brillante éxito los estudios filosóficos, sus mismos maestros le excitaban, ó á seguir las leyes para tener así un sitio de los más importantes en el foro, ó á dedicarse como profesor á la filosofía, para venir á ser uno de esos maestros celebérrimos cuyos sistemas, admirados por todo el mundo científico, han colocado á los autores y profesores en la altura más elevada, sin desdeñar el llamarlos á voz en cuello maestros, y en acatar sus decisiones científicas, como en el órden moral se acatan las prescripciones de los legítimos pastores. Mas ni la una ni la otra carrera llenaban los deseos del aventajado jóven Renzoli: queria

aprender, sí, queria ciencia, pero una ciencia de más inmediata aplicacion al eterno bien del hombre; queria una ciencia que le elevase á Dios más directamente; queria en fin la ciencia de Dios mismo; y por esto emprendió el estudio de la sagrada teología en la misma universidad de Módena, donde la concluyó con un éxito tan brillante que no podia presumirse siquiera el que hubiese sido tal. Tuvo toda la intencion de dedicarse al profesorado, y en esta brillantísima carrera haber obtenido los lauros que indudablemente habria alcanzado; mas hubo de pensar consigo mismo que estos lauros rarísima vez se alcanzan sin que perjudiquen, y por consiguiente le era más conveniente asegurar su propia dicha espiritual que no procurar el fomento material de los conocimientos en sus prójimos, toda vez que de nada le serviria haber procurado que muchos hombres fueran científicos, si él no habia sabido salvarse, y por esto resolvió decididamente entrar en religion. Examinó todas las que habia instituidas, y se decidió por fin á ingresar en la Compañía de Jesus, puesto que esta institucion, comprendiendo perfectamente lo que es el espíritu humano y la necesidad de sujecion en que vive todo hombre, ha puesto estímulos para la virtud en la victoria de sí mismo, y habiendo sujetado á obediencia hasta la más mínima de las acciones que allí se ejecutan, ha asegurado por consiguiente á los súbditos el acierto en todo, puesto que todo va encaminado por el sendero de la abnegacion más completa y espontánea. Mucho fué su afan y contento por llevar á cabo sus deseos, y con gran entusiasmo hizo al superior de la casa de Módena la súplica para ingresar en su congregacion; pero no fué menor ni la satisfaccion ni el contento con que todos oyeron sus peticiones, y por consiguiente accedieron gustosos á sus deseos. Sin embargo, como la Compañía de Jesus, por más que digan sus adversarios y detractores, es tan prudente, camina siempre sobre tan seguros apoyos, y lleva siempre el sistema de abultar en cierto modo las dificultades para que se convenzan más y mejor los que pasan por ellas, de que este es el camino que guia á Dios, camino áspero y embarazado, camino lleno de abrojos, de espinas y de maleza; no procedió á darle desde luego la consoladora nueva de que gustosísimos todos habian condescendido con sus súplicas, sino que llamándole aparte los superiores, con palabras graves pero cariñosas, y con los caractéres más terribles le presentaron á la consideracion lo que perdia por lo que iba á ganar, es decir, cuánto valia su libertad, que iba á sacrificar enteramente, comparada con la sujecion en que se iba á constituir; cuánto más adaptado á las exigencias del corazon humano era el que un hombre de sus condiciones campára por sus respetos, que el que se hubiera de sujetar á otros hombres que en todos sentidos valian mucho ménos que él; en fin, le hicieron ver á lo que podria obligarle la obediencia, y cuán duros sacrificios le impondria algunas veces,

sin que fuese capaz de evitar el que se le exigieran, ni el afecto que todos y cada uno le profesaban, ni áun los méritos por los cuales él pudiese hacerse acreedor á las atenciones y consideracion que en el siglo no solo podrian, sino que deberian tenerse, pero que en la Compañía era imposible se tuviesen; por lo cual los superiores le dieron un plazo para que, examinando de cerca las cosas de la Compañía, ó entrase en ella con pleno conocimiento de lo que ella era, ó si se veia con ménos fuerzas de las que habia menester, de buen grado se retirase ántes de que su ingreso formal y su salida forzosa imprimieran en él una huella, que nunca le seria tan favorable como habia de ser el desistir de su propósito, vistas las dificultades, si estaba así de la parte de afuera. Mas como la decision no era obra de la criatura sola, sino que la gracia habia en gran manera contribuido á que fuese eficaz, no hicieron otra cosa los meses en que estuvo de seglar en la casa, sino avivar sus deseos, hacer más eficaces sus ánsias y ponerle, por decirlo así, más en estado de cumplir exacta y perfectísimamente los preceptos, consejos, y áun simples avisos de la santa corporacion en que él tenia y con razon sus delicias. Llegó por fin el suspirado momento, y con un júbilo tan grande de parte del alumno que ingresaba, como de los que le recibian en su seno, César Renzoli se cubrió de la sotana de los hijos del gran Ignacio de Loyola, y se puede decir que se trocaron en él no solo los afectos y los sentimientos, sino lo que más es aún, los deseos; y no se crea que por este cambio hubo de pasar de malo á bueno, es decir, que nuestro jóven era de esos afortunados que su misma relajacion lleva á una determinacion, digámoslo así, extrema, pero feliz para ellos; sino que nuestro Renzoli cambió de bueno á mejor, cambió en el móvil, digámoslo así, de sus buenas obras, pues las que ántes hacia por su propia eleccion, no quiso una vez tomada la sotana que fuesen sino por mandato del superior, y por consiguiente estuvo siempre contento, nunca hubo de replicar ni de disgustarse en la obediencia, porque siempre era ella el cumplimiento de su mismo deseo y sola aspiracion. En la primera época de su vida de jesuita, es decir, en su noviciado, dió ya á conocer lo mucho que iba á valer como hombre de ciencia, y como hombre de virtud; como hombre de ciencia, por lo mucho que adelantó en los repasos que por loable costumbre de la Compañía se hacen dar á todos los que ingresan en su seno, para que el método de enseñanza sea uno mismo, y todos por consiguiente vayan por los mismos caminos al esclarecimiento de la verdad; y como hombre de virtud, porque al cultivo de esta dedicó todos sus esfuerzos, sin que le arredrára la consideracion de que su camino, aunque glorioso en su término, es muy penoso en los medios, y todas han de ser peleas, pero peleas muy terribles, para poder llegar un dia á la posesion del galardon, que por esto será indudablemente mucho

más precioso y estimado. Los superiores, que vieron en él virtud y ciencia más que suficientes, pensaron con mucho acierto que su elevacion al sagrado órden de los presbíteros sería de gran utilidad para el comun de los fieles, de gran provecho para la Compañía, toda vez que en Renzoli podia tener un operario que nunca desmayaria, un ministro fidelísimo de los grandes beneficios de Dios, que los prodigaria á manos llenas en cuanto estuviera de su parte. Ordenóse, pues, y para recibir cada una de las que preceden al santo sacerdocio se preparaba con la más exquisita diligencia, admirándose cada vez más de que sus superiores hubiesen fijado en él sus miras para encumbrarle á dignidad tan excelente. En la celebracion de su primera misa dió muestras de su fe, piedad y devocion, y desde aquel dia no quiso nunca privarse de la inefable dicha de sacrificar el inmaculado Cordero, lo cual hacia con tanta ternura y afecto, con tal fe y devocion, que áun los incrédulos, y sobre todo los tibios é indiferentes, se alentaban y recobraban grande ánimo cuando veian celebrar á este sacerdote; porque su manera tan convincente acreditaba lo sublime de la accion que estaba ejecutando. Sacerdote del Altísimo, é hijo de Loyola, no podia ser para sí solo, era menester que fuese todo para todos, y era, por consiguiente, preciso que diese á los hombres aquello que para provecho de estos mismos hombres habia recibido de Dios. Era preciso que sembrase la buena semilla que el Padre de familias le habia dado para que la repartiese entre los que de ella tenian necesidad. Los superiores conocieron esto mismo, así que apénas ordenado, le emplearon en el importante ministerio de la predicacion, y lo que es más, pues significa la grande confianza que en él tenian, le hicieron dedicarse al confesonario, venciendo la repugnancia que á ello tenia, ya por parecerle que era demasiado jóven, ya porque creia ser este un cargo superior á sus débiles fuerzas. En una cosa y en otra se equivocaba grandemente en esto, porque no era él sino sus superiores quienes las median, y la medida nunca es exacta en aquello, porque estaba dentro de lo prescrito por la Iglesia, ó mejor diremos, dentro de las condiciones, segun las cuales los superiores y prelados pueden disponer de sus súbditos. Hízose, pues, de grado ó por fuerza confesor y predicador, y desde las primeras veces en que ejerció sus tan importantes ministerios, se notó el fruto que sacaba, pues corazones muy empedernidos eran movidos por su eficaz palabra, y hombres que se veia ántes de acercarse á él obrar muy injustamente, se los veia despues acérrimos defensores de la justicia, no en teoría, que esto suelen hacerlo áun los de vida más airada, sino en la práctica, observándose en ellos una conducta diferente del todo á la que ántes habian observado. Y no se crea que Renzoli era á propósito para una especie determinada de sermones, como lo han sido la mayor parte de los más distingui-

dos oradores; para Renzoli no habia géneros, es decir, tan pronto se le veia desenvolver admirablemente alguno de esos puntos que aterran, como hablar con el mayor acierto de los asuntos que consuelan; se le veia admirable en un panegírico, sublime en una oracion fúnebre, conmovedor en una plática dirigida á religiosas ó á pobres soldados, encarcelados ó niños; sin que nunca confundiera los estilos, ni cambiase los tonos, á pesar de que su estudio era más bien al pie del crucifijo que no en los libros, pues puede decirse que su vida era una oracion continuada, de la cual sacaba el inmenso caudal de que disponia siempre para bien y edificacion de todos sus prójimos, á quienes en realidad de verdad queria no solo tanto, sino mucho más que á sí mismo. Hasta este extremo llevaba el cumplimiento del precepto de la caridad! El resultado fué que en vista de los favorables resultados que producia su predicacion en Módena, los superiores le mandaron al colegio de su instituto en Ancona, con encargo muy especial á los superiores de aquel, que le hicieran predicar, pues que para este ministerio era como si Dios le hubiese echado su bendicoin, sola, única y exclusivamente para predicar á los fieles, y por este medio atraer á los infieles, pues á tanto llegaba el poderio de la autorizada voz de este ilustre jesuita. Desde que llegó á Ancona comenzó á misionar, primeramente en las iglesias de la capital, y despues en las de los contornos, y fueron abundantísimos los frutos que alcanzó; bien es verdad que tal recompensa merecian sus esfuerzos verdaderamente heróicos, porque era infatigable. Colocado en el confesonario desde mucho ántes de que despuntára el alba, oia á cuantos se le acercaban, que eran casi todos los que acudian al sermon, y no se movia de aquel lugar hasta que ó la muchedumbre se habia marchado despachados ya todos, ó tenia precisamente el tiempo tasado para subir al púlpito. Desde la catedra santa dirigia al pueblo su voz autorizadísima dos veces cada dia, mañana y tarde, y como al mismo asunto daba distinto giro, tan importante era una como otra plática, y por consiguiente ambas concurridísimas. Mucho se alegraron en Ancona de que un hombre tan apostólico les hubiera cabido en suerte, mas hubo de hacer aquello que de sí mismo decia nuestro adorable Redentor el Verbo humanado: *Conviene que tambien evangelice á otras gentes, que para eso he sido enviado*; y por lo tanto hubo de abandonar aquel terreno, donde ya habia tomado posesion, para pasar á otros donde absolutamente era desconocido, pero á los cuales iba tan confiado en Dios, que no podia ser más, y esperanzado de que el mismo Señor que le ayudára en Módena y Ancona, le ayudaria donde quiera que fuese en su nombre y para su mayor gloria. La buena fama de que con sus trabajos apostólicos procuraba el posible bien á las almas, fué indudablemente lo que indujo á sus prelados á que le mandaran á Macerata, donde pudiera hacer

tambien grandes adelantos en el bien de las almas. No es posible decir el sentimiento que causó en Ancona la marcha del P. Renzoli, ni los muchos y áun extraordinarios medios que pusieron en juego para que se quedase en aquella poblacion. Ofertas de todo género de ventajas para la Compañía y áun para sus indivíduos en particular; compromisos los más graves puestos en juego con la mayor habilidad; aquellas personas cuya influencia era más directa ejerciéndola en todo cuanto alcanzaba su posibilidad; súplicas reiteradas de todos, hasta de una gran parte de los niños del pueblo, á quienes se hizo que presentándose á los superiores les manifestasen los deseos de todos; estas cosas y muchas otras se pusieron en juego, mas con profundo sentimiento de los mismos superiores no se pudo acceder á las instancias de los de Ancona, porque ellos ya habian disfrutado del singular beneficio de su conversion, y era preciso conceder igual favor, puesto que el medio de que Dios se valia era la imponente voz del P. César, á aquellos otros que, menesterosos de él, le reclamaban con afan y le anhelaban con ánsia, lo cual demostraba que habia de aprovecharle con todo el buen éxito que de la gracia de Dios y de sus disposiciones y esfuerzos podia esperarse; y que los de Macerata ansiaban al P. Renzoli se demuestra hasta la evidencia con lo que aconteció en su recibimiento. No se crea que fué bastante para evitar el que una gran parte de su poblacion saliese á esperarle, la resolucion que tomaron los superiores de no decir cuándo habia de verificarse su llegada; porque los del país temiendo y con razon que se trataba de ocultarles este suceso para no permitirles la expansion de sus sentimientos, y privarles del gusto de recibir al Padre con aquel entusiasmo que querian, desde el momento que supieron que se les concedia la dicha de que aquel ministro celosísimo del Evangelio dejase oir su autorizada voz en aquel vecindario, se apostaron materialmente en los caminos para manifestar á sus conciudadanos la llegada del buen sacerdote, tan pronto como pudieran apercibirlo, lo cual obligó, como no podia ménos, á que los superiores dijesen por fin cuándo era su llegada para que aquellas buenas gentes no sufriesen el gravámen de una espera, que prolongándose tenia necesariamente que ser molesta. Con efecto, se les pudo convencer á que no erigiesen vistosos arcos como deseaban, pero no se pudo evitar el que con más entusiasmo que á un general vencedor cuando vuelve á dar cuenta á sus comitentes de la victoria alcanzada, y con más afan que al laureado con la corona de mando le espera su pueblo fiel ávido de conocerle, con más fué recibido por el pueblo en masa nuestro reverendo Padre, que supo á la verdad aprovechar esta circunstancia para comenzar ya desde entónces el ejercicio de su apostólico ministerio. En medio de la muchedumbre que le rodeaba en el camino, y con una imágen de nuestro Redentor en las manos, dirigió su autorizada

voz á aquel pueblo, les habló de lo mucho que Dios hacia en favor suyo, de los justísimos títulos por los cuales su Majestad era acreedor á la correspondencia y afecto de aquellas gentes, en cuyo favor hacia los más señalados beneficios, los cuales, puede decirse, que se comenzaban en éste tan especial de traerles quien les evangelizára la paz, quien les evangelizára el reino de Dios; y excitó desde luego á aquella muchedumbre á que no mirase á lo que veia materialmente, es decir, á la pequeñez é insignificancia de su persona, sino á que, ministro del Altísimo y animado de su gracia, podria buscar los medios de que conociéndose á sí mismos entrasen en el sendero de la rectitud y de la justicia, haciéndose acreedores por esto mismo á su más extraordinaria misericordia. Como en las cosas en que ha de interesarse el corazon son tan importantes las más menudas circunstancias, hasta el extremo de que lo que á las veces es insignificante por sí mismo, produce en determinados momentos un efecto admirable; la oportunidad de nuestro P. Renzoli sirvió de tanto á aquellas buenas gentes, que se reanimó en ellos desde este momento mismo el espíritu de piedad que deseaba despertarles, y se hizo por consiguiente más propicio á su voz, pues que vió que lo que les predicaba era exactamente aquello que habia de producirles el único bien apetecible en el mundo, por lo cual tenia mucho interés en atraerles á su bien, que es la verdadera caridad. Así que el recibimiento de nuestro excelente misionero, que para la mayor parte de aquellas buenas gentes habia sido un objeto de curiosidad y nada más, se trocó muy pronto en un motivo de grande aprovechamiento, pues todos y cada uno se aplicaban aquello que más les habia llamado la atencion de lo mucho y muy bueno que dijera en aquella importante plática, y rumiándolo, por decirlo así, en su interior, sacaban las consecuencias mas provechosas; y mucho por consiguiente valió aquella pequeña exhortacion que les dirigiera, porque les demostró práctica y evidentemente que no pensaba más que en la eterna dicha de los pueblos adonde iba, y por consiguiente que no perdia ocasion de evangelizar el reino de Dios, toda vez que á eso habia sido enviado. Habia en Renzoli una especial circunstancia, que le favorecia en gran manera para el desempeño de su elevado ministerio, y era su carácter, pues que tenia lo que se llama don de gentes, de tal manera que no habia más que verle una vez, y aunque fuera muy ligeramente, para prendarse de él, y él comprendia muy bien esto y sabia referirlo á mayor gloria de Dios y provecho de los fieles; le sacaba á la verdad en muy extraordinaria manera, pues que nunca le faltaba un dicho, una advertencia, una sentencia en fin, que pareciendo casual era sin embargo encaminada á que el sujeto á quien se la dirigia se fijase, y en esta fijeza encontrára medio de entrar en sí mismo, manera de dar una ojeada provechosa que le diese por resultado mudar de

vida, detestando su pasado y emprendiendo una conducta toda nueva y enteramente ejemplar. Y ya se ve, como veian aquellos pobres á quienes el Señor llamaba á sí por medio de su ministro Renzoli estas dos cosas, primera, que tenia cierta penetracion en los espíritus por la cual leia, por decirlo así, los corazones y no dejaba de penetrar hasta lo más escondido, poniendo muchas veces en evidencia aquello mismo que los sujetos que lo habian hecho tenian poco conocido, ó no habian fijado siquiera la atencion; y segundo, que por enormes que fuesen las imperfecciones, defectos, y pecados y áun crímenes de que se hallasen culpables, ni le asombraban ni mostraba la menor dificultad en que Dios nuestro Señor les perdonára, ántes les inducia á creer, como es la verdad, que el Señor no quiere la muerte del impío, sino por el contrario, que salga de su miserable estado y viva; les hacia ver cuán grande es el consuelo de los bienaventurados en la conversion de un pecador, mucho mayor que en la perseverancia de noventa y nueve justos; les decia que era más refulgente la gloria de las Magdalenas y de los Pablos, que la de los más inocentes servidores de Dios, que nunca le fueron infieles; todo esto los atraia, y puede decirse que todos los pecadores de Macerata vinieron á los pies de nuestro celosísimo Padre: y no vaya á creerse por esto que era excesivamente indulgente, y que tal vez pasaba, por decirlo así, cuanto se le presentaba, absolviendo con facilidad toda suerte de pecados, sin atender á las circunstancias indispensables para que el sacramento obre segun los designios de Dios; todo al contrario, cuantos á él se acercaban, adquirian con su presencia las disposiciones que pudieran faltarles, y su paciencia suplia la falta de exámen con que muchos se le acercaban; su manera muy adecuada de tocar al sentimiento, suplia lo que faltaba á su dolor, y por la ligera penitencia que les imponia con grande acierto, los inclinaba á la práctica de las virtudes, verificándose en sus penitentes el que casi sin que lo pensasen les ponia en amistad de Dios, obligándolos por conviccion á dedicarse á su servicio, y demostrando el don especial que el Señor le habia concedido, don de acierto que guiado por la prudencia más exquisita, daba frutos que eran todos de bendicion, y que refluian en él, por cuanto para estar siempre delante de aquellos á quienes atraia, habia necesariamente de procurar él la perfeccion, no fuera que le aconteciese la desgracia de que el apóstol se lamenta cuando dice: *Ne cum alios salvos facio ipse reprobus efficiar*. Pero no habia que temer tal desgracia en nuestro buen jesuita, pues ni un solo momento descuidaba el importante asunto de su propia santificacion, buscando la de sus hermanos como medio de asegurar la suya propia. Tanto él como sus queridos fieles de Macerata estaban muy contentos, ellos con poseerle y él con estar al frente de aquella grey para él tan querida y á los cuales habia prodigado tantos favores, más

el Señor queria aún que ilustrára á otra region, y escogió para que en ella hiciesen fruto las virtudes y autorizada voz de nuestro buen P. César, aquel lugar donde un ángel de la primera y más distinguida elevacion habia hecho saber al mundo, por medio de María, que la redencion del mismo mundo estaba ya asegurada, toda vez que la Vírgen era madre por virtud del Espíritu Santo, y el mundo fiel podia gloriarse en que se habia ya atendido á sus clamores, permitiéndole ver sobre su faz al tan deseado como repetidas veces prometido. Loreto, sí, fué el punto donde mandaron los superiores de la Compañía que fuese su utilísimo operario el P. Renzoli, y allí donde logró los últimos frutos de su predicacion, que no sé si digamos fueron más sazonados que los demás, pero sí se puede asegurar que se lograron más pronto, porque si bien es verdad que su recibimiento no fué una ovacion como lo habia sido en Macerata, fué debido á que todos ignoraron su llegada, pero en cuanto esta se supo, aprovechándose de la oscuridad de la noche, y sin que hubiera siquiera descansado, pasaron á su celda dos hombres, de los más desalmados del contorno, para hacer confesion general de sus culpas, y poder así calmar los gritos de sus conciencias, que con su irresistible voz les acusaban de la vil correspondencia que hasta entónces habian tenido con su Dios, y exigian de ellos la debida fidelidad para en adelante, de la cual se aseguraron ingresando ambos en una de las comunidades más observantes de la Orden Franciscana, por disposicion y consejo de nuestro distinguidísimo misionero. Enumerar sus trabajos apostólicos en Loreto, y contar lo mucho que hizo para atraer al servicio y amor divino á muchísimas personas que puede decirse que en la práctica no conocian á Dios, si bien por sus circunstancias debia suponérselas enteradas en cuanto atañe al servicio del Señor, no de una manera vulgar y como quiera sino de una manera tan especial como lo requeria el ser de las personas más bien reputadas en la poblacion, sería obra que nos llevaria mucho tiempo, y que nos haria sacar á plaza recursos y medios tan extraordinarios, que parecerian apasionadas ficciones de los que quieren dar á un sujeto más importancia de la que merecen sus acciones, exponiéndonos tal vez á que el relato de estas cosas verdaderamente singulares pusiese en duda lo que anteriormente llevamos expuesto, así que lo que diremos únicamente será que nuestro P. César Renzoli se portó en Loreto como un verdadero hijo de S. Ignacio de Loyola, y con un celo y deseo por el bien de las almas tan extraordinario, ó aún mayor si cabia, al que desplegó en los muchísimos trabajos apostólicos que llevó á feliz término en sus misiones de Módena, Ancona y Macerata. Iba á ejercer su ministerio á Perusa, cuando el Señor quiso que su lengua callase para siempre, es decir, que quedase pegada á su paladar, porque la muerte le arrebatára al lugar que

el Señor mismo le deparaba; mas allí donde no pudieron oir su voz era preciso que presenciáran su sufrimiento, que vieran claras señales de su virtud, y que ya que no podian escucharle, porque á Dios no plugo hacerles esta merced, viesen al ménos en el heroismo de su sufrir una prueba de que no era este hombre como son los que nacen y viven segun el mundo; sino que era como un hijo predilecto de Dios, cortado y amoldado al ejemplar acabadísimo de todas las virtudes, el glorioso patriarca S. Ignacio de Loyola, de quien nuestro P. César recibia el honor de ser hijo, honor que le devolvia, toda vez que era un hijo que honraba tambien á su padre por haber heredado su espíritu y haber procurado imitarle en sus obras. Lo hemos dicho ya, una penosísima enfermedad se apoderó de nuestro buen jesuita cuando llegaba á otro lúgar que hubiera sido fecundado abundantemente por su palabra, que, como lluvia apetecida y oportuna, venia á caer sobre los corazones de los fieles; y la violencia de esta enfermedad misma, que desde los primeros momentos apareció con los más alarmantes síntomas, era para el siervo de Dios, en los sufrimientos que le proporcionaba, el crisol donde más y más se purificaba su espíritu, legándonos desde luego por aquella su tan invicta paciencia un ejemplar modelo á que acomodarnos en los dolores y males que á Dios plazca permitir que en nosotros se ceben. Llegado el momento en que se le administraron los santos sacramentos de la Iglesia, no es posible describir ni las disposiciones con que los recibió, ni el sentimiento profundo que en todos causaba el ver á un hombre de sus circunstancias en tan crítica situacion, y aquella ansiedad que todos demostraban por verle y por oir su autorizada voz, así como por procurarle cuantos auxilios tiene el arte, y cuantos recursos inventa el empirismo, tenia á todos desasosegados hasta el extremo de parecer ya molesta tanta diligencia, porque con su multiplicidad embargaba ciertamente el ejercicio y práctica de las cosas regulares y conformes, digámoslo así, á las necesidades y exigencias. Murió, por último, entre los más sentidos suspiros de sus hermanos, y Perusa toda se conmovió por este acontecimiento, demostrando desde luego el sentimiento más profundo y el respeto mayor que imaginarse puede, al concurrir á tributarle el homenaje debido en las solemnísimas honras con que quisieron demostrar hasta donde era posible el justo aprecio que les merecia el finado. Concurrió todo lo más notable en todas las líneas: allí estaban todos los personajes más eminentes del estado eclesiástico, los altos dignatarios del estado, militares de graduacion, hombres de ciencia, ricos y hacendados, y á su lado pobres infelices, que lloraban tambien la pérdida del que con razon habian esperado que hubiera sido su padre, como lo fué de los pobres en los diferentes lugares donde habia predicado la divina palabra y ejercido la caridad, ya directamente haciendo él muy respetables li-

mosnas, ya de un modo indirecto, por la excitacion que por cuantos medios estaban á su alcance dirigia siempre que tenia ocasion á los ricos para que no dejáran de tender su mano benéfica á los pobres, dispensándoles toda su proteccion, que merecian como verdaderos representantes del que, poseedor por su naturaleza de cuanto hay en el universo, y lo que es más, capaz de formar con solo su voluntad mil y mil mundos con riquezas muy más preciosas que las del que admiramos, quiso nacer en un establo y ser enterrado en sepulcro que le diera la caridad, para demostrarnos hasta dónde llegaba su amor á la pobreza. En el sepulcro del P. César Renzoli se hubieran puesto muchas y muy oportunas advertencias acerca de sus virtudes, cargos que desempeñára y demás; pero una prohibicion expresa del difunto ahogó los buenos deseos de sus amigos, y hubieron de contentarse con poner en una magnífica lápida de jaspe *César Renzoli Presbyter*, que es todo su epitafio. Muchos dias duró el que los fieles viniesen á los pies de él á rogar al Todopoderoso por el eterno descanso de su alma, y mucha ha sido siempre la veneracion con que se han mirado sus mortales restos, por lo cual es grande la complacencia que tienen sus poseedores en tenerlos. Algunas veces han querido, especialmente los de Macerata, que fuese trasladado á la iglesia de la Compañía de aquella ciudad, pero no han podido lograrlo, y ya parece que han desistido de su empeño, contentándose con poseer algunas cosas de su uso que se guardan en grande estima y veneracion. A pesar de lo mucho que trabajaba en el púlpito y en el confesonario, tenia tiempo para escribir muchos sermones, que dió á luz y que han sido despues de grande utilidad á los oradores, con especialidad á los principiantes, porque á la verdad son muy buenos. Dos obras tiene predicables; la que tituló *Sermoni sopra la passione de N. S. Jesucristo*, que comprende nada ménos que seis volúmenes y que fueron impresos, el tomo I, en Ancona el año 1687, el II en Macerata en 1656, el III, IV y V, en la misma poblacion en 1702, y el VI en 1703, pero que puede decirse que se agotaron ántes de ser conocidos, por lo que fué preciso hacer segunda edicion, que tambien tuvo muy buena salida. Despues como complemento de esta obra, imprimió la que tituló *Panegirici ó discorsi sacri*, que comprendiendo todos los Evangelios de los domingos, y las más bien referidas historias de los santos más conocidos, vienen á ser para el que la posee un repertorio completísimo, donde halla cuanto ha menester para el ejercicio del importante ministerio de la predicacion, por mucha que sea la frecuencia y variedad con que á su desempeño haya de dedicarse. Tienen además de la excelente doctrina un estilo tan correcto, una diccion tan redondeada y una oportunidad tal para citas y manejo de Escritura, que áun cuando su autor no hubiera tenido en favor suyo otra cosa que el haberlo sido de esta obra,

ya tenia derecho á un puesto preferente en la república de las letras. Otra obrita escribió tan oportuna como bien sentida, y que por tanto produjo excelentes resultados y áun fué vertida á otros idiomas, por unos conservando el nombre de su esclarecido autor; por otros disfrazándole y áun atreviéndose á engalanarse con ella cual si hubiese sido suya. Lamentable miseria de la pobre humanidad... Su título fué: *Nouva scelta de Laudi Spirituali per uso delle Missioni*; impresa por primera vez en Ancona y hasta tres veces en vida del autor. Tales fueron los escritos y relevantes circunstancias del P. César Renzoli, de la Compañía de Jesus. Quién sabe si algun dia, aclarados más y más sus heróicos actos de virtud, recaerá sobre ellos la nota de eminentes y sobre quien los hizo el dictado de beato. Entre tanto es sabio, celoso y caritativo, lo cual da lugar á esperar que vivirá con Dios eternamente.—G. R.

REOLO (S.), obispo. Algunos le conocen por el nombre de Régulo. Fué muy ilustre en linaje y conde de Reims, estuvo casado y fué muy dichoso en sucesion. Tuvo un hijo llamado Gedeon y una hija llamada Odilla. Esta fué monja en el monasterio de Sta. María Suissionense, siendo una religiosa llena de virtudes y muy observante y ejemplar; su hermano tomó el hábito de monge en el Altovillarense, perteneciendo ambos hermanos á la santa órden de S. Benito. Vivieron tan santamente, que con su admirable ejemplo persuadieron al padre á que abandonase el servicio militar y todos sus arreos, y los peligros del mundo con sus vanas apariencias, y que se hiciese monje, como efectivamente lo ejecutó con santa emulacion en el mismo convento con su hijo Gedeon, adonde hizo una vida tan perfecta, con tanto rigor y mortificaciones, que era venerado y admirado de todos; así fué que habiendo muerto el arzobispo de Reims, atendiendo á sus grandes méritos y virtudes, le sacaron contra su voluntad á ocupar aquella silla, que fué siempre de las más principales. Gobernó con grande acierto y utilidad de sus ovejas y de su iglesia. Edificó y fundó el monasterio de la santa Orden Benedictina, llamado Orbacense, en una heredad que le dió graciosamente el rey Teodorico. Floreció el año de 663, sucediéndole en la dignidad Rigoberto, monje de la misma Orden, pariente suyo, é igual en santidad y virtudes.—A. L.

REPARADA (Sta.), vírgen y mártir. Nació esta heroina del cristianismo en la ciudad de Cesaréa en la Palestina, cuya tierra recuerda aún su virtuosa vida y los prodigios que ha obrado Dios por su intercesion. Regia el Imperio Romano el tirano emperador Decio, tan obcecado en la adoracion á sus falsos dioses como enemigo de los cristianos, á los que creia animales dañosos capaces de inficionar su imperio, y ciertamente que no se engañaba en su creencia, pues que le inficionaban de gracia, si se nos permite el símil, abriendo los ojos á la verdadera luz á los que vagaban por entre oscu-

ras tinieblas, conducidos por el demonio, ante cuyos simulacros todo es ceguedad, horror y tinieblas. Habiendo mandado Decio perseguir á los cristianos hasta exterminarlos, como si esto fuese fácil á su poder limitado á lo que Dios queria y nada más, llenáronse las cárceles y las cavernas de fieles observadoros de la fe de Jesucristo, y por do quier se levantaron tronos de gloria para los cristianos, pues que tronos fueron más que suplicios los que el fanatismo idólatra erigió para atormentar á los hijos de la cruz del Redentor, una vez que acrisolada su fe en ellos alcanzaron por su medio volar sus almas á la corte celestial, en donde el Hacedor les daba posesion de un trono eterno y magnífico. Recorria su carrera el año 251 de nuestra salud, cuando en aquella sangrienta persecucion fué acusada la vírgen Sta. Reparada de profesar el cristianismo. Mandóla prender el magistrado impío, que entendia en la causa de los cristianos, y como del interrogatorio que la hizo resultase desde luego la creencia que profesaba, pues que la Santa lo confesó con extraordinario gozo y entusiasmo, el inhumano juez la reprendió severamente por haber abrazado la religion del Nazareno, y procuró convencerla de la bondad de los dioses y de lo ridículo de la creencia de la religion del Nazareno. Replicóle la Santa con heróica energía ensalzando al verdadero Dios y despreciando á los ídolos, y enfurecido el juez la entregó á los sayones para que la atormentasen cuanto pudiesen, los cuales obedecieron tan perfectamente, que no quedó hueso ni parte sana de aquel bello cuerpo, de modo que los verdugos dejaron contento á su señor. Mas como este tigre no se saciase aún con la sangre de su víctima que manaba á torrentes, viéndola persistir en su creencia, la hizo degollar, en cuyo instante voló al cielo su alma, habiendo fieles que aseguraron haberla visto salir de su boca en forma de paloma. La Iglesia recuerda á esta Santa el dia 8 de Octubre.—B. S. C.

REPARATO (S.), subdiácono. Era africano de nacion, sin que consten los antecedentes de su vida, y desempeñaba el subdiaconado en la iglesia de Tipasia, ciudad de la Mauritania. Cuando el Africa fué invadida por los vándalos en el siglo V, desposeyendo á los romanos de la mayor parte de sus ciudades, el rey Hunerico, que como todos los bárbaros profesaba las impías doctrinas del heresiarca Arrio, suscitó una horrible persecucion contra la Iglesia católica, en la que perecieron muchos fieles. Enfurecido el tirano contra los sacerdotes, porque con sus exhortaciones animaban á los mártires, hizo perecer á muchos de ellos entre los más horribles tormentos. Entre los perseguidos se encontró Reparato, pues siendo uno de los que con más fervor predicaban la católica doctrina, fué el blanco donde con más especialidad se dirigieron los tiros de la herejía. Conducido á presencia del rey vándalo, mandó que le cortasen la mano derecha y la lengua, con objeto de que no pudiese ni celebrar misa ni anunciar la divina palabra, pero

aunque la impía sentencia fué ejecutada, no produjo todo el resultado que el tirano se propusiera, pues por divina permision habló Reparato con tanta facilidad como si no se hallára desposeido de aquel órgano. Habiendo pasado á Constantinopla, fué acogido tan favorablemente por el emperador Cenon y su esposa, que le admitieron en su palacio, donde era continuamente visitado por los que de todas partes acudian deseando contemplar aquel raro prodigio de la elocuencia divina, que hablaba sin lengua para ensalzar al Señor. Pasó á mejor vida en 12 de Julio (no consta el año), y es citado con elogio por el obispo Victor Uticense, contemporáneo suyo, que le conoció y trató familiarmente. — M. B.

REPARATO, obispo de Cartago, que sucedió á Bonifacio en la silla episcopal, conocido por haber convocado un concilio general en Africa á principios del año 535 ó últimos del anterior, á causa de que la mayor parte de los obispos habian sido reducidos á la esclavitud por la violencia de los perseguidores. Reuniéronse doscientos siete obispos, celebrando sus sesiones en la basílica de Fausto, donde descansaban las reliquias de los mártires. Estos obispos quisieron consagrar á Dios de esta manera y al restablecimiento de la disciplina, que habia sufrido mucho durante aquellos tiempos de turbaciones, las primicias de su libertad. Despues de haber dado en comun gracias á Dios por su libertad, lo que no pudieron hacer sin verter lágrimas de alegría, mandaron leer públicamente los cánones. Despues examinaron el modo de que se debia recibir á los obispos arrianos que abrazasen la fe católica, si se debia conservarles en su dignidad ó únicamente concederles la comunion como legos. El parecer del concilio era no recibirlos como obispos; pero en la duda de si su resolucion agradaria á la Santa Sede, se convino que se la consultaria desde luego; deputáronse á este efecto dos obispos, Cayo y Pedro, con un diácono llamado Liberato, á quien se encargó de una carta sinodal, dirigida al papa Juan II, que vivia aún, pero habiendo muerto el 27 de Abril de 535, miéntras estaban en camino los diputados, entregaron la carta á su sucesor Agapito. Los obispos de Africa le consultaban no solo sobre lo que debian de hacer con respecto á los obispos arrianos que se hacian católicos, sino tambien sobre otra dificultad muy importante, que era saber si se podia elevar al sacerdocio á los que habian sido bautizados en su infancia por los arrianos. Y porque otros muchos obispos y otros muchos clérigos, ya sacerdotes, ya diáconos, habian pasado el mar durante la dominacion de los vándalos, el concilio suplicaba al Papa no recibiese á su comunion á los que no probasen con cartas de los obispos de Africa, que habian sido enviados para la utilidad de la iglesia aquella. El papa Agapito les manifestó en su carta la parte que la Santa Sede habia tomado en sus aflicciones, y los elogió porque personas prudentes é ins-

truidas en sus deberes no habian olvidado lo que debian á la Sede Apostólica, dirigiéndose á ella para la ilustracion de sus dudas. Contestó el Papa al primer punto, que se referia á los obispos arrianos convertidos, que no se debia permitir que continuasen en las dignidades eclesiásticas, pero que creia conveniente que se les diese parte de las rentas de las iglesias establecidas para la subsistencia de los clérigos. Contestó al segundo artículo, que no debia elevar á ninguna dignidad del clero á los que abandonasen el arrianismo para unirse á la Iglesia católica, cualquiera que fuese la edad en que hubieran sido infestados de los errores de esta secta. Creia tambien conveniente que se les ayudase para subsistir con las rentas de la Iglesia, y que se ejerciese una pronta misericordia sobre todos los que abandonasen el error por abrazar la verdadera fe. Con respecto á los obispos que habian pasado el mar, dice que la precaucion del concilio debia ser observada como necesaria, á fin de obligarles á permanecer en sus iglesias é impedirles andar vagamundos. Esta carta tiene la fecha de 9 de Setiembre de 535. El mismo dia escribió el papa Agapito otra particular á Reparato, obispo de Cartago, en la que reconocia su preeminencia sobre todos los obispos de Africa, restableciéndole en todos sus derechos de metropolitano, que podian haberle quitado sus enemigos. Miéntras se hallaba reunido el concilio, Feliciano, obispo de Rupe, preguntó cómo debia portarse con respecto al monasterio fundado por S. Fulgencio, su antecesor, y del que era entónces abad el obispo Fortunato. Félix, obispo de Zactaro, contestó en nombre de la asamblea, que no debia alterarse nada de lo que se habia ordenado por el obispo Bonifacio, de santa memoria, y de que los monasterios debian gozar de una plena libertad en las condiciones prescritas por los concilios; á saber, que los monjes se dirigiesen al obispo diocesano para la ordenacion de los clérigos y la consagracion de los oratorios, sin poderlos someter á cargo alguno ni á ninguna servidumbre eclesiástica, no siendo conveniente que el obispo estableciese su cátedra en ningun monasterio; que los monjes debian estar bajo la direccion y la autoridad de su abad, muerto el cual elegirian otro por sí mismos, sin que pudiese el obispo arrogarse la eleccion, y que si hubiese alguna dificultad en este asunto, se terminaria por la decision ó el dictámen de los demás abades. El mismo concilio de Cartago envió á Constantinopla un diácono, llamado Teodoro, para pedir al Emperador la restitucion de las iglesias ó de los derechos de las iglesias de Africa, que les habian usurpado los vándalos. Este príncipe dió con este motivo una ley de 1.° de Agosto, dirigida á Salomon, prefecto del pretorio de Africa, y fechada en el año 535, que dice que todas las tierras usurpadas les serán restituidas á condicion de pagar los tributos, y que se darán tambien las casas y los ornamentos de las iglesias; que la iglesia de Cartago gozará de todos los derechos

concedidos por las leyes anteriores á las iglesias metropolitanas, y que no se permitirá ni á los arrianos, ni á los donatistas, celebrar asambleas, ordenar obispos ó clérigos, bautizarlos ó pervertir á nadie, ni ejercer ningun cargo público. Además de la carta sinodal, Reparato, obispo de Cartago, escribió una particular al papa Agapito para felicitarle de su elevacion al pontificado y recomendarle los intereses de su iglesia. El Papa le dió gracias, y reconoció en su respuesta la preeminencia al obispo de Cartago sobre los demás obispos de Africa, como hemos dicho ya en otro lugar, dando al mismo tiempo aviso de que habia contestado á las dificultades que le habian sido propuestas por los tres diputados del concilio. Le exhorta en la misma carta á dar al público todo lo que habia escrito para la observancia de los antiguos cánones, á fin de que nadie pudiera ignorarlo. —S. B.

REPARATO, arzobispo de Sevilla. La oscuridad de los tiempos, la devastacion general causada por la invasion de los árabes, que, como es sabido, se establecieron inmediatamente despues de la batalla de Jerez en las provincias de la Bética, como punto más inmediato al teatro de su victoria, han sido causa de que se queden perdidas y olvidadas muchas interesantes memorias de la historia civil y religiosa de España, á cuyo olvido no dejaron de contribuir bastante los cronistas de la edad media con su apático abandono. Por esta razon, únicamente sabemos que Reparato ocupaba la silla arzobispal de la antigua *Hispalis* por el año de 340, y que era sucesor de Jacinto, sucediéndole á él en la dignidad S. Máximo, que fué muy perseguido de los herejes arrianos. Como se ve, pues, estas escasas noticias, si bien pueden servir para un índice cronológico de obispos, prestan poco interés para una coleccion de apuntes biográficos. Sin embargo, atendiendo al tiempo en que vivia Reparato, y atendiendo á lo extendida que en España se encontraba la herejía de los arrianos, debemos suponer con sobrado fundamento que no le faltarian ocasiones en que poder probar su celo evangélico y su fortaleza apostólica. — M. B.

REPAUTO (Francisco Piceno), de patria esino, de profesion capuchino, varon piadosísimo, celoso en extremo por la práctica de la observancia regular, predicador apostólico, que se negó á admitir la mitra de su patria, para la cual fué nombrado. Escribió las siguientes obras: *Circulus divini amoris in quo, quo pacto Deus diligendus sit super omnia dissertissime traditur*; Roma, año 1521, un tomo. — *Explicatio doctrinæ christianæ, quæ plurimum à Marcello Secundo summo pontifice collaudata, jussu ejusdem Pontificis inter Vaticanæ bibliothecæ codices fuit asservata.* — *Responsio ad singulos articulos concionatoribus Capuccinorum transmissos per cardinalem Carpensem tunc ordinis protectorem, jubente Paulo III, summo pontifice.* — De los Observantes pasó con Bernardino Astensi á los Capuchinos, entre los

que consiguió una excelente opinion de virtud y prudencia, llegando á ser vicario general. Murió en Perusa, octogenario muy cumplido, el año 1549, y Dios declaró con algunas señales y milagros sus meritos. De este sujeto trata más extensamente el *Genuense*, pág. 122. — M. N. y S.

REPINDONI ó REPINTON (Felipe). Este cardenal del siglo XV fué canónigo regular de S. Agustin. Hizo admirables progresos en las letras en la universidad de Oxford, en donde fué laureado como teólogo y en la que llegó á ser profesor de esta facultad. Seducido en su juventud por los wiclefitas, escribió algunos errores, de los que en número de veinticuatro se retractó públicamente en la Cruz de S. Pablo de Lóndres el año de 1382 con sincero arrepentimiento. Elegido abad de Leicester, despues se le promovió á obispo de Lincoln, y en 19 de Setiembre de 1408 le creó cardenal sacerdote de los santos Nereo y Aquileo el papa Gregorio XII. Asistió al concilio de Constanza y á la eleccion del papa Martino V. Publicó algunos escritos que le acreditaron, y murió en 1417, ó en 1420, segun Godwino, y fué sepultado èn Growtheadum. — A.

REPINGAL (Juan). Este religioso, de la Orden Carmelitana en Stafford, perteneció á una familia ilustre de Lincoln, ciudad de Inglaterra. Fué doctor en teología de la universidad de Cambridge y gran predicador. Fué confesor de Juan, obispo de Lincoln, y murió en Stafford el año 1350 bajo el reinado de Eduardo III, rey de Inglaterra, despues de haber escrito las obras siguientes: *Sermones de Dominicis*;—*Octoginta tres sermones synodales*;—*De visitationibus episcopis*. Algunos autores aseguran que explicó públicamente el *libro de las Sentencias* de Pedro Lombardo, y entre ellos le citan Pitseus en sus Escritores ilustres ingleses. — A.

REQUEMARTINE (Abrahan), abogado de Beziers, nacido y educado en la religion judía, abjuró y fué bautizado en la iglesia de S. Nazario, en Beziers, el 27 de Noviembre de 1829. Tuvo por padrino al conde de Delort-Sevignan, ex-oficial de la Guardia Real, y por madrina á la Sra. de Villeneuve, esposa del sub-prefecto de Beziers. M. Lamase, cura de S. Nazario, dirigió un discurso al neófito y le administró los sacramentos del bautismo y la sagrada Eucaristía. Esta ceremonia fué notable por el recogimiento y la firmeza del neófito. M. Requemartine tenia treinta años, y esta edad, su carácter y la constancia con que siguió su proyecto de conversion, á pesar de los obstáculos que tuvo que vencer, prueban bastante la pureza de los motivos que le hicieron obrar. Tuvo que combatir no solo las preocupaciones de su educacion, sino tambien la oposicion de su familia. Recibió en el bautismo los nombres de Armando Agustin. — S. B.

REQUENA (Alfonso de Requena Aragon), presbítero libisosano (esto es, de Lezuza, pueblo del reino de Murcia), el cual escribió un libro en 4.°

titulado: *Venida del apóstol S. Pablo á España y predicacion en ella, y cómo estuvo en Libisosa, hoy Lezuza; su fundacion y antigüedad, y martirio de San Vicente y Leto hermanos, patronos de ella y naturales de Toledo;* impresa en Madrid en 1647 en casa de María de Quiñones. — M. N. y S.

REQUENA (Fr. Martin de), agustino descalzo; dió á luz la *Descripcion de las exequias del rey Felipe III;* en Oajaca, en 1623, en 4.° — Nicolás Antonio en su Biblioteca advierte que algunos le tienen por dominico, pero con razon dice que es de poca importancia esta cuestion acerca de la religion á que perteneciera — M. N. y S.

REQUENO Y VIVES (El P. Vicente). Afortunadamente para España en todas las religiones, en todos los estados y en todas las clases sociales, cuenta con varones y mujeres distinguidas, que han brillado en primera línea por su santidad, por su virtud ó por su saber y valor; y no pocas veces por todas estas cualidades reunidas. Cábenos una verdadera satisfaccion y se exalta nuestro patriotismo, cuando al escribir esta obra nos viene en el método y órden que seguimos un español ilustre, que se hizo digno de un nombre glorioso en la historia de nuestra patria, y nuestro entusiasmo se acrecienta al ver las muchas veces que tenemos que ensalzar las virtudes y hechos de nuestros compatriotas, que en todos tiempos han sabido distinguirse y acrecentar las glorias del pabellon nacional. Entre los celebres españoles que han ennoblecido á España en los tiempos modernos entre los jesuitas, plantel fecundo de sabios que tantos beneficios ha hecho á la sociedad, cuanta despues ha sido la ingratitud de esta con los ilustrados hijos de S. Ignacio, debemos contar al eminente literato y eruditísimo arqueólogo, especial numismático Vicente Requeno y Vives, del que vamos á dar una ligerísima noticia sintiendo que la falta de datos nos impida el honrar cual merece su nombre y gloriosa memoria con más extension. Nació este buen religioso español en Calatorao, villa del antiguo reino de Aragon, pais de nuestra España en el que muchas veces se han asociado el valor y la ciencia, la piedad más acendrada y la honradez mejor y por más tiempo acreditada; país privilegiado por la feracidad de su suelo y bondadoso clima, despejado cielo y sobre todo por la proteccion que alcanza de la Reina del cielo, á la que tributa veneracion respetuosa y entusiasta y á la que reconoce por divina patrona, desde que esta celestial Señora se dignó visitarla aún en carne mortal, y mandar al apóstol Santiago levantase en esta comarca el primer templo erigido á su nombre en el mundo católico. Fué su nacimiento el año 1745, sin que hayamos encontrado el dia y mes en los autores que hemos registrado, si bien no lo hemos buscado con empeño, por no parecernos indispensable á nuestro propósito, ni indispensable para dar á conocer á nuestro héroe. Desde los primeros años de su vida se notó en

Vicente un recogimiento y piedad tan arraigados, que fué presentimiento del género de vida que llevó. Siempre devoto, siempre caritativo, de tan tierna edad causaba la admiracion de sus convecinos y áun de sus compañeros de infancia, que pocas veces podian arrancarle á sus diversiones infantiles y sacarle de su frecuente meditacion y silencio. Aplicóse en la instruccion primaria haciendo rápidos progresos, y así es que no tardó en alcanzar por su aplicacion y saber el primer puesto entre todos los muchachos de su edad en Calatorao. Decidido á dedicarse al servicio de Dios en el claustro, en cuanto cumplió los catorce años abrazó la regla de S. Ignacio tomando el hábito de jesuita, en cuyo instituto empezó á distinguirse por su aplicacion y por su virtud. Muy contento estaba Requeno en la vida que habia elegido, cuando las convulsiones políticas en que se agitaba Europa, conmovida por las disolventes ideas de los enciclopedistas, que envenenaron la sociedad católica, dieron contra la Compañía de Jesus, antemural de la impiedad, que era preciso destruir para franquear la puerta á los impíos que trataron de apoderarse del imperio de la Europa cristiana, y cuyas evoluciones maquiavélicas causaron tan terrible revolucion, que pusieran á la Iglesia en peligro si no estuviera sostenida á perpetuidad por la potente mano del Altísimo, y condujeron á la sociedad al borde del precipicio. La cruzada levantada contra la Compañía de Jesus alcanzó á los jesuitas de España, que en un dia y en una hora fueron suprimidos y lanzados de sus conventos con tan escandalosa inhumanidad que no se permitió permanecer en ellos, ni en España, ni áun á los que se hallaban viaticados ó uncionados: viejos, jóvenes, sanos y enfermos, todos sin distincion fueron embarcados hacinados en los buques, como carga infestada que es preciso lanzar á toda prisa, y echados, sin más apoyo que el que quisiera darles la Divina Providencia, á las costas de los dominios del Papa: este acto de inhumanidad, que se tiene por algunos por el acto más grande y político de Cárlos III, rey de España, es para nosotros el borron que afea su por otra parte gloriosa historia, por lo que en él faltó á la religion, al decoro que se debe al sacerdocio, y más que todo á la humanidad y á la caridad cristiana, de la que debe siempre ser modelo un rey católico. Fuesen las que quisiesen las causas que moviesen á Cárlos III á suprimir en su reino la Compañía de Jesus, pues que bajó al sepulcro sin decírnoslo, por justas que fuesen, nunca hubo razon ni justicia para llevar á cabo la expatriacion con tanta crueldad, y seguramente que de ello se le habrá tomado estrecha cuenta ante el tribunal de la divina justicia, donde el dia de su juicio veria las víctimas que hizo su inhumano decreto, no acusándole sino pidiendo su perdon al dispensador de las eternas indulgencias, porque los mártires del cristianismo, léjos de excitar la venganza divina, claman por aplacarla demandando gracia para sus ver-

dugos: tal es el espíritu con que engrandece á las almas la religion del Crucificado, que enseña al inocente corderillo á quien se ofrece en holocausto á lamer el cuchillo que ha de inmolarle y á rogar despues por el sacrificador. ¡Oh sublime religion, qué grande eres! Mas cómo no has de ser así, si eres la grande obra del Omnipotente! Llevado á Italia Requeno con un gran número de sus compañeros, se estableció en la ciudad eterna, en esa Roma, emporio del catolicismo, que cual sol de nuestra religion esparce sus rayos apostólicos para mantener la fe de los cristianos y alentarlos á guardar la fe de sus mayores; de esa Roma tan combatida entónces como ahora por la impiedad, de la que salió vencedora en aquella época y á la que seguramente vencerá ahora, porque no la abandonará la mano de Dios, que la sostendrá como silla del vicario que le representa en la tierra, por más que las falsas ideas del siglo la combatan y por más que se agite contra el poder temporal del Pontífice la revolucion en que vivimos. Nada tememos por la Iglesia y por el Papa, la primera ha de prevalecer á pesar del poder del infierno, porque así lo ofreció Jesucristo al establecerla, y manteniéndose esta incólume podrá el vicario de Jesucristo mudar tal vez algun tiempo de lugar, como en otras ocasiones ya ha sucedido, pero se mantendrá su autoridad por los fieles, y Roma al fin será siempre la silla del catolicismo y de consiguiente la corte pontifical del representante genuino de Dios en la tierra. La erudicion de Requeno y su gusto á las antigüedades no tardaron en darle á conocer en Roma, verdadero liceo de sábios en estas materias y en las artes, y reunion de los más preciosos objetos antiguos. Cuando nuestro Cárlos III y su sucesor, y aún no terminado el imperio del primer Napoleon que tanto afligió á nuestra patria con su férrea mano, si bien la proporcionó laureles inmarcesibles que la presentan á la faz del mundo la más heróica de las naciones modernas, gloria que ya tenia conquistada entre las antiguas se permitió á los jesuitas volver á España, se aprovechó Requeno de este permiso para regresar á Aragon. Recibióle su patria con aplauso, y la Sociedad Aragonesa de Amigos del país, se apresuró á abrirle sus puertas, así como su Academia de Artes de S. Cárlos. Nombrado conservador del gabinete de medallas de aquella Sociedad, clasificó científicamente su coleccion y la sujetó á un erudito catálogo, en el que probó su suficiencia numismática, así como hizo ver en las discusiones de la misma Sociedad y de la Academia los vastos conocimientos que en materia de ciencias y artes habia adquirido en Roma. Tan luego como llegó á su noticia que en el reino de las dos Sicilias se habia restablecido la Compañía de Jesus, se apresuró á volver á Italia, no sin gran sentimiento de sus compatriotas, con la idea de reunirse á sus antiguos hermanos de religion y practicar con ellos las piadosas prácticas de su santo instituto; pero le alcanzó la muerte en Tivóli el dia 17

de Febrero de 1811, á los setenta años de edad. Las obras que se conocen de este sabio jesuita español son las siguientes: *Esercici spirituali;* Roma, 1804.—*Saggio sul ristabilimento dell' antica arte de' greci e de' romani pittori;* Venecia, 1784, en 4.°—Bajo el modesto título de ensayo, dice el biógrafo Weis, al que seguiremos en la designacion de las obras de este autor, dió el sabio Requeno un tratado completo de la pintura entre los antiguos, y de los diversos procedimientos empleados por los artistas griegos y romanos, obra llena de reflexiones, noticias, y de experiencias curiosísimas, que fué impresa con correcciones y adiciones en dos volúmenes, en Parma, el año 1787.—*Principi, progressi, perfezione, perdita et ristabelimento dell' antica arte di parlare da lungi in guerra;* Turin, 1790, en 4.°: este es un tratado de las señales militares de los antiguos, que desde el renacimiento de las ciencias habian buscado muchos sabios, y de que se han ocupado otros, pesquisas que han dado por resultado el descubrimiento del telégrafo, que ha inmortalizado á Chappe.— *Scoperta de la Chiromonse, o'ssiad arte di gestire colle mani;* Parma, 1797, en 8.° No debemos dejar de manifestar que la manera de hablar ó de hacerse entender por medio de los dedos es muy antigua, pues que entre las obras de Beda, edicion de 1688, se encuentra un opúsculo titulado: *De loquelâ per gestum digitorum*, glosado. Fabricius, en su Biblioteca latina, hace mencion de las diversas ediciones de este trabajo, é indica con este motivo cuantos autores han llegado á su noticia que han escrito sobre el arte de hablar con los dedos. Perfeccionado este arte por el español Pereira en el último siglo, el abate l'Epée y Sicard encontraron aún mejor método para enseñar á los sordo-mudos, método que á pesar de su bondad y de las mejoras que se han hecho en el Colegio de Sordo-Mudos en Madrid, en donde se halla de tres años á esta parte la Escuela normal de maestros de esta enseñanza, no ha adquirido su verdadera perfeccion sino con el lenguaje gesticulado que entre sí emplean los sordo-mudos naturalmente, lenguaje que tienen que estudiar los mismos maestros para comprender á sus discípulos y hacerse entender de ellos. Por aquel tratado y por estos procedimientos, de origen español mal que les pese á los extranjeros que pretenden arrebatarnos esta gloria como tantas otras, se ha logrado desterrar la idea en que los desgraciados sordo-mudos estaban tenidos de ser séres incapaces de instruccion.—*Saggio sul' ristabilimento dell' arte di dipingere all' encausto degli antichi;* Parma, 1798, dos volúmenes en 12.° Caylus habia sido el primero que se habia ocupado con éxito de averiguar los procedimientos que emplearon los artistas antiguos para pintar al encausto; pero el P. Requeno hizo ensayos tan afortunados sobre este particular, que su obra es muy interesante para los artistas. Siguiendo su doctrina, ha hecho nuevas experiencias y varios descubrimientos sobre

esta clase de pintura el infante de España D. Sebastian Gabriel de Borbon, que se honra con los títulos de académico de la de Bellas Artes de S. Fernando en España y de S. Lucas en Roma, y cuyas obras de pintura, que se ostentan en las iglesias y palacios de Roma y de Nápoles, y en su preciosa galería en su palacio de Madrid, le acreditan de un ilustrado pintor de historia, de perfecto dibujo y buen colorido, y de una inteligencia grande de las diversas escuelas, siendo uno de los eruditos más conocedores de ellas, de las obras de los grandes maestros y de la historia de las artes, que conocemos. Pinta al encausto como los antiguos, no teniendo en esto en el dia en España quien le aventaje, y pudiendo contársele, sin adulacion, pues públicas son sus obras, como uno de nuestros mejores pintores, y como el más entendido restaurador de las pinturas antiguas, para lo que tiene vastísimos conocimientos, así como para la conservacion de las tablas pintadas, y sobre los mejores barnices y colores de que se hace uso en la pintura, sobre lo que se ha publicado, primero en Italia y despues en Madrid en estos últimos años, una excelente Memoria muy útil para los artistas, dedicada á la Real Academia de Bellas Artes de S. Fernando, puede considerársele como un verdadero artista, y como á un gran conocedor de antigüedades, razon por la que la Real Academia Española de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso, que tuvimos la honra de fundar en 1837, le tiene á su cabeza como presidente, protector y académico de mérito. A la obra de Requeno, que hemos indicado, se publicó un apéndice en Roma, en 1806, en 8.° *Saggio sull' ristabilimento dell' arte armonica de' greci e romani cantori*; Roma, 1798, en 8.°, dos volúmenes; obra curiosísima como todas las del autor.— *Medallas inéditas antiguas existentes en el museo de la Real Sociedad Aragonesa*; Zaragoza, 1800, en 4.° Esta obra se imprimió á expensas de la Sociedad, y se divide en dos partes, la primera contiene explicaciones sobre las noticias dadas por algunos numismáticos y conjeturas sobre diversas medallas. — *Tamburo, stromento di prima necessitá per regolamento delle truppe, perfezionato*; Roma, 1807 en 4.° Presenta el autor en este curioso libro los medios de cambiar los sonidos rudos del tambor en sonidos armoniosos y propios para asociarse con la voz; este escrito se publicó tambien en la *Enciclopedia* de Magaz, el año 1807.— *Osservazioni sulla chirotipografia, ossia antica arte di stampare á mano;* Roma, 1810, en 12.°; de esta obra hay ejemplares impresos en pergamino. Trata de probar en ella el P. Requeno que la imprenta fué conocida y se hizo uso de ella ántes del siglo XV, si bien no con la perfeccion á que la llevó Guttemberg y Schœffer. En el suplemento á la *Biblioteca* de la Compañía de Jesus, escrito por Caballero, hay una biografía incompleta de Requeno. Como hemos visto, este ilustrado español fué laboriosísimo, y todas las obras que nos ha dejado son

tan curiosas y útiles, que aún se consultan con gusto por nacionales y extranjeros. —B. S. C.

REQUESENS (D. Gerónimo). Debió nacer este prelado en el siglo XV. Dedicado á la carrera eclesiástica este ilustrado catalan, llegó por sus merecimientos y virtudes á ser nombrado obispo de Tortosa, del cual dice en el tomo V de su *Viaje literario* Villanueva: «La iglesia catedral de Tortosa conserva de este obispo la correccion del Breviario que ordenó de nuevo y se imprimió en Lyon de Francia, por Dionisio Herseo en 1547, á expensas de Bartolomé Masia. Es graciosa y estimable la prefacion de este libro.» Murió este prelado en Barcelona el dia 11 de Noviembre de 1548.—A.

REQUESENS (Fr. José María). Ignoramos la Orden á que perteneció este escritor religioso, de que nos habla Amat en su *Diccionario de autores catalanes*, sin dar más noticias sino que fué autor de la siguiente obra: *De ultimo fine hominis, honestate, de justitia et de peccatis;* un tomo en fólio. Puede perdonarse al erudito Amat el que no haya procurado dar más noticias biográficas de los ilustres catalanes en su obra; pero no que acaso por abreviar omitiese las bibliográficas, ya que este era su fin principal, pues que en muchas nos calla si la obra ú obras citadas se han impreso ó no, y estando tal vez publicadas algunas, á lo que creemos, no se tomó el trabajo de poner el lugar ni la fecha de impresion, falta imperdonable en una obra bibliográfica como su *Diccionario*, y así sucede en la que acabamos de citar que no nos dice si se publicó ó no. —B. C.

REQUESENS (María de), de la órden de la Merced. Esta ejemplar mujer, á quien el cronista de la religion mercenaria distingue y califica con el título de la *Santa*, fué natural de Barcelona y perteneció á la ilustrísima familia del antedicho apellido. Vivió en aquellos tiempos en que las mujeres, sin ser verdaderamente religiosas, por no haber querido los fundadores de la Orden admitirlas á formar comunidad, vivian juntas en casas parecidas á conventos, vistiendo el hábito de la religion y observando sus reglas. Ignórase en qué año nació María de Requesens y únicamente se sabe que vivia en Barcelona por los años que gobernaba la Orden Mercenaria el maestro Fr. Domingo Serrano. Hizo voto de castidad desde sus primeros años, y cumplió la oferta viviendo recogida cristianamente en casa de un tio suyo, que la habia criado. A los veintidos años tomó el santo hábito mercenario y caminó tan bien por la senda de la virtud é hizo en ella tales progresos, que no solo era perfecta en obras y palabras, sino tambien en sus pensamientos, descollando entre todas sus virtudes la de la castidad y la pureza. Dedicóse tanto á la vida penitente, que solo dos dias á la semana, martes y domingos, dejaba de tomar disciplinas, y preguntándola la causa, respondió que los domingos no la tomaba por ser dia de descanso, y los martes

por la piadosa creencia en que estaba, de que en tal dia habia nacido la Santísima Vírgen, aunque de esto con su natural simplicidad decia que no estaba muy segura, porque varios graves doctores aseguraban haber nacido en sábado. Cuando murieron sus padres, la dejaron bastantes bienes para poder subsistir en el estado que segun la clase la conviniese adoptar. Pero ella, deseando ser religiosa y despreciando todos los caducos bienes, consultó con personas graves, é hizo por su consejo tres partes de sus bienes. La una se la dió á los pobres, de la otra hizo donacion á los hospitales de Barcelona, y sobre la tercera fundó una memoria, cuyas rentas se emplearian en dotar doncellas pobres y virtuosas para tomar estado, bien en la religion, ó bien en el matrimonio. Para sí no quiso reservar cosa alguna, pues hizo vôto de particular pobreza y de mantenerse con el producto de la labor de sus manos, como efectivamente lo ejecutó miéntras la duró la vida. Era ella tan arreglada y tan inculpable, que no podia ménos de causar notable envidia al demonio, quien al efecto procuró por todos los medios y todos los caminos molestarla y hacerla desistir de su buen propósito. El sagaz enemigo, que sabe tomar todas las formas, no halló otro medio para combatir su virtud, que asaltarla con apariencias virtuosas, y así infundió á muchas personas el deseo de ir á ver á María para aprovecharse de sus sanos consejos y de sus buenos ejemplos. Era tanta la multitud que diariamente acudia á visitarla! que la faltaba el tiempo necesario para dedicarse á sus labores, y por consiguiente no podia ganarse la subsistencia, de la cual la resultaban dos graves daños. El primero, que la continuacion de las visitas no la permitia hacer de dia la labor que se impusiera, tenia que hacerla de noche, privándose por esta razon del necesario descanso; y el otro, que como no contaba con otros medios de subsistencia que el trabajo, faltábala muchas veces el sustento indispensable; y aunque era muy abstinente, como la vida no puede sostenerse sin el preciso alimento, veíase en la precision de pedirle de limosna, lo cual la causaba notable rubor y profundo sentimiento. Al fin rogando á Dios que la librase de aquel inconveniente, conoció de dónde venia el golpe y se aprestó á la defensa, despidiendo á las importunas visitas, negándose á recibir otras nuevas, y consagrando todos los instantes del dia al trabajo de manos, con cuyo producto no solamente se mantenia sino que aún le sobraba bastante para repartir á los necesitados. No dándose por vencido el demonio todavía, y queriendo minar y destruir aquella robusta fortaleza, recurrió á otros medios, y tomando la fama de una anciana respetable, se presentó á María, y dándola queja de algunas amigas, cuyas visitas habia despreciado, la dijo: «En verdad, señora beata Requesens, os digo que vuestra conducta tiene sorprendida y escandalizada toda la ciudad de Barcelona, que tanto os estima y venera. Antes recibiais á cuantos venian á

implorar de vos el auxilio espiritual de los sanos consejos y útiles advertencias; y ahora de repente habeis cambiado ocultándoos de una manera que todos se hallan escandalizados y figurándose lo peor, porque nadie acierta cuál pueda ser el motivo de vuestra clausura, y de negaros á dar las útiles advertencias y el buen ejemplo de otras veces. Por tanto, pues, yo que soy una de vuestras apasionadas, he de deciros sin rubor lo que de vos se cuenta por la ciudad, y es lo siguiente. Dícese que empezasteis muy bien, y se teme que concluyais muy mal, y fundan esta creencia en que tenemos las mujeres dos facilidades, facilidad en creer, y facilidad en mudarnos; de lo cual deducen, que así como fuisteis pronta en creer y abrazar la vida que conceptuasteis útil para salvaros, así tendreis facilidad para abandonarla y renegar de ella. Sin embargo, y perdonad la claridad: yo por mi parte os diré que creo hubo en el principio de vuestra conversion más liviandad que virtud, más apariencia que exactitud. Vuestros padres os dejaron renta bastante para vivir honradamente sin necesidad de tener que dedicaros á ningun trabajo; y vos sin reservar cosa alguna para hacer bien por sus almas, habeis hecho un vano alarde de caridad, repartiendo á los pobres cuanto teniais; y en vez de aseguraros la subsistencia para poder con entera tranquilidad de alma vivir entregada á la oracion y al recogimiento, vivis con mil afanes, sumida en el trabajo, faltando á Dios y faltándoos á vos misma, porque no es posible servir á dos señores á un tiempo. Ahora solo os propondré esta cuestion. Teneis don especial para consolar las almas afligidas, teneis habilidad suficiente para persuadir á los pecadores y hacerles abandonar el camino de la perdicion, y en vez de ejercer tan santo empleo lo abandonais por dar cuatro puntadas para ganaros un mísero alimento. Os toma Dios como instrumento y medio para salvar las almas, y dais con la puerta en los ojos á los que vienen á buscaros deseosos de su salud. Daos el Señor oficio de apóstol, y vos tomais el de costurera. No entiendo en verdad estas contradicciones. Me parece que en igual de ir al cielo, caminais derechamente al infierno. Si no tomais consejo de gente recta y justificada, si solo seguis vuestro parecer, daos perdida sin remedio.» Admirada quedó la santa mujer, y permaneció largo rato suspensa, oyendo las fútiles razones de aquella disfrazada serpiente, que casi la hicieron dudar de la virtud que en sí misma residia. Sin embargo, Dios que nunca abandona á sus siervos, la reveló instantáneamente quién era la falsa anciana, y armándose de santa indignacion, la replicó en estos términos. «En la primera cosa que he conocido quién eres, oh padre de la mentira, ha sido en la grande que me has dicho de que yo solo me guio por mi parecer y mi libre voluntad; pues jamás, desde que tuve discernimiento y uso de razon, hice ni pensé cosa que no la comunicase detenidamente con mis confesores y padres espi-

rituales. En lo demás que me criticas, solo te contestaré que Dios tiene en su Iglesia bastantes padres y doctores para que enseñen y doctrinen, alienten y consuelen á los ignorantes, á los débiles y afligidos, no necesitando de mí, que soy una pobre y débil mujer, para otra cosa más que para reverenciarle sumisa. Si huyo del trato de mis amigas y conocidas, es porque con su conversacion inútil estorban que me dedique á mis labores, haciéndome caer en la ociosidad, pecado y vicio del que se desprenden otros muchos: y al ocuparme en dicho trabajo, no hago otra cosa que seguir el precepto que me ha dado mi padre espiritual; precepto sacado de S. Gerónimo: «Haz »alguna obra, y ocúpate siempre en continua labor y ejercicio, para que el »demonio te halle ocupado, porque con facilidad caza á los ociosos y sale ven»cido de los que trabajan de continuo.» Al oir estas palabras de la santa mujer, como el demonio no puede sufrir el ser conocido, huyó de su presencia con grande estrépito, dejando á la santa mujer absorta y temblando de la grave tentacion que habia experimentado, pero vuelta de su asombro, dió muchas gracias á Dios por el bien que la habia dispensado, y rogándole la suministrase fuerzas para vivir segun fuera de su agrado, pasó el resto de su vida, que fué bastante larga, pues llegó casi á contar cien años, desempeñando los mismos oficios que desde el primer dia en que se consagró al Señor. Ignórase el año en que ocurrió su fallecimiento.—M. B.

REQUIER, abad de Prum, era hermano de los condes Gerardo y Matfrido, y fué elegido para suceder á Reginon en 899. Todos los autores han supuesto que Requier debió su nombramiento á las circunstancias de su familia, más bien que á las suyas personales. Sin embargo, parece que han sufrido en este punto una grave equivocacion, pues el nuevo abad se hallaba dotado de muy buenas cualidades, que manifestó no solo durante su gobierno, sino de que habia dado ya pruebas en una larga série de años que llevaba en aquel monasterio. Parco, modesto, sencillo en sus costumbres, fué un modelo para los monjes, que vieron en él un superior que sabia hacerse amar y respetar, que supo conservar el esplendor de su abadía, y áun aumentarle hasta cierto punto con diferentes hechos que le hacen sumo honor. En su tiempo surgieron algunas diferencias con los obispos diocesanos, á todos los cuales supo conservar su respeto, aumentando los privilegios de su abadía, y haciendo que á los antiguos se les guardase la debida consideracion. La fama que tenia desde muy antiguo aquella casa se conservó con gloria, y fué el punto á que acudieron los estudiantes de todos los países, que aspiraban á poseer los cortos conocimientos que formaban entónces el tesoro de la ciencia. Hácesele autor de algunos escritos que no han llegado á ver la luz pública, y sobre cuyo mérito disputan los bibliógrafos que los han copiado ó estudiado. Pero sus largas disertaciones no ilustran completamente

este punto de crítica, y acaso le confunden con otro autor de su nombre, ó de alguno parecido. Las obras por otra parte son de tan poca importancia, que no merecen nos ocupemos de ellas con la atencion que lo hacen aquellos autores, cuyo principal objeto es discutir puntos de crítica literaria. Algunas cartas, varios salmos, tal cual acróstico, si hacen á Requier digno de figurar en la historia de las letras del vecino imperio, no son de grande trascendencia para nuestro país, y ménos para una obra en que su nombre basta para manifestar que este eclesiástico no debia quedar en el olvido, por lo que no hemos querido pasarle en silencio, aunque tampoco se deba tratar de él con la extension que de otros que ejercieron una verdadera y profunda influencia en su siglo y en su país. Requier solo ocupó su puesto en la historia de su abadía, la que le menciona no sin orgullo como un buen abad por sus cualidades personales, ya naturales, ya adquiridas. Empero guardó un inexplicable silencio sobre los principales hechos de su vida, que no debió de carecer de importancia en un siglo poco ilustrado, cuando él no carecia de luces.—S. B.

REQUIESCENS (Alfonso de), comisario general en Alemania, Hungría y Bohemia. Escribió: *Relacion del martirio del venerable Juan Tudersmi, minorita*; la cual publicó en España Fr. Antonio Daza, en la parte cuarta de la *Crónica de la Orden*, lib IV, cap. 51. Se hace mencion en el Martirologio Franciscano en el dia 4 de Junio.—M. N. y S.

RESA, hijo de Zorobabel, padre de Joanna, uno de los abuelos de nuestro Salvador.

RESA y Orozco (Bernabé de), sacerdote de la órden de Calatrava. Estando en el colegio que en Salamanca tenia dicha religion, miéntras se dedicaba al estudio para obtener la licenciatura compuso, y despues dió á luz en casa de Fausto Taberniel, en 1629, en 4.°, el opúsculo siguiente: *De vera et unica nobilitate ex Ambrosii mente noviter enucleata coram gravissimo patrum senatu ad interpretationes textus un. cap. illud* 40, *distinctione singularis et accurata relectio.*—M. N. y S.

RESCHINGER (Pedro), minorita; publicó una obra cuyo título es el siguiente: *Clavis theologiæ, seu Repertorium in Summam Alexandri de Ales;* en Venecia, 1502, en 4.° Otra edicion en Lyon, en fólio, en 1517; y otra se hizo en Basilea, en 4.° mayor, el año 1502.—M. N. y S.

RESCIUS (Estanislao). Fué este abad de Andreow en Polonia, en el siglo XVI, secretario del cardenal Hosius, el cual le confirió un canonicato en la iglesia de Warmie, y le envió á Francia para felicitar á Enrique, duque de Anjou, elegido rey de Polonia. Despues Esteban Bathori, tambien rey de Polonia, le nombró abad de Andreow, de la órden del Cister, y le mandó por su embajador á Roma. Tambien fué agraciado por el rey Segis-

mundo con diversos empleos que desempeñó con fidelidad, y murió en Nápoles en 1598. Han quedado de este prelado las obras siguientes: *La Vie du cardenal Hosius;* un volúmen de cartas, y dos apologías de los jesuitas. Hablan de este autor, Ghilini en su Teatro de los literatos, y Starovolskius, en su Elogio de los polacos ilustres.—A.

RESENDE (Lucio Andres). Este religioso, que en sus primeros escritos tomó algunas veces el apellido de Angel en honra de su madre Angela Leonor Vasco de Goes, y el de Andres despues por su amor á todo lo antiguo, fué restaurador de las letras en Portugal, su país, pues que nació en Evora, de padres nobles, el año 1198. Habiendo quedado viuda su madre muy jóven, y deseando poner á su hijo al abrigo de las seducciones del mundo, le vistió desde niño con el hábito de la órden de Sto. Domingo y encargó su educacion é instruccion á los religiosos predicadores. Despues fué Resende á continuar sus estudios á España en la célebre universidad de Alcalá, bajo la direccion del famoso latino Antonio Nebrija, y de allí pasó á Salamanca, en donde hizo grandes progresos en las lenguas, en literatura antigua y en la teología, á la que tanto su madre como sus superiores le aconsejaron considerase como la llave de todos los demas conocimientos. Deseando extender sus conocimientos, fué á Francia, y deteniéndose dos años, parte en Marsella y parte en Aix, recibió en esta última ciudad las órdenes sagradas despues de lo cual fué á París á recibir lecciones de los profesores más afamados en aquella universidad. Terminados que fueron los cursos escolásticos que siguió en París, volvió á Lovaina, en donde la Academia brillaba con todo su esplendor, y no tardó en darse á conocer allí entre los sabios por su erudicion, talento y númen poético. El conde de Mascareñas, embajador de Portugal cerca de Cárlos V, obligó á Resendo fuese á unírsele á Bruselas en donde le colmó de pruebas de amistad. Acompañó á este su Mecenas en 1529, en su expedicion contra los turcos que amenazaban á Viena, y el año siguiente se quedó en la Hungría. Al saber la muerte de su madre, á la que amaba entrañablemente, se apresuró á volver á Evora con el corazon sobrecogido, bañó con sus lágrimas el sepulcro en donde estaba depositado su cadáver, y le puso un epitafio honroso para ambos. Su idea fué huir para siempre de los lugares que le recordaban sin cesar tan dolorosa pérdida; pero el rey Juan III y sus hermanos el cardenal Alfonso y el infante D. Enrique se unieron para conservar á la patria un hombre que tan importantes servicios habia de prestar á Portugal. Honrado con el título de ayo de los infantes, obtuvo de la Sante Sede el permiso de dejar el hábito religioso, que hacia treinta años llevaba, y se le concedió un canonicato en la catedral de Evora y otros muchos beneficios. Desde entónces empezó á trabajar sin tregua en la reforma de estudios en el reino, abrió por su propia cuenta una escuela de la

que han salido muchos sabios y distinguidos literatos, entre los cuales se cuenta á Aquiles de Estazo. Celoso por la gloria de la religion no ménos que por la de las letras, se valió de su crédito para que desapareciesen los abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica, y publicó ediciones nuevas del Breviario, purgadas de groseros errores, procurando desterrar del púlpito con su ejemplo el mal gusto que dominaba entónces, introducido por los predicadores italianos. En los últimos años de su vida se entregó Resende exclusivamente al estudio y á la pesquisa de objetos antiguos. Su aficion á las antigüedades le obligó á adornar su casa y su jardin con inscripciones y monumentos que se procuró á gran precio ó recogidas por él mismo, pues que en todas sus excursiones llevaba consigo algun instrumento para remover la tierra cuando percibia en ella vestigios de construcciones antiguas. Murió este grande hombre el 9 de Diciembre de 1573, á los setenta y cinco años de edad, y fué enterrado cerca del sepulcro de su madre en la sala capitular de los dominicos de Evora. Fué Resende el primer escritor portugués que se ha ocupado de antigüedades, por lo cual merece que su nombre se perpetue entre los arqueólogos y en su patria. Sus compatriotas le comparan como poeta á Lucano, pero sus versos se olvidaron al poco tiempo al paso que sus obras históricas son aún leidas y citadas con elogio. Las principales obras de este sabio portugues son las siguientes: *De verborum conjugatione commentarius;* Lisboa, 1540, en 4.° Esta Gramática excelente para su época, es tanto más rara cuanto que no se comprendió en la coleccion de las obras de este autor.—*Vincentius levita et martir;* Lisboa, 1545, en 4.°; es un poema heróico en dos libros, en el que Resende trató de probar que poseen los portugueses el cuerpo de este santo.—*Epistolæ tres carmine: duæ ad Lupum Scintillam jurisconsultum peritissimum; una ad Petreium Sanctium poëtam; item Epistola prosa Oratione pro colonia Pacensi ad Joann. Vassæum virum doctissimum;* Lisboa, 1561, en 4.°, edicion rara y muy buscada por los bibliófilos. La más interesante pieza de esta coleccion es la disertacion dirigida á J. Vassée sobre la colonia llamada *Pacensis*, porque habia permitido formarla la paz, que es la actual ciudad de Braganza. *Pro SS. Christi Martyribus Vincentii olyssiponensi patrono, Vincentio Sabiosa et Christetida, Evorensibus civibus, Epistola ad Barthol. Kebet*; Lisboa, 1567; y Evora, 1570, en 4.° En esta obra se encuentran curiosos detalles sobre los expresados santos. *Ad Epistolam Ambros. Moralis, Responsio de variis patriarum antiquitatum monumentis*; Evora, 1570, en 4.° En esta respuesta se dan curiosos detalles sobre el puente de Alcántara, cuya construccion se atribuye á los tiempos de Trajano; y tambien acerca del nombre de Flavius, adoptado por los reyes godos de España; sobre los dos Recaredos; sobre el usurpador Acosta; sobre el concilio de *Emerita*, hoy Mérida; sobre una medalla de Evora; y en fin, sobre

la descripcion de un templo cerca de Lezanamun.—*Ad Philippum Máximum Hispaniarum regem ad naturandam adversus rebelles Mauros expeditionem cohortatio*; Evora, 1570, en 4.° Esta pieza está en versos heróicos. *Antiquitatum Lusitaniæ libri IV et Municipii Evorensis antiquitate liber V*; Evora, 1593, en fol. edicion rara. Quedó esta obra manuscrita á la muerte de Resende, y la publicó Santiago Mendez de Vasconcelos con la vida del autor á su frente. Los cuatro primeros libros tratan del orígen del nombre *Lusitania*; límites de este pais y de sus primeros habitantes; diversos pueblos que le han ocupado por derecho de conquista y especialmente los godos, y en fin de las vias militares antiguas. El quinto libro se refiere á las antigüedades de Evora, fué escrito por Resende en portugués y traducido al latin por Andres de Schott. Esta curiosísima obra fué reimpresa en Roma, en 8.°, en 1597, á costa de Gonzalo Mendez de Vasconcelos, con algunas otras piezas de Resende y entre ellas una disertacion titulada: *De Dextera Hispanica*, dedicada á J. Vassa. *Vida del infante D. Duarte*; Lisboa, 1789 en 8.° Esta vida del hermano del rey Juan III, que habia quedado inédita, fué publicada por la Academia de Lisboa, pero se la plagó de tantas faltas en la impresion, que se dudó por mucho tiempo de su autenticidad. Todas las obras de Resende ménos esta última y su Gramática se publicaron en coleccion en 2 vol. en 8.°, en Colonia, el año 1600. El primer volúmen de esta edicion contiene las obras históricas y el segundo las poesías, entre las que hay además odas, el elogio de la ciudad de Lovaina, el de Erasmo, etc., y dos discursos pronunciados por Resende, uno en la Academia de Coimbra en 1551 el dia aniversario de su inauguracion, y el otro en 1565 en el sínodo de Evora: esta coleccion ha vuelto á reimprimirse en la misma ciudad en 1613, con el título: *Deliciæ Lusitano-Hispanicæ*, y las piezas históricas que contiene, se han insertado en el tomo II de la *Hispania illustrata*. En la *Bibliotheca Patrum* de los PP. Quetif y Echard se halla una lista de obras inéditas de Resende entre las que se ve un tratado portugués de arquitectura de Leon Bautista Alberti, debiendo advertirse que muchos de ellos solo se conocen por la indicacion que hizo el mismo Resende y que de consiguiente su existencia es muy problemática. El que desee más detalles sobre Resende puede consultar al historiógrafo de Portugal García de Resende en la *Vida de Juan II*, que publicó en Evora en 1554, seguida de la de la infanta Beatriz de Saboya, que segun Weis, se ha reimpreso en Lisboa en folio, en los años 1596, 1607 y 1622.—C.

RESENGHINO (José) italiano Casalense, alumno de la provincia de San Diego, de la regular observancia: dió á luz en italiano, en Milan, unas *Meditaciones ó escala de Jacob*, segun Wadingo. Tambien publicó en Génova en 1602 una obra titulada: *Escala del templo de Salomon*, de la que hace mencion Rosoto en el Indice de los escritores del Piamonte, libro IV.—M. N. y S.

RESEPH, hijo de Rapha y nieto de Sara, hijo de Ephraim. El texto parece decir que Reseph es hijo inmediato de Sara.

RESIA, hijo de Olla, de la tribu de Aser. (I. Par., VII, 39.)

RESMAIDE (Fr. Juan de), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula. Era corrector del convento de la Victoria del Puerto de Sta. María, y en calidad de tal asistió al capítulo general celebrado por la Orden para votar la vida cuaresmal, siendo uno de los que se decidieron desde luego por ella. Este Padre fué uno de los que establecieron en España su Orden, habiendo sido enviado con este objeto desde Tours por S. Francisco de Paula con otro once religiosos á las órdenes de Fr. Bernardo Boel. Venia con ellos un religioso español llamado Fr. Fernando Panduro, pariente muy cercano de un noble llamado Pedro de Lucena de Olit, de los más principales y ricos de aquella ciudad y uno de los caballeros que más favor tenian con los Reyes Católicos. Hallábase á la sazon en Francia de embajador, y habiendo conocido la maravillosa santidad de S. Francisco de Paula y el grande aprecio que merecia á Cárlos VIII, trabó con él amistad estando en relaciones por cerca de cinco años. Durante algunos años pidió al Santo que diese el hábito á un pariente suyo, y al volver á España ofreció favorecer sus fundaciones, por lo que S. Francisco, al enviar religiosos á nuestro país, quiso que les acompañase Fr. Fernando Panduro, que por ser español, pariente y recomendado de Pedro de Lucena, no dudaba contribuiria mucho al mejor resultado de sus deseos. Llegaron los religiosos mínimos á Andújar en el mes de Abril de 1492, y así por las cartas que recibió Pedro Lucena de S. Francisco de Paula, como por las venerables personas que se las llevaron, le dió acogida en su casa si bien para mejor disposicion y mayor comodidad de los Padres les cedió una ermita que tenia dentro de una heredad suya con advocacion á Sta. Elena, donde se fundó despues el convento de nuestra Señora de la Victoria. Sabido es que los Reyes Católicos se hallaban ocupados á la sazon en la conquista de Málaga, por lo que se retardó la primera fundacion, que se verificó al fin en Andújar en 1495, quedando en este convento el P. Juan Resmaide, de quien no podemos dar otras noticias, habiendo aprovechado la ocasion para hacer una aunque incompleta y ligera reseña de la introduccion de esta Orden religiosa en España, que otros cuentan de diferente manera.—S. B.

RESNEL DU BELLAI (Juan Francisco del). Nació en Ruan el dia 29 de Junio del año 1692. Hizo sus estudios en su patria con los jesuitas, y terminados que fueron, sintiéndose con vocacion, entró en la congregacion del Oratorio. Fué tal la asiduidad con que desde muy jóven se entregó al estudio, que se alteró su salud para el resto de sus dias. Cautivóle el estudio de las lenguas sabias, y enviado á Bolonia por sus superiores se familiarizó

tambien con la lengua inglesa. Abandonó el Oratorio para servir al duque de Orleans, cuyo protector le proporcionó la abadía de Sept-Fontaines. Dedicóse á la oratoria sagrada, y obtuvo mucho éxito en el púlpito hasta que un vómito de sangre le obligó á abandonar la predicacion, en cuyo caso se entregó enteramente al cultivo de las bellas letras. Declarándose vacante por ausencia la plaza que ocupaba en la Academia de Inscripciones el abate París, le fué conferida á Du Resnel en 1733, y solo despues de veintitres años obtuvo el título de pensionado. El 30 de Junio de 1742 fué recibido miembro de la Academia Francesa en lugar del abate Du Bos. Murió Du Resnel el 25 de Febrero de 1761, y tuvo por sucesor á Saurin en la Academia Francesa. Las obras que legó á la posteridad fueron las siguientes: *Essai sur la critique traduit de Mr. Pope*; 1730, en 12.° traduccion en verso de grande éxito.—*Panégyrique de Saint-Louis*; 1732.—*Les principes de la Morale et du goût, en deux poemes, traduits de l' anglais de Mr. Pope*; 1737, en 8.°; esta es una reimpresion del Ensayo sobre la Crítica, seguido del Ensayo sobre el Hombre. Se ha criticado á Du Resnel de haberse permitido muchas libertades en esta traduccion, en la que no solo dividió la primera en cuatro libros, siendo así que solo tiene tres en inglés, sino que se permitió trasposiciones de ideas. Aun cuando su version pura y correcta sea frecuentemente más débil que infiel, se ven en ella muchos trozos de mérito, pero no debe omitirse que Voltaire confesaba que habia hecho la mitad de sus versos, en su carta de Thivonville de 20 de Febrero de 1769. Seis disertaciones en las Memorias de la Academia de Inscripciones, de las que una trata de los poetas coronados, y otra de los premios propuestos á los literatos entre los griegos y los romanos. Su discurso de recepcion en la Academia, 1742, en 4.°, el cual se halla tambien en la coleccion de arengas de la Academia, en la que se ve su felicitacion á Mr. de Machault en 1746, y su respuesta al mariscal de Belle-Isle en 1749. Du Resnel fué uno de los colaboradores del *Diario de los Sabios*. Sus sermones no han llegado á imprimirse. Dice Guilbert en sus Memorias biográficas sobre los hombres que se han hecho célebres en el departamento del Sena inferior, que Du Resnel tradujo tambien de Pope la *Boucle de cheveux* y cita puntos de esta traduccion; pero asegura Mr. Beuchot, en su biografía de la Universal, que estos trozos pertenecen á la traduccion de Marmontel. El elogio de Du Resnel se imprimió en el tomo XXXI de las Memorias de la Academia de Inscripciones, habiéndose conservado manuscrito en la biblioteca de Lyon otro elogio de este autor eclesiástico escrito por Mr. Du Boulay.—C.

RESPECTA, abadesa, á quien dirigió S. Gregorio su epístola duodécima, dándole toda la autoridad sobre el monasterio de S. Casiano, con exclusion del obispo diocesano y de cualquiera otro eclesiástico, con poder á

las religiosas de este monasterio para elegir su abadesa, pero reserva al obispo el derecho de elegir la nueva abadesa, de celebrar la misa en la iglesia del monasterio el dia su dedicacion, de comisionar los demás dias del año un sacerdote para la celebracion de los santos misterios, y de corregir, ya á la abadesa, ya á las religiosas, segun los cánones, si caen en alguna falta notable.—S. B.

RESPHA, hija de Aia, concubina, es decir mujer de segunda clase del rey Saul. Este príncipe mandó dar muerte, sin que se sepa el motivo ni la razon, á un grande número de gabaonitas, y Dios para vengar esta crueldad envió á Jerusalen una grande hambre, que duró tres años. Habiendo sabido David, que reinaba á la sazon, por el oráculo del Señor que este hambre era un castigo del crímen de Saul, mandó llamar á los gabaonitas y les dijo: «¿Qué puedo hacer para reparar la injuria que se os ha hecho para que bendigais la herencia del Señor?» Contestaron: «Que se nos den siete hijos ó nietos de Saul y los crucificaremos para apaciguar al Señor.» David les dió entónces los dos hijos de Respha, hija de Aia, á saber, Armoni y Miphiboseth, que habia tenido de Saul; y cinco hijos que Michol, hija de Saul, habia tenido de Hadriel, hijo de Buzellai, ó más bien de Phaltiel, y los pusieron en cruces en la montaña próxima á Gabaá, al principio de la siega de la cebada. Tomando entónces un cilicio Respha, hija de Aia, le extendió en la roca y permaneció allí hasta que cayó sobre ella el agua del cielo, es decir, hasta que el Señor envió lluvia sobre la tierra y la devolvió su primera fecundidad, é impedia á las aves de rapiña comer los cuerpos durante el dia, y á los animales carnívoros devorarlos durante la noche. Habiendo sido referida á David esta accion de Respha, envió este príncipe á tomar los huesos de Saul y de Jonatás, que se hallaban en Jabes de Galaad, los hizo llevar á Gabaá y los puso en la tumba de Cis, padre de Saul. Puso tambien los de estos siete hombres, que habian sido crucificados por los gabaonitas. En esta ocasion se derogó la ley del Deuteronomio que manda que se descuelguen los cuerpos de la horca ó de la cruz ántes de ponerse el sol. *Non permanebit cadaver ejus in ligno; sed in eadem die sepelitur.* Dejóse allí á los descendientes de Saul quizá desde el principio de la primavera hasta el otoño; ya porque el crímen de su padre mereciese este castigo, ó porque siendo los gabaonitas simples prosélitos de domicilio no se hallaban obligados á la observancia de esta ley de Moisés. Habiendo Dios, por último, ordenado á David apaciguar á los gabaonitas; este príncipe quiso dejarles obrar en este punto como les pareciese. Mucho ántes de lo que acabamos de referir y pocos años despues de la muerte de Saul, Abner, general de las tropas de este príncipe, se enamoró de Respha y la tomó por su mujer ó la sedujo al ménos. Segun las ideas de estos pueblos era un crímen

que un particular se acercase á la mujer de un rey. Isboseth, hijo de Saul, que reinaba en Mahanaim al otro lado del Jordan, y que no se sostenia en su trono más que por el crédito y el valor de Abner, le reconvino porque se habia acercado á Respha, concubina de su padre. Sintió tanto Abner esta reconvencion, que juró la ruina de Isboseth, y desde aquel momento tomó sus medidas con David para ganarle toda la parte del pueblo que obedecia á Isboseth. Hé aquí todo lo que se sabe de Respha. —S. B.

RESPICIO (S.), mártir. Los nombres idénticos ó parecidos de los pueblos han inducido á muchos errores que se ven han cometido los autores en las vidas de los santos, y este S. Respicio es uno de los que han sufrido muchas diferencias en este sentido. Hay en Roma un barrio llamado de antiguo *Saxia*, el cual está situado entre la basílica de S. Pedro y el Tiber, y tiene este nombre desde el imperio de Carlomagno, por haber vivido en él muchos sajones despues de que fueron conquistados por este Emperador. Venérase en el hospital de *Sancti Spiritus*, que se halla en este barrio, el cuerpo de este Santo y el de sus dos compañeros de martirio debajo del altar mayor, y de aquí el que algunos autores hayan dicho que murieron en Sajonia, tomando el nombre de su sepultura por el del lugar de su martirio; y no solo existe esta equivocacion con respecto á estos santos, sino que tambien hay autores que suponen su martirio en Apamea de Siria, y otros en Nicea de Bithinia. Dejando esta cuestion y refiriéndonos solo á lo que de este santo hallamos en el Martirologio Romano, en el Breviario de Pio V, en Usuardo y en el cardenal Baronio, hallamos que viendo el tribuno romano Respicio dar martirio en Roma á S. Trifon (véase este nombre) maravillado de tan grande constancia y de su alegría en tan terrible tormento, recibió en su alma un golpe de divina gracia, que le hizo comprender que aquello no era cosa humana, sino sobrenatural y solo propia de un Dios muy poderoso, y más fuerte y grande que los materiales que veneraba como gentil. Entusiasmado, ó mejor, encendida su alma en amor de Dios, animado con aquel ejemplo que tenia á la vista, confesó á voz en grito que era cristiano, lo que visto y oido por los verdugos que martirizaban á S. Trifon, le aprisionaron y atormentaron al lado de su modelo. Si la fe inspirada á Respicio hubiera sido ménos sólida, se hubiera confirmado cuando llevado con Trifon al templo para que adorasen la estatua de Júpiter, vió caer á esta en pedazos á vista de aquel santo varon, lo que causó la conversion instantánea de la virgen vestal Ninfa, que confesó al verdadero Dios maldiciendo á los dioses á quienes habia servido hasta entónces. Los verdugos llenos de furor, azotaron á Trifon, Respicio y Ninfa con plomadas con tanta crueldad que los tres murieron en tan terrible suplicio el 10 de Noviembre, en que les recuerda la Iglesia, del año 252, bajo el imperio del feroz Decio,

enemigo irreconciliable de los que profesaban la religion cristiana.—B. C.

RESTA (Propercio), napolitano, de Talleacotio, teólogo de los frailes menores conventuales, fué obispo geruntinense y carriatense, y dió á luz en Roma en casa de Guillermo Facciolo el año 1589, una obra en cuatro tomos titulada *De vera et falsa sapientia*. Estas noticias se deben á Wadingo y á Nicolás Toppi, autor de la Biblioteca Napolitana. Murió en Roma el año 1602.—M. N. y S.

RESTICIANO, obispo y uno de los Padres del concilio de Calcedonia, celebrado en 456 por convocacion de S. Leon, que miraba la reunion de un concilio general como una consecuencia necesaria de la apelacion interpuesta por S. Flaviano, y como el verdadero remedio á las turbaciones que á la sazon agitaban la Iglesia, por lo que pidió su celebracion al emperador Teodosio XV, por medio de Valentiniano III y por las emperatrices Placidia y Eudoxia. Los obispos depuestos en el conciliábulo de Efeso lo pidieron con instancia á Marciano, sucesor de Teodosio, y emplearon para obtenerlo las personas más poderosas de la corte. Sea que Marciano tuviese consideracion á sus representaciones, ó que creyese á su vez que un concilio general era el único medio de hacer cesar los males de la Iglesia, formó el designio de reunir uno apénas se sentó en el trono del imperio. Escribió á S. Leon dándole parte de su eleccion, y su mujer la emperatriz Pulqueria suplicó tambien á este santo Padre contribuyese por su parte á la convocacion de este concilio. En una segunda carta, de 22 de Noviembre del año 450, invitó Marciano á S. Leon á ir á Oriente para celebrar el concilio.—Si no os conviene venir, añadia, manifestadnoslo en vuestras cartas para que enviemos á los nuestros por todo el Oriente, la Tracia, la Iliria para convocar á todos los obispos en cierto lugar, el que más nos agrade, y regular todo lo que se refiere á la paz de la Iglesia y la fe católica como vos lo habeis definido segun los cánones. S. Leon contestó al Emperador por una carta de 7 de Junio de 471, que él mismo habia pedido la reunion de este concilio; pero que no permitiendo el estado de los negocios reunir los obispos de todas las provincias, porque á los que debia llamárseles principalmente, es decir á los de Occidente, estaban tan turbados por las guerras que no podian abandonar sus iglesias, suplicaba á este príncipe dejase el concilio para un tiempo más á propósito, cuando estuviese restablecida la tranquilidad pública por la misericordia de Dios. En otra carta, del 19 de Julio, manifestaba desear que se celebrase este concilio en Italia para que pudiesen asistir á él todos los obispos de Occidente. Pero insistiendo el Emperador en la resolucion de convocar inmediatamente un concilio, que miraba como necesario al bien de la Iglesia y del estado y de convocarle tambien en Oriente, dirigió á Anatolio y á todos los metropolitanos una carta en 17 de

Mayo de 471, en que despues de haberles manifestado su dolor por ver la Iglesia agitada de diferentes turbaciones, les declaraba que su intencion era que se dirigiesen á Nicea en la Bitinia con tantos obispos como creyesen necesarios, para el 1.° de Setiembre, á fin de terminar todas estas turbaciones. Este príncipe prometia en la misma carta asistir en persona al concilio, si no se lo impedian los negocios del imperio. S. Leon, que no veia nada que no fuese loable en los designios de Marciano, creyó que debia secundarlos; por esta razon además de Lucencio, obispo de Ascoli, y de Basilio, sacerdote, á quienes habia enviado hacia poco para trabajar con Anatolio en la reunion y en la paz, eligió tambien otros dos legados, Pascasino, obispo de Lilybea, y Bonifacio, sacerdote de la Iglesia romana. Encargó á este último de una memoria instructiva que arreglaba la manera de que debian portarse sus legados en el concilio, y envió á Pascasio la carta á Flaviano con algunos pasajes elegidos en los santos Padres sobre el misterio de la Encarnacion, de que habian hecho ya uso sus primeros legados en Constantinopla. Las cartas de la legacion se hallan fechadas en 26 de Junio de 471: dos son para el emperador Marciano, una para Anatolio, y la cuarta para el concilio. Recomienda á sus legados se porten con tal sabiduría y prudencia, que se restablezca la paz en las iglesias de Oriente, se terminen todas las disputas sobre la fe y queden completamente destruidos los errores de Nestorio y de Eutiques; que admitan á la conciliacion á todos los que la pidan con sinceridad: condenen y depongan á todos los que se obstinen en la herejía; se opongan á la ambicion de los que apoyándose en los privilegios de sus ciudades, quieran atribuirse nuevos derechos; pidan el restablecimiento de los obispos arrojados de sus sedes por la fe católica y no consientan que se presente Dióscoro en el concilio como juez, sino únicamente como acusado. S. Leon queria tambien que presidiesen los legados el concilio en su nombre, en particular Pascasino. Escribió sobre este asunto al Emperador, en 26 de Junio, una carta diferente de las que encomendó en el mismo dia al sacerdote Bonifacio, sin duda con alguno que debia llegar ántes que él á Constantinopla. Como hacia mucho tiempo que se hallaba Julian de Cos en Oriente, habia asistido al concilio de Efeso y se hallaba muy instruido en los asuntos que se habian de tratar en el de Calcedonia, le unió S. Leon á sus legados para que trabajase con ellos. Julian no tuvo, sin embargo, el mismo rango que los legados, contentándose con colocarle entre los primeros metropolitanos, y siempre se le nombra despues del sacerdote Bonifacio. Miéntras se reunian los obispos en Nicea, segun las órdenes del Emperador, comenzó la Iliria á verse agitada por diferentes turbaciones, que obligaron á este príncipe á dedicarse con el cuidado necesario para hacerlas cesar, de manera que no pudiendo dirigirse á Ni-

cea en el tiempo designado para el concilio, es decir, en 1.° de Setiembre, escribió á los obispos que habian sido ya invitados para suplicarles le esperasen. Esta dilacion les causó algun disgusto, y áun hubo muchos que cayeron enfermos y escribieron á Marciano, quien les contestó que los legados del Papa juzgaban tan necesaria su presencia en el concilio, que no querian asistir no haciéndolo él; que por otra parte la situacion de los negocios del estado no le permitia alejarse del lugar en que se hallaba, pero que como deseaba tanto como los obispos que el concilio se celebrase cuanto ántes, les suplicaba pasasen á Calcedonia, diciendo que le seria más fácil ir desde allí á Constantinopla, de que no estaba separada más que por el Bósforo, de una milla de ancho en aquel lugar, y que ellos mismos estarian mucho mejor en Calcedonia que en Nicea, ciudad demasiado pequeña para un número tan considerable de obispos. No sin trabajo cedieron á las razones del Emperador, por lo que le diputaron á Atico, arcediano de Constantinopla, para representarle que hallándose Calcedonia tan próxima á aquella ciudad, temian no fuera motivo para que los eutiquianos ú otros herejes promoviesen alguna turbacion. Marciano, en una tercera carta fechada en Heraclea el 22 de Setiembre, les dice no teman nada y vayan sin dilacion á Calcedonia, para que despues de haber terminado los negocios de la Iglesia puedan volver á sus ciudades episcopales, y él mismo pueda ir tambien donde le llaman las necesidades de su imperio. Para impedir todas las turbaciones habia dado este príncipe una ley, fechada en 13 de Julio, prohibiendo excitar turbacion alguna en las iglesias por medio de aclamaciones ó por un concurso afectado, y formar ninguna reunion ó conventículo en Constantinopla so pena del último suplicio contra los sediciosos. La emperatriz Pulqueria habia ordenado tambien al gobernador de Bitinia arrojase de Nicea y de sus alrededores á los monjes, legos y áun eclesiásticos que no tuvieran obligacion de asistir al concilio. Los obispos fueron por lo tanto á Nicea en la Calcedonia á últimos de Setiembre, donde se encontraron en mayor número que en ningun concilio precedente. Segun la carta del Concilio á S. Leon eran quinientos veinte. Lucentio dice en el mismo Concilio que habia seiscientos; y S. Leon pone el mismo número en su carta á los obispos de las Galias. Todos los obispos del Concilio eran del imperio de Oriente, excepto los legados de la Santa Sede y dos obispos de Africa, Aurelio de Adrumeto y Resticiano, cuya silla episcopal no se halla mencionada, y el que nos ha servido para hacer en este artículo la historia del concilio de Calcedonia. Estos dos obispos fueron los últimos á suscribir en la primera sesion, celebrada en la iglesia de Sta. Eufemia, mártir, situada fuera de la ciudad de Calcedonia, á ciento cincuenta pasos del Bósforo, el 18 de Octubre de 1051. Asistieron diez y nueve altos funcionarios del imperio, á saber: Anatolio, maestre de

la Milicia; Paladio, prefecto del Pretorio; Taciano, prefecto de Constantinopla; Dincomalo, maestre de los Oficios; Espocacio, conde de los Guardias; Genetelio, intendente de los dominios del príncipe, y otros muchos que despues de haber ocupado las primeras dignidades del imperio, componian entónces el Senado. No se dice que asistiese el Emperador al principio de esta primera sesion, pero no puede dudarse que estuvo presente á las deliberaciones que la precedieron, pues se dice que Teodoreto le presentó una queja sobre las injusticias y las violencias que habia sufrido, y mandó este príncipe que asistiese al concilio. Parece tambien que se hallaba presente cuando se leyó la representacion de Eustaquio de Verito. No tardaremos en ver que asistió á la sexta sesion. Los obispos nombrados en las cartas de la princesa son en número de ciento sesenta, siendo los primeros los legados del papa Pascasino, Lucencio y el sacerdote Bonifacio, despues Anatolio de Constantinopla, Dióscoro de Alejandría, Máximo de Antioquía y Juvenal de Jerusalen. Eusebio de Dositea se halla nombrado entre los obispos, sin que se vea que ha sido restablecido en el concilio; presentándose como acusador de Dióscoro. Quizá habia obtenido su restablecimiento en las conferencias preliminares entre los obispos y el emperador, en que se determinó que ántes de las sesiones los diáconos Domnino y Ciriaco irian á avisar á los obispos que asistiesen al concilio. Los empleados del Emperador se colocaron en medio de la Iglesia, delante de la balaustrada del altar, teniendo á su izquierda á los legados del Papa y detrás á Anatolio de Constantinopla, Máximo de Antioquía, Acacio de Cesaréa, Estéban de Efeso, y los demás obispos de las diócesis de Oriente, del Ponto, del Asia y de la Tracia á excepcion de los de la Palestina; á la derecha estaban sentados Dióscoro de Alejandría, Juvenal de Jerusalen, Quintilio de Heraclea en Macedonia, que ocupaba el lugar de Anastasio de Tesalónica, y los demás obispos del Egipto, de la Palestina y de la Iliria. Se tuvo presente para esta colocacion las diferencias de opiniones; el partido de Dióscoro, como tachado de error, ocupó el lado que era ménos honroso. En medio de la asamblea se colocó el Sto. Evangelio, pero parece que no se ponia siempre, pues en una sesion se llevó á peticion de los magistrados. Además de los obispos habia otros muchos eclesiásticos entre los que se distinguió el arcediano Aecio; tambien habia los correspondientes notarios. Habiéndose sentado todos los obispos, Pascasino, legado del Papa, se levantó, y dirigiéndose hácia el centro, dijo á los magistrados: «que él y los otros legados tenian órden del santo Obispo de Roma, jefe de todas las iglesias, de no permanecer en el concilio, si no se expulsaba á Dióscoro. Pascasino habló en latin, y su discurso fué explicado por Beroniciano, secretario del Consistorio. Los magistrados preguntaron si habia alguna queja particular contra Dióscoro, á lo que contestaron los legados: «Debe dar ra-

zon de la sentencia que ha pronunciado en Efeso, donde ha usurpado la calidad de juez y se ha atrevido á celebrar un concilio sin la autoridad de la Santa Sede, lo que no se ha hecho nunca ni es permitido.» Pascasino añadió además: «Nosotros no podemos contravenir las órdenes del Papa ni los cánones de la Iglesia.» Los magistrados despues de algunas contestaciones mandaron á Dióscoro sentarse en medio en calidad de acusado. Adelantándose entónces Eusebio de Dosilea, pidió que se leyese la acusacion que habia presentado al Emperador contra Dióscoro. Este príncipe la habia enviado al Concilio. Los magistrados ordenaron su lectura y mandaron á Eusebio sentarse en medio de la asamblea con Dióscoro. Esta representacion acusaba á Dióscoro de haber violado la fe para establecer la herejía de Eutiques y de haber condenado injustamente á Eusebio. Este pidió para probarlo que se leyesen las actas del falso concilio de Efeso; lo que pidió tambien Dióscoro. Pero en cuanto los magistrados mandaron proceder á su lectura se opuso Dióscoro, pidiendo que se tratára primero la cuestion de la fe. Los magistrados hicieron leer las actas sin consideracion á su nueva propuesta. Se comenzó la lectura por la carta del emperador Teodosio para la convocacion del Concilio. Como en ella se prohibia asistir á Teodoreto, los magistrados le mandaron entrar segun la órden del emperador Marciano. Tan pronto como se presentó en la asamblea, los egipcios y todos los que se hallaban al lado de Dióscoro gritaron que se violaban los cánones, se atacaba á la fe, y que era preciso expulsar á Teodoreto. Los obispos del otro lado gritaron, por el contrario, que se debia expulsar á Dióscoro con todos sus homicidas y sus maniqueos como enemigos de la fe y de Flaviano. No queriendo los magistrados forzar la repugnancia del partido de Dióscoro, pidieron que Teodoreto permaneciese en calidad de acusador, diciendo que su presencia no ocasionaria perjuicio alguno á los derechos de las partes. Teodoreto se sentó por lo tanto en medio de los obispos con Eusebio de Dosilea, no faltando recriminaciones por ambos lados, pues los orientales decian que Teodoreto era digno de sentarse entre ellos, que era ortodoxo; los egipcios no querian reconocerle como obispo, diciendo que se le debia arrojar como enemigo de Dios. Habiendo hecho comprender los magistrados á los obispos lo indigno de estos gritos, propios del pueblo, mandaron continuar la lectura de las actas del falso concilio de Efeso. Dióscoro hizo la observacion acerca de su carta convocatoria que la sentencia pronunciada en este concilio le era comun con Juvenal de Jerusalen y Talasio de Cesaréa, á quienes el Emperador habia escrito lo mismo que á él. Los orientales no se tomaron el trabajo de refutarle en este punto, contentándose con quejarse de las violencias que habian sufrido. «Se nos ha forzado, decia, se nos ha amenazado, hemos suscrito en un papel blanco. Se nos ha dicho que se nos desterraria: los solda-

dos nos han rodeado armados de espadas y palos, los soldados han depuesto á Flaviano.» Estéban de Efeso se quejó de que todo se habia hecho con la fuerza y la violencia, que no se le habia dejado salir de la iglesia hasta que hubo suscrito la sentencia dada por Dióscoro, Juvenal y Talasio, y por los demás obispos á quienes se hallaban dirigidas las cartas del Emperador. Teodoro de Claudiópolis añadió: «Que aquellos mismos obispos se habian convenido entre sí para obligar á él y á otros, que no eran de su partido, á firmar sin conocimiento de causa. Habiendo dicho todos los orientales lo mismo que Estéban y Teodoro; Dióscoro les contestó burlándose, «que no debian haber suscrito sin estar bien informados de lo que habia hecho el Concilio.» Los orientales se quejaron despues de que se habia expulsado del Concilio á Julio de Ponzoles, legado del Papa, que no se habia dado á Flaviano más que el quinto lugar; que no se habia leido la carta de S. Leon al Concilio, y que se la habia guardado Dióscoro sin darla á leer, aunque juró siete veces delante de toda la asamblea que se leeria. Los magistrados, despues de haber examinado el motivo por que no se habian leido las cartas de S. Leon, vieron que fué porque no habia querido Dióscoro, aunque lo habia prometido muchas veces con juramento. Eusebio de Dosilea se quejó en particular, de que siendo acusador de Eutiques, se le habia negado la entrada en el Concilio, aunque Flaviano lo habia pedido. Interrogado Dióscoro sobre este hecho por los magistrados, se excusó con el conde Elpidio, que habia impedido por órden del Emperador la entrada á Eusebio. Esta excusa pareció insuficiente, porque se trataba de la fe. Dióscoro reconvino á los magistrados diciéndoles que habian violado los cánones mandando entrar á Teodoreto; á lo que contestaron que los obispos Eusebio y Teodoreto se hallaban sentados en el lugar de los acusados. Hubo contestaciones sobre la manera en que se hallaba concebida la profesion de fe que presentó Eutiques en Efeso, y sobre lo que habia dicho en su escrito, de que el concilio ecuménico de Efeso prohibia añadir nada al símbolo de Nicea. Despues de la lectura de las actas del falso concilio de Efeso, se leyeron las del concilio de Constantinopla. Cuando se hubo leido la segunda carta de S. Cirilo á Nestorio, y las que habia escrito á los orientales, todos los obispos exclamaron unánimemente: «Anatema á quien no lo crea así.» Teodoro dijo en particular: «Anatema á quien reconozca dos hijos: nosotros no adoramos más que uno, nuestro Señor Jesucristo, el Hijo único.» Los orientales añadieron: «Flaviano lo creia así. Esto es lo que él ha defendido, por esto ha sido depuesto.» Hallándose de acuerdo los egipcios con los orientales en la doctrina contenida en estas cartas, los magistrados dijeron á los primeros: «¿Cómo habeis recibido á Eutiques, que decia lo contrario, y depuesto á Flaviano y Eusebio que sostenian esta ver-

dad?» Dióscoro dijo entónces: «Ya se verá por las actas.» Se leyó la representacion de Eustatio, obispo de Berito que decia: «Que no se deben creer dos naturalezas en Jesucristo, sino una sola naturaleza encarnada.» Todo el Concilio exclamó que esto es lo que decian Eutiques y Dióscoro. Los magistrados preguntaron si esta doctrina se hallaba conforme á las cartas de S. Cirilo que se habian leido. Eustatio previno la respuesta leyendo en un libro de S. Cirilo las palabras de que se habia servido, y despues añadió: «Anatema á quien dice una naturaleza, para negar que la carne de Jesucristo nos sea consustancial, y anatema á quien dice dos naturalezas para dividir el Hijo de Dios.» Sostuvo que Flaviano habia hablado como él. «¿Por qué, pues, le dijeron los magistrados, habeis depuesto á Flaviano?» Eustatio contestó: «He tenido que hacerlo.» Se leyó la declaracion de fe que habia hecho Flaviano en el concilio de Constantinopla. Los magistrados preguntaron á los obispos su opinion, sobre si Flaviano era católico ó no? Entónces dijo el legado Pascasino: «Ha expuesto la fe pura y completamente, y esta exposicion está de acuerdo con la carta del obispo de Roma.» Anatolio, Lucencio, Máximo de Antioquía, Talasio de Cesaréa, Eustatio de Berito y Eusebio de Ancira, declararon todos ortodoxa la doctrina de Flaviano, y enteramente conforme á las reglas de la fe y á las cartas de S. Cirilo. Otro tanto dijeron los orientales, y habiendo opinado de la misma manera Juvenal de Jerusalen, pasó del lado derecho, donde estaba Dióscoro, al lado izquierdo donde se hallaban los legados del Papa y los orientales, que le recibieron con grande alegria. Pedro, obispo de Corinto, con los obispos de la Acaya, de la Macedonia, del antiguo Epiro y otros muchos pasaron tambien al lado de los orientales, de manera que hallándose Dióscoro abandonado de su partido, se quejó de que se le expulsaba con los Padres, refiriéndose á S. Atanasio, S. Gregorio y S. Cirilo, que han enseñado, decia, que no debe decirse dos naturalezas despues de la union, sino una naturaleza encarnada del Verbo. La lectura de las actas del falso concilio de Efeso demostró claramente la violencia que habia empleado Dióscoro para establecer el dogma de Eutiques y para deponer á S. Flaviano. Creyendo los magistrados haber demostrado de una manera suficiente la inocencia de este santo mártir y la de Eusebio, dejaron para el dia siguiente el exámen de lo relativo á la fe, suplicando á los obispos pusiese cada uno su creencia por escrito, declarándoles que el Emperador se hallaba resuelto á no separarse nunca de lo que se halla contenido en los símbolos de Nicea, de Constantinopla, y en los escritos de los santos Padres de la Iglesia, Gregorio, Basilio, Atanasio, Hilario, Ambrosio y Cirilo. Añadieron, que puesto que por la lectura de las actas y confesion de algunos de los jefes del Concilio, parecia que Flaviano, de santa memoria, y el muy

piadoso obispo Eusebio habian sido condenados injustamente, era justo que por la buena voluntad de Dios y del Emperador, el obispo de Alejandría, Juvenal de Jerusalen, Talasio de Cesaréa, Eusebio de Ancira, Eustatio de Berito y Basilio de Seleucia, que presidieron este concilio, sufriesen la misma pena, y fuesen privados de la dignidad episcopal, segun los cánones, con la sola condicion de que se referiria al Emperador todo lo que habia pasado. Los orientales exclamaron: «Esa sentencia es justa; Jesucristo ha depuesto á Dióscoro, ha depuesto al homicida:» pero no dijeron nada de los demás. Los ilirios pidieron que habiendo delinquido todos, fuese el perdon general. Todos los obispos desearon largos años de vida al Senado, y mezclaron el Trisagio á sus aclamaciones: habiendo declarado despues el arcediano Aecio que se habia terminado la sesion, se retiraron todos porque era demasiado tarde.

La sesion segunda se celebró el miércoles 10 de Octubre en la iglesia de Santa Eufemia. No se ve que asistiesen á ella Dióscoro, Juvenal, Talasio, Eusebio de Ancira, ni Basilio de Seleucia. Los magistrados, despues de haber repetido en pocas palabras lo que habia pasado en la primera con motivo de la justificacion de S. Flaviano y de Eusebio de Dosilea propusieron á los obispos establecer la verdad de la fe. Los obispos contestaron que lo estaba suficientemente por las exposiciones de fe de los Padres de Nicea, que era preciso atenerse á lo que habian dicho ellos y los demás Santos Padres; que si habia algo que dilucidar con motivo de la herejía de Eutiques, ya lo habia hecho el arzobispo de Roma en su carta á Flaviano, la que habian suscrito todos, y que no les era permitido hacer nuevas exposiciones de fe. Cecropio, obispo de Sebastópolis, fué el que más se opuso á una nueva fórmula de fe; pero pidió que se leyera el símbolo de Nicea y los escritos de los Santos Padres Atanasio, Cirilo, Celestino, Hilario, Basilio, Gregorio y la carta de S. Leon. Eunomio, obispo de Nicomedia, leyó el símbolo de Nicea, el arzobispo Aecio el de Constantinopla y las dos cartas de S. Cirilo, una á Nestorio, otra á los orientales, y el secretario Beroniciano leyó la carta de S. Leon á Flaviano traducida al griego con los textos de los Santos Padres que tenia adjuntos. Los obispos despues de la lectura de cada uno de estos documentos, manifestaron en alta voz que lo creian así. Solo los de Palestina é Iliria encontraron alguna dificultad en tres lugares de la carta de S. Leon. Pero habiendo justificado Aecio y Teodoreto estos tres lugares por algunos pasajes semejantes de S. Cirilo, se manifestaron satisfechos, de manera que exclamaron todos los obispos: « Esa es la fe de los Padres y de los apóstoles, nosotros lo creemos así. Anatema á quien no lo crea. Pedro ha hablado así por Leon; los apóstoles han enseñado así. La doctrina de Leon es santa y verdadera; así ha enseñado Cirilo.» Aecio de Nicópolis, que

encontraba alguna dificultad en la apariencia en la tercera carta de S. Cirilo, que contiene doce anatemas, pidió tiempo para examinarla. Habiendo apoyado todos los obispos su peticion, difirieron los magistrados cinco dias la sesion siguiente: ordenaron al mismo tiempo que eligiese Anatolio entre los obispos que habian suscrito los que creyese más á propósito para instruir á los que tenian aún alguna duda, y que él se reuniria con ellos. Los obispos de Iliria y de Palestina pidieron con instancia que se perdonase á los jefes del falso concilio de Efeso, y que se les permitiese asistir al Concilio. Los magistrados no contestaron más, sino que se ejecutaria lo acordado sobre la suspension de cinco y las conferencias en casa de Anatolio.

La tercera sesion se celebró el sábado 13 de Octubre, tres dias ántes del término designado por los magistrados; tampoco asistieron, y no se celebró más que para juzgar el asunto de Dióscoro, lo que no era de su inspeccion no siendo conveniente que los legos juzgasen crímenes canónicos. Aecio, que desempeñaba las funciones de promotor, manifestó que Eusebio de Dosilea habia presentado una peticion al Concilio contra Dióscoro. Eusebio hablaba tambien por el interés de la fe católica, por la defensa de Flaviano y en la suya propia. Pascasino de Lilybea, presidente del Concilio en representacion de S. Leon, mandó leerla. Tendia á hacer anular todo lo que se habia decretado contra él y contra Flaviano en el falso concilio de Efeso, á hacer confirmar la doctrina verdadera, á hacer anatematizar la herejía de Eutiques, y á hacer sufrir á Dióscoro el justo castigo de los crímenes de que habia sido convencido por la lectura de las actas de este conciliábulo. Despues que se leyó su acusacion, pidió Eusebio que fuese llamado Dióscoro para contestar en su presencia. Pascasino lo mandó así, y Epifanio y Elpidio, sacerdotes encargados de buscarle en los alrededores de la iglesia, declararon que no le habian encontrado. Se nombró una comision de tres obispos para ir á su morada. Constantino de Bortres, Acacio de Ariariathia, y Atico de Zelo, con Himerio, lector y notario. Llevaban una órden escrita. Dióscoro se excusó de ir al Concilio, diciendo que se hallaba preso por los magistrados. Eleusino, que era segun parece, jefe de la guardia, dijo á Dióscoro que podia ir al Concilio. Pero se defendió diciendo, que no hallándose en la sesion los oficiales del Emperador, no podia asistir si no lo hacian ellos, á lo que añadió, que pedia que la acusacion presentada contra él por Eusebio, fuese examinada delante de los magistrados y del Senado. El notario Himerio levantó un acta de lo que pasó en esta primera cita, cuya lectura hizo en el Concilio al regreso de los diputados. Amphilocuo, obispo de Sida en Pamfilia, deseaba que se difiriese un dia ó dos la segunda citacion. Opúsose otro obispo, diciendo que no se debia residir tres meses en Constantinopla, por un solo hombre que habia turbado toda la tierra; así se envió para hacer la segunda

citacion á Pergamio, metropolitano de Antioquía de Pisidia, Cecropio de Sebastópolis, y Rufino de Samosata, con Hypacio, lector y notario. Dióscoro contestó que habia mandado ya declarar al Concilio que se hallaba detenido en su casa por una enfermedad, que además pedia que los magistrados estuviesen presentes á la audiencia. Preguntó á los diputados si Juvenal y los demás obispos á que se habia excluido con él se hallaban en el Concilio. Pergamio le dijo que no estaba encargado de responderle á esta pregunta; pero que siendo contra él solo la acusacion de Eusebio, no podia sin hacer traicion á su causa ni contravenir á los cánones dejar de comparecer. Habiendo leido el notario Hipatio en el Concilio el proceso verbal que habia formado de la segunda citacion, declaró Eusebio de Dosilea que no se quejaba más que de Dióscoro y no de los demás, que no le habian hecho agravio alguno, y concluyó pidiendo que fuese citado por tercera vez. Hallábanse en esto cuando muchos clérigos y legos de Alejandría presentaron al Concilio acusaciones contra Dióscoro. Quejábase en una Teodoto, diácono de aquella iglesia, de que despues de haber servido bien durante quince años, le habia expulsado Dióscoro del clero, sin que hubiese contra él acusacion ni queja, y únicamente por el amor que tenia á S. Cirilo, y hecho recaer despues su odio sobre sus padres y amigos, hasta querer atentar á su vida, como enemigos de la doctrina. Decia tambien en su acusacion, que Dióscoro habia cometido homicidios, cortado árboles, quemado y derribado casas y llevado habitualmente una vida infame. Se ofrecia á probar todos estos hechos con cinco testigos, suplicando que se los pusiese en seguridad. Ischision, diácono de la misma iglesia, acusaba á Dióscoro de no haber permitido á los obispos recibir el trigo que los emperadores daban á las iglesias de Libia, tanto para el sacrificio incruento, como para los extranjeros y pobres, y de haberle comprado para revenderle muy caro en tiempo de hambre, de manera que además de no haber ofrecido el terrible sacrificio, no habia aliviado á los pobres del país ni á los extraños; haberse hecho entregar y distribuir á bailarinas y otras personas del teatro, una grande cantidad de oro que una señora piadosa habia legado en su testamento para distribuirla á los pobres y á los hospitales; de admitir continuamente en su obispado y en su baño á mujeres deshonestas, en particular á una tal Pausofia, llamada la Montañesa; haberle reducido á él á la mendicidad, mandándole quemar sus casas y talar su herencia; haberle encerrado despues en un hospital de inválidos donde se habia atentado á su vida por órden de Dióscoro. Citaba como testigos de la mayor parte de estos hechos á los criados de Dióscoro. La tercera acusacion era de Anastasio, sacerdote de Alejandría, sobrino de S. Cirilo, el cual decia: «Dióscoro desde el principio de su episcopado nos amenazó con la muerte á mi hermano y

á mí, y nos hizo abandonar á Alejandría para venir á Constantinopla, donde esperábamos hallar proteccion; pero escribió á Crisapho y á Nonno, que gobernaban entónces todos los negocios del imperio, que nos hiciesen perecer. Se nos puso en prision, y se nos maltrató hasta que dimos todos nuestros muebles, teniendo que tomar prestadas grandes sumas. Mi hermano murió de resultas de estos malos tratamientos, dejando á su mujer é hijos cargados con sus deudas, y para que no nos quedase ningun asilo, Dióscoro hizo convertir nuestras casas en iglesias; me ha depuesto además del sacerdocio sin motivo alguno, sin permitirme permanecer en ninguna iglesia ó en algun monasterio, de manera que me veo reducido á mendigar el pan. Un seglar, llamado Sofronio, presentó un cuarto escrito en que acusaba á Dióscoro de blasfemias contra la Santísima Trinidad, de adulterios y de empresas contra el servicio del Emperador. Habiendo sido leidas é insertadas en las actas estas cuatro acusaciones, mandó el Concilio citar á Dióscoro por tercera vez, no solamente para contestar á Eusebio, sino tambien á los cuatro acusadores que acababan de declararse contra él. Los diputados para esta última citacion fueron: Framion, obispo de Philipoppolis, Seniano de Diza, y Juan de Germanicia, con Paladio, diácono y notario. En el escrito de que se hallaban encargados, declaraba el Concilio á Dióscoro que no recibiria excusa alguna; que si habia pedido al Emperador que Juvenal y los demás obispos de su partido se hallasen presentes, se lo hubiera negado este príncipe, pues dejaba al obispo en completa libertad de decidir este negocio; que así no podia negarse á ir á defenderse, sin exponerse despues de esta última excitacion á ser juzgado como contumaz. Toda la respuesta que los diputados pudieron sacar de él fué que no tenia nada que añadir á las que habia dado ya. Pascasino preguntó muchas veces á los obispos lo que se debia hacer, vista la relacion que se habia dado al Concilio; á lo que contestaron todos, que manifestando Dióscoro tan grande desprecio á los cánones, merecia experimentar todo su rigor, por lo que los tres legados Pascasino, Lucencio y Bonifacio pronunciaron su sentencia en los términos siguientes: «Los excesos cometidos contra los cánones por Dióscoro, ex-obispo de Alejandría, se hallan probados tanto por la sesion anterior como por esta. Ha recibido á su comunion á Eutiques, condenado por su obispo; insiste en sostener lo que ha hecho en Efeso, de que deberia pedir perdon como los demás. No permitió leer la carta del papa Leon á Flaviano; y áun excomulgó al Papa. Se han presentado contra él muchas quejas al Concilio; ha sido citado hasta tres veces y no ha querido obedecer; por cuya razon el muy santo arzobispo de Roma Leon, por nos y por el presente Concilio con el apóstol S. Pedro, que es la piedra y la base de la Iglesia católica y de la fe ortodoxa, le ha despojado de la dignidad episcopal y de todo ministerio sa-

cerdotal.» Anatolio de Constantinopla, Máximo de Antioquia, Esteban de Efeso y los demás obispos consintieron en la sentencia dada por los legados; y la suscribieron los primeros los tres legados, despues Anatolio y los demás en número de trescientos. Hubo un obispo de Persia que suscribió en persa. El Concilio hizo despues un acta dirigida á Dióscoro para manifestarle su sentencia. Decia que habia sido depuesto por sus crímenes y por su desobediencia formal á las tres citaciones que le habia hecho el Concilio. Le leyó tambien el domingo 14 de Octubre Caumosina, sacerdote y ecónomo, á Eustatio, arcediano, y á los demás clérigos de Alejandría, que se hallaban en Calcedonia, recomendándoles conservar con cuidado los bienes de la iglesia, para dar cuenta de ellos al que fuese elegido obispo por la gracia de Dios y con el consentimiento del Emperador. Para que la sentencia del Concilio no fuese ignorada, se publicó por medio de un edicto dirigido á todo el pueblo de Constantinopla y de Calcedonia, en que se decia que no quedaba á Dióscoro ninguna esperanza de ser restablecido, como se atrevia á propalar; fué relegado á Gangres en la Paflagonia, donde murió en 454. El Concilio escribió al emperador Marciano las razones que habia tenido para deponer á Dióscoro, suplicando á este príncipe recibiese bien esta deposicion y dándole gracias por el cuidado que se tomaba por los intereses de la Iglesia. Tambien escribió á la emperatriz Pulqueria sobre el mismo asunto. Todavía existen estas dos actas, aunque en latin; la primera se halla suscrita por todos los obispos.

Los magistrados asistieron á la cuarta sesion, celebrada en 17 de Octubre. Se comenzó por la lectura del final de la sesion segunda, en la que se habia concedido á los obispos el término de cinco dias para el exámen de la cuestion de la fe; despues suplicaron á los legados dijesen en el Concilio lo que habian resuelto sobre este asunto. Pascasino dijo que el Concilio seguia el símbolo de Nicea y el de Constantinopla, con la exposicion de la fe dada en Efeso por S. Cirilo, y los escritos de S. Leon contra la herejía de Nestorio y de Eutiques, es decir, su carta á Flaviano, sin consentir en aumentar ni alterar nada. Habiendo sido explicada en griego la declaracion de Pascasino, los obispos dijeron en alta voz que eran de la misma opinion; de manera que viendo los magistrados que insistian en no querer nuevas exposiciones de fe, se contentaron con preguntarles, si reconocian que la carta de S. Leon á Flaviano era conforme á los símbolos de Nicea y de Constantinopla. Anatolio, y despues de él todos los obispos del Concilio, declararon que recibian esta carta como conforme á los decretos de estos dos concilios y á la fe de los Padres. Ciento cincuenta obispos dieron por escrito su declaracion, haciéndolo los demás de viva voz. Esta unanimidad de opiniones dió motivo á creer que podrian obtener el restableci-

miento de Juvenal de Jerusalen, de Talasio de Cesaréa, de Eusebio de Ancira, de Basilio de Seleucia y de Eustaquio de Berito, que habian sido los jefes del concilio de Efeso con Dióscoro, y juzgados por lo tanto dignos de la deposicion en la primera sesion del de Calcedonia. Los magistrados les contestaron que habian presentado al Emperador la relacion de lo sucedido, y que esperaban su respuesta. Por lo demás, añadieron, vosotros dareis cuenta á Dios de haber depuesto al Emperador, sin saberlo Dióscoro ni nosotros, y á sus cinco obispos cuyo restablecimiento pedis; lo mismo que de todo lo demás que ha pasado en el Concilio. Los obispos replicaron que Dióscoro habia sido depuesto justamente, y el Emperador les manifestó que dejaba á su buen juicio todo lo relativo á estos cinco obispos, por cuyo motivo pidieron á los magistrados les permitiesen la entrada en el Concilio; concediéronsela, y entónces se les mandó sentar entre los obispos y se les declaró ortodoxos. Hicieron tambien entrar á trece obispos que habian presentado una súplica al Emperador; en la que le decian, en nombre de todos los obispos de Egipto, que seguian la fe católica y que condenaban á todos los herejes, en particular á los que enseñaban que la carne de nuestro Señor procedia del cielo y no de la Santísima Vírgen. Los obispos del Concilio, á quienes habia remitido Marciano esta súplica, hicieron la observacion de que no se condenaba en ella á Eutiques, ni al error de una sola naturaleza, lo que los puso en el caso de decir que los que la habian presentado eran unos impostores. Quisose obligarlos á condenar á Eutiques y á su error, y á suscribir la carta de S. Leon á Flaviano; pero contestaron que no podian hacerlo hasta que tuviesen patriarca, sin el cual no les era permitido hacer nada. Tomaron á Anatolio por testigo de que tal era el órden establecido en su provincia, y que si hacian lo contrario, los demás obispos los arrojarian de su país. Alegaron tambien la autoridad del concilio de Nicea, pero no se tuvo miramiento alguno á sus razones, y se les hizo comprender lo ridículo que era el que obispos, algunos de los cuales eran ya muy avanzados en edad, no supiesen aún las ciencias católicas y se atuviesen á la opinion de otro. Se los instó de nuevo á anatematizar á Eutiques y á sus sectarios y á suscribir la carta de S. Leon. Consintieron en pronunciar este anatema, mas no pudieron resolverse á suscribir la carta de S. Leon ni la deposicion de Dióscoro. Consiguieron los magistrados el que se les permitiera estar en Constantinopla en el estado en que se hallaban, de donde no saldrian hasta que se hubiese consagrado un obispo de Alejandría. En efecto, no se volvieron á Egipto hasta que fué consagrado S. Proterio, en lugar de Dióscoro, por los cuatro obispos de que habia sido éste abandonado desde el principio del Concilio. Así, segun todas las apariencias, estos trece obispos no tuvieron dificultad en suscribir la carta de S. Leon á Flaviano y

la deposicion de Dióscoro, y hasta consta por una carta de S. Leon á Proterio que este último hacia leer públicamente en las iglesias la carta á Flaviano. Se mandó despues entrar en el Concilio á varios monjes de Egipto, algunos de los cuales eran abades, otros simples encargados de las iglesias de los mártires, y otros á quienes no se conocia, siendo diez y ocho entre todos. Hallábanse entre ellos Barsumas el sirio y el obispo Calepodio. Hízoseles reconocer la súplica que habian presentado al Emperador, que se leyó despues; procediendo luego á la lectura de otra peticion que presentaban al Concilio. Pedian en la primera su proteccion al Emperador contra los clerigos que querian exigir de ellos suscriciones forzosas y arrojarlos de sus monasterios y de otras iglesias en que habitaban. En la segunda pedian que Dióscoro y los obispos venidos con él de Egipto, estuviesen presentes al Concilio. Los obispos exclamaron á estas palabras: «Anatema á Dióscoro;» y pidieron que se echase á los monjes. Como su peticion tendia principalmente al restablecimiento de Dióscoro, á quien llamaban el conservador de la fe de Nicea, y protestaban renunciar á la comunion del Concilio si se les negaba su peticion; el arcediano Aecio leyó el quinto cánon de Antioquía, que ordena que el sacerdote ó el diácono que se separe de la comunion de su obispo para formar parte de otras reuniones, debe ser depuesto, y expulsado despues como sedicioso por el poder secular si insiste en su cisma. Los obispos dijeron: el cánon es justo. Los magistrados preguntaron á aquellos monjes ¿si se sometian á las decisiones del Concilio? A lo que contestaron, que reconocian la fe de Nicea en que habian sido bautizados. Aecio les instó de parte del Concilio á que condenasen á Eutiques; pero ellos se negaron diciendo que el Evangelio les prohibia juzgar. Uno de ellos, llamado Doroteo, llegó hasta á sostener que Eutiques era católico. Los obispos quisieron obligarlos á suscribir la carta de S. Leon á Flaviano; mas contestaron que no lo harian. Los magistrados pidieron que se les concediese el término de dos ó tres dias. Doroteo y Caroso dijeron que no le necesitaban, y que el Concilio podia determinar desde luego lo que tuviese por más conveniente; que en cuanto á ellos jamás cambiarian de opinion. Mas esta cuestion fué dejada para la sesion siguiente; no se cita en los ejemplares antiguos, y no se la mira hoy más que como la continuacion de la anterior, aunque se celebró dos ó tres dias despues, es decir, el 20 de Octubre. Concedióse en ella á Doroteo y los suyos un mes de término para decidirse á obedecer al Concilio, con la amenaza de ser privados ellos y sus monjes de todos los cargos y de todas las dignidades eclesiásticas, de la direccion de sus monasterios y de la comunion de la Iglesia, si no se sometian al Concilio en este término. Se añadió, que en caso de obstinacion de su parte, el Concilio pediria su auxilio á la autoridad secular para ejecutar lo que se hubiese de-

cidido contra ellos, y esto se extenderia tambien á los que por no obedecer apelasen á la fuga. En el mismo dia juzgó el Concilio la diferencia que existia entre Focio de Tiro y Eustatio de Berito. Focio, que pretendia ser el único metropolitano de la primera Fenicia, se quejaba de que Eustatio, por el crédito que habia tenido durante el pontificado de Dióscoro, habia obtenido una ley de Teodosio II para erigir á Berito en metrópoli, y que en su consecuencia se atribuia la jurisdiccion y las consagraciones sobre las iglesias de Biblos, de Botris, de Tripoli, de Orthosiada, de Arcas y de Antarade, que pertenecian anteriormente á la metrópoli de Tiro. El emperador Teodosio en su ley no habia hablado de esta desmembracion, que habia sido hecha por los obispos del concilio de Constantinopla en 449. Queriendo Eustatio evitar una sentencia en este asunto, manifestó que lo primero de todo era firmar la definicion de fe de que hablaremos despues. Añadió, sin embargo, que se hallaba pronto á responder. Despues que se hubo leido la peticion de Focio, le preguntó Eustatio cómo queria que se juzgase su diferencia, si segun los cánones ó segun las leyes imperiales? « Segun los cánones, » dijo Focio. Los magistrados declararon que el emperador Marciano queria sirviesen de regla en las diferencias de los obispos, sin miramiento alguno á los rescriptos de su corte; Eustatio no podia alegar en favor suyo más que el decreto del concilio de Constantinopla de 449; viendo que no tenia la suficiente autoridad, confesó que las quejas de Focio eran fundadas. Pero suplicó á los obispos no creyesen hubieran solicitado la desmembracion que se habia hecho de su metrópoli de Tiro. Se leyó el cuarto cánon de Nicea, que concede al metropolitano las consagraciones con los obispos de su provincia; acerca de lo cual preguntaron los magistrados si podia haber dos metropolitanos en una misma provincia. Habiendo respondido el Concilio que nó, declararon que segun los cánones del concilio de Nicea y el parecer del Concilio, Focio tenia el derecho de consagrar en todas las ciudades de la primera Fenicia, y que no le tenia Eustatio en virtud de la ley de Teodosio. Esta sentencia fué aprobada por unanimidad. En cuanto á los obispos consagrados por Focio y depuestos por Eustatio, se decidió que serian restablecidos en su dignidad y áun en sus mismas sedes, como consagrados legítimamente por el metropolitano. No se habló de los obispos consagrados pór Eustatio. Cecropio de Sebastópolis pidió que se hiciese un reglamento para que se observasen en todas partes los cánones sin miramiento á las leyes imperiales, y se ordenó asi con parecer del Concilio. Evagro y Liberato no dicen nada de estos dos asuntos, ni de las sesiones particulares en que se determinaron, porque no se hallan descritos en muchos ejemplares del Concilio, pero se habla de el de Focio en la sesion décima. —La que se mira como la quinta se verificó en 22 de Octubre. Leyóse á peticion de los magistrados

una definicion de fe redactada por los principales obispos del Concilio. Ya se habia leido el 21, que fué domingo, en presencia de los obispos que la habian aprobado. Pero no se recibió en el Concilio sin dificultad, en particular de parte de los legados, porque tenia alguna aunque pequeña diferencia con la carta del Papa; pidieron, pues, que se atuviesen únicamente á la carta de S. Leon, y que se les diese un rescripto para volverse y celebrar un concilio en Occidente. Sabiase que Dióscoro no habia condenado á Flaviano más que porque este santo obispo decia que hay dos naturalezas en Jesucristo. Así se hubiera autorizado la condenacion de S. Flaviano de no servirse de otro término, tanto más cuanto le rechazaba Dióscoro y admitia por el contrario el de dos naturalezas. Eleváronse sobre esto grandes debates entre los obispos. Para terminarlos, propusieron los magistrados se reuniesen seis obispos de Oriente, tres de Asia, tres del Ponto, tres de Iliria y tres de Tracia, el arzobispo Anatolio y los romanos en el oratorio de la iglesia, para convenir en una definicion de fe que agradase á todos. El Emperador mandó que se llevase á cabo la proposicion ó que se celebrase el concilio en Occidente. Despues de alguna resistencia convinieron los obispos en que la cuestion se trataria por medio de comisarios. Fueron elegidos en número de veintidos, pero no se eligieron obispos de Egipto quizá porque se temiese fuesen demasiado favorables á Dióscoro. Habiendo entrado los veintidos comisarios con los magistrados en la capilla de Sta. Eufemia, examinaron el decreto de la fe que habia sido propuesto en un principio, y despues le pusieron en la forma en que le tenemos hoy. Es el único que fué insertado en las actas despues que Aecio le hubo leido en presencia del Concilio. Es más bien un discurso que un símbolo. Despues de referir los de Nicea y Constantinopla en toda su extension, se añade así: «Este símbolo bastaria para el conocimiento de la perfecta religion, pero los enemigos de la verdad han inventado nuevas expresiones; los unos queriendo aniquilar el misterio de la Encarnacion, y negando á la Virgen el título de Madre de Dios; los otros introduciendo una confusion y una mezcla, y forjando una opinion insensata y monstruosa, que la carne y la divinidad no son más que una naturaleza, y que es pasiva la naturaleza divina del Hijo de Dios. Por esta razon el santo Concilio ecuménico, queriendo facilitar todas sus empresas y manifestar que la doctrina de la Iglesia es siempre la misma, ha definido primeramente que la fe de trescientos diez y ocho Padres permaneceria inviolable. Confirma además la doctrina que los ciento cincuenta Padres reunidos en Constantinopla han enseñado relativa á la sustancia del Espíritu Santo, con motivo de los que la atacaban, no porque creyesen que faltase algo á la exposicion anterior; y con motivo de los que quieren destruir el misterio de la Encarnacion, el Concilio recibe las cartas sinodales del bien-

aventurado Cirilo, tanto á Nestorio como á los Orientales, como propias para refutar el error de Nestorio y explicar el sentido del símbolo. El Concilio une á ellas con razon la carta del muy santo obispo Leon á Flaviano contra el error de Eutiques, como conforme á la confesion de S. Pedro, é igualmente á propósito para destruir los errores y afirmar la verdad. Siguiendo, pues, á los Santos Padres, declararemos todos á una voz que se debe confesar á un solo y mismo Jesucristo Señor nuestro, el mismo perfecto en la divinidad y perfecto en la humanidad, verdaderamente Dios y verdaderamente hombre; el mismo compuesto de un alma racional y de un cuerpo; consustancial al Padre segun la divinidad, y consustancial á nosotros segun la humanidad; semejante en todo á nosotros excepto en el pecado; engendrado por el Padre ántes de los siglos segun la divinidad; nacido despues de la Vírgen María, Madre de Dios segun la humanidad, por nosotros y por nuestra salvacion; un solo y mismo Jesucristo Hijo único, Señor en dos naturalezas, sin confusion, sin cambio, sin division, sin separacion; sin que la union quite la diferencia de las naturalezas; por el contrario, la propiedad de cada una se conserva y concurre en una misma persona y en una misma hipostasis; de manera que no se halla dividido ó separado en dos personas, sino que es un solo y mismo Hijo único, Dios, Verbo, nuestro Señor Jesucristo. El Concilio prohibe á todos enseñar ó pensar de otra manera, so pena á los obispos y á los clérigos de deposicion, á los monjes y á los legos de anatema. Prohibe tambien componer ni seguir ninguna otra fe, ni ningun otro símbolo que el de Nicea.» Este decreto fué leido y aprobado despues por todos los obispos.

Habiéndose reunido los obispos el 25 de Octubre, fué el emperador Marciano al Concilio acompañado de los magistrados que acostumbraban asistir á él y de otros muchos funcionarios. Arengó á los obispos en latin, que era el idioma del imperio, y despues en griego, para manifestarles que su intencion al convocarlos habia sido conservar la pureza de la fe, alterada hacia algun tiempo por la avaricia y la ambicion de algunas personas. Añadió que no se debia tener otra doctrina sobre el misterio de la Encarnacion que la que habian enseñado los Padres del concilio de Nicea en su símbolo, y San Leon en su carta á Flaviano; que si habia querido, á ejemplo de Constantino, asistir al Concilio, no habia sido más que para confirmar la fe y de ninguna manera para ejercer su poder. Terminado su discurso, se hicieron las aclamaciones acostumbradas; despues de lo cual se leyó de órden de este príncipe la definicion de fe hecha el dia anterior. Fué suscrita por trescientos cincuenta obispos, comenzando por los legados. Diógenes de Cysico y otros catorce metropolitanos suscribieron por sus sufragáneos ausentes. Marciano preguntó si la confesion de fe que se acababa de firmar habia sido hecha por

consentimiento unánime. Todos los obispos contestaron que la habian firmado, porque reconocian en ella la fe de los apóstoles; lo que acompañaron con grandes elogios al Emperador y la emperatriz Pulqueria. Marciano dijo despues: «Para quitar en lo futuro todo motivo de division, todo el que ocasione tumultos en público por causa de la fe será desterrado de Constantinopla, en caso de que sea simple particular; pero si es empleado, será privado de su destino, y si es clérigo será depuesto.» Todo el Concilio fué de la misma opinion. El Emperador declaró que tenia que proponer algunos artículos y que deseaba se arreglasen más bien por la autoridad de la Iglesia que por la suya; el primero, que nadie edificase ningun monasterio sin el consentimiento del obispo de la ciudad y del propietario del territorio; que los monjes, tanto de las ciudades como del campo estarian sumisos á los obispos, que vivirian en el retiro, no consagrándose más que al ayuno y la oracion, sin ocuparse de los negocios eclesiásticos ni seglares, si no se lo encargaba el obispo en algun caso extremo, y que no podian recibir en sus monasterios esclavos sin la voluntad de sus dueños; segundo, que se prohibiese á los clérigos tomar tierras en arrendamiento, ni encargarse de ninguna administracion á no ser de bienes de la Iglesia y por comision del obispo, so pena á los contraventores de ser despojados de su dignidad en caso de resistencia. El tercero, que los clérigos que sirven en una iglesia no pueden ser enviados á la iglesia de otra ciudad, sino que permanecerán en la que han sido ordenados, excepto cuando por haber sido arrojados de su país han pasado á otra iglesia por necesidad. Debia haber pena de excomunion tanto para el clérigo que pase de una iglesia á otra como para el que le recibe. Habiendo sido leidos estos tres artículos por el secretario Beroniciano, el Emperador los entregó á Anatolio, y se hicieron en seguida los cánones tercero, cuarto, quinto y vigésimo, introduciendo algunas variaciones. Ordenó este príncipe con la aprobacion del Concilio, que la ciudad de Calcedonia, en consideracion tanto á Sta. Eufemia, como porque se habia reunido en ella el Concilio, tendria en lo sucesivo los derechos de metrópoli, pero solo en el nombre, salva la dignidad de la metrópoli de Nicomedia. Suplicáronle los obispos les permitiese volver á sus iglesias; pero Marciano les indicó esperasen aún tres ó cuatro dias para terminar en presencia de los magistrados los asuntos cuya decision se les pedia. Así es como concluyó la sexta sesion, que han mirado algunos como la última del Concilio, porque en ella se acabó de arreglar todo lo relativo á la fe y á los negocios generales de la Iglesia. Se ha observado que muchas iglesias no tenian en sus copias más que seis sesiones con los cánones que el papa Pelagio creia formaban parte de la sexta sesion. Evaque, que se extiende mucho sobre las seis primeras, pasa ligeramente por las restantes. Lo que no impide que se deben

mirar las cosas que en ellas se trataron como pertenecientes al Concilio.

La séptima, la octava y la novena sesion se hallan fechadas en 26 de Octubre, porque se celebraron las tres en este dia. En la séptima confirmó el Concilio el convenio hecho entre Máximo de Antioquía y Juvenal de Jerusalen por el que quedaron la Fenicia y la Arabia bajo la jurisdiccion de la iglesia de Antioquía, y las tres Palestinas bajo la jurisdiccion de la iglesia de Jerusalen. Se trató en la octava la cuestion de Teodoreto. Habia sido restablecido en su sede por el papa S. Leon. Anatematizó en presencia del Concilio á Nestorio y á todo el que no dijese que la Vírgen es Madre de Dios y al que dividiese en dos el Hijo único. Suscribió la definicion de fe que se habia redactado; habiendo suscrito ya anteriormente la carta de S. Leon á Flaviano. No viendo los magistrados dificultad alguna en su restablecimiento, pidieron volviese á ocupar su sede como lo habia mandado S. Leon. Lo que concedieron todos los obispos. Ibas pidió en la sesion novena que se anulase todo lo que se habia hecho en Efeso en su ausencia, y que se le devolviese su Iglesia. Se leyó desde luego la sentencia arbitral de Focio de Tiro y de Eustatio de Berito, dada en Tiro el 27 de Febrero de 448, por la que aparecia que Ibas habia declarado su fe y perdonado á sus acusadores, y como habia que leer otros muchos documentos, se dejó este asunto para la sesion siguiente, que se celebró al otro dia 29 de Octubre. Leyéronse tambien las actas del sínodo celebrado en Berito el 1.° de Setiembre de 448, en que Ibas habia sido absuelto. Los magistrados propusieron despues la lectura de lo que se habia hecho contra él en el falso concilio de Efeso. Pero se opusieron los legados, diciendo que el obispo de Roma habia desechado y declarado nulo todo lo que se habia hecho en aquel Concilio, excepto la consagracion de Máximo de Antioquía, que este Papa habia recibido á su comunion, y que era preciso pedir una ley al Emperador que prohibiese hasta dar el nombre de concilio á aquella asamblea. Sin proceder por lo tanto á la lectura de las actas de Efeso, opinaron Pascasino y los demás legados que, segun los documentos que se habian leido, debia reconocerse á Ibas por ortodoxo y recobrar el honor del episcopado y la iglesia de que habia sido injustamente arrojado, que en cuanto á Nonno, ordenado obispo de Edesa en lugar de Ibas, el obispo de Antioquía era quien debia decidir lo que juzgase más á propósito. Su opinion fué que Nonno conservase los honores del episcopado hasta que se hubiese examinado su consagracion en una asamblea de obispos de la provincia: lo que fué aprobado por el Concilio y los magistrados. Unicamente se exigió que Ibas anatematizase á Nestorio y á Eutiques, lo que hizo sin vacilar. En la misma sesion Máximo, que habia sido elegido obispo de Antioquía en lugar de Domno depuesto en el falso concilio de Efeso, pidió que se concediese á su antecesor una pension

sobre las rentas de la iglesia de Antioquía; en lo que consintieron los magistrados y los obispos del Concilio, pero dejando á la discrecion de Máximo la cantidad de la pension.

Las sesiones undécima y duodécima, aunque celebradas en diferentes dias, la una el 29 de Octubre, la otra el 30 del mismo mes, no se ocuparon más que de un solo asunto, que fué el de Basiano y Estéban de Efeso. Basiano, consagrado contra su voluntad obispo de Evazes, ciudad de la provincia de Asia, no quiso ir á la iglesia para que habia sido ordenado, y habiendo quedado vacante la de Efeso por muerte de Basilio en 444, tomó Basiano su administracion, obligado, segun decia, á aceptarla por los obispos, el clero y el pueblo. Fué sostenido en esta silla por el emperador Teodosio II y por S. Proclo, que no habia aprobado en un principio su entronizacion. Despues de cuatro años de episcopado, es decir, en 448, cuando ofrecia el sacrificio con todo su clero y pueblo, los que acostumbraban á recibir de su mano los sacramentos, se apoderaron de él, le arrancaron las vestiduras sacerdotales y le arrastraron á una prision donde le tuvieron durante tres meses. En aquel intervalo los mismos obispos que habian ordenado á Basiano, ordenaron en lugar suyo á Estéban, sacerdote de Efeso, que fué obispo hasta 451, en que pidió Basiano ser restablecido en su silla. Presentó á este efecto su peticion en la sesion del 29 de Octubre. La habia presentado ántes al emperador Marciano, y este príncipe le habia remitido al Concilio, donde se leyó. Como se quejaba de que Estéban, obispo á la sazon de Efeso, le tenia usurpada su silla y sus bienes, ordenaron los magistrados á Estéban que le respondiese. Estéban dijo que Basiano no habia sido consagrado obispo de Efeso, sino que hallándose vacante esta iglesia, habia entrado y se habia sentado en ella por fuerza á favor de una banda de gladiadores y de otras gentes armadas; que despues que le habia arrojado, conforme á los cánones le habian ordenado á él cuarenta obispos de Asia en lugar de Basiano por el sufragio de los nobles, del pueblo, del clero y de la ciudad, en que era bien conocido, pues hacia cuarenta años que pertenecia al clero de Efeso. Basiano, por su parte, refirió detalladamente al Concilio sus buenas obras desde su juventud, diciendo que habia hecho edificar un hospital, donde habia puesto setenta camas, y recibia todos los enfermos y todos los extranjeros; que el obispo Memnon, envidioso de su virtud, le habia consagrado á pesar suyo obispo de Evazes para obligarle á salir de Efeso; que habiendo muerto Basilio, sucesor de Memnon, se le violentó para ponerle en la silla de Efeso; que su entronizacion fué confirmada por el emperador Teodosio y por S. Proclo de Constantinopla; que habia vivido tranquilo en esta iglesia durante cuatro años, de manera que habia consagrado á diez obispos y muchos clérigos. Declaró

despues la forma en que se le habia maltratado, quitándole los ornamentos sacerdotales, arrojándole en una prision y desposeyéndole de todos sus bienes; culpando en gran parte á Estéban de estas violencias. Despues de algunas contestaciones entre ambos adversarios, viendo los magistrados que ninguno de los dos habia sido ordenado por el concilio de la provincia, sino que por el contrario habian subido ambos á la silla episcopal por medio de la violencia, opinaron que se debia deponer á ambos y elegir otro obispo de Efeso. Esta sentencia pareció justa. Pero á peticion de los obispos de Asia se suspendió durante algun tiempo esta nueva eleccion, por temor de que si se enviaba á Efeso un obispo elegido en Calcedonia ocasionase alguna sedicion. Este asunto volvió á ser discutido en la sesion duodécima, que se celebró al dia siguiente. Se convino en que serian depuestos Estéban y Basiano, y que se elegiria en lugar suyo otro obispo; pero que conservarian ambos la dignidad episcopal con una pension de doscientos escudos de oro anuales sobre las rentas de la iglesia de Efeso. Se concedió tambien á Basiano el permiso de perseguir, dentro de los trámites de la ley, á Esteban ó á cualquiera otro que le conviniese para obtener la restitucion de lo que se le habia arrebatado.

La décimotercia sesion se celebró el mismo dia que la anterior, 30 de Octubre. Eunomio de Nicomedia presentó una súplica en queja, porque Anastasio de Nicea, usurpándole sus derechos de metropolitano, habia excomulgado los clérigos de la iglesia de Basilinople, que dependia de Nicomedia. Anastasio sostenia, por el contrario, que habiendo sido Basilinople desmembrada por Juliano de la iglesia de Nicea, quien edificó una ciudad á que dió el nombre de su madre Basilina, esta iglesia debia depender de Nicea y reconocerla como metrópoli. Las partes presentaron diferentes razones para sostener su derecho. Mas queriendo los magistrados entrar en el fondo de la cuestion, preguntaron lo que decian los cánones. Se leyó el cuarto de Nicea, en que se dice que las consagraciones de cada provincia se deben hacer con autoridad del metropolitano. Anastasio contestó que el emperador Valente habia atribuido á Nicea por medio de una ley la autoridad de metrópoli; Eunomio citó una ley de Valentiniano posterior á la precedente, que decia que el título de metrópoli, dado honoríficamente á Nicea, no perjudicaba en nada á los privilegios de Nicomedia. A esto declararon los magistrados, por dictámen de todo el Concilio, que no concediendo el cánon de Nicea más que un metropolitano en la Bitinia, seria reconocido en esta calidad por el obispo de Basilinople y áun por el de Nicea, que conservaria sin embargo el título de metropolitano, aunque solo honorario. Aecio, arcediano de Constantinopla, sostuvo que el obispo de esta ciudad tenia el derecho de ordenar al de Basilinople, y pidió que le fuese conservado este derecho. El Concilio con-

testó que habia que atenerse á los cánones; á lo que añadieron los magistrados que el obispo de Nicomedia debia ser metropolitano de toda la provincia, que con respecto á los privilegios de la iglesia de Constantinopla se examinarian en otra ocasion.

En la sesion décimocuarta, que se celebró el 31 de Octubre, se leyeron dos representaciones de Sabiniano, obispo de Perrha en Siria, dirigidas, la una, al Emperador y la otra á los arzobispos Leon, Anatolio y Máximo, manifestando que habiendo sido consagrado obispo de Perrha por los obispos de la provincia, en lugar de Atanasio, arrojado de su sede, porque no habia querido comparecer hallándose acusado de crímenes atroces, el concilio de Efeso sin embargo habia enviado á Atanasio á Perrha, deponiéndole á él contra la voluntad de los habitantes de esta ciudad. Atanasio se defendió diciendo que su causa habia sido juzgada por S. Cirilo y S. Proclo; pero que despues de la muerte de S. Cirilo, Domno de Antioquía le habia hecho citar á juicio, á lo que contestó que si querian atenerse á las cartas de S. Cirilo y de S. Proclo, se hallaba pronto á comparecer y á responder á la citacion. Pidió que se leyesen estas cartas, de las que se deducia que Atanasio se habia quejado á un concilio de Constantinopla de algunos de sus eclesiásticos, que habia querido poner por eleccion suya los ecónomos de su iglesia y quitar su nombre de los dípticos. Por cuya razon suplicaron S. Cirilo y S. Proclo á Domno de Antioquía nombrase comisionados para juzgar á Atanasio en su misma ciudad, si no podia ir él por hallarse muy distante de Antioquía. Segun los cánones el metropolitano Anastasio era quien debia juzgarle, pero le habia recusado como sospechoso. Domno nombró comisionado á Panolbio, obispo de Hieraple, amigo de Atanasio. Este, sin embargo, no quiso comparecer, y hasta ofreció renunciar á su obispado. Juan, sucesor de Panolbio, citó tambien á Atanasio, y por último le citó Domno á su concilio. Atanasio no compareció á ninguna citacion, habiendo por el contrario comparecido los clérigos de Perrha para acusarle, le condenaron los obispos del concilio de Antioquía por haber engañado á S. Cirilo y S. Proclo. Sabiniano pidió que se leyesen las actas de este concilio, y despues que se hubo procedido á su lectura, preguntaron los magistrados si se hallaban presentes en el Concilio alguno de los que habian depuesto á Atanasio con Domno. Habiéndose adelantado Teodoro de Damasco y otros seis obispos, dijeron que los clérigos de Perrha habian presentado quejas contra Atanasio; que habiendo sido llamado hasta tres veces y no habiéndose presentado, se habia pronunciado contra él la sentencia de deposicion. Los magistrados preguntaron á Atanasio porqué no habia comparecido en el concilio de Antioquía, á lo que contestó: Que porque era enemigo suyo el obispo de Antioquía que le presidia. Los magistrados decidieron que habiendo sido depuesto Atanasio

por su contumacia, debia Sabiniano permanecer poseedor de la iglesia de Perrha, pues habia sido ordenado por el concilio de la provincia. Declararon que Atanasio habia sido restablecido injustamente por Dióscoro en el falso concilio de Efeso y mal depuesto Sabiniano; que sin embargo, Máximo de Antioquía con su concilio tomaria conocimiento de la cuestion, de manera que se terminase en ménos de ocho meses; que si quedaba convencido Atanasio, aunque no fuese más que de un solo crímen digno de deposicion, no solo perderia su obispado, sino tambien quedaria sometido á las penas impuestas por las leyes; y que si en este espacio de tiempo no era perseguido ni convencido, se le repondria en su silla quedando Sabiniano como coadjutor con una pension proporcionada á las rentas de la iglesia de Perrha. El Concilio aprobó esta sentencia. El mismo dia 31 de Octubre, despues que se hubieron terminado todas las cuestiones particulares presentadas al Concilio, el arcediano Aecio representó que habia tambien que arreglar algunas de la iglesia de Constantinopla. Habia propuesto lo mismo la víspera, y los magistrados habian remitido su exámen á otra ocasion. Suplicó, pues, á los legados y á los magistrados estuviesen presentes á las deliberaciones que pedia se hiciesen sobre este punto. Los legados se negaron diciendo que no tenian órden del Papa; los magistrados se excusaron tambien de conocer este asunto, y dijeron que el Concilio podia examinarle sin que estuviesen presentes. Habiéndose retirado los legados con los magistrados, los obispos de Oriente, que componian el resto del Concilio, hicieron un cánon en favor de la iglesia de Constantinopla, en que se decia que el obispo de esta ciudad, llamada la Nueva Roma, tendria la preferencia de honor sobre los demas obispos, despues del de la antigua Roma. Este cánon es el veintiocho entre los del concilio de Calcedonia. S. Leon demostró en una de sus cartas al emperador Marciano que el motivo que habia habido para hacer este cánon carecia de fundamento, que una cosa puramente eclesiástica como el episcopado no se debia arreglar por la dignidad de las ciudades; que la elevacion de la Iglesia romana no procedia de que estuviese en la ciudad reinante, sino de la piedra sobre que la habia fundado Jesucristo; que la ciudad de Constantinopla tenia sus ventajas, pero que no eran temporales; que era la corte imperial, mas que no podia ser silla apostólica; que no se podia atacar á los privilegios establecidos por los cánones de Nicea; que el engrandecimiento de la iglesia de Constantinopla era un efecto visible de la ambicion, y que podia ocasionar divisiones y turbaciones en el seno de la Iglesia. Este cánon se adoptó sin embargo por el Concilio, con el consentimiento de los principales obispos de Asia, y fué firmado por muchos obispos, excepto los de Iliria. Sabedores los legados de que en la sesion décimoquinta se habia contravenido á los cánones, se quejaron en la sesion siguiente, que se celebró

el 13 de Noviembre, hallándose presentes los magistrados. «Os suplicamos, les dijo Pascasino, mandeis leer lo que se ha hecho escribir, para que vean todos nuestros hermanos si es ó no justa. Se leyó el cánon 28 con las firmas de los obispos. Lucencio, uno de los legados, dijo: «Que se habia sorprendido á los obispos, y que se los habia obligado á firmar ántes de que se escribiesen los cánones. A esta reconvencion exclamaron los obispos que no se habia forzado á nadie. Como los legados continuaban oponiéndose al cánon 28, Aecio, arcediano de Constantinopla, preguntó si habian recibido alguna órden del papa Leon. El sacerdote Bonifacio, que la tenia por escrito, la leyó, hallándose concebida en estos términos: «No permitais que sean infringidos, ni disminuidos de manera alguna los cánones de los Padres: conservad en todo la dignidad de nuestra persona, que representais, y si confiando algunos en el esplendor de sus ciudades quieren atribuirse alguna cosa, rechazadlos con firmeza.» Pascasino leyó despues el cánon 6.° del concilio de Nicea, que conserva los privilegios de Roma, de Alejandría y de Antioquía y los derechos de los metropolitanos. Leyó este cánon con las célebres palabras que forman su principio, pero que no se leen en el griego: *La Iglesia romana ha tenido siempre la primacía.* El secretario Constantino procedió despues á la lectura del mismo cánon como se halla en los originales griegos, y del cánon del concilio de Constantinopla relativo á la gerarquía, en que se dice que el obispo de esta ciudad tendrá la prerogativa de honor despues del obispo de Roma. Los magistrados, sin pedir nuevas noticias, decidieron, despues de haber sabido que habian suscrito voluntariamente los obispos, que se pusiese en ejecucion el cánon 28 del concilio de Calcedonia, con solo la reserva de que cuando uno de los metropolitanos de los departamentos del Asia, del Ponto y de la Tracia fuese elegido, y se hubiese llevado á Constantinopla el decreto de su eleccion, podria el obispo de Constantinopla hacerle ir para consagrarle, ó dar su permiso para hacerle consagrar en su provincia. Los obispos declararon que tal era su opinion, y pidieron que se les permitiese marchar. Pero no pudiendo permitir los legados que se abatiese á la sede apostólica en su presencia, pidieron, ó que se revocase todo lo que se habia hecho el dia anterior en perjuicio de los cánones, ó que se insertase su oposicion en las actas para que pudiese el Papa dar su sentencia sobre el desprecio que se hacia de su silla y la falta de cumplimiento á los santos cánones. Su representacion no fué escuchada. Los magistrados terminaron la sesion, diciendo que el Concilio habia aprobado todo lo que habian propuesto. Esta sesion, que es la última, está marcada como la diez y seis en las colecciones de los Concilios. Liberato la cuenta por la duodécima, otros por la trece. Evagro pone diez y seis, pero muchas iglesias no tenian en sus copias más que seis sesiones con los cáno-

nes. Estas diferencias proceden de que en los concilios generales los obispos de las grandes sedes tenian cada uno su notario, por cuyo medio hacian redactar ó copiar las actas segun las necesidades que tenian. Procuraban todos llevar consigo y publicar en sus provincias lo que se referia á la fe de la Iglesia, es decir, las definiciones de la fe y los cánones. Pero en cuanto á las actas relativas á los asuntos particulares, no hacian caso de ellas si no las necesitaban; los unos prescindian de ellas por completo; otros recogian una parte y dejaban la otra, y los que las recogian las colocaban indiferentemente, segun el órden de fechas ó el mérito de las materias. Antes de separarse dirigieron los obispos un discurso al emperador Marciano. El título le atribuye á todo el Concilio, que es calificado de santo y de universal. Pero se cree que fué compuesto por colegados; lo que se deduce, no solo de que el estilo del texto latino es más elegante y más natural que el griego, sino tambien porque este discurso está escrito únicamente para justificar la carta de San Leon á Flaviano, lo que correspondia principalmente á los legados. Demuestran en él que S. Leon, cuyo celo elogian, al mismo tiempo que su fe y saber, no habia contravenido al escribir esta carta al decreto del concilio de Efeso, que parece prohibir escribir sobre la fe, y proponer otra regla sobre este asunto diferente á la del símbolo de Nicea; pues esta prohibicion no se ha hecho más que para los que combaten la fe, y no para los que toman su defensa: que es cierto que debemos reconocer por único símbolo de nuestra fe el de Nicea; que no se debe proponer otro á los que se admite al bautismo, y que contiene todo lo que deben creer los que reciben con sencillez y sumision todo lo que les ha enseñado la Iglesia; pero que con respecto á los que faltando á esta sencillez han inventado nuevos errores y combatido las verdades de la fe con razones capciosas, ha sido siempre la costumbre, áun desde el concilio de Nicea, refutarlos en escritos más extensos, y áun servirse contra ellos de nuevas expresiones, que no expresando más que las verdades contenidas en el símbolo de este Concilio, las ponen, sin embargo, con más claridad y quitan todos los equívocos con que los herejes cubrian sus malos sentimientos. Basta para destruir la herejía arriana en el espíritu de los verdaderos fieles, declarar que el Hijo es consustancial al Padre; pero como Fotino y Marcelo de Ancira han sostenido que las tres personas de la Santísima Trinidad no eran distintas sino en el nombre, los Padres que han combatido á los herejes se han visto obligados á establecer la fe de tres sustancias, ó de personas realmente distintas una de otra. Se habian contentado con decir en el símbolo de Nicea, *creo en el Espíritu Santo*, y era bastante para manifestar á los fieles que es verdaderamente Dios, pues no se puede creer en el Espíritu Santo como en el Padre y en el Hijo más que suponiéndolos de una misma naturaleza. Pero la necesidad en

que se han visto en lo sucesivo á combatir los que han negado la divinidad del Espíritu Santo, ha obligado á los obispos del concilio de Constantinopla á añadir al símbolo *que el Espíritu Santo procede del Padre*. El símbolo de Nicea habia establecido suficientemente la fe de la Encarnacion, diciendo que el Hijo de Dios ha bajado del cielo y que se hizo carne. Pero los herejes que han atacado la verdad de este misterio, ya negando á la Santísima Vírgen el título de Madre de Dios, ya sosteniendo que el Hijo no ha tomado un alma racional, ya confundiendo las dos naturalezas en Jesucristo, ya distinguiendo en él el Hijo de Dios con el Hijo del hombre, han obligado á los doctores de la Iglesia á manifestar que es verdadero Dios y verdadero hombre; que las dos naturalezas, la divina y la humana se hallan unidas en él en una sola persona y sin confusion, y que en su consecuencia se puede decir de él que ha nacido en el tiempo, que es de toda la eternidad; que es consustancial al Padre segun su divinidad, y consustancial á la Madre segun su humanidad. El fin de toda esta discusion es manifestar que lo que S. Basilio, el papa Dámaso y otros muchos hicieron en otro tiempo contra los arrianos, los macedonianos y los aporinaristas, se ha visto obligado á hacerlo S. Leon contra los nuevos errores de Eutiques. El Concilio dirige el fin de su discurso á los dos emperadores Marciano y Valentiniano, aunque en el título no nombra más que el primero, y para probar que no se podia acusar de novedad la doctrina que establece S. Leon en su carta á Flaviano, el Concilio une á su discurso diferentes pasajes tomados de los escritos de S. Basilio, de S. Ambrosio, de S. Gregorio Nacianceno y de S. Atanasio, de San Amphilon, de Antíoco de Ptolemaida, de S. Flaviano de Antioquía, de San Crisóstomo, de Attico, de S. Proclo y de S. Cirilo, todos los cuales han creido que Jesucristo tiene dos naturalezas, y que siendo consustancial al Padre segun la divinidad, se ha hecho consustancial á nosotros segun su humanidad. Los obispos del Concilio enviaron al Papa las actas de todo lo que habia pasado, escribiendo una carta sinodal en la que le reconocian como intérprete de S. Pedro, como su jefe y su guia, y por aquel á quien ha sido confiado el cuidado de la viña del Señor, que es su Iglesia. Le manifiestan que han separado del seno de la Iglesia á Dióscoro, que además de la proteccion que habia dado á Eutiques, se habia atrevido á condenar y á deponer á San Flaviano y á Eusebio de Dosilea contra los cánones. Suplican despues á S. Leon apruebe y confirme la sentencia sinodal, por la que habian conservado en la iglesia de Constantinopla el antiguo uso de ordenar los metropolitanos de los departamentos de Asia, del Ponto y de Tracia, ménos para ventaja de la sede de Constantinopla que para el reposo de las metrópolis, donde habia con frecuencia tumultos entre el clero y el pueblo despues de la muerte del obispo, porque se hallaban sin jefe. Conviene en que los legados se habian

opuesto enérgicamente á este decreto; pero han querido sin duda, añaden los obispos, dejaros el honor de aceptarle, para que se atribuya á vos únicamente la conservacion de la paz y de la fe. Honrando con vuestro voto nuestra decision, dareis gusto al Emperador, y la sede de Constantinopla os manifestará un reconocimiento eterno en todas ocasiones con su union y su celo. Esta carta estaba escrita por los obispos del Concilio, que se suponian en número de quinientos veinte. No se lee lo que dice S. Gregorio *el Grande*, de que el Concilio ofreció al Papa el título de obispo ecuménico ó universal. S. Leon, poco sensible á un título que han mirado sus sucesores como profano y temerario, aprobó todo lo que se habia hecho en el Concilio de Calcedonia por la causa de la fe, pero se opuso con vigor al cánon 28, que se refiere á las prerogativas de la iglesia de Constantinopla, diciendo que este cánon era contrario á los de Nicea. Encargó á Julian de Cos hacer traducir en latin las actas del Concilio de Calcedonia, y de reunir todas las sesiones en un solo cuerpo. Se cree que esta traduccion es la que tenemos hoy. — S. B.

RESTITUTA (Sta.), vírgen y mártir. Durante el reinado del emperador Valeriano los gentiles se ensañaron contra los cristianos, con mucha furia en algunos puntos, porque no podian ver con paciencia el mucho terreno que perdia la idolatría y la grande extension que iba tomando el cristianismo. Si hubieran reflexionado un poco con la calma de la razon sobre este particular, hubieran llegado á comprender que de no guiar una fuerza poderosa á aquellos que tenian por enemigos, no hubieran podido hacer tan rápidos progresos, pues que diariamente mermaban sus filas cortando las vidas de los nazarenos, máxime advirtiendo que por cada víctima que hacia su furor venian mil á reemplazarla con doble entusiasmo. Entre las víctimas sacrificadas por los idólatras en este tiempo, fué una de ellas la vírgen Sta. Restituta. Vivia esta en Africa entregada á la piedad y á la práctica de todas las virtudes, siendo el apoyo y amparo de todos los necesitados, cuando fué de juez á aquella comarca Próculo, digno servidor del tirano emperador. Acusada ante él como cristiana Restituta, procuró hacerla abjurar de su creencia con el halago primero y despues con la amenaza; pero como ni con la una ni con la otra lograse hacerla doblar la rodilla ante los ídolos, la mandó atormentar cruelmente, creyendo que la vencería á presencia de los tormentos; pero léjos de esto la Santa empezó á cantar alabanzas al Señor, llena de gozo, dándole gracias porque la presentaba tan cercano el sacrificio que habia de unirla á su grandeza. Visto esto por Próculo, la hizo poner en un barquito cargado de estopa y pez con ánimo de que se quemase en medio del mar; pero parece que Dios, que todo lo puede, hizo que las llamas se volviesen contra los que prendieron el fuego, y que la Santa hincándose de ro-

dillas en medio de la barca y dirigiendo sus ojos al cielo, muriese haciendo oracion. Siguió la barca por el mar bogando á su libertad con el santo depósito, y se paró en las playas de Ischia, isla cercana á Nápoles, en donde reuniéndose los cristianos, sacaron el cuerpo de la Santa de la barca y le condujeron con mucha veneracion á la ciudad de Nápoles, en donde mandó el emperador Constantino Magno se la edificase un templo. Prodigios grandes ha hecho Dios en todos los tiempos para dar á conocer á los fieles el gran influjo que con su Divina Majestad tienen los que todo se lo sacrifican, y este fué uno de ellos. La Iglesia recuerda á esta Santa el 17 de Mayo.—B. S. C.

RESTITUTO (S.), obispo y mártir. Sábese la existencia de este santo prelado, además de por sus actas y de la tradicion de los cartagineses, por un magnífico sermon en que ensalzó sus virtudes el glorioso S. Agustin el dia que en su época se celebraba su festividad, en cuyo sermon, tan admirable como todos los que brotaron de los labios de este Sto. Padre de la Iglesia, se dió cuenta de las excelencias y santidad que distinguieron á Restituto en la tierra y de los prodigios que por su intercesion obraba Dios. Nombrado S. Restituto obispo de la ciudad de Cartago, en esta ciudad levantó su cruzada evangélica por medio de la predicacion, y su irresistible elocuencia conquistó millares de cartagineses al cristianismo en el siglo IV de nuestra era. Los gentiles, que advirtieron el destrozo que tan celoso campeon del Crucificado iba haciendo en sus filas, que disminuian prodigiosamente, al paso que se aumentaban las de sus enemigos, pusieron empeño en cerrar la boca del que tan fuerte voz tenia, que solo con ella destruia sus huestes, y aprisionándole y presentándole á sus jueces como sacrílego perturbador del órden público, fué condenado á muerte, la que recibió con grande contentamiento de los infieles y dolor de los cristianos, los cuales recogieron sus benditos restos y los dieron decorosa sepultura, á la que por mucho tiempo fueron los fieles á buscar por su intercesion el remedio de sus males.—B. S. C.

RESTITUTO (S.), mártir. Reinaban en el Imperio Romano Diocleciano y Maximiano, los mayores enemigos del nombre cristiano, y por órden de los cuales se hizo á la Iglesia una de sus más terribles y tenaces persecuciones. Vivia en Roma sufriendo el despotismo atroz de ambos tiranos, el virtuoso Restituto, practicando las virtudes cristianas sin disimulo alguno, ántes por el contrario loaba al Señor públicamente con el mayor fervor, é inculcaba en sus allegados el amor al verdadero Dios y detestacion de los ídolos, y procuraba inculcar en todos sus compatriotas sus religiosos sentimientos. Presenciando unos soldados del imperio los trabajos evangélicos de Restituto, que tal vez intentaria catequizarles á ellos mismos, despues de afearle su accion y de maltratarle de palabra y aún sin duda de obra, le

prendieron y condujeron acusándole de pervertidor de las ideas y del órden público, ante el presidente Hermógenes á quien estaba cometido el juzgar á los cristianos y á todos los que se declarasen ó fuesen declarados enemigos del panteismo. Preguntado Restituto por el presidente acerca de sus creencias, le respondió que era cristiano de alma y corazon, y que no teniendo más fin que el de continuar por el buen camino hasta encontrar á su Señor para servirle eternamente en su santa gloria, procuraba llevar á sus demás hermanos por el propio camino para que fuesen felices segun el espíritu del Todopoderoso. Irritado sobremanera de aquella sencilla pero enérgica respuesta, que acreditó el heroismo del Santo, le mandó azotar, emplomar y atormentar con porcion de otros suplicios, y cansado ya de ver su constancia y desesperado de verse vencido por tanta heroicidad, le hizo degollar á su presencia, con lo cual voló el alma de este varon justo á las mansiones celestiales, en donde se halla pidiendo á Dios el perdon de los pecadores, hasta de sus mismos verdugos. La Iglesia le recuerda el dia 30 de Mayo.—B. S. C.

RESTITUTO (S.), mártir. Grande es el catálogo de los mártires españoles que murieron por la fe de Jesucristo, y no podia ménos de ser así en una nacion que hallándose bajo la opresion de los idólatras primero, de los heresiarcas arrianos despues, y de los sectarios de Mahoma por muchos siglos, contra los que combatió y á los que venció el estandarte de la Cruz, fué por otra parte una de las primeras que abrazaron el cristianismo, cuya luz encendió en ella el glorioso apóstol Santiago y sus discípulos, como tantas veces se repite en esta obra. Por esta razon se ven en los breviarios de todas nuestras diócesis y religiones monásticas, mártires pertenecientes á todas nuestras provincias, que las ilustran y engrandecen, y de las que son patronos divinos que abogan en la corte celestial por los intereses espirituales de sus compatricios. Entre estos bienaventurados, debemos contar á S. Restituto, compañero de S. Críspulo, á los que venera la Iglesia en general y en especial España el dia 10 de Junio. Compañeros inseparables estos dos esforzados españoles, adoraron á su Dios, consagrándole su vida con el mayor entusiasmo, sin temor á la persecucion de los enemigos del nombre cristiano, ni temblar ante la muerte cierta que les esperaba, ántes bien deseándola como el feliz término, que librándoles del tormento de ver triunfantes á los enemigos de Jesucristo, les abriria las puertas de la verdadera vida á que aspiraban, de la gloria eterna. Eran ambos tal vez naturales de la provincia Tarraconense, en el país de la actual Palencia, y acosados por los sayones que perseguian á los fieles bajo cuyo tiránico poder cayeron, fueron compañeros en los tormentos y en el suplicio, en el desgraciado tiempo del imperio del feroz é insensato Neron, y juntos murieron martirizados en Palencia, que se gloria de tenerles por abogados ante el trono de Dios.—B. S. C.

RESTITUTO (S.), mártir. Recuerda la Iglesia el dia 23 de Agosto á este Santo en union de sus compañeros Donato, Valeriano y Fructuoso, y otros doce, de los que todos los antiguos martirologios hacen mencion, diciendo que recibieron la corona del martirio por su heróica confesion, declarándose hijos de Jesucristo. Sábese solo de Restituto y de sus demás colegas, que su confesion fué en el siglo IV de nuestra era en la ciudad de Alejandría, á principios de él, y que derramaron su sangre por la fe de su divino Redentor, muy gozosos de poderle dar esta prueba de su verdadero amor. — B. C.

RESTITUTO, obispo enviado á la corte por S. Agustin contra los donatistas y los herejes, pues habia en Hipona un obispo donatista llamado Proculciano, con quien S. Agustin intentó conferenciar más de una vez amigablemente para procurar atraerle con los suyos al seno de la Iglesia sin poder conseguirlo. Pero si encontró resistencia en los obispos de este partido, los donatistas seglares cedieron á sus razones y atrajo á un gran número de ellos al seno de la Iglesia. Los circunceliones se irritaron extremadamente, y para vengarse pusieron emboscadas al santo Obispo cuando iba segun su costumbre á visitar é instruir las parroquias católicas. Acaeció en una ocasion que estuvieron á punto de cogerle, porque habiéndose extraviado su guia, abandonó sin pensarlo el camino derecho. Dió gracias á Dios por un error tan saludable, pero viendo que continuaban ejerciendo sus violencias en el campo al rededor de Hipona, escribió á Ceciliano, vicario de Africa, suplicándole que no castigase estos errores con severidad, sino que los impidiese, reprimiendo á los que los cometian por el temor del castigo. Esta carta es del año 405. Ceciliano habia dado ya un edicto muy riguroso contra los donatistas; pero este edicto no habia llegado á ejecutarse en Hipona ni en ningun otro de los lugares de la Numidia. El emperador Honorio hizo tambien leyes extremadamente severas contra los donatistas, lo que fué causa de que un gran número de personas que no permanecian en el cisma más que por temor de los malos tratamientos de los circunceliones, ó por consideracion á sus bienes, ó porque habian nacido y sido educados en él, volvieron á la comunion de la Iglesia. Estas leyes, dice S. Agustin, han atraido y atraen todos los dias á muchos, que dan gracias á Dios de haber dejado una doctrina tan perniciosa, que aman lo que odiaban, que desde que se han curado se alegran de la violencia saludable de que tanto se quejaban en su frenesí, y que abundando en la misma caridad que hemos tenido con ellos, se unen al presente á nosotros para pedir que se trate tan bien como á ellos, á los que resisten todavia y con los que se han visto en peligro de perecer. La experiencia, añade este Padre, nos ha enseñado y nos hace ver aún todos los dias, que ha sido útil y saludable á muchos verse obligados por el temor y hasta por algun castigo, que es lo que los ha puesto en estado de ins-

truirse de la verdad ó de seguirla cuando la han conocido. Las persecuciones que los donatistas hicieron sufrir á los católicos, fueron en cierto modo útiles á la Iglesia, pues tuvo el consuelo, dice tambien este santo Padre, de ver como fruto de todos sus males que los lugares en que se habian cometido estos excesos fueron aquellos en que habia hecho más progresos la unidad de Jesucristo. Sin embargo, habiendo sido muerto Stilicon en 408, los paganos y los donatistas extendieron por Africa la voz de que las leyes dadas en vida de este ministro habian muerto con él, como publicadas por solo su autoridad, sin saberlo y áun contra la voluntad del emperador Honorio, y que así no debia hacerse caso de nada de lo que se habia decretado contra ellos. Los donatistas fingieron tambien y publicaron una amnistía de este príncipe en favor suyo. Estos falsos rumores, extendidos en un instante por toda el Africa, excitaron grandes turbaciones y expusieron á los obispos á nuevas persecuciones, lo que les obligó á reunirse en Cartago el 13 de Octubre del mismo año, y comisionar en la corte contra los paganos y los herejes á los obispos Restituto y Florencio. Como S. Agustin no habia asistido á esta reunion, escribió á Olimpio, que habia sucedido á Stilicon en el cargo de primer ministro y jefe de todos los negocios de la corte, para representarle la necesidad que tenia la iglesia de Africa de su asistencia. Le envió al mismo tiempo otra carta por medio de un sacerdote de la diócesis de Milevo para ponerla en manos de los obispos Restituto y Florencio cuando llegasen. Escribió tambien á Donato, procónsul de Africa, para exhortarle á que hiciese saber pronto á los donatistas, por medio de un edicto, que las leyes dadas contra sus errores subsistian aún en todo su vigor. Pero le conjuraba al mismo tiempo, de una manera muy apremiante, á que no condenase á muerte á los que habian empleado la violencia contra la Iglesia. Le suplicaba tambien que si era preso algun donatista, permitiese que los católicos trabajasen en instruirle y sacarle de su error. «Pues, añadia, aunque se procure hacerles abandonar un gran mal para abrazar un gran bien; es un trabajo más odioso que provechoso no reducir á los hombres más que por la fuerza, en vez de ganarlos por el camino de la instruccion y de la persuasion.» —S. B.

RESTITUTO É INOCENCIO (Stos.), presbíteros. Eran naturales de Africa, aunque no consta de qué punto. La historia nos los presenta siendo párrocos de la ciudad de Hipona, silla episcopal del sabio Agustino. Estos esclarecidos mártires de la fe fueron contemporáneos de aquel sabio doctor de la Iglesia, que los conoció y dió cuenta de su glorioso martirio. Vivieron en la fatal época en que descollaban entre otros varios herejes los impíos donatistas, cuyos errores se extendieron tanto, y les aseguraron tan extensa dominacion que, como dice muy bien el mencionado sabio doctor,

no fué necesario que entráran en Africa los vándalos arrianos para atizar y encender el fuego de la persecucion; porque los donatistas, unidos á los infames circunceliones, robaban los templos y sacrificaban á los ministros del altar con más rencor que pudieran hacerlo los bárbaros del Norte inflamándose su odio cada vez más contra el clero católico, inventaban crueldades y tormentos desconocidos áun por los mismos gentiles en el tiempo de las primeras persecuciones de la Iglesia bajo la ominosa dominacion de los romanos emperadores. Dichosos podian llamarse los que cayendo en sus manos eran sacrificados de un solo golpe; pues á la mayor parte, y por un exceso de refinada crueldad, les mutilaban algun miembro dejándoles con vida para hacer más durable su tormento, no siendo pocos los que recibian tantas heridas en todo su cuerpo que no les quedaba parte sana. Laméntase el santo obispo Agustin, en su carta al presbítero Victoriano, de la cruel tormenta que se habia levantado en el seno de la iglesia de Africa y que destruia á la vez los pastores y las ovejas. Entre la multitud de mártires que menciona, hace particular relacion de Restituto y de Inocencio, á quienes tambien se refiere en otras tres cartas dirigidas, una á nombre del clero de Cartago á todas las iglesias de Africa, la otra al juez Agripino, y la otra al tribuno Marcelo. En esta última ruega el Santo por los donatistas que se hallaban presos y sentenciados, suplicando se dé lugar á la clemencia; porque á ser castigados como por sus crímenes merecian, no habia pena bastante establecida en los códigos de ningun pueblo para satisfacer la vindicta pública. Recuerda entre sus atroces crímenes la muerte dada á Restituto, Inocencio y otro sacerdote hiponiense, á quienes hicieron sufrir el terrible martirio de sacarles los ojos y cortarles las manos dejándolos morir desangrados y en el mayor abandono. Ignórase á punto fijo el año en que tuvo lugar este suceso, pero sí consta el dia, pues los Santorales africanos, que por espacio de muchos años rigieron en aquellas iglesias, conmemoraban á los gloriosos mártires en el 28 de Mayo.—M. B.

RESURRECCION (Ana María de la), carmelita descalza. Fué natural de Barcelona, hija de Gerónimo Lasirera y de Francisca Lasirera, señores de Lanquin de la Plana en el obispado de Vich. Crióse desde muy niña en el convento de Lixena, del órden de S. Juan de Jerusalen, en el cual se educaban varias doncellas de noble cuna, hasta que tomaban estado en el mundo ó en el claustro. No tenia la jóven María tal intento; ántes por el contrario, como la clase de regla monástica que profesan las comendadoras de las Ordenes militares no las prohibe recibir visitas ni negarse al trato de las gentes del mundo, María se aficionó demasiado á las pompas mundanas por lo que de ellas oia, y anhelaba el momento de salir de la clausura. Llegó el instante, y habiendo sido presentada por su familia en la buena sociedad

barcelonesa, mereció por su hermosura y su talento mil elogios que desvanecieron algun tanto su mente, ya muy ligera, haciéndola concebir vanidosos pensamientos y descabellados planes impropios de una doncella cristiana y recogida. Sin embargo, el Señor se vale de toda clase de medios para llamar las almas hácia sí cuando ménos lo creen y cuando ménos dispuestas se hallan á marchar en su seguimiento. Si algunas veces la recordaban sus deberes y cuán acertada hubiera andado en abrazar el estado religioso, hacia melindres de enojo y decia no haber nacido para monja, hablando mal de los rigores que decia no poder sufrir, y particularizándose con la descalcez del Cármen como religion más austera y penitente. Cierto dia fué á oir misa al convento de las descalzas de Barcelona, y sin saber cómo ni por quien, porque nadie pudo explicárselo, hallóse dentro del clustro y rodeada de las monjas que la daban la enhorabuena como á una compañera que venia á residir entre ellas. Al mismo tiempo que María procuraba volver de su asombro, sintió dentro de sí una voz que perceptiblemente la decia no volveria á salir de aquel convento. Desde luego se conoció que era Dios el autor de aquella obra; porque su ánimo, ántes tan opuesto, tan contrario á la vida monástica, cambió de repente y tomó tal repugnancia al siglo, que se prestó con el mayor gozo á recibir el hábito de novicia. Hizo su profesion sin experimentar retroceso alguno, y desde entónces, siendo ya una de las castas esposas del Señor, abrazó el ejercicio de todas las virtudes, y fué muy distinguida en todo lo que con el bien se hallaba relacionado. Dióse mucho á la divina contemplacion, y vivia con tanta humildad, tan abstraida y mortificada, que parecia no pertenecer ya á este mundo, y que era el cielo su morada, segun afirmaban todos sus confesores, que ya veian en ella una bienaventurada. Granjeóse con esto tanto el amor de su comunidad, que para corresponderla dignamente no halló otro medio que hacer el firme propósito de proseguir adelante, sin cejar un solo paso en la senda de la observancia de la austerísima regla. Entre las devociones que tenia á los Santos, fué singular la que profesó á la santa madre Teresa, que se la premió alcanzando del Altísimo un señalado favor, y fué el siguiente: Habiéndola tocado en suerte por el mes de Octubre del año 1600 rezar á Sta. Teresa, exclamó con amorosas ánsias deseosa de ver á Dios y de quebrantar los lazos que la unian con el mundo: «¡Ay Santa mia, si me llevaseis en este mes!» Hicieron algun reparo las religiosas en estas palabras, y habiéndola dado á pocos dias de pronunciarlas un vivo dolor de costado, fué á recibir en la gloria el premio de su austeridad y sus virtudes el dia 23 del citado mes de Octubre, entendiéndose que la muerte fué milagrosa, y que la Santa quiso demostrar el afecto que á su hija profesaba, yendo á gozar del eterno descanso en el mes en que la Iglesia rinde culto á su buena memoria.—M. B.

RESURRECCION (Andrés de la), español minorita: escribió y no publicó un tomo en 4.°, que trataba de la *Encarnacion*, cuya obra estuvo depositada en la biblioteca del convento de la regular observancia de Zamora. M. N. y S.

RESURRECCION (Fr. Andrés de la), trinitario. Fué natural de Corpa, villa distante dos leguas de Alcalá de Henares. Ignóranse sus principios, y únicamente se sabe que tomó el hábito siendo ya hombre maduro y desengañado, empezando por esta circunstancia á trabajar con mucho aprovechamiento en la viña del Señor, supliendo en él la reflexion á la enseñanza. Dice el cronista de la Orden Trinitaria, Fr. Diego de la Madre de Dios, contemporáneo suyo, que nadie, viéndole tan humilde y observante de la regla monástica, le tomaria por novicio, sino por antiguo y justificado religioso. Habia cursado tanto en la escuela del desengaño del mundo, que se trazó un camino particular para no extraviarse del propósito que formára al abrazar los religiosos principios. Considerándose pasajero en este mundo, cada dia, al levantarse á maitines, le consideraba como el último de su vida, y siempre por lo tanto se encontraba dispuesto á emprender el eterno viaje, no teniendo por tal razon ocasiones de distraerse y mucho ménos de colocarse en situacion de pecar; pues únicamente pensaba en que ántes de terminar el dia que se concedia á sí propio, tal vez iria á dar estrecha cuenta de su vida en el supremo tribunal de Dios. Estableció el edificio de su perfeccion sobre los sólidos fundamentos de la humildad y de la obediencia, siendo tan humilde que se conceptuó siempre el último de los religiosos, queriendo con mucho gusto hallarse bajo los piés de todos los demás. Como verdadero discípulo de Cristo, á todos alababa y de todos hablaba bien, diciendo mal de su persona únicamente; y llegó á tal punto su obediencia y su deseo de servir de alguna cosa, que siempre andaba preguntando á los prelados si tenian que mandarle trabajar, prestándose con el mayor gusto á ejecutar cuanto le ordenaban. Vivia por esta razon Fr. Andrés tan sosegado y tranquilo, que ni las reflexiones de su propio juicio, ni los impulsos de la voluntad, vinieron nunca á agitarle y conmoverle; pues habiendo hecho á Dios entero sacrificio de lo único que ha dejado libre en el hombre, tenia más probabilidades de acercarse al Criador que los que no habiéndose desnudado de todas las debilidades humanas, llevan siempre en su alma los gérmenes de la duda y la rebeldía. Fué observantísimo de la regla, porque sabia que es el libro por donde Dios tomará menuda cuenta á los que la profesan, y el nivel con que alineará á los religiosos el soberano artífice, para colocarlos en el magnífico templo de la celeste Jerusalen. Llevaba á tal extremo el rigor de la observancia, que aunque muchas veces por hallarse enfermo le mandaba el superior que co-

miese carne, conforme otros relajados andaban siempre buscando excusas y pretextos para disfrutar de este regalo, él los buscaba para que el prior no le impusiese aquel mandato, alegando tan poderosas razones para mortificarse como otros darian para obtener aquel beneficio. Hay en la regla trinitaria un capítulo que previene que en la iglesia, celdas, tránsitos y refectorio, no hablen jamás los religiosos. Esta prescripcion es una de las más difíciles de observar, atendiendo á las cosas que en semejantes sitios pasan y ocurren; pero el siervo del Señor la observó tan estrictamente, que áun despues de quedarse ciego, como adelante diremos, si le hablaban en semejantes parajes, no contestaba, sino que tocando las paredes, procuraba salir para verificarlo á paraje permitido. Aunque se halló viejo y achacoso, no dejó nunca de acudir á las obligaciones de la comunidad, siendo ejemplo y estímulo de los jóvenes y robustos. Era el primero á entrar en el coro, y si no le sobrevenia algun accidente grave, jamás faltaba á maitines. Ejercitóse con mucho fervor en la oracion, invirtiendo en ella largas horas. Este ejercicio le fué muy provechoso, porque el Señor, que cuanto más ama á sus siervos con más rigor trata de probarlos, no solo le mortificó en el cuerpo mandándole continuas enfermedades, y permitiendo que por fin quedase ciego, sino que tambien le probó en el alma haciéndole pasar muchas aflicciones y muy continuos desamparos. Pero el eterno dispensador del bien, que juntamente con la enfermedad acostumbra dar la medicina, le agració con tan grande tesoro de paciencia, y le dió tanta constancia para la oracion, que en ella encontraba todo el alivio de sus penas, todo el consuelo de sus aflicciones y toda la alegría en medio de la amargura, adquiriendo la más ferviente esperanza en su terrible desamparo. Por tanto, pues, como sentia un inmenso placer orando, recomendaba eficazmente á los demás el ejercicio de esta virtud, prometiéndoles que por su medio gozarian el cúmulo de bienes y santos placeres de que él disfrutaba. Fué devotísimo del Santísimo Sacramento; y como estaba intimamente persuadido de la existencia real de Jesucristo en la hostia consagrada, no queria apartarse un solo punto del altar para tener el inefable consuelo de disfrutar la vista de aquel inmenso tesoro, cuyo valor no puede comprenderse si no se mira con los ojos del espíritu y con la entera conviccion de la fe. Mas ya que por sus precisas ocupaciones no podia estarse todo el dia adorando á Jesucristo en persona (no en devoto simulacro), en cuantos momentos tenia libres acudia á postrarse delante de los sagrarios del coro ó de la iglesia, gozando allí placeres tan desmedidos, que él mismo no acertaba á describir, y que no es posible que humana lengua describa. Cuando celebraba la misa, invertia casi una hora, y despues que cegó, recibia al Señor diariamente, dando á entender con las muestras de su devocion y su ternura el gran placer que gozaba. Tanto para

comulgar como para decir misa, preparábase con una larga oracion, verificando lo mismo para dar gracias. Era igualmente tan devoto de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, que cuando este santo tiempo llegaba, no podia contener los alegres trasportes que en su alma experimentaba. La conversacion de este Padre espiritual fué tan dulce como amena, y hallábase tan impregnado de la divina gracia, que cuantas razones pronunciaba, quedaban impresas en los corazones de los oyentes, infundiendo en ellos la llama del amor divino. El convento de Torrejon de Velasco, donde el padre Andrés vivió por espacio de veinte años, era casa de noviciado, y el maestro de novicios le suplicaba que en las horas de recreacion fuese á hablar con él, procurando que los jóvenes le escuchasen; pues como tenemos dicho, la gracia espiritual de que se hallaba dotado, hacia que todos estuvieran pendientes de sus razones, y hasta el mismo maestro, con ser un sabio, participaba de la general admiracion. Dice Santiago *(Jacob, III)*: *Que el que hablando no se descuida ó falta en algo, es varon perfecto.* Varon perfecto, por lo tanto, fué este siervo de Cristo; pues no se le oyó palabra que no fuera útil y de edificacion. Tambien resplandeció mucho por la caridad; pues como deseaba que todos sirvieran á su buen Dios, persuadia á todos con superior espíritu, y quisiera para mejor lograrlo poderse introducir en el corazon de sus prójimos á que practicasen aquella virtud, una tál vez de las que más agradan al Eterno. Aunque era de natural colérico, jamás se le vió furioso con nadie ni por nada. Si acaso, que áun entre los más santos no faltan disputas y cuestiones, ocurrió alguna entre los religiosos, procuraba al punto componerlos con sus palabras de conciliacion. Oficio de ángeles es verdaderamente introducir la paz, puesto que el del demonio consiste en sembrar la discordia y la zizaña, obra que tanto ofende al Señor, como muy claramente lo manifiesta en los proverbios *(Proverbio XLI)*. Aunque hubiese en la comunidad individuos notados de alguna falta, él los disculpaba á todos, callando los defectos y encomiando su virtud y sus buenas prendas, pues nunca pudo su entendimiento juzgar mal de sus hermanos. Todos para él eran buenos, todos justos y perfectos. Fué vicario muchas veces y maestro de novicios en la casa de Madrid, y en estos empleos manifestó que tenia entrañas de cariñosa madre para amar y cuidar á los que llamaba sus hijuelos. Procuraba afanoso se les asistiese con todo aquello que era preciso, cuidando sobre todo que no se dilatase el suministro de los alivios que tan necesarios son para que el ánimo no decaiga en las religiones reformadas donde la observancia se practica con tanto rigor. No hay para qué decir que para con los enfermos era su afecto extraordinario. Visitábalos muy á menudo, consolábalos con cariñosas palabras, y exhortábalos á que sufriesen pacientes la calamidad con que el Señor se dignaba probarlos. Llevando adelante

su extrema caridad en lo que posible le era, á los novicios que veia débiles ó achacosos, les dispensaba de muchos trabajos, aunque sin dárselo á entender; y á los fuertes y robustos, les daba gracias por lo que trabajaban, como si no tuvieran obligacion de hacerlo, obligándolos con esto tanto, que unos y otros hacian más de lo que debian y muchas veces más áun de lo que podian, para corresponder dignamente á tal magnanimidad. Sin embargo, aunque era tan compasivo, era tambien muy celoso observante de la regla monástica, y supo revestirse de la suficiente entereza y dignidad para oponerse cuando convenia á lo que contra la observancia iba dirigido. Mucho trabajo le costaba á su tierno corazon manifestarse rigoroso; pero con su prudencia templaba lo que rigor extremado parecia. ¿Y qué podremos decir de su angelical paciencia y de su resignacion en los trabajos? Cuando el ángel Gabriel se despidió del viejo Tobías *(Tobías, XII)* le dijo, haciendo en la plática el resúmen de todas sus virtudes, y aludiendo á haberse quedado ciego: «Porque eras perfecto, convino probarte con trabajos.» Y en efecto, terrible prueba es, que no puede resistirse sin tener un gran caudal de paciencia, el hallarse el hombre privado de ver la hermosura de los cielos, la brillantez de los astros, la inmensidad de aves y animales que pueblan el aire y se mueven en la tierra, la infinidad de árboles, plantas, flores y arbustos que adornan y esmaltan los campos, y todos esos objetos, en fin, que son obra de Dios y que de Dios proceden: objetos que licitamente se pueden contemplar para recreo de la vista y gozo del alma. Triste cosa es, en efecto, ver trocada tanta brillantez, tanta hermosura, por una perpétua oscuridad y por un completo abandono; pues son muy pocos los que gozando de su completa vista tienen la suficiente abnegacion para guiar los vacilantes pasos del que ignora si el camino que sigue le llevará á un precipicio. Estas reflexiones son bastantes para que comprendamos el tesoro de paciencia que llegó á reunir el evangélico Fr. Andrés. Más de treinta y cuatro años pasó el siervo de Dios ejercitándose en la vida que llevamos dicho y obrando con tal pureza, que sus confesiones tenian admirados á los más rectos y perfectos varones de la religion. El P. Fr. Martin de la Santísima Trinidad, que le confesó durante los últimos nueve años de su peregrinacion en el mundo, aseguraba que en el mencionado tiempo no halló hubiese incurrido ni áun en pecado venial. Habiendo, pues, procedido con tal exactitud y con tanta perfeccion, quiso Dios probarle como al viejo Tobías. Formáronsele cataratas, y quedó ciego, padeciendo además otra multitud de achaques y de dolencias. Grande fué sin duda su trabajo; pero más grande fué todavía su paciencia. Sufrió con la mayor resignacion el total abandono en que el Señor se habia dignado ponerle, y en igual de afligirse, aún sirvió para prestar consuelo á los apenados. No es fácil ponderar los extremos de gra-

titud que hacia por el más mínimo favor ó servicio que le dispensáran: y aunque por su infeliz estado caian respecto de él en mil faltas los encargados de cuidarle, él no se quejó nunca ni reclamó mejor asistencia. Tampoco aunque la regla lo permitia y él se hallaba inapetente, pidió manjar mejor guisado, ni se quejó por muy desabridas que le diesen las viandas. Sin embargo de la miseria á que por la ceguera estaba reducido, conociendo que Dios se la habia mandado para probarle, no quiso contrariar la voluntad divina en lo más mínimo, ni ir contra ella recurriendo á medios humanos para adquirir la perdida vista, como lo demostró en el siguiente caso. A fin de batir las cataratas á un personaje notable de la corte, se reunieron los mejores médicos y cirujanos de ella para celebrar una junta que asegurase el éxito de la operacion. Sabiéndolo los superiores, quisieron llevar á Madrid al P. Fr. Andrés, con objeto de ver si era posible curarle; pero él suplicó que no lo hiciesen, porque estaba muy contento con no ver las cosas de este mundo miserable; claro testimonio dió con esto de su humildad extremada, é indicio seguro de la celeste luz que iluminaba su alma. Porque en efecto: ¿Qué le importa al hombre no ver, qué le importa no contemplar con la material vista las miserias humanas, si goza y disfruta de la presencia de Dios, contemplándole con los ojos intelectuales? Habiendo, pues, caminado, ciego y enfermo como estaba, por la senda de la perfeccion con más aprovechamiento que los que de mucha vista gozaban, llegó á tocar el término de su viaje para descansar de sus fatigas. Dándose su Divina Majestad por satisfecho de lo mucho que habia trabajado, y de lo bien que le sirviera, envióle unas recias calenturas, que agregadas á sus muchas y continuas dolencias y achaques que padecia, le pusieron al término de su existencia. Pasó la enfermedad tan tranquilo como acostumbraba pasarlo todo, sin fatiga ni angustia de ningun género, porque nada en efecto era capaz de turbar el sosiego de aquella alma predilecta. Acercábase la Pascua de Pentecostés, y despues de haber recibido el Santísimo Sacramento con todo el fervor y toda la ternura que acostumbraba, pidió que le dieran la santa extremauncion, diciendo interin se la traian: «Buenas Pascuas voy á pasar.» Efectivamente, ¿qué mejores que pasarlas en el cielo gozando de la presencia de la eterna Divinidad? Era tan buena la opinion en que por su vida anterior se le tenia, mereció tan anticipadamente la calificacion de santo, que cuando se hallaba próximo á espirar, acudió á la enfermería el P. Fray Martin de la Santísima Trinidad, maestro de novicios, á la cabeza de todo el noviciado, y le pidió les echase su bendicion, quedando tan cierto y satisfecho de la gloria del difunto, que celebró su muerte con demostraciones de júbilo, como un triunfo del cielo sobre la tierra. Ocurrió el fallecimiento del V. P. Fr. Andrés de la Resurreccion en el convento de Torrejon de

Velasco, el dia 11 de Mayo de 1645, á los setenta y cuatro de su edad y treinta y ocho de hábito. Al hacerse pública su muerte, acudió en tropel la multitud, no solo de religiosos, sino tambien de seglares, á tocar rosarios á su cadáver y á disputarse sus pobres alhajas, tales como los pedazos de su hábito y disciplinas, considerándose como preciosas reliquias y prendas de inestimable valor por los que tuvieron la fortuna de alcanzarlas.—M. B.

RESURRECCION (Fr. Angel de la), carmelita. Fué natural de la villa de Valtierra en Navarra, é hijo de D. Francisco Lesaca y Doña María Calcheta, familia muy distinguida y apreciada en aquel país. Resplandecieron desde muy niño en nuestro religioso tantas y tan grandes virtudes, tan recomendables cualidades, que bien pudiera decirse de él lo que de Scipion escribió Valerio Máximo: «Que lo habian formado los dioses inmortales para que hubiese un sujeto cuyas virtudes y gracias manifestasen á los hombres toda la grandeza y los primores del cielo. Reconociendo sus padres la aficion que tenia á la virtud y al honor, enviáronle á la universidad de Alcalá de Henares á fin de que con sus estudios asegurase lo uno y lo otro, porque verdaderamente nadie es grande ni se hace distinguido por la nobleza que hereda, sino por la que con sus virtuosos hechos adquiere. Deseando el Señor tenerle como cosa suya, le inspiró la idea de consagrarse al servicio de los altares, abandonando los puestos y honores que por su clase y nacimiento le correspondian. No le fué cosa muy fácil realizar de pronto su santa determinacion; pues aunque por su corta edad y buenas inclinaciones nada conocia aún de las vanidades y engaños del mundo, el temor de no poder sobrellevar los trabajos y penalidades de la vida monástica le detenia algun tanto. Estando, pues, combatiendo consigo mismo y agitado por sus dudas, se fué una tarde al colegio de Carmelitas de la mencionada ciudad de Alcalá, y estándose paseando por el claustro, vió pasar al P. Fr. Juan de la Madre de Dios (primer provincial que fué del Cármen descalzo en Nueva España), el cual iba á tomar la bendicion del Santísimo Sacramento para llevar dos novicios á Pastrana. Reparando el Padre en aquel estudiante que caminaba meditabundo y como agitado de algun grave pensamiento, detúvose á contemplarle, y al punto por sobrenatural revelacion conoció lo que sentia. Llegóse á él, y con tono profético le dijo: «Quédese V. en el mundo que él os dará el pago.» Palabras fueron estas que obraron con suma fuerza en el corazon del jóven, y deteniendo al P. Juan, le dijo aguardase un poco que él queria tambien recibir el hábito é ir en su compañía. El Padre aceptó y temeroso de que el jóven pudiera arrepentirse de su buena determinacion, preparó las cosas tan sobre la marcha, que acto continuo le vistieron el hábito y partió con los otros dos novicios á Pastrana. Corrió el año de su aprobacion sin que se disminuyese en nada el fervor que en sus principios le ha-

bia animado, y en 1572 hizo su profesion para mayor gloria y honra de la Orden que le habia admitido en su seno. Viéndole los superiores tan humilde, cortés, manso y devoto, y tan aprovechado en todo cuanto emprendia, reconociendo que su alma se asemejaba á la blanda cera, en la que se imprimia sin obstáculo todo lo que era bueno y saludable, mandáronle otra vez á estudiar á Alcalá, á fin de que concluyese la teología. Salió tan aprovechado en todo, que habiéndose tratado de hacer la fundacion de Méjico en el año 1585, y nombrado para efectuarla al P. Fr. Juan de la Madre de Dios, ántes citado, en union de otros once religiosos, se llevó consigo al Padre Fr. Angel, reconociendo en él las prendas de celo y talento que se necesitaban para aquel apostólico ministerio. Sin embargo, como los juicios de Dios no están por lo regular conformes con los de los hombres, no permitió que se empleasen los talentos de aquel religioso fuera de España, porque los necesitaba en esta. Llegados á Sevilla, y estando próximo el dia de su embarque, fué atacado de tan grave enfermedad, que le fué imposible salir con la flota, viéndose precisado, luego que esta partió, á dar la vuelta para Castilla. Trasladado á la casa de Madrid, hiciéronle maestro de novicios, empleo que desempeñó con notable ejemplo y aprovechamiento de sus discípulos. En 1592 fué enviado á Barcelona, atacada á la sazon por la peste, en compañía del virtuoso P. Fr. Domingo de Jesus y María, con quien contrajo tan firme y verdadera amistad, que les duró toda la vida. Despues de cesar la epidemia, permaneció en aquella ciudad, consagrado siempre al servicio del prójimo y asistencia de los dolientes; mas el P. Provincial Fr. Nicolás de Jesus y María, codicioso de poseer aquel sujeto tan apreciable, y de honrar con él á su patria, le envió al convento de Génova, donde dispensó á religiosos y seglares tesoros de mística riqueza, más grandes que los materiales que iban á buscarse por entónces á las Indias, donde Dios no le permitió que fuera. Su mansedumbre, su piedad, su modestia y su dulce trato, su afan por seguir de dia y de noche las prácticas de la comunidad, le hicieron bienquisto de los conventuales, y su elocuencia en el púlpito, la divina gracia de que se hallaba dotado para explicar la santa palabra y su interesante figura, muy apreciado de la multitud que acudia ansioso á escuchar á aquel que, aunque mozo en la edad, era ya anciano en el estudio y la meditacion, por cuya razon sus pláticas fueron siempre de mucho provecho para las almas y de mucha honra para la religion descalza. Vuelto á España, luego que terminó su ocupacion, dedicóse al púlpito con más afan que ántes, porque la voz de su fama habia cundido tanto, que el pueblo deseaba y pedia á voces escucharle, para saborear el pan del alma simbolizado en su excelente doctrina, y el religioso como buen padre, procuraba repartir á todos el espiritual alimento, en cuantas horas le era

posible efectuarlo. Pasó á la ciudad de Pamplona, de cuyo convento era prior el P. Fr. Juan de la Madre de Dios, que ya habia vuelto de las Indias y que le nombró subprior y maestro de novicios, por lo mucho que le estimaba y para no privarse de su compañia y amable trato. No cumplió el trienio de este ejercicio; pues habiéndose tratado en 1597 de hacer la fundacion de Tudela, pasó el referido Fr. Juan de la Madre de Dios en compañía de Fr. Angel á efectuarla, y habiéndola terminado felizmente á 11 de Mayo de dicho año, quedó en el convento Fr. Angel con título de primer vicario. Sus prendas eran tan conocidas y estimadas en el siglo como en la religion, y así por todas partes encontró numerosos auxilios, y reunió en poco tiempo tantos recursos, que pudo muy brevemente edificar cómoda y espaciosa casa y dejar la comunidad perfectamente establecida. No por asistir al cuidado del convento y negocios de la Orden abandonaba el cuidado del púlpito y los negocios de las almas, por lo que se granjeó tal estimacion en el pueblo, que deseando corresponder á ella y profesando un extraordinario cariño á la casa edificada bajo su direccion, terminado el tiempo de su cargo, determinó quedarse en ella para procurar sus adelantos y sus aumentos, declarando siempre aquella comunidad, en prueba de su agradecimiento, que todo cuanto tenia y poseia era debido al celo, esmero y tierna solicitud de su primer prelado y padre. Teníale el Señor escogido para ser muy predilecto suyo, y aunque le veia tan ocupado en la predicacion y con tanto fruto de las almas, como el apego á sus libros y el continuo estudio le quitaban mucho tiempo para la oracion y el recogimiento, quiso su Divina Majestad evitarle las ocasiones de distraccion y hacerle ocuparse en el logro de su propia salud ántes que en la de los demás, á fin de que no le sucediese lo que el Apóstol temia, *que enseñando á los demás, él se quedase reprobado* (I. Cor. XI, 27.) para esto determinó el Señor quitarle la vista. Mas como padre amoroso, y á fin de que recibiese aquel fatal golpe con la posible resignacion, quiso darle préviamente el aviso para que no le fuese la desgracia tan sensible. Vivia en la comunidad un santo religioso llamado Fr. Pedro de la Madre de Dios, de vida tan ajustada, de tanta virtud y de alma tan regalada del Señor, que muchas veces en la oracion tuvo el alto consuelo de ver en forma visible al niño Jesus, pareciéndole que le tenia dentro de su corazon. Con este Padre le envió á decir Su Majestad que se preparase, porque le queria enviar una gran mortificacion, y un inesperado trabajo. Recibió Fr. Angel la noticia con resignacion, y abrazó su cruz con santa alegría, diciendo que allí estaba dispuesto para todo lo que Su Majestad fuere servido, porque todo trabajo que de su excelsa mano viniera sería para él placer y regalo. Prevenido ya y sin que mediase enfermedad ni accidente alguno, hallóse de pronto ciego, aunque no de manera

que quedase imposibilitado de andar, asistir al coro, ni decir misa con la ayuda de otro sacerdote, no faltando por lo tanto á ninguna obligacion de la comunidad. Unicamente no podia leer ni escribir, que era lo que constituia el aprovechamiento espiritual del prójimo, y precisamente lo que Dios quiso quitarle para que procurára el provecho de sí mismo. Aunque se mostró tan resignado con la voluntad divina, no dejó de sentir aquel grave contratiempo, por creer que siendo inútil á la comunidad, se le miraria como una pesada carga, puesto que en nada podia aprovechar á la misma. Recogido en su celda y vertiendo amargas lágrimas, ofrecia al Señor el sacrificio de su desgracia, aunque sin pedirle cosa alguna que pudiera indicar trataba de querer que se contrariasen los decretos de la Divina Providencia. Procuraban consolarle todos los religiosos y en particular el P. Fr. Pedro que le habia anunciado, como ántes dijimos, su desgracia, el cual le citaba muy á menudo aquellas palabras contenidas en la Epístola XXXII y XXXIII de S. Gerónimo, en que Antonio habla á Dídimo el ciego: «Admírome de que un varon tan prudente se duela de carecer de una cosa que poseen todos los animales y hasta el más despreciable insecto, y no se alegre con la posesion de aquella clara luz que solo merecieron ver los apóstoles y los santos, de lo cual inferia el mismo S. Gerónimo que es mejor ver con los ojos del espíritu que con los corporales, poseyendo aquellos órganos en que no puede caer la paja del pecado, y en cuya vista se recrea el esposo celestial. Hubo entre los gentiles dos filósofos (Democrito y Metrodoro), que se sacaron los ojos para dedicarse completamente á la meditacion interior y no distraerse á contemplar los objetos exteriores, y por tanto más útil es á un filósofo cristiano la desgracia de que se le cierren los ojos del cuerpo, si así se le abren los del alma, facilitándole de este modo la vista de su Criador. Así lo ejecutó S. Aquilino, pidiendo humildemente al Señor que le cerrase las ventanas corporales á fin de que no entrasen por ellas la muerte y la perdicion disfrazadas con la apariencia de la torpe concupiscencia y la vanidad.» Estos consejos, estos ejemplos templaban algun tanto la afliccion del triste ciego, pero no contento su verdadero amigo Fr. Pedro con procurarle la tranquilidad por estos medios, pedia fervorosamente á Dios que diese fuerzas á Fr. Angel para llevar con resignacion su trabajo, ó que le devolviese la vista si era su divina voluntad que la recobrase. Hallándose en oracion cierto dia, haciendo su peticion acostumbrada, tuvo interna revelacion, en la que Dios le mandaba dijese al enfermo que se forzase á llevar aquella cruz con paciencia, y estuviese cierto que la luz que le habia quitado del cuerpo se la duplicaria en el alma, y que por término de aquel padecimiento obtendria el premio ambicionado en la gloria. Así lo experimentó Fr. Angel al punto, sintiendo tanta luz en su alma, que con

sus discursos alumbraba la ceguedad espiritual de los que tenian muy buena vista, y no cesaba de repetir con el profeta (Jeremías, XXXIV, 18). *Castigásteme, Señor, y fuí enseñado.* Empezó, pues, á tomar la mortificacion como beneficio, y decia muy alegre á los religiosos que Su Majestad se habia portado con él como un padre muy celoso de sus hijas cuando las ve algun tanto livianas; pues para estorbar que se asomen á las ventanas y sean vistas de las gentes, se las cierra ó enclava, y que así le habia cerrado á él los ojos materiales para que, reconcentrando toda su atencion en Dios, pudiera obtener la dicha de contemplarle con la vista espiritual. Esta persuasion le alentaba tanto, que deseoso de servir á quien tan generosamente le trataba, se entregó por completo á la oracion, invirtiendo en este ejercicio el tiempo que ántes empleaba en el estudio, con lo que en muy poco espacio se halló tan perfecto, que no necesitó el auxilio del estudio ni el recurso de los libros para desempeñar los oficios en que ántes se empleaba. Del trato íntimo con Dios le resultó tal agudeza de ingenio, tal comprension para penetrarse y explicar lo bueno, lo eterno y lo saludable, que en el púlpito y el confesonario derramaba torrentes de luz sobre el alma de los pecadores, adelantando más cada dia con el estudio de la Divinidad, que con el de los más doctos y bien escritos libros, donde la imperfecta sabiduría humana consigna su pequeñez, cuando no sus errores y presuntuosa ignorancia. Vióse aquí realizada la fábula mitológica del adivino Tiresias, á quien si un Dios le quitó la vista, otro le concedió el don de adivinar, haciéndole de este modo más soportable y llevadera su desgracia. Arregló el ciego religioso su vida de esta manera. Tenia el coro por casi continua habitacion, pasando luego á la celda, de la que no salia jamás si no le llamaba la comunidad ó le mandaban acudir al socorro del prójimo. Siempre rezó el oficio divino y dijo misa con asistencia de otro sacerdote, y jamás como se hallase en el convento, dejó de acudir á la oracion con la comunidad, teniendo sumo cuidado de asistir á los maitines. Levantándose muy de mañana y acudiendo al coro, permanecia allí largas horas inmóvil y sin sentarse ni áun arrimarse á la pared, aunque se hallaba ya muy débil por la edad y por los achaques. Tuvo en esto tal constancia que, aunque principalmente en el invierno le rogaban que se sentase, él contestaba de esta manera á la invitacion: «Padres mios, no tengo otro consuelo en este mundo que el trato con Dios, y á este Señor se le habla en postura decente y mesurada.» Por lo cual dejábanle sin instarle más sobre este punto. La mortificacion anterior no fué abandonada por la nueva que Dios le habia enviado. Continuó practicando todo género de ayunos, multiplicó sus disciplinas, no se despojó del cilicio, ni faltó un solo punto á las más severas prescripciones de la regla, ni á los deberes de la estrechísima observancia. Aunque saliese fuera del convento,

practicaba en todas partes la penitencia; pues sus salidas y viajes nunca fueron por desahogo, sino por conveniencia ajena y por mandato superior. Como todos le veneraban por padre, todos le pedian sus consejos, dándolos él con mucho amor y provecho del que los escuchaba, ora fuese seglar, ora religioso, porque para todos tenia, sea cual fuere su clase y su condicion, advertencias y consuelos. Viendo tanta humildad y resignacion, los perfectos bendecian al Señor, y los que no lo eran, procuraban imitar su ejemplo y seguir las reglas que indicaba; con lo cual dió grandes sugetos á la religion y muchas almas al cielo. Al cabo de algunos años se hallaba tan bien con su trabajo, y vivia tan agradecido á Dios, que pasando en el año 1604 á Roma el P. Fr. Jesus María, y habiéndose detenido en el convento de Tudela, vió á la hora de la recreacion al P. Fr. Angel, y á su vista no pudo ménos de derramar lágrimas de compasion. Diciéndole luego á Fr. Angel lo que habia pasado, preguntáronle la causa del llanto del buen religioso, á lo que el ciego contestó: «El Padre ha llorado por creer que mi ceguera privaba á la religion de mis escasos talentos, y me ha dicho que si yo lo deseaba, pediria á Dios que me devolviese la vista; pero yo le he suplicado que no lo haga, porque estoy muy conforme con la divina voluntad.» A pesar de la negativa, el Padre rogó á Dios por la salud de su siervo, y fuéle contestado que no le convenia tener vista. Por lo cual, el P. Fr. Domingo cesó en sus ruegos, resignándose más el paciente con la voluntad divina. Antes de partir el V. Jesus María, quiso Fr. Angel hacer con él una confesion general, y despues de terminada le preguntó el confesor. «¿No tiene nada más que decir?—Nada, respondió Fr. Angel. —Pues mire, Padre, repuso Fray Domingo, que se le olvida esto y esto.» Confuso quedó el buen religioso al ver que habia omitido por olvido algunas faltas, aunque leves, y principió á llorar de pena, y consolándole Fr. Domingo le decia: «No se lo advierto, Padre, porque no esté en gracia de Dios, pues por su misericordia la tiene y muy cumplida, sino para que no le quede algun escrúpulo en el alma, y para que procure acordarse siempre de las faltas que cometa.» Véase, pues, cuán querido del Señor era este humilde siervo suyo, y qué amorosamente le avisaba para que no olvidase lo que á su salud convenia. Quiso además de las dichas pruebas, mandarle otras el Señor, una de ellas más penosa que todas las que experimentára, puesto que no venia directamente de su mano, y si procedia de la ciega vanidad humana. Entró á gobernar la casa un buen Padre, que no conocia á nuestro paciente religioso, y á pesar de cuanto le decian y de ver y palpar el buen régimen y brillo del convento, negaba que todo se debiese á los cuidados y esmero del siervo de Dios ántes de sobrevenirle la desgracia. Dióle, pues, tal movimiento de celos, por no decir de envidia, que no cesaba de perseguir y de humillar al Padre por

cuantos medios le era posible, no creyendo aún que era bastante mortificacion el verse anciano, ciego y totalmente impedido. Una noche, hallándose en el refectorio, llamó á capítulo de culpas, y creyendo hallar faltas donde realmente solo habia malicia por parte suya (si no mala voluntad) empezó á reprender á Fr. Angel tan severamente como si fuera un novicio. Bien pudiera el Padre disculparse con la autoridad de que gozaba, y dar descargos que indudablemente hubieran sido apoyados por los demás graves religiosos; pero en vez de ejecutar tal cosa, oyó de rodillas la inmerecida correccion, terminada la cual volvió á continuarse la interrumpida cena. Habíase dado aquella noche para postre una manzana á cada religioso. Fr. Angel se guardó la suya, y cuando salieron del refectorio, acercóse al prior y le dijo se sirviese admitir aquella niñería, puesto que no tenia otra cosa que darle, como muestra de lo agradecido que le estaba por haberle hecho conocer y corregido sus faltas. Accion fué esta que aumentó más el brillo de la corona de su paciencia, llenó de confusion al prior indiscreto, y sirvió de edificacion y ejemplo á todos los demás. Agradecido ciertamente pudo estar á Dios el humilde carmelita por la usura con que le pagaba el bien de que le habia privado; pues no pueden ponderarse ni reducirse á debida narracion las superiores gracias con que le dotó, ilustrando su entendimiento. Ya hemos dicho que el cristiano religioso, á imitacion del gentil y tambien ciego Homero, encantaba el ánimo de sus oyentes con los melífluos acentos que de su boca salian, valiéndose para el púlpito de dos poderosos auxiliares despues de la divina gracia, y los cuales eran su portentosa memoria y su ardiente fe, ayudadas ambas cualidades de la cooperacion de otro religioso, que leyéndole los libros santos, facilitábale medios de retener los textos que le eran necesarios. Sin embargo, aún queria Dios dotarle de más superior elocuencia, y al efecto le caldeó la lengua como al profeta Isaías, y se la caldeó materialmente, no en sentido figurado, pues su confesor, el P. Cirilo de San Gregorio, dice que él vió la punta de aquel órgano quemada y con una profundísima llaga. Así pues, desde el dia en que ocurrió tal suceso las palabras que de su boca salian asemejábanse á llamas vivas, á chispeantes centellas, y fué tan grande el raudal de su convincente elocuencia, que las costumbres, bastante relajadas por entónces en aquella ciudad, sufrieron un cambio muy notable, empezando á frecuentar los sacramentos y asistir á las iglesias los que ántes malgastaban el tiempo con ofensa de Dios en festines y otras diversiones ilícitas, tales como el juego y las destemplazas de la gula, bailes deshonestos y conversaciones licenciosas. Quitó muchos amancebamientos, compuso antiguas disputas, destruyó inveterados rencores, y fué, por último, como la nube que fecundiza donde cae su lluvia y hace producir copiosos frutos. Su estudio principal era la oracion, y sacaba

de ella mucho producto; pues por su medio alcanzaba de Dios gracia para reducir á los pertinaces pecadores. Citaremos, entre otros que ocurrieron, un caso muy notable. Llamaron al Padre para asistir á un caballero jóven, conocido suyo, que vivia en un pueblo próximo á Tudela, y que se hallaba moribundo. Resistia confesarse; pues aunque buen cristiano era muy jurador, y decia no acordarse de todas las veces que caia en este vicio para hacer una buena confesion. Conociendo el Padre que tal reparo ó excusa era una sugestion del demonio, púsose en oracion y mandó ayunar á la madre y á toda la familia del enfermo para conseguir el fin que se proponia de tener propicia á la Divinidad. Dijo luego la misa de nuestra Señora, y al punto manifestó el enfermo que se queria confesar. Mas al entrar el Padre en su estancia, volvió el demonio á apoderarse del caballero, y éste dijo que no se confesaba, pues aunque ántes manifestára deseos de ello, todo habia sido por el bien parecer. No desmayó, sin embargo, Fr. Angel: púsose otra vez en oracion, y fué tan eficaz ésta, que el demonio soltó su presa, quedando el enfermo libre de un gran peso, confesando bien y detenidamente, y lanzando tranquilo su último suspiro. Fuéle tambien concedida la ciencia infusa de conocer y penetrar las intenciones del corazon humano, con lo cual evitó muchos delitos, y previno el remedio anticipado á muchas culpas estorbando su consumacion. El maestro de obras del convento, llamado Juan Gonzalez, estaba tan enemistado con cierto sugeto, que habia jurado quitarle la vida y aguardaba una ocasion propicia para verificarlo. Mandóle llamar el Padre cierto dia, y sin preguntarle cosa alguna le aconsejó se dejase de aquello que trataba, puesto que con ello se preparaba muchos disgustos y acaso lá perdicion suya y la de su familia. Sorprendido Juan Gonzalez quiso disculparse, y haciéndose el desentendido, dijo al Padre: «¿Qué es lo que decis, Padre, si yo no pienso ni medito nada?—Pretendeis negarlo? repuso el Padre, pues si no meditais nada, para qué llevais eso?» Y metiéndole la mano en el pecho le sacó una pistola que traia oculta para realizar su mal designio. Viéndose descubierto el hombre, y hecho patente un secreto que á nadie habia confiado, quedó absorto y confundido, confesó su culpa y propuso la enmienda de allí en adelante. Habiendo ido á hacer unos ejercicios espirituales en el convento un canónigo vicario del obispado, llamado D. Lorenzo de Lerma, el cual se confesaba con el P. Angel, al concluir sus ejercicios le dijo el Padre: «¿Cómo no me ha dicho Vd. que hoy al salir de la iglesia se ha llegado á vos un sacerdote, que creyendo estabais en Zaragoza el tiempo que habeis pasado en casa, fué allá á buscaros en compañía de un asesino con objeto de daros muerte? Pues mirad que yo lo sé, como igualmente que arrepentido ha venido hoy á pediros perdon.» Grande asombro causaron á D. Lorenzo estas razones, y aunque

le merecia el Padre mucho concepto de santidad, esto y lo que despues le sucedió acabó de confirmar dicho concepto. Hallándose el mismo D. Lorenzo enfermo, sintióse muy apurado. Fuéle á visitar Fr. Angel y le dijo: «Animo, señor vicario, que no ha de morir de esta. Yo moriré primero, y espero que Vd. me diga algunas misas como buen amigo que es.» Así sucedió en efecto, pues aunque la dolencia, á juicio de los médicos, era muy grave, al cabo de seis dias cedió el mal y pudo levantarse, segun más tarde depuso el mencionado vicario. Otros varios portentosos casos ocurrieron en demostracion de la perspicaz vista espiritual que aquel ciego poseia. Yendo en una ocasion á predicar desde Tudela á Valterra, anublóse el cielo de repente y comenzaron á caer torrentes de agua y á reinar una completa oscuridad. Aconsejaba el compañero á Fr. Angel que se volviesen á casa, porque era muy expuesto seguir el camino y querer atravesar *las Limas*, que era un paso muy peligroso, y en donde muchos solian perecer cuando reinaban tormentas, por muy poca agua que cayese, y que era tentar á Dios proseguir caminando. Por toda contestacion el Padre se inclinó sobre el cuello del jumentillo, hizo una breve oracion, y aunque continuó lloviendo, llegaron sin mojarse y casi sin lodo á Valterra. En otra ocasion, volviendo de noche por el mismo camino y siendo extremada la oscuridad, extraviáronse los jumentillos echando por otro camino, y tocando en un paso peligroso junto al Ebro, de repente quedaron paradas las bestias sin poderlas hacer andar. Eran ya las ocho de la noche, en tiempo muy frio, como que estaba cerca la Navidad, y encontrábanse muy léjos de poblado. A vista del peligro recogióse un poco el Padre y dijo á su compañero: «Volvámonos atrás que aquí amenaza un gran peligro; venga y yo le llevaré por un atajo muy seguro que conozco.» Hiciéronlo así y caminando con sin igual aliento las cabalgaduras, llegaron á punto seguro. Fr. Gregorio de S. Cirilo, que era el compañero, dijo al referir el suceso: «Yo no sé por dónde me llevó aquel santo ciego, pues cuando creia estábamos á dos leguas del convento nos hallamos en el mismo puente de Tudela, cosa que la tuve por milagrosa; pues habiendo andado mas de nueve años por aquellos contornos, nunca conocí senda ni atajo por donde tan pronto se llegase. Habiendo sido llamado en una ocasion á Tarazona por el obispo D. Fr. Diego de Yepes, llegó ya muy entrada la noche, y fué á parar á la casa de su amigo Juan Gonzalez, que arriba dijimos y que entónces se hallaba dirigiendo la obra del convento de Carmelitas de la poblacion mencionada. Como era tan tarde no habia en la casa otra cosa para cenar que unos huevos. Al prepararlos su mujer se encontró que la alcuza no tenia gota de aceite, como lo probó volviéndola boca abajo. Estaban los Padres divertidos en conversacion con el marido, y cuando la mujer quiso poner á asar los huevos, apartó á un lado la alcuza y notó

que pesaba mucho, hallándola colmada de aceite cuando la volvió á mirar. Alzó la voz clamando *Milagro*, y conservando aquel aceite produjo portentosas curas en muchos enfermos desahuciados. Este prodigio y otro que citaremos, prueban manifiestamente cuánta era la predileccion con que el Señor miraba á su siervo. Una devota del Padre, llamada Catalina Solana, vecina de Puente la Reina, habia concertado con él darle todos los años una limosna de vino. Volviósela un año todo lo de la cuba vinagre, y cuando el Padre fué por lo ofrecido, díjole la afligida mujer no poder cumplirle la oferta por la desgracia sucedida. «Bien, contestó el siervo de Dios, puesto que la condicion ha faltado, no me dé este año limosna, y en su lugar reparta ese vinagre á los pobres y así tendrá obligado al Señor. La mujer siguió el consejo, mandó llamar á todos los pobres de la poblacion, que al punto se llevaron el vinagre, sin dejar en la cuba otra cosa que los posos ó asientos. Al año siguiente, recogida la nueva cosecha y queriendo la mujer llenar su cuba, la encontró colmada del más generoso vino que nunca en ella habia puesto, el cual vendido á buen precio, la resarció de la pérdida del año antecedente y dió al Padre duplicada la limosna, denominándose desde entónces aquella cuba, *cuba del P. Angel* ó *del milagro*, en conmemoracion del sucedido. Los que le conocieron en los últimos años de su vida afirman que habia puesto el Señor tal fuerza en sus palabras, que con ellas desmenuzaba los pensamientos endurecidos y atraia los corazones. Viniendo un dia desde Corella á Tudela de cobrar un dinero para el convento, siguiéronle dos hombres con ánimo de robarle, y cuando estuvo en paraje solitario arremetieron con él pidiéndole lo que llevaba. Rogóles el Padre no atentasen contra un dinero que tan sagrado empleo llevaba; pero viendo que no cedia su obstinacion, levantó la voz, y justamente irritado, les dijo: «Hombres desalmados, ya que mis humildes ruegos no os hacen fuerza, de parte de Dios os mando desistais de vuestro mal intento y hagais penitencia de vuestros muchos pecados.» La voz, semejante al estampido del trueno, aterró á aquellos malvados, que poniéndose de rodillas le pidieron perdon y acompañaron hasta el convento, donde los confesó y despidió contritos y consolados. Ofrecióle cierta señora una gran manda si por su intercesion lograba tener un hijo; alcanzóla esta gracia del Señor sin que ella cuidára de cumplirle lo prometido. Recordóla muchas veces la oferta sin obtener resultado alguno, por lo cual la amenazó el religioso con el castigo de su desagradecimiento; y así cuando lo pensaba ménos, el cielo la arrebató aquel deseado hijo, dejándola sumida en el mayor dolor y haciéndola conocer qué culpa tan grave es prometer á Dios y no cumplirle, viendo cumplida en ella la sentencia del Eclesiástico (Eccli., V, número 4.): *Que es mejor no prometer que dejar de cumplir lo prometido.* Llegó en esto el año 1629, y hallándose con tantos servicios y merecimien-

tos, quiso el Señor galardonárselos y envióle la última enfermedad, y con ella la grata noticia de que su destierro sobre el mundo se acababa. Recibió los santos sacramentos con la devocion y ternura que acostumbraba, y descansó en paz en el Señor á 14 de Noviembre del antedicho año. Concurrió á darle honrosa sepultura todo lo más noble y distinguido de la poblacion, y su cuerpo fué depositado al pie de uno de los altares colaterales de la iglesia, de cuya sepultura salió por espacio de mucho tiempo un suave olor como de almizcle y algalia, especialmente á la hora de nona, cuando la comunidad se levantaba á rezar. Deseosos de contemplar sus venerables reliquias, los religiosos trataron de descubrir el sepulcro. Efectuáronlo ocurriendo en la apertura un notable suceso, y fué que el hermano Juan de S. José, que sacaba la tierra, hirió con la azada el cuerpo y la sacó llena de sangre líquida y pura. Repartiéronse algunos restos del santo cuerpo, que expedian el mismo suave olor, los cuales tocaron á sus más apasionados devotos, obrándose por medio de ellos multitud de milagros en diferentes ocasiones. —M. B.

RESURRECCION (Fr. Antonio de la), dominico portugués, natural de Lisboa, donde tomó el hábito y profesó, distinguiéndose tanto por sus estudios, que mereció ser aceptado por maestro general en sagrada teología en el capítulo general celebrado en París en 1611, en que sostuvo diferentes tésis en público, obteniendo grandes aplausos y no menor consideracion de sus iguales y superiores. El mismo capítulo le nombró catedrático decano *(primarius)*, en los estudios de Évora, donde enseñó por algun tiempo con los mejores resultados, procurando inculcar á sus discípulos al par que los principios de la ciencia los de la virtud, sacando en ambas alumnos muy aventajados, algunos de los cuales llegaron á igualarse y áun á excederle, dejando imperecedero renombre. Desde Évora fué trasladado á Coimbra, donde enseñó durante muchos años con iguales ó mejores resultados, siendo el catedrático más apreciado de esta ciudad. Hallábase ocupado en las tareas de la enseñanza, tan propias de su carácter, y con las que se habia familiarizado por haberse consagrado á ellas toda su vida, cuando el pontífice Urbano VIII, conocedor de sus grandes cualidades, le promovió al obispado de la isla de Angra, perteneciente á la corona portuguesa, y que por lo general gobernaban religiosos dominicos. Aceptó este cargo el P. Resurreccion más bien por ser útil á los cristianos de aquellos remotos y apartados climas, que por esperanza alguna de medro personal, convencido de las pocas ventajas que podia esperar en tan lejanos países, donde más de uno de sus compañeros habia encontrado la muerte, y otros ya que no la corona del martirio, habian obtenido la palma de confesores en el gran número de persecuciones que habian sufrido. Pero el gobierno del P. Resurreccion fué tan tranquilo y pacífico, como revuelto y tempestuoso habia sido el de al-

gunos de sus antecesores; y así ganóse el general aprecio de todos los isleños, á quienes enseñaba y doctrinaba con sin igual caridad, y los portugueses no pudieron ménos de estimarle por lo mucho que habia influido en su prosperidad y bienestar. Visitó su diócesis repetidas veces, hizo algunas fundaciones, y fué para todos un caritativo y amoroso padre, que solo se ocupó del bien de sus ovejas; así su muerte fué generalmente sentida, haciéndosele unas solemnes exequias, sin ejemplo hasta entónces, entre todos los prelados de aquella isla. Debió fallecer hácia 1650, pues en el capítulo general celebrado por su Orden al año siguiente, es citado entre los varones ilustres y piadosos. Parece que habia escrito algunos sermones.—S. B.

RESURRECCION (Fr. Fernando de la), carmelita. Fué natural de la ciudad de Córdoba é hijo del licenciado D. Diego de Jaen y de Doña Antonia Gomez de Molinos. Fueron sus principios tan aventajados, que parecian exceder no solo á la capacidad de un niño, sino tambien á la de un varon discreto. No se le advirtió inclinacion á los juegos propios de la infancia, ni aficion á contraer amistades con los otros niños de su edad. Era tal su gusto por el retiro, su gravedad de semblante y parvedad de sus palabras, que á todos los tenia confusos y sorprendidos. Jamás la murmuracion ni la crítica, defectos tan comunes así en la infancia como en la edad madura, tuvieron asiento en su boca; ántes por el contrario, huia como de un basilisco de los que tales vicios demostraban. Seguia sin dificultad todo lo que era virtud, y solicitaba con ánsia el ejercicio de todo lo bueno, por lo cual se hizo tan querido de Dios como estimado de los hombres. Asistiendo en Córdoba á la toma de hábito de un hermano suyo, llamado en el claustro Fr. Cristóbal de la Cruz, y cuya ceremonia tuvo efecto en el convento de Carmelitas de le mencionada ciudad de Córdoba, quedó tan prendado de aquel solemne acto, que determinó al punto ser miembro de aquella nobilísima familia. Pronto satisfizo su deseo, y se portó tan bien en el noviciado, que todos los religiosos, atentos siempre á las señales que en los jóvenes indican su futuro aprovechamiento, concibieron grandísimas esperanzas de Fernando. Aunque era de natural tímido y apocado, observando en él feliz disposicion para el estudio y despejado y claro ingenio, determinaron mandarle á cursar las letras. Aprovechó mucho en las cátedras, ayudándole no poco su natural timidez y encogimiento, porque así no daba lugar á la distraccion. Cursó artes y teología con notable utilidad y aplauso de sus maestros, distinguiéndose mucho miéntras permaneció en las clases, por su silencio, humildad y mansedumbre. Con la extremada caridad que en todos sus actos demostraba alentaba los corazones tibios, y suministraba un dulce consuelo á las almas fervorosas. No se negó jamás á practicar ningun género de trabajo si sabia que redundaba en servicio y beneficio ajeno, y en su virtud y

para demostrar su amor al prójimo asistia en los ratos desocupados á la enfermería y cuidaba de los enfermos con mucho amor, asistiendo tambien á los sanos en cuanto le mandaban, y él conocia que pudiera servirles de comodidad y de descanso. Concluyó sus estudios con éxito tan brillante, que de oyente pasó á lector, y de discípulo á maestro. Fué catedrático de artes en dos cursos, y de seis ó siete de teología en el colegio del Angel. Sacó muy aventajados discípulos así en letras como en virtud, porque procuraba que en su cátedra se cursase tambien esta, dando juntamente con la instruccion científica el ejemplo virtuoso. Además de la leccion diaria procuraba que sus discípulos se acostumbrasen á familiarizarse con el trato de Dios, y así por las tardes explicaba algunos pasajes de la Escritura y Santos Padres, con tanta claridad y devocion, que lograba infundirla en los más distraidos. Los domingos les hacia pláticas espirituales, conduciéndose de tal modo que el Colegio parecia un devoto noviciado. Cuando llegaba la cuaresma excitaba á sus discípulos á la penitencia, y eran tales los rigores que para estimularlos usaba consigo mismo, que excedian á toda ponderacion, y pasaban de lo natural. Tuvo don de consejo y de consolar afligidos, y todos cuantos llegaban á él volvian tan consolados como si algun ángel les hablára por su boca, pues deshacia dudas y daba esperanzas con unas palabras que ciertamente no eran de hombre. El tiempo que le sobraba despues de cumplir tantos trabajos y desempeñar las obligaciones y deberes de la comunidad, lo empleaba en el coro, donde permanecia generalmente hasta la una de la noche, rodeado de muchos estudiantes discípulos suyos, que como le amaban tiernamente, le acompañaban y le seguian gustosos á todas partes. Sin embargo de que su complexion era muy débil, su penitencia y sus rigores causaban admiracion y espanto; pues llevaba el cuerpo ceñido de cadenas y de silicios, sin quitárselos ni áun de noche, multiplicaba sus disciplinas y observaba casi continua abstinencia, ayunando con el mayor disimulo; pues aunque en el refectorio tomaba plato para excusar la nota, generalmente solo comia pan y agua. Aunque se sintiera afectado de algun achaque de dolencia, jamás pidió médico ni alimento diverso del que tomaba el resto de la comunidad. En lo humilde y en el desprecio de sí mismo hizo tales progresos, que ya no podia el más humilde aventajarle en el ejercicio de esta virtud. Además de las penitencias y mortificaciones usadas en la Orden, inventó otras nuevas para su propio desprecio. Una cuaresma, despues de hacer á sus discípulos una de aquellas fervorosas pláticas que solia, se despojó del hábito, capilla y escapulario, y asistió á una misa que en el oratorio se celebraba, llevando un padrino dispuesto. Acabada la misa, postróse á los pies del sacerdote, y con humildes lágrimas pidió que le admitiese en la compañía de los hermanos, porque hasta entónces no se

habia conceptuado digno de vestir el santo hábito de nuestra Señora del Cármen. Acto fué éste de suma edificacion para todos los concurrentes, haciéndoles verter abundantes lágrimas de ternura. Vistiéronle el hábito como si entónces ingresára de nuevo en la Orden, y él abrazándolos á todos, quedó como novicio, diciendo como el Real Profeta: *Ahora comienzo*. Del amor que á Dios profesaba, desprendíase como consecuencia inmediata el que á sus prójimos tenia; y aunque algunos le pagaron mal, no por eso dejaba de amarles y de servirles, como lo manifiesta entre otros el siguiente caso: Por justas causas quitaron los prelados el estudio á cierto religioso. Pesaroso éste hizo mil diligencias y empeño para que se le volviesen. Comisionóse al P. Fr. Fernando para que examinase la pretension, medida que llenó de confusion al pretendiente, creyéndose despedido del todo por haber hecho algunas ofensas al mencionado Fr. Fernando, y despreciándole cuando era su catedrático. Pero el siervo de Dios, para quien la ingratitud fué siempre lisonja, cuando algunos amigos se acercaron á suplicarle en favor del pretendiente, les contestó que las recomendaciones eran diligencia excusada; pues aunque el tal religioso tenia algunos defectos, eran tantos por otra parte los actos de piedad y virtud en que se habia ejercitado, que le amaba entrañablemente, y le conceptuaba digno de la reparacion que solicitaba; y en adelante le dispensó mil favores y finezas. Pasó tan adelante en la caridad, que deseó con vivas ánsias ir á padecer el martirio en tierra de infieles; pero Dios no le permitió este consuelo, y dispuso que en su propia casa y en el servicio de sus hermanos alcanzase la triunfal corona que ambicionaba. Declaróse en Sevilla en el año 1599 la mortífera epidemia de las landres, y hallándose ausente el rector del colegio de aquella ciudad, recibió órden del P. Provincial para que le sustituyera y gobernase la casa. No le agradó recibir el puesto honorífico, pero complacióle en extremo saber que iba á cumplir su más vehemente deseo, cual era el de servir á los pobres y exponerse á la muerte por atenuar los sufrimientos del prójimo, puesto que en aquella época eran infinitos los que, desamparados y faltos de todo auxilio, acudian á los hospitales. Disponiéndose estaba á partir á su destino, cuando la epidemia se dejó sentir en la casa. Aterró á muchos la inminencia del peligro, pero el siervo de Dios contento y alborozado, anima á sus compañeros diciéndoles: «No teman ni se desconsuelen VV. RR. que pues Dios se digna mandarnos enfermos, yo los curaré á todos, y así no tendré que salir á buscarlos segun creia.» Efectivamente, así lo ejecutó. Apénas enfermaba alguno, acudia á auxiliarle corporal y espiritualmente, haciendo la cama, barriendo las celdas, aplicándole los medicamentos, y dándole de comer de rodillas. Confesaba á los que veia muy postrados, administraba los santos sacramentos al que de ello tenia necesidad, y portá-

base, en fin, con tanto descuido de su persona y tan poco temor del contagio, como si no le amenazára el peligro. Rogábanle sus religiosos que se precaviera algo, y no afrontase el peligro tan de lleno, pero su respuesta fué siempre tan valerosa como caritativa. No sé, les decia, cómo cumpliré bien la obligacion de padre que ante los ojos de Dios me he impuesto, si por rendirme á los humanitarios deseos de VV. RR. descuidase de asistir á los que son mis hijos. Aun haciendo lo que hago tengo la conciencia llena de escrúpulos, y sobre todo, mi vida importa muy poco. Ya he deseado darla por Dios entre los infieles, y puesto que no lo he conseguido, si el Señor me la quita entre mis hermanos, ¿qué mayor dicha puedo ambicionar? Fueron cayendo tantos religiosos heridos de la epidemia, que solo quedaron en pie Fr. Fernando y el mozo secular que los servia de mandadero. Continuó él acudiendo á todo con tanto esmero como al principio; pero al cabo su infatigable diligencia fué vencida por la humana debilidad, y ya llegó un dia que no pudo sobrellevar la grave carga que sobre él pesaba. Afligióse sobremanera por ver que su fe no podia triunfar de los obstáculos materiales, y acusábase de poco activo y descuidado. Cuando más desanimado se encontraba, vió entrar en el convento dos religiosos de Sto. Domingo, que animados como él por el amor del prójimo, habian pedido licencia al superior de su Orden para ir á ayudar á Fr. Fernando y á compartir con él los peligros. A la vista del socorro su corazon se dilató y se llenó de júbilo; pero su gozo se trasformó en confusion muy presto, por haber tenido duda un instante de la omnipotencia del Señor, y no creer que le enviaria un pronto auxilio. Asi pues, recobrando instáneamente toda la fuerza que por un momento le abandonára, y sintiéndose con más aliento que nunca, á pesar de que los mencionados religiosos venian resueltos á permanecer en el convento hasta dominar la epidemia ó quedar muertos en la demanda, les rogó postrándose humildemente á sus pies, y dándoles las más expresivas gracias por el auxilio que venian á prestarle, que se volvieran á su convento, porque él se hallaba decidido á combatir contra el riesgo sin ajena cooperacion. Partieron los religiosos tristes y desconsolados por no conseguir el objeto ambicionado, y por no ver cumplida su santa determinacion. Cobró el P. Fr. Fernando tal ánimo desde entónces, que ya no le arredraba la idea de la fatiga. El cielo premió aquella heróica constancia, suministrándole la fuerza necesaria y el interno aliento que para el caso se requeria, y vióse palpablemente la mano de la Providencia dirigiendo aquella casa y socorriendo la horrible calamidad; pues aunque las necesidades crecian á cada momento, ni le faltaron en adelante cuantiosas limosnas, ni regalos para sus enfermos, ni brazos que le ayudáran en sus penosas tareas, no quedando desmentida la grandeza de la Divinidad que siempre vela por

los suyos. Lo maligno de la enfermedad triunfaba del cuidado de los enfermeros y de los conocimientos de los facultativos, y la ciencia quedaba vencida y humillada, principiando á morir varios de los enfermos religiosos. Disponia Fr. Fernando á los que se hallaban en aquel terrible caso con la mayor piedad y caridad, amortajaba los difuntos con sus propias manos, ayudaba á darles sepultura, y cuando practicaba estos piadosos actos, manifestaba envidiar la suerte del que le llevaba la delantera, aunque se consolaba con decir: «Vayan con Dios, que muy pronto nos veremos. Yo tengo que ser como la madre de los Macabeos.» Notaron algunos estas palabras, aunque no comprendieron el sentido hasta despues de su muerte, en que se patentizó el misterio. Habiendo, pues, fallecido seis religiosos y mejorado los demás, viendo el Señor que no era ya precisa la asistencia de Fr. Fernando, y que merecia recibir el premio de su sublime abnegacion, dispuso llevárselo al eterno descanso, derribándole en la cama para que fuese el sétimo de los que fallecieran, completando de este modo el número de la familia de los Macabeos, conforme habia profetizado. Como desde muy atrás tenia noticias de que su fin se aproximaba, y de que ya estaba cerca el dia de terminar su peregrinacion sobre la tierra, comenzó á disponerse con tiempo para verificar la partida á la celeste region. Pidió que le llamáran un religioso de probado espíritu, con el cual descargó su alma de las leves culpas que podian afearla, y entre otras cosas le dijo lo siguiente: «Ya, P. Fr. Esteban, ha llegado el fin de mis dias, y habeis de saber que mucho ántes de que viniese á esta casa el epidémico contagio, cierta persona espiritual me anunció que habia de ser vicario en ella, y todo cuanto por mí ha pasado en este tiempo, anunciándome tambien habian de morir los seis que ya han fallecido, y últimamente que yo los habia de seguir, lo cual no me pesa, y solo llevo el dolor de no poder asistir á todos los que aún han de contagiarse, de los cuales será uno V. P. aunque sin peligro de muerte. Convencido quedó el P. F. Esteban de ser verdad todo lo que el vicario le decia, y mucho más cuando al dia siguiente se halló atacado de la landre, pero cuya enfermedad no le puso en peligro de muerte, como Fr. Fernando le habia asegurado. Tres dias vivió éste pasando atrocísimos dolores, aunque sufriéndolos con la calma y la paciencia de un ángel. El dia de su fallecimiento preguntó al mozo seglar que le asistia qué hora era, y contestándole que las doce, respondió: «Pues á las tres he de morir. Procura que esté aquí el enfermero.» Divulgó el mozo este pronóstico, y todos estuvieron con cuidado para ver si se cumplia. A la hora señalada juntáronse en la celda todos los que pudieron acudir anhelando presenciar aquel glorioso tránsito, y mirando atentamente al enfermo, notaron con asombro que su semblante tomaba varios aspectos, porque unas veces manifestaba pena y congoja, y otras abria

alegremente los ojos, sonriendo con delicia como si tuviese delante alguna agradable vision, de que los demás asistentes no podian disfrutar, y esto les llenaba de santo consuelo, porque atestiguaba su bienaventuranza. Habiendo pasado algunos ratos entre penosos y risueños intervalos, y dando el reloj las tres de la tarde, rindió, segun lo habia pronosticado, su espíritu en manos del Señor, entregándole su alma tan pura como de él la habia recibido, muriendo vírgen, segun depusieron luego todos los que le habian durante su vida confesado, y volando á disfrutar el premio que por sus virtudes merecia.—M. B.

RESURRECCION (Fr. Francisco), trinitario. Este jóven religioso, cuya vocacion en la edad más temprana y su breve tránsito en la religion y en la tierra fueron causa para hacerle notable, fué natural de la villa y corte de Madrid. Apénas pudo decirse que habia salido de la infancia, cuando se sintió impulsado de una fuerza irresistible que le obligaba á buscar el fin para que fué criado, y al mismo tiempo el principio de su eterna felicidad, tratando de salvarse en el puerto del claustro de las borrascas del mundo, y al efecto quiso tomar el hábito religioso. Pocas son las noticias que los cronistas nos han dejado acerca de este mancebo, y muy cortos los antecedentes que de su familia se adquirieron; pero de los escasos datos que él mismo proporcionó se desprende que sus parientes no eran gustosos de que abrazase la vida monástica; pues nunca han faltado personas obcecadas, áun en los tiempos de mayor fe y cristiandad, que juzgaban desfavorablemente á los que renunciando al mundo se consagraban al Señor. Créese tambien que hubo formal oposicion á los designios del jóven, y que se tomaron medidas y emplearon hasta medios coercitivos para obligarle á desistir. Pero nada fué capaz de detenerle, y viendo que no le era posible vestir el santo hábito de la excelsa Orden Trinitaria en ningun convento de su patria, porque en todos se resistian á admitirle, marchóse secretamente á la ciudad de Granada, en cuyo convento vistió la blanca túnica y donde profesó, ignorado de sus parientes y amigos, trocando gozoso la familia mundana por la familia religiosa. Manifestóle Dios lo mucho que apreciára el sacrificio, y el abandono que este jóven hizo de su posicion, y manifestó tambien muy claramente cuánto deseaba premiarle las virtudes que en el claustro demostrára; pues hallándose estudiando para aspirar al sacerdocio en lo más florido de su juventud, y cuando por sus talentos y demás excelentes prendas anunciaba dar ópimos frutos, el Señor le llamó para sí, llevándole á disfrutar el eterno descanso concediéndole aquella felicidad que tanto encomia el sabio, porque felicidad suma es en efecto perder la vida material, cuando aún no se han atravesado sus espinosos senderos, ni tropezado en sus múltiples escollos, evitando de este modo la infinidad de peligros que la cercan.

Falleció en el año 1634, siendo enterrado en el dicho convento de la ciudad de Granada.—M. B.

RESURRECCION (Juan de la), español, descalzo de la provincia de San Pablo, lector de sagrada teología, definidor y custodio. Este varon se distinguió por su doctrina y virtud, y dejó algunos tratados morales manuscritos, uno de ellos tenia el título *De peccatis*, y enriquecido con algunas adiciones por el doctísimo alumno de la misma provincia Fr. Juan de la Asuncion, daba á luz en 1689 el impresor de la universidad de Salamanca, Lucas Perez, en 4.°, y bajo el título de *Antorcha moral*. Otro tratado del mismo, *De Pœnitentia*, no ménos útil que la obra mencionada, tambien publicada en Salamanca, en fólio, en 1703, bajo el título de *Antorcha moral*, añadida por el impresor de aquella universidad, Isidoro Leon. Falleció piadosamente en Martigny á 14 de Marzo de 1654, y fué enterrado entre sus hermanos en el convento de S. Luis obispo.—M. N. y S.

RESURRECCION (Fr. Manuel de la), portugués, natural de Torresnovas, diócesis de Lisboa, del órden de S. Agustin de los reformados de Portugal, en cuya congregacion, que se habia separado de los descalzos de Castilla, fué elegido para procurador en Roma por el año 1677. Fué á esta capital, donde le conoció sin duda Nicolás Antonio, puesto que dice que le debió generosamente noticias relativas á su Biblioteca, por ser persona instruidísima en las cosas y personas de su país, y haber adquirido la coleccion de Jorge Cardoso, llamada *Agiologio* (que era como la base de otra nueva Biblioteca) que se trajo Fr. Manuel á Lisboa. Al mismo tiempo refiere que le dijo que tenia varias producciones en sus legajos que publicaria cuando encontrase quien sufragára los gastos, lo que esperaba con tanto mayor fundamento, cuanto que habia auxiliado los estudios de otros y favorecido sus libros. Los compuestos por él fueron los siguientes: *Vida de Santa Liberata Braccharense filha de S. Catolio Regula e de Caisia.—Vida dos Santos é varoes ilustres do reyno de Portugal é suas conquistas;* y especialmente: *Vida do Santo Fr. Vasco Martius, fundador dos Geronimos em Espanha.—Vida do Diego Silveira*, posterior á la que escribió Antonio Leitè, jesuita, ó bien la misma ampliada.—*Serie Lusitana pontificia que contem os Pontifices que ouve na sede apostolica da naçaon lusitana é muitos cardenaes que obteveraon ó sacro galero.* Emprendió esta obra despues de Antonio Macedo, jesuita, que habia tratado las mismas materias con mucha diligencia. Otras muchas obras históricas tenia no solo de antigüedad sagrada sino profana, y la coleccion de muchos epitafios é inscripciones de todo el reino de Portugal, para acompañarlos y adornar con ellos la obra de Cardoso, titulada *Agiologio Lusitano;* obra que hubiera sido de suma utilidad. M. N. y S.

RESURRECCION (Sor María de la), mercenaria. Vamos á referir, aunque muy sucintamente, la biografía de esta casta esposa del Señor; admirable ejemplo que con harta claridad demuestra cuántos y cuán diversos son los caminos por donde el Señor llama y conduce á sus siervos al fin último para que fueron criados y al eterno goce de la suma felicidad. María de la Resurreccion es una de las muchas cándidas palomas que, huyendo del diluvio del mundo, se refugian en el arca de la Iglesia; pero al mismo tiempo es un ejemplar prodigio del amor divino, amor innato en las almas tiernas como la suya; pues á la corta edad de siete años, edad en que el individuo apénas hace distincion entre el bien y el mal, y en que apénas ha abandonado la infantil cuna, María pidió ser consagrada á Dios, y dando muestras de una inteligencia muy superior á sus años, busca con alma anhelante como la esposa de los Cantares al esposo, y le consagra su juventud y las futuras prendas que tan estimada la harian en el mundo. Perteneció Sor María á la nobilísima familia de los Manriques, tan conocida en España; y como vivió tan poco en el mundo, nada tenemos que decir de los sucesos de su infancia, puesto que inspirada por el celestial influjo, y animada con la vista y ejemplo de dos hermanas que tenia religiosas en la Orden Mercenaria, quiso tomar el hábito como ellas. Aunque tan niña y al parecer de en pueriles pensamientos, tenia ya un juicio tan recto y una formalidad tan notable, que podia tratarse cualquier asunto con ella; y así su padre D. Antonio Manrique, hablándola como si fuera una persona mayor, la enumeró y ponderó todas las dificultades de aquel estado. Pero viéndola tan resuelta y decidida, tan firme en aquella idea, y persuadiéndose que no era voluntad humana la que intervenia en su determinacion, prestó su consentimiento gustoso, y á la corta edad de que hemos hecho mérito tomó el hábito de novicia en el convento de la Asuncion de Sevilla. Pasó los años del noviciado hasta tener la edad competente para tomar el velo, con tanto gusto, tanto rigor en la observancia, y tanta humildad y obediencia, que todas las religiosas estaban admiradas y llenas de santo gozo, prometiéndose tener una dignísima compañera en aquella aprovechada niña; pues entre otras muestras que daba de su respeto á las reglas de la observancia, negábase hasta al trato y conversacion con sus hermanas por no quebrantar la prescripcion del silencio, que con tanto rigor á sí misma se impusiera. Aprovechó muchísimo en la larga escuela que tuvo que cursar hasta hacer su profesion, y así, al llegar este caso, era ya perfectísima religiosa, y un tesoro inestimable, un portento de fineza y un ejemplo de su deseo en padecer por su divino esposo Jesus. Irritado el enemigo comun de verse supeditado y vencido por una tierna doncella, la perseguia encarnizadamente, rondándola como el hambriento leon anhela devorar al inocente corderillo, ansiando tambien

perder su cuerpo, ya que no le era posible apoderarse de su alma. Una noche, con la permision divina que siempre consiente tales actos para que más resplandezca su gloria, prendió fuego el demonio á la cama en que dormia la casta virgen, fuego que se comunicó á todas las demás del dormitorio, llenando á las tímidas religiosas del susto y pavor que es consiguiente. Levantáronse todas con la mayor presteza, y derramando casi tantas lágrimas como agua, lograron apagar el incendio, excepto en la cama de Sor María, pues cuanta más agua echaban en ella con más fuerza se inflamaba aquel temeroso volcan. Creyeron las religiosas, puesto que la jóven no se levantára del lecho como ellas, indudablemente habia sido víctima de las llamas y levantaron un doloroso grito llorando la pérdida de su dulce compañera. Mas de repente apareció saliendo de entre las llamas y el humo, exclamando con júbilo: «Bendito sea el Angel de mi guarda. Quien tanto mal nos ha hecho, no saldrá con lo que pretende.» De cuyas palabras coligieron todas que el demonio habia sido el autor del atentado y que el Angel de su guarda salvó á María de tan terrible peligro. Como el dormitorio habia quedado tan estropeado, hubo necesidad de proceder á su reparacion, y aunque se procuró ocultar el suceso, pronto llegó á divulgarse, y todos lo calificaron de milagro. Este y otros favores que á su divino Esposo mereciera, infundieron en ella tal deuda de agradecimiento, que se creyó obligada á redoblar sus rigores y multiplicar sus penitencias con objeto de satisfacer cumplidamente la deuda mencionada. Tales fueron aquellos actos de mortificacion, tan excesivas sus penitencias, que á pesar de ser tan jóven y de salud muy robusta, llegó á resentirse de ellas; y lo que el demonio no pudo alcanzar con el fuego lo alcanzó por medio de la enfermedad, poniéndola hecha un nuevo Job, á fin de que no prosiguiese ejercitándose en aquellas mortificaciones, que derrotándole le llenaban de vergüenza. María, jóven tan hermosa, tan pura, tan noble, vióse llena de una asquerosa lepra que la cubrió todo el cuerpo con una enorme y repugnante llaga, que la causaba intensísimos dolores los cuales la duraron, no dias, no meses, sino años enteros, llegando á contarse ocho, cosa que causa horror y espanto. Pero.... ¡cuán grandes no son, Dios mio, vuestros ocultos juicios! ¿Qué guardais para el criminal pecador, qué para el alma endurecida, qué para los que á cada instante prevarican, si á esta alma cándida, á esta pura virgen la heris tan cruda y tan fieramerte? ¿Cómo, Señor, la castigais así postrándola con tan dolorosos padecimientos en un lecho donde no puede, no digamos levantarse, pero ni áun siquiera moverse? Dejemos la contestacion á la pregunta que nuestra ignorancia nos permite hacer, dejémosla á vuestra propia sabiduría, á la única que puede á sí propia comprenderse. No faltaron á la jóven María en la larga série de sus graves padecimientos, consuelos y regalos espirituales

por parte de su divino Esposo, los cuales como un bálsamo atenuaban sus dolores corporales. Entre otros casos milagrosos que ocurrieron, referiremos el siguiente. Tenia Sor María suma devocion á un Santísimo Cristo, que colocára á la cabecera de su cama, teniendo con él, como enamorada esposa, dulces coloquios, haciéndole particular oracion, y meditando con más latitud sobre su preciosa pasion y muerte todos los viernes del año. Como una consecuencia de su penosa enfermedad, vino la casta vírgen á quedarse completamente ciega; accidente que la afligió en extremo, pues era lo único que en su cuerpo habia quedado sano aquel órgano precioso, y con cuyo auxilio aún podia en sus largas horas de postracion y sonnolencia, alimentar su espíritu con la lectura de los místicos autores. Cuando llegó el primer viernes despues de este suceso, afligióse más la tierna esposa, porque no le era dado gozar la vista de su querido Jesus. En medio de la afliccion y del profundo sentimiento, pidióle con la mayor devocion y ternura que al ménos los dias de viernes la permitiese gozar de su vista, para tener el consuelo de no carecer de su divina presencia. Dios la complació, y así todos los viernes del tiempo que vivió, recobraba la vista en amaneciendo, gozando de ella hasta principiar el sábado siguiente. Otro milagro obró su Divina Majestad por medio de esta su esposa, revelándola cierto secreto. Era religiosa en el mismo monasterio de Sor Elvira de la Concepcion, tia por parte de padre de nuestra pacientísima María y religiosa muy observante, por lo que habia merecido concepto de grande sierva de Dios. Hallándose, pues, esta venerable religiosa enferma del mal de que murió, observó la hermana que la asistia, que á pesar de hallarse agonizando, su rostro no se descomponia ni sus facultades se alteraban; ántes por el contrario manifestaba un gozo exterior tan completo en su risueño semblante, que la asistenta la preguntó muchas veces de dónde procedia semejante regocijo. Nace, respondió la moribunda, de que el apóstol S. Andrés, de quien yo he sido muy devota, me está acompañando y animando hasta llevarme á la presencia de mi soberano Esposo. A poco de decir estas palabras espiró, invocando el dulcísimo nombre de Jesus. Esto pasó únicamente entre la moribunda y la asistenta, sin haber otra persona que lo presenciase. Despues que murió Sor Elvira, fué la asistenta á cuidar de Sor María; y esta, aunque no podia verla, en cuanto se apercibió de su entrada y ántes que hablase palabra la dijo: Ya sé yo que mi tia se halla gozando de Dios, porque su abogado y mi señor S. Andrés la ha acompañado á la gloria; de lo que la monja quedó absorta por haber pasado tan á solas el suceso. No fué ménos portentoso el caso que con ella le sucedió al Rdo. Padre Mtro. Monroy, comendador entónces de su convento de Sevilla, luego provincial de Andalucía, vicario general de las Indias; más tarde ge-

neralísimo de la Orden y últimamente obispo electo de Puerto-Rico. Vivia en la época á que estos apuntes se refieren en el citado convento de Mercenarios de Sevilla un religioso manco, pero de tan grande virtud que todos le calificaban como santo. Murió el tal con grave opinion de bienaventuranza, y cuando se estaba verificando su entierro, avisaron al P. Monroy de que la sierva de Dios María se hallaba en los últimos instantes de su vida. Acudió el Padre al convento para consolar á la moribunda y sostenerla en aquel funestó trance; mas apénas María se apercibió de su llegada, le dijo: «Mil gracias le doy, Padre, por la caridad que me ha hecho de venir á auxiliarme en este momento crítico, mas ya he tenido otra visita que me ha suministrado mucho aliento. Ha estado aquí el manquito que acaba de morir y me ha dicho que parte para la gloria, adonde por la misericordia de Dios no tardaré mucho tiempo en seguirle.» Palabras que asombraron al Padre y á todos los circunstantes, haciéndoles conocer muy palpablemente la santidad de la religiosa y la predileccion con que el Eterno la miraba. Antes de espirar dió todavía otra señal de su inspiracion y don profético. Hallábase en la enfermería, próxima tambien á exhalar su último suspiro, otra religiosa de vida muy justificada, llamada Sor Juana de Cristo. Cuando hubo entregado el alma á su divino esposo Jesucristo, María, que por una especial gracia del Eterno habia vuelto á recobrar la vista, para tener en el último trance el consuelo de ver á sus hermanas, observó que al rededor del lecho en que yacia el cadáver de Sor Juana, estaba dando vueltas el demonio como un lobo sanguinario. La santa doncella exclamó dirigiéndose al mortal enemigo: «Huye, sierpe infernal, que aquí nada tienes que hacer. El alma de esa bienaventurada se halla ya reposando en la gloria.» Poco ántes de morir pidió el sagrado viático que no habia recibido á causa de que por sus padecimientos de estómago tenia vómitos muy frecuentes. Mas no queriendo partir del mundo sin llevar este dulce consuelo, rogó que la suministrasen á su divino Esposo sacramentado, ofreciendo cesaria la causa que hasta entónces la impidiera recibirlo. Y en efecto, apénas le hubo tomado, cesaron completamente los vómitos, y fortificada su alma con el sagrado pan de los ángeles, emprendió su camino á las eternas mansiones, espirando el dia 27 de Junio del año 1571.—M. B.

RESURRECCION (Sor María de la), dominica portuguesa del convento de nuestra Señora del Paraíso en la ciudad de Evora, donde vivió con singular cuidado en no faltar en todo lo que era de observancia y áun en las cosas que se miran como más pequeñas. Tenia constantemente en la memoria lo que enseña la experiencia, de que tener en poco las cosas ínfimas, es la disposicion más á propósito para ir cayendo poco á poco en las cosas mayores, advertencias que se recomendaban mucho en la Orden, como ne-

cesarias á todos los que viven con ánimo de mejorar en el estado en que Dios los puso. Como tenia esta sierva de Dios grandes deseos de mejorar, procuraba evitar todo lo que no correspondia á estos pensamientos. Era tanta la devocion con que oraba y tan grande el fervor con que se dedicaba á la lectura, que se le encontraba con frecuencia inmóvil como una columna, ó como si estuviera muerta, dando únicamente testimonio de su vida la abundancia de las lágrimas que corrian de su rostro. Era muy devota de nuestra Señora del Rosario, cuya imágen tenia siempre en su compañía, pronosticó de que el afecto con que la miraba iria aumentando en lo sucesivo entre los fieles, como así se verificó, llegando con el tiempo á construirse una capilla en la enfermería del monasterio, donde se trasladó esta santa imágen á poco de la muerte de María de la Resurreccion. En la primera fiesta que se celebró en aquella capilla el domingo 1.° de Octubre, probablemente de 1499, se verificaron diferentes milagros, siendo ya muchos los que habia hecho esta santa imágen en vida de Sor María, aunque de ellos no se haga en este lugar relacion. En cuanto á la Madre Resurreccion, continuó distinguiéndose por su amor á la observancia regular, continua asistencia al coro y demás prácticas religiosas, de manera que sus hermanas la miraban como modelo y era puesta por sus superioras como ejemplo digno de imitacion. Vivió así durante muchos años, ganándose siempre el general aprecio y siendo visitada de las principales señoras de la ciudad y del reino, que la miraban como su oráculo y consuelo en todas las desgracias de la vida, hasta que la sorprendió la muerte con general sentimiento de cuantos la conocian, siendo enterrada con grande pompa y asistencia de las autoridades, así eclesiásticas como civiles, dejando grande opinion de santidad que se conserva todavía no solo en Portugal, sino en toda la Orden Querúbica que cita con elogio su nombre.—S. B.

RESURECCION (Sor María de la), religiosa dominica del convento de Santa María de Gracia, donde entró siendo muy jóven todavía y vivió con grande santidad. Fué muy dada á los ejercicios de oracion, en que el Señor la manifestó un verdadero conocimiento de lo poco que era y valia. Estuvo diez y ocho años tullida en una cama, sufriendo no solo los padecimientos de su enfermedad, sino los disgustos que son consiguientes á quien no pudiendo valerse por sí misma tiene que acudir á manos ajenas. Pero lo llevaba todo con tanta paciencia y gusto, como si gozára de todo género de consuelos y alegrías. Más bien que causa de sentimiento lo fué de placer su muerte para las religiosas, pues dice la crónica que ganó el jubileo que de veinticinco en veinticinco años se gana en Roma, y espiró en cuanto recibió los santos sacramentos. «Fué tan grande el olor, continua el cronista, como de violetas y flores, que llegando donde estaba su cuerpo

era gozar de un regalo del cielo. En toda la enfermería y coro se sentia la suavidad del olor, y se comunicaba á las manos de las que tocaban su cuerpo; y los paños negros sobre que estaba el cuerpo, pasados más de dos meses, conservaron el olor que tuvieron el primer dia.»—S. B.

RESURRECCION (Fr. Martin de la), trinitario. Angel más bien que hombre llama á este dichoso jóven el P. Maestro Fr. Alejandro de la Madre de Dios, diligente cronista de la religion trinitaria, y en efecto, ángel puro es aquel ser que Dios se lleva como flor temprana ántes que la agosten los furiosos aquilones del mundo. Fué este tierno mancebo natural de la ciudad de Pamplona, y en el convento de la misma recibió el hábito de la Santísima Trinidad. Para no desmentir que en todo era ángel, tenia entre otras buenas cualidades una peculiar de los espíritus celestes, cual era propension á la música y una dulce y purísima voz, dedicándole por esta causa al servicio del coro, en el cual embelesaba á los oyentes, pareciendo haber nacido ex profeso para cantar las alabanzas del Señor. Cuando iba á cumplirse el año del noviciado cayó gravemente enfermo, y conociendo que su fin se aproximaba y no queriendo pasar de esta mortal vida sin pertenecer enteramente á la religion que habia abrazado, recibió la profesion en el lecho; y como si solo aguardase á esta circunstancia, descansó en paz en el Señor en el año 1620, dejando llenos de santa envidia á todos sus compañeros, tanto por ver la gloria que iba á disfrutar tan pronto, como sintiendo la pérdida de tan buen hermano, que les alentaba é instruia con sus edificantes ejemplos.—M. B.

RESURRECCION (Fr. Martin de la), trinitario. Comparan los historiadores de la Orden al venerable religioso cuya vida vamos á trazar, con aquella columna misteriosa que guiaba al pueblo israelita en el desierto, dirigiéndole hácia la tierra de promision, cuya columna es la representacion mística del hombre que, desnudándose de todos los afectos y de todas las carnales miras, se constituye á servir de guia y de enseñanza á sus hermanos, llevando sus almas á la verdadera tierra de promision que es la gloria. En efecto, columna resplandeciente fué de la Orden en su tiempo este venerable Padre; pues gastando la mayor parte de su vida en el empleo de maestro de novicios, fué clara luz que iluminaba el camino, más con el resplandor del ejemplo que con la exposicion de las razones. Ejecutando sin hablar, guiaba á los que salen del Egipto de la culpa para buscar la prometida tierra de la religion, haciéndoles pasar para esto por el mar Rojo de la mortificacion y por el desierto del retiro, y luchar con las tentaciones que semejantes á los moradores de Canaan hacen guerra á la virtud, colocándolos por último á las faldas del monte Sinaí, donde se dan las leyes y se marcan las reglas que en la religion han de observarse. Fué unas veces columna de nube

para consuelo y refrigerio de los débiles y de los tentados, y columna de fuego otras para encender á los tibios y alumbrar á los ignorantes. Nació este insigne varon en la villa de Chiclana el dia 10 de Noviembre de 1612, y recibió las aguas regeneradoras del bautismo al siguiente dia en que la Iglesía celebra la festividad de S. Martin Turonense, nombre que misteriosamente se le impuso por llamarse así su padre y por la devocion que al santo tenia, obedeciendo por lo que despues se vió á una inspiracion divina, puesto que aquel niño habia de ser heredero de las virtudes de su santo patrono. En dos cosas imitó á este; en la constancia con que procuraba no distraerse un punto de la oracion, y en el fervor con que anteponia el bien del prójimo al suyo propio, especialmente en la educacion y tratamiento de sus discípulos á los que amaba como verdaderos hijos suyos y de quienes siempre procuró los mayores adelantos, no resolviéndose jamás á abandonar el ejercicio de la enseñanza por lo muy grato que le fué siempre la ilustracion de la juventud. Perteneció el P. Fr. Martin á una honrada familia más distinguida por su virtud que por su nobleza. Llamáronse sus padres Martin Sanchez Reyes y Sabina Hernandez, quienes procuraron criar á los hijos que tuvieron en el santo temor de Dios y en el conocimiento de los deberes y obligaciones del cristiano. Luego que el niño Martin abandonó los juegos y entretenimientos de la puericia, manifestó mucha aplicacion hácia el estudio de las buenas letras, á cuyo cultivo se entregó con afan hasta que el Señor le llamó para que estudiase á Cristo en la escuela de la perfeccion. Asistió á la universidad que por entónces existia en la ciudad de Baeza, esperando sus padres que por su constancia en instruirse y por su esmerada aplicacion podria algun dia obtener una buena colocacion en la carrera que eligiese. Adelantaba mucho en las ciencias; pues como no perdia ni un solo instante de tiempo, notábanse sus diarios progresos, animándole para ello las instancias de sus padres que le alentaban á concluir cuanto ántes sus estudios á fin de que si se decidia, como indicaba, por la iglesia, obtuviese presto un beneficio, con cuyo producto pudiera ayudarse y ayudarlos. Concluido por fin el estudio de la sagrada teología, y hallándose ya en situacion de elegir estado, se vió perplejo y confuso porque no le guiaba el interés ni era su ánimo aspirar á las ventajas que el mundo ofrece. Aunque por inclinacion y por consejo le llamaba el estado eclasiástico, meditó mucho acerca de cuál abrazaria, pues aunque todos son santos parecíale que el único medio de conseguir el fin para que fué criado, era abrazar el estado eclesiástico regular, puesto que los seculares no dejan de tener en el mundo mil estorbos y tropiezos. Tomada pues su irrevocable determinacion y arreglados los negocios temporales, pidió humildemente el hábito de la Trinidad descalza, y despues que hubo probado su vocacion fué admitido en la

casa de Baeza. Aunque entró en el convento grande de edad y engrandecido de ciencia, recordó aquella máxima de la verdadera sabiduría de que no entrará en el reino de los cielos quien no se hiciese pequeño; y así al principiar su noviciado tuvo un gran placer, como otro Eliseo, en tratar con los pequeñuelos y en alternar con ellos en los humildes empleos de limpiar la iglesia, cuidar las lámparas y ayudar á los sacerdotes. Correspondiendo grandemente á las esperanzas que habia hecho concebir y ejecutando con la debida exactitud cuantos deberes le impusieron, manifestando al mismo tiempo lo arraigados que en él estaban los sentimientos de obediencia, mortificacion, humildad y pobreza, fué unánimemente aprobada su profesion y se le admitió á ella el dia 6 de Abril de 1627. Luego que se vió introducido en la figurada á la par que verdadera tierra de promision, puso todo su cuidado y su esmero en arrojar de sí, como los israelitas hicieron en Canaan con los enemigos que poblaban la tierra, las pasiones que aún pudieran esconderse en su alma, que como nuevos cananeos y gebuseos combaten el espíritu y procuran la muerte del combatido. Para esto, y presintiendo que Dios le habia elegido para ser uno de los más esclarecidos defensores de la religion, trató de formar su ánimo á ejemplo é imitacion de los santos varones que en la cristiandad se distinguieron por su autoridad y su virtud, y al efecto dedicóse al contínuo estudio de las vidas de los santos antiguos anacoretas y padres del yermo, sacando de este estudio las reglas necesarias para triunfar de sí mismo y enseñar á los demás. Tanto se empapó en aquella lectura, tanto procuró imitar los ejemplos que estudiaba, que el estudio se reflejó en sí mismo y vino á ser una clara imágen, un vivo modelo de los originales que tanto le agradaba contemplar. Su estatura era alta, su rostro pálido y demacrado, su voz humilde y casi imperceptible, sus pasos mesurados, su hábito pobre y raido, asemejándose tanto por esto á los ermitaños de la Tebaida, que nadie dudaria era uno de ellos si lo encontrára en el centro de un bosque ó de una asperísima soledad; siendo más completa la semejanza, porque áun viviendo entre gentes y en lugar poblado, por su grande abstraccion y su silencio parecia habitar en un desierto. Este hábito exterior de que vestia el cuerpo, era indicio claro de la virtud de su alma, y manifestaba encerrarse en ella un inagotable tesoro de virtudes heróicas. Uno de sus primeros cuidados fué adquirir la virtud del eterno silencio; y así, recordando aquella máxima del Eclesiástico, de que el hablador es siempre necio y la locuacidad propia solo de los espíritus ligeros, pidió al Señor le concediese la gracia que David le pedia, esto es, que pusiese una guarda en su boca y una puerta en sus labios, á fin de que no hablase más de aquello que le convenia decir, teniendo además otra razon poderosa para guardar el silencio. Como era tan instruido en las ciencias,

algunos religiosos y varios seglares desocupados venian á proponerle cuestiones, gozando sumo placer al ver la prontitud y agudeza con que las resolvia. Mas conociendo al fin que aquello no pasaba de ser vana curiosidad y que le distraian de más útiles ocupaciones, puesto que la generalidad de sus hermanos ningun fruto sacaba de aquellas pláticas, determinóse á observar el absoluto silencio que dijimos, no quebrantándole sino cuando era indispensable, y absteniéndose con suma modestia de responder á las dudas ó cuestiones que le presentaban. Las pocas veces que hablaba fuera de las que la obediencia marca, era para dar alabanza á la virtud del silencio y recomendar su práctica á sus hermanos. Aún llevó más adelante esta virtud; pues conociendo que es incompleto el silencio si aunque la lengua no hable los oidos permanecen abiertos, trató tambien de cerrar estos y huyó por lo tanto hasta de oir las conversaciones de sus compañeros, á los que no cesaba de repetir estas breves palabras que eran una profundísima sentencia: *Hermanos, el silencio fué siempre muy amigo de los perfectos, y si sus caridades lo quieren ser, obsérvenle mucho.* Este anacoreta en poblado, este solitario entre los hombres, llevó la imitacion de sus modelos hasta un grado difícil de explicar y casi de comprender. Miéntras los religiosos de todas edades buscaban en las horas de recreo una expansion á su ánimo, una distraccion á las fatigas del trabajo, distraccion que juzgó lícita el mismo Juan, el discípulo amado del Señor, Fr. Martin, retirado de sus compañeros, y en vez de distraerse en aquellos momentos legítimamente autorizados y consentidos, dedicábase á algunos trabajos de manos, cuyo producto redundaba en beneficio de la comunidad, procurando con ellos su comodidad y su economía. Su ejemplo excitó á algunos otros religiosos á imitarle; pero áun cuando trabajaban en comun, no venia la más mínima palabra á turbar su silencio y ninguno levantaba la vista de la labor que entre manos tenia. Si accidentalmente pasaba por donde hubiese algun corro de religiosos hablando, aunque la conversacion fuese honesta y santa, callábanse todos por saber que él no tomaria parte y porque su grave continente y su modesta apostura inspiraba respeto á los melancólicos y santa reverencia á aquellos jóvenes de genio alegre, que por una nada se hallan dispuestos á reir y solazarse. Ya hemos dicho que en su deseo de imitar á los padres del yermo se habia impuesto la obligacion de dedicarse á trabajar en la construccion de objetos útiles y necesarios, consiguiendo así no desperdiciar ni un solo minuto de tiempo, empleándole todo en santificar su alma y en contribuir á la comodidad de sus hermanos. Aprendió á coser, tejer cilicios, sogas, esteras y espuertas, guisar, amasar y cocer el pan; y cuando nada de esto tenia que hacer, lavaba la ropa en la alberca del convento ó tomaba un azadon para cavar en la huerta; otras veces, porque tenia gracia especial,

para ejecutar trabajos delicados, hacia preciosas flores y armaba lindísimos ramos para adornar al Santísimo Sacramento en los dias de las grandes festividades, no habiéndole, por lo tanto, visto nadie en ninguna ocasion, mano sobre mano, pues nunca le faltó que hacer, como tampoco le faltó nunca tiempo para ejecutar lo que se proponia. En su pobreza y su desnudez fué singularísimo. Jamás usó más que el hábito exterior sin procurarse género alguno de abrigo, y cuando habia de quitarse el que llevaba, á fin de lavarle y que no perdiese su albo color, cuidaba de recoger en la ropería el más viejo y roto que los demás hermanos dejaban como inservible, aplicándose á componer y remendarle en unos términos que parecia nuevo, logrando con la continuacion de este ejercicio reponer gran número de vestiduras y proporcionar al convento un considerable ahorro. El mismo remendaba sus sandalias, y ya que de viejas no podia hacerlas nuevas, eran tantos los medios que empleaba para asegurarlas que cada vez quedaban más fuertes, y en muchos años no fué preciso darle más que un solo par. Abandonaba, ó por mejor decir, no procuraba tener la mayor parte de las cosas necesarias para la vida, conociendo harto bien que el que ménos poseia es el que más confianza debe abrigar en la Divina Providencia y en la misericordia del Señor, que cuida de la más pequeña de sus criaturas, y con este descuido procuraba además Fr. Martin hacerse pobre por el Señor, teniendo presente aquella sentencia de David: *Ego autem mendicus sum et pauper, Dominus solicitus est mei.* Por esto agradábale á nuestro religioso experimentar faltas en lo temporal para alcanzar en lo eterno los socorros del Señor. Sobre todas las virtudes antedichas, poseia la de la humildad más profunda, menospreciando por ella no solo la mundana honra y aplausos, sino haciendo algunas cosas para merecer el desprecio de los que se las veian ejecutar. Tenian los religiosos una deliciosa huerta, á la que solian acudir varios seglares para recrearse, y cuando habia mayor número de estos, el P. Martin, tanto para seguir los impulsos de su genio, que no le permitia estar ocioso, cuanto para que los que formaban algun buen concepto de él lo menoscabasen, tomaba un azadon y limpiaba las calles, cargando despues la espuerta sobre los hombros para conducir las piedras y los terrones, gozando un placer indefinible en que nadie fijase su atencion sobre él, ó que si acaso lo hacian lo considerasen como persona baja y de escasísimo valer é importancia. Siendo tan amigo de la perfeccion, no podia ménos de allegarse á los que, como él, eran perfectos. Tuvo por esto muy estrecha amistad con los justificados varones Fr. Tomás de la Vírgen y Fray Hilarion, cuyas virtudes acaso tendremos ocasion de describir más adelante. En especial Fr. Tomás le estimó tanto, que cuando estuvo en el convento de Madrid Fr. Martin, le tenia como secretario, ocupándole con mucho

gusto en el despacho de su importante correspondencia y de otros muchos árduos negocios. De este trato sacó gran fruto Fr. Martin aprendiendo muchas reglas para su mayor perfeccion, y cuando vivia con Fr. Hilarion, acompañábale á todas partes y le imitaba en los ejercicios de piedad y mortificacion que tan famoso le hicieron. Prolijos seríamos si tratásemos de enumerar todas sus abstinencias, sus vigilias, sus disciplinas y sus privaciones. Solo haremos mencion de dos objetos en que se compendian todas las mortificaciones de que usaba, habiendo sido el inventor é introductor de uno de ellos, que consistia en una gran cruz de madera, la cual colocaba sobre sus hombros. El peso del signo de la Redencion no le era sensible en manera alguna, pues reflexionando sobre la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, elevábase su alma y se embargaban sus potencias de tal modo, que no sentia sobre sí más peso que si llevára una ligerísima pluma. Notando muchos hermanos suyos el efecto de aquella dulce mortificacion, se aplicaron tambien á ejecutarla, y experimentaron las mismas dulzuras, por lo cual se acreditó tanto la penitencia, que se tomó ya como costumbre en la Orden Trinitaria, conservándose por los más fervososos casi hasta nuestros dias. El otro instrumento de mortificacion era un silicio de nueva especie, que consistia en un cordon de ásperas cerdas, lleno todo de puntas de agujas finas, el cual no debió quitarse nunca Fr. Martin, porque despues de muerto el religioso que le amortajó y se le descubrió, aseguraba que le tenia introducido en las carnes, y lleno de fe se le quitó para guardarlo como preciosa reliquia, habiendo quedado su cuerpo tan cubierto de llagas, que inspiraba lástima mirarle. Nunca se hubieran penetrado, tanto era su recato, muchas de las mortificaciones en que se ejercitaba, á no mediar una providencial circunstancia. Habiendo caido enfermo de gravedad, mandaron los médicos que le aplicáran unas ventosas. Rehusólo él cuanto pudo, pero obligado por la santa obediencia, cedió. Cuando el cirujano quiso efectuar la operacion, no se atrevió á verificarlo, por hallarse con aquel cuerpo tan malamente herido, y dijo que ántes de poner ventosas, era preciso curar aquel sin número de llagas. Deciale el enfermo que no tomase cuidado, porque procedian de un poco de mal humor. Puso al fin las ventosas en la parte que halló ménos lacerada, y salió de la enfermeria admirado y exclamando: «Leve humor llama el Padre á lo que es efecto de cruelísimos golpes. No en vano tiene en el lugar fama de santo, pues únicamente siéndolo puede padecerse con calma lo que él se halla padeciendo.» Añadiase á esta crueldad consigo mismo la abstinencia en la comida, pues además de tomarla comunmente en muy corta cantidad, en las vigilias de las grandes festividades solo tomaba pan y agua, pareciendo imposible que con racion tan mezquina pudiera sostenerse aquel cuerpo que se hallaba tan flaco y macilento, y que sin duda se sostenia con

la fuerza del espíritu, que nunca se vió desmayado ni abatido. El que con tanto rigor trataba su cuerpo, ya puede considerarse que no le daria muchas horas de descanso. En efecto, no se desnudó jamás para acostarse durante su vida, y como casi siempre estaba ocupado ú orando, fuera de los ejercicios de la comunidad, eran muy cortos los ratos que entraba en su celda, y áun entónces no iba seguramente á dormir, pues cuando por cualquier motivo se llegaba á la puerta, siempre se le veia de pie, y además, estando como estaba, situada la celda en un paso general, sabia cuántas y cuáles personas habian pasado por allí, lo cual prueba que siempre estaba vigilante, haciéndolo creer más que de continuo repetia aquellas palabras de David: *Ecce nòn dormitavit neque dormiet qui custodit Israel.* Mucho debia orar el que tan de continuo velaba; porque el sueño, como elemento poderoso de que el enemigo se vale para ganar la descuidada fortaleza del alma, no se combate con medios mejores y con armas más fuertes que la oracion. Fué para él este medio la verdadera escala de Jacob, por donde subian al cielo sus fervorosas ansias, y por donde bajaban las luces de la gracia para iluminar su inteligencia. Fué el claro espejo en que se miraba para hermosearse con la vestidura de Jesucristo, despojándose de la carnal ropa del viejo hombre de Adan; ropa tan fea y tan sucia con las manchas del pecado. Del trato íntimo que con Dios tenia procedió que se aviváran en su pecho con gran fuerza los afectos celestiales, en particular el del amor á Jesucristo, que no cabiendo ya en su alma aquel excesivo ardor, brotábale por el rostro para desahogarse algun tanto, no de otra manera que el flamígero Etna arroja el contenido de su seno cuando ya no puede contener tan inmenso material. Siempre, como dijimos, se hallaba flaco y macilento; pero cuando decia misa, su rostro se ponia tan alegre y encendido, que indicaba muy claramente con qué placer recibia aquel pan celestial que los mismos ángeles le suministraban. Notaban los novicios, á quien comunmente decia la misa Fr. Martin, los efectos de los celestiales favores, y aumentábase en ellos la devocion y el recogimiento. Las breves horas que le dejaban libres la multitud de obligaciones que se habia impuesto, dedicábalas al estudio, porque fué muy amigo de saber y de instruirse. Despues que leyó detenidamente las Vidas de los Santos Padres, dedicóse al estudio de la teología moral y expositiva, adquiriendo tanto caudal de ciencia, que no solo pudo guardar para sí, sino que tambien le quedó para repartir con abundancia á sus prójimos. Por amor de éstos llegó al fin, venciendo inmensas dificultades, á quebrantar sus propósitos de abstraccion y de silencio; pues sabiendo eran muchas las almas que noticiosas de su virtud anhelaban obtener el dulce consuelo de sus consejos, se aplicó á oir confesiones y tambien á predicar, con objeto de mostrar la luz á los pecadores. ¡Exceso de caridad, virtud que

solo reside en pechos de la naturaleza del de nuestro bienaventurado Martin! Por sus sermones, en los que daba excelente doctrina á los fieles para desengañarles de las vanidades del mundo é infundirles aliento con que emprender el camino de la vida eterna, adquirió fama de hombre docto, santo, prudente y virtuoso, cualidades las más propias para el buen gobierno y santificacion de las almas. Cuando los prelados supieron el copioso fruto que aquel árbol daba, deseando como era justo que la brillante luz que tantos resplandores difundia entre los de fuera, iluminase tambien á los de casa, determinaron emplearle en la ilustracion del convento, y diéronle por lo tanto el cargo de maestro de novicios, destino que empezó á ejercer en el convento de Baeza, continuándole luego en el de la Solana. En este ejercicio fué, como al principio de la biografía dejamos dicho, imágen verdadera de la columna que guiaba al pueblo de Israel en el desierto. Reuníanse en él todas las buenas cualidades que deseaba tuviese un buen maestro de novicios la Santidad de Clemente VIII, y que se hallan consignados en su bula especial, mandada publicar para este objeto, que principia *In suprema*, la cual es la ochenta y tres de sus constituciones. Quiere Su Santidad que el maestro se distinga por el ejemplo de su vida, que posea buena fama y opinion, siendo celoso y prudente, y adornado además con el conocimiento de las divinas y humanas letras. Todas estas prendas y otras muchas virtudes adornaron á Fr. Martin, haciendo de él el completo varon que el Pontífice deseaba. Uno de los principales cuidados de Fr. Martin al enterarse de la capacidad de los novicios que le encomendaban, era ver si estaban muy apegados á los intereses del siglo. Aconsejábales que hasta en los ejercicios de mortificacion y penitencia huyesen de hacerlos por interés propio ó por humano respeto, y que en todo no mirasen más que á Dios, citándoles aquellas palabras de David: *Poned en Dios toda vuestra confianza y á él solo procurad agradarle.* Celoso como nadie del religioso fervor, no consentia en la comunidad novicio alguno que demostrase tibieza por mínima que fuese; pues decia que el que en sus principios era tibio, nunca podria encenderse en el fuego santo, y así fueron muchos los que mandó á su casa siguiendo aquellas palabras que el espíritu divino dice en el Deuteronomio: *Quis est formidolosus et corde pavidus, vadat et revertatur in domum suam.* Cuidaba mucho del cumplimiento de esta sentencia por la consecuencia que seguia: *Ne pavere faciat corda fratrum;* despidiéndoles para que no enfriasen con su tibieza el fervor de los demás. Hacia entender á los discípulos que la guerra que habian de sostener en la vida no era contra los enemigos materiales sino contra los mismos demonios que pelean con odio, saña y mortal rencor, y con armas tan poderosas, que solo puede oponérseles las de la virtud y la oracion, tan difíciles de poseer por los débiles y los descuidados.

Para que el enemigo no los hallase desprevenidos, él tan afecto al trabajo y tan enemigo de la ociosidad, ocupábales en aprender las labores de mano en que él era tan diestro, diciéndoles no poder sufrir que un religioso anduviese roto y desastrado por la excusa de no saber coser. Para esto añadió el ejemplo al mandato, siendo el primero que iba á la huerta al frente de los novicios para lavar la ropa, sacar agua, coger las verduras y demás ocupaciones ordinarias. Económico en sumo grado, ponia toda su atencion en que los encargados de víveres y efectos no malgastáran ni desperdiciasen cosa alguna, por mínima que fuese, sabiendo la estrecha cuenta que el Señor ha de pedirnos de lo que por nuestra culpa se perdiese. Para mejor atraer las almas hácia Dios, hizo un profundo estudio en adaptarse á los genios, costumbres y carácter de los que nuevamente ingresaban en el noviciado. Contemporizaba con todos para mejor hacerse entender, siendo triste con los melancólicos, alegre con los joviales, esforzado con los animosos y tímido con los débiles. De esta manera hablaba á cada uno conforme convenia á su temperamento y así lograba ganar las voluntades de todos. Amábalos como á hijos suyos, sin distinciones ni preferencias, repartiendo entre ellos, por partes iguales y segun sus merecimientos, el premio, el trabajo y el castigo. Fué siempre muy opuesto á recibir los agasajos que los parientes de los novicios acostumbraban á mandar al maestro para hacérsele favorable en las aprobaciones, y tampoco consentia que sus discípulos recibiesen nada de lo que les enviaban de sus casas, devolviendo los regalos con el mismo que los traia; pues tenia como regla que con la dulzura del cebo no se olvidaban enteramente del mundo, y recordando las ollas de Egipto, no se acostumbraban á la mortificacion y á la abstinencia del desierto. Tambien en su deseo de formar perfectos religiosos cuidó de estudiar los genios y caractéres, saliendo tan experto en ello que por levísimas señales, tales como el modo de hablar, las palabras de doble sentido, los chistes importunos y otras cosas parecidas, juzgaba acerca del partido que pudiera sacarse de este ó del otro pretendiente. Cuando advertia por cualquier circunstancia que no convenia la permanencia de algun novicio en la casa, por muy estimable que fuera, despedíale en seguida, aunque le costaba mucho sentimiento, sentimiento que se templaba con la reflexion que se hizo Abrahan cuando echó de su casa á Ismael, que aunque era hijo y muy querido, tenia faltas y vicios que pudieran ir contaminando el alma pura del justo Isaac. Y sin embargo de ser tan riguroso tenia guardado en sus entrañas un tesoro de clemencia y de ternura. Mas no queriendo caer en ningun vicioso extremo, acertó á equilibrar la balanza entre la clemencia y la justicia, virtud y mérito por muy pocos obtenido. Templaba el rigor de la una con la dulzura de la otra, recordando que Cristo es leon y cordero; leon para despedazar la culpa y cordero

para unirse y apacentarse con los débiles y los mansos; y recordaba tambien que el Espíritu sagrado se presenta unas veces bajo la forma de cándida y amorosa paloma, y otras con el ruidoso aparato del trueno y del fuego destructor. De esta manera llegó á adquirirse el respeto y amor de sus súbditos; pues advertian claramente que su ánimo era recto, su virtud verdadera y perfecta su caridad, así como era entrañable el afecto que les profesaba y de que en mil y mil ocasiones les dió señaladas pruebas. Velaba tanto por que no se menoscabase en nada la aspereza de la regla, que los novicios llegaron á entender que la vigilancia ejercida sobre ellos por su maestro tenia algo de sobrenatural, como lo prueba el ejemplo siguiente. Sabido es que en la religion no pueden los novicios ni áun beber agua sin recibir el oportuno permiso, el cual nunca se le negaba Fr. Martin á sus discípulos, principalmente en la época de los calores. Sin embargo, algunos de ellos, ó por tener mas fogoso temperamento ó por no poder resistir la mortificacion, iban de noche á beber agua á escondidas. Teniendo precision de pasar por delante de la celda del Padre, éste que velaba advertia al punto la infraccion, y sin salir de su estancia daba golpes en la pared como para espantarlos, diciendo luego quiénes habian sido los culpables; con lo cual sabiendo todos que nada se le ocultaba teníanle reverencia suma y procuraban no faltar en la más mínima cosa. La persuasion de que adivinaba por revelacion divina convirtióse muy pronto en certeza; pues cierto novicio aquejado una noche de la sed, ó lo que es más probable, arrastrado por la tentacion, determinó saciar á toda costa su apetito. Llegó á la celda del maestro, y aunque éste al punto dió golpes en el tabique para ahuyentarle, la tentacion fué más fuerte y pasó adelante. Entónces le dijo llamándole por su nombre. «Ya que tanto se deja vencer del enemigo, yo no quiero impedírselo por esta vez. Beba, beba en hora buena, pero le advierto que bebe con riesgo y que el Señor le mortificará por ello.» El novicio cumplió su deseo; pero fué cosa admirable que desde el siguiente dia empezó á perder las ganas de comer quedándose flaco y macilento, y llegando á alterarse su salud en unos términos que se temió por su existencia. Pasados algunos dias reconoció su culpa y lo merecido de su castigo, confesándose sumamente arrepentido con Fr. Martin, y pidiendo le impusiera la más áspera penitencia en justa expiacion de su culpa. El Padre le dijo: «¿No le aseguré, hermano, que Dios le castigaria por su desobediencia? Arrepiéntase de todo corazon, y puesto que no se halla en disposicion de hacer penitencia, no faltará quien por él la haga y desarme el justo enojo de su Divina Majestad. Dispóngase para confesar y comulgar mañana.» Esto era por la noche, y cuando todos se retiraron quedóse el Padre solo y sin luz en el oratorio, y postrándose de rodillas se aplicó una sangrienta disciplina en desagravio de una culpa que no habia cometi-

do. El novicio, que estaba haciendo exámen de conciencia, oyó aquellos terribles golpes, y su corazon quedó traspasado y oprimido, reconociendo su culpa y lo que le costaba á aquel evangélico varon. Este ejemplo nos demuestra el respeto que se debe á las prescripciones de la obediencia, pues si por faltar en una cosa tan mínima como lo es beber un poco de agua sin permiso, castiga Dios tan gravemente, ¡qué pena no aguardará al que mayores infracciones comete! El novicio despues de haber confesado y comulgado al otro dia, comenzó á recobrar la perdida salud, hasta quedar completamente restablecido. Desde que ocurrió este lance, y á fin de evitar nuevos inconvenientes puso el Padre el agua en su cuarto, aunque esto no dejaba de proporcionarle bastante incomodidad. En otra ocasion estaba hablando con un novicio que se hallaba próximo á recibir su profesion, y preguntándole si se hallaba bien en la religion, y si pensaba perseverar en ella, el novicio le contestó que estaba muy contento, porque el único temor que habia tenido era que le molestasen los insectos que son inherentes al estado de la pobreza, mas que dicho temor habia desaparecido, pues por la misericordia de Dios no advirtiera ni uno solo de aquellos en todo el trascurso del año; y que así no tenia más ansia que entrar en la religion, si esta queria admitirle, á lo que el Padre le respondió: «¡Ah, hermano, hermano y cuán errado va en querer servir á Dios con condiciones!.... Su vocacion no está bien probada, pues aún no sabemos si Dios le querrá enviar ese trabajo de que tanto rezela. Le aconsejo que desde mañana entre en ejercicios, y si el Señor le enviase algun trabajo súfrale con entera resignacion. Al dia siguiente y sin mediar causa natural ostensible, se halló el novicio asaltado de lo que tanto temia; pero lo sufrió con resignacion acordándose de las palabras del Padre. Este, que por revelacion divina sabia lo que pasaba, sin decirle nada ni darse por entendido, llevábale todos los dias ropa limpia y dejábasela debajo de la almohada, y el pobre novicio sufrió su incomodidad con gran paciencia, sin darse por entendido tampoco, no viéndose libre de la plaga hasta el dia que hizo su profesion, en que instantáneamente se encontró limpio de ella. Descubrióse entónces al Padre, el cual le mandó que lo callára á todo el mundo y que diese mil gracias á Dios por haberle libertado. Habia otro novicio que no tenia buen exterior, pero de quien el maestro habia llegado á comprender que poseia un alma muy hermosa, y que era virtuoso á pesar de la viveza de su carácter. Como la admision á la profesion se verificaba por votos, tenia Fr. Martin temor de que no fuese aquel jóven admitido como religioso á causa de sus vivezas. Deseando, cuando llegó el caso, defender la justicia contra las apariencias, trató de dar cuenta al Padre Provincial, y no siendo posible enterarle por menor en una carta, solicitó permiso y se fué á verle á pié, inclinándole con sus razones á favorecer

lo que era tan justo; y admitido el religioso, llegó á ser uno de los mejores y más perfectos de la Orden. En otras ocasiones ocurrió lo contrario; pues oponiéndose al parecer de los que se inclinaban á admitir algunos novicios, impedia que entrasen en la religion, haciendo un notable servicio á ellos y á la casa en que pretendian ser admitidos, pues como por permision divina no faltan desgraciadamente en el rebaño del Señor algunos hambrientos lobos que con piel de cordero suelen introducirse entre las ovejas, deber es del pastor conocerlos y ahuyentarlos para que no causen mal alguno. Conociendo, pues, los novicios las rectas intenciones de su maestro, reverenciábanle como santo, y cuando por haber cumplido el tiempo de su obligacion, hubo necesidad de que resignase el cargo, fué tal el sentimiento que los novicios hicieron que muchos de ellos querian dejar el hábito, habiendo precision de desplegar para contenerlos toda la autoridad que el Padre tenia por una parte, y por otra todo el tesoro de sus consuelos, diciéndoles con san Martin y ofreciéndoles no cesar en el cargo: *Si adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem.* No bastaban estas palabras para enjugar las lágrimas, y por espacio de muchos dias estuvieron inconsolables como aquellos que de un golpe han perdido una inmensidad de bienes. Trataban los padres graves de consolar á aquellos mancebos, mas el V. P. Fr. Francisco de S. Pedro, uno de los más autorizados del convento en que residiera Fray Martin, exclamó: «Déjenlos llorar, que harta razon tienen para ello, porque han perdido un maestro santo, cuya falta tambien debemos nosotros llorar tan amargamente como ellos. En premio de lo mucho que habia trabajado por espacio de tantos años en las fatigas de la enseñanza de un noviciado, en la que dió la mano á muchos para salir á la cumbre de la perfeccion, le nombraron vicario del colegio de Baeza, en cuyo empleo dió palpables muestras de su virtud, como en todas partes lo habia manifestado. Poco despues en el capitulo general celebrado en el año 1630 fué elegido ministro del convento de Socuéllamos, y allí le visitó el Señor á los dos meses de haber entrado en el oficio, pues le envió una grave enfermedad de la que él mismo conoció que moriria. Pidió y recibió con mucho fervor los últimos Sacramentos, y despidiéndose con gran ternura de todos sus amados súbditos, recomendóles que nunca se apartasen de la regular observancia, puesto que la obediencia, la penitencia, mortificacion y pobreza religiosa eran prendas que al que las habia observado le servirian de mucho consuelo en el trance en que él se hallaba, y que el único sentimiento que le agitaba era lo poco que por Dios habia hecho en este mundo en el ejercicio de las mencionadas virtudes. Pidió con muchas lágrimas que le encomendáran á Dios, y que avisasen pronto á los conventos de la Orden para que hiciesen lo mismo; pues estaba persuadido que mediante las oraciones de sus

hermanos se veria libre de las penas del purgatorio, entrando desde luego á ser partícipe de la eterna felicidad de la gloria. Murió el dia 4 de Agosto de 1654, y su cadáver se halla enterrado en la iglesia del mencionado convento de Socuéllamos. —M. B.

RESURRECCION (Fr. Miguel de la), carmelita descalzo. No fué este religioso distinguido en vida por las extraordinarias acciones que llevó á cabo, ni por los portentosos milagros con que el Señor le ilustrára; pero su arreglada vida y la justificacion de sus costumbres le hacen digno de figurar entre los más esclarecidos varones de su Orden. Nació en la ciudad de Tudela, provincia de Navarra, y mostrándose desde su juventud muy inclinado al servicio de los altares, siguió la carrera eclesiástica, y se ordenó de sacerdote, sirviendo algun tiempo en la santa Iglesia de su patria. Habiéndole llamado Dios á la vida religiosa, no quiso hacerse sordo al divino llamamiento y pidió con humildad el santo escapulario de la Santísima Vírgen del Cármen en la reforma descalza. Admitiéronle, sí; pero el maestro de novicios, que le veia ya hombre hecho y que pasaba al claustro desde una clase respetable, creyó habia en su conducta algo de misterioso y poco conforme á la vida que se proponia abrazar; por cuya razon le trató durante su noviciado con bastante dureza y hasta con poca caridad, despreciándole muchas veces sin fundado motivo é imponiéndole grandes mortificaciones. Pero su vocacion era muy firme, su propósito se hallaba muy arraigado y así soportó todas las pruebas, sobrellevó todas las angustias y mortificaciones y llegó con toda felicidad al puerto de la salvacion, profiriendo los irrevocables votos y haciendo su solemne profesion, dando desde el dia que la verificó claras muestras y vivos indicios de que seria una de las más hermosas plantas que adornasen el carmelitano jardin, rindiendo el ciento por uno en la cosecha de las almas. Habiendo determinado los superiores que pasase á las Indias, desempeñó en varios conventos de Nueva España el cargo de vicario y maestro de novicios, siendo muy á propósito para enseñar, no solo á los constituidos en religion, sino tambien á las demás clases de la sociedad, porque además de sus elocuentes palabras, su rostro era cátedra viva de desengaños. Su semblante enseñaba modestia, sus ojos honestidad, su continente movia á devocion y todas sus acciones excitaban á la observancia. Generalmente se hallaba orando en el coro, donde pasaba largas horas inmóvil como si fuera de mármol, demostrando luego el saludable y cuantioso fruto que allí cogia; pues ocupado enteramente en la divina contemplacion, vivia tan abstraido del mundo y de sus criaturas, como si la ocupacion interna no le dejára atender á otros cuidados. Aunque toda la vida de Jesus era para él dulce objeto de predileccion, recreábase contemplando el inmenso sacrificio de la cruz y no cesaba de admirar y ben-

decir aquel amoroso exceso de Cristo por las criaturas. Consideraba á aquel Señor tan poderoso, y al mismo tiempo tan humilde y subordinado, no solamente á la voluntad de su Eterno Padre, sino tambien al capricho de sus rencorosos enemigos; y esto le obligó á despojarse tanto de su propia voluntad, que hizo voto de no tenerla en cosa alguna. Juzgábanle por esta razon y por verle tan separado áun del indispensable trato con la comunidad, de genio áspero y desatento. Pero cuando la caridad lo pedia, notábase en él una variacion completa y un ardiente deseo de servir á sus hermanos, y muy particularmente á los enfermos: tanto que habiendo alguno de peligro, no consentia que nadie le disputára la palma de servirle y consolarle. Encargábase de las curas, y deseoso del bien del cuerpo y del alma de todos sus hermanos, no solo atendia á combatir el mal físico, sino que tambien procuraba fortalecer el espíritu del doliente. De su pureza, obediencia, humildad y otras virtudes semejantes dejó tantos ejemplos, que consignados en el papel formarian un voluminoso é interesante libro. Mereció por ello que el Señor lo llamase para sí en un señalado dia. Veinte años habian ya pasado desde que tomára el hábito, y corriendo el de 1618, y á tiempo que se celebraban las solemnes vísperas de nuestra Señora del Cármen, que son á 15 de Julio, entregó su espíritu al Señor con tanta dulzura, contento y tranquilidad, que los religiosos asistentes á su glorioso tránsito no pudieron ménos de quedar llenos de santa envidia por la gloria que iba á disfrutar. Enterráronle en la mañana del dia que se celebraba la fiesta de la augusta titular, y aquello no fué un triste duelo, sino un triunfo; porque religiosos y seglares, le veneraban ya por santo y guardaron al colocarle en la sepultura como preciosas reliquias, los pedazos que del hábito le pudieron arrancar. Tuvo el siervo de Dios grande participacion en la fiesta de aquel dia; pues en el sermon que de la Vírgen del Cármen nuestra Señora dijo el P. Definidor Fr. Nicolás de S. Alberto, intercaló muchas alabanzas del difunto, al pedir á los circunstantes que rogasen á Dios por el descanso de su alma. Cuando llegó á España la noticia de su muerte, hiciéronle nuevas y merecidas honras por la buena fama que en todas partes habia dejado. La iglesia mayor de Tudela, deseando tributar un recuerdo al que fuera su capellan, le costeó unos suntuosos funerales en los que predicó encomiando sus virtuosas acciones el P. Fr. Tomás de S. Vicente, provincial que fué de Nueva España donde le conoció y trató mucho, pudiendo hablar de esta manera con entero conocimiento de causa.—M. B.

RESURRECCION (Fr. Pedro de la), trinitario. Este religioso, modelo de virtud y de paciencia, se hace digno de mencion por haber conseguido pasar de esta mortal vida á la eterna sin perder la gracia recibida en el bautismo, ni haber manchado con culpa grave la cándida vestidura de su alma.

«Digno es de alabanza el Señor,—exclama el sábio Padre de la misma Orden Trinitaria, Fr. Claudio de S. Gregorio, que asistió al hermano Pedro en su última enfermedad;—digno es de alabanza el Señor que en sus inescrutables y altos juicios concede á los pequeños y á los débiles lo que comunmente niega á los sabios y potentados del mundo.» Veamos cuán acertada era esta exclamacion por el relato de la vida del perfecto religioso, cuyas noticias se deben al antedicho sabio teólogo Fr. Claudio de S. Gregorio. El hermano Fr. Pedro de la Resurreccion fué natural de Pamplona, donde nació por el año 1599. Aunque de padres cristianos y deseoso de la salvacion de su alma, no pudo á causa de su pobreza recibir ninguna instruccion, y asi fué que cuando impulsado de la gracia quiso abandonar el mundo para ingresar en el claustro, no pudo pasar de la humilde clase de los legos. Tomó el santo hábito en el convento del Barquillo de la corte de Madrid, siendo siempre destinado á la cocina de las diferentes casas en que viviera. Ocupacion que él aceptó de bonísima gana; tanto porque en ella satisfacia su deseo de servir á los demás padres, cuanto porque, como frecuentemente decia, en la casa de Dios no hay ocupacion baja ni destino despreciable, y el religioso que aspire á la perfeccion, debe admitir y desempeñar sin repugnancia cualquier destino que le marque el superior. Desempeñó la mencionada ocupacion por espacio de veintidos años; y, ¡cosa admirable! ¡cosa sorprendente y que demuestra por qué raros caminos lleva el Omnipotente á los hombres á la perfeccion y muestra al mundo su excelso poderío! En aquella tarea humilde y mecánica hallaba el hermano Pedro motivo para hacer gravísimas reflexiones, y para meditar sobre la instabilidad de las cosas humanas y lo perenne de las eternas. Contemplando los tizones de su fogon pasaba las horas enteras, y si acaso le preguntaban qué podia llamar tanto su atencion, respondia que aquel fuego material le servia de libro para leer y meditar acerca del fuego del infierno, reflexionando cuánta miseria seria, por el leve placer y fugaz goce de este mundo, perder una felicidad eterna y pasar las terribles amarguras que en la otra vida aguardan á los pecadores. Hablaba siempre de tales asuntos con un fervor y una elegancia tan impropias de un ánimo rudo, que claramente se conocia hallarse animado de espíritu superior; y aunque muchas veces quisieron en vista de la perfeccion que demostraba, destinarle á más nobles ocupaciones, él nunca quiso aceptar, rogando que le dejasen en la cocina, porque allí era su centro y porque juzgándose indigno de alternar con los ministros de la Divinidad, se contentaba con ser el desecho de la casa del Señor, con cuyas razones edificaba y conmovia el ánimo de sus oyentes, admirando á los piadosos que no cesaban de bendecir al Señor, y dando sublimes lecciones de humildad á los que en las religiones aspiran con insis-

tencia á salir de la clase en que la obediencia les colocára. Conocido el angelical carácter de nuestro bendito lego, tiempo es ya de que digamos alguna cosa acerca de su ejemplarísima vida, para completar el breve cuadro que de ella nos hemos propuesto bosquejar. Madrugaba Fr. Pedro, levantándose al romper el alba, y ántes de comenzar á preparar el necesario alimento de sus hermanos y á sazonar las viandas, preparábase á sí propio con la oracion y fortalecia su ánimo con piadosas meditaciones. Ocupábase luego en las diarias faenas, y guardaba un silencio tan profundo que solo hablaba para contestar si le preguntaban alguna cosa, y esto muy concisamente, sin pronunciar una palabra demás. Nunca pidió licencia para salir fuera de casa; lo cual es muy admirable si se tiene en cuenta que áun los más perfectos religiosos tenian ocupaciones y asuntos que desempeñar por muy recogidos que fuesen, y alguna vez no podian ménos de tener que salir de los conventos para el arreglo de sus negocios. Tampoco solicitó nunca Fr. Pedro licencia para salir al campo á espaciar un poco el ánimo, como por via de recreo; licencia que muy bien pudiera solicitar, atendida la penosa y molesta ocupacion que desempeñaba. A pesar de que por su penoso oficio pudiera muy bien solicitar y obtener dispensa, jamás dejó de cumplir con los ayunos de la regla y constituciones, que son la mayor parte del año. Fuera de los ayunos de instituto, no comia más que una vez al dia, sin desayunarse en ninguna estacion ni época. No obstante que consigo era tan rigoroso, su caridad para con los demás no tenia límites, acudiendo con notable caridad y agrado al socorro de cuantas necesidades le eran conocidas. Cuando llegaban algunos pobres á pedirle y se hallaba sin tener nada que darles, manifestaba su sentimiento con tan dulces palabras, y despedia con tanta amabilidad al que no le era posible socorrer, que más contentos salian de su presencia los pobres sin nada, que si les hubiesen dado con desabrimiento abundantísima limosna. Tal fuerza tiene la verdadera voz de la caridad, aunque solamente se manifieste prodigando consuelos. Acudia despues de su trabajo á practicar los ejercicios espirituales con los demás religiosos, y por todo descanso volvia á su cocina, donde se echaba á reposar dos horas á lo sumo sobre una desnuda tabla, cubriéndose en la rigorosa estacion de invierno con una simple manta raida y desechada, no admitiendo en ninguna época del año el alivio de una almohada ó cabezal. Siendo jóven todavía, pues solo contaba cuarenta y un años de edad, y habiendo empleado veintitres en el ejercicio de la vida religiosa, quiso Dios sacar del mundo aquel perfecto varon para adornar con él las etéreas mansiones del Empíreo y colocar entre los ángeles al que por su pureza de alma habia sabido conservar en el mundo blanca y sin mancha la túnica de su inocencia, sin enredarse ni tropezar en los lazos y obstáculos

que el demonio, unido al mundo y á la carne, suscita y tiende á los mortales. Atacado de un recio tabardillo, cayó postrado en cama y hubo necesidad de disponerle para que verificase su feliz tránsito á la gloria, porque los médicos corporales anunciaron que no habia humano remedio para combatir aquella dolencia. Contra lo que generalmente sucede en enfermedades de esta clase, y con notable asombro de los médicos que le asistian, se observó que ni deliraba ni perdia el conocimiento, conservando integras sus facultades intelectuales hasta el último momento. Tal vez esto fué permision de la Divinidad, pues padeciendo en su cabal juicio los atroces dolores que la enfermedad le ocasionaba, se evitó de pasar las penas del purgatorio, sufriéndolas anticipadamente. Y no obstante, áun esta dolorosa circunstancia fué motivo para que demostrase una vez más, áun puesto en aquel terrible lance, todo el cúmulo, toda la riqueza de paciencia y de abnegacion que en su bendita alma se encerraba. Asistiale como confesor el ántes nombrado Fr. Claudio de S. Gregorio, y le alentaba para que resistiera con paciencia aquella calamidad y aquellos martirios con que el Señor le probaba ántes de llevarle á descansar en su seno. Mas el confesor enmudecia lleno de asombro, y quedaba edificado con las razones que al moribundo escuchaba, viniendo en último resultado á quedar más contrito que su mismo penitente, porque las palabras que proferia, tan llenas de uncion y de ternura, no podian esperarse de aquel hombre de tan humildes principios y de tan escasa instruccion. « ¿Qué son estos martirios, decia el bendito enfermo, qué son estos dolores comparados con los que Jesus pasó en el Calvario por redimir á los ingratos pecadores? No solo los sufro con resignacion, no solo no hago mérito de ellos, sino que por el contrario, doy mil gracias al Eterno Padre que habiendo permitido sufriese tanto su unigénito Hijo, tanto y tanto por el hombre, permite que yo, débil gusano, hombre vil y despreciable, muera en un cómodo lecho, cuando mi Jesus espiró en un durísimo árbol, y muera rodeado de mil atenciones y consuelos, al paso que aquel dulce Señor espiró cubierto de baldones y abandonado de todo el mundo. Y muéveme mucho más á sufrir con resignacion mi estado, la consideracion de la eterna felicidad que se me concede en cambio de martirios tan soportables.» Júzguese cuán grande seria el gozo que experimentarian aquellos sabios doctores y venerables prelados oyendo explicarse de este modo al inocentísimo lego! ¡Júzguese qué alabanzas no prodigarian al Rey de los reyes, al centro de la suprema sabiduría, que con tan sorprendentes fulgores alumbraba desde su trono de luz el alma del elegido!... En fin, cumplida ya del todo su mision sobre la tierra, dejó de existir el hermano Fr. Pedro de la Resurreccion, en el convento colegio de la Santísima Trinidad de la ciudad de Alcalá de Henares, el dia 18 del mes de Diciembre, una de las festivida-

des de la Santísima Virgen María, del año 1640. Su bendito cadáver fué sepultado en la casa mencionada.—M. B.

RESURRECCION (Fr. Tomás de la), trinitario. Fué natural de Valencia, y llevó en el siglo el apellido de Salaya. Tomó el hábito de la Trinidad descalza en el convento de la mencionada ciudad, donde hizo sus estudios de ártes y teología, siendo despues nombrado predicador del convento. Fué muy conocido y apreciado, tanto en la ciudad como fuera de ella, por el lucimiento y acierto con que desempeñaba su ministerio. El estilo de sus escritos y sermones era dulce, elocuente y tan discreto que cautivaba la atencion de sus discípulos y de cuantos llegaban á escucharle, granjeándose por esto multitud de aplausos y merecidos elogios. Por acuerdo de los prelados pasó al convento de su Orden de la ciudad de Toledo, en el que explicó filosofía. Pero todas las esperanzas que de él se habian concebido, faltaron á consecuencia de una terrible enfermedad de cabeza que le atacó, haciéndole perder periódicamente el juicio, y permaneciendo muchos dias en un completo estado de delirio: terrible enfermedad de la que nunca llegó á curarse, muriendo por fin víctima de ella en Valencia en 26 de Febrero de 1709. Escribió y publicó: *Vida del venerable y apostólico prelado el Ilmo. y Excelentísimo Sr. D. Luis Crespi de Borja, obispo que fué de Orihuela y Plasencia, y embajador extraordinario por la majestad del católico Rey D. Felipe IV, á la Santidad de Alejandro VII, para la declaracion del culto de la Purísima Concepcion de María, felizmente conseguida.* Valencia, 1676, un tomo en 4.° De esta obra hizo mucho uso el P. Juan Marciani, prepósito de la congregacion de S. Felipe Neri de la ciudad de Nápoles, para redactar el tomo IV de sus *Memorias históricas de la Congregacion*, valiéndose de las muchas y bien escritas noticias que hay en dicha obra acerca de la primera fundacion de la congregacion en Valencia.—M. B.

RETANA (P. Fr. José de). Hallamos en el tomo II de la *Biblioteca Franciscana* un religioso natural de Madrid, del que tambien habla Baena en sus Hijos ilustres de esta villa, pero con tanta concision, que ni siquiera nos dan las fechas de su nacimiento y muerte. Sábese solo que fué religioso descalzo de la órden de S. Francisco de Asís, y reforma de S. Pedro de Alcántara, hijo de la provincia de S. Gabriel. Igualmente consta que fué profesor de sagrada teología y un excelente predicador. Como escritor se conoce de él una obra titulada: *Primavera espiritual; Verano espiritual; Otoño espiritual; é Invierno espiritual*; pero no se nos dice si es obra manuscrita ó impresa, y en este último caso dónde y en qué año se imprimió.—A. C.

RETTE (María de la), protestante de Caen, convertida hácia 1630 por Veron.—S. B.

RETZ (Francisco), uno de los más esclarecidos hombres que ha dado

Praga, en cuya villa nació en 1672. No se notaron en él esas puerilidades tan frecuentes en los jóvenes y niños, sino que desde los primeros albores de su razon se comprendia muy bien que meditaba algo, y algo no como quiera vulgar y ordinario, sino importante, grande que pudiera ser motivo de que se asociára á su nombre una idea elevada, sublime. En efecto, hecho el estudio de las primeras letras y humanidades con extraordinario aprovechamiento, y pasada su infancia, por decirlo así, en el colegio de la Compañia de Jesus que habia en su mismo pueblo, resolvió tomar la sotana porque comprendió ser este el camino por donde Dios le llamaba. Sus padres piadosísimos, y por consiguiente muy conformes con la voluntad del Señor en este punto como en todo lo demás que dice relacion á una cosa tan importante como lo es la eleccion de estado, hicieron á su hijo cuantas reflexiones les sugirió su buen deseo, y á todo le hallaron conforme, y dispuesto á cuanto fuera menester sufrir y padecer con tal de pertenecer á tan esclarecido instituto. Los superiores por su parte, como habia sido discípulo de la casa y además de esto le tenian afecto por sus prendas, tambien le hacian amorosas advertencias y le decian que podria en un momento recibir órden de embarcarse para misiones; y allí habia de sufrir cuanto es sufrible y para lo que solo Dios da fuerzas; que renunciaba completamente por su ingreso en la Compañía áun á las relaciones sociales á que todos los hombres tienen natural inclinacion, y que son como un elemento de vida asimismo social; que para él no habria ya más parientes, ni más amigos, ni más ocupaciones que las que le prescribiese la obediencia; que todo en fin lo tenia que sujetar á la determinacion de sus superiores, pues que en tan perfecta religion todo va medido por la vara de la obediencia, sin que por concepto alguno pueda ninguno excusarse de seguir sus prescripciones. Tambien le hicieron ver las privaciones por que habia de pasar, los sufrimientos que tal vez le aguardaban y todo lo que tiene de contrario, segun el mundo, un tan perfecto instituto: mas segun que le patentizaban los inconvenientes de esta gran sociedad, y le hacian ver cuánto más conveniente le sería no ingresar en ella, él tanto más se animaba y tanto más hacia por apresurar el plazo que le habian dado para meditar bien su decision, hasta que por fin cumplidos los diez y siete años y despues de más de uno de ansiedades, ingresó en la Compañía de Jesus con grande gozo de todos sus individuos y con no menor de sus padres, pues que conociendo las prendas que adornaban á su hijo, no podian ménos de complacerse en que hubiese elegido un estado tan perfecto y en un instituto tan benéfico. No hay para qué decir que por la misma razon que era muy vivo el interés con que todos miraban á este jóven, habia de tratársele hasta cierto punto con más rigor, sin otro motivo que por el gran deseo que á todos animaba de que fuese un perfecto

jesuita; mas no podemos omitir el consignar que cuanto más penosos eran los oficios á que se le dedicaba, cuanto más parecian sujetarle sus superiores, tanto más satisfecho y contento estaba, siendo muy de notar el que no hubiera un momento, ni áun estos primeros, que son siempre duros en todas las religiones, en que nuestro buen Retz no estuviera complacidísimo del estado tan perfecto que habia elegido, y ansioso de adelantar en él todo cuanto le fuese posible para ser útil á los hombres en el desempeño de los importantísimos ministerios puestos al cargo de esta tan provechosa Compañía, para procurar á Dios la mayor gloria con la fiel correspondencia por su parte á los altísimos designios de su inefable Providencia, encaminados siempre al bien del cuerpo social, mediante la perfeccion del individuo. En su pretension no marcó nuestro jóven cuál era el rumbo que queria seguir en aquella santa familia, y el lugar que queria ocupar en aquella religion tan ordenada como provechosa, así que tan de buen grado hubiese sido coadjutor como padre, é indiferente le era ocupar el eminente puesto del que gobierna ó el insignificante del último, habiéndole sido este preferible, toda vez que no lleva consigo las responsabilidades de aquel, pero no atreviéndose nunca á manifestar ni siquiera su opinion, no sea que esta manifestacion de su opinion fuese contraria al espíritu de sus santas constituciones, donde se prescribe que la obediencia á los superiores sea enteramente ciega, y nunca mire ni el porqué del mandato, ni á la conveniencia del individuo en la obra. Los superiores sin embargo, que velan con toda vigilancia y con la más esmerada atencion por todos y por cada uno, y tienen buen cuidado en examinar las condiciones de cada cual para aplicarle aquella obra en qué creen convendrá más; pues que siendo todas encaminadas á mayor gloria de Dios, todas le han de ser aceptables, y es en ellas como en los edificios que tan importante es la insignificante tejita como el indispensable sillar, aplicaron á nuestro Retz cuya perspicacia se veia de léjos, cuya aplicacion se habia notado bien en los primeros estudios, y cuyo talento era cada dia más claro, le aplicaron, decimos, á los estudios y con brillantísimo éxito hizo los de humanidades en toda su perfeccion, dedicándose con particular atencion al estudio de las lenguas tanto vivas como muertas, y llegando á poseer además del francés, en que estaba tan impuesto como era consiguiente, el inglés, el italiano y aleman, el español y algun que otro dialecto, y de las muertas el latin, griego, hebreo, algo del caldeo y el samaritano, pudiendo de esta manera estar en aptitud de dedicarse á la crítica, ó más bien á la exacta interpretacion de las obras de los primeros siglos de la era cristiana, tanto por lo que hace relacion á la hermenéutica y ciencias sagradas, cuanto por lo que respecta á la historia y ciencias profanas. Perfeccionado ya en humanidades, estudió con toda la extension

á que alcanzaban los conocimientos de su época, que como casi contemporáneo era una extension vastísima, la filosofía, examinando por sí mismo desde los más antiguos sistemas, que ya no son sino monumentos históricos, hasta los más modernos, que puede decirse que todavía no estaban planteados y áun que les faltaba mucho para que de ellos pudiera decirse que eran conocidos. Despues cursó sagrada teología, y en ella hizo notables adelantos, porque teniendo tan buenas bases y siendo, á no dudarlo, poderosos auxiliares las ciencias de que estaba tan empapado, no podia ménos de adelantar, y sus adelantos tenian que refluir en bien de la ciencia, pues que él los consignaba, y esto que quedó escrito habrá sido indudablemente de provecho á algunos otros Padres de la Compañía, que habrán podido muy bien utilizar en beneficio de los estudiantes que despues de ellos hayan venido, estos profundos conocimientos que en su orígen eran debidos al P. Retz. Concluidos que fueron sus estudios, y viendo en él todo cuanto es de desear en un ministro de Jesucristo, le hicieron ascender al sagrado órden del sacerdocio, con gran contento de su parte, pues indudablemente excita contento el verse sublimado á la dignidad más alta que hay sobre la tierra, que es la de ministro entre Dios y los hombres; pero muy desconfiado de sí mismo, porque temia que su fragilidad era un obstáculo para el ejercicio de tan importante ministerio, y que no podria por consiguiente hacer en los fieles el fruto que él mismo desearia. Fué, por supuesto, muy buen sacerdote, y celosísimo para el desempeño de su ministerio, ayudándole en gran manera para lograr muchas veces resultados completamente inesperados, el tener una índole especial para tratar á cuantas gentes se le ponian por delante, sabiendo considerar á cada cual como se merecia, sin adular al grande ni rebajar al pequeño, y portándose de manera que si acaso dos personas de tan distintas condiciones se acercaban á él para cualquier asunto, pretension ó consulta, pudiesen estar juntas en su presencia, sin estrecharse ni repelerse, sin degradarse ni enaltecerse, sin despreciarse ni áun resentirse. Dicho se está que para llegar á este extremo en el trato social, era preciso suma prudencia, pues que sin esta virtud era imposible de todo punto hacer ninguna de las proezas que nuestro P. Retz hacia continuamente; pues eran continuos los casos en que tenia que dar ejemplo de esta virtud por la inmensidad de cosas acerca de las cuales tenia que obrar, y en las que por este medio eficacísimo obró siempre con acierto. Por algun tiempo le dedicaron sus superiores á la enseñanza; daba resultados, porque no podia ménos, pues era un hombre verdaderamente sabio, y es consiguiente que comunicára su sabiduría á todos cuantos oyesen sus explicaciones; pero no estaba él en su elemento, así como no lo estuvo tampoco miéntras fué destinado al importante minis-

terio de la predicacion del Evangelio y de la importantísima ocupacion de oir confesiones. Verdad es que predicaba muy bien, discernia los espíritus con acierto, aconsejaba perfectamente, y si alguna consulta se le hacia, la contestacion, si en algo pecaba era en difusa, en erudita, en profunda tal vez; todo esto es cierto, pero lo es tambien que no era este su elemento, porque así como hay hombres que parece los ha criado Dios para el púlpito y para el confesonario, y fuera de allí ni son ni valen nada, hay otros que para otras cosas sirven muy mucho, y ni sirven para el confesonario ni para el púlpito. A este número pertenecia nuestro P. Francisco Retz; pusiérase á su cuidado una comision la más delicada y que hubiera de desempeñarse ante la persona más susceptible, él lo hará perfectamente, él inclinará á la persona á quien se acerque á cuanto él desee; tal vez contra aquello mismo que la persona sentia obrará, y obrará espontáneamente, y obrará con gusto, y se ceñirá á hacer lo que no quiso, porque las finísimas maneras, la conveniente disposicion de los conjuntos que habrá preparado bien el Padre, la harán decidirse, y decidirse al parecer de todos, y áun á su parecer mismo, espontáneamente, y no habia en verdad tal espontaneidad, no habia sino la fuerza de la conviccion por los recursos hábilmente manejados por el Padre. En último resultado, Retz tenia ciencia de gobierno, y en este ramo tan importante y de tanta trascendencia es en el que se supo aprovechar de sus talentos y condiciones favorables la Compañía de Jesus, que gloriándose en tenerle por su hijo, le mereció mucho, en verdad, por los buenos servicios que durante toda su vida la prestó. Este don de gobierno le demostró en las comisiones que se pusieron á su cuidado, cerca de poderosos y reyes que habian ó exigido algo de la Compañía, y ésta se lo concedia ó no segun era conveniente, ó la Compañía misma tenia que hacerles alguna reclamacion, y esto era preciso se hiciese con energía, pero sin exasperacion, con prudencia y con gran tino, pero sin perder un punto del derecho que les asistiera, y sin hacerse tampoco odiosos por ningun concepto, maneras todas que manejaba distintamente nuestro Retz, y que inclinaron á la superioridad á darle el importante cargo de secretario del general. Nadie sabe lo que en favor de los Jesuitas hizo miéntras le duró este destino, ni puede ménos de considerarse como providencial el que se le nombrase para desempeñarle. El carácter del general con quien él estaba era duro, algun tanto severo, y por más que trataba de reprimirse, no lo podia lograr muchas veces, dictando por consiguiente disposiciones impremeditadas que podian ser de trascendencia, y que aunque eran rectas, muy justas en sí mismas, es decir en su fondo, no eran convenientes en la forma, no eran aplicables segun el superior deseaba. Todo esto lo veia con su claro talento el Padre secretario, y sin hacer nunca una oposicion abierta á las disposiciones del prelado,

sabia hacerle los cargos tan oportunamente y decirle tan á propósito lo que convenia hacer, que lograba neutralizar por completo el mal efecto que necesariamente hubiera producido aquella determinacion, y acreditar con la que se tomaba al superior, que teniendo un carácter algo antipático por lo duro, vino á hacerse tan apreciable á todos y á merecer tanto el aprecio de todos, que se dieron por muy satisfechos con su gobierno áun los que, conociéndole bien, se habian opuesto á su nombramiento. Y si de reflexionar hubiésemos, y fuera nuestro propósito el ver cuánto importan las virtudes para la vida y fomento de las sociedades, cualquiera que sea su especie, este hecho solo, ó más bien esta conducta del P. Retz, nos habia de dar ancho campo para ponderar cuán estimable es la virtud de la prudencia, y cómo ella dirigiendo nuestras acciones puede enmendar hasta los mismos yerros y sacar provecho hasta de las mismas equivocaciones, cosa que muchas veces hizo este distinguido hijo de Loyola. Pero todavía le estaba reservado en la Compañía de Jesus un puesto más elevado, siquiera en justa recompensa de aquella abnegacion y total desprendimiento con que no se atrevió siquiera á decidir acerca de si sería coadjutor ó padre, para no neutralizar por su eleccion los designios de Dios y dejar que ellos y solo ellos le llevasen adonde el Señor quisiera. Muerto en 1730 el general de quien Retz era secretario, estuvo un poco tiempo vacilante la Compañía acerca del sujeto que pondria al frente de toda ella, hasta que convencidos de que el buen gobierno con que venia rigiéndose hacia algun tiempo era debido á la prudencia é inteligencia del Secretario general, se resolvieron á dar á éste el generalato, confiando en que si por segunda mano, digámoslo asi, y teniendo que luchar con las exigencias de un genio enteramente contrario al suyo, habia hecho tanto bien y dictado tan acertadas disposiciones; por sí mismo, y sin trabas de ninguna especie, ántes teniendo y llevando él la responsabilidad de sus actos, mucho más seguro seria el acierto, y desde luego muy de esperar que siguiese prosperando el instituto con la bendicion de Dios y mediante la siempre acreditada prudencia de este respetable sacerdote y excelente jesuita. Con efecto, el mismo año de 1730 se le nombró general, y comenzó á regir la Compañía por sí mismo. Es verdad que por entónces no habia contra los hijos de Loyola las turbulencias, persecuciones, ni malos tratos que en épocas anteriores sufrieron y que se les preparaban para despues, pero tambien es cierto que esta misma tranquilidad aumentaba los cuidados del superior, y le obligaba á que su solicitud fuese más exquisita, toda vez que tenia que mirar mucho por la observancia, para que ningun motivo se diese á exasperar contra los Jesuitas los ánimos, que siempre han estado un poquillo dispuestos á ir en su contra. Necesitaba además mucho tino para contestar las demandas que de todas partes le hacian de individuos del insti-

tuto que emprendieran trabajos apostólicos nuevos, pues que por entónces, convencidos todos de lo que vale un jesuita, hubiesen querido que hubiera habido uno en cada casa. Para todo esto como para las demás cosas fué el P. Retz sumamente prudente, así como encontró un medio de tocar de cerca, para remediarlas, todas las necesidades de su Orden, haciendo una minuciosa visita á los principales reinos de Europa, y exigiendo estados muy detallados de los de Ultramar, á los cuales comunicaba tambien sus instrucciones, porque veia que les eran muy convenientes, cuando no necesarias. A su gran capacidad y buen deseo, acreditada prudencia y nunca desmentida delicadeza, agregaba otras dos circunstancias muy atendibles y que le hacian ser un superior especial, permitasenos la expresion; habia conocido muy bien las necesidades y recursos de la Compañía y lo que habia de hacerse en cada país, por la circuustancia de haber sido, como llevamos dicho, comisionado especial en muchas partes y secretario general bastante tiempo; además su buena edad y robustez no le ponian obstáculo para emprender toda clase de mejoras, y como él se ponia al frente de ellas, no mandando y aconsejando, sino obrando él, y nunca exigiendo lo que era superior á las fuerzas de cada casa ó colegio, facilitando los medios ántes aún de que se le manifestasen las necesidades, obviando los inconvenientes casi ántes de que se desarrolláran por completo; todo esto, en conjunto, le hacia ser un verdadero modelo de superiores, y le atraia la admiracion de todos, verificándose que la obediencia les era mucho más fácil, por cuanto la manera de exigírseles era muy conveniente, pues el P. Retz era sumamente fino, muy afable, y áun para imponer los castigos que le era indispensable tan reservado, tan bondadoso, que los mismos que habian de sufrirlos se sujetaban á ellos casi con gusto, y salian no exasperados, sino muy enmendados y deseosos de que alguna ocasion ó circunstancia le pusiese en estado de demostrar cuán provechosa les habia sido la correccion que habiendo sido verdaderamente paternal, habia producido los apetecidos efectos de hacerlos mejores por conviccion y no exasperarlos, como muchas veces acontece, cuando de parte de los superiores no hay la prudencia, el tino y la delicadeza que son debidos. Veinte años, nada ménos, duró el generalato del P. Francisco Retz, y fueron veinte años de calma y de sosiego para la Compañia, que prosperó ciertamente en esta época en que por los esfuerzos del general se fundaron varias casas y se aumentó el personal de otras muchas, dándose en todas la posible amplitud á los estudios para provecho de la juventud, que siempre ha sido el objeto de los desvelos de los Jesuitas. Plugo á Dios llamar á Retz para sí á los setenta y ocho años de edad, y sesenta y uno de Compañia, verificándose su muerte en Roma á su regreso de la visita á España, y con gran sentimiento de cuantos conocian á este varon

verdaderamente eminente. Sus restos mortales fueron enterrados en la iglesia de la Compañia de Roma, y sus exequias lo solemnes que convenia á un hombre tan caracterizado en su esclarecida religion. Hubo el propósito por parte de la Compañía de imprimir su correspondencia, que fué apreciabilísima, pero desistieron de ello, ya por ser muy difícil el recopilarla toda, ya porque tratando del gobierno interior de la misma, no pareció despues prudente darla al público. Esto nos ha privado de tener ninguna obra del distinguido P. Francisco Retz. — G. R.

RETZ (Juan Francisco Paulo de Gondi), cardenal. Fué sobrino este prelado del cardenal Pedro Gondi de Retz. Nació en Montmirail en Brie, en Octubre de 1614, hijo segundo de Felipe Manuel de Gondi, general de las galeras de Francia en tiempo de Luis XIII. Deseoso su padre de conservar en su familia el arzobispado de París, le destinó al episcopado; pero el jóven, ya canónigo, no correspondió como se deseaba á los cuidados de su glorioso protector S. Vicente de Paul. Apénas salió de la infancia, trató de robar á su prima la bella señorita de Retz, tratando por medio de escándalos producidos por sus locas galanterías desbaratar las cábalas de su familia. Saliéndole mal este proyecto, resolvió conquistarse un nombre en la Sorbona, en donde empezó la reputacion y fortuna de Richelieu. No se dedicó tan exclusivamente á los estudios teológicos que no le permitiesen dedicarse á diversas inspiraciones, que influyeron despues en la parte más borrascosa de su vida. La autoridad republicana con sus conjuraciones y trastornos políticos, y sobre todo Roma con sus facciones y tribunos, dice Teófilo Fossé en su biografía, halagaban más la imaginacion juvenil de Juan de Gondi que las verdades dulces y sencillas del Evangelio. Bajo semejantes inspiraciones y recuerdos escribió á los diez y ocho años la *Conjuracion del conde de Fiesque*, visiblemente calcada sobre las sentenciosas formas de Salustio, de suerte que cuando la leyó Richelieu exclamó: *He aquí un talento peligroso*. El jóven abate se habia excusado muchas veces de ser presentado á este ministro. Disputó el primer puesto á uno de los protegidos de Richelieu en los ejercicios públicos de la Sorbona, y como alcanzase el triunfo sobre su rival, temiendo la venganza del ministro, huyó á Venecia, en donde estuvo á punto de ser asesinado por una nueva aventura. Fué á Roma, y se hizo de tal modo distinguir, que fué admirado en las escuelas, y respetado por el público. La perspectiva del arzobispo de París le hizo volver á Francia, y continuó con sumo calor sus estudios eclesiásticos. Escogiendo el púlpito por palenque, predicó su primer sermon ante la corte, y este orador de veintidos años experimentó en aquel dia una verdadera ovacion. Sin embargo de esto, su amistad y relaciones públicas con el conde de Soissons le colocaron abiertamente entre los descontentos, y una rivali-

EL CARD.^AL DE RETZ.

dad de galantería con Richelieu, acabó de volverle la cabeza, y así es que segun el expresado biógrafo, el abate Gondi se dejó arrastrar, no sin repugnancia, á un complot contra el primer ministro, porque concibió glorioso el cambiar los destinos de Europa. Decia este eclesiástico frecuentemente: Estoy persuadido que se necesitan más grandes cualidades para ser un buen jefe de partido, que para ser emperador del universo; y la mitad primera de su vida vivió con arreglo á esta idea. Consultado sobre el levantamiento del conde de Soissons, Gondi, que al principio le habia combatido, vió en esto una ilustre salida para evadirse á la Iglesia. Entónces empezaron sus reuniones con los jefes de cuartel de París, su popularidad y sus socorros secretos; pero la muerte del conde de Soissons en la batalla de Marfea dieron al traste con sus descabellados proyectos, y le obligaron las circunstancias más que su arrepentimiento á fijarse en su profesion. Empezó á continuar sus estudios con perseverancia, se fué haciendo lugar con los canónigos de París, y fué haciendo amistad con las personas más distinguidas en la capital por su ciencia y por su piedad. Conferenciando con Mestresat, ministro protestante, sobre religion, sus conferencias fueron tan afortunadas, que logró por ellas la conversion de un gentilhombre de Poitou, cosa que chocó tanto á Luis XIII, que al morir le designó para la coadjutoría de París. Confirmando la reina regente esta eleccion, ofreció al padre de Juan de Gondi el empleo de primer ministro, pero rehusando Felipe Manuel este puesto por asegurar la posicion de su hijo, fué nombrado en su lugar el cardenal Mazarino. Empezó Gondi sus funciones arzobispales con el firme propósito de llenar escrupulosamente sus deberes exteriores, y de ser tan hombre de bien para el bien de los demás, cuanto malo podria ser para sí mismo: así lo dicen las Memorias de su época. Su diócesis se entusiasmó al verle predicar todo un adviento en una de las parroquias de París, y logró tal ascendiente sobre las clases, que llegó á hacer sombra á Mazarino, que le tuvo muy presente en sus proyectos de reformas eclesiásticas. El papel que representó Retz en la Asamblea del Clero en 1645 le presentó como sospechoso, y esto, un punto de ceremonial tocante á los derechos de la catedral de París, y otro que tenia relacion con la presencia arzobispal, acabaron de descomponerle con la corte. Habia resistido asociarse á la cábala de los *Importantes;* pero persuadido de que no se podia sostener sin crearse una posicion independiente, tuvo la imprudencia de inquietar á su enemigo, valiéndose de liberalidades sordas que por otra parte no eran secretas, y cuando se le reprochaba sus prodigalidades, respondia que César á su edad debia seis veces más que él. La Fronda, partido que hasta entónces no habia sacado la cabeza en los acontecimientos políticos, empezó poco á poco á darse á conocer por el que la dió su nombre en el Parlamento. Los pri-

meros años de la regencia habian pasado como conducidos por el rápido impulso que el ministerio de Richelieu y las victorias del gran Condé habian dado á la autoridad real; pero en una monarquía en la que las leyes habian pasado á las costumbres, era más fácil hacer callar á las máximas antiguas, que hacerlas olvidar. La guerra y la centralizacion del poder habian acrecentado las necesidades del tesoro público; el impuesto ordinario era casi nulo, el crédito público aún no habia nacido, y se le hubiera llamado en vano bajo la férula de un Ministro de Hacienda que dijo en pleno consejo que la buena fe no era más que una virtud de comerciantes. Una série de decretos extraños y áun estrambóticos emancipados de las antiguas formas, es decir, ejecutados sin haberse aprobado por el Parlamento, produjo un sacudimiento en los espíritus. El parlamento se alarmó, y á vista de su inquietud se puso en guardia el pueblo, como sucede siempre en tales casos. Buscáronse las leyes á ciegas y no hallándolas, las pidieron á voz en grito, y en semejante agitacion penetró el pueblo en el santuario, levantó el velo que debia cubrir cuanto se puede decir y creer sobre el derecho de los pueblos y sobre el de los reyes, que nunca estan más de acuerdo que en el silencio. Pocos historiadores han conocido suficientemente á la Fronda para conservarla este carácter, fué sobre todo en su juicio sobre esta época especial, en el que el autor del siglo de Luis XIV ha incurrido en un ligero reproche, cuando dice que no se sabia por qué se estaba en armas como en la guerra; se sabia muy bien porque los príncipes echaban de ménos su lugar y autoridad en el consejo, los grandes reclamaban como un derecho los oficios de la corona, y unos y otros se debatian contra el sistema creado por Richelieu que los alejaba de los cargos públicos con menosprecio de las costumbres monárquicas. El Parlamento defendia las tradiciones legales, pero exagerando sus prerogativas, y la opinion general se hallaba sobreexcitada contra el primer ministro por la memoria, aún reciente, de las regencias tan poco nacionales de Catalina y de María de Médicis. Es preciso recordar estas pretensiones y temores para juzgar bien la conducta de Juan de Gondi. Lo que llamaba á éste principalmente la atencion en el gran movimiento que se preparaba, era la posibilidad práctica de las grandes cosas cuya especulacion tanto le habia conmovido desde su infancia. Resistióse en un principio, tal vez más por conveniencia que por deber, á las diarias instancias de los descontentos, amigos suyos en la mayor parte. Advirtió á la corte la agitacion en que se hallaban los ánimos, pero la Reina no vió más en este paso que una bravata salida de la boca de un hombre que acababa de gastar en ménos de cinco meses más de treinta y seis mil duros para atraerse á su partido al pueblo de la capital. Recibidos sus avisos con desden, los volvió á dar el dia de las barricadas, ofreciendo al propio tiempo sus buenos ser-

vicios, y Mazarino que creyó poder comprometer de este modo la popularidad de su enemigo, le obligó á prometer á los sediciosos la libertad del consejero Broussel, promesa que el ministro trataba de eludir, cuando se calmase la insurreccion ó fuese vencida. Atropellado el coadjutor de Gondi por las turbas, y herido de una pedrada, se libró de una muerte casi inevitable por su singular presencia de ánimo; pero consiguió disipar á los sediciosos, librar del saqueo á Paris, y que llegasen á palacio los votos de la desarmada multitud, y solo obtuvo de la Reina despues de tan gran servicio, estas palabras llenas de amargura: *¡Idos á descansar, Señor, que habeis trabajado bien!* Esto fué ponerle las armas en la mano. Habiéndosole advertido aquella misma noche que se trataba de desterrarle, ó de arrestarle al siguiente dia como autor de la revolucion, obligado por sus amigos, y no viendo seguridad para él más que en una nueva conmocion popular, se dejó seducir por los jefes de partido que habia siempre alabado y honrado en las Vidas de Plutarco, y arrastrado por la esperanza de cubrir con un golpe de efecto político los desórdenes de su vida privada, dijo á los que le ayudaban á disipar su fortuna: *Mañana ántes de medio dia seré dueño de París*, y pocas horas bastaron para convertirle en un terrible faccioso á cuyas órdenes se levantaron nuevas barricadas. Creyó la Reina reparar la imprudencia de su conducta, llamando á Gondi á la corte, recibiéndole con ménos sinceridad que respeto, no siendo más feliz Mazarino en su recepcion. El Parlamento, que habia obtenido una declaracion real favorable á las libertades públicas, traspasó sus límites á pretexto de algunas infracciones que echaba en cara á la corte, y el gran Condé, que hasta entónces habia permanecido neutral, se declaró á su vez contra la impertinencia de los ciudadanos, como él los llamaba, y se decidió el sitio de Paris. Gondi puede decirse que tenia un pie en el abismo; acusaba por bajo cuerda la efervescencia del parlamento, y no se atrevia ni á rechazar el auxilio de los españoles que acostumbrados desde Felipe II á intervenir en todas las discordias de los franceses, espiaban la marcha de los jefes de la Fronda para apoderarse de ellos, segun la opinion de Mr. Teófilo Foisset, á quien seguimos frecuentemente en este artículo. Gondi habia rehusado las insidiosas ofertas de Mazarino para el pago de sus deudas; pero se habia dejado deslumbrar con la esperanza del gobierno de Paris, que le hacia ver en lontananza la corte á fin de perderle en la opinion de los fronderos (honderos) cuya decepcion era la cosa más sensible que podia sucederle. Habiendo entrado en el partido de la Fronda con una ostentacion de desinterés poco comun, no perdonó al ministro el haber desflorado, por decirlo así, su popularidad; pero no olvidó esta leccion y la historia presenta á Gondi, como el único que buscó en estas turbulencias la reputacion y no la fortuna. La partida de la corte acabó de abrirle la carrera. A fin de cubrir las aparien-

cias se hizo prender por el pueblo para no ir á S. German, y desde entónces fué el alma de todos los conciliábulos que organizaron la revolucion en el Parlamento y en las plazas. Increible parece la actividad con que este político revolucionario gobernó á París con sermones, limosnas y canciones: en todas partes estaba sin presentarse en ninguna. Alentaba al pueblo, daba confianza á los ciudadanos atemorizados por un sitio que empezaba Condé con ocho mil hombres, y engañaba la conciencia monárquica del Parlamento, al que arrastró por medio de sus amigos á levantar el estandarte primero áun ántes de ser apoyado por nadie. Los que dieron principio al partido de la Fronda eran los hombres más vulgares de todo el Parlamento, que vino á caer en la más espantosa anarquía, y la faccion tomó las formas de la pedantería más insoportable. Tenia necesidad Gondi de un nombre respetable para imponer á los magistrados y á las turbas, y no tardó en encontrarle en el príncipe de Conti, hermano del gran Condé. Es verdad que era un niño, pero era príncipe de la sangre. Apoderóse Gondi del príncipe por medio de Madama Longueville, su hermana, una de las mujeres más admirables de esta época y áun de todo su siglo, prometiéndose que toda la Normandía se levantaria á la voz del duque, su marido, que la gobernaba. Luego que la rebelion contó con jefes, la revolucion se generalizó. Los parlamentos de Aix y de Ruan se unieron al de París, y muchos de los principales del reino tomaron las armas. Gondi hizo nombrar á la nueva cámara generales para un ejército que aún no existia más que en su imaginacion. Decidióse que en la reunion de las cámaras ocuparia él el lugar del Arzobispo, su tio, que se habia enterrado en uno de sus beneficios. Hacia ya tiempo que Gondi era ya dueño del pueblo, pero la mitra arzobispal no podia ponerse á la cabeza de un alboroto. «Era necesario un fantasma que yo pudiese poner delante de mí, decia Rezt, pero para mi dicha se halló que el fantasma era nieto de Enrique el *Grande*, que hablaba como se habla en las plazas y tenia poblados, largos y rubios cabellos; no es posible pueda imaginarse el valor de estas circunstancias, ni el efecto que produjeron en el pueblo. Este fantasma era el duque de Beaufort. Multiplicando estos instrumentos, esperaba Gondi absolverse de la falta de haber dirigido la revolucion. A fin de gobernar mejor al Parlamento, le precipitó en las cábalas, le hizo rehusar oir á un heraldo del Rey, so pretexto de que no se enviaban heraldos más que á los enemigos ó á los de igual categoría, é hizo que se recibiese dos dias despues á un enviado del Archiduque. Se creia irreprochable porque no trataba directamente con España, y por lo demás no se hacia ilusiones sobre la instabilidad de los ánimos inquietos que manejaba. En este episodio de la vida de Retz se ven claramente los recursos de su genio privilegiado, su gran actividad y presencia de espíritu, su destreza, preven-

cion y superioridad en los negocios para luchar en el Parlamento contra el ascendiente de Molé y la prevencion del presidente de Mesmes; y fuera del Parlamento, contra las pretensiones de los generales, las rivalidades de los nobles que se habian unido al partido revolucionario, el egoismo de los ciudadanos y las violencias siempre ciegas de la multitud. Dos rasgos de marcada generosidad honraron á Retz en esta época de su vida: protegió contra el furor del pueblo al caballero de la Valette, al que habia órden de asesinar, y se opuso con energía á la venta de los muebles y biblioteca del Cardenal. Al propio tiempo obtuvo del Parlamento un socorro para la viuda de Cárlos I, cuya necesidad olvidaba la corte en París. De repente una moderada respuesta de la Reina y la influencia de Molé volvieron hácia la paz todos los ánimos. El Parlamento diputó á Ruel al punto en que se hallaba el primer ministro, y en tan desesperadas circunstancias madama de Bouillon, cuñada de Teresa, trató de obligar á Gondi á unirse á los españoles; pero éste no quiso que se le pudiese reprochar por la posteridad haber entregado París á los enemigos de Francia para venir á ser el limosnero de Fuensaldaña, que gobernaba los Países Bajos por el Archiduque. Rehusó sencillamente levantar al pueblo contra los magistrados, y seducido por la idea de unir su nombre al de la paz general, que era la necesidad y el voto de todos, propuso el solo partido que podia dar dignidad á la Fronda, que fué obligar á la corte por el temor de la intervencion extranjera y por medio del Parlamento; pero esta vez no pudo persuadir á los jefes de la Fronda, ya demasiado dominados por la ambicion personal, y solo pudo lograr no se le obligase á firmar un tratado secreto que concluyeron con el Archiduque. Los diputados del Parlamento, que por su parte habian firmado la paz con la corte, despues de haber espirado sus poderes, estuvieron á pique de ser destrozados por el pueblo. Gondi cubrió á Molé con su propio cuerpo, pero declaró en alta voz que no queria amnistía, y que no se reconciliaria con la Reina miéntras no expulsase de su lado á Mazarino. Tribuno por eleccion, pero demasiado gran señor para querer por mucho tiempo los movimientos populares, desde que se le colocó entre la paz y la necesidad de oprimir al Parlamento por el pueblo, no deseó ya otra cosa que calmar los ánimos, y la vuelta del Rey á París se consideró obra suya. Despues de esto Gondi se mantuvo en una neutralidad amenazadora, rehusando con altivez las liberalidades de España y como desdeñando los favores de la Regente. Particelli volvió á hacerse cargo de la administracion de la hacienda y como las rentas del Hotel-de-Ville, que constituian los únicos fondos públicos de esta época, no habian sido siempre respetadas por la fiscalizacion del ministro, reclamaron los renteros y nombraron síndicos invocando la proteccion del duque de Beaufort y la de Gondi. Una parte de los afiliados a[1]

partido de la Fronda, creyó arrastrar al Parlamento por el asesinato simulado de Joli, uno de los síndicos y despues secretario de Gondi, que habia rechazado vivamente este golpe de partido. El mismo dia arriesgó Mazarini una tentativa del propio género, haciendo disparar contra la carroza del príncipe, lo que produjo una contraria conmocion en los ánimos. El procurador general acusó solemnemente al coadjutor de Gondi de complot contra el primer príncipe de la sangre; el presidente de Mesmes recordó la conjuracion de Amboise, y todos los cortesanos creyeron perdido á Gondi. Apareció éste repentinamente ante las cámaras reunidas acompañado de un simple familiar, pero seguro de encontrar en el palacio los miembros mejor titulados de su familia; y expresándose en pocas palabras, pero con nobleza, sobre la falsedad de las deposiciones producidas contra él, pidió se le dijese si el coadjutor de París podia ser tenido por asesino por los dichos de testigos autorizados por el Cardenal para acusar á sus enemigos, entre los que habia muchos que estaban condenados á la rueda: « Hé aquí añadió, cuanto yo sé de la moderna conjuracion de Amboise. » Desde este momento fué absuelto por la opinion pública. Molé, á quien habia recusado sin motivo, tuvo una débil mayoría para quedar entre los jueces y más de ochenta veces opinaron se conservase á los acusados el lugar que ocupaban sobre las flores de lis. Amenazado por la nobleza que formaba la escolta del príncipe, tuvo que ir á palacio acompañado de ciento cincuenta caballeros, y en estos críticos momentos le obligaron sus amigos á ocultar un puñal bajo sus hábitos, lo cual hizo decir al duque de Beaufort que sacaba partido de todo: *Hé aquí el breviario de nuestro Arzobispo*. En tanto que Condé, siempre engañado por la corte, se obstinaba en esta ridícula acusacion, Mazarini concertaba su perdicion con el Coadjutor, que en la conciencia que tenia de su poder, no tuvo inconveniente en ir por la noche á ver á la Reina ante la que rehusó el cardenalato que se le ofreció, obtuvo cuanto quiso para sus amigos, y prometió no oponerse á la prision de los príncipes. Prefirió Gondi su popularidad á las nuevas ofertas de la Regenta, y no tardó en conocer que no debia confiar mucho en las promesas que le hacia la corte. Calumniado á la vez en el ánimo de la Reina y en el de los partidarios de la Fronda por los más íntimos confidentes del Cardenal, esta falsa posicion pesaba mucho al hombre que habia hecho balancear la fortuna del primer ministro. Gaston, tio del Rey, que tenia necesidad de ser dirigido, acababa de confiarse á él, y Gondi se valió de él para oponerse á las diversas traslaciones de los príncipes. El capelo que dos veces habia rehusado, se le rehusó á su vez cuando le pidió, y persuadido que no podia ya ser más que jefe de partido ó cardenal, amenazado de ser asesinado ó encerrado, se unió estrechamente á la Palatina, y la libertad de los príncipes á pesar de la victoria

de Rhetel y del mismo Gaston, fué la obra maestra de su política. En el transcurso de esta espinosa negociacion fué denunciado Gondi oficialmente en una declaracion dirigida por el guarda sellos Chateauneuf y firmada por los cuatro secretarios de estado, y teniendo que presentarse en el Parlamento, improvisó esta tan feliz como oportuna cita: *In difficillimis reipublicæ temporibus urbem non deserui; in prosperis nihil de publico delibavi; in desperatis nihil timui;* y sin otra apología concluyó exhortando al Parlamento á que hiciese todo lo posible por que se separase del mando á Mazarini que no se detuvo á oir su elogio. Poco tiempo ántes Cromwel le habia hecho sondear por uno de sus afectos; pero en aquella época Gondi estaba unido estrechamente con el conde Montrose, tan célebre por su heroismo y afecto á los Estuardos, y áun hizo aceptar á Cárlos II un socorro en dinero en su destierro, por lo que Clarendon rinde homenaje á Gondi en sus Memorias en nombre de esta real familia. El enviado del protector de Inglaterra encontró á Gondi innaccesible á toda seduccion, por lo que dijo Cromwel públicamente: «Solo un hombre me desprecia en Europa y este es el Cardenal de Retz.» La superior habilidad que acababa Gondi de desplegar en la causa de los príncipes, no pudo alcanzarle su confianza; las condiciones del tratado que les habia libertado, se eludian ó falseaban; demasiado soberbio Gondi para quejarse, se encerró en el claustro de la catedral de Nuestra Señora con una porcion de caballeros que le eran afectos, y resuelto á hacer ver que aún podia ser temible, hizo cuanto pudo para ganarse la confianza de los pueblos por su regularidad episcopal. Cansada de las altiveces del príncipe, no tardó la Reina en arrojarse en brazos del coadjutor Gondi, y al efecto hizo brillar ante él el esplendor de primer ministro, que podia desvanecer á un hombre ménos ilustrado que él, y la púrpura de cardenal que Mazarini se prometia arrebatarle por medio de los obstáculos que á este fin preparaba en Roma. De las dos cosas propuestas solo aceptó Gondi la púrpura, y desde entónces emprendió una cruda guerra por escrito contra el gran Condé, en la cual sacó el triunfo la antigua Fronda, en cuyo partido se apoyó siempre el Coadjutor. Acometido sin tregua en el Parlamento por los amigos de su adversario, fatigado por otra parte por sus mismas maniobras, abandonó Condé por algun poco tiempo á París, y solo volvió á esta ciudad para querellarse al Parlamento por los consejos que contra él se daban á la Reina, lo que fué presentar á Gondi como sospechoso á la Fronda y hacerle odioso al pueblo de París. Requerido sobre estas quejas, resolvió Gondi instantáneamente por perseguir á los afectos á Mazarini, encargando al procurador general procediese contra los que con sus consejos comprometian la seguridad del príncipe, lo que hizo sonreir á Condé viendo la sagacidad de su adversario; pero esta lucha

singular, tan conforme con el carácter del prelado, no podia prolongarse por mucho tiempo. Muchos señores, deseosos de terminarla áun arriesgándose, se ponian á su paso cuando se dirigia á palacio, pero creyéndose Gondi fuerte con el favor de la Reina, se alabó de no ceder su puesto más que al Rey, y se hubiera terminado en un escándalo, si vencidos por las virtudes de Molé, el prelado y el príncipe no rogasen á sus amigos se dejasen de estos insultos que empezaban á hacer malísimo efecto en el pueblo, y que podian traer gravísimas consecuencias para todos. Dícese por un autor, que al entrar Gondi un dia en el vestíbulo de la cámara, se encontró cogido entre los dos batientes de la puerta, y que el duque de la Rochefoucauld, que le tenia en esta posicion, mandó que le matasen, acusacion de que se defiende Rochefoucauld en sus Memorias, creyéndose por algunos que solo fuese una amenaza; pero fuese lo que fuese el Coadjutor habria sucumbido si Champlatreux, hijo del presidente Molé, no le hubiese sacado de entre las manos del duque. Este importante servicio llenó de gratitud á Gondi, y cuando en nombre de la Reina fué Molé á suplicarle no expusiese su vida yendo á palacio con intenciones hostiles contra sus adversarios, se juraron ambos amistad. Dejándose arrastrar Condé á la guerra civil, fué causa de que la corte se dirigiese á la Guiena para descubrir de más cerca sus movimientos: una de las más grandes faltas de Gondi es la de no haber prevenido este viaje, que emancipó á la Reina del temor de los parisienses y volvió á Mazarini á la presidencia del Consejo. Irritado contra la Reina é irreconciliable con el ministro, quedó reducido Gondi á jugar un papel contemporizador y equívoco, lo más contrario á su genio que podia sucederle, fundando el que se llamó tercer partido, que rechazaba toda alianza con Condé y con Mazarini. Esperaba salvar su popularidad sin comprometer sus esperanzas á la púrpura, pues su nombramiento aún no habia sido sancionado por el Pontífice; pero no le fué posible dominar la indecision de los que se le habian asociado, y en un acceso de desaliento dijo á Gaston: «Vos sereis hijo de Francia en Blois, y yo cardenal en Vincennes;» profecía que se cumplió, como veremos, en cuanto á él exactamente. A pesar de lo que trabajó en contrario Mazarini, su fortuna más que su destreza le proporcionó al fin el capelo, y se valió de esta circunstancia para cesar de asistir al Parlamento, y como se viere amenazado de ser arrebatado por los amigos del príncipe de Condé, se acantonó en su arzobispado, y áun pensó un momento abismarse en la inaccion. Sus amigos, que siempre habian especulado con su importancia política, le echaron en cara su cobardía de retroceder ante el primer príncipe de la sangre, y no pudiendo Gondi sufrir este reproche, arrojó contra el príncipe nuevos dardos, que surtieron poco efecto, á pesar de Portail y de Patrú, que le prestaron sus plumas y reputacion como oráculos del Parlamento. Ter-

minóse esta escaramuza por medio de una diputacion solemne de toda la clerecía de París á Luis XIV, rogándole volviese á la capital: perteneciendo al cardenal de Retz todo el honor de esta demanda, ofreciéndole la corte que si se separaba de esta polémica se le nombraria embajador en Roma. Rodeado por sus amigos pidió puestos ventajosos para ellos, y como los obtuviese, esto le puso en una posicion muy respetable en la opinion pública: pero en tanto que se entretenia en negociar con ministros á quienes imponia, fué arrestado en el Louvre el dia 19 de Diciembre de 1652, sin que el pueblo, ya cansado de la guerra civil, tomase en esto parte alguna ni hiciese resistencia. Su padre, que hacia muchos años se habia retirado al Oratorio cuya regla habia abrazado, fué envuelto injustamente en la caida de su hijo. Este fué encerrado en Vincennes, en donde nada se economizó para que le fuese insoportable su prision, y solo obtuvo su traslacion al castillo de Nantes cuando presentó su dimision del arzobispado de París, del que le dejaba dueño la muerte de su tio. Pocos ejemplos presenta la historia de una evasion tan atrevida como la suya; salvóse á vista de sus propios guardas, resuelto á ir á París á concertarse con el partido del príncipe y aprovecharse de las circunstancias; pero la fortuna de Mazarini le salvó de este peligro. Una caida del caballo cuando huia, obligó al cardenal de Retz á refugiarse en España, desde donde se dirigió á Roma sin tratar cosa alguna con el gobierno de Madrid. Se presentó con honor en el cónclave, sostuvo en él su dignidad, y á pesar de los cardenales afectos á Francia, decidió la eleccion del papa Alejandro VII. Antes de abandonar á Francia habia revocado la dimision que le obligaron á hacer del arzobispado de París, y los últimos años de su carrera arzobispal pasaron sosteniendo sus vicarios generales en la administracion de su diócesis, á pesar de la contrariedad de la corte. Llevó por mucho tiempo una vida errante por Holanda y los Países Bajos, perseguido siempre por el aborrecimiento de Mazarini, que le amenazaba aún, segun Bossuet, con sus tristes é intrépidas miradas. En Bruselas vió al rey Cárlos II y al gran Condé, y no hizo dimision definitivamente de su arzobispado hasta que logró asegurar los intereses de todos los amigos que le habian permanecido fieles. Luis XIV le dió en cambio del arzobispado de París la abadía de S. Dionisio y otros beneficios, y le hizo el honor de consultarle y guiarse por su consejo en la reparacion del insulto hecho al conde de Créqui, su embajador. Sin embargo de esto, este Rey tardó mucho tiempo en admitirle á su presencia, y cuando se lo concedió le admitió con frialdad y le envió á Roma, adonde se iba á reunir el cónclave para la eleccion de Clemente IX, la cual fué el último acto público de este Cardenal. Su vida privada fué maravillosa, y la retirada que la coronó fué la más admirable de todas sus acciones. Vendió sus dos soberanías, reser-

vándose apénas veinticinco mil libras de renta, y abandonó el resto de su fortuna á sus acreedores; de este modo pagó más de cuatro millones que importaban sus deudas, sin renunciar al placer de crear pensiones para sus amigos necesitados. Fijó su residencia en S. Mihiel de Lorena, en donde escribió sus Memorias por complacer á sus apasionados que se lo pidieron con reiteradas instancias. Habiendo salido un momento de su retiro para Roma, no fué extraño á la exaltacion de Clemente X, y volvió á Paris en donde admiró á sus mismos amigos á fuerza de piedad, de desinterés y de beneficencia. Madama Seviñe, que en estos últimos tiempos hacia un gran papel disfrutando de la dulzura y seguridad de su trato, alaba entrañablemente los encantos de su conversacion, la elevacion de su carácter, su bondad, su moderacion y sus apacibles y benéficas costumbres. Dos veces quiso mandar á la Santa Sede la púrpura, dimitiendo por humildad su dignidad de cardenal, pero el Papa le prohibió insistiese en este empeño. En fin, murió este varon especial en Paris el dia 24 de Agosto de 1679, honrado con las lágrimas de sus amigos, y bendecido por los pobres y por sus criados. Muchas veces, dice Foisset, se ha repetido su retrato, pero los que le han pintado han sido casi siempre hombres prevenidos y de consiguiente sospechosos. El presidente Henault compara al cardenal de Retz á Ciceron, con el que ciertamente nada tuvo de comun, y á Catilina, cuya semejanza no era mayor. Sin embargo de tan distintas opiniones, la posteridad ha retenido muchos de sus rasgos, bajo los que traza la fisonomía política de este Cardenal. «Espíritu atrevido, libre, vasto y algun tanto romántico; buscando algunas veces hacerse un mérito de lo que debia al acaso, y ajustando frecuentemente, despues de un golpe de efecto, los medios á los acontecimientos. Magnífico, bello espíritu, turbulento, con más salidas que consecuencias; fuera de su lugar en una monarquía, le faltaba lo necesario para republicano; y lo asombroso es que este hombre al fin de su vida perdió este carácter en todos sus detalles, y vino á ser dulce, tranquilo, sin intriga y se captó el amor de los hombres de bien de su tiempo, como si toda su ambicion anterior hubiera sido un exceso de espíritu y de estos arranques de la juventud que se corrigen con la edad.» Tambien debe recoger la imparcial historia acerca de este extraordinario personaje, algunas noticias de las que sobre él nos da el duque de Rochefoucauld, el que como es sabido, no lisonjeaba á los hombres, y como hemos visto fué furioso enemigo del Cardenal. «Pablo de Gondi, dice el autor de las Máximas, tiene mucha elevacion, extenso entendimiento, y más ostentacion que verdadera grandeza de valor. Tiene una extraordinaria memoria y más fuerza que finura en sus palabras, buen humor, docilidad y debilidad para sufrir los reproches de sus amigos... Parece ambicioso sin serlo, la vanidad le ha hecho emprender grandes cosas, la

mayor parte de ellas opuestas á su profesion. Ha suscitado los mayores desórdenes en el estado, sin designio formado de prevalerse de ellos, y léjos de declararse enemigo de Mazarini para ocupar su puesto, ha hecho todo lo posible por parecerle afecto, lisonjeándole solo la falsa vanidad de hacerle la oposicion. Ha sufrido su prision con arrogancia y debió su libertad á su atrevimiento... Habiendo asistido á diversos cónclaves, su conducta en ellos aumentó siempre su reputacion. Su carácter natural es la ociosidad, trabaja con grande actividad en los negocios que le obligan, y en cuanto los acaba descansa gozando en su pereza. Lo que más ha contribuido á su reputacion, es haber sabido dar un brillante y agradable colorido á sus propios defectos. Incapaz de envidia y de avaricia, recibió más préstamos de sus amigos que podia esperar darles un particular, teniendo á vanidad encontrar tanto crédito.» Por mucho que se diga, dice Foisset, no podria alabarse suficientemente su fidelidad en sus compromisos políticos, y áun cuando cambió muchas veces de partido, jamás vendió á ninguno, habiendo pocos hombres que como él hayan sabido conciliar mejor la pasion de los negocios con la de los placeres. Todo lo que era arriesgado le agradaba por el peligro mismo que corria. Los que no le han considerado revolucionario, no han estudiado ni su carácter ni su conducta. Amigos como Turena, Lemoignon y el mismo Molé responden á muchas de sus acusaciones probando suficientemente que su desgracia fué el haber sido colocado por su familia fuera de su esfera natural, y así es que le faltaron las virtudes de su estado. Además de un gran número de escritos más ó ménos acabados que no han sobrevivido á las circunstancias, se ha conservado del cardenal Retz su *Conjuracion de Fieschi*, traducida en parte por Mascardi con más madurez de estilo que lo que podia esperarse en la edad en qué la escribió, en una época en que la Francia no tenia un trozo histórico que poder comparar á éste por el nervio de la diccion, á pesar de ser un tanto anticuada. Hace mucho tiempo, dice Voltaire, que sobre las Memorias escritas por el cardenal de Retz, se habla con un aire de grandeza, una impetuosidad de genio y una desigualdad, que son la imágen de su conducta. Su expresion, algunas veces incorrecta y frecuentemente descuidada, pero casi siempre original, recuerda sin cesar á sus lectores lo que tantas veces se ha repetido de los Comentarios de César: *Eodem animo scripsit quo bellavit*. El desórden y lo largo de la composicion no dañan al interés, porque bajo la pluma del Cardenal hacen, por decirlo así, parte de la verdad del recitado. Este libro ha quedado aparte de la porcion de Memorias que aumentan los materiales para la historia de Francia. No debe perderse de vista, dice Foisset, que la gloria de escritor superior, que tan justamente ha quedado al Cardenal, es en la que, como siente Laharpe, pensaba él ménos; y que él dirigió sus Memorias á un amigo como una

confidencia epistolar. Se ha insistido demasiado sobre la antitesis de algunos de sus retratos, y sobre las parcialidades de otros; pero en una obra llena de fuego, y de rasgos que revelan una fuerza de entendimiento poco comun, puede excusarse el que no se hable con frialdad de sus contemporáneos. Nadie le niega el talento de narrar y pintar los sucesos de su época en la que tanta parte tomó, y por lo tanto su obra ha quedado, como ya lo hemos dicho, un libro aparte en las Memorias reunidas para la historia de Francia. Publicóse por primera vez en 1717, y despues se ha reimpreso varias veces en las Memorias de Joly y de la duquesa de Nemours, en seis volúmenes en 12.°, y las ligeras lagunas que en el libro se advierten se refieren á las galanterías del Cardenal, pues dice Foisset que exigió de él su confesor el sacrificio de cuantos pasajes en la publicacion pudiesen escandalizar al público. En las pesquisas históricas sobre el cardenal de Retz, publicadas en 1807, Mr. de Musset-Pathay intentó justificarle de una parte de los reproches que pesan sobre su vida política. Adrien, Lezay-Maruesia, ha publicado, *Pensamientos escogidos* del cardenal de Retz; y Mr. Lemontey publicó en la *Galería francesa* dos noticias llenas de ingeniosas apreciaciones sobre el expresado cardenal y de Madama de Longueville. Como las memorias del Cardenal y las demás que hemos citado son obras fáciles de repasar por los curiosos, á ellas dirigimos á los que deseen más detalles sobre un hombre tan especial, que por muchos años jugó un gran papel en los destinos de la Francia, contrariando al famoso Mazarini, del que fué un rival temible y más generoso que su adversario. — A. C.

RETZ (Pedro de Gondi). Fué este cardenal de la santa Iglesia romana hermano de Alberto de Gondi, conocido por el mariscal de Retz é hijo de un banquero de Lyon y del aya de los Hijos de Francia, ó sea de los príncipes, cuyo honroso cargo le confirió la reina Catalina de Médicis que le distinguió mucho. Nació Pedro de Gondi en Lyon en 1533. Estudió en las universidades de París y de Tolosa con mucha distincion dirigiendo sus estudios al conocimiento de la religion católica, pues que desde sus primeros años se le dedicó al servicio de Dios en el templo, así como se habia destinado á las armas á su hermano mayor, que era la costumbre de aquella época. Consagrado sacerdote, la reina Catalina de Médicis puso empeño en protegerle, y despues de concederle desde los primeros dias de su nuevo estado pingües beneficios, en 1565 le nombró obispo de Langres, desde cuya silla fué trasladado á la arzobispal de París en 1570, revestido al propio tiempo con la dignidad de canciller y de limosnero mayor de la reina Isabel de Austria, y por último, se le nombró presidente del consejo del rey Cárlos IX. A la muerte de este soberano, la reina Isabel le confió la administracion de los dominios que se la concedieron como viuda en el Borbonés y el Forés,

recomendándole sobre todo de que no vendiese los empleos públicos y nombrase para ellos personas capaces y de reconocida probidad; lo cual dice su historiador que fué ejecutado fielmente. Puede considerarse la moralidad que habria en Francia en aquella época, cuando tal advertencia se hacia á un obispo, y máxime cuando con referencia á Gondi, á esta época y á este mandato, añade de Thou: *bello ejemplo que no será imitado.* Continuó Gondi disfrutando del mayor favor bajo el reinado de Enrique III, que le condecoró con el collar de Sancti-Spiritus cuando instituyó esta Orden. Este príncipe le encargó la delicada comision de negociar con la corte de Roma la autorizacion de enajenar por cincuenta mil escudos de renta los bienes eclesiásticos, y con su habilidad alcanzó de la Curia Romana el permiso de venderlos por cien mil escudos, y la clerecía, segun Estoile, llevó muy á mal el que hubiese salido tan perfectamente con su comision. Encargado Gondi de todos los asuntos de la Iglesia, fué muchas veces mandado de embajador cerca de Gregorio XIII y de Sixto V. Este pontífice le creó cardenal en 1587. Aun cuando estaba inclinado secretamente al rey de Navarra, mandó fundir en 1590 la plata de las iglesias, á fin de apaciguar las murmuraciones á que excitaba la falta de numerario. No obstante esto, no se creyó seguro en París, y pretextando su delicada salud, se retiró al castillo que poseia su hermano el mariscal en Noisi. Los diez y seis que tenian el gobierno y el poder, aprovechándose de su ausencia, ordenaron el secuestro de sus rentas con las que se propusieron gratificar al obispo de Senlis, que habia sido expulsado de su silla por ser afecto á la liga. El cardenal de Gondi rehusó prestar el nuevo juramento de union que excluia del trono á todos los príncipes de la familia real, y dió razon de los motivos en que fundaba su negativa, en una carta que refutaron los escritores de la Liga con extraordinario calor. Deseando apresurar la conclusion de la paz, Gondi creyó deber entablar alguna negociacion con Enrique IV, pero este príncipe recibió muy mal proposiciones que lastimaban su dignidad, y que ponian en tela de juicio sus derechos á la corona. A pesar de esto, deseando Enrique reconciliarse con la Iglesia, encargó en 1592 al cardenal de Gondi noticiar al Papa su designio; pero sabedor el Pontífice de su llegada á Italia, le obligó á volverse sin querer recibirle de modo alguno. Despues de la abjuracion de Enrique IV, Gondi formó parte de la solemne embajada que envió este soberano á Clemente VIII, y cuando el duque de Nevers solicitaba inútilmente una audiencia, aguardaba en Recanati las órdenes del Papa y no obtuvo el permiso de ir á Roma sino á condicion de no mezclarse en los negocios que dividian á Francia y á la Santa Sede. Su excesiva economía fué causa de que se le eligiese en 1596 presidente del Consejo que debia restablecer el órden en la hacienda pública, como si, dijo Sully pudiese arreglarse el estado por las

mismas leyes que un particular, y así es que al cabo de algunos dias se vió Gondi tan embrollado en su Consejo, que se apresuró á dimitir su presidencia. Pidió el cardenal de Gondi coadjutor, pretextando que los graves asuntos que tenia á su cargo no le permitian atender á los intereses de su diócesis, y se le permitió en 1598 dejar la administracion de esta á su sobrino Enrique de Gondi, que le sucedió despues en ella. Murió este cardenal el 17 de Febrero de 1616, á la edad de ochenta años, con la reputacion segun Mr. Weis de un hombre honrado, pero débil y de poco talento. Pronunció su oracion fúnebre el jesuita P. Gauthier en Nuestra Señora de París en cuya catedral fué enterrado en la capilla de su familia. Corbinelli, en el tomo II de su historia de la casa de Gondi, publicó su retrato con una pequeña noticia biográfica.—B. C.

RETZA (Fr. Francisco de). Perteneció á una de las más esclarecidas familias de los teutones, y desde su infancia se hizo notable por una aficion extraordinaria á la virtud, en la cual progresó hasta llegar á la perfeccion. No se conoció su niñez y juventud por las travesuras y gracias que suelen hacer todos los niños, sino porque durante esa primera época habia en sus acciones, en sus palabras y en sus ideas una gravedad y un decoro, una dignidad y una verdadera grandeza superiores á cuanto puede decirse. Siempre pareció inclinado al estado religioso, y decia con frecuencia en sus más tiernos años que todo su deseo era cumplir la edad necesaria para entrar en religion; seguro de que el asilo sagrado que ella presta era el único medio de asegurar su salud eterna, á cuya consecucion quiso desde luego encaminar sus más decididos esfuerzos; y logró mucho en verdad, porque desde luego fueron tambien sus obras de salud y vida eterna. Conforme á sus constantes deseos ingresó en la religion de los PP. Predicadores, é ingresó en ella para ser uno de sus más distinguidos profesores, siquiera sus intenciones no fueran, como en efecto no lo fueron, sino el ser el último de sus servidores. Así fué que en sus pretensiones para lego pidió, y lego hubiera sido si los superiores en virtud de santa obediencia no le hubiesen obligado á estudiar, porque preveian que habia de ser uno de los más excelentes maestros de su época. Efectivamente, desde el punto en que le mandaron al aula, comenzó á descollar sobre todos sus condiscípulos tanto por su talento como por su aplicacion, y apénas concluidos sus estudios de filosofía, sostuvo unas conclusiones brillantísimas, por las que mereció justamente el aplauso de cuantos asistieron al acto; y eso que estaban algun tanto desprevenidos en favor suyo, porque sus contrincantes eran ya conocidos por otros actos literarios, y de él no habia hasta entónces noticia alguna. Estudió despues sagrada teología, y con particularidad en la interpretacion de las santas Escrituras descolló de un modo que admiró hasta á sus mismos maestros, habiendo estos

buscado el recurso de probarle en tan difícil ramo de los conocimientos eclesiásticos, mediante el escoger un pasaje difícil, buscar de él dos ó tres interpretaciones diversas, y pedir al jóven que compaginára, digámoslo así, las opiniones dando la genuina, la que á su juicio fuese la más exacta y no contentándose con su simple enunciacion, sino obligándole á razonarla, ya para probar su capacidad, ya tambien para examinar su criterio acerca de los trabajos de los otros; y siempre agradaron mucho á sus maestros sus respuestas y resoluciones, y alguno de estos mismos maestros suyos no tuvo á ménos ni por inconveniente el asegurar que habia aprendido del jóven Retza muchas cosas á que no habia alcanzado en su larga carrera, hecha á conciencia y empleando en su instruccion cuantos medios habian estado á su alcance, en razon á que le habia obligado á enseñar cuanto pudiera en el dia en que habia tomado sobre sí la difícil y pesada tarea del magisterio. Por todas estas razones, apénas terminados sus estudios se le dedicó al importante ministerio de la enseñanza, en el cual aventajó sobre manera, haciéndose sin disputa uno de los más hábiles profesores de su época. El emperador de Austria, prendado de sus relevantes dotes y admirado de que tan jóven hubiese logrado no solo tal caudal de ciencia sino la admirable destreza con que sabia propalarla en aquellos que á él se acercaban por cualquier motivo, quiso procurar un medio de alentar á los que con iguales disposiciones pudieran tambien hacerse notables como lo era nuestro P. Francisco, y le declaró una pension más bien por lo honorífico de esta tan merecida distincion que por lo que la subvencion pudiera convenirle, pues, como sabemos, lo habia renunciado todo para entrar en la sagrada órden de Predicadores, que en gran manera se complacia á la verdad en contar con un miembro de tanto provecho. Disfrutóla por mucho tiempo nuestro buen Retza, ó mejor diremos los pobres, porque él con rara abnegacion disponia de esto como de todo lo demás que habia á las manos, en favor de sus hermanos y para promover el culto y devocion á la Santísima Vírgen María, de cuya excelsa Madre era celosísimo devoto, pareciéndole siempre pequeños los obsequios que la tributaba y débiles los homenajes con que protestaba continuamente su excelencia y amor. Verdad es que la Señora á su vez estrechaba con su querido siervo las más íntimas comunicaciones, haciéndole mercedes sin cuento y prodigándole los más señalados favores. A lo distinguido de su sabiduría, que era verdaderamente singular, se agregaba lo raro de su virtud; él en todo linaje de ellas se distinguia, tanto que excitaba el respeto y veneracion de cuantos tenian ocasion de tratarle. Puso por base del edificio magnífico de su perfeccion la más profunda humildad, y en el ejercicio de tan preciosa virtud se le veia talmente considerarse como el último de sus hermanos, áun en aquellas mismas ocasiones en que parecia

brillar entre todos por su ciencia, por su prudencia ó por cualesquiera otra circunstancia, y se le oia decir con plena conviccion en tales casos, que estaba avergonzado de sí mismo; pues tenia por muy seguro que cualesquiera otro de sus hermanos, en circunstancias idénticas á las suyas, hubiera valido mucho más en órden al servicio de su Dios y al provecho de sus hermanos. En órden á la práctica de la obediencia, nunca dió un paso en desacuerdo con lo mandado por sus superiores, y como tales miraba á todos cuantos le precedian en cualquier concepto; produciendo muchas veces verdadera admiracion el que un padre tan respetable como Retza hiciera sumiso la mecánica de su convento por habérselo mandado tal vez equivocadamente el lego que cuidaba de aquella necesaria oficina, y estar él no solo satisfecho sino sumamente complacido porque aquel, decia, habia comprendido que él deberia ser el último del convento, y áun en esto se le hacia muchísima merced, atendiendo á la vil correspondencia con que decia secundar los designios de Dios. Nunca se le oyó replicar, por penosas, difíciles ó bajas que fueran las cosas que se le prescribian, y siempre sostuvo una igualdad de ánimo admirable, que daba bien á entender lo satisfecho que se hallaba cuando se le obligaba á sujetarse y humillarse, porque su exactísima apreciacion, esta era la única manera de sostenerse en el camino que guia á nuestra eterna dicha, pero que ha de llevarnos á ella mediante el desprecio y abnegacion de nosotros mismos con que protestemos nuestro amor á Dios y nuestra completa dependencia de sus excelsas determinaciones, que llegan á nosotros por los ordinarios conductos de los deseos y preceptos de nuestros superiores. En órden á mortificaciones era nuestro Padre un verdadero modelo de penitencia la más rigorosa; y aunque muchas de ellas las ha ocultado su profunda humildad y modestia, han llegado á nuestra noticia las suficientes para probar que era hombre de muy penitente vida. Por supuesto, desde el mismo momento en que entró en su sagrada religion y se puso el hábito del gran P. Sto. Domingo, renunció completamente al uso de otra ropa que no fuese de lana y áspera, teniendo buen cuidado de que las ropas interiores fuesen nuevas para que mortificáran más; así como las exteriores le importaba muy poco el que fueran los desechos de sus hermanos; porque cubriendo la desnudez decia eran suficientemente regaladas. Su cama nunca fué ni mullida ni abrigada; unas tablas con unas mantas viejas, y esto en invierno como en verano, produciendo el resultado de que en invierno servian de muy poco abrigo, y en verano daban demasiado calor. En órden á los alimentos y bebidas jamás se le vió tomar cosa alguna fuera de horas, y á las de refectorio era muy parco, además de dar siempre á los pobres ó á los enfermos de su convento ó de fuera, cualquier manjar más delicado con que quisiesen obsequiarle, ó que fuese extraordinario para la

comunidad; observando acerca de esta su tan continua y perfecta abstinencia tal conducta, que cuando la necesidad ó conveniencia le sacaba del convento y le hacia hospedarse, ó en casa de algunos hermanos devotos de la Orden, ó en algunos conventos de los que con la misma tenian hermandad, aunque no perteneciesen á ella; allí comia de cuanto le daban sin reparo, y prescindiendo hasta de la observancia del silencio en que era no solo muy exacto y observador, sino celosísimo procurador de que en todas las casas se estableciera sobre todo en el refectorio. Nunca se le veia ni en reuniones inútiles, ni en paseos ni lugares donde pudiese disiparse su espíritu, y ese su tan especial cuidado en tenerle siempre á raya era verdaderamente el medio que tenia de conservarse en el ejercicio de la oracion de un modo tan perfecto, tan abstraido y tan en íntima comunicacion con su Dios, que á la verdad puede decirse que no vivia en este mundo, sino que su vida era en el cielo. Seria necesario estar á la altura en que estaba nuestro respetable Padre en el ejercicio santo de la oracion, para poder comprender por una parte los progresos rapidísimos que hacia en tan difícil carrera, pues habiéndose podido dominar hasta el extremo de que para él eran oracion hasta sus más insignificantes acciones, logró como era consiguiente obrar de continuo en la presencia de su Dios, y referir á él todas sus operaciones, no de un modo abstracto como lo hacian muchos fieles, sino de tal manera, que cada cosa determinadamente procuraba y proclamaba esa misma gloria de Dios. Fáciles son de comprender los provechosos resultados de tan exquisita atencion y esmerada diligencia. En primer lugar un horror cada dia mayor, no ya á las culpas graves, pues que estas las detestára desde el momento en que comenzó á aspirar á la vida perfecta, sino á las más ligeras imperfecciones, sobre las cuales tenia exquisito cuidado, pues decia, y con razon, que tan ofensa infinita son estas pequeñas cosas como los horribles crímenes cuya relacion asusta. Consecuencia de su ejercicio continuo de oracion era el que todas sus palabras como todas sus acciones llevaban á Dios y tenian por consiguiente esa irresistible fuerza de atraccion, que ni la ciencia ni el mejor deseo pueden dar de sí, si no van acompañados de la práctica. Consecuencia de su constante ejercicio de oracion era su celo en el desempeño del ministerio importante y difícil de la predicacion, y del no ménos difícil ni ménos importante de oir confesiones. Consecuencia de su constante ejercicio de oracion eran aquellos dulces deliquios y consoladores raptos con que Dios nuestro Señor le recreaba de cuando en cuando, hasta el extremo de hacerle olvidarse de sí mismo, y pasar largos ratos sin tomar ni descanso ni alimento, para demostrar prácticamente que las palabras que proceden de Dios, es decir, el conocimiento de su voluntad y de los medios de allegarse á cumplirla, son para el hombre sostenimiento y vida, más aún

que el alimento material, pues este fomenta su vida efímera y deleznable, perecedera y corruptible, y aquellas fomentan la vida que nunca concluye, la que comenzando entre lágrimas y en medio de privaciones, males, amarguras y disgustos, termina en goces, pero goces del espíritu, sempiternos, y cuyo fundamento es Dios, que se da por parte y heredad á los que le han buscado por la abnegacion, el sacrificio y el amor. Consecuencia legítima de su continuo ejercicio de oracion era esa aptitud verdaderamente prodigiosa que adquiria para todas las cosas. Hasta aquí nos la ha demostrado lo que podremos llamar su vida privada; de aquí más lo vamos á ver claramente en su vida pública. No conceptuamos vida pública el magisterio, si bien es cierto que al exterior salen los resultados de una buena doctrina, de un órden siempre concertado, de un acierto cada dia más atinado para presentar las dificultades obviadas, los argumentos destruidos, los sofismas resueltos, y todas las reglas tanto de crítica como de buen órden en la enseñanza aplicadas admirablemente, como las hallamos en nuestro respetable P. Retza. Llamamos vida pública la que dice relacion al desempeño de los importantes cargos de gobierno en su Orden, tanto más ilustre, cuanto que todos sus profesores eran esclarecidísimos. Prescindiremos de que como vicario de coro, que fué por donde Retza empezó su carrera de prelado, hizo que se estableciese el mayor órden y concierto en la cantoria y debida distincion de los ritos, ó más bien ritualidades de las fiestas, conforme ellas eran más ó ménos solemnes, y tampoco nos haremos cargo de los eminentes servicios que prestó proveyendo de su peculio de libros cantorales, hechos á todo coste y con el mayor esmero, á su convento, atrasado á la verdad en este punto; y fijaremos el de partida de nuestra consideracion en el desempeño del importante cargo de maestro de novicios, que fué el que desempeñó despues. Una sola cosa diremos para demostrar lo que él era en este cargo, y es que al tener que dejar de depender de él los encomendados á su cuidado, sentian más la separacion de este su superior, que lo que una madre tierna siente el que la separen el hijo de su regazo; verdad es que Retza consideraba á sus novicios como á sus hijos, y como á á tales los instruia, los alentaba en la piedad, los ayudaba en sus trabajos, los sostenia en sus debilidades, y se portaba con ellos siempre con caridad y amor, sin que se crea que por esta caridad y amor que les tenia les toleraba cosa alguna que no fuese tolerable; ántes por el contrario, con justa severidad reprendia todas sus imperfecciones para hacerles santos; procurándoles al mismo tiempo el que se instruyesen hasta donde era dable para que fuesen sabios; inculcando continuamente á sus discípulos la muy oportuna doctrina de que si bien es cierto que la sabiduría sin virtud es vana, tampoco cabe duda en que es infructuosa la virtud sin ciencia; pues el re-

ligioso como el sacerdote no son solo para sí mismos, sino para todos los fieles, que han de aprovecharse del ejercicio de sus importantísimas funciones. Lo admirable de la manera de desempeñar este importante cargo por parte de nuestro Padre, que se colige de lo que llevamos apuntado, crece indudablemente si se atiende á que no dejaba por su magisterio de novicios el magisterio de estudiantes, es decir, que tenia la cátedra para todos los cursantes, tanto de su Orden como de las otras y de los seculares que á ella concurrian, y el magisterio de novicios para el resto del dia. Véase y colíjase de aquí lo que puede el que con recta intencion de agradar á Dios, toma á su cargo el desempeño de los oficios que se le confian. Luego que hubo hecho un plantel, digámoslo así, de jóvenes cortados por su patron, jóvenes que habian de realizar las más lisonjeras esperanzas que acerca de ellos se formáran, porque estaban ya probados y acrisolados, y hallados útiles para el desempeño de los muy importantes ministerios que se les confiaron, quiso la superioridad de su Orden que todos los demás religiosos disfrutáran tambien de las dotes, prendas y relevantes circunstancias que como hombre de gobierno poseia este tan excelente religioso. Confiósele en primer lugar el cargo de prior. Sin ruido y sin ostentacion, sin aparato, y lo que es más, sin que apénas nadie lo apercibiera, se enteró de las necesidades tanto materiales como morales de su casa, y se dedicó á remediarlas del modo más especial, y comenzando por las más urgentes. Digna es de una pluma bien cortada la narracion de la presentacion de este hombre como prelado á su querido convento: no se sabe qué admirar más, si su profunda humildad al hacer ver sus deméritos para tal cargo, ó su notable energia para dar á entender que ante las imprescindibles obligaciones de conciencia, ni valen sugetos, ni sirven otras consideraciones que aquellas que son siempre debidas á la virtud y á la rectitud de las obras. Pudiera habérsele considerado como el último de la casa en ciencia y en virtud, cuando pedia y pedia con ahinco y con conviccion la cooperacion de todos; pero tenia más bien un carácter de hombre enviado por Dios cuando aseguraba que tomando en el nombre del Señor el difícil encargo de gobernar, en el nombre del Señor tambien reclamaria y alcanzaria los auxilios de lo alto. Y ciertamente fué así, pues Dios parece bendijo su prelacía, no tanto en lo material, áun cuando en su tiempo se llevaron á cabo obras tan importantes como el ensanche del convento, sino en lo moral, pues que cada cual haciéndose como estrecha obligacion de ser santo y perfecto, porque santo y perfecto era el cabeza, procuró por su parte cada uno desterrar algunos abusos que habia permitido la fragilidad, ó acrecentado la tolerancia, y aquella casa vino á ser un seminario de bienaventurados. Concluyó la época para la cual habia sido nombrado, y quisieron con las más repetidas instancias nombrarle nue-

vamente para que así se consolidára, por explicarnos de esta manera, el edificio de virtud que tal superior habia formado; pero el deseo de los de su casa no se pudo lograr; porque siendo el bien difusivo de suyo, preciso era que de este mismo bien disfrutáran otros muchos á quienes les era necesario, y que indudablemente lograrian grandes ventajas, de las cuales, á decir verdad, tambien habian de disfrutar los que se privaban del consuelo de que fuera su prior el por tantos títulos respetable P. Francisco Retza. Fué, pues, nombrado general en su Orden, y por consiguiente toda ella disfrutó de los beneficios de su acertado gobierno y de las ventajas de su sabia direccion. Claro es que el capítulo general habia de ser quien lo designára; y él estuvo presente como prior de su Orden, siendo designado para hacer el escrutinio de los votos que se emitian para el importante cargo á que Retza fué promovido; y siendo por consiguiente profundísima la sensacion que recibia cada vez que oia su nombre, como expresion de que á sus hermanos parecia él el más á propósito para el desempeño de tan importante cargo. Elegido y constituido canónicamente, aprovechó la ocasion de tener reunida tan respetable asamblea para someter á su deliberacion los muchos puntos que necesitaban una urgente reforma y los medios de llevarla á cabo. Ninguno de los allí congregados se excusó de dar su dictámen, y de esta suerte facilitó el nuevo prelado la ejecucion de sus fervientes deseos, que no eran otros sino de que conociendo cada cual sus intereses, y mirando más á la eternidad que al tiempo, pues que el tiempo pasa y aquella nunca termina, procurára cada uno indicar las necesidades de su casa, para que haciendo, por decirlo así, fondo comun de necesidades, se arbitrase tambien un fondo comun de remedios. Importantísima fué, pues, esta asamblea general donde puede decirse que se hizo una reforma radical de la Orden, y muy ámplias las facultades con que le invistieron, porque todos estaban persuadidos de que bajo su gobierno todo caminaria á la mayor gloria de Dios, por lo cual era preciso que no se le pusiese rémora alguna, ántes por el contrario se le facilitasen en lo posible los medios de lograr sus intentos, siempre buenos, siempre encaminados á la mayor gloria de Dios. Apénas concluida la reunion ó capítulo general, comenzó la visita por aquellos conventos donde no habia habido representante en el capítulo, y les llevó por sí mismo las resoluciones de él con toda benignidad, pero haciéndoles conocer que era enteramente inexorable con los abusos, y que teniendo caridad con los imperfectos, hasta donde lo permitiera la justicia, habria de ser inexorable con los que se obstináran en el mal. Reformó mucho, trabajó con extraordinario ahinco en el bien de su Orden, y la procuró toda la prosperidad que pudo, así en lo material como en lo formal. Todos estos triunfos que él lograba, tanto sobre sí mismo por el ejercicio de las

virtudes de su vida privada, como por el ejercicio tan acertado de los ministerios de su vida pública, tenian un gran principio, pues que se fundaban en una especial proteccion que le dispensaba la Madre de Dios, motivada á su vez por la tiernísima devocion con que Retza amaba á esta excelsa Señora; así es que tanto en su vida pública como en su conducta privada se vieron verdaderos prodigios, tales como la prevision de los futuros y el adivinar los sucesos, anticipándose á ellos con mucho tiempo y en asuntos que no puede decirse que se podian adivinar ni por deduccion ni de ninguna otra manera; tales como el hacer venir recursos inesperados en dias dados de completa carencia, y recursos que á las veces alcanzaron á subvenir á las necesidades de todos los conventos de su comarca. Todo esto dice mucho en favor de nuestro buen Retza, y á todo esto él no decia otra cosa sino que él era miserable más que todos los hombres, é indigno como el que más de las misericordias y dignaciones con que nuestro Señor le favorecia desde luego. En el logro de sus deseos, que eran única y exclusivamente el aumento y prosperidad de su Orden; y en el dia mismo de la festividad de la Asuncion de María Santísima, Madre de Dios y señora nuestra; ocupándose en escribir sus glorias en una magnífica y muy erudita exposicion de su antífona *Salve Regina*, que fué la última que nos legó, fué acometido de una especie de accidente, que aunque en su principio puso en gran alarma á todos los religiosos, pudo cortarse, merced, segun la prudencia del mundo, á que se pusieron todos los medios para que se evitára su acceso; pero segun los designios de la Providencia, tal vez porque aún no tenia concluida la exposicion de la Salve; ello es lo cierto que el Padre se alivió, aunque no completamente, y pudo terminar su obra, que comprende tres volúmenes bastante crecidos. Sufrió mucho en los dias que le duró su enfermedad, pero lo sufrió con verdadera resignacion; se encomendó mucho á la Madre del Hermoso Amor, y en la vigilia de la fiesta de su natividad gloriosa; recibió de María el anuncio de que su carrera en el mundo estaba próxima á acabarse. Preparóse con el mayor esmero á la recepcion de los santos sacramentos; recibiólos con la devocion más cordial; unióse á su Dios más y más por los vehementes deseos de ir á él, y por la protesta de su profundo sentimiento de haberle ofendido; oyó las preces de agonía que la Iglesia acostumbra á dirigir á Dios por sus hijos, é invocando á María y rogándola sus auxilios y gracias, proteccion y amparo, entregó á Dios su espíritu el dia 8 de Setiembre de 1425, á los ochenta años de su edad, y despues de una vida ejemplarísima. El sentimiento que causára su muerte fué correspondiente al afecto con que todos le miraban, y su recuerdo queda imperecedero, porque lo han perpetuado sus virtudes, tanto privadas como públicas, y además la justísima celebridad que han adquirido sus trabajos literarios,

que tambien para que los hiciera, le concedió tiempo Dios nuestro Señor. No son muchas en número las obras que de él tenemos, porque indudablemente era poco ménos que imposible el que escribiera quien llevaba una vida tan activa, pero lo que hay, basta para acreditarle. Prescindiremos del exámen de sus tres importantes volúmenes acerca de la antífona *Salve Regina*, ya porque fué su obra póstuma, ya porque sin que nos expliquemos el motivo, no se ha dado á luz, habiendo merecido tal honra otras muchas de ménos importancia, y nos concretaremos al exámen de las dos que publicó y que llevan distintos caractéres, pues que son distintos enteramente sus objetos. La primera, á que tituló *Consistorium vitiorum*, es un compendio de moral, pero en sus más directas é importantes aplicaciones; un compendio de moral en que se hace ver los resultados prácticos de los vicios, tanto en órden al individuo como en órden á la familia y sociedad; y por consiguiente es una obra de tan alta importancia, como que abraza desde lo ménos hasta lo más; desde el reflejo de la imágen de Dios hasta el destello de su Providencia, que es la sociedad. La otra obra que publicó fué *Statuta facultatis theologicæ Studii Viennensis*. En esta da las reglas para poner aquella academia á la altura de las más acreditadas, como lo logró en efecto, mereciendo la aprobacion y aplauso de todos los sabios de su época, y el respeto y veneracion de los que le siguieron, porque indudablemente hay en este opúsculo máximas didácticas las más importantes, y que serán siempre de aplicacion. Tales fueron las obras y vida del muy Rdo. y V. P. Fr. Francisco Retza, de la órden de Predicadores. —G. R.

REU. El santo libro del *Génesis*, archivo de verdades de la verdadera religion, depósito firme de la revelacion y Escritura santa, dictada por el mismo Dios, para que quedase consignada la verdadera historia, hace mencion de un varon de larga vida llamado Reu. Fué éste hijo de Phaleg, y nació el año 1818 del mundo, ó sea el 2217 ántes de Jesucristo. Tuvo á Sarug á la edad de treinta y dos años, y murió habiendo cumplido doscientos treinta y nueve años de vida, el año 2056 del mundo, ó sea el 1979 ántes de nuestra redencion. —B. C.

REUGNI. La casa de este nombre fué una de las más ilustres y consideradas del Nivernois, y trae su orígen del país de Reugni, cerca de S. Saulges, en donde radica su nobleza desde el año 1330, en que se hizo señor del país Juan de Reugni. Esta familia cuenta en la Iglesia católica con miembros religiosos que la honran. Son estos: un sacerdote llamado Juan, hijo primero del señor de Reugni Guillermo. Juan, prior de Pré-les-Donzy, que fué enterrado en la iglesia parroquial de este pueblo, en la que se ve su epitafio con la fecha de 5 de Julio de 1592. Cárlos, religioso de la Charité-sur-Loire, tambien prior de Pré-les-Donzy. Magdalena, religiosa de Sta. Clara,

en Denzize. Ana, religiosa benedictina en la Ferté, cerca de Nevers; y Catalina, religiosa en las ursulinas de Nevers.—A.

RUEL (Buenaventura de Astenat), de la provincia de Colonia, lector esclarecido de sagrada teología, fué varias veces guardian, y por último ministro. Escribió un *Compendio de las obligaciones de la regla de S. Francisco*, que se publicó en Colonia el año de 1644, cuyas noticias da Wadingo.—M. N. y S.

REUMANO Suavio (Juan). Este cardenal de la santa Iglesia católica nació en Rejumes de Gascuña. Llegó á ser muy perito en la jurisprudencia, segun Moroni, y por lo tanto fué nombrado auditor de la Rota por la nacion francesa, que fué su patria. El pontífice Paulo IV le hizo obispo de Mirepoix, por haberle conocido cuando era cardenal, inflamado del celo católico y experimentado su integridad, porque rehusó recibir doscientos escudos de oro que le regalaba por haber dado voto favorable en una causa en que tenia interés, tomando de esta cantidad solo dos escudos, que eran los que de derecho debia recibir. Este grande desinterés le valió el que el mismo Pontífice le crease cardenal sacerdote de S. Juan ante Portam-Latinam el 20 de Diciembre del mismo año. Despues fué diputado con los cardenales Scotti y Consiglieri para los negocios del estado eclesiástico, y le nombró tambien prefecto de la signatura, dándole además otros graves cargos. Pio IV le dió el título de Sta. Prisca, y le hizo juez del Santo Oficio, encargándole el informe en la causa de canonizacion de S. Diego. En el cónclave para la eleccion de este pontífice faltó muy poco para que no fuese él el elegido, por el gran concepto que tenia entre los cardenales. Asistió tambien á la eleccion del papa S. Pio V, y murió en Roma á los sesenta y tres años, en 1566, siendo sepultado en la iglesia del Espíritu en Sassia, en donde el cardenal Rebiba, ejecutor de su testamento, le puso un epitafio que ya no existe, pero que está consignado por Alberi en su obra *Roma in ogni stato*; cardenal tan probo bien mereció su elevacion y que se le ponga en esta obra para buen ejemplo y modelo.—C.

REURE (Antonio), observante, natural de Luca, catedrático de filosofía y teología en el convento de Palma, y predicador elocuentísimo y sabio. El Dr. Barbieri, en el apéndice á la vida de Sor Clara Andreu, dice que en el año 1705 fué nombrado guardian de S. Francisco de Asís de esta ciudad, que hizo nuevo el coro, el órgano, dos capillas, parte del dormitorio y algunas oficinas. En el capítulo provincial, que se celebró en 24 de Enero de 1714, fué nombrado superior; y habiendo pasado á Roma con motivo de algunas dependencias de la provincia, fuéle ofrecido el obispado de Lipari en Sicilia, prelacía que rehusó prefiriendo la oscuridad de su celda al esplendor de aquella dignidad. Vuelto á Mallorca, murió con mucha reputa-

cion de virtud y doctrina en 22 de Enero de 1730. Escribió: 1.° *De immaculata Conceptione B. M. Virginis*, un tomo en fólio, que vió el P. Jaime Soliveretas, segun Barbieri.—2.° *Reflexiones super causis Sanctorum Ordinis Minorum. Ubi pro impetranda eorum canonizatione et cultu in Romana Curia selectiores resolutiones pro praxi tuendæ à procuratoribus N. O. seu causarum agentibus dilucidantur;* un tomo en fólio, Ms.—3.° *Paradysus originalis in æternitate præordinatus, prædelineatus in tempore, præfiguratus in synagoga et expressus in ecclesia B. V. M. ab originali reatu præservante filio libera et immaculatissima elucidatur*, Ms. Esta obra y la anterior existian autógrafas en el archivo del convento de Observantes de Palma.—J. B. de R.

REURE (Francisco Mayol y), observante de Palma, catedrático de retórica de esta universidad. Murió en 26 de Octubre de 1821. *Præpositiones rethoricæ, clara brevique methodo in gratiam studiosæ juventutis dispositæ.* Palma, imprenta Real, año 1794; y reimpresa con adiciones por Melchor Guasp, en 1809; ambas ediciones en 8.° Creemos que para la formacion de esta retórica se aprovechó su autor del librito titulado: *De arte rethorica* que á mediados del siglo XVI, dejó manuscrito el P. Juan Crespi, minorita mallorquin, con un elogio, á lo último de él, á D. Ramon de Veri, fundador del colegio de Monte-Sion. Escribió tambien el P. Mayol, en un tomo en fólio Ms., un *Diccionario mallorquin, castellano y latin*, obra de que carece esta isla, y que en breve poseerá por publicar una de igual clase el P. Pedro Antonio Figuera, de la misma religion. Tambien escribió un *Diccionario mallorquin*, con su correspondencia castellana y latina, el P. Antonio Balaguer, de quien hemos hablado ya, que igualmente fué autor de otra obra, titulada *Themas grammaticales* en un tomo en 4.° Ms. en la que trata de lo más dificultoso y primoroso de la gramática latina, con otras curiosidades sobre ella. Son asimismo de Balaguer las censuras de los libros de gramáticas de D. Antonio Portella y de D. Gregorio Mayans y Ciscar. A más de los citados autores tambien ha escrito de retórica el célebre P. Antonio Oliver, fundador del colegio de Tarrija en el Perú, sugeto instruidísimo en las lenguas latina, griega y hebrea, que murió en Buenos Aires en 31 de Mayo de 1787.—J. B. de R.

REURI (Fr. Mateo). Se duda si fué extranjero, pero en lo que no cabe duda es, segun dice Nicolás Antonio, que estando en España escribió: *Las alabanzas de la Sagrada Escritura*, obra que dedicó á la condesa de Olivares, en 4.° *El Perfecto Privado*, en fólio. *Carta en alabanza de las mujeres*, en 4.°—M. N. y S.

REUS (P. Bernardo), de la Compañía de Jesus. Era natural de Mallorca, y desde niño manifestó las buenas disposiciones de que se hallaba adornado y le habia concedido la Providencia para brillar algun dia entre los héroes

de la religion cristiana. Fué muy dado al estudio, pero todavía más á las prácticas de la virtud, de manera que áun ántes de entrar en la religion ya se distinguia entre sus compañeros por su amor al retiro y la oracion, huyendo de las diversiones propias de los niños de su edad, y entregándose en la soledad de su casa á la penitencia y á la devocion. Fueron tales los progresos que hizo en este género de vida, que cuando entró despues en la Compañía, no halló nada nuevo, nada extraño, nada que no hubiese practicado ya y se encontrase con fuerzas para llevarlo á cabo, sin que se le hiciese costoso ni difícil lo que á otros parecia un acto de abnegacion sin ejemplo. Ardia en grandes deseos por la salvacion de las almas, y este fué el objeto principal que le llevó á la Compañía, sabiendo que sus operarios eran los que más trabajaban en el Nuevo Mundo acrecentando en gran manera el guarismo de los que habiendo llegado á conocer la verdad del catolicismo, deseaban entrar en su seno para vivir y morir en él. Ignóranse los primeros pasos de este religioso desde su entrada en la Compañía; y Nieremberg ni siquiera nos dice el colegio ó casa en que lo verificó, como tampoco la fecha; es presumible sin embargo que fuese en Mallorca donde pasase su noviciado y continuára hasta que pasó á América. Unicamente nos asegura que vivió en la Compañía desasido de las cosas de la tierra, que todas sus ánsias eran morir por Cristo y por la salvacion de sus prójimos entre infieles. Nada extraño tiene esta vocacion en quien como el P. Reus se habia consagrado desde sus primeros años á la oracion y recogimiento, manifestando hallarse predestinado por la gracia para cumplir sus altos designios en remotas y apartadas regiones. Cumplió el Señor sus deseos, y ordenado ya de sacerdote pasó á América, donde comenzó sus predicaciones con el celo y fervor que no podian ménos de esperarse de sus buenos antecedentes. Sabido es por cuantos han estudiado la historia de las misiones, que entre todos los religiosos que en ellas trabajaron, ningunos se han distinguido tanto ni estado tan á punto de hacer del cristianismo lo que indudablemente está llamado á ser desde los siglos primitivos, como los PP. Jesuitas. Las demás órdenes religiosas, contentas con evangelizar, no han pasado de aquí, sin ver que el cristianismo no solo tiende á la felicidad de la eterna sino tambien de la presente vida, y creyendo que en habiendo convertido á los indios y procurado conservarlos en sus creencias con el ejercicio del culto, habian cumplido con su deber, nunca se extendieron á más. Los dominicos, sin embargo, quisieron hacer algo más, y al trabajar Bartolomé de las Casas en la defensa de los indios, sacándolos del poder de los encomenderos que tan mal trato los daban por saciar su avaricia y reunir tesoros sin mirar a los medios, ya dió la idea de construir pueblos con los indios, gobernados por los mismos misioneros, aunque sumisos en lo demás á las auto-

ridades españolas. Esta idea era eminentemente civilizadora y llenaba por completo la mision del cristianismo, dulcificar los trabajos en esta vida y encaminar á los mortales á la eterna. El mal éxito de la empresa del obispo de Chiapa, dejó muerta por entónces una idea de que en su dia se apoderaron los PP. de la Compañía y llegaron á realizar en muchos pueblos de América, Asi se vió á estos misioneros convertidos en caciques de los indios, reunirlos en pueblos, enseñarles la agricultura y todas las artes de Europa y trabajar en su civilizacion al mismo tiempo que en su salvacion. Por desgracia los Jesuitas tenian que combatir con otros hombres más temibles que los indios, y lo mismo en las posesiones españolas que en las portuguesas, que en cuantas pusieron el pie los europeos, hubieron de ceder á la avidez de estos, viendo desbaratados sus proyectos y penosos trabajos, y exponiéndose con frecuencia á la misma muerte. Los indios los conservaban sin embargo, y áun pudieron prestar grandes servicios á los europeos sirviendo de intérpretes y áun de mediadores en sus paces y guerras. Pero la mala fe, que continuó dominando entre los aventureros que pasaban á América, hizo inútiles con frecuencia los esfuerzas de los PP. de la Compañía, que unas veces eran sacrificados en represalias y otras por la desconfianza de los indios, que ni áun querian oirlos, rezelándose que solo eran instrumentos de otros hombres que venian detrás de ellos para hacerlos sus esclavos, someter sus países á un rey extraño, saquearlos y hasta quitarles sus mujeres é hijos para utilizarlos en lo que mejor les pluguiera. Triste fué desde este momento la situacion de los Jesuitas, que no desmayaron sin embargo, y con un celo y abnegacion á que no se hará nunca la suficiente justicia, prosiguieron en su tarea, aunque convencidos de que el premio de sus trabajos sería la muerte, que recibian con placer, porque estaban seguros de que su sangre purificaria aquel suelo virgen todavia, pero manchado ya con tantos y tan horribles crímenes; le fecundaria para la religion del Crucificado como en otro tiempo la sangre de los mártires purificó y fecundó la vieja y carcomida Roma, convirtiéndola de prostituta de los Césares en la virgen del Catolicismo, en la mansion de los bienaventurados, en la piedra desde la cual los soberanos Pontifices bendicen á los católicos y les señalan su morada en los cielos, recordándoles por el sitio en que se hallan colocados que para llegar á su morada eterna deben pisar ántes las grandezas de la tierra, que bajo mucho oropel ocultan mucha más miseria y lodo. El P. Reus fué uno de estos misioneros, que marcharon á una muerte segura, pero que se encaminaron en su busca sin vacilar para ofrecer su óbolo al edificio de la civilizacion. Apénas se hallaba en América, cuando decidió comenzar su mision; sus superiores le enviaron á uno de los pueblos más rudos y desconfiados que habia entónces en aquellas regiones; llamábanse los chunchos, y habian sido tan vejados,

que juraron odio eterno á los cristianos, decididos á no oirles aunque se dirigiesen á ellos con palabras de paz. Acometió esta empresa acompañado de otros dos religiosos de la órden de S. Agustin y de algunos indios convertidos, y al llegar á un valle á que Nieremberg llama de Apolo, dijo á uno de los que le acompañaban y que se rezelaba hallarse próxima su muerte: «Hijo, consolaos, pues si Dios fuese servido que muramos, iremos á gozar de su gloria, que para eso le ofrecimos nuestras vidas.» Mas apénas habia pronunciado estas palabras, cuando los indios que habian salido á su encuentro le dispararon sus flechas, con que le traspasaron lo mismo que á sus compañeros, quedando muertos en el acto. Los bárbaros, añade el P. Nieremberg, les sacaron despues los corazones, que quemaron con las mismas flechas con que los habian muerto, y repartieron entre sí los despojos que hallaron. Algunos años ántes que esto sucediese dijo el siervo de Dios que habia de morir entre infieles, y en particular entre los chunchos, y ser mártir de Cristo. Alcanzó la corona del martirio á los veintiocho años de edad y doce de Compañía, que empleó gloriosamente en la provincia del Perú, donde murió el año 1629, mereciendo honrosa mencion de todos los historiadores del instituto de S. Ignacio de Loyola.—S. B.

REUS (José), presbítero, pavorde de esta santa iglesia, hombre de limado ingenio, elocuente y muy amante de las musas, como así lo siente un anónimo. Publicó una oracion latina, pronunciada en la iglesia de Monte-Sion de Palma el dia 27 de Julio de 1732, con este título: *Auspicatissimæ Hispaniæ militiæ contra Africam triumphi, gratulatorium epinicium*; Barcelona, imprenta de María Martí, 1632, en 4.° Murió en 15 de Diciembre de 1792, de una edad muy avanzada.—J. B. de R.

REUTER (Juan). Fué natural de un pequeño pueblo de la provincia de Luxemburgo. Carecemos absolutamente de detalles acerca de sus primeros años, aunque de los que tenemos se infiere que dotado de buen talento hizo los estudios convenientes de humanidades, filosofía y teología, en cuya facultad era ya muy hábil y habia sostenido varios actos mayores con muy buena nota, cuando ingresó en la casa de la Compañía de Jesus que habia no en su mismo pueblo, sino en uno muy cercano donde estaba él residiendo un beneficio no colativo, pero título suficiente de ordenacion, con el que habia llegado al sagrado órden del presbiterado. Dicho se está que al ingresar en la Compañía de Jesus los Padres le examinaron no tanto para probar su capacidad absoluta, pues esta desde luego estaba demostrada hasta la evidencia, sino la relativa, es decir, el para qué podria valer tan esclarecido sacerdote, y hallándole útil para cualquier ministerio incluso el de la enseñanza, le admitieron con plena y universal satisfaccion, á pesar de que muy pocos de la casa le conocian, y estos solamente de vista.

Lo que decidió á Reuter á ingresar en la Compañía de Jesus con preferencia á cualquier otro instituto religioso donde tambien hubiera sido bien recibido, fué á no dudarlo la grande estima en que en tan ínclita familia se tiene á la obediencia, estima que hace de ella el móvil de las acciones todas por insignificantes que parezcan, y por consiguiente á todas las hace meritorias, pues no cabe duda que hay mérito y grande en dominar nuestro querer hasta el extremo de amoldar al deseo del superior nuestras más indiferentes acciones, que es precisamente lo que hace la Compañía de Jesus, sin que se crea que esta es como las demás prácticas piadosas ó mortificativas que la criatura se acostumbra á ellas; en esta sucede todo lo contrario, cuantos más actos se ejercen, tanto más costosos son los sucesivos, bien es verdad que en esto está todo el gran mérito de ellos. Encantado pues nuestro Reuter de estos medios tan á propósito para llegar á la perfeccion con que la Compañía facilita á sus profesores la apetecida dicha, hizo su noviciado con la misma docilidad que si entónces aprendiera las cosas mismas en que estaba ya muy ejercitado, y con el mismo fervor que si fuese un ermitaño ya provecto y que mil veces hubiese experimentado por una parte los desengaños del mundo, por otra los delicados carismas del amor á Dios, esos dulcísimos regalos del espíritu con que Su Majestad favorece única, sola y exclusivamente á las personas que le son aceptables. Hubo de hacer en los colegios de la Compañía los mismos estudios que traia ya hechos del siglo, y es claro, como el ya los habia terminado con grandísimo aprovechamiento, le fué doblemente útil el haber de dedicarse á ellos de este modo tan especial y por conciencia, pues se hizo verdaderamente notable en humanidades, filosofía y teología, cuya ciencia estudió en toda su extension y con gran provecho en todas sus partes, pero con más aficion en su parte de la teología práctica ó sea la moral, siendo acaso lo que le inclinaria tanto hácia ella esa misma razon de ser la parte más adaptable á las necesidades y capacidad de los fieles, cuyo perfeccionamiento interesaba tanto al P. Reuter que no hubiera tenido inconveniente alguno en dar su vida en sacrificio por tan elevado fin. Desde luego le pusieron al confesonario, haciéndole tambien predicar algunas veces, y no se puede ponderar el fruto que en ambos lugares lograba, pues á su gran ciencia añadia una dulzura y benignidad suma, una finura y delicadeza exquisita y un grande acierto para aconsejar; se llevaba, por decirlo así, de calle á cuantos le oian, y hubiera sido para la Compañía un excelente operario en los ejercicios de la predicacion y de la confesion, hubiera sido un excelente misionero, y no cabe duda que á tán necesario como importante ministerio le hubieran dedicado, en vista de su celo é interés por la salvacion de todas las almas; si de otra empresa no ménos árdua que delicada, no hubieran ya designado

á este varon verdaderamente sabio y virtuoso, que como no veia más que la obediencia que le mandaba, estaba tan contento con los fieles que le atendian y procuraban instruirse en sus respectivas obligaciones para mejor cumplirlas, que con los niños que apénas le hacian caso ó con los hombres á quienes gobernaba y manejaba, digámoslo así, como maestro y director espiritual. Pues bien, fué designado para maestro de estudios el que como maestro de espíritu habia procurado progresos y adelantos extraordinarios á todos los fieles; y comenzando por la enseñanza de humanidades, dió sucesivamente la de filosofia y teología, cuya sagrada facultad explicó en su parte moral por espacio de ocho años en la universidad de Tréveris. Muchísimos fueron los discípulos que acudieron de todas partes atraidos por la buena fama de su ciencia y más bien del órden y concierto con que daba los estudios, quitándoles con la fluidez de sus explicaciones esa aridez que naturalmente tienen todos los prologómenos, y aficionando desde luego al estudio toda vez que le allanaba tanto que se podia emprender sin dificultades apénas. El éxito de su método nuevo, pero muy exacto, y que fundándose en un análisis menudísimo daba por resultado el que de menor á mayor se llegase al perfecto conocimiento de la ciencia, agradó tanto á sus superiores y á los maestros de su época, que les pareció prudente, y que en esto se prestaba un servicio á la juventud estudiosa y áun á los profesores encargados de su enseñanza, imprimir estas explicaciones suyas, lo cual se hizo en Colonia en 1756, resultando cuatro gruesos volúmenes llenos de erudicion y doctrina, y por consiguiente de muchísima utilidad, no solo para los estudiantes que solo con esta obra tenian cuanto habian menester, sino para los profesores que podian ó ahorrar trabajo siguiéndole literalmente, ó adquirir muy profundos conocimientos examinando los documentos, autores y obras que allí se citan. Esto es por lo que dice relacion al magisterio, que puede decirse que ejerció nuestro Padre Reuter materialmente miéntras vivió en el mundo, y formalmente despues en los seminarios y colegios, donde su obra ha sido y es todavía texto y guia para las explicaciones. Otro servicio no ménos importante prestó á la Iglesia y á la juventud con la publicacion de otra obra grande tambien, y escrita con toda conciencia y con extraordinario acierto, que fué la que llamó *Neo confesarius practice instructus*; libro muy adecuado para que los jóvenes ejerzan con acierto el importantísimo ministerio del sacramento de la penitencia, en cuyo ejercicio suelen servir de obstáculo algunas dificultades que se encuentran imprevistamente, y que aturrullando, digámoslo así, al jóven á quien le ocurren, como que le coartan, le quitan la libertad que debiera tener para su ejercicio é infunden en él cierta duda, que necesariamente refluye en los penitentes y con cierto perjuicio suyo,

pues no les deja la suficiente libertad para determinarse. Pues bien, este grave inconveniente está obviado, y lo está de una manera tal que no puede volver á surgir, en la obra del P. Reuter; porque allí se dan las bases acerca de todos los casos que pueden ocurrir en principio, fundamentalmente, y despues se enseña la práctica aplicacion de aquellos mismos principios y la combinacion de unas con otras circunstancias, con que sobre facilitar muchísimo el ejercicio de tan importante ministerio, asegura y tranquiliza, sosiega y alienta al principiante, toda vez que sobre aquellas solidísimas bases está comprendido cuanto en moral puede ocurrir, y que con el perfecto conocimiento de aquello, no tiene ni áun ocasion de dudar, porque tiene seguras las bases, firme el fundamento, y obvias y razonadas las resoluciones, con lo cual á él no le queda, digámoslo así, responsabilidad alguna. Vemos, pues, en el P. Juan Reuter el literato que escribe, y que escribe mucho y muy bien, habiendo por consiguiente de emplear para esto mucho tiempo; vemos el maestro que enseña y cuya doctrina si bien en el fondo no era nueva, puesto que era la doctrina de Jesucristo, lo era en la forma, para darle la cual habia menester tiempo, puesto que habia de examinar y estudiar autores y obras para él no conocidas, y adecuadas al asunto en que habia de ocuparse; vemos al Padre jesuita practicando hasta la más menuda prescripcion de su santa regla, sin excusarse un acto de comunidad, sin faltar á una observancia, sin usar de una licencia; vemos al celosísimo ministro de Jesucristo predicando incesantemente, confesando con igual asiduidad y dedicado á cada cosa como si ella le absorbiese la atencion, y nos preguntamos á nosotros mismos: y esto ¿cómo sucede? ¿cómo es que el tiempo del Padre Reuter es tan abundante, da tanto de si, le permite hacer tantas cosas? Y la respuesta que á nosotros mismos podemos darnos para calmar nuestra extrañeza, es á la verdad una respuesta que, léjos de satisfacernos, aumenta nuestra duda, porque necesariamente hemos de decir: pues no eran estas solas las ocupaciones de Juan Reuter; tenia además otras muchas de caridad que, como es consiguiente, tambien le llevaban tiempo para su cumplimiento. El asistia continuamente á las cárceles, hospitales y asilos de caridad, donde ejercia la caridad no solo en favor de los menesterosos, á quienes aliviaba en sus necesidades cuanto le era posible, sino áun en favor de los que no tenian necesidades; pues los inclinaba á que frecuentasen estos asilos de la indigencia, y á que, destinando á aquellos pobres parte de sus limosnas, los hicieran el doble favor de socorrerlos y mejorarlos, cuyos resultados habian de ser precisamente el que ellos serían miembros útiles para la sociedad, cuando volviesen á su seno, y por consiguiente hacerse acreedores al aprecio de aquellos mismos que anteriormente les habian considerado cual merecia el extravío á que por su fragilidad habian sido constituidos. El ver que

hacia tanto de su tiempo, y por consiguiente que le cundia tanto, tenia admirados á cuantos observaban su conducta, así que le tenian en la estima que era justo, admirándose de que un hombre que tenia sus quehaceres tuviese tiempo para obras de supererogacion como las en que se empleaba. Pero en él obraba enteramente la gracia, y aquellas mismas cosas penosísimas, que parecia tendian á su daño, le servian de solaz y de alivio, pues con ellas recreaba su fatigado espíritu, y le daban un aliento conveniente, adecuadísimo, pues que era el aliento de la caridad, aliento que vivifica, que fortalece, que nutre porque viene de Dios, y Dios lo es todo para la criatura. Si á todas estas cosas agregamos que el P. Juan Reuter tenia siempre presente á su Dios y encaminaba á su mejor servicio todas sus acciones, y nunca perdia de vista á su Dios, uniéndose á él por frecuentes aspiraciones y por continua oracion, no interrumpida ni áun en sus habituales ocupaciones, habremos visto en el Padre todos los caractéres del siervo verdadero de Dios, sin que nos extrañe por lo tanto el que su Señor le llamára para sí despues que hubo cumplido en este miserable mundo con todos los designios de Su Majestad de la admirable manera que llevamos examinado. Su última enfermedad fué como el fuego que purificó más y más á aquella alma inocente, y sirvió para que diese durante ella ejemplo el más acabado, no solo de su sufrimiento invicto y de una paciencia heróica para llevar las molestias consiguientes á una enfermedad penosísima, como lo fué la que Dios le permitió, sino de una completísima y espontánea conformidad con la voluntad del Señor, pues no solo no profirió una queja, sino que entónces cuando los dolores con su molestia, las congojas con su angustia, y las penalidades con su amargura parecian acabarle, era cuando él se representaba con admirable calma de su espíritu los vivos dolores de su buen Dios crucificado por su amor, y abrazaba á su vez la cruz con que el Señor le brindaba, y en la cual quiso morir por imitar á su amado, lográndolo, pues que fueron vivísimos los tormentos con que el Señor quiso que le demostrase su fidelidad. Pidiendo la bendicion á sus superiores y perdon á sus hermanos, entregó á Dios su espíritu este esclarecido jesuita el año 1762, á los ochenta y dos de su edad y mucho más de sesenta de buenas obras, pues áun ántes de ingresar en la Compañía ya se habia hecho acreedor al aprecio de cuantos le conocian. Su cadáver fué sepultado en el cementerio de los PP. de la Compañía de Tréveris, donde murió, habiendo sido muy solemnes sus honras fúnebres, en las cuales se daba homenaje de veneracion y respeto al sacerdote, al jesuita, al sabio, al hombre de caridad, al que habia reunido en todos estos conceptos el justo aprecio que merecia el P. Juan de Reuter. — G. R.

REUTIER (Francisco), célebre obispo francés del siglo XVII, en que se distinguió tanto como celoso predicador, que pasó por uno de los princi-

pales oradores de su época, no haciéndose ménos notable por sus incesantes trabajos en la conversion de los que se habian separado de la Iglesia católica. Era en extremo piadoso en sus costumbres, de manera que el ejemplo de sus virtudes contribuia no ménos que su saber y talento á los brillantes resultados que obtenia sin cesar. Sus discursos brillaban más bien por la uncion que por la elocuencia, pero tenian tan grande atractivo, que no habia quien resistiese á sus persuasivas reflexiones. Su misma sencillez, su inextinguible celo y su extraordinaria piedad le hacian por otra parte superior á sí mismo y á cuantos rodeándole, no podian ménos de admirarle. Expresábase con la misma libertad verdaderamente apostólica áun delante de los personajes de más elevada esfera, y no vacilaba en reprenderlos si encontraba en su conducta algo que le pareciese merecer la censura. Este santo entusiasmo le hacia aplicar con mucha frecuencia las palabras del salmo CXVIII, que dice: «Y hablaba de tus testimonios delante de los reyes y no me avergonzaba.» Dios bendijo la caridad de este eclesiástico, pues tuvo el consuelo de convertir á un gran número de pecadores, haciéndoles seguir una vida arreglada y abrazar con decision y entusiasmo la práctica de los deberes del cristianismo. Entre las conversiones que hizo habia algunas que obtuvieron grande boga, en particular la de un jóven, hijo de una de las primeras familias del país, el cual se haliaba dotado de grande ingenio y de un mérito sobresaliente, pero fundaba su gloria en el libertinaje, y hacia gala de la incredulidad. Su madre, señora tan distinguida por su virtud como por su piedad, habia trabajado en vano en su conversion, cuando un dia asistió, á pesar suyo tal vez, mas sin duda por haberlo dispuesto así la Providencia, á un sermon que predicaba nuestro protagonista; apénas llegaba á la mitad de su discurso cuando se sintió el jóven conmovido hasta derramar un torrente de lágrimas, resolviendo por último cambiar de vida. Se dirigió pues al mismo, cuyas palabras habian ejercido en su alma tan saludable influencia, y el sabio director le dió á leer el Nuevo Testamento, inculcándole la humildad, la penitencia y la oracion, siendo el resultado que en lo sucesivo edificó tanto con su conducta como habia ántes escandalizado con sus errores y sus extravíos, muriendo poco despues de su conversion en opinion de santidad. No tardó Reuter en ser promovido al episcopado, distinguiéndose desde luego por aquella imaginacion viva y fecunda, por aquel amor extraordinario hácia los pobres, y finalmente por el interés con que procuraba la felicidad de sus feligreses así en lo espiritual como en lo temporal. Residia continuamente en su diócesis, se dedicaba á las misiones y predicaba con frecuencia, pero sus excesivos trabajos no tardaron en ocasionarle terribles dolencias, de las que acabó por fallecer. A su regreso de un viaje á París cayó en una terrible hipocondría, que iba aumentando progresiva-

mente. Los aires de la campiña, el cuidado de los médicos, las distracciones que se le proporcionaban, nada absolutamente, nada pudo contener los progresos del mal. El resultado fué que habiendo vuelto á París para consultar sobre el estado de su salud, fué encontrado muerto pocos dias despues de su llegada. Su excelente trato y la dulzura de su carácter le habian granjeado numerosos amigos. Su gran piedad, su celo, su actividad, eran las mejores garantías para sus diocesanos que esperaban grandes ventajas de su administracion, mas por desgracia la muerte vino á segar en flor sus bien fundadas esperanzas. —S. B.

REVEILLAUD (Pedro), ministro de la provincia Aquitánica. Escribió la obra siguiente, que alaba Wadingo: *Exhortatio cordis pii christiani*; en el que se trata de la circunspecta celebracion de la misa, de la significacion mística de las vestiduras, y del modo de oirla devota y humildemente. Se imprimió en Tolosa en casa de Nicolás Viellard el año 1533. — M. N. y S.

REVEL (Hugo). Este fué el gran maestre XXVII de la órden de S. Juan de Jerusalen, que residió en Ptolemaida ó S. Juan de Acre. Sucedió en el año de 1260 á Guillermo de Chateau-neuf. Fué de la provincia del Delfinado, y en 1274 se encontró en el concilio segundo de Lion, celebrado á fin de excitar á los príncipes cristianos á que diesen los auxilios necesarios para reconquistar la Tierra Santa. Las grandes fuerzas del sultan de Egipto le obligaron á concluir una tregua con él, la que no tardó en romper el sultan. En 1270 perdieron los hospitalarios de S. Juan la fortaleza de Crac, en el condado de Trípoli, despues de haber sostenido valerosamente un largo sitio, en el que todos los caballeros de la guarnicion resistieron hasta el punto de morir ántes que rendirse. El año 1276 Burchard Dechwenden, gran maestre de la Orden Teutónica, renunció el maestrazgo, y tomó el hábito de los Hospitalarios de manos de su gran maestre Revel. Murió éste el año 1278, despues de haber tenido cinco capítulos generales y dictado muy buenas leyes para el gobierno de su Orden, sucediéndole en él Nicolás de Lorgue; todo lo cual puede verse en los Privilegios de la Orden por Naverat, y en la Historia de la Orden de S. Juan de Jerusalen por Bosio. —C.

REVEL (Luis Juan Pedro), protestante, de veintiun años de edad, y cabo en los cazadores de Saboya, se convirtió y abjuró en Chambery el 28 de Junio de 1829, en manos del abate Billiet, canónigo de la metrópoli, delegado al efecto por el arzobispo. Tuvo por padrino al conde de Audecena, y por madrina á su esposa, gobernador el primero de Saboya. La ceremonia se verificó en la capilla del palacio Real, en presencia de todos los oficiales del cuerpo, de un gran número de soldados, y de una multitud de fieles. Revel pertenecia á la diócesis de Pignerol. —S. B.

REVENGA (Fr. Agustin), mercenario. Fué este religioso tan distinguido por su cuna como por su sabiduría, y uno de los que más honra y lustre dan sin disputa á la ínclita Orden Mercenaria. Calló por modestia su procedencia y alcurnia, declarando únicamente su apellido, por lo cual algunos biógrafos de su Orden declaran que era vizcaino, miéntras otros aseguran que era montañés. Esta circunstancia, sin embargo, importa muy poco; serviria únicamente para que se envaneciera el país que le habia dado el ser. Demostró tanto talento natural, que cuando ingresó en la Orden á la edad de diez y seis años era ya gran latino, retórico y bachiller en artes, y además le comunicó Dios tanta luz y aficion á los estudios eternos, esto es, al modo de adquirir la ciencia de la salvacion, que de las veinticuatro horas del dia empleaba generalmente diez en la oracion y otros ejercicios espirituales. La virtud se aposentó en su tierno pecho con tanta prontitud como intensidad, por cuya causa, y como planta que desde sus principios tenia tan sólidos fundamentos, permaneció inalterable en él, ó por mejor decir, aumentándose más cada dia. Como Dios nuestro Señor le queria todo para sí, infundióle desde tan temprano tal amor y aficion hácia las cosas divinas, que á la edad de doce años no perdia misa ni sermon, aunque no fuese dia de precepto. Tenia confesor y padre espiritual conocido y señalado; ayunaba todos los viernes del año, y conforme crecia en edad, fué creciendo tambien en abstinencia; ayunando los miércoles, por lo cual y llevando ya hecho su aprendizaje á la religion, no le costó trabajo alguno salir varon perfecto y llegar á la cumbre de la perfeccion, cuando otros más aventajados en edad é instruccion, aún se encontraban en el principio de su carrera. Nada de notable ofrece su noviciado, porque nada nuevo hubo que enseñarle; mas cuando pronunció sus votos, viéndole con tantas facultades y disposicion para el estudio, le enviaron á Alcalá á que cursase la teología, y salió hombre tan perito y tan docto en la facultad, que la ciencia en su parte escolástica no tuvo misterios ni secretos para él, pudiendo decirse que nadie en su tiempo llegó á aventajarle. Sin embargo, como se preciaba más de humilde que de sabio, buscando con preferencia la corona de la virtud ántes que los mundanos laureles, andaba siempre retirado de la concurrencia y ocultando su valor; contribuyendo mucho su triste genio y enfermiza constitucion, pues á causa de sus continuas penitencias y del uso de los ásperos silicios tenia el cuerpo extenuado y el color quebrado y macilento. Apénas hubo concluido los estudios, reconociendo la Orden su valor, aptitud y disposicion, y á pesar de su mucha resistencia, le nombró rector del colegio de Mercenarios de Alcalá, cargo honorífico, empleo delicado que solo podia concederse á personas de mucha confianza, y uno de los principales que la Orden tenia que dar en la provincia de Castilla. Anejo á este

cargo era tambien el de juez conservador de la universidad. Destino que ejercian los rectores de todos los colegios y conventos de religiosos estudiantes, establecidos en Alcalá, cuya obligacion consistia en vigilar la conducta de los concurrentes á las aulas, corregir sus vicios, morigerar sus costumbres, y procurar que la Iglesia y el estado tuviesen buenos servidores. En el desempeño de tal cargo fué extremadamente perfecto Fr. Agustin, porque como tan virtuoso y amigo de que todos practicasen la virtud, nada le era más grato que procurar el aumento de esta preciosa cualidad. Por tanto, todo el tiempo que de sobra le dejaban sus empleos de rector y de juez conservador, los empleaba en predicar á los estudiantes, obteniendo copioso fruto de sus sermones, pues con ellos tenia enfrenada á aquella turbulenta mocedad; porque era acérrimo en reprender, puntual en corregir, dulcísimo en persuadir y caritativo en consolar. Sus horas de descanso las empleaba en santas obras. Acudia á los sitios en que los estudiantes acostumbraban á reunirse para jugar, y con sus paternales reflexiones sacó á muchos de las garras del pecado. Entraba de improviso en las casas de las mujeres mundanas, y se llevaba de allí á los mozos livianos sumisos y arrepentidos. Finalmente, logró que durante su judicatura todos anduviesen ajustados de conducta; pues cuando no bastaba la correccion fraterna, entraba la aplicacion del rigor de la justicia, por lo cual era tan temido de los malos como reverenciado de los buenos; y todos á una voz le declaraban varon santo y modelo de justificacion y de virtud. Hé aquí de qué manera se explica el autor de la crónica general de la Orden Mercenaria, hablando de la vida que hacia en Alcalá el P. Fr. Agustin, durante el tiempo que fué rector del colegio y juez conservador de la universidad. «Despues que fué electo juez conservador ejerció este destino con grande prudencia, rectitud y caridad, juntando el ejemplo de su singularísima vida á la solicitud y al desvelo por el bien del prójimo, haciendo afable acogimiento á todos los que le buscaban, de cualquier estado y condicion que fuesen, estando siempre dispuesto á recibir á todo el mundo, no solamente en su celda, sino acudiendo tambien al punto donde les llamasen, teniendo siempre lleno el tesoro de su caridad, y dispuesto á hacer que todos participasen de él, oyendo á los unos con paciencia, socorriendo á los otros como sus circunstancias se lo permitian, y recibiendo á todos con la mayor alegría. No solo hallaban consuelo en él las gentes pobres y del estado comun, que con frecuencia acudian, sino que muchas veces el mismo rector de la universidad, los colegiales del Mayor de S. Ildefonso, los catedráticos y doctores le consultaban, unos para que compusiese sus pleitos y diferencias, otros para recibir su autorizado consejo, y otros, en fin, para que guiase sus almas por el camino de la salvacion. A todos oia el santo varon con ánimo incansable, singular afabilidad y mis-

teriosa alegría; á todos exhortaba á vivir bien, satisfaciendo y contestando á cuantas dudas le proponian, y así muchos varones santos y grandes siervos de Dios salieron aprovechadísimos de sus coloquios espirituales. A los estudiantes que eran perezosos y descuidados, porque malgastaban el dinero que sus padres les enviaban para sustentarse en los estudios, los reprendia ágriamente hasta que se enmendaban, dedicándose otra vez con atencion al estudio y á la práctica de la virtud. A los deshonestos y jugadores tambien los reprendia con mucha severidad, y cuando ni la voz de su autoridad, ni el rigor de la justicia bastaba para que se enmendasen, rogaba á Dios tocase sus almas y procurase su enmienda. De toda la comarca de Alcalá le traian multitud de enfermos para que los tocára y curase con su bendicion; y aunque esta fe que en él tenian le acongojaba en extremo, por conceptuarse el más ruin y despreciable de los pecadores, fiaba á Dios el cumplimiento de lo que le pedian, y muchos volvian sanos por su poderosa intercesion. Algunos milagros se citan por varios autores coetáneos del P. Revenga, y obrados por los méritos de éste. Citaremos algunos, siendo el primero el consignado por el obispo Rosen en su *Agricultura cristiana*. Habia cerca del colegio de Mercenarios una obra, y uno de los oficiales de cantero que en ella trabajaban se cortó una mano, en términos que solo se le sostenia en el pellejo. Presentáronle á Fr. Agustin, que condolido de la suerte de aquel hombre, que necesariamente habia de morir de hambre si le faltaba la mano para trabajar, se la tomó, se la unió al brazo, y haciendo sobre ella la señal de la cruz y suplicando á Dios al mismo tiempo sanase á aquel hombre para que pudiese adquirir su subsistencia, le dejó instantáneamente sano, y como si nada hubiera sucedido, con notable asombro de todos los circunstantes que confirmaron la opinion de santo, que acerca de él formada tenian, tratándole aún con más reverencia que ántes. Algunos, poseidos del demonio, y otros sospechosos de este mal, quedaron sanos y salvos con sola la bendicion de Fr. Agustin. Tambien le adornó el Señor con el don de profecía. Anunció varias cosas que tuvieron satisfaccion cumplida, pero ninguna admiró tanto como la que vamos á referir. Hallábase en Alcalá cursando filosofía el hijo de un caballero de Talavera llamado D. García de Loaisa, mozo de muy buena vida y costumbres arregladas, y muy afecto á los religiosos mercenarios, á cuyo colegio acudia con mucha frecuencia á visitar á sus condiscípulos y amigos. Habiéndole visto un dia el P. Fr. Agustin, le preguntó qué estudiaba, y contestándole que concluida la filosofía trataba de estudiar la teología, respondióle Fr. Agustin: «Estúdiela, hijo mio, estúdiela y gradúese, que Dios le honrará con un distinguido puesto.» Algunos frailes, que oyeron la conversacion, le instaron para que les dijese qué le habia parecido aquel mancebo, y el religioso contestó que habia de

ser canónigo de Toledo, limosnero mayor del rey D. Felipe II y maestro del príncipe, despues rey con el nombre de Felipe III, siendo últimamente arzobispo de Toledo. Habiendo pasado el tiempo, ya no es del nuestro calificar la verdad de aquella profecía, que fué exactamente cumplida, llenando entónces de admiracion á todo el mundo, y muy particularmente al que habia sido objeto de ella. Lleno Fr. Agustin de méritos, y llegada la hora señalada por Dios para coronarle con la gloriosa diadema que le pertenecia por sus trabajos y virtudes, enfermó gravemente y murió conforme habia vivido, con paz y tranquilidad. Pidió, no obstante su clase y distinguida posicion, que su entierro se hiciese sin pompa ni vanidad, y que le sepultasen en la tierra, como á los simples religiosos, lo cual se verificó así. Al correr la noticia de su muerte, acudió todo el pueblo á venerarle con tanta precipitacion, como cuando en vida acudian á pedirle sus auxilios y consejos. La iglesia del colegio, en que se enterró su cadáver, estuvo llena de gente por muchos dias, pues todos aquellos que no habian podido alcanzar algun pedazo de su hábito ó alguna prenda del pobre ajuar que en vida le sirviera, para guardarlo como reliquia preciosa, tomaron puñados de tierra de su sepultura, la cual sirvió para curar algunas enfermedades y efectuar raros prodigios, por lo que se guardó con mucha estimacion por un indefinido espacio de años. Cerraremos este artículo biográfico con la relacion de un suceso, que aunque pequeño en sí, es un grande epílogo de la vida de Fr. Agustin de Revenga, y que resume todos los grandes hechos que la adornan. Habiendo ido á Alcalá el Ilmo. Sr. Arzobispo de Toledo, cardenal de la santa Iglesia romana é inquisidor general de España, el doctor D. Gaspar Sandoval y Rojas, hijo de los condes de Casarubios, pasó á visitar el colegio de los Mercenarios y pidió le indicasen el sitio en que estaba sepultado Fr. Agustin de Revenga. Manifestáronle cuál era la tumba, y postrándose de rodillas sobre ella, estuvo orando un largo espacio. Levantóse despues sumamente conmovido, y dijo á los religiosos: «Padres, aquí tienen un gran tesoro: estímenlo en lo que vale, porque estudiando yo en esta universidad comuniqué muy largamente con este santo varon, y tuve ocasion de comprender lo que en su alma se encerraba. Puedo por lo tanto afirmar que es uno de los grandes santos con que la Iglesia se honra.» — M. B.

REVENTOS (M. R. Padre Francisco de Jesus María). Nunca han faltado en nuestro católico reino personas cuyas apreciables circunstancias les han hecho notables, y que han pertenecido ya al clero secular ya al regular, ilustrando á uno y á otro con sus ejemplos, con sus doctrinas y con su conducta. El siglo pasado no fué ménos fecundo que otros en varones de esta especie, y todavía nosotros hemos podido contemplar algunos, que si bien es verdad que en nuestra época han pasado poco ménos que desapercibidos, la histo-

ria los juzgará y dirá muy luego á las generaciones que nos sucedan lo que han sido estos hombres sobre los cuales nosotros no fijaremos nuestra vista, tal vez porque no quisiéramos fijarla, llevados de mezquinas y sensibles ideas. Entre los hombres cuya noticia ha estado reducida á un círculo muy pequeño, pero que no por esto eran ménos acreedores á la consideracion y aprecio de todo el mundo, debe contarse al muy Rdo. P. y Sr. D. Francisco Reventos, individuo muy distinguido y despues superior de las Escuelas Pias. Su patria fué un pequeño pueblo llamado Plá, próximo á la villa de Lavid, obispado de Barcelona, y sus padres honrados y de un pasar regular, se esmeraron desde luego en su educacion, porque vieron en él cierta disposicion nada comun, que dejaba vislumbrar el que habia de ser algo con el tiempo. Como consecuencia de este deseo de fomentar el buen talento de que Dios le habia dotado, le dedicaron al estudio de las humanidades en el cual hizo muy notables progresos, tanto que sus mismos maestros le excitaban á que por este camino hubiera continuado, en la seguridad de que habria obtenido la celebridad de humanista consumado, y por tal concepto hubiese podido obtener alguna colocacion importante no solo en la carrera de las letras, pues en esta dicho se está que hubiera logrado el ser catedrático, ó tal vez director de estudios, sino en la carrera de la gobernacion, donde hubiera logrado grande crédito con solo el ejercicio de sus admirables dotes. Mas él se convenció muy pronto de que este mundo es del todo miserable, que nada puede dar de sí, ni nada esperarse de su falacia engañosísima, y por consiguiente que lo que debe hacer el hombre de juicio, el que conoce y estima su dignidad, el que mira y atiende á su porvenir, á ese porvenir que ha de serle durable, es asegurarse en un asilo donde no pueda el mundo alucinarle, tomar una determinacion por la cual Dios solo sea su parte y su heredad, y á su servicio se encaminen todas las acciones de su vida, única manera de que esta vida misma sirva para cumplir los deseos siempre misericordiosos de Dios; los designios de Su Majestad, en los cuales no se ve otra cosa que esa suma caridad, que es como si dijeramos el primer atributo en Dios. Bajo estos sentimientos, y animado de tales deseos, nuestro buen Sr. Reventos resolvió hacerse religioso, y meditando cuidadosamente acerca de cuál seria el instituto que debia obtener su preferencia para ingresar en él, se decidió por el de S. José de Calasanz, toda vez que por este se entregaba de lleno á la educacion de los niños, y podia de esta manera, inclinando al bien sus tiernos corazones, prestar por este medio un gran servicio á la religion de Jesucristo y á su patria; á esta, porque si todos sus hijos estuvieran educados en el santo temor y amor de Dios, otra seria su suerte, pues no cabe duda en que la prosperidad de los estados procede en gran manera de la fe y rectitud de los individuos, y á estas virtudes induce

la buena educacion; aquella, porque conocido su suave yugo no hay uno que se sustraiga á él, y por consiguiente todos poniéndole sobre sí, buscan y hallan su venturosa suerte. Manifestó su decision á sus padres, y estos, aunque sentian como era consiguiente su separacion, consintieron en ella, toda vez que habia logrado tan buena suerte, é ingresó en la Escuela Pia el dia 19 de Febrero de 1757, contando solo veintidos años de edad. Hizo su noviciado con indecible contento y satisfaccion de sus superiores, habiendo estos tenido un verdadero júbilo el dia en que, llegada la ocasion de averiguar la voluntad de la comunidad acerca de este indivíduo suyo, y cuáles eran los deseos de los hermanos acerca de su admision, hallaron que ni un solo voto le fué contrario, ni áun perdido, lo cual demostraba el extraordinario afecto con que todos le miraban. Por supuesto, que aunque él traia, como llevamos dicho, estudiadas letras y filosofía, y conocia muy bien el derecho canónico y no muy mal el civil, los Padres de las Escuelas Pias quisieron que aprendiese las ciencias teológicas, y que ampliase sus conocimientos en las profanas, de que ya tenia bastantes para llegar á ser, como lo fué en efecto, un profesor consumado, que era lo que hacia falta para que pudiese desempeñar los importantes cargos que desde luego pensaron en poner á su cuidado. Luego que hubo concluido su carrera y ascendido al sagrado órden del presbiterado, despues de recibir los que deben precederle, y preparado para cada uno con aquel esmero, atencion y fervor que merece tan extraordinaria gracia de Dios; fué, como era consiguiente, dedicado á la enseñanza, y primeramente, segun piadosa costumbre de su religion, se le puso en la clase de los pobres á enseñar los primeros elementos, es decir, á pelear con los niños más pequeñitos para hacerles leer, recitar doctrina, y aprender alguna otra cosa. En esta escuela demostró el Padre su grande afecto á la juventud, y que tenia grande espíritu y vocacion para la enseñanza, pues comprendiendo perfectamente las capacidades de sus discípulos, hacia con ellos cuanto le era posible para que adelantasen, y para que pudiesen ponese á la altura á que les era posible llegar, dadas sus condiciones por entónces poco favorables para sus adelantamientos. En cuanto los superiores vieron lo bien que se manejaba con aquellos pequeñitos, y cómo inclinaba su espíritu hácia Dios, sus inteligencias á su más pronto y perfecto desarrollo, infirieron y con razon que serian más notables los adelantos que harian los seminaristas, si estaban bajo la direccion de este Padre, así es que apénas pasaron tres años de estar en las clases públicas cuando ya fué destinado para rector en el seminario de Igualada. Algun tanto se disgustaron algunos de sus hermanos por esta señalada distincion, pero luego que vieron lo que era, volvieron otra vez á intimar con él el trato que habian, digámoslo así, cortado, porque le habian juzgado precipitadamente y sin

pararse á examinar las cosas con la debida madurez. Era extraordinario el afecto con que, tanto los seminaristas como los padres sus compañeros, le miraban y trataban, siendo por el buen gobierno con que arreglara el primer seminario puesto á su cargo, acreedor á que los superiores mandasen que pasára primero á Mataró y luego á Barcelona, para regir tambien aquellos seminarios y arreglar con el acierto que lo habia hecho en Igualada sus intereses, tanto espirituales como materiales, pues que nuestro Padre, además de ser hombre de una virtud á toda prueba, lo era de gran habilidad para el manejo de la hacienda, pudiéndose decir con verdad que el Señor parecia bendecir por su mano áun aquellas mismas cosas que tenia que gobernar en lo material y mecánico. Sabidas de todos son las turbulencias que España sufrió á los principios del presente siglo con motivo de la invasion francesa, y no se puede dudar que ellas afectarian á la Escuela Pia como á los demás institutos religiosos, por lo cual se tuvo que fugar nuestro P. Reventos, y estar en Mallorca miéntras duraron aquellas azarosas circunstancias. En Mallorca tuvo necesidad de poner un colegio para mantenerse, y fué tal el crédito que por este motivo logró, que desde el establecimiento de su casa de enseñanza no hubo una persona principal cuyos hijos no se educasen en los Escolapios, pues que á poco tiempo de calmarse las políticas pasiones, se estableció allí el instituto de S. Jose de Calasanz con gran provecho para todos, pues sabido es el que á todos resulta de tan piadosa institucion. Volviendo las cosas á su situacion normal, nuestro muy esclarecido Padre volvió, como era consiguiente, á ponerse bajo la obediencia de sus superiores, y estos tuvieron por bien nombrarle en 1824 rector de la comunidad de Igualada, en el desempeño de cuyo cargo acabó de acreditarse, aunque ya lo estaba y mucho por su prudencia, acierto y demás circunstancias recomendables que habia mostrado en los diferentes seminarios que dirigió, así que en él tenian todos un verdadero padre, pues él atendiendo á las necesidades de todos, y anticipándose á los que habian de hacérselas ver, ponia siempre el oportuno remedio con todo tino, con todo acierto, de suerte que todos estaban contentísimos con su superior, y la casa marchaba perfectamente, gracias á las acertadas disposiciones que el P. Rector daba. Como estas cosas no podian estar ocultas, los Padres superiores quisieron recompensar de alguna manera sus buenos servicios, y haciéndole una vez comparecer á su presencia, le hicieron aceptar casi por fuerza los honores y consideracion de exprovincial, y la vicerectoría de Barcelona; bien es verdad que á este importante puesto fué porque era necesario para arreglar algunas cosas que necesitaban de arreglo. No hay para qué repetir cómo se portó en este nuevo cargo, pues con decir que su carácter era invencible, se infiere que su conducta era invariable. Cuando todos estaban más satisfechos por tener un

vicerector á propósito, y que oia y contestaba, no sabian qué hacerse, mas de repente le encuentran nombrado consultor general y maestro de novicios, cargos que no podia ménos de desempeñar perfectamente, porque estaban muy en armonía con su carácter, que al mismo tiempo que fuerte, era considerado, y sabia por consiguiente excitar sin exasperar. En el desempeño de estos cargos le acometió la enfermedad, que no fué larga, es verdad, pero que le fué molestísima, porque le interesó la cabeza. Antes de que este órgano tan principal de su vida se ofuscase, recibió los santos sacramentos con toda edificacion y con un ardiente deseo de ir á su Dios para estar con Cristo eternamente. Si nos hemos de atener á lo que la piedad nos dicta acerca de los síntomas de la muerte del justo, todos ellos concurrieron en la de nuestro P. Reventos, pues á una paciencia heróica agregó en sus últimos momentos una paz y sosiego tales, que desde luego se comprendia proceder de la seguridad de su conciencia muy tranquila, por haber hecho cuanto pudo por servicio de Dios. El 4 de Diciembre de 1819 fué cuando el Señor le llamó á sí, siendo una verdadera ovacion su entierro, pues á él concurrió lo mejor de Barcelona, y todos se disputaban la gloria de llevarle sobre sus hombros ó prestar en sus exequias cualquier otro servicio. Tales fueron los sentimientos de cuantos conocieron al muy Rdo. P. Francisco Reventos de Jesus y María, de las Escuelas Pias, hombre docto, prudente y verdadero religioso.— G. R.

REVENTOS (Fr. Lesmes). Nació en Villafranca del Panadés, villa importante de Cataluña en la provincia de Barcelona, á la vista y cercanía de la maravillosa montaña de Monserrate. Nada nos dice Amat sobre la fecha de su nacimiento, que debió ser lo ménos á mediados del siglo XVII. Inclinado á la vida contemplativa, tomó el hábito en el monasterio de Monserrate, y debió distinguirse tanto por su saber ó por su virtud, y acaso por ambas cualidades, que mereció ser prior mayor del monasterio. Admitió con gusto el oficio de archivero, y con su ingenio y laboriosidad pudo publicar una obrita con el título de *Breve Historia de la montaña de nuestra Señora de Monserrat*. En esta historia nos asegura que esta montaña tiene 1326 varas de elevacion, puesta, segun dice, en forma piramidal. Dejó este monje manuscrita la *Historia de los antiguos priores, abades y hombres ilustres de Monserrat*, de cuya obra habla Serra y Postius en su obra titulada *Finezas*; y tambien quedó de él inédito otro manuscrito titulado: *De los Bienhechores del monasterio*; obras sumamente curiosas que es lástima no hayan visto la luz pública, pues que son útiles tanto para la historia completa del famoso monasterio á que se refieren, cuanto para ilustrar la historia de Cataluña. Es de lamentar que por parte de nuestros gobiernos no hayan procurado recogerse en un centro histórico todos los manuscritos de

esta clase con los cuales un cuerpo científico, como el de Francia y otros países, destinado á este fin, pudiese ir formando nuestra historia nacional con todos sus detalles, é ir publicando cuantas curiosidades y datos se hallan esparcidos en estos escritos, que va consumiendo el polvo por el poco aseo en lo comun de los archivos y bibliotecas, y el tiempo que es el agente destructor natural de las obras de los hombres, razon por lo que las buenas y las que pueden ser útiles en la posteridad, deben irse renovando por medio de la imprenta para que lleguen á nuestros sucesores. Mucho se hace ya hoy en obsequio á la conservacion de los monumentos escritos del entendimiento humano en nuestra España, pero aún falta mucho que hacer y remediar para que se logre el objeto, y merezcamos en esta generacion el honroso título de conservadores de lo bueno.—B. S. C.

REVER (María Francisco Gil), arqueólogo francés, más célebre bajo este aspecto que por sus virtudes ó cualidades religiosas, pues aunque fué eclesiástico, tomó una parte muy activa en la revolucion francesa, durante la cual figuró en elevados destinos, aunque completamente literarios todos ellos. Nació en Dole, en la Bretaña, en 1753, y siguió su carrera bajo los mejores auspicios, de manera que apénas habia tomado las órdenes sagradas comenzó á enseñar filosofía en Angers y Dole. Sus grandes conocimientos le hicieron ser muy amado de sus discípulos, que le respetaban como á un verdadero padre y le admiraban por la profundidad y acierto de sus lecciones, de manera que no tardó en hacerse una grande reputacion. Al estallar la revolucion era párroco de Couteville, cerca de Pont Audemer, y habiendo prestado el juramento exigido á los clérigos por la Constitucion fué nombrado procurador síndico del departamento de l' Eure y despues en 1791 diputado de la Asamblea legislativa. Ignórase la parte que tomó en esta, pues no es ciertamente por sus opiniones por lo que debe juzgarse á Revers, hombre científico más bien que político, pero indudablemente las relaciones que en esta ocasion adquirió le valieron ser elegido durante el directorio bibliotecario y profesor de física de la Escuela central de Evreux, cargo que desempeñó satisfactoriamente como no podia ménos de esperarse de su larga carrera y buenos estudios. Poco despues, ántes de que se llevase á cabo la reorganizacion de la instruccion pública en Francia, dimitió sus destinos y se retiró á una hacienda que tenia en Couteville, donde se consagró por completo á su estudio favorito, que era la arqueología, en que hizo grandes adelantos, llegando á ser mirado como uno de los primeros arqueólogos de su época y á merecer el premio rara vez concedido á los que en esta ciencia no se distinguen por sus grandes esfuerzos y aplicacion. Murió en Couteville en 12 de Noviembre de 1828, siendo corresponsal de la Academia Francesa de Inscripciones y miembro de otras academias de Norman-

dia y Bretaña. Además de un gran número de opúsculos sobre arqueología impresos en las colecciones de la Academia ó separadamente, dejó una *Memoria sobre las ruinas de Lillebonne, departamento del Havre, con un apéndice que contiene la descripcion de algunos sellos*; Evreux, 1821, en 8.°, con planos y láminas.—*Memoria sobre las ruinas del antiguo Evreux, departamento de l' Eure*, 1827, en 8.° con cinco planos, premiada por el Instituto de Francia.—S. B.

REVERENCIO (S.), presbítero. Era francés, aunque se ignora en qué paraje nació. Vivia á principios del siglo V, y habia nacido de padres gentiles que le educaron en el error, permaneciendo en él hasta su juventud, en que habiendo oido predicar á S. Exuperio se convirtió á la fe católica y recibió las aguas del bautismo siguiendo á su padre espiritual en los trabajos de la predicacion y de la conversion de las almas. Conociendo su fe y lo á propósito que era para trabajar en la viña del Señor, el santo prelado le confirió las órdenes sacerdotales y le destinó á la iglesia de Bayeux. Siguiendo las huellas de su maestro, dedicóse con afan á la predicacion logrando convertir con la eficacia de su palabra una multitud de almas, especialmente gentiles, á los cuales convenció de la sublimidad de la fe por medio de algunos milagros, siendo uno de ellos el devolver la salud á un paralítico tocándole con su báculo. Lleno de méritos y hecho acreedor por sus virtudes al eterno premio, abrumado y consumido por la multiplicidad de sus apostólicos trabajos, descansó en paz en el Señor el dia 4 del mes de Setiembre, sin que á punto fijo conste el año. Las actas de los santos le cuentan como uno de ellos, y le conmemoran en el dia mencionado.—M. B.

REVERENDO (Domingo). Nació este religioso en Ruan el dia 14 de Noviembre de 1648, de una familia de Paris dedicada al comercio y que se unió por medio de enlaces con otras familias muy distinguidas en las armas y en el foro. Luego que Reverendo cumplió cinco años, fué llevado á Paris con toda su familia, y en cuanto supo leer y escribir se le envió para que estudiase humanidades á la ciudad de Beauvais. Estudió allí la retórica y la filosofía en Paris, y desde entónces se le destinó, sin consultar su inclinacion, al estado eclesiástico. Tenia un tio abad de S. Cheron cerca de Chartres, canónigo de la catedral de Ruan y limosnero ordinario de Monseñor el hermano único de Luis XIV, el que para que le perdonase su padre una cantidad que le debia, hizo se concediese á su hijo la sucesion del cargo de limosnero. Estudió el abate Reverendo teología, y tomó el grado de bachiller en la Sorbona. Al propio tiempo fué recibido en la órden de nuestra Señora del Monte Carmelo y de S. Lázaro de Jerusalen, y cediéndole poco despues el dean de Saint-Cloud su deanato, tomó las órdenes hasta el diaconato. No siendo todavía más que subdiácono, el 3 de Mayo de 1677 se le nombró

capellan de la capilla de S. Medardo, fundada en la misma villa de Saint-Cloud en la diócesis de París, que es de colacion del capítulo de la misma. Como el dean de Saint-Cloud Jorge Canquet se manifestase arrepentido de haberle cedido el deanato, el abate Reverendo se le devolvió, contentándose con su capellanía y con el cargo de limosnero de Monseñor, del que fué puesto en posesion, pero que solo sirvió año y medio. Al propio tiempo que se verificaban estos cambios, se preparaba otro para Reverendo, que debia tener consecuencias. Su hermano mayor, tesorero del ejército del Rey que hizo la conquista de Holanda, hizo en 1672 conocimiento con el marqués de Bethuna, y le prestó el dinero necesario para rescatarle de las manos de sus enemigos que le habian hecho prisionero de guerra, servicio que hizo á este señor declararse protector de la familia de su bienhechor. Elegido rey en 1674 Juan Sobieski, generalísimo y gran mariscal de Polonia, y siendo por su consecuencia declarada reina de Polonia la hermana de la marquesa de Bethuna, Luis XIV encargó al marqués fuese á felicitar al nuevo rey en su nombre por su advenimiento al trono. Partió el marqués en calidad de enviado extraordinario, y obligó al hermano del abate Reverendo á que le acompañase en este viaje. A su vuelta, fué nombrado el marqués de Bethuna para volver á Polonia como embajador extraordinario del rey de Francia cerca del nuevo rey, y entónces le acompañó el P. Reverendo. Embarcóse el abate con el marqués en Junio de 1676 en un buque que habia mandado el rey de Inglaterra, á causa de la guerra que sostenia Francia con Alemania y la Holanda, y llegaron á Dantzick á fin de Julio. Deseosos el rey y reina de Polonia de abrazar á sus hermanos los marqueses de Bethuna, salieron por el Vístula á recibirles hasta quince leguas de su corte, partiendo el rey dos dias despues de tener esta satisfaccion á mandar en persona el ejército que tenia contra los turcos, y la reina fué con sus hermanos á Danzick en cuya ciudad hizo solemnemente su entrada. Pocos dias despues, el marqués de Bethuna y el abate Reverendo partieron para Leopoldo, á fin de estar más próximos á la persona del rey, al que sirvió de mucho el abate, si bien con riesgo propio, para apresurar los socorros que necesitaba el rey que no se daban mucha prisa por salir á su encuentro. Para hacer este servicio tuvo muchas veces Reverendo que pasar por medio de soldados polacos frecuentemente embriagados de aguardiente, y muchas veces estuvo á pique de perder la vida en estas correrías en las que solo le sostenia su serenidad é intrepidez. Hecha la paz y volviendo el rey de Polonia á la ciudad de Zeulkien, que era uno de sus estados hereditarios, Mr. de Bethuna le presentó la cruz del Espíritu Santo, y el abate Reverendo fué el encargado de la ceremonia del cruzamiento. El marqués y el abate trabajaron en un proyecto de una diversion por Hungría, y al quinto dia, víspera

de la Natividad del Señor, partió el abate en una carroza descubierta, tirada por cuatro caballos, con la órden de llegar á Danzick en trece dias. Recibió en esta ciudad diez mil ducados que mandó el marqués de Bethuna á Varsovia adonde fué la corte durante su viaje, recibiendo en Febrero de 1677 la órden de ir á unirse á Hungría con los principales descontentos de este reino y traer algunos de ellos á Polonia, para tratar sobre la diversion que el rey proyectaba con el designio de obligar al emperador á mandar á aquel punto sus mejores tropas y retirarlas del Rhin, como así sucedió. Dió el marqués de Bethuna por compañero para esta comision al abate Reverendo á Mr. de Jorval, caballero de Normandía, que se hallaba dotado de singular valor y de mucha destreza. El pretexto de que debian valerse para entrar en Hungría era el de comprar vinos para el rey de Polonia, consistiendo solo toda su seguridad en un pasaporte de este rey de que iba provisto el abate Reverendo. Luego que llegaron á las fronteras de Hungría y de Transilvania intentaron entrar en esta última, y á este fin escribieron al príncipe y á sus ministros, que tenian órden de llegar adonde ellos estuviesen para tratar de asuntos importantes, y por toda contestacion se les mandó á un húngaro, encargado de disuadirles de entrar en Transilvania. Este húngaro era uno de los descontentos, doméstico del conde Tékely, el cual persuadido de lo que Reverendo le dijo, les dejó hacer lo que quisieran. Caminando dia y noche Reverendo y Forval, llegaron á Folgaras, en donde se hallaba el príncipe de Transilvania ántes que su consejo, que se encontraba reunido, se disolviese. Fueron recibidos con los mismos honores que los embajadores, y en seguida mostraron las cartas que llevaban para el príncipe, su primer ministro y para el conde Tékely y principales descontentos, cartas fraguadas por el mismo Reverendo, á cuyo fin ántes de salir de Polonia cuidó de proveerse de muchas firmas en blanco y de un sello con las armas del marqués de Bethuna. Hicieron saber al príncipe, que resuelto el rey de Polonia á dar un poderoso socorro de hombres y dinero á los descontentos de Hungría, habian venido á rogarle mandase á Polonia una persona de confianza, para que con el marqués de Bethuna, que tenia á este fin los poderes del rey, hiciese el tratado con este para proceder á darles el auxilio que necesitaban. A fin de obligar al primer ministro á que aconsejase al príncipe accediese á esta proposicion, le prometieron una recompensa digna de tan importante servicio y hacerle declarar generalísimo del ejército que deseaba tener el rey á sus expensas en Hungría. En fin, despues de muchas entrevistas y de no pocos intrigas, al cabo de cinco dias obtuvieron que el príncipe de Transilvania levantaria un cuerpo de cinco mil hombres en su estado, que uniria estas fuerzas á las de los descontentos, que marcharia él mismo en persona, si podia obtener permiso del Turco, y que en su defecto, su primer

ministro sería el generalísimo, y obtuvieron además que en la próxima primavera todas las tropas estarían prontas á unirse á los cinco mil hombres que los que hablaban prometían hacer venir de Polonia. Ya convenido todo á los quince días de estancia en Transilvania, dejó en ella á Forval, y volvió Reverendo á Polonia con cuanto se necesitaba para hacer un buen tratado. En ménos de ocho días se concluyó el tratado con consentimiento del rey de Polonia, el cual permitió á Mr. Bethuna levantar tropas y darlas cuartel en sus propias haciendas. A pesar de lo fatigado que se hallaba el abate Reverendo y de aquejarle la fiebre, volvió á partir á Transilvania, en donde quedó solo para manejar este asunto cerca del príncipe, y mandó á Forval á la frontera para velar sobre la reunion de las tropas que debian llegar de Polonia. En los tres meses que permaneció Reverendo en Transilvania, procuró ganarse la voluntad del príncipe, la de sus ministros y la de los señores principales de la corte, y lo consiguió amoldándose á todas sus opiniones, no desaprobando ninguna de sus acciones, y conformándose con todos sus usos y costumbres tan diferentes de las de los franceses. Aunque frecuentemente obligado á contradecir al primer ministro, supo hacerlo con tal dulzura y tanta política que siempre le tuvo como su mejor amigo, y las contrariedades que por su parte experimentaba, no le apartaron ni un solo punto de mantener con el mayor celo los derechos del rey que le habia enviado á aquella negociacion. Las tropas que se esperaban de Polonia no llegaron hasta principios de Octubre de 1677, pero fueron en tan escaso número, y la leva levantada por los descontentos tan corta, que no pasando de mil doscientos húngaros, el ejército combinado solo se compuso en un principio de dos mil quinientos hombres. El general Smith, mandado á Hungría por el emperador, luego que fué informado de tan corto número de enemigos, trató de evitar la union de los húngaros con los polacos; pero fué derrotado en el encuentro con pérdida de más de la mitad de las tropas de su division. Durante el tiempo que fué preciso mantener las tropas en cuarteles de invierno, lo preparó todo para poder hacer al emperador una guerra más viva. Al año siguiente fueron más de cuatro mil hombres de tropas auxiliares, las que se unieron á los nueve mil hombres que ya se habian reunido. En un principio mandó este ejército el primer ministro, pero abandonando poco despues el mando, Mr. Rohan, general de la division polaca, vino á ser el generalísimo, nombrándose general de los húngaros al conde Tékely, á pesar que solo contaba diez y ocho años, por enfermedad de Pablo Vesselini. Estos dos generales atravesaron la alta Hungría, apoderándose de muchas ciudades y castillos considerables. Ocuparon muchas minas de oro y plata, en las que encontraron más de un millon en dinero, con lo que pagaron al ejército, y extendiéndose hasta la Moravia, exigieron contribucio-

nes. Trataron de penetrar hasta Viena y quemar sus arrabales, lo cual hubieran ejecutado si no se hubiese empleado hasta la guardia del emperador para defender los pasos. Esto obligó al emperador á hacer la paz con Francia, abandonando á sus aliados, que era todo lo que se prometieron de esta diversion militar. Ajustada lo paz, no tardó Reverendo en abandonar la Transilvania, á la que volvió al año siguiente para llevar al príncipe la inclusion que le habia concedido el rey en el tratado de paz hecho en Nimega con el emperador. Al cabo de algunos meses de su nueva estancia en Transilvania, fué á relevar á Reverendo Mr. Akakia que habia sido nombrado enviado extraordinario cerca del príncipe de Transilvania, y siendo llamado á Francia M. Bethuna, el abate Reverendo tomó el mismo camino, llevando consigo á un enviado de los descontentos de Hungría, y algunos jóvenes señores húngaros, cuyos gastos de viaje satisfizo. Al pasar por Polonia tuvo una larga audiencia con el rey en su jardin, y despues atravesó la Polonia, los estados de Brandemburgo, pasó por Hamburgo, por Holanda y por último llegó á Francia. Yendo á la corte, Luis XIV le mandó entrar en su gabinete, en donde le manifestó que estaba sumamenta satisfecho de sus servicios, prometiendo darle pruebas de ello. Poco tiempo despues, encontrándose á las puertas de la muerte el mismo dean de Saint-Cloud, que le habia cedido su beneficio y al que se le habia devuelto, volvió á cedérsele; pero habiendo muerto cuatro dias despues, y no habiendo podido llegar el correo á Roma, la cesion quedó anulada. A fin de reparar este daño, el capítulo de Saint-Cloud eligió á Reverendo el 31 de Enero de 1681, á pesar de no ser más que diácono, dean en propiedad, de cuya dignidad tomó posesion el dia 17 de Febrero siguiente. En el mes de Diciembre del mismo año fué consagrado sacerdote, manifestando sus cofrades que les edificó siempre por la regularidad de su conducta, encantado con la belleza de su imaginacion y talento, é instruido con su profunda erudicion, habiéndoles sido frecuentemente muy útil en sus asuntos temporales por su penetracion y capacidad. Muchas veces fué diputado á Saint-Cloud en Beauce y á otras partes, en que su cabildo era diezmador de gran consideracion, y jamás se le encargó asunto que no terminase con feliz éxito. Llegó su desinterés hasta el punto de donar á su capítulo una parte de su renta, y contribuyó mucho con su discernimiento y bienes á la decoracion del magnífico coro de la iglesia de Saint-Cloud. El 5 de Febrero de 1682 se le concedió un canonicato de esta iglesia en permuta de su capellanía de S. Medardo y de la de Juan Dausque, en la diócesis de Bolonia, y el 22 de Junio de 1697 resignó su deanato y su canongía en Santiago Marpon, mediante una pension de quinientas libras. Desolando la Francia el hambre el año 1694, publicó porcion de memorias para traer trigo de Polonia, y por este importante servicio, y por los que habia hecho

á Francia en Transilvania, se le concedió en 1697 una pension de seiscientas libras. Con esta mediana renta y contento con el descanso que le proporcionaba, se entregó con nuevo entusiasmo al estudio, que fué siempre su pasion favorita. Apasionado particularmente á la filosofía, pero prevenido contra la de Descartes, trató de resucitar la de los antiguos y en especial su física. Quiso penetrar tambien en los secretos de la química, de la filosofía alquímica y de lo que se llamaba la piedra filosofal, y sobre ella escribió dos disertaciones, que no han sido publicadas: compuso una extensa obra sobre el mismo asunto, en forma de conversacion, que se encontró manuscrita entre sus papeles, por la que aparece debió emplear mucho tiempo en averiguaciones más curiosas que útiles frecuentemente. De todos sus trabajos solo son conocidas dos obras: la primera dedicada al Rey, é impresa en 12.° en París, se titula: *La Phisique des anciens*. Creyó el autor á esta Física la más sencilla, fácil y cómoda para conocer los efectos de la naturaleza y descubrir lo que encierra de mayor utilidad y más culto; pero es preciso confesar que si no convienen muchos en esta opinion, en esta obra se encuentra alguna solidez en la mayor parte de sus razonamientos, un estilo natural y fácil que disminuye mucho la aridez y la oscuridad de la materia. Consiste la segunda obra en dos cartas, llenas de erudicion, acerca de *los primeros dioses y reyes del Egipto*, dedicadas á Mr. Herinck, sobrino del obispo de Ivre de este nombre. Estas cartas se han reimpreso en 12.° en 1733, aumentadas con otra sobre la *cronología de los primeros tiempos del diluvio universal*. Habiendo salido esta edicion plagada de faltas, el autor se quejó de esto en una fe de erratas manuscrita de su mano que se ve en muchos ejemplares. Reverendo murió en París el dia 26 de Julio de 1734, á la edad de ochenta y cinco años y seis meses, y su cuerpo fué llevado á la iglesia de Saint-Cloud, segun lo dejó dispuesto en su testamento. Además de su grande obra sobre la filosofía alquímica, dejó manuscrita una historia del conde de Betlem Niklos, célebre transilvano que llevó sus armas hasta el Austria y Bohemia, y cuyas hazañas han sobrepujado á las de muchos valientes campeones que se han agitado en Alemania y en toda la Europa en los tiempos modernos: esta historia es extensa y detallada, y comprende todos los acontecimientos que tuvieron lugar hasta que el abate Reverendo abandonó la Transilvania. En los registros del capítulo de St. Clond se encuentran noticias más detalladas de este celebre dean, al que creemos que la Francia, ó al ménos su rey, no premió tan largamente como merecian los importantes servicios que la hizo con exposicion de su vida, haciendo el papel de un diplomático sabio, entendido, sagaz y atrevido hasta la temeridad. —A. C.

REVERIANO (S.), mártir. El dia 1.° de Junio recuerda la Iglesia católica

á este santo varon y á S. Pablo, y á otros diez que fueron martirizados con él. Reinaba el emperador Aureliano en el imperio de los Césares, al tiempo que Reveriano regia la diócesi de Autun en Francia con el mayor celo, y edificándola con su notable piedad. Asociábase al Santo en sus oraciones y en los actos de caridad, Pablo, presbítero de la misma iglesia, y así vivian haciendo bienes y evitando males muy á contento de sus ovejas, cuando encendiéndose la persecucion contra los cristianos de aquella comarca el año 272 de nuestra era, fueron presos con otros diez cristianos de la misma ciudad, que se distinguian tambien por su piedad y por su virtud cristiana. Instados á que adorasen las monstruosidades del gentilismo si querian conservar sus vidas, el Santo, exhortando á los demás, se negó á ello, y todos persistieron en la fe de Jesucristo con la mayor y más santa resolucion. Exasperados los gentiles al ver un heroismo que no concebian, porque en su religion no cabia tanto valor ni abnegacion de la vida por la creencia, les hicieron degollar, y sus almas volaron muy contentas á la patria celestial, en donde hallaron una vida sin achaques ni fin, y una grandeza sin merma alguna. —B. C.

REVERONY (Santiago). Nació este eclesiástico, llamado tambien Clauzel, en la nacion francesa y su ciudad de Lion, el 12 de Febrero de 1699. Su padre fué el primer comerciante lionés que logró la dignidad de regidor de aquella municipalidad, honor que contribuyó mucho á aumentar su fortuna y á que progresase el comercio en el país. Graduóse Santiago de doctor en la facultad de teología de París, y siendo un gran latino, publicó una disertacion latina dogmática sobre las diferencias de S. Cipriano con el papa S. Esteban, por lo que respecta al bautismo conferido por los herejes. Esta disertacion, que es un tratado místico y disciplinario de mucha consideracion, mereció al autor un breve del Pontífice, dado en Roma á 2 de Enero de 1725; pero sobrevivió poco á este honor, pues que murió en Chalons sobre el Saona el año 1727, de un accidente del que hubiera debido tenerle á salvo su estado de vicario general de la diócesis de Chalons y sus ocupaciones eclesiásticas; se le reventó la escopeta estando cazando, y quedó muerto en el acto. Se conserva de este buen autor latino, segun el abate Pernetti, en sus Lioneses dignos de memoria, una paráfrasis francesa sobre la súplica del rey Manassés, prisionero en Babilonia. — A. C.

REVER (Luis Francisco). Nació en Carentan, diócesis de Coutances, por los años de 1728, de una familia honrada sí, pero no muy adelantada en intereses, por lo cual hubiesen querido que su hijo se hubiera dedicado á algun arte ó á algun trabajo, cuyos productos inmediatamente percibidos pudiesen haber aliviado su situacion, repetimos no muy ventajosa; mas el jóven á ninguno quiso dedicarse, porque conocia no ser para ninguno, y vino á

París á estudios, los cuales hizo en el colegio de Navarra. Desde los primeros momentos demostró un talento muy claro y una aplicacion conforme á su talento; así es que logró distinguirse entre sus compañeros, de manera que él era el primero de todos, y le tenian los demás cierta envidia por su buena capacidad, ó más bien por los adelantos que á efecto de esta hacia. Como era consiguiente, lo primero que estudió fué humanidades, y en ellas se aficionó sobre manera al latin, llegando á poseerle de tal suerte, que le hablaba como el francés, y podia traducir tan correcta y seguidamente como si estuviese escrito en su propio idioma. A hurtadillas y en los ratos que le era permitida alguna recreacion, se iba á la biblioteca de la casa, y ávido de perfeccionarse en la lengua madre de otras muchas, examinaba con atencion los poetas y prosistas mejores, y no como quiera por mera curiosidad, sino con crítica, con juicio, haciendo despues á sus maestros preguntas, y preguntas muy oportunas, en lo cual, como era consiguiente, les daba extraordinario gusto. Despues que las humanidades estudió filosofía, y claro está que este estudio fué el preliminar de la facultad mayor que habia de decidir su estado. Ocupóse con toda atencion y detenimiento en la eleccion de éste, y prévio un maduro exámen, y sin que considerase para nada los adelantos materiales que podria tener en el estado eclesiástico, escogió la carrera de la sagrada teología para cursar sus estudios, y en ella buscar la manera de subsistir. Si grandes habian sido los progresos que hizo en humanidades y en filosofía, mucho mayores fueron los que hizo en teología. Es verdad que aplicacion como la suya tiene muy pocos ejemplos, porque él era una especialidad en todo. Él nunca se dedicaba á las distracciones que son tan naturales en su corta edad, no tenia tampoco ese afan por dormir que tienen todos los jóvenes; en su colegio era el último que se recogia y el primero que se levantaba, y todo el tiempo que no ocupaba ó en sus obligaciones de aula ó de colegio, ó en la oracion mental á que desde luego fué muy dado, lo consagraba al estudio; así es que evacuaba por sí mismo la mayor parte de las citas que traia el texto segun el cual estudiaba, manejaba con gran destreza los Santos Padres y comentaristas de más nota; seguia por la historia la marcha de las herejías, errores y aberraciones, y estaba al pormenor enterado de las vicisitudes por que habia pasado cada tratado de los en que se divide el estudio de la ciencia de Dios para su acertada inteligencia. En la sagrada Escritura adquirió conocimientos nada vulgares, y esto era muy natural; traia siempre entre manos los intérpretes más acreditados; leia con frecuencia las homilías más importantes, y por consiguiente sabia muy bien el sentido y significado de todos los pasajes, pudiendo cuando se ofrecia la ocasion presentar con lucidez un texto perfectamente explicado é interpretado, segun todas las reglas de crítica, en su verdadero sentido,

y pudiendo darle no solo el natural, sino todos los que sabemos tiene la palabra de Dios. Cuando terminaba sus estudios estaba mucho más adelantado que algunos profesores, despues de llevar muchos años de cátedra, y esto era consiguiente á su especial aplicacion, pues ciertamente es muy raro encontrar un jóven tan aplicado, que parecia más bien un anciano cansado ya del mundo y de todas sus cosas, que no un jóven que apénas habia comenzado á vivir, que era la situacion que le convenia por su edad y circunstancias. Los colegios mayores acostumbran tener actos solemnes para terminar el curso, y en ellos se presentan los discípulos más aventajados á desempeñar ejercicios literarios, por los cuales se demuestra la capacidad y adelantos de ellos, y el que estos ejercicios sean más ó ménos brillantes, el que se presenten más ó ménos jóvenes actuando, indica desde luego la aplicacion con que han hecho aquel curso, los esfuerzos de maestros y discípulos; y por consiguiente el crédito del colegio, la valía de sus alumnos. Es indudable que los actos de fin del curso en que concluyó su carrera el Sr. Revers, fueron de los más notables que se han conocido, no solo en aquel distinguido colegio, sino en muchos otros de los más célebres de su época. Fué una gloria para sus maestros los adelantos que demostró este teólogo consumado, y para él una verdadera satisfaccion el haber hecho en poquísimos años lo que á otros ha costado puede decirse que toda su vida. Hubieran con sumo gusto dejado á Luis Francisco Revers como maestro en su colegio, y con muy buen éxito habria podido desempeñar cualquier cátedra, aunque hubiera sido de sagrada teología; pero no era inclinado al magisterio, y si bien por recurso hubiera tomado este cargo y le habria desempeñado bien, dijo á sus mismos maestros que deseaba probar si en otra colocacion podia aclimatarse; lo cual léjos de llevarlo á mal les satisfizo, porque demostraba la franca espontaneidad con que declaró su poca inclinacion á la enseñanza; y no se crea por esto que no respetaba y apreciaba muchísimo á los que estaban dedicados al profesorado, todo al contrario, teniéndoles profundísimo respeto, les prodigaba cuantas atenciones podia y les daba siempre muestras de la mayor deferencia, siquiera no los conociese hasta entónces, ni tuviera de ellos ningun otro antecedente que el haber llegado á saber que eran profesores. La circunstancia de haberse distinguido tanto por su aplicacion en los estudios y por el caudal de ciencia que habia demostrado en todas las ocasiones en que habia habido necesidad de que se pusiese en evidencia, le habian granjeado el aprecio de muchas gentes de gran valía, y entre otras muchas que podriamos citar, el Sr. Fuigni, que acababa de ser nombrado y consagrado obispo de Chalons-sur-Marne en la provincia de Champaña. Claro está que un prelado, y prelado nuevo, necesitaba á su lado un eclesiástico que á su moralidad agregase buena cabeza, prudencia y tino

para dirigir los asuntos de manera que diesen un feliz resultado. Este sujeto que eligió desde luego, fué el Sr. Revers, hombre que desempeñaba su ministerio con mucho acierto, que hacia todo el bien que podia á los fieles con sus importantes y sabias instrucciones desde el púlpito, con sus oportunos y siempre acertados consejos en el confesonario. Muy sensible nos es no poder trasladar textualmente la carta que el Obispo dirigió á Revers cuando le llamó á su lado, pues en ella se hace un cumplido elogio de sus prendas, se enaltecen sus cualidades, y se da una especie de satisfaccion de porqué escogia el prelado á aquel sacerdote de fuera de la diócesis y cuáles eran sus miras acerca de él; documento que por sí solo hace del Sr. Revers el más cumplido elogio, y que, atendiendo al carácter del obispo de Chalons, vale mucho más de lo que parece, pues era hombre severo, rectísimo y muy justificado en sus apreciaciones, de suerte que la que hacia de un modo favorable á un sujeto, podia tenerse por firme y valedera, pues, decimos, no era señor que dijese una cosa por otra. Es imponderable el agasajo y atenciones con que distinguió á este respetable sacerdote desde el momento mismo en que se decidió á ocupar á su lado el importante lugar con que le brindaba, así como tampoco se comprende sino bajo una predileccion especialísima, cómo le alojó en su mismo palacio y le mandó disponer habitaciones tan buenas como la suya, disponiendo que se sentára á su derecha en la mesa, y otros muchos obsequios y deferencias tanto más apreciables, cuanto que procedian de donde procedian. Desde el momento en que Revers estuvo con el Sr. Obispo, no tuvo éste secreto para él, así es que si bien es cierto que Revers no desempeñaba las funciones de secretario, tambien es indudable que con él se consultaban y despachaban todos los asuntos, y no como quiera los más fáciles y corrientes, sino los más árduos, aquellos sobre los cuales era menester tomar una resolucion especial, porque su especial índole lo requeria. El prelado tenia mucho celo por que el culto se diese con el esplendor debido, y comprendiendo muy bien cuán importante es se observe en todas partes la misma ritualidad, y que áun en el exterior se demuestre la unidad católica mediante el que las ceremonias sean todas las mismas, y de igual modo se practiquen los actos religiosos en todas partes, pues que la diferente liturgia, si bien en la esencia nada afecta á esta nota de la Iglesia en la forma, á los ojos de aquellos que apénas conocen las cosas, puede ser un motivo de que digan no será la misma cosa la que no se hace de igual modo; resolvió desde luego, en razon á que el Ritual de diócesis escaseaba, porque sus antecesores habian dejado que se consumiesen las ediciones que de él habia, resolvió hacer nueva impresion y circularla para que todos los párrocos, rectores de iglesias, superiores de casas religiosas y demás á quienes competia pudieran tener noticia exacta de cómo debian hacer-

se las ceremonias y las hicieran desde luego como era debido. Una obra tan importante, si bien no tiene dificultades en el fondo, pues que no es más que la repeticion de lo que ya estaba hecho, con alguna pequeña variacion que haya podido establecerse por la sagrada Congregacion de Ritos ó por algun decreto del Romano Pontífice, ya general para todo el orbe, ya particular para alguna nacion, provincia ó diócesis, necesitaba el cuidado de una persona inteligente que atendiese á su material ejecucion, es decir, que estuviese muy atenta á cómo se imprimia, y áun que redactase aquellas cosas nuevas, ó las dudosas de manera que sin salirse del espíritu de la Iglesia su expresion y explicacion fuese suficientemente clara para que se evitasen las dudas que pudieran surgir y las cuales serían motivo de que ó no se observase lo prescrito ó se observára mal, cuyos casos eran ambos de evitarse, pues que ni en uno ni en otro se lograba el objeto. Al señor Revers fué á quien encomendó el Obispo este trabajo de hacer y corregir el Ritual, dándole además el encargo de extractarle para que pudiese estar, digámoslo así, á la mano, y lo voluminoso de él no pudiera ser un pretexto para su inobservancia. Efectivamente hizo un extracto perfectamente concluido sin que le faltase absolutamente nada, y sin que hubiese tampoco la menor cosa ni de sobra ni repetida, y tanto éste como la impresion del Manual y Ritual se hicieron enteramente conforme á los deseos del prelado. El resúmen se ponia delante, por decirlo así, de cada cosa, así es que más bien parecia la inteligencia de aquello mismo, como efectivamente era, que no una cosa distinta que pudiera inducir variedad en materia tan importante como lo son en verdad las sagradas ceremonias. Hubo de estudiar mucho sobre la materia el distinguido señor Revers, porque á la verdad hizo una obra maestra, y por esto contaban todos que el señor Obispo le nombraria maestro de sagradas ceremonias en su diócesis, y su visitador para celar sobre el ejercicio de esto mismo que mandaba, porque apénas impreso el Ritual se remitió á todos los superiores de iglesias, tanto regulares como seculares, advirtiéndoles su Ilustrísima en una muy bien dictada pastoral su deseo de que desde luego estableciesen en sus diócesis con el mayor esmero la práctica de las sagradas ceremonias, y conminándoles con las penas canónicas para el sensible caso en que las infringiesen. Esta notable circular, muy erudita por cierto, y en la cual se confirmaba con autoridades enteramente irrecusables el dictámen del Ilmo. Obispo, fué obra del señor Revers, que trató como era consiguiente de esmerarse, siquiera porque habia de llevar el nombre del prelado. Una de las cosas que más demuestran las buenas condiciones de nuestro sábio Revers es que el haber él escrito la pastoral no excitase ningun afecto desagradable en el secretario del cámara del Sr. Obispo que es el que parecia deber haber hecho esto, pero tan feliz resultado

se debió á que con gran tino y con un espíritu verdaderamente conciliador, Revers hizo notar esto mismo al prelado, y tanto éste como aquel convinieron con el secretario en que ya por dar en la circular ó pastoral una idea del trabajo literario y litúrgico á que iba unida, ya por evitar al secretario la molestia de haber de estudiarle él para emitir su dictámen, habia parecido más conveniente que la hiciera Revers, salvando siempre el que quien por derecho, digámoslo así, debió disponerla fué el secretario, y autorizándola y remitiéndola él como era debido, por manera que mucho tiempo despues fué cuando se supo que no habia sido trabajo suyo, y se supo de buena manera, pues que él mismo fué quien lo manifestó para dar á Revers un testimonio de la grande estima en que le tenia y que ciertamente es esto una prueba de grande afecto de parte del secretario, como de gran tino y talento de parte del escritor, pues hasta ahora bajo sola esta consideracion podemos mirar al sapientísimo Revers. Muy poco tiempo despues de haberse dado el Ritual y la magnífica pastoral que le acompañaba, vacó una canongía en la catedral de Chalons, cuya provision se empeñó el Obispo en que se hiciera en tan esclarecido varon, y ciertamente lo merecia, pues reuniendo conocimientos vastísimos á una prudencia muy grande, y teniendo como tenia la confianza tan omnímoda del prelado, nada más justo que el que con esta prebenda eclesiástica tuviesen alguna aunque ligera recompensa los eminentes servicios que á la iglesia de Chalons habia prestado, áun cuando el prestarlos habia sido por corresponder á las distinciones y deferencias con que le habia tratado su celoso prelado. Algunos creyeron que el cabildo no se llevaria bien con este nuevo prebendado, ó más bien que sus condiciones especiales, ese favor con que le trataba el prelado, la gran confianza que ambos se tenian como que comian á una misma mesa y dormian bajo un mismo techo, seria quizás motivo de que el canónigo se envalantonára, digámoslo así, y su trato un tanto desviado hubiese excitado de parte de sus compañeros alguna que otra quisquilla siempre desagradable cuando se trata de personas como deben de ser los que se hallan constituidos en estas altas dignidades de la Iglesia. Mas se llevaron un solemne chasco los que tan ligeramente juzgaron al canónigo Revers. Habia muy pocos ejemplos de un amigo y compañero tan fiel como lo era este señor tan apreciable. Desde el momento mismo en que tomó posesion manifestó á sus compañeros su vivo deseo de complacer á todos y á cada uno, advirtiéndoles que él, dispuestísimo para todo, en nada se meteria si no se le excitaba, pero que nada le molestaba, porque en todas y cada una de las cosas que pudieran ocurrir él no veia otra cosa que la mayor gloria de Dios y servicio de los fieles, en lo que decia relacion al ejercicio de su ministerio, y el complacer ó servir á un compañero en las otras cosas que pudiéramos llamar interiores. Así fué

que desde luego se granjeó las simpatías de todos, absolutamente de todos, y no podia ménos de ser así; ellos veian en él un hombre atento, fino, amable, bondadoso, que nunca se salia de su esfera, que nunca hacia ostentacion del valimiento que podia presumir con el Obispo, que si alguna vez lo hacia era para favorecer á alguno que pudiese necesitar de su recomendacion ó para evitar algun mal, ó para procurarle algun bien; en la asistencia al coro y demás ocupaciones de su prebenda era puntualísimo, nunca se negó ni lo llevó á mal el levantar cargas por sus compañeros, ya fuera que se lo encomendasen amistosamente, ya que por turno le correspondiera cuando tenian la poca atencion de no avisar. Además de lo que habia de hacer por obligacion, era muy constante en la asistencia al confesonario, y todos los dias despues del coro recibia en un lugar que para esto habia destinado, á cuantos se le acercaban para consultarle algunas cosas ó para dirigirle preguntas, ya sobre su facultad, ya sobre cualquier otro asunto. Tenia además siempre abierto el bolsillo para los pobres y dispuesto en toda hora á hacer cuanto bien estaba á su alcance, nunca se le vió rehusar el hacerle por las molestias que muchas veces son consiguientes al ejercicio de la caridad, y todas estas cosas las hacia con tanta espontaneidad, con tan buen semblante siempre y sin que nunca se notára en él la más pequeña violencia. Con tales condiciones era, como no podia ménos, querido de sus superiores, tratado con suma confianza por sus iguales, respetado y servido con esmero por sus inferiores, y apetecida de todos la ocasion de tratar al apreciable canónigo Luis Francisco Revers. Producia esto un efecto mucho más favorable para él, porque por lo comun los que llegan á lograr el favor de un prelado y luego entran en su cabildo, no suelen ser los mejores en él, ni tratan á sus compañeros con decoro, ni suelen concurrir como es debido al desempeño de su obligacion, pretextando siempre ocupaciones ó comisiones que muchas veces ni el Obispo ha imaginado siquiera el confiarles, y se dan un tono, una importancia que empalaga, porque hace ver una pobreza de imaginacion sensible en personas que al cabo y al fin ocupan en la Iglesia de Dios un lugar preferente. Como en Revers no hubo sino motivos de complacerse en él, fué esto tambien causa de mayor aprecio, no solo para él, sino para el Obispo, pues que el único nombramiento que hizo de canónigo, fué el de éste, que tan apreciable era por sus prendas. Ayudaba mucho al Obispo en el gobierno de su diócesis, si bien no tenia cargo ni representacion oficial alguna, porque el Obispo le consultaba para todo, habiéndose hecho acreedor á esta tan omnímoda confianza por la misma razon de que nunca abusó de su posicion ni mucho ménos, ántes se contuvo siempre dentro de los límites de la prudencia, y en todas las ocasiones fué preciso excitarle y alentarle para que manifestára su opinion en vez de tenerle que

imponer silencio. Es verdad que todo esto procedia de que Revers habia sabido aprovecharse de cuanto se le habia puesto por delante, es decir, la finura, escogidos modales, y delicado trato de las personas principales con quienes habia estado en relaciones, se le habian pegado y no se le conocia en manera alguna que habia sido educado como pobre. En 1781, y despues de repetidisimas instancias por parte del gobierno, y repetidos ruegos de parte del Rey, que queria con verdadero deseo tener á su lado como arzobispo de Paris al muy respetable Monseñor de Juigni, fué éste llevado á la silla arzobispal de la capital del reino, y como por fuerza colocado en ella por unos medios inexcusables como lo era el de que la Santa Sede se lo mandase terminantemente. El obispo de Chalons tenia mucho afecto á su iglesia, y hubiera querido permanecer en ella hasta concluir allí sus dias, y ya que esto no le era posible, porque para determinarse á lo otro, es decir, á ir á Paris, no fué su voluntad quien le guió, sino la voluntad de sus legítimos superiores, que creyendo que la traslacion convenia al mejor servicio de Dios y de la Iglesia, la hicieron sin contar con él, y como muchos saben, contra su voluntad, hubiera querido, ya que no podia quedarse con sus queridos los de Chalons, al ménos dejarles en su confidente un fiel custodio del buen gobierno que en su diócesis estableciera, y un vigilante atalaya que en cualquier circunstancia le noticiase lo que pudiera convenir al bien de sus queridos diocesanos, para procurarlo, ya por su autoridad, ya por sus influencias, pues que en uno y otro concepto podia prometerse muchisimo, en razon á que sus condiciones eran favorables para cualesquiera cosa, y esa misma instancia de parte del Rey para llevarle á su lado, y teniéndole cerca, aprovecharse de sus excelentes dotes, como que le garantia el éxito en todo y por todo cuanto procurase, pues era muy seguro que nunca procuraria cosa que no tendiera al mejor servicio de Dios y á la mayor prosperidad de la Iglesia, no en los intereses materiales, pues estos no le llamaban la atencion, sino en los muy interesantes del espíritu, para fomentar los cuales todo esfuerzo le parecia poco, todo empeño lo creia insuficiente. Mas su ida á Paris parecia requeria una persona de su confianza que estuviese á su lado, pues que real y verdaderamente él no tenia de quien echar mano en aquella nueva iglesia. Verdad es que sujetos de mucha capacidad y de buenas condiciones habia en aquel respetable cabildo, pero todos, absolutamente todos, eran desconocidos para el Sr. Obispo, pues que ocupado como lo estuvo siempre en el cuidado y administracion de su diócesis, nunca se ocupó de más, sino solo de adquirir noticias de los clérigos de su diócesis, por lo que le importaba el que fuesen buenos y nada más, pues que decia que cada prelado era bien que tuviese cuenta con sus clérigos como con sus fieles, por cuyo motivo no sabia lo más mínimo acerca del

personal á cuyo frente iba á ponerse, y no quiso pedir noticias por dos razones: primera, porque era muy expuesto á que no se las diesen exactas, y segunda, porque parecia como una especie de espionaje el que el prelado ántes de ir á su diócesis comenzase averiguaciones, que por más que se hicieron en secreto, no podian ménos de ser notadas y áun tildadas, y hasta cierto punto con razon. Por estos motivos tan justos como poderosos se llevó consigo al canónigo Revers, y como la ausencia de éste fuese por precision más larga que lo que los cánones permiten para que se cumpla la residencia, hubo de renunciar la prebenda con grandísimo sentimiento de todos, hasta de los capitulares, que ciertamente habian de extrañar mucho á cualquier otro compañero que les viniera, porque era poco ménos que imposible el que fuese de la erudicion y condiciones del Sr. Revers, así que hicieron por concederle permiso ó ampliacion del tiempo de su recreacion, y áun le aconsejaron excusarle la asistencia como si estuviera enfermo; pero á ninguna de estas cosas accedió, sino que renunciando enteramente su prebenda, se vino á Paris al lado del prelado. No estuvo mucho tiempo sin beneficio eclesiástico, pues que habiendo vacado una canongía en S. Honorato, el Arzobispo la proveyó en él como era consiguiente, ya por sus méritos anteriores, y porque habia renunciado la de Chalons para venirse á su lado, ya tambien porque hasta para el decoro del mismo Arzobispo y para tener más libertad para confiar cargos y dar comisiones al Sr. Revers, era muy conveniente que perteneciera á su cabildo, pues que al cabo y al fin como eclesiástico particular, si bien colmado de méritos y títulos que le hacian acreedor á cuantas distinciones hubiese querido concederle su prelado, parecia como que al dárselas á él rebajaba algun tanto el mérito de los capitulares, pudiéndose decir no hay uno de quien valerse, y lo hace de este forastero, lo que ni agradaba al prelado, ni estaba tampoco en su carácter formal, recto y delicado en gran manera. Constituido ya Revers en posicion adecuada para desempeñar cualquier cargo, vino prontamente una ocasion en que se le confió uno muy importante, que el Obispo quiso que desempeñase él solo, pero que él mismo creyó más prudente que se hiciera por una comision para evitar habladurías, que no temia tanto por lo que decian relacion á él mismo, cuanto por lo que pudieran afectar al Sr. Obispo, pues que si bien es cierto que en órden al trabajo Revers solo hubiese llevado toda la culpa á que pudiera haber ocasion, lo que hace á la oportunidad y demás, siempre se hubiese hecho mucho cargo al Obispo; y el canónigo, que no rehusaba la que á él atañia, no consintió en lo que decia relacion al prelado; tanto más, cuanto que de lo que se trataba era de una reforma de ritual, semejante á la que se habia hecho en Chalons, reforma necesaria, convenientísima, pero que no podia convenir á ciertas y determinadas personas, que

conviniendo con las doctrinas de Jansenio, veian destruidos los fundamentos de su error, en la claridad con que se establecian los puntos litúrgicos y dogmáticos que dicen relacion á la administracion de los sacramentos. Por todas estas consideraciones el canónigo Revers dijo al Arzobispo su señor, que sin rehusar su trabajo, ántes por el contrario, aceptándole y aceptando desde luego toda la parte molesta de tan honrosa comision, nombrára algunos otros sugetos que dieran su nombre para este trabajo, y que ilustrando con sus conocimientos y opiniones á aquel distinguido varon, pudiesen hacerle rectificarlas en lo que estuviese equivocado, y el resultado final fuese el acierto completo en la obra, del cual habia de resultar necesariamente el crédito de la comision que la habia hecho, y del prelado que con tanto acierto habia dispuesto se hiciera. Dos hombres eminentes fueron los que se asociaron á Revers para llevar á cabo tan importante obra, el abate Phukett, doctor de la Sorbona, hombre de una reputacion tan acreditada como merecida; hombre que habia sido siempre el primero en cuantos ejercicios literarios se habian ofrecido en su época, y que solo con indicarse hacia temblar, digámoslo así, á cuantos tenian necesidad de tantear su suficiencia, y el Sr. Charlier, que habia sido catedrático en el seminario de S. Sulpicio, y entónces era secretario general del arzobispado y bibliotecario mayor de la gran biblioteca del Arzobispo, hombre que ningun dia pasaba sin hacer algun nuevo estudio, y que en el conocimiento histórico y cronológico de las cosas era una de las personas más reputadas, no solo en Francia, sino en todo el mundo, pues que al mundo todo llega la noticia de las eminencias literarias de cada época. El nombramiento de esta comision, que parece una cosa indiferente, fué sin embargo una de las pruebas más claras del buen juicio y del deseo eficaz del Obispo de que esta fuese una cosa perfectamente hecha, pues supo conciliar además de que las personas fuesen de las primeras capacidades, el que fuesen libres y sin relaciones entre sí que pudieran ponerlas en compromiso, y de tal energía unos y otros, que pudieran bien haber debatido hasta la conviccion el punto en que no hubiesen estado conformes. Desde que se reunieron por primera vez para emprender el importante trabajo que se les confiaba, resolvieron que fuese Revers quien lo ejecutára materialmente, sin dejar de auxiliarle con sus profundos conocimientos, sin que en la série de conferencias que necesariamente hubo de haber para terminar tan interesante obra, se notára el menor desacuerdo entre sus autores. Por fin en 1785 apareció su obra bajo el título de *Pastorale Parisiense*; aprobada por el Arzobispo, ó más bien apropiándose el Arzobispo la responsabilidad de ella, y dando las más terminantes órdenes para que se pusiese desde luego en ejercicio lo que ella prescribia, que era en efecto lo que dicho por la Iglesia en las distintas ocasiones en que se ha

reunido en asambleas, ya particulares, ya generales, no puede ménos de ser verdad infalible, como dictada por Dios, que no puede engañarse ni engañarnos. No pudiendo los enemigos de la fe sufrir que se hiciese esta manifestacion de la verdad católica, tan explícita, tan conforme á la misma catolicidad, y que era el sentimiento comun del pueblo, cuyo sentimiento ellos querian neutralizar sin reparar en los medios que para ello pusieron en práctica, trataron de causar al Obispo y á los que mediaron en esta importante obra todo el perjuicio que les fué posible. Comenzaron por decir que se habian introducido fórmulas nuevas para la administracion de los sacramentos, y que se habia por consiguiente adulterado lo que constantemente habia venido siendo la fe y práctica de los respetables antepasados que en todo habian tenido un acierto que no se les podia conceder á los presentes; siguieron á estas inculpaciones atroces, porque decian que el Obispo, dejándose llevar de las sugestiones de tres personas, acerca de cada una de las cuales tambien tenian algo que murmurar, habia puesto en evidencia á la metrópoli de Paris, dando con esto que decir á todos sobre su conducta que por otros conceptos era intachable. Despues por medio de la prensa se hicieron impugnaciones anticatólicas á esta obra tan conveniente como bien fundada. Muchos fueron los que escribieron en contra, aunque todos ellos de ninguna autoridad, pues que si bien es cierto que alguno estaba revestido de la dignidad episcopal, fué de aquellos obispos que la historia ha consignado con el nombre de constitucionales, y que en el cisma que sostuvo Francia en los fines del siglo pasado llenaron á la Iglesia de desconsuelo y amargura, al propio tiempo que prelados tan fieles y tan católicos como monseñor Juigni la consolaban grandemente con su adhesion á la confesion de la verdadera fe y por su firmeza en sostenerla íntegra, á pesar de los esfuerzos que la impiedad y el libertinaje vienen haciendo de mucho tiempo para destruir en el mundo el imperio de la verdad, y sostener el imperio del error; empresa temeraria que no llevarán á cabo, por más que parezca avanzan mucho en su torcido sendero. Pero dejemos estas consideraciones que surgen naturalmente á la simple enunciacion, y veamos el curso de los sucesos. La obra de Revers fué acusada por Mr. Roberto de S. Vicente, miembro del gran Consejo, y éste en audiencia de 19 de Diciembre de 1786 tomó contra el prelado que la suscribió, y los eclesiásticos que la hicieron, resolucion que no se llevó á cabo, porque el dedo de Dios estaba allí, y la obra se habia hecho para su gloria, y no podia ser otra cosa sino que á su gloria misma fuese encaminada y tan feliz término tuviese. Algunos católicos de la misma cámara tomaron de su cuenta la defensa del escrito y del acto del Sr. Arzobispo, como muy propio y adecuado al ejercicio de su ministerio pastoral, y no lograron nada contra S. E. ni contra Revers y sus compañe-

ros. Triunfó, pues, la verdad del error, y Revers obtuvo gran lauro, porque al fin se persuadieron todos de que la obra que se le encomendó habia sido hecha con acierto, y que Revers era sin disputa el sugeto más á propósito para tal asunto. El Sr. Arzobispo que, como hemos dicho, apreciaba grandemente á Revers, sintió mucho los disgustos que el importante cargo que le confió le proporcionára, y sea por esto, ó sea porque avanzando la revolucion ya el Sr. Arzobispo vió coartadas sus atribuciones hasta el extremo de tener que emigrar con todos los demás prelados católicos, es lo cierto que Revers no volvió á ponerse en evidencia, si bien siguió prestando cuantos auxilios pudo á su prelado, á su iglesia, á sus compañeros, á los fieles y á cuantos de sus auxilios pudieron tener necesidad. Setenta años fueron la vida de este distinguido eclesiástico, y en ellos supo acreditar siempre la firmeza de su fe, fundada primero en la palabra de Dios, y despues en los grandes conocimientos que la ciencia le habia suministrado, y un deseo nunca satisfecho de trabajar en favor de los fieles por cuantos medios estaban á su alcance. Por manera que correspondiendo á tan excelentes prendas un afecto entrañable de parte de sus superiores, un cariño extraordinario de sus iguales y sumo respeto, pero afectuoso, de sus inferiores, los últimos dias de Revers pudieron darle esa plena satisfaccion que proporciona el bien obrar. Así que al llamarle el Señor para sí en Marzo de 1798, una tranquilidad grande de espíritu con un fervoroso anhelo por ir á Dios, y el recibir los auxilios espirituales con toda la devocion que le fué posible, y que encantó á cuantos le vieron, fueron las pruebas que en lo humano podemos tener de que este esclarecido canónigo pasó de esta á mejor vida. Despues de su muerte, y acaso para dar una prueba del gran aprecio en que le tenia su apasionado amigo el abate Charlier, publicó una obra suya titulada: *Poema de la Religion, escrito por Racine el jóven, y traducido en verso latino.* La obra es muy buena en el fondo y en la forma, la version hecha con gran exactitud y anotada con erudicion, pero indudablemente no estaba concluida, porque ha salido con erratas muy notables, con equivocaciones que si no en el fondo al ménos en la forma hacen aparecer como no muy limada la obra del gran Revers, lo cual es muy sensible, si bien se comprende fácilmente que esto ha sido por no poder él mismo darla, digámoslo así, la última mano. A pesar de todo, en este como en los demás escritos suyos acreditó Luis Francisco Revers que era tan buen escritor como excelente sacerdote y honrado ciudadano.—G. R.

REVERSEY (Urbano). Este chantre de la iglesia de Sens en el siglo XVI, fué obispo titular de Bethlem, cuya silla está en Clamecy, en el Nivernés, pero de la jurisdiccion del obispo de Auxerre en lo espiritual. Ocupaba Reversey esta silla en 1558. Escribió en latin la historia de los arzobispos de

Sens, que solo se conoce por una cita de Pithou, en sus *Notas sobre las capitulaciones de los reyes de Francia*. Sábese por esta cita, tomada de la historia de Urbano de Reversey, que solo fué un poco tiempo el que obtuvo Luis XII, rey de Francia, de los obispos, se le cantase el antiguo *Oh salutaris hostia*, á la elevacion en las misas canonicales, para oponerle á las oraciones del papa Julio II que injuriaban á la Francia. En el *Mercurio de Francia* del mes de Enero de 1722 hay una carta de M. le Beuf, canónigo de Auxerre, sobre Chameci y Bethlem, que puede consultar el que desee más noticias de este prelado. —C.

REVERTA (P. Gerónimo), de la Compañía de Jesus. Era de nacion milanés, de casa patricia; entró en la Compañía el año 1611, y pasados todos sus estudios con aprovechamiento y otras ocupaciones propias de su juventud, santamente ejecutadas con edificacion universal, consagrado á Dios en la profesion de cuatro votos que hizo en el año 1646, coronó los ejemplos de sus virtudes con el efectivo viaje de las Indias, adonde á consecuencia de sus reiteradas súplicas, le destinó el Padre General, aplicándole á la provincia del Paraguay. Era en toda la provincia de Milan notorio el celo que le abrasaba de la salud de las almas; y asi se juzgó natural esta determinacion á este fuego tan voraz, que no le parecia bastante materia, ni suficiente espacio toda la Europa para abrasarla en el amor de Dios como deseaba y como ardientemente solicitaba: para desahogo de estos deseos vehementes pretendió con el mayor calor las misiones de Indias, donde la materia era abundante, y la multitud de gentiles pedia semejantes operarios. Emprendió el viaje, llegó á Cádiz, y aquí, como si el destino no fuera bastante mérito, logró el edificar á todos sus compañeros en continuados actos y el ejercicio de todas las virtudes, animando al viaje y avivando el celo, ya en horas repetidas de oracion en la Iglesia, ya en humildes y exteriores ejercicios en servicio de la casa; fué muy notado, que habiendo en el colegio varios sujetos mozos de su misma mision, á todos excusaba el trabajo de leer en el refectorio, y tomó esta ocupacion como muy propia, haciéndola continua; este reparo ocasionó en alguno la curiosidad de saber el motivo, y á muy poca observacion le halló, y que la humildad era capa de una muy rigida y larga abstinencia, porque comiendo despues de todos, cuando no habia nadie en el refectorio, tenia libertad de apresurar su comida, no tomando casi nada de lo que le ponian y de lo que á todos se daba, siendo tan parco, que notado con atencion, parecia imposible que tan escaso alimento bastase para mantenerle y reparar las pérdidas de su naturaleza. De este modo vivia muy gustoso, cuando á la vista del cumplimiento de sus deberes, señalado dia para pasar á bordo, y pronto todo para hacerse á la vela, llegó una órden muy rigurosa y apremiante de la corte para que no se embarcase

ninguno de los misioneros que no fuesen españoles. Este golpe dado á su ardiente celo lo sintió y afligió hasta el último extremo, pero rehaciéndose de aquella primera impresion, su gran conformidad y su resignacion á la voluntad divina fué tan sincera, que no dió á conocer más sentimiento que aquel que era preciso para la edificacion y el ejemplo. Escribió aquel contratiempo y desgracia al Padre General, suplicándole que ya que Dios, por su oculta providencia, habia impedido la mision al Paraguay, su paternidad la conmutase en alguna otra mision de Europa, en que no se presentasen obstáculos á su celo y deseo por nacionales ó extranjeros. El General precisamente en aquella ocasion se hallaba necesitado de sujetos de espíritu y de voluntad religiosa para que pasasen á Córcega, donde existian muy pocos en el colegio de la Bastia, y el obispo y gobernador pedian muchos para las misiones de la isla, necesitada de este cultivo. Aprovechando aquella coyuntura, mandó el General al P. Gerónimo pasase á Córcega, destinado expresamente á recorrer la isla en misiones. Lo bien que cumplió y desempeñó este ministerio lo prueba el efecto, pues el gobernador de la isla y el Sr. Obispo fiaron sus conciencias al P. Reverta, acompañado de dicho prelado, y visitando todo el obispado, parándose su Ilustrísima en cada lugar todo el tiempo que el Padre necesitaba para su mision, y las muchas confesiones que por su fruto lograba: el cansancio le llegó á rendir, y para proporcionarle algun reposo se le encargó el gobierno del colegio de la Bastia, y acabado su trienio, fué por operarios á Génova; en esta ciudad permanecia incansable en su nueva ocupacion, cuando empezó la epidemia, y al punto, postrado á los pies del P. Prepósito, pidió, lloró, suplicó é instó para que le permitiese dedicarse al servicio de los enfermos; aún no se habia declarado ni desarrollado completamente la peste; pero la república, por sus diputados de sanidad, de comun y acertado acuerdo, dispusieron fuera de la ciudad un lazareto, para que separados y aislados los enfermos no acabasen de inficionar el aire, y á continuacion pidieron, á fin de tener dada la principal providencia, al P. Preposito, la diese sujetos para que asistiesen á los enfermos en lo espiritual, y como ya estaba prevenido de las instancias del P. Gerónimo, le dió licencia para que viviese y se encerrase en el lazareto. Es sabido generalmente lo muy expuesto que es en semejantes ocasiones encerrarse de hecho en un hospital, sin dar tiempo ni espacio á que un aire ménos inficionado y de más pureza refrigere algo la sangre; este peligro se vió efectuado hasta el estrago en el P. Gerónimo, porque declarada la peste y á pesar de haber abandonado el vestido regular de paño, reemplazándole con una mala sotana de holandilla, por estar reconocida la lana como muy conductora de los miasmas pestilentes, conservándolos mucho tiempo entre los intersticios de su tejido; á pesar de esta y otras pre-

cauciones, bien fuese por la accion del aire enrarecido y pestilente, ya por el continuo contacto con los enfermos, ó ya por el excesivo trabajo que gastaba sus fuerzas, mayormente siendo solo para toda asistencia espiritual y muchísimos los enfermos, lo cierto es que todas estas causas ó algunas de ellas le rindieron y obligaron á guardar cama, en la que solo descansó, despues de muy arraigado el padecimiento, sin poder prudentemente respirar ni tener esperanza, ni saber cómo se explicó con su nuevo compañero, pidiéndole acudiese al colegio para que algun sacerdote viniese á confesarle, ayudándole y auxiliándole para bien morir. El compañero le insinuó que en aquellos tan críticos lances debia acudirse al cielo por misericordia, cuando en el mundo faltaba la esperanza; que hiciese alguna promesa ó voto á su santo Padre, implorándole á ver si por su mediacion conseguia la salud: *Eso no*, replicó el P. Gerónimo, *yo di á Dios mi vida cuando me dediqué á este santo empleo; no tengo de volver á pedir á Dios lo que con gran voluntad le he dado*; y con este acto heróico de resignacion, expresando repetidas veces lo gustoso que moria víctima de la caridad, se extinguió aquella luz, dejando gran resplandor de virtudes y ejemplos, en el 17 de Junio del año de 1657. Fué universalmente sentida su muerte, principalmente en el colegio, donde habian tenido frecuentes ocasiones de apreciar sus relevantes méritos y su gran fondo de virtudes principalmente en la caridad y humildad. Su gran falta se hizo sentir al momento, pues su celo y prodigiosa actividad le tenian constantemente á la presencia de todos, siendo sus auxilios muy á tiempo, prontos y eficaces para la salvacion de las almas. —A. L.

REVES (D. Mario Antonio Serveto de), canónigo de Villanueva de Sixena. Fué recibido en el colegio mayor de Santiago de Huesca en 24 de Junio de 1575, y su rector en el siguiente, siendo doctor en derechos y catedrático de cánones de la universidad de esta ciudad. Tambien obtuvo una canongía en la Seo de Zaragoza en 1579, y el oficialato principal de su arzobispado. El rey D. Felipe II le presentó en la abadía de Montaragon en 30 de Setiembre de 1586, y de ella tomó posesion en 18 de Mayo de 1587, y recibió la bendicion en la Seo de Zaragoza por mano de su arzobispo D. Andrés Cabrera de Bobadilla. Gobernó su iglesia con celo y discrecion, y empleado en defenderla, murió en Zaragoza en 26 de Noviembre de 1598. Yace en Montaragon en el entierro de los abades. Escribió: *Memorias canónico-legales en favor de los derechos de la referida su iglesia, y sobre su establecimiento y último estado despues de la desmembracion de sus rentas en* 1578. Tambien trabajó otros papeles. Tratan de este abad, Carrillo, *Historia de S. Valer.*, pág. 407; y Aynsa, *Hist. de Huesca*, pág. 464, col. I, y página 470; nombrando en la 651, col. II, al doctor D. Pedro Antonio de Reves, deudo suyo, electo obispo de Albarracin en 1596. — L. y O.

REVIGNY (Santiago de), obispo de Verdun, nació á últimos del año 1230, en Revigny, pequeña ciudad de la antigua Lorena, en el Ornain, á algunas leguas N. O. de Bar-le-Duc. Revigny, canton en la actualidad del departamento del Mosa, es llamado algunas veces Ruvigny, pero hay diferencias todavía mucho mayores entre los diversos nombres de Santiago, llamado por unos *Jacobus de Ravenna*, ó *Ravennas*, ó *Ravenninus*; por otros de *Ravanis*, ó de *Ravano*, y por otro de *Arena*, lo que ha dado lugar á confundirle con un *Jacobo de Arena*, que era de Pauna ó de Pavía. En los signos ó abreviaciones de los glosadores lleva con bastante frecuencia el nombre de *Jac. Lotha*, es decir, Jacobo de Lorena. Los viajes y la larga morada que hizo en Italia Santiago de Revigny, unidos á la semejanza de este nombre con el que se daba entónces á los habitantes de Ravenna (*i Ravignani*) pueden explicar cómo se le ha llamado con tanta frecuencia Santiago de Rávena, sin que sea necesario suponer, como se ha hecho, no solo que habia enseñado en la escuela de derecho de esta ciudad, lo que no se puede asegurar, sino que habia enseñado por largo tiempo y con reputacion. Parece al ménos que Santiago de Revigny, cuya familia, juventud y primeros trabajos nos son desconocidos, no tardó en distinguirse entre aquellos hombres de la Iglesia, que se entregaban entónces con tanto ardor y buenos resultados al estudio del derecho. Despues de haber estado en Bolonia, el discípulo de Santiago Balduini, que lo habia sido á su vez del célebre Azo, fué contado tambien en el número de sus maestros. Su nombre, recomendable principalmente por la aplicacion más ó ménos feliz que se atrevió á hacer uno de los primeros en sus lecciones de las formas de la dialéctica escolástica á la jurisprudencia canónica y civil, llegó hasta el Mediodía de la Francia, pues se supone que despues de haber enseñado quizá en Orleans, fué encargado hácia 1270 de enseñar el derecho en la universidad de Tolosa, que acababa de fundarse en 1228, ó poco tiempo despues. Un hecho singular, el único que se nos ha trasmitido sobre su profesorado en esta ciudad, y que refieren otros á Santiago de Arena, es contado tambien por Bayle, que le tomó de Bartolo: «Francisco Accurre enseñaba en Tolosa, y se vió un dia muy embarazado al explicar la materia de los intereses. Santiago de Ravena, uno de los jurisconsultos más doctos de su época, se habia deslizado de *incógnito* entre los oyentes, figurando ser un estúdiante, y le hizo algunas objeciones que quedaron sin una respuesta satisfactoria.» En esta relacion de Bayle hay algunas ligeras inexactitudes que no habia cometido Pasquier, y se han aclarado por Joly en los términos siguientes: «Hablando con exactitud, no puede decirse que Francisco, hijo de Accurre, haya enseñado en Tolosa. Es cierto que al pasar por esta ciudad, donde residió por algun tiempo, explicó en público algunas leyes, de la misma manera

que el presidente Ferrier, siendo embajador en Venecia, iba algunas veces, dice Brantome, á dar lecciones públicas á las escuelas de Padua. Santiago no se mezcló entre los oyentes, fingiéndose estudiante, pues era profesor en Tolosa, y si se hallaba de *incógnito* en aquella asamblea, no fué mas que por Francisco, hijo de Accurre; prueba indudable de que estos dos profesores no eran colegas, y que por consecuencia Francisco no era profesor en Tolosa. El hecho fué referido en Bolonia en 1300 por Pedro de Belleperche, testigo ocular, que pasando entónces por esta ciudad, explicó la misma ley sobre la que Jacobo de Rávena, su profesor, habia objetado á Francisco, hijo de Accurre, en Tolosa. Se encontrarán todos estos detalles en Bartolo, *in leg. unic. Cod. de Sententiis quæ, pro eo quod interest, proferuntur.*» Las fechas señaladas por Joly para la vida de Francisco, hijo de Accurre, hacen suponer con verosimilitud que pasó por Tolosa hácia el año 1275. El P. Vaissete adópta el pretendido profesorado en Tolosa, y le pone sin decir el motivo en 1227; pero Sarti prueba tambien que el jurisconsulto italiano no hizo más que pasar por Langüedoc cuando partió de Bolonia el 1274 para Inglaterra. Pedro de Belleperche, discípulo á la sazon de Santiago de Revigni, murió en 1308, siendo obispo de Auxerre y canciller de Francia. Otra relacion que debemos á este ilustre discípulo, y que se refiere seguramente á Santiago de Revigni, no á Santiago Balduini de Bolonia como lo ha creido, siguiendo á otros muchos, Mr. de Savigny, á pesar de una excelente disertacion de Sarti sobre esta semejanza de nombre, manifiesta la opinion que se habia formado Pedro de Belleperche del ardor con que luchaba su maestro con las cuestiones espinosas del derecho romano; pasó, dice, toda una noche sin dormir delante del altar de la Vírgen para obtener por su intercesion la solucion de una antinomia que habia encontrado dificultad en explicar el mismo Accurre. Se trataba del título de las Pandectas *Qui satisdare cogantur*, de que parece haberse ocupado en efecto particularmente, si se juzga por algunos fragmentos inéditos que es permitido atribuirle. La antinomia, segun el autor que nos trasmite este acto de curiosidad y devocion, fué resuelta ántes de concluirse la noche. Parece que Santiago no abandonó á Tolosa más que para ir á Roma á desempeñar las funciones de auditor de la Rota, de donde fué promovido al obispado de Verdun por el papa Nicolao IV, convencido sin duda de que las turbaciones que agitaban hacia mucho tiempo á estas diócesis, y que habian impedido desde 1286 dar un sucesor á Enrique de Grandsow, serian apaciguadas con más facilidad por un obispo oriundo del país. En la bula publicada en Rieti, el 31 de Agosto de 1289, para la institucion de los comisarios encargados de reformar la órden de Cluni, Jacobo de Revigni, que se hallaba á la sazon en el mismo Cluni, es designado con el título de obispo electo de Verdun. Entró en posesion al año siguiente, con

la autorizacion de Rodolfo de Hapsoburg, y recibió la investidura imperial en el mismo año. Las turbaciones que habian obligado al mismo cabildo, coartado en el ejercicio de su derecho de eleccion por el odio de los partidos, á implorar la alta decision de la Sede Apostólica, tenian por principal orígen la oposicion continua de los ciudadanos á la jurisdiccion del Obispo, oposicion de que muchos grandes comunes de Francia daban entónces ejemplo: á esta causa de discordia se unia en el mismo seno de la autoridad eclesiástica otro pretexto de resistencia, que creaba otra dificultad para el Obispo. Habiendo concedido el Papa al rey Felipe el Hermoso un nuevo impuesto sobre los beneficios, el clero de Verdun se negaba á pagarle, diciendo no pertenecia al clero de Francia, sino que era habitante del territorio del imperio. Este último obstáculo fué vencido con facilidad por un Obispo que acababa de merecer tan grande prueba de confianza de la Santa Sede, y que debia ser sostenido por el poder imperial, armado en aquel tiempo en particular contra los lazos de la Francia; un breve fechado en Orvieto el 10 de Octubre de 1290 declaró que el clero de Verdun no se hallaba comprendido en el indulto pontificio. Pero la verdadera dificultad de su administracion, la que encontraba á cada momento en la mala voluntad de los ciudadanos y de los magistrados de Verdun, no era tan difícil de vencer. Así despues de muchos actos de poca importancia, como la confirmacion de la cesion hecha al cabildo por la abadesa y las religiosas de S. Mauro, del derecho de nombrar en la iglesia parroquial de Abbeville, como la consagracion del altar de la iglesia de Avocourt, y el permiso concedido en 1292 á algunas mujeres de Verdun de erigir en un arrabal un oratorio donde pudiesen vivir léjos del siglo, adoptando la regla de los hermanos menores, que las fué enseñada por tres hermanas urbanistas de Metz, además de otros actos que tienen un carácter un tanto político, como el homenaje que recibió en 1294 de Juan, conde de Rez, y de Folmar, abad de Tholey, y el sello que puso en el mes de Junio de 1296 á las cartas por las que Alejandro Dampierre se reconocia vasallo de Enrique, conde de Bar; le vemos obligado para defender su jurisdiccion temporal contra sus diocesanos á recurrir á los rayos espirituales de Bonifacio VIII, que le autoriza á lanzar sobre los rebeldes la censura y el entredicho. La lucha se hace cada vez más violenta, el Obispo parte para Roma, donde espera encontrar nuevas armas, pero cae enfermo en Florencia en los últimos meses del año de 1296. Las obras de Santiago Revigni sobre el derecho parecen haber sido tan superiores como célebres. Trithemio le atribuye nueve libros sobre el Código; veinticuatro sobre la primera parte del Digesto; doce sobre el *Digestum novum*; catorce sobre el Inforciato, es decir, para el total del Digesto otros tantos libros como el texto mismo, y además disertaciones sobre diferentes asuntos,

Disputationes variæ. Si se une á esta enumeracion, fundada á lo que parece en una tradicion segura, otros dos comentarios de Santiago de Revigni, el uno que vendian ó prestaban los libreros de Bolonia sobre las Institutas, el otro sobre las Auténticas, conservado en Madrid, se ve que habia comentado todo el cuerpo del derecho romano. Habia compuesto tambien un compendio de los feudos, *Compendium feudorum* ó *Summa de feudis*, y una obra á que habia dado, segun se dice, este arrogante título : *Lumen ad revelationem gentium*, que era un diccionario que puede merecer en efecto ser distinguido con esta pomposa hipérbole, y debió ser acogido por los estudiantes al ménos con reconocimiento, pues era, segun el testimonio de Diplovatazio, el primer diccionario de derecho que se conoció. Mr. Savigny le atribuye tambien un tratado *de Positionibus*, que parece pertenecer á Jacobo de Arena. Podria creerse que es preciso añadir á esta lista el manuscrito indicado por Montfaucon bajo este título : *Jacobi de Ravenna quæsita epistola*. Pero los *dictamina* ó modelos de cartas, que contienen doce hojas de este manuscrito del siglo XIV, en 8.°, de la Biblioteca Real de Francia, y que se hallan á continuacion de la obra del maestro Guido Faba, *Summa dictaminis*, no parecen pertenecer á Santiago de Revigni, á pesar de la semejanza del nombre. El título de la primera página se halla concebido en los términos siguientes : *In nomine Domini. Amen. Hæc est quædam epistola de curtisia quæsita, à quodam canonico magistro Jacobo de Ravenna*; en lo que se conoce el orígen de la falsa indicacion hecha por Montfaucon. La última fórmula epistolar lleva por título: *De amico ad amicum pro aliquo adjutorio*. Es un amigo que pide á otro un caballo prestado para ir á Roma. Algunos autores han hablado ya de muchos manuales de este género, pero nos parece se han apresurado en demasía al poner bajo el nombre de Guido, canciller de la iglesia de Noyon, una de estas colecciones elementales, que podia ser de otro redactor y áun de Guido Faba. Los italianos tenian muchas semejantes; se ha citado con frecuencia el de Florentino Buoncompagno, escrito á principios del siglo XIII. Las diferentes obras que no pueden negarse á Santiago de Revigni parece que han quedado todas inéditas hasta el presente. Mr. de Savigny confiesa que no vió más que un pequeño número de fragmentos, citados por otros interpretes de derecho ó aparecidos en algunos manuscritos. Muchos comentarios de Santiago de Lorena y de su discípulo Pedro de Belleperche, obispo de Auxerre y canciller de Francia, estaban reunidos, segun Casimiro Oudin, en un manuscrito de la abadía de S. Victor, que se ha buscado en vano. Se cita uno conservado en Madrid con este título: *Jacobus Ravennius, Lecturæ super lib. Authenticam*. En la Biblioteca real de Paris hay un manuscrito en fólio, en pergamino, letra del siglo XIV, que entre otros muchos comentarios reunidos á los de Pedro Belle-

perche, contiene con solo el título de *Dominus Jacobus* en el epígrafe, las *Repetitiones super Digesto veteri et super Codice*. Nada importa que una gran parte al ménos de estos extractos, que ocupaban sesenta y una hojas á dos columnas, de sesenta á ochenta líneas, y que se hallan interrumpidas de tiempo en tiempo por algunos claros, proceden originariamente de las lecciones ó áun de los escritos del jurisconsulto lorenés. Estos fragmentos comienzan por las palabras *ex hoc jure gentium*, y por largas reflexiones sobre el derecho de gentes. Pero en el curso de la composicion se encuentra á cada momento mezclada la jurisprudencia canónica, como puede presumirse, con los principios y el lenguaje del antiguo derecho romano. La rubrica, *Causa quæ fit cum monacho*, se halla precedida y seguida de discusiones enteramente profanas. Aunque la mayor parte de estos comentarios pueden pertenecer á Santiago de Revigni, se le atribuyen sin embargo con más certidumbre los que terminan con esta firma. *Ja. de Re.* ó *Ja. de Ra.* Cita él mismo algunas veces entre otros glosadores á su contemporáneo Juan de Blanasque, y á su antiguo maestro Santiago Balduini, que designa por *dominus meus*, *dominus Jocobus de Bonania*, aunque no era el primer Santiago Balduini de Bolonia, apellidado *Jacobus de porta Ravennate*. Dedúcese de aquí, y esta es una observacion que no hacemos sin inquietud, cuán fácil es confundir todos estos nombres. No nos atreveriamos á decir, si en estas enormes glosas hay alguna que recuerde el carácter propio del comentador célebre por largo tiempo por haber sido uno de los primeros que intentaron esparcir sobre las dificultades del derecho las luces ó las tinieblas de la argumentacion escolástica, y otro testimonio que le da tambien Cino de Pistoya, que no habia en el mundo adversario más enérgico ni más sutil; tambien creemos haber esparcido por todas partes un lujo bastante grande de divisiones regulares; pero no nos hallamos ménos inclinados á pensar que un juez más competente que nosotros, y que ha debido leer con más atencion lo que ha encontrado en estos fragmentos, Mr. de Savigni, no se haya engañado, cuando no ha reconocido nada que los distinguiese de los escritos del mismo tiempo y de la misma época. Es preciso pues, atenerse á la autoridad de los que han podido oir á este ilustre maestro y aprovecharse de sus lecciones, como Pedro de Belleperche, Cino, Juan de Andrés, Alberico, Bartolo, ó de aquellos que han seguido una tradicion bastante fresca todavía y no ménos viva de sus buenos resultados en la exposicion y discusion de los textos, como Diplovatazio, Caccialupi, Trithemio, ó de aquellos que no trasmitiéndonos más que un eco más lejano y más débil de esta antigua gloria, no hablan sin embargo más que con una especie de respeto fundada en la confianza que les inspira la admiracion de los contemporáneos; tales son los historiadores de derecho Forster, Pancirolo, Taisand,

Terrason, Sarti y Savigny. Hemos observado ya, y tendremos que observar todavía, este destino comun á muchos hombres célebres en la teología, la medicina y la jurisprudencia, que han hecho ciertamente mucho por la instruccion de su siglo y áun por los progresos de la ciencia, pero cuya enseñanza, por falta de haber sido perpetuada en los escritos que han continuado llevando su nombre, ha acabado por perderse y confundirse con las obras de sus discípulos.—S. B.

REVOCADA (Sta.). Esta gloriosa española es una de las heroinas que engrandecen en el cielo á nuestra patria, y que figuran en el catálogo copiosísimo de las mujeres que acreditaron que el bello sexo en nuestro país sale de su natural timidez cuando ve atacados los sacrosantos derechos de la religion y el honor de la patria. En estos dos casos nuestras mujeres son verdaderas heroinas, que nada temen y que se lanzan al combate con el mayor valor, sin que haya fuerza humana que las detenga; y el que quiera convencerse de esta verdad, que abra las páginas de la historia de nuestra religion, y las hallará plagadas de santas que arrostraron el peligro y se presentaron al martirio con ánimo esforzado por defender la fe de Jesucristo, y las de nuestra historia nacional, y encontrará escuadrones de matronas, que presentaron sus pechos á los más terribles enemigos en defensa de los patrios lares, y que pusieron muy alto con su patriotismo y valor el pabellon nacional: Sagunto, Numancia, Astapa y tantas de nuestras antiguas ciudades, Zaragoza, Gerona, Madrid y otras en los tiempos modernos, pueden responder de nuestro aserto en elogio de nuestras mujeres, siempre admiradas del extranjero por su heroismo á la par que por su gracia, donaire y belleza. Julio Minervo, prefecto romano de Asturias, fué un tirano perseguidor de los cristianos de aquella comarca, siempre católica, y siempre enemiga del gentilismo como lo fué despues del mahometismo. Y sabiendo que Sta. Revocada ejercitaba las prácticas cristianas é inducia á sus compatriotas á aborrecer los ídolos, la hizo prender en union de los santos Teófilo y Saturnino, que imitaban su ejemplo. Eran estos tres santos discípulos aventajadísimos de S. Segundo, digno obispo de Braga y naturales ú oriundos de Viana. Procuró en un principio el bárbaro prefecto atraer al gentilismo á Revocada; pero como esta con arrogancia española y con la modestia y virtud de una santa despreciase sus caricias y sus amenazas, viendo que tampoco pudo convencer á sus compañeros, los mandó aplicar los tormentos más terribles, y en ellos murieron martirizados, alabando al Señor, el dia 6 de Febrero en que los recuerda la Iglesia, del año 240 de nuestra era, en que subieron al cielo sus benditas almas.—B. S. C.

REVOCATO (S.), mártir. Hallamos en los anales de la Iglesia recuerdo de este santo el dia 9 de Enero, en union de sus compañeros de suplicio

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

los santos Vidal y Fortunato. Dicen los autores modernos que hacen mencion de este santo y sus compañeros, que se han perdido las actas y que solo se sabe que fueron Revocato y Fortunato diáconos de la iglesia de Esmirna, y Vidal obispo de la misma, y que los tres murieron en los primeros siglos del cristianismo dando sus vidas por Jesucristo. — B. C.

REVOL (Luis de). Nació en la Rameliere del Delfinado. Fué doctor de la Sorbona, prior de Villiers y de Montiliers. Era sobrino de Luis Revol, secretario de estado de Enrique III, y de Antonio de Revol, obispo de Dol. Floreció por su talento en el siglo XVII. Habiéndose aplicado á la poesía desde su juventud, publicó muchas piezas poéticas, y despues sus tesis teológicas. Dedicado á la predicacion, fué muy aplaudido en su época y tenido por uno de los mejores oradores sagrados de su tiempo, siendo muy respetado por los sabios de su país y por algunos de los más notables literatos extranjeros. — C.

REY (Fr. Bonifacio Cortés del). De los ilustres aragoneses D. Valerio Cortés del Rey, y Doña Isabel Paula Martinez, habitantes de la parroquia de la Seo de Zaragoza, capital del reino de Aragon, nació este religioso en la misma ciudad el año de 1612. Las buenas costumbres de sus piadosos padres se imprimieron de tal modo en el tierno corazon de Bonifacio, que desde sus primeros años se encontró dispuesto á servir á Dios solo, abandonando los halagos con que pretendia arrastrarle el mundo á sus devaneos y vanidades. Conociendo que cuanto los hombres tienen por grande y magnífico fuera de Dios, y cuanto á este Señor se dirige, no es más que polvo y humo que se esparce y disipa al menor soplo de viento, determinó buscar la verdadera grandeza en el claustro, y por lo tanto abrazó la regla de S. Agustin, vistiendo el hábito de la observancia en el convento de la misma ciudad, lo que tuvo lugar el dia 5 de Octubre de 1632. Dice Latasa que su observancia religiosa y aprovechamiento en las ciencias fueron muy conocidas, y que se distinguió especialmente en la historia y en la literatura. Obtuvo el grado de presentado, y nombrado por dos veces prior del convento de los Arcos de Costea, fabricó en su iglesia la sacristía, y la capilla y retablo de la devota imágen de Jesucristo que se venera en aquel sitio, cuya traslacion celebró el año 1655. Obtuvo tambien los honores de protonotario apostolico, los de cronista de su provincia de Aragon, y el cargo de elector en el capítulo general de la Orden que se celebró en Roma el año 1645, con la calidad de discreto. No sabemos si á instancias suyas, ó en virtud de obediencia, pasó á América el año 1569, en cuya parte del mundo dejó bien puesto el pabellon español y con honra la bandera de su Orden, tanto por su piedad y virtudes, cuanto por lo bien que supo llenar su mision. Volvió á España á dar sin duda cuenta de su cometido, ó á tomar

nuevas instrucciones, pero cuando se disponia para volver al Nuevo Mundo, no quiso Dios que volviera á salir de su patria sino para la eterna, y le llamó á juicio el dia 2 de Junio de 1675. De este celebre agústino quedaron muchos escritos, que acreditan su saber y erudicion, entre los que aparecen como principales los siguientes, que tomamos de Latasa que hace mencion muy honrosa de este religioso en su Biblioteca Aragonesa. *Clarísimo lucero para los espirituales y contemplativos*, que dedicó al marqués de Aytona; Zaragoza, 1662, en 8.°—*Política religiosa. Luz clara para los prelados en su gobierno;* Zaragoza, 1665, en 8.°—*Parte primera del curioso Escaparate de las virtudes, en la palestra de los interlocutores Eteocles y Policene, hermanos. Al muy ilustre señor de Exea y Descartin, del Consejo de S. M. Juez de Enquestas de Aragon;* Zaragoza, 1668, en 8.°—*Nobiliario genealógico desde Noe, por la línea de Dárdano, hasta Cárlos II, rey de las Españas; y por la de Caribanto continuada hasta Narnes Cortés, rey de Lombardía, y Corteses del reino de Aragon. Dedícolo al sargento mayor Valerio Cortés del Rey;* Méjico, 1670, en 8.°; y reimpreso con los escudos de armas de este linaje en la misma ciudad, tambien en 8.°, en 1797. Dice en la dedicatoria de este libro que las noticias que en él se dan se debieron al bisabuelo del referido caballero, el esclarecido varon D. Juan Cortés del Rey, Consejero Imperial Lateranense, y Conde Palatino del emperador Maximiliano de Austria. «En esta obra, dice Latasa, parece que su ingenio tomó partido con la historia;» y nosotros creemos que tambien entraria por algo el deseo de engrandecer la familia Cortés y Rey, que era su apellido, curiosidad muy comun á los hombres de todas condiciones, por humildes que sean, para saber el orígen de que proceden.—*Escuela de las verdades de la muerte. A Santo Tomás de Villanueva y Sta. Rita de Casia*; Zaragoza, 1667, en 4.°: se conoce que Rey fué muy devoto de estos dos santos.—*Sentido acomodaticio;* obra curiosa segun el cronista Jordan en su historia.—*Novela ejemplar*: nada nos dice sobre esta obra Latasa más que citarla.—*Historia de los conventos de los ermitaños de la órden de S. Agustin, del reino de Aragon, desde el año de 1542, ó estado de su reforma*: esta obra quedó manuscrita á la muerte del P. Rey, y se conservó en su convento con el título de *Crónica de los conventos de la Orden de S. Agustin del reino de Aragon*, códice en fólio, dedicado al R. P. M. Fr. Gines Silvestre, prior provincial de Aragon. El citado cronista Jordan y Nicolás Antonio en su *Bibliotheca nova Hisp.* estan muy faltos de noticias de este religioso, así como de Valerio Cortés del Rey, ciudadano de Zaragoza, no teniéndolas de la casa de campo que este último tenia el año 1627, en la que asegura Latasa tenia una estatua bellísima en mármol de la diosa Flora, hallada en la fabricacion de los graneros de la misma casa frente al colegio que fué de los Jesuitas. En mu-

chos otros escritores, y en la obra *Triunfos y antigüedades de Zaragoza*, se dan noticias del P. Reyes.—B. C.

REY (Dr. D. Francisco). Fué este eclesiástico español natural de Mentuy, en la diócesis de Urgel y corregimiento de Talarn. Hecho sacerdote, fué nombrado párroco de Buccenitterga de Agramunt, en el arciprestazgo de Ager, en cuyo cargo fué un pastor ejemplar y celoso del bien de las almas. Publicó en catalan una obra titulada: *Pláticas sobre los Evangelios de todos los domingos y fiestas anuales, sacadas y escogidas de varios autores, que para comodidad de los párrocos y utilidad espiritual de sus feligreses da á luz el Dr. Francisco Rey.* Aun cuando en esta obra no se dice el año de la impresion, y si solo que se verificó en Barcelona en la librería de Cárlos Gibert y Tutó, se sabe se hizo el año 1800 ántes de la guerra de la Independencia, durante la cual murió el autor el año 1810. La obra consta de dos tomos en 4.° y parécenos, como al erudito Amat, que debemos copiar para conocimiento de nuestros lectores las dignísimas cláusulas siguientes del prólogo, escrito en catalan como toda la obra. «Las doy á la luz pública por dos motivos. El uno para comodidad de los párrocos que podrán servirse de ellas... Sé que hay escritos muchos sermones sobre los evangelios de los domingos y fiestas, de los que pueden valerse los párrocos para guiar á sus feligreses; pero no ignoro que algunos de ellos, y tal vez la mayor parte, pertenecen á autores extranjeros que refieren textos é historias de su país, que no harán impresion, ó al ménos tanta, en nuestros paisanos como las que se refieren á nuestra patria. Cada nacion tiene sus vicios particulares, y las obras que escriben los autores de un país para reprimir los vicios que dominan en él, no servirán tanto para aquellos pueblos en que aquellos vicios no imperan, y en el que tal vez haya otros más perniciosos contra los que deba clamarse con doble empeño. El otro motivo es la utilidad de los feligreses... Muy notable y sensible es la falta que tenemos de libros espirituales, devotos y de buenas costumbres escritos en lengua catalana; pues que á excepcion de los *Exercici del Christia*, *Foment de Pietat* y de algunos otros pocos, todos los demás que se usan en esta provincia estan escritos en lengua extranjera, y principalmente en la castellana; y como esta no la entienden más que los catalanes instruidos, los demás áun cuando sepan leer, encuentran muy pocos libros de que puedan aprovecharse.» Vése en este prospecto, al paso que la piedad y buena intencion de este virtuoso sacerdote, que nuestra lengua castellana, lenguaje óficial de toda España, era muy poco conocida á principios de este siglo en Cataluña, y que áun por los catalanes ilustrados como el Dr. Rey se la consideraba extranjera, lo que por fin movió al gobierno á no permitir se enseñe en las escuelas de Cataluña más que el castellano, ni otro lenguaje oficial que este idioma, con lo que se ha conseguido al fin que

hoy hablen ó al ménos entiendan el castellano todos los catalanes.—B. C.

REY ó REGIUS (Juan Domingo). Este esclarecido varon, cuyo verdadero apellido es Rey, á pesar de que para latinizarlo la historia le haya muchas veces hecho llamar Regius, fué oriundo de una familia muy distinguida de un pueblecito próximo á Tolosa, donde hizo todos sus estudios con grande aplauso y con muchísimo provecho, habiendo ingresado en la esclarecida órden de Sto. Domingo cuando apénas tendria diez y seis años. Desde el primer momento dió muestras, además de un ingenio clarísimo, de querer aspirar á una virtud nada vulgar, y esto no por presuncion ni jactancia sino solo porque encontró que esta era la única manera de corresponder bien y fielmente á las gracias y dignaciones del Señor. Muchísimo aprovechaba en los estudios y mucho esperaban de él los superiores, de tal suerte que á todos pareció conveniente el que se le hiciera subir cuanto ántes á las órdenes sagradas, para que de esa manera en el desempeño de sus importantísimos cargos prestára á la Orden y á los fieles en general el auxilio que no podia ménos de esperarse de sus disposiciones las más ventajosas que darse puede. Llegó en efecto al alto puesto de sacerdote, cuando aún no habia cumplido la edad, porque obtuvo la necesaria dispensa atendidas sus especiales circunstancias, y á muy poco tiempo fué condecorado con el distinguido y muy honroso título de doctor, lo cual le puso en aptitud para desempeñar el sublime cargo del magisterio, como lo hizo con universal aplauso á la corta edad de veinticinco años. Esta precocidad llamaba la atencion de todos, y todos querian utilizarla de alguna manera, siendo la opinion general que á tan distinguido jóven debian conferírsele cargos de gobierno para experimentarle en esta línea; pues si llegaba á probar, era una verdadera adquisicion un prelado de tan poca edad, que teniendo para gobernar la debida energía, es indudable que podria hacer mucho en favor de sus súbditos, tanto más cuanto en Rey se reunian otras muchas circunstancias á cual más favorables. En una asamblea general de la Orden se consultó si podria, atendidas las especiales circunstancias que concurrian en nuestro jóven, dispensársele la edad para poner á su cargo algun priorato y ver cómo lo desempeñaba, y la reunion opinó que podria hacerse este ensayo con el sujeto que nos ocupa, pero sin ejemplar, es decir que esta conducta de ninguna manera pudiese servir de regla para lo sucesivo; por lo cual como por via de ensayo se le confió en 1625 el gobierno de la Casa de Montepesulano. Desempeñólo admirablemente, de modo que más bien que jóven que por su edad no podia tener gran experiencia parecia un prelado encanecido en el gobierno; reprimiendo el vigor de sus años juveniles con la mesura debida á la alta posicion que se le hacia ocupar, y demostrando en la práctica que la conviccion y el deseo de cumplir bien y fielmente el cometido que uno toma

á su cargo; así como el ánsia de llevar á todos sus súbditos por el camino de su propia felicidad, son móviles que conducen con toda seguridad al apetecido término de una dicha verdadera y positiva, no en lo material, sino en lo eterno donde el bien es tan apetecible. Al ver los superiores que el ensayo habia salido tan bien, y luego que hubo cumplido su trienio en el anteriormente dicho convento, lo llevaron á París, y allí tambien se portó como lo habia hecho en su anterior destino. Hubo de trabajar más en París, porque la índole de una capital tan importante lo requiere; sin embargo, lo hizo con tanto gusto como provecho; porque veia en sus desvelos el camino de la dicha para sus hermanos, que ansiaban el que el superior les alentase y les diese ejemplo; lo cual á la verdad hacia á las mil maravillas nuestro distinguido P. Rey. Tambien de su conducta en París quedaron los superiores tan satisfechos, que no quisieron dejarle descansar despues que concluyó este segundo trienio, sino que lo llevaron á Bourges y luego á Tolosa, donde tuvo que estar seis años, porque á pesar de sus esfuerzos no pudo lograr el éxito apetecido en solo un trienio. Cada vez se acreditaba más, por lo mismo que las casas adonde iba necesitaban mayores reformas, y él las emprendia con entera buena fe, bajo los mejores auspicios, porque nunca previno desfavorablemente á nadie que le vió y con un celo y desinterés como ninguno. Muy satisfecho estaba en los últimos meses de su segundo trienio de Tolosa, porque le habian asegurado que ya no seria prior por más tiempo; pero no contaba con que podia muy bien suceder, como en efecto sucedió, que le quitáran de encima aquella carga, mas no para aliviarle, sino para imponerle otra de más peso. En efecto, atendidas sus excelentes prendas y siempre recomendables circunstancias, fué por dos veces elegido vicario de la provincia de S. Luis, cuyo cargo desempeñó admirablemente. Por supuesto que no escaseaba molestias de su parte, como no las habia escaseado cuando habia sido prior; y tenia la más viva complacencia en proporcionar á sus queridos hermanos alguna ventaja; por lo cual tanto en las visitas que hacia por razon de su importante destino, como en las demás maneras que estaban en su mano, facilitaba cuanto podia el bien de su querida y especialmente respetada Orden, acerca de cuyo esplendor y brillo todo le parecia poco, encaminando siempre sus desvelos á que sus hermanos todos fuesen perfectos y áun santos, para que así la diesen más esplendor. Tanto en los diversos prioratos que desempeñó, como en el difícil cargo en cuyo ejercicio le consideramos, supo captarse la benevolencia de todos, de tal suerte, que cuando la necesidad ó conveniencia le imponia la precision de alejarse de una casa, y preveian sus alumnos que podria ser para no volver á verle más, se llenaban de un vivo sentimiento, y un verdadero desconsuelo les embargaba, porque conocian con razon cuán difícil es encontrar un superior de

condiciones como las de nuestro jóven, que á la verdad lo era por el tiempo, pero por lo demás provecto y muy provecto en todas sus cosas, que parecian obra de una madurez extraordinaria, aunque eran parto de imaginacion tan jóven. Supo tambien conciliar con sumo tino y acierto, durante la última época de su provincialato, á muchos de los conventos de su dependencia entre los cuales habia desavenencias, que si bien eran de muy poco momento, porque no tenian fundamento grave, podian ser de consecuencias porque hacian que cada cual entrase en comparaciones siempre ofensivas y en que no queda del todo bien parada la caridad, afecto y mutua consideracion que deben tener en todo unos hermanos con otros. Sin duda por lo acertado que demostró ser su gobierno en los diferentes y difíciles cargos que obtuvo, y por justa deferencia que los príncipes y obispo de Tolosa le guardaban por sus relevantes prendas, obtuvo con aprobacion pontificia el importante cargo de inquisidor general, sin que por esto dejára el de provincial de su Orden; y hemos de decir en honor de la verdad, que si méritos contrajo en su sagrada órden de Predicadores, no fueron menores los que contrajo en la Iglesia universal en el desempeño de su importante ministerio de defensor de la integridad de la fe. Su tino delicadísimo y su acierto extraordinario, tanto para averiguar las cosas como para procurar su remedio, le hicieron lograr resultados que en hecho de verdad no se esperaban; así como la justa consideracion con que trataba á los que tenian la fragilidad de cometer algun desliz, pecado ó delito por el cual hubieran de ser juzgados en su santo tribunal, daba por resultado el que se hacian confesiones sinceras, conversiones muy verdaderas, y se retraian muchos públicamente de sus errores y absurdos, con mucha más facilidad que cuando otras personas no ménos respetables que el P. Rey desempeñaban su cargo bajo otro sistema, digámoslo así, y haciendo que el rigor fuese su único elemento de gobierno. Apreciadísimo, pues, y bienquisto de todos estaba el Provincial inquisidor, y ambos cargos los cumplia muy á satisfaccion de todos, y bajo las prescripciones de la más estricta justicia, de la más recta severidad en los principios, pero con la posible tolerancia acerca de los individuos. Como padre le consideraban todos los dominicos, y como amigo mejor que no como juez le veian los que habian de tener algun asunto en el tribunal de la Fe; mas Dios y su recompensa le aguardaban seguramente, porque la recompensa de Dios es el premio de los que se portan tan bien como nuestro P. Rey. El tanto como religioso cuanto como superior y hombre público, obraba con entera rectitud, y esto sin duda fué el fundamento de la paz suma é indecible quietud con que vió acabarse sus dias en el año 1663, en que Tolosa, al pie de su tumba, dió testimonio del extraordinario afecto que le merecia un hombre que á la verdad atesoraba prendas y reunia circunstancias por las cuales

era altamente apreciable. Dejó escrita una preciosa obra, que es gran lástima no haya visto la luz pública y cuyo manuscrito está en la biblioteca de su convento de Tolosa, y fué la que tituló: *Meditaciones para los domingos y fiestas del año*; opúsculo preciosísimo, porque sacado, digámoslo así, el jugo de las grandes verdades que los libros santos ponen á nuestra consideracion, vienen á dar en muy breves palabras abundantísima doctrina; y es en un estilo tan llano y comprensible que el más rudo sacaria de él provecho. Escribió tambien una disertacion apologética del misterio de la Concepcion, tanto más admirable cuanto que en su época se agitaba muchísimo la cuestion de tan importante dogma. Este se imprimió repetidas veces y sirvió de mucho para acreditar al imparcial P. Juan Domingo Rey ó Regius. — G. R.

REY (Fr. Leonardo del), religioso franciscano de la provincia de S. Juan Bautista. Fué este religioso natural de Alaquaz, lugar distante una legua de Valencia, donde se crió como en lugar corto con algun descuido en la buena educacion, siendo tan bullicioso é inquieto que era temido de todos los de su edad. Su padre, que era cirujano, le enseñó algo de la facultad, hasta que llegado á la juventud y habiendo mejorado algo de costumbres, halló oportunidad de estudiar en Valencia en compañia de un siervo de Dios llamado D. Alonso Lopez, que estudiaba tambien entónces, y fué despues un varon apostólico y grande obrero de la viña del Señor. No tardó Leonardo en abrazar de todo corazon la vida que le propuso su compañero, y teniendo noticia de una casa donde habian vivido unas mujeres de mundo, le dijo D. Alonso: «Esta que ha sido hasta ahora casa del demonio y de la torpeza y lascivia, de aquí en adelante hemos de procurar sea casa de Dios, de oracion y de penitencia: y así alquilándola desde luego, hicieron en ella una vida admirable. Repartian la noche por cuentos, de manera que miéntras descansaba el uno, estuviese el otro en oracion, y terminando las horas que le tocaban, despertaba al compañero para que no cesase aquel sacrificio de tanta suavidad para Dios, y como de altares olorosos y puros subiese de sus corazones inflamados en el amor de Dios el incienso de sus oraciones. Empleaban tambien parte de la noche en ejercicios de mortificacion, y el dia en la iglesia, en la universidad y estudio, sin perder un instante de tiempo. Por lo comun su comida solo consistia en pan y su bebida en agua; su traje era muy humilde y honesto; su compostura, mortificacion y silencio como de hombres muertos al mundo; su abstraccion y retiro de las criaturas, como de varones que vivian en Dios. Cambió de tal manera este nuevo método de vida el carácter de Leonardo, que siendo naturalmente despierto y vivo, y tan entendido que no habia cosa que no penetrase, llegó á hacerse tan cándido y puro que parecia no haber pecado Adan en él, ni haber heredado la malicia del siglo, y quien no le conociera atribuiria á falta de ta-

lento tanta sencillez y pureza. Hablando de esto en una ocasion con el venerable P. D. Felipe Pesantes, con quien tuvo algunas relaciones y le habia conocido desde su niñez, aseguraba haber sido una de las conversiones más prodigiosas que habia hecho el Señor, y lo fundó en algunos hechos, siendo uno de ellos que habiendo leido en un libro la palabra *vanagloria*, é ignorando lo que significase, se lo preguntó á su compañero, quien admirado de su grande inocencia, le dijo que en otra ocasion le satisfaria; lo que hizo, segun dice la Crónica, del modo siguiente: «Ofreciéndose ir de Valencia á Torrente, púsose D. Alonso á caballo é hizo á su compañero Leonardo subir á las ancas, y viniendo así hasta cerca del pueblo, á la entrada de él, apeóse el dicho D. Alonso, y dijole se pusiese delante; y entrando así por mitad del lugar, preguntóle despues qué habia sentido al pasar por el pueblo!—Sentí, dijo, un gozo y contento allá en lo interior de que me viese en mejor lugar.—Esa pues, Leonardo, es la vanagloria, que no conocemos trayéndola con nosotros siempre.» Habiendo estado algun tiempo en compañía de este siervo de Dios y estudiado gramática, le llamó Dios á la religion descalza de S. Francisco, y pidió el hábito en el convento de S. Juan de la Ribera, y habiéndole admitido en él, dió durante su noviciado singulares muestras de virtud; pero manifestó al mismo tiempo tanta simplicidad, que pareciéndoles á algunos religiosos ser falta de aptitud, prevaleció esta opinion y faltó poco para que le quitasen el hábito. Pero el V. P. Fr. Antonio Sobrino, teniendo quizá alguna revelacion de lo perfecto que habia de ser en la religion al que así desechaban, representó á la comunidad, que no todos debian ser á propósito para unos mismos cargos, pues unos servian para predicadores, otros para confesores, algunos para prelados, y otros por último sencillos y míseros para santos, de los que confiaba ser uno Fr. Leonardo. Las razones de los varones cuerdos suelen tener algo de profecía, como sucedió en esta ocasion, pues habiendo profesado el siervo de Dios Fr. Leonardo en la Religion Seráfica, la observó con tanta perfeccion hasta el fin de su vida, que asegura la Crónica: «que si por esto alguno es digno y merecedor de que la piedad le estime por santo, ninguno de piadoso sentir podia excluirse de esta opinion. Y la prueba más calificada es el testimonio de él mismo, que confesándose para morir, dijo que en cuanto él alcanzaba desde que tenia nuestro santo hábito no habia cometido pecado mortal, y la profesion de nuestra evangélica vida, por la grandeza de acto tan heróico y la abundante gracia que á él se consigue, es una regeneracion espiritual y nuevo bautismo, bien se puede decir que desde que este religioso nació, hablando del vivir segundo de la religion, conservó la inocencia. No es esto lo más, sino que despues en otra ocasion, diciéndole el guardian que se reconciliase si tenia algo que le diese pena, él le respondió: Hermano guardian, de

toda mi vida no me remuerde la conciencia que haya hecho pecado mortal á sabiendas.» Llevó hasta el último extremo el cumplimiento del voto de castidad, no siendo menor en el de la pobreza: «pues á no profesarla el fraile menor en el grado último que la profesa, y que ningun extremo lo es respecto de la obligacion que tiene de seguir las pisadas é imitar los ejemplos de Cristo nuestro redentor, pudiera notarse de inmoderada, singular é indiscreta la pobreza de este santo varon.» El sencillo hábito que siempre llevaba, sin que se pusiese túnica, aunque helase é hiciese mucho frio, era de lo más ordinario y áspero, y cuanto más lo era, le agradaba más pareciéndole más regalado y suave, y cuando le decian que iban á darle vestido nuevo, temblaba; y habiéndole obligado el guardian poco tiempo ántes de morir á que tomase un hábito nuevo, por ser muy viejo el que llevaba, lo sintió de tal manera que no habia quien le consolase; y habiendo mandado á los coristas que se le cosieran, él se le quitó y cosió en menos de un cuarto de hora, llenándole de manchas y haciendo otros extremos que manifiestan su gran deseo de huir todo lo que pudiese lisonjear el amor propio. Cuando murió, solo se halló en su celda este hábito, un pañuelo, que era un pedazo de sayal, una cruz de palo, una estampa de papel y dos pares de anteojos en una mala caja, que eran tan viejos que para que se tuviesen los cristales estaban cubiertos de cera. Lo mismo le sucedia con todo lo demás que necesitaba usar; distinguiéndose de manera en la virtud de la pobreza, que afirman los que le conocieron no haber otro que le igualase en este punto. A esta virtud puede agregarse la grande abstinencia en que se ejercitó toda su vida, pues exceptuando los dos últimos años en que el prelado, por su mucha edad y grandes achaques, le mandó comer carne, nunca miéntras fué religioso comió otra cosa que un plato de sopas, sin otra sustancia que un poco de agua caliente en que las remojaba, y esto de veinticuatro en veinticuatro horas, porque nunca cenaba, diciendo que en el no cenar habia un tesoro escondido por lo dispuesto que se hallaba el cuerpo para la oracion. Era tan grande el rigor que observaba que habiendo ido diez ó doce años á hacer la postulacion al lugar de Pego, nunca le vieron entrar en casa alguna, ni áun á la del hermano, á comer algo ó beber agua. Fué muy templado en la bebida, tomando solo un poco de vino muy aguado, y solia mortificarse tanto para sufrir la sed, que le dijo en una ocasion á un religioso no habia bebido ni agua ni vino en cuatro ó cinco meses, y que lo hubiera hecho por más tiempo á no haberle enviado con unas patentes á Beniganim, en cuyo camino apretó el calor de tal manera que tuvo que beber para apagar su sed, pareciéndole que tampoco podia hacer otra cosa en conciencia. En la obediencia, que es en cierto modo una pobreza estrechísima, pues despoja al que es verdadero obediente de la propiedad más preciosa que es la libertad, fué

el siervo de Dios Fr. Leonardo tan religioso como en lo demás, no habiendo repugnado nunca cosa que le mandasen por difícil y penosa que fuera, excepto en las dos que ya hemos referido de comer carne y tomar ropa nueva, que en estas por el contrario, el grande afecto á las virtudes que le animaba, le hizo resistir y pelear no poco para vencerse. Sobre lo que añade la Crónica: «Es indicio de estar muy impreso en el alma el afecto de una virtud, obrar sus actos con suavidad quitando mucho de lo trabajoso que suele haber en su material ejercicio, y esto con evidencia lo experimentaba en la obediencia del siervo de Dios Fr. Leonardo, pues siendo á veces de sumo trabajo y penalidad lo que habia de hacer, lo suavizaba tanto el hábito de esta virtud, que le venia á causar deleite en el ánimo lo que era fatiga y molestia en el cuerpo. Ejemplo de esto puede ser, dejando otras cosas, lo que le sucedió estando en Gallinera, donde fué morador muchos años, que saliendo á recolectar la limosna á los pueblos de aquel valle, que distan algunos dos y tres leguas de tierra tan fragosa, tan quebrada y áspera que pone grima, el siervo de Dios Fr. Leonardo Rey caminaba ordinariamente con la alforja al cuello, que pesaba á veces dos y tres arrobas, descalzo de pie y pierna, expuesto á las nieves, á los aguaceros y otras inclemencias del tiempo, que aunque tuviese los piés de hierro, parece que habian de sentir afan tan duro como el de fatigar con la frecuencia dicha tales malezas y fragosidades. Si esto le era dulce y suave por ejercicio de la obediencia, ya se conocerá si fué fino obediente; y si no puede serlo sino el humilde, ¿quién mejor que el siervo de Dios, cuya humildad fué tanta, que siendo como era religioso anciano, confesor, y á veces el más digno de la comunidad, no habia en ella ministerio bajo que él no tomase por suyo; y así de ordinario le veian barriendo el refectorio, la cocina, escardando en la huerta y ayudando á los trabajadores en todo lo demás que podia, y en estos oficios humildes estaba su mayor consuelo, como su mayor afliccion en cosa alguna de preeminencia, tanto que cuando por su antigüedad le era preciso presidir en la casa, lo sentia en extremo y decia ser para él un intolerable tormento? Tenia mucha paciencia, lo que manifestó no solo en los desprecios é injurias, sino tambien en las enfermedades, pues sufria una todos los años, dando pruebas de su grande valor, y como añade el cronista: no es mucho que tolerase con tanta paciencia y constancia cualquier trabajo y adversidad, teniendo tal ánsia de padecer por el amor de Cristo bien nuestro, que mucho tiempo anduvo con deseos grandísimos de pasar á Indias y derramar su sangre en honra de su glorioso nombre y testimonio de nuestra fe. No habiéndolo conseguido, determinó el Señor tuviera ocasion de lograr en parte su fervoroso celo, lo que se verificó de la siguiente manera: «Habiendo faltado el rector del Valle de Seta, que son

pueblos de la guardianía de Gallinera, le encargó el guardian fuera los domingos y fiestas á decirles misa y administrar los sacramentos, lo cual hacia el siervo de Dios con tan grande caridad y afecto, que aunque faltase solo un pastorcillo, hasta que viniese no decia misa, y para aguardar todo el tiempo que se permite, desde el medio dia hincaba su báculo en tierra, y por la sombra que hacia el sol, miraba la hora que podia ser; y en no pudiendo ya esperar más, si faltaba alguno de la feligresía, decia la misa con mucho dolor. Fué mucho lo que trabajó el tiempo que estuvo aquella rectoría á su cargo, porque siendo entónces poblacion nueva, de gente muy rústica y depravadas costumbres, que por no caber en su tierra se vino á poblar aquel valle, que habian dejado los moriscos, era necesario irlos domesticando y catequizando, é inducirles al amor de Dios y su santo camino con gran suavidad y amor; lo que hacia el santo varon con notable celo de su aprovechamiento, exhortándolos en fervorosas pláticas, y apoyando lo que les enseñaba con muchos ejemplos; y tanto fué lo que cultivó en aquel campo y viña del Señor, que decia el siervo de Dios que le habia la divina bondad conmutado en aquellas Indias las que él habia deseado, y que era riquísima mina la que allí habia descubierto. Ordinariamente este celo del amor del prójimo le obligaba á ir suspirando y gimiendo, y á veces prorumpia en exclamaciones ardientes, diciendo: «¡Oh miseria humana! ¡Oh Dios de mi alma, cuándo te amarémos y dejarémos ya de ofenderte!» y otras palabras fervorosas. De esta caridad fraternal nacia su grande valor con que se exponia á cualquiera cosa que le fuese contraria, especialmente á la murmuracion, y si por acaso por algun respeto no podia contenerla, se marchaba al punto. Era muy amigo de la soledad y amante del silencio; no amaba á criatura alguna sino en Dios, para Dios y por Dios. Tenia experimentado que el recogimiento era su puerto de tranquilidad; hallando en él la paz interior, la quietud de conciencia, los afectos de la devocion y el mejor medio para tratar con Dios. Era la oracion la más grata de sus ocupaciones, empleando en ella casi toda la noche; mas por lo general no volvia á su celda desde maitines, empleando en ella tambien casi todo el dia, siendo tal la fuerza con que se inclinaba su ánimo á este celestial ejercicio, que en medio de los mayores trabajos y fatigas, y cuando iba á recoger limosna por los pueblos de la guardianía de la Gallinera, rendido de andar en tierra tan quebrada y siempre descalzo y cargado á veces con mucho peso, su alivio y descanso era irse á alguna gruta ó cueva de las que habia en aquellos montes, y allí en la soledad vacaba á la oracion todo el más tiempo que podia, en particular cuando iba á recoger la limosna del lugar de Planes, desde donde se descubria una cueva en que solia entrar y estar allí en oracion de rodillas muy largos ratos, haciendo

tambien lo mismo cerca de otro pueblo llamado Facheca. Las mercedes y misericordias que le comunicaba el Señor en tan continua y ferviente oracion, no llegaron nunca á saberse por lo mucho que trabajaba para ocultarlas el siervo de Dios. Dióle la última enfermedad hallándose en Gallinera, y le llevaron á Gandía para curarse, donde en veinte dias que estuvo enfermo dió notables ejemplos de virtud por la paciencia y resignacion con que padeció su última enfermedad. Los tres últimos dias le sobrevinieron unos grandes desmayos en que en la apariencia padecia mucho, y habiéndole preguntado el predicador del convento qué padecia en ellos, le contestó que grandes combates del enemigo. Obtuvo sin embargo de él la más completa victoria, como asegura la Crónica con estas palabras: «Llegado el dia de su muerte, que fué domingo, 16 de Febrero de 1569, cuatro horas ántes que muriese, empezó con grande júbilo y fervor de espíritu á cantar algunas coplas al niño Jesus, y despues ayudándole otro religioso cantó el *Tota pulchra*, y algunas palabras del salmo *Benedicam Dominum in omni tempore;* el salmo *Laudate Dominum omnes gentes;* y muchas veces repitió con notable afecto el verso *Mariæ mater gratiæ, Mater misericordiæ*, etc., y volvia luego á cantar al niño Jesus con tal devocion y alegría, que no podia encubrir la que tenia en su corazon, ni los religiosos que se hallaban presentes podian dejar de derramar muchas lágrimas de ternura. Permaneció en tal estado por espacio de una hora, y quedando luego en mucha calma, permaneció así hasta darle el último parasismo, en que salió su dichosa alma á gozar el premio de vida tan austera y rigida, habiendo recibido ántes los santos sacramentos con muestras de mucha piedad. Era de color moreno y enjuto de carnes, lo que unido con su extremada vejez, parece que habia de afear su aspecto despues de muerto; pero sucedió todo lo contrario, pues quedó tan blanco y de color tan agradable, que infundia placer el mirarle. Bajaron su cuerpo á la iglesia y le expusieron en un féretro, concurriendo mucha gente á su entierro sin conocerle, aclamándole todos por santo y tomando con gran devocion por reliquias las flores de que se hallaba rodeado para embalsamar la atmósfera, y no pareciéndoles esto suficiente, comenzaron á cortarle pedazos del hábito y los cabellos, y despues fué necesario repartir á muchas personas devotas el manto que habia usado.» Falleció á la edad de sesenta y siete años y treinta y nueve de religion, dejando fama de santidad y áun refiriéndose algunos hechos milagrosos obrados por su intercesion.—S. B.

REY (Tomás), valenciano, de Játiva, presbítero, profesor principal ó primero de sagrada teología en la capital del reino: escribió un *Panegírico de las virtudes, gozos y dolores de la Virgen María, madre de Dios*, que se imprimió en Valencia en 1553. Martos, autor valenciano, le atribuye en el

prefacio del *Emporio del Derecho* un libro sobre la *Concepcion de la Virgen*. M. N. y S.

REYES (Fr. Agustin de los), carmelita. Nació en la ciudad de Ecija, en Andalucía, sin que conste el mes ni año, y fué hijo de Agustin Carrasco y de Luisa de Góngora, gente de hidalgo nacimiento y de regular fortuna. Dotó el cielo al niño Agustin de perfecta hermosura y de más perfecta virtud, como si hubiera tratado de apurar en él todas las perfecciones, haciéndole partícipe de las prendas y cualidades más á propósito para atraer las voluntades. Conocióse muy pronto que aquel niño se hallaba animado de una superior fuerza; pues no bien llegaron á lucir en él los primeros vislumbres de la razon, se dedicó á cursar en las escuelas de los santos, queriendo ser uno de ellos. Su deseo de aprender le llevó á la famosa universidad de Alcalá de Henares, cuna de tantos ingenios distinguidos y de tantos varones que han ilustrado nuestra España. Captóse allí la voluntad y la estimacion, no solo de sus condiscípulos, sino tambien de sus maestros y de todos cuantos tuvieron la fortuna de tratarle. Entre los sabios profesores con quienes cursó, debemos hacer mérito del P. Daza, de la Compañía de Jesus, gran teólogo tomista, que explicaba con notable aplauso en aquel célebre gimnasio la doctrina del ángel de las escuelas, y que tomó al jóven Agustin por su modestia, humildad y aplicacion un afecto tan grande, que cuando abandonó las aulas tuvo un pesar vivísimo, aunque templado con el gozo de saber que iba á emplearse dignamente en la religion de la seráfica madre y virgen Teresa. Cuando los Carmelitas descalzos entraron por primera vez á estudiar en la universidad, como órden nueva y tan observante, cautivaron de tal modo la atencion del público, y principalmente la de Agustin, que determinó tomar su sagrado hábito; y al efecto, guiado solo de su vocacion y sin pedir consejo ni parecer de nadie, presentóse en el colegio de los Carmelitas de Alcalá, en donde fué recibido no solo con gusto, sino tambien con aplauso por las nuevas que se tenian de su virtud y su talento. A principios de Enero del año 1570 fué remitido al convento de Pastrana, y en esta casa hizo su noviciado con todo el rigor que en ella se acostumbraba al principio de la reforma. Señalóse tanto en el ejercicio de la oracion y las mortificaciones, que muy pronto fué ejemplo y espejo de los demás novicios, excediéndolos á todos en celo y esmero por observar las prescripciones de la regla. Señalóse, como hemos dicho, tanto en la penitencia, que ni el tiempo, ni la edad, ni las mudanzas de cargos y destinos bastaron para atenuar esta virtud, ántes por el contrario fué creciendo y aumentándose, adquiriendo de aquí su alma tan evangélica y dulce paz, que jamás sintió las perturbaciones que á los demás hombres agitan, conociéndose con sobrada claridad que Dios habitaba en ella. Por esto, pues,

todos los tiempos eran iguales, todos los prelados de una misma condicion, todos los súbditos buenos, todos los sitios de un mismo temple, y todas las cosas, en fin de una comunidad buenas y aceptables, porque en todas buscaba á Dios, y de ninguna manera á sí propio. Virtud profunda, dicha envidiable que le quitó de pasar todas las tribulaciones, penas y repugnancias que aquejan por lo regular á los míseros mortales, que sea por la triste condicion humana, sea por el amor propio que casi en todos los corazones domina, sufren mil disgustos y contrariedades en este mundo. Cuando entró en el noviciado, como aún vivia la santa madre Teresa, conoció mucho á esta vírgen, pasándole con ella los dos curiosos lances siguientes: «Habia pasado la Santa á Pastrana á visitar el convento de monjas que allí habia fundado, y primero quiso oir misa en el de los religiosos. Entrando en la iglesia vió al novicio Agustin ayudando á misa, y como era tan hermoso, y tanta su compostura, su humildad y su modestia que le pareció ver un ángel del cielo, la Santa, valiéndose de la autoridad de madre, llegóse á él y le abrazó tiernamente. Como era el jóven tan modesto y no levantaba los ojos del suelo, no reparó en quien le abrazaba; pero conociendo por el roce del hábito que era una mujer, entróle tal confusion y apuro, que lleno de espanto huyó á refugiarse en la sacristía, dejando al sacerdote en el altar. Accion que llenó de gozo á la santa vírgen, por ver cuán virtuosos hijos se criaban en su familia.» El segundo caso fué el siguiente: «Habia, como hemos dicho, pasado los primeros meses de su noviciado experimentando tantas dichas, tantos regalos y tantos favores de la Divinidad, que era verdaderamente una criatura feliz en este mundo, y no pedia más dicha en el cielo que la paz que en la tierra disfrutaba. Pero al cabo de algun tiempo, Su Majestad, deseoso sin duda de probarle, le privó de aquella paz, dándole en su lugar tantas penas y tribulaciones, y haciéndole sentir tanto apriето y desamparo (en lo que el demonio no tenia poca parte), que luchando con la afliccion y no atreviéndose á declararse ni áun al confesor, vivia lleno de angustia, y llegó hasta el caso de ser acometido de una violenta calentura que por instantes le iba consumiendo. Conoció la Santa á primera vista la enfermedad y la causa de donde procedia; pero deseando, para mayor disimulo, saberlo de su misma boca, le llamó á solas para preguntarle lo que sentia. Pero siendo el mancebo tan tímido, no le pudo sacar más que un sí ó un no á todo lo que le preguntaba. Continuó así por espacio de tres ó cuatro dias sin obtener resultado alguno; pero encontrándose próxima á partir y queriendo dejar consolada aquella alma, volvió á llamar á Fr. Agustin, y le dijo: «Muchas veces, hijo mio, te he llamado para que me refieras la causa del dolor que te aflige, y de la pena que te agobia, sin que jamás hayas querido abrirme tu corazon y confiarte á mí. Sin embargo, el Señor

en su infinita bondad se ha dignado revelarme lo que padeces;» y acto continuo le dió cuenta de lo que pasaba, dejándole lleno de asombro y de admiracion, confesando entónces á la santa madre que efectivamente tenia el alma atribulada por creerse desamparado de Dios, que con tantas delicias ántes le habia regalado. «Confia en su bondad, prosiguió diciéndole la santa virgen, confia en su bondad y soporta con paciencia las fatigas que te envia, porque todo es para tu bien, todo para tu dicha futura. Cuando sintieres que hay en tu alma un grave peso, el peso de la duda ó del desaliento, sugestiones casi siempre del enemigo comun, no te acobardes, no te desanimes. Armate con el escudo de la oracion, poderoso auxiliar para vencer al contrario, y no luches contigo mismo, sino abre tu corazon á uno de los sabios y justos varones que se hallan encargados de dirigiros en las sendas de la vida hácia las mansiones de la gloria, y con el auxilio de sus luces, y siguiendo sus consejos lograrás el triunfo apetecido.» Estas dulces palabras derramaron bálsamo consolador en el atribulado pecho del jóven. Su calma renació, su evangélica alegría tornó á ser tan grande como en otro tiempo, y la santa madre tuvo al partir el consuelo de saber que en aquel mancebo dejaba una de las futuras celebridades de la descalcez; por lo cual le recomendó muy eficazmente á los superiores, advirtiéndoles que cuidasen mucho y con grande esmero aquel árbol que ofrecia dar muy provechosos y muy abundantes frutos. Como la santa reformadora merecia tanto crédito, tuviéronse por proféticas sus palabras, y el éxito acreditó cuán verdaderas habian sido. Hizo Fr. Agustin su profesion en 22 de Enero de 1571, y como habia manifestado siempre tan buen ingenio y aficion á las letras, mandáronle á continuar sus estudios á la universidad de Alcalá de Henares, siendo de los primeros carmelitas descalzos que asistieron á las escuelas referidas, y uno de los que más las edificaron con su ejemplo. El dicho año 1571 fué muy frio y riguroso en toda España. Soplaban con grande intensidad los vientos cierzos; helábanse los rios y los arroyos, y nadie se atrevia, aunque fuese muy cubierto de ropa, á salir de su casa por temor de comprometer su salud. Por tanto, pues, la vista de los humildes hijos del Carmelo que salian á sus clases y negocios, desafiando la intemperie, pobremente vestidos y desabrigados; con los pies descalzos, pues aún no se habia introducido la concesion del uso de las alpargatas; y sin encontrar otro alivio en las escuelas que las frias y duras losas del pavimento, por lo cual se les llenaban de dolorosas llagas, causaban admiracion general; y los habitantes de la ciudad, cuando pasaba algun carmelita descalzo por la calle, salian á contemplarle á la puerta, no sabiendo qué admirar más, si tan áspera mortificacion ó la santa alegría que se pintaba en sus rostros. Cada religioso carmelita fué en el mencionado año un predicador elocuente aunque mudo,

siendo infinitas las conversiones que con su ejemplo llevaron á cabo, renunciando muchas personas, principalmente jóvenes traviesos, y mal entretenidos, al mundo y sus vanidades, tomando el hábito en diferentes comunidades, no tocando la menor parte de los convertidos á la casa de San Pedro de Pastrana. De la vida que hacia en el convento Fr. Agustin, dejó claro y evidente testimonio el P. Fr. Pedro de la Encarnacion, su condiscípulo, y varon cuya reconocida virtud le hace ser creido en cuanto depone. Usaba, dice, de continua mortificacion, no quitándose, segun conjeturas, porque él jamás lo dijo, el silicio del cuerpo, ni mudándose por humildad la túnica interior en muchos dias, á pesar de los inconvenientes que esto traia consigo. La comida y descanso que al principio de la reforma se concedian en comun eran tan limitados, que parecia imposible pudieran sostenerse los cuerpos con aquella austeridad, y además de esto era Fr. Agustin tan abstinente, que añadia ayunos á los ordinarios y multiplicaba las vigilias sobre las que la regla señalaba. Jamás habló mal de nadie ni dijo palabra impertinente; y cuando delante de él se criticaba á alguno, se zahería la honra ajena, ó áun cuando solamente se tratára de cosas mundanas, ya que por su edad no podia dar reprensiones, ni por su clase imponer silencio, cortaba la conversacion y hacia enmudecer las viperinas lenguas, arrodillándose y colocando su boca pegada contra el suelo. Sin las disciplinas ordinarias y conventuales tomaba otras entre semana, y el tiempo que le sobraba de sus estudios y actos de comunidad, los empleaba en ejercicios espirituales, particularmente en la oracion y meditacion á que era muy inclinado, como tambien á oficios de humildad, como por ejemplo, barrer el refectorio, patios y corredores. A nadie, continua el referido P. Fr. Pedro de la Encarnacion, á nadie conocí tan justificado en estos tiempos, y puedo asegurar que miéntras le conocí, que fué un espacio de años bastante largo, no advertí en él falta que pudiera considerarse ni áun como pecado venial. Estas palabras de un testigo ocular tan autorizado, dicen mucho más de lo que nosotros pudiéramos decir sobre el particular. Enviáronle los superiores un verano desde Alcalá á Pastrana, con objeto de que pasase las materias que habia estudiado, y allí le manifestó el Señor cuánto cuidaba del que algun dia serviria para glorificar su santo nombre. Estando una tarde en la huerta arrimado á una pared vieja estudiando en sus cartapacios, le asaltó de repente la idea de que podria caerse la pared, y fué tal la fuerza de su pensamiento, que en medio de lo enajenado que se hallaba, sin poder contener su impulso, levantóse apartándose un gran trecho. Pero volviendo en sí de aquella especie de pesadilla, y reprendiéndose lo que tomaba como liviandad, quiso volver á sentarse; mas de repente cayó con estrépito la pared, arrojando á sus pies algunas piedras. Quedó tan reconocido á Dios

por el favor que en aquel dia le dispensára, que se creyó obligado á servirle y honrarle con más fervoroso afecto que hasta entónces, y por espacio de mucho tiempo no supo hablar de aquel suceso sin manifestar muy claramente la emocion de ternura de que se hallaba poseido. Ordenado ya de Evangelio, enviáronle al convento de Almodóvar á explicar un curso de artes á los religiosos, curso que tambien oyeron algunos seglares. Tres años invirtió en esta ocupacion, siendo el primer catedrático que hubo entre los descalzos, y fué tan estimado y aplaudido, sacaron los oyentes tanto fruto de sus lecciones, que cuantos le oyeron entónces y más tarde leyeron sus escritos, no dudaron apellidarle el segundo Cayetano; tanto por el talento superior, como por el grande afecto que siempre tuvo á la doctrina de Santo Tomás, de quien era entusiasta admirador. Aborreció mucho las novedades que respecto á la enseñanza y á la reforma de ideas pretendian introducir algunos en aquel tiempo, y afirmaba que la adopcion y propagacion de aquellas ideas habian de poner en gran apuro y causar muchos conflictos á la Iglesia y al Estado, como efectivamente sucedió, segun puede verse en las historias contemporáneas. La asistencia á la cátedra no le estorbó que se aplicase al púlpito, porque su deseo de aprovechar el tiempo le daba lugar para todo. Predicó en Almodóvar con asistencia de todo el pueblo y con tanta aceptacion, que los oyentes quedaban absortos, admirados y convencidos. Sus palabras no eran elegantes, sus discursos nada tenian de florido; pero su elocuencia natural y la inspiracion del Espíritu divino suplian las faltas que los mundanos críticos reprenderian, y sus razones eran como abrasadoras centellas que herian el alma del que escuchaba. Aunque muy jóven aún, llegó á adquirir tanto crédito en la poblacion que la mayor parte de los habitantes le tenian como un oráculo, y llegó el caso de no emprenderse negocio ni tratar asunto alguno que no se consultase ántes con él. En medio de sus graves ocupaciones emprendió una obra que á haber podido terminarla, aumentára más la gloria con que su nombre resplandece. Esta era la *Historia de la reforma de la Orden Carmelita*, obra de la que á su muerte solo quedaron algunos cuadernos incompletos, pero que por ellos se conocia ser sumamente luminosa; pues segun una metafórica expresion del cronista de la Orden, el P. Sta. Teresa, que dice, que por la uña se sacaba al leon, excusamos ponderar cuánto no seria su mérito y su utilidad. Entre los muchos discípulos que tuvo en la clase de Almodóvar, fué uno un jóven de aquella poblacion, llamado Juan García, mozo de tanto talento como virtud, el cual prendado del ejemplo que el P. Agustin le daba, como de la austeridad de la Orden, determinó entrar en ella. Habia ya pedido y obtenido el hábito, faltándole únicamente que se señalára el dia de la toma del mismo, cuando de improviso y sin causa ostensible mudó de propósito,

tomando el de la órden de la Santísima Trinidad, en cuya Orden se hizo muy notable por su virtud y su sabiduría. Hallándose algunos años despues en Granada, en ocasion que habia ido á aquella poblacion el P. Fr. Agustin de los Reyes, fué á visitarle y renovaron el antiguo conocimiento. Estando en lo más interesante de la conversacion, quedóse el P. Fr. Agustin suspenso, mirando á Fr. Juan al rostro. Preguntóle éste la causa de aquella suspension y arrobamiento, á lo que Fr. Agustin respondió: «En verdad, hermano Juan, que estando ya admitido en nuestra Orden y próximo á tomar el hábito, fué altísima providencia y superior disposicion que nos dejase para vestir el de la Santísima Trinidad.» Y acto contínuo, con notable asombro del P. Juan, que no podia atinar donde encaminaba sus razones, comenzó á explicarle los fundamentos de una reforma de Descalzos, el modo de llevarla á efecto y los medios necesarios para sostenerla. El P. Fr. Juan escuchó muy atento su plática, aunque salió de la visita sin haber comprendido nada. Mas algunos años despues quedó aclarado el misterio. El P. Fray Juan, lleno de santo fervor y de evangélico celo, fué el promotor de la descalced Trinitaria, cuyos estatutos y reglas eran muy conformes á la Carmelita. Entónces se conoció que habia sido una altísima providencia la separacion de Fr. Juan de la Orden reformada del Cármen, y se conoció tambien el espíritu profético de Fr. Agustin, que iluminado por suprema luz conoció que su discípulo era el destinado por la suprema bondad para erector de la mencionada reforma, que muy bien puede llamarse hija y derivacion de la seráfica vírgen Teresa. Tales, pues, eran los altos dones con que Dios favorecia en esta vida á aquel predilecto suyo, á aquel varon que tanto ilustrára la antiquísima religion del Carmelo. El mencionado ilustre erector de la Descalcez Trinitaria se llamó en el claustro Fr. Juan de la Concepcion, y parécenos muy justo dejar consignado aquí su nombre. Teniendo presente los superiores carmelitas aquella doctrina que asegura pide Dios cuenta á los talentos superiores del tiempo que han permanecido ociosos y sin dar los debidos frutos; deseando utilizar las prendas de buen gobierno, consejo y acertada direccion en toda clase de negocios, así de utilidad corporal como de los tocantes á la salvacion de las almas, que resplandecian en el Padre Fr. Angel, acordaron enviarle en el año 1580 por prior del convento de Granada; convento de reciente fundacion, que aún tenia muy pocos religiosos y que constaba de muy exíguas proporciones; pues á causa de hallarse dependiendo de la capilla real, fundada por los Reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel, en honor y veneracion de los innumerables mártires sacrificados en aquella ciudad por los gentiles, y más tarde por los sarracenos, no podia tomar todo el vuelo é incremento necesarios, como todo lo que tiene sobre sí alguna servidumbre ó gravámen. Convenia, pues, mu-

cho arreglar este negocio, fomentando los intereses de la Orden sin desairar á la Real capilla, objeto por sus patronos de veneracion y respeto para los que, despues de Dios, estiman á los reyes como delegados de la divina autoridad. El general de la Descalcez, que lo era el Rdo. P. Mtro. Fr. Angel de Salazar, consultó este delicado negocio con el nuncio de Su Santidad, y habiéndose celebrado una junta en Madrid, á la que asistieron los notables de la Orden, todos de comun acuerdo manifestaron que solo en Fr. Agustin concurrian las circunstancias necesarias para desempeñar aquel cargo y conciliar todos los extremos. Recibiéronle los religiosos de Granada con la mayor honra y distincion por la buena fama que le precedia, y conceptuáronse felices por poseer tan digno prelado. Mas la Orden en general y los amantes de las letras sintieron mucho se encargasen al P. Fr. Agustin comisiones que le imposibilitasen para el estudio y la enseñanza, y quien más lo sintió fué el P. Deza, su antiguo profesor, el cual dijo que con aquella medida se perjudicaba, no solamente á la Orden, sino tambien al estado. Hallándose el Rdo. P. General de los Carmelitas en Alcalá, le suplicó Deza que no privasen á la patria de los talentos de Fr. Agustin, y habiendo prometido el General ocuparle otra vez en la enseñanza, encargáronle una cátedra de teología que se hallaba vacante en la universidad de Granada, para que la regentase con título de interino. Desempeñóla él á satisfaccion del público asistente, pero con mucho trabajo personal, pues además de las obligaciones que ccumplia en el convento, hallábase éste tan léjos de la universidad, y era preciso subir una tan penosa cuesta, que solamente la diaria asistencia á la cátedra hubiera retraido á un ánimo ménos fuerte y activo que el del P. Agustin, que no reconocia obstáculos ni se rendia fácilmente ante la fatiga ni el exceso del trabajo. Fué en la cátedra que desempeñó hasta 1581 un ejemplo de sabiduría á la par que de virtud; pues no solamente enseñaba letras, sino que tambien infundia en los corazones el gérmen de aquellas virtudes que por lo general solo residen en el silencio de los claustros; tales como la humildad, la modestia, la prudencia y el silencio que tanto brillan y acreditan la descalcez carmelita. Su primer cuidado al tomar posesion de su cargo de superior en el convento de Granada, fué ampliar el edificio; pues siendo éste sumamente reducido y careciendo de las oficinas y departamentos necesarios, no era posible que la comunidad practicase sus ejercicios con el debido desahogo. Emprendió obras de consideracion y de muchísimo coste, con la extraña particularidad de no tener dinero ni hacer diligencias para procurárselo; pues decia, cuando alguno le hacia observaciones sobre el particular, las notables palabras siguientes: «Tengamos fe y esperanza y no faltará la caridad. ¿Para qué hemos de perder un tiempo preciosísimo en buscar recursos materiales, si el Señor, que conoce

nuestra necesidad, tendrá muy buen cuidado de proporcionarlos? Más quiero y paréceme medio más seguro que esten en poder de Su Majestad nuestros tesoros, que no guardados en las arcas del convento. Con tal confianza principió y concluyó la obra, viéndose allí palpablemente que el Señor hacia la costa, pues nunca faltaron medios para continuarla, acudiendo los habitantes de Granada con cuantiosas limosnas, edificados con los ejemplos que del buen Padre recibian, pues este, á la cabeza de sus frailes y mezclado con los obreros, ayudaba á todo, llegando hasta el caso de amasar el yeso y de levantar las piedras, con lo cual se lograban dos objetos, uno que la obra adelantase y otro que los trabajadores, mezclados con los religiosos, no cometieran los pecados de blasfemia, embriaguez y otros que son tan comunes por desgracia entre personas que no han recibido instruccion alguna y que á veces ignoran hasta los primeros rudimentos de la fe. En el antedicho año 1581 se celebró en Alcalá de Henares el primer capítulo provincial de la Orden, y en él se acordó que el P. Agustin fuese nombrado maestro de los novicios estudiantes en el colegio de esta ciudad. Poco tiempo desempeñó este cargo, pues pasó al colegio de Salamanca, fundado en el mismo año 81, con el cargo de rector. En 1583 se celebró en Almodovar otro capítulo provincial presidido por el R. P. Fr. Gerónimo Gracian de la Madre de Dios, en cuyo capítulo fué electo definidor tercero de la Orden. En el mismo año pasó como rector al convento-colegio de Baeza, fundacion del bendito P. S. Juan de la Cruz, de quien fué muy estimado, tratando con él acerca de las fundaciones de Mancha Real. En 1586 pasó á la casa de Córdoba, de la que fué primer prior, y en cuya casa trató muy familiarmente al bendito P. S. Juan de la Cruz, recibiendo nuevas pruebas de su afecto, tratando con él acerca de las fundaciones de Bujalance, Ubeda, colegio de Sevilla, Aguilas y Alcaudete. En el año 1587 habia sido electo vicario provincial de las Andalucías, y en 1590 pasó á ser rector del colegio de Sevilla, en cuya época trató de fundar convento en Ecija, su patria, como efectivamente lo verificó, y en 1594 salió electo provincial de las mencionadas Andalucías y Portugal, cuyo oficio fué el último que desempeñó. En todo el tiempo que vivió fué extremada su modestia y su compostura, pero subieron de punto estas cualidades conforme iba ascendiendo en dignidad. Generalmente andaba con paso mesurado, puestas las manos debajo del escapulario, hablando con voz humilde y baja, y con la vista siempre tan inclinada á la tierra, que muchos de sus frailes aseguraban bajo juramento no poder decir de qué color eran sus ojos. Su concentracion en sí mismo, su elevacion era tal, que muchas veces, por marchar distraido, dábase contra las puertas y paredes, hiriéndose en la cabeza ó en la frente. Pensando siempre en la Divinidad y en el verdadero destino del hombre, que es

procurarse la salvacion, descuidaba tanto los actos exteriores de la vida que en nada fijaba la atencion, y puede decirse que obraba maquinalmente. Volviendo de predicar un dia del estío que hacia mucho calor, al entrar en la portería pidió un poco de agua, tenia el portero un jarrillo con salmuera para quitar ciertas manchas, y equivocadamente se lo dió al Padre, que le apuró de un solo trago, sin advertir su contenido. Cosa que admiró en extremo al portero y á todos cuantos éste se lo refirió luego; pues es de advertir que el Padre no dijo una palabra, ni se apercibió de lo que habia bebido, como tampoco dijo interin le duró la vida, si el alimento que le daban estaba bueno ó malo. Siendo Rector en Salamanca y pasando un dia con su compañero por el largo puente que hay sobre el Tormes, vieron venir un gran tropel que huia de un furioso toro escapado. El compañero le abandonó huyendo como los demás; pero el siervo de Dios no quiso emprender la fuga por la confianza que tenia en la Divina Providencia, y así, arrimándose al pretil del puente aguardó á la rabiosa fiera. Llegóse esta á él bramando con furia, le olió y pasó adelante sin causarle daño alguno. Preguntando luego su compañero por qué no habia huido como los demás, contestó, que siendo Dios tan amante de la modestia, tenia como grave falta el descomponerse huyendo y desconfiando de su proteccion. Frecuentemente se olvidaba de sí mismo, sin atender á las imprescindibles necesidades humanas, particularmente la de comer y vestirse. Era preciso que alguno cuidase de advertírselo para que lo efectuára. Siendo provincial, las frecuentes veces que por razon de su cargo tenia que ir de camino, no llevaba más ajuar que un tomo de las obras de Sto. Tomás, el breviario, y un rosario tosco guardado en la bolsa de viaje, no queriendo llevar ni áun papel para escribir una carta; por lo cual era preciso que su compañero atendiese á todo y cuidase de todo. Jamás por si hubiera mudado de hábito ni de túnica interior; pero el ropero tenia cuidado de ponerle junto á la cama ambas prendas limpias por la noche, para que á la mañana las encontrase. Haciendo visita en cierto convento, notó que un religioso cuidaba mucho de su hábito, llevándole muy esmerado y compuesto, y repugnándole en extremo aquel exceso de pulcritud que tan cercano estaba de la vanidad, mandó que le echasen una gran mancha de aceite y de tinta, para corregir aquella infraccion de la santa pobreza y evangélica mansedumbre. Respecto á la comida sucedíale lo propio. Sentado á la mesa, jamás pedia vianda si no se la ponian delante, y vez hubo que se levantó sin haber tomado más que pan y rábanos ú otra pequeñez semejante. Si llegaba á la segunda mesa no permitia que avisasen al cocinero, y recogia los pedazos de pan y alguna fruta de la que habian dejado los demás, constituyendo tan pobres manjares su comida. Acostumbraba decir que para él el tiempo peor empleado era el que se invertia en la

comida, y que él solamente lo hacia por no poder pasar por otro punto. Fué tan amigo y observante de la verdad, que muy bien pueden aplicársele aquellas palabras de la Escritura: «*Jamás se halló en su boca la mentira.*» No solo no la dijo, sino que ni áun usó nunca en su conversacion palabras de dudoso sentido, ni ménos, como se acostumbra en el mundo y áun entre autorizadas personas, hizo promesas de dudoso cumplimiento, con el fin de libertarse de molestas peticiones; sus respuestas eran siempre un sí ó un no, y todos cuantos le conocian sabian ya á qué atenerse y no le molestaban más que una vez con su pretension. Esta profesion de la verdad era hija de su fe pura é inalterable, y estaba tan poseido de esta virtud, que hablaba de los misterios eternos con tanto fervor y confianza, como si le hubiera sido dado descorrer el profundo velo que los cubre. Era tambien por esta causa tan grande su confianza en Dios, que fiaba á la Divina Providencia el remedio de todas sus necesidades, y reprendia ágriamente la conducta de aquellos priores y encargados de casas religiosas que por atender á las necesidades del comer y del vestir, suelen quebrantar las leyes y prescripciones de la santa regla. De estos solia decir: «¿Si por solicitar y buscar los recursos materiales faltan á su principal deber, que es dar ejemplo de puntualidad y asistencia á los cargos de la comunidad, cómo quieren que Dios les ayude y les provea, si vé que desconfiando de su Providencia, aguardan todo de los hombres? No tienen presente aquellas palabras del Evangelio: *Buscad ante todas cosas el reino de Dios, todo lo demás se os dará de añadidura.*» Esta confianza era hija de su experiencia; pues en su larga carrera tuvo lugar de observar que á prelados muy abstraidos del mundo, y cuidadosos únicamente de las obligaciones de la comunidad, nada faltaba en sus casas, al paso que otros, engolfados en los negocios del mundo, vivian siempre con apuros y estrechez. No se crea por esto que Fr. Agustin descuidaba totalmente los indispensables negocios que no pueden ménos de evacuar los que viven en sociedad; ántes al contrario, despues de cumplir con Dios, nada apetecia tanto como el aumento de los intereses materiales de la Orden. Hallándose un dia bastante apurado por un acreedor y no teniendo medios para pagarle, mandó sacar á la plaza los dos jumentos que el convento tenia para hacer sus viajes los Padres, y ordenó que los vendiesen. Este ejemplo de humildad, por una parte, y de respeto por otra á los deberes sociales, causó tal impresion en el ánimo de los fieles, que no solo quedó sin efecto la venta de los jumentos, sino que se juntaron tantas limosnas, que despues de cubrir muchas perentorias atenciones aún pudo redimirse un censo que sobre el convento pesaba. Era Fr. Agustin sumamente piadoso y caritativo, sobre todo con los enfermos, y así, despues de adorar al Santísimo Sacramento, la visita primera que hacia en todo convento era la enfermería, don-

de consolaba á los dolientes, procuraba su regalo y reprendia severamente los descuidos que notaba, infundiendo con tal ejemplo la caridad áun en los más empedernidos corazones. Estuvo una vez aquejado de violentos dolores de estómago, y mandaron los médicos que usase como reparo una almilla de franela. Entrando una vez en cierta enfermería y viendo á un religioso enfermo sumamente desabrigado, y que por esta razon no podia levantarse del lecho, inmediatamente, aconsejado de su inagotable y ardiente caridad, y sin recordar que él mismo se hallaba enfermo, despojóse de la almilla para cubrir el cuerpo de su prójimo. No menor cuidado ponia en el tratamiento y curacion de las enfermedades del alma, reprendiendo las faltas con la mayor mansedumbre y humanidad, cuidando siempre de evitar el escándalo; pues decia que el indivíduo que pierde el crédito se halla muy cerca de perder la virtud, y así únicamente usaba de rigor cuando la falta era tan grave y pública, que no podia pasarse por otro punto sin faltar á la justicia y al público desagravio. No le faltaron persecuciones á pesar de su rectitud, porque el delincuente casi nunca conoce las culpas, y siempre se considera perjudicado con el castigo. Aunque siendo prelado procuraba que no faltase nada á los religiosos, así en comida como en vestido, y aunque se esmeraba en el regalo y asistencia de los enfermos no podia tolerar que sin grave motivo se alterase la severidad de la regla. Para esto procuraba que sus frailes tuviesen el menor trato posible con los seglares, aunque fuesen sus parientes, sabiendo que esto contribuye mucho á que se altere y relaje la disciplina. Llegando á hacer visita á un convento, supo que á cierto religioso, que se hallaba convaleciente, le traian cada dia de fuera un puchero con guisos muy delicados, de lo que todos los demás estaban muy escandalizados, perjudicando notablemente este ejemplo. Expúsole el bendito Padre al religioso cuánto perjudica sembrar en una comunidad el gérmen del escándalo, y le rogó se pasase con lo que la comunidad daba, puesto que era muy suficiente para el estado de casi completa salud en que ya se hallaba. No habiendo producido efecto esta amonestacion, y continuando trayendo el puchero al religioso, hízose un dia Fr. Agustin el encontradizo con él en el claustro, á tiempo que venia de la portería, ocultando bajo la capa el cuerpo del delito. Quitóle Fr. Agustin el puchero, y haciendo que el religioso le siguiera á un muladar, dijo arrojando en él la vianda: «Padre, peor huele en casa este sazonado manjar, que toda la inmundicia que en este lugar se encierra.» Supo otra vez que habia en un convento falta de recogimiento, por recibir visitas, aunque lícitas, impertinentes, lo cual reprendió con mucha severidad, quitando las licencias de confesar á dos religiosos que halló culpados de aquella falta, diciendo que de la visita impertinente aunque lícita, se halla muy cerca la ilícita. Fué muy cuidadoso en guardar la preciosa joya

de la castidad, rico don que quiso Dios concederle. Ya vimos lo que le pasó con la santa madre Teresa, y así continuó siempre sin ser asaltado de carnal impulso ni de pasion violenta, logrando conservar áun en posiciones difíciles y compremetidas su entereza virginal. Yendo una vez de camino, llegaron él y su compañero á un pueblo, parando en la casa del que generalmente acostumbraba aposentar á los religiosos del Cármen. Tenia el huesped dos hijas, que habiendo tenido ocasion de ver á los Padres durante la cena, se apasionaron de la belleza de Fr. Agustin, poniendo en él sus lascivos ojos y su más lasciva imaginacion. Guiadas de su mal designio y sin comunicársele una á otra, dispusieron al Padre cuarto aparte del de su compañero, y cuando todos estuvieron recogidos y la casa en el mayor silencio, entró una de las dos jóvenes á requerirle. Ni la proximidad del peligro, ni la osadía de aquella desgraciada, alteró ni irritó al Padre, antes sí con humilde y afable lenguaje la disuadió de su mal proyecto, y tales cosas la dijo para manifestarla la enormidad de su pecado, que la despidió llorosa y arrepentida. A poco tiempo vino la otra hermana, y fué despachada igualmente. Por la mañana, las dos arrepentidas y contritas se confesaron con el compañero de Fr. Agustin, quien más adelante y cuando aquel habia muerto, dió testimonio de su heróica accion. Tambien dió siempre admirables ejemplos de su humildad; pues aunque era tan perfecto y tan digno, nunca se le conoció sombra de vanidad ni de presuncion, siendo tan enemigo del aplauso y de la alabanza, que nadie en su presencia se atrevia, no solamente á adularlo, pero ni siquiera á rendirle merecida alabanza. Para muestra de dicha humildad citaremos un ejemplo. En los primeros años de la descalcez y cuando aún el gobierno de la Orden no se hallaba del todo asegurado, acostumbrábase en cada comunidad elegir un socio que acompañase al prelado cuando se reunia el capítulo provincial. Este socio tenia facultades para examinar la conducta del prelado y llevar al capítulo la relacion de las culpas que en él se encontrasen, á fin de que fuese reprendido y castigado, segun la clase y número de ellas. Cuando Fr. Agustin era rector de Salamanca, diéronle un socio de genio tan áspero, tan inconsiderado y descortés, que haciendo alarde de autoridad halló faltas donde no las habia, y reprendió severamente al Rector, aunque esto no eran atribuciones suyas y sí únicamente del capítulo; y no satisfecho con esto, reprendió tambien y castigó á varios religiosos que defendian al P. Agustin, mandando á éste que permaneciese como detenido en su celda. Obedeció el Padre sin quejarse ni reclamar contra la arbitrariedad del socio: pero llegando el caso á oidos del P. Provincial, Fr. Gregorio Nacianceno, reprobó altamente semejante exceso de autoridad, y reprendiendo á aquel hombre sándio y presuntuoso, fué al colegio y sacó de su reclusion á Fr. Agustin, mandando que al punto

se le pusiese otro socio. Mas Fr. Agustin rogó que no se hiciese tal cosa, porque conocia que aquel Padre se habia hecho cargo de sus defectos y castigádolos con justicia. ¡Admirable ejemplo de virtud y mansedumbre! Por esto, pues, era tan grande su perfeccion, y todos los confesores que tuvo en vida aseguraron no haber hallado en él una culpa que ni áun remotamente tuviera sombra de pecado mortal; don á muy pocos en el mundo concedido. A vida tan loable, empleada siempre en servicio de Dios y en beneficio del prójimo, no podia ménos el Señor de conceder una muerte gloriosa y causada por su viva é inimitable caridad. El mismo Jesucristo dijo que la muerte más gloriosa de todas es la que se recibe por hacer bien al prójimo, como este mismo Señor lo demostró en el terrible sacrificio del Calvario. Hallándose en Sevilla Fr. Agustin desempeñando el cargo de provincial, año 1595, ocurrió la famosa inundacion que puso á la ciudad en peligro inminente de ser anegada por el desbordamiento del rio Guadalquivir, el cual tuvo una crecida tan grande, por las continuadas lluvias, que no ha vuelto á haber ejemplo de semejante calamidad. Fué tan asombroso el peligro y tan temible el conflicto, que por todas partes no se oian más que lamentos y clamores, voces y plegarias, procurando los unos acudir á atajar el daño y buscando otros su salvacion en lugares altos y casas fuertes, único refugio contra la terrible inundacion que á cada punto crecia. El dia de San Andrés del referido año hallábanse muchas calles y casas completamente inundadas, y ya llegaba el agua á la *Almenilla*, último dique del rio, y en que la amenazada poblacion aún confiaba. Habia estado en la tarde del mencionado dia en el convento de los Carmelitas uno de los jueces eclesiásticos á rogar al P. Fr. Agustin, de parte del arzobispo, que hiciese rogativas para aplacar la ira de Dios, concitada por los muchos pecados que en la ciudad se cometian; pues entre otros muchos vicios estaba más que ninguno desarrollado el del amancebamiento, siendo, segun noticias del visitador eclesiástico, más de dos mil personas las que vivian sumidas en él. Aunque el Padre no necesitaba excitaciones de ninguna especie, tratándose del bien del prójimo, mandó, sin embargo, que todos los religiosos se pusiesen en oracion; y él por su parte apuró su elocuencia para rogar á Dios y alentar á sus hermanos. Mas á pesar de los ruegos, la inundacion crecia por instantes. Era ya la media noche y el agua llegaba al convento. Viendo los religiosos que el peligro se aumentaba, determinaron abandonar el convento y refugiarse en una casa fuerte que se hallaba próxima. Antes de verificarlo, y á instancias de su prelado, reuniéronse en la iglesia, delante del Santisimo Sacramento, dispuestos á consumirle y abandonar la casa en seguida. Hizoles el P. Agustin una plática tan tierna como amorosa, la cual hizo verter lágrimas á todos los concurrentes, y por último, dirigió á Dios

una deprecacion tan patética, rogándole apartase de aquella ciudad los rayos de su justa ira, que todos se hallaban absortos y conmovidos. Quiso su Divina Majestad que instantáneamente fuera aplacándose la tormenta, y asi no hubo necesidad ni de consumir el Santísimo Sacramento, ni de abandonar la casa. Pero á la mañana siguiente la inundacion creció con más furia, aumentándose por grados el peligro, y subiendo el rio de tal modo, que desde la Almenilla podia tocarse el agua con la mano. Vino al convento nuevo recado del cabildo de la Santa Iglesia, pidiendo que se esforzasen las diligencias espirituales, puesto que las materiales ya no aprovechaban. Juzgó el P. Agustin que era llegada la hora de hacer alguna pública demostracion para mover los ánimos al dolor y á la penitencia. Llamó, pues, á sus frailes, manifestóles la obligacion en que se hallaban de sacrificarse por el bien de sus hermanos, y de pedir á Dios aplacase su ira, porque los sacerdotes, por su cualidad de medianeros entre los hombres y la Divinidad, pueden mejor que los pecadores ser escuchados y atendidos, y concluyó ordenando una procesion en que iban los religiosos marchando de dos en dos, precedidos de una cruz de madera y desgarrando sus carnes con aceradas disciplinas. Aquellos pios é inocentes varones asemejábanse á los culpados habitantes de Nínive, vestidos de humilde y grosero saco y con las cabezas cubiertas de ceniza. Este espectáculo causó el efecto apetecido. La multitud, aterrada y compungida, seguia á la procesion vertiendo un mar de lágrimas, y por doquier no se oia otra cosa que lamentos, confesion de pecados, peticiones de clemencia y gritos implorando la divina misericordia. Guió la devota comitiva sus pasos hácia la iglesia del Salvador, sita en una de las plazas públicas de la ciudad, la cual al punto se vió llena de la arrepentida multitud. Postrados de rodillas ante el Santísimo Sacramento los religiosos, pidiéronle humildemente, con voz entrecortada por las lágrimas, que apartase de aquella ciudad la plaga que la afligia, y que envainase la terrible espada de su justicia. El P. Fr. Agustin rogó tambien al Señor que no cerrase las fuentes de donde brotan los raudales de su misericordia, y cual otro Moises, cuando pedia al Señor que perdonase al pueblo prevaricador, ó que le borrára del libro de la vida, hizo una tierna y dulce súplica, que solo fué oida de los religiosos que se hallaban cerca, á causa del tumulto que movió el afligido pueblo con sus lágrimas y sus gritos. Dichos religiosos dieron cuenta más tarde de esta súplica, luego que el tiempo confirmó su resultado. Hallábase concebida en estos términos. «Señor, Señor, perdonad á esta afligida ciudad que á voces conoce y confiesa sus pecados; y si con la vida de uno solo se da por satisfecha vuestra justicia, ofrézcoos la mia, para que arrojado como otro Jonás á las aguas, se aplaque y ceda esta furiosa tormenta.» Acabó la tierna súplica con las palabras del

Salmo, *Fiat, fiat*, ratificándose en su ofrecimiento con el firme propósito de cumplirlo. La Divinidad le oyó, y aceptó su oferta para más tarde. Entre tanto, la furia de la tempestad cesó, disipáronse las nubes, y el rio bajó hasta sus límites ordinarios, llenando de satisfaccion á aquellos ciudadanos que no cesaban de bendecir á los santos religiosos, proclamándolos como los autores de su ventura, no dudando por su parte los que habian oido la deprecacion de Fr. Agustin, que el término de la tormenta habia sido obtenido por los méritos del fervor y caridad de aquel justísimo varon. Pasaron algunos meses despues de este suceso. Era ya el mes de Mayo de 1596 cuando salió el V. Padre de su convento, con objeto de hacer una visita á la provincia de Portugal. Cumplida esta diligencia y de regreso ya para la Andalucía en compañía de su secretario, cuyo nombre no ha consignado la historia, y de un hermano llamado Francisco de Santa Ana, encontraron un carro en el camino, que tropezando con la caballería del secretario, la derribó en el suelo, hiriendo gravemente á aquel en una pierna, y tanto que fué preciso dejarle en el primer lugar para que le curasen. Mucho hubiera deseado Fr. Agustin quedarse, segun su caritativa costumbre, al lado del enfermo para cuidarle, pero teniendo grande necesidad de llegar á Córdoba, donde se le esperaba para la toma del velo de la que más tarde fué la V. Madre Catalina de Jesus, hermana del marqués de Priego. Anteponiendo, como siempre, el bien ajeno al propio, y no queriendo dejar de hallarse en acto tan solemnísimo, empeñóse Fr. Agustin en partir solo, puesto que la herida del secretario se agravaba y era indispensable que se quedase en el pueblo acompañado del hermano. Resistíanse á dejarle marchar, tanto porque la caballería que llevaba era muy poco segura, cuanto que por las frecuentes distracciones que el Padre sufria, temblaban no le aconteciese alguna desgracia en el camino. Pero al fin, vencidos de sus ruegos, le dejaron marchar. Partió el buen religioso caballero en su jumentillo, y á poco rato quedó absorto y embebido en sus altos pensamientos, en sus graves contemplaciones, abandonando por lo tanto el cuidado y direccion de su bestia. Era, como hemos dicho, un dia del mes de Mayo, época en que el estío se deja ya sentir mucho en las Andalucías, y en que hacia un calor bastante grande. El jumentillo, acosado de la sed y el calor, se metió en un arroyo que habia al lado del camino, y despues de haber bebido, marchó por el arroyo abajo, y vino á dar en una profundísima balsa en que aquel terminaba. Sintiendo la bestia que se iba á fondo, soltó la carga y salió libre á la orilla. Cumplióse de este modo la aceptacion del ofrecimiento de Fr. Agustin, y tomó Dios su vida como expiacion de los crímenes de la ciudad que con sus ruegos habia salvado. No quiso que la perdiese en las embravecidas olas del furioso Guadalquivir, y admitió el sacrificio en la

humilde balsa que nadie creeria llegase á ser sepultura de un varon tan distinguido. Pero los juicios de Dios son impenetrables. No le es dado al hombre analizarlos, ni pedirle razon de sus obras; no nos toca más que adorarle y bendecirle, porque todos sus actos redundan en mayor crédito y gloria de su excelsa omnipotencia. A poco rato de haber ocurrido la catástrofe, llegaron unos arrieros, y viendo el jumento á la orilla y el sombrero blanco del Padre sobrenadando en la balsa, comprendieron lo que habia sucedido, y acto continuo y sin detenerse llegaron al lugar de la Solana á dar parte de lo que habian visto. Inmediatamente acudieron la justicia y los vecinos, y prévias las diligencias oportunas extrajeron el cadáver del agua. Fué hallado el santo cuerpo hincado de rodillas, puesta la mano sobre una cruz de madera y arrimado á un caño ó torrentera. De aquí coligieron cuán grande era la santidad del difunto, que en medio de su terrible agonía hizo tan religiosos extremos. El cuerpo fué conducido á la Solana con la mayor reverencia el dia 13 de Mayo, habiendo ocurrido su muerte el dia 10 á las cuatro de la tarde, y le dieron sepultura en la iglesia parroquial de dicho pueblo. Cuando se divulgó la noticia por todas las provincias de la religion carmelitana, la consternacion fué desmedida, la pena general, el sentimiento uniforme, porque muchos calificaron el suceso de terrible desastre, llorándole como tal. Pero los ojos de los hombres no penetran nada más allá de lo material y visible, y no pudieron comprender por lo tanto cuán glorioso habia sido el fin del bendito Padre, hasta que el mismo Dios se dignó revelarlo por medios sobrenaturales. El dia que ocurrió la muerte de Fr. Agustin, y precisamente á la misma hora, hallábase en el convento de los Carmelitas de Evora el insigne predicador Fr. Francisco Crisóstomo, el cual oyó decir á un respetable anciano, que se hallaba impedido mucho tiempo hacia en cama: «En este momento acaba de morir nuestro P. Provincial Fr. Agustin de los Reyes.» Admirado el Padre, tomó nota de la hora, y cuando se confirmó la noticia, no dudó ya que la revelacion era gloriosa. Para mayor autoridad y confirmacion de la ventura que al santo religioso le cupo, citaremos lo contenido en un cuaderno auténtico de revelaciones, que por obediencia á prelados superiores, y refiriéndose á sí mismo, escribió el P. Fr. Domingo de Jesus María, general que fué de la Orden, y á quien la misma apellida el santo. En una de dichas revelaciones, que se refiere al dia 16 de Julio del año 1600, dice el referido Padre: «Que hallándose en oracion mental en el coro del convento del Desierto, oyó una suave y melodiosa música que le dejó absorto y admirado. En seguida y volviéndose á mirar de dónde procedia, vió pasar una numerosa procesion de santos y de ángeles con velas encendidas en la mano, viniendo por remate de ella la Santísima Vírgen con su hábito del Cármen entre cuatro varones, cuyo estado deseaba saber el Padre

por haber sido grandes amigos suyos durante la vida. Estos eran el Padre Fr. Luis de Granada, del órden de Predicadores, Fr. Nicolás de Jesus María, general de la Orden Carmelita, Fr. Agustin de los Reyes y Fr. Juan Bautista, que murió siendo prior del convento de Valladolid. La Santísima Vírgen se paró delante del P. Fr. Domingo, y le habló con suma afabilidad, dándole sábias instrucciones para el capítulo que estaba próximo á celebrarse el dia de la Natividad, ofreciendo asistirle con su amparo y patrocinio para el mejor acierto de los negocios que en el mismo se tratáran. Igualmente le dijo, que accediendo á los deseos manifestados por él de saber de aquellos santos varones, Dios habia permitido manifestárselo, y al efecto venian en su compañía para muestra de la gloria que disfrutaban. Tenia el primer lugar el P. Fr. Luis de Granada, llevando tras de sí un gran número de bienaventurados, que eran los que, aprovechándose de su doctrina y ejemplo, habian conseguido la salvacion. Ocupaba el segundo lugar el P. Fr. Nicolás de Jesus María, el tercero Fr. Agustin de los Reyes, y el cuarto Fr. Juan Bautista; disfrutando todos aquella bienaventuranza en premio de lo mucho que trabajáran en servicio de la religion y por el bien espiritual de sus prójimos. Habló despues en particular del P. Fr. Agustin de los Reyes, del cual dijo que aunque á los ojos de los hombres habia sido fatal y desastroso su fin, algun dia se veria que fué para su mayor honor y gloria. Esta revelacion, de cuya autenticidad nadie ha dudado hasta el dia, se halla citada con otras varias en la vida del mencionado P. Fr. Domingo de Jesus María, escrita por el Ilmo. Caramuel, al libro VII, cap. I, redundando toda ella en loor de nuestro bendito Fr. Agustin de los Reyes.» No por haber muerto éste murió su nombre ni quedó olvidada su fama. Deseaba la Orden poseer sus preciosas reliquias, sacándolas del humilde lugar en que yacian; y asi al cabo de dos años, cuando se creyó que ya la tierra habia consumido el santo cuerpo, tomáronse las disposiciones necesarias para la exhumacion y traslacion desde el pueblo de la Solana. Era general de la Orden el P. Fray Elías de S. Martin, quien dispuso que los restos mortales fuesen trasladados al convento de Aguilar, tanto por ser fundacion del difunto, cuanto por gratitud al señor marqués de Priego, á cuyos estados pertenecia el referido pueblo, y que con suma caridad satisfizo todos los gastos que ocasionaba la traslacion á causa de la buena amistad y correspondencia que siempre habia tenido con el Padre. Fueron comisionados al efecto el P. Fr. Fernando de la Asuncion, y los hermanos legos Cirilo de la Madre de Dios y Francisco Santa Ana, que era el mismo que acompañó á Fr. Agustin en su último viaje. Llegados á la Solana, manifestaron al cura el correspondiente mandato del obispo, y en su compañía y en la del sacristan fueron á la iglesia para descubrir la sepultura, provistos de todo lo necesario para evitar la infec-

cion que temian; pero no fué necesaria tal diligencia, porque el cuerpo estaba sano, incorrupto, y sin más lesiones que varios rasguños en el rostro, causados, segun se creyó, por algunas raices que le habian herido al caer en el agua. En breve corrió por el pueblo la noticia, y aclamóse en altas voces la santidad del difunto; por lo cual, agrupándose todo el pueblo á la posada donde se hallaba depositado el cadáver, pidieron los alcaldes en nombre suyo, que puesto que Dios les habia concedido el gran don de poseer el cuerpo santo, no era justo que se le arrebatasen, y estaban dispuestos á no permitir de ninguna manera su salida. Viendo el P. Fr. Fernando lo resueltos que se hallaban á hacer lo que decian, y que la cuestion era demasiado larga para ventilarla con arreglo al derecho, ordenó á los legos que miéntras él entretenia al pueblo con proposiciones, respuestas y excusas, sacasen ellos el cuerpo al campo por una puerta falsa del meson, y le pusieran en salvo. Así se efectuó, y en cuanto el Padre tuvo aviso de que la órden se habia ejecutado, les dijo á los alcaldes que no se molestáran, porque ya el cuerpo se hallaba léjos, de lo que se quejaron amargamente, acudiendo para consolarse á la sepultura, á repartirse la tierra de ella y algunos pedazos de hábito que quedaron, y que conservaron cuidadosamente como preciosa reliquia. Habiendo llegado los religiosos á Montilla, residencia de los condes de Priego, salieron estos á recibirlos á la cabeza de muchos nobles de la poblacion y de la servidumbre de palacio, en union de la clerecía, PP. Agustinos, Recoletos, Franciscanos y Compañía de Jesus. Puesto el cuerpo en una litera, fué trasladado al convento de Aguilar, distante una legua de Priego, donde se le habia dispuesto un magnífico recibimiento con aparato de túmulo decente y armoniosa música para agradecer el alto don que el cielo les enviaba. Muchos caballeros, entre ellos D. Pedro de Mendoza y D. Alvaro de Luna, primos del Marqués, se disputaron con los religiosos el honor de sacar el santo cuerpo de la litera y conducirle en hombros hasta la iglesia. Mas para dar gusto á todos, acordóse qee lo llevasen á trechos, y así fué conducido hasta el convento, donde se le colocó en un ataud, cerrado con su llave, el cual se colocó en el túmulo donde permaneció los nueve dias que duraron las exequias, celebrándose estas con la posible ostentacion, habiendo en todos los dichos nueve dias sermon predicado por los más notables oradores que en aquella villa pudieron hallarse, publicando el pueblo por su parte la santidad del difunto, opinion que el Señor se encargó de testificar más adelante, pues continuando la incorruptibilidad del cuerpo de Fr. Agustin, y deseando hacer constar que esta propiedad era milagrosa y contraria á todas las leyes físicas, reunió el P. Provincial Fr. Juan de Jesus María de Lorca, en el año 1619, á 27 de Enero, una junta de teólogos y médicos, los cuales examinando detenidamente el santo

cuerpo, afirmaron en un documento legal que aquella incorruptibilidad era milagrosa, y el cuerpo favorecido con ella el de un bienaventurado del Señor; título que se confirmó con una série de portentosos milagros obrados por la intercesion de algunas reliquias del venerable Padre, cuya relacion omitimos por no alargar demasiado este artículo biográfico. — M. B.

REYES (Sor Ana de los), mercenaria. Fué natural de Sevilla, é hija de Diego de la Garza, descendiente de una ilustre y bien acomodada familia. Fué Ana desde su primera infancia sumamente hermosa, agraciada y llena de todas las dotes y condiciones que el mundo estima sobremanera, y que hacen ser más apreciadas de las gentes á aquellas personas que poseen estas cualidades. No solamente amaban con exceso á la niña Ana sus padres y sus deudos, sino tambien todas las personas que por cualquier motivo llegaban á verla y á comunicarse con ella. Pero ni sus hermosas y elogiadas prendas, ni los aplausos que por ellas merecia, llegaron nunca á infundirla, como á otras jóvenes, orgullo ni vanidad y mucho ménos inducirla á adquirir aficion á los regalos y los deleites del mundo; ántes se mostró tan enemiga ó por lo ménos tan indiferente á ellos que nunca llegó ni á pensar en contraer el santo vínculo del matrimonio, aunque veces mil fué requerida y solicitada para él. Empleaba el tiempo en las labores propias de su sexo y estado, y las horas que la sobraban ocupábalas, en vez de vanos pasatiempos é inútiles cuando no perjudiciales diversiones, en la lectura de libros piadosos de los que luego confesaba haber sacado mucho fruto. Hallándose animada de una vocacion decidida para la vida religiosa, aunque sin preferir órden alguna, aconsejóse de personas de notoria ciencia y reconocida virtud, las cuales la enteraron cuán cristiana y recogidamente se vivia en el convento de la Asuncion de la referida ciudad de Sevilla; y como ella, aunque de tan temprana edad, iba solo buscando la dicha por el camino de la tranquilidad y del sosiego, determinó tomar el hábito en este convento, con más motivo que en él no habia locutorio ni gradas para que las religiosas admitieran visitas, ni se permitian entrar más personas que los padres y madres de las mismas, y esto con tanta limitacion que casi equivalia á prohibirlas. Resuelta ya á ponerse bajo el amparo del santo escapulario de la Merced, pidio á sus padres el oportuno permiso, costándola muchos ruegos y muchas lágrimas el obtenerle: pues como era hija única y tan amada, no se determinaban á separarla de su lado. Al fin de su inmutable perseverancia, diéronla su beneplácito, pudiendo ella al cabo cumplir su más fervoroso anhelo. Desde el primer dia comenzóse á manifestar en el claustro penitente en sumo grado, pues además de macerar su carne con áspero silicio y continua disciplina, andaba enteramente descalza, mortificando sus pies y poniéndose bien de rodillas, bien en violentas é incómodas actitudes. Llegó á noticia de la pre-

lada la aspereza con que se trataba, y sabiendo que cada dia aumentaba sus rigores pidiendo únicamente á Dios que la diese ánimo y fuerzas para soportarlo, mandóla en santa obediencia que no prosiguiese en aquellas mortificaciones. Como era tan obediente, cumplió el mandato, mas para no quebrantar el precepto que se impusiera, y la obligacion que contrajera, pidió licencia para hacer mortificaciones de otro género, porque su devocion era tan ingeniosa y los medios que adoptó no cedian en nada á los anteriores. Tanta crudeza, minando poco á poco su débil naturaleza, la hizo perder la salud poniendo en grave peligro su vida, lo cual causaba á sus padres notable angustia y pesar, llorando amargamente cada vez que venian á verla, por notar cuán decaida y postrada se encontraba. Pero ni los ruegos ni las lágrimas de personas tan queridas pudieron apartarla de sus firmes propósitos, santos ejercicios y áspero modo de vivir; al contrario, más abrasada cada dia en la viva llama del amor divino por su caro esposo Jesucristo, postróse un dia delante de un santo Crucifijo, que representaba el acto de la espiracion; á cuya imágen tenia una devocion extremada, y vertiendo lágrimas amorosas, le dijo: «¿Ya que os encontré y que vos os dignásteis recibirme bajo vuestro amparo en esta santa casa, por qué, como dice la Esposa de los Cantares, he de dejar á mi Esposo? ¿Por qué si renuncié al mundo, he de mirar ni querer cosa que del mundo sea ni á él pertenezca? ¿Y por qué he de dejar mi dulce mortificacion para gozar descanso y placeres que por muy inocentes que sean, siempre conducen á la frialdad ya que no al pecado? Ruégoos pues, Señor, por aquella hora en que disteis al Eterno Padre vuestro espíritu, por el remedio del mundo y salvacion de los pecadores, ruégoos que me retireis los ojos del cuerpo á las interioridades del alma, y sea de tal modo, que no vea ni me aperciba de otra cosa sino de aquello que os fuere digno y agradable. Pronto echó de ver que su Divina Majestad habia accedido á aquella peticion, pues desde el momento que la hizo no volvió á levantar los ojos del suelo ni miró más que lo que era indispensable para andar sin molestia y no causar incomodidades á las demás religiosas. Llevó tan adelante este propósito que ni áun á sus padres miraba cuando la iban á visitar, ni al médico cuando la curaba las graves enfermedades causadas por sus penitencias. Como estas eran tan continuadas, destruyeron por último su salud, poniéndola en el último trance. Cuando sus padres supieron que se hallaba tan de peligro, como eran de las familias más ricas y bien acomodadas de Sevilla, buscaron, sin economizar gasto ni diligencia, los más hábiles doctores para que la visitáran y curasen, cosa que ella sentia en el alma, porque segun el Apóstol, anhelaba desatar el lazo carnal de la vida para volar al seno de su Dios. Habiéndose agravado su dolencia y á pesar de que los médicos decian no ser cosa de peligro, ella rogó á

la prelada que la mandase sacramentar, porque muy claramente conoció que se moria, y escuchaba la voz del divino Esposo que la llamaba para sí. Ejecutóse pues lo que la sierva de Dios pedia, y despues que hubo recibido los espirituales auxilios, aún vivió dos dias, los cuales empleó en dulces coloquios con aquel Cristo á quien tanta devocion tenia. Llegó la víspera de la festividad del glorioso patriarca S. José, á quien ella profesaba singular afecto habiéndole tomado por especial patrono y abogado, y en cuyo dia (19 de Marzo de 1585) ocurrió la notable ó más bien milagrosa coincidencia de celebrarse la fiesta de la Encarnacion del Hijo de Dios. Aquella noche pidió la moribunda virgen á todas sus hermanas que se hallasen presentes para asistir á su partida, porque ya se acercaba el momento de abandonarlas en el mundo, aunque con la esperanza de reunirse en el cielo. Hallábase de tan buen color y tan hermoso semblante y los médicos aseguraban tan unánimemente no haber peligro alguno, que todas creyeron no moriria tan presto y que el decirlo era figuracion suya. Mas luego conocieron que Dios se habia dignado comunicarse con su sierva; pues espiró precisamente á la misma hora que habia indicado, abrazada estrechamente con el santo Crucifijo á quien tanta devocion tenia. Murió con tal sosiego y tranquilidad, quedando su rostro tan hermoso y tan sereno, que parecia hallarse durmiendo, siendo tan completa la ilusion que hasta pasadas algunas horas no advirtieron sus hermanas que ya no quedaba de la sierva de Dios otra cosa sobre el mundo que su bendito cadáver. Quiso Dios premiar con una muerte dulce y tranquila á la que durante su vida fuera un modelo de dulzura y tranquilidad.—M. B.

REYES (Fr. Andrés de los), religioso de la órden de S. Gerónimo en el Real monasterio de S. Lorenzo del Escorial. Fué natural de Balconete, villa de la Alcarria, é hijo de padres honrados; tomó el hábito á la edad de diez y siete años, estando ya ordenado pues seguia la carrera eclesiástica, y desde aquel instante manifestó los grandes adelantos que debia hacer en el camino de la virtud. Obró siempre con mucha compostura y humildad, siendo tan puntual en todo, que era un vivo ejemplo y como una especie de correccion de los decaidos de los demás. Profeso ya, procuró ejecutar las promesas que habia hecho á Dios de vivir obediente, pobre y casto segun la regla, lo que cumplió con notable edificacion con el auxilio de la divina gracia. Ocupáronle desde luego en diferentes cargos del convento, los que desempeñó conforme era debido á la obediencia que profesaba con la mayor perfeccion. Nombrado bibliotecario segundo, ejerció con mucho acierto este cargo aprovechando la circunstancia de hallarse entre libros para estudiar y leer. Entónces fué cuando se perfeccionó en la lengua latina y aprendió la hebrea, griega y arábiga, adquiriendo tal perfeccion en la primera, que la enseñó despues por

mucho tiempo á los hermanos en la escuela. Habia aprendido bajo la direccion de un escocés llamado David Colvillo, á quien habia dado Felipe III una plaza de intérprete, con la obligacion de asistir á la biblioteca del Escorial. De este sabio fué el P. Reyes no solo discípulo sino tambien amigo, y cuando marchó á Roma, trasladándose luégo al estado de Saboya, sostuvo con él una larga correspondencia en hebreo y latin, prueba de su práctica en estos idiomas. El estudio y manejo de los libros puso á este religioso en estado de conocer y utilizar todos los tesoros de erudicion y ciencia que se encierran en la librería de S. Lorenzo el Real, pudiendo satisfacer con acierto á las preguntas de todos los sabios y curiosos, que venian de los diferentes países de Europa á ver la gran fundacion de Felipe II, dándoles cuenta y noticia de todo con no poca admiracion de ellos y gloria de nuestra nacion. Ninguno de sus antecesores le excedió en este punto, lo mismo que en la clasificacion que hizo de muchos escritos y papeles sueltos, formando un índice general para que se encontrasen más fácilmente y pudieran ser utilizados por los estudiosos. Vista su grande capacidad para trabajos tan difíciles como importantes, fué destinado despues al archivo, donde sirvió á la comunidad por espacio de diez y seis años con más distincion quizá que en la misma biblioteca. El fué quien arregló, clasificó é hizo los índices, que en su mayor parte existen aún escritos de su propia mano, haciéndolo con tanta facilidad y exactitud que, segun la Crónica de su Orden, «hizo índices diversos con advertencias tan exquisitas, que no se ofrece dificultad de hacienda que no tenga notada la luz para la salida, habiendo hecho para esto tantas obras, trabajadas por sí, que admira lo infatigable de su vigilancia, y se reconoce en ellas su inteligencia en todo género de materias, explicadas con traza, con curiosidad, que llevan mucho la atencion y descubren la que tenia en servir á la comunidad, á quien con mucha reverencia y aprecio llamaba siempre santa. La causa de no haberle enviado al colegio, continúa el mismo autor, siendo su capacidad tan conocida, fué el haberle experimentado con genio particular á estas aplicaciones, y con gran cordura y asentado juicio para cualquier negocio de importancia.» La fama que obtuvo con este motivo le hubiera sin duda valido ser elevado á grandes dignidades, pues permaneció por mucho tiempo en Madrid con el R. P. Fr. Juan de Peralta, obispo de Tuy, de Zamora despues, y por último arzobispo de Zaragoza, quien le tuvo á su lado como compañero, encargándole del despacho de todos sus negocios y guiándose en todos ellos por su consejo. Conociendo el obispo su aptitud y lo mucho que le aliviaba en el gran número de ocupaciones que sobre él pesaban, no queria separarle de su lado, mas él, deseoso de vivir en la clausura y recogimiento como buen religioso, insistió en volver á su mo-

nasterio y al rincon de su celda que era de más aprecio para él que todas las córtes del mundo. Otros prelados, dice su biógrafo, apetecieron tambien su compañía, su comunicacion, ofreciéndole la mano, y por su humildad se contentaba con estar á sus piés, conociendo que al que está por tierra, nadie le puede derribar, y levantarse puede ser causa de caer. Faltos algunos de esta consideracion le juzgaron por extraño, que quisieran fuera por el camino que otros, que, aplaudiendo desaciertos ajenos, puesta la mira á sus intereses, introducen en las religiones lo muy vituperable en los palacios. No era amigo de fingimiento, y más con los prelados, ni sufria su religiosa modestia el no hablarles claro lo que convenia. Por esto le tenian por sacudido, y no dijeran mal si le dieran ese título como se le da á otros el Espíritu Santo, llamándolos hijos de los sacudidos, que á manera de saetas arrojadas de fuerte brazo, pospuesta la lisonja, manifiestan la verdad sin rebozo, guardando el oportuno y debido modo.» Esta especie de aspereza que tenia en tratar con los demás, la ejercia en mayor grado consigo mismo, como lo manifestaba la mortificacion con que afligia contínuamente su cuerpo y los desvelos para sujetar sus apetitos y conservar la pureza y castidad. Desde que salió del noviciado no usó más cama que una estrecha tabla con una sola manta; nunca se desnudó para dormir, ni se entregaba al sueño por más tiempo que el absolutamente necesario para el descanso del cuerpo; lo mismo hacia con la comida, no tomando más alimento que el que le bastaba para vivir; huia de todo regalo y blandura, aborreciendo cuanto podia privarle de los bienes espirituales, no perdonándose á sí mismo, siguiendo la sentencia del Salvador «que el aborrecerse en este mundo es asegurarse para el otro.» No obstante asistir siempre al coro, siendo el primero en entrar y el último en salir, no le faltaba tiempo para dedicarse á todos sus penosos y difíciles trabajos, sin descuidar otras prácticas religiosas. Decia misa ántes de la que se celebraba al alba, precediéndole y siguiéndole una no corta oracion mental; ayudaba tambien á otros sacerdotes, porque procuraba con gran cuidado que no faltase ninguna y se hiciesen con la debida solemnidad todas las ceremonias del altar, dando por sí mismo el ejemplo, y enseñando y aconsejándoselo á otros, con lo que conseguia su objeto. «De los oficios de Tabla, continúa la *Crónica*, á más del cuidado, tenia tal gracia, que sin hacer más que otros en la sustancia, el modo era agradabilísimo. En la conversacion no lo era ménos, tratable, llano y buen compañero, sin fruncimientos ni dobleces; su celda era un perfecto ejemplar de cómo debe ser la de un monje, cuya obligacion es caminar pobre al cielo, por que no tengan de que asir los ladrones del camino.» No tenia sillas, cuadros ni ningun adorno; jamás usó ropa interior de lienzo, sus pañuelos eran los de los novicios, que solia

lavar por sí mismo. Estando una vez enfermo de los rigores de sus penitencias, fué menester un mandato de su prelado para que se vistiese camisa, lo que hizo únicamente porque le obligaba á ello la obediencia. Las limosnas de sus misas las empleaba en remediar necesidades ajenas, y lo que podia dedicar á su uso, con licencia del prelado, lo destinaba á la comunidad, privándose con gusto de ello. Algunos libros que habia llegado á reunir los distribuyó ántes de su muerte, dando unos á la biblioteca y otros á los religiosos; «pareciéndole, dice la *Crónica*, que quedarse sin nada era la mejor parte; y se puede decir que no la tuvo en cosa de la comunidad (con haberla tenido tanto) ni para sí ni para sus deudos, por el tiempo que tuvo el hábito, ni tuvo huéspedes, ni cumplimientos, ni persona en el seminario ni en la hospedería que por algun camino le tocase, de que otros religiosos con mucha razon se aprovechan; que es rara ponderacion de su desasimiento, y de las veras con que habia dado de mano á los cuidados del mundo, por que su corazon vacase solo á Dios, que á la medida que los hombres le desembarazan de las cosas de por acá, le llena de sí.» Vivia de esta manera cuando tuvieron que pasar algunos religiosos á las Navas á celebrar el entierro del marqués, señor de aquel pueblo, á lo que se prestó el P. Reyes más bien por obediencia que con ningun fin particular. Habíalo dispuesto así el prelado á peticion de la marquesa viuda, y aunque nuestro monje hubiera podido excusarse por sus muchos achaques no se atrevió, siendo esto la causa de su muerte, pues al regresar de este viaje, en que le habia dado mucho el sol, se sintió atacado de una violenta calentura. Procuró ocultar su mal durante algunos dias, no tomando apénas alimento por no poner en cuidado á sus hermanos, pero viendo que la enfermedad iba en aumento, bajó á la enfermería, diciendo que iba á morir, lo que repitió muchas veces, no obstante que el médico daba las mejores esperanzas. A los cuatro dias pidió con mucha humildad el santo viático, lo que dilató el médico no creyendo el lance tan apretado, porque el enfermo estaba muy sosegado y quieto, mas no tardó en conocer (que los médicos, segun la Crónica, ya en aquellos tiempos eran algo tardos de conocimiento) que su sosiego era más bien efecto de su modestia y paciencia que del estado de la calentura más violenta cada dia. Mandó por lo tanto que se le dieran los santos sacramentos, que recibió él con el mayor fervor, habiendo pedido ántes perdon á sus hermanos con el mismo dolor que si hubiera sido el hombre más perverso del mundo. Quedó su alma llena de gozo con la visita del Señor, el que se manifestó en el semblante creyendo todos que sentia una notable mejoría. Alegráronse por esto en tanto extremo que algunos se acercaron á darle la enhorabuena, mas al dársela se entristeció, porque, como dice la *Crónica*, era mucho el deseo que tenia de

unirse con el sumo bien, y lo significaba diciendo con el apóstol: *Cupio dissolvi et esse cum Christo.* Al quinto dia despues de recibir el viático le dieron la uncion, á consecuencia de un parasismo, de que volvió al fin con mucha serenidad, diciendo que se hubiera alegrado recibirla con su completo conocimiento para responder á todo. Llevaba siempre consigo muchas devociones en que se ejercitaba, escritas de su propia mano, y entre ellas la protestacion de la fe, que se halla impresa en las obras de Luis Blosio; repitióla muchas veces, haciendo tambien que le leyeran la pasion de nuestro Salvador, escrita por el evangelista S. Juan, con lo que se enfervorizaba de tal manera que hacia derramar lágrimas á los que le asistian. De esta manera, y repitiendo actos de amor de Dios, le entregó su espíritu en 2 de Setiembre de 1638, dejando á todos admirados con su santa muerte.—S. B.

REYES (Fr. Antonio de los), religioso dominico natural de Méjico donde tomó el hábito. Era capellan del obispo de esta ciudad cuando los PP. Predicadores entraron en aquel reino, y atraido, segun tradicion, aquel prelado de los ejemplos y santidad de la Orden, dejó la autoridad de la mitra por el humilde estado de la pobreza, y aunque Fr. Antonio se hallaba ya cargado de años y sin fuerzas, se las dió el espíritu para imitar la resolucion de su dueño. Habiendo vestido el hábito, comenzó á practicar austeridades y obligaciones, uniendo al entusiasmo del jóven la madurez del anciano. Estaba el nuevo convento poblado de espíritus admirables, y que como veteranos en la observancia y muy prácticos en la vida regular, habian adelantado mucho en el camino de la perfeccion. Grandes alientos se necesitaban para igualar los hechos de varones tan religiosos, y que habiendo llevado desde la juventud el yugo de la religion sobre sus hombros, lograban sobre los demás ventajas del tiempo y las costumbres. Mas no se acobardó Fr. Antonio á vista de estos adelantados atletas, pues multiplicando fervores tardó poco en caminar, como dice Dávila, hombro á hombro con estos gigantes de la virtud. Pero tan grande adelanto no fué sin grande trabajo, pues los esfuerzos de su espíritu le debilitaron de manera que no podia moverse, porque la mucha edad, las continuas penitencias, la abstinencia continua y rigorosa, y más aún en quien disfrutando algunas conveniencias en el siglo, pasó de un extremo á otro, no eran medios para conservar la robustez, sino para acabar pronto con la vida. «Por Pascua, dice la Crónica, le asaltó una calentura, al parecer de poco cuidado, y que segun todos los indicios prometia ser más molesta que peligrosa. Pasó así sin especial novedad hasta la víspera de la Ascension en que fué á visitar á su antiguo prelado, que entre otras virtudes tenia la de muy caritativo con los enfermos. Apénas le vió Fr. Antonio cuando con festivo alborozo empezó á exclamar diciendo: Buenas nuevas, Padre, buenas nuevas; sepa que mañana es el último dia de mi

destierro y primero de mi descanso. — Y levantando las manos al cielo con singular regocijo, exclamó: Muchas gracias os doy, Señor mio Jesucristo, por tan singular favor de llevarme con vos en dia tan grande como es el de mañana; dia santo, dia festivo, y dia con quien siempre tuve particular devocion. — La voz con que pronunciaba estas palabras no era de enfermo, sino tan robusta y entera como si estuviese muy sano. Con lo que admirado el Padre, le tomó el pulso, y no encontrando en él señales de que pudiese estar tan pronta su muerte, como afirmaba Fr. Antonio, se salió de la celda diciendo: No estais en ese estado, y por más que esta calentura os maltrate, no podrá causaros la muerte, ni áun de aquí á ocho dias. — Hablaba, dice el Cronista, Fr. Martin como médico, y Fr. Antonio como santo. Engañóse la medicina y acertó la santidad, y podria añadir que sin concurrir medicina y milagro, experimentamos todos los dias la falsedad de semejantes pronósticos, que guiados por la conjetura, se encuentran pocas veces con la certidumbre de la ciencia. El feliz enfermo continuó en las expresiones de su gozo y las ternuras de sus afectos sin hacer caso de lo que su antiguo compañero habia dicho, porque él sabia mucho mejor las circunstancias y término de esta enfermedad. Amaneció el dia de la Ascension, que tanto deseaba, y aunque segun las señales exteriores no se habia aumentado la enfermedad, llamó al prior y le pidió con instancia le administrase los santos sacramentos. Rezelaba hacerlo el prelado, pareciéndole estar muy lejano el momento á que los destina la piedad de la Iglesia; pero instando Fr. Antonio con devota porfía, cedió á sus ruegos. Cobró mayor ánimo todavia al recibirlos, manifestando en aquel trance singular devocion y ternura. Apénas los hubo recibido, cuando, dice la Crónica, espiró blanda y tranquilamente á vista de todos los Padres, que creian que aquel ánsia más era efecto de su devocion que peligro de su enfermedad; mas viendo tan pronta muerte comprendieron que Fr. Antonio se gobernaba por reglas superiores á la prudencia humana, y convirtiendo la admiracion en gozo rindieron á Dios muchas gracias por haberles dado tal hermano y compañero. Parece que habia compuesto diferentes obras, entre las que encontramos citadas en todos los bibliógrafos las siguientes: *Arte en lengua misteca con algunas curiosidades importantes para entender la cuenta de los años, y tener luz en las historias de los indios.* Méjico, 1593, en 4.° — *Arte de la lengua mejicana*, citado por Nicolás Antonio, aunque no por los autores dominicos. — S. B.

REYES (Fr. Antonio de los), religioso mínimo de S. Francisco de Paula. Fué natural de Córdoba é hijo de Pedro Alonso, aragonés, y de María Diaz Notoria. Nacido en 12 de Junio de 1537, sus padres le proporcionaron una excelente educacion, á que supo corresponder, manifestando desde muy niño tanto ingenio como virtud sin dar disgusto alguno á sus padres, pues todos

sus recreos y pasatiempos iban encaminados á Dios, demostrando así, áun en tan tiernos años, que no tardaria en seguir sus caminos. En efecto, en 1572 cuando contaba apénas diez y seis años, trato de ser religioso, y meditando la Orden en que tomaria el hábito, se decidió por la de S. Francisco de Paula. Presentóse con este objeto al P. provincial Fr. Alonso del Aguila, quien prendado de la buena presencia del mancebo, le mandó examinar, y hallándole apto despues de tomar los informes, lo que fué fácil por ser sus padres conocidos en Córdoba, no quiso dilatar más sus deseos y le envió á Andújar, en cuyo convento fué admitido el 17 de Febrero. Hizo su noviciado distinguiéndose por su mortificacion y penitencia, siendo un raro modelo no solo para los otros novicios jóvenes sino tambien para los padres ancianos, por la modestia de su rostro, la moderacion de su continente, la prontitud en la obediencia, la perpétua asistencia al coro y la maravillosa templanza en la comida, no pareciendo sus virtudes de niño sino de hombre maduro y experimentado en ellas. Terminó su noviciado é hizo profesion al año siguiente, y por ser muy devoto de los santos Reyes, primeros adoradores de Jesucristo recien nacido, quiso apellidarse con su nombre, tomando en la profesion el nombre de Fr. Antonio de los Reyes. Tuvo el P. Provincial mucho cuidado con este virtuoso mancebo, que tan grandes esperanzas daba por su ingenio y acrisolada virtud, y en la primera ocasion le dedicó al estudio de artes y despues al de teología, que hizo con notable aprobacion, mereciendo repetidas distinciones de sus maestros, que le veian siempre adelantarse á todos sus condiscípulos. Estos trabajos literarios no le impidieron consagrarse á la oracion, «ciencia, añade la Crónica, donde los hombres se hacen enseñados del Señor, doctos y graves en la Iglesia, escuela donde los santos supieron más en una sola leccion que los varones filosóficos de la tierra en sus continuos trabajos y desvelos. Ibase Fr. Antonio al coro, y postrado delante del gran maestro Jesucristo comenzaba y acababa su oracion con aquellas palabras de David: *Enséñame á hacer tu voluntad, pues eres, Señor, mi Dios.*» Cuando salia del coro, la despedida con que se apartaba del Santísimo Sacramento era hincando la rodilla, y recordando todo lo que la obediencia le tenia encargado y le podia mandar, decia en espíritu al Señor: *Hágase, Señor, en todo tu divina voluntad.* Comenzó á estudiar por el santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría, y salió consumado en saber servir á su Divina Majestad sin apartarse jamás de su amor. Fué recibiendo las órdenes conforme se lo permitia la edad, hasta que obtuvo la del sacerdocio, y viendo la competencia de sus discípulos en pretender los honores de las cátedras y púlpitos, decidió no caminar por sus pasos ni ocuparse en cosas de tanta estimacion, pidiendo con grande humildad licencia á sus prelados para no consagrarse á la enseñanza ni á la predi-

cacion, continuó el método de vida que habia emprendido desde niño, mortificándose con rigurosas abstinencias, llegando al extremo que no obstante su escasa edad, pues era un jóven de veinticuatro años, tenia tan débil el estómago que se veia sujeto á continuos padecimientos. Comprendiendo sus superiores que importaba mucho más á la religion que Fr. Antonio fuese santo que letrado, siguieron su voluntad, viendo que se consagraba en verdad á servir al Señor con evidentes muestras de virtud sin ninguna sospecha de ficcion. Resplandecieron en este siervo de Dios muchas grandes cualidades, de las que deben señalarse las tres más principales como fundamento de perfeccion religiosa. Fué, en primer lugar, tan humilde que jamás creyó nada bueno de sí, ni despreció á nadie, ántes bien teniéndose por el más humilde de todos, á todos servia con particular afecto, y desde el dia en que tomó el hábito hasta el de su muerte no dejó cuando iba al refectorio de postrarse en el suelo diciendo sus culpas, como lo hacen ordinariamente los novicios con estas palabras: «Digo mi culpa, Padre, que soy negligente en el servicio de Dios y salvacion de mi alma.» Imponíale el prelado la penitencia ordinaria, que consistia en un Padre nuestro y un Ave María, la que él cumplia con notable humildad y profunda devocion. Cuando por alguna causa inesperada no acudia á las cosas de la comunidad tan puntualmente como era necesario, ó le parecia que habia faltado á alguna de sus obligaciones, decia del mismo modo su pecado y se regocijaba de que le reprendiesen sus prelados, lo que hacian algunas veces los correctores para mayor prueba de su virtud. Su grande humildad le hacia ser obediente en extremo, «pues la humildad, dice la Crónica, es virtud obediente, y la obediencia no se halla sino en los corazones humildes;» siéndolo tanto el Padre Reyes, que cuando le mandaban alguna cosa sus prelados, se ponia de rodillas, cruzaba los brazos y clavaba los ojos en el suelo, oyendo atentamente lo que se le mandaba, poniéndolo en ejecucion con increible gusto, sin examinar ó interpretar la intencion á las palabras del que se lo mandaba, ya fuese prelado ó súbdito. Tanto ó más que en la humildad se distinguió en la abstinencia este siervo de Dios, pues áun siendo niño, nunca comia todo lo que le daba su madre, sino que reservándose alguna parte salia á la calle y se lo repartia á los pobres. Siendo ya adulto, muchos dias de la semana no comia más que pan y agua una sola vez al dia, como singular hijo de la abstinencia del P. S. Francisco de Paula. Los lunes, miércoles y viernes se sentaba en el refectorio en el suelo para comer pan y agua, pidiendo primero la bendicion. Muchas veces pasaba dos y tres dias sin probar bocado, siendo no pocas necesario mandarle que comiese por obediencia, rigurosa abstinencia que le duró toda su vida. Sus rigurosas penitencias le hicieron ser comparado con los antiguos Padres del yermo. Siempre llevó un áspero

silicio sin que cubriese su cuerpo más que solo su hábito. Andaba constantemente descalzo excepto durante los actos de comunidad, y hacia otras penitencias extraordinarias los lunes, miércoles y viernes, para lo que hubo de alcanzar licencia de sus superiores. Reprendíanle estos escesos con aspereza, en lo que él recibia notable contento y regocijo espiritual. Desde que tomó el hábito hasta que murió, no durmió nunca en cama, acostandose sobre un poyo, aunque lo más comun era ir al coro, donde pasaba las noches en oracion, no entregándose completamente al sueño. Fué por mucho tiempo maestro de novicios, oficio propio de su celo y santa vida; y admiraba á todos ver cuán bien dirigia á los jóvenes, no porque les diese muchas lecciones, sino porque generalmente les estaba enseñando y predicando con su vida y ejemplos, siendo muchas y muy rigurosas las penitencias que con ellos hacia. Cuando daban la señal de maitines ya estaba rezando en el coro, de donde no solia salir de noche, quedándose despues de rodilla en él hasta la hora de prima. Tenia constantemente los ojos clavados en el suelo, y tan llenos de lágrimas, siendo tantos los suspiros que exhalaba su corazon que parecia no vivir en la tierra, estando más embebido en sus oraciones que en todas sus demás obras. El remedio más ordinario y eficaz de este siervo de Dios en todas sus necesidades era la oracion, á la que se entregaba de ordinario en todas sus aflicciones ó en las ajenas que le recomendaban, viéndose por lo comun los milagrosos efectos que obraba el Señor por intercesion de su siervo. Deseoso un religioso grave de ser discípulo del P. Reyes, procuró tratarle é imitarle en todas sus acciones, llegando á tal extremo su amistad, que le rogó le enseñase el modo con que tanto servia y agradaba á Dios, á lo que le contestó el P. Antonio: Lo primero es no temer á nuestro adversario, sino hacerle resistencia para que huya, porque él procura derribar á los siervos de Dios. Marchó el religioso con esta leccion resuelto á combatir con todas sus fuerzas al demonio, aunque se le presentase en forma corporal, y no tardó en efecto en tocar los resultados. No se distinguió ménos el P. Reyes en la virtud de la caridad y perpétua meditacion en nuestro Señor, en quien pensaba de ordinario y de quien siempre trataba, reduciendo todas sus pláticas á la exhortacion del servicio de Dios. Reuníase para esto con algunos religiosos, en particular con los jóvenes que conocia ser mejor inclinados, y trabajaba siempre para instruirlos en la virtud. Siempre que salia fuera del convento era para ejercitarse en obras de caridad y por mandato de la obediencia. Componia las diferencias, reconciliaba las enemistades, concertaba muchos pleitos, siendo tan eminentes sus servicios en estas ocasiones que el obispo y las personas más notables de Córdoba le llamaban el instrumento de la paz y el padre de todos. En los últimos años de su vida marchó por devocion al convento de Recoletos, que tenia la provincia

de Granada en la villa de Cabra, fundado por los duques de Sesa, y murió en aquella casa á 15 de Agosto de 1591 á la edad de cincuenta y seis años, despues de haberse distinguido en toda clase de virtudes y procurado ser modelo de religiosos. Recibió los santos sacramentos con copiosas lágrimas mezcladas de alegria y de dolor espiritual. El mismo dia de nuestra Señora, en que falleció, fué á la sacristía con ánimo de decir misa, púsose el alba, y como estaba tan próximo á la muerte no pudo pasar adelante. Trasladado á su celda, recibió el viático celestial y el sacramento de la extremauncion; estaba la comunidad de rodillas al darle los sacramentos, vertiendo lágrimas por la pérdida de tal padre y compañero, si bien muy contentos, como varones religiosos y cuerdos, de ver que iba al cielo á gozar de Dios, premio de sus trabajos, y á interceder por los que le estaban llorando. Estuvo atento á la recomendacion del alma, contestando á todas las oraciones y deprecaciones, hasta que espiró con el último amen, dando evidentes pruebas de santidad en este tránsito, y quedando con tan buen aspecto como el que habia tenido toda su vida, pues dice la Crónica que habia sido de gallarda disposicion, ojos garzos, cabello rubio y de buenas facciones de rostro; pero con las mortificaciones estaba muy débil y áun demacrado, mas desde el instante en que murió recobró su antigua gallardía, pudiéndose decir en este caso lo que David con otro propósito: *Reflorecio mi carne*. Súpose luego en aquella ciudad y todo su territorio la muerte del P. Reyes, y acudió tanta gente de todas partes, que no se podia andar por las calles segun era grande el concurso que venia para asistir á su entierro. Diósele sepultura en una puerta que habia en el claustro para pasar á la Iglesia por haberlo pedido así el Padre para que se acordasen de él los sacerdotes cuando entráran y salieran de decir misa. Sintió mucho su pérdida el convento, la provincia y toda España, y en particular Córdoba su patria. En Cabra llegó á tal extremo la devocion que se tenia á su sepultura, que cuando entraban ó salian los seglares á decir misa, procuraban no pisarla y pasaban sin tocarla. — S. B.

REYES (Fr. Baltasar de los), trinitario. Fué natural de la villa de Guernica, en Vizcaya, é hijo de muy nobles padres. Fué un verdadero ángel del cielo sobre la tierra, ángel en todo, en el rostro, en la condicion, la sinceridad, la prudencia y la contemplacion. Crióse como paje en el palacio de unos grandes señores, y aunque en semejantes casas, así por el trato con muchas gentes como por el regalo, ociosidad y otros mil inconvenientes que se tocaban, eran muchas las ocasiones en que podia tropezar y caer la virtud, la de Baltasar logró permanecer inalterable; pues como más tarde afirmó su confesor, ni en el siglo ni fuera de él perdió un solo punto de la gracia bautismal. Los mismos inconvenientes que pudieran haber sido causa de que su virtud flaquease, sirvieron para que reconociendo con su buen

criterio todos los escollos, huyese de ellos y los evitase. Resuelto á abandonar el mundo y contando solo la temprana edad de quince años, se despidió de él, tomando el hábito de la Santísima Trinidad en el colegio de la misma Orden de la ciudad de Toledo, pasando luego al de Alcalá de Henares, donde tuvo por maestro al evangélico padre Junípero de S. Francisco, saliendo digno discípulo de él. Ejercitóse en la práctica de todas las virtudes, y á fin de no perder por una parte lo que por otra ganaba, y asegurar mejor su porvenir, procuró encubrir lo mucho bueno que en él habia. De este modo y siguiendo en la humildad las huellas de su santo maestro, dijo é hizo tales cosas para merecer el desprecio de los demás, que solo quien le conociera mucho podia penetrar las razones que para ello le guiaban. Reparó y se detuvo en todas las cosas por muy mínimas que fuesen, siempre que tuvieran alguna conexion con los deberes de la observancia religiosa. Dedicóse con tanto afan á la oracion, y hallaba tan místicos placeres en ella, que era el más asistente de todos al coro, invirtiendo allí muchas horas así del dia como de la noche. Premió su esmero la potente liberalidad, elevándole al más alto grado de perfeccion que nunca pudo imaginarse. Fueron tantos los favores que obtuvo del Señor, tan infinitas las dulzuras que el amor divino derramó sobre su alma privilegiada, que, como dice muy bien el diligente cronista de la Orden Trinitaria, el P. Fr. Diego de la Madre de Dios, ni su lengua podia explicarlos, ni aunque lográra hacerlo, jamás la humana inteligencia se hallaria en situacion de comprenderlos. Sin embargo, tras de aquellos dulces trasportes le sobrevinieron las amarguras de la tentacion, y los trabajos interiores, queriendo sin duda el Eterno que de todo experimentase en el mundo para que, purificada completamente su alma, gozase mayor corona en el cielo. Aunque fueron muy grandes las tribulaciones que le agitaban, no bastaron, sin embargo, para alterar la constancia de aquel serafin, y permaneció siempre firme, abrazándose resignado con aquella cruz que le enviaba el Señor, resistiendo tan valerosamente todas las pruebas y admirando al maestro Fr. Junípero, que solia decir muy á menudo que aquel jóven tenia un espíritu diamantino, contra el cual iban á quebrarse sin hacer mella las puntas de acero de las flechas de la tentacion. ¿Mas... qué mucho que tanto valor tuviera el que amando á Dios sobre todas las cosas no fijaba la atencion en nadie ni en nada de este mundo? Uno de los mayores tormentos que sufrió su alma le originaron los escrúpulos de conciencia, tormento muy horrible en verdad para aquellos que, deseando agradar á Dios, temen caer áun involuntariamente en faltas ó errores que les hagan perder su divina gracia. Era, pues, cosa muy admirable que aquella alma tan perfecta fuese combatida y asediada continuamente por la misma causa que constituia su admirable perfeccion. Pesaroso el demonio y

avergonzado de que le venciese un mozo en quien las circustancias de juventud, robustez y lozanía eran motivos suficientes para caer, principalmente en los peligros de la carne, trató de combatirle y asediarle, disponiéndole al efecto un lazo tan artificioso como seguro para un alma ménos precavida contra las tentaciones del siglo y ménos alumbrada con los resplandores de la Divinidad. Algunos años despues de profeso, y á instancias de sus padres, le mandó el provincial á su pueblo á pasar algunos dias. Experimentó su familia un gozo extremado en verle, y muy particularmente su madre, que como tal, y por su condicion de mujer, llevaba su amor hasta el extremo de la exageracion. Significándole, en union de su padre, lo mucho que le amaban, y cuánto habian sentido su determinacion de abandonar el mundo, donde se le presentaba un porvenir tan hermoso como brillante y descansado, añadieron que su pesar era tan grande como el que experimentáran el primer dia de su pérdida, y que en su mano estaba el remedio para consolarlos, puesto que habiendo profesado ántes de cumplir los diez y seis años, podia dejar el hábito si queria. Ponderábanle los gustos y placeres que lícitamente gozaria en el mundo, sirviendo en él á Dios tan bien como en el claustro; y ponderábanle al mismo tiempo la aspereza de la vida religiosa, en la que el individuo debe negarse á todo y áun á sí mismo, en el mero hecho de no tener voluntad ni deseos, preparándose por lo tanto una muerte anticipada. Hiciéronle, por último, tantas caricias y tiernos halagos, pusieron en práctica tales medios, ideados todos por la astuta serpiente, para lograr sus designios, que seguramente hubiera caido en la trampa un ánimo ménos prevenido, ménos resuelto que el de Fray Baltasar á no apartarse un solo punto de su irrevocable determinacion. La tentacion era muy fuerte, puesto que venia de parientes tan queridos y allegados. No en vano algunas religiones niegan á sus hijos el trato con aquellas personas á quienes les unen los lazos del íntimo parentesco; pues, como dice Cristo por boca de su apóstol S. Mateo (Mat. X), «son los parientes unos enemigos que muchas veces nos detienen en el camino del cielo.» Mucho se admiró Baltasar de lo que le proponian, y demostrando profundo sentimiento por tenerles que escuchar, les respondió con dulzura y con severidad al mismo tiempo, satisfaciendo á cuantas dudas le oponian y destruyendo uno por uno cuantos argumentos le presentaban. Habló del inmenso beneficio que es para las almas la verdadera vocacion, puesto que en ella se encierran todos los bienes. Ponderó las tan inefables como incomprensibles delicias de la religion, y cuánta felicidad es pertenecer á ella por las seguras probabilidades que hay de hacerse perfecto y santo el que verdaderamente desea serlo. Explicó cuán grande cosa es aquello mismo que el mundo juzga penoso porque no lo comprende, tal como lo arreglado y me-

tódico de la vida del claustro, el sosiego de la conciencia y la unidad del pensamiento; pues no siendo otro que el de prepararse á una buena muerte para ir á gozar de Dios, ninguna idea fuera de esta perturba el ánimo, ocupa la imaginacion ni distrae á los sentidos. Concluyó por hacerles comprender cuán altos, cuán grandes é inefables son los favores y delicias que Dios derrama sobre los que bien le sirven, poniéndolos en parangon con las falsas delicias del mundo, con los fugaces placeres de la tierra, que solo producen la intranquilidad del alma y el peso de la conciencia. Dijo por fin y conclusion de su tierna y edificante plática, que se hallaba tan perfectamente en el estado de religioso, que por nada ni por nadie pensaba dejarle. Aún quiso hacer el demonio la última tentativa, hablando por boca de los alucinados padres, que intentaron persuadir al jóven que todos los estados son santos, y que supuesto esto y que no solamente se salvan los que viven en el convento, podia él darles el gusto que le pedian de vivir al lado suyo, procurando continuar con sus buenas obras la santificacion de su alma. Destruyó el santo jóven aquella última batería, pronunciando unas palabras dignas de uno de aquellos Santos Padres Doctores de la primitiva Iglesia, y que merecieran ser esculpidas en bronces para perpétua memoria. «Vana diligencia es, padres mios, querer convencerme de que podré vivir y ser tan santo en el mundo como en la religion. Conozco muy bien al mundo, sé el pago que ha dado á todos los que de él se fiáran, y locura sería figurarse que conmigo se habia de portar de diferente manera.» Causaron grande efecto á los padres oir las últimas razones de aquel ángel más que hombre, y que eran propias de un anciano experimentado y no de aquel tierno jóven que aún se hallaba en los primeros albores de la vida; por lo cual, conociendo que el Espíritu Santo hablaba por su boca y que su determinacion era irrevocable, no insistieron más ni trataron de oponerse á su voluntad, dejándole que marchára á buscar el grato retiro de su celda. Apénas se vió el jóven en su convento, hizo á su maestro y superiores relacion de lo que le habia pasado, y en adelante se negó absolutamente al trato y comunicacion con todos sus parientes, escarmentado con lo sucedido, y reiterando su profesion para más afirmarse en su buen camino, y para que no le apartasen de él los engaños del mundo ni las afecciones carnales de la familia. Habiendo sido atacado de unas viruelas malignas, sufrió con angélica resignacion aquel terrible martirio, cuyo término fué volar su alma á recibir la corona del triunfo, debida á sus merecimientos. Falleció el dia 13 de Febrero de 1616, á los veintitres años de su edad. Fué el primero que murió de los siete que el P. Mtro. Fr. Junípero de S. Francisco habia profetizado moririan despues de él. Su cuerpo fué sepultado en el convento colegio de la ciudad de Alcalá de Henares.—M. B.

REYES (Sor Catalina de los), religiosa de la órden de S. Gerónimo; perteneció primero á las beatas, y despues dió con sus compañeras obediencia á la Orden, y en ambos estados procedió dando grandes muestras de santidad y virtud. Consagróse principalmente á cantar las alabanzas divinas, lo que hizo con tanta devocion, que puede citársela como modelo. Fué por espacio de treinta años correctora del coro, para lo que tenia particular habilidad, enseñando á las religiosas, que no sabian, á leer y demás necesario, lo que hacia con mucha amabilidad, suplicándolas lo aprendiesen con celo, pues el principal empleo de las esposas de Cristo deben ser las continuas alabanzas del Esposo. Sacó muchas y muy aventajadas discípulas, no solo en este ramo, sino tambien en el de espíritu, para lo que las explicaba los Salmos. De ella se asegura que siempre estaba orando ó meditando de nuestra salvacion, y que nuestro Señor la hizo muchos y extraordinarios favores, apareciéndosela diferentes veces, lo que procuró tener siempre secreto como no podia ménos de esperarse de su discrecion, pues creia que no se debe comunicar lo que se destinó al silencio y la meditacion. Fué maestra de novicias, vicaria despues, y en los últimos años de su vida la eligieron priora, todo muy á pesar suyo, pero en todo lo cual se portó con tanto acierto, que sus decisiones fueron miradas como regla para las que gobernaron despues. Como cuando era priora se hallaba ya sin fuerzas por la mucha edad y no podia acudir al desempeño de sus obligaciones con el celo y puntualidad que deseaba, se quejaba al Señor de lo que padecia, y de las faltas que á su parecer cometia en su cargo. Hablaba con mucha sinceridad á todas las religiosas para que la dispensasen sus faltas, pues decia carecer de habilidad para el gobierno y no tener fuerzas para lo que habia entrado á ejercer contra su voluntad. Cuando llegó la hora de su muerte se mostró tranquila y serena, no obstante tener recios combates con el enemigo comun de los humanos, como de sus palabras lo infirieron las religiosas. En el instante de espirar dijo el *Credo* con tanta uncion y entereza, como cuando estaba sana, y apénas le hubo terminado, dió su alma al Criador, dia de Santa Inés, y segun la crónica del P. Sigüenza, se apareció despues á diferentes religiosas. — S. B.

REYES (Fr. Felipe), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de Sta. Catalina de Talavera. Fué natural de Sancedillo, y siguió la carrera de la música, distinguiéndose por su hermosa voz de tiple. No dejó por esto de consagrarse á las prácticas propias de su profesion, siendo muy observante de su regla, muy dado á la penitencia y la oracion, y dotado sobre todo de grande caridad, en que llegó al más alto grado con admiracion de todos, armonizando con ella sus virtudes de una manera prodigiosa. Desempeñó por espacio de doce años el cargo de enfermero, sirviendo á

sus hermanos con tanto afecto, que no padecia ningun religioso el menor achaque sin que lo llorase y lo sintiese, como si fuera propio suyo, de tal manera que decian de él lo mismo que del apóstol, que enfermaba con los que estaban enfermos. Lloraba con todos y á todos consolaba, y en habiendo alguno de peligro no se movia de la cabecera de su cama hasta que mejoraba ó espiraba. «Si moria alguno, dice la Crónica, le recibia el aliento con un afecto indecible, llegando su boca á la del que espiraba; que como les procuraba la salud en el cuerpo y en el alma, ya que no conseguia la del cuerpo les recibia el aliento en señal del que le quedaba de encomendarlos á Dios: lo que hacia con grande cuidado y solicitud, respirando caridad con los vivos y con los difuntos. La que tenia con Dios, dice la Crónica de su Orden, se conocia á más de esto en lo ardiente de la oracion y meditacion que frecuentaba de manera, que ántes de maitines el relojero le hallaba en el coro de rodillas, suspirando, sollozando, y despues de maitines allí le cogia la campana de prima, saboreándose en aquellos incendios del amor de Dios, de los cuales se originaban los que mostraba con los enfermos. Era sumamente devoto, continúa el mismo autor, del misterio de la Natividad de nuestro Salvador; aquella noche feliz para el cielo y para la tierra tenia siempre tanto regocijo interior, que no le cabia en el pecho; salia fuera, y en los maitines se disfrazaba en los villancicos, cantaba, bailaba y hacia tales demostraciones de alegría que la causaba grande en todos. Consideraban el recogimiento que tenia de ordinario, la compostura y modestia de su porte, que era reparable á cuantos le veian y trataban, y al verle en semejante ocasion hacer las cosas que hacia, conocian que no estaba aquello en su mano, sino que era ímpetu de su espíritu, que con la viva consideracion del misterio se movia á tan extrañas alegrías. No tenia ménos devocion al de la sagrada Eucaristía, cantando en su celebridad con un aliento y voz que hacia notable efecto en el corazon de sus oyentes. A la segunda eleccion de prior á que asistió, renunció su voto, alegrándose mucho de que se le admitiese la renuncia para vivir con más sosiego, que son gran parte los votos en los religiosos, dice su biógrafo el P. Santos, para alterar la paz, y la deseaba en su espíritu amoroso, como el que con alas de paloma apetecia volar al descanso, y como quien anhelaba ser de todos y huir de parcialidades. Tuvo muchas enfermedades durante su vida, las que le aquejaban continuamente, permitiendo Dios que además de las de sus hermanos que en sí sentia, como arriba hemos dicho, sintiese tambien las propias, para que si en unas se veia su amor, en otras se viese lo firme de su paciencia. Manifestaba tan grande conformidad en todos estos trabajos con la voluntad de Dios, que se conocia le daba sus auxilios, cumpliéndole lo que prometió por el profeta Isaías: «Cuando pasares por las aguas, seré contigo.» Ad-

miraba á todos su paciencia, y al mirar lo ardiente y grande de su caridad, conocian provenia de aquí su tolerancia, pues la caridad toda lo lleva y lo sufre. Atacóle la última enfermedad pocos dias ántes de la fiesta del nacimiento de nuestro Señor, que era la que le causaba mayor placer, y dijo con una seguridad que llenó de admiracion á todos, pareciéndoles más que humana: «Que habia de ir á cantar la calenda y los maitines al cielo;» y así se verificó. Confesó repetidas veces, y refirió su confesor, que le habia dicho que por la misericordia divina ignoraba haber cometido en toda su vida algun pecado mortal, y hallándose ya próximo á morir repitió lo mismo para gloria de Dios, dando por ello muchas gracias á su Divina Majestad. El 23 de Diciembre, antevispera de la Navidad, voló su alma al cielo, teniendo cuarenta y tres años de edad y veintiocho de hábito, el cual habia tomado á los quince. Sintieron mucho todos sus hermanos la falta de tan excelente monje, que de tanto consuelo y ejemplo era para aquella casa; pero meditando en lo notable de su muerte no pudieron olvidarle en toda aquella pascua, seguros, dice la Crónica, de que la celebraba en el cielo, y que la celebraria para siempre, y así se consolaban de tan grande perdida, habiendo continuado por mucho tiempo en aquel monasterio la memoria de tan virtuoso siervo de Dios.—S. B.

REYES (Gaspar de los). Antiguariensis augustiniano; ciego, pero de entendimiento sumamente perspicaz, músico y poeta nada vulgar y de una memoria felicísima. Escribió las obras siguientes: *Tesoro de conceptos divinos*; Sevilla, año de 1613, en 8.°—*Obra de Redencion* ó sea *de la pasion de Cristo*, en octavas; impresa en la misma ciudad, en 8.°—*Romances de las historias antiguas.*—M. N. y S.

REYES (Fr. Gerónimo de los), carmelita. Fué natural de Guadalupe en la provincia de Extremadura. Tomó el hábito de la descalcez carmelita en la ciudad de Córdoba, donde hizo su profesion. Ignóranse todas las particularidades de su vida, y se le cita por el buen nombre que con sus obras supo adquirirse. Escribió y dió á luz un *Tratado de la Purísima Concepcion de nuestra Señora*. Un *Compendio ó breve Suma de los milagros obrados por la santísima imágen de Jesus Nazareno*, que se venera en el convento de Carmelitas de Alcaudete. Ambas obras las calificó de suma utilidad para los fieles el Sr. Obispo de Jaen. Tambien dejó escritos dos tomos de obras predicables sobre el capítulo XLIV del Eclesiástico: *Surrexit Elias Propheta*. Ignórase fijamente el año de su fallecimiento; pero floreció y escribió las antedichas obras en la última mitad del siglo XVII.—M. B.

REYES (P. Fr. Juan de los), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de nuestra Señora de la Armedilla; floreció á mediados del siglo XVII, siendo un portento de hermosura desde sus más tiernos años,

tanto en la perfeccion de sus facciones y agraciado semblante, cuanto en la belleza y buena disposicion de todo su cuerpo; así es que parecia un ángel, y no lo era ménos por las apreciabilísimas cualidades de su alma, por el conjunto de virtudes que le adornaban, teniendo la recomendable circunstancia de no hacer gala ni apercibirse de su mérito personal ni de sus sobresalientes virtudes, sobresaliendo en todas ellas por su pureza y honestidad; así fué que llegó una ocasion que habiéndole visto una mujer le impresionó tanto su belleza, que se enamoró de él tan perdidamente, que no pudiendo vivir ni sosegar, no paró hasta confesarle su ardorosa pasion, persuadiéndole á que correspondiese á un afecto tan intenso; mas el siervo de Dios, sorprendido, pero volviendo en sí, y cerrando los ojos y oidos á la dulce voz y encantos de la sirena, huyó rápidamente, y se retrajo de modo que no le volvió á ver jamás, aunque la apasionada lo procuró por todos los medios y tocando todos los resortes que estan al alcance de una mujer enamorada; el religioso Fr. Juan, como muy prudente y celoso por la conservacion de su virginal pureza, adoptó el medio de huir y quitarse de su vista, teniéndole por el mejor y más calificado para vencer en tan urgente ocasion de tropezar, y atentar á su honestidad, á quien rendia un culto especial. Decia Misa todos los dias, así estando en casa como fuera de ella, con la mayor devocion y fervor, considerándose como favorecido actor de los solemnes y augustos misterios de nuestra salvacion, y con aquella extraordinaria devocion se reforzaba más en aquella mesa divina, para salir victorioso en la constancia de las persecuciones, que tuvo infinitas, debidas á su extraordinario mérito personal, sacando de su profundo afecto al santo sacrificio de la Misa el remedio y defensa contra las reiteradas tentaciones, que excitaban en el otro sexo sus gracias y compostura. Sin duda el Señor le dotó con aquellos realces de hermosura con el fin de acrisolar más su virtud, combatida constantemente y sin tregua en tan ruda guerra. Era en extremo caritativo y amante de sus deudos, en particular de sus padres á quien amaba con pasion, y bien lo merecian porque eran sumamente honrados, aunque habian venido muy á ménos y padecian necesidad, viviendo con la mayor estrechez; pero Fr. Juan como buen hijo jamás los abandonaba, y socorria en cuanto podia, acudiéndolos con la limosna de sus misas. En los oficios que ejerció en el monasterio experimentaron todos su buen comportamiento, su agrado y caridad, esmerándose en una y otra de tal suerte que era para alabar á Dios, siendo muy admirado, respetado y querido de la mayor parte de los religiosos, pero con todo eso y sin embargo no le faltaban émulos, pues la baja pasion de la envidia es tanto más excitada cuando se tienen presente y á la vista objetos de incomparable belleza, tanto moral como física, que hace sentir amarga

tristeza en el fondo de los corazones débiles y dominados de esa despreciable é innoble pasion. En el coro no los tenia, á todos en general agradaba con su espíritu y encantadora voz; cantaba perfectamente, con una expresion y gusto religioso que á todos extasiaba, sobresaliendo entre todos el timbre de su excelente voz de tenor. Fué sumamente obediente y observante, cumpliendo pronta y fielmente con cuanto se le ordenaba; muy parco en su alimentacion, ayunaba con la mayor frecuencia, siendo continuas sus mortificaciones, pero teniendo el mayor cuidado por que nadie se apercibiese de ellas, para lo que usaba del mayor sigilo y soledad. Su constante oracion, su humildad y ardiente caridad, de que ya viene hecho mérito, eran llevadas hasta el extremo; y para probar su nunca desmentida virtud, bastará el decir que en su última enfermedad eligió para confesarse á uno de sus émulos, y de los que más le perseguian, para quebrantar más con este proceder la cabeza al demonio, manifestando y dando á conocer la bondad é inocencia de su alma, que nunca la dominó el encono y la malquerencia para con sus prójimos. Dos horas ántes de su muerte, anunciando su cercana felicidad, comenzó, con la más suave entonacion, á cantar tiernos pasos de lamentaciones y pasajes de la Sagrada Escritura, con tanta gracia y consuelo, que ya parecia se hallaba entre los coros de la gloria, y así se quedó y terminó como un ángel, causando en los corazones de sus hermanos, á la par que tristeza y pesar por la falta de Fr. Juan, cuya presencia alegraba los corazones, el mayor consuelo y satisfaccion, no quedándoles género de duda de que habia subido á gozar de la dicha que el Señor tiene reservada á los justos.—A. L.

REYES (Fr. Juan de los), religioso de la órden de S. Gerónimo en el convento de S. Blas de Villaviciosa. Aunque pocas y escasas las noticias que se tienen acerca de este señalado y virtuoso varon, que floreció en el siglo XVII, sin embargo, se sabe y se conservan bastantes para darle á conocer como uno de los monjes más ejemplares de la Orden: sus irreprochables costumbres, su perseverancia, su constancia en el ejercicio de todas las virtudes, dejaron recuerdos imperecederos á sus contemporáneos y á los que le sucedieron. Fué muy notable en la obediencia, y tan sumiso en cuanto se le ordenaba, que era ejemplo para todos, lo mismo que su aislamiento y vida retirada entregada á la oracion y á la contemplacion, sus ayunos eran contínuos lo mismo que la aplicacion del silicio, disciplina y todo género de mortificacion. Sobresalia en la humildad, ejerciendo en el monasterio y con el mayor gusto los oficios más mecánicos; á esta virtud acompañaba una caridad ilimitada, socorriendo á los necesitados, y asistiendo de noche y dia con la mayor solicitud y esmero á los enfermos y dolientes. Por esta senda de inimitables costumbres caminó con la mayor cons-

tancia hasta el fin de su vida y gloriosa muerte, dejando en sus hermanos la certidumbre de que pasó á gozar de Dios para siempre en pago de sus grandes virtudes y religiosidad. —A. L.

REYES (P. Fr. Juan de los), religioso de la órden de S. Gerónimo en el Real monasterio de S. Lorenzo. Este entendido y virtuoso varon dejó estimable memoria en dicho Real monasterio por sus sobresalientes dotes, tanto en la generalidad de sus vastos conocimientos, cuanto por sus loables y rígidas costumbres, alcanzando un estado de perfeccion difícil de imitarse; su carácter era muy grave, pero igual, pues nunca dió lugar á descomponer su porte y laudables acciones. Su indisputable mérito le llevó á ser maestro de novicios, magisterio el más adecuado á su carácter y á la severidad de sus principios, y que desempeñó bastantes años; despues fué vicerector y ultimamente rector del colegio, haciéndose admirar en todos estos cargos por sus inculpables costumbres, su gran rectitud en la observancia y su exactitud en hacer guardar las leyes, por lo que le llamaban muchos el alcalde, pues no le quisieran tan recto, pues era temible á los de genio demasiado abierto y amigos de frivolidades; pero Fr. Juan no por eso desmintió el dictado, ni jamás torció la vara, ni abandonó su fervoroso celo y rígidas costumbres, hasta que Dios se la trocó en palma, llevándole á gozar de la bienaventuranza. —A. L.

REYES (Fr. Juan de los), carmelita descalzo. Fué natural de Castilla la Vieja (ignórase el pueblo), y tomó el hábito de la descalcez en el convento de la ciudad de Valladolid, donde profesó. Siguiendo la carrera científica, fué catedrático de teología y prior de varios conventos de la Orden, pasando luego á Méjico con el cargo de provincial. Estando en esta ciudad, escribió y dió á luz un libro titulado: *Defensorio ú apología contra cierto predicador, que á sabiendas y siguiendo el delirio injurioso de los rabinos y del hereje Soliniano, dijo en un sermon que el gran P. S. Elías habia sido casado y tenido muchos hijos.* El mencionado P. Provincial delató este error al Santo Oficio, haciendo que el predicador se retractase, y escribiendo acto continuo la mencionada obra, en la que discurriendo por el ancho campo de los escritos dados á luz durante los primeros diez siglos de la religion por los Padres escritores de la Iglesia, probó cumplidamente que no solamente S. Elías habia sido virgen, sino que tambien fué el primero que observó esta virtud entre los hebreos, ofreciéndosela á Dios. —M. B.

REYES (Sor Juana de los), religiosa dominica del convento del Espíritu Santo en Benavente, donde tomó el hábito y profesó hacia 1548, distinguiéndose desde luego por todo género de virtudes, en las que era mirada como un dechado y modelo de perfeccion. Fué muy dada á la oracion, tenia don de lágrimas, y asistia constantemente y con grande afecto y veneracion

al coro, rezando el oficio divino con grande devocion en presencia del Rey del cielo, oculto en el santo Sacramento del altar. Acudia constantemente á nuestra Señora, comprendiendo que como madre de Dios es tambien madre de todo el bien de nuestras almas, y gran favorecedora de las santas esposas que tiene su hijo en la tierra. Se arrojaba á sus pies, bañándolos con sus lágrimas, y allí se animaba y cobraba fuerzas para sufrir los trabajos y confortarse en sus tribulaciones. Distinguióse mucho por sus ayunos y abstinencias, y dejaba su propia comida para atender al remedio de las necesidades de la comunidad y de sus prójimos. Tenia la buena religiosa una santa emulacion con otras muchas que, como ella, ponian grande diligencia en ser las primeras que entrasen al amanecer en el coro, diciendo que se ejercitaba en esto para obtener la bendicion de nuestra Señora y de su padre santo Domingo. Con este cuidado madrugaba mucho haciéndolo con tanta devocion, que sufrió algunas tentaciones del demonio, enemigo comun de los diligentes en el servicio de Dios. Pero la buena religiosa consiguió siempre vencerle, con solo pronunciar las palabras *Ave, stella matutina*, y entró en el coro tan consolada de la merced que Dios la habia hecho y tan confiada en el favor de la Vírgen Santísima, que desde entónces quedó con la costumbre de decir esta santa antífona y el himno de nuestra Señora, comenzando despues todas las religiosas á cantar este himno, costumbre que se ha conservado desde entónces en aquella santa casa. De las demás cualidades de la M. Reyes creemos inútil hacer más larga mencion, aunque se refieren muy extensamente en las crónicas. Parece que murió en la misma opinion en que habia vivido, siendo su nombre citado con elogio por sus compañeros, que la tomaron por modelo para imitar sus muchas y santas virtudes. En la casa en que habia vivido quedaron como tradicion las muchas tentaciones que sufrió del demonio y los medios de que se valió para inquietarla, refiriéndose no sin veneracion muchos años despues.—S. B.

REYES (Fr. Matías de los). Sin darnos razon Latassa, en su Biblioteca de Autores aragoneses, de las fechas de nacimiento y muerte de este religioso, ni del pueblo de su naturaleza, le menciona diciendo: que en 1668 era prior del convento de S. José de Carmelitas descalzos de Zaragoza, habiéndolo sido ántes de otros del mismo reino de Aragon, en donde se distinguió por su instruccion y por su observancia religiosa. Y por último, nos manifiesta que fué autor de la obra siguiente: *Carta dirigida al ilustrísimo Sr. Dr. Fr. Antonio Agustin, obispo de Albarracin, con referencia al epítome de la vida del venerable P. Fr. Domingo de Jesus María Ruzola, general de la congregacion de Italia de Carmelitas descalzos*, que con la dicha vida publicó el referido prelado en 4.° el año 1669.—A.

REYES (Fr. Melchor de los), sevillano que perteneció á la congregacion

de los reformados de la Virgen de la Merced de la Redencion de cautivos. Fué superior en Sevilla, Granada y Cádiz, tres veces definidor y procurador general en la corte romana. Septuagenario ya, escribió un librito que tiene por título: *Prudencia de confesores en órden á la comunion cotidiana.*—M. N. y S.

REYES (Fr. Melchor), religioso de la órden de S. Juan de Dios. Nació en Lucena á 6 de Enero de 1532, siendo sus padres D. Antonio de la Palma y Doña Catalina Espinosa, personas tan conocidas por su nobleza como por su virtud y demás buenas cualidades. Recibió una educacion correspondiente á su clase, pero en la que la piedad y los principios religiosos sobresalieron en extremo, correspondiendo el niño á tan sanas ideas, manifestándose desde aquella temprana edad tan inclinado á servir al Señor, que obligaba á los demás niños compañeros suyos, á abandonar sus juegos é infantiles diversiones y acompañarle en sus oraciones y rezos. No se distinguia ménos por la virtud de la caridad, siendo tan aficionado á dar limosna, que no contento con socorrer á los pobres que encontraba por las calles y á los que acudian á la puerta de su casa, visitaba á los enfermos de los hospitales y los presos de las cárceles, llevándolos á todos con los abundantes socorros que le permitia su holgada posicion, palabras de consuelo, con lo que los dejaba tranquilos y alegres, y animados á sufrir sus desgracias con valor y resignacion. Consagrado á estos santos ejercicios pasó la mayor parte de su juventud, hasta que falleció su padre en Sevilla quedando á su cuidado su madre y una tia bastante anciana. Llegó entónces á su noticia la milagrosa vida de S. Juan de Dios y sus primeras fundaciones, y trasladando á su madre y tia á Granada, tomó el hábito en el convento que acababa de fundar el santo en esta ciudad, donde manifestó desde luego las grandes cualidades de que para vivir en la religion se hallaba adornado, distinguiéndose principalmente por su extraordinaria modestia y humildad, de que dió raros ejemplos, lo mismo que de otras virtudes que acrisolaban su hermosa alma. Hizo su profesion en manos del arzobispo de aquella Iglesia metropolitana D. Pedro Guerrero, y siguió el estado religioso con tanto aprovechamiento, que no tardó en llamar la atencion de todos sus hermanos, ganándose su amor y respeto. Su santidad fué ejemplar y su caridad llegó á un grado tan extraordinario, que tuvieron los religiosos sus hermanos que quejarse al ordinario, quien le quitó el cargo de hermano mayor que á la sazon ejercia. Jamás dejó de dar limosna á ninguno de los pobres que se le acercaban, y en faltándole que dar, daba la comida de los hermanos y los dejaba sin comer haciendo consigo lo mismo que con los demás, pues en no teniendo ya nada que dar, pedia su comida y la daba y se quedaba sin comer, manifestando tanta alegría como si la limosna fuese

para él el más suculento de los manjares y le dejase de consiguiente satisfecho y contento. No solo socorria á los pobres de las calles, sino á las viudas vergonzantes, doncellas y huérfanos, á los que daba siempre la limosna en mayor cantidad, no arredrándole nunca nada por socorrerlos. Prometia casar á las doncellas pobres como si fuese su padre, y socorrer á las viudas como si fuera su marido, diciéndolas con tanta confianza como caridad: «Fien en Dios, que yo soy su padre y su marido;» y las socorria en efecto como si lo fuera, porque sabiéndose en la ciudad las grandes limosnas que frecuentemente repartia, le proporcionaban muchas cantidades, constituyéndole las personas en su limosnero, con lo que no le faltaba para socorrer á ninguno. No tenia un momento desocupado, no pudiendo la mayor parte de los dias disponer de sí ni de sus acciones, porque siempre tenia la celda llena de gente pobre, que venia á manifestarle sus necesidades y á pedirle las socorriese, conociendo su buen corazon y los grandes recursos de que disponia, apresurándose á llenar sus deseos segun hemos referido ya con muy buenos resultados, pues algunas veces libró á muchas almas de caer en el borde del precipicio, á cuyo lado se encontraban, y á que hubieran descendido quizá para siempre y para su eterna condenacion sin los prontos y oportunos socorros que les proporcionó este buen padre. Tambien acudian á su celda muchas personas ricas, que le consultaban en negocios de grande importancia y le pedian consejos para su direccion y acierto, los que daba siempre con los mejores resultados, pues se hallaba adornado de una no vulgar prudencia y de un tacto especial para el trato de cuantos le rodeaban. Hablaba además con mucha erudicion y natural elocuencia, lo que le servia en gran manera para dedicarse á las conversiones, habiendo hecho muchas y algunas bastante notables, en particular de mujeres, á las que con sus pláticas espirituales atraia al camino de la virtud de que inconsideradamente se habian separado: adornaba sus pláticas con ejemplos, llamando así más la atencion y consiguiendo mucho mejor su objeto, pues sabido es que con frecuencia muchas personas que no se paran en la lectura, escuchan con atencion y se les quedan grabados en la memoria los hechos que se refieren como acaecidos á otros, y mayormente si se encuentran estos de manera que no carezcan de interés, lo que sabia hacer muy bien el P. Reyes por hallarse dotado para ello de un don especial. Tenia mucho gusto y consuelo en ayudar á bien morir á los enfermos pobres, en cuyas ocasiones solian acompañarle muchos hermanos, porque les gustaba oir las cosas que les decia y la manera de que se expresaba, muy propia para hacer olvidar las afecciones mundanas, y encaminar al alma tranquila y contenta á la mansion celestial, saliendo de consiguiente de sus pláticas corregidos y enseñados, dejando muy bien preparado al enfermo y no ménos á los que le seguian para cuando se

encontrasen en trance semejante. Además de el de hermano mayor ejerció otros cargos en su convento hospital de Granada, del que llegó á ser prior, manifestando siempre el mismo celo por los intereses de los pobres, que eran sus amigos favoritos. No por eso olvidaba á la comunidad, á la que edificaba con sus ejemplos, procurando adelantar en lo espiritual al mismo tiempo que en lo temporal. Hízose con esto muy querido en toda aquella ciudad y sus alrededores, donde se le citaba como modelo, y era mirado como un ángel del Señor descendido del cielo para el alivio de los mortales. Llegó por fin el tiempo en que el Señor le quiso premiar las buenas obras que habia hecho en la tierra con el descanso eterno. Dióle una grave enfermedad, y desahuciado de los médicos, trató de hacer confesion general y recibir los santos sacramentos, lo que hizo en efecto con mucha devocion y ternura, manifestando en aquella ocasion todo el valor y serenidad propios de los justos. Murió el jueves 12 de Junio de 1557, á la edad de setenta y cinco años, despues de haber servido cuarenta y dos en la religion.—S. B.

REYES (Fr. Sebastian de los), trinitario. Este distinguido jóven, que como brillante metéoro atravesó rápidamente por el cielo de la descalcez, iluminándole con sus claros fulgores para ser luego permanente luz de las mansiones eternas, fué natural de Moratilla, lugar de la Alcarria, hijo único de padres que gozaban bastantes bienes de fortuna, y que no teniendo con quien dividir su cariño, le pusieron todo entero en Sebastian. Criáronle con mucha decencia, aunque con algun tanto de libertad; pues aunque eran virtuosos en extremo y le daban muy buenos consejos, el amor les cegaba algunas veces, consintiéndole más de lo que debian. Dedicáronle al estudio de la gramática; pero él en nada pensaba ménos que en estudiar, porque habiéndose persuadido que era heredero forzoso y muy rico, parecíale que no necesitaba trabajar para vivir cómodamente, ni le hacia falta saber ni aprender nada. Sin embargo, acudia al estudio, no por inclinacion, sino para cumplir con sus padres y hacer al mismo tiempo su negocio; pues aquellos, tan amorosos como débiles, habian convenido con él darle cierta cantidad el dia que acudiese á la clase, perdiéndola cuando faltaba; con lo cual conseguia tener dinero y libertad. Con tales precedentes, nada de extraño tiene que su vida estuviese llena de escollos y de tropiezos, entre los cuales indudablemente hubiera naufragado la nave de su conciencia, á no haberle tendido su mano protectora la Providencia Divina para que saliendo delas borrascas del mundo pudiera acogerse al puerto de la religion. Conforme fué creciendo en edad, fué tambien creciendo en el vicio. Abandonando el libro del estudio empezó á hojear el de los naipes, siendo sus mayores amigos aquellos que mejor los manejaban. En este y otros reprobados pasatiempos semejantes, gastaba los dias y parte de las noches, no aprove-

chándole los ruegos de sus padres, las reprensiones de sus maestros ni el buen ejemplo de algunos condiscípulos suyos, que eran justos y aplicados. Él, perdida la vergüenza y haciendo gala del desenfreno y alarde de la infamia que empezaba á cubrirle, se alababa ante sus compañeros de los males que hacia, y muchas veces tambien de los que no ejecutaba, porque se avergonzaba de que hubiese otro que pudiera aventajarle en las locuras de la mocedad. Conociendo los padres cuán adelante iba su hijo en el camino de la perdicion, procuraron detener su marcha; y al efecto, y para que no jugase, le privaron de que tuviese dinero; pero Sebastian, que ya estaba tan acostumbrado á no carecer de él, cayó en otro extremo de maldad, convirtiéndosele la medicina en veneno; pues para proporcionarse lo que le faltaba, apoderábase de cuantos objetos de valor podia haber á las manos en su casa, y vendiéndolos á bajo precio remediaba su infame sed de oro, y caminaba veloz por la senda de la perdicion. Cierto dia que se halló sin dinero ni de donde sacarlo, lo pidió prestado á unos amigos de sus mismas ideas ó inclinaciones, y compañeros además de sus livianos entretenimientos, los cuales remediaron su apuro, dándole lo que les pidió, á condicion de que devolveria la cantidad en un corto y determinado plazo. Cumplido éste, y continuando su escasez, no podia cumplir la empeñada palabra, sintiéndolo sobremanera, porque lo hacia cuestion de honra y de pundonor, que siempre existe aunque sea entre personas de mal vivir, puesto que el honor le comprende cada cual á su manera. Echaba líneas y discurria de qué medios podria valerse para proporcionarse la cantidad necesaria, sintiendo, además de la falta de cumplimiento, incurrir con sus compañeros en la nota de cobarde y poco determinado, porque harto sabian todos que solo de su casa podia salir el dinero, y harto sabia él mismo que sin un exceso de audacia no se le podria proporcionar. Al fin halló el medio, y haciéndole capa los mismos compañeros acreedores, sacó una noche de su casa una gran partida de trigo, que vendida dió lo suficiente para pagar y quedar con crédito. Sin embargo, el robo era bastante considerable por su cantidad, y pronto lo echaron de ver los padres, por lo que sospechando harto fundadamente que el ladron era de casa, significáronselo á Sebastian en términos harto duros, y mediando en su consecuencia muchos debates, tuvieron tambien gran número de disgustos. Cansado el jóven de oir las amargas quejas que le daban continuamente por su última mala accion, dijo que queria salir del pueblo por algun tiempo, y sus padres accedieron, con la esperanza de ver si mejoraba de conducta abandonando sus amigos y el teatro de sus desórdenes. Marchó, pues, á Alcalá de Henares, donde estuvo algunos dias en el cuarto de un primo suyo, que era colegial en el de Teólogos de la Universidad. No queriendo volver á su casa, determi-

nó pasar á la corte, donde vivia el Lic. D. Francisco Aguado de Leon, presbítero, hermano de su madre, que habia regresado hacia poco tiempo de las Indias poseedor de grandes riquezas, lo cual era bastante para que el sobrinito tratára de granjearse su voluntad. Llegado el dia de la partida, entró Sebastian en una calesa de las que habitualmente conducian pasajeros desde Alcalá á Madrid, y quiso la suerte que en el mismo carruaje viniese á la corte aquel dia el P. trinitario Fr. Blas de la Resurreccion, varon tan docto como recto y justificado. Habiendo entablado conversacion ambos caminantes, el P. Blas habló largamente al jóven de los engaños y falsas vanidades del mundo, y de lo muy equivocados que estan los que militan bajo sus banderas. Explicó la diferencia que existe entre las riquezas del alma y los goces espirituales comparados con los falsos goces de la tierra, sus mentidos bienes y sus engañosas apariencias, puesto que todo esto termina con la muerte y en un brevísimo plazo. Ponderóle mucho la cortedad de la vida y el peligro que tenemos de perder la eterna bienaventuranza, y le explicó que aunque el entendimiento y la voluntad son facultades enteramente libres, jamás acertarian obrando por sí solas en cosa alguna, si no se sujetan y arreglan á las prescripciones de la Divinidad, y no solicitan en todo lugar y tiempo el auxilio de sus luces poderosas; pues constituyendo estas dos grandes potencias toda la riqueza del alma, quédase pobre y miserable cuando se ve desposeida de ellas. Fué tan vehemente esta plática é hizo tanto efecto en el corazon del mancebo, que más bien era malo por costumbre que por perversion, que muy pronto quedó convencido y determinado á abandonar su mala vida y á salir del inmundo lodazal en que hasta entónces viviera encenagado. Verdaderamente arrepentido hizo al Padre una larga y extensa relacion de su mala vida pasada, y le rogó humildemente que le alargára la mano para poder salir del atolladero en que sus vicios le habian colocado. Ofreció el Padre ayudarle en cuanto pudiese con sus consejos; pero Sebastian avanzó á más, pidiéndole fuese su medianero, para que en llegando á Madrid le admitieran en su convento y le dieran el hábito de la Orden, porque ya no queria más mundo. Conoció el Padre que aquella determinacion era muy temprana, y tomada acaso por la primera impresion y bajo la influencia de lo que habia oido; pero el jóven continuó demostrando tanto fervor y tanta ánsia, que le pareció justo condescender, por que no se apagase aquella viva centella de entusiasmo, encendida sin duda alguna en su alma por el fuego del divino amor. Continuando Sebastian firme en su propósito, y no queriendo apartarse del árbol que tan buena sombra le daba, dijo que no queria, á pesar del aviso dado á casa de su tio, ir á apearse allí prefiriendo quedarse desde luego en el convento, que ya le parecia ser más segura posada y más abrigado puerto contra las tormentas del mundo. Llegados á

Madrid, presentóle el P. Fr. Blas á los prelados, y enterados estos de su anterior vida y repentina enmienda, no la tuvieron por segura, y desde luego propusieron no admitirle. Pero siendo necesario dar alguna salida y fundar en alguna razon su negativa, le examinaron de gramática, de la que, como nunca habia procurado estudiar ni instruirse, dió tan mala cuenta, que le despidieron con bastante despego, diciéndole que en sabiendo la gramática podria volver, y que entónces acaso le admitirian. No le arredró este primer desengaño, porque su vocacion era muy firme y segura; y así, con fervorosas ánsias y tiernas súplicas, pidió le diesen el hábito aunque fuese de la clase de los legos, pues su único fin era servir á Dios en cualquier estado y clase. Preocupados contra él los Padres, no quisieron admitirle, y con notable pena y sentimiento de su compañero de viaje Fr. Blas, fué despedido del convento. Marchó Sebastian de aquella santa casa lleno de confusion y de pena, y no tuvo más remedio que acogerse en casa de su tio. Admitióle éste con agrado y le trató con cariño, agasajándole cuanto pudo. Pero sabiendo por los informes que ya tenia, cuál fuera su anterior conducta, no estaba sosegado ni tranquilo; pues cuando la desconfianza se apodera del ánimo es muy difícil volver á confiar en el que con sus procederes ha dado motivo fundado ó cierto para sospechar ó dudar de él. Como el tio era tan rico y el sobrino tenia fama de ladron doméstico, deseaba volverle á casa de sus padres, y así se lo significó repetidas veces. Pidióle por fin Sebastian que no le enviase tan pronto á su casa, sino que le consintiese permanecer algun tiempo aún en su compañía para estudiar la gramática, porque en su pueblo no le era fácil ejecutarlo con la extension que en Madrid. El tio, sin confiar del todo, le permitió asistir al estudio, y Sebastian lo tomó con tanto empeño, que aprovechó mucho en poco tiempo, siendo desde entónces el reverso de lo que en su pueblo habia sido. Aunque era jóven, muy galan, y aunque son tantos los peligros de la corte, jamás dió un tropiezo, jamás volvió á enredarse en los lazos que tiende el vicio. Manifestó harto bien lo tocado que se hallaba de la mano de Dios; porque su conducta fué la más arreglada, sus costumbres muy medidas, sus conversaciones prudentes y no tenia por amigos sino á los justos y virtuosos. En todo reparaba su tio; pero aún no se fiaba enteramente. Iba entre tanto tomándole cariño, y deseando fundarle sobre sólidas bases, puso en muchas ocasiones á prueba su fidelidad, ya dejando sumas cuantiosas por encima de las mesas, ya entregándole las llaves de los escritorios, ya encomendándole finalmente la compra de lo que en la casa se necesitaba. Portóse en todo con tanta rectitud y dió tan cabal cuenta que la confianza renació en el ánimo del tio y consiguió hacerse dueño absoluto de la voluntad, al mismo tiempo que de todas las dependencias de su casa. Cobróle tanto cariño, que llegó á figurarse era

engaño todo lo que en su contra le habian escrito, y que los informes dados acerca de él eran inmotivados y formulados con gran pasion, por lo cual le dijo que todo cuanto tenia era para dejárselo á él. Informados los padres de la mudanza de su hijo quisieron tenerle á su lado; pero Sebastian rogó á su tio que no le mandára á su pueblo, pues no tenia otra ánsia que proseguir y terminar el estudio. La oferta de heredar ni le hizo impresion, ni le obligó á ceder un punto del buen propósito que formára, demostrando así lo que puede la fuerza de un desengaño; pues el que ántes no estudiaba por tener mucha hacienda, ahora que tiene más estudia con doble fervor, y estudia con objeto de abandonar todas sus riquezas. Luego que hubo concluido la gramática, luego que la poseyó á fondo, volvió á pedir el hábito en el mismo convento de donde fuera despedido. Cuando su tio supo lo que trataba, llenóse de angustia y sentimiento, y procuró impedirlo por cuantos medios estaban á sus alcances. Pero viendo que nada adelantaba, avisó á su familia, la cual lo llevó tan á mal, que inmediatamente vino su padre á Madrid con objeto de que no tuviera lugar la toma del hábito; dando para esto todos los pasos que creyó convenientes, hablando á los prelados y buscando todo género de empeños; pues cegado por el falso amor de padre, decia que cuando su hijo se habia corregido era cuando iba á perderle para siempre, como si pérdida fuese su entrada en la religion. Nada bastó sin embargo para que el jóven Sebastian cediese, ni súplicas, ni halagos, ni promesas, ni la amenaza de que por fuerza ó de grado le sacarian de Madrid, y últimamente, tocado tambien su padre de la verdadera gracia, permitió que tomase el hábito, lo cual se verificó con sumo gozo de los religiosos, que estaban admirados de la constancia de aquel jóven, á quien tantos obstáculos se habian opuesto y que habia logrado vencerlos todos, haciéndoles mucha fuerza el desinterés con que abandonaba unos bienes tan estimados por el mundo, que tan solicitados son y que él tan generosamente despreciaba. Luego que hubo tomado el hábito, enviáronle al noviciado de Torrejon de Velasco, en el que era maestro aquel Fr. Blas que habia tenido la alta gloria de iluminar la ceguedad de su alma. Alegróse mucho el santo varon de ver que Sebastian habia por fin conseguido su designio, y tuvo como providencia milagrosa que le tocára á él proseguir la obra tan felizmente empezada. Con este maestro, y desnudándose de las últimas reliquias mundanales que en su alma habian quedado, se engolfó tanto en las profundidades de la humildad, que en breve llegó á encumbrarse á la mayor altura de la perfeccion. Portóse Sebastian tan admirablemente durante su noviciado, que con gozo general y aprobacion universal fué admitido á la profesion, volviendo de Torrejon al convento profeso de Madrid, pasando luego á Toledo con objeto de estudiar artes, desde cuyo estudio, casi sin terminarle, se dignó el

Señor llevarle á las cátedras del cielo, donde sin necesidad de libros ni de humanas disputas y vanas sutilezas, estudiase la teología en presencia del gran objeto que la motiva. Vivió solamente cuatro años en el convento, los cuales invirtió con un fervor indecible en la práctica de los ejercicios que á continuacion expresaremos. Colocado ya Fr. Sebastian en la palestra de la religion, y á semejanza de aquella alma fuerte de las parábolas de Salomon, vistióse con la armadura de la fe y puso todos sus sentidos y potencias en el cuidado de observar estrictamente las reglas en que estriba la perfeccion de la vida religiosa. No llegó á apagarse la luz de su desengaño entre las nieblas densas de su mala vida pasada, ni los resabios de la costumbre y de las pasiones impidieron que su alma volase por los espacios de la virtud, porque su recto juicio y su perfeccionado criterio comprendieran harto bien cuánto vale aquella negociacion en que por los bienes divinos y eternos se truecan los caducos de la tierra, y en que el hombre adquiere á Dios por cosa de valor tan insignificante, como es el hombre mismo, su voluntad y albedrío. Estas consideraciones le animaron á proseguir ardorosamente la empresa de conquistar el cielo, valiéndose para ello de los recursos de la mortificacion y de la contínua penitencia. Al efecto, desde que renunció al mundo hasta que salió triunfante de él con el logro de su designio volando á la vida eterna, anduvo vestido de ásperos silicios, siendo varios los que usaba, y teniéndolos de diferentes clases y formas para emplearlos en justo desagravio de aquellos tiempos en que, viviendo entre las vanidades del mundo, acostumbraba á tener varios trajes de diverso color y hechura. Poníase uno de dia y otro de noche; y vez hubo que se ceñia con dos á las horas en que los galanes acostumbran variar de vestidos para acudir á sus locuras y devaneos. Entre los instrumentos de mortificacion que como precioso museo de curiosidades guardaba en su celda, veíase una cruz toda llena de puntas de hierro, la cual se cargaba sobre las espaldas, haciéndole dichas puntas multitud de llagas, para cuyo alivio, é interin que se curaba, poníase una faja tejida tambien de puntas de hierro, que le hacian nuevas llagas, no faltándole nunca de su cuerpo todos los dias que vivió, porque tampoco abandonó el uso de ambos objetos de mortificacion. Además, todos los viernes del año, conmemorando la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, colocábase otros silicios en los brazos y en las piernas, y para complemento llevaba debajo del hábito un saco de cerdas. Las disciplinas eran proporcionadas á esta penitencia. Tomaba tantas, con tanta frecuencia, y martirizaba su cuerpo con tal rigor, que parecia castigar en él al mayor enemigo que tuviese. Cuando entraba azotándose en el refectorio eran tan grandes los golpes que se daba, que estremecia á los demás religiosos, llenándolos de santo pavor y de evangélica envidia, porque todos ó la mayor

parte sentian carecer de fuerzas para imitarle. Llegó á tanta su impiedad, llamémosla así, consigo mismo, que un dia el maestro le reprendió muy ágriamente en un capítulo de culpas, y le mandó por via de penitencia que en una semana usase de moderada disciplina, como en efecto lo ejecutó con harto sentimiento suyo. Nunca vió satisfecha el ánsia que tenia de mortificar su carne, y además aunque era jóven, corpulento y de robusta complexion, comia muy poco á fin de que el exceso de las viandas no le estorbase consagrarse á las vigilias, que eran muchas, porque gastaba la mayor parte de la noche en oracion y en espirituales ejercicios. La constancia que manifestó en observar las reglas y las prescripciones de la Orden, el teson con que se mortificaba y su profunda humildad, tenian absortos y admirados á los más perfectos, y asombrados hasta á sus mismos maestros; y si estos no le contuvieran con la rémora de la obediencia, acaso habria pasado más adelante con la mortificacion, sin embargo que las penitencias que habitualmente hacia eran casi sobrehumanas y pasaban de los límites naturales, pareciendo imposible que pudiera soportarlas el cuerpo flaco de un jóven de tan pocos años, conociéndose muy claramente que la divina gracia le suministraba fuerzas para sobrellevar sus trabajos. Hizo tal profesion de humildad, que si alguna vez hablaba de sí propio, era para confesar lo malo que habia sido en el siglo, y pedir le encomendasen á Dios á fin de que le perdonasen sus culpas y no permitiese cayera otra vez su alma en los errores anteriores. Deseando humillarse más, pidió licencia para no estudiar y quedarse de hermano corista, á fin de ocuparse como lego en oficios bajos y humildes. Cuando llegó el tiempo de ordenarse de primera tonsura y grados lo repugnó mucho, y solo pudo la santa obediencia decidirle. Sentia mucho llegar á recibir el sacerdocio, porque creyéndose indigno de tan elevado carácter decia que siendo el último de los mortales, nunca se atreveria á tomar en sus manos el Señor sacramentado; y rogaba fervorosamente á Dios se dignase no colocarle en tan grande apuro. Como veremos adelante, el Señor oyó y aceptó su ruego. Entre sus muchas virtudes resaltó tanto la pureza, cualidad que habia logrado conservar por providencia divina en medio de sus desórdenes, que nunca llegó á verse en peligro de perderla, ni se disminuyó en lo más mínimo la integridad de esta fragante y preciosa flor. Era tambien muy aficionado á la santa pobreza; y pareciéndole todo demasiado para su persona, jamás experimentó necesidad de cosa alguna, contentándose siempre con la peor y la más ínfima parte de todo, y áun así se figuraba que le daban demasiado. Tambien resplandecia en él la caridad más encendida respecto á sus prójimos, y no tenia otro deseo que servir á los demás; y así, en viendo á un religioso ocupado en cualquier género de trabajo, al punto estaba á su lado, bien para ayudarle, ó para

quitarle la labor de las manos. La dicha virtud de la caridad, sin necesidad de otro maestro, le enseñó á asistir y curar á los enfermos; teniendo tanto gusto en proporcionarles sus auxilios como placer experimentaban los dolientes al verse asistidos por él. Asistió largas temporadas como enfermero al V. P. Fr. Tomás de la Vírgen, recibiendo en pago de sus servicios muy buenos consejos y ejemplos de parte de aquel celestial varon; y como la tierra estaba bien preparada, prendieron con facilidad aquellas semillas del bien, adelantando mucho por esta causa en el camino de la perfeccion, y acrecentándose en su alma el incendio del amor divino. Abrasándose en este intenso fuego sentia una sed ardiente, y no encontraba otra agua para templarla que el recurso de la oracion, pasándose por esta causa largas horas recogido en el oratorio. Algunas veces se quedaba elevado y experimentaba tales raptos, que era preciso tirarle con fuerza del escapulario para hacerle volver en sí, lo cual le servia de mucha pena y mortificacion, lo uno porque esto se verificaba generalmente en público, y lo otro porque cortaba el vuelo á su alma, que en aquellos momentos se elevaba hasta el goce de los eternos placeres de la gloria. Comulgaba con satisfaccion indecible, y el dia que lo verificaba sentia tal gozo espiritual que se ponia fuera de sí, no atendiendo á lo que se hablaba, ni pudiendo seguir la conversacion. Fué tambien muy amigo del silencio y del retiro, y en concluyendo las cosas que á su cuidado encargaban, retirábase inmediatamente á su celda donde invertia el tiempo en leer libros espirituales y devotos, manifestando luégo el mucho fruto que de esta lectura sacaba, con la exposicion de las sentencias y ejemplos que habia leido y que se le quedaban muy impresos en la memoria. Era devotísimo de Jesus, representado en la edad infantil, y celebraba con gran júbilo y regocijo de su alma las festividades del niño Dios, porque era para él una idea muy tierna y muy dulce ver colocado por amor del hombre á aquel divino Señor en posicion tan humilde, cual es la de necesitar de ajeno auxilio para sostenerse. Aquí como en un espejo contemplaba las grandezas del Señor y la ingratitud de los humanos; pues estos en vez de corresponder, como es justo, á tan inmensos beneficios, se ensoberbecen más cuanto más el Señor se humilla, y pagan con sus ultrajes sus amorosos favores siguiendo rumbo contrario al que puso en práctica el mismo Dios humanado. Empleado en tan santos ejercicios, llegó á concluir su segundo año de artes. Habia manifestado tan buen ingenio y tanta aplicacion para el estudio, que los religiosos se prometian recoger en lo porvenir ópimos frutos de aquella tierna planta que habia crecido y empezado á florecer en el retiro del claustro. Pero el Señor, á quien agrada recoger las más tempranas y hermosas flores de los jardines del mundo para adornar con ellas los salones del empíreo, Dios, que se lleva los niños y los mancebos

para aumentar diariamente los celestiales coros, quiso colocar á aquella angelical criatura en las gradas de su trono excelso, y quiso al mismo tiempo cumplir el deseo que formára de no llegar al sacerdocio por conceptuarse indigno de tan alta honra. Un sábado del mes de Julio del año 1649 entró al medio dia en el refectorio, dándose una rigurosa disciplina en la forma que él solia aplicársela y en reverencia á la Santísima Vírgen María, de quien tambien era muy devoto, y por cuyo amor solia hacer estas y otras semejantes penitencias todos los sábados del año y vísperas de las solemnes festividades de la augustísima Señora. Fué esta disciplina la última que se aplicó; porque en la tarde del mismo dia le asaltó una enfermedad grave, que al punto dió claros indicios del peligro que le amenazaba. Visitándole los médicos corporales, dispusieron que le tratasen como enfermo, quitándole los silicios, vistiéndole de lienzo y alimentándole con carne. Pero agravándosele por momentos la dolencia, el mismo enfermo conoció que le llamaban á la eternidad y se dispuso á la partida, renovando con fervorosos actos de contricion el dolor de sus culpas, muy confiado en la eterna misericordia de Dios y en el inmenso valor de los merecimientos de Cristo. Pidió con mucha ansia los santos sacramentos, y despues que hubo comulgado se quedó tan absorto que en un largo rato no volvió en sí ni contestó á lo que le preguntaban. Habiéndose despertado de esta especie de sueño divino, recibió la extremauncion y fué á dormir eternamente en el Señor, restituyéndole el alma que le habia entregado, yendo á tomar posesion de aquel bien que es el gozo que dijo Cristo, «no se quitará á nadie que le tuviese bien adquirido.» Ocurrió su fallecimiento el antedicho año 1547, y su cuerpo fué sepultado en el convento de la ciudad de Toledo.—M. B.

REYES ARCE (El Licenciado Ambrosio de los). Vamos á decir cuatro palabras sobre un eclesiástico hijo de Madrid, de nuestra cara patria, en la que no han sido tan escasos los hombres ilustres que, sin contar la multitud de ellos que han dado gloria despues á esta Coronada é Imperial villa y corte, no haya necesitado el ilustrado D. José Antonio Alvarez y Baena, nuestro compatriota, cuatro abultados tomos en 4.° para dar razon solo de los más notables, pudiéndose bien formar otros tantos de los madrileños que se escaparon á su noticia en su obra publicada el año 1790. No consta en Baena la fecha de su nacimiento ni las particularidades de la vida de Don Ambrosio Reyes hasta que fué sacerdote, de cuya dignidad fué ordenado en 18 de Mayo de 1629. En este mismo año fué recibido en la venerable Congregacion de S. Pedro, de Sacerdotes naturales de Madrid, lo cual consta en los libros de su hospital, que aún subsiste hoy á cargo del ilustrado director D. Ildefonso Serafin de la Fuente, nuestro respetable amigo, capellan de honor de S. M. muy digno, y condecorado con distinciones que acredi-

tan sus virtudes, entre las que sobresale su beneficencia. Sirvió con celo su ministerio Reyes Arce, pero la parca no quiso tenerle fuera de su fiera segur mucho tiempo, pues que le arrebató la vida el año 1661. En el año 1649 escribió en octavas reales una bella composicion poética, con motivo de las bodas del rey D. Felipe IV con D.ª Mariana de Austria, cuya poesía tituló: *De la Fama, de España, de Alemania, voces, afectos, triunfos en las reales bodas de los católicos monarcas de las Españas*, cuyo original poseia Baena manuscrito con la licencia del Consejo para su impresion cuando imprimió su obra de *Los Hijos ilustres de Madrid*, y dice que está dedicada al secretario de Estado D. Fernando Ruiz de Contreras, y que por decreto del Consejo se le mandó revisar la obra al P. Mtro. Fr. Juan Ponce de Leon, religioso mínimo, el que dió su censura favorable el 16 de Octubre del mismo año. En el año 1652 compuso unas estancias para la octava del Corpus, que celebró la Congregacion de esclavos del Santísimo Sacramento en su oratorio de la Magdalena. Verificándose el año 1656 un Certámen angélico en la dedicacion del nuevo templo de Santo Tomás de Aquino de Madrid, que aún subsiste afortunadamente á pesar de la extincion de las comunidades religiosas en 1835, trabajó en él como poeta, y sus versos se hallan impresos en el tomo IV de este Certámen, que publicó D. José de Miranda y la Cotera. Como en el mismo año se celebrase tambien la dedicacion de la magnífica capilla del Santo Cristo de la parroquia de S. Ginés, compuso el romance que se lee en los *Triunfos divinos*, que imprimió D. Isidro de Angulo. Entre los autores dramáticos debe contarse tambien á Reyes, pues que escribió varias comedias, que se han impreso con su nombre y que se buscan con afan por los coleccionistas.—B. C.

REYMOND (Enrique), obispo de Dijon. Nació este prelado el dia 21 de Noviembre del año 1737 en Viena del Delfinado, en cuya ciudad hizo sus primeros estudios, tomando los grados en la ciudad de Valencia. Luego que los jesuitas volvieron á ser lanzados del país, se le nombró profesor de filosofía del colegio, y en seguida fué nombrado cura párroco de la iglesia de S. Jorge en Viena. Tuvo que sostener dos contiendas judiciales contra el noble capítulo de S. Pedro de Viena, lo cual le presentó como enemigo del alto clero. Su primer escrito, *Droits du curé et du paroissien*, publicado en 8.° en 1776, fué prohibido de órden del parlamento de Grenoble; pero volvió á imprimirse, en 12.° y en tres volúmenes, en 1791. Hízose Reymond diputar á París por los curas de su provincia para reclamar el aumento de cóngruas, y en esta capital publicó una *Memoria* sobre este asunto en 1780, y otro escrito titulado: *Droits des pauvres*, en 1781; y ambos criticaban á los grandes diezmeros. Con este motivo se puso al frente de los curas párrocos para reclamar plazas en el tribunal de los diezmos. A este fin hizo un

nuevo viaje á Paris en donde no solo obtuvo lo que deseaba, sino que tambien fué nombrado diputado de este cuerpo financiero de los eclesiásticos. Estas diligencias y sus escritos dieron á conocer al cura de S. Jorge en la provincia como opuesto al alto clero. Llegada la revolucion, se distinguió con un escrito titulado: *Analyse des principes constitutifs des deux puissances avec une Adresse aux curés*; y se pueden ver las observaciones que se hicieron sobre esta obra en el tomo VII de la *Coleccion eclesiástica*, publicada con el nombre del abate Barruel, en la que se acusa al autor de arriesgar la proposicion de que la distincion de las gerarquías es de invencion humana. Prestando Reymond el juramento constitucional exigido al clero, fué nombrado al año siguiente obispo de Isere en lugar de Ponchat, que solo habia disfrutado un año su silla, y fué consagrado el 15 de Enero de 1793 por Savinés, obispo de Viviers. No le libró esto de los embates de los terroristas, que cayeron tambien sobre el clero constitucional. Preso Reymond por los revolucionarios, pasó cerca de un año encerrado. Despues de la caida de Robespierre fué puesto en libertad, y se retiró al seno de su familia sin tomar por algun tiempo posesion de nuevo de su curato; razon por la que en los *Anales de la Religion*, diario constitucional dirigido por Mr. Desbos, se quejaba éste de su negligencia habitual. Estas quejas despertaron aparentemente el celo del obispo de Isere que se adhirió á las encíclicas, asistió á los concilios y tomó alguna parte en el comité de los Reunidos. Encargóse á Reymond publicar las Actas del Concilio de 1797, y de dirigir la publicacion de algunas piezas relativas á esta asamblea. En 1801 dió su dimision como todos sus colegas, y al año siguiente fué promovido al obispado de Dijon. Aseguran sus amigos que no quiso retractarse ante el legado, pero que firmó en 1804 la fórmula mandada por el Pontifice. Repróchasele á este prelado haber favorecido constantemente al partido constitucional y los *Anales de la Religion*, en el tomo VII, pag. 17, insertan un discurso en el que se manifiesta su aficion á sus principios. Por otra parte, en una memoria que escribió despues este Obispo, se alaba de haber restablecido la paz por todas partes y de haber vuelto á abrir su seminario desde el primer año, proveyendo á las más apremiantes necesidades del culto divino, tenido conferencias en su iglesia durante toda una cuaresma, cuyas conferencias se imprimieron; y por último, asegura tambien que publicó más de ochenta mandatos ó pastorales, en las que es preciso confesar que no fué siempre muy feliz. En 1814 rehusó mandar cantar el *Te-Deum* en accion de gracias por la vuelta del rey Borbon, y en 22 de Abril de 1815 publicó una pastoral en la que presentaba el regreso del emperador Bonaparte como un beneficio de la Providencia, cuya pastoral estaba acompañada de un *post-scriptum* muy singular, en el que entregándose Reymond á discusiones políticas,

probaba, á manera de disertacion, que era imposible una nueva coalicion. Asistió á la ceremonia del Campo de Marte, y firmó el acta adicional. Terminado definitivamente el imperio de los cien dias de Bonaparte, y volviendo Luis XVIII al trono de S. Luis, Reymond fué llamado á París en cuya capital se le detuvo como sospechoso durante un año, y entónces fué cuando escribió una *Memoria*, en la que alega razones bien especiosas para justificar su conducta. Esta Memoria, que se ha impreso á la pag. 464 del tomo IV de la *Crónica religiosa* publicada en Paris, ofrece una especie de biografía de este prelado, de la que vamos tomando lo que mejor nos parece siguiendo á Mr. Picot en su artículo biográfico sobre este Obispo. En 1817 se le permitió volver á su diócesis, en la que publicó en el año siguiente una circular dispensando á sus diocesanos de la abstinencia, cuyo escrito fué causa de varias críticas más ó ménos favorables á su persona. Murió Reymond repentinamente el dia 20 de Febrero de 1820. —C.

REYMUNDINES (Fr. Lorenzo). Nació este religioso servita el 10 de Agosto de 1657 en Berge, pueblo del reino de Aragon. Fué hijo de Lorenzo y de Josefa del Coso, ambos de honradez y nobleza. Sintiéndose con la debida vocacion, tomó el hábito en la congregacion de Siervos de María, en cuya religion completó sus estudios y enseñó artes y teología. Por su ciencia y virtud obtuvo el grado de maestro, y fué superior de varias casas á fines del siglo XVII. Tambien fué regente de estudios, visitador de su provincia, dos veces vicario general y provincial de la misma, examinador sinodal del obispado de Barcelona y otras diócesis, y siendo modelo de discrecion, lo fué tambien de piedad. Murió este virtuoso religioso el año 1716. Las obras que se conocen de este ilustrado aragonés, segun Latasa en sus *Hijos de Aragon*, son las siguientes: *Congregante y siervo perfecto de la Santísima Virgen de los Dolores;* divídese esta obra en cuatro libros, y está impresa en Barcelona en 1687 en 8.°, y en 1733 en igual tamaño. — *Tratado histórico y panegírico dividido en tres partes.* — *Vida portentosa de S. Felipe Benicio, noble florentino, quinto general y propagador del sagrado Orden de los Siervos de María Virgen, y de la devocion de sus Dolores, sacada de varios autores domésticos y extraños.* Dáse una breve noticia del orígen de dicha Orden y de las congregaciones de la Vírgen dolorida para la más clara inteligencia de la historia; Barcelona, 1713, en 4.° — *Tres tablas cronológicas, que contienen los varones más ilustres en virtud, doctrina y dignidad con que en tres centurias se ha ilustrado el Orden de los Siervos de María Santísima.* Estas tablas las escribió en latin, y los censores de estas obras dan una completa noticia del mérito de las mismas y de su autor. —A.

REYMUNDO (Fr. Andrés), religioso dominico, natural de Cápua, fué confesor de Santa Catalina de Sena, y uno de los varones más distinguidos

de la órden de Predicadores, de que se le eligió general en el capítulo celebrado en Bolonia en 1380. Tuvo no ménos ingenio que virtud, siendo muy notable su práctica y experiencia en el manejo de los negocios. En los veinte años que gobernó su Orden trabajó con mucha actividad y celo en la reforma de sus súbditos, á que queria someter á la primitiva observancia, que se hallaba muy decaida con el transcurso del tiempo. Su grande virtud fué causa de que consiguiese poner coto en diferentes partes, en particular en la Lombardía y Alemania. Con este motivo trabajó mucho contra el antipapa Clemente, encargando á todos los religiosos de su Orden que predicasen contra él, con lo cual consiguieron decididamente reducirle al último extremo, siendo entónces Raimundo el encargado de prenderle á él y á todos los que siguiesen su partido, lo que hizo con los mejores resultados, mereciendo grandes pruebas de afecto y estimacion del soberano pontífice Bonifacio VIII, que le nombró su nuncio en Sicilia. A pesar de los muchos y elevados cargos que desempeñó, vivió siempre con la misma modestia y humildad que cuando habia sido simple religioso, dando á sus súbditos el mejor ejemplo, pues no quiso aceptar ningun obispado, ni áun el capelo que le ofreció el soberano Pontífice, á que tantos servicios habia prestado. Durante su gobierno se celebraron seis capítulos generales en la Orden, en los que se acordaron muchas y muy útiles constituciones para su prosperidad y fomento. Falleció en Nuremberg en 1399, y es contado entre los beatos que ha tenido la religion dominicana, porque se distinguió mucho por su inocencia, santa vida y costumbres. —S. B.

REYNA (Sta.), vírgen y mártir. Habiendo escrito las excelencias de esta gloriosa sierva del Señor el V. Beda, el cardenal Baronio, Usuardo, Adon, Mombricio en sus *Vidas de los Santos*, Pedro Natalibus en su *Cathalogus Sanctorum*, y otros muchos escritores inspirados por las glorias de nuestra sacrosanta religion, ¿qué nos toca á nosotros al escribir este ligero artículo más que seguir vaciándole en tan preciosas turquesas? Así lo haremos poniendo dique, siempre que podamos, á nuestro entusiasmo religioso, á fin de que no traspase nuestro pequeño trabajo los límites en que tenemos que encerrarnos. Tuvo la gloria de ser patria de la bendita santa Reyna la ciudad de Alisia, perteneciente á la Germania en su parte septentrional. Clemente, su padre, fué un gentil de los más zelosos por su religion, y procuró por todos los medios posibles imbuir á su hija en los principios de la idolatría, á fin de preservarla de que cayese en los errores que, en su sentir, contenian otras creencias modernas que amenazaban destruir la religion idólatra, que en su ceguedad creia ser la verdadera. Desde muy niña empezó Reyna á sentir adversion á los idolos, sin que supiese explicarse la causa, y la historia de los dioses la parecia un tejido de fábulas absurdas, que no

sabia cómo cabian en cabezas bien organizadas; pero viendo el entusiasmo con que sus padres seguian aquella monstruosa religion, se guardaba bien de entrar en polémicas que en su corta edad no podian serla favorables, porque no sabia explicar el porqué de su repugnancia, ni defender su opinion. Ignoraba la pobre niña las leyes de la verdad, y la ley de la gracia aún no la habia alumbrado con su antorcha divina, y no era extraño que careciese del don persuasivo que pudiera hacerla poder entrar en tan grandes como graves cuestiones. Ya más crecida y con más razon, tuvo la dicha de encontrar quien la informase de la religion de aquellos llamados nazarenos, contra los que su padre y amigos se deshacian en imprecaciones; y viendo desde luego la inocente niña una luz clarísima que la presentaba aún más oscuras y horrendas las nubes que la habian ocultado hasta entónces la verdad, procuró buscar quien la instruyese más á fondo en la ciencia que empezaba á abrir sus ojos á tan refulgente luz, y logrando encontrar un buen maestro, se instruyó á escondidas de su padre y de todos los de su casa y familia en los misterios y verdades de nuestra santa religion. Luego que la fe católica se grabó en su alma, y que su corazon se sintió encendido de amor al Crucificado, se hizo bautizar por mano santificada, y ya contándose en el gremio de la Iglesia católica, ofreció á Dios, llena de entusiasmo religioso, su virginidad y pureza, prometiéndole morir confesando su santo nombre si su divina misericordia la concedia la dicha de proporcionarla el martirio. A tanta virtud y repentina santidad, que enriquecia el alma de esta singular mujer, se unia la hermosura de su rostro angelical, la belleza de sus contorneadas formas, la esbeltez de su talle, su simpática voz y finas maneras, y su modestia y candor, prendas todas que cautivan en el mundo para el pecado, y que cuando se consagran al cielo, dan doble realce á quien en nada las considera sino como dones debidos á Dios, al que deben devolverse sin menoscabo alguno. Hermosura de tal valía, que era el encanto de su patria y la envidia de las bellas que la consideraban, no podia ocultarse á la vista de los hombres y ménos de aquellos idólatras, para los que la castidad era más bien vicio que virtud, y de presumir es que tuviese Reyna muchos adoradores, y que tuviese que rechazar no pocas pretensiones con ideas legítimas ó pecaminosas. Sea de esto lo que quiera, lo que sí nos dicen los autores citados, á quienes seguimos solo en los datos, es que pasando por Alisia el prefecto Olibrio, la vió y se enamoró de ella. En mal hora los ojos de aquel lúbrico gentil se encontraron con los modestísimos de Reyna, que huyendo de todo trato humano debemos creer la obligasen á ver á su verdugo, y no el que su curiosidad le saliese al encuentro. Lo cierto es que la pasion que Reyna encendió en el corazon del gentil debió ser tan grande, que detuvo su viaje por aquel dia, y la hizo llevar á su presen-

cia. Lo que entre ambos pasó desde que se vieron no nos lo dicen los autores, mas sí «que sabiendo por ella misma que era cristiana, la mandó encerrar en la cárcel pública, advirtiéndola que iba á continuar su viaje; pero que si al volver de él no habia cambiado de religion, experimentaria su rigor.» Excelente modo de enamorar á una doncella, obligarla con rigores y amenazas: ignoraba sin duda éste bárbaro gentil que nada hay que venza la arrogancia de la mujer católica que se consagra con fe á Dios tomándole por su único y verdadero esposo; y que en lo mundano el corazon de la mujer solo se rinde al halago y jamás á la amenaza, pues que ésta aumenta de tal modo su resistencia, que permite mil veces la muerte ántes que sucumbir al que trató de conquistarla por la fuerza. Presa Reyna, hizo templo de su prision, y léjos allí de los embarazos del mundo, se entregó á dulces pláticas con su Criador, fortificando su creencia con la oracion y pidiendo hasta por el perdon de su verdugo, que tan bella es la cualidad de la oveja cristiana que lame cariñosa y sin exasperarse el cuchillo que ha de inmolarla, y los inmundos pies de su verdugo. Volvió el infame prefecto Olibrio de su expedicion, y sacrificando primero á los falsos dioses, segun costumbre de los gentiles al terminar ó emprender sus viajes, preparacion y accion de gracias que desde la fundacion de la Iglesia hacen los católicos en tales casos, acudiendo humillados y contritos á los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, santa costumbre que desgraciadamente ha amenguado mucho en nuestra época la impiedad de unos y la infame indiferencia de otros; despues de hecho su sacrificio, repetimos, hizo Olibrio llevar á su presencia á su inocente víctima, y con palabras tiernas sin duda primero, movidas por su lúbrica pasion y amenazas despues que vió perdidas sus locas esperanzas, la ordenó imperiosamente que abjurase de su Dios y rindiese la rodilla ante los ídolos, ofreciéndoles sacrificios, y como la hallase firme y constante en la fe que habia prometido á su esposo Jesus, la hizo suspender en el ecúleo, despues herir por mucho tiempo con varas de hierro, y atormentar y desgarrar sus delicadas carnes con uñas de acero. Tan cruel fué este martirio y tan horrendamente fué herida y despedazada la santa virgen, que el mismo Olibrio y todos los demás circunstantes cubrieron sus rostros de horror por no ver tan lastimoso espectáculo y tan cruel rigor. ¡Oh infame Olibrio, tu pasion amorosa gozó en el martirio de aquella hermosa, que te propusiste disfrutar, porque las pasiones infames y carnales en los perversos tienen el goce en la crueldad, cuando se agota ó comprime el sensual; ante el trono de Dios habrás visto, ántes de ser precipitado á los infiernos por una eternidad, cubierta de gloria á tu víctima, y aún más hermosa que la contemplaste en su martirio, para tu mayor condenacion! «Los arroyos de sangre que corrian, dice un autor, no parece posible manasen de tan tierno

y delicado cuerpo.» El feroz Olibrio aún no contento con lo que habia hecho padecer á aquella inocente cordera, que ni áun así pedia á Dios contra él, ántes bien imploraba abriese sus ojos á la fe, y le perdonase como ella le perdonaba de todo corazon, «la mandó descolgar del ecúleo y volver á la cárcel.» Aquí no queremos interrumpir con nuestras reflexiones la narracion de los piadosos autores que hemos consultado, y vamos á transcribir integro lo que mejor nos ha parecido. «Puesta segunda vez en la cárcel, fué admirablemente consolada por su divino Esposo, el cual la mandó una cruz de maravillosa hermosura, sobre la cual posaba una hermosísima paloma, que sin duda era el Espíritu Santo, que bajó á consolarla, sanarla de sus heridas y á vigorizarla para que terminase la pelea que la aguardaba. Llegaba la cruz de la tierra al cielo, y la paloma volaba sobre la cabeza de la bendita vírgen, halagándola y animándola á la corona del martirio. Despues de dos dias volvió Olibrio á hacer sacar de la prision á su víctima, y haciéndola colocar en el ecúleo, ordenó encendiesen debajo una grande hoguera, y cuando ya la consideró abrasada, la mandó descolgar, y que atada de pies y manos, la metiesen en un baño de agua casi congelada, á fin de que sufriese más. Al entrar el cuerpo en el baño, hubo un terrible temblor de tierra, y la paloma expresada bajó sobre ella, y desatándola sus ligaduras, la dejó libre y sana, poniendo una brillante corona sobre su cabeza, oyéndose al propio tiempo una voz del cielo que la llamaba, lo cual asombró tanto á los circunstantes, que se convirtieron en el acto al cristianismo ochocientos cincuenta gentiles. Rabioso de esto el infame Olibrio, mandó degollar á su víctima, y la bendita alma de Reyna, acudiendo á la voz que la llamaba, subió al seno de su Dios que la aguardaba para sentarla en el trono de gloria que habia conquistado su santidad y heroismo. Los ángeles subieron el alma de Reyna á los cielos, á vista de los fieles, el 7 de Setiembre, que la celebra la Iglesia, el año 244 de nuestra era, y su santo cuerpo fué sepultado por los cristianos en la misma ciudad, donde resplandece en milagros.—B. S. C.

REYNA DE SABÁ. Al Sur de la Siria, entre el mar Rojo, el Océano Indico y el golfo Pérsico, se extienden llanuras arenosas, cadenas de montañas y largos desiertos: aquello es la Arabia. La parte meridional de este vasto país, circuido por las aguas, es ménos estéril y más poblado que lo demás, y toma el nombre de Arabia Feliz á causa de la riqueza de sus productos. En otro tiempo tenia minas de oro y de plata, segun el testimonio de Plinio; hallábase en ella mucha pedrería, y en este país toda la antigüedad colocó el fénix, ave maravillosa á la cual habia aquella investido del privilegio de la resurreccion. Allí es donde nace áun en el dia el incienso, el bálsamo y los demás perfumes: el aire está impregnado de olores suaves que el viento se encarga de esparcir sobre sus alas á lejanos mares, en donde el navegante

respira la Arabia, por decirlo así, mucho tiempo ántes de llegar á sus orillas. Entre todas las tribus de la Arabia Feliz era célebre la tribu de los Sabeos, cuyas riquezas han ponderado los dioses griegos y romanos. Tenia por capital á Sabá, que se hacia remontar hasta los tiempos vecinos al diluvio, y que habia tomado su nombre de uno de los nietos del patriarca Heber. Segun algunos geógrafos la actual ciudad de Zebid sería la antigua Saba, que ocupaba, segun otros, el área en donde se halla hoy dia Mareb. Este país, segun dice el poeta Claudiano, era primitivamente gobernado por mujeres. Hácia el año 3000 del mundo, los sabeos obedecian á una princesa que Josefo ha confundido con la Nitocris de Herodoto, y que las tradiciones árabes llaman Balkis, pero esta mujer solo es conocida en la historia con el nombre de la Reina de Sabá, y por el viaje que hizo á Jerusalen para honrar á Salomon. Queria ver ella por sus propios ojos las obras poderosas y escuchar las sábias respuestas del monarca israelita, que llenaba entónces todo el Oriente con la fama y el esplendor de su magnífico reinado. Porque el genio y la virtud son el sello de los hombres providenciales, y Dios les ha marcado con él á fin de asegurarles el respeto, la confianza y el amor, para que se les pidan palabras de luz y se inspiren los demás por los dechados de su valor, á la manera que las plantas aguardan una mirada del sol ó algunas gotas de rocío para desplegarse y para florecer. Efectivamente, el mundo intelectual y el mundo moral, así como el mundo físico, se sostienen y brillan por la constante armonía de los elementos más fuertes y de los elementos más débiles que encierran; y ha de decirse para alentar á todos y para el honor de todos, que muchas veces hay tanta grandeza de alma en reconocer la gloria, como mérito hay en conquistarla y en hacérsela perdonar. No pocos intérpretes de la Escritura han pensado tambien que, movida por avisos interiores, la Reina de Sabá vino á buscar en Judea un tesoro mucho mayor que las piedras preciosas y los perfumes de la Arabia, es decir, el conocimiento del verdadero Dios y del culto que se le debe, pues áun en aquella época en la cual el cielo no habia hablado todavía á la tierra sino en el Eden y en las alturas del Sinai, y en que por consiguiente las creencias aisladas en Israel solo se hallaban en los pueblos en estado de ruina ó como un polvo de recuerdos; ningun hombre, como sucede ahora, se hallaba invenciblemente condenado al error: siempre fué posible á las almas sinceras y á los corazones puros el ir á sentarse en el banquete de la verdad religiosa. La palabra divina resonó sin fin en el mundo, todo oido pudo escucharla, toda libertad debe inclinarse, recibirla y obedecerla. Y sin duda la Reina de Sabá pasó á Jerusalen llamada por aquella sabiduría sobrenatural, más aún que atraida por una curiosidad de otra parte laudable: siendo de este modo la figura de aquellas almas, que no pudiendo resignar-

se al envilecimiento de una vida del todo exterior y sensual, se informan felizmente de lo que deben á Dios y á los hombres, y emprenden hácia la verdad y la virtud una peregrinacion peligrosa. Por lo demás, glorioso y sabio entónces Salomon, tenia realmente un derecho á la admiracion de sus contemporáneos. Sabido es que su reinado fué para los israelitas una época incomparable de prosperidad y de gloria. En lo interior la agricultura honrada, los tributos exigidos de los pueblos vencidos, los impuestos señalados de las tierras de los ciudadanos, los derechos que gravitaban sobre los géneros, los trabajos obrados por los criados y los esclavos, tales eran los fecundos recursos de los tesoros de Salomon. Del adelantamiento de las artes puede juzgarse por la construccion del templo que fué acabado en siete años; por todo lo que la Escritura y las tradiciones refieren de aquel célebre monumento. Las solas víctimas que Salomon degolló y sacrificó al Señor como hostias pacíficas en la edificacion del templo fueron veintidos mil bueyes y ciento veinte mil ovejas. Por aquí podrá venirse en conocimiento de la asombrosa profusion con que fué celebrada aquella solemnidad. La cantidad de riquezas acumuladas en manos de los reyes del pueblo hebreo pareceria verdaderamente increible, si en épocas contemporáneas la historia y hasta las tradiciones fabulosas que de ella derivan, no confirmasen la existencia de tesoros inmensos en las manos de ciertos reyes. Midas, Creso, Cyro, Semíramis, Sardanápalo, Artagerges, Ptolomeo, Alejandro, pueden ayudarnos á conocer cuáles eran los tesoros de David y Salomon. David, segun las Escrituras y los comentadores, dejó cerca de doce mil millones de nuestra moneda para la construccion del templo edificado por Salomon, que es hoy con corta diferencia la renta anual de Inglaterra. Estas prodigiosas riquezas eran el producto acumulado de sus conquistas y de los tributos alzados sobre los pueblos conquistados, ahorros de cuarenta años de reinado y tal vez de los gobiernos predecesores. Las inmensas cantidades de oro y de plata sacadas del Nuevo Mundo pueden hacer concebir hasta cierto punto los cálculos hechos, segun la Biblia, sobre los tesoros dejados por David. Los escritores eclesiásticos han hecho notar que en cuarenta años de reinado, por medio de numerosas conquistas y por una sábia economía, pudo aquel príncipe, en tan vastos estados, en un país tan rico y tan poblado, despues de tantas victorias y ricos despojos, amontonar cien mil talentos de oro y un millon de plata, ó sea doce mil cuatrocientos ochenta y un millones, veinte mil quinientas sesenta y dos libras, suma á la cual se evaluan los dones hechos por David y por los príncipes y grandes de la corte para la construccion del famoso templo. En tiempo de Salomon, dice la Escritura, no se hacia ya caso de la plata, tal era su abundancia; este metal era entónces tan comun en Jerusalen como las mismas piedras. Las rentas de Salomon parece

que subian anualmente á cerca de doscientos millones de reales. Sin contar las rentas de las tierras y de los portazgos, los derechos que se percibian de los mercaderes y fabricantes del país, y con independencia en fin de los tributos que daban los reyes de Arabia, y los gobernadores de las provincias. Todo induce pues á creer que el reinado del célebre monarca fué para la riqueza y civilizacion industrial del pueblo hebreo el más alto periodo á que puede llegar un pueblo guiado por leyes sabias y religiosas. La gloria de Salomon reflejaba en lo exterior y sometia á lo lejos delante de él á los pueblos y á los príncipes. Todos eran sus súbditos ó sus amigos: desde el Eúfrates al Mediterráneo, y desde las fronteras septentrionales de la Siria á la Idumea y al Egipto, todas le enviaban presentes ó le pedian consejos. Los más hábiles operarios de Tyro estaban á su servicio: sus naves iban á buscar á lejanas regiones el oro, el marfil, los animales raros y las maderas olorosas. Menfis le daba por esposa la hija de sus reyes. El edificó ó á lo menos volvió á levantar á Palmira, pues muy difícil es asegurar quién fué su fundador. Al contemplar los escombros de Tadmor, que yacen en el desierto, con la osamenta de una ciudad gigantesca, puede muy bien ponerse en duda que Salomon hubiese tenido el tiempo, y que sus contemporáneos hubiesen tenido la fuerza necesaria para ejecutar trabajos que la ciencia moderna, con toda la perfeccion de su mecánica, no podria volver á empezar, tal como los atribuye á las razas primitivas, á hombres de cuyas proporciones físicas estamos distantes, y cuyos secretos se han perdido para nosotros. Pero es cierto, por otra parte, que la reputacion de Salomon ha quedado hasta ahora prodigiosa entre los orientales, y que estos han dado su nombre de Soliman á estos monarcas poderosos, que suponen ellos en sus leyendas haber poseido el imperio de toda la tierra. Así, bajo su cetro, la estimacion y el respeto de fuera igualaban á la paz y á la prosperidad de dentro. La sabiduría y la gloria, que es su compañera inseparable, sostenian su trono con sus fuerzas y le cubrian con su esplendor. Esta gloria, pues, es la que vino á visitar la Reina de Sabá, y á esta sabiduría vino á proponer sus problemas. Entró en Jerusalen con rico tren y con una escolta magnífica, llevando camellos cargados de oro, perfumes y de piedras preciosas. Luego de presentada al Rey, manifestó sus dudas é hizo sus preguntas; porque los antiguos y sobre todo los orientales gustaban de ejercitarse en descifrar toda especie de enigmas de religion, de moral y de política, y la sabiduría de cada uno se manifestaba en la sutileza y profundidad de sus respuestas. Salomon instruyó á la Reina de todas las materias que le propuso, no dejando cuestion alguna sin respuesta, ni duda sin solucion: pues tan grande por las bellas calidades de su alma como por el poder de su cetro manejaba la sabiduría con magnificencia, como dicen las sagradas

letras. Escribió parábolas y cánticos en número considerable, cuya mayor parte no ha llegado hasta nosotros. Disertó sobre todos los árboles, desde el cedro que levanta en el Líbano hasta las nubes su altísima copa, hasta el humilde hisopo, que brota en la pared y sobre los animales de la tierra, las aves, los reptiles y los peces. Descubrió con su profunda mirada y pintó con inimitable verdad el carácter de la vida humana, sus rápidas alegrías y sus largos dolores, los vicios que la manchan y las virtudes que la honran. Organo de la eterna sabiduría, trazó reglas de moral, preceptos de virtudes políticas y religiosas, que convienen tanto á las sociedades como á sus miembros, á los reyes y á los súbditos, á la vejez y á la juventud, á todas las condiciones y en todas las circunstancias. Sus sentencias, sus proverbios, sus máximas, que parecen una brillante aurora del sol del Evangelio, han quedado como un código inmortal, de donde el orador cristiano saca la semilla de aquella doctrina sublime que vino á desarrollar el Salvador del mundo con toda la maestría de un Dios y con el ejemplo de una adorable persona. A Salomon le cupo la gloria de simbolizar en sus dulcísimos cantares la union íntima entre el alma justa y su esposo divino, aquel prodigio que la nueva ley de amor habia de traer sobre la tierra, y al propio tiempo, segun el comun sentir de los Santos Padres, la alianza perpétua de Dios con la Iglesia. La sabiduría y prematura discrecion del jóven monarca de Israel se hizo ya admirar desde el principio de su reinado. Nadie ignora aquel rasgo de rara prudencia con que inauguró su administracion de justicia en aquel célebre juicio que ha consignado juntamente la historia y la tradicion. Nos referimos á las dos mujeres que se presentaron en su tribunal reclamando una y otra un mismo infante, del cual se decian madres. De todos es sabido el medio que se valió para averiguar cuál de las dos era la verdadera madre. Así pues en las conversaciones que tuvo la Reina de Sabá con Salomon, la ilustre extranjera no sabia cómo admirar la extension del talento y la exquisita sagacidad que desplegaba aquel príncipe. Dotado sin duda de un genio grande y feliz, que encontraba aun en la luz sobrenatural un principio de elevacion y de desarrollo, habia hecho florecer en él todos aquellos dones por una reflexiva experiencia y por la virtud que constituye la cultura del alma. Ningun lunar habia aún mancillado su gloria: la sabiduría rebosaba de sus labios como un rio caudaloso, y brillaba en su conducta como un diamante engastado en oro: y de todas cuantas riquezas prodigaba su generosa hospitalidad, las más preciosas eran sus palabras y sus ejemplos. Visitó la Reina los palacios y el templo que Salomon habia hecho construir. Acababa de llenarse en Jerusalen el valle de Mello con el fin de juntar la ciudad baja con el monte Sion, y sobre este nuevo terreno se levantaron dos mansiones reales de rica y elegante arquitectura: los grandes

cedros del Líbano cortados en columnas, adornaban las galerías interiores, y los techos eran de madera de cedro. El oro esparcido profusamente para los ornamentos de las paredes, una multitud de oficiales magníficamente vestidos, un servicio ejecutado con tanto órden como suntuosidad: todo aumentaba la esplendidez de aquellas moradas régias. Pero todas estas maravillas se veian aún superadas por la grandeza imponente y las riquezas del templo construido por Salomon. Muchos millares de operarios habian trabajado en él por espacio de siete años. Las tablas interiores de las paredes estaban cubiertas de maderas de cedro y ornadas con ricas esculturas, trabajo primoroso del arte. Cubrian todas estas molduras láminas de oro que tomaban su forma, y hasta el pavimento del templo habia desaparecido bajo las planchas de oro! De oro tambien eran los vasos destinados á las ceremonias del culto, así como las fuentes, las copas y los incensarios, que eran en número prodigioso. Ya hemos dicho los miles de millones que se consagraron á la construccion y al ornato de aquel soberbio edificio. Los historiadores latinos han hablado ya de la infinita opulencia del templo, que fué incendiado y abrasado por Tito, por lo cual los judíos que le habian conocido, al regreso de la cautividad de Babilonia derramaban amargas lágrimas acordándose de las grandezas del antiguo templo para siempre desvanecidas. Todos estos monumentos de la actividad, de la sabiduría y del poder de Salomon dejaban á la Reina en una muda admiracion y como fuera de sí misma, porque su reino carecia sin duda de hombres capaces de ejecutar semejantes obras, aunque estuviesen provistos con abundancia de todos los materiales necesarios. A la verdad no tenemos dato alguno cierto ni preciso acerca del estado de las artes en Arabia en aquellos remotos siglos. Con todo, la vida pastoral y las habitudes nómadas de sus habitantes hacen presumir con razon que ni áun pensaban entónces en merecer la reputacion que más tarde adquirieron con la rica y preciosa arquitectura de la Alhambra y de la catedral de Córdoba. Y lo que confirma más esta opinion es que el país no presenta ninguna de aquellas ilustres ruinas que se encuentran en las orillas del Nilo y en los campos de la Syria, y que debemos referir, como las de Menfis, de Balbech y de Palmira, á contemporáneos de Salomon, y áun quizás á generaciones anteriores. Admirada y trasportada la Reina de Sabá, dijo á Salomon: «Lo que desde mi país oí contar de vuestras virtudes y de vuestra sabiduría es una verdad: no he dado crédito á lo que me contaban, hasta tanto que yo misma he venido, y he visto por mis propios ojos y he conocido que ni áun la mitad me habian dicho de lo que es realmente. ¡Felices los que estan con vos! dichosos los que os sirven, que gozan siempre de vuestra presencia, beben sin cesar la sabiduría que emana de vuestra boca!» Y es en efecto un goce

y una felicidad para el hombre el escuchar las lecciones de la sabiduría, así como es un honor y un deber suyo aprovecharse de ellas. El conocimiento exacto y la justa apreciacion de las cosas elevan y ennoblecen el espíritu, depuran y fortifican el corazon; el alma humana se dilata y salta de gozo á la vista de la verdad, así como el ojo se recrea en un rayo de luz, como el cuerpo se refocila y vivifica cuando respira y se mueve en las puras ondas de una atmósfera suave. El placer de una íntima conviccion inspira valor y se manifiesta en actos generosos, en tanto que las convicciones falsas, mezquinas ó vacilantes solo pueden producir la debilidad y el oprobio. Porque si la voluntad se desvia y sucumbe, áun cuando se le recuerda sin cesar el pensamiento de sus deberes para guiarla y sostenerla en sus caminos, ¿será posible que resista cuando el sentimiento del placer no se verá combatido ni amortiguado en ella por ninguna reclamacion de la inteligencia, ni por fuerza alguna de doctrina? Y así ¿cuánta no es la gloria de un sabio que mantiene ó conduce á la multitud de sus hermanos en las vias de la verdad y de la virtud por medio de buenos consejos y saludables documentos? Entónces puede llamarse con toda justicia el consolador del afligido, el ojo del ciego, el sosten del flaco. Transformado en luz y en amor, cae su palabra como una lluvia de fuego que penetra las almas y disipa las tinieblas que éstas se habian creado, y reanima el cadáver de un corazon pervertido. Más fuerte que los conquistadores, cuyos vestigios serán al fin borrados de la faz de la tierra, dobla al pasar bajo su ardiente poder voluntades libres, que se le someten, y les imprime convirtiéndolas al bien una marca de su victoria que la posteridad respetará. No, nada hay más grande en el universo que la bella palabra de la sabiduría, pero por la misma razon nada hay más criminal y desastroso que la palabra de la impostura y de la mentira: esa palabra que derramada por tantos oráculos del error hace fluir donde quiera el veneno de la duda en los entendimientos, y de la corrupcion en los corazones; esa palabra de muerte que se multiplica por mil órganos distintos para llevar en el fondo de las infelices almas la nada y la desesperacion! Y añadió la Reina: «¡Bendito sea vuestro Señor y Dios, que os ha amado y puesto sobre el trono de Israel! Porque él ama tambien á este pueblo y os ha constituido su rey para que le goberneis con equidad y obreis en él la justicia.» Y no hay duda que la eleccion de los que han de gobernar las sociedades es de las más graves consecuencias. Colocados en las fuentes de la vida pública, pueden alterarla ó hacerla correr límpida y pura; las leyes emanan de su autoridad; sus costumbres ejercen su dominio sobre las costumbres nacionales; su equidad prepara y asegura la paz y el triunfo de los intereses generales y particulares, así como su injusticia atrae y provoca las quejas y las revueltas con todas las calamidades que son consiguientes. Y

por esta razon cuanto más es el encumbramiento y el poder, mayor deberia ser la sabiduría y el propio desprendimiento. Se cree que la Reyna de Sabá permaneció algunos meses en Jerusalen. Antes de partir ofreció á Salomon, en retribucion de la hospitalidad que habia recibido, una respetable cantidad de oro, perfumes y piedras preciosas. Por otra parte, la flota israelita, que volvia de Ofir al mismo tiempo, trajo maderas raras y odoríferas y pedrería. Además el comercio con los pueblos extranjeros habia procurado al rey ricas estofas, caballos de gallardo talle y una multitud de objetos exquisitos y curiosos. Pudo, pues, mostrarse magnífico á su vez; y en efecto, á más de lo que él creyó que la princesa árabe admitiria con gusto, le dió todo cuanto ella manifestó deseos de poseer. Así que Salomon hizo presentes superiores á los que habia recibido, pues aunque los pechos nobles no miran como una carga el reconocimiento, con todo, sienten más placer en dar que en recibir. En estas relaciones de mútua benevolencia que unia á sus soberanos, tanto los judíos como los árabes hubieran podido ver una muestra de su parentesco y un nuevo lazo que estrechaba más la amistad entre ambos pueblos. Porque casi todos los árabes vienen de Abraham por Agar y Cérthura, esposas de segundo órden, así como los judíos descienden de aquel patriarca por Sara, madre de Isaac. Y no deja de ser tan admirable como cierto que los destinos de los dos pueblos se han ido desarrollando y se mantienen aún bajo condiciones análogas y que ningun otro pueblo presenta: parece que una señal instintiva ó indeleble haya diferenciado toda la posteridad de Abraham de todos los demás pueblos de la tierra. No hay sociedad política que pueda consignar su genealogía de un modo tan preciso, ni hacer remontar su orígen á más alta é ilustre antigüedad que los judíos y los árabes. Egipcios, griegos, romanos, todas estas gloriosas razas se han mezclado y confundido con razas bárbaras, venidas de los cuatro vientos del cielo, y todas juntas obedecen en el dia á leyes que aquellas no han hecho, á costumbres nuevas, á un nuevo espíritu de civilizacion. Pero los árabes y sobre todo los judíos, son ahora lo que eran tres ó cuatro mil años hace; los unos dispersos sobre toda la superficie del mundo, y los otros, fijos, bajo su cielo sin nubes y sobre su suelo sin aguas, permanecen fieles á las leyes, á las costumbres, al espíritu de sus abuelos. Hijo del creyente Abraham, el judío aguarda aún al Mesías: los preceptos del Sinaí forman su código; lee la Biblia sentado á las orillas de todos los rios del universo, como la leia en otro tiempo sentado á las riberas del Eúfrates, y á cada versículo que anuncia el porvenir lanza, como entónces, hácia Sion miradas tristes pero no sin esperanza. Hijo del patriarca y pastor Abraham, el árabe se hace un vestido de la lana de sus ovejas; y una tienda de piel de sus cabras: vive de dátiles, de sandías y de leche de camello: su vida recuerda en esta parte la

infancia del mundo y la rudeza de las primitivas costumbres; y hasta su religion en lo que tiene de verdadero, no es más que un resto de la Biblia desfigurado por una mezcla de idolatría ismaelita. Posteriormente á la visita de la Reina de Sabá, Salomon infiel á su gloria cayó en la corrupcion de la idolatría. Su corazon se ablandó por la molicie en el seno de la abundancia, este escollo tristemente famoso por el naufragio de tantas virtudes ilustres: su espíritu, juguete de la contradiccion, hizo traicion á las máximas de la sabiduría que habia profesado, como un hijo de familia que sepultase el esplendor de su nombre debajo de la oscuridad de goces viles y abominables. ¡Triste y ejemplar monumento de la imperfeccion de las criaturas y de su natural inconstancia! El bien en nuestras almas es poco más que un fuego ligero al cual todo amenaza sofocar, y si logra salvarlo de los soplos enemigos es á fuerza de atencion y de valor. Aún hay más: una vez se ha dejado extinguir, ¿quién podrá, ó más bien quién querrá volver á darle vida? Ved al más sabio de los reyes, al más poderoso entre los sabios, al hombre que desde la altura de una felicidad única sobre la tierra, casi no podia tener deseos, porque podia satisfacerlos todos. Ved á esta inteligencia coronada con toda la gloria del pensamiento, oráculo admirado de las demás inteligencias, á quien Dios dió tambien un cetro para gobernar á los espíritus, más bello que el de oro con que regia á sus pueblos; ved al hombre que habia pesado en la alta balanza de su juicio la nada de las cosas humanas, y sabia hollar el polvo de sus placeres, al amigo de Dios, al escogido entre los hombres de su tiempo, al hijo de David, al mimado del cielo y de la tierra, cómo dejó robar su corazon y oscurecer su pensamiento con el ciego amor de mujeres extrañas, especie de nube de insectos que llegaron á enturbiar el sol brillante de su inteligencia. No fué pues la pasion por una mujer, esa pasion desastrosa á que se hallan expuestas tambien las almas grandes, la que derribó la encumbrada virtud del monarca sabio, como habia derribado la de su padre. David vaciló un momento, y cayó porque se olvidó de Dios: una belleza sola usurpó aquel noble albedrío á su Criador, precipitóle á nuevos abismos, pero luégo que la voz del profeta pudo decirle de parte de Dios: «Tú has robado una oveja de que no necesitabas,» ved al hombre reconocido y humillado, confuso y lleno de lágrimas, buscar en el mar inmenso de la misericordia divina un puerto de esperanza y de salvacion. Pero el hijo de Betsabé no cede á la impresion de una mujer sola sino que le vemos hundir sin saber cómo en un abismo repugnante de sensualidad y de deleites: entregado á una espantosa poligamia, atado á la vez con la cadena de todas las pasiones, despéñase con asombrosa rapidez en la carrera de crímenes, y dominado por una molicie sin límites, se ve luégo entregado á las criaturas, y tan léjos de Dios que le desconoce enteramente:

y aquellas manos que tan generosamente derramaron los tesoros del Oriente para levantar á Dios el templo más rico que ha tenido sobre la tierra, arrojan ahora sobre las aras inmundas el vil incienso á dioses ajenos, arrastrado allí el monarca vergonzosamente por las diosas cien veces más infames de su corazon. Llegó á tener, dicen las sagradas letras, setecientas mujeres en calidad de reinas, y trescientas mujeres secundarias. ¡Qué mucho que pervirtieran su alma y la empapasen de corrupcion! En vano por dos veces el Dios de Israel le increpa por su apostasía deleitable. ¿Cómo, pues, á esta doble intimacion de Dios no se rindió el corazon del obstinado monarca? Los últimos sentimientos de Salomon han quedado en problema. No tenemos el consuelo de saber si este astro eclipsado volvió á recobrar su resplandor ántes de hundirse en el ocaso de la tumba: ignórase si selló sus errores y extravíos con la impenitencia y la desesperacion, ó bien buscó su perdon en la inmensidad de la clemencia divina. Nada nos dice la historia de lo que fué la Reina de Sabá despues de su viaje á Jerusalen. Todo induce á creer que siguió ella las lecciones de sabiduría con mayor constancia que el real preceptor de quien las habia tomado; porque ha sido celebrada por los padres de la Iglesia como una santa mujer y escogida de Dios, como habiendo corregido al paganismo desde su orígen por la sinceridad de su fe; y lo que sobrepuja á todo elogio humano, su nombre fué pronunciado con honor por la Sabiduría encarnada, la cual se dignó proponerla al mundo como un ejemplo de lo que se debe y una prueba de lo que se puede cuando se trata de conocer la verdad y practicar la virtud. «La Reina del Mediodía se levantará á juicio contra los hombres de esta nacion y los condenará, dice el Señor, porque vino de las extremidades del mundo para oir la sabiduría de Salomon.» Esta princesa de Oriente viene á ser, en cierto modo, la precursora de aquellos santos árabes, los cuales inspirados por Dios que les hablaba por medio de un astro, vinieron desde luego á deponer sus tesoros y sus coronas á los piés del mejor Salomon, de aquel Niño Dios que encerraba en su humilde cuna toda la sabiduría del Padre y toda la virtud de los cielos. El bello asunto de la Reina de Sabá, viniendo con toda su magnificencia á visitar á Salomon, ha ejercitado el genio y el pincel de los más hábiles maestros. Rafael le ha pintado en una de las salas del Vaticano.—J. R. y C.

REYNALDO (El bienaventurado), abad cisterciense en el monasterio Pelsiniaco de Francia. Fué un varon eminente, encendido en celo de la observancia regular, religioso, constantemente dedicado á la oracion y á todas las prácticas de su instituto; no descansando un momento por el buen régimen y órden de su convento, al mismo tiempo que ocupándose en el bien de las almas con su continua predicacion y buen ejemplo de piedad; y es-

clarecido con ilustres virtudes fué á gozar de Dios por los años de 937. A. L.

REYNAUD (Marco Antonio). Nació en Limoux del Langüedoc en 1717, y sintiéndose inclinado al estado eclesiástico, entró de servicio en la abadía de S. Policarpo de Racés, que acababa de ser reformada por el abad La Fite María; pero las turbulencias que tuvieron lugar en esta abadía en 1741, fueron causa de que se despidiese de ella á postulantes y novicios. Obligado Reynaud á retirarse, encontró un asilo en la diócesis de Auxerre, donde el obispo Mr. de Caylus acogia á los opositores de los puntos más lejanos del reino. Este prelado confirió las órdenes sagradas á Reynaud, y le confirió el curato de Vaux, cerca de Auxerre, plaza que desempeñó por espacio de cuarenta años, manifestándose siempre fiel á las opiniones de su patron. Todos los años hacia un viaje á París, y hacia su peregrinacion á las ruinas de Port-Royal. Sus escritos le representan como un hombre vivo y áun algo petulante, y su estilo no es muy esmerado. Estos escritos pueden dividirse en cuatro clases, la primera es en favor de la apelacion y de los objetos que de ella emanan, la segunda son escritos contra la naciente filosofía, la tercera contra las convulsiones, y la cuarta contra la constitucion civil del clero. Mostró Reynaud mucha energía y calor en las controversias, y especialmente en las que se trataba de convulsiones. Nacidas estas en otro tiempo sobre la tumba del diácono de París, continuaban aún á la sombra del partido que favorecia vergonzantemente estas punibles locuras: ellas habian fomentado los llamados *Socorros*, nombre que se daba á las horribles crueldades ejercidas contra los convulsionarios, á los que se les azotaba con varas de hierro, se les martirizaba con espadas, y áun se les crucificaba, cuyas ridículas prácticas puede ver bien explicadas el curioso en la *Historia de las sectas religiosas* por Mr. Gregoire, y en la obra titulada *Notion de l' œuvre des convulsions et des Secours*, por el P. Crêpè, publicada en 12.° en 1789. Vergonzoso es tener que confesar que escándalos semejantes se hayan verificado entre personas afectas á severos principios. Reynaud fué uno de los eclesiásticos que con más entusiasmo se levantaron contra estas insensatas escenas; y dió cuenta de sus infamias con una franqueza y perseverancia que le honran mucho. Al que atacó sobre este particular más vivamente, fué al P. Dominico Lambert, que se constituyó el apologista de los más vergonzosos excesos. Viéndose obligado Reynaud á abandonar su curato por no haberse prestado al juramento que exigió al clero la revolucion francesa, estuvo preso dos años por esta causa, y despues se retiró al Hôtel-de-Dieu de Auxerre, desde donde pasó á una casa particular en esta ciudad, en la que murió el 23 de Octubre de 1796. Su elogio fúnebre fué pronunciado en París por el abate Saillant, diácono afecto tambien al par-

tido de la apelacion en la iglesia de S. Estéban del Monte el 19 de Enero de 1797, en cuyo discurso se le llama Regnaud, falta que ha pasado al Diccionario de Anóminos y á otras bibliografías en que se le llama así. Las obras que el biógrafo Weis cita de este autor son las siguientes, impresas todas en francés. *Compendio de la vida de Nicolás Creusot, cura de Auxerre;* 1764, en 12.°—*La Philosophie redressé: Refutacion del libro de la destruccion de los Jesuitas*, por Alembert; 1765, en 12.°—*Traité de la foi des simples;* 1770, en 12.°—*Lettre aux auteurs du Militaire philosophe, du Système de la nature;* dos volúmenes en 12.°—*Le Délire de la nouvelle philosophie, ou Errata de la philosophie de la nature par un Père picpus;* 1775, en 12.°—*Histoire de l'abbaye de Saint Policarpe;* 1775.—*Lettre aux cordicoles;* 1781, en 12.°: se hizo una segunda edicion que se publicó con el título de *Lettre aux alacoquistes dits cordicoles.*—*Lettre au R. P. L. P. D.* (La Plaique ó Lambert); 1784, en 12.°—*Seconde lettre aux secouristes;* 11 de Febrero de 1785, en 12.°—*Troisième lettre aux secouristes, principalement à leur chef, le R. P. L. P. D.*; 5 de Abril de 1785, en 12.°—*Quatrième lettre aux secouristes;* 11 de Noviembre de 1785, en 12.°—*Cinquième lettre aux secouristes;* 8 de Diciembre de 1786, en 12.°—*Le mystère d'iniquité dévoilé;* 1788, en 12.°: obra sumamente curiosa para la historia de las Convulsiones y de los Socorros.—*Lamentations amères et derniers soupirs des écrivains secouristes;* 1788, en 12.°—*Reponse d'un curé de campagne á la motion scandaleuse d'un prêtre* (el abate Cornaud); 1790, en 18.°—*Lettre á une religieuse sortie de son couvent;* 22 de Setiembre de 1790, en 12.°—*Lettre d'un curé d'Avignon á un curé de campagne, auteur de la Constitution et la Religion parfaitement d'accord;* 9 de Diciembre de 1791, en 12.°—*Reponse à l'Avis aux fidèles par un janseniste jerosolimitain;* 1791, en 12.°—*Epîtres et Evangiles à l'usage des malades.* Tambien se dice que Reynaud habia escrito un *Suplemento á la vida de Mr. Sainson, le Secourisme détruit*, y un *Catecismo* en el que probaba que la religion cristiana es útil en toda clase de gobiernos; pero ignora Weis si se imprimió este último escrito. En el tomo XXXV, pág. 59, del *Amigo de la Religion*, se publicó una extensa biografía de este eclesiástico, y á aquella obra debe acudir el que necesite ó desee más detalles sobre este personaje, que los que siguiendo al autor expresado le damos en este artículo.—C.

REYNEAU (Cárlos René). Nació en Brissac, diócesi de Angers, en 1656. Fué hijo de Cárlos Reyneau, cirujano de mucha nota y de Ana Charveau. Entró en la congregacion del Oratorio de París á la edad de veinte años, solo con la idea de estar allí algun tiempo para fortificarse en la piedad y tomar gusto á la buena literatura; pero reflexionando despues sériamente sobre lo que más le convenia, creyó que no podia hacer cosa mejor que el fijarse para

siempre en aquella órden religiosa. Profesó entre los Padres del Oratorio la filosofía en París, en Tolon y en Pezenas, inclinándose á la filosofía de Descartes, lo que le obligó á hacerse algun tanto geómetra, ciencia que practicó con mayor aficion luego que la municipalidad de Angers fundó en esta ciudad una cátedra de matemáticas, la que puso en un principio á disposicion del P. Prestet, y despues á la suya el año 1683. Se distinguió tanto en esta enseñanza, que la Academia de Angers, que hasta entónces no habia asociado á ningun Padre de la Congregacion, le nombró uno de sus miembros en 14 de Mayo de 1694, aprovechándose por espacio de veintidos años de sus luces y de la bondad con que las comunicaba. Con el gran estudio que hizo de la ciencia, se familiarizó con cuantos descubrimientos ha producido la geometría moderna, y para uso de sus discípulos, emprendió poner en un mismo cuerpo de doctrina las principales teorías esparcidas en las obras de los más célebres matemáticos, en las memorias de la Academia de Ciencias de París, en las actas de Leipsik y en otras, y de todo esto fué resultado su obra titulada *Analyse démontré*, que publicó en 4.° el año 1708. Mereció este tratado y aún merece tanta aceptacion, que se le ha considerado como la mejor guia para los que se dedican á este estudio, y á autor el P. Reyneau como el Euclides de la sublime geometría. El *Análisis demostrado* ha sido reimpreso con las *Observaciones de* Mr. Varignoud, en 1718, en París, en dos volúmenes en 4.° La *Ciencia del cálculo*, de cuya obra publicó el primer tomo en París, en 1614, no recibió menores elegios ni ha obtenido ménos fama y estimacion: el segundo volúmen apareció con su elogio despues de su muerte. Escribió tambien el Padre Reyneau: *La Lógica ó arte justo de razonar*, que se imprimió en París en 12.°, en 1745. Tan luego como la Academia de Ciencias de París recibió asociados libres, lo que acordó en 1716, fué nombrado el P. Reyneau en este número, habiendo sido muy asistente á sus sesiones. Los achaques le obligaron á dejar el trabajo en los últimos años de su vida, y debilitándose cada vez más, murió en París el 24 de Febrero de 1728. Su vida, segun sus historiadores, fue lo más sencilla y uniforme que puede ser, y el estudio, la oracion y sus obras de matemáticas forman todos sus acontecimientos ordinarios y notables, pues que se mantuvo siempre alejado de los demás negocios, y sobre todo de la intriga, teniéndose por muy dichoso de no ser nada ni de nadie, ocupándose solo en alentar en el trabajo y de guiar á los jóvenes de disposicion en el estudio de las matemáticas, que fueron su pasion favorita. La Academia de Ciencias de París, con relacion al año 1728, da noticias de este sabio matemático.—C.

REYNÉS (Antonio), jesuita, hermano de Lorenzo Reynés, catedrático de filosofía, teología y vísperas en la universidad de Mallorca. Fué uno de

los sectarios de Raimundo Lulio, con cuyo motivo en 6 de Octubre de 1761 el rector del colegio de Monte Sion, de órden de su general, le mandó salir de la isla y pasar á Barcelona, *por convenir así al servicio de S. M. y quietud del reino*, segun las mismas palabras de la carta dirigida al general de los Jesuitas por el ministro marqués del Campo del Villar. Cuando la supresion de la Compañía, se hallaba aún en Cataluña, desde donde parece que pasó á Roma, y creemos que murió en la corte pontificia. Fué eminente en el púlpito; se le confió la censura de varias obras que se dieron al público, y de las que escribió no nos ha llegado la menor noticia. Dió á luz en Barcelona, en la imprenta de Juan Nadal, año de 1766: *Oracion fúnebre que en las honras que hizo á su difunto amo el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Asensio de Sales, obispo de Barcelona, su agradecida familia en la iglesia de San Menna de Sentmanat, dia 29 de Abril de 1766, dijo el P. Antonio Reynés, de la Compañía de Jesus.*—J. B. de R.

REYNÉS (Lorenzo), religioso trinitario, muy docto en las lenguas humanas y divinas. Nació en Palma á 10 de Agosto de 1709: vistió el hábito en el convento de Sancti-Spiritus de esta ciudad el dia 23 de Julio de 1721, y concluidos los estudios se doctoró en la facultad filosófica, y fué nombrado catedrático de la misma en esta universidad, donde hubo de chocar con los opuestos sistemas literarios que se adoptaban en aquella época. Posteriormente fué lector de teología. Pero Castilla y Aragon, que habian oido varias veces sus elocuentes discursos, le juzgaron desde un principio digno de que su nombre fuese más conocido. A ello contribuyó no poco el nombramiento de cronista general de su religion, que expidió la Orden á su favor, porque animado con este distinguido encargo, no pudo ménos de dar á luz algunas de sus obras, que le acarrearon una celebridad general. La *Vida del Bto. Miguel de los Santos*, impresa en Palma por D. Ignacio Serra, año de 1780, la del *Bto. Simon de Rojas*, que tradujo del italiano, y tambien dió á luz en esta ciudad, y la *Chronica Ordinis SSmæ. Trinitatis*, manuscrito que aprovechó el Rmo. P. Silvestre Calvó, general de la religion Trinitaria, que murió en Palma en 15 de Marzo de 1813, para escribir su *Resúmen de las prerogativas y varones ilustres del Orden de la Santísima Trinidad*, que publicó en Pamplona en 1731; son pruebas nada equívocas del talento y erudicion de Reynés. Pero por desgracia de los amantes de las letras, los mejores productos de su ingenio quedaron inéditos, y muchos de ellos se han perdido. Tenemos noticia de los siguientes: 1.° *Paralelo ó cotejo de la vida de la V. Madre sor Clara Andreu, con la V. Madre sor Catalina Tomás.* Se conserva original en el convento de religiosas de Lucar.—2.° *Bullarium Ordinis Sanctissimæ Trinitatis Redemptionis Captivorum collectum et scholiatum à P. M. F. Laurentio Reynes chonographo provinciæ Ara-*

goniæ Calceatorum ejusdem Ordinis, obra que cita el P. Cervera en su *Crónica* manuscrita de los Trinitarios de Mallorca, y dice que se tenia preparada para dar á la prensa.—3.° *De laudibus Sanctissimæ Trinitatis*, un tomo en 4.° manuscrito.—4.° *Exposicion de las obras del patriarca S. Juan de Mata;* id. id.—5.° *Crónica de los conventos de Padres Trinitarios de la provincia de Aragon*; cinco tomos en folio mss. Nombrado procurador general de su Orden en las provincias de España, hubo de pasar á Madrid, y de allí á Africa para visitar los hospitales de Tunez y Argel: en 1758 estuvo en Paris, donde ocupó los pocos momentos que no tenia empleados en los asuntos de la religion, en el estudio del dibujo y grabado, que aprendió regularmente, como puede observarse con la multitud de láminas en dulce que tenemos de su diestro aunque incorrecto buril. Murió decrépito el dia 13 de Agosto de 1786, y fué sepultado su cadáver en el cementerio de su convento de Palma, que por gozar una multitud de indulgencias y poseer una porcion de tierra del campo santo de los Mártires de Roma, se consideró preferible á un suntuoso sepulcro, digna morada de los respetables restos de un literato sabio, un orador elocuente, un hombre virtuoso, un varon ilustre y un artista distinguido, como lo fué sin disputa el escritor de quien acabamos de hablar.—J. B. de R.

REYNO (Bernardo), español, de la provincia de Castilla, de la regular observancia y lector jubilado. En tiempo de su guardianía del convento de Toledo de S. Juan de los Reyes, dió á luz el *Sermon sobre las soledades de la bienaventurada Virgen María*, el cual se imprimió en 4.° en 1677, en Alcalá en la imprenta de la Universidad. Tambien imprimió en Alcalá en la imprenta de Francisco García Fernandez, en 1671, un *Panegírico de los tres Santos Reyes* dedicado á la Universidad de Alcalá.—M. N. y S.

REYNOLDS (Guillermo). Nació cerca de Exeter, en el Devonshire, en el siglo XVI. Cuando hacia sus estudios en el nuevo colegio de Oxford, manifestó gran celo por la pretendida reforma, lo cual le ocasionó muchos disgustos y disputas con su hermano Juan, alumno del colegio de Corpus-Christi, que era muy celoso católico. El resultado de estas disputas, en las que ambos hermanos se encontraban sin la calma necesaria para responder convenientemente á las objeciones que se hacian recíprocamente, fué que Guillermo abrazó la religion católica, y Juan la protestante, precipitándose despues en el puritanismo. Dicen otros, que habiendo emprendido el primero la traduccion latina de las obras del obispo Jewel, descubrió en ellas tanta mala fe en las citas de los textos que hacia de los Padres, que pasó de la indignacion contra el autor á una extraordinaria desconfianza por su religion, por cuya razon abrazó la católica. Pasó ya en esta idea á Roma, y fué confirmado por el cardenal Allen, en cuyas manos hizo su solemne ab-

juracion. Siendo nombrado poco despues profesor de teologia, y en seguida de lengua hebrea en Reims, auxilió mucho á Gregorio Martin en su version de la Biblia. Reynolds obtuvo un curato en Amberes, y en esta dignidad murió el dia 24 de Agosto de 1594 en olor de santidad. Habia manifestado mucho entusiasmo por la liga, y áun habia escrito para hacer su apologia. Las obras que se conocen de este autor convertido son las siguientes: *Refutation de Guillaume Whitaker;* en esta obra justifica el descubrimiento de las alteraciones hechas por los herejes que le habia reprochado Gregorio Martin, la cual se imprimió en Paris en 1583, en 8.°—*De justâ reipublicæ christianæ in reges impios et hæreticos auctoritate;* Paris, 1590, y Amberes, 1592, en 8.°—*Traité du sacrement de l'Eucharistie contre l'hérésie des Berengariens renouvelée dans un sermon de Robert Bruce;* Amberes, 1593, en 8.°—*Traduction latine de l'apologie du cardinal Allen pour les Seminaires.*—*Calvino-Turcismus, seu calvinisticæ perfidiæ cum mahometanâ collatio, et dilucida utriusque sectæ confutatio;* esta obra fué concluida por Guillermo Gifford en Amberes, y se imprimió en 1597, y en Colonia en 1603.—*Appelans protestans.* Segun Mr. Tabaraud en su Biografía, este eclesiástico dejó manuscrita una *Paráfrasis del Nuevo Testamento*, y una traduccion latina de las obras del Dr. Harding.—C.

REYOCHO (Gregorio), alumno de la provincia alemana, escribió y publicó un libro titulado *Margarita philosophica* en 4.°, cuya obra comprendia once libros; en el primero trata *De Grammaticalibus*; en el 2.° *De lógica*; en el 3.° *De Rhetorica*; en el 4.° *De Arithmetica speculativa et practica*; en el 5.° *De Geometria speculativa et practica*; en el 6.° *De Astrologia*; en el 7.° *De principiis rerum naturalium*; en el 8.° *De origine rerum naturalium*; en el 9.° *De anima et potentiis ejusdem;* en el 10.° *De potentiis animæ intellectivæ*; en el 11.° *De principiis philosophiæ moralis.*—M. N. y S.

REYRAC (Francisco Felipe Dulaurens de). Nació este religioso, poeta y literato distinguido, en 1734 en el castillo de Longueville de Limousin, de una familia noble y famosa en las armas, pero poco favorecida de la fortuna. Inclinado á la vida religiosa por estar dotado de un gran fondo de piedad, y por el grande amor que tenia á las letras, entró á la edad de diez y seis años en la congregacion de canónigos de Chancelada, en la que profesó y recibió las sagradas órdenes. Durante algunos años se consagró á la predicacion, en la que una dulce elocuencia, un estilo puro y severo gusto, le presagiaban brillante éxito; pero su excesiva timidez y una memoria sobrado ingrata, le opusieron obstáculos que no pudo vencer de modo alguno. A pesar de esto, el panegírico de S. Luis, que pronunció en los púlpitos de Tolosa y de Burdeos, dió bien pronto á conocer á tan distinguido orador, y se le abrieron las puertas de las academias de ambas ciudades. Despues fué

recibido sucesivamente miembro de la Academia de Caen, de la Real Sociedad de Agricultura de Orleans, de la Academia de Inscripciones y bellas letras de París, censor real, é inspector general de librerías del Orleanés. Nombrado en 1765 prior párroco de la feligresía de S. Maclon de Orleans, los deberes de su ministerio y el cultivo de las letras le ocuparon en adelante. Dotado de una alma sensible y afectuosa, que se pintaba en su rostro, y no teniendo otra pasion que la de ser útil á sus semejantes, supo granjearse amigos, conservarlos y ofrecer á los jóvenes literatos indulgencia y buen consejo, alentándolos al trabajo con cariñosas palabras. Amaba en extremo la campiña, y paseando solo frecuentemente con la naturaleza, en las bellas y risueñas riberas del Loira y del Loiret, creó las bellas composiciones en que tanto imitó á Fenelon, que parecia haberle arrebatado los pinceles para pintar tan lindos cuadros como él, descubriéndose en ellos la amabilidad de su carácter y su exquisita sensibilidad. Ensayándose en la poesía en su juventud el abate Reyrac, se habia hecho ilusion sobre la naturaleza de su talento en este género, pero no pudo pasar de una medianía. Las poesías sacadas de las santas Escrituras ofrecen frecuentemente la uncion y algunas veces rasgos felices; pero jamás el entusiasmo, la energía y el colorido, cualidades sin las que no debe permitirse nadie pulsar las cuerdas de la lira del rey profeta. Lo que conquistó al abate Reyrac una reputacion que no ha amenguado el tiempo, es el talento de revestir á la prosa poética francesa con todos los adornos y encantos de que es susceptible este género, talento que ha merecido á sus escritos un honroso lugar, despues del Telémaco, el Templo de Gnido y las deliciosas composiciones del cantor pastoril de la Suiza. A imitacion de Montesquieu empezó por publicar su *Himno al Sol* como la traduccion de un manuscrito griego descubierto recientemente, y hubiera podido engañar fácilmente con esta suposicion, gracias á la feliz manera con que supo reproducir los nobles pensamientos y las bellas formas de la literatura de Atenas en su época más brillante. Ofrécense al lector en este poema, en un estilo puro y correcto, las más grandes imágenes, las descripciones más majestuosas, y las más variadas pinturas: el tan difícil arte de las transiciones está allí con la más rara perfeccion, por todas partes se ven flores sembradas sin prodigalidad, por lo que la aparicion de una obra concebida de este modo hizo una viva impresion en una época en la que no estaba el buen gusto en el alto grado que le conviene, por haberse introducido un género demasiado cargado de ridiculeces y de falsos adornos. Los poemas campestres y el de la *Creacion* de Reyrac participan de iguales ventajas que el anterior. Entre la multitud de opúsculos que escribió, los más notables son: *La Gelée d'Avril*, *Le Verger*, *La Promenade*, *La Nuit*, *Le Tombeau*, y áun mejores que estos: *Les Re-*

grets sur la mort d'un frère y el Chant funébre, vaciado en la turquesa del abate Condillac; porque estos dos últimos escritos honran tanto al corazon como al talento del autor. La amistad entre Reyrac y Condillac se estrechó mucho más por haberse venido á vivir el último á su hacienda de Flux en el Orleanés, en donde murió el año 1780. A fin de cumplir la voluntad de su amigo, Reyrac hizo poner el protocolo de un notario de Baugenci el manuscrito sellado que J. J. Rousseau habia confiado á Condillac para que no se abriese hasta que empezase el siglo XIX. Cuando el año 1800 se rompió legalmente el sobre que encerraba el misterioso pliego, á cuyo solemne acto fué invitado Reyrac, fué grande la sorpresa de éste y de los circunstantes al descubrir que este escrito, que hacia tanto tiempo excitaba la curiosidad pública, no era más que los diálogos titulados *Rousseau juge de Jean Jacques*, ya impresos en las obras del filósofo ginebrino, porque dándoles su autor una importancia que no les concedió el público, habia multiplicado las copias confidenciales, y no habia sujetado, al parecer, á todos los depositarios á que aguardasen el mismo tiempo para su publicacion. El abate Reyrac estaba muy delicado del pecho, y unido esto á algunos padecimientos en la region del corazon, aunque todavía en una edad vigorosa, tuvo necesidad de disminuir sus tareas. Habia mantenido toda su vida honrosas relaciones con las personas más respetables de su época, entre el clero y en la literatura. Algunas pensiones concedidas á su mérito modesto le procuraron una mediana renta que bastaba á las necesidades de un sabio, y á fin de vivir sin cuidados, eligió en París una cómoda habitacion cerca de Luxemburgo y del convento de los Cartujos. Se proponia gozar en la misma capital del espectáculo de la naturaleza, de los encantos de la soledad y de las dulzuras de la amistad, y con estas ilusiones esperaba terminar su traduccion de la Eneida de Virgilio en prosa poética; pero cuando se disponia á abandonar á Orleans, murió casi de repente el dia 22 de Diciembre de 1782. El P. Berenger, profesor en aquella época del colegio de Orleans, su grande é intimo amigo, escribió á la memoria del abate Reyrac un elogio muy patético y sensible, que se imprimió en Orleans, en 8.°, en 1783. Las obras impresas que se conocen del abate Reyrac son las siguientes, que tomamos de su biógrafo Mr. de La Place, al que hemos seguido en este artículo: *Epître au comte de Vareilles* (tio del autor) *sur la vrai bonheur de l'homme*, 1758.—*La Vertu*, oda al duque de Montemart, 1759.—*Lettres sur le eloquence de la chaire*, 1760.—*Discours sur la poesie des Hebréux*, 1760.—*Les Charmes de la vie privée*, carta á un amigo de la Academia de Burdeos, Paris, 1761, en 12.°—*Discours prononcé dans l'église de Pompignan*, el dia que se consagró, seguido de una carta sobre la bendicion de esta iglesia, Paris, 1762, en 8.°—*La Philosophie Champétre*, oda traducida del

italiano con reflexiones sobre la poesía y sobre algunos poetas, id., París, en 8.°—*Poesies tirées des Saintes Ecritures*, dedicadas á Mad. la Delfina; Paris y Orleans, 1770, en 8.°—*Himne au Soleil*, en cuatro partes, traducido del griego; Orleans, 1777, en 12.° Esta obra en prosa poética, de que se confiesa autor el abate Reyrac, fué despues corregida por el mismo y aumentada con diferentes trozos de prosa en el mismo género, y con algunas poesías ligeras en cada una de las sucesivas ediciones, publicadas los años 1778, 1779, 1780, 1781 y 1782. En 1783 se hizo otra edicion en la imprenta Real, sumamente bella, la cual se ha hecho muy rara, porque solo se tiraron unos pocos ejemplares para sus amigos. Hay dos ediciones de las obras de Reyrac, que solo contienen sus escritos en prosa poética y algunos versos escogidos, los cuales se publicaron en París en 1796 y en 1800, en 8.° El Himno al Sol se ha traducido en muchas lenguas. Merece citarse tambien, entre las obras escogidas de este autor la traduccion en versos latinos por el abate Mativier, principal del colegio de Orleans, seguida de la traduccion, tambien en versos latinos, de diversos trozos de poesía francesa. Fué impresa esta obra en Orleans, en 1778, en 8.° Mr. J. B. Victor Offroi hizo imprimir de su cuenta el Himno al Sol y muchas poesías en verso de Reyrac, en París, el año 1822, en 12.° Tambien publicó Reyrac muchos epigramas, estancias y poesías ligeras no desprovistas de interés, en los Almanaques de las Musas desde 1775 hasta 1783 inclusive. En fin, como dice de La Place, componiendo y haciendo imprimir el *Manuale clericorum* (un volúmen en 12.°) obra que respira la moral más sana, ha dejado probado suficientemente, que sabia bien conciliar el gusto del literato con los estudios y deberes del teólogo, razon por la que su fama resonará en todas las épocas, y sus obras se leerán siempre con gusto para gloria de su nombre.—B. C.

REYRE (José). Nació este jesuita en Eygnieres de la Provenza el 25 de Abril de 1735. Hizo sus estudios en el colegio de los jesuitas de Aviñon, y terminados que fueron, abrazó la regla de San Ignacio en el mismo colegio. Luego que concluyó su noviciado, le mandaron sus superiores de profesor al pequeño colegio de Lyon, y de allí pasó á la pension de Aix, de donde fué nombrado Prefecto. Resolviendo consagrarse al sacerdocio, volvió á las aulas á estudiar la teología al colegio de Aviñon, en donde fué ordenado sacerdote el 28 de Junio de 1762. Las circunstancias fueron la causa de que se apresurase su ordenacion y la de muchos otros de sus hermanos. La Compañía de Jesus llegaba al fin de su existencia en Francia, en donde fué suprimida por un decreto del parlamento de París del dia 6 de Agosto de 1762, pero continuó existiendo en el condado. Haciendo Reyre sus votos de profeso, hizo tambien el de ir á predicar la fe á los idólatras si sus superiores se

lo mandaban. Un panegírico de S. Pedro de Alcántara predicado en Carpentras y una oracion fúnebre del delfin, pronunciada en Aviñon, fueron sus primeros ensayos en la carrera del púlpito. Ocupado el condado por las armas francesas, se retiró Reyre al seno de su familia, pero no estuvo ocioso en su compañía, pues que se dedicó á escribir algunas obras y á predicar sermones, compuso un Adviento y una Cuaresma, que predicó con gran éxito en Arles, Alais, Nimes, Mompeller y en otras partes, logrando por su buena diccion, claridad y talento que se le llamase el pequeño Massillon. Trasladándose á París en 1785, publicó en esta capital su *Ecole des jeunes Demoiselles*, obra que le valió una pension acordada por la Junta del Clero. Estableciόse en París en la comunidad de los Eudistas, y se entregó al ministerio del púlpito. Distinguido por el Arzobispo, fué encargado de predicar en la catedral en la cuaresma de 1788, é iba á ser nombrado predicador del Rey cuando estalló la revolucion. En cuanto empezó esta, volvió Reyre á Eygnières, y áun cuando permaneció tranquilo y sin tomar parte en nada, fué encarcelado en la época de la famosa Convencion Nacional. Recobrando su libertad el dia 9 de Thermidor del año 1794, que corresponde al segundo de la república francesa, que fué el dia mismo de la caida del sanguinario Robespierre, fué á Lyon en casa de un sobrino, en donde tomó á su cargo la educacion de su familia y su instruccion. Para la enseñanza de sus sobrinitos escribió muchas de sus obras; pero no conviniendo á su salud el clima de Lyon fué á vivir definitivamente á Aviñon. En esta ciudad, á pesar de algunas enfermedades que le aquejaron á efecto de la vejez, continuó escribiendo con su acostumbrada laboriosidad. Además de los volúmenes que publicó en esta época, compuso para el uso de un eclesiástico, cuyo talento no igualaba á su celo y piedad, una Cuaresma entera, y un curso de sermones para los domingos del año muy diferente de los que se han publicado. Murió este ilustrado jesuita el 4 de Febrero de 1812. Su carrera no fué brillante, pero ha sido útil, que es lo que más vale y lo que él ambicionó. Sus numerosas obras hace mucho tiempo que andan en las manos de la juventud, y la mayor parte de ellas han tenido el honor de imprimirse muchas veces. La lista de las principales es como sigue, que tomamos de su biógrafo Mr. Beuchot. *L' Ami des Enfants*; 1765, en 12.°: en un principio fué un pequeño volúmen; pero la edicion de 1777 ha sido aumentada por Bisonard, maestro de Gramática en Dijon. Revisando y aumentando este libro el autor, le tituló: *Le Mentor des Enfants, ou Recueil d'instruction, de traits d'histoire et de fables nouvelles propres à former l'esprit et le cœur des enfants*; 1786, en 12.°: se hicieron catorce ediciones de esta obra y la última se publicó el año 1821. — *Oraison funèbre du Dauphin*; Aviñon, 1766, obra no mencionada en la *Biblioteca histórica* de Francia — *L'Ecole des Jeunes*

Demoiselles, ou Lettres d'une Mére vertueuse à sa fille, avec les réponses de la fille à sa mère; 1786, dos volúmenes en 12.° La sexta edicion se publicó en 1813.—*Anecdotes chrétiennes, ou Recueil des traits d'Histoire choisis*, 1801, en 12.°: la tercera edicion en dos volúmenes se publicó en 1810; la quinta en 1819. Algunas anécdotas eran inéditas y las otras estan sacadas de las obras más auténticas.—*Le fabuliste des Enfants et des Adolescents* 1803, en 12.° y en cuatro libros; otra edicion en cinco, publicada en 1805, y la cuarta edicion, en siete, es de 1812. Esta obra no es una compilacion de varios autores; todas las fábulas son de Reyre, que no tenia la pretension de ser poeta, pero que deseando dar provechosas lecciones, consiguió su fin de este modo; y siendo muy frecuente el que inmolase el autor la moral á las gracias en esta clase de composiciones, Reyre descuidó muchas veces á las gracias por atender á la moral, y si su estilo no es siempre elegante, siempre es puro, correcto, fácil, claro y natural. Muchos de los apólogos de esta coleccion los habia insertado el autor en su *Amigo ó Mentor de los niños*, y Berenguer habia dado lugar á otros en su *Tablier de la Jeunesse et de l'age mur*, publicado en 1801.—*Bibliothéque poétique de la Jeunesse, ou Recueil de pieces et de morceaux de poésie;* 1805, dos volúmenes en 12.°—*Prônes nouveaux en forme d'homélies, ou Explication courte et familiere de l'Evangile, de tous les dimanches de l'année, pour servir a l'instruction du peuple des villes et des campagnes;* 1809, dos volúmenes en 12.° La tercera edicion es de 1812. Estos sermones han sido traducidos en italiano.—*Petit Caréme en forme d'homélies, ou Instructions courtes et familieres sur les principales fêtes de l'année;* 1811, en 12.° Estas tres últimas obras se han reimpreso juntas con el título: *Année pastorale*; 1813, cinco volúmenes en 12.°—*Meditations évangeliques pour tous les jours de l'année;* 1813, tres volúmenes en 12.° Obra póstuma, á cuyo principio se halla una noticia sobre la vida y obras del autor. Su panegírico de San Pedro de Alcantara, los sermones que él mismo predicó, los que compuso para su amigo, los compendios de Historia, los tratados de Gramática y de Geografía, que compuso para sus sobrinos, no se han impreso. Segun su expresado biógrafo, cuando murió llevaba escritos cuarenta fólios de una segunda coleccion de sermones dominicales, que habia empezado.—A. C.

REYS (Antonio dos). Nació en Pernes de Portugal en el siglo XVII. Fué sacerdote de la congregacion del Oratorio de San Felipe Neri, y calificador del Santo Oficio, consultor de la bula de la Santa Cruzada, examinador sinodal del patriarca de Lisboa y de las tres órdenes militares de Portugal, cronista de este reino en lengua latina, académico y censor de la Real Academia de la Historia portuguesa. Adquirió gran reputacion por sus poesías latinas, que se tienen por muy elegantes, siendo selectos sus epígramas, que.

se imprimieron por segunda vez en 1730, en el tomo primero de sus obras. Se debe á este sacerdote la coleccion de todos los poetas portugueses, que se imprimió en 1738 en muchos volúmenes, en cuyo año murió en Lisboa el dia 19 de Mayo, habiendo sido enterrado en la iglesia del Espíritu Santo de su congregacion, segun se sabe por el Mercurio francés correspondiente al mes de Junio de 1738.—C.

REYS (D. Fr. Gaspar dos), religioso dominico del convento de Lisboa, donde tomó el hábito y profesó en compañía de D. Fr. Jorge Santiago, con quien vivió en constante amistad, corriendo igual fortuna durante su vida. Aunque por diferentes caminos, fueron los dos á Paris, tomando ambos el grado de doctores en teología en aquella universidad y siendo tambien catedráticos en la misma facultad con tan grande reputacion, que los llamó el rey D. Juan de Portugal para utilizar sus conocimientos, y cuando comenzó el Santo Concilio de Trento, en el año 1545, los envió el rey á ambos como teólogos; y volviendo en breve á Portugal por haberse suspendido el Concilio, fué consagrado D. Gaspar obispo titular de Trípoli, despues de servir muchos años en el tribunal de la Inquisicion de Lisboa, en que fué el primer censor de libros que hubo en Portugal. D. Fr. Jorge fué tambien inquisidor de Lisboa y elegido despues obispo de Angra en las islas Azores. Pero siendo tan conformes los actos de la vida de estos prelados hasta que llegaron á mayor estado, fué maravillosa la diferencia que tuvieron despues, viviendo uno en el descanso y sosiego y el otro en trabajos é inquietudes. D. Gaspar, que se contentó en ir á servir al cardenal infante, sin más dignidad que la titular, gozó de la mayor paz y tranquilidad dentro de una ciudad tan rica como Evora, sin salir nunca de los límites del reino y de su patria. Sin embargo de que eran tan conocidos sus méritos en la corte de Roma, por el renombre que habia obtenido por sus vastos conocimientos en el Concilio que cuando marchó á la ciudad eterna enviado por el cardenal, el papa Julio II dijo que á varon tan eminente convenia un arzobispado en propiedad y no un vano título; y sabido esto por el cardenal, envió á Su Santidad una peticion diciéndole que por las grandes dotes que en él concurrian, le habia buscado no para súbdito, sino para igual, no para segundo, sino para primero en la administracion de su diócesis, por verse obligado á estar ausente por los negocios del reino. Pero D. Jorge, desde el dia en que fué consagrado, aunque todos creyeron que saldria aventajado en la prebenda, comenzó á sufrir toda clase de peligros y trabajos. Apénas llegó á Angra encontró la isla llena de vicios, estando algunas almas tan entregadas á ellos, que le fué necesario grande valor para atraerlas á la virtud. Era muy ilustrado conociendo de consiguiente todas sus obligaciones, y muy animoso para ejecutarlas conforme las comprendia. Combatió constantemente con las armas es-

pirituales y con el mayor rigor hasta atraer á los descarriados al camino de los mandamientos divinos. Pero le costó verse tres veces en los mayores peligros. Una vez queriendo pasar de una isla á otra, fué acometido en la embarcacion de gente armada, y para salvarse no le quedó otro remedio que arrojarse al mar. Hallándose en otra ocasion visitando su diócesis le dispararon con una espingarda, matando á un sobrino suyo que le acompañaba en la visita. La tercera vez intentaron matarle en una casa donde hacia sus devociones, y acometiendo los conjurados las puertas con las armas en las manos y la decision de no perdonarle la vida, las encontraron atrancadas por dentro con la mayor seguridad, porque el prelado vivia muy cauteloso, visto el mal ánimo que tenian con él todos los indivíduos de la isla. Intentaron sin embargo llegar hasta él haciendo un grande agujero en las paredes para entrar, pero avisadas entre tanto algunas personas principales de la isla acudieron en su socorro. Trabajó mucho, pero tambien remedió mucho, pues tal es el oficio de prelados. Ultimamente pasó al reino de Portugal para negocios de su diócesis y volvió con intencion de edificar una casa de su Orden en Angra para lo que llevaba consigo como fundadores tres religiosos de muy buena reputacion por su doctrina y virtud, pero sorprendido por la muerte no pudo llevar á cabo estos designios. El P. Reys, por el contrario, le sobrevivió algunos años mereciendo siempre los mayores aplausos y la mejor opinion de cuantos le conocian y trataban, teniendo ocasion de apreciar de cerca su mérito y virtudes. —S. B.

REYS (Gaspar dos). Nació éste eclesiástico en Lagos en el reino de los Algarbes en Portugal. Fué doctor en teología en la universidad de Evora y entró al servicio del cardenal Enrique que le alcanzó el arzobispado de Goa en 1557. Encargándose de su diócesis al año siguiente, trabajó en ella con infatigable asiduidad en favor de las almas, y deseando mejorar su quebrantada salud, obtuvo se le nombrase un sucesor, y cuando se vió libre de su cargo, se retiró al convento de Recoletos que él mismo habia fundado en 1569. No viviendo su sucesor más que dos años y ocho meses, se le obligó á volver á tomar el gobierno de su diócesis, la que rigió hasta el 15 de Agosto de 1576 en que falleció. Compuso este piadoso prelado varias obras místicas en portugués muy propias para la instruccion de los pueblos que Dios le habia confiado, las que fueron publicadas en Goa, y solo lo fué en Coimbra el año 1600 la titulada: *Compendio espiritual de la vida cristiana*. El mismo año en que partió para Goa publicó en Lisboa un *Tratado de la manera de decir y oir bien la santa Misa*. — A. C.

REYS (Manuel dos). Nació este jesuita portugués en Lontes, pueblo cercano á Lisboa, en el siglo XVII. Sintiéndose con vocacion á la vida contemplativa, tomó el hábito de jesuita el 20 de Noviembre de 1652 en el convento

de Coimbra, en donde enseñó y predicó con extraordinario aplauso. Evitó cuanto pudo todo lo relativo al mando, y habiendo sido nombrado rector del colegio de Braga, obligó de tal modo al general de la Orden con sus repetidas instancias que obtuvo al fin se le nombrase un sucesor y que se le relevase del cargo. Murió en la ciudad de Braga el 21 de Abril de 1669 á sesenta y cinco años de edad. Dejó escritos varios de sus sermones, los cuales se publicaron en Braga en 1717 y en Evora en 1719, en dos tomos. —C.

REZON, rey de Damasco, combatió en un principio á las órdenes de Hadar Ezer, en sus guerras contra David, abandonándole luego para pasarse al vencedor, siendo nombrado rey de Damasco por el último, bajo la dependencia de los reyes de Israel, y con la obligacion de pagarles un tributo. Este monarca es el mismo á quien Nicolás de Damasco llama Hadad II. Su reinado fué muy largo, y duró casi hasta el fin de el de Salomon. Miéntras este célebre monarca trabajó con su conocido celo y sabiduría por el bien y provecho de sus estados, gobernándolos con la extraordinaria aptitud que el Señor le habia concedido, permaneció Rezon tranquilo y sumiso, pero tan pronto como le vió completamente entregado al libertinaje, se aprovechó de su triste situacion para engrandecerse y hacerse temible á los vasallos de aquel monarca. Rezon, sin embargo, y lo mismo sus sucesores, continuaron viviendo en buena inteligencia con los reyes de Israel. —S. B.

REZZANO (Francisco). Nació en Cómo en 1731, de padres muy honrados, muy nobles, pero muy pobres. Nada pudieron dejarle como patrimonio, así es que muy jóven, para hacer su carrera, hubo de ir á Roma al lado del cardenal Colonna, que viendo sus excelentes dotes y que su lamentable situacion podia ser un motivo para que se perdiera lo que de su ingenio podia esperarse con fundamento, le tomó bajo su proteccion procurándole carrera, que hizo muy brillante, pues que por conviccion y luego por espíritu de gratitud era aplicadísimo, á más de tener un muy buen talento, y por consiguiente se hacia apreciar cada vez más y más de su esclarecido protector. Hubiérale sin duda alguna hecho prosperar, como le facilitó toda la carrera de humanidades, filosofía y teología, y como le facilitó la ordenacion hasta el sacerdocio; pero Dios, cuyos designios son inescrutables, quitó al cardenal la vida cuando más útil pudiera haberle sido á su protegido, pues acababa éste de recibir el sagrado órden del presbiterado, y consiguientemente á la pérdida de su protector, que no pudo hacerle una manda importante, porque sus rentas se distribuian en su mayor parte entre los pobres apénas entraban en casa, y por consecuencia no tuvo nada al tiempo de su muerte, se vió reducido á un estado muy triste, lamentable, enteramente atenido á la corta limosna de la celebracion y á lo poquísimo que podia agenciarse con su trabajo. Aunque Rezzano era muy sufrido

y nunca se le vió dar señales de desesperacion, ni mucho ménos de desconfianza en Dios, sufria mucho por su precaria situacion, tanto más cuanto que tenia á su cargo á su madre y un hermano enfermo; así que viendo que esta no mejoraba en Roma, se vino á Cómo, donde de seguro serían ménos los gastos, pues no se mantendria más que una casa. Hasta esta época, que fué en 1760, apénas estaba conocido el jóven sacerdote, solo sí se sabia la proteccion que le dispensára el difunto cardenal, y de esto se habia deducido como consecuencia que sería hombre de saber y de moralidad, porque á estas dos cosas atendia mucho su eminencia para dispensar la proteccion, y sobre todo las atenciones que habia prodigado á nuestro Rezzano, así que el obispo, accediendo á sus súplicas, le admitió en su casa, dándole la manutencion y una subvencion, que más bien podriamos decir un socorro para su madre. Decir que se habia portado perfectamente en la casa de su obispo nuestro buen Rezzano, sería poner en duda su buena condicion, y la consecuencia de su tan esmerada educacion, pues aunque pobre, muy pobre, fué sin embargo educado con tanta delicadeza como lo hubiera podido ser el príncipe más encumbrado. Cada dia se hacia más apreciable á su prelado, el cual servia en todo cuanto estaba á su alcance con grande esmero, y el prelado iba estrechando tambien sus relaciones con el apreciable jóven, confiándole cada dia nuevos cargos, en cuyo desempeño veia siempre un acierto nada comun, un tino que parecia superior á su edad, y sobre mucha rectitud y justicia, la tendencia á acreditar siempre y poner en muy buen lugar á su señor. Por todas estas circunstancias, y trabajando tambien con celo y asiduidad en el ejercicio de su santo ministerio, se hizo altamente estimable, no solo á su prelado, que como le trataba muy de cerca veia bien lo que era, sino á todos los capitulares y á cuantas personas entraban en el palacio, y á la verdad no podia ménos de ser así, pues se portaba con una moderacion extraordinaria, y ponia siempre su mayor conato en complacer á todos, guardando el debido respeto á los que le merecian; así que con motivo del fallecimiento de un canónigo cuyo sucesor se habia de designar por el cabildo ó por el obispo, tanto uno como otro fijaron su atencion en el presbítero D. Francisco Rezzano, y lo que sucede muy pocas veces, y mucho ménos en aquella época en que no habia la mejor armonía entre el prelado y los canónigos; por unanimidad fué nombrado, y lo que más es, entró en el cabildo á completa satisfaccion de todos; es verdad que á todos complacia mucho el observar su excelente conducta, ya en órden al servicio de su ilustrísima, ya en órden á procurar á su madre y hermano lo que podia para que su subsistencia fuese, si no desahogada por lo ménos decorosa, que esto sí lo fué siempre, aunque para ello tuvo él que pasar por mil privaciones y sufrir todos los rigores de una situacion

en la que recursos eventuales y muy cortos son lo único con que puede contarse. Su posicion de canónigo sirvió para que su madre cumpliera sus dias desahogada y algo cómodamente, y como hasta entónces no habia podido tener el sosiego que necesitaba para dar rienda suelta á su genio poético, entónces fué cuando comenzó á manifestarse como buen poeta y distinguido literato el que hasta allí no se habia dejado ver sino como excelente sacerdote, que ocupado siempre en los ejercicios de su ministerio, siempre procuraba la gloria de su Dios. Daremos una sucinta idea de su vida ántes de entrar en el exámen de sus obras. Constituido ya en una posicion para él descansada, miéntras vivió su madre esta fué el objeto de todos sus desvelos, y luego que la perdió, sustituyó á los pobres como los sucesores de su madre en todo y por todo, siendo para ellos sus ahorros, para ellos los ratos de solaz que tomaba, ocupándose por consiguiente en los oficios más adecuados á su ministerio, como era enseñarles la doctrina cristiana, aficionarles á las prácticas de piedad y encaminarles hácia su bien por todos los medios que estaban á su alcance. Era además muy afecto á los oficios y solemnidades del culto externo, por lo cual en la mayor parte de las que se celebraban en Cómo, que no es por cierto de los puntos donde ménos funciones religiosas se celebran, tomaba una parte tan activa cuanto le permitia su ocupacion, y desempeñaba los oficios que convenia, siempre con celo, siempre con un deseo vivísimo de que los corazones, alentados por estas cosas materiales que veian, se elevasen á las inmateriales que han de ser su dicha en la patria de ventura, para la cual Dios nos ha criado. A todo esto agregaba mucha asiduidad en el provechosísimo ejercicio de la santa meditacion, en el cual el Señor le concedió muchísimos favores muy señalados, y que él estimaba en mucho, siendo por consiguiente cada dia más exacto en el desempeño de esta obligacion que se impuso y que es muy propia de un verdadero sacerdote. Empleado en todas estas cosas tan adecuadas á su alto ministerio, y escribiendo sus poesías y las obras sérias, pasó hasta cuarenta y nueve años, que fué la edad que el Señor tuvo á bien concederle. Una enfermedad maligna y solapada hacia concebir esperanzas de que se salvaria su vida á todos ménos á nuestro buen sacerdote, que conociendo cercano su fin, reunió todas las fuerzas de que podia disponer para prevenirse al trance que ha de decidir nuestra suerte eterna, haciendo que nuestros actos reciban, ó un galardon, ó un castigo conforme ellos hubieren sido buenos ó malos. Sintiéndose muy malo pidió los santos sacramentos, y aunque sus compañeros los canónigos creian que su situacion no era tan grave como él suponia, y por consiguiente era una prevencion muy prematura el querer recibirlos, accedieron á sus deseos, porque él supo manifestarlos con reiteradas instancias, y por consiguiente parecia como ingratitud negarle

este favor que tan en armonia estaba el desearlo con la excelente vida y edificante conducta que observó siempre. El momento de recibir el canónigo Rezzano la adorable Eucaristía como viático, es uno de esos que no pueden describirse, porque apénas se comprenden. Una profundísima humildad, al paso que una invencible firmeza para la confesion de la fe. Espontánea manifestacion de sus imperfecciones para pedir de ellas el debido perdon á sus hermanos. Un vivo deseo de unirse á su Dios para que esta union material, y hecha de un modo oculto á nuestra miserable pequeñez, fuese prenda de la eterna é íntima con que para siempre habia de vivir en Dios, un profundo recogimiento y larguísima accion de gracias despues del viático; estos fueron los sentimientos, estas las disposiciones con que se dispuso y recibió el santo viático el virtuoso canónigo Rezzano. Despues repitió á sus hermanos los canónigos, solos y reunidos, la protesta de su sentimiento en haber podido ofenderles en lo más pequeño, hizo que se le administrase la santa extremauncion, oyó con atencion y repitió con sumo consuelo las oraciones de la Iglesia, y con la paz y sosiego que eran consiguientes dió á Dios su espíritu el dia 27 de Mayo de 1780, produciendo su muerte tanta admiracion como disgusto á cuantos la presenciaron. No solo sus compañeros de cabildo, sino todos los vecinos de Como, participaron del justo sentimiento que su pérdida ocasionaba, pues era de todos querido, porque á todos hacia bien á su modo, á unos por sus ejemplos, á otros por sus consejos, á todos con su doctrina, y á los menesterosos con sus bienes, que repartió entre los pobres hasta donde alcanzaron, quedando él con apénas lo preciso. Sus honras fueron solemnísimas, pues además de que el cabildo se esmeró en que fuesen como merecia el prebendado en cuyo sufragio se celebraban, el pueblo por su parte tambien hizo cuanto pudo concurriendo desde las personas más importantes hasta las que significaban ménos, y protestando todos en los homenajes que rendian al difunto, la grande estima y veneracion que les mereciera cuando vivo, siendo por consiguiente del todo espontáneas y muy apreciables las muestras de sentimiento con que honraban su memoria. Vamos ahora á examinar ligeramente sus obras. Es la primera la que bajo el título de *Il libro de Giobbe esposto in poesia italiana con annotazioni*, publicó en Roma en 1760, siendo tanta la aceptacion con que fué recibida y tal el entusiasmo que por lograrla hubo, que en 1781 hubo de hacerse en Niza otra numerosa edicion de esta obra. Por supuesto que todas las publicaciones literarias de su época se ocuparon de este importante trabajo, que ciertamente merecia la atencion, tanto que algunos autores poco escrupulosos, que no queremos citar, porque lo malo de la accion exige por nuestra parte la mayor reserva para no descubrir á sus autores, no han tenido inconveniente alguno en apropiarse trozos de esta

obra tan bella, tan sentida y tan conforme al sentido y áun á la letra de la sagrada Escritura, pues cuando no puede seguir las versiones sigue el original, el cual conocia perfectamente el autor por estar versado más que medianamente en el hebreo; y con estos trabajos ajenos hán sabido conquistarse nombre y acreditarse en la república de las letras, que ciertamente nada ha debido á ellos, pues que sus obras son bien pobres de ingenio, y mucho á los que, como nuestro autor, han prestado sus trabajos para que otros se acrediten y áun en lo sumo de su miseria lleguen á envalentonarse creyendo valer algo, lo cual es ciertamente inexacto, por más que esta verdad sea muy sensible. En esta obra, además de su gran erudicion en filología y en todos los conocimientos que constituyen á un humanista, tiene necesidad de demostrar y demuestra con efecto el autor, sus vastos conocimientos en sagrada teología y en hermenéutica, pues en la aplicacion de los sentidos, como en el criterio con que discierne unos de otros los hechos, dando á los verdaderos toda la fuerza que su realidad; exige á lo que solo se puso ó como corolario ó como consecuencia, la fuerza que en tal concepto le conviene, dando así viveza, energía, variedad á la poesía, y resultando del conjunto una obra acabada. Algunos críticos descontentadizos y tal vez envidiosos, han querido rebajar el mérito de este trabajo literario, diciendo que al fin no pasa de ser una version, y una version que se hizo con todas las libertades de la poesía, y que por consiguiente conservándose en ella el pensamiento principal, digámoslo así, la idea del que hizo la primitiva es la verdaderamente acreedora á la estima y consideracion, que no la traduccion por buena que ella sea. Tan gratuita suposicion merece refutarse siquiera sea tan brevemente como la índole de nuestros artículos requiere. Esos mismos conceptos, segun los cuales la obra de Rezzano es para sus rivales una cosa insignificante, son á la verdad en lo que más se apoya su gran mérito, porque si se tratára de poner en verso un asunto cualquiera, y por una persona cualquiera, puede que se pudiera hacer esa inculpacion que siempre sería gratuita, pero tratándose de un libro santo, y de un téologo, que es consiguiente supiera la importancia de estas obras que se pueden llamar divinas, no puede suponerse ni que truncára el sentido, ni áun que les añadiese ni quitase nada, con lo cual, como es consiguiente, se aumentaban las dificultades en la ejecucion, se aumentaba el mérito á la obra despues que ya estuvo hecha. Por supuesto que todos los hombres competentes y áun aquellos que tenian no más que buen criterio, admiraban desde luego en la obra de Rezzano una gran cosa, pues que si se mira toda ella con la más exquisita delicadeza, no se hallará siquiera un paraje alterado, ni truncado, ni lo que es mucho más, una frase siquiera que no esté rigorosamente adaptada al original hasta en su colocacion, lo cual es muy

difícil de hacer en verso; y si se mira á este, se le hallará perfecto, acabado, no como la primera obra de un ingenio, que se puede decir que entónces se lanzaba á la palestra, sino como la primera de las más estudiadas composiciones de un poeta, que ya llevaba dado mucho al público. Esta obra no dió á su autor los productos que era debido, pues la precaria situacion de su madre le obligó á vender la propiedad literaria de tan importante trabajo á un editor, que hubo de pagárselo mezquinamente, porque al cabo era obra de un hombre sin nombre, por más que por su obra misma alcanzase uno, que puede figurar entre los primeros de su época. En 1792 imprimió otro opúsculo, que tituló *Dodici cantici sagri, latini ed italiani*; obra puramente de sentimiento, pero que como tal valia tanto y era una expresion tan fiel de los suyos, que se le veia retratado en cada una de las páginas de su preciosísimo libro. Cuando se agotó la edicion, que sería como por los años de 1795 ó cosa tal, pensó desde luego en adicionarla, y unas veces le parecia conveniente ampliar los textos mismos que existian, dándoles mayor extension, y otras creia mejor hacer otros cantos nuevos, desenvolviendo en ellos nuevas ideas, aunque todas de las que convencen casi involuntariamente y atraen á la participacion de los sentimientos de su autor sin que uno de ello apénas se aperciba. Decidióse por fin á aumentar de esta manera su obra, y fué sumamente acertado este medio, pues le proporcionó ocasion de adquirir un verdadero lauro en el canto diez y siete, quinto de los añadidos, que fueron hasta doce ó sea veinte y cuatro entre todos, el cual tituló *Miserias de la vida*, y es tan notable que no puede ser más. Allí se pintan, pero con una verdad suma, los trabajos de que está cercada una existencia cualquiera, bien que parezca la mejor imaginable; y se habla allí con tanta verdad, está tan sentido aquello, que embelesa, eleva á Dios, saca de su quicio, por decirlo así, á la criatura, y en alas del sentimiento de compasion que inspira, en alas del gran conocimiento que da de la providencia divina, siquiera no tuviese otro destello que el permitir la existencia de la criatura en medio de tantas aflicciones, por necesidad dirige al hombre hácia Dios, haciéndole elevarse á reconocer su misericordia, temiendo su justicia y procurando evitar los rigores de ella, mediante la conformidad con estas miserias, único patrimonio de la humanidad. Verdad es que cuando el hombre escribe lo que pasa por sí mismo, y lo escribe agobiado de la pena que le produce una situacion triste, escribe bien, escribe con energía, y tal era la situacion del Sr. Rezzano al trazar su canto décimo séptimo, pues era en la época más azarosa de su vida, porque era cuando sus recursos escaseaban mucho y sus necesidades cada dia se hacian más urgentes y más graves; y esto no es una exageracion, pues se comprende con solo saber que esta segunda parte de sus *Cánticos* la hizo cuando su madre comenza-

ba á enfermar, y sabido es cuán costosos son los principios de una enfermedad grave, porque es consiguiente, como que se tiene todavía muy viva la esperanza de un remedio pronto, y no se vé por los que rodean al enfermo ese peligro en que está constituido y que hace su muerte casi inevitable, se pasa por todo y en nada se repara, con tal que luego quepa siquiera la satisfaccion de decir: *no le ha faltado cosa alguna*, que fué á lo que aspiró y lo que por último logró nuestro excelente y muy esclarecido Sr. Rezzano. Esta obra apareció en 1776 bajo el título de *L'Anima meditante*. Concluida la publicacion de esta preciosa obrita, comenzó con el poema *Il Trionfo della Chiesa*, que redujo á diez y ocho cantos, que habian de ocupar seis tomos. Hizo todo el trabajo y le hizo perfectamente bien; concluyendo totalmente su obra para publicarla seguidamente, pero entónces como siempre tuvo que luchar con la escasez de recursos. Muy á duras penas pudo reunir lo necesario para imprimir el primer tomo, que se dió á luz en Venecia, año de 1778, y con el producto de este pudo imprimir el segundo y tercero, sin tener el consuelo de ver concluida de imprimir su obra, pues nunca tuvo lo suficiente para publicarla toda, y cuando se hacia la impresion del tomo cuarto, fué cuando el Señor puso fin á su vida, que fué tan corta indudablemente, porque por más que él era paciente, que lo era real y verdaderamente, y aunque su conformidad con la voluntad de Dios era perfectísima, esa miseria en que puede decirse vivió siempre, y el no tener para su madre cuanto deseaba, le hacia desmejorarse, é indudablemente contribuyó en mucho á que su vida fuese lo corta que fué. Sin una coincidencia feliz para la completa publicacion de la obra, esta hubiese quedado reducida á los tres tomos primeros únicamente; mas el haberse hecho intimo amigo suyo el conde Giovio, dió por resultado el que este eminente escritor y distinguido publicista, llevado por una parte del afecto que le inspiraba su amigo, por otra del interés con que miraba el progreso de los humanos conocimientos, y la suma importancia de que por todos los medios posibles se proporcionára á los amantes de las bellas letras ocasiones de admirar los buenos trabajos en ellas, y compadecido tambien del hermano de Rezzano, que habia quedado muy pobre, acabó de publicar su poema y con esto logró todos sus intentos. Además como justo homenaje debido al mérito, tanto en lo literario como en lo social, que habia contraido el distinguido sacerdote y gran poeta D. Francisco Rezzano, hizo su biografía y la publicó en una obra de mucho mérito y justa reputacion, que se llamó *Los Hombres ilustres de la diócesis de Como*, lo cual acabó de hacer imperecedera la memoria de Rezzano. —G. R.

REZZONICO (Aurelio). Pocos sujetos de tan elevada alcurnia como nuestro Rezzonico han sabido hacerse superiores á sí mismos, despreciando

cuantos alicientes podria ofrecerles la más brillante posicion para ocultar su grandeza bajo la pobre sotana de Ignacio de Loyola, en cuya gran familia no podia aspirar á otra cosa que á estar siempre sumiso y preparado á ejercer cualquier ministerio, á desempeñar cualquier cargo; cargos y ministerios siempre penosos, modestos siempre, aunque siempre caritativos. Perteneció Aurelio á la familia esclarecidísima, cuyo apellido llevaba y que habia dado un pontífice y un pontífice grande, Clemente XIII, y que todavia se habia hecho más ilustre por emparentar con otra no ménos esclarecida y de la cual habia surgido tambien el papa Inocencio XI. Efectivamente, el padre de Aurelio habia casado con Teresa Odescalchi, y de éste sabemos era primo carnal el antedicho soberano pontífice. De aquí puede deducirse cuál sería el esmero, la atencion y cuidado con que se procuraria la educacion del jóven; así como el gran provecho que se sacaria de todos estos justos esfuerzos, por parte de sus padres, se comprende perfectamente, sabiendo que á un ingenio muy claro y muy perspicaz, agregaba grande aplicacion, fundada no en esos motivos justos con que el mundo acompaña sus obras y acciones, sino en el motivo más elevado de cuantos pueden imaginarse, en que la criatura debe hacer todo cuanto esté de su parte, empleando todas sus fuerzas á este fin, para corresponder á los designios de Dios, cualquiera que sea el órden de estos, pues que si bien es cierto que no nos es dado conocer á dónde se dirigen ni en dónde se detienen los intentos de Dios, tambien es indudable que conocemos que todos son respecto de cada uno en órden á sus facultades, es decir, que á ninguno exigirá más de lo que pueda darle, si bien es verdad que á todos ha de reclamarles sacrificios, siempre relativos, para llegar á la posesion de su reino, cuando el Señor quiera sacarlos de esta vida miserable y transitoria. El dia 8 de Junio de 1740 ingresó en la Compañía de Jesus, teniendo diez y siete años de edad, y habiendo acreditado su vocacion por su constante asistencia á todos los ejercicios espirituales que se practicaban en la casa de estos celosísimos Padres, y por su constante deseo de obedecer hasta en lo más mínimo las prescripciones de los directores de su espíritu, á los cuales tenia ciertamente admirados. Si no fuera por ofender á la Compañía de Jesus, cuyo esmero para la probacion de los que ingresan en ella es tan exquisito, que á los de fuera les parece excesivo; diriamos que habian puesto la mayor atencion para dirigir por el camino de la perfeccion á este jóven alumno, y que parecia que cuanto más empeño formaban en buscar motivos por los cuales se disgustára y abandonára el instituto, si no habia de servir para desempeñar cumplidamente todas las obligaciones que impone, ni cumplir todos sus cargos, tanto más él se alentaba; y los rigores mismos con que sus superiores por espíritu de verdadera caridad le probaban, se volvian para él

en deliciosos mimos, digámoslo así, por los cuales comprendia, y comprendia perfectamente, que á la perfecta ejecucion de cuanto le ordenaban es á lo que debia dedicarse sin atender absolutamente á otra cosa. Aun cuando ya tenia hechos algunos estudios cuando ingresó en la Compañía, y especialmente en humanidades y filosofía hubiera podido no solo pasar, sino presentarse sin desdoro de la sociedad tan ilustrada como piadosa á que pertenecia, le hicieron repetir estos mismos estudios, y despues le aplicaron á los de sagrada teología y Escritura, en los cuales adelantó muchísimo, teniendo especial acierto para amoldarse á las necesidades de su época, aprender lo más interesante, escogiendo siempre con tino áun aquellos libros de consulta ó de distraccion, que no siempre estan en armonía con los estudios serios y profundos á que nos dedicamos. Cuando tuvo edad competente, le obligaron sus superiores á recibir las órdenes sagradas hasta el presbiterado, y fueron tan excelentes las disposiciones con que se llegó á tan elevada dignidad, que todos los que intervinieron en este asunto quedaron prendados de él, no siendo quien ménos estima hizo de sus excelentes prendas el mismo respetable prelado que le impuso las manos y que fué el Sr. Clemente VIII, siendo todavía cardenal y obispo de Padua. Desde el momento mismo en que estuvo constituido en la dignidad sacerdotal, pareció conveniente á la Compañía dedicarle al tan importante como difícil cargo de la predicacion del Evangelio, habiéndose logrado por su medio muchísimas conversiones, pues que, á la verdad, reunia cuantas condiciones son de desear en un predicador cristiano. El tenia profundísimos conocimientos no solo de las ciencias teológicas y morales, que son indispensables al ministro del Evangelio, sino de las auxiliares, con las cuales podia ayudarse en gran manera para el desempeño de su importante ministerio, pues que estaba muy versado en filosofía, humanidades y en ciencias naturales, con cuyos conocimientos se ayudaba en gran manera, tanto para probar la verdad de las santas Escrituras, atacadas injustamente por los adelantos modernos, cuanto para refutar las objeciones de los adversarios, que interpretando de una manera ridícula los principios tanto filosóficos como naturales, creen sacar un arma contra la verdad y pureza de nuestra religion, de aquello mismo que en realidad no es sino un apoyo, una prueba y confirmacion inexcusable de la misma verdad y pureza del catolicismo, que en él estan como en su orígen, y de cuyas propiedades ninguna otra sociedad puede gloriarse. Muchísimas poblaciones de Italia, á cuya noticia llegó lo mucho que en el púlpito valia y los grandes frutos que sacaba el Padre Rezzonico, se acercaron á los superiores rogándoles que le enviáran á los distintos puntos donde parecia más conveniente su presencia, y esta repetidísima instancia con que le rogaban compareciera, producia en los superio-

res dos sentimientos, el uno del celo de que estaban animados, y segun el cual no les parecia justo ni razonable privar á aquellas buenas gentes, que con tanto anhelo rogaban el que les misionára este Padre, del gran fruto que necesariamente habia de sacarse, siquiera no hubiese otra razon para esperarlo que ese mismo anhelante deseo con que todos iban confiados en su idoneidad á oir de sus labios la doctrina de Jesucristo, que tal era su predicacion, en la que, sin que faltase ninguna de las condiciones de una buena oracion, tampoco habia esos floreos, tal vez convenientes, pero nunca necesarios para mover al corazon, que era todo lo que procuraba y lograba nuestro Padre; y el otro sentimiento que embargaba á los superiores era el de que les parecia mucho trabajo el que sufria el buen Padre, porque predicando continuamente, confesando á muchísimos por consecuencia de esa su continuidad misma en misionar, y no dejando, además de esto, ni las prácticas de la Compañía, ni el estudio, ni otras obras de caridad y supererogacion que hacia, apénas comprendian tuviese el tiempo necesario para todo, y rezelaban que resintiéndose su salud, habrian de verse en la sensible necesidad de privarle el trabajar, como consecuencia de lo que habia trabajado en poco tiempo. Sin embargo, para ver de unir estos dos extremos tan importantes y tan atendibles por parte de superiores, que deben estar al alcance, tanto de las necesidades de los fieles y del modo más acertado de prevenirlas y remediarlas, cuanto de las necesidades de sus súbditos, y de que cumpliendo estos con sus deberes, lo hagan sin embargo como exige la prudencia, y sin perjudicarse ellos mucho, llamaron á Rezzonico, y le hicieron ver cuán sensible seria á la Compañía el que su celo excesivamente ejercitado, diese un resultado fatal para él, como lo seria si le ocasionaba la muerte, y fatal tambien para la sociedad porque les privaba de un operario útil y que podia, sirviendo de ménos, servir de mucho por cuanto sus servicios podrian ser más duraderos. El con toda sumision y con el respeto que siempre tuvo no solo á sus superiores, sino á cualquiera persona que veia revestida de alguna autoridad, hizo presente que dispuesto estaba lo mismo al trabajo que al descanso; lo mismo á las fatigas más penosas en el ejercicio de su sagrado ministerio, que al más apacible descanso en el rincon de su celda, por lo que manifestando, como lo hacia desde luego, que le parecia que en nada se perjudicaba con la vida activa que tenia, se ponia en un todo á la disposicion de sus superiores, sin decidir por sí este asunto, y dejándole completamente á su arbitrio. Respuesta tan conforme á lo que debe ser un hijo de Loyola, no pudo ménos de colmar de satisfaccion á los superiores, y mirando á Dios que mueve las causas segundas para que cumplan sus designios, y que en todo y por todo tiene esa ciencia suprema que es uno de sus atributos, resolvieron no pri-

var á los fieles de las buenas doctrinas, oportunas amonestaciones y provechosa predicacion del P. Aurelio, y le dejaron por consiguiente en plena libertad de predicar cuando y donde quisiese, sin tomar ántes la vénia de los prelados de su religion, y disponiendo él por sí las cosas de modo que no se quedasen desconsolados ninguno de los que apetecian el oirle. Por consiguiente fué muchísimo lo que predicó, y cada dia mayor el crédito que adquiria. Nada más natural que el que en Roma, tanto en la parte de pueblo, cuanto en el clero, y más aún en los prelados que rodeaban al Pontífice supremo, se hiciese notar el gran celo, la suma abnegacion y el interés con que el P. jesuita, estimando en más la salud espiritual de sus hermanos que su propia conservacion, se dedicaba al ejercicio de su ministerio, y el Papa pensó desde luego en utilizar sus importantes servicios, dándole ó un destino en su palacio, ó un cargo fuera de él en que pudiese lucir su ingenio, su prudencia y su buen deseo por el bien de todos. Tales eran las miras de Benedicto XIV hácia este esclarecido Padre de la Compañía, pero cuando parecia más en estado de darlas cumplimiento, fué arrebatado por la muerte, quedando por consiguiente en buenos deseos este propósito suyo de colocar ó enaltecer al P. Aurelio. Sucedió á Benedicto XIV en el solio pontificio el papa Clemente XIII, que en el siglo era Cárlos Rezzonico, y ya por las relaciones de parentesco, muy próximo por cierto, ya por consideracion á la idea que acerca de él tenia Benedicto, ó probablemente porque se acordaba de las excelentes disposiciones con que se acercó á ordenarse, y de lo muy á propósito que este sacerdote le habia parecido para el desempeño de su importante ministerio, es lo cierto que apénas consagrado, lo llamó cerca de sí, y despues de dispensarle las mayores deferencias y prodigándole atenciones sumas, puso á su cuidado el despacho de algunos asuntos, sin otro motivo que para cerciorarse de su idoneidad, y haciéndoselos despachar como comisionado especial, en lo cual se tenia nuestro jesuita que hacer mucha violencia, pero no habia otro remedio; el mandato procedia del superior más legítimo, del que tenia dominio no solo sobre toda la Compañía, sino sobre todo el católico rebaño, y era preciso obedecerle, y lo obedecia con tanto esmero, ponia tanta atencion y diligencia en las cosas, que si grande era el concepto que el romano Pontífice habia formado de él, mucho más grande se le mereció luego que hubo visto lo que podia este hombre con su ingenio, con su virtud y con sus dotes tan especiales, que indudablemente le ponian en situacion de desempeñar cualquier cometido, por muy delicado, por muy importante que fuese, y en cualquier sentido que se tome esta su delicadeza é importancia. Vaciló el soberano Pontífice por mucho tiempo en si encomendaria al P. Rezzonico alguna comision diplomática, y solo cedió ante la consideracion de que aquellos puntos delica-

dos, y digámoslo así, comprometidos, donde el Padre habria hecho ver sus excelentes dotes de gobierno, su inteligencia suma, su acierto tan atinado, sus delicados modales y fina atencion para con todos, requerian que el que desempeñase este cargo, fuese investido de la alta dignidad episcopal, por lo cual no era posible confiársele á Rezzónico, toda vez que su profesion le impedia aceptar dignidad alguna eclesiástica, y por consiguiente no era posible que sin salir de la Compañía le hubiese consagrado obispo, y el sacrificio de la salida de la Compañía pareció al Santo Padre demasiado, tanto más cuanto que en ella era no solo muy apreciado, sino muy útil, y por consiguiente buscó Su Santidad un medio de aprovechar los talentos de este hombre, sin que tuviese que salir de su centro y exponerle á que fuera de su elemento, digámoslo así, tuviese peligro de extraviarse, y de perderse por consiguiente todo lo que hasta entónces se habia ganado por su medio. Pensó, pues, Su Santidad con todo acierto, que lo que más convenia para que se desenvolviera bien la gran ciencia de este hombre tan eminente, y se pudiera formar de él el concepto que merecian su incesante aplicacion unida á su clarísimo talento, era ponerle al frente de una casa de enseñanza y dejarle obrar en ella enteramente á su gusto, en la seguridad de que impulsando grandemente la educacion y regularizando el órden de enseñanzas en lo que ya no lo estuviese, se lograrian ópimos frutos, pues que los alumnos puestos á su cuidado habian de salir excelentes, pues él procuraria que la educacion que recibieran fuera la mayor y la mejor posible. Muchísimo vaciló Su Santidad acerca de la eleccion del lugar para que se dedicase á la enseñanza, y si bien en todas partes creia que podria hacer mucho y valer muy mucho su presencia, tambien parecia tener dificultades el encomendarle la direccion de algunos de los establecimientos, porque al romano Pontífice no se le ocultaba el vértigo revolucionario que ya se iba levantando, y que en sus sacudidas habia de alcanzar á Rezzonico, como que alcanzaria en gran manera á su instituto. Por fin escogió el Seminario Romano para que en él luciese nuestro Padre su habilidad, ya como hombre de ciencia, ya como hombre de gobierno. En circunstancias normales nada hubiera sido más fácil que la acertada direccion de este vasto establecimiento, pero en las difíciles por que se atravesaba, surgia un inconveniente de cada incidente por insignificante que pareciera, y no servia de nada el grande apoyo que el Papa prestaba á su pariente, porque el Papa mismo tenia que ceder á exigencias, que si no se condescendia con ellas, podian dar pábulo á disgustos muy sérios, y que no ocultándose, como no se ocultaban á Su Santidad, le obligaban muchas veces á tomar resoluciones que no hubiera querido. Sin embargo, en una situacion tan difícil, tan crítica, el director del Seminario supo portarse cual convenia, pues su claro ingenio le indicaba los medios que debia po-

ner en práctica para que todo caminase en órden, y su gran prudencia le hacia buscar y hallar las ocasiones de que sus disposiciones fueran ménos sentidas, de suerte que áun aquellos á quienes debian afectar, porque no podia ser ménos de que les afectasen, se veian como obligados á deponer sus sentimientos particulares al sentimiento de justicia, de órden y de buen gobierno segun el cual iba dictada la disposicion. En el órden literario, como ponia de su parte cuanto estaba en él para que todos y cada uno cumpliesen con su deber, y como se rodeó de personas las más hábiles, sin reparar en otra cosa que en su habilidad y en la pureza de su doctrina, los estudios se hacian en el Seminario Romano como en ninguna otra parte, y los jóvenes que salian de aquella academia con su carrera concluida, no solo podian presentarse donde quiera, sino que en todas partes habian de llamar la atencion, pues que en aquella casa de educacion se procuró con el mayor esmero que desde los rudimentos de humanidades hasta lo más sublime de la sagrada teología, estuviera á cargo de personas enteramente competentes, que pudiesen hacer que sus discípulos lográran resultados positivos, es decir, una instruccion muy sólida, muy á la altura de la época, y que comprendiendo cuanto es menester saber, quitase la ocasion de que la maledicencia y el ensañamiento de la época contra el estado eclesiástico pudiese tildar á sus profesores de retrógrados é ignorantes, ó cuando ménos de que su ciencia era amanerada y exclusiva. Es imponderable el trabajo y los disgustos que hubo de padecer este hombre eminente, para que esa especie de guerra intestina que precede á los grandes acontecimientos, y que por lo que decia relacion al trascendentalisimo que se preparaba y que se habia ya indicado á Su Santidad Benedicto XIV, y éste no quiso llevarle á cabo, como tampoco su sucesor Clemente XIII, y que realizó Clemente XIV con asombro del mundo, no se trasluciera y estuviese lo oculto que era debido para que los fieles no se escandalizasen, ni hallasen ocasion de aumentarse los disgustos con las manifestaciones, cuando ménos imprudentes, que muchos querian hacer, revelando aquellas mismas cosas que en el colegio cardenalicio iban como socavando el robusto edificio que instalára Ignacio de Loyola, y que algun tanto habia de ladearse y áun parecer caido, para despues descollar toda la solidez de su existencia, toda la hermosura de su preciosa fábrica. Muchísimo trabajó en esto, no para evitar la disolucion de la Compañía, pues que esta bien sabia él que estaba segura bajo Clemente XIII que la conocia bien, sino para aquietar y evitar, como llevamos dicho, los disgustos, que para nadie, absolutamente para nadie, traian peores consecuencias que para los mismos que los promovian. Por supuesto que si los consejos de Rezzonico, tan acertados como prudentes, hubiesen llegado á la persona de Ganganelli ántes y despues de ser papa, otra hubiese sido

su conducta, otro el concepto que hubiera logrado ante la faz del mundo; pero dejemos estas consideraciones para continuar refiriendo los hechos de nuestro P. Rezzonico. Miéntras vivió Clemente XIII tuvo que sufrir mucho, como llevamos referido, trabajó cuanto estuvo á su alcance, y sostuvo no solo con el esplendor que tenia cuando lo tomó á su cargo, sino con más brillantez, el colegio Seminario Romano, al que dotó de todos los medios de instruccion, pues además de reunir en él los más célebres profesores de Italia, por medios muy ingeniosos que seria prolijo enumerar, aumentó de un modo notabilísimo la biblioteca, siendo las muchas obras que adquiriera, tanto antiguas como modernas, muy importantes y en su mayoría raras, motivo por el cual viene á ser desde entónces la biblioteca del Seminario Romano, ya que no de las numerosas, al ménos de las más apreciables; pues que puede decirse que no hay un solo libro que no tenga particular motivo de aprecio. Todas estas prendas hacian que todos apreciáran en gran manera al P. Rezzonico; por lo cual á la muerte del papa Clemente XIII, y cuando él quiso retirarse de la direccion del Seminario Romano, se lo impidieron, indicándole que Ganganelli como particular le profesaba aprecio, y que en el momento mismo de subir al trono pontificio habia indicado que queria quedase en el ejercicio de su cargo por haberlo desempeñado perfectamente. Con el mismo acierto y con igual tino que habia desempeñado su destino hasta entónces, siguió haciéndolo hasta que en la completa disolucion de la Compañía se le indicó podia continuar en su puesto, pero como sacerdote secular, á lo cual se negó abiertamente, produciendo esto algun disgusto á Clemente XIV, no tanto por haber de privarse de los buenos oficios de este hombre tan eminente, cuanto porque esa manera de mirar el hecho que motivaba su retirada, habia de llamar mucho la atencion de los que sabian cuán buen juicio tenia Rezzonico, y por consiguiente tenia que comenzarse á poner en evidencia el que la resolucion de Clemente XIV habia sido cuando ménos precipitada. Le manifestaron, como era consiguiente, este juicio formado por el Santo Padre, y él conferenció con sus superiores sobre el particular, pero unos y otros opinaron unánimemente que no le era posible continuar en su puesto, porque muy respetables eran las apreciaciones y disposiciones del padre comun de los fieles, pero en el caso presente no podian de modo alguno ponerse en pugna con la íntima conviccion, en apoyo de la cual habia la solemnidad de los votos, canónica y civilmente reconocidos, aprobados y recibidos por sus antecesores, tan legítimos en su eleccion como su misma beatitud. No se ha podido haber, ó mejor diremos, fué conveniente ocultar, la reverente, razonada y fundadísima exposicion con que Rezzonico dimitió su cargo de director del Seminario Romano; si tal documento se hubiera publicado, habriamos visto en él

la habilidad grande que como canonista demostraba el que hasta entónces no habia sido considerado más que como teólogo, y algunas veces como simple moralista. Claro está que disuelto su instituto, y dejada por él tan noble como justamente la posicion que ocupaba, mediante la razonada renuncia que hizo de su cargo, para nada debia permanecer en Roma; es más, su permanencia en aquella capital hubiese parecido, y con razon, motivada ó por miras ulteriores, ó por un deseo de estar más al alcance de los sucesos y enterarse mejor del giro que iba tomando un asunto que desde luego tenia que venir á parar á un punto no muy favorable al soberano Pontifice; por esto se retiró de allí, y se retiró de acuerdo con sus superiores, los cuales aunque vieron bien claramente que Rezzonico hubiera podido ser útil en alguna otra parte, ya misionando, ya enseñando, como era una persona tan visible, y su noble conducta se habia marcado tanto que todos fijaban en él su atencion, dispusieron que pasase á Como, su pueblo, donde podia ejercer su ministerio con gran provecho, y su estancia en su país natal por nada y para nada podia llamar la atencion de nadie, pues nada era de extraño que quien no podia subsistir en su patria adoptiva se viniese á su patria natal, allí donde por primera vez habia visto la luz natural. Fué muy bien recibido de todos, porque todos conocian, por una parte, su extraordinario mérito, y por otra, que la disolucion de la Compañía, que acababa de hacer Clemente XIV, era un paso por lo ménos precipitado, pues que no habia fundamento alguno para una resolucion tan arbitraria; así que los que á ella pertenecian eran recibidos con grande aprecio, y con mucho más que otros lo fué nuestro buen Rezzonico. Desde el primer dia se le autorizó para que predicase y confesase cuanto quisiera, y con esto se excitó su celo de modo que parecia enteramente un apóstol, puesto que ni de dia ni de noche descansaba ni áun cesaba en sus tareas; bien es verdad que Dios nuestro Señor parecia demostrar prácticamente cuán aceptables le eran las tareas apostólicas del P. Aurelio, pues no se puede explicar el cómo disponia Su Majestad los corazones de los que acudian á oir de sus labios la divina palabra, que todos salian convencidos, todos entraban en reflexion consigo mismos, y con la más eficaz detestacion de sus culpas hacian una buena confesion, se enmendaban y ellos mismos experimentaban las consecuencias del arreglo de su conducta; y es claro, como que veian que esto era debido al tino con que les habia predicado, al acierto con que les habia hablado en el confesonario, al interés con que les habia mostrado cuán provechoso es el volverse á Dios y qué terrible el ir en pos del mundo, cuyas honras, placeres y riquezas, léjos de satisfacer el corazon, le hacen infeliz, llevándole de aspiracion en aspiracion á un término imposible; ellos, que veian todas estas cosas hechas por medio de Rezzonico, se aficionaban más y más á él,

y su palabra cada dia más autorizada, cada dia hacia nuevos prodigios; verificándose así que áun cuando los designios de Dios ó la obcecacion de los hombres, habian dado el golpe de gracia á la Compañía de Jesus, sus individuos aún procuraban *la mayor gloria de Dios*. Era muy aceptable al prelado la conducta que observaba nuestro Rezzonico, y esto era muy natural, pues tenia en él un operario tan útil como incansable y cuya voz era oida cada dia con más atencion; mas el prelado veia que su situacion era precaria, tan precaria que no queriendo volver á adquirir los bienes que una vez renunció para ingresar en la Compañía, tuvo en muchas ocasiones que entenderse con los editores de sus obras para procurarse lo necesario á su subsistencia, y eso que sus necesidades eran bien reducidas, pues vivia pobrísimamente; determinó conferir en él el primer beneficio eclesiástico que vacase, lo cual le indicó, conociendo que su delicadeza y exactitud no podian ménos de creer como indispensable el recibir, para aceptarle, la licencia de sus superiores, pues aunque su comunicacion con ellos no podia ser lo frecuente que era debido, no dejaba por esto de ser lo conveniente para obrar segun su acuerdo en las cosas de importancia. Pidió Rezzonico á su prelado regular, el provincial de la Compañía, permiso para en su caso aceptar el destino eclesiástico que se le confiaba, y el superior le contestó, que si bien es verdad que las condiciones normales de la Compañía prohiben á sus individuos el aceptar dignidades eclesiásticas, como las circunstancias por que atravesaba la extinguida Compañía eran tan críticas y especiales, parecia prudente esta aceptacion y algunas otras ya para que los prelados, que hacian á la verdad mucha distincion á la corporacion y á los indivíduos con proveer en ellos los cargos y dignidades eclesiásticas, no se enojáran y disgustasen, porque este disgusto podria ser perjudicial, ya tambien por que no creyesen los príncipes y demás personas de gobierno que tenian miras ulteriores, y que estas mismas ulteriores miras les hacian despreciar los cargos canónicos, para estar mas desembarazados y más dispuestos á llevar á cabo sus intentos. Por estas razones y contra su voluntad hubo de dar su consentimiento nuestro P. Aurelio para aceptar, si llegaba el caso, el beneficio eclesiástico con que el prelado se dignára favorecerle. Apénas sabida su determinacion, ocurrió otra nueva vacante y se le confirió la canongía, siendo desde luego recibido con el mayor placer, tanto por sus compañeros cuanto por el prelado, y mostrándose en su conducta acreedor á las atenciones que desde luego le prodigáran, y á que se le tuviese en todo el aprecio que merecia. Es verdad que su conducta era muy ejemplar: constituyéndose, como desde el primer dia se constituyó, en ayuda y alivio de todos sus compañeros, así como obligándose en conciencia al más puntual desempeño de sus importantes obligaciones, con más, bajo el firme propósito de

ocupar cuanto tiempo tuviese disponible en bien de las almas, asistía puntualísimamente al coro para despues emplearse, ya en la instruccion de los más rudos de todas clases y condiciones, ya en la predicacion ó en otros ejercicios análogos, sin perder nunca de vista ni el espíritu de pobreza ni el espíritu de obediencia á que estaba obligado, y siendo por consiguiente tan desprendido y tan sumiso cuando se sentaba en el coro de Como, como cuando estaba en el rincon de su aposento en los primeros dias de su noviciado. Tan ejemplar conducta á todos admiraba, y sus compañeros mismos se edificaban de ella, procurando por los medios que estaban á su alcance imitarle, con lo cual indirecta y áun inopinadamente logró el gran intento de reformar, digámoslo así, el cabildo, no en cosas graves, porque en realidad de verdad era ajustado y recto en sus costumbres, pero sí en pequeñeces, que no teniendo ciertamente gran importancia, afectan y producen desagradables consecuencias, porque hacen parecer peores de lo que son de hecho á aquellos en quienes se verifican. Por tantos conceptos se hizo apreciable Rezzonico al cabildo de su iglesia, y como es consiguiente á su prelado, que éste y aquel quisieron dar al canónigo una muestra de su deferencia, lo cual hicieron en la ocasion que se les ofreció favorable. Acababa de vacar la dignidad de penitenciario de aquella santa iglesia, y su provision correspondia al cabildo con el obispo; reuniéronse para tratar del asunto como era conveniente, y tanto el prelado como los canónigos unánimemente acordaron nombrar al P. Aurelio Rezzonico como el hombre más á propósito para el cargo, como el sugeto que mejor habia de desempeñarlo, y no se llevaron chasco en verdad, pues para demostrar con cuánto acierto cumpliria su importante cometido, no hay más que fijar la atencion en que además de que el confesonario del señor penitenciario estaba siempre materialmente lleno de gente, eran muy pocos los canónigos que no se confesaban con él, lo cual es tanto más notable, cuanto que ya de mucho tiempo el cargo de penitenciario es más para la cátedra que para la práctica. Si bien es cierto que todas las dignidades eclesiásticas le causaban cierta aversion, fundada en la renuncia que á ellas habia hecho por su cuarto voto en la Compañía, y confirmada porque la fuerza irresistible de las circunstancias de la época era lo único que le habia llevado á ellas, esto le parecia conforme á su profesion religiosa, porque el haber de dedicarse por oficio al ejercicio del sublime ministerio de oir confesiones, le aseguraba, digámoslo así, de la preferencia que siempre habia dado á este ministerio, y como que le calmaba ciertos escrúpulos que de cuando en cuando surgian en él por si se llevaria en esto más de su inclinacion que lo que convenia en un hombre que puso su voluntad en manos de sus superiores, y que no podia en modo alguno disponer de sí. Vivia, pues, todo lo satisfecho que es posi-

ble á un hombre á quien se le saca de su elemento, y sin duda esto mismo contribuyó algun tanto á acelerar su existencia, pues en hecho de verdad no cumplió los años que eran de esperar en su contestura y en su método tan regular y ordenado, y esto no halla otra razon de ser que el que él vivia contrariadísimo, y solo su virtud, solo su deseo de que se cumpliera en todo la voluntad del Señor era lo que le sostenia, era lo que daba algun aliento á aquella vida apagada desde el momento en que recibió la órden de expulsion. Su enfermedad tal no fué muy larga, pero ya mucho tiempo ántes estaba delicado, sufriendo por su buen deseo y sin querer hacer caso de sus dolencias por creerlas insignificantes. En los últimos dias de Noviembre de 1777 recibió los santos sacramentos con toda devocion, habiéndoselos administrado el prelado de Como, segun costumbre capitular, y á los muy pocos dias entregó su espíritu en manos del Hacedor Supremo, á los cincuenta y cuatro años de edad, y en medio del general sentimiento de cuantos le conocian, pues todos, absolutamente todos, hasta los que por casualidad le habian tratado, como en Roma Mr. Lalande el hábil astrónomo y matemático, habian admirado sus circunstancias tan recomendables y se habian prendado de él. Esto hace imperecedera su memoria, pero aún más la perpetúa el haber publicado las obras siguientes: *Orazione panegirica in lode di Santa Caterina virgine et martire*, publicada en Venecia en 1762. — *Orazione detta in Cremona par i felici succesi delle armi austriache*. Milan, 1764. — *Orazione sacra detta nella sala del Senato di Lucca*, en Luca, 1769. Sentimos mucho no poder detenernos al exámen de estas obras, tanto más importantes cuanto que eran asuntos de actualidad; pero no podemos ménos de decir en justa y muy debida confesion de su mérito, que este debió de ser grande, pues á pesar de que no á todos podian agradar, porque no eran conformes con las opiniones de todos, que especialmente en política suelen ser tanto más intransigentes cuanto más ilustrados, lograron el universal aplauso cuando ménos como obras retóricas, hechas segun todas las reglas del arte oratoria, lo cual añade un motivo más de aprecio á los muchos que ya reunia el P. Aurelio Rezzonico de la Compañía de Jesus. — G. R.

REZZONICO (Cárlos). Parécenos dar una razon ligera de la noble familia de Rezzonico en Italia, antes de hacer la historia de este cardenal, puesto que tan ilustre fué y tan fecunda de hombres ilustres para la Iglesia católica. Tiene su orígen esta nobilísima familia en la ciudad de Como, en la cual desempeñó muchos años cargos del municipio y el título de barones libres del Sacro Romano Imperio por cartas de 1665 dadas por el emperador Leopoldo I, con el privilegio de usar en su escudo de armas el águila imperial. Se extendió esta familia á la mitad del siglo XVI por Milan, Parma y Géno-

va, y desde esta última ciudad, en donde florecia con grande esplendor, se estableció en Venecia en 1640, en la persona de Aurelio Rezzonico. Allí mereció en 1687 ser inscripto en letras de oro en el libro de la nobleza de la república por la gran cantidad de dinero que dió á beneficio del erario público. Además de Rezzonico de Como, se distinguieron Attilio Cristóforo, erudito del siglo XVII, autor de la *Sylva sententiarum et templorum moralium à sanctorum stellis decorata, et S. Scripturæ sole illuminata*. Francisco, arcipreste é insigne teólogo que floreció en el mismo siglo y fué autor del *Plectrum Psalterii*. Aurelio, jesuita, fecundo y docto orador sagrado al que Clemente XIII, que le habia ordenado en Pádua, llamó á Roma y le hizo rector del Seminario Romano en época bien difícil, en la que se portó con prudencia y sabiduría. Murió canónigo penitenciario de la catedral de su patria dejando una buena memoria y varias oraciones impresas. Cárlos Gaston, conde de la Torre Rezzonico, hijo de Anton José, de despejado talento y autor de las eruditas *Disquisitiones Plinianæ*. Gaston, fué muy buen poeta y cantó las glorias del Pontífice su pariente; fué versado en la lengua griega, cultivó las matemáticas, la metafísica, la física, la arqueología y otras ciencias, y fué secretario de la Academia de Bellas Artes en Parma, y dejó varias obras en prosa y en verso. Abondio, patricio veneciano, sobrino de Aurelio, que siendo prelado en Roma, por su raro talento y sabiduría, patrimonio de esta ilustre familia, fué legado de Bolonia, y despues gobernador de Frosinone y de otras ciudades del estado pontificio, y el cual muriendo en Roma en 1709, fué sepultado en Santa María de la Nieve con una magnífica inscripcion que le hizo esculpir su primo el auditor de la Rota y protonotario apostólico, que fué despues papa con el nombre de Clemente XIII, principal esplendor de esta familia. Este papa, llamado Cárlos, nació en Venecia, de Juan Bautista, hijo de Aurelio, que desde Génova habia llevado la familia á aquella ciudad, y de Victoria Barbarigo. Despues de desempeñar Cárlos varios cargos prelaciales, Clemente XII le creó cardenal, Benedicto XIV le consagró obispo de Pádua, y en 1758 sucedió á este papa en la silla de S. Pedro con el nombre de Clemente XIII, que sostuvo en esta dignidad cuanto pudo á los jesuitas hasta su muerte. La república de Venecia hizo al hermano de Aurelio caballero y procurador de San Marcos, disponiendo disfrutasen igual honor perpétuamente los primogénitos de la noble estirpe, razon por la que Luis, primogénito de Aurelio, fué igualmente ennoblecido. La mujer de éste fué Ana Justiniani, patricia veneciana, que fué madre de los cuatro siguientes personajes. Su tio Clemente XIII nombró á Luis príncipe asistente al sólio y del senado y pueblo romano; hizo á su hermano Abondio senador de Roma, y en la capilla del Quirinal le casó con la princesa Hipólita Buoncompagni; Pio VI despues le

distinguió mucho, y Pio VII le elevó á la dignidad de príncipe asistente. Clemente XIII creó cardenal al otro sobrino Cárlos Rezzonico, del que vamos á tratar, y al hermano de éste, Juan Bautista Rezzonico, del que tambien hablaremos en su lugar. El virtuoso Pontífice, lleno de méritos, insigne en piedad, clemencia, liberalidad, constancia en la defensa de los derechos eclesiásticos, y con firme resignacion á la voluntad divina, murió el año 1769. Sus sobrinos, cardenales y senadores, le erigieron en la basílica vaticana un magnífico monumento, considerado como obra maestra de Cánova el escultor, digno en los tiempos modernos de ser comparado al famoso Fidias, príncipe de los escultores antiguos. Muchas otras cosas podriamos decir acerca de la noble familia Rezzonico, pero considerando suficiente para nuestro propósito lo que dejamos apuntado, remitimos al que desee más noticias á la obra publicada en Roma en 1768 por Simon Ballerini, titulada: *Lettera á M. Gio Battista Rezzonico sopra l'antica origini della eccellentissima famiglia Rezzonico della Torre.* Nació el cardenal *Cárlos Rezzonico* de la familia patricia expresada, en la ciudad de Venecia, el dia 25 de Abril de 1724. Como desde muy niño vió entre los suyos sacerdotes venerables, que fueron sembrando en su tierno corazon semillas religiosas, se inclinó á la carrera de la Iglesia, y la abrazó con entusiasmo. Siguiendo los grados eclesiásticos, en el pontificado de Benedicto XIV fué elegido por éste protonotario eclesiástico supernumerario y vicario de su tio el cardenal de S. Marcos. Electo éste papa con el nombre de Clemente XIII en 6 de Julio de 1758, entró á venerarle en el cónclave, y pocos dias despues fué nombrado secretario de memoriales, desde cuyo cargo le creó cardenal su tio el 11 de Setiembre, publicándole en el órden de los sacerdotes el 2 de Octubre siguiente con retencion del cargo. Confirió despues Clemente XIII á su sobrino Cárlos la vicecancillería de la santa iglesia con el título de S. Lorenzo, en Dámaso, y despues le hizo abad comendador de Grottaferrata. En 1763 fué nombrado el cardenal Cárlos Rezzonico camarlengo de la santa iglesia con el título de S. Clemente, que permutó despues por el de S. Marcos, empleo que retuvo cuando en 1773 Clemente XIV le hizo obispo de Santa Sabina. Pio VI le trasladó desde este obispado al de Porto de Santa Rufina, y despues le nombró arcipreste de la Basílica Lateranense en agradecimiento á la proteccion que le habia prestado en vida del papa, su tio, y por lo mucho que trabajó para su exaltacion. Como camarlengo fué gran canciller de la Universidad romana de la Historia, en cuyas actas se dice en elogio de Rezzonico: «Su piedad fué verdaderamente edificante, sincera y fervorosa. Su amor á la religion, su celo constante é inmutable en honor de los derechos de la Santa Sede fué admirable; vigilante y exacto en el cumplimiento de todos los deberes de su estado y de sus primeros cargos, no se dejó seducir

por su brillante fortuna, ni abusó jamás de la influencia que justamente tenia en el ánimo de su tio el Pontífice. Supo siempre, ántes y despues de este pontificado, hermanar dos cosas de dificilísima union, á saber, una gran humildad, y la ostentacion y gravedad necesarias á su alta dignidad. Liberal con los pobres, no solo les alcanzó cuantiosas limosnas, si que tambien les distribuyó parte de sus rentas, no siendo menores sus larguezas con respecto á las obras piadosas y reparacion de las iglesias que se hallaban bajo su patrocinio. En la iglesia de Grottaferrata faltaba la sacristía, y la hizo construir á su costa como lo expresa la inscripcion que en señal de gratitud hicieron poner en ella los sacristanes y monaguillos. Su vigilancia pastoral y su caridad excitaron la piedad y caridad de los ricos para socorrer á los pobres y atender al culto en su diócesis.» Se lee en las *Notizie di Roma*, de 1798, que este Cardenal pertenecia á doce congregaciones cardenalicias, siendo secretario de la del Santo Oficio, ó sea de la Inquisicion. Que fué protector de las órdenes de S. Juan de Jerusalen, de los Mercenarios, de los Mínimos, de los colegios Germánico, Griego é Ilírico, de Magliano y de otras ciudades y lugares; de la capilla Corsini en la Basílica Lateranense, de la Universidad artística, de la Academia de los Rinnovati de Ascoli, en la provincia de Treviso, de los Conservadores, etc. etc. Cardella, que le dedicó el tomo segundo de las *Memorias históricas de los Cardenales*, celebra á este Cardenal como modelo de las virtuosas acciones de S. Cárlos Borromeo, cuyo nombre llevaba, y que así como él, habia sido secretario de memoriales del Papa, su tio, empleo en el que ejercitó su caridad en recoger, referir y apoyar las instancias infinitas que diariamente se presentan al Pontífice pidiendo socorros. Alterándose la salud del Cardenal, cayó en una grave enfermedad, que le tuvo en cama sin poderse valer cerca de dos años. Soportó este contratiempo el Cardenal con la mayor resignacion, sintiendo más que los dolores de su cuerpo, los que le causaban en el alma los males que sobrevinieron á la Iglesia por la invasion que los republicanos franceses hicieron en los estados de la Santa Sede, los que en Febrero de 1798 destronaron al pontífice Pio VI, al que se llevaron prisionero á Valencia del Delfinado, en Francia, desterrando al propio tiempo de Roma á todos los cardenales, y persiguiendo á los demás eclesiásticos que quedaron fieles á sus principios religiosos. Los revolucionarios republicanos, tanto franceses como romanos, respetaron al Cardenal á causa de su grave y penosa enfermedad, que no le permitia dejar el lecho, de suerte que fué el único purpurado que quedó en Roma durante el frenesí democrático que escandalizó al mundo en aquella época. Agobiada su alma bajo el peso de las desgracias que sufria la Iglesia por los fanáticos demagogos, y su cuerpo por la enfermedad que le fué consumiendo, murió el 26 de Enero de 1799 á la edad de

setenta y cinco años, habiendo asistido á dos cónclaves, en los que tuvo grande influencia. Vestido el cadáver con las insignias cardenalicias y episcopales, fué conducido, acompañado de sacerdotes, á la iglesia de S. Marcos, en la que se celebraron las exequias con las ceremonias acostumbradas con los canónigos difuntos de aquella colegiata, pues que la libertad republicana le negó los honores fúnebres que le correspondian como cardenal y príncipe de la Iglesia. Fué sepultado delante de la capilla del B. Gregorio Barbadigo, patronato de su familia. Su hermano Abbondio Rezzonico, senador de Roma, digno imitador de las virtudes del Cardenal, que supo granjearse la estimacion de las naciones extranjeras por que viajó, le erigió un magnífico monumento de mármoles en uno de los lados de la Basílica lateranense ó sea en la capilla inmediata al órgano, cuyo dibujo é invencion es del célebre Cánova, y la ejecucion de Antonio de Este, con la inscripcion de Morcelli, sobre la que se ve la efigie del Cardenal.—B. C.

REZZONICO (Juan Bautista). Fué este Cardenal patricio veneciano, hermano del cardenal Cárlos. Nació en Venecia el 1.° de Junio de 1740. Dotado de un claro talento, pronto, vivo y penetrante, no tardó en dar á conocer lo mucho que podia esperarse de su capacidad natural luego que la vigorizase con el estudio y la fortificase con la experiencia. Colocóle el cardenal su tio, en el colegio, ó sea en el Seminario Romano, poniéndole bajo la direccion de los Jesuitas, de los que fué afectuoso protector en las crueles persecuciones que les causaron los enemigos del altar y del trono. Subiendo su tio á pontífice con el título de Clemente XIII en Julio de 1760, le nombró su camarero secreto participante, despues protonotario apostólico, luego clérigo de cámara y comisario general de las armas, por cuyo importante destino prestó juramento en el tribunal de la Cámara, en pleno, el dia 27 de Noviembre de 1761. No contento con haber elevado Clemente XIII á su sobrino Juan á los expresados puestos, le declaró gran prior en Roma de la órden de S. Juan de Jerusalen, y en Julio de 1766 su mayordomo mayor, en cuyo destino prosiguió despues con Clemente XIV. Ejerció Rezzonico, segun Moroni en su *Diccionario de erudicion eclesiástica*, estos altos puestos con firmeza, integridad y munificencia, virtudes que fueron siempre inseparables de todas sus acciones, mereciendo bien el que se le considerase benemérito en su priorato, por las restauraciones y embellecimientos que hizo en muchas iglesias de la Orden. En premio de tantos méritos, Clemente XIV le creó cardenal (en 10 de Setiembre de 1770) diácono de S. Nicolas *in carcere*. Muerto este Pontífice, contribuyó mucho en el cónclave de 1775 para la eleccion de Pio VI, que en cuanto ocupó la silla de S. Pedro le hizo prosecretario de los memorioles, lo admitió á su más íntima confianza, y le consultó frecuentemente en los más graves asuntos de

la Iglesia y del estado. Perteneció Rezzonico á siete congregaciones cardenalicias, y obtuvo muchas protecturías, y en especial de las órdenes de canónigos regulares, de conventuales y de obras pias, así como de diversas ciudades y ayuntamientos del Estado Pontificio, colegios, cofradías, monasterios y capitolios, todas las cuales se mencionan en la pág. 116 de las *Notizie di Roma* de 1783. Acometido repentinamente de un accidente apoplético al salir de palacio, murió el 21 de Julio de 1783 á los cuarenta y tres años y cincuenta dias de edad, segun se consignó en el núm. 894 del *Diario de Roma*. Expúsose su cadáver en la sala del palacio senatorial del Capitolio, en el que vivia con su hermano; pero sus funerales se celebraron en la iglesia de S. Lorenzo, en Lucina, y fué sepultado en su diaconía, en donde los cardenales y senadores le erigieron un noble sepulcro esculpido por el irlandés Cristóforo Heweston, en el que campea su busto, algunos emblemas y un epitafio de Morcelli. Su pérdida fué universalmente sentida por cuantos tuvieron lugar de admirar sus talentos y sus bellas prendas y virtudes, pues que fué benéfico, sincero, espléndido, Mecenas generoso de las ciencias, letras y artes, y el sosten de los eruditos y de los artistas, muchos de los cuales le dedicaron sus obras. Aborreció la doblez, la altanería, el interés, y el amor á la religion y á la Santa Sede fueron siempre su constante ocupacion; distinguiéndose tambien en el trato por las argucias y chistes con que floreaba y hacia amena su conversacion. — C.

RIAL Y ZAFONT (P. Antonio), monje gerónimo de Hebron, natural de la villa de Anglesolo, de la diócesis de Solsona y antes de Vich, hermano de la V. Magdalena, cuya vida escribió el B. José Oriol, y en cuyas exequias celebró el oficio en 1710, tios ambos del posterior. Serra y Bostius, en el tomo XII manuscrito de la Historia eclesiástica, fólio 117, asegura, que escribiendo la *Vida de la sierva de Dios, Gerónima Llobet, doncella barcelonesa*, que vivia en casa de sus padres, cuya vida es rara y admirable, y que está sepultada en tierra firme en medio de la iglesia de de dicho real monasterio. — A.

RIAMBAN (Fr. Francisco), natural de Ibiza, religioso agustino calzado en la provincia de Castilla. En 1761 era predicador general y presentado. *De verbo Dei scripto*, un tomo en 4.°, Madrid, en la imprenta de Ibarra, en 1761. La licencia del Consejo dice que se da para cuatro tomos, pero en la librería de los Capuchinos de Mallorca solamente se halla uno, sin decir que sea el primero. — A.

RIANI (V. P. Juan), célebre presbítero de S. Felipe Neri. Fué natural de Corella, pueblo de la república de Luca, siendo y teniendo la gloria aquel lugarcito de ser la patria de este insigne religioso, sobrino del V. Padre Pedro Cassani, al cual tomó por modelo de todas las virtudes, y salió

tan perfecta copia, que con haber sido su tio tan mortificado, se cree que en las penitencias y asperezas le excedió en mucho, ayudándole favorablemente á este fin el haberle concedido el Señor una complexion muy robusta; aunque ni esta bastó para soportar mucho tiempo sus mortificaciones, que tienen mucho más de admirables que de imitables. Pasaba las noches enteras en oracion; y en tiempo de invierno y de hielos rigurosos escogia para este ejercicio el patio descubierto, de suerte que algunas veces fué hallado casi del todo helado y medio muerto. Todas las noches tomaba disciplina hasta llegar á ser cruentas. Como á su grande santidad acompañaba admirable doctrina y exquisita prudencia, siendo aún muy jóven y de pocos años fué nombrado rector del colegio de Ancona, y habiéndose portado en su gobierno á satisfaccion de todos, pues nadie como Riani tenia el sobresaliente mérito de cumplir exactamente todos sus cargos y deberes, logrando al mismo tiempo que le veneráran como á santo por sus raras virtudes y ejemplarísima vida, fué llevado á la isla de Cerdeña, y nombrado rector del colegio de Caller, su capital, en donde ni perdonó trabajos, ni temió peligros por la salud de sus prójimos. Era sumamente caritativo con los pobres, pero particularmente con los enfermos, y causaba grande admiracion el ardor con que procuraba consolarlos y animarlos, ejercitando con ellos todo oficio de piedad. Era extraordinario su amor y cariño á la niñez, y asi era extraordinario el celo que manifestaba por la prosperidad de las escuelas sometidas á su cuidado, vigilancia y direccion, procurando por cuantos medios estaban á su alcance, que estas fuesen muy concurridas, haciendo presente y lisonjeando á todos los padres en lo mucho que ganarian con Dios si inclináran á sus hijos á concurrir á aquellas gratuitas escuelas, en que además de la instruccion rudimentaria, se les enseñaba á ser buenos cristianos, sembrando en sus corazones los buenos sentimientos y el gérmen de las virtudes que con el tiempo debian ejercitar. Despues de haberse ocupado en tan santas y humanitarias obras, murió aún jóven, siendo rector del colegio de Caller, siendo llorado universalmente de grandes y pequeños, no teniendo más de treinta y seis años de edad, sintiendo todos los Padres tan irreparable y temprana pérdida y lo mucho que podian prometerse de la actividad y celo de aquel virtuoso y entendido varon, cuya inteligencia, virtudes y santidad eran la admiracion de todos cuantos tuvieron la dicha de conocerle. Falleció el dia 3 de Setiembre del año 1678.—A. L.

RIAÑO (Fr. Juan de), religioso mercenario. Ningun hijo tuvo el cuarto maestro general de la religion mercenaria, el Sto. Fr. Pedro Amevio, que tanto honrase en su tiempo aquella Orden religiosa como el benemérito Fray Juan de Riaño, doctor teólogo y natural de la ciudad de Sevilla. Era este insigne varon hijo de padres honrados, aunque calificados de mediana hacien-

da; tenia desde niño grandes y elevados pensamientos, era muy dado é inclinado al estudio de las letras, y determinaron mandarle á estudiar á Francia á la universidad de París; donde habiendo experimentado algunas escaseces, necesidades y trabajos, vino por fin á merecer el grado de doctor en Teología. Luego que se vió doctor, y con el crédito que pedia un hombre tan eminente como él lo era en aquella facultad, determinó volverse á España, y á su patria Sevilla, con el laudable objeto de aprovechar á sus deudos, amigos y vecinos, en darles luz y enseñarles, y en consolarlos y honrarlos con su presencia, y áun pudiera añadirse á esto, para edificarlos con su virtud, pues excedía á su saber y letras con ser tantas. Pero el Señor, que lo guiaba y lo queria para otro ministerio en su casa, lo ordenó de otra suerte; porque habiendo sabido en el camino, antes que entrase en España, cómo sus padres eran muertos, dió la vuelta y se determinó á ir más despacio á Sevilla, y se propuso hacer algunas estaciones y romerías á algunas casas de devocion de nuestra Señora, de quien era con extremo aficionado amante; no se sabe detalladamente las que visitó en Francia é Italia, solo puede afirmarse que despues de dos años de peregrinacion, donde acrisoló su paciencia, y resplandeció su caridad, vino últimamente á España al principado de Cataluña á visitar la santísima casa de nuestra Señora de Monserrate; y habiendo estado en ella algunos dias, bajó á ver la ciudad de Barcelona, tan famosa en el mundo, y viendo los religiosos mercenarios que en ella moraban, le parecieron tan bien el hábito y el título de religioso de la Madre de Dios, que, como enamoradísimo de esta Señora, decididamente determinó tomar dicho hábito, como efectivamente lo verificó en el monasterio de Santa Eulalia. Este fué el principio de la dicha que tuvo la Orden Mercenaria de poseer en su familia á este varon tan santo y eminente. En cuanto tomó el hábito se echaron de ver las muy aventajadas virtudes de que estaba dotado; porque se preciaba tanto de que se entendiese que habia venido á profesar humildad y obediencia, que en los oficios de la misma humildad, repartidos en dicha religion entre los que no son sacerdotes; Fr. Juan Riaño con serlo, pedia con el mayor encarecimiento le ocupasen en ellos, y se entrometia y mezclaba con los novicios y meramente legos, haciendo todos los ejercicios por humildes que fuesen y que se le permitian, y verdaderamente se cumplió en este santo varon lo que dijo el apóstol Santiago en su Epístola canónica, que Dios deshace las torres de viento de los soberbios, y á los humildes favorece y aumenta. Dió el Señor á este siervo suyo tan agradable humildad á los ojos de todos, que jamás ningun religioso le quiso mal, ni tampoco pidió cosa á secular que no se la concediese. Le habia Dios dotado de universal agrado con toda clase de gentes; lloraba con los que lloraban; reia con los que reian; consolaba á los pobres,

y confundia á los ricos y soberbios. Era muy dado á la oracion, y en aspereza de penitencias tan extremado, que vestia continuamente por túnica un silicio que le cubria todo el cuerpo; siendo rigurosísimo en las disciplinas que tomaba, de tal suerte que ponia muchas veces á riesgo su salud y su vida; y así los prelados, para irle á la mano, usaban muchas veces del rigor de la obediencia. Luego que profesó Fr. Juan de Riaño, no pudo permanecer oculta la luz que arrojaban los destellos de su sabiduría; á muy poco tiempo el Señor hizo manifiesto en este su siervo cuán gratos y agradables le eran sus servicios, y que escuchaba con oidos de padre las oraciones y súplicas de aquel nuevo hijo: testimonio fueron de esta particular predileccion algunas maravillas que nuestro Señor obró por tan excelso varon, si bien ponia todos sus conatos en encubrirlas y ocultarlas. No era muy dado al ejercicio del púlpito, aunque era muy docto; pues su gran modestia le hacia decir que era oficio de ángeles y de apóstoles, y del mismo Dios, añadiendo que tenia por felicísimo y dichoso al predicador que enseñaba con las obras del mismo modo que con las palabras. Acompañó á dos Padres redentores en dos rescates diferentes que se hicieron en paises de Africa, sucediéndole cosas notables y dignas de eterno recuerdo en dichos dos rescates. En el uno, viendo su alma piadosa y caritativa que los cautivos cristianos eran muy maltratados de los moros, sufriendo mil penalidades y afrentas, produciéndoles grandes vejaciones y pesares; ya que con la fuerza de sus razones no podia convencerlos á que fuesen más humanos, procuró intentar el vencerlos con la humildad de sus obras, y así era que acudia á todas las que podia para procurarles algun alivio; iba á las huertas y jardines de los moros, y cavaba lo que los esclavos cristianos tenian que cavar, sacaba de los pozos el agua que ellos igualmente habian de sacar, plantaba las yerbas y hortalizas que ellos habian de plantar y poner; y entre tanto que este religioso varon se empleaba en estos groseros trabajos, pedia y suplicaba á los cristianos cautivos que gastasen el tiempo en confesar sus pecados, cuando habia sacerdotes con los que pudiesen cumplir con este sacramento, en rezar sus oraciones, aconsejándoles no olvidasen la práctica de sus devociones, alabando á Dios y bendiciéndole, y cuando hubiesen cumplido con todos estos deberes, que el tiempo que les quedase, lo gastasen en su aseo, limpiando y remendando sus pobres y deteriorados vestidos, y en granjear con su industria y trabajo lo más preciso para consuelo de sus mujeres é hijos. Por observar esta conducta tan meritoria á los ojos de Dios, se vió el santo varon en notables aprietos, y muy cerca de perder la libertad y áun la vida; porque como era solo y trabajaba por cincuenta hombres, los dueños de los esclavos que se habian de rescatar no los querian entregar por ningun dinero; habiendo alguno que tenia diez es-

clavos, y los daba todos en cambio por que le diesen al Sto. Fr. Juan de Riaño, conociendo lo mucho que valia por su esfuerzo, energía y buena voluntad. Sobre este particular le hacian mil cargos los Padres redentores á quienes acompañaba, diciéndole, que por hacer bien á los esclavos cristianos, les hacia mal é imposibilitaba su redencion; pero el varon santo les respondia con semblante risueño, que aquel mal viniese sobre él, y replicándole, que de aquella suerte queria quedar esclavo por el precio y rescate de aquellos diez cautivos, respondia con el mismo semblante: que justamente era lo que más apetecia y deseaba, y únicamente sentia el no acabarlo de ejecutar. Con estas grandes muestras de caridad en que se empleaba este siervo de Dios, sentidos de su proceder, que aunque bueno, contrariaba el objeto encomendado á los redentores, cuando volvieron á Barcelona informaron á los superiores de todo ello, indignándoles contra él, añadiendo, que aquellos procederes eran más bien propios de un simple, y muy indiscreto aquel gran celo que manifestaba; pues lo único que conseguia era el perturbar el trato para llevar á feliz término los rescates, viéndose al mismo tiempo expuestos á perder la libertad y la vida. Este fue el motivo por que los prelados le reprendieron ágriamente, y áun le castigaron algunas veces, en vez de premiar su humanitario celo: pero el varon justo por excelencia lo llevaba y sufria con prudencia y humildad santísima, y cuando le imponian algun castigo ó penitencia, se conformaba diciendo el refran: «¿A donde irá el buey que no are? Mi voluntad proporciona esa al parecer mala ventura á mi cuerpo, cómo ha de ser, en tierra de moros trabaja y suda, en tierra de cristianos padece y sufre; si no puede de una vez, llévelo en dos, que en esta vida no ha de tener hora de descanso.» Con semejantes consideraciones y paciencia llevaba este siervo de Dios las reprensiones y castigos á que injustamente creian se habia hecho acreedor, y aunque los prelados mostraban estar ofendidos y disgustados con él, en cuanto se ofrecian otras redenciones, era tal el ánsia con que volvia á implorar y pedir que le enviasen por compañero de los redentores, que accediendo á sus deseos, le volvieron á enviar diversas veces, y una entre otras, deben referirse algunos milagros de que se tiene noticia y que Dios obró por él, manifestándole su gran poder y cariño. Habiendo partido á rescatar al reino de Granada, y continuando en sus acostumbrados ejercicios de cavar en las huertas y campos por los cautivos, habiendo llegado á noticia del rey moro ó sultan lo mucho que trabajaba aquel cristiano, cavando tanto como veinte hombres, quiso verlo por sus propios ojos; y llegando dicho rey, sin que lo sintiese el santo Fr. Juan, acompañado con algunas personas de su servidumbre y casa, vieron como doce jóvenes de gentil presencia y hermoso rostro que cavaban á su lado. Admiróse el rey notablemente, mandando en el

acto que llegasen algunos de sus servidores, á ver quiénes eran aquellos cristianos, y en cuanto se aproximaron á reconocerlos, no hallaron ni vieron á ninguno, sino á Fr. Juan que estaba enteramente solo. Se divulgó el suceso, y unos lo tuvieron por milagro, y otros por encanto y hechizo; cuando regresaron á Barcelona, le fué mandado en virtud de santa obediencia que dijese lo que pasaba, y contestó que lo que únicamente sabia, era que él rezaba todos los dias á los doce Apóstoles con particular devocion, y que los tenia por sus especiales abogados, y que como no fuese que ellos mismos le hubiesen ayudado en aquella ocasion, no comprendia ni sabia quiénes pudiesen ser aquellos doce hombres; y de este modo solamente pudieron explicarse lo que debió pasar así en aquella ocasion, aunque él hablaba de la ocurrencia concisa y medidamente por su profunda humildad. Otra vez ocurrió otro suceso milagroso, tambien en Africa, con este siervo de Dios. Pasaba un cautivo cristiano de corta edad, con un cántaro, á llenarle de agua en una fuente ó pozo; en aquel momento estaba un moro tirando á unas aves con un arco, y riéndose del cautivo, tuvo la mala intencion de que el cántaro le sirviese de blanco, consiguiendo el hacérselo pedazos; lloraba el muchacho amargamente, exclamando con el mayor sentimiento, que sus amos le castigarian con extremo rigor por la destruccion de aquel cántaro ó vasija. Acertó á pasar á esta sazon el santo Fr. Juan por aquel sitio, y al punto se puso á consolar al triste muchacho, asegurándole que le compraria otro cántaro como aquel, y por consiguiente que no llorase más; pero el muchacho le respondió: «Padre, no basta eso, aunque me le deis de plata; porque si no es este mismo cántaro, mi amo, que es un perro renegado, me mandará dar tantos palos, que pienso que no saldré vivo del castigo. Compadecióse el santo varon del desconsuelo y lágrimas del muchacho cautivo, se hincó de rodillas y abrazándole le dijo: «Ven acá, hijo ¿tú no eres verdadero cristiano católico, y crees con fe viva, que Dios te puede devolver si quiere sano y completo tu cántaro?» El chico replicó que sí, y que así tambien lo creia. Entónces le dijo el santo: *pues toma tu cántaro*, y se le entregó sano y entero, diciéndole al mismo tiempo que le encargaba que desde aquel momento fuese muy agradecido á Dios. Entónces reparó el muchacho el cántaro que ántes estaba hecho mil pedazos, y viéndole sano y sin ninguna señal de rotura, se marchó contentísimo, publicando la maravilla y milagro que habia pasado. Y preguntándoselo despues el santo Fr. Pedro Formica, que era el redentor á quien acompañaba Fr. Juan, respondia que las lágrimas del muchacho cautivo y su fe lo habian causado, con grande admiracion suya, que lo examinó y se halló presente: tanta era la humildad de este santo. De mucha mayor calidad que los referidos, como tambien de mucha mayor admiracion, fué el milagro que le sucedió al santo Fray Juan

la última vez de su vida que fué á rescates, y que era su mayor ambicion. El suceso ocurrió en la ciudad de Baeza en Andalucia, en donde permitiéndolo el que gobernaba aquella ciudad, hizo algunos sermones, y predicó públicamente la fe de Jesucristo, no solo delante de los cautivos cristianos, sino tambien delante de los mismos moros. Se aficionaron algunos de los infieles tanto á él como á su doctrina, y se bautizaron algunos en secreto, y entre ellos particularmente un moro muy hacendado y rico, de los más conocidos y estimados en la ciudad, y el cual tenia dos niños pequeños hijos suyos. Estaba á la ocasion de estos sucesos la mujer de este moro en Baeza, y regresando á su casa, supo lo que habia pasado, lo que la causó el mayor disgusto; riñó fuertemente á su marido, y no siendo, como él, poderosa para distraerle y separarle de aquel intento, se puso tan rabiosa y enojada, que se volvió contra sus hijos y los ahogó á entrambos. Publicóse en la ciudad aquel caso horroroso, y el rey lleno de cólera, mandó quemar vivos á marido y mujer, á él porque se habia vuelto cristiano, y á ella porque habia muerto á sus hijos. El santo Fr. Juan, lleno del celo de Dios, se presentó al rey, y le habló con tanta libertad, que todos entendieron que tambien al religioso le mandaria quemar ó empalar; pero contra lo que era de esperar, sucedió bien al contrario, y la razon fué, segun él propio refirió despues, que durante el tiempo que habia estado hablando con el rey el santo Fray Juan, habia visto un hombre á su lado, amenazándole que le cortaria la cabeza, si tocaba á la ropa de aquel cristiano; y asi únicamente se limitó á decirle, que si le entregaba vivos los niños que habia ahogado la madre, que á todos los perdonaria y dejaria libres. Fr. Juan respondió con su acostumbrada mansedumbre: que no era autor de vidas, pero que el que lo era, y podia devolver, lo habia hecho ya; que cumpliese su palabra, que los niños salvos y sanos estaban en su casa. El rey al punto mandó á saber si era cierto, y se halló que era verdad. Estos niños despues fueron traidos á Castilla, y sirvieron en ella al rey, y de ellos se deriva uno de los principales linajes de España. Es bien sensible el no poderse decir cuál es, pues no consta en la relacion original.—Estas y otras muchas maravillas obró Dios por este siervo suyo, el cual jamás cesó en sus actos penitentes, bien estuviese en el convento ó fuera de él; y asi toda su vida fué un continuado acto de humildad y de obediencia. Su caridad fué heróica, y á la pureza de su castidad se hace gran agravio con caracterizarla con el nombre de continencia ordinaria. Finalmente, cargado de años le llamó el Señor para sí; porque los que saben más de su vida y hechos, afirman, que habiendo entrado en la Orden teniendo más de treinta años, murió muy cerca de los setenta años de su vida, con tan grande opinion de santo, que Barcelona y Sevilla hasta hoy dia se precian de tan

calificado hijo, la una de hábito, y la otra de nacimiento, como la órden de Mercenarios de tan santo y ejemplar religioso. En los últimos años de su vida, afirman algunos que se fué á vivir á su patria Sevilla, donde por aquellos años ya tenia la Orden convento, y que allí murió, no pareciendo que fuera esta noticia descaminada y fuera de la verdad. Otros aseguran que sus santas reliquias estan en Barcelona, y que volvió de Sevilla á morir entre los suyos en el convento de Santa Eulalia; pero más cierta parece ser la primera opinion. Sea de uno ú otro modo, la memoria del santo Fray Juan de Riaño es tan digna que este y permanezca viva, no solo en la de la religion su madre, sino en la de todos sus devotos y aficionados, pues ya que se carezca de la certidumbre de cuál es el lugar que goza de sus santas reliquias, podrá hacer oficio de ellas en la devocion, esa misma memoria suya, para imitar su vida, y envidiar su muerte.—A. L.

RIARIO (D. Fr. Pedro), arzobispo de Sevilla y cuarto de este nombre, religioso de la órden de S. Francisco y sobrino del santísimo pontífice Sixto IV, que le dió el capelo de cardenal en la primera creacion que hizo en 18 del mes de Diciembre del año 1471. Tuvo por patria la ciudad de Saona en el Genovesado; le educó y crió el Papa desde sus primeros años, siendo éste el origen y el principal motivo del demasiado amor que le profesó, prendado de sus relevantes prendas y virtudes, por cuya razon le dispensó todo su favor y proteccion, cargándole de dignidades y oficios, y de tantas riquezas, que causa admiracion, pues solo puede atribuirse al desmedido cariño que siempre le tuvo, extrañándose tan inauditos favores en un pontífice tan estudioso, tan justo, y que siempre llevó por máxima el deseo del acierto; pero bien reflexionado no debe extrañarse tanto, considerando mediaba inmediato parentesco, debiendo dispensarse mucho al amor que infunde la misma sangre, y sobre todo recayendo en un religioso dotado de tan eminentes cualidades, sobresalientes virtudes y mayor talento. Le dió con el capelo el título de S. Sixto, y los obispados de Taurisano y Senogalla. Fué patriarca constantinopolitano, arzobispo de Florencia y patriarca de Venecia. En la historia de Sixto IV se dice de este cardenal que era astuto y muy avisado y advertido en el despacho de los negocios de la curia, que juntó muchos tesoros en especies de oro y plata, ricas tapicerías y otras cosas preciosas que daban realce á su dignidad, pero sin descuidar por eso el proporcionar todo el alivio y socorro á la clase pobre y menesterosa; á pesar de todo, su casa más bien parecia palacio real que morada de un religioso franciscano; compró para su hermano á Imola, afirmándose que en convites y banquetes gastó más de trescientos mil ducados, y que murió con deudas de más de sesenta mil. A pesar de sus muchos méritos y grandes virtudes en sus primeros años, la disipacion le hizo enfermar, y los mé-

dicos del cuerpo hicieron todos los esfuerzos y diligencias imaginables para devolverle la salud; la cura de la conciencia se dejó para las últimas horas, si bien dice la historia que hizo en ellas muchos actos de contricion con el mayor fervor y devocion, pidiendo á Dios el perdon de sus extravíos y disipaciones. Murió sumamente jóven, á los veintiocho años, ocho meses y seis dias de su edad, cargado de dignidades, oficios y legacías. Respecto á que tuviese el arzobispado de Sevilla en propiedad ó en administracion, no hay noticias exactas, pero se le cuenta y considera como tal arzobispo, y como tal le incluye D. Pablo Espinosa en el Teatro de la santa Iglesia de Sevilla. El sumo pontífice Sixto IV, que no se le acabó ni extinguió con la muerte el amor extraordinario que le profesaba, mandó que se le pusiese en su sepultura el siguiente epitafio, cuyo sepulcro existe en Roma en el convento de Sancti Apostoli de religiosos franciscos claustrales.

*

Petro Saonensi, ex Gente Riara, Nobili, vetusta, ex Ordine Minorum, Card. S. Sixti, Patriarchæ Constantinopolitano, Archiepiscopo Florentino, Perusiæ Umbriæque Legato. Sixtus IV. Pontifex Máximus; Nepoti Benemerenti, posuit, vixit annos 28, *Mensis* 8, *dies* 6, *gratia, ac liberalitate, ac animi magnitudine insigni totius Italiæ Legationibus perfunctus moritur magno de te, in tam florida ætate, desiderior relicto, quippe, qui majora mente conceperat, et policebatur, ut ædes miro sumptu, apud Apostolos inchoatæ ostendunt. M.CD.LXXIV.*

Cuyo año fué en el que murió en Roma, á tres de las Nonas de Enero. La historia añade, para manifestar el delirio del grande amor del Pontífice, su tio, que visitó la sepultura del difunto, llevando de acompañamiento trescientos enlutados para honrar más su memoria, y que lloró, expresando con sus palabras y gemidos el mucho sentimiento y ternura que le hizo experimentar aquella pérdida. Tuvo por sucesor en la sede arzobispal de Sevilla á D. Pedro Gonzalez de Mendoza. — A. L.

RIARIO Sforza (Tomás). Dotado de una índole no solo benigna sino extraordinariamente caritativa, hizo desde luego las delicias de sus padres, que pusieron, como era consiguiente, el mayor esmero en educarle tanto en el órden moral como en el literario, de una manera que no desdijese á lo elevado de su nacimiento, ni permitiera se perdiesen las excelentes dotes de que estaba adornado. Concluidos aquellos estudios preliminares y que sirven para cualesquiera carrera, llegó para Riario y para sus padres el momento decisivo, aquel en que debia escoger el camino por donde fuera á realizar los designios que Dios tuviese acerca de él. Su inclinacion fué siempre al estado eclesiástico, y en que ésta fuese su eleccion tuvieron el mayor gusto,

tanto sus padres como toda la familia; sin embargo, tuvieron especial cuidado en mostrarse indiferentes para que nunca pudiese presumirse que su gusto habia neutralizado en manera alguna la voluntad del jóven, decidida á abrazar tan importante carrera. Hizo, en efecto, sus estudios con un éxito brillante, no quedó asignatura de las muchísimas que abrazan las ciencias eclesiásticas en que no se iniciára más que medianamente, y unido á esto un talento muy claro, con una educacion fundamental tan sólida como acertada, nos obliga á convenir en que Riario era una notabilidad. No se sabe á punto fijo con qué título subió á las órdenes sagradas, ni por consiguiente cuáles fueron sus primeros pasos en el estado eclesiástico; en lo que no cabe duda es en que por su erudicion y celo, así como por el deseo que le animaba del bien de todos y por los muy acertados consejos que se sabia daba á cuantos le consultaban, llegó á llamar la atencion en Roma de tal manera que todos anhelaban ocasion de utilizar sus importantes servicios, los cuales él prestaba á cuantos se los pedian, sin reparar ni en las molestias consiguientes á su importante ministerio, ni á las condiciones ó circunstancias de los que se acercáran á demandar sus servicios. Claro es que cuando el pueblo conocia perfectamente el mérito del diácono D. Tomás Riario Sforza, el soberano Pontífice tampoco podia ignorarlo, y consecuencia legítima de esta noticia de parte de tan elevada autoridad habia de ser el que procurase utilizar en bien de la Iglesia lo que este hombre tan eminente valia, que á la verdad en el difícil cargo de gobernar habia de demostrarse hasta la evidencia. Para que pudiera en los diferentes cargos que componen el gobierno de los Estados-Pontificios, optar y desempeñar el que fuese de mayor utilidad, el sumo pontífice Pio VII, despues de rogarle repetidas veces que ascendiese al sagrado órden del presbiterado, y respetando su empeño de quedar en el órden de diácono, atendidas sus especiales circunstancias y el acierto que todas las veces que se puso á su cuidado alguna cosa demostró, así como el muy provechoso fruto que de él se sacaria para distintos cargos, que deben ser desempeñados por sugetos que vistan la púrpura, lo declaró cardenal diácono en la creacion que hizo en 1823, distinguiéndole desde luego con deferencias muy singulares, que daban muestra del extraordinario aprecio en que Su Santidad le tenia. Correspondió Riario con toda fidelidad, pues en todo y por todo supo complacer á Pio VII, siendo para nosotros muy sensible el que la índole especial de las comisiones que le confiára, que fueron todas reservadas, no permitiera que dejasen huella por donde se acreditára además del buen desempeño el acierto con que se procedió por el padre comun de los fieles cuando se le promovió á tan alta dignidad. Pero dejemos que el tiempo transcurra, y él nos permitirá ver al Cardenal en una vida activa y pública, y nos hará conocer sus excelentes

cualidades. Efectivamente, á muy poco tiempo de su promocion á la púrpura cardenalicia, y regresando Su Eminencia de desempeñar una mision extraordinaria en Francia, bajó al sepulcro Pio VII de feliz memoria, y el cónclave canónicamente reunido designó para sucederle en el gobierno de la Iglesia universal al que tomó por nombre Leon XII. Claro es que durante el tiempo que fueron compañeros en el colegio cardenalicio, tuvo el Santo Padre ocasion de conocer las prendas que adornaban al cardenal Riario, por lo cual, y conociendo tambien lo dispuesto que estaba su predecesor á utilizar sus servicios, le confió el gobierno en lo civil de la provincia de Forli, cuyo cargo desempeñó con todo el requerido acierto, procurando la mayor prosperidad en sus intereses y conservando siempre el prestigio que tuvo desde el dia en que fué nombrado; prestigio que si bien es verdad que en su orígen, es decir, al tomar posesion de su cargo, se debió á la recomendacion que de él hizo el Santo Padre, luego fué debido á que todos se convencieron de que era no solo muy á propósito para el gobierno que se le confiaba, sino acaso el que mejor podria desempeñar aquel importante destino, no ya porque en sí mismo tuviera dificultades, sino porque las especiales circunstancias de Forli, á consecuencia de los acontecimientos de los pontificados de Pio VI y Pio VII, habian hecho que este pueblo fidelísimo siempre hubiese por este motivo mismo sufrido mucho, y tenido necesidad de un hombre como nuestro Cardenal. Referir las deferencias de que fué objeto y lo mucho que hicieron por conservarle al frente de su provincia los moradores de Forli, en debida recompensa á los esfuerzos y desvelos que tuviera que hacer para su bien, obra es superior á nuestras débiles fuerzas, y que no queremos tampoco referir, porque parecerán increibles algunas de las cosas que con él ocurrieron. Sin embargo, áun cuando todos estos importantes servicios que prestaba en la provincia eran conocidísimos del Santo Padre, no pudo ménos Su Santidad de resolverse á separarle de aquella provincia en que tantos bienes hacia, para confiarle otros cargos no ménos importantes, aunque su desempeño habia de ser en la misma corte de Roma. A su regreso á esta ciudad santa fué recibido con muestras de la mayor estimacion, y no podia ménos de ser así, porque á todos eran notorios los importantes servicios que prestára durante su ausencia, y esperaban de él otros nuevos no ménos importantes, por lo cual querian todos darle el parabien, como en testimonio el más inequívoco de que no eran desatendidos sus servicios. El Santo Padre, que, como hemos dicho, le llamó á sí para confiarle comisiones reservadas de la mayor importancia, aunque en algunas de las para que le tenia reservado le empleó, no pudo sin embargo confiarle todas las que habia pensado, porque la muerte le arrebató de entre los vivos, y por consiguiente, nuestro Cardenal quedó otra vez dispuesto á servir al su-

cesor Leon XII, que, como llevamos dicho, estimó y utilizó los buenos servicios de tan esclarecido personaje. En el cónclave tuvo alguna intervencion como era natural, y áun ayudó algun tanto con sus consejos á la eleccion del gran pontífice Gregorio XVI, eleccion acertadísima y que produjo muy buen efecto no solo en los corazones católicos, que estos con cualesquiera se hubiesen satisfecho sabiendo que era el designado por Dios para ocupar la cátedra de S. Pedro, sino en los gabinetes de Europa, que considerando, como no puede ménos de considerarse, en la persona del Papa, además de la representacion de Cristo, ó sea su vicario, el rey de Italia, esperaban mucho de las buenas cualidades que adornaban á Mauro Capellari, pues aunque nunca dejó de aparecer como monje y tuvo todas las dotes que adornan á un verdadero religioso, no le faltaron las que habian de constituirle en hombre de gobierno; y si dádonos fuera prescindir del asunto principal que nos ocupa, fijariamos la atencion en el excelente Pontífice que se eligió en 2 de Febrero de 1830. Claro es que el Sumo Pontífice habia de tener noticia de los importantes servicios que Riario Sforza habia prestado durante el pontificado de Leon XII, y que no habian continuado en el de Pio VIII porque ni habia sido de gran duracion, ni las circunstancias por las cuales atravesó le habian permitido apénas cumplir la importante mision que se le habia confiado, pues hasta su delicada salud era un obstáculo insuperable, que dicho está que no podia remediar. Gregorio XVI, pues, que hubo conocido perfectamente los importantes servicios que Riario prestó en Forli, y que conocia tambien las necesidades de Pésaro, le mando como gobernador á aquella tan importante provincia, donde á la verdad prestó servicios los más eminentes y que podian con justísima razon esperarse de las especiales circunstancias que en él concurrian. Todos sus esfuerzos en esta nueva época de su vida pública se encaminaron á prosperar materialmente la provincia puesta á su cuidado, y esta idea, sobre la cual trabajó con el mejor exito, dió por resultado, como no podia ménos, el que todos los moradores de aquel territorio, secundando las miras de su excelente gobernador, iban cada vez más aplicándose para lograr adelantos, cada uno en su ramo, porque él supo muy bien sostener la emulacion por medio de premios que daba en públicos exámenes, á los cuales admitia solamente á aquellos que él sabia que se habian esforzado para llegar á alcanzar algun resultado ó adelanto en su línea. Si grandes simpatías logró en Forli no fueron menores las que logró en Pésaro; y si muy acreditado quedó con Leon XII, porque le habia encomendado aquel importante mando, no lo quedó ménos con Gregorio XVI por haberle mandado á esta provincia donde, como más experimentado, fueron sus servicios más importantes y sus disposiciones más acertadas. Muy complacidos estaban los de Pésaro con tan excelente gobernador, pero las

exigencias y necesidades de Urbino exigieron el que el mismo Pontífice le trasladára á aquel estado, no sin haber tenido con él una larga conferencia acerca de las necesidades y remedio que en su juicio tenia el Estado puesto bajo la direccion del que es al mismo tiempo padre comun de los fieles. Como los de Urbino ya tenian noticias de sus antecedentes y de su índole, carácter y demás circunstancias, al momento pudo poner en pleno ejercicio sus excelentes dotes, porque no hubo de esperar á ser conocido, pues que ya le constaba hasta qué punto habia llegado al nuevo teatro de sus buenas obras la noticia del que habia de practicarlas; y ¡cosa admirable! áun cuando muchísimo se esperaba de este hombre tan distinguido, y las ausencias que de él se tenian le eran todo lo favorables posible, todavía hizo en el gobierno de Urbino muchísimo más de lo que de él se podia esperar. Por todas estas razones, las diferentes provincias de los Estados Pontificios hubiesen visto con mucho gusto el que este hombre verdaderamente singular y muy á propósito para el gobierno, hubiera intervenido en el de todas y cada una de las provincias; pero esto no era posible, así que el buen Pontífice, desatendiendo las exigencias de unos y de otros, le hizo estar al frente de Urbino hasta que encontró ocasion de colocarle en Roma de una manera conveniente y que fuese adecuada á su alta gerarquía, y á propósito para su carácter, que necesitaba un espacio grande donde difundir sus excelentes cualidades, pues eran ellas tan superiores y tan activas, digámoslo así, que hubiese sido hasta mengua del Soberano Pontífice el que hubiese consentido quedar sin ejercicio, ya en un ramo, ya en otro del gobierno, pues por una de esas rarezas que de cuando en cuando vemos en ciertos, aunque muy contados sujetos, Tomás Riario Sforza servia para todo, tanto para el gobierno material de un pueblo, como para la mejor administracion del erario, y su parecer era tan aceptable cuando se debatia una cuestion de derecho internacional, como cuando se trataba de la eleccion de sujetos, tanto para los cargos espirituales, provisiones de mitras y demás, como para los cargos materiales de gobernadores, senadores y demás de la servidumbre, tanto interior como exterior del Pontífice, asunto que, sea dicho de paso, era muy importante, porque á la verdad la capacidad de un supremo señor, como lo es en la Iglesia universal y en sus estados el Papa, se mide por la acertada eleccion que muestra en los funcionarios ó representantes suyos que nombra para los diferentes cargos en los cuales han de ayudarle sus súbditos á llevar la siempre pesada direccion del estado. Muy mucho apreció el Santo Padre los eminentes servicios del cardenal Riario, y mucho se habria complacido en que este hombre, á propósito en verdad para una mitra, se hubiese decidido por ascender al sagrado órden del presbiterado, como en más de una ocasion le propuso Su

Santidad, movido solamente del deseo de haberle nombrado en seguida cardenal obispo y confiádole las más importantes comisiones que desempeñan los investidos con tan suprema dignidad; pero no fué posible sacarle de su idea; aferrado más y más en que no servia para la alta dignidad del sacerdocio, no hubo manera de convencerlo, no solo de que otros muchos con ménos prendas que él podian desempeñar y desempeñaban de hecho el cargo y sus anejas obligaciones y no lo hacian mal, sino que ni áun pudieron hacerle venir á condescender en que sería sacerdote solo por serlo y sin cargo ninguno. El hecho es que viendo Gregorio XVI, de feliz recuerdo, que era de todo punto imposible el ascenderlo en órden, le nombró camarlengo de la Iglesia de Roma y archicanciller de su Universidad. La importancia de estos dos destinos y la no menor del sujeto que los conferia, dicen cuanto se puede desear acerca de sus dotes, circunstancias y demás de nuestro esclarecidísimo Riario. Desde entónces todos sus cuidados se fijaron en cumplir con estos nuevos cargos de igual manera, con la misma exactitud, con el mismo celo, acierto y conciencia con que habia sido gobernador de las provincias que se pusieron á su cuidado. Y no se crea que la índole especial de los destinos que ahora se le confiaban, distintos en todo y por todo de los que anteriormente tuvo, sería un obstáculo para que cumpliese perfectamente; todo ménos que eso. Riario Sforza era un hombre de ciencia la más profunda, y en tal concepto muy á propósito para tener á su cargo la direccion de los estados, asi es que los colegios vinieron bajo su direccion á un apogeo, que estaban reclamando con sobrada razon; y así como en el órden municipal habia sabido, segun llevamos dicho, introducir mejoras, que habian llevado la prosperidad y dicha á las provincias puestas á su cuidado, así tambien en el órden literario se vieron pronto los efectos de su acertada direccion, porque excitando desde luego la emulacion en discípulos y en maestros, unos y otros hacian cuanto podian, y unos y otros lograban resultados los más felices; los maestros un crédito que se hizo europeo, los discípulos adelantos é instruccion como nunca pudieron presumirse; y eso que respetó hasta donde pudo las antiguas tradiciones, que si él hubiese sido uno de estos hombres que no se paran en barras, como vulgarmente se dice, algunas otras cosas hubiese hecho, de las cuales algunos provechos hubieran resultado; pero al cabo muy mucho se logró en que él fuese director general de los estudios en Roma, como cargo inherente á su destino de archicanciller de la Universidad. En órden al de camarlengo, supo demostrar que no en vano se le habia dado la pública celebridad que con razon le habia hecho pasar por uno de los hombres más capaces para el gobierno con que podia contar Gregorio XVI. Además de las muchas ocupaciones que le procuraban estos importantísimos cargos, tenia

sobre sí otras muchas comisiones reservadas de Su Santidad, y un especia cuidado acerca de algunos asuntos de la obra de la propagacion de fe, emprendida y llevada á cabo por nuestro Smo. Padre con el acierto y felicísimo éxito que nadie puede desconocer, pues á nadie puede ocultarse la importancia de esta obra civilizadora en que muchos han podido ver, como real y verdaderamente es así, uno de esos monumentos en que el espíritu de Dios auxilia al vicario de Cristo para poner en su mente la obra que ha de inmortalizarle. Además de todas estas comisiones, tuvo que ocuparse mucho, en la epóca de este pontifice, en arreglar algunos asuntos de familia, y todas estas cosas indudablemente le llevaban la atencion, y el desempeño tan acertado que en ellas logró, no podia ménos de acreditar la suma inteligencia y esa tan conveniente calma con que reflexionando sobre todos los asuntos con un aplomo indecible, aunque sin retardar su resolucion, le daban por resultado un acierto que parecia sobrehumano. Pues si en todos los períodos que de la vida del Cardenal hemos recorrido nos parece admirable su conducta y nos persuaden sus acciones de que en él habia una disposicion privilegiada, el último período de su existencia nos le presentará como superándose á sí mismo. Efectivamente, una de las circunstancias más notables para el Camarlengo romano es cuando se halla vacante el sólio pontificio; y esta triste situacion corresponde al cardenal Riario Sforza con ocasion del fallecimiento de nuestro Smo. P. Gregorio XVI. Prescindiremos enteramente de referir los importantes servicios que hubo de prestar en los últimos momentos del Pontífice; ni tampoco diremos nada de las molestias consiguientes á los preparativos del entierro y demás cosas que hacian relacion al difunto; para examinar lo que hizo en la sede vacante, que es donde más se distinguió. Dos son los conceptos en que el gran Camarlengo tiene que demostrar su habilidad en tan críticas circunstancias, como gobernador de Roma, que queda encargado de todos los asuntos en concepto de superior civil y, digámoslo así, representante del poder temporal, y como principal motor del cónclave, que ha de ser quien disponga todo lo necesario para su reunion, no solo pronta sino acertadamente, teniendo en cuenta cuantas circunstancias y complicaciones pueden intervenir en un asunto ya de por sí tan importante. En ambos conceptos se portó aún mejor de lo que podia esperarse, pues en concepto de gobernador de Roma y sus estados, fueron tan acertadas las disposiciones que adoptó, y algunas tan importantes, que quedó inolvidable su memoria; entre otras cosas no solo provechosas sino trascendentales, fué una de las en que más trabajó el arreglo de la crísis monetaria, que se sintió en los últimos años del pontificado de Gregorio, y que no habia Su Santidad podido remediar, porque se opusieron obstáculos insuperables, que pendian en mucho de sus especiales cir-

cunstancias, y que pudo muy bien orillar el gobernador durante el tiempo que lo fué, y en lo cual ciertamente prestó un grande servicio al país, que nunca olvidaron, y que acreditó grandemente el merecido concepto en que ya se tenia al distinguido Cardenal; siendo esta como otras muchas cosas que hizo, tanto más meritorias en él, cuanto que nadie tomaba la iniciativa, sino que era efecto de su constante asiduidad en pensar y promover el bien de los que, siquiera accidentalmente, estaban encomendados á su cuidado. En concepto de promotor, digámoslo así, del cónclave que habia de dar á la Iglesia el sucesor de Gregorio XVI, se puede formar una idea de lo que fué con solo decir que mediante la perturbacion que en Europa habia, en la ocasion á que nos referimos, y atendidos los diferentes intereses que se terciaban en la eleccion, fué una cosa que verdaderamente admiraba el que en tan pocos dias como mediaron desde que se encerraron hasta la eleccion de Masttai Ferretti, se hiciese una eleccion tan compacta, digámoslo así, y tan á satisfaccion de todos, no solo por entónces, sino despues, pues se acreditó perfectamente bien por sus circunstancias apreciables en todo sentido. El cardenal Tomás Riario Sforza era decano de los de la clase de diáconos, por lo cual hubo de presentarse en el balcon del palacio Quirinal á decir al pueblo todo de Roma, y en él al orbe católico, *Papam habemus Pium IX;* lo cual, así como las demás cosas en que hubo de intervenir como decano de los cardenales diáconos, le hizo conocer al Santo Padre Pio, que si bien es verdad conocia algun tanto al Cardenal, no pudo hasta esta ocasion apreciar como era debido sus dotes, por lo cual luego que las hubo apreciado quiso utilizarlas, y las hubiera utilizado en efecto, si no se hubiera imposibilitado el Cardenal por una enfermedad penosísima que le tuvo los últimos años de su vida en cama, y durante la cual recibió las pruebas de la más distinguida consideracion, no solo de parte de sus compañeros los cardenales, sino lo que es más, del Soberano Pontífice, que llevó su deferencia hasta el extremo de visitarle en su palacio, dándole los consuelos que tan precisos son en una situacion crítica como la suya y en que se estima mucho cualquier deferencia, y muchísimo más si procede de persona tan distinguida como el Papa. Cumplidos los dias de su vida y pasando á la eterna, ayudado de todos los consuelos de la religion, sus exequias se celebraron con toda solemnidad en la iglesia Basílica de los Santos Apóstoles, concurriendo á ellas no solo el Sacro Colegio, sino el mismo Papa, que quiso dar este homenaje á su buena memoria, presidiendo los funerales y haciendo la absolucion como se acostumbra pocas veces, pues que en realidad de verdad pocos son los que logran este honor. Prohibió terminantemente nuestro Cardenal el que se pusiera en su tumba ninguna inscripcion que dijera nada de él, en lo cual se contrarió en gran manera la intencion de los

cardenales, que hubieran querido hacerle un suntuoso mausoleo, que hubiera perpetuado su memoria. Gratísimo es consignar los méritos del cardenal Tomás Riario Sforza.—G. R.

RIAZA (D. Pedro Liñan de). Nació en Calatayud, donde y en su tierra es ilustre el blason de la faja roja en campo de oro de caballeros de este linaje. Residió en Zaragoza, Alcalá, Madrid, Granada y otras partes, no se sabe con qué destinos, y siempre los tuvo su ingenio, su literatura y sus versos, como lo manifiesta el *Cancionero general*, pág. 208. Cervantes, en la *Galatea*, y entre otros el cronista Andrés, en el *Aganipe*, pág. 36. En una carta de este autor escrita desde Zaragoza, con fecha del 16 de Octubre de 1631 de que tengo copia, dirigida al cronista Sayas, entre otras noticias, se dice que D. Francisco de Aragon, conde de Luna, escritor de los *Comentarios de los sucesos de este reino en los años de* 1591, 1592, conoció en este tiempo á nuestro Liñan, á quien añade puede ponerse entre los poetas aragoneses, de los que Sayas parece queria tratar. En 1599 vivia todavía, y desempeñaba los cargos de secretario del marqués de Camarasa, virey que fué de Aragon y de las Guardias españolas de á pié y de á caballo de S. M., como consta de una larga poesía suya estampada en Madrid el año de 1600, en alabanza del Dr. Torres, y de su libro de las *Bulas*, cuyos versos ocupan tres páginas en 4.° Escribió además de dicha poesía otros versos, y más de cien epigramas sentenciosos, ingeniosos y elegantes, segun el P. Baltasar Gracian en su *Tratado de la agudeza y arte de ingenio*, pág. 183 del tomo II de sus obras, edicion de Barcelona de 1757. Pedro Espinosa, en las *Flores de los poetas ilustres de España*, edicion de Valladolid, 1605, en 8.°, lo alaba, y copia unos versos suyos, pág. 86 y 102. Cervantes, libro VI de su *Galatea*, pág. 286, edicion de Madrid, añadida del *Viaje al Parnaso*, en 4.°, dice de él:

El sacro Ibero de dorado acento,
De siempre verde hiedra, y blanca oliva
Su frente adorne y en alegre canto
Su gloria y fama para siempre viva,
Pues su antiguo valor ensalza tanto,
Que al fértil Nilo de su nombre priva
De Pedro de Liñan la sutil pluma,
De todo el bien de Apolo esfera y suma.

Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, silva IV, pág. 53, lo celebra de este modo:

Ciudades compitieron por Homero,
Y por Liñan ahora; pues le goza

Castilla y le pretende Zaragoza,
Y el Ebro claro á quien vivió primero,
Ingenio raro, dulce, aunque severo.

Vicente Espinel, en su poema intitulado *Casa de la Memoria*, cántico VII, dice:

Oh tú, Liñan, que desde el monte miras
Los que en la falda por subir se quedan.

L. y O.

RIBADAVIA (Fr. Francisco de), religioso franciscano, natural de una aldea de la provincia de Cuenca, llamada la Bollega, distinguióse mucho por sus penitencias y humildad. Tomó el hábito en el convento de S. Francisco de Cuenca, donde no tardó en darse á conocer por sus grandes cualidades, siendo uno de los religiosos más apreciados de sus superiores. Preciábase de servir no solo á estos, sino tambien á sus compañeros áun en las cosas más pequeñas que miraba como las más importantes; pues en ellas veia una ocasion en que ejercitar las virtudes y preceptos de su santa regla. Asi que dice la Crónica vivió muy santamente sin haber que reprender ni enmendar en él, como no podia ménos de suceder en sugeto tan entregado á todas las prácticas propias de su estado. Hizo gran número de viajes, y en todos ellos iba á pié y descalzo, no queriendo usar ni áun los ligeros recursos que para alivio le permitia la regla en estos casos; sin embargo, para huir de todo lo que pudiera parecer vanagloria, y que no se le atribuyesen cosas que tenia un verdadero interés en evitar, á la entrada de los pueblos se ponia las alpargatas, pareciendo así que las habia llevado puestas todo el camino. Era muy caritativo y asistia con frecuencia á los hospitales, consagrándose á la curacion de los enfermos, á los que miraba como sus verdaderos hermanos, pues lo eran en Jesucristo, y así cuando curaba las llagas á los leprosos, se las lavaba y hacia otros extremos que solo quien se hallase dotado de su grande piedad podia ejecutar. Dedicado á recolectar limosnas para el convento, lo hacia con la mayor diligencia y actividad, y como era muy apreciado en todos aquellos contornos, las obtenia en gran número, prestando así muy útiles servicios á la comunidad. Cuando esta no le necesitaba se consagraba á las faenas del campo, ajustándose con algun labrador, y cuando cobraba el producto de sus trabajos, le repartia entre los pobres. De este Padre se refieren algunos casos maravillosos, cuyos pormenores omitimos. Parece sin embargo, que cuando murió en Murcia, en el convento de Santa Catalina del Monte, donde fué enterrado, al comenzarse su funeral apénas habia diez y ocho personas en la iglesia, y ántes de que le

sepultasen era tan grande el número de las que habian concurrido á tributarle los últimos honores, que no cabian en el templo, no obstante ser de grandes dimensiones, y todos luchaban por obtener alguna reliquia de su hábito ó cuerpo.—S. B.

RIBADENEIRA (Fr. Felipe), franciscano español, cuya patria y época de su nacimiento se ignora, aunque se supone debió ser á últimos del siglo XVI. Sábese únicamente que despues de haber entrado en la religion se distinguió por sus virtudes, captándose el afecto de sus prelados, los que le concedieron diferentes comisiones, todas las cuales desempeñó de una manera satisfactoria. Residió en Italia durante algun tiempo, y allí continuó siendo un modelo de las buenas costumbres y piedad de que tantas pruebas habia dado en España. Fué un predicador no vulgar, y sus elocuentes discursos le dieron no poca fama, la que se aumentó sucesivamente conforme era más conocido, y de consiguiente más apreciado: algunos atribuyen á su excesivo celo por la salvacion de las almas sus frecuentes viajes, suponiendo los hizo á otros países además de Italia, mas no pudiendo asegurarse nada en este punto, nos contentaremos con exponer opiniones ajenas, dándolas por lo que son, meras suposiciones, sin atrevernos á atribuirlas un valor que quizá no tienen. Por lo que más se distinguió este religioso fué por su amor y devocion á la Reina de los ángeles, á quien consagró sus sermones, lo mismo que los pocos escritos suyos que han llegado á ver la luz pública. En estos resaltan una fe, una pureza de sentimientos, una devocion y un cariño sin límites hácia aquella Señora, para quien son pocos todos los elogios y alabanzas, á la que entonan sin cesar himnos los querubines y serafines, y á la que de consiguiente nunca pueden los hombres honrar lo bastante. Tal es el objeto del libro del P. Ribadeneira, libro lleno de erudicion y noticias curiosas acerca de su siglo, y que por desgracia no es suficientemente leido ni buscado, si es que la confusion de los tiempos no ha hecho desaparezcan ya los pocos ejemplares que de él quedan. Acaso el tiempo, verdadero juez en materia de gusto y buenos escritos, le resucite algun dia y coloque en el número de obras de devocion que no han debido perderse nunca, y que debieran andar siempre en manos de los fieles. Ojalá nuestro recuerdo llame la atencion acerca de esta y otras obras del mismo género que han dejado casi de circular sin otro motivo que el ocuparse de asuntos piadosos, y que sin embargo son muy dignas de ser leidas y de conservarse en las futuras generaciones. La obra del P. Ribadeneira á que aludimos, se intitula: *Dos libros de las excelencias de la Santísima Virgen María*, impresos en Nápoles en 1606.—S. B.

RIBADENEIRA (Fr. Marcelo de), religioso de la órden de Menores de la provincia de Santiago. Sujeto eminente, de gran disposicion, imaginacion

y talento. Perfeccionó sus estudios y vastos conocimientos en las escuelas de Salamanca, morando en la casa de la Orden á que pertenecia, ó sea en el monasterio de S. Francisco de Salamanca; extendió á cuanto es dable su saber, adquirió el conocimiento de varios idiomas, y fué destinado á las misiones en las Indias Orientales, consagrándose á difundir entre aquellos idólatras la palabra de Dios, y ganar para el cielo no pocas almas, que permanecian sumidas en las tinieblas y en la mayor ignorancia; fué un celoso soldado de la fe de Cristo, la cual con el mayor celo y abnegacion procuraba arraigar en aquellos países. Por fin, consiguió la palma del martirio, siendo colgado con otros compañeros, sirviendo de escarnio á aquellos idólatras; dejó este ilustre mártir las obras siguientes: *Historia de las islas del Archipiélago, China, Tartaria, Cochinchina, Malaca, Siam, Camboya y Japon;* Barcelona, 1601, en 4.°— *Vida y hechos de los mártires que padecieron en el Japon;* Barcelona, en el mismo año, de cuyo martirio glorioso fué el mismo Ribadeneira espectador y testigo presencial. Además Wadingo cita las siguientes obras de tan ilustre varon. *Corona de las excelencias de nuestra Señora*, en dos tomos; Nápoles, 1605 y 1606 por Juan Bautista Subtil.— *Alabanzas y prerogativas de nuestro P. S. Francisco.* — *Excelencias de Santa María Magdalena.* — A. L.

RIBADENEIRA (Pedro). Este hombre ilustre, célebre jesuita español, nació en Toledo el 1.° de Noviembre de 1527. Fué uno de los discípulos de S. Ignacio, ántes de que la Santa Sede hubiese confirmado el instituto de los Jesuitas, fundado por el insigne Ignacio de Loyola. Es considerado como una de las lumbreras de esta Orden esclarecida en el siglo XVI, siglo de perturbaciones morales para el mundo. Lutero, hijo de un pobre trabajador de las minas de Eysenach, agitó la Alemania que con su inmenso estremecimiento conmovió al mundo entero. Habia pasado los primeros años de su vida en luchas terribles que Dios parece haber hecho necesarias á los hombres que destina á dar grandes golpes en el mundo. Cuando iba á la escuela de Eysenach no vivia sino del pan que ganaba cantando delante de las casas de las familias más ricas. Al frecuentar la universidad de Erfurt, debió sus estudios á la caridad de una mujer; cuando entró en el claustro de los Agustinos, no tenia más fortuna que su Platon y su Virgilio. Ya religioso, se dedicó con ardor á los deberes más penosos; empero en el alma de Lutero ardia la ambicion, el orgullo, la soberbia; Lutero no formula nada; sin embargo, su alma rebosa en hiel y vanidad, y quiso vengar en Roma todas las humillaciones de que su adolescencia y su juventud se vieron llenas. No habia de tener reposo sino cuando hubiese agotado todo lo que su alma habia acumulado de odio contra todos los deberes, que para él no eran sino tiranías; no habia de tener reposo sino cuando hubiese colocado su propia

personalidad sobre todas las grandezas que la Europa habia reverenciado despues de quince siglos. En Lutero respiraba un hombre tanto más temible cuanto más largo tiempo habia estado comprimido, y en él renacen todas las antipatías, todos los odios, todos los celos de Arminio y de Witikind, y todos los emperadores sajones. En Lutero se encarna todo su movimiento filosófico y místico alimentado por la melancolía del genio nacional, por el personalismo pagano y por las vagas esperanzas que surgian de todas partes. En Lutero rugia una revolucion entera, una revolucion terrible que estalló como un huracan sobre todas las catedrales, sobre todos los tronos del mundo occidental. Toda la Alemania se levantó á la voz de Lutero, y la resistencia y el ardor que habia desplegado en los dias de sus combates contra la Roma consular é imperial, las presentó entónces contra la Roma de los pontífices católicos. Así, una idea de reforma mal comprendida, un hombre más orgulloso que razonable, más egoista que social, fueron el punto de partida de las graves turbaciones de la Alemania y del mundo á principios del siglo XVI. La política prestó una poderosa mano á la extension de la herejía; miéntras el movimiento luterano no fué más que objeto de religion, apénas progresó; empero la audacia y las innovaciones de Lutero eran medios maravillosamente apropiados para las ideas de los príncipes que se hallaban oprimidos. Despues de la muerte de Maximiliano, Cárlos V, heredero del trono de España, habia añadido á la corona de los dos mundos la diadema imperial; habia logrado hacerse elegir emperador, y desde lo alto de su posicion poderosa podia absorber la Confederacion Germánica. No fué preciso más para que muchos príncipes se colocasen al rededor del estandarte de Lutero, porque este estandarte era el que las poblaciones alemanas miraban como el precursor de un cambio deseado con tanto más ardor cuanto que satisfacia á la vez el interés individual, y sobre todo al orgullo nacional largo tiempo herido en la conciencia del país. Así es que la época de la reforma fué una época de fiebre, una época en que la Alemania se vió acometida de un vértigo inmenso. Engañados por algunas mejoras de un órden secundario, los hijos de la raza germánica, en otro tiempo tan felices por haber sustituido á sus dioses la religion de Cristo, entraban ya á banderas desplegadas en la herejía, renegaban de la cruz que los habia civilizado, para confiarse á la vanidad y la jactancia de algunos individuos; renegaban de la cruz que los habia protegido tanto contra la hidra feudal, para reconstruir una feudalidad especulativa mil veces más onerosa y más degradante que la de sus viejos condes y barones; renegaban de la cruz, del pontificado romano, para humillarse delante de un poder filosófico. Grandes desórdenes se habian introducido en la Iglesia, pero estos desórdenes, que hacian necesaria una reforma, no exigian los medios empleados por la herejía de Lutero. Miéntras

éste desplegaba todo lo que tenia de valor y de energía para destruir la Iglesia católica, Ignacio de Loyola entraba en la abadía de Montserrat, en Cataluña, para consagrarse á Dios. No era hijo de un miserable como el fraile agustino; era hijo de altos y ricos personajes, que contaban con poder inmemorial en el país. No había crecido, como Lutero, en la humillacion, ni había sido alimentado por la limosna pública; era el paje de una corte, y de una corte brillante, un capitan; no había consagrado sus primeros años al misticismo de los conventos y á los estudios teológicos; los había pasado en los azares de la guerra y los devaneos del amor. Este paje era infinitamente más social que el piadoso estudiante de Eysenach; es un prodigio de edificacion general para el mundo. Abandona la carrera militar despues de haber sido gloriosamente herido en el sitio de Fuenterrabía, toma un vestido grosero, y se condena á mendigar de puerta en puerta; el que había vivido en los palacios y en la elegante y cómoda casa de sus padres; adopta una caverna por morada, y llora en ella como si fuese el solidario responsable de todas las faltas del Occidente, como si pesasen sobre él todas las culpas de Europa. Marcha á Palestina con los piés y la cabeza desnudos, y el báculo de peregrino en la mano, sin más tesoro que sus oraciones, sin más esperanzas que su fe, para purificarse en aquellos lugares, teatro de tantos misterios, donde se había obrado la redencion del hombre. Vuelve á Europa, siempre pobre, siempre desnudo, se consagra á los estudios y aprende la gramática á los treinta años de edad; despues va á la universidad de París, y oye á los primeros profesores de aquel emporio de las ciencias. Allí se reune, en el año de 1534, con siete hombres escogidos, que despues se aumentaron hasta diez, y hacen voto de pobreza absoluta, obligándose á trabajar gratuitamente en todas las partes donde fuese necesaria su presencia, estableciendo así la *Compañía de Jesus*. Esta Compañía, compuesta en un principio de diez hombres religiosos, emprendió acometer la mision más difícil y gigantesca de los tiempos modernos. Estos diez católicos fueron bastantes para envolver la revolucion luterana, para confundirla en todas partes donde ellos se presentaron, para obligarla á pedir gracia y perdon, y para asegurar al Occidente sobre una base que ya vacilaba. El mundo entero se levantó bien pronto en señal de respeto á la voz de estos indigentes, que sin más prestigio ni fortuna que su inmenso amor á sacrificarse por la humanidad, habían fundado y difundido de un modo maravilloso la Compañía de Jesus. Lutero había pretendido ser un reformador y había excitado y enardecido las pasiones más antisociales; el que en lo demás había pretendido moralizar el mundo, había legitimado todas las cópulas más monstruosas; empero por complaciente que fuese, no autorizó sino en secreto los apetitos lúbricos del landgrave de Hesse. Aspiraba á remediar los escándalos de

la corte romana, y consagró él toda licencia y todo escándalo casándose públicamente con una religiosa, Catalina Bora. Por el contrario, los hombres que habia reunido en torno de sí Ignacio de Loyola y formaban la Compañía de Jesus, denominada así sin duda porque aún existian recuerdos militares en el antiguo paje y capitan de Fuenterrabia, en lugar de excitar las pasiones en sí ó en los otros, las hacen una guerra encarnizada, las baten, las quebrantan, las destruyen; y practicando todas las virtudes, tratan de enseñarlas á los pueblos más con su ejemplo que con sus palabras. Lutero no hubiera conseguido nada sin el socorro de los príncipes, sin su audacia, sin su egoismo; Ignacio de Loyola, al contrario, hizo con su Compañía tantas y tan portentosas cosas con sus solas fuerzas, con su solo valor, sin recurrir á los ricos, ni á los príncipes, ni á nadie. La independencia luterana era aparentemente más favorable á la libertad, empero en realidad solo servia para subordinar las masas á los individuos. Ignacio se presentaba con ménos apariencias de popularidad, pero realmente protegia con su Compañía todos los objetos humanos; él era verdadera garantía para los pueblos, porque vivia de la fe, del espíritu, del sacrificio que le inspiraba. La palabra de órden de Lutero era en fin la revolucion; la de Loyola, la obediencia. Ribadeneira fué uno de los que constituyeron la Compañía de Jesus, áun antes de ser aprobada por Paulo III. Pasó á Paris en 1542, donde brilló en aquella universidad por sus grandes talentos, siendo despues enviado á Padua en 1545, y despues tuvo que marchar á la capital de la Sicilia, Palermo, en 1549, para enseñar la retórica. Mereció por su talento la particular estimacion y aprecio de S. Ignacio de Loyola y de los Padres Lainez y S. Francisco de Borja, que sucedieron al primero en el gobierno de la Compañía de Jesus. Contribuyó de una manera muy poderosa al establecimiento de los Jesuitas en los Países-Bajos, en Flandes y en España, y obtuvo en la Compañía los principales cargos, que desempeñó con la mayor prudencia, celo y actividad. La falta de salud le hizo solicitar permiso para regresar á su casa de Toledo. Habiendo recobrado la salud, pasó á Madrid al colegio de la Compañía, donde se dedicó á reunir materiales para escribir una obra que debia dar á conocer los grandes servicios que á la cristiandad y á los reyes prestaba la nueva Compañía de Jesus en España y en las Indias. Cuando estaba ocupado en este inmenso trabajo, le acometió la muerte el 1.° de Octubre de 1611, á la edad de ochenta y cuatro años. El P. Juan de Mariana, célebre historiador, consagró á su memoria un epitafio. Fué grande el ardor con que en toda su larga vida se dedicó al estudio, siendo pruebas de su gran talento y de su aplicacion las muchas obras que dejó escritas, entre ellas las siguientes, además de otras ascéticas y traducciones españolas de muchos opúsculos de Alberto el Grande y S. Agustin.—1.° *La vida de*

S. Ignacio, del P. Lainez, de Alfonso de Salmeron y de S. Francisco de Borja; vidas impresas separadamente, pero que despues han sido reunidas en la edicion de Madrid de 1594, en fólio.—2.° Dejó tambien escrita la *Historia del cisma de Inglaterra*, impresa en Valencia en 1588, en 8.° Esta obra fué traducida al latin, y se encuentra en ella algunas porticularidades que Nicolás de Saunders no habia conocido, ó al ménos no habia cuidado de referir.—3.° Escribió el *Príncipe cristiano*, publicada en Amberes en 1597, en 8.°, obra perfectamente redactada, y que es una completa refutacion del *Príncipe* de Maquiavelo. Se tradujo al latin en aquella misma ciudad en 1604.—4.° Escribió tambien la célebre y tan conocida obra del *Flos Sanctorum*, ó *Vida de los Santos*, impresa en Madrid en 1599 y 1610, compuesta de dos tomos en fólio, que se ha reimpreso muchas veces en varias partes y ha sido traducida á muchas lenguas, especialmente la francesa, siendo la primera de este género que los franceses recibieron de España.—5.° Dejó escrito un *Tratado del instituto de la Compañía de Jesus*, que se imprimió en Amberes en 1608, en 8.° Este volúmen contiene la lista completa de los escritores de la Compañía de Jesus por órden alfabético de sus nombres, títulos, obras impresas, etc., y además, por último, la noticia de los jesuitas que derramaron su sangre en defensa de la fe católica. Se reimprimió en Leon añadiendo el artículo de los jesuitas franceses, y luégo lo fué en Amberes en 1613 con nuevas alteraciones. Rivadeneira es uno de los más célebres escritores de la Compañía de Jesus, y tan distinguido por sus talentos como por sus grandes virtudes, que le conciliaron el amor de los príncipes y de los pontífices de su época.—C. de F.

RIBADO ó Ribaldo. Floreció el cardenal así llamado en el pontificado de Inocencio XI, y se le halla suscribiendo como cardenal diácono de Santa María in Portico en la bula dada en 1139 en favor de la Santa Iglesia de Ferrara.—C.

RIBAI, padre de Ithai, de la tribu de Benjamin. 2 Reg., XXIII, 29. Ithai era uno de los soldados más valientes del ejército de David.

RIBALLIER (Ambrosio). Nació en París el año 1712, perteneciendo sus padres á una de las familias más distinguidas de Borgoña. Desde su infancia le educaron cual conviene, y como á esto se agregase en él un talento muy claro, una aplicacion constante y el haber comprendido desde que comenzó á hacer uso de su razon, que las posiciones sociales nada significan por sí mismas si los que las obtienen no saben corresponder á la alteza que representan por una conducta noble, generosa y prudente, se hallará en todas estas cosas reunidas el fundamento de la verdadera elevacion en que vemos colocarse á este distinguidísimo personaje. La extraordinaria facilidad con que aprendió humanidades y la constante aplicacion que mostró áun para

las más arduas cuestiones de filosofía, y el brillante éxito que logró en los ejercicios escolásticos que sostuvo al fin de su carrera filosófica, auguraron desde luego que sería mucho lo que aprovecharia en el estudio, que valdrian un dia sus decisiones como maestro, segun entónces valian sus ejercicios como discípulo. Conversando familiarmente con él su padre, hombre de recto juicio, muy amante de su familia y entusiasta del bienestar de ella, hasta el extremo de haber sacrificado, si necesario hubiese sido, cuanto tenia para que sus hijos se colocasen bien y á su gusto, le habló Ambrosio de su decision por el estado eclesiástico, en lo cual se complació grandemente su padre, porque en la familia habia habido hombres ilustres en las armas, en la magistratura y en el desempeño de importantes cargos diplomáticos y económicos del estado; pero no habia memoria de ninguno que hubiese pertenecido al estado eclesiástico, y el que su hijo se decidiera por tan noble y santa carrera fué cosa que agradó sobremanera al padre, como no podia ménos de ser, tratándose de un sujeto de sus circunstancias. Mas como era tan prudente, quiso despues de hacerle todos los cargos que proceden para que se tome con acierto determinacion tan séria, quiso que su educacion fuese en los estudios, que habian de seguir á los que ya tenia hechos, tan completa, tan esmerada como lo habia sido en humanidades y filosofía, y para lograrlo, le hizo inscribir en la Sorbona, donde cursó con gran aprovechamiento sagrada teología en toda su extension, y ambos derechos, civil y canónico, dedicándose tambien, porque á ello mostró siempre mucha inclinacion, al estudio de las sagradas Escrituras, poniéndose al corriente para lograr en él algun provecho, en el griego y hebreo, estudios convenientísimos para el teólogo y escriturario, porque con la simple lectura de los originales se superan muchas veces dificultades de otro modo invencibles, áun cuando se reunan los más vastos conocimientos del dogma y de la disciplina. Con tan constante aplicacion llegó á merecer la señaladísima distincion del doctorado, y la obtuvo mediante ejercicios los más rígidos, pero en los cuales alcanzó un exito felicísimo, complaciéndose en gran manera sus maestros en haberle tenido por discípulo, y disputándose á porfía la gloria de llevarle al paraninfo de las ciencias para que la aurora inmarcesible de una muy justa recompensa ciñera sus sienes, honrando así su aplicacion y el talento sublimados á la altura mayor á que en el órden literario se podia llegar. A su debido tiempo recibió las órdenes sagradas, preparándose á ellas como era conveniente á quien conocia muy bien la alta dignidad á que iba á ser sublimado. Su primera misa fué un verdadero acontecimiento, á cuya solemnidad concurrió, como era consiguiente, lo mejor de París, por cuanto su padre estaba relacionado con todo lo principal y el hijo se habia hecho acreedor á la estimacion de todos por lo bien que se habia por-

tado en cuantas situaciones se habia hallado. La casa de la Sorbona tenia gran cuidado de clasificar á sus discípulos, y cuando habia de ejercer la prerogativa de designar para algunos cargos que estaba á su cuidado el procurar se desempeñasen debidamente, entónces era cuando los sabios é independientes directores de aquel gran centro de enseñanza, proponian al mejor, sin consideracion ni temor de ninguna especie, pues que aquella no tenian á quien guardársela, y este no cabia en quienes obraban con la más exacta y rigorosa rectitud. Entre los puestos más distinguidos que á esta sapientísima asamblea correspondia conferir, se contaron siempre los primeros lugares del muy célebre colegio de las Cuatro Naciones, y es claro que en este mismo colegio se daban los cargos más importantes á las personas más ilustradas, por lo cual demostró mucho la valía de Ambrosio Riballier el verle nombrado nada ménos que director principal, ó sea jefe, de aquella tan importante casa. Que habia de desempeñar perfectamente tan difícil cometido se infiere, en primer lugar, de que le habian designado para él, y además el que una persona de su pundonor y delicadeza no consiente el estar al frente de una cosa que no pueda desempeñar convenientemente; luego, como su carácter era tan á propósito para superior, pues era dulce para el trato pero recto, de suerte que á nadie consentia lo más mínima infraccion de las leyes de la casa, sábias y muy bien dictadas; era inteligente para el más exacto gobierno de ella, sin permitir desperdicios ni malversaciones, pero conservando siempre el decoro, dignidad y áun esplendidez que era conveniente al primer colegio de París, donde concurre lo mejor de las cuatro naciones aliadas. Se extendió, como era consiguiente, su fama, no solo de prudente y exacto en el desempeño de sus árduos deberes, sino de sabio, pues como tal le habian acreditado las muy acertadas resoluciones que en casos los más árduos dictaba, sin pretensiones de ningun género, con una humildad la más profunda y con una sumision docilísima á cuantas observaciones pudieran hacerle diversas de lo que él comprendia, lo cual ciertamente sucedia muy pocas veces, pues la rectitud de su juicio y la certeza de sus opiniones no daba lugar casi nunca á que pudieran hacerle la contra. Mucho renombre alcanzó tambien en el desempeño de su importante cometido, en concepto de hombre conciliador, y en hecho de verdad merecia tal nombre, porque apénas hallaba que habia diferencias entre algunos sujetos, cualquiera que fuese su fundamento, él trataba de cortarlas, y para esto procuraba todos los medios imaginables sin perdonarse él mismo cuantas molestias, sacrificios, y áun alguna vez dispendios, eran precisos, pues decia él que estimaba en más que todos los intereses la avenencia entre hermanos, compañeros ó amigos, por cuyo motivo, para lograr este fin, no le parecian ni mucho ni difíciles los medios,

y cuando se llegaba al resultado, puede decirse, sin temor de exagerar, que él se complacia tanto, por no decir más, que los mismos interesados que se ponian de acuerdo, y que en el cesar de su discordia encontraban indudablemente un bien positivo y tan apetecible como es el de la paz y fraternidad necesaria para que cualquier asunto prospere y la sociedad sea agradable, pues sin esto todo es engaño y apariencia, sin que se logre esa plena satisfaccion que en esta vida forma el único solaz del hombre. Sin otro acontecimiento que de notar sea, más que el que su fama creciente cada dia hacia que se envidiára su trato, por ser muy atento y agradable; que se le buscase para predicar, porque mostraba su grande erudicion y profunda ciencia; que continuamente hubiese gentes en su confesonario, porque los acertados consejos que daba eran el medio de asegurar la paz y sosiego en las familias, porque en su espíritu conciliador lo arreglaba todo; pasó hasta 1765, en que se acordaron de él para conferirle un puesto importante por sí mismo, y mucho más importante por las circunstancias que mediaron, y que eran enteramente imprevistas, sin que haya de decirse por esto que no habrian fijado en él sus miras si se hubiera previsto lo que iba á suceder, ántes por el contrario, procediendo, como procedia la insinuacion del arzobispo de París, es más que probable que en vista de lo que en unas y otras partes iba ocurriendo, procurase que el importante puesto de procurador general de la facultad de sagrada teología, que es como si dijéramos el superior de toda ella, el encargado de dirigir su enseñanza, de velar por sus intereses y de, en caso necesario, proveer á cuanto hubiera lugar en órden á estudiar y definir las cuestiones, dificultades y objeciones que pudieran ponerse, fuera un hombre de gran capacidad y de todo concepto, es decir, que no hubiera la menor tacha con que pudieran no digamos acriminarlo, pero ni áun tildarle sus más decididos adversarios. Riballier fué pues colocado en este eminente lugar, y todos sin excepcion alguna se alegraron grandemente de que tan importante cargo se confiriera á un hombre, que por una parte merecia la confianza de todos, y por otra no tenia pretension alguna acerca de su habilidad, no llegándose á creer merecedor á tan encumbrada posicion, ni áun despues de ver y observar que el general asentimiento decia en su favor más aún de lo que pudiera prometerse, áun cuando hubiese tenido las más desmedidas aspiraciones. Admirable es á la verdad que un puesto tan codiciado, y acerca del cual es consiguiente que hubiera tan encontradas aspiraciones, al ser conferido á un hombre que con ninguna de las fracciones que le anhelaban estaba ligado, tuviese en esta imparcialidad que se mostraba de parte de quien la propuso, el seguro apoyo que de otra suerte no hubiera encontrado, pues no podia ser que las oposiciones respectivas se hubiesen amoldado á un hombre que

no fuera tan imparcial y al mismo tiempo tan benemérito como nuestro Ambrosio Riballier. Esa misma plena satisfaccion que á todos cupo cuando fué nombrado, se aumentó, si cabe, en cuanto se vió cómo desempeñaba tan delicado cargo; pues á la verdad, parecia hacer suyos y exclusivos los derechos de todos para defenderlos hasta donde era necesario, así como en órden á los deberes supo convencer tan bien á todos de la necesidad que cada uno tenia de cumplir los suyos respectivos, que puede, con verdad, asegurarse que todos de consuno caminaban á practicar los que respectivamente les incumbian, con la misma exactitud, con el mismo afan con que venian á recibir el tributo de sus derechos; es verdad que de este modo únicamente era posible la completa armonía entre ellos y su superior ó cabeza, porque él, si bien es verdad que era sumamente benigno en su trato, muy considerado para aquellos que tenian alguna razon por la cual no podian llenar su cometido con la fidelidad, exactitud y áun minuciosidad que era debido; no era fácil á consentir engaños, ni mucho ménos imposturas, por nada se enojaba más que por ver infringida la ley ú hollados los derechos del inferior, áun cuando quien tal osára fuera persona constituida en la más alta dignidad, y este era otro de los distintivos que más enaltecen á nuestro Riballier, que al paso que para el infeliz y miserable era no solo benigno sino algunas veces demasiadamente humilde; para el superior, sin dejar nunca de guardarle las debidas consideraciones, pues el no hacerlo le hubiera parecido la más notoria injusticia, sabia sostener su puesto, guardar su lugar y hacer respetar en él lo mismo que él respetaba en quienes lo tenian, es decir, el principio de autoridad. Muy corto fué el tiempo que pudo desempeñar su cargo bajo estas miras de tranquilidad, sosiego y quietud con que habia tomado posesion de él, porque muy pronto tuvo que ocuparse en trabajos extraordinarios que, como era consiguiente, embargaron mucho su atencion, le produjeron hondos disgustos, pero dieron por término el que creciese la apreciacion que todos tenian, si es que podia crecer, porque en cada rasgo, en cada acontecimiento, en cada una de sus disposiciones se dejaba ver su sabiduría, su tino, su prudencia y ese comedimiento con que obró siempre, y que le dió por resultado en todas las cosas, además del aprecio de cuantos llegaban á apercibirse de sus acertadas disposiciones, el éxito favorable de muchísimos asuntos, que sin este tino, sin esta mesura y comedimiento hubiesen fracasado indudablemente, y por ser llevados así con ese modo tan adecuado, habian logrado la más favorable resolucion. El consejo del Rey propuso, y él aprobó, publicándose el dia 4 de Julio de 1766, un decreto por el cual se mandaba proceder á un arreglo ó reforma general en las comunidades de Francia, medida que sin que nos metamos á explanar las muy fundamentales razones en que se apoyaba,

encontramos justa, porque fuesen cual se quisiera los motivos, habia razon para hacerla y no podia tampoco acordarse con más mesura ni con más respeto, tanto en las órdenes religiosas, acerca de las cuales habia de hacerse, y que eran todas sin excepcion alguna, pues como decia el decreto, de desear fuera que en ninguna hubiera de introducirse variacion; cuanto á el estado eclesiástico, por quien exclusivamente habia de hacerse esto; cuanto, por último, á las regalías de la corona, que si bien para el asunto quedaron en último término, no podia, sin embargo, dejarse que se perdieran, porque era derecho adquirido á costa de grandes servicios prestados por Francia á la Santa Sede en los azarosos dias en que ella habia necesitado el apoyo de aquella nacion siempre poderosa. La comision la componian sujetos muy apreciables y sabios de todos los institutos religiosos, y algunos otros sacerdotes seculares y algun dignatario del estado; y entre los sacerdotes se nombró, y esto era muy justo, ya se atienda á su personalidad, ya á la posicion del sujeto, á nuestro procurador general de la facultad parisiense de teología, doctor Ambrosio Riballier. Claro es que apénas apareció el decreto que nombraba esta comision y se reunieron los que la componian, y se propuso el órden con que iba á llevarse á término tan importante cometido, todos, sin que ninguno dijera otra cosa, y lo que es más, siendo cada cual el primero en iniciarlo, todos quisieron que Riballier fuese el presidente y el que dirigiera los trabajos, formando parte de todas las comisiones en que se subdividió la junta para desempeñar su cometido con más acierto. No quiso aceptar el puesto de honor con que le brindaban, pero su misma renuncia fué ya un gran paso, porque por indicacion suya se confirió al religioso de más edad, y este rasgo de abnegacion y de delicadeza por su parte, evitó los disgustos que siempre llevan consigo las elecciones, áun en el caso, no muy frecuente por cierto, de que cada uno no quiera sino lo mejor. En órden á las comisiones las aceptó todas, porque no era por huir del trabajo, sino porque en su carácter modesto no cabia el ocupar el primer lugar, por lo que habia renunciado la presidencia; así que hizo cuanto pudo en favor del arreglo, y propuso los medios más acertados. Sin embargo, el giro que tomaron estas discusiones y el modo poco conveniente con que algunos se prestaban á hacer loqu e era necesario para arreglarse, pues ciertamente tenian que ceder en algunos puntos y en otros hacerse más observantes, fueron la causa de que no alcanzase aquella reunion el exito que era de desearse y que con todo afan anhelaba nuestro buen Riballier; por lo cual fué para él un verdadero disgusto el que sus esfuerzos fueran inútiles, no tanto por no salirse con su empeño, que esto nada le importaba, pues no era de esos caractéres apegados en su opinion y esclavos de su parecer, sino porque veia las grandes ventajas que las órdenes re-

ligiosas hubieran reportado de este arreglo, pues no hubiese habido lugar á calificarlas tan duramente como se hizo despues, envolviendo en los rudos ataques que se les dirigian á todos los institutos y áun á todas las casas religiosas; habiendo sido, á la verdad, muy escaso el número de los que á la reforma se oponian, porque la reforma propuesta por Riballier no á otra cosa conducia sino á poner los institutos tal y como salieran, por decirlo así, de mano de sus fundadores, que animados del espíritu de Dios, nunca inventaron cosa mala; razon por la cual cada uno en su línea son los institutos regulares muy importantes, y dignos de mejor suerte que á la que les ha reducido la moderna civilizacion, que, sea dicho de paso, es y existe porque los institutos religiosos conservaron el depósito de las ciencias durante la invasion de los bárbaros del Norte, y porque en los claustros se han estudiado y aplicado, aunque en reducida escala, las grandes obras de nuestro siglo, pues sabido es que frailes fueron los inventores de las primeras aplicaciones del vapor y de la electricidad. Cualquiera otro sujeto ménos afecto al trabajo que nuestro buen Riballier hubiera dejado, siquiera por el tiempo que la comision de arreglo le ocupaba tanto, el cargo difícil y penoso de síndico de la facultad de teología: él no; desempeñaba su sindicatura como desempeñaba las importantes comisiones de arreglo, y no dejaba se perdiera ocasion de demostrar que él y la facultad á cuya cabeza estaba no se apartaban un ápice de la fe católica, ni consentian que en Francia se propalasen doctrinas inconvenientes, á cuya refutacion dedicaba siempre los más eficaces esfuerzos, áun cuando ellos le proporcionaron algunos disgustos; es cierto, que depositario de la enseñanza de la verdad, como cabeza de la reunion de doctores, tenia que arrostrar cuantos inconvenientes se presentáran, pues era la misma causa de los Leones y los Pablos, de los Arbués y Dionisios. Efectivamente, tuvo ocasiones muy repetidas de mostrar su celo por que la unidad de la Iglesia permaneciera incólume y no se permitiesen ni las más pequeñas variaciones, ni aquellas doctrinas cuya aplicacion pudiera inducir la duda y tras de esta el error. Acababa de publicarse la obra de Mr. Marmontel, titulada *Belisario*, y como en ella, y especialmente en su capítulo XV, se encuentran proposiciones malsonantes y heréticas, el síndico de la facultad sagrada de teología creyó un deber suyo refutarla para que se conociesen sus tendencias, y publicó el folleto que tituló: *Cartas de un doctor á un amigo suyo con motivo de la publicacion del Belisario.* Este concienzudo trabajo agradó mucho á los verdaderos católicos, impuso á los incautos, y destruyó completamente el efecto de la novela; pero no sirvió de nada al autor, que no hizo caso, antes persistió en su propósito reimprimiendo la obra y recalcando en ella más y más sus aberraciones; por lo cual Riballier, que hubiera querido que aquella desdi-

chada obra se hubiese confundido por los esfuerzos de su autor mismo, y éste hubiera procurado á todo trance hacer que no solo desapareciera de la república de las letras, sino que se destruyese su mal efecto como si no hubiera existido, no pudo prescindir de decir como hombre público á la Sorbona lo que como particular habia dicho al orbe literario, y denunciar á la execracion de aquella respetable asamblea la obra, que cuando ménos era peligrosa, y que tenia que someterse al fallo de aquellos sabios para que sobre ella dijesen cuanto tuvieran por conveniente. Esta denuncia se hizo el dia 2 de Marzo, y la Facultad nombró inmediatamente una comision que examinára el escrito denunciado, y que le viese y dijera sobre él lo que en conciencia creyese deber decir, para que en la discusion á que se someteria el asunto en junta plena de la Facultad, pudiesen ilustrar sobre el particular á los que estuvieran ménos enterados de lo que convenia. Es innecesario decir que Riballier fué de esta comision, y por consiguiente, que habia de salir el esclarecimiento de la verdad; pero tampoco puede dudarse que, atendido el carácter conciliador y benigno de Riballier, habian de ponerse en juego todos los medios imaginables, ántes de llegar al extremo, de que no podia prescindirse, de condenar el escrito y por consiguiente á su autor. Primeramente, fueron fraternales amonestaciones dirigidas por sus amigos, y en las cuales se establecia verdadera controversia, demostrándole todos cuantos le hablaban que se habia equivocado, lo cual no es de extrañar en nuestra miserable fragilidad; luego se le mandó comparecer ante el tribunal nombrado, pero no como en un juicio sino como á una reunion amistosa, donde se dilucidára el punto, que indudablemente en su exámen habria dado el feliz resultado de convencer á Marmontel de su error, y el que diese una retractacion que le hubiera sido tan honrosa como útil. Se apeló despues á las amenazas, y por último se trató de que en la misma habitacion del arzobispo de París, que lo era á la sazon el reverendísimo Beaumont, se tuvieran unas conferencias en las cuales se le convenciera y se le hiciese abjurar; pero todo fué inútil, él firme en su obcecacion, como los otros firmes, porque no pudieron ménos de estarlo, en la defensa de la verdad, que por la circunstancia misma de serlo tenia que sostenerse á todo trance, venciendo á cuantas cosas adversas se la ofreciesen, vino á darse la sentencia condenatoria en plena Facultad de Teología, sin que hubiese la menor discrepancia en las opiniones de aquellos acreditados sabios, que se reunieron y fallaron el dia 26 de Junio de 1767. Claro está que tan justificada sentencia habia de ser insufrible al autor, y como él en este asunto ni era solo ni emitió opiniones propias, sino que era la explanacion de las doctrinas de Voltaire la que en los párrafos condenados se veia, fué la consecuencia legítima que Voltaire se habia de exaspe-

rar contra Riballier á quien creia autor de la censura, y ya que con razones no podia destruir las suyas, pues estas eran verdad, y aquellas, por consiguiente, mentira, apeló al medio de poner en ridículo al doctor y á la Facultad de Teología de la Sorbona por medio de una porcion de folletos, que con rapidez se sucedian los unos á los otros, y en los cuales se halagaba al público y sus pasiones, y es claro, como el interés era la propagacion, se propagaban profusamente, pues por desgracia nunca faltan propaladores del error, siquiera porque este halaga las pasiones, y el hombre, que vive con ellas y que no se puede desprender de ellas mismas, quiere y fomenta estas pasiones, si la gracia especial de Dios no le auxilia para triunfar de ellas, no le ayuda á neutralizar los primeros y más rudos ataques con que ellas tratan de hacerse dueñas del hombre mismo. Solo una lengua tan mordaz como la de Voltaire y una pluma tan cáustica como la suya, pudieron consignar las bajezas que los folletos contenian contra nuestro esclarecido síndico, y es claro que á la mayoría ningun efecto le causaron, porque sabian el orígen y conocian á fondo al personaje á que se referian; mas el vulgo, que no sabe penetrar en los escritos más allá de lo que á primera lectura suena; que no mira antecedentes ni en quien escribe ni de lo que escribe; que se fascina generalmente contra las personas de posicion, sin otra causa que porque la tienen; que todo cuanto en ellas es aunque no sea más que imperfecto, les parece criminal, y que por otra parte, estaba muy apegado á las opiniones de Voltaire, porque en verdad favorecen al vulgo; el vulgo, decimos, decreció, aunque por poco tiempo, en el aprecio que tenia á Riballier, y no diremos que este personaje le fué antipático, eso no, porque no es exacto, pero al ménos no le era tan simpático como ántes, y su autorizada voz era oida con ménos atencion, con ménos gusto que lo que ántes se oyera, porque habia contra él las prevenciones que resultan siempre de la sátira, y mucho más de una sátira que por lo embozada se hacia más creible. Varios fueron los partidos que pensó tomar nuestro distinguido teólogo al ver los ataques tan injustificados como rudos de que era objeto su tan querida escuela, y que le alcanzaban á él mismo como cabeza de ella, amen de los que personalmente le eran dirigidos; muchas veces pensó en contestar sátira con sátira, bufonadas con bufonadas y ridículo por ridículo; pero halló que esto no era digno ni de la verdad que sostenia, ni de la sapientísima asamblea que presidia, ni de su persona caracterizada y de todos tenida por respetable, en razon á que siempre procedia con dignidad, con decoro, con mesura, y de suerte que á nadie ofendia ni con sus escritos, ni con sus palabras, ni mucho ménos con sus acciones; así es que se contentó con exponer razones solidas, ya de su modo de proceder, ya de sus opiniones, que eran las de la Sorbona, y refutó asímismo

párrafo á párrafo todos los folletos que pudo haber á la mano, de los de la primera distribucion, creyendo él y sus comprofesores y amigos que este sería el médio de vencer á sus adversarios y de ponerles un veto para que no penetráran en el sagrado de las intenciones, y nunca más pusiesen las manos, ó diremos mejor las plumas, en la verdad, invulnerable en sí misma, porque es eterna, pero que recibiendo heridas las repele, refiriéndolas é infiriendo toda su malevolencia á aquellos mismos de quienes proceden. Nada se adelantó por este medio, que era el único indicado, el único que podian poner en juego Riballier y los suyos, porque era el único decoroso y digno: verdad es que la opinion se puso al por menor de lo que habia en el asunto; pero los contrarios, ó mejor dicho, Voltaire, no cedieron un punto, y á esta copia de razones, á esta indestructible muralla de hechos y de argumentos solidísimos, opusieron nuevo ridículo, nuevas imposturas, imputaciones, y calumnias las más groseras, ataques, en fin, los más rudos, los más indecorosos é indebidos, y en los cuales se veia su parcialidad y su infamia, su injusticia y su mala fe, por cuyos motivos Riballier desistió de refutarlos, y despreciándolos enteramente siguió en el desempeño de su cargo con aquella dignidad, con aquel acierto y buen deseo que hasta entónces habia tenido; importándole poco cuanto pudieran decir, y repitiendo con el Apóstol, en razon á que la causa que defendia era la causa de la verdad, la causa de Dios: *Si Deus pro nobis, ¿quis contra nos?* Dejó, pues, como muerta esta contienda, sin dejar de lamentarse del extravío de aquellas razones tan enfermas, moribundas ciertamente á la vida de la verdad, pero que por la propalacion del error daban motivo y fundamento al extravío de otras individualidades que sin esta excitacion no solo habrian seguido el buen camino, sino que lo que es más, hubieran llegado hasta la justificacion. Acabamos de decir que Riballier seguia desempeñando su importante cometido de síndico de la Sorbona, y esto es exacto, pero ni era esta su única atencion, ni este por consiguiente el exclusivo cargo que pesaba sobre él; las mismas favorables circunstancias que hemos dicho le hicieron merecedor de la distincion de director del Colegio de las Cuatro Naciones, de la de síndico de la Sorbona, de la de presidente de la comision encargada de refutar el Belisario; le hicieron acreedor á que se le confiára otra comision ni ménos importante, ni que le produjera ménos disgustos; comision que otro no hubiese aceptado tal vez, porque desde luego se dejaba vislumbrar la injusticia con que iba á ser tratado quien interviniera en ella, pero de la cual no quiso descartarse Riballier, porque comprendió que lo primero y principal era el esclarecimiento de la verdad, y que ante el triunfo de esta valen y significan nada los disgustos y desavenencias que con los que sostienen, pueden buscar

y tener sus adversarios. En 1768 se le propusieron unas tesis, que se habian sostenido fuera de Francia, pero á nombre de la escuela francesa, y que no eran á la verdad católicas ni mucho ménos, pues en ellas habia clara y explícitamente muchas palabras y conceptos que no podian sufrir los oidos piadosos, é implícitamente los errores más crasos condenados por la Iglesia en diferentes ocasiones, y no solo por el medio ordinario de resoluciones de los prelados y áun decisiones de concilios en asambleas particulares, sino por definiciones dogmáticas de concilios generales, que llevaban consigo el anatema. Riballier dijo esto como no podia ménos, pero lo dijo con mesura, con circunspeccion, con buenas maneras, atacando al error sin ofender á los equivocados, presentando el fundamento de todos sus asertos, no solo en la parte práctica, digámoslo así, de la verdad, es decir, en las definiciones de la Iglesia, sino en la parte teórica, es decir, en los fundamentos de esta misma verdad, aduciendo en su apoyo la Escritura, tradicion y Padres. Caminando de buena fe, no cabe duda que esta carta ó informe de Riballier hubiera sido suficiente no solo para convencer, sino para ilustrar á quien quiera que, ó por ignorancia ó por descuido, incurriera en los graves deslices que allí se lamentaban. Pero estos temas se hicieron arma de partido, y de un partido que queria encontrar en el apoyo de aquellas doctrinas su razon de ser, y por consiguiente este partido llevó muy á mal la calificacion del Doctor, y hubiera querido, á ser posible, hacerle retirar el primer informe, y que hubiese dictado otro, aunque hubiera sido en frases de doble sentido, que se hubiesen podido aplicar á sostener, ya que no á aprobar, sus opiniones; hubiese querido en fin que Riballier, haciéndose de su partido, hubiera sancionado todos sus lamentables errores. Pero esto no era posible; él sabia bien que fuera de la Iglesia no hay salvacion, y que la fe es una y única, y por consiguiente no caben ni tergiversaciones ni interpretaciones acerca de ella. Como con la mayor firmeza sostuvo estas verdades, se le declararon contrarios los principales corifeos del partido político en cuestion, y con el sarcasmo que habian aprendido de Voltaire, con desprecio á la persona y á la dignidad, publicaron la crítica, pero crítica infundada y apasionada, de estas mismas reflexiones ó dictámen sobre los enunciados temas. Como en ellos se criticaba á toda la Facultad y á todos se les irrogaban agravios que no merecian, hubo necesidad de que la misma Facultad de teología con carácter, digámoslo así, oficial, autorizase á algunos para que replicáran, y esto fuese un correctivo á la osadía de aquel partido que puede llamarse revolucionario; si no en cuanto en política lo fuera, que esto, ni nos importa ni nos incumbe, sino en cuanto lo era en materias de fe y de disciplina. Los nombrados fueron, como procedia, Mr. Riballier y Mr. Le Grand, los cuales en 1769 imprimieron una magnífica carta contun-

dente, persuasiva, llena de erudicion y de citas razonadisimas, en la cual se hacia ver bien claro cuán equivocados estaban los defensores de los temas. No se aquietaron, como era de esperar, con las sentidas reflexiones de Rivallier y su compañero, sino que hicieron una malísima réplica contra la doctrina emitida en su carta; pero es claro, lograron muy poco provecho, porque los sapientísimos doctores que en la primera contestacion habian aducido argumentos de gran fuerza, y que no podian destruirse como no se alterase todo el sistema filosófico que marca las condiciones por las cuales se juzga lógica una deduccion, tuvieron todavía, por decirlo así en reserva, otras más fuertes pruebas, y por estas confundieron por completo el error, no quedándoles recurso en los contrarios más que el de confesar su pequeñez é insuficiencia, y no darse por vencidos, porque su orgullo no lo permitia, pero sí manifestar lo mucho que les amargaba la resolucion de los señores Riballier y Le Grand, que aprobada por la Facultad en pleno, vino á quitar toda esperanza de que se arraigase la desfavorable opinion de los enemigos de la fe. Tambien causó mucho disgusto á los defensores de los temas el que en uno de los párrafos de esta última y lucidísima refutacion se demostró hasta la evidencia que al querer ellos propalar sus temas como la opinion genuina de los Agustinianos de Italia habian tergiversado el sentido de la mayor parte de sus proposiciones, y esto habia dado lugar á que llegase á la Sorbona una razonada exposicion de los principios consignados por aquellos muy católicos maestros de la doctrina verdadera, y fuesen por consiguiente para los defensores de los temas erróneos un cargo más, y á la verdad terrible, el de haber explicado de distinto modo al que era debido las opiniones de los Padres, que merecian gran crédito porque, repetimos, eran ellos muy cuidadosos de la conservacion de la verdad en toda su pureza, y cual debe profesarla la sociedad que procede de Dios, vida, verdad eterna y único camino seguro. A pesar de que no se conformó el partido, que podemos decir disidente, con la resolucion de la Asamblea, tuvo que pasar por ella, pues se la dió el carácter de irrevocable, y sus decisiones eran muy respetadas en Francia, porque el gobierno, el clero y el pueblo sabian bien la madurez con que se tomaban. Es innegable que si bien la Facultad de Teología en cuerpo aceptó y representó la responsabilidad de su fallo, todos los que conocian cómo se hacian las cosas en aquella importante asamblea, y cómo se manejaban los negocios, y mucho más cómo se habia manejado éste, comprendieron que solo Mr. Le Grand y Mr. Riballier habian tenido en ello una intervencion inmediata, por lo que á ellos se referia toda la gloria por más que ellos tratasen de hacerla declinar á la Facultad en cuerpo, y esta no podia ménos de congratularse en tener en su seno miembros que tanto honor le daban, y de cuyos eminentes servicios sacaba tanto lauro; proponiéndo-

se, como no podia ménos, echar mano de estos dos ilustrados doctores, toda vez que le fuese necesario que en el desempeño de alguna importante comision se pusiese la Sorbona á la altura envidiada de todos los establecimientos de enseñanza del mundo conocido. Parecia que esta resolucion que ocultaba cada uno de los individuos del claustro, y que se agitaba en ellos sin que pudieran ellos mismos explicarse el porqué esto sucedia, parecia ser como la perspectiva del gran acontecimiento que se les venia encima, y para cuya resolucion tenian de nuevo que apelar á Le Grand y á Riballier, no porque les faltasen hombres de quienes echar mano, que en verdad tenian muchos y buenos, sino porque de estos tenian ya la experiencia de lo bien que se habian portado en casos difíciles, y no esperaban que fuesen ménos decididos sus esfuerzos para el acertado desempeño de otras comisiones, tanto más cuanto que su buen nombre estaba interesadísimo en que en todas y por todos conceptos saliese muy bien y airosa la Facultad, que tenia á mucho honor el que sus miembros interpretasen tan bien el espíritu de la Iglesia, que era el único de que querian animar todas sus sentencias, dictámenes, resoluciones ó consultas. El motivo por el que la Sorbona apeló de nuevo á nuestro esclarecido Doctor y al que habia sido su compañero en la anterior comision, fué el siguiente. El cabildo catedral de Cahors, y con él su obispo, sostenian cierta competencia con los párrocos de aquella diócesis, que querian ser de derecho divino y derivarse de los setenta y dos discípulos de Jesucristo sin ninguna interrupcion, y en esto apoyaban su derecho á muchas cosas que, segun ellos por privilegio, y en realidad por abuso indebidamente consentido, traian contra las prescripciones de los cánones, y superiores no solo á los derechos de los canónigos, sino alguna vez áun á los del obispo, por lo cual comenzaron los disgustos, pues el cabildo trató de quiméricas las pretensiones de los curas, y estos enviaron una memoria acerca de todas estas cosas á la Facultad de Teología de París, para que ella, cuya competencia para su decision no puede negarse, diese el dictámen que creyese razonado y justo. Este asunto se presentó á la Facultad no solo apoyado por la memoria, en que se hacian los cargos que se creia favorables, sino oralmente por dos doctores muy distinguidos y acreditados, que estaban á favor de los curas, y eran los Señores Xaupi y Billete, los cuales con entusiasmo, aunque un poquito obcecados, querian llevar adelante la pretension de sus clientes; si bien tuvieron que pasar por los trámites debidos á un asunto de alta importancia, y que si formaba jurisprudencia para Cahors, tenia que formarla lo mismo para toda la Francia cuando ménos; por cuya razon, la Facultad quiso que en su resolucion se consultase bien, no solo los antecedentes aducidos por los exponentes y sus contrarios, digámoslo así, los canónigos, sino cuanto el derecho

eclesiástico y la tradicion misma venian diciendo; por lo cual se pensó desde luego en que una memoria, digámoslo así, contestase á la primera memoria de los curas y canónigos, y luego por los mismos doctores Le Grand y Riballier se entrára en cuestion con los otros doctores Xaupi y Billete, para que el acierto fuese más completo y el crédito de la Facultad se arraigase más y más. A la verdad que fueron muy sostenidas las conferencias en que se discutió este asunto, porque los doctores Xaupi y Billete defendian el derecho de los párrocos, y los doctores Riballier y Le Grand con gran comedimiento, con mucho respeto, atencion y aprecio á los párrocos de quienes se trataba y á todos los del orbe católico, queriendo desde luego y concediendo que su orígen era cuasi apostólico, es decir, de los primeros discípulos, no podian, sin embargo, avenirse á conceder tan ilimitados derechos á los párrocos como ellos los pretendian, porque de concedérselos, se los habian de menoscabar necesariamente á los obispos. Los defensores de los párrocos apelaron al dictámen de toda la Academia, ó sea Facultad de Teología, por no conformarse en modo alguno con el de los sostenedores de la opinion de ella, que creian no interpretaban bien sus sentimientos; pero vieron en las sesiones plenas que sobre el asunto se celebraron, que unánimes decidieron lo mismo todos los individuos de la Facultad de Teología de la Sorbona. Como todos comprendian que Riballier habia sido quien ilustrando la cuestion desde que fué presentada, la habia hecho ver en su verdadero y genuino sentido, contra él se concitó toda la adversion y malevolencia de los que hubiesen querido que se proclamára el derecho de los curas; no porque este les importára más ni ménos que el de los que les hacian la oposicion, sino porque combatido este, se cortaban las alas á la propaganda anticatólica, que bajo pretexto de tan sencilla controversia queria ingerirse en asunto de más monta. Sin embargo, nada pudo importar á Riballier el no tener de su parte á aquellos pocos obcecados, que en el extravío de sus teorías quiméricas habrian deseado involucrar los más claros principios del derecho para aprovechar en su favor tal confusion; tenia él de su parte no solo á todo el clero sino á todos los hombres sensatos de su época; y decimos de su época, porque no fué París solo quien admiró á Riballier; su nombre, como figuraba en obras de tanta importancia para la causa de la verdadera fe y figuraba siempre de un modo tan honroso, pasó con la noticia de estas cosas allí donde estas se supieron, y como el éxito conveniente y favorable de ellas se debió en gran parte á Riballier, el mérito que contrajo por todas partes mereció la justísima estimacion de cuantos miraban las cosas con la imparcialidad que es debido. Por fin, fué un hombre grande, y mucho más porque supo muy bien arreglar su conducta segun exigian las circunstancias en que se hallaba. El nunca fué amigo de

llevar las cosas por el camino del terror, ni mucho ménos de avergonzar ni poner en evidencia á los que en sus juicios ó aprensiones se habian equivocado, así como nunca tomó una medida de esas que los que estan en posicion suelen tomar y podriamos llamar de efecto, por cuya razon todos, absolutamente todos, le estimaban, procurando la honra (que como tal se consideraba, y con razon) de tratarle, ó por lo ménos tener con él una conferencia, lo cual lograban con facilidad, porque él tenia la atencion de recibir á cuantos se llegaban á su cuarto; llegando su galantería hasta el extremo de suspender sus ocupaciones, aunque fuese la importante de escribir, para atender enteramente al que venia para hablar con él; y áun cuando le disgustaba y mucho el que le viniesen á ver por mera curiosidad, tenia mucha prudencia para ocultar su disgusto, de manera, que con verdad podrá decirse, que nunca dió á conocer esta impresion desagradable que algunas veces le producian los que á su casa se llegaban. De este modo llegó á los setenta y tres años de edad, aumentándose su crédito y respeto cada vez más, si es que aumento cabe en una cosa cuando llega al término, como en el aprecio y estima de Riballier sucedia. Entónces, es decir, á los setenta y tres años (1795), comenzó á ponerse delicado y á necesitar abandonar á medio hacer los trabajos que comenzaba. Su enfermedad agravándose y haciéndose más penosa, le iba agobiando, y le postró en cama, aunque por pocos dias, los cuales le fueron muy provechosos para disponer su alma para el último trance. En hecho de verdad pidió y recibió con gran devocion los santos sacramentos de la Iglesia; hizo le repitiesen varias veces las preces con que ella encomienda á sus hijos al que es su cabeza y fundador, y fatigado con los dolores más acerbos y el más vivo sufrimiento, confesando la fe católica y exhortando á los amigos y compañeros que rodeaban su lecho á que perseverasen en el celo y acierto con que desempeñaban la enseñanza, exhaló su último aliento, produciendo su muerte un sentimiento y pena tan profundos, como íntima satisfaccion habia producido su trato. Sus honras fueron solemnísimas y concurridas de lo notable que encerraba Paris, tanto en letras como en ciencias y áun en la milicia, pagando así un justo tributo á la buena memoria del respetable sacerdote, que tanto se habia afanado por conciliar á los que se desavenian y por prodigar á todos cuantos favores estaba en su mano, no solo hacer, sino conseguir de sus numerosos amigos, que nunca se negaban á sus buenos deseos, porque sabian que el único móvil que le llevaba era el ánsia de hacer bien. No se ha perdido aún su buena memoria, con particularidad en la Sorbona y en el colegio de las Cuatro Naciones; y el justo aprecio que se le tuvo en Paris le hizo europeo, y áun universal, por el conocimiento de sus obras que eran un vivo retrato de su carácter apacible y benigno, conciliador y amigo de la

paz y sosiego, que son, como decia él mismo, el verdadero fundamento de toda felicidad. No son voluminosos sus trabajos, pero son muy apreciables y fueron oportunísimos, porque eran de verdadera actualidad. Titulároнse: *Carta al autor del Caso de conciencia sobre la reforma de los Regulares*, impresa en 1768. — *Ensayo histórico sobre los privilegios ó exenciones de los Regulares*; obra maestra que contiene documentos que esclarecerán un dia muchos acontecimientos, porque dan razon de muchas cosas que parece no tienen fundamento, y que sirvió para ilustrar la opinion obcecada, ya en favor, ya en contra de los religiosos, en los dias en que, segun hemos referido, se agitaba el importante proyecto de su reforma. Por último, las *Cartas de un Doctor á un amigo suyo sobre el* Belisario, de que ya hemos hablado, y que demuestran la gran moderacion de Mr. Ambrosio Riballier como crítico y como hombre de opinion. — G. R.

RIBAS (P. Andrés Perez de). Esclarecido religioso é historiador de la Compañía de Jesus; autor del libro titulado *Historia de Cinaloa*, en cuyo libro V describe largamente todos los sucesos ocurridos en una expedicion de que fué testigo y actor. Fué por espacio de diez y siete años continuos misionero apostólico, de una nacion llamada Zuaques, en el imperio mejicano, cuyo territorio riega y fecunda el rio Mayo. Habiendo ocurrido muchas alternativas en la suerte de las armas con la guerrera nacion llamada de los Hiaquis, la más valiente y difícil de dominar en aquel país; ejercitando su ferocidad con las naciones vecinas que continuamente les movian guerra. Entre todas las naciones de Cinaloa, la de Hiaqui era tenida en aquel tiempo por la más valiente ó más fiera; y á la verdad, sus naturales fuerzas, su destreza, su arrojo y temeridad, infundian el mayor pavor á los que trataban de oponérseles. Dos hechiceros apóstatas se ampararon entre ellos, aumentando con sus mentiras y falsedades su encono contra los españoles, que por tres veces seguidas se resistieron con el mayor valor á otras tantas entradas que en su rio hizo el capitan D. Diego Martinez de Hurtayde para castigarles por el refugio que habian concedido á aquellos malvados. En los tres lances vencieron los Hiaquis, destruyendo el ejército que llevaba el referido capitan, principalmente de los indios Mayos que habia reclutado, teniendo por gran triunfo salvar las vidas los pocos españoles que le acompañaban; aunque en la última entrada fué á mayor costa; porque raro español libertó la vida sin pagar la libertad con su sangre. Este capitan decia siempre, que entre todas las naciones que habia combatido, ninguna era más respetable que la de los Hiaquis en la guerra, sobresaliendo en la valentia, en los lances, en el desprecio de la vida, en sus ardides, en la eleccion del terreno, acierto en el tiro, seguridad en la puntería, y fuerza rara en sus saetas, mostrando para prueba su celada ó morrion atravesado de

una saeta, que siendo de palo tostado, venciendo el arte á lo frágil de la materia, habia horadado el templado y colado acero del morrion. Estas desgraciadas incursiones que hizo el capitan Hurtayde, imposibilitaban su reduccion por la soberbia que infundian á los vencedores y terror con que escarmentaban á los españoles. A pesar de hallarse tan ufanos, un cacique muy ilustrado que tenian, llamado Conibomeai, les hizo ver que sus triunfos eran efímeros, y que serían destruidos por las armas de los españoles en cuanto estos les acometiesen en mayor número. Vencidos por sus razones, se presentó como embajador el citado cacique, el que manifestó, que habiendo reconocido la perfidia de los consejos de los dos indios apóstatas, Laureato y Babilonio, cabeza de las rebeliones de los Oconoris, los habian engañado, asegurándoles que los tiranizaban los españoles, y que los Padres los hacian esclavos, que ya reconocida la verdad de qué parte estaba, pedia con la mayor eficacia é interés Padres que los mirasen como hijos, y rey que los defendiese como vasallos propios. El capitan aprovechó aquella felicísima coyuntura, y como preliminar de las paces les impuso como primera condicion, que le habian de entregar ántes que todo las dos personas de Laureato y Babilonio para castigar su rebelion y su apostasía, y que en el ínterin daria cuenta á Méjico, sin cuya aprobacion no podia recibir su obediencia en nombre de S. M., tomándose así tiempo para darle á que las circunstancias explicasen la sinceridad ó doblez del trato y acomodamiento de aquellos caciques. En Méjico se dudó mucho de obtener aquel resultado, porque el gobernador de la Nueva Vizcaya se oponia fuertemente á creer en la sumision de los Hiaquis, tanto más cuanto los habian experimentado tan fieros, acostumbrados á celadas y ensoberbecidos con sus triunfos, y así expuso su parecer, manifestando que no era prudencia fiarse de las buenas palabras de aquella guerrera nacion, en la que sobre la falsedad á que les inducia su gentilidad, habia fundamentos para no creerlos, debiendo temerse su mucha doblez. El capitan Hurtayde, como tenia tanto interés en el buen éxito de aquellas paces, ofreció mucho más de lo que podia asegurar, haciendo presente al gobernador, que dando á los Hiaquis Padres ministros, como pedian, sobraban las armas; que esta nacion era de fieras, y como á tales debia domesticarse con el cariño y paciencia; y que no era buen medio el de la caza, pues el ruido de los tiros las ahuyenta, y se logran muchos, se limpian los montes, porque se acaba con la especie, y que no era este el fin que se pretendia. Estas disputas tuvieron por resolucion la determinada voluntad del P. Rodrigo de Cabredo, provincial de Méjico, que á peticion del marqués de Guadalcázar, virey, señaló dos jesuitas para esta empresa, tan árdua y difícil como celosa y del mayor cuidado. Fueron los dichosos exploradores los PP. Andrés Perez de Ribas y Tomás Basilio.

La eleccion del P. Andrés era muy natural, así porque desde el rio Mayo, cuya mision habia planteado y logrado; como por haberle comisionado y enviado á Méjico el capitan Hurtayde á tratar este negocio, como el más apto para el caso, teniendo á su favor el haber vivido mucho tiempo entre los Zuaquos y Mayos, confinantes con los Hiaquis, habiéndose instruido lo suficiente con su amistad y comunicacion para poder informar acerca del carácter y prácticas de estos gentiles, de sus genios, de su ferocidad, de sus vicios y de su trato. Además habia la favorable circunstancia de ser el mismo el idioma de los Hiaquis que de los Zuaques, y en el que era diestrísimo el P. Andrés Perez; así fué que por parte del superior no podia haberse fijado en eleccion más conveniente, y en ella lo que más maravilla y edifica es la pronta y decidida admision del P. Andrés, porque ninguno mejor sabia lo muy árduo de la empresa, teniendo un perfecto conocimiento de los evidentes peligros á que iba á exponerse; pero su grande virtud, su extremada obediencia, y sobre todo su caridad y el deseo de la salvacion de las almas, le hizo admitir la nueva mision, estando no solo conforme, sino muy gustoso de ella, accion valiente, hija de su celo religioso y de su esforzado espíritu. El segundo, ó el compañero en la empresa fué el P. Tomás Basilio, que acababa de llegar de Europa, y suplicaba ardientemente se le ocupase en lo más dificultoso sin permitirle el descanso. Quizá tuvo su eleccion por motivo, el ser tan árdua la empresa y temer los superiores que habian de sentir repugnancia los que en el reino sabian las circunstancias; y por eso señaló á quien estaba ignorante de los riesgos, que esta es aquella suavidad fuerte con que Dios gobierna las disposiciones que atañen á su gloria. La única dificultad para el nuevo nombrado era la ignorancia del idioma, pero habia, hacia ya bastante tiempo en América la experiencia, de que los italianos y flamencos, por la dulzura de su idioma, se acomodan fácilmente á aprender y hablar el de los indios. Señalados los misioneros partieron á su peligroso destino; desde el camino se conoció la oposicion que hacia el infierno á la espiritual conquista, porque continuando el viaje, durante el cual se ocupaba tambien el P. Tomás en el estudio de la lengua zuaque, tuvieron noticia cierta del levantamiento de los Tepeguanes, y que rebeldes al Rey y apóstatas de la religion, habian sacudido el yugo de la obediencia y apostatado de la fe, quemando las iglesias y dando la muerte á ocho ministros jesuitas que los doctrinaban. Esta infausta noticia duplicó el dolor, porque á ciento treinta leguas de Méjico, en que la adquirieron, les obligó á pararse y suspender la marcha por ser el camino único para el rio Mayo el que atravesaba por en medio de los Tepeguanes rebeldes, y era gran temeridad entrarse al fuego sin poder templar la llama, y su vista solo podia servir de aumentar su encono y mala voluntad; y no

era este solo el temor que les dominaba, considerando que en Mejico, sabida la novedad, pudiera obligar al gobierno á mandarlos retroceder, pues aquella contrariedad era malísima circunstancia para intentar nuevas conquistas, mayormente contra la rebelion de un país conquistado; no siendo oportuno entrar en nuevos empeños, cuando los causaban tan estrechos los lances presentes. Esta consideracion les movió á no dar cuenta, ni aguardar resolucion, sino obedeciendo á lo mandado, doblar el camino, y rodear más de cien leguas de difíciles montañas para llegar al rio Mayo, como lo lograron á expensas de su ímprobo afan. Llegaron por fin, y allí publicaron su destino, consolando Dios su penoso viaje con la noticia de que los Hiaquis no eran cómplices, como se temia, en la conjuracion de los Tepeguanes; esta belicosa gente que tenia el estilo ó costumbre hasta entónces de coligarse, y prestar todo su auxilio á cualquier nacion que se opusiese á los españoles; todos los que fraguaban alguna rebelion la consultaban con su perfidia para tenerlos aliados en su defensa; no distaban mucho los Tepeguanes de su rio, y los Padres temian con razon que este accidente podia impedirles llevar á cabo sus santos designios, porque si al tiempo de la rebelion pedian, ó habian pedido socorro á los Hiaquis, estos, con su inquieto natural destruian, ó quizás habian destruido ya, la idea de sus buenos propósitos. En medio de estas congojas y sospechas prosiguieron su viaje, hasta conseguir entrar en las ya conocidas poblaciones de los Mayos. Aquí, recibidos con el agasajo á que era acreedora la gran caridad de los Padres, y que asistian en aquellos lugares, avisaron á los Hiaquis de su arribo y su destino, consolados con saber que á la conmocion de los Tepeguanes no habian entrado en liga ó en complicidad: este comportamiento daba á entender algun indicio de que habian tratado las paces de veras, y daba alguna luz á la esperanza de su firmeza. Sabido el arribo de los Padres, en el rio Hiaqui, salió al punto á recibirlos y á darles la bienvenida, convidándolos con sus poblaciones el cacique Conibomeai, acompañado de otros caciques, á quienes siguió más pueblo del que se quisiera, porque su multitud pudo causar dudas y rezelos, pero á lo ménos dió motivo á que se ostentase la valentía del celo de los misioneros. Oian estos á los caciques mil expresiones de urbanidad, acompañadas de cortesías á su modo y muestras de filial deseo, con todas las apariencias de verdad; pero al mismo tiempo los indios comunes hablaban diversamente, y algunos sujetos á los caciques que allí estaban hablaban como ellos; otros de otras poblaciones se explicaban con malicioso misterio, preguntando dónde llevaban los Padres los arcos y las flechas; otros se informaban como con cuidadoso artificio, cuánta gente de aquella, que habia huido de sus tierras, volvia con arcos de hierro, dando á entender su perfidia en preñadas proposiciones.

Estas obligaron á los Padres del rio Mayo á intentar que se detuviesen y parasen los Padres, hasta reconocer mejor el terreno, y no fiasen sus vidas de tres ó cuatro caciques, del cuyo tal cual corto dominio estaban independientes los otros, inmensa turba que hablaba y sentia tan mal de la entrada de los Padres. Solo á estos no arredró ni intimidó la oculta conmocion de los Hiaquis, y sin dar oido á los temerosos consejos que insinuaba la caridad ó el cariño, cerrados los ojos á las dificultades que pudieran sobrevenir, entraron acompañados de los caciques en el territorio del rio Hiaqui por Mayo del año 1617. Ciertamente estos ínclitos soldados de la Compañía de Jesus servian en milicia de penosa y continua tarea, su pré ordinario le cobraban en hambres, sed, susto y fatigas, y si en la milicia secular el dia de la batalla se llama de funcion, en aquella lo son todos los dias y todos los instantes. Estos dos capitanes ó esforzados campeones se arrojaron al peligro, y se arrojaron propiamente como corderos entre lobos; entraron tierra adentro, donde entre fieras, y fieras irritadas, llevaban sus vidas expuestas y vendidas, sin más defensa que la Providencia y sin más armas que la confianza y su excesivo celo. Soldados valientes sometidos siempre al riesgo y con las armas en la mano sin dar treguas al afan, ni desalentarse jamás. Entraron en aquel nuevo país, y como la ida era de paz verdadera en unos, fingida en otros, sin distincion visitaron todos los pueblos del rio y todas sus rancherías, para darse á conocer y explicar por mayor el fin de su venida, y en sermones á que concurria toda la gente, los primeros misterios ó verdades de nuestra religion, como la existencia de un Dios de cuya Providencia pendemos, y su omnipotencia, su justicia, la eternidad del alma y otros principios generales, como quien hablaba á muchos y todos alarbes; y aunque algunos mostraban deseo del santo bautismo en la brevedad del tiempo de esta visita, á ningun adulto se le administró por no haber tiempo para instruirlos; pero se dió bastante materia al celo, y se prepararon muchas almas para el cielo en el bautismo de más de tres mil niños, que voluntariamente ofrecieron sus padres. La experiencia dió en esta visita el conocimiento de todos los pueblos, que allí llamaban altos, porque estaban situados en lo más alto del rio, en uno de los cuales tenia su superioridad Conibomeai, estaban gustosos con los ministros y deseosos de su reduccion; pero en los otros pueblos, que ellos en su lengua llamaban bajos, habia mucha desigualdad y mal ánimo en muchos, y aunque algunos convenian gustosos en admitir las nuevas doctrinas, bastantes se resistian con perfidia, y sufrian y callaban únicamente por ser en menor número, y no atreverse á reñir y contrariar á los más, siendo tanto más temibles, pues que solo les capitaneaban y dirigian los vicios y malos instintos, siendo precisa mucha cautela y sagacidad en su trato, y mucha pruden-

cia en no permitirlas alistar gente en su partido. De los que estaban por entónces muy gustosos, no se debia temer se desertasen instruyéndolos bien en la ley y en oyendo sus preceptos; no era esta gente tan silvestre é idiota que no abusase mucho de lo racional; pero á este mismo paso entregados á todo género de vicios, á que el apetito convida, eran continuas sus borracheras, que llamaban diversiones, y en ellas, sobre el pecado de privarse del sentido, añadian mil indignas bestialidades, pues en su libre apetito y ninguna ley, no tenia el sentido prohibicion en sus licenciosos abusos. Este freno, que era preciso poner á sus deshonestidades, se le consideraba como de gran riesgo, de que oponiéndose y tratando de refrenar sus odiosos vicios, se desbocasen sin parar en los pueblos reducidos, ó más suaves en su reduccion, y teniendo terreno en que fuesen admitidos ó recibidos, aumentasen el partido que por entónces vivia oculto y se manifestaba descontento. Para tener alguna seguridad, el siguiente año se sentó la habitacion y morada propia en el pueblo sujeto á Conibomeai, en que habia la conveniencia de mayor seguridad y esperanza de mayor fruto: esto se logró enteramente, pues sin resistencia recibieron los pueblos altos la doctrina evangélica, fabricaron templos, y se redujeron á policía, mejorando las costumbres. El mismo virtuoso P. Andrés Perez de Ribas escribe con la mayor edificacion refiriendo los sucesos de aquella mision atrevida, cometida principalmente á su celo y al de su compañero el P. Tomás Basilio, que en la prohibicion del excesivo abuso de la poligamia no hallaron en estos pueblos la repugnancia que imaginaron; ántes sí con casta obediencia elegian entre sus mancebas una por propia mujer, con la que se desposaban, apartando de sí las demás, que las más de las veces eran sobradamente agraciadas, y ellos mismos solicitaban que los Padres las remediasen casándolas con otros cristianos. Creció tanto la religion, que en breve tiempo se vieron levantadas iglesias que formaron de árboles, en disposicion de cabañas, porque tuviesen uso en tanto que se construian otras de fabricacion más permanente de mampostería, cuyo manejo ya les era conocido á aquellos indios; pero este trabajo para establecer iglesias interinas fue felizmente vano, porque creció tanto el número de fieles, que los dias de fiesta no cabian en la cabaña destinada al culto divino, á la asistencia del santo sacrificio de la Misa, ni áun los dias no feriados á la doctrina y al sermon; y fué sumamente prudente armar una glorieta ó enramada al pie de la iglesia, donde se celebraba la Misa, y tenia el inmenso pueblo todo el campo donde asistir al sacrificio y adorar visiblemente el sacramento. La reduccion de todo el rio fué tan dichosa, que desde aquel tiempo quedó por la religion y por el Rey este territorio, valiendo más en él las armas espirituales de los misioneros, que habian podido los aceros de los soldados. A las noticias que se recibieron en Méjico

de la abundancia de la mies, socorrió el Padre provincial con obreros, y entraron en Hiaqui de refuerzo para aliviar la fatiga, ó más ciertamente para socorro de aquellas almas, los PP. Cristóbal de Villalta, Juan de Ardeñas y Diego Vaudersipe, que todos convirtieron en apacibles corderos aquellas incultas fieras, y en jardin aquel bosque: los pueblos que llamaron altos, no pusieron impedimento, y sus habitadores vivian finos y obedientes á los Padres, firmes en la ley recibida; los pueblos bajos tuvieron alguna resistencia no eran tan dóciles, pero áun cuando fueran todos unidos, no tenian fuerza, pues bastante para inquietar á los cristianos, ni vivian concordes, habiendo muchísimos de ellos humillado sus cuellos al santo yugo de la cristiana ley, aunque este sistema tan favorable se cambió todo contra los pobres ministros, disponiéndoles en secreto celadas y traiciones. Un indio de los más pérfidos armó un lazo, que á no haber concurrido la Divina Providencia con singular proteccion, ciertamente hubiera logrado el lance, y el bendito Padre la corona de la muerte. Acostumbraban los Padres bautizar á algunos adultos catecúmenos, en peligro grave de muerte, instruyéndolos en los misterios necesarios, y supliendo por la necesidad todas las demás noticias de los preceptistas, segun el dictámen de prudencia y de teología; un indio, pues, de perversa intencion, se fingió catecúmeno, y á pocos dias dispuso á otros de su misma raza por asesinos, y con uno de ellos envió á llamar al P. Basilio, fingiendo peligro de muerte propia, el que de cierto era riesgo y disposicion prevenida para la muerte de aquel virtuoso Padre; éste, con el ardor de su celo, partió al punto creyendo el recado, y no pudiendo sospechar traicion; fué la fortuna que la posada del indio estaba distante, y por consiguiente la emboscada léjos; el Padre iba á pié, y esto dió tiempo á que uno de los asesinos diese aviso á un cacique principal de lo que se trataba, arrepentido de su culpa, y lastimado de la inocencia del Padre y avergonzado de la aleve traicion: el cacique tomo su caballo, y á toda rienda alcanzó al Padre y á su desastrado guia, y parándose, le dijo: «Padre, por aquí hay otro á quien corre más peligro la vida que al enfermo á quien os conducen;» y tomándole y subiéndole á las ancas, le libró del riesgo en que ciertamente hubiera perecido, guardando Dios aquella vida para que la consiguiesen por su medio infinidad de almas. Tan cierto y seguro es que en este santo ejercicio de las misiones, los ministros llevan jugada la vida á la traicion y á la apostasia de aquellas gentes, y que no hay instante que no sea de continua ocupacion, ni descanso ó sosiego que no esté rodeado de peligros. La obediencia sacó de la mision al P. Andrés Perez de Ribas, pues los superiores y toda la Compañia comprendieron era justo galardonar los grandes méritos y largos servicios de este siervo de Dios en tan prolongadas misiones. Fué llamado á Méjico, y nombrado prepósito de la

casa profesa, cuyo cargo desempeñó con el celo y actividad á que toda su vida se hallaba acostumbrado, en vez del descanso que quisieron proporcionarle despues de las muchas fatigas que habian trabajado aquella naturaleza privilegiada; despues fué provincial de Méjico, nombrado á poco tiempo procurador por dicha provincia en Roma, donde asistió á la octava Congregacion general, y vuelto á Méjico, gobernó segunda vez la casa profesa, viviendo siempre con no interrumpida edificacion de todos sus hermanos, prolongándose su existencia hasta los ochenta años. La biblioteca de la Compañía hace la debida conmemoracion de un varon tan justo como virtuoso, obrero infatigable en las misiones del Nuevo-Mundo, debiéndose á su constancia, religiosidad y amor al prójimo la salvacion de infinitas almas que vivian sumidas en las sombras de la gentilidad y de la idolatría. Escribió con pluma erudita una obra titulada: *Historia de Cinaloa y sus misiones*, en la que da una noticia muy circunstanciada de las mismas, y mil curiosidades concernientes á aquellos vastos y desconocidos paises. —A. L.

RIBAS (D. Fr. Benito de). Tomó el hábito de monje benito en el monasrio real de S. Pedro de Cardeña, y profesó en él á 4 de Julio de 1614. Fué de lucido ingenio, y tuvo especial aplicacion al estudio de la sagrada Escritura. Era dotado de grande elocuencia, por lo que la religion le encargó el púlpito de S. Martin de Madrid, y le hizo predicador general de la congregacion benedictina de España; y la Majestad del Sr. D. Felipe IV le nombró su predicador. El año 1645, en el capítulo general, salió electo abad del monasterio de S. Pedro de Arlanza, que gobernó cuatro años, hasta el de 49. Vuelto á la corte en el de 1663, le premió el Rey con el obispado de Puerto Rico. Vivió en él solo seis años con muy poca salud, por sus muchos años y contínuo estudio. Su monasterio de Cardeña le alargó el espolio que le tocaba, y le socorrió para el gasto del viaje con mil quinientos ducados que tomó á censo. Fué muy limosnero y caritativo, de suerte que apenas caia la renta, cuando la mandaba repartir á los pobres. Murió en su iglesia, lleno de méritos, en 1671. —A. B.

RIBAS (P. Fr. Francisco), religioso de la órden de los Mínimos de San Francisco de Paula. Fué natural de la ciudad de Valencia, y uno de los teólogos más célebres de su época, y de los predicadores más distinguidos de su siglo. Su grande talento hizo que fuera estimado y apreciado de los hombres más sabios de nuestro pais, que acudian con gusto á oir sus predicaciones, y se disputaban sus escritos, que ignoramos hayan llegado á ver la luz pública. Su fama, como orador, fué tan grande que predicó en las principales ciudades de Castilla, Valencia, Aragon, Nápoles y áun en la misma capital, siendo escuchado siempre con admiracion y aplauso y mereciendo el aprecio de los hombres más doctos y distinguidos. Sostuvo mu-

chas controversias públicas en diferentes ocasiones, causando general asombro su extraordinario ingenio; pero la fortuna no coronó sus méritos y hubo de contentarse con la modesta mediania á que le habia condenado. Ejerció el cargo de provincial de su Orden en Castilla, y en sus últimos años se retiró á su patria, donde fué muy estimado y favorecido del patriarca y arzobispo de Valencia D. Juan Ribera, quien le tuvo todas las consideraciones debidas á su gran talento y extraordinario mérito. Mas á la muerte del santo patriarca Ribera, resolvió pasar por segunda vez á Italia y quedarse en el convento de S. Luis de Nápoles, donde recibió grandes beneficios del célebre D. Pedro de Giron, tercero del nombre, duque de Osuna y gobernador de aquel reino á la sazon. No dejó el P. Ribas de corresponder á sus grandes beneficios predicando repetidas veces en aquella ciudad, á la que edificó y admiró con su doctrina, facundia y buenos ejemplos. Pero su larga carrera de triunfos, pues tal puede llamarse á su vida entera consagrada al ejercicio de la predicacion, fué segada por una larguísima enfermedad de que fálleció, padeciendo en los últimos dias increibles tormentos, porque se le iban muriendo sucesivamente y poco á poco los piés y las manos y todos los extremos, y añade la Crónica que «para el reparo de lo que tenia de vida, era necesario ir cada dia contándolo muerto.» Acabando al fin por morir entre los horribles tormentos á que le sometió el atraso de la ciencia médica en aquella época, aunque le valieron quizá su salvacion, pues todos los religiosos creyeron ver entre sus padecimientos pruebas inequívocas de ella. Vivió cerca de ochenta años y más de los sesenta en la religion, siendo su muerte muy sentida por sus hermanos y toda la ciudad, que concurrió á sus solemnes exequias. — S. B.

RIBAS (D. Juan Pedro), vicario de la iglesia parroquial de la Zoma, rector despues de Agon, y cura párroco de Frescano, en 1759, del arzobispado de Zaragoza. Fué celoso en el cumplimiento de su destino, y deseoso de aprontar medios para que no faltase el mejor bien de las feligresias, escribió un *Manual de niños y grandes, para aprender y conservar en la memoria la santa doctrina cristiana. Dedicado á la Santísima Virgen y Madre de Dios del Pilar de Zaragoza*. En ella por José Fort, 1759, en 8.°—L. y O.

RIBAS (D. Lope de), obispo de la santa iglesia de Murcia, prelado de reconocido mérito y de rara virtud. Nació en el primer tercio del siglo XV, de familia ilustre, recibiendo una esmerada educacion, y su grande inclinacion á la vida ascética y contemplativa le hizo preferir el estado del sacerdocio á los demás destinos mundanales. Por sus relevantes prendas, gran piedad y constante interés por el lustre de la religion católica, fué propuesto para el obispado de dicha santa iglesia, sucediendo á D. Diego Deza Montes, que habia muerto en el año de 1458. Desde el momento de su instalacion

en la sede se ocupó con la mayor asiduidad en que el culto en las iglesias tuviese todo el esplendor que correspondia á tan altos ministerios. Protegió sobremanera las comunidades religiosas, siendo celosísimo en que se cumpliesen exactamente las reglas de sus diferentes institutos. En el año de 1467 dió licencia y cooperó con cuanto pudo para que se edificase en su obispado el despues célebre convento de nuestra Señora de los Huertos, de religiosos franciscos; edificio notable, que enriqueció con su munificencia, haciendo eterna su memoria. En el año de 1476 fué nombrado por presidente de la Hermandad. En el año de 1462 asistió en el bautismo de la que llamaron princesa Doña Juana, hija putativa del rey D. Enrique IV, que por ocultar su impotencia se hizo cargo del ajeno pecado. Este virtuoso prelado, que constantemente empleó su existencia en el servicio de Dios, procurando ensalzar su nombre con la majestad del culto, murió hácia el año de 1480, y tuvo por sucesor á D. Rodrigo de Borja. —A. L.

RIBAS (P. Luis de), religioso jesuita, natural de Valencia. Entró en la Compañía, de edad de quince años, en el de 1591. Estudió la filosofía en Zaragoza y la teología en su patria, con tales créditos y aprovechamiento, que siempre fué considerado este jóven en la Compañía como sujeto de gran inteligencia y talento, al mismo tiempo que muy querido por todos los Padres por su carácter amable y apacible, sus sanas, virtuosas é invariables costumbres y grande religiosidad. Así fué que casi adolescente, y por espacio de muchos años, leyó la sagrada facultad de teología en su colegio de San Pablo. Gozó siempre de mucha nombradía y fué calificador del Santo Oficio, rector de dicho colegio, prepósito de la casa profesa, y provincial de la provincia de Aragon; dando en todos los empleos que estuvieron á su cargo cabales muestras de religion, prudencia y sabiduría. Murió en la ciudad de Valencia á 3 de Enero del año de 1647, á la edad de setenta y un años; siendo muy sentida su falta en la Compañía, por ser persona de tanto respeto y capacidad. Entre sus varios escritos dió á luz la siguiente obra: *Summa Theologiæ, tomus primus qui continet Apparatum ad Theologiam, et septem tractatus etc.* Impresa en Leon de Francia por Pedro Prost, año de 1643, en fólio. Segundo tomo habia trabajado del mismo asunto, como advierte el P. Natanael, pero no se dió á la estampa. —A. L.

RIBAS (Fr. Matías de), religioso mínimo, natural de Navarra, de donde pasó á Castilla, en cuya provincia tomó el hábito, estudiando artes y teología. Fué varon muy docto y piadoso, y se distinguió tanto en su carrera que obtuvo los primeros puestos de la religion. Acabados sus estudios deseó pasar á Aragon á dedicarse á la enseñanza, á que le destinaban sus superiores, y en aquella provincia manifestó su gran saber, no solo en la cátedra sino tambien en el púlpito y confesonario, pues su conocida pro-

bidad y ciencia le atraian gran número de penitentes áun de las clases más elevadas, las que encontraban en el P. Ribas un excelente consejero en los negocios más árduos de la vida. Su conocida prudencia le valió obtener diferentes cargos en su Orden, todos los cuales desempeñó satisfactoriamente, en particular el de provincial, que sirvió hácia el año 1546, en ocasion que su religion necesitaba de los mayores esfuerzos para llegar á su apogeo, pues haciendo pocos años que habia sido fundada, era indispensable que las personas que se pusiesen á su frente trabajasen con la mayor actividad y solo por obtener los altos fines de su santo fundador. No fué Ribas quien ménos contribuyó á ello, y durante el tiempo de su gobierno se notó el grande incremento que llegó á tomar la religion de los Mínimos, estableciéndose gran número de conventos nuevos, y entrando no pocos religiosos, con lo que se podia esperar dias mejores, si los reyes de España continuaban protegiendo como hasta entónces lo habian hecho á los sucesores de S. Francisco de Paula. El P. Ribas murió, segun todas las probabilidades, miéntras aún se hallaba desempeñando su cargo, á los cincuenta y seis años de edad, dejando la mejor fama por sus méritos, virtudes y talentos para el gobierno en que principalmente se habia distinguido. Sus hermanos le han citado siempre con veneracion por este motivo, y nosotros no hemos querido omitir su nombre en este lugar, aunque se desconozcan las principales circunstancias, lo que es muy frecuente con personas que solo son citadas en las crónicas de sus órdenes por el lugar preeminente que en ellas ocuparon y de ningun modo por sus cualidades particulares, pues estos detalles los dejan aquellos autores para presentarles por modelos en los religiosos que se distinguieron por su grande piedad y áun por los extraordinarios milagros que les atribuye la piadosa tradicion.—S. B.

RIBAS (D. Pedro). Este eclesiástico nació en Zaragoza, donde fué vicario de su iglesia parroquial de S. Nicolás de Bari, desde el año de 1575. Conocióse su buena instruccion y curiosa literatura en la version que hizo del italiano al español de la obra intitulada: *Porqué provechosísimo para la conservacion de la salud, y para conocer la fisonomía y las virtudes de las yerbas*. En Madrid, casa de Pedro Madrigal, 1528, en 8.°, y esta es reimpresion. Su dedicatoria está dirigida al Excmo. Sr. D. Fernando de Aragon, arzobispo de Zaragoza, que murió en 1575. Tiene este escrito ciento noventa y cinco páginas y un índice copioso. Nuestro traductor habla en el prólogo de la utilidad de la obra, y hace algunas prevenciones interesantes.—L. y O.

RIBAS (Fr. Pedro de), religioso carmelita observante del convento de Zaragoza, é hijo de esta ciudad. Fué varon piadoso y sabio. El emperador Cárlos V lo tuvo por su confesor en Flandes, y á su instancia costeó el César algunas obras en dicho convento. Murió este maestro carmelita en 1577,

habiendo dejado los siguientes escritos: 1.° *De Prædestinatorum exigelo número liber unus.*—2.° *De Via ad cœlum ardua liber unus.*—3.° *De Juramine animarum purgatorii, libri duo.* Tratan de estas obras el P. Villiers de San Estéban, *Bibliot. Carmel.*, tomo II, pág. 887. El P. Jacobo, *Bibliot. Carmel.* El maestro Fr. Eusebio Blasco, *in Decor, Carm. Aragon.*, pág. 87. El maestro Espin en sus *Consult.* y D. Fr. José Felipe Ferrer, prior de Satiesas, del real monasterio de S. Juan de la Peña. *Compendio histórico de la villa de Egea*, pág. 174; edicion de 1790, en 4.°—L. y O.

RIBAS y Carrasquillas (Juan de). Nacido en Córdoba en 1612 y habiendo recibido de sus padres una educacion esmerada y sin que nada le faltase, optó por el estado religioso, habiendo elegido entre los diferentes institutos que habia en su patria la órden de Predicadores. Tanto en los colegios de esta muy acreditada, como todos los suyos, cuanto en la universidad y en otros establecimientos públicos de educacion, cursó con notabilísimo éxito la filosofía, sagrada teología y sus ciencias auxiliares, habiendo llegado á reunir todos los conocimientos que por entónces se exigian para optar al grado de doctor, distincion que no era tan frecuente como en nuestros dias, y que por lo tanto era de muchísima más importancia. Singular fué la manera con que nuestro P. Ribas logró tan envidiable láuro; pues su Orden fué quien se lo procuró en debida recompensa del afan, esmero y atencion con que habia hecho toda su carrera, obteniendo siempre las más brillantes notas, y habiendo suplido muchas veces á sus mismos catedráticos cuando sus enfermedades ú otros motivos le habian impedido asistir á las aulas. Como en estas ocasiones se habia mostrado, no solo muy dispuesto para prestar la enseñanza, sino muy aficionado á esta carrera del magisterio, pensaron desde luego en dedicarle á la enseñanza presumiendo, con razon, que en ella sacaria ópimos frutos. Segun costumbre muy loable en la religion de Predicadores, nuestro P. Ribas hubo de comenzar su enseñanza por humanidades, y fueron desde luego tan admirables sus explicaciones, que áun cuando todos estaban acostumbrados á que se enseñáran humanidades por los que habian despues sido los más acreditados maestros, ó bien porque ellos habian desatendido esta enseñanza por creerla de poca importancia, ó bien por esta misma razon, no estaban tan fuertes como en las demás ciencias; es lo cierto, que por cualesquiera de estos motivos nunca se habia oido leer humanidades con el acierto y con la erudicion con que lo hacia nuestro P. Ribas. Esto dió, como era consiguiente, márgen á que algunos de los Padres más graves de la comunidad opináran que se dejase al P. Ribas encargado de la enseñanza de humanidades; sin embargo, como esto era rémora en su carrera, le hicieron dar despues la enseñanza de filosofía y teología, alternando en estas dos ciencias, segun era práctica, para

que así pudieran los estudiantes con más unidad hacer sus estudios, bajo un mismo sistema siempre. Muchos deseáran que hubiese nuestro Padre pasado de unos á otros colegios á demostrar su erudicion y lo mucho que podia adelantarse con el órden que establecia para todos los estudios, desde los más elementales á los más sublimes; sin embargo, para dar crédito al colegio de Córdoba, prevaleció la opinion de los que querian que se quedase allí, porque en esto veian un medio seguro de que el colegio y áun la poblacion tuviesen algunas ventajas, pues aunque los estudiantes, por lo comun, son gente económica en sus gastos, la grande afluencia suele ser motivo de prosperidad para los pueblos, segun hoy mismo se oye á los que se lamentan de que se hayan sacado de ellos los estudios. Córdoba, en efecto, ganó mucho con que el P. Ribas fuese maestro de los Dominicos de aquella ciudad; porque, como hemos dicho, su grande aficion á la enseñanza y á los jóvenes, y á procurarles todos cuantos alicientes estaban en sus manos para su porvenir, le obligó á pretender y lograr, en aquella acreditada universidad, una cátedra donde en distintas horas que en su colegio, pudiese dar á cuantos quisieran recibirla, la educacion misma que con tanto acierto se daba en los colegios de Dominicos, y con particularidad en el de Córdoba. Cada vez se hacia más notoria la fama de nuestro buen religioso, y como su tan acertado sistema daba tan felices resultados, muchísimos fueron los que ya le aceptaron y le siguieron con tan extraordinario éxito, que lograron grandes adelantos en la ciencia teológica, tan importante como necesaria. Era, pues, como hombre científico una especialidad nuestro P. Ribas; sin embargo, en medio de su gran talento, y con su excelente deseo de alentar á los jóvenes al estudio de las ciencias, y moviendo, por cuantos medios estaban á su alcance, los estímulos que les llevasen á su mejor inteligencia y más perfecto desarrollo de sus conocimientos, no pudo él librarse de una preocupacion, y su claro ingenio se vió ofuscado ante una idea que acaso en otro le hubiera parecido, como lo era en verdad, una excentricidad, y que él no pudo ni siquiera dar razon de lo que era, ántes por el contrario se dejó llevar de su error y perdió para los más sensatos el concepto que merecia, porque, en hecho de verdad, cometió un desliz imperdonable en un hombre de sus circunstancias. Sin que tuviera ningun motivo ni fundamento, y solo por una de las cosas que no se explican, tomó aversion á un instituto grande, civilizador, importantísimo, y que si para todos tenia y tiene muchísimos motivos de aprecio, para el Padre tenia más, pues que era obra enteramente española. La Compañía de Jesus fué el objeto de su aversion y de su saña, sin que pudieran con él ni lo claro de su talento ni áun los esfuerzos que alguna vez hicieron sus maestros para disuadirle del temerario empeño que tenia de atacar un instituto cuyos felicísimos resultados ha visto el mun-

do entero. El P. Ribas, que para los estudios sérios tenia, como llevamos expuesto, una capacidad extraordinaria, manejaba la sátira con admirable destreza, y de tal suerte que poniendo las cosas bajo un punto de vista que parecia muy sério, era en el fondo tan sarcástico, que heria sin compasion al que caia por su banda. Así lo hizo con la Compañía de Jesus, siendo autor de un libro que logró fama por lo mismo que estaba lleno de inexactitudes, pues, desgraciadamente, el comun de las gentes como que se gloría en burlarse de los objetos más respetables, que siendo en sí mismos altamente benéficos, excitan por esto la odiosidad de los que son instrumentos de las más lamentables obras. El título de esta obra, que, repetimos, logró muy triste celebridad es: *Teatro jesuítico, apologético discurso con saludables y seguras doctrinas necesarias á los príncipes y señores de la tierra.* En realidad de verdad debe consignarse que esta obra perteneció á nuestro P. Carrasquillas, porque no ha faltado quien se la atribuyera á un distinguido obispo de Málaga, que no tuvo ni áun noticia de él hasta mucho tiempo despues de su publicacion. Los que lograron ver este libro, si no son afectos al instituto del gran Loyola, hallan en él armas con que atacarle; mas los que miran á tan benéfico instituto bajo el prisma de su verdadera importancia, se lamentan, como nosotros nos lamentamos, de que un hombre de tan gran erudicion no mojára su pluma sino en esta sarcástica tinta, que con carácteres execrables pintaba lo que es más para respetado que para puesto en ridículo; porque en hecho de verdad mucho han valido á la Iglesia los hijos de Domingo de Guzman, es cierto, pero no ha sido ménos el fruto que ha reportado de los de Loyola; y si abundante es el número de santos con que cuenta aquella distinguida familia, ni son ménos ni ménos importantes los que tiene esta otra. Muy sensible es que ninguna obra séria nos haya dejado el P. Ribas, y solo se haya ocupado en satirizar tan grande obra, como fué, és y será la Compañía de Jesus. Sin embargo, en sus últimos dias reconoció nuestro Padre su error, y aunque no garantizan la noticia las personas más autorizadas, se ha dicho con insistencia que se retractó y tuvo con uno de los superiores de la Compañía de Jesus, en Córdoba, una larga conferencia, en la cual les pidió el perdon debido por sus extravíos. De todas maneras lo indudable es que, aparte de este desliz, el P. Juan de Ribas Carrasquillas fué sabio en ciencias teológicas, diestro en la sátira y digno de compasion por su obcecacion fatal. — G. R.

RIBATALLADA ó DE RUPECISA (Fr. Juan), del órden de Menores. Llegó á ser maestro, doctor y catedrático de teología, y despues misionero apostólico, en Moscow. Fué muy instruido en sagrada Escritura y en las ciencias filosóficas. Seducido ó inducido por no sé qué espíritu, comenzó á anunciar como profeta la desolacion de la Iglesia católica y otras cosas muy terribles;

por lo cual fué puesto en la cárcel por los mismos superiores de su Orden. Escribió desde la cárcel á cierto cardenal una *carta* y un *Comentario sobre el Maestro de las sentencias*. *Propheta in Patria*, *ideoque extorris*, dice un escritor de su vida. Defendió en Viena con sus escritos «los derechos de Dios, de la Iglesia, del César y de la patria. A la edad de noventa años volvió á su patria, grabóse su retrato, al pié del cual se puso este lema: *Numquam retrorsum*, aludiendo á su apellido. Fué consejero treinta y seis años. Véase *Peretallada*, Tritemio, fólio 259 del manuscrito del archivo de la catedral de Barcelona. Bosch, pág. 366.

RIBATRANSONA (Fr. Deodato de), religioso sacerdote de la Orden de Padres Menores Capuchinos. Italiano, y conocido en toda la provincia de la Marca en el reino de Nápoles, por la gran fama que adquirió por sus virtudes y santidad. Fué un varon sumamente estudioso, de una vida ejemplar, muy contemplativo y dado á la frecuente oracion; sujeto sumamente considerado y querido en el convento por todos sus hermanos, efecto de su carácter servicial, y humildad que acompañaba á todos los actos de su religiosa vida. Exactísimo en el cumplimiento de todos sus deberes, sumamente obediente, no desdeñando jamás el ocuparse en los oficios más bajos que exigia el aseo del convento, acudiendo con la mayor solicitud á la enfermería, complaciéndose en la buena asistencia y procurando el alivio de sus hermanos enfermos. Tan sublimes y excelentes cualidades le hacian sobresalir entre todos los religiosos; y no se limitaban sus virtudes á las que vienen expuestas, pues era tan fervorosa y ardiente su caridad, que ningun pobre ó necesitado se apartó jamás de su presencia que no fuese contento y socorrido. De este modo logró una fama tan extraordinaria, que en todo aquel país era admirada su filantropía y las bellísimas dotes que adornaban á aquel santo varon. Era notable su recogimiento y mucho más lo era su compostura, principalmente en el santo sacrificio de la Misa, que siempre dijo con la mayor devocion. Observaba el ayuno con el mayor rigor, y se sujetaba con la mayor voluntad y conformidad á todas las asperezas y austeridades propias de su Orden. Despues de una vida santa y ordenada, llena de piedad y virtudes, dispuso el Señor de llevársele para premiar sus muchos merecimientos. Tuvo una enfermedad corta y ejecutiva, y habiendo recibido con la mayor alegría, compuncion y devocion los santos sacramentos, dió su alma al Señor en el año de 1563, año memorable por haberse terminado en él el santo concilio de Trento. Su muerte fué muy llorada y sentida por todos los religiosos y por toda la poblacion, recordando los muchos favores y beneficios que dispensaba con el mayor celo á la humanidad desvalida, dictado por su sensible y magnánimo corazon. — A. L.

RIBEIRA (Fr. Francisco de). Religioso agustino, que marchó á las mi-

siones de Méjico hácia el año 1600, donde escribió la *Vida del V. P. Fray Juan de Alvarado.*—S. B.

RIBEIRA CHIADO (Fr. Antonio). Religioso franciscano, natural de Portugal, publicó: *Regla general de S. Francisco*, en verso. Auto sacramental, titulado: *La invencion natural.*—S. B.

RIBEIRO (P. Lorenzo). Los fervores de este religiosísimo Padre fueron siempre mayores que sus fuerzas, y el amor á la Compañía tan grande, que no podia vivir fuera de ella. Nació en la ciudad de Evora. Llamáronse sus padres Francisco Fernandez y María Ribeiro. Entró en la Compañía, en su patria, á 6 de Noviembre de 1599. Era de salud delicada, y por la estrechez con que decidió vivir, enfermó de gravedad, y creyendo que no tendria salud en la Compañía, le volvieron á enviar á casa de sus padres. Sintió mucho dejar el bien que tanto amaba, y así aunque dejó la sotana, no dejó las costumbres de novicio. Hacia vida tan religiosa, que á todos causaba admiracion. Volvió á continuar los estudios en la universidad, donde su modestia y santidad de costumbres causaron grande edificacion. Todos sus deseos eran volver á la Compañía. Fueron tantas las lágrimas que vertió por su pretension, tal la santidad con que vivió, que recobrada la salud, fué recibido por segunda vez, teniendo en esto inexplicable gusto. Duróle poco la salud, pero era tal su ejemplo, que mereció le conservasen en la Compañía. Tenia ya veinte años cuando entró esta segunda vez, y continuó en sus estudios ántes de terminar el noviciado. Servia de ejemplo de toda clase de virtudes á los hermanos novicios. Cuando comulgaba, corrian por sus ojos lágrimas de devocion. Un hermano que le vió repetidas veces en estas ocasiones, afirmó que le parecia el rostro de este bendito novicio más bien de ángel que de hombre. Despues de dos años quedó de solo ministro de los hermanos, y luego fué tambien de los hermanos del recogimiento, siendo aún de aquel estado. Era el primero que los ayudaba en esta ocupacion en los oficios más humildes. Tenia grandes deseos de que fuesen todos perfectos. Era más amigo de los más virtuosos, no para hacerles más favores, sino para darles más ocasiones de aprovechamiento, y así decia que los amigos espirituales lo habian de manifestar en desear á sus amigos los bienes interiores, como los otros desean los bienes exteriores á aquellos amigos que lo son conforme el mundo. Tenia ingenio claro, dedicábase con mucho cuidado al estudio, siendo un retrato de modestia cuando asistia á las cátedras; llevaba continuamente la vista baja, el aspecto compungido y humilde. Todos le respetaban como á santo, viendo que nunca perdia aquella compostura tan admirable. Dióle Dios particular gracia para dirigir á los otros por el camino de la virtud, y no solo á los de su casa, sino tambien á las personas de fuera con quienes trataba. Siendo teólogo, habitó en el co-

legio de la Purificacion. Admirábanse los colegiales de la santidad y prudencia que en él veian, y del modo con que los procuraba encaminar para Dios. Cuando sabia que estaban algunos desavenidos, ó que necesitaban de algunos consejos, iba á verlos, y dándoles grandes muestras de benevolencia, hacia de ellos cuanto queria. Dió tanto ejemplo en aquel colegio, que duró por muchos años en la memoria de todos los que le habian conocido. Despues de estudiar teología durante algun tiempo, fué enviado al colegio de Coimbra. Alegróse mucho de esto por tener ocasion de conocer á muchos de grande virtud que vivian allí, y aprovecharse con los ejemplos de aquella santa comunidad. En el dia que llegó á Coimbra se celebraba la fiesta del Corpus, hallándose expuesto el Señor en la capilla de los hermanos; aunque estaba cansado del camino, permaneció todo el dia de rodillas delante de su Divina Majestad, ya rezando sus horas y devociones, ya meditando y haciendo oracion. Alegráronse mucho en el Colegio de su llegada, por ser ya célebre su virtud, y confesaron algunos, que sabiendo estaba en la casa, ántes de verle sintieron nuevos deseos de adelantar en su espíritu. Ordenóle el P. Rector que se aposentase en el recogimiento, para que se enfervorizasen los hermanos con sus pláticas y mejorasen con su ejemplo. Diéronle una celda que tenia la ventana alta, y parecia hecha más bien para ver el cielo que para mirar la tierra. Alegróse de estar en aquel aposento, porque habia leido en algunos Santos Padres que el aposento de la Virgen Santísima tenia una sola ventana tan alta, que por ella no se veia más que el cielo, y así le agradaba su habitacion y la preferia á otra cualquiera, porque solo ponia los ojos en el cielo donde tenia su corazon. Terminado el estudio de la teología se ordenó de sacerdote, deseando á imitacion de San Francisco Javier, retirarse y hacer ejercicios durante cuarenta dias ántes de decir la primera Misa. Esto no le fué posible, pero se recogió por ocho dias á hacer ejercicios en el noviciado. Fué tal el fervor de su devocion durante ellos, que se olvidaba de asistir á la mesa, y necesitaba el P. Maestro de novicios sacarle de la celda para ir á tomar el necesario alimento. Con esta preparacion dijo la primera misa en el noviciado con extraordinario placer de su espíritu. El nuevo estado le puso en obligacion de ser perfecto religioso, como lo fué en verdad. Ponia especial cuidado en rezar con la devocion y atencion debidas el oficio divino, y acostumbraba á decir que se debia preciar mucho de esto todo religioso, y que por esto se llamaban oficio las horas canónicas, porque se debian emplear en ellas los sacerdotes, como un oficial ordinariamente en su oficio, deteniéndose á su voluntad en la meditacion de algunas cláusulas en que sentia mayor devocion. El lugar era el coro delante del Santísimo, ó la celda, siempre de rodillas ó en pie derecho, sin recostarse. Si llamaba alguien á la puerta de la celda

miéntras rezaba, respondia únicamente: *aperi*, y continuaba el salmo hasta el fin. En tocando la campana á levantarse, se comenzaba á preparar desde luego para la Misa. Luego se ceñia el cilicio, no habiéndole acontecido acercarse sin él ningun dia al altar. Despues de la oracion se confesaba casi todos los dias. Tenia siempre en la memoria las palabras del Exodo: *Sacerdotes, qui accedunt ad Dominum, sanctificentur, ne percutiat eos Dominus.* Despues de la confesion consagraba un poco de tiempo á la oracion, despertando en sí los sentimientos de humildad y amor. Decia la Misa pausadamente y con singular devocion. Por las tardes empleaba todos los dias un buen espacio de tiempo en el coro de la iglesia en hacer oracion. En los dias que se hallaba expuesto el Señor en la iglesia ó en la capilla del Colegio, por lo comun no comia por asistir más tiempo en presencia del Señor, delante del cual pasaba todo el dia. Todas las obras que hacia, el estudio en la celda, leer en la clase, comer en el refectorio, hablar en las horas de descanso, todo lo hacia en presencia de este Señor, pareciéndole que no tenia motivo para acordarse del cielo, sino solo del sagrario donde se hallaba todo el bien aunque encubierto. Una misa le servia de preparacion para la otra. Todos los dias llevaba puesto el silicio hasta despues de decir misa, acordándose del ceñidor sin el que no entraba el sacerdote en el santuario. Por lo comun dormia sobre el tablado, y cuando lo hacia en la cama, era sin almohadas. Si alguno le reprendia por este rigor, le contestaba que no se le diese cuidado por ello, pues él dormia tan bien sobre la piedra como sobre la más blanda cama. Durante la cuaresma ayunaba muchas veces á pan y agua, haciendo lo mismo en el adviento y todas las ferias cuartas, sextas y sábados. Cuando se ponia en la mesa por primera vez alguna fruta, nunca la tocaba. Quejábase algunas veces á varias personas del poco rigor con que le trataba su confesor, porque todo lo que él hacia le parecia poco en comparacion de lo mucho que deseaba. Estas penitencias eran las ordinarias, pero cuando venia alguna fiesta de su devocion aumentaba otras, que siempre ejecutó y sirvieron á muchos de ejemplo. Levantábase de noche muchas veces á hacer oracion, en que empleaba dos ó tres horas, y á veces se detenia hasta el amanecer. Cuando creia que no le convenia dormir tanto tiempo, se sentaba en la cama á hacer oracion, y despues volvia á dormir. Todos los meses consagraba un dia entero á la oracion. Cuando veia el campo, levantaba con frecuencia el pensamiento á Dios, diciendo: «¿Si esto es en el destierro, qué será en la patria?» Decia que era muy útil, y así lo ejecutaba, recordar algunas sentencias de la Sagrada Escritura que enseñasen verdades evidentes á que pudiese acudirse, como á tabla en el naufragio, cuando uno estuviese sumido bajo el peso de las tribulaciones ú ocupaciones. Tales eran para él. Era muy devoto del misterio de la santísima Cruz, y

sentia particular consuelo en meditarle. Cristo crucificado era para él su libro. Ayunaba en su obsequio todas las sextas ferias, lo que hacia tambien en la cuaresma y adviento. Además del silicio ordinario, se ceñia en estos dias el pecho y cintura con una soga de cuerda, y daba un tormento particular á cada sentido, pareciéndole que hacia traicion á Cristo, si quisiere tener alivio en semejante dia, cuando Jesucristo se hallaba clavado en un madero. Fué especial devoto de nuestra Señora. Desde que fué sacerdote no dejó nunca de rezarla su oficio. Empleaba media hora en visitarla. Ayunaba siempre en los sábados y vísperas de sus fiestas, aunque no fuesen de obligacion. Superábase con especial cuidado para sus festividades. Nueve dias ántes rezaba en su capilla nueve veces el cántico del *Magnificat*, pidiendo á los nueve coros de los ángeles que se le ofreciesen, y la alabasen en su nombre y la diesen el parabien de su gloria. Otras veces la hacia otras devociones segun le enseñaba su afecto. Todas las semanas destinaba los sábados en especial obsequio suyo, haciendo oracion sobre algun paso de su vida, ofreciendo en honra suya todas las obras que hacia en tal dia. Cada mes dedicaba un dia á renovar las devociones de nuestra Señora, examinando los descuidos que cometiera en ellas, y renovando los propósitos de servirla. Fué muy amigo del silencio, y nunca quebrantó en este punto la regla de la Compañía. Las horas destinadas para hablar las empleaba en tratar de las cosas de Dios, creyendo que no era aquel tiempo á propósito para hablar de estudios; decia que pues las letras le llevaban cada dia unas diez horas, no era mucho que se recrease el espíritu en el tiempo que habia para hablar. Conversaba con gusto sobre la pasion de Cristo y del amor que nos manifestó en ella. Una vez tuvo la duda de en qué palabras nos manifestára el Señor más afecto de las que dijo en la pasion. Sobre esta materia hay muchas consideraciones piadosísimas. El P. Lorenzo dice que le parecia se debian conservar como reliquias de aquel amoroso corazon las palabras en que nos encomendó á su Eterno Padre, llamándonos espíritu y alma: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*. Padre, en vuestras manos encomiendo mi alma, que son los hombres: supremo y último encarecimiento de amor. En esta forma eran las pláticas y descansos de este siervo de Dios, de quien él estaba lleno. No paraba el amor que este buen Padre tenia á Dios en las palabras, sino procuraba que se viese en sus obras. Tenia un entrañable amor á la humildad, la cual consideraba él más que ninguna otra virtud en todos los pasos de la vida de Jesucristo. Sentia muy humildemente de sí, y si comprendia que tenia alguien buen concepto de él, procuraba muy de propósito hacerle creer lo contrario, presentándole para esto todas las razones que le sugeria su humilde deseo. Cuando estuvo en Evora hacia todos los dias oracion en la iglesia de S. Antonio,

visitando su capilla, pidiendo le alcanzase la virtud de la humildad, en particular en no querer descubrir los talentos que recibiera de Dios, sino cuando fuese así conveniente para gloria del mismo Señor. Tenia mucho cuidado que no saliese palabra de su boca que pudiese redundar en crédito suyo. Era muy devoto de S. Luis Gonzaga, procurando imitarle en todo, y todos los que le trataban decian no ser su vida más que una imágen de la vida de S. Luis. Imitábale particularmente en buscar, como hacia el santo, muchas ocasiones de desprecio. Viendo despues que habia estudiado teología, que no podia ocuparse en oficios humildes, como deseaba y hacia anteriormente, obtuvo de los superiores que le dejasen servir dos dias á la semana en la cocina y hacer otros oficios humildes. Este amor que tenia á la humildad le hacia tener particular devocion en la meditacion de los años que pasó Cristo sirviendo á su madre y á S. José, teniendo los hombres tan poco conocimiento de su sabiduría, que áun los que más le trataban, le creian persona de poco juicio; procurando así imitar la humildad del Señor. En todas sus obras hallaba mucho que reprender, huyendo de este modo del peligro de la vanagloria. Decia que no debiamos dar fe de los servicios que hacemos al Señor, sino de las ofensas con que le agraviamos, para que nos humillase este recuerdo y debilidad. Aprovechábase de las faltas en que caia para crecer en la humildad, y decia que de cada una debiamos sacar tres cosas. La primera, desconfianza de nosotros mismos; segunda, descrédito para con los hombres, alegrándonos de quedar humillados en su presencia; tercera, cautela para proceder en adelante con más vigilancia. Todas las faltas eran graves á sus ojos. Pasar por delante de una cruz sin quitarse el bonete, hablar en tal ocasion, ó decir tal palabra, era para él materia de suspiros. Muchas veces se quejó á sus padres de pasar el tiempo del recreo en pláticas indiferentes, por no poder tener en estas ocasiones las que él acostumbraba. Oia con mucho gusto las palabras que más le humillaban, y decia: «Cuando me injurian, imagino que me tiran con piedras de oro, con las cuales puedo quedar rico en paciencia y humildad.» Tenia tambien grande amor á la santa pobreza, de que hace gala la humildad. Su vestido era por lo comun muy pobre. Remendábalo muchas veces para no tomar otro nuevo. Respetaba mucho la santa obediencia, sus órdenes eran para él como proposiciones de fe, diciendo que así como estos carecen de discurso, así aquellas se habian de ejecutar sin discurso. Abrazaba con más gusto las que eran más repugnantes á la naturaleza. Decia que entre las obras de Cristo le parecia de mayor precio á los ojos de su Eterno Padre, en la que se ofreció para ejecutar todo lo que su Eterno Padre le mandase. Naciale de aquí una grande conformidad con la voluntad divina, á la que en todo estaba sujeto. Estaba casi siempre enfermo, unas veces con tos,

otras con dolores de cabeza y otros achaques, mas creyendo que lo tenia asi dispuesto el Señor, lo llevaba todo con alegria. Pero sentia siempre en su interior una paz y conformidad admirables. Procuraba sellar todas sus obras con aquella marca con que sellaba este patriarca las suyas: *Ad majorem Dei gloriam*, para mayor gloria de Dios. Hablando un dia de S. Ignacio con otros religiosos de las virtudes del santo fundador, se valió para aumentar su fervor del siguiente medio: «Dijo que tomase cada uno una virtud del santo, la que más le agradase, y se ejercitase en ella con especial cuidado todo el año siguiente, procurando haberla conseguido para la fiesta del año siguiente.» Eligieron unos ésta y otros aquella, el P. Lorenzo escogió una purísima intencion de gloria divina en todo lo que hiciese y dijese, añadiendo que en esto es en lo que deseaba parecerse más al santo. Nunca dejó de hacer cosa que creyese ser buena en el Señor, aunque le pareciese que no sería tenida por tal á los ojos de los hombres; porque no hacia caso de respetos humanos cuando se oponian estos en alguna cosa á los divinos. Procuraba con el mayor cuidado no dañar en la conversacion á ninguno de sus hermanos, buscando luego ocasion en que manifestar cuán léjos se hallaba de intentar tal cosa. Cuando adolecian algunos hermanos en el recogimiento de que él era ministro, los servia por si mismo y les hacia las camas. Alegrábase en gran manera de los triunfos que obtenian sus hermanos en los actos públicos, y sus parabienes eran palabras humildes y religiosas, distantes de toda adulacion. Si hallaba algun medio eficaz para obtener la virtud, le comunicaba luego, para que se aprovechasen otros de él. Era tanto el celo que tenia del bien ajeno, cuanto era el del suyo propio. Buscaba mil invenciones para ganar á los hermanos para Dios. Cuando salia algun hermano del noviciado para el recogimiento, ó del recogimiento para el colegio, procuraba encontrarse con él, decíale lo que le convenia, y le encomendaba á algunos hermanos devotos, para que le conservasen, ofrecia muchas oraciones, misas y penitencias por las necesidades de la Iglesia. Era muy aficionado al confesonario, en que empleaba las mañanas y tardes cuando no se lo impedian otras ocupaciones de precisa obligacion. Este celo del bien del prójimo se vió en particular siendo maestro de latin por el cuidado que tenia en que aprovechasen sus discípulos. Elegia el santo mas ilustre del Martirologio, de que se hacia mencion en aquel dia, leia algun ejemplo que pudiesen imitar los estudiantes, y despues al pasar á la leccion de la clase, decia: «Tomad ahora leccion de virtud, hoy es dia de tal santo, de quien se cuenta tal virtud que podeis imitar de esta manera.» Enseñábales á dirigir jaculatorias al cielo, diciéndolas despues de preguntarles la leccion. Estaban tan acostumbrados á estas jaculatorias, que cuando salian á la calle las iban repitiendo por todas partes. A estas virtudes añadia un gran despego de la

carne y sangre. Procuró obtener limosnas en el colegio de Evora para una persona de su obligacion que padecia grande pobreza, manifestando en todo que lo hacia movido de caridad y no de afecto natural, porque dejando una persona una limosna para que se diese á una viuda pobre de la ciudad, á la que mejor pareciese al padre de la Compañía á quien se entregaba, ofreció el padre la limosna al P. Lorenzo Ribeiro para aquella persona, y le contestó que creia que no tenia ya tanta necesidad, por lo tanto que se la diese á otra viuda hermana de otro padre de la religion. Tuvo siempre un gran deseo de la salvacion de las almas y de dar á conocer el nombre de Dios en todo el mundo. Para esto y para hacer penitencia, deseaba andar por el mundo, asistir en diferentes partes publicando la gloria de Dios. Pidió durante siete ú ocho años á Dios y á sus superiores pasar á las misiones de las Indias hasta que lo consiguió. Hallábase predicando la cuaresma en Besteyres, cuando le llegó la noticia de que estaba nombrado entre los misioneros de la India. Es inexplicable el placer con que leyó esta carta. Dió á Dios repetidas gracias por tan singular merced, y se embarcó el año 1615, manifestando grande espíritu durante el viaje. Antes de llegar á Goa le sobrevino una calentura aguda, que sufrió con paciencia, continuando la enfermedad despues que desembarcó hasta que entregó su espíritu al Señor en el colegio de Goa el 2 Diciembre de 1615. Sus virtudes se hallan referidas en una carta del superior de aquella provincia, que dice así: «El Señor se ha llevado para sí al P. Lorenzo Ribeiro, que llegó con calentura, continuando siempre en peor estado á pesar de cuantos remedios se le aplicaron. Llamóle para sí quien le trajo á la India. Murió en el dia de nuestro Padre San Francisco Javier, de que fué siempre muy devoto, y por cuya devocion deseó tanto venir á estos paises. Habia pedido á los hermanos del colegio de S. Pablo que hiciesen una novena al santo, la cual se acabó en su dia y él con ella la vida; dejónos á todos muy consolados y edificados. Murió como habia vivido y supo el dia en que habia de morir; por no haberme avisado de que estaba con la santa uncion, no me encontré en su muerte, lo que sentí mucho.» Hasta aquí parte de la referida carta. La vida de este bendito Padre fué escrita por el P. Franco, tomándola de una narracion que se conserva de ella en el archivo de Coimbra.—S. B.

RIBEIRO (Hermano Miguel). Nació en Alcayns en el obispado de la Guardia. Entró en la Compañía en Coimbra á 26 de Octubre de 1703. La modestia de todas sus acciones daba bien á conocer la inocencia de sus costumbres. Durante la oracion y exámenes estaba siempre de rodillas muy contrito y con las manos levantadas al cielo. Todos los dias visitaba los altares de la iglesia, é invitaba á otros para esta devocion, en especial en las horas llamadas de recreo. No dejaba ningun dia de rezar el oficio de nuestra Se-

ñora y afligir su cuerpo con todo género de penitencias. No le gustaba molestar á nadie con sus palabras. En una ocasion en que dijo una cosa manifestando resentimiento, pidió perdon tres veces, y volvió á hacerlo con las manos levantadas y lágrimas en los ojos la mañana del mismo dia en que murió. Un religioso que no era partidario suyo, le ocasionó todo género de disgustos, pero siempre habló bien de él, y no se le oyó palabra en que se quejase. Acudia con mucha caridad á servir á los enfermos; en cuanto sabia que un religioso padecia alguna enfermedad, despidiéndose de él sin decirle nada, iba á manifestárselo al facultativo, pidiéndole algun remedio, que le llevaba en el acto. Del grande amor que tuvo á la Compañía provino una extraordinaria pena, que sentia en sus calamidades, no pudiendo menos de derramar lágrimas en ellas. Fué muy modesto y sencillo, de donde procedia decirse que sería con el tiempo un excelente maestro de novicios. Viendo el P. Rector que en su presencia estaba siempre con los ojos clavados en tierra, le preguntó: Porqué no miraba á su rector? A lo que contestó con la regla que ordena: Que cuando hablemos con hombres, en particular de alguna autoridad, no pongamos los ojos en su rostro. Era sumamente agradecido al bien que se le hacia. Siendo maestro, desempeñaba su cargo con singular perfeccion y cuidado. En dando la hora subia luego á la cátedra y encargaba lo mismo á otros con quienes tenia mas confianza, que desempeñasen esta obligacion con el escrúpulo y cuidado que requiere. Resplandecia tanto la virtud en todas sus acciones, que hubo religioso que afirmó creer en conciencia que nunca habia pecado mortalmente. Otro que le habia tratado mucho dijo: Que nunca le vió accion en que cometiese culpa leve. Que habia notado que nunca hablaba mal de otro. Que el que quisiere ser amigo suyo, ó le habia de hablar de los aumentos de la religion ó de sus varones ilustres, ó de cosas de la otra vida. Creyóse, no sin fundamento, que le habia sido revelada su muerte. Dos meses ántes de ella invitaba á otro religioso á aprovechar el tiempo que le quedaba para sus conferencias religiosas, diciéndole: que se queria aprovechar del tiempo, que era ya poco. Todas sus pláticas se referian á la muerte y las circunstancias que la acompañan. Tres dias ántes de morir fué un religioso á su celda; y le encontró sentado y acometido ya de la enfermedad de que falleció. Apénas le vió le dijo: «A Dios, amigo mio, que ya me llama Dios.» Contestándole que se equivocaba sin duda por el malestar que acompaña á toda dolencia, insistió añadiendo: «Ciertamente que Dios me llama.» Lo mismo le repitió diversas veces en los tres dias y noches que precedieron á su muerte. El dia en que espiró, hallándose á su lado el mismo religioso, levantó los ojos hácia un crucifijo, y dijo: ¡Ah, Señor, cuán pronto he de estar en vuestra presencia! Pidió con fervor los santos sacramentos y que le hablasen de Dios. Cuan-

do no podia ya hablar, señalaba al cielo como indicando que estaba de camino para él. Los médicos nunca comprendieron su dolencia, aunque á los tres dias le arrebató la vida. Falleció en el colegio de Coimbra, á 21 de Junio de 1716, dia en que murió tambien S. Luis Gonzaga, de quien fué imitador este virtuoso hermano, muriendo tambien miéntras estudiaba teología. Todos le tenian en opinion de religioso inculpable.—S. B.

RIBELLES (Fr. Bartolomé). Nació en la ciudad de Valencia á 8 de Junio del año de 1765, vistió el hábito en el convento de Sto. Domingo de dicha ciudad el dia 12 de Junio del año de 1788, á los veintitres justos de su edad; hecha su profesion y concluidos sus estudios, leyó artes y teología, y obtuvo los honores de presentado y el de maestro en su religion. Su genio laborioso é incansable en escribir fué causa de que sus superiores lo nombrasen bibliotecario en su Real convento, y que le nombrase coronista de su provincia de Aragon, y el Ayuntamiento de Valencia coronista y analista del reino. En fuerza de su continuado estudio y falta de ejercicio, se quebrantó su salud, que fué perdiendo por grados hasta su muerte, acaecida en 11 de Enero de 1816, á los cincuenta y un años de edad. Fué varon sumamente erudito y avaro de saber; no tuvo momento ocioso ni de la menor distraccion, siempre ocupado, ya que no fuese en sus estudios, en todas las obligaciones que le imponia la regla. Entre los muchos escritos que se deben á su fecunda é ilustrada pluma, se conservan los siguientes: 1.° *Observaciones histórico-críticas á las trobas intituladas de Mosen Jaime Febrer*; Valencia, por José de Orga, año de 1804, en 4.° Es sensible que solo se publicase el primer cuaderno. 2.° *Compendio histórico de todas las epidemias padecidas en Valencia ántes del año* 1647; Valencia por Jose de Orga, año de 1804, en 4.°—3.° *Ilustracion de la lápida romana, descubierta en Valencia en el año de* 1807, *con motivo del ensanche de la calle del Almodin*; Valencia, tipografía de Monfort, año de 1808, en 4.° Contra esta obra escribió algunos años despues D. José Francisco Ortiz y Sanz otra titulada: *Noticia y plan de un viaje Arquitectónico-anticuario*, hecho por órden del Rey, en 8.°—4.° *Memorias histórico-críticas de las antiguas Córtes del Reino de Valencia*; Valencia, por Miguel Domingo, año de 1810, en 4.°, y en el *Diario Mercantil*.—5.° *Disertacion sobre el descubrimiento de varias inscripciones sepulcrales, en otros tantos pedestales, en el término y monte de Almenara*. Son muchos los manuscritos que dejó, de los que no puede darse razon por no haberse logrado tener relacion de ellos.—A. S.

RIBERA (Fr. Alfonso de), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Toro en Castilla la Vieja, en cuyo convento tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en el último tercio del siglo XVI, pasando luego á Madrid, donde vivia por los años 1626. Fué varon de suma gravedad en sus

costumbres, muy erudito y muy elocuente predicador. Escribió y dió á luz las obras siguientes: *Del ejercicio é indulgencias del Rosario de nuestra Señora y del nombre de Jesus.* De este libro se hicieron tres ediciones, dos en Madrid, años 1628 y 1641, y la última en Pamplona en 1642.—*Historia sacra del Santísimo Sacramento contra los herejes de nuestros tiempos*; Madrid, 1626, un tomo en fólio, impreso por Luis Sanchez, á la conclusion del cual imprimió el siguiente opúsculo: *Tratado de las excelencias de Sto. Tomás de Aquino, singular defensor de este altísimo misterio.* No consta el año ni lugar de la muerte de este docto religioso.—M. B.

RIBERA (Doña Ana), religiosa del convento de Santa Clara de Huete, de la Orden de S. Francisco. Esta sierva del Señor, natural de un pueblo de la provincia de Cuenca, hija de padres ilustres y muy honrados que la educaron y criaron en el santo temor de Dios, manifestó desde luego su extraordinaria vocacion de consagrarse al servicio de Dios. Tomó el hábito apénas cumplidos los diez y nueve años, captándose desde el primer momento la buena voluntad de todas las religiosas por su modestia, honesto porte, y suma humildad. Siempre la encontró propicia la superiora á cumplir con todas las obligaciones del monasterio, fuesen de la clase que quisieran, áun de los servicios mas bajos y humildes, á todo estaba pronta con semblante risueño y complaciente. Exactísima igualmente en la observancia, jamás faltó al coro dedicando además muchas horas á la oracion, á que era muy afecta. Entre sus virtudes ejemplares eran muy señaladas su abstinencia y ayunos y sus disciplinas y mortificaciones, siendo lo más notable que no hiciese gala de ellas, recatándose para sus ejercicios de las demás religiosas. Fué de estas extraordinariamente querida y estimada, logrando á pesar de su activa vida y continua mortificacion, una larga existencia, toda ella destinada á cantar y glorificar á su Divina Majestad. Su muerte fué la de los justos dulce y tranquila, como el que tiene confianza en alcanzar otra vida eterna é imperecedera. Murió esta santa y virtuosa religiosa por el año de 1576.—A. L.

RIBERA (Anastasio Pantaleon de). Este poeta castellano, al que puede considerarse el Scarron de España, nació en Zaragoza en 1580. Creyéndose con vocacion para el estado eclesiástico, estudió con esta idea y acabó por tomar el hábito de religioso; pero como en la práctica austera del noviciado conociese que no era aquella su vocacion, abandonó el convento ántes de que le obligase la profesion, y se dedicó al estudio de la literatura, al que tenia especial inclinacion. Abrazando la carrera de las armas, que convenia más á su carácter que la religiosa, se distinguió por su arrojo y valor en 1604 en la toma de Ostende, en cuya accion recibió muchas heridas. Fué hombre de tan buen humor y tan jovial, que áun en los momentos más dolorosos que debia sufrir cuando se le hacia la cura, hacia reir á los cirujanos hasta

el punto de tenerle que amenazar éstos con abandonarle si no callaba, porque les era imposible operarle á causa de la risa que les causaba con sus picantes, oportunos y festivos dichos. Volviendo de la guerra colmado de laureles, se consagró Ribera enteramente á la poesía, y entró de secretario del duque de Medinasidonia, que fué su constante protector. Sus poesías respiran talento y gracia, y como fuese muy aficionado á la sátira, tuvo especial gusto en poner en verso cuantas historietas y anécdotas galantes de la corte y de las ciudades llegaban á su noticia. Su carácter jovial y alegre le abria las puertas de las casas más ilustres, que le deseaban siempre tener en ellas porque era el enemigo mayor que tenia la pena y el mejor remedio contra la melancolía. Hízose una coleccion de sus dichos agudos y festivos, que se imprimió en Madrid en 1630, cuyo libro se ha hecho ya muy raro. Fué excelente escritor de romances y de redondillas, en cuya rima puso en ridículo todos los vicios de la corte. Por algun tiempo disfrutó del favor del galante rey de España Felipe IV, pero perdió su gracia y se le prohibió la entrada en palacio, á causa de una burleta algo séria que hizo á uno de los grandes de España que más distinguia el Rey, sin duda debió ser este señor el conde-duque de Olivares, que mandaba, por su privanza, en España más que el soberano. Murió Ribera poco despues de este suceso en 1629, á la edad de cuarenta y nueve años, y sus poesías se imprimieron en Zaragoza en 1634, y en Madrid en 1646, en dos volúmenes en 8.°, y no cuando dice el *Diccionario histórico francés*, que achaca esta impresion á Pellicer, diciendo fué amigo del autor, siendo así que éste nació ciento nueve años despues de la muerte de Ribera.—C.

RIBERA (D. Andrés). Nació en S. Miguel de Esporiz, en el reino de Galicia, de familia noble, siendo sus padres D. Manuel Bernardo y Doña María Manuela Taboada. Empezó sus estudios en la universidad de Santiago, los prosiguió en Alcalá, donde fué catedrático de teología, y los acabó en Avila, siendo en todas partes apreciado por su talento y aplicacion. Se hizo eclesiástico, y fué magistral de Mondoñedo, juez de fuero y visitador de su diócesis, distinguiéndose en todas ocasiones. Fué provisor del arzobispado de Santiago, y en 1782 fué nombrado canónigo lectoral de la misma, donde se hallaba cuando la invasion de Bonaparte: se distinguió igualmente por su desprendimiento en favor de la causa comun, cediendo á la nacion su vajilla de plata, valorada en más de treinta y cuatro mil reales, y cinco hermosas mulas, apreciadas en treinta mil, las que cuidó en el ejército su mismo cochero, año de 1815; repartió entre los pobres de la ciudad de Santiago ciento veinte mil reales. Se granjeó la confianza de su soberano por su talento y disposicion, confiriéndole varias comisiones, y la de ser rector de la universidad de Santiago. En 1819 fué individuo de la junta perma-

nente en Madrid, para atender á la reparacion y gobierno de los colegios mayores. En 1820 tuvo que dejar la corte á consecuencia de las turbulencias de aquella época, y se retiró á Santiago de Galicia. Murió en esta ciudad, á la edad de ochenta y seis años, en 3 de Mayo de 1827, dejando por herederos á los pobres.—D. M.

RIBERA (Fr. Antonio), minorita. Fué natural de Castilla la Nueva y perteneció al órden de S. Francisco, de la regular observancia, considerándole en la religion como un varon distinguido por su virtud é ilustracion. Floreció por los años 1747. Fué catedrático de teología, calificador de la suprema Inquisicion y comisario en la Curia romana. Escribió, aunque sin llegar á publicarle, un libro en idioma latino, que tituló: *Tractatum de Purissima Conceptione Deiparæ semper virginis*, del cual hablan con elogio algunos bibliógrafos de la Orden, que tuvieron ocasion de verle.—M. B.

RIBERA (Fr. Bernardo), del órden de Predicadores, natural de Barcelona. Fué llamado vulgarmente *Ribereta* por ser de pequeña estatura. *Echo Fidei* «ab orientali ecclesia Moskoviæ personans. Romanam vocem vix non ingeminans. Arctoæ Hydræ strepitus superans Photiano licet vindo balbutiens. Angelicæ theologiæ pharmaco convalescens. Heterodoxia repurgata Ecclesiam adunans.»—*Opus theologicum primam Catechismi romani partem subsecans in duas clases divisum, Symboli articulos exponens, historiam et chronologiam sacro-politicam Moskoviæ adpingens Emmo. Card. Ludovico Belluga de Moncada dicatum. Viennæ Austriæ*, 1733, *in* 4.° En la dedicatoria dice que en Barcelona aprendió esta exposicion de fe, en Cataluña la enseñó por órden del Rey, en España y en la misma corte la predicó, en Rusia, bajo la proteccion del embajador español la defendió. En esta obra, que deberia ser más leida, brilla el profundo saber de este gran teólogo. Es curiosa la censura teológica poco favorable que hace de la adoracion que se da como á la santa Eucaristía, al *Lignum Crucis*, venerado en la iglesia parroquial de Cervera con el nombre de *Santo Misterio*. Hallándose el dia 21 de Julio de 1730 en Moskow, asistió á unas conclusiones de teología, vestido con el hábito de su Orden, enteramente desconocido á todas las Rusias (*cunctis Moskovitis ignoto*), y argumentó sobre la procesion del Espíritu Santo del Hijo, que niegan los griegos, y con mucha y profunda erudicion teológica llenó de admiracion á los concurrentes. No reparó aquel dia en la estampa, que era muy despreciable por su grabado: pero advertido por otro más curioso al siguiente, reparó que habia una matrona que representaba la Religion, ó la Fe, que pisaba las cabezas de otras siete que le decian algo, y les respondia con los lemas que salian de sus bocas. Estas representaban á Arrio, Macedonio, Lutero, Calvino, Sabelio y Mahoma; y la del centro de todas, vestida de pontifical con la tiara, y un lema que decia *Papa*, representaba

al romano Pontifice, y salia de su boca: *Accipite Spiritum Sanctum: ergo Spiritus Sanctus procedit à Filio*, le respondia la Religion: *Memor esto unde excideris, et age pœnitentiam; sin autem venio tibi, et movebo Candelabrum tuum de loco suo.* (Apoc., II, 5.) Asistió al dia siguiente á otras conclusiones de filosofía; echó por tierra y pidió públicamente los dos ejemplares de las infames y torpes conclusiones teológicas, cuya estampa no habia reparado; levantó mucho la voz y se quejó altamente de la insolencia con que se permitia insultar á los católicos, poniendo al Papa entre Mahoma, Lutero y Calvino, etc. Al fin del primer tomo hay *Brevis enarratio historica præsentis status Ecclesiæ Moskovitæ*. Adviértase que habiendo vivido tres años como capellan del embajador español el Sr. duque de Liria, y misionero apóstolico nombrado por el Papa, le encargó S. E. averiguar los ritos y religion griega, templos, monasterios y sacristías; y todo lo más recóndito le fué manifestado con tanta proteccion: trató á los prelados ruthenos, por esto pudo dar una exacta noticia de la Iglesia ruthena ó rusa. Esta obra es un excelente tratado en que se da una exacta noticia del estado de aquella iglesia. Tienen á S. Andrés por el fundador de la religion en aquel pais. *Quatuor errores.* «I. Spiritum Sanctum per Filium malè explicant. II. Status animarum purgandarum post mortem negatur, quibus indefinitè suffragium conceditur. III. In casu adulterii potest vir uxorem dimittere, non è contra. IV. Negant *Primatum Ecclesiæ Romanæ;* nos schismaticos vocant quod Christum Ecclesiæ unicum caput muniter traditum divesimus, etc.» Predicó la *Cuaresma* al Real Acuerdo de Barcelona, en el año 1728, en Santa Maria del Mar.—*Luz de la verdad ó diálogo entre cuatro soldados, Roque Carranza*, etc. Aunque no lleve su nombre se cree que él es el autor. El canónigo Pascual de las Avellanas copió entre sus manuscritos un *Romans de Bernat Ribera. Dit Bernardo (y Ribereta per ser tan pich) aná á predicar la cuaresma á S. Feliu de Codines, y doná port a'sos amichs de las pauperies del Rector en lo seguent Romans.*

Comienza:

Despres de haber passat Caldes
Me trobi sens saber com
Entre peñas y montañas
De las mes aspres del mon.

Concluye:

Y axis me recordaré d'ell
Per servirlo molt gustos
Fius á la fi de ma vida
Que ab la fi se acaba tot.

En la Biblioteca de Santa Catalina de Barcelona, ántes de 25 de Julio de 1835, existia el retrato del P. Ribera y en su contorno y al pié la siguiente cuarteta, y el diploma de Cárlos VI, á que alude:

Varon de un aspecto afable
En esta bella pintura;
Mas del César la escritura
Te hace más recomendable.

El tal diploma de Cárlos VI es del año 1730, y con él le nombra su cesáreo teólogo ó consejero espiritual, asegurando que habia dado pruebas de su insigne ciencia con públicos escritos y libros que contienen y tratan de las cosas más excelentes de Dios, de la Iglesia y de los derechos del César. Añádese allí mismo que profesó en el convento de Barcelona en 1689.—A.

RIBERA (Fr. Buenaventura Fuster de), hijo de la ciudad y convento de S. Agustin de Valencia, cuya sagrada regla profesó el dia 11 de Abril del año de 1609. Fué hermano de Fr. Mauro de Valencia, célebre y ejemplar capuchino, á quien procuró asemejarse en el saber y gran nombradía en el púlpito. Fué varon sumamente estudioso y muy entendido en letras sagradas y profanas, consumado teólogo, de constante virtud é intachables costumbres. Por su mucha expedicion en los negocios le nombró la Orden procurador general en Roma para la causa de la canonizacion del inmemorable y grande arzobispo Santo Tomas de Villanueva. El Pontífice hizo un grande mérito y apreció sobremanera las grandes prendas y sabiduría de Fr. Buenaventura, y le honró con el grado de maestro; y habiéndose restituido á su provincia, fué en ella nombrado secretario y definidor provincial, prior del real convento de S. Agustin y de nuestra Señora del Socorro. Murió en Valencia á 22 de Octubre del año de 1658, diez dias ántes de la solemne canonizacion de aquel santísimo prelado, siendo generalmente sentido y universalmente llorado, dejando un grande vacío en la santa Orden á que pertenecia, y que hacia bien difícil de llenar su irreparable pérdida. Su elegante y persuasiva pluma habia escrito la siguiente obra, que contribuyó poderosamente al pronto y feliz éxito de los pasos dados en la corte pontificia para conseguir la canonizacion del mencionado virtuosísimo y santo prelado. *Estado de la canonizacion y causa del B. Fr. Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia.* Impresa en Roma en la tipografía de la reverenda Cámara apostólica, año de 1658, en 4.° Corre tambien en la vida del mismo santo, que compuso el maestro Fr. Miguel Bartolomé Salon, y que habia reimpreso Fuster; en Valencia, por Bernardo Nogués, año de 1652, en 4.°, y que empieza desde la pág. 551.—A. L.

RIBERA (D. Diego de), obispo de la santa iglesia de Segovia y primero de este nombre. Tuvo por patria á la ciudad de Toledo, y por padres al ilustre D. Juan de Silva y Ribera, señor de Montemayor, y á Doña Juana de Toledo, marqueses de Montemayor de Toledo. Se crió y educó en la casa del santo arzobispo de Granada Fr. Hernando de Talavera; hizo sus estudios en la universidad de Salamanca, donde brilló y sobresalió por su gran talento, vasta inteligencia y constante aplicacion, llegando á ser rector de dicha universidad en el año de 1506. Su ilustre nacimiento, gran capacidad y sobresalientes virtudes, hicieron fuese muy atendido y considerablemente apreciado en aquella época, así es que siempre desempeñó altos cargos y prelacías, en las que manifestó y desarrolló su gran ingenio y talento, procurando el mayor esplendor á la gloria y culto de Dios. Sucesivamente fué nombrado comisario general de Cruzada, obispo de Mallorca y de Segovia, habiendo sucedido en esta prelacía á D. Fadrique de Portugal, que murió siendo obispo de Sigüenza. Consagró al maestro del emperador D. Cárlos I de España, Adriano Florencio, en el año de 1516. Cuando S. M. Cesárea le presentó para el obispado de Tortosa, Mariano Sículo dice, hablando del ilustre D. Diego de Ribera, que el Rey Católico le estimaba por el valor y virtud de su persona, añadiendo que era elegante, y muy curioso en celebrar los divinos oficios guardando la mayor compostura, devocion y respeto, y que la Reina Católica, la grande Isabel, tenia la mayor complacencia y mucha devocion en oirle sus misas cantadas; que sustentaba en su casa muchos clérigos, cantores y gente noble. Sirvió mucho al Emperador, principalmente en Toledo, en donde se vió envuelto en el conflicto que produjeron las alteraciones y alborotos de las comunidades, levantando al servicio del soberano un cuerpo de quinientos hombres, mantenidos á sus expensas por el término de dos años y medio. Este gran trastorno fué motivado y tuvo principio en el descontento universal de los vasallos, que sin atender á respetos divinos ni humanos, y con gran saña, crueldad y mayor ánimo, pusieron en ejecucion su designio. Ciertamente, si hubieran tenido presente en Segovia á su pastor y corregidor, el daño no hubiera sido tan considerable, y quizás se hubiera evitado con la prudencia y buen consejo el origen de un fuego que se apoderó de una gran parte de las dos Castillas, y se pudo atajar con pocas gotas de agua cuando era recien nacido, pero habiéndole dejado crecer y tomar brio, para extinguirle y exterminarle hubo necesidad de que corriese la sangre humana, y que poderosamente y con la mayor energía tomase la justicia la mano, castigando á los principales y á nadie más, y solamente á los que convino; perdonando la clemencia del príncipe á la multitud del pueblo, gobernado, seducido y guiado de la soberbia de unos pocos, que con la vida pagaron la temeridad de su vano pro-

ceder, consultando á solas con su discurso lo altivo de su ambicion, no meditando el poder y fuerzas de sus manos; *vana est sine viribus ira*. Las quejas que daba el pueblo venian á reducirse á la concesion de un tributo en la ausencia del Emperador de estos reinos y riguroso gobierno de ministros. No se daban los oficios y dignidades á los naturales, sino á extranjeros; que se sacaba el oro y la plata del reino, y otras cosas que acrecentaban la materia de la indignacion y quejas. Pedro Mexia, testigo de vista de los efectos y consecuencias de aquel miserable tiempo, en la Historia que escribió de Cárlos V, dice de la comunidad de Segovia lo siguiente. «La comunidad de Segovia fué más cruel y abominable que las otras. Estando un dia el comun de aquella ciudad en la iglesia de Corpus Christi, ocupado en elegir oficiales, como tenian de costumbre, en mártes dia de pascua del Espíritu Santo, estaba acaso con ellos Fernan Lopez Melon, criado ó allegado de la justicia, con la cual tenian enojo, y como el dicho Melon la quisiese disculpar, algunos que le querian mal se alborotaron contra él de repente, y con voces y gritería le prendieron, y sin más razon ni dilacion le ahorcaron por los piés, y de vuelta de hacer este cruel sacrificio, se encontraron con un hombre que se llamaba Roque Portal, corchete de la justicia, y porque le vieron escribir en un pliego de papel, uno de ellos creyendo que tomaba y escribia los nombres de todos ellos, comenzaron á dar voces y mueras, y por los mismos pasos le llevaron en procesion y le ahorcaron, y finalmente, habiendo gastado el dia en estas dos estaciones, en el siguiente los regidores de aquella ciudad, y con ellos Rodrigo de Tordesillas, procurador que habia sido de córtes, y concedido el tributo, estando así juntos una gran multitud de pueblo armado, y con voces y gritos comenzaron á decir que les entregasen al traidor de Tordesillas, y como no se les diese gusto, escalaron por diferentes partes las casas de ayuntamiento, y sin que ninguno se atreviese á resistirlo, le entregaron, dejándole en las manos de la ira y furor del pueblo; le llevaron preso, y aunque en el camino el dean y cabildo de aquella santa iglesia, acompañado de muchos clérigos y religiosos, que con el Santísimo Sacramento en la mano pedian piedad y misericordia, no bastó; le llevaron arrastrando, insultándole en aquella via dolorosa y diciéndole un sin número de afrentas, y entre otras le daban el nombre de enemigo de los pobres, y llegando al lugar del suplicio, le ahorcaron en medio de los dos primeros colgándole de los piés, que fué un lastimoso espectáculo. Y es mucho de considerar, que su casa y sus amigos con apretadas instancias le habian pedido que excusase cuanto pudiese el ir aquella mañana al Ayuntamiento, y ni obedeció ni hizo caso, siendo su obstinacion motivo de llevarse y conducirse él mismo á la muerte, siendo el autor del peligro y daño de su vida, por desoir los consejos de la prudencia. Y añade Mexía, que tuviera el mis-

mo fin Juan Vazquez, su compañero, y vecino de Espinar, procurador tambien á córtes, que afortunadamente estaba ausente, si estuviera en Segovia; mas andando el tiempo le quemaron los comuneros su casa en el Espinar, mirándolo él mismo desde un monte donde se habia retirado, viendo con el mayor dolor destruida su propiedad. Quitaron la justicia del Rey, y pusieron otra de su mano; se hicieron señores de la ciudad y sus puertas, y apellidaron el nombre de libertad, declarando á su ciudad por comunera, turbando de esta suerte las claras aguas del caudaloso rio de la paz pública.» Hasta aquí Pedro Mexia. Habiendo acabado con Tordesillas, volvieron y saquearon y quemaron su casa, de donde resultó otro daño, que el noble ó ciudadano que no se declaraba por la comunidad y santa junta (que estos títulos daban á su levantamiento) le saqueaban la casa y era tenido por enemigo público y traidor, y todo esto, y una larga procesion de inconvenientes, perjuicios y daños, vino á parar en perdonar á muchos con el castigo de pocos, quedando Castilla difunta en sus tratos, sin oficiales ni gente que sirviese en lo poco y en lo mucho de que necesita una ciudad y república; trocando todos la ocupacion para que fueron llamados en arcabuces y lanzas; los tributos muchos, la justicia tullida de piés y manos, guerra entre padres é hijos, lo divino profanado, la paz no fué oida ni vista, y la religion violada; las leyes retiradas por los desiertos y montes, quedando el campo y campaña por lo que decretaba el furor del pueblo enojado y bravo. La nobleza y personas celosas del bien público no eran oidas, y en reuniéndose ó formando juntas eran tenidos por enemigos de su propia patria. Mas en acabando de pasar este diluvio, y avenida de tan grandes daños, volviendo Castilla en sí, y viéndose y considerándose á sí misma, vió sus edificios heridos y lastimados, sus hijos reducidos al miserable estado de pobreza. Llegó el Obispo á su iglesia, despues de haber estado ausente por largo tiempo, oyendo por relacion la miseria y trabajos de su ganado y ovejas; vió por sus propios ojos los daños que habia padecido el edificio de su iglesia catedral, inútil para servir al ministerio de los oficios divinos. Trató con beneplácito del Emperador, acuerdo de su Iglesia y consentimiento de la ciudad, que se edificase otro nuevo templo y en muy diferente sitio, y en miércoles 24 de Mayo, víspera de la Ascension, volviendo de la procesion de la letanía, y llegando el Obispo, cabildo y clerecia al sitio donde se habia de comenzar la nueva fábrica y templo, puesto de rodillas con el cabildo y el clero haciendo oracion, levantándose con lágrimas en los ojos, tomó un azadon, y dió tres azadonadas, dando principio á tan suntuoso edificio; y en 8 de Junio, despues de celebrada la misa mayor, el Obispo bendijo la piedra fundamental; formó en ella con un cuchillo cuatro cruces, y hechas las ceremonias que manda el ritual eclesiástico, mandó al arquitecto que la asentase en la puerta del

Perdon, y la fueron acompañando el obispo y su cabildo, y debajo de ella se puso una medalla grande de plata con las armas del Emperador y del obispo. Concluida esta operacion, el prelado bendijo las zanjas, y el edificio ayudado de la piadosa liberalidad del pueblo, en breve tiempo creció y se levantó con aplauso y alegría comun de todos, en tanto grado, que dice Juan Tomás Milanés, vecino de Segovia, en el libro que tradujo de latin en castellano de las propiedades de las cosas, que dedicó á este prelado, como testigo de vista, que las señoras principales de esta ciudad, empeñaban sus joyas para que el templo de Dios se aumentase y fuese digno á quien se dedicaba. Este gran prelado se halló en el año de 1530, en la entrega del delfin de Francia Francisco, y de su hermano Enrique, detenidos en la fortaleza de Pedraza. El Condestable, puestos en libertad, los acompaño hasta Fuenterrabía, y en el mismo tiempo concurrió á aquel punto la nueva reina de Francia Doña Leonor, acompañada del obispo D. Diego de Ribera, que volviendo á Castilla, y gobernando loablemente su iglesia, pasó á mejor vida en 6 de Febrero del año de 1543, teniendo por sucesor en la silla á Don Antonio Ramirez de Haro. — A. L.

RIBERA (P. Fernando de). Fué sevillano y originario de una de las familias mas distinguidas de su época. Las aspiraciones de sus padres y amigos de la casa eran que este jóven, que desde luego mostró grande ingenio, y pareció que hubiese podido desempeñar con acierto cualquier cargo, hubiera tomado al suyo alguno de los importantes puestos de la milicia ó de la magistratura; mas él, aunque estudió con grande provecho cuanto es necesario para haber llevado la toga con honor, nunca quiso ir por este camino, porque su inclinacion era á la perfecta vida del claustro. Pudo convencer á los suyos á que le dejáran seguir su vocacion, y se entregó totalmente al servicio de Dios siendo monje cisterciense, con edificacion de cuantos tenian lugar de observar que su conducta era enteramente conforme á lo que debe ser un religioso, que en su profesion lleva por único blanco de sus aspiraciones el agradar al Señor y procurar su mejor servicio. Hubiera el hermano Ribera querido que su gran capacidad y anteriores estudios hubiesen permanecido ocultos á la noticia de sus superiores, como él trató de que lo estuvieran no haciéndoles la más mínima mencion de sus antecedentes, sino solo demostrándoles el juicio que su profunda humildad le hacia formar de sí mismo; pero Dios, que dispone las cosas de suerte que por medios desconocidos se llegue á importantísimos fines, quiso que se conociese y apreciára su mérito utilizándole, para lo cual permitió que preguntado una vez en el noviciado acerca de una cosa insignificante, dió un tan luminoso informe y una resolucion tan fundada que todos se quedaron asombrados, el maestro de novicios dió parte al superior, y este resolvió que desde luego se

aplicára á estudios, en los cuales le fué ya preciso manifestar que no era lego; pues fué extraordinario el asombro que causó á sus maestros en los primeros dias que asistia á cátedra. Cursó, como era natural, sagrada teología y todos los demás estudios en que conviene que un eclesiástico esté impuesto, y desde luego lo hizo con tanto aprovechamiento, que rezelaban sus maestros que ántes de ir al monasterio habria ya estudiado esta misma difícil ciencia. Con esto se hizo un verdadero sabio, y pudo desde luego dedicarse con grande provecho al desempeño del importante ministerio sacerdotal, á que le hicieron ascender, rehusándolo por un efecto de su profundísima humildad. Predicaba con grande fruto, pues además de lo que le servia para el desempeño de este importante ministerio el estudio de los libros, á que constantemente estaba dedicado, no le era de menos provecho en verdad el estudio de la oracion, que le absorbia gran parte de tiempo, mereciendo al Señor como recompensa de su constante asiduidad muy señalados favores, entre otros el don de consejo, que era un medio muy adecuado para dirigir por la senda, no solo de la virtud sino de la perfeccion, á las muchísimas almas, que de todos estados, edades y condiciones se ponian bajo su direccion y alcanzaban tales progresos, que pudieron reformar ó, diremos más exactamente, mejorar en mucho las costumbres del pueblo, porque no cabe duda que el modo de obrar de los individuos refleja el órden y concierto de las familias. Por no privar á los jóvenes del grande fruto que pudieran lograr bajo el magisterio y direccion del P. Ribera, sin separarle del púlpito y del confesonario, en que hacia tanto bien, le dedicaron á la cátedra, donde dió tan buen resultado como le habia dado en todas las demás cosas á que le dedicaban. Hubiérasele confiado tambien el gobierno de alguna casa ó colegio de religiosos de su Orden; pero condescendiendo con sus deseos le libraron de esta carga, dejándole siempre súbdito, á pesar de que hubiera hecho excelente superior. No puede ponderarse el aprecio con que le miraban todos sus discípulos, ni el fruto que de esta buena circunstancia se sacaba, tanto para el adelanto individual de los monjes, cuanto para el mejoramiento de la comunidad; porque él, con la libertad que le daba su cargo de maestro y con cierta independencia que tenia por no ser superior, llamaba á cuantos veia dejarse llevar de alguna pasioncilla ó cuando ménos imperfeccion, y los atraia suavemente á camino de salud, procurándoles por todos los medios imaginables no solo lo que habian menester para alentarse á obrar en perfecta consonancia con lo que requerian las constituciones y consejos de la Orden; sino que por esa misma independencia de que llevamos hecho mérito, alguna vez tambien á los prelados les hacia ver lo que ellos por su parte convenia que hiciesen para el mejor éxito de la importante mision confiada á su paternal cuidado. Nunca dejó las ob-

servancias de su regla, é hizo en la virtud extraordinarios progresos, hasta que llegado el tiempo en que el Señor queria que cesáran sus fatigas y desvelos, le acrisoló por la enfermedad, en la cual demostró nuevamente que recibiéndolo todo de Dios, á Dios solo se debe toda gloria; gloria que real y verdaderamente la daba por un sufrimiento lo mas paciente posible, y por una perfectísima resignacion con las molestias consiguientes al mal penosísimo, en que veia el término de sus trabajos en la posesion de su Dios, que esperaba confiadamente mediante su muerte, término de toda criatura que viene á este mundo. Sentidísima fué su muerte no solo en su convento sino en todo el pueblo de Palazuelos y sus contornos, que fué donde le destinaron sus superiores cuando hubo de ejercer el magisterio; y todas las personas más distinguidas del contorno se hicieron como una obligacion el concurrir á su entierro, que fué solemnísimo, así como su memoria quedó imperecedera. Muchísimas obras se debieron á su esclarecido ingenio; pero como su abnegacion y profunda humildad le hicieron desde luego no abrigar pretensiones de ninguna especie, ni se cuidó de coleccionarlas, ni áun de tenerlas reunidas, pues cualquier discípulo suyo que le pedia algun trabajo le tenia al momento, como si hubiera sido cosa suya. Obligáronle á que publicase un precioso libro en que se demostró prácticamente su gran capacidad y lo mucho que habia aprovechado en su constante aplicacion á la lectura de la Sagrada Escritura, Santos Padres y expositores sagrados. Tituló á su obra: *Conceptos de la Sagrada Escritura para los dias de cuaresma*; la dividió en dos partes, y logró el que fuese conocido en todo el orbe, viniendo así á acreditarse que merecía mucho el tan distinguido cisterciense P. Fernando Ribera.— G. R.

RIBERA (Doña Francisca de), natural de la ciudad de Huete, de noble casta y más principal de la Alcarria, fué educada en los buenos principios de virtud y cristiandad. Así fué que, en la edad conveniente y habiendo manifestado á sus padres su grande inclinacion á ser religiosa y separarse de este modo de los peligros y de los lazos que tiende la sociedad, entró en el convento de religiosas Franciscas de Santa Clara, de la misma ciudad. En el claustro ostentó sus santas costumbres y lo muy observante que era de la regla, siendo puntualísima en todo acto de religion. Fué digno modelo y ejemplo á todas sus hermanas, que admiraban en ella el conjunto de todas las virtudes. Todo el tiempo que vivió fué inalterable en sus buenas costumbres, en su moderacion, modestia, abstinencia, devocion, etc. Así fué que á tan santa vida siguió santa y pacífica muerte, verificada en el año de 1563, siendo de cuarenta años de edad.—A. L.

RIBERA (D. Fr. Francisco de), cardenal y obispo de la santa iglesia de Mechoacan en Indias, y primero de este nombre, religioso de la órden de la

Merced. Tuvo por patria á Alcalá de Henares, y tomó el hábito de este sagrado instituto, á los diez y siete años de su edad, en el convento de Madrid, año de 1588, siendo comendador de la casa el Mtro. Fr. Pedro Machado, y en el año siguiente, dia de S. Bartolomé, profesó en sus manos, manifestando desde luego su vocacion y sus grandes inclinaciones á la vida monástica y contemplativa. Muy temprano le puso la Orden en los estudios, porque el gran talento é ingenio que en él despuntaba daba esperanzas de que llegase á hacerse notable algun dia; estudió artes en el convento de S. Antolin de Guadalajara, y tuvo por maestro en ellas á Fr. Juan Lopez Salmeron. La teología la estudió en el colegio de la Vera Cruz, que tiene la religion en Salamanca. En todos estos estudios hizo señaladisimos progresos, correspondiendo á las esperanzas que se habian prometido sus superiores, fundados en su grande imaginacion é inteligencia. En la eleccion de general, el Reverendísimo Mtro. Fr. Francisco Zumel, gloria de la universidad de Salamanca, le dió el título de conventual y predicador del convento de Almazan, por cuya razon y por memoria y agradecimiento, cuando fué provincial, mandó construir dos altares colaterales, muy buenos, de mucho gusto y decorados convenientemente, dirigidos por Fr. Francisco. Siendo provincial el Mtro. Fr. Pedro de Oña, le mandó que fuese al colegio de la Concepcion de Alcalá á tener un acto. Le tuvo y defendió en toda su primera parte, y le presidió el Mtro. Fr. José Aguayo, gran estudiante; y los que le arguyeron fueron los soles de aquella escuela, el doctor Montesinos, el doctor Tena, y Vazquez, asistiendo á todo el acto su provincial, que le llevó á Madrid y le ayudó en la impresion del tomo de las *Postrimerías del hombre*. En el año diez de su hábito le nombró el provincial por lector de artes del convento de Burgos; y acabada la lectura, le dieron la de Alcalá en el curso de teología, que le leyó con pública aclamacion. Era incansable en el estudio y predicaba con mucha galanura y elocuencia. Pasando por Alcalá el Maestro Fr. Alonso de Monroy, general de la Orden, informado de su buen talento, le nombró por vicario general de la Orden en Nueva España en el año treinta y cinco de su edad. Y en el desempeño de este alto y grave cargo dió cumplida satisfaccion al reino y á los vireyes, castigando y premiando, dejando á todos satisfechos y grata memoria de sus procederes. Su gran deseo era el de extender y dilatar su religion por aquellos vastos países. Así fué que personalmente y dominado por su ardor religioso, entró en la provincia de Guatemala, donde hizo una reduccion de indios, en tierra de guerra, y en país aún no conquistado, donde bautizó infinitos. De todo esto resultó que el virey de Nueva España, D. Luis de Velasco, siendo presidente de Indias, le consultó á Fr. Francisco de Ribera, habiendo sido comendador de Madrid, provincial de Castilla y general de la Orden, para el obispado de Gua-

dalajara, con tal de que se habia de dividir el obispado, y así se hizo y accedió; y la Majestad de D. Felipe III le presentó para el dicho obispado en el año de 1617 en 5 del mes de Agosto, dejando la religion con notable aumento de sujetos sobresalientes en mucha virtud y letras, y no ménos en la Hacienda. Fué extraordinario su celo y laboriosidad para engrandecimiento de su Orden. En el convento de Madrid edificó la mayor parte de los claustros alto y bajo, y labró las sillerías y rejas del coro. Siendo comisario de la Nueva España, dividió las provincias de Méjico y Guatemala para su mejor gobierno. Reedificó y fortificó los conventos de Cebacun y Terrera, y dejó en ellos religiosos para la conversion de los indios de la sierra, y de ellos recogió muchas armas y las entregó al virey. Sus principales miras siempre estuvieron fijadas en apoyar numerosas misiones, siendo su mayor deseo el de procurar la salvacion de las almas, y traer aquella multitud de infelices y de seres desgraciados al verdadero conocimiento de Dios y de su fe. Dividió la provincia de Quito de la de Lima, y alcanzó de Su Santidad el rezo de la religion, y le imprimió; tambien se ocupó con la mayor solicitud en que se escribiese una historia concienzuda de la Orden, desde su orígen hasta su tiempo. Visitó por mandado de su general, Fr. Felipe Guimaraes, las provincias de Aragon, Cataluña y Castilla, y sin contar con estos, hizo á la religion otros grandes servicios debidos á su celo y á su obediencia. Con la ilustre y recomendable memoria de todos ellos, pasó á la residencia de su obispado el año de 1618. Le consagró, en el de 1619, en su iglesia arzobispal de Méjico, D. Juan de la Serna; partió en seguida á su obispado, é hizo una visita general y detenida en todo él, haciéndose cargo de sus necesidades y tratando con la mayor asiduidad y esmero de que en todo el obispado se atendiese cumplidamente al decoro del culto y del servicio divino; reedificó un convento de monjas que estaba sumamente deteriorado, con peligro inminente de las religiosas, y cuando entró en su iglesia de Guadalajara observó con el mayor dolor que carecia de retablo en su altar mayor, y no existia coro: una cosa y otra trató inmediatamente de remediar, de un modo que en el dia es de lo mejor en su género en toda la Nueva España. Tan amante de la paz y concordia como el que más, sosegó y puso en paz los bandos de Zacatecas, que los sostenian y sustentaban los indios, y que causaban la desastrosa y deplorable muerte de muchos de ellos, amenazándoles, con que si no se sosegaban y trataban de reconciliarse, les prohibiria que saliesen en las procesiones de la semana santa. Esta amenaza tuvo un feliz éxito, porque amedrentados con la censura y reprobacion de su prelado, depusieron y entregaron las armas, y se reconciliaron. Hizo algunas constituciones, dictadas por su extraordinaria inteligencia y activo celo, para el mejor gobierno de su iglesia y clero, y se ponderó sobrema-

nera, y se hizo un gran mérito, que en once años que gobernó aquella sede no tuvo encuentro ni malquerencia con persona alguna, ántes bien nadie tuvo queja de su justicia, imparcialidad y modo de obrar, siendo generalmente ensalzado y alabado. Como fuese tan grande el cariño que siempre profesó á su Orden, fundó en Guadalajara un convento de la misma, en cuya obra gastó más de treinta mil pesos, dotándole liberalmente y con la mayor generosidad, y á su sacristía regaló tantos y tan ricos ornamentos que el sacristan del nuevo convento decia con suma gracia, que no habia necesidad de reponerlos en mucho tiempo, pues los muchos que habia, habian de servir para ciento y un años. Este convento es uno de los reformados que existen en Nueva España. En el año de 1625 y en el de 1626, solicitó el donativo para S. M., y fué tanto lo que trabajó en este asunto y tal el ardor con que lo tomó, que allegó cinco mil doscientos pesos, sirviendo el mismo Obispo con ochocientos, á pesar de los grandes gastos que le ocasionaban la reedificacion de templos, el gran coste de los ornamentos y vasos sagrados y el socorro de los necesitados. Sirvió igualmente á la Majestad del rey D. Felipe IV, para la canonizacion del santo rey D. Fernando, con el donativo de mil pesos y su cabildo con otros mil, y la congregacion de sus beneficiados y clero con seis mil doscientos pesos de á ocho reales. Al convento de Madrid le regaló y dió una librería copiosa y escogida, y presentó á nuestra Señora de los Remedios una lámpara de plata de gran riqueza, tanto en su mérito artístico como en su valor intrínseco, pues por su peso, hechuras, y dote de la luz que arde, corresponde á dos mil seiscientos ducados, y es la mayor que tiene este santuario, muy celebrado de propios y extraños por su mérito y valor. Reparó el convento de monjas, en cuya obra gastó treinta mil pesos, siendo toda ella de cal y canto, de gran solidez y de severo aspecto, y en el mismo convento dejó renta perpétua para que se celebrase la fiesta del Santísimo Sacramento y su octava, con toda la ostentacion que merecia esta gran solemnidad, y que importa anualmente doscientos pesos. En Méjico fué tan señalada su caridad y amor á los pobres y desvalidos, que empleó sumas respetables; y de limosnas particulares á pobres vergonzantes y otras necesidades secretas, más de seis mil pesos. Gobernó aquel obispado por espacio de once años, y fué promovido al de Mechoacan, que le tuvo otros nueve. Su ánimo al entrar en esta última prelacía, fué de edificar la iglesia catedral, proponiéndose que fuese de las mayores del reino, y superior en fábrica y hermosura, y para este fin reunió gran cantidad de metálico. Este vivo deseo no se le logró, pero sí se malogró el dinero que reunió para aquel objeto con mil afanes, porque lo que estaba en poder de uno vino á manos de muchos, y en breve tiempo se acabó y desapareció: por eso se dice regularmente, que la iglesia no tiene

hacienda para guardar, sino para dar: *Ecclesia non habet ut servet; sed ut eroget.* Este eminentísimo prelado, gloria y honra de su época, de la religion católica y de su esclarecida Orden, murió en 6 de Setiembre de 1637, siendo universalmente sentido por sus altas prendas, grande virtud y celo religioso por el servicio de Dios y por el rescate de las muchas almas que permanecian en las tinieblas en aquellos vastos países de la América. Fué sepultado en su iglesia, que tambien dotó liberalmente para que se celebrase en ella con la mayor ostentacion y solemnidad la fiesta del Santísimo Sacramento, como igualmente su octava. Una de sus principales excelencias en el gobierno, y digno ejemplo para todos los príncipes de la iglesia, fué que visitó todo su obispado, como viene dicho, con el mayor interés y solicitud, haciéndose cargo de todas las faltas con el mayor escrúpulo y minuciosidad, para tratar de remediarlas convenientemente; visita que hasta entónces no habia hecho ningun otro de los prelados que habian gobernado en aquellos países. Despues de la muerte de este virtuoso y excelso varon, quedó huérfana y vacante aquella iglesia por espacio de dos años, pasados los cuales tuvo por sucesor á D. Fr. Marcos Ramirez de Prado. — A. L.

RIBERA (Francisco de). Nació este jesuita en Villacastin, provincia de Segovia de nuestra España, en el siglo XVI. Estudió en la universidad de Salamanca, en donde aprendió las lenguas y fué considerado como uno de los más excelentes teólogos de su época. Haciéndose despues sacerdote, se retiró á su casa, y deseando huir del mundo tomó el hábito en la Compañía de Jesus el año 1570, á la edad de treinta y tres años. Dedicado á la enseñanza profesó en Salamanca, en cuyo ejercicio murió en aquella ciudad el año de 1591, de cincuenta y cuatro años. Dejó este jesuita las obras siguientes: «*Commentarii in XII prophetas*; *in epist. ad Hebræos*; *in Apocalipsim*; *In Evangelium secundum Joannem*; *De templo et iis quæ ad templum pertinent.*» Tambien escribió en español la vida de su gloriesa compatriota Sta. Teresa de Jesus. Los comentarios son de bastante mérito y por eso han sido siempre muy apreciados segun Alegambe en su obra de *Los Escritores de la Compañía de Jesus*, y Nicolas Antonio los cita tambien en su *Bibliotheca Hispana*. — C.

RIBERA (Fr. Gabriel de). Imposible parece que habiendo llegado el personaje de que nos ocupamos nada ménos que á la muy alta dignidad de Provincial en la Orden Seráfica, haya esta permitido que se pierda su memoria de tal suerte que son ningunos los datos con que podemos ilustrar á nuestros lectores. Ignórase la patria, estudios, oficios y empleos por los cuales hubo de pasar nuestro buen religioso para llegar al importante puesto de provincial de la de S. Miguel, y en órden á su provincialato nada más se sabe sino que le desempeñó con cuidadoso esmero, sin dispensarse molestias ni trabajos para procurar á las casas y colegios que le pertenecian toda

la mejor administracion posible y haciendo grandes esfuerzos para que cuantos se alistáran bajo la banderá de la seráfica familia, pudieran de dia en dia caminar hácia su perfeccion, buscarlos y lograrlos por cuantos medios propone la santa regla, y que consisten en el ejercicio de todas las virtudes y en el cumplimiento de los votos con que los religiosos se obligan. Fué antes de ser nombrado provincial excelente predicador, y lo acredita el que en virtud de santa obediencia le obligaron á publicar una muy celebrada cuaresma, que tituló *Sermones de Cuaresma desde la dominica de Septuagésima hasta la Pascua*, y que se publicó en Salamanca, habiéndose hecho tres ediciones en los años de 1595, 1603 y 1605. Poco despues de publicada la tercera edicion de su obra hizo otra que llamó *Segundo Cuaresmal*; y que no tuvo tanta aceptacion, sin que por esto digamos, ni mucho ménos, que tenia ménos mérito. Tales son las únicas noticias que tenemos de este esclarecido religioso; nuevamente nos lamentamos con el más profundo sentimiento de que no pueda saberse más de un hombre que, á juzgar por lo poquísimo que de él hemos llegado á conocer, era hombre grande; ya porque sus acreditadísimas obras nos lo demuestran tal, ya tambien porque nunca la religion Seráfica ha puesto á hombres ineptos en tan importantes lugares como el que ocupó el Rdo. P. y Mtro. Fr. Gabriel de Ribera.—G. R.

RIBERA (P. Fr. Jacinto), religioso agustino. Fué varon muy señalado, y uno de los más celosísimos misioneros de las Islas Filipinas, que se esmeraron en hacer fructificar y extender la semilla de la fe católica en aquellos montuosos y agrestes países, llevándose la gloria de aquel triunfo tanto el P. Ribera como el Rdo. P. Fr. José Herice. Estos dos religiosísimos padres, principales de la mision, á los cuales se allegaron ó unieron el P. Fr. Nicolás Fabro y el P. Fr. Manuel Madariaga; todos ellos, á excepcion del tercero, que era de la de Filipinas, hijos de la provincia de Castilla. Estos virtuosos sacerdotes, llevados del mayor ardimiento y deseo de la salvacion de aquellas almas idólatras é ignorantes, y tanto más decididos á probar fortuna, cuanto mayor era la terquedad y fiereza de aquellos infieles, trataron, con la ayuda del Señor, echar el último resto para conseguir sus santos y humanitarios deseos, aunque fuese necesario sacrificar sus vidas en la demanda, pues les importaba poco siendo para honra y gloria de Dios. Tocó á los dos primeros PP. la mision más trabajosa, disponiéndolo sin duda así el Señor por ser á cual más estos religiosos dotados de un celo extraordinario por la dilatacion de la fe en aquellos vastos países, siendo en este particular muy señalados y ejemplares y superiores á todos sus compañeros. Estos apostólicos PP., sin caso ni mérito de riesgos ni de trabajos, á pie y expuestos casi siempre á la inclemencia, comenzaron á internarse por aquellas quebradas y ásperas montañas y empinadas sierras, con tal valor y de-

cision, que al verlos aquellos bárbaros delante de sí se quedaron pasmados, admirando su atrevimiento no visto hasta entónces en ningun otro misionero. Sin duda esta fué providencia y disposicion de Dios, para que sorprendidos y aquietados, oyesen y tratasen por algun tiempo á aquellos valerosos PP., quedando tan pagados de su virtud, que los permitieron volviesen á residir entre ellos cuando gustasen ó les viniese bien. Alegres y contentos con lo que hasta entónces habian conseguido, y que ciertamente no esperaban, dando á Dios las más rendidas gracias por aquel éxito, volvieron á dar estas gustosas nuevas, y proveyéndose de algunas cosas, volvieron segunda vez á entrarse en aquellos montes, en los que comenzada su predicacion con un celo verdaderamente apostólico y ardiente espíritu, fué tal el cambio tan favorable que hicieron en aquellos empedernidos corazones, que á muy poco tiempo comenzaron muchos á ablandarse, pidiendo con instancia catequizarse y recibir el santo bautismo. De esta suerte prosiguieron su tarea estos religiosos sin perdonar fatiga, subiendo y bajando montes, y caminando de unos parajes á otros por asperísimos caminos, cooperando en su predicacion la divina gracia de tal suerte, que en breves años pudo conseguirse y lograrse la conversion de muchísimos bárbaros, de los que ya bautizados, pudieron formar un pueblo bastante poblado. Pero fueron tantos los trabajos que experimentaron, que en medio de gozar de una salud muy robusta, sobrevinieron al P. Herice bastantes achaques, formándosele tantas llagas en pies y piernas por haber andado descalzo por tantos caminos y breñas, que no se curó en seis meses, permaneciendo como imposibilitado todo este tiempo. Así lo manifiestan las noticias que suministra la relacion de las misiones que al gobernador dió el año de 1737 el Rdo. P. Fr. Vicente Ibarra, habiendo precedido ruego y encargo por mandado de S. M. Cuenta las misiones en la provincia de Ilocos, y llegando á esta dice lo siguiente: «La mision llamada de los Adanes y Apayaox, que está entre las serranías de dicha provincia y la de Cagayan, se estableció el año de 1720, siendo los dos primeros misioneros el P. Fr. Jacinto de Ribera y el P. Fr. José Herice, religiosos celosísimos de las almas, los cuales, á fuerza de grandísimos trabajos y sufriendo mil penalidades, lograron reducir á nuestra santa fe muchos de aquellos naturales, aunque con pérdida de la salud robusta que disfrutaba el segundo, por ser necesario trepar á pié y descalzo por aquellas asperezas sumamente empinadas y muy lluviosas; y de los convertidos formaron un pueblo, al que tambien le fueron reduciendo los que nuevamente se iban convirtiendo, como entónces se dió cuenta al antecesor de V. S. el señor marqués de Torrecampo.» Hasta aquí son las palabras de dicho Rdo. P. Provincial, confirmativas de lo que viene dicho. Y este pueblo fué el primero que se levantó y construyó de la nacion llamada *Adang*,

habiéndose formado otro llamado *Vera* de la nacion *Apayao*. Encomendados estos pueblos á otros religiosos, prosiguió su ardiente zelo esmerándose cada vez más y más en buscar y convertir almas para Cristo, pareciéndoles no era nada todo lo que habian hecho, siendo tal su diligencia en este particular, que hasta los mismos infieles les pusieron por nombre el de *Cazadores de almas;* y con el mismo les nombraban en cuanto los veian, diciéndose unos á otros: *Ya vienen los cazadores.* Así perseveraron por espacio de veinticinco años el P. Ribera, y de veintidos el P. Herice, en cuyo largo tiempo é incansable mision consiguieron imponderables triunfos, y ganadas muchas almas para Dios, dejando dispuestas muchísimas más; y habiendo llegado el año de 1742, murió el R. P. Fr. José Herice á consecuencia de los muchos trabajos y fatigas que experimentaron en aquellos remotos climas, donde contrajo impertinentes y molestos achaques que triunfaron de su privilegiada naturaleza. Su inseparable y querido compañero, símbolo de la más perfecta amistad y constante hermandad, el P. Fr. Jacinto de Ribera, le siguió tres años despues, habiendo trabajado con el mayor ardor y de consuno, procurando dilatar y extender cuanto pudieron los santos y saludables efectos de aquella larga mision. El P. Jacinto Ribera, en cuanto le faltó el compañero cuya contínua comunicacion y ameno trato les proporcionaba mutuamente algun alivio á los rudos trabajos y dificultosa carga de aquella singular mision, comenzó á entristecerse y á dominarle cierta pasion de ánimo, no pudiendo conseguir con sus contínuos trabajos apostólicos, distraer ni disminuir el pesar causado por la falta del P. Fr. José. Este gran disgusto y sentimiento iba labrando poderosamente en su físico destruyéndole insensiblemente, y sin duda alguna fué la causa de que sobreviviese tan poco tiempo á su santo compañero. El activo y celoso P. Fr. Jacinto de Ribera fué constantemente un modelo de religiosos, incansable en los fines y propósitos de la mision, sumamente sobrio, pues siempre hacia uso de una escasa y simple alimentacion, y segun las ocasiones, pasaba veinticuatro horas y áun más en completa abstinencia, sufriendo el hambre y la sed sin quejarse ni desanimarse jamás. Era amantísimo de la salud temporal y espiritual de su prójimo, pero sobre todo fué una especialidad en la amistad que profesó sin alteracion y por tanto número de años á su virtuosísimo compañero Fr. José de Herice, y por lo tanto puede citársele como modelo de amigos constantes y consecuentes.—A. L.

RIBERA (Mtro. Fr. Juan de). Perteneció á la órden de S. Agustin, religioso de sobresaliente mérito. Fué muy erudito y entendido, y aprovechó su grande aplicacion é inteligencia, llegando á conseguir el ser catedrático en propiedad de Escritura. No fueron solamente sus vastos conocimientos y profundidad en las sagradas y profanas letras lo que le hizo brillar y ser

considerablemente apreciado, querido y respetado, pues á su sabiduria se unian las más relevantes virtudes. Su carácter era sumamente apacible y complaciente, circunstancia por la cual le amaba la juventud que asistia á su cátedra, consiguiendo ver coronados sus afanes, saliendo de su aula discípulos muy aventajados, que realzaban el mérito de su maestro. De irreprensibles costumbres y moralidad, su género de vida fué siempre igual, muy parco y moderado en el comer y beber, podia decirse que sus ayunos eran perennes, lo mismo que en el cumplimiento de los deberes que le imponia su Orden. Tan sobresalientes cualidades y virtudes llamaron mucho la atencion del señor arzobispo de Lima, y aquel prelado quiso premiar su gran mérito proponiéndole para el obispado de Santa Cruz de la Sierra, y en esta prelacia no desmintió sus sobresalientes méritos, dejando eterna memoria su buena administracion y su celo por el culto y por la salvacion de las almas. — A. L.

RIBERA (Juan de). Fué americano, natural de Nueva España, é hijo de padres tan acreditados por su piedad como por su nobleza é hidalguía. Desde los primeros años del niño Juan se notó en él cierta aficion á las cosas de la Iglesia, particular cuidado para no perder ocasion de asistir á las solemnidades religiosas, y un verdadero entusiasmo cuando en ellas podia tomar la pequeñísima parte de que era capaz. Los padres, como es consiguiente, se complacian grandemente en esto, pero su exquisito tino no les permitia indicarse no fuera que el niño se previniera, y tal vez por darles gusto tomára un estado al cual Dios no le llamase. Hiciéronle cursar primero humanidades y despues filosofía, y entónces, es decir, cuando la hubo aprendido completamente y logrado en ella el mayor provecho, le dijeron podia optar por la carrera que quisiese, seguro de que en cualquiera á que se inclinase le verian con gusto sus padres. El se decidió por la eclesiástica, y como queria en todo lo más perfecto, escogió para su asilo la Compañía de Jesus, pues le halagaba en gran manera la idea de que en tan importante sociedad todo se hacia *á mayor gloria de Dios*. Por algun tiempo vaciló dudando en qué parte tomaria la sotana del gran Loyola, pareciendo unas veces decidido por pasar á Roma para tener la honra de besar el pie al Santo Padre, otras por venir á España para conocer y visitar la casa donde vivió el santo fundador; mas al cabo se decidió por Filipinas, y en Manila fué donde hizo su ingreso y donde concluyó su carrera con su vida, para gloria y ornamento de la sociedad. Por supuesto que hizo sus estudios completos de todo cuanto conviene saber al teólogo, y los hizo con grandísimo provecho, no solo suyo sino de los demás, pues teniendo felicísima memoria, retenia y cuando le convenia aprovechaba lo que habia estudiado. Como el instituto á que pertenecia es incansable para procurar la salud de las almas,

D.n JUAN DE RIVERA.

y tiene ese tan frecuente ejercicio de púlpito y confesonario que les da tan lisonjeros resultados, nuestro buen Ribera casi desde su profesion desempeñó ambos cargos con tanto crédito, que materialmente no le dejaban descansar, si bien es cierto que nunca se le oyó quejarse de las molestias consiguientes á su trabajo penoso ni mucho ménos rehuirle, pues creia que no habia sido para su descanso, sino para el provecho de sus hermanos, para lo que el Señor le habia traido á tan esclarecida familia. Mucho fué el empeño que tuvieron los Padres por que aceptase algun cargo de los de gobierno en la Compañia, pero no lo pudieron conseguir de él, pues decia que era mucho más fácil y más seguro obedecer que no mandar, pues en esto habia peligro de equivocarse, miéntras que en aquello siempre se caminaba bajo un auspicio, no solo cierto, sino hasta cierto punto infalible, y siempre se obraba de modo que se merecia siquiera por la abnegacion indispensable para la obediencia. Era muy erudito, y se aplicó sin duda, bajo la idea de que tendria que viajar, al estudio de las lenguas vivas, logrando en su conocimiento tan gran provecho, que la italiana la poseyó como la suya nativa; pudiendo llegar á escribir muy bien las *Crónicas de la provincia de Filipinas desde el mes de Junio de MDCII á Julio de MDCIII*. El desempeño tan acertado de la importante comision de cronista que ejerció, además de con extraordinaria exactitud con suma veracidad; le dió un crédito grande no solo en la Compañia sino en todo el mundo, porque el mundo todo conoció su obra, que se imprimió en Roma en italiano, que fué como la escribió el año 1605, y despues fué vertida á otros idiomas para que otras naciones no se privasen de los conocimientos que con ella podian adquirir. Este hombre, que como historiador fué tan notable, no lo fué ménos como teólogo moralista, y lo acreditó en una obra, que aunque está sin publicar, llamó y llama muy justamente la atencion de los sabios en el colegio de Manila, bajo el nombre de *Responsoria moralia*, y en la cual dilucida puntos importantísimos con una claridad extraordinaria, y refiere además algunos casos prácticos en que él mismo intervino, y de los que salió con todo acierto y éxito felicísimo. Tales son los antecedentes de este buen jesuita, acerca del cual no nos dan más noticias las crónicas de su esclarecido instituto, pero ya por esto podemos inferir su mérito, el cual se confirma con asegurar que en la observancia de sus reglas era tan exacto como por su talento distinguido. —G. R.

RIBERA (D. Juan de). Fué este esclarecido varon sevillano, y su vida pasó en la oscuridad, lo cual es muy sensible, porque sin duda alguna hubiese merecido con razon el que se conocieran los pormenores de ella, en razon á que se deduce seria hombre de tan sólida instruccion como acreditada piedad. Recibió las órdenes sagradas y ejerció el presbiterado con acier-

to, dedicándose muy particularmente á la instruccion de los que por su natural rudeza necesitaban el que se les instruyese con más atencion que á los demás. Con motivo de facilitar esta misma instruccion de los rudos, y para que pudieran tambien aprovechar los que no lo eran, aprendiendo no solo la letra sino el sentido de las oraciones que con más frecuencia se elevan al Señor, escribió, y á la verdad con mucho acierto, un precioso libro que tituló: *Declaracion del Credo y otras oraciones*, el cual dió á la prensa en Madrid, casa de Luis Sanchez, año de 1591. Tambien publicó otro opúsculo, que tituló: *Catecismo de los moros nuevamente convertidos*, en 4.°, en 1595, y ambas obras suyas le hicieron lugar entre los literatos, porque estaban muy bien escritas, y entre los sabios porque contenian abundantísima copia de doctrina. Sensible es, volveremos á decir, el no tener más datos acerca de D. Juan de Ribera, presbítero.—G. R.

RIBERA (V. Juan de), patriarca de Antioquía y arzobispo de Valencia. Vamos á escribir en bosquejo, con el auxilio de Dios, á quien pedimos gracia para ello, y á mayor honra y gloria suya, la vida de un virtuosísimo é ilustre español, gloria de su patria y honra de la religion católica, que le presenta por modelo de piedad y por dechado de prelados. El Patriarca, que al pronunciar este nombre en la ciudad de Valencia todos conocen por él á D. Juan de Ribera, venerable prelado de aquella santa iglesia metropolitana; el venerable, porque se captó con su santidad la veneracion de los valencianos y de todos los que conocen su historia; y en fin, el español fuerte que habiendo nacido en la grandeza y en la opulencia, su humildad le presentó pobre para sí, pues que todos sus pingües bienes fueron empleados para el servicio de Dios y para socorrer á los pobres, pues que fué digno imitador de nuestro glorioso pariente el bendito Sto. Tomás de Villanueva, arzobispo como él de la diócesis Valentina, joyas preciosas ambas de esta santa iglesia y embeleso de los hijos de la antigua y florida Edeta.—Fué hijo el venerable Juan de Ribera de D. Perafan de Ribera, adelantado mayor de Andalucía, conde de los Molares, marqués de Tarifa y duque de Alcalá; varon de grande valor y prudencia, grande é ilustre en todo, que fué virey de Cataluña y despues de Nápoles, cuyos dos reinos gobernó de tal modo, que los reyes le señalaron por modelo á sus sucesores. Si la nobleza, como dice un autor, es solo el resplandor de la virtud, la de nuestro patriarca vino resplandeciendo desde sus progenitores, y así lo quiso Dios sin duda para que siendo más notada del mundo pudiese obligar mejor á la imitacion. La buena sangre, dice el teólogo jesuita Francisco Escriba en su vida de nuestro Ribera, al que seguiremos en este artículo principalmente, es un estímulo con que se excitan y animan los hombres nobles á abrazar la virtud, es freno con el que se reportan y apartan del mal camino. Dice Aris-

tóteles, que noble es el que ha nacido de buenos y honrados por su virtud y proezas, y generoso el que no degenera de la nobleza de sus mayores, lo que se puede decir de pocos; y siendo esto así, el ser generoso es cualidad aún mejor que la de ser noble, puesto que este es honrado solo por la virtud de sus antepasados, y el generoso aumenta á la de estos su propia nobleza. Ambas cosas tuvo en alto grado nuestro Patriarca, pues que descendia de la principal nobleza de España, y fué tan generoso que léjos de amenguar la honra de sus mayores, la acrecentó con sus virtudes extraordinariamente. Pasa el historiador Escriba por alto la niñez de D. Juan de Ribera, y empieza su vida á los diez años de edad, con lo que nos oculta tal vez muchas galas que ensalzarian, á no dudarlo, á nuestro héroe, y por lo tanto debemos suponer que los diez años primeros de su vida, los pasaria entre las caricias paternales y sus primeros estudios, recibiendo buenos ejemplos de religion y de virtud, sin cuyas saludables aguas el árbol humano no crece recto y vigoroso hasta el fin que le está prometido, por de mejor semilla que provenga. A los diez años trató su buen padre de que saliese de los goces de la casa paterna á la severidad de las aulas, para que así como en aquella se habia fortificado el cuerpo, en estas se vigorizase el alma con el alimento de la instruccion. Buscóle al efecto ayos ilustrados que le impusiesen en las buenas costumbres, y deseaba encontrar sabios maestros que dirigieran su entendimiento por buen camino. Cuando esto se buscaba, acreditó Dios verdaderamente en son de milagro el amor que tenia al que desde muy niño se habia constituido su siervo humildísimo, milagros que consignó el Patriarca en su testamento, que dice así: «Por la bondad y misericordia de Dios nuestro Señor, mi firme y deliberada voluntad ha sido siempre no discrepar un punto de la fe católica, y de la entera y exacta obediencia de la Iglesia Romana; hallándome obligado á esta fidelidad, no solo por haber nacido de padres católicos y por haberlo prometido en el santo sacramento del Bautismo á Dios nuestro Señor; pero tambien por las muchas mercedes é inmensos beneficios que he recibido de su divina Majestad y recibo cada dia, aunque indignísimo de ellos. Y en esta misma materia me ha hecho el Señor tres singularísimas mercedes de las cuales procuro acordarme siempre y dar noticia de ellas, con el reconocimiento que puedo, aunque no el que debo. La primera: queriéndome enviar mi padre á Salamanca, año de 1544, y buscando alguna persona de conocida virtud y ejemplo para que fuese mi ayo, siendo yo entónces de diez años y medio, alabáronle mucho á un clérigo y licenciado, al cual aprobaban las personas más graves de Sevilla, y así se convino con él, haciéndole muchas ventajas. Y queriendo ya partirnos, fué nuestro Señor servido que al dicho licenciado le diese una enfermedad, por la cual no fuese posible venir en mi compañía. A este, pues, se le descubrieron

despues tales delitos, que fué preso por la Inquisicion y condenado en graves penas el año de 1549. La segunda: persuadieron á mi padre los maestros Egidio y Constantino, personas tenidas entónces en gran veneracion, porque el maestro Egidio era en aquella sazon canónigo de la canongía del púlpito en la iglesia de Sevilla, y despues fué electo obispo de Tortosa, y Constantino asímismo le sucedió en la canongía, despues de haber sido predicador del emperador nuestro Sr. Cárlos V, de gloriosísima memoria. Estos dos personajes, pues, persuadieron á mi padre que me enviase á estudiar la teología á Pádua, donde se decia que se leia con grande ventaja mejor que en Salamanca, y le presentaron por grande y buena dicha hallarse en aquella ocasion un doctor que habia estudiado en Padua y venia gran teólogo, y así podria llevarme y tenerme á cargo con comodidad del gobierno de mi casa, por la noticia que tenia de la tierra, y de mi enseñanza siendo docto como lo mostraba en las lecciones de Escritura santa, que leia en la iglesia mayor. Mi padre, deseando mi aprovechamiento, vino en ello, y mandó que me trajesen de Salamanca á Sevilla donde él estaba, y así vine con los criados que habia de llevar, y estando ya esto deliberado, sin otra ocasion más de haber querido Dios nuestro Señor quitárselo de la voluntad á mi padre, dijo que no queria que fuese, y me tornaron á poner casa en Salamanca. Este doctor que me habia de llevar, era gran hereje luterano, y así fué preso por tal en Sevilla, y castigado rigorosamente. La tercera: despues de todo esto el año de 1556, siendo mi padre virey de Cataluña, pasando por Barcelona el Dr. Constantino, que venia de la jornada que el Rey nuestro señor D. Felipe II hizo á Inglaterra, en la cual le sirvió de predicador, y viéndose con mi padre, le rogó que pues iba á Sevilla, donde yo estaba entónces acompañando á la Ilma. Sra. Doña María Enriquez, marquesa de Villanueva del Fresno, viuda, mi tia y señora, me leyese cada dia una leccion de Escritura santa; el dicho doctor se lo ofreció, de que mi padre quedó muy contento por ser muy grande la opinion que tenia de Constantino, principalmente en cosas tocantes á la Escritura sagrada. Escribióme mi padre con él lo que le habia prometido, persuadiéndome que me aprovechase de tan buena ocasion; y con ser verdad que yo he sido siempre aficionado á las sagradas letras y obediente á mi padre, me puso nuestro Señor por su bondad y misericordia un tan grande aborrecimiento con la persona del doctor Constantino, que aunque le veia estimar generalmente y tener en mucho todo género de personas, nunca me movi á pedirle que me leyese ni á tratar y conversar con él, y esto sin saber yo decir por qué causa. Extendióse pocos dias despues que el dicho Constantino era grandísimo hereje luterano, y fué preso y murió pertinaz y negativo en las cárceles del Santo Oficio, y fué quemado en estátua, y concluye diciendo: por

todo lo dicho se colige el particular cuidado y providencia paternal que ha tenido Dios nuestro Señor sobre este miserable pecador, y digno de mayor castigo que otro alguno; pues tan grandes beneficios se debieran de venerar y agradecer con perpétua y firme observancia de su santa ley y divina voluntad: considerando el grande peligro de que me libró su Majestad divina, no una sino tres veces, porque siendo aquellas personas tan estimadas y aventajadas en opinion, y yo tan niño en edad y sin noticias de las herejías que corrian, pudieran enseñarme alguna mala doctrina contraria á nuestra santa fe. Apénas habia cumplido los diez años, cuando mandó Perafan de Ribera á la insigne universidad de Salamanca, la que siempre famosa sustentaba en aquella época con la ciencia á la flor de la nobleza de España; y poniéndole casa segun su categoría, le encargó al cuidado de un virtuoso ayo y de un maestro de iguales prendas y de sólida instruccion para que dirigiese su entendimiento, á pesar de que habiendo querido Dios guiarle por el buen camino, ninguno podia dirigirle mejor. Achaque natural es de los muchachos de la edad en que fué D. Juan de Ribera á la universidad entregarse más al juego que al estudio; pero cuantos le conocieron en aquella edad, convienen en que jamás le vieron hacer cosas de niño, ni de mozo, sino acciones de viejo, de suerte que sus juegos fueron el estudio y sus diversiones la oracion. Con tal conducta en los primeros años no podia ménos de esperarse mucho de él en lo sucesivo, y esta misma índole le hacia amar de todos, y todos le pretendian por amigo; pero él solo daba este nombre á los que eran tenidos por buenos y lo eran á sus ojos. Los dos amigos con quien tuvo mayor intimidad en Salamanca fueron D. Hernando de Toledo, hermano del conde de Oropesa, al que habiendo ofrecido el capelo el papa Gregorio XIII, le rehusó prefiriendo acabar la vida pobre clérigo, predicando por los lugares y consolando y socorriendo á los pobres; y el otro D. Antonio de Córdoba, hermano del duque de Feria, el cual despreciando al mundo y sus vanidades, tomó el hábito de jesuita y vivió y murió en la Compañía como un santo venerado de todos. Visitaba nada más que por precision y en lo general á religiosos y hombres de letras de los que pudiese aprender algo bueno; amaba la soledad y se hallaba tan recogido en su propia casa, que pocas veces salia de su estudio-oratorio, de cuya compostura y aseo se cuidaba mucho, y en él estudiaba, oraba y se disciplinaba, dividiendo su tiempo entre estas prácticas. Nadie hasta él habia vivido en Salamanca siendo estudiante de tal modo, y así es que el maestro Fr. Domingo de Soto dijo un dia en la cátedra que D. Juan habia venido para reformar la universidad, de modo que cual otro S. Gregorio Taumaturgo, desde niño empezó á descubrir cuán gran santo habia de ser cuando creciese, pues que en tan tierna edad se entregó enteramente al amor á Dios y á adquirir virtu-

des, lo que hizo que su vida fuese tan meritoria para Dios y tan maravillosa para los hombres. Decian los gloriosos amigos S. Gregorio y S. Basilio, que cuando estudiaban en Atenas no conocian más que las calles que conducian á la iglesia y á las escuelas, y esto podia decir el Patriarca de Salamanca, y si alguna vez salia á esparcirse un poco al campo con algun maestro ó algun amigo, volvia á encerrarse en su estudio, en donde permanecia hasta que le llamaban para comer. Y en tiempo de vacaciones se iba con solo tres criados á pasarla con algun ermitaño ó en algun monasterio para hacer ejercicios. Lo mucho que ayunaba, lo despiadadamente que castigaba su cuerpo y sus vigilias prolongadas en la oracion ó en el estudio, fueron causa de que enfermase y de que se le tuviese por tísico. Luego que se restableció algun tanto le llevaron á convalecer á Sevilla; y á su regreso volvió á hacer la misma vida, y fué tan extraordinaria su modestia y recogimiento, que le llegó su mismo padre á considerar con tanto respeto, que cuando jugaba con otros señores de su clase solia decir: *Escondámonos donde no nos vea mi hijo;* de suerte, que mozos y viejos, señores y sirvientes, todos le miraban con respeto y procuraban no descomponerse en su presencia. Si la virtud es siempre en todos venerada y ensalzada, lo es mucho más en los jóvenes por la falta de consideracion y prudencia que por lo comun acompaña siempre á esta; los santos fueron en lo general pecadores en esta edad; pero nuestro Patriarca puede decirse que fué santo en ella, pues que no solo no pecó ni ofendió á Dios gravemente, sino que se esmeró en servirle y en ganarle almas para el cielo, y si á esto se añade la magnificencia que le rodeaba en el palacio de su padre y las riquezas de que era heredero, y se le considera como humilde y pobre en medio de todo esto, podrá concebirse el grado de santidad en que se hallaba en su juventud, y lo asistido que estaba del espíritu de Dios. Aún no habia cumplido treinta años D. Juan de Ribera, cuando le hicieron obispo, sin pretension ni áun noticia anterior de ello, de suerte que como aún no tenia la edad que se requiere para esta dignidad, ni en su modestia se creia capaz de desempeñarla, trató de excusarse como Moisés cuando le encargó el gobierno de su pueblo el Señor, al que dijo que no era para ello; pero como Dios le queria en este puesto, le respondió por delegacion, como lo hizo á aquel que habia de ser obispo aunque no quisiera, pues que su omnipotencia suplia lo que le faltaba, dándole cuanta suficiencia necesitare para llenar su mision. Así debió responderle el pontífice S. Pio V, que fué el papa que le hizo obispo á presentacion del rey de España D. Felipe II, personas que se miraban mucho en las elecciones que hacian para el gobierno de la Iglesia y del Estado, y máxime cuando en este nombramiento faltaban á sabiendas, en cuanto á la edad, con lo que previenen los cánones, como ya habia ejemplos

con los santos Malachías, S. Eleuterio, S. Remigio y otros que recibieron órdenes sagradas y dignidades ántes de tener la edad que estos prescriben. Habia acabado en Salamanca los estudios de filosofía, cánones y teología con tanto aplauso, que en los ejercicios en que él argumentaba, maestros y discípulos convidaban á oir á D. Juan Ribera; así es que cuando recibió la borla de doctor de teología en aquella universidad fué una verdadera solemnidad y un aplauso universal al graduando. Encargósele una cátedra de teología y la asistencia fué numerosa, de suerte que mil lenguas llevaron á la corte el nombre de Ribera, que no tardó en ser sinónimo de excelente teólogo en toda la monarquía. Instruido el rey D. Felipe II de lo justo de la fama de Ribera, como por aquel tiempo vacase la sede episcopal de Badajoz, capital de la Extremadura, le presentó al Papa para ella á pesar de su resistencia, que tuvo que ceder ante la obediencia y aceptar el obispado, constituyéndose pastor de un numeroso rebaño. No buscó D. Juan Ribera, como otros, la dignidad episcopal, por lo que bien puede decirse de él lo que de S. Basilio Magno dijo S. Gregorio: «No buscó él la honra, ántes esta le buscó á él. No fué gracia humana sino divina la que se le hizo. No fueron los hombres, Dios fué el que le hizo obispo.» Aceptando el cargo, escribió al Rey dándole gracias por su merced, y cuando llegó á Roma su consentimiento, fué recibido con tanto contento de aquel santo pontífice, que al proponerle en el consistorio público de cardenales, no solo hizo un grande elogio de sus méritos y bellas prendas, sino que asegura su historiador haber oido que terminó diciendo que merecia mejor que él la silla pontificia. Sabiendo su padre Perafan que habian llegado las bulas y que le habian consagrado obispo, en ocasion en que se hallaba de gobernador del reino de Nápoles, le escribió la notable carta siguiente, que el Obispo leia muy frecuentemente hasta el fin de su vida para estar vigilante y observar la buena doctrina que se daba en ella. «A mi hijo D. Juan de Rivera.—Hijo, lo que debemos á Dios es más que lo que los otros hombres, y yo más que ninguno, pues ha sido servido de remediar la necesidad de ánimo y áun de mi ánimo, porque cierto la tenia con grande inquietud viéndome con tan poca salud, y á vos tan falto de remedios, deseándoos más que la vida. En pago de esto y de lo que habeis conocido que os he querido siempre, que ha sido y es más que á hijo, os encargo que con todas vuestras fuerzas trabajeis de cumplir con el oficio y dignidad en que su Majestad os ha puesto, y que os trateis con todos con toda humildad y os acordeis de los pobres para socorrer su necesidad; y que á ellos y á los ricos mostreis el camino de salvarse. Oireis á todos blandamente, y pasen por vuestras manos todos los más negocios que fuere posible sin remitirlos á nadie. Mirareis en que en vuestro obispado no haya pecados públicos, y

principalmente en los clérigos, de los cuales habeis de tener particular cuenta, que vivan con el recogimiento y honestidad que conviene; y excusar todas las maneras de diferencias, que puede haber con ellos, así de hacienda como de jurisdiccion, porque parece mal que los obispos pleiteen con los canónigos. Residid siempre en vuestro obispado; y en tiempo de necesidad, ó de falta de salud, no hagais ausencia una hora, aunque sea por negocio que os parezca que importa mucho. Las provisiones que hiciéredes estoy confiado que serán conformes á lo que me habeis aconsejado que haga. En vuestra casa querria que tuviésedes muy poca gente, y aquella muy virtuosa. Algun letrado con quien comunicar, que sea tal que todos tengan satisfaccion de su virtud y letras. Tened poco adrezo y muy honesto; una cama negra ó leonada, y de manera que no parezca que hay curiosidad en esto y en otra cosa. Come á la castellana, gallinas ó pollos, carnero, vaca y potaje: esto muy limpio y bien concertado. Tened cuenta con la hacienda; así porque la habeis de dejar á quien no es vuestro hijo, como porque aprovechándolas podreis socorrer mejor las necesidades de los pobres, que esto os vuelvo á encomendar yo sobre todo. Dios os dé gracia que lo hagais como sea servido: y yo os doy mi bendicion por lo que me aconsejais que haga en esto, que me ha certificado que lo hareis vos así. No terneis granjería, porque parece muy mal; y algunos de los prelados que han estado en ese obispado han sido notados de esto. Visitareis muy poco en el lugar, y las más veces que pudiéredes las iglesias de vuestra diócesis. A los que escribiéredes, sea muy cortesmente; y á los grandes ilustrísimo, y á todos los otros muy ilustre y señoría, aunque ellos no os la llamen á vos, y lo mismo hareis con los obispos, aunque sean de anillo. Y Dios os guarde como deseo, y os dé su gracia para que le sirvais. De Nápoles 2 de Mayo de 1562.—Don Perafan.» Consagrado ya obispo, y conociendo su carácter reflexivo y santificante, no podemos ménos de creer que diria de sí lo que S. Nicolás en el dia de su consagracion: «Este dia y este lugar requieren otra vida y costumbres que la que has vivido hasta aquí, por que ya no has de vivir para tí, sino para los que estan á tu cargo;» palabras que, como dice el citado Escribas, debian tener todos los prelados en su corazon y esculpidas sobre todas las puertas de sus palacios. Dióse prisa D. Juan á ir á su iglesia, deseoso de ocuparse en la salud de las almas, y como las ovejas que se le habian encomendado deseaban con ánsia conocer al dignísimo pastor que iba á guiarlas á los pastos saludables de la gracia, salieron á recibirle con grande alegría luego que supieron su proximidad á Badajoz, y en cuanto le vieron, quedaron prendados de su bello continente y majestuosa presencia en medio de su juventud. Tomó posesion de su iglesia, y desde luego empezó á poner en práctica los preceptos del Salvador y los consejos

de su buen padre, teniendo siempre presente aquellas palabras del Señor, que se leen en el Evangelio de S. Mateo, dirigidas á los apóstoles, y en ellos á todos los prelados de la Iglesia: «De tal modo resplandezca vuestra luz en los ojos de los hombres, que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro padre que está en los cielos.» Decia Ribera misa diariamente, ofreciendo el santo sacrificio por sí y por los que estaban á su cargo, costumbre que conservó toda la vida áun cuando estuviese de viaje, y que solo suspendió las poquísimas veces que estuvo enfermo, imitando en esto á S. Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia, que era de opinion de que el sacerdote que pudiendo no decia misa, acreditaba amar poco á Dios; y tambien á Cassio, obispo de Narni, que diciéndola se derretia en lágrimas de dolor y de ternura. Para decir misa se preparaba ántes una ó dos horas encerrado en su cuarto, meditando sobre lo que iba á hacer, en lo que obedecia el consejo del Apóstol, se confesaba en seguida, y esto no dejaba de hacerlo ningun dia, y asistido de dos capellanes, celebraba con tal solemnidad y abundancia de lágrimas, que edificaba á cuantos asistian á su misa. Acabado el santo sacrificio se sentaba en su iglesia en un banquillo, en donde confesaba á cuantos se presentaban, que eran muchos, de todos estados, edades y sexos, porque prendados de su santidad y dulzura, todos los que tenian firme propósito de enmienda querian recibir su santa bendicion, y los que se arrepentian despues de una mala vida ó de un mal hecho, trataban de recibir á sus pies el perdon que deseaban. Tenia especial placer en administrar por su propia mano el Santísimo Sacramento á los fieles y áun llevarle á casa de los enfermos, y cuando se le acordaba que esto pertenecia al cura y no al obispo, replicaba que él tambien era cura y el más principal dispensador y administrador de los sacramentos de Dios en aquella iglesia, y que si el Señor se dignaba ir á casa de los enfermos, no podia él desdeñarse de acompañarle. No solo hacia á los pobres estas visitas, les visitaba muchas veces en sus necesidades para aliviarlos ó consolarlos y les mandaba tambien cuantos regalos le mandaban sus parientes, sus amigos ó las personas que le obsequiaban. No contento con dar de comer á doce pobres ancianos diariamente, á los que el jueves santo lavaba y besaba los pies, si que tambien mandaba de su propia mesa cuando comia y cenaba uno ó dos de los mejores platos á pobres vergonzantes que tenian hijos, y hacia al propio tiempo abundantes y crecidas limosnas á los monasterios de frailes y de monjas pobres, obsequiando particularmente á los que tenian mayor devocion. Su visita por los pueblos de la diócesis era un camino de plata por las muchas limosnas que iba dando, de suerte que no solo daba lo supérfluo, sino mucho de lo que le era necesario para el sostenimiento de su casa y dignidad. Afligiendo un año de escasez á sus ovejas, mandó ven-

der toda la plata que poseia para comprar trigo, que repartió á los pobres para hacer pan y para sembrar, y lo propio hizo con otra vajilla mayor y mejor que al saberlo su padre le mandó en una ocasion semejante á la anterior. Como el púlpito es el mejor puesto desde el que el buen pescador católico puede lanzar con el mejor éxito el santo anzuelo del Evangelio, para prender en él las almas que buscan el alimento que les falta, Ribera tenia especial aficion á subir á él, y predicaba con tal suma de doctrina, con tan gran entusiasmo y con tanto fervor, que se despoblaban los pueblos por venir á oirle, y hasta de Portugal llegaban multitud de fieles, deseosos de oir de sus labios la palabra de Dios. Apóstol en la palabra fué D. Juan, pero áun mejor lo fué con el ejemplo y con la celosa vigilancia que tenia sobre su clero para que siendo buenos los pastores fuesen excelentes las ovejas. A este fin les dió las siguientes instrucciones, que nos obliga á insertar en este lugar el deseo de que las conozcan para su observancia y gobierno los sacerdotes que lean esta obra, seguros de que han de ganar mucho en ello. Dicen así: «Una de las cosas principales que tengo que advertiros, y por ser tan principal será la primera, y es que tengo entendido hay algunos entre vosotros que solo tratais con gente recogida y virtuosa, y á los demás menospreciais y repudiais como á gente que no siente con vuestro parecer, y que van contra él, no siendo el suyo tan sano y santo como el vuestro. Otros, al reves, á la gente recogida teneis por hipócrita y extremada. La opinion de los unos y de los otros tenemos por indiscreta y reprobada, y deseamos que nuestro Señor os diese espíritu para abrazar todo género de gentes y condiciones, sueltos y encogidos, sanos y enfermos, sapientes é insipientes, santos y que no lo sean, de manera que hallasen debajo de vuestras alas abrigo los buenos, remedio y medicina los enfermos y perdidos, pues á todos somos deudores, y de todos nos han de pedir cuenta, y todos estan á nuestro cargo. Deseo tambien que os aprovecheis de las religiones y de su buen ejemplo, como de gente que está puesta en estado más perfecto: y si alguna vez se sintiese en alguno de ellos algunas flaquezas, que en los hombres suele haber, se la encubriésemos procurando remediarla, poniendo los medios más secretos que fuese posible, y que tratásemos de ser tan ejemplares, que ellos tuvieran en qué nos imitar, y que así anduviésemos todos á porfía sobre cuál guardará mejor su instituto. Damos muchas gracias á nuestro Señor, y nos habeis puesto en obligacion, por lo que por vuestras manos nuestro Señor ha hecho en este obispado, acerca de la frecuencia de los sacramentos, y al verse en alguna manera quitado el abuso de jurar; rogamos mucho que lleveis adelante esta santa obra, animándolos á todos á la frecuencia de las confesiones y comuniones, pues entendeis el gran fruto que con esto se hace. Llevareis tambien adelante el

enseñar la doctrina cristiana, guardando lo que os está mandado. Procurareis que no paren en saberla de coro, sino que la entiendan, declarándoles las circunstancias de los pecados, y dándoles á entender los artículos de la fe, para que sepan y esten ciertos y firmes en lo que creen. Renovareis muchas veces la Cofradía de los Juramentos, y adonde no las hay, las instituireis animándolos á que ejecuten en sí las penas de ella, aunque sean en sí voluntarios, y que se saluden con la salutacion de *Loado sea Jesucristo;* y tambien que lleven adelante las santas cofradías del Santísimo Sacramento y de las Animas del purgatorio. Visitareis las cárceles y hospitales, consolando á todos y favoreciéndolos. Entendereis en hacer amistades, procurando con toda diligencia que si posible fuese no hubiese enemistad y rencor en todo el pueblo, atajando los pleitos, pues todo está á nuestra cuenta. Mucho hay que advertir á los confesores, y no se podrá decir todo; pero deseamos esteis advertidos, que sois jueces, médicos, padres y pastores, que es donde está la llave de salir el ganado más gordo ó macilento, bien curado ó sobresanado. *Magnum pondus, et mirabile sacramentum, animæ sucfitatio,* dice S. Bernardo. Y si ha de ser padre, *oportet quod habeat semen verbi Dei*, y calor espiritual para engendrar; y si médico, que sepa tomar y conocer el pulso, y que conocida la enfermedad, tenga botica con medicinas y remedios para curarla. Que no se contente con solo ser juez y tener vistos los méritos de la causa, sino que tenga sabidas las leyes y pragmáticas por donde la ha de sentenciar. Que llore y gima en su rincon, considerando cómo un Dios tan bueno es tan ofendido como si fuera un Dios de palo. Témome mucho que el descuido grande que en esto hay, y la negligencia así de parte de los penitentes como de los confesores, no ponga en aventura mucha parte ó la mayor de las confesiones, y que los unos y los otros no salgan más culpados de ellas. Convendria mucho que un dia en la semana todos los confesores de cada lugar se juntasen y tratasen cómo se deben ver en los casos más contingibles en aquel lugar; y de los remedios para los pecados, de los modos para provocar á la contricion y devocion, y que cada uno dijese con qué se ha hallado mejor; para que fuesen todos de un parecer, y cada uno se ayudase de la industria del otro. Pero se ha de advertir, que en el tratar estos negocios no se han de poner casos por donde se descubra el secreto de la confesion, y en estas conferencias convendria señalar uno que presida, y los casos dudosos se nos podrán consultar, para que de acá se les envie resolucion, y se han de tratar estos negocios con humildad y sin contencion. Otrosí, que desde la septuagésima adelante los domingos y fiestas á cierta hora se catequizase la gente de quien no se espera que traerán la preparacion necesaria para confesarse á su tiempo, diciéndoles de qué y cómo se deben aparejar; y al que á esto no se hallase

presente, el confesor tuviese cuidado particular de cuando viniese á sus pies ordenarle lo que debe hacer para aparejarse y tener alguna contricion de sus pecados, pues este es el oficio principal del confesor. Querria veros, hermanos carísimos, con sentimiento y dolor de la perdicion de las almas de los prójimos, como de la vuestra propia, y que se cargase mucho la mano en esto de venir aparejados. Somos informados que algunos confesores confiesan muchas personas en un dia de los que se confiesan de año, los cuales sospechamos que no hacen enteramente su oficio, así en el exámen de los pecados como en doctrinarlos; porque siendo tan largo el tiempo que no se confesaron, y la costumbre de pecar tan comun, no se puede hacer este oficio bien tan en breve: avisamos que tenemos á los tales por insuficientes. En la frecuencia de las comuniones conviene que se mire mucho, y aunque á algunas personas particulares se les pueda conceder el comulgar á menudo, no conviene á todos los que lo piden; convendrá darnos aviso de las que comulgan más frecuentemente que de ocho á ocho dias. Tendréis mucha cuenta con advertirnos de las personas que murmuran ó tratan sueltamente de la frecuentacion de los sacramentos, porque convendrá llamarlas y entender de ellas cómo sienten de los sacramentos y de lo que tiene ordenado la santa madre Iglesia, y advertireis al pueblo cómo se os ha mandado esto. Relacion tenemos que algunos sacerdotes, con decir cada dia misa, se confiesan muy de tarde en tarde, no siendo de los más recogidos, dan nota á los que lo entienden; avisadnos de los que de esto fueren notados. Asimismo nos avisareis de los ordenados de órden sacro que van ascendiendo á mayores órdenes, si tienen cuenta con frecuentar los sacramentos, y de la esperanza que dan en sus obras, de que serán útiles en la Iglesia, porque acá tengamos cuenta en admitirlos ó excluirlos cuando vengan.» El tino, celo y piedad con que desempeñó su obispado fué tal, que enloqueciendo de gozo religioso á los extremeños, la fama llevó su nombre por toda España, atravesó los Pirineos y los mares, y todo el mundo católico se llenó de él. Vacó por este tiempo el arzobispado de Toledo y el patriarcado de Antioquía, y á un tiempo pusieron la vista el pontífice S. Pio V y el rey de España en D. Juan de Ribera, el primero para el arzobispado, y el segundo para el patriarcado, constando que este último dijo delante de los cardenales en público consistorio al manifestarles su designio: «El obispo Ribera es una lumbrera de España, raro ejemplo de virtud y de bondad, dechado de buenas costumbres y de santidad, tanto, que yo me confundo oyendo lo que oigo de su humildad y modestia. Porque no solo hace oficio de obispo, sino de cura, administrando los sacramentos y llevando él propio al Señor á la casa de los enfermos. Su vida más es de religioso que de prelado, y muchos obispos de España siguen sus pasos.» En el siguiente consistorio se le dió el palio con

favor y gracia especial de poder usarle como si fuera arzobispo, no siendo aún entónces más que obispo, dispensándolo todo aquel santo pontífice, y como ya patriarca habia de dejar todo lo que tenia, le concedió bula de retencion, y siendo necesario abogado en el acto de palio, el mismo pontífice se hizo honor en representar por él este oficio. Luego que se extendió por Badajoz y por toda la diócesi, que le iba á abandonar su obispo, el sentimiento fué universal, y los llantos de los pobres causaban lástima. Tambien Ribera lloraba con sus pobres ovejas, correspondiendo á su amor, y porque así lo sentia escribió al Rey por medio del marqués D. Fadrique Enrique, su tio, que desistiese de su idea de hacerle arzobispo de Valencia, que le dejase con aquella su primera esposa, con quien se hallaba muy contento, y que le haria mayor merced de dejarle vivir y morir en aquella su iglesia. El Rey, que deseaba que fuese á Valencia, en donde hacia falta un prelado como él, le escribió la carta siguiente: «Reverendo en Cristo Padre Obispo, de nuestro Consejo. D. Fadrique Enriquez nos ha dicho de vuestra parte los inconvenientes é impedimentos que se os ofrecen para no poder aceptar el arzobispado de Valencia, al cual os he elegido y nombrado, teniendo consideracion á que así conviene al servicio de Dios y bien universal de aquella iglesia, por ofrecerse al presente en ella cosas en que más particularmente puede ser servido de vuestra persona y Yo recibir gran contentamiento. Atendido lo cual, os rogamos mucho que no rehuseis en esto el trabajo, pues por las razones dichas vos teneis obligacion de aceptarlo y yo de volvéroslo á encargar como aquí lo hago. Madrid á 16 de Junio de 1568. — Yo el Rey.» Recibida por el Patriarca esta carta, se resignó á imitar á S. Julian, obispo de Cuenca, que se vió obligado á aceptar esta diócesis contra su voluntad por contentar al rey D. Alfonso. Luego que supo el soberano su aceptacion, le escribió la siguiente carta: «Muy Reverendo en Cristo Padre Patriarca, electo Arzobispo de Valencia, del nuestro Consejo: He recibido vuestra carta y holgado cuanto se puede que hayais aceptado la iglesia de Valencia por el servicio que podreis hacer, sirviendo en ella á nuestro Señor, y por el contentamiento que me habeis dado, y así os lo agradezco mucho, y espero que os hallareis bien allí, y que con el tiempo os podreis mejor resolver en lo que apuntais. Con esta se os envia la presentacion de la dicha iglesia de Valencia con correo yente y viniente, para que vista y hecho hacer las procuras y otros recaudos necesarios que vos habeis de proveer, torne con todo ello en diligencia porque lo pueda llevar un correo que mando despachar á Roma; y conviene que se haga con brevedad para que podais más presto pasar á la iglesia de Valencia y atender á lo que allí se ofrece, que lo deseo mucho. Data en el Escorial, 1.° de Julio de 1568. — Yo el Rey.» A la vista de esta carta fué D. Juan Ribera á Valencia, y con las solemnidades de costumbre tomó posesion de

la silla arzobispal, con gran contento del cabildo y del pueblo, que sabiendo por la fama lo mucho que valia aquel prelado, tuvieron su vida por un especial favor del cielo, y así es que le dieron pruebas de lo mucho que agradaba tenerle por pastor. Aunque ya se acercaba el año de su gobierno en la iglesia de Valencia, no estaba satisfecho nuestro Patriarca de que esta fuese voluntad de Dios, y movido de su deseo de conocerla mejor y de su humildad, escribió á Su Santidad, como en renuncia del arzobispado, una carta llena de las razones que por la siguiente contestacion de Pio V pueden concebirse: «A nuestro venerable hermano Juan, Patriarca de Antioquía, Pio Papa V.—Venerable hermano, salud y apostólica bendicion. Vuestra carta de Julio recibí, por la cual he entendido el pensamiento que teneis de descargaros de la cura episcopal, el cual conocemos que procede del celo que teneis de la honra de Dios; y así hemos abrazado en el Señor el celo, porque es argumento claro de vuestra solicitud apostólica; pero no podemos alabar y aprobar el pensamiento, y deseo de descargaros de lo que os habeis encargado. Porque, como lo enseña el Apóstol, cada uno ha de permanecer en la vocacion á que ha sido llamado. Y haber vos subido á la dignidad de obispo llamado de Dios y no de vuestra voluntad, ántes repugnándolo vos mismo en vuestra carta lo confesais, y yo lo tengo por cierto. Mira que el querer descargaros de la carga que os han impuesto, no sea ántes arrojarla que dejarla por no poder llevarla, y dejar de servir al omnipotente Dios en el oficio en que quiere servirse de vos. Principalmente que las causas que proponeis que os mueven, más os habian de mover á permanecer en el lugar en que Dios os ha puesto que á dejarlo. Qué? porque se ofrezcan dificultades ó impedimentos en la administracion del oficio, por eso hemos de desmayar y dejar de pelear varonilmente? Qué digo dificultades é impedimentos, aunque se nos pusieran delante mil géneros de tormentos y muertes, ¿habiamos, como soldados cobardes, de arrojar las armas y volver las espaldas? Tambien querria, hermano, que consideraseis que no es mucho gobernar el navío en tiempo de bonanza, cuando el mar está sosegado y el viento es favorable y próspero: saber gobernarle en medio de la tempestad, contrarios los vientos y las olas hasta el cielo, eso es de un muy sabio y diestro piloto. Y si os parece que en los que estan á vuestro cargo no haceis tanto fruto cuanto quisiérais, no os entristezcais por eso ni dejeis de hacer todo lo que pudiéseis: á nosotros toca el correr, y al Señor ayudarnos con su divina gracia, para salir con la victoria y para alcanzar la palma. Y aunque somos los que cultivamos el campo del Señor, ni el que planta, dice el Apóstol, ni el que riega es algo, sino el que da la virtud para crecer y fructificar, que es Dios. Cuanto á la otra parte de vuestra carta, en que me decis que no os teneis por idóneo y suficiente para el oficio que haceis; el decirlo, es indicio de

que lo sois, porque el justo para ninguna cosa se tiene por bueno, y dado caso que fuese así, que no lo fuésedes, no por eso me puede parecer bien el querer renunciar el obispado: pues aunque vos seais flaco y, á vuestro juicio, para poco, Dios que os ha llamado y puesto en él, es omnipotente, y en él habeis de esperar y poner toda vuestra confianza; esperando y creyendo (como creyó Abraham) que suplirá vuestras faltas y os dará fuerzas y sacará copioso fruto de vuestros trabajos, empleados por su amor en vuestra iglesia. Por tanto yo os amonesto como hermano, que esteis de buen ánimo y no dejeis el lugar que teneis, y os exhorto que atendais á la custodia de vuestro ganado y á la correccion de las depravadas costumbres del clero y del pueblo, á quitar los abusos, á renovar la antigua y santa disciplina y forma de vivir en la Iglesia, y si en ello tuvieseis alguna contradiccion de parte de los hombres, no os espanteis ni turbeis, sufridlo con paciencia, pues sabeis que Dios, que ve vuestro corazon, os ha de pagar tan bien todo lo que trabajeis y padezcais por él. Y de mí os podeis prometer todo el favor y ayuda para hacer y cumplir lo que Dios os tiene encargado, segun la potestad á mí concedida, y segun la benevolencia y aficion que yo como hermano os tengo. *Datum Romæ apud Sanctum Petrum sub annulo Piscatoris, die XXII Septembris, MDLXIX. Pontificatus nostri anno quarto.*»—Dice el P. Escriba que al recibir nuestro Patriarca esta carta no dejaria de tener presente que el angélico doctor Santo Tomás dijo: «No es preciso aceptar el obispado de tal suerte que sea pecado dejarlo de aceptar; pero sí lo sería cuando lo mandase el superior que lo puede mandar.» Conoció Ribera por fin que la voluntad de Dios era que siguiese de pastor en Valencia, puesto que se lo mandaba su vicario sobre la tierra, y áun cuando su deseo estaba en contradiccion, sujetó este á aquella voluntad, y resignándose con ella, dispuso su plan de vida para llenar sus deberes pastorales lo mejor que pudiese con el auxilio de Dios, á quien y á su Santísima Madre, poniéndola por medianera, se encomendó muy de veras. Dice el apóstol San Pablo que el obispo ha de ser irreprensible, sóbrio, templado, compuesto, prudente, casto, vergonzoso, honesto, hospedador, limosnero, docto, modesto, pacífico, no pleitista ni codicioso, sino cuidadoso de su casa y de los que moran en ella, y á esta doctrina se ciñó estrictamente D. Juan de Ribera, del que puede decirse careció de vicio y de culpa en cuanto puede ser un mortal, por justo que sea, librado de esta última; irreprensible hasta el punto de podérsele comparar al santo Samuel, el que, convocando al pueblo ántes de morir para que dijesen si alguno tenia queja de él, no encontró hombre que le acusase ni echase en cara pecado alguno ni defecto de ninguna clase. Fué D. Juan de Ribera sóbrio y moderado con exceso en la comida y en la bebida, y dormia tan poco, que acostándose muy tarde se le

vantaba á las cuatro de la mañana, y áun cuando el sueño le viniese de dia, peleaba con él y jamás se dejaba vencer. Cuéntase que cuando estudiaba en Salamanca, al acostarse mandaba le pusiesen la luz de modo que le diese en los ojos para que á lo mejor del sueño le despertase; de modo que venia á hacer como el filósofo Aristóteles, que dormia con una bola de acero en la mano, debajo de la que tenia una bacía de cobre para que cuando por haberse dormido aflojase la mano y cayese la bola, al ruido que esta hiciese en la bacía despertase. A fin de estar siempre vigilante y que su alma no se apartase de su Dios, comia y bebia muy poco, pues que sabia que la sobriedad y la vigilancia son compañeras, y así lo significó el apóstol S. Pedro cuando dijo: «Sed sóbrios y velad;» lo que repitió S. Pablo diciendo: «Velemos y seamos sóbrios,» en lo que dan á entender la necesidad de la sobriedad para la vigilancia. Nunca bebió vino, y en esto obedeció el consejo de los antiguos cuando encargaban la vigilancia, razon por la que se prohibia esta bebida á los sacerdotes en la ley antigua. «Lujuriosa cosa es, dijo el Sabio, y enemigo de la castidad; el que huelga de beberlo no será sabio.» Como nuestro Patriarca aborrecia tanto el vino como amaba la castidad y la sabiduría, ni áun en su última enfermedad permitió probarle á pesar del mandato de los médicos y de los ruegos de sus familiares y de sus amigos. En él fué costumbre el ayuno desde muy niño, y los miércoles, viernes y sábados de la cuaresma lo hacia á solo pan y agua. Solo comia una vez al dia y por la noche, contentándose al medio dia con un bocado de alguna fruta ó conserva, poco pan y enjuagarse, pues que hacia penitencia de aguantar la sed á pesar de su complexion colérica y de lo caloroso de su hígado. Sujetó su única comida á la tasa que puso á los obispos el Concilio Tridentino, y los mejores platos y que más excitaban el apetito, hacia se los llevasen sin probarlos, comiendo siempre de los ménos gustosos y más comunes manjares. Y si permitia que le pusiesen exquisitos manjares ó no evitaba se los presentasen, era por que se mortificase más el apetito viéndolos y no comiéndolos, en lo cual imitaba á aquellos monjes de los que cuenta Palladio, obispo de Capadocia, llamándolos Thavenosiotas, que cuando comian se bajaban de la cabeza tanto la cogulla, que ninguno podia ver la abstinencio del otro, los cuales tocaban el manjar, pero no le llevaban á la boca. En el Evangelio de S. Mateo hallamos que dijo el Señor: «Cuando ayunares, unge tu cabeza y lava tu cara por que no sepan los hombres que ayunas;» y Casiodoro dice: «Más son los que por amor de la templanza se privan de todo el manjar, que los que comiendo por la necesidad que tienen de comer, no exceden la medida de la necesidad.» ¿Y cuánto más meritoria será la abstinencia de los manjares presentes, que por templanza no se comen, si se mandan dar á los pobres, como cuenta el venerable Beda lo hizo Oswaldo, rey

de Inglaterra, un dia de pascua en que comia con él el obispo Aidano? Pues así lo hizo muchas veces D. Juan de Ribera no solo con los manjares, si que tambien hasta con su vajilla de plata, que más de una vez mandó se deshiciese y diese en limosna á los pobres. La castidad es una abstinencia á veces muchísimo más meritoria que la de la comida y la bebida, y cuando ménos se las considera hermanas y áun dependiente en bastante parte aquella de ésta, pues que hallamos en S. Gerónimo, «que mal se puede conservar la castidad sin el ayuno y templanza;» á lo que añade S. Pablo: «No bebais mucho vino que está la lujuria en él;» y en prueba de lo necesaria que es la abstinencia para la castidad, pudieran citarse á nuestros primeros padres Adan y Eva, que comieron y dejaron de ser castos, á las hijas de Lot y á otros muchos de que nos da noticias la historia sagrada y profana. Hermosa cosa es la virginidad, segun el Sabio, y por ella, como siente S. Ambrosio, los hombres se hacen semejantes á los ángeles, siendo aún más meritoria la del hombre, porque aquel no tiene carne que vencer como este. Venció nuestro Patriarca en esta terrible lucha de la carne contra la castidad, pues que no solo fué casto, sino vírgen hasta la muerte, si bien confiesa que debió á Dios este beneficio, cuando decia: «Como supiese que era sabiduría saber que la castidad es don de Dios, fuíme al Señor y pediselo con todo el corazon y con todas mis entrañas;» y Dios se lo concedió, como concede siempre al pecador lo que le pide con verdadera fe y confianza. Dános Escriba en la vida del venerable Juan de Ribera, al tratar de la castidad de este siervo del Señor, un tratado tan completo y erudito sobre la castidad y la virginidad, y prueba de tal modo sus excelencias, que aconsejamos su lectura á los que pretendan afirmarse ó estudiar esta excelente virtud. Si la castidad es prenda tan recomendable, no lo es ménos la humildad y ésta la poseyó nuestro Patriarca en alto grado. S. Bernardo ensalza aún más la humildad que la castidad cuando dice: «Muy digna es de ser alabada la virtud de la virginidad; pero más necesaria es la humildad, pues sin la virginidad podemos salvarnos, pero no sin la humildad.» Humilde fué Ribera como obispo, y como tal hizo en tan alta dignidad las veces de los curas inferiores en muchas ocasiones, teniéndose como el más inferior de todos, y gozándose en ello imitando al Salvador, que siendo Rey de los reyes, se humilló hasta lavar y besar los pies del más indigno de sus discípulos, de aquel que sabia le habia de vender á sus enemigos y entregarle á su furor y á la muerte á las pocas horas. La humildad hacia huir á Ribera de toda alabanza, esconder las buenas obras que hacia á los ojos de los hombres, dormir sobre un corcho y vestido, aparentando ocupar su lecho, mortificar sus carnes con ásperos silicios, procurando ocultar esta mortificacion, así como la disciplina con que secundaba las punzadas de estos, y llorar despues de hacer mucho

bien, el no haber hecho más que lo que debia y no poder hacer más. La soberbia jamás tuvo entrada en él, porque la humildad no le permitió conocer tan horrendo como dañino vicio, y así que jamás vistió seda sino la tela más inferior que convenia á su dignidad, y si bien procuraba magnificencia para el templo y para cuanto se dedicaba al servicio del Señor, trató é hizo tratar su persona como á pobre, y su aposento habitual solo respiraba pobreza en cuantos objetos le ocupaban. ¿Quién mejor que nuestro Patriarca practicó la leccion del Salvador: «Aprended de mí á ser mansos y humildes de corazon?» Tuvo toda su vida presente que S. Cipriano dijo, que la paciencia y la mansedumbre moderan la ira, refrenan la lengua, conservan la paz, hacen al hombre humilde en la prosperidad, fuerte en la adversidad, manso contra las injurias y fácil para perdonar á los que le ofenden. A esta doctrina sujetó su conducta, y acordándose siempre de que Dios mandó hacer bien á los que nos aborrecen y amar á nuestros enemigos, para que de este modo podamos parecer hijos suyos, observó el mandamiento con la mayor escrupulosidad, y fué digno hijo del padre que se le impuso. Por esta razon su paciencia fué modelo de prelados, y jamás se le vió irritado ni airado contra ninguno por males que le hiciesen, pues siempre venció en él la razon á la ira. Encargó Jesucristo la paciencia á sus discípulos diciéndoles: «Si á mí me han perseguido, tambien os perseguirán á vosotros; lo que habeis de hacer es tener paciencia, porque con ella sereis dueños de vuestras almas, y señores de vosotros mismos, que es un gran señorío, grandeza, fortaleza y virtud;» y así lo hizo el venerable. Obedeció humildemente éste á S. Pablo, que manda al obispo no hiera ni lastime á nadie; pero si fué manso, benigno y sufrido para los que le ofendian, fué rigoroso y terrible para los que ofendian á Dios; pero su ira se dirigia contra los herejes, los apóstatas y los malos cristianos. Manifiéstanos el glorioso S. Bernardo, «que la prudencia es madre de todas las virtudes, la que las rige y modera; la que ordena las pasiones y las hace estar sujetas á la razon, la maestra, de las buenas costumbres. Quitadme la virtud, dice este Santo, y la virtud no será virtud sino vicio.» La reina de las virtudes llamaron los filósofos antiguos á esta, y la ensalzó tanto Sócrates, que dijo que todas las virtudes no eran más que prudencias particulares. Si de tal excelencia es la prudencia para todos, es indispensable á las personas constituidas en dignidad, porque, como dice Aristóteles, las otras virtudes son comunes á los que obedecen y á los que mandan, pero la prudencia es propiedad de estos. Fué tan prudente nuestro Patriarca, que siguiendo el precepto divino, jamás hizo cosa de importancia sin tomar consejo no solo de los que juzgaba capaces, si que tambien de los demás, en la inteligencia de que á veces permite Dios el buen consejo áun á los más ignorantes, á quienes le

inspira para castigar la soberbia de los que se tienen por sabios. En los sermones que predicaba D. Juan de Ribera, en las cartas que dirigia al Rey y á los particulares, en sus pastorales, y en fin, en todos sus escritos, se manifiesta la gran prudencia que guiaba todas sus acciones. Enterado el Rey de la exquisita prudencia del Patriarca en lo espiritual, creyó que seria lo mismo en lo temporal, y por lo tanto le encargó el vireinato de Valencia, cargo para el que no le sirvió excusa alguna, y tuvo que aceptar, y en el que acreditó extraordinariamente la expresada virtud. Fué tal el respeto que se le tuvo como virey, á pesar de que jamás se vieron ménos castigos que en su época en Valencia, que puede decirse varió el aspecto de aquella capital, pues que hicieron tregua los delitos, por decirlo así. Velaba sobre los jueces y ministros de justicia, haciéndoles andar muy despiertos. Quitó toda ocasion de escándalos, privó las casas de juego, origen de tantos males en las repúblicas, lanzó de la ciudad las rameras públicas, no consintió vagabundos ni holgazanes, y estableció sobre estos particulares una policía tan exquisita, que bien pronto limpió aquella capital de todas estas malignas y dañosas alimañas, sostenedoras de la discordia, de la inmoralidad y de los vicios; y en fin, imitando en todo á su padre, que fué virey bonísimo en Nápoles, como ya hemos dicho al principio de este artículo, logró granjearse las bendiciones de todos los hombres de bien y los elogios de todo el mundo. La ciencia debe acompañar al obispo con la prudencia, y se hermanaron en nuestro Patriarca siempre, y no creyendo que con solo no dar mal ejemplo y dar muchas limosnas tenia cumplido su deber, ponia en juego su talento para instruir á su pueblo, que es un deber sagrado del obispo, y por lo tanto le enseñaba desde el púlpito sus deberes, haciéndole ver el premio que podian esperar llenándolos, y los castigos que le esperaban faltando á ellos. Como fué nuestro Patriarca tan docto en la Escritura santa, sus sermones eran una riquísima mina de gracia divina, cuyo filon pasaba de sus labios á enriquecer las almas de sus oyentes, y bien prueban su suficiencia bíblica las muchas y curiosísimas notas de su letra que ilustran la gran Biblia, á grandes márgenes, que poseia, ejemplar preciosísimo que debiera imprimirse para enseñanza de los más doctos teólogos y expositores. Predicaba Ribera con la boca y con la obra, que es la mejor de las predicaciones, poniéndose delante de sus ovejas como pastor, siendo su ejemplo y deseando su salvacion; hacia él primero lo que queria que hiciesen, entendiendo, como Julio César, que es más eficaz é infunde más brios al soldado que se apresta á la batalla, que les diga el general *vamos*, que no *id vosotros*. Los buenos y solícitos pastores, dice S. Bernardo, no cesan jamás de engordar su ganado con buenos ejemplos, y esto hacia el venerable Ribera, ejemplo y dechado de pastores y de predicadores, discípulo y siervo é imitador de Jesucristo nuestro maestro:

empezó primero á obrar que á enseñar, por lo que si bien predicó hablando, mucho mejor lo hizo enseñando, por lo que se decia comunmente de él que aún lo hacia mejor que lo decia. En efecto, si alababa las virtudes, ninguna le faltaba; si reprendia los vicios, ninguno podia echársele en cara; si exhortaba á seguir á Jesucristo, delante del más entusiasta y obediente caminaba, de suerte que indispensablemente su palabra habia de hacer gran fuerza en su auditorio, pues que á la virtud que en sí contenia como voz de Dios, unia la autoridad y opinion del que la decia, que era un patriarca y arzobispo tan sabio y tan santo. Considerando que la voz del pastor debe llegar á todas sus ovejas, por lejanas que se encuentren de su vista, predicaba por escrito todos los años á toda su diócesis por medio de sapientísimas cartas que dirigia á los clerigos y seglares, cartas edificantes de las que no podemos ménos de insertar una al ménos en este lugar, tanto para que sirva de comprobante á nuestro aserto, cuanto por la buena doctrina que encierra, y la cual deben tener presente los sacerdotes que dirigen las almas para mejor cautivarlas á la gracia de Dios. Dice así: « Venerable Padre: muy justo y muy obligatorio es que en tiempo de tanta alegría, como el que nos representa la santa Iglesia estos dias, nos comuniquemos los sacerdotes para que con la conferencia y comunicacion de tan altos misterios, crezca tanto en nosotros la veneracion y hacimiento de gracias de ellos, que no solo queden aprovechadas nuestras conciencias, pero que tambien procuremos que participen de ella nuestros feligreses; siendo compañeros y consortes del mismo gozo y alegria, como deseaba el divino apóstol S. Pablo que lo fuesen los filipenses cuando decia: *Téngoos en mis entrañas y deseo que todos vosotros seais compañeros y participantes de mi alegría.* Dos cosas, hermanos, deseo que representeis á vuestros feligreses, ponderándolas y encareciéndolas cuanto os fuere posible, despues de haber suplicado á Dios nuestro Señor os abra la puerta de su palabra, que son los corazones de los oyentes. La primera es pedirles que consideren con atencion las infinitas é incomprensibles misericordias que encierra la venida de la segunda persona de la Santísima Trinidad al mundo para tomar naturaleza humana, haciéndose tan verdadero hombre como era verdadero Dios; de manera que el que era eternamente Dios, quiso ser juntamente hombre, y tan verdadero hombre, que se hallasen en aquel divino supuesto las aflicciones y trabajos que los hombres padecemos, los cuales nos comienza á representar la santa Iglesia católica estos dias en el dichosísimo nacimiento de Jesucristo nuestro Señor, pues le vemos nacido de madre pobre en un meson, reclinado en un pesebre por falta de otro lugar más cómodo, en el rigor del invierno, padeciendo las injurias y molestias del tiempo, como las padecen los más pobres y miserables hombres del mundo; y esto todo por redimir al hombre que le habia

ofendido y quebrantado su santo mandamiento. ¿Quién alabará dignamente estas tan encumbradas misericordias? ¿Quién sabrá referir y predicar estos tan inmensos beneficios? ¿O qué entendimiento de hombre, ni de ángel, ni de criatura alguna pudiera hallar esta soberana y admirable traza? Ninguno por cierto, sino tan solamente el de Dios nuestro Señor, infinito y admirable en sus consejos, infinito y admirable en sus obras, é infinito y admirable en su misericordia. Bien ponderaba esto el bienaventurado é invictísimo mártir Cipriano, obispo cartaginense, diciendo: «¡Oh Señor, cuán admirable es vuestro nombre; verdaderamente vos sois el Dios que obra maravillas; ahora ya no me espanta la grandeza de este mundo material, ni la firmeza é instabilidad de la tierra, ni el crecer y menguar de la luna, ni el ejercicio y servicio perpétuo del sol, ni las mudanzas ordinarias de los tiempos, en los cuales unas cosas se secan y otras estan verdes, y las que parecen muertas tornan á vivir, solo me espanta ver á Dios en el vientre de una Vírgen, y al Omnipotente entre pañales; y quedando atónito y pasmado, no sé qué decir más de lo que dijo el santo profeta Abacuch: *Señor, consideré tus obras y quedé fuera de mí.* Todas, pues, estas obras se han descubierto en el divino misterio que ahora celebra la Iglesia: porque si bien estaban eternamente escritas en el libro de la predestinacion divina, aquel libro estuvo cerrado y sellado con muchos sellos hasta el dichosísimo siglo de la venida en carne del Verbo divino. Este es el tiempo estatuto y determinado, como dijo el profeta Daniel, en que se habian de manifestar las misericordias del Altísimo, y en el que los apóstoles y ministros de Dios habian de descubrirlas y predicarlas al mundo, como dijo el profeta Isaías, y como lo hizo el apóstol S. Pablo. Y aunque son innumerables los sacramentos que estan escondidos en este soberano misterio, debeis insistir principalmente en dos. El primero es mostrar la obligacion que tienen los hombres de amar al que siendo soberano y supremo Señor, y teniendo en sí mismo infinita gloria, infinita majestad é infinito poder, ha querido buscar fuera de sí, en lugar de la gloria deshonra, y de la majestad bajeza, y del poder pobreza, y del supremo señorío semejanza de siervo. Todo lo cual hallamos obrado en la admirable natividad de Jesucristo nuestro Señor. Y que morando en las alturas de los cielos, no solo quiere considerar desde su tálamo supremo las cosas de los hombres (lo que espantaba al real profeta David), pero morar y habitar entre ellos, siendo verdadero hombre y llamándose hermano de los hombres. Bien ponderaba esto el Apóstol amado de Jesucristo nuestro Señor, mostrando con grande multiplicacion de palabras en lo que se debe estimar y preciar esta misericordia, cuando decia: «Lo que os predicamos y enseñamos es Jesucristo »nuestro Señor, autor de la vida, y que lo fué en la eternidad de Dios, y

»tambien os predicamos lo que oimos á los profetas de este mismo Señor, »y no solo esto, pero tambien lo que vimos con nuestros ojos corporales, »causando el espanto y admiracion en nuestros corazones, y lo que nuestras »manos tocaron y palparon. Este Señor, que es el principio y autor de la vida »eterna, se manifestó al mundo, y nosotros lo vimos con los ojos corporales »y somos testigos de vista, y así os lo afirmamos; porque siendo eternal»mente una misma sustancia con el Padre Eterno, se quiso manifestar á los »hombres para que lo viesen y oyesen los hombres; lo que vimos por nues»tros ojos y oimos con nuestros oidos, eso os predicamos, y esto os escribi»mos para que os alegreis y tengais gozo cumplido.» Hasta aquí son palabras del santo Apóstol y Evangelista, el cual refirió lo que ántes habia dicho el justo Simeon, esto es, que venia el Salvador á ponerse delante de los ojos de todos los hombres, buenos y malos; y estaba mucho ántes profetizado por el profeta Isaías, diciendo: *Todos los hombres verán con los ojos del cuerpo al Salvador del mundo, como el mismo Señor lo tiene prometido.* Y en otro capítulo dice el mismo profeta: *Vendrá tiempo en que con tus mismos ojos verás á tu Maestro y oirás sus buenos consejos.* Dichosos, pues, nos podemos y debemos llamar los que hemos gozado de tan inestimable beneficio, del cual resultan infinitos otros beneficios y mercedes; como nos lo enseñó el divino apóstol S. Pedro, por el cual dice (hablando de Jesucristo nuestro Señor) *se nos han dado grandes y preciosos dones.* Pero junto con haber encarecido esta misericordia, debeis insistir en la obligacion que resulta de ellas, para no pecar, ofendiendo al autor de ella; pues áun la razon natural nos obliga á rendir gracias por los beneficios recibidos y recompensarlos, si no podemos con obras, á lo ménos con amor y devoto reconocimiento. Muy buen consejo es el que nos dió el bienaventurado S. Gregorio Nacianceno, escribiendo de esta festividad. «Cristo (dice) se »ha hecho hombre: alegráos con temor y regocijo: con temor, porque así »se muestra cuánta sea la gravedad del pecado, pues tuvo necesidad de tan »eficaz y poderoso remedio; y con regocijo, por la esperanza que os resulta »de ver al Altísimo hermano vuestro.» En este punto deseo, Padre, que hagais cuan apretadas diligencias os fuere posible, procurando, así por vuestro medio como por el de los ministros de justicia, que castiguen los pecados públicos cuando no se hallare otro camino para evitarlos. Y siendo los dichos ministros padres de su república, y por el consiguiente obligados á procurar la conservacion de ella, cierto es que les corre obligacion de no descuidarse en castigar los pecados mayormente públicos, pues de ellos resulta la destruccion y asolamiento de las repúblicas, segun lo dijo el Espíritu Santo en los Proverbios. *El vivir* (dice) *conformes á la ley de Dios, engrandece y levanta los pueblos; y el vivir con pecado les hace miserables.*

Tambien os pido que en conformidad de lo que otras veces os tengo encargado, exhorteis á vuestros feligreses de mi parte y de la vuestra, que se dispongan á recibir el Santísimo Sacramento en estos sagrados dias, con lo cual darán testimonio de reconocidos y agradecidos á los soberanos beneficios que han recibido por la venida de Jesucristo nuestro Señor al mundo, desechando de sus almas las tinieblas del pecado por medio del sacramento de la penitencia, segun lo aconsejaba el divino apóstol S. Pablo. «La noche »(dice) de la vieja ley en que se daban las promesas del Salvador con oscu»ridad y en figura, ha pasado, y el dia claro y sereno del Evangelio ha lle»gado, quedando el mundo alumbrado con Jesucristo nuestro Señor, luz ver»dadera, que alumbra universalmente á todos los hombres. Desechemos »pues (dice el divino Apóstol) los pecados, que son obras de tinieblas, in»dignas de ser vistas de Dios y de los hombres, cuales son la demasía en »comer y en beber, la deshonestidad, la envidia de los buenos sucesos de »nuestros hermanos, y el aborrecimiento de los prójimos, y vistámonos de »pies á cabeza de las obras de luz, que son las que Jesucristo nuestro Señor »ha enseñado al mundo con su divino y admirable ejemplo, y con la luz de »su celestial doctrina, gobernándonos en todas nuestras palabras, obras, »pensamientos, y mortificando los apetitos carnales con la modestia y cir»cunspeccion que suelen guardar los que hacen sus obras de dia á vista de la »claridad del sol.» Estas cosas y otras que os enseñará Dios nuestro Señor, si recurris á su divina Majestad suplicándole sea vuestro maestro, podeis representar á vuestros feligreses con el afecto y amor que suelen los padres tener á sus hijos, persuadiéndoles unas veces la virtud, y reprendiéndoles otras los pecados: proveyendo asimismo de confesores en vuestra iglesia, para que todos sean consolados y hallen quien les administre el sacramento de la penitencia con espacio y buena gracia. Y porque una de las obras meritorias que pueden hacer es encomendar muy de veras á Dios nuestro Señor la prosperidad de la Majestad del Rey nuestro señor, les pedireis con mucho encarecimiento que supliquen á su divina Majestad, guarde las reales majestades y altezas del Rey y de la Reina, nuestros señores, y del príncipe nuestro señor y sus altezas, encaminando las acciones de S. M. para el mayor servicio suyo, aumento de la santa Iglesia y beneficio espiritual y corporal de sus estados y señoríos. Dareis á todos mis encomiendas, ofreciéndoles mi bendicion. Y me avisareis del recibo de esta y del número de gente, así hombres como mujeres, que hubieren recibido el Santísimo Sacramento, porque holgaré de saberlo. Dada en nuestro palacio arzobispal de Valencia, á once dias del mes de Diciembre de 1607.»—La fundacion del colegio del Patriarca no pudo ménos de ser tan acepta á Dios como la capilla de que acaba de darse noticia, pues tan en servicio suyo y bien de los pue-

blos es la buena crianza é instruccion de la juventud en las buenas costumbres y en las letras, que son el objeto de los colegios. Por esto y con esta idea fundó los suyos en Alcalá de Henares el famoso cardenal arzobispo de Toledo D. Francisco Jimenez de Cisneros; el glorioso arzobispo de Valencia, nuestro bendito ascendiente Santo Tomás de Villanueva, en la misma Valencia y en Alcalá; el que fundó en Sevilla su arzobispo S. Isidoro, y los creados en todo el mundo católico por los pontífices, cardenales, magnates y otras personas piadosas. Y pues que el venerable D. Juan de Ribera nos habla sobre el que él fundó, copiaremos aquí sus mismas palabras:—«Ante todas cosas, dice, presuponemos que lo que nos movió á escoger esta obra entre otras muchas que pudieramos emprender pias y religiosas, fué considerar lo que el santo Concilio de Trento dice en la sesion XXIII, cap. XVIII, á lo cual por ser ordenado por el Espíritu Santo, que está en los concilios generales *rectè et ritè* congregados, se le debe pronta y humilde observancia. Asimismo un pensamiento y dictámen que siempre hemos tenido, conviene saber, que los prelados debemos dejar testimonio perpétuo de la obediencia, que, como católicos y fieles miembros de la Iglesia católica romana, tenemos á los santos Concilios, en confusion de los miserables herejes de estos tiempos; y que tambien debemos mostrar con obras el mucho amor que tenemos á nuestros feligreses, deseando y procurando su bien espiritual y temporal, como sea el procurarlo obra digna y obligatoria de pastor respecto de sus ovejas. De lo cual todo se colige que esta nuestra casa se ha de llamar Colegio ó Seminario, por ser estos los términos con que el dicho Concilio la nombra; y por fundarse para el mismo y principal fin que el santo Concilio pretendió, que es criarse sujetos tales, que con virtud y letras ministren en la casa de Dios; y nuestra intencion es que esta nuestra fundacion sea tenida y reputada por aquella misma que ordenó y mandó el santo Concilio cuanto á los dichos fines. Si bien por algunas causas muy considerables, para su mayor y más exacta ejecucion, hemos mudado en algunas cosas la forma allí prescrita, pero retenido el nombre de Seminario ó Colegio. Porque nuestro fin es que no sea tenido por solo colegio, habiendo entendido que en algunos de los colegios de España, por haber sido fundados con solo nombre de colegio, han venido á mudar su primer instituto, que era admitirse mancebos para ser instituidos, lo cual despues no se ha observado, ántes se admiten tan solamente hombres provectos y graduados, á lo cual nunca nos hemos inclinado: teniendo por mayor servicio de Dios nuestro Señor que aprendan, juntamente con la disciplina, buenas y santas costumbres, en edad dispuesta y aparejada para ser instituidos y reformados.» En el capítulo primero del Colegio y Seminario añade: «Decimos que es nuestra intencion que las personas que entrasen en

nuestro Colegio, llamado Corpus Christi, se muevan á pretenderlo por servir en la viña del Señor, que es su santa Iglesia católica, aprovechándose no solo en el entendimiento con las disciplinas, pero tambien en la voluntad, siguiendo y usando las virtudes para que así puedan con doctrina y ejemplo persuadir al pueblo las cosas del servicio de Dios nuestro Señor, cuya gloria, aunque flaco y miserable, deseo, esperando en su misericordia que llevará nuestras intenciones á debido efecto, y que será servido encomendar y conservar y aumentar esta nuestra casa para servicio suyo y bien espiritual de este arzobispado, en el cual, aunque indigno, presidimos desde el año 1568, y que será asimismo servido aceptar esta obra en satisfaccion de las muchas faltas, descuidos y negligencias mias y de los grandes defectos en que habré incurrido como miserable é indigno de la dignidad que tengo. Y no ménos confiamos de su misericordia, que será servido de poner en los ánimos de todos los que han de estar en esta casa, deseo de gobernarla y residir en ella para servir al Señor y aprovechar á los prójimos con puntual obediencia y ejecucion de nuestras constituciones.» —Fundada por el Patriarca su Capilla y Colegio, escribió al rey Felipe II la siguiente carta: «Señor: pareciéndome que el más inmediato descargo de lo que podia hacer, por las muchas faltas y negligencias que he tenido en este ministerio, seria procurar con todas mis fuerzas que se criasen sujetos en virtud y letras, para que todas las iglesias estuviesen abundantes de buenos sacerdotes, y los prelados, mis sucesores, hallaren personas suficientes á quien encomendarlas, puse el pensamiento en erigir un Colegio y Seminario en esta ciudad para los naturales del arzobispado, conforme á lo que el santo Concilio de Trento con tanta fuerza de sentencias y palabras exhortó y mandó á los obispos. Y cuantos más dias anduve rumiando la forma que el dicho santo Concilio dió en la fundacion de los seminarios, tanto mayores dificultades se me ofrecieron. Porque como en este arzobispado no haya préstamos ni beneficios simples que no sean de patronato laical, sino muy pocos de eclesiástico, y esos tan ténues que se consume enteramente la renta en la celebracion de las misas, venia á ser necesario meter la mano en los diezmos que pertenecen á V. M., y á los eclesiásticos y militares, en lo que hallaba entrada á muchas contradicciones, escándalos y molestias, como se ha mostrado en la parte de excusado que pertenece á los militares, y en la dotacion de las rectorías de los moriscos. Todo la cual, aunque no enflaquecia el deseo de ver puesta en ejecucion obra tan importante, pero me persuadia á buscar otro medio que careciese de estas dificultades. Y así vine á juzgar por el más ajeno de ellas, fundar yo (en cuanto la vida y fuerza de hacienda bastase) este Seminario; pareciéndome que cuando no se pudiese salir con fundarle con perfeccion, se habria ganado en comenzarle, y que aunque si

para comenzarlo faltase disposicion, aceptaria nuestro Señor la buena voluntad y pronto deseo de satisfacer á mis obligaciones. Con este ánimo há más de quince años que me resolví á dar principio á esta obra, y ha querido nuestro Señor que se halle ahora en términos que podria dentro de dos años estar acabado lo necesario de la fábrica para poblarse de estudiantes, y en uno más toda ella. Y asi trato yo de hacer las constituciones, el fundamento de las cuales es suplicar á V. M. sea servido aceptar el patronazgo de esta casa. Y si bien conozco ser sobrado atrevimiento, por la grande benignidad y clemencia de V. M. y el favor que ha mostrado siempre á este su humilde capellan y hechura, me pone ánimo para esperar recibirla, principalmente que aunque la hacienda que tenia yo ántes de ser obispo, y la que despues me ha sobrevenido por gracia de mi padre y deudos, se ha empleado en fundar la mitad de esta obra, lo que fuera imposible hacer con solo la renta del arzobispado. Y gracias á nuestro Señor, nunca por este respeto, ni por otro, se ha dejado de acudir á las obligaciones. Pero asi esta parte como la que se ha tomado de la renta de esta iglesia, se debe á la merced y grandeza de V. M., de manera que el favor que V. M. hiciere á esta casa lo merece por ser obra de sus reales manos. Al vicecanciller escribo la renta que hasta ahora tiene. Y siendo V. M. servido de hacerme esta merced, proseguiré hasta acabar las constituciones del Colegio, confiado de que mediante el amparo de V. M. le dará nuestro Señor muy prósperos sucesos en su santo servicio y en el de V. M.; cuya S. C. R. persona guarde nuestro Señor con la felicidad que ha menester su Iglesia y sus capellanes le suplicamos. De Valencia y Diciembre 2 1594. — S. C. R. M. — Besa las Reales manos de V. M., su humilde capellan, — *el Arzobispo de Valencia.*» A esta carta respondió luego S. M. la del tenor siguiente: «Al muy reverendo en Cristo Padre Patriarca de Antioquía, Arzobispo de Valencia, de mi Consejo. — El Rey. — Muy reverendo en Cristo Padre Patriarca, Arzobispo de Valencia, de mi Consejo. En vuestra carta de 2 de este mes he visto lo que me escribís acerca del Colegio y Seminario que fundais en esa mi ciudad de Valencia, y de celo tan pio y consideracion tan prudente como la que os movió á dejar con que se criasen sujetos en virtud y letras, tales, que con ellos las iglesias esten abundantes de buenos sacerdotes, y los prelados vuestros sucesores hallen personas suficientes á quien encomendarlas, no se podia esperar ménos buen suceso que el estado en que me escribis que teneis la fábrica y dotacion; y cuanto más habeis excusado de suprimir rentas eclesiásticas, pudiendo hacer, conforme al Concilio de Trento, supliéndolo de vuestra hacienda, como lo habeis hecho, me obligais á daros mayores gracias por ello. Y bien favorecida quedaba la obra con ser vuestra y quedar tan bien dotada; pero pues holgais de ello,

acepto el patronazgo con tan buena voluntad como me lo ofreceis y suplicais. La obra y esto son testigos vivos de cuán dignamente se os han encomendado la iglesia que habeis regido; y que el favor y merced que os he hecho se ha empleado muy bien en vos: y espero que vereis acabada la fábrica, y que de vuestra mano pondreis los colegiales; y permitiéndolo Dios así, me prometo de que quedará con toda perfeccion; por esto os debeis dar mayor prisa á acabarlo, y por vuestro contento le recibiré yo muy grande de que lo hagais. Dada en Madrid en 28 de Diciembre de 1594. — YO EL REY. — *Pedro Franqueza*, Secretario. »— No contento nuestro venerable arzobispo Ribera con dar á sus ovejas el pasto espiritual de la doctrina, dióles con gran liberalidad el de la limosna, á fin de que se apacentasen de alma y cuerpo, pues que tenia presente que quiere el Señor que todos los que puedan, sin excepcion, den limosna á los pobres cuando dijo: «No faltarán pobres en vuestra tierra, y por lo tanto os mando abrais y alargueis la mano y seais liberales con vuestro hermano que tuviere necesidad y sea pobre.» Esta ley del Señor, que comprende á todos los fieles, es aún más obligatoria á los prelados que son padres de los pobres, que estan en lugar de Dios, que amó tanto á los pobres, que se complació en serlo cuando habitó entre nosotros. Cuanto tiene el obispo fuera de lo necesario para su sustento y decoro indispensable á su dignidad y á la de su iglesia es propiedad de los pobres, de la que solo es un administrador, y si no cumple como bueno en tal concepto peca mortalmente. Sabio en esta ciencia de Dios fué nuestro Patriarca, que ni áun lo preciso para su sustento reservaba, creyendo hacer un hurto al caudal de los pobres en cualquiera cosa que hiciese con exceso de lo que le exigia su severa conciencia. A fin de poder dar más, se trataba como pobre en todo y áun pedia á los ricos para que la bolsa de los pobres acreciese. Anualmente daba el Patriarca de limosna más de diez y seis mil ducados, y por extraordinario era cuanto le permitian las muchas atenciones que tenia la mitra, siendo infinitas las limosnas especiales que hacia cada dia; en fin, daba cuanto tenia y podia, y jamás se fué desconsolado ningun pobre de su presencia, contándose entre las muchas limosnas que hizo á las casas de religion y á los establecimientos de beneficencia, el dinero necesario para la compra del terreno en que se fundó el convento de Franciscos descalzos de la ciudad de Valencia, que no costeó en su edificacion, porque lo hizo un piadoso y generoso canónigo dignidad de su iglesia. No obstante tantos donativos y limosnas, aún le permitió Dios levantar ese magnífico monumento de piedad que lleva su nombre y como pudiera censurarse tanto gasto y criticarse por algunos que hubiera sido mejor gastarlo en limosnas con que socorrer á los pobres, vamos á insertar en este lugar lo que dice Escriba en la historia del Patriarca, porque al

propio tiempo que se justifica con sabias y acertadas razones, da razon de esta fundacion como testigo presencial, mejor que pudieramos hacerlo nosotros, en vista de lo que hemos leido y visto sobre este particular. «Confieso, dice el jesuita P. Escriba, que se ha gastado mucho en el edificio del Colegio y Capilla del Patriarca, y en la riqueza de sacristía y santuario con tantos ornamentos tan ricos y tan lindos, tantos vasos de oro y plata, tantas reliquias tan principales tan ricamente aderezadas, sin veinte mil ducados que lès ha dejado de renta. No se puede negar que no sea una obra muy grandiosa, una de las más insignes de España; y si juntamos todo lo bueno y excelente que hay en ella de grandeza, de riqueza, de lindeza, de aseo, de arte, de órden y concierto y cumplimiento y devocion en todo; en el altar y en el coro, en la celebracion de las misas y en el cantar con toda manera de música tan escogida, no sé yo si hay otra de esta calidad en España que se pueda igualar con ella. Dejo aparte á S. Lorenzo del Escorial, que esa es obra de un tan gran rey, y no ha de entrar en esta cuenta; de ahí abajo á todas las demás obras de personas particulares pienso que hace ventaja. Todos los que la ven y han visto mundo, dicen que no han visto cosa igual. Grande obra, grande dinero se ha gastado en ella, pero no hay porqué decir que se ha quitado á los pobres, pues tanta parte de él les ha cabido. Porque en el Colegio se han de sustentar treinta colegiales, y tantos familiares, y tantos oficiales para los ministerios de casa. Y en la Capilla cuarenta capellanes y tantos cantores, músicos, acólitos, mozos de coro y otros ministros, que son más de ciento veinte personas; los cuales todos eran pobres, y no tienen sino lo que el Colegio les da, que es lo que han menester para sustentarse y tienen merecido y ganado con su trabajo. Añadido á esto, que los colegiales que siendo como digo pobres, se crian y enseñan en el Colegio, y aprenden virtud y letras, se disponen y habilitan para poder tener prebendas, dignidades, cargos y oficios en la iglesia y república, y venir á ser ricos y tener con qué poder ayudar á los pobres; y los que son capellanes tambien, teniendo más de lo que tenian ántes, tienen qué poder dar de limosna, y obligacion de darla; y así lo que se les ha dado á los unos y á los otros es haberlo dado á los pobres. Cuanto más que lo que se ha dado á Cristo no se puede decir que no se dió al pobre; habiéndole dado al que siendo tan rico se hizo tan pobre, como dice el Apóstol, por hacer á los hombres que eran tan pobres tan ricos. Bueno sería que porque el Señor es tan bueno y favorece tanto á los pobres, y quiere que los ricos les favorezcan, pretendiesen los pobres que cuando fuese menester y se ofreciese ocasion de haberle de servir á él lo dejasen de hacer por socorrerlos á ellos. Mayormente que sirviendo al Señor, hacemos limosna al pobre; y más le damos dejando de darle por este respeto, que si le diéra-

mos todo lo que podiamos dar; porque lo damos á quien siendo tan rico y tan poderoso, y por otra parte tan misericordioso y más para con el pobre, eso y más podrá y querrá darle, supliendo lo que nosotros le quitamos por dárselo á él. El fin que tuvo el fundador de esta obra tan grande, tan pia, tan santa, lo que principalmente le movió á emprenderla, fué la gloria pura de Dios, y la devocion admirable que tuvo siempre al Santísimo Sacramento, y el deseo de que fuese venerado, honrado, ensalzado cuanto fuese posible de los fieles, en tiempo que era tan despreciado y abatido y ultrajado de los herejes. Pareciéndole que estaba obligado como fiel siervo y ministro tan principal en su iglesia, á volver por la honra de su Señor procurando ensalzarla, cuanto sus enemigos y nuestros procuraban abatirla y postrarla. Pareciéndole que era muy poco cuanto hacia y gastaba á trueque de salir con su intento y ver la devocion y veneracion de este divino misterio, tan encendida en los corazones de los cristianos ahora, cuanto lo estuvo en el principio de la Iglesia, y el Señor, que lo instituyó, deseó que lo estuviese, ¿quién no alabará este celo? ¿Quién ha de poder condenar lo que se hizo con él? ¿Quién no dará por bien empleado cuanto se ha gastado en obra tan santa, para tanta honra y gloria de Dios? ¿Qué riqueza juntó David? ¿Cuántos mil talentos de plata, cuántos mil talentos de oro, para edificar un templo al Señor? ¿Cuántos gastó su hijo en edificarlo con tan grande magnificencia y suntuosidad? ¿Murmuró el pueblo de él? ¿Juzgó que habia sido excesivo aquel gasto? Dijo que se lo habian quitado á él, y que hubiera sido mejor darlo á los pobres? Antes bien, dice la Escritura, que se holgó en grande manera; y pareciendo á todos poco cuanto el Rey habia puesto de su casa, cada uno de por sí quiso contribuir de la suya y tener parte en una obra tan pia, y que hacian sus votos y promesas con grande alegría, y con todo su corazon porque lo ofrecian y daban al Señor que habia de ser honra en aquel templo como en el nuestro. ¿Estaba por ventura el Señor en él entónces como está ahora en el nuestro? Si quedó el Señor tan servido con el edificio de aquel templo, que no habia de contener en sí sino el Arca del Testamento, que llama David escabel de los pies de Dios, con un vaso de oro, y dentro de él un poco de maná, sombra y figura del pan de la vida venido del cielo, que es el cuerpo sacratísimo del Señor: ¡qué tanto lo habrá quedado con el edificio de este otro templo dedicado al mismo cuerpo, nombrado con su mismo nombre, donde no la sombra, sino el cuerpo en realidad de verdad, el mismo Señor en cuerpo y en alma, la humanidad y la divinidad como está en el cielo reside, donde es tan celebrado y alabado, y honrado! Quiere el Señor que sea muy honrado su cuerpo sacratísimo, dado en manjar de vida al hombre. El cuerpo que él tanto humilló por los hombres hasta la muerte, quiere que despues de muerto y resucitado le honren mu-

cho los hombres. Y así enseñándoles cómo lo habian de hacer, habiendo toda la vida profesado tanta humildad y pobreza y desprecio de las honras y riquezas; queriendo nacer en un establo y ser reclinado en un pesebre, diciendo como decia: *Las zorras tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, y el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza.* Cuando entró en Jerusalen para celebrar la Pascua é instituir en ella ántes de su muerte el Santísimo Sacramento, quiso que le recibiesen de muy diferente manera que le habian recibido las otras veces, con tanto acompañamiento y pompa, con tantas aclamaciones, bendiciones y aplauso de todo el pueblo. Escogió para instituirle, como dice el Evangelista y como el mismo Señor lo dijo á los discípulos que envió delante á tomarle posada y aposentarle, la casa de un hombre rico, y en ella *un aposento muy grande y muy bien aderezado.* El cáliz en que consagró y dió á beber su sangre á sus amados discípulos, aquí le tenemos, y sabemos que es de una piedra de valor y preciosa. El catino, ó fuente, ó plato que estuvo en la mesa, está en Génova, y dicen que es de una esmeralda muy fina. El sepulcro donde fué depositado su cuerpo despues de muerto, dijo el profeta Isaías, *que habia de ser muy glorioso y honroso.* En fin, todo lo que habia de tocar su cuerpo en su muerte y despues de su muerte quiso que fuese precioso. Querria yo preguntar ahora: ¿quien tanto quiso que honrasen su cuerpo, querrá más que honren el del pobre? Preguntémoslo á él. Mas él lo dijo ya, sin que se lo preguntasen. Cuando María Magdalena hizo aquel servicio al Señor de tanta piedad y religion, como fué quebrar el vaso que traia lleno de ungüento de nardo escogido y derramarle sobre su cabeza, con que se llenó la casa de una fragancia, de un olor suavísimo, dice el Evangelista que murmuró Judas y otros tambien y dijeron: *¿Qué perdicion ha sido esta? ¿No hubiera sido mejor que se hubiera vendido este ungüento y sacado dinero de él (que se pudiera sacar mucho), y socorrido con él á los pobres?* Tomó el Señor la mano, y respondió por sí y por ella, y dijo: *¿Por qué sois pesados y molestosá esta mujer? ¿Por qué murmurais de ella, y os parece mal lo que os habia de parecer bien? Ha hecho una buena obra y usado de caridad conmigo: los pobres siempre los terneis con vosotros y les podreis hacer bien siempre que quisiéreis; pero á mí no me podreis tener siempre. Digoos de verdad, que donde quiera que se predicare este Evangelio en todo el mundo dirán que hizo un hecho memorable, y será célebre él por su memoria.* ¿Está respondido al caso? Es la respuesta si no de la misma Sabiduría divina, del mismo Juez que ha de juzgar nuestras obras y declarar cuáles han sido malas ó buenas, ó mejores? ¿Por qué la limosna es tan agradable y tan meritoria á Dios? Porque lo que se da al pobre lo toma en cuenta Cristo como si á él propio se diese. *Lo que hubiéreis hecho por uno de estos pobrecitos, por mí lo habeis hecho*, dijo el mismo Cristo. Luego bien

se sigue que lo que se da al propio Cristo, lo que se hace, lo que se gasta por él mismo, por que él sea más conocido, más honrado, más servido, más agradable le será. *No es perdicion*, dice Tertuliano, *no es superfluidad, no es prodigalidad lo que se da á Cristo; piedad es gastar la hacienda por la piedad.* Y S. Ambrosio alabando la piedad de la emperatriz Santa Elena, y el gasto tan grande que hizo en adornar y guarnecer las reliquias de los clavos y de la cruz del Redentor, dice: *No ha sido vanidad é insolencia, pues se ha hecho por el Redentor.* No dejaré de decir lo que dice Teofilacto: *Cuando vieres que alguno ofrece á Dios algun don, no te parezca mal, ni le desconsueles turbando su alegría, y queriéndole persuadir que hiciera mejor si lo diera á los pobres, déjale cumplir su deseo. Porque está muy en su lugar que la honra que debemos á Dios sea preferida á todo, y á la limosna tambien; y porque el Señor por su grande benignidad y bondad, quiere recibir la misericordia y limosna que se hace al pobre como si á él se hiciera, no hemos de pensar que debemos olvidarnos de Dios y curar tan solamente del pobre, mayormente cuando la necesidad de parte del mismo Señor lo pide.* Esto dice Teofilacto. ¿Y quién no dirá que lo pide y requiere necesariamente en esta ocasion, en estos tiempos, en los cuales este Sacramento soberano es tan desconocido de los infieles, blasfemado de los herejes, no tenido en aquella veneracion que sería razon de los cristianos católicos? *¡Oh excelentísimo Sacramento!* dice el santo pontífice Urbano IV en la institucion que hizo de su fiesta; *dignísimo de ser adorado, venerado, ensalzado de todas maneras posibles, con todo género de alabanza, con todo el estudio, devocion, reverencia y servicio que supieren y pudieren imaginar los hombres?* ¿Dónde está tan bien empleada la riqueza, el oro, la plata, las perlas, las piedras preciosas, la seda, los brocados, la música, las voces, el canto, el aseo, el cuidado, las fuerzas, la salud, la vida del hombre, como en el servicio de este Señor? ¿Qué exceso puede haber en servir á un Señor tan digno de ser servido, tan largo, tan liberal en hacernos merced? *¡Oh liberalidad*, dice, *admirable, donde el que da es recibido juntamente con el don! y el dador y la cosa dada todo es una misma cosa.* ¿Qué liberalidad puede ser más larga y más pródiga que la del que se da á sí mismo? Principalmente siendo Dios el que se da, y no pudiendo dar al Señor de todo cosa que no nos la haya dado él. Y así le decia el rey David despues de haberle ofrecido tanto: *Todo cuanto hemos allegado yo y mi pueblo, y pensamos dar, ofrecer y emplear en vuestro servicio, todo es vuestro, todo lo hemos recibido de vuestra liberalísima mano.* Por donde no es mucho que se le haya edificado este templo para que esté en él como está verdaderamente, y sea servido y honrado en él, si no conforme á su grandeza, á lo ménos cuanto ha sido á la humana flaqueza y posibilidad posible. Para eso, pues, se edificó este templo tan lindo, tan adornado, con ornamentos tan ricos, tantos capellanes,

tantos sacerdotes, que con tanta modestia y decencia, tanta devocion, hacen los oficios divinos, provocando con su ejemplo á los demás á que hagan de la misma manera lo mismo: cantan, celebran, alaban continuamente al Señor que tienen presente, por su grandeza, por su amor, por su bondad, por los beneficios recibidos; por todos, pero principalmente por el beneficio de beneficios, don de dones, gracia de gracias; que por eso se dice Eucaristía, porque es gracia en que se nos da y comunica el mismo Señor y autor de la gracia. No será fuera de propósito poner aquí para mayor confirmacion de lo dicho, lo que el mismo fundador nos dejó escrito, tratando de las causas de la fundacion de esta obra. Aunque nuestro primer intento ha sido fundar un colegio y seminario; pero siempre ha estado firme en nuestro ánimo un vivo deseo de fundar una capilla donde se celebrasen los oficios divinos en veneracion del Santísimo Sacramento y de la benditísima Vírgen María, Señora y abogada nuestra, y de todos los santos, y que en la tal capilla se observase en la celebracion de los oficios divinos lo que está dispuesto por los santos Concilios, y ha sido observado en los tiempos que florecia la disciplina eclesiástica, y lo que enseñan los autores que escriben de esta materia. Conviene saber, que se digan y canten con pausa y atencion, y de manera que se conozca que los que los cantan consideran que estan delante de Dios nuestro Señor, hablando con la suprema é infinita Majestad suya; y que asimismo muevan á los oyentes á devocion y veneracion de este Señor y de su santo templo. Este deseo ha durado y dura en nuestro ánimo con particular congoja de ver las muchas faltas y abusos que estan introducidos en las iglesias generalmente; y porque la excusa que se da á las dichas faltas y á la prisa é inquietud con que se celebran los oficios divinos, es lo mucho que los ministros tienen que hacer en administrar los sacramentos fuera de sus iglesias, y en enterrar los muertos, y hallarse en procesiones, y en acudir al gobierno temporal de su iglesia y hacienda de ella. Hemos deseado y procurado dotar esta capilla excusando á los ministros de las dichas ocupaciones con los mayores emolumentos que ha sido posible, acomodándolos con ventaja, así en las distribuciones como en el trabajo, porque así con mayor suavidad y comodidad pudiesen cantar los oficios como deseamos y tenemos ordenado. Juzgando que se servirá mucho Dios nuestro Señor de que haya una iglesia en esta ciudad, en la cual se le den alabanzas con el respeto, atencion y veneracion que se debe á tan infinita Majestad, para ejemplo de las demás, así del reino como de fuera de él. Y asimismo que en la dicha capilla se observasen algunas ceremonias que deseamos ver platicadas, por nuestro particular consuelo, para mayor veneracion del Santísimo Sacramento. Y habiendo sido Dios nuestro Señor servido de darnos vida y comodidad para poderlo hacer, hemos querido juntar á la obra del

Colegio ó Seminario, la de la Capilla donde se celebran los oficios divinos ante el Santísimo Sacramento; ordenando para la veneracion de este altísimo misterio y la decencia del culto divino, que haya algun número de capellanes, aunque menor del que deseamos, por satisfacer en cuanto nos ha sido posible, y ha permitido la cantidad de hacienda, á la devocion que quisiéramos tener al Santísimo Sacramento, aunque por nuestra miseria y flaqueza no la merecemos alcanzar. Con lo cual confiamos en nuestro Señor, que el instituto del Colegio y Seminario será ayudado y favorecido de Su Majestad divina, ante la cual es agradable el sacrificio de alabanza. Y que resultará á los colegiales notable aprovechamiento para las costumbres y mayor aficion al estado eclesiástico, mediante la celebracion de los divinos oficios. ¿Qué tienen que decir los maldicientes ahora? Dirán que algunos santos son de contrario parecer, sintiendo que no se ha de quitar á los pobres lo que se les debe de justicia y misericordia, por edificar, y adornar, y enriquecer los templos. Dirán que dice S. Ambrosio: *Mejor fuera que hubieras conservado los vasos vivos como son los pobres, que los de metal que carecen de sentido. Esto,* dice el santo, *no tiene respuesta. ¿Qué puedes decir á esto? Por ventura, que lo hiciste por que tuviese el templo el ornamento debido? Responderte han que no tenia necesidad de eso, y que su verdadero ornamento es la redencion de los cautivos.* Digo á esto que allí S. Ambrosio no habla sino con los obispos que recogian el oro y plata, y dinero, y lo tenian guardado diciendo que lo guardaban para adornar el templo, dejando perecer en el entrêtanto los pobres. ¿Quiérenlo ver? Luégo dice: *La Iglesia tiene el oro, no para tenerlo guardado, sino para distribuirlo y socorrer con él en las necesidades á los pobres que las padecen. ¿De qué sirve guardar lo que no es de provecho guardado? ¿Para que vengan los enemigos y lo roben y se lo lleven? ¿No fuera mejor haberlo dado al pobre? ¿No dirá el Señor: por qué has consentido que tantos pobres muriesen de hombre?* Esto es lo que reprende y condena este santo doctor, y no el gastar y emplear el oro en adornar la iglesia para que sea el Señor más servido y reverenciado en ella. Véase claramente, pues él mismo habia dicho poco ántes: *Conviene, y principalmente al sacerdote y obispo, adornar la iglesia con el ornamento debido y conveniente; por que de esa manera sea mayor el resplandor de la casa y templo del Señor, y sea más venerado en el. Tambien le conviene hacer limosnas, no supérfluas y sobradas, sino las convenientes y necesarias, segun lo pide la necesidad y obliga la caridad.* De manera que á lo uno y á lo otro quiere que acuda el obispo, á adornar la iglesia y á socorrer á los pobres; pero en primer lugar pone el adorno de la iglesia, y en la limosna dice que ha de haber modo y tasa. S. Gerónimo, aunque aconseja á la vírgen Demetria de que gaste su hacienda con los pobres, con todo eso, como hubiese dicho primero: otros edifiquen

iglesias, vistan las paredes de mármol, traigan grandes columnas y dórenles las cabezas, cubran con marfil y plata las puertas, y pinten el altar de oro con perlas; luégo añade: *No lo reprendo, no digo que no me parece bien, no les quiero persuadir que no lo hagan; mejor es hacer eso, gastar en eso la hacienda que guardarla y tenerla encerrada en el arca.* Y escribiendo sobre el profeta Zacarías, alaba mucho á los príncipes cristianos, que reparando los templos humildes que habian derribado los emperadores gentiles, levantaron altas paredes y las chaparon y cubrieron de oro, con bóvedas hermosísimas labradas á las mil maravillas. Entre las constituciones de la órden de Santo Domingo hay una que dice así: *Nuestros frailes tengan sus casas humildes en una mediania, y no se hagan ni se consientan hacer en nuestros monasterios curiosidades, ni superfluidades notables en la escultura, ni pintura, ni en los patios, ni en cosas semejantes que afean nuestra pobreza. Mas en las iglesias podránse permitir.* Digo, pues, que los doctores sagrados no condenan el edificar templos suntuosos en honra de Dios y de sus santos, que eso seria condenar á tantos reyes, emperadores y pontífices santos, que con santísimo celo los han edificado y gastado tanto en adornarlos y enriquecerlos; y lo que es peor, sería condenar lo que Dios quiso, y mandó, y tuvo por bueno que se hiciese. ¡Cuán ricamente adornado quiso que estuviese el tabernáculo, donde estaba el arca! Todos los vasos é instrumentos de él, hasta las tijeras de despabilar, quiso que fuesen de oro; las cortinas y las vestiduras de los sacerdotes preciosísimas, de seda, de viso, de púrpura y de perlas. Lo que condenan es hacer semejantes obras por vana ostentacion, por celebrar su nombre en la tierra, pretendiendo no tanto la gloria de Dios cuanto la suya propia. Porque si se hacen puramente por Dios, por servirle, por que sea más reverenciado y honrado, y la necesidad de los pobres no es tanta que obligue á vender los cálices, como dice S. Ambrosio, ó no es mayor que la que tiene la Iglesia, ó puede por otra via ser remediada, en tal caso ha de ser preferida la Iglesia; y es obra de virtud más principal levantar y autorizar el culto divino porque es obra de religion, y la religion es más excelente virtud que la misericordia, y la obligacion de venerar al Señor aprieta más que la de socorrer al pobre. Y en nuestro caso no se puede decir que la necesidad de los pobres fuese tanta ni igual con la que movió á nuestro prelado á emprender esta su obra. Ni que por ella dejase de acudir á los pobres y favorecerlos, no digo en las extremas necesidades, sino en las ordinarias y comunes, como solia ántes que la emprendiese, y no les quitó nada por darlo á Dios, pues fundó una limosna perpétua para tantos pobres, que se sustentan con ella como se ha dicho; y el oro y plata que dejó á la Iglesia, allí está para otros pobres en cualquier necesidad que el tiempo trajese, y fuese menester que se quitase del altar para repartirlo con ellos.

De cuanto llevamos dicho puede colegirse el respeto del patriarca al Santísimo Sacramento, á cuya presencia se entusiasmaba tanto y con tal copia de lágrimas de amor, que se bañaba en ellas. Para mejor contemplarle se retiraba las veces que podia á celebrar el santo sacrificio de la misa en el oratorio de su casa con solo un ministro que le ayudase, y como tardase dos ó tres horas en decirla, ordenaba al ayudante, para que no se cansase, se saliese poco ántes que consagrase y no entrase hasta que no le avisase, lo cual hacia con una campanilla que tenia á este fin sobre el altar: allí se deshacia en lágrimas, y su alma puede decirse que se unia íntimamente á su Criador. En la octava del Santísimo, despues de decir misa y de oir el sermon, se quedaba orando de rodillas ó sentado todo el dia sobre una humilde estera en la capilla mayor detras del Santísimo Sacramento; y cuando estuvo acabada su capilla, se celebró la octava en ella desde entónces con la mayor solemnidad, lo cual aún dura por dicha de los valencianos, que van á ella á rendir sus adoraciones al Rey de los reyes y á recordar el entusiasmo con que le adoraba el santo Patriarca. Ordenó para mayor reverencia, que los que fuesen y volviesen al altar y pasáran delante de él no le hiciesen humillacion alguna, y que los predicadores fuesen á recibir, no de él, sino del celebrante, la bendicion, y que no le saludasen al paso, ni ménos desde el púlpito, segun costumbre, que nosotros reprobamos, pues que estando expuesto el Santísimo no debe saludarse más que á Dios, y de manera alguna á los reyes, señores ni hermandades que presidan la festividad, pues que ante aquel Rey de reyes todos los fieles son iguales, por elevada categoría que ostenten en el mundo. Siempre que oia el Patriarca nombrar al Santísimo Sacramento se descubria, y alcanzó del pontífice Paulo V cien dias de perdon á todos los que hiciesen lo mismo y le alabasen al nombrarle, costumbre que empezándose á practicar en el reino de Valencia, no tardó en extenderse por toda España, en donde es necesario que sea un español muy impío para que no se descubra en cuanto oye pronunciar tan divino nombre ó su alabanza. Con motivo de la expresada concesion de indulgencias por el Papa, escribió á todos los curas y rectores del arzobispado en 18 de Enero de 1609, es decir, dos años ántes de su muerte, una notable carta en la que se acredita su piedad y santidad, y la entusiasta devocion que tenia al Señor sacramentado, cuya carta inserta el P. Escriba en la vida del venerable, y la cual aconsejamos á los fieles, y en especial á los que hayan de predicar sobre tan sacrosanto misterio, lean con meditacion para edificarse é inspirarse en sus sermones. Como el patriarca adoraba tanto al Sacramento, que era su pasion favorita, deseaba que todos hiciesen lo propio, y así es que para que no faltase nunca en su iglesia su alabanza, dejó mandado á los sacerdotes de su capilla y colegio, como obligacion de precepto y sin

excusa, lo siguiente: «Queremos y ordenamos, que en todos los jueves del año, exceptuando el de la Semana Santa, y asimismo en el octavario del Santísimo Sacramento, acabado el oficio de la mañana, partan del coro cuatro capellanes con lobas y estolas blancas, á los cuales acompañarán todos los demás ministros: y que cuatro acólitos, llevando cada uno de ellos un incensario y una naveta, salgan de la sacristía al tiempo que los capellanes llegaren á las gradas de la capilla mayor, y que allí, estando todos los ministros hincados de rodillas, hagan todos, así los cuatro sacerdotes como los cuatro acólitos, la primera humillacion juntamente, y despues de entrados en la capilla mayor otras dos humillaciones, y hecha la última, quedándose todos hincados de rodillas, los cuatro sacerdotes tomen de mano de los acólitos, que han de estar detrás de ellos, los incensarios, y digan una de las alabanzas que se ponen en el número catorce. Y despues hagan tres incensaciones, incensando tres veces en cada incensacion, haciendo humillacion profunda con la cabeza, así al principio de cada incensacion como al fin. Item, que los dichos cuatro sacerdotes, así á la venida como á la vuelta, traigan descubierta la cabeza y las manos juntas, pues van á adorar la infinita é inmensa Majestad de Dios, y que uno de ellos, á cada humillacion que hicieren, diga: *Bendito sea el Santísimo Sacramento*, en voz inteligible que se pueda oir en toda la iglesia. Item, que ántes de comenzar la primera incensacion diga el domero, despues de haber hecho una profunda humillacion, aquellas palabras que dijo Azarías, como refiere el profeta Daniel, estando en medio del horno de Babilonia: *Sicut in holocausto arietum et taurorum, et sicut in millibus agnorum pinguium, sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie;* y acabándolas de decir, inciense tres veces, y guardando el mismo órden en la segunda y tercera incensacion, dirá en la segunda las palabras que decian á voz en grito, millares de millares de ángeles y los ancianos, estando postrados ante el trono de la Majestad de Dios: *Dignus est Agnus, qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem, et gloriam, et benedictionem.* Y en la tercera incensacion dirá las palabras, que segun refiere el mismo Evangelista, dijo tambien aquella multitud de ángeles postrados ante el Cordero: *Benedictio, et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, virtus, et fortitudo, Deo nostro in sæcula sæculorum. Amen.* Item, que miéntras incensáre diga el un coro á la primera incensacion en sabordon: *Laudate Dominum, omnes gentes, laudate eum, omnes populi:* y á la segunda el otro: *Quoniam confortata est super nos misericordia ejus, et veritas Domini manet in æternum;* y á la tercera se junten ambos coros diciendo: *Gloria Patri, et Filio, etc.* Y el domero diga en tono: *Laudamus Patrem, et Filium, cum Sancto Spiritu;* y responda la capilla: *Laudemus et superexaltemus eum in*

sæcula. Acabado lo cual vuelvan los cuatro sacerdotes á la sacristía, acompañados de toda la capilla, dejando corrida la cortina. Item, que despues de completas se encierre el Santísimo Sacramento, diciéndole primero la letanía que dejamos ordenada á canto llano y canto de órgano, segun se dice de presente, y despues de ella los versillos y oraciones. Item, que todos los jueves á la misa, despues de la elevacion del cáliz, en lugar del motete que se acostumbra decir en las festividades solemnes, diga una voz con el órgano un verso de los salmos, de los que tocan á este divinísimo misterio, como *Memoriam fecit mirabilium suorum*, etc. Y que acabándose de decir, salga todo el coro con el órgano y algun ministril, diciendo: *Gloria Patri*, etc. Porque allí alabe al Señor todo espíritu, por tan inmenso y soberano beneficio, concedido á los miserables hombres nacidos en pecado. Estos versos dejamos puestos en una tablilla para que tome el cantor el que quisiere elegir por su devocion. Item, en la procesion que se ha de hacer el jueves por la tarde, octava de la fiesta del Santísimo Sacramento, desde que saliere la procesion hasta que torne á entrar, vayan dos colegiales de los más antiguos con sobrepellices dentro de la procesion, uno á cada lado, llevando cada uno una de las dos cestas grandes de plata (que dejamos para esto) con flores naturales, las cuales irán esparciendo delante del Santísimo Sacramento, las que bastaren para seis pasos; y que para esparcir las flores se hinquen de rodillas, esparciendo de una vez lo que bastare para dichos seis pasos. De manera, que como fuere andando el sacerdote las vaya pisando, y que esto continúen hasta acabar la procesion.» ¿Qué más? Oigan lo que dejó tambien tan encargado á todos los sacerdotes, y particularmente á los capellanes de su capilla. «Primeramente rogamos y exhortamos, cuan afectuosísimamente podemos, á todos los que han de celebrar los oficios y misterios divinos, así de la carne y sangre de Jesucristo nuestro Señor, como los demás que la Iglesia santa católica gobernada por el Espíritu Santo tiene ordenados, que se dispongan á la tal celebracion con conciencia pura y limpia de pecado, acordándose de las gravísimas razones que hay para llegar con esta preparacion; y que en demostracion de esta limpieza interior, procuren guardar toda limpieza y devocion exterior, celebrando los oficios divinos con todo silencio, pausa, respeto, atencion, compostura y modestia, como más largamente lo ordenamos en el capítulo setenta y ocho, número quinto. Y en particular cuanto al altísimo y divinísimo misterio de la Misa, como gente que advierte lo que hace, no dándose priesa en leer, ni en las demás ceremonias, observando grande sosiego y atencion en todo, y mucho más despues de haber consagrado, haciendo las elevaciones y fracciones y los signos con particular reverencia, considerando que lo que está debajo de aquellas especies, no es pan como lo era ántes de la

consagracion, sino el cuerpo de Jesucristo nuestro Señor. Guardando asimismo modestia cuando salen de la sacristía y vuelven á ella, y mayor cuando desde el altar se vuelven al pueblo, poniendo los ojos en tierra. Y en el dia que no se hallaren con disposicion para poder decir misa, guárdense en todo caso de decirla, acordándose de lo que el apóstol S. Pablo dijo: «Olvidando la limosna que pierden, pues ternan con las distribuciones con que poder pasar, y les certificamos, que una de las causas más principales que nos han movido á alargarnos en ellas, ha sido prevenir este punto.» Quiero referir aquí en lengua vulgar, dice, lo que está ordenado en el concilio Basiliense. «Cualquiera persona que va á pedir alguna cosa á algun príncipe de este siglo, procura vestirse de hábito decente y hablar no precipitadamente, ántes distinta y atentamente: ¿pues cuánta mayor diligencia debe poner el que llega á pedir á Dios omnipotente, y en el lugar sagrado como es la iglesia? Por lo cual manda y ordena este santo Sínodo, que en todas las iglesias despues de haber tocado las campanas á las horas, se digan las alabanzas divinas no con priesa y corridamente, sino despacio, con reverencia y pausa decente, mayormente en el medio de los versos de los salmos, haciendo diferencia entre el oficio solemne y ferial. Mandamos tambien que los que asistieren en el coro, guarden la modestia y gravedad que pide el oficio divino y el lugar donde se dice; no hablando unos con otros ni leyendo cartas ó cualquiera otra escritura. Y pues se juntan allí á cantar las alabanzas de Dios, no tengan los labios cerrados, ántes alaben todos al Señor alegremente, cantando salmos, himnos y cánticos. Y el santo papa Inocencio III dice: «Con dolor referimos lo que nos han dicho de algunos sacerdotes, los cuales por gastar mucha parte de la noche en conversaciones vanas, se levantan tarde á celebrar los oficios divinos, diciéndolos apresuradamente y comiéndose las palabras. Prohibimos, pues, so pena de suspension las dichas cosas; y mandamos, en virtud de santa obediencia, que los oficios divinos, así diurnos como nocturnos, se celebren con cuidado y devocion; esto es, con atencion exterior.» —Sabido es, que el Patriarca tomó una gran parte en la expulsion de los moriscos de España, y áun podemos asegurar, que tuvo en ella la mayor parte, y que no descansó hasta que no consiguió vencer cuantas dificultades se opusieron á una medida tan trascendental, de la que habia de resentirse el reino en su hacienda, y por la que habia de disminuir notablemente su poblacion, su comercio y su industria; pero como la religion podia más que la política en el alma del Patriarca, solo tuvo presente lo que creia de mayor honra y gloria de Dios, no curándose de lo que tocaba al mundo y á la conveniencia de su patria, en la que queria brillase sin lunares la fe ortodoxa. Guiado solo de este deseo, escribió al Rey muchos papeles razonándole, y al fin consiguió se llevase á cabo

la expulsion el año 1609, como lo acreditan las siguientes cartas: *Carta que S. M. mandó escribir al Patriarca á 4 de Agosto de* 1609.—«El Rey.—Muy reverendo en Cristo Padre Patriarca, Arzobispo de Valencia, de mi Consejo. Memoria tendréis de lo que en diversos papeles vuestros, movido de piadoso y religioso celo, me habeis representado acerca de lo mucho que convenia poner remedio en la herejía y apostasia de los moriscos de ese reino, de que nuestro Señor era tan ofendido: que habiendo vos pensado mucho qué causa podia haber habido para los malos sucesos de las jornadas de Inglaterra y Argel, no habiades hallado otra, sino el sufrir y disimular ofensas tan públicas y graves como las que esa gente habia cometido y cometia cada dia, viviendo en su secta y ejercitando los ritos y ceremonias de ella, exhortándome al remedio de ello, presupuesto que yo podria mandar hacer de sus personas y haciendas lo que quisiese, pues la gravedad, notoriedad y continuacion de sus delitos, los tenia convencidos de crimen de lesa Majestad divina y humana. Yo lei los dichos papeles con mucha atencion, y con la misma se trató de la materia por personas graves muy celosas del servicio de Dios y mio, y de la conservacion y seguridad de estos reinos: y deseando todavía reducir esa gente por medios suaves y blandos (no obstante que á vos y á otros parecia que su diabólica obstinacion los tenia totalmente privados de este bien) mandé hacer la junta que habeis visto; pero habiéndose despues sabido por diversas y muy ciertas vias, que los moriscos de ese reino y los de Castilla han enviado personas al turco y á Marruecos, al rey Muley Cydan, y á otros príncipes enemigos nuestros, pidiéndoles que el año que viene vengan en su socorro y ayuda, asegurándoles que hallarán ciento y cincuenta mil tan moros como los de Berbería, que les acudirán con sus personas y haciendas; representándoles para moverlos apercibidos de armas y municiones, y todos les han ofrecido de hacerlo. Y considerando la desconfianza que todos tienen, y en particular la que vos habeis mostrado de la conversion de esa gente, y que cuando bien se pudiera esperar de las nuevas diligencias, este fruto habia de ir tan á la larga, que en este medio se desembarazára el turco de la guerra de Persia y de sus rebeldes, porque segun los últimos avisos, estaba ya de acuerdo con todos, y Muley-Cydan, que ahora reina en Berbería, y se ha mostrado capital enemigo de cristianos, establecerá su reinado, y entablarán las otras confederaciones de otros príncipes enemigos, y que cargando todos á un mismo tiempo, nos pondrian en el peligro que se deja considerar. Por todas estas causas, y principalmente por lo que deseo servir y agradar á nuestro Señor, y que en mi tiempo se dé fin á tan graves ofensas suyas como las que esa gente comete; y siento con esto por lo mucho que amo y deseo procurar el bien y seguridad de los buenos súbditos de ese reino, despues de haberle encomendado

y hecho encomendar mucho este negocio, confiado en su divino favor, he resuelto se saque de ese reino, por ser el que está á mayor peligro, y se eche de él como más particularmente lo entendereis del Maestro de campo general D. Agustin Mejía, del mi Consejo de Guerra, que esta os dará y os dirá lo que para esta expulsion he mandado proveer. Vos veis que esta resolucion no es ménos saludable que forzosa, porque así como otros negocios se suelen mejorar con el tiempo, este, cuanto más se dilatare, más se ha de empeorar; y así no se ha de gastar ni una sola hora en representar las dificultades ni proponer otros medios, sino en vencerlas y poner en esto el cuidado que se suele cuando se ofrece peligro de vida para salvarla: ni será necesario encarecer la importancia del negocio, ni el servicio que hareis á nuestro Señor en procurar que se facilite; ni encargaros acudais á él, pues sé que teneis muy entendido lo primero, y que en lo segundo os empleareis con el celo que siempre habeis tenido del servicio de Dios y mio, aumento de nuestra santa fe y bien de estos reinos. Y yo me prometo que en la mayor dificultad que se ofrece en la expulsion de esa gente, que es la de los señores de vasallos moriscos, ha de ser de mucho momento vuestra autoridad y persuasion, en lo cual os encargo mucho useis del caudal que Dios os ha dado de letras y virtud, pues la cosa es en sí tan clara y manifiesta, que no se puede poner en duda ni disputa, que no solo es conveniente, pero forzosa; y que sería gran temeridad y tentar á Dios, perder el todo por la parte como sin duda así que de ella ha de resultar menoscabo de hacienda y descomodidad á los dueños de moriscos: esto tiene reparo y lo otro no, y una vez libres de esta mala semilla y del peligro que trae consigo el conservarla, se atenderá al beneficio de los interesados, y yo por mi parte lo procuraré por todos los caminos que pudiere. Recibiré particular contentamiento, deis entero crédito á lo que D. Agustin Mejía os dijere de mi parte, y le asistais en lo que pudiéreis como de vos confio. Y por lo que importa el secreto de este negocio y que hasta la ejecucion de él no se sepa ni pueda imaginar el intento que se lleva, he acordado que la ida de Don Agustin á esa ciudad y reino, sea á título de que va á visitar las fortificaciones de él para saber el estado en que estan, y lo que convendrá proveer para que se pongan en perfeccion, y así no os encargo lo que á esto toca, pues vos con vuestra mucha prudencia echareis de ver lo que convenga y en él solo consiste el bueno y breve fin de lo que desea. De Segovia á 4 de Agosto de 1609.—Yo el Rey.—*Andrés de Prada.*»—*Respuesta del Patriarca á la carta de S. M.*—«S. C. R. M. La carta que V. M. fué servido mandarme escribir con el maestro de campo general D. Agustin Mejía, he recibido, y veo por ella la resolucion que ha sido servido tomar con los moriscos de toda España; y siendo como son las causas que han movido á V. M. de tanta

sustancia é importancia para el servicio de nuestro Señor y de V. M., quietud y conservacion de su Real corona, estamos obligados todos los fieles, vasallos de V. M., á dar infinitas gracias á nuestro Señor por haber inspirado en el Real ánimo de V. M. Bien creo que sentirán mucho la ruina que padecerá el reino, que será grandísima, y aunque á mí caberá la mayor parte de ella, sabe nuestro Señor que siento mucho más la suya, con ortado de pasar con toda estrechura, pues cualquiera que se padeciere en cambio del servicio de nuestro Señor y de V. M. como lo he hecho y haré mientras me duráre la vida. Al secretario Andrés de Prada escribo lo que se me ofrece en este particular; y el Marqués de Caracena ha quedado encargado de avisar á V. M. de lo que ayer platicamos él, D. Agustin y yo. Confio en nuestro Señor se encaminará todo por medio de tan buenos ministros, de manera que nuestro Señor y V. M. queden servidos, y se excusen las blasfemias contra su santa ley, que es el santo fin que mueve á V. M., cuya S. C. R. persona etc. De Valencia á 23 de Agosto de 1609. — S. C. R. M. — Besa las Reales manos de V. M. su humilde capellan, *El Patriarca Arzobispo de Valencia*. Despues de estas notables cartas, predicó el Patriarca, cuando se decretó y publicó la expulsion de los moriscos, un extenso y famoso sermon sobre este particular en la catedral de Valencia, cuyo sermon publicó integro en su vida el P. Escriba; y en 22 de Setiembre del mismo año dirigió una carta á todos los curas y rectores de su arzobispado á fin de que con el mayor celo enseñasen y educasen en la doctrina católica á los niños y niñas de los moriscos á quien el Rey habia librado de la expulsion, los cuales habian de quedarse en España con su madre áun cuando esta fuera morisca. Encomendóles la caridad con estos niños y mujeres á fin de que fuesen aprendiendo con gusto las virtudes y moral cristiana y las santas leyes del Evangelio, por cuya observancia llegasen á ser buenos cristianos. «Alabad al Señor en sus santos,» dijo el rey profeta David, y así lo hizo el venerable Ribera, que sabia bien que quien honra á los santos honra á Dios que los glorificó é hizo dignos de la gloria que tienen. Su devocion le obligó á hacer cuanto pudo por enriquecer su capilla, la catedral é iglesia de su diócesis con preciosas reliquias de los santos, y solo la canilla segunda de la pierna de S. Vicente Ferrer le costó en su adquisicion más de tres mil ducados, gastando muchísimo despues en el precioso y rico relicario en que la colocó. Siempre que entraba en los santuarios en que habia estado algun santo, en la cárcel de S. Vicente mártir ó en la celda de S. Vicente Ferrer, lo hacia de rodillas y besando la tierra que habian pisado los santos. Tenia particular devocion al beato Luis Bertran, al que áun viviendo habia considerado santo, gozaba su devocion ciñéndose su cinto, y en especial cuando se hallaba enfermo. Aun ántes que Pio V beatificase á S. Ignacio de Loyola, funda-

dor de la Compañía de Jesus, le tuvo el Patriarca en veneracion de santo, conservando su retrato en su cuarto frente al del expresado pontífice; daba doscientos ducados de limosna cada año á los jesuitas, y no solo les predicaba el dia de su fiesta, sino que les daba de comer asistiendo él á la comida. Contribuyó con magnificencia en todo á la informacion para la beatificacion de S. Ignacio, y él mismo fué á hacer la informacion que se pidió á la ciudad de Gandía, patria y estado del glorioso duque S. Francisco de Borja, compañero del fundador de la Compañía, predicando en la iglesia colegial á presencia de los egregios duques, y haciendo una devotísima novena en la capilla del santo. Dejó en Gandía una cruz de oro y plata muy linda, que conserva la iglesial colegial con gran veneracion, y se volvió á Valencia despues de haber edificado aquel país, bellísimo paraíso de España. La noticia de la beatificacion de S. Ignacio fué de grande regocijo para nuestro Patriarca, que la celebró con magníficas fiestas dando gracias al propio tiempo al santo Padre por la gloria que en ello habia dado á toda España. Su devocion á las reliquias de los santos le obligó á grandes gastos para procurárselas, y llegó á reunir preciosísimos restos, que encargó se custodiasen y venerasen cual merecian, y para que quedase su deseo mejor consignado, le hizo parte de una de sus constituciones, en las que dice al capítulo 46: «Desde el dia que enviamos á Madrid á procurar que estas santas reliquias viniesen á nuestro poder, tomamos por intercesor y patron de esta nuestra pretension al gloriosísimo apóstol S. Andrés, diciéndole así yo como otros sacerdotes misas, y tenemos por cierto que mediante su intercesion fué nuestro Señor servido encaminar que se cumpliesen nuestros deseos, y que estas preciosas reliquias se nos diesen con admiracion y envidia de toda la corte de S. M. y áun de toda España. Confirmándose tambien esta opinion con haber llegado dichas santísimas reliquias á la ciudad de Valencia y entregádosenos el mismo dia del gloriosísimo Apóstol, afirmando con juramento Juan José Agarreta, nuestro mayordomo de hacienda, que fué el que enviamos á este negocio, que no tuvo fin á que llegasen este dia ni otro, sino que sin advertir en ello, ordenó nuestro Señor que partiese de Madrid á tiempo que le viniesen las jornadas justas para llegar aquel dia; lo cual muestra cuánto valió la intercesion de este glorioso Apóstol para que pudiésemos dejar en esta nuestra capilla el preciosísimo tesoro, así de la reliquia insigne de su brazo derecho entero, como de todas las demás.» Quiso el ilustre patriarca Ribera, que el santo Crucifijo de su colegio se venerase con culto especial, y así lo dejó mandado en sus constituciones, cuando dijo en ellas: «Suponemos que la milagrosa figura del santo Crucifijo se ha de tener y reputar por reliquia y por ser toda como es de admirable manufactura, tal que al parecer de hombres

peritos en el arte, así naturales de España como extranjeros, es la más excelente imágen y figura que se halla en España ni en otra parte de la cristiandad; y la cabeza y rostro se juzga por cosa hecha por manos de ángeles, la cual fué hallada por milagro y tenida y reverenciada por milagrosa, y como tal adorada no solo entre católicos, pero áun entre los herejes. Segun que todo consta por los testimonios que se recibieron ante el vicario de Madrid de su invencion, que estan reservados en el archivo de nuestro colegio. Por todo lo cual la hemos puesto en el más insigne lugar de la capilla, y queremos que esté cubierta con el cuadro de la Cena, que está en medio del retablo; y allende del dicho cuadro tenga cuatro cortinas de tafetan, dos moradas y dos negras. Item, que el viernes se diga la misa de las Llagas de Jesucristo nuestro Señor, y que en todos los dichos viernes, así no impedidos como impedidos, exceptuando el viernes santo, acabada la misa conventual y todas las horas de la mañana, bajen todos los oficiales, capellanes primeros y segundos é infantes á la capilla mayor, y que salga de la sacristia el Domero que hubiere dicho la misa vestido con el pluvial que dejamos para solos estos dias, y que estando todos los sobredichos hincados de rodillas, á dos caras, se comience el salmo *Miserere*, y se diga de la manera y con los sencillos que se dice de presente, y bajando el cuadro de la Cena, y corridas las cortinas, se descubra el santo Crucifijo, y acabado el salmo se inciense y se diga el verso, *Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem*, etc., y despues la oracion: *Respice quæsumus, Domine, super hanc familiam tuam*, etc., y se tornen á correr las cortinas y se suba el cuadro de la Cena.» — Amó tanto el Patriarca al beato Luis Bertran cuando vivia, que le visitaba en su celda á menudo, y cuando estuvo enfermo le llevó á su casa y él por sus propias manos le curaba y daba de comer hasta ponerle los bocados en la boca, y cuando murió, abrazó y besó muchas veces su cadáver, lo acompañó hasta el sepulcro, predicó en sus honras, y esto hizo tambien miéntras vivió en todos los aniversarios de su muerte. Procuró estar en correspondencia con todos los hombres virtuosos de dentro y fuera del reino tenidos por justos, y entre ellos lo estuvo con S. Cárlos Borromeo, al que canonizó despues Paulo V, al que escribió una preciosa carta que inserta Escriba en la vida del Patriarca. Los pontífices Clemente XVIII y Paulo V escribieron á nuestro Patriarca cartas muy honrosas, el primero el 26 de Julio de 1596, y el segundo el año primero de su pontificado, cuyo Papa le mandó la cruz del pectoral, que llevaba con el marqués del Villar, hijo de los condes de Benavente, al que se la dió cuando pasó por Roma, encargándole le dijese le mandaba esta expresion de su amor, á la que habia concedido muchas indulgencias. Besó con trasporte el Patriarca la cruz que le mandaba la santidad de Paulo V, pero no permitió ponérsela, pues que decia que cosa que habia estado

en el cuello del vicario de Cristo, no habia de osar llevarla al suyo tan gran pecador como él; y mandando hacerla un pie de plata y de oro con su viril, la colocó con las demás reliquias de su colegio, en donde se ve todas las semanas una ó dos veces, en que se enseñan y explican por un sacerdote á los viajeros que pasan por Valencia y visitan esta santa casa. Consta que Paulo V ántes de ser papa habia sido muy obsequiado en Valencia por el Patriarca que le alojó en su casa, y así se lo dijo un dia al cardenal Zapata, manifestando «que no solo era el prelado más antiguo de España, si que tambien el más benemérito; y así fué que cuando este papa supo la muerte de Ribera, prorumpió en expresiones de sentimiento, manifestando que la Iglesia habia perdido uno de los hombres más santos que habia en la Iglesia, cuya falta se sentiria; que se le hacia escrúpulo rogar por su alma, porque verdaderamente creia estaba gozando de Dios, y por lo tanto que no debia tenerse lástima de él porque se fué á gozar de Dios, sino de nosotros por la falta grande que nos hacia. Y en fin Paulo V dijo al cardenal Belarmino, que la santidad del patriarca D. Juan de Ribera era grande, y que tenia una carta suya toda escrita de su mano, que guardaba y veneraba como una reliquia.» Puso el Patriarca particular cuidado en que todos los de su casa fuesen buenos é irreprensibles en lo posible como él lo era, llenando en esto la máxima de S. Pablo cuando dice: «El obispo que no sabe gobernar su casa, ¿cómo sabrá y podrá regir la Iglesia? Si alguno no tuviere cuidado de los suyos, y principalmente de los de su casa, ese ha negado la fe, y es peor que el infiel.» Fundado en estos principios, procuraba educar en la buena doctrina y saludables prácticas morales y religiosas, no en mejorar sus fortunas temporales, porque sabia aquel precepto de Aristóteles, que no por ser de un idólatra deja de ser bueno cuando dice: «El señor de la casa más cuidado ha de tener del aprovechamiento de su familia en cuanto á las costumbres, que del acrecentamiento de su hacienda, y de hacer á los que le sirven buenos que de hacerse así rico.» Así fué, que en los cuarenta años que gobernó el Patriarca, á pesar de ser tantos los que comian su pan, todos fueron buenos servidores y modelos de los demás, y su casa fué como un monasterio, en el que todos servian con gusto bajo una severa disciplina, á que se sujetaban voluntariamente con el mayor amor á su superior y amo, por lo que bien pudo decirse al Patriarca lo que la reina de Sabá dijo por sus criadas á Salomon: «Dichosos los de tu casa, tus siervos y criados que estan siempre delante de ti y oyen tu sabiduría,» y añade Escriba: «Dichosos porque se podian ver y oir, y oyéndose no podian ser sino lo que eran.» Muy útil será al que desee conocer á fondo la doctrina del santo sobre los deberes en esto y otras cosas de los obispos, consultar la Memoria presentada por el Patriarca cuando fué obispo de Badajoz al concilio provincial Compostelano, que se halla inserta

en el capítulo XXIX de este, ó ver este escrito en la citada obra de Escriba, pues que es una obra muy acabada sobre este particular, que además de sentar una excelente doctrina, pone de manifiesto el talento, la piedad y la capacidad episcopal de nuestro Patriarca. Lugar era este de hacer ver, extendiéndonos más de lo que lo hemos hecho, la gran parte que tomó el patriarca Ribera en la expulsion de los moriscos de España, verificada en el mismo año en que murió; pero nos hemos alargado ya más de lo que debiamos en este artículo, y siendo demasiada tarea la que para dar razon de esto nos impondriamos, remitimos al curioso á la última parte de la vida del venerable que escribió el jesuita Escriba, en donde hallará tratada la materia con toda extension, además de la notable correspondencia que medió entre el Rey, de la que hemos ya dado una muestra, el Patriarca y otras personas que tomaron parte activa en una expulsion que favoreció tanto á nuestra sacrosanta religion, como perjudicó á los bienes materiales del reino, puesto que le privó de millares de brazos útiles á la agricultura, á las artes mecánicas y á la industria, y dejó despoblados de tal modo algunos distritos, en los que, como en el valle de la Gallinera, hubo que traer colonos de la isla de Mallorca para poblar sus desiertos lugares. Hemos llegado al fin de la vida del venerable patriarca y arzobispo y virey de Valencia D. Juan de Ribera, y vamos á terminar este imperfecto bosquejo de su colosal figura, dando razon de su muerte. No puede morir mal el hombre que vive bien, dijo San Agustin, y el Eclesiástico añade: «Al que teme á Dios y le sirve le irá bien en sus postrimerías, y en el dia de su muerte alcanzará su bendicion.» Nuestro Patriarca habia vivido sesenta y ocho años, y habia vivido tanto porque, segun el Sabio, el temor de Dios alarga los dias de la vida, y el pecado los acorta, y á pesar de su vejez, estaba bueno, sin ningun achaque, con tanta salud, vigor y agilidad cual si fuera mozo. No por estar robusto se creia lejano de la muerte, pues que sabia, como S. Bernardo, que la muerte para los viejos está á la puerta y para los mozos en celada, razon por la que unos y otros deben estar preparados y esperando que ha de venir de un momento á otro y cuando ménos la esperen. Por esta razon advirtió el Señor á todos que velasen, cuando dijo: «Bienaventurados aquellos siervos, á los que cuando viniere el señor de la casa los halle dispuestos y velando, venga en la primera, segunda ó tercera vigilia.» Vino la muerte al Patriarca, más que por el plazo natural, porque le llamaba Dios, y así lo conoció precisamente en ocasion en que le pedia salud y más vida para continuar sus penitencias y buenas obras. Causóle un achaque algo incómodo el haber estado un jueves, dia de jubileo, en su capilla más de tres horas por la tarde de rodillas adorando al Santísimo Sacramento en ocasion de mucho frio, de donde salió tan resfriado que tuvo que descansar en la escalera del colegio para subir á su

habitacion. Agravóse tanto el lunes siguiente por la noche, y se le cerró de tal modo el pecho, que los médicos creyeron se moriria. Conociendo Ribera que Dios le llamaba á juicio, se confesó y mandó le llevasen el santo Viático de la iglesia mayor, diciendo al jesuita Escriba, que tenia ya dispuesta su alma y hecho testamento, encargándole de varias cosas como quien tiene por segura su muerte. Como se mejorase algun tanto, á fin de no alborotar la ciudad, se dispuso recibiese el santo Viático de su capilla. Bien quisiera ir él al templo á recibir al Señor como el santo obispo Malaquias, que fué en ocasion por su pie, segun S. Bernardo, y S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, que se hizo llevar á la iglesia en un lecho de ceniza y cubierto de cilicio para recibir el Sacramento, pero ya que no pudo tanto, saltó de la cama sin poderlo evitar sus familiares, y puesto de rodillas en el suelo, como lo hizo San Luis, obispo de Tolosa, besó la tierra y adoró al Señor que se dignaba visitarle en su morada, y pidiéndole perdon de no haber ido él á la suya, y confesando su indignidad y sus grandes miserias y culpas suplicándole su perdon con actos de fe, esperanza y caridad, recibió la sagrada Eucaristia deshecho en lágrimas. Presenciaron este solemne acto solo sus familiares por no haber aún amanecido. Volvió otra vez á recibir el Viático el dia de S. Juan Evangelista; pero esta vez fué aún con mayor solemnidad y con toda pompa, pues que asistieron todas las dignidades de su iglesia y las autoridades y principales personas de la ciudad, y como no pudiese sostenerse ya de rodillas como queria, sentado en una silla hizo la misma protestacion, actos piadosos y súplicas que en la anterior. Cuatro veces dice Escriba que recibió al Señor durante su enfermedad, é hizo confesion general, en la que pidió á Dios despues le diese algo que padecer ántes de morir. No podia descansar ni dormir, ni estar de modo alguno, porque los dolores y la tos no le permitian sosiego alguno, y solo pedia á Dios en medio de tanta inquietud, le diese fuerzas para pasar su angustia que le ofrecia por sus pecados. Un domingo, cuatro dias ántes de morir, se sintió tan bueno, que con asombro de los médicos, se vistió solo con mudanza de la camisa y vestido, se cortó el cabello y comió con apetito, de suerte que pareció una milagrosa curacion, y él mismo dijo que se sentia muy bueno. Empero al siguiente dia recayó de tal suerte, que conocieron todos, y él más que nadie, que era llegado su último fin, y sintiéndose tan mal dijo al P. Escriba: ¿qué será que habiendo temido tanto hasta aquí la muerte, no la temo ahora que tan cerca de mí la veo? El que teme la muerte durante su vida, no la teme cuando llega, por eso aconseja S. Gregorio Nacianceno: «Trae siempre delante de los ojos la muerte, considérala siempre presente, y de esa suerte cuando viniese le serás siempre superior y no harás caso de ella.» Así lo habia hecho toda su vida el Patriarca, y por eso se hallaba tranquilo en este trance, pues que podia de-

cir como el santo Rey profeta: «Si me viere en medio de las sombras de la muerte, no temeré mal ninguno, porque vos, Señor, estais conmigo,» ó como el glorioso S. Hilarion: «Sal, alma mia, ¿qué temes? Setenta años casi hace que no ves al Señor y temes la muerte?» y así es que Ribera hablaba de ella como de cosa natural y corriente sin alterarse. Con la mayor serenidad encargó al P. Escriba cómo le habian de enterrar, y la piedra é inscripcion que habian de poner en su sepultura. Así como S. Juan Limosnero, patriarca de Alejandría, se mandó cavar su sepultura, Ribera desde que le hicieron obispo se habia hecho pintar de la manera que habia de estar despues de su muerte, y el alma presentada ante el Señor con el ángel bueno á un lado defendiéndole, y el malo al otro acusándole, cuyo cuadro tenia siempre delante de sí en su estudio, de donde se pasó al altar en que acostumbraba á decir misa en su colegio, que es el del santuario en que se hallan hoy las reliquias. A pesar de lo mucho que padecia el Patriarca en su enfermedad, ni se enflaqueció ni perdió el color, de suerte que puede decirse de él lo que de S. Malaquías asegura S. Bernardo; que no tenia el rostro amarillo, ni estaba flaco, ni tenia arrugada la frente, ni las carnes del cuerpo deshechas: tal era la disposicion de su cuerpo y la gracia y gloria de su rostro, que ni áun en la muerte la habia perdido. Un dia ántes que muriese, como el P. Escriba le viese callado y pensativo, le preguntó qué pensaba, y él levantando las manos al cielo con alegre rostro solo contestó: *Vamos allá, vamos allá*, y le rogó que se saliese, que queria estar solo; queria quedar solo con Dios. Llegó el dia 5 de Enero de 1611, y mandando salir muy de mañana del cuarto á los que le rodeaban, se quedó solo con el P. Escriba y le dijo, que entendia estaba ya cerca de su hora, y encargándole que se acordase de lo mucho que le habia querido, le prometió no olvidarse de él, y le encargó consultase cierto asunto con otro padre en quien confiaba lo que se hizo, quedando satisfecho del resultado de la consulta. Como los médicos dijesen que se precipitaba su fin, el P. Escriba se lo advirtió, diciéndole que seria bueno recibiese al Señor; pero él sin alterarse le respondió que lo dejasen para el siguiente dia que era jueves, y como le replicase que los médicos decian que podria morir dentro de una hora, que recibiese al ménos la extremauncion, volvió á negarse diciendo: yo lo pediré; pero ya os he dicho que llegaré á mañana, y luego despues de media noche me confesaré y recibiré al Señor, y despues la extremauncion. Aquella tarde no quiso entrasen á verle, y llegada que fué la noche tomó un caldo é intentó dormir un poco, lo que no consiguió, y le oyeron decir al criado que le acompañaba: ¿no veis los colegiales qué bien les está el hábito? Quiso que los estrenasen el dia de Reyes y tuvo el gusto de verlos así vestidos ántes de morir. Al dar las doce pidió la confesion y despues la comunion, que tomó

con la devocion acostumbrada, y en seguida mandó le diesen la extremauncion. Hecho esto echó la bendicion á todos, pidió agua bendita y se persignó con ella, teniendo en su mano la patinilla que le habia mandado Clemente VIII por medio del cardenal Niño de Guevara, con muchas indulgencias. Sentóse con la mayor serenidad sobre la cama, pronunció tres veces el nombre de Jesus, y recostado sin pena en unas almohadas, sin congoja alguna y con la mayor tranquilidad espiró, entregando su alma al Criador que hacia poco le habia venido á visitar para llevársele consigo á su santa gloria!.... A pesar de que murió el Patriarca entre tres y cuatro de la mañana, á la misma hora acudieron al colegio las principales dignidades de su iglesia, tres obispos, á saber, el de Segorbe, el de Marruecos y el de Cánon, que todos ellos habian sido visitadores suyos, los cuales con el rector, capellanes y colegiales más antiguos y el P. Escriba, abrieron el testamento, en el cual, entre otras muchas cosas piadosas y de gran edificacion, disponia lo siguiente con respecto á su entierro y sepultura: «Luego que Dios nuestro Señor fuere servido de desatar el ñudo que él mismo dió entre mi alma y mi cuerpo, suplico humildísimamente á su Divina Majestad, se sirva perdonar mis grandes pecados, usando de su infinita misericordia con mi alma, acordándose que es criatura suya y obra de sus manos benditas; no permitiendo que sea privado de su vista divina, ni entregada á las manos de sus enemigos, ántes á las de sus beatísimos ángeles, para ser llevada ante su divino conspecto. Y para alcanzar esta soberana merced y misericordia, pongo por intercesor á Jesucristo, mi Señor y Redentor, atreviéndome á esto, aunque tan indigno, por haberse querido este Señor llamar abogado de los hombres miserables; y así le suplico que por los merecimientos de su sacratísima pasion, interceda á su Padre Eterno por mi alma. Suplico tambien á la beatísima Vírgen y Madre de Dios, Señora y abogada de los pecadores, María Santísima, interceda por mí: y á los benditos ángeles, principalmente al de mi guarda, á los gloriosísimos apóstoles y á los muchísimos mártires, á los clarísimos confesores, á las purísimas vírgenes y á toda la corte celestial, que me favorezca y ruegue por mi alma. Quiero que mi cuerpo sea enterrado en la capilla mayor del Colegio y Seminario llamado Corpus Christi, fundado por nos: entendiéndose que no se ha de hacer sepulcro alto, sino tan solamente poner una piedra igual con el pavimento de la capilla, en que se ponga mi nombre y mis oficios. Y queremos que así en esto como en todo lo demás se guarde mucha moderacion; y en particular prohibimos que se haga capilla ardiente como está dicho en las constituciones. Y si falleciese ántes de estar puesto el Santísimo Sacramento en la iglesia de dicho colegio y seminario, queremos que se deposite mi cuerpo en el monasterio de la Sangre de Cristo, que es de Capuchinos,

fundado por nos, y que sea en el vaso de los frailes.» Imitó en esta humildad el patriarca á S. Efren Siro, que prohibió le alabasen ni enterrasen con pompa, y á S. Antonio Abad, que hizo la misma prohibicion. Enterrábase á los cristianos, en los primitivos tiempos de la Iglesia, en los campos, por que no les consentian hacerlo dentro de las ciudades, hasta que el emperador Leon dió facultades á todos para que se enterrasen donde mejor les pareciese; pero á pesar de esta franquicia, ninguno, por elevada posicion que tuviese, se enterraba dentro de las iglesias, y se llevó á tanto rigor esta costumbre, que el emperador Constancio no se atrevió á sepultar el cuerpo de su padre Constantino Magno en la iglesia de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, que él mismo habia edificado, y lo ejecutó á la puerta, como lo dice San Juan Crisóstomo. Para que los muertos no estuviesen léjos de los templos en que se pudiese pedir á Dios por el descanso de sus almas, se introdujeron los átrios exteriores, portales y cementerios al lado de las iglesias y capillas arrimados á sus muros, costumbre que aún hemos alcanzado en nuestra España; pero despues se introdujo en toda la cristiandad enterrar á los fieles dentro del mismo templo, particularmente á los sacerdotes y personas de dignidad, de suerte que alternaba la parte de afuera con la de adentro para este fin, hasta que se creyó higiénico por unos y religioso para otros, el hacer enterrar los muertos en cementerios fuera de las poblaciones, costumbre que en España empezó á principios de este siglo por los franceses invasores, y que vencida al cabo de muchos años y disgustos la repugnancia de los pueblos á no enterrar en las iglesias, se sigue ya hoy en todos los de la península, que han construido sus cementerios particulares. Siendo costumbre religiosa en la época del Patriarca enterrar en las iglesias, esto y su misma piedad hizo que el venerable desease ser sepultado en el punto que dejó dicho, si bien con la humildad que hemos dicho. Expusieron sus testamentarios el cadáver del Patriarca en su iglesia, vestido con pluvial, mitra y báculo, y lo pusieron en un tablado alto, cubierto con ricas alfombras y brocado, sin nada de luto, de modo que todos le viesen y no pudiesen tocarle, por temor de que le deshiciesen en reliquias. Tuviéronle expuesto tres dias, en los que le visitó toda Valencia y multitud de gentes de los pueblos vecinos, así como todas las comunidades, parroquias y cofradías, que fueron llegando en corporacion para honrarle con preces y responsos, sin que la capilla de música del Colegio descansase aquellos dias, ni en los altares faltasen jamás misas en las horas que podia celebrarse el santo sacrificio. Al cabo de los tres dias fué el cabildo de la Seo con la clerecía de todas las iglesias y diciéndole la misa el obispo de Marruecos, metieron el cuerpo en una caja cubierta de terciopelo negro y el arca en la sepultura, en el sitio y órden que habia dejado ordenado. El virey de Valencia, que lo

era entónces D. Luis Carrillo de Toledo, marqués de Caracena, pariente del difunto Patriarca, asistió al entierro con loba y capirote de luto, y una palma en la mano con una corona y leyenda que decia: *Merenti dabitur*, para dársela al que la tiene merecida, y fué acertado homenaje y excelente obsequio, pues como siente juiciosamente Escríba, mereció corona como vírgen, otra como doctor y áun otra como mártir, pues que lo fué en el vencerse y sujetar sus pasiones, sufrir con paciencia los trabajos y las enfermedades, adversidades, injurias, agravios y ofensas, que siempre perdonó con santa generosidad. No solo, dice S. Gerónimo, el derramar la sangre se ha de tener y reputar por martirio, sino tambien el servir al Señor con un alma pura y devota, lo cual es un cotidiano martirio. Aquella corona se teje de rosas y esta de blancos lirios, á lo cual añade S. Cipriano: «No es una sola la corona del hombre cristiano, la que merece y recibe padeciendo en el tiempo de la persecucion: la paz tiene tambien sus coronas, con las que de muchas maneras peleando y venciendo y sujetando á nuestros enemigos, merecemos ser coronados.» Dícese que la voz del pueblo es voz de Dios, y si así es, el de Valencia tuvo al Patriarca por santo desde ántes de morir, y si por la boca de los niños, como decia el Real Profeta, sale la perfecta y verdadera alabanza de Dios y de sus siervos, por las plazas y calles de Valencia cantaban los muchachos despues de la muerte del venerable:

El señor Patriarca está en la gloria,
Con la palma y corona de victoria.

Acaban muchos historiadores de los santos sus vidas haciendo mencion de los milagros que han hecho ó se cuentan de ellos, y de las gracias concedidas por Dios por medio de la intercesion del justo que celebran; pero como para que uno sea santo no es preciso que haya hecho milagros, de aquí que no se diga nada de este particular en las vidas de algunos, como el Bautista, de quien el Evangelista de su nombre dice no los hizo. S. Gregorio, papa, dice sobre este particular: que no todos los escogidos hacen milagros, pero que los nombres de todos estos estan escritos en el cielo. El venerable Juan de Ribera fué de los escogidos que hicieron milagros, y el curioso puede ver en su vida, por Escriba, una buena copia de ellos, en que se acredita lo favorecido que fué de Dios en este particular en vida y en muerte. Hemos terminado nuestra tarea de dar razon de la vida de un esclarecido español, de un prelado dignísimo de la Iglesia católica y de un varon piadosísimo y justo, cuya memoria recuerda con gloria España, y venera la ciudad de Valencia del Cid por los grandes beneficios que la hizo, tanto en su gobierno, cuanto en la reforma de sus costumbres y en la creacion de

un seminario, modelo de piedad, y en cuya iglesia se presta áun hoy el culto más solemne que por los hombres puede rendirse al Criador. Hemos visto aquel notable monumento de la piedad del venerable patriarca y arzobispo de Valencia D. Juan de Ribera, y entusiasmádonos al ver lo majestuoso de sus ceremonias y la riqueza del culto que se rinde á Dios, y no creemos que en iglesia alguna de la cristiandad pueda hacerse con más majestad, veneracion y respeto. Y si esto es hoy, al cabo de tantos años de la muerte del fundador, ¿que sería en la época en que presidia aquellos magníficos actos el mismo Patriarca? Creemos firmemente que este ilustre prelado estuvo inspirado por Dios, tanto al concebir la idea de su colegio, cuanto al ejecutarla, puesto que solo guiado y asistido del que todo lo puede, pudo lograr llevar á cabo obra tan piadosa como meritoria y magnífica. Feliz el Patriarca que logró por sus virtudes ser elegido por Dios para hacer tantos bienes, que le proporcionasen un distinguido puesto en la bienaventuranza, y que su patria le recuerde siempre con gloria; y pues que debemos creer que goce del favor de Dios en las cielos, terminamos nuestro bosquejo suplicándole le interponga en nuestro bien, rogando á la innata y eterna misericordia nos tienda una mirada de compasion y perdonándonos nuestras graves culpas y las faltas que por omision, ignorancia ó indiscreto celo hayamos cometido en este nuestro imperfecto trabajo, nos conceda un lugar en su santa gloria para alcanzar la dicha de servirle en su compañía por toda una eternidad. —B. S. C.

RIBERA (Fr. Luis de). Floreció en el siglo XVI y fué uno de los más celebrados monjes que tuvo el monasterio cisterciense, llamado Hortense, porque todos les monjes vivian separados entre sí en una especie de celdillas, ó más bien cabañitas, que cada cual rodeaba de algunas yerbecitas para tener en ellas alimento y recreo. La vida de estos religiosos era aislada en cuanto á lo material, pero por lo demás sujetos enteramente no solo á la regla y constituciones, sino al mandato del superior, que tenia absoluto dominio sobre todos y sobre cada uno, de tal manera, que acerca de cada cual determinaba lo que le parecia. Eran siempre los superiores muy aventajados en ciencia y sobre todo en prudencia, porque entre las sábias prescripciones de esta veneranda Orden hay una que manda preferir al prudente, aunque sea muy ignorante y rudo, al sabio que no tenga tal don, porque las ignorancias se remedian, pero las imprudencias dan siempre lamentables resultados. Ni una ni otra dote faltaban á nuestro esclarecido monje, por lo cual sumamente apreciado de todos sus hermanos, estos ansiaban el momento de la eleccion de prelado para poner al frente de aquella sagrada familia á un hombre de quien con razon se esperaban grandes cosas. Eligiéronle en efecto, y el suceso acreditó que no eran infundadas las esperanzas

que acerca de sus circunstancias se concibieran; porque con todo acierto y con un deseo siempre creciente, de que todos y cada uno caminaran hácia su perfeccion, proponia á todos los medios que creia á propósito para que cada cual consiguiera entera y buena su salud, mediante el ejercicio adecuado de los medios y recursos que él les dictaba, no como superior que imponia la ley á sus súbditos, sino como amigo íntimo, que aconsejando siempre lo mejor, procuraba todo lo que alcanzaban sus fuerzas de prosperidad, dicha y ventura á sus súbditos. Es verdad que ellos eran muy dóciles en seguir sus indicaciones, pero tambien es cierto que las hacia de una manera tal que el más agraviado en ellas tenia por precision que dejarse llevar por el atractivo de tan celoso padre. En el órden literario tambien fué muy distinguido y prestó eminentes servicios, no solo á su comunidad y veneranda Orden, sino á todo el clero español, pues puso en este idioma las *Collationes Patrum de Juan Casiano*, y como es consiguiente, pudieron aprovecharse de tan importante trabajo muchísimos que no habrian llegado á conocerlas, porque sabido es que su latin es de lo más sublime, y por consiguiente no está al alcance de todas las capacidades. Era muy dado á la investigacion del verdadero punto de vista de las cosas, y por consiguiente le parecia muy mal el que unos objetos venerandos estuviesen sumidos en el olvido, miéntras que otros recibian un homenaje, no digamos indebido, pero al ménos más distinguido que lo que era debido, por lo cual recopiló é hizo imprimir con esmeradísimo cuidado una obra que tituló: *Elogia Sanctorum, quorum reliquiæ in monasterio Hortensi asservantur*. Sobre la lucidez de noticias que acerca de los varones cuyos elogios allí se consignan supo derramar su sabio autor, tiene el singular mérito de que se esparcen en él todas las reglas de crítica necesarias para el conveniente discernimiento, no solo de los milagros y acciones heróicas, sino de los síntomas y caractéres que deben presentar los huesos y demás restos de santos para ser venerados como reliquias. Todos los escritores de la órden de S. Benito y de su familia cisterciense han consignado los más grandes elogios á nuestro buen P. Ribera; sin embargo, los cronistas cometieron el error de no dejar consignada de una manera explícita la época de su muerte, y por consiguiente tampoco de su apogeo; no cabe duda, sin embargo, en que floreció por los años de 1590, en los cuales, sabido es, que los hombres del Cister eran esclarecidísimos. Esto es todo lo que podemos decir acerca de este Padre, que reunió la ciencia á la virtud; y nos lamentamos nuevamente de que las crónicas, tan difusas en pormenores acerca de hombres que valian mucho ménos, sean tan lacónicas cuando se trata de hombres que hubieran ciertamente hecho publicar sus acciones, si no hubiesen estado dotados de una humildad tan experimentada. —G. R.

RIBERA (Miguel de). Fué malagueño, y desde sus más tiernos años inclinado á la virtud, huyendo de todas las puerilidades que demostraban una índole traviesa, siendo por este concepto apreciado de cuantos le conocian. Aunque siempre deseó ser religioso, sus padres no le quisieron dar este gusto hasta que tuvo edad para tomar tan perfecto estado con la debida reflexion, así es que sus progresos, tanto en ciencias como en virtud, fueron más rápidos, porque en una edad en que todo lo hacia por conviccion y no por esas pasioncillas de jóvenes, que áun en el caso de llevar al bien (lo cual no siempre sucede) no pueden ménos de ofrecer la exaltacion é impremeditacion consiguientes á la edad, él conocia mejor sus intereses y los procuraba con mucho mayor ahinco. La órden que le recibió en su seno fué la muy esclarecida de Sto. Domingo, y el convento en que se educó é hizo toda su carrera, habiendo profesado allí tambien, fué el de Sto. Tomás de Sevilla. Desde luego le dedicaron al púlpito y fué uno de los mejores oradores de su época, logrando grande fruto sus sermones, porque eran la expresion de sus sentimientos, y puede decirse con verdad que hablaba siempre con el corazon en la mano, por cuyo motivo no podia ménos de tocar los de los que le escuchaban. Su decir era fácil y muy exacta su expresion, sin que en él cupieran los vanos intentos que muchas veces neutralizan los mayores esfuerzos de los oradores sagrados; en nuestro P. Ribera no habia otro fin que la gloria de Dios; y por tanto para que todos la procuráran, á todos presentaba el ánimo de la virtud como asequible, si bien tenian que prevenirse los que por él iban á negarse á sí mismos para seguir á Jesucristo. Aunque su vida era muy activa por tener que dedicarse mucho al púlpito y confesonario, sabia hacer tiempo para escribir, y escribió en efecto algunas obras que le han dado mucho crédito. Citaremos las que imprimió, que todas merecen ser conocidas porque estan escritas con muy buen juicio y muestran tanta erudicion como piedad. La primera se titula *De ratione studii Theologici Declamationes VI*; obra impresa en Colonia, año de 1575, y que algunos críticos han querido confundir con otra del mismo autor titulada *De perfecto Theologo*; sin embargo, si se examinan con la debida detencion se hallará que áun cuando en muchas ideas convienen, como no puede ménos de suceder, el modo de desenvolverlas es enteramente otro y otras las tendencias de esta que las de aquella, por lo cual puede asegurarse con los mejores bibliógrafos, entre los cuales citaremos á nuestro D. Nicolás Antonio, que son dos obras enteramente distintas, tanto en el fondo como en la forma y áun en la época de su impresion. Estas obras pueden considerarse como obras científicas, pues son lo que hoy diriamos programas de enseñanza de la importantísima facultad de sagrada teología, y en este concepto incumben exclusivamente á los eclesiásticos; pero tiene otra que pu-

diera ser útil á todos los fieles si estuviese en idioma vulgar, pero que por estar escrita en latin, es ménos útil de lo que debiera, porque no hay duda que estaria muy bien en manos de cualquiera, no desdiciendo ni áun en las de la más inocente doncella, ni en las del caduco cuyos pies huellan ya el sepulcro. Llamóla su autor, sin duda por la division de capítulos que en ella establece, *Declamationes VII de Contemplatione rerum humanarum et virtutis excelentiâ*. Son muy á propósito para excitar á la consideracion de Dios, como criador y conservador de la naturaleza, y alientan mucho á reconocer estos beneficios. Todo esto es lo único que sabemos acerca del muy reverendo P. Dominico Fr. Miguel de Ribera. Sensible es que lo que hubiera sido muy fácil de subsanar en los dias próximos á su muerte, se descuidára como se descuidó, hasta el extremo de no consignarse nada acerca de él, y que por este motivo nos veamos privados de los rasgos que merecerian conocerse, porque serian buenos, como lo eran todas sus obras.—G. R.

RIBERA (Fr. Miguel Llot de). Fué catalan de nacimiento é hijo de una de las familias más distinguidas de su siglo. Recibió la esmerada educacion que convenia á su esclarecido linaje, y dió desde luego muestras, además de una virtud extraordinaria, de una ciencia nada comun. Desde luego se mostró muy inclinado á la carrera eclesiástica, en la cual ciertamente hubiera logrado los puestos más importantes, porque tenia méritos para desempeñarlos; sin embargo, siempre creyó que su instituto religioso sería como el asilo de su seguridad, donde podria con libertad absoluta entregarse al servicio divino, haciendo, como era consiguiente, más progresos en la virtud, porque el ejemplo no hay duda que auxilia en gran manera, porque existiendo justa emulacion entre los que le dan y los que le reciben, se logra por consecuencia que todos caminen á un fin, si bien por distintos medios, los unos enseñando la virtud, los otros practicando esta virtud misma que se les enseña. Despues de reflexionar maduramente acerca de cuál instituto le sería más conveniente, y mirando con especial predileccion á los Padres Predicadores, porque indudablemente ellos logran grandes frutos de vida eterna para sí por su celo apostólico, y para los demás por el ejercicio de este mismo celo suyo, resolvió ingresar en esta Orden religiosa, escogiendo el convento de Perpiñan, sin que podamos darnos razon de esta eleccion, porque á la verdad tenia otros más cerca de su casa, y en alguno de ellos habia tambien personas de su esclarecido linaje. Ello es cierto, que ingresó en el convento de Perpiñan, que allí hizo su noviciado con admiracion de cuantos lo conocian, y que siguiendo las loables costumbres de su esclarecida Orden, aunque tenia ya hecha la carrera de teología, allí continuó sus estudios, hasta cumplir con todas las prescripciones requeridas para lograr en su sagrada religion el título honrosísimo de maestro, que bien puede

decirse que es tan honorífico como el grado supremo que las universidades y academias dan á los que en ellas llegan á terminar las carreras; y esto no es una aseveracion gratuita, sino que es tan exacto, que ninguna asamblea científica, por muy condecorada que ella haya sido, ha tenido á ménos, ántes por el contrario, lo ha considerado como un acrecimiento de su gloria y mérito, el que se sentasen en sus escaños los Padres maestros de las órdenes religiosas, porque muy bien sabian y saben que cuando en aquellas venerandas corporaciones se daba á alguno este título, merecido y muy merecido lo tenia, pues nunca ni por ningun motivo ha habido en estas religiosas comunidades ni acepcion de personas ni otra consideracion que á los verdaderos méritos. Nuestro P. Ribera, declarado maestro, recibió, como era consiguiente, el importante cargo de enseñar, y en su desempeño se acreditó desde luego de tal manera, que sus clases concurridísimas daban unos resultados admirables; bien es verdad que era su cuidado tan esmerado, que ocupándose de cada uno de sus discípulos como si no tuviese ningun otro á su cargo, todos lograban el apetecido fruto de tan tierna y exquisita solicitud. Muchísimo hubieran deseado los Padres de su convento que él hubiera vencido su repugnancia al cargo de superior y hubiera aceptado el priorato con que le brindaron repetidísimas veces; pero no le pudieron hacer que lo aceptára, y así le dejaron al frente de sus colegiales para que siendo el maestro de todos, viniese á ser como padre en la ciencia de aquellos tan aventajados profesores, que dedicados, segun las necesidades del instituto, á los diversos ministerios en que sus religiosos se ocupan, pudieran por los diversos caminos que recorrian llegar al apetecido término de buscar en la gloria de Dios su propia santificacion, que es todo lo que puede apetecer el miserable mortal á quien el Señor hace conocer su pequeñez, para que de este conocimiento resulte la confesion de ella misma y el propósito realizado de venerarla en lo posible, para así llegar hasta donde Dios quiera que lleguemos. Aunque explícitamente no habia dicho nada la órden de Predicadores acerca de su esclarecido maestro Fr. Miguel Llot de Ribera, implícitamente se veia su designio de dejarle siempre en su querida casa de Perpiñan; sin embargo, una circunstancia particular vino á sacar de su rincon á tan ilustrado religioso y á obligar por consiguiente á los Padres graves, por decirlo así, á sacarle de su centro, para dedicarle á otra cosa de la cual habia de resultar gran gloria á Dios y un lustre, aunque indirecto, muy esclarecido á la órden de Predicadores, siquiera no hubiese otro fundamento que el de haber sido elegido para el importante cargo de que hablamos un individuo de ella, que además tenia la circunstancia de ser extranjero, si bien paisano del personaje á quien se iba á elevar á la gloria de los altares, declarando heróicas sus virtudes. El hecho fué el siguiente: la fama de Rai-

mundo de Peñafort iba creciendo de dia en dia. A la indicacion del nombre de Beato, que en tal concepto le tenia ya declarado la Iglesia, se hacian muchos milagros por el Omnipotente, de tal suerte que con ánsia se esperaba el que Roma dijera que el Beato era más que beato, que era santo, pues que solo esa amistad tan íntima con Dios, de que es prueba la santidad, solo el heroismo más perfecto de la virtud puede conseguir los triunfos tan señalados que se conseguian al solo nombre del esclarecido beato Raimundo. Como la Santa Sede procede con tanta parsimonia en estos asuntos, y los trámites por que han de pasar los sucesos, digámoslo así, son tan complicados, y para cada cosa se hace preciso que circunstancias las más insignificantes, al parecer, esten perfectamente aclaradas, de suerte que en haber la más ligera duda ya se desechan y no valen como testimonio de santidad, si bien pueden muy bien ser pruebas de grande virtud, cada santo requiere su procurador, y para desempeñar este cometido va á Roma generalmente un hombre de los más eminentes en ciencias y en virtud, y de la corporacion ú órden á que perteneciera el que va á ser sublimado á la importante categoria de santo; ya de otro, escogido siempre por el prelado local, para que así sea un depositario de la confesion de esto. El Padre Mtro. Fr. Miguel Llot de Ribera fué el designado para cumplir este importante ministerio de la canonizacion del beato Peñafort. Indudablemente supusieron en él grandes dotes los que le confiaron tan importante ministerio; pero no llegaron en verdad ni á figurarse siquiera que lo desempeñaria con tal exactitud como lo hizo. En primer lugar con una exactitud extraordinaria presentaba el que las diligencias se practicáran sin interrupcion, mostrando al mismo tiempo el debido y necesario aplauso, para que las cosas se dilucidáran de tal suerte que no dejasen la menor sombra de duda. Además de esto tenia tal acierto para proponer las pruebas y tanto conocimiento de los trámites que cada cosa debia de llevar, que nunca se le rechazó ninguna diligencia, y todas las que hizo por una parte reunian la circunstancia ventajosísima de un especial acierto, y por otra la no ménos ventajosa de que sin faltarlas requisito, tampoco se habia dado ni un paso siquiera más de lo necesario. El resultado fué que en muy breve tiempo obtuvo el logro de sus deseos en el desempeño acertadísimo de su comision, y al propio tiempo el entrañable afecto del Romano Pontífice, que le hubiera colmado de las más altas distinciones si á ello hubiese accedido el buen religioso; pero que hizo de él toda la confianza que es posible, dejando á su arbitrio la resolucion de muy árduas cuestiones y el desempeño de delicadísimos cargos, en que su prudencia, su tino y acierto lograron un resultado que no se habria conseguido de otra manera, porque es verdad inconcusa que para la acertada resolucion de los asuntos árduos y delicados, la prudencia vale tanto ó más

que la ciencia, y en este buen dominico no se sabe cuál era mayor, pues que si mucho valia por su capacidad y estudio, no valia ménos por la parsimonia, aplomo y esmero con que pesaba todas las circunstancias ántes de proponer una solucion á cualesquier asunto; porque todo para él necesitaba su razon de ser, y nunca, absolutamente nunca, se verificó el que él obrára si no le guiaba una certeza casi evidente, obtenida por haber puesto en juego cuantos medios aconsejaba la prudencia más exquisita. Y no se crea que es una asercion gratuita lo que hemos dicho acerca de que su ciencia era en gran manera profunda, esto nos lo dirá bien á las claras el exámen, que áun cuando sea á la ligera, porque la índole de este artículo no permite otra cosa, vamos á hacer de las obras que publicó. Como teólogo especulativo, digámoslo así, es decir, como hombre de convicciones y principios escolásticos, fué suya la magnífica obra que tituló: *Epitome seu collectio eorum omnium quæ à Petro Lombardo Sententiarum Magistro in suis quatuor libris conscripta reperiuntur;* obra que puede decirse es al mismo tiempo compendio y juicio crítico de la doctrina del maestro de las Sentencias, y que reune al mérito de haber recopilado todos sus pensamientos, sin omitir ninguno, el de haberse explicado con una claridad tal que no necesita comentario, y con tanta precision, que puede con verdad asegurarse que no sobra una sola palabra. Pertenece á nuestro P. Ribera la titulada: *Vita venerabilis Sororis Mariæ Raggi et Mazza, Chiensis Ordinis Sancti Dominici;* y en esta hay toda la necesaria demostracion de las virtudes de la venerable con toda precision, para que áun los más rudos puedan convencerse de la justicia con que se la daba tal título, y de la razon con que Roma aprobó la piadosa creencia acerca de esta sierva de Dios. Es verdad que el Padre habia sido confesor de la hermana mucho tiempo, y esto le acredita tambien como director de conciencias; pero sin embargo, se necesitaba de su ingenio para poner los sucesos tan bien como los cita en la referida vida. En Roma, y miéntras activaba la canonizacion de S. Raimundo, escribió y dedicó al romano pontífice Clemente VIII, el libro titulado *De laudabili vita, et de actis hactenus in Curia romana pro canonizatione B. P. F. Raimundi de Peñafort.* Esta fué importantísima por las circunstancias en que se publicó, porque era precisamente cuando se hacian las más activas diligencias para la canonizacion, que por fin se logró, como no podia ménos. Esto es lo que escribió en latin; en catalan tambien tiene otras obras de no menor mérito. Escribió y publicó en 1570 una *Historia de la sanctisima reliquia del bras y man esquerra de Sant Joan Baptista;* en la cual, sobre hacer un panegírico del santo y dar una idea muy exacta del valor que tienen sus sagrados restos, da las reglas críticas más acertadas acerca de las reliquias en general y de los caractéres que deben presentar para que su autenticidad sea clara

y del modo con que deben custodiarse. Escribio el año 1591, é imprimió en Perpiñan el *Libre de la translatio dels invensibles martyrs de Iesu-Crist SS. Abdon y Senen y de la miraculosa aygua de la santa tumba del monestir de Sant Beneten la vila de Arles en le comptat de Roselló.* Imprimió tambien algunos sermones, y todos sus escritos fueron desde luego lo apreciados que merecian, por lo que este Padre fué muy conocido y justamente alabado en su época y las posteriores, de manera que no hay cronista de los Dominicos que al hablar de los siglos XVI ó XVII no nos cite al muy reverendo P. Fr. Miguel Llot de Ribera, como uno de aquellos personajes que por su ciencia dieron lustre á su patria, y por su religiosidad y virtudes á la órden religiosa á que pertenecieron, y en nuestro P. Ribera este concepto no era sino muy justo; porque tanto como valia como sabio, valia como religioso, y el mismo crédito logró como escritor que como predicador.—G. R.

RIBERA (Pedro Pablo de). Fué natural de Valencia, y muy niño lo llevaron á Italia, donde se connaturalizó, haciendo, desde que fué capaz de ello, intencion de quedarse en cualquier iglesia al servicio de ella, para lograr hacer la carrera eclesiástica, llegando á ordenarse de presbítero, si podia, y nada más. Hizo como pudo sus primeros estudios y la filosofía, dedicándose despues á la teología moral, como estudio el más á propósito para el púlpito y confesonario que desde luego quiso dedicarse. Logró sin que sepamos cómo, entrar en la religion de regulares de S. Juan de Letran, y en este instituto piadoso se portó muy bien, cumpliendo con exactitud lo que sus constituciones le mandaban; por lo cual era tan apreciado de todos, que sus mismos compañeros levantaron sus cargas miéntras completó su carrera de teología y cánones, y luego le confiaban las más importantes comisiones. Entre otras le dieron una para Venecia, donde estuvo los últimos dias de su vida, que terminó en dicho Venecia el año 1609. El llevaba ya algunos trabajos hechos, y en Venecia los publicó, siendo recibidos con mucho aplauso, no solo en Roma sino en todo el mundo, porque á la verdad son importantes, pues dicen su aplicacion en razon á que cada uno puede decirse que es de diferente materia. Escribió siempre en italiano, y así apuntaremos sus títulos porque no tenemos noticia de que ninguna de sus obras se haya traducido á nuestro idioma, si bien es verdad que lo que es el fondo de ellas no ha podido ménos de aprovecharse en algunas que recientemente se han publicado. La 1.ª es: *Del modo de conseguir il Giubileo de altre indulgenze*, casa de Nicolás Misserino, año 1610, Venecia.—2.ª *Cronica dell Isole di Tremitis*, en la misma imprenta, 1606. Esta obra histórica y muy bien razonada da cuenta de la inversion de los productos de estas islas, que pertenecen á los canónigos de S. Juan. Y por último, su tercera obra es: *La glorie inmortale de trionfé et heriche impresse d'ottocento quaranta cinque Donne ilustri antiche et moderne,*

tambien en Venecia en 1609. Estas son las obras de nuestro Ribera, á quien alaban sus contemporáneos, y además nuestro D. Nicolás Antonio en su *Bibliotheca nova Hispana*. —G. R.

RIBERA (D. Pedro de), obispo de la santa iglesia de Lugo. Fué el quinto de este nombre, su patria fué Madrigal, y sus padres Andrés de Ribera y Catalina de Alba; además era sobrino del santo obispo Tostado, y el primer arcediano de Alhama que tuvo la santa iglesia de Granada; fué su dean, y el segundo provisor que tuvo su arzobispado. Este pontífice fué muy señalado por su sabiduría, su prudencia, su santidad y sus virtudes. En su tiempo todo marchaba bien, y el culto se ostentaba brillante, gracias á su grande eficacia y su amor á la Iglesia. Su caridad era inmensa, y en su época en todo el tiempo que rigió aquella silla socorrió cuanto pudo á los pobres y enfermos, era igualmente muy solícito por que se mejorase la primera educacion y que á los niños y niñas se les inculcasen sus deberes y cuanto ántes conociesen á Dios y á su omnipotencia, y se instruyesen en la verdadera moral, virtudes y religion. Murió con gran sentimiento de todas aquellas ovejas que habian perdido tan celoso pastor, y está sepultado en su patria en la iglesia de S. Nicolas, que reedificó, y tiene el epitafio siguiente:

✠

Esta capilla dotó D. Pedro de Ribera, primer dean de Granada, y su provisor, obispo de Lugo, en que fué sepultado su cuerpo y trasladados los huesos de sus padres y abuelos. Acabóse en el año de 1443. Tuvo por sucesor á D. Gonzalo de Bahamonde.—A. L.

RIBERA (D. Pedro Duque de), obispo electo de Panamá; fué natural de un pueblo de la provincia de Sevilla, manifestando desde muy niño inclinacion al estudio, dedicándose á él con el mayor ardor y aplicacion, dando repetidas muestras de sus adelantamientos en el colegio de Sta. María de Jesus de Sevilla, del que fué colegial, y uno de sus más sobresalientes discípulos. Habiendo recibido las órdenes correspondientes, llegó á ser un sacerdote modelo de virtudes y de vida ejemplar. Con el tiempo, y atendiendo á sus recomendables circunstancias, fué nombrado dean de la santa iglesia arzobispal de Sto. Domingo en la Nueva España, cuyo destino ejerció y desempeñó como era de esperar de su talento y virtudes. Electo obispo de Panamá en el año de 1594, y partiendo á tomar posesion de la sede y á su nueva residencia, murió en Cartagena de Indias, y allí quedó sepultado, frustrando todas las esperanzas que se habian concebido del desempeño de la prelacía de Quito por tan eminente varon. —A. L.

RIBERA (Fr. Pelagio). Este célebre religioso, á quien el vulgo dió en lla-

mar el P. Payo, de tal manera que todos le conocian por este más que por su verdadero nombre, fué uno de los más distinguidos varones que en su época tuvo la órden muy esclarecida de S. Agustin. Comencemos por consignar que perteneció á una de las más ilustres familias de España, pues que fué hijo del muy ilustre Sr. D. Fernando de la Ribera, duque de Alcalá y virey de Nápoles, y de una señora tan esclarecida como él, que primogénita de una de las casas más distinguidas, hubiera heredado uno de los primeros títulos de Castilla, si la muerte no la hubiese arrebatado muy pocos meses despues de haber dado á luz á nuestro D. Pelagio. Como era consiguiente, y mucho más en atencion á la prematura muerte de su señora madre, se esmeraron grandemente en dar al niño brillantísima educacion que además del conato con que se le daba, tenia en su favor el que dotado de una índole excelente y solo atento á lo que su padre le mandaba, no necesitaron nunca sus maestros hacer el menor esfuerzo para lograr el que adelantase muchísimo más de lo que podia esperar de quien no tuviera la aficion que él tuvo al estudio, en el cual adelantaba mucho porque real y verdaderamente no carecia de talento, ántes por el contrario, le tenia muy claro y por consiguiente aprovechaba mucho en sus estudios. Luego que hizo los elementales que son necesarios y oportunos para todas las carreras, pensaron en la que debia seguir para llegar á ser un hombre de provecho, como de él podia esperarse. Mas en este punto no estuvieron conformes con las suyas las miras de su padre y familia. Hubieran querido que él hubiese sido un hombre de estado ó un aguerrido general, y el deseó militar bajo la bandera de la Cruz, aceptando como era consiguiente la humillacion y el desprecio, único patrimonio de los escogidos, á cuyo número procuraba pertenecer, no tanto porque él apeteciera tan honrosa distincion, cuanto porque sabia que esta era la única manera de dar á Dios la gloria á que el Señor es tan acreedor. Meditó sériamente en el órden religioso á que debia dar su nombre, y lleno de celo por el bien de las almas y conociendo que lo más ventajoso para estas es el misionar á los países desconocidos, ó diremos mejor donde la fe permanece todavía sin quienes la profesen, y sabido por él que los hijos del grande Agustin estaban á la sazon disponiendo una expedicion de misioneros, se decidió por este instituto, y rogando á su padre además de su bendicion el que no manifestára quién era para evitar distinciones siempre perjudiciales en los conventos, tomó la santa correa con el mayor júbilo, no solo de su espíritu que anhelaba tal dicha, sino de cuantos le veian, pues que en su semblante se destellaba no solo el candor que brillaba en todas sus obras, sino el que Dios le prevenia para grandes cosas, pues que su aspecto era dulce, caritativo y rebosando una benignidad que demostraba claramente su amor á Dios y las criaturas por el Señor. No se

crea que nuestro religioso aceptó lo ménos rígido de la órden Agustiniana, nó, fué de su descalcez y dió tales muestras de virtud áun en su noviciado que ya alguna que otra vez se le confiaron durante esta época cargos que por costumbre solo se encomendaban á Padres graves, como era el regir el coro, tal cual ocasion acompañar á sus hermanos y siempre el repasar á aquellos estudiantes á quienes era más difícil el seguir el rumbo de la cátedra sin esta especial ayuda. Por supuesto que él adelantaba en gran manera en sus estudios, de tal suerte que muchas veces sus maestros le hacian regentar la cátedra estando presentes para ver qué tal lo hacia, y siempre ponian á su cuidado los más difíciles ejercicios escolásticos, en cuyo desempeño brillaba de una manera tal, que sobre merecer en sí mismo los mayores aplausos, daba crédito y honor á toda su comunidad. Concluida su carrera con las notas más brillantes, y habiendo recibido las órdenes sagradas en su debido tiempo, y acreditada su aptitud para la predicacion y enseñanza, tanto en la parte catequística, acomodándose á las más rudas inteligencias, como en la parte, digámoslo así, sublime, para enseñar á maestros, fué destinado porque su aptitud así lo aconsejaba, á las misiones de Guatemala, donde fué recibido con indecible júbilo de todos sus hermanos y con grande provecho de los fieles, á quienes alentaba continuamente á procurar la mayor gloria de Dios, y de los infieles para cuya instruccion y desengaño trabajaba incesantemente con un celo y actividad extraordinarios, y logrando los más felices resultados, que aprovechaba constantemente para ir más adelante en la obra civilizadora de hacer de todos los hombres un solo rebaño que no reconozca sino un solo pastor, y este sea aquel que puso su vida por salvar la de su rebaño. Era consiguiente que un hombre de tan relevantes prendas se captase al punto el afecto no solo del pueblo, sino del clero, y así como lograba el respeto del vulgo, lograse la confianza de los sábios, y especialmente del prelado y cabildo de aquella iglesia, que como otras muchas en su época, pertenecia á la gran familia Agustiniana. De esta simpatía resultó que el obispo confiaba al P. Pelagio cuantas comisiones importantes tenian que desempeñarse, ya cerca de las autoridades, ya cerca de los particulares, y estos como aquellos quedaban prendados del Padre, sintiendo mucho fuese solamente comisionado el que tan estimables circunstancias reunia para ser él quien en propiedad ejerciera el cargo importantísimo que le ponia en relacion con ellos. Así que apénas vacó la mitra de Guatemala, todos pensaron en poner á nuestro buen Padre al frente de aquella importante diócesis. Alguna dificultad ofreció el hacerle aceptar este cargo, que á pesar de lo penoso y difícil que es en sí, tiene tanto de honorífico y de distinguido, pero al cabo sus superiores se empeñaron en ello, y la obediencia le obligó á lo que no habian podido lograr de él cuantas reflexiones por buenos términos le

habian dirigido los que tenian ocasion de tratarle. Aceptada la mitra, se pensó en su consagracion, y el cabildo de su misma iglesia quiso demostrar lo grata que le era la eleccion, apadrinando al electo, y no de una manera cualesquiera, sino con grande esplendidez, con extraordinaria pompa, habiendo sido su consagracion un verdadero acontecimiento. Como fué recibido tan á gusto de todos, aprovechó esta circunstancia para excitar al pueblo y al clero al cumplimiento de sus respectivos deberes, é hizo particular estudio de las necesidades de su grey para procurarles eficaz remedio, si no podia de una vez, como indudablemente no pudo, al ménos poco á poco, aunque sin cesar, como lo hizo en todo el tiempo que regentó aquella diócesis. Su asiduidad en el ejercicio de su importante ministerio era contínua, su celo incansable y su conducta privada la misma que observaba de muchos años atrás un pobre religioso, sin que se permitiese nunca ni la más ligera inobservancia ni el más pequeño regalo, solo en lo concerniente á su dignidad episcopal, que llevó siempre con decoro y como convenia. Fué consecuentísimo é infatigable en la visita de su obispado, y esto le dió el resultado que da siempre á los prelados el desempeño de tan importante cargo, es decir, el conocer á fondo las necesidades y lo que valian, y hasta dónde llegaban la valía de todos y cada uno de los operarios que en la viña mística compartian con él el cuidado de apacentar la grey que el Señor le confiára. Sumamente satisfechos estaban todos bajo de su paternal gobierno, cuando las necesidades de la iglesia de Mechoacan vinieron á sacarle de su diócesis, primero para arreglar en aquella, como encargado, los difíciles asuntos de su gobierno, luego para regentarla como prelado propio. Preciso es decir algo del estado en que encontró aquel obispado cuando fué á él por primera vez, para conocer lo que trabajó, comprendiendo el estado á que luego lo dejó reducido. La discordia más completa reinaba en aquel cabildo catedral, y la más triste desavenencia entre los clérigos y las autoridades seculares, por lo cual surgian á cada momento disgustos y desavenencias que hubieran producido conflictos si la prudencia de nuestro P. Ribera no hubiese acertado á conciliar los extremos en que se apoyaban unos y otros para fundar sus derechos, que resultaban encontrados enteramente. Este primer paso le facilitó desde luego el dar otro de más trascendencia, porque se captó el afecto de unos y de otros, de suerte que todos ponian en manos de él sus asuntos, así que él puede decirse que era el árbitro componedor de todas las diferencias. Atrajo á los clérigos al cumplimiento exactísimo de sus deberes, sin mezclarse en ajenas atribuciones, y esto pareció muy bien al pueblo, porque ciertamente le aseguraba el ejercicio de sus derechos, sin permitirle el descuido de sus obligaciones. No es exageracion, pero una palabra del Obispo era para aquellas buenas gentes casi infali-

ble, y tan autorizada que no dudaban en hacer cuanto les aconsejaba, sin otra razon que su consejo mismo. Arregló, pues, la diócesis, y en lo material la hizo prosperar mucho, porque una porcion de regalías que la correspondian y que estaban en suspenso por las desavenencias de que llevamos hecho mérito, se pusieron al corriente, y de los atrasos que cobró en muchas de ellas se aprovechó para reparar aquellas cosas más precisas para el culto divino, tanto en la catedral como en las demás iglesias, así parroquiales como particulares. Nunca pensó tener ocasion de conocer á otra grey; mas el deseo del Rey Católico y de la Santa Sede de premiar los eminentes servicios de tan distinguido prelado, fueron motivo para que le sacasen de Mechoacan y le llevaran al arzobispado de Méjico, de cuya traslacion no tuvo noticias hasta que recibió el palio, pues de otra suerte tal vez se hubiera resistido y obligado á sus justos apreciadores á que le hubiesen dejado en su diócesis de Mechoacan, sin otra razon que por no haber de luchar nuevamente con cabildos, que hasta conocerse, siempre proporcionan algunos disgustos. Claro es que si hasta entónces habia hecho grandes cosas, áun siendo sufragáneo, entónces, como metropolitano, podia hacer muchísimas más; y no se descuidó en verdad, pues que por los medios canónicos llegó al restablecimiento de las cosas provechosas que yacian en el mayor abandono. Y como su sistema era conciliador y su carácter extraordinariamente benigno, aquellos mismos á quienes por necesidad tenia que corregir ó reprender lo llevaban muy á bien, porque comprendian que todo era emanado de un buen deseo, del ánsia que le animaba por llevar á todos y á cada uno al apetecido término de una eternidad venturosa, que es á lo que deben tender los esfuerzos de los prelados en órden á sus súbditos. Apreciado de todos como lo habia sido en sus anteriores sillas, y gobernando con acierto y discrecion, cumplió el P. Pelagio los dias que al Señor plugo tenerle sobre la tierra. Ya deseaba su patria, esto es cierto, pero creyéndose desprovisto de méritos para ir á ella, temia el momento en que el juez inexorable hubiera de dictar sentencia acerca de él. Dios, cuya benignidad es tan grande, le facilitó durante su enfermedad tiempo para que, volviendo los ojos á su misericordia, pudiera evitar los rigores de su justicia; y en efecto, con edificacion de todos recibió los santos sacramentos, oyó con quietud y sosiego las amorosas admoniciones con que la Iglesia encomienda á Dios á sus hijos en el terrible lance de su agonía, y dió al Criador su espíritu en medio de una apacible quietud hácia los fines del siglo XVI. Su muerte fué tan sentida como estimable fuera su vida, y sus honras cuales correspondian al que por todos conceptos era tan acreedor á distinciones. Como sus tareas apostólicas fueron tan contínuas, no pudo dejarnos sino una muestra de lo bien cortada que estuvo su pluma, en el librito titulado *Aclamacion por el prin-*

cipio santo de la Inmaculada Concepcion de María, único opúsculo que tenemos del P. Pelagio de Ribera, arzobispo de Méjico. — G. R.

RIBERA (Fr. Plácido Pacheco de). La sola enunciacion de los apellidos de este esclarecido personaje nos da una idea de lo ilustre de su alcurnia, de lo muy claro de su linaje; efectivamente, emparentado con las primeras casas de España, era la esperanza de sus padres y de aquellos de sus deudos á quienes el Señor negára el favor de dilatar su familia; pues los unos querian que en él se premiáran sus servicios, y los otros contaban con él para que heredase sus blasones. Mas Dios, en sus altos é inescrutables designios, habia formado otros acerca de su siervo; así es que en cuanto llegó al uso de su razon, que fué muy buena, y conoció al mundo, para lo cual le ayudó mucho la circunstancia de haber de concurrir con sus padres y parientes á reuniones y demás, comprendió perfectamente bien que todas las situaciones son peligrosas en esta vida; que por más que la criatura ponga su conato en evitar los escollos que el mundo ofrece, es tan grande su atractivo que pocas veces se logra dominarlos, y tomó por consiguiente la heróica resolucion de abandonar un mundo que no le ofrecia ni áun probabilidades de dicha, y buscar esta, no en las cosas corruptibles que perecen facilísimamente, sino en las imperecederas, en las eternas. Luego que se hubo decidido por el estado eclesiástico y en este por la vida religiosa, comenzó á pensar sériamente en cuál sería el instituto religioso en que se inscribiria para cumplir en todo con la voluntad de Dios, único anhelo de su espíritu. Por supuesto que miéntras él meditaba tan importante asunto, sus parientes trataban de quitarle tal idea, y para ello buscaban toda especie de medios. Halagos, ofreciéndole un porvenir lo más brillante áun en la carrera eclesiástica, donde hubiese podido desempeñar importantísimos cargos; amenazas de privarle hasta de lo que legítimamente le correspondia, y sus padres áun del permiso necesario para entrar en cualquier religion; todo se puso por obra para disuadirle; sin embargo, él decia, si es que me privan de los bienes y demás, yo he de renunciar á ellos; por consiguiente, mejor, que me quitan el mérito de una renuncia voluntaria, que me será imposible si no tengo sobre qué fundarla; los honores, las primeras dignidades anejo llevan gravísimo cargo, y en último resultado no son sino humo, miseria, nada. Cuanto más le instaban más se enardecia en deseos de ser religioso, y despues de un maduro exámen y de considerar atentamente los inconvenientes y ventajas de todos los institutos aprobados, dió la preferencia al monacato, en perfecto acuerdo con su director espiritual, que lo era un esclarecidísimo sacerdote secular de su pueblo, que fué una de las más importantes ciudades de Andalucía. En realidad de verdad son muchos los títulos que enaltecen á la esclarecida órden de S. Benito; si pudieran reducirse á número los hombres insignes que en

virtud y literatura han salido de su seno, se veria que era en este concepto la primer congregacion del mundo; si pudieran referirse los inmensos beneficios que en todas épocas han dispensado á las naciones como á los pueblos, se hallaria que desde la conservacion de las ciencias en Europa, cuando la invasion de los bárbaros, hasta los más avanzados adelantos, tanto en estas como en las artes liberales, á los hijos del gran Benito son debidos, por lo cual nos parece muy juiciosa la determinacion de nuestro Plácido, sin que por esto estimemos en ménos los méritos é importantes servicios de los otros institutos, pues cada cual en su línea han sido, como efecto de una especialísima inspiracion de Dios, cosa grande, admirable é importante; pero dejemos comentarios, que á nadie se ocultan, y continuemos el relato de los medios que hubo de poner en juego para lograr su intento nuestro distinguido Plácido Pacheco de Ribera. Manifestó, pues, francamente su resolucion á sus padres con respetuosa entereza y haciéndoles ver todos los motivos en que la apoyaba, mas no les parecieron suficientes, y pusieron en juego todas sus relaciones, que, como llevamos dicho, eran muchísimas y de gran importancia, para que no le admitiese la Comunidad por carecer del consentimiento de ellos. Los monjes vacilaron algun tanto, pero las instancias del pretendiente, los buenos informes de su confesor, y más que nada, cierta superior ilustracion que les hacia ver la voluntad expresa del Señor en la tan pertinaz instancia del pretendiente, les obligó á despreciar y hollar todos los obstáculos que se oponian, y admitirle á noviciado con la condicion de que este seria más rigoroso y largo que lo acostumbrado, para así excusar el cargo que pudiese hacérseles en el caso inesperado de que no fuera á propósito para la vida monástica. Como Ribera no llevaba al monasterio otras miras que las de su provecho espiritual, le importó muy poco de que le opusiesen este obstáculo, pues él lo que queria era estar en aquella santa casa y bajo la obediencia más estrecha, y esto lo lograba con ser novicio. Sin embargo, no se dilató su profesion más allá del tiempo que se acostumbraba, porque su exactitud y virtudes ejercidas durante la época de su noviciado, hicieron á los padres convencerse de que la voluntad de Dios era el que su hijo fuese monje, y condescendieron en que profesára, con lo cual, removidos los obstáculos, pudo hacerse esta solemne ceremonia como convenia á su alcurnia y á sus condiciones personales. Si como novicio se habia portado admirablemente, aún más admirablemente, si cabia, se portó despues de profeso, y cuando fué sublimado á la muy alta dignidad del sacerdocio, entónces se mostró la plenitud de su fervor en las disposiciones con que se llegó al altar, la plenitud de su caridad para con sus hermanos en la espontánea abnegacion con que se ofreció al servicio de todos en el desempeño de su importantísimo ministerio. Efectivamente, sirvió de mu-

cho á muchísimos, porque dotado de un ingenio no vulgar y de una aplicacion notable á los estudios necesarios para obtener la borla de doctor en sagrada teología, estudios que en su Orden tenian que hacerse á la perfeccion, todo el tiempo que le dejaban libre el púlpito y el confesonario lo dedicaba á la lectura, teniendo siempre para él y para sus dirigidos hambre tal de buena doctrina, lo cual sin duda fué el móvil que le indujo á poner en lengua vulgar el precioso libro del P. Fr. Bartolomé de los Mártires, titulado: *Doctrina espiritual compendiada.* Los grandes resultados que alcanzó con aconsejar la lectura de tan importante obra, excitaron á los monjes á fijar en él su atencion para confiarle algun importante cargo en su monasterio. Otras pruebas hicieron tambien con él, que tampoco les salieron fallidas; así es, que cuando lo esperaba ménos y ni siquiera lo presumia, se halló nombrado abad del monasterio de Sevilla, pero con la condicion de que serian inútiles cuantas gestiones hiciera para descargarse de tan honrosa distincion. No tuvo pues otro remedio que aceptar su cometido, y su atencion desde entónces se fijó toda en desempeñarlo convenientemente, para lo cual aconsejándose siempre de los Padres más respetables del monasterio, no descansaba ni cesaba de procurar cuanto le parecia conveniente al mejor régimen de su comunidad. Esta le eligió cuantas veces concluia su tiempo, hasta que desempeñando su cargo, vió llegarse el momento de pasar de esta á mejor vida, no sin haber sufrido ántes una penosa enfermedad, en la cual dió muestras de su paciencia en el sufrir, y de su celo en los oportunos documentos que dejó á sus hermanos en las inolvidables palabras con que se despidió despues de recibir los santos sacramentos. Su muerte fué tan sentida como era de esperar, y su memoria se conserva; pues si bien es verdad que floreció en el siglo XVII, aún subsiste vivo en el monasterio de Sevilla el recuerdo del Rdo. P. Fr. Plácido Pacheco de Ribera. —G. R.

RIBERA (D. Fr. Salvador de), obispo de la santa iglesia de Quito. Fué único prelado de este nombre, y perteneció á la religion de Dominicos; natural de la ciudad de Lima, habiendo sido sus padres Nicolás de Ribera y Doña Elvira de Avalos; su padre fué uno de los primeros conquistadores y pobladores de Lima. Cuidaron mucho de educar á aquel hijo querido en el santo temor de Dios, favoreciendo sus naturales inclinaciones, que eran las de consagrarse al servicio del Señor. Su aplicacion y aprovechamiento fué notable en todos los estudios á que se dedicó. Con tan buenos antecedentes tomó el hábito en el convento de Dominicos de dicha ciudad de Lima, siendo admitido en el claustro con el mayor placer y satisfaccion de todos los religiosos. Su extraordinario mérito y virtudes le condujeron bien pronto á desempeñar los más principales cargos de aquel monasterio, en el que fué por tres veces prior; habiendo empleado una de las ocasiones de tener este

cargo en edificar el templo, que es de los más ilustres de Lima. No perdonó diligencia ni medio que estuviese á su alcance para que este santo edificio fuese lo más suntuoso posible, tanto en solidez como en majestad y magnificencia, siendo eterno monumento de su grata memoria á la posteridad. Dos veces igualmente fué provincial, catedrático en la universidad de Lima, donde hizo manifiestos sus grandes dotes, tanto en la oratoria como en su género de enseñanza; fué tambien maestro por su Orden, calificador del Santo Oficio, pero sobre todo fué un predicador de los más notables que se hayan podido conocer en el Nuevo Mundo. Su buena y arrogante presencia, su sonora voz, su buen decir y el ardor religioso de que se poseia en el púlpito, producian maravillosos resultados en sus oyentes por la fuerza y conviccion de sus razonamientos, obrando cambios muy favorables áun en los más tibios y poco religiosos. Lleno el mundo de su fama, y premiado su celo religioso y su sabiduría, siendo electo obispo de Quito en 16 de Marzo del año de 1605, dió en aquella prelacía nuevas y admirables muestras de su capacidad y ejemplares virtudes, si bien por solo siete años que gobernó aquella santa iglesia, pues Dios dispuso de su vida en el de 1612 para premiar con la gloria su celo, virtudes y santidad. Fué sepultado en su iglesia, y se le hicieron magníficas exequias, correspondientes á los grandes merecimientos de tan grande varon y señalado religioso. Sucedióle en el obispado D. Fernando Arias de Ugarte.—A. L.

RIBERA Angulo (Fr. Francisco de). Fué andaluz, é hizo sus estudios con el éxito más brillante, hasta quedar habilitado y laureado como doctor en filosofía, en justo premio del esmero con que habia aprendido, además de esta importante facultad, artes y los demás preliminares necesarios y convenientes para ocupar un lugar preferente en tan apreciable como útil carrera. De cierto que hubiera dado la cátedra que hubiera tenido por conveniente, y que sus conocimientos nada vulgares en jurisprudencia civil y canónica, le hubieran proporcionado el ser uno de los más hábiles profesores de derecho en su época; pero sus miras eran muy otras, conocia perfectamente bien que no son ni las honras ni los grandes empleos ni encumbrados puestos de aquí abajo lo que hace la felicidad, dicha y ventura del hombre, sino que esta ha de lograrse por el ejercicio de todas las virtudes, que como por grados, llevan á la cumbre de la perfeccion y desde esta á la gloria inmarcesible, y por esto pensó muy sábiamente en buscar un asilo donde asegurada su existencia al amparo de los buenos ejemplos y de las sólidas virtudes á que la obediencia le obligára, pudiese evitar los males y ruinas á que está la criatura expuesta en el bullicio del mundo. Meditó sériamente acerca del instituto al cual diera su nombre; y por último, despues de muy madura reflexion se decidió por el de S. Agustin, que fué siempre de los que

mejores ejemplos de toda especie de virtudes han dado en todos los tiempos y en todos los lugares. Admitido al noviciado, le cumplió con la más exquisita exactitud y fué admiradísimo, no solo de sus maestros, sino de sus hermanos, hasta tal punto, que algunos se vieron, digámoslo así, confundidos con sus ejemplos, y tomaron sérias determinaciones para procurar su mayor provecho y adelantamiento en la virtud. Como ya traia estudiada con gran provecho la filosofia, no le hicieron repetir estos años académicos, sino que desde luego le aplicaron á los estudios de sagrada teología y Escritura, sin descuidar los cánones y disciplina, en todas cuyas materias fué grande su aprovechamiento, de tal manera, que llegó á merecer el que considerado como maestro en toda su religion, ésta pidiese para él el título de doctor en sagrada teología, que logró por la universidad de Granada, prévios unos actos mayores que hicieron eco por muchísimo tiempo, y que los hizo brillar todavía más la circunstancia de que por injusta prevencion que los jueces tenian contra la sagrada religion de S. Agustin, se ensañáran cuanto pudieron contra el Padre, sin más razon que porque pertenecia á tan esclarecida familia. El haber ido á Granada para recibir el grado, hizo que le dejasen en aquella capital, donde fué desde luego admirado por sus talentos y por su facilidad y acierto en el desempeño de la importantísima mision de predicar el santo Evangelio, en cuyo ejercicio lograba los más abundantes frutos, pues del inmenso concurso que siempre acudia á sus sermones, todos salian convencidos, y la mayor parte resueltos á volverse á Dios por una sincera conversion y por la práctica de todas las virtudes que pudiera reparar los extravíos con que anteriormente ofendieran á su Dios. Aun cuando el haber de predicar continuamente le ocupaba mucho tiempo, y no dejaba de causarle molestia, sus superiores creyeron podria dedicarse á la enseñanza, por ver en él una aptitud especial para este cargo; y en efecto, lograron los apetecidos resultados, pues que explicó perfectamente primero humanidades, luego artes y despues teología, siendo sus discípulos los más aventajados, porque no omitia trabajo ni molestia para llevar á todos bajo una siempre creciente aplicacion al término de la perfecta inteligencia de todos los autores y de todas las cuestiones, en que, sea dicho de paso, han hecho los maestros de toda época perder á sus discípulos un tiempo precioso con no mucho provecho; pero que siendo este un defecto irremediable, tenian los discípulos de Ribera, como los de todos los demás maestros, por muy esclarecidos que ellos fueran, que sufrir sus consecuencias. Como vieron los adelantos que se lograban en su cátedra, porque con un método especial instruia á todos con acierto en lo que debian saber, y les dirigia de tal suerte, que por sí mismos pudieran luego lograr mayores adelantos, sin necesitar, digámoslo así, de mentor, pareció conveniente, con ocasion de

jubilar al maestro ó director de estudios, que lo era en su época, poner á su cargo tan importante cometido, en lo cual no se equivocaron, pues asistiendo á discípulos y á maestros, y con la cooperacion de todos, logró el que los que hicieron sus estudios en su época y bajo su direccion, se distinguieran de los demás por lo preciso y vasto de sus conocimientos, así como por el buen órden con que para el planteamiento de las cuestiones, para desenvolverlas y resolverlas hacian todo cuanto está al alcance de la limitada inteligencia del hombre, para que pudiera ilustrar, convencer y mover. Llegaron los estudios de la casa de PP. Agustinos á acreditarse tanto, que sin dificultad admitia no solo la universidad de Granada y las demás de Andalucía, sino todas las del reino, á los que estaban aprobados en este colegio; bien es verdad que además del acierto y esmero que habia en la enseñanza, se tenia y guardaba siempre con todos un exacto rigor, de suerte que para nadie se dispensaba ninguna circunstancia, y midiendo á todos, digámoslo así, por un rasero, nada se perdonaba á ninguno, y el que era aprobado lo merecia sin duda, porque el Padre director de estudios sabia muy bien apartar dulcemente á cualesquiera que no reunia las apetecidas circunstancias. Esta manera tan conveniente de portarse, hizo que sus superiores le llevasen al colegio de Osuna, necesitando en gran manera de la cooperacion de un sugeto de las prendas de nuestro P. Ribera. Osuna, que no le conocia, le recibió con alguna prevencion, pero esta cesó al punto que le conocieron, para trocarse en un afecto verdaderamente entrañable, que merecia, es verdad, porque para todos tenia un porte enteramente conveniente, fijando todo su esmero en tratar á cada cual conforme lo exigian sus particulares circunstancias. Trató de rodearse para dar á la enseñanza el giro que creia conveniente, de algunos de los discípulos más aventajados que habia sacado en Granada, y por este medio logró unidad en el método y constancia en el poner cuidado para que no se neutralizasen los esfuerzos que hacian los maestros para que los discípulos adelantasen, y llegó á ordenar de tal modo el estudio en aquel colegio, que así como la universidad de Granada admitia á los discípulos de los Agustinos, así en la no ménos célebre de Osuna fueron admitidos los que eran aprobados por el P. Ribera, al cual, en gracia del aprecio con que se miraban sus desvelos por la instruccion y adelantos de los jóvenes, se le concedió la inspeccion y gobierno de aquella universidad, no como cargo puramente honorífico, sino como un oficio que habia de desempeñar con entera libertad, pues eran ámplias las facultades que se le concedieron, aunque en honor de la verdad ha de decirse que ni abusó de ellas ni mucho ménos; ántes por el contrario sirvió él de lazo para unir á algunos discordes, y estableció en aquella escuela la union tan conveniente en toda corporacion, y mucho más en las corporaciones científicas, donde la

discordia puede comprometer los adelantos de los discípulos y llenar á los maestros de cierto tedio y disgusto que les impide aplicarse lo que pueden para salir con lucimiento en la enseñanza, que es tanto más difícil cuanto que es, como sabemos, sumamente importante. Grande habia sido la estima que logró nuestro Padre en Granada, pero no fué menor la que alcanzó en Osuna, todos fueron sus amigos, todos ansiaban su trato; bien es verdad que puede decirse que á todos era útil, pues á quien no le servia por un concepto le servia por otro, y como nunca tuvo consideracion á las personas sino en el órden de la caridad, siempre tuvo para todos el mismo afecto y la misma consideracion que es debido guardar y tener entre hermanos, que es como él consideraba á todos, y como ciertamente somos en el órden de los designios de nuestro Señor. El hombre de ciencia, que tan grande se mostraba en el gobierno y direccion de los estudios, y procurando por consiguiente el adelantamiento de cuantos cultivaban las ciencias, no se mostraba ménos esclarecido como hombre de piedad, que ponia su más particular esmero en inducir á todos por el camino de la verdad á la consecucion de la verdadera dicha en la posesion de Dios, mediante la observancia de las leyes y consejos de su santo Evangelio. Aunque los cargos de director de estudios en el colegio de Padres Agustinos y en la universidad le ocupaban mucho tiempo, tenia sin embargo el suficiente para predicar con mucha frecuencia y confesar á un gentío inmenso, que cada dia acudia á sus pies, ansioso de recibir sus consejos, siempre saludables, y de aprovecharse de sus instrucciones, en las cuales, además de la mucha doctrina de que abundaban, se veia una suma rectitud de intencion, y no pocas veces la superior ilustracion de Dios, que le hacia dar resoluciones acertadísimas en los más árduos, difíciles y empeñados asuntos. En esta vida activa como provechosa pasó algunos años, despues de los cuales quiso el Señor llevarle para sí, no sin que dejára en sus últimos dias los más acabados ejemplos de virtudes cristianas y los más importantes documentos relativos al buen órden y gobierno, tanto de su órden como de su querida universidad ursaonense. Recibió con espíritu verdaderamente cristiano los santos sacramentos, acompañó con fervor las preces que la Iglesia dirige por sus hijos en su apurado último trance, y entregó á Dios su espíritu en medio del más vivo sentimiento de cuantos le conocian y sabian lo apreciable que era el sugeto que desaparecia del mundo. Sus honras fueron como merecian su dignidad y su persona, y para que su nombre no pereciera, quedaron como monumento que consignan su ciencia los *Discursos cuaresmales sobre la vida de S. Nicolás de Tolentino*, impresion de Sevilla, año 1631; y *Práctica de perfeccion en la vida de la perfecta viuda Sta. Mónica*, tambien en Sevilla, año 1621. Tales son las noticias que tenemos del P. Francisco Ribera Angulo. —G. R.

RIBERA Florez (D. Dionisio de). Escasas son las noticias que acerca de este personaje han llegado á nosotros; sin embargo, hay motivos para creer que no sería una persona vulgar, segun los pocos datos que acerca de él se han logrado. Que sería hombre de ciencia, y su misma obra, de que despues haremos mencion, no será acreedora á quedar en el olvido, ántes por el contrario, merecedora de ser conocida y buscada, lo acredita el que el distinguido y concienzudo escritor D. Nicolás Antonio, en su tan justamente celebrada *Bibliotheca nova*, nos habla de este sugeto y encomia su trabajo literario; y que seria hombre de posicion y de virtud lo demuestra el lugar que ocupó y la época, pues que era nada ménos que canónigo de Méjico á los fines del siglo XVI y principios del XVII. Tambien se sabe que era hombre de despejo y dispuesto para arreglar cualquier asunto, motivo por el cual su cabildo, en union con la ciudad de Méjico (es decir, su cuerpo municipal) le comisionaron para disponer las exequias que con suntuosisimo aparato se hicieron á la muerte del señor Rey D. Felipe II. Cuál sería la manera de desempeñar este cometido, se colige de las circunstancias de que el Santo Tribunal de la Inquisicion, que en realidad de verdad debia tanto al monarca difunto, y queria, como era consiguiente, acreditarle su afecto de una manera digna de la persona á quien se hacian los sufragios y de la corporacion que los costeaba, rogó al Sr. Ribera dispusiese él lo conveniente, y lo hizo de una manera tan especial, que el Tribunal, no sabiendo como agradecerlo, le propuso para auditor honorario de él, en cuyo cargo no pudo ser confirmado porque ya habia fallecido cuando volvieron los despachos de la península confirmando los deseos del santo Tribunal. Habiéndose propalado la noticia de estas exequias, de todas partes pedian al canónigo una relacion ó pormenor de ellas, y esto le indujo á escribir su obra titulada: *Relacion historial de las exequias hechas por la Inquisicion de la Nueva España al Rey D. Felipe II.* Estas son las noticias únicas que tenemos del canónigo D. Dionisio de Ribera Florez.—G. R.

RIBERA y Ovando (D. Francisco de), obispo de Segovia y único de este nombre en aquella sede. Tuvo por patria á Cáceres, villa ilustre del obispado de Coria, y por padres á Francisco de Ribera y Doña Leonor de Vera y Mendoza. Recibió una educacion correspondiente al lustre de su nacimiento y se crió en el santo temor de Dios, fué brillante en sus estudios y carrera y muy sobresaliente en virtudes y buenas costumbres; habiendo merecido de sus contemporáneos un alto concepto por su grande ilustracion y buenas obras. Fué del hábito de Alcántara, y colegial en el colegio que tiene la Orden dicha en Salamanca; inquisidor de Barcelona y del Consejo Supremo de la santa Inquisicion; y sirviendo al rey D. Felipe II en el viaje de Aragon, le presentó por obispo de Segovia. Pasó la gracia la Santidad de Six-

to V, y despues de haber asistido en una junta, donde se trató de la correccion de los moriscos de España, vino á su iglesia y entró en ella en 22 de Julio del año de 1587. Vivió en el obispado ocho semanas y murió en 15 de Setiembre, y su cabildo le dió sepultura entre los dos coros de la iglesia, donde tiene el epitafio que se pone á continuacion. Su antecesor fué D. Andrés de Cabrera y Bobadilla, y su sucesor D. Andrés Pacheco.

✠

D. O. M.

Dominus Franciscus de Ribera, et Ovando, olim supremo rerum fidei Senatu Censor; postea hujus Ecclesiæ Segoviensis Episcopus.—Hic situs est. Obiit 16 kalendas Octobris, anno Domini 1587.

RIBERA y Sandoval (D. Juan Coello de), obispo de Zamora, undécimo de este nombre. Fueron sus padres D. Pedro Coello de Ribera y Doña Constanza de Sandoval, condes de la Ventosa. Nació en Villarejo de la Peñuela, del obispado de Cuenca, en un domingo, á las siete de su noche del 23 de Diciembre del año de 1607. Le bautizaron en la parroquia de la villa en 31 de Diciembre, dedicada al gran pontífice S. Silvestre. En los primeros estudios de la filosofía, súmulas y lógica, tuvo por maestro á uno de los más brillantes y sobresalientes catedráticos de aquel tiempo, de modo que con su aplicacion constante al estudio y buena enseñanza salió un discípulo sumamente aventajado. Terminados los estudios preliminares mencionados, pasó al mar de las ciencias y afamada universidad de Salamanca, donde estudió con el mayor afan y atencion los cánones y las leyes, logrando sobresalir y aventajar á los discípulos más entendidos de aquella época. En esta facultad se graduó de doctor en la universidad de Valencia. D. Enrique Pimentel, preclaro obispo de Cuenca, le ordenó en órdenes mayores. Desde entónces se echaron de ver sus sobresalientes dotes como sacerdote, de gran virtud, de costumbres intachables, exacto en el cumplimiento de sus deberes religiosos y en el rezo divino, afable y cariñoso en su trato, disfrutando de la simpatía de todos, pues poseia el don de gentes, que el Señor concede á muy pocos; de este modo se hizo admirar tanto por sus apreciabilísimas cualidades é ilustre nacimiento, cuanto por su inteligencia y talento que habia cultivado con tanto esmero. Pronto se dió á conocer y hacerse y crearse un lugar señalado á sus conocimientos y gran mérito, llegando por sus turnos regulares, aunque rápidos, á ser nombrado arcediano de Alarcon y canónigo de esta santa iglesia, é Inquisidor de este tribunal en la ciudad de Córdoba. El rey D. Felipe IV le presentó para el obispado de la santa iglesia de Tortosa, cuyo nombramiento no aceptó, excusándose con la mayor humildad y modestia. Pero sus grandes méritos y capacidad no podian oscurecerse; y así

á pesar de sus grandes excusas y su deseo de no figurar, el monarca le presentó segunda vez para el obispado de Zamora en 20 de Octubre de 1638. Bajó la cabeza y se sometió en señal de obediencia contestando que aceptaba, por no entristecer y desairar dos veces el acuerdo y la voluntad de su Rey; pasó el Santísimo Padre la gracia en 1.° de Abril del año de 1639, y tomó su posesion en 3 de Setiembre del mismo año. Le consagró en el convento de S. Hermenegildo de Carmelitas descalzos de la villa de Madrid, en domingo 16 de Octubre del mismo año de 1639, D. Diego de Castejon, obispo de Lugo, y asistieron á este solemne acto los obispos de Aspan y de Yucatan. Entró en su iglesia en 27 de Febrero del año 1640, y en seguida tomó mano con la mayor solicitud y celo en todos los negocios relativos al bueno y santo desempeño de aquella prelacía, cumpliendo exactamente y con el mayor esmero, puntualidad y acierto, mereciendo los títulos de ejemplar obispo, pastor y padre del rebaño encomendado á su cuidado, visitando detenida y personalmente todo el obispado, consolando y alegrando á sus ovejas con su presencia, haciendo numerosas limosnas con la mayor liberalidad y grandeza, y confirmando á todos los que llegaron á pedir la gracia de este santo sacramento. En lo perteneciente á exámenes de órdenes mayores, confesores y beneficios curados, todo se celebraba con su intervencion y presencia, y para que su provisor y visitador hiciesen sus oficios con rectitud, justicia y seguridad de conciencia, les dotaba convenientemente, dando salarios cuantiosos á su iglesia, como les dió igualmente á algunos conventos de su ciudad, manifestando su celo y afan por el esplendor del culto con contínuas dádivas y donativos, y entre otros, al santuario de Sto. Toribio de Liébano le presentó una riquísima joya de diamantes, que se valuó en una gran suma, de mucha estimacion. Debe tenerse presente para todo esto, que le tocaba como á hijo mayor de su casa el título de conde, y con el mayor desprendimiento hizo solemne renuncia de aquel derecho, y estando el conde su padre en el postrer paso de la vida, le requirió de nuevo, y le volvió á reiterar si queria la sucesion, y de nuevo igualmente renunció y se ratificó en lo que ya habia dicho y hecho. En el año de 1645 los dos cabildos de la ciudad de Tarazona, eclesiástico y seglar, suplicaron á la Majestad del rey D. Felipe IV escribiese al obispo y ciudad de Zamora para que se les concediese y diese una notable reliquia del cuerpo de S. Atilano, obispo de Zamora, hijo y ciudadano de la ciudad de Tarazona. La clemencia de S. M., y su deseo de complacer á todo el mundo, hizo accediese á la pretension, y la mandó escribir. Con este Real documento vinieron dos embajadores de la ciudad de Tarazona, el uno eclesiástico, que fué el doctor D. Antonio Jimenez, tesorero y canónigo de aquella santa iglesia, y por su ciudad D. Antonio Muñoz Serrano,

caballero del hábito de Santiago y su regidor. El obispo y la ciudad de Zamora, obedeciendo la carta de S. M., respondieron como era debido á la peticion de tan ilustre mano. El obispo, con toda la ciudad y nobleza, fué á la iglesia de S. Pedro, y sacó de la sepultura del Santo una notable reliquia, y volvió en procesion con ella á su iglesia catedral, y habiendo celebrado misa de pontifical y tocado la reliquia á cuantos se hallaron presentes, la entregó con autos públicos á los embajadores, que agradecidos al obsequioso comportamiento que con ellos se tuvo, partieron á la ciudad enajenados y llenos de contento, por ser los portadores de tan preciosa dádiva, donde fueron recibidos con el mayor entusiasmo, pompa y solemnidad, con repiques de campanas y otras muchas manifestaciones. Este virtuoso prelado no reconoció igual en su amor á los pobres y desvalidos, socorriéndolos siempre con mano liberal y siendo el apoyo de la orfandad, amparando con la mayor solicitud á todas sus ovejas. Su gran afecto al soberano jamás se desmintió, siendo de los primeros y más señalados en servir á su monarca, siendo cuantiosos los donativos que hizo á la corona. Era sumamente atento y escrupuloso para celebrar órdenes, asistiendo á todos los exámenes, no cargando con lo que no era necesario, premiando el mérito y suficiencia, y desechando las medianías y nulidades; teniendo muy presente para este modo de obrar, y siempre delante de los ojos, el decreto del santísimo pontífice Eugenio III, *Ne plures ordinentur quam sufficiant*. En domingo 29 de Octubre del año de 1643, estando en Toro este santo obispo, la ciudad fielmente representada, hizo juramento en sus manos de tener y defender el *Misterio de la Purísima Concepcion de nuestra Señora*. Y en este mismo año á fines de Noviembre, con licencia del Ilmo. Obispo y consentimiento de la ciudad de Toro, fundó en ella el colegio de la Compañía de Jesus la Excelentísima Señora Doña Inés de Guzman, marquesa de Alcañices, y el que tomó la posesion en nombre de la Compañía fué el muy V. Padre Miguel de S. Roman, veterano en el ejercicio de la vida espiritual, virtud y meditacion. En tiempo de este prelado murió en la ciudad de Toro D. Gaspar de Guzman, conde de Olivares, en el dia 22 de Julio del año de 1645, á las nueve y media de la mañana; no hizo testamento, remitiéndose en un todo á que lo hiciese por él y en su nombre su Excma. consorte. Tuvo y disfrutó muchos años la gracia y el favor de su Rey, y por muchas y justas causas que precedieron, el Rey le apartó de su lado y desterró de su palacio y servicio en 23 de Enero del año 1643, á la hora del medio dia, causando la mayor satisfaccion y contento su caida en todo el reino, que estaba cansado de sus muchas arbitrariedades, despilfarros y otros actos censurables de su despótico y omnímodo poder. En el año de 1647, en 7 de Febrero, murió en el Real Palacio D. Juan Alonso Enriquez, almirante de Cas-

tilla, habiéndole el Rey visitado en su dolencia, de cuya atencion era muy digno por sus extraordinarios servicios y adhesion á su soberano. Murió con los títulos de Mayordomo mayor del palacio de su Rey, despues de haber sido virey de Sicilia y Nápoles y dado la obediencia, en nombre de la Majestad Católica, al santísimo Señor Inocencio X, en lo cual gastó doscientos y cincuenta mil ducados. En el año de 1636 fué nombrado por capitan general para dirigir las operaciones contra los ejércitos franceses, comenzando sus hazañas entrando en Francia y ganando á San Juan de Luz y otros lugares. En esta jornada gastó cien mil ducados. En el año de 1638 volvió á militar contra Francia en defensa de Fuenterrabía. La socorrió en 7 de Setiembre, muriendo un gran número de franceses en aquella funcion, ganándoles cuarenta y ocho banderas. En esta jornada gastó el almirante ciento veinte mil ducados, que reuniendo todas estas considerables cantidades, resulta que gastó en servicio de su Rey por cima de cuatrocientos setenta mil ducados, no habiéndole dado ninguna ayuda de costa y únicamente los honores ya mencionados. Para probar el celo religioso del eminente obispo D. Juan Coello de Ribera y Sandoval, baste decir que en el año de 1647 tenia el obispado de Zamora más de mil clérigos.—A. L.

RIBERO (Fr. Andrés de Tordehumos), religioso agustino, misionero en Méjico, escribió una obra destinada á los indios, que fué impresa en Medina del Campo bajo el título de *Apología teológica de las acciones interiores del alma y de la libertad de la voluntad humana y devocion al santo sacrificio del altar*, 1581, en 8.°—S. B.

RIBERO (P. Diego), de la Compañía de Jesus. Fué natural de Lisboa ó de Tomar, en el reino de Portugal, y marchó como misionero á las Indias Orientales, donde evangelizó por espacio de cuarenta y cinco años con los mejores resultados, traduciendo á la lengua del país las obras siguientes: *Doctrina cristiana del cardenal Belarmino y otros autores*, impresa en el colegio de S. Ignacio de la ciudad de Pachol; 1632, en fólio. *Vidas de los santos del P. Pedro de Rivadeneira*, en la imprenta del colegio de Goa.—S. B.

RIBERO (P. Nuño). Este santo varon era de nacion portugués, admirable en virtudes, y mucho más por su incansable celo por la religion y salvacion de las almas, y con el cual quisiera poder convertir á toda la humanidad al cristianismo. Así fué que accediendo á sus frecuentes y reiteradas súplicas, se le concedió el que pasase á la India con otros ocho compañeros. Partió de Lisboa el 8 de Abril de 1546. Desde luego, y en cuanto llegó, comenzó á hacerse á los trabajos y á dar admirables resplandores de religion y celo de las almas, con lo que consiguió ser tenido y considerado por uno de los principales Padres de la Compañía de Jesus y uno de los más fieles ministros del Evangelio. Poco despues de haber llegado á Malaca

emprendió solo el viaje, por órden de S. Francisco Javier, á la isla de Amboino, donde trabajó con tanto fruto y provecho de todos sus naturales, que en solos cuatro meses redujo á la fe de Cristo casi seiscientas almas, y en no mucho más tiempo bautizó por sí mismo más de dos mil. Mas no se limitaban á estas santas obras su celo y sus deseos, pues no contentándose con trabajar en aquella viña del Señor por su sola persona, procuraba con el mayor interés é infatigable celo instruir ministros idóneos que le ayudasen en aquella empresa, y con cuya ayuda y cooperacion lograba sostener y conservar aquella cristiandad naciente, aprovechando mucho al santo varon, con excesivo trabajo suyo, contribuyendo con él á destruir y hacer pedazos sus ídolos, derribando sus profanos templos, y alumbrando con la luz del Evangelio á los que estaban sumergidos en las tinieblas y sombras de la muerte. Ni tampoco sus deseos se limitaban á cultivar la inteligencia de los indios, iluminándolos con la luz de la religion de Jesucristo, sino que tambien se ocupaba de la direccion espiritual y buen ejemplo con los demás cristianos portugueses, con increible provecho de todos, y en los cuales ejercia grande autoridad, infundiendo el mayor respeto sus raras virtudes y por la caridad y misericordia que con ellos ejercitaba, siendo en todas ocasiones remedio universal de todos, que á ninguno dejaba de acudir en sus necesidades hasta desnudarse muchas veces de parte de sus vestidos para darlos á los más necesitados, y alguna ocurrió de quedarse solo cubierto y resguardado con una simple manta; y visitando de esta humilde manera sus poblaciones, algunas veces con grande falta de salud, no reparando en ocuparse en trabajos groseros, todo por el bienestar de aquellos que habia tomado á su cargo, sustentándose de ordinario con raíces del campo, y cuando mucho, con algun poco de arroz ó maiz. No queria ni solicitaba por sí cosa perteneciente á esta vida, ni ser molesto, ni servir de carga á nadie, sino que todos sus conatos iban dirigidos á procurar el provecho de todos; á ninguno buscaba de quien hubiese de recibir, sino á quien hubiese de dar ó proporcionar algun bien. Era como las aves seleucidas, segun se dice, que jamás las ven los habitadores del monte Casio, sino cuando necesitan de ellas para que les limpien el campo de langosta. Todas estas virtudes hacian fuese el santo varon muy respetado y amado de los indios y portugueses, y juntamente los admiraba, reconociendo en aquel siervo de Dios el espíritu de profecía, con el cual infinitas veces les anunciaba el porvenir y lo que les debia de acontecer. Un dia manifestó patentemente poseia este don que Dios le habia concedido, pues viéndose aquella isla en gran peligro de ser tomada ó asaltada por los moros, y los habitantes aterrados, no teniendo esperanza alguna ni remedio que los librase de aquel acometimiento, porque venia una gran armada tripulada por una muche-

dumbre de bárbaros guerreros, y llegando ya muy cerca y tan próximo que casi no les faltaba más que poner pie en tierra y desembarcar aquel aluvion de enemigos, el P. Ribero, con grande seguridad, tranquilidad y sosiego, les dijo que no tuviesen absolutamente que temer, porque tenian cierto el socorro de Dios nuestro Señor: así sucedió, pues delante de sus mismos ojos se deshizo y desbarató la escuadra enemiga echando cada galera por su parte, quedando los isleños libres por aquella inesperada y gran maravilla. Por estas mismas razones y causas era el P. Ribero aborrecido de los moros, teniéndole la mayor ojeriza y persiguiéndole en todas ocasiones, y entre otras, una vez prendieron fuego á su pobre casilla con el objeto de que se abrasase en ella, pero el Señor le libró milagrosamente con su providencia que todo lo alcanza: otra vez se escapó de sus manos huyendo en un barco muy desacomodado y desmantelado, y como se hallaba en tal estado, se hundió en alta mar y tuvo que salir el siervo de Dios grande trecho á nado, si bien tan maltratado de los golpes que se dió en las rocas y peñascos, dejandole en tan mal estado, que no se podia tener en pie, y así anduvo dos ó tres dias arrastrando por la tierra en los campos desiertos, hasta que Dios le deparó un hombre, que compadeciéndose de su situacion, le condujo á una poblacion de cristianos adonde se reparase y tomase fuerzas; y no fué esta la única vez que padeció por naufragio este verdadero imitador de S. Pablo. Viendo los encarnizados moros que con el incendio de su pobre habitacion no habian conseguido dar la cruel y horrorosa muerte que pretendian al santo P. Ribero, pertinaces y deseosos de vengar las injurias y ofensas que suponian hechas á su falso profeta, se concertaron con un hombre perverso y vil asesino para que diese la muerte con veneno á aquel inofensivo siervo de Dios, ofreciéndole buena cantidad de plata y otros regalos si salia bien de aquella culpable empresa. El ministro de la maldad, en cumplimiento del concierto, habiendo llegado el dia de la Asuncion de nuestra Señora, despues de haber el Padre dicho misa con singular devocion y sentimiento, le entremezcló un violento veneno en la comida que iba á tomar; en seguida de haberla ingerido en el estómago comenzó á causarle grandes bascas, sudores y desmayos, agudísimos dolores de estómago y una fiebre de reaccion muy intensa. Bien conoció el inocente siervo de Dios que la enfermedad era mortal é irremediable, pero por no dejar ni áun en aquel triste estado y penoso trance de aprovechar las almas de sus feligreses, se hacia llevar en hombros, como otro S. Juan Evangelista, á visitar las poblaciones, enseñando y alentando á todos para que perseverasen en la fe, siguiendo el camino de la virtud y huyendo de los vicios. Pero á pesar de su desvelo por no perder hasta los últimos instantes de su existencia en beneficio de las almas, pronto llegó aquel funesto término, pues al

llegar al sétimo dia de su grave padecimiento, sufriendo increibles tormentos con la mayor paciencia, resignacion y conformidad con la voluntad de Dios, abrazando devotamente un santo crucifijo, dió el alma en sus manos con indecible sentimiento de los cristianos y admirable opinion y fama de su santidad, siendo su glorioso tránsito en el año de 1549, siendo cosa digna de notarse que en el poco tiempo que permaneció en aquella Isla, pues solamente residió en ella por espacio de año y medio, trabajó en la India Oriental el P. Nuño Ribero tanto como otros hicieran en un siglo. Acerca del martirio de este dichoso confesor de Cristo escribieron el P. Nicolas Orlandino en la primera parte de la *Historia de la Compañía*. Rutilio Benzonio, obispo de Recanate, *libro I de jubileo, capítulo XI*. P. Luis Guzman en la *Historia de sus misiones*, libro II, capitulo LII. Gerardo Montano dedica á este dichoso Padre en su centuria el siguiente epígrama.

Cantharidum succus, lerneque, infunde nocentes
His Maure, et saniem Gorgonis adde super
Gestit, et optata diffusus amystide vultum
Nunnius Hybleæ munera ridet apis.
Nec meruit diro spumantia pocula lethro,
Virus in ambrosio gutture nectar erat.
Hoc meritum est amor alme tuum, feralia lernæ
Toxica qui solus reddere mella potest.

A. L.

RIBERO (Fr. Sebastian), religioso franciscano, nacido en Portugal, donde publicó una *Crónica del rey D. Sebastian*, elogiada por Cardoso en su *Agiologio lusitano*, dia 17 de Abril. —S. B.

RIBES (Fr. Rafael de), religioso dominico de la provincia de Aragon, floreció en el siglo XV, siendo uno de los personajes más ilustres de su Orden en España, pues mereció desempeñar el cargo de confesor de la reina Doña María, esposa de D. Alonso V, rey de Aragon, quien gobernaba este reino hácia 1471, época bien célebre en la historia. El P. Ribes, sin embargo, se abstuvo nunca de figurar fuera de lo que á su cargo era debido, y así es que contribuyó á la fama de su Orden y á la conservacion en ella de un privilegio que data casi desde la época de su fundacion. Es sabido, en efecto, que los Padres Dominicos obtuvieron de nuestros reyes la gracia de ser sus confesores, cargo que conservaron hasta la fundacion de la Compañía de Jesus, y áun despues de esta fecha se encuentran algunos de sus miembros colocados cerca del trono de nuestros reyes para dirigir sus conciencias. La manera de que le desempeñaron se infiere de la misma historia,

pues jamás se los ve perseguidos ni áun acusados, ántes bien, siempre continuaron conservando su creciente poder y autoridad. Difícil es el hacer las reflexiones que de este punto se deducen, y que nosotros por su misma dificultad omitimos en este lugar; empero nos parecen en extremo gloriosas para la órden de Sto. Domingo, cuyos miembros tambien supieron siempre corresponder á lo que á sí mismos se debian y á lo que debian á su hábito y religion. Otro de estos ilustres religiosos fué el que ahora nos ocupa, que aunque confesor de una reina de grande influencia en el ánimo de su esposo en una época en extremo turbulenta, supo siempre conservarse á la altura propia de su reputacion y no mezclarse en miserables intrigas palaciegas, ni en otros asuntos tanto más graves y peligrosos en que tal vez hubiera salido vencedor, pero en que andando el tiempo hubiera tenido que llorar las tristes y amargas consecuencias, producto de un primer paso dado inconsideradamente, é instado quizá por otros de ménos talento, y de consiguiente más expuestos al error y al engaño y á ocasionar á su Orden los funestos perjuicios que no hubieran podido ménos de seguirse de su impremeditada y ligera conducta. La del P. Ribes fué tal como hemos dicho, y por ella merece todo género de elogios y el debido galardon que ya le ha dado su Orden al citarle entre los ilustres confesores de los reyes, que por largo tiempo salieron de su seno. Si se conociese una obra particular sobre este asunto, que se supone impresa, aunque muy rara, podrian darse más extensas noticias acerca de este religioso, que segun las nuestras fué natural de Aragon, donde tomó el hábito y vivió distinguiéndose por sus virtudes tanto como por sus trabajos evangélicos y áun por sus estudios. Pues este siervo de Dios únicamente empleó la influencia que tenia en el ánimo de la reina para bien de sus semejantes, y así se le ve durante su larga carrera ser el padre y consuelo del pobre y afligido, el varon piadoso que á todas partes acude en honor de la humanidad, á la que consagra todas sus fatigas y desvelos, por la que desea sacrificar hasta su misma existencia. Mas no contento con distribuir á los pobres el pan material, procuraba todavía con más celo y fervor repartirles el espiritual, sin el cual aquel casi se inutiliza, pues el pobre es dos veces pobre si con sus malas costumbres aumenta sus necesidades y se lanza en un porvenir oscuro é inseguro, como sucede á los que, ciegos en el mal, no comprenden que en esta senda solo pueden encontrar el dolor avivado por sus mismos é inútiles esfuerzos. Para convencerlos de esta verdad, se consagraba el P. Ribes constantemente al ejercicio de la oracion, procurando al repartir el pan de la palabra divina, hacerlo de manera que llevase la conviccion al ánimo de aquellos en quienes su palabra deberia producir un verdadero y saludable efecto. Así empleó su vida entera en ejercicios de santa caridad, y aunque debiendo vivir en la corte, porque sus ocu-

paciones se lo reclamaban, no por eso abandonó á los pobres, predicando en todas las partes en que residian los reyes, y procurando con su ejemplo é influencia obtener todo género de ventajas en favor de la humanidad. Glorioso ejemplo imitado por muchos religiosos, que tanto de su Orden como de otros, contribuyeron con sus laudables hechos á ensalzar y glorificar el nombre de las doctrinas del Crucificado, las más nobles, las más dignas que existen en los anales del género humano, como que son, en fin, obra de la Divinidad. Así corrió y terminó sus dias el P. Ribes, el ilustre varon de quien solo hemos podido hacer el elogio por falta de datos y noticias que nos indiquen de una manera exacta y precisa hasta la época de su muerte, sobre la que no damos los detalles que deseáramos, pero que debió corresponder á su gloriosa y meritoria vida. — S. B.

RIBES (Fr. Raimundo), lego del órden de Santo Domingo. Escribió: *Relectiones complutenses*, 1745. Se halla en la Biblioteca del Cármen descalzo de Madrid. — *Relacion de la Tierra Santa*, un tomo en 8.°, Barcelona, Feliu, pág. 269. Bosch N. A., t. II in App., p. 55. — A.

RIBEYRE (Pablo). Nació en Clermont-Ferrand, pueblo de la Baja Auvernia, el año 1692. Fué su familia la más antigua sin disputa de toda aquella comarca, distinguidísima porque en muy diversas épocas habia ofrecido grandes servidores al estado, que descollaron ya en las ciencias, ya en las armas, ya en el acertado gobierno del estado y desempeño digno y conveniente en la representacion nacional, por cuyos motivos era muy estimada esta familia, que se hacia respetar tambien porque siempre habian estado abiertas para el menesteroso y desvalido las puertas de las casas de aquella ilustre familia, que sin excepcion alguna tenia la más viva complacencia en ayudar á cuantos la pedian auxilio, é indudablemente á esto debió en gran parte su auge y el que todas sus empresas alcanzáran de Dios las más cumplidas bendiciones. La educacion que se dió á Pablo desde los más tiernos años de su niñez, fué cual correspondia á los elevados sentimientos de personas tan esclarecidas; y como el niño tenia una índole excelente, ó diremos mejor, estaba prevenido por Dios para ser otro ornamento de la familia y no de los ménos distinguidos, correspondió fidelísimamente á los desvelos y esfuerzos de sus buenos padres, consolándoles en gran manera el tener un hijo que era un dechado de toda especie de virtudes. Habiendo aprendido humanidades y filosofía en toda su extension y bajo la direccion de los profesores más acreditados, era llegado el momento de que decidiese la carrera que más le agradaba, para que, segun sus exigencias, continuase sus estudios, pues nunca quiso su padre que en ningun estado á que hubiera podido aspirar hubiera sido una vulgaridad, porque decia, y en esto se conocen sus nobles sentimientos, que habria sido hacer á Dios una grave injuria el

dejar sin cultivar el gran talento con que su Divina Majestad se habia dignado favorecer á su hijo. Consultado éste con la mayor dulzura por su buen padre, que era hombre de una rectitud extraordinaria, pero de una bondad tan grande como su rectitud, acerca de la carrera que deseaba seguir, y habiéndole asegurado su padre que cualquiera que fuese el estado que abrazára les daria gusto, si es que lo desempeñaba bien: el jóven, con la misma libertad y franqueza con que de su padre recibia tan prudentes indicaciones, le manifestó su decision por el estado eclesiástico, haciéndole ver que habia mirado despacio los inconvenientes que tenian todos los demás estados, y que persuadido como lo estaba de que tampoco en este habian de faltar sufrimientos, porque el sufrimiento y el dolor es el legado que de Adan recibimos por patrimonio, veia en tan perfecto estado el más adecuado para el servicio de Dios, único fin á que deben tender todas las aspiciones del hombre. El padre, á quien agradó cuanto era posible la resolucion de su hijo, tuvo sin embargo la suficiente prudencia para no demostrarle lo mucho que le complacia su resolucion, ántes por el contrario, le hizo las reflexiones y cargos que era debido hacerle, para que si desgraciadamente en la prática le parecian más molestas las privaciones que tan perfecto estado impone, no tuviera ocasion de llamarse á engaño y estuviera ya prevenido con anticipacion por la noticia de todo cuanto podia ocurrirle en el estado que escogia. Determinaron, pues, de comun acuerdo, padre é hijo, que estudiase sagrada teología y cánones, y luego seria cuando se decidiese á ordenarse ó no, segun las fuerzas con que se hallára para emprender el ministerio sublime hasta lo sumo, importante más que otro alguno, pero difícil y expuesto siempre á que los enemigos de Dios, que desgraciadamente los hay en toda época y nacion, descarguen su saña sobre los ungidos del Señor, por lo mismo que estos son los que dan al pueblo la voz de alerta para que no se deje seducir con las halagüeñas promesas de los hijos de Belial. Hizo sus estudios de la sagrada facultad y del derecho canónico con el mismo aprovechamiento que habia hecho los de filosofía y humanidades, y fué tanto el aprecio que mereció á sus maestros, que se honraban con su amistad, y le concedieron toda suerte de preferencias en todo órden, teniéndole siempre como adelantado en su clase, y echando mano de él, no solo para confiarle los trabajos todos que ocurriesen, por delicados y difíciles que fueran, sino lo que es más, para que sustituyese algunas veces sus ausencias, regentando la clase, en cuyo ejercicio no sabemos qué admirar más, segun testimonio consignado por sus coetáneos, si la capacidad y acierto con que desempeñaba su cometido, ó la mesura, abnegacion y modestia con que en tales casos se portaba, no atreviéndose, no digamos á ocupar el sitio del profesor, porque esto le hubiera parecido una usurpacion, pero ni

áun á salir del que le correspondia como discípulo, y atrayendo á sus compañeros y obligándoles á atenderle y oir sus explicaciones, mediante la modestísima manifestacion de que cualquiera mejor que él merecia el dirigirles, pero que no otra cosa que la expresa voluntad del profesor era la que á él le ponia en tal estado. Así es que, como en él veian por una parte capacidad y aplicacion, por otra modestia y compañerismo, nadie se quejaba, ántes estaban muy satisfechos y se lograba el objeto de que no perdieran tiempo los discípulos, y los maestros atendiesen alguna vez á otras cosas, si no tan importantes, por lo ménos perentorias, y en los casos de enfermedad pudieran con más sosiego procurarse el restablecimiento. Concluida de esta suerte su carrera de teología, y recibido como era consiguiente el grado de doctor con aplauso y satisfaccion, no solo de todos sus maestros, que puede decirse formaban parte de su familia por el entrañable afecto que le profesaban, sino de cuantas personas le habian conocido y tenido noticias de su ejemplar conducta, se trató de que recibiera los órdenes sagrados, para lo cual su padre nuevamente le hizo las reflexiones debidas, teniendo nuevamente el placer de que siempre estuviera firmísimo en su vocacion; demostrando que el único móvil que le guiaba era el servicio de Dios, con lo cual puede inferirse cuán íntima sería la satisfaccion de los padres, cuán grande su complacencia en contar en la familia con un hombre tan elevado por dignidad como humilde por condicion, y que con la misma indiferencia miraba las dignidades eclesiásticas, á que nunca aspiró, que los puestos eminentes del estado ó de las armas, que indirectamente despreció, y las riquezas que con firme planta holló al renunciar generosamente sus acciones y derechos en favor de sus padres miéntras viviesen, y despues de su muerte en favor de quien ellos quisieran, pues á ellos dejaba la facultad de testar en su nombre. Para recibir los órdenes mayores, así como para celebrar la primera misa, hizo en el seminario de su diócesis ejercicios espirituales, habiendo satisfecho plenamente los deseos de sus directores, y presentándose á ordenar con las mejores disposiciones, hasta tal punto que llamó la atencion del señor obispo, que hasta entónces le habia conocido solo de oidas, y que entónces se fijó en él, proponiéndose desde luego adelantarle en su carrera, áun cuando nadie se lo habia exigido ni mucho ménos, pues ni él ni sus buenos padres quisieron pedir nada para que no pareciese nunca que le habian llevado al estado eclesiástico miras ambiciosas, que siempre serian impropias en un sacerdote, pero mucho más en quien tenia medios de satisfacer su ambicion, por mucha que fuese, sin invadir el sagrado de la intervencion, diremos mejor, ó mediacion entre Dios y los hombres, que es el importante destino del sacerdote de la ley de gracia. Los órdenes sagrados los recibió á título de su patrimonio, y los primeros servicios que pres-

tó en la iglesia de Dios fueron el ayudar al párroco de su domicilio en el desempeño de su importante ministerio, lo cual hizo de una manera tan admirable, que cuando alguno de la capital ó de las cercanías se hallaba impedido de ejercer sus funciones, Pablo de Ribeyre era quien le sustituia, y ha de decirse, en honor de la verdad, que algunas por no decir muchas de las parroquias, hubieran querido estar siempre en sustitucion; y esto no es decir que los párrocos no se portáran bien, sino que Ribeyre comprendia mejor las necesidades sociales y se ponia más en camino de satisfacerlas, siempre conservando los derechos incólumes, y cumpliendo con lo que Cristo dijo á los que le preguntaban acerca del censo: *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.* Sin duda por recompensa de tan importantes servicios, ó acaso porque preveia el prelado de Clermont lo útil que podia ser en el cabildo este esclarecido sacerdote, le confirió un canonicato, en cuyo desempeño puso el mismo esmero y la atencion misma que habia puesto para cumplir con las obligaciones de párroco. Como el carácter de Ribeyre era no solo pacífico y quieto, sino algun tanto retraido y corto, no desempeñó cargo alguno particular durante el tiempo en que vivió el prelado que le habia nombrado, el cual tenia un carácter débil, por cuyo motivo confiaba todas las comisiones á los que las querian, digámoslo así, razon por la que algunos que otros, y nada más que ellos, eran los que estaban agobiados con todos los cargos, que, sea dicho de paso, les hubieran pesado mucho si no hubiera sido por su voluntad el tenerlos; pero como que era por su gusto, léjos de incomodarles les satisfacian, y por consiguiente no consentian en manera alguna que ningun otro los desempeñára. Murió este prelado débil, y despues de una muy corta sede vacante, se proveyó esta importante mitra en el gran Massillon, el cual, como habia de gobernarla con energía y acierto, comenzó por enterarse de esta y otras cosas que disminuian la importancia de los capitulares en general, haciendo más apreciables á los que acaso lo merecian ménos, y quiso cortar este abuso, pero con prudencia, sin alboroto, sin aparato, como hacen las cosas los hombres que valen tanto como él. Era consiguiente á la toma de posesion, que él hizo en persona, el que los que desempeñaban otros cargos que las prebendas de oficio los renunciasen, pues como lo hacian en virtud de las facultades que confiere el cabildo *sede vacante*, ocupada la silla, estas facultades cesan, y por consiguiente los que las tenian cesan en ellas canónicamente en el momento mismo en que el prelado toma posesion de su cargo. El ilustrado Massillon recibió y aceptó todas las renuncias, y dejando un solo cargo, comunmente el de ménos importancia, á los que ántes tenian tres ó más, echó mano de otros capitulares, de aquellos que sabia él eran más á propósito, y que por lo mismo estaban retraidos y no figuraban en el an-

terior gobierno, porque como conocian las dificultades que el mando lleva consigo, léjos de apetecerle, le huian y no querian por consiguiente privar de él á los que le ambicionaban, por cuya razon en las votaciones siempre les favorecieron con sus sufragios áun aquellos mismos que comprendian que esto era un abuso hasta cierto punto. Claro es que además de las noticias que Massillon traeria de nuestro buen Ribeyre, no digamos mucho despues de tratarle sino á primera vista se prendaria de él, pues á la verdad tenia un atractivo, áun en su persona, que le hacia muy apreciable, y por consiguiente le llamó cerca de sí para examinarle, y hallándole á medida de su deseo, trató de utilizar los buenos servicios que podia prestar, confiándole el cargo más importante, pues que le hizo provisor y vicario general de todo el obispado, confiriéndole las más ámplias facultades, al paso que le dispensaba su más estrecha amistad y confianza. El cargo de provisor y vicario general es por sí difícil y delicado, y luego las circunstancias especiales de la diócesis le hacian aún más delicado y difícil, porque el que anteriormente le desempeñaba, por su tolerancia, que algunas veces rayaba en descuido, tenia en favor suyo todos los clérigos de la diócesis, porque en su gobierno hacian cuanto les parecia, porque, como llevamos dicho, apénas hacia caso de nada. Ribeyre, por el contrario, siguiendo las particulares instrucciones que le daba el señor obispo, empleaba todo su zelo para que la diócesis fuera tan importante en la práctica como lo era en la estadística. Es verdad que muy pronto se captó las verdaderas simpatías de todos, pues aunque no transigia con los abusos ni consentia que ninguno faltára á sus deberes, además de hacer las advertencias y áun reprensiones con muy buen modo y con razones convincentes, tenia cierta consideracion á todos, áun á aquellos mismos que merecian castigo, y siempre bastaban sus palabras para atraerlos al buen camino y obligarlos al mejor desempeño de sus obligaciones, como medio único y el más eficaz de acallar las quejas que con pequeño fundamento permite la malevolencia tomen gigantescas proporciones. Se captó al momento el aprecio del clero y del pueblo; de aquel, porque le consideraba y miraba como era debido, dando á sus disposiciones siempre el carácter de amonestaciones ó consejos y dulcificando las providencias que tomaba, atemperándose á las circunstancias sin faltar al deber, que lo que es eso no lo consintió nunca, ni en él ni en nadie con quien él tuviera intervencion ó influencia. Sus determinaciones todas merecian la más completa aprobacion del benemérito y muy distinguido prelado, el cual tomaba á su cargo el desempeño material del cargo pastoral, dedicándose con asiduidad, constancia y esmero á la visita canónica, que, como es sabido, produce tan buenos resultados si se hace con las debidas circuntancias y se procura en ella aprender las necesidades para remediarlas y no hacer ostentacion de su dignidad

y persona, como desgraciadamente ha sucedido con algunos prelados, que por esto han visto que luego de repetidas visitas y visitas ningun fruto se lograba; la parte gubernativa en todo este tiempo que el señor obispo habia de emplear en cumplir con lo que tambien era obligacion suya, estaba enteramente á cargo del provisor, y no solo no tuvo ocasion de reprenderle ni una sola vez, sino que en muchas cosas y circunstancias prevenia los deseos del prelado y dictaba providencias las más acertadas, ó proponia á su ilustrísima aquello que á su juicio debia hacerse; y esta especie de indicaciones ó consejos los hacia con tal tino, con tanta delicadeza y finura, que guardando siempre el respeto debido, daba razon tan al por menor de cuanto aconsejaba, que al prelado no le quedaba otro recurso que aceptarlo obligándose á reconocimiento, porque el principal fundamento y móvil de todos los actos del provisor, era que un tan excelente prelado como Massillon adquiriese el concepto que merecia, y pudiera en realidad comprenderse cuánto era el trabajo que tenia que tomar para gobernar su diócesis con el acierto, con el tino y con la rectitud con que lo hacia, mucho más cuando al ocupar su silla pontifical estaba todavía reciente la memoria de un prelado débil, que en nuestro concepto es peor para el gobierno que no quien tenga cualesquier otro defecto, aunque el defecto en sí mismo sea peor que la debilidad de carácter. El aprecio del pueblo se lo captó, como llevamos dicho, en primer lugar, porque su despacho estaba abierto á todo el mundo y á toda hora, y esto no hay duda halaga mucho, sobre todo al pobre, al ignorante, que allá en su extraviada manera de concebir, entiende que la distancia inmensa para él, que media entre él y el constituido en dignidad tan alta como la de un vicario general y provisor, está como salvada mediante el estado humilde en que se pone el prelado, y concibe ya esperanza de que será atendido toda vez que tiene la dignacion de escucharle. Además, él trataba muy bien á todos y atendia sus indicaciones, si bien es verdad que defendia á los clérigos, especialmente cuando contra ellos se le presentaban con quejas, procurando llevar á buena parte las cosas en que los seculares se disgustaban, pero teniéndolas él muy en cuenta para su uso particular, es decir, para hacer á los mismos á quienes se referian poner enmienda; la cual, claro está, que se veia, y por lo tanto, admirando grandemente su prudencia, todos se confiaban á él y nada le reservaban, porque además sabian que nunca él descubria los medios por donde habia llegado al conocimiento de las cosas, todo lo cual era prueba de un gran talento, de muy profundo estudio, en primer lugar, del corazon humano, y luego de los deberes que impone el gobierno de una diócesis, donde si bien es cierto que los intereses del clero son lo primero que debe llamar la atencion del prelado, tampoco cabe duda en que para poder exigir el cumplimiento de las

obligaciones, es preciso garantir los derechos, y mal podrian estos estar garantidos si no se atiende y escucha al que los pone, procurando siempre defender al acusado para desarmar á su acusador y atender á este para evitar las tristes consecuencias de la repeticion de los mismos hechos denunciados. Esta conducta del señor Ribeyre no se crea que era la que observaba cuando las quejas eran de cosas graves y públicas, entónces, constituyendo tribunal, y obrando segun las prescripciones canónicas, hacia lo que era debido y dejaba siempre bien sentado el principio de autoridad, que desempeñaba muy dignamente. Es digno de referirse un caso en el cual Massillon, el gran Massillon, obró con toda la dignidad que debia, y encomió hasta donde era posible la importancia de su provisor, bien es verdad que éste tambien obraba con entera delicadeza y con todo el respeto, atencion y dignidad que se merece un prelado de la Iglesia, sucesor, como sabemos, de los apóstoles. El hecho fué el siguiente. Estando Massillon en una casa de campo en que solia el prelado retirarse algunos dias para prepararse material y espiritualmente á la santa visita, pensó en dirigir á su clero una carta pastoral, en la cual hacia algunas prevenciones que le parecia oportuno se pusieran en práctica desde luego. Bien fuera porque este trabajo le hiciese Massillon á la ligera, ó bien porque en la confianza de que su provisor lo examinaria con detencion ántes de darlo á luz, es lo cierto que se le deslizaron algunas palabras inconvenientes, y que á haberse publicado le hubieran producido, además de graves disgustos, algun descrédito, como él mismo confesó despues, acusándose de su impremeditacion y alabando la conducta de su vicario. Recibió éste el original, y ántes de hacerle imprimir le leyó como era regular, y notó todo lo que de notar tenia; lo revisó y consultó con más cuidado, y encontró siempre las mismas distracciones del prelado, porque en un hombre como Massillon no se puede pensar siquiera otra cosa, y entónces hizo las observaciones críticas, razonadas y juiciosas que creyó oportunas, remitiendo al ilustre autor el escrito para que tuviese á bien enmendarlo, y no queriendo prevalerse de la amistad y confianza que le dispensaba por justísimos motivos el prelado para hacer las enmiendas por sí mismo, lo cual no solo no hubiera llevado á mal Massillon, sino que se lo hubiera agradecido. Claro es que un proceder tan delicado no podia tener, por parte de un hombre de tan buen juicio y de la perspicacia y talento de Massillon, otra recompensa que el estrechar más y más su amistad con quien tanto le respetaba y apreciaba, porque en realidad de verdad, tanto aprecio como respeto se veia en este proceder del vicario general, que pudo muy bien haber dejado pasar la pastoral tal y como se le mandaba, puesto que ni era cosa suya ni debia suscribirla, asi como pudo por otro término haberla corregido y advertido á su ilustrísimo prelado la equivocacion y la manera de salvarla que

habia tenido; pero nó, quiso ser todo lo noble que debia un caballero, todo lo respetuoso que convenia á un subdito tratándose de su prelado, todo lo prudente que debe ser siempre el sabio. Tambien el obispo se portó con su vicario general como correspondia á estos rasgos tan delicados con que en mil ocasiones trataba á su sagrada persona. Era natural que estuviese muy satisfecho de sus servicios, era consiguiente el que tratára de no privarse de ellos por ningun motivo, y en otra persona ménos noble que Massillon hubiera sido hasta disculpable el que hubiera intrigado, permítase la expresion, para conservar á su lado un hombre tan eminente por una parte y por otra tan útil, pues que no queria que estuviese ociosa su buena capacidad, y empleaba todos los medios de que podia disponer para hacer fructuoso el continuo trabajo de su fecunda imaginacion. Massillon demostró su caballerosidad con lo que hizo por Ribeyre. Es verdad que era muy conocido, es verdad que todos sabian muy bien que en el obispado de Clermont tanto hacia el vicario general como el obispo mismo, es verdad que desde el más chico hasta el más grande, todos conocian que si Ribeyre obrando por disposicion de otro hacia y valia tanto, obrando por sí mismo aún valdria mucho más; pero tambien es cierto que Massillon tenia mucho prestigio, porque tambien valia mucho, y que si Massillon hubiera dicho de cualquier modo, directa ó indirectamente, necesito á mi lado á Ribeyre y no es posible, ó no es conveniente (que es mucho menos) el que se separe de mi lado, porque sin él me encuentro un tanto embarazado para el gobierno de mi diócesis, Ribeyre no hubiera salido del lado de Massillon áun en el caso de que él mismo hubiese sido quien lo hubiera deseado. Por esto es de estimar el que con ocasion de vacar el obispado de Saint-Flour, en la Alta Auvernia, fuera Massillon el primero en indicar para que le ocupase á su vicario general. Este recibió una verdadera sorpresa cuando le comunicaron de oficio que estaba propuesto para tan importante cargo, pues que nunca creyó que echarian mano de él para una mitra, mucho ménos habiendo como habia otros sugetos, que él creia más beneméritos, aunque en realidad no lo fuesen. El mismo Massillon, que habia sido el que indicó que haria un excelente obispo, hubo de ser despues el que le obligára á aceptar el cargo, pues movido de una excesiva delicadeza, no queria tomar sobre sí tan pesada carga, no por lo que tiene de pesada, sino porque creia que á otros mas bien que á él debia darse tan importante destino. No hubo sin embargo remedio, de grado ó por fuerza tenia que aceptar el obispado, y haciéndose las informaciones casi sin su consentimiento, pero con uno de los expedientes más brillantes de su época, porque las deposiciones testificadas acerca de sus cualidades y prendas, sobre ser de las personas más importantes, iban tan explícitas y favorables que más no podia ser; vinieron

muy pronto las bulas de preconizacion y la de consagracion encomendada al Ilmo. Massillon, para que él fuese quien invistiera á su amigo y provisor de la alta dignidad que le ponia en disposicion de hacer en su obispado tanto ó más bien que el que habia hecho al lado de este tan esclarecido prelado. El cabildo, como era consiguiente, ya por su propio honor, ya por el afecto particular que todos profesaban al electo, hizo lo que debia, disponiendo que la consagracion de Pablo Ribeyre fuese solemnísima y en su iglesia catedral, no pudiendo conciliarse el que el ayuntamiento y particulares que lo deseaban, tomáran la parte activa y directa, digámoslo asi, que hubieran querido, porque el cabildo creyó justo ser él quien hiciese todo el gasto, porque de él era, por decirlo así, el honor y en él refluia toda la gloria que el episcopado católico iba á lograr por el nuevo individuo que recibia en su seno. Con toda solemnidad, pues, se verificó la consagracion de Pablo Ribeyre el domingo 7 de Agosto del año 1742, y á los muy pocos dias partió el obispo para su diócesis, en medio del más vivo sentimiento del prelado de Clermont, del cabildo, del clero y del pueblo, que hubieran deseado tenerle, y que aunque se complacian en su elevacion, sentian como era consiguiente el que su pérdida iba á notarse, tardando mucho en dejar de echarle de ménos. El pueblo que Dios le habia deparado para que le gobernase, y cuyo carácter, costumbres é índole quiso estudiar nuestro buen prelado desde el momento mismo en que fué allí, era pobre hasta el extremo é ignorante acaso más que pobre, y por consiguiente estas dos necesidades material y moral de sus fieles súbditos, no podian ménos de afectar al prelado, dándole que pensar desde el momento mismo en que se puso al frente de su grey. En órden á la manera de remediar algun tanto la pobreza de aquellas buenas gentes, nada le pareció tan oportuno como el fomentar obras públicas que pudieran ocupar muchos brazos; pero y el medio de sostener estos brazos dónde estaba? Llamó á los párrocos, no á un tiempo para que no abandonáran sus feligresias, que esto no lo quiso nunca, sino unos despues de otros, para saber de ellos al por menor todas las necesidades que les agobiaban tanto en lo espiritual como en lo material, y como en el órden admirable de la Providencia todo está compensado, halló el buen prelado en el exámen de los párrocos y en la santa visita, que giró inmediatamente, dos cosas que le fueron de mucho consuelo: primera, que los párrocos en general eran muy buenos y bastante ilustrados, sobre todo muy aplicados y muy obedientes al prelado, y que los fieles eran muy dóciles, con cuyas noticias concibió el gran proyecto de hacer una mision general para que se moviesen los corazones y salieran del estado de tibieza en que se hallaban, y despues hacer que perseverára el fruto de esta mision misma por el cuidado y diligencia que los párrocos pusieran en recordar á los fieles aquellas cosas que

más les hubiesen movido en los ejercicios de la santa mision. Como era tan prudente y tan mirado, no quiso ni que este trabajo lo llevaran solo unos religiosos por lo que tenia de molesto, ni por lo que tenia de glorioso fuese exclusivo privilegio de una comunidad ni aún de un instituto religioso, así que llamó misioneros, tanto de los mendicantes, cuanto de los monacales y áun de las congregaciones de seculares, teniendo él buen cuidado de hacer la distribucion á los pueblos conforme preveia que habian de ser los resultados, y combinando despues con todo juicio y criterio el llevar á aquellos Padres que en la primera temporada habian tenido más trabajo, á otros lugares donde tuvieran ménos, y dispensando á todos las más señaladas deferencias. Por supuesto que al mismo tiempo giraba él la santa visita y daba á los pueblos el buen ejemplo de asistir él tambien á la mision, con lo cual lograba dos cosas, el buen ejemplo, como llevamos dicho, y el conocer cuáles eran los más á propósito de todos los por entónces empleados en la predicacion, para continuar despues en la instruccion de aquellos pueblos más rudos, porque es claro que una mision, por ámplia que fuese, por despacio que se hiciera, no podia satisfacer las necesidades de algunos lugares, donde á pesar de que su cura les hubiera podido instruir, no lo habia hecho, porque por esos caprichos tan frecuentes en los pueblos, y mucho más en los pueblos pequeños, no querian concurrir á la doctrina. A los pocos párrocos á quienes sus feligreses hacian, por decirlo así, este desaire los trasladó á otras parroquias de más ilustracion y que no incurrieran en esta manía, y para que esta traslacion no chocára y no pudiese en manera alguna menoscabar el aprecio, estima y concepto que los curas merecian, ninguna de estas traslaciones se hizo sin ascenso y sin que se hiciera patente al pueblo de que salia que era por recompensar el prelado de alguna manera los servicios que el párroco habia prestado en su parroquia; y estas las hacia regentar por los mismos misioneros, hasta que estos le indicaban que podia mandar párroco, el cual era no solo bien recibido, sino muy considerado, y mucho más, porque como ya habian en la mision confesado sus pasados extravíos, él no tenia necesidad de llegar á conocerlos, y esto producia dos resultados á cual mejores, primero, que los párrocos que ántes no habian logrado gran prestigio, lo lograban al ser trasladados con ascenso; y segundo, que los pueblos, con ese anhelo de parecer buenos á los nuevos curas, se hacian mucho mejores, y la constancia en enseñarlos les hacia aprender cuáles eran sus intereses verdaderos y excitarse con santa emulacion á procurarlos. El no descuidaba la santa visita, y celando por los progresos que en el bien hacia su diligentísimo cuidado, continuaba un dia y otro dia esta misma conducta con que empezó su pontificado, y no hay para qué decir que alcanzaba frutos muy abundantes. Hizo una recopilacion de los cánones

sinodales más importantes, no solo de aquella diócesis, sino de otras varias de Francia, y para dar á este cuerpo de doctrina toda la estabilidad y fuerza que convenia para que fuese respetado y obedecido, lo hizo proclamar ley del Estado, presentándolo á la aprobacion del poder temporal, y esta sancion, que recibió, le dió un derecho á que en su ejercicio le protegiese el gobierno, con el cual se llevaba muy bien, sin embargo de que nunca consintió en que las autoridades se pasasen de los límites que el derecho les marca, habiendo hecho respetar los suyos en los pocos casos en que parecian haberse olvidado de ellos los que gobernaban en lo temporal. Era muy exquisita su diligencia para evitar los abusos de toda especie, y como si las necesidades de sus diocesanos fuesen todas y cada una exclusivamente suyas, así se afanaba por prevenirlas, teniendo una viva complacencia en cada mal que evitaba y en cada beneficio que procuraba á sus súbditos, y ocupándose continuamente en buscar y hallar los medios de hacerlos cada dia mejores. Presentáronse en su diócesis todos los síntomas de un hambre amenazadora y terrible, y entónces fué cuando se vió á lo que llega la fuerza de voluntad, ó mejor dicho, lo que puede hacer quien animado de espíritu de caridad busca por medio de ella el remedio de los males de sus prójimos. Aunque habia siempre tenido abierto su bolsillo para los pobres, sus cuantiosos bienes y los escasos resíduos de su renta como obispo le habian permitido hacer un caudal más que respetable, que empleó con esta sensible ocasion, que hubiera sido mucho más aflictiva para el país si no hubieran tenido este recurso. El medio de que se valió para poder hacer extensivos sus favores á mayor número de indivíduos, fué disponer cada dia un abundante potaje en su palacio episcopal, del cual se daba á cuantas mujeres y chicos se presentaban, y para los hombres abrió á un tiempo tres grandes obras: un magnífico hospital, que dotó con ciertos resíduos de los beneficios eclesiásticos que vacaban, y que solian importar una crecida suma, que puesta á renta por cuenta de la misma fábrica de la iglesia, aseguraba la precisa para que se pudiesen sostener algunas camas, además las multas que se imponian por descuidarse en pagar las obligaciones del clero, eran tambien aplicadas al sosten del hospital, y así como sus constituciones marcaban que solo se socorriese á los enfermos en las circunstancias normales, prevenian sin embargo, que en casos como el que por la época á que nos referimos viniesen á poner al país bajo el peso de la agobiante necesidad, se estableciese tambien en aquel asilo otra sopa y camas para los pobres que las solicitasen, con lo cual dicho se está que muchos fueron remediados, bendiciendo al Señor qué les habia dado un pastor tan celoso por su bien, que al establecer este asilo demostraba tan grande caridad. Otra de las obras que emprendió fué un suntuoso convento, en el cual impuso por carga á la

comunidad: primero, que todas las obras que ocurriesen de todas artes y oficios, habian de ser hechas por operarios del país; segundo, que habian de dar todos los dias las sobras y algo más á pobres que se les acercáran y tercero, que habian los religiosos de educar niños y admitir gratuitamente á los que tuviesen las condiciones que las mismas constituciones marcaban. Con esta importante obra logró dos grandes ventajas: para el país, el que tuviese ese socorro permanente, porque sabido es que las corporaciones nunca mueren, y que las cargas de fundacion tienen el carácter de perpetuidad; para los religiosos, el que teniendo precision de hacer este bien siempre, tuvieran en él un motivo de simpatía de parte del país, porque claro es que se ha de querer bien á quien nos favorece, y favor; y no pequeño, era el que dispensaba esta comunidad, y no es posible, por ingrato que uno sea, que deje de proteger y ayudar á aquel que á su vez nos ayuda y favorece, y en los pueblos el favor más estimado es el que, como el presente, resulta en beneficio del comun. Hizo tambien un gran seminario conciliar, con lo cual logró inmensas ventajas, en primer lugar porque sus constituciones, muy bien arregladas, daban ingreso en él á muchos pobres, porque tambien al seminario se aplicaron rentas que no podian faltar, y por consiguiente su existencia asegurada le daba vida ilimitada; además el clero tenia donde educarse convenientemente y donde retirarse á ejercicios, pues en todo esto, que es muy importante, habia pensado el prelado, fijando para esto épocas conforme á las necesidades, y para lo otro medios tambien seguros; y por último, los prebendados de oficio que por la obligacion que se les imponia de enseñar en él tenian ciertas exenciones y alguna más renta, tenian además ocasion de lucir su habilidad en la enseñanza, estableciéndose así la emulacion entre ellos, que tenia que dar el resultado que da toda emulacion, es decir, que el desempeño del cargo tenia que ser más esmerado por cuanto habia esa especie de atencion de unos á otros que hacia que todos y cada uno se portasen á cual mejor. Tambien promovió obras en los caminos, calles y plazas de la ciudad y sus cercanías, y esto evitó en cierto modo la miseria que dejándose sentir mucho en los pueblos comarcanos, les hacian apreciar la dicha que les cabia en depender del señor obispo, que era además señor temporal de la comarca, por lo cual pudo tambien rebajar los impuestos durante este tiempo de penuria, en que sin tan acertadas providencias lo habrian pasado muy mal. Por supuesto que para hacer tanto, hubo de desprenderse de cuanto poseia y hasta de sus más ricos muebles, pero llevó esto no solo con resignacion, sino con complacencia, porque era como el buen Pastor del Evangelio; las ovejas le eran propias y las queria como á tales, no pareciéndole sufrimientos los que aliviaban los de su rebaño, y consolándose él en sus mismas privaciones cuando de estas resultaba algun

alivio á los que el Señor habia puesto bajo su especial cuidado. Su trato particular, por lo respectivo á sí mismo, era no solo modesto, sino pobre; su mesa modesta, pero siempre franca á los menesterosos, y cuando los clérigos de su diócesis habian de venir á su presencia, ya llamados por él, ya porque ellos lo hallasen conveniente, siempre les estaban tendidos sus manteles, siempre cabian en su palacio, que, sea dicho de paso, no tenia de tal más que el nombre y la suntuosidad del edificio, que era lo único de que no habia podido disponer en beneficio de sus queridos los pobres. Esta conducta, observada un dia y otro dia, sin que ningunas circunstancias fuesen capaces de alterarla en lo más mínimo, habia de dar por resultado un afecto entrañable á su persona, y este afecto se haria patente cuando llegára uno de esos sucesos importantes, en que un pueblo sabe mostrar que sus sentimientos estan vivos y que no ha sido en vano lo que se ha hecho en su beneficio. En el curso ordinario de los sucesos los pueblos parece que no aperciben las cosas, pero llega un momento en que conviene que se demuestre, y se demuestran, y entónces así como puede tenerse por feliz aquel á quien la demostracion es favorable, con razon debe temer al que reciba una censura, porque las censuras como las alabanzas del pueblo son la verdad, porque su voz es la voz de Dios, *vox populi, vox Dei*. Treinta y cinco años llevaban los moradores de Saint-Flour bajo la suave dominacion de su esclarecido obispo Pablo de Ribeyre; en realidad de verdad el pueblo estaba desconocido. Mejoras materiales, realizadas sin descanso, daban á la poblacion un aspecto que le hacia parecer otra de cuando se puso á su cuidado; la educacion facilitada á todas las clases por la creacion de muchas escuelas donde gratuitamente se enseñaba lo necesario para poderse manejar, habia civilizado mucho á la gente pobre del país; el celo de los ministros de la Iglesia, sostenido por la incansable vigilancia del prelado, habia moralizado á aquellas buenas gentes que ántes no eran buenas porque no sabian el modo de serlo. Era, pues, preciso que quien tanto habia hecho por la gloria de Dios y con tanto afan y anhelo procurado su servicio, llegase á la inamisible posesion de su bien, fuese á recibir la recompensa de sus trabajos, porque á la verdad, aunque nunca se quejó y siempre tuvo su semblante sereno y apacible, treinta y cinco años de gobierno no puede ménos que le proporcionáran al lado de muchos dias de placer y de regocijo, que para él lo era el hacer bien á su pueblo, algunos de amargura y de pena, pues de no haber sido esto así, el mundo no hubiera sido para nuestro prelado un valle de lágrimas, y tiene que serlo para todos los mortales, porque esta es la pena de la culpa en que por Adan incurrimos todos. Una grave enfermedad, acaso la primera que padeció en su larga edad de ochenta y cinco años, puso desde luego en peligro su existencia. La primera vez que le visitó el

médico, dijo que el mal era de muerte, y como en su gran perspicacia conociera por el semblante del facultativo que su estado no le habia parecido bien, preguntóle con resignacion, pero de aquella manera que á él le era tan familiar y que no permitia que le engañasen aquellos á quienes se dirigia, si esta su enfermedad le parecia de muerte, y habiendo recibido la respuesta afirmativa, trató de prepararse á dar este paso cual convenia á quien habia acaudalado tan rico tesoro de merecimientos. En medio de la conmocion que siempre produce el estado de enfermedad grave de un prelado, y con toda la solemnidad posible y que prescribe el ritual, se le administró el santo Viático, que recibió con entereza y devocion suma; poco despues pidió y le administraron la santa Extremauncion, hizo que le leyeran las preces con que la Iglesia encomienda á Dios nuestras almas moribundas, repitió algunas devociones particulares suyas, y perdido, aunque por pocas horas, el uso de sus sentidos, espiró en el ósculo del Señor, demostrando en su tranquila muerte la paz y sosiego de espíritu con que habia pasado toda su vida. En este crítico momento fué cuando el pueblo de Saint-Flour comenzó á demostrar su afecto en respeto y veneracion al dignísimo prelado que acababa de perder. Parecerá exageracion, pero era la verdad, que cada cual sentia su muerte como se siente la de un padre cariñoso y querido; en los primeros momentos como que no se persuadian de que esto se hubiese verificado, y como si todos dudáran del testimonio de sus propios sentidos, se preguntaban unos á otros por su prelado, para hallar ocasion de manifestar la pena inexplicable de que todos estaban poseidos. Puesto al público su cadáver como prescriben las rúbricas de la Iglesia, fué inmenso el concurso que acudió á rogar á Dios por su alma. Sus funerales fueron suntuosísimos, pues acudieron todos los personajes más distinguidos del contorno y un gentío inmenso que anhelaba rendir el último tributo de veneracion y respeto, el homenaje postrero de amor y gratitud, al que por tantos títulos merecia que con estos sentimientos correspondieran á los muy nobles y benéficos que él tuvo siempre para con su pueblo querido, que real y verdaderamente á él debió gran parte del auge é importancia que desde entónces ha tomado. No pudo ponérsele ni epitafio ni lápida como hubiera deseado su cabildo catedral, porque en su última voluntad habia una cláusula por la cual esto se prohibia; pero la gratitud que le era tan debida por parte de aquellos que tanto le merecian, no se satisfacia ni podia satisfacerse si no le rendia un tributo, pero un tributo público, solemne y que fuese especial, que á nadie hasta entónces se le hubiera ofrecido, porque en verdad que nadie como Ribeyre le habia merecido hasta entónces. Diferentes medios se escogitaron, pero en la realizacion de todos se encontraban dificultades, porque ó las cosas eran pequeñas, como la idea de colocar una lápida con su

nombre y principales hechos en las salas del cabildo eclesiástico y secular, ó eran como el erigirle una estatua, cosa á que él se habria opuesto con todo afan y resistido con todas sus fuerzas. Hallóse por último una cosa digna y conveniente, cual fué dedicarle una puerta nueva que se abria con direccion á uno de los caminos que construyó, y que por unánime acuerdo de la municipalidad se llamó desde el dia en que se hizo *puerta Ribeyre*; y para que no se dudase acerca del sentimiento que queria expresar este nombre que á la puerta se daba, el poeta *Du Bellay* hizo los versos siguientes, que se pusieron sobre ella:

De Ribeyre en ces lieux tu vois le moindre ouvrage:
Compter nos monuments, c'est compter ses bienfaits;
De l' Eglise et du pauvre il accroit l' héritage,
Et légue à ses parents les heureux qu'il a faits.

La revolucion destruyó en el segundo tercio del siglo pasado este monumento consagrado á perpetuar la memoria de tan esclarecido prelado, y ya no quedan de él sino los machones en que apoyaba la puerta; sin embargo, como sus obras son imperecederas, aunque les pese á esos espíritus miserables que no querrian que nada grande se hubiese hecho por ministros de la Iglesia, miéntras Saint-Flour sea Saint-Flour no podrá ménos de recordar que lo que es, lo que vale, lo que significa é importa, se lo debe al esclarecidísimo prelado Pablo de Rebeyre, que atendiendo como debia en concepto de prelado al adelanto moral y religioso del pueblo puesto á su cargo, en concepto de señor temporal procuró tambien las mejoras materiales de su pueblo. — G. R.

RIBIE ó Ribier (César). Nació en Lion en 1762 de padres distinguidos, aunque no muy acomodados, pero que querian facilitar á su hijo la educacion todo lo esmerada que fuera posible, á fin de que la capacidad que desde luego demostró no quedára estéril, sino que con el estudio lograse el ser todo lo aventajado posible. Luego que hubo estudiado humanidades con el mejor éxito, logró como por premio de su aplicacion el ser recibido como interno en el seminario conciliar de S. Ireneo, de su pueblo, donde ingresó con aplauso y beneplácito de todos, ya porque habia conseguido gran triunfo sobre sus contrincantes en el exámen que hubo de sufrir únicamente para lograr la plaza, ya porque del gran crédito que gozaba por entónces el seminario de S. Ireneo por estar dotado de profesores muy idóneos, era de esperar que un jóven de tanto provecho sacaria mucho fruto de esta tan acreditada celebridad de que gozaba el seminario, en que se adelantaba mucho ciertamente, y era ya muestra de capacidad y aplicacion el seguir más de

un curso, pues en el primero hacian separar á los que veian que no habian de ser sobresalientes en su carrera. Aun á pesar de este tan delicado tino con que los jóvenes se escogian, nuestro César fué, puede decirse, el mejor de los mejores, pues obtuvo siempre el primer lugar en las cátedras á que asistia, y era él el designado siempre que habia de verificarse algun ejercicio público, por difícil que fuese; es verdad que él, con gran modestia muchas veces y siempre con aplicacion constante, trataba de superar cuantas dificultades se le ofrecian para quedar siempre bien sentada la merecida reputacion del colegio, al mismo tiempo que lograba él, con el aprecio en que se le tenia, el premio de sus tareas y desvelos. Cuando concluyó sus estudios y estuvo en aptitud de recibir los grados académicos, se le confirieron con universal satisfaccion de cuantos presenciaron sus ejercicios, y con verdadero júbilo de los maestros á cuyo cargo habia estado su enseñanza, pues veian que sus adelantos requerian una recompensa, y ellos mismos se propusieron buscársela influyendo con el prelado para que le ordenase, como lo hizo, á título de su suficiencia y bajo una cóngrua puramente nominal, pues que se propusieron desde luego utilizar los servicios que prestaria y que no podrian ménos de ser importantes, atendido el modo con que comenzó su carrera. Al momento en que recibió el sagrado órden del presbiterado, y sin que él lo pretendiera siquiera, ni áun tuviese noticia de que tal destino se le daba, le encargó el prelado el cuidado de la parroquia de Farnay, anejo de S. Pablo en Jarrets, de cuyo cargo tomó posesion al momento, encargándole muy particularmente el prelado el desempeño de este destino con todo acierto, por cuanto se proponia que no fuese más que el camino para mayores adelantos. No se puede explicar el acierto con que desempeñó el jóven presbítero el importante cargo de párroco que se le confiára, pues tuvo desde luego un celo por el bien de sus fieles que no hay palabras con que explicarlo; él buscaba ocasion de enseñar á los ignorantes; á los enfermos los consolaba con sus frecuentes y provechosas visitas; á los pobres los socorria pródigamente, haciéndose todo para todos, de tal manera que aconteció más de una vez que llegaron pobres, especialmente delicados ó enfermos, á su casa cuando iba á comenzar á comer, y no solo les sentó á su mesa, sino que dándoles á ellos abundante comida, el párroco cubrió la apariencia nada más, y en realidad de verdad se habia quedado sin comer. Esta conducta tan ejemplar, á la cual se agregaba mucho decoro y dignidad para desempeñar los cargos de su sagrado ministerio, asiduidad para concurrir al templo á los divinos oficios, que procuraba siempre se celebráran con gran solemnidad, tierna solicitud para dar á sus fieles el pasto espiritual, sin perdonar para ello molestia ni incomodidad alguna, y por último un tino acertadísimo para el trato con todos, sin intimarse con ninguno, le ha-

cian apreciabilísimo hasta el extremo de que todos se recreaban en él y se complacian en que les hubiese cabido la suerte de su posesion, porque en efecto era modelo de párrocos, y muy de desear que todos imitasen su conducta, porque de cierto serían otros los adelantos que los pueblos lograrian en moralidad y en ventajas materiales, porque la acertada direccion de los espíritus, no cabe duda que fomenta los beneficios materiales, porque establece la justicia hasta el rigor, y como que ensalza el obrar bien hace por concomitancia que el bien se obre hasta en las más indiferentes acciones. Las vicisitudes políticas que trastornaron la Francia á los fines del siglo pasado fueron el motivo de que una constitucion del clero, muy conocida en aquella época, obligára á los sacerdotes á un juramento, que no era á la verdad muy justo, ó cuando ménos no era todo lo decoroso que debia. Nuestro Ribie, con una entereza, energía y dignidad que le honraron sobremanera, se negó á prestarle, y esto le atrajo las más terribles persecuciones, obligándole á abandonar el curato, no sin haber sufrido prision en S. Pablo de Jarrets, por lo cual se fué á Lion, donde no cesaron de molestarle, hasta que por último dictaron contra él sentencia de destierro, que se llevó á cabo con gran sentimiento de sus numerosos amigos y de todos los buenos católicos. Él, como que sufria por la verdad, y por seguir los sentimientos que le dictaba su buen juicio, ilustrado por los conocimientos que habia adquirido acerca de la diferencia que existe entre el poder temporal y el espiritual, y lo independiente que debe de ser este de aquel, llevó sus sufrimientos con gran resignacion, se conformó de muy buena gana con esta especial disposicion de Dios, y trató de pasar los dias de su expatriacion de manera que le fuesen útiles en el momento porque le llevaran á Dios, y le fuesen útiles despues por cuanto encontrase medio de prestar algun alivio á sus hermanos, remediando algunas necesidades suyas. Como la ciencia de curar no estaba en la época de nuestro Ribie tan adelantada como en el dia, ni eran tantos los profesores que se dedicaban al importante ministerio de curar, parecióle conveniente, por si volvia, como él lo esperaba, á su curato ó á otro, aprender esta complicada ciencia, con lo cual se habilitaba para poder curar las dolencias del cuerpo al mismo tiempo que curaba los males del espíritu. Mucho se complacieron cuantos tuvieron ocasion de tratarle en su destierro, de ponerse en contacto con un sugeto de sus circunstancias, mucho más cuando conocian lo útiles que eran hasta sus más insignificantes indicaciones, porque no habia una sola que no fuese encaminada al bien; así es que eran sus amigos cuantos tenian ocasion de tratarlo, y con él se desahogaban cuantos tenian alguna pena ó disgusto, sirviéndole de mucho para la acertada resolucion de los casos que le consultaban, el haber él sufrido mucho; pues no cabe duda que la práctica enseña más que los libros, y princi-

palmente en lo que dice relacion con la conducta que ha de seguirse en las cosas adversas y contradictorias, nada á la verdad es tan eficaz para hacernos conformar con los designios de Dios, é inspirar á los demás esta conformidad, como el haber sufrido los rigores de las pruebas con que acrisola á sus amados. En 1795 volvió á Lion levantado el destierro, como se le levantó á los muchos que por el mismo motivo que él habian sufrido igual inicuo trato, y su regreso fué celebrado como un fausto acontecimiento por cuantos le conocian, porque en verdad á todos era apreciable. Hubieran querido desde luego darle una colocacion fija, decorosa y digna, pero la situacion misma del gobierno eclesiástico de aquella importante silla, daba á todas las cosas cierto carácter de interinidad, hijo de las circunstancias, porque retirado de su metrópoli el arzobispo Mr. Marbeuf, estaba la mitra gobernada por una comision, que á nombre y con facultades de arzobispo hacia todas las cosas, pero que ya en dias de regresar el prelado, como afortunadamente se preveia que iba á suceder de un momento á otro, no querian ni tomar resoluciones importantes, como no fueran de mucha urgencia, ni proveer cargos eclesiásticos, por si lo que no era de esperar, no merecian estas provisiones la superior aprobacion, ó probablemente, y esto parece mucho más natural, porque en el justo respeto que tenian á un prelado, que ya en concepto de tal, ya por sus personales prendas, le merecia tanto, querian que este hiciese las provisiones, ya porque serian más acertadas, ó bien porque desconocian las miras que él traeria acerca de ciertos y ciertos sugetos que, como en toda reunion sucede siempre, se habian señalado en un sentido ó en otro; y eso que en realidad de verdad se ha de decir que todos ó casi todos cumplieron excelentemente su deber, dando pruebas de ilustracion, de religiosidad y de sumision á sus legítimos pastores, constituidos segun derecho, y teniendo, como tienen, la autoridad emanada de Dios. Fué, pues, nombrado Ribie secretario del gobierno del arzobispado, y se señaló por la singular prudencia y acertadísimo tacto con que desempeñó su importante cargo en una ocasion tan crítica como la que le tocó; pues á la verdad que era muy crítico el tener que luchar con los que se habian amoldado á las prescripciones del gobierno, y por esto habian incurrido en el desagrado del prelado, y con los que fieles á su deber habian merecido el desagrado del gobierno temporal. Sin embargo, á su tino y acierto se debió el que en ocasion que tanto se prestaba á disgustos y áun rompimientos que hubieran sido fatales en sus consecuencias, no hubiese siquiera el más ligero choque entre unos y otros; bien es verdad que él procuraba con todo el esfuerzo posible no poner en contacto oficial á unos con otros, y esta era la única manera de evitar los conflictos, que de otra suerte, á no dudarlo, hubieran surgido. Y no vaya á creerse que por esta especie de espíritu de concilia-

cion con que le vemos portarse y adelantar tanto, él protegia á unos ni á otros, ni contemporizaba con ninguno; léjos de eso, á todos hacia ver sus extravíos, á ninguno le daba la razon, con ninguno convenia sino en lo que era marcadamente justo, y así no adquiria compromisos de ninguna especie. Al regresar el prelado á su diócesis renunció, como era consiguiente, su cargo, pero no le fué aceptada esta renuncia hasta que se le confirió un cargo definitivo y seguro, no sin que ántes hiciese grandes beneficios al clero de Lion por sus saludables consejos, siempre atendidos por el excelente prelado, que sabiendo bien lo mucho que valia su secretario, tenia buen cuidado en complacerle en sus deseos, seguro, como lo estaba, de que el secundarlos daria por resultado el acierto en todas las cosas en que se siguiera la opinion, siempre fundada, recta siempre y encaminada al bien del pueblo, y á que el arzobispo conservase el aprecio, la estima, veneracion y respeto en que todos lo tenian, porque á esto y más le hacia acreedor el cuidado y vigilancia con que velaba por que á su grey nada la faltára para llegar al feliz término de la posesion de Dios. Por indicaciones del Sr. Ribie, dió el señor arzobispo una nueva organizacion á su clero, lo cual fué mirado como un verdadero golpe de estado, no por otra cosa, sino porque así se obviaban los graves inconvenientes que necesariamente se habian de seguir de permanecer los clérigos disidentes, por decirlo así, con los fieles, ó digamos perseguidos, y el separar á aquellos tambien tenia inconvenientes, por lo cual se conciliaron perfectamente estos extremos con la medida de un arreglo general, que quitaba ocasion á todas las quejas y facilitaba sobremanera el libre ejercicio de su derecho al prelado, el cual, por una mira muy prudente tambien y aconsejado por el mismo Ribie, léjos de alejar á los que podian serle contrarios, los atrajo á más y más, colocándoles en los destinos de su palacio y de la catedral que eran convenientes en la categoría que tenian, y logrando así el que no pudieran obrar por sí, y consiguientemente hubieran de obrar conforme á las inspiraciones del prelado, que tenia buen cuidado en inspirarles bien y hacerles reparar con sus acciones, conformes en un todo al espíritu de la Iglesia, aquella especie de ligereza con que habian hecho lo que no debian. De resultas de este arreglo, y para poder evitar las consecuencias que pudiera tener el que estuviera al frente de la parroquia de S. Nazario, una de las más importantes de Lion, el vicario que la habia regentado por algun tiempo, trasladó á éste cerca de sí en su cabildo catedral, y nombró en su lugar á nuestro César Ribie, que tomó el desempeño de este cargo con mucho gusto, pues que era mucho más conforme á su inclinacion la cura de almas que cualquier otro destino eclesiástico, aunque fuera de más importancia ó utilidad. Sin embargo, como no era cura propio, y las circunstancias especiales de una capital

importante no permiten á los párrocos desplegar ni todo el celo, ni todos los recursos con que en un término más reducido se puede hacer muchísimo en beneficio de los fieles, se manifestó algun tanto disgustado, y áun suplicó al prelado que deseaba conferirle la propiedad de este curato, que tuviese á bien promoverle á otro que no estuviese en la capital, aunque fuera de ménos importancia y de mucha ménos consideracion. En efecto, en 1807 fué nombrado cura propio de Larajasse, que es el más importante pueblo de todas las montañas de la provincia de Lion. Allí, en que tenia el cargo de aquellas gentes, y por consiguiente la obligacion de conciencia de hacer por ellas cuanto estuviese de su parte, allí fué donde él se acreditó como verdadero párroco, y en tal concepto no solo pastor, guia y rector de sus feligreses, sino su amigo, su padre, su compañero, y con particularidad en sus aflicciones, desgracias y necesidades; el primero á prevenirlas, si era posible; el más dispuesto á remediarlas, si sus esfuerzos no le permitian que dejáran de experimentarlas; y siempre procuraba dulcificar las amarguras de esta miserable vida con sentimientos de consuelo, que le derramaban ciertamente en el corazon de los fieles, porque eran la voz de Dios, que les hablaba mediante su ministro; pero á la voz de Dios, claro es que ningun siervo suyo opone resistencia, y de esta palpable verdad eran consecuencia los frutos abundantísimos que lograba en todas las cosas que intentaba, porque tenian todos la conviccion de que nunca querria más que el bien, todo el bien y solo el bien de sus feligreses, cuyos intereses, áun en lo material, le llamaban la atencion muchísimo más que los suyos propios. Por supuesto que se desprendia de cuanto tenia para dar á sus feligreses, y á aquellos que podian les manifestaba las necesidades para que las remediasen, siendo en este punto tan mirado, que nunca se aplicó á sí mismo ninguno de los beneficios que se hacian por su medio, y que moralmente eran suyos, sino que por el contrario, áun de aquellas cosas que evidentemente hacia él, trataba de cercenar en cuanto podia el mérito, con el fin de que no tuviera el hombre ocasion de envalentonarse privándole á Dios de una gloria que legítimamente le pertenece, pues como dice S. Pablo, *no somos capaces de hacer nada en nosotros como por nosotros; nuestra capacidad viene de Dios.* En el desempeño de las funciones sacerdotales, y en que el culto divino se diera no solo con decoro sino con magnificencia, tenia un esmero que apénas se comprende, y llegaba á tal extremo su economía y acierto sobre el particular, que para el cuidado de las ropas de iglesia y demás buscó siempre las personas más acomodadas y finas de la poblacion, haciéndolas comprender cuánto se honraban en ocuparse en este ministerio, y logrando, como era consiguiente, el que tomado como punto de honra refluyera en beneficio positivo de la iglesia de su cargo. Es indecible el contento que tenian sus

feligreses con haber logrado un párroco tan recomendable, y él por su parte tambien estaba muy satisfecho con estar al frente de su parroquia, porque como su voz era tan autorizada y su conducta tan ejemplar, claro es que todos iban bien por la senda que les trazaba, y esto mismo les hacia ser dóciles, con lo cual él quedaba plena y perfectamente satisfecho. En muchas ocasiones hubiera podido obtener puestos importantísimos en su carrera si hubiera querido salir de su curato, pero él estaba muy satisfecho allí y trabajaba con mucho fruto, por lo cual no queria dejar esta vida activa y provechosa en todo sentido, por otra más tranquila acaso en lo material, pero mucho ménos fecunda en méritos de vida eterna, porque no cabe duda en que todos los trabajos apostólicos del cura Ribie tenian que merecer galardon ante Dios, porque eran hechos con completa abnegacion, sin más mira que el servicio de su adorable grandeza, y sin otra aspiracion que el bien de todos, procurado por el debido encomio de las virtudes y manifestacion juiciosa de las lamentables consecuencias de los vicios. De las muchas ocasiones en que su abnegacion, desprendimiento y amor á sus feligreses le obligaron á renunciar cargos importantes, que hubiera desempeñado muy bien y con mucho crédito y provecho suyo y de cuantos estuvieran á su lado, merece citarse, y será la única que nombremos, la que se le presentó con motivo de haber nombrado obispo de Belley á Monseñor Devie. Era este esclarecido señor amigo particular de Ribie y conocia sus prendas, habiendo seguido sus pasos desde los que dió en su infancia, y por consiguiente sabia perfectamente bien lo que podia esperarse de él y lo muy útil que podia serle, confiándole un cargo importante; por cuyo motivo le llamó para que se encargase de la provisoría y vicariato general, con lo cual el prelado tenia un gran descanso, y la diócesis un excelente ministro; pero Ribie no quiso aceptar, y no valieron para resolverle á que tomára á su cargo tan honroso cometido, ni el que le recordára las cosas de su infancia, ni aún el que le obligase como á obediencia por la nueva dignidad en que iba á ser constituido, ni nada, en fin, porque á todo ponia por delante el debido afecto que profesaba á su pueblo, el cual por su parte hizo cuanto pudo en esta ocasion, porque el obispo electo, confiando en que la antigua amistad con Ribie le daba cierto derecho á esperar el que este accederia á sus deseos, habia en algunas casas particulares indicado su propósito y la seguridad en que estaba de lograrle, y el pueblo rogó á su párroco y le pidió encarecidamente no aceptase la dignidad que se le ofrecia, y le importunó con sus ruegos, y lo que es más, estuvo zozobroso é intranquilo hasta que hubo sabido que el señor obispo de Belley tenia ya provisor, porque no habian alcanzado cuantos medios puso en juego para traer al desempeño de este cargo al cura de Larajasse. Es indecible el júbilo que produjo en el

pueblo la noticia de que por ningun concepto se separaria de él Mr. Ribie como no fuera que un mandato de su prelado le obligase á ello, y tampoco puede explicarse la satisfaccion con que Ribie se encontraba en medio de unos fieles que le apreciaban tanto, y cuyo aprecio era lo que debia de ser, pues consistia principalmente en hacer lo debido y lo que él queria, siempre encaminado á su verdadero bien. Es innegable que las cosas de este mundo son transitorias, y por más que un bien sea todo lo apetecible que pueda y que de él resulte hasta el aprovechamiento espiritual, tiene que venir á concluir, porque este es el órden de la naturaleza, y esto mismo habia de acontecer con el sin número de bienes que en el gobierno del curato de Larajasse proporcionaba á sus feligreses el respetabilísimo Ribie. El era hombre, y como tal habia de pagar el tributo á la naturaleza muriendo, que para esto habia nacido, y por consiguiente sus fieles súbditos tenian que experimentar en su pérdida las consecuencias de verse privados de los buenos oficios de un verdadero siervo de Dios. Esta verdad no se les ocultaba, pero no les merecia todo el asentimiento que era debido, es decir, lo miraban como una cosa tan remota, que se creian que no habia de suceder en sus dias, por lo que estaban muy tranquilos y satisfechos, teniendo por importuna tal consideracion cuando alguna vez les venia á la mente. Sin embargo, en los designios de Dios entraba el realizar ya sus temores, y por esto le acometió la molesta enfermedad que le privó de la vida, no sin permitirle el tiempo necesario para morir cristianamente y para que en la recepcion de los sacramentos diese las mismas muestras de virtud que habia dado en todas las ocasiones de su vida. Efectivamente, en Mayo de 1826 fué acometido de la enfermedad, que le bajó al sepulcro, y el dia 12 del mismo mes recibió con notable edificacion los sacramentos de penitencia, eucaristía y extremauncion; poniéndose en manos de Dios con la resignacion más conforme, encomendando al Señor á sus queridos feligreses, alentándoles al mejor servicio de Dios, con ocasion de los repetidos cuidados con que miraban por él, y dando al Señor su alma con el mayor sosiego, despues de una penosísima agonía, el 14 de dicho mes y año. Sus honras fueron solemnísimas y tan concurridas como merecia el crédito de que gozaba y el debido reconocimiento á las bondades de que todos le eran deudores, pues sus beneficios alcanzaron á todos, porque para todos tenia, conforme á sus necesidades, sumo afecto, extraordinaria bondad y un buen deseo acerca de sus intereses, que era lo que Ribie habia procurado con cuantos esfuerzos son imaginables. Todos se creyeron obligados á pagarle el tributo de asistir á los últimos obsequios que en el mundo se le hacian, porque todos tenian algun motivo por que agradecerle; el rico por sus consejos, el pobre por sus socorros, el sabio porque le habia tenido á su altura para ade-

lantar un paso en el camino de la ciencia, el ignorante porque á su superior ilustracion habia merecido los conocimientos que á costa de trabajo le infundió y que le fueron muy convenientes porque le eran necesarios; todos, en fin, tenian el gran motivo del extraordinario afecto con que á todos trataba, y que se conoce más que nunca en ocasiones como la que estamos refiriendo, en que ni la grandeza, ni la nobleza, ni ninguna de esas prendas recomendables, pero heredadas, atraen, como los buenos oficios prestados por el que dejó de existir entre los mortales, para gozar imperecedera existencia, como debemos pensar piadosamente que la goza el excelente cura, á cuyas honras asistieron los más y mejores de sus feligreses. Hubiéranle hecho un sepulcro distinguido, ú erigídole un mausoleo ó colocado una lápida que dijese lo que habia sido, pero todas estas cosas estaban expresamente prohibidas en su disposicion testamentaria, acerca de cuya ejecucion exigió ántes de morir palabra de que sería cumplida con toda exactitud, por lo cual no pudieron tener el gusto de consagrarle ese justo homenaje: lo único que no habia prohibido acerca de él, y que se hizo con mucho gusto, fué redactar una Memoria de sus buenas acciones, que se imprimió y se repartió con profusion en el mismo año de 1826, pocos meses despues de su fallecimiento, y es de donde hemos tomado los datos para formar este artículo biográfico. A pesar de que ya hemos hablado de toda la vida y hasta de la muerte de nuestro distinguido Cesar Ribie ó Ribier, que de ambos modos se encuentra su firma en los documentos por él autorizados, no hemos dicho todo lo que de él debe decirse, porque no le hemos considerado como escritor. Verdad es que su profunda humildad, y acaso excesiva modestia, no le permitió publicar sus obras durante su vida, y solo al morir un párroco de las cercanías, muy amigo suyo, que le conocia muy bien, y que con ocasion del íntimo trato que tenia, sabia que Ribie habia escrito, pudo salvar sus obras de las llamas á que queria condenarlas, y lograr el que se publicáran para instruccion y provecho de los fieles, que especialmente los que habian sido sus feligreses y sabian cuál era el temple de su excelente espíritu, procuraron hacerse con ellas prontamente y las difundieron por do quiera, habiendo sido necesario repetir ya varias veces la edicion de ellas, á pesar de que algunas han sido de gran número de ejemplares. Aun cuando habia gran número de sermones de varios asuntos, tanto morales como panegíricos, todos excelentes y bien concluidos, estos no se imprimieron, porque no formaban un cuerpo, como no se imprimieron tampoco unas *Instrucciones familiares*, muy á propósito para los párrocos en el desempeño de su ministerio, pero incompletas, y esta es la razon por la cual se dejaron como desapercibidas, dándose á luz únicamente las dos obras que dejó acabadas y que á la verdad habria sido una verdadera pérdida para la mística y áun

para las letras, pues su estilo es muy correcto y su diccion ajustada á las reglas así como su plan y desenvolvimiento, el que no hubiesen salido del olvido y mucho más el que se hubiesen quemado, como habria sucedido sin la intervencion, puede decirse providencial, del celoso párroco cuyo nombre no se ha podido averiguar y que nos es muy sensible no poder consignar, en justa recompensa del servicio que sus buenos oficios cerca de su amigo han prestado á las generaciones venideras. El título de su obra más clásica es: *Le Paradis sur la terre, ó le chrétien dans le ciel par ses actions: Méditations sur l'amour de Dieu pour tous les jours du mois, sur la communion, pour entendre la sainte Messe et divers autres exercices en forme de méditations.* Esta obra apareció precedida de un compendio de la vida del autor, y en su segunda edicion, hecha en Lion el año 1828, lleva tambien el retrato. Obtuvo y logra hoy todavía gran éxito, porque conviene á las personas de todas las condiciones, y porque los asuntos que desenvuelve sirven de guia muy seguro para emprender la vida espiritual. La otra es: *Conferences et sermons, suivis d'Avis et de un Retraite de trois jours pour les premières communions et d'un plan de retraite pour les religieuses.* Esta, que se imprimió por primera vez en Lion en 1828, y de la cual van hechas ya tres ediciones, contiene cuanto ha menester para gobernarse un párroco, con la particularidad de que cada asunto comprende materias muy vastas para que con poco trabajo pueda dividirse y aprovecharse para varios dias. Esto fué como escritor el señor César Ribie, distinguido, útil, segun lo habia sido como sacerdote, como cura párroco y como particular. — G. R.

RIBOT (Fr. Felipe), natural de Gerona, carmelita. Fué provincial y definidor general de la Orden. Murió en Peralada á 23 de Setiembre de 1381 ó 91. Escribió *Sermones*. Otra obra titulada: *Epistolarum libri duo. Magnum speculum Ordinis Carmelitarum, seu de viris illustribus Ordinis Carmelitarum.* Otra *de institutione et gestis Carmelitarum peculiaribus, libri X;* Venetiis 1507. Tomás Escrope, obispo dromeriense en tiempo de Eugenio IV, tradujo del latin al inglés la obra de *Speculum Ordinis*. Tritemio, fólio 94, le llama *vir in Scripturis Sanctis studiosus et eruditus, et sæcularium litterarum non ignarus, vita et conversatione quoque venerabilis.* — A.

RIBOT (P. José), natural de Montellá en la Cerdaña. Nació á fines del siglo XVII. Instruido en las letras humanas y divinas, entró en el estado eclesiástico, fué cura párroco en los pueblecitos de Ura y Vilar; despues de algunos años en la Congregacion de S. Felipe Neri en Vich, y allí compuso una obra repartida en dos volúmenes, el primero enseña el camino para la perfeccion cristiana, el segundo para la perfeceion evangélica. Se imprimieron el primero en Barcelona por Mauro Martí, año 1729, y el segundo por Jaime Suria, en 1732. — A.

RIBOTO (P. Fr. Felipe), religioso capuchino de la provincia de Génova. Nacido en uno de esos siglos de lucha, en que las pasiones cierran el paso á la razon, el P. Riboto fué uno de esos héroes que lucharon en defensa de la verdad católica contra la triunfante herejía á que cerró la entrada y tal vez murió para siempre en las regiones del olvido, haciéndola desaparecer de aquellas de que se creia ya dueña y señora. Hijo de una antigua é ilustre familia, sus primeros pasos en la vida fueron encaminados por la senda de la virtud y la religion, en que estaba llamado á ser una de las figuras más colosales de su siglo. Su infancia fué acompañada de esas muestras de piedad, que se miraban entónces como augurios de su vocacion, y que lo eran en realidad, pues solo la gracia pudo llamarle á una religion entónces perseguida, y en que podia esperar más tormentos y amarguras que glorias y personales ventajas. En efecto, apénas llegado á la juventud, y cuando acababa de comenzar sus estudios, tomó el hábito de la religion franciscana reformada, prefiriendo abandonar un porvenir brillante y seguro en el siglo para lanzarse á uno oscuro y desconocido en el claustro. Sus primeros pasos en la religion correspondieron á sus buenos antecedentes y á lo que en lo sucesivo podia esperarse de él. Humilde, modesto y obediente, sus superiores nada encontraban que corregirle, y aunque la severidad de la regla les prohibiese elogiarle, no podian mirar sin secreta satisfaccion sus adelantos en el áspero camino que habia emprendido. No progresaba ménos en los estudios. Sus maestros le miraban como su predilecto discípulo, y á él recurrian en todas las dificultades, en todas las dudas que no podia resolver la inferior capacidad de sus compañeros. No por esto se enorgullecia Riboto, miraba á aquellos como sus iguales, acaso como más dignos que él á los ojos del Señor, y á ellos acudia para llenar un deber religioso, pidiéndoles consejos en las prácticas de penitencia y austeridad en que se suponia más atrasado. Así se castigaba á sí mismo, así procuraba refrenar, áun ántes que naciese, el ímpetu de pasiones que comprendia podian llegar á causarle amargos dolores y sinsabores. Durante toda su carrera continuó en esta línea de conducta, y al terminarla, purgado de toda mancha de vanagloria ó amor propio, podia estar seguro que quien habia sabido ocupar un digno puesto como estudiante, le ocuparia más noblemente de que la Providencia le llamase á superiores destinos, á puestos más elevados y de más difícil desempeño, y en los que teniendo que rozarse con personas de más pretensiones, se expondria á más fuertes enemistades, á envidias y temores más peligrosos y de peores consecuencias, si no sabia vencerse á sí mismo y conceder la razon y hasta dejar triunfar á aquellos de cuya ignorancia debiera reirse en su interior, si no se lo impidiera su espíritu eminentemente religioso; tal es la triste experiencia de la vida. ¡Cuántas veces un hombre supe-

rior, por no ceder el paso á su compañero, sostiene con obstinacion sus opiniones, aunque no verdaderas en realidad, y ve á aquel convertido en su adversario, teniendo que llorar las tristes consecuencias de su ligereza y de su vano orgullo. El vencerse en estas ocasiones es una de las principales ciencias de la vida, concedida á pocos hombres, que aunque sepan hacerlo en casos dados, no pueden resistir despues á las sonrisas de triunfo de sus contrincantes, á las murmuraciones de los necios y á todas las desventajas que lleva consigo una posicion peligrosa que participa algo del ridículo. Pero esta posicion puede aprovecharse ventajosamente por los que verdaderamente les conviene, pues por lo general á los triunfos más brillantes siguen las más vergonzosas derrotas, en particular cuando abusan de ellos los que los han obtenido, y sus supuestos vencidos obtienen, gracias á una benéfica reaccion, la justicia que el tiempo y el sentido comun, que domina en la mayoría de los hombres, no puede ménos de concederles. Mas no era ciertamente de la manera mundana que nosotros lo hemos explicado, como comprendia tan espinosa cuestion el P. Riboto. Nó; religioso por sus votos y sus inclinaciones, la humildad era el principal de sus deberes, y al bajar la cabeza ante este precepto de su regla, solo obedecia á la voz interior que le mandaba seguir la línea de conducta propia de un padre capuchino. Pero los resultados fueron iguales. Terminados sus estudios y ordenado de sacerdote, fué nombrado nuevamente lector de filosofía y teología y predicador de su provincia, cargos ambos que eran como de entrada en su religion y servian de ascenso á superiores destinos en el caso de que el agraciado correspondiese á la confianza que en él habian depositado sus superiores. No la frustró en esta ocasion el P. Riboto, pues como profesor supo enseñar la ciencia á sus discípulos, sacando algunos muy aprovechados, é iniciarlos al mismo tiempo en la áspera y delicada senda de virtud, que estaban llamados á recorrer paso á paso en una de las órdenes más estrechas del catolicismo; y como predicador supo hacer oir su palabra con buenos resultados, siendo su elocuencia, tan vehemente como conmovedora, la admiracion de cuantos corrian presurosos á escucharle. Entónces fué cuando comenzó sus misiones contra los herejes; hallábase infestada la Italia por las doctrinas de Lutero, en particular el Piamonte y la Saboya, de donde era natural este religioso. Las máximas del célebre heresiarca habian hecho grandes progresos en unas provincias, cuyos señores, por una antigua y heredada política de su familia, aspiraban á la dominacion de la Italia y se valian de este, como de otros muchos medios, para sostener la division y amenazar á los soberanos pontífices en su poder espiritual y temporal. Pero las órdenes religiosas, leales ejércitos del pontificado, sin mezclarse en las cuestiones ni dejar de obedecer á su legítimo señor, seguian únicamente las órde-

nes del supremo pastor de la Iglesia en cuestiones dogmáticas, y se lanzaban á su señal al combate en contra de toda innovacion, de toda doctrina que fuese poco ortodoxa. Esto sucedió en la presente ocasion. Los religiosos capuchinos, destinados por Su Santidad á las misiones subalpinas, penetraron en las ásperas regiones del Norte de Italia y comenzaron sus predicaciones y sus polémicas con los herejes, alcanzando señalados triunfos. El P. Riboto, que fué sin duda el que más se distinguió, obtuvo diferentes favores de Su Santidad, siendo nombrado sucesivamente por Clemente VIII comisario apostólico de las referidas misiones y vicario de la santa Inquisicion, cargos ambos de difícil desempeño, y en los que trabajó con notable celo y acierto, reduciendo en el espacio de tres años al gremio de la Iglesia católica á más de mil trescientos herejes que abjuraron sus errores, hallándose entre ellos muchas personas de distincion. Por desgracia la muerte no tardó en cortar el hilo de tan brillante carrera y que tan buenos resultados habia producido, falleciendo, cuando ménos se esperaba, en Génova, con general sentimiento de cuantos le conocian. — S. B.

RICARD (Domingo). Este canónigo honorario de Auxerre, segun su biógrafo Villenave, al que vamos á seguir en este artículo, nació en Tolosa el dia 23 de Marzo de 1741, de padres pobres, que le confiaron á un religioso de esta ciudad para que dirigiese su primer instruccion, y con el que se avino tan bien que fué más su amigo que su discípulo, manteniendo toda su vida con este hombre respetable una correspondencia que puede considerarse monumento de reconocimiento y de cariño que rayaba en entusiasmo. Dominado por su gusto al estudio, vino Ricard á ser la verdadera obra de su maestro, y de tal modo adelantó, que apénas recibido bachiller, en muy pocos años en la universidad de Tolosa, fué nombrado profesor de elocuencia en el colegio de Auxerre. Aun no contaba veinte años cuando en 1766 se le eligió para pronunciar el elogio fúnebre del Delfin, que dijo en presencia de todas las autoridades de la ciudad; este elogio se imprimió en el mismo año, en 4.°, en el mismo lugar. En 1770 el abate Ricard pronunció ante los magistrados y clerecía de Tolosa un discurso en latin sobre el matrimonio del nuevo delfin Luis XVI, y este elocuente discurso, en el que se encuentran excelentes máximas de estado y retratos hábilmente trazados de muchos soberanos y ministros de su época, fué impreso en 4.° en Auxerre, con el título: *Oratio gratulatoria Nuptias*, etc. Las cuestiones religiosas que hacia un siglo agitaban á la clerecía, á la corte y al parlamento, extendieron su funesta influencia sobre el colegio de Auxerre. La junta administrativa cambió los profesores, bajo el pretexto de que no eran maestros de artes en la universidad de Paris, lo que ciertamente prescribia la ordenanza de 1763, si bien un Real decreto de 1764 habia exceptuado á Auxerre, en donde

no debia regir aquella sino en caso de vacante, de modo que se buscó un pretexto más que el cumplimiento de una ley. Empeñóse un litigio en 1772 entre los profesores del colegio y la junta administrativa, que contaba en su su seno al obispo y al señor Chopin, consejero de Auxerre, y en el cuarto volúmen de la *Biblioteca histórica de Francia* se ve la indicacion detalladā de doce consultas ó memorias publicadas sobre este negocio. A consecuencia de esto no tardó en suprimirse el colegio de Auxerre, en cuyo caso el abate Ricard se fijó en París, en donde se encargó de la educacion del hijo del presidente Meslay. Nadie conoció mejor que Ricard la division, el valor y empleo del tiempo, y por esto supo hermanar perfectamente los cuidados de la educacion que le estaba confiada, con sus profundos estudios, y con las buenas relaciones de sociedad que mantenia y que se extendieron prodigiosamente; pero á todo atendia por lo bien que sabia dividir el tiempo. Las obras de los antiguos habian tenido para Ricard desde su juventud un valor inestimable, y consideraba á los autores modernos como herederos que se aprovechaban de los fondos que se les habian legado, sobre los que se trabaja sin cesar, y cuyo arte consiste ménos en crear nuevas riquezas que en apropiarse frecuentemente con ventaja las de sus antepasados. No fué desconocido á Ricard ninguno de los grandes autores de la Grecia ni de Roma, pero entre todos ellos Plutarco vino á ser su amigo; releia sin cesar sus obras como si hubiese encontrado su propio carácter y sus costumbres en el sabio de Cheronea, y no tardó en concebir el proyecto de traducirlas por completo. Entre los sabios que más le alentaron á emprender este trabajo, debemos citar á Madama de La Ferté Imbault, que habia sacado de Plutarco una coleccion de máximas muy digna de ser impresa y conocida del mundo civilizado. Solo habia una coleccion completa de las obras morales, hecha por Amyot, y sin duda que la reputacion de este autor, que habia escrito un siglo ántes que se hubiese fijado la lengua francesa, podia atemorizar á un traductor nuevo; pero si la sencillez seductora del lenguaje de Amyot podia aún agradar en nuestros dias á oidos acostumbrados á la prosa de Pascal y de Fenelon, y sensible á la armonía de los versos de Racine y de Despreaux, es preciso confesar que no puede sostenerse una lectura seguida de Plutarco, en un lenguaje anticuado en la expresion y en los giros, y que no puede comprenderse bien sin el auxilio de un vocabulario. Por otra parte, es necesario no olvidar que Amyot trabajó sobre ediciones griegas, cuyo texto era tan defectuoso, que Meziriac, segun Pellisson en su *Historia de la Academia francesa*, habia notado en diversas partes de la traduccion de Amyot, hasta dos mil faltas de diversas clases. Por esta razon puede decirse que se lee á Amyot y no á Plutarco en esta antigua version, cuyo estilo tiene un encanto subsistente. En el siglo de Luis XIV, dos académicos, Tallemant y Da-

cier, creyeron que las *Vidas de Plutarco* podian aún traducirse con buen éxito; pero la version del primero no fué más fiel que la del limosnero mayor de Cárlos IX, y la dureza de su pluma le hizo llamar por Despréaux el secator tradutor del francés de Amyot. En cuanto á la version de Dacier fué estimada como más exacta, pero considerada sin calor y sin vida, y así es que justifica el dicho de que conocia todo lo perteneciente á los antiguos, ménos su gracia y finura. Como vemos, faltaba una buena traduccion de Plutarco á la literatura francesa, cuando á fines del siglo XVIII se sintió el abate Ricard con fuerzas para emprenderla. Trabajó este ilustrado literato sobre ediciones más correctas, teniendo á su disposicion los preciosos manuscritos que Luis XIV habia hecho comprar á gran precio en Levante y que enriquecen la Biblioteca Real. El primer volúmen de las *Obras morales* apareció en 1783, y en su vista escribió á Ricard Dusaulx, traductor del *Juvenal*: «Me atrevo á predeciros que saldreis airoso y con suma gloria en la inmensa carrera á que os habeis lanzado con tanto valor. Algun dia se dirá el *Plutarco de Ricard*, como hasta ahora se ha dicho el *Plutarco de Amyot*.» La edicion completa de las *Obras morales*, en 17 volúmenes en 12.°, no se terminó hasta 1795. El abate Ricard las dividió en diez partes, á saber: Tratados de pura moral, que son los más interesantes y mejor escritos, distinguiéndose entre ellos el que se titula *La Educacion*, en el que en corto espacio se ve reunido cuanto mejor puede decirse sobre este asunto. Los tratados *sobre la manera de oir; sobre el discernimiento entre el lisonjero y el amigo*, contienen excelentes preceptos. En el tratado sobre el *juicio de los progresos que se han hecho en la virtud*, hay reglas severas y de una sublime moral. El *Consuelo á Apolonio sobre la muerte de su hijo*, y la *Carta de consolacion á su mujer sobre la muerte de su hija*, ofrecen la honrosa alianza de los talentos y virtudes domésticas. Los *Preceptos del matrimonio* son un precioso tratado de moral, y puede áun considerársele tambien de medicina. El *Banquete de los siete sabios* contiene excelentes máximas políticas y de moral; pero la reputacion de los convidados parecia prometer cuestiones más importantes que las que se agitan. Los *Tratados de la tranquilidad del alma, sobre la justicia divina y el castigo de los culpables, sobre la enseñanza de la virtud, sobre la virtud moral, sobre la cólera, charlatanería, curiosidad, amor de los padres y madres para con sus hijos, desgracias del vicio, utilidad que puede sacarse de los enemigos, inconvenientes de las amistades múltiples, la avaricia, la falsa vergüenza, la envidia, el odio, el destierro, la usura y el modo de alabarse á sí propio sin excitar la envidia*, colocan á Plutarco en la primera categoría de los moralistas. Los segundos tratados versan sobre la política, y así es que tratan de las siguientes materias: *Que un filósofo debe conversar con los príncipes:*

Que el príncipe debe ser instruido: *Si debe un anciano ocuparse de la administracion pública*: *Principios políticos sobre las tres clases principales de gobierno*. En este último tratado da Plutarco, como Platon y Aristóteles, la preferencia al gobierno monárquico, y no debe olvidarse que Platon y Aristóteles vivian en épocas de república: por último, escribió en estos tratados *sobre la nobleza*, pero solo nos queda un fragmento de este tratado. La tercera parte la componen tratados *sobre la física y la metafísica*, que son los más débiles de todos los de su obra. Siguen las obras morales, á cuyos tratados les falta método y claridad, y se encuentra en ellos más errores que interés; y las *Opiniones de los filósofos sobre las principales cuestiones de la física* son una recopilacion árida y tan indigna de Plutarco, que muchos autores dudan le pertenezca. El tratado *del Destino* es oscuro é incompleto, pues que los tiempos han destruido una parte de él. Las cuestiones naturales y sus observaciones sobre las *causas del frio*, contienen errores que es preciso atribuir en mucha parte al atraso en que se hallaban las ciencias físicas cuando escribia Plutarco. El tratado que dedica á la cuestion *de si es más útil el fuego que el agua*, es una fria declamacion del pro y el contra que oscurece más que aclara la verdad. El tratado *sobre la faz de la luna*, criticado por Voltaire, es curioso y sumamente erudito; el de la *industria de los animales* una declamacion en la que dos abogados disputan ante un árbitro que deja el caso indeciso. Los *Discursos de Plutarco* estan plagados de cuentecillos y de hechos, muchos de ellos apócrifos. El tratatádo en que pretende sostener *que las bestias tienen uso de razon*, es una graciosa é ingeniosà lectura. Sus *Cuestiones platónicas* son oscuras. El tratado *sobre la creacion del alma*, con referencia á Timeo y Platon, es dificil y frecuentemente ininteligible, hay en él entusiasmo y rigidez, y gran amor á la virtud en los tratados *contra los estóicos y contra los discípulos de Epicuro*. En otro tratado sobre este asunto examina Plutarco si tienen razon en decir los epicúreos que es necesario ocultar su vida, y sostiene la opinion contraria. El tratadó de *rios y montañas* es una miserable recopilacion plagada de cuentos absurdos é increibles, que los críticos no pueden persuadirse pertenezcan á Plutarco. La cuarta parte de las obras son los *Tratados mitológicos*. Las observaciones sobre la inscripcion EI, que se cree significa *vos sois uno*, hallada en el templo de Delfos, es un docto tratado que presenta mayor interés que el que su título ofrece. El de *Osiris é Isis* es más completo que lo que sobre este asunto nos ha trasmitido la antigüedad, encontrándose digresiones y variedad en el exámen de la cuestion, el por qué la Pythia no daba en verso los oráculos. La causa de haber cesado los oráculos ofrece tambien digresiones, pero el diálogo es interesante. La quinta parte la componen los *Tratados literarios*, la mayor parte de ellos tienen visos de

ser el primer fruto de la juventud de Plutarco. Tiene el uno de ellos por objeto establecer que la grandeza de los romanos es más bien obra de la fortuna que de la virtud; pretende probar el autor, que Alejandro debió todo su poder solo á su virtud, y que si pretendió conquistar el mundo, fué solo para civilizarle. En este discurso pretende que Atenas debe más su gloria á sus guerreros que á sus oradores é historiadores. Su tratado *sobre la música* es ménos dogmático que histórico, y en el *de la manera de leer á los poetas* se inclina más al lado de la moral que al de la literatura. Es interesante la comparacion que hace de Aristóteles con Menandro, y se muestra maligno y áun injusto en su tratado *de la malignidad de Herodoto*. La sexta parte contiene los tratados *sobre los usos y costumbres*. No conoceriamos muchas prácticas usadas entre los romanos y áun entre los griegos, si estos tratados no hubiesen llegado hasta nosotros. Los *tratados históricos* componen la sétima parte, y en ellos los *paralelos de los historiadores griegos y romanos* solo pueden ser obra de un escritor oscuro é inepto que se ha ocultado á través de tan ilustre nombre. La *vida de los diez más antiguos oradores de Atenas*, Antifon, Andócides, Lysias, Isócrates, Iseo, Esquino, Licurgo, Demóstenes, Hypérides y Dinarco, es una obra en la que no se encuentra ni crítica ni gusto. No puede dudarse que Plutarco escribió la vida de estos diez oradores, pues que se citan en el catálogo de su hijo Lamprias, pero este escrito ha perecido, como tantos otros, en el vasto naufragio de la antigüedad. Siguen otros tratados en parte históricos y en parte morales; y entre estos el titulado *Demonio de Sócrates* es muy dramático é interesante. El que se titula *el Amor* es un monumento levantado á la gloria de las mujeres, y en particular á Eponina, mujer de Sabinus. Encuéntranse en este tratado otras cinco *aventuras trágicas* que ponen de manifiesto los desórdenes y los crímenes del amor. En sus variedades, los *Propósitos de mesa* forman una coleccion variada, instructiva y divertida. La parte décima en que Ricard divide las obras, se forma de las *Anécdotas, máximas y apropósitos de Plutarco*. En este tratado *los Apotegmas ó palabras memorables de los reyes y de los capitanes célebres* han parecido indignas de Plutarco á algunos críticos, que las creen de otro escritor, pero Erasmo no duda en achacárselas al sabio de Cheronea, y el abate Ricard no es el único que haya participado de este aviso. *Los Apotegmas de los lacedemonios y de sus mujeres*, escritos con negligencia, sin gusto y sin juicio, pueden atribuirse con razon á un escritor vulgar. En fin, en una tercera coleccion más extensa que las precedentes, pretende Plutarco probar, por los hechos, que las mujeres no ceden al hombre en virtud. En esta vasta coleccion hay siete ú ocho tratados, en los que no se reconoce á Plutarco por autor, y sin embargo, el abate Ricard las tradujo todas. Los cuatro primeros volúmenes de los *Grandes Hom-*

bres de Plutarco, fueron impresos á expensas del abate Ricard en los borrascosos tiempos de 1798 y 1799; y á los veinte años de un trabajo porfiado y penoso, acabó con su vida la version de las obras completas de aquel autor, en 30 volúmenes en 12.°; los tomos V y VI aparecieron en 1802, y del VII al XIII y último, se publicaron en 1803 despues de su muerte. Las vidas de los grandes hombres de Plutarco son cincuenta, habiéndose perdido, entre otras, las de Aristómeno y de Epaminondas. Tampoco se conservan de la pluma de Plutarco las comparaciones de Temístocles y de Camilo, de Pyrro y de Mario, de Focion y de Caton de Utica, de Alejandro y de César: Du Haillan, que escribió sobre la historia de Francia, las suplió en tiempo de Amyot; Dacier quiso tambien llenar esta laguna, y el abate Ricard siguió su ejemplo con mejor éxito y de la manera que lo hizo Dacier, reprochó en sus notas las relaciones de los historiadores griegos y romanos de la narracion de Plutarco, siempre que difieren, ya en el fondo, ya en las circunstancias. Conviene Ricard en que hizo uso de las notas de Brottier y de Vauvilliers, pero no creyó deber traducir las vidas de Aníbal y de Escipion Africano, que se encuentran en algunas ediciones, las cuales son de Donat Acciajuoli, segun este mismo dice en una carta inserta en la primera edicion del *Plutarco latino* de J. A. Campanus, impresa hácia el 1470; pero que fué suprimida en la segunda edicion. Tradújolas del latin Cárlos l'Ecluse y fueron unidas al Plutarco de Amyot, que imprimió Vascosan en 1567 y 1568 en 13 vol. en 8.° Debió tambien descuidar el abate Ricard la traduccion de las vidas que omitió Plutarco, y que compuso Tomás Rhoe ó Rowe en 1730. Fr. Bellanger dió en 1734 una version francesa, que forma el último volúmen de muchas ediciones de la traduccion de Dacier, viéndose tambien en algunas otras ediciones las vidas de Augusto y de Tito por La Roche, y áun una vida de Carlomagno traducida por Acciajuoli. Debemos confesar, despues de todo lo dicho, que las notas que acompañan en la version de Ricard á todo el texto de Plutarco, son una fecunda mina de sana crítica y de erudicion manejada con mucho gusto. Plutarco habia juzgado con demasiada severidad á algunos escritores de la antigüedad, y en especial á los más célebres poetas, y Ricard no ha temido reformar los juicios demasiado apasionados del filósofo de Cheronea. Las notas con que ilustra los tratados oscuros y difíciles sobre los oráculos y la inscripcion del templo de Delfos, bastarian por sí solas para que se apreciase la vasta y sabia erudicion del traductor. Dice Villenave que los amigos del abate Ricard conocieron que se habia retratado á sí propio, sin querer, al trazar el retrato de Plutarco en la excelente vida de este escritor, que despues de haber escrito las de tantos hombres célebres no habia hasta entónces encontrado un historiador digno de él. «Conservó siempre, dice Ricard, la mode-

racion en la sabiduría, cualidad tan rara y tan difícil. Enseñó una filosofía dulce y razonable, indulgente con firmeza, conciliadora sin molicie, invariable en sus principios; pero acomodaticia sobre los defectos; que jamás transige con las pasiones, pero que halaga al hombre débil para ganar su confianza y conducirle á la virtud por medio de la persuasion.» Si así fué Plutarco, exclama Villenave, lo propio fué Ricard. Jamás hizo Plutarco un paralelo más justo entre los grandes hombres de la antigüedad, cuyas vidas escribió, que el que puede hacerse entre él y su traductor. El abate Ricard empleó los momentos de descanso que le permitia la demasiado lenta impresion de su Plutarco, en componer un poema de la Esfera, que le aseguró un puesto distinguido entre los mejores poetas didácticos franceses. En esta obra hubiera podido sin duda dar mayor interés á sus episodios y evitar más la monotonía del objeto, pero se conoce que no puso empeño en ello. Sus versos no se ven siempre suficientemente castigados, percibiéndose en toda la composicion un trabajo demasiado fácil; pero las descripciones frecuentemente brillan con una fuerza poética que no se nota jamás sacrificada á la exactitud. Cuanto la ciencia presenta de técnico y de poco grato al oido, se embellece por el estilo, y toma un color y armonía que parece imposible haya podido dársele. Este poema le compuso en el asilo que tuvo que buscar para distraer sus penas en tiempo de la revolucion, y le imprimió en 8.°, en Paris, en 1796. Cuando volvió á Paris en 1795, á pesar de que lo espantoso del pasado y la inquietud del presente le hacian prever el porvenir, concibió Ricard el noble pero temerario proyecto de llamar á los franceses á la religion de sus padres, y publicó los primeros números de sus *Anales filosóficos, morales y literarios*, que se publicaron en un principio con el título de *Diario de la Religion y del culto católico*. Escribió en este periódico con valor, levantó su voz en medio de aquella terrible tempestad revolucionaria, y tuvo por colaborador al abate Sicard, su amigo, y por continuador á Mr. Boulogne. En 1804 publicó dos obras póstumas de Plaquet con el título de *Tratado sobre la supersticion y el entusiasmo*, un volúmen en 12.°, y en esta obra se ve una noticia sobre la vida del autor, y un sabio análisis de sus obras. En 1789 habia impreso sin su nombre un pequeño folleto en 8.°, *sobre las profecías de la Señorita Labransse*. Entre los manuscritos que dejó Ricard pueden considerarse de interés los siguientes: *Una traduccion de los Políticos de Aristóteles*, obra que habia concluido y que se proponia imprimir cuando se publicó la de Mr. Champagne, que á pesar del éxito que tuvo, hará se sienta el sacrificio que hizo el traductor de Plutarco de no publicar su version por un exceso de modestia.— *Traduccion de muchas arengas de Demóstenes y de algunas piezas de Sófocles y de Eurípides.*— *Traduccion de muchas célebres oraciones de Ciceron*, de la cual se va-

lió mucho el abate Auger para su version del orador romano.—Un viaje á Suiza, escrito en forma y estilo epistolar, en el que se ven agradables cuadros descriptivos de los sitios más pintorescos de Helvecia, cuyo pais habia recorrido en 1784 con el presidente Meslai, y nociones satisfactorias sobre el gobierno, leyes, usos y costumbres de sus habitantes.—Un poema de más de cuatrocientos versos sobre la revolucion francesa en 1790, cuya composicion dedica en forma de canto á Mr. Villenave, su biógrafo, á quien seguimos en este artículo.—Un gran número de poesías sueltas, que juzgó no debian sobrevivir á las circunstancias que las dieran orígen.—Murió el abate Ricard en Paris el dia 28 de Enero de 1803. El abate Ricard, dice Villanave, valia aún más como hombre que como sabio. En la larga y penosa carrera que se habia trazado, y en medio del mundo que le buscaba más que queria, no cesó hasta el fin de sus dias de ser el padre de los jóvenes estudiosos sin fortuna, y así lo confiesa Villenave por gratitud, pues que él fué uno de los más queridos protegidos del sabio traductor de Plutarco. Gran número de familias honradas solo recibian de su mano los instructores para sus hijos. En los tiempos más críticos de la revolucion, se le vió cuidarse mucho ménos de sus intereses que de los deberes de la amistad, y así fué, que con peligro de su seguridad personal, visitaba á los proscriptos para consolarlos, socorrerlos y participar con ellos del destierro. Jamás rompió una amistad por su parte, pues que su amistad venia á ser para él una herencia de familia. Contaba muchas casas con las que sus intimas relaciones llegaban á la tercera generacion. Entre las muchas que pudieran citarse, se halla la marquesa Fronllay, la marquesa de Gregny, su hija, célebre por su mucho talento, y el marqués de Gregny, hijo de ésta, que pereció víctima de la revolucion. Las amistades de Ricard fueron muchas y con los sabios de su época, y tenia tal tino para mantenerlos en buena armonía que todos le apreciaban con intimidad, llamándole muchos la abeja de la sociedad por lo perfectamente que sabia tomar lo bueno de cada uno y descubrir su ciencia y su flaco, para instruirse por la primera y no herir su susceptibilidad con respecto á lo segundo y huir de los compromisos que pudiera proporcionarle. Entre los sabios con quienes tuvo mayor intimidad, pueden citarse á Mably, Barthelemy, Auger, Dussaulx, Pluquet, Larcher, Sicard, Garnier, los Dacier y Pastoret. Acompañó á la audiencia del tribunal revolucionario á madama Cornulier, que vió caer en un dia en el mismo cadalso la cabeza de su marido, de su madre Madama Saint-Pern, de su abuelo La Balne y de casi toda su familia, debiendo ella la vida á una piadosa mentira de su amante esposo. El abate Ricard, como sabio y como escritor, tuvo la rarísima suerte de que ningun sabio ni ningun escritor fuese enemigo suyo, pues que se le apreciaba involuntariamente y sin esfuerzo alguno. Durante veinte

años las alabanzas de todos los periódicos, dice Villenave, fueron á la vez un homenaje rendido á su virtud, y la dulce recompensa de sus vigilias. Habia deseado ser admitido en la Academia de Bellas Letras; sus amigos le obligaron en 1785 á solicitar la plaza vacante por muerte de Mr. Burigny, hizo sus diligencias, pero no obtuvo éxito. Tres años despues Mr. de Barentin, su particular amigo, fué nombrado guardasellos, y entónces las puertas de la Academia parecian dispuestas á abrírsele por sí mismas, y el abate Ricard escribió al autor de este artículo en 14 de Noviembre de 1788: «Mi partido hace tiempo que está tomado de no pensar en la Academia, y esta nueva instancia, en la que solo se ve la intencion de agradar á un ministro que se sabe me aprecia, hubiera bastado para separarme de la idea de sér académico si mi resolucion no hubiese sido tomada ántes irrevocablemente.» Propúsosele la continuacion de la Historia de Francia que no podia continuar Garnier á causa de su vejez, y que desistió de seguirla viendo con gusto que se le confiase á Ricard, el que emprendió la tarea en 10 de Julio de 1801; pero conociendo pronto que al acceder á esto habia consultado más su celo que sus fuerzas, que empezaban ya á abandonarle: á fin del año 1802 empeñó á su amigo y biógrafo Villenave á encargarse de este trabajo. En tanto que este reunia materiales para la obra, Fautin des Odoards se apresuró á publicar una continuacion, cuyo poquísimo éxito no debia detenerle; pero el desaliento le produjo verdaderamente la imposibilidad reconocida de escribir en aquella época la historia con entera libertad. Abandonóse la empresa, y hasta nuestros dias no encontró Garnier un continuador. El bien inmenso que el abate Ricard habia hecho durante su vida, no fué conocido hasta despues de su muerte. En el delirio que precedió á su agonía exclamaba agitando sus manos: «Abrid las puertas á los pobres, dejadles entrar, dadles cuanto teneis.» En este terrible momento hizo Ricard traicion al secreto de toda su vida que, segun su expresado biógrafo, no fué más que una larga série de beneficios. Dichoso el hombre de quien puede hacerse esta alabanza despues de su muerte, pues que al morir con la bendicion de los buenos para el mundo, resucita con la alegría de los ángeles en la patria celestial.—B. C.

RICARDA (Santa), emperatriz. Es muy celebrada esta Santa en toda la Alemania. Fué hija de Gregorio, rey de Escocia, y fué cuidadosamente educada en las santas máximas de la fe católica, manifestando desde su más tierna edad su inclinacion al ejercicio de todas las virtudes. Ya adolescente fué pedida en matrimonio por Cárlos el *Craso*, rey de Francia y emperador de romanos. Habiéndose verificado el régio enlace, consiguió del rey, su augusto esposo y por convenio mútuo, el que permaneciesen en estado de virginidad, y así perseveraron por espacio de doce años, dando al mundo el

más raro ejemplo de castidad. Pero el enemigo del bien de las almas y de toda sobresaliente virtud, pudo con sus malas artes conseguir que aquella santa virgen fuese acusada del feisimo delito de adulterio; y tuvo que someterse á las pruebas, que en el estado de atraso y falta de civilizacion de aquella época, se exigian para probar la inocencia de las que eran acusadas de semejante falta. Dios, á pesar de la crueldad del tormento á que tenian que someterse las adúlteras, protegió visiblemente la castidad y pureza de Santa Ricarda, pasando repetidas veces descalza sobre un hierro ardiendo sin producirla la menor lesion. Despues de haber hecho pública su inocencia con el favor del Señor, cansada del oropel del trono, y no queriendo volver á ser víctima de las calumnias y asechanzas de sus enemigos, deseosa de retirarse del siglo y entregarse á una vida contemplativa y más conforme á sus grandes virtudes y santidad, renunció con el mayor placer la púrpura y grandeza de emperatriz, y tomó el hábito de monja de la órden de S. Benito en el monasterio Andloviense, que Sta. Ricarda habia fundado, estimando y haciendo más aprecio de la cogulla de S. Benito, que de la corona de emperatriz. De aquel insigne monasterio fué abadesa, siendo un ejemplo raro de humildad y de santidad, no volviendo jamás á recordar el alto puesto con que la gloria mundana la habia favorecido, ni echando de ménos su pompa y adulaciones. Pasados algunos años, fué á ejercer igual cargo de abadesa en el monasterio de S. Félix, de la misma Orden, donde igualmente ilustró al mundo y á su santa Orden con sus extraordinarias virtudes, mereciendo ser puesta en el número de las santas. Floreció por los años de 890. — A. L.

RICARDI (Bernardo). Fué este cardenal francés de nacion y de noble estirpe. Empezó á servir á Dios de monje de S. Víctor de Marsella, de cuyo monasterio fué nombrado abad por su saber y virtud. Premiando su piedad y capacidad Alejandro II, le creó cardenal preste en 1061. El pontífice San Gregorio VII le mandó de legado con el cardenal Bernardo de Pavía á todos los príncipes de Alemania reunidos en Forcheim contra el emperador Enrique IV, excomulgado por sus excesos, y en cuyo lugar fué elegido emperador Rodolfo de Suabia. Los partidarios de Enrique IV retuvieron por algun tiempo, contra el derecho de gentes, prisionero al legado, el que luego que fué puesto en libertad volvió á Roma. S. Gregorio VII le mandó despues de legado á España para restablecer la decaida disciplina eclesiástica. Murió este cardenal, segun se cree, en España con fama de docto, en Julio de 1079, y se le consideró uno de los cardenales más caritativos y religiosos, y de los más amigos de los pobres, que tuvieron en él un excelente protector. — C.

RICARDI (Fr. Demetrio), del órden de Predicadores. Este escritor de la insigne órden de Sto. Domingo, aunque citado con aquel nombre, no es el que verdaderamente llevaba, pues le tomó para ocultar el suyo, por lo cual

los biógrafos no estan muy conformes acerca de la identidad de la persona, asegurando unos que bajo aquel pseudónimo se ocultaba el nombre de Ricardo Florentino, á la vez que otros dicen ser Demetrio Sidonio, griego. Esta diversidad de pareceres ha hecho que tampoco puedan consignarse con exactitud su patria y antecedentes, y únicamente se sabe que vivia á principios del siglo XIV, y que dejó escritas las obras siguientes, las cuales han permanecido manuscritas é inéditas en las bibliotecas de los conventos de Roma, París y Viena. *Versionem è latino in græcum libri contra Mahometanos.* — *Item quorumdam Sancti Augustini tractatum.* — *Item librum contra palamam, sermones in Pentecostes, epistolas et dialogos.* — M. B.

RICARDI (Fr. Juan), minorita. Fué francés, aunque se ignora de qué punto, y es conocido tambien por el nombre de Rigaldi. No se sabe tampoco en dónde tomó el hábito de la Orden, y sí que pasó á Italia nombrado obispo. Floreció por los años 1320 y escribió un *Compendio de teología*, obra muy elegante dividida en siete libros, la cual elogian mucho los bibliógrafos de la Orden, especialmente Wadingo, que la vió, y dice que era un precioso manuscrito, de hermoso carácter de letra y adornado con capitales perfectamente doradas y miniadas. Otra de sus obras es la titulada: *Tabulam thematum pro diversis negotiis applicandorum*, la cual se halla tambien como añadida al fin del antedicho códice. El citado compendio existia (y acaso exista tal vez) á principios del siglo último en la Real Biblioteca de París, señalado con el número 1479. — M. B.

RICARDI (Ricardo). Hermano este príncipe de la santa Iglesia romana del cardenal Bernardo de Ricardi, nació en Francia de noble estirpe, y floreció en el siglo XI. Inclinado á la vida contemplativa desde niño, tomó el hábito de la regla de S. Benito en el monasterio de S. Victores de Marsella, y su capacidad le elevó hasta la dignidad de abad. Creóle el papa Alejandro II, como á su hermano, en el mismo año 1061, cardenal preste, y el pontífice S. Gregorio VII le mandó á la legacion de España luego que murió su hermano, desempeñando este alto cargo en 1079. Ya en España, celebró un concilio en Búrgos para reformar al clero, que se abandonaba, segun Moroni, en su *Diccionario eclesiástico*, á reprobados matrimonios, y fué el primero, si se ha de creer á Riccy, en la pág. 196 de sus *Memorias históricas* de Albano, que estableció el ministerio pontificio en España, cerca de Alfonso VI, rey de Leon y de Castilla, por letras de S. Gregorio VII. Acusado falsamente de ser fautor del antipapa Clemente III, le despojó el Papa de la dignidad cardenalicia; pero reconociendo S. Gregorio VII su inocencia, le restituyó inmediatamente á sus antiguos honores. A la muerte de este Pontífice, trató, dice Moroni, de sustituirle; pero desvaneciéndose sus ilusiones, procuró la exaltacion de Victor III, y se dice que viéndose poco apreciado

de él luego que ocupó la silla de S. Pedro, suscitó en 1087 el cisma del antipapa Silvestre, ó que siguió el partido del falso Clemente III, lo que causó su excomunion en el sínodo que convocó á este fin en Benevento el pontífice Victor III. Luego que se extinguió el cisma, arrepentido y lastimado por su culpa, se sometió á la Santa Sede, y fué absuelto por el papa Pascual II, que le mandó de legado *à latere* á la Galia para absolver de la excomunion al rey Felipe I, que habiendo abandonado á la concubina Bertrada, dió señales de sincero arrepentimiento. En esta ocasion celebró en 1104 un concilio en Troyes, otro en Beaugenci, y otro en Paris, á fin de condenar la simonía é introducir en el clero reformas estables. En 1105 presidió la dieta de Maguncia, en la que Enrique IV renunció el imperio en Enrique V. En este acto solicitó el primero con empeño se le levantase la censura eclesiástica que sobre él pesaba; pero Ricardi se lo negó si no renunciaba ántes á su opinion y detestaba del cisma de Clemente III, y reconocia como legítimos á los papas S. Gregorio VII y sus sucesores. Enrique V solicitó lo mismo con humildad, y como detestó de cuanto habia hecho contra S. Gregorio VII, fué bendecido. En 1107 acompañó el cardenal Ricardi al pontífice Pascual II á Francia. En 1110 reunió un concilio en Palencia, y en él restituyó el derecho metropolitano á la iglesia de Braga, asistiendo despues al de Clermont, en el que fueron excomulgados los perseguidores de la iglesia de Maniena. Ughelli dice que fué obispo de Albano en 1110; pero Lucenci asegura que no tuvo esta dignidad hasta 1114, época en que le da ya por muerto Cardella, que fija su fallecimiento en 1115; pero es más probable que su muerte tuviese lugar el año 1116, en que la fija Ciacconio.—C.

RICARDO DE PARÍS, mártir. Era este santo niño de doce años, y pertenecia á una honrada familia de aldeanos: se apoderaron de él los judíos en la fiesta de pascua del año 1180 para sacrificarlo en ódio de Jesucristo y de su santa religion, segun cuenta Moreri en su gran *Diccionario histórico y geográfico*, á quien seguimos en este artículo, con relacion á Roberto Ganguin y á Dupleix. Despues de haberle encerrado en una cueva, le azotaron cruelmente hasta desgarrar sus tiernas carnes; luego le levantaron sujeto á una cruz, en la que le hicieron sufrir cuantos tormentos les sugirió su rábia y crueldad. No quedó impune esta barbarie, pues que descubiertos sus autores fueron condenados al último suplicio, y el piadoso rey de Francia, Felipe Augusto, hizo desterrar á todos los judíos de su reino por un edicto que se ha hallado en vigor hasta estos últimos tiempos, en que la tolerancia ha ido permitiendo á los judíos volverse á establecer en Francia. Fué enterrado este niño mártir, primero en un cementerio llamado los *pequeños Campos*, en el cuartel de París que lleva este nombre, desde el cual se trasladó su cuerpo á la iglesia llamada de los Inocentes. Allí subsistió hasta que los

ingleses se apoderaron de París en el reinado de Cárlos VI, rey de Francia. Robaron estos isleños las reliquias del niño para llevárselas á su pais, dejando solo su cabeza, que se conserva en la expresada iglesia. Roberto del Monte, en su suplemento á la Crónica de Sigiberto, dice que el niño Ricardo habia sido martirizado en Pontois, y desde allí conducido á París; pero aunque vivia cuando los judíos cometieron este crimen, como se hallaba léjos de París, y era súbdito del rey de Inglaterra, que poseia entónces toda la Normandía, pudo muy bien escribir sobre memorias falsas. Más seguro es el testimonio del monje Rigord, historiógrafo de Felipe Augusto, el que despues de decir que los judíos que vivian en París degollaban todos los años un niño cristiano en odio á Jesucristo, trae por prueba de ello el asesinato y crucifixion de Ricardo, enterrado en el cementerio de los pequeños Campos. —C.

RICARDO (S.), rey de Inglaterra. La sabiduría, prudencia y justicia, virtudes indispensables á las personas constituidas en autoridad, y especialmente á los reyes, brillaron de un modo singular en la persona de Ricardo. Deseoso de que entre sus vasallos reinára la paz y union, sin la cual no podian ser felices, se ocupaba con asiduidad de compener los ánimos irritados y en procurar el bienestar del reino. Para vacar mejor á la contemplacion de Dios, abdicó la corona, despreció las riquezas, y despues de haber visitado los santos lugares de Jerusalen y Roma, cuando consintiéndolo su esposa iba á entrar en un monasterio para acabar allí en paz sus dias, permitió el Señor no se realizáran tan fervorosos deseos, viéndose acometido en Luca, donde se hallaba con su esposa y dos hijos, de una enfermedad mortal, que acabó con su vida, el dia 7 de Febrero del año 722. Su muerte fué llorada por los anglo-sajones, quienes hicieron todos los esfuerzos para obtener de la ciudad de Luca su santo cuerpo; mas no quiso esta privarse de él, persuadida de que el cielo derramaria sus favores sobre ella, por la intercesion del santo Rey, al que la Iglesia católica hace fiesta el dia 7 de Febrero. — L. de O.

RICARDO (S.), obispo y confesor. Nació en el señorío de Wiche, á cuatro millas de Wocester, de los nobles señores de aquel lugar, y fué desde niño tan fiel á los votos bautismales, que separado de los entretenimientos y diversiones del mundo, su solo recreo era la oracion y la meditacion de las cosas celestiales. Estudió en Oxford y en París, completando sus cursos literarios en Bolonia, y enseñando despues, con aplauso general, los sagrados cánones. Vuelto á Oxford fué promovido á la dignidad de canciller de su universidad. En 1245 fué consagrado obispo de Chichester; y en tan elevada dignidad redobló todos sus esfuerzos para mantener incontaminada la casa del Señor; predicaba, exhortaba, visitaba en persona á los enfer-

mos, enterraba á los muertos, buscaba y socorria á los pobres. Tal era el ardor de su devocion, que vivia como si estuviese en una perpétua contemplacion de las cosas santas. Las afrentas que recibia las pagaba, por lo comun, con favores, y la enemistad con agasajos de singular cariño. Estando predicando la guerra santa contra los sarracenos, á que era comisionado por el Papa, cayó enfermo, pronosticó su muerte, y despues de haberse preparado á ella tiernamente, murió en el hospital de Dovor el dia 3 de Abril del año 1253, el nono de su dignidad episcopal, y el cincuenta y seis de su edad. Su cuerpo fué conducido á Chichester, donde obró el Señor muchos milagros por su intercesion, los cuales patentizados, obligaron al papa Urbano IV á canonizar solemnemente á Ricardo en el año 1262. La Iglesia recuerda á este santo prelado el dia 3 de Abril. —L. de O.

RICARDO (S.), abad. El bienaventurado Ricardo es santo muy celebrado en toda la Flandes, abad Vallcellense, superior de monjes benitos, admirable por la moderacion de su ánimo, gran piedad, y celosísimo por la regular observancia. Fué inglés, y monje en Claraval, en donde habiéndose dado á conocer por sus superiores luces y las más sobresalientes prendas que constituyen un perfecto religioso, le sacaron de aquel convento por haber sido nombrado abad en el monasterio que ya viene dicho. Lo dispuso así el gran P. S. Bernardo, considerándole como el sugeto más digno y más apto para desempeñar aquella dignidad. Era amado y reverenciado de todos sus súbditos por su buen gobierno, por su condicion suave, su tolerancia en las faltas leves, si bien severo en las de más entidad, pero sobre todo por sus grandes virtudes y santidad, de que ya su fama llenaba el mundo: de este modo, y con tan favorables elementos, extendió la observantísima congregracion del Cister por todas las provincias circunvecinas. Despues de su muerte fueron tantas las maravillas y señales de su santidad, que habiéndose formado sobre ellas expediente con diligente y escrupulosa averiguacion, el Concilio Lateranense, celebrado en tiempo del papa Alejandro III, en Roma, mandó que su cuerpo fuese elevado y propuesto al pueblo, para que fuese venerado tan santo varon y escogido siervo de Dios. Floreció en el undécimo siglo, y el Concilio antedicho se celebró por los felices años de 1160.—A. L.

RICARDO (S). abad, religioso benedictino muy celebrado en Virduno; fué abad de S. Vitono, varon de gran santidad y virtud. Nació en un pueblo llamado Bautonio, junto al monte de Falcon, y su padre se llamó Walthoro y su madre Theodrada. Aprendió las letras en Rems, y fué con el tiempo y allí mismo canónigo y cantor ó chantre, y decano en la iglesia catedral, dignísimo y sumamente eficaz para desempeñar todo lo que estaba á su cargo, cuenta y obligacion. Sus grandes deseos, que nunca le abando-

naban, eran el de ser monje, hasta que llegó un dia en que tuvo por huésped á Friderico, conde Virdernense, que estaba poseido de los mismos deseos, y hablando en la mesa sobre el particular, se decidieron y determinaron, y se fueron juntos á presentar al convento de S. Vitono, que entónces era pequeño, y accediendo á sus vivos deseos, allí mismo recibieron el santo hábito; pero no mucho tiempo despues comenzó á estar aquel monasterio ménos observante, viviendo con ménos recogimiento y más licencia los monjes, por cuya poderosa razon los dos compañeros se fueron á Cluni, con licencia de su abad, con el pretexto de ver aquella gran casa, pero con los verdaderos intentos de quedarse en ella. Así lo manifestaron á S. Odilon, que era el abad, y el santo les respondió, que su vocacion habia sido al otro monasterio, y que se volviesen á él, que es lo que podia aconsejarles. Los dos amigos, aunque tristes y desanimados, obedecieron y se volvieron á su antiguo convento. Pero como continuase el mismo desórden y licencia, y ellos tratasen á todo trance de abandonar aquel monasterio y vivir en otro de más recogimiento y conforme á sus santas ideas y resolucion, reveló Dios sus intentos á una santa reclusa de la misma Orden en Virduno, la cual llamó al abad, llamado Fingenio, y dándole cuenta de que aquellos novicios querian pasarse á otro monasterio, le manifestó que entendiese que Dios les habia enviado á aquel convento y que luego los admitiese á profesion, que era esa la voluntad de su divina Majestad, y que no diesen ocasion algunos monjes que tenia en su casa para que aquellos ángeles en su buen espíritu profesasen en otra parte. El abad lo tomó en consideracion y lo ejecutó así, y ellos se aquietaron haciendo su profesion, y el desórden promovido y alimentado por algunos monjes cesó completamente, siendo de allí adelante ellos, como igualmente todos los demás, fielmente observantes, y tanto, que muerto el abad, eligieron para que lo fuese á Ricardo, el cual acabó de reformar su casa de profesion, asimismo reformó otras muchas, tanto en Francia como en Lorena, Flandes y Alemania. Y fué tan estimado y conocido por varon tan humilde, tan ajeno de ambicion y de interés, que hubo tiempo en que le obligaron por obediencia á gobernar á un mismo tiempo veinte y un monasterios, los cuales dirigió y gobernó dignamente, mejorando la observancia y buena administracion de lo temporal, con sin igual industria, prudencia y celo. A la fama de la observancia de S. Vitono concurrian muchos pidiendo la cogulla, siendo muchas de las personas más nobles, y entre ellas la misma del emperador Enrique III, el cual se presentó en el monasterio diciendo: *Hæc requies mea in sæculum sæculi, hìc habitabo quoniam elegi eam.* Que habia de quedarse en él, y que habia de ser monje. El santo abad le representaba gravísimos inconvenientes en tal resolucion, porque el César no tenia hijos y peligraba por esta grave circunstancia la

paz del imperio. Pero el monarca estaba decidido á no salir del monasterio pidiendo con grandísima humildad se le concediese el hábito del glorioso P. S. Benito; y viendo su perseverancia y fija resolucion, la admitió el santo para tener ocasion de ejercer una accion tan santa como prudente. Llamó á los monjes á capítulo, y entró en él con el emperador, y en presencia de todos le preguntó si tenia determinado y decidido el ser monje. Enrico III, todo bañado en lágrimas de ternura y gozo, respondió que sí, y que ninguna cosa habia deseado con más ánsia y afan. Pues si eso es cierto, le contestó reposadamente el abad, le acepto y admito y conmigo todo el convento. Entónces, volviendo al emperador, le dijo el Santo: *Ya, señor, estais recibido como monje; pero ahora, en nombre de Dios, yo os mando, que vayais á gobernar el imperio*, porque así conviene á su servicio. Con este mandamiento que exigia la pronta obediencia no pudo huir ni eximirse el emperador del gobierno, y volvió humildemente á él por el precepto de obediencia, acabando y cumpliendo con él tan santamente, que vinieron á la hora de su muerte su P. S. Benito y el glorioso protomártir S. Lorenzo, llevando á la gloria su alma, como se supo por revelaciones hechas á varones santos. Tuvo S. Ricardo la ventura de hallar muchas reliquias de santos que habian permanecido mucho tiempo ocultas y sin saberse su paradero, las que colocó con grandísima devocion en la iglesia de su casa de profesion, adornándola maravillosamente y aumentándola con las grandes dádivas de los príncipes. Y fué tan grande el amor que tuvo á su casa de profesion, que despues de su muerte fué visto de un siervo de Dios que limpiaba la iglesia, mirando por su aseo y adorno como cuando era vivo. Le ilustró su divina Majestad con la gracia de hacer milagros. Entre muchos que pudieran citarse, fué uno bien público que con el agua que se lavó las manos sanó á una mujer leprosa. Fué en peregrinacion á la Palestina á visitar los santos lugares, y habiéndole recibido el emperador de Oriente y el patriarca con grande urbanidad y honrándole mucho, le dieron dos partículas de la cruz de Jesucristo nuestro Señor, engastadas en oro, las cuales puso pendientes de un cordon al cuello: llegó al Jordan, y lavándose en aquel santo rio las manos, se le cayeron en él: estaba ya muy léjos cuando lo advirtió y volvió á la ribera del Jordan, y al mismo lugar donde se le habian caido aquellas inestimables alhajas, y buscaba aquel tesoro derramando muchas lágrimas y con el mayor desconsuelo, cuando le vió venir sobrenadando por encima de las aguas, y tomándole se le puso al cuello con gran devocion y alegría, dando al Señor las más expresivas gracias. Tambien llevó de Jerusalen una imágen de Cristo, la cual besaba muchas veces regándola con las lágrimas de su devocion, y una vez se observó á la santa imágen derramar lágrimas sobre su cabeza. Hallándose en un capítulo general de aba-

des, en el que presidió, cuando estaba celebrando la Misa le vieron todos arrobado y levantado ó suspendido en el aire. Estando enfermo, muy flaco y lánguido un viernes santo, hallándose sin fuerzas para ayunar, pero á pesar de todo animándose, pidió pan, sobre el cual esparció ceniza y lo halló dulcísimo y muy suave, y el agua la halló convertida en vino generoso. Desde entónces se guarda el vaso en que sucedió el milagro, y bebiendo en él sanan los enfermos. Murió tan santo varon á 14 de Junio, año de 1046, y el obispo Virdunense, llamado tambien Ricardo, le curó tambien en su enfermedad, sirviéndole como á santo, él mismo lavó su cuerpo como entónces se usaba, y le dió honrada y decorosa sepultura. — A. L.

RICARDO, obispo (S.). La nacion inglesa, ántes de haber perdido la fe católica, ántes de que la cegára la herejía ponzoñosa de Calvino y de Lutero, fué uno de los pueblos alumbrados por la luz clarísima del Evangelio, que más se distiguieron por su piedad, por su caridad y por sus santos y bienaventurados; pero luego que el demonio, por medio de sus sectarios, logró separar á esta nacion de la gracia divina, es el abismo insondable en que precipita Lucifer á los que separándose de la senda católica que conduce á la vida eterna para hacerles sus miserables tributarios primero y para que vayan despues de su muerte sus almas á encontrar en sus cavernas un tormento sin fin, una lenta y eterna agonía, que sin consumirles, les mantenga siempre en un eterno dolor. A pesar de lo que acabamos de decir, debemos recordar que los ingleses no fueron de los primeros pueblos católicos, pues que hasta empezar el siglo VI de nuestra era no abandonaron la idolatría por el cristianismo; pero tambien debemos confesar que desde entónces hasta que se apoderó de este país el protestantismo, fueron de los mejores y más observantes fieles y servidores de la Iglesia de Dios. Cuéntase entre sus ilustres prelados á Ricardo, obispo de Andria, el cual yendo á Roma el año 492, fué tanto lo que abrasó su alma la luz del Evangelio que se introdujo en su corazon, que abjuró la religion de los ídolos y se hizo bautizar. Puso tanto cuidado despues en el cumplimiento de sus deberes como cristiano, y dió á conocer tanto su firme fe y su capacidad, que viendo el pontífice esto y teniendo en cuenta sus demás virtudes y talento, le hizo obispo de Andria, en la Apulia, provincia de Bari, el año 492, cuya diócesis gobernó con celo evangélico hasta su muerte, y así es que se ve ensalzado su nombre en las leyendas de los santos antiguos de Italia y en otras obras en la que se le califica de santidad indudable. La iglesia le recuerda el dia 9 de Junio. — B. S. C.

RICARDO (S.) ermitaño, citado por Ferreiro en 1.° de Noviembre, era de la Alsacia, y desde muy jóven se consagró al servicio del Señor. Vivia retirado en el fondo de una montaña, sin otro alimento que frutos silvestres,

y sin más lecho que un monton de hojas. Consagrábase allí al ejercicio de la oracion y á todo género de penitencias, no descansó dia ni noche en dirigir sus preces al Señor en beneficio de los mortales extraviados en el camino de la vida, pues tal es la gloriosa mision de ciertos hombres, débiles criaturas, que sin haberse manchado en el lodo de las pasiones, consagran las suyas para purificar lo que puede haber de más triste y perjudicial en la sociedad, á la que no pertenecen, de la que viven separados por su propia voluntad, aunque sacrificándose constantemente por ella. El ejemplo de Ricardo lo es de todos los siglos del cristianismo en que gran número de piadosos varones se han retirado á los desiertos, consagrándose á todo género de austeridades para purgar unas veces sus pecados, ofreciéndolas otras en beneficio de los ajenos. En esta vida llena de peligros, afanes y sinsabores se distinguieron los ermitaños de la Tebaida, cuyos gloriosos ejemplos fueron imitados despues por los que hasta el siglo XVI poblaron todos los eriales del Occidente. Mas en esta época la Sede Pontificia, deseosa por una parte de elevar á su último grado de esplendor las comunidades religiosas, que en grande número se habian extendido ya por el universo entero, prestando servicios incontestables y de grande utilidad, y queriendo por otra evitar los perjuicios que se ocasionaban de la vida errante y vagabunda de los ermitaños y de los abusos á que daba lugar, pues muchos malhechores, disfrazados con sus trajes, cometian á mansalva todo género de crímenes, trató de reducirlos á vida comun, y aprovechando el deseo que todos tenian de vivir bajo una regla aprobada por Su Santidad, les sometió á las monásticas entónces conocidas, desapareciendo desde entónces los ermitaños, tan conocidos en la historia por sus brillantes hechos y sus grandes austeridades. Ignórase la época en que floreció Ricardo, objeto de esta digresion, y hasta algunos autores le han supuesto inglés, pero segun todas las probabilidades, fué francés de nacimiento y vivió y murió en su patria, donde se le da culto el dia arriba mencionado. Tambien se disputa por los autores si fué santo ó beato: Ferrario está por la primera opinion y nosotros, siguiéndole, le hemos colocado en este número. — S. B.

RICARDO (S.), mártir. Fué de la ilustrísima familia escocesa de Kancresburgo, y nació en Aberdonia, cuyo pueblo se complació grandemente en tener tan esclarecido hijo, previendo desde sus primeros dias que habia de dar gran gloria á Dios y á su patria. Efectivamente, despues que con la mayor abnegacion despreció los bienes de fortuna que le halagaban con una más que mediana, y dió su nombre, entregándose obediente á la órden de Redencion de Cautivos, que tenia un gran convento en su mismo pueblo, hizo con admirable aprovechamiento los estudios necesarios para poder ascender al sagrado órden del presbiterado y ejercer con acierto los impor-

tantes ministerios que tan sublime dignidad impone. Además de los grandes frutos que logró en el confesonario, y de lo muchísimo que conseguia tambien en la predicacion de los diversos asuntos que, como aliciente á la virtud, explanaba á los fieles con grandísima destreza, se hizo notable porque su ardiente caridad no le permitia contemplar á sus hermanos los cautivos sufriendo las indecibles penas que en su cautiverio padecian, y él trataba de aliviárselas, procurando medios de rescate, lo cual lograba con su constante asiduidad en predicar la santa indulgencia que la Orden habia alcanzado para los que se interesasen en su obra y ponderar á los fieles los inmensos beneficios con que Dios nuestro Señor premiaria al que se ayudase á esta obra tan importante, que, como muy bien dijo el P. S. Juan de Mata, «Nadie puede apreciar en su justo valor sino quien comprenda los males de que se libra á los infelices cautivos.» Su celo nunca le saciaba, y cuanto más favorables eran los resultados que alcanzaba para su santa obra, más se esforzaba á multiplicarlos, por lo cual pidió y obtuvo de sus superiores permiso para hacer una mision de algunos dias, en que hiciese ver á los fieles la grande obra que era la redencion de cautivos, y por consiguiente, el mucho mérito que con fomentarla se lograba, y el fruto de su trabajo fué tan ópimo, que no sabia ya cómo habérselas con las limosnas, tanto que hubo necesidad de armar una nueva expedicion para satisfacer la ansiedad de aquellas buenas gentes que, con un afan inexplicable, ayudaban en su obra al P. Ricardo. Rogó á sus superiores el permiso de ir con la expedicion aquella, y lo logró, si bien atendida su edad, que seria unos treinta años, no le permitieron ir como redentor, ó sea jefe de la expedicion, sino como adjunto al P. Redentor, que lo fué en aquella ocasion el M. R. P. Fr. Gualberto, hijo de hábito del santo patriarca. El llevar á nuestro Santo sujeto á otro, que fuese el superior, fué ponerle en el estado más apetecido por él, pues nunca quiso mandar sino obedecer, y hubiese sido para él muy sensible en el jercicio de su importante ministerio de redentor, ser él quien decidiera sobre los muy complicados asuntos que es necesario ventilar. La expedicion llegó á Túnez, que fué el punto elegido por ser el más necesitado, en el mes de Febrero de 1219, comenzando desde luego sus trabajos de rescate y lográndole copiosísimo, porque como la suma que llevaban era crecida y la época inesperada, el suficiente caudal por una parte, y el que los moros no tenian grandes precios para los cautivos, porque nunca creyeron que los podrian sacar muchos, hizo que el viaje de Fr. Ricardo se presentára como muy próspero, toda vez que en un mes poco más lograron arreglar sus contratos, rescatar sus cristianos y disponerlo todo para que, regresando los libertados al seno de sus familias, estas, y ellos, y España, y el mundo entero pudieran proclamar el gran mérito de su obra de redencion empren-

dida por los hijos de Mata, protegidos por Dios trino y uno. Dispuesto todo para el viaje de los fieles y por consiguiente de los Padres, recibió noticias nuestro Ricardo de que habia en poder de un moro un inocente y precioso niño de cuatro años, que hijo de padres cristianos, los habia perdido, y su dueño le enseñaba la falsa religion de Mahoma, á pesar de hallarse bautizado. Comprendiendo el Padre, como era natural, la peligrosa situacion de tan inocente criatura, dicho se está que su corazon se desgarraria de pena al tener que dejarle allí expuesto á perder su fe verdadera y á cometer un crimen horrendo, aunque inocentemente por su parte, así es que suplicó al Padre superior hiciese extensivo á este inocente niño el beneficio de la redencion. Mucho lo habria deseado el Padre, pero no le fué posible acceder á la demanda de su excelente compañero, porque los recursos de la redencion estaban enteramente agotados; el P. Ricardo, sin embargo, pidió con tales instancias, que lo logró, quedarse él en rehenes por el niño, y que éste fuese libre á la casa de la Santísima Trinidad, donde cuidarian de su instruccion y adelantos. Para lograr este rescate de esta ó de otra manera, fué preciso acudir al moro, dueño del inocente niño, y á él fueron con efecto nuestros buenos Padres, pero todos sus intentos fueron infructuosos, porque el moro mal intencionado, y sabiendo no tenian recursos pecuniarios, quiso que se le pagase el rescate en dinero y en el acto, y de otra suerte no accedia á cosa alguna, ni á sus justas peticiones de una tregua áun cuando fuera breve. Los Padres, que habian logrado de Dios por un medio inesperado el auxilio de la cantidad necesaria para el rescate del niño, acudieron al rey para que obligase al moro á cederle por la cantidad pactada, y el rey no pudo ménos de acceder á su peticion, porque era uno de los pactos con los reyes de España, Inglaterra y demás naciones católicas, que siempre que hubiese dinero para pagar, tenian que prestarse á rescatar. Muchísimo enardeció al moro poseedor del niño el que se le obligase á darle por precio, y como comprendió perfectamente que esta era obra del P. Ricardo, juró por Mahoma exterminarlo, y dándole muerte, demostrarle una superioridad que nunca tuvo sobre él, lo cual no logró ciertamente, pues lo único que hizo fué acelerarle la posesion de la inamisible dicha, de la felicidad eterna. Muchos medios buscó para llevar á cabo su inícuo propósito, mas el que únicamente pudo poner en práctica fué el de traer un dia al Padre delante de muchos moros, y allí insultándole, hacerle confesar la verdadera fe, lo cual habia de hacer necesariamente si se le obligaba á decir un parecer acerca de Mahoma. Así fué con efecto, los moros le decian que declarase profeta al impostor, y él con una firmeza indecible, lo único que hacia era manifestar la verdad de la religion de Cristo y la falsedad de todas las otras, con lo cual aquellos infelices se

desesperaron grandemente y vinieron á resolver, de comun acuerdo, que era preciso someter á la decision del rey á aquel Padre, que habia cometido el para ellos execrable crímen de confesar la verdadera fe, confundiendo su error. Al llevar á Fr. Ricardo en presencia del rey, creyó el moro mismo que prestaria un gran servicio á su patria quitando la vida al inocente religioso, y con efecto, le asestó un terrible golpe con su alfanje, de modo que su inocente cabeza, separada del tronco, saltó á tierra, y recogida como su sagrado cuerpo fué objeto de los escarnios y burlas más terribles de parte de aquella chusma, en tanto que el alma del P. Ricardo entraba á gozar de la inmortalidad de que el Señor la revestia. Aunque los moros arrojaron su cadáver á un lugar inmundo, Dios hizo conocer á los cristianos que habia aceptado el sacrificio que de su vida le hizo su siervo, y fué recogido su cadáver y recibió honrosa sepultura. Esto sucedió el 27 de Abril de 1215. Comprobadas sus virtudes y la crueldad de sus martirios, Roma le declaró santo, y su órden de la Santísima Trinidad, como el pueblo de Aberdonia, se gloriaron mucho en que Ricardo fuese su hijo.—G. R.

RICARDO (S.). Aparece este Santo en la historia de los Trinitarios sin antecedentes, por decirlo así, y solo señalado como particular amigo y confidente de uno de sus más esclarecidos redentores de cautivos, el P. Fr. Rodulfo, que despues de ministro provincial en toda la Inglaterra, pasó á tierra de moros, donde derramó su sangre por la confesion de su verdadera fe. Este P. Ricardo nos lo presenta su amigo y compañero como hombre de gran virtud y de no menor ciencia, que por la pericia y uncion con que predicaba, y por el celo con que asistia á todos los que habian menester de sus auxilios y servicios, pareció á nuestro P. Rodulfo el único á propósito para acompañarle en la expedicion que intentaba á rescatar á los que pudiera, para satisfacer de esta suerte su vivísimo deseo de ser útil en la religion que tan gustosamente le admitiera en su seno, y que, sea dicho de paso, habia de lograr grande ventaja en haber tenido profesor tan ilustre, toda vez que en ella habia de refluir toda la gloria de su hijo. Pero prescindiendo del Padre Rodulfo, que ahora no es ocasion de que de él nos ocupemos, diremos acerca del P. Ricardo, que el celo, actividad y acierto con que desempeñó el importante cargo de vicario, cuando el Padre era ministro de su convento de Montinduno, unido al ferviente deseo que le animaba de dar su vida por sus hermanos, fueron los móviles que le indujeron á él á pretender, y á la Orden á concederle el que acompañára al redentor Rodulfo en la expedicion, que segun acuerdo, ó más bien concesion del capítulo general, habia de hacer por el año 1266 ó 1267. Como el P. Rodulfo no podia hacer por sí la cuestacion que se acostumbraba, porque su delicada salud no se lo permitia, nuestro P. Ricardo fué el encargado de esta comision, y la desempe-

ñó con tan buen éxito, que fueron muy cuantiosas las limosnas que obtuvo. Hechos á la vela en compañía de algunos comerciantes, arribaron felizmente á Marruecos, donde concertaron el rescate de hasta doscientos cincuenta cautivos, no queriendo el P. Redentor estar allí más tiempo que el indispensable, porque lo creyó así más conveniente. En su regreso fueron cogidos por un navío de corsarios de Túnez, mas la astucia de nuestro padre Ricardo dió por resultado el que en vez de ser llevados allí cautivos con inicuos tratamientos, como era la costumbre de aquellos piratas, fueron conducidos con cierta moderacion y decoro, si bien tuvieron necesidad de hacer allí nuevos contratos, porque los de Túnez quisieron una parte de aquella presa importante. Lograron, sin embargo, los religiosos que se les permitiera rescatar tambien en Túnez, y con recursos de que Dios los proveyó vieron libres á unos cuatrocientos once, que mandaron á sus patrias, si bien ellos hubieron de quedar en rehenes, hasta que se les mandaron gruesas sumas con que lograron su rescate. Cuando ya estaban nuestros dos Padres para volver á su convento, los delataron al rey de un crímen que era allí castigado con gran severidad, y era el de entrar en la mezquita; por supuesto que los religiosos ni siquiera habian pensado en semejante cosa, pero no hubo medio de que el rey reconociera su error, y los hizo comparecer á su presencia. Preguntóles acerca de su fe, y ellos, como no podia ménos de suceder, le respondieron confesando á Cristo, sus dogmas, atributos y prerogativas, así como la falsedad de la religion de Mahoma y la equivocacion de sus desdichados sectarios. Hizo esto tan mal efecto en el ánimo del rey, que los mandó degollar, despues de que los tuvo muchos dias en la cárcel. Este suceso tuvo lugar el 15 de Setiembre del año 1269 de la era cristiana, y de esta suerte aumentaron el dichoso número de los bienaventurados estos fieles hijos de Dios y siervos de Cristo, que al profesar su religion, habianse ofrecido víctimas por el amor á sus hermanos. La Iglesia declaró santos á Rodulfo y Ricardo, su compañero. — G. R.

RICARDO (S.). Fué inglés de nacion, y aunque de muy distinguido linaje, tuvo particular esmero en ocultarlo, de tal suerte que nunca se supo hasta que á su muerte le reclamaron como individuo de su familia las principales familias de Oxford. En el convento de Trinitarios de esta ciudad ingresó, hizo su noviciado y profesion, y habria concluido sus dias si el Señor no le hubiese llamado por medios muy extraordinarios á la corona del martirio. Con ocasion de celebrarse un capítulo provincial, encargaron al P. Ricardo, excelente latino y teólogo muy estudioso, que estaba para graduarse de doctor, y que habia siempre merecido de sus profesores las más exquisitas pruebas de deferencia, y los más espontáneos elogios en todas las ocasiones en que habia actuado, tanto en las academias como en las cá-

tedras y demás reuniones científicas, la oracion latina, ó sea *colatio capituli*, con que habia de comenzar este, y que tenia siempre la importancia de llamar la atencion de los Padres hácia los asuntos que debian ventilarse. Estuvo tan acertado nuestro jóven Ricardo en el desempeño de su tan importante cometido, que áun aquellos Padres más doctos y exigentes, que por lo comun no se contentan de nada, y con nada se satisfacen, no pudieron ménos de elogiarle, y elogiarle sobremanera, diciendo á voz en grito que este jóven habia hecho un trabajo como ninguno, y que la religion de Redencion de Cautivos podia esperar mucho, muchísimo de este hombre que tanta erudicion, aplomo y maestría habia demostrado en el desempeño de su cometido. Esto le dió aliento, no para desear puestos encumbrados en la Orden, ni áun el magisterio al que estaba avocado, ya porque era el término de su carrera, ya tambien por el juicio que de su trabajo habian formado, sino á manifestar un deseo que ocultaba en su corazon, pero que conocia él le era inspirado por una fuerza irresistible, le era inducido por aquel que dispone todas las cosas suavemente, para lograr sus designios de un modo infalible. Este deseo era el de ir como adjunto á la redencion que aquel mismo capítulo iba á disponer, y de la cual encargó al muy Rdo. P. Esteban, hijo del convento de Bristol y presentado para provincial, pero que no fué elegido, porque se le confirió el cargo de redentor, y este le inhabilitaba por un año para desempeñar ningun otro. El P. Ricardo creyó lo más acertado manifestar sus deseos al redentor designado, y así lo hizo; mas con extraordinaria sorpresa vió que le repelia de una manera brusca, no acostumbrada á la verdad en él, y que por lo mismo desagradó muchísimo más al pobre jóven, que con la mejor intencion habia hecho presente su deseo, esperando conseguir una favorable acogida. Entristecióse en gran manera nuestro Padre, y su tristeza le duró hasta que se concluyó el capítulo, en el cual fué nombrado provincial un Padre, especial amigo y protector, digámoslo así, de nuestro Ricardo. Hallóle un dia afligido, como lo estaba continuamente, y preguntándole el motivo y habiéndole sabido tambien, le dijo era temeridad el desear ir tan pronto á rescatar cautivos, que no habia ejemplo de que á esto se mandase más que á gente provecta, y por consiguiente que tuviera paciencia, que tiempo llegaria en que, si estaba de Dios, lograria sus deseos. Como nuestro Santo tenia, segun hemos dicho, alguna libertad con el P. Provincial, sin faltarle al respeto en lo más mínimo, y conservándole siempre aquella consideracion que no solo á sus superiores, sino áun á sus iguales é inferiores guardaba, le hizo una reflexion que no pudo ménos de dejarle sorprendido. «Si tuviese léjos de la casa de estudios á mis hermanos, dijo el P. Ricardo al Provincial, ¿no me dejaria vuestra paternidad ir á verlos á tiempo de vacaciones, para pasar con

ellos aquellos dias? Pues este y no otro es mi deseo, pasar algunos dias con mis hermanos los cautivos, aliviar algun tanto su suerte, si puedo, y acaso quedarme por alguno para que él logre ver á sus parientes, segun la carne, como yo lograria ver á mis hermanos segun el espíritu; de modo que en rigor lo que pido es licencia para ir á ver á hermanos, que á ningun colegial se niega despues de estudios.» Esto no dejó de llamar la atencion del P. Provincial, tanto que reunido el definitorio, no porque él creyera que los definidores iban á condescender con la peticion del P. Ricardo, sino por descargar su conciencia, les dijo lo que con él le ocurria, y la opinion de los Padres fué, que léjos de ser disparatada la pretension, se debia atender, porque nadie podia quitar al jóven que se creyera con suficiente espíritu el que cumpliera lo más perfecto que la religion les prescríbia, que era darse en prendas por sus hermanos si de ello habia necesidad. Además de que no era un hombro indocto, ántes por el contrario tenia más que suficientes conocimientos para acompañar con provecho á cualquier Padre redentor, y podia ayudarle muy mucho en el trabajo material, porque tenia la robustez y circunstancias que no son muy frecuentes en personas de edad más madura. Resolvió, pues, el definitorio que el P. Ricardo fuera el compañero del P. Esteban, y encargaron al jóven la colecta por los pueblos, aldeas y ciudades, la cual fué abundantísima, hasta el extremo de sobrepujar con mucho las esperanzas de los religiosos. España, y en particular Granada, eran por entónces quien más necesitaban de los auxilios de los Padres redentores, así que hicieron saber á Inglaterra la necesidad en que se estaba de que viniese á Granada aquella redencion que se preparaba, por lo que nuestros PP. Esteban y Ricardo vinieron despues de muchos sobresaltos y apuros, porque en más de una ocasion temieron caer en manos de los corsarios de Túnez, que eran los más temidos de cuantos surcaban los mares. Llegaron, por último, felizmente, y entablaron negociaciones con el rey moro, las cuales dieron por resultado el rescate de seiscientos cuarenta; mas como durante el tiempo que pasaron en estas negociaciones, supieron que se podria acaso lograr más dinero, ampliaron sus tratos y rescataron á otros cuantos, quedando los Padres en rehenes miéntras venia el dinero. Llegó este con efecto, y se les puso en libertad, dándoles su salvoconducto, por lo cual disponian para el dia siguiente su regreso á Inglaterra: Dios, sin embargo, tenia acerca de ellos designios más importantes, habia determinado llevarlos desde Granada á su santa gloria; por eso hizo que al marcharse de aquella importante ciudad halláran una turba de moros, que con gran algazara, conducian á un renegado á desposarse con una mora. El renegado era conocido de los Padres, y quiso ocultarse para no ser visto; mas Dios, que queria salvarle, dió valor á sus siervos para que le reprendieran de su inicua

accion, y en él fuerza y gracia para que desistiera de su empeño, lo cual exasperó de tal manera á los enemigos de Cristo, que tirando de sus alfanjes cortaron las inocentes cabezas de nuestros santos, haciéndoles lograr la inmarcesible corona el dia 19 de Setiembre del año 1290 de la era cristiana. Los católicos de Granada recogieron, prévio rescate, los sagrados cuerpos de los mártires, é Inglaterra se apresuró á reclamarlos, recordando entónces el afan con qué el P. Ricardo deseó esta expedicion, y consignando este afan como una prueba inconcusa de cierto espíritu de profecía con que el Señor le dotára. Hiciéronse las necesarias averiguaciones, y tanto por sus antecedentes, como por la manera y motivo de su muerte, la Iglesia declaró santos á los mártires Esteban y Ricardo. — G. R.

RICARDO (S.). Desde luego presenta suma importancia en nuestro Santo todo lo que en él concurre, pues es á la verdad un cúmulo de circunstancias nada comunes, y por consiguiente que dicen mucho en favor del sugeto en quien concurrieron. Ricardo significa, segun todos los inteligentes, *rico corazon*, y en efecto, puede llevar con justicia este nombre quien conocia que todas las cosas de este mundo son vanidad y miseria, y que solo en el servicio y amor divino puede hallarse la verdadera dicha para la criatura, por lo cual despreciando las muchas comodidades que le brindaba su casa, una de las más ricas de Inglaterra, pasó á Roma para hacer los estudios y carrera eclesiástica. Allí aprovechó mucho en letras y en virtud, tanto por el trato frecuente con los más esclarecidos varones de su época, cuanto porque el empeño decidido que él formó de perfeccionarse y de hacerse santo, le obligaban á procurarse los medios de crecer en virtud, única manera de llegar al logro de sus deseos. Lo primero que hizo para esto fué convencerse íntimamente de su miseria y pequeñez, ofrecerle á Dios muchas veces el testimonio de esta misma su pequeñez y miseria, y en tal concepto resignarse enteramente con los designios de su adorable soberanía. Estos designios de Dios fueron, el que despues de haber de sufrir algun tanto por faltarle el consentimiento de sus padres para llegar á las órdenes sagradas, estas se le confirieron atendida su constante perseverancia en el servicio divino, su exquisita diligencia para procurar, por cuantos medios estaban á su alcance, el que todos amáran al Señor y todos se ocupáran en su servicio, enderezando siquiera á este importante fin las obras ordinarias y más frecuentes de su vida. Luego que fué sacerdote ya pudo desplegar su celo por la salud de las almas, y lo hacia asi en efecto siendo incansable, tanto que el Sumo Pontífice quiso elevarle á la alta dignidad de obispo, por parecerle este un medio muy adecuado para lograr el que su celo se satisfaciese algun tanto. Andria, en Apulia, provincia de Bari, fué el lugar á que Dios nuestro Señor le llevó para bien de aquella diócesis,

de que fué primer obispo. Por supuesto que si en su mano hubiese estado, áun á costa de los mayores sacrificios, el renunciar tan honorífico cargo, de cierto que lo hubiera renunciado; porque la obediencia y solo la obediencia le llevó allí, y Dios nuestro Señor premió, como no podia ménos, este tan costoso sacrificio, colmando al Santo de sus gracias, y concediéndole un don tan especial de correspondencia, que mayor no era posible alcanzarse. Trabajó muchísimo, tanto para el establecimiento de su diócesis cuanto para atraer al clero y al pueblo, no digamos al cumplimiento de sus deberes, porque lo que es en este punto y hasta ese extremo no tuvo que trabajar para lograrlo, porque siempre se mantuvieron unos y otros dentro de los límites de una conducta regular; pero sí tuvo que trabajar mucho para obligar á unos y otros á que emprendieran el camino de la perfeccion. El Señor premió las heróicas virtudes de su siervo Ricardo con hacer por su medio muchos milagros, no solo despues de su muerte, sino áun en vida. Estuvo dotado de espíritu de profecía, así es que el predecir muchas veces sucesos que iban á acontecer, servia para que aquellos mismos á quienes predecia las cosas se volvieran á Dios, y excitando el cúmulo inmenso de sus misericordias, evitáran los terribles rigores de su inexorable justicia. La oscuridad de los tiempos, ó más bien el que el Santo no quisiera consignar nada acerca de su vida, nos priva del consuelo de poder detallar los sucesos de su vida misma; sin embargo, hay para nosotros una gran cosa en esta misma ignorancia, que es el sacrificio de nuestra curiosidad, que podemos referir al Señor, el cual para gloria suya y consuelo nuestro, aunque se han oscurecido las virtudes de S. Ricardo, no por esto le ha privado de la gloria de los altares, así como la Iglesia tampoco le quita su culto y veneracion, ántes se le rinde como justísimo homenaje todos los años en 9 de Junio, dia en que probablemente sucederia su preciosa muerte. No convienen los autores en la época en que floreció nuestro Santo, unos aseguran que su nombramiento de obispo fué del año 492 de Jesucristo, otros le hacen avanzar hasta el siglo VIII, de todas suertes lo indudable es que goza de mucha antigüedad, y que Dios nuestro Señor, áun el dia de hoy, hace muchos milagros ante el cuerpo de su siervo Ricardo.—G. R.

RICARDO y HUGON (Santos). Son muy celebrados en Inglaterra, y su fiesta se verifica en el dia 14 de Noviembre, en cuyo dia fueron cruelmente martirizados, ganando la celestial corona que el Señor concede á los que se sacrifican por glorificar su santo nombre. Ricardo Vitingo, abad de Glasconia, y Hugon Feriagdono Redino, tambien abad y de la misma orden del glorioso P. S. Benito, fueron dos estrellas resplandecientes del siglo XVI. El santo y V. Ricardo era muy querido y estimado de todos sus súbditos por sus virtudes, vida ejemplar y celo por el cumplimiento de la regla cister-

ciense; así es que aquel monasterio era citado como el más santo modelo de todos los monasterios por su recogimiento, silencio, aseo, y por la solemnidad con que se celebraban las festividades y demás funciones, ejerciendo en los muchos devotos que á ellas concurrian el mayor consuelo y respeto. Pero habiendo llegado el caso de tener que firmar las órdenes y decretos impíos de Enrique VIII, estos celosos abades se resistieron y negaron á admitirlos y firmarlos, por lo que aquel irreligioso tirano les mandó dar martirio en el dia arriba citado, si bien en diferentes lugares, juntamente con dos presbíteros, y por igual razon, llamados Rugo y Ohion.—A. L.

RICARDO (Bienaventurado), prior de la órden de religiosos Benedictinos. Este señalado varon es muy celebrado y reverenciado en Inglaterra. Siendo aún adolescente, y habiendo tenido siempre una decidida y ardiente vocacion al estado religioso, profesó, y cumplió sus mayores deseos, la regla de S. Benito en el monasterio de monjes negros Eboracense, y habiendo permanecido en él bastante tiempo, y alcanzado á ser prior, dominándole constantemente el deseo de observar aquella santa regla con más rigor y escrupulosidad, y tratando de evitar dispensacion para aquel cambio ó mudanza, á fuerza de súplicas alcanzó de S. Faustino, monje de la misma regla y arzobispo de aquella provincia, licencia para fundar un monasterio en un lugar llamado Fontanos, y terminado, se pasó á él con doce monjes, bajo de la reformacion cisterciense, siendo su primer abad en aquella santa casa, estableciendo en ella como principal fundamento el ejercicio de la santa humildad y santidad de vida, en que tan ilustre fué el bienaventurado Ricardo, como igualmente su comunidad. Despues de obras tan meritorias y de tan señaladas virtudes, pasó á gozar del premio eterno, dejando imperecedera memoria sus grandes prendas y servicios á la religion. Son muy dignas de saberse las reflexiones y consejos, que entre otros muchos particulares, le escribió el gran P. S. Bernardo acerca de la reformacion, que traducidas sustancialmente del latin, viene á decir el Santo: Que le habian referido dos monjes (llamados ambos con el nombre de Gaufrido), como en aquellos santos religiosos, con su maestro Ricardo, se habia encendido más que ántes el calor y fuego del amor divino, que habian convalecido de la enfermedad de su tibieza, y que habian reflorecido en santa novedad; que se conocia que posaba la mano de Dios en ellos, obrando sutil é insensiblemente, renovando con suavidad, y mudándolos saludablemente, consiguiendo hacerlos, *no de malos buenos, sino de buenos mejores.* Prosigue el Santo mostrando su deseo de hallarse presente, y añade: ¿Quién me proporcionará el que pase á ese punto, y pueda admirar tanta perfeccion? Porque no es ménos maravilloso el perseverar en un estado de perfecta observancia, que el pretender y áun aspirar á mayor perfeccion,

y da la razon diciendo que más facilmente se hallarán muchos seglares que del mal se conviertan y pasen al bien, que un solo religioso que pase de bueno á mejor, y que es rara ave en la tierra, el que del grado que llegó á la religion una vez, suba un poco más alto. Y asi, prosigue el Santo, que aquella reformacion santa, no solamente á él le alegraba, sino á toda la ciudad de Dios, esto es, á toda la religion, y áun toda la Iglesia triunfante y militante, porque lo que es raro, es más caro y amado. Que habia sido necesario pasar, para mayor seguridad, de la medianía en la observancia, próxima á la relajacion y defecto, á mayor reformacion, huyendo de la tibieza que desagrada al mismo Dios. Y que tambien convenia por la seguridad de conciencia, dando la razon, porque S. Ricardo y sus compañeros muy bien habian conocido si era ó no seguro en ella, para los que profesasen la santa regla, detenerse en su observancia sin pasar á lo más puro y puntual.—A. L.

RICARDO (Bienaventurado), religioso de la órden Benedictina, muy celebrado en Inglaterra, donde siempre ha sido considerado como uno de los varones más sabios y mas santos de aquellos paises. Tuvo el sobrenombre de Fastolpho, y fué abad Fontanense, muy esclarecido por su piedad, pero si cabe aún más por su erudicion y sabios y notables escritos. Casi toda su vida la empleó en meditar, leer y explicar las sagradas Escrituras, dejando en todas sus obras claras señales de su grande instruccion, inteligencia y talento, pudiendo considerarse las bellas páginas debidas á su fecunda pluma, como la única distraccion y ocios que le permitian el exacto cumplimiento de su regla, pues era muy celoso de la majestad y solemnidad del culto, no perdonando medio para que tuviese siempre el lucimiento que correspondia á la celebracion de los grandes misterios y festividades de nuestra católica fe; era muy dado á la oracion y contemplacion, de poquísimo trato, aunque de modales afables, muy espiritual y reconcentrado en la consideracion de la sublimidad de las cosas santas. Era muy parco en su alimentacion, ayunando con gran frecuencia y con una abstinencia ejemplar; su compostura y devocion en la celebracion de la santa Misa, infundia respeto y veneracion. Dejó muchas obras que muestran su gran santidad y talento, ilustrando su vida y muerte con muchos milagros, pasando á gozar de Dios como favorecido siervo suyo. Todas sus obras son muy buscadas y celebradas, pero principalmente tienen la supremacía de un gran mérito cuatro libros sobre la Sagrada Escritura. Floreció en el año de 1150.—A. L.

RICARDO (Bienaventurado), monje cisterciense, es muy celebrado en toda la Frisia por lo esclarecido que fué, y raro en santidad y admirables milagros. Era generalmente conocido con el sobrenombre de Sacristan, por

haber ejercido este oficio casi constantemente en el monasterio de Aldvert, junto á Groninga, en la Frisia, adonde fué llevado desde Inglaterra, de donde era natural, dejando su patria y familia por cumplir con el precepto de la santa obediencia. Era ardientísimo en la oracion, y en el tiempo que se entregaba á ella con el mayor fervor, penetró varios secretos divinos, teniendo muchas celestiales visiones, en las cuales quedaba arrobado no pocas veces. Guardaba con tanta puntualidad y exactitud su santa regla, que jamás pudo cogérsele en la menor falta de observancia. Para con todos sus hermanos era sumamente apacible y de trato muy cariñoso, pero consigo era muy duro, y tanto que á algunos parecia cruel; sus austeridades y disciplinas eran frecuentes, sus rigorosos ayunos cotidianos, siendo poquísimas las horas dedicadas al sueño y reposo indispensable para conservar la vida, y áun este corto descanso no era sobre mullido lecho, sino sobre un desnudo y duro tablado. Tuvo espíritu de profecía, y el don de hacer milagros, con los que acreditaba cuán poderosa era su intercesion y sus súplicas al Señor, de quien siempre se reconoció y consideró como el más humilde siervo. Despues de haber ilustrado su preciosa existencia con su santa y ejemplar vida, acabó sus dias con la tranquilidad de los justos, pasando á recibir el premio de sus buenas obras á la vida eterna á fines del siglo XII.—A. L.

RICARDO (Bto.), obispo, pertenecia á la Tercera Orden de S. Francisco, y fué, segun los autores de la misma, doctor en teología y obispo de Fossambrune, suponiendo otros lo fué de Alejandría, siendo difícil asegurar lo que en esta cuestion haya de positivo, pues no está completamente dilucidada por la crítica. Es sin embargo cierto que se distinguió mucho por todo género de virtudes, en particular por las de la caridad y de la penitencia, en que fué ejemplar, mereciendo se le cite como modelo. No desdeñaba ciertamente la oracion y recogimiento, pasando largas horas entregado á ejercicios piadosos, en los que se distinguió mucho por su asiduidad, y todavía más por los favores especiales que en estos actos mereció á la Providencia, inagotable para los que siguen fielmente sus preceptos. Nunca se separó Ricardo del camino que el Señor le habia trazado, y en él recogió los mayores triunfos, hasta obtener el de la palma celestial, reservada por Dios á sus escogidos. Cítanse gran número de milagros operados en su sepulcro, por los que los fieles le veneraron durante un largo período, siéndolo desde entónces en la religion Seráfica el dia 2 de Agosto, segun el Martirologio Franciscano.—S. B.

RICARDO (Bto.) abad de S. Vanne. Las incursiones de los bárbaros y las guerras intestinas que asolaron las Galias en el siglo X, habian debilitado de tal manera la disciplina eclesiástica, que no habia esperanza alguna de verla florecer de nuevo, si Dios no hubiera suscitado hombres ce-

losos y virtuosos para restablecerla. Ricardo fué uno de los más conocidos en la Bélgica. No solo reparó las ruinas de los monasterios en aquella provincia, sino que edificó otros nuevos, y gracias á su cuidado y trabajos, el órden monástico recobró su antiguo esplendor. Era natural de Danton en Argona, diócesis de Reims. Sus padres, de noble estirpe, le enviaron muy jóven todavía á la escuela de aquella ciudad, para educarle en la piedad y en los buenos estudios. Hizo tantos progresos, que habiendo sido promovido á las órdenes sagradas, fué sucesivamente chantre, arcediano y dean de la iglesia de Reims. Pero el deseo de una vida más perfecta le obligó á abandonar su dignidad por abrazar la vida monástica en el monasterio de San Vanne. Decidióle á tomar este partido Federico, conde de Verdun, deseoso como él de vivir en el retiro, pero no se decidieron hasta despues de haber conferenciado con S. Odilon, abad de Cluni. Fingen, abad de S. Vanne, los recibió en su monasterio en 1004, pero habiendo muerto algunos meses despues, los monjes se dividieron al tratar de la eleccion de su sucesor. El conde Federico deseaba que se eligiese á Ricardo, y esta era tambien la opinion de los religiosos jóvenes de buenas costumbres; todos, en fin, convinieron elegirle para abad, y recibió la bendicion abacial de Heimon, obispo de Verdun. El buen órden que estableció en S. Vanne atrajo á este monasterio un gran número de religiosos, obligando su excesivo número á reedificar el monasterio y darle más extension, en lo que fué ayudado por el emperador Enrique, sucesor de Oton III, y por muchas personas de calidad que enviaban á sus hijos para instruirse á S. Vanne, pues en este monasterio habia escuelas, lo mismo que en otros muchos de aquella época. Los príncipes y los obispos recurrieron á Ricardo para establecer la reforma en diferentes abadías de su dependencia. Cuéntanse veintiuna de que fué abad, ó gobernó al ménos, estableciendo en ellas el mejor órden. El obispo Heimon quiso sin embargo obligarle á incluir el monasterio de San Vanne dentro del recinto de las murallas de la ciudad. El abad se opuso diciendo que el reposo de los monjes fatigados de las vigilias de la noche, sería turbado por el tumulto de la ciudad, y acorde el emperador con su pensamiento, suplicó al obispo no le molestase en este punto. Descontento Heimon comenzó á quejarse del abad Ricardo, quien abandonó su monasterio para conservar la paz, y se retiró á un desierto cerca de Remiremont. Pero sabedor el obispo de que obraba algunos milagros, le volvió á llamar á S. Vanne. En 1011 emprendió Ricardo un viaje á Roma, donde fué muy bien recibido del papa Benedicto VIII, á su regreso le envió el emperador Enrique con Gerardo, obispo de Cambrai, cerca del rey Roberto, con quien concluyeron un tratado de paz entre Francia y el imperio. Se menciona esta embajada en la carta de union de las iglesias de S. Pedro de Beauvais y de S. Vast de Arras,

que suscribió Ricardo. En cuanto al tratado de paz, se halla en el segundo libro de las pruebas de la historia de Montmorenci. A la muerte de Ramberto, obispo de Verdun, acaecida en 1039, el emperador Enrique nombró al abad de S. Vanne para sucederle, pero su humildad no le permitió aceptar el episcopado, é influyó en que se colocase en esta silla á su ahijado Ricardo, hijo del conde Hilrade. Hizo un viaje á Jerusalen acompañado de Ervin, abad de Tréveris, amigo suyo y de un gran número de personas piadosas, por devocion á los Santos Lugares. Ricardo II, duque de Normandía, con quien se hallaba tan unido por la estrecha amistad que no eran mas que un alma en dos cuerpos, proporcionó recursos para el viaje. El emperador de Oriente y el patriarca de Constantinopla colmaron á Ricardo de honores y de presentes á su paso por esta ciudad. Regó con sus lágrimas los lugares en que Jesucristo habia padecido y los instrumentos de su pasion, la columna en que habia estado atado, su corona de espinas, el Calvario donde fué crucificado. Bañándose en el Jordan, dejó caer una cruz que llevaba siempre al cuello, pérdida que no echó de ver hasta algun tiempo despues. Volvió al mismo lugar y la encontró sobrenadando en el rio. Vió en Antioquía á un siervo de Dios llamado Simeon, que se unió á él mirándole como padre. Volvieron juntos á Verdun, donde el santo Abad fué recibido con aclamaciones de alegría por el clero y el pueblo de la ciudad. Debilitado por sus trabajos y por su mucha edad, dejó el abad Ricardo el cuidado de los monasterios que habia reformado y gobernado hasta entónces por sí mismo, pero continuó administrando con celo el de S. Vanne en lo que le permitian sus fuerzas. Conociendo que disminuian notablemente y que se acercaba su fin, recibió la santa uncion de manos del obispo Ricardo, y murió sobre la ceniza y los silicios el 14 de Junio de 1046. Cuéntanse entre sus discípulos al obispo de Verdun, de que acabamos de hablar; al conde de Letran, pariente del emperador Conrado; á Gervin, abad de San Riquier; Hugo, abad de Flavigny, y otras muchas personas notables. Hugo escribió la vida de su maestro con mucha exactitud en su crónica de Verdun. Tenemos otra vida de este santo, compuesta por un anónimo, monje de S. Vanne, que no vivió muy distante del tiempo en que acaecieron las cosas que refiere, pues dice haberlas oido de los que las habian visto y conocido particularmente al abad Ricardo. Esta vida se halla seguida de una corta relacion de los milagros del santo Abad, cuyo nombre se lee en el Martirologio Benedictino del P. Hugo Menard, en el Menologio de Bucelino y en el apéndice al Martirologio de Francia, por Du Saussai. El historiador anónimo del abad Ricardo le supone autor de la vida de S. Rouyn, abad de Beaulieu en Argona. Imprimióse por primera vez por el P. Hugo Menard sin nombre de autor, despues por el P. Mabillon con el nombre del abad

Ricardo. Por el testimonio de este anónimo, se pone la muerte de S. Rouyn hácia el año 680. Esta vida no fué la primera obra del abad Ricardo, pues parece que comenzó escribiendo la vida y los milagros de S. Vanne, obispo de Verdun y patrono titular de su monasterio. Este obispo habia muerto en el siglo VI, siendo muy poco lo que se sabia de sus hechos. Instado el abad Ricardo por sus religiosos para hacer un discurso en honor del santo el dia de su festividad, se extendió únicamente en los elogios, á falta de hechos bien averiguados. Unió despues á su discurso la relacion de los milagros obrados por la intercesion de S. Vanne, protestando que no referiria más que los que habia visto con sus propios ojos, ó aprendido por testigos no sospechosos. El P. Mabillon no ha publicado más que el prólogo del discurso con el libro de los milagros. El compendio de la vida de S. Vanne del suplemento de Surio, parece haberse formado sobre el escrito del abad Ricardo. En el jardin de la abadía de S. Vanne se veia muchos años despues una especie de mausoleo (compuesto de una sepultura de diez pies de longitud por siete de latitud, sostenida por nueve columnas) elevado por el abad Ricardo en el lugar donde se habian hallado los cuerpos de los ocho senadores que habian gobernado la ciudad de Verdun, es decir de ocho obispos de esta ciudad. En su consecuencia se le hace autor de la inscripcion grabada al rededor de esta tumba y en la losa que la cubre. Consta de diez y nueve versos exámetros. Dícese en ella, que abriendo este abad los cimientos de la iglesia del monasterio, á la que queria dar mayor extension que tenia la antigua, encontró estos ocho cuerpos en otras tantas sepulturas próximas unas á otras; que tuvo en un principio el pensamiento de trasladarlas á otro lugar, pero que cambió de parecer por una vision, y para impedir que fuesen pisadas por los transeuntes, las cubrió con aquella piedra colocada sobre columnas. Hallándose este monumento á punto de arruinarse; fué restablecido en el mes de Julio de 1463, como se deduce de otros tres versos grabados en el mismo mausoleo. El P. Mabillon ha insertado todas estas inscriciones en las observaciones preliminares sobre la vida del abad Ricardo. Hugo de Flavigny le atribuye una regla para los solitarios que fueron á ponerse bajo su disciplina durante su morada en Rombech cerca de Remiremont. Esta morada, segun el mismo autor, fué de cinco años, y la regla del abad Ricardo estaba sacada de los Santos Padres, pero no existe ya. Sabemos tambien por el mismo historiador, que llamado este abad á Ruan por Guillermo el *Bastardo*, duque de Normandía, para instruir al clero de aquella ciudad, compuso con este motivo una coleccion de reglamentos que se insertaron en el libro comun de aquella iglesia, colocado detrás del altar mayor pendiente de una cadena. El abad Ricardo tenia el don de la palabra. Era tan elocuente en sus discursos, que sus religiosos tem-

blaban de espanto cuando en sus exhortaciones capitulares les representaba los fuegos del infierno y los demás suplicios destinados en la otra vida á los malvados, pero los tranquilizaba despues con palabras de consuelo en la misericordia de Dios. El mismo era severo y misericordioso á la vez con sus hermanos. Deseoso siempre de procurar el descanso de los difuntos, mandó que se dijese por ellos el oficio llamado de Vigilia y Misa, que se escribiesen los nombres de todos los hermanos y bienhechores en un calendario del Necrólogo, y que se recitasen todos los años en el capítulo el dia de su muerte, haciendo observar á la comunidad lo que cada bienhechor habia dado á la iglesia. Hizo con este motivo un discurso, que se escribió de órden suya al frente del Necrólogo. Este discurso no está impreso, como tampoco sobre la pasion del Salvador, hallándose en Blois al regreso de su viaje de devocion á Tours. Las cartas que escribió desde su retiro de Rombech se han perdido. Hugo de Flavigny dice que las habia visto en su niñez. El abad Ricardo escribió otras muchas no solo á sus amigos, sino tambien á príncipes, reyes y obispos para animarlos á aliviar á los pueblos en el hambre que reinó en 1028. Pero no pidió á otros hasta despues de haber dado todo lo que poseia para el alivio de los desgraciados. Vendió hasta los ornamentos más preciosos de su iglesia, que compró la de Reims, distribuyendo á los pobres su importe, sosteniendo además gran número de ellos á expensas del monasterio de S. Vanne. Refiérese en la vida de S. Poppon, abad de Stavelo, que cuando murió le pusieron los religiosos en el pecho un cáliz con las cartas que le habia escrito el abad Ricardo sobre la caridad: pero que ántes de enterrar estas cartas con el difunto, sacaron copia de ellas, la que conservaron en Stavelo en memoria de la amistad que habia habido entre estos dos abades. Ignoramos si despues de estos rasgos de caridad, debe mirarse con mucha atencion lo que dice S. Pedro Damian, que habiendo sido conducido en sueño á los infiernos, vió al abad Ricardo atormentado de diferentes maneras por haber malgastado los bienes del monasterio durante su vida en construir edificios inútiles. El anónimo que nos ha dejado la historia del abad Ricardo, refiere que habiendo sabido este abad que Odon ó Eudo, conde de Champaña, sitiaba el castillo de Commeri, fué á él con Geroin, apocrisiario de S. Vanne, para hacerle levantar el sitio, pero que estando ya incendiado cuando llegaron á aquella ciudad, se apresuraron á salvar de las llamas un brazo de S. Pantaleon mártir, que se le compraron á un soldado que se le llevaba y que le trasladaron á S. Vanne, sobre lo que escribió una carta á los monjes de S. Pantaleon de Colonia, que deseaban saber todos los pormenores de este suceso. Encuéntrase esta carta al fin de la vida del abad Ricardo, pero han omitido una circunstancia que merece especial mencion. Héla aquí. Por temor de que el olvido de lo que

habia pasado en S. Vanne en su época ocasionase á sus sucesores algunas dificultades ó algunas pérdidas, tuvo cuidado de hacer un cartulario en que escribió ó mandó escribir todas las cartas y diplomas relativos á su monasterio, y lo más notable que en él habia acaecido. El original se conservaba en Dijon. El P. Mabillon, que llegó á verle, ha publicado algunas líneas que nos demuestran los motivos porque el abad Ricardo habia trabajado en este cartulario. — S. B.

RICARDO (Venerable), hermano lego de la religion Benedictina. Este siervo del Señor, ejemplarísimo en virtudes, floreció en el monasterio de Aquiscinto, fué un dechado de santidad, admirable en sus austeridades y penitencias, y celebrado por su piedad y gran caridad con los pobres, desvalidos y enfermos. Toda su vanagloria estaba cifrada en ejercer con la mayor constancia y esmero los oficios más humildes del convento, siendo su mayor deseo descargar de aquellas ocupaciones á sus demás hermanos. Fué maravillosa su abstinencia, ayunando muchos dias á pan y agua, y usando como de regalo únicamente legumbres y hortalizas, su cama era dura y algunas veces ninguna, consistente en un simple tablado; su hábito era siempre el más desechado, pero muy curioso; su compasion para con los pobres y enfermos era notabilísima, los asistia en sus dolencias con el mayor amor, velándolos y suministrándoles á sus horas los alimentos y medicinas, limpiándolos y aseándolos sin manifestar el menor escrúpulo, así era considerado en el monasterio como el principal y más necesario enfermero, debiéndose la mayor parte de las curaciones á su buena asistencia y cuidado. De este modo se hizo un gran lugar en el convento, siendo querido y considerado por sus inmejorables prendas y por sus virtudes raras. Su muerte fué muy sentida en el monasterio, pues bien pronto se echó de ver su falta y lo muy difícil que era el reemplazarle. Murió en el año de 1193. — A. L.

RICARDO (Fr.), obispo. Fué escocés de nacion, y no puede asegurarse á qué familia perteneció, porque cuidadosamente oculta los pormenores de ella la crónica de su tiempo, sin que por esto pueda formarse un juicio desfavorable, mucho ménos cuando sus dotes y prendas decian claramente que su educacion habia de haber sido esmeradísima, pues mostró siempre en su trato una tal delicadeza y tan extraordinaria finura, que pareció á todos que habia siempre vivido entre príncipes. No pudo avenirse á ninguna de las carreras ni profesiones del siglo, porque desde luego estaba prevenido para el servicio de Dios en el estado perfecto de la religion, así es que apénas hubo cumplido la edad que los estatutos de la Real y militar Orden de Redencion de Cautivos de la Santísima Trinidad exigen para que los jóvenes ingresen en ella, nuestro buen Ricardo lo hizo en el convento de Krenak, que le recibió con indecible júbilo, porque hasta allí habia llegado la noticia de

sus excelentes disposiciones. Hecho allí, no solo con aprovechamiento sino con edificacion, su noviciado, y en medio de las más lisonjeras esperanzas de los Padres de aquella santa casa, profesó con gran júbilo de todos y despues le dedicaron, como era consiguiente, á que perfeccionára sus estudios. Pareciéndoles mejor que pasase á Oxford, cuya célebre universidad estaba entónces en grande auge, y era con razon considerada como una de las primeras del mundo. Desde luego se hizo allí notable por su extraordinaria aplicacion, habiendo logrado el primer lugar en todos sus estudios y un afecto de parte de sus maestros tal, que no consideraban la distancia que los separaba, sino que le admitian á su trato familiar, no haciéndole guardar la distancia que indudablemente habia entre ellos, sino considerándole como pudieran hacerlo con uno de ellos mismos. Esto en manera alguna era perdido, pues daba dos excelentes resultados, primero que demostraban las buenas condiciones del jóven, que á pesar de tan señaladas distinciones, ni una vez siquiera se desmandó, ni mucho ménos, con sus superiores y maestros, y segundo, que el trato íntimo que con ellos tenia le hacia oirle con más frecuencia, estar con ellos cuando estudiaban, ayudarles tambien en sus trabajos literarios, y como es consiguiente, conocer más y mejor las fuentes de donde en su dia podria él beber las saludables aguas de la ciencia, que anhelaba con el mayor empeño, porque llegó á penetrarse de que para esto exclusivamente le habia el Señor dotado del extraordinario talento con que se dignára favorecerle. De todos estos antecedentes se desprende necesariamente que el buen religioso, dotado de ingenio el más claro y de aplicacion la más constante, al lado de tan sabios maestros, se hizo notable en todos los ramos que abrazaba la instruccion en su época, así es que al llegar la de graduarse de doctor, fué declarado tal, despues de muy brillantes ejércicios, los cuales, con eso que los maestros llaman lucir, le obligaron á aguzar grandemente su ingenio por unanimidad, y lo que pocas veces ocurre, con verdadero entusiasmo de parte de sus mismos profesores. Es verdad que él era excelente latino, gran retórico é insigne filósofo, sirviéndole todos estos estudios de base para los profundísimos conocimientos que tenia en sagrada teología, cuya ciencia le era familiarísima, logrando por su aplicacion á su estudio el honor de sustituir muchas veces á sus mismos maestros en sus ausencias ó enfermedades. Pudiera la Orden Trinitaria haber aprovechado sus vastos conocimientos para haber sacado de él un maestro que indudablemente hubiera sido excelente, pero por motivos que desconocemos, no le dedicó á este provechoso ministerio, sino que le mandó escribir, pues para ello tenia más que suficiente ingenio y excelente criterio. Como no hubiese mediado la obediencia, es más que probable que no hubiesen los dias posteriores á los suyos visto siquiera lo que podia dar de sí

su esclarecido ingenio, pero como se le mandó escribir por obediencia y él ántes que nada era excelente religioso, que hacia escrúpulo de infringir, no ya las reglas fundamentales de su instituto, pero ni áun sus ménos importantes consejos, escribió, y escribió bien, y escribió mucho, habiéndonos quedado en impreso y en manuscrito cuatro libros acerca de la *Santísima Trinidad*, que es la parte más fundamental de la teología dogmática; ocho libros sobre el *Maestro de las sentencias*, en los cuales nos da las reglas de la crítica más razonada, y ventila muchas cuestiones escolásticas que el autor no dilucida, sin duda porque como hombre tan grande cual lo fué, no tenia la suficiente abnegacion para renunciar á ciertos principios escolásticos, que de deduccion en deduccion traian en su término, que por lo ménos tenia alguna inexactitud, y nuestro Ricardo desvaneciéndola puso en su gran tratado las cosas, ó más bien la manera de verlas, de tal suerte, que de entónces más pudo el *Maestro de las Sentencias* satisfacer áun á los más exigentes. Además escribió un libro sobre el tratado teológico *de Angelis*, y todos fueron desde luego provechosísimos para la enseñanza, y desde luego corrieron en manos de los jóvenes que á ella se dedicaban, como cosa para ellos del mayor provecho. Como no podia ménos, corrió la fama del singular mérito de tan esclarecido varon, y supo el mundo todo cuanto valia, llegando, como era consiguiente, á saberlo tambien Roma y el Sumo Pontífice, que á la sazon era Bonifacio VIII, de gloriosa memoria. En el ardiente deseo qne este Pontífice tuvo de dotar á las mitras de sugetos que tuviesen todos las apetecidas condiciones, no podia ménos de caber el colocar una en cabeza tan á propósito como la de nuestro buen P. Ricardo; así que en 1270, cuando ménos lo esperaba, cuando él estaba más satisfecho disponiendo la segunda edicion de sus ocho libros sobre el *Maestro de las Sentencias*, recibió el nombramiento y bulas de obispo de Sidon, con una carta del soberano Pontífice, en la cual le conminaba con las penas y censuras de la Iglesia si no aceptaba el importante cargo que se le conferia. Puede imaginarse el efecto que en él produciria tan inesperada comunicacion, con solo saber que reunia á una humildad profundísima la más perfecta sumision al Papa y á sus decisiones, así es que sin vacilar, y áun cuando creia muy superior á sus débiles fuerzas la carga que querian imponerle, la aceptó, y consagrado en una de las casas de su Orden, con extraordinaria pompa, se dispuso á emprender su marcha allí donde el Señor le destinaba. Sabido es que las provincias eclesiásticas comarcanas á la en que Fr. Ricardo fué nombrado, no gozaban de la paz y sosiego apetecidos para el desempeño de un cargo tan importante como el de obispo, pero tampoco se ignora que estas tribulaciones mismas, acrisolando más y más á los ministros del Señor, los acercan á la cruz, y por consiguiente les dan la victoria, razon por la cual nuestro

Fr. Ricardo, tan pronto como pudo, se embarcó con destino á Francia, lugar de su obispado. En tres veces que intentó ir allí tuvo viento contrario, hasta tal punto que una de ellas estuvieron largo tiempo en la mar y no pudieron hacer otra cosa que rodeos, despues de los cuales volvian otra vez á Inglaterra. Consultó el Obispo con Dios tan inesperado suceso, y oyendo dócil el parecer de las personas de más reconocida virtud y de no escaso talento, resolvió quedarse en su convento de Trinitarios de Aberdonia hasta que Dios fuera servido sacarle de allí para el destino que fuera de su loabilísimo beneplácito. En aquel pueblo hizo mucho bien con el ejercicio de su ministerio pastoral, y sin duda alguna era la voluntad del Señor que no saliera de allí, toda vez que la muerte le sorprendió despues de una ligerísima enfermedad en aquel convento mismo, el dia 21 de Marzo de 1304, habiendo recibido todos los auxilios espirituales que tanto sirven en este apurado trance. Sus honras fueron tan solemnes como merecian por todos conceptos, y tanto el comun de los fieles, como los clérigos, religiosos y sabios quisieron, cada cuál á su modo, rendir al esclarecido Obispo el homenaje de respeto y veneracion que era debido, legando á la posteridad, además de sus obras, un monumento que perpetuára su memoria. Por esto le hicieron un gran sepulcro, en el cual los mejores poetas pusieron algunos dísticos á la buena memoria del señor obispo Fr. Ricardo. — G. R.

RICARDO (Fr.). Las crónicas de la sagrada religion de Trinitarios redentores de cautivos, fundada por los santos Juan de Mata y Félix de Valois, nos hablan de un personaje que es indudablemente nuestro Ricardo, pero cuya historia, sucesos y antecedentes envuelven en el misterio de tal suerte, que es muy difícil venir en averiguacion de quién será este esclarecido personaje, distinto, sin embargo, por sus especiales circunstancias de otros muchos que con el mismo nombre han brillado en la misma sagrada religion. No es aquel Ricardo Itayo, que recibiendo el santo hábito de mano de S. Juan de Mata, y al mismo tiempo que el beato Roberto, pasó con él á fundar en Escocia la órden que S. Juan de Mata acababa de instituir, es otro Ricardo á quien el mismo S. Juan de Mata confiere el hábito, aunque con otro motivo. Referiremos los pocos datos que acerca de este Fr. Ricardo hemos logrado reunir, y dejaremos á hombres de más estudio el que profundicen este asunto, por si les parece importante y oportuno el esclarecerle más. Hallábase el glorioso S. Juan de Mata en su convento de Roma, se le llegó á pedir el santo hábito aquel glorioso mártir, primero que dió su sangre por la verdadera fe, el Bto. Roberto de S. Juan, y como Juan de Mata lo conocia, y lo conocia por ilustracion de Dios, ni un momento vaciló en concederle lo que anhelaba, siendo este el motivo de que nuestro Ricardo se excitára á deseo de recibir tambien él el hábito de la Trinidad. S. Juan de Mata lo probó re-

petidas veces, y siempre le halló dispuesto á cuanto la obediencia queria exigir de él. Nunca le parecieron difíciles los ejercicios más penosos, nunca se quejó de las más rígidas observancias, y no permitió el Señor que se separára de S. Juan de Mata, pues en varias ocasiones, cuando el Santo pensaba en mandar religiosos aquí ó allí, se acordaba de Fr. Ricardo, pero luego los religiosos iban y el hermano se quedaba. Fué lego, pero lego muy útil, porque era muy obediente, y para él no era dificultad ni el no saber hacer las cosas, ni mucho ménos el no haberlas hecho nunca. Le mandaban algo, ya estaba obedeciendo sin reparo; y este era sin duda el motivo por el cual el Señor muchas veces le premiaba, con lograr el éxito de empresas poco ménos que imposibles, ese anhelo de obedecer con que se dedicaba á ellas áun cuando las hallára enteramente superiores á sus fuerzas. Era muy caritativo, y para el ejercicio de esta virtud es para lo único que importunaba al P. Juan de Mata, sabiendo, sin duda, por superior ilustracion, manifestar tan bien las necesidades de sus hermanos, que no habia remedio, tenian los superiores que concederle los socorros que pedia, porque siempre era necesario remediar á los infelices por quienes abogaba. Era tambien muy dado á la oracion, y muy devoto del Santísimo Sacramento del altar; así es que con estas dos alas volaba hácia el amor divino, tan á grandes rasgos que no era posible ni áun seguirle, siendo admirable la ciencia de espíritu que adquiria siendo tan rudo su ingenio para las cosas materiales. Diferentes fueron los ministerios á que se le dedicó por sus superiores en el convento, mas encargado del oficio de enfermero, estuvo á su cuidado el glorioso S. Juan de Mata en la enfermedad que le llevó al cielo. Suma fué la atencion y cuidado con que trató Fr. Ricardo de desempeñar su oficio en esta ocasion, áun cuando en honor de la verdad debe decirse que para todos era esmeradísimo, y muy atento siempre en el desempeño de su deber; pero las circunstancias que concurrian en S. Juan de Mata, como que le obligaban más y más. A pesar de su condicion de lego, quiso el Señor que estuviera presente hasta la muerte de su superior, y que recibiera su último suspiro, lo cual le sirvió de un gran consuelo por una parte, y de gran pena por otra; de manera que desde este suceso, puede decirse que Fr. Ricardo no estuvo en sí, y no se crea que desconfiaba de que el santo Patriarca fuese á la gloria; no, era el primero á confesar que era un santo, pero se afectó tanto, que muy pocos meses despues él tambien pasó de esta á mejor vida, como lo hacen inferir sus virtudes y circunstancias. Esto es todo lo que podemos consignar acerca de este religioso trinitario Fr. Ricardo, compañero, ó mejor dicho, lego del glorioso S. Juan de Mata. —G. R.

RICARDO (D.), célebre aragonés del siglo XII. Fué primero arcediano y despues obispo de Huesca, cuya diócesis comprendia entónces las de

Jaca y de Barbastro. En esta sede sucedió á D. Jaime I, quien le tuvo particular amor, y estimó mucho por su entereza, gravedad y sabiduría. El rey D. Alonso II de Aragon y la reina Doña Sancha, su mujer, le continuaron este aprecio, y se halló en muchas deliberaciones y consejos de este soberano, donde fué muy respetada su prudencia, autoridad y literatura. Asistió en las Córtes celebradas por el mismo rey en Huesca el año 1188, y tambien en las que tuvo la reina Doña Sancha y el rey D. Pedro II, su hijo, en Daroca; y por su dictámen, el de D. Sancho de Orta, Don Fortuñon de Vergua y otros caballeros aragoneses, confirmó y revalidó el mismo D. Alonso, los fueros y leyes de la ciudad de Jaca, de que se trató, y del mismo modo favoreció varios privilegios de este reino, así en la vida como despues de la muerte de aquel soberano, y se halló en sus exequias celebradas en Zaragoza el 16 de Mayo de 1196. Estas y otras acciones de sabiduría, celo y discrecion hicieron gratísima su memoria, y con especialidad en el Real monasterio de Sixena, de señoras Comendadoras de la órden de S. Juan de Jerusalen, que la reina Doña Sancha habia fundado, por haberle formado la regla y modo de vivir que debian observar sus religiosos; no existiendo aún convento alguno de este instituto en España del que pudieran recibirlo; cuya institucion compuso y arregló de consentimiento de la dicha Reina y del mencionado obispo D. Jaime, que habia recibido esta comision, como refiere el P. Fr. Marco Antonio, varon cronista franciscano, en la *Historia de dicho Monasterio*, tomo I, pág. 45. Consagró tambien nuestro obispo D. Ricardo en 1188 la iglesia del mismo monasterio, hallándose presentes los referidos soberanos con todo el séquito de su corte, y de las señoras que habian de recibir el hábito; accion y ceremonia que por su celebridad mereció el que se acordase y conservase en una lápida de mármol. Murió nuestro venerable obispo, como le llama Blancas, en el año de 1199, segun Aynsa en la *Historia de Huesca*, fol. 391, col. II: escribió ántes de 1188, aunque en él se formalizó: 1.° *Regla y modo de vivir para las religiosas de la órden de S. Juan de Jerusalen en el Real monasterio de nuestra Señora de Sixena, fundado en* 1188. La aprobó, juntamente con la ereccion del monasterio, el gran maestre de dicha Orden Fr. D. Armengol, y despues su sucesor en el maestrazgo Fr. D. Guerrino de Monteagudo, por otra bula magistral, y lo mismo practicaron los papas Clemente III y Celestino III en 1193 y 1195, recibiendo á la referida Real casa, con todos sus bienes, bajo la proteccion de la silla apostólica, y concediéndole singulares privilegios. Lo mismo hizo Inocencio III en 1207, y otros pontífices y maestros de la Orden. La mencionada regla, unida á la de S. Agustin, que profesa esta religion, se publicó en la institucion del referido monasterio en 23 de Abril de 1185, en su coro, á presencia de los mismos reyes D. Alonso y Doña Sancha, le-

yendo su ejemplar el secretario Juan de Ripoll á las señoras que habian de vestir el hábito para que supiesen sus obligaciones, y al fin les hizo la Reina un cuerdo razonamiento relativo á este objeto, y la misma hizo la ceremonia de dar el hábito y recibir la profesion de Doña Sancha de Abiego, á quien habia nombrado priora, y esta admitió á las demás señoras que debian formar esta ilustre comunidad. La citada regla fué recibida despues en otros monasterios de religiosas de este instituto, pidiéndola y recibiéndola del de Sixena, y la estampó el citado cronista Varon, despues de su índice, en 48 páginas, edicion de Pamplona, por José Longás, año 1776, en 4.°, con este título: *Institutio per Dominum Ricardum, oscensem episcopum, et magistrum hospitalis Empostæ de assensu. Illustrissimæ Sanctæ Reginæ Aragonum in monasterio de Sixena facta;* y acaba: *Hoc autem factum est anno ab Incarnatione Domini MCLXXXVIII, indictione VI, mense Octobris;* advirtiendo que para el monasterio de Estremoz la pidió el infante D. Luis de Portugal, gran prior de Ocrato, á Doña Beatriz de Olcinellas, priora de Sixena. Alaban á nuestro obispo D. Ricardo: Zurita, en los *Anales de Aragon*, libro II, pág. 1, cap. XLIII y XLVIII. Blancas, en sus *Coment.*, pág. 38. El abad Carrillo, en la *Hist. de S. Valer.*, pág. 311. El prior Moreno, en su *Jerusalen religiosa*, Ms. en varias páginas. Aynsa, en la *Hist. de Huesc.*, libro III, cap. XIV, fól. 393, col. I y II, y entre otros escritores, con particular memoria, el citado P. Varon, tomo I, de la *Hist. de Sixena*, página 41, núm. 4; pág. 49, núm. 4; pág. 50, núm. 7; pág. 53, núm. 10; página 54, núm. 11; pág. 57, núm. 15 y 16; y en otras en el tomo II, pág. 18, núm. 6; pág. 20, núm. 8; pág. 41, núm. 1; pág. 42, núm. 2; pág. 55, núm. 7, pág. 57; núm. 14 y en otras.—L. O.

RICARDO el *Canónigo*. Fué llamado así este eclesiástico á causa de que fué canónigo regular de la órden de S. Agustin en Lóndres, y solo se dice de él que fué uno de los más grandes poetas y oradores de su época, que señalan hácia el año 1200 de nuestra era. Fué muy apreciado de Ricardo I, rey de Inglaterra, al que acompañó en su viaje á Palestina y Asiria, en el que fué tomando noticias de estos países y nota de los hechos de su rey, cuyo viaje escribió, segun Pitseus, que le cita en su obra *sobre los escritores ingleses*.—C.

RICARDO, Cardenal italiano que fué monje y abad de Monte-Casino, al que creó cardenal preste de S. Ciriaco el pontífice Inocencio IV el año 1252 ó 1253, segun otros autores. Siendo abad del expresado monasterio, recuperó fondos y derechos que se habian perdido por incuria de los tiempos, y obtuvo del papa Alejandro IV una bula de confirmacion de las donaciones hechas á tan insigne monasterio. Murió este Cardenal en Monte Casino el año 1162 y fué sepultado en él.—C.

RICARDO. Así fué llamado un cardenal de la santa Iglesia romana, que suscribió la bula de Urbano II de 1095, como cardenal presbítero y abad de Marsella, en favor del monasterio de S. Egidio: Moroni en su *Diccionario Eclesiástico*, sospecha que este cardenal y Ricardo Ricardi sean uno mismo. — C.

RICARDO (Hermano). Este Padre franciscano vino desde Jerusalen á Paris el año 1429, en donde predicó en la iglesia de los Santos Inocentes durante ocho dias con extraordinario celo. Empezaba á predicar á las cinco de la mañana y no acababa el sermon hasta las diez ó las once, teniendo siempre enteramente llena la iglesia de oyentes. A fin de que fuese mejor oido y contemplado, se levantó un tablado, de toesa y media de alto, sobre el cual predicaba. Predicó despues en Boulogne, cerca de París, un sermon que de tal modo entusiasmó á los habitantes de París que fueron á oirle, que al volver á sus casas encendieron más de cien hogueras en las calles y plazas públicas para quemar en ellas cuanto les detenia en el vicio. Los hombres arrojaban al fuego los naipes, los juegos de damas, los dados, los objetos de billar, bolos y todo lo relativo al juego; y las mujeres sus tocas, brazaletes, encajes, adornos y cuanto podia mantener su vanidad y disolucion. Hizo tambien quemar este predicador una gran porcion de las llamadas manos de gloria, especie de talismanes, figuras de animalillos, que se conservaban por supersticion en las casas rodeadas de telas de seda, terciopelo ó lino fino, creyendo los que los poseian que miéntras que los conservasen no serían pobres. Profetizó al pueblo que en el siguiente año se verian grandes prodigios, diciendo que lo sabia de cierto de boca de sus hermanos Vicente y Bernardo, que fué el más famoso predicador hasta su época. Teniendo noticia los parisienses de que debia predicar en Montmartre un domingo, fueron á esta poblacion más de seis mil personas desde la víspera, quedándose aquella noche en las calles y en los campos. Pero temiendo sin duda la autoridad que pudiese promoverse un desórden, le prohibió predicar aquel dia, razon por la que el Padre Ricardo abandonó á París y se retiró entre los Armagnacs, ó sea entre los del partido del duque de Orleans contra el de Borgoña, al que atrajo al pueblo con su elocuencia. Sabiéndolo los de París le llenaron de maldiciones, y para vengarse de él volvieron á tomar todos los juegos que él les habia obligado á abandonar, y arrojando las planchuelas de plomo en las que estaba escrito el nombre de Jesus que él les habia dado, escogieron en lugar de esta insignia la cruz de S. Andrés.—C.

RICARDO el *Grande*. En los *Ilustres Escritores ingleses* de Pitseus hallamos á este prelado, del que solo nos dice Moreri en su *Gran Diccionario histórico y geográfico*, citando al anterior autor, que fué arzobispo de Cantorbery y ántes canciller de Lincoln, y que murió el año 1231 al volver de

Roma, cuando Enrique III reinaba en Inglaterra. Se conocen de este prelado algunas obras y entre ellas las siguientes que parecen ser las principales: *De fide et legibus.*—*De Sacramentis*, etc.—C.

RICARDO, arzobispo de Cantorbery, antagonista de Rogerio, arzobispo de Yorck, era monje benedictino. Habia sido prior de Douvres en 1173, de donde fué promovido á la sede de Cantorbery. Habiéndose opuesto á su instalacion el hijo del rey, se refugió cerca del pontífice Alejandro II, que le consagró por si mismo en Agnani. En 1175 desempeñaba Ricardo en Inglaterra sus funciones arzobispales y las de legado de la Santa Sede; presidió el concilio de Westminster, á que no quiso asistir el arzobispo de Yorck Rogerio, prefiriendo protestar contra los decretos emanados de esta asamblea, en particular en lo relativo á los derechos y á las pretensiones de su iglesia. En el concilio de Lóndres en 1176 se suscitaron nuevos debates entre ambos arzobispos, disputando Rogerio la primacía á Ricardo, lo que dió lugar á una escena désagradable que terminó el sínodo y que ha referido David Hume para manifestar, segun dice, el carácter de aquel siglo y los extremos á que se dejaban arrastrar los mismos obispos. Ambos metropolitanos se quejaron á la corte de Roma, que decidió la querella. Ricardo murió de un cólico en el castillo de Hatinges, cerca de Rochester, el 17 de Febrero de 1184, segun nuestro actual modo de contar. Era, se dice, de regular erudicion y de una inocencia laudable: *Mediocriter litteratus, laudabiliter innoxius.* Cuéntanse en el número de sus escritos algunos cánones que ocupan tres páginas en la *Coleccion de Spelman*, y que se refieren á las obligaciones eclesiásticas. Baley le atribuye tambien muchas cartas y un libro contra sus enemigos, *contra suos perturbatores*, libro que no existe ya, habiéndose publicado siete de sus cartas. Dos se hallan dirigidas á los Cistercienses; la una, escrita poco despues de su eleccion, expresa los sentimientos de amistad que tenia hácia ellos; la otra, mucho más larga y compuesta en 1179, es una enérgica exhortacion para que se pagasen los diezmos, con amenaza de excomunion á los que pretendiesen hallarse exentos de ellos. Las otras dos cartas de Ricardo se dirigen á los obispos de Inglaterra. Nicolás Trivetti inserta la primera y la refiere al año 1176: de ella se deduce que se habia introducido la costumbre de no castigar más que con la excomunion al asesino de un obispo, de un sacerdote ó de un clérigo. Ricardo reclama contra esta jurisprudencia. En la otra carta á los prelados, sus hermanos, se queja de la grande facilidad con que admiten al ejercicio de las funciones episcopales á obispos extranjeros cuya consagracion no es segura. Existen tambien dos cartas del mismo prelado al papa Alejandro, tratándose en la una del abad de Malmesbury, que pretendia sustraerse á la jurisdiccion episcopal. Ricardo se queja en general de todas las

inmunidades de este género que obtienen ó se abrogan las abadías. En la otra carta al Papa excusa con ejemplos sacados del Antiguo Testamento, á los obispos que frecuentan la corte. La séptima carta de Ricardo es una representacion al príncipe Enrique, despues Enrique III de Inglaterra, que estaba entónces en guerra con su padre Enrique II, y le anunciaba que va á ser excomulgado, si no vuelve cuanto ántes á cumplir con sus deberes. Estas epístolas de Ricardo se hallan entre las de Pedro de Blois, que le escribió tres, y que fué su canciller. Aunque primado de Inglaterra este prelado, era de orígen normando y habia estudiado en París.—S. B.

RICARDO, arcediano de Coutances y obispo de Avranches. Juan de Sarisbery habla muchas veces en su *Metalógica* de Ricardo el Obispo y siempre con elogio. En particular en el capítulo X del libro II, le llama: *Hominem ferè nullius disciplinæ expertum*, y añade, *plus pectoris habet quàm oris, plus scientiæ quàm facundiæ, veritatis quàm vanitatis, virtutis quàm ostentationis.* En el capítulo XXIV del libro I habia dicho: *Vitâ et conversatione via bonus;* felicitándose constantemente de haberle tenido por maestro; pues repasó bajo su direccion todo lo que habia aprendido con otros. Bernardo de Chartres habia introducido en las escuelas una nueva manera de estudiar las bellas letras, ó por mejor decir, habia introducido el método de Quintiliano, que ningun profesor habia adoptado todavía. Comenzaba, á ejemplo de este gran maestro, por las bases de la elocucion, es decir, por las reglas de la gramática, que explicaba con precision y claridad. Pasando de aquí á la elegancia del estilo, manifestaba el punto medio que se debe observar entre la negligencia y la afectacion; despues enseñaba á hacer los razonamientos con exactitud, ya para hacer sensibles las verdades que se piensan establecer, ya para hacer desechar los errores que se procuran refutar. Todas sus reglas estaban apoyadas en ejemplos tomados de la buena antigüedad, á los cuales añadia algunas veces composiciones de los modernos, ménos por deseo de criticar que para hacer comprender, por medio de este contraste, las ventajas que lleva á la falsa la verdadera elocuencia. Juan de Sarisbery no elogia ménos su conducta para con sus discípulos que su habilidad en las enseñanzas, ó más bien encuentra en la primera una nueva prueba de la segunda; separándose tanto de la concision, que oculta las cosas que deben conocerse necesariamente, como de la difusion, se fatiga temiendo dejar algo por decir; tambien sabia proporcionar á la capacidad de sus oyentes las lecciones que les daba. Ricardo creyó no podia encontrar mejor modelo; pero se dejó corromper en lo sucesivo por el contagio del ejemplo y las falsas apariencias de unos adelantos mas rápidos. Juan de Sarisbery pinta con la mayor viveza los males que de ello resultaron. Ricardo el Obispo habia estudiado con mucha atencion la filosofía de

Aristóteles, y hasta puede deducirse de una carta de Juan de Sarisbery, que Ricardo compuso notas sobre las obras de este grande hombre. Juan le habia suplicado algunas veces le sacase una copia de los libros que poseia del filósofo griego, peticion que le renueva con mas instancia todavía, suplicándole en su carta acompañe este manuscrito cuando se le envie con observaciones y notas sobre los lugares más difíciles, con el motivo de que desconfia mucho de la traduccion latina que se habia hecho de estas obras. Es verdad que no se nombra formalmente á Ricardo el Obispo, como la persona á quien se halla dirigida la carta, pero no es imposible reconocerle; Juan de Sarisbery la dirige á un arcediano de Coutances, y aunque se halle borrada una parte del nombre en el manuscrito, se reconocen las primeras letras, que son efectivamente las primeras de la palabra latina *Ricardus*. Añadamos que esta epistola es del año 1166 ó 1167, época en que precisamente ocupaba Ricardo el arcedianato de Coutances. Se ocupaba desde muchos años ántes, cuando Juan de Sarisbery escribia en su *Metalógica*; carácter que le es dado en el capitulo XXIV del libro I. Ricardo fué despues obispo de Avranches en 1171, y continuó en esta dignidad hasta su muerte ocurrida en 1182. Muchos de sus actos como prelado se refieren en la *Galia Cristiana*. Firmó como testigo en 1174 la convencion hecha entre Guillermo, rey de Escocia y Enrique II, rey de Inglaterra. Durante su episcopado, en 1171, fué cuando se celebró en Avranches el concilio que devolvió á este príncipe á la comunion de la Iglesia, de que habia sido separado despues del asesinato de Tomás Becquet, arzobispo de Cantorbery, conocido por Sto. Tomás de Cantorbery. Roberto de Mont se explica así al hablar de la muerte de Ricardo: *Obiit pater noster Richardus, Abrincensis episcopus, vir magnæ litteraturæ, tam secularis quám divinæ, morum honestate virgo ab utero laudandus*. Parece propio que el sobrenombre del *Obispo* con que se le conoce, le haya venido de que fué obispo de Avranches; pero esta idea queda destruida por un pasaje de Juan de Sarisbery, en que se ve que este escritor le designaba ya así, aunque Ricardo no era todavía más que arcediano de Coutances: *Richardus, cognomento episcopus, officio nunc archidiaconus Constantiensis*. No nos es posible dilucidar este punto á los que escribimos actualmente, y aún nos parece demasiado trivial para concederle los honores de una discusion séria. —S. B.

RICARDO, monje de Grand Selve, en la diócesis de Tolosa, compuso hácia el año 1160 noventa y tres versos en honor de la abadía de Claraval. Se encuentran á continuacion de las obras de S. Bernardo, en la edicion publicada en Paris en 1596 en folio; no se hallan ni en las ediciones hechas en la misma ciudad en 1581 y 1586, ni en la de la imprenta real en 1640, ni por último, en la que se debe á Mabillon. Estos versos, leoninos casi todos,

riman casi siempre entre sí en la forma de pareados. Hé aquí algunos precedidos del título con que se han impreso:

Richardi monachi de Grandi Silvâ diœcesis Tolosanæ, ordinis Cisterciensis, Carmen de laude Clarevallis, et de religiosa ibidem disciplinâ.

Gaudia qui mundi vis spernere vana rotundi,
Et contemplari Christi jubar et meditari,
Tunc locus aptior, ad bona promptior, est adeundus,
Quem ditat bonitas, pietas, bona prædia, fundus
Vallis devota, vallis pia, congrua tota,
Vallis nobilis atque probabilis ac populosa
Spiritualibus aptaque fratribus ac speciosa
O vallis clara divini numinis ara
Clara vale vallis, plus claris clara metallis,
Tu nisi me fallis, es rectus ad œthera callis.

S. B.

RICARDO, cardenal obispo de Albano. Consta por la crónica de Hugo de Flavigny, que concluye en 1102, que Ricardo ántes de ser elevado al cardenalato era dean del cabildo de S. Esteban de Metz. Lo mismo dice Lorenzo de Lieja en la *Historia de los obispos de Verdun;* tenia un hermano llamado Arnoldo, hombre de armas ó caballero, que habiéndose hecho religioso en sus últimos dias en S. Vanne en Verdun, fundó en su tierra de Bouzonville un priorato dependiente de aquel monasterio. Lo que no ha impedido á Ughelli y Chacon el confundir á nuestro prelado con otro Ricardo, hermano de Bernardo de Milhaud, abad de S. Victor de Marsella, ambos cardenales y legados de la Santa Sede bajo el pontificado de Gregorio VII. Lo que prueba que es preciso distinguir al obispo de Albano del otro Ricardo, que sucedió en la abadía de S. Victor á su hermano, muerto en 1079, y fué consagrado arzobispo de Narbona, y gobernó esta iglesia desde 1106 á 1121. Chacon dice que Ricardo fué creado obispo de Albano en 1100, en la primera creacion del papa Pascual II. Lorenzo de Lieja no fija el año, pero refiere que le fué concedida esta dignidad en atencion á su adhesion á la Iglesia romana durante el cisma del antipapa Gilberto, y por haber seguido á Herimanno, obispo de Metz, cuando fué arrojado de su sede por los imperiales en 1085. Si bien no tenemos pruebas de que fuese creado cardenal ántes del año 1100, sabemos al ménos que fué enviado como legado á Francia en 1102, que celebró concilios y que escribió un gran número de cartas relativas á los negocios de su legacion, de que vamos á ocuparnos para llenar el vacío de los autores que han trabajado án-

tes de nosotros en la historia literaria. El principal asunto que tuvo que tratar, fué la absolucion del rey Felipe I, que hacia muchos años se hallaba excomulgado á causa de su matrimonio con Bertrada de Montfort. Este débil monarca habia sido absuelto de la excomunion con promesa de separarse de Bertrada, pero esclavo siempre de su pasion, no cumplió su promesa. Habiendo caido en los lazos de Bertrada, incurrió de nuevo en la excomunion, que fué pronunciada contra él en el concilio de Poitiers en 1100. Quiso hacer un viaje á Roma para verse libre de ella, pero el Papa le ahorró este trabajo enviando al obispo de Albano para negociar esta reconciliacion, con las precauciones que habia sugerido el obispo de Chartres. Este asunto continuó hasta el año 1104. Ricardo convocó entónces un concilio en Troyes, en Champaña, para el mes de Abril del mismo año, é Ivo escribió al legado una carta en que manifiesta su deseo de la absolucion del Rey; pero no se atreve á aconsejar al legado se separe de las instrucciones que habia recibido del Papa. No existen las actas de este concilio, á que asistió gran número de prelados, segun se infiere de las suscriciones de los obispos á las dos cartas de Hugo, conde de Champaña. Ultimamente, se sabe que el matrimonio de este con Constanza, hija de Felipe I, rey de Francia, fué disuelto á causa de parentesco; mas puede inferirse de lo que pasó en el mismo año en el concilio de Beaugency, que la cuestion de Felipe no se habia decidido todavía. No hay más noticias del concilio de Beaugency, que presidió Ricardo, que las que da la carta de Ivo de Chartres al papa Pascual. Este concilio fué reunido en 10 de Julio de 1104 y compuesto de los obispos de las provincias de Reims y de Sens. Ivo asistió á él, lo mismo que el Rey y Bertrada, quienes prometieron jurar sobre los santos Evangelios que no vivirian más juntos, y que tampoco se hablarian sino es en presencia de testigos no sospechosos, hasta que hubiesen obtenido la dispensa del Papa. Esta restriccion lo hizo fracasar todo; los obispos se dividieron creyendo unos que podian absolverlos sin inconveniente, sosteniendo los otros que no se podia. El legado era quien debia decidir; pero el Papa le habia prescrito no hacer nada más que por consejo de los obispos, y estos no querian comprometerse. Durante esta diferencia se quejó el Rey de se le injuriaba en sospechar de su sinceridad y se retiró sin haber concluido nada. Ivo terminó su carta suplicando al Papa usase de condescendencia con el Rey, porque decia: á fuerza de chupar se saca hasta la sangre: *qui multum emungit, elicit sanguinem.* Así es que el Papa, en su carta de 9 de Octubre de 1104 á los obispos de la provincia de Reims, de Sens y de Tours, prescribe por sí mismo la fórmula de juramento á que debia someterse el Rey para obtener el beneficio de la absolucion, y como presumia que Ricardo habia ya salido de Francia, encargó á Lamberto, obispo de Arras, re-

uniese á los obispos para recibir el juramento del Rey y le concediese la absolucion, lo que se verificó en Paris en el mes de Diciembre del mismo año. Ricardo habia ido á Alemania con motivo de las turbaciones entre el emperador Enrique IV y el rey, su hijo, y asistió en las fiestas de Navidad del año siguiente á la asamblea de Maguncia, en la que el Emperador, excomulgado de nuevo por el legado, se vió obligado á despojarse de los atributos de la monarquía para revestir de ellos á su hijo. Este desgraciado príncipe se habia hincado de rodillas delante del legado, pidiendo por todo consuelo ser absuelto de la excomunion. Ricardo pretendió que esto excedia á sus poderes, que habia que dirigirse al Papa, que era el único que le podia absolver. Se dirigió despues donde se hallaba el Papa, que debia reunir un concilio en Guastala en el mes de Octubre del año siguiente. De allí volvió á Francia con el Papa, á quien acompañó durante el año 1107, y en el mes de Octubre del mismo hizo la dedicacion de la iglesia de Chaumousset en Lorena. Debemos suponer que Ricardo, despues de la partida del Papa, fué enviado á España. Al ménos se sabe que un cardenal llamado Ricardo celebró por aquel tiempo un concilio en Palencia, en el reino de Leon. En este concilio restableció el cardenal Ricardo en la antigua dignidad de metrópoli el arzobispado de Braga, en virtud de bula concedida por el papa Pascual II al obispo San Gualdo. No se dice en verdad que este cardenal Ricardo fuera el obispo de Albano, y hay razones en pro y contra de esta opinion. Si es cierto lo que dice el cardenal Aguirre, que coloca este concilio en 1104, este cardenal Ricardo no era otro que el abad de S. Victor de Marsella, que en el año 1089 habia celebrado ya un concilio en Palencia. Pero el P. Pagi confiesa que la época del restablecimiento de la metrópoli en Braga, y de consiguiente la del segundo concilio de Palencia, son muy inciertas. Lo que prueba por otra parte que este concilio podia muy bien ser del año 1108 ó 1109, primero porque no se encuentra ningun indicio de que el obispo de Albano hubiese permanecido en Francia ó Italia durante estos dos años; segundo, porque en la época en que volvió á Francia en 1110, los moros, segun la crónica de Sens, habian hecho tales progresos en España, que los cristianos habian pedido socorro al rey Luis *el Gordo*; y es indudable que los concilios reunidos por el obispo de Albano en 1110 en Tolosa y en S. Benito sur Loire, no tuviesen otro objeto que el socorro de los cristianos de España, cuyas desgracias habia visto el legado por sus propios ojos, y que Luis *el Gordo*, elevado recientemente al trono, no podia concederles. El P. Vaissette observa además que Ricardo, abad de S. Victor, desde el momento en que fué nombrado arzobispo de Narbona en 1106, no usó ya el carácter de cardenal. Cualquiera que sea el acierto de nuestra opinion sobre la época del

concilio de Palencia, es indudable que el obispo de Albano reapareció en Francia en 1110, y que presidió los dos concilios de que acabamos de hablar. No existen las actas de ninguno de ellos, conocemos el de Tolosa por algunas cartas del legado. El de Fleury ó S. Benito sur-Loire, se reunió en el mes de Octubre del mismo año y fué más solemne; los arzobispos de Sens, de Reims, de Tours y de Bourges asistieron á él con los obispos y abades de sus provincias; pero todo lo que conocemos se halla reducido á algunas decisiones relativas á asuntos entre particulares. Seis meses despues, el cardenal Juan, obispo de Frascati, llamándose vicario del Papa en Roma, escribió al legado para informarle de las turbulencias que habian acaecido el año 1111, miéntras se agitaba la cuestion de las investiduras, y de la desgracia que habia tenido el Papa de ser hecho prisionero, con la mayor parte de los cardenales, por el emperador de Alemania. Parece que Ricardo abandonó por entónces la Francia, pues no existe desde esta época documento alguno relativo á su legacion. Ughelli coloca su muerte en el año 1116, porque encuentra su firma en una bula del papa Pascual II, cuya fecha se halla concebida así: *Datum Laterani per manum Joannis S. R. E. Cardinalis et Bibliothecarii, V kal. Martii, indict. VII. Incarnat. Dom. anno MCXV, pontificatús quoque domni Paschalis II papæ anno XV.* La indiccion VII y el año del pontificado indican suficientemente que se debe referir esta bula al año 1114. Se sabe por otra parte que Pascual II seguia en sus diplomas el cálculo pisano, segun el cual el año comenzaba nueve meses ántes del año juliano. Esta bula es de consiguiente de 25 de Febrero de 1114; pero como este mismo año se encuentra un Anastasio, obispo de Albano, es preciso que hubiera muerto ó abandonado su silla poco tiempo despues. Ignórase si existen todas las cartas que escribió Ricardo en los ocho años que ejerció la legacion de Francia. Hé aquí las que se han conservado y se hallan esparcidas en diversas colecciones: —1.° La carta CXXXIII de Ivo de Chartres es en contestacion á otra de Ricardo, que no ha llegado hasta nosotros. Parece que el legado habia reprendido al obispo por falsas relaciones de que toleraba la simonía en su diócesis. Ivo le responde que era cierto que el dean y la iglesia de Chartres acostumbraban á percibir alguna retribucion de los canónigos nuevos; que habia intentado inútilmente remediar este abuso, porque los culpables se autorizaban con el ejemplo de las demás iglesias de Francia y áun de la corte de Roma, en que los obispos y los abades recien consagrados eran puestos á contribucion á título de ofrenda. Ricardo habia tambien llamado al clero de Chartres á Blois para responder á las quejas presentadas contra él por la condesa de Chartres, con motivo de un estatuto capitular que excluia de las prebendas del cabildo á los hijos de los llamados *conditionarii*, especie de libertos diferentes de los *manu-*

missii. Ivo representa en la misma carta al legado, que no hubiera debido elegir la ciudad de Blois por su tribunal, puesto que era de propiedad de la condesa, cuyos clientes, interesados en la querella, podrian lanzarse á violencias contra los canónigos. —2.° Dedúcese de la carta de Godofredo, abad de Vendoma, á Raunflo, obispo de Saintes, que el cardenal obispo de Albano habia dado un decreto que condenaba al obispo de Saintes á restituir á la abadía de Vendoma la isla de Fleac, situada en los pantanos cerca de Surgeses. —3.° En una carta á Roberto, conde de Flandes, escrita en 1103 ó 1104, Ricardo recomienda al conde ayudase con todas sus fuerzas á Lamberto, obispo de Arras, contra los clérigos rebeldes, que habia excomulgado Lamberto á causa de su mala conducta. —4.° Carta de Ricardo á Lamberto, obispo de Arras, para obligarle á hacer cese el abuso que se habia introducido en su diócesis de nombrar para un solo beneficio á muchos titulares á la vez, de los cuales los que sobrevivian recogian hasta el último la parte del finado. En la misma carta manda el legado que un usurero restituya la usura, cuando el que tomó el dinero prueba con testigos que ha devuelto el capital con el interés del dinero. —5.° Juan Bautista Souchet ha publicado una carta de Ricardo al dean de la iglesia de Chartres, en favor de un canónigo llamado Roberto, á quien se disputaba su prebenda.— 6.° Dos cartas de Ricardo á Pedro, obispo de Clermont, insertas en la crónica de S. Pedro le Vif en Sens, para hacerle lanzar excomunion contra los ciudadanos de Escuroles, de Saleas, de Monteclair y de Mauriac, culpables de horribles excesos contra los monjes de Mauriac. Viene despues el decreto de excomunion dirigido á los monjes de Mauriac, y una carta á Arnaldo, abad de S. Pedro le Vif, en que le anuncia que el obispo de Clermont, á pesar de su repugnancia, habia lanzado la excomunion. El legado se hallaba entónces en camino para dirigirse á Tolosa, donde habia convocado el concilio. —7.° Dos cartas á Aurelio, obispo de Tolosa. En la primera le recuerda, que conforme al decreto del concilio de Troyes de 1107, habia lanzado en el concilio de Tolosa excomunion contra los usurpadores de los diezmos y otros bienes eclesiásticos, y le manda aplicarla á los que se apoderaban de los bienes de la iglesia catedral de S. Esteban. En la otra le prescribe poner entredicho al monasterio de S. Pedro de la Cour, llamado tambien le Mas Garnier, porque hallándose en pleito aquellos religiosos con los de Moissac, no habian comparecido delante de él en Vezelai, donde los habia citado despues del concilio de Tolosa. —8.° Carta á Leger, obispo de Viviers, en que le manda sostener contra los clérigos de su iglesia la donacion hecha á los canónigos de S. Rufo de la iglesia de S. Andeblo, confirmada por él, á peticion del obispo, en el concilio de Tolosa. El P. Pagi ha hecho una disertacion bastante larga sobre esta carta y cae en muchos errores, que han

sido declarados por el continuador de la *Coleccion de los historiadores de Francia*.—9.° Habiendo hecho en el año 1110 la dedicacion de la iglesia de Cheminon, fundada por Hugo, conde de Champaña, para canónigos regulares en la diócesis de Chalons, Ricardo les concedió un privilegio de exencion, inserto en la *Nueva Gallia Christiana*, con la carga de pagar un censo anual á la Cámara apostólica. No conocemos otras producciones de su pluma. Estas cartas son ciertamente recomendables como documentos históricos, pero no tanto bajo el aspecto literario.—S. B.

RICARDO, predicador metodista, tuvo la presuncion de querer convertir á los religiosos de S. Sulpicio, que dirigian el colegio y seminario de Montreal, en el Canadá. Mas dichos religiosos fueron los que le convirtieron á él en el año de 1818, y Ricardo se ordenó de sacerdote y fué profesor de teología, desempeñando este cargo con grande erudicion y celo, pues se hallaba dotado de las mejores cualidades, y en particular de esa buena fe que le habia hecho abrazar nuestra religion, una vez convencido de sus santas verdades. Asi es que toda su vida fué un modelo de buenos eclesiásticos, mereciendo el aprecio de cuantos le conocieron y tuvieron ocasion de tratarle de cerca.—S. B.

RICARDO, religioso dominico, obispo de Chersona. Las cartas apostólicas del papa Juan XXII, insertas en los *Anales de la Iglesia*, nos dan conocimientos del mérito de dos célebres prelados, Francisco de Camerino, primer arzobispo de Vospro, y Ricardo, obispo de Chersona, nuncios apostólicos, del ardoroso celo de que estaban abrasados por la propagacion de la fe, y de las bendiciones particulares, que concedió el cielo á su ministerio para la salvacion de las almas en los reinos de Oriente. En estos breves, dirigidos unos al clero de Constantinopla, al emperador Andrónico ó á diferentes príncipes, y otros á nuestros dos obispos, es en los que únicamente apoyaremos la narracion que vamos á hacer de sus principales vicisitudes. Francisco de Camerino, llamado asi del lugar de su nacimiento, habia nacido en Italia, en la Marca de Ancona, y Ricardo era natural de Inglaterra. Habiendo sido instruidos con cuidado en la piedad y en las letras, en la órden de Sto. Domingo, comenzaron desde luego, cada uno en su provincia, á ejercer el ministerio de la palabra segun su vocacion. El deseo de ganar mayor número de almas para Jesucristo, los unió despues con el mismo designio de ir á trabajar en la viña del Señor entre los pueblos del Levante. Creemos que emprendieron este largo viaje con otros misioneros del Evangelio, que el general de los PP. Predicadores Berenger de Landora envió á las misiones extranjeras á principios del pontificado de Juan XXII, ó durante la vacante de la Santa Sede despues de la muerte de Clemente V. En efecto, en la época en que el Bto. Bartolomé de Bolonia anunciaba la fe

en la grande Armenia y trabajaba con el mejor éxito en la reunion de los cismáticos, nuestros dos misioneros, Francisco y Ricardo, desempeñaban las mismas funciones en las provincias vecinas, y los frutos de su trabajo no eran ni ménos preciosos ni ménos abundantes que los que hicieron tanto honor al apóstol de los armenios. El resultado de sus predicaciones en las costas del mar Negro no se manifestó únicamente en la conversion de algunos particulares, que habiendo recibido de su boca las verdades de la salvacion, aprendieron á dar al Ser soberano el culto que le es debido, sino que los príncipes y los soberanos, inspirados por la gracia, manifestaron la misma docilidad, y dieron algunas veces á sus pueblos el ejemplo, llegando á ser sus apóstoles hasta cierto punto. Unos y otros abandonaron al cisma de que se encontraban manchados por la desgracia de su orígen, y abjuraron los errores que les habian trasmitido sus antepasados. Animando cada vez más el celo de nuestros ardientes misioneros estos primeros resultados, llevaron más léjos la luz del Evangelio á las diferentes regiones del Asia, y resolvieron consagrar el resto de sus dias en cultivar un campo, cuya cosecha era ya tan abundante. La mayor parte de los príncipes que los recibieron favorablemente en sus estados eran tributarios de los tártaros, y no oponiendo estos obstáculo alguno á los progresos del Evangelio, los predicadores no dejaron de aprovechar sus buenas disposiciones para adelantar siempre la obra del Señor. Explicaban á unos los dogmas de nuestra santa religion, corregian con dulzura las costumbres depravadas ó las prácticas criminales de los demás. Procuraban en particular sacarlos de sus vanas supersticiones y hacerles renunciar á la poligamia para ponerlos en estado de participar con fruto de los santos misterios. Durante este tiempo de calma hacian edificar iglesias ó capillas para reunir á los nuevamente convertidos y celebrar los oficios divinos. Pero convencidos de que el ejemplo hace siempre más impresion en los corazones que la palabra, el principal cuidado de los ministros de Jesucristo era llevar ellos mismos una vida tan irreprensible delante de Dios y delante de los hombres, que los pueblos no tuviesen más que apreciar su conducta para aprender la práctica de todas las virtudes evangélicas. Hacia ya muchos años que regaban con su sudor aquellos campos, cuyos frutos hacian siempre concebir las más bellas esperanzas. Uno de los principales señores del país, llamado Mileni, príncipe de los alanos, se habia reunido ya á la Iglesia romana, y su conversion, que fué sincera, habia sido seguida de la de una gran parte de sus súbditos. Versach, rey de los Zicos, pueblos asiáticos al Septentrion del mar Negro, marchaba por las mismas huellas; y estos dos príncipes quisieron enviar al vicario de Jesucristo el acta de su reunion y de su sumision á la Santa Sede. Como se tenia por otra parte necesidad de un número mucho mayor de obreros evan-

gélicos, este doble motivo obligó á los misioneros á enviar á Francisco de Camerino y Ricardo Inglés, á la corte del Papa, ya para instruirle del floreciente estado de la Iglesia en Levante, ya tambien para solicitar y traer consigo el nuevo socorro que se deseaba. Los dos santos predicadores pasaron por Constantinopla, donde despues de tener muchas conferencias, tanto con el emperador Andrónico, como con el clero de esta misma ciudad imperial, intentaron persuadir á unos y á otros se reuniesen por último á la Iglesia Romana, renunciando de buena fe al cisma que la separaba de nosotros. A las muchas razones que hubieran debido decidirles á dar este paso, añadieron los misioneros el reciente ejemplo de tantos príncipes y pueblos orientales como les habian precedido ya. No olvidaron tampoco de representar el interés capital que tenia el emperador de los griegos en merecer la proteccion del Papa y de los latinos para sostenerse contra los esfuerzos de los mahometanos, que amenazaban á todo su imperio, de que habian arrebatado ya algunas provincias y llenado de terror á las demás. Andrónico escuchó favorablemente estas proposiciones, hasta manifestó grande deseo de ver terminar aquella division con la Iglesia Romana, y encargó á los misioneros obrasen en consecuencia cerca de la Santa Sede para procurar á sus pueblos beneficio tan grande. Por las cartas que escribió despues el Papa al patriarca de Constantinopla, parece que este prelado y una parte de su clero habian manifestado ser de la misma opinion que el príncipe en lo relativo al asunto de la union. Tan agradables noticias llenaron de regocijo á la corte de Roma. La alegría del soberano Pontífice y de todo el sacro Colegio fué tanto mayor, cuanto que la exacta relacion que les hicieron los dos religiosos de lo que habia tenido á bien obrar el Señor por medio de su ministerio, era enteramente conforme á lo que escribian á Su Santidad los príncipes levantinos. Despues de dar parte á muchos soberanos de Europa, Juan XXII dirigió un breve al general de los PP. Predicadores y á su cabildo reunido en Dijon, para invitarlos á unirse á él para dar gracias al Padre de las misericordias y á destinar además un número considerable de predicadores prudentes y celosos, dignos de ir á participar con sus hermanos la gloria de hacer entrar á tantos pueblos en el rebaño de Jesucristo. Este breve es de 22 de Mayo de 1333. Hugo de Vanceman, que se hallaba entónces al frente de toda la órden de Sto. Domingo, no se contentó únicamente con elegir, segun las intenciones del Papa, muchos buenos súbditos para las misiones de Oriente, sino que por consejo de los definidores tomó al mismo tiempo nuevas medidas para extender mucho más de lo que se habia hecho hasta entónces el estudio de las lenguas orientales, para que los que se enviasen en lo sucesivo á predicar la fe á los infieles, estuvieren en mejor situacion para ejercer con fruto todas las funciones de su ministerio. El Papa

no descuidaba nada por su parte de todo lo que podia favorecer los progresos del Evangelio, é hizo expedir una bula en que daba grandes poderes á los PP. Predicadores empleados en las misiones orientales y septentrionales. Miéntras se preparaban para el viaje los nuevos misioneros, Francisco de Camerino fué consagrado arzobispo de Vospro, ciudad situada en el estrecho que llamaban los antiguos el Bósforo Cimerio, entre el Ponto Euxino y el Palus Meótides. Ricardo fué consagrado al mismo tiempo obispo de Chersona, en el Chersoneso Táurico. El Papa recomendó al primero dedicase su iglesia metropolitana bajo la invocacion de S. Miguel Arcángel, y al segundo hiciese edificar su catedral en honor de S. Clemente, porque se creia, dice Mr. Fleury, que este santo Papa habia sufrido el martirio en aquel mismo lugar. Era tanto más fácil á los nuevos prelados hacer respetar en todos sus países las voluntades de Su Santidad, cuanto que los pueblos los consideraban como sus apóstoles, y los príncipes ejecutaban con celo todo lo que les enseñaban ó proponian para el fomento de la fe y el honor de la religion. Juan XXII lo reconoce en uno de sus breves, concebido en estos términos:

«Juan, obispo, siervo de los siervos de Dios, á nuestro muy querido hijo Versacht, ilustre rey de los Zicos, salud y nuestra bendicion apostólica.» —Vuestras cartas y la grata relacion que se nos ha hecho por nuestros queridos hijos Francisco de Camerino y Ricardo Inglés, de la órden de PP. Predicadores, nos han llenado de alegría y de consuelo; pues estos religiosos á su regreso de Oriente, se han presentado delante de Nos y delante de nuestros hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, y nos han referido que predicando las verdades del Evangelio en la ciudad de Vospro, en presencia de nuestro muy caro hijo el ilustre Milleni, señor del mismo lugar, la gracia habia inspirado sus palabras para hacer detestar los errores de los griegos y el desgraciado cisma que los tiene separados aún de la Iglesia Romana, madre y señora de todas las iglesias. Nos han referido, que áun cuando habiais vivido siempre lo mismo que vuestros consejeros y vuestros súbditos en el cisma y en todos los errores de los cismáticos, habeis, sin embargo, abierto los ojos á la luz con que Dios ha tenido á bien iluminaros; de manera que habiendo sido Milleni el primero á someterse al yugo de la fe con sus vasallos, vos os habeis decidido con las gentes de vuestro Consejo á seguir su ejemplo, habeis abjurado delante de una grande muchedumbre de pueblo el cisma y la herejía para abrazar la pureza de la fe ortodoxa y volver al seno de la Santa Iglesia Romana por una profesion pública de todas las verdades que enseña la Santa Sede y que ha predicado en todos tiempos. Habeis hecho todavía más, puesto que por medio de vuestro celo y de vuestras cartas habeis atraido á los pueblos vecinos á la luz de la ver-

dad, á la unidad de la fe y á la comunion de la Iglesia católica. No podemos ménos de dar humildes acciones de gracias al autor de todos los bienes, porque por su pura misericordia ha querido servirse del ministerio de los predicadores del Evangelio para sacaros al fin de vuestras tinieblas y del abismo del error, á fin de haceros caminar en adelante por la via segura de la verdad y de la luz. Esta verdad que honrais, y que os da ocasion para gloriaros de ser ya del número de los hijos de Dios, os conducirá un dia á la posesion de la herencia celestial, etc.»

En lo demás del breve, que es de 2 de Julio de 1333, manifestando Su Santidad su afecto y buena voluntad hácia este príncipe recien convertido, le exhorta á no separarse nunca del sendero de la justicia, sino á perseverar constantemente en el amor y la defensa de la fe ortodoxa, y á continuar siempre con el mismo fervor el bien que habia comenzado, ya invitando eficazmente al resto de sus súbditos á abandonar el cisma, ya haciendo sentir los beneficios de su real proteccion, no solo á los dos dignos ministros del Evangelio que habian abierto sus ojos, sino tambien á los demás misioneros que iban á compartir con ellos los trabajos del apostolado. No se habia olvidado en la corte de Roma lo que el emperador Andrónico habia recomendado tan particularmente á Francisco de Camerino y á su colega. El vicario de Jesucristo, que deseaba la abolicion del cisma con tanto ardor y sin duda con más sinceridad que este príncipe, encargó á nuestros dos obispos el cuidado de preparar los espíritus para la conclusion de este gran negocio, recomendándoles no perdonar nada para atraer á los griegos al punto que deseaba para establecer entre ellos y los latinos una paz sólida. Y á fin de que estos dos prelados pudieran obrar con más autoridad y éxito, Su Santidad les nombró sus nuncios apostólicos, dándoles una ámplia instruccion y muchas cartas, la primera de las cuales se hallaba dirigida al emperador Andrónico, la segunda al patriarca de Constantinopla, la tercera á un grande, llamado Juan de Pisa, miembro del Consejo imperial. Todas estas cartas estan fechadas en 4 de Agosto de 1333. Habiendo llegado á Constantinopla los nuncios del Papa, fueron recibidos muy benévolamente. La corte y el pueblo deseaban con ardor un arreglo con los latinos, porque el mal estado de sus negocios les hacia necesario el socorro que podian esperar de los príncipes cristianos contra las fuerzas temibles de los turcos; pero el clero, á pesar de las buenas palabras que habia dado el año anterior á los misioneros, no tenia el mismo ánimo, y sin embargo, con el patriarca y con los obispos de su comunion era con los que tenian que tratar los nuncios de un asunto, en que la política debia tener mucha ménos parte que la religion. No tardaron mucho tiempo en comprender que la mala fe de un clero tan ignorante como obstinado en el cisma, inutilizaria todos sus esfuerzos y

haria encallar las buenas intenciones del Papa y del Emperador. Como si los obispos y demás prelados griegos hubiesen temido todavía ménos el yugo de los infieles que la reunion con la Santa Sede, resolvieron desde luego no dar ni recibir ninguna explicacion sobre los artículos disputados entre ambas iglesias. El pueblo de Constantinopla pedia, sin embargo, con grandes instancias, que se entrase en conferencia con los enviados del Papa, y todas las personas honradas hablaban en el mismo sentido al patriarca. Pero este prelado, dice un autor griego, carecia del don de la elocuencia, y conociendo la profunda ignorancia de la mayor parte de los obispos que le rodeaban, temia entrar en polémica con los nuncios, que eran teólogos hábiles y muy versados en la ciencia de la Sagrada Escritura. Así, despues de haber usado toda clase de rémoras y empleado todos los medios posibles para apaciguar el tumulto popular, creyó deber llamar en socorro suyo á Nicéforo Gregoras, aunque no fuese clérigo, porque tenia mucha facilidad en discurrir. Nicéforo no vaciló en aconsejar al patriarca continuase en su silencio, é insistió mucho en este parecer, sosteniendo que era preciso manifestar grandeza de alma y desprecio al desafío de los latinos; añadiendo que no comprendia hubiese en aquella ocasion necesidad de hablar. Este consejo, demasiado conforme á las miras de los prelados griegos, ocultaba su ignorancia y lisonjeaba su vanidad, por lo que fué aplaudido de todos. Pero reflexionando despues Gregoras que un silencio afectado podia causar sospechas de mal género, y prevenir á los pueblos contra sus pastores, llamó aparte al patriarca y á algunos obispos elegidos, á quienes dirigió un largo discurso para persuadirles que no se debia permitir á un cualquiera disputar con los latinos. En esta disputa, añadia, hay que tener un objeto y convenir en un juez, y como no hay aquí ningun árbitro para juzgarnos, nosotros debemos hacerlo; pues se conviene por ambas partes que nuestra doctrina es buena, es decir, que el Espíritu Santo procede del Padre, y ellos únicamente sostienen lo que han añadido, pretendiendo que procede tambien del Hijo. Si hablan de la cátedra de S. Pedro y hacen valer su sucesion como una nube que amenaza el trueno, imaginándose que debemos ejecutar lo que hayan pronunciado contra nosotros sin conocimiento de causa, solo conseguirán hacerse odiosos, por haber abusado de la dignidad de la Santa Sede, decidiendo segun su voluntad, sin miramiento á las reglas establecidas por todos los concilios. Este autor cismático no temia sostener en presencia de su patriarca, que le escuchaba con la docilidad de un estudiante, que los oráculos de las Sagradas Escrituras son ordinariamente demasiado equívocos ú oscuros para que pueda apoyarse en ellos una decision segura. Se quejaba tambien de que los latinos se apoyaban demasiado en silogismos ó en las reglas de la dialéctica; sostenia que este modo de razonar, fundado en

el sentido y en la experiencia, no debia tener lugar nunca en las cosas más sagradas, que son superiores á nuestro alcance, y añadia, por último, que habiéndose agitado con frecuencia estas cuestiones por ambas partes, los griegos sabian ya á qué atenerse, y que sus dogmas, venerables por su antigüedad, no debian ser objeto de una disputa. El lector instruido comprende con facilidad que todo este discurso, que Gregoras tuvo buen cuidado en insertar en su historia, no hace más honor á su discernimiento que á su religion. No es verdad que se convenga por ambas partes, ni que se haya convenido nunca desde el origen del cisma, que la *doctrina de los griegos es buena*. Todos los católicos sostienen, por el contrario, que es formalmente herética, contraria á la Sagrada Escritura y á los antiguos doctores de la Iglesia griega, que han enseñado expresamente lo que hacemos profesion de creer, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Los mismos griegos modernos se han visto obligados á reconocerlo en más de una ocasion, á confesarlo públicamente. Ya lo habian hecho en el segundo concilio general de Lion, y tambien lo hicieron en el de Florencia. Por otra parte, estaba muy mal en Nicéforo Gregoras el que pretendiese que sus obispos, cuya ignorancia conocia, fuesen los jueces en una cuestion en que eran acusados de cisma y herejía. Esta regla y algunas otras que avanza este autor con tanta temeridad, hicieron creer en su triunfo á los herejes, que habian suprimido algun artículo de fe, y que tienen un interés igual en eludir la autoridad de los libros sagrados y los razonamientos de los teólogos católicos. Su discurso no dejó de confirmar al buen patriarca en el designio en que se hallaba de no entrar en conferencia con los ministros del Papa. Dios lo permitió sin duda de esta manera, porque queria castigar con esta ceguedad voluntaria y con la espada de los infieles, una nacion que era hacia mucho tiempo rebelde á la verdadera luz. No habiendo podido obtener nada los nuncios apostólicos de un clero cismático, sordo y mudo, se contentaron con anunciar á los pueblos las verdades que sus tercos conductores se negaban tan obstinadamente á oir. Antes de abandonar á Constantinopla escribieron al Papa todo lo que habia pasado, y en esta ocasion fué sin duda cuando Su Santidad envió nuevas cartas, todavía más apremiantes, tanto al Emperador como á la Emperatriz. Como esta princesa era hermana del duque de Saboya, se creia que habiendo sido educada en la religion católica, trabajaria más eficazmente en atraer al Emperador y hacerle abandonar el cisma. Para obligar á Andrónico á no diferir más su reunion con la Iglesia católica, el Santo Padre intentó persuadir á este príncipe que de esto dependia la salvacion de su imperio, lo mismo que la de su alma. « ¡Plegue á Dios, le decia, que V. M. tenga á bien reflexionar sériamente sobre los infinitos males que ha causado ya á todo el mundo cristiano la division

de las dos iglesias! ¡Plegue á Dios que la perspectiva de las calamidades de que os hallais amenazado, haga una saludable impresion en vuestra alma! ¡Plegue á Dios que la esperanza de los bienes espirituales y temporales, que serian sin duda los primeros frutos de vuestro regreso á la Iglesia, venciese en vuestro espíritu á toda otra consideracion! Estas reflexiones, si os tomais el trabajo de examinarlas, os animarán á prevenir vos mismo nuestras oraciones y nuestras solicitaciones para procuraros un bien tan deseable. El que es Rey de los reyes y Señor de los señores, ¿no os ha hecho conocer ya su voluntad por las mismas armas de los turcos y de los catalanes que han ocasionado tantos daños en las diferentes provincias de vuestro imperio? Permitid, pues, que os avisemos de nuevo, y que os exhortemos á prestar vuestra atencion á las grandes ventajas que dareis á vuestros pueblos, y á la sólida gloria que os podreis adquirir delante de Dios y delante de los hombres, si por vuestro celo, vuestra sabiduría y vuestra autoridad, los griegos, reunidos con los latinos en el mismo aprisco, no forman en lo sucesivo más que un rebaño bajo la direccion del propio pastor. Entónces es cuando, ministro fiel de las voluntades del Altísimo, sereis verdaderamente el hijo adoptivo y el heredero del Padre celestial, el hermano y el coheredero de nuestro Señor Jesucristo, etc.» Este breve es de 22 de Febrero de 1334. —A pesar de sus buenas intenciones, el Emperador temió una revolucion del clero y una nueva guerra entre sus propios súbditos, por lo que no se atrevió á aprovecharse de las prudentes advertencias del Papa. Negó la paz que le habia pedido; pero la venganza divina no tardó en estallar sobre el imperio de Constantinopla, y lo que nuestros dos obispos no habian podido hacer en esta ciudad imperial por la reunion y salvacion de los griegos cismáticos, lo hicieron, con el socorro del cielo, por la conversion de los gentiles, de los sarracenos y de los tártaros. La palabra de Dios en la boca de sus fieles ministros fué eficaz para persuadir el espíritu y conmover el corazon. Pero su principal ocupacion en la parte septentrional del Asia fué el cultivo de la viña que habian ellos mismo plantado. Consagraron sus más asíduos cuidados y primeras atenciones á instruir, perfeccionar ó confirmar en la fe y en la práctica de las buenas obras, á los diferentes pueblos que habian adquirido para Jesucristo. Si el carácter augusto de que se hallaban honrados les daba más autoridad, le consideraban tambien como una nueva obligacion para desempeñar con doble celo todas las funciones del apostolado. Segun las intenciones de Su Santidad, habian establecido su sede, uno en la ciudad de Vospro y otro en la de Chersona; pero dando siempre más vasto espacio á su celo, recorrieron como anteriormente las provincias, para hacer nuevas conquistas á la Iglesia, y enviaron á todas partes los obreros evangélicos de que les proveian las diferentes órdenes para la propagacion de la fe. Ani-

mábanlos con su ejemplo á sostener, sin cansarse, las fatigas y todo el peso del santo ministerio; fomentaban el celo de los unos para despreciar los tormentos que experimentaba con frecuencia su constancia, y el de los otros para que se levantasen despues de su caida; pues la historia nos refiere que la firmeza y el éxito no fueron los mismos en aquel gran número de ministros de la palabra divina, que se habian esparcido por todo el Oriente para atacar la idolatria y las supersticiones de Mahoma. Hubo muchos á quienes la gracia hizo triunfar de todos los lazos tendidos á su inocencia, y á quienes la crueldad de los bárbaros procuró la corona del martirio. Halláronse tambien algunos que se dejaron vencer, ó por el temor de los suplicios, ó lo que era todavía más vergonzoso, por los atractivos de la voluptuosidad. Pero la misericordia del Señor no abandonó enteramente á los mismos que habian abandonado así sus deberes, y despues de haber hecho un triste experimento de su propia debilidad, tuvieron la fortuna de experimentar la fuerza victoriosa de la gracia, que los restableció por medio de una penitencia saludable. Esto llenó de edificacion á la Iglesia, y fué un gran motivo de consuelo para nuestros dos prelados, que no habian cesado de pedirlo al cielo por sus fervientes oraciones. Carecemos de una relacion particular de los últimos actos del ilustre arzobispo de Vospro y del obispo de Chersona; tambien ignoramos el dia y año de su muerte. Pero los inmensos trabajos que habia emprendido por la gloria de Dios, la propagacion del Evangelio y la salvacion de las almas, su permanencia en el santo ministerio, y los grandes resultados de que hemos visto habia coronado el cielo áun en esta vida un celo tan generoso, todo esto nos pone en el caso de no dudar que recibieron ambos la recompensa prometida al siervo fiel y prudente, que hizo valer sus talentos segun la voluntad y para la gloria de su maestro. —S. B.

RICARDO, abad de Fleury en el siglo X. En un principio fué monje en este monasterio, y despues prior del de Pereci que dependia de él. Pasando Vulfald en 962 de la dignidad de abad de Fleury á la de obispo de Chartres, la comunidad eligió á Ricardo para que le sucediese. La santidad de vida que llevaba este abad y la exacta disciplina que hacia observar en su monasterio, obligaron al obispo Gombald y á su hermano Guillermo-Sancho, duque de toda la Gascuña, á conceder á Ricardo la abadía de la Reole, sometiéndola á la de Fleury. Permaneciendo Ricardo algun tiempo en ella, levantó de las ruinas á este monasterio, recuperó los bienes que se le habian quitado, y estableció en él tan perfecta regularidad, que dejó su antiguo nombre de Squiro para tomar el de Regula (la regla), de donde se deriva el de Reole por que es conocido. Se conserva una coleccion de usos y costumbres dirigida por Ricardo, en la que se marcan en detall los deberes y cargas á que estaban obligados los vasallos y esclavos dependientes de la

abadía de la Reole. Pareció tan interesante esta coleccion á Mr. de Marca y al P. Labbe, que el uno ha publicado parte de ella en su *Historia de Bearne*, y el otro toda entera entre sus monumentos para formar la *Historia de Aquitania*. Gobernó Ricardo el monasterio de Fleury durante diez y siete años, y murió el 16 de Febrero del año 978 de nuestra era, segun lo expresa D. Rivet en el tomo VI de su *Historia literaria de Francia*.—C.

RICARDO DE ABERDONIA (Beato). Fué originario de una de las más esclarecidas familias de Escocia, é hizo su entrada en la órden de Trinitarios, y casa de Aberdonia, su pueblo, con plena satisfaccion de sus padres, á los diez y ocho años de edad. Hizo el de probacion muy á gusto de todos, con lo cual, como era consiguiente, logró el que no le faltára siquiera un voto cuando llegó el momento de aprobarle para su profesion. Hízola en efecto con indecible contento de todos, propios y extraños, y comenzó á cumplir con toda exactitud los ministerios que le encomendaban, los cuales eran siempre de los que sirven los legos, porque en esta clase habia ingresado en la Orden. A muy poco tiempo de profeso, y sin dejar de acudir con la más exacta diligencia á las necesidades de sus hermanos, un dia en las horas que para recreacion les estaban concedidas, se acercó al superior de la casa, y le manifestó los vivos deseos que le animaban de seguir estudios. El superior, fuese porque no le pareciese á propósito para ellos, ó porque estimára como rasgo de soberbia ó amor propio tan extemporánea peticion, es lo cierto que se lo negó abiertamente, increpándole algun tanto su conducta, aunque de muy buena manera, porque era hombre prudente, y las circunstancias del hermano Ricardo exigian tambien cierta consideracion, porque, como llevamos dicho, era buen religioso. El no se avino con esta resolucion de su prelado, aunque nada replicó contra ella; lo único que hizo, fué escribir al P. Ministro general, que estaba en Francia, pidiéndole licencia para presentarse á su reverendísima para hablarle de un asunto importante, aunque particular suyo. El general, como hombre de prudencia, y que no ignoraba las circunstancias de Fr. Ricardo, le dió la aquiescencia para que se presentase á él, con lo cual el jóven emprendió su viaje, y al poco tiempo se halló ante el superior general, no sin que ántes le hubiesen los Padres del convento escrito, diciéndole lo que habia ocurrido con él acerca de su peticion de licencia para estudiar, por lo cual presumian que ese y no otro seria el intento que le llevaria ante tan respetable autoridad de la Orden. Al verle el Padre general, convino con los de Aberdonia en que aquel hombre no servia para el estudio, y no tuvo inconveniente en hacérselo conocer á sí mismo, cuando él le hizo presentes sus deseos. El Padre quiso hasta cierto punto probarle en esta entrevista, y dirigiéndole la palabra en un tono irónico, le indicó que no tenia traza de estudiante, y los superiores habian por

consiguiente hecho muy bien en negarle el permiso; sin embargo, Fr. Ricardo con todo el respeto que merecia un superior, le dijo: *Padre nuestro, no son corpóreas las almas*, con lo cual se quedó tan confundido, que resolvió enviarle algun tiempo á la universidad, no para que aprendiera, porque esto nunca creyó que lo lograria, sino para que se desengañase; y así desengañado, viera cómo no habian tenido fundamento sus pretensiones. Sin embargo, los engañados fueron todos sus superiores, porque habiendo ido á estudios, demostró una habilidad tan rara, que excedió con ventajas inmensas á todos los demás estudiantes, distinguiéndose entre todos hasta el extremo de que los doctores se admiraban de cómo bajo un exterior tan tosco se encerraba un tan esclarecido ingenio, con el cual hizo rapidísimamente su carrera hasta el doctorado, para cuyo solemnísimo acto, pues que á él concurrieron los más eminentes varones que todas las ciencias pudieron allegar á Paris, hizo unas conclusiones y ejercicios tan brillantes, como son muy raros en los fastos gloriosos siempre de tan esclarecida universidad. Por supuesto que áun despues de doctorado, y conocida ya su capacidad y talento, su aplicacion y provechoso anhelo de estudiar, padecieron acerca de él lamentables equivocaciones, muchos que le juzgaban por su exterior, solo con verle, contentándonos con citar además de muchas otras que pudiéramos, dos; la una en que llamado para poner un argumento en un acto público de otra comunidad muy respetable de Paris, pero que estaba presidida por un superior extranjero, tanto este como los que habian de ser jueces, y los sustentantes, se rieron al verle, si bien muy pronto al primer silogismo se quedaron parados, y á muy poco tuvieron que declarar su insuficiencia, y rogarle deshiciera él mismo el argumento, porque ellos no eran capaces de tanto. El otro caso fué con un doctor muy célebre, que llevado de su gran fama, quiso visitarlo cuando pasó por Paris, y al hallarse delante de él, como que se avergonzó porque creyó que le habian burlado, mas rogado por el Padre para que departiera algun tanto con él, quedó tan admirado de su ciencia, que declaró no haber visto ni oido cosa que se le pareciera, porque sobrepujaba con mucho á los merecidos elogios que de él se propalaban. La extraordinaria capacidad del P. Ricardo para los estudios, y la constante aplicacion á ellos, léjos de ser un obstáculo, eran para él un verdadero aliciente á la virtud, en la cual crecia, como en ciencias, á paso de gigante. Era profundísimamente humilde, pues aunque conoció su capacidad, é insistió en poner los medios de que esta no quedára infecunda, no hubo ni siquiera un momento en que no refiriese á Dios la gloria de esta misma capacidad suya, é hizo particular estudio en venir de tal suerte al conocimiento de la miseria y pequeñez de la criatura, que no creyó á ninguno tan inferior como él, repitiendo muchas veces con íntima conviccion, que na-

die ménos que él mismo agradecia los singulares beneficios que Dios le hiciera con una prodigalidad suma. A esta virtud, base solidísima de todo el edificio que debe alzar en su corazon el verdadero religioso, coronaba un ejercicio tal de oracion, que dia y noche le tenia embargados en Dios sus sentidos, sin ir ni áun por ese instinto natural hácia las criaturas sino en cuanto ellas le elevaban á Dios. Los rigores de su penitencia fueron tan excesivos, que más de una vez hubo de moderárselos la obediencia, llegando á tal punto, que si no se le hubiese preceptuado ceder de sus impulsos, tal vez hubiera puesto en peligro su preciosa existencia. No hay términos con que expresar su caridad. El se constituia siervo de todos, y el cuidado de los enfermos ó el ayudar á los achacosos, era para él toda la delicia posible, sin que le fatigáran las molestias consiguientes á estos oficios tan importantes ni le abrumáran lo más mínimo tan necesarios ministerios, ni áun se le pasase por la imaginacion siquiera el que el verle apoyando á un anciano ó curando las llagas de un enfermo, podia parecer impropio del que debia estar difundiendo sus conocimientos en las asambleas de los sabios más nombrados, y ante los concursos más distinguidos. Su devocion era tan grande, que solo el verle en el coro ó celebrando el santo sacrificio de la Misa, animaba á seguir su ejemplo de recogimiento y fervor, y enardecia el corazon, por tibio que se hallára para el servicio de Dios Señor nuestro. Su celo por la salud de las almas era grandísimo, tanto que siempre tenia vehementes deseos de dar su vida por sus hermanos, para lograr cuyo fin anhelaba con las mayores ansias el ser destinado á los países infieles para allí poder hacer prosélitos en favor del catolicismo, ó cuando ménos, dar á Dios todo lo que era suyo, dando la vida por su gloria. Mas á fines del siglo XIII, en 1278, segun unos, y segun otros en 1275, fué conveniente enviar á Palestina algunos Padres Trinitarios que fundáran allí el instituto de Redencion de Cautivos, y al mismo tiempo ilustráran á los de aquel país con la antorcha de la verdadera fe. El Padre general escogió los sugetos que debian ir en esta expedicion, y no contó por cierto con nuestro buen P. Ricardo; él le instó para que le agregase á tan importante empresa, y lo logró por fin, no sin sentimiento de todos los que le conocian, porque aunque estaban persuadidos de los buenos resultados que á la expedicion habia de dar su siempre activa é importante cooperacion, no querian privarse de él, porque era tan útil á todos, que todos ansiaban tenerle siempre á su lado. Sin embargo, la voluntad de Dios era, á no dudarlo, el que él fuese á Palestina, y fué, y se le encomendó con otro religioso el cuidado y gobierno, hasta el punto en que los religiosos le podian lograr, de la ciudad de Tiro y sus comarcas, y allí hizo grandes cosas á la verdad. En primer lugar atrajo hácia sí y hácia su Orden la benevolencia de los indígenas, de tal suerte, que en muchas

ocasiones era el Padre árbitro en sus más árduos asuntos, y arreglaba él diferencias entre ellos, que sus mismos jueces no podian arreglar. Luégo atraia muchísimos al conocimiento, amor y culto del verdadero Dios, formando así una pequeña Iglesia, que gobernaba con un acierto, celo y desinterés extraordinarios. Llegó á aficionar á algunos á las cosas de Dios de tal manera, que le suplicaron con las más vivas instancias el que fundára una casa convento de su Orden, y él accedió á sus deseos, y ¡cosa maravillosa! ayudaron en gran manera para esta importante obra unos judíos y unos herejes, que por burla entablaron con él polémica sobre asuntos de religion, y salieron no solo convencidos de su error y detestándole, sino resueltos á someterse bajo su direccion á los estatutos de su Orden, para que á su vez proporcionára á otros una enseñanza católica, ya que ellos habian tenido la fortuna de recibirla de nuestro esclarecido P. Ricardo. Comenzaron á vivir bajo la regla de nuestro celoso Padre unos cuantos que ya estaban por él experimentados y hallados fieles al Señor, y claro es que los beneficios de este instituto, que todo es caridad, se hubieron de ver desde luego, alentando su noticia áun á los ménos dispuestos á proteger una obra cuyas ventajas se palpaban. Una nueva fundacion que hizo el Padre, acabó de lograrle la universal estimacion de todas aquellas pobres gentes. Mandó hacer un hospital en la parte mejor del convento, que era muy grande, porque habia cedido inmenso terreno uno de los convertidos que era religioso en él, y en este hospital, que proveyó de todo lo necesario, admitia á cuantos enfermos iban, cuidándolos con indecible esmero, curándolos por su propia mano, facilitándoles lo mejor, tanto en alimentos como en medicinas y demás cosas necesarias á su estado, y empeñando todo su ingenio y toda su tan ardiente caridad en sacarles del borde del abismo en que su infidelidad los tenia, al firme terreno de la práctica de las virtudes cristianas, camino seguro para la inamisible dicha del hombre. Los enfermos que se curaban en su hospital ayudaban tanto como él mismo á la obra grande y civilizadora de la conversion á la fe de aquel país, porque ellos decian cómo habian sido tratados, y cómo se habia atendido, no ya á las necesidades, sino hasta á sus más frívolos caprichos, y tanto ellos mismos como los que oian su relato, no podian ménos de decir: solo el cristianismo es capaz de hacer estos portentos. Aprovechando nuestro celosísimo Padre estas buenas disposiciones de aquellos infelices, empleó los primeros caudales que le sobraron de las limosnas que recogió para su hospital, en rescatar á algunos de los que estaban en poder de los infieles, y por una de esas cosas que siendo real y verdaderamente efecto de la inefable providencia del Señor, da el mundo en llamarlas casualidades, el favorecido con el rescate en primer lugar fué el hijo de uno de los principales de Tiro, que habia caido en poder de unos

corsarios sin saber cómo. Es indecible el efecto que produjo su rescate en aquellas gentes, no sabian cómo mostrar su agradecimiento al P. Ricardo, que habia dispuesto lo necesario para que se llevára á feliz término, y al mismo tiempo no sabian qué admirar más, si la espontaneidad con que habia dado el precio por aquel jóven, ó el que le hubiese preferido á muchísimos otros cristianos que quedaron esclavos miéntras que aquel infiel iba libre. Grandes triunfos conquistó la religion de Jesucristo por los esfuerzos que en defensa de ella hizo nuestro Bto. Ricardo, y admirables los aumentos con que el instituto de la Santísima Trinidad iba creciendo en Tiro á impulsos de la fe siempre creciente de su piadosísimo fundador. Cualquiera que lea este relato creerá que quien tantos triunfos lograba los conseguia sin penas ni fatigas, y si tal piensa, se ha equivocado grandemente; es verdad que la obra de nuestro Beato prosperaba, es verdad que fundó su convento; es verdad que le vió en auge, y que al concluir su carrera en el mundo llevaba la conviccion de que su instituto se sostendria en aquellas apartadas regiones. ¿Pero quién es capaz de reducir á expresion los sufrimientos, los disgustos, las penas, las aflicciones, las privaciones y demás por que hubo de pasar hasta llegar á ver su obra completa? Solo quien conoce que un hombre tan de Dios como nuestro Padre, no puede en sus obras caminar sin que ellas lleven la amargura de la cruz, del que por la cruz nos salvó, es el que se hará cargo de que necesitaba acrisolarse este hombre de tan invicta paciencia, y que para esto le sirvió su obra con todas sus consecuencias. Efectivamente, aunque tuvo buen cuidado de ocultarlos, sus hermanos contemporáneos nos refieren que fueron muy muchos los sufrimientos que hubo de experimentar, y esto era natural, nadie será coronado si no pelea legítimamente; para esta legítima pelea se necesita lucha, y la lucha en almas del temple de la de nuestro Padre no se verifica sino mediante las contradicciones más rudas y entre los más hondos disgustos, disgustos no en órden á su persona, sino en órden á su obra; y éstos los tuvo, los sufrió y los venció para lograr los últimos dias de su vida en la paz y sosiego á que le habian hecho acreedor las grandes fatigas de su juventud. Efectivamente, instalado su convento y fundado su hospital, solo era su cuidado el de sus pobres enfermos, el de sus queridos hermanos; para todos era padre cariñosísimo, para todos tenia siempre la dulzura más exquisita, el afecto más entrañable; solo para sí mismo era rígido, solo para él guardaba los castigos á que se reducia con los rigores de una penitencia, que á no haber estado dictada por Dios, calificariamos de excesiva. Sin embargo, él estaba muy contento y perfectamente resignado con la voluntad de Dios, porque veia prosperar su instituto, libertarse cautivos, curarse enfermos y socorrerse pobres, todo por medio de los indígenas, que habiendo llegado á cono-

cer á Dios, se dedicaban á servirle con la fundada esperanza de gozarle. Dios mismo, que veia cumplidos sus designios acerca de su siervo, le llamó para sí despues de una penosa aunque breve enfermedad, y el dia 15 de Febrero del año 1217, segun los datos más auténticos, pasó de esta á mejor vida en la paz de Dios, y dejando con su muerte tan edificados á los que la presenciaron como su vida habia admirado á cuantos acerca de ella tuvieron siquiera remoto conocimiento. Sus exequias fueron más bien un triunfal testimonio de sus virtudes, que lúgubre sufragio por su alma, pues todos estaban convencidos de que ella habria ido á la gloria. Al momento mismo comenzaron á referirse prodigios que habian estado ocultos, porque el Padre no habia permitido se propaláran; la noticia de ellos llegó á Roma; el sumo Pontífice, á instancias de la esclarecida Orden á que perteneció el Padre, los mandó probar canónicamente; en estas pruebas resultó confirmada la opinion que de sus virtudes se tenia, y á muy poco tiempo despues de su muerte se vió al P. Ricardo de Aberdonia en el número de los beatos. G. R.

RICARDO de Aldwerd, ó de Allverstat es un monje inglés ó escocés que se dice estudió en París, y de quien sin embargo no hace mencion alguna du Boulay. Murió en 1266 en el monasterio cisterciense de Aldwerd, cerca de Groninga. De Visch, en su biblioteca del Cister y los biógrafos ingleses Leland, Bale y Pits, indican los escritos de este religioso, á saber: un libro intitulado *De Harmoniâ*, meditaciones, una larga carta en que trata del *martirio de S. Geraldo*, abad de Claraval, la *Vida y los milagros de S. Silvano*, monje de la misma abadía, y las de algunos otros cistercienses beatificados. —S. B.

RICARDO Anglico. Fué inglés de nacion, y perteneció á una familia muy esclarecida, á la cual no pareció nada bien el que el jóven, que hubiera en verdad podido brillar en la carrera de las armas, en la de la magistratura y en la política, escogiese para campo de sus triunfos el estado eclesiástico, y no ya como quiera el secular, donde todavía habria podido estar entre los suyos, sino el secular que en cierto modo le aislaba, y le aislaba por completo, pues que sujetándose á la obediencia, no tenia, como era consiguiente, desde aquel dia, ni patria, ni domicilio, ni lugar de residencia, porque lo era única y exclusivamente el en que su superior le mandára; mas en todas estas cosas, así como las diferentes quejas que algunos de sus parientes tuvieron acerca de la eleccion de comunidad, diciendo si era pobre ó estrecha la de los Trinitarios, nuestro buen Ricardo no atendió ni hizo más que seguir los impulsos de la gracia, sometiéndose á ella de la manera más completa que le fué posible y haciéndose enteramente superior á sí mismo desde que resolvió ponerse en manos de sus superiores,

como lo hizo desde su ingreso en la santa religion, de tal suerte que así como se encontraba satisfecho siempre cuando la obediencia le marcaba el camino por donde debia de ir, se hallaba algun tanto desconsolado ó triste cuando de su voluntad, ó por sí mismo, tenia que obrar en aquello que no le determinaban los superiores. Hizo, pues, luego que profesó, sus estudios con muchísimo aprovechamiento, en la misma casa de Montinduno donde habia tomado el santo hábito, y allí se preparó para las órdenes sagradas, que recibió con mucha edificacion de cuantos estuvieron presentes, y allí, por último, celebró por la vez primera el santo sacrificio de la Misa, para cuyo acto se preparó con la más exquisita diligencia como requiere obra tan importante. El gran recogimiento con que se acercó á la celebracion del incruento sacrificio, ó el eco que sus virtudes hicieran ya desde su noviciado, todas las cosas juntas, es lo cierto, que todos á porfia acudian á oir su doctrina cuando predicaba, á recibir sus consejos en el confesonario, á consultarle en el confesonario y á participar por todos los medios que podian tener á su alcance de los méritos, digámoslo así, que este jóven contrajera, de cuyos méritos podemos considerar como premio el que el Señor bendijera tan completamente sus designios y deseos. En vista de que tanto se aprovechaban las gentes del ministerio sacerdotal ejercido por este jóven, sus superiores, solícitos siempre del bien de los seculares como del suyo propio, no escaseaban el que cumpliera con sus deberes, ni él lo esquivaba nunca; así es que todos los dias tenia confesonario, muchos dias tenia púlpito y siempre tenia, que era lo más admirable en él, suma paciencia para resistir á todos y una aplicacion tal al estudio, que áun cuando ya tenia terminada y muy ventajosamente su carrera, ningun dia dejaba pasar sin haber estudiado algo, variando en las materias para estar bien al corriente de todas. Luégo era un hombre de un carácter particular, ni le cansaban los trabajos, ni le parecia demasiado molesto el haber de sufrir las incomodidades consiguientes á tener que auxiliar enfermos en las épocas de rigoroso calor ó de excesivo frio; á él nada le parecia mal, para él todo y siempre estaba bien, teniendo en esto un verdadero alivio su convento, pues siempre que habia de salir algun religioso, como no fuese que determinadamente vinieran por alguno, el P. Ricardo iba y quedaban contentos los religiosos y muy satisfechos los interesados del paciente; porque el Padre, con un acierto extraordinario, que podremos con razon decir era de Dios, sabia muy bien preparar al enfermo y hacerle, por consiguiente, aprovecharse de la divina misericordia, para procurar el conseguir la eterna salud, única aspiracion legítima que puede tener la miserable criatura. Muy contentos estaban todos los superiores de la conducta de nuestro P. Ricardo, y él, á la verdad, no tenia tampoco pena ni disgusto alguno, porque se veia siendo

útil á los fieles desde su retirado rincon; é invocando en su ayuda los auxilios de los libros, excelentes compañeros, como él decia, se iba haciendo cada dia más sabio, y por consiguiente mejor dispuesto para el ministerio mismo en que se ejercitaba, ministerio en el cual, si bien es verdad que la criatura obra muy favorecida de la gracia, tambien lo es que para lograr esta, aquella ha de hacer esfuerzo por su parte y ayudarse para que Dios nuestro Señor le ayude. Tranquilo, pues, y en lo posible satisfecho estaba nuestro Padre, cuando el haber de celebrarse elecciones para ministro de aquel convento le hubo de sacar de su retraimiento para llevarle, primero, á las sesiones del capítulo, donde su dictámen acerca de lo que ocurria fué oido con sumo gusto, y despues á ser ministro de aquella santa casa, para cuyo cargo fué elegido por todos los votos. Mucho le costó aceptar el puesto de honor y de responsabilidad con que se le brindaba; de seguro que no habria él de manera alguna aceptado si no se le hubiera puesto por medio la santa obediencia; mas por la intervencion de esta preciosa virtud á que siempre fué muy dado, preciso era resignarse, y en efecto, no solo se resignó, sino que condescendiendo hizo lo que no podia ménos, procuró cumplir con toda exactitud el ministerio que se ponia á su cargo. En primer lugar estableció, en cuanto estuvo de su parte, la más rígida observancia, no perdonando á los religiosos la más mínima infraccion de las santas reglas, y haciéndoles á todos cumplir con la mayor exactitud; y para que nunca tuviesen algunos ménos observantes, que nunca faltan en las comunidades, motivo para quejarse, él era el primero en dar el ejemplo ántes que el precepto, él quien se ponia á la cabeza de todos para alentarlos con su conducta. Así es que lograba los más felices resultados; tanto que sus superiores, en vista de lo que acontecia con el convento de Montinduno, creyeron que si este esclarecido varon tanto hacia y tanto lograba como ministro de aquella casa en lo que á ella decia relacion, era de presumir que sus obras fuesen mucho más meritorias y de más grande trascendencia si se le nombraba para que cuidase de más casas, así que apénas concluyó su ministerio en Montinduno, se le hizo provincial de Inglaterra y se lograron muy muchos beneficios para la religion, porque era prudente, celoso, caritativo y benéfico, y bien sabido es cuán ventajoso es para un instituto religioso tener un ministro general ó provincial dotado de tan apetecibles prendas. Hizo como debia esperarse de su carácter tan celoso como diligente una visita muy atenta á las casas de la provincia; procuró á todas todo el bien que estuvo á su alcance, y buscó siempre la mejora de las casas, sin apelar al castigo del individuo, lo cual lograba por una exquisita prudencia é inexorable severidad en exigir á los respectivos prelados el cuidado acerca de sus subordinados. Llegó al cabo el tiempo en que debiera ser, ó elegido

de nuevo, ó relevado de su importante cargo, y aunque la opinion general era que podia y áun debia seguir otro trienio desempeñando el cargo de provincial, atendieron los Padres á sus súplicas y le relevaron, dejándole de consultor de la Orden, y aconsejándole que se retirára al colegio de Oxonio, donde su presencia seria muy oportuna. En efecto, fué así, algunas infraccioncillas de regla que allí se toleraban sin malicia, desaparecieron apénas el Padre fijó allí su residencia, y este fué indudablemente otro de los importantes servicios que prestára su reverendísima. Allí, como sus ocupaciones eran pocas y él era muy aficionado á su celda y á sus libros, tuvo ocasion de demostrar lo que valia como escritor; y efectivamente, escribió una grande obra, de suma erudicion y de muy buen criterio, importante como lo son todas las interpretaciones de las Sagradas Escrituras, titulada: *In omnes Epistolas Divi Pauli libri quatuordecim*. Obtuvo en su época muy buen éxito, y sobre haber dado materia á muchas otras modernas, todavía se lee con gusto, porque está muy bien dispuesta. Falleció este respetable Padre el dia 13 de Setiembre, aunque se ignora el año: florecia por los de 1486, y su cadáver fué sepultado, despues de las solemnísimas exequias que se le hicieron, en el claustro de su convento, que es donde se enterraban los religiosos más distinguidos. — G. R.

RICARDO D'ARMAGH, llamado así por haber sido arzobispo de esta ciudad, en Irlanda, y se denominó tambien Fitz-Ralfe, es decir, hijo de Rodolfo. Este eclesiástico fué irlandés de nacimiento, y despues de haber estudiado en Oxford y de tomar la borla de doctor, llegó á ser canciller de esta universidad. Despues fué nombrado arcediano de Litchfielden, en Inglaterra, y por último, elevado al arzobispado de Armagh, en su país, el año 1347. Los religiosos mendicantes, que empezaban á permitirse libertades perjudiciales á la gerarquía eclesiástica, tuvieron contra ellos y á su frente á la universidad de Oxford y á su canciller Ricardo. Su celo le indispuso con los religiosos, que escribieron en vano contra él. Luego que fué arzobispo primado de Irlanda, trabajó con doble empeño en sostener los derechos de la Iglesia y el partido de los curas, en la opinion de que participaba de que estos son los legítimos pastores de las almas despues de los obispos, y compuso un tratado titulado: *Defensio curatorum adversus mendicantes*; y otro *De audientia confessionum*. Atacáronle sus enemigos por medio de escritos poco respetuosos, y entre ellos Rogerius Connovius, franciscano; Juan Heidheland, carmelita; Geofroi Hardebei, agustino, y el dominico Engelberto. Acusaron á Ricardo ante el papa Inocencio VI, que se hallaba en Aviñon, y compareciendo ante el Pontífice, respondió de su conducta delante de cuatro cardenales nombrados para escuchar sus razones; pero al conocer lo poco inclinados que estaban estos á hacerle justi-

cia, se volvió á Irlanda y murió en el camino el año 1359. Además de las obras ya enunciadas, escribió este prelado *Sermones de la Cruz*, *Alabanzas de la Virgen* y un volúmen contra los armenios, que se imprimió en París en 1511 y 1512. Asegúrase, decia este prelado, que en caso de necesidad y ausencia del obispo, un simple sacerdote podia hacer algunas de las funciones episcopales, tales como consagrar los altares, bendecir los óleos, etc., de lo cual se valieron sus enemigos para considerarle como hereje, pero no pudieron conseguir su ruina, porque Ricardo sometia siempre su doctrina y escritos á la Iglesia. El papa Bonifacio IX ordenó en una de sus bulas se hiciese informacion sobre los milagros que se hacian sobre su tumba para proceder á su canonizacion. Moreri, en su *Gran Diccionario Histórico*, da razon de los principales autores que hablan de la persona y escritos de este prelado. —C.

RICARDO DE AUGULSTAD. Nació este religioso en Inglaterra en la provincia de Notthumberland; fué monje y prior del monasterio de Angulstad y murió el año 1190. Escribió la *Historia de la Iglesia y de los obispos de Augulstad*, la de las *acciones del rey Esteban*, y la de la *guerra de Standardius* desde el año 1135 hasta 1139, y de él hace mencion Du Pin en su *Biblioteca de los autores eclesiásticos del siglo XII.* —C.

RICARDO BILLINGHAM. Fué inglés, y no se han podido lograr antecedentes ningunos de su familia, ni tampoco noticias muy extensas acerca de él, si bien es verdad que las que tenemos son más que suficientes para juzgarle un hombre grande en toda la extension de la palabra. En primer lugar, es necesario convenir en que se necesita grandeza de ánimo para renunciar á la posicion brillantísima que le ofrecia el haber sido desde luego no solo el primero en sus cursos de humanidades y filosofía, obteniendo siempre las más brillantes calificaciones en cuantos exámenes y actos públicos se habian ocurrido, sino que fué el único que admitió unas conclusiones ó certámen público, nada ménos que con tres alumnos, los más aventajados sin duda, de otras tantas escuelas filosóficas que disputaban á la de Oxonio, que fué donde estudiára nuestro jóven, la gloria de ser preferidas á ella; pero que en los ejercicios que se hicieron, que á la verdad no fueron dispuestos como era debido, pues parecia natural que al ménos algun maestro de la retada hubiese asistido á designar ó á aprobar siquiera los asuntos y modo de tratarlos, sufrieron el bochorno de ser confundidos los tres por nuestro jóven, que entónces mismo, y por unánime proclamacion de todos los maestros de su universidad, fué declarado doctor y catedrático de filosofía en ella, atendidos los singulares méritos que para esto contrajo, tanto en su carrera como en estos brillantes ejercicios. Pues bien, á esta gloria renunció haciéndose religioso trinitario, y si bien es verdad que no re-

nunció al magisterio, fué porque áun despues de ingresar en aquella sagrada religion, la universidad pidió á los superiores permiso para que el P. Ricardo explicase en ella filosofía, por lo mucho que en esta ciencia podian aprovechar los jóvenes bajo su acertada direccion. Como las comunidades religiosas han sido siempre condescendientes con los deseos que no han sido injustos, los de la universidad fueron satisfechos, habiendo llegado á ser el P. Ricardo Billingham el primer filósofo de su época. Dicho se está que sería grande el provecho que lograrian con sus lecciones los jóvenes que las oyeran; pues para no privar de este mismo beneficio á los muchos que habian de venir despues, escribió unos magníficos comentarios sobre Aristóteles, que era el sistema que estaba en boga en aquella época, y que dividió en nueve libros, que tituló: *Super Aristot. Log. et Fis. libri novem.* No es ocasion de entrar en el exámen de esta obra, que por el sistema sobre que se basaba, puede decirse que está ya en autoridad de cosa juzgada; pero sí diremos que en su tiempo, y áun mucho despues, fué de grande importancia, porque su autor logró una gran cosa muy poco comun en escritores, y es el escribir sin pasion de sistema, marcando él mismo, como lo hace varias veces, los lunares, defectos é imperfecciones de que adolece el sistema en sus fundamentos, y despues las consecuencias ó corolarios que de estos mismos fundamentos se han sacado. Nuestro Ricardo Billingham fué tambien más que mediano teólogo, pues escribió dos libros *De Angelis*, materia muy delicada. Florecia por los años de 1505, y poco despues se retiró al convento Norvicense, de su misma sagrada religion: allí, empleándose en santas obras, pasó sus últimos años instruyendo mucho á cuantos se acercaban á él. Viéndose acometido de una terrible enfermedad, pidió y recibió los santos sacramentos con la mayor edificacion, esperando así tranquilo la muerte, que le acometió en el pleno uso de sus sentidos, y disfrutando de todo el sosiego y quietud que lleva consigo la paz del corazon, el dia 19 de Diciembre, no se sabe de qué año. Su cuerpo fué sepultado en el claustro de su convento, que es donde enterraban á los religiosos de alguna distincion.—G. R.

RICARDO Bley ó Biler (Hermano). Perteneció á la Compañía de Jesus; jóven sumamente humilde y religioso, aleman de nacion, muy estudioso y muy dado á la práctica de todas las virtudes. Su candidez y modestia era muy apreciada de sus superiores y PP. de la Compañía, prometiendo ser con el tiempo una de las columnas de la fe, observando sus excelentes cualidades y su aprovechamiento en todos los estudios á que se habia dedicado. Pero sin duda el Señor, en sus inescrutables designios, no tuvo por oportuna la continuacion de su existencia, llevándose aquella flor á su gloria despues de ser coronado con el martirio. Siendo aún novicio fué preso por

los herejes peregrinando en una ocasion á Tréveris, y despues de sufrir mil insultos, ultrajes y vejaciones, fué muerto á cuchilladas con la más bárbara crueldad por aquellas ensañadas fieras más bien que hombres, en odio de la fe y de los jesuitas. Su destrozado cuerpo y el de su compañero fueron arrojados á las fieras para que desapareciesen hasta los últimos restos de aquellos gloriosos mártires, pero contra todos sus deseos, en vez de devorarlos, las fieras respetaron aquellos benditos cuerpos, reverenciándolos y guardándolos de modo que fueron hallados enteros, y únicamente con las lesiones producidas por sus asesinos, y fueron sepultados honoríficamente y cual correspondia á aquellos inocentes é ilustres mártires de la ferocidad de los herejes, en 16 de Octubre de 1588.—A. L.

RICARDO DE BORGOÑA (Bto.), obispo de Armelech. Fué este bienaventurado uno de los religiosos conocidos con el nombre de los siete mártires franciscanos, que dieron su sangre por Jesucristo en la Tartaria en 1530. Ya en otros artículos creemos haber referido este acontecimiento tan célebre en los anales franciscanos, y que tan grande honor dió á la religion Seráfica, cuyos hijos, fieles intérpretes de las doctrinas del Evangelio, no han vacilado en recorrer todo el mundo para llevar á las naciones más remotas el pan de la palabra divina. Uno de estos gloriosos misioneros fué Fr. Ricardo de Borgoña, el cual viendo que los religiosos de su Orden llenaban ya con sus misiones todo el antiguo y nuevo mundo, marchó con seis compañeros á los países que pasan por la cuna del género humano, ó al ménos de los que tantas veces ha procedido su salvacion ó su ruina, á la Tartaria. Acogidos benévolamente en un principio, no tardaron en verse víctimas del furor de aquellos bárbaros, continuando ellos, sin embargo, en sus predicaciones, hasta que el furor del emperador y los suyos los redujo á prision, siendo entregados á los furores del populacho ántes de ser degollados. Murieron estos gloriosos mártires en 1340 á 24 de Junio, en que los menciona su Orden. Véase PASCUAL DE ESPAÑA ó JUAN NIEGER Y AST. —S. B.

RICARDO BRADLEO (P.), religioso de la Compañía de Jesus, era inglés, de grandes conocimientos y sumamente piadoso, siendo un sacerdote ejemplar por sus grandes virtudes y buenas cualidades. Fué constantemente un celoso defensor de la fe, de una vida muy activa y laboriosa, muy dado á la oracion y á todas las prácticas de la religion cristiana. Este insigne operario de la Iglesia acompañó siempre á los ejércitos, que por aquel entónces sostenian una guerra cruelísima, y su ardiente caridad y amor al prójimo le llevaba y conducia á sostener la fe viva en los soldados, predicándoles y confesándoles, atendiendo espiritual y áun temporalmente á los heridos, cuya laudable conducta ocasionaba le tuviesen los herejes el mayor odio y ojeriza, hasta llegar el caso en que uno de ellos traidoramente le dispa-

rase un balazo dirigido á la cabeza, dejándole por muerto y con una herida mortal, pero Dios se condolió de su siervo, amparándole y defendiéndole de la muerte. Apénas se encontró algo restablecido de aquella grave herida, que todos consideraron imposible que no le produjese la muerte á no intervenir la mano del Señor, cuando le prendieron en la ciudad de Manchester, y le trataron con tanta dureza y crueldad, que al siervo de Dios no le fué dable resistir á tan duras pruebas y vejaciones como empleaban con él, únicamente por ser sacerdote jesuita, así fué que, consumido de afanes y al impulso de tantas miserias y calamidades, murió gloriosamente por la fe que predicaba, á 30 de Enero del año de 1645. — A. L.

RICARDO Cartereto (Fr.), del órden de S. Francisco. Era inglés, y pertenecia al convento de Franciscanos de Lóndres. Vivia dando ejemplo con todos sus compañeros de virtud y de austeridad, cuando ocurrió el lamentable cisma que separó aquel reino, ántes tan cristiano, de la Iglesia romana, negándole la obediencia y la debida sumision. Habiéndose constituido el rey Enrique VIII en cabeza y pontífice de la Iglesia anglicana, pretendió que todos los eclesiásticos le rindieran homenaje y le jurasen fidelidad en tal concepto. Los que habian apostatado, y los que preferian la muerte á la prevaricacion, negáronse á lo que el impío rey solicitaba, y áun hubo algunos tan animosos y tan fortalecidos por el espíritu de la religion y el ardor de la fe, que se atrevieron á representar al monarca cuán errada era la marcha que seguia. De este número fueron cuatro reverendos Padres del citado convento de Franciscanos de Lóndres, llamados Fr. Tomás Pakingon, Buenaventura Roó, Juan Suit y nuestro Ricardo Cartereto. Su desobediencia á la ley que el impío monarca promulgára, les valió ser expulsados del reino y quedar suprimido su convento; pero no decidiéndose á abandonar á sus hermanos, advirtiendo la desolacion en que se verian los fieles privados de los auxilios religiosos; y deseando, sobre todo, padecer por Jesucristo, permanecieron ocultos en Lóndres, prestando los auxilios espirituales á todos cuantos lo necesitaban. Encendida la persecucion contra los católicos, y persuadidos los herejes de que era una accion meritoria el denunciarlos, especialmente si eran religiosos, puesto que estos hacian más cruda guerra al protestantismo, descubrieron el paradero de los Padres, que fueron reducidos á prision, sufriendo en ella las mayores penalidades y mortificaciones, consintiendo no variar de conducta, á pesar de que les ofrecian la libertad á condicion de que ni predicáran, ni suministráran los auxilios de la religion á los católicos proscriptos. Fueron, pues, en vista de su negativa y de su perseverancia condenados á muerte, la cual sufrieron con el mayor valor, no obstante haber sido precedida de terribles tormentos, el dia 9 de Agosto de 1537. La Orden Franciscana los ha colocado en el número

de sus santos; y considerándolos como mártires, reza de ellos en el dia mencionado. —M. B.

RICARDO Cenomano (Fr.), franciscano. Era francés, aunque se ignora de qué punto. Pertenecia á la religion de S. Francisco en el convento Carnotense, donde se cree habia tomado el hábito. Era doctor por la universidad de Paris y muy versado en el conocimiento de los idiomas griego y hebreo. Escribió: *Collationem diversarum translationum Psalterii et ecclesiasticæ, additionis vindicationem, vice apologia ubicumque lectio vulgata ab hœbraica veritate aut alias variare videbatur inter texta per commentaria Petri Lombardi Magistri sententiarum in idem psalterium*; Paris, 1541, un tomo en fólio. —M. B.

RICARDO Chefer (Fr.), agustino, inglés, natural de Norfolck, donde comenzó sus estudios, siguió su carrera y tomó el hábito. Habiase distinguido desde sus primeros años por sus piadosas inclinaciones, y así no tiene nada de extraño, que entrando en la religion, fuese un verdadero modelo para todos los novicios, los que no sabian qué admirar más en él, si su continua y grande aplicacion, ó los adelantos más rápidos todavía que hacia en el camino de la virtud. Viviendo en perpétuo recogimiento, que favorecia sus planes, pudo darles cima en muy breve tiempo, y llegar á contarse por uno de los más ilustres miembros de su Orden en Inglaterra. Nada faltaba en efecto á Ricardo Chefer para mirarse como poseedor de tan justos títulos, piadoso por naturaleza y por convencimiento, asíduo en la oracion, constante en la penitencia, dotado de excelentes cualidades personales y de no ménos elocuencia, parecia destinado á obtener los primeros puestos de la religion agustiniana, y hubiéralos conseguido sin duda, si la muerte no hubiese venido á segar su existencia cuando se hallaba aún en la flor de sus dias. Habia sido enviado á enseñar la Sagrada Escritura á Cambridge, donde sus no vulgares conocimientos comenzaron desde luego á brillar, lo mismo que su excelente método de enseñanza. Era tan grande la rareza de los libros de texto en la edad media, si puede darse este nombre á los manuscritos por que se enseñaba, que el profesor tenia un trabajo enteramente nuevo y casi desconocido entre nosotros, si habia de sacar algun fruto de sus discípulos, pues no solo necesitaba instruirles de viva voz, sino que debia tambien dictarles sus explicaciones ó proporcionarles manuscritos, que corriendo de unos en otros para que los copiasen, llegáran á sustituir en cierto modo lo que conocemos hoy con el título de obra de texto. Esta dificultad era por otra parte tanto mayor, cuanto que tampoco abundaban los medios para escribir por lo caro y raro del papel, de modo que no todos los discípulos podian obtener copias, ni seguir los consejos de los maestros. A estos grandes defectos solia acudirse con recursos no ménos ex-

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

traordinarios, pero que siempre aumentaban el trabajo del profesor y hacian una cosa completamente especial de su carrera. Sirvió en ella el P. Chefer con grande inteligencia, llenando los deseos de los que le nombraron, convencidos de sus buenas cualidades, y excediéndolos quizá con la composicion de diferentes obras, todas á cual más útiles é interesantes, en particular las que, destinadas á la instruccion, procuraban llenar el vacío que por su cargo habia tenido él ocasion de observar, y que es quizá una de las causas por que se declama tanto sobre la ignorancia de la edad media, siendo así que aquella época era mucho más ilustrada de lo que generalmente se cree, aunque por falta de medios no pudiese cundir la civilizacion hasta donde hubiera debido descarse y era necesario, pues por lo demás, las obras maestras de aquellos siglos pueden figurar al lado de las mejores de los siglos posteriores, y siendo muy superiores á las de las épocas de la decadencia romana, no son inferiores, sin duda, á las de los siglos que las siguieron, en particular los llamados de la regeneracion de las letras, que meros imitadores de una literatura que no podia existir, porque pertenecia á otras costumbres y á otros tiempos, no consiguieron más que manchar un lienzo, que se conservaria nuevo y flamante si se hubiese seguido la originalidad adquirida en la edad media, senda gloriosa por donde marcharon los Dantes, los Ariostos y los Petrarcas, cuyas obras serán eternamente leidas, honor que no han merecido ni merecerán las de los desconocidos imitadores de la corrompida literatura del bajo imperio, tan recargada de falsos adornos y oropeles, como su hijo legítimo el estilo bizantino. Mas Ricardo Chefer no se distinguió solo como escritor, su gloria principal consiste quizá en haber sido un orador tan elocuente como docto, y en haber conmovido con sus ardorosas palabras los corazones de los ingleses, tan católicos en aquella época. Recorrió casi todos los púlpitos de Inglaterra, luciendo esta habilidad tan apreciada siempre, y haciendo verter lágrimas de dolor á los pecadores y de alegría á los elegidos, porque tal es el poder de la palabra, que como una espada de dos filos, tiene un doble efecto, segun el estado del que la interpreta y escucha, sirviendo de satisfaccion á unos y de confusion y remordimiento á los otros. Ricardo murió hácia 1359, aunque otros autores aseguran que en 1458, dejando viva la memoria de sus méritos y virtudes. —S. B.

RICARDO DE CHICHESTER. Nació este prelado inglés en el siglo XIII en un pueblo de Worchester. Despues de haber hecho sus primeros estudios en Oxford, fué á Bolonia, en Italia, para aprender el derecho canónico. Volviendo á su país fué nombrado canciller de la universidad de Oxford. Dejó este empleo en 1241 para ir á estudiar la teología á Orleans en el convento de Dominicos, en el cual recibió las órdenes sagradas. Luego que volvió á In-

glaterra, fué elegido obispo de Chichester en 1244, y áun cuando el rey de Inglaterra se opuso á su eleccion, fué confirmada por el papa Inocencio IV, y áun cuando en un principio se apoderó el Rey de todas las rentas del obispado, el Pontífice hizo se le restituyesen. Murió este prelado en Douvres el dia 3 de Abril de 1254 á los sesenta y cinco años de edad, y fué canonizado por el papa Urbano IV en 1262, segun se expresa en el artículo de *Radulphus apud Bollandus*. — C.

RICARDO DE CIRENCESTER. Este historiador inglés, llamado así del barrio en que nació, tomó el hábito en 1359 en el monasterio de Benedictinos de S. Pedro en Wetsminster, y consagró el tiempo que le dejaban sus deberes religiosos al estudio de la historia y de las antigüedades británicas, cuyo saber llegó á granjearle el nombre de historiógrafo. Obtuvo de sus superiores en 1391 el permiso de ir á Roma para perfeccionarse en sus conocimientos, y pocos años despues de su vuelta, murió en su convento el año de 1401. La obra que le dió reputacion tuvo por objeto el estado antiguo de la Gran Bretaña, *De Situ Britanniæ*, opúsculo que despues de haber estado olvidado mucho tiempo, fué sacado del polvo por Ch. Jul. Bertrand, profesor de lengua inglesa en la academia de marina de Copenhague, que pasó una copia, tanto del texto como del mapa, al doctor Stuckeley en Inglaterra, que la publicó en 1757 con un itinerario al principio, en un poco abultado volúmen en 4.°, y despues en el segundo volúmen de su *Itinerarium curiosum*. En el mismo año publicó Bertran la obra de Bichard en Copenhague en un pequeño volúmen, en el que insertó tambien lo que nos queda de Gildas y de Nennius: *Britannicarum gentium historiæ antiquæ scriptores tres*, *Ricardus Corinensis*, *Gildas Badonicus*, *Nennius Banchorensis*, etc. Este libro habia llegado á ser muy raro y era muy útil su publicacion. En 1809 se publicó otra edicion, cuyo texto está acompañado de una traduccion inglesa con una noticia sobre el autor y su justificacion contra el reproche que se le hizo de inexactitud é ignorancia como historiador. Esta reimpresion se titula: *Descripcion de la Bretaña*, con mapas, en 8.° Se citan tambien de Ricardo de Cirencester las tres obras siguientes: *Historia ab Hengistá ad ann.* 1348; dos partes que se conservan en la biblioteca de Cambridge, y en la de la Real Sociedad de Lóndres, obra que han tratado severamente algunos escritores, pretendiendo Whitaker que no tiene más juicio que instruccion; pero Gibbon la favorece más, y segun este crítico, Ricardo manifiesta en ella un sólido convencimiento de las antigüedades, cosa muy rara en un monje del siglo XIV. *Tractatus super symbolum majus et minus. Liber de officiis ecclesiasticis:* estos dos manuscritos, segun Mr. Lefebvre-Garchi, su biógrafo, se hallan depositados en la biblioteca de Peterboroug. — C.

RICARDO COINGLON, inglés de nacion y sin que sepamos sus antece-

dentes, aparece como alumno del célebre convento Huntingense de Trinitarios Redentores de Cautivos. Es indudable que sería hombre de conducta irreprensible, toda vez que logró no solo su ingreso sino su profesion en la esclarecida Orden que escogiera, pues esta siempre ha mirado con mucho cuidado á quiénes recibia en su seno, y si desgraciadamente alguno de sus individuos ha salido, como no puede ménos de suceder en congregaciones tan numerosas, ménos perfecto de lo debido ó tal vez malo y detestable, bien examinado este sugeto mismo, se ha hallado que no fué ni en su ingreso ni en su noviciado malo, sino que su maldad procedió de algun descuido posterior, pues es imaginable que si en sus primeros dias hubiese habido acerca de él, no ya una certeza, sino una sospecha por ligera que hubiera sido, primero se habria de haber desvanecido de todo punto que haberse él engalanado con el hábito de la Orden, y esta era la conducta general. Pero dejemos generalidades para ocuparnos única y exclusivamente de nuestro buen Ricardo Coinglon. Apénas profesó, y viendo en él admirables disposiciones para el estudio, lo llevaron á la casa que su Orden tenia en Oxford, donde le dedicaron al estudio de cuanto puede convenir á un teólogo, despues que hubo aprendido la filosofia y demás auxiliares para llegar á hacer la carrera completa. La hizo en efecto, y con tal éxito, que todos los doctores, no solo sus compañeros ó digamos los de su época, sino los más ancianos y que siempre miran de cierta manera las cosas que no son de su tiempo, lo apreciaban mucho, lo tenian en grande consideracion, y hubieran querido que perteneciendo ya al claustro, hubiese estado al frente de una cátedra, siquiera para dar enseñanza á unos alumnos, como era la costumbre de la época. Sin embargo, bien sea porque él no se creyera capaz de enseñar, ó porque su religion tuviera necesidad de él para dedicarle á otros cargos ú oficios, es lo indudable que apénas concluyó sus estudios salió de Oxford y no volvió más allá, pasando de nuevo al convento en que habia hecho su ingreso, noviciado y profesion. En su convento no cabe duda que se ocuparia en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, pues no es de creer que dejarian los superiores estar ocioso á un hombre de cuyos trabajos, ya en lo apostólico, ya en lo literario, podria lograrse, y se lograria en verdad, grande ventaja, pero nada se consigna acerca de este punto, y nosotros por consiguiente nada nos atrevemos á asegurar, pues estimamos en más quedarnos cortos, por decirlo asi, no solo en los encomios sino áun en la apreciacion de las cosas de los sugetos cuyos detalles damos, que no decir una cosa por otra, lo cual en verdad sería gravísimo mal. En lo que no cabe duda es en que el retiro de su celda lo aprovechó para escribir, y escribió en varios géneros, y en todos con bastante acierto. Citaremos de sus obras las que han llegado á nuestra noticia y que tambien consigna como de nues-

tro autor, además del comun de los hombres de letras, el acreditado y severo critico maestro Gil Gonzalez de Avila. En primer lugar, se cita de nuestro autor la obra que tituló: *Super Magistrum sententiarum, libri quatuor*. Obra en que se manifiestan con sinceridad suma las inexactitudes en que en diversos puntos y ramos incurrió el maestro de las Sentencias y áun se pulverizan los sistemas filosóficos que son opuestos al que siguió el maestro. En teologia puramente tal escribió un libro *De dominio Christi*, que obtuvo muy feliz éxito, porque á la verdad lo merecia. En mistica escribió tambien otro libro *Sobre los Salmos penitenciales*; obrita acabada, porque da muy exactas reglas de espíritu, y las da no solo con mucho acierto, sino con muchisimo miramiento. Publicó tambien un tomo de *Sermones* y otro que podremos llamar enciclopédico y que él llamó *Quodlibet aliqua*, que no vale en su género ménos que los otros. Esto es lo que podemos decir de Ricardo Coinglon, pues no se sabe el año ni el dia de la muerte de este sugeto, que valió porque supo secundar los designios de Dios acerca de él. — G. R.

RICARDO DE CORNOUAILLE, llamado así por haber nacido en Inglaterra en el pueblo de este nombre, y segun Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, fué religioso de la órden de S. Francisco, doctor en teología, y profesor de la universidad de Oxford. Leland confundió á este franciscano con Ricardo Rufus, y escribió: *Comentarios sobre el Maestro de las Sentencias*. — C.

RICARDO CORTESAYO. Fué inglés de nacion, y lo probable que del mismo Lóndres, por especiales circunstancias que en él concurren, cual es entre otras el que entrase en el convento de la Santísima Trinidad de aquella capital, cosa que si bien nada tiene de extraño si se mira así absolutamente y sin atender á nada más que al hecho de ser religioso trinitario en Lóndres, tiene mucho de particular si se examinan las circunstancias, porque en primer lugar, á aquella casa iban ya religiosos que en otros conventos habian ya hecho sus preparaciones y áun pruebas, y además se necesitaba siempre mucho para estar en el colegio y convento de la capital. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que Ricardo Cortesayo entró religioso en Lóndres, que allí hizo su noviciado con muchísima edificacion de todos, que allí hizo su profesion solemne, y allí por fin ascendió á los órdenes sagrados con suma complacencia de cuantos veian en él un jóven de provecho y de esperanzas. Esto mismo fué lo que hallaron sus superiores, así es que cumplidos aquellos dias críticos en que por razon de profesion, ordenacion y demás, era no solo preciso, sino necesario, indispensable, el que él estuviese allí, en Lóndres; pasados, decimos, estos dias, sus superiores lo mandaron á Oxford, donde tenia la Orden un gran colegio, y donde por entónces eran más celebrados con razon, segun nuestro juicio, los estudios

académicos. Estudió con aplicacion suma, y unida esta al gran talento de Ricardo, pronto le alcanzaron el ilustre título de doctor en aquella célebre universidad, título que en la época á que nos referimos, significaba más que el regentar hoy una cátedra en cualesquiera universidad. Pues bien; no fué solo el título de doctor lo que obtuvo nuestro Ricardo Cortesayo, y eso que este título era ya grande cosa, sino que se le dió la cátedra de prima en tan célebre universidad, y la regentó por espacio de veinte años, no en verdad porque al cumplirse esta larga época se le hiciera la menor indicacion de que dejára su puesto, ni mucho ménos, sino porque entónces hubo su religion necesidad de él, y claro es, como por su profesion y por su explícita voluntad era siempre de su Orden, hubo de ser de ella, aunque no hubiera querido, digámoslo así, cuando ella le habia menester. Durante los veinte años de su enseñanza, además del gran provecho de actualidad, digámoslo así, que se logró por lo bien que dirigia á sus discípulos y por las instrucciones tan adecuadas como fundamentales que les daba, se lograba otro grande provecho de porvenir, es decir, el extraordinario fruto que habian de sacar los que le siguieran de lo mucho que escribió, muy bien por cierto, en estos veinte años. No haremos comentarios ni advertencia alguna sobre sus escritos, ya porque son muy conocidos, ya porque no parezcamos parciales; pero sí citaremos sus títulos y libros, y veremos con esto cuán abundante fué la materia de concertados trabajos que legó á la posteridad. Escribió, pues, un libro *De Incarnatione divini Verbi.*—Otro *De Auxiliis.*—Nueve libros *De Sanctissima Trinitate.*—Tres libros *De Potestate Romani Pontificis*, que, sea dicho de paso, han servido de fundamento á alguno de los importantísimos trabajos que sobre el particular, y con mucha oportunidad, se han publicado en diversas partes del orbe católico; dando con esto una prueba de la importancia de las obras de nuestro esclarecido Ricardo Cortesayo. Por último, escribió tambien un tratado que tituló: *Quæstiones de B. Virgine*, obra de mérito, y que ha servido de mucho ántes de la definicion dogmática de la Concepcion. Para sacarle de su cátedra hubieron los superiores de darle otro destino, no por él, que al momento habria ido donde le llamasen sin réplica ni reparo alguno, sino por sus comprofesores y demás compañeros de cátedra que no hubiesen llevado á bien, porque no podian llevarlo, el que hubiera sido separado de ellos de cualquier modo. Hiciéronle, para sacarle de la cátedra, ministro provincial de su sagrada religion. Si bien se habia portado como estudiante, como regente de cátedra y como catedrático propietario, tan bien se portó como ministro provincial de su Orden. Por supuesto que no se dispensó trabajo alguno para cumplir su cargo como era debido, y era en el desempeño de su ministerio inexorable con las más ligeras faltas, si bien extraordinariamente caritativo, áun con aque-

llos mismos que por sus delitos se hacian acreedores á castigo, poniendo siempre todo su esmero en procurar el bien de todos sus súbditos; pero el bien difundido hasta no más, es decir, de suerte que participasen de él, á ser posible, todos los religiosos, pues él á todos miraba como á hermanos, y nunca fué amigo de preferencias, por lo cual estaba poco ménos que reñido con los privilegios y con los privilegiados. El cumplimiento tan exacto de su ministerio, como la fama de su ciencia y de sus virtudes, llegaron, como no podia ménos, á la corte de Roma, en que ocupaba el solio pontificio el papa Juan XXII, y queriendo utilizar los servicios de este gran religioso en el gobierno, ó al ménos en el cuidado y solicitud pastoral que de una diócesis pudiese tener, lo nombró obispo de Ancona; primero auxiliar y luego propietario, para que así pudiera trabajar en favor del comun de los fieles, como habia trabajado en favor de los estudiantes en Oxford, en favor de los religiosos en su provincialato. En efecto, mucho trabajó en beneficio de los fieles, pues llegó á contar nada ménos que noventa años, y por consiguiente, aunque en la cátedra entrase á los treinta, al provincialato fué á los cincuenta, y al obispado ántes con mucho de los sesenta; por lo cual muy muchos serían sus trabajos apostólicos en este puesto, aunque desgraciadamente se ha perdido su memoria. Siendo tal obispo de Ancona pasó á mejor vida, y quiso dar este tan importante paso á modo de religioso trinitario, que es lo que fué toda su vida; por lo que murió en su convento y dispuso que luego de concluidas las exequias como obispo, se le llevase á su convento de Lóndres, que es donde está enterrado.—G. R.

RICARDO Crabbe. Fué escocés, y oriundo de una de las familias más nobles de Escocia, tanto que entre sus ascendientes se contaban algunas personas reales, que por lo mismo de serlo, estuvieron enlazadas con príncipes extranjeros distinguidísimos. Ricardo, tanto por los servicios de su familia, cuanto por su claro talento y constante aplicacion, habria podido lograr grandes adelantos en cualquier carrera que hubiese emprendido; mas él desde luego estuvo por la eclesiástica, sin más mira, motivo ni atencion, que la de que en esta podia servir al Señor muchísimo mejor que en ninguna otra, fuese cual quisiera el rumbo que tomára. Se determinó á ingresar en la muy acreditada religion de Redencion de Cautivos de la Santísima Trinidad, y la casa de Aberdonia fué en la que hizo él, no solo su noviciado, profesion y demás, sino sus estudios, habiendo logrado gran provecho y merecido por justísimos títulos la borla de doctor, que le confirieron por creerlo desde luego merecedor á tan señalada distincion, y porque sus ejercicios fueron brillantísimos. Su Orden le dedicó al ejercicio importante de la predicacion del santo Evangelio, y supo lo que se hizo, si cabe esta expresion vulgar, porque fueron tantos y tan admirables los frutos que logró,

que de todas partes acudian presurosos á buscarle, y si hubiera sido posible que hubiese aumentado su personalidad, y héchose dos, indudablemente por dos hubiera tenido trabajo, y trabajo siempre con provecho de las almas. Es verdad que tenia en su abono que era ejemplar en toda clase de virtudes, y que nadie podia ménos de admirarse en cuanto observaba algun tanto su conducta ejemplar. El era sumamente observante, y por lo tanto sumamente penitente; era extraordinariamente humilde, y por consiguiente obediente hasta el extremo, si en las virtudes caben extremos. Era dado á la oracion de un modo particular, y por consiguiente allí aprendia esa preciosa ciencia que los del mundo no llegan á conocer, y cuyo valor no pueden medir; esa ciencia que teniendo en mucho la gloria del Señor, no puede sufrir la más pequeña infraccion de su ley santa, y clama por consiguiente con el mayor celo contra los que así abusan de la misericordia divina, y conociendo al mismo tiempo la fragilidad de los míseros mortales, toleran con caridad sus miserias, con tal de por este medio llevarles á los pies del Dios misericordioso, para evitarles los infalibles castigos del Dios justiciero. Tal era la índole de nuestro P. Ricardo, y tan grande su caridad como su ciencia, tan vivo su deseo de la santificacion de los demás, como su deseo de su propia justificacion, tan ardiente su celo por la gloria de Dios, como diligente por el bien de los mortales; así que todas estas condiciones de nuestro buen religioso sabidas por el romano Pontífice, que en la época á que nos referimos lo era el señor Benedicto XI, obligaron, por decirlo así, á Su Santidad, á fijar sus miradas en Ricardo para conferirle una mitra. La ocasion no se hizo en verdad esperar mucho. Vacante la mitra Laonense en Hybernia, le nombró para este obispado el dia 1.° de Abril de 1304. Puede comprenderse muy bien, atendido el carácter de nuestro P. Ricardo, el efecto que le produciria la inesperada noticia de su elevación á la alta dignidad episcopal, y no hay para qué decir, que solo por obediencia se le pudo obligar á tomar sobre sí tan pesada carga. Mas ello fué preciso, preparándose convenientemente para su solemne consagracion, hubo sobre sí la pesada carga. La solemne ceremonia fué todo lo magnífica que pudo hacerla su religion sagrada, que fué quien le apadrinó por evitar compromisos, consagrándole un religioso que habia sido maestro suyo, y á la sazon regia su arzobispado, y otros dos obispos tambien de la Orden. Partió para su destino apénas consagrado, y llegó y tomó posesion personalmente de su silla el 3 de Julio del mismo año 1304, en que fué preconizado. Muchísimo sintieron en Aberdonia verse privados de un tan excelente operario de la mística viña del Señor, si bien se complacian en su elevacion al pontificado; mas los de la diócesis Laonense no cabian en sí de contentos, porque les habian informado bien de quién era el prelado que les iba. Desde el primer

dia comenzó á ejercer su ministerio, y á desplegar en favor de sus fieles súbditos sus pastorales y paternales cuidados, y no cesó ni un solo dia en continuárselos miéntras duró su vida, que en el gobierno de aquella diócesis, única que el Señor le confiára y que dirigió con todo acierto, fueron veinticinco años; pues justamente el 3 de Julio de 1329 fué cuando Dios nuestro Señor lo llamó para sí, despues de haber hecho por su grey todo lo que estuvo á su alcance, siempre mereciendo con justicia el título de padre, con que le aclamaban llorando el dia de su muerte. Sus honras fueron suntuosísimas, y su cadáver enterrado en su iglesia catedral, siendo muchos los que depusieron, con las formalidades debidas, rasgos heróicos de virtud que le habian visto ejecutar. Dejó el obispo Ricardo Crabbe muy buenos escritos, que fueron: tres libros *in Epistolam B. Pauli ad Hœbreos;* un libro *de Angelis*, y otro de *Sanctissima Eucaristía*, cuyas obras aumentaron el gran concepto que le merecieron de sabio sus sermones, y de santo sus virtudes.—G. R.

RICARDO Curico (Fr.). Fué hiberno de nacion, dotado de un gran talento y de no ménor aplicacion, por lo cual adelantó muchísimo en los estudios, desde que se dedicó á ellos en los primeros años de su infancia. Fué desde luego muy aficionado á las cosas de la iglesia, y el procurar el culto divino era para él una ocupacion, que sobre agradarle mucho, le parecia muy digna, pues decia era la sola manera que la criatura tiene de protestar á su Criador su augusta soberanía, de un modo, por decirlo así, ostensible, y que penetrando por los sentidos, nos lleva, como dice el apóstol S. Pablo, de las cosas que conocemos á las que no conocemos, y nos anima y alienta á prestar á Dios todo el homenaje debido á su adorable soberanía y á la grandeza de su supremo ser. Deseando Curico evitar los peligros de que al mundo veia rodeado hasta más no poder ser, quiso buscar un asilo en la retraccion de este mismo mundo, quiso que la religion le prestára este consuelo y servicio, digámoslo así, que en otra parte le era muy difícil cuando no imposible hallar, por lo que pretendió en el convento Pontanense de religiosos de la Santísima Trinidad de Redencion de Cautivos el santo hábito, que le concedieron con el mayor gusto; porque todos, incluso los superiores, sabian perfectamente lo que era este hombre tan bueno, y de quien tanto se podia esperar, atendida su capacidad, aplicacion y demás dotes. Por supuesto que hizo su noviciado con edificacion de todos; recibió los votos á su debido tiempo, con más gusto por parte de los que se los daban que lo que se acostumbraba, y por consiguiente pudo profesar en medio del mayor júbilo de todos sus hermanos, que se complacian en él, y esto le daba mucha satisfaccion y aliento, porque decia, y con razon, que nada debe ser tan sensible como profesar en una comunidad, y que no sea á

gusto de los que viven en ella. Concluido esto, y siguiendo la loable costumbre de su religion veneranda, le llevaron á estudios, y como Oxford era entónces donde puede decirse que las ciencias todas, pero con particularidad las ciencias eclesiásticas, estaban en su auge, á Oxford fué enviado, y allí no solo hizo sus estudios con notable aprovechamiento, sino que logró el que espontáneamente de parte de sus profesores, y sin haber mediado por su parte excitacion de ningun género, le confirieran en aquella célebre universidad el título de doctor, y acaso le habrian conferido tambien el cargo de alguna cátedra, si no hubiese parecido conveniente á los superiores de la Orden traerle otra vez al convento de donde procedia, sin duda para utilizar los importantes servicios que podia prestar á su sagrada religion. Efectivamente, fué muy útil á los suyos, pues nombrado, á muy poco tiempo de regresar de Oxford, ministro de su convento Pontanense, no se puede formar juicio de los grandes servicios que prestó á su sagrado instituto en el desempeño de su importante cargo y ministerio. En primer lugar él estableció la mas rígida observancia, porque era muy amigo de que todas las cosas caminasen á la perfeccion, y con un órden y concierto cual convenia á un instituto religioso de tanta importancia como el suyo; además hizo, ó por mejor decir, procuró grandes mejoras en todo el convento y en la iglesia, y procu ró tambien que se respetáran los derechos de la comunidad, toda vez que la comunidad misma cumplia los deberes, si cabe, con excesiva exactitud. En órden al culto divino, acerca de cuyo punto hemos ya dicho que tenia siempre mucho celo y cuidado, procuró dotar memorias para que este nunca decayera, y proveyó á la sacristía de todo lo necesario y más, adquiriendo algunas alhajas de gran precio, y ornamentos riquísimos, todo á fuerza de constancia y trabajo, todo á esfuerzos de una actividad incansable, y de una constancia suma en el trabajo tan necesario para sostener, y sostener con órden y concierto una comunidad numerosa, como lo era la que nuestro Padre regentaba. Este gran celo que desplegó siempre por la gloria de Dios y bien de sus hermanos, le hacia altamente apreciable á estos mismos, que no encontraban en él verdaderamente al superior que debia castigar sus deslices, sino el Padre, que con la más exquisita diligencia, miraba por sus necesidades para remediarlas, y procuraba con el mayor afan la dicha y la ventura de sus súbditos, áun á costa de su reposo y sosiego; y como no podia ménos de traslucirse su ejemplar conducta fuera del convento, todos cuantos le conocian le admiraban, y era con razon citado como modelo; pues su conducta no tuvo siquiera una accion que no pudiera y áun debiera ser imitada. A esto fué debido sin duda el que no le relevaron del cargo de superior de aquella santa casa, segun estaba puesto casi en costumbre, sino que una y otra vez le eligieron,

una y otra vez le hicieron ministro, con indecible júbilo de todos sus súbditos y con sentimiento solo de él, que no queriendo, como no queria mando, hubiese estado mucho más satisfecho relevado de tan importante cargo. En medio de las penosas obligaciones que le imponia su ministerio, y de las que voluntariamente se imponia él para procurar la salud de las almas, encontraba tiempo para dedicarse á trabajos literarios, y á su bien cortada pluma se debieron las obras siguientes, que no calificamos porque tienen fama universal: un libro *De Privilegiis Regum Britan Ordin. SS. Trinit.*; otro, *De Privilegiis et gratiis Pontif. eidem Ordin. SS. Trinit;* otro *De dignitate et præcell. Ordin. SS. Trinit.*; y nueve libros de *Sermones de Dominicas, de Ferias y de Santos*, escritos con mucho acierto y erudicion. De esta manera cumplió sus dias el P. Ricardo Curico, trinitario, hasta que el Señor quiso llamarlo para sí, á cuya jornada, decisiva é importante en verdad, se previno con todos los recursos que la Iglesia facilita á sus hijos como cariñosa madre, en este lance, el más apurado sin duda de cuantos puedan ocurrirles; y entregó plácidamente á Dios su espíritu en 3 de Mayo de 1330, en medio del sentimiento general de cuantos por cualquier motivo tuvieron ocasion de conocerle. Murió en su convento, y tanto por la circunstancia de ser el superior, cuanto por retribuirle de alguna manera los servicios que prestára, y más que nada por la fama de sus virtudes, se resolvió enterrarle junto al altar mayor, lo cual se hizo, siendo desde entónces muy venerado su sepulcro, y abrigándose esperanza de que él gozará de Dios.—G. R.

RICARDO DE DOUVRE. Fué religioso de S. Benito, de cuya Orden tomó el hábito en el monasterio de Douvre, razon por la que se le apellida así. Fué inglés de nacion. Su piedad y virtudes le llevaron á la dignidad de prior de su monasterio, desde cuyo empleo fué elevado por Enrique II, que reinaba entónces en Inglaterra, al arzobispado de Cantorberi, en el que sucedió inmediatamente á Santo Tomás mártir. Se le acusó de haber descuidado los derechos de la Iglesia, pero se justificó completamente de esta imputacion en unas cartas que escribió al pontífice Alejandro III. Murió este prelado el año 1184.—C.

RICARDO DE DUBLIN (Fr.), trinitario inglés, hijo de una familia tan antigua como ilustre. Tomó el hábito en el convento de Kilder en Irlanda, habiendo renunciado ántes el arcedianato de Adamarch que tenia, deseoso de vivir en el retiro. Permaneció algunos años entregado á toda clase de ejercicios de piedad y religion, y creyendo que entrando en un convento conseguiria mejor el objeto que tanto anhelaba, cuando se presentó al ministro trinitario, que era por cierto un varon docto y discreto, le respondió que mirase bien lo que iba á hacer, le manifestó la austeridad de la religion y lo

que en ella podia padecer, despidiéndole en el acto. Pero como su vocacion era decidida, arrostró por todo y se vistió el santo hábito como deseaba. Fué muy trabajoso su año de noviciado, pero su grande paciencia y grande discrecion le hizo sufrirlo todo con gusto, como que habia tomado el hábito por voluntad propia. Despues de profeso se consagró al estudio teórico y práctico de la teología mística, asistiendo además constantemente al confesonario. Viendo la Orden los buenos resultados de sus trabajos espirituales y el gran número de aventajados penitentes que habia llegado á reunir, le trasladaron á Dublin, corte de Irlanda, para que continuase allí difundiendo las luces de su doctrina, como lo habia hecho en Kilder y pueblos comarcanos. Pero á pesar de su traslacion le iban á buscar á su nuevo convento los naturales de Kilder, sin tener en cuenta los trabajos del camino, y solo con el anhelo de aprovecharse de sus consejos y doctrina. Entró en Dublin y comenzó á desempeñar su cargo, que empleaba casi todo el dia en ganar almas para Dios, llegando su fama á tal extremo, que le eligió por confesor el duque de Norfolk, virey de aquel reino y varon muy justo y juicioso, quien temiendo las variaciones que suelen acaecer en las órdenes religiosas, y no queriendo que con este motivo fuese trasladado Fr. Ricardo á otro convento, obtuvo del arzobispo de Dublin que le eligiese por sufragáneo suyo, lo que hizo éste con no poca utilidad y aprovechamiento de sus diocesanos. Pero no duró esto por mucho tiempo, ni vió el virey logrados por completo sus deseos, pues para burlarlos dispuso la Providencia que pasase el nuevo virey á Inglaterra, de órden del Rey, para ocuparse en asuntos del servicio del estado. Mas viendo el virey que habia de faltar ya de la corte de Dublin, negoció con su monarca, y este con el pontífice Urbano IV, que fuera elegido arzobispo de Damasco, en Francia, el año de 1278, para cuya ciudad salió á cumplir con las obligaciones de su prelacía, como pastor cuidadoso; gobernó su arzobispado con grande acierto y fruto hasta el dia 3 de Octubre del año 1264 en que murió santamente, dejando admirables testimonios de sus virtudes. «De este santo príncipe, dice la crónica, que crió hijos é hijas espirituales de tan alto aprovechamiento, que muchos y muchas murieron en opinion de santos y santas y que de ellos se canonizaron algunos; que quiso Dios por los frutos dar testimonio del árbol.» Añade tambien, que escribió varios tratados espirituales para direccion de las almas, y otros para luz clara del camino de la perfeccion, de los cuales salieron despues muchos impresos con nombre de otros, de quienes se podia decir muy bien lo de Virgilio:

Hos ego versiculos feci; tulit alter honores.

S. B.

RICARDO DE ELI. Este religioso benedictino, de nacion inglesa, nacido en la isla de Eli, vivia en el año 1220 bajo el reinado de Enrique III. Se le tenia por profeta, porque habia dicho que Simon, conde de Monfort, moriria ántes que la ciudad de Tolosa, que habia sitiado, fuese tomada, y para lo cual habia compuesto su epitafio como si ya hubiese sucedido. A su muerte dejó este benedictino algunos sermones y una historia de lo que se habia hecho en su monasterio, razon por la que Pitseus le dió entrada entre sus *ilustres escritores ingleses.* — C.

RICARDO ESCOTO, obispo. Indudablemente que el llamar Escoto á nuestro buen Ricardo consiste en que él queriendo ocultar el nombre de su familia, y siendo natural de Escocia, fué distinguido con este seudónimo Escoto ó Escocés; sea de ello lo que fuere, es indudable que fué un hombre que valió muchísimo, no solo para la religion de la Santísima Trinidad, á que perteneció, siendo alumno del Real colegio de Averdonia, sino á los fieles á quienes el Señor puso un dia á su cuidado, y á los fieles todos en general. Prescindiremos, en gracia de la brevedad, de dar detalles acerca de su carrera y estudios, que suficientemente se acreditan sin más que reflexionar que un dia fueron debidos á su bien cortada pluma cuatro libros: dos *sobre el Evangelio de S. Lucas;* uno *sobre el Maestro de las Sentencias,* y otro *De tranquillitate animæ;* todos escritos con maestría, segun todos los críticos de su época y posteriores; así que solo diremos algo de su vida como religioso y despues como obispo, pues en ambos conceptos gozó justísimo crédito. Apénas vino de estudios se le confirieron cargos importantes en su convento, como fueron el de vicario de coro, algun tiempo el de maestro de novicios y director de estudiantes; desde allí, y viendo como lo habia desempeñado, le obligaron á que fuese superior del convento de Dumbar, y aquí puede comprenderse cuán bien desempeñaria su cargo con solo fijarse en que siendo enteramente desconocido y entrando de superior, cuyo ministerio nunca impone favorablemente, ántes por el contrario, parece que previene en contra, se hizo tan amigo de todos, ó por mejor decir, todos se hicieron tan amigos de él, que cuando hubo de dejar aquel convento porque se habia concluido su prelacía y la obediencia le llamaba á otra parte, fué un verdadero disgusto para sus hermanos verse privados de tal padre, pues como tal le consideraban. Él, sin embargo de sentir tambien muy mucho la separacion, los animaba excitándoles, como era consiguiente, á la confianza en el que le iba á sustituir, y pasaba con igual cargo de ministro superior á Averdonia, su propio convento, que se complació vivamente en tenerle por tal ministro, porque conocian muy bien sus prendas y además de ello las noticias de Dumbar le eran todo lo favorables posible, y ni los de Dumbar exageraron, ni los de Averdonia tuvieron porqué arrepen-

tirse de la eleccion que en favor de ellos hicieran los superiores, porque se portó excelentemente en el desempeño de su cargo en este segundo convento. Solo el trienio duró en este importante destino, pues concluido se le nombró definidor de la provincia, y muy poco tiempo despues vicario ó comisario general. En el desempeño de este importante cargo desplegó tanto celo y acierto, que todos querian verle al frente de una diócesis, porque comprendian que en tan alta dignidad podria mucho mejor lucir, digámoslo así, sus grandes condiciones de superior. Vacó poco despues de ser él ministro general de los Trinitarios la diócesis Ossoriense, y quieras que no (permítasenos la vulgaridad) se le obligó á entrar en ella, para lo cual fué preciso se le impusiera precepto de santa obediencia. Cumplióle, como no podia por ménos, y sin escasear fatigas ni molestias de ningun género, se dedicó desde luego á fomentar los intereses espirituales de sus diocesanos, de suerte que quien le veia obrar no pensaba sino que procuraba los suyos propios. Algunos años gobernó su mitra, siempre con acierto, siempre incansable, siempre dispuesto á los mayores sacrificios para el bien de sus fieles súbditos, y por su parte, siempre como simple fraile trinitario, el mismo vestido, la misma cama, la misma mesa, dando con esplendidez cuanto tenia ó á los pobres ó á la iglesia, pues ambas cosas le llamaban muchísimo la atencion. Así pasaron sus dias, que no pudieron por ménos de ser llenos de méritos en la divina presencia, y que el Señor indudablemente premiaria con la eternidad feliz que era consiguiente á su vida enteramente apóstolica. No se sabe á punto fijo cuándo se verificó su muerte, solo sí que fué muy sentida, que todos conocieron la pérdida que experimentaban, y que su cadáver fué sepultado con el debido honor en la iglesia catedral.—G. R.

RICARDO Esío (P.), de la Compañía de Jesus. En la Bélgica, donde nació este religioso, se dedicó á los estudios con tanto aprovechamiento, que se distinguió mucho en la lengua griega, llegando á ser uno de los profesores más distinguidos de su época. Llamado para enseñarla á Italia, lo hizo durante algun tiempo con reputacion, hasta que deseoso de abandonar las vanidades mundanas por entregarse á una vida mejor y más perfecta, entró en la Compañía de Jesus, probablemente en Venecia, donde continuó consagrado á un trabajo literario, pero más principalmente á ejercicios de piedad y religion en que fué un verdadero modelo, brillando por todo género de virtudes, pues la humildad se unia en él á la austeridad, oracion y penitencia, en que fué extremado. La enseñanza en que hubo de continuar en virtud de la santa obediencia, formó sus delicias en sus últimos años, consagrándose á ella con un celo superior á todo elogio, de manera que era muy apreciado en la provincia de Venecia, donde pasó

la mayor parte de su vida. Perteneció cuarenta y cuatro años á la religion en que murió, hallándose en Plasencia en 1691 á los ochenta y tres años de edad, despues de haber hecho los tres votos. Escribió: *Instructiones Grammaticæ latinæ.* — *Institutiones linguæ Græcæ.* — *Compendium linguæ Gærcæ ex Nicolao Clenardo.* — *Compendium linguæ latinæ ex Emmanuele Alvaro.* — *De Quantitate Syllabarum.* — *Simmiæ Rhodij bipennene* de Teócrito, traducida del griego al latin. — S. B.

RICARDO DE FISHACRE, dominico inglés; era profesor de la facultad de teologia de la universidad de Oxford, al mismo tiempo de Roberto de Baam, varones ambos tan eminentes por su ciencia como por su virtud, y que se hallaban unidos por la más estrecha amistad con S. Edmundo, arzobispo de Cantorbery. Hacia muchos años que enseñaban con grande reputacion, cuando tomaron ambos el hábito de Santo Domingo en el convento de Oxford, y casi por la misma época que Juan de S. Gil abrazaba en París el mismo instituto. Continuaron ocupando como él sus cátedras, y añadieron á sus estudios el ejercicio de las funciones apostólicas. Mateo Pacis, poco acostumbrado á prodigar los elogios, no teme sin embargo decir, que Inglaterra no tenia entónces hombres más grandes ni quizá semejantes á estos dos excelentes religiosos, ya por la piedad y la erudicion, ya por el don de la palabra. La santa amistad que los habia unido estrechamente durante su vida, no les permitió separarse ni áun en la muerte, que acaeció, segun el mismo autor, en 1248. Juan de S. Gil tuvo, sin embargo, el placer de verlos en sus gloriosos cargos á su regreso á Inglaterra. Unióse á ellos para trabajar de concierto en la instruccion y en la edificacion de los fieles.—S. B.

RICARDO GALICO (Fr.) religioso capuchino, y uno de los primeros que entraron en la reforma de las órdenes religiosas ocurrida en el siglo XVI en que tan necesaria habia llegado á hacerse por el estado de la Iglesia, amenazada por el protestantismo creciente á la sazon. Uno de los acaecimientos más notables de los siglos modernos es sin duda el cisma que ha separado á la Iglesia católica de las demás sectas, que aunque cristianas, disienten por completo en muchos puntos del dogma. Vulgar es el orígen del protestantismo en un religioso de ardientes pasiones y de no vulgar capacidad, queriendo defender uno de los privilegios de su Orden, que el soberano Pontífice la habia ó no quitado en uso de su derecho, y negándole, desciende de negacion en negacion hasta dar orígen á una nueva secta, combatida en un principio así con las armas espirituales como por las temporales, pero triunfante áun en medio de su derrota, y que acaba por asentar un imperio en los países más florecientes de Europa. El protestantismo, sin embargo, que no es más que una negacion, como lo dice su propio nombre, que no encierra en sí ningun gérmen de vida y de esperanza, que

por el contrario, como han demostrado todos los controversistas y más hábiles pensadores, mata todas las ideas y no puede engendrar lo grande, lo bello, ni lo sublime, venció en desigual lucha, y sus principios, aunque falsos, subsisten desde entónces, y quizá estan llamados á subsistir por muchos siglos. ¿En qué consiste, pues, esta contradiccion, este hecho negativo sin ejemplo en la historia? Es indudable que en la época de la aparicion de esta doctrina, toda la Europa habia llegado á un grado extremo de corrupcion, y lo mismo las costumbres que los hombres se encontraban en un verdadero estado de decadencia. Así aunque el protestantismo nada podia ofrecer ni realizar, correspondia á una necesidad, á una situacion dada, y tuvo vida, no á expensas propias, sino á expensas de las ideas que combatia. Tal fué, pues, la causa del triunfo de una doctrina que carece de fijeza, de armonía, de todo, en fin, lo que constituye un dogma. Pero su triunfo fué la voz de alarma que avisó á los católicos de su triste estado, que les hizo volver sobre sí y pensar en los medios de contener la revolucion que los amenazaba. Las órdenes religiosas fueron las primeras que comprendieron toda la extension del mal, y las primeras tambien que pensaron en acudir con el remedio. Sin salir de sí mismas vieron abusos que era necesario sacar de raíz, llagas que era preciso cicatrizar, reglas que se necesitaba establecer. Entónces fué cuando emprendieron su reforma. Pocas ó ninguna órden religiosa hubo que no pensase volver á los rigores de su primitiva regla, mitigados con el trascurso del tiempo, y la que no encontró en su seno las suficientes determinaciones para vivir con más aspereza y rigor, acudió á la órden que más se le aproximaba y tomó de ella los medios para reformarse. Los franciscanos, los carmelitas, los trinitarios, los agustinos, los mercenarios, los dominicos, todos los religiosos, en fin, se adhirieron á la reforma, cambiando en otros más toscos sus antiguos trajes, disminuyendo el alimento y reduciéndolo á lo absolutamente necesario, aumentando los ayunos y las vigilias, sustituyendo en fin, las sandalias á los zapatos, y convirtiéndose en pobres voluntarios los que hasta entónces no lo habian sido sino con muy raras excepciones. La primera religion que empezó esta santa obra fué la Seráfica por medio del célebre Pauluci de Trineis, que no sin grandes dificultades consiguió llevarla á cabo: uno de los que más le ayudaron en su empresa fué Ricardo Galico, quien dotado de superiores luces y conocimientos, pudo influir mucho en la futura suerte de sus hermanos, haciéndolo con tanta más facilidad cuanto que, elevado al importante cargo de maestro del Sacro Palacio, pudo en este eminente puesto convertir los favores que merecia á la bondad de los soberanos pontífices en beneficio de los capuchinos. Su nombre, de consiguiente, es citado con elogio por los principales cronistas de su religion, y en particular por Fr. Agustin White,

que le supone escritor, aunque no nos diga sus obras, por lo que no le han omitido en las suyas ninguno de los bibliógrafos de la religion franciscana. Poco nos dice sin embargo acerca de sus hechos, sabiéndose únicamente que fué tan ilustre por su piedad como por su ciencia, y que tanto por esta como por aquella mereció todo género de consideraciones en la corte de los soberanos pontífices, siendo citado como modelo de religiosidad y de acrisoladas virtudes. Pasó los últimos años de su vida en la oracion y el retiro, procurando con sus austeras penitencias y contínuos rigores, purificar su alma de los restos de vanagloria mundana que pudieran mancharla despues de haber vivido tantos años en la tierra. Su muerte fué sentida y llorada por propios y extraños.—S. B.

RICARDO DE GERBEROY, obispo de Amiens. Este prelado era de la antigua familia de Vidames de Gerberoy. Educado desde su infancia en la iglesia de Amiens, fué primero canónigo, despues dean en 1192 y obispo por último en 1204, siendo á él á quien el pontífice Inocencio III dirigió la decretal *Tua fraternitas de adulteriis*. Despues de haber ocupado la sede episcopal casi por espacio de seis años, murió á últimos del mes de Mayo de 1210. Inhumado en la iglesia de S. Martin-aux-Jumeaux, se grabaron en la lápida puesta sobre su tumba, colocada á la puerta del coro, los cuatro versos siguientes:

Hic situs est Præsul Ricardus, Præsule dignus,
Cujus lex vitæ, lectio vita fuit.
Justitiæ speculum, contemptor muneris, ore
Parcus, mente pius, largus, honoris apex.

Haciendo una obra en 1688 en la parte de esta iglesia en que se hallaba enterrado Ricardo, se encontró su cuerpo revestido de los ornamentos pontificales bordados de oro con las águilas de su familia y al lado su mitra, su anillo y su cruz de marfil en un báculo de cedro, en medio de un pedazo de cobre esmaltado y dorado, en el que se leia esta inscripcion:

Collige, sustenta, stimula, vaga, morbida, lenta.

Aún no era dean Ricardo, cuando la reina Fugebulga escribió desde Etampes, lugar de su destierro, despues de lo que podia llamarse su segundo repudio, una carta en que da parte al cabildo de Amiens de su nuevo infortunio, y manifiesta su pesar por no poder hacer á aquella iglesia, en que habia sido coronada, todo el bien que deseaba. Encarga que la encomendasen en sus oraciones, reservándose, si mejora de fortuna, expresar

su reconocimiento de una manera más sensible que por medio de los presentes poco considerables que acompañan á su carta. El dean Ricardo respondió á la Reina en nombre del cabildo en una carta en que despues de haberla dado gracias por sus beneficios, la promete sus oraciones, su asistencia y la anuncia, tomando los términos de la Sagrada Escritura, el próximo fin de sus desgracias. En 1206, durante su episcopado, fué cuando trasladó la cabeza de S. Juan Bautista desde Constantinopla un cruzado llamado Wallon de Sarton. El obispo recibió esta reliquia con grande solemnidad y compuso oraciones y lecciones en memoria de la degollacion de este santo. Un canónigo de Amiens, llamado Viseur, que escribió á principios del siglo XVI una pequeña obra sobre *la vida, la muerte, la invencion y los milagros de S. Juan Bautista*, dice que «la historia de la traslacion de esta reliquia habia sido descrita por Messire Richard de Gerberoy, que tuvo la fortuna de recibirla en su tiempo,» y además que «el buen obispo Ricardo, que era hombre devoto y sabio, compuso hermosos cánticos de la degollacion de S. Juan Bautista.» El año 1209 escribió Ricardo á Felipe Augusto una carta en la que declara someterse enteramente á la sentencia del rey de Francia, en un proceso que tenia contra los habitantes de Amiens, con motivo de la observancia de las fiestas. Hé aquí todo lo que se sabe de los escritos de este prelado. La *Galia Cristiana* cita una biblioteca canónica *(Biblionomia)*, obra manuscrita de Ricardo de Fouirnival, que era casi contemporáneo del obispo de Amiens, y en la que atribuye á este una historia romana: *Liber de abbreviatâ historiâ Romanorum, quæ dicitur tripartita*, y un libro sobre las cuatro virtudes cardinales, *liber de quatuor virtutibus et de Ave Maria;* pero no se cree que ninguna de estas obras haya llegado á imprimirse, y no se ha podido descubrir el manuscrito. Puede suponerse que se hallaban todas tres contenidas en el mismo volúmen, y la última era sin duda una explicacion de la salutacion angélica.—S. B.

RICARDO Gibbon (P.), jesuita inglés, natural de Winton, varon muy distinguido por sus conocimientos en filosofía, matemáticas, lengua, y letras sagradas y teología escolástica. Habia adquirido todos estos conocimientos el P. Gibbon en su país, floreciente antorcha á la sazon de la Iglesia católica, y que no debia tardar en ser su piedra de escándalo, de la misma manera que su ilustre nombre, rodeado de la aureola del saber y de la virtud, debia unir algunos siglos despues á otro escritor para elevar al más alto grado la reputacion y la gloria de su nacion, empero para disminuir tambien su grandeza por haber descendido á incalificables pequeñeces al tratar los asuntos más grandes y sagrados, siempre que se rozasen en algo con su religion pretendida reformada. Tal es la *Historia de la decadencia del Imperio Romano* del célebre Guillermo Gibbon, á que nos referimos, obra superior á todo lo

conocido en su género, que no admite igual ni áun rival, y que sin embargo adolece de muy graves defectos al ocuparse de las materias religiosas, por lo que solo con precaucion puede usarse por los católicos. Lástima grande que tan sublime ingenio se halle manchado con tan groseros errores, y no olvidase ni por un momento sus preocupaciones y las de su país, convenciéndose de que escribia para el universo entero, para la posteridad que debia juzgar su magnífico, su admirable escrito, al que ha quitado no poco de su merecida popularidad este grave error del profundo historiador. Achaque es este propio áun de los genios de primer órden, que rara vez saben hacerse superiores á su siglo, al pueblo ó nacion para que escriben; y con frecuencia por contemporizar con un editor ignorante, aunque hinchado con un supuesto saber, mancha sus mejores obras con los errores más crasos, con las suposiciones más absurdas, con las ideas más ridículas, con las vulgaridades, en fin, más corrientes en su época. Desgracia es tambien esta no siempre del autor, que abrumado por las necesidades de la vida, suele tener que bajar la cabeza ante los hombres más necios é ignorantes, sino tambien del país ú época en que vive, que tan parco anda en recursos para el genio, cuya mente es arrastrada á impulso de la primer ola que suele subir ó bajar. Así no culparemos á todos los autores, no sabiendo al ménos sus circunstancias, sino solo á aquellos que, como Gibbon, no teniendo nada que temer por su reputacion, carecieron del carácter suficiente para sobreponerse á las pequeñeces de su siglo, á las miserias de los hombres que los rodeaban. No sucedió así á su predecesor en gloria. Ricardo Gibbon comprendió desde luego que no hay verdadera superioridad ni independencia fuera de la religion católica, y decidió seguirla en uno de sus más santos institutos, el de S. Ignacio de Loyola. Así es que sus obras poco conocidas ya, abundan en esa grandeza, en esa extension de miras, en ese espíritu recto y exacto de que solo es dado gozar al hombre verdaderamente superior. Educado en las máximas de la virtud más austera, en ellas tomó fuerza contra todos los combates de la vida, desafió todos sus peligros y supo obtener una completa victoria, victoria que no hubiese obtenido fuera de la religion católica, fuera de ese sagrado dogma cuyos principios, aunque criticados por los protestantes, encierran en sí más savia y vida que todos con los que han querido sustituirlos. Desde sus primeros pasos en la religion, fué Gibbon un modelo de regularidad, de acierto y de vastas y seguras miras por la gloria del hábito que vestia. Hizo sus primeros estudios con la mayor aplicacion y sobresalió en ellos hasta el extremo que fué dedicado á la carrera de la enseñanza. Ejercióla por un largo período de años en España, Italia y Portugal, Tournon y Tolosa, Douai y Lovaina, ciudades las últimas de Francia y Bélgica, vasto teatro y el más á propósito para los todavía más

vastos conocimientos de Ricardo Gibbon. Grande fué la reputacion que adquirió en tan larga carrera y en tan diferentes países; su nombre fué por algun tiempo la envidia de todos los profesores de Europa, y áun los más instruidos dirigian todos sus esfuerzos á igualarle ya que no á eclipsarle. Además de su excelente método en la enseñanza, su elocuencia en la cátedra y excelente doctrina, tenia Gibbon para brillar el ascendiente ó renombre que le daban sus numerosas obras, de las cuales se multiplicaban las ediciones de ciudad en ciudad y de nacion en nacion; así es que á su muerte puede decirse no conocia rival en todo el universo. Su grande fama le valió gran número de consideraciones dentro de su Orden y fuera de ella, siendo consultado por las personas más elevadas é ilustradas de los diversos países en que vivió, y llegando á ser mirado como uno de los primeros sabios de su época. No habia academia que no mirase como un grande honor el contarle en su seno, y todas le invitaban á porfia á asistir á sus sesiones, mirándole como un oráculo, como un prodigio de ciencia y saber. Pero en extremo modesto Ricardo Gibbon, sin desdeñar estos honores que podian redundar en beneficio de su religion, solo procuraba distinguirse por sus prácticas en la virtud, á que miraba como superior en un todo á la ciencia. Sus superiores le concedieron varios cargos, todos los cuales desempeñó con acierto y celo, en particular el de prefecto de estudios de Lovaina, ciudad muy célebre á la sazon por su universidad y frecuentada de muchos sabios que iban á ella, no ya á estudiar, sino á ampliar los conocimientos que habian adquirido en otros centros literarios de menor importancia, y donde por falta de medios, ó tal vez por escasez de personas, no podian elevarse á la altura que prometia una ciudad como Lovaina. Necesitaba allí la Compañía un sugeto tan ilustre por su nombre como verdaderamente profundo por sus conocimientos, y destinó á esta ocupacion á Ricardo Gibbon, quien supo llevarla de una manera satisfactoria, haciendo de ella la corona de su vida, pues lo fué efectivamente este cargo, el último que ejerció, y puede mirarse como el complemento de todos los que habia desempeñado anteriormente, como la cruz de la noble corona que ceñia sus octogenarias y gloriosas sienes. Al cesar en este destino, se retiró Gibbon á Douai para terminar sus dias en la paz del retiro, y consagrado á obras de piedad y religion. Necesitaba en efecto descansar despues de tantos trabajos, y volver por algunos momentos la vista hácia el Señor, de quien nunca la habia separado, pero á quien ahora debia mirar con mayor atencion ántes de emprender el camino de la eternidad. Hízolo así durante algunos años, aumentando sus oraciones y penitencias, hasta que al fin murió en la referida ciudad de Douai á 21 de Junio de 1632, á los ochenta y tres años de religion y sesenta y dos de Compañía. De sus numerosas obras citaremos las si-

guientes: *Decachordum Christianum Marci Cardinalis Vigerij. Opera divi Aelredi Rhievallensis Abbatis in Anglia Cisterciensis, ex Mss. producta.* Se encuentran en el tomo XIII de la *Bibliotheca magna Patrum*, y tambien se imprimieron en Douai por Gerardo Paichon, 1631, en 4.°—*Divi Amedei Episcopi Laussannæ de Maria Virgine Matre, Homilias VIII cum Syllabo auctorum, qui Homilias de B. Virgine scripserunt*, atribuidas por los de Colonia á Juan Molano. Audemar, por Antonio Crabbe, 1613, en 12.°—*Nicolai Harpsfeldi Historiam anglicanam ecclesiasticam*, adjunta *Narratione divortii Henrici VIII, Regis Angliæ*, escrita por Edmundo Campiano.—*Vitam B. Gosbini abbatis acquicrentemis Ordinis S. Benedicti*, de un antiguo manuscrito, y otras.—S. B.

RICARDO DE GLASCOW (Bto.) mártir, á quien menciona Ferrasio en 19 de Noviembre. Este beato inglés fué, segun todas las probabilidades, monje, y acaso de los muchos que sin apellido figuran en los anales de aquella Orden. Pero es difícil resolver estas cuestiones, tratándose de autores como los que por lo general han escrito de agiologia y cuya buena fe y mejores deseos son muy superiores á sus conocimientos y erudicion. Asi de este siervo de Dios únicamente nos dicen de dónde fué natural, y que padeció el martirio con Hugo, probablemente su compañero de religion, añadiendo el dia en que celebra su fiesta la tradicion piadosa, que ha conservado su nombre y recordado sus virtudes á la posteridad. Desgracia grande es sin duda que no se nos hayan conservado sus hechos, pero casi es preferible que los conozcamos confundidos con los de otros, como sucede tambien con mucha frecuencia en este género de trabajos. De sus virtudes se han hecho algunos elogios que prueban poseyó con suficiencia todas las que le hacen acreedor en la tierra al título que los hombres le han concedido, creyendo piadosamente que goza en premio de ellas la inmarcesible corona de la inmortalidad en el cielo. Mucho pudiéramos extendernos aquí en todas las consideraciones á que da lugar la patria de este Beato y la remota época en que padeció el martirio, que le dieron quizá los sajones ántes de su conversion. Es indudable que la historia ganaria mucho con ello, pues áun cuando nuestras investigaciones no fuesen afortunadas, ni exactos nuestros raciocinios y deducciones, otros más ilustrados, siguiendo el mismo camino, podrian llegar al descubrimiento de otros hechos de igual clase é ilustrarlos con más acierto, derramando raudales de luz sobre estas épocas tan oscuras y poco conocidas de la historia eclesiástica, que algunos escritores han pretendido aclarar, y que por desgracia se encuentran aún en su oscuridad primitiva, privando de la debida gloria á varones como el presente, que consagraron su vida en beneficio de la humanidad, que la sacrificaron en sus aras, que fueron quizá los primeros héroes de nuestra santa religion en los países en

que vivian, que fecundados con su sangre, elevaron despues al más alto grado de apogeo y esplendor.—S. B.

RICARDO HALLER, jesuita aleman, célebre en nuestra patria por haber sido confesor de la reina Margarita de Austria. Nacido en el pais cuyos soberanos tuvieron por algun tiempo el privilegio de gobernar á España, ciñéndose al mismo tiempo la corona de ambos mundos, Ricardo Haller habia adquirido esa severidad de costumbres, ese rigor de principios que no es una vana palabra, sino una verdad, allí donde lo áspero del clima y lo rudo de las estaciones hacen que los hombres no aparezcan, sino sean, otra cosa de lo que son en las regiones del Mediodía, donde una naturaleza rica y exuberante, un cielo siempre brillante y hermoso, y un sol despejado y sereno la brindan á gozar de todas las bellezas de la creacion, de todas las grandezas que ha atesorado el Supremo Hacedor en la principal de sus obras. No quiere esto decir que supongamos que los hombres son peores ó mejores segun la region en que habitan, segun el grado de latitud en que han nacido; semejante doctrina, impropia de todo verdadero pensador, ni es la nuestra, ni la presentariamos nunca en este escrito; pero no debe negarse que, salvo raras excepciones, la naturaleza y el clima del pais en que se nace y habita, influyendo en la organizacion del indivíduo, influyen tambien en su carácter. Así el pueblo aleman ha sido mirado siempre como grave y sesudo, y sus obras pasan por profundas, y aunque no todas lo sean, sin duda en su mayor parte se distinguen por esta cualidad, lo que basta para caracterizarlas á todas. Ricardo Haller participaba de estas dotes, y asi en todos los actos de su vida se ve brillar una constante severidad, una gravedad á toda prueba, y una grandeza sin afectacion, que demuestra lo profundo de su genio y lo noble y elevado de sus aspiraciones. Aunque por los puestos que ocupó hubiera podido aspirar á los primeros destinos y dirigir quiza la suerte del mundo, alejándose siempre de este extremo, tan peligroso para su conciencia como para su reputacion, procuró constantemente no salirse de la esfera que se habia trazado, y el confesor de la reina de España, fuera de los asuntos de religion, anejos á su cargo, nunca quiso mezclarse ni tomar parte en ningunos otros. Jamás procuró medro ni engrandecimiento alguno personal, ántes bien desechó cuantas propuestas se le hicieron de este género, y aunque seguro de obtener su cumplimiento, prefirió vivir y morir pobre religioso, á aceptar una grandeza contraria á su carácter y al espíritu de su instituto. Sabido es que el de S. Ignacio de Loyola prohibe á sus hijos aceptar presentes ni dignidades fuera de la Compañía, siendo muy raros los casos en que alguno de ellos ha infringido este precepto, y áun estas excepciones son tan honrosas como dignas de elogio. No quiso seguir tales ejemplos el P. Haller, y amoldándose completamente á lo determinado

por el santo fundador de su Orden, pasó toda su vida en su dorada medianía, que es la única aspiracion de los verdaderos sabios, y en la que se vive ni envidioso ni envidiado, como decia el célebre poeta latino. No solo su carácter y el de su pais influyó en esta decision del P. Ricardo, sino tambien las máximas que habia aprendido en la Compañía, los ejemplos que en ella habia recibido, y las lecciones que se le habian dado. Novicio desde muy jóven, en una de las casas más austeras de Alemania, aprendió á desempeñar esos humildes servicios que tanta grandeza tienen cuando los realza la caridad y la religion, á ejecutar esas severas penitencias que endurecen el cuerpo para la fatiga y le enseñan á menospreciar la comodidad y regalos, á consagrarse constantemente á cosas sérias é importantes, y á no vacar un instante, empleando los pocos momentos que le quedaban libres en la oracion y prácticas piadosas. Tambien supo desde entónces lo que es elevar el pensamiento sobre las pequeñeces de la vida, consagrándole constantemente á Dios, y comprendiendo que fuera de él todo es caduco y perecedero. Mas no solo su carácter y costumbres se amoldaron á las reglas y prácticas de la Compañía, sino tambien sus estudios, en los que hizo notables y rápidos progresos. Hombre de vasta capacidad, de aplicacion y aficionado á profundizar en las ciencias todo lo que podia dirigirle á desempeñar mejor los destinos que habia abrazado, ¿con cuánto celo, con cuánta abnegacion, con qué decision no procuró recorrer uno tras otro, y beber en cuantos libros se le presentaban, las verdades de nuestra religion, verdades de que estaba avara su alma, que ansiaba conocer con el mayor celo su corazon, y que, como si fueran innatas en su alma, parecia adivinarlas, hallarlas ya en su interior cuando se lanzaba en su busca, y despues de algunas investigaciones más ó ménos extensas daba con ellas, encontrando que ya las habia previsto ó adivinado? ¡Extraño fenómeno en verdad, pero que se observa con frecuencia en hombres dotados de buen sentido, cuyos estudios les hacen deducir *à priori* verdades de que otros no quedan convencidos ni áun despues de la lectura de muchos libros, que con frecuencia más bien les ofuscan que les ilustran! Tal es el privilegio de los que unos llaman claro talento y agudo ingenio, expresiones que han caido ya en desuso para dar lugar á la ininteligible y confusa de genio, tomada del francés, que no puede ni con mucho expresar lo que significa cada una de aquellas con los epítetos que las añadian nuestros buenos prosistas. La índole de nuestro escrito nos impide dar su explicacion, que ciertamente mereceria llamar muy bien la atencion de todos nuestros escritores, para que dejasen la confusa y no recta expresion que les hace usar la moda, volviendo á las que dicen más, y son sobre todo más claras y adecuadas. En cuanto á Ricardo Haller solo puede decirse de él, con el bibliógrafo de la Compañía de Jesus, que tenia talento claro, que com-

prendia desde el principio adónde iria á parar, que no le cegaban el oropel ni las circunstancias, y que de consiguiente se guardó siempre de evitar un mal para caer en otro mayor, como suele suceder á muchos pretendidos sabios. Así desde que terminó su carrera, mirado como un modelo de buenas costumbres, como un hombre de profunda y no vulgar sabiduría, de carácter amable y dulce, y de principios firmes y seguros, se le comenzó á destinar á diferentes empleos de su instituto: en todos ellos manifestó su celo y acierto, su superioridad no afectada ni quisquillosa, y su decision á sostener el decoro de su hábito contra toda clase de personas, sin faltar por eso á las atenciones y consideraciones que les debia. Estas buenas cualidades le valieron, como no podian ménos, ser constantemente ocupado en todos los cargos de su Orden, y cuando se trató de nombrar confesor á la archiduquesa Margarita de Austria, fué propuesto por sus superiores para este cargo, y aceptado por la corte de Viena, que veia en su reputacion una garantia para conseguir sus fines, que eran formar el alma y el corazon de la tierna princesa para los altos fines á que la Providencia la tenia destinada. Correspondió Haller á la confianza en él depositada, y supo llenar los altos designios de la corte, haciendo de la archiduquesa Margarita un modelo de piedad, una verdadera santa, segun la caracterizaron despues algunos de nuestros historiadores. Así cuando se trató de buscar una esposa para el rey de España Felipe III, no se creyó encontrar una princesa más á propósito, cuyo carácter, cuyas costumbres y cuyas virtudes correspondian dignamente á las de su esposo, que como particular y cristiano solo merece elogios, aunque para rey no tuviera muchas de las cualidades que deben desearse. Cuando se verificó la venida á España de la reina Margarita, la acompañó el P. Ricardo como confesor, no queriendo la ilustre princesa separarle de su lado, segura de que ya que hasta entónces la habia servido de constante y fiel guia en los peligros de la vida, la serviria mucho mejor en lo sucesivo, en que se iba á encontrar con nuevas dificultades, con casos inesperados, con riesgos no previstos. Para salir siempre vencedora y constante, contaba con el fiel y leal apoyo del P. Ricardo, apoyo que nunca la faltó, en que pudo confiar, y que fué su amorosa salvacion en las más graves y arriesgadas circunstancias. La conservó, por lo tanto, miéntras vivió como confesor, sabiendo él corresponder de la más honrosa manera á esta notable distincion, que iba acompañada de la más ilimitada confianza, pues su grande modestia no abusó nunca de los favores y distinciones de aquella señora, y su amor á la pobreza le hizo huir de todas las ocasiones en que pudiera obtenerlos en su provecho; no le halagaban los honores á que habia renunciado con gusto, y en el cumplimiento de su voto fundaba la paz y tranquilidad de su conciencia, que era lo que más habia amado y ambicionado du-

rante su vida, asi siempre que se le ofrecieron mitras y otras dignidades eclesiásticas, no solo se apresuró á rehusarlas, sino que temeroso de que pudiera comprometérsele á aceptarlas por cualquier medio en que no pudiera caer al pronto, se negaba á oir hablar de este asunto, cambiando siempre de conversacion, y empleando cuantos recursos la imaginacion le ofrecia para evitar ó eludir todo género de compromiso. Tampoco le gustaba mezclarse en asuntos cortesanos, y aunque segun costumbre de aquella época su celda se hallaba constantemente llena de pretendientes, si no podia negarse á ellos porque su categoría se lo impedia, se apresuraba á manifestarles que no tomaria parte en asuntos impropios de su carácter, y mucho más de los votos que habia hecho. Hánse dirigido graves acusaciones, áun por historiadores graves y sesudos, no solo á los religiosos, sino tambien al clero en general, por la parte que en determinados siglos han tomado en los asuntos de España. Acusacion es esta que no puede tratarse tan á la ligera como requiere un artículo de la índole del que estamos escribiendo; pero la creemos destituida de todo fundamento, pues más que al clero, debia dirigirse á todos los españoles que entónces les asediaban y rodeaban, y que suponiéndoles un valimiento que tenian ó no, les obligaban á mezclarse en asuntos impropios de su espíritu y de su carácter, y mucho más de su profesion. Esta supuesta influencia fué además enteramente nula en algunos reinados, y en otros no pudo impedir el que los reyes obrasen como mejor les convenia en asuntos harto graves y delicados. Es decir, no existia semejante influencia: si hubiera existido en tiempo de los reyes Católicos ¿se hubiera verificado la conquista de Nápoles? Decidido el Papa á dar aquella corona á la Francia, veníase luchando contra la casa de Aragon para arrebatársela hacia ya tiempo, y se hizo el último esfuerzo, cuando solo el valor, la ciencia y la pericia del Gran Capitan conservó aquella joya para la corona de Castilla, que solo nos fué arrebatada cuando recayendo nuestra corona en un monarca francés, los intereses de este país la hicieron separar de la nacion, á cuyos dominios estaba hacia muchos siglos inviolablemente unida. ¿Qué influencia pudo tener el clero en el ánimo de Cárlos V, cuando sus soldados asaltaron é invadieron á Roma, y solo obtuvo el Pontífice su libertad cuando accedió á los deseos ó las necesidades de la política del emperador-monje? No fué esta mayor en tiempo de Felipe II, tachado por algunos de excesivamente místico, y que sin embargo, en su correspondencia con Hurtado de Mendoza se ve que no tenia sobre Roma miras mucho más favorables que su padre, y que cuando le fué necesario supo imponer su ley al clero y á los religiosos, exactamente como lo habia hecho á los seglares. Felipe III, hombre de otro género, príncipe de escasa influencia y no grande importancia en nuestra historia, no se separó, solo procuró continuar la

política de sus antepasados, y el IV no era precisamente el más á propósito para consentir que se impidiesen ni áun sus vicios, mucho ménos que se mezclasen en su gobierno, personas de quienes le hacia huir su no segura conciencia. La casa de Borbon pertenece á otra fase de nuestra historia, pero la expulsion de la Compañía y áun la extincion de algunas comunidades de regulares, anteriores á la época actual, manifiestan que el clero habia perdido esa influencia que se le supone, y que si bien alguno como particular obtuvo más ó ménos valimiento cerca de un monarca, este es un caso especial como el que pudiera referirse de cualquiera otro favorito. Nunca lo fué ni pretendió serlo el P. Haller, que contento en su modesta posicion, solo se consagró á hacer bien á sus prójimos, llenando los elevados fines de su instituto, y á procurar la propagacion de la fe con la publicacion de algunas obras piadosas. Murió en Madrid en 1612, á la edad de setenta años, despues de haber hecho los cuatro votos. Fué enterrado con grande pompa y solemnidad, conforme á los deseos de la reina, y dejó unos *Comentarios sobre los actos de contricion*, que fueron impresos en diferentes idiomas. — S. B.

RICARDO DE HAMPOLO Ó ROLLUS. Fué religioso de la órden de Santo Domingo en el siglo XIV. Despues de haber lucido en las academias y de recibir la borla de doctor, se retiró á un sitio solitario de la ciudad de Yorck, cerca de un monasterio de religiosas llamado Hampoll, de doude se origina el sobrenombre suyo de Hampolo. Publicó, segun Sixto de Siena en su *Biblioteca*, y Pitseus y Baleus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, unos *Comentarios sobre Job y sobre los Salmos*, además de cincuenta diversos tratados de teología y de piedad. Murió el 29 de Setiembre de 1349. — C.

RICARDO HAYO (Obispo). Fué escocés y varon insigne, no solo en ciencias, sino en virtud, tanto que el Señor se valió para que acompañase á Roberto Olgiveo en la gran obra de introducir en Escocia la órden de Redencion de Cautivos de la Santísima Trinidad, á que ellos ya pertenecian. Sabido es que este suceso, tan feliz para la Iglesia universal, pues en los Trinitarios de Escocia ha tenido grandes defensores y propagadores de la fe, aconteció en tiempo del gran rey S. Guillermo, individuo tambien de la misma familia trinitaria. Pues bien, al ir los PP. Roberto y Ricardo á realizar su gran propósito, el santo Rey, luego que les hubo ayudado á instalar su gran obra, y luego que les hubo dejado en posesion, digámoslo así, del fecundo terreno que tanto habia de fructificar, quiso aprovechar estos vástagos para ingertar con ellos nuevas virtudes á los corazones de los fieles, siempre dispuestos á recibir la semilla de la divina palabra, al P. Roberto le dió la mitra Dublanense, y al P. Ricardo la de Lismor. Claro es, que una vez obligado nuestro Padre á tomar sobre sí tan pesada carga, no habia de llevarla á medias, sino que cumpliria bien y fielmente su ministe-

rio, para no permanecer ocioso allí, donde el Señor le pusiera para que trabajase; así que se vieron los adelantos en los fieles, como se veian los rabajos apostólicos en el prelado. Se corrigieron las costumbres, se cortaron ciertos abusos, se enmendaron muchos defectos, y la santa visita fué, como siempre, fecundísima en buenas conversiones, porque á muchos tocaba la imponente y acertada voz del prelado. Diez y seis años disfrutabamos de Lismor de este hombre tan grande y tan de provecho, al cabo de cuya época el Señor quiso recompensarle sus méritos, llevándole á mejor vida. Esto aconteció el dia 13 de Agosto de 1243, siendo su muerte sentida por la privacion que causaba, muy bien recibida, porque todos estaban íntimamente convencidos de que el Padre, desde el lecho, que fué siempre de fraile trinitario, y nada más, como lo fué toda su conducta, habia pasado á la gloria. Se enterró junto al altar mayor de su iglesia con la debida ostentacion.—G. R.

RICARDO Hiverno, capuchino. Fué natural de Irlanda, y pertenecia á una familia católica que le mandó á estudiar en el continente. Habiendo pasado á Roma tomó el hábito de S. Francisco, en la reforma de los Capuchinos, donde se hizo notable por su piedad y por su erudicion. Los superiores le enviaron con el carácter de misionero á Inglaterra y á Irlanda, y se dedicó por mucho tiempo á la defensa de la fe católica y á la conversion de los herejes. Ignóranse los demás pormenores de su vida, constando que fué varon muy versado en las sagradas Escrituras y en la controversia religiosa, y que residia en la ciudad de Florencia por los años 1662. Dejó escritas é inéditas las siguientes obras: *Vitam Fr. Georgii Archangeli Leslæi capuccino*, obra escrita en latin y que se conservaba en la biblioteca del sabio Fr. Dionisio Genovés.—*De rebus hibernicis ad catholicam fidem spectandis*, obra dedicada al Rmo. Sr. Juan Bautista Rinnecino, arzobispo de Firmo y nuncio de Su Santidad en el reino de Irlanda.—M. B.

RICARDO Hilaburton, escocés de nacion, y oriundo de una de las más distinguidas familias de Escocia, quiso entregarse de un modo especial al servicio de Dios, haciéndose religioso trinitario, para lo cual escogió el convento Deidonense, de su misma nacion. Así entró religioso é hizo su noviciado y profesion, mas apénas pasada ésta, ya fuese porque él deseára ampliar más sus estudios, ó porque no los hubiera hecho á satisfaccion de los superiores de la Orden, es lo cierto que lo mandaron á Cantabrigia, donde aprovechó mucho, pues no solo cursó con buenas notas y un éxito siempre favorable en exámenes y demás, sino que los ejercicios que hubo de sufrir para optar á la borla de doctor le fueron aprobados *nemine prorsus discrepante*, y fué por consiguiente laureado con todo el honor con que es posible lo sea quien concluye con toda brillantez su carrera. Volvió despues á su convento, don-

de sus superiores se utilizaron de sus conocimientos para hacerle resolver las más árduas cuestiones, tanto de moral como de teología dogmática, escolástica y mística, y viendo su gran talento y que la ocasion no era oportuna para encomendarle ninguna prelacía ni cargo importante, porque por entónces estaban cubiertos y bien cubiertos, pensaron en darle un obispado, porque todos unánimes convinieron en que era muy á propósito para su desempeño. La circunstancia de haber vacado la mitra Lismoriense, hizo que se le confiriera á él, bien que repugnándolo de todas veras, pues nunca quiso tan encumbrada elevacion. La obediencia le obligó á aceptar el cargo, y la obediencia le guió siempre, por lo cual claro es que una vez resuelto á tomarle sobre sí habia de ser para desempeñarle convenientemente. En efecto, consagrado por mano de un arzobispo y dos obispos más de su Orden, tomó posesion inmediatamente de su silla por sí mismo, comenzando por dirigirse á sus amados hermanos los señores capitulares, haciéndoles ver cuán necesitados estaban recíprocamente el cabildo del Obispo, y el Obispo del cabildo. Esta entrada fué de tanto efecto que el cabildo, que nunca habia tenido hácia su Obispo, no digamos deferencias, pero ni áun las debidas atenciones, con esto se vió tan obligado, que en efecto fueron desde aquel momento el Obispo para el cabildo, el cabildo para el Obispo, y todo mudó de aspecto, por cuanto Obispo y cabildo fueron para los fieles y solo para los fieles. Grandes servicios prestó tambien en la santa visita, en la cual mostró toda la prudencia de que estaba adornado, haciendo ver en todas partes la conveniencia de ajustar nuestras oraciones á la ley santa del Señor, si queremos lograr no solo los bienes espirituales que el Señor nos ofrece, pero áun los materiales, pues sin aquellos no se logran estos completamente, es verdad, pero unos y otros son la verdadera vida de la criatura racional. Logrando, pues, nuestro P. Ricardo Hilaberton justa fama y concepto, pasó los dias que el Señor quiso en el gobierno siempre acertado de su diócesis, sin que nos haya sido posible averiguar acerca de su fallecimiento otra cosa, sino que fué con la paz y sosiego que merecia su rectitud, y en órden á su gobierno, que fué tenido siempre como uno de los prelados mejores de la iglesia Lismoriense. Su cadáver yace en la catedral con la mayor veneracion.—G. R.

RICARDO Holtbevo (P.). Entre todos los fervorosísimos operarios de la Compañía de Jesús, que en las turbulentas persecuciones contra los católicos, en la tiránica opresion de los reinados de Isabela y Jacobo, se consagraron al sostenimiento de la fe, y trataron de extinguir y apagar el fuego de la herejía con su valor y su sangre, entre todos aquellos adalides de la religion católica, ninguno felizmente pudo perseverar ni durar tanto tiempo, merced á su prudente industria, unas veces escondiéndose y otras

manifestándose y salvando los peligros; ninguno ciertamente, ni con más fortuna, logró el largo período de cincuenta años continuos, empleados con el mayor ardor é interés en confortar, animar y consolar á aquellos perseguidos católicos, como el P. Ricardo Holtbeyo, infatigable operario de su desdichadísima patria. Habia nacido de padres honrados en Friton, en la provincia Evoracense, en el año de 1553, y criado en la religion católica, que tenacísimamente mantuvo con la mayor constancia y valor, estudió retórica y filosofía en Conturbel y Donio; en este último punto, donde era discípulo de filosofía, intentó su celo llegar á ser maestro en teología y en la verdadera religion, y con su ardimiento alentaba á sus condiscípulos en la perseverancia, en la verdad y obediencia á la silla apostólica, y en el ejercicio de las virtudes cristianas y católicas: pero como en el mismo empeño de su santo celo se hallase repetidas veces sin armas, porque sus condiscípulos, tocados de la peste, vivian instruidos de los falsos sofismas de su apostasía, le argüian con razones aparentes, á que por la falta de noticias no podia responder con claridad, sintiendo infinito la carencia de aquellas, con lo que hubiera conseguido los deseos de su alma, de confundirlos en sus errores. Con el fin de conseguir aquel objeto y fin predilecto de sus ansias, y de probar las verdades de la fe que profesaba, determinó pasar á Flandes, y viviendo entre católicos, cimentarse y completar su instruccion con el estudio profundo de la sagrada teología y dogmas de la fe, abandonando con aquella noble determinacion muchas esperanzas que le ofrecian sus talentos y el merecido aplauso en la universidad de Ossonio, donde obtenia el concepto de que algun dia habia de ser su primero y más ilustrado maestro, si cultivaba sus clases. Estas las mudó, en las más seguras de Douay y Reims, donde se aplicó á la Sagrada Escritura y moral, en que empleó tres años. Con esta prevencion, y provisto con aquellos sublimes conocimientos, volvió á Inglaterra, juzgándose y creyéndose ya armado y con valor para resistir á todos los enemigos de la Iglesia Romana, pero en el palenque se halló poco satisfecho aún de haber conseguido sus deseos, porque su brillo no era á proporcion de lo que pedian sus esperanzas, y aunque consiguió triunfos, experimentó tambien desengaños. Estaba constantemente pensando qué determinacion tomaria y lo que haria, pues no aspiraba á ménos que ser un Edmundo Campiano, pero considerando cuánto le faltaba para ser tan fuerte campeon de la Iglesia, dió en cavilar su humilde imaginacion que podria limitarse y concretarse á bastante ménos, contentándose con ser imitador de aquel grande espíritu. Edmundo le habia hospedado en su casa, y varias veces le habia escondido y ocultado, teniendo ocasion Ricardo de observar y admirar al mismo tiempo aquel ardiente y reposado celo, aquel fondo de heróicas virtudes, aquellos destellos de religiosísimos y ani-

mosos actos de fervor, aquella santa intrepidez con que se arrojaba á los peligros, aquellas industrias prontas, con las que le proporcionaba salir libre de los mayores riesgos, y sobre todo aquel celo, con que sin temor de sus más empeñados y poderosos enemigos se esforzaba y se dedicaba al cuidadoso cultivo y defensa de la religion católica; Ricardo quisiera hacer otro tanto, pero conocia que no alcanzaba: meditaba cómo pudiera llegar á ser un tan poderoso adalid, pero en llegando á tratar de la ejecucion, se ataba y anonadaba. En estos varios pensamientos, vagando ó luchando, le asaltó el de afiliarse á la Compañía de Jesus, pues sin duda, decia para sí, es tan sobresaliente y sabio el Campiano, porque se ha cultivado é industriado en aquella escuela. Ocupó todo su pensamiento esta idea, y tanto labró en su imaginacion, que estando un dia en un jardin, dominado por aquel pensamiento y aquel deseo, que hincándose de rodillas y dirigiendo sus miradas al cielo con la mayor voluntad y firme resolucion, hizo los tres votos de pobreza, castidad y obediencia á la Compañía, y el cuarto de pretender desde luego su admision. Con este ánimo salió aquel mismo dia, y entró en Lóndres, en solícita indagacion del P. Superior de la mision; supo por los católicos que entónces no se encontraba allí, ni le pudieron orientar, ni dar razon fija en dónde le hallaria, porque entónces los católicos vivian á costa del disimulo, ó al abrigo de los más escondidos lugares, prófugos y sin domicilio seguro; y principalmente los Jesuitas, seguidos y perseguidos de los ministros; de modo, que los más católicos se recataban y rezelaban, no previniendo sus viajes ó sus fugas. Esta imposibilidad en la certeza de poder encontrar al P. Superior, á quien tanto deseaba ver, le entristecia, y tuvo que contentarse únicamente con dejar fiada la dicha de hallarle á alguna contingencia ó casualidad, así fué que tuvo que variar su ruta y viaje; por lo tanto vendió su caballo el buen Ricardo, cuyo precio le sirvió para pagar el flete, que ajustó en una nave que salia para Francia. Llegó á aquel reino con felicidad y sin ningun contratiempo, y en seguida se dedicó á buscar algun paisano jesuita, teniendo la suerte de encontrar al P. Tomás Dabyhire, inglés, á quien refirió toda su vida, y concluyó suplicándole facilitase y dirigiese su admision en la Compañía. El Padre le oyó detenidamente experimentando el mayor gozo, pero detuvo la aceleracion de su deseo, exhortándole á que hiciese primero diez dias de ejercicios de nuestro Padre, con el prudente fin de afirmarse y probar aquella vocacion. En este tiempo halló en él un celo ardientísimo, contenido en los límites de la obediencia, un fervoroso deseo de la mision, con la prudencia de no engolfarse hasta saberse gobernar; un desengaño claro, en un entendimiento muy despierto, y un génio dócil gobernado por la razon. De todo dió cuenta al P. Provincial, quien exáminándole por sí mismo le recibió, edificado de su humil-

dad y de su prudencia, y en seguida y sin más dilaciones le envió al noviciado. En el cumplió y satisfizo cuantas esperanzas se habia concebido en los informes, y fenecido el noviciado, como era el comun y principal asunto de los superiores, y tambien el suyo, formar un gran ministro de la gloria de Dios, y en el siglo solo habia aprendido filosofía y moral, y no teología escolástica, fundamento y cimiento preciso de la dogmática, le señalaron por estudiante en el colegio de Pontmouson. Aquí en solo dos años, no solo dió pruebas de su gran talento é imaginacion, sino que por lo tanto consiguió un gran fruto en ambas teologías, escolástica y dogmática; y al tercer año le ofreció la ocasion el mayor ejemplo de animosa virtud. Abrasó á Pontmouson un contagio, á cuyo fuego acudieron los Jesuitas; deseaba el P. Ricardo con el mayor empeño é interés le diesen licencia para dedicarse al servicio de los apestados; pero el rector, considerándole casi de otra provincia, no quiso tuviese queja la mision ánglica, de que habia expuesto la vida de este Campion por salvar la de otro súbdito; y así fué, que disponiendo de los demás, mandó al P. Ricardo se quedase en el colegio con otros diez sacerdotes, á quienes dejó como de reserva, para reponer, si por desgracia llegaban á faltar los primeros al rigor de la peste; cuyos benditos Padres habian salido á templar el fuego de la epidemia con las lágrimas de la penitencia, de los que confesaban y disponian para bien morir. La prudencia con que dispuso la caridad el remedio espiritual de la ciudad, la descompuso oculto juicio del cielo, porque los Jesuitas del colegio, aunque no estaban dedicados al servicio mecánico de los apestados, servian á cuantos tocados de la epidemia llegaban á confesarse sin reserva alguna, ni impedir la entrada en la iglesia y en el colegio á cuantos la intentaban, ayudando á pié quedo á los que discurrian por calles y hospitales. Este fervor, que impidió el recato y el cuidado, introdujo dentro del colegio la peste, que invadió á todos y acabó con todos, teniendo solo respeto al P. Ricardo, el cual empleó su celo en una continua caritativa asistencia á los enfermos, sirviéndolos sin el menor reparo ni aprension; y como estaba solo, sirvió á todos desde el momento en que empezaban á rendirse al contagio, hasta dejarlos cubiertos de tierra; no desdeñándose, á imitacion de Tobías, de consolar á sus hermanos con amor miéntras vivos, y enterrarlos con caridad despues de muertos. Perseveró solo en el colegio hasta que se purificó el aire; y los superiores, edificados de tanto ejemplo, pasada su cuarentena, le mudaron á disfrutar los beneficios de aires más puros en Maguncia y Tréveris, sin encargarle otro oficio por entónces que el descanso y la distraccion. A poco tiempo de estar asegurado el M. Rdo. P. Claudio de su sanidad, le mandó pasar á su deseada mision de Inglaterra, donde entró el año 1589, y donde perseveró cincuenta años cumplidos, parecien-

do más que natural la providencia de que tanto tiempo, en edad avanzada, con tantos trabajos, tanta incomodidad, tanto susto, mal trato y ninguna asistencia, pudiese permanecer tanto tiempo sin un dolor de cabeza ni otro género de accidente que le impidiese ni un solo dia la asistencia á los católicos; salud verdaderamente prodigiosa, y robustez poco experimentada en semejantes trabajos. Porque en aquella funesta época no era permitido en Inglaterra por las leyes ningun jesuita, y todos vivian perseguidos de los ministros y de los muchos espías que continuamente visitaban y examinaban con el mayor rigor en el reino todas las casas, chozas, montes y bosques, como quien haciendo punto de religion el perseguir á los católicos, lograban el más reverente y agradecido obsequio al soberano, que ponia su empeño en acabar con la religion. Tuvo el P. Ricardo en este particular una singular fortuna, pues jamás le encontraron; siendo así que luego que llegó á Inglaterra juntó á varios sacerdotes católicos que conoció, y formó como una congregacion, á que concurrian para conferenciar y atender uniformes y dar las providencias convenientes para conservar el prestigio de la religion católica y eludir las persecuciones de sus enemigos; pero procedian con sumo recato, de suerte que no se aglomeraban muchos en una ciudad, evitando que faltasen todos en otras. El P. Ricardo era singularmente diestro en disponer lugares escondidos en que se ocultasen los católicos, y logró engañar á los ministros muchas veces. Para mayor disimulo tomó oficio, y se aplicó al de albañil, y puede decirse más bien á albañil de viejo, ocupado siempre en remiendos; en casa de un católico componia un tabique, aunque estuviese en buen estado y muy firme; en casa de otro hacia entender que se caia la chimenea, ó la derribaba por un lado para tener obra algunos dias; y sin más gastos de los interesados que los materiales, trabajaba de balde, y cobraba de los dueños el salario con la doctrina, con la frecuencia de sacramentos y con el pasto espiritual que les comunicaba por la noche, y áun entre dia, todo aquel tiempo que el disimulo no obligaba al trabajo. Este ardid fué tan útil, que no fué posible reconociesen los ministros al que veian todos los dias, y de cuya habilidad se valian algunas veces; y encontrándose con tantos á quienes maltrataban en las cárceles y acababan en los tormentos, siendo uno de los más útiles operarios y de mayor fruto el P. Ricardo, nunca le hallaron, ó encontrándole á cada paso, nunca le descubrieron, que á estas santísimas precauciones obliga un buen celo y ennoblece sus operaciones, quien considera un religioso bien nacido, sacerdote, delicado de complexion, y no un ganapan, para sufrir el sudor, ocupado la mayor parte del dia en amasar yeso, en cargar con ladrillos, usar la plomada y la llana, haciendo lo que no sabia hacer, y formando paredes que no entendia fabricar. En este caso, mejor que lo expresa

Ovidio, pudiera idearse una metamorfosis, porque el celo se convertia en fuerzas, el fervor en habilidad, y el deseo de convertir almas ó conservar las católicas, en maestro de obras, que toma medidas y dispone casas, representando á la faz del público una persona para hacer en el secreto la más importante de predicador y apóstol, acordándose del de las gentes, que aunque sabia y dijo que era caballero y ciudadano romano, tomó para sustento y vida mecánico oficio que le diese de comer. En Pablo fué caridad para aliviar á los fieles; fué cuidado para enseñarnos el desinterés en los ministerios; fué santa idea para que no tuviesen que reprochar los gentiles; y fué ejemplo, para que seguido de Ricardo, fuese en éste idea santa para poder tratar con todos sin ser conocido de los enemigos, comprando su libertad con su afan. Tomó el Padre por Dios y por su gloria el oficio que no entendia, y Dios le comunicó tanta inteligencia, que salió diestrísimo en discurrir escondites y secretos en las casas de los católicos, que sirvieron despues á muchos misioneros, tanto religiosos como seculares, en las más apretadas ocasiones, con la gracia de que nunca los ministros del tirano consiguiesen descubrir á ninguno de los que lograron estos asilos sagrados, que lo eran por su fábrica, cuyo verdadero arquitecto habia sido la Providencia. Con este recurso de presentarse como maestro de obras, pudo lograr el P. Ricardo el gobierno dilatado en cincuenta años de una mision, jamás interrumpida, porque los clérigos que juntó al principio, y algunos jesuitas que entraron despues, tenian libremente sus juntas, celebrándolas con cierto sosiego, gracias al expediente y sabias precauciones del P. Ricardo, como tambien sus congregaciones de tiempo en tiempo para su gobierno, citándose en casa de algun seguro católico en dias determinados, y poco ántes se presentaba el muy activo P. Ricardo, y daba trazas para levantar ó hacer alguna obra, casi siempre inútil é innecesaria, de la que él era maestro, y los otros ministros eran peones ú oficiales, que trabajaban incesantemente, y las horas y el tiempo de descanso se ocupaban con utilidad en los informes del estado de la perseguida cristiandad, y en providencias para la mayor asistencia, en lo posible, de la constancia en la fe. Con este órden inalterable de vida perseveró cincuenta años en Inglaterra, celoso de la religion, apostólico en su ministerio, pobrísimo en su persona, religioso en su porte y albañil en la apariencia, hasta los ochenta y siete años de edad; en cuya venerable senectud, una fiebre ardiente rindió sus fuerzas, ya postradísimas por el asiduo trabajo material, y le acabó en el dia 25 de Mayo de 1640. Estas fidedignas noticias da Tomás Moro, el celebérrimo defensor de la fe en Inglaterra, en su *Anglia Catholica*, y las trasladó el P. Tanner en su libro, titulado *Societas Jesu Apostolorum imitatrix*, de donde se han tomado las referidas. — A. L.

RICARDO HORNEZ, presbítero. Era inglés y pertenecia á una familia de católicos, que perseguidos por sus creencias religiosas en tiempo de la reina Isabel, se vieron precisados á refugiarse, como otros muchos, en Francia. No se sabe fijamente el sitio ni el año en que nació Ricardo, pues las escasas noticias que hemos podido adquirir, solamente dicen que siguió su carrera en el seminario catolico de Douay en Francia, desde donde volvió á su patria en calidad de misionero, encargado de defender la integridad de la fe católica y de administrar los sacramentos, predicar y demás actos de su santo ministerio á los fieles que residian en aquel desgraciado reino, y que como los primeros cristianos, se veian precisados á ocultarse en el fondo de los bosques ó en lo más secreto del hogar doméstico para practicar las ceremonias de su augusta religion. El desempeño de su evangélica mision le costó la vida, como á otros muchos, pues acusado de difundir los dogmas santos y verdaderos de la universal Iglesia romana, fué llevado ante el tribunal creado para juzgar á los reos de crímenes contra la seguridad del estado, pues por tales se tenian el no reconocer la religion protestante y el predicar contra ella, ponderando la supremacía del catolicismo. Dicho tribunal, cuyas decisiones eran una mera fórmula, puesto que los acusados tenian ya pronunciada su sentencia en el mero hecho de pertenecer á la mision católica, y mucho más si eran sacerdotes, á los que apellidaban seductores, condenó á muerte al infortunado Ricardo Hornez, verificándose la sentencia el dia 4 de Setiembre de 1598. — M. B.

RICARDO ITURDEO ó ITURLEO. Fué este distinguidísimo religioso hijo de unos padres que considerando como el más noble de sus blasones el ser cristianos, procuraban que toda su familia practicase las virtudes para acreditar tan honroso título. Las demás dotes que enaltecian no solo á la familia sino á sus individuos, corrian parejas con su catolicidad, así que en Escocia, su patria, eran conocidísimos y áun citados por modelo de honradez, de probidad y de todas las virtudes, tanto morales como sociales. Viniendo á España nuestro jóven Ricardo, y prendado del instituto tan benéfico como civilizador de la esclarecida órden de Redencion de Cautivos, quiso ingresar en ella, y lo pretendió en una de las casas de la provincia de Andalucía, donde logró sus deseos, luego que los Padres vieron no solo que eran verdaderos y eficaces, sino que del jóven se podia esperar no poco. Segun loable costumbre de su esclarecida religion, hizo inmediatamente sus estudios completos en diversos colegios de Andalucía, llegando á recibir, con general aplauso, el grado de doctor en la sagrada facultad de teología, despues de haber completado los estudios con un aprovechamiento extraordinario, y probada su suficiencia con brillantísimos exámenes, en los cuales obtuvo siempre las notas más distinguidas, y por consiguiente logró el

puesto de honor y la consideracion que de justicia merecian una capacidad nada vulgar, y en cuyo cultivo se habia empleado todo el esmero y toda la atencion posibles. Desde la primera época de su ingreso en la Religion Trinitaria, y cuando hasta la circunstancia de su extranjería parecia un obstáculo para explicarse bien, y muchísimo más para predicar, lo hacia nuestro buen religioso con tanto acierto, que con gran ansiedad deseaban los fieles escucharle, y no por curiosidad vana, sino porque de oirle esperaban y reportaban de hecho grandes adelantos espirituales. A estos frutos que él veia lograrse, no tanto segun su apreciacion, por los esfuerzos que él ponia de su parte, que siempre le parecieron débiles, cuanto porque el Señor les daba una fuerza que nunca él hubiera podido esperar de sí mismo, hubiera deseado atraer á sus paisanos, que algun tanto carecian de tan importantes alientos para su vida espiritual, y por consiguiente comenzó á cavilar en algun medio de hacerles partícipes de tanta dicha y de una tan singular gracia, como el Señor por su medio procuraba á los que tenian el consuelo de oirle. Muy mucho meditó sobre esto, y el término de sus cavilaciones fué el procurarse licencia de sus superiores, no solo para pasar á Escocia, sino para servir allá á su querida órden de Redencion de Cautivos, pues que los superiores, como supieron su próposito, le nombraron ministro provincial y le dieron el especialísimo encargo de visitar aquella parte de territorio por donde fuese. Logrados, pues, sus deseos de ponerse en camino para su patria, comenzó á edificar á los que le acompañaban desde el momento mismo en que con ellos se puso en viaje; quiso Dios que no faltáran peligros durante aquella expedicion, ya para que se acreditase la fe de su siervo en suplicar á su Divina Majestad, ya tambien para que tuviese ocasion de hacerse admirar el que por tantos títulos habia de ser admirado despues. Llegó, por último, á Escocia con toda felicidad, y sin tomarse siquiera tiempo para descansar sus fatigados miembros, no buscando más que la gloria de Dios en la salvacion de las almas, comenzó su importante predicacion con indecible provecho de cuantos le oian, pues además de la solidez de sus razones, le hacia muy atendible el que tenia extraordinario acierto en la eleccion de los asuntos, así que, atraidos por la importancia de los que siempre trataba, venian muchos que sin este aliciente hubieran permanecido indiferentes, y no habiendo procurado salir de su estado lamentable, de cierto que no hubieran salido. Aunque el santo, que así podemos llamarle considerando su apostólico celo, no hacia grandes paradas en ninguna poblacion, no por esto lograba ménos fruto, porque en los tres ó cuatro dias, que era á lo sumo que llegaba su estancia, conmovia á todos, haciéndoles comprender los verdaderos intereses de su alma, y como que los conquistaba para que el fruto que dieran fuera adecuado al interés con que el Padre

de las misericordias mandaba operarios á aquella su viña. Por esta su resolucion, que tomó temeroso de que alguna persecucion no le turbára en el ejercicio de su importantísimo ministerio, y por lo tanto fuera de mayor perjuicio su estancia, que no lo que sería el no haberle tenido aquellos buenos aldeanos, pudo recorrer la mayor parte de las tres importantes provincias de Escocia, Inglaterra é Hibernia, y solo el conocimiento del país, tanto en la parte material como en cuanto á los espíritus, puede dar una idea, si no acabada, por lo ménos algun tanto exacta, de las tareas apostólicas y de los trabajos y frutos que logró nuestro respetabilísimo P. Ricardo Iturdeo. Muchísimo, pues, pasó en molestias y áun en algun que otro indebido tratamiento con que retribuian sus desvelos aquellos mismos que parecia debian estimarlos más; pero sufriendo él con extraordinaria abnegacion cuanto el Señor le permitia, y mostrando siempre la más completa conformidad con la voluntad divina, se acreditaba de celoso ministro del Altísimo y enviado por su Majestad para proporcionar dicha y ventura á los que conociendo á Dios seguian sus caminos, cuyos preceptos habian abandonado por lamentable olvido de su fin, y de los medios que á él conducen. Al mismo tiempo que en favor de los fieles en general hacia tanto y lograba tan grandes provechos, no eran menores los que conseguia para su querida religion, pues apénas llegaba á una poblacion donde habia religiosos, que se presentaba investido de las facultades que para visitar le habia conferido su querido Padre general, que lo era á la sazon el muy esclarecido P. Luis Petit, y cumplia con su ministerio averiguando, reformando y anotando con suma diligencia y exactitud cuanto notable le ocurria ó llegaba á su conocimiento. Tomó nota y relacion la más exacta que pudo de los recursos con que contaban sus hermanos en aquellas apartadas regiones, así como de los medios que podrian ponerse en práctica, tanto para aumentar el número, cuanto para mejorar la condicion de aquellos, extendiéndose su tierna solicitud á tomar con la más minuciosa escrupulosidad noticias, no solo de los sugetos eminentes en cualquier concepto que allí habia, sino hasta de los medios materiales, así de bibliotecas como de archivos y demás con que contaban, para excitar, como lo hizo, á sus superiores á que dieran aquello que hacia falta, y á las casas en que esto era necesario, á que ordenasen lo que tenian, para que así ordenado todo y en debida forma, pudieran aprovecharse de ello, no solo los jóvenes de los respectivos colegios, sino hasta de las gentes de fuera, para lo cual proveyó el que en la mayor parte de las casas se designase algun tiempo y algunos Padres que prestáran este servicio al público, que á su vez refluia en gran provecho de las casas mismas de la Orden, porque claro está que por gratitud habian de favorecerla los que de ella habian recibido favor tan singular como es el encon-

trar medio de ilustrarse. Incansable, pues, en el gobierno acertado de los asuntos de la Orden, en el desempeño de su cargo de provincial, y no ménos celoso por la gloria de Dios y bien de las almas, ya cuando iba á volver á España, porque se acercaba tiempo en que le parecia conveniente su presencia en su convento, y además estaba ya algun tanto satisfecho su celo y terminada su mision, fué á Lóndres, aunque solo de paso, y allí tuvo ocasion de asistir á las honras fúnebres, que más bien fueron gloriosísimo triunfo, de uno de los mártires más esclarecidos que en aquella época, en que abundaron á la verdad, tuvo la órden de Trinitarios. Este fué el Padre Fr. Juan de Santo Martino, cuyos padecimientos por la fe acreditaron lo invicto de su virtud, y merecieron no solo la declaracion de que en efecto su virtud habia sido héroica, sino lo que es más, la gloria de los altares. A la solemne ceremonia asistió nuestro buen Padre provincial, ocupando, como era consiguiente, su lugar, y desempeñando sus funciones, con lo cual, como las honras se prolongaron por algunos dias, él tuvo la complacencia de estar estos en la capital de Inglaterra, no ocioso, porque el estar ocioso nunca se lo permitia su carácter, sino ocupado en predicar y oir confesiones todo el tiempo que le dejaba libre su asistencia á todas las funciones religiosas que se hacian por el santo mártir. Cumplidos, pues, estos gratos deberes y dejando la mejor fama posible, tanto por su ilustracion como por su caridad y demás virtudes, siempre anhelando el mejor desempeño de su ministerio y el ganar almas para el cielo, volvió de nuevo á España, donde ya era esperado con ansia, pues aunque los superiores conocian muy bien el provecho que se lograba con que estuviese por Inglaterra y Escocia, querian tambien utilizar sus eminentes servicios en España, ó cuando ménos, mandarle á otra parte donde tampoco perderia el tiempo. Así fué que recibido con entusiasmo cuando regresó á su convento, y volviendo á ocuparse de nuevo en el ejercicio de su ministerio, tuvo que cesar en tan provechosas tareas, porque la ocasion le obligó á tomar distinto rumbo y á ponerse otra vez en movimiento, con otra direccion es verdad, pero con ménos provecho para la Religion Trinitaria, cuyos adelantos procuró siempre con denodado esfuerzo. Condescendiendo la Orden Trinitaria con el deseo que manifestára el eminentísimo señor cardenal D. Domingo Pimentel, de que un religioso siquiera de ella le acompañase en el viaje que iba á hacer á Roma, designaron para este puesto de honor al que ciertamente cumpliria cual convenia á la gloria de los que le enviaban y á los méritos de quien lo pedia, y el designado lo fué nuestro esclarecido P. Ricardo. Desde el primer momento pareció muy bien al eminentísimo cardenal, y conforme fueron intimando sus relaciones se halló mas satisfecho, tanto de haber él concebido la idea de que le acompañára un trinitario, cuanto de que fuese el P. Iturdeo y no

otro, pues si bien es verdad que el prelado sabia lo que podrian ser los otros de quienes acaso se hubiera valido su Orden, no le cabia duda en lo que era el que habia mandado, y bajo la exacta idea de que de ningun modo hubiera podido ser mejor que lo que era aquel Padre, se complacia vivamente en que hubiera sido él, y muchas veces dijo, tanto á los religiosos como á su cabildo, y áun en Roma, que no habia tratado ni áun conocido hombres de tan vasta erudicion, ni que tanto hubieran aprovechado lo que habian estudiado y observado como nuestro P. Iturdeo. Luego que llegaron á Roma se retiró el Padre á su convento, dejando al Cardenal cumplir su mision, y no queriendo tener intervencion alguna en los asuntos que allí llevaban á S. Ema., y luego que este los hubo desempeñado, quiso nuestro Padre lograr, y la obtuvo en efecto, licencia para quedar él por algun tiempo más en la ciudad eterna. Condescendió con sus deseos el Cardenal, porque aunque directamente no le habia servido en los asuntos que á Roma le llevaran, lo habia hecho de un modo indirecto, y quedando allí hallaron sus superiores ocasion de utilizarse en beneficio de los fieles, única ánsia que puede decirse devoraba su corazon, el hacerles bien á todos. Dedicóse, pues, á predicar por todos los pueblos comarcarnos de Roma, y era admirable el séquito que llevaba siempre tras de sí, así como era tambien muy de notar el que hubiera podido aprender italiano con la perfeccion que conviene para hablar desde el púlpito un hombre que, además de ser escocés, se habia criado de jóven en Inglaterra y despues en España. Llamáronle sus superiores á Roma para que evacuase unas consultas que Su Santidad habia pedido á la comunidad, y que es claro debian ir resueltas, no solo con acierto, sino en términos que no desdijeran de la deferencia muy singular con que el Santo Padre los honraba; y fué tan acertada la manera de desempeñar su cometido que nuestro buen Padre tuvo, que mereció los mayores elogios del padre comun de los fieles, el cual como para recompensar de alguna manera tan eminentes servicios, ó más bien para demostrar el aprecio en que le tenia, le concedió las más ámplias facultades acerca de dispensar de ciertas y ciertas censuras, y de absolver á los pecadores incursos en ciertos y ciertos delitos ó pecados graves todos, y tan graves que para muchos de ellos era necesario nada ménos que acudir al romano Pontífice. Favorecido de tan ámplias facultades quiso hacerlas eficaces en la práctica, y meditando cómo y dónde sería más útil su ministerio, determinó pasar á Palestina, donde á la verdad encontraria ocasion de ejercerle. Sus superiores no llevaron muy á bien este viaje, porque se privaban de los buenos servicios que á su lado podia prestar, pero conociendo los grandes beneficios que habia de reportar de él la Orden en general, y en particular las casas de aquella provincia y los pobres indígenas, que á la verdad estaban

bien precisados de extraordinarios recursos, como lo serian sin duda los que nuestro buen Padre les facilitase, condescendieron, y en efecto partió, dándole su viaje ocasion de ejercer el gran celo de que estaba como si dijéramos dominado. Muchas circustancias se reunian en él para que su viaje fuese tan abundante en resultados felices como era de desear; en primer lugar, aquella espontaneidad con que se prestaba á sufrir sus molestias é inconvenientes, sin otra mira ni tendencia que el procurar á aquellas gentes recursos de que ellos no podian disponer, ya para su ilustracion, por la enseñanza que tan espontánea como acertadamente les daba, ya por la reforma de sus costumbres, á que les llevaria indudablemente lo sabio de sus determinaciones en el confesonario y lo oportuno de sus excitaciones en el púlpito, pues ambas cosas eran recursos que él utilizaba convenientemente: además, el cúmulo de facultades extraordinarias con que le habia favorecido el romano Pontífice, que ciertamente en aquellas apartadas regiones no podian ménos de ser convenientísimas, porque sabido es que áun ahora no es muy fácil el recurso á Roma, muchísimo ménos entónces en que por una parte los medios de comunicacion no estaban á la altura que hoy, y sus circunstancias políticas dificultaban tambien el que se pusieran unos con otros estados en la debida y conveniente intimidad. Mucho, pues, hizo en aquel país, á muchos sacó del error, á no pocos confirmó en la fe, y de todos sacó el partido posible á costa de molestias, á costa de trabajos, y ofreciendo siempre á Dios estos mismos trabajos y molestias, que eran á la verdad el camino por donde ellos llegaban al tan feliz y apetecido término en que se pusieron. No satisfecho ya con la Palestina, por cuyo territorio anduvo algunos años, pasó á Grecia, y tambien allí hizo ostentacion de su celo por el ejercicio de su extraordinaria caridad, principalmente en órden á la instruccion de los ignorantes, ó atractivo para los que estaban fuera del camino del bien, acerca de cuyos extremos, además del gran talento con que el Señor le dotára, debemos admirar en él una cosa que es superior, una gracia muy especial, cual era el conocimiento casi siempre atinado del flaco por donde las personas debian ser manejadas, lo cual, si en lo natural podia ser efecto de un talento privilegiado como el suyo, en lo espiritual no puede ménos de atribuirse á una gracia especial, la cual no hay para qué negar á un hombre en quien Dios no podia ménos de hallar cierta complacencia, porque era fiel ministro de su amor en el ejercicio del sacerdocio, bajo las mejores maneras, y de consiguiente con el mayor fruto. Aun cuando grandes eran las ventajas, que en órden á la realizacion de sus deseos le ofrecia el vasto campo de la gracia para ejercer su ministerio y acreditar su celo, nuestro P. Ricardo conservaba, en medio de la plena satisfaccion que le causaba el

bien que hacia á aquellas gentes, natural aficion, verdadero afecto á España, y los motivos son muy obvios. En España recibió su educacion, en España recibió el santo hábito, en España hizo su noviciado y aprendió todo lo que estaba enseñando en tan apartadas regiones; justo, lógico, natural era que para España tuviese una afeccion particular, por España un entusiasmo á nada comparable, y despues de las fatigas, molestias é incomodidades en tan gran número, que para procurar á los fieles su bienestar, y á los infieles su conversion, habia sufrido y sufria, natural era que tuviese deseos de volver á su querida España, donde pudiese pasar los últimos años de su vida, si no en la apatía y en el ocio, porque esto ni lo quiso ni cabia en su corazon, lleno de celo por el bien de los fieles, y ansioso de trabajos por la gloria de Dios, al ménos en su patria adoptiva, que era para él el bello ideal de cuanto Dios podia hacer en favor suyo. El Señor, como conoce perfectamente los sentimientos y deseos de sus siervos, y unas veces se complace en contrariarlos para su mayor gloria, y otras en secundarlos para lograr esta mediante el agradecimiento de sus favorecidos, quiso de esta suerte complacer al Rdo. P. Ricardo; por lo cual, cuando él ménos lo pensaba, se acercó á la costa donde él estaba un navío que venia á España, y dicho se está que en él hizo rumbo nuestro muy querido Padre. Córdoba fué quien tuvo el consuelo de recibirle en su convento, y nuevas y admirables fueron las pruebas que allí dió, no solo de su amor al prójimo, por la grande caridad que para todos tuvo, sino de su amor á Dios, móvil de esta y acreditado mediante el más exacto cumplimiento de los deberes que le imponia la perfecta observancia de su regla, ni excusarse ni por su edad, ni por las preeminencias de que pudiera haber gozado en concepto de superior, y superior tan acreditado como él lo era. Trajo, como era consiguiente, inmensidad de noticias acerca de la Orden tan esclarecida de la Santísima Trinidad, cuya gloria le importaba tanto y hubiese él querido propagar á costa de cuantos sacrificios, incomodidades y molestias hubiesen estado á su alcance. Agregó á este caudal, porque así puede llamarse, atendiendo á lo mucho que vale para la posteridad una copia tan abundante de datos, los que habia recogido en su expedicion por Escocia, Inglaterra é Hibernia, y quiso tambien reunir los de Italia, que habia dejado no sabemos dónde cuando se embarcó para Palestina. Leyéronse sus apuntes delante de los Padres más sabios de la Orden, y áun delante de algunos de otras religiones, que ya por su ciencia, cuanto por haber recorrido los países á que se referian, parecieron competentes para emitir su dictámen; y el de todos fué que los documentos ó apuntes eran de suma importancia, y muy conveniente por lo tanto el que su mismo autor los formulase arregladamente; pues de ellos, á no dudarlo, se sacaria una crónica muy luminosa de aquellas apar-

tadas regiones, y además un juicio crítico muy acertado de algunas de sus diferencias, consiguientes á la índole especial de lugares, etc. Conviniendo, pues, los superiores á la importancia de esta obra, le encargaron formalmente al P. Ricardo que la hiciese, y en efecto la preparó. Quiso, como era consiguiente, volver á Italia, recoger los papeles que allí habia dejado, porque las reclamaciones que acerca de ellos habia hecho no habian logrado éxito favorable, y disponia su viaje á toda prisa, y sin ánimo de detenerse allá sino lo más preciso. Mas Dios dispuso otra cosa muy diferente, y fué el que, terminando sus apostólicos trabajos y desvelos, comenzára segun debe piadosamente esperarse de su conducta ejemplar, el goce de las eternas venturas, en que para siempre le habrá colocado Dios en la mansion de los justos. Efectivamente, una enfermedad agudísima le acometió casi el dia mismo en que iba á salir de Córdoba. Le administraron los santos sacramentos, que recibió con devocion extraordinaria y con una resignacion admirable. Encomendó su espíritu al Señor, y acompañó las preces de la Iglesia hasta el último momento, y dejó de existir en medio de la admiracion de cuantos le conocian y del vivo sentimiento que causaba su pérdida. Sus honras fueron solemnísimas, y su memoria se conserva muy grata, enumerándole con razon la órden de la Santísima Trinidad entre los sugetos que más la han honrado, y de los cuales confía que estarán en el Señor. — G. R.

RICARDO Iturleo, arzobispo. Fué inglés de nacion, y perteneció á una de las primeras familias, notable tanto por sus riquezas, cuanto porque sugetos que á ella pertenecian, le daban nuevo lustre con sus acciones heróicas, tanto en la milicia como en la magistratura, y mucho más notable, porque á estos blasones, que verdaderamente sirven de honra no pequeña á quien los puede llevar, agregaban otro, que era el de una piedad acreditadísima, y el contar entre sus ascendientes á algunos que habian merecido y logrado la gloria de los altares. Con tales antecedentes y un talento muy aventajado, así como con gran docilidad á la gracia del Señor, pudo el jóven inclinarse á la carrera eclesiástica con preferencia á todo otro ramo del humano saber, y logró la dicha de ascender al sacerdocio, luego que hubo acreditado su vocacion, estudios y demás en debida regla, pues aunque su familia merecia consideraciones y habia prestado servicios tanto al estado como á la Iglesia, es bien sabido que esta solo contemporiza con el verdadero mérito, ó lo que es más exacto, no atiende, en particular para la eleccion de sus ministros, sino á las circunstancias que concurren en los que pretenden conseguir tal dicha. Elevado ya pues al sacerdocio, obtuvo un deanato, y le desempeñó con grande acierto, no teniendo á la verdad dificultad ninguna en desempeñar los cargos de su importante ministerio, áun cuando para ello fuese preciso por su parte que se molestára muchísimo. Cumplia, como

llevamos dicho, bien y fielmente los cargos que impone el excelso ministerio sacerdotal; nadie ni por ningun concepto podia tener de él la menor queja, ántes por el contrario, para todos tenia entrañas de misericordia, afecto de padre; pero no estaba él sin embargo satisfecho, su corazon encontraba un vacío, su espíritu necesitaba algo más, y no sabia él qué era lo que deseaba. Por fin, Dios nuestro Señor, que era quien sostenia en su siervo aquella tan provechosa zozobra, y que le queria para sí en una vida más perfecta, se dignó avivar en su espíritu deseos, pero deseos vehementes de entrar en religion, y en una religion en que sus profesores se comprometen hasta á quedarse en prendas por sus hermanos, si para su rescate es necesario el que ellos mismos se reduzcan á la esclavitud y servidumbre. Su arcedianato no estaba en su pueblo sino en país bastante lejano, por lo cual le renunció y se vino al convento de Trinitarios de su pueblo, en el cual rogó al superior le permitiera estar algunos dias. Otorgóselo el P. Ministro, porque era peticion muy justa, y desde entónces le pareció, como lo era, sugeto muy digno; más apénas se cercioró de que podria con la observancia, y que se hallaba capaz de cumplir la santa regla, le indicó al superior mismo que deseaba pertenecer á aquella santa comunidad, ó más bien á la Orden, allí ó donde fueran servidos destinarle. Esta manifestacion sorprendió algun tanto al Ministro, el cual como era prudentísimo y veia en el arcediano un hombre ya de alguna edad y demás circunstancias, creyó del caso advertirle que el asunto era muy serio, que requeria muy profunda meditacion, y exponerle todos los inconvenientes que pudiera hallar en su nuevo estado, haciéndole ver cuán conveniente era se mirase mucho en su propósito ántes de llevarlo más allá de tal. Llegó hasta el extremo el celoso prelado de aquel convento, de indicarle no podia en manera alguna condescender con los deseos de Ricardo si este no se iba por algun tiempo de la casa, y á sus solas, ó en el bullicio del mundo, meditaba su propósito; que si entónces insistia en su idea, consultada la comunidad, se le admitiria á probacion, la cual necesariamente habia de ser más rigorosa que la de los demás religiosos, que de ordinario vienen en sus primeros años á la religion, porque en estos no pueden suponerse los desengaños que en un hombre de más edad, por lo que si acaso él se empeñaba, su noviciado tendria que ser acaso mucho más largo que lo de costumbre, y desde luego más severo, pues tal vez él mismo se encargaria de probarle. Todas estas cosas hubieran sido capaces de retraer á quien no hubiese sido llamado por Dios, como lo era nuestro buen sacerdote; pero lo que es á él, como comprendia lo provechoso de ellas y el excelente espíritu que las animaba, léjos de hacerle desmayar, le obligaron más y más á seguir su vocacion, y así es que á los pocos dias de haber salido del convento, volvió, manifestando al P. Ministro que

sumamente agradecido al favor especial que le hiciera en indicarle cuán importante era el paso que iba á dar, le rogaba le probase con el mayor rigor, y le pedia encarecidamente el santo hábito, pues creia que con el favor de Dios y proteccion de los santos de la Orden, llegaria á merecer de la comunidad la dicha de que le admitiesen á profesion. Dióle, con efecto, el hábito, y no le exageró cosa alguna cuando le dijo, que si se decidia, su probacion sería cual para pocos se habia hecho, y de una manera desusada. Las más profundas humillaciones, los más penosos ejercicios, los más pesados y molestos cargos, esto se le imponia al novicio; y parecia que andaban en santa emulacion, el prelado, para mortificar y aburrir si era posible al novicio, y el novicio, para demostrar que Dios le habia llevado allí, porque de cierto, si no hubiese sido llevado allí por Dios, de ninguna manera habria podido sufrir tanto como su maestro le imponia. Y no se crea que en esto obraba el maestro fuera de la más justa rectitud, nada de eso, lo que hacia lo hacia para probar y acrisolar á aquella alma, que en efecto se acrisoló, y pareció luego en el ameno jardin de la Religion Trinitaria como una de las preciosas plantas que más le adornan. En lo mucho que sufrió este buen religioso, y en la admirable manera que tuvo de conllevarlo, se demuestra hasta la evidencia lo mucho de que es capaz el hombre, cuando escuchando las inspiraciones de la gracia, sigue el rumbo por donde ella le conduce á su bien. Sufridas, pues, con tan invicta paciencia las repetidas pruebas por las cuales su superior quiso cerciorarse de la verdadera vocacion de este excelente sacerdote, que á no dudarlo sería tambien buen religioso, se verificó su profesion, y en aquel dia fué completo el regocijo del novicio y no menor el del P. Ministro; y ambos tenian fundadisimo motivo para alegrarse, aquel porque veia cumplidos sus deseos, y sus deseos tan ardientes como buenos; éste, porque en su religion y casa habia entrado para siempre un hombre, que á no haber sido llamado por Dios, no era posible hubiese sufrido tanto ántes de lograr sus deseos. Pasados, pues, aquellos dias que siguen á este solemne acto, y pensando siempre el P. Ministro en utilizar al P. Ricardo en aquello para lo que pareciere más á propósito, le mandó al confesonario, y puso en sus manos obras místicas para su entretenimiento. Este era precisamente el camino por donde Dios le llamaba, este precisamente el lugar donde habia de lograr conquistas que parecerian imposibles, triunfos que nunca se hubiera creido el que llegáran á obtenerse. En primer lugar era incansable, y esto ya es mucho, para el ejercicio de un cargo tan penoso como es el de oir confesiones; luégo tenia un tino especial y suma prudencia, no solo para escudriñar las conciencias, sino para dictar sobre la marcha las determinaciones más árduas y desmenuzar instantáneamente los asuntos más complicados para darles acertada solucion. Así es que su confesonario con-

tinuamente estaba lleno de gente, que ansiosa esperaba el que su atinado consejo resolviere los más árduos asuntos de familia, y como él era incansable, el resultado era como se apetecia, el que todos y cada uno iban satisfechos y muy contentos de la fina atencion con que recibia lo mismo al primero que al último, lo mismo al magnate que al pordiosero. Esto llamó la atencion de sus superiores y les decidió á permitirle ciertas excursiones á pequeña distancia de la casa principal, y que duraban solo tres ó cuatro dias, pero que eran tan fecundas en resultados, que llegó á notarse en los pueblecitos comarcanos, que eran los que más disfrutaban de este beneficio, alguna reforma en las costumbres, y sobre todo más equidad en los contratos, más consideracion á los pobres de parte de los pudientes y algunas otras cosas que decian mucho, porque no podia reconocerse acerca de ellas otro motivo que la gran constancia con que Ricardo les inculcaba los principios de verdadera moralidad y las máximas de virtud. Viendo, pues, los superiores que tan grandes eran los provechos que por su medio se lograban, determinaron, y era muy justo, sacarlo de su rincon para que en campo más espacioso preparára y lograse la cosecha que no podria ménos de dar frutos tan abundantes como sazonados, si se atiende á lo que daba de sí en Kildaria. Vacilaron algun tanto acerca del lugar que escogerian para que en él ejerciera su ministerio, no en verdad porque temieran el que hubiese alguno donde no se portára de la manera más conveniente, sino porque querian satisfacer la mayor necesidad. Dublin, corte de Hybernia, fué por último el lugar que se escogió por parecer mas á propósito, y aunque hubo divergencia de opiniones acerca de si seria conveniente ó no el que á los del país se les indicase que habia la órden de la Trinidad resuelto mandarles un operario diligentísimo, que con acierto y sin cansarse procuraria su espiritual adelanto, prevaleció la de mandarle sin prevencion alguna, en la seguridad de que pronto, bien pronto le haria lugar el concepto que los que le tratasen formarian de él. Asi fué efectivamente, entró en Dublin sin ser de nadie conocido, hizo su primera plática á la que concurrió inmenso pueblo, porque como á sugeto nuevo convenia oirle, y esto fué suficiente para que despues en cuantas ocasiones habló en público y cuantas veces se sentó en el confesonario, tuviese quienes le escucháran, tuviese quienes recibieran sus consejos, se acreditára, en fin, tanto como lo habia estado en Kildaria. Acudieron á él para aconsejarse y para procurar su salud y provecho espiritual gentes de todas clases y condiciones, y su fama de dia en dia se aumentaba hasta el extremo de que muchos de ellos ni áun le restaba el tiempo preciso para comer, que lo que es descanso no tenia ninguno, puede decirse, porque el dia le ocupaba todo en el ejercicio de su ministerio, y la noche la empleaba ó en el estudio ó en la oracion, pues

nunca se dispensó de estos dos grandes recursos, que indudablemente llevan al acertado desempeño de los importantes cargos que sobre el Padre gravitaban, y como legítima consecuencia á la eterna dicha de la bienaventuranza. Entre las infinitas personas que á nuestro buen Padre se acercaron para poner en sus manos la direccion de sus conciencias, merece particular mencion el virey, que lo era entónces por el rey de Inglaterra el muy ilustre duque de Nolforcia, quien como depositario de la más íntima confianza de su señor, tenia en verdad facultades no solo amplísimas, sino omnímodas. No hariamos siquiera mencion de este personaje si la circunstancia de ser su confesor nuestro buen P. Ricardo, no hubiese influido en gran manera en el porvenir de este esclarecido religioso, porque habiendo atinado con extraordinario acierto á conocer y dirigir la conciencia del duque, esta circunstancia excitó en gran manera su atencion, y hubo de pensar en asegurar á su lado al que con tal acierto desempeñaba el cargo de director espiritual suyo y su muy especial consejero. El virey conocia perfectamente las cosas, comprendia muy bien que un hombre de la importancia de Ricardo Iturleo, dependiente de su comunidad, ó más bien de los superiores de su Orden, era muy expuesto á que por esas razones de conveniencia que no se pueden desconocer, tuviera que separarse alguna vez de Dublin, sin que fuese capaz á retenerle toda la influencia que el virey pudiera ejercer, porque naturalmente, ánte la conveniencia general, él mismo depondria su particular interés, así que lo que se necesitaba era un lazo que le sujetára á Dublin para siempre. Hallólo en su nombramiento de obispo auxiliar de aquel arzobispado, con lo cual se lograban dos beneficios inmensos, el que estuviera allí siempre, y el que toda la comarca disfrutase de su presencia y de su inspeccion inmediata, que fué, como no podia ménos provechosisima. Hubo que luchar con la gran resistencia que el Padre opuso á aceptar la dignidad que se le confiaba, pretextando su incapacidad para tal cargo; pero como el pretexto era tan frívolo, claro es que no le pareció atendible ni al Papa ni al Rey, y contra su voluntad, pero por obediencia, hubo de aceptar el cargo y recibir de mano del mismo arzobispo, cuyo sufragáneo iba á ser, la consagracion, en cuya solemnísima ceremonia le apadrinó el virey, haciéndolo con la suntuosidad que reclamaba primero el acto, y despues el afecto que le profesaba y la posicion que tenia el padrino. Fué para Dublin un dia de verdadero júbilo el en que vió consagrado de obispo á su estimado P. Ricardo, y cuando se persuadió de que su nueva dignidad en nada extinguiria, ántes por el contrario, avivaria más y más su celo, y léjos de ser una rémora, sería un estímulo para que él pudiera hacer más extensivos los favores que á todos dispensaba; mayor fué su entusiasmo y más profundo su gozo, porque á la verdad este Padre se

habia captado con sobrada justicia el afecto de todos aquellos fieles. Su fama llegó á la corte del Rey, y este quiso persuadirse por sí propio de lo mucho que valia este excelente prelado, por lo cual le hizo llamar y le encomendó desde luego algunos encargos particulares de importancia y de difícil resolucion. No salieron fallidas sus esperanzas, pero lo que se contrariaba era los deseos del virey, así es que éste hubo de poner nuevamente su ingenio, por decirlo así, en tortura, para dar solucion á este incidente, que importaba tanto más, cuanto que se trataba de habérselas no ménos que con el Rey. Buscó y halló sin embargo una muy buena manera de salir del paso, que fué aconsejar al monarca, como premio de los eminentes servicios que le habia prestado, el que le hiciese arzobispo de aquella diócesis, condecorando al que tenia á su cargo su gobierno con otra mayor dignidad. El Rey no se creyó autorizado por sí solo para esta elevacion, así que acudió, como era justo, á Roma, donde á la sazon ocupaba el sólio pontificio el papa Urbano II, el cual noticioso de lo bien que se habia portado como auxiliar, no tuvo inconveniente alguno en mandarle el palio, que le entregó su predecesor mismo el año de Cristo 1258. Desde el dia mismo que recibió el palio comenzó á desempeñar los cargos de su importantísimo ministerio sin descanso, sin permitirse tregua y sin escatimar ni molestias ni incomodidades con tal que de ellas pudiese resultar alguna ventaja á los fieles. Estos le miraban como padre, y las visitas que giraba acudian á él para implorar el remedio de todas sus necesidades, teniendo él tal tino y tanto acierto para encaminarlos al bien, que ellos mismos le presentaban los motivos de sus disgustos, seguros ya de que este era un medio de atenuarlos. El recibia todos los dias y á todas horas á cuantos á él se acercaban con cualquier motivo, y nunca se verificó el que ninguno saliese desairado de su presencia, pues áun aquellos á quienes tenia que reprender ó castigar se separaban de su presencia prendados de sus finas maneras é inmejorable trato. Por supuesto que sus rentas más eran de sus ovejas que de él mismo, porque él, conservando la pobreza que profesó, no queria pasar de fraile trinitario en su trato, como él decia; al propio tiempo que para sus queridos los pobres todo, enteramente todo, le parecia poco y escaso. No era solo la limosna que hacia lo meritorio en él, sino el modo de hacerla, la manera de acercarse al necesitado con caridad, con amor y como padre á su más querido hijo. En el puntual y exacto cumplimiento de sus tan importantes deberes, pasó nuestro Obispo seis años, haciéndose querer cada vez más de sus fieles, hasta que á Dios plugo sacarle de este mundo, sin duda alguna para mejor vida, como la merecian sus acreditadísimas virtudes. Su fallecimiento sucedió en la madrugada del dia 3 de Setiembre de 1264, y sus honras fueron tan solemnes como convenia á su alta dignidad y á los

relevantes méritos que contrajera, tanto como obispo, cuanto como fraile, pues en ambos conceptos habia valido mucho. Tambien hubo otro concepto en que valió no ménos, pero que su misma bondad nos ha privado de poder admirarle en este órden como le admiramos en lo demás, y es en el concepto de hombre de ciencia, de escritor. Si bien es verdad que su contínua ocupacion en el desempeño de su ministerio no le permitió hacer ninguna obra clásica, es indudable tambien que hizo muchos opúsculos que dió á unos y á otros, y que han servido para que se engalanen quienes no lo merecian, al paso que de nada han servido á su autor el obispo Fr. Ricardo Iturleo.—G. R.

RICARDO KIRMAN. Era inglés, y proscripto en Francia, estuvo refugiado en el colegio católico de Reims. Enviado, segun costumbre y reglamento de este colegio, á su patria con el carácter de misionero, para alentar y sostener á los que no pudiendo evadirse del herético yugo, carecian de los consuelos de la verdadera religion, tocóle asistir á los católicos del condado de York, en ocasion que la persecucion contra la Iglesia romana se hallaba más encendida que nunca. Sorprendido y preso, aunque no convencido de lo que entónces se tenia como un crímen, aún pudiera Kirman salvarse negando que era sacerdote católico. Mas prefiriendo la muerte á la prevaricacion, y ansiando sellar cuanto ántes con su sangre el pacto celebrado con la Divinidad en el acto de recibir la sagrada investidura de su elevado ministerio, confesó la verdad, y fué juzgado y sentenciado á sufrir la última pena. En medio de su desgracia tuvo el consuelo de encontrar en el calabozo donde lo encerraron al venerable Lac, que tambien estaba condenado á muerte, y con el cual tuvo muchas y tiernas conversaciones acerca de la suerte que les esperaba, animándose el uno al otro para morir con resignacion y con firmeza. Condenados á sucumbir en el infamante suplicio de la horca, fueron sacados en un mismo dia de la cárcel, y colocados en el mismo zarzo de cañas en que debian ser conducidos hasta el lugar del suplicio. En el camino se confesaron el uno con el otro, agradeciendo infinito á nuestro Señor que les proporcionára tal ventura, porque generalmente ninguno marchaba al cadalso en compañia de un confesor. Ofrecieron además el espectáculo tierno y edificante para otro pueblo ménos empedernido que el inglés en aquella época, de auxiliarse mútuamente en el temeroso lance, y de protestar en alta voz de su firmeza y de su adhesion á los católicos dogmas. Ocurrió su glorioso martirio el dia 31 de Agosto del año 1588.—M. B.

RICARDO LEDREDO (Fr.), franciscano. Fué natural de la ciudad de Lóndres, en la que tomó el hábito de la religion de S. Francisco, mereciendo que el sumo pontífice Juan XXII le honrase con el título de obispo Oso-

riense en Irlanda, título que resignó respetuosamente, porque su gran humildad no le permitia aceptarle; pero no habiéndole sido admitida la renuncia, pasó á cumplir las obligaciones de su importante cargo, desempeñándolas con la mayor prudencia y exactitud. Murió en el año 1360, y fué sepultado en su iglesia catedral en el altar mayor, al lado del Evangelio. Dejó á la posteridad las siguientes obras: *Epistolas plerasque ad Summos Pontífices Johannes XXII, Benedictum XII, et Clementem VI.—Hymnos quosdam in Natali Domini, aliisque festis in Ecclesia sua decantantos.* No consta llegáran á publicarse.—M. B.

RICARDO Londinense. Fué natural de Lóndres, y despues de estudiar en esta ciudad con el mayor crédito humanidades y filosofia, en cuyos estudios mostró muy á las claras que su capacidad no era pequeña, ni menor su aplicacion; cuando sus padres pensaban dedicarlo al estudio de la ciencia del derecho, porque en esta carrera habia contraido su familia méritos que sin duda alguna le recompensarian en él, él manifestó sumisamente á sus padres su vocacion al estado religioso, y estos en verdad no se opusieron, ántes condescendieron gustosísimos, y mucho más cuando supieron que se habia decidido por abrazar la órden de la Santísima Trinidad, de Redencion de Cautivos, en la cual siempre ha habido sugetos de muchísimo valer, tanto en letras como en virtudes. Apénas hubo hecho su noviciado y recibido la profesion, se le mandó por santa obediencia ir al convento Cantabrigense, para condecorarle allí con el honroso título de doctor, que no todas las casas podian conferir. Si muy lisonjeras habian sido las esperanzas que acerca de él formára la esclarecidísima religion, todavía sobrepujaron sus hechos á lo que se habian presumido. Efectivamente, desde el momento mismo en que llegó á la casa de estudios, que era ya algun tanto entrado el curso, y en el exámen que sus superiores le obligaron á sufrir para determinar á qué grupo, digámoslo así, habian de agregarle, vieron que podia ir con los más aventajados, pues que por sí mismo habia estudiado los preliminares con tanto acierto, como pudiera haberlo hecho al lado del más diestro profesor, y mucho mejor sin duda, que los que luego habian de ser sus condiscípulos en el resto de la carrera. No se crea que esta ilusion, digámoslo así, de aquellos buenos superiores, se desvaneció, todo al contrario, llegó en la época misma en que estudiaba á hacerlo con tanto provecho, que sus catedráticos tenian cierto embarazo en explicar porque él estaba presente, y en las conferencias miraban y atendian más á él solo que á los demás de la clase. El por su parte, luego que hubo conocido el gran aprecio y consideracion en que le tenian, se procuraba portar de modo que no decayese este concepto, ántes por el contrario acreciese más y más su estima, no porque le estimáran, pues que esto en su profunda hu-

mildad nunca le significó nada, sino porque no desmereciera el concepto de sus superiores, que le habian llevado á estudios, y que en verdad no ganaria mucho si él no hubiese sido tan capaz como le habian hecho aparecer. Terminados los estudios, sufridas las pruebas, que si para todos eran muy rígidas, para nuestro P. Ricardo lo fueron muchísimo más, en gracia de su buen concepto, estuvo en disposicion de recibir y llevar sobre su cabeza el laureado distintivo del doctorado, símbolo de magisterio y emblema de una capacidad grande, mucho más en la época del Padre, en que por el alto concepto que de sí mismos tenian los santuarios de la ciencia, no se daba el título de doctor sino á quien era una cosa notable en el saber. Al punto que estuvo graduado, acudieron á medir con él su capacidad y aplicacion doctores acreditadísimos, y de aquella y de otras escuelas, y sufrieron terribles derrotas, aunque dadas de suerte que venian á resultar en provecho del mismo derrotado, porque nuestro Ricardo no podia ménos de considerar como hermano suyo á aquel con quien contendia, y por consiguiente tenia que tratarle como á hermano, enseñarle lo que él no supiera, rectificar sus equivocaciones y convencerle, pero sin exasperarle, sin rebajar en nada el concepto que pudiera tener, ántes enalteciéndole, que era á lo que siempre encaminaba sus esfuerzos. A pesar de su buena manera de vencer, porque esta es la expresion gráfica del resultado de todas las conferencias literarias ó científicas que con él se tenian; á pesar de que ni por su boca, ni por ninguna otra demostracion de su parte, se pudo nunca colegir que á ninguno hubiera vencido en certámen literario; á pesar de todo esto, su fama creció, y se extendió su nombre, llevando adjunta la idea de que el sugeto á quien distinguia, era uno de los primeros de su época, en su línea se entiende, pues él fué hombre, que ni se separó nunca de su línea, ni quiso usurpar lauros inmerecidos, llegando en alguna ocasion en que se queria premiar por parecer suya una composicion anónima, á jurar *in verbo sacerdotis* no le pertenecia, y á procurar él mismo descubrir al autor, para que no se le privára del lauro merecido, ni se aplicase á otro por ningun concepto. A los estudios profundos de teología, y áun de sagrados cánones, añadió otros, que si no de tanta importancia, al ménos como auxiliares sirven de mucho para los profesores, como fueron las lenguas en que los sagrados libros fueron escritos primitivamente, y esto, como es consiguiente, le procuraba medio de averiguar muchas cosas y aclarar muchas dudas, de cuya satisfactoria resolucion redunda mucho adelanto para la ciencia. Así es que nuestro buen trinitario poseia además de su inmenso caudal científico, uno no ménos rico de erudicion. ¿Y qué se hará este hombre tan entendido? ¿Aceptará el gobierno de su Orden para lucir sus dotes de gobierno, ó se dedicará á la enseñanza para que los muchos jóve-

nes que de sus labios oigan la sólida, fundamental y muy católica doctrina que él no puede ménos de verter, aprovechen lo que les insinúe su maestro? Ninguno de los dos rumbos se le pudo hacer tomar: para la cátedra, decia que no tenia genio; para el gobierno, que no tenia las apetecibles circunstancias; así es que ni en lo uno ni en lo otro se le pudo hacer brillar, que de fijo hubiese brillado, cualesquiera que hubiese sido el camino que eligiera. Esta fué una de las muchas excentricidades que presentan los hombres de un ingenio tan claro y de una aplicacion tan constante. Se retiró, pues, á su convento, y dado á la meditacion de las verdades eternas y al ejercicio de las virtudes en que se aventajó muchísimo, eran sus delicias su celda, sus libros, sus rezos, el coro, la mortificacion y nada más. Sus superiores, sin embargo, le rogaron que legase alguna cosa á la posteridad, y con efecto, á su muerte, pues ántes no quiso ni áun decirlo, se hallaron las obras siguientes: *In Psalmos pœnitentiales*, libro único; cuatro sobre *el Maestro de las Sentencias*; uno *De auxiliis Divinæ gratiæ*; otro *De Incarnatione*, y otro *De Potestate et Dominio Christi*. Floreció en el siglo XIV, y no se sabe el año de su muerte.—G. R.

RICARDO Luciano (Fr.), franciscano. Fué natural de la ciudad de Palermo, en cuyo convento de Menores tomó el hábito de la religion y siguió los estudios, llegando á ser doctor y maestro de sagrada teología. Fué tambien elecuente predicador, muy celebrado por su ingenio, á la vez que por sus virtudes. Publicó un libro de *Sermones;* otro *In autenticis*, y otro bajo este título: *In Scripturam et theologicam disciplinam commentaria.* Ignórase el año de su muerte.—M. B.

RICARDO de Middleton, franciscano. Middleton, Middelton y Middletoun es un nombre comun á muchos lugares de las islas británicas, de modo que no puede saberse dónde nació el doctor á que sirve de sobrenombre y que se llama en latin *Richardus Mediotimensis*, y con más frecuencia de *Media villa*. Sixto de Siena y Pits le hacen escocés: segun la mayor parte de los autores que han hablado de él, pertenecia á la Inglaterra propiamente dicha. Carecemos tambien de noticias positivas sobre la fecha de su nacimiento y el de sus padres, aunque se ha dicho que su familia existia todavía en el siglo XVI, hipótesis que nos parece imposible de justificar por ningun indicio positivo. Los autores franciscanos no nos refieren la época en que entró en su Orden ni el convento en que profesó. No se habla de él en la historia hasta que, salido de las escuelas de Oxford, se distingue en las de París como estudiante y como maestro. Habiendo consagrado su adolescencia y su juventud al estudio de las artes liberales, de las ciencias filosóficas, del derecho canónico, de la Biblia y de la teología, y habiendo extendido toda esta instruccion al espíritu penetrante de que le habia dotado la natu-

raleza, brilló en las disputas escolásticas, y adquirió despues con sus explicaciones la más alta reputacion. Alabábase en particular su habilidad en explicar los textos más oscuros. Bale y Du Boulay dicen, sin embargo, que su enseñanza, demasiado elevada algunas veces, no dejaba de comprender cosas inútiles y áun perniciosas: *grandia quædam, sed minus utilia, atque utinam non perniciosa, Parisiis docuit.* Fué tambien llamado el doctor sólido, bien fundado, fecundo, auténtico. No sabemos de dónde ha tomado Moreri que Ricardo ejerció en su Orden empleos considerables, los Anales de Wadingo, escritos tan minuciosamente, no llegan á mencionarlos, aunque nos refieren que el general Bonagracia le puso en el número de los doctores, á quienes encargó de examinar la doctrina de Pedro Juan de Oliva, y que la condenaron con tanto rigor en 1283. No puede adivinarse en qué se han fundado algunos autores para escribir que Ricardo de Middleton fué arzobispo de Reims, pues no figura por ningun título en la lista de los prelados que ocuparon esta sede durante su vida. Pero tuvo relaciones íntimas con Luis el *Jóven*, que de fraile franciscano llegó á ser obispo de Tolosa en 1296, murió en 1297, de edad apénas de veinte y cuatro años, y fué inscripto en el catálogo de los santos. Por lo demás se ignoran las circunstancias y la fecha de la muerte de Ricardo; los unos suponen vivió hasta los primeros años del siglo XIV, y le colocan entre Gualtero, obispo de Poitiers, muerto en 1707, y Juan Seot en 1308. Moreri dice en 1304, otros como Wadingo, no colocan su carrera más que hasta 1302, y Dempster la cierra en 1300. Indicamos aproximadamente el fin de siglo XIII á que pertenecen los trabajos de este teólogo, siendo el año 1290 al que refieren su celebridad Trithemio y Du Boulay. Su nombre se leia inscripto con los de algunos ilustres doctores, en la tumba de Juan Scot en Colonia. Su fama, hoy desvanecida, brillaba aún en 1415, cuando en el concilio de Constanza se invocaba su autoridad contra las doctrinas de Wiclef. Su testimonio tuvo el mismo peso en 1432 en el concilio de Basilea, en que el P. dominico Juan de Ragusa, en un discurso sobre la comunion bajo las dos especies, le citaba como un autor profundo y grave: *Item Richardus de Media villa, doctor profundus et magnæ auctoritatis in scholis.* Despues ha recibido homenajes del mismo género en la *Suma histórica* de S. Antonino, en el *Manipulus curatorum* de Guido de Montroches y en otros libros de teología que, á decir verdad, no encuentran gran número de lectores. Rodolfo y Willot insertan dos dísticos compuestos en honor suyo.

Sacra refert celeber Richardus dogmata, quondam
Quem tenuit Media villa decora virum.
Hauserunt veteres claro de fonte Richardi,
Doctoresque novi qui meliora docent.

Sin embargo, sus obras, ya impresas, ya manuscritas, se hallan relegadas al último rincon de nuestras bibliotecas. Se asegura que comentó toda la Biblia. Trithemio indica únicamente cuatro libros sobre los Evangelios y catorce sobre las Epístolas de S. Pablo. Rodolfo, Marcos de Lisboa y Willot mencionan estos mismos libros, pero no hallamos ediciones de ellos, ni áun manuscritos, citados ó designados en ninguna parte. Para desempeñar su cargo de profesor y los ejercicios de su bachillerato, Ricardo ha explicado los cuatro libros del Maestro de las Sentencias, Pedro Lombardo. Se supone que escribió sus *Lecciones* en 1291, poco más ó ménos, pues cita un privilegio concedido en aquella época á los PP. Predicadores y Franciscanos por Martin X, cuyo pontificado comenzó en 1281 y concluyó en 1285. Trithemio indica expresamente los cuatro libros de este comentario, y se asegura que existen manuscritos completos en Florencia, Asís, Toledo, Inglaterra y Viena. Se han impreso todos cuatro en Venecia de 1489 á 1509, en Brescia en 1591, en cuatro volúmenes en fólio, y en París se conservan copias particulares del segundo y cuarto libro, entre los manuscritos de la biblioteca del Rey. Se han publicado ediciones del cuarto en Venecia en 1489, y sin fecha, en fólio; en 1499 en 4.° con el distico *Sacra refert*, etc. al fin; en París en 1504, en 4.°, y en esta misma forma, en 1512, sin nombre de lugar. Algunos autores, y el mismo Wadingo, han pretendido que Ricardo Middleton no habia comentado más que una parte del libro cuarto de las *Sentencias*, y que este trabajo fué concluido por algunos teólogos del siglo XV para la edicion publicada en Venecia en 1499. Sbaraglia opone á esta opinion la fecha de 1457, que lleva una copia manuscrita de este libro, conservada en Ferrara, y un sermon del servita Spiera, que se ha impreso en 1476 y en el que se cita la division ó seccion cuarenta y nueve de este mismo comentario. Otros predicadores hicieron ántes de 1499 citas semejantes, que atestiguan tambien su completa autenticidad. Encuéntrase algunas veces designado con el nombre de *Cuestiones sobre el Maestro de las Sentencias*, pero es diferente de los apéndices titulados: *Quodlibet theologica*, *Quæstiones quodlibetales*, *Quæstiones disputatæ*. Estas cuestiones, en número de ochenta, ó solo de cuarenta y seis en algunas copias, se refieren á Dios, los ángeles y al hombre. Las bibliotecas de Asís, de Florencia, de Cesena y Cremona, poseen algunos de estos manuscritos: se han hecho ediciones de ellos en Venecia, en 1507 y 1509, en fólio; en París en 1510 y 1525, en 8.° Concíbese que tales séries de controversias ó de decisiones teólogicas deben diferir bastante poco por las formas, y todavía ménos por la materia del comentario sobre las Sentencias; tambien deben carecer de todo género de originalidad, y no añaden nada á la instruccion que prometen las colecciones del mismo género, debidas á Sto. Tomás, Alberto el *Grande* y otros teólo-

gos de la órden de Sto. Domingo. Así es que no se ha reimpreso nada de Ricardo desde 1591, y cuando se emprendió la edicion voluminosa que lleva esta fecha, hacia ochenta y dos años que nadie se habia atrevido á acometer una empresa tan temeraria. En cuanto á los libros atribuidos al mismo doctor, bajo los títulos de *Comentarios imperfectos* y de *Opúsculos*, nadie ha dado á conocer todavía ejemplares impresos ni manuscritos. Lo mismo sucede con los artículos que tienen los títulos: *De distinctione decreti liber unus*: *De ordine judiciorum*: *De clavium sacerdotalium potestate*. No se sabe más que por algunas indicaciones que Ricardo escribió contra Pedro Juan de Oliva, y se carece de toda clase de noticias sobre la extension y los caractéres de esta refutacion. De todas maneras, el autor de un *Tratado de la Inmaculada Concepcion de María*, Juan Vitalis, el cardenal Juan de Torquemada y Rodolfo lo aseguran así, siendo esto todo lo que nos refieren, deduciéndose tan solo que este libro era diferente de una explicacion del *Ave María* que atribuia Bernardo de Burtis á Ricardo de Middleton, pero que pertenece en realidad á Ricardo de Sajonia. Por una equivocacion del mismo género se le ha declarado redactor de un *Comentario de la regla de S. Francisco*, compuesto realmente por Rigaud, que fué encargado de este trabajo con otros maestros. Vamos á revelar otro error cometido por Juan de S. Antonio, consiste en atribuir á Fr. Ricardo de Middleton un *Quadragessimale* ó *Coleccion de Sermones de Cuaresma*, que en un manuscrito de Toledo lleva precisamente el nombre de Francisco, abad de Acti. Debe, sin embargo añadir, que tres discursos predicados en Paris por un Ricardo, se hallan comprendidos en una *Coleccion de Sermones de la abadía de S. Victor*. ¿Pero es este Ricardo el que acaba de ocuparnos? Hé aquí lo que no se puede afirmar ni negar. De todas maneras, si no hacemos caso ni de las falsas atribuciones que han aumentado el catálogo de sus obras, ni de los artículos de que parece no existe ninguna clase de copia, sus escritos quedarán reducidos, poco más ó ménos, al comentario sobre los cuatro libros de las *Sentencias*, y á las *Cuestiones quodlibeticas*, producciones harto ligeras, cuyo prodigioso éxito en el siglo XIII se explica por los hábitos escolásticos de esta edad, por el ardor y la habilidad con que las nuevas órdenes de San Francisco y Santo Domingo aprovechaban todo lo que podia contribuir á su engrandecimiento. —S. B.

RICARDO DE MONT CROIX, religioso de la órden de Santo Domingo, misionero en Oriente y autor de muchas obras, es tambien conocido con el nombre de Ricoldi. Nació en Florencia en el siglo XIII, y despues de haber pasado su juventud en el estado eclesiástico, tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de Santa María la Nueva de Florencia. Antes de entrar religioso habia viajado solo por satisfacer su deseo de conocer á los sa-

bios y aprovecharse de sus luces, para perfeccionarse en el estudio de la filosofía y de las bellas artes. Despues de su entrada en el gremio de los PP. Predicadores, continuó sus viajes, si bien con solo la idea de trabajar por la salud de las almas y progreso de la religion, en lo que, si bien á costa de muchas penas y fatigas, alcanzó un gran éxito. Como misionero lleno de celo, recorrió casi todo el Oriente, y á fin de poder ser más útil á aquellos á quienes evangelizaba, aprendió el árabe en Bagdad. Tan luego como supo esta lengua, emprendió la traduccion del Corán, á fin de dar mejor á conocer los absurdos á los misioneros que ignoraban el árabe; pero horrorizado de los ridículos cuentos y blasfemias de este libro, no tuvo valor para acabarle de traducir, y en vez de una simple version de la última parte del Corán, juzgó más útil escribir reflexiones ó comentarios sobre toda la obra, y las dedicó en forma de cartas á las iglesias cristianas. Este escrito ha sido traducido en diversas lenguas, y el religioso dominico veneciano, Marco Antonio Serafin, le imprimio en 1609 con este título: *Defensa de la fe católica contra las impiedades de los sarracenos, y mentiras del Alcorán.* Demetrio Cydonius, célebre autor griego, habia ya traducido esta obra en su lengua, y dice Posevin, que sobre esta version griega de Demetrio se tradujeron de nuevo las reflexiones de Ricardo en latin, dedicadas á Fernando V, rey de Aragon y de Sicilia. Además de esta, se han publicado de Ricardo las obras siguientes: *Generosa confesion de la fe cristiana hecha en presencia de los serafines.* — *Un escrito contra la doctrina de los judíos, mahometanos y gentiles y su itinerario,* en el que se encuentra una descripcion de todos los paises, provincias y reinos que Ricardo habia recorrido, sus leyes, costumbres, opiniones, dogmas, herejías, sectas de los diversos pueblos y cuanto se halla de curioso en su religion, en su política y en sus costumbres. Este libro fué traducido en francés, á mediados del siglo XIV, por Juan el *Longo,* monje de S. Bentino. Volviendo Ricardo á Italia, en el pontificado de Benedicto XI, edificó por muchos años á sus hermanos con su piedad, y murió el 31 de Octubre de 1309. Puede consultarse sobre este autor á Moreri en su gran *Diccionario Histórico*, en cuyo artículo se citan los autores que de él han escrito. — C.

RICARDO DE NARBONA. Floreció este cardenal á fines del siglo XI y principios del XII. Fué hijo de Ricardo, vizconde de Milhaud, y de Rixinda, hija de Berenguer I, vizconde de Narbona. Sintiéndose inclinado á la vida contemplativa, abrazó la profesion monástica en la abadía de S. Victor de Marsella, siguiendo el ejemplo de su hermano Bernardo, que fué abad de la misma y le sucedió inmediatamente en 1079. Fué nuestro Ricardo muy querido del papa Gregorio VII á causa de sus bellas cualidades. Este Pontífice, segun Vaissete, historiador del Langüedoc, ó Alejandro II, su prede-

cesor, como se dice en la *Nueva Galia Cristiana*, le honró con la púrpura romana por su extraordinario mérito, á pesar de ser aún demasiado jóven para esta dignidad. Envióle á España Gregorio VII en 1078 en calidad de legado, y en esta católica nacion celebró un concilio en la ciudad de Burgos, en el que á peticion de Alfonso VI, rey de Castilla, y de Constanza, su mujer, se suprimieron los antiguos ritos y el oficio gótico, sustituyéndoles con el rito y oficio romano: unos colocan este concilio en el año 1076 y otros en el 1080, y el bibliotecario é historiador español Ferreras, dice que se celebró el año 1079. No tuvo igual favor Ricardo con el papa Victor III, sucesor de Gregorio VII. Ofendido este pontífice de que Ricardo fuese del partido de Hugo, arzobispo de Lyon, contra el que tenia justos motivos de queja, ó si se cree á Ciaconius, de que favorecia el cisma de Guiberto de Rávena, le excomulgó en un concilio que reunió en Benevento en 1087, pero muriendo Victor III algunos meses despues de la celebracion del concilio, volvió Ricardo á la gracia de la Santa Sede, estando despues siempre unido fiel y sinceramente á los papas. Bertrand, arzobispo de Narbona, fué depuesto de su silla, y Ricardo fué elegido en su lugar con consentimiento general, el dia 5 de Noviembre de 1106, y no el año 1107 ó 1108 como han dicho algunos autores. Confirmó Pascual II esta eleccion poco tiempo ántes de llegar á Francia, adonde fué el año 1106. Este año es la verdadera época del episcopado de Ricardo, á pesar de encontrarse actas firmadas por él como arzobispo de Narbona del año 1100 y áun del 1098, pero estas firmas no son más que confirmaciones de actas que se han alterado para darlas mayor autoridad. Desempeñó Ricardo el arzobispado de Narbona catorce años, tres meses y diez dias, y murió el 5 de Febrero de 1121 de nuestra era. Tuvo grandes disputas con Aimeri II, vizconde de Narbona, cuyos paniaguados le hicieron experimentar muchos disgustos, como se ve por una *Relacion apologética* que escribió Ricardo, la cual se halla impresa en el apéndice del sexto volúmen de la *Nueva Galia Cristiana*, y entre las pruebas de la *Historia de Langüedoc*. Confunden algunos autores á este Cardenal con otro de su mismo nombre, obispo de Albano y legado de la Santa Sede, que tuvo en 1110 un concilio en Tolosa para cortar las diferencias que habia entre las abadias de Moissac y de Mas-Garnier. En la citada *Historia de Langüedoc* y en la *literaria de Francia* por los benedictinos de S. Mauro, se hallan al tomo X noticias de este Cardenal. — C.

RICARDO Olgivio, procedente de una de las más distinguidas familias de Escocia, y renunciando generosamente al más lisonjero porvenir que le ofrecia una cuantiosa fortuna y una prosapia la más ilustre, dió nuestro respetable jóven su nombre y esperanzas á la esclarecida órden de PP. Trinitarios de Redencion de Cautivos, ingresando en su muy célebre convento de Aver-

donia. Allí hizo su noviciado, si noviciado puede llamarse al trascurso de algun tiempo, enseñando aquellas virtudes mismas que parecia deber aprender; allí hizo su profesion con tanto anhelo por su parte como complacencia por la de sus superiores, que de esta suerte se veian en posesion de un rico tesoro, que puesto por ellos en juego, negociarles habia grandes ventajas, y esto no porque bienes materiales hubiese aportado nuestro Padre á su convento, sino porque harto más valia él que cuantos caudales hubiese podido allegar al peculio de la casa. Viéndole desde luego dotado de una aplicacion suma, además de poseer un talento privilegiadísimo, creyeron conveniente enviarle á Oxford, que era por su celebradísima universidad centro donde afluian los sabios de todas las naciones. Allí nuestro esclarecido Padre hizo sus estudios, pero con tal provecho, que en el dia en que los concluyó y hubo necesidad de formar con él terna para desempeñar los ejercicios que el reglamento exigia para el grado de doctor á que aspiraba el buen religioso, no se halló quien voluntariamente se encargára de argüirle, y hubo de decidir la suerte quiénes fueran sus contrincantes. Así se comenzaron sus ejercicios, que necesariamente habian de absorber la atencion de todos, y que áun sobrepujaron á lo que se esperaba, porque es claro, hasta entónces en cátedra habia tenido el dique del maestro, que siempre era en cierto sentido un superior; entónces, que el dique desaparecia, y él podia presentarse tal cual era al juicio del público, imparcial, exigente y que cuando da una calificacion tan universal de sabio, como la que el Padre logró entónces mismo, no se equivoca, es la expresion genuina de la verdad. Apénas graduado, se le obligó á tomar parte en las oposiciones que hubo á una cátedra de aquella tan célebre universidad, y tomó parte con lo mejor de todas las religiones y de todos los países; y si bien es verdad que algunos estuvieron á su altura, no es ménos cierto que ningunó frisó más allá; razon por la cual se le confirió la cátedra, y se le hizo dedicarse desde luego á su desempeño. No hay para qué decir que un hombre de las circunstancias y antecedentes del P. Ricardo Olgivio atraeria un concurso inmenso para oir sus explicaciones, y que estas serian cual convenia á un hombre de tan acreditado nombre. Lo particular no fué en verdad que en un principio fuese mucho el afan por oirle, lo notable fué que este afan se sostuvo, y se sostuvo durante todo el tiempo que duró su magisterio, que fué no uno, ni dos ni diez años, sino nada ménos que treinta y cinco, en los cuales supo sostener su crédito y aumentarle, de suerte que si mucho se complacieron sus primeros discípulos por haberlo sido, y porque creian que habria agotado su ciencia en su instruccion, no ménos se complacian los últimos, pues que veian que léjos de decrecer, la edad le hacia adquirir nuevos brios. Su retirada de la cátedra fué á la ver-

dad un poco ántes de tiempo, pues estaba en condiciones de haber enseñado todavía algunos años más; pero él ya deseaba quietud, y por esto rogó á sus superiores le permitieran renunciar su cátedra y retirarse al convento de Averdonia para completar tranquilamente sus dias allí donde el Señor le habia concedido la dicha de afiliarse en su sagrada Religion Trinitaria. No estuvo ocioso en su celda el tiempo que el Señor le permitió vivir en ella, y sin desatender á las necesidades de su espíritu, ni á preparar su viaje para la eternidad, escribió en esta época de su última retirada, que no fué sino de unos diez ó doce años, catorce libros sobre el *Maestro de las Sentencias*, tres *de Sacramentis*, y uno *de Fide;* todas obras como suyas, y que le acreditaron más y mas. Sus últimos dias fueron como deben ser los de un verdadero religioso, siendo muy sensible el que no sepamos la fecha de su óbito, que debió ser á fines del siglo XIII. —G. R.

RICARDO Pampolitano (B.), religioso agustino á quien otros autores dan diversos nombres, como el de Hampol. Vivió en el siglo XIV en Inglaterra, donde se hizo célebre por sus virtudes y milagros, siendo muy apreciado de todos los autores de aquel país, mereciéndolo en efecto por sus grandes cualidades. Parece que nació cerca de Duncaster, de una antigua é ilustre familia, que le proporcionó todos los medios necesarios para brillar en la carrera á que se consagrase. Mas Ricardo, que no tenia otras pretensiones sino las de ocupar un puesto entre los varones notables por su virtud, abandonó todas las ventajas que su cuna le prometia, y se consagró exclusivamente á ejercicios de penitencia y devocion en un lugar próximo al que habia nacido. Pasó allí la mayor parte de su vida, siendo visitado por muchas personas, no solo de su país, sino tambien de los extranjeros, á los que atraia su grande fama de santidad. Correspondia á ella Ricardo y sabia ser útil á cuantas personas se le acercaban, ya con sus consejos, ora con sus oraciones, interponiéndolas ante el tribunal del Señor para que les concediese todo género de beneficios, ya en fin, con sus penitencias, que aplicaba tambien con este objeto. De manera que cada vez era más frecuentada su ermita, ó un monasterio de monjas donde solia retirarse algunas temporadas para conducir á aquellas siervas de Dios por el verdadero camino de la salvacion. Pues Ricardo á sus grandes virtudes unia no escasos conocimientos adquiridos durante su juventud, cuando su familia pensaba destinarle á una carrera en que hubiera obtenido sin duda más esplendor, pero no tanta gloria como en la que abrazó despues por particular inspiracion del cielo. Así sus vastos conocimientos, aplicados al objeto especulativo de su vida, produjeron, como no podian ménos de producir, los mejores resultados, y Ricardo fué no solo uno de los hombres más sabios sino tambien de los más santos de Inglaterra, sus escritos abundan en esa un-

cion, en ese sentimiento noble y puro que no es dado adquirir ni trasmitir al hombre del mundo, al que mezclado en la confusion de los asuntos mundanos, carece de tiempo para consultar á solas los latidos de su corazon, darse cuenta de ellos y explicarlos con esa verdad y esa sencillez con que solo se explica lo que de antemano se ha sentido y comprendido perfectamente. De aquí proviene el que muchos que se creen escritores, cegados por su vanidad y ridículo orgullo, confundan su incapacidad con el verdadero mérito, y no siendo capaces de producir bellezas verdaderas, no las comprendan en los otros, y tal vez las desdeñen y miren con indiferencia porque se apartan del trillado camino, que solo puede seguir su pobre vulgaridad. De cuantas obras ascéticas y piadosas han producido las prensas, cuán pocas se leen hoy, cuán pocas se citan siquiera! Y sin embargo, nada más grande, nada más santo que su objeto, nada más capaz de conmover el corazon al mismo tiempo de anonadar á la inteligencia; y de qué proviene el olvido, en que han recaido por la falta de lectores que hoy encuentran, cuando en vida de sus autores tal vez la devoraban los amigos de sus amigos? Siempre serán leidas la *Iliada* y la *Odisea*, nos admirará Lafontaine con su inimitable sencillez, nos encantará Santa Teresa con su castizo lenguaje, nos admirará el P. Granada con su elocuente estilo, y nos elevará sobre nosotros mismos el V. Avila con aquellos arranques de entusiasmo y de fe que no se encuentran en autor alguno. ¿Y de qué proviene la diferencia que se nota entre estos y otros escritores de su siglo, que pasaron desapercibidos y á quienes hoy á duras penas se concede un oscuro rincon en las bibliotecas? Proviene de que los unos eran verdaderos escritores, dotados de corazon y de sentimiento, con todas las cualidades necesarias para desempeñar este divino arte, miéntras los otros, á duras penas podian pretender ocuparse de pobres rapsodias, de rastreras imitaciones, de historias que tanto abundan ahora, como si un buen historiador se formase con tanta facilidad, y fuera posible hallar quizá uno solo en todo un siglo. Pero la medianía nunca confesará su impotencia; siempre pronta á criticar las obras del genio y áun de sus iguales, nunca cree bueno más que lo suyo, aunque lo suyo no pase de ser una copia más ó ménos esmerada, y se supone superior á hombres que poseen todas las cualidades necesarias para producir, que producen cuando llega el caso, y que sin embargo, se hallan áun, y tal vez mueran confundidos, con esos que se suponen sus superiores, aunque la posteridad los hará justicia, no haciendo caso ninguno de estos y buscando un fragmento de aquellos con ansiedad, con avidez, como un verdadero tesoro con que puede probar el estado de su siglo, los hombres que produjo, sus creencias, la altura de su civilizacion, su engrandecimiento, en fin, ó su decadencia. Por eso siempre leeremos

con gusto á Lope de Vega, y veremos en Tirso de Molina y Calderon dos génios de primer órden, interin ni siquiera nos ocupamos de los nombres de millares de clásicos, que entónces y áun ántes y despues, se ocupaban en traducir el teatro griego, que á nadie gustaba, que nadie leia más que por compromiso, que ninguna compañía queria ejecutar, aunque la decian que aquello era lo bueno. ¿Por qué? Porque la naturaleza con sus bellezas y defectos, el arte tal como se presenta á la vista del hombre pensador, siempre será el objeto de la admiracion de cuantos le vean bien retratado, ínterin las afectadas imitaciones de una verdad que nadie conoce, que nadie estudia, que á nadie interesa, jamás merecerán más que el desden y la indiferencia áun de los mismos que los aplauden por cualquiera de los diferentes motivos por que se elogia lo que no se conoce ó no se comprende. Tal ha sido la suerte de Ricardo de Pampole; sus obras, aunque numerosas, no han llegado hasta nosotros, y sin embargo todavía se habla de él con elogio, le buscan y se le mira como uno de los varones más doctos de su siglo; y no porque ciertamente hubiere obtenido esta nota mezclándose en las grandes contiendas literarias de su siglo, viviendo en medio de las polémicas de los pretendidos sabios, nó, Ricardo vivió siempre solo, en un oscuro rincon de una provincia desconocida, cuyo nombre apénas puede adivinarse hoy, y sin que sus estudios versasen más que sobre objetos de piedad, en los que hablaba el corazon más bien que la cabeza, en los que todo lo era el sentimiento, nada el frio raciocinio, ni la entónces tan estimada lógica. Así adquirió una fama que ha sobrevivido á los siglos, que ha llegado hasta nosotros, y que vivirá eternamente. Mas no son solo sus obras, sino tambien sus virtudes, á las que ha debido esta grande celebridad, pues como en un principio dijimos, supo unirlas todas en admirable armonía y presentarlas no en sí, porque era en extremo humilde y modesto, pero en los demás y atribuyéndolas siempre á Dios, como el desiderandum de la vida humana, como el más elevado punto de perfeccion á que en la tierra podia aspirarse. Gloriosa fué por lo tanto su mision, cuando en un siglo de fe como era el XIV, supo distinguirse entre los hombres más piadosos, conquistarse un nombre entre ellos, y adquirir una celebridad que conserva todavía; su vida fué, sin embargo, en extremo sencilla, nunca se apartó de su pobre morada, siempre permaneció en ella consagrado á ejercicios de penitencia y oracion, los que compartia entre sus escritos y demás ocupaciones propias de su sagrado ministerio. En sus últimos años acrecieron con exceso esta clase de ejercicios, y entónces fué cuando redobló sus penitencias, aumentó sus oraciones y se entregó con nuevo ardor á las ocupaciones que debian prepararle la entrada en una nueva vida, en un mundo mejor. Falleció en 1349 con la misma tranquilidad con que habia vivido, dejando entre sus compatriotas fama de

santo. Fué enterrado en el convento de Hampol el dia 30 de Setiembre, festividad de S. Miguel Arcángel, y parece que despues de su muerte ilustró el Señor su sepulcro con muchos y grandes milagros, por lo que obtuvo gran devocion en aquel territorio, siendo venerado hasta el dia de hoy. Los autores ingleses quieren suponer que Ricardo de Hampol, ó Pampolitano, no perteneció nunca á la órden de S. Agustin, y de ello citan algunos testimonios, si no bastante exactos, al ménos con algun fundamento. Mas contra esta opinion milita la tradicion constante de la Orden Agustiniana que sostiene lo contrario, y los documentos que aseguran haber sido ermitaño Ricardo, porque en este caso, y no habiendo en aquellos siglos otros ermitaños más que los de la órden de S. Agustin, pues todos los que hacian vida eremítica seguian esta regla, es indudable, y puede asegurarse, que la Orden Agustiniana se le atribuye con razon, áun cuando no llegára á vestir su hábito, pues de seguro siguió su regla, como no podia ménos de suceder. Siendo extraño hayan llegado á entablarse polémicas sobre puntos tan pequeños y áun tan indiferentes en sí mismos, cuando en el fondo no habia ni podia haber error tratándose solo de una cuestion de palabras. — S. B.

RICARDO Pilleti (Fr.), religioso agustino, y probablemente francés segun se deduce de su apellido, que debe ser el de Pillet. Ignórase el lugar de su nacimiento, aunque se supone debió ser la misma ciudad de París, segun se deduce de los pocos hechos que se conocen del P. Pillet. Sábese que siguió los estudios con grande aprovechamiento, llegando á graduarse de doctor en teología, cuya facultad enseñó con grande aplauso en la universidad, ó en las escuelas de París. Eran entónces tan raros los estudios, que naciones enteras carecian de un establecimiento público de enseñanza, y si no hubiera sido por las órdenes religiosas, que tenian cátedras para sus súbditos, á las que con frecuencia dejaban asistir á los extraños, se hubiera perdido todo principio de ciencia, todo género de civilizacion. Así los hombres que, como Pillet, llegaban á obtener el grado de doctor, eran mirados como unos séres extraordinarios, como unos hombres á propósito para las mayores empresas, no habiendo ninguna extraordinaria y grande á que no se les dedicase. De aquí la grande celebridad que obtuvo Pillet y los elevados puestos que desempeñó, porque á los de la enseñanza iban siempre anejas otras diferentes categorías, pero que acababan de realzar al catedrático y aumentar su superioridad y prestigio, si no le habia adquirido bastante grande con las pruebas de deferencia que desde su doctorado, al que siempre asistian los reyes, paseándose al graduando á caballo por toda la ciudad á la derecha del monarca, habia recibido de la familia reinante y de los principales señores que se apresuraban á obsequiarle, á colmarle de toda clase

de atenciones y miramientos, quedándose con frecuencia al servicio de alguno de ellos. Esta fué sin duda la suerte de Ricardo Pillet, quien si bien como catedrático no llegó á formar escuela y adquirir la celebridad que obtuvieron otros compañeros suyos, cuyas doctrinas vencedoras ó vencidas recorrieron el mundo civilizado, dando con frecuencia lugar á que sus defensores y opositores empuñasen las armas para dilucidar unas cuestiones que eran muy difíciles si no imposibles de resolver, porque la intrincada lógica y la sofística argumentacion, tan en moda entónces, acababa por oscurecerlas como si ellas de suyo no fueran bastante oscuras ya. En nuestros dias se ha intentado desgraciadamente enmarañar á la ciencia con los mismos rodeos y oscuridades, y la escuela alemana fundada por Kant, que por fortuna ha tenido pocos imitadores, ha hecho de los estudios filosóficos una coleccion de logogrifos, que es necesario empezar por adivinarlos y acostumbrarse á su raro lenguaje ántes de dar principio á la lectura de la obra que enseña las sublimes verdades de la ciencia de las ciencias. Vese, pues, que el mal ejemplo de la edad media ha cundido hasta la época presente, y que no siempre la experiencia es la madre del desengaño. Pillet quizá bastante modesto ó con genio no á propósito para lanzarse en superiores investigaciones, nunca pretendió formar escuela, jamás salió del estrecho círculo que se habia trazado. Pasó asi la mayor parte de su vida en la oscuridad, siendo únicamente conocido, porque le menciona la crónica de su Orden. Mas no por esto dejó de obtener algunas ventajas para sí y su instituto, pues elegido confesor de una de las principales señoras de Francia, que algunos autores suponen fué la misma Reina, y otros más modestos se contentan con decir que una duquesa de Borgoña, estado entónces independiente y más rico quizás que la misma corona de Francia, pudo hacer grandes beneficios á su religion por medio de esta señora, que era en extremo caritativa y estaba dotada de las mejores cualidades espirituales. Muchos monasterios, que se hallaban medio arruinados, fueron reedificados á sus expensas, creáronse nuevas casas religiosas, y en particular algunas de monjas. Pillet aprovechó la liberalidad de su señora no solo en beneficio de su Orden, sino tambien en el de diferentes personas á quienes socorrió con mano pródiga aliviando muchas necesidades, educando no pocos huérfanos y proporcionando dotes á gran número de doncellas pobres. Tales son los sublimes ejemplos de la religion cristiana, que organizando el bien bajo una idea piadosa, ennoblece á la mano que se le da, imponiéndosele como una obligacion, y no degrada á la que le recibe, pues es á Dios y no á un ser á él semejante á quien tiene que dar gracias por el beneficio recibido. El P. Pillet murió á últimos del siglo, pues en el 1454 se verificaban la mayor parte de los sucesos que hemos referido. —S. B.

RICARDO DE PISA (Fr.), religioso franciscano, natural probablemente de la ciudad que indica su apellido en Italia, aunque en este punto andan muy discordes los bibliógrafos, suponiéndole algunos español, y uno de los religiosos más ilustres de nuestra patria. Creemos, sin embargo, que hay error en este punto, pues sin negar los méritos del P. Ricardo, el manuscrito por que es conocido no pasa de ser una obra de moral de un género bastante comun en la época en que vivió este franciscano. El P. San Antonio se ha contentado al citarle con hacerlo con estas breves palabras, siguiendo sin duda á otros bibliógrafos. Escribió en latin una obra intitulada *Fasciculus morum*, que se conservaba manuscrita en 4.° en la biblioteca de la universidad de Alcalá, y comienza: *Frater prædilecte*. Pero tan pequeña mencion merece algunas explicaciones, pues de otra manera sería muy incompleta la noticia sobre este escritor, muy ensalzado por unos, mirado por otros casi con indiferencia. Ricardo de Pisa se propuso principalmente en su obra mejorar las costumbres de los religiosos ó dirigirlos al ménos por el camino que les trazaba su regla hasta llegar al punto que debia suponerse eran las piadosas intenciones de su santo fundador. Su obra, pues, es una série de máximas ó consejos de bien vivir que, aunque encaminadas principalmente á los religiosos, podian ser útiles á los seglares. El estar escrita en latin y en un lenguaje propio de la época, influyó quizá en que no llegáran á ver la luz pública, no obstante que contienen pensamientos de un órden superior y bellezas de no escaso mérito. Es muy natural esto atendida la época en que escribió su autor, lleno de fervoroso espíritu y religioso celo, que hacia comprender y explicar con la mayor facilidad las verdades más sublimes del Evangelio, verdades que en vano procurará imitar la ciencia, y ánte las que son pequeños lunares los más brillantes pensamientos de la filosofía. La falta de esta luz, que por algun tiempo guió los pasos de la humanidad, es lo que ha hecho aparecer en épocas posteriores tantos libros vacíos de sentido, libros adornados con falsos oropeles y á que se quiere atribuir el valor de la verdad; pero que en realidad no son ni significan nada para el hombre pensador, para el que ve un más allá de las cosas de este mundo y á él quiere atribuírselo todo, como es justo y razonable. Libros, pues, como los del P. Ricardo son útiles y necesarios en todas épocas. —S. B.

RICARDO DE POITIERS, monje de Cluni, historiador. No deja de ser extraño que á pesar de cuanto han dicho los bibliógrafos y otros sabios sobre Ricardo de Poitiers, no sea conocido aún este autor. Ignórase el año de su nacimiento y el de su muerte; unos le hacen parisiense, siguiendo á Sixto de Siena, cuyo error han copiado, y otros le han confundido con Ricardo de S. Victor de Paris. Ricardo de Cluni era de Poitou, segun lo dice él

mismo en el prefacio de su crónica, pero no ha consignado en este escrito ningun rasgo de su vida. Vivia en tiempo de Pedro el *Venerable*, segun la crónica de Cluni, que habla de él en estos términos: *Eodem tempore floruit Richardus monachus cluniacensis, origine Pictavensis, qui magnus historiographus Sacræ Scripturæ fuit. Scripsit enim abaldam chronicam usque ad tempora Frederici*, es decir, el emperador Federico Barbaroja; pero nada prueba que dedicase su obra á Pedro el *Venerable*, como se ha sostenido por algunos escritores. Es verdad que en la edicion del P. Martenne termina este escrito en el año 1153, y que en aquella época pudo ser presentado á Pedro el *Venerable*; pero en la edicion de Muratori, conforme á muchos manuscritos de Francia, se extiende hasta el año 1161, cinco despues de la muerte del abad de Cluni. Todavía hay más, el P. Mabillon descubrió un manuscrito que llegaba hasta el año 1174, y terminaba con estas palabras: *Hæc et alia dicere de terrá illa* (la Islandia) *possemus, nisi post laborem operis requiem natura deposceret. Is status erat rebus humanis anno ab Incarnatione Domini MCLXXIV.* Ignoramos qué pensar de un manuscrito citado por el abate Lebœuf, en que se dice que la crónica de Ricardo, monje de Cluni, llegaba hasta el año 1216: *Hucusque chronica Richardi monachi Cluniacensis protenditur et terminatur.* Como el sabio académico no indica el número del manuscrito que cita, ha sido imposible rectificar el hecho. Si esto fuese cierto, habria que admitir necesariamente dos Ricardos, monjes de Cluni, que hubiesen compuesto una crónica, ó bien decir que el autor del siglo XIV que la cita como concluyendo en el año 1216, tenia á la vista un ejemplar continuado hasta esta época. Despues de estas noticias, que hemos creido necesarias para fijar la época en que dejó de escribir Ricardo de Poitiers, vamos á dar una idea de su crónica. Tenemos de ella no solo tres ediciones, sino tres redacciones diferentes, aunque parecidas en el fondo. La primera, publicada por el P. Martenne, no es más que un croquis, ó si se quiere, un extracto en que se han recogido los hechos despojados de las circunstancias que los acompañan, como se hace para formar un índice. La segunda redaccion es la del manuscrito del Vaticano, que ha publicado el P. Muratori; la tercera, la que se halla representada por el manuscrito que habia copiado el P. Mabillon, y que perteneció á Alejandro Petau. Esta es todavía más extensa que el manuscrito de Muratori. Los continuadores de la *Coleccion de los historiadores de Francia* han mudado los dos textos, poniendo en notas los lugares del manuscrito del P. Mabillon, que no se encuentran en la edicion de Muratori, para poderlos distinguir. Tambien han impreso por duplicado, y sin duda ignorándolo, la misma obra en el mismo volúmen, por un manuscrito conforme en todo al de la edicion de Muratori, pero que no lleva el nombre del autor. Por lo demás, hay cosas muy

notables en esta crónica, en que se hallarán sucesos muy interesantes sobre las cruzadas; pero los continuadores del P. Bouquet no han hecho uso de ellos, porque estos fragmentos históricos deben formar parte de otra coleccion. El autor habla en un lugar del flujo y reflujo del mar, y nos manifiesta el punto á que habian llegado en su época los conocimientos sobre este fenómeno. «No se conocen bien todavía, dice, las causas que hacen hincharse á las aguas del Océano, y que las obligan despues á volver á su centro. Los físicos dicen que el mundo es como un animal, compuesto de los elementos de todos los cuerpos y puesto en movimiento por un espíritu que lo gobierna; este espíritu, esparcido en todas partes, obra sobre la masa que vuelve á obrar á su vez, *æternæ mollis vigorem exerceant;* así pues del mismo modo que nuestros cuerpos aspiran y respiran, han supuesto que hay en el fondo del Océano como unas narices por dónde se escapa el espíritu, y por medio de las cuales vuelve á hincharse, siendo esto lo que causa el flujo y reflujo. Pero, dice, los que observan el curso de los astros, pretenden que estos movimientos son ocasionados por la influencia de la luna; de manera que la elevacion ó depresion de las aguas corresponde á las diferentes fases de este astro, pues, añade, estos movimientos no se verifican siempre á una época fija, sino varian segun el modo de salir y de ponerse la luna.» Dedúcese de aquí que en el siglo XII sabian lo mismo sobre la verdad de la causa de este fenómeno, que sabemos en el siglo XIX. No dejará de verse con placer lo que dice el autor sobre la geografía, refiriéndose á las costas del Mediterráneo y á la formacion del estrecho de Gibraltar. En otra parte hace la descripcion de la India, y deberia examinarse este lugar por un geógrafo para conocer lo que se sabia en el siglo XII sobre aquellos lejanos países. El mismo autor cita con elogio á los sabios que brillaron en su época en Francia: S. Anselmo, Guillermo de Champeaux, Hildeberto de Mans, Gilberto, llamado el *Universal;* Hugo de S. Victor, Pedro Abelardo, etc., y él mismo es citado honrosamente por los historiadores de los papas, Martin Polaco, Bartolomé Redi, Alberto de Siburgo, Platina, Rafael Volaterano, Felipe de Bérgamo y casi todos los bibliógrafos.— 2.° Los continuadores de la *Coleccion de los historiadores de Francia* han impreso despues de la crónica de Ricardo, segun el manuscrito del P. Mabillon, una elegía en estilo imitado al de los profetas del Antiguo Testamento, relativa á la rebelion de los hijos de Enrique II, rey de Inglaterra, contra su padre, rebelion que estalló en 1173, y que fomentaba su madre la reina Leonor. Como en el manuscrito del P. Mabillon la crónica de Ricardo se extendia hasta aquel año, no carece de verosimilitud el que esta elegía sea tambien de Ricardo. — 3.° Muratori ha publicado á continuacion de la crónica de Ricardo un catálogo de los soberanos pontífices desde S. Pedro has-

ta el papa Alejandro III, cuyo autor no hace más que anunciar la eleccion que fué impedida por los partidarios del cardenal Octaviano llamado Victor VI, y por el emperador Federico Barbaroja, pero que fué aprobada en 1160 por los reyes de Francia y de Inglaterra. No es dudoso que esta obra pertenezca á Ricardo de Cluni, lo mismo sucede con la historia de los abades de Cluni y la de los Papas. Si se cree á Herman Witekinde, profesor en Heidelberg, Ricardo pone en el número de los soberanos pontífices á la papisa Juana, casi en los mismos términos que lo hizo Martin Polaco cerca de cien años despues. Podemos asegurar que no se habla de la pretendida papisa Juana en la edicion de Muratori, como tampoco en el manuscrito de la Biblioteca imperial de Francia, número 4934. Ricardo termina este catálogo con una corta noticia sobre la gerarquía de los cardenales y sobre las funciones anejas á sus títulos. —4.° El abate Lebœuf ha publicado tambien como extractos de la crónica de Ricardo tres fragmentos concernientes á la fundacion del monasterio de la Charité-sur-Loire, y á la dedicacion de esta iglesia, hecha por el papa Pascual II. Ya hemos dicho lo que se debe pensar acerca de esta crónica. En los manuscritos impresos no se encuentra ninguno de sus fragmentos, no obstante que contienen redacciones diferentes. Aun cuando fuese cierto que estos fragmentos existiesen en alguno de los manuscritos de Ricardo, no podria deducirse que sean obra suya. Son relaciones particulares que ha podido apropiarse un compilador, ó que habrá intercalado algun otro clunista, puesto que el monasterio de la Charité ocupaba un segundo rango en la congregacion de Cluni. De todas maneras estos fragmentos se han reimpreso en la *Coleccion de los historiadores de Francia*, donde merecen muy bien el lugar que ocupan. —5.° Casimiro Oudin no está mucho mejor fundado al atribuir á nuestro autor una gran coleccion de extractos alegóricos, impresa entre las obras de Hugo de S. Victor con este título: *Excerptionum priorum de variis scientiis et varia historia libri decem.* Oudin prueba muy bien que estos extractos no pueden ser de Hugo de San Victor ni áun de su compañero Ricardo, por la razon de que en el capítulo último del libro X se habla de Felipe Augusto, como si acabase de suceder á su padre, y Ricardo de S. Victor murió hácia 1173. Pero por la misma razon se prueba que no se pueden atribuir á Ricardo de Cluni. —6.° Sixto de Siena hace además honor á Ricardo de una obra que otros suponen pertenece á Salviano de Marsella, que son dos libros sobre las aparentes contradicciones que se encuentran en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Añadiremos que esta obra se ha atribuido por otros á S. Julian de Toledo, y áun por algunos á Berthaño, abad del Monte Casino, pero no vemos razon alguna para atribuírsela á Ricardo de Cluni. —7.° Segun lo que dice Tritemio, Ricardo de Poitiers habia dejado un volúmen de cartas que no

conocemos ahora. Baleo le atribuye un gran número de poesías, un poema en alabanza de la abadia de Cluni, otro sobre la Inglaterra y sus ventajas, un tercero relativo á la belleza de la ciudad de Lóndres, un cuarto sobre la transfiguracion, dos elogios en verso, uno de la Magdalena, otro de Sta. Catalina, y algunos epígramas. Todos estos versos, de haber existido, se han perdido para nosotros. Encontramos en su crónica dos epitafios de que se dice autor; el de Guillermo, último duque de Aquitania, muerto en 1137, y el de Pedro Abelardo. Tambien hay un canto fúnebre en prosa rimada sobre la muerte de Raimundo de Poitiers, príncipe de Antioquía, que fué muerto combatiendo contra los infieles. Le damos aquí para que se conozca el gusto y genio del autor.

Nostra condolet Asia,
Tharsus flet cum Ciliciâ
Væ! dicit Antiochia
Pro sui morte principis.
Nam luget præ inopiâ
Libanus et Apamia,
Necnon et Laodicia
Cum suis appendiciis,
Tyrus stupet metropolis,
Urbs Phœnicum mirabilis;
Magnos questus dat Tripolis,
Viris sinistris nuntiis.
Quid dicat de Jerusalem?
It planctus usque Bethleem;
Clamorque Ptolemaidis
Tangit fines Neapolis.
Urbs fecunda nimis,
Nullis quassata minis,
Es privata viro
Qui te moderamine miro
Rexit.

S. B.

RICARDO PONTANENSE. Fué natural de Hibernia, y el patronímico con que se le distingue no es nombre de su familia, sino de su patria ó del convento donde entró religioso trinitario. Mucho habia aprovechado en los estudios, tanto en los colegios de su Orden y provincia que frecuentára, como en otros establecimientos de educacion, adonde acudió con provecho ántes

de tomar el santo hábito; pero todas estas cosas no eran suficientes á llenar el vacio que en su mente dejaba el siempre creciente anhelo de saber y de saber más, asi que, ya porque se lo indicára él á sus prelados, ya porque estos se anticipasen á conocer y confesar implícitamente la conveniencia del paso, es lo cierto que le mandaron á París para que estudiase en aquella universidad, siempre célebre, pero en la época de este personaje emporio del saber humano. En los primeros momentos creyeron sus maestros seria una medianía cuando más, porque su carácter algo meticuloso le hacia no salir de sí mismo y como acobardarse ante las dificultades de la ciencia, pero esto duró muy poco: apénas hubo ocasion de oirle, todos se admiraron, porque habia muy pocos que aprendiesen con tanta conciencia, y casi ninguno ó ninguno que se le aventajára. Así es que apénas terminaba el curso cuando se le colocaba el primero para el siguiente, y alguna vez se le mandó regentar las cátedras de las asignaturas que él habia estudiado el año anterior, ínterin llegaban los profesores propietarios que estaban fuera de París por cualquier circunstancia, y estos, lejos de llevar á mal el que así se hubiese abierto su curso, se complacia mucho en ello, porque se notaban los adelantos en los discípulos. Bajo tales auspicios hizo su carrera, y como era consiguiente, al graduarse de doctor hizo unos ejercicios de los que forman época en las escuelas, porque además de su ciencia profunda, tenia una dote de que no todos disponen, y era la de sustentar los argumentos deshaciendo los del contrario con la misma facilidad con que él armaba infinitos silogismos en la materia más trivial que se suponga. Claro es que su fama corria, porque los triunfos de las ciencias, como no tienen nacionalidad, pertenecen á todas, y consiguiente era que los Trinitarios de su provincia no se quisieran desprender de un hombre que valia tanto, así es que le llamaron con instancias. Fué de nuevo á su convento, y despues que hubo enseñado por mucho tiempo las ciencias que tan perfectamente aprendió, y sacado como era consiguiente discípulos que le honraban, le ofrecieron los cargos más honoríficos de la Orden, para que en su desempeño acreditára, como de hecho lo hubiese acreditado caso de aceptar las excelentes dotes de gobierno que no podia ménos de tener un hombre de su capacidad y al mismo tiempo de su rectitud. Él apoyó su tenaz resistencia á aceptar cargo alguno de gobierno en una razon muy fundamental, y era que no yendo las cosas por el camino que en él le parecia el recto, y que lo era en verdad, tenian por precision que resentirse muchos en las indispensables reformas á que su conciencia le obligaba, y por consiguiente no podria seguir adelante. Esto convenció á la mayor parte y desistieron de su empeño, aunque con perjuicio de su aprovechamiento espiritual. Esto, sin embargo, redundó en beneficio de los que despues de él habian de venir, porque le permitió

escribir lo mucho y bueno que nos ha legado. No haremos sino dar razon de ella, pues su exámen no es de este lugar. Escribió, pues, el P. Ricardo Pontanense: ocho libros *In Magistrum Sententiarum*;—cuatro libros *Adversus hæreticos*;—uno de cada una de estas materias: *De voluntate Dei*,—*De Incarnatione*,—*De Immortalitate animæ*,—*De cultu sanctarum Imaginum*.—Todos ellos muy bien escritos, con grande erudicion y llevando las noticias hasta á su época. Su muerte fué sentidísima y acaeció en 29 de Agosto del año 1310, segun todas las probabilidades, aunque no hay ningun dato que marque el año con exactitud. Su Orden respeta al P. Ricardo Pontanense como hombre de virtud, y el mundo todo por su doctrina.—G. R.

RICARDO Quinsdorp, franciscano. Fué inglés, ignorándose de qué punto, pero segun dice Pitseo en su *Appendice doctorum*, floreció por los años 1227, ó sea á los principios de la fundacion de la seráfica Orden. Fué, segun el mencionado autor, predicador muy notable, y escribió algunas obras sumamente piadosas y eruditas, las cuales se han perdido tan completamente que ni áun sus títulos han llegado hasta nosotros.—M. B.

RICARDO Ranulpho. Fué de un esclarecidísimo linaje, tanto que entre sus ascendientes se contaban señoras, que habian estado enlazadas con reyes, no así como quiera de provincias de poca valía, sino de reinos tan importantes como Inglaterra y algunos otros de su magnitud. Demostró desde niño un talento nada comun, y esto hizo que sus padres formáran acerca de él cálculos y proyectos que le hacian servir para tal ó cual cosa, en tanto que el jóven con aplicacion suma á las ciencias, pero con mayor aún á la verdadera ciencia á que el hombre debe aspirar, que es á conocer á Dios y conocerse á sí propio, para dar á Dios lo que nuestra pobreza puede y cercenar de sí lo que á nuestra justificacion se opone. Llegó, pues, el tiempo en que concluidos los estudios preparatorios era indispensable que el jóven escogiera rumbo y decidiese la carrera por la cual optaba, y Ricardo Ranulpho con una energía digna, con el respeto debido á sus padres, pero con el mayor respeto debido á Dios que por otro camino le llamaba, dijo que su única aspiracion era el servicio del Señor, que su único deseo el consagrarse á Dios en el claustro, para cuyo fin daba su preferencia á la tan importante como humanitaria religion de la Santísima Trinidad de Redencion de Cautivos. Quien conozca bien lo que son las aspiraciones de un padre acerca de sus hijos, podrá hacerse cargo del efecto que tan espontánea como terminante manifestacion causaria en el ánimo de los padres de nuestro Ricardo; pero como el llamamiento era de Dios y tenia el jóven todas las pruebas que es posible recibir á nuestra débil miseria, cuantos medios se pusieron en juego fueron inútiles, cuantas determinaciones se tomaron resultaron ineficaces, y el jóven, por fin, logró entrar trinitario en el convento Barrense. Desde lue-

go se prometieron los superiores que seria un verdadero ornamento para la religion que le recibia en su seno, así que á pesar de sus protestas de que su vocacion era para el estado laical, y que en el eclesiástico no podria nunca dar de si lo que sus superiores y su Orden misma tenian derecho á esperar, le hicieron dedicarse á estudios, y terminado su noviciado con el más feliz éxito, y hecha su solemne profesion, apénas tuvo cumplida la edad requerida por los sagrados cánones, le hicieron ascender hasta el sacerdocio, dando edificantísimos ejemplos de todas las virtudes, pero muy particularmente de profundísima humildad y de una obediencia tan ciega, que ni examinaba siquiera la posibilidad de las obras mandadas, sino que se lanzaba á ellas bajo la persuasion de que si la fe vence imposibles, no es ciertamente menor el poder de la obediencia para allanar dificultades. Cuando ya presbítero nuestro P. Ricardo, pareció á sus superiores que convendria ampliase sus estudios y áun sufriera las pruebas que se acostumbraba para que lograse la justa y muy merecida honra del doctorado, lo mandaron al convento Cantabrigense, y allí hizo sus pruebas y estudios con tal aprovechamiento y tan á satisfaccion de sus maestros, que no hubo siquiera uno que no anhelára el ver coronados tantos desvelos con ese galardon que tanto satisface al que en el santuario de la ciencia, á costa de trabajos y molestias, logra por este medio un lugar distinguido. Muchísimo, pues, satisfizo á todos el ver doctor á Ricardo Ranulpho, y conseguido ya su intento, pareció conveniente el que volviese de nuevo á su convento, donde predicando y confesando con acierto, pasaba una vida oculta, digámosla así, desapercibido áun de sus mismos compañeros y hermanos, pues él, como no se habia propuesto nunca otra gloria que la de Dios, despreciaba vilmente la que era relativa á su persona, y se ocultaba apénas habia desempeñado los cargos que se le confiaban. Sin embargo, como los designios de Dios no los alcanza el hombre, aunque este religioso parecia estar destinado á ocupar un rincon en su celda y un último lugar en su comunidad, eran las miras de la Providencia acerca de él el que se le procurára una muy debida elevacion, pero que no llegase á ella como quiera, sino acrisolado por el sufrimiento y áun llevado al alto puesto que se le prevenia como en reparacion de una injuria que se le irrogára. Efectivamente, gobernando la Escocia Roberto II, un hombre de estos que para lograr sus fines no reparan en los medios, y á quienes importa nada el herir á una institucion la más santa, con tal que alcancen ó consigan los adelantos que se propongan, hizo un folleto, ó más bien manifiesto, en el cual, encomiando al Rey más de lo que era debido, se contrariaba en mucho y áun se trataba de destruir la inmunidad eclesiástica, queriendo ampliar tanto las facultades del soberano, que se destruian y se hacian ineficaces muchos de los medios que los obispos tienen para gobernar sus res-

pectivas diócesis. Claro es que esto era en cierto sentido anticatólico, y por consiguiente no podia consentir el P. Ricardo que quedára sin correctivo, y aunque de parte de las autoridades eclesiásticas, y del mismo Rey despues, se le puso el que era debido, nuestro P. Ricardo creyó estar en su lugar haciendo otro manifiesto que deshiciese las equivocaciones más ó ménos maliciosas en que el primero incurriera, y que quedase la Iglesia lo libre de trabas que ha querido que sea su divino fundador. Los áulicos del Rey, como siempre dispuestos á hacer, aconsejar y decir cuanto concierne á halagar el amor propio de sus señores, corrieron á decir á Roberto II que el Padre habia calificado duramente el opúsculo, solo porque enaltecia las régias prerogativas, y que por esto era acreedor el religioso á que se le desterrára del reino, pues no sabia ó no queria respetar á la persona del que le gobernaba. Con poca reflexion de parte del Rey, y exagerándose las cosas por sus mal intencionados consejeros, se fulminó contra el P. Ricardo Ranulpho sentencia de destierro, motivándola en desacato cometido contra la Real persona en el folleto contestacion al de su adversario, ó más bien al del enemigo de la Iglesia y sus prerogativas. El Rdo. Padre recibió con la mayor tranquilidad de ánimo la notificacion de tan injusta sentencia y se disponia á darla cumplimiento, mas su Orden se opuso y haciendo ver al Rey que habia obrado por lo ménos con precipitacion, le obligaron á que llamase los antecedentes á su presencia, que consultase los consejeros de su corona, y que por unos y otros se viese el asunto con la madurez que su importancia reclamaba, y entónces, cuando así se hubiese examinado, sería cuando el fallo fuese más justo. En efecto, miró el Rey con atenta diligencia uno y otro escrito, y decidió que léjos de ser infamante ni en lo más mínimo descortés el del Padre, lo era el de su adversario, por lo cual revocaba la sentencia dictada contra el Rmo. Dr. Ricardo Ranulpho, y la hacia ser ejecutoriada en la persona del que escribió el artículo, que fué motivo de la contestacion del Padre. Apénas se publicó esta manifestacion solemne, hizo llamar á su presencia al P. Ricardo, y miéntras vino extendió en su favor el título y nombramiento de confesor y predicador de su persona, asignándole una renta más que suficiente para su decorosa sustentacion. De esta suerte quiso Dios sacar del olvido á su siervo, y quiso tambien que se demostrára cuánto valia aquel Padre que hasta entónces nadie conocia. El fué á presencia del Rey, y luego que hubo conseguido el que se revocára la sentencia que se dictó contra su adversario, tomó á su cargo los oficios para que se le designaba y los desempeñó con acierto hasta la muerte del monarca, cuyos últimos suspiros recogió como era consiguiente. Apénas esto sucedió regresó á su convento Barrense, donde volvió á ser considerado como simple religioso, segun su expresa voluntad. Apénas colocado en el trono el hijo de

Roberto, á quien correspondia por herencia, quiso que el director espiritual de su padre lo fuera suyo, para lo cual dictó un Real decreto, que autógrafo, fué remitido por uno de los más acreditados caballeros de la corte al P. Ricardo, pero no pudo conseguir sus deseos, pues si bien es verdad que el Padre se disponia á complacerle, durante los breves dias que empleó en preparar su viaje le acometió una enfermedad aguda que lo llevó al sepulcro el dia 15 de Mayo de 1391, dejando fama muy merecida de virtud y de ciencia, y recibiendo en sus honras fúnebres los más justos y cumplidos homenajes. —G. R.

RICARDO DE REIMS. Entre los insignes ornamentos que á la Seráfica religion ilustraron en el siglo XIV de la Iglesia, merece mencionarse á Ricardo de Reims, que fué sin duda uno de los que contribuyeron en gran manera á sostener el crédito que justamente merece. Sin hacer mencion de los antecedentes de su esclarecida familia, que tenia méritos más que suficientes para que Ricardo solo por pertenecer á ella hubiese logrado uno de los primeros puestos en su país, y no considerando tampoco, porque no merece que en ello se fije la atencion, lo mucho que hubo de extrañar la determinacion tomada por este hombre, que desde luego descolló por su talento y aplicacion, de meterse religioso franciscano, hablaremos solamente de la conducta que observó en la Orden, y con esto lograremos ocasion de admirar en él los designios del Señor. En primer lugar consignaremos que á un talento extraordinario agregó una aplicacion nada comun, de tal suerte que sus maestros, hombres encanecidos en la enseñanza, pues llevaban muchos años al frente de sus cátedras, se admiraban, no de que fuese tan claro su ingenio, pues esto no podia ménos de parecerles, como lo era en efecto, un don de Dios, y en tal concepto al Señor solo referian la gloria, sino de que fuese tal su aplicacion, pues con sobrada frecuencia se ve que los hombres de más disposicion son acaso los que ménos se aplican, tal vez por justa compensacion de que el trabajo escaso los deja algun tanto á la altura de los que valen ménos. En todos sus años académicos obtuvo las más brillantes notas, distinguiéndose como excelente retórico casi desde que comenzó latinidad, por lo cual todos sus maestros le excitaron á que cultivase este ramo del saber importante á la verdad, de tal manera que puede decirse que su buen estilo y una manera de decir conforme en todo á las reglas de los buenos hablistas, hace que parezca mucho mejor aquello que desaliñada y toscamente dicho apénas agradaria, y no digamos que no convenciese, pero sí que sería mucho más difícil el hacer uso de ello áun en la aplicacion que de toda doctrina hacen los que saben estudiar. Cuando concluyó filosofía, sus ejercicios fueron todo lo brillantes que se puede pensar, con la singularidad de que ninguno empleó para prepararse el

tiempo que las costumbres de aquella escuela permitian, sino que se dió dispuesto en muchisimo ménos espacio. Esto hizo, como era consiguiente, que la atencion de todos se fijára en él, y que cada uno le envidiára una de las prendas con que ó Dios le habia dotado, ó él adquiriéndola se habia hecho apreciable. Por un momento suspendió sus estudios, pues concluida la filosofía fué cuando ingresó en la religion, haciendo en ella su noviciado con tanto provecho en lo espiritual como en lo temporal habia logrado en el estudio de las artes y ciencias que ya sabia. No hubo que enseñarle cosa alguna, ni que dirigirle la más ligera reconvencion, ni que indicarle siquiera las obligaciones de su estado, porque él muy cuidadoso para estudiarlas, era esmeradísimo en cumplirlas, siendo siempre el primero para el desempeño de todos los cargos, el último para el goce de cualquier cosa favorable que pudiera ocurrir en la comunidad. Bajo tales auspicios y con las mejores disposiciones, habiendo obtenido una votacion completa, como la logran muy pocos, fué admitido á la profesion solemne, que hizo con toda devocion y con las disposiciones que siempre lleva quien sabe lo que hace, y quien conoce, como él lo conocia, la gran merced que merecia al Señor en el estado en que ingresaba, las importantes obligaciones que le imponia. Siguiendo la costumbre de la Orden, que hacia que los individuos de su seno que eran para el sacerdocio, se ordenasen acabados de profesar, recibió Ricardo los órdenes sagrados hasta el presbiterado, habiendo hecho los estudios precisos durante su noviciado, y siempre bajo la idea de ampliar despues sus conocimientos conforme le fuera posible. Efectivamente, luego que hubo celebrado la primera misa con notable edificacion de cuantos lo presenciaron, obtuvo de sus superiores permiso para retirarse á estudios por el tiempo que le fuera necesario para hacer los de sagrada teología, cánones y Escritura, á fin de poder ponerse en disposicion de desempeñar con acierto su sagrado ministerio. No pudieron ménos de acceder á una peticion, que no solo era puesta en razon, sino que demostraba profundísima humildad, pues prueba de humildad era el sujetarse á las condiciones de estudiante un hombre que ya por su posicion y conocimientos, podia no solo haber pasado, sino haber brillado en el desempeño de cuantos cargos hubiesen puesto á su cuidado, pues las nociones que tenia no eran tan someras que no pudiesen satisfacer sobradamente á todas las exigencias de cualquier cargo que hubiese tenido que desempeñar, además de que tampoco faltaba á quien consultar en un caso. No hay para qué decir que el éxito de sus estudios fué brillantísimo, de tal manera que sus mismos maestros decian que habia adquirido en la temporada de sus estudios más conocimiento que ellos en la porcion de años que llevaban enseñando, y mereció de tal manera su confianza, que en sus ausencias ó enfermedades él les suplia, y

á la verdad que no se echaba de ménos su falta. Los superiores vacilaron mucho acerca del destino que darian al P. Ricardo de Reims; por su ciencia les parecia muy á propósito para las cátedras, por su prudencia creian sería muy bueno para el gobierno, y por su piedad para el ministerio pastoral, predicando y confesando, lo cual sabian hacia perfectamente bien y con grande provecho de las almas. Decidiéronse, por último, á que fuera su ocupacion constante la predicacion del Evangelio. En el ejercicio de tan sublime ministerio logró los muy abundantes frutos que eran de esperar, atendidas sus especiales y muy recomendables circunstancias. Su fama se hizo general en todos los contornos de Reims, que fué su pueblo y lugar de su residencia, hasta tal punto que en muchas ocasiones tomaban, como si dijéramos, vez los que habian de encomendarle sermones, tanto era el concurso de los que para bien de los pueblos querian que él dirigiese la palabra desde la cátedra santa de Jesucristo. Juan de Craon, arzobispo en aquella época de Reims, y muy celoso por el bien de los fieles encomendados á su cuidado, le hizo predicar las homilías de los domingos, y algunos otros sermones de santos en la catedral, y obtuvo el éxito más favorable, siendo muchísimos los que se apartaron de la tortuosa senda por donde iban para entrar por la muy recta que les trazaba aquel excelente misionero. La celebridad de estas homilías que el arzobispo le encargó, fué muy notable, tanto que se vió precisado, para satisfacer los justos deseos de aquellas buenas gentes que no habian podido lograr el gusto de oirlo, á imprimirlas, no sin temor ya de que la obra pareciera ménos acabada de lo que debe ser una que se da á la prensa, ya de que algunos creyesen presuncion en él el publicar su trabajo. A ambas objeciones, que decian mucho en favor de su profunda humildad y de su perfecta abnegacion, halló el arzobispo respuesta y respuesta contundente para tan grande hombre, haciéndole que por virtud de santa obediencia diera á luz sus homilías y sermones. Publicólas al cabo bajo el título de *Sermones de tempore et de Sanctis libris duobus*. Fué muy aceptada esta coleccion, que era en verdad muy completa, y que con justicia merecia el crédito que justamente se le daba, así como su autor el aprecio que esta tan importante publicacion le captára de parte de todos, pues para todos era útil, para los unos inmediatamente, para los otros mediante los que habian de aprovecharse de su doctrina. Confiando mucho en su sana crítica y en su inexorable rectitud, que no doblegándose á nada ni á nadie, daria por resultado no solo el mayor acierto, sino el expurgar de todas las inexactitudes á las obras de S. Francisco, la Orden Seráfica le dió la muy importante comision de revisar y dirigir la edicion de todas las obras del santo Patriarca, que andaban Dios sabe como; y pudo gloriarse la Orden en haber dado á Ricardo de Reims tan delicado

encargo, porque á haber tenido tal acierto se debió el que saliese aquella edicion muy correcta y muy completa. No hay noticias de la época fija del fallecimiento de este Padre, que era tan buen religioso como orador, pero hubo de ser por los años de 1390 en adelante, porque en 1370 era cuando estaba en su mayor auge y era tenido, con razon, por uno de los primeros oradores sagrados de su época. No encontramos la razon de por qué algunos han confundido á nuestro P. Reims con otro Ricardo Piques, obispo de aquella diócesis, las circunstancias de uno y otro son diversas, aunque ambas merecen mucho respeto.—G. R.

RICARDO Rocomb. Este esclarecido personaje se halla tambien señalado con el apellido de Boolan, sin que podamos decir ni qué fundamento tiene el que así se le llame, ni porqué tuvo este nombre, digámoslo así, segundo, con el cual le han dado á conocer las crónicas, no solo de su obispado, sino áun de su esclarecida religion. Perteneció á la muy justamente celebrada de Trinitarios, y no se ha podido averiguar otra cosa respecto á sus antecedentes, sino que era hiberno, y que fué desde muy jóven aplicadísimo, tanto al estudio de las ciencias convenientes á un religioso, cuanto al estudio de las virtudes más heróicas, en cuyo ejercicio con la mayor ansia se ocupaba, procurando el adelanto mayor que le era posible. Desde luego se hizo notable por su profundísima humildad, y por cierta facilidad que tenia para componer las diferencias que solian mediar entre estudiantes, que, como gente jóven, alguna vez se olvidaban de lo que se debian á sí mismos, y se dejaban llevar de esas pasioncillas, no de grande importancia, pero sí que denotan alguna imperfeccion; en todos estos casos nuestro buen Ricardo aconsejaba bien, y las cuestiones no tomaban incremento, ántes se cortaban en su principio sin que áun se apercibieran muchas veces. Sus superiores claro es que notaban esto como todas las demás cosas que ocurrian en la casa, así como se penetraban del carácter de cada uno. Aun cuando no pudieron reducir á Rocomb á que aceptase prelacia ni cargo alguno que tuviese superioridad, no por esto dejaron de conocer que podria muy bien gobernar un obispado, y que se daria por muy dichosa la diócesis á cuyo frente él estuviera, así que, aprovechando la ocasion en que el santo padre Martino V preguntaba á los Trinitarios quién sería á propósito para gobernar la iglesia Lighilinense, que por entónces estaba vacante, indicaron á Su Santidad que el P. Ricardo sería muy á propósito, porque reunia la ciencia y virtud necesarias para el desempeño de tan importante cargo. El Santo Padre le preconizó para aquella mitra, y en 1420 fué nombrado, bien que sin él quererlo, y oponiendo cuanta resistencia estaba en su mano, no por otra razon, sino porque creia que no podria desempeñar dignamente tan alto ministerio. La obediencia le obligó á ello,

y por espacio de más de veinte años estuvo al frente de su vasta diócesis, portándose admirablemente y arreglando con el mayor acierto y con el más detenido esmero todos los asuntos de su obispado con una regularidad pasmosa. Es verdad que era infatigable, él no conocia dique para el trabajo en favor de su grey, y nunca se le vió ocioso, pues áun durante las épocas más rigorosas del año, en que no se podia girar por los pueblos la santa visita que era su obra predilecta, en la capital se entretenia en administrar los sacramentos, atender á las necesidades de las parroquias, visitar los enfermos, consolar á los afligidos, y mostrar para con todos el diligente cuidado que un padre debe tener para con sus hijos; así que al ver su tierna solicitud, sus palabras eran oidas apénas las proferia, y todos con especial afan trataban de complacerle. Él por su parte no varió un ápice de su conducta como religioso trinitario, á pesar de haber sido elevado á la alta dignidad de obispo, así que como trinitario vivia, y como trinitario murió el dia 14 de Setiembre del año 1441, segun la opinion más probable, aunque no segura. Su muerte fué tan sentida como apreciable habia sido su vida, y tanto el cabildo como la poblacion se esmeraron en protestar por su concurrencia á las honras, y por el sentimiento que en todos se marcaba, cuánto habian estimado sus prendas, y cuán grandemente lamentaban su pérdida. Fué enterrado, como es costumbre, en su iglesia catedral; y por expresa voluntad suya no se le puso otro epitafio que su nombre, nombre que se repite con placer y con suma veneracion. — G. R.

RICARDO DE S. LORENZO. Fué á mediados del siglo XIII canónigo, arcediano, penitenciario de la iglesia de Ruan, y se dice que habia adquirido desde 1230 algun renombre en su provincia. Le cita tambien un catálogo de los deanes de su cabildo, en que se halla inscripto su nombre hácia el año 1239, pero la lista de estos dignatarios, publicada por los autores de la *Galia Cristiana*, solo pone en lugar suyo la inicial del nombre de Ricardo; *R... præerat anno* 1239 *ex tabullario Vallis ægrorum*. Encuéntrase nombrado expresamente como testigo en el proceso verbal de una visita hecha en 1245 por el arzobispo Odon Clemente para la reforma del cabildo de Andelys. He aquí todo lo que sabemos de su vida; las fechas exactas de su nacimiento y de su muerte, desconocidas. Ignórase si su sobrenombre de San Lorenzo procede de que habia nacido en un lugar llamado así, en el país de Caux, ó de que pertenecia á la familia que poseia su señorío, y que llevó por largo tiempo este nombre. De las dos obras que se le han atribuido, la una, intitulada *De virtutibus*, no ha sido mencionada más que por Sander, quien dice que el monasterio de San Martin en Tournai posee una copia manuscrita, y quien no da sobre el libro ninguna otra noticia. El segundo artículo es mucho más conocido, es un panegírico, ó más bien un tratado

de los méritos de la Virgen María: *De laudibus beatæ Mariæ Virginis, libri duodecim.* El mismo Sander cita un manuscrito que se conservaba en el convento de religiosas de Douay, y asegura que existian otros muchos en París y en Viena de Austria. El número de sus ediciones, es por lo ménos de cuatro. La más rara, y á lo que parece la más antigua, es la que ha descrito Freytag; vol. en fol. de doscientas veintitres hojas, sin fecha y sin nombre de autor. Probablemente por un error de fecha, indica Maittaire una de 1483 en Estrasburgo, en casa de Simus ó Flach; debiendo leerse 1493, año en que salió en efecto de esta imprenta, uno en fólio intitulado: *De laudibus beatæ Mariæ, alias Mariale*, compuesto de doscientas ochenta y cinco hojas, y diferente por consecuencia del que carece de fecha, y que tiene sesenta y dos hojas ménos. Lipenius, y despues de él los autores de los *Scriptores ordinis Prædicatorum*, mencionan una edicion de Colonia hecha en 1509 en fólio, pero no podemos garantir su existencia. Prescindiremos de la que se supone publicada en Douay, en 1525, en 4.°, porque no es más que una falsa indicacion de la edicion que se publicó en aquella misma ciudad, por J. Bogard en 1625. El libro de Ricardo de S. Lorenzo fué impreso la última vez en Lion en 1651, en el tomo XX, en fólio, de la coleccion de las obras de Alberto el *Grande*; habiendo creido oportuno el editor Jammy, padre dominico, atribuirle al más fecundo de los escritores de su Orden. Los PP. Predicadores han abandonado despues esta opinion, que no se hallaba apoyada en ningun fundamento, y que desmentia una tradicion constante. Debe creerse que el piadoso canónigo de Ruan habia querido conservar el anónimo, que algunos manuscritos carecian de su nombre, ó que su tratado podia encontrarse unido á una verdadera obra de Alberto el *Grande*, á saber, á las doscientas treinta preguntas sobre el Evangelio, *Missus est angelus Gabriel*, preguntas que redundan todas en elogio de la Santísima Virgen. Estas circunstancias habian ocasionado el error de Jammy ó favorecido la suposicion que se habia permitido. Pero no es el grande Alberto el único escritor á quien se ha querido honrar con el título de Ricardo de S. Lorenzo. Simler, Bengham, Orlandi, Maittaire han querido darle el nombre de Bernardino de Bustis, franciscano milanés, autor de una de las compilaciones llamadas *Mariale*, palabra que sirve tambien, como se acaba de ver, de segundo título al mismo tratado de Ricardo. Pero estas dos producciones difieren bastante por el plan y por los detalles para que se pueda confundirlas. Bernardino, que vivia á últimos del siglo XV, dedicó la suya al papa Alejandro VI. No tiene valor alguno, dice Warton; los sueños supersticiosos que la componen, son otros tantos ultrajes á la Madre de Dios, á quien sin embargo se pretende elogiar. El otro volúmen ha parecido más digno de atencion: tenia el nombre de Ricardo de S. Lorenzo en el ma-

nuscrito de las religiosas de Douay, y Novarino, Labbe, Raynaud, Maraccy y Du Cange, no vacilan en atribuírsele al autor: adoptando esta opinion, no ocultaremos las dos objeciones que pueden hácerse en contra. La más débil procede del profundo silencio que han guardado sobre Ricardo de San Lorenzo los bibliógrafos más estudiosos de la edad media, tales como Enrique de Gante y Trithemio, y la oscuridad en que ha quedado á los ojos de los modernos. Novarino se alababa en 1633 de haber conocido la primera obra y el nombre de Ricardo; ignoraba que existian entónces por lo ménos tres ediciones, y no habia visto más que una copia manuscrita. La edicion de 1625 se hallaba tan poco extendida, que Labbe, Lambecio y Oudino al indicarla confiesan que no la habian tenido á la vista. Sabian únicamente que existia un ejemplar en el convento de los Franciscanos de Bernay, en Normandia. Pero Ricardo no es seguramente el único teólogo del siglo XIII, cuyos libros hayan quedado olvidados y desconocida su persona, ya por sus contemporáneos, ya por la posteridad, no siendo esto una razon para rechazar los testimonios relativos á sus trabajos. Una segunda objecion, que nos pareceria más grave, procede de algunos textos del tratado *De laudibus beatæ Mariæ*, en que el autor remite á sus lectores á sus propios escritos relativos á la contricion, la confesion, el pecado, la pureza de corazon, y á otros diez y siete tratados de su composicion. Nos cuesta trabajo comprender cómo un escritor tan profundo ha podido quedar tan olvidado, porque sus obras no han ocupado puesto alguno en las bibliotecas ni en las noticias bibliográficas. Pero á pesar de todo, los anales literarios y bibliográficos de la edad media ofrecen muchas lagunas de este género, y no son ciertamente los argumentos negativos los que pueden declararse victoriosos. Dejaremos, pues, al canónigo Ricardo en posesion de sus doce libros de elogios de la Virgen María, y daremos para concluir una idea de su contenido. El primero consiste en una explicacion de todas las palabras de la salutacion angélica. El argumento del segundo se halla indicado en estos términos: *Quomodo Maria servivit nobis in singulis membris et sensibus suis.* Se trata en el tercero de las dignidades y de las prerogativas unidas á la virginidad de la Madre de Dios; en el cuarto de sus virtudes; en el quinto de su doble belleza corporal y espiritual; el sexto expone por qué y en qué sentido es llamada madre, hermana, hija, esposa, princesa, reina y sierva. Los tres libros siguientes dan razon de los nombres de María, tomados de las cosas celestiales, ó terrestres ó acuáticas; por una parte firmamento, sol, luna, aurora, estrella de la mañana, etc.; por la otra, campo, monte, valle, desierto, piedra, prado, pasto, etc., ó bien, fuente, rio, torrente, lago, estanque, piscina, pozo, cisterna, etc. Una nueva série de nombres corresponde en el libro décimo á los detalles de las habitaciones humanas:

trono, tribunal, cátedra, lecho, tienda, granero, etc., y hasta biblioteca. Las apelaciones recogidas é interpretadas en el libro XI son las que ha proporcionado la guerra y el arte náutico: castillo, ciudadela, torre, plaza fuerte, navío, áncora, puerto, arca de Noé, etc. La expresion *hortus conclusus*, aplicada á la Santísima Vírgen, ha servido por sí sola de texto al comentario que llena todo el duodécimo y último libro. El volúmen se halla terminado por una tabla de doscientas ochenta cosas diferentes, animadas ó inanimadas, á las que es comparada María en el curso de la obra. Pueden distinguirse en estos doce libros algunos artículos notables, á saber: los que se fundan en los textos sagrados, tomados en su sentido literal, y los que toma el autor de los principales doctores de la Iglesia. No hay más instruccion verdadera sobre este asunto que la que procede de estas dos fuentes. Los teólogos de la edad media, y en particular los del siglo XIII, las han añadido un deplorable monton de sueños místicos y de leyendas fabulosas de que Ricardo de S. Lorenzo ha hecho quizá ménos uso que otros muchos. Debe agradecérsele, pero sin embargo, su compilacion se resiente todavía demasiado de las parecidas á ella, que llevan el nombre de *Mariale*. Bajo este título, ó bajo algunos otros, se han multiplicado los escritos relativos á la Santísima Vírgen hasta tal punto, que se han redactado tres largos catálogos particulares. Los doce libros de Ricardo no se han perdido en esta confusion, y no parece que no debe extrañarse, ni su poca fama ni el poco renombre de su autor, como tampoco las escasas noticias que sobre él hemos podido reunir.—S. B.

RICARDO DE SAN VICTOR. Fué escocés é hijo de una familia de las más ilustres de su época y país. Sin que se sepa por qué motivo, es lo cierto que despues de haber hecho en su tierra los estudios de humanidades y filosofía con todo el aprovechamiento que se podia esperar de un talento nada comun y de una aplicacion mayor aún que este, vino á París para cursar sagrada teología en aquella tan justamente celebrada universidad, cuna de muchísimas eminencias en todos los ramos del saber humano y en particular de la ciencia á que con todo ardor se dedicaba nuestro jóven. Sus antecedentes literarios hicieron que sus maestros pusieran el mayor esmero en obligarle, digámoslo así, á aprovechar cuanto pudiera en su carrera, y por consiguiente fué una especialidad, porque su dialéctica iba fundada en los principios más irrecusables, y sus razones las más sólidas eran deducidas con la exactitud matemática que hacia indestructibles sus argumentos; su lógica era todo lo vigorosa que convenia para animar sus razonamientos, y su teología tan ortodoxa, que ni una proposicion dudosa admitia, ni mucho ménos consentia en los errores, que ya como nuevas invenciones, ya como resucitados, digámoslo así, de los antiguos heresiarcas, venian á perturbar en la Iglesia de

Dios la tranquila posesion de la verdad, en que está siempre esta verdadera depositaria de la ciencia de Dios revelada á los hombres, para que de su conocimiento se eleven hasta el trono del Eterno, donde la adorable soberanía de Dios encuentre medio de premiar, y premiar con galardon el más esplendoroso, lo que fuera consecuencia únicamente de la fidelidad á la primera gracia con que favoreció á sus siervos por su sola bondad. Pero dejémonos de reflexiones, que aunque exactas no son del caso, y circunscribámonos al relato de los hechos de la importante vida de nuestro Ricardo. Apénas comenzó por el estudio á conocer á Dios y sus atributos, cuando se alentó de tal manera en deseos de servirlo, pero no como quiera, sino en el mayor estado de perfeccion posible, que ya le parecia poca cosa el pertenecer al estado eclesiástico en la clase secular; así que se resolvió á hacerse regular, creyendo, y con razon, que la obediencia, asegurando el gobierno de sus acciones bajo la dependencia del superior, las aseguraba en orden á ser ellas la gráfica expresion de la voluntad de Dios; y como en la época en que vivia Ricardo, los cabildos vivian bajo reglas de observancia, no solo regular sino muy estrecha, se hizo canónigo reglar de la abadía de San Victor, en la cual brillaban por entónces como astro luminoso hombres del más esclarecido mérito y de la más acreditada piedad. Desde el momento mismo en que Ricardo ingresó en este cabildo, por tantos títulos respetable, se hizo acreedor á la estima y consideracion de todos, tanto por sus excelentes dotes, cuanto por la constante asiduidad con que buscó por cuantos medios estuvieron á su alcance, no solo de observar exactamente las constituciones de tan esclarecido cuerpo, sino el avanzar hasta donde era posible en religiosa observancia, para así hacerse perfecto, que era la noble aspiracion de todos sus hermanos moradores con él de aquella santa casa. Comprendieron muy bien sus intentos todos sus compañeros, y con ejemplos como con palabras le alentaban todos á practicar las más excelentes virtudes, á cuya práctica por índole y por conviccion era tan dado como el que más. Luego que hubo pasado algunos años en aquella santa casa y edificado á los que en ella moraban como á los de fuera por su exactitud en el cumplimiento de los deberes que le imponia su cargo de canónigo regular, así como por su afan siempre creciente de ilustrarse é ilustrar á los demás, se creyó muy del caso hacerle superior de aquella esclarecida corporacion nombrándole abad, que era el nombre con que se designaba á su presidente. Si como canónigo se habia portado excelentemente y habia sido para todos de la mayor edificacion, como abad fué una especialidad, pues al ejemplo, que es indudablemente una de las más importantes lecciones, unia la doctrina, es decir, era hombre de gobierno, porque sabia perfectamente bien cómo debia gobernarse en todas las circunstancias de la vida, y con tino y acierto extraordi-

nario hacia por todos todo cuanto estaba en su mano, para que se lográra el que todos de consuno fuesen al apetecido fin de su justificacion. Para conseguir tan importantes fines ponia en juego cuanto le dictaba su prudencia, y en efecto, logró por los medios que puso en práctica, primero el aprecio y despues el respeto de todos, de tal suerte que no necesitaba sino indicar una cosa para que esta cosa misma lograse la más pronta ejecucion. Como una prueba de lo acepto que era su gobierno á cuantos de él dependian, puede citarse, y es argumento de gran valía, el que conservó su destino hasta que falleció, lo cual era muy extraño en su época, en que la abundancia, por decirlo así, de sugetos á propósito, como que coartaba en cierto modo la libre reeleccion, de suerte que para que todos mostrasen sus dotes pocas veces eran elegidos de nuevo los que ya habian desempeñado el cargo; así que la explícita manifestacion que todos hicieron al concluir el P. Ricardo su primer bienio, de que deseaban continuase al frente de la corporacion, fué el testimonio más auténtico posible de que les inspiraba una confianza cual ninguno; y cuando despues se vió que acababa otro bienio y nuevamente se le elegia, no pudo ménos de comprenderse que todos sus subordinados conocian perfectamente bien sus intereses cuando no querian confiar el gobierno de aquella tan importante comunidad, sino al que con tanto acierto y con tal abnegacion anhelaba el bien de todos, procurando por cuantos medios estaban á su alcance el que la comunidad prosperase y los fieles lográran todo el provecho que puede esperarse de una tan bien ordenada congregacion religiosa. Cuando se acercó su última hora se vió impreso en el semblante de todos el vivo sentimiento que producia su pérdida; y es indudable que cada cual, áun á costa de su salud, hubiese querido dilatar la preciosa vida de este tan esclarecido varon, ya por lo que merecia su sabiduría nada vulgar, ya por lo que podian prometerse de su virtud tan notoria como su ciencia. Los recursos de la medicina á que se apeló fueron vanos: los esfuerzos de los facultativos inútiles; pero sus últimos momentos y las circunstancias que los acompañaron admirables, porque con perfecta resignacion sufria, con admirable entereza aconsejaba, con suma devocion encomendaba á Dios su espíritu, y con el más vivo deseo anhelaba el momento de partir á su patria, para cuya consecucion habia hecho todos los esfuerzos de que es capaz la criatura ayudada de la divina gracia. Sus honras fúnebres fueron solemnísimas, pues concurrió á ellas lo mejor de París, y todos tuvieron noble emulacion por hacerle cuanto homenaje era posible, á fin de demostrar de esta suerte la estima en que le habian tenido sus relevantes méritos, ya que en vida no habia habido manera de hacerle alcanzar ninguna de las distinciones á que por tantos títulos se habia hecho merecedor. Varios fueron los pareceres acerca del lugar que habia de ser de su sepultura, y por últi-

mo, se decidió que fuese en un claustro principal de su monasterio, ya para que estuviese más visible, ya para que pudiese estar con alguna distincion fuera del lugar donde se enterraban los otros monjes. Su sepulcro es muy sencillo, porque suplicó rendidamente el que no hubiera ostentacion en su tumba, y á su lado hay un elogio suyo, que nos vemos privados de reproducir porque es algo largo; sin embargo de que el sencillo rótulo que está grabado sobre su losa dice ya mucho en elogio del finado. Está concebido en estos términos : *Hic quiescit B. Richardus à Sancto-Victore, doctor celeberrimus.* Esto solo dice en su elogio cuanto es posible, así que el otro epitafio, que está, como llevamos dicho, muy próximo á este, no es más que una amplificacion de este, dando razon exacta de los motivos por los cuales en su tumba se le califica de esa manera, y demostrando títulos para algunos otros dictados que, aunque no tan honrosos como los contenidos en el distico latino, son sin embargo muy apetecibles, porque son, digámoslo así, el medio natural y lógico de obtener la apetecida celebridad en virtud y en ciencia. Parece lo natural que un hombre de tales dotes y de tan relevantes prendas, que con sobrada justicia obtuvo la apreciacion, no ya de los que fanatizados, digámoslo así, por su aura, pudiesen ser víctimas de algun engaño por su parte, sino de toda su nacion y de toda su época, no debiera haber tenido quien se atreviese á ponerle, no ya en evidencia, sino ni aún en duda su rectitud de intencion, ni ménos lo sano y católico de sus doctrinas, las cuales estaban bajo la jurisdiccion y censura de todos; sin embargo, hubo uno que osó mancillar su nombre, que se atrevió á poner un lunar en su preciosísima estimacion, y quiso divulgar una especie no solo falsa sino ridícula para desacreditar al sabio, para desautorizar al virtuoso. Este fué un tal OEmbs, canónigo de Tréveris, el cual tergiversando maliciosamente uno de los pasajes de las obras de Ricardo, quiere hacerle aparecer como sabeliano, obligando al texto truncado á decir lo que nunca pensó en decir su autor, lo que por consiguiente no puede decir si no se le da una interpretacion tan ridícula como infundada. Nadie hizo caso de tan injusta aseveracion, nadie creyó que el error estuviese consignado, como se pretendia, en la doctrina de nuestro autor; así que nadie apénas hizo caso, porque nadie creyó que la aseveracion de aquel obcecado canónigo tendria eco siquiera en la república literaria. Sin embargo, era necesaria una defensa de un hombre cuya memoria no podia mancillarse impunemente; era preciso que una voz autorizada pulverizase con su eco el efecto de la vil calumnia; era necesario que se supiera que no habia mancillado con ningun error su merecida fama el que tenia como el más conveniente de los actos de toda su vida el de perfecta sumision á la Iglesia, única maestra del dogma, única autorizada para enseñar la verdad católica. La universidad de Colonia fué la que salió á la

defensa de este excelente teólogo de la de París, y como sus doctores eran tan sabios y como manejaban tan bien los excelentes escritos de nuestro P. Ricardo, ellos mismos sirvieron para acreditar que era perfectamente católico. No hay siquiera, y con saber esto se quita toda sospecha acerca de este eminente teólogo, no hay siquiera en su fraseología esa ambigüedad que puede dar lugar á dudas, ni á que se tome una frase en distinto sentido, porque todas eran naturalísimas, expresadas con el mayor acierto y adecuadas de suerte que diciendo aquello que querian decir, no pudiesen decir ninguna otra cosa. Las obras de este esclarecido sabio fueron impresas en su vida y despues de su muerte varias veces, mereciendo el aprecio de los bibliógrafos la edicion que se hizo en Ruan en 1650; y muchas otras de obras particulares, pues como tenia tratados dogmáticos y ascéticos y místicos, pareció prudente desde sus tiempos mismos el hacer ediciones distintas de cada uno de ellos, para que así cada cual pudiera lograr más fácilmente el que necesitára y se llenase el objeto de que todos se aprovecháran cada uno en su línea de los profundos conocimientos y admirable erudicion de este sabio, de los de primera talla sin disputa en su tiempo. La obra que podemos considerar como póstuma de este tan esclarecido monje, es sus *Comentarios sobre las sagradas Escrituras;* y es altamente apreciable porque además de los datos que reune como parte narrativa, digámoslo así, tiene la parte interpretativa, en la cual el autor hace ostentacion de su buen juicio, erudicion nada comun y suma inteligencia de las lenguas primitivas, hebreo y griego, á que se dedicó con tanta asiduidad como buen éxito. Es verdad que estos comentarios son un tanto difusos; pero llevan la ventaja de que como apologéticos sirven de gran provecho, tanto para el estudio particular cuanto para la instruccion del pueblo, que puede en verdad aprovecharse de ellos en labios de los oradores sagrados. Muy sensible nos es no poder dar más pormenores acerca del distinguido P. Ricardo de San Victor, joya de su época y país.—G. R.

RICARDO DE STA. ANA (Bto.), franciscano belga del convento de Nigela, donde tomó el hábito, distinguiéndose mucho por sus virtudes y buenos ejemplos, que le merecieron el aprecio de sus superiores y las distinciones de toda la religion. Tan buenos elementos no podian ménos de obtener los apetecidos frutos, y los alcanzó en efecto Fr. Ricardo desde el instante en que, dedicado á la predicacion del Evangelio en el Japon, donde le envió el Señor con este objeto, consiguió la salvacion de un gran número de almas, que abrazaron el cristianismo por sus predicaciones y las de sus compañeros. El martirio de este Padre y otros compañeros suyos se ha referido ya en otros lugares de esta obra, y fué el que se verificó en Nangasaqui en 1.° de Febrero de 1599, en que fueron quemados vivos gran número de religio-

sos, no solo franciscanos, sino tambien jesuitas, que no vacilaron en sacrificar sus vidas por las doctrinas á que venian dando culto desde su país, y trabajaban por extender á los extraños. Tales son las glorias de la religion católica, á que no puede compararse otra alguna, pues ninguna cuenta un guarismo tan elevado de mártires, ni ninguna puede ostentar sus blasones mejor coronados por las palmas de los que lo han pospuesto todo, inclusa su vida, á los votos que habian pronunciado y que no vacilaron en sellar con su sangre. Esta es una de las ventajas de las órdenes religiosas, que con dificultad se encontrarán en ninguna institucion, ni podrán sustituirse con invencion alguna. El jóven que toma el hábito abandonando sus hogares y familia, y llamado por una vocacion que no puede ménos de mirar como inspirada del cielo, desde aquel instante solo ve en sus votos la única, la principal ocupacion de su vida, y á cumplirlos tienden todos sus deseos y aspiraciones. Doctrinado además por otros Padres de conocido saber y virtud, instruido con la lectura de los ejemplos de otros religiosos de su mismo hábito, á quienes mira como otros tantos modelos de perfeccion, solo aspira á imitarlos, á igualarlos y á excederlos, y de aquí esa noble emulacion que se ha desplegado siempre en las comunidades por adelantar á todos sus hermanos, por llegar á un punto del que parecia no se debe nadie alejar. El novicio, hechas ya sus pruebas, y despues de haber manifestado no solo que es verdadera su vocacion, sino que trabajará con todas sus fuerzas para cumplir sus votos, es admitido á la profesion, y entónces comienzan otras segundas y más difíciles pruebas, entónces es cuando se estudian sus afectos, deseos é inclinaciones, se ve el partido que se puede sacar de él, lo que de él puede prometerse su religion, se decide, en fin, de su porvenir. Carece de capacidad y de talento, no puede aspirar á ejercer el sacerdocio, porque ni áun le permiten sus cortas facultades comprender lo grande y lo sublime del sacrificio que está ofreciendo en la mesa del altar; entónces se le destina á la vida activa. En ella puede ser útil á la comunidad; si es mendicante saldrá á postular por los pueblos vecinos, donde cuenta con el suficiente número de amigos para obtener los recursos necesarios para el sustento de sus hermanos; su misma rudeza le hará fraternizar con ellos, los hablará de Dios á su modo, y ellos le comprenderán mejor quizá que á un orador afamado, pero cuyos elocuentes y atildados términos no se hallan al alcance de los sencillos campesinos. Tal vez algunas de sus ideas no sean muy correctas, no tengan un objeto fijo y determinado, poco importa esto con tal que consigan su principal fin, moralizar al pueblo y apartarle de los pecados, que son otras tantas transgresiones de las leyes indispensables para el buen régimen de la sociedad, por medio de un santo y saludable temor de Dios. Si la religion no es mendicante, el hermano lego ó converso se dedica á las faenas de

la casa, con un placer y alegría como no lo haria nunca un extraño por bien retribuido que estuviese, pues sabe que sirve á Dios en sus hermanos, y que segun su voto de humildad, la más ínfima es la más gloriosa de sus tareas. Por el contrario, el jóven religioso, al salir del noviciado ha manifestado alguna capacidad, ¿es práctica ó especulativa? En el segundo caso se le dedica á la vida contemplativa, pues hará un buen religioso, será un verdadero modelo, y sus ejemplos, además de honrar á la comunidad, servirán para ganarla el respeto de los seglares y para autorizar todos los actos de sus superiores. Cuando más, se le destina al confesonario, y este siervo de Dios permanece en el interior del convento en sus oraciones y meditaciones atrayendo sobre la casa las bendiciones del cielo, pidiendo por la salvacion de sus hermanos, de sus compatricios, de la ciudad en que habita, de la nacion á que pertenece, de la humanidad entera. Su misa es la más concurrida, su confesonario el más buscado, su persona la más mirada, y aunque sus costumbres se lo permitieran, no podria nunca salir á la calle, porque no le dejarian andar. Mas el futuro sacerdote tiene gran capacidad, vasto talento, superiores miras. Un horizonte inmenso se halla abierto ante sus ojos, el pobre campesino, el humilde aldeano que tal vez trajo leña del monte, agua de la fuente y ayudó á su padre á hacer carbon ó á cavar en la huerta, puede aspirar á ceñir la tiara de Pio V, puede soñar con un báculo que le servirá para guiar un rebaño inmenso, esparcido de Oriente á Occidente, de Norte á Mediodía, y cuyo rebaño es la reunion de todos los fieles católicos, sumisos á la autoridad de la Iglesia. ¡Qué porvenir más grande y más glorioso! ¿Ha llegado á soñarle igual la democracia en sus pretensiones de una monarquía electiva? ¿El socialismo no se ha quedado muy detrás al organizar sus utopias, pobres plagios de las comunidades religiosas, pero que no les llegan ni con mucho en su imitacion? ¿De un pobre jefe de un estado pequeño con más enemigos que súbditos, con eternos y constantes espias de su perecedero poder, puede ni áun suponerse que se podrá obtener nada tan grande, nada tan digno de la historia y hasta de la mitológica poesía como del miserable pescador que se coloca sobre los tronos de los reyes, que domina todos los pensamientos, que tiene las llaves para abrir y cerrar, el poder de desatar y atar? ¡Y por otra parte lo grande del objeto, lo noble de la mision, lo sublime de la empresa! El infeliz utopista que solo pretende dominar por un corto período á unos cuantos hombres en la tierra, cuyas mayores aspiraciones le prometen ser una sombra de rey, pero de rey sin trono, ni corona, de rey levantado quizá sobre un pavés teñido con la sangre de sus hermanos, é iluminado con las antorchas que acaban de incendiar las casas y las mieses, que se ve elevado sobre un pedestal amasado con la sangre y construido con los cadáveres de sus compatriotas, ¿podrá preten-

der un largo dominio, esperar otra cosa que servir con su cuerpo de escalon á otro más intrigante y afortunado? ¿Y este pobre imperio, roido por las intrigas, acibarado por los trabajos y desvelos, amenazado por los puñales, turbado eternamente por millares de ambiciosos que trabajan por derribar el ídolo para colocarse en su puesto, podrá compararse nunca al tranquilo y pacífico de un pontífice sin temor á la muerte, que acabaria de engrandecerle, haciendo eterno su imperio de un momento con la corona del martirio que le adornaria por toda una eternidad; sin temor á intrigas que se desvanecerian por sí mismas ante su derecho supremo, ante la verdad del dogma que representa, la luz que esparce y difunde?... Mas no remontemos tan alto nuestro pensamiento, no siempre el modesto religioso, aunque dotado de las buenas dotes tan necesarias en la sociedad, aspira á otra cosa que á ser un predicador bien reputado, un ministro de su órden, y cuando más su general. Pero áun en estos casos, cuán glorioso es su destino! Su palabra persuasiva y elocuente arrastra á la muchedumbre, la llena de admiracion y hace que le mire como un hombre superior, como un ser destinado á conducir á sus semejantes hácia la felicidad eterna, volviendo ántes el reposo tal vez turbado en las familias, y contribuyendo á su bienestar. Si por premio de sus esfuerzos consigue gobernar su comunidad ó su provincia, ¿qué mayor gloria, cuál mayor honra podia pretender que verse convertido en general de un ejército, obediente á su voz, á su palabra, á su mirada, que desde el seno de la más infeliz familia influye hasta en el trono del soberano, que puede salvar ó desquiciar á la sociedad? Pero no, la Iglesia militante, diferente á los hombres que combaten por una persona, por un principio ó por una idea, no llevará nunca el odio, el rencor ni el exterminio al hogar de las familias, al foco de vida que es el orígen de la sociedad; su mision es pacífica y gloriosa, su mision es atar, estrechar los vínculos sociales para de este modo encaminar á los hombres á su fin principal, es decir, al buen régimen general por medio de los sacrificios particulares. Pero, por último, el religioso, dotado ó no de las referidas cualidades, siente en su interior un deseo ardiente y vivo que no le deja tranquilo en ninguna parte; que le hace anhelar por cosas desconocidas; que le hace oir palabras que no comprende; que le hace ver cosas que desconoce; que le presenta constantemente extrañas imágenes delante de su imaginacion; que le hace desear ver remotos, extraños y apartados climas; que suspira por la felicidad de sus hermanos, por el fomento de la Iglesia; que está dotado de ese valor pasivo que no busca, pero que no teme la muerte. Ese religioso será misionero. Pronto le conocen sus superiores, que no le privan de entregarse á sus instintos, ántes bien le animan en su empresa, pintan con hermosos colores lo que la naturaleza tiene siempre y en todas partes

de feo y horroroso, le hacen escuchar como una armoniosa música los sonidos de idiomas extraños, se los enseñan y le animan á hablarlos; le refieren por su parte poética las costumbres bárbaras y rudas de los habitantes de aquellas regiones: y el jóven neófito, exaltado cada vez más y más, teniendo fija en su mente la idea de que es necesario padecer por Dios, trabajar por Dios y alcanzar, si es preciso, la corona del martirio, la más gloriosa de todas las coronas, que da no solo un lugar en las historias, sino tambien un puesto en los altares, marcha como un pobre peregrino, sin más que su hábito y su cayado, á las regiones del Nuevo Mundo, á los países del Asia, á sufrir los frios del Norte, ó á vegetar bajo el ardiente calor de los trópicos. Tal es el destino del misionero, el más glorioso, el más grande que se ha soñado quizá, aunque los hombres no meditan nunca lo suficiente sobre su importancia y su objeto. Háse elogiado mucho á Colon y á Magallanes, á Pizarro y Cortés, porque descubrieron lejanos y desconocidos países, porque con mejores ó peores escuadras se encaminaron adonde les guiaba una noticia mejor ó peor fundada, un cálculo más ó ménos erróneo, una hipótesis, en fin, que no se hallaba destituida de alguna verdad; y sin embargo, nunca se ha hablado de los países que han descubierto los misioneros, de los que han conquistado, nunca se ha dicho que ellos solos, sin ejércitos, sin un compañero, sin buques, sin aparato de ningun género, sin más que su corazon y su fe, han descubierto naciones desconocidas, las han conquistado para el catolicismo, y hasta han querido establecer en ellas un gobierno modelo, dando así un ejemplo á los engreidos europeos, sordos contínuamente por la ambicion, la envidia y todas las malas pasiones que no dejan fundar nada nuevo, nada estable, aunque les dan fuerzas para destruir. ¡Triste destino el de tales hombres y tales naciones, cuya esperanza toda se funda en que vengan los bárbaros del Norte á purificar su corrompida sangre, á darles con el vigor de la juventud las ideas nobles, grandes y generosas, propias de los pueblos jóvenes al entrar en el período de su virilidad, y que pierden cuando débiles y próximos al abismo que ha de ser su sepultura, solo tienen ideas ruines y egoistas, y á la brillante luz de la aurora sustituyen la pálida é incalificable de la tarde. Mas si á los adoradores de la Roma pagana, ó del miserable Bajo Imperio, les falta un Atila ó un Gengiskhan, un musulman ó un vándalo, que venga á asolar sus casas, á quemar sus ciudades y talar sus campos, dejando insepultos sus cadáveres á la orilla de los caminos, no les faltará un proletario, que animado por sus malas doctrinas y peores ejemplos, se convierta asimismo en Genserico, y queme sus casas, viole á sus hijas y haga escabel de la futura sociedad los restos de una mentida grandeza, adquirida acaso con la intriga, arrancada á la miseria, luchando con todos los horrores del hambre, ó comprada á la madre tran-

sida de dolor por ver en sus brazos espirando á su hija... Triste y desconsolador cuadro, en verdad, pero al que aún pudieran añadirse más negros y tétricos colores, sacados de originales que tenemos á la vista, cuando no solo los particulares sino los gobiernos, comercian con la sangre de los pueblos y hasta se utilizan los vicios como un medio para el sostenimiento del estado. ¡Pobre sociedad despeñada, cuyo porvenir, velado en negras nubes, sólo tiene una idea salvadora, un principio, si no seguro, probable al ménos, para su salvacion!... Unos nuevos misioneros que, decididos á sufrir el martirio y todo género de tormentos, peores quizá que la misma muerte, trabajen por sacarla del fango en que se encenaga, la eleven sobre los placeres torpes que la recrean y la conduzcan sana y salva á la tierra de promision, si la que pisan está para siempre perdida por los malos ejemplos de muchos grandes, verdaderos enemigos de todo lo que puede salvar la sociedad, aunque en su boca aparezcan hipócritas palabras, que solo sirven para hacer resaltar más sus torpes hechos y sus intenciones mucho más torpes todavía. Tal vez otro Ricardo de Sta. Ana, en vez de marchar al Japon á morir en medio de los infieles, se levante entre nosotros, y aunque paguemos sus buenas doctrinas con una ignominiosa muerte, su sangre fecundará, dará vida á otros muchos mártires, y la sociedad, áun á pesar suyo, será conducida á un puerto de salvacion en que no cree, en que no espera, del que no presume tener necesidad: tan ciega camina hinchada de orgullo con su vana ciencia, y creyendo que ha de salvar el precipicio á cuyo borde impune si no inocentemente se pasea! Mas si Ricardo de Sta. Ana y sus compañeros, los cuatro franciscano descalzos Pedro de Avila, Vicente de S. José, español tambien, y Leon y Lucas, quemados vivos en el Japon por haber querido civilizar aquel pais, é iluminar sus tinieblas con la luz del Evangelio, no volviesen, levantándose desde sus tumbas, á vivir en espíritu al ménos entre nosotros, infundiendo su valor á algunos religiosos que tal vez vivan perseguidos, ocultos ó desconocidos, no temamos que la Providencia deje de conducirnos, por ignorados caminos para nosotros, al que debe ser el de nuestra paz y ventura. Por grandes que sean nuestros errores y nuestras faltas, aunque á veces no hayamos respetado al mismo Dios ó permitido que otros en nuestra presencia no le respeten, aún queda una tradicion, tradicion terrible y desconsoladora, pero que revela que hay algo en el seno de la humanidad, que la hace confiar en su salvacion, en un porvenir seguro de gloria y de ventura. Esta tradicion es la del *Judío errante*, ridícula, absurda y cuanto se quiera, pero que ha sobrevivido, sin embargo, á los siglos y que aparece en las épocas primitivas del cristianismo, se confunde entre las fábulas y poemas de la edad media, se oculta desde la restauracion de las letras, y aparece en nuestros dias como un mito, se difunde entre el

pueblo sin intencion, sin que sus mismos autores conozcan su objeto, pero que manifiesta que la sociedad podrá andar, estar expiando eternamente, mas llegará un dia en que la suprema bondad la conduzca al lugar de su descanso, mereciendo que se cite su gloria, si no en 10 de Diciembre como la de los mártires franciscanos, en el que tenga designado la Divina Providencia. — S. B.

RICARDO DE STO. THOMA, inglés de nacion y originario de una de las más ricas familias de Lóndres, renunció desde luego al porvenir que esta circunstancia le ofrecia para tomar á costa de sufrimientos y penalidades consiguientes al estado religioso, la cruz en que Cristo, salvándonos, prometió estribaba el fundamento de nuestra dicha. En el mismo Lóndres tomó el hábito de la órden de la Santísima Trinidad de Redencion de Cautivos, y con el mejor éxito y admiracion de cuantos le vieron y trataron hizo su noviciado, en el cual parecia más bien que él habia de ser quien enseñase que el que aprendiera, pues no solo en las más triviales acciones, sino áun en los más penosos y difíciles ejercicios se le veia siempre el primero, siempre sin rémora, y adelantándose á cuantos áun mucho ántes que él habian emprendido el difícil camino del claustro. Como desde luego vieron que tenia tan claro ingenio como asídua aplicacion, y no eran en Lóndres los estudios tan completos como en Oxford, le mandaron allá, de donde volvió graduado de doctor, no como quiera, sino como uno de los primeros de la facultad de teología de aquella universidad, y en aquella época, en que indudablemente era, si no la primera, por lo ménos, una de las primeras del globo. Como por via de entretenimiento habia en la época de sus estudios comenzado nuestro buen Padre á predicar alguna vez allí donde estaba para hacer su carrera; lo habia hecho sin pretensiones, es verdad, pero con tanto acierto, que los superiores de aquel convento, cuando regresó al suyo, creyeron de su deber manifestar á los de Lóndres lo mucho que tal vez podria lograrse en bien de las almas, si este hombre se dedicaba al púlpito, como parecia estar llamado á él. Claro es que los superiores no desatienden las indicaciones que acerca de sus súbditos les hacen otros superiores como ellos, y por consiguiente el de Lóndres aprovechó la primera ocasion que se le presentó para cerciorarse de la exactitud del juicio del de Oxford, y salió la prueba tan á satisfaccion, que desde entónces confió al P. Santo Thoma la comision especial del púlpito, facultándole para que ejerciese su tan importante ministerio como, cuando y donde mejor le pareciese para gloria de Dios, bien de sus hermanos y esplendor de la religion á que pertenecia. Esta autorizacion tan lata, si se hubiera conferido á otro hombre de ménos celo, habria servido, á no dudarlo, para que escudado con el cargo peculiar que se le confiaba, no hubiese desempeñado ningun otro, y áun

en aquel tampoco hubiera hecho sino lo más preciso; pero nuestro buen Padre todo al contrario, con las mayores fatigas, con inmenso trabajo, con sumo cansancio, daba á todos la celestial semilla de la palabra de Dios, logrando frutos los más abundantes, y mereciendo en todo y por todo el que el Señor bendijera sus intentos de esa manera tan cumplida con que Su Majestad sabe auxiliar y alentar á los que con verdadero espíritu le sirven. Era buscado por todos los párrocos, y áun por los prelados, para predicar, y siempre lo hacia con feliz éxito, porque lograba grandes y muchas conversiones con gran facilidad, porque su estudio no era en los libros, sino en ese libro que no se cierra nunca, y cuya doctrina es celestial, en el Crucifijo, en fin, que era para nuestro Padre toda su delicia, todo su recreo, y que sabido es enseña mucho; porque enseña el amor de Dios á los hombres, que es lo que únicamente necesita saber el hombre para que una fuerza irresistible, la fuerza de la gratitud, le lleve hácia quien tan desinteresadamente le amó. La comunidad de Trinitarios de Lóndres, que veia lo mucho que valia este hombre, no solo como predicador, sino como director de las conciencias de los muchísimos por él convertidos, que conocia su prudencia, su tino, su acierto en fin, queria utilizar todas estas dotes en su propio provecho, para lo cual deseaba y procuraba hacerle superior de aquella santa casa. Sin embargo, este fué vano intento, por más que lo quiso no pudo lograrlo, porque luego pretextaba nuestro Padre que no podria entónces dedicarse á misionar, y que los perjudicados eran más en número que los favorecidos, áun en el caso de que lo fuesen, decia él, los que consiguieran que fuera prelado. Convencidos, pues, por esta razon, desistieron de su idea de hacerle ministro de aquella casa, pero nunca abandonaron su propósito de utilizar cuando hubiera ocasion sus servicios, que sin duda alguna habian de ser importantes, así que en la vacante que resultó de provincial de Inglaterra, por pasar á desempeñar otro cargo el que ejercia este, fué promovido el P. Ricardo, sin que bastase á impedir el que el nombramiento se llevase á cabo, ni su gran perspicacia por una parte, ni las buenas relaciones que puso en juego, aunque inútilmente para no salir de su celda. Tuvo, pues, que resignarse con ser provincial, y tuvo que sufrir algunas molestias y no pocas incomodidades anejas á su cargo, que si bien es altamente importante, es tambien difícil, porque tiene que luchar con cosas muy heterogéneas que hacen que para el completo acierto sea necesario un don especial de Dios, don que á la verdad logró nuestro P. Ricardo, pues desde el primer dia se le presentaron las dificultades de tal manera allanadas, y el camino tan fácil, que pudo lograr el fin que se propusieran los que para tan importante cargo lo escogieron. Hemos de decir en realidad de verdad, que algunos no quedaron enteramente satisfechos de su gobierno;

pero para esto es preciso examinar quiénes eran los descontentos. ¿Y por qué? Porque es bien seguro que solo serian aquellos cuya insufrible relajacion obligaba al prelado á tener que castigarlos por la infraccion de las constituciones, ó tal vez de la regla. Claro es que á los que de esta suerte tenia que tratar les habia de disgustar que él estuviera al frente; pero áun estos mismos, luego que se convencieron de que el Padre tenia que obrar en justicia, y que no podia ménos de hacer esto, ellos mismos se hacian sus partidarios, porque se convencian de que no le animaba otro deseo que el de mejorar la Orden, deseo que no podia ser ni más noble, ni más digno, ni por consiguiente más conforme al espíritu de los santos fundadores, que no hubiesen querido que sus hijos tuviesen la más mínima imperfeccion, y que para evitarla pusieron como centinelas avanzados á los prelados, á los cuales obligaba en conciencia el mejor órden y gobierno de sus respectivos súbditos. De esta suerte cumplió nuestro Ricardo de Santo Thoma el tiempo por el cual habia sido nombrado. Mucho se hubiesen alegrado todos de que hubiera sido reelegido, pero él suplicó con las mayores instancias al capítulo que no le tuviesen por más tiempo agobiado bajo el peso de la prelacia, y el capítulo condescendió con sus deseos, si no muy satisfecho, porque indudablemente veia que lo habia hecho bien, á lo ménos complacido, porque de esta suerte le daba gusto. Dejáronle, pues, sin cargo alguno, y pudo en el retiro de su convento dedicarse á escribir, para lo cual tenia además de una facilidad pasmosa, grande acierto, como lo han demostrado las obras debidas á su bien cortada pluma. Efectivamente, muchas y muy importantes fueron las que hizo, y de las cuales no nos es posible dar más idea que su título, porque si las examináramos, de cierto que pasariamos con mucho los justos límites de un artículo de esta especie. Tituló, pues, á sus obras: *De immortalitate animæ*, liber unicus; — *De morte non timenda*, liber unicus; — *In Cantica Canticorum*, liber quatuor; — *De Instructione novitiorum*, liber unicus; — *De Adventu et progressu Frat. Ord. SS. Trinit. in Angl.*, libri tres; — *Vitæ et gesta Evangelistarum*, libri novem. Esto es lo que escribió, y ocupado en estos trabajos le acometió la enfermedad que le llevó al sepulcro. Unos dicen que falleció en el mismo convento de Lóndres, donde habia tomado el hábito, y que su muerte fué en 1310, otros que en el convento Pontanense en 1308; lo cierto es que el dia de su muerte fué el 29 de Mayo, y que dejó muy buena fama, tanto por su ciencia como por su virtud, tanto como particular, cuanto como hombre de gobierno. — G. R.

RICARDO Seio, presbítero. Era natural de Lieja, en los Países Bajos, y habiendo pasado á Roma ingresó en el Colegio Anglicano, desde donde fué mandado á Inglaterra á predicar la fe católica, y á contener en lo que fuera

posible los progresos de la herejía. Descubierto y preso en Lóndres, fué sentenciado á morir en la horca como comprendido por su cualidad de sacerdote de la comunion católica, en el decreto de proscripcion, que consideraba á los fieles adictos á la Iglesia romana como enemigos del estado. La terrible sentencia tuvo efecto el dia 30 de Agosto del año 1558, sufriendo Seio aquella enorme pena con todo el esfuerzo y resignacion de un mártir de los primeros tiempos del cristianismo. —M. B.

RICARDO DE SIENA. Este príncipe de la Iglesia romana, del que hace mencion Du Pin en la *Biblioteca de Autores eclesiásticos del siglo XIV*, fué vicecanciller de la iglesia de Roma, y despues cardenal diácono del título de San Eustaquio, y fué uno de los tres cardenales que trabajaron en el libro VI de las *Decretales* por órden del papa Bonifacio VIII, y compuso algunas obras de derecho.—C.

RICARDO DE SIRACUSA. Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, nos da razon de este prelado inglés, diciéndonos que fué doctor en teología en 1148, que se elevó por su mérito al episcopado, y que fué escogido por Enrique II, rey de Inglaterra, para acompañar á su hija Juana que se casó con Guillermo, rey de Sicilia, cuando fué á unirse con su esposo. Habiendo permanecido en Sicilia siempre al lado de la princesa, el rey Guillermo le nombró obispo de Siracusa, y se han conservado de él algunas cartas.—C.

RICARDO STAFFOR. Fué inglés de nacion y dotado de un genio muy despejado y de una aplicacion constante al estudio, conoció bien pronto cuán falaz es el mundo, qué futiles todos sus bienes y cómo la única manera de asegurar dicha y ventura perdurable, es el abrazar el estado religioso, y se decidió á dar su nombre á una familia tan importante como numerosa entónces, y cuyo instituto altamente caritativo vino á ser un destello del gran suceso que pasmando al mundo, que vió la caridad de todo un Dios, obró la dicha de toda la humanidad contaminada en la culpa del primer hombre. La grande obra, pues, de la redencion de cautivos, fué la que mereció á Ricardo la preferencia, y el convento Norvicense el en que hizo su entrada, noviciado y profesion con mucha edificacion de cuantos le vieron, pues todos mirando tanto en su parte exterior, como en los antecedentes de su carrera y demás, lo muchísimo que de él podia esperarse, se preciaban con razon de que este sugeto era para su Orden una verdadera adquisicion. Su buen talento y constante estudio le proporcionaron la singular honra de alcanzar el dictado de doctor, y desde luego le dedicaron á la enseñanza con el mejor éxito posible para los discípulos, pues dando un giro desacostumbrado, es verdad, pero muy razonado y lleno de la gran erudicion que él poseia, á sus explicaciones, todos las alcanzaban y adelantaban por consiguiente muchísimo más con ellas que lo que hasta entónces se habia ade-

lantado ni con más penosas tareas, ni bajo la direccion de sugetos muy dignos y muy á propósito por su gran caudal de ciencia para ponerse al frente de cátedras. Como se logró tan feliz éxito de su método, en el convento de su profesion, luego que ya hubo educado á algunos que pudieran seguir con él mismo en aquella casa, que ya estaba, digámoslo así, acostumbrada á él, pareció prudente trasportarlo, como si dejeramos, y llevarlo á otro jardin donde pudiese dar á su vez los mismos ó si cabe más felices resultados. En efecto, nuestro P. Ricardo, á pesar del vivo sentimiento que los de la casa Norvicense tuvieron, no pudo ménos de pasar á Montiduno, donde desde luego estableció el mismo método de enseñanza que habia practicado en la otra casa, y logró por consiguiente los mismos, y si cabe, más abundantes frutos. Al mismo tiempo que como maestro de estudios desempeñaba su cargo tan á satisfaccion de todos; como hombre de prudencia daba á los que se los pedian los más acertados consejos, ya en el confesonario, al cual acudian muchísimos penitentes de todas clases y condiciones para pedirle parecer, ya en su celda, donde continuamente estaban ya unos, ya otros, para lograr tambien el que les sacase de las dificultades en que se hallaban; y él con todo acierto resolvia, y el éxito era siempre cual él lo habia previsto, lo cual aumentaba más y más el excelente concepto en que era tenido y obligaba á los que de él se habian aconsejado á que volviesen á él, porque en realidad de verdad la mejor garantía de un consejo es el éxito que se logra siguiéndole. Todas estas cosas apercibia, como no podia ménos, la comunidad de Montiduno, y se complacian vivamente en tener á su lado un hombre de tales dotes; pero como conocian su modestia y que habia de oponerse á cualquiera manifestacion que se hiciera en favor suyo, dejaron llegar la ocasion, que lo fué cuando faltó ministro en aquella santa casa, y entónces, quieras que no, echaron mano de él, obligándole á tomar sobre sí tan importante cargo. Por supuesto que fué necesario obligarle, pues sin esto de modo alguno habria accedido, pero ya tomada sobre sí esta carga, estaba muy obligado á desempeñarla fielmente y tenia por consiguiente que hacer los mayores esfuerzos para no dejar defraudadas las esperanzas de los que le elegian, porque pensaban, y con razon, que de ningun otro se podria echar mano que desempeñára el cargo con más acierto. Efectivamente, no se puede ponderar la prudencia y tino con que se portó en todo, ni es fácil referir los medios que puso en juego para evitar no solo el que el descontento se entronizára en aquel convento, sino el que hubiere esas ligerísimas rencillas que son como inherentes á la reunion de muchos. Es verdad que él era padre para todos, y no solo recibia las quejas de todos, sino que hacia como propias todas sus necesidades, y por consiguiente arrancaba para sí el afecto de todos, porque no podemos ménos de inclinarnos á

aquel de cuya parte se ve predileccion, á aquel en quien hallamos el deseo de nuestro bien, tan vivo como el deseo de su bien mismo. Muy mucho ganó, pues, su convento con el gobierno de tan esclarecido religioso, el cual aunque tenia la superioridad no era más que para procurar hacer mejores á sus súbditos, y nunca se le vió ni dispensarse siquiera de la más penosa observancia, ni áun tomarse las libertades que eran consiguientes á su alta elevacion en la casa. Pasó así el trienio por el cual se hacian los nombramientos en la Orden, por la época de nuestro buen Padre, y él creia que sería relevado de tan importante cargo y podria quedar sosegado y tranquilo sin atender más que á su propia santificacion. Mas no fué así. El capítulo general que se habia reunido para proveer, no solo los ministerios parciales, digámoslo así, que estaban vacantes ó que por haber cumplido el tiempo los sugetos que en ellos estaban lo quedaban de hecho, sino alguno que otro provincial, que ó bien convenia renovar, ó lo que es más exacto, querian conferir á sugeto más idóneo; tenia, como era consiguiente, noticia muy minuciosa de los méritos, prendas y condiciones de nuestro P. Ricardo Stafford, y por consiguiente la idea de utilizar sus eminentes servicios en pro de la mayoría de esta religion, tan acreedora á que el más acertado gobierno la diese los medios de llevar adelante su importantísimo instituto de redencion de cautivos, cuyo fin no cabe duda se lograba en mayor escala, siendo más adecuados los medios con que cada uno coadyuvase al fin general que todos debian proponerse. Antes de hacer la eleccion de provinciales se hizo la de ministros, como era consiguiente, para que estos pudieran tomar parte en la de aquellos; nuestro P. Ricardo de Stafford fué sustituido por otro en el de su convento de Montiduno, pero apénas se comenzó á alegrar, digámoslo así, porque veia que ya no gravitaba sobre él el peso de una prelacía parcial, tuvo de nuevo que entristecerse al hallarse nombrado provincial de Inglaterra, y de un modo, que desde el momento mismo en que se le nombraba, se le imponia por santa obediencia la obligacion de aceptar. Claro es que comenzando por tal principio, el resultado no podia ser sino que humillándose el P. Ricardo ante la voluntad de Dios, legítimamente expresada por la de sus superiores, tomase el cargo y le desempeñára. Hízolo así en efecto, y lo hizo como quien hace las cosas por Dios; perfectamente, sin evitarse nunca las molestias que son consiguientes á tan importante ministerio, del que depende, no ya una casa como del Padre Ministro, sino un número inmenso de casas, cuyos intereses son diversos, diferentes sus necesidades y los caractéres de los sugetos ya que gobiernan, ya que son gobernados, tan varios como estos sugetos mismos. Hizo grandes reformas que eran de todo punto indispensables, y se captó tan completamente la voluntad de todos que á todos los trajo al buen camino, sin violencia, con la mayor

facilidad y con indecible provecho de la provincia. No estuvo ocioso durante el tiempo que desempeñó este cargo, y tal vez el excesivo trabajo que hubo de tomar sobre si aceleraria su muerte. Esta sucedió con general edificacion en Montiduno el dia 7 de Setiembre, no se sabe á punto fijo de qué año, pero si que fué despues del 1277. A pesar de que su vida habia sido siempre activa, tenia escritos los libros siguientes: tres de *Sermones de Santos*; dos *Contra Judæos*, uno *De Anima et ejus accidentibus* y otro *De Sacramentis*. Como se ve por el simple relato de estos mismos escritos suyos, comprendió todo cuanto habia estudiado, y esto es sin duda uno de los motivos por los cuales logró grande fama en su época y fué, como era justo, de gran honor para su religion. — G. R.

RICARDO Stanfordiense. El apellidar de esta manera al distinguido religioso cuya vida vamos á reseñar consistió en que perteneció al convento que con el mismo nombre tenia la siempre acreditada órden de la Santisima Trinidad de Redencion de Cautivos. El P. Ricardo era inglés de nacion, y no se sabe á punto fijo la época de su vida en que ingresó en la religion á que tanto ilustrára con su ciencia y virtudes, es de inferir, sin embargo, que lo haria en buena edad, cuando no jóven, en razon á que consta que le mandaron á estudios á la célebre universidad de Oxford, así como consta tambien que en ella aprovechó en gran manera é hizo con brillantísimas notas la carrera de teología, despues de haber estudiado muy bien la filosofía; y mereciendo el título y grado de doctor, satisfizo plenamente los deseos de sus superiores y maestros, tanto en las aulas como en los rigorosos ejercicios que deben preceder á la alta honra con que se le distinguió. Concluida su carrera, como puede decirse con verdad que concluia el objeto de su estancia en Oxford, fué trasladado al convento donde profesára, y allí dedicado á los importantes ministerios de la predicacion, de oir confesiones y de la enseñanza. Imposible parecia á todos cuantos le observaban que el tiempo le alcanzase para tanto, pues sin faltar nunca á ningun acto de comunidad, y empleando muchas horas en los ministerios de que llevamos hecho mérito, le quedaba, sin embargo, tiempo para estudiar y para la oracion, á cuyo santo ejercicio no solo era muy dado, sino que inducia á los demás, enseñándolos con el mayor agrado y logrando muy abundantes frutos, que venian á ser de vida eterna, porque no cabe duda en que así como la falta de oracion es grande rémora para el aprovechamiento espiritual, el ejercicio de ella facilita de un modo extraordinario los caminos de nuestra perfeccion. El desempeño de los importantes ministerios, que como llevamos dicho se pusieron á su cargo, le captó las voluntades de todos, de tal manera que cada cual queria disfrutar de sus excelentes servicios, y continuamente le obligaban áun á repetir las cosas, para de nuevo complacerse

en escucharlas. Bajo tal mira y en todas las ocasiones en que la vacante de alguno de los cargos de superior brindaba á ello, sus hermanos le querian elegir para que en el gobierno se acreditára, y no solo se acreditára, sino que procurase los adelantos que indudablemente eran de esperar de sus excelentes cualidades, mas no pudieron nunca lograr su aquiescencia para ser nombrado superior, y siempre que intentaban hacerle tomar sobre sí tan difícil cargo, decia: *Mejor es servir que mandar*, y esto no como dicho suyo, sino autorizado con el incontestable testimonio de Cristo Redentor nuestro, que en más de un lugar de su Evangelio dice: *que Su Majestad habia venido al mundo no para ser servido y dominar, sino para servir, y por consecuencia estar sujeto.* Como el testimonio que aducia era tan cierto y por otra parte la religion tenia muchos sugetos de quien valerse, que sin que por esto desmerezca en nada el mérito del P. Ricardo, lo tenian tambien muy relevante, le dejaron tranquilo y sosegado; y en su mismo convento, haciendo mucho en favor de cuantos á él se acercaban, pasó su preciosa vida cultivando la virtud y las ciencias como poderosos auxiliares que son la una de la otra cosa. Al acercarse sus últimos momentos llenó de edificacion á cuantos le rodeaban, ó seremos más exactos si decimos que los últimos dias del P. Ricardo Stanfordiense fueron como la corroboracion, pero inequívoca, de la idea de gran virtud que todos tuvieron de él desde el momento mismo en que ingresó en religion. Su fallecimiento se verificó el dia 22 de Octubre, se ignora de qué año, aunque se sabe que floreció por los de 1368 y áun el siguiente. Dejó escritos dos libros, uno, *Comentarios ó más bien exposicion del Evangelio de S. Juan;* y el otro *acerca de las Epístolas de S. Pablo*, ambos dignos de su pluma y que harán imperecedera la memoria de quien los escribió con tanto acierto.—G. R.

RICARDO DE THETFORD. Fué llamado así este religioso por la ciudad de este nombre, en el condado de Nortfolk, en Inglaterra, que fué el lugar de su nacimiento. Fué religioso benedictino, teólogo y predicador. Dejó unos manuscritos sobre el modo de predicar, que se han custodiado en Cambridje en el colegio de S. Benito, y de él hace referencia Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses.*—C.

RICARDO TYFEDALE. Fué escocés, y se ignoran completamente los antecedentes de su familia. Dotado de un ingenio muy claro y con ventajas muy superiores á sus demás condiscípulos, hizo los estudios de humanidades y filosofía, decidiéndose al fin por abrazar, no solo el estado eclesiástico, sino el religioso, y escogiendo como más á propósito para el logro de sus deseos el instituto de los PP. de la Santísima Trinidad de Redencion de Cautivos. Su ingreso se verificó en el convento Barrense; y en esta santa casa hizo su noviciado con satisfaccion plena de cuantos tenian á su cargo el dirigirle,

porque habiendo ingresado en religion por conviccion y no por ningun otro motivo, claro es que habia de hacer todos los esfuerzos imaginables para no defraudar los buenos designios que el Señor se dignára inspirarle. Cumplido el tiempo de su probacion, emitió solemnemente sus votos, y fué por consiguiente recibido como alumno de aquella sagrada familia, cuya mision, á la par que muy conveniente en el órden religioso, lo es tambien en el órden social, pues no cabe duda en que la civilizacion se propaga por donde penetra la santa cruz, y áun cuando la mision de los Trinitarios no es directamente el atraer á la religion de Cristo, sino rescatar los cautivos, este medio indirecto es muchas veces ocasion de que, miéntras á los unos se les libra de la cautividad de su cuerpo, á los otros se les liberta tambien de la cautividad del espíritu, más lamentable en sus consecuencias que el cautiverio material. Siguiendo la costumbre establecida sábiamente en su sagrada religion, pasó á estudiar á Oxford, en cuya muy célebre universidad cursó filosofía, á pesar de tenerla ya sabida, y sagrada teología hasta llegar á merecer y conseguir la borla de doctor, honor que muy pocos lograban, y que por lo mismo, además de ser muy codiciado, decia mucho en favor de quien le llegaba á conseguir. Al mismo tiempo que con tanto provecho hacia sus estudios, ejercia su santo ministerio con frecuencia y con extraordinario fruto, por lo cual todos los conventos de Trinitarios que tenian noticia de estas cosas, anhelaban el ser favorecidos con que un sugeto de tanta valía les viniera por compañero, y algunos superiores de algunas casas hicieron presente al P. Ministro general cuán conveniente habia de ser el que le llevasen á sus respectivos conventos. El superior, sin embargo, como dotado de la gran prudencia que exige el desempeño de tan importante cargo, no quiso, porque creyó no deber hacerlo, atender ni á indicaciones ni á influencias, pues que unas y otras cosas pusieron en juego, y solo determinó el mandarle á su patria y en esta al convento de S. Nicolás de Pebles, en la provincia de Landonia. Allí fué tan útil como se prometian, cautivándose desde luego las atenciones y aprecio de cuantos le trataban, y logrando tanto en el confesonario como en el púlpito, los frutos más abundantes, por las muy señaladas conversiones que hacia con una dulzura extraordinaria, con suma bondad y con un cariño tales, que quien se acercaba á él una vez se decidia á volver cuantas fuese necesario, sin que ningun reparo le embargára, porque el Padre tenia buen cuidado de allanar todos los obstáculos, con tal de hacer más dispuesto para el bien al penitente que á él se acercaba. No perdia el tiempo que le dejaban libre las ocupaciones de su santo ministerio, ántes empleándolo en trabajar asiduamente, tuvo ocasion de legar á la posteridad el fruto de estos mismos trabajos suyos, en las obras que con todo acierto escribió, y que son: *De Bono Eleemosinæ*, libri tres.—*De Chari-*

tate et patientia, libri duo. — *Sermones dominicales per annum*, libri quinque. Estas obras desde luego merecieron una gran acogida en el mundo literario, porque á la suma importancia de los asuntos, agregaban el felicísimo desempeño. Con una vida activa, y bajo la más exacta observancia de las reglas de su religion, vivió nuestro Padre desempeñando el cargo de ministro de su convento, hasta que Dios nuestro Señor lo llamó para sí el dia 20 de Junio, no se sabe fijamente de qué año, pero sí que fué dentro de lo primera década del siglo XIV. Sus honras fueron lo solemnes que era debido á su posicion, y el sentimiento que produjo su muerte el que era consiguiente á sus relevantes prendas; su memoria se conserva muy grata, é indudablemente se hará inmortal por sus obras de que hemos hecho mérito. — G. R.

RICARDO DE ULLERSTON. Este doctor y profesor de teología de la universidad de Oxford, floreció en los principios del siglo XVI, y escribió en el año 1408 un tratado de la reforma de la Iglesia, á ruegos de Roberto, cardenal y obispo de Salisburi. Encontrado este manuscrito en la biblioteca de la universidad de Cambridge, se vió tenia este título: *Demandes de Richard pour la defense de l' Eglise militante.* El extracto de los diez y seis artículos que contiene, se halla en la biblioteca francesa de autores eclesiásticos, siglo XV, de Du Pin. En esta obra el doctor habla con mucho desenfado de los desórdenes de la corte de Roma, y en el mismo tratado se ve una parte que explica los deberes militares, compuesta por el mismo autor, á ruego de Ricardo de Courtenai, su maestro, y dedicada á Enrique, príncipe de Gales. — C.

RICARDO VANDER STERREN, jesuita belga. Floreció en el siglo XVII, distinguiéndose mucho por sus escritos y sus virtudes. Pocas veces se podrá citar la Bélgica sin elogiar su catolicismo, sus méritos para con la religion, que atacó sin embargo con tanto furor en el siglo XVI, y en cuya contra sostuvo una larga, ó mejor dicho interminable guerra. Solo los torcidos manejos de la política pudieron hacer que se extraviase este país hasta tal extremo, y que se entregase á excesos tan contrarios á su carácter dulce y sus costumbres suaves, y sin embargo, aún hay historiadores extranjeros, y tal vez algun español, nada ilustrado aunque sea historiador, que suponen que este país, eminentemente católico ántes de sus guerras con España, eminentemente católico despues de ellas, solo le guió á comenzarlas y proseguirlas una idea religiosa, la defensa de un principio á que llamaba santo y sagrado. Hé aquí lo que han sido, son y serán siempre los hombres; por todas partes sus pasiones, sus intereses, sus miserias, en ninguna la verdad, y lo mismo los particulares que los pueblos, jamás comprenden ni quieren comprender lo que es justo y razonable, guiándose solo por su

antojo y capricho á que llaman la verdad, la justicia y la razon; mirando hasta como malvados á sus adversarios, aunque en realidad solo sean unos infelices, que ni el valor tienen de defender sus derechos. Observacion es esta que viene muy bien hablándose de Bélgica en España, de Bélgica que fué nuestra, y que la perdimos porque convenia á la Francia, que siempre ha tenido sus miradas fijas en ella, y desea hacerla una de sus provincias. Pero en la historia de las naciones nada extraño es que un pueblo pase á ser propiedad de otro, ó que pierda para siempre su poder. Lo que sí nos parece extraño es que los historiadores, al estudiar las causas, supongan muy formales que lo fueron las que solo pueden mirarse como vulgares pretextos. En este caso el de guerras de religion, como se supone lo fueron las de Flandes, que solo incitada por ambiciones propias y por enemigos extraños, pudo empeñarse en una guerra contra sus propios señores, á quienes la fortuna habia elevado al primer trono de Europa. Dejáronse engañar, y sirvieron ajenas miras sin conocerlo, contribuyendo á fundar una monarquía harto vacilante, y que ha derribado ya, y volverá á derribar el más ligero vendaval que se levante en Europa. Bélgica, sin embargo, católica siempre, ha producido varones insignes, verdaderos modelos de santidad, gloria de su país, honor de su religion, joyas preciosas de los institutos que abrazaron y siguieron. Uno de ellos fué el Ricardo Vander Sterren, que desde sus primeros años manifestó las buenas cualidades de que se hallaba adornado para brillar en los caminos de la virtud. Muy jóven todavía tomó el hábito de la Compañía, donde desde luego comenzó á ejecutar todos los ejercicios propios del noviciado con acierto y celo, distinguiéndose por su obediencia, humildad y demás cualidades propias de su situacion y de los sagrados deberes que estaba llamado á desempeñar en lo sucesivo. El P. Ricardo pasó despues á los estudios, que emprendió con no ménos ardor haciendo grandes progresos; bien pronto se comprendió que sería una de las lumbreras de su instituto, y que el Señor le llamaba por este camino para procurar el fomento y la gloria de la Compañía, y en efecto, supo corresponder tan bien á las esperanzas de sus superiores, que muy pronto comenzó á distinguirse como profesor el que anteriormente habia sido un modelo de buenos y aprovechados discípulos. Nadie podia competir con él en buenas cualidades para la enseñanza, nadie en celo por los adelantos de los religiosos, nadie, en fin, en unir á las explicaciones científicas ejemplos de virtudes que imitar, de imperfecciones que corregir, de dificultades que vencer. Amábanle de consiguiente sus discípulos, le miraban como padre y le veneraban como superior, y él sabia corresponder á sus atenciones con su nunca desmentido celo, con su continuo deseo por sus adelantos y aprovechamiento. Pasó así la mayor parte de su vida, con-

sagrado á la enseñanza, llegando á ser rector en diferentes colegios, en que llevó á cabo en mayor escala lo que hasta entónces habia planteado en pequeño, con no escaso fruto para la Compañía. Tambien se consagró á la confeccion de diferentes obras piadosas, procurando de este modo aumentar el culto y la devocion en su patria, que, piadosa de suyo, no necesitaba mucho de sus instigaciones para seguir sus naturales instintos, que la conducian hácia la única y verdadera religion, por cuya observancia habian dado la vida muchos de sus padres cuando la discordia lanzó la tea de la division en su ántes tan rico y floreciente campo. No consta la época del fallecimiento de este jesuita, que publicó bajo el velo del anónimo un libro en lengua belga, bajo el título de *Uso y utilidad de los sufragios, que siguiendo una laudable costumbre, se hacen todos los meses por diferentes cofradías;* Amberes, por Enrique Aertsens; 1638, en 16.°—S. B.

RICARDO Wadingo ó de S. Victor (Fr.), religioso dominico, á quien la mayor parte de los autores suponen irlandés, y que pasó á Portugal, donde tomó el hábito, y siguió su carrera con tanto lucimiento, que fué catedrático de la universidad de Coimbra hácia 1643. Desempeñó este cargo con muy buenos resultados, puesto que además ascendió á otros superiores, lo que tenia bien merecido por su ciencia y virtud. El cronista de la órden de S. Francisco Fr. Lucas Wadingo, de quien por el apellido parece pariente nuestro Fr. Ricardo, es quien le elogia principalmente y cita muchos de sus hechos, que nosotros omitiremos por evitar prolijidad. Basta saber que Ricardo era un aventajado religioso, habiéndose distinguido mucho por las cualidades que constituyen la perfeccion de este estado, porque su humildad era sin ejemplo, deseando hallarse á las órdenes, no solo de sus iguales, sino tambien de sus inferiores, obedeciéndolos á todos, y creyendo servir á Dios en ellos, de modo que siempre se le encontraba ocupado, ya en la enfermería, ora en los dormitorios ó en otros departamentos de mucha ménos importancia. No por esto descuidaba sus estudios, pues con esta especie de descanso, tomaba fuerzas para sus demás ocupaciones en la universidad y en el convento, no faltando á ninguna, y ejecutándolas todas con prontitud y alegría. Sus superiores procuraron sin embargo separarle de unos trabajos que creian contrarios á su carácter como sacerdote y catedrático, mas el humilde religioso no perdonó ruegos, lágrimas ni medio alguno, hasta conseguir que se le permitiese continuar en su género de vida, que miraba como el más á propósito y conveniente para quien teniendo que presentarse en el mundo con algunas consideraciones para obtener el respeto de sus súbditos, debia al entrar en su casa reconocer su pequeñez en el fondo de su alma, y consagrarse á tareas pequeñas é insignificantes para que no le perdiese el orgullo, que comenzando á introdu-

cirse por donde ménos lo esperaba, acabaria de enseñorearse de todo su voluntad y albedrío; inútil es decir, que quien supo vencerse de esta manera, y en cosa al parecer tan insignificante, sabria hacerlo mucho mejor en otras de mayor importancia, y hacerse digno por lo tanto de la bienaventuranza eterna.—S. B.

RICARDO DE WALLINGFORD. Este benedictino tomó el nombre del lugar de su nacimiento, ciudad cercana de la Tauscia. Fué hijo de un mariscal, y estudió en Oxford. Despues de haber aprendido allí las matemáticas y las bellas letras, abrazó el estado religioso y tomó el hábito de S. Benito. Dedicóse con empeño á las matemáticas, y se distinguió mucho en ellas, especialmente en la aritmética, la geometría y la astronomía. Su piedad y suficiencia le elevaron al cargo de abad de su monasterio, en cuyo destino manifestó la sutileza de su ingenio en la construccion de un reloj, que admiraron en el país por su belleza y artificio. En él se veia, segun Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, el curso del sol y de la luna, el movimiento de las estrellas fijas y de las errantes, el flujo y reflujo del mar. Dejó muchos escritos sobre matemáticas, y las obras siguientes: *Albriu*; *De Judiciis astronomicis*, — *De eclipsibus Solis et Lunæ*, — *De rectangulo*, — *De Rebus arithmeticis*, etc. Murió de lepra este abad, en S. Alban, en su monasterio, en donde fué enterrado magníficamente, en 1326, al principio del reinado de Eduardo II de Inglaterra.—C.

RICARDO WALPOLE, jesuita inglés, natural de Norfolck. Descendia de una antigua é ilustre familia inglesa, que no queriendo renunciar el catolicismo, prefirió sufrir todo género de persecuciones, y áun la emigracion ántes de abrazar la religion pretendida reformada, que las pasiones de Enrique VIII y la ambicion de sus cortesanos habian introducido en Inglaterra; pues tal, y no otro, fué el orígen del protestantismo en la Gran Bretaña, cuyo país y cuyo rey habian sido hasta entónces eminentemente católicos, llegando este al extremo de escribir una obra de controversia en defensa de la sede de Roma, y en contra de Lutero y sus partidarios. Mas cegado por una pasion amorosa, ó mejor dicho, preso en las redes de una mujer altanera y astuta, no sabiendo vencerse, accedió á repudiar á su mujer propia y pedir una dispensa para segundas nupcias, que ni el Papa podia concederle en conciencia, ni mucho ménos por los altos intereses que en el asunto se mezclaban. Quísose ganar tiempo, pero el amor es muy impaciente, y la mujer con que se las habia Enrique era demasiado diestra, y entónces el monarca rompió con la Iglesia, haciendo un matrimonio nulo, pero con el que satisfizo la ambicion de su concubina. Pero este hecho es bastante conocido, y no basta para explicar cómo un país católico, cuya honradez es proverbial, y cuyas costumbres no son de las más disolutas,

consintió que se cambiase su religion por un hecho de esta naturaleza. Explícase esto bastante sencillamente, pues se acudió á un recurso nuevo entónces, y que dió sin embargo los mejores resultados. La nobleza inglesa era pobre; los antiguos anglo-sajones habian desaparecido, y sus conquistadores los normandos, que en bien corto número habian quedado en Inglaterra, solo poseian algunos escasos bienes de que se habian apoderado en la época de la conquista. A Enrique VIII se le ocurrió enriquecerlos repartiéndoles los bienes de las comunidades religiosas, y de aquí procede que los palacios de los grandes ingleses, en particular en las provincias, son todos antiguas abadías. Consiguió su objeto Enrique, y los enriquecidos comenzaron no solo á seguir, sino á favorecer sus designios, oprimiendo al pueblo, y obligándole á que adoptase la nueva religion. Poblaronse las cárceles, por todas partes se levantaron cadalsos, encendiéronse millares de hogueras, y en ellas perecieron todos los que no pudieron salvarse con la fuga, ó prefirieron morir á abandonar su país. De los primeros fueron Ricardo Walpole y tres hermanos suyos, uno de ellos llamado Enrique, todos los cuales entraron en la Compañía de Jesus, y fueron de los teólogos más distinguidos con que contó en su siglo el instituto de Loyola. Inútil es decir hicieron su noviciado en el colegio de los Ingleses en Roma, colegio que se fundó vistas las circunstancias por que atravesaba la Gran Bretaña, para educar misioneros que volviesen á aquellas islas, á procurar no desapareciese de ellas para siempre y por completo la fe, ó para animar y contener al ménos á los que, perdida ya toda esperanza, conservaban en el fondo de su corazon pura su religion, y firmes sus convicciones, decididos á morir en el seno y gremio de la Iglesia. Pero aunque educado en Roma, la Compañía no envió á Walpole á las misiones, porque habiéndose distinguido mucho en los estudios, comprendió que podria llenar mejor otros destinos, como lo hizo en efecto, educando misioneros en los colegios ingleses establecidos en España, en Valladolid y en Sevilla, y áun en el mismo de Roma, de que no solo fué catedrático, sino tambien prefecto, manifestando siempre la misma abnegacion, el mismo ánimo y el mismo valor para renunciar á su gloria y á volver á su patria, donde hubiera deseado morir por la fe. Hubiéselo conseguido acaso si no le hubiese arrebatado una prematura muerte en Valladolid, el año 1607, á la edad de cuarenta y dos años. Escribió en inglés una obra de controversia intitulada: *Respuesta á la provocacion de Mateo Saliffi, ministro calvinista*; Amberes, 1605, en 8.°— S. B.

RICARDO WILTONE. Fué inglés de nacimiento, y oriundo de una de las más distinguidas familias de su nacion. Educado con el esmero que convenia á su elevada gerarquía, y cuando todos creian que iba á decidirse por la carrera de las armas, ó tal vez por la de la legislacion, pues en ambas

tenia quien pudiera prestarle el apoyo conveniente para elevarse á grande altura, nuestro buen Ricardo hizo ver su propósito de hacerse religioso de la órden de la Santísima Trinidad de Redencion de Cautivos, que tenia un convento, muy célebre por cierto, en Montiduno, condado de Caniso. Desde los primeros dias de su noviciado se hizo apreciable por las excelentes dotes que demostró, así es que este merecido concepto de sus superiores le hacia tener en ellos el más decidido apoyo, y que desde luego pusieran en él las miras, como las pusieron en verdad para confiarle los cargos más importantes en el ejercicio de su difícil y provechoso ministerio. Por supuesto que al momento le obligaron á hacer los estudios convenientes y á pretender, luego que los hubo concluido los órdenes sagrados hasta el presbiterado, en cuyo desempeño demostró desde luego no solo su gran capacidad, sino la gran virtud con que el Señor se dignára favorecerle. Pero todo esto era como preparacion á los grandes y profundos conocimientos á que desde luego quisieron dedicarle, porque comprendieron que con su gran capacidad, aplicacion y virtud, se habia de lograr de él, como se logró con efecto, un hombre enteramente de provecho. No sabemos qué fundamento tendria el que á este esclarecido personaje, despues de concluida su carrera, le lleváran los superiores á las tres célebres universidades de Oxford, París y Cantabrigia; pero es lo cierto que en las tres estuvo; en las tres hizo los actos académicos necesarios para obtener la borla, y en las tres la obtuvo, sin que á cada una de las otras facultades pudiera siquiera pasársele por la imaginacion, que el distinguido religioso se habia tan extraordinariamente distinguido en las otras, ni áun el que á haber recibido una borla, su sed literaria, digámoslo así, no quedára satisfecha, y aspirase al mismo honor, si bien por diferentes personas y áun por distintos títulos concedido. Pero al cabo las universidades que por juzgarle acreedor á tal distincion se le otorgáran, no se resistieron de que perteneciese á unas y otras facultades, todo al contrario, esto las sirvió de complacencia, en ello vieron un mérito muy especial de parte del laureado, y por consiguiente, á lo que tiraron desde entónces fué á utilizar sus servicios. Todos hubieran querido que hubiese estado en todas tres enseñando siempre, pero esto era imposible, así es que lo único que pudo lograrse, fué el que se les diese palabra por la órden de Trinitarios, sin cuyo acuerdo no daba un paso nuestro P. Ricardo, porque siempre decia, que ántes que hombre de ciencia, y ántes aún que sacerdote, era fraile y por consiguiente sujeto á sus superiores en todo y por todo; de que dada la enseñanza de unos estudiantes en Oxford, pasaria á dar otra en Cantabrigia, y luego otra en París, y así sucedió efectivamente, siendo imposible de describir el concurso que habia en sus aulas, tanto en uno como en los otros acreditadísimos estudios, concurso

que no solo era de los estudiantes, que matriculados y por precision ó conveniencia concurrian, porque no podian ménos, sino de muchísimos hombres que habian ya hecho su carrera, que tal vez eran profesores como él, que acaso las primeras veces concurrian, ó por curiosidad y para criticarle, y que acababan por ir á su aula con la constancia con que iban los matriculados, porque hallaban una erudicion y fluidez, al mismo tiempo que un órden y claridad, que les servia en gran manera para afirmar ellos más y más los conocimientos que ya tenian, y profundizar con toda extension los estudios que pudiera serles convenientes. Claro es que áun cuando el dar estudio, y estudio completo en tres universidades, absorba algunos años, estos pasaron acreciendo cada vez más el crédito del P. Ricardo, y deseando los religiosos con las mayores ánsias utilizar en su provecho más inmediato para la Orden las excelentes dotes, que además de las de enseñanza le adornáran. Muy difícil les fué convencer á la universidad de París para que cediera en su empeño muy decidido de que el Padre diese allí otro estudio, porque habia la Orden recibido de tan esclarecida asamblea singulares favores, y á la verdad era mucha deferencia el querer que continuase el Padre en la enseñanza, porque tampoco esto estaba muy en costumbre; pero al cabo, ó fuese que la facultad se convencièra, ó que la Orden se opusiese abiertamente, ó que se terciára alguna de esas influencias que á las veces concilian opiniones muy opuestas, es la verdad que nuestro Padre fué retirado de la enseñanza y traido en su religion al ejercicio del importante ministerio de ser prelado, pero prelado que lo fué con el acierto y de la manera que veremos. Siempre pareció á sus superiores estrecho campo para que ejerciera sus facultades una casa ó convento, asi es que el primer nombramiento que en él se hizo, fué el de ministro provincial de las de Inglaterra y Escocia. Puede formarse una idea de la sorpresa que este nombramiento le causaria, sabiendo que era un hombre no solo modesto, sino profundamente humilde, y que no habiendo nunca pensado sino en obedecer, no conocia siquiera los medios que convenia poner en juego para mandar, ántes por el contrario, le habia parecido siempre muy seguro, fácil y trillado el camino de súbdito, y muy espinoso, molesto y áun arriesgado el de superior: mas los altos juicios de Dios habian tomado acerca de él tal determinacion; y lamentando muchísimo el que la eleccion hubiera caido en él, porque se creia indigno de ocupar el puesto, puso sin embargo manos á la obra que Dios le confiaba, y trató de cumplir lo mejor que pudo, con lo cual, como no podia ménos de suceder, el Señor bendijo plenamente sus intentos. Convencióse al momento de que las necesidades si no se conocen no se remedian, y que para conocerlas no basta el que uno se las haga referir, porque el relato, ó puede ser parcial ó inexacto, ó la apreciacion que de él se haga mé-

nos conveniente, y de cualquiera suerte no llegarse á poner, como si dijéramos, el dedo á la llaga, asi que nuestro Padre dijo, y dijo como debia: «Hagamos un viaje á cada convento de los de mi demarcacion, visitémoslos siquiera una vez en calidad de prelado, y asi veremos sus necesidades ó enfermedades, así hallaremos más palpables los recursos de remediar aquellas y de cortar estas; pues para una y otra cosa es precisamente su intervencion y ministerio. Comenzó, pues, por anunciar á todos los conventos de su dependencia que iria, pero que no sabia cuándo, é hizo en efecto su santa visita con frutos abundantísimos, debidos en gran manera á la forma en que se hacia esta misma santa visita. No habia en ella por parte del Padre provincial ninguna de las ostentosas demostraciones que la regla autoriza en justa veneracion á la tan alta dignidad del que ejerce la superioridad en todos: no habia tampoco esas morosidades ceremoniosas de dias y dias para los capítulos y demás; casi de repente, y cuando nadie lo esperaba, el provincial con su adjunto, religioso tambien de gran virtud y que le servia de secretario, y con un mozo que les cuidaba las mulas, se presentaban en el convento, pidiendo en algunos, especialmente en aquellos que el superior creia necesitaban reforma, hospedaje como para dos religiosos que iban de una parte á otra para servicio de su Orden; así solia pasar oculto uno ó dos dias, enterándose de todo, y luego que ya en ese breve espacio habia visto lo que pasaba, decia su compañero, por lo comun en el refectorio: *Mi compañero es el P. Provincial que viene con la santa visita;* y desde entónces mismo comenzaba aquella, cuando por decirlo así, la tenia ya hecha, pues que lo principal que era el juicio de la casa, órden y demás, ya le tenia formado. Esto no lo hacia siempre, lo que sí hizo durante toda su prelacia, fué vivir en el convento donde estaba sujeto á toda la regla y al ministro de la casa, en lo que no se oponia á su cargo, como el último hermano servidor. De inferir es lo fecundos que serían los resultados de tales disposiciones; cualquier necesidad era remediada en lo posible, cualquier falta corregida de raíz, conociéndose desde el primer dia en que él iba á los conventos que visitaba, siendo lo más particular en esto, que no se puede determinar si le estimaban más despues de concluida la visita, aquellos religiosos austeros y observantes, que en todas las casas los habia por la misericordia del Señor, que veian en sus sabias determinaciones su deseo de fomentar ó restablecer el vigor de la antigua observancia, ó los mismos relajados que veian destruidos los medios por donde ellos podian labrar su ruina, es verdad, pero contentar sus pasiones y satisfacer sus más vivos aunque injustos deseos. Lo cual prueba el acierto con que cumplia su ministerio, y de aquí no vaya á inferirse que nuestro Padre era tolerante; léjos, muy léjos de eso, á los desgraciados que delinquian, á esos sí les tenia

toda la caridad compatible con la justicia; pero á los delitos les tenia una inexorable rabia, así es que nunca transigió con ellos, pudiéndose de él decir con toda exactitud, que odiaba la maldad, teniendo grande compasion con el malvado. Todas estas tan especiales circunstancias que concurrian en el P. Ricardo, además de ser muy conocidas por todos y cada uno de los religiosos, que con cualquier ocasion la tenian de tratarle, lo eran tambien en la corte de Roma, así es que allí, como en todas partes, el Padre era tenido y respetado como un hombre de un extraordinario mérito, y esta reputacion misma de que tan justamente gozaba, vino á ser motivo para su elevacion á altísimas dignidades, y al mismo tiempo motivo tambien para que la Iglesia lográra las grandes ventajas de los servicios que prestó en los distintos cargos en que poco despues fué constituido. Agitábase gran cuestion acerca del sugeto á quien se nombraria arzobispo de Hybernia, ya porque la silla era muy envidiada, ya porque algunos de los sugetos propuestos no tenian los requisitos que eran de desear, y el Papa no queria romper abiertamente ni tampoco hacer la promocion en persona que no fuese muy digna; por lo cual se fijó en el P. Provincial, y quieras que no, pues costó mucho que aceptase tan elevado puesto, tuvo que someterse, y despues de retirarse varios dias para ejercicios espirituales, recibió su consagracion y despues ya tomó á su cargo inmediatamente el gobierno de su tan vasta como importante diócesis. Muchísimos motivos de disgusto se le ofrecieron desde el primer dia, á los cuales solo una paciencia como la suya, y más que nada la conviccion íntima en que estaba, no solo de que obraba segun debia, sino de que obraba segun Dios, pudieron resistir, pues referidas parece imposible que un hombre se hiciese superior á tanto. Así el clero como el estado secular estaban en completa discordia, no ya clérigos con seglares y seglares con clérigos, sino entre sí mismos, de suerte que podria asegurarse que nadie queria á nadie, y estas animosidades habian de refluir precisa, necesaria é indispensablemente en mal del pueblo y en ruina de sus más legítimos derechos por el abandono de sus más sagradas obligaciones. Al observar el arzobispo esta especie de banderías, que tanto perturbaba el sosiego, quiso quitarlo, y para lograr su intento comenzaba por ceder él mismo de su derecho y autoridad, constituyéndose allí donde podia lograr algun adelanto en su empresa. Visitando así á unos y á otros, podia hacerles ver las cosas bajo su verdadero punto de vista, y deshaciendo así las equivocaciones de unos y otros, fundamento de las rencillas y de los disgustos de todos, á todos era muy útil, por cuanto todos venian, por decirlo así, á caer de su terquedad y á ponerse en un terreno firme, seguro y sobre todo muy conveniente para su provecho. Como á estas excitaciones directas agregaba nuestro buen prelado la excitacion indirecta, aunque no ménos

provechosa, de una virtud á toda prueba, sus palabras tenian tanta autoridad, que ninguno se atrevia á resistirlas; así es que poco á poco, porque las grandes obras tienen que hacerse poco á poco si han de hacerse bien, poco á poco el señor Obispo logró no solo conciliar aquellos ánimos, sino los de los más díscolos, atraerlos al terreno donde debian estar, con tal conviccion, con tal asentimiento suyo, que no parecia sino que siempre habian estado obrando conforme á los principios de moralidad que se les inculcaba, de tal manera que parecia natural en ellos aquello mismo que era efecto de la gracia de Dios é inmediatamente de la cooperacion del señor Arzobispo. Por otra parte, todo cuanto tenia, otro tanto empleaba en el socorro de los necesidades de sus fieles súbditos, sin desatender, ni muchísimo menos, el cumplimiento de sus obligaciones pastorales, que miraba, como era consiguiente, con la suma importancia que tienen de suyo. Nunca descansaba en la santa visita, y durante los rigorosos meses en que no era posible caminar, la capital era donde ejercia su importante ministerio, recorriendo algunas parroquias y áun iglesias particulares, porque todas disfrutáran del inestimable beneficio de que en ellas se diera á los fieles el pasto de la Confirmacion, de la doctrina y de los demás beneficios que el obispo con sus ámplias facultades puede hacer á sus fieles diocesanos. Así seguia muy satisfecho y tranquilo, contento aunque trabajando con apostólico celo, pero satisfecho porque veia que el Señor bendecia sus intentos, ó más bien que los guiaba, para de esta suerte colmarlos despues de las más ámplias venturas en los éxitos tanto más felices cuanto ménos esperados. Mas habia el Señor formado acerca de él sus más altos designios y queria hacerle brillar en otra esfera, elevarle todavía más en el órden mismo, en el cual le enalteciera hasta la dignidad episcopal, y para lograrse los designios de Dios, precisos eran, por parte del Arzobispo, nuevos méritos, y de un órden distinto de los que hasta entónces contrajera, y para estos distintos y extraordinarios méritos, ocasion que pudiera servirle para lograrlos. Efectivamente, como hubiere necesidad en Inglaterra de un sugeto de idoneidad notoria para consultar y dirigir los asuntos de aquella importante silla, fué designado el arzobispo Ricardo Wiltono, porque él podria desde luego, como medio efectivamente, dar solucion á cualesquiera dificultades que se ofrecieran y hacer frente con valor á las cosas que por parte de los enemigos de aquella situacion se ofrecieran para embarazar el buen órden y régimen de los asuntos. Fué, pues, allá, encomendando el gobierno de su diócesis, con todas las condiciones canónicas, á un gobernador, persona de toda su confianza, á quien sin embargo obligó á que de tiempo en tiempo le diese cuenta de cómo todo marchaba, para dictar él desde Lóndres las disposiciones convenientes, si acaso hallaba oportuno dar alguna disposicion. Fué, pues, des-

embarazado en lo posible de cuidados, á prestar á su nacion el servicio que esta le exigia, y lo hizo tan á satisfaccion de todos, que todos hubieran querido hacer compatible el gobierno de su arzobispado con su residencia en Lóndres, y el que no hubiese abandonado más á aquellos que le merecian tanto por los servicios, que guiado de caridad, pues nunca tuvo otro móvil, les habia prestado al evacuar las consultas que se le hicieron, siempre bajo el concepto de que sus resoluciones serían como la norma de las reales órdenes con que el Rey habia de fomentar los intereses, no solo materiales, sino morales y sociales de sus súbditos. El Rey mismo y su gobierno no pudieron ménos de quedar admirados de lo que habia hecho y del breve espacio de tiempo que le habia ocupado su ejecucion, deseando lograr para él en el capelo la única elevacion á que le podian sublimar. En efecto, el Rey mismo pidió y logró que el arzobispo de Hibernia fuese promovido á la altísima dignidad de cardenal presbítero de la santa romana Iglesia en justa retribucion de los eminentes servicios que á la Iglesia misma habia prestado, ya directamente, digámoslo así, es decir, mediante las cosas que para el servicio de esta piadosa madre hizo siempre que fué menester, ya indirectamente por los importantísimos asuntos que para bien y provecho de su patria despachó favorablemente siempre que se presentó ocasion para ello. Vaciló mucho el Rey en cómo se haria el darle el capelo, si en su cámara, pues sabido es que esta funcion tan importante como solemne la encomienda generalmente Su Santidad á los soberanos de las naciones para que en su nombre lo hagan; ó pensaron tambien en si sería mejor que el electo pasase á Roma para recibir de Su Santidad mismo las insignias que acreditaban su última dignidad; y por esto fué por lo que al cabo se decidieron por que el Arzobispo pasase á Roma y de mano del vicario de Cristo, que era entónces su santidad Gregorio IX, recibiera el capelo, pudiendo al mismo tiempo recibir título y demás, y quedar autorizado para asistir á todas las asambleas y demás cosas del colegio cardenalicio. En efecto, acompañado de algunas personas distinguidas de la corte de Inglaterra fué á Roma, y el Papa le confirió el honor de la púrpura con todas las solemnidades acostumbradas, haciéndole titular cardenal de S. Esteban de Monte-Celio y dispensándole la más honrosa distincion. Manifestar la profunda sensacion y alegría indecible con que sus fieles diocesanos, cada vez más prendados de su prelado, supieron que este habia sido creado cardenal, esto no es para dicho, pues no hay expresiones adecuadas para referirlo; así que al regresar de Lóndres despues de su viaje á Roma, cuando ya venia purpurado, no es posible describir el entusiasmo, el afecto y la admiracion que en aquellas buenas gentes se veia bien á las claras. El Cardenal mismo es el único que permanecia no solo indiferente, sino hasta insensible á tantas

ovaciones, á tales muestras de contento como se le hacian con sobrada justicia. Es verdad que esto consistia en que él se hallaba convencido de que no era acreedor en manera alguna á las deferencias que se le hacian, y por esto, como que le sorprendian y no lograban satisfacerle, porque á la verdad no era ese su elemento, pues aunque tan sublimado como su dignidad lo decia, nunca pasó de ser un simple fraile trinitario, pues como tal se pertó siempre desde que entró en aquella sagrada religion. Por supuesto que al punto que volvió de su comision y con su capelo, se encargó de nuevo de todo el gobierno de su diócesis y la rigió con grande acierto como hasta entónces, sin que por la nueva y muy sublime en verdad elevacion en que Dios lo puso, se abstuviera del ejercicio de ninguna de las funciones de su ministerio, ni una vez siquiera pidiese obispo auxiliar para su diócesis, como generalmente suelen tener los Emmos. señores Cardenales. Con motivo sin duda del viaje que hizo á Roma para tomar la púrpura, título y demás, estrechó amistad con sus compañeros de colegio cardenalicio, y el mismo Santo Padre lo distinguió muchísimo, dándole algunas muestras de muy señalada deferencia, deferencia que se continuó tanto de parte de Su Santidad como de la de los demás cardenales, todo el resto de la vida del nuestro; bien es verdad que él por su parte, además de la muchísima atencion con que correspondia y respondia siempre á todos, les procuraba servir y complacer en lo que estaba á su alcance, reanudándose así más y más estas relaciones, á pesar de la distancia que les separaba. El Padre Santo le profesaba no una simple benevolencia, sino un amor entrañable, y quiso darle una prueba de afecto, así como de la confianza que en él tenia, poniendo á su cuidado una importante comision, lo cual vino á ser por parte de Gregorio IX, como el nombrarle arzobispo lo fué de parte de Honorio III, un testimonio de que aquel en su dia, y éste hoy, consideraban á Ricardo Wiltono como el hombre más importante de su época y estado. Con ocasion de haber de ventilarse importantísimas cuestiones, tanto para el reino de Inglaterra, cuanto para la Santa Sede, el Rey suplicó á Su Santidad le mandára un legado especial con las facultades que tuviera por conveniente para que así pudiese darse cima á muchos asuntos que necesitaban una resolucion, y que no podia tomarse esta sin la intervencion de ambos poderes, pero de una manera no tan concisa como permiten las relaciones por escrito, sino lo ámplia que puede ser cuando se tienen conferencias. Mucho agradó al Papa el que el Rey se colocára en un terreno tan conveniente, porque á la verdad, la gran necesidad que de su arreglo tenia Inglaterra la conocia Su Santidad como no podia ménos, y por consiguiente quiso que este arreglo tuviera toda la solidez posible, para lo cual encontró como el mejor medio el que el legado fuese una persona de la más alta dig-

nidad para que así se le pudiesen conceder las facultades más amplias y que fuese al mismo tiempo simpático al Rey y á su gobierno, para que se orillasen de esta suerte algunas dificultades que de otro modo acaso no habrian podido vencerse; así que, atendidas todas estas razones y por una bula especial, nombró al Emmo. Sr. Cardenal Ricardo Wiltono, arzobispo de Hibernia, su encargado especial de negocios cerca del rey de Inglaterra con todas las facultades que competen en un legado *à latere*, y más aún si para algun caso particular las hubiese menester; y esta bula, que recibió nuestro Cardenal cuando ménos la esperaba, fué acompañada de una carta de Su Santidad al Rey, en que en los más lisonjeros términos le daba cuenta del nombramiento, alentándole á que consultase y conferenciára cuanto quisiese para ver si de una vez se podian arreglar los importantes asuntos de Roma é Inglaterra. Apénas recibida la bula y la carta respectivamente por el prelado y por el monarca, uno y otro hicieron lo que de su parte estuvo para cumplir la mision extraordinaria que el Papa cometia al uno cerca del otro. Puesto, pues, en camino sin más atavios que los que convenian á un fraile trinitario, que decia nuestro buen P. Ricardo que era él, el monarca sin embargo quiso recibirle cual convenia á su dignidad y á la representacion que traia. Trató por un momento nuestro Cardenal de no aceptar por espíritu de humildad estos honores que le eran tan debidos por su posicion; pero pensando con razon que ni áun al Papa le pareceria bien esto, cedió y se presentó con toda la ostentacion conveniente al legado *à latere*. Hubiera querido pasar desde luego á vivir en su convento, pero tampoco esto pareció prudente, pues el Rey le habia dispuesto hospedaje en su mismo palacio, y este fué el que aceptó, no sin que se resintiera su humildad en hallarse tan encumbrado; pero sabiendo muy bien referir á Dios, como autor y dador de todo lo bueno, este y los demás honoríficos tratos que tan justamente le prodigaban. Muchísimo fué el contento del Rey en que este fuera el hombre que Dios le deparaba para procurar el bien de su nacion en órden á procurarla de parte de la Iglesia esos singulares beneficios, que solo se comprenden cuando se tocan; así que no hubo ninguna dificultad en la resolucion de los negocios, y tanto el legado como el monarca se avenian perfectamente, sin que se diga por esto que ninguno dejaba de cumplir un deber ni de procurar con todo esmero por los intereses que respectivamente le estaban confiados. Mas el Señor queria que en el desempeño de este importante cargo de legado extraordinario de Su Santidad, se cumplieran los dias del Cardenal, y una terrible calentura le atacó cuando ménos se esperaba. Por más que el Rey puso para la curacion del Cardenal tanto ó mayor esmero que el que habria puesto en su misma persona, los esfuerzos fueron inútiles y los médicos dijeron que el mal era de gravedad y áun de

peligro. El Cardenal entónces manifestó al Rey su ánsia de morir como simple religioso en su convento, y el Rey condescendió con su deseo. Efectivamente, tan pobre como los demás frailes, sin ninguna distincion, lo pusieron en la enfermería de su convento de Trinitarios de Lóndres, conservando sin embargo el cuidado facultativo del enfermo los médicos de cámara. Estos vieron lo inminente del peligro de su vida, y dispusieron que el dia 15 de Diciembre se le administrasen los santos sacramentos de Viático y Extremauncion, que recibió con toda la humildad, reverencia y atencion que convenian á su vida tan arreglada, y despues de haberse él mismo recomendado el alma, y oido con atencion las preces de la Iglesia, dió á Dios su espíritu en 21 de Diciembre del año de 1239, en medio del sentimiento general de Lóndres, que le apreciaba cual si fuese padre de cada uno. Hiciéronle solemnísimas honras, y su cadáver, segun su expresa voluntad, fué llevado al convento de Montiduno, donde habia labrado una suntuosa capilla á nuestra Señora de los Remedios, y en esta capilla, y en un magnífico sepulcro que el Rey le costeó, se le puso bajo un gran epitafio que decia algo de su vida y de las glorias y lauros que mereciera. Este monumento se conservó hasta los desgraciados tiempos de Enrique VIII, en que se perdió como otras muchas cosas que honraban á Inglaterra. Nuestro buen Cardenal, á pesar de sus graves y continuas ocupaciones, fué tambien escritor, y han quedado de él hasta doce libros de varios asuntos, todos importantes, y todos escritos con bastante acierto y con muy buen estilo, digno es, pues, de recuerdo perpétuo el cardenal Ricardo Wiltono. —G. R.

RICARDO (Fr. Cárlos Luis), religioso dominico, nació en 1711 en Blainville (Meurthe) y se dedicó desde luego á los estudios, que siguió con los mejores resultados. Poseia Cárlos Luis todas las ventajas que pueden hacer á un jóven sobresalir en los estudios: vasta capacidad, aplicacion, emulacion y deseos de distinguirse. Así fué que en pocos años hizo los más rápidos adelantos, obteniendo diferentes premios y pudiendo esperar un brillante porvenir merecido por su talento. Abundaban las personas que querian protegerle para que fuese el honor de su provincia, en cuyos anales estaban bien convencidos llegaria á inscribirse su nombre; y sin rehusar su proteccion, Cárlos, que era bastante modesto y solo fiaba en sus propios recursos, emprendió un viaje á París, donde no debia tardar en cambiar su suerte. Jóven, dotado de algunas ventajas personales, y con no vulgar disposicion, fuéronle abiertas las puertas de las principales casas de la corte de Francia, y aunque concurria á ellas, nunca olvidaba sus estudios ni perdia un momento para hacer mayores adelantos. Pasó á paso llegó así á lo postrer de ellos, y precisamente cuando iba á tomar el grado de doctor en la Sorbona, se le ocurrió la idea de que de nada le servirian sus triunfos literarios si no tenia algun objeto

á que atribuirlos, alguna idea á que consagrarlos. Pensaba, pues, en la eleccion de carrera. Asunto es este uno de los más difíciles que se presentan á un jóven, y en particular en una época de la vida en que la falta de experiencia hace que se elija á ciegas tal vez, por lo que se ha oido decir en la casa paterna, acaso por lo que se ve hacer á los compañeros de colegio. Esta es la causa de que se vea á tantos hombres desgraciados en medio de la fortuna, y que las arrugas de la tristeza surquen muchas frentes á quienes debia cubrir la sonrisa de la felicidad. Vése con frecuencia á hombres llenos de actividad y movimiento, que hubieran estado muy bien en un campo de batalla ó en las fatigas de los viajes y en los trastornos de la causa pública, vegetando sobre un bufete, ignorando qué hacerse y despedazando todos los dias lo que acaban de escribir solo para dar pasto á su actividad; miéntras por el contrario, otros á quienes su carácter pacífico y tímido hacia á propósito para la calma del hogar doméstico, se encuentran empeñados en pesadas faenas, que nunca llegan á comprender y mucho ménos á practicar; cuál desempeña negocios que no hace sino á medias, y otro que haria muy buenas operaciones está dedicado á trabajos mecánicos. Esta falta de nuestra educacion tiene una influencia demasiado profunda en nuestra vida, y creemos se deberia procurar subsanarla por todos los medios posibles. Los padres generalmente, por no cargar con una responsabilidad, que no por eso dejan de tener, aconsejan á sus hijos obren conforme á sus instintos, ó no se toman cuidado alguno y miran con la mayor indiferencia una cuestion de que depende el porvenir y la fortuna de su familia; otros, por el contrario, quieren imponer su omnímoda voluntad á sus hijos, y porque ellos han experimentado una mediana suerte en su profesion, se empeñan en que sus hijos sigan su ejemplo, y vegetan como medianías, cuando tal vez estan llamados por sus cualidades á mayores empresas. Ambos extremos son á cual más peligrosos, y quizá en ninguno de ellos se debe aplaudir la manera de que se obra. Creemos que se necesita mucha prudencia por parte de los padres para dirigir á sus hijos en este punto, mucha abnegacion por parte de los hijos para probar sus inclinaciones y verdadera capacidad, y solo cuando la experiencia y los contínuos ejemplos, los consejos de sus profesores, que son los que se hallan en mejor estado para decidir, y no de uno solo, sino de varios, hayan dado á los padres todas las luces que necesitan para obrar, entónces es cuando deben paulatinamente y por medios suaves, conducir á sus hijos hácia aquello que más les conviene, no obligándoles á la eleccion de carrera sino dirigiéndoles con prudencia á abrazar aquella que mejor se aviene con su constitucion física, carácter y cualidades. Decimos esto al ocuparnos de Cárlos Luis Richaud, porque este jóven no fué á los principios de su vida más que un distinguido estudiante; despues sí supo dar ejemplos

de una virtud á toda prueba y arrostrar el martirio por defender la santa religion que habia abrazado; mas en su juventud solo creia en la ciencia, por ella vivia, por ella se sacrificaba, y para cultivarla con mejores resultados se retiró al fondo de un claustro. Durante sus estudios para el grado de doctor habia hecho Cárlos amistad con varios dominicos, que le inspiraron grande amor á su Orden, consagrada principalmente al estudio, y de la que siendo uno de los objetos principales la predicacion, todos los que en ella tomaban el hábito se consagraban por necesidad al estudio, debiendo ser la elocuencia una de las cualidades que más les distinguieran. No carecia de ella Cárlos, y la miraba con particular predileccion, por lo que le habia hecho obtener diferentes triunfos en la escuela; así ambicionando otros nuevos, y convencido de que en ninguna parte podia encontrarlos mejor que en la cátedra sagrada, donde se presenta al jóven orador el más vasto teatro que pueda ofrecerse á la imaginacion, pues no solo tiene á su disposicion el universo con todo lo creado, sino tambien el cielo con sus espíritus inmortales, todo lo increado y todo lo que la omnipotencia de Dios puede crear, no vaciló en decidirse por una religion que satisfacia tan bien sus deseos, y tomó el hábito de la órden de Predicadores, recibiendo en seguida la borla de doctor en la Sorbona. El ilustrado dominico comprendió desde aquel momento lo sagrado de sus deberes, y se dedicó única y exclusivamente á desempeñarlos. Grande era su mision, grandes tambien sus fuerzas para llevarla á cabo. La Francia, corrompida desde muy antiguo por el libertinaje, las malas costumbres dominando desde el trono hasta la cabaña, la prostitucion por todas partes, la pureza en ninguna, la mala fe sacando partido de todo esto, y esperando un momento para proclamar su triunfo, tal era el campo que tenia que cultivar el P. Richard, campo bien estéril por cierto, pero en el que no podia dejar de trabajar, aunque estuviese convencido de que obtendria poco fruto. Sus primeras predicaciones obtuvieron los mejores resultados, y lo mismo los cortesanos que las gentes del pueblo corrieron á oir sus sermones: aplaudiéronle todos, le escucharon con confianza y consiguió más de una conversion. Entónces, y cuando las personas de la corte, á quienes atrae más la novedad que la verdad, cesaron de asistir á sus sermones, porque concedieron su favor á otro predicador más de moda, empezó Richard á recorrer la Francia, sembrando la palabra divina de ciudad en ciudad, procurando recoger los más frutos posibles y desarraigar aquella filosofía que la indiferencia primero, y la incredulidad despues, habian dejado que echase en Francia las más profundas raices. Combatió con todas sus fuerzas el falso volterianismo, la manía enciclopedista, que no solo por Francia sino por toda Europa, se extendia á la sazon, y cuando comprendió que su palabra tenia poco alcance, que no llegaba tan allá como

los tiros de sus adversarios, entónces fué cuando tomó la pluma y comenzó á escribir para oponer el bien al mal, al veneno la triaca. Su *Diccionario de Ciencias eclesiásticas;* Paris, 1760 (seis volúmenes en fólio), vió la luz por estos dias, é inútil es decir cuáles eran su objeto y sus tendencias. Esta obra tuvo entónces un éxito extraordinario, y áun en nuestros dias se lee con gusto, habiendo merecido los honores de la reimpresion bajo el título de *Biblioteca sagrada*. Desde este periodo hasta que estalló la revolucion, compuso otras muchas obras, siendo muy apreciada la que lleva el nombre de *Análisis de los Concilios*. En todas ellas vaticinaba el P. Richard la tormenta que rugia sobre Francia, presentaba medios y daba las ideas que le parecian más á propósito para conjurarla. Pero sus esfuerzos eran vanos, lo mismo que los de otros muchos que seguian su camino, y aunque consiguieron algo cerca del trono, el pueblo estaba ya demasiado corrompido, las mismas clases altas de la sociedad deseaban unas reformas cuya extension no conocian, cuyos resultados no podian adivinar. Hubo un momento en que vaciló el mismo P. Richard, y creyó que tal vez se conseguiria algun resultado favorable para la religion y para el país con el imperio de unas ideas que estaban en la masa de la sangre de todos los franceses, que dominaban en parte en el gobierno, y que no debian tardar en trastornar toda la Europa. Esto que creia el religioso dominico lo creian tambien otros religiosos de su comunidad, y áun de diferentes órdenes de Francia y el extranjero; pero en realidad ignoraban el modo de llevarlo á cabo, no sabian cómo obrar en la série de circunstancias y dificultades por que empezaba á atravesar el mundo político. Toda la Francia aplaudió, toda la Francia tomó parte en la separacion de los Estados Unidos de la madre patria; hiciéronse rogativas por el buen resultado de esta empresa, se celebraron con *Te Deum* los triunfos de los anglo-americanos, y Francia creyó el dia más glorioso de aquel siglo en el que pudo asegurar que se habia llevado á cabo la separacion. Pero Francia ignoraba que la poderosa Albion se vengaria horriblemente, y que ya llevaba en su seno el cáncer que sin grandes estímulos no tardaria en devorarla, en reducirla á la postracion, en colocarla al borde de la tumba, á la orilla del abismo en que se debia suicidar. Lafayette, el héroe de los Estados-Unidos, debia ser el héroe del pueblo contra su rey, héroe que á su vez se trocaria en un juguete, y tendria que emigrar al empuje de las pasiones. La revolucion no debia tardar en estallar, y al fin rompió todos los diques, y como el mar por largo tiempo comprimido, todo lo llevó delante de sí, casas, árboles, ganados y hasta los mismos habitantes. La religion fué sin duda la que padeció más desde los primeros momentos; en vano algunos individuos del clero se distinguieron por sus sacrificios, abnegacion y sus ideas; en vano manifestaron otros hallarse dispuestos á abrazar la reforma,

y hasta á tomar en ella una parte más ó ménos activa, segun se les exigiese; la revolucion queria romper con el clero, no queria en realidad ninguna religion, y así no tardó en atacar á la dominante, imponiendo al clero el juramento civil, que no podia prestar en conciencia. El P. Richard, arrancado ya de su convento, obligado á vivir con su familia de los modestos productos de algunas lecciones, fué uno de los que se negaron á este acto. Empleáronse contra él ruegos, palabras, amonestaciones, hasta la más inaudita violencia, todo fué en vano; su resolucion era firme y decisiva, y la misma muerte le asustaba mucho ménos que lo que él miraba como una apostasía. En tal situacion, viéndose perseguido por todas partes, comprometiendo con su presencia á sus mismos parientes, amigos y protectores, no vaciló en emigrar, y pasó á Bélgica, donde no le esperaba mucho mejor fortuna. Pudo en aquel país respirar un momento, pudiendo ejercer en público su santa religion sin ver á cada instante amenazada su vida é interrumpido el sacrificio por los gritos de furor de los asesinos y los lamentos de las víctimas. Pero ay! este instante debia ser de corta duracion; la revolucion avanzaba, tenia amigos y afiliados en todos los países, y no debia tardar en pisarlos por voluntad ó por fuerza. La Bélgica era sin duda la que más amenazada se hallaba. Toda la Europa se habia levantado como un solo hombre al saber el asesinato de Luis XVI; la Europa, cuyas costumbres eran demasiado blandas para sufrir verdugos, pero que tampoco tenia fuerza suficiente para repelerlos. Creyóse generalmente en el triunfo de los coligados, y todo en la apariencia lo hacia creer así, siendo los emigrados franceses los que más se dejaron llevar de este error, error que no debian tardar en pagar muy caro. Creian que el pueblo no tenia generales, que carecia de militares capaces de conducirles al combate ó á la victoria. Olvidaban sus muchas injusticias; olvidaban que para cubrirse de vanos títulos y honores, que para conservar en sus familias muchas rentas, que decian paternales, habian no solo postergado, sino tambien desconocido, el verdadero mérito, y que entre las filas de los soldados habia ocultos muchos hombres que valian más que ellos, que eran verdaderos militares, y que no tardarian en manifestar á la Europa asombrada, y vencida por caer en el mismo error en que habian caido los que iban á llorar con ella su derrota, que hay un dia de expiacion, y que la justicia eterna debe brillar, aunque para ello corran rios de sangre, y se conviertan las ciudades en montañas de fuego. ¿Quién hizo suponer á los pobres príncipes franceses, valientes sí, pero no muy entendidos, que iban á poder detenerse frente á frente ante el intrépido Pichegrú y el famoso Kellermann? ¿Quién hizo creer á las potencias europeas que sus ejércitos, mandados por favoritos ó hijos de príncipes bastardos, podian combatir en lucha igual con los hombres del pueblo, ru-

dos, sanguinarios, bárbaros, pero robustos, valientes y decididos? ¿Quién debia hacerles suponer que sus ejércitos, compuestos de hombres máquinas, batiéndose solo en pro de la disciplina, podrian resistir el choque de indisciplinados bisoños sí, pero de bisoños que sabian por lo que se batian, que daban con gusto su sangre por la causa que estaban defendiendo? Así el triunfo de Francia no fué tardío ni dudoso, y únicamente en España fué donde pudimos detener por más tiempo la invasion, sosteniendo dos gloriosas campañas al otro lado de los Pirineos. Mas la invasion se verificó, porque no podia ménos de verificarse, y toda la Europa, desde las columnas de Gades hasta los hielos de Moscow, fué invadida por los soldados franceses, que se convirtieron en reyes y príncipes, y sustituyeron á la antigua y degenerada nobleza. Esta entre tanto lloraba su perdida causa, huia lo mejor que podia y se ocultaba en Lóndres, desde donde lanzaba ridículos é insulsos folletos contra una causa á que habia dado orígen y vida, que quiso ahogar despues, pero que hallándose en todas las fuerzas y vigor de la juventud, no tuvo más que abrir los brazos para suprimir de la vida á la vieja loca que queria detenerla en su camino. La desgracia fué el gran número de víctimas inocentes que perecieron en aquellos momentos, víctimas cuya sangre protestará siempre contra la ignorancia de los unos, contra la mala fe de los otros. Una de estas víctimas fué el P. Richard, anciano venerable; vivia en Bélgica, confiado en lo que le decian sus compatricios emigrados, y esperando el carro triunfal que de un momento á otro debia conducirlos en medio de todo género de fiestas hasta la capital de Francia. En vano comenzaron á anunciarse las derrotas, en vano los emigrados comenzaron á replegarse más bien fugitivos que vencidos; no habia cuidado, al dia siguiente se obtendria una gran victoria y emprenderian el camino hácia París. El P. Richard así lo creia, y anciano sexagenario empezó á hacer sus preparativos de viaje para volver á su convento. Mas de repente entran los franceses, se apoderan de su persona, y el noble anciano, recobrando en aquel momento todo su valor, no tiembla ni retrocede, marcha con paso seguro, sabe que camina á la muerte, ¿qué le importa? Ha perdido su última esperanza, á su alrededor no hay ningun emigrado, está solo, ha sido vendido, engañado, y la primer palabra en francés que escucha, es la que manda disparar la descarga que le quitó la vida. Era el año de 1794.—S. B.

RICARDO (P. Claudio), de la Compañía de Jesus. Fué natural de Borgoña, y de una familia antigua é ilustre, la que le proporcionó una educacion correspondiente á su clase, deseando destinarle á una carrera en que aumentase su brillo y su esplendor. Mas desde la infancia habia manifestado Ricardo no ser nacido para el mundo, sino por el contrario, para servir á Dios en religion, pues sus hábitos pacíficos y morigerados, su carácter dul-

ce y amable, y todas sus cualidades, le inclinaban á vivir en el retiro y hacerse allí notable por los grandes adelantos que estaba llamado á hacer en la ciencia y la virtud. En esta se habia distinguido ya por su continua asistencia á las prácticas religiosas, no faltando á ninguna que le prescribiese su confesor, ni á las que se imponia él á sí mismo, pues su casa era un verdadero oratorio donde no se dedicaba más que á alabar á Dios dia y noche, pasando largas horas en contínuas devociones y penitencias, á las que, como hemos dicho, se sentia llamado por inspiracion superior. No abandonaba por esto sus estudios, pues aunque comprendia que no haria grandes progresos en los que le habian dedicado sus padres, sin embargo, por si acaso llegasen algun dia á serle útiles en la carrera que pensaba abrazar, no los descuidaba, convencido de que podria aplicarlos despues á cualquiera objeto, una vez entrado en religion. Pasaban en tanto los años, y Ricardo continuaba avanzando en sus designios, acercándose más cada dia al objeto de sus deseos; mas presentáronsele algunas dificultades, pues su familia no llevaba á bien que se empeñase en un instituto religioso en que podia decirse le perderia para siempre y no le seria de la menor utilidad. Ricardo continuaba, sin embargo, constante en sus designios, sin perder de vista el que primero se habia propuesto, y sin que ni ruegos, ni súplicas, ni amenazas, se le hicieran abandonar; idearon sus padres diferentes medios para ver si conseguian distraerle, y todos le salieron vanos, pues ensimismado, por decirlo así, en sus prácticas y costumbres, no pensaba Ricardo en nada que de ellas le separase, y ántes por el contrario, todos sus esfuerzos tendian á aumentarlas con el ardor que inflamaba su ánimo, tan propio de la primera juventud, con ese ardor que nada deja ver, que desconoce peligros y temores, y que lleva á nuevos mundos, sin que de ellos se tenga la más pequeña idea, y esta con frecuencia errada por la falta de experiencia y la ceguedad que domina siempre en aquellas primeras edades. Mas no sucedió así con respecto á Ricardo; sus ideas eran claras y distintas, sabia muy bien lo que se hacia, comprendia lo que debia hacer, y á falta de su propia experiencia, tenia la de su padre espiritual, hombre avezado en los desengaños del mundo, que conocia perfectamente á la sociedad y los que la componen, y podia, de consiguiente, aconsejarle con pleno conocimiento de causa. ¡Cuántos se han perdido por no seguir en este punto los pasos de Ricardo! Hay en la juventud una cosa que rechaza, que repele á la ancianidad, y hay en la ancianidad, si no una repulsion hácia la juventud, al ménos demasiada severidad por sus extravíos y defectos. Si los padres no abandonasen nunca á sus hijos, si recordasen lo que fueron en sus primeros años, y procuráran amoldarse en la edad madura á lo que requieren edades más tempranas, de seguro no habria que lamentar tantas desgracias en las familias. Mas por desgracia no

sucede asi, pues ó se obra con demasiada severidad, ó con indulgencia en demasia: ó se ve en el jóven á una especie de criminal, á un loco insensato que va extraviado por el camino de los vicios, cuando únicamente es un iluso á quien se presenta el mundo con brillantes y desconocidos colores, y quisiera abarcarle de una sola mirada, poderle coger en su mano, no para lanzarle en el espacio sin límites, sino solo por el gusto de verle rodar. La juventud es siempre noble y generosa, desconoce el egoismo de la edad madura y la avaricia de la ancianidad; cuando los padres, por un exceso de cariño, miman á sus hijos, los apartan de los instintos y los hacen pequeños hombres, cuando solo son mozalvetes sin representacion ni mérito personal, dase en un extremo peor y más ridículo que los que los miran de mal ojo, porque se entregan á sus instintos; todo el valor de un padre, por grande que sea su poder y reputacion, no reflejará más que á medias sobre su hijo, y el pretender que este le disfrute por completo, obre y decida como si fuese el mismo que se le trasmite, no es solo imposible, sino hasta extraño y muy expuesto; la sociedad castiga con frecuencia, y muy severamente en los hijos, los faltas de los padres; y un mal consejo, un acto precipitado puede ser la causa de la desgracia de toda una familia, que tal vez se hubiese salvado si se hubiese dejado al tiempo lo que le pertenecia, porque conforme los frutos no pueden llegar á su sazon sin que las aguas del otoño pudran su semillas bajo la tierra, los arraiguen los hielos del invierno, los saturen los aires de Marzo y las tempestades y calores del verano los den todo su crecimiento y vigor; asi el hombre no puede llegar á ser un verdadero hombre sin haber pasado por todas las tempestades de la vida. Tal vez en el hogar de la familia, en el rincon de su casa, podrá desempeñar su papel, ser un honrado esposo, un virtuoso padre, un afortunado negociante ó industrial: mas colocadle en circunstancias difíciles, y aquel desgraciado ser, falto de experiencia y lleno de presuncion; aquel que cree que todo lo sabe, aunque nada ha visto; aquel que ni áun sabe arreglar su casa, manejada tal vez por cuatro intrigantes que han engañado su inexperiencia, suponiéndose con un saber que es solo fruto de su osadía y su ignorancia; aquel á quien su ceguedad impide ver esto, pero que sin embargo ha tomado y toma con frecuencia graves decisiones en asuntos ajenos, sin meditar los resultados que tarde ó temprano pueden volverse contra él mismo; aquel desgraciado ser que se cree hombre, aunque no lo es más que para sí, pues los demás le miran con burla ó desprecio, los primeros los que le engañan y abusan de su posicion, aquel hombre quedará perdido para siempre, y solo á fuerza de años, de desengaños y padecimientos podrá volver en sí y disminuir los males que le hayan causado las consecuencias de su triste inexperiencia ó ceguedad. Sucesos de este género los vemos todos los dias y á todas horas; los toca-

mos, los palpamos, somos actores y víctimas de ellos, sin que tengamos el atrevimiento de suponer que contemos con la experiencia suficiente para comprenderlos á fondo, para conocer toda su extension, y librarnos de los males que pueden acarrearnos y de seguro nos acarrean. No, no es tanta nuestra presuncion, pero á veces tambien debe tenerse presente que la nobleza de carácter, la delicadeza y la generosidad son tan peligrosas para el individuo como las cualidades opuestas; la mayoría de los hombres no son pensadores, no meditan, no conocen, no ven lo que tienen delante, y si, como arriba hemos dicho, juegan con tanta frecuencia con la felicidad de sus propios hijos, ¿qué extraño es que miren con indiferencia la de los ajenos? Así se ve á cada paso al trabajo, al talento y á la honradez sacrificados, burlados, escarnecidos y desconocidos, y lo que es peor, por hombres cuya reputacion equivoca decide de una vez, y para siempre, sobre las buenas cualidades de una persona á quien no ha estudiado ni conoce, pero á la que pierde para siempre tal vez; miéntras por el contrario la estupidez, la osadía, la intriga y la mala fe ostentan do quiera sus triunfantes cabezas y sustituyen, proscriben, se burlan y mofan del verdadero mérito. Pero á qué detenernos más en este asunto, cuando nuestro país y nuestro siglo ha llevado en esta cuestion su osadía y su ignorancia hasta el extremo de cerrar al hombre de mérito, vilipendiado y desconocido, el único asilo que le quedaba, el claustro, donde ajeno á la ambicion y de consiguiente extraño á la envidia, podia vivir ni envidioso ni envidiado, segun la expresion de uno de nuestros mejores poetas; solo le ha dejado un recurso triste, lento, largo y no siempre seguro en verdad, pero que á veces suele pagar con usura lo que se ha perdido en muchos años de padecimientos y dificultades: el tiempo para el hombre pacífico y constante es lo que el dia del triunfo para el justo, lo que para los israelitas la tierra de promision, él le sacará vencedor, él anonadará á todos los necios que se le oponen sin conocerle, él le hará justicia, le concederá la corona, le elevará al templo de la gloria, y colocará bajo su carro á los que habiendo tenido osadía para atacarle la tendrán entónces tambien para adularle. Pocos, pero algunos de estos casos hemos presenciado, pero son suficientes, sin embargo, para convencernos de que hay una Providencia que da á cada uno lo que merece, y el que no sienta remordimientos, el que esté convencido que áun en el mal ha obrado bien, el que sepa que en su balanza pesan más los beneficios que los males que ha hecho, son más las lágrimas que ha enjugado que las que ha dejado derramar, ese puede estar seguro de la victoria, nada le importa que el mundo crea lo contrario, ese mundo le componen los irreflexivos, los ignorantes, los necios y los hombres de mala fe que los gobiernan á todos ellos, y en lucha tan desigual, debe estar seguro de quedar

victorioso. Así le sucedió á Ricardo, desconocidos sus instintos por su familia, burlado, vejado por su padre, abandonado tal vez por su mismo director, que temblaba ante el poder de sus adversarios, sin recurso alguno en el mundo, sin un asilo adonde retirarse, sin un abrigo donde ocultarse, sin una piedra donde reclinar su cabeza, acaso se hubiese desesperado, sin duda hubiera abandonado sus designios y perdido para siempre el fruto de tantos años de trabajos, malogrado las esperanzas de su juventud, si con una constancia superior á sus años, con ese ardor que imprimen siempre las ilusiones en quien no ha gustado las amarguras de la verdad, no se hubiese lanzado en el camino que estaba seguro de recorrer con gloria y con fortuna y con mejores resultados, sobre todo, que el que sus padres le proponian. Tal vez hubiese sucumbido, se hubiera visto anonadado bajo el peso del dolor y la inferioridad de sus fuerzas. Mas no, cuando su familia se creia ya triunfante, cuando suponia haberle vencido con sus razones y argumentos, con las medidas que habia tomado, los castigos que le habian impuesto, y que habia mirado él como otros tantos deliciosos manjares ofrecidos á su deseo de padecer, como otros tantos aromas presentados á su olfato, ávido de fuertes emociones; entónces fué cuando Ricardo, contra todo lo que sus padres esperaban, tomó una medida decisiva y que fué para él la salvadora. Contaba diez y siete años á la sazon, y despues de haberlo consultado con su director, se dirigió al colegio que tenia en Ornac la Compañía de Jesus, donde desde luego vistió la sotana. Sus buenos antecedentes, sus no vulgares estudios, su buena opinion, le abrieron la puerta de una sociedad que está pronta á admitir en su seno todo lo bueno que produzca la ciencia y la virtud, todo lo que sintiendo en su interior elevarse la voz de su conciencia contra los escándalos ó las faltas del mundo, quiera alejarse de ella, consagrarse á su correccion tácita ó expresa, pues á veces el silencio y un buen ejemplo hacen más que los estudiados discursos, sobre todo cuando se pronuncian sin lugar ni razon y con poco ó ningun conocimiento de causa. En la casa de Ornac fué Ricardo un modelo de religiosos. Humilde, obediente, activo y entendido, cumplia todos sus deberes con la mayor atencion, procurando no faltar á ninguno ni áun de aquellos que no conocia ó que suponia no haberle sido revelados por superiores por causas que debia respetar. Así es que Ricardo mereció desde luego el aprecio de todos, y como en las prácticas piadosas todo le era fácil, bueno y sencillo, pues todo lo habia ejercitado ya, y quizá con más dificultades y aspereza, nada se echaba de ménos en él y se le miró como un perfecto novicio, esperando que en lo sucesivo seria útil á la Compañía. Su talento se iba en tanto desarrollando y prometia los mejores frutos, y los Padres, que así lo comprendieron, quisieron ilustrarle á la vez con las luces de la ciencia

y de experiencia, dedicándole á los estudios y haciéndoselos ir á adquirir á un país lejano, para que en el viaje completase en cierto modo lo que faltára en su educacion. Sus superiores se proponian tambien con esto separarle de su familia, sabiendo que le habia tendido algunos lazos para separarle de su designio, y que áun cuando al parecer se hallaba entónces resignada con la resolucion que habia tomado su hijo, no estaba del todo contenta, y era presumible que en lo futuro, volviéndose sobre sí, continuára sus molestias, no siéndola permitido, vista la resuelta vocacion de Ricardo. Emprendió su viaje á Roma á pié, sin recursos, manteniéndose de limosnas, segun costumbre de la Compañía, y yendo pobre peregrino á la ciudad donde otros peregrinos habian plantado para siempre la cruz del cristiano, la gloriosa cruz que se ostenta áun en los estandartes de sus enemigos, como anunciando el triunfo que obtiene sobre ellos y á pesar suyo. En este viaje, largo en verdad, pero no tanto para un jóven como lo era entónces Ricardo, vió por primera vez lo que sus ojos no habian esperado ver, aprendió lo que no creyó nunca aprender. Háse supuesto que la mendicidad impuesta á muchas religiones por sus santos fundadores, no tiene objeto alguno, resultados ni consecuencias, y sin embargo, los que tal han supuesto hánse engañado extraordinariamente, pues áun prescindiendo de que no hay ningun medio más á proposito para imitar á nuestro Salvador que padecer con él en la Cruz, las necesidades y privaciones son sin duda el medio mejor para acrisolar la virtud. El que sufre con paciencia los trabajos del mundo, el que en medio de todas las amarguras de la vida sabe levantar su corazon á Dios y darle gracias por las penas que le envia, mirándolas como otros tantos beneficios, pues supone le convienen así, y le convienen en realidad, para los fines á que la Providencia le tiene destinado; el que resuelto y decidido en medio de las desgracias continúa firme y constante marchando hácia su objeto, seguro de obtener un triunfo que su misma decision le promete á medias, ese, indudablente, sabe lo que da la virtud, la ha edificado en su corazon un templo en que la hace continuamente sacrificios, y llegará á obtener la palma concedida á los que saben abrazarla, seguirla y ponerla por objeto de todos sus pensamientos y límite de todas las acciones de su vida. El que, por el contrario, al encontrarse falto de todo en lucha con el mundo, decae y pierde el ánimo, y no se siente con fuerzas para combatir; el que afligido por la necesidad prevarica y se pierde, ese no sabe lo que es la virtud, no la comprende, y tan débil y pequeño no puede elevarse nunca sobre las aspiraciones, siendo incapaz de comprender aquella máxima del Evangelio *Non solum panis vivit homo*, y mucho ménos de sacrificarse por darle culto. Así las religiones mendicantes tenian un objeto grande y sublime: no eran, no, la mendicidad que se las impuso un

mero y vano capricho de sus fundadores, que pretendian de este modo probar las fuerzas de sus religiosos soldados de Jesucristo, que al encontrarse en medio de las tempestades del mundo, debian acostumbrarse á no poseer nada, caminar entre ellas siéndoles indiferente todo con tal de conseguir su objeto, el de dar ejemplo á los hombres de abnegacion y virtud. Así S. Ignacio de Loyola, sin hacer mendicante á su instituto, no quiso privarle de las ventajas de los que lo eran, y sus novicios marchaban en las primeras épocas de la Compañía á peregrinaciones más ó ménos largas, que se les imponian como pruebas, y en las que no comian otro pan que el adquirido de puerta en puerta. La peregrinacion que cupo en suerte á Claudio Ricardo fué más larga y gloriosa, tuvo que salir de su país, marchar á un país extraño, y él, que apénas habia salido de un pequeño pueblo de provincia, fué entónces, y por primera vez, á las grandes ciudades del mundo, y sobre todo á la capital del catolicismo. ¡Qué sublimes emociones no debió sentir al acercarse á Roma, al distinguir la cúpula de S. Pedro! El, pobre estudiante, lleno de fe y engrandecido por su virtud y sus sacrificios, se acercaba á aquella ciudad donde habian entrado en otro tiempo pobres y solos lo mismo que él los fundadores del cristianismo, los santos apóstoles, cuyos sepulcros no tardaria en visitar; iba á entrar en aquella ciudad regada con la sangre de tantos mártires, ilustrada con tantos milagros y tantos ejemplos. Jóven además, y no extraño á la historia, su corazon palpitaba al recordar que el polvo que pisaba habia sido pisado por los cónsules y los Césares; que iba á atravesar el foro donde habia hablado Ciceron, arrastrando con sus palabras á todos los ciudadanos romanos; el foro donde se habian decidido tantas veces los destinos del género humano, donde se habian llevado á cabo las acciones más grandes y heróicas de que se puede preciar la humanidad, pero donde se habian decretado tambien los crímenes más espantosos que ennegrecen los anales de los siglos. Al atravesar á Roma á la caida de la tarde, casi en la oscuridad de la noche, le parecia ver la sombra de César huyendo de los conjurados; creia que Neron se levantaba ánte él decretando nuevos sacrificios de cristianos, y le parecia que os hombres del Norte galopaban á sus espaldas para vengar tantos horrores, ıavar tanta sangre. Aquella puerta era por la que habia salido Leon el *Grande* á detener á los bárbaros que intentaban entrar en Roma; por aquella otra habia entrado Pio V, que hijo de un carbonero, carbonero él mismo en su juventud, llegó á ceñir la tiara de tres coronas, á tener suspendidos de su mano los destinos del mundo, y á lanzar en la decadencia en que todavía continuan á los prosélitos del Alcorán, decadencia que habria sido ya su ruina y el triunfo del cristianismo en esta parte del mundo donde tan pujante se ostentó en otros tiempos, si no lo hubieran impedido las pasiones

de los europeos, la egoista política de los unos, la falta de generosidad en los otros. Pero en medio de estos sueños se olvidaba el pobre Ricardo de la pequeñez de su destino, no tenia presente que él solo iba á Roma á estudiar, y que despues iria donde le enviase la voluntad de sus superiores. Mas no por esto se entristecia; cuando al llegar á la casa de S. Ignacio volvió á la realidad de la vida, satisfecho en su interior, pisó tranquilo sus umbrales, porque iba á emprender una hazaña mucho más grande y gloriosa que la de todos aquellos héroes que habian turbado por un momento su imaginacion; la de sellar el sacrificio que habia hecho renunciando al mundo con todas sus pompas y grandezas. Llevóle á cabo desde el dia siguiente, y con la mayor tranquilidad é indiferencia comenzó sus estudios de humanidades que hizo en breve tiempo, continuándolos despues con los de filosofía, en que manifestó su aplicacion y talentos, y sin que por estos motivos dejára de ejercitarse en sus prácticas piadosas, que ántes bien continuó con nuevo fervor. Terminada esta parte de su carrera fué enviado de nuevo á Francia, y estudió teología en Tournon, donde se dieron por terminados sus estudios, ordenándose poco despues de sacerdote, y emprendiendo la carrera de la enseñanza en que se distinguió mucho, porque eran grandes los conocimientos de que se hallaba adornado, y su vasta capacidad sabia hermosearlos y fecundar, sacando de ellos un fruto tan grato como útil á cuantos tenian la fortuna de aprovecharse de sus lecciones. Enviado á Lyon, enseñó matemáticas en esta ciudad con grande aplauso por espacio de siete años, precediendo los elogios de todos los inteligentes, y quizá hubiera continuado allí por más tiempo, si sus grandes adelantos en esta ciencia, y la necesidad que de profesores de ella habia en la China, no le hubiese animado á pedir permiso á sus superiores para pasar á aquellas remotas regiones, conquistadas por los PP. de la Compañía. La China, desconocida en lo antiguo, no comenzó á serlo en Europa hasta que S. Francisco Javier, despues de haber predicado en el Japon, encargó á sus compañeros pocos momentos ántes de su muerte, que salvasen la única barrera que mediaba entre el antiguo y Nuevo Mundo, y comenzáran la civilizacion de un país olvidado hasta entónces por su inmensa distancia de las demás naciones. Sin embargo, no fué tan facil á los sucesores de S. Francisco Javier el llevar á cabo esta empresa: una, dos y tres veces se presentaron á las puertas del Canton, una, dos y tres veces fueron rechazados por los celosos chinos, que comprendiendo la sabiduría de los dogmas de que les habian de explicar, se contentaban con admirarlos sin querer participar de ellos, y así fué que ni la ciencia, ni la astucia, ni ningun medio humano pudo vencer la decision de los chinos á no admitir europeos en su seno. Los Jesuitas, sin embargo, valiéndose de las matemáticas, y disfrazados en un principio de comerciantes, llegaron á

excitar de tal manera su curiosidad, que consiguieron ser admitidos en el interior del imperio, y llegaron á dominar al emperador hasta el extremo de que los tenia en su palacio, los sentaba á su mesa, y los dejaba celebrar públicamente su culto. Mas esto no se ha verificado siempre, pues en esta como en todas las naciones donde han entrado misioneros, han sido regadas con frecuencia con su sangre, y sufrido muchas y á cual más crueles y sangrientas persecuciones, áun hoy dia en que otras causas han hecho accesible la China á los europeos, los cristianos no tienen la mejor suerte en aquel imperio, y son con frecuencia sacrificados, teniendo que sufrir ántes de la muerte todo género de tormentos. El cristianismo, á pesar de esto, adelanta poco en la China, con circunstancia más rara todavía, y es que tiene que luchar con una religion más austera, más dura y cruel que la que profesan los católicos. Este fenómeno no tiene explicacion filosóficamente, sino en lo arraigados que se encuentran en aquel país sus antiguos hábitos, hábitos que no han podido destruir repetidas conquistas de los tártaros, pues estos al sentarse en el trono del celeste imperio, siempre han procurado adoptar las costumbres del pueblo conquistado, que les parece más civilizado que ellos. Destinado el P. Ricardo á este país por la utilidad que podia prestar por sus profundos conocimientos en matemáticas, vino á Madrid para emprender el viaje por la via de Filipinas, por donde iban entónces la mayor parte de estas expediciones; mas Felipe IV, admirado de su vasta capacidad, le detuvo en la corte para que enseñase durante algun tiempo la ciencia que profesaba. Accedió aunque con sentimiento el P. Ricardo á los deseos del monarca español, y comenzó á dar sus lecciones, que fueron la admiracion de aquel siglo, llenando Madrid su cátedra, á la que acudieron no solo los jóvenes sedientos de saber, sino tambien los hombres de edad provecta y algunos de los que colocados en los primeros puestos del estado, únicamente por un excesivo amor á la ciencia, podia presumirse que corrian á beberla en la pura fuente de los labios del P. Ricardo. Mas entre tanto sonaba el último momento de la vida para este ilustre profesor, que falleció en Madrid sin haber visto realizadas sus esperanzas de emprender su viaje á la China; tampoco vió premiado su mérito con la publicacion de sus obras que quedaron todas manucristas. Son las siguientes: 1.ª *Commentarios de universa Mathesi.*—2.ª *Sphæram Geometricam.*—3.ª *Ordo novus et reliquis facilior, tabularum sinuum tangentium;* y otras varias, cuyos títulos han omitido los autores, ignoramos por qué causa.—S. B.

RICARDO (Francisco). Nació este Jesuita en Pont-à-Mousson en Lorena. Inclinado á la vida religiosa, tomó el hábito de la Compañía de Jesus en el colegio de Jesuitas de Nancy el dia 7 de Noviembre de 1621, á la edad de diez y nueve años. Despues de haber profesado por seis años las humanida-

des, hallándose estudiando la teología, se sintió animado de consagrar su vida á la salud de las almas en las misiones extranjeras. Se oyeron sus votos en 1644, y pasó á Grecia, en donde hizo profesion de los cuatro votos el dia 19 de Octubre de 1664. Murió en la isla de Negroponto en Diciembre de 1673. Escribió en griego vulgar una obra en defensa de la ortodoxia de la Iglesia romana, en dos partes, habiéndose impreso la primera en París en 1657, en 4.°, y la segunda á últimos del mismo año en la propia ciudad. En esta obra tomó el P. Ricardo la defensa de todos los dogmas de la Iglesia romana combatidos por los griegos. Es autor de la obra titulada: *Relacion de la mision de los PP. de la Compañía de Jesus en la isla de Santa Irene;* Paris, 1657, en 4.° El P. Ricardo se hallaba este año en Paris para ciertos asuntos de la Compañia, pero no tardó mucho en volver á Grecia. El P. Oudin, proveyó á Moreri con algunas de sus memorias de las noticias que nos han dado á conocer á este piadoso Abad. — C.

RICARDO (Fr. Francisco), capuchino francés, probablemente de la provincia de Paris, donde pasó la mayor parte de su vida consagrado á los estudios y á ejercicios de piedad. Fué este religioso uno de los que más se distinguieron en su época por la variedad y número de sus conocimientos, que habian llegado á darle una no vulgar reputacion, y á colocarle entre los sabios de su siglo. Merecia el P. Ricardo el aprecio con que se le miraba, pues siempre fué bastante modesto, y nunca consintió que los desmesurados elogios que se le prodigaban se atribuyesen más que á Dios, orígen y fuente de toda ciencia y de todo saber. Su piedad era tan ilustrada, que al hablar de las cosas celestiales lo hacia con tal elevacion, con tanta grandeza y superioridad, que llenaba de admiracion á cuantos le veian, y así adquirió el renombre de elocuente, como lo era en efecto en el púlpito y en la cátedra. Sus comedidas palabras, su verdadera inspiracion y el afecto y fervor con que hablaba de todos los asuntos sagrados, fueron por largos años las delicias de los parisienses, en cuyas costumbres influyó mucho procurando una saludable reforma, que era bien necesaria en un siglo de los más corrompidos que registra la historia de Francia, nacion cuya moral no corre en realidad pareja con su ilustracion ni su grandeza. Mas en aquel pais eminentemente católico, siempre ha trabajado mucho el clero en beneficio de la religion, debiéndosele conversiones que áun en nuestros dias tienen, y con razon, grande celebridad. Así jamás se ha separado del seno de la Iglesia católica, como pareció estar á punto de hacerlo cuando las famosas proposiciones galicanas, que tanta boga llegaron á alcanzar, y que despues han caido en un olvido completo, aunque de cuando en cuando los amaños politicos las saquen á la luz para realizar determinados planes. Francia, además, se halla con respecto al catolicismo en una posicion excep-

cional, desde muy antiguo se ha llamado esta nacion la hija predilecta de la Iglesia, y cuando Carlomagno concedió á los soberanos pontífices el patrimonio de S. Pedro, conquistó para su patria esta denominacion. Mas á poco las guerras de Italia, las luchas de Güelfos y Gibelinos obligan á los papas á buscar un asilo en el suelo francés, y la silla romana permanece en Aviñon por un gran número de años. Para tener propicia á la nacion que los protegia, se ven obligados entónces los papas á hacer una multitud de concesiones, entre ellas la creacion de los cardenales, que pueblan en gran número el Sacro Colegio, creando en él un partido que da lugar á varios cismas; pues por una parte los cardenales italianos quieren el regreso á Roma del soberano Pontífice, peticion que le dirige la Italia entera apénas falta de su seno, y por otra los cardenales franceses insisten en que continue en Aviñon para conservar su poder y grandeza. En estos mismos cardenales y en las concesiones de los papas, vemos nosotros el orígen de las proposiciones galicanas y de algunas tendencias que de cuando en cuando se manifiestan en esta nacion, tendencias que por otra parte no destruyen su ortodoxia, además de que tiene buen cuidado la mayoría de reclamar contra ellas. En tiempo del P. Ricardo no eran ciertamente estas opiniones las que más llamaban la atencion, porque el espíritu del siglo tenia diferentes aspiraciones, á las que no dejó el P. Ricardo de consagrar su pluma con frecuencia. Pero estas obras no han llegado hasta nosotros, pues el espíritu un tanto dogmático del siglo, las hacia en extremo útiles al lado de las que se consagraban á la enseñanza. Probablemente estuvo consagrado á ella el P. Ricardo cuando tanto le elogian los cronistas de su Orden, que le citan por otra parte como un excelente religioso, modelo de toda clase de virtudes, y tan excelente para el confesonario como para el púlpito y la direccion de la comunidad, habiendo sido varias las que gobernó con no poco aumento espiritual y temporal para la religion. Los últimos dias del P. Ricardo fueron tan gloriosos como los primeros de su vida; mirado como un oráculo, todo lo principal de París acudia á su convento á pedirle consejos y postrarse ante él en el tribunal de la penitencia; creíasele el más ilustrado de los eclesiásticos de París, y la corte entera, ó todo lo principal de ella, queria vivir bajo su direccion; y así el P. Ricardo tuvo que trabajar con tanto exceso, que acaso esto apresuró sus últimos instantes con gran sentimiento de toda la poblacion, que acudió en masa á tributarle los postreros honores. De sus obras solo nos queda la compilacion titulada: *Textum Petri Lombardi, in lib. IV Sententiarum;* París, 1541, de que fué editor y corrector. — S. B.

RICARDO (Fr. José), del órden de S. Francisco. Fué natural de la isla de Sicilia, y perteneció á la órden de los Menores Franciscanos. Habiendo

seguido los estudios, obtuvo el grado de doctor en sagrada teología, y fué muy elocuente predicador. Pronunció en el convento de S. Francisco de Venecia una elegante oracion latina bajo este título: *Orationem in festivo gaudio pro invictisimi Johannis Casimiri nativi Sueciæ regis in Poloniæ regem electione dignissima*, cuya oracion fué publicada en un cuaderno en 4.° en el año 1648. Murió Ricardo en el citado convento de Venecia en 1652.—M. B.

RICARDO (Fr. Juan), trinitario. Fué de nacion inglés, natural de la provincia del Milderia, y tomó el hábito de la órden de la Santísima Trinidad en el convento de Honslow, en el que hizo su profesion y siguió los estudios, siendo graduado de doctor en la famosa universidad de Oxford. Despues de algunos años de religioso, fué nombrado ministro de su convento, en el cual permaneció toda su vida, áun cuando hubo terminado el oficio. Fué varon de suma erudicion y muy versado en el conocimiento de las santas Escrituras. Murió en 31 de Mayo de 1274. Dejó escritas las siguientes obras, de que hacen mencion los bibliógrafos de la Orden, pero que nos son completamente desconocidas: *De cultu sanctarum imaginum, tres libros.—De sacramentis.—De Trinitatis arcano.*—M. B.

RICARDO (Juan). Este bachiller en teología, é ilustrado sacerdote, nació en París y fué bautizado en la parroquia de S. Juan de Greve el dia 1.° de Diciembre de 1615. Vese aún en aquel punto uno de los pilares de la fuente bautismal, en edificante testimonio de la gratitud que tuvo toda su vida de la gracia del bautismo, que recibió en esta iglesia. Recibió sus grados en Sorbona, y despues de haber sido diez y ocho años y nueve meses cura párroco de S. Martin de Triel, en el vicariato de Pontois, dejó la parroquia el dia 3 de Julio de 1673 y se la dió á M. Desalleurs, que le cedió el priorato de nuestra Señora de Beaulieu-San-Awie en la parroquia de S. Remigio, cerca de Chebreuse. Fué Ricardo un sacerdote de muy buen juicio y piedad, que habia adquirido grandes conocimientos de las santas Escrituras y de los PP. de la Iglesia, y se han conservado de él las siguientes excelentes obras: *El Cordero Pascual*, ó explicacion de las ceremonias que observaban los judíos cuando comian el Cordero de Pascua, aplicadas en sentido espiritual á la comida del Cordero divino en la Eucaristía; Colonia, 1686, en 8.°—*Prácticas de piedad para honrar á Jesucristo en la Eucaristía*; id. 1685, en 8.°—*Aforismos de Controversia.—Regla de Conducta para los Curas.—Pensamientos de Erasmo* conforme á los de la Iglesia católica sobre todos los puntos controvertidos; Colonia, 1688, en 12.°: esta obra se ha reimpreso en 1715 quitándose de ella una epístola dedicada á Jacobo II, rey de la Gran Bretaña, que se ve en la primera edicion. Los autores del *Diario literario del Haya* dicen que esta obra se atribuia á Luis Gorin de Saint-Amour, doctor de la Sorbona, y que el nombre de Ricardo, prior de Santa Awie, es un

nombre disfrazado; pero se han engañado, pues que M. Ricardo era un personaje real como aquí se prueba, y la obra en cuestion era suya.—*Carta contra la signatura pura y sencilla del formulario de Alejandro VII.* El rehusar firmar pura y sencillamente este formulario, suscitó disgustos á Ricardo. Por este rehuso se le detuvo y condujo preso en 1663 á las prisiones de Ruan, y en el mismo buque en que se le conducia escribió una profesion de fe que M. Maguer, doctor de la Sorbona, canónigo y arcediano de Vexin Francés en la iglesia de Ruan, hizo imprimir. Hallándose preso en Ruan, repitió con mayor extension su profesion de fe con la fecha de 7 de Setiembre de 1663, que tambien se ha impreso. Por último, se conserva de Ricardo un escrito titulado: *Justificacion de la fe y conducta de M. Ricardo, cura de Triel, el 10 de Enero de* 1664. Atribúyesele el escrito titulado: *Notæ in Censuram Hungaricam (archiepiscopi Strigoniensis) quatuor propositionum Cleri Gallicani, anni* 1682, que se ven en las *Vindiciæ doctrinæ Majorum Scholæ Parisiensis.* Además escribió sobre su prision varios opúsculos que no se han impreso. Murió en París el dia 26 de Setiembre de 1686, á la edad de setenta y un años, y su cuerpo se condujo á Triel, en donde habia fundado una escuela para la educacion de las niñas.—C.

RICARDO (Fr. N.), religioso capuchino, á quien se supone belga, aunque los autores apénas citan el lugar de su nacimiento ni las principales circunstancias de su vida. Consta, sin embargo, que fué un varon muy piadoso y de los estudios propios de su profesion, en que hizo algunos adelantos, escribiendo la obra intitulada *Flores Bibliorum*, de grande importancia para una época en que la falta de establecimientos literarios, y mucho más de libros de todo género, hacia indispensable uno en que reuniéndose todas las bellezas de los libros sagrados, sirviese como de guia á los predicadores al subir al púlpito para adornar sus discursos con ejemplos, máximas y áun palabras que siempre dan gran realce á los sermones, y ese sabor propio de esta clase de elocuencia. Tal fué el trabajo que emprendió y llevó á cabo el Padre Ricardo, trabajo muy difícil en su siglo, en que si lo era el escribir una obra, éralo todavía más el formar una compilacion de otras varias, no fáciles de reunirse, y cuya interpretacion ofrecia grandes obstáculos por lo poco conocidos que los expositores eran á la sazon. Ricardo parece, sin embargo, que llenó debidamente su objeto, segun lo asegura Guillermo Aloto en la epístola que precede á su obra *Thesaurus Bibliorum*; edicion de Amberes, por Pedro Belleri, 1577, en 8.° Que la opinion de Aloto fué, durante algun tiempo, la de toda la Orden Seráfica, lo prueba con diferentes honores que mereció el P. Ricardo, quien además de haber ejercido el cargo de prepósito de Neomaguens, fué promovido á otros á cual más honrosos y dignos de la persona á quien se concedian y de la religion que se los tri-

butaba á este ilustre hijo. Sus contemporáneos nos han dejado escasas noticias acerca de su muerte; parece fué, como no podia ménos de esperarse, de una vida consagrada toda entera á ejercicios de piedad y prácticas religiosas, dejando la opinion de santo por sus virtudes y un nombre en las crónicas de su religion, que vivirá lo que la historia y los aficionados á investigar este género de noticias, que si bien no son hoy en gran número por lo que respecta á las antigüedades religiosas, sonlo en no pequeño por lo respectivo á las bibliografías, en que siempre encontrará cabida este ilustre capuchino.—S. B.

RICARDO (Fr. N.), religioso franciscano, más conocido por sus escritos que por su nombre y circunstancias. Segun todas las probabilidades debió ser español, puesto que su escrito sobre la regla de los Menores, forma parte de una obra impresa en Salamanca, y aunque esto no sea una razon definitiva, porque un religioso afiliado á una órden monastica puede llamarse con entera exactitud un ciudadano del universo, sin embargo, es muy presumible que no nos equivoquemos en el caso presente, puesto que el Padre Ricardo solo es citado, aunque con bastante ligereza, en obras completamente españolas. Parece que fué bastante ilustrado, muy amante de las prácticas de la observancia regular, y aunque desempeñó elevados destinos, pues de algunas palabras de su trabajo se infiere, se le destinó á la instruccion de los novicios, lo cual pudo hacer tambien por encargo de sus superiores. En cuanto á su *Exposicion de la regla de los Menores*, impresa en Salamanca en 1511, en la obra intitulada *Monumenta Ordinis Minorum*, consta que es un libro muy adecuado á su objeto, pues da todas las explicaciones que puedan desearse sobre un asunto, que es el principal para todo individuo que abrazase la Orden Seráfica. El estudio de las materias que comprende debia llenar toda la vida del franciscano, consagrada exclusivamente al cumplimiento de tan piadosas practicas, con las que servia, á la vez que á su religion, á los altos destinos que al establecerla su fundador se habia propuesto. Nada más interesante que estas reglas, que formaban á los hombres para otras ocupaciones diferentes de las mundanas; que los separaban, por decirlo así, de sus semejantes, y al mismo tiempo que les enseñaban á servirles de modelo, les hacian olvidar todo lo que les rodeaba, dándoles el suficiente ánimo para servirles de correctivo en sus faltas, y ayudarles en sus necesidades. Así el jóven al tomar el hábito de religioso, dejando de pertenecerse á sí mismo, empezaba á pertenecer á su religion, á su regla, á la que tenia que amoldarse en su traje, en su comida, hasta en sus movimientos y acciones, y formarse un ser diferente de lo que hasta entónces habia sido. La obediencia, primera cosa que le inculcaba esta regla, era lo que le hacia someterse más á ella y lo que le animaba á la trasformacion que se

operaba en él durante el noviciado, trasformacion que mudaba su carácter, sus hábitos y costumbres y le hacia vivir en una diferente vida. Así la explicacion de esta regla era uno de los mayores servicios que podian prestarse á una Orden, el que ejecutó sin duda el P. Ricardo en su citada *Exposicion*. —S. B.

RICARDOT (Francisco). Este teólogo nació en 1507 en Morci, en el bailiato de Vesoul, de una familia noble. Inclinado al claustro, abrazó la vida monástica entre los Agustinos de Champlite, y fué enviado por sus superiores á París para continuar sus estudios de filosofía y de teología, y la rapidez de sus progresos admiró á sus maestros. Nombrado profesor de teología de Tournai, su reputacion le hizo bien pronto llamar á París en donde á la edad de veinte años, segun Klefeker en su *Biblioteca de precoces eruditos*, explicó las epístolas de S. Pablo delante de un numeroso auditorio, que salió encantado de su elocuencia. En los ratos de ocio que le permitian sus deberes, estudió la literatura, la historia y las ciencias, y adquirió conocimientos muy extensos en todos los géneros. Despues de haber recibido los grados académicos en la universidad de París, visitó la Italia para conocer á los sabios más célebres, de los que mereció el mayor aprecio. Se detuvo algun tiempo en Ferrara, en donde la duquesa René de Francia le acogió con mucho cariño; pero haciéndose sospechoso al duque, le hizo encerrar en el castillo de Rubiera desde el que escribió á este príncipe dos cartas que se han conservado, las cuales contienen la justificacion más completa de los cargos que se le hicieron. Tan luego como Ricardot adquirió su libertad, se volvió á Roma, rompió los votos que habia hecho á pesar suyo, y volvió á su patria precedido de una gran reputacion. Francisco Bonvalot, tio del cardenal Granvela, le llamó al instante á Besanzon para que le ayudase á combatir la herejía, que iba haciendo progresos, y para que le ayudase en la administracion de la diócesis de que estaba encargado, durante la menor edad del arzobispo clerical de la Baume. Desde entónces se entregó Ricardot completamente á los trabajos evangélicos con un celo casi increible, predicando é instruyendo sin cesar y atacando los principios de la reforma hasta en la corte del príncipe de Montbelliard, adonde fué á publicar el *interim*. Ricardot contribuyó mucho á que saliese de Besanzon el famoso Postel, que pidió permiso de fijarse en la ciudad, y á pesar de sus multiplicadas ocupaciones, se encargó de enseñar la teología en el colegio de los Granvelas en 1549; fué cedido por el conde de Cantecroix en 1630 á la congregacion del Oratorio, que se encargó de sostener en él un profesor de teología: en su origen este colegio tuvo además dos cátedras de bellas letras. Tantos servicios no podian ménos de ser recompensados. Provisto ya Ricardot de un canonicato de Besanzon, fué elegido para suceder á Bonvalot en

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

la administracion de la diócesis, y en 1554 fué nombrado obispo de Nicópolis. El jóven Claudio de la Baume, cuyas costumbres no correspondian á la santidad de su carácter, trató muy pronto el medio de librarse de un censor importuno, pretendió que le correspondia nombrar el administrador de la diócesis, y designó al obispo de Alesia. El capítulo sostuvo la eleccion de Ricardot, que se proponia permanecer neutral en estos escandalosos debates que se llevaron al consejo de Malinas, pero se vió obligado á responder á los inconsiderados cargos del arzobispo, á cuyo fin publicó la apología de su conducta desde su llegada á Besanzon. Puso fin á esta lucha el cardenal de Granvela llamando á su lado á Ricardot, y éste, en la diócesis de Arras, llenó sus deberes como en la de Besanzon con un celo jamás desmentido. Encargado de la teologal del capítulo de Sta. Gudula en Bruselas, tuvo ocasion de darse á conocer á la gobernadora de los Países-Bajos María, reina viuda de Hungría, y esta princesa le eligió para que pronunciase la oracion fúnebre de Cárlos V en presencia de su hijo Felipe II, rey de España, y de su corte. En 1561 sucedió en la silla episcopal de Arras al cardenal de Granvela, que fué nombrado arzobispo de Malinas. En cuanto se vió en esta silla solicitó la creacion de una universidad en la ciudad de Douai, y concedida, la inauguró con un discurso en el que dió á conocer las ventajas que saca la religion del cultivo de las ciencias y de las letras. Aunque no perdonó nada para dotar á este establecimiento de distinguidos profesores, él mismo se encargó de dar lecciones sobre los puntos más difíciles de las santas Escrituras, y jamás dejó de prestar el más vivo interés por el progreso de esta escuela, asistiendo siempre que podia á los actos públicos y alentando á los alumnos y á los profesores, tratando á todos como si fuesen sus amigos. En 1563 fué nombrado Ricardot por el rey de España para asistir al concilio de Trento, en cuya asamblea pronunció el mismo año un notable discurso sobre los estudios eclesiásticos. La influencia que adquirió Ricardot sobre las decisiones del concilio, despertó la envidia, y se le acusó de haber sacrificado los derechos de su príncipe á miras de interés propio. No se bajó á justificarse de una acusacion grave, pero que no tenia fundamento alguno, y la calumnia acabó por respetarle. En las frecuentes visitas que el obispo de Arras hacia á su diócesis, no dejaba pasar ninguna ocasion de instruir al pueblo á fin de ponerle en guardia contra los progresos del error. Un dia que se hallaba predicando, un demente se atrevió á dispararle un tiro. Apénas se manifestó sorprendido de este atentado, y despues de haber calmado á su auditorio, continuó su sermon con tanta fuerza y calor como le habia empezado. Persuadido de que los rigores del duque de Alba, léjos de ser provechosos, no servian más que para perpetuar la perturbacion en los Países-Bajos, se atrevió á manifestarle la necesidad que

habia de cubrir lo pasado con una amnistía general, y el gobernador le ofreció seguir su consejo; pero los revoltosos desplegaron en su desesperacion nuevas fuerzas y nueva audacia, y alcanzando algunas ventajas sobre las tropas españolas, llegaron á tomar á Malinas en 1572. Ricardot, que á la sazon se encontraba en esta ciudad, fué hecho prisionero. Rehusó pagar el rescate que los vencedores le exigieron, y solo recobró la libertad cuando las tropas españolas volvieron á entrar en Malinas. Su vuelta á la ciudad episcopal fué celebre por las fiestas que se le hicieron, en las que le manifestaron los habitantes el cariño que le tenian. La debilidad de su salud despues de tantos padecimientos, hizo temer á sus diocesanos la pérdida de tan buen pastor, y asi fué en efecto, su enfermedad fué agravándose de dia en dia hasta que la terminó la muerte el dia 26 de Agosto de 1574, siendo una infame calumnia lo que dijo Mezerai, de que los españoles le envenenaron por haber presentado en nombre de los Países-Bajos una pretension que desagradó al gobierno: los españoles son siempre generosos hasta con sus más encarnizados enemigos, y no pudieron emplear tan infames artes contra un prelado tan virtuoso, y ménos por una cosa tan trivial para los que poseian mil medios de librarse de él sin echar mano de tan feo crimen, pues que además de ser los señores del pais, era entónces su bandera temida de todo el mundo, y sobre todo porque eran católicos, que sabian apreciar la virtud, y valientes y generosos siempre con sus enemigos. Este buen prelado fué enterrado en la catedral, en la que se veia su tumba decorada con un epitafio del que da noticia Foppeus en su *Biblioteca Belga* y otros autores. Amante de la instruccion de los eclesiásticos, legó su rica biblioteca al capítulo de su catedral, é hizo otras buenas mandas á las santas iglesias de Arras y de Besanzon. Se han conservado de este ilustrado prelado las siguientes obras, escritas en francés unas, y otras en latin. *Oraciones fúnebres del emperador Cárlos V, de María de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, y de María, reina de Inglaterra*: Amberes, 1558, en fólio; esta obra se ha hecho muy rara. Dice Mr. Berthod, que la oracion fúnebre de Cárlos V ofrece bellezas y sentimientos que es admirable encontrar en un orador del siglo XVI. *Dos discursos en francés y en latin, pronunciados en la solemne fiesta de la apertura de la universidad de Douai*; Cambrai, 1562, en 4.°—*Oratio habita in Tridentinâ Synodo, die 2 Novembris*; Douai, 1563. en 4.°—*La regla y guia de los curas y vicarios con respecto á los deberes de sus cargos*; Amberes y Paris, 1564, en 8.°, y Burdeos, 1574.—*Oratio habita in initio synodi cameracensis, anno* 1565, id. 1565; en 4.°—*Cuatro sermones del Sacramento del altar y uno de las Imágenes*; Lovaina, 1567, en 8.°—*Discurso ó conversacion tenida con un prisionero en Douai sobre algunos principales puntos de la religion*; id. 1568, en 8.°—*Dos oraciones fúnebres de la*

reina de España Isabel de Francia y del Infante D. Cárlos; Amberes, 1569, en 8.° La oracion fúnebre de la Reina fué reimpresa en Lion, en el mismo año, en 8.°—*Statuta Synodalia atrebatensia ordinata et aucta;* Douai, 1570, y Amberes, 1588, en 4.°—*Sermon predicado en la iglesia catedral de Amberes el dia de la publicacion de los indultos ó perdones de su Santidad y del Rey católico;* Amberes, 1570, en 8.°—*Colectas de los domingos y principales fiestas del año, puestas en prosa y rima francesa, con algunas breves y familiares ilustraciones;* Douai, 1572, en 8.°—*Seis sermones sobre la Oracion dominical y otros cuatro sobre la Encarnacion;* Amberes 1573, en 8.° Francisco Schott recogió los discursos de Ricardot en el concilio de Trento, los que dijo en el sínodo de Cambray, y los pronunciados en la academia de Douai, y los publicó con la oracion fúnebre de este prelado por Tomás Stapleton, bajo el título de *Rmi. et eloquentissimi viri D. Fr. Richardoti orationes latinæ.* Douai, 1608, en 4.°—La mayor parte de los autores contemporáneos citan á Ricardot con elogio. Compuso D. Berthod sobre la vida de este prelado, una memoria de la que se ve un extracto muy extenso en el tomo IV de la *Coleccion de la Academia de Bruselas*, y su análisis en el *Almanaque del Franco-Condado* del año 1788. Dice el biógrafo de Ricardot Mr. Wai, á quien hemos seguido en este artículo, que puede consultarse sobre la vida y obras de este prelado á Ghilini en su *Teatro de los literatos*, á Cora Curtius en su obra *Elegia Virorum illustrium eremitarum ordinis S. Agustini*, á la academia de Bullard y á la biblioteca de Foppeus ya citada. El retrato de Ricardot fué grabado por Corn. Galo, por Larmessin y por otros hábiles artistas.—B. C.

RICARDT (P. Agustin). En la floridísima ciudad de Bruselas vió la primera luz el P. Agustin Ricardt en el año de 1596, donde sus padres se ocuparon con la mayor solicitud en darle una educacion brillante y religiosa, que fructificó extraordinariamente en este jóven de tanto mérito, por estar dotado de gran talento y de una inteligencia superior, y ciertamente muy cultivada. Su vocacion y deseos fueron de pertenecer á la Compañía de Jesus; así fué, que secundado por sus padres, á los diez y siete años de edad dió su nombre á dicha religion, donde fué modelo y ejemplo á todos los operarios en la viña del Señor. Sus extraordinarias virtudes y suficiencia le adquirieron una merecida reputacion en la Compañía, donde era admirado, querido y respetado; así fué, que á 7 de Marzo del año de 1613 se incorporó en el grado de coadjutor espiritual; sus primeras ocupaciones fueron enseñar gramática seis años, y servir la procuraduría del colegio de Amberes cinco años, en cuyo tiempo se ofreció la ocasion de enviar desde el colegio una mision al castillo de Vilvord; las circunstancias estaban dispuestas de suerte, que el sugeto que con ménos incomodidad del colegio

podia ir á la mision era el P. Procurador Agustin Ricardt, quien habiéndose explicado y manifestado su fervoroso celo de las almas, no en una, sino en cuantas ocasiones se ofrecian, admitió gustoso, y ejecutó feliz su santo encargo, y en el castillo dejó, con su gran fruto, un gran nombre de la Compañía; estos principios tan brillantes movieron á sus superiores á señalarle para la mision castrense, que era empleo de la mayor caridad, y necesaria en la guerra que se empezaba entre españoles y franceses. Debe tenerse entendido que son sumamente útiles estas misiones, que acostumbran ó usan las provincias de Alemania, tanto como penosas, de suerte que siguen al ejército cuatro ó cinco jesuitas, sin otro fin que ejercitar los ministerios de predicar, confesar, dar buenos consejos, evitar escándalos, ayudar á bien morir y servir en lo espiritual á los soldados; la licencia militar no lleva bien estos fiscales de su libertad, y les da que padecer más de lo que se puede explicar, viven sin sueldo ni emolumento alguno, donde hay poca limosna, y cuando para el sustento de los cabos ó generales franquean la mesa, no hay quien preste una cama, y contra el temporal es preciso pedir socorro á la tienda ajena, pues generalmente carecen de este recurso los misioneros. A estas incomodidades se añade la principal del ahogo en lo espiritual, no siendo posible lograr mucho fruto entre la ociosidad y la licencia; á todos estos contratiempos se arrojó con ánimo decidido y se consagró con el mayor gusto el R. Ricardt, y trabajó graciosamente en la campaña, en el ejército del Rey católico que se movió, observando todo el verano al ejército enemigo francés, que miraba ya á una plaza, ya á otra, de las muchas que hay en Flandes, hasta que cerca de Namur llegaron los dos ejércitos á los manos, que si bien jugaron las armas con su acostumbrado valor los españoles, hubieron de ceder á la multitud, dejando el campo cuando quedaba cubierto de cadáveres, y tan lleno que estaban amontonados unos sobre otros. En este lance y en esta carniceria inaudita, dió á conocer su celo y su ardor el P. Agustin, no desamparando el campo de batalla en medio de las balas, humo y confusion; á uno confesaba, á otro exhortaba, á otro administraba el santo óleo, á otro confortaba, y á todos servia sin alteracion ni miedo; vió retirarse el ejército, mas no por eso abandonó el campo de batalla, y paseándole los enemigos en son de triunfo por la victoria alcanzada, unos soldados que le vieron y conocieron, le hicieron prisionero y le presentaron al general, todo sucio, y cubierto y manchado con la sangre de los muchos heridos á que su caridad habia atendido; el general admiró su fortaleza religiosa, se edificó y le recibió muy benigno convidándole á su mesa, y áun ántes le mandó sacar de beber por via de refresco: «Otra sed, dijo el Padre, tengo yo mayor, que es la de la salvacion de muchos pobres heridos, que aún no han espirado, si me diérais li-

cencia para ir al campo de batalla á revolver esos cadáveres por si encuentro entre ellos algun soldado que aún respire, os ofrezco restituirme á vuestra presencia, no solo por prisionero, sino por esclavo; bien conoceis que yo estoy aquí porque no quise retirarme con los demás, como pude hacerlo; y así voluntario soy, por solo atender á los prójimos, y voluntariamente volveré cuando estos no me hayan menester.» Admirado de tal grandeza y piedad el general, le respondió que á aquella humanitaria proposicion tuviera mucho escrúpulo de no responder, pues á quien usaba tan bien de su libertad, no se le podia negar su ejercicio, que accedia gustoso á su peticion; que fuese libre, pues que bien lo merecia, quien se empleaba en obras tan santas, y que en acabando se volviese á su colegio, y que por gajes de tan buen despacho, no le perdonaba un rosario que habia de rezar por él. Gran prueba del superior concepto que formó del P. Agustin con solo verle y oirle una propuesta nacida del celo de la gloria de Dios. Se restituyó diligente el Padre al campo de batalla, anduvo entre los muertos todo un dia, hasta tanto que se reconoció inútil; y desde allí se volvió á Bruselas, como á colegio más vecino del sitio donde se habia dado la accion, y algun tiempo despues á Amberes, donde permaneció todo el restante tiempo de su vida, porque conociendo al Padre y su gran celo, no le permitieron salir de allí ninguno de sus rectores, y los provinciales dieron este gusto por la experiencia del gran fruto que veian de su trabajo; este fué tal, que no dudaba su posibilidad el entendimiento solo porque físicamente la evidenciaban los ojos: todos los domingos y fiestas, tenia desde el amanecer numeroso concurso á su confesonario, y en él permanecia, sin descansar, hasta despues de medio dia, porque no le dejaban ir á comer al tiempo que avisaba la campana, y áun despues solo podia comer aprisa, porque le aguardaban los niños para que les explicase la doctrina cristiana; ejercicio que indefectiblemente hacia todos los dias de fiesta, andando con los niños varias calles de la ciudad, concluyendo el dia visitando los enfermos que estaban de cuidado, porque en el ejercicio de ayudar á bien morir fué tan aplaudido y constante, que casi todos le llamaban; tenia para esto singular gracia y talento, hablaba á cada uno en su lengua, con los religiosos era tierno, con los zafios tosco, con los arrepentidos suave, y con los pecadores terrible. Este don de hacerse como Pablo, todo á todos, era un áncora de esperanza en que se fiaban los superiores, que hallaban al P. Agustin apto para todo, haciéndolo todo bien. Las noches que no velaba con enfermos, las pasaba en oracion delante del Santísimo; el cariño de los de la casa le exhortaba y aconsejaba á que tomase algun descanso; pero el siervo de Dios respondia que nunca se hallaba más desahogado que cuando le entretenian las ocupaciones, y que crecian los ver-

daderos consuelos á proporcion que se aumentaban las penas. Se halló despues de su muerte un papel en que expresaba sus propósitos, que en suma decia: «No negaré jamás obsequio á cualquiera, si lo que manda, por muy trabajoso que sea, es conforme á las reglas; pediré á los superiores los oficios y ejercicios en que halle más repugnancia; nunca buscaré confesonario, púlpito, ni lugar frecuentado de ricos ó nobles; los pobres y desvalidos son mi destino: *Sic testor coram Domino meo crucifixo, nihil mihi gratius esse, quam animas ignoranter desertas, et debias juvare.* Cumplió estos propósitos exactamente, y siempre fueron norma de sus acciones hasta los cincuenta y dos años de su edad verificándose el término de su preciosa existencia el 31 de Agosto del año de 1648, acabando su penosísima y laboriosa vida, para ir á lograr por premio debido á sus virtudes, el eterno descanso; y en verdad trabajó hasta el último instante de su vida, porque su enfermedad fué una fiebre maligna, efecto del encendimiento, que habia abrasado su sangre el contínuo y nunca interrumpido trabajo. Consta esta relacion del archivo romano de la Compañía, en las vidas de los Padres dignos de memoria y de eterna recordacion en la historia, y la inserta igualmente el P. Patrignani en su Menologio.—A. L.

RICARIO (S.), presbitero y confesor. Con más facilidad se encuentran los santos en la clase pobre que en las acomodadas, y es sin duda porque se aproximan más al estado que eligió el divino Criador de la naturaleza cuando vino á salvar á la pobre humanidad de la esclavitud del demonio, y porque es el estado que, siendo voluntario, se tiene por más perfecto, y voluntario es áun en el más miserable pordiosero, cuando conformándose este con la voluntad divina, se contenta con su suerte, no envidia la ajena, y desprecia las grandezas humanas, no considerando cosa más grande que Dios, ni mayor riqueza que la gloria eterna. No pretendemos por esto condenar á los ricos solo por serlo, ni mucho ménos á aquellos que poseen las riquezas sin haberlas buscado, ó que las obtuvieron por medios ilícitos en todos sentidos, léjos de nosotros esta idea, Dios distribuye los dones segun su divina voluntad, y es necesario y áun forzoso por deber respetarla; empero como el más rico puede ser al mismo tiempo el más pobre á los ojos de Dios, si cumple con sus preceptos y con los deberes de cristiano, á cuya ley se sujetó en el bautismo, hallamos, que áun muchos de los ricos pueden y deben considerarse como los pobres, y en este caso deben contarse en primera línea en esta clase, porque su pobreza es más meritoria; y en la última línea colocar debemos á los que siendo pobres en su fortuna, son ricos en sus aspiraciones, deseos y acciones, y piensan más en las riquezas del mundo que en los bienes de la gloria, porque estos son pobres forzados y mal contentos con Dios y consigo mismos. Esta clase de ricos participan

tanto del poder del demonio, como los poderosos que, gozándose en los placeres mundanos, aborrecen al pobre, y olvidan que existen mayores riquezas que las suyas, que no son, por pingües que sean, más que humo y vanidad que disipa la guadaña de la muerte. Dejando á los filósofos católicos discurrir sobre este particular con mayor amplitud y acierto, vamos á hacer ligeramente la biografía de un pobre-rico en el mundo, á quien su misma pobreza hizo poderoso en el cielo. Fué este pobre el glorioso S. Ricario, presbítero y confesor de la santa Iglesia católica, que floreció en el siglo VII de nuestra era. Nació este santo en Ponthieu, entónces pequeña aldea de la Francia, el cual nació de padres tan pobres de intereses materiales, como ricos de los espirituales. Conociendo que nada vale tanto al hombre como la virtud, máxime cuando por las aguas de la gracia ha quedado inscripto su nombre bajo la bandera del Crucificado, le educaron cuidadosamente en el santo temor de Dios, enseñándole la doctrina cristiana y los deberes que de ella emanan, á fin de que la santa semilla que sembrasen en su tierno corazon, germinase un dia con lozanía, y produjese frutos de amor á su Criador, que le asegurasen la vida eterna. Como su pobreza les imposibilitaba poderle dar carrera alguna, y conociesen que el destino del hombre, en tanto que está sobre la tierra, es trabajar sin descanso para proporcionarse el sustento del alma y del cuerpo, luego que prepararon su alma, para que él mismo se proporcionase los manjares divinos que habian de mantenerla en una vida inmortal, le destinaron á los trabajos del campo, para que en ellos buscase el mantenimiento del cuerpo mortal que tiene el hombre deber de conservar con el sudor de su rostro, en tanto que sea el arca vulnerable en que se encierra un alma que no ha de morir más que para la gracia de Dios, si no llenó sus deberes dentro del terráqueo cuerpo en que ha estado depositada. Entendió bien pronto el inocente Ricario su mision sobre la tierra, y penetrado de sus deberes procuró hacerse agradable á Dios, santificando sus trabajos con máximas y prácticas religiosas, y poniendo en juego todas las virtudes. Oraba noche y dia siempre que lo permitia su ocupacion, y áun en medio de esta jamás se olvidaba de Dios, ántes bien le invocaba á cada paso, poniendo por intercesora á su divina Madre, á la que tenia especial devocion. Cuéntase por uno de sus piadosos historiadores, que pasando un dia por su casa dos sacerdotes irlandeses que caminaban fiados en la caridad de los fieles, les hospedó en ella con el mayor amor, y que agradecidos ellos á tan generosa acogida, y agradablemente sorprendidos por su profunda piedad y devocion, le enseñaron máximas de la virtud perfecta, que comprendió perfectamente el Santo, porque Dios las interpretó en su corazon, dejándolas tan fuertemente grabadas, que jamás pudiera olvidarlas; premio magnífico con que acostumbra el Señor á recompensar á las

almas caritativas que se gozan en socorrer las necesidades de sus hermanos. Desde aquella feliz visita para él, empezó Ricario á mortificar sus carnes, á fin de apagar los fuegos de la naturaleza, que siempre por lo comun se rebela contra los preceptos de la verdadera razon, sacrificándola en cuanto puede á los placeres, para prestar culto á las pasiones sugeridas por el demonio, que las excita á cada paso en la pobre humanidad, para precipitarla por su medio á sus abismos. Ayunaba diariamente á pan de cebada y agua, sin permitirse el más ligero placer al apetito. Meditaba siempre en las verdades eternas, y oraba sin tregua pidiendo á Dios su perfeccion, y despues del trabajo de todo el dia pasaba la noche en santos y devotos ejercicios, no dando á su cuerpo más descanso que el necesario para vigorizarle un poco, para continuar al siguiente dia la misma tarea. A pesar de su ocupacion, ayudado de Dios, á quien complacia su afan y su deseo, se procuró libros, estudió y meditó, y deseando consagrarse del todo á su Criador, se preparó para el estado eclesiástico, y se presentó á él con firme vocacion y lleno de fe y confianza. Grande fué su alegría, y extraordinario el gozo de aquella alma inocente y predestinada cuando se encontró revestido de las órdenes sagradas. Cantó su primera misa con una uncion santificante que edificó á cuantos la presenciaron, y desde aquel dichoso momento todo su deseo fué instruir y predicar á los fieles las verdades del Evangelio. Dirigiéndose á Inglaterra, vivió en aquella nacion en un monasterio en que entró para perfeccionarse en la virtud, y luego que le dieron por suficientemente instruido, y que él se encontró con fuerzas para cumplir con los deberes que le imponia su ministerio, volvióse á su patria deseoso de predicar la palabra de Dios y de ilustrar á sus compatriotas en la verdadera ciencia del bien eterno. Subiendo á la cátedra del Espíritu Santo, apareció como un ángel destinado por Dios para ganar almas al cielo, y así fué que con sus discursos llenos de uncion religiosa, logró infinitas conversiones, siendo tan clara y tan contundente su elocuencia, que hasta el mismo rey Dagoberto I, que le llamó para oirle, quedó conmovido y poseido de un santo temor religioso. Hízole varios regalos este soberano admirado de su virtud, pero como esta era perfecta, empleó los dones en fundar monasterios y en aliviar la suerte de los pobres, sin reservar absolutamente nada para sí. Con el fin de entregarse con mayor descanso á la contemplacion de los santos misterios, se retiró á las montañas y bosques de Gresy, y viviendo en ellos algunos años haciendo la más austera penitencia, acabó con aquella pobreza de hacerse un gran capitalista en el cielo. Llamóle Dios el año 645 á su gloria, y allí recibió este pobre las verdaderas riquezas reservadas á los justos, y el trono y corona que habia sabido conquistarse con su pobreza, y su cuerpo fué sepultado en el monasterio de Centu-

la, en el que fué venerado como santo. La Iglesia le recuerda el dia 26 de Abril.—B. S. C.

RICASOLI (Hugo de). Este esclarecido florentino, á quien tal vez por abreviar su nombre han llamado algunos Hugo Ricasio, fué una de las firmes columnas en que apoyó su pontificado Alejandro III. Muy conocido tenia á este sugeto desde mucho ántes de subir al sólio pontificio, y se habia valido de él muchas veces cuando su Beatitud no era todavía ni áun cardenal, para comisiones importantes que Hugo habia desempeñado casi siempre con acierto y feliz éxito; siempre, absolutamente siempre con muchísima prudencia y tino, así que apénas promovido el Papa al pontificado, quiso tener á su lado á Hugo, como lo habia tenido ántes. Le instó mucho para que consintiera en aceptar alguna mitra áun de las suburbicarias, mas no lo pudo conseguir, por lo cual en la primera promocion que hizo de cardenales le nombró cardenal diácono, con el título de S. Eustaquio, cuyo cargo desempeñó muy á satisfaccion del Sto. Padre, que claro está pudo conferirle diversas y á cual más importantes comisiones, porque para todas era á propósito en su elevada condicion de cardenal. Algunas envidias causó en el colegio mismo cardenalicio la deferencia con que el Papa le miraba; sin embargo, en honor de la verdad, debe decirse que el Cardenal no tenia en esto no solo culpa, pero ni áun parte, pues era enteramente espontáneo de Su Santidad todo cuanto hacia en su obsequio. Aun cuando el cardenal era más jóven que el Pontífice, éste le sobrevivió, porque habiendo contraido Ricasoli unas tercianas malignas, falleció á los catorce años de haber sido ascendido á la púrpura. El Sto. Padre quiso mostrar su deferencia al finado asistiendo á sus honras, que fueron solemnísimas, ya porque siempre lo son las de los cardenales, ya por la circunstancia de concurrir á ellas Su Santidad. El concurso fué numerosísimo, porque tenia muchas simpatías por naber siempre tenido un carácter dulce, conciliador y dispuesto siempre á favorecer á todos. Estas son las únicas noticias que tenemos del Emmo. Hugo de Ricasoli ó Ricasio. —G. R.

RICCARDI (P. Nicolás), religioso dominico, maestro del Sacro Palacio y predicador ordinario del papa Urbano VIII. A pesar de los grandes elogios que los escritores del siglo XVII dieron al ingenio, la elocuencia y la vasta erudicion del P. Nicolás Riccardi; el rey de España Felipe III dijo mucho más en una sola palabra, cuando le llamó *monstruo* ó prodigio de ciencia. Riccardi nació en Génova en 1589, á últimos del pontificado de Gregorio XIII. Sus padres, nobles y piadosos, no descuidaron su educacion, y tuvieron el placer de ver que en muy poco tiempo habia aprendido, como á manera de entretenimiento, las letras humanas y las lenguas. Enviado despues á España para continuar sus estudios en las escuelas de Valladolid,

no tardó en hacerse admirar, y no causó ménos asombro á sus profesores que á sus condiscípulos, cuando más deseoso de asegurarse la dicha eterna, que lisonjeado de todos los elogios que se le daban, fué á encerrarse en el convento de S. Pablo de la órden de Predicadores, donde tomó el hábito religioso en 1602. La exactitud del jóven novicio en todos los deberes propios de su estado, igualaba su amor á las ciencias. Para conocer los progresos que hizo desde un principio, tanto en los estudios, como en la virtud, hasta hacer la observacion de que desde el año 1613 ocupaba la primera cátedra de Sto. Tomás en el célebre colegio de S. Gregorio, donde la órden de Sto. Domingo no enviaba más que personas de reconocido mérito, que se habian distinguido ya en alguna otra escuela de España. Riccardi, aunque extranjero, fué juzgado capaz de ocupar el primer puesto entre los maestros, y esto en ménos años que emplearon con frecuencia otros para ocupar un puesto entre los estudiantes. Las consecuencias correspondieron bien á tan bellos antecedentes. El nombre de Riccardi y su reputacion se extendieron por todas las provincias de España, viniendo de las más distantes á escuchar sus lecciones. El número de sus discípulos aumentaba diariamente, y la concurrencia á sus predicaciones era igual ó mayor, pues sus talentos para el púlpito no eran menores que para la cátedra. Este fondo de erudicion, ó este tesoro de ciencia, que habia bebido en los libros sagrados, en la lectura de los Santos Padres, y en los mejores escritores de la antigüedad, brillaba todavía más en él por su natural elocuencia, que era tan noble y enérgica, que le hacia en cierto modo dueño de los espíritus y de los corazones para dirigirlos segun su voluntad. No tardaremos en ver lo que escribia un sabio de su siglo á Leon Allatius, compadeciéndole porque no se habia encontrado en un sermon de Riccardi. El discurso que pronunció nuestro predicador en Madrid el año 1619, durante la solemnidad de la beatificacion de Sta. Teresa, fué impreso en seguida y leido con tanta edificacion como placer por todo el reino. Por último, el Rey Católico quiso oir á un orador cuya fama era tan grande, y en esta ocasion fué cuando S. M., para expresar lo que pensaba de tantos talentos reunidos en tan alto grado, le llamó prodigio, *Monstrum*, título por el que fué conocido despues, tanto en Italia como en España. Cuando al poco tiempo llegó á Roma, donde le habia precedido su reputacion, los romanos, cuando le veian pasar por la calle, se le mostraban unos á otros con estas palabras: *El Padre Mostro*. Un autor español atribuye la salida de Riccardi de los estados del Rey Católico, á una causa que redunda en beneficio suyo. Pero este autor se manifiesta constantemente demasiado prevenido contra nuestro teólogo para merecer se le crea áun cuando no habla mal. Por otra parte, la honrosa acogida que mereció desde luego este religioso en la corte de Roma, la

reputacion y los empleos que tuvo hasta su muerte, no son pequeñas pruebas de que su conducta pareció siempre tan irreprensible como su doctrina. Honrado con la amistad de Paulo V y de Gregorio XV, Riccardi enseñó por largo tiempo y con buenos resultados la teología en el convento de la Minerva. Esta ocupacion no le impedia componer al mismo tiempo diferentes obras de piedad y de literatura, de crítica y de historia. El autor dió desde luego algunas al público, y reservaba para otra época la publicacion de las demás, que pensaba perfeccionar detenidamente. Estas ocupaciones no le impedian el continuar anunciando constantemente la palabra de Dios, y el fruto de sus predicaciones no era menor en Italia que lo habia sido en España. Los simples fieles aprendian de él á conocer su religion y á practicarla, los sabios entontraban en él un fondo inagotable de erudicion; los literatos admiraban la exactitud de sus razonamientos, su fuerza y solidez, ya tratase del dogma ó de la moral; y los que eran en particular aficionados á los pensamientos ingeniosos, á las expresiones delicadas, al órden ó la armonía del discurso, no quedaban ménos satisfechos que los demás. Los más atentos, por último, eran los que quedaban más contentos del predicador, y más descontentos de sí mismos. Entre los cardenales que se complacian en oir á este orador cristiano, Mafeo Barberini, tan distinguido entre los príncipes romanos por su saber y su amor á las letras, como por el esplendor de la púrpura, llegó á concebir una idea tan alta del mérito de Riccardi y de sus talentos, que le miraba como superior á todos los predicadores de su siglo. Agradábale tambien conversar con él con frecuencia en particular, y cuando fué promovido á la cátedra de S. Pedro en 1623, le eligió desde luego por su predicador ordinario. Riccardi desempeñó este empleo durante seis años, sin cesar en el de regente de los estudios de la Minerva. Pero el Papa no limitó á solo esto las pruebas de su estimacion y de su afecto. Habiendo sido elegido general de la órden de Sto. Domingo el maestro del Sacro Palacio, Nicolás Rodolfo, en Junio de 1629, Su Santidad, despues de haber aplaudido esta eleccion, dió el cargo de maestro del Sacro Palacio al P. Riccardi, queriendo que fuese teólogo suyo, sin dejar de ser su predicador. Estos dos puestos le proporcionaron ocasiones suficientes de manifestar todo lo que era, y de prestar buenos servicios á los que tenian necesidad de su proteccion, en particular á los sabios, cuyos laudables esfuerzos favoreció siempre. Se hallaba en correspondencia literaria con los escritores de su época que más se distinguian por sus talentos y por el celo de la religion. Les comunicaba con gusto sus luces y sus propias obras. Leon Allatius habia visto sus hermosos comentarios sobre todos los libros de la Biblia, y su excelente paráfrasis sobre la obra de los seis dias. El elogio que Allatius ha hecho de este escrito, no hace sentir que las grandes ocupaciones del maes-

tro del Sacro Palacio no le permitieran darle la última mano y publicarle. El sabio Victorelli, en sus adiciones á la *Vida de S. Pio V*, no nos ha dado inferior idea de una historia del Concilio de Trento, que habia emprendido nuestro autor, tanto para explicar con toda claridad la doctrina del santo Concilio, como para vindicar la religiosidad de los Padres, refutando las calumnias con que un anónimo, tan impío como ignorante, se habia esforzado en ennegrecerlas. Riccardi no tuvo tiempo para acabar su obra; pero en 1627 hizo imprimir en Roma el análisis de la doctrina y de los decretos del Concilio, y este análisis debia ser como el preludio ó la primera parte de su historia. La multitud de negocios, cuidados y ocupaciones del teólogo del Papa apénas le dejaban tiempo para la composicion de sus obras. Sin embargo, todos los discursos que pronunciaba de cuando en cuando á presencia de su Santidad y del Sacro Colegio, no parecian ni ménos trabajados, ni ménos llenos de nuevas bellezas. Hé aquí la manera de que se expresaba sobre este asunto, en la carta que escribió en 1631 á Leon Allatius: «Allá vimos en el Quirinal al maestro del Sacro Palacio, Nicolás Riccardi, á ese gran ornamento de la órden de Sto. Domingo, que habló sobre la inmortalidad del alma, y no os hallabais allí, sabio Allatius, vos que acostumbrais á ir de los primeros á las predicaciones de este hombre, á quien se puede con justicia llamar una boca de oro y un rio de elocuencia. Os buscamos por largo tiempo con la vista, pero inútilmente. ¡Plegue á Dios os hubiéseis encontrado en el auditorio; hubierais de seguro juzgado que Roma no debe envidiar hoy su Pericles á Atenas! Todas las palabras de Riccardi, como las de aquel antiguo orador, parecian otros tantos rayos, capaces de hacer temblar á toda la ciudad. Ciertamente, si en todas las predicaciones es verdaderamente admirable, puede decirse que en esta se ha excedido á sí mismo, pues la abundancia de doctrina y la fuerza del razonamiento correspondian muy bien á la dignidad del asunto. Nos hemos enternecido hasta derramar lágrimas; no ha habido oyente que no las haya derramado tambien. No ignorais que nuestro predicador acostumbra enriquecer todos sus discursos con cuanto los oráculos divinos, los escritos de los Padres antiguos y la sabiduría de los griegos pueden proporcionar; agota siempre la materia, y no omite nada que venga bien á su argumento. Pero quizá no hemos experimentado nunca tan bien la fuerza victoriosa de esta elocuencia, que le hace dueño de los espíritus para dominarlos segun su voluntad. Confesad que es un monstruo muy amable. Todos tememos ver cautivo nuestro espíritu, é ignoro cómo hemos tenido tanto placer en ser cautivados en esta ocasion, y en aplaudir todavía á nuestro vencedor. Procurad asistir á su primer sermon, para no carecer por segunda vez de lo que causa tanta alegría á vuestros amigos.» No tenemos la respuesta de Leon Allatius; pero encontramos en una de sus

obras una *Oda* en elogio de Riccardi, en que no se elogian ménos los talentos de este grande hombre, que en la carta que se acaba de traducir. Nada, sin embargo, hace mejor su elogio que sus propios escritos. El lector no admira en ellos ménos la exactitud y la elevacion del ingenio, que la majestad del estilo, la pureza de la expresion, y esa afluencia de doctrina que le ha conquistado un rango tan distinguido entre los sabios en todos géneros de erudicion. Además de las obras de que hemos hablado ya, el maestro del Sacro Palacio escribió otras muchas sobre diferentes asuntos: 1.° Un tratado intitulado: *De la verdadera manera de oir y explicar la sagrada Escritura.*— 2.° Otro *de la Gracia de Jesucristo y la Concepcion de la Santísima Virgen.*— 3.° Una obra mucho más extensa, en tres tomos, cuyo título es: *El Teólogo ó la Teología cristiana, su naturaleza, sus propiedades y sus partes.*— 4.° Dos tomos de *Opúsculos teológicos.*— 5.° Una *Explicacion del Cántico de los Cánticos*, y otra de la *Oracion dominical.*— 6.° *Nota sobre diferentes obras de Sto. Tomás.*— 7.° *Disertaciones sobre muchos puntos de Teología, de Filosofía ó de Crítica.* Leon Allatius dice que en 1633 el autor habia publicado ya setenta de estas disertaciones. No hablaremos de la coleccion de sermones que habia pronunciado ya durante el adviento y la cuaresma, ya los domingos ó festividades. La mayor parte de estas composiciones, que se hallan sin corregir todavía, se encuentran manuscritas en algunas bibliotecas de Roma. Parece que el autor escribia ordinariamente sus obras, segun la ocasion le ponia la pluma en la mano, ya para refutar algun error, ó ya para contestar á los que le consultaban, é ilustrar algunas dificultades que se le habian propuesto. Riccardi habia llegado apénas á los cincuenta y cuatro años de edad, y parecia poder trabajar aún largo tiempo en honor de la religion y de la república de las letras, cuando la muerte le arrebató de repente á sus libros el 30 de Mayo de 1639. No fueron sus hermanos los únicos que le lloraron; esta pérdida afligió sensiblemente á la corte de Roma y á todas las personas honradas. Los que no habian sido hasta entónces más que admiradores de sus talentos, se convirtieron en panegiristas de sus virtudes. Es cierto que la integridad de costumbres, la piedad, la modestia, la dulzura de este digno religioso, su prudencia y su habilidad en los negocios, unidos á un carácter franco, noble, generoso, daban un brillo mucho mayor á sus demás talentos. Todo esto le habia adquirido tan grande estimacion, que puede decirse que hasta su misma muerte fué constantemente honrado por el afecto de los cardenales y la más completa confianza del papa Urbano VIII. El célebre Melchor Incofer, sabio jesuita, superior del Colegio de los Alemanes en Roma, pronunció la oracion fúnebre del maestro del Sacro Palacio, y no dejó de hacer algunas reflexiones con motivo de un eclipse de sol acaecido el dia de la muerte de Riccardi, como si este astro, que

ilumina todo el universo, hubiera querido manifestar, ocultando su luz, que la capital del mundo cristiano acababa de perder la suya. No pondremos á Teófilo Raynaud en el número de los que han publicado elogios de nuestro autor. Cien veces le ha mordido sin piedad, y sin miramiento alguno, porque creia poder atribuirle la censura que se habia hecho en Roma de su libro intitulado : *De vero per pestem Martyrio.* —S. B.

RICCATI (P. Vicente), jesuita, nació en 1707 en Castel Franco, en el territorio de Trevisso, manifestando desde luego las mejores cualidades, no solo para los estudios, sino tambien para todas las prácticas de la virtud, comprendiéndose que muy en breve se haria acreedor á los grandes destinos á que sin duda se hallaba llamado. Honrado por sus profesores, siguió su carrera con no vulgar aprovechamiento, y cuando entró en la Compañía de Jesus, puede decirse que era ya un verdadero sabio. No por eso fué dispensado de ninguna de las prácticas que impone la regla de S. Ignacio de Loyola á todos los que á ella se someten, las que ejecutó Riccati con sumo placer y alegría, como hombre que sentia una verdadera vocacion hácia el instituto cuyo hábito llevaba puesto. Ejemplar en su conducta y en sus costumbres, piadoso en todos sus actos, distinguiéronle desde luego sus profesores, y no tardó en ser nombrado profesor de matemáticas en Bolonia, cátedra que desempeñó durante largos años con grande aplauso y admiracion de toda Italia. En el siglo pasado se hallaban las matemáticas en tan lamentable atraso, que solo el haberlas cultivado con afan y ardor la Compañía de Jesus, hizo que no fuesen miradas como ciencia de nigromantes, como un conocimiento más perjudicial y dañoso que útil y fecundo en resultados. Sin embargo, los pocos que las sabian, los pocos que á costa de todo género de vigilias y penalidades podian elevarse sobre el vulgo de sus contemporáneos, eran mirados como séres superiores, como hombres de un talento y de una capacidad de que se contaban corto número. Por esto mereció el P. Riccati inusitados honores, entre ellos el notable de que la república de Venecia acuñase en honor suyo, en 1774, una medalla de oro de valor de mil libras. Aunque sensible á esta distincion, no por eso abandonó Riccati su antigua y recomendable modestia, mayormente hallándose en el ostracismo á que habia sido condenado cuando la extincion de la Compañía de Jesus en 1773. Retiróse á su patria, donde sobrevivió poco tiempo á este grande dolor, aunque era muy útil á sus hermanos, que sintieron extraordinariamente su fallecimiento, acaecido en 1775, cuando contaba sesenta y ocho años de edad. Este eminente matemático dejó gran número de obras sobre esta ciencia, pero los bibliógrafos únicamente citan un *Tratado del cálculo integral*, en tres volúmenes en 4.° Obra muy superior á su época, y que áun en la nuestra puede ser consultada con fruto. Tambien trabajó

sobre el curso de los rios, sin que podamos decir los títulos de las obras en que de ellos se ocupa.—S. B.

RICCI (P. Bartolomé), jesuita italiano, natural de Castroficardo. Distinguióse mucho este religioso por sus grandes virtudes, y en particular por su amor á la Compañía, en que vivió y murió con grande fama de santidad. Sus continuos estudios y escritos le hicieron acreedor á diferentes distinciones, entre ellas á la eleccion para rector de diferentes colegios, que gobernó con notable celo y muy buenos resultados, y al de prepósito provincial de Sicilia, elevada dignidad en la que tuvo ocasion de contraer los mayores méritos y ser mirado como uno de los varones más eminentes que produjo en su siglo la Compañía de Jesus. Quizá hubiera sido elevado á superiores dignidades, si la muerte no hubiese venido á cortar el hilo de sus dias cuando ménos se esperaba, muriendo en Roma con notable fama y reputacion. Fué su fallecimiento en 12 de Enero de 1613, y se le hicieron suntuosos funerales, conforme á su clase y los buenos recuerdos que de sí habia dejado en las diferentes obras que son aún leidas con avidez en Italia, pues manifiestan el espíritu cristiano y piadoso de que este buen padre se hallaba dotado. Versan todas sobre materias ascéticas, y son, por decirlo así, modelos en su género, de una literatura que quizá ha desaparecido ya, pues hoy en esta clase de escritos se emplea, por desgracia, el lenguaje con que la moda ha invadido la cátedra sagrada, la agiografía y todas las ciencias y artes, aunque solo es propio, cuando más, de los ligeros artículos de periódicos. Pero no culpemos á nuestro siglo por un achaque que es comun á los que le precedieron, en que vemos brillar á la oratoria sagrada y á la literatura ascética con los Granadas, Leones, Nierembergs, Malon de Chaide, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, y los vemos despues descender al gongorismo más refinado y ridículo con los Paravicinos y otros predicadores célebres, que dieron orígen al célebre Fr. Gerundio del P. Isla. Las obras ascéticas que escribió Ricci son las siguientes: *Instrucciones para meditar*, divididas en tres partes.—*Vida de Jesucristo*, sacada de los Evangelios, impresa repetidas veces, hasta que la reformó su autor poniéndola el título siguiente: *Vida de nuestro Señor Jesucristo, tomada de las palabras de los Evangelios, y aumentada con consideraciones en italiano para uso de los que se dedican á la meditacion*; Roma, por Bartolomé Zanneto, 1609, en 4.°—*Triunfo de Jesucristo crucificado, con imágenes de todos los mártires que han muerto en la cruz despues de Jesucristo*; Roma, por Juan Moretti, 1608, en 8.°—S. B.

RICCI (Santa Catalina de). Perteneció esta Santa á la ilustre casa de este nombre, que dió á la Iglesia cardenales y prelados distinguidos. Nació en Florencia el 2 de Abril de 1522. Desde muy niña se distinguió por la gran

EL P. RICCI.

piedad de que fué dotada, y deseando luego que conoció las mentidas vanidades del mundo y las verdades del cielo, librárse de los peligros de aquel, tomó el hábito en la órden tercera de Santo Domingo, en el monasterio de la ciudad de Prato, en Toscana. Esparciéndose por toda Italia la fama de su virtud y santidad, fama que se extendió rápidamente por toda Europa, se vió consultada por muchas personas, entre ellas de las más eminentes en dignidad, lo cual lejos de ensoberbecerla la hizo cada vez más humilde. S. Felipe de Neri, fundador del Oratorio en Roma, fué frecuentemente testigo de sus virtudes y de su instruccion, y se hizo un deber en dar á conocer tan excelentes dotes. Aseguran algunos autores que confirmó Dios la santidad de Catalina con varios milagros. Murió esta Santa el dia 3 de Febrero del año 1589, á los setenta y siete años de edad, y publicó su vida M. Cartari, obispo de Fiesoli. La fama de las maravillas que se decia obraba Dios por la intercesion de esta santa, obligó al obispo de Pistoya á hacer informaciones sobre su santidad el 1614, y como la Congregacion de Ritos va muy despacio en esta clase de asuntos, á pesar de lo mucho que favoreció la informacion á la Santa, no fué beatificada hasta el año 1733, en que lo ejecutó el papa Clemente XII á instancias del gran duque de Toscana y de la órden de Santo Domingo. — C.

RICCI (Escipion de), célebre prelado de Pistoya y Prato (Toscana) por la tentativa del cisma que estuvo á punto de estallar á últimos del siglo XVIII, nació en Florencia en 1741. Electo obispo en 1780, llegó á ser el consejero íntimo del gran duque Leopoldo II, hermano del emperador de Alemania José II. Secundando poderosamente con el prestigio que le daba su autoridad las reformas religiosas de aquel príncipe, manifestóse desde el principio en abierta oposicion con las doctrinas de Roma, apoyando al gobierno en todas las medidas que adoptó para juzgar los negocios eclesiásticos, arreglar el culto y las ceremonias religiosas y dirigir las conciencias. En 16 de Diciembre de 1786, conformándose con los deseos del gran Duque, abrió un concilio nacional en Pistoya, para proceder regularmente á las reformas que se querian hacer. Para ello nombró promotor del concilio al abate Tamburini, que habia sido privado por el cardenal Molino, obispo de Pavía, de la cátedra que desempeñaba en aquella universidad, á causa de una disertacion jansenista sobre la gracia. Adoptáronse en las primeras sesiones todas las doctrinas de los apelantes, se consagró el sistema de Bayo y de Quesnel sobre los dos amores, sobre la eficacia y la omnipotencia de esta, sobre la ineficacia é inutilidad del temor, y en una palabra, sobre los dogmas anatematizados desde un principio por la Iglesia. Al año siguiente se celebró en Florencia otra, pero estuvo muy léjos de terminarse á gusto de Ricci, que se vió precisado á disolverla. Miéntras duraron estas sesiones, se al-

borotaron contra él varios pueblos de su diócesis, derribaron y quemaron su trono episcopal y sus blasones y escudos de armas, despues de saquear su palacio y el seminario. Auxiliado por el gran Duque, envió tropas contra los sediciosos que, fuertes en número, arrollaron varias veces á los soldados. Más adelante hubiese pasado sin duda esta rebelion, si la muerte del emperador y elevacion de Leopoldo al trono imperial no hubiera dejado completamente abandonado al obispo de Pistoya. Un nuevo motin, que se levantó contra él en esta ciudad, le obligó á huir y renunciar su dignidad. Ni las censuras de la corte de Roma, ni la expresa condenacion que hizo de sus doctrinas el papa Pio VI en 1794 por su bula *Auctore fidei*, bastó para hacer retractar á Ricci. Al fin, en 1805, al pasar Pio VII por Florencia de su viaje á Francia, se le presentó Ricci entregándole una declaracion escrita y firmada de su puño, admitiendo las constituciones apostólicas contra Bayo, Jansenio y Quesnel, y particularmente la bula que condenaba el concilio que habia presidido. Murió Ricci el 27 de Enero de 1810.—A. C.

RICCI (José). Fué natural de Bressa y clérigo regular. Se adquirió una gran reputacion en el siglo XVII por dos obras históricas que escribió en latin, con mediana pureza y elegancia. Es la primera una *Historia de las guerras de Alemania desde* 1618 *hasta* 1648, escrita en diez libros, que se publicó en 1648 en Venecia; y la segunda una *Historia de las guerras de Italia desde* 1613 *hasta* 1653, que se imprimió en la misma ciudad en 1655, y se halla dividida en veintiocho narraciones. Era ya anciano el autor cuando emprendió este segundo trabajo, y le costó mucho obtener la licencia para publicarle. A este fin se le exigió tachase ó suprimiese toda la parte satírica, y obligándole esto á revisar y enmendar su obra, tarea que le duró un año, vino á quedar árida y ménos grata, pero la verdad de los hechos que cuenta, de los que muchos no se encuentran en otra parte, recompensa al lector de la languidez y pesado estilo de este libro.—C.

RICCI (Juan). Nació este príncipe de la santa Iglesia romana en Montepulciano, de una familia ilustre. Los malos tratamientos que recibió de su madrastra le obligaron á salir de su país é irse á Roma, en donde fué criado del mayordomo del cardenal del Monte. Su buen desempeño y servicios le elevaron al empleo de su amo, en casa del cardenal Farnesio, sobrino del pontífice Paulo III. Fué mandado con frecuencia á Francia y á los Países Bajos para ciertos negocios importantes, en los que salió brillantemente, y á su vuelta se hizo eclesiástico. Luego que fué ordenado sacerdote, Paulo II le hizo clérigo de cámara, y le mandó tres veces con encargos suyos á España y á Portugal. Subiendo el cardenal de Mouse á la silla de S. Pedro con el nombre de Julio III, confirió á Ricci el arzobispado de Siponti, y le creó cardenal en Noviembre de 1551. Por consideracion suya erigió Pio IV la

iglesia de Montepulciano en catedral, que dió en obispado á Espinello Bencio. El cardenal Ricci sucedio á este primer obispo en aquella catedral, y fundó en seguida un colegio para sus compatriotas en Pisa, de donde era arzobispo. Obtuvo muchos votos para papa en el consistorio en que se elevó al pontificado á Pio V. Murió en Roma el dia 3 de Mayo de 1574, á la edad de setenta y cuatro años, y fué enterrado su cuerpo en S. Pedro del Monte de Oro, en donde se ve su epitafio, segun Auberi en su *Historia de los Cardenales.* — C.

RICCI (Lorenzo). Este célebre general de los Jesuitas nació en Florencia el 2 de Agosto de 1703, y murió preso en el castillo de Sant-Angelo, en Roma, el 22 de Noviembre de 1775. Fué el último general de los Jesuitas, y en cuyo tiempo, el 21 de Julio de 1773, pronunció la extincion de la Compañia el papa Clemente XIV. El haber vivido este célebre religioso en una época tan difícil para los Jesuitas, ha aumentado la fama de su nombre. Era hombre de resolucion y de firmeza incontrastable; pero las circunstancias de la época fueron más poderosas que él. La Europa entera se habia coligado contra la Compañia de Jesus; era imposible que esta Sociedad pudiese resistir á las fuerzas reunidas de sus enemigos, es decir, de los pueblos, de los reyes y hasta del Papa. El Portugal habia dado la señal y habia arrojado de su territorio á los miembros de la Compañia; en Francia, que bajo el reinado de Enrique IV habian sido proscriptos, el Parlamento los desterró; en España el rey Cárlos III en un solo dia los hizo salir de su reino por una medida tan secreta como violenta, sin que pudieran llevar consigo más que el Breviario. Nápoles, Malta y Parma hicieron otro tanto. Ricci, en su calidad de general de la Compañia, trató de hacer frente á la tormenta que por todas partes aparecia y fulminaba sus rayos contra la Orden. Sus vivas gestiones y sus pasos activos tuvieron al principio una especie de éxito: Clemente III, instado por él, confirmó la sociedad jesuítica por una bula expresa, y se apresuró á escribir al clero contra los ataques de que era objeto, protestando enérgicamente contra las disposiciones de los gobiernos dichos. El Papa murió durante esta lucha, y Ganganelli, su sucesor, quiso continuar su obra, cada dia más difícil. Toda la diplomacia se hallaba en movimiento: la España, sobre todo, se distinguia por su celo. Ricci desplegaba la mayor actividad y oponia todas sus fuerzas. Resistió las transacciones que se le proponian, y que hubieran podido salvar á la Orden, pronunciando aquellas palabras tan célebres que caracterizan su firmeza: *Sint ut sunt, aut non sint*: Existan tales como son, ó no existan. Entónces fué cuando Clemente XIV decretó la supresion de los Jesuitas, la que en el mes de Agosto siguiente notificó al General, que se hallaba encerrado en el castillo de Sant-Angelo. Así dejó de existir el célebre instituto de la Compa-

ñia de Jesus. Su admirable constitucion, lo grande de su objeto, la sublimidad de su apostolado, su maravilloso desarrollo, parecian un milagro de la divina Providencia. Sus trabajos infatigables por la salvacion de las almas y la prosperidad de los imperios, sus conquistas pacíficas y numerosas en todos los ramos de la inteligencia; en una palabra, los inmensos servicios de todo género que habian prestado durante más de dos siglos á las naciones dóciles á su ilustrada enseñanza, formaban un cuadro vastísimo y variado que, aunque desprovisto de los embellecimientos del arte, era sumamente interesante. No creemos propio de este artículo el acometer esta empresa, que concebimos, de poner en relieve todos los títulos de los Jesuítas al reconocimiento y á la veneracion de los pueblos; pero creemos que es el sitio de trazar á grandes rasgos un boceto de la importante historia de esta Orden religiosa, puesto que hablamos del General que la gobernaba á su extincion en el pasado siglo. Muchas circunstancias han hecho reconocer en la sociedad de los Jesuitas desde el primer momento de su aparicion en medio de la cristiandad, un carácter enteramente providencial. El órden religioso y social se hallaba amenazado de una ruina completa por la audaz predicacion de Lutero y otros sectarios, que á su ejemplo combatian á los poderes temporales y á la Iglesia católica. Ningun poder humano podia poner un dique á aquel devastador desbordamiento: parecia seguro el triunfo del infierno. En todas partes agitaban manos impías con frenética rabia el estandarte de la rebelion; los hombres de poca fe, fascinados por los rápidos progresos del error, comenzaban á dudar de la infalibilidad de las divinas promesas del Salvador del mundo. El desaliento y la desesperacion se apoderaban de la mayor parte de las almas que habian permanecido fieles al verdadero culto del Evangelio, cuando una milicia santa, enarbolando la bandera de la sumision y de la obediencia, una milicia intrépida y tan maravillosamente organizada, que podia decirse que habia salido armada de las manos del mismo Dios, se presenta para combatir á los innovadores, y sostener con todas sus fuerzas la Iglesia fundada por Jesucristo, esa Iglesia hermosa, que segun la divina palabra, no debe perecer jamás. Ignacio de Loyola, nacido en 1491 en Vizcaya, simple paje de la corte del rey Fernando V, despues valiente capitan, empero imbuido por todas las máximas del mundo, fué el hombre elegido por el celeste decreto para dar nacimiento á la institucion de los Jesuitas. Cuando un pastor oscuro habia sido llamado á subir sobre el trono de Israel y reinar con gloria en el pueblo de Dios, así como pescadores ignorantes y groseros habian salido de sus barcas y recibido la alta mision de conquistar el mundo al Evangelio, así Ignacio de Loyola, elegido por el Señor, fué el instrumento de que el cielo se sirvió para fundar esa milicia ascética, destinada á regenerar las naciones en la fe. Hasta la edad de veinti-

cinco años todas las acciones de Ignacio fueron conformes al espíritu del siglo; fué precisa la intervencion de la gracia para que cayera la venda de sus ojos, y este milagro no tardó en manifestarse. Defendiendo vigorosamente la plaza de Pamplona contra los franceses en 1521, Ignacio, durante el calor del combate, fué herido en una pierna. Prisionero de los franceses, que se apoderaron de la ciudad, recibió de ellos los primeros socorros, fué tratado con las consideraciones debidas á su brillante valor, y trasportado á la casa de su padre, situada á poca distancia de Pamplona. A su llegada, experimentando grandes dolores, sufre con firmeza estóica una cruel operacion. Empero una fiebre violenta sobreviene acompañada de síntomas alarmantes: todos creen que le restan pocos dias de vida; mas, contra toda esperanza, recobra su salud despues de haber recibido los sacramentos la víspera de la festividad de S. Pedro y S. Pablo. Durante la convalecencia se dedicó á la lectura de las vidas de los santos; comprendió lo frívolo de las glorias mundanas, y tomó la resolucion de marchar francamente por el camino del espíritu de Dios. La vocacion de Ignacio estaba decidida. Ni las súplicas de su familia, ni las consideraciones de un interés material, bastan á cambiar su resolucion. Desde que se halla en estado de montar á caballo huye, por decirlo así, del castillo de Loyola, y marcha á Monserrat, en donde despues de haber velado sus armas, como los antiguos caballeros, cuelga su espada de un pilar del templo inmediato al altar de la Vírgen, como en muestra y señal de la milicia mundana, y en resolucion de consagrarse en lo sucesivo á una milicia enteramente espiritual. Aquí comienza la vida de penitencia de Ignacio y sus austeridades. Mendiga su pan de puerta en puerta, perseguido por las burlas del populacho; forma el proyecto de visitar los Santos Lugares, y marcha solo, sin dinero, hecho un mendigo, á Roma y á Palestina. Despues volvió á Europa, resuelto á trabajar en la salvacion de las almas; empero, áun cuando semejante empresa exigia conocimientos, nada pudo enfriar su celo, y á la edad de treinta años comenzó los estudios indispensables para cumplir la mision que se habia impuesto. Frecuentó como estudiante las escuelas de Barcelona, de Alcalá y de Salamanca. Su vocacion le llevaba á catequizar á los niños, y á enseñar la doctrina al pueblo bajo. Este espíritu de proselitismo inspiró rezelos á las autoridades, y le atrajo persecuciones. Entónces adoptó la resolucion de abandonar su ingrata patria y pasar á Francia. Allí debia formar la gloriosa Compañía de Jesus. En Montmartre, el dia de la Asuncion del año de 1534, reunido con seis compañeros, dió principio á la obra que meditaba. Más tarde se le unieron otros tres discípulos, y aquellos diez hombres, fundadores de la célebre Sociedad de Jesuitas, fueron á Roma en la pascua de 1538. En una asamblea, en que se determinaron las primeras bases de su edificio místico, Ignacio pronunció

un discurso, teniendo por objeto probar que la asociacion no haria nada de grande si no era una órden capaz de existir en todos los sitios, y de vivir hasta el fin de los siglos; y que, combatiendo bajo la bandera de Jesucristo, no tenia mejor nombre que tomar que el del divino Redentor. En su consecuencia tomaron el título de la *Compañía de Jesus*. Ignacio hizo presentar el plan de su instituto al papa Paulo III, que rehusó al pronto aprobar aquella nueva Orden; todo lo que el santo fundador pudo obtener en aquellos primeros momentos, fué que un cierto número de sus compañeros fuesen empleados en algunos sitios en donde la Iglesia necesitaba de servidores. Dos de entre ellos, Francisco Javier y Rodriguez, fueron enviados al Portugal, desde donde el primero pasó á las Indias, de las que fué el grande apóstol. Pero el soberano Pontífice, mejor informado y juzgando que la Iglesia atacada de todas partes no podia tener demasiados defensores, cerró los oidos á las sugestiones hostiles al nuevo instituto, y dió el 27 de Setiembre de 1540 la bula *Regimini militantes Ecclesiæ*, que aprobaba la Sociedad de Ignacio bajo el nombre de Compañía de Jesus, limitando sus miembros al restringido número de sesenta. El año siguiente de 1541 los compañeros de Ignacio le proclamaron su general. Estableció su residencia en Roma, y desde aquella metrópoli del catolicismo partieron los misioneros para todos los países de la tierra, y las misiones apostólicas fueron las que comenzaron á fundar los progresos y la influencia de la Orden. Disipadas por sí mismas todas las prevenciones desfavorables que se habian inspirado al papa Paulo III, revocó su primera restriccion en 1543, y permitió á la Sociedad extenderse sin limitacion de personas ni de tiempos, autorizando á sus miembros á predicar en todas partes, á escuchar las confesiones de los fieles, y á no atenerse, en caso de necesidad, para la celebracion de la Misa á las horas determinadas del dia. Les autorizó tambien á modificar de su pleno poder las primeras constituciones de la Orden y á introducir otras nuevas. El General de los Jesuitas redactó estas constituciones y reglas, por las cuales debian gobernarse con relacion á su propia santificacion, á la del prójimo y á la educacion de la juventud. Las dos primeras virtudes, cuya práctica recomendaban, eran la obediencia y la abnegacion. Establecian que el que pretendiese entrar en la Sociedad no debia tener voluntad propia. Este espíritu de obediencia ha sido el móvil y la base de todas sus constituciones. Fueron formadas estas constituciones por el mismo S. Ignacio, con algunas alteraciones de los dos generales siguientes Lainez y Aquaviva, que ejercieron una grande influencia sobre los destinos de esta Compañía. Echaremos rápidamente una ojeada sobre el código que ha regido á esta milicia. El monarca, bajo el nombre de *General*, está revestido de un poder absoluto, ilimitado y perpétuo. Sus súbditos le rinden ciega y pasiva obediencia; tiene el poder

de dar nuevas reglas y dispensar las antiguas; recibe en la Orden y despide al que quiere; nombra para todos los cargos, excepto el de asistente y admonitor; distribuye los empleos; convoca los capítulos que preside, y su voto vale por dos. En ellos se elige el general, que debe ser de los jesuitas *profesos del cuarto voto*. Este, ausente ó enfermo, confiere la interinidad á su vicario general, únicamente si la edad ó las enfermedades le inutilizan para gobernar á la Compañía, la que por medio de la sancion del Papa provee el vicariato general con poder absoluto y derecho de sucesion. El general debe tambien ántes de su muerte nombrar un vicario general; á falta de este, el derecho de elegir pertenece á los profesos del cuarto voto que se encuentren á la sazon en Roma. Las funciones de este vicario consisten en convocar una asamblea de todos los miembros con derecho para la eleccion de general y el gobernar durante la vacante. Su autoridad está limitada; no puede introducir nuevas reglas, nuevas ceremonias, ni cambiar las ya establecidas, y espira su poder al nombramiento del general. Los asistentes componen el consejo secreto del jefe; llevan el nombre de los estados donde han nacido, y son elegidos como él por toda la Compañía reunida. Si el general hiciese una vida escandalosa ó disipase las rentas de la Orden, pueden los asistentes convocar una asamblea para destituirle. Además de sus asistentes, tiene á su lado el general un oficial, nombrado por la Compañía, para advertirle en secreto de cualquiera irregularidad que haya en su conducta : este consejero se llama *Admonitor*. A pesar de estas cortapisas, no hay jefe más absoluto, más respetado, ni que tema ménos ver arrebatada su autoridad que el general de los Jesuitas. Los provinciales son los gobernadores de las provincias de la Orden : nombran anualmente viceprovinciales de los superiores de las casas profesas y de los noviciados, y rectores de los colegios de sus provincias. Eligen tambien á los maestros de novicios, los procuradores, los ministros, los prefectos espirituales, los de estudios, los de la salud, los predicadores, los confesores, los consultores, los admonitores de los superiores, los profesores y los primeros oficiales de las universidades, excepto los rectores y los cancelarios; pero en general debe en seguida aprobarse la eleccion que hagan. Pueden admitir al noviciado á los sugetos que tengan las cualidades requeridas, y despedir á los que estan en el primero y segundo noviciado, á ménos que el general los haya aprobado ó que hayan traido grandes ventajas á la Compañía. No pueden tampoco expulsar á los *escolares aprobados* ni á los *coadjutores* no formados sin su conocimiento, á ménos de una urgente necesidad; pero no tienen ningun poder para despedir ni profesos, ni coadjutores formados, espirituales ó temporales, al general solo pertenece este derecho. Tienen cuatro *asistentes*, de los que uno hace siempre el oficio de admonitor. Estos

individuos, colocados por el general al lado de los provinciales, le informan exactamente de su conducta. Los *comisarios* y los *visitadores* son empleados extraordinarios, elegidos por el general para inspeccionar las casas de los colegios, escuchar las quejas y reformar los abusos. Cada provincia, cada casa profesa, cada colegio, cada noviciado, tiene un *procurador* particular. Hay además en Roma un procurador general encargado de todos los negocios de la Compañía. Reciben las rentas y las limosnas, dirigen lo temporal y sostienen los pleitos, que reciben órden de terminar en cuanto les es posible, por medio de transacciones y sin que intervengan los tribunales. Además de estos altos empleados hay un gran número de subalternos, de examinadores dispuestos para aprobar los neófitos, maestros de novicios, encargados de un segundo exámen, ministros que ayudan á los superiores, subministros para la cocina, el refectorio, los dormitorios y despensa, consultores que ayudan á los superiores con sus consejos, admonitores que les advierten de sus defectos, prefectos espirituales que presiden los actos religiosos, sacristanes, enfermeros, porteros, encargados del guardaropa, despenseros, etc., cuyos títulos designan sus funciones. Los miembros de la Compañía estan divididos en cinco clases: *novicios*, *estudiantes aprobados*, *coadjutores espirituales*, *profesos del cuarto voto*, y *coadjutores temporales*. Las principales cualidades para entrar en la Compañía son un buen natural, una buena salud y un buen físico. Se excluye de ella á los renegados, á los herejes, á las gentes notadas de infamia, á las personas débiles de espíritu, etc. Un gran mérito puede dispensar de estos motivos de exclusion. El noviciado dura dos años; despues de un mes de retiro, se obliga á hacer al neófito una confesion general; luego se le investiga, se le sondea de mil maneras para descubrir sus inclinaciones, sus hábitos, sus deseos. Se los ocupa en los empleos más bajos, se les predica la abnegacion de sí propio, la sumision absoluta al juicio de los superiores, se les ocupa en oraciones vocales y mentales, se les envia á servir á los enfermos en un hospital ó hacer una peregrinacion á pie, sin dinero y mendigando su pan. Pasados los dos años del noviciado se les autoriza á hacer voto de pobreza, de castidad y de obediencia, y despues se les admite en los estudios. Se les enseña las lenguas, la poesía, la retórica, la filosofía, la teología, la historia eclesiástica y santas Escrituras. Mas por miedo de que el estudio no ahogue el gusto á la devocion, se les impone la frecuentacion de los sacramentos todas las semanas, y un exámen de conciencia dos veces al dia y ejercicios espirituales todos los años; renovacion de los votos dos veces al año, retiro, meditacion, penitencia, confesion; y por último, un segundo noviciado de un año, durante el cual abandonan las letras humanas por los ejercicios espirituales. Para ejercitarse en el uso de la palabra, se consagran

á las misiones en aldeas y pueblos pequeños. Despues entran definitivamente en la Compañía, en la que prometen vivir y morir. La profesion secreta no se escribe, ni se firma, ni se hace en manos de nadie, y sin embargo compromete como si fuese pública y solemne. El que abandona la Compañía sin el consentimiento del general, incurre en las penas que fulminan los cánones contra los apóstatas, al paso que la Sociedad no queda obligada de modo alguno y puede despedir á los que la parezca. Los *escolares aprobados* son los que, salidos del noviciado, hacen votos secretos, y se les emplea muchas veces como regentes. Los *coadjutores espirituales* ocupan la categoría más elevada; sus votos son públicos, el superior los recibe á nombre del general; son reputados simples con respecto á la Compañía, que dispensa de ellos á los que expulsa de su seno. Los *profesos del cuarto voto* son los miembros que se juzgan, despues de una larga prueba, dignos de conocer todos los secretos de la Sociedad. Estos no pueden ser despedidos. Añaden á los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, el de entera abnegacion y adhesion á las órdenes del Papa. Estos votos públicos, absolutos, solemnes, ligan irrevocablemente al estado religioso al que los pronuncia, y le hacen incapaz de herencia. Los *coadjutores temporales* son legos, que no pronuncian sino votos simples, y se les emplea ordinariamente en los trabajos manuales. Solo tienen un año de noviciado, y no pueden ejercer oficio público sino al cabo de dos años. Se recibe con mucha dificultad y con grandes precauciones á los que han hecho algunos progresos en las letras, ó han servido en el ejército, ó son nobles. Prefiérese para esta clase á los artesanos que sepan leer y escribir. Destinando Ignacio sus hijos á ir por todas partes adonde les llamasen los intereses de su Compañía, adoptó el traje de simples clérigos, y áun les permitió modificarle segun los países donde habitasen. Les impuso pocas abstinencias y austeridades, porque para correr el mundo de un cabo á otro se necesitan salud y fuerzas. No les sujetó al canto continuo, al coro y á las alabanzas del Señor, pero estableció en su Orden una subordinacion enteramente militar. El general fijó su residencia en Roma, á fin de poder gobernar mejor á sus súbditos diseminados en todo el universo. Sus ministros ó asistentes, agrupados en derredor de él, mantienen correspondencia con todos los provinciales del globo; los superiores tienen que escribir una vez á la semana á su provincial, y el provincial todos los meses al general. Además, todos los miembros de la Compañía de Jesus tienen la libertad de dirigirse en sus necesidades, en sus quejas, directamente al general sin intervencion alguna. Por medio de esta correspondencia particular, el general de los Jesuitas es el jefe mejor enterado de cuantas cosas pasen en sus estados, y estos estados abarcan casi todo el universo. Sus súbditos tambien frecuentan en todas partes, no solo las casas del pueblo,

sino los palacios de los reyes; y asi desde Roma se halla establecido su centro de direccion y dominio. Los Jesuitas se extendieron rápidamente en España, Portugal, Alemania, Países-Bajos, Fez, Marruecos, Congo, Brasil, Paraguay (donde fundaron maravillosos establecimientos), Japon; en fin, llegaron á penetrar hasta en la China, y allí, en aquel pueblo tan aficionado á las matemáticas, muchos de sus individuos llegaron á obtener las principales dignidades del estado. La Francia, que habia visto nacer en Montmartre la Compañía de Jesus, fué una de las que con más obstinacion la ha rechazado, y en donde continuamente han tenido que mantener luchas para su existencia. La Compañía de Jesus, extinguida dos meses ántes de la muerte de su último general Ricci, se vió arrojada de todos los reinos de la cristiandad. Solo Federico II, rey de Prusia, y Catalina, emperatriz de Rusia, los protegieron en su desgracia guardándolos en sus estados bajo un nombre distinto y con traje poco diferente. Durante la revolucion francesa, el gabinete de Rusia solicitó del Vaticano que le autorizase á conservar los Jesuitas, pero únicamente en sus dominios. En el curso de esta negociacion, Paccanari, picapedrero y despues soldado, protegido por la archiduquesa Mariana, meditó el restablecimiento de los Jesuitas bajo el nombre de *Padres de la Fe*, y obtuvo un rescripto del papa Pio VI para el nuevo instituto. Fundó en Roma un colegio, que tuvo en un principio un grandísimo éxito; pero la toma de la capital por los franceses vino á destruir su obra naciente, y el cuerpo de Paccanari, atravesado de puñaladas, fué sacado del rio Tiber. El abate de Broglie habia ido á fundar una casa de Padres de la Fe en los alrededores de Lóndres; pero tuvo que desistir de su empresa porque le faltaron los fondos. En el mismo imperio de Napoleon en 1805, el ministro Portalis tuvo órden de hacer que el Consejo de Estado diese un informe sobre las asociaciones religiosas; no fueron olvidados los Jesuitas, y se provocó su disolucion, qué fué sancionada por el Emperador. Al caer Napoleon del trono en 1814 y al ir á espirar sobre la roca de Santa Elena despues de una larga prision, el santo padre Pio VII, que se hallaba prisionero en Francia, en Fontainebleau, volvió á Roma y señaló su entrada en la capital del mundo cristiano restableciendo los Jesuitas. Una bula de 7 de Agosto de 1814 autorizó su asociacion en Rusia, en Nápoles y en toda la cristiandad. Dos años más tarde, el 1.° de Enero de 1816, el emperador Alejandro los expulsaba de Rusia. Juan VI de Portugal anunció al Papa que su intencion era mantener la ley que los arrojaba de su reino. El emperador de Austria les negó la entrada en sus estados. Fernando VII, al volver á ocupar el trono, los autorizó en España, viniendo de nuevo despues de haber sido expulsados en tiempo de Carlos III. Tambien el Piamonte abrió sus puertas á los Jesuitas. Extinguidas en España en 1837 las órdenes

y comunidades religiosas, los Jesuitas han vuelto á establecerse en la cuna de su órden, Loyola, y en algunos otros puntos, sirviendo para las misiones de Ultramar. La grande importancia de la institucion de Ignacio de Loyola consiste precisamente en lo combatida que ha sido desde su fundacion, y en cómo ha podido resistir esfuerzos tan grandes como los que contra ella se han hecho. Una cosa hay notable en esto: el vértigo de los gobiernos á los que los Jesuitas habian prestado más servicios en perseguirlos. Hoy apénas se recuerdan las causas pueriles de acusacion irrisorias, que han servido de pretexto á su proscripcion; únicamente se debe recordar que los jueces que declararon á la Europa entera á la Compañia de Jesus convicta de los más grandes delitos, no pudieron hallar un solo culpable entre todos los ministros que la componian. La destruccion de los Jesuitas dió un funesto golpe á la educacion pública de toda la Europa, confesion que se encuentra hoy comprobada y en boca de sus enemigos como en la de sus amigos.—C. de F.

RICCI (Mateo). Nació este célebre jesuita en Macerata de la Marca de Ancona, el dia 6 de Octubre de 1552. Fué hijo de Juan Bautista Ricci y de Juana Angiolleli, ambos de buena familia. Luego que estudió en Macerata las bellas letras, se le mandó á Roma á estudiar el derecho, y tres años despues entró en la Compañía de Jesus el 15 de Agosto de 1571. Aún no habia acabado la teologia, cuando siguió á las Indias á su maestro de noviciado el P. Mtro. Alejandro Valignan, que le inspiró esta idea. Acabó el estudio de la teología en Goa, adonde llegó en 1578, y en seguida se le encargó de enseñar la retórica. Habiéndosele destinado á la mision de la China, aprendió la lengua del país. Embarcóse para la provincia de Canton, de donde se le obligó á volver á Macao, y creyendo ser más feliz en una nueva tentativa, partió otra vez en 1.° de Setiembre de 1583, y diez dias despues llego á Coquin, y se estableció cerca de esta ciudad con algunos compañeros. Como habia estudiado las matemáticas en Roma, asistiendo á las lecciones del sabio Clavius, no tardó en formarse una reputacion entre los pueblos más aficionados á esta ciencia. Hizo para ellos una carta geográfica á fin de hacerles ver el error en que estaban, de que la China era la más grande parte del mundo, y de que todo lo demás no era más que pequeños trozos de tierra que la rodeaban para adornarla. Pero á fin de no desagradarles, dispuso de tal modo la carta cambiando el primer meridiano, que les pareció, como lo creian, que la China se hallaba en medio del mundo, cosa que lisonjeaba su vanidad. Compuso despues Ricci un pequeño catecismo, en el que, segun el P. Orleans, puso de manifiesto que los puntos de la religion y de la moral más conformes con la ley natural, son á propósito para instruir á los infieles. Como á pesar de todo esto no fuesen siem-

pre bien tratados los misioneros de los chinos, en 1589 se encontró solo Ricci en la mision, viéndose él mismo, poco despues, obligado á salir de este reino; pero se le llamó cuando iba á embarcarse, y se estableció en Chaochen. Hasta entónces no habia podido penetrar en la corte del emperador, y queriendo probar fortuna, se dirigió en 1595 á la provincia de Kian-si, y naufragó en las riberas del Ché. Salvando milagrosamente su vida, siguió su camino á Nankin, y desde allí fué á Pekin; pero no sacando en esta capital gran fruto, se volvió á Nankin, en donde se estableció. Intentó volver á Pekin en Mayo de 1600, con el pretexto de ir á llevar al Rey curiosidades de Europa, y su viaje fué feliz hasta Licin; pero allí fué detenido y conducido con sus compañeros á una torre situada á alguna distancia de la ciudad, sin permitirles salir de ella sin la compañía de uno de sus guardas. Cuando Ricci se creia ya perdido, sin recurso, informado el emperador de su detencion y de los presentes que llevaba, mandó que le dejasen ir á la corte, en la que fué muy bien recibido. Permitióle el emperador establecerse en Pekin, y se dedicó con preferencia á captarse la voluntad y el aprecio de los literatos por su conocimiento en las matemáticas, ciencia que trató floreciese cada vez más en la China. Se hizo prosélitos que reunió en sociedad á su alrededor, á los que animó con su espíritu, y compró una casa en la cual hizo una iglesia. Despues de haber trabajado sin tregua en preparar el camino para conquistar al Señor gran número de almas, murió en Pekin el año 1610, á los cincuenta y ocho años de edad, dejando escritas curiosísimas memorias sobre la China, de las cuales se valió el P. Trigault para escribir la historia de este vasto estado. El jesuita P. Orleans escribió la *Vida del P. Ricci*, que se imprimió en París en 1693, en la cual hace de Ricci un apóstol, un santo, un nuevo S. Francisco Javier, verdadero apóstol de las Indias. — C.

RICCI (Miguel Angel). Nació este príncipe de la Iglesia católica en Roma el año 1619, y siendo sumamente aficionado á las matemáticas, hizo en ellas grandes progresos. Su tratado *De Maximis et Minimis* es una prueba de ello. Aficionado despues con pasion á la teología tuvo igual éxito. Despues de haber pasado por diferentes empleos, y sido muchos años secretario de la Congregacion de las Indulgencias y de las Reliquias, y consultor del Santo Oficio, el pontífice Inocencio XI le concedió el capelo en 1681, pero no fué revestido de esta alta dignidad, pues que murió en 12 de Mayo de 1628 á la edad de sesenta y cuatro años. Mereció el elogio de muchos célebres autores, como Gasendi, Slusius, el cardenal Pallavicini y M. Fabretti. Puede verse una carta de este Cardenal en el tomo I de la coleccion titulada *Lettere memorabili*. Da noticia de él Bayle en su *Diccionario crítico*. — C.

RICCI (Fr. Santiago), del órden de Predicadores. Era natural de Roma, y descendiente de una nobilísima familia que contaba muchos individuos en los principales puestos de la milicia, gobernacion y judicatura. Habiendo desde muy jóven manifestado deseos de santificar su alma, tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de Sta. María de Minerva, de la mencionada ciudad de Roma, en el que se distinguió por su humildad, rectitud de costumbres, dulzura de carácter, y sobre todo por la estrecha observancia de la regla monástica. Encomendáronle la enseñanza de las divinas letras, y despues de haberse ocupado algunos años en este ejercicio, y de lograr que le condecorasen con el lauro del magisterio, fué nombrado secretario de la Congregacion del Indice, y poco despues la autoridad del sumo pontífice Inocencio XI le nombró prior provincial, desempeñando este cargo por un cuatrenio, contra la costumbre establecida, desde el año 1679 hasta 1683. En 1684 fué elegido procurador general de la Orden, cuyo oficio desempeñó hasta su muerte, ocurrida en 1703. Escribió las siguientes obras: *Vida de S. Felipe Neri, florentino, fundador de la Congregacion del Oratorio, escrita sobre la del P. Pietro Bacci, y ahora añadida con muchos hechos y dichos del mismo Santo. Es adjunta una breve noticia de algunos de sus compañeros.* Esta obra fué impresa en Roma en idioma italiano, el año 1672, y forma un tomo en 4.° — *Epitome singularium gestorum sancti Ludovici Bertrandi Valentini, Ordinis Prædicatorum;* impreso en Roma, año 1671, en un tomo en 4.°, sin nombre de autor. — *Brevis instructio pro iis qui promovendi sunt ad ordines et ad animarum curam ex jure canonico Concilio Tridentino cathechismo, Rituali romano. De Thoma et præcipue antiquoribus theologis opus exaratum.* Esta obra, segun dicen algunos bibliógrafos de la Orden, que la vieron manuscrita en poder de su autor, no llegó á publicarse, de lo cual se lamentan, pues aseguran que además de ser muy interesante su lectura para la generalidad, llenaba cumplidamente el objeto á que se destinaba. — *Index librorum prohibitorum auctiore et accuratior;* Roma, imprenta de la Cámara Pontificia, año 1681. Un ejemplar de este curioso é importante índice se halla hoy en la Biblioteca Imperial de Paris. — M. B.

RICCIARDI (Fr. Juan), del órden de Predicadores. Es tambien conocido por Altamura, nombre del pueblo de su nacimiento, en la Apulia. Tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en un convento de su patria, desde el cual, habiéndose hecho notable por su elocuencia en el púlpito, fué trasladado á la casa de Sto. Domingo de Nápoles. Varon tan erudito como piadoso, brilló en el siglo XVI por sus virtudes, dejando claros ejemplos que imitar á las futuras edades. Fundó en Nápoles las piadosas congregaciones del Santísimo Sacramento, y del devoto Rosario de la santísima Vírgen María, y formó en el mencionado convento una especie de palestra religiosa,

en que todos sus hermanos fueron dignos émulos en la humildad y la mortificacion. Murió á la avanzada edad de noventa años, en el de 1675. La memoria de este esclarecido varon se conserva en las actas del capítulo general celebrado en Roma en el año 1686, donde se hace su elogio con estas brevísimas, aunque elocuentes y precisas palabras: «En el convento de Sto. Domingo brilló por la santidad de su vida y su consumada erudicion, Fr. Juan de Altamura, verdadera y luciente antorcha de claridad, el cual estuvo de tantas virtudes adornado, que el olor de ellas se difunde aún á largo espacio, como suavísima fragancia.» Escribió las siguientes obras, todas en idioma italiano. *Dominical para todo el año, y modo de fundar la escuela de la mortificacion y de ejercitarse en ella*; parte primera, Nápoles, 1640, un tomo en 4.° Segunda y tercera parte de la misma obra, 1644, otro tomo. Cuarta parte de la propia que tituló: *Entretenimientos espirituales para los Dominicos*; un tomo en 4.°, 1654.—*Discurso sobre el Santísimo Rosario de la Virgen María, con algunos sermones de santos*, obra dedicada al cardenal Monti, arzobispo de Milan.—Segunda parte de la misma obra, que contiene varios sermones del santísimo Rosario, dedicada al tesorero general del reino de Nápoles.—*Sermon en honor de la Virgen María en la novena del Nacimiento de Cristo, con algunos otros á varias solemnidades*; Nápoles, 1694.—*De la Oracion mental*, el mismo año.—*Modo de instruir á la Congregacion del Santísimo Sacramento y de rezar el santo Rosario*; 1640, un tomo en 4.°—*Breve instruccion para la fundacion del Rosario perpétuo y su aplicacion en favor de los agonizantes*. Este libro fué traducido al latin por Reginaldo Badeo. M. B.

RICCIO (Fr. Juan), franciscano. Era romano, pertenecia á la estrecha observancia de la religion seráfica, y desempeñaba el cargo de maestro de sagrada teología en la provincia romana. No se tienen más noticias de él. Escribió una obra titulada: *Apparatus ad imaginativam Doctoris Subtilissimi suscitandam, sive opus complectens principia catholicæ scientiæ ipsam scientia methodorumque omnia inquirendi et componendi previum ad analogias methodos et loca mathematica, quæ in libro Sententiarum quodlibeti et Theorematum Johannis Duns. Scoto continentur enucleanda*; un tomo en 4.°, 1650.—M. B.

RICCIO (Fr. Juan), del órden de Predicadores. Por incuria de los compiladores bibliógrafos ó por un lamentable olvido, no existen particularidades que consignar acerca de este religioso. Solo diremos que fué siciliano y que vivia por los años de 1456. Escribió una obra titulada: *Commentarium in libros ethicorum Aristotelis ad D. Cardinalem Diaconum Julianum Sancti Angeli pro reverendissimo et volans fama per Galliam, etc.* Por la circunstancia de la dedicatoria es por lo que ha llegado hasta nosotros la noticia de la mencionada obra y el nombre de su autor.—M. B.

RICCIO (Juan Luis). Moreri nos da una carta de este prelado, diciendo que fué obispo del Vico-di-Sorrento, nacido de una familia noble y antigua del reino de Nápoles, el cual gozó de una gran reputacion al principio del siglo XVII. Murió el año 1630, y entre las diversas obras que escribió, debemos citar como las principales, las tituladas: *Dec. Cur. Archiepis., parte IV.—Praxis For. eccles., part. V.—Collect. decis. part. IX.—Addit. in Jasonis Mainæ opera.* Hizo su elogio entre sus doctores en la parte segunda Lorenzo Crasso.—C.

RICCIOLI (Juan Bautista). Este célebre jesuita fué uno de los astrónomos más sabios del siglo XVII. Nació en Ferrara el año 1598, y abrazó la regla de S. Ignacio de Loyola á los diez y seis años. Despues de haber profesado por mucho tiempo las bellas letras, la filosofía y la teología, tanto en Parma como en Bolonia, se aplicó enteramente al estudio de la astronomía por órden de sus superiores, que creyeron encontrar en él un antagonista que oponer á los astrónomos del Norte, que pretendian que el sistema de Copérnico no habia sido juzgado hasta entónces en Italia más que por los teólogos y no por los astrónomos. Habia prevencion de una y otra parte, los estados protestantes se empeñaban en rechazar la correccion del calendario solo porque procedia de Roma, y desconfiando los italianos de lo que venia de Alemania, hogar de la herejía, desdeñaban los descubrimientos de Kepler y rehusaban ver en el sistema de Copérnico otra cosa que una simple hipótesis, y condenaban á Galileo á la Inquisicion, porque se obstinaba en demostrar que este sistema se conformaba con la santa Escritura. Atacó Riccioli este sistema con mil argumentos que imaginó, pero de la manera que habla, se creeria, segun Delambre, oir á un abogado encargado de oficio de una mala causa que hacia cuanto podia para perderla. Conviene el jesuita en que tomado como una hipótesis el sistema de Copérnico, es el más bello, el más sencillo y el mejor ideado; pero como no le adoptaba era preciso que le sustituyese con otro, el de Ptolomeo no podia sostenerse, los de Tycho y de Rheita ofrecian sus dificultades: propuso hacer andar la Luna, el Sol, Júpiter y Saturno al rededor de la tierra, y en su nuevo sistema, Mercurio, Venus y Marte no debian ser más que satélites del Sol. A fin de explicar las irregularidades de la Luna, despues de haber demostrado los inconvenientes de todos los sistemas precedentes, propuso el suyo, no como verdadero, sino como muy sencillo. Fué ayudado Riccioli en sus observaciones por el P. Grimaldi, su discípulo y amigo más querido. Conociendo lo defectuosa que era la astronomía que nos habian dejado los antiguos, concibió el atrevido proyecto de establecer sobre nuevas bases esta ciencia y las que de ella dependen, y puso en su *Almagestum novum* los cimientos de este inmenso trabajo. Comprendió que semejante reforma debia empezar

por la medicion de la Tierra de lo que el primer elemento era una metrología comparada, á fin de analizar sobre una escala comun las diversas tentativas hechas hasta entónces. Aprovechándose de la facilidad que le proporcionaban los colegios de su Orden, esparcidos por todos los estados católicos y en las misiones, se hizo enviar la longitud del pie, ó sea la medida elemental de cada país, y compuso la primera metrología real que ha existido, pues que cuanto se habia publicado hasta entónces en este género no tenia otro fundamento que narraciones vagas ó compiladas sin crítica alguna. Tuvo Riccioli la mala idea de tomar por tipo el antiguo pie romano, medida cuya precisa longitud puede sufrir siempre alguna discusion, razon por la que su laborioso trabajo metrológico ha quedado olvidado. No fué más feliz en su medicion de la Tierra. La crítica que hace de la medida ejecutada por Suellius, no tiene nada de exagerada; pero su propia medida, de que se ocupó desde 1644 á 1656, emprendida por un procedimiento absolutamente diferente y que entónces no podia ofrecer exactitud, consideradas las irregularidades de las ilusiones de la refraccion horizontal, tan poco conocidas áun hoy dia, le dió un resultado aún más defectuoso que el de Suellius. Valuó el grado á 64,363 pasos boloneses, pero no dió en su Geografía reformada, con bastante limpieza y claridad, la explicacion de esta medida. Más feliz fué en sus trabajos sobre la Luna, que observó mucho tiempo con un excelente anteojo de quince pies, y descubrió en ella hasta seiscientas manchas, cuya descripcion publicó: Langreu solo habia contado doscientas setenta, y Helvetius quinientas cincuenta. La nomenclatura de Riccioli ha prevalecido sobre la de este último y áun se la considera. Scheiner y Rheita solo habian dado explicaciones sobre la figura de la Luna, y es muy superior la que dió Riccioli. Segun Delambre, sus observaciones sobre las libraciones, tan imperfectamente conocidas por Helvetius, compondrian un volúmen por sí solas. Debe confesarse, para hacerle justicia, que multiplicó sus experiencias sobre las oscilaciones del péndulo ántes de haber leido el libro de Galileo. Entrevió tambien el anillo de Saturno, observando que los dos apéndices que acompañan al disco de este planeta, formaban una especie de elipse, de modo que solo quedaba una palabra que decir para definir el anillo de Saturno, palabra que pronunció Huygens segun Delambre. El mayor defecto del P. Riccioli fué desconocer la importancia de los descubrimientos de Kepler. Le tenia prevencion á causa de que este astrónomo aleman dudaba del eclipse milagroso que tuvo lugar en la muerte de Jesucristo. A pesar de los errores de Riccioli no puede negársele que hizo grandes é importantes servicios, tanto á la astronomía, cuanto á la geografía y á la cronología. Defendió la reforma Gregoriana contra Levera, y publicó con el nombre de Miguel Manfredi, la obra titulada *Vindiciæ Kalendarii Gregoriani*; en Bolonia,

el año 1661, en fólio, cuya obra mereció la aprobacion de Cassini. A pesar de ser de débil complexion y enfermizo, trabajó con infatigable ardor hasta que agobiado por los años y las enfermedades, murió en Bolonia el dia 25 de Junio de 1671. En la biblioteca de la Compañía de Jesus se halla el catálogo de todas sus obras á la pág. 416, y entre ellas las principales fueron las siguientes: *Almagestum novumastronomiam veterem novamque complectens*; Bolonia, 1651, dos volúmenes en fólio, cuya obra, en sentir de su biógrafo Mr. Pillet, á quien seguimos en este artículo, es un tesoro de erudicion astronómica, de la que segun Lalande en su *Bibliografía astronómica*, han sacado los astrónomos mucho provecho. Encuéntrase en este libro la lista y explicacion de todos los eclipses citados por los historiadores desde el nacimiento de Rómulo, 772 años ántes de Jesucristo, hasta 1647. — *Astronomia reformata*; id. 1665, dos volúmenes en fólio, cuya obra debe unirse á la anterior, pero es mucho más rara y más importante por las observaciones que contiene, segun Lalande. En ella pueden verse tambien observaciones útiles sobre la verdadera fecha de algunos eclipses inventados ó falsificados por los autores que han hablado de ellos. — *Geographiæ et hydrographiæ reformatæ libri XII*; id. 1661, en fólio, llena de sabias pesquisas, obra no ménos importante que las anteriores, á la que denomina Wolf *opus præstantissimum in hoc scientiarum genere ferè unicum*, distinguiéndose desde su página 388 á la 409 una tabla de todas las longitudes y latitudes observadas y deducidas de las mejores observaciones. Esta tabla, que contiene cerca de 2700 artículos, es muy notable. Las longitudes más erróneas que contiene no se separan arriba de siete á ocho grados de las que hoy se conocen, debiendo observarse que las cuenta de un primer meridiano situado á los 24° 30′ al Oeste de París. Debe tenerse presente la historia de los descubrimientos geográficos, que se repite aún con relacion á Fontenelle, que G. Delisle en sus cartas generales publicadas en 1699, daba trescientas leguas á la longitud del Mediterráneo y quinientas á la del Asia. Esta última rectificacion habia sido hecha hacia unos cuarenta años por Riccioli, cuyas longitudes de Pekin, Manila y Batavia, difieren solo en un grado de las conocidas actualmente. Y en cuanto á la longitud del Mediterráno, que las precedentes cartas suponian de mil ciento sesenta leguas, Riccioli, que la reducia á ochocientas ochenta y dos, solo se separaba cuarenta y cinco leguas de lo que señalan las actuales cartas. La diferencia de longitud entre Gibraltar y Jerusalen es, segun Riccioli, de 47° 37′, que á este paralelo valen setecientas catorce leguas marinas, ó sean ochocientas noventa y tres leguas comunes de veinticinco al grado. Segun el conocimiento de los tiempos y las recientes observaciones, esta longitud no es más que de 40° 25′ y 40″, equivalentes á seiscientas seis leguas marinas ó sean ochocientas cuarenta y ocho le-

guas comunes, debiendo quitarse once leguas por la distancia de Jerusalen á Jafa, tomada por la extremidad oriental del Mediterráneo á esta latitud. De este modo se tendrán ochocientas ochenta y dos leguas por la longitud de Riccioli, y ochocientas ochenta y siete por la verdadera. La inexactitud de 7° 13′ en longitud en que caia Riccioli en 1672, debe chocar ménos que la errónea de 7° sobre la longitud de Arz-Roum, que más de un siglo despues se admitia y reproducia anualmente hasta 1780. Si la obra de Riccioli se hubiese acompañado de una coleccion de cartas hechas con arreglo á su tabla de longitudes y latitudes, es de creer que la revolucion que hizo la Geografía de G. Delisle, hubiera tenido lugar treinta ó cuarenta años ántes, pero destituida de estos accesorios, este importante trabajo pasó desapercibido.—*Chronologia reformata et ad certas conclusiones redacta*; Bolonia, 1669, tres partes en fólio. Expone el autor con grandes detalles lo concerniente á los calendarios y á las eras de diversas naciones, y presenta setenta sistemas diferentes sobre el año del mundo en que nació Jesucristo, encontrando en su cálculo, con arreglo á la Vulgata y á la Biblia hebraica, que fué el año 4184; pero prefiere la evaluacion de 5634 que fija la version de los Setenta. La segunda parte contiene una crónica de los principales acontecimientos, año por año, desde la creacion, de la que el primer dia corresponde al domingo primero de Mayo del año Juliano 5634, ántes de Jesucristo, hasta el año 1668. La tercera parte contiene las listas cronológicas de los soberanos de diversos estados, de los patriarcas, de los concilios, de las herejías, etc., seguidas, con el título de *tomus quartus*, de tres extensas tablas alfabéticas de los personajes y acontecimientos notables con sus fechas. Esta obra, poco consultada, cuya cronología corregida paralelamente con la de Usher, dieron los comentadores de la Biblia, causó algunos disgustos á Riccioli, vez por la preferencia que concedia á la version de los Setenta sobre la Vulgata, y se le impuso una penitencia, á la que se sometió con la más edificante resignacion. Su libro está escrito sobre poco más ó ménos por el mismo plan que las Tablillas cronológicas de Lenglet Dufresnoy, las que por la comodidad de su tamaño debieron tener mayor éxito, por lo que no debe extrañarse que este crítico hablando de la *Cronología reformada*, dijese: que su autor ejecuta ménos que promete, y que se encuentran en ella muchas cosas comunes con algunas útiles. El abate Barotti insertó una noticia sobre la vida y obras del P. Riccioli en sus *Memorias históricas de los literatos ferrareses*, cuya obra se publicó en italiano en Ferrara en el año 1793.—C.

RICCINS (Fr. Domingo), del órden de Predicadores. Fué natural de Italia, aunque no consta de qué pueblo. Vivia á principios del siglo XVIII, en un convento de la provincia Romana, donde habia tomado el hábito de la ór-

den de Sto. Domingo y verificado su profesion. Las cortas noticias que de él nos han trasmitido los biógrafos y bibliógrafos de la Orden, se reducen á que era un varon justo, pio y modesto, que se dió á conocer por la notable obra siguiente: *Homo interior juxta Doctoris Angelici doctrinam necnon SS. Patrum expositis ad explodendos errores Michaelis de Molinos damnatos, anno* 1687. Partes primera, segunda y tercera, impresas en Nápoles en 1709.—M. B.

RICEPUTI (Felipe). Aparece en la historia como individuo de la esclarecida Compañía de Jesus, aunque no sabemos ni sus antecedentes de familia, ni tampoco lo que habia sido en su religion, ni los cargos que en ella habia desempeñado, ni áun su carrera literaria, ni ninguna otra noticia que pueda darnos idea de sus primeros años. Sin embargo, lo único que sabemos nos hace formar de él una idea muy ventajosa, porque en realidad de verdad, nunca han solido los Padres de la Compañía echar mano de sugetos que no tuvieran las más excelentes circunstancias, sobre todo para la más importante de sus obras, que es la de las misiones, y en esta, y en su parte más delicada por entónces, que era por las provincias Ilíricas, donde es verdad se lograban ópimos frutos, pero era á costa de muchísimo trabajo y de las grandes penalidades que necesariamente habian de sufrir los misioneros, atendidas las especiales condiciones del terreno y demás accesorias. Nuestro Riceputi, pues, fué comisionado para dirigir tan importante empresa, y á la verdad, no salieron los superiores defraudados en sus legítimas aspiraciones, pues además de los grandes servicios que prestaba como sacerdote, instruyendo á todos los que ignoraban los principios de nuestra sacrosanta religion, y fortaleciendo á los débiles y alentando á los pusilánimes, y prestando á todos todo linaje de servicios, se ocupaba en ilustrarse él mismo en las costumbres, antigüedades é historia de aquellas provincias, haciendo muy notables descubrimientos, y procurando por consiguiente noticias del mayor interés. Habiendo pasado algun tiempo en aquel país, y pareciendo á sus superiores conveniente que pasase á Roma para dar cuenta de sus trabajos, y al mismo tiempo para procurar el fomento de la mision, allí donde indudablemente podian procurarse los medios más adecuados para hacer que tan importante obra lograse la prosperidad apetecida. Clemente XI, que supo la llegada á la capital del orbe de este hombre tan celoso por la gloria de Dios como por el esplendor de las ciencias, le hizo llamar á su presencia, y con las frases más expresivas le manifestó cuán agradable le seria el que toda vez que habia hecho con tanto esmero estudios tan especiales sobre las cosas del país que habia recorrido, parecia á Su Santidad conveniente que hiciese alguna obra sobre el particular, para lo cual se le facilitaban desde luego todos los archivos y docu-

mentos de todas las bibliotecas, y áun los de la reservada del Vaticano, para que así pudiese salir de sus manos una obra de historia tan adecuada al personaje por cuya indicacion se hacia, y al acreditado maestro de que procedia, pues aunque no habia todavía publicado cosa alguna, su fama áun prescindiendo de la que logró como misionero, se habia hecho ya muy notable por su erudicion y ciencia, expresa ántes de ir á las misiones, por su acierto en la educacion de los jóvenes, que por más de un año estuvieron á su cuidado, si bien no estaba considerado como maestro á pesard e reunir todas las dotes de tal. Pasó Riceputi algun tiempo estudiando estos documentos con tanto esmero como provecho, y compaginando las muchas noticias que adquiriera en su viaje, con las que daban de si las obras y papeles que estudiaba, y quiso todavía nuevos datos para dar á luz su obra, por lo cual suplicó al Santo Padre permiso para volver otra vez á Dalmacia, donde indudablemente acabaria de reunir los datos que apetecia, para que su obra fuese cual él creia convenir á la gran dignidad, claro talento y excelentes prendas del que pusiera á su cuidado tan importante comision. Un poco sensible fué al romano Pontífice el haber de dejarle ir, porque se complacia mucho en recibirle de cuando en cuando, y oir de su boca cosas curiosas, tanto de lo que referia, como de lo que hallaba consignado en los escritos que manejaba; pero como no se atrevia á dar cima á su trabajo sin este nuevo viaje, sacrificó el Pontífice su propia conveniencia y le dejó ir, procurando, como era consiguiente, que llevase en su compañía algunos otros que además de ayudarle en el cargo importantísimo de misionar, le pudiesen servir en su intento de describir las costumbres y demás de aquella importante region. Acompañáronle, pues, en esta su segunda expedicion Pacífico Bizza, arzobispo de Spalatro, hombre tan dispuesto á la obra civilizadora de las misiones, como á la importante empresa de reunir datos para la historia; y el jesuita Farlati, que tambien se habia ya acreditado por sus grandes conocimientos históricos, y más que nada por el tino y acierto con que manejaba la crítica. Sin que descuidase ni por un momento siquiera Riceputi, el importante cargo de dar á aquellas pobres gentes la necesaria y conveniente instruccion acerca del importante negocio de su salud eterna, no perdia tampoco un momento para llevar á cabo los designios del romano Pontífice, y desde los primeros dias de su viaje, sus raros descubrimientos le dieron ocasion para dirigirle lucidísimas comunicaciones, que eran ya como los preliminares, ó mejor diremos, el compendio de la grande obra que proyectaba, y que si bien es verdad que no pudo publicar él mismo, despues se ha publicado, y ha sido mayor si cabe el aprecio con que se ha recibido, que lo que hubiera sido si se hubiese llegado a publicar por su mismo autor. Diversas expediciones hizo, ya solo, ya acom-

pañado, por todas las regiones de la provincia Ilírica, y tales fueron y tan ámplios sus descubrimientos, que llegó á escribir más de trescientos artículos, todos atestados, si cabe la expresion, de luminosísimas noticias, que venian á formar un muy completo cuerpo de doctrina, que era toda la historia de aquel país. Fatigado, puede decirse, por los trabajos tan contínuos como importantes que estaban á su cuidado, se vió agobiado de tanto trabajo, y su salud quebrantada de tal suerte, que sus superiores mismos creyeron oportuno hacerle pasar á Padua, donde pudiera restablecerse; pero ya era tarde, porque siendo él sumamente sufrido no habia querido quejarse cuando sus quejas atendidas, y no despreciados los primeros síntomas, habria tenido su dolencia pronto y eficaz remedio, así que hubo de ver abreviarse sus dias en el mismo Padua, donde falleció en 1742, sin que podamos consignar á punto fijo su edad, porque ningun documento auténtico la comprueba de un modo irrecusable: solo podremos asegurar que todos los que acerca de este personaje tan esclarecido han consignado alguna cosa, convienen en que el excesivo trabajo mental que tuvo necesidad de emplear para su grande obra de Historia, así como la no menor fatiga material que le producia su cargo de misionero, en el cual nunca cesó, fueron los motivos de que se acelerára su muerte, y produjeron por consiguiente su irreparable pérdida, y la llamamos tal, porque no es muy frecuente encontrar, como en este Padre se hallaban reunidos, en un solo sugeto los grandes y característicos rasgos del hombre de ciencia, y de ciencia tan sólida como profunda, y el celo del sacerdote solícito del bien de sus prójimos mediante el ejercicio de su tan importante ministerio. Al momento en que se verificó su muerte, tan sentida en Roma como en Padua y Dalmacia, sus mismos compañeros reunieron sus trabajos y los publicaron enteramente bajo el plan mismo que él adoptára, y bajo el modesto nombre que él dió á su obra, que aunque tan grande en su objeto como en su desempeño, nunca le mereció otro aprecio que el de *Prospectus Illyrici sacri*. Para formar una idea de lo que es, solo citarémos los títulos en que se divide, pues esto basta para su más perfecto conocimiento. Su autor, pues, hace de ella cuatro partes, que titula: 1.° *Acta Illyricorum antistitum*.—2.° *Collectio Sacrorum Conciliorum et Legationum apostolicarum ad Eclesiam Illyricam Spectantium*.—3.° *De vita et moribus Sanctorum hominum qui Ecclesiam Illyricam illustrarunt, quique in cœlitum numerum relati sunt*.—4.° *Monasticum Illyricum, seu historia monasteriorum et sanctimonialium Illyricorum*. Además de esto, publicó un plan de historia profana de la misma provincia, en la cual se hacia una narracion muy prolija de cuanto podia convenir al perfecto conocimiento de aquel tan importante estado. Mucho complació al Santo Padre el feliz desempeño que á la importante comision

que le confiára dió nuestro Riceputi, y quiso Su Santidad mostrar este aprecio permitiendo que se imprimiese la obra bajo sus auspicios, lo cual dió más celebridad al muy justamente celebrado P. Riceputi.—G. R.

RICHARD, cardenal. Fué uno de los muchísimos varones insignes que florecieron en la órden de S. Benito en el siglo XIII de la Iglesia. Oscuros son sus antecedentes y escasísimas las noticias que acerca de él tenemos, como lo son las de todos los sugetos de aquella época; siendo el principal motivo de esta especie de descuido el que en su gran modestia y abnegacion no les permitia ocuparse de sí mismos, y solo cuando accidentalmente se podian decir de ellos algunas cosas notables, es cuando estos por tradicion se sabian y podian por consiguiente consignarse. Nuestro buen Richard fué observantísimo de su santa regla y constituciones, hasta tal extremo, que áun no siendo sino simple monje, daba á todos no solo ejemplo, sino instruccion é instruccion fundada en los mismos sucesos de su sagrado instituto, y en los que la relajacion de otras reglas presentaba como causa de los más lamentables extravíos en hombres de sano juicio, de buen criterio y de excelente condicion ántes de dejarse dominar de sus pasiones; pero en el dominio de estas, hombres que cometian los más torpes excesos y que se entregaban á la más sensible disolucion, por solo el capricho de una pasion que hubiera sido vencida fácilmente. Con todas estas cosas que les hacia ver para su edificacion, y con prestarles siempre cuantos servicios estaban en su mano y dispensarles cuantos favores estaban á su alcance, se adquirió las mayores simpatías, é hizo de todos sus hermanos una especie de liga en favor suyo, no con otro fin ni con otras miras, sino con las de hacer cada dia más perfecta aquella comunidad, lo cual logró en gran parte casi desde que se lo propuso, y por completo luego que fué nombrado abad de aquella santa casa, cuyo cargo desempeñó con todo acierto, y lo que es muy difícil, á satisfaccion y satisfaccion plena de todos los religiosos. Sus superiores, que veian en todas estas cosas una prueba inequívoca de que este era un hombre todo lo á propósito posible para el desempeño del cargo de gobernar, queriendo que fuese superior de Monte Casino, lo mandaron allí, donde se captó desde luego las mismas simpatías que habia adquirido en su primer convento, y que le llegaron hasta el fin de sus dias; tanto que muy poco tiempo despues hubieron de hacerse elecciones para abad del Monte Casino, y en ellas logró Richard todos los votos, cosa no muy frecuente y que por consiguiente le auguraba un gobierno enteramente tranquilo, y por consecuencia muy provechoso para sus hermanos. Efectivamente lo fué, pues si bien aquella santa casa se conservaba observante y arreglada como lo habia sido siempre, tampoco cabe duda en que un superior á gusto es no solo el alma, sino hasta la vida de las comunidades. Claro

es que el romano Pontífice, interesado en el bienestar del convento ó monasterio de Monte Casino, habia de complacerse mucho en esta su prosperidad, y habia de querer premiar los servicios que fuesen como el móvil de esta prosperidad misma; esta es la razon por la cual espontáneamente, y solo por ser abad del Monte Casino, nombró á nuestro Richard presbítero cardenal de la santa Iglesia romana, obligándole á pasar á su corte pontificia no solo para recibir título, sino para encomendarle algunas comisiones importantes, en cuyo desempeño esperaba el Pontífice de él todo el acierto que hasta entónces habia mostrado en el desempeño de cuantos cargos se le habian confiado. Como sabia Richard que Inocencio IV, que era el Papa, no habia de ceder un punto de sus deseos, creyó lo mejor secundarlos inmediatamente haciendo desde luego un esfuerzo para complacerle, y marchó á Roma, y allí se tituló *de S. Ciriaco*. Allí desempeñó muchas comisiones, habiendo dejado el gobierno del Casino, pero estando siempre para ser consultado en los asuntos difíciles ó complicados, y dispuestísimo á satisfacer no solo sus necesidades, sino áun aquellos deseos justos con que era fácil condescender. Once años disfrutó Richard la sagrada púrpura, ocupándose en los ministerios y comisiones más delicadas que á los de su clase podian confiarse; pudiendo en verdad asegurarse que de ningun servidor estaba más satisfecho. Acometióle la última enfermedad, é hizo su testamento, consignando su deseo de morir como religioso monje benedictino; es decir, sujeto á los superiores como un novicio y haciendo cuanto ellos le mandaban. Diósele la honrosa sepultura que le pertenecia, y su memoria fué imperecedera, porque no se olvida fácilmente á un sugeto de prendas tales como las del cardenal Richard.—G. R.

RICHARD (Fr. Desiderio), franciscano francés, natural de Bar Alban. Desde sus primeros años manifestó hallarse adornado de grandes cualidades, siendo la piedad y la religion en las que principalmente sobresalió. Comenzó sus estudios siendo muy jóven todavía, é hizo en ellos tales progresos, que supo ganarse el afecto y la estimacion de sus padres y maestros, no habia certámen académico, grado ni controversia alguna literaria en que Richard no tomase una parte activa, distinguiéndose siempre entre todos sus condiscípulos, que le aplaudian y le admiraban. Extraño parecerá esto, sabiendo que no es la envidia la que ménos influye en el corazon de los jóvenes dedicados á los estudios, la que los hace con frecuencia mirar con tanto mayor menosprecio á sus compañeros, cuanto más es su mérito y mejores sus cualidades, llegando esto con frecuencia á tal extremo, que los jóvenes más aptos y aprovechados tienen que tratarse con los mas ineptos y rudos, que suelen ser tambien los de peor índole, por no verse expuestos á sus burlas y áun á peores tratamientos. Más la honrosa acepcion que en este punto hay

en favor de nuestro Richard, es que se hallaba adornado de una cualidad contra la que no se atreve la envidia, pues teme verse expuesta á una vergonzosa derrota. Su modestia solo era comparable á su talento y aplicacion, así es que sus compañeros le amaban y respetaban, y acudian á él en todos sus apuros y dificultades. Su amabilidad y dulzura le hacian recibirlos con cariño, y al ayudar á los más rudos ó blandos para el trabajo, lo hacia con tanta gracia, con tanta bondad, que tenian un doble placer en acercarse á él siempre que lo necesitaban. Así es que Richard fué promovido á todos los grados literarios, hasta el de doctor en teología, sin que ninguno de sus compañeros murmurase, ántes bien entre los aplausos y las felicitaciones de todos. Mas ya en esta época era otra cosa lo que llamaba su atencion, más bien que los triunfos literarios, que solo habia ambicionado en los primeros momentos de su juventud: ocupábale un alto y noble designio, el de abandonar el mundo para consagrarse á Dios. Aunque jóven habia conocido todas las dificultades de la vida, todos los sinsabores de la existencia, todas esas amarguras de que no estan exentos los hombres más justos y honrados, ya las sufran por sus descuidos y ligerezas, ora por la mala fe de los hombres que les rodean. Verse libre de ellas, vivir en un mundo mejor, exento de las incomodidades que lleva consigo el trato de los hombres apegados á sus intereses, en oposicion con frecuencia con los ajenos, era la principal tendencia y su único y constante deseo, que llegó á realizar tomando el hábito de la religion seráfica. Sus pasos fueron encaminados desde entónces por la más austera virtud, y á ella consagró el resto de sus dias. Verdaderamente ilustrado para despreciar las pequeñeces en que hacen consistir muchos la verdad de su regla, sin dejar de cumplir con las prácticas de su religion, procuraba elevarlas y engrandecerlas con una caridad sin límites, un celo y un fervor sin ejemplo. Admirábanle así sus nuevos compañeros, como le habian admirado los antiguos, y puede decirse que al mudar de hábito se encontró rodeado de la misma y antigua aureola, que habia brillado en su frente desde que vió la luz primera. Dedicáronle sus superiores al ejercicio de la predicacion, que desempeñó con los mejores resultados en la capital de la culta Francia, en aquella ciudad donde habia resonado la voz de los Bossuet, de los Massillon y de los Bourdaloue, y en la que no debia tardar en oirse las de otros muchos ilustres oradores. Sus acentos varoniles llenaban las principales iglesias de París, y sus palabras profundas y graves aconsejaban la marcha por el camino de la virtud, único en que puede obtenerse la dicha en este y en el otro mundo. Obtuvo de consiguiente muchas conversiones, y fué buscado por pobres y ricos para ayudarlos así en sus necesidades espirituales como en las temporales. Apreciado en la corte de Francia, hablaba con frecuencia con sus reyes, y los mismos príncipes y

más distinguidos señores no desdeñaban asistir á su celda. Su Orden quiso por lo tanto colocarle á una altura propia del puesto que por sus méritos ya ocupaba, y le nombró guardian del convento de París de nuestra Señora de los Angeles, de la provincia de S. Buenaventura, puesto que ocupaba sin duda en la época de su muerte. Terminó y publicó una obra comenzada por Juan Nandin, bajo el título de *Victoriam Hebræorum contra Ægyptios*; Lion, por Claudio Morillon, 1661, en fólio. Con este motivo se dedicó á este autor el epígrama siguiente:

Ecce quæ nobis resonante stylo,
Scripta Nondinus moriens reliquit
Lumina hæc tandem voluit Richardus
Clara videre.

S. B.

RICHARD (Gabriel). Nació en Saintes (Francia) el dia 15 de Octubre de 1764. Su madre pertenecia á la muy distinguida familia de Bossuet, y su padre era tambien noble, emparentados por consiguiente con las primeras familias de su época. Desde su niñez mostró un ingenio muy claro, y al mismo tiempo grande inclinacion al estado eclesiástico, que veneraba mucho, y para merecer cuya altísima honra era muy adecuada su conducta, pues nunca tuvo, ni áun en su niñez, otro defecto que las travesuras que son consiguientes á una imaginacion despejada. En cuanto estuvo en edad á propósito hizo en el seminario de Angers los estudios de filosofía y teología, habiendo descollado más en las ciencias exactas, sin que por esto se diga que en las demás asignaturas no aprendió, y sabia mucho más que los que pasan por buenos, dedicados solo á estas ciencias abstractas, es decir, que él quiso además, con todo empeño, perfeccionarse en matemáticas y física, siempre bajo la idea de que estas importantes ciencias le habian de servir de muy poderoso auxiliar para sus investigaciones teológicas, y para hacer comprender y practicar las verdades, acerca de las cuales gira tan difícil cuanto provechosa ciencia. Las notas que obtuvo en todos los años de su carrera fueron las más brillantes, y desempeñó los actos académicos que le confiaron siempre á satisfaccion de sus maestros, que le apreciaban mucho, tanto por su aplicacion, cuanto porque las demás dotes que le adornaban hacian esperar que habia de ser un hombre de provecho, que en el estado eclesiástico valdria mucho para favorecer y ayudar, segun Dios le inspirase, á sus prójimos, en lo cual lograria la gloria del Señor, el bien de aquellos, y al propio tiempo su santificacion, objetos á cual más importantes, y los únicos sobre los cuales puede el hombre desplegar todo su celo, sin temor de que

sea infructuoso. Concluidos tan ventajosamente sus estudios, vino al gremio de Jesus para ingresar en la venerable y muy austera congregacion de San Sulpicio, cuyos superiores le admitieron con los brazos abiertos porque ya tenian noticias de quién era, y le obligaron á acercarse al altar por la recepcion de los órdenes sagrados, recibiendo por tanto el sacerdocio el año 1791, ó sea á los treinta y siete de su edad. Algo extraño es que con vivos deseos de ser eclesiástico, y con medios para haberse ordenado en cuanto tuvo la edad canónica, esperára á cumplir el tiempo á que se ordenó, pero cesará toda extrañeza si se atiende á que considerando él tan importante ministerio cual merece, no queria acercarse á él y fué preciso que la obediencia le superára el obstáculo que encontraba para dar un paso que deseaba, pero que le parecia muy sobre sus merecimientos. Era á la sazon superior general de los de S. Sulpicio el muy respetable P. Emery, tan distinguido por sus acciones como célebre por el gran criterio con que disponia y llevaba á cabo las más difíciles empresas, á lo cual le ayudaba mucho un tino lo más delicado posible para elegir sugetos, que nunca ninguno iba á desempeñar su cargo sin que se hubiera con antelacion cerciorado de que le habrian de desempeñar bien y fielmente, y que aquel era el sugeto más á propósito de cuantos podia encontrar á su disposicion. Con esta manera de proceder se ocupaban del importante asunto de fundar un colegio en Baltimore, y por consiguiente le pareció muy á propósito para que allí explicase matemáticas y física, al mismo tiempo que procuraba atraer al catolicismo á aquellas buenas gentes, nuestro P. Richard, que fué mandado con tal designio á los Estados Unidos, apenas trascurrido un año despues de su ordenacion de sacerdote. Llegó allá y se captó desde luego las simpatías de todos, porque á la muy recomendable circunstancia de ser un hombre de ciencia, agregaba el ser excelente sacerdote, observantísimo de las reglas de su Orden y animado de un celo por el bien de sus hermanos, tal, que para conseguir algo en su provecho, ni las fatigas le molestaban, ni los trabajos le eran sensibles, y contemporizaba tan bien con todo género de privaciones, que si no se hubiese sabido que lo eran, nadie lo hubiese creido al ver lo contento que en medio de ellas se hallaba el señor Richard proporcionando á sus hermanos el inmenso bien de una instruccion sólida y piadosa, y todos los demás beneficios que derraman á manos llenas en el nombre del Señor los misioneros católicos. No fueron desapercibidas por Monseñor Carrol, obispo superior de todas las misiones católicas de los Estados Unidos, las buenas condiciones y circunstancias del recien llegado Richard, así que apénas pudo experimentar que sus juicios eran exactos y que no habia habido exageracion alguna en la apreciacion que acerca de este respetable varon habian hecho los que le trataron, porque el experi-

mentarle de cerca daban el mismo resultado, es decir, que era merecedor de toda consideracion y podia confiársele cualquier cargo, pues todos los que se pusieren á su cuidado serian bien, puntual y prontamente desempeñados. A los tres meses cabales de haber llegado, le llamó un dia el señor obispo y hablándole con la mayor cordialidad y afecto, y haciéndole ver lo mucho que confiaba en su tino, ciencia y buenos deseos, manifestados ya en otras ocasiones y con diversos motivos, le indicó la conveniencia de que pasase á Kaskaskia, poblacion situada en el territorio de los Illinos, donde habia una gran colonia de católicos, súbditos franceses, aunque hijos del país. Como nuestro Richard era tan obediente que las menores indicaciones de sus superiores eran para él órdenes terminantes, mediaron muy pocos dias desde que el prelado le hizo la indicacion hasta que se puso en marcha para su destino, con gran sentimiento de sus hermanos, que habian fundado la esperanza de que no solo les iba á ser muy útil su trato, sino que habria alentado en muchos los progresos de la mision. Apénas llegó á Kaskaskia y fué conocido por los fieles de aquel apartado rincon, se excitaron en favor suyo las más vivas simpatías, que fueron en aumento cuando se conoció su excelente carácter, su ilustracion y el gran deseo que le animaba no solo de sostener en la confesion de la verdadera fe á los que ya la profesaban, sino en atraer á ella á los que desgraciadamente seguian la idolatría. Como la conducta que observaba era la misma un dia que otro dia, y siempre le encontraban propicio, y siempre comedido y digno, todos estaban complacidos de él, y en los seis años que estuvo en aquella parte logró grandes y muy favorables resultados, tanto porque conservó fieles á todos los que fieles habia encontrado, cuanto porque afilió al gremio de la Iglesia á muchos otros que estaban fuera del gremio de este sagrado redil, único donde hay salud eterna para el hombre. En 1798, y cuando estaba muy satisfecho de la docilidad é interés con que aquellos pobres procuraban los unos adelantar en la virtud, y los otros adquirir los necesarios conocimientos para ingresar en el gremio católico, recibió un mandato superior para que pasase en compañía de los PP. Levadoux y Dilhet á la ciudad del Estrecho, que es la más importante de Michingan. Es una poblacion en que no estan las casas, y por consiguiente las familias, juntas, sino que estan diseminadas, dos ó tres casas aquí, dos ó tres casas allí; y en este país, cuando fueron los misioneros, se contaban ya más de mil ochocientos católicos, los cuales, como hemos dicho, se hallaban á gran distancia los unos de los otros, de tal suerte que más de siete millas, ocupadas por los caseríos de aquellos fieles, eran el territorio por el cual debian de esparcir la semilla de la divina palabra los fieles y constantes labradores que el Señor de esta heredad les habia mandado, para que trabajando con afan pudieran lograr un fruto que en su dia les recogeria el Padre de fami-

lias, pagándoselo á muy buen precio, mucho más aún de lo que ellos pudieran desear. Aun cuando, como decimos, fueron tres los misioneros que se mandaron á aquella parte de Michigan, la grande escasez de estos y las crecientes necesidades de la mision, hicieron que á muy poco tiempo fuesen separados de allí, para mandarlos á otras partes, los dos compañeros del P. Richard, quedando éste solo para procurar en toda aquella vasta extension el pasto espiritual que anhelaban, por lo que tuvo muchísimo trabajo para desempeñar su cometido, dándolo sin embargo por bien empleado, por cuanto veia que los pobres indígenas compartian con él las molestias necesarias para adelantar en la virtud por las prácticas de piedad y ejercicios de devocion y culto, á que se dedicaban con grande afan y verdadera devocion. Como veian todos cuán celoso era este ministro del Señor, y sus providencias todas eran tan acertadas para el mejor éxito de la mision, único objeto de todos sus desvelos; el señor obispo, administrador de aquella mision misma, le nombró vicario general de Michigan en el Ohio. Consiguientemente á este nombramiento tuvo que andar continuamente de un lado para otro, porque como habia católicos en todas partes, y á todos se trataba de dar el pasto espiritual segun era posible, la mision tenia sugetos en todas partes, y todos tenian necesidades á las cuales debia proveer el vicario general. Con la frecuencia que le era posible visitaba todas aquellas comarcas, porque tenia gente de la mision en las praderías de Chien, en la Baie-Verte, en Michillimackinac, en las orillas del Raisin y en la abadía de S. José; así es que apénas habia recorrido una vez el territorio, cuando ya tenia que volver á recorrerle de nuevo, porque las nuevas necesidades exigian su presencia. Este eminente servicio, que puede considerarse como la norma de toda la mision, requeria un carácter como el del P. Richard, un carácter á quien ni los peligros arredrasen, ni el temor más remoto llegára á poseer, pues si bajo alguna de estas dos impresiones hubiera estado dominado, indudablemente no hubiese adelantado lo que adelantó su mision, porque cercenadas las visitas y creciendo las necesidades, claro es que estas se hacen irremediables, al paso que la frecuencia de aquellas facilita é inventa medios, siendo en el asunto importantísimo de que nos ocupa una verdad práctica el que la frecuencia facilita. Un accidente lamentable le llevó á la *Ville de Detroit* (ciudad del Estrecho) para que fuese en las circunstancias tristes á que los católicos se veian sujetos, su consuelo en lo espiritual, alentándoles en lo material, facilitándoles medios de salir de su apuro. Un incendio devorador devastó la iglesia católica de este importante punto el dia 1.° de Junio de 1805; á la pérdida material, que no dejaba de ser sensible, habia que agregar el desconsuelo de que no quedaba otro templo católico en la poblacion, y esto desanimaba mucho á los fieles, pues sabian muy bien cuánto ayuda la cele-

bracion de los sagrados misterios á sostener la piedad y demás virtudes en los corazones de los fieles; y por otra parte, habian visto el gran trabajo que costó al P. Roque, religioso recoleto, que la edificó en 1750 á expensas de los fieles, que muy gustosos le prestaron su cooperacion, porque veian cuán útil era la obra que se intentaba. Nuestro P. Richard, aunque sentido como el que más de tan lamentable pérdida, exhortó á los fieles á la confianza en Dios; les dijo que en sus altos designios habria entrado el que sufriesen esta pérdida, ya para que estimasen más y más el beneficio que el Señor les hacia en concederles templo y morada de su grandeza, ya tambien para que los esfuerzos que ellos hicieran para procurarse otro templo, testificáran el amor que tenian á su Dios. Con esto, y preparados los ánimos de tal suerte, que cada uno se proponia hacer los mayores esfuerzos para reedificar al momento el templo que las llamas habian devorado, comenzó la obra de la nueva iglesia, que, toda de piedra y con una longitud de ciento diez y seis pies por sesenta de anchura, se vió concluida prontamente con júbilo de todos los verdaderos católicos, que en el tiempo que se tardó en construir este nuevo templo, habian compartido entre sí la dicha de que se celebráran los divinos oficios en las respectivas casas, ofreciendo á porfía las mejor situadas para que los fieles se molestáran lo ménos posible al ir á cumplir con sus deberes religiosos. Claro es que Richard estaba muy satisfecho de su obra, y que la diligencia con que todos se prestaban á secundar sus designios le causaba el mayor consuelo que se puede imaginar, así que él trataba por todos los medios posibles de ayudarles á instruirse en el catolicismo y de adelantar en la virtud, para lo cual hubiese deseado á la verdad procurarles los abundantes recursos que la Francia, la España y otros países tienen á su disposicion para ayudar á los fieles. Pensó, y con razon, que si lograba imprimir algunas obritas de devocion, estas se podian propagar y lograrse algun adelanto; para esto se procuró una pequeña imprenta, y desde luego hizo ánimo de que sus conocimientos se difundieran todo lo posible, siempre para bien de sus queridos los fieles encomendados á sus atentísimos cuidados. Comenzó por publicar una especie de periódico que tuviese toda la moralidad apetecible, pero que no pareciera ni predicacion ni cosa de espíritu, para que no se hiciera sospechoso y circulára más y más, y las buenas doctrinas que contenia fuesen todo lo provechosas que podian ser: titulóle *Essais de Michigan*, y le propagó lo que pudo; sin embargo, no adelantó cosa con él, porque en primer lugar, no estaba allí aclimatada la aficion á los libros ni periódicos, y además, como eran tan irregulares los servicios de correos y tan difíciles las comunicaciones, áun aquellos que hubieran podido interesarse en la publicacion, y que hubiesen deseado que ella se hiciera con regularidad para haberla fomentado en cuanto estaba de

su parte, desmayaban tambien y no podian ayudarle, por lo cual en esta empresa no salió tan airoso como en las demás que habia acometido para bien de sus fieles hijos. Sin embargo, logró una gran cosa, como no hubo en mucho tiempo otra imprenta en Michigan, esta tuvo que ser la en que se hacian todos los trabajos necesarios, y ya el enseñar jóvenes para ella, ya el publicar algunas cosas que el gobierno, ya porque le interesaban, ya porque le convenian, le hacia publicar, le dió ocasion á que se se convencieran los naturales de la buena índole de los misioneros, y de que léjos de ser personas de quienes se pudiera temer que en un momento dado abusáran, apropiándose el mando y dominio del pais, eran sugetos que siempre tratarian de conservar el órden y hacer que las clases conservasen sus mútuas relaciones, sin permitir nunca que ninguno se propasase, lo cual es á la verdad una verdadera garantía social. De suerte que prestando por medio de la imprenta, que solo él dirigia, pues nunca quiso ceder esta direccion, no fuese que abusáran de ella, importantes servicios al país, que podia llamar suyo, porque se habia connaturalizado en él, atrajo á su afecto y estimacion á los principales, y pudo, si no por entónces, al ménos despues, favorecer mucho á la Iglesia, porque, como veremos, llegó á sentarse en los escaños del congreso que dirigia los destinos de aquella parte del globo. Sabido es que en 1812 sostuvieron cruda guerra los de los Estados-Unidos con los ingleses; pues bien, en esta guerra, á que concurria el P. Richard, no como beligerante, pues esto era enteramente ajeno é impropio á su ministerio y carácter, sino como ministro evangélico, que allí está pronto donde los hijos del Evangelio puedan necesitar su ayuda; por permision de Dios y para mayor gloria del Señor, bien de las almas y corona del Padre, cayó en poder de los ingleses, que le hicieron prisionero. Prescindiendo de referir lo que sufrió en los dias en que estuvo encarcelado y llevado con la mayor fatiga de una parte á otra, y sin hacer mencion de lo mucho que con sus consejos, con su peculio y con sus buenas influencias favoreció á sus compañeros, llegando su abnegacion hasta el extremo de no aceptar para sí ni los recursos materiales, ni las influencias para que no les faltasen á los demás; le consideraremos relegado al destierro que le impusieron en Sandwich (Bajo Canadá), donde hizo prodigios y adquirió un crédito cual era consiguiente le alcanzára el que en todo y por todo observaba la conducta de un verdadero siervo de Dios. Prescindamos completamente de los frutos espirituales que logró, ya haciendo perseverar en el buen camino á muchos á quienes sus inmerecidos sufrimientos exasperaban, atrayendo á la verdadera fe y poniendo en el gremio de la Iglesia católica á otros que no conocian á Dios, y por consiguiente buscaban su servicio donde solo hallaban su ofensa; nada diremos de los favores que con mano pródiga dispensaba á los

unos, ayudándoles en sus penosos trabajos para que, cumpliendo con las exigencias de sus crueles verdugos, no tuvieran ocasion éstos, cuyos sentimientos puede decirse que eran más bien instintos feroces que no ideas de hombres, de castigarlos con la crueldad y fiereza que lo hacian por los más leves motivos; á los otros procurándoles el alimento que les escaseaban los que los tenian á su servicio, y que no era ni áun el suficiente para vivir; á estos poniéndolos en comunicacion con otras personas de su familia, que sufrian igual suerte que ellos, y con los cuales no podian tratar porque lo prohibian los mandarines; solo haremos mencion de un suceso que por lo importante merece consignarse como una de las mayores glorias y de los más señalados triunfos de nuestro P. Richard, suceso que demuestra que sus oraciones no eran desatendidas en el acatamiento de Dios, y por consiguiente que tenia su siervo influencia, digámoslo así, con su Divina Majestad. El hecho fué el siguiente: una gran porcion de los cautivos, que en distintas ocasiones, pero todas durante la guerra de Inglaterra con los Estados-Unidos, habian sido relegados al ostracismo; como nuestro buen religioso estaba en poder de unos judíos cuya fiereza no puede explicarse. Por una de esas degradaciones en que les constituye su barbarie, habian determinado, como por via de diversion, quitar la vida en los más atroces tormentos á todos aquellos infelices; por supuesto sin causa alguna, y sin más que como se quita la vida á un vicho que en la lidia divierte á un pueblo. Describir la situacion de aquellos infelices ni es posible ni necesario, así como tampoco hay necesidad de gran esfuerzo para comprender que sus lamentos desgarrarian el corazon del muy caritativo P. Richard. Por más que inventaba medios, no hallaba el de librar á estos infelices de una muerte segura, despues de sufrir los más viles escarnios de aquella tan sanguinaria turba. Dios, sin embargo, queria que los infelices que inocentes iban á perecer, se salvasen, y que toda la gloria de esta accion tan noble le fuese dada por su siervo, y le inspiró la idea de negociar con el encargado de su custodia, que debia tenerlos tres dias encerrados en rescate, llevándose tambien consigo al carcelero, porque claro es que si á él le cogian despues, le harian responsable y acaso en su increible barbarie le hiciesen pagar en sí y en su familia lo que los otros habian de haber pagado. Para apreciar debidamente el mérito de esta accion, es necesario meditar todas sus circunstancias; la persona con que habia de tratar Richard le era enteramente desconocida; él no sabia por consiguiente si al proponer su idea y al ofrecer su dinero, el que custodiaba á aquellos infelices se daria por ofendido y echándole mano le haria ser otra víctima más, inmolada en aras de la incivilizacion y barbarie; así es que puede decirse con razon, que en este asunto nuestro buen misionero jugaba su cabeza con la muerte de sus hermanos;

¡rasgo de abnegacion que es cuanto puede hacer un hombre por amor de su Dios! Porque en realidad de verdad, Richard esperaba sacar á aquellos desgraciados primero de las garras de la muerte por su generoso rescate, despues de las garras del demonio, porque de cierto esperaba convencerles de la verdad de la religion de Cristo, y que la aceptáran para salvar sus almas, ya que la caridad en Jesucristo era quien les habia libertado de la doble muerte, cuya cuchilla ejecutoria estaba ya sobre sus inocentes cabezas. Dios, que habia inspirado la idea, movió al que estaba encargado de la custodia de aquellos infelices; un puñado de oro que Richard recogió en parte de limosnas, y otra parte que esperaba dar en Ville-de-Detroit, fué la única garantía bajo la cual carcelero y presos, y además el celoso misionero, se pusieron en camino á primera hora de la primera noche, logrando en aquellos tres dias de tregua ponerse á salvo huyendo de aquel territorio. El haber cesado los horrorosos rigores de la guerra les permitia volver á Ville-de-Detroit, y en efecto, allí fueron todos convencidos de que solo la caridad de Jesucristo inspira sentimientos tan nobles y dispuestos á buscar en la religion del Hombre Dios el consuelo que fuera de ella es imposible hallar, y la satisfaccion de las necesidades del corazon humano, que solo en sus preceptos y consejos puede encontrar sosiego, y por consiguiente solo en ellos y en su práctica hallar la verdadera vida. No se crea que el P. Richard acabó de sufrir luego que hubo vuelto de Sandwich, ni que el haber libertado á aquellos infelices fué el último servicio que prestó. A su regreso á Ville-de-Detroit estaba todavia agitada por las consecuencias de la guerra que la nacion habia sostenido con Inglaterra, y además por la escasez de víveres y carencia casi absoluta de trigo, Richard atendió á esta necesidad y prontamente envió por trigo al extranjero, reuniendo mucho, que vendia á bajo precio á los pudientes, y á los pobres se lo facilitaba gratis. Para evitar de alguna manera la miseria que se les venia encima, promovió la obra de la capilla de Santa Ana, que se comenzó á edificar en 1817, y que segun sus primeros planos hubiera sido suntuosisima; pero que fué necesario que en sus detalles la redujesen mucho, porque muy bien decorada, como al principio se proponian, habria sido extraordinariamente costosa y eso no era justo tratándose de una obra que levantaba la caridad de los fieles, por lo cual el mismo Richard, que habia promovido esta obra, fué el primero que no quiso se hiciera con la tan extraordinaria magnificencia con que estaba proyectada, porque su coste hubiera sido inmenso, y no se lograba con esto ninguna ventaja, pues áun los artistas que habian de trabajar en ella se complacieron en que se simplificase algun tanto, pues el primitivo trabajo aún en su ejecucion era mucho más delicado que de utilidad, pues lo más que podia dar era crédito, que en órden á lo que se llama tenerles

cuenta, les tenia mucha más con una cosa sencilla que no con la tan complicada del primer trazado. Hízose pues así, y Richard tuvo el consuelo de verla no solo construida sino dedicada á su tan digno objeto, y le hubiese sido en verdad muy halagüeño el que se hubiera podido consagrar, lo cual no se efectuó, porque las muchas ocupaciones del señor Obispo no le permitian dedicarse á esta operacion por el largo tiempo que necesita, y además por no haber á mano las reliquias de santos con que habian de consagrarse los sepulcros de las aras. Como sus buenas obras decian tanto en su favor, y estas á nadie se le podian ocultar, todos creyeron que para promover los intereses del país y mejorar su suerte seria muy conveniente el que un hombre tan desinteresado, tan probo, tan bueno, tomára parte en los debates que con este motivo se suscitáran, y diese su opinion y áun ayudase con sus consejos y con su ilustracion al gobierno, pues es seguro que no habia de procurar otra cosa sino el bien general de aquellas buenas gentes, que aparte de su preocupacion en materias religiosas, merecen toda la atencion que cualquier otra nacion por importante que sea, pues ella no lo es ménos. Con este propósito le hicieron diputado, y se sentó en el congreso el año 1823. El fué el primer sacerdote católico á quien cupo esta honra, y ciertamente vaciló mucho en aceptarla, porque creia no poco impropia de su ministerio esta su representacion; sin embargo, como vió que podia hacer mucho en beneficio de su religion, y este era el solo deseo que animaba todas sus obras, se creyó obligado á aceptar el cargo por cumplir con tan sagrado deber. En efecto, no solo el cargo de diputado sino las más importantes comisiones le fueron confiadas, de suerte que puede decirse que hacian de él más confianza que de los mismos del país, y no tuvieron ocasion de arrepentirse, pues en cuantas comisiones tuvo que desempeñar, lo hizo tan bien que el éxito de cada una parecia como que le daba derecho á que fuese él quien interviniera en la que habia de seguirsela. Por supuesto que á los católicos no solo les prestaba su apoyo, sino que les procuraba hasta colocaciones en los puestos del gobierno, con lo cual se adelantaba mucho, porque como estaban bien adiestrados por Richard, y no eran personas vulgares, sino de alguna instruccion, las que elegia para los diversos cargos que habia de conferir, siempre se lograba el que hablando unos con otros, los católicos con los no católicos, muchos de estos se persuadian de la verdad de la fe de Cristo, y abjurando su error entraban en el gremio de la Iglesia, lo cual especialmente cuando sucedia en personas de suposicion era un verdadero triunfo para el catolicismo, triunfo que procuraba Richard aunque con la mayor prudencia, porque siempre tuvo entendido que si lograba las cosas por medios suaves, se conservaria en situacion de hacer más, y si por el contrario queria hacerlo, digámoslo

asi, con imperio, el resultado sería que no lo lograria de ningun modo. Claro es que hubo de residir en la capital para desempeñar su cargo tan importante como provechoso; sin embargo, no por esto perdió el entrañable afecto que tuvo á todos los lugares donde sus trabajos apostólicos le hicieron conocer á sus buenos moradores, que á su vez se desvivian tambien por corresponder con igual afecto al entrañable amor del señor Richard. Entre los que más merecieron su predileccion, fué Ville-de-Detroit, ya porque allí habia residido más tiempo, ya tambien porque habia visto á sus moradores más dispuestos á abrazar la verdadera religion, y en realidad de verdad eran más los que se convertian en este punto que en los demás por donde iban los misioneros; sin embargo, no desatendia su esmerado celo á aquellos puntos ménos importantes, ni ménos concurridos. Con los recursos que le proporcionaba su destino, que era remunerado y muy bien, con las limonas que alcanzaba de los fieles, y algunas rentas suyas propias que le venian de cuando en cuando de Francia, y con algunas cantidades que podia sacar al gobierno para fomentar las misiones católicas, encontraba medio de mandar áun á aquellos lugares ménos importantes, operarios útiles que sembráran la semilla de la divina palabra. Sin embargo, su espíritu estaba vivamente afectado, porque no se encontraban sacerdotes á quienes diesen el importante cargo de dirigir aquellas misiones. Los naturales no estaban todavía en disposicion de acercarse al sagrado ministerio del sacerdocio, ni tenian la instruccion ni áun la capacidad suficiente; las comunidades religiosas no querian mandar á sus indivíduos allá, porque la obra de la Propagacion de la Fe era la encargada de esto, y no tenia de quienes echar mano: nuestro Richard veia mucha mies y pocos operarios, y por más que él rogaba encarecidamente al Señor de la heredad que mandase operarios, no veia llegar el refuerzo que tanto anhelaba, y esto le desconsolaba en gran manera. Hubiera él querido reunir para misionar en aquellas bien dispuestas regiones, á esa juventud estudiosa y virtuosa, que abraza el estado eclesiástico solo para servir á Dios, porque sabia que si ellos estuvieran allí, no, serian inútiles sus esfuerzos; pero estos deseos de tan buen padre, eran enteramente estériles, pues pormás que rogaba á los superiores de su Congregacion de S. Sulpicio que mandasen todos cuantos pudiesen, que allí serian muchos los frutos que se lograrian, todo lo que pudo conseguir fué, que no retirasen ninguno, como ya habian pensado hacerlo, porque si bien es verdad que si se atiende al número que se ve en el noviciado, parecen ser muchos los Sulpicianos, apénas comienzan á distribuirse, apénas comienzan, no digamos á cubrir con desahogo, sino á reparar en su menor parte las necesidades de los infinitos lugares donde ya trabajaban para gloria de Dios, ó quieren acudir á otras partes, pues de muchísimas son reclamados, no solo con interés, sino con

verdadera necesidad; ya se acabó aquello que parecia gran turba en el noviciado; ya no hubo Sulpicianos para empezar, digámoslo así, y los superiores no podian dar á todas las necesidades el apetecido remedio, y los que han menester de estos útiles trabajadores de la mística viña, han de carecer de ellos, supliendo su falta como Dios permita, que en la parte donde estaba nuestro Richard era con inmenso trabajo y excesiva fatiga suya y de sus compañeros; pues no se crea que porque él desempeñára el cargo de diputado, dejó de misionar ni de ocuparse todo cuanto podia en instruir á aquellas buenas gentes y hacer que crecieran los que ya estaban instruidos; todo ménos eso, muchas veces fué del parlamento al catequismo; de la asamblea donde se discutian y procuraban los intereses materiales del país, á la iglesia donde les enseñaba á conservar y á cuidar de los verdaderos intereses, acerca de los cuales el hombre debe poner más cuidado y esmero, que son los intereses del alma. Allí donde habia una necesidad urgente, allí estaba nuestro P. Richard, y su conducta siempre era la misma, una conducta conforme en un todo al espíritu de un verdadero religioso, y como conviene á un verdadero sacerdote, que es depositario y distribuidor de las divinas misericordias é intermediario entre Dios y los hombres. Nada hemos dicho del espíritu de oracion y de mortificacion con que el Señor Dios de todo poder y de toda misericordia dotára á su siervo, porque todo cuanto en estos sentidos hacia y obraba, venia á refluir en su excesiva caridad, virtud para cuyo ejercicio nunca se encontró embarazado, ni porque el modo de ejercerla hubiera de ser costoso, ni porque en su ejercicio mismo se pusiera á peligro su propia vida. Para él la vida de sus hermanos valia más que la suya, y siquiera hubiese salvado uno solo de las garras del fatal adversario de los hombres, habria con gusto sacrificado, no digamos su propia vida, sino mil vidas que hubieran estado en su mano. Quiso Dios que muriera para el mundo allí donde él habia logrado más triunfos sobre el fatal adversario; pero la muerte de Richard no habia de ser como la muerte comun de los hombres: Richard era muy caritativo y muy celoso por la gloria de Dios, y la gloria de Dios y la caridad habian de ser las alas con las cuales volase á recibir de Dios la inmarcesible corona que el Señor le guardaba en justa recompensa de sus merecimientos, en justo premio de sus buenas acciones. En 1837 se desarrolló de una manera espantosa el cólera en su querida Ville-de-Detroit, y aunque los esfuerzos de los pocos misioneros que allí habia eran heróicos, no podia, sin embargo, cumplirse con los deseos de aquellos fieles, ni prestarles el auxilio espiritual y material que en circunstancias tan extraordinarias necesitaban. Creyó el Obispo administrador que convendria aumentar algun tanto el número de los sacerdotes en aquel punto, siquiera durante aquellas circunstancias, y se fué él mismo, llevando allí á su que-

rido Richard, cuya cooperacion habia de ser muy eficaz para el logro de su piadoso intento. En realidad de verdad solo la caridad de Dios puede hacer que se presten los servicios que los misioneros prestaban á aquellos infelices. No solo el instruir á los que no estaban bautizados y bautizarlos, y el confesar á los fieles y administrarlos los santos sacramentos era la ocupacion de los misioneros, sino que tambien los auxiliaban con los remedios más indicados, acogian los huérfanos, consolaban las viudas, cumplian con todos los oficios de padres; sin miedo por sí mismos, sin reparo, ni en que no descansaban, ni en que la enfermedad contagiosa podria tambien embargarles, auxiliándola mucho la fatiga que se tomaban, ni que podian perecer víctimas de ella; todos á porfía, y muy particularmente Richard, prestaban sus auxilios á los enfermos, sin cuidarse de sí mismos. Richard fué el primer misionero á quien tocó la suerte de perecer víctima del contagio, cuando él tocaba ya á su término. Acometiéndole, pues, el cólera, despreció los primeros síntomas por no privar de su auxilio á los que le reclamaban, acaso con ménos necesidad que él, y fué invadido de la enfermedad, de suerte que en muy pocas horas murió. El dia ántes habia celebrado la santa misa, y al asistir al coro por la noche se habia tenido que retirar; hizo que le administráran el sagrado viático; recibió la santa uncion y se recomendó á sí mismo el alma, con gran edificacion de cuantos lo veian, y espiró en el Señor el dia 15 de Setiembre de 1837, á los sesenta y ocho años de edad, y habiendo empleado la mejor y mayor parte de su vida en el servicio de Dios y ejercicio santo de las misiones, en las cuales fué utilísimo á la parte del mundo que le cupo en suerte para evangelizarlo. Es imposible describir el sentimiento que su muerte produjo en aquellas buenas gentes, así como en su sagrada religion y en cuantos buenos católicos lo supieron: queda el consuelo de que trabajaba para su Señor y dueño, que nunca escasea la recompensa, y por consiguiente habrá dado á su siervo Gabriel Richard la que le merecieron sus virtudes. En el mundo tambien obtuvo su recompensa, pues además del afecto y estimacion con que le miraron cuantos le conocieron, sus hechos los ha sabido toda la cristiandad, pues los refirió *El Amigo de la Religion*, publicacion católica de 1832, y de sus consejos todos pueden sacar provecho, porque consignados estan en las diversas y muy apreciables cartas espirituales, que dirigió en varias ocasiones á diferentes sugetos, y fueron publicadas en el tomo III de los *Anales de la propagacion de la Fe*, que apareció á poco de su muerte. —G. R.

RICHARD (Juan). Nació en Verdun en 1639, y despues de haber cursado en la universidad de Pont-à-Mousson, fué á París, en donde estudió el derecho y la teología. Marchando despues á Orleans, se hizo abogado con la idea, sin duda, de tener un título, porque jamás defendió un pleito, ni se

presentó con tal carácter en los tribunales. A pesar de haber hecho los estudios para ello, tampoco abrazó el estado eclesiástico; pero puede considerársele en esta clase, áun cuando se casó, porque se dedicó á la elocuencia del púlpito sin la esperanza ni ventajas de este ministerio, cuyo ejercicio no le era permitido. Como se casó, solo pudo seguir á medias su vocacion, limitándose á escribir sermones y pláticas para que las predicasen y se luciesen otros, y para que se edificasen los que las leyesen; esta fué la ocupacion de toda su vida. Recopiló tambien obras relativas á este género de literatura para que fuesen fuentes de elocuencia, en donde pudiesen beber la buena doctrina y amaestrarse en la elocuencia los que se dedicasen á la predicacion. Se han conservado de este singular autor eclesiástico las obras siguientes: *Discursos morales*, en forma de sermones, sobre los domingos del año, con un volúmen que contiene los exordios é instrucciones para un adviento y una cuaresma, cinco volúmenes en 12.°, impresos en 1685. Apénas se imprimieron, cuando les siguieron otros *Discursos morales, con un adviento sobre los mandamientos de Dios.* — *Elogios históricos de los Santos*, con los misterios de nuestro Señor y las fiestas de la Vírgen; 1697, dos volúmenes. — Otros *Discursos* sobre los misterios de nuestro Señor y fiestas de la Vírgen, en muchos volúmenes, publicados en 1700. — *Diccionario moral ó la ciencia universal del púlpito*; seis volúmenes en 8.°, en los que comprendió un *Suplemento*, que contenia exhortaciones morales sobre la santidad y deberes de la vida religiosa; Paris, 1700, cuya obra se reimprimió en ocho volúmenes en 12.° dedicada al cardenal Polignac. — Encuéntrase en esta obra, en órden alfabético, cuanto los predicadores franceses, italianos, españoles y alemanes han escrito de más curioso y sólido sobre diversos objetos, razon por lo que este libro es muy útil y cómodo para los que se dedican á la predicacion, por los muchos trabajos y materialos que encuentran allí reunidos, sin que les haya costado la pena de buscarlos. En cuanto al juicio que puede hacerse de las obras de Richard, segun su biógrafo L'Ecri, está reconocido que en sus escritos se ve más bien la ciencia del teólogo que el talento del orador. Si bien algunos críticos le achacan falta de vigor, ninguno niega á sus discursos lo que constituye una buena y sólida instruccion. No se limitó Richard á escribir sermones, quiso tambien publicar los de otros que aún estaban inéditos, y los que llegaban á su noticia, se los procuraba, los corregia, completaba, y con notas instructivas y prefacios los publicaba. Aun cuando Fromentières, obispo de Aire, dejó prohibida la publicacion de sus sermones, Richard se apoderó de ellos y los publicó en seis volúmenes en 12.°, en Paris, en 1684. Publicó despues de estos los sermones del abate Cárlos Boileau, predicador del Rey y uno de los cuarenta de la Academia Francesa, é hizo de ellos extractos, que publi-

có con el nombre de *Pensamientos*. Otro tanto hizo con los *Discursos* de Joli, obispo de Agen, del que publicó una edicion en ocho volúmenes en 12.°, por las copias de los apuntes que se le habian tomado cuando predicaba, y por algunas notas y planes que este Obispo habia dejado, y que Richard tuvo la paciencia de ordenar para hacer con estos apuntes una obra regular. En fin, publicó un volúmen de *Panegíricos escogidos*. Murió este laboriosísimo escritor eclesiástico, en París, el año 1719, á los ochenta y un años, en cuya avanzada edad trabajaba todavía. Segun L'Ecry, Juan, uno de sus hijos, siguió la carrera eclesiástica, y fué cura párroco de S. Aspais en Melun.— C.

RICHARD (Juan Luis Enrique Federico), jóven protestante, que durante mucho años estuvo buscando los medios para salir del seno del error, hasta que al fin ejecutó su proyecto en Guers, ciudad del departamento de Tolon. Richard nació en 1817, en Guillonville, diócesis de Chartres, lugar donde habitan muchos protestantes. Simple trabajador, apénas se le presentó la ocasion, emprendió un viaje á Guers, donde recien llegado fué por sí mismo á buscar al párroco Mr. Dion Coufet, y le manifestó sus designios con un candor admirable. El celoso pastor, que desde su entrada en Francia, en 1801, habia tenido la fortuna de obtener y recibir cuatro abjuraciones, acogió con grande satisfaccion al jóven Richard, y le instruyó en las máximas de nuestra santa religion, en union con sus dos tenientes. Los piadosos fieles contribuyeron á animarle, á llevar adelante sus buenos designios, y por último, despues de repetidas conferencias, manifestando el jóven un ardiente deseo de entrar en el seno de la Iglesia católica, designó el párroco el domingo 18 de Mayo para su abjuracion. Richard obró en esta solemnidad con la mayor firmeza, aunque con cierta emocion tierna y conmovedora que causó grande interés en los espectadores, y el párroco le absolvió públicamente de la herejía. El 24 de Mayo, víspera de Pentecostés, despues de la bendicion de las fuentes, le administró el bautismo el venerable pastor, y al dia siguiente le admitió á la comunion. Muchas personas piadosas le acompañaron á la santa mesa, entre otras los jóvenes del colegio establecido en aquella poblacion con su director y profesores. La ceremonia fué tan magnífica como edificante, é hizo derramar muchas lágrimas á los presentes, y en particular al digno y excelente párroco, á quien la Providencia parecia haber querido proporcionar este consuelo, trayéndole desde tan léjos á este tan interesante jóven; Richard recibió en Tolon el sacramento de la confirmacion el 17 de Junio, de manos de Monseñor Richiry, obispo de Frejus. Este jóven continuó manifestando las mejores disposiciones. En el bautismo, que le fué administrado bajo condicion, tuvo por padrino á Mr. Haurran, anciano respetable, presidente del consejo de los fabricantes, conocido en el país por su aficion á las buenas obras, y

por madrina á María Juliana, hija de Pey, sobrina del célebre escritor de este nombre, tesorera de la Asociacion de las señoras de S. Francisco, y dama tan piadosa como caritativa. — S. B.

RICHARD (Juan Pedro). Nació este jesuita en 7 de Febrero de 1743 en Belfort de la Alsacia. Empezando los estudios en su ciudad natal, fué despues á continuarlos al colegio de Jesuitas de Colmar. Inclinado á la vida de los Padres de esta religion, entró en la Compañía el año 1760, es decir, la víspera de la tempestad que iba á descargar sobre este antiguo cuerpo. Los dardos que se dirigieron contra la Compañía de Jesus no espantaron al jóven Richard, ni le hicieron abandonar la carrera que habia abrazado; viéronse en aquella fatal época entre los jesuitas más jóvenes muchos ejemplos de valor cristiano, que honraba tanto á ellos como á sus superiores. El P. Richard fué enviado á Lorena, en donde los jesuitas encontraron un momentáneo asilo bajo la proteccion del rey Estanislao. Despues permaneció sucesivamente en Nancy, en Pont-à-Mousson y en Lieja, adonde le llamó el príncipe obispo para dirigir la educacion de sus sobrinos. Volviendo á Francia, se consagró al ministerio de la predicacion, el que no se sabe empezase ántes de 1786, en que solo contaba cuarenta y tres años. En este año predicó el panegírico de S. Luis Gonzaga en la iglesia de Carmelitas de S. Denis, y en 1789 predicó á la corte el sermon de Pentecostés. Las turbaciones políticas que sobrevinieron, detuvieron al P. Richard en su carrera honrosa, pero no abandonó la Francia como otros; permaneció constantemente en París sin prestar juramento alguno. En estos tiempos calamitosos se ocupó en revisar sus sermones, y en 1800 volvió á empezar á predicar en muchas iglesias, á las que arrastraba á muchos fieles el deseo de oirle. En 1805 el cardenal de Belloy le nombró canónigo de su metrópoli, lo que no impidió al P. Richard continuar predicando, tanto en París como en las provincias. La edad no impedia nada á su celo, y en 1818 fué encargado de los sermones de cuaresma en las Tullerías; y debia predicar tambien el adviento en la capilla de palacio el año 1820, cuando acometiéndole una agudísima enfermedad, pasó á mejor vida el dia 20 de Setiembre del mismo año. Sin tener nada de brillante el P. Richard, se habia hecho amar por su buen carácter, al propio tiempo que su celo fué utilísimo á la religion, porque anunciaba con constancia y fervor la palabra de Dios. Reunidos sus sermones en 1822, fueron impresos en cuatro volúmenes en 12.°, en París, por Adriano Leclère. Son veintinueve, y tratan no de objetos vagos y generales, sino de dogmas y preceptos religiosos, y de los más graves deberes de la vida cristiana; descubren una gran extension de conocimientos teológicos y morales, la ciencia práctica del arte oratoria, una imaginacion rica y brillante, y nobleza y elevacion de ideas y de sentimiento. Puede consultarse lo que sobre

este buen orador sagrado se dice á las páginas 65 y 176 del tomo XXXIV del *Amigo de la Religion*, citado por Mr. Collombet en la biografía de Richard, que hemos seguido en este artículo.—C.

RICHARD (René). Dice Mr. Weis al ocuparse de este Padre del Oratorio, en su artículo de la *Biografía universal francesa* de Michaud, que fué un historiador inexacto y superficial; y dejándole toda la responsabilidad de su aserto, vamos á seguir en sus noticias á este biógrafo, porque no las hemos encontrado más imparciales en otros autores consultados. Nació René en Saumur en 1654. Fué hijo de un notario de esta ciudad, que hizo cuanto pudo para proporcionar á su hijo una buena educacion. Inclinado á la vida religiosa, entró despues de haber terminado sus estudios en la Congregacion del Oratorio, en donde dedicado á la enseñanza, profesó las humanidades y la retórica. Luego que recibió las órdenes sagradas fué empleado en las misiones de la diócesis de Luzon y de la Rochela; volvió á París y predicó durante doce años con bastante éxito. Abandonando el Oratorio, se le concedieron diversos beneficios, y entre ellos un canonicato en la iglesia de Sta. Oportuna, y se aprovechó de sus ocios para publicar algunas obras que fueron recibidas con mucha indulgencia. Habiendo caido enfermo en Lyon en 1709, y creyéndose en peligro de muerte, resignó todos sus beneficios á su sobrino; pero sanó de aquella enfermedad, y dejando á su heredero una capilla con un priorato, quiso conservar los demás beneficios, cuyas rentas, decia, apénas bastaban para vivir honrosamente. Púsole demanda su sobrino, y hacia siete años que marchaba el proceso, cuando juzgó conveniente noticiar al público de estos debates en un *Aviso importante*, que puso al frente de su *Paralelo de los cardenales Richelieu y Mazarino*, en el que pintó á su sobrino con los más feos y odiosos colores. Este obtuvo un decreto del Consejo, que prohibió este escrito y su impresion bajo la pena de quinientas libras de multa. Esta sentencia amargó los últimos años de Richard, que murió en París el 21 de Agosto de 1727, y fué enterrado, como dejó mandado en su testamento, lleno de especiales cláusulas que no se cumplieron, en el cementerio de los Santos Inocentes. Fué René un hombre extravagante, de carácter desigual, ambicioso y vano; sostenia indiferentemente el pro y el contra en sus obras, afectando una gran independencia de opiniones. Habia sido nombrado historiógrafo de Francia y censor Real, cuyos destinos llenó por algun tiempo. Además de algunas obras ascéticas, compuestas para la casa de St. Cyr, cuyos títulos cita en su artículo el *Diccionario* de Moreri, edicion de 1759, se han conservado de este autor las obras siguientes en francés: *Vida de Juan Antonio le Vachet, sacerdote instructor de las Hermanas de la Union cristiana;* París, 1692, en 12.°—*Discurso sobre la historia de las fundaciones Reales y establecimientos fundados por Luis XIV*

en favor de la religion, de la justicia, de las ciencias y bellas artes, de la guerra y del comercio; idem, 1695, en 12.° En esta obra se hallan curiosos detalles sobre la casa de St. Cyr, cuartel de Inválidos, canal de Langüedoc, etc.—*Tratado de las pensiones Reales;* en cuya obra se prueba que el Rey tiene derecho de dar pensiones sobre los beneficios de su nombramiento y colacion. Se imprimió en 1695 y 1719, en 12.°— *Historia de la vida del P. José Tremblay, capuchino, empleado por Luis XIII en los negocios de estado;* París, 1702, en 12.°, en dos partes. Es un panegírico del P. José, pero avergonzado de los reproches que se le hicieron de haber faltado á la verdad, ó quizá, segun se decia en la época de su biógrafo Weis, descontento de no habérsele pagado mejor este servicio, publicó la obra: *El verdadero P. José*, que contenia la historia anedóctica del cardenal de Richelieu, la cual fué impresa en Ruan, en 1704, en 12.°, y en 1750, en dos volúmenes en 12.° Esta ya olvidada sátira hizo entónces mucho ruido, y fué muy buscada por los curiosos; y no queriendo Richard que se sospechase fuese él el autor de esta obra, publicó su crítica con el título de: *Respuesta al libro titulado El verdadero P. José;* París, 1704, en 12.°—*Paralelo del cardenal Jimenez y del cardenal Richelieu*, en 12.°; se publicó por Trevoux en 1704, y en Roterdan en 1705. Este libro, que frecuentemente se ha confundido con el siguiente, fué reimpreso muchas veces, al decir del autor, y aún traducido por los españoles, lisonjeados de la preferencia que se daba á Jimenez de Cisneros sobre el primer ministro de Luis XIII; no conocemos esta obra en español, y por lo tanto no podemos calificarla ni decir nada acerca de lo que dice nos lisonjeó.—*Paralelo del cardenal Richelieu y del cardenal Mazarino, ó reflexiones históricas y políticas sobre sus ministerios;* París (Holanda), 1723, en 12.° Se proponia Richard escribir los paralelos de todos los presidentes del Consejo de ministros de Luis XIV, de los dos arzobispos de París Harlay y Noailles, de los obispos de Meaux, Orleans y de Evreux, y de los confesores del Rey los PP. Lachaise y Le Tellier; pero las desgracias, dice él mismo en su *Aviso importante*, en que mi buen corazon me ha precipitado, me han impedido poner en ejecucion este gran proyecto.—*Disertacion sobre el indulto del Parlamento de París;* 1723, en 8.° Esta es, dice Mr. Goujet, la obra de un hombre venal, de la cual no pudo conseguir el autor el permiso de imprimir la primera parte, que venia á ser su introduccion. En la *Coleccion de Odienore* se halla el retrato de René Richard.—C.

RICHARDI (P. Ricardo), jesuita italiano de quien se ignora la época en que vivió, lo mismo que las principales circunstancias de su vida. Era, sin embargo, este religioso sumamente entendido, y prestó algunos servicios á la Compañía como profesor de gramática, sobre cuyo arte escribió tambien una obra; y aunque ciertamente los hombres que se consagran á este género

de trabajos en extremo humildes y modestos, no son los que alcanzan mayor consideracion en la sociedad, áun de las mismas personas que por su carácter meditador comprenden la diferencia que hay entre un objeto útil y otro que sin serlo obtiene mayor apariencia por el fausto y la exterioridad de que se rodea, no porque en nada sea superior á aquel, siéndole ántes muy inferior por muchos conceptos. Sucede generalmente en el mundo que cuando se ve una persona que desempeña un oficio oscuro y modesto, apénas se le aprecia, y se le mira con indiferencia y desden, sin comprender lo necesario que él y sus semejantes son para la vida, miéntras por el contrario, otro que ejerce un arte quizá completamente de adorno, y sin el que podria muy bien pasarse la sociedad, se le mira con el mayor aprecio y atencion, se le rodea de toda clase de consideraciones, y se le coloca con frecuencia á una altura muy grande sobre el otro. Resultan de aquí cosas muy extrañas en la vida, y que suelen tener consecuencias no muy agradables; pero al hombre indiferente, hinchado con su vanidad y su presuncion, que se cree superior á los demás, aunque en realidad no tiene en qué fundar esa superioridad, ni esa arrogancia que se atribuye, nada se le importa, nada mira, y pasa con su cabeza erguida al lado de aquel infeliz á quien el trabajo hace andar encorvado, y la fatiga reduce á marchar lentamente y con corto paso. La religion, queriendo evitar estas crueles diferencias y constituir al hombre igual á su semejante, pues ambos deben ocupar el mismo puesto sobre la tierra, ha proclamado á todos los hombres hermanos, y procurado inculcar esta máxima en todos los corazones con el santo nombre de igualdad. Mas esta igualdad solo se observa en el seno de las comunidades religiosas, donde el más sabio solo ocupa un puesto igual al ignorante, donde el que está ocupado en los oficios más humildes presta igual utilidad que el destinado á las mayores dignidades. Todos tienden á un mismo objeto, la gloria y engrandecimiento de su religion, su prosperidad y fomento, que podia menoscabarse tanto si el inferior olvidára por un instante sus deberes, como si faltase el superior á ellos. Tal fué, pues, la vida del Padre de que nos ocupamos, consagrada por completo á una ocupacion que miramos todos como secundaria, pero que es en extremo útil y una de las ruedas sobre que gira la sociedad. Así es que mereció siempre el aprecio de la Compañía, y en su historia se le cita con grande aprecio y estimacion. Mereciale por otra parte el P. Richardi por sus buenas cualidades, siendo un modelo de religiosos, distinguido en todo género de virtudes, dado á toda clase de prácticas de piedad, y modelo, en fin, de los jóvenes á quienes enseñaba, que de él aprendian, no solo las ciencias humanas, sino tambien las divinas. Así pasó su vida entera consagrado á ejercicios propios de su profesion, no descuidando nunca la enseñanza, en que obtuvo la fama de un

buen profesor, siéndolo verdaderamente, segun se deduce de las cortas noticias que de él han llegado hasta nosotros. Escribió: *Compendium Grammaticæ Emmanuelis Alvari.* — S. B.

RICHARDS (Mr. y Mlle.), naturales de Southampton en Inglaterra, abandonaron el protestantismo para entrar en la unidad de la Iglesia de Jesucristo en 1837. Ejemplo no raro en este siglo á pesar de que algunas personas le suponen en extremo descreido y malvado. Pero esto es un error harto vulgar áun en los que deberian por su clase y posicion meditar profundamente ántes de sentar ciertas proposiciones que pueden con facilidad ser creidas por los que los tienen por oráculos. En nuestra época, como en las pasadas, como en todas las que registran los anales de la humanidad, la maldad y el crímen se han ostentado con frecuencia impuros y triunfantes, y aunque tambien hayan recibido su condigno castigo, hasta llegar á este punto han hecho más de una víctima, han conseguido hacer apurar la copa de la amargura á más de un desgraciado seducido por sus halagos ó cogido en sus redes por sorpresa. Recuérdese lo que fueron todos los pueblos de la antigüedad, inclusa la feroz y tiránica Roma; estúdiese la historia de los primeros siglos con sus múltiples y variadas herejías, y se verá que nuestra asercion, léjos de parecer exagerada, es acaso extremadamente favorable á aquellos siglos y á aquellas épocas, pudiendo sostener con Chateaubriand que nuestro siglo, más ilustrado que los que le han precedido, es tambien más moral y ménos criminal. En ninguno han faltado sin embargo por una justa compensacion providencial varones virtuosos y honrados, hombres dotados de instintos benéficos y piadosos que han conservado en toda su pureza el arca santa de la alianza, y entonado cánticos al Señor en la montaña de Sion á vista de los adoradores de Baal. En nuestra época, pues, han abundado tanto y más que en las anteriores las conversiones, ha habido sacerdotes de caritativo y santo celo que han trabajado por el fomento de su religion, consiguiendo en los países civilizados triunfos tan gloriosos y brillantes, como sus hermanos los misioneros en los incultos desiertos de Africa y América, y no han faltado tampoco almas sensatas é inspiradas de la gracia, que desde las tinieblas del error han buscado la luz de la verdad, y conseguido beberla á raudales en su pura fuente. Transcribamos pues estos gloriosos ejemplos para honor de nuestro siglo y de la humanidad, seguros que nos lo agradecerán los siglos venideros. — S. B.

RICHBODO, arzobispo de Tréveris, llamado tambien Richbodono y Richodo; fué discípulo del célebre Alcuino y promovido á esta silla en 791 á la muerte de Wiomado, la gobernó hasta 804 época de su muerte. En este intermedio restableció las escuelas de Tréveris que habian decaido de su antigua fama, y presto otros servicios que se hallan consignados en los

anales de aquella Iglesia. Le sucedió Wazons, abad de Merloc. — S. B.

RICHEI (B. Hugo), franciscano inglés, uno de los mártires del protestantismo, de esa religion que siempre está recordando á los catolicos sus autos de fe y los medios coercitivos que tomó para librarse de sus progresos; y nada dice de los que ella empleaba para atacar, no cara á cara, sino de una manera traidora, á aquella religion que despedazaba á su capricho, tan solo porque su jefe supremo en la tierra se habia negado con justicia y razon á ceder á las pasiones inmoderadas é injustas de un monarca tan audaz como ambicioso. Todos los que conocen la historia del protestantismo no pueden ménos de admirarse de su mal orígen; por una parte una cuestion de interés, por la otra un adulterio seguido de una porcion de crímenes mucho más espantosos todavía. Sin las desenfrenadas pasiones de Enrique VIII, el protestantismo perteneceria hoy á la historia, y tal vez se hubieran cambiado los destinos de Europa. No tendriamos que lamentar la separacion de la Iglesia de muchos pueblos de Alemania, y se hubieran evitado millares de víctimas. Pero de todo se nos echa la culpa á los católicos, sin recordar que ántes que la Europa, y en particular la España, se preparasen á repeler los ataques que tan injustamente se la dirigian y condenase por primera vez el Santo Oficio á los introductores de la nueva doctrina, ya habia Inglaterra quemado á millares de católicos y habia vertido á torrentes la sangre de los verdaderos cristianos. La defensa era pues natural y fué en demasía corta, en atencion á lo rudo, á lo temible é inesperado del ataque. ¡Cuántas consideraciones no tuvo la corte de España con los herejes de Alemania, que sin embargo eran traidores á su rey, á su patria y á su religion, pues faltaban á la vez á lo que debian á su señor natural, siéndolo los jefes de la casa de Austria; estaban vendidos á naciones extranjeras, cuyo objeto no era su libertad ni su independencia, sino su engrandecimiento, minando para ello el poder español, y faltaban por último á lo que debian á la religion de sus padres, á la que venian reconociendo desde tiempo de los romanos, es decir, desde que habian comenzado á civilizarse y formarse en nacionalidad! ¡Cuántos crímenes y horrores no cometieron los mismos habitantes de estos estados con los desgraciados católicos que podian hallar á las manos, cuyo crímen consistia principalmente en continuar siendo fieles á las doctrinas que sus padres habian profesado; y sin embargo y á pesar de tantos asesinatos, suplicios, crímenes y tormentos de todo género se ha acusado á España, porque con su Santo Oficio procuraba más bien que castigar, evitar el mal que tan de cerca amenazaba, cortar con alguna muerte, pues son bien contadas los que se impusieron á protestantes, los males que no podian ménos de resultar de la introduccion de esta doctrina en España, ya fuese vencida, ya quedase triunfadora! Inútil y hasta

RICHELIEU.

ridículo sería detenerse á tocar este punto al hablar de uno de los religiosos sacrificados por la religion anglicana, si no hubiese habido escritores españoles que le han sostenido contra su misma patria, ignoramos si de buena ó de mala fe, por espíritu de partido ó con algun otro fin particular. Es sin embargo positivo, y sobre ello se han escrito muchas obras que podriamos citar si no fuese diferente nuestro objeto, pues el principal es ocuparnos, aunque sea brevemente, de los PP. franciscanos Fr. Hugo Richei y Fr. Ricardo, martirizados en Inglaterra por mandato de Enrique VIII en 1537. Era el primero guardian del convento de su religion en Cantorbery, á que solo pertenecia el segundo como simple religioso. Ambos se habian distinguido siempre mucho por sus virtudes y eran muy apreciados en su órden, estando destinados quizá á superiores dignidades, si la herejía y la tiranía, que ambas van unidas por lo comun, no hubiesen decidido acabar con sus preciosas vidas. Supónese que habia una conspiracion, cuyos miembros se hallaban ocultos en el convento de Cantorbery, y aunque los espías no encontraron ningun vestigio de ella cuantas veces registraron el edificio, no por eso dejaron de llevar presos á los dos Padres mencionados, sometiéndoles á todo género de tormentos y malos tratamientos. Viendo que no conseguian su objeto y que por aquel camino no podian probarles nada, acudieron á otro más fácil y trillado, mandándoles renunciasen la fe católica. Negáronse los Padres resueltamente á ello, y aunque una, dos y tres veces se les puso en el potro é hizo sufrir todo género de tormentos, no por eso accedieron á sus designios, prefiriendo morir en un patíbulo y ser descuartizados despues, por cuyo motivo celebra la memoria de estos mártires la Religion Seráfica en 2 de Junio. —S. B.

RICHELIEU DU PLESIS (Alfonso Luis). Este Cardenal, hermano mayor del famoso cardenal de este nombre Armando Juan, nació en París el año 1605, y dedicado á la carrera eclesiástica con éxito, fué nombrado obispo de Luzon; pero ántes de ser consagrado, renunció esta dignidad en favor de su expresado hermano para retirarse al claustro, á cuyo fin tomó el hábito de los Cartujos, los que le eligieron visitador de la Orden. Llamóle el papa Urbano VIII, y contra su voluntad le nombró en 1626 arzobispo de Aix, y á los dos años de Lyon, en cuya diócesis estableció muchas iglesias y monasterios para los religiosos de ambos sexos. El amor que le profesaba el Pontífice y sus merecimientos hicieron le crease, en 19 de Noviembre de 1629, cardenal preste de la Santísima Trinidad de Monte Pincio, título que tuvo cuando Luis VIII de Francia le mandó á Roma á asuntos de gran interés, de los que salió brillantemente. Por este y otros servicios le nombró el Rey preceptor de la Orden del Espíritu Santo, provisor de Sorbona, decano de S. Martin de Tours, abad comendador de las cuatro abadías más no-

bles y pingües de Francia, y en 1631 limosnero mayor del reino. En la peste que hizo muchos estragos en Lyon, expuso su propia vida por la salud de su rebaño, visitando la ciudad diariamente y distribuyendo generosas limosnas, de modo que á pesar del crecido número de infelices que necesitaban socorro, ninguno pereció de hambre. Entraba con gran valor, llevado de la caridad, tanto en los palacios de los poderosos como en las chozas de los pobres más miserables atacados de pestilencia, administrándoles los sacramentos de la eucaristía y de la extremauncion. En 1637 fué á Colonia á establecer en nombre de Luis XIII la paz entre los príncipes de Europa. Asistió al cónclave de Inocencio X, y en 1646 presidió en París la Asamblea del Clero. Con rostro sereno y ánimo tranquilo recibió la muerte en su iglesia de Lyon, á consecuencia de un ataque de hidropesía, el dia 23 de Marzo de 1653 á los setenta y un años de edad, y fué sepultado en el templo del Hospital de los pobres con un epitafio verdaderamente edificante y de sincera humildad, que habia escrito por sí mismo, en el cual se lee que nació pobre, y juró morir pobre y ser sepultado entre los pobres. Fué reputado por varon de clarísimo ingenio, de gran celo religioso, de sumo candor y de profunda ciencia, cualidad que declara el papa Urbano VIII en la bula en que le nombró arzobispo de Aix. A sus demás virtudes unió Richelieu un singular acierto para gobernar su diócesis en lo temporal, extraordinaria sabiduría y circunspeccion en todo lo perteneciente á lo espiritual, y jamás tomó parte en intriga alguna de la corte. El año 1653 publicó en París, poco ántes de morir, la vida, en latin, del abate Miguel de Paré. —C.

RICHELIEU (Armando Juan Duplessis, cardenal de). Uno de los hombres más grandes que ha tenido el mundo, uno de los ministros que han sido objeto de más elogios y de más acusaciones, es el cardenal de Richelieu; suerte comun de todos los hombres que viven en tiempos agitados por las facciones. La posteridad le ha tributado grandes elogios, y tambien grandes censuras por las venganzas personales, que á pretexto de servir los intereses del estado ejerció, dando á la justicia algunas veces hasta la forma de la tiranía. Empero los grandes servicios que hizo á la Francia no pueden ser jamás olvidados. Él la libertó de la opresion de los señores feudales, é hizo humillar la insolente aristocracia bajo el yugo de las leyes. Favoreció el movimiento de la civilizacion protegiendo las letras y las artes, colocando á la Francia á la cabeza de las naciones de Europa, y preparando, para decirlo de una vez, los destinos de este grande imperio. Richelieu pertenecia á una noble familia del Poitou. Habia nacido en el castillo de Richelieu, aunque algunos suponen que en París, el 5 de Setiembre de 1585, y era hijo de Francisco Duplessis, señor de Duplessis. Destinado desde jóven á la carrera de las armas, recibió una educacion análoga á esta profesion bajo la direc-

cion del marqués de Chillon. Uno de sus hermanos era obispo de Luzon. Este hermano, lleno de virtud, renunció á las dignidades de la Iglesia, y trocó el báculo episcopal por el humilde sayal de los Cartujos. La familia del jóven Armando le hizo ver que la mitra de Luzon venia desde hacia mucho tiempo como vinculada á su familia, y que era preciso conservar cuidadosamente esta honrosa tradicion, hallándose seguros de que podian colocarla sobre su cabeza. Este motivo determinó su vocacion religiosa. Entró en la carrera eclesiástica, y se dedicó á la teología con todo el ardor de su carácter y con el aprovechamiento propio de su gran talento. Terminada su carrera literaria, fué á Roma para obtener las bulas. Cuentan algunos historiadores, que Richelieu en aquella época todavía no tenia la edad que requieren los cánones para obtener el episcopado, y que presentó una fe de bautismo falsa, en la que aparecia de más edad de la que tenia. Descubrióse el engaño á poco tiempo, y el obispo de Luzon tuvo que recurrir á la intervencion del embajador de Francia D'Arlincourt, que se encargó de apaciguar al papa Paulo V, que se habia incomodado extraordinariamente al verse engañado por el jóven francés. Arreglóse el asunto quedando solo en una severa reprension, y se cuenta que Paulo V, con aquel grande tacto y talento que le distinguia, dijo al embajador al concederle su perdon: «Este jóven, andando el tiempo, será un grande hombre, y tambien un gran político.» Vuelto á París, Richelieu se dedicó á cumplir los deberes de su profesion y alto ministerio; á convertir los herejes, á reformar los abusos del clero, siendo, en toda la extension de la palabra, un excelente pastor. Empero en 1614 se halló envuelto en los negocios públicos, y encontró apoyo en la corte. Barbin, intendente general de rentas, y Leonora Galigay, marquesa de Ancre, le presentaron á María de Médicis. Desde luego empezó Richelieu á tomar parte en todas las intrigas de la corte, y por el favor y recomendacion de la Reina madre entró en el consejo del ministerio con el título de secretario de estado. Luis XIII manifestó al principio bastante desvío por el nuevo ministro; empero este desvío fué cediendo por grados y tomando el nuevo ministro sobre el ánimo del Rey un grande ascendiente por la superioridad de su talento y lo fecundo de sus recursos. Richelieu afectó con la Reina madre, su bienhechora, una adhesion sin límites: un dia, no obstante, debia ser el que la arrojase de la Francia y la privase de toda su influencia. La Reina madre era omnipotente, gobernaba el estado por medio de sus favoritos. El principal entre estos era el marqués de Ancre, á quien se oponian varios príncipes y grandes, entre otros Condé. Para sostener á este favorito, se vió precisada la Reina á hacer alianza con el príncipe de Condé, que era ántes su enemigo, y en estas negociaciones intervino el obispo de Luzon. Poco tiempo reinó la buena inteligencia entre el

príncipe y el mariscal: y éste, privado del único apoyo que la Reina pudo proporcionarle, se retiró á Normandía. El príncipe de Condé era de hecho rey de París, hasta se suponia que aspiraba á hacerse rey de nombre; y entónces el consejo de la Reina, es decir, el intendente Barbin, el secretario de estado Mangot, y otro tercero que estaba como detrás de la cortina, el obispo de Luzon, prepararon una resolucion extrema; el arresto del príncipe. Al ir un dia Condé al Louvre fué arrestado en el cuarto mismo de la Reina. No opuso resistencia alguna, y se dejó llevar á la Bastilla. Entónces los otros príncipes de la sangre, Vandoma, Mayenna y Bonillon, marcharon de París é intentaron, aunque en vano, sublevar el barrio de S. Antonio, tan célebre despues en las diversas conmociones por que ha pasado París. Sin embargo, el populacho atacó el palacio del mariscal de Ancre, y lo devastó completamente. El Rey, por su parte, favorecia estos movimientos, y trató de deshacerse del mariscal y derribar los consejeros y favoritos de la Reina, su madre. El 24 de Agosto de 1615, en el momento en que el mariscal de Ancre iba á atravesar el puente levadizo del Louvre, fué atacado por el varon de Vitry, que le disparó tres pistoletazos, lo remató á estocadas y lo arrojó en el rio. El Rey, que aguardaba el éxito del complot, apénas lo supo, se asomó á las ventanas del palacio, y dando palmadas de alegría, dió gracias á los asesinos, diciéndoles que desde entónces era rey. La Reina madre fué arrestada en su mismo cuarto, y depuesto Barbin y los demás ministros. Entónces se publicaron diversos manifiestos, que daban á conocer á la Francia aquel golpe de estado. La Reina madre fué desterrada á Blois, y á su destierro la siguió Richelieu. El duque de Luines, que habia dirigido el complot, quiso detenerle en la corte; pero él siguió á la Reina al destierro. Retirados allí los dos, emprende el difícil papel de conciliador entre la madre y el hijo. Habiendo concebido sospechas Luis XIII de la buena fe del prelado, lo mandó que fuese á residir á su diócesis. Allí se consagró enteramente á la meditacion escolástica, y se dedicó á componer obras destinadas á la instruccion y conversion de los protestantes. El duque de Luines, á pesar de la conducta que observaba Richelieu, tuvo celos de su talento, desconfió del calor que para la conversion de los protestantes manifestaba el obispo, y temió que Luzon estaba demasiado cerca de la residencia de María de Médicis, consiguiendo que Richelieu fuese desterrado á los estados del Papa, en Aviñon. Allí el prelado, para disipar las sospechas del Rey y de su favorito, volvió á tomar con grande celo y ostentacion sus trabajos apostólicos. Compuso un libro *de la perfeccion del cristiano*, libro de austera moral, cuyas máximas seguramente no siguió él, pero que en aquella época de apasionada controversia le valió una gran celebridad, y le sirvió de mucho para sus adelantos en el mundo. En

tanto que Richelieu trataba de atraer al gremio de la Iglesia á los protestantes, María de Médicis se ocupaba en buscar los medios de escaparse del poder del duque de Luines que la tenia desterrada. El duque de Epernon logró romper el destierro de la Reina, que encontró un asilo en la ciudad de Angulema, cuya provincia gobernaba aquel, y que la recibió con grande magnificencia. Epernon levantó tropas en nombre de la Reina, que fueron batidas en el puente de Cé. Mediaron negociaciones entre la Reina y el duque de Luines, las que se terminaron por una capitulacion en Angulema. María de Médicis volvió á la corte; y lo primero que hizo fué llamar á Richelieu, el que tuvo muy buen cuidado de ponerse bien con el favorito. Casó á su sobrina de Pont-Courlay con el marqués de Cambalet, sobrino del duque de Luines, nombrado condestable de Francia, y para sí no mostró ambicion alguna, contentándose con desempeñar el modesto empleo de superintendente de la casa de la Reina madre. Esta solicitó para él el capelo, que no obtuvo hasta 1622, despues de la muerte del condestable. El nuevo Cardenal recibió el birrete de manos del Rey con grande pompa, y despues de haber cumplido con las visitas de gracias que marca la etiqueta, fué á poner á los pies de María de Médicis aquel signo de su dignidad, manifestándola que la púrpura de que le era deudora, le haria siempre recordar el voto solemne que hacia de derramar toda su sangre en su servicio. El duque de Epernon no tardó en advertir que su crédito y su favor se iban eclipsando por el crédito y favor que iba adquiriendo Richelieu, y cuenta Voltaire, sin duda con referencia á esto, que un dia se encontró al bajar el duque la escalera del Louvre con el Cardenal, á quien preguntó qué habia de nuevo, contestando éste: «Que vos bajais y yo subo.» Luis XIII mostró siempre una grande repugnancia á Richelieu, á quien miraba como hombre de una ambicion desmesurada; empero Luis XIII era un hombre débil, y á pesar de que se opuso muchas veces á la entrada del Cardenal en el consejo de ministros, María de Médicis, á fuerza de perseverancia, triunfó de su antipatía, y llegó á hacer ministro y casi soberano al hombre que debia condenar su vejez á los pesares y miserias del destierro. Despues de haber arrebatado á la dominacion austriaca los pasos de la Valtelina, país situado entre la Alemania y la Italia, único punto de comunicacion entre la España y el Austria, Richelieu pensó en los negocios del interior, é hizo convocar en París una asamblea de notables (1626), cuyo resultado fué el acrecentamiento de su poder. En 1627 renovó la alianza de la Francia con los holandeses, que se habian insurreccionado contra la España. Richelieu, que fué indudablemente un gran político, se proponia tres objetos principales: primero, la centralizacion del poder real á expensas de las clases privilegiadas, y una nobleza rebelde al yugo de las leyes; segundo,

la sumision entera de los protestantes, que trataban de formar un estado dentro del estado; y tercero, el abatimiento de la casa de Austria, que no habia abandonado todavia sus quiméricos proyectos de dominacion universal. Tan grandiosas miras eran dignas de un genio tan gigantesco como el del cardenal de Richelieu. Tuvo que luchar para la ejecucion de sus designios con obstáculos muy poderosos, y de los que no era el menor el carácter mismo del Rey. Necesitaba Richelieu una resolucion inexorable, una mezcla de audacia y de destreza que difícilmente se combinan, un perfecto conocimiento de los hombres y de las cosas, y una fuerza de voluntad que no bastasen á quebrantar ni torcer las afecciones humanas. Todas estas cualidades se encontraron en aquel hombre, que decia á uno de sus compañeros de ministerio: «Cuando yo formo un proyecto, derribo, siego todo, y todo lo cubro con mi sotana encarnada.» Lo mismo venia á decir, más de cien años ántes en España, otro hombre de tanto talento político como Richelieu, si bien de más probidad, y á quien la Iglesia ha estado á punto de colocar sobre los altares, cardenal tambien, el gran Jimenez de Cisneros en fin; el que manifestó, que para gobernar la nacion y sujetar los grandes rebelados contra los reyes católicos, Fernando é Isabel, para arreglarlo y sujetarlo todo, le bastaba su cordon de S. Francisco. Fiel á su sistema político, Richelieu pensó desde luego en someter al partido protestante, que hallaba grandes simpatías y apoyo en Alemania é Inglaterra. La Rochela era el baluarte de la reforma, y dentro de los muros de aquella ciudad, los jefes protestantes celebraban sus conferencias y desafiaban osados la autoridad del Rey. El más ligero exámen de la situacion interior de la Francia hace ver que el último edicto de pacificacion no era observado, ni por los católicos, ni por los protestantes. Estos mantenian cerca de la Rochela una guarnicion en el fuerte Luis, cuya demolicion habia sido estipulada, y los otros maltrataban á los protestantes donde quieran que dominaban. Estos dos partidos no estaban acordes sino en su intolerancia y en su ánimo de perseguirse mútuamente. Dábanse nombres injuriosos que inflamaban su ódio recíproco, llamándose unos hugonotes, y papistas otros. Las iglesias y los púlpitos resonaban con palabras amenazadoras, con anatemas que se lanzaban unos á otros, impacientes por provocar la guerra civil é invocando la fe de los juramentos de un Dios de paz. Este estado era insostenible. El gobierno debia espirar en la anarquía, ó por medio de un grande esfuerzo restablecer su autoridad sobre el reino y las facciones. Como las leyes no eran respetadas, la fuerza era el único medio de inspirar la obediencia, si no la fidelidad, porque con mengua de la especie humana el despotismo es el único remedio de la anarquía. En aquella situacion, una chispa bastaba para abrasar todo el reino, y esa chispa partió de la Gran Bretaña. Gobernaba

entónces esta nacion el duque de Buckingham, ministro que se habia apoderado del ánimo de Cárlos I. Era un hombre de brillantes cualidades; empero su conducta probó hasta la evidencia que le faltaban las circunstancias sólidas para ser un buen hombre de estado. Entregado desde su juventud á los placeres y á los galanteos, su aficion á las aventuras románticas y amorosas no le abandonó jamás. Cuando Cárlos I se casó por poderes con la princesa Enriqueta, hija de Enrique IV, el duque de Buckingham fué comisionado para ir á buscar á París á la nueva reina de Inglaterra. Llegado á la capital de Francia, su hermosa figura, la gracia de sus modales, su exquisito gusto, el lujo y el fausto que desplegó en sus gastos, justificaron las relaciones de la fama. Llevó su audacia hasta levantar sus ojos y dirigir sus amores á la reina de Francia. Ana de Austria no cedia á ninguna de las damas de su corte, ni en talento, ni en belleza. Hecha á la galantería española, no vió en las osadas temeridades del duque de Buckingham más que un homenaje ordinario rendido á sus encantos, que no ofendia ni á su respeto, ni á la virtud. El duque se dejó engañar de aquellas apariencias, y concibió esperanzas tan lisonjeras, que despues de su marcha á Inglaterra, volvió secretamente á París bajo un vano pretexto, y osó presentarse ante la Reina como un amante favorecido; empero fué despedido, aunque no con el resentimiento que debiera haberlo sido. Richelieu supo aquella audacia, aquella temeridad, y trato de oponerse. Miéntras el duque hacia preparativos para volver con una nueva embajada á Francia, recibió de París un correo que le prohibia aquel viaje. En el transporte de su dolor, juró entónces que veria á la Reina á despecho de todos los obstáculos y de todo el poder de la Francia. Desde aquel momento quedó resuelta la guerra. La casa de Rhoan se hallaba entónces á la cabeza del partido protestante; los dos hermanos, el duque de Rhoan y el duque de Subisa, se hallaban casualmente en aquella época en Lóndres. El duque de Buckingham, omnipotente en Inglaterra cual Richelieu lo era en Francia, se puso de acuerdo con ellos. Hizo equipar una escuadra de cien velas con siete mil hombres de desembarco, él mismo tomó el mando de la escuadra y del ejército, y fué á desembarcar en la isla de Rhé (20 de Julio de 1627). El gobernador de la isla se defendió con valor y con buen éxito, teniendo Buckingham que levantar el sitio y retirarse vergonzosamente á Inglaterra. En tanto la capital del protestantismo, la Rochela, era embestida. Richelieu, deseoso de señalarse en esta guerra, más política que religiosa, dirigia por sí mismo las operaciones militares. La nobleza preveia las consecuencias de la caida de la Rochela: así es que el mariscal de Bassompierre, que mandaba un cuerpo de ejército, decia, que eran demasiado locos para tomar la Rochela. La Rochela, fué tomada, y el miércoles 1.° de Noviembre de 1628 el cardenal de Richelieu, que

acababa de ejercer el oficio de capitan y de ingeniero, celebró como obispo la misa en la iglesia de Santa Margarita. El Rey, á quien habia hecho llamar el Cardenal para que presenciase su triunfo, entró á su lado en la ciudad, rodeado de un inmenso acompañamiento que le victoreaba. Las calles estaban atestadas de cadáveres; muchas casas deshabitadas; grupos de ciudadanos, que aguardaban á su paso al Rey, le gritaban con voz débil y moribunda: *¡ Viva el Rey! ¡ Misericordia!* Luis XIII y hasta el mismo Richelieu, parecieron afectados ante aquel terrible espectáculo. Los treinta mil habitantes que aquella ciudad contaba un año ántes, se habian quedado reducidos á cinco mil; el hambre, más horrible y exterminadora que la espada, lo habia segado y destruido todo. La rendicion de la Rochela puso fin á las guerras de religion; fué, segun dice un historiador inglés (Hume), el primer paso que debia conducir á la Francia á la gran felicidad que hoy goza este imperio. Sus enemigos extranjeros y las facciones domésticas perdieron su más poderoso apoyo con la toma de la Rochela; y la corona francesa comenzó á brillar con nuevo esplendor. Una firme resolucion y voluntad en llevar adelante planes prudentes y guerras políticas le hizo ganar por grados ascendiente sobre España, su rival. Todos los órdenes del estado y todos los partidos reconocieron la autoridad del soberano. El monarca francés se condujo despues de su victoria con mucha moderacion. Continuó tolerando el culto protestante y el de todos los estados de Europa. Abatido este partido en Francia, le permitia disponer de todas las fuerzas de la monarquía contra los enemigos del exterior. Empero le quedaba aún una empresa más grande y más trabajosa de realizar; la de reducir á la obediencia los grandes del reino, siempre dispuestos á negociar con la España y á declararse en rebelion contra la autoridad real. Los príncipes, la nobleza, no podian desconocer que se hallaba amenazada su independencia; así se les veia constantemente reunirse, concertarse, formar conjuraciones contra el poder y áun contra la vida del Cardenal. Esto dió márgen á una gran lucha y á grandes catástrofes, que vamos brevísimamente á recorrer. El mariscal de Ornano, confidente y favorito de Gaston, duque de Orleans, hermano del Rey, fué preso y su prision excitó el ódio de los grandes señores y de la corte contra Richelieu. Acusábase al mariscal de haber empleado su influencia con el príncipe para hacerle rehusar la mano de la señorita de Montpensier, alianza agradable al Rey, y sobre todo á su ministro. Fué encerrado en el castillo de Vincennes. Este golpe de autoridad puso en movimiento á toda la corte: los señores que se hallaban en Fontainebleau, residencia de la corte, se desencadenaron en censuras, clamando contra la tiranía de un prelado ambicioso y vengativo. El recuerdo del mariscal de Ancre les tentaba, y así resolvieron asesinarle. Seducido por la duquesa de Sevreux,

de quien era amante el conde de Chalais, uno de los más ilustres cortesanos, se encargó de dar el primer golpe. Descubierta la trama, fueron arrestados él y el gran prior duque de Vandoma, su hermano, y encerrados en el castillo de Amboise. El conde fué juzgado por un tribunal extraordinario, siguiéndose la causa secretamente en todos sus trámites. No se sabe si hubo testigos. La primera noticia, que dejó aterrado al público, fué la sentencia de muerte y la ejecucion del desventurado prisionero. El cardenal de Richelieu se rebajó hasta penetrar él mismo en el calabozo donde estaba el jóven prisionero, y dejándole entrever engañosas esperanzas de salvacion, le arrancó infames revelaciones. Se asegura que la reina Ana de Austria se halló comprometida en estas declaraciones, y suponen que tenia la esperanza de casarse con el duque de Orleans despues de la muerte del Rey, cuya vida aseguraban los médicos y los astrólogos, muy en moda en aquella época, deberia ser corta. Esta delacion afectó mucho á Luis XIII, y la sentencia del conde se ejecutó el 19 de Agosto de 1726, siendo tal la desgracia del infeliz prisionero por la torpeza del verdugo, que podia decir éste como el tribuno Niger á Neron, alabándose de haber muerto á su enemigo dos veces en vez de una. El duque de Orleans, que acababa de casarse con la princesa de Montpensier, se hallaba ocupado en jugar cuando recibió la noticia de la muerte del conde de Chalais, y la recibió sin emocion continuando su juego. Al año siguiente murió la duquesa de Orleans al dar á luz á una niña, que despues fué célebre bajo el nombre de la *señorita de Montpensier*. Algun tiempo despues, Francisco de Montmorency, duque de Bouteville, y el conde de Chapelles fueron arrestados por haberse batido en desafío. El duque de Orleans, los príncipes de Condé, el duque de Angulema, en vano agotaron todos los recursos para obtener su perdon; Richelieu fué inexorable: sus cabezas rodaron en el cadalso. A la vuelta de la expedicion de la Rochela fué cuando se manifestaron los primeros síntomas de division entre Richelieu y Maria de Médicis. Esta princesa no encontraba ya en el Cardenal ni aquella cordialidad, ni aquella adhesion que debia esperar de un hombre colmado de sus beneficios. Rodeada de cortesanos, cuya ambicion contrariaba Richelieu, oia con complacencia sus invectivas y las injurias que le prodigaban. Arrepentíase ya Maria de Médicis de haber introducido en el consejo de ministros á Richelieu, y uno y otro comenzaron á separarse y á mostrarse un odio que apénas podian disimular. El cardenal de Berule reemplazó á Richelieu en el favor é influencia de la Reina madre, y su rompimiento estalló con motivo de la guerra de Italia. Tratábase de la herencia del duque de Mántua, muerto en 1627. El heredero legítimo era Cárlos de Gonzaga, duque de Nevers. El emperador, el rey de España y el duque de Saboya, toda la Italia, se declararon contra él: no tenia más apoyo que

la Francia. Divididos andaban los pareceres en el consejo de ministros. María de Médicis y Ana de Austria querian que se abandonase la causa del duque de Nevers; Richelieu se opuso con energía, y se verificó la guerra á pesar de las instancias y las lágrimas de estas dos reinas, marchando el Rey en persona á ponerse á la cabeza del ejército. Esta guerra fué feliz. El nuevo duque de Mántua fué conservado en su ducado, y el brillo de estas victorias, en las que Luis XIII se portó valientemente, aumentó su entusiasmo por el Cardenal que le habia proporcionado esta gloria militar, á que era muy aficionado. El odio de María de Médicis contra Richelieu ya no era un misterio para nadie. Obtuvo la Reina madre de la debilidad del Rey, á fuerza de importunidades y de ruegos, la resolucion de separar al Cardenal del consejo y de la corte. Instruido el prelado de aquella decision, creyóse perdido. Preparóse para ir al Havre, y áun habia hecho ya marchar delante de él su equipaje y sus riquezas, cuando el cardenal de la Valette, hijo del duque de Epernon, que era verdaderamente amigo de Richelieu, se esforzó en detenerle, haciéndole ver que el peor recurso en política era la retirada, y que no podria sostener su fortuna sino impulsándola siempre adelante; y le aconsejó por último, que fuese á ver al Rey, que se hallaba en Versalles, ofreciéndose á acompañarle y darle pruebas de su adhesion, tanto en la fortuna como en la desgracia. El 11 de Noviembre de 1630 es un dia célebre, y en la historia se ha llamado con el nombre de *jornada de los chascos*. Parecia omnipotente el ascendiente de la Reina madre; los ministros extranjeros se habian apresurado á informar á sus gobiernos de la revolucion que se habia verificado en la corte de Francia, de la desgracia de Richelieu, y que se habia enviado á llamar al mariscal de Marillac, que mandaba los ejércitos de Italia, para que se retirase. Habia un flujo y reflujo de cortesanos en el Luxemburgo rodeando á la Reina, y hasta se vieron gentes á las que habia colmado de favores Richelieu, que abandonando á su antiguo protector acudian á hacer la corte al nuevo sol que se levantaba. Miéntras María de Médicis, embriagada con su triunfo, distribuia los empleos y los favores, Richelieu llega á Versalles y se presenta ante el Rey, pesaroso ya de la resolucion que habia tomado. Así es que inmediatamente le vuelve su gracia y le ofrece desbaratar la cábala de sus enemigos, que habian abusado de la credulidad de la Reina, su madre, y le aconseja que continúe sirviéndole, prometiendo mantenerlo en el ministerio contra cuantos han jurado su pérdida. Muy distantes se hallaban en el Luxemburgo de sospechar lo que estaba pasando en Versalles. La Reina creia á su hijo ocupado únicamente en la caza, y cuando los salones de su palacio no eran bastante capaces para contener la turba de cortesanos pretendientes é intrigantes de toda clase, que allí habian acudido para conquistar una palabra ó una sonrisa de la Reina,

llegó la noticia de que el Rey habia vuelto á llamar á Richelieu y que era ministro más fuerte y omnipotente que nunca. Apresuráronse todos entónces á desertar del Luxemburgo y á precipitarse en Versalles á fin de fatigar á Richelieu con serviles expiaciones. Richelieu no era hombre de dejarse engañar, y así no hizo aguardar largo tiempo la venganza. Marillac, que habia sido designado ministro, fué arrestado, preso y conducido á Lisieus, donde en el destierro terminó su vida. El correo mismo que llevaba la órden de llamar á su hermano, el mariscal Marillac, de Italia, llevó otra para el mariscal de Schomberg para que se apoderase de él, y lo llevasen como prisionero de estado á una ciudadela, pereciendo poco despues por mano del verdugo. María de Médicis, obstinada en su odio, no pudo resolverse á ceder al genio de Richelieu, formó contra él nuevas conjuraciones en las que hizo entrar á su hijo segundo el duque de Orleans, príncipe de costumbres libertinas, de una imaginacion desordenada y poseido de una necesidad de agitarse y moverse. Se le creyó capaz del sentimiento de la amistad, y esta idea fué fatal á cuantos entraron en sus proyectos. Dispuesto siempre á tramar conjuraciones y á sacrificar á sus cómplices, entró en las maquinaciones que se formaron contra el Cardenal, y despues de haberle desafiado, se humilló ante su poder. El duque de Orleans, pues, á las instigaciones de su madre, se retiró á las tierras de su patrimonio, y bien pronto hizo levantar tropas en muchas provincias, reuniendo en derredor de sí á todos los descontos y á todos los jóvenes señores ansiosos de novedades, entre los que se distinguian el conde de Morel, hijo natural de Enrique IV, y el duque de Roham. Irritado el Rey con estos manejos, acusó á su madre de conspirar con los facciosos, y tomó al fin, por consejo de Richelieu, la resolucion de alejarla definitivamente de la corte. Hallábase en Compiegne, adonde las dos reinas y los secretarios de estado le habian seguido. Algunos escrúpulos de conciencia tenia el Rey acerca de pronunciar el destierro de su madre, pero estos escrúpulos se los disipó el famoso P. José, que era el alma de Richelieu. El P. José era un hombre cuya oscuridad y aparente bajeza no pueden disminuir su importancia histórica, y en la impotencia en que el historiador se encuentra de dar á todos su parte en las grandes batallas políticas que señalaron el reinado de Luis XIII, tiene precision de observarlo todo en provecho de Richelieu y dejar en la sombra este *alter ego* del Cardenal. Este personaje misterioso era un capuchino conocido bajo el nombre del P. José; empero el pueblo, que tiene un gran talento siempre y un exquisito tacto, le habia dado el sobrenombre de *Su Eminencia gris*. Despues de una madura deliberacion entre el P. José y otros teólogos, decidieron que la ley de Dios no obliga á los hijos á tener siempre á sus madres á su lado, y que el primer deber de un soberano es el trabajar en la

tranquilidad y felicidad de sus pueblos, y que puede desterrar y aprisionar á sus más próximos parientes cuando perturben la tranquilidad pública con sus intrigas y sus facciones. Esta decision iba acompañada de ejemplos históricos y de citas de doctores hábiles en tranquilizar las conciencias timoratas. Disipados los escrúpulos de Luis XIII con grande satisfaccion de Richelieu, que distribuyó algunas mitras entre los que habian opinado de esta manera, fué irrevocable la desgracia de la Reina madre. El 25 de Febrero de 1631, preparado todo para ocultar á la Reina los movimientos de la corte, se fué el Rey al sitio de Compiegne muy de madrugada con la jóven Reina, los ministros y los señores que habian de acompañarle. El mariscal de Estreés, con ocho compañías de sus guardias y cincuenta hombres de caballería ligera, fué encargado de vigilar á la Reina madre y de anunciarla la marcha del Rey. Esta noticia no hizo más que exaltar su odio contra Richelieu: escribió cartas llenas de quejas, reconvenciones, súplicas, y no recibió sino frias contestaciones de que podria ir á Moulins ó á la ciudad de Angers, donde sería tratada con las atenciones y respetos debidos á su gerarquía. Llegó á ofrecérsela hasta el gobierno del Borbonés ó del Anjou; empero nada pudo satisfacerla. Pasáronse así en infructuosas negociaciones algunos meses, durante los cuales, la mayor parte de sus partidarios iban siendo arrestados ó desterrados. María de Médicis, cediendo á pérfidos consejos, se decidió á abandonar la Francia, refugiándose en Bruselas, donde fué recibida con gran pompa. Esta imprudente fuga fué sumamente ventajosa y cuanto podia desear el Cardenal. Algun tiempo despues se formó contra Richelieu otra nueva tormenta. El mariscal duque de Montmorency, retirado en su gobierno del Langüedoc, se habia unido al partido de los descontentos y mantenia secretas inteligencias con el duque de Orleans, que despues de haberse casado secretamente en Nancy con Margarita de Lorena, habia ido á reunirse ocultamente á Bruselas con la Reina su madre. El duque de Montmorency, hombre muy famoso entre los más valientes, se creyó con bastante poder para hacer frente á Richelieu, y prometió al duque de Orleans unirse á él si llegaba á penetrar é invadir la Francia. Esta promesa llenó de júbilo á Gaston y á María de Médicis. El duque de Orleans reunió dos mil hombres de caballería alemana é italiana y algunos buenos batallones de infantería, desecho del ejército español. A la noticia de este armamento se reunió el ejército real y marchó sobre el Langüedoc. Luis XIII y su ministro le acompañaron, y el mismo dia de su partida la princesa Güemence, que Montmorency habia querido apasionadamente, encontró al Cardenal en el cuarto del Rey, y le dijo que, puesto iba á Langüedoc, recordase las grandes pruebas de afecto que en todo tiempo le habia dado Montmorency. El Cardenal la contestó fria y sombriamente que no

seria él el que romperia el primero. Dichas fueron estas palabras con un tono que hizo estremecer de terror á la princesa. Con grande impaciencia aguardaba el resultado de esta lucha la nobleza francesa, que veia en el duque de Montmorency el último sosten de su autoridad espirante, y formaba en secreto votos por su triunfo. El duque de Orleans, que se lisonjeaba de que apénas se presentase en Francia se uniria á él un ejército de descontentos, vió burladas sus esperanzas. Las poblaciones, que tanto habian sufrido anteriormente con las calamidades de la guerra, permanecieron quietas é inmóviles. Despues de penosas marchas llegó á Aubernia, donde se reunieron los dos ejércitos en Lunel. El marqués de Schomberg sitiaba á S. Félix de Carmain, pequeña ciudad del Langüedoc; resolvieron hacer levantar el sitio, pero encontraron al ejército real á media legua de Castelnaudary. Arrastrado por su destino el duque de Montmorency, empeñó la accion con una temeridad sin ejemplo; y despues de haber visto caer á su alrededor sus mejores amigos, tuvo la desgracia de ser hecho prisionero. El duque de Orleans, lleno de consternacion, buscó un refugio en Bezières, y no pensó más que en desarmar la cólera del Rey con actos de arrepentimiento y nuevas promesas de fidelidad. El duque de Montmorency fué conducido á Tolosa lleno de heridas. Tratábase de formarle causa como reo de lesa majestad; debatida la cuestion en el consejo, no tuvo ni un voto en su favor el prisionero, y el Rey declaró que imitaria el ejemplo que su padre le habia dado en el asunto del mariscal de Biron, y que los grandes señores de la Francia tenian necesidad de una gran leccion para dominar el espíritu de independencia y de rebelion de que se hallaban animados. Reuniéronse, en vano, para obtener el perdon del duque de Montmorency las primeras familias del reino. Su hermana, la princesa de Condé, se arrojó á los pies de Richelieu; se hicieron rogativas y procesiones públicas como si se hubiese querido hacer bajar del cielo un sentimiento de misericordia al corazon del Rey. Conmovido el pueblo de compasion, se reunia todos los dias bajo las ventanas del palacio gritando con voz unánime: *¡Perdon, perdon!* Y fué tan considerable el ruido, que el Rey preguntó la causa. Cuando la supo y que le invitaban á presentarse en la ventana y diese un acto de clemencia en favor del duque de Montmorency, contestó el monarca francés: «Si yo siguiese las inclinaciones del pueblo no obraria como rey.» Le inspiraba el inflexible genio de Richelieu. El duque de Montmorency se presentó delante de sus jueces con aquella gracia y con aquella firmeza que le acompañaba en todas las acciones de su generosa vida. Las leyes eran terminantes, fué condenado á muerte; la religion le prestó sus últimos recursos, y cuando llegó la hora, subió al cadalso sin debilidad, sin jactancia, y tendió su cuello al verdugo, de quien recibió el golpe mortal, recomendando

en alta voz su alma á Dios. Con Enrique de Montmorency concluyó la rama primogénita de esta casa tan fecunda en héroes. La duquesa, jóven todavía, se fué á encerrar en un convento de religiosas en Moulins, donde hizo levantar un magnífico cenotafio á su esposo. Allí, en la práctica de las virtudes, entregada á su dolor, vestida contínuamente de luto, terminó sus dias cerca de las cenizas de su esposo. Miéntras Richelieu destrozaba las facciones interiores y entregaba á sus enemigos al hacha del verdugo, su genio velaba fuera y seguia los movimientos de la política austriaca en todos los estados de Europa. Su atencion se fijó principalmente sobre la Alemania, teatro de los más grandes sucesos del siglo. El emperador Fernando, educado por sacerdotes, resolvió restablecer en aquel país la unidad religiosa, ó al ménos contener los progresos de la reforma. La ejecucion de su vasto designio provocó la famosa guerra de los *treinta años*, tan fecunda en catástrofes, guerra tanto política como religiosa, y cuya influencia sobre la suerte de la Europa no está enteramente acabada de conocer. En medio de la confusion inseparable de este gran debate, se vió aparecer hombres de un genio superior, cuyas hazañas y heroismo no han tenido igual. Príncipes sin estados y con débiles recursos levantan ejércitos numerosos, contrapesan la fortuna de la causa de Austria, y temibles á sus amigos como á sus enemigos, encontraron en la guerra misma los medios de sostenerla. De este número fueron: Jorge Fernando, mardgrave de Baden-Durlach; Cristian, duque de Brunswik; Ernesto, conde de Mansfeld; y Juan Jorge de Brandemburgo. Desiguales en talento, diferentes en caractéres, marcharon al mismo objeto y emplearon los mismos medios. Cada uno de ellos tenia su mira de ambicion personal, empero se confundian en el pensamiento de defender la libertad religiosa y política de la Alemania. Si Fernando no hubiese encontrado hombres tan hábiles y más felices que estos cuatro aventureros, hubieran podido tal vez bastar para hacer entrar en sus límites el poder del Austria. Maximiliano de Baviera permaneció fiel al Emperador; el general Tilly fijó durante once años la victoria en sus banderas; por último, el célebre Wallestain aparece sobre la escena y lleva largo tiempo con él los destinos del imperio. Simple caballero de Bohemia, da á su amo ejércitos formidables; le subyuga por el brillo de sus victorias, agota todos los favores de la fortuna y sufre todos los rigores de la adversidad. Walstein fué el hombre más famoso de su época; Gustavo Adolfo fué el héroe. Richelieu, que habia abatido y perseguido á los protestantes en Francia, los anima y sostiene en Alemania: asombraba ver á un cardenal, á un príncipe de la Iglesia católica, favorecer allende el Rhin la causa de la reforma que habia combatido en Francia; era que el interés político dominaba sobre el interés religioso. Miéntras la guerra ardia en Alemania, dos acontecimientos que la

historia no puede olvidar señalaron el gran poder y el espíritu vengativo del Cardenal: hablamos de la cuestion entre el duque de Epernon con el cardenal de Sourdis, arzobispo de Burdeos, y el terrible suplicio del sacerdote Urbano Grandier, que marca una eterna mancha en la memoria del reinado de Luis XIII. La cuestion entre el duque de Epernon y el arzobispo de Burdeos tuvo una causa muy frivola, cual fué el derecho de excluir á los habitantes de aquella ciudad de entrar en el mercado del pescado, cosa que promovió grandes desórdenes, y que concluyó por tener el gobernador que ir á recibir sumiso la absolucion del arzobispo que le habia excomulgado, lo que en otra época hubiera sido causa de una guerra civil. La condenacion de Urbano Grandier, cura de Loudun, hombre de talento y que se sospechaba ser el autor de violentos libelos contra el Cardenal, fué un escándalo, pues fué convicto del crimen de mágia en 1633, y juzgado por una comision particular, que presidia un partidario acérrimo de Richelieu, pereció quemado vivo en Loudun. Richelieu jamás perdió de vista los negocios del exterior. Descontento de la conducta de Cárlos I de Inglaterra, que habia dado un asilo en su corte á María de Médicis, sublevó por medio de sus agentes contra él la Escocia, dando vida á las facciones de Inglaterra, y preparando el cadalso en que debia caer la cabeza de aquel desgraciado rey. Richelieu fué el que atrajo á Alemania á Gustavo Adolfo, rey de Suecia, y le dió los subsidios necesarios para hacer conmover el trono imperial. Gustavo murió en Lutzen gloriosamente envuelto en su victoria. El Cardenal concibió entónces el proyecto de hacer servir los ejércitos del héroe del Norte al engrandecimiento de la Francia, y realizó este proyecto. Por último, creyendo la época y la ocasion favorable, envió un heraldo á Bruselas declarando la guerra á España. No fueron felices sus primeras campañas; el ejército español penetró en Francia é hizo algunas conquistas; pero la fuerza de voluntad de Richelieu dominó la fortuna. Los españoles fueron rechazados por todas partes, y á punto se vieron de perder el reino de Navarra, separándose Cataluña violentamente de la monarquía española. Luis XIII fué en persona al Rosellon para vigilar las operaciones militares, y tomó á Perpiñan. En tanto se dirigian contra Richelieu intrigas de todo género. Sus enemigos habian ganado al P. Causin, su confesor, jesuita; pero más hábil Richelieu, logró desconcertar las maquinaciones políticas de que éste era instrumento, y se afirmó más y más en el favor de su soberano. Aprovechóse de su poderío para dar gran vuelo á la organizacion de la administracion de Francia. Se protegió grandemente la literatura y las artes; fundó en su casa el mismo Richelieu una asamblea para hacer la lengua francesa, no solo elegante, sino capaz de tratar todas las artes y todas las ciencias. Esta asamblea, autorizada por el Rey, fué llamada la *Academia Francesa* y colo-

cada bajo la proteccion del Cardenal, compuesta de cuarenta miembros, y que tan célebre es en todo el mundo. Se creó tambien el Jardin Botánico, se emprendieron grandes obras, y hasta las costumbres francesas sufrieron un cambio notable de cultura, perdiendo la rudeza que se adquiere en medio de las revoluciones y de las guerras civiles. La Reina madre continuaba en su destierro errante en Europa, sin asilo y sin consuelo. El nacimiento de un nieto suyo, que dió á luz Ana de Austria el 27 de Agosto de 1638, no cambió en nada su situacion; no pudo lograr, ni á pretexto de verle, el volver á Francia. La enemistad de Richelieu la seguia por todas partes. Habia pedido un refugio á su hija Enriqueta, reina de Inglaterra; desde Lóndres trató de reconciliarse con su hijo y no lo logró; el embajador de Francia hasta se negó á escucharla. Las facciones que agitaron muy pronto la Inglaterra hicieron allí importuna su presencia, y la esposa de Enrique IV, casi extraña á su propia familia, privada de su viudedad, llena de deudas, abandonada de los antiguos adoradores de su fortuna, fué á vivir á Colonia en una oscuridad y casi en una indigencia, que es un borron en la memoria del Cardenal de Richelieu, y sobre todo en la de su hijo Luis XIII. Nunca el Cardenal, que siempre se oponia, con razon ó sin ella, á la vuelta de María de Médicis, la pudo tener para privarla de los medios de sostener el esplendor de su gerarquía. Nada pudo tampoco en Luis XIII excusar la ingratitud de un hijo, llevada hasta la crueldad contra una madre. María de Médicis arrastró así todavía tres años su penosa existencia, y murió en Colonia el 3 de Julio de 1642. El Cardenal la hizo celebrar magníficos funerales, en que se desplegó todo el lujo del rito religioso. Los enemigos del Cardenal fueron desapareciendo sucesivamente delante de él. El conde de Soissons, príncipe de la sangre, se armó contra él, reunió tropas, dió una batalla sangrienta al ejército del Rey y lo venció; empero cuando se preparaba á aprovecharse de su victoria fué muerto, sin que jamás haya podido saberse por mano de quién recibió la muerte: algunos historiadores la han atribuido á Richelieu. La muerte de este Príncipe era necesaria al ministro, y esto sin duda ha hecho nacer esta opinion. La política de Richelieu iba produciendo sus frutos. Ardia toda la Europa: la casa de Austria habia al fin perdido su preponderancia; se hallaba humillada en Alemania, habia perdido el Portugal en la monarquía española, y el partido francés dominaba en Cataluña. La Inglaterra, presa de las discordias civiles, se agitaba en una sangrienta revolucion. Solo la Francia se hallaba tranquila y floreciente; habia reparado todas sus pérdidas y habia adquirido sobre toda la Europa un indisputable ascendiente. Los enemigos de Richelieu no le perdonaban, ni su influencia, ni su elevacion: sucedianse rápidamente las conjuraciones contra su persona: necesitaba estar muy en guardia, no podia contar ni con la gratitud de los hombres que lle-

naba de beneficios. La famosa conspiracion del jóven Cinc-Mars, favorito del Rey, es una prueba de ello. El marqués de Cinc-Mars, que gozaba del mayor favor en la corte, era uno de los hombres más hermosos de la Francia; no tenia más que diez y nueve años cuando fué elevado á la dignidad de caballerizo mayor del Rey. Le habia presentado en la corte el cardenal Richelieu, y á él le debia todo su favor; pero en breve su ambicion no conoció límites. El ministro notó muy pronto que se habia dado un rival, y no pensó sino en aprovecharse de su misma ambicion para deshacerse de él, valiéndose de su aturdimiento y de las faltas que no podia ménos de cometer un jóven sin experiencia de corte, ni la necesaria habilidad para satisfacer sus desmedidos deseos. La muerte del conde de Soissons causó grande alarma al caballerizo mayor: temió se hubiesen descubierto sus relaciones secretas con este príncipe, y en esta situacion escuchó con facilidad los consejos del marqués de Fontrailles, uno de los enemigos más encarnizados de Richelieu, y que ejercia grande influencia sobre el ánimo del duque de Orleans. Cegado por su resentimiento contra el ministro, á quien era deudor de su fortuna, Cinq-Mars entró aturdidamente en una conspiracion, que tenia por objeto perder al Cardenal y asegurar la paz entre la Francia y la España. Fontrailles, autorizado por el duque de Orleans, vino á Madrid á concertarse con el célebre conde-duque de Olivares, favorito y primer ministro de Felipe IV. Firmó con él un tratado el 13 de Marzo de 1642, por el que la España se comprometia á proporcionar á los conjurados doce mil hombres de infantería, cinco mil de caballería, cuatrocientos mil escudos para levantar tropas en Francia, y doce mil escudos por mes destinados á los gastos particulares del duque de Orleans. Debia permanecer secreto este tratado hasta el momento de la ejecucion. Cinq-Mars contó con Mr. Thou, el cual le representó el exceso de su imprudencia, y vituperó que se hubiese hecho una negociacion, cualquiera que fuese el motivo, con una potencia extranjera. Thou habia heredado de su ilustre padre los más grandes y nobles sentimientos de patriotismo. Richelieu llegó á enterarse de las negociaciones de Fontrailles, y hasta se procuró una copia del tratado, y como entónces se hallaba ausente de la corte, mandó por medio de un emisario suyo aquel documento al Rey. Este se indignó y sorprendió extraordinariamente; titubeó un momento entre entregar á su favorito á la severidad de la justicia ó callar. Recurrió á su nuevo confesor el P. Sirmond, otro jesuita, anciano de ochenta años, el cual hablando en nombre de la religion y del bien público, persuadió fácilmente al Rey que castigase á los pérfidos que trataban con sus enemigos y disponian á su antojo del estado para satisfacer su ambicion. Cinq-Mars y Thou fueron arrestados en Narbona, el duque de Bonillon en el ejército de Italia que mandaba, y se enviaron tropas contra el duque de Or-

leans, que se encontraba en Auvernia. Su primer movimiento fué arrojar al fuego el original del tratado; pero cedió bien pronto á la debilidad de su carácter, y se le vió otra vez más sacrificar á sus amigos, y humillarse ante el cardenal Richelieu, y hacerse el denunciador de Cinq-Mars. Desde el momento en que el rey Luis XIII sacrificó á su favorito, se restableció la cordial y antigua inteligencia entre su ministro y él. Los dos se hallaban enfermos; Luis XIII, apénas convaleciente, quiso ir á Tarascon, donde el Cardenal se habia retirado, presentando un espectáculo extraordinario el ver al rey de Francia acostado en una cama al lado de la de Richelieu, los dos olvidados de la muerte que se cernia casi sobre sus cabezas, y no ocupándose más que de proscripciones y de suplicios. Ningun sentimiento de piedad tuvieron, y despues de esta entrevista, el Rey se volvió á París y el Cardenal marchó á Lion, arrastrando tras sí á sus prisioneros en un buque amarrado al suyo. Cinq-Mars y Thou fueron entregados á una comision; el crímen era evidente, y fueron condenados á muerte. La posicion de Thou era diferente; su crímen consistia en no haber sido el delator de su amigo. Cinq-Mars y Thou se presentaron en el cadalso con el mayor valor, y el pueblo vertió lágrimas sobre la suerte de estos dos desgraciados. Cuéntase que Luis XIII, sabedor del dia y del momento en que deberia verificarse la ejecucion de muerte de su favorito y grande amigo, paseándose en S. German, sacó friamente su reloj y dijo mirando á los que le rodeaban: «Dentro de tantos minutos, querido amigo (así llamaba al caballerizo mayor), habrás ya dejado de padecer.» Richelieu partió de Lyon el dia mismo de la ejecucion, y fué á Paris como un triunfador, llevado por su guardia en una especie de cámara donde estaba su cama, una mesa y una silla para una persona que le acompañaba durante el camino. Los que llevaban aquella inmensa casa portátil, no marchaban sino con la cabeza descubierta, así á la lluvia como al sol. Cuando las puertas de las casas de los pueblos eran demasiado estrechas para meter aquella gran máquina, se derribaban lienzos y paredes enteras á fin de que S. Ema. no sintiese ningun movimiento ni vaiven. Llegado á Paris, fué á apearse al palacio del Cardenal, donde habia una inmensa muchedumbre de gentes, ansiosas las unas de verle, las otras de ser vistas; dirigió la palabra á muchos de entre ellos, y despidió á la multitud con una graciosa mirada. Sobre su rostro amarillento por la enfermedad, se descubria un rayo de alegría, cuando se vió en su casa, en medio de sus parientes y de sus amigos, que habia creido no volver á ver más, y al hallarse todavia dueño de aquella corte donde sus enemigos se habian lisonjeado de que no volveria á presentarse más. Cuando el ascendiente de Richelieu dentro y fuera de Francia no pareció dudoso; cuando hubo caido en el cadalso la última cabeza de sus enemigos y lleva-

do las armas francesas al seno de la España, agitada y conmovida por el mal gobierno del conde-duque de Olivares; cuando habia dominado y vencido todas las asechanzas; cuando no le quedaba más que gozar tranquilamente de sus triunfos y de su poder sin límites, la muerte vino á sorprenderle, y un soplo apagó aquel genio, cuya viva luz iluminaba los más sombríos recodos de la política, y cuyas concepciones agitaban al mundo. Cesó de vivir precisamente en la época de su más alta y grande elevacion, dejando en el recuerdo de los hombres una fama que ningun revés habia oscurecido, último beneficio de la fortuna que ha faltado á tantos ilustres personajes. Sabedor Luis XIII del peligro que amenazaba al Cardenal, fué á visitarle en 2 de Diciembre de 1642: «Señor, le dijo Richelieu, este es el último á Dios; al despedirme de V. M., tengo el consuelo de dejar su reino más poderoso que jamás ha sido y abatidos vuestros enemigos. La única recompensa de mis penas y de mis servicios, que me atrevo á pedir, es la continuacion de vuestra benevolencia para mis sobrinos y parientes. Yo no les daré mi última bendicion, sino á condicion de que os sirvan siempre con una fidelidad inviolable. El consejo de V. M. se halla compuesto de personas capaces, y hareis muy bien en conservarlas cerca de vos.» Cuentan algunos que el cardenal Richelieu propuso para sustituirle al cardenal Mazarino. El Rey mismo le sirvió un caldo que le traian. Richelieu cumplió con exactitud los deberes religiosos recomendados por la Iglesia; hizo actos de humildad, protestando que jamás habia tenido otros enemigos que los de la Francia, que recomendó con voz firme y serena á las oraciones de algunos obispos, que se edificaban de tanta calma é indiferencia. El cura de San Eustaquio queria que se le dispensasen algunas formalidades comunes á los fieles en los últimos actos; pero Richelieu, advertido por la naturaleza de la nada de las grandezas humanas, y poco interesado en conservar en su última hora las ilusiones del orgullo, rechazó la lisonja que le perseguia hasta el lecho de la muerte, y verificó todas las formalidades requeridas por la Iglesia hasta en el último de los fieles. Murió el 4 de Diciembre de 1642, á la edad de cincuenta y ocho años. Algunos meses despues, el 14 de Mayo de 1643, Luis XIII, su soberano, de quien habia sido la cabeza y el poderoso brazo, bajaba al sepulcro. El Cardenal fué enterrado en la iglesia de la Sorbona, que habia edificado: su mausoleo es una obra maestra de Girardon. Despues de la muerte del cardenal Richelieu, Luis XIII, acordándose de que su madre habia muerto en Colonia, hizo traer sus restos mortales á Francia, que fueron sepultados en el panteon de los reyes, en S. Dionisio.—C. de F.

RICHEMOND (Duque de), hijo natural de Cárlos II, rey de Inglaterra, se convirtió é hizo abjuracion en Fontainebleau el 21 de Octubre de 1685 en manos de Bossuet y en presencia de toda la corte, en cuya ocasion pronun-

ció uno de sus mejores discursos el obispo de Meaux. He aquí dos nombres ilustres unidos en una de las ocasiones más solemnes que puedan citarse en la vida. Bossuet, el gran orador francés, el primero quizá de los padres de la Iglesia Galicana, y uno de los doctores católicos más ilustres que han producido los siglos modernos, y el duque de Richemond, el hijo de un monarca cuyos descendientes no debian llevar ya la corona, que con tanta gloria habian ceñido sus mayores. No nos detendremos en consideraciones sobre que la lucha que á la sazon se verificaba en Inglaterra, era entre las razas sajona y francesa, luchando aquella por desterrar á esta, que en un principio la habia conquistado y dominado por largos siglos, y ahora en justa vindicacion entregaba su cetro á los descendientes de los germanos, á los hermanos de sus primitivos reyes, unidos á ellos por los vínculos de la sangre y de la lengua. Semejantes consideraciones no pertenecen á este lugar ni á este género de escritos, altamente piadosos, y en los que solo la religion debe figurar como fin y principio, como base de nuestras disertaciones. Así veremos en el duque de Richemond al hombre generoso y desinteresado, que al abrazar la religion católica sacrifica al ardor de su fe sus más brillantes esperanzas, las de una posicion elevadísima y la de una patria á la que al fin debian unirle los tiernos recuerdos de la infancia, el anhelo de la restitucion de su familia que habia arrojado de su propio reino. Mas Richemond todo lo sacrifica, da el primer paso, que despues fué seguido por otros de su familia, y prefiere vivir á expensas de un monarca extranjero con tal de continuar en la religion de Cárlos I, á mantener lisonjeras ilusiones que costaron harto caras á los Estuardos y los convirtieron al fin en una familia de grandes tan ilustre como la primera de Europa, pero olvidada cuando cambió el rumbo de la política, y alejada para siempre de los destinos de las naciones. Richemond, pues, hizo un grande y heróico sacrificio, que es justo recordemos en este lugar para ejemplo é imitacion de los buenos católicos. — S. B.

RICHENET (Luis Francisco). Nació en 1760 en Petit-Hoire, cerca de Dola, de padres cuyos antecedentes nos son enteramente desconocidos. Desde luego mostró gran talento y mucho juicio, así como una perfecta abnegacion del mundo, sus pompas y vanidades; así es que hasta en los inocentes entretenimientos de su niñez se descubria una tendencia al bien, pero muy decidida, marcadísima. Nunca pensó en otra cosa que en asegurar su eterna dicha, y este fué indudablemente el motivo por el cual para lograrla completa, muy jóven todavía y sin experiencia, pero con un gran celo y deseo de la gloria de Dios, ingresó en la congregacion de S. Lázaro, muy acreditada por los eminentes servicios que presta tanto en misiones como en la instruccion, así del clero como del pueblo. Esta misma circunstancia de

ser tan jóven nuestro Richenet cuando pretendió é ingresó en la Congregacion, hizo retrasar mucho su profesion solemne, y en todo este tiempo lo tuvo de cursar, verificándolo con gran provecho, las facultades de filosofía, sagrada teología, cánones, disciplina eclesiástica y Sagrada Escritura. Como se veia en él una tan grande aficion al estudio, al mismo tiempo que una capacidad tan especial, los superiores no perdieron ocasion de proporcionarle, aunque sin decírselo, los recursos que creyeron convenientes; y por consiguiente con la constante lectura de obras escogidas y clásicas, pudo en muy poco tiempo formarse un gran caudal de conocimientos, que cayendo en su buen talento le hacian ser todo un sabio, aunque por la edad era un jóven sin importancia alguna. No obstante, esta circunstancia de ser tan jóven, los padres superiores de S. Lázaro quisieron echar mano de él para que les fuese útil dedicándose á la enseñanza, y para lograr su intento le mandaron al colegio de S. Pablo de Lyon, dirigido por ellos, y tan brillante como lo eran y lo son todos los establecimientos que dependen de tan ilustre Congregacion. Es muy sensible que la índole del presente artículo no permita otras reflexiones que las indispensables para su inteligencia; porque de otra suerte, cuán vasto campo no ofrece la circunstancia de ser un jóven enviado expresamente para maestro á desempeñar el mismo ministerio que hombres de edad ya venerable, y venir á comenzar adoctrinando á sujetos que serian indudablemente mayores que él en edad; pero no hagamos mérito de nada de esto, y dejemos á nuestro jóven llegar á su destino, tomar posesion de su cátedra y desempeñarla con todo acierto, y con tal acierto que profesores encanecidos en el magisterio no solo no desdeñaban, sino que tenian sumo placer en concurrir á su aula, donde segun su propia confesion, confesion nada sospechosa en verdad, siempre aprendian algo, porque el jóven Luis siempre ponia algo nuevo en sus explicaciones; pero no nuevo de esa doctrina que por peregrina y extraña se hace mirar con rezelo, sino nuevo en el concepto de que iba por rumbos hasta entónces desconocidos al esclarecimiento de la verdad eterna é inmutable como tal verdad. La revolucion comenzaba á desarrollarse en Francia para pasar de allí á todo el mundo conocido, y como no era solamente revolucion política sino eclesiástica ó más bien religiosa, pues trataban sus defensores de propalar la pretendida reforma de Lutero y sus secuaces, y claro está que la revolucion tenia que ensañarse en los que no solo atienden á los preceptos, sino que practican los consejos del Evangelio; por esto una de las primeras víctimas del furor revolucionario fué la Compañía de Jesus, esa Compañía verdaderamente civilizadora, que extendiendo á costa de sacrificios de toda especie el conocimiento de Dios, procura el bien de todos mediante el exacto cumplimiento de las obligaciones de cada uno; y

como la congregacion de S. Lázaro es tan benéfica y de tanta perfeccion como la Compañía de Jesus, necesariamente tenia tambien que sufrir el vértigo que perturbó la Europa, y que hubiera á la verdad hecho sumergirse á la barquilla del pescador, si acerca de ella no se hubiese dicho por Dios, cuya palabra es infalible: *Las puertas del infierno jamás prevalecerán para su ruina.* Hubieron pues de tomar diverso rumbo los hijos de esta tan excelente familia, y nuestro Richenet, con una porcion de clérigos de Bretaña, pasaron á Inglaterra, donde con el mayor celo y abnegacion trató de propalar la verdadera religion, sosteniendo á los fieles en su confesion y práctica y haciendo á los infieles conocer las ventajas de esta religion revelada, única verdadera, para que entrando en ella pudieran tener esperanza de salvacion, pues que fuera de la Iglesia es imposible encontrarla por más que teorías las más quiméricas pretendan demostrar otra cosa. Desde la extincion de los Jesuitas se habian encomendado á los de S. Lázaro las misiones de la China, y operarios de estos celosos hijos del Crucificado habian ya partido á las remotas regiones donde el error estaba como entronizado, y era preciso abolirle por la fuerza de la conviccion ayudada de esa gracia de Dios, que hizo un dia de rústicos pescadores, hombres cuya doctrina confundió á los más sabios, haciéndoles confesar que toda su ciencia no era capaz de darles á entender el bien sumo, cuyo camino fácil y acomodado á la miseria del hombre les demostraban palpablemente los apóstoles; apóstoles que murieron un dia, es verdad, pero que si murieron personalmente, viven y vivirán en sus sucesores, porque inmutable y eterno es Dios y sus designios infalibles como infalible su palabra. Aunque los lazaristas habian mandado algunos de sus hijos á la China, no habian sido tantos como allí eran menester, por cuyo motivo, y deseando utilizar en favor de aquellas buenas gentes los profundos conocimientos que en matemáticas poseia el P. Richenet, se le destinó á Pekin con el P. Dumazel, y emprendieron ambos su viaje desde Lóndres el año de 1800. Parecia natural que hubiese sido su viaje próspero, y que al momento de arribar á la playa hubieran podido encaminarse á su destino para hacer allí todo el bien que era de esperar de su importante, benéfica y civilizadora mision; pero no fué así: ántes de que pudieran arribar á Pekin hubieron de sufrir un verdadero destierro de más de cinco años, el cual les privó de acercarse á la capital adonde se dirigian, teniendo que satisfacer su ardiente deseo de procurar la gloria de Dios solo con hacer cuanto podian en Macao y en Canton, donde lograron no solo las más vivas simpatías, sino un respeto y veneracion de parte de aquellos infelices, y el que todos sin distincion se dejáran llevar del atractivo de dulzura con que los misioneros trataban de hacerles ver la bondad y misericordia del Dios de Sabaot ó de los ejércitos. Cinco años fué el tiempo que pasaron entre aquellos dos pun-

tos, Canton y Macao, llenos de privaciones, sufriendo en todo sentido lo que no es decible; y cuando ya estaba todo dispuesto para ir á Pekin, y tuvieron noticias de que no habia dificultad alguna para ir á este último punto, emprendieron su viaje con la mayor complacencia, aunque con disgusto por abandonar á los pobrecitos á cuya instruccion se habian dedicado con tanto afan, y le continuaron hasta que á muy pocas leguas de Pekin volvieron á recibir órden de retirarse, y áun noticias de que se habia armado contra ellos una terrible persecucion cuyas consecuencias era preciso que evitáran huyendo. Efectivamente, habian sorprendido los chinos una correspondencia de un misionero á otro, y esto les habia parecido sospechoso; pues ellos con pequeñísimo fundamento temian el que se les quitára su forma de gobierno, y áun sus dioses, y por lo tanto se perturbaban en gran manera, perturbando tambien á los demás. Por supuesto, que toda su saña se armaba al punto contra los cristianos, y áun los indígenas mismos no estaban libres del furor de la persecucion, que armaban cuando y como ménos se pensaba, y siempre sin fundamento alguno. Si el espacio de que disponemos lo permitiera, traeriamos aquí párrafos muy luminosos de las *Nuevas Cartas edificantes*, que se publicaron en 1818, y en las cuales se ve los trabajos que hubieron de sufrir los misioneros, y particularmente el P. Richenet, por resultas de esa tan infundada sospecha. Por supuesto que de ninguna manera se les volvió á permitir ir á Pekin, ni los que allí estaban podian tampoco hacer nada, porque las reuniones de ellos ó con ellos estaban absolutamente prohibidas; así que todo lo más que lograban era sostener á los fieles firmes en la fe; para lo cual tenian que ir casa por casa ejerciendo su ministerio, y tenian que elegir unas ú otras alternativamente para celebrar el incruento sacrificio, á que asistian muy pocos por temor de la persecucion; pues la sola circunstancia de ser cristiano, era motivo de que se les encarcelase apénas se les veia ejercer algun acto de tales. Pero dejando aparte reflexiones, vamos á seguir refiriendo los hechos, pues todavía se encuentran muchos muy gloriosos en la vida de este varon verdaderamente apostólico. Recibida la órden de no ir á Pekin, volvió otra vez á Macao donde los naturales le recibieron con el mismo ó mayor entusiasmo que ántes, pues ahora conocian mejor los beneficios que de la religion de Jesucristo les resultaban, y consideraban, como no podia ménos de ser, á sus predicadores, como los hombres enviados por Dios para hacer la dicha de sus hermanos; y bajo estas relaciones y conocimiento tan exacto del ministerio sacerdotal para los fieles, su voz era la voz del cielo, y por consiguiente la seguian con afan, oyéndola con toda docilidad; para los que todavía no creian, era siempre la voz de personas verdaderamente autorizadas, que dejando oir la razon y la verdad, no podian ménos de convencer

á cuantos les escuchaban, por el dulce é irresistible atractivo que consigo llevan esta verdad y esta razon mismas; de suerte que la estancia del Padre Richenet en Macao era conveniente no solo para los del país, que estos desde luego comprendieron y confesaron sus ventajas, sino para todos, pues él hacia conocer los vínculos que deben de unir á unos hombres con otros, y procuraba estrecharlos por las más íntimas relaciones; él conocia perfectamente los medios de que el adelanto social progresára en favor de aquella inmensidad de gentes, que por no conocer á Dios no podian conocer ni mucho ménos cumplir las obligaciones que hacen que la criatura se estreche más y más con su Supremo Hacedor. Por supuesto, que los superiores de Richenet comprendieron desde luego la grande dificultad que se presentaba para que fuese éste á Pekin, ya porque en aquella region no se veian las mejores disposiciones para abrazar el cristianismo, ya tambien, y esta era la causa más fundamental, porque habian tomado cierta prevencion ó antipatía al Padre, por supuesto sin conocerle; y aunque por una parte parecia lo natural, é indudablemente hubiera sucedido así, que el conocerle y tratarle hubiese mejor que nada desvanecido las sospechas que contra él se habian formado injustamente, y atraido áun á los mismos que por de pronto parecian sus más encarnizados enemigos; parecia por otra más prudente no permitirle ir, pues pudiera bien haber sucedido que exasperados, y sin dar lugar á conocerle, hubiesen no solo cometido graves desacatos contra su persona, sino lo que era mucho más sensible, se hubieran ensañado contra la mision y la hubieran alejado de allí, perdiéndose por consecuencia los trabajos, sacrificios y molestias que hasta colocarla en el estado en que se hallaba habian sido necesarias. Pensaron, pues, en utilizar sus servicios en el mismo Macao, donde se veia su buena acogida, y desde donde indudablemente podia ser muy útil áun á los mismos de Pekin, que tendrian, es verdad, más trabajo porque no habian recibido el refuerzo de estos dos útiles operarios que les iban en ayuda, pero que tambien lograban más gloria, pues sabido es que esta está en razon directa de las penalidades y molestias con que se consigue. Naturalmente le comisionaron para que subviniese á las necesidades materiales de Pekin, y esto lo pudo hacer con facilidad extraordinaria, en primer lugar, porque su comunidad misma le mandaba recursos, luego porque aprovechaba para Pekin cuantos podia de los que le facilitaban en Macao, y además porque disponia de su influencia con los de Macao en favor de los de Pekin; así es que lo que estos deseaban lo facilitaban aquellos; y en órden á comunicarse utilizaba todos los medios, pues si bien es verdad que públicamente mandaba muy pocas cartas y casi ningun encargo ni recado, tambien lo es que valiéndose de los más fieles de entre los convertidos, por medio de ellos, que nunca eran

sospechosos, se ponia en contacto frecuentísimo con los misioneros de Pekin, y les mandaba no solo los socorros, sino las instrucciones que, emanadas de la superioridad, iban á él como á punto más seguro, y despues se repartian por la comarca para lograr por este medio el éxito nada dudoso de la aplicacion de los buenos deseos de los encargados por Dios de regir y gobernar esta grande obra. Mucha estima merecieron á la Congregacion los importantes servicios de Richenet, y como á su esclarecido talento y buen deseo se agregaba el que conociendo prácticamente el terreno podia hacer en él todas las convenientes aplicaciones más prácticamente, digámoslo así, esto motivaba el que algunas resoluciones de la superioridad, que en teoría eran muy acertadas y que no lo eran en la aplicacion, fuesen objeto de su respetuosa réplica para hacer conocer á los superiores sus desventajas ántes de que, aplicadas estas determinaciones, pudiesen perjudicar el éxito más bien que favorecerle. Pareció por tanto á los Padres, que áun sacrificando algunos intereses y privando por algun tiempo á aquellos fieles de su querido Padre, podria adelantarse mucho con que Richenet hiciera un viaje á Francia, y así pudiera, además de instruir algun tanto á los misioneros que fuesen allá, de esas particularidades que influyen en gran manera en el éxito de la empresa civilizadora de conducir á las naciones que desconocen á su Dios por el recto sendero de su servicio y amor, poner al corriente de las necesidades y exigencias del país á los superiores, y promover las más seguras garantías de su mision, mediante los medios todos adecuados con que procurára hacer que no se perdiese ni un dia ni un sugeto en tan importante empresa. Claro es que ántes de mandarle regresar le habian indicado que seria necesario tomar esta determinacion para el mejor éxito de las misiones en lo sucesivo; así que al tener él ya idea de regresar á Europa, procuró los medios de que su viaje no fuese estéril; para lo cual, además de haber hecho copiosos apuntes sobre el idioma, costumbres, y hasta exageraciones las más vulgares de los chinos, se proveyó de una coleccion completa, tanto de manuscritos como de otros objetos, así artísticos como usuales, relativos al imperio, lo cual daba una idea completa de todas las diferencias más notables que se hallaban entre estos hombres, que á su modo y manera estaban adelantados, y los europeos, que tienen los adelantos bajo otro sistema, y que en algunas cosas preciso es confesar que no han podido igualar á los chinos, como es, por ejemplo, en ciertas manufacturas, tanto de brocados y telas, como de marfiles, extractos de esencia y demás. No podemos prescindir de dar una idea de la gran simpatía que los de Macao mostraron por nuestro misionero, especialmente cuando se supo decididamente que tal dia se ausentaba de entre ellos. Es verdad que él los queria como á hijos, pero tambien ellos le reconocian como padre, y en

semejante manera que el apóstol S. Pablo nos refiere que sus discípulos lloraban al embarcarse, porque esperaban que no volverian á verle, así tambien lloraban los de Macao al ver ausentarse al P. Richenet de regreso á Europa, porque temian tambien que no volverian á verle; y eso que él, áun cuando no de una manera absoluta, porque de una manera absoluta nunca él aseguraba nada, al ménos así en enigmas y como deseo suyo, aunque sujeto siempre á las determinaciones de sus superiores, les habia indicado que acaso pronto estaria de regreso entre ellos, pues su viaje no tenia otro fin que procurar los medios de que la mision adelantase, que aumentándose el número de operarios y tal vez por la intervencion de naciones amigas del imperio, pudiese asegurarse algun pequeño recurso, no pecuniario, sino de proteccion para la religion verdadera, y sobre todo se le permitiera ensayar, digámoslo así, sus ventajas en todo órden, para que logradas estas en cuanto ellas alcanzan, que á la verdad lo alcanzan todo, cesasen en su obcecacion los que no querian proteger esta sociedad, que siendo la única que procura los intereses del alma, es á la par la sola que puede fomentar los intereses materiales, porque teniendo por bases la justicia y la paz, tiene necesariamente que procurar el mayor bien áun en ese órden, que para ella es el ménos importante. Regresó, pues, á Europa en 1815, y fué de gran contento para los superiores, no solo el recibir las exactas noticias que recibieron, sino con la abundante y bien clasificada coleccion de que llevamos hecho mérito, tambien lograron el conocer las costumbres de aquel remoto país, y buscar ya en los medios más adecuados á ellas mayores seguridades para el porvenir. Pensóse, como era consiguiente, en reforzar con nuevos misioneros aquella pequeña congregacion de la China, y fué la opinion de algunos de los Padres respetables de S. Lázaro, que al frente de los que iban y de los que habia, y con las más ámplias facultades, se pusiese el P. Richenet y él dirigiese aquello con el acierto que lo habia hecho cuando ni tenia tal carácter de vicario, ni tenia á su disposicion operarios con que contar para tamaña empresa. No prevaleció esta opinion, aunque parecia fundada, porque se dijo por otros superiores con no ménos razon, que el adelanto que se lograria de esta suerte no seria ni tan duradero ni de tantas consecuencias como si en vez de mandar allá á Richenet se le dejára en Francia, y á su cargo se pusiese la instruccion de los jóvenes que luego habian de ser destinados á la China, por supuesto, despues que instruyera tambien á los que iban entónces, con lo cual se lograban dos ventajas; primera, que no hubieran de perder tiempo en instruirse allá en el idioma y demás cosas que ya llevaban aprendidas; y segundo, que causáran más efecto los que nuevos, por decirlo así, en aquel territorio, comenzaban por dejarse entender y entender á los indígenas, sin haber tenido que

estarles sometidos ni áun el indispensablemente necesario tiempo de aprender su difícil modo de expresarse. Desde luego comenzaron sus superiores á poner en práctica tan prudentes miras, y dió el más excelente resultado, porque los nuevos misioneros que se mandaron en 1820 ya iban instruidos en aquellas cosas que más herian su imaginacion y sobre todo en el idioma, lo cual hacia que se ganase tiempo, pues desde el primer dia podian comenzarse los trabajos apostólicos y lograrse muchísimas ventajas. Además como no eran egoistas las miras ni del P. Richenet ni de los superiores de su respetable comunidad religiosa, las noticias que trajo pudieron tambien hacerse extensivas á los jóvenes aventajados que deseaban adquirirlas; por lo cual en gran manera acreditó este eminente servicio al Padre y á su Congregacion. Las miras que él se propuso se cumplieron aún más allá de sus deseos, y en su época progresó mucho su instituto y se fomentaron tambien bastante las misiones en la China, que tanto resultado han dado para el catolicismo y para el bien de aquella nacion, indudablemente grande y acreedora á la inmensa felicidad de que sus individuos conozcan al verdadero Dios, para dedicarse á su amor y servicio, que es la única importante mision del hombre sobre la tierra. Al propio tiempo que prestaba estos importantes servicios á sus hermanos los sacerdotes de la mision de S. Lorenzo, prestaba á los fieles en general el no ménos importante de predicar el santo Evangelio con un celo, asiduidad y constancia á toda prueba, y con un anhelo siempre creciente de que todos y cada uno lograsen su dicha, mediante el ejercicio de las virtudes hasta el mayor grado que á cada uno fuese dable; y este mismo celo suyo, que tanto se desplegaba genéricamente, digámoslo así, en el púlpito, lo desplegaba más particularmente en el confesonario, donde sus consejos eran escuchados con la atencion que merece siempre el ministro de Dios, y mucho más cuando es un hombre que á la ilustracion conveniente añade la experiencia de aquello mismo que enseña, pues verdad eterna es que sobre todo la virtud poco puede hacerla amar quien no la ama, ni inculcarla quien está distante de su práctica. Este tan constante ejercicio de su ministerio hecho con tal acierto, desempeñado, por decirlo así, tan á conciencia, dióle por resultado un crédito tan extraordinario, que puede decirse que no habia asunto importante en París para el cual no se creyese indispensable el oir la opinion de nuestro esclarecido Padre, habiendo tenido que fijar horas en que recibia á cuantos iban á su pobre cuarto, para oir sus peticiones, aconsejarles y tomar á su cargo la resolucion de los árduos negocios que ponian enteramente en sus manos, siendo muy de admirar que con una fama tan notable, con un aprecio tan general, ni nuestro buen sacerdote se quisiese elevar, como hubiese podido fácilmente, ni siquiera ejerciera su poderoso influjo en favor de nadie, ni áun de su misma congre-

gacion, y lo que es todavía más, ni áun en favor de sus queridas misiones de la China, objeto siempre de su más exquisita atencion, y en cuyos prósperos sucesos se complacia vivamente, así como lamentaba en el alma cualquier adversidad con que Dios queria probar ó acrisolar á sus queridos hermanos en aquellas apartadas regiones, sucesos á la verdad bastante frecuentes, que le afligian pero que servian para excitar más y más su caridad en favor de sus hermanos los de China, redoblando sus fervorosas oraciones en beneficio de ellos, y ofreciendo al Señor mil sacrificios y mil privaciones para el más feliz éxito de tan importante empresa. Grande empeño formaron sus superiores en que hubiese tomado sobre sí la direccion ó gobierno de la Congregacion, ó cuando ménos alguna de sus importantes prelacias; pero él con profundísima humildad lo renunció todo, haciéndoles ver cuanto más seguro y fácil era obedecer que mandar, y presentando á su consideracion como más ventajoso que el suyo, el gobierno ó direccion de cualesquiera otro individuo de su tan respetable Congregacion. Desistieron porque conocian que era contrariarle, y accedieron á sus vehementes deseos de volver á la China, porque ya habia regularizado el estudio del idioma, costumbres é historia de aquel país, y logrado el que algunos de los más aventajados se pusiesen en aptitud, no solo para hacer cuanto convenia sino para enseñar á otros, que era toda su aspiracion, para que á su muerte no quedáran sus hermanos privados de este recurso, que facilita tanto el éxito de la importante empresa que en la China tenia que cumplir la veneranda congregacion de S. Lázaro. Dispuestas todas las cosas para su viaje y sumamente contento con la idea de que le iba á emprender, esperaba solamente que llegase el dia de la marcha, cuando los designios de Dios acerca de su tan favorecido siervo se demostró ser otros enteramente. La gran familia de las Hermanas de la Caridad de Paris perdió en 1826 á su superior, ó más bien director general. Encontrados intereses proponian á diversos sugetos para el desempeño de tan difícil como importante cargo; pero como las miras eran interesadas, claro es que Dios no habia de permitir la avenencia hasta que todos se fijáran en quien solo procurase su gloria y el bien de sus hermanos. Todos, pues, los que eran propuestos por unos y por otros hallaban tacha, que si bien es verdad que no era una tacha por lo cual desmereciesen, lo era para el cargo que se les queria confiar. Acudieron, pues, á la congregacion de S. Lázaro, y esta exigió de Richenet el sacrificio de que, renunciando á su vivo deseo de ir á la China, emplease los dias que le restaban de vida en el gobierno de la numerosa familia de las hijas ó hermanas de la Caridad, que era tambien buena manera de servir á Dios y procurar su gloria. Efectivamente, con las facultades correspondientes y con la más perfecta abnegacion desempeñó este importante cargo tan á satisfaccion

de todos, que todos creyeron habia sido inspiracion de Dios la de dirigirse á su querida Congregacion en busca de lo que á la de las Hermanas hacia falta. Trabajando constantemente, bajó al sepulcro á los sesenta y seis años de edad, y despues de una ligerísima enfermedad, el dia 19 de Julio de 1836. Su muerte fué tan sentida como era debido, en atencion á la caridad que siempre ejerció durante su vida, y todos los buenos católicos de París sintieron grandemente verse privados de un hombre que, siendo todo para todos, habia logrado el respeto, la veneracion y el afecto de cuantos le conocieron. Tanto la congregacion de S. Lázaro, como las Hermanas de la Caridad, se glorian mucho en recordar al P. Luis Francisco Richenet, y lo consideran como varon verdaderamente apostólico. — G. R.

RICHENOW (Ermenrico de), monje de este monasterio, fué discípulo de Walafrido Strabon. Despues de la muerte de su maestro, acaecida en 849, fué á continuar sus estudios á S. Galo, invitado por Grimaldo que era abad de aquella casa y archicapellan de Luis de Germania. Ermenrico le dedicó su libro de *Gramática*, y que hubiera debido intitular *Miscelanea* pues trata en él de diversas materias. Lleva el título de carta en un manuscrito de S. Galo en que se llama obispo á Ermenrico sin designar su silla. El P. Mabillon habia visto la obra entera, pero no ha impreso más que algunos extractos que sirven para dar á conocer á muchas personas distinguidas entónces por su mérito. Ermenrico llama á Grimaldo Homero, lo que demuestra que Engilberto, abad de S. Riquier, no era el solo conocido bajo este nombre. Habia trabajado tambien sobre el orígen del monasterio de Richenow y comenzado la vida de S. Galo en versos heróicos. El prefacio se halla impreso en las Analectas del P. Mabillon á continuacion de los extractos del libro de *Gramática*. — S. B.

RICHENOW (Wetin de), religioso en el monasterio por cuyo apellido se le conoce, enseñó con buena reputacion en la escuela de esta casa. Estaba muy instruido en las siete artes liberales, como á la sazon las llamaban, de que parece habia hecho sus principales estudios, puesto que Walafrido Strabon, que fué discípulo suyo, no dice tuviese otros conocimientos. Ya hacia algunos años que enseñaba á la juventud, cuando un sábado fué atacado de una enfermedad que le condujo en pocos dias al sepulcro. El mártes tuvo muchas visiones extraordinarias sobre las penas y recompensas de la otra vida. Vuelto de su parasismo, refirió lo que habia visto en virtud de la obediencia á varios religiosos, entre otros á Helton, abad de Richenow, obispo anteriormente de Basilea, quien puso por escrito lo que Wetin le dijo. El dia siguiente, sintiendo Wetin aproximarse su última hora, recibió el viático y murió poco tiempo despues recitando salmos con los religiosos que rodeaban su lecho mortuorio. Hermand, monje de Richenow, dice

que acaeció este suceso en 824, que el obispo Helton escribió en prosa las visiones de Wetin, y que Walafrido las escribió en versos heróicos. Ambos trabajos se han insertado en el tomo V de las *Actas*. Canisio habia publicado en prosa este escrito en el tomo VI de sus *antiguas lecciones*. Balucio comunicó el que está en verso al P. Mabillon, con una carta en que refiere que las visiones de Wetin se extendieron bien pronto en Francia y se hicieron célebres; que Hincmar, arzobispo de Reims, habla de ellos en una de sus cartas, y que se mencionan tambien en otros muchos monumentos antiguos. La más notable se refiere á un príncipe que habia sido rey de Italia y del pueblo romano. Wetin se llenó de sorpresa al verle en los tormentos, no pudiendo comprender cómo un hombre tan grande, que habia defendido la fe con tanto celo y que se habia interesado tanto en el buen gobierno de la Iglesia, fuera castigado de este modo. Pero el ángel que le acompañaba le hizo saber que aunque este príncipe debiese ser recompensado por sus buenas obras y obtener con los elegidos la bienaventuranza, era preciso que se principiase ántes de las faltas que habia cometido contra la castidad. Helton no nombra á este príncipe, pero Walafrido Strabon dice que era Carlomagno. Wetin habia escrito en prosa la vida de S. Galo, dividida en dos libros, la que no ha llegado á imprimirse. Su vision se encuentra en una coleccion publicada en París, en 1513, con el título de *liber trium virorum et trium spiritualium virginum*. —S. B.

RICHENOW (Bernon de), llamado tambien Bernardo y *Quod vult Deus*, fué en un principio monje de Fleury en el Loire, y diputado en 999 con algunos otros monjes de este monasterio al concilio de Orleans, donde se debia agitar una dificultad sobrevenida con motivo de la duracion del adviento. Pasó desde Fleury á la abadía de Preun, sin duda para enseñar en ella las bellas letras y las demás ciencias de que se hallaba muy instruido. Pero habiendo llegado á noticia del rey S. Enrique la reputacion de su saber y de su virtud, le eligió este príncipe en 1008 para reemplazar á Imon, abad de Richenow, cuya grande severidad habia obligado á la mayor parte de los monjes á salir del monasterio. Imon habia sido anteriormente abad de Gorze, y el rey Enrique le habia sacado de allí para ponerle en Richenow. Hizo volver á los monjes dispersos, restableció el monasterio que se estaba hundiendo, y recibió la bendicion abacial de Lamberto, obispo de Constanza, y gobernó su comunidad con edificacion durante cuarenta años enseñando á sus hermanos la práctica de la regla de S. Benito, tanto con sus ejemplos como con sus discursos. En 1013 acompañó al rey Enrique en su viaje á Roma, y asistió á la ceremonia de su coronacion, que se verificó el 22 de Febrero del año siguiente por el papa Benedicto VIII. Bernon dice que este príncipe preguntó á los sacerdotes de Roma por qué no cantaban el símbolo

despues del Evangelio, como se acostumbraba en las demás iglesias, á lo que le contestaron que no habiendo estado nunca infestada la Iglesia romana por ninguna herejía, no tenia necesidad de declarar su fe por medio del símbolo. Pero el Papa le mandó cantar á presencia del nuevo emperador en las misas solemnes. Bernon envió en 1032 los privilegios de su monasterio al papa Juan XIX para obtener su confirmacion, y obtuvo uno nuevo, á saber, el de usar sandalias y otros ornamentos pontificales al celebrar la misa. Warmanno, obispo de Constanza, sintió tanto esta gracia, que se quejó al emperador como de una usurpacion. Uniéndose este príncipe al Obispo, obligaron al abad á darles el privilegio, que quemó Warmanno públicamente en su sínodo el jueves santo de 1033, siendo este el primer ejemplo de un privilegio semejante. Bernon murió el 7 de Junio de 1048 y tuvo por sucesor á Udalrico, dean de Richenow. No puede ponerse hasta despues de 1013 el tratado de Bernon sobre la misa, pues habla en él del viaje que hizo á Roma en aquel año con el emperador Enrique. La obra se halla dividida en siete capítulos. En el primero observa Bernon que la liturgia de su época no era la misma que la de la Iglesia primitiva, que se habian añadido muchas cosas al cánon de la misa; que se habian multiplicado las oraciones del Oficio que la precede; que los latinos habian tomado de los griegos el uso de cantar muchas veces el *Kyrie eleison*; que los españoles cantaban con dificultad el gradual con el aleluya, entre la lectura de las epístolas de S. Pablo y el Evangelio, pero que despues se conformaron en este punto al uso de la Iglesia romana; que en las iglesias de España se cantaba todos los domingos y festividades de los mártires, en el atril, el himno de los tres jóvenes en el horno, miéntras no se cantaba más que cuatro veces al año en la iglesia de Roma en los sábados de las cuatro témporas; que el símbolo que se canta despues del Evangelio no es el de Nicea, sino el de Constantinopla. Parecia tambien persuadido que se habia añadido en el ofertorio á la liturgia el himno *Sanctus* ó *Trisagio*, el *Agnus Dei* y el *Postcomunio;* y que en los primeros siglos se comulgaba en silencio, como se hace todavía hoy el sábado santo. Combate en el segundo capítulo á los que pretendian que no se debia cantar en la misa el *Gloria in excelsis* más que en la pascua. Sobre lo cual cita el testimonio de las falsas decretales, que ordenan cantarle ántes del sacrificio todos los domingos y en las fiestas de los mártires. En el tercero hace mencion de una disputa acaecida miéntras que él estaba en Francia con motivo de la octava de Pentecostés. Acostumbrábase á celebrar durante ocho dias la fiesta de la Natividad del Salvador y de su resurreccion, mas sostenian algunos que no se debia dar más que siete dias á la de Pentecostés, porque no se cuentan más que siete dones del Espíritu Santo, que descendió en aquel dia en forma de

lenguas de fuego. Bernon alega contra ellos el paralelo que hace S. Agustin en la explicacion del sermon de Jesucristo sobre la montaña, de las ocho bienaventuranzas con los dones del Espíritu Santo, y manifiesta por medio de este paralelo que hay ocho dones del Espíritu Santo, y que así Pentecostés debe tener octava como en las demás solemnidades semejantes á esta, dice, se practica en toda la Iglesia católica. No contradice ni á los que contaban cinco domingos en el adviento, ni á los que no contaban más que cuatro. Da razones místicas de ambos usos. Las da tambien de algunas variedades que se encontraban en las diferentes distribuciones de los oficios del año; en los introitos, oraciones, lecciones y evangelios. Asienta como principio, siguiendo á S. Agustin, que en las cosas que no se explica claramente la Escritura sagrada, hay que atenerse á la costumbre del pueblo de Dios y á los decretos de los antiguos, de donde concluye que se deben observar los ayunos de las cuatro témporas y otros establecidos en la Iglesia, la letanía mayor, sin duda la del dia de S. Márcos, las rogativas ántes de la Ascension, las vigilias de los santos, el adviento, la septuagésima, la sexagésima y la quincuagésima. Los antiguos sacramentarios prescribieron doce lecciones para los sábados de las cuatro témporas, seis de las cuales se leian en Roma en griego y en latin. Los griegos de Constantinopla siguen todavía este uso por dos razones; la una á causa de que se hallan en la Iglesia griegos que no entienden el latin y latinos que no entienden el griego; la otra, para manifestar la unanimidad de ambos pueblos. Las lecciones estaban divididas en doce, porque habia otros tantos lectores. Tal es la observacion de Amalarico, que copia aquí Bernon literalmente. Este tratado fué impreso en París, en 1518, en 4.°, por Enrique Etienne; en Venecia, en 1572, en 8.°; en Colonia, en 1568; en la coleccion de Hittorppio, en París, en 1610. Se encuentra tambien en la biblioteca de los Santos Padres, que se han publicado tanto en aquella ciudad como en Colonia y Lyon. La conformidad del título y de la materia ha hecho atribuir á Bernon el libro del oficio de la misa, conocido generalmente bajo el nombre de *Micrólogo*; pero el error es evidente, puesto que cita una decretal del siglo XIV del papa Gregorio VII, que no murió hasta 1085, cerca de treinta y siete años despues de Bernon de Richenow. El tratado del ayuno de las cuatro témporas, citado entre las obras de este abad por Sigeberto y por Thrithemio, no es otra cosa que el último capítulo del tratado de los oficios de la misa, con la diferencia de que en este capítulo no está en forma de diálogo y que se ha suprimido el principio, el fin y el prefacio ó la epístola dedicatoria á Aribou, arzobispo de Maguncia. El P. Bernardo Pez ha publicado este tratado completo en el tomo IV de sus anédoctas. Bernon da diferentes razones alegóricas para fijar los ayunos de las cuatro témporas en ciertas semanas de los meses de Marzo, Junio, Setiembre y Diciem-

bre. Aribon, en el concilio de Selgenstadt de 1022, fijó los ayunos de las cuatro témporas conforme á las reglas establecidas por Bernon; pero los clérigos de Tréveris y de Lieja no quisieron observarlas, no creyéndolas sólidas. Ignórase la suerte del libro sobre el ayuno del sábado, que Trithemio cuenta entre los escritos de Bernon. Habla con frecuencia del ayuno del sábado de las cuatro témporas en el tratado que tiene este título, y de que acabamos de decir algunas palabras, pero no conocemos la obra particular sobre el ayuno del sábado, y tampoco Trithemio cita sus primeras palabras, como acostumbra á hacerlo con los escritos que ha tenido á la vista. No se estaba más de acuerdo en el siglo X sobre la duracion del adviento que sobre las semanas del año, en que se debia practicar el ayuno llamado de las cuatro témporas. Bernon creyó deber dar algunas explicaciones sobre este punto. Dirigió su escrito al mismo arzobispo de Maguncia, suplicándole le aclarase las dudas que tenia sobre este punto. Sucedia con frecuencia que la fiesta de Navidad caia en lunes, y la víspera por consiguiente en domingo. Unos querian que este domingo se contase como el cuarto del adviento, aunque se hiciese el oficio de la víspera de Navidad; otros sostenian que debiendo tener el adviento cuatro semanas completas, era preciso consagrar con especialidad el quinto domingo á esta santa vigilia, no dando otras razones que el órden regular para los oficios en las cuatro témporas de adviento. Los que no querian más que cuatro domingos entre todo, se fundaban en la autoridad del papa S. Gregorio, es decir, de su Sacramentario, que no reconocia más que cuatro domingos en el adviento. El leccionario llamado el *Libro del Conde*, pone cinco, llamando al quinto Amalario la preparacion del advenimiento del Señor. Segun estas diferentes maneras de contar, el adviento era de cuatro semanas enteras y un dia más en ciertas iglesias; en otras no era más que de tres semanas enteras y algunos dias, áun cuando tuviese cuatro domingos. Bernon se decide por este último partido, y dice, siguiendo al venerable Beda, que no se debe comenzar nunca el adviento ántes del 27 de Noviembre, ni más tarde del 3 de Diciembre. Cita en favor suyo la costumbre de Roma y de toda la Francia, y el libro que el abad Heriger habia compuesto sobre esta materia. El arzobispo Aribon dió su aprobacion á este escrito de Bernon, que habiendo hecho despues nuevos descubrimientos, trató por segunda vez el mismo asunto; pero lo que cita del libro de los oficios de S. Hilario de Poitiers, no redunda muy en pro de su opinion, puesto que esta obra no es de este santo obispo. Ninguno de los que han dado el catálogo de sus escritos ha hablado de ella, y no se encuentra en su siglo vestigio alguno del adviento. La autoridad del concilio de Orleans, á que asistió Bernon con muchos obispos, es más favorable á su causa; mediante ella redujo á sus adversarios al silencio, y parece que este concilio

dió un decreto para la celebracion del adviento en cuatro domingos. El escrito de Bernon sobre este asunto se encuentra en el tomo IV de las Anécdotas del P. Pez, y en el volúmen primero de la grande coleccion del P. Martenne; pero no se halla completo en esta coleccion, y concluye con la aprobacion del arzobispo Aribou. Al hablar Sigeberto de los escritos de Bernon, realza con grandes elogios los que habia hecho sobre la música, y en particular uno titulado: *Tonarius* ó de los *tonos de la música*, dirigido á Piligrin, arzobispo de Colonia; el P. Mabillon ha publicado su prólogo, y el P. Pez el prólogo del primer capítulo del libro. Tambien parece que escribió otro bajo el título de la *Diversidad consonante de los tonos*, que se halla en forma de diálogo. El P. Pez no ha publicado más que el prefacio de este, y tal vez el de otro tercero, que llevaba el título de los *Instrumentos de música*. Bernon le habia dedicado á Aribou, arzobispo de Maguncia; no se ha impreso. Trithemio añade un cuarto, que trataba, segun dice, de la *medida del manicordio*; pero no cita más que sus primeras palabras, lo que es una prueba de que no le habia visto. Sigeberto habla sin embargo de él, observando que Bernon no se sujetaba á las reglas dadas por Boecio sobre la medida del manicordio. En el tomo V de las Anécdotas del P. Bernardo Pez se encuentran once cartas de Bernon á diferentes personas. La primera es á un abad de elevada categoría, que no designa más que con las primeras letras de su nombre V. O.; tal vez era este el de Volperto de Gladbac. Parece que Bernon no era entónces más que simple monje, y que deseaba ir á vivir con este abad. La segunda es á Geron, arzobispo de Magdeburgo, á quien congratula de haber dado la paz al imperio. Le suplica se interese en la conservacion de su monasterio, y prevenga al Rey contra las calumnias que se esparcian en la corte contra las personas consagradas á Dios, para apoderarse de sus bienes, y usar del crédito que tenia cerca de este príncipe para el alivio de la miseria de los afligidos. Para manifestarle su afecto y su celo, le dice Bernon algunas palabras sobre los deberes de los obispos, manifestando que deseaba para él más bien la felicidad eterna, que los honores de que gozaba en el mundo. En la tercera, despues de haber hecho el elogio del emperador Enrique, le da gracias por haberle confiado el gobierno de la abadía de Richenow. Escribió la cuarta hallándose próximo á hacer un viaje, por cuya razon se recomienda á las oraciones del abad y de los religiosos de S. Salvador, y le suplica vigile por las necesidades de los monjes de Richenow. Durante su ausencia le anunciaron la muerte de uno de ellos, llamado Enrique, encargado de la administracion de lo temporal de la abadía. Bernon contestó en su quinta carta, mandándoles celebrar durante treinta dias Misa por el difunto, y otros tantos dias la vigilia con la recitacion del salterio; que diesen de comer á cien pobres el primer dia, el tercero á doscientos, el

sétimo á trescientos, y el treinta á cuatrocientos, mil entre todos. Escribió sobre el mismo asunto al abad Burchard. La sétima, al obispo Enrique, es una carta de amistad. En la octava suplica Bernon á un obispo que debia tomar parte en la eleccion del sucesor del emperador Enrique, que no hiciese nada en aquella ocasion hasta despues de haberlo deliberado maduramente y haberse aconsejado. La novena es al obispo Enrique, á quien suplica le dé algunas reliquias de S. Urso, mártir, cuyo cuerpo decia que debia trasladarse pronto. Hizo la misma súplica á Cuonon. Bernon necesitaba reliquias para la consagracion de una nueva iglesia. La undécima fué escrita con este motivo; hallándose este Abad en Colonia con un amigo suyo llamado Federico, que era muy ilustrado, se propusieron mútuamente diversas cuestiones sobre la sagrada Escritura. La conversacion recayó sobre los escritos de Casiano. Federico le preguntó cómo este autor, que habia escrito muchas obras útiles sobre la institucion de los monjes, se habia hecho reprensible en otras. Bernon contestó á esta pregunta: primero refiriendo el juicio de Casiodoro sobre los escritos de Casiano, la censura de San Próspero y el correctivo que Victor, obispo de Martirita en Africa, se creyó obligado á ponerlos para hacer su lectura útil y sin peligro. Manifiesta en segundo lugar, que Casiano erró principalmente en lo que se refiere á las fuerzas del libre albedrío, enseñando que entre los elegidos hay algunos á quienes Dios salva por su gracia, y otros á quienes la naturaleza justifica con las fuerzas del libre albedrío. Para evidenciar la cuestion, transcribe Bernon las palabras propias de Casiano con las observaciones de S. Próspero. Hubiera podido objetarse que no debe haber error en las obras de Casiano, siendo así que las ha revisado Victor de Martirita. Pero Bernon previene esta objecion diciendo que no existian ya los libros de este autor corregidos por Victor, que el mismo Casiodoro no los habia leido, y que habia escrito á Africa para conseguirlos. Se cree que la carta de Bernon al rey Enrique *el Negro* fué escrita hácia el año 1045, en la época en que este príncipe se encontraba en Zurich. El abad de Richenow le elogia por haber recibido con bondad á Pedro, rey de Hungría, que habia ido á pedirle gracia, y no solo no se habia vengado en él, sino le habia ayudado á volver á su reino. Bernon unió dos sermones á su carta, uno sobre la Epifanía y otro sobre la cena del Señor; suplicando al rey Enrique los aumentase á los escritos que tenia suyos, si los creia dignos de ello. Se interesó tambien con este príncipe por el restablecimiento de una abadesa de Zurich, llamada Hirmingara, que habia llorado sinceramente una falta en que habia caido. No tenemos de esta carta mas que algunos fragmentos insertados por Mabillon en el tomo IV de sus *Anales*. Encuéntrase otra que servia de prefacio al libro de Bernon sobre las reglas de la sinfonía y de los tonos, citado por Sigeberto; se halla dirigida

á Grinouer, prelado de Colonia, por cuya órden habia compuesto esta obra. Este Grinouer se distinguia en la música. Ignórase el monasterio de que era abad ó prelado, como le llama Bernon, si lo era de S. Pantaleon, ó de S. Martin, de la colegiata de los Santos Apóstoles. El P. Martenne publica un fragmento de otra carta de Bernon, en que se dice que en su época se usaba en las Galias la version del salterio de S. Gerónimo. Bucelino habla de algunas otras cartas de este Abad, que habia dirigido al emperador S. Enrique, no se sabe que hayan llegado á ver la luz pública. Trithemio cita algunas dirigidas á Aribon, arzobispo de Maguncia. Más arriba hemos hablado de la que ha llegado hasta nosotros. Se le atribuyen en general muchos sermones ó exhortaciones dirigidas á sus religiosos en el interior del claustro. Existen tres vidas de S. Udalrico y Ulrico, obispo de Augsburgo; la primera escrita por Gerardo, contemporáneo de este santo obispo; la segunda por Gebehard, uno de sus sucesores; la tercera por Bernon; pero las dos últimas no se diferencian de la primera más que en el estilo. Su fondo está tomado de la que habia compuesto el sacerdote Gerardo. Su diccion no agradó al obispo Gebehard, por parecerle demasiado sencilla. Se propuso darla más elegancia y nobleza, pero murió ántes de haber concluido su obra. Continuóla Bernon á ruego de Fridebaldo, abad de Sta. Afra en Augsburgo, y la dió la última mano. Procuró referir con más concision lo que habia dicho Gerardo muy á la larga, á poner con más claridad lo que habia abreviado en demasia, y á dar más órden é hilacion á los hechos que aquel habia referido; pero no siguió el estilo de Gebehard, que queriendo corregir el de Gerardo, habia caido en el extremo opuesto, dando al suyo demasiada elevacion, de manera que no se hallaba al alcance de la mayor parte de los lectores. Bernon tomó un término medio entre lo vulgar del estilo del uno y la elevacion que habia afectado el otro. Terminó su obra más tarde en 1030, que es el año de la muerte de Fridebaldo. Las tres vidas de S. Udalrico se han impreso en Augsburgo, 1595, bajo la direccion de Marcos Velserus. Surio habia dado ya la primera en 4 de Julio, que es la única que han puesto en sus colecciones el P. Mabillon y los Bolandistas. El primero aumentó los prólogos de Gebehard y de Bernon con las primeras líneas de estas dos vidas. No hay documentos de que conste que Bernon era el autor de la vida de S. Meginrado, ermitaño y mártir en la Suiza. El anónimo de Molk, que le atribuye la de S. Udalrico, no dice nada de esta. Pero el Padre Cristobal Hartmanne, monje de la abadía de nuestra Señora de los *Ermites*, que la ha insertado en los anales de este monasterio, impresos en Friburgo en 1612, no duda que pertenezca á Bernon, abad de Richenow. El P. Mabillon es del mismo parecer. Lo que le hace verisímil es que el cuerpo de este santo ermitaño, que habia sido enterrado en el monasterio de Richenow,

fué exhumado miéntras era abad Bernon, y el papa Benedicto IX canonizó á Meginrado, sin duda á peticion de Bernon, que no pudo conseguirlo hasta enviar á Roma la vida de este santo y las actas de su martirio, acaecido en 21 de Enero de 860 ó 61, segun las diferentes maneras de contar. Meginrado era de ilustre nacimiento. Fué educado en Richenow; á la edad de veinticinco años se ordenó de diácono, y poco despues de sacerdote. Conociendo su abad su aptitud para instruir á otros, le encargó el cuidado de una escuela. Su amor á la soledad le obligó á optar por la vida eremítica. Un dia que bajaba del altar en que habia celebrado Misa, fueron á atacarle dos ladrones. Aunque comprendió su designio, los recibió con bondad, ofreciéndoles de comer y beber. Pero le ataron con cuerdas, le golpearon, y por último le mataron, sin que se pusiese en defensa. Su vida se encuentra en Surio, en Bolando el 21 de Enero, y en el tomo VI de las *Actas de la órden de S. Benito*. Fué impresa en aleman en 1603, con los orígenes de la abadía de nuestra Señora de los *Ermites*. Bernon no tenia el mejor gusto á la poesía, á juzgar por la inscripcion que se lee al frente de un Sacramentario que regaló al emperador Enrique III. Se halla compuesto de seis largos versos, que no son recomendables más que por los sentimientos de humildad que manifiesta su autor, y por la adhesion que demuestra á su príncipe. El padre Mabillon copió este epígrafe de un manuscrito que pertenecia entónces al presidente Bouhier de Dijon. El poema sobre la *Ruina de Troya*, publicado por Goldast y por Barthio, lleva el nombre de Bernardo de Fleury. Ignórase el fundamento con que le atribuye Goldast una crónica, pues no se halla mencionada en ninguno de los catálogos de sus obras hechos por Sigeberto, Trithemio ó el anónimo de Molk. La diccion de Bernon no carece de gracia, claridad y precision. —S. B.

RICHEOME (Luis). Este jesuita nació en Digne de la Provenza, y el año 1565 tomó el hábito de S. Ignacio en París en el colegio de la Compañía. Por su saber y virtud fué rector del colegio de Dijon, dos veces provincial de la de Lyon, una de la provincia de Aquitania, y asistente general de Francia en Roma en 1598. Murió, reputado de muy piadoso, en Burdeos, el dia 15 de Setiembre de 1625, á los ochenta y siete años de edad. Imprimió muchas obras, y despues de su muerte se publicaron en 1627, en París, dos volúmenes de sus *Opúsculos*, que contienen tratados de controversia y obras de piedad. En el volúmen XV de la traduccion francesa de la Historia de M. Thou, se ven dos cartas de este jesuita, fechadas en Roma, la una en 22 de Junio de 1610, y la otra el 12 de Enero de 1611, escritas una y otra al mismo M. de Thou; la primera para asegurar que la Compañía de Jesus no tenia parte alguna en la condenacion de su Historia, de la que este Padre hace un grande elogio; y la segunda, quejándose del decreto dado contra

la obra de Belarmino *De Summo Pontifice*, cuyas máximas eran muy contrarias á la opinion general que entónces se tenia en Francia sobre este particular. Puede consultarse, en su artículo, la *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesus*, publicada por Alegambe. — C.

RICHER, arzobispo de Sens, es bastante conocido en la Historia eclesiástica de Francia por la parte activa que tomó en los principales sucesos de su época. Parece que habiendo sido elegido en 1091 Ibo obispo de Chartres, por deposicion de Godofredo, prelado de la misma diócesis, el arzobispo Richer, que debia consagrarle, se negó á ello, pretendiendo que no se habian observado todas las formalidades requeridas en la deposicion de Godofredo. Ibo escribió entónces al Papa é hizo un viaje á Roma, acompañado de los diputados de Chartres, y Urbano II le consagró obispo á últimos de Noviembre de 1091, volviéndole á enviar con dos cartas, una para el arzobispo de Sens, á quien suplicaba recibiese á Ibo, diciendo que le habia consagrado sin perjuicio á los derechos de la iglesia de Sens. La otra á Godofredo, á quien prohibia, so pena de excomunion, intentar bajo ningun pretexto volver á la sede episcopal de Chartres. Ibo no tomó posesion de ella hasta el año siguiente 1092. Irritado el Arzobispo de que se habia hecho consagrar por el Papa, resolvió deponerlo con algunos de sus sufragáneos, por haber ofendido al Rey y violado los derechos de la iglesia de Francia. Celebraron, en efecto, un concilio en Etampes, en que le acusó Richer de haber perjudicado con su consagracion á la autoridad Real y los derechos del reino. El resultado del concilio fué que se restableciese á Godofredo, pero Ibo apeló al Papa, é inutilizó el procedimiento del Arzobispo. Informado de lo que habia pasado, prohibió Urbano II á Richer el uso del *pallium*, hizo arrojar de nuevo á Godofredo de la sede episcopal de Chartres, y confirmó en ella á Ibo. Parece tambien que Richer escribió con esta ocasion á Ibo una carta llena de hiel y de desprecio, acusándole de haber querido desmembrar su provincia usurpando la silla al obispo Godofredo, y en su consecuencia le citaba á juicio. Ibo le habia contestado que ignoraba porqué hacia esta citacion, pues en su carta no le trataba ni de obispo ni de compañero, y le miraba como extraño; que empeñarse en sostener á Godofredo en la sede de Chartres, era querer destruir lo que habia hecho el Papa, y restablecer á un hombre cuyos crímenes eran conocidos en toda la iglesia latina, y añadia: «¿No habeis recibido un decreto apostólico en que se dice: Declaramos excomulgado á cualquiera que favorezca á Godofredo para volver á la sede de Chartres?» Reconviene á Godofredo, por tratar con irrision la bendicion que habia recibido del Papa, á quien corresponde confirmar ó invalidar las consagraciones, tanto de los metropolitanos como de los demás obispos, y examinar sus constituciones y juicios. Ibo da pruebas de que

es todo lo contrario con los juicios de la Santa Sede, que no estan sujetos á revision. Estas pruebas son pasajes del papa Gelasio y de S. Gregorio el *Grande*. Se ofrece, aunque no se le haya llamado canónicamente, á presentarse en un lugar seguro de la provincia de Sens, áun en Etampes, siempre que se le dé un salvoconducto del conde Esteban, que le ponga en seguridad tanto de parte del Rey como del Arzobispo. Hay, por último, otra carta de Ibo, que da algunas noticias más sobre Richer, las que añadiremos para ilustrar este artículo. Hallábase Ibo pronto á partir para Sens con algunos de los más sabios de su cabildo, cuando supo que no habia seguridad para él en los caminos, á causa de su oposicion á los deseos de Bertrada, la célebre concubina del rey Felipe de Francia. No pudiendo, pues, emprender este viaje, escribió á Rocher lo que le habia dicho hallándose con él; el primer artículo de su carta se refiere á la primacía de Lyon, sobre las cuatro provincias de Lyon, Ruan, Tours y de Sens. Negábase ésta á someterse, porque el Arzobispo se suponia primado. Ibo aconseja á Richer presente sus títulos, si los tiene, y tenga á bien enviárselos con los que le lleven su respuesta, y que si no los tiene, se someta á las decisiones de la Santa Sede en este asunto, sin perjuicio á sus derechos y á sus títulos, que haria valer cuando los encontrase. El segundo artículo trata de la eleccion de Guillermo para el obispado de Paris. Ibo asegura á Richer que su eleccion se ha hecho canónicamente, y le dice de parte del Papa, que puede consagrarle ántes de la fiesta de S. Remigio, si se lo suplica la iglesia de Paris, y que en esta consagracion podrá usar su *pallium*, aunque le estaba prohibido su uso durante algun tiempo. En tercer lugar suplica al Arzobispo impida que la paz procurada á todas las iglesias de Francia, no se viole en una parte de la diócesis de Chartres, contigua á la de Sens. — S. B.

RICHER, obispo de Verdun, no es conocido en la historia literaria más que por un epitafio que se hizo á sí mismo en seis versos elegiacos. El P. Mabillon los inserta en sus *Analectas*, y se les ha dado lugar en las diversas historias de Lorena y de la de Verdun. Es más estimado por los sentimientos de humanidad del autor, que por la belleza de la versificacion. Richer habia sucedido en la sede episcopal de Verdun á Thierri, muerto en 1088, pero no fué consagrado hasta 1095, por haber recibido la investidura de mano del emperador Enrique IV. Informado este príncipe de los pasos que habia dado para ponerse bien con el Papa, se irritó en extremo; para apaciguarle, le prometió Richer de nuevo fidelidad, la que le guardó. Pero temiendo haber ofendido á la Santa Sede, se abstuvo de todas las funciones episcopales hasta obtener la absolucion del Papa. Murió en 21 de Junio de 1107. Concedió á la abadía de S. Miguel de Verdun el derecho de acuñar moneda en su calidad de señor temporal de aquel territorio.—S. B.

RICHER, monje de Rheims. Es conocido porque Trithemio habla con elogio de él en diferentes lugares, diciendo florecia en Francia en 992. Era benedictino y habitaba en Rheims. Siendo muy estudioso, obtuvo grandes conocimientos en las ciencias divinas y humanas. Tenia un ingenio claro y perspicaz, y se enunciaba con claridad. Trithemio no habia visto de él más que una sola obra, que tenia por título *Historia de los Franceses*. Se hallaba dividida en dos libros, en que el autor referia sus hazañas con tanta elegancia como precision y exactitud, lo que le habia adquirido tanta autoridad, que era preferida con la de Frodoardo, de que era, por decirlo así, un suplemento, á las demás que se habian publicado en los siglos anteriores, en particular á la del abad Echard, sobre todo en lo que se referia á la manera en que Hilduino, abad de Lobes, habia llegado á hacerse nombrar obispo de Lieja. Richer dedicó su obra á Gerberto, que desde monje habia sido elevado á la sede arzobiscopal de Rheims. Así se lo explicó hácia el año de 994 ó 995, diciendo muchas cosas que habian pasado bajo el pontificado de Julio y de su sucesor Herve, que habian sin duda sido omitidas por Frodoardo. La historia de Richer no ha llegado hasta nosotros, ó al ménos no se ha dado todavía á luz. Encuéntrase en el tomo I de la biblioteca del P. Labbé, una crónica escrita á últimos del siglo X, que contiene un *Catálogo* de los obispos de Yorck desde el año 627 al 971. Llega más léjos, pues habla de los siete sucesores de Oswaldo, que recibió en Roma en 972 el *pallium* del papa Benedicto VI, pero no dice de él más que una palabra, sin marcar los años de su pontificado; de donde puede conjeturarse que es una adicion hecha á esta crónica por alguna mano extraña. La sigue otra crónica de Angulema, que comienza en la muerte de Carlomagno, en la coronacion de Luis el *Bondadoso*, es decir, en el año 814, y concluye en 991 inclusive. Dícese en el año 834, que en el mes de Junio todos los monjes que habitaban la isla de Hero ó de Nermontier, la abandonaron sin duda por temor á los normandos, y en el año 868 que el hambre fué tan grande en todas las provincias, que no teniendo los hombres que comer, mataban á sus semejantes para satisfacer esta necesidad; que en 987 el monasterio de S. Pedro fué consumido por las llamas, etc.; algunos creen que esta crónica es del monje de Rheims, pero la opinion general es que pertenece á un anónimo. —S. B.

RICHER, abad de Prum, es conocido por dos cartas del papa Juan X, á Heriman y al rey Cárlos de Francia, en que se refiere, que habiendo muerto en 920 Esteban, arzobispo de Tongres ó de Lieja, se dividió el clero con motivo de la eleccion de su sucesor, eligiendo unos á Hilduino, y otros á Richer, abad de Prum. El rey Cárlos el *Simple* tomó desde luego el partido de Hilduino, clérigo de la iglesia de Lieja, pero sabiendo que se habia

unido á Guilleberto, que pretendia el reino de Lorena, dió á Richer el obispado de Lieja. El rey Cárlos manifestó su descontento á todos los obispos de su reino, á quienes pintó á Hilduino como traidor á su príncipe, y como que habia abusado de los tesoros de la iglesia de Lieja. En cuanto á Hermann de Colonia, aseguraba Cárlos que este arzobispo le habia dicho, en presencia de muchos testigos, que no habia consagrado á Hilduino más que por temor de que se le arrebatasen los bienes y la vida, y áun toda su familia; que habia citado despues á Hilduino tres veces para irse á defender delante de un concilio de las acusaciones presentadas contra él, y que se habia negado á comparecer. Este príncipe añadia que no habia dado el obispado á Richer más que porque habia sido elegido unánimemente por el clero. Hablóse de este asunto al Papa, quien mandó al arzobispo de Colonia fuese á Roma con Hilduino y Richer. Dió noticia al rey Cárlos de lo que habia hecho, y de la excomunion que habia pronunciado contra Huberto por haber saqueado y quemado los lugares pertenecientes á la Iglesia romana. En su carta á Hermann le acusaba de haber consagrado á Hilduino sin órden del Rey, sin la cual, decia, no se debe consagrar á ninguno de obispo de una diócesis. Una enfermedad que sobrevino á este obispo le impidió hacer el viaje á Roma; Hilduino y Richer le hicieron, pero habiendo procurado Hilduino evitar la sentencia del Papa, fué excomulgado, de manera que Richer ganó la causa. Juan X le consagró por sí mismo y le concedió el *pallium*, gracia que no se habia hecho hasta entónces á ningun obispo de Lieja. Richer ocupó esta silla veintidos años. Al volver á su iglesia en 922 encontró todos los ánimos unidos á su favor, y el nuevo prelado empleó todo su celo en reparar los males ocasionados por su competidor en los diez y ocho meses que habia tenido ocupada aquella iglesia. Durante su gobierno sufrió aquella diócesis muchas guerras de los reyes de Francia y de Alemania que se disputaban el ducado de Lorena. Murió Richer en 945, y se le atribuye la institucion de los doce canónigos que eran abades de otras tantas colegiatas de aquella diócesis.—S. B.

RICHER ó Richerius, monje de la abadía de Sénones en el XIII siglo. Este ilustrado y religioso varon hizo sus estudios literarios y teológicos en Strasburgo, ignorándose si en esta ciudad fué donde tomó el hábito y abrazó la vida religiosa. Además de ser tan versado en las letras sagradas y profanas, era un sugeto de tanta actividad y tan dado á continuas ocupaciones, que jamás tuvo momento de distraccion ni de ociosidad: muy inclinado tambien al estudio de las bellas artes, se dedicó con el mayor ardor á cultivar el ramo de escultura, para cuyo sublime arte se encontraba dotado de las mejores disposiciones. Así fué que despues de su ingreso en el monasterio, empleó sus talentos con la mayor asiduidad en decorar, engrandecer y hacer

célebre la iglesia de Sénones. Con la mejor voluntad y el permiso de sus superiores, construyó y colocó muchos sepulcros labrados en mármol, obras que causaron la admiracion de sus contemporáneos por su sobresaliente mérito, riqueza y perfeccion en sus detalles; entre otros es muy celebrado y muy visitado de los inteligentes el sepulcro del abad Rambert, que murió en el año de 1136; está fielmente representado sobre su tumba, revestido de sus hábitos pontificales, teniendo graciosamente el báculo pastoral; no sabiendo que admirarse más en obra tan perfecta, si la verdad y exactitud de esta magnífica obra ó la riqueza y pulcritud en todos sus accesorios y detalles. El nunca bien ponderado Richer, religioso general tanto en profundos conocimientos literarios, como escultor consumado, compuso por el mismo tiempo la *Crónica de Sénones y de otras abadías de los Vosges*, obra de tanto mérito y tan bien escrita, que fué impresa por Achery en el tomo CXI del *Espicilegio;* pero con la desgracia de que el editor ha cercenado y suprimido muchos de sus capítulos. En el siglo XVI existia una traduccion francesa de esta crónica, que ha sido revisada y publicada por Mr. J. Cayon, en Nancy, año de 1843, en 4.°; de cuya edicion se tiraron únicamente cien ejemplares. Se hallan en esta obra, en medio de muchos cuentos ó fábulas, muchos hechos curiosos, y muchísimos detalles acerca de las bellas artes, que pueden servir y suministrar muchas luces para la historia del arte francés en el XIII siglo. Richer murió, segun Ducange, en 1267, dejando testimonios imperecederos de su gran mérito en sus obras, tanto artísticas como literarias. Dom. Calmet, abad de Sénones, ha consagrado un artículo, copioso de datos y de noticias, sobre la historia de este monasterio, que se halla en la biblioteca de Lorena.— A. L.

RICHER (Edmundo). Nació este famoso síndico de la facultad de teología de la universidad de París, el dia 15 de Setiembre de 1560 en Chaource de Champagne. Desde muy niño fué inclinado al estado eclesiástico, pero no pudiendo sus padres subvenir á los gastos de su educacion, le permitieron ir á París para que buscase en esta ciudad los medios necesarios para poder seguir su vocacion; solo contaba en esta ocasion diez y ocho años de edad. Llegando á París, tuvo la fortuna de encontrar un colegio, en el que mediante ciertos servicios, se le daba el alimento, y dedicó al estudio y á la asistencia de las clases el tiempo que se lo permitia su destino, y fué tal su aplicacion, que en ménos de tres años se encontró en estado de entrar á estudiar la filosofía. En 1583 fué recibido bachiller en artes, y pasó á estudiar la teología. Los rápidos progresos que hacia llamaron la atencion de un doctor llamado Esteban Rosa, simple vicario de S. Ives, y recibiéndole este generoso sacerdote en su casa, cubrió todas sus necesidades. Ya dueño de sí Richer, se dedicó completamente al estudio, no permitiéndose

más que dos horas de descanso por la noche. Dándosele una cátedra en la universidad, pudo dejar de ser gravoso al benéfico vicario, y despues de haber enseñado dos años humanidades, profesó la filosofía, se agregó á la casa de Sorbona, y se hizo licenciado. Sucedia esto en 1587, época de perturbacion y del más deplorable fanatismo, del que no habian sabido librarse muchas comunidades religiosas, ni la mayor parte de los curas de París, ni el partido dominante de Sorbona. Habia publicado este partido el extraño axioma de que se podia quitar el gobierno á los príncipes que no fuesen como debian ser, del propio modo que se quita la administracion á un tutor que se tiene por sospechoso. Sosteníase abiertamente en el púlpito y en los círculos políticos la doctrina de la desobediencia al poder legítimo, y áun la del regicidio. Richer fué arrastrado por sus maestros á esta doctrina, y sus tésis debian conformarse á ella, so pena de exclusion; pero debe confesarse en honor suyo, que fué uno de los primeros que volvieron á entrar en el buen sentido y en la razon. En sus últimas tésis hizo ver las ventajas que proporcionaba á un estado el que sus reyes se sucediesen por herencia. Habiendo recibido la borla de doctor en 1590, sostuvo con vigor, ya en sus escritos, ya en sus sermones, los derechos de Enrique IV que acababa de subir al trono de Francia, pues desde que fué hecho doctor, se dedicó á la predicacion. Muchos años ocupó la cátedra del Espíritu Santo con buen éxito, predicando en París los advientos y cuaresmas. En 1594 le nombraron principal del colegio del cardenal Lemoine, cuya casa, que habia servido de cárcel durante las turbulencias políticas, se hallaba en un tan miserable estado que ni habia órden ni estudio, y Richer restableció ambas cosas. Reedificó el edificio que estaba ruinoso, sometió á todos los dependientes á una severa disciplina, volvió á su destino la capilla, volvió á abrir las clases, llamó buenos profesores para que las regentasen, y escribió obras para perfeccionar la educacion. El cuartel ó barrio en que se hallaba el colegio estaba infestado por un albañal, y se inundaba siempre que se desbordaba el Sena, y Richer quitó el albañal, y por medio de diques y parapetos que hizo levantar con el producto de las economías que logró, contuvo las aguas del rio en su cauce por aquella parte. Necesitando varias reformas la universidad de París, las confió el Rey á las personas más distinguidas del reino, y como para hacer ejecutar los nuevos reglamentos fuese necesario nombrar censores, Richer fué nombrado al frente de ellos. Ocupábase en 1605 en una nueva edicion de las obras de Gerson, que ya estaba á punto de publicar, cuando Maffei Barberini, nuncio en Francia, que fué papa despues con el nombre de Urbano VIII, fué advertido de ello por Duval, doctor de la Sorbona, imbuido de las opiniones ultramontanas. Temiendo Barberini los efectos de esta nueva edicion, á causa de las diferencias que

acababan de suscitarse entre el pontífice Paulo V y la república de Venecia, trabajó al efecto, y lo consiguió, para que se suspendiese la publicacion. A esta primera tentativa contra una doctrina que hacia parte de las leyes del Estado, dice Mr. L'Ecri, biógrafo de Richer, al que seguimos en este artículo, debe remontarse el orígen de las turbulencias que poco despues se suscitaron en Sorbona, con motivo de las prerogativas de los poderes eclesiástico y secular. En 1608 fué nombrado Richer síndico de la facultad de teología, y uno de sus primeros cuidados fue tomar las debidas precauciones para que, con arreglo á lo dispuesto en la Sorbona, no se ingiriese en las tésis nada que contrariase á las libertades de la Iglesia galicana. En 1611 el capítulo general de los Dominicos, que se reunió en París, empezó á presentar y sostener tésis segun su costumbre, y sabiendo Richer que el nuncio Waldini y el cardenal Duperron debian sostener, por medio de religiosos extranjeros, la infalibilidad del Papa y su superioridad sobre el concilio, asistió á esta tésis, é hizo ver su oposicion prohibiendo á los bachilleres argumentar sobre proposiciones de este género, conducta que fué aprobada por el parlamento de París y por todos los afectos á las máximas antiguas. En esta ocasion, el primer presidente Nicolás de Verdun pidió á Richer un compendio de la doctrina de la universidad acerca de la autoridad del Papa, por cuya razon compuso su libro *De Ecclesiasticâ et politicâ potestate;* obra que dió márgen á tantas disputas, y que proporcionó á su autor una sentina de disgustos que no acabaron sino con su muerte. Este libro era un corto sumario de treinta páginas en 4.°, dividido en diez y ocho capítulos, en los que exponia el autor los principios que formaban la doctrina de la antigua escuela de París; no le escribió para que se publicase, pero como se le pidiesen muchos y temiese le adulterasen en las copias, consintió en que se imprimiesen solo trescientos ejemplares, pero sin nombre de autor ni lugar de impresion, cosa que disgustó muchísimo al nuncio y al cardenal Duperron, los cuales resolvieron hacer se desposeyese á Richer del sindicato, lo cual lograron indisponiéndole con la corte, y obteniendo la órden para que se nombrase un nuevo síndico. Verificándose la deposicion á primeros de Setiembre de 1612, protestó Richer de la violencia que se le hacia, y no volvió á las asambleas. Desde el dia 13 de Marzo del mismo año tenia reunidos el cardenal Duperron en su casa los obispos de la provincia de Sens, de que era metropolitano, y los cuales habian ido á París para elegir un agente del clero. En esta reunion se censuró el libro de Richer, sin tocar, así se decia, á los derechos del rey y de la corona de Francia, derechos é inmunidades y libertades de la Iglesia galicana; reserva bastante singular, puesto que el libro no habia tenido otro fin al escribirse que establecer estos derechos y libertades. Esta censura fué retirada el 24 de

Mayo siguiente en un sínodo de la provincia de Aix, con la diferencia de que no se insertó en él la excepcion, porque se sabia que esta reserva habia desagradado á Roma, en donde se proscribió el libro. Interpuso Richer apelacion del primer juicio, pero se prohibió en el Parlamento dar curso á esta apelacion. Desde entónces aparecieron multitud de escritos contra el libro de Richer, sin que se permitiese á este responder á ellos, pues que la corte se lo prohibió, mandándole guardar silencio sobre este asunto. Llegó á tal punto la persecucion contra Richer, que el duque de Epernon, de quien todo el mundo se admira quisiese figurar en este asunto, le mandó prender, y le encerró en las prisiones de S. Victor, con intencion de mandarle á Roma para que fuese entregado al tribunal del Santo Oficio; pero reclamándolo con empeño la universidad, fué puesto en libertad. El resto de su vida la pasó Richer en una lucha contínua con sus enemigos, entre los que fué Duval uno de los más ardientes. Insistian estos en que hiciese una retractacion absoluta de su libro, y él ofreció explicar en sentido católico los puntos que se encontrasen reprensibles, porque la censura no habia señalado ninguno en particular. Esto ofreció Richer en otras dos declaraciones que remitió en 1620 al cardenal Retz, añadiendo que sometia no solo cuanto contenia su libro, sino cuanto habia escrito y escribiese aún, al juicio de la Santa Sede y de la Iglesia católica, apostólica y romana, madre y señora de todas las iglesias, como habia declarado muchas veces; lo cual ni satisfizo á sus adversarios, ni á Roma adonde fueron mandadas las declaraciones: el furor clerical jamás cede sino con el sacrificio entero de los que considera sus enemigos, á los que ni áun suele perdonar despues de la muerte, cosa bien poco conforme con la caridad y prescripciones del Evangelio; son hombres, y el estado eclesiástico, por desgracia, no libra al que le abraza de las pasiones que avasallan á la humanidad, como no tenga la dicha de asirse á la ley santa con tanta fuerza que la carne, el mundo y el infierno reunidos no tengan fuerza bastante para separarle de ella, lo cual solo puede conseguirse con el poderoso auxilio de Dios. Continuaban las divisiones en Sorbona con respecto á las doctrinas por que se perseguia tan tenazmente á Richer, cuando en 1629 el cardenal de Richelieu, provisor y protector de esta casa, que acababa de hacer reconstruir con magnificencia, no creyó indigno de su atencion el tomar parte en este asunto. Deseando que cesasen tan largos como empeñados debates, llamó á su casa á Richer, y discutió con él sobre algunos puntos que le expuso. Cedió Richer mediante las ligeras concesiones que le hizo el cardenal, y la declaracion, tal cual la deseaba éste, se firmó en casa del P. José. Terminada la controversia, se unieron ambos partidos, Roma quedó satisfecha, y el mismo Duval fué á felicitar á Richer, suplicándole olvidase lo pasado. Así se cuenta el caso por algunos,

y loable será que sea la verdad; pero otros lo relatan del modo siguiente, que seria sensible fuese la verdadera historia. Ya fuese que los adversarios de Richer esparciesen que la retractacion habia sido absoluta, ó que él mismo entendiese que podian creerlo así, volvió á renovar sus antiguas protestas, cuya noticia llegó á Roma. Dícese que comprometido entónces el cardenal Richelieu, no queriendo sufrir el que se le desmintiese, resolvió procurarse por la fuerza lo que no habia conseguido con su dulzura por las vias de la conciliacion, y por lo tanto se pretende que la escena entre el P. José y Richer pasó bajo la influencia del puñal de dos asesinos, que le presentaron la declaracion que no tuvo más remedio que firmar. Esta anécdota, que niegan los adversarios de Richer, parece haberse fundado principalmente en una carta que escribió Morisot á Curet, canónigo de Langres, en 27 de Abril de 1633, que forma parte de las *Epistolarum Centuriæ* de este autor, declarando que habia sacado la noticia de una carta que le habia escrito el mismo Richer. A pesar de que otros hechos del ministerio de este célebre cardenal podrian dar algun crédito á la violencia que se le atribuye en esta carta, y de que Morisot no puede pasar como un falsario, atendida su intachable conducta, este escrito sin embargo ofrece muchas inexactitudes para dar lugar á que se dude con razon de su autenticidad. Háblase en ella en 1633 de la muerte de Richer como si acabase de suceder, y hacia diez y siete meses que ya no existia; se dice en la misma que tenia ochenta y cuatro años, y solo contaba setenta y uno; se dice que escribió su libro, *Del Poder eclesiástico y político*, á peticion del príncipe Enrique de Condé, siendo así que es público lo hizo á solicitud del primer presidente Nicolás de Verdun, como dijimos en su lugar; Morisot hace entender que la muerte de Richer siguió á pocos dias de la escena pasada en casa del P. José, y es sabido sin contradiccion, que sobrevivió más de un año á la época en que se fija esta. En fin, se dice que el cardenal Richelieu no se atrevió á sacar ventaja alguna de la retractacion, y ciertamente que este cardenal no retrocedia, como es sabido, ante la opinion pública, ni por amenazas de ninguna clase. Por otra parte, las cartas de Morison se consideran como no dirigidas á las personas cuyos nombres llevan, suposicion, dice L'Ecri, que disminuye la confianza de que sea cierto lo que contienen. Despues de una larga enfermedad, y sufriendo mucho del mal de piedra que le atormentaba, y por lo que le habian hecho varias operaciones sin buen éxito, murió Richer dulcemente y sin agonía el dia 28 de Noviembre de 1631, habiéndose preparado ántes para este trance fatal con ejercicios de una piedad sólida é ilustrada. Enterrado en la Sorbona, todos los años se celebraba una misa por su alma. Se imputa á este eclesiástico haber tenido deas republicanas, y el abate L'Advocat, escritor juicioso y moderno co-

frade suyo en Sorbona, conviniendo en esto, rinde homenaje á su profunda erudicion, á su habilidad en materias teológicas, á la fuerza de sus razonamientos, y sobre todo al espíritu crítico que reina en todas sus obras, mérito que en su tiempo era bastante raro, y no es extraño fuese así, porque el estudio de las santas Escrituras, de los santos Padres, y de las antigüedades eclesiásticas habia constituido la principal ocupacion de su vida. Han quedado de este célebre eclesiástico las obras siguientes: Una edicion de *Gerson*, que no se publicó hasta el año 1607, pues que se difirió su publicacion por un año á instancias del cardenal Barberini, como anunciamos en su lugar.— *De Ecclesiasticâ et politicâ potestate;* 1611, en 4.°; otra edicion en 1629, con pruebas en cada capítulo, la cual se imprimió en Bolonia, en dos vol. en 4.° Dom. Thierry de Viaixnes publicó otra edicion, tambien en Colonia, en 1702, en 4.°; y la misma obra se insertó en la *Monarchia* de Goldast.—*Apologia pro Joanne Gersonio, pro supremâ Ecclesiæ et Concilii generalis auctoritate, et independentiâ regiæ potestatis ab alio quàm à solo Deo*; Leyde, 1676, en 4.° Esta es una respuesta al libro de Belarmino, titulado: *Joannis Gersonii de excommunicationis valore, libri duo;* la cual habia sido escrita en 1606, y no se imprimió en vida del autor. Una edicion y traduccion francesa del libro de Tertuliano, publicado en 1660.— *Obstetrix animorum;* Leipzig, 1695, en 4.°; y algunos otros libros de gramática.— *Vindiciæ doctrinæ majorum de auctoritate Ecclesiæ in rebus fidei et morum;* Colonia, 1683, en 4.°—*De potestate Ecclesiæ in rebus temporalibus;* 1698, en 4.°—*L' Histoire de son Sindicat*; Aviñon (París), 1753, en 8.° *De optimo Academiæ statu;* 1603, en 8.°—Además quedan de este autor aún algunas obras inéditas, cuyos detalles se hallan en Moreri, edicion de 1759. Escribió la vida de Richer Adrien Baillet, y se publicó en 12.°, en Amsterdam, el año 1715; pero dice el abate Gouget que la impresion de esta obra difiere en muchos puntos del original de Baillet.—B. C.

RICHER DU BOUCHET (El abate Claudio). Nació este matemático é historiador en Auxerre el dia 10 de Noviembre de 1680. Fué hijo de un abogado del Parlamento, y despues de haber estudiado humanidades, pasó á estudiar teología con ánimo de seguir la carrera eclesiástica, y terminados que fueron los cursos, fué ordenado sacerdote. Pasó treinta años ejerciendo las funciones eclesiásticas, siendo al propio tiempo preceptor de algunos jóvenes, y capellan de algunos conventos de religiosas. Sus virtudes le valieron ser nombrado canónigo de la colegiata de S. Quirico de Provins, y despues dean de la iglesia de nuestra Señora de la misma ciudad, en cuyo destino murió el año 1756. Fué Richer muy versado en matemáticas y en filosofía. A la edad de veinte años, hallándose en París, publicó: *La Gnomónica universal, ó ciencia de trazar los cuadrantes solares en toda clase de superficies,*

tanto fijas como movibles; 1701, en 8.° Esta obra le realzó mucho en el concepto del público, pero su precaria posicion y su natural inconstancia le impidieron sacar partido de esta favorable circunstancia. Despues dirigió casi del todo el *Análisis general de los nuevos métodos para resolver los problemas;* obra que se imprimió en 1733, con el nombre de Lagny, miembro de la Academia de Ciencias, al que estaba unido Richer con íntima amistad. Este libro, que forma el tomo XI de las *Memorias de la Academia*, debia ser seguido de otros tres, que dice habia terminado Richer, pero que no se han publicado. Desde que se fijó en Provins, la historia antigua vino á ser el exclusivo objeto de sus investigaciones. En un principio publicó un *Discurso sobre la utilidad del fragmento de Manéthon sobre las dinastías de los reyes de Egipto*; Provins, 1747, en 12.°, el cual era la exposicion de un inmenso trabajo, del que se ocupaba sin descanso en perjuicio de su salud. Despues de haber compuesto dos volúmenes en fólio, titulados *Denouement du fragment de Manegton*, no pudo lograr se imprimiesen, é insertó un extracto de este trabajo en el *Diccionario de Moreri* de 1749, en donde se ve tambien una série cronológica de los reyes de Egipto, que habia ya publicado conforme al fragmento de Manethon. El *Diario de los Sabios* de Febrero de 1790 contiene un análisis de este extracto. Richer du Bouchet, dice Mr. Phibert, su biógrafo, se presentó muchas veces candidato para una plaza de la Academia de Ciencias, en la que sus trabajos le hicieron bien digno de sentarse, pero su carácter áspero y raro no le granjearon simpatías en la Academia, y se quedó sin ingresar en ella.—C.

RICHERY (Cárlos Alejandro de). Nació el dia 31 de Julio de 1759 en Atons, fortaleza situada en la alta Provenza. Fué su padre un benemérito oficial, que habia asistido á muchas acciones de guerra entre otras á la célebre batalla de Fontenoy, y su nobilísima familia contaba entre sus ascendientes á muchos sugetos eminentes, que habian ocupado lugares muy distinguidos en las ciencias, en la milicia y en la Iglesia, habiendo habido ocasion de contarse en esta familia tres canónigos y un preboste al mismo tiempo. Sus padres trataron de educarle con el mayor esmero, ya porque veian en él una no vulgar capacidad, ya tambien para corresponder á los antecedentes de su esclarecida familia, pues á la verdad hubiera sido una mengua para ellos el que este jóven no hubiera sido todo lo que podia ser, por no haberle sus padres proporcionado medios, tanto más cuanto que los tenian y abundantes para esto y para mucho más, porque eran ricos, muy ricos, y no tenian hasta entónces otro hijo que Cárlos, si bien despues tuvieron otro y otras hijas. No siendo posible, como no lo era, educarle en el lugar de su nacimiento más que en los elementos de su lengua patria y en la latina, luego que tuvo hechos estos estudios le llevaron á Aix, que fué

donde estudió humanidades completamente y filosofía, con buenas notas y portándose muy bien, pues su conducta nunca indicó la importancia de sus padres, ántes por el contrario cualesquiera le hubiera tenido por un hombre oscuro, y de esos que no muestran los antecedentes, porque desgraciadamente no son muy ilustres sus progenitores. Esto claro es que no es un defecto, ni mucho ménos, es en hecho de verdad un rasgo de abnegacion, que comenzó á indicar lo que luego dijeron sus deseos, sus obras y los buenos oficios que prestó cuando y como pudo á la Iglesia y á su patria. Hechos en Aix á completa satisfaccion de sus excelentes maestros los estudios de humanidades y filosofía, fué trasladado á París para que estudiase sagrada teología, que fué la carrera á que mostró su decidida inclinacion, y la cursó con grande aprovechamiento, habiendo merecido siempre no solo las mejores notas, sino el primer lugar entre los que merecian las superiores calificaciones, y el que en las ocasiones en que S. Sulpicio, que fué el seminario á que perteneció, tenia que presentar algunos alumnos que sostuvieran tésis con otros estudiantes ó de otros seminarios, ó alguna vez de otras naciones, nuestro Cárlos Richery era el designado por sus maestros para sostener las opiniones de su colegio, habiendo siempre salido no solo airoso sino con ventajas sobre sus contrincantes, siquiera no lográra otra que la de hacerles confesar su ignorancia en las lenguas orientales, que él aprendió por casualidad, y que sirven muy mucho al teólogo para sacar de las verdaderas fuentes de verdad, que son los libros santos, argumentos que no podian desenvolverse bien si no se cotejaban los libros santos, mediante el conocimiento de los originales. El brillante éxito que obtuvo en cuantos actos académicos hubo de sostener, y el despejo natural de que estaba dotado, así como su constante aplicacion, movieron al dignísimo obispo de Aix á llamarle á su lado, confiriéndole una canongía. El haberse dedicado de un modo tan especial al culto de Dios, y el tener que ocuparse por oficio en dirigir al Señor las alabanzas que le son tan debidas, halagaban muy mucho á nuestro buen sacerdote, porque era extraordinariamente piadoso, y se queria dedicar completamente al servicio del Señor. Con puntualísima asiduidad concurria al coro á todas las horas canónicas, y nunca se le vió faltar en lo más mínimo ni á los cabildos ni á los demás actos de corporacion, confiándole sus compañeros muchas y muy delicadas comisiones, que él desempeñaba admirablemente, con cuyo favorable resultado se alentaban más y más en echar mano de él, siempre que era necesario, tanto más cuanto que constaba á todos que lo hacia con la mayor buena fe. Cumpliendo, pues, religiosamente con las obligaciones que le imponia su cargo de canónigo, y además con las de sacerdote, que desempeñaba con grandísimo provecho de los fieles, no estaba satisfecho porque decia que el Señor que-

ria de él alguna cosa más, y que era pequeño el sacrificio que habia de hacer para servirle en este estado de simple canónigo, por lo cual ambicionaba un estado más perfecto, ingresar en alguna religion, á ver si allí, decia, podia adelantar algo en el amor y servicio de su Dios, acerca del cual eran todas sus aspiraciones. Decidióse por fin á entrar religioso, y escogió la órden de la Trapa, acaso por lo mismo que su observancia es tan rígida; mas todos los que sabian sus proyectos de ingresar en ella, presagiaban que no podria soportar el género de vida que ella misma impone; así que su mismo confesor fué el primero en aconsejarle que no renunciára, como él queria, su canongía, pues en el caso de no probarle á la salud tendria que volver á ella, lo cual era no solo lo más conveniente sino lo más decoroso, pues visto que Dios no le llevaba al estado perfectísimo que el se proponia, lo procedente era servir al Señor en aquel en que su Majestad le habia constituido. Efectivamente, obtenido del cabildo permiso para hacer, digámoslo así, este ensayo, fué á la Cartuja, donde le recibieron con extraordinario contento. Esforzóse muchísimo por cumplir con cuanto las constituciones y reglas de aquella santa casa prescriben, pero no era para esto para lo que Dios le tenia; apénas disfrutó un momento de salud en aquella santa casa, cada vez que practicaba un ejercicio, cuando se daba del todo á alguna observancia, al momento recaia, y los mismos médicos de la comunidad fueron los que indicaron á esta que sería un verdadero cargo de conciencia el dar la profesion y admitir definitivamente á Richery, no porque sus deseos no fuesen excelentes, ni porque no hubiera de hacer cuanto estuviese de su parte para cumplir el instituto acaso con más exactitud que otros muchos, sino porque su físico no le permitia dedicarse á los trabajos que la Orden exigia, ni vivir con el rigor que en ella no se puede dispensar, por lo que con verdadero sentimiento de todos, porque todos conocian sus excelentes prendas y relevantes circunstancias, fué necesario hacerle desistir de su propósito y hubo de retirarse de allí, porque no quiso, como lo hubieran estimado mucho los padres, vivir allí como huesped, sino volver á sus faenas de coro, iglesia y demás, pasando ántes de esto unos dias en S. Sulpicio, ya para reponerse, que bien lo necesitaba su delicada salud, ya para enterarse al por menor de algunas cosas que queria saber, para poder proponer en cabildo con el debido acierto alguna que otra mejora, que ya él tenia en su mente de mucho tiempo ántes. A su regreso á Aix recibió, como era consiguiente, el testimonio del más cordial afecto de parte de todos, porque todos le estimaban como merecia; bien es verdad que él siempre estaba dispuesto á hacer en beneficio de todos cuanto bien estaba en su mano. Al poco tiempo de residir segunda vez su prebenda, fué nombrado vicario general de Senez, adonde fué, como era debido, á desempeñar su importante cargo, y lo hizo

con el acierto que hasta entónces y despues ha mostrado en todas sus acciones y en el desempeño de cuantos cargos de toda especie le han sido confiados. Tranquilo, muy sosegado, y atendiendo solamente á procurar á los fieles de la diócesis que, digámoslo así, gobernaba, todo género de bienes en el órden que á él le era posible procurarlos, estaba cuando la revolucion; pero en ella tuvo que sufrir sus terribles consecuencias y emigrar, no sin pena de sus fieles súbditos, que sin embargo veian que ni este vicario tan excelente, ni los prelados y demás eclesiásticos constituidos en dignidad, tenian otro remedio si habian de cumplir como era debido con las obligaciones que su conciencia les imponia en órden al desempeño de sus respectivos ministerios, y si habian de sostener los derechos de la Iglesia con la energía que era debido y con la firmeza que Dios exige de los sucesores de sus apóstoles. Vaciló acerca del lugar donde habia de fijar su residencia en aquellos azarosos dias, y aumentaba su vacilacion el muy vario dictámen de aquellos á quienes consultaba, porque unos creyendo transitorios y muy del momento los efectos de la revolucion, que creian sufocada al momento, le aconsejaban que se alejase muy poco de Aix, para estar más cerca ó de esta ciudad ó de su vicaría; al paso que otros que veian bajo su verdadero prisma á la amenazadora revolucion, querian que se fuese á un país extranjero, donde estaria libre de sus ataques, que habrian de ser cada vez más rudos contra los verdaderos católicos, conforme fuesen más y más vencidas las maquiavélicas intenciones de los que buscaban en la defensa de su pretendido derecho el medio de destruir al catolicismo y asentar en Francia y áun en el orbe la pretendida reforma, como si al hombre miserable fuese dado destruir la invencible barquilla de Pedro que, segun palabras del Dios hombre, prevalecerá hasta el fin del mundo, sin que todos los embates de Satanás sean capaces á neutralizar sus triunfos, tanto más señalados cuanto más reñidas sus batallas. Decidió al fin irse á Roma, y vivir allí retirado en un convento, ocupándose solamente en obras de piedad, y prestando los auxilios que podia, ya ayudando á los religiosos en las obras de su ministerio, ya tambien enseñando á algunos jóvenes la lengua francesa, cuyo estudio habia indudablemente de reportarles utilidad, puesto que, como sabemos, es hoy el francés el idioma universal, diplomático y hasta comercial en Europa. En la capital del orbe católico fué muy estimado Richery, é intimó grande amistad con unas señoras de las más principales de Francia, tias de Luis XVI, siendo tanta la confianza que logró inspirar á aquella esclarecida familia, que no habia asunto de importancia acerca de cuya resolucion no se le consultára; y cuando en 1816 fueron trasladados de Roma á París los restos mortales de las personas distinguidas de esta familia, que en Roma habian perecido por efecto de la revolucion, el señor Richery con el

abate de La-Tour fueron los comisionados de desempeñar esta mision, que siempre excita simpatías en la familia, así como demuestra predilección de parte de quien designa para tan importantes cargos. Aunque por los años de 1800 ya abandonó Richery á Roma, y vino á Francia por motivos puramente de familia, no se hizo ver siquiera durante el mando de Bonaparte, porque nunca pensó en aceptar ni mucho ménos desempeñar ningun destino en época que para él era tan revolucionaria como al principio. Vinieron despues las cosas á su debido punto de ser, y entónces ya regresó nuestro Richery, como regresaron casi todos los expatriados, unos á ponerse al frente de sus antiguos cargos, otros á desempeñar los nuevos que se les conferian, ó por haber fallecido sus poseedores, que muchos fueron los que desaparecieron durante las revueltas políticas, ó porque era conveniente que se separasen los que estaban algun tanto sospechosos por no haber tenido la energía suficiente para haberse resignado, como sus compañeros, á sufrir lo que Dios hubiese permitido por su causa; porque en realidad de verdad la causa de Dios era lo que motivaba los atropellos y escándalos de que habian sido víctimas los que no habian querido favorecer á la revolucion. Richery, como era consiguiente, no volvió al desempeño de su vicaría, porque era destino amovible, y no fué llamado porque el cabildo no queria hacerlo hasta que el prelado viniera, y éste no habia sido nombrado aún, porque el que habia en su tiempo habia muerto en el destierro. Recurrió, pues, á Aix, donde le recibieron con el aprecio que merecia, y pensaba ya aquel cabildo con su obispo, que era Monseñor Bausset, en conferirle la primera canongía que vacase, pero no hubo lugar á este nombramiento, porque en 1817 fué nombrado obispo de Frejus, cuyo cargo no queria aceptar, pero que le fué preciso tomar sobre sí, en atencion á que, sabidas sus excelentes cualidades, el romano Pontífice le obligó por obediencia á que aceptase, despues que le hubo preconizado Su Santidad. Claro es que ya no quedaba otro arbitrio que aceptar; sin embargo, en unas y otras cosas se le dió lugar á otra promocion, que se verificó en el que habia estado encargado interinamente del gobierno de su mitra, y que fué trasladado á otro obispado, para que Richery viniese á este de Frejus en 1823. Fué consagrado por el arzobispo de Aix en la catedral de este punto, y tanto su cabildo como el de la silla que iba á ocupar, se complacieron mucho en este nombramiento, los unos porque sabian bien lo que él era y lo mucho que podia esperarse de su celo y buenas cualidades, los otros porque llevando, como llevaban, tanto tiempo sin prelado propio, anhelaban con ánsia que el que fuera á gobernarlos lo hiciese con acierto, y por todos lados habian oido asegurar que el que se les mandaba era inmejorable; y ciertamente hablaban mucho en su favor su abnegacion en no querer aceptar la

mitra; la insistencia de la Santa Sede en colocársela sobre la cabeza, áun cuando la renunciaba; así es que iba á su diócesis bajo los mejores auspicios. Al momento de ser consagrado se encaminó á su destino, y fué recibido con las muestras del más vivo deseo de disfrutar por su medio de las ventajas de un pastor propio, que mira siempre á su grey de muy distinto modo que la mira el pastor mercenario. Apénas llegó, se dedicó al cuidado de sus fieles hijos; llamó á los prebendados, canónigos y clero, y les hizo conocer sus intenciones y miras, manifestándoles con la mayor sinceridad que contaba con su cooperacion, y haciéndoles ver que aunque le sería muy sensible tomar alguna medida dura, no transigiria con los que desgraciadamente no cumplieran con su ministerio como era debido; confirmó en los cargos que eran de su eleccion á aquellos mismos que venian á desempeñarlos, y anunció la santa visita, que emprendió desde luego, y que hacia sin aparato ni ostentacion, y parando siempre en las casas de los curas; pero sin permitirles hacer gasto alguno, pues cuantos ocurrian los costeaba la mitra; siendo muy fecunda esta visita que hizo en reformas útiles, pero que planteaba sin ruido, digámoslo así, sin aparato, pues tuvo especial cuidado en ocultar á los fieles los defectos de los párrocos, y principalmente aquellos que decian relacion al cumplimiento de su importante ministerio. Era muy caritativo y tenia gran acierto para distribuir la limosna, siendo su mesa frugal, su casa y servicio modestísimo, y todo correspondia á un Padre que, dotado de muchos hijos, tenia que desvelarse y desvivirse para procurarles á todos lo que han menester. Su celo era de un dia y de otro dia, y su mente estaba ocupada siempre en promover el bien de sus fieles súbditos, proporcionando un clero ilustrado, para lo cual cuidaba con esmero el Seminario conciliar, haciendo que los profesores fueran los más escogidos, y la observancia tal, que impusiese á los seminaristas en todas sus obligaciones ántes de que fuera tarde. Era por consiguiente estimado de sus súbditos como un padre cariñoso de sus fieles hijos, y cuando supieron que iba á ser trasladado á la silla metropolitana de Aix, fué para ellos un verdadero disgusto, del que tambien participó el señor Obispo, porque les queria mucho, tanto por su docilidad y por el afecto con que siempre le habian mirado, cuanto porque en los seis años que llevaba al frente de ellos habia conocido su carácter, y no le habia dado á la verdad ocasion alguna de disgusto; es cierto que para prevenir estas desagradables ocasiones tenia el prelado un tino y prudencia especiales. No hubo remedio, sin embargo; la suerte de Monseñor Baussete, acaecida en 1829, á principios, hizo que se propusiera á Monseñor Cárlos Alejandro Richery, obispo de Frejus, para la silla arzobispal de Aix, y que preconizado en Roma y venidas oportunamente las bulas con el sagrado palio, tomase canónica posesion en los últi-

mos dias del indicado año 1825. No disfrutó por mucho tiempo su nueva dignidad, ni los de Aix tuvieron por largo espacio el consuelo de que fuera su prelado aquel en quien habian tenido tan celoso ministro cuando no era más que canónigo de aquella metropolitana iglesia. Es verdad que el riguroso invierno en que tomó posesion de su cargo pudo dar suelta rienda á su caridad, socorriendo pródigamente á los pobres, que pululaban, porque todo encareció mucho por haberse dificultado las comunicaciones; pero esto y comenzar la santa visita en el verano de 1830, fué lo único que pudo hacer; porque en 25 de Noviembre del mismo año fué acometido de un accidente apoplético, que le quitó la vida, sin que pudiera tener el consuelo de recibir los santos sacramentos. Sus honras solemnísimas fueron muy concurridas, y ni Aix, ni los demás puntos donde residió, olvidarán fácilmente á Monseñor Cárlos Alejandro Richery.—G. R.

RICHETTI (Fr. Félix), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Sena, en Italia. Despues de haber estudiado con notable aprovechamiento las humanidades, tomó el hábito y profesó en el convento de Santo Domingo de su ciudad natal, donde muy pronto dió claras pruebas de su virtud y su sabiduría. Enviado á la ciudad de Bolonia á continuar sus estudios, hizo tantos progresos en la teología, que terminada esta importante ciencia fué catedrático de la misma por espacio de algunos años en los conventos de su Orden. Habiendo adquirido notable fama, y hallándose en lo más florido de su edad, pues aún no contaba treinta años, pasó de esta á mejor vida en el convento de Sena, donde yace sepultado, el dia 2 de Agosto de 1620. Escribió una obra en idioma italiano, titulada: *Compendio de la vida del V. Ambrosio Sansedonio, de Sena*, la cual fué impresa en Bolonia, año de 1615.—M. B.

RICHIUS (Roberto). Fué este virtuoso inglés originario de la ciudad de Abington, hermano único de S. Edmundo, arzobispo de Cantorberi. Estudió en Oxford con su hermano, del que fué inseparable compañero, y vivió bajo el reinado de Enrique III, soberano de Inglaterra, hasta 1238 en que murió. Dejó escritas las obras siguientes: *Exegesis in canonem S. Augustini.—Vita S. Edmundi.—De translatione ejusdem;* Pitseus, en sus *Ilustres Escritores ingleses*, da razon de estos dos piadosos hermanos.—C.

RICHMIRO (S.), abad. Es muy celebrado este santo monje de la órden de S. Benito en Cenomanos, de donde es patron. Nació en el pueblo Turonimo, de noble linaje. Desde su más tierna edad manifestó su inclinacion á las cosas santas y dedicarse al servicio de Dios. Siendo ya monje, edificó un monasterio junto á una poblacion ó lugar nombrado *Incondita*; y habiendo reunido con su piedad y eficacia en este nuevo convento algunos religiosos bajo la regla de S. Benito, llegó á ser una casa del Señor ejemplar y edifi-

cante. Pasado bastante tiempo y llevado de la fama de Egilberto, obispo de los Cenomanos, fué á visitarle, y le suplicó encarecidamente le concediese lugar ó sitio para edificar otro monasterio. El obispo atendió á sus ruegos, pues la fama del abad Richmiro estaba muy extendida, y aquel prelado le estimaba sobremanera y tenia en mucho sus virtudes y santidad; por lo tanto le proporcionó y ofreció un sitio muy ameno y rico de heredades; pero aquel santo varon, que hacia profesion de pobreza y humildad, con la mayor modestia lo rehusó, sin otro motivo que el ser tan pingüe y productivo. El prelado, admirando y respetando su desprendimiento y desinterés, le dió licencia para edificar donde quisiese, y movido de sus relevantes virtudes, servicios y santidad, le ordenó de sacerdote y concedió las licencias necesarias para predicar, conociendo los muchos beneficios que podia reportar con su santa y elocuente palabra, tanto la gloria del Señor como la salvacion de las almas. En seguida y con el mayor celo y constancia edificó otro convento junto al rio Lid, abundante en pesca y de fértiles y risueñas riberas, y no se paró su actividad ni se contentó con esta construccion, pues en seguida emprendió con otro nuevo monasterio, que ya era el tercero, junto al rio Gundrido. Cuando llegó á aquel sitio el bendito Richmiro, se hizo patente la proteccion que dispensaba el Señor á su siervo, pues una fuente que constantemente manaba poca y muy escasa agua, comenzó á correr con la mayor abundancia, y en aquel punto tan ameno y tan á propósito para la vida regular solitaria y de aislamiento, colocó cuarenta monjes. Todos estos monasterios gobernó por bastante tiempo con la mayor prudencia, y ejemplo raro de virtuosa y suave autoridad, siendo muy querido y respetado de todos sus subordinados, obrando Dios por sus muchos merecimientos gran número de milagros. Este santo Abad floreció por los años de 665. — A. L.

RICHTER, protestante húngaro, redactor que habia sido del periódico de esta secta, se convirtió al catolicismo en su patria en 1842. Desde mucho ántes se habia hecho un nombre en su partido por sus grandes conocimientos, y tambien algunos enemigos por sus máximas de tolerancia. Sin embargo, el principio que habia adoptado le condujo insensiblemente á reconocer la necesidad de una autoridad en la Iglesia. Estudió la doctrina católica y se admiró de encontrarla tan diferente de las descripciones que de ella hacian los ministros amigos suyos. Algunos prelados católicos con quienes se puso en relaciones epistolares, le conmovieron con sus respuestas llenas de luz y de caridad. Desde este instante no vaciló ya en llevar á cabo su proyecto, y á este fin intimó sus relaciones con las sacerdotes, de quienes esperaba su futura felicidad. Notada su conducta por sus antiguos amigos, hubo de sufrir algunos disgustos y persecuciones, mas á todos supo

hacer frente con ánimo superior, continuando más decidido cada vez en su proyecto, pues cada vez tambien estaba más convencido de la verdad de las doctrinas que iba á abrazar y de los errores de las que abandonaba. Sin embargo, cuando se hallaba pronto á realizar sus designios, sus amigos y parientes emplearon toda clase de medios y artificios para separarle de su designio, y tuvo que emprender diferentes viajes con el objeto de librarse de sus persecuciones. En ellos se fortificó de nuevo en sus ideas, viendo la admirable armonía que reina en los paises católicos, donde la unidad de la doctrina y las creencias constituye á todos los hombres en verdaderos hermanos, no existiendo esas terribles luchas religiosas que secan el corazon y suelen lanzarlos en el frio indiferentismo. Richter, hombre de no vulgar instruccion y de profundos conocimientos, no tardó en comprender estas ventajas y procurar aprovecharse de ellas, entrando en el seno de la Iglesia de que se le queria alejar. Despues de haberse fortificado asi en su resolucion, procuró regresar á su pais y allí ejecutar decididamente su designio, Fueron inútiles todas las súplicas, ruegos y amenazas de sus amigos y parientes, hizo abjuracion pública y se contó desde entónces en el gremio de la Iglesia católica. Este acto fué en extremo solemne y asistió á él gran número de personas distinguidas, que se apresuraron á dar su parabien á Richter, y animarle á continuar en sus buenos designios. La poblacion húngara le aplaudió tambien, y desde entónces ha admirado en él sus virtudes y piedad.—S. B.

RICHTER (Augusto), profesor protestante, se convirtió y abjuró el protestantismo en Presburgo en 1843, é hizo insertar en un periódico católico un extracto de los motivos de su conversion. Este opúsculo, que un publicó en Alemania, es notable principalmente por el cuadro de los terribles combates que se ve obligado á dar el protestante á sus preocupaciones, á sus recuerdos, á las oposiciones de su familia y amigos, ántes de consumar la obra de su retorno á la religion cristiana. Hé aquí algunos párrafos de este documento: «A mi salida del colegio debia quedar libre del exceso de prácticas religiosas y no olvidaba que me habia propuesto disminuir su número, pero necesité poco tiempo para abandonarlas todas! En medio de los epigramas dirigidos contra el cristianismo, me encontré sin saber cómo defenderme. Descuidado casi siempre con respecto á las prácticas religiosas, me hallaba léjos de haber dado á mi creencia las bases sólidas que exige el siglo en que vivimos. La filosofía del anterior continúa ostentando su indisputable imperio. Los deistas, para ejercer su influencia, no necesitan ni un saber profundo, ni una dialéctica nerviosa; la irreligion es de moda y la indiferencia y la incredulidad parecen haberse esparcido en el aire que se respira. Miéntras trabajaba en la literatura y descendia con prudencia de la

poesía á la prosa, oí con tanta frecuencia repetir á inmensas voces *la causa del cristianismo está juzgada y perdida para siempre*, que no dudé que era preciso partir de esta opinion como de un hecho averiguado cuando se trataba de religion con hombres ilustrados con las luces de su siglo. Así obraba entónces la juventud; Dios podia castigarme por mi infidelidad mucho más severamente que lo ha hecho, podia dejarme caer en la abyeccion de los sofistas bajamente orgullosos por sostener que no hay Dios, que el hombre obra bajo el imperio de la fatalidad, y que la moral es una fábula imaginada por hombres hábiles para engañar á los tontos y á los débiles. Mas no me estaba reservado este exceso de ignominia; Dios, cuya bondad es más grande que todas nuestras faltas; Dios, á quien debo tantos beneficios, no me habia abandonado por completo. Orgulloso por sentir en mí un ardor nuevo por las altas ideas de Dios, de una inmortalidad feliz ó desgraciada, y de la santidad de las leyes morales, creí haber tomado posesion de la verdad pura. Me turbaba, sin embargo, una profunda inquietud. ¿Qué dolor no sentiria mi padre al saber que su creencia no era la de su hijo? ¿Y cómo esperar ocultarle por largo tiempo mis pensamientos? Cuando conoció mis errores me dirigió palabras tan tiernas como prudentes; aumentó su afecto para conmigo, pues siempre se experimenta un interés más vivo hácia un ser querido cuando se teme verle atacado de una enfermedad grave. Ignoro dónde hubiera llegado la dulce influencia que enviaba el cielo en mi ayuda si hubiera sido mejor secundada. Habia perdido á mi madre siendo muy jóven todavía. Personas cuyas intenciones eran sanas, pero á las que animaba un rígido celo, me dirigian reconvenciones harto imprudentes. Mi carácter era entónces impetuoso, luchaba con gusto contra los obstáculos, y si no podia tener el placer de vencerlos, me procuraba al ménos el de desafiarlos. Me afirmé más en mi opinion cuando vi que necesitaba para defenderla exponerme á algunos peligros, y se arraigaron mis errores en mi alma. No eran los vicios los que me habian conducido á la resbaladiza pendiente por donde caminaba. Cuanto más rechazaba los dogmas y las prácticas, tanto más aspiraba á seguir los principios de la moral. Habia visto en mi familia muy buenos ejemplos para que no fuera natural en mí este deseo; me ofrecia un medio de disponer á mi padre á no desesperar de mi porvenir. Además queria vengarme de los que me juzgaban con demasiada severidad, probándoles que un deista puede igualar ó exceder á un cristiano en la práctica de los deberes para con los hombres: hubiera querido llegar á ser perfecto en honor á mi creencia. No perdí tiempo en buscar argumentos contra el cristianismo. ¿Para qué? Otros se habian tomado este trabajo, y la cuestion estaba resuelta para mí. Lo que debia ocuparme principalmente, segun mis proyectos, era el procurar mejorarme. A pesar de mi amor á la literatura

y á la filosofía, léjos de rendir un fanático homenaje al patriarca de la irreligion, me repugnaba su cinismo. Me afligia al ver á un poeta ilustre envilecer su ingenio parodiando la historia de la angélica heroina de la Francia. No pude terminar la lectura de *Cándido*, pues aquella crónica llena de malicia y aquellas chanzas en presencia de las miserias humanas, contristaban el alma y abatian el valor. La supuesta filosofía de la historia excita sentimientos más penosos todavía. En este libelo contra la humanidad es una mezcla de vicios que le hacen á la vez odioso y despreciable, ¿qué hacer de un ser semejante? Yo soy partidario de la libertad, la quiero para todos los pueblos que se hallen en estado de comprenderla, y cuando he visto á los entusiastas por Voltaire constituirse en campeones de la libertad pública, me ha confundido la incoherencia de sus ideas. Si el hombre es un compuesto del tigre y del mono, ¿cómo hablais de hacerle libre? Preparad una jaula y cadenas, libertad á la tierra de los crímenes de este mónstruo. La filosofía que yo cultivaba es la filosofía práctica. Me encantaron los *Ensayos de Montaigne*. Concebí la esperanza de obtener en este libro una experiencia anticipada, pues presenta con frecuencia observaciones útiles sobre la vida. Este libro llegó á ser para mi un amigo, que yo comprendia, y que parecia comprenderme. En nuestras conferencias leia tambien á Horacio. Otras obras me hicieron experimentar emociones más vivas, daban más elevacion á mi alma, se acercaban más á la idea que me habia formado de Dios y de la virtud: á la edad en que por lo comun se piensa poco, adquirí la costumbre de observar y de reflexionar. Bien pronto comprendí que la mayor parte de los hombres se engañan aquí bajo, que pierden el tiempo persiguiendo quiméricas ventajas, tiempo que debian emplear en gozar de bienes positivos, fáciles, puestos á su alcance por la Providencia, y he cumplido la promesa que me hice entónces de no dejarme engañar por las ambiciosas locuras del vulgo, clase á que pertenecen tantas personas que creen no pertenecer á ella. Casi siempre habia considerado la moral en sus relaciones con los hombres desocupados y de un talento cultivado. Algunos estudios llamaron mi atencion sobre la época en que el cristianismo hizo nacer la más vasta y profunda revolucion que se ha operado en la tierra. Dos verdades me eran ya evidentes, la una que la moral seria un vano juguete del espíritu si no se pudiese impregnar en ella á las almas; la otra que para mejorar la suerte de los hombres, se debe producir una mejora en ellos mismos. Con frecuencia venian á turbarme algunas dudas sobre la eficacia de nuestras teorías filosóficas para llevar á cabo grandes reformas. Rechacé estas dudas en un principio. Cuando dirigia mis miradas á los moralistas que en todos los pueblos y en todas las edades han consagrado sus esfuerzos á aumentar la sabiduría y la felicidad, este noble concurso de

amigos de la humanidad electrizaba mi alma y la llenaba de esperanza. Tengamos ánimo, perseveremos, me decia á mí mismo, y continuemos nuestro camino sin detenernos á preguntar el éxito que nos está reservado. El entusiasmo abunda en resoluciones generosas; pero para ilustrar el ánimo, para dirigir la perseverancia, se deben conocer los obstáculos que se presentarán y descubrir los medios de vencerlos. ¿Qué medios tienen los filósofos para combatir la ignorancia, las pasiones y los vicios? Sus escritos sobre la moral y sobre la religion natural. Es evidente que sus libros, áun los que contienen más pensamientos instructivos, reflexiones juiciosas, páginas elocuentes, no pueden ejercer influencia alguna sobre la generalidad de los hombres, que ni los lee ni podria comprenderlos. La época de gloria para la filosofía moral, la época en que el mundo recibió de ellas los más brillantes servicios, es en la que una legislacion monstruosa dividia á los hombres en ciudadanos y en esclavos en el seno mismo de las repúblicas más célebres. La filosofía no tenia que instruir á la multitud esclava, contenida por el temor, y se dirigia únicamente á la inteligencia de los hombres libres. Entónces, en el suelo de la Grecia, fecundo en oradores, en artistas, en poetas, en filósofos, abrieron estos numerosas escuelas, admirables por su misma variedad. Estos filósofos no enseñaban solo á discurrir sobre sus principios, fortificaban los caractéres, aspiraban á regularizar los movimientos del alma, y querian que se reconociera en la vida de sus discípulos la sabiduría de sus doctrinas. Cuán imponente y preciosa era entónces la ciencia que revelaba la unidad de Dios á los espíritus más ilustrados, y que hacia brillar un rayo de luz á través de las tinieblas del politeismo! Pero las lecciones de la filosofía no pueden pasar más allá de un círculo muy limitado. Los tiempos han variado, se han abolido las leyes bárbaras. Los hombres son libres con pocas excepciones, y cada dia rompen los últimos restos de sus gastadas cadenas. La emancipacion de la clase numerosa exige que la enseñanza moral se dirija á todos los grados de inteligencia, que penetre en todas las almas, y nunca conocieron los sabios del paganismo los medios de mejorar las grandes masas de hombres. ¿Qué sería en nuestros dias la enseñanza moral, si no la pudiera comprender más que un corto número de hombres, y si dejase en la ignorancia y la abyeccion al resto de la sociedad? Necesitaria nuevos socorros para necesidades hasta entónces desconocidas. Tan pronto como la religion fraternal de Jesucristo ha proclamado la manumision de la raza humana, sus apóstoles y sus discípulos vertieron sobre el mundo las palabras y las instrucciones de su Maestro. Una era nueva, la era del cristianismo, comenzó. La enseñanza de la religion terminó por aniquilar la de la filosofía moral, que perdia sin cesar su fuerza y su importancia: la quedan cátedras donde expone sus teorías, pero no tiene ya escuelas en

que ocuparse de formar los caractéres y las costumbres. ¡Oh poder de las preocupaciones! Estos hechos, cuya evidencia me llenó de admiracion, y que no vacilé en reconocer, hubieran debido hacer caer la venda de mis ojos: lo digo con humillacion, me consternaron. Me habia separado desde muy temprano del cristianismo, y mis opiniones antireligiosas tenian la fuerza tenaz de los errores, que adquiridos en la infancia, conservan su fatal ascendiente. No admitia, y ciertamente no admitiré nunca, que la mentira pueda servir á la verdad, que exige medios de triunfo tan puros como ella misma. ¿Qué hombre sensato creeria que el Eterno, para defender su causa, necesita que le prestemos el apoyo de la impostura? De estas ideas verdaderas deducia consecuencias harto falsas. Juzgaba absurda toda religion, de que dicen sus partidarios ser revelada; la religion natural evidentemente emanada de Dios era para mi la única verdadera: queria serla fiel y no corromperla mezclándola con fábulas. Marché durante largo tiempo por este camino con la mayor seguridad; pero despues de la observacion de los hechos que acabo de referir, perdí mi ruta, y me pareció que vagaba en un dédalo sin salida. Deseaba con ardor la felicidad de los hombres: ¿cuál seria el resultado de todas mis investigaciones? ¿Qué recursos se ofrecian á los que querian extender la moral? Una filosofía impotente! una religion falsa! Creia ver á la Providencia abandonando la tierra. No ignoraba que pretendidos sabios encontraban fácil de resolver la cuestion que me parecia insoluble, la cortaban diciendo: Dad la filosofía á los talentos cultivados, y dejad la religion para el pueblo. Aun cuando se suprimiese el cinismo de su lenguaje, su opinion me causaria horror. Esta opinion se apoya en la idea de que es necesario engañar á los hombres para dirigirlos; execrable máxima que resuena en mi oido como una blasfemia. Aunque se quisiese suponerla verdadera, sería imposible establecer una division en nuestros dias, que condenaria á la mayoría al error. Cada fraccion de la sociedad habla bastante alto para ser oida por todas las demás, las ideas circulan rápidamente y penetran en todas partes. Si se quiere extender la religion, es una condicion indispensable que la reverencien los poderosos, los ricos, los hombres instruidos, y todavía puede ser dudosa la eficacia de su ejemplo. Lo seguro es que si les place prescindir de toda religion, sus inferiores aspiran á igualarse á ellos, despreciando las preocupaciones. Algunos sofistas sostienen que existe una diferencia absoluta entre engañar á los hombres para dirigirlos al bien y engañarlos por interés personal. Adoptar semejante moral es emprender un camino peligroso. Familiarizado con la intriga, es muy fácil que el que comienza por mentir con el deseo de ser útil á los hombres, concluya por engañarlos en provecho propio. Mi situacion era cada vez más penosa. No era el escepticismo quien me atormentaba, pues ni siquiera me rezelaba de

él; por el contrario, negaba de una manera formal, absoluta, la eficacia de todos los medios ofrecidos para mejorar á los hombres. Estas dos ideas, *la filosofía es impotente*, *la religion es falsa*, no se apartaban ni un instante de mi imaginacion, y llevaban el desaliento hasta el fondo de mi alma: procuré no pensar más en ellas, y en ciertos instantes creí haberlo conseguido. Venció la costumbre, y queriendo distraerme, busqué un objeto de nuevas observaciones. Acababa de reconocer la superioridad del poder que tiene el cristianismo sobre la filosofía para dirigir á los hombres. Deseaba examinar cuáles son las causas de esta superioridad. Decidí emplear en este exámen toda mi buena fe, toda mi imparcialidad. Mis hábitos me dispensaban de toda clase de esfuerzos para ser fiel á esta promesa, y además ¿de qué se trataba? Queria simplemente averiguar las causas de un hecho de que la realidad no me dejaba duda alguna. Una religion puede ofrecer preceptos prudentes, medios de propagacion notables; se los admira, pero si esta religion es falsa, no por eso se la rechaza ménos. Para poner en parangon los medios que la filosofía y la religion ofrecen á la moral, no tenia plan alguno. No es un tratado lo que estoy escribiendo, diré, siguiendo el curso de mis recuerdos, las principales observaciones que llamaron mi atencion. La primera causa del imperio que el cristianismo ejerce sobre las almas es evidente. La filosofía no da más que consejos: un hombre puede oponer siempre su razon á la de otro hombre. La religion tiene mandamientos, y los promulga en nombre del Eterno. Su orígen puede ser fabuloso y muy grande su autoridad; una creencia errónea produce los mismos efectos que si fuese verdadera en los espíritus convencidos de que contiene la verdad. Admito este hecho bajo la reserva de que una ilusion no puede ser una base firme. La persuasion de que el cristianismo emana de la Divinidad, es una causa decisiva de su poder; pero hay otras muchas, de las que es la más importante la incomparable sabiduría de su moral. Los homenajes que recibe áun de los adversarios de la religion, son tan evidentes, que con razon ha podido decir un prelado: «Del seno de la incredulidad se elevan los testimonios más fuertes en favor de la moral cristiana.» Leí el Evangelio con una atencion que no lo habia hecho todavía. Experimenté sentimientos muy opuestos. La moral divina enternecia mi corazon, encantaba mi razon; pero las ideas misteriosas que se mezclan á ella producian sobre mi efectos opuestos á los de que penetran á los creyentes. En más de una ocasion dejé el libro decidido á no volverle á tomar; le tomé atraido por el encanto de esa moral tan pura, tan elevada en sus preceptos, tan sencilla en su expresion. Jesus no se asemeja á un orador: muchos filósofos, cuando comenzó el cristianismo, creian poco adornado el lenguaje del Evangelio. Ese inimitable lenguaje, esas parábolas que se ofrecen en abundancia á Jesus, nos

trasmiten las lecciones de la más dulce y de la más imponente sabiduría. Los judíos decian llenos de asombro : *Ningun hombre ha hablado como este.* Cristo poseyó cualidades que se excluyen en los hombres. Se le ve *humilde de corazon*, y sin que se pueda imaginar que se altera su humildad, dice : *El cielo y la tierra desaparecerán; mis palabras quedarán siempre.* Admirábame de oir su moral y de oirla pronunciada por él, cuyos ejemplos estan en tan perfecta armonía con sus preceptos. Jesus hace constantemente bien, cura, consuela é ilustra. ¡Qué abnegacion tan completa hácia los hombres! ¡Qué certidumbre de los sufrimientos y del triunfo que la esperan! ¿Qué vida es más pura? ¿Qué muerte es más sublime? Formaba ideas exactas de la moral evangélica sin hacer otros progresos. Una tarde me hallaba conmovido por las tiernas relaciones de la muerte de Cristo, dejadas á los fieles por los Evangelistas : entró en mi casa un hombre muy firme en la incredulidad : vió mi emocion y me preguntó su causa. Le dije la verdad, quiso chancearse : «Pienso como vos, le dije, que Dios no se ha aparecido á nuestros padres; »pero si les ha hablado, tengo el convencimiento de que habrán recibido los »mismos principios que les dió Jesucristo : *Amad á Dios y á los hombres.* Tal »es su precepto : ¿esperais descubrir otro más fundamental? Estas palabras »contienen toda la ley ; son en el órden moral lo que el *fiat lux* es en el órden »físico.» Mi interlocutor se sonrió y me felicitó por mi conversion. —« ¡Ah! le contesté, con cuánto ardor sería cristiano si se pudiera serlo sin admitir los dogmas y reduciendo las prácticas á la oracion! — Admirábame con frecuencia de ver á ilustres filósofos ménos ilustrados que los más humildes cristianos sobre los asuntos más graves. ¿No es vergonzoso que los sabios consuman todavía largas vigilias en buscar lo que se ha descubierto hace mucho tiempo? Discuten los filósofos la cuestion de saber cuál es la mision del hombre en la tierra, se arrojan á sutilezas, se pierden en declamaciones más ó ménos elocuentes, miéntras que una pobre mujer cristiana les diria : «Dios nos ha criado para amarle, servirle, adorarle y hacernos par»ticipar un dia de su felicidad. Estamos aquí en un lugar de prueba, donde »podemos cumplir ó infringir los deberes que nos son impuestos. Despues de »esta corta vida, segun hayamos obedecido ó resistido á las voluntades de »nuestro Padre, nos recompensará, porque es bueno, ó nos castigará porque »es justo.» Los deistas estan de acuerdo en que el ateismo es un error monstruoso, ¿pero en cuántos puntos los divide la ignorancia? Segun unos, Dios es el creador de la materia ; segun otros, únicamente es el arquitecto ; muchos le excusan de los males de la tierra, porque habiendo trabajado en una materia rebelde, no ha podido hacerlo mejor ; algunos deistas no creen en la inmortalidad. Rousseau piensa que el alma sobrevive al cuerpo el tiempo suficiente al ménos para restablecer el órden turbado por la injusticia que

persigue á la virtud en la tierra, pero no sabe si el alma es inmortal por su naturaleza. Interrogado Kant pocos dias ántes de su muerte por un amigo sobre lo que pensaba de la vida venidera, respondió con su natural escepticismo. Puede decirse, sin embargo, que los deistas adquieren cada dia ideas más exactas sobre los atributos de Dios, poder, sabiduría, justicia, bondad, clemencia. Pero este conjunto de verdades no es obra de la filosofía; débelo al contacto del cristianismo, que esparce sobre la tierra tantas ideas conformes á la grandeza de Dios, á la dicha del hombre, y cuya luz penetra por algunos reflejos hasta en los escritos de sus más inconsecuentes detractores. Los razonamientos empleados para demostrar que nos basta la religion natural, me parecieron débiles cuando los examiné con seriedad. Esta ley, y la conciencia destinada á imponernos respeto á sus advertencias, sus órdenes y sus reconvenciones, son beneficios inmensos del Criador. Una prueba de la existencia de Dios, una prueba que me dispensaria exigir ninguna otra, es que el mundo marcha, á pesar de todos los esfuerzos que hacen los hombres para impedirle marchar: Dios, que queria la duracion de su obra, ha puesto en nosotros instintos de compasion y nociones de justicia, que no nos es dado olvidar ni ahogar por completo. ¡Cristianos y deistas piensan que la ley natural es la ley divina! ¡Para los deistas es la única revelacion! ¡Para los cristianos es la revelacion primera! Es bien extraño que se necesite otra, ha dicho Juan Jacobo Rousseau; y sería en efecto bien extraño si la otra aboliese la primera y la sustituyese una contraria. Pero la primera continúa tan inmutable, que hoy, si viniese algun fanático á mandar cometer un crímen en nombre del cielo, bastaria para confundirle oponerle la ley natural, porque es imposible que Dios se contradiga. Sería supérfluo probar cuán supérfluos son los socorros en que se detiene en este instante el pensamiento. Todo hombre que goce de su razon natural, reconoce su universal importancia. Pero que no se argumente contra el cristianismo, como si viniese á privarnos de estos socorros; sostiene, confirma la ley natural, la hace más completa y más inteligible, afirma la conciencia, nos deja lo que poseiamos, y no quiere más que añadir beneficios á beneficios. La única cuestion es la de saber si los apoyos que el cristianismo viene á unir á los demás son necesarios, y si merecen el reconocimiento del género humano. Tan verdad es que la ley natural y la conciencia ofrecen ventajas inapreciables, como es cierto que la ignorancia, las preocupaciones, las pasiones y los vicios pueden oscurecer la ley natural y extraviar la conciencia. El que desde su infancia ha visto á los hombres reducidos á esclavitud, víctimas humanas inmoladas sobre los altares, ¿leerá fácilmente en su corazon la ley que prescribe amar á sus semejantes? ¿No vemos nosotros mismos al niño que en una de esas aglomeraciones que no se pue-

den llamar familias, recibe constantemente el ejemplo del desenfreno y del robo, que arrebata despues la vagancia á su morada, y lanza en otros abismos donde se perfeccionará en la educacion del crímen, encontrará este desgraciado niño en el fondo de su conciencia luces bastante vivas para disipar las tinieblas amontonadas en rededor suyo? Una situacion ménos espantosa, pero muy triste, es la de los hombres, cuya desnudez, necesidades, y las de sus familias, condenan incesantemente á duros trabajos, tienen una vida maquinal, carecen de prevision, de porvenir, y los vicios completan con frecuencia su miseria. Se necesitaria que una voz consoladora supiera dispertar en ellos los nuevos instintos; veríase mejorar su suerte, si conociesen otras distracciones que la de la embriaguez, si supiesen emplear el dia de reposo, si se les enseñase desde muy temprano la fuerza que encuentra el hombre en las cortas oraciones que pueden unirse á todos los trabajos, á todos los sufrimientos. ¿El jóven lanzado en el mundo, se encontrára al abrigo de las seducciones que le rodean, si no tiene para garantirse de ellas más que los consejos dados por su inexperencia á su conciencia distraida? Se necesitarian socorros poderosos para disponerlos solamente á reflexionar. Somos tan débiles, que existen numerosos desórdenes áun bajo el imperio de la ley cristiana. Sin embargo, para juzgar que su poder es muy superior al de la ley natural aislada, basta dirigir una ojeada sobre el estado del mundo ántes del cristianismo. ¡Cuántos ejemplos de esclavitud y de licencia han cesado de afligir á la humanidad! ¡Cuántos vicios y crímenes, cuyo recuerdo nos horroriza, no excitaban entónces ni reprobacion ni sorpresa! ¡Cuántas virtudes se han purificado y recobrado doble actividad! ¡Cuántas lágrimas ha enjugado la mano de la caridad! No hagamos la injusticia de desconocer las grandes mejoras que se han operado en las leyes, costumbres y usos, y proclamemos con reconocimiento, que el cristianismo es el orígen de los felices cambios obtenidos en la tierra. Admirado de su poder, conmovido por sus beneficios, me preguntaba si puede juzgársele únicamente por estos resultados, y si los servicios que ha hecho al género humano no son pruebas convincentes de su verdad. Deciame tambien: El amor propio hace con frecuencia hablar con ligereza sobre los asuntos más graves; se decide que bastan tales pruebas, que otras serian supérfluas. Pensamos ser bastante fuertes con las primeras, nos humillariamos de aceptar otras nuevas. Confesamos el poder infinito de Dios, y disentimos lo que le será permido ofrecernos. No intentaré describir todas las fluctuaciones á que se hallaba entregado mi espíritu; ideas opnestas se alzaban, se combatian en mí y me arrastraban sin cesar. El sentimiento me llamaba á la religion del Evangelio; pero tan pronto como mi pensamiento se dirigia hácia lo que llamaba yo aún la mitología del cristianismo, mis

preocupaciones recobraban su imperio, y creia recobrar entónces mi razon. Continué mis observaciones, y siempre la alta utilidad del cristianismo me llamaba más la atencion. Habia visto que la filosofía carece de fuerza sobre la clase más numerosa; vi que el apoyo religioso es más esencial todavía á la clase cuya inteligencia está cultivada y que posee la fortuna y las comodidades, porque sus deberes son más multiplicados, y sus cuidados y sus ejemplos deben ejercer una grande influencia. Conocia á muchos hombres que se ocupaban de los medios de disminuir la miseria y de llegar á impedirla. Estos espíritus prudentes decian con frecuencia, que para asegurar la dicha de la sociedad, se necesitaria unir las dos clases por los dobles vínculos de los beneficios y del reconocimiento. Esta verdad fundamental era mirada entónces por muchas personas como una utopia; mejor se la hubiera caracterizado diciendo: es una idea cristiana. Los hombres ilustrados se proponen hoy como objeto el realizarla. Dirijo con profundo interés mis miradas á un gran número de personas que encaminan hácia este objeto sus pensamientos y su celo. Perfecciónanse las teorías de socorros y su práctica, se sabe que la beneficencia despues de haber ayudado á un desgraciado, debe enseñarle á ayudarse á sí mismo. Admiro á los séres generosos que se ocupan así de mejorar á sus semejantes y de mejorarse tambien á sí mismos: sin embargo, no puedo ménos de sentir cierta inquietud por la duracion de sus esfuerzos. ¡Cuántos obstáculos vienen á probarlos! ¡Cuánta perseverancia necesitan! ¿No puede uno ménos de alarmarse al pensar que un resultado completo exigiria el concurso de muchas generaciones? El hombre se cansa pronto. ¡Sus resoluciones tomadas con el mayor entusiasmo le dejan bien pronto tan pocos recuerdos! Nuestra debilidad es la que necesita remedios. La experiencia dice que hay uno. La beneficencia se convierte en caridad bajo la influencia de la religion, amor puro que recobra nuevo valor en la fuente celestial. Todo se halla preparado en el cristianismo para inspirar este amor. El Dios de los cristianos ha dicho á los hombres: me llamareis *Padre nuestro*. Para hacer sensible que forman una misma familia, ha hecho nacer de Adan y de Eva al género humano. El Evangelio está lleno de preceptos, de consejos y de ejemplos, que nos animan á ayudarnos, y Jesus, proporcionando socorros conforme á la necesidad, curó en particular á los niños y á los pobres. Estas y otras muchas consideraciones que omitimos, produjeron la conversion de Richter, objeto de este artículo. —S. B.

RICHTER (Enrique Wenceslao), natural de Prossnitz, en Moravia, donde nació el año de 1653. Este religioso de la Compañía de Jesus, y mártir glorioso de sus vivos deseos por la propagacion de la fe católica y de la salvacion de las almas, desde muy niño manifestó sus tendencias é inclinacion á consagrarse al servicio del Señor: en aquella tierna edad, en vez de entre-

garse á los juegos infantiles, se dedicaba con el mayor ardor al rezo y á la oracion, asistiendo al templo con una devocion y compostura que era la admiracion de todos. Como sus más elevadas miras le encaminaban al estado religioso, para conseguir con tiempo la aptitud necesaria para realizar aquel deseo, se aplicó ardorosamente al estudio, saliendo sumamente aventajado, y tanto que á los quince años, es decir, en el de 1668, fué admitido en la Compañía de Jesus, cuyos Padres y superiores supieron apreciar las inestimables dotes, virtud y religiosidad de aquel adolescente, que con tanto placer sentaba plaza en la milicia de Jesucristo. Allí progresó extraordinariamente perfeccionando sus conocimientos, estudiando filosofía y teología, siendo uno de los principales novicios que se citaban como modelo de aplicacion, de obediencia y práctica en toda virtud. Diez y seis años permaneció en Europa, siendo un jesuita de vida ejemplarísima, muy entregado á la oracion en que pasaba muchas horas, además de las que exigia la regla de la Compañía; era sumamente parco en la comida y bebida, observándole constantemente guardar la mayor abstinencia, siendo muy riguroso en sus ayunos, sin omitir por eso ninguna de las demás mortificaciones que purificaban su alma, para hacerle merecedor del premio reservado á los justos. Usaba permanentemente un áspero silicio y frecuentes y áun cruentas disciplinas. Pero en la virtud en que fué más señalado este santo y religioso varon, fué en su profunda humildad y en su amor al prójimo, condoliéndose de todos los trabajos y penalidades de sus semejantes; esto hacia el que fuese muy limosnero con los pobres, debiendo á su grande sobriedad el que pudiese satisfacer la grave necesidad y áun hambre de algunos; del mismo modo era muy caritativo con los pobres enfermos, á quienes cuidaba con toda solicitud y esmero, consolándolos en sus padecimientos y dolores, velándolos y suministrándoles metódicamente los alimentos y medicinas, y procurando personalmente su aseo. Su extraordinario celo por la salvacion de tantas almas que sucumbian en medio de la oscuridad y de las tinieblas, hizo que repetidas veces solicitase el ser empleado en las misiones, deseando ocuparse en obra tan meritoria como era la de convertir salvajes ignorantes y contribuir á extender y propagar en otras regiones la religion del Crucificado. Por fin accedieron á sus incesantes súplicas, y fué enviado á las misiones de América en el año de 1684; hallábase en buena edad, pues solo contaba treinta y un años, así es que pudo dar pábulo á su actividad, empleando su santo celo en ilustrar y hacer cristianos á infinitos salvajes de los que habitaban en territorios próximos á las riberas del gran rio de las Amazonas, consiguiendo copioso fruto sus constantes trabajos apostólicos. Doce años ocupó en tan santo ministerio, siendo muy querido y respetado de aquellos naturales, que le debian además de la salud del alma

el bienestar que resulta de la practica de las virtudes y de los buenos consejos y muchos conocimientos que les suministraba el P. Richter. A pesar de tan extraordinarios beneficios no le faltaron enemigos, hombres depravados, insensibles y opuestos al bien que les proporcionaba el santo misionero, cuyo martirio tenian proyectado, y llegaron á realizar en el año de 1696. Irritados con sus exhortaciones y amonestaciones y confabulados, se arrojaron sobre aquella virtuosa víctima y la asesinaron cruelmente con fuertes y redoblados golpes. Dios por su inmensa bondad concedió la honrosa corona del martirio á aquel servidor suyo, que apénas habia cumplido cuarenta y tres años. Se conservan de este ilustre mártir varias relaciones muy curiosas y llenas de sabias observaciones acerca de aquellos paises, sus producciones, carácter y costumbres de sus habitantes, cuyas noticias se hallan todas reunidas é insertas en el *Weltbote* de Stoecklein. El P. Manuel de Boye, de la Compañia de Jesus, ha escrito la vida de aquel glorioso mártir, impresa en Praga en 8.°, el año de 1772.—A. L.

RICCHUSEIMO (Beato), del órden de S. Benito. Fué natural de la ciudad de Colonia, en Alemania, y pertenecia á una noble familia. Habiendo quedado huérfano muy jóven, hallándose rico y enteramente dueño de su voluntad, despreció todas las ventajas que por sus cualidades le ofrecia el mundo para consagrarse al servicio de Dios y tomó el hábito del patriarca S. Benito en el convento de Hermenstans. Resplandeció tanto por su virtud y perfeccion como por la agudeza de su ingenio y sus oportunas contestaciones. Dedicóse al ejercicio de todas los virtudes, llegando á tal grado de santidad, que el demonio procuró tentarle á fin de hacerle abandonar aquella santa casa. Aunque fueron muy grandes los medios de que se valió y muy fuertes los estímulos que le puso delante, no pudo conseguir cosa alguna, pues de todas las tentaciones se halló vencedor el santo religioso. Cierto dia, que se halló más combatido que nunca, introduciéndose en su mente un grandísimo deseo de abandonar el santo hábito, reconociendo de dónde venia el tiro, fué corriendo á la iglesia y postrándose delante del altar exclamó: «Diablo, no me sacas de aquí si no lo haces violentamente y en persona, pues no debes esperar que yo te siga nunca; ni abandone el lugar de mi retiro.» Hicieron tanto efecto estas palabras en el enemigo, que comprendiendo eran inútiles sus astucias para combatir y vencer aquella fuerte alma, le abandonó sin volver nunca á tentarle. Perseveró Richeusemio en su virtuosa conducta, y murió el 15 de Octubre del año 730, en cuyo dia le conmemora el Menologio Benedictino.—M. B.

RICIARIO (Alejandro), natural de Bolonia: fué este príncipe de la Iglesia perteneciente á los marqueses de Castelletto, en cuya noble familia hubo otros ilustres cardenales. Estudió en la universidad de Padua, y en

1562 fué laureado con la borla de doctor, y llamado á Roma por sus amigos, fué inscripto por Pio IV en el número de los prelados. En 1565 obtuvo el cargo de auditor general de la cámara; en 8 de Noviembre de 1570 le nombró Pio V patriarca de Alejandría, título vacante por muerte de Cortesi, obispo de Vaison, y fué consagrado, segun Carambi, en 24 de Agosto de 1572 por el cardenal Lomellini con asistencia de Antonio Elio, patriarca de Jerusalen y de Fieschi, obispo de Sabona, mandándole como asociado á su sobrino el cardenal Bonnells, legado *à latere* en Francia, en España y en Portugal para procurar la liga de sus soberanos contra el turco. A su vuelta fué asociado al cardenal Craso y á otros prelados para reformar los cargos y oficios de la corte romana. A 21 de Febrero de 1578 le creó cardenal sacerdote de Sta. Maria de Araceli el papa Gregorio XIII, que le confirió este título el 3 de Marzo; y en 1580 le mandó de legado *à latere* al rey de España Felipe II por la sucesion al trono de Portugal, y le coronó rey, comisiones que cumplió á satisfaccion del Papa hasta con riesgo de su vida. Al terminar su cometido quiso Felipe II regalarle una rica vajilla de oro macizo para uso de una capilla, pero fué rehusada esta expresion con la mayor modestia y finura, de la propia manera que rehusó recibir del duque de Braganza, pretendiente de la corona de Portugal, una taza de oro adornada con preciosas piedras, hasta que mandados estos regalos á Roma, se vió obligado á recibirlos por mandato del Papa. En su legacion reformó en gran parte las órdenes religiosas de Portugal, y sujetó con rigorosas disposiciones la contumacia de los antonianos. Volviendo á Italia en 1581, le fué confiada la legacion de Umbria y de Perugia, la protecturía de los monjes ermitaños de S. Gerónimo, y la prefectura de la signatura de justicia, y además fué encargado de reprimir la audacia de las correrías de los bandidos que infestaban el territorio. Distinguióse este piadoso Cardenal en su devocion á la Vírgen Santísima, demostrándolo ostensiblemente en el magnífico altar que erigió en honor suyo en la iglesia de Santa María de la Consolacion en Roma, y en los suntuosos presentes que hizo al santuario de Loreto, entre otros una cruz de oro muy preciosa por su valor y trabajo, con candelabros de plata de exquisita labor. Asistió al cónclave de Sixto V, y murió en Roma á 18 de Julio de 1585, á los cuarenta y dos años de edad, en su palacio cerca de la puerta Settimiana. Fué sepultado este Cardenal en la basílica de los doce santos Apóstoles en una tumba preparada de antemano, en medio del presbiterio, con una breve inscripcion que despues se aumentó. —C.

RICIO (Fr. Alfonso), dominico italiano, natural de Milan segun los autores más acreditados, pues otros le dan diferentes patrias. Ignóranse las principales circunstancias, como tambien dónde tomó el hábito, si en Milan, ó en Francia, pero segun todas las probabilidades debió ser en aquella ciu-

dad, pasando despues á Francia, donde siguió su carrera en la universidad de París; distinguióse mucho por sus estudios tomando diferentes grados académicos y llegando á ser catedrático de derecho en París, donde acudió á oirle un inmenso auditorio, pues era extraordinaria la fama que tenia. Los reyes de Francia Luis XII y su esposa Ana, princesa de Bretaña, le eligieron por confesor de su casa, y siguieron protegiéndole, con cuyo motivo tomó el grado de doctor por la Sorbona, y continuó como profesor por largos años en la casa que tenia en aquella corte la órden de Sto. Domingo, intitulada de S. Jacobo; por mediacion suya le hicieron los reyes muchas mercedes y beneficios, y llegó á ser la primera de la provincia por su esplendor y riquezas. El P. Ricio continuaba entre tanto gozando el favor de los monarcas, quienes despues de haberle hecho confesor de su casa, le eligieron para que desempeñase igual cargo cerca de sus personas, llevándole á su lado en todos sus viajes y en particular en la expedicion á Nápoles, que no fué ciertamente muy afortunada para las armas francesas. Ricio sin embargo continuó en favor, y los monarcas le miraron como su mejor amigo y más fiel vasallo. Pero el saber de que se hallaba adornado fué sin duda lo que más le distinguió tomando parte en diferentes controversias públicas, una con Ibo Redon, obispo, y otra con Fr. Guillermo Parvo, distinguiéndose en ambas por su vasto saber y erudicion. Ricio no quiso nunca aprovecharse de estos y otros triunfos que obtuvo para conseguir dignidades que no le hubiera sido difícil alcanzar, y con las que ántes por el contrario se le brindaba y se le ofrecian á cada paso. Mas él, fiel á sus principios austeros y severos, aunque viviendo en medio de la corte, conservó el amor á la pobreza de que habia hecho voto al entrar en religion. Así sus primeros pasos fueron siempre encaminados á renunciar cuanto se le ofrecia, no queriendo ni áun oir hablar á los cortesanos que con frecuencia le hacian lisonjeras promesas, acaso para conseguir mejor sus menguados fines. Mas Fr. Ricio supo conservarse justo en medio de la corrupcion, sano y salvo en medio de las intrigas y de las dificultades de la corte. Contribuia tambien mucho á esto sus continuas ocupaciones. Pues además de su cátedra, que explicaba con la mayor exactitud y regularidad, no faltaba un solo dia á palacio para cumplir con sus deberes de confesor, y luego los ratos que le quedaban libres los consagraba á la composicion de diferentes obras, algunas de las cuales son bastante notables. Tan grande número de ocupaciones eran alternadas con sus frecuentes ejercicios de devocion, en que empleaba una buena parte de la noche por no tener tiempo de dia, y varias penitencias que nunca quiso olvidar por creerlas correspondientes á su carácter é instituto. Así vivió y murió en olor de santidad hácia 1513, celebrándose sus funerales con grande pompa y solemnidad, porque los reyes que le habian favorecido

siempre quisieron que áun despues de su muerte se manifestase el favor que le habian concedido en vida: 1.° *Dialogus quæ ex Sacræ Scripturæ priscorumque patrum dogmatibus purgatorum animabus purgandis præparatum ostenditur adversus Valdenses, interlocutoribus Valdensi et fide, arbitra vero veritate.* París, 1509, en 4.° Ibid. Juan Petit, 1512, en 4.°—2.° *Eruditiones christianæ religionis*; París, Juan Petit, 1512, en 4.°—3.° *Hymni tres in laudem S. Joannis Baptistæ*, obra de que no se conoce más que el título, suponiéndose quedó manuscrita, pues ningun bibliógrafo cita el año ni el lugar de su impresion. Lo mismo sucede con la siguiente: 4.° *Quæstio perpulcra quæ investigatur an meritum existentis in prosperis amplius sit, quam illius qui fert patienter adversa; ubi pro adversa patienter sustinente concludit.* A este opúsculo se halla adjunta una *Epistola Ricci ad laudatum Ibonem quem consulit, in qua statuit hominem eumdem in prosperis et adversis æqualiter virtuose regerentem plus mereri in prosperis quam in adversis.* Esta obra parece que se encuentra manuscrita en la biblioteca imperial de Francia.—S. B.

RICIUS (Pablo), judío aleman convertido, que floreció en el siglo XVI. Fué profesor de filosofía en Pavía, y adquirió mucha reputacion y aprecio de los sabios, que le recomendaron al emperador Maximiliano, el cual le llamó á Alemania y le nombró uno de sus médicos. Publicó diversos libros contra los judíos y sobre otras diversas materias, todos en lengua latina, y de las cuales da los títulos Moreri en el artículo que le consagra en su *Diccionario histórico y geográfico*. Compuso tambien una arenga para animar á los alemanes á la guerra contra los turcos, y se alaba por los autores mucho su candor, su honestidad, su moderacion y su saber, hasta el punto de que Erasmo hizo su elogio en la última carta de su libro I. Uno de los varios adversarios que tuvo fué el célebre Juan Eckius, siendo objeto de disputa entre ambos la cuestion de si los cielos están ó no animados, en la que Ricius estaba por la afirmativa, segun dice Bayle en su *Diccionario crítico*.—C.

RICKIUS (Juan). Este religioso cartujo de Gand, en el siglo XV, murió el año 1470, despues de haber compuesto diversas obras que no han llegado á publicarse, tales como *Tratados sobre las Indulgencias, el Jubileo, la Confesion sacramental*. Los autores Valerio Andres, Possevin y Bostius hacen mencion de las obras del cartujo Juan.—C.

RICKMERSDORP (Alberto de). Dános noticia Moreri, con referencia á Grant, de un prelado de este nombre. Dice que nació en el pueblo de su apellido, obispado de Halberstad, que despues de haber estudiado en París volvió á su país, en el que fué elevado á la dignidad de obispo de Halberstad, en la Sajonia Baja, cuya silla poseyó veinticuatro años; y que compuso el libro titulado *Alberti Sophomata*.—C.

RICO (Fr. Bartolomé), religioso lego franciscano, de la regular observancia, portero que fué muchos años en el Real convento de su Orden de Zaragoza, aventajado aritmético y distinguido matemático, segun el cronista Hebrera, en su *Dedicat. de la vida del P. Agno*, hoja veinte. Murió en el referido convento el año de 1642, y escribió: 1.° *Cartilla ó Algorithmo de cada letra del guarismo para enseñar á contar con facilidad, y política destreza en cuatro géneros de Tabulares (que son Adicciones, Minuciones, Progresiones y Regresiones) especificados en los números dígitos, caractéres y sus letras ó guarismos* 9. 8. 7. 6. 5. 4. 3. 2. 1. 0., *en gracia y utilidad, alivio y descanso de maestros y discípulos.* En Zaragoza, por Pedro Verges, 1638, en 8.°—2.° *Logisthica y aritmética práctica, y arte numérico con lecciones y reglas simples y compuestas.* Son dos tomos en 4.° Mss. que originales se conservan en la librería del referido convento, lit. IX. núm. 200, y let. N., núm. 223. El referido cronista tambien advierte en su elogio, que el retrato de este escritor estaba en la portería del mencionado convento el año de 1697.—L. y O.

RICO (Ilmo. Sr. D. Félix). Este ilustrado y virtuoso prelado nació en Castilla el dia 20 de Noviembre del año de 1733, hizo sus estudios en la universidad de Valencia, empezando la filosofía en 1749; en 13 de Noviembre de 1754 se graduó de bachiller en leyes y doctor en ambos derechos, obteniendo en ella una cátedra de instituta: fué beneficiado en la parroquial de S. Andrés de la referida ciudad, con cuyo título se ordenó de presbítero. Habiendo sido hecho obispo de Barcelona el señor Climent, y deseando tener sugetos idóneos para su gobierno, se llevó al sobresaliente y aprovechado Rico, nombrándole provisor y vicario general de su diócesis, en cuyo tiempo le hizo S. M. la gracia de la dignidad de aquella iglesia, titulada el arcedianato de Santa María del Mar; pero habiendo vacado el canonicato doctoral en la metropolitana de Valencia, por medio de oposicion que para ello hizo, le agració el cabildo con dicha prebenda, de la que tomó posesion en 2 de Diciembre de 1774, siendo esta la segunda que hizo al referido canonicato, por haberla hecho en 1759. En 1785, en atencion á sus méritos, le nombró S. M. Canciller del reino de Valencia y judicatura de competencias, cuya gracia le fué hecha el dia 18 de Enero. Por espacio de tres años ejerció el empleo de vicedirector de la Sociedad Económica y el de su censor. Ultimamente, agraciado por S. M. con la mitra de Teruel, en 1.° de Junio de 1795 fué preconizado y tomó posesion de ella el 10 de Agosto, consagrándose en la metropolitana de Valencia en 13 de Setiembre del referido año, siendo su consagrante el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Despuig y Dameto, entónces arzobispo de Valencia, que despues lo fué de Sevilla, y creado cardenal en Julio de 1803, y asistentes los Ilmos. señores

D. Lorenzo Gomez de Haedo, obispo de Segorbe, y D. Manuel María Trujillo, obispo de Albarracin. Colocado D. Félix Rico en su diócesis, no cesó de trabajar en favor de los pobres, haciendo copiosas limosnas, repartiendo granos, y auxiliándolos en sus necesidades. A su instancia mandó el Rey se fabricasen en Teruel dos casas de piedad, una para hospicio y otra para expósitos, con órden que para ello impetró con fecha de 3 de Abril de 1796, pero por su corta duracion en el pontificado no pudo ver concluida la obra que tanto habia deseado. Murió, por último, en 29 de Mayo de 1799, dejando buena memoria á sus feligreses, y principalmente á los necesitados, de quien siempre fué celoso y caritativo protector. En la junta pública que celebró la Real Sociedad Económica de Valencia el dia 11 de Diciembre de 1799, se dijo el *Elogio académico* de este célebre Obispo, escrito y pronunciado por D. Tomás Ricord, presbítero, capellan de S. M., natural de Valencia, y se imprimió en las actas del referido año á la página 54, y separadamente con este título: *Elogio del Ilmo. Sr. D. Félix Rico, del Consejo de S. M., Obispo de Teruel, que en la junta pública, celebrada por la Real Sociedad Económica de Amigos del país de Valencia, con motivo del feliz cumpleaños de la Reina nuestra Señora, en 11 de Diciembre dijo*, etc. Valencia, por Benito Monfort, año 1800, en 4.° Escribió D. Félix Rico: *Carta pastoral*. Su fecha 1798, en 4.°, sin lugar ni nombre de impresor. —A. L.

RICOBALDI (Gervasio). Nació este historiador del siglo XII en Ferrara. Gerónimo Rubeus, en su *Historia de Rávena*, dice que fué canónigo de la iglesia metropolitana de la expresada ciudad. Vivia por los años 1251, puesto que él mismo dice en una de sus obras que habia oido predicar este año, áun siendo muy jóven, en Ferrara, al papa Inocencio IV. Juan Jorge Echard y Luis Antonio Muratori hicieron imprimir las obras latinas de este autor: *Historia de los Emperadores desde Carlomagno á* 1298, con el título de *Pomarium*, y una *Historia de los Papas desde S. Pedro hasta Bonifacio VIII inclusive*. El primero, en su *Coleccion de Escritores de la edad media*, impresa en Leipsick en 1625 en dos volúmenes en fólio; y el segundo, en el noveno volúmen de su gran *Coleccion de Escritores de la historia de Italia*, en Milan, el año 1726. Al fin de la *Historia de los Papas* se halla una adicion de Ricobaldi sobre las diversas partes de Italia, y una compilacion cronológica desde el origen del mundo hasta el año 1312, crónica que ha continuado el año 1316 Felipe de Lignamisne, caballero de Sicicia é impresor romano, hasta el año 1469. Esta continuacion, que se ve en el Echard y en Muratori, se habia ya reimpreso en Roma en 1474 dedicada á Sixto V por el expresado impresor. Quedó manuscrito un tratado de las ciudades de Italia de este autor, y el poeta Mateo María Boyardo publicó bajo el nombre de este autor una *Historia de los Emperadores desde Carlomagno hasta Othon IV*.

que dice habia traducido al italiano del latin de Ricobaldi; pero siendo esta historia un verdadero romance, hace sospechar pertenezca á Boyardo, que se quiso escudar con aquel nombre respetable, segun la opinion de Muratori, que á pesar de creerlo así la publicó en el noveno volúmen de su coleccion. Segun Moreri, murió este eclesiástico en 1313. — C.

RICORD (D. Tomás), natural de la ciudad de Valencia, estudió la filosofia y teologia en aquella universidad, donde recibió la borla doctoral; se dedicó á los cánones y lenguas griega y hebrea, en 1776 hizo oposicion á la cátedra de esta, y logró un beneficio en la catedral de Valencia; fué socio de número de la de Amigos del pais, en la que fué secretario. Murió el dia 9 de Febrero del año de 1813. Escribió: 1.° *Noticia de varias y diferentes producciones del reino de Valencia, como tambien de sus fábricas y artefactos, segun el estado que tenian en el año* 1791, *sacada de los Correos mercantiles de España y sus Indias, con varias tablas sinópticas, que por acuerdo de la Real Sociedad de Amigos del pais de Valencia ha formado D. Tomás Ricord*, etc.; Valencia, por D. Benito Monfort, 1793, en 4.°—2.° *Elogio académico del Ilmo. Sr. D. Félix Rico, obispo de Teruel*, impreso en las actas de la referida Sociedad, dia 11 de Diciembre de 1799, página 154.—3.° *Extracto de las actas de la Real Sociedad de Amigos del pais de Valencia, que comprende desde* 1787 *hasta* 13 *de Noviembre de* 1791; Valencia, por D. Benito Monfort, año 1792, en 4.°—A. L.

RICOTELLA (Ardicio), cardenal de la santa iglesia Romana. Fué natural de Milan, y pertenecia á una de sus nobilísimas familias. Habiendo seguido la carrera eclesiástica en Roma, donde se hizo muy buen lugar con su virtud y su talento. Fué elevado á la púrpura cardenalicia por el sumo pontífice Adriano IV, que en 1155 le creó cardenal del título de S. Teodoro y del órden de los diáconos. Desempeñó un gran papel en las guerras civiles que sostuvieron los milaneses y landenses en el siglo XII, contribuyendo con sus buenos oficios y su poderosa influencia á restablecer la paz, para cuyo objeto fué comisionado por la autoridad pontificia. Pasó despues con el carácter de legado ó nuncio apostólico á Constantinopla, y falleció en el año 1186. — M. B.

RICTIOVARO (S.), mártir en la Campania donde ejercia las funciones de teniente del gobernador, fué convertido al cristianismo por Santa Lucia, á quien habia hecho prender y atormentar cruelmente. Preso á su vez, fué asociado á sus tormentos y á su martirio. — S. B.

RICTRUDA, monja, fué hija del emperador Carlomagno y discípula del B. Alcuino con su hermana Gisla. Apénas concluyeron sus estudios con este abad, tomaron ambas hermanas el velo en un monasterio cercano á París, que se cree ser el de Argenteuil ó el de Chelles, donde era abadesa Gisala,

hermana de aquel príncipe. El deseo de perfeccionarse en la inteligencia de la sagrada Escritura, que con frecuencia les habia explicado Alcuino, las indujo á escribirle cuando se hallaba en Tours una carta tan cortés como ingeniosa para obligarle á darlas un comentario sobre el Evangelio de San Juan. Tenian á la vista las homilías que S. Agustin habia escrito para explicarle; pero encontraron en ellas lugares oscuros y cosas más allá de su inteligencia, y no atreviéndose á subir á la cumbre de los cedros, se contentaban con colocarse con Zaqueo en el Sycomoro, á causa de la pequeñez de su estatura, para ver pasar á Jesucristo y conjurarle con súplicas lejanas que las hiciese dignas de comer con él. Recuerdan á Alcuino el cuidado que habia tenido S. Gerónimo en otro tiempo de instruir á las damas romanas y enviarlas las explicaciones de las profecías del Antiguo Testamento, á pesar de la distancia de los lugares, es decir, de Belen á Roma, y de los peligros del mar Adriático. No es tan grande, añaden, el de Tours á París y el pasaje del Loira es ménos peligroso que el del mar de Toscana. Para satisfacerlas compuso Alcuino un comentario sobre el Evangelio de S. Juan, que dividió en siete libros, no enviando en un principio á Gisla más que los cinco primeros que se hallan dedicados tambien á Rictruda; los otros dos tienen un prefacio particular digido á Gisla y á Colomba, que era sin duda religiosa en el monasterio de Chelles. En el primer prefacio manifiesta Alcuino que segun la tradicion, S. Juan no habia escrito su Evangelio hasta el fin de sus dias, que lo hizo en la isla de Pathmos, donde habia sido relegado por el emperador Domiciano, que le escribió á instancias de los obispos de Asia y de otras muchas iglesias para oponerle á las herejías que Marcion, Cerinto, Ebion y otros muchos habian introducido en la Iglesia durante la ausencia de este apóstol, y que como sostenian que Jesucristo no existió ántes de María, se vió obligado S. Juan á establecer en su Evangelio la eternidad de Jesucristo, de que los demás evangelistas apénas habian hablado. Alcuino se sirvió para componer este comentario de los escritos de los Santos Padres que habian explicado el Evangelio de S. Juan, ó de tratados compuestos expresamente ya para homilías ó para ilustracion de algunos lugares. Recurrió en particular á los escritos de S. Agustin, ó las obras de S. Ambrosio y á las homilías de S. Gregorio el Grande y del V. Beda, tomando unas veces el sentido literal y otras las mismas palabras. Dice en la segunda que podrá algun dia, si Dios le da salud, y si tiene tiempo, explicar tambien los otros tres evangelistas. Parece que no llegó a ejecutar este proyecto. Cuando escribió este prefacio estaba ocupado de órden de Carlomagno en revisar y corregir los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Pide á Gisla y á Colomba el socorro de sus oraciones, y las exhorta á pasar el tiempo de la cuaresma en ejercicios de piedad, principalmente en las lecturas sagradas

para prepararse á la celebracion de la fiesta de pascua. En los Bolandos, á 12 de Mayo, hay una obra que ocupa treinta páginas con el título de *Historia de los milagros de Sta. Rictruda*, y que se divide en dos libros. El primero es una historia compendiada de Sta. Rictruda y del monasterio de Marchienne en la diócesis de Arras hasta el año 1100, de que Rictruda habia sido fundadora y primera abadesa. El segundo libro continúa esta historia hasta 1164 y áun más allá. Porque despues de un milagro obrado en 1168, el autor monje de Marchienne refiere otros á que no fija época, pero que presentándolos los últimos parecen los más modernos. Puédese, pues, suponer que la redaccion de este segundo libro no se ha terminado hasta 1170 á 1172. El anónimo da el título de *mayor* al oficial público á quien Gualberto cuarenta años ántes llamaba *Villicus*. Tambien pueden recogerse en la historia de Sta. Rictruda algunos textos que servirian para probar que el dogma de la presencia real y el uso de la extremauncion se hallaban ya establecidos en el siglo XII. Hugo II, abad de este mismo monasterio de Marchienne, murió en 1158, y su vida, publicada por el P. Martenne, podia ser una segunda obra del religioso que ha escrito la vida de Rictruda, pues son iguales en el gusto, en la diccion y algunas veces en los términos, y encontramos en ella frases enteras del artículo relativo á Hugo II en la historia de la abadía de Marchienne. Por lo demás el autor, cualquiera que sea, se da por el confidente íntimo, el consejero de Hugo II, y se felicita de haberle separado del proyecto de abdicar la dignidad abacial. Nos refiere que Hugo habia tenido por maestro de filosofía en Laon á Roberto de Dumas, que despues fué en Claraval el sucesor de S. Bernardo, y que se habia distinguido mucho en las escuelas por su probidad, sus buenas costumbres y su ciencia. —S. B.

RICUINO, obispo de Toul, es conocido por una carta que le dirigió San Bernardo hacia 1126, año de su muerte. Este obispo habia enviado un penitente á San Bernardo para consultarle sobre asuntos de su conciencia. Le aconsejó fuese á arrojarse á los pies de su obispo, y no quiso imponerle penitencia alguna por sus pecados, diciendo que no le correspondia imponerla más que á sus religiosos. ¿Cuán grande temeridad no sería para un pecador y un ignorante como yo, mezclarse en los asuntos episcopales y en asuntos de tan grande importancia? Dependo de mi obispo como los demás fieles. Siempre que me acontezca un asunto difícil que no pueda ó no me atreva á terminar, recurriré á su juicio, y no me creeré seguro hasta haberme fortificado con sus decisiones y sus consejos. S. Bernardo recibió con la mayor caridad á una pecadora penitente, y la ayudó á volver al camino de la salvacion en vez de arrojarla de sí; pero la envió á Enrique, obispo de Verdun, su pastor, para imponerla una penitencia proporcio-

nada á su falta y reconciliarla con su primer marido. En otra carta al mismo obispo, protesta que no ha pensado nunca en criticar su conducta, y le recomienda el establecimiento de la Chalade, abadía de la diócesis de Verdun.—S. B.

RICULFO. Hace mencion de este prelado Serrarius en su *Historia de Maguncia*, y refiriéndose á él Moreri en su *Gran Diccionario histórico y geográfico*, dice: que habia sido capellan de Carlomagno, que le elevó al arzobispado de Mayenza. Añade que se le creia español de nacimiento, y que si no fué así, debió estar considerado en este país, del que llevó á Francia la *Coleccion de Isidoro Mercator*, que hizo presentes de alguna consideracion al papa Leon III, que le recompensó dándole reliquias del glorioso S. Cesáreo. Segun Alcuino y otros autores, su muerte tuvo lugar el año 814 de nuestra era.—C.

RICULFO, obispo de Soissons. Fué célebre este prelado por sus constituciones y por su celo en hacer coronar al rey de Francia Cárlos *el Simple*, á la edad de trece años, en el concilio de Reims el año 893. Lleno de vigoroso celo excomulgó á Vinemar, principal autor del asesinato de Foulques, arzobispo de Reims, al que mataron el año 900, siendo uno de los que consagraron á Herveo, sucesor de Foulques. Murió este prelado el año 902, despues de haber trabajado mucho en arreglar su diócesis, en una época sumamente difícil por las muchas alarmas que causaban en el pueblo las continuas y desoladoras correrías é invasiones de los normandos. Dejó una carta pastoral dirigida á los curas de su diócesis, que contiene veintidos artículos sobre la disciplina, cuya carta fué dada á luz por Mr. des Cordes con las de Hincmar en el tomo IX de los *Concilios*. Claudio, en su *Historia de la ciudad de Soissons*; Du Pin, en su *Biblioteca de autores eclesiásticos del siglo IX*, y D. Rivet en el tomo VI de su *Historia literaria de Francia*, dan honrosas noticias de este prelado.—C.

RICUTIO (Fr. Juan), franciscano italiano del siglo XVI, en que se distinguió mucho por sus estudios en la historia natural, en la romana y en los autores de buena latinidad. Habia adquirido este Padre desde sus primeros años una esmerada educacion, y así al comenzar los estudios se halló en estado de poder saborear todas las bellezas de los autores que se le ponian en las manos, y de cobrarlos una aficion que no perdió sino con la vida, y fué causa de su brillante carrera y de sus grandes adelantos. Ricutio parecia llamado desde que entró en la Orden Seráfica á ocupar sus primeros puestos, que hubiera obtenido en efecto, si su excesivo amor á las letras y el retiro en que el estudio le obligó á vivir, no le hubieran alejado de ocupaciones de otra naturaleza. Se manifestó, sin embargo, satisfecho de su destino, y despues de llenar todos sus deberes se consagraba á la composicion de diferen-

tes obras, algunas de las cuales han llegado hasta nosotros y se leen todavía con aprecio. Sus principales trabajos versaron sobre la historia romana, que tanto ha dado y tanto dará que estudiar á los hombres pensadores, y que es sin disputa el teatro más vasto en que puede ejercitarse el entendimiento humano, pues si bien para los modernos no carece de importancia la historia de las naciones, á cuyo lado vivimos, con cuyos habitantes nos tratamos, y á cuyos destinos se hallan con frecuencia unidos los nuestros, hay sin embargo cierta majestad y grandeza en la historia de la vieja Roma, que siempre nos cautiva, nos sorprende y nos llena de admiracion. ¿Y á quién no admirará en efecto ver á Rómulo y Remo, huérfanos abandonados por el adverso destino y amamantados por una loba, crecer y hacer, luchando constantemente con el destino, reunirse á un puñado de hombres, proclamarse jefes de una ciudad, y levantarse sobre sus vecinos para arrebatarles hasta las mujeres de que carecian para fomentar su poblacion? El hurto de las sabinas es sin duda uno de los más gloriosos que puede ostentar pueblo alguno, pues en tal estado imposible parece que llegue á formar una nacion, á dominar el universo, á constituirse, por último, en imperio y dividirse en dos, porque era muy poco una cabeza para llevar tantas coronas. Despues de la historia romana, la natural fué la que más llamó la atencion de Ricutio, á la que, aunque no prestára grandes servicios, hizo sin embargo los suficientes, preparando materiales para los que le sucediesen, porque en su época aún no habia nacido Linneo, que debia introducir la clasificacion en la botánica, clasificaciones que del reino vegetal pasaron al animal, los modernos Cuvier y Laplace. Entónces esta ciencia era todavía un monton de hechos confundidos, desordenados, sin método ni armonía; pero estos hechos, repetidos una y otra vez, no debian tardar en introducir la luz, que más tarde ha desterrado las tinieblas, y nos ha dado á conocer los tres reinos de la naturaleza en toda su extension, en toda su grandeza, permitiéndonos deducir de ellos grandes aplicaciones, no solo á la vida comun, sino tambien para el adelanto de las demás ciencias. Ricutio, por último, consagró sus tareas á la historia eclesiástica, y los libros de la *Mística Ciudad de Dios* de S. Agustin, esa obra admirable que ha sobrevivido á los siglos, y vivirá tanto como el buen gusto y el estudio de los clásicos, fueron el objeto de sus investigaciones, probando en todos estos tan diversos trabajos y de índole tan diferente, su vasto ingenio, su no vulgar erudicion y su aplicacion y celo. Mas no solo los estudios fueron el objeto de la larga carrera de Ricutio, sino que tambien se consagró al púlpito, confesonario y demás prácticas propias de un buen religioso. En Viena, donde residia hácia 1528 ejerciendo el cargo de catedrático, era generalmente apreciado y consultado en los negocios más difíciles y delicados que ocurrian, no solo

en la corte, sino tambien á los particulares. Asi fué que su creciente fama le atrajo la confianza de muchos personajes principales de la época, tomando una parte bastante activa en los negocios públicos, y si no llegó á ejercer mayor influencia, fué porque á sus muchas ocupaciones unia un carácter en extremo dado al retiro, fruto de sus hábitos adquiridos en los largos años de trabajo y de laboriosidad. Fué confesor de algunas personas principales de la corte de Alemania, y léjos de aprovechar las ventajas que su posicion le ofrecia en beneficio de sus parientes y de sus amigos, siempre las empleó en favor de los pobres, siendo muy limosnero y no teniendo nada suyo. Por esta cualidad mereció doblemente el afecto de cuantos le trataban, pues el egoismo y la avaricia no son las cualidades más á propósito para hacer grandes amistades. Recorrió diferentes paises de Alemania, hallándose en todos ellos ediciones de sus obras, y probando aquella verdad de que la ciencia es cosmopolita, pues no pertenece á ninguna nacion ni á ningun pueblo. Ignórase á punto fijo el lugar y año de su muerte, que segun todas las probabilidades, debió verificarse en Polonia, mediado ya el siglo XVI. Sus obras, segun las cita el analista de la Orden Seráfica Lucas Wadingo, y con él todos los que le han seguido y ocupádose de la religion franciscana, son las siguientes: 1.ª *Annotationes in Titum Livium.* — *Commentaria in Lucium Florum;* Colonia, 1528-1537.—*In Julium Solinum;* Viena. — *In Plinii naturalis historiæ libros*, que adicionó con dos índices muy copiosos, uno de voces y cosas, y otro de geografía, impresos con la obra de Plinio, en Venecia, por Jorge Rusconi, 1517, en fólio.— *Commentaria in tabulam Cebetis;* Cracovia, 1555.— *In Claudianum;* Viena.— *Annotationes in Fenatellam.*— *In Eutropium commentaria;* citados en sus notas á Floro.— *Commentaria in S. August. libros de Civitate Dei*, sin lugar ni año de impresion, á ménos que no hayan quedado manuscritos, como otras muchas obras de este autor.—S. B.

RIDAURA (V. P. Mosen Gregorio), beneficiado de la catedral de Valencia, nació en Alcoy en 1641, y desde su infancia dió inequívocas pruebas de sus futuros progresos en el camino de la virtud. Ingresó en el colegio del *Corpus Christi* de Valencia, donde tomaron estas notable incremento bajo la direccion del gran maestro de espíritu el V. P. Domingo Sarrió, que fué su confesor y director por el largo espacio de quince años. Era tan grande su humildad, que aunque favorecido por el Señor, dice su biógrafo, con los dones de consejo, direccion de espíritu, milagros y otras particulares gracias, se creia indigno de ser comparado á la más vil criatura, y decia que en la pasion del Señor habia hecho él lo mismo que Judas. Era de consiguiente su mayor complacencia ser tenido en poco y despreciado por todos. No era ménos su amor á la pobreza, la que llegaba en él á tal extremo que

no tenia ni poseia nada. Usaba la misma ropa en todas las estaciones, no teniendo inconveniente en remendarla, cuando lo necesitaba, con paños de otros colores. Todos sus muebles eran una camilla prestada y el breviario. La religion más austera, dice su panegirista, no echaria ménos su pobreza. Aún era mayor la de su espíritu, decaido enteramente de todo lo terreno. Sufrió con increible paciencia enfermedades agudas y mortales dolores, pero nunca se le vió triste, ántes bien siempre estuvo alegre y contento de padecer tantos trabajos, practicando sus ejercicios espirituales y asistiendo al coro con la puntualidad que el canónigo más sano, porque alentaba su resignacion el recuerdo de los tormentos de los santos mártires. A tanto cúmulo de virtudes daba el mayor realce una caridad sin límites para con los pobres y enfermos, siendo todo para todos. No cuidaba ménos de las almas que de los cuerpos. «De veras, de veras, decia con frecuencia, que si fuera gusto de Dios, estaria en los infiernos por salvar los pecadores.» Hacia largos viajes, sufria trabajos, padecia mucho por evitar pecados. Noche hubo que caminó diez leguas con este objeto, sin faltar á la mañana siguiente á la iglesia. Hizo gran número de conversiones, ilustrado del cielo, con particulares revelaciones. Era tan grande su devocion á las ánimas del purgatorio, que se le encontraba con frecuencia, y sin saber por dónde habia entrado, en los cementerios, rogando por ellas. Su oracion era frecuente, fervorosa y extática dia y noche, siendo su vida un oráculo, cuyo centro era Dios, y la circunferencia los ejercicios de piedad y devocion. Jamás quiso usar silla ni carruaje, caminando siempre en un jumentillo, y queriendo una vez su hermano, el rector de Paterna, hacerle subir en una silla para ir más pronto á ver á su madre que se hallaba agonizando, le contestó: «¿No ve Vmd. que esto hace mucho ruido y levanta mucho polvo? Vaya, que tan presto llegaré yo.» Y sucedió en efecto que llegaron juntos. Preguntóle en una ocasion un eclesiástico cuántos años tenia, á lo que contestó: Los años mal gastados no se cuentan. Refiérese tambien como ejemplo de este eclesiástico, que incomodado en cierta ocasion con el cocinero del colegio del *Corpus*, le dijo que mentia. Pero fueron tales los escrúpulos que acometieron despues á su conciencia, que habiendo marchado el cocinero á Francia, emprendió su viaje para buscarle, yendo hasta Langüedoc, donde le encontró y le pidió con humildad perdon de aquella injuria. Duró el rigor de sus penitencias hasta que sus confesores moderaron su austeridad, á causa de sus continuos padecimientos. Pero en todo era austerísimo y muy parco en las comidas. Nunca pudo conseguir su hermano el rector que comiese con él, respondiéndole que guardase el hacerlo para los pobres. El aposento en que vivió treinta y dos años era tan estrecho é incómodo, que habiendo ido á visitarle un caballero, le dijo: «No sé, P. Ridaura, cómo puede V.

volverse en este cascaron. — A lo que respondió : Señor Conde, anchos acá y anchos allá no puede ser.» Aunque era tan pobre, hacia muchas limosnas, llevando de noche á los pobres gallinas, bizcochos, etc. En una ocasion en que solo tenia diez maravedís, supo que perecian un enfermo y su mujer por falta de alimento, fuese al punto á la carnicería, y pidió diez maravedís de carne. Contestóle el cortador que no tenia pesa para tan poca moneda, pero rogándole él pusiese en la balanza la carne en contrapeso con las monedas, dice su biógrafo, que acaeció el prodigio de que un pedazo de ésta pesó tanto como el dinero, no sin admiracion del cortador. Rondaba de noche con su linternilla las casas de las mujeres de mal vivir, impidiendo asi muchos pecados, no sin peligro suyo, y con grande beneficio para las almas. Convirtió con sus eficaces reconvenciones á un moro viejo, muy obstinado en su secta. Manifestaron sus confesores que no pecó nunca mortalmente. Fué su devocion al Santísimo Sacramento y María Santísima tan ardiente, que ponia en todas partes estampas de nuestra Señora para tenerla siempre á la vista. Refiérense de él gran número de milagros, diciéndose que los soberanos favores que recibia le sacaban de sí con tal ímpetu y vehemencia, que se levantaba de la tierra se le veia rodeado de luces celestiales y quedaba como embriagado en el santo amor. Murió despues de haber santificado y admirado al mundo con sus altas virtudes, milagros, profecías y ejemplos, pasando á gozar del Señor el sábado 26 de Julio de 1704, dia de su patrona Sta. Ana, á la edad de sesenta y tres años. Fué sepultado con grande magnificencia, costeando las exequias el cabildo eclesiástico de la catedral de Valencia, siendo muy llorado por el numeroso concurso que asistió á rendirle los últimos honores, y que sentia su pérdida por venerarle como á santo, aunque el cielo, añade su biógrafo, consoló tanta pena con las maravillas que por sus méritos obró despues. Pronunció la oracion fúnebre é hizo el panegírico de sus virtudes el P. Dr. Miguel Sanchez, presbítero del Oratorio y beneficiado de la catedral, el cual se imprimió en Valencia bajo el título de *Expresion dolorosa en que respira el afecto de muchos obligados hijos del V. P. Mosen Gregorio Ridaura*. Hiciéronsele tambien honras por una congregacion de sacerdotes en la iglesia de la Compañía de Jesus, en 7 de Noviembre de 1704, pronunciando la oracion fúnebre el paborde D. Esteban Dobner Centellar, quien refirió varias particularidades de la vida de este siervo de Dios. «Habiéndose embarcado en una ocasion, dijo, un estudiante para Roma, su madre, deseosa de que llegase con felicidad, le encargó al V. Padre se lo pidiera al Señor, y le dió limosna para una misa. El Padre no tomó la limosna, pero le habló así: «Yo diré la misa, mas no ahora, sino cuando sea menester.» A poco tiempo, el miércoles santo, le dijo que aquel dia habia aplicado

la misa. Causóle novedad á la madre, mas no penetró el enigma, hasta que vuelto el hijo del viaje, le contó cómo el miércoles santo se vieron perdidos por un volcan que se abrió en el mar, cuyas llamas sumergieron una nave que iba en compañia de la suya, libertando Dios á esta de tan horrendo estrago. Luego conocieron, añade el orador, el espíritu profético del P. Ridaura, y el valor de su instruccion y ruegos. — S. B.

RIDDERE (Fr. Jacobo), franciscano aleman, distinguido por su carrera y virtudes. Este Padre fué uno de los más ilustres de su Orden en el siglo XVII, pues no solo la ilustró con su vida evangélica y con sus escritos, sino que la gobernó con acierto y celo, mereciendo la consideracion de diferentes pontífices. Siendó muy jóven todavía tomó el hábito en la religion Seráfica, y su asiduidad en la oracion y en todas las prácticas de la regla atrajeron sobre él la atencion de sus superiores. No adelantó ménos en los estudios, para los que manifestó grande aptitud, por lo que pasó todos los grados de la enseñanza hasta llegar á ser lector ó maestro, en cuyo puesto se jubiló despues de muchos años de trabajos y de haber sido uno de los profesores que más y más aprovechados discípulos dieron á la religion Seráfica en Alemania. Consecuencia de esto fueron los diferentes empleos que no tardó en desempeñar, brillando en todo con superior celo y acierto. Muy á propósito para el gobierno, puede decirse que pasó la mayor parte de su vida, desde que fué jubilado, en la enseñanza, dedicado á la direccion de los Franciscanos, que encontraron en él un padre y un modelo de superiores. Ya en sus últimos años fué comisario general de todas las provincias de Alemania, que visitó repetidas veces á pie, y segun todas las reglas de la pobreza evangélica, á que tanto como su deber le llamaban sus propias inclinaciones. Ignórase si murió desempeñando este cargo, pues se sabe que en sus postreros dias se consagró á la penitencia con un ardor, que sus súbditos, temerosos de que acortase su vida, procuraban separarle de ella. Mas el P. Riddere no quiso ceder en un punto para él de tanta importancia, y despreciando lo poco que de terreno pudiera quedar apegado á su alma, prefirió una muerte gloriosa á algunos caducos y miserables dias. Su fallecimiento fué muy sentido, no solo de toda su Orden, sino tambien del pueblo de Alemania, que acudió á honrarle en gran número, celebrándose sus funerales con extraordinaria solemnidad y pompa. Su grande laboriosidad no le habia dejado descansar un momento, y aunque solo se conoce una obra por él publicada, parece fueron varias las que salieron de su pluma. La que dió á luz fué el *Speculum apologeticum fratrum Minorum de observantia oppositum R. P. Zachariæ Roberio;* Amberes, por Guillermo Sesten, 1653, en 4.°, segunda edicion. — S. B.

RIDEFORT (Gerardo de), gran maestre de la órden del Temple en 1188,

aunque otros suponen que solo la administró en nombre y á falta del gran maestre Thierri. De todos modos estuvo al frente de los Templarios por espacio de tres años, dirigiendo sus destinos y participando de sus triunfos ó de sus reveses, muriendo lleno de gloria por salvar el ejército de los cruzados en una accion tan célebre como gloriosa. Gerardo era inglés, segun unos, y flamenco conforme la opinion de otros. Ignórase el cargo que ejercia cuando sustituyó á Thierri. Pero en 1189 mandó el cuerpo de reserva en la batalla que se dió el 4 de Octubre contra Saladino. El ala derecha de los musulmanes fué arrollada al primer choque, pero miéntras los cruzados se entretenian en el pillaje, Saladino los cargó de nuevo, y los hubiera destrozado completamente á no haber sido por la gran resistencia de los Templarios. El gran maestre murió en la accion con muchos de los suyos, dando lugar á que le elogiase un autor contemporáneo en los términos siguientes: «Dichoso él, dice, que terminó tantas hazañas por medio de una tan gloriosa muerte.» La historia no habla de ninguna otra accion en que tomase parte este valeroso capitan. Un escritor del siglo XV, Cornelio Zanthed, varia mucho la época de su muerte. Despues de ella el maestrazgo estuvo vacante por espacio de diez y ocho meses. Durante este intervalo fué cuando los cristianos pusieron el tan célebre sitio de S. Juan de Acre, en el que los caballeros Templarios hicieron prodigios de valor.—S. B.

RIDEVALO (Fr. Juan), religioso franciscano, llamado por algunos autores Juan *Mosca*, y cuyo verdadero apellido era Ridevans. Fué natural de Inglaterra. Pánfilo le cuenta entre los escritores de la órden de S. Agustin, pero White, con otros muchos bibliógrafos franciscanos, le atribuyen á su religion. Fué doctor en sagrada teología por la universidad de Oxford, y se distinguió tanto por sus virtudes como por su erudicion. Jóven todavía, aprendió con muy buenos resultados la lengua latina, continuando estos estudios en la edad madura y en todo el resto de su vida, de manera que cuando en la edad provecta se entregó por completo al estudio de las letras sagradas, sin abandonar por esto las humanas, pudo utilizar estos conocimientos para ampliar los que adquirió en la teología, adornando, segun dice su biógrafo, con los despojos de los egipcios el templo del verdadero Dios. Así es que sus escritos teológicos, poéticos, históricos y retóricos brillan como flores diferentes, y llenan de admiracion con su múltiple variedad el ánimo del lector. Ilustró con eruditos comentarios á muchos autores, tanto antiguos como modernos, sagrados como profanos. Trató en ellos de todo cuanto puede aumentar el amor á la virtud y el odio al vicio. Pero en lo que se distinguió principalmente fué en las explicaciones que compuso á la mitología de Fulgencio, donde hizo la pintura de las virtudes y de los vicios, bajo la alegoría de los dioses y de las diosas, que adoraban supersticiosamente

los paganos en la antigüedad. Procedieron de su pluma: 1.° *Super Psalterium, lib. I.*—2.° *Super Cantica, lib. I.*—3.° *In Evangelium S. Joannis, lib. II.*—4.° *In epistolas D. Pauli, libros XIV.*—5.° *In S. Augustinum de Civitate Dei, libros XXII.*—6.° *In Mythologias Fulgentii, lib. III.*—7.° *Moralem expositionem in Metamorphosim Ovidii super fabulas ducentas, et octodecim.*—8.° *Lecturas Scripturarum, lib. I.*—9.° *Sermonum per annum, liber I.*—10. *Quæstiones ordinarias octo, lib. I.*—11. *In Valerium ad Rufinum de uxore non ducenda, lib. I.* Este religioso floreció en 1330, segun Wadingo y Angel de S. Francisco, en el *Catálogo inglés*. Tambien se trata de él en el tomo I de la *Historia de la universidad de Oxford.*—S. B.

RIDOLFI (Octavio), cardenal, patricio florentino, ilustre no solo por su nobleza, sino por su excelente virtud. Despues de haber desempeñado con aplauso la vicelegacion de Ferrara, el papa Paulo V, en 1612, le promovió por nombramiento del rey de España á la iglesia de Ariano, á la que hizo inmensos beneficios. Entre otras cosas importantes que hizo, restableció el seminario ya cerrado y abandonado, restauró la casa episcopal, embelleció las fuentes bautismales, hizo construir en la catedral un púlpito de raro dibujo, y en la capilla que fundó colocó la estátua en mármol de S. Oton, protector de Ariano. Y en fin, promovió la disciplina eclesiástica y tuvo una caridad tiernísima con los pobres. Despues de haber desempeñado varios gobiernos administrándolos con integridad y justicia, por los méritos de la antigua devocion de su familia á la casa de Austria, á instancias de los emperadores Fernando II y Matea, el papa Gregorio XV, en 5 de Setiembre de 1522, le creó cardenal diácono de Santa Águeda, y poco despues el mismo Pontífice le ascendió á la órden de sacerdotes, con el título de Santa Ines en Plaza Navona, haciéndole obispo de Girgenti. Favoreció la eleccion de Urbano VIII, que le nombró protector de los monjes de Monte-Virgen, y por el candor de sus costumbres, prudencia y benignidad, fué universalmente alabado y querido de cuantos le conocieron. A los veintiseis meses de gobernar su nueva iglesia, le alcanzó la muerte el año 1624, con sentimiento general, á los cuarenta y dos años de edad. Fué sepultado en su catedral cerca del altar mayor, sin inscripcion alguna; pero su hermano Ridolfi, general de los PP. Predicadores, le erigió un monumento de mármoles con un epitafio muy honroso en la metropolitana de Palermo.—C.

RIDOLFI (Pedro). Fué natural este prelado de Tossignon, en el condado de Imola de la Romaña, en donde nació el año 1580. Tomó el hábito de la órden de S. Francisco, entre cuyos conventuales se distinguió, y en cuyo convento enseñó teología. Nombrado obispo de Sinigaglia en la Umbría, se distinguió por su celo y saber. Segun Ughel en su *Italia sagrada*, y Ghi-

linia en su *Teatro de literatos*, escribió una historia de su Orden y el libro *De christiano Oratore, lib. III, Homiliæ etc.*— C.

RIDOLFO (S.). Este santo arzobispo de Bourges, fué hijo de Ridolfo, conde de Quercy y señor de Turena, y de consiguiente descendia de la sangre real de Francia. Renunciando á cuantas grandezas le brindaba el mundo en su posicion, abrazó el estado eclesiástico en el año 823 de nuestra era. Fundó siete monasterios, y fué muy celoso por la reforma de los abusos que se habian introducido en su diócesis. Publicó para la instruccion del clero una coleccion de cánones, la que con el nombre de *Instrucciones pastorales* se encuentra en el tomo VI de la *Miscelánea* de Balucio. Murió á 21 de Junio de 866, en cuyo dia celebra su fiesta la Iglesia.— C.

RIDOLFO. En el privilegio que Juan XIX, llamado el XX, concedió en 1024 al patriarca de Grado, se halla entre los cardenales uno que firma: *Ridolfo, indigno sacerdote y abad del monasterio de S. Lorenzo.* — C.

RIDOLFO, cardenal natural de Imola, á quien el pontífice Honorio II, en las témporas de Diciembre de 1126, creó cardenal diácono de Santa María in Aquino, y despues obispo de Orte. Suscribió un diploma de Honorio II á favor de Marcantonio, conde de Montemarte y de Onano, y la bula de Inocencio II expedida en 1135 para el monasterio de S. Benito de Mántua.—C.

RIDOLFO, cardenal romano, creado diácono de Santa Lucía en Septisolio por Celestino II, el miércoles de ceniza de 1144. Desempeñó la diaconía unos veinticinco años, en cuyo tiempo se manifestó constante secuaz del legítimo papa Alejandro III, contra los esfuerzos del antipapa Victor IV, y contribuyó á la eleccion de cuatro pontífices. — C.

RIDOLFO, cardenal francés, arcediano de Arras. Mereció por sus servicios que Inocencio III, en 1198, le crease cardenal y obispo de Arras. Segun se dice en la *Galia Cristiana* murió el año 1220, y fué sepultado en Arras en la iglesia de la Virgen María, en donde se le erigió un sepulcro en que se esculpieron algunos versos en su alabanza. — C.

RIDOLFUCCI (Lucas), cardenal de la santa Iglesia católica. Véase Gentili.— C.

RIDOLPHI ó Rodolphi (Nicolás), maestro del Sacro Palacio, quincuagésimo sexto general de la órden de PP. Predicadores, fué muy ilustre por su nacimiento, pero mucho más todavía por las cualidades de su espíritu y de su corazon. Nació en Florencia en 1578, durante el pontificado de Gregorio XIII. Su padre Juan Francisco Ridolfi era senador en Florencia y su madre Constanza Ungolina, pertenecia á la casa de Médicis, siendo sobrina del cardenal Alejandro de Médicis, que fué papa con el nombre de Leon XI. Los tres hermanos mayores de Nicolás, llamados Alejandro, Octaviano y Luis, se distinguieron por su mérito, sus talentos y los puestos que ocupa-

ron. El primero heredó los bienes y títulos de sus antepasados. El segundo fué creado cardenal del título de Santa Agata por el papa Gregorio XV, y el tercero murió siendo obispo de Patti, en el reino de Sicilia, durante el pontificado de Inocencio X. Esta numerosa familia no ocupó tan por completo la atencion de los padres de Ridolfi, que no pusiesen un particular cuidado en su educacion, y cuando plugo al Señor llamarle á su servicio en el estado religioso, no se opusieron con ménos vehemencia á su vocacion, que si hubiesen hecho el sacrificio de un hijo único. El piadoso jóven, convencido de esta ternura, en particular de su madre, temia sus consecuencias; pero resuelto á no escuchar más que la voz de Dios en la eleccion de su estado de vida, tuvo la prudencia de alejarse de su país, ántes de dar á conocer el designio que meditaba. Ya que hubiese manifestado deseaba seguir sus últimos estudios en Roma, ya quizá so pretexto de un viaje de curiosidad ó de devocion, se hallaba en la capital del mundo cristiano y bajo la direccion de S. Felipe Neri, cuando pidió el hábito de Santo Dominto en 1594 al prior del convento de Minerva. Lo que deseaba con ardor lo obtuvo con tanta más facilidad, cuanto que además de las grandes esperanzas que hacian concebir sus cualidades naturales, no eran equívocas las señales de su vocacion. Habíase experimentado á sí mismo por los consejos del director más santo é ilustrado de su siglo, habia procurado por medio de ardientes oraciones conocer la voluntad del Señor, y solo la inspiracion celestial le habia decidido á preferir la pobreza voluntaria á todas las riquezas, placeres y honores que le ofrecia el siglo. Pero las miras de sus padres eran ménos puras, asi no fueron conformes á las del discípulo de Jesucristo. Sus primeras quejas fueron las que la carne y la sangre acostumbran á formar en ocasiones semejantes, y no se contentaron con esto. Para acceder en algo á sus importunas solicitudes, fué preciso que el pontífice Clemente VIII ordenase que se pusiese el novicio en manos de S. Felipe Neri, para que este santo varon experimentase maduramente su vocacion y sentenciase. Si los ilustres padres del jóven religioso no querian cerciorarse más que de este punto, debian quedar satisfechos de la órden de Su Santidad, pues la alta piedad, la sabiduría y las luces de Felipe de Neri eran á la sazon conocidas de toda Italia. Nicolás Ridolfi se alegró en extremo al ver su causa en manos de un hombre, á quien habia comunicado ya sus más secretos pensamientos y todos los sentimientos de su corazon. Durante los pocos dias que pasó aún á su lado, continuó hablándole siempre con la misma franqueza y respondiendo exactamente á todas sus preguntas. Despues de lo cual, habiéndole confirmado en su vocacion el santo fundador, dió al soberano Pontífice el testimonio que deseaba, y Ridolfi fué devuelto á sus superiores, y no pensó más que en atraer sobre sí nuevos favores del cielo, esforzándose en adqui-

rir la perfeccion propia de su estado. Trabajó en este punto con una constancia tan grande, que parecia caminar siempre de virtud en virtud y no hizo menores progresos en las ciencias que en la piedad. Verdad es que los maestros que se le designaron tenian todas las cualidades necesarias para formar para ambas. Los PP. Gregorio Servanti y Diego Alvarez, elevado despues el uno al obispado de Trivento y el otro al arzobispado de Trani, fueron sus profesores de teología en el convento de la Minerva. Estos sabios varones, instruidos en los principios de Santo Tomás, y consagrados á conservar tanto más religiosamente el depósito de su sagrada doctrina, cuanto se la atacaba con más osadía, no perdonaron medio para darle á conocer bien su solidez, su pureza y su verdad. Bebian en las fuentes las luces que vertian, y solo buscaban en las mismas obras del doctor angélico argumentos para refutar á sus adversarios, responder á sus objeciones y aniquilar todo su sistema. Maestros tan hábiles podian sin duda formar hábiles discípulos. Ninguno se aprovechó mejor de sus lecciones que el jóven Ridolphi, y encontró un nuevo auxilio en sus conversaciones con el célebre Tomás de Lemos, que se habia presentado con tanto esplendor en las congregaciones *de auxiliis*, y que edificó por largo tiempo á la comunidad de la Minerva, donde pasó en santo trabajo los últimos años de su vida. La prueba de que Nicolás Ridolphi habia sabido aprovechar para su perfeccion é instruccion los medios que le proporcionaba la Providencia, es que fué preferido á todos sus condiscípulos para enseñar sucesivamente filosofía y teología durante muchos años en el convento de la Minerva, cargo que desempeñó con tanto aplauso, como buenos resultados. No hubiera obtenido ménos fruto en el santo ministerio de la predicacion, pues poseia todas las cualidades que forman un perfecto orador cristiano, el celo, la erudicion, el don de la palabra, la rectitud y la elevacion del talento, y además una figura que prevenia é imponia en favor suyo. Pero su talento más marcado parecia ser para el gobierno y la direccion de las almas, así es que la provincia romana se apresuró á elegirle por provincial. La prudencia, la sabiduría, la dulzura de Ridolphi y su amor á la regularidad le hicieron honor en este cargo, que le preparaba para ocupar un dia uno más notable al frente de toda su Orden. Habiendo sido elevado al episcopado por Gregorio XV en 1622 el P. Jacinto Petronio, noble romano y maestro del Sacro Palacio, el mismo Papa tomó á Ridolphi por teólogo suyo, y Urbano VIII, que le sucedió, le dió nuevas muestras de su confianza. Su Santidad, lo mismo que el Sacro Colegio, admiraron en más de una ocasion sus luces en las materias religiosas que se agitaron en presencia de la Santa Sede, y no se oyeron con ménos satisfaccion los sabios discursos que pronunció de tiempo en tiempo en el Palacio apostólico. Fontana nos refiere que durante

la ausencia del general de la Orden, que visitaba las casas del reino de Francia, el Papa y el maestro del Sacro Palacio convinieron en fijar en lo sucesivo la asamblea de los cardenales del Santo Oficio en el convento de la Minerva, en vez de en la casa del más antiguo de los cardenales, quedando fijada para siempre la habitacion del general de los PP. Predicadores con este objeto. Lo que se autorizó por medio de un decreto dado en una congregacion general el 14 de Setiembre de 1628, y confirmado despues por el papa Inocencio X. Pocas semanas despues de este arreglo se supo en Roma que habia muerto el general de la Orden P. Serafin Sicus en Aviñon el 24 de Setiembre. El papa Urbano nombró en seguida al maestro del Sacro Palacio para gobernar toda la religion de Santo Domingo, en calidad de vicario general, hasta el próximo capítulo. Este capítulo se celebró en Roma en el mes de Junio de 1629, y todos los electores se manifestaron unánimemente en favor de Nicolás Ridolphi, cuya eleccion, muy agradable á Su Santidad, no lo fué ménos á los cardenales y á todos los romanos. La reputacion de este grande hombre era ya tan brillante, que Diego Alvarez, su antiguo profesor, y á la sazon arzobispo de Trani, le dedicó en el mismo año su grande obra, intitulada: *Historia de la Herejía Pelagiana*. El curioso lector puede ver en la epístola dedicatoria la idea que este sabio prelado tenia del mérito del General. Pero sus propias acciones le darán á conocer mejor que todos los elogios de sus amigos, por graves y sinceros que se los pueda suponer. En el capítulo de su eleccion dió Ridolphi nuevas muestras de su capacidad y del celo que le animaba. No contento con exhortar á todos los religiosos á devolver á su Orden á su pristino esplendor, caminando siempre por las huellas de sus primitivos Padres, tomó las más decisivas medidas para introducir ó sostener y perfeccionar en todas partes la vida regular. Dió tambien sabios reglamentos, tanto para aumentar las misiones entre los infieles, como para favorecer á los que trabajaban ya con buenos resultados y acrecentar el número de los obreros evangélicos. Hizo ordenar por medio del capítulo que todos los misioneros de las Indias orientales y occidentales empleasen el catecismo romano para la instruccion de los que se convertian á la fe, y á fin de facilitar la ejecucion de esta órden, quiso que este catecismo se tradujera inmediatamente en lengua india por algunos sabios religiosos, versados particularmente en esta lengua. Sin entrar en los detalles de otros reglamentos que se hicieron en este capítulo para el adelanto de los estudios ó la propagacion de la fe, añadiremos únicamente que se arbitraron medios de asegurar fondos que el sabio superior destinó á tres cosas: á la redencion de cautivos, á la canonizacion de santos y á la impresion de los libros que se juzgasen buenos, y cuyos autores tuviesen necesidad de auxilio para imprimirlos. Se comprende bien que estos tres diferentes ob-

jetos se referian solo á la órden de Santo Domingo. No hacia más que dos meses que nuestro General desempeñaba su cargo y áun era felicitado por ello, cuando le afligió el Señor con la muerte del P. Tomás Lemos. Despues de haber hecho los últimos honores á este hombre ilustre, cuyo mérito y virtudes habia respetado siempre, salió Ridolphi de Roma para comenzar la visita de su Orden en la provincia romana y en la de Lombardía. Durante su morada en el convento de Bolonia, manifestó en la tumba de Sto. Domingo todos los sentimientos de piedad, de celo y religion que habia concebido al entrar en la Orden, y para manifestarse digno sucesor del bienaventurado Patriarca, resolvió seguir exactamente su ejemplo, obrar siempre con el mismo espíritu, y no descuidar nada de todo lo que pudiera hacer revivir en sus hermanos el antiguo fervor de la Orden naciente. La carta circular que escribió desde allí á todos los superiores de las provincias se halla llena de expresiones y de sentimientos que no pueden proceder más que de un corazon ardiendo en celo y abrasado del fuego de la caridad. La cruel peste que desolaba al Milanesado en 1630, y que se extendió despues cada vez más, causó grandes daños en todas las partes de la Toscana, y no permitió á nuestro General hacer las visitas de las casas de la Orden en aquellos países. Pero tuvo cuidado de no olvidar las necesidades de aquellos afligidos pueblos. Reanimó con sus vivas exhortaciones el celo de sus religiosos, muchos de los cuales despreciaron generosamente los horrores de la muerte, para dar á los pobres enfermos todos los socorros espirituales y temporales que podian esperar de su caridad. Fontana nos ha conservado los nombres de muchos que perdieron la vida en la ciudad de Florencia para no dejar á los fieles sin consuelo en una necesidad tan apremiante, en que se veia con frecuencia á los hijos abandonados por sus padres y las ovejas de su pastor. Miéntras el contagio continuaba asolando las más hermosas provincias de Italia, dirigióse nuestro General á Francia, donde le llamaban los negocios de su Orden y donde se detuvo cerca de dos años. La reina María de Médicis, á cuya familia pertenecia, se hallaba á la sazon en París, y S. M. le recibió con mucha distincion y bondad. Esta princesa se retiró poco despues á los Países-Bajos, pero el mérito de Ridolphi le encontró un poderoso protector en el cardenal Richelieu, quien se apresuró á servirle en todo lo que quisiere emprender en honor y ventaja de su Orden. Lo que deseaba con más ardor era poner todas las casas religiosas que le obedecian en Francia, en el mismo pie en que tenia el placer de hallar la de Sto. Tomás de Tolosa, y la de la Anunciacion de la calle de S. Honorato de París. La exacta regularidad que se observaba en estas dos comunidades y en otras muchas que pertenecian á la misma Congregacion, era muy edificante para el público, y hacia el ministerio de los religiosos tan útil a

los fieles, que nada parecia más interesante que arreglar á este modelo todos los demás conventos ó monasterios del reino. Pero el éxito de una empresa tan importante como difícil debia ser fruto de la paciencia y del trabajo de muchos años. Para disponerlo todo con este objeto, el prudente superior hizo desde luego muchos reglamentos saludables en el colegio de S. Jacobo, y valiéndose del crédito del cardenal Richelieu, fundó en el arrabal de S. German un nuevo convento ó noviciado general, destinado á educar en la más completa regularidad á los jóvenes novicios que se enviaren de las diferentes provincias. Podia suponerse que entre los que amamantados con la leche de la religion, no hubieran visto más que santos ejemplos y aprendido máximas conforme á la santidad de su estado, muchos conservarian siempre su espíritu y contribuirian en lo sucesivo á hacer practicar en sus diversas casas lo que hubieran sido los primeros á practicar segun el fervor de su vocacion. Habiéndose designado el terreno para el nuevo convento en un lugar sano, muy cómodo y bastante espacioso, el P. General dió sumas considerables para construir algunos edificios, y desplegó tal actividad, que en el mes de Agosto de 1631 pudo habitar una comunidad en el nuevo noviciado general. El cardenal ministro le hizo donacion de una renta anual de dos mil libras sobre el ayuntamiento de París. El nuncio del Papa celebró la primera misa en la nueva iglesia el dia de la Asuncion de nuestra Señora, asistiendo la duquesa de Aiguillon en calidad de fundadora, por haberle cedido este derecho su tio el cardenal de Richelieu. El principal cuidado del P. Ridolphi fué formar desde luego una comunidad que no cediera en nada á las más regulares, y que pudiera servir de modelo á todas las que se proponia reformar. Eligió para esto los religiosos entre los discípulos del célebre P. Michaelis, y les dió por primer prior á un hombre de mérito muy distinguido, llamado Juan Bautista Carré, profeso del convento de Tolosa y maestro de novicios á la sazon en el de S. Honorato. El noviciado general dependió desde entónces de los superiores de la Orden, que le gobernaban por medio de religiosos de la provincia de Tolosa. A su perseverante celo y á su prudente economía se debe el buen órden que reinó constantemente en aquella casa, y otras ventajas que aseguraron así lo espiritual como lo temporal. Los sucesores del P. Carré pusieron su principal cuidado en afirmar ó perfeccionar el uno sin descuidar el otro. Su amor á la pobreza evangélica les puso con frecuencia á ellos y su comunidad en la precision de sufrir rudas pruebas, en particular desde que la renta de dos mil libras asignada por el cardenal de Richelieu fué reducida á la mitad, y áun se les obligó á recibir el capital de esta mitad. La historia particular de esta casa y la de muchos de sus superiores podria ser un fecundo manantial de elogios, pero nos alejaria demasiado de nues-

tro objeto. Apénas vió el P. Ridolphi en buena situacion la fundacion de su noviciado, cuando no pensó más que en los medios de establecer otro, que era uno de sus más ardientes deseos. Desde la muerte de S. Vicente Ferrer, acaecida en Vannes, en la Bretaña, la órden de Sto. Domingo ansiaba con grande anheló tener un convento en la ciudad donde se hallaban depositadas sus reliquias. La misma piedad parecia secundar estos deseos, y la buena fe debia impedir á los habitantes de Vannes oponerse á ellos. Sin embargo, lo que hacia desear más esta fundacion era precisamente lo que creaba mayores obstáculos. Los canónigos de la catedral, depositarios de los sagrados despojos, temian que les fuese arrebatado este tesoro más tarde ó más temprano, si los que tenian un justo título para reclamarle llegaban á establecerse algun dia en su ciudad. No podian ignorar ni la última voluntad de S. Vicente, ni las protestas que habia hecho un general de la Orden. De aquí la contínua oposicion del cabildo y la ciudad, oposicion que habian intentado en vano vencer cinco generales de la Orden: Marcial Auribelli, Salvi Cassete, Joaquin Turriani, Juan Clercé, confesor de Luis XII, y Francisco Silvestre de Ferrara. Estaba reservado á Nicolás Ridolphi hacer, cerca de dos siglos despues, lo que sus ilustres antecesores no habian podido ejecutar. El nombre y la reputacion de este grande hombre habian prevenido ya en su favor al obispo de Vannes y á su cabildo. Sus maneras insinuantes le ganaron tambien los sufragios de los magistrados y de los principales ciudadanos, y quizá la recomendacion del cardenal de Richelieu acabó de allanar todas las dificultades, pues este primer ministro no se negaba nunca á los justos deseos de un superior, cuyo mérito conocia y cuya virtud honraba. Resolvióse, pues, la deseada fundacion en 1632, y ejecutóse poco despues con las condiciones convenidas entre la ciudad de Vannes y el general de los Dominicos. Este continuó sus visitas por el reino, dejando en todas partes muestras de su piedad y del celo que le animaba por la gloria de la casa del Señor. Ya se preparaba para ir á España, cuando el papa Urbano VIII le hizo saber que su presencia era necesaria en Roma. El P. Ridolphi llevó consigo á su salida de Francia algunos religiosos de los reformados por el P. Michaelis, y resolvió llamar á un número mucho mayor, queriendo servirse de su ministerio ó de la virtud de su ejemplo para dar un nuevo incremento á la vida interior en las comunidades de Roma. Desde su llegada á esta capital propuso su plan al Papa y al cardenal Antonio Barberini, sobrino de Su Santidad, protector á la sazon de la órden de Santo Domingo. Ambos aprobaron su resolucion, y para contribuir á ella no se contentó el generoso cardenal con hacer á sus expensas diferentes reparaciones en el convento de S. Sixto, donde debian habitar los religiosos franceses, sino que destinó tambien sumas considerables para su sostenimiento.

Dispuestas así las cosas, envió el P. General sus órdenes á los que habia elegido, para que se dirigiesen todos en el tiempo marcado al puerto de Marsella, donde fué á buscarlos una persona de su confianza para conducirlos hasta Roma. Vicente Fontana, que se encontraba en el convento de la Minerva, habla como testigo ocular del mérito y de la elevada piedad de todos aquellos ardientes religiosos. Confiesa que por su regularidad, su celo, su aplicacion al divino ministerio, aumentaron la reputacion de su Orden en la corte del Papa y en toda la ciudad de Roma. Como renovaban en el siglo XVII los buenos ejemplos de virtud que habia dado Sto. Domingo al pueblo romano en el siglo XIII, la comunidad de S. Sixto fué pronto muy numerosa y se llenó el noviciado de jóvenes, que iban diariamente á encerrarse en aquel santuario para formarse á la vida religiosa y apostólica. Es verdad que muchos consumaron en poco tiempo su sacrificio por medio de una santa muerte. Las enfermedades, causadas quizá por el cambio de alimento, quizá por la intemperie del aire ó por la situacion del lugar, disminuyeron bien pronto aquella comunidad, siendo con esta ocasion y para remediar este inconveniente por lo que el cardenal protector dió una nueva casa en Roma, llamada el convento de S. Clemente, porque se conservan en él las reliquias de este santo Papa. El celo del P. Ridolphi no le permitia descansar, siempre que creia poder contribuir al bien de sus hermanos y adelantar la obra de Dios por medio de sus trabajos; salió por segunda vez de Roma para visitar las casas de la Orden en las Dos Sicilias. Estas visitas producian siempre los mejores resultados y siempre se recibian con gusto. La prudencia, la dulzura, la elocuencia, la virtud ó la fuerza del ejemplo, eran los únicos medios que empleaba para obligar á los religiosos á querer siempre lo que creian conveniente ó necesario, ya para corregir y abolir los abusos, ya para afirmar ó llevar más léjos la regularidad. La del convento de Sto. Domingo de Soriano y los frecuentes milagros que se operaban en él en beneficio de los fieles, obligaron al piadoso General á hacer una morada mucho más larga en una comunidad que le daba mayor motivo de edificacacion, y á que edificó á su vez con la inocencia y la austeridad de su vida. Una de las principales ventajas que se proponia sacar, y que se sacaba en efecto de estas casas reformadas, se referia á la propagacion de la fe ó la predicacion del Evangelio en las naciones infieles. Este era el principal objeto de todos los generales de la órden de Sto. Domingo. El P. Ridolphi tuvo cuidado de no olvidar lo que consideraba con razon como el fin de su Orden. Así no se habia pasado ningun año desde su eleccion en que no hubiese enviado misioneros apostólicos á las tres partes del mundo en que este socorro era principalmente necesario; es decir, en Africa, Asia y América. Además de los españoles, acostumbrados hacia más de dos siglos á

atravesar los mares para dar á conocer á Jesucristo y su ley á los pueblos del Nuevo Mundo, habia muchos italianos y algunos franceses que se consagraban generosamente al mismo ministerio, y puede asegurarse que sus trabajos no fueron ni ménos penosos ni ménos gloriosos que lo habian sido los de sus predecesores en la misma carrera. Los anales dominicanos han legado á la posteridad los nombres de muchos cuyo ministerio fué coronado por el martirio. En los *Monumentos* de Fontana se encuentran las relaciones exactas dirigidas todos los años, ya á la sagrada Congregacion de la Propaganda, ya al general de los PP. Predicadores, y algunas veces al vicario de Jesucristo. El celo por la salvacion de las almas, de que se hallaba abrasado el corazon de estos apostólicos varones, debe parecer tanto más admirable, cuanto que la persecucion que sufrian por parte de los príncipes idólatras era más general y cruel; y la muerte, que tenian siempre á la vista, era más segura y sangrienta. El fruto de sus sudores, y al mismo tiempo su grande consuelo, era la docilidad de muchos millares de infieles, que tocados interiormente de la gracia, se sometian con alegría al yugo de Jesucristo, exigian ser regenerados por el bautismo, y se preparaban con la renuncia al culto sacrílego de sus ídolos, á sus supersticiones, y á todas sus prácticas criminales. Para no abandonar á estos nuevos cristianos ó para aumentar su número, no habia ni fatiga, ni peligro, ni tormentos que no se hallasen prontos á sufrir los misioneros. Cuando no podian ejercer públicamente su ministerio, se ocultaban en los bosques, en las cavernas ó en las montañas, y prestaban á favor de las tinieblas de la noche á los fieles el servicio que no podian prestarlos durante el dia. Entre tanto el emperador del Japon, el más opuesto al cristianismo entre todos los príncipes infieles, publicaba diariamente nuevos edictos, ya para prohibir la entrada en sus estados á todos los predicadores del Evangelio, ya para mandar á todos sus súbditos entregar los cristianos á los tribunales, ó abjurar por sí mismos la fe de Jesucristo si la profesaban ya. Todo estaba prohibido ú ordenado bajo pena de muerte. A consecuencia de estos edictos, los magistrados y gobernadores ejecutaban contínuamente sangrientas ejecuciones; unos para agradar al príncipe, otros por temor de desagradarle, ó porque se hallaban supersticiosamente decididos en favor del culto de los ídolos. Pero si los fieles eran tratados entónces en una gran parte del Asia como lo habian sido en Europa los primeros cristianos en tiempo de los Dioclecianos y de los Nerones, el ardor de su fe, su constancia y su firmeza aparecian tambien con frecuencia con el mismo esplendor. Se vió á japoneses de todas condiciones, edades y sexos, verter generosamente su sangre por la confesion de la fe, sin que ni lo largo ni lo atroz de sus tormentos pudieran obligarlos á decir una palabra, ni hacer una señal que debiera desaprobar la religion. Es

verdad que los fieles ministros que les habian dado el conocimiento de Jesucristo, que eran algunas veces los compañeros de sus suplicios, les daban tambien magnánimos ejemplos de valor y de fuerza, siendo los primeros á sellar con su sangre las verdades que les habian anunciado. Entre otros muchos que menciona la historia, merecen particular distincion cuatro misioneros dominicos: el P. Guillermo Courtel, francés, de la provincia de Tolosa; Antonio Gonzalez, Vicente de la Cruz y Miguel de Ozaraza, españoles. Estos cuatro religiosos, condenados á muerte con dos legos, de que se servian en sus misiones, ya para el conocimiento de los lugares ó para el de la lengua japonesa, sufrieron con una constancia tan heróica los crueles tormentos que una bárbara imaginacion inventó para acobardarlos, que inspiraron la misma resolucion y el mismo valor á dos nuevos cristianos. Todos seis tuvieron la fortuna de sufrir y morir por el nombre de Jesucristo en el mes de Setiembre de 1637, en Nangasaki, ciudad célebre en el Japon en la isla de Ximo, y en la costa occidental de la provincia de Fingen. Habiendo sabido el P. Ridolphi por medios seguros las circunstancias de esta gloriosa muerte, no dejó de informar de ella á todas las provincias de su Orden, segun su costumbre, para excitar una santa emulacion entre los religiosos, é inflamar más el fervor de los que se hallaban particularmente llamados al mismo ministerio de caridad. Encontráronse en efecto muchos que se ofrecieron para reemplazar á sus hermanos, y el celoso General les facilitó los medios indudables al efecto. El primer cuidado del general Ridolfi fué procurar que las misiones, tanto de Oriente, como de Occidente, estuviesen siempre provistas de un número suficiente de obreros evangélicos. Deseaba entrar en mayores detalles sobre este punto, y tomar conocimiento de todo. Los superiores de las misiones le escribian periódicamente para darle cuenta de todo lo que pasaba con respecto á la religion, ya en las vastas regiones de América, ya en las Filipinas y demás regiones de Asia. Los provinciales en las diferentes partes de Europa estaban encargados tambien de hacerle saber con frecuencia el número de predicadores que habian partido ya de sus provincias, y los nombres de los que se hallarian pronto en estado de ir á ejercer el santo ministerio, cuyas funciones desempeñaban primero en sus respectivos países. La capacidad ó la prudencia consumada del P. Ridolfi, á quien Fontana llama un hombre nacido para grandes empresas, se manifestaba en las medidas que tomaba para satisfacer á todo, y en los medios de que se servia para que todos cumplieran sus deberes de trabajar conforme su vocacion y sus fuerzas. Aunque amaba tiernamente á todos los religiosos como un padre ama á sus hijos, distinguia siempre el mérito, y no concedia nunca al favor lo que solo se debia á los talentos y al trabajo. Esta es la máxima que siguió escrupulosamente en la

distribucion de los cargos y empleos, y en particular en la colacion de los grados. Un superior de este carácter no podia ménos de ser muy querido de toda su Orden. Pero como lo era mucho más al Señor, fué preciso que sufriese la tentacion. S. Felipe Neri le habia predicho en su juventud que obtendria grandes honores, que rehusaria los más elevados, y que no dejaria de llevar su cruz. La primera parte de la profecía se habia verificado ya, y comenzó á experimentar la segunda, cuando naturalmente ménos podia esperarlo. El año de 1642, despues de haber gobernado la órden de Sto. Domingo por espacio de doce ó trece años, con toda la vigilancia y éxito que se podia desear; cuando se esperaban nuevos frutos de un gobierno tan dulce como prudente y glorioso, permitió la Providencia que los intereses particulares de la familia de los Barberinis hicieran perder al General de los Dominicos el favor del papa Urbano VIII, que le habia honrado hasta entónces, no solo con su estimacion, sino tambien con su amistad y confianza. El ilustre General, sin formalidades de proceso, como sin causa legítima, fué suspendido de su oficio y relegado al convento de S. Sixto, despues al de los canónigos regulares llamados de S. Pedro Advíncula, y por último á Nápoles. Toda la órden de Sto. Domingo, llena de veneracion hácia su digno jefe, sintió vivamente la injuria que se le hacia. Muchos cardenales y todos los hombres honrados lo deploraron, y el siervo de Dios, más grande en la adversidad que en la más risueña fortuna, hizo lo que acostumbran á hacer los hombres prudentes en esta clase de ocasiones: adoró los designios de Dios, oró y calló. El Papa no habia dado aún contra él sentencia alguna de deposicion, y queria servirse para esto del ministerio del capítulo general, que fué reunido extraordinariamente en la ciudad de Génova en el mes de Octubre de 1642. No era entónces ocasion de reunir un capítulo general en conformidad con la regla de la órden de Sto. Domingo; y la imparcialidad de que debe hacer alarde todo historiador, nos obliga á decir que todo fué irregular en un asunto en que no se siguió regla alguna. Miguel Mazarino, maestro despues del Sacro Palacio, nombrado por Su Santidad para presidir este capítulo, reunió los electores en el convento de Sto. Domingo, y habiendo hecho proceder á la deposicion del P. Nicolás Ridolphi, fué él mismo elegido en lugar suyo. Pero esta deposicion y esta eleccion no se hicieron más que por la minoría de los vocales; los demás, en número mucho mayor, igualmente descontentos de uno y de otro, se reunieron en otra casa de la Orden y procedieron á una segunda eleccion. El Papa se vió obligado á anular todo lo que se habia hecho en estas dos asambleas y á usar de la plenitud de su poder para deponer á un general, que sin faltar á sus deberes habia tenido la desgracia de desagradarle. Lo que merece observarse es que en el mismo breve de la deposicion Su Santidad

declara expresamente que el P. Ridolphi podia ser elevado al episcopado. No se tardó en efecto en ofrecerle un arzobispado y áun de instarle para que le aceptase. Pero Ridolphi, apoyado por su firmeza, rehusó esta dignidad con tanta modestia como grandeza de alma, y se contentó con responder que si no se hallaba en estado de gobernar una órden religiosa, lo estaria mucho ménos de dirigir una grande diócesis. Exento de ambicion y lejano del tumulto de los negocios, no pensaba desde entónces más que en pasar el resto de sus dias en la oracion y el retiro. Ignórase si fué en esta época en la que compuso un tratado sobre la oracion mental para la instruccion de los novicios. Lo que hay de cierto es que si el discípulo de Jesucristo continuaba guardando silencio, no carecia de amigos poderosos en el Sacro Colegio que hablaban y obraban en favor suyo. Su celo se manifestó principalmente despues de la muerte del papa Urbano y la exaltacion de Inocencio X. De manera que el nuevo Pontífice nombró desde luego cinco cardenales para examinar las quejas y las acusaciones presentadas tres años ántes contra el P. Ridolphi. Habiéndolo examinado todo con mucho cuidado, estos cinco comisarios apostólicos declararon juridicamente que el general de los PP. Dominicos era inocente de todo lo que se le habia acusado, y que no se habia probado nunca nada que pudiese dañar su reputacion ni disminuir de ninguna manera la alta idea que habia de su probidad. El decreto de los cinco cardenales fué confirmado despues por un breve apostólico. Si el puesto de general de la Orden no hubiera estado entónces ocupado por un sugeto tan meritorio como Tomás Turco, quizá no se hubiera limitado Su Santidad á hacer declarar la inocencia del General depuesto; lo que habia hecho Paulo II en el siglo XV en favor de Marcial Auribelli, hubiera podido hacerlo Inocencio X con tanta justicia y con la misma facilidad en favor del ilustre Ridolphi. Toda la órden de Sto. Domingo hubiera visto su restablecimiento con sensible alegría, si hubiera podido hacerse sin deponer á un elevado personaje, tanto más digno del puesto que ocupaba, cuanto que no se le podia reconvenir de haber empleado medios reprobados para obtenerle. La Providencia pareció escuchar los deseos de sus siervos prolongando los dias de Ridolphi. Hacia ya siete años que, retirado en la soledad, no se ocupaba más que del cuidado de su perfeccion y no suspiraba más que por el reposo de la eternidad, cuando el P. Tomás Turcio, sucesor suyo en el gobierno de la órden de Sto. Domingo, terminó sus dias en 1.° de Diciembre de 1649. El papa Inocencio X nombró en el acto al P. Ridolphi para gobernar toda la Orden en calidad de vicario general; quiso que el capítulo próximo se celebrase en Roma, y manifestó el placer que le causaria ver reunidos todos los votos para reponer á este grande hombre en su puesto. Los deseos de los electores no diferian de los de Su Santidad,

habian partido todos de sus provincias con la misma intencion, y llegados á Roma se felicitaban mútuamente de una eleccion que miraban ya como hecha. Pero su alegria no fué muy larga, hallábase designado para la reunion de la asamblea el dia 5 de Junio de 1650, y el 25 de Mayo terminó su carrera el P. Ridolphi, á la edad de setenta y dos años, en medio de aquella multitud de religiosos de todas naciones que le amaban y veneraban como á su padre. Su dolor fué vivo y sus lágrimas sinceras. En particular los religiosos de la Minerva, sensibles á los favores que habian recibido del ilustre difunto, quisieron consagrar su reconocimiento en una magnifica inscripcion que hicieron grabar en su sepultura. Ridolfi escribió muchas encíclicas á toda la Orden, impresas en Roma en 1.° de Enero de 1651, y un *Breve modo di far l' orazione mentale*; Roma 1642, en 12.°, cuya obra fué traducida al francés por Esteban Meney. — S. B.

FIN DEL TOMO XXI.

ESTANTE 18
Tabla 7.ª
N.º 1

1

BIOGRAFIA
ECLESIASTICA

21

13.529
R